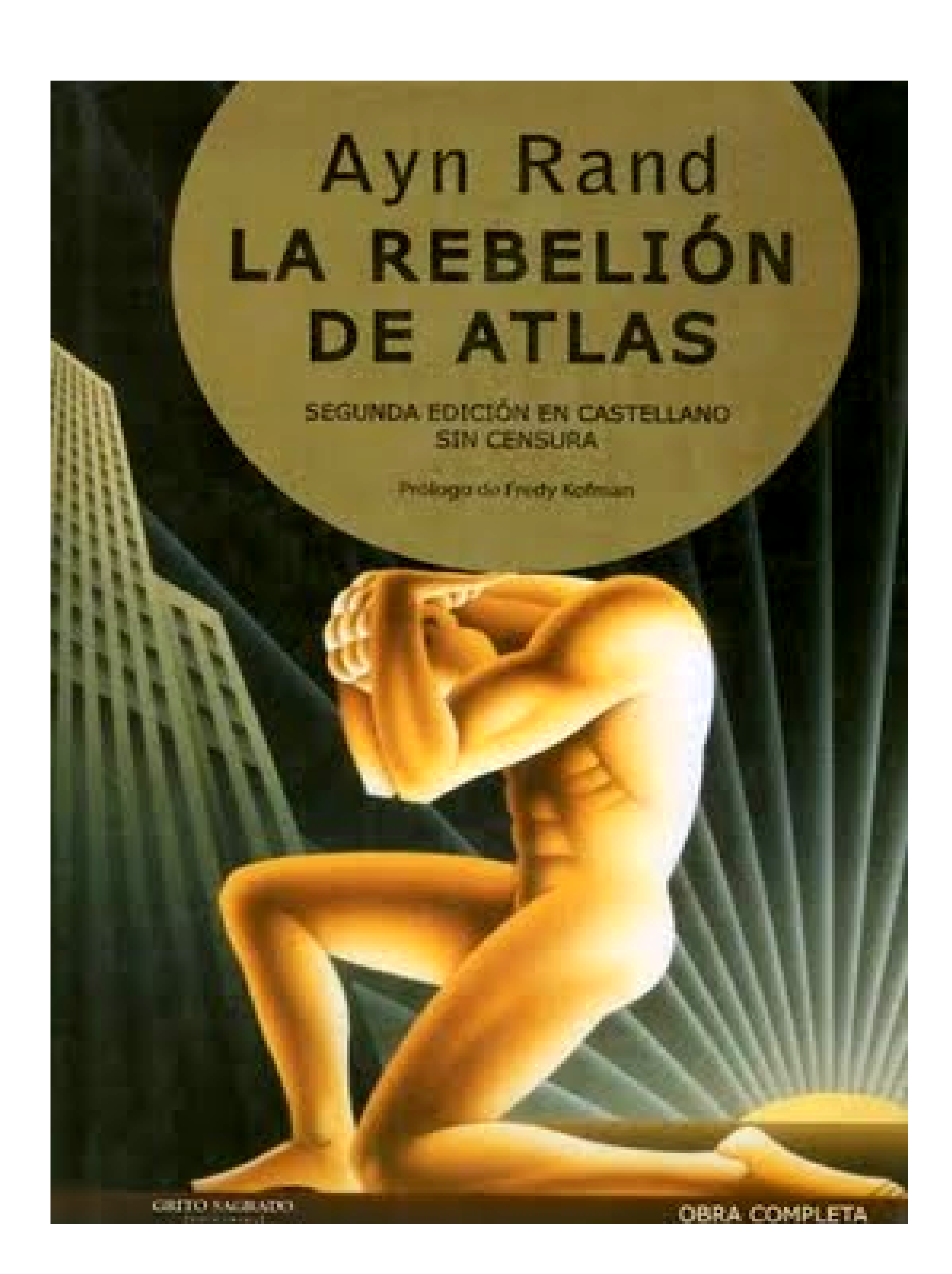

Ayn Rand
LA REBELIÓN
DE ATLAS
SEGUNDA EDICIÓN EN CASTELLANO
SIN CENSURA
Prólogo de Fredy Kofman
GRITO SAGRADO
OBRA COMPLETA

AYN RAND

LA REBELIÓN DE ATLAS

Dedicado a FRANK O'CONNOR y a NATHANIEL BRANDEN

ÍNDICE

PRIMERA PARTE
NO CONTRADICCIÓN

PRIMERA PARTE

NO CONTRADICCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

EL TEMA

—¿Quién es John Galt?

Como la claridad estaba decreciendo, Eddie Willers no pudo distinguir bien la cara del vagabundo. Éste había pronunciado las palabras de manera sencilla, sin expresión. Pero desde el lejano extremo de la calle, donde el sol iba a su ocaso, unos amarillentos resplandores se reflejaron en sus ojos, mientras miraban a Eddie Willers burlones y tranquilos, cual si la pregunta hubiera sido dirigida a la infundada inquietud que lo embargaba.

—¿Por qué ha dicho eso? —preguntó Eddie Willers con voz tensa.

El vagabundo se reclinó contra el quicio de la puerta; un trozo de cristal roto situado tras él devolvió el tono amarillo metálico del firmamento.

—¿Por qué le preocupa tanto? —preguntó.

—No me preocupa —repuso brusco Eddie Willers.

Se llevó la mano con viveza al bolsillo. El mendigo le había solicitado una moneda y luego se puso a hablar cual si quisiera matar el momento presente y aplazar el problema del futuro. En aquellos tiempos, la mendicidad era tan frecuente en las calles, que no había por qué pedir explicaciones, y él no sentía deseo alguno de escuchar los detalles de la consternación particular de aquel menesteroso.

—Aquí tiene para una taza de café —dijo, entregando una moneda a la sombra sin rostro.

—Gracias, señor —le respondió la voz, sin interés.

Y el rostro se inclinó hacia él un breve instante. Estaba curtido por el viento, atravesado por líneas marcadas por el agotamiento y también por cierta cínica resignación; su mirada era inteligente.

Eddie Willers prosiguió su camino preguntándose por qué en aquella hora del día experimentaba siempre, sin motivo alguno, tal sensación de miedo. Aunque, pensaba, no es miedo; no hay nada que temer; se trata sólo de una inmensa y difusa aprensión, sin motivo ni objeto. Se había ido acostumbrando a dicho sentimiento, sin poder encontrar explicación al mismo; sin embargo, el pordiosero le habló como si conociera su existencia, como si estuviera convencido de que era preciso sentir aquel pavor, es más; como si hubiera captado su razón y su origen.

Eddie Willers irguió los hombros en un acto de consciente autodisciplina. Era preciso dar fin a aquello; estaba empezando a imaginar cosas. ¿Había sentido siempre lo mismo? Tenía treinta y dos años. Intentó reflexionar sobre el pasado. No; no lo había sentido siempre; pero tampoco podía recordar cuándo empezó. El sentimiento en cuestión lo atacaba de improviso, al azar; pero de un tiempo a esta parte, con más frecuencia. «Ya ha llegado el crepúsculo —pensó—. ¡Cómo aborrezco esta hora!»

Las nubes y las masas de rascacielos recortadas contra ellas estaban adoptando un tono pardo, como el de una vieja pintura al óleo; una obra maestra ya algo desteñida. Largas franjas de mugre descendían desde los remates, por los esbeltos muros cubiertos de hollín. Muy arriba, en el costado de una torre, se apreciaba una interrupción en la inmóvil claridad que ocupaba la longitud de diez pisos. Un objeto dentado cortaba el cielo sobre

los tejados; era casi una espiral y retenía aún el fulgor del crepúsculo; de la otra mitad se había desprendido mucho tiempo antes la capa de oro, y allí, el resplandor era encarnado y fijo como un reflejo de fuego; pero no un fuego activo, sino moribundo, cual si fuera ya demasiado tarde para apagarlo.

Eddie Willers se dijo que no había nada alarmante en la visión de la ciudad. Ésta tenía su aspecto de siempre.

Continuó su camino, no sin recordar que estaba haciendo tarde a la oficina. No le gustaba la tarea que le esperaba en ella, pero no había más remedio que cumplirla. No intentaba aplazarla, sino que, por el contrario, caminaba más de prisa.

Volvió una esquina. En el estrecho espacio entre las obscuras siluetas de dos edificios, muy semejante al hueco de una puerta, distinguió la página de un gigantesco calendario, suspendido del cielo.

Era el calendario que el alcalde de Nueva York había levantado el año anterior en la cumbre de un edificio, a fin de que los ciudadanos pudieran saber el día en que se hallaban, del mismo modo que se consulta la hora mirando el reloj de una torre. El blanco rectángulo pendía sobre la ciudad, impartiendo la fecha vigente a los transeúntes. Bajo la oxidada claridad de aquella puesta de sol, el rectángulo proclamaba: Septiembre, 2.

Eddie Willers miró hacia otro lado. Nunca le había gustado aquel calendario, que le turbaba de un modo imposible de explicar o definir. Dicho sentimiento parecía mezclarse con el de su propia intranquilidad y poseía una calidad idéntica.

De improviso, recordó que existía cierta frase, cierta cita capaz de explicar lo que el calendario parecía sugerir. Pero no pudo recordarla. Mientras andaba, intentó aferrar las palabras que llevaba en la mente, pero eran como formas vacías, imposibles de Henar y también de suprimir. Miró hacia atrás. El blanco rectángulo seguía en su sitio, sobre los tejados, proclamando con inalterable insistencia: Septiembre, 2.

Eddie Willers dirigió la mirada a la calle; a su carretón de verduras y a la escalera de una casa construida en piedra parda. Vio un montón de doradas y brillantes zanahorias, y también el fresco verdor de las cebollas. Vio una cortina blanca y limpia, estremeciéndose en una ventana abierta. Vio un autobús que doblaba una esquina, expertamente conducido. Preguntóse por qué se sentía más tranquilo, y luego por qué le acometió el repentino e inexplicable deseo de que todas aquellas cosas no permanecieran a la intemperie, sin protección contra el vacío espacio que gravitaba sobre ellas.

Cuando llegó a la Quinta Avenida, se fue fijando en los escaparates de las tiendas ante los que pasaba. No necesitaba ni deseaba comprar nada; pero le complacía ver el despliegue de artículos; artículos de todo género, objetos fabricados por el hombre para ser usados por éste. Le gustaba el aspecto de aquella calle próspera. Pero, de cada cuatro tiendas, una estaba cerrada, con sus escaparates obscuros y vacíos.

No supo por qué recordó de improviso el roble. Nada había podido provocar aquella evocación. Pero, no obstante, se acordó del árbol y de los veranos de su niñez en la finca de los Taggart. Había pasado la mayor parte de su infancia con los hijos de los Taggart y ahora trabajaba para ellos, del mismo modo que su padre y abuelo trabajaron para el padre y el abuelo de aquéllos.

El corpulento roble se levantaba en una altura sobre el Hudson, en cierto paraje solitario de la finca. A los siete años, Eddie Willers gustaba de acercarse al árbol para contemplarlo. Llevaba siglos en el mismo lugar y, a su modo de ver, siempre seguiría allí. Sus raíces se aferraban a la colina como una mano cuyos dedos se hundieran en la tierra, e imaginaba que si un gigante lo cogiera por la copa, no podría desarraigarlo, sino que arrastraría consigo la colina y el resto del mundo, como una pelota colgada de un hilo. En presencia del árbol se sentía seguro; tratábase de algo que nada podía transformar ni amenazar. Siempre constituyó su símbolo más claro de la fuerza.

Pero cierta noche, un rayo cayó sobre el roble. A la mañana siguiente, Eddie lo vio partido por la mitad. Contempló su tronco como quien mira la boca de un negro túnel. Era sólo un caparazón vacío. Su corazón se había podrido muchos años atrás; dentro no había nada, aparte de un polvo fino y gris que el más leve soplo de viento dispersaba. Toda fuerza vital había desaparecido, y la forma que dejó, no pudo sobrevivir sin ella.

Años más tarde, oyó decir que los niños deben ser protegidos de toda impresión y de un conocimiento prematuro de la muerte, el dolor o el miedo. Pero estas cosas nunca le habían inquietado; vivió su impresión más fuerte cuando se hallaba inmóvil contemplando el negro vacío de aquel tronco. Era una inmensa traición; más terrible aún, porque le resultaba imposible comprender su objeto. Éste no era el de conseguir su confianza, sino algo distinto. Permaneció un rato sin hacer ruido y luego regresó a casa. Ni entonces ni más adelante habló de ello a nadie.

Eddie Willers sacudió la cabeza, conforme el zumbar de un mecanismo oxidado, al cambiar la luz de un semáforo, lo detuvo al borde de la acera. Sentíase irritado consigo mismo. No había motivo por el que recordar el roble precisamente aquella noche. Había dejado de significar algo para él y sólo le originaba una leve traza de tristeza; algo en su interior, una gota de congoja, se agitó un instante y desapareció, como un rastro de lluvia en el cristal de una ventana, dejando una leve huella en forma de interrogante.

No quería que ninguna impresión de tristeza turbara sus recuerdos de la infancia. Les tenía un gran aprecio; cualquiera de los días que recordara, le parecía iluminado por una claridad tranquila y atractiva, algunos rayos de la cual llegaban al presente; pero más que rayos, eran aguzados reflejos que prestaban un instante de resplandor a su tarea, a su solitario piso y al escrupuloso progresar de su existencia.

Evocó un día de verano, cuando tenía diez años. En un claro de los bosques, su única y estimada compañera de infancia le contó lo que serian cuando se hicieran mayores. Sus palabras sonaron duras y brillantes como la luz del sol. Escuchó admirado y suspenso. Cuando la niña le preguntó qué quería él ser, repuso sin vacilar: «Lo que esté mejor», y añadió: «Es preciso hacer algo grande… entre los dos». «¿Cómo?», preguntó la niña. Y repuso: «No lo sé. Hay que buscarlo. No basta con lo que has dicho. No basta tener un negocio y ganarse la vida. Hay otras cosas, como vencer en batallas, salvar gente de incendios o trepar a montañas». «¿Para qué?», preguntó su compañera. Y él contestó: «El pastor dijo el domingo pasado que siempre hay que buscar lo mejor de nosotros. ¿Qué crees tú que será lo mejor de nosotros?» «No lo sé.» «Pues hay que averiguarlo.» Ella no contestó; miraba a la distancia, a lo largo de la vía férrea.

Eddie Willers sonrió. Había dicho «lo que esté mejor» veintidós años atrás. A partir de entonces, nunca flaqueó en su empeño. Las demás preguntas se habían borrado de su mente; había vivido demasiado atareado para formulárselas de nuevo. Pero aún seguía opinando que uno ha de hacer lo que considera justo; nunca imaginó que la gente pudiera desear otra cosa; pero así era. El problema seguía pareciéndole sencillo e incomprensible a un tiempo: resultaba sencillo que las cosas fueran justas e incomprensible que no lo fueran. Pero sabía muy bien que sucedía esto último. Pensaba en ello al torcer una esquina y acercarse al gran edificio de la «Taggart Transcontinental».

Era la estructura más alta y arrogante de la calle. Eddie Willers Sonreía siempre al encontrarse ante él. Sus largas hileras de ventanas formaban un conjunto perfecto, en contraste con las de sus vecinos. Sus esbeltas líneas cortaban el cielo, sin esquinas rotas ni aristas desgastadas. Parecía elevarse más allá de los años, sin que nada le afectara. Y a juicio de Eddie Willers, siempre seguiría igual.

Al entrar en el edificio Taggart experimentaba una sensación de alivio y de seguridad. En aquel lugar imperaban la eficiencia y el poder. Los suelos de sus amplias estancias eran espejos de mármol. Los fríos rectángulos de los dispositivos eléctricos brillaban como

focos de sólida luz. Tras las vidrieras de separación, hileras de muchachas estaban sentadas ante sus máquinas de escribir y el tecleteo de éstas sonaba como las ruedas de un tren en plena marcha. A veces, cual un eco, cierto débil estremecimiento recorría las paredes, procedente del subsuelo donde se abrían los túneles de la gran estación-término. De allí salían los trenes para cruzar un continente o se detenían luego de haberlo atravesado. Así venía sucediendo generación tras generación. «Taggart Transcontinental —pensaba Eddie Willers—. De Océano a Océano»; aquel altivo lema publicitario era para él tan contundente y santo como un precepto. De Océano a Océano, para siempre, pensaba devoto, mientras atravesaba los impolutos vestíbulos y penetraba en el corazón del edificio y en el despacho de James Taggart, presidente de la «Taggart Transcontinental».

James Taggart estaba sentado a su escritorio. Tenía aspecto de aproximarse a la cincuentena, pero como si hubiese alcanzado dicha edad sin un período intermedio de juventud. Su boca era pequeña y petulante y su pelo ralo aparecía pegado a una frente despejada. Su actitud demostraba cierto lacio desequilibrio, en contraposición a un cuerpo alto y esbelto, como si junto a la elegancia de líneas y el confiado aplomo del aristócrata, figurase también la torpeza del patán. Su cara era pálida y blanda. Sus ojos, asimismo pálidos y velados, con una mirada que se desplazaba lentamente, sin detenerse nunca, rozando las personas y las cosas, en eterno resentimiento hacia la existencia. Era un hombre obstinado y vacío. Y tenía tan sólo treinta y nueve años.

Al oír cómo se abría la puerta, levantó la cabeza irritado.

—No me molestes. No me molestes. No me molestes —dijo. Eddie Willers se acercó al escritorio.

—Es importante, Jim —repuso sin levantar la voz.

—Bien. Bien. ¿De qué se trata?

Eddie Willers miró el mapa que colgaba de la pared. Los colores del mismo habían ido palideciendo bajo el cristal. A veces se preguntaba cuántos presidentes Taggart se habrían sentado ante él y en el transcurso de cuántos años. El ferrocarril «Taggart Transcontinental», aquella red de líneas encarnadas que cruzaban el descolorido suelo del país desde Nueva York a San Francisco, aparecía como un sistema venoso, como si muchos años atrás la sangre hubiera fluido de la arteria principal y bajo la presión de su propia superabundancia, se hubiese desparramado aquí y allí, cubriendo toda la nación. Un trazo rojo se retorcía desde Cheyenne, Wyoming, hasta El Paso, Tejas. Era la línea Río Norte de la «Taggart Transcontinental». Algunos trazos nuevos habían sido añadidos recientemente y la red encarnada se extendía hacia el Sur, más allá de El Paso; pero cuando su mirada llegó allí, Eddie Willers la apartó rápidamente.

Miró a James Taggart y dijo:

—Se trata de la línea Río Norte. Vio cómo la atención de Taggart se desplazaba hasta uno de los ángulos de la mesa—. Hemos tenido otro accidente.

—Diariamente suceden accidentes ferroviarios. ¿Por qué me molestas por una cosa así?

—Ya sabes a lo que me refiero, Jim. La Río Norte está en muy malas condiciones. Los rieles no sirven. Toda la línea está igual.

—Los pondremos nuevos.

Pero Eddie Willers continuó como si no hubiese oído respuesta alguna.

—La vía está deteriorada. No sacamos nada con intentar que los trenes circulen por ella. Y la gente ha decidido prescindir del servicio.

—No existe en todo el país una sola compañía ferroviaria, o al menos así lo creo, sin unas cuantas líneas secundarias que circulen con déficit. No somos los únicos. Se trata de un defecto de alcance nacional, aunque con carácter transitorio.

Eddie seguía mirándolo en silencio. Lo que más disgustaba a Taggart era su costumbre de mirar a la gente cara a cara. Las pupilas de Eddie eran azules, amplias y de expresión interrogante; tenía el pelo rubio y el rostro cuadrado y sin relieve, exceptuando su aire de escrupulosa atención y de franca y perpetua sorpresa.

—¿Qué deseas? —preguntó Taggart con brusquedad.

—He venido a decirte algo que creo debes saber y que alguien tenía que revelarte.

—¿Que hemos sufrido otro accidente?

—Que no podemos abandonar la línea Río Norte.

James Taggart levantaba muy raras veces la cabeza. AI mirar a la gente, lo hacía bajo sus gruesas cejas desde la base de su amplísima y calva frente.

—¿Quién habla de abandonar la línea Río Norte? —preguntó—. Jamás se ha suscitado semejante cuestión. Lamento que me digas eso. Lo lamento de veras.

—Durante los últimos seis meses no hemos podido cumplir ni una sola vez con el horario. No hemos completado un trayecto sin contrariedades de mayor o menor importancia. Estamos perdiendo todos nuestros clientes regulares, uno tras otro. ¿Cuánto puede durar semejante situación?

—Eres un pesimista, Eddie. Te falta fe. Y eso es lo que más perjudica la moral de una organización.

—¿Quieres decir que nada va a hacerse respecto a la línea Río Norte?

—No he dicho eso. En cuanto tengamos los nuevos rieles…

—Jim, no habrá esos rieles nuevos —dijo Eddie, viendo cómo las cejas de Taggart se levantaban lentamente—. Vengo de la oficina de la «Associated Steel». He hablado con Orren Boyle.

—¿Y qué ha dicho?

—Estuvo parloteando noca y media sin darme una respuesta satisfactoria.

—¿Y para qué has ido a importunarle? Según tengo entendido, el primer pedido de ríeles no debe entregarse hasta dentro de un mes.

—Sí. Pero antes de este aplazamiento tenía que haber sido servido hace tres meses.

—Circunstancias imprevistas que Orren no ha podido evitar.

—Contábamos con ellos medio año atrás. Jim, llevamos esperando trece meses.

—¿Y qué quieres que haga? Yo no dirijo la empresa de Orren Boyle.

—Intento hacerte comprender que no es posible esperar más.

Con expresión entre burlona y cautelosa, Taggart preguntó lentamente:

—¿Qué ha dicho mi hermana?

—No estará de regreso hasta mañana.

—Bien, ¿qué quieres que haga?

—Eso tú has de decidirlo.

—Digas lo que digas, existe algo que no quiero oírte mencionar. Me refiero a la «Rearden Steel».

Eddie no contestó inmediatamente; pero luego, con voz tranquila, convino:

—Como quieras, Jim. No la mencionaré.

—Orren es amigo mío. —No hubo respuesta—. No me gusta tu actitud. Orren Boyle entregará estos rieles en el plazo más corto posible. Pero mientras no los entregue, nadie puede hacernos ningún reproche.

—Jim, ¿de qué estás hablando? ¿No te das cuenta de que la línea Río Norte se desmorona, tanto si nos reprochan algo como si no?

—El público se haría cargo de las circunstancias, no tendría más remedio… si no fuera por la «Phoenix-Durango». —Vio cómo el rostro de Eddie se tensaba—. Nadie se quejó de la línea Río Norte, hasta entrar en escena la «Phoenix-Durango».

—La «Phoenix-Durango» está realizando una tarea admirable.

—¡Imagina! Una cosa llamada «Phoenix-Durango», en competencia con la «Taggart Transcontinental». Hace diez años esta línea sólo servía para el transporte local de leche.

—Pues ahora se ha hecho con la mayor parte del tráfico de mercancías en Arizona, Nuevo Méjico y Colorado. —Taggart no contestó—. Jim, no podemos perder Colorado. Es nuestra última esperanza. La última esperanza de todos. Si no trabajamos de común acuerdo, nos quedaremos sin un solo cliente en ese Estado, en beneficio de la «Phoenix-Durango». Ya hemos perdidosas explotaciones petrolíferas Wyatt.

—No sé por qué todo el mundo ha de estar siempre hablando de los petróleos Wyatt.

—Porque Ellis Wyatt es un prodigio…

—¡Al diablo Ellis Wyatt!

Eddie pensó de repente en aquellas explotaciones. ¿No tendrían algo en común con el sistema venoso del mapa? ¿No eran algo similar a la corriente roja de la «Taggart Transcontinental» extendida por el país de una forma que ahora parecía increíble? Imaginó el petróleo, trazando una corriente negra por todo el continente, a velocidad casi mayor que la de los trenes de la «Phoenix-Durango» encargados de transportarlo. Muchos años atrás, aquel núcleo industrial era sólo una zona rocosa en las montañas de Colorado, abandonada por considerarla exhausta. El padre de Ellis Wyatt había ido viviendo obscuramente hasta el final de sus días, gracias a aquellos pozos moribundos. Pero ahora venía a ser como si alguien hubiera puesto una inyección de adrenalina al corazón de la montaña; éste latía de nuevo y la sangre negra surgía a borbotones de las rocas. «Desde luego es sangre —pensó Eddie Willers—, porque la sangre alimenta y da vida y esto es lo que hace la compañía "Wyatt Oil"» Terrenos vacíos habían cobrado una existencia nueva, brotaron nuevas ciudades y nuevas centrales eléctricas y fábricas, en una región en la que nadie se fijaba al recorrer un mapa con la vista. Eddie pensaba en aquellas nuevas fábricas, fundadas en un tiempo en que los ingresos en concepto de transporte procedentes de las grandes industrias petrolíferas, disminuían lentamente año tras año; en un nuevo y rico campo de explotación en una época en que las bombas extractaras se estaban deteniendo, una tras otra; en un nuevo estado industrial, donde nadie había esperado ver más que ganado y remolachas. Y aquello era obra de un hombre; una obra conseguida en ocho años. Eddie Willers se dijo que ocurría como en las historias leídas en los libros escolares y nunca creídas por completo; historias de hombres que vivieron en los tiempos juveniles del país. Le hubiera gustado conocer a Ellis Wyatt. Se hablaba mucho de él, pero pocos lo trataban. Iba a Nueva York muy raras veces. Se aseguraba que tenía treinta y tres años y un carácter en extremo violento. Había descubierto un método para reactivar pozos petrolíferos exhaustos, y se había aplicado a la tarea con terquedad.

—Ellis Wyatt es un bastardo codicioso, a quien sólo interesa el dinero —opinó James Taggart—. Pero yo creo que en la vida hay cosas más importantes que amasar dinero.

—¿De qué estás hablando, Jim? ¿Qué tiene esto que ver con…?

—Además, nos ha engañado. Servimos a los campos petrolíferos Wyatt durante años y de manera eficaz. En los días del viejo Wyatt, éste utilizaba un tren-tanque por semana.

—Pero ahora no estamos en los días del viejo Wyatt, Jim. La «Phoenix-Durango» utiliza dos trenes-tanque diarios a honorarios fijos.

—Si nos hubiera dado tiempo para crecer al mismo ritmo que él…

—No puede perder tiempo.

—¿Qué espera? ¿Que nos desprendamos de los demás clientes y sacrifiquemos el interés de todo el país para prestarle nuestros trenes?

—No, no. No espera nada de eso. Se limita a hacer contratos con la «Phoenix-Durango».

—Lo considero un rufián destructor y carente de escrúpulos. Un oportunista irresponsable a quien se ha alabado en extremo. —Resultaba asombroso percibir una traza de súbita emoción en la voz incolora de James Taggart—. No estoy seguro de que sus campos petrolíferos constituyan un triunfo tan beneficioso como se supone. A mi modo de ver, ha dislocado la economía del país. Nadie esperaba que Colorado se convirtiera en Estado industrial. ¿Cómo podemos estar seguros ni planear algo, si todo cambia a cada instante?

—¡Cielos! ¡Cielos, Jim! ¡Ese hombre es…!

—Sí. Ya sé. Ya sé que gana mucho dinero. Pero, a mi modo de ver, no es tal el rasero por el que hay que medir el valor de un hombre en la sociedad. Y en cuanto a su petróleo, Wyatt se arrastraría ante nosotros y tendría que esperar su turno con los demás, no solicitando más que el cupo normal de transporte… si no fuera por la «Phoenix-Durango». No podemos impedir que surja una competencia destructiva de este género. Nadie puede recriminarnos nada.

Eddie Willers pensó que la opresión que sentía en el pecho y las sienes era resultado del esfuerzo que estaba realizando; había decidido dejar aquello bien sentado. El asunto era tan claro que nada podía impedir que Taggart lo entendiera, a no ser su fracaso en presentarlo debidamente. Lo había intentado con todas sus fuerzas, pero no conseguía su propósito, igual que en ocasiones anteriores. Dijese lo que dijese, nunca parecían hablar los dos de un mismo tema.

—Jim, ¿qué estás diciendo? ¿Qué importancia tiene el que nadie nos recrimine nada si el ferrocarril se hunde?

James Taggart sonrió con sonrisa leve, divertida y fría.

—Eres conmovedor, Eddie. Es conmovedora tu devoción a la «Taggart Transcontinental». Si no te vigilas, vas a acabar convirtiéndote en una especie de siervo feudal.

—Eso es lo que soy, Jim.

—¿Puedo preguntar si tu tarea consiste en discutir estos asuntos conmigo?

—No. Desde luego que no.

—Entonces, ¿por qué no aprendes de una vez que tenemos departamentos para cada una de estas cosas? ¿Por qué no informas de ello a la persona adecuada? ¿Por qué no te pones a llorar, apoyado en el hombro de mi hermana?

—Escucha, Jim; sé muy bien que no tengo por qué venir a hablar directamente contigo. Pero no puedo comprender lo que sucede. No sé lo que tus consejeros te dirán ni por qué no pueden hacerte comprender esto. Por tal motivo lo he intentado yo.

—Aprecio mucho una amistad que se remonta a los tiempos de nuestra infancia, Eddie, pero ¿crees que ello te autoriza a penetrar aquí sin anunciarte, siempre que lo desees? Considerando tu rango, ¿no deberías tener en cuenta que soy el presidente de la «Taggart Transcontinental»?

Era perder el tiempo. Eddie Willers lo miró como siempre, sin ofenderse, simplemente perplejo, y preguntó:

—Entonces, ¿no vas a hacer nada para variar las condiciones de la línea Río Norte?

—No he dicho eso. No he dicho eso. —Taggart miraba en el mapa el trazo rojo que se extendía al sur de El Paso—. En cuanto las minas San Sebastián empiecen a funcionar y nuestro ramal mejicano dé beneficios…

—No hablemos de eso, Jim.

Taggart se volvió asombrado ante el fenómeno sin precedentes que representaba la expresión colérica de Eddie al pronunciar tales palabras.

—¿A qué viene semejante actitud?

—Lo sabes muy bien. —Tu hermana dijo:…

—¡Al diablo mi hermana! —exclamó James Taggart.

Eddie Willers no se movió ni contestó, sino que permaneció mirando, ante sí, aunque sin ver a James Taggart ni a nada de lo que hubiera en el despacho.

A los pocos momentos saludaba con una inclinación y abandonaba la estancia.

En la antesala, los empleados del equipo personal de James Taggart estaban apagando las luces, disponiéndose a partir, pero Pop Harper, el jefe de los mismos, seguía sentado, manipulando las piezas de una máquina de escribir casi despedazada. En la compañía, todo el mundo tenía la impresión de que Pop Harper había venido al mundo en aquel rincón, en aquel escritorio, sin que nunca intentara apartarse del mismo. Ya era jefe de personal en los tiempos del padre de James Taggart.

Pop Harper miró a Eddie Willers cuando éste salía del despacho. Su mirada fue comprensiva y prolongada; parecía decir que estaba seguro de que la visita de Eddie a aquella zona del edificio significaba complicaciones en ciernes; de que nada se había conseguido con la visita, cosa que, por otra parte, a él le dejaba por completo impasible, con la misma cínica indiferencia que Eddie Willers había observado en las pupilas del pordiosero que lo abordó en la esquina.

—Oye, Eddie, ¿sabes dónde podría comprar camisetas de lana? —preguntó—. He probado en toda la ciudad, pero nadie las tiene.

—No lo sé —respondió Eddie deteniéndose—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Se lo pregunto a todo el mundo. Quizá alguien me informe.

Eddie miró intranquilo aquella cara inexpresiva y flaca, y el pelo blanco de Pop.

—Hace frío en este lugar —dijo Harper—. Y en cuanto llegue el invierno todavía será peor.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Eddie señalando las piezas de la máquina.

—¡Esta maldita se ha vuelto a romper! De nada sirve mandarla a reparar. La última vez tardaron tres meses. Podré componerla yo mismo, aunque por poco tiempo. —Dio con el puño sobre las teclas—. ¡Podrían venderte como chatarra! Tus días están contados.

Eddie se estremeció. Era la frase que tanto se había esforzado en recordar: «Tus días están contados». Pero no le era posible saber ya el motivo de su evocación.

—De nada sirve, Eddie —dijo Pop Harper.

—¿De nada sirve qué?

—Nada. Todo.

—¿Qué le ocurre, Pop?

—No pienso solicitar una nueva máquina de escribir. Ahora las fabrican de hojalata. En cuanto las viejas desaparezcan, habrá terminado la buena época. Esta mañana ha ocurrido un accidente en el metro; los frenos no quisieron funcionar. Deberías irte a casa, Eddie; poner la radio y escuchar una buena orquesta de baile. Olvídate de todo, muchacho. Lo peor de ti es que no tienes ninguna afición concreta. Alguien ha vuelto a robar las bombillas de nuestra escalera. Me duele el pecho. Esta mañana no pude comprar jarabe

contra la tos porque la farmacia de la esquina tuvo que cerrar la semana pasada. El ferrocarril «Texas-Western» dejó de funcionar el mes pasado. Y desde ayer no se circula por el puente de Queensborough porque efectúan reparaciones. Bien ¿qué importa? ¿Quién es John Galt?

* * *

Estaba sentada junto a la ventanilla del vagón, con la cabeza/baja y un pie colocado sobre el asiento vacío de enfrente. El marco de la ventanilla se estremecía con la velocidad de la marcha. El cristal parecía colgado sobre una obscuridad totalmente vacía, en la que unos puntos de luz pasaban veloces de vez en cuando, dejando rastros luminosos.

Su pierna, torneada bajo la brillante presión de la media, formaba una larga y sinuosa línea, terminando en un arqueado empeine, al que seguía la punta de un pie calzado con zapato de tacón alto. Tenía una femenina elegancia, quizá algo fuera de lugar en aquel polvoriento vagón y extrañamente incongruente con el resto de su persona. Llevaba un usado abrigo de piel de camello, que debió ser caro, y en el que envolvía de cualquier modo su cuerpo esbelto y nervioso. El cuello del abrigo estaba levantado tocando la melena castaña que casi rozaba la línea de sus hombros. En su rostro, compuesto de planos angulares, destacaba una boca muy bien dibujada, una boca sensual que mantenía cerrada con inflexible precisión. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del abrigo y su actitud era tensa, como si lamentara la inmovilidad, una actitud muy poco femenina, cual si no tuviera en consideración su propio cuerpo: un cuerpo de mujer.

Estaba sentada escuchando la música; una sinfonía triunfal. Las notas fluían en sentido ascendente cual la esencia y la forma de un movimiento que parecía comprender todo acto humano y todo pensamiento originados por dicha tendencia hacia la altura. Era una explosión de luminosa sonoridad, que surgía de su encierro para desparramarse por doquier. Poseían la excitación de algo recién puesto en libertad y la tensión de quien abriga un propósito firme. Barrían el espacio, no dejando tras sí más que el placer de un esfuerzo carente de oposición. Tan sólo un débil eco dentro de los sonidos hablaba de aquello a que la música había escapado; pero cual si riese ante el descubrimiento de que no existían frialdad o dolor ni nunca tuvieran que existir. Era el canto de una inmensa liberación.,

«Por unos instantes —pensaba la joven —y reentras esto dure, es lícito rendirse por completo… olvidarlo todo; limitarse a sentir. Hay que abandonar toda sujeción.»

En algún rincón de su mente, bajo la música, percibía el sonido de las ruedas del tren, que golpeaban a ritmo regular, acentuando el cuarto golpe, cual si hicieran hincapié a un propósito bien definido. Oyendo las ruedas, descansaba mejor. Escuchó la sinfonía, pensando: «Por esto las ruedas han de seguir volteando y por esto prosiguen su marcha».

Había escuchado la sinfonía con anterioridad y sabía que estaba escrita por Richard Halley. Reconoció su violenta y magnífica intensidad; el estilo de su tema. Era una melodía compleja y clara, en unos tiempos en que ya nadie escribía melodías así… Contempló el techo del vagón, pero sin verlo; se había olvidado de dónde estaba. No sabía si escuchaba una orquesta sinfónica en plena ejecución o sólo el tema; quizá la orquestación reverberaba simplemente en su espíritu.

Pensó que los ecos preliminares de aquel tema informaban la obra de Richard Halley a través de los años de su larga lucha, hasta el día en que, teniendo ya una edad algo avanzada, la fama lo favoreció de improviso para anularlo después totalmente. Mientras escuchaba la sinfonía pensó que tal había sido el objetivo de su lucha. Recordaba en su música tentativas veladas, frases prometedoras, fragmentos rotos de melodía que se

iniciaban, pero sin alcanzar nunca el final; cuando Richard Halley escribió aquello… se incorporó en su asiento. Pero ¿cuándo había escrito aquello Richard Halley?

De improviso, comprendió dónde se hallaba y por vez primera se preguntó de dónde procedía la música.

A unos pasos de distancia, al final del vagón, un empleado estaba pulsando los mandos del acondicionamiento de aire. Era rubio y joven, y silbaba el tema de la sinfonía. Comprendió que llevaba silbando algún tiempo y que era aquella música la que había escuchado.

Lo miró unos momentos, incrédula, antes de levantar la voz para preguntarle:

—¿Tiene la bondad de decirme qué silbaba?

El joven se volvió hacia ella, mirándola de frente. Percibió su abierta y afable sonrisa, cual si compartiera una confidencia con algún amigo. Le gustó aquel rostro. Sus líneas eran firmes y compactas y no tenía ese aspecto fláccido de quien elude la responsabilidad de una forma concreta, defecto que había aprendido a observar en los rostros de tantas personas.

—Es el Concierto de Halley —respondió sonriente.

—¿Cuál de ellos?

—El quinto.

Dejó pasar unos momentos antes de pronunciar lenta y cuidadosamente:

—Richard Halley sólo escribió cuatro conciertos.

La sonrisa del joven se esfumó. Era como si, de pronto, hubiese vuelto a la realidad, del mismo modo que le había ocurrido a ella unos minutos antes; cual si un postigo se hubiera cerrado de golpe, no quedando más que un rostro sin expresión, impersonal, indiferente y vacio.

—Sí, desde luego —contestó—. He sufrido un error.

—Entonces ¿qué era eso?

—Algo que oí en algún sitio.

—Pero ¿qué?

—No lo sé.

—¿Dónde lo oyó?

—No me acuerdo.

Hizo una pausa, sin saber qué decir. El muchacho empezaba a alejarse de ella, sin mayor interés.

—Sonaba como un tema de Halley —indicó—. Pero conozco cada una de las notas escritas por éste y sé que ésas no son suyas.

El rostro del empleado seguía inexpresivo; tan sólo se pintaba en él una traza de atención en el momento de volverse y preguntar:

—¿Le gusta la música de Richard Halley?

—Si —contestó la joven—. Me gusta mucho.

La estuvo examinando unos momentos, como si vacilara, pero luego se volvió, alejándose definitivamente. Ella observó la experta eficacia de sus movimientos, conforme continuaba su trabajo en silencio.

Llevaba dos noches sin dormir, pero no podía permitirse el descanso. Tenía demasiados problemas que solucionar y escaso tiempo para ello; el tren llegaría a Nueva York a primeras horas de la mañana. Necesitaba aquel breve intervalo, pero aun así deseaba que el tren corriera más, no obstante ser el «Taggart Comet», el más rápido de todo el país.

Intentó pensar, pero la música seguía sonando en algún lugar de su mente y continuó escuchándola como algo implacable que no pudiera ser detenido… Sacudió la cabeza impaciente, se quitó el sombrero y encendió un cigarrillo.

No dormiría; podría resistir hasta el día siguiente por la noche…

Las ruedas del tren traqueteaban a ritmo acentuado. Estaba tan acostumbrada al mismo, que no lo oía conscientemente, aunque le produjera cierto sentimiento de paz interior… Cuando hubo apagado el cigarrillo, comprendió que necesitaba otro, pero se dijo que era mejor concederse un minuto, o quizá varios, antes de encenderlo…

Se había dormido y despertó con un sobresalto, comprendiendo que algo no andaba bien, antes de saber qué era. Las ruedas se habían detenido y el vagón permanecía mudo y obscuro, bajo la claridad azul de las lámparas nocturnas. Miró su reloj; no existía motivo alguno para aquella parada. Miró también por la ventanilla; el tren estaba inmóvil en mitad de unos campos desiertos.

Oyó cómo alguien se movía en su asiento al otro lado del pasillo y preguntaba:

—¿Cuánto va a durar esta parada? Una voz de hombre contestó indiferente:

—Cosa de una hora.

La miró, soñoliento y asombrado, porque ella se había puesto en pie de un salto, echando a correr hacia la puerta.

Fuera soplaba un viento frío, y una franja de tierra despoblada destacaba bajo el cielo vacío. Oyó susurro de hierbas moviéndose en la obscuridad. Hacia delante distinguió varías figuras de hombres junto a la máquina, y sobre ellos, muy destacada cual si colgase del cielo, la roja luz de una señal.

Se acercó rápidamente, recorriendo la inmóvil línea de ruedas. Pero nadie le prestó atención. Los maquinistas y unos cuantos pasajeros formaban apretado grupo, bajo la roja luz. Habían cesado de hablar y parecían esperar algo, en medio de una plácida indiferencia.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

El maquinista jefe se volvió sorprendido. Su pregunta había sonado como una orden, no como la muestra de interés de un pasajero curioso. La joven permanecía con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo levantado, mientras el viento lanzaba a su rostro mechones de pelo.

—Tenemos luz roja, señorita —contestó el aludido, señalando con el pulgar.

—¿Cuánto lleva encendida?

—Una hora.

—No vamos por la vía principal, ¿verdad?

—En efecto. —¿Por qué?

—No lo sé.

El jefe del tren intervino.

—No creo que circular por una línea secundaría nos beneficie en absoluto. Esa desviación no ha demostrado ser eficaz, y esto tampoco marcha como es debido —añadió señalando con la cabeza la luz roja—. A mi modo de ver, la señal no va a cambiar. Con toda probabilidad el mecanismo está averiado.

—¿Qué piensa hacer?

—Esperar a que cambie.

Mientras la joven hacía una pausa, dominada por la alarma y la cólera, el fogonero se rió por lo bajo.

—La semana pasada, el especial de la «Atlantic Southern» se metió por un tramo secundario hacia su izquierda, permaneciendo allí dos horas, a causa de un error.

—Pero éste es el «Taggart Comet» —indicó la joven—. Y el «Comet» nunca ha llegado con retraso.

—Es el único que no lo ha hecho aún —repuso el maquinista.

—Siempre existe una «primera vez» para todo —indicó el fogonero.

—Usted no entiende de trenes, señorita —intervino un pasajero—. No hay en todo el país un sistema de señales o un jefe de horarios que valga un centavo.

Ella no se volvió hacia aquel hombre ni se dio cuenta de su presencia, sino que dirigióse al maquinista.

—Si sabe usted que la señal está rota ¿qué piensa hacer?

Al aludido no le gustó su tono autoritario ni pudo comprender por qué lo asumía de manera tan natural. Tenía aspecto de ser muy joven; tan sólo su boca y sus ojos demostraban que había cumplido ya los treinta años. Sus pupilas gris obscuro miraban de manera directa y turbadora, como si perforasen las cosas, desechando todo aquello que no tuviera interés para ella. El rostro le pareció ligeramente familiar, pero no pudo recordar dónde lo había visto.

—Señorita —dijo—, no quiero intervenir en lo que no me importa.

—Lo que equivale a decir —le apoyó el fogonero —que nuestra tarea se limita a esperar órdenes.

—Su tarea consiste en hacer funcionar este tren.

—De acuerdo; pero no cuando tenemos luz roja. Si ésta indica pararse, lo hacemos y basta.

—La luz roja significa peligro, señorita —explicó el pasajero…

—No queremos correr riesgos —intervino a su vez el maquinista—. Quienquiera que sea el responsable, nos echará la culpa si pasamos de aquí. No pensamos hacerlo hasta que alguien nos lo ordene.

—¿Y si nadie lo ordena?

—Recibiremos noticias más tarde o más temprano.

—¿Cuánto tiempo piensan aguardar?

—¿Quién es John Galt? —preguntó el maquinista encogiéndose de hombros.

—Quiere decir —terció el fogonero —que es tontería hacer preguntas que nadie puede responder.

Ella miró la luz roja y los rieles, que se perdían en la negra e implacable distancia.

—Continúen con precaución hasta la señal siguiente. Si ésta funciona, sigan hasta la línea principal. Una vez en ella, deténganse en la primera estación cuya oficina esté abierta.

—¡Ah, sí! ¿Y quién lo dice?

—Yo.

—¿Quién es usted?

La joven incurrió en una pausa brevísima, un momento de asombro ante aquella pregunta que no había esperado; pero el maquinista se acercó a mirarla con más atención y en el momento en que le contestaba, murmuró asombrado:

—¡Cielos!

Ella contestó sin ofenderse, simplemente como quien no escucha con frecuencia una pregunta así:

—Dagny Taggart.

—Bueno. Yo… —empezó el fogonero. Los demás guardaron silencio.

Con el mismo tono de natural autoridad, la joven continuó:

—Sigan hasta la vía principal y detengan el tren en la primera oficina ferroviaria que esté abierta.

—Sí, Miss Taggart.

—Deberá recuperar el tiempo perdido. Pero tenemos toda la noche por delante. El «Comet» ha de llegar a la hora fijada.

—Sí, Miss Taggart.

Se volvía para marcharse, cuando el maquinista preguntó;

—Si se produce alguna complicación ¿acepta la responsabilidad de la misma?

—Sí. La acepto.

El jefe de tren la siguió, cuando regresaba a su vagón.

—Pero… ¿viaja usted en un coche diurno, Miss Taggart? —preguntóle muy sorprendido —. ¿Cómo es posible? ¿Por qué no nos hizo saber su presencia?

Ella se rió ligeramente.

—No tuve tiempo para nada. Mi vagón fue enganchado al número 22 a la salida de Chicago, pero bajé en Cleveland, porque iba con retraso. Así es que lo dejé partir y cuando llegó el «Comet» lo tomé. En él no había disponible ningún coche cama.

El jefe de tren movió la cabeza.

—Su hermano no habría obrado así.

—No, desde luego —admitió ella riendo.

Entre el grupo de hombres reunidos junto a la máquina se encontraba el joven encargado de los frenos. Señalándola, quiso saber:

—¿Quién es?

—La que dirige la «Taggart Transcontinental» —respondió el maquinista; el respeto que expresaba su voz era sincero—. La vicepresidenta encargada de la Sección de Operaciones.

Cuando el tren arrancó con una sacudida y su penetrante silbido se desvaneció sobre los campos, Dagny, sentada junto a la ventana, encendió otro cigarrillo. Pensaba: «Todo se viene abajo en el país. El hundimiento definitivo puede producirse en cualquier momento». Pero no experimentaba cólera ni ansiedad; no tenía tiempo para ello.

Era un problema más que resolver junto a los otros ya existentes. Sabía que el superintendente de la División de Ohio no era hombre adecuado, pero tenía amistad con James Taggart. Algún tiempo atrás no insistió en que lo despidieran, porque no había otro mejor para substituirlo. ¡Resultaba tan difícil encontrar gente adecuada! Pero ahora se dijo que era preciso librarse de él y ofrecer el puesto a Owen Kellogg, el joven ingeniero que tan brillante tarea estaba desempeñando en calidad de ayudante del director de la estación término en Nueva York. En realidad era Owen Kellogg quien dirigía dicho Terminal. Llevaba algún tiempo observando su trabajo; siempre anduvo buscando gente que demostrara lucidez y competencia, del mismo modo que un buscador de diamantes examina terrenos poco prometedores. Kellogg era aún demasiado joven para ser nombrado superintendente de una División. Se había propuesto darle otro año de margen, pero no podía esperar. En cuanto regresara, hablaría con él.

La franja de terreno apenas visible por la ventanilla, discurría ahora veloz, formando una corriente gris. Entre las secas frases y los cálculos que agobiaban su mente, notó que aún le quedaba tiempo para sentir algo más: el duro y excitante placer de la acción.

* * *

Dagny Taggart se irguió en su asiento al notar la primera y silbante corriente de aire cuando el «Comet» se hundió en los túneles de la estación término bajo la ciudad de Nueva York. Siempre notaba el momento en que el tren se metía bajo tierra. Producíale un sentimiento de ansiedad, de esperanza y de secreta emoción; algo así como si la existencia fuese una fotografía de cosas informes, marcadas con colores defectuosos y, en cambio, aquello apareciera como un croquis realizado con unos cuantos duros trazos limpios, concretos y dignos de atención.

Miró los túneles mientras pasaban a lado y lado; desnudas paredes de cemento, una red de cañerías y de alambres, una madeja de rieles que se metían por negros agujeros en los que luces verdes y rojas colgaban como distantes gotas de color. Nada más. Nada que distrajera la atención. Podíase admirar plenamente la desnudez intencionada del ingeniero profesional, autor de todo aquello. Pensó en el edificio Taggart que se levantaba sobre su cabeza apuntando hacia el cielo y pensó: «He aquí las raíces del mismo; raíces huecas, que se retuercen bajo el suelo, alimentando la ciudad».

Cuando el tren se detuvo, cuando saltó del mismo y notó la dureza del cemento bajo sus pies, se sintió ligera, animosa y dispuesta a la acción. Empezó a caminar de prisa, como si la viveza de sus pasos pudiera dar forma a todo cuanto sentía. Transcurrieron unos momentos antes de darse cuenta de que estaba silbando una tonada; el tema del Concierto número Cinco de Halley.

Notó la mirada de alguien y se volvió. El joven encargado de los frenos la contemplaba con gran interés.

* * *

Se había sentado sobre el brazo del enorme sillón, frente al escritorio de James Taggart. Bajo el abrigo desabrochado se mostraba el arrugado vestido de viaje. Al otro lado del aposento, Eddie Willers tomaba alguna que otra nota. Su cargo era el de ayudante especial del vicepresidente de la Sección de Operaciones y su tarea consistía en proteger a Dagny Taggart contra toda pérdida de tiempo. Ella le había rogado que estuviera siempre presente en entrevistas de aquel género, porque así no tenía luego que explicarle lo ocurrido en las mismas. James Taggart estaba sentado a su mesa escritorio, con la cabeza hundida entre los hombros.

—La línea Río Norte es un montón de chatarra de un extremo a otro —empezó la joven —. Mucho peor de lo que había imaginado. Hemos de salvarla.

—Desde luego —concedió James Taggart.

—Parte de los rieles pueden utilizarse; pero no muchos ni por demasiado tiempo. Tendremos que poner rieles nuevos en las secciones montañosas, empezando por Colorado. Llegarán en un plazo de dos meses.

—Orren Boyle dijo que…

—He pedido ese material a la «Rearden Steel».

El ahogado rumor que produjo Eddie Willers no fue más que el producto de un deseo contenido de gritar.

James Taggart no contestó en seguida.

—Dagny —dijo por fin, con aire desenvuelto—, ¿por qué no te sientas correctamente en el sillón? Nadie celebra conferencias en semejante actitud.

—Pues yo sí.

Esperó, y él preguntó de nuevo, evitando su mirada:

—¿Dices que has pedido esos rieles a Rearden?

—Ayer por la noche. Telefoneé desde Cleveland.

—La junta directiva no lo ha autorizado. Ni yo tampoco. No me consultaste.

Ella alargó la mano, tomó el receptor de un teléfono y se lo entregó.

—Llama a Rearden y cancela el pedido —propuso secamente. James Taggart se hizo hacia atrás en su sillón.

—No he dicho tal cosa —respondió irritado—. No he dicho tal cosa.

—Entonces ¿sigue en pie la propuesta?

—Tampoco he dicho eso. Ella se volvió.

—Eddie, manda preparar el contrato con la «Rearden Steel». Jim lo firmará. —Sacó del bolsillo una arrugada hoja de papel y la alargó a Eddie —Aquí están las cifras y condiciones.

—Pero la junta no ha… —empezó Taggart.

—La junta no tiene nada que ver con esto. Te autorizaron a comprar los rieles hace trece meses. Pero no concretaron a qué empresa.

—No creo adecuado tomar una decisión así, sin antes dar a la junta una oportunidad para expresar su parecer. Tampoco veo por qué he de aceptar semejante responsabilidad.

—La acepto yo.

—¿Y qué hay de los gastos que…?

—Rearden cobra menos que la «Orren Boyle's Associated Steel».

—Bien, pero ¿y Orren Boyle?

—He cancelado el contrato. Podíamos haberlo hecho hace seis meses.

—¿Cuándo lo cancelaste?

—Ayer.

—No me ha llamado para que confirmara esa medida.

—Ni lo hará.

Taggart tenía la vista fija en su mesa. Dagny se preguntó por qué lamentaba la necesidad de entrar en tratos con Rearden y por qué este resentimiento adoptaba un tono tan evasivo y extraño. La «Rearden Steel» había sido principal proveedora de la «Taggart Transcontinental» en un período de diez años, desde que el primer alto horno de dicha compañía fue encendido, en los tiempos en que su padre era presidente de la empresa ferroviaria. Durante dichos diez años, la mayoría de sus ríeles llegaron de la «Rearden Steel». No existían en el país muchas fundiciones que entregaran el material a su debido tiempo y en las condiciones concertadas. Pero la «Rearden Steel» sabía cumplir sus compromisos. Dagny pensó que, aunque fuera una insensatez, debía llegar a la conclusión de que su hermano aborrecía tener tratos con Rearden porque éste realizaba su tarea con superlativa eficacia. Pero no quiso pensarlo así, porque a su modo de ver dicho sentimiento no se encontraba comprendido dentro de los límites de lo humanamente posible.

—No me parece bien —opinó James Taggart.

—¿A qué te refieres?

—A que siempre hacemos nuestros pedidos a Rearden. Creo que deberíamos ofrecer una oportunidad también a otros. Rearden no nos necesita; es una compañía importante. Hay que ayudar a las pequeñas; de lo contrario, lo que haremos será fomentar un monopolio.

—No digas tonterías, Jim.

—¿Por qué hemos de comprarlo todo a Rearden?

—Porque es la única manera de conseguirlo.

—No me gusta Henry Rearden.

—A mí, sí. De todos modos ¿qué importa que nos guste o no? Necesitamos rieles y él es el único que puede proporcionárnoslos.

—El elemento humano también resulta importante, y tú no pareces concederle la menor atención.

—Estamos hablando de salvar un ferrocarril, Jim.

—Sí. ¡Claro! ¡Claro! Pero insisto en que no tienes en cuenta el elemento humano.

—No. No lo tengo.

—Si pasamos a Rearden un pedido tan importante para rieles de acero…

—No serán de acero, sino de «metal Rearden».

Siempre había evitado toda reacción personal, pero se vio obligada a quebrantar dicha regla al ver la expresión que se pintaba en el rostro de Taggart. Se echó a reír.

El metal Rearden era una nueva aleación, producida por Rearden luego de diez años de experimentos, e introducida recientemente en el mercado. Pero la compañía no había recibido pedidos del mismo ni encontrado clientes.

Taggart no pudo comprender la transición entre la risa y el nuevo tono adoptado por Dagny, cuya voz sonaba ahora dura y fría.

—¡Cállate, Jim! Sé lo que vas a decir, palabra por palabra: que nadie lo ha usado hasta ahora; que nadie da su aprobación a ese metal; que nadie se siente interesado por él; que nadie lo quiere. Pues bien, aun así, nuestros rieles estarán fabricados con metal Rearden.

—Pero… —empezó Taggart—. En efecto… ¡Nadie lo ha utilizado aún! Observó satisfecho que su cólera había obligado a callar a Dagny. Le gustaba observar las emociones ajenas; eran como rojos faroles colgados a lo largo de la obscura y desconocida personalidad del interlocutor, marcando sus puntos vulnerables. Pero experimentar emociones al hablar de una aleación metálica le resultaba por completo incomprensible, y por tal causa, no pudo hacer ningún uso de su descubrimiento.

—Las más altas autoridades metalúrgicas —dijo —parecen bastante escépticas acerca de ese metal Rearden…

—No hables de eso, Jim.

—Bueno ¿qué opiniones merecen tu aprobación?

—Yo no pido opiniones.

—¿Qué te has propuesto?

—Usar sólo el sentido común.

—¿El sentido común de quién?

—El mío.

—¿A quién has consultado acerca de todo esto?

—A nadie.

—Entonces ¿qué diablos sabes de ese metal Rearden?

—Que es lo mejor que ha salido jamás al mercado.

—¿Por qué motivo?

—Por ser más duro y resistente que el acero, más barato que éste y de mayor duración que cualquier otro metal en existencia.

—¿Quién lo ha dicho?

—Jim, estudié ingeniería en la» Universidad. Y cuando veo una cosa, sé apreciarla en lo que vale.

—¿Y qué has visto en ese metal?

—Me basta su fórmula y las pruebas que he presenciado.

—Si fuera bueno, alguien lo utilizaría, cosa que no ocurre. —Al ver su reacción colérica, continuó nervioso—: ¿Cómo puedes saber que es bueno? ¿Cómo puedes estar tan segura? ¿Cómo te atreves a decidir?

Alguien ha de decidirse, Jim.

—No sé por qué hemos de ser los primeros. De veras no lo comprendo.

—¿Quieres o no quieres salvar la línea Río Norte? ÉI410 contestó.

—Si las condiciones lo permitiesen, levantaría hasta el menor fragmento de riel de toda la red y lo reemplazaría por metal Rearden. Necesita ser substituido por completo. No durara ya mucho. Pero no podemos. Ahora bien: hay que salir del atolladero como sea. ¿Quieres que lo intentemos o no?

—Seguimos siendo la mejor red ferroviaria del país. Los demás lo pasan mucho peor.

—¿Prefieres que permanezcamos hundidos?

—¡Yo no he dicho tal cosa! ¿Por qué exageras tanto tus simplificaciones? Estás preocupada por el dinero, y por otra parte hablas de gastarlo en la línea Río Norte, cuando la «Phoenix-Durango» nos ha arrebatado nuestra clientela de allí. ¿A qué invertir capital si carecemos de protección contra un competidor que inutilizará todas las inversiones?

—La «Phoenix-Durango» es una excelente compañía, pero yo intento que la línea Río Norte sea todavía mejor. Voy a derrotar a la «Phoenix-Durango» si es necesario… aunque no lo creo así, porque hay espacio para dos o tres ferrocarriles prósperos en Colorado. Hipotecaré todo el sistema a fin de construir un ramal hacia cualquier distrito, en los alrededores de la empresa de Ellis Wyatt.

—Estoy cansado de oír hablar de Ellis Wyatt.

No le gustó el modo en que sus ojos se posaron en él y permaneció inmóvil, mirándola.

—No comprendo la necesidad de una acción inmediata —expresó con aire ofendido—. ¿Quieres decirme qué consideras tan alarmante en la presente situación de la «Taggart Transcontinental»?

—Las consecuencias de tu política, Jim. —¿Qué política?

—Esos trece meses de experimentos con la «Associated Steel», por un lado. Tu catástrofe mejicana por otro.

—La junta aprobó el contrato con la «Associated Steel» —contestó él vivamente—. Votó para tender la línea de San Sebastián. No veo dónde está la catástrofe.

—En que el gobierno mejicano va a nacionalizar tu línea de un momento a otro.

—¡Eso es mentira! —casi gritó—. ¡Rumores carentes de sentido! Sé de muy buena tinta que…

—No demuestres que sientes miedo, Jim —le dijo ella, desdeñosa. No contestó.

—De nada sirve dejarse llevar por el pánico —continuó—. Todo cuanto podemos hacer es intentar parar el golpe. Cuarenta millones de dólares representan una pérdida de la que no podremos rehacernos fácilmente. Pero la «Taggart Transcontinental» ha resistido embates similares en el pasado, y yo me encargaré de que resista también éste.

—Rehuso considerar… rehuso considerar la posibilidad de que la línea San Sebastián sea nacionalizada.

—Bien. No la consideres.

Guardó silencio, mientras él añadía, poniéndose a la defensiva:

—No comprendo tu empeño en dar una posibilidad a Ellis Wyatt mientras, por otra parte, consideras erróneo participar en el desarrollo de un país pobre, carente de oportunidades.

—Ellis Wyatt no pide a nadie que le dé ventajas. Tampoco tengo mis negocios para ofrecer a nadie tales ventajas. Dirijo un ferrocarril.

—Se trata de un punto de vista muy mezquino. No veo por qué hemos de ayudar a un hombre, en vez de a toda una nación.

—No tengo interés en ayudar a nadie. Tan sólo quiero ganar dinero.

—Una actitud muy poco práctica. El afán desmedido de obtener beneficios es cosa del pasado. Se ha aceptado de un modo general que los intereses de la sociedad han de ser colocados en lugar preponderante, dentro de cualquier empresa que…

—¿Cuánto tiempo pretendes hablar con el fin de evadir el asunto que estamos debatiendo, Jim?

—¿A qué asunto te refieres?

—Al pedido de metal Rearden.

Él no contestó. Permanecía sentado, estudiándola en silencio. Su cuerpo esbelto, a punto de ceder ante el cansancio, se mantenía erguido, con los hombros firmes gracias a un consciente esfuerzo de su voluntad. La cara de aquella mujer resultaba simpática a muy poca gente; era demasiado fría y su mirada excesivamente intensa; nada podía conferirle el encanto de un poco de suavidad. Sus hermosas piernas, que descendían desde el brazo del sillón quedando situadas en el centro visual de Jim, molestaban a éste; estropeaban el resto de sus cálculos.

Ella permaneció en silencio, obligándole por fin a preguntar:

—¿Decidiste hacer el pedido cediendo a un impulso momentáneo y utilizando el teléfono?

—Lo decidí hace seis meses. Sólo esperaba que Hank Rearden estuviera dispuesto a empezar la producción.

—No le llames Hank Rearden. Es vulgar.

—Pues así lo llama todo el mundo. Y no te apartes del tema.

—¿Por qué tuviste que telefonearle anoche?

—Porque no pude ponerme antes en contacto con él.

—¿Por qué no esperaste a regresar a Nueva York y…?

—Porque he visto la línea Río Norte.

—Bueno. Necesito tiempo para pensarlo; para presentar este asunto a la junta; para consultar a los mejores…

—No hay tiempo.

—No me has dado siquiera la oportunidad de formarme una opinión.

—Me importa muy poco tu opinión. No pienso discutir contigo, ni con tu junta ni con tus profesores. Debes decidirte y lo harás ahora mismo. Di simplemente si o no.

—Es un modo descabellado, violento y arbitrario de…

—¿Sí o no?

—Lo malo de ti es que siempre exiges un sí o un no. Pero nada suele ser tan terminante. Nada tiene un carácter absoluto.

—Los rieles, sí. Y también que los consigamos o no. Esperó, pero él guardó silencio.

—Bueno ¿qué decides? —preguntó.

—¿Aceptas la responsabilidad de todo ello?

—Sí.

—Pues entonces, adelante —dijo Jim. Y añadió—. Pero a tu propio riesgo. No cancelaré el contrato, pero no pienso comprometerme respecto a lo que diga ante la junta.

—Puedes decir lo que quieras.

Se levantó, dispuesta a retirarse. Él se inclinó por encima de la mesa, reacio a dar por terminada la entrevista de una manera tan tajante.

—Te habrás dado cuenta de que llevar esto a cabo exigirá inacabables gestiones —dijo con expresión ligeramente esperanzada—. No es tan fácil como imaginas.

—Desde luego —asintió Dagny—. Te mandaré un informe detallado, que Eddie preparará y que tú no leerás. Eddie ayudará a poner las cosas en marcha. Esta noche me voy a Filadelfia para ver a Rearden. Él y yo tenemos mucho que hacer —añadió—: Pero la cosa es sencilla, Jim.

Se volvió para retirarse, cuando él habló de nuevo. Y esta vez sus palabras tuvieron un tono impertinente de verdad.

—Todo te sale bien. Tienes suerte. Otros no podrían hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Hay también seres humanos, dotados de sensibilidad, que no pueden dedicar su vida entera a los metales y las máquinas. Tú tienes suerte… porque careces de sentimientos. Porque nunca experimentaste ninguna emoción.

AJ mirarlo, sus ojos de un gris obscuro pasaron lentamente, del asombro a la inmovilidad, y luego a una extraña expresión que hubiera parecido de cansancio de no ser porque parecía reflejar algo situado más allá de la tensión de aquel momento.

—No, Jim —concedió con calma—. Creo que nunca he sentido nada. Eddie Willers la siguió, al salir del despacho. Cada vez que ella volvía a Nueva York, tenía la sensación de que el mundo era más claro, sencillo y fácil de manejar. Olvidaba sus momentos de temor. Era el único a quien parecía completamente natural que ella fuera vicepresidente de la Sección de Operaciones de una gran compañía ferroviaria, aun cuando perteneciese al sexo femenino. Cuando tenía diez años le había asegurado que alguna vez dirigiría la empresa. No le sorprendía que lo hiciese, del mismo modo que no le sorprendió su proyecto en aquella ocasión, hallándose en un claro de los bosques.

Cuando entraron en el despacho de Dagny y una vez ésta se hubo sentado a su mesa y echado una mirada a los informes que dejara sobre ella, sintió la misma sensación que cuando el motor de su coche arrancaba y las ruedas se ponían en movimiento.

Estaba a punto de salir del despacho, cuando se acordó de algo.

—Owen Kellogg, de la División Terminal, me ha rogado que concierte una entrevista contigo —le dijo.

Ella levantó la vista, asombrada.

—¡Qué raro! Pensaba enviar en su busca. Dile que venga. Quiero verle.

Pero antes —añadió súbitamente —voy a pedir comunicación con Ayers, de la «Ayers Music Publishtng Company».

—¿La «Music Publishing Company»? —repitió él, incrédulo.

—Sí. Deseo preguntar algo.

Cuando la voz de míster Ayers, cortésmente atenta, preguntó en qué podía servirla, ella repuso:

—¿Podría usted decirme si Richard Halley ha escrito un nuevo concierto para piano, el quinto?

—¿Un quinto concierto, Miss Taggart? No, no. Nada de eso.

—¿Está seguro?

—Totalmente, Miss Taggart. Lleva ocho años sin escribir nada.

—¿Vive aún?

—Sí, sí… aunque no podría asegurarlo terminantemente porque lleva mucho tiempo apartado de toda actividad pública… Pero si hubiera muerto creo que lo sabríamos.

—Si escribiera algo ¿se enteraría usted?

—¡Claro! Seríamos los primeros en enterarnos. Hemos publicado todas sus obras. Pero ha dejado de componer.

—Bien. Gracias.

Cuando Owen Kellogg entró en su despacho, lo miró satisfecha. Se alegraba de comprobar que no había errado en su vago recuerdo de aquel hombre; su cara tenía la misma calidad que la del joven encargado de los frenos del tren; era el rostro de un hombre con el que podían tenerse tratos.

—Siéntese, míster Kellogg —le dijo, pero él permaneció en pie, frente a la mesa.

—Usted me rogó en cierta ocasión que le hiciera saber si alguna vez decidía cambiar de empleo, Miss Taggart —dijo—. Pues bien; he venido a comunicarle que me marcho.

Hubiera esperado cualquier cosa menos semejante comunicación; tardó un momento en reponerse y preguntar con calma:

—¿Por qué?

—Por un motivo personal.

—¿No se halla a gusto aquí?

—No.

—¿Ha recibido una oferta mejor?

—No.

. —¿A qué compañía piensa irse?

—No pienso irme a ninguna compañía ferroviaria, Miss Taggart.

—Entonces, ¿cuál va a ser su trabajo?

—No lo he decidido aún.

Lo observó, ligeramente nerviosa. No había en su cara expresión de hostilidad; la miraba frente a frente y contestaba de manera directa y sencilla, como quien nada tiene que ocultar ni que mostrar; su actitud era cortés y vacía de sentimientos.

—Entonces ¿por qué desea marcharse?

—Se trata de un asunto personal.

—¿Está enfermo? ¿Es cuestión de salud?

—No.

—¿Se va de la ciudad?

—No.

—¿Ha heredado algún dinero que le permita retirarse?

—No.

—¿Tendrá que seguir trabajando para ganarse la vida?

—Sí.

—¿Y no quiere continuar en la «Taggart Transcontinental»?

—No.

—En este caso, algo debe haber sucedido que le impela a semejante decisión. ¿Qué es?

—Nada, Miss Taggart.

—Quisiera que me lo confiara. Tengo motivos para rogárselo.

—¿Está dispuesta a creerme sincero, Miss Taggart?

—Sí.

—Pues bien, nadie, ni ningún hecho relacionado con mi trabajo aquí, ha influido en esta decisión.

—¿No tiene ninguna queja específica contra la «Taggart Transcontinental»?

—Ninguna.

—Entonces, creo que deberá reflexionarlo luego de oír la oferta que pienso hacerle.

—Lo siento, Miss Taggart. Imposible.

—¿Me permite exponerle lo que he pensado?

—Sí. Si lo desea.

—¿Me creerá si le aseguro que había decidido confiarle un nuevo puesto antes de que usted solicitara verme? Quiero que quede esto bien claro.

—Siempre he creído cuanto me ha dicho, Miss Taggart.

—Se trata del cargo de superintendente de la División de Ohio. Es suyo si lo desea.

La cara de Kellogg no mostró reacción alguna, como si aquellas palabras no tuvieran para él más significado que para un salvaje que nunca hubiera oído hablar de ferrocarriles.

—No quiero ese puesto, Miss Taggart —contestó. Transcurridos unos momentos, ella dijo con voz tensa:

—Escriba sus condiciones, Kellogg. Ponga su precio. Quiero que se quede. Puedo igualar lo que le ofrezca cualquier otra compañía.

—No pienso trabajar en ninguna otra compañía ferroviaria.

—Tenía entendido que le gustaba mucho su tarea.

Fue entonces cuando se produjo en él el primer síntoma de emoción; tan sólo un ligero ensanchamiento de las pupilas y un extraño y tranquilo énfasis en la voz, al contestar:

—Así es.

—Entonces, dígame lo que tengo que ofrecerle para que no se vaya. Aquellas palabras habían sido evidentemente tan sinceras, que Kellogg la miró como si hubieran llegado hasta el fondo mismo de su ser.

—Quizá no me porto bien al decirle que me marcho, Miss Taggart. Sé que me rogó se lo comunicara con antelación si alguna vez lo decidía, para darle la posibilidad de hacerme una contraoferta. Al presentarme aquí he dado la impresión de estar dispuesto a un trato. Pero no es así. Tan sólo vine porque… porque deseaba mantener mi palabra.

La breve interrupción en sus últimas palabras fue como un repentino resplandor que reveló a Dagny hasta qué punto su interés y su insistencia habían afectado a aquel hombre. Y comprendió también que su decisión no había sido fácil de adoptar.

—Kellogg ¿existe algo que yo le pueda ofrecer? —preguntó.

—Nada, Miss Taggart. Nada en absoluto.

Se volvió para partir. Por vez primera en su vida, Dagny se sintió indefensa y derrotada.

—¿Por qué? —preguntó sin dirigirse a nadie.

Él se detuvo, se encogió de hombros y por un momento su rostro se animó con la más extraña sonrisa que ella hubiera visto jamás; expresaba secreto regocijo, pero a la vez descorazonamiento y una infinita amargura. Respondió:

—¿Quién es John Galt?

CAPÍTULO II

LA CADENA

Todo empezó al surgir en la distancia unos leves destellos. Cuando un tren de la línea Taggart rodaba hacia Filadelfia, hileras de luces brillantes y desperdigadas brotaban de improviso en la obscuridad. Parecían carecer de propósito en la desierta planicie, y sin embargo, eran tan potentes que por fuerza habían de tener alguna finalidad determinada. Los pasajeros las contemplaron indiferentes, sin interés alguno.

Más tarde apareció la negra mole de una estructura apenas visible contra el cielo; a continuación un gran edificio cercano a la vía; estaba a obscuras y los reflejos del tren corrieron veloces sobre el sólido cristal de sus paredes.

El tren de mercancías con el que se cruzaron ocultó la visión, ensuciando las ventanas al tiempo que se escuchaba una racha de ruido acelerado. En un repentino claro, al pasar los vagones-plataformas, los pasajeros pudieron distinguir lejanas estructuras, bajo el débil resplandor rojo del cielo; un resplandor que fluía, en espasmos irregulares, cual si los edificios respiraran.

Cuando el tren hubo pasado, vieron masas angulares, envueltas en espirales de vapor. Los rayos de unas cuantas poderosas luces trazaban rectas franjas a través de aquellas espirales. El vapor era tan rojo como el cielo.

Lo que vino después no parecía un edificio, sino más bien una envoltura de cristal cuadrangular, que encerrara grúas, armazones y soportes, dentro de un sólido y cegador reflejo anaranjado.

Los pasajeros no podían hacerse cargo en tan breves instantes de la complejidad de lo que semejaba una urbe extendiéndose durante muchas millas, activa y sin señal de la presencia humana. Vieron torres que parecían rascacielos retorcidos, puentes colgando en el aire y abiertas heridas que arfojaban fuego desde muros muy sólidos. Vieron una línea de brillantes cilindros que se movía en la noche; los cilindros eran de metal al rojo.

Apareció un edificio de oficinas, muy próximo a la vía. El inmenso anuncio de su tejado iluminó el interior de los vagones, cuando éstos pasaron ante él. Proclamaba: «Rearden Steel».

Un pasajero, profesor de economía, comentó dirigiéndose a su compañero:.

—¿Qué importancia puede tener el individuo dentro de las titánicas realizaciones colectivas de nuestra era industrial?

Otro, que era periodista, expresó algo que más tarde utilizaría en un artículo:

—Hank Rearden es de la clase de personas que incrustan su nombre a todo cuanto tocan. Resulta, pues, fácil formarse una opinión acerca de su carácter.

El tren aceleraba su marcha, metiéndose en las tinieblas, cuando desde detrás de una larga estructura surgió un destello rojo disparado hacia el cielo. Los viajeros no prestaron atención; la vibración de una nueva carga de acero al ser vertida no era cosa que mereciese su interés.

Sin embargo, aquel metal representaba el primer pedido a servir por la empresa Rearden.

A los obreros situados ante el orificio de salida, dentro de la fundición, el primer chorro de metal líquido les ocasionó la misma sensación de asombro que produce la mañana. La

estrecha franja tenía el color blanco y puro del sol. Negros torbellinos de vapor ascendían por el aire, violentamente teñidos de rojo. Surtidores de chispas brotaban con espasmos regulares, como surgiendo de arterias rotas. El aire parecía despedazarse, reflejando una erupción que no se efectuaba allí; manchas rojas se agitaban y estremecían en el espacio, como si no pudieran ser contenidas dentro de una estructura realizada por el hombre; cual si quisieran consumir las columnas, los soportes, los puentes y las grúas situados más arriba. Pero el metal líquido no tenía en sí un aspecto violento; era una larga y blanca curva, con la textura de la seda y la radiante y amistosa brillantez de una sonrisa. Fluía obedientemente por un canalón de arcilla, con bordes quebradizos, e iba cayendo por un espacio de veinte pies, hasta un cucharón capaz de contener doscientas toneladas. Un rastro de estrellas colgaba sobre el vapor, chisporroteando entre su plácida suavidad, delicado como el encaje e inocente como un pasatiempo infantil. Observando aquello más de cerca, podía notarse que la seda blanca estaba hirviendo. De vez en cuando, una pequeña porción de la misma saltaba del canal, caía al suelo y, al enfriarse, estallaba en llamaradas.

Doscientas toneladas de un metal más duro que el acero corrían, en estado líquido, a una temperatura de cuatro mil grados, con poder suficiente para aniquilar cualquier muro y a cada uno de los hombres que trabajaban junto al conducto. Pero cada pulgada del mismo, cada libra de su presión y el contenido de cada una de sus moléculas eran controlados gracias a una consciente atención que llevaba diez años ejerciendo sus efectos.

Agitándose en la obscuridad del cobertizo, el resplandor rojo cortaba la cara de un hombre, situado en un rincón distante; aquel hombre se reclinaba contra una columna, observándolo todo. El resplandor trazó una franja a través de sus ojos, cuyo color y calidad sugerían un pálido hielo azul, y luego se posó en el negro enrejado de la columna metálica y en los mechones de un rubio y ceniciento pelo; después iluminó el cinturón del impermeable y los bolsillos donde tenía metidas las manos. Era alto y apuesto; siempre fue muy alto con relación a quienes le rodeaban. Tenía el rostro tallado por prominentes pómulos y agudas líneas; pero no marcadas por la edad, porque siempre estuvieron igual. Por dicha causa pareció viejo a los veinte años» y joven ahora, cuando contaba ya cuarenta y cinco. Desde que podía recordar, le habían dicho que su cara era fea por su aspecto implacable y cruel, por carecer de expresión. Así se hallaba ahora al mirar el metal. Era Hank Rearden.

El metal fue subiendo hasta el borde del cucharón y se desbordó luego con arrogante prodigalidad. Los cegadores riachuelos blancos adquirieron un tono castaño brillante, y momentos después eran simples carámbanos negros de metal que empezaron a desprenderse aquí y allá. La escoria formaba gruesos rebordes obscuros, semejantes a la corteza de la tierra. Conforme se fue espesando, unos cuantos cráteres se abrieron, con el blanco líquido hirviendo aún en su interior.

Un hombre acudió transportado por el aire, en la cabina de una grúa. Oprimió una palanca con leve movimiento y unos ganchos de acero descendieron al extremo de una cadena, aferraron las asas del depósito, lo levantaron suavemente como un cubo de leche, y doscientas toneladas de metal recorrieron el espacio hacia una hilera de moldes que esperaban ser rellenados.

Hank Rearden se arrimó un poco más a la columna cerrando los ojos. Notó como aquélla se estremecía con las vibraciones de la grúa, y se dijo que la tarea estaba ya terminada.

Un obrero lo vio y le sonrió con aire comprensivo, como un cómplice que supiera por qué aquel hombre alto y rubio tenía que estar presente allí, precisamente aquella noche. Rearden sonrió a su vez. Era el único saludo que había recibido. Luego regresó a su despacho convertido una vez más en una figura de rostro inflexible.

Era muy tarde cuando Hank Rearden salió de su despacho para trasladarse a su casa. Era un trayecto de varias millas, por un paraje desierto, pero sentía la necesidad de caminar, aunque sin motivo consciente.

Llevaba una mano en el bolsillo, oprimiendo un brazalete, hecho de metal Rearden y con forma de cadena. Movía los dedos, palpando su textura una y otra vez. Habían sido precisos diez años para que el brazalete fuera fabricado, y pensaba que diez años es un período muy largo.

La carretera estaba a obscuras; a ambos lados se levantaban árboles. Mirando hacia arriba, pudo distinguir unas cuantas hojas, destacando bajo las estrellas; hojas retorcidas, secas, prestas a desprenderse. En las casas desparramadas por el campo brillaba alguna luz distante que contribuía a prestar un aspecto aún más sombrío a la carretera.

Nunca se sentía solitario, excepto cuando era feliz. De vez en cuando, se volvía para echar una ojeada al rojo resplandor que iluminaba el cielo sobre la fundición.

No pensaba en los diez años transcurridos. Sólo quedaba de ellos un sentimiento al que no podía dar nombre: algo quieto, reposado y solemne. Dicho sentimiento podía englobarse en una suma, pero no era preciso examinar sus componentes. Sin embargo, aunque no evocadas, estaban allí, formando parte del sentimiento en cuestión. Eran las noches pasadas frente a abrasadores hornos, en los laboratorios de investigación de la firma; las noches pasadas en el cuarto de trabajo de su casa, sobre innumerables hojas de papel que llenaba de fórmulas y rompía luego con irritado sentimiento de fracaso.

Los días en que los jóvenes científicos del pequeño grupo escogido por él esperaban instrucciones como soldados dispuestos para una batalla sin esperanza, luego de* haber agotado su inteligencia, pero aún voluntariosos y guardando silencio, mientras la sentencia no pronunciada por nadie parecía pender del aire: «Míster Rearden, no podremos conseguirlo…»

Las comidas, interrumpidas y abandonadas ante un repentino y luminoso pensamiento, ante una idea que era preciso desarrollar y probar en seguida, para ser realizada durante un período de meses y desechada luego como un fracaso más.

Los momentos robados a conferencias, a preparación de contratos, a los deberes propios del jefe de la mejor fundición del país; arrebatados casi con cierto sentimiento de culpabilidad, como si se tratara de un amor secreto.

El pensamiento único inamovible que en un período de diez años dominara todo cuanto hizo y Vio; el pensamiento fijo en su mente cuando miraba los edificios de la ciudad, los rieles de la vía férrea, las luces de las ventanas de una alquería distante, el cuchillo en las manos de una bella mujer cortando una fruta en un banquete; la idea de una aleación capaz de conseguir mucho más que el acero, de un metal que fuera para el acero lo que éste había sido para el hierro.

Los actos de autotortura que representaba descartar una esperanza, no permitiéndose reconocer que se sentía fatigado, no dándose tiempo para sentir; espoleándose siempre a través de momentos estremecedores: «no basta… tiene que ser mejor…» y de continuar sin otro impulso-motor que la convicción de llegar a lograrlo.

Pero llegó un día en que el objetivo fue logrado en forma de Metal Rearden.

Tales eran las cosas conseguidas gracias al calor blanco mezclado y fundido con su propio ser. La aleación le producía un sentimiento extraño y tranquilo que le hacía sonreír mirando aquel paraje obscuro, y preguntarse por qué la felicidad puede causar dolor.

Al cabo de un rato notó que estaba pensando en el pasado como si algunos días del mismo se ofrecieran ante él solicitando ser contemplados de nuevo. No quería posar su mirada en ellos; despreciaba las evocaciones por considerarlas un acto de insubstancial

debilidad. Pero luego comprendió que si evocaba tales cosas era sólo en honor del pedazo de metal que llevaba en el bolsillo. Sólo entonces se permitió ceder.

Volvió a vivir el día en que, de pie sobre un borde rocoso, notaba cómo el sudor le corría desde las sienes hasta el cuello. Tenía catorce años y era su primera jornada de trabajo en las minas de hierro de Minnesota. Intentaba aprender a respirar, no obstante el dolor que le quemaba el pecho. Se maldecía a sí mismo porque se había hecho el propósito de no cansarse nunca. Al cabo de un rato, volvió a la tarea. El dolor no era motivo válido para interrumpirla.

Volvió a vivir el día en que, de pie ante la ventana de su despacho, contemplaba las minas, propiedad suya desde aquella mañana. Tenía treinta años. Lo ocurrido en el transcurso de los anteriores no importaba, del mismo modo que no importaba el dolor. Estuvo trabajando en minas, en fundiciones, en los altos hornos del norte, siempre avanzando en dirección a su objetivo. Todo cuanto recordaba de aquellas tareas era que los hombres que le rodeaban no parecieron saber nunca lo que estaban haciendo, mientras él sí lo supo. Recordó cómo le había extrañado que cerraran tantas minas de hierro, igual que estuvo a punto de suceder con las suyas hasta que se hizo cargo de las mismas. Contempló las franjas de roca en la distancia. Unos obreros estaban colocando un letrero nuevo sobre la puerta, al final de la carretera. Decía: «Minerales Rearden».

Volvió a vivir la tarde en que se había derrumbado sobre su mesa escritorio, en aquel mismo despacho. Era una hora avanzada y sus empleados se habían ido. Podía tenderse a descansar sin que nadie lo viera. Estaba exhausto. Le parecía haber librado una carrera contra su propio cuerpo, y toda la fatiga que durante aquellos años rehusó reconocer lo había atrapado de improviso, obligándolo a desplomarse. No sentía nada, excepto un gran deseo de permanecer inmóvil. No tenía fuerzas para sentir ni para sufrir. Había quemado todo cuanto era preciso quemar en su interior; había desparramado demasiadas chispas, iniciado demasiadas cosas, y ahora se preguntaba si alguien le prestaría las que necesitaba; precisamente ahora, cuando se sentía incapaz de volver a levantarse. Se preguntó quién le había lanzado por aquel camino y mantenido en él. Luego incorporó la cabeza. Lentamente, realizando el mayor esfuerzo de su vida, obligó a su cuerpo a levantarse también, hasta que quedó erguido, con sólo una mano apoyada en la mesa y un brazo tembloroso sirviéndole de sostén. Nunca volvió a formularse semejantes preguntas.

Evocó el día en que se hallaba sobre una altura, contemplando la desolada extensión de estructuras que habían sido un alto horno, ahora cerrado y liquidado. Acababa de comprarlo la noche anterior. Soplaba un fuerte viento, y una luz gris se insinuaba por entre las nubes. Bajo la misma percibió el tono rojo del óxido, igual que sangre muerta sobre el acero de las gigantescas grúas y las verdes y pujantes hierbas que, cual caníbales ahítos, crecían sobre montones de cristales rotos, al pie de paredes llenas de marcos vacíos. En una puerta distante distinguió las siluetas negras de unos hombres. Eran seres sin empleo que habitaban las chozas de lo que antes fuera una próspera ciudad. Guardaban silencio, contemplando el resplandeciente automóvil que él había dejado allí, y preguntándose si aquel hombre situado en la colina era el Hank Rearden de quien tanto se hablaba y si sería cierto que la fundición iba a ser abierta otra vez. «El ciclo histórico de la fabricación del acero en Pennsylvania está a punto de cerrarse —había dicho un periódico —y los expertos se muestran de acuerdo en que la aventura de Henry Rearden es una acción desesperada. Bien pronto podremos presenciar el ruidoso fracaso de ese sensacional personaje.»

Todo aquello sucedía diez años antes. Pero el viento frío que ahora le daba en el rostro era el mismo que el del día en cuestión. Se volvió para mirar atrás. El rojo resplandor de los altos hornos teñía el firmamento formando un espectáculo tan estimulante como el de un amanecer.

Tales fueron sus hitos, las estaciones que había alcanzado y rebasado. No recordaba nada concreto respecto a los años intermedios; eran años borrosos como el trazo fugaz de algo que se moviera velozmente.

Se dijo que no obstante los dolores y tormentos sufridos, valía la pena haber vivido aquellos años, porque le habían hecho alcanzar este día; el día en que la primera carga destinada al primer pedido de metal Rearden brotaba de los hornos para convertirse en rieles con destino a la «Taggart Transcontinental».

Volvió a tocar el brazalete que llevaba en el bolsillo. Lo había confeccionado él mismo del primer metal conseguido y estaba destinado a su consorte.

Al tocarlo, comprendió de improviso que acababa de evocar una abstracción llamada «esposa» que no guardaba relación con la mujer a la que estaba unido. Sintió un arrepentimiento repentino y deseó no haber confeccionado aquel objeto; luego se reprochó pensar así.

Movió la cabeza. No era el momento adecuado para volver sobre sus viejas dudas. Podía perdonar cualquier cosa, porque la felicidad era el mayor agente purificador. Estaba seguro de que todo ser viviente le querría bien aquella noche. Le hubiera gustado encontrar a alguien, enfrentarse a un extraño, permanecer desarmado y abierto y decir: «Mírame». A su modo de ver, la gente sentía tanto anhelo de una visión alegre como siempre lo tuvo él; el anhelo de un momento de alivio, libre de aquel gris fardo de sufrimiento que tan inexplicable e innecesario le parecía. Nunca pudo comprender por qué los hombres han de ser desgraciados.

La obscura carretera se había ido elevando imperceptiblemente hasta alcanzar la cumbre de la colina. Al llegar a la misma se volvió. El resplandor rojo era ahora tan sólo una estrecha franja hacia el Oeste. Sobre la misma, muy pequeñas a aquella distancia, las dos palabras luminosas seguían destacando sobre la negrura del cielo; Rearden Steel.

Se irguió como si se hallara ante el estrado de un juez, pensando que en la obscuridad de aquella noche, otros signos iguales brillaban por todo el país: Minerales Rearden, Carbón Rearden, Piedra Caliza Rearden. Evocó los días que quedaban atrás y se dijo que le hubiera gustado poder encender un anuncio sobre todos ellos, proclamando: Existencia de Rearden.

Prosiguió bruscamente su marcha. Conforme se iba acercando a su casa notó que sus pasos se hacían más lentos y que algo se iba concretando poco a poco en su ánimo: una tenue repugnancia a entrar, que le agradaba muy poco. «Esta noche se dijo—. Esta noche lo comprenderán.» Pero no había podido definir nunca qué era lo que tanto deseaba que entendieran.

Ya próximo a la casa, vio luces en las ventanas del salón. La vivienda se levantaba sobre una altura y aparecía ante él como un enorme bulto blanco, desnudo, con sólo unas cuantas columnas semicoloniales, como anacrónico ornamento, adoptando ese aspecto poco ameno de una desnudez que no vale la pena revelar.

No estuvo seguro de si su mujer se había fijado en él cuando entró en el salón. Estaba sentada junto a la chimenea, hablando; la curva de su brazo, al moverse, ponía un gracioso énfasis a sus palabras. Notó un pequeño fallo en su voz, como si acabara de notar su presencia, pero no levantó la mirada y su frase finalizó con suavidad.

—… ocurre simplemente que un hombre de cultura se aburre ante las supuestas maravillas de la inventiva puramente material —decía—. Rehusa emocionarse ante una instalación de saneamiento, pongamos por caso.

Volvió la cabeza, miró a Rearden a través de las sombras de la amplia habitación y sus brazos se abrieron graciosos como dos cuellos de cisne, uno a cada lado de su cuerpo.

—|Cariño! —exclamó en tono brillante y divertido—. ¿No es demasiado temprano para volver a casa? ¿Es que no había escoria que barrer o conductos que limpiar?

Todos se volvieron hacia él: su madre, su hermano Philip y Paul Larkin, viejo amigo de la casa.

—Lo siento —respondió Henry—. Ya sé que llego tarde.

—No digas que lo sientes —replicó su madre—. Podías haber telefoneado. —La miró, tratando vagamente de recordar algo—. Prometiste venir a cenar.

—Sí, sí. En efecto. Lo lamento. Pero es que hoy hemos conseguido…

—Se interrumpió. No podía comprender qué le impedía revelar la única cosa que tanto anhelaba decir. Se limitó a murmurar—: Es simplemente que… me he olvidado.

—Eso es lo que mamá pretende reprocharte —indicó Philip.

—Dejadle que se reponga. Todavía no se encuentra realmente aquí, sino en la fundición —intervino su esposa alegremente—. Quítate el abrigo, Henry.

Paul Larkin lo miraba con la expresión sumisa de un perro tímido.

—Hola, Paul —dijo Rearden—. ¿Cuándo has venido?

—¡Oh! Acabo de llegar de Nueva York en el de las cinco treinta y cinco.

—respondió Larkin, sonriendo agradecido ante aquella atención.

—¿Algún conflicto?

—¿Y quién no los tiene en estos días? —respondió Larkin con sonrisa que se había vuelto resignada, como para indicar que aquella observación tenía un carácter simplemente filosófico—. Pero no; esta vez no es nada de particular. Pensé venir a veros.

La esposa de Hank se echó a reír.

—Lo has decepcionado —dijo volviéndose hacia aquél—. ¿Es un complejo de inferioridad o de superioridad, Henry? ¿No crees que nadie puede desear verte, tan sólo por ello? ¿O crees por otra parte que nadie puede vivir sin tu ayuda?

Hubiera deseado proferir una airada respuesta, pero ella le sonreía como 4 se tratara solamente de una broma y Henry no poseía la necesaria capacidad como para sostener conversaciones inconcretas; así es que no contestó. Seguía mirándola, mientras se preguntaba acerca de las cosas que nunca había podido comprender.

Lillian Rearden era considerada generalmente una mujer bonita. Tenía un cuerpo alto y gracioso, de los que cobran un aspecto atractivo luciendo vestidos estilo Imperio, de alta cintura, como los que ella solía siempre llevar. Su exquisito perfil parecía sacado de un camafeo de la misma época; sus líneas puras y altivas y las ondas de su castaño, suave y lustroso pelo que llevaba peinado con clásica simplicidad, sugerían una belleza austera e imperial. Pero cuando se volvía de frente, sus interlocutores experimentaban una ligera decepción. Su rostro no era bello. El defecto principal residía en unos ojos vagamente pálidos, ni grises ni castaños, carentes de expresión y de vida. Rearden se había preguntado muchas veces por qué no había jovialidad en aquellas pupilas, teniendo en cuenta que Lillian parecía siempre alegre.

—Nos hemos visto antes, querido —dijo en respuesta a su silencioso escrutinio—. Aunque no pareces muy seguro de ello.

—¿Has cenado, al menos, Henry? —preguntó su madre con tono de impaciente reproche, como si el hecho de que Henry pudiera pasar hambre representara un insulto personal hacia ella.

—Sí… no…; no tenía apetito.

—Voy a llamar para que…

—No, mamá; ahora no. Déjalo.

—¡Siempre igual! —exclamó ella sin mirarlo, recitando sus palabras al espacio—. De nada sirve intentar hacer algo por ti. No lo aprecias. Jamás conseguí que comieras como es debido.

—Henry, trabajas demasiado —le advirtió Philip—. Y eso no suele ser bueno.

—Pues a mí me gusta —respondió Rearden, riendo.

—Eso es lo que te parece. Pero sólo es una forma de neurosis, ¿sabes? Cuando un hombre se sumerge totalmente en su trabajo, es porque trata de escapar a algo. Deberías inclinarte hacia alguna afición.

—¡Oh, Phil! ¡Por lo que más quieras! —respondió Henry, lamentando la irritación que sonaba en su voz.

Philip había adolecido siempre de una salud muy precaria, aun cuando los doctores no hubieran encontrado dolencia específica alguna en su cuerpo desgarbado y lacio. Tenía treinta y ocho años, pero su debilidad crónica hacía pensar muchas veces en que era mayor que su hermano.

—Deberías aprender a divertirte —insistió Philip—, De lo contrario te convertirás en un ser triste y mezquino. En una de esas personas que sólo ven el camino que pisan. Deberías abandonar la pequeña concha en que te encierras y dar un vistazo al mundo. No creo que, en el fondo, te guste aislarte de la vida del modo en que lo estás haciendo.

Rearden se esforzó por dominar su cólera. Philip no sabía expresar su solicitud de otro modo. Pero era injusto sentir resentimiento hacia él; todos intentaban demostrarle su preocupación aun cuando no la deseara.

—Hoy lo he pasado muy bien, Phil —contestó sonriendo y preguntándose por qué Phil no indagaba en seguida la causa.

Le hubiera gustado que cualquiera de ellos lo hiciese. Empezaba a resultarle difícil concentrarse. La visión del metal al surgir seguía quemándole la mente, llenando su conciencia y no dejando sitio para nada más.

—Al menos podías haberte excusado; pero, desde luego, quien espere tal cosa no te conoce bien —estaba diciendo su madre.

Se volvió; lo miraba con la expresión ofendida de quien expresa una larga y contenida paciencia.

—La señora Beecham estuvo a cenar —le dijo con aire de reproche.

—¿Cómo?

—La señora Beecham. Mi amiga, mistress Beecham.

—¡Ah, sí!

—Te he hablado varias veces de ella, pero nunca recuerdas nada de lo que te digo. Mistress Beecham tenía verdaderas ganas de conversar contigo, pero tuvo que marcharse porque no podía esperar más. Es una mujer muy ocupada. Deseaba muy de veras enterarte del admirable trabajo que estamos realizando en la escuela parroquial, y de las clases de artesanía sobre metal, así como de los hermosos pomos para puerta en hierro forjado que los chiquillos de los barrios míseros confeccionan allí.

Henry tuvo que hacer acopio de toda su consideración y su respeto para forzarse a contestar con calma:

—Lamento haberte causado ese contratiempo, madre.

—No. No lo lamentes. Podías haber estado aquí si hubieras querido. Pero, ¿cuándo has hecho un sacrificio por nadie? Tan sólo piensas en ti. No te interesa ninguno de nosotros. Crees que pagando las facturas ya basta, ¿verdad? ¡Dinero! Tan sólo eso te preocupa. No nos das más que dinero; pero, ¿nos has concedido alguna vez un poco de tu tiempo?

Henry pensó que si aquellas palabras pretendían indicar que echaba de menos su presencia, significaban también una expresión de afecto, y en ese caso se mostraba injusto al experimentar aquella sensación pesada ^lóbrega que lo obligaba al silencio para no traicionar el disgusto que sentía.

—¡Nada te importa! —continuó la voz de su madre, entre despectiva y plañidera—. Lillian te necesitaba hoy para debatir un problema importante, pero ya le dije que de nada serviría discutirlo contigo.

—¡Oh, mamá! En realidad no es tan importante —protestó Lillian—. Al menos para Henry.

Éste se volvió hacia ella. Estaba todavía en mitad del aposento, con el impermeable encima, como atrapado en una atmósfera irreal que no consideraba capaz de variar, al menos para él.

—No es importante —insistió Lillian, jovial. Hank no hubiera podido discriminar si su voz expresaba pesar o jactancia—. No es ningún negocio. Se trata de algo sin ningún carácter comercial.

—¿Qué es?

—Tan sólo una fiesta que planeo celebrar.

—¿Una fiesta?

—Sí. Pero no te asustes. No será mañana por la noche. Sé que estás muy ocupado. La tengo proyectada para dentro de tres meses y quiero que sea algo sonado y espectacular. ¿Me prometes hallarte aquí esa noche y no en Minnesota, Colorado o California?

Lo miraba de un modo extraño, mientras hablaba quizá con excesiva ligereza y decisión. Su sonrisa exageraba el aire de inocencia de su cara, sugiriendo algo así como el naipe escondido de un tramposo… —¿Dentro de tres meses? —preguntó Henry—. Sabes muy bien que no estoy seguro de si algún asunto urgente puede obligarme a salir de la ciudad.

—Lo sé. Lo sé. Pero, ¿no es posible convenir una cita formal contigo con cierta antelación? ¿Y si fuera con un director de compañía férrea, un fabricante de automóviles o un tratante en chatarra? Dicen que nunca has faltado a ningún compromiso de tal clase. Desde luego, pienso dejarte escoger la fecha de acuerdo con tus conveniencias personales. —Su expresión fue adquiriendo cierta calidad femenina especial. Quizá con aire demasiado indiferente y precavido, preguntó—. La fecha que tengo pensada es la del diez de diciembre, pero, ¿prefieres quizá el nueve o el once?

—Me da igual un día que otro.

—El diez de diciembre es el aniversario de nuestra boda, Henry —le recordó con suavidad.

Todos le miraban atentos. Pero si esperaban verle adoptar una actitud de culpabilidad se equivocaron, porque en su cara sólo se pintó una débil expresión de regocijo. Lillian no pudo haber planeado todo aquello como una añagaza, porque era fácil escapar a la misma, rehusando aceptar ningún reproche por su olvido y dejándola chasqueada. Lillian sabía que los sentimientos de Henry hacia ella eran la única arma que podía esgrimir. Se dijo que el origen de aquello no era sino una tentativa indirecta para probar dichos sentimientos y confesar los suyos propios. Una fiesta no era la forma de celebración que a Henry le agradaba; pero sí a ella, por considerarlo el mejor tributo que ofrecerle tanto a él como a su matrimonio. Debería respetar su intención, aun cuando no compartiera sus puntos de vista, ni supiera de fijo si seguía importándole cualquier forma de tributo procedente de ella. Tenía que dejarla ganar, porque acababa de situarse a su merced.

Sonrió de manera abierta y cordial, cual si reconociera la victoria de su esposa.

—Bien, Lillian —dijo con calma—. Prometo estar aquí la noche del diez de diciembre.

—Gracias, querido.

Su sonrisa tenía cierta recoleta y misteriosa cualidad; Henry se preguntó por qué había experimentado por un momento la impresión de que su actitud acababa de decepcionar a todos.

Reflexionó en que si confiaba en él, si sus sentimientos seguían tan vivos como siempre, tenía que ponerse a la altura de su confianza. Pero era preciso declararlo. Las palabras son como lentes que enfocan el propio pensamiento y aquella noche se hacía preciso pronunciar las más adecuadas.

—Siento haber llegado tarde, Lillian; pero hoy hemos producido en 13 fundición el primer metal Rearden.

Se produjo un momento de silencio y luego Philip declaró:

—Me alegro.

Los demás continuaron en silencio.

Henry se metió la mano en el bolsillo. Al tocar el brazalete, la realidad del mismo borró todo lo demás. Volvió a experimentar la misma sensación que cuando el metal líquido había brotado ante él.

—Te he traído un regalo, Lillian.

En el momento de depositar la cadenita en su regazo, su cuerpo estaba tenso y el movimiento de su brazo fue el mismo que el de un cruzado al ofrecer un trofeo a su adorada luego de regresar de una campaña.

Lillian Rearden tomó el brazalete, sosteniéndolo con los dedos extendidos, y lo levantó hacia la luz. Los eslabones eran muy fuertes y estaban toscamente labrados; el metal tenía un extraño resplandor, entre grisáceo y azul.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—El primer objeto fabricado con la primera carga del primer pedido de metal Rearden.

—En este caso resulta tan valioso como un pedazo de vía férrea, ¿verdad? —preguntó ella.

La miró sin saber qué decir.

Lillian agitó el brazalete haciéndolo brillar bajo la luz.

—¡Henry, es maravilloso! ¡Qué original! Seré la sensación de Nueva York, llevando joyas fabricadas con el mismo metal que el de las grúas, los motores de camión, los fogones de cocina, las máquinas de escribir y… ¿no dijiste algo más el otro día?… ¡Ah, sí! Marmitas para sopa.

—Todo esto me parece muy bien, Henry; pero sin duda estás algo engreído —comentó Philip.

Lillian se echó a reír.

—¡Es un sentimental! Todos los hombres lo son. Aprecio tu regalo, querido. No por sí mismo, sino por la intención.

—A mi modo de ver, esa intención no refleja sino simple egoísmo —opinó la madre de Rearden—. Otro hombre te hubiera traído un brazalete de diamantes, si es que verdaderamente quería hacerte un regalo bonito, porque es en la alegría de su esposa en lo que ha de pensar y no en la suya. Pero Henry obra así porque ha fabricado una nueva clase de hojalata, más valiosa para él que los diamantes; y sobre todo porque ha salido de su fábrica. Siempre hizo igual, desde los cinco años. Siempre fue un chiquillo jactancioso. Nunca dudé de que al hacerse mayor se convertiría en el ser más egoísta de la tierra.

—No. Ha sido muy amable —opinó Lillian—. Este brazalete es algo encantador.

Dejó caer el adorno sobre la mesa, se levantó, colocó ambas manos sobre los hombros de Rearden y poniéndose de puntillas, lo besó en la cara, diciendo:

—Gracias, querido.

Pero él no se movió; ni siquiera inclinó la cabeza hacia su mujer.

Al cabo de un rato se volvió, se quitó el impermeable y sentóse junto al fuego, algo apartado de los demás. No sentía nada, excepto un inmenso cansancio.

No escuchaba la conversación de sus familiares. Tan sólo oyó vagamente que Lillian se defendía contra su madre.

—Le conozco mejor que tú —afirmaba esta última—. Hank no se interesa por ninguna persona, ni animal, ni planta, a menos que se encuentren relacionados de algún modo con él y su trabajo. Sólo esto le preocupa. He intentado enseñarle humildad. Lo intenté toda mi vida, pero sin resultado.

Henry había ofrecido a su madre medios de vida ilimitados. ¿Por qué insistía en vivir junto a él? A veces imaginó que sus éxitos significaban algo para ella y que, en este caso, existía un lazo entre ambos; el único que reconocía, y que si su madre deseaba vivir en el hogar de su famoso lujo, no tenía por qué oponerse a tal deseo.

—De nada sirve anhelar que Henry se convierta en un santo, mamá —dijo Philip—. No está hecho para ello.

—¡Cómo te equivocas, Philip! —exclamó Lillian—. ¡Cómo te equivocas! Henry posee todas las cualidades de un santo. Ahí está precisamente la dificultad.

¿Qué pretendían de él? ¿Qué perseguían? Jamás les pidió nada; eran ellos los que querían retenerle; los que parecían tener algún derecho sobre su persona. Este derecho adoptaba la forma de afecto, pero de un afecto que consideraba más difícil de soportar que el odio. Despreciaba afectos sin causa, cual si fueron tesoros no explotados. Hacían profesión de amarle por algún motivo desconocido, e ignoraban todas aquellas cosas por las que hubiera querido ser amado. Se preguntó qué reacción podían esperar de él, si aguardaban alguna reacción. De todos modos debía ocurrir así, pues de lo contrario, ¿a qué venían aquellas continuas quejas, aquellas incesantes acusaciones sobre su indiferencia? ¿A qué aquel aire crónico de suspicacia, como si temieran ser ofendidos a cada instante? Jamás sintió deseo de herirles, pero siempre notó su actitud defensiva y su recriminatoria expectación. Parecían agraviarse por cualquier cosa; no sólo por sus palabras o sus acciones, sino casi por su sola presencia. «No empecemos a pensar tonterías», se recriminaba con severidad, forcejeando para enfrentarse al enigma con un estricto e implacable sentido de justicia. No podía condenarles sin comprenderles, y la verdad era que no les comprendía.

¿Les profesaba afecto? No. Se dijo que no. Lo había deseado; lo anhelaba en nombre de un impulso inexpresado, que en ciertas ocasiones esperaba observar en cualquier ser humano. Pero no sentía nada hacia ellos, nada aparte de una implacable indiferencia, que llegaba a no lamentar siquiera la posibilidad de su pérdida. ¿Necesitaba a alguno de aquellos seres como parte de su vida? ¿Echaba de menos determinados sentimientos? No. ¿Los había echado de menos alguna vez? Sí, pensó, en su juventud, pero dicha sensación había cesado totalmente.

Su cansancio era cada vez mayor. Comprendió que se había transformado en aburrimiento; pero les otorgaría el favor de ocultarlo y por ello permaneció inmóvil, contendiendo con un deseo de dormir que llegaba a convertirse en dolor físico.

Sus ojos se cerraban, cuando notó dos dedos suaves y húmedos tocándole la mano; Paul Larkin había acercado su silla a la de él y se inclinaba un poco, deseoso de una conversación particular.

—No importa lo que opine la industria, Hank, habéis conseguido un gran producto; un gran producto que significa una fortuna… igual que todo cuanto tocas.

—Sí —admitió Rearden—. Así es.

—Confío en que no se os presentarán complicaciones.

—¿Qué complicaciones?

—¡Oh, no sé…! Tal como están las cosas, existen personas que… pero, ¿cómo adivinarlo…? Puede ocurrir cualquier contratiempo…

—¿A qué te refieres?

Larkin estaba algo inclinado, mirándole con sus pupilas dulces e implorantes. Su cuerpo corto y regordete parecía carente de protección, incompleto, cual si necesitara una concha a cuyo interior retirarse al menor contacto extraño. Sus ojos inteligentes y su desesperanzada y tímida sonrisa, servían de substitutos a la concha. Aquella sonrisa desarmaba a cualquiera, como la de un niño que se pone a merced de un universo incomprensible. Tenía cincuenta y tres años de edad.

—Tus relaciones públicas no son demasiado buenas, Hank —dijo—. La Prensa nunca te ha sido favorable.

—¿Y qué?

—No eres popular, Hank.

—Nunca tuve quejas de mis clientes.

—No me refiero a eso. Deberías contratar a un buen agente de Prensa, que te presentara al público bajo una luz favorable.

—¿Para qué? Yo vendo acero.

—Pero no querrás que la opinión se ponga contra ti. Como sabes, el público pesa mucho.

—No creo que me sea hostil. Y por otra parte, tampoco considero que ello signifique gran cosa.

—Los periódicos están molestos.

—Tienen mucho tiempo que perder. Yo no.

—No me gusta, Hank. No te favorece en absoluto.

—¿A qué te refieres?

—A lo que escriben sobre ti.

—¿Qué escriben sobre mí?

—¡Oh! Ya lo sabes. Que eres un tipo intratable. Que no tienes compasión. Que no permites la menor interferencia en el gobierno de tus altos hornos. Que tu único objetivo consiste en fabricar acero y en acumular cada vez más capital.

—Tienen razón, puesto que ése es, en efecto, mi objetivo primario.

—Al menos, no deberías manifestarlo.

—¿Por qué no? ¿Qué pretenden que diga?

—No lo sé… pero tus fundiciones…

—Son mías, ¿verdad?

—Sí, pero… pero no deberías insistir en ello de manera tan descarada… Ya sabes lo que ocurre hoy… consideran tu actitud antisocial.

—Me importa un comino lo que piensen. Paul Larkin sonrió.

.—¿Qué te ocurre, Paul? —preguntó Henry—. ¿A qué viene todo esto?

—A nada… nada de particular. Lo que pasa es que uno no sabe lo que puede ocurrir en nuestros tiempos… Hay que tener prudencia…

Rearden rió brevemente.

—No irás a decirme que te preocupas de mí, ¿verdad?

—Sólo soy tu amigo, Hank. Tu amigo. Sabes lo mucho que te admiro.

Paul Larkin no había tenido nunca suerte. Nada de lo que intentó le salió bien. Nada fracasó por completo, pero tampoco nada constituyó un éxito total. Era hombre de negocios, pero no conseguía dedicarse demasiado tiempo a una misma actividad. Por aquel entonces forcejeaba con su modesta fábrica de equipos para minas.

Llevaba años pegado literalmente a Rearden, profesándole una especie de medrosa admiración. Acudía a él en busca de consejo y a veces le solicitaba préstamos, aunque no con frecuencia; dichos préstamos, por cierto muy modestos, eran pagados religiosamente, aunque no siempre en las fechas fijadas. Aquel anhelo de amistad se asemejaba mucho al alivio de una persona anémica, que parece recibir una transfusión vital a la simple vista de la superabundancia y la energía de otros.

Observando los esfuerzos de Larkin, Rearden experimentaba la misma sensación que al ver una hormiga forcejeando para arrastrar el palillo de un fósforo. «Es demasiado para el —pensaba—. En cambio, yo lo encuentro fácil.» Por tal motivo le prodigaba consejos, atenciones y una especie de discreto y paciente interés siempre que le era posible.

—Soy tu amigo, Hank.

Rearden lo miró con expresión interrogante.

Larkin desvió las pupilas como si debatiera algo en su interior. Al cabo de un rato preguntó con precaución:

—¿Cómo está tu amigo de Washington?

—Me parece que muy bien.

—Deberías asegurarte de ello. Es muy importante. —Miró a Rearden, repitiendo con una especie de tensa insistencia, como si se librara de algún penoso deber moral—: Es muy importante, Hank.

—Así lo creo.

—En realidad era eso lo que quería preguntarte.

—¿Por alguna razón especial?

Larkin reflexionó un poco y decidió que su deber estaba cumplido.

—No —dijo.

A Rearden le disgustaba aquel tema. Sabía que era preciso contar con alguien capaz de protegerle de la legislación vigente; todos los industríales tenían que emplear semejantes hombres. Pero nunca había prestado demasiada atención a aquel aspecto de sus negocios ni podía llegar a convencerse de su absoluta necesidad. Un inexplicable sentimiento de disgusto, formado en parte por el fastidio y en parte por el aburrimiento, le impedía continuar cada vez que intentaba concentrarse en ello.

—Lo malo es, Paul —dijo pensando en voz alta—, que las personas a las que se puede ofrecer dicha tarea son unos tipos despreciables.

—Así es la vida —respondió Larkin mirando hacia otro lado.

—No llego a comprender por qué. ¿Podrías tú explicármelo? ¿Qué le ocurre al mundo?

Larkin se encogió tristemente de hombros.

—¿A qué formularse preguntas inútiles? ¿Cuál es la profundidad del océano? ¿Cuál es la altura del cielo? ¿Quién es John Galt?

Rearden se irguió bruscamente.

—No —dijo con brusquedad—. No. No existe motivo para pensar así. Se levantó. Su cansancio había desaparecido mientras hablaba de aquello.

Sintió un repentino brote de rebelión; la necesidad de volver a adueñarse de su punto de vista respecto a la existencia y de defenderlo encarnizadamente; de recuperar la actitud asumida mientras caminaba hacia su hogar y que ahora le parecía amenazada por algo inconcreto y sin nombre.

Empezó a pasear por la estancia, notando cómo recuperaba la energía. Miró a su familia. Eran niños asombrados e incautos; sí, todos, incluso su madre, y 61 un estúpido por lamentar aquella ineptitud, procedente más de su desamparo que de su malicia. Tenía que aprender a entenderlos, puesto que nunca podrían compartir su sentimiento de alegre e ilimitado poderío.

Los miró desde la otra parte de la estancia. Su madre y Philip estaban enzarzados en una viva discusión; pero notó que más que vivacidad era nerviosismo. Philip se había sentado en una silla baja, con el estómago saliente y todo el peso sobre los omóplatos, cual si intentara castigar a los demás con la mísera incomodidad de su postura.

—¿Qué ocurre, Phil? —preguntó Rearden acercándose a él—. Pareces derrengado.

—He tenido un día tremendo —respondió Philip adusto.

—No eres el único que trabaja, Hank —intervino su madre—. También otras personas tienen problemas, aun cuando no manejen billones de dólares ni tengan que contender con empresas transupercontinentales.

—Me alegro. Siempre pensé que Phil debía interesarse por algo.

—¿Te alegras? ¿Quiere esto decir que te gusta ver a tu hermano perder la salud? Te divierte, ¿verdad? Siempre me lo ha parecido.

—No, mamá; no es eso. Me gustaría ayudarle.

—No hay necesidad. No es preciso que sientas compasión hacia ninguno de nosotros.

Rearden nunca había sabido lo que hacía su hermano, ni lo que deseaba hacer. Aunque siguió estudios pagados por él, Philip no fue capaz de decidirse por ninguna afición específica. A juicio de Rearden, había algo equivocado en un hombre que no buscaba un empleo capaz de producir beneficios; pero no quiso imponerle sus puntos de vista. Podía permitirse contribuir a los gastos de su hermano sin que ello le causara el menor trastorno. «Dejémosle vivir a su manera —pensaba desde hacía muchos años—. Démosle una oportunidad para escoger su profesión sin tener que luchar por ganarse la vida.»

—¿Qué has hecho hoy, Phil? —le preguntó pacientemente.

—No creo que logre interesarte.

—Pues sí; me interesa. Por eso te lo pregunto.

. —He tenido que visitar a veinte tipos diferentes, por toda la población, desde aquí a Redding y a Wilmington.

—¿Y para qué tenías que verlos?

—Intento recaudar fondos para los «Amigos del Progreso Mundial».

A Rearden nunca le fue posible seguir la pista de las numerosas instituciones a las que pertenecía Philip, ni tener una idea clara de sus actividades. Durante los últimos seis meses había oído a Philip referirse vagamente a aquella sociedad, que parecía dedicada a organizar ciclos de conferencias sobre psicología, música popular y trabajo cooperativo. Rearden sentía desprecio hacia los grupos de tal clase y no veía razón para profundizar en su naturaleza.

Guardó silencio, y Philip añadió, sin ser instado a ello:

—Necesitamos diez mil dólares para un programa vital; pero intentar reunir dinero es tarea de mártires. A la gente no le queda ni una partícula de conciencia social. Cuando pienso en los ricachones que se gastan esa cantidad en cualquier capricho y en cambio no

pueden desprenderse de unos míseros cien dólares, que es todo cuanto pido de ellos… No poseen ningún sentimiento de deber moral… ¿De qué te ríes? —preguntó bruscamente.

Rearden se encontraba ante él, sonriendo.

Todo aquello era, a juicio de Rearden, infantil y melindroso, primitivo y tosco por partes iguales; la insinuación y el dicterio cogidos de la mano. Hubiera sido tan fácil aplastar a Philip devolviéndole el golpe valiéndose de un insulto mortal, por ser terriblemente cierto, que no se atrevió a pronunciarlo. «El pobre —pensó —sabe que está a merced mía; sabe que corre peligro de verse humillado. Pero no tengo por qué hundirlo. Portarme así es mi mejor respuesta y no dejará de comprenderlo. ¿Qué clase de mísera existencia lleva para verse obligado a una acción tan innoble?»

Rearden se dijo entonces, de repente, que por una vez quebrantaría la malicia crónica de Philip, proporcionándole un repentino placer; la inesperada consecución de un deseo nunca obtenido. Pensó: «¿Qué me importa la naturaleza de ese deseo? Es suyo, del mismo modo que la empresa Rearden es mía; puede significar para él lo mismo que la empresa significa para mí. Veámosle feliz, siquiera una vez. Acaso le dé una lección. ¿No ha dicho varías veces que la felicidad es un agente purificador? Esta noche celebro algo; dejémosle compartir mi dicha. ¡Será tanto para él y tan poco para mí!»

—Philip —dijo sonriendo—, mañana llama a Miss Ivés a mi despacho y te entregará un cheque de diez mil dólares.

Philip lo miró sin expresión; sin demostrar emoción ni placer en sus pupilas vidriosas y vacías.

—¡Oh! —dijo—. Lo agradeceremos mucho.

Pero no había entusiasmo en su voz; ni siquiera la reacción primitiva de una codicia satisfecha.

Rearden no pudo identificar sus propios sentimientos. Fue como si algo pesado y vacío se hundiera en su interior. Notó ambas sensaciones al mismo tiempo. Comprendió que era decepción, pero se preguntó por qué adoptaba un aspecto tan gris y repulsivo.

—Eres muy amable, Henry —añadió Philip secamente—. Estoy asombrado. No esperaba eso de ti.

—¿Es que no lo comprendes, Phil? —intervino Lillian con voz clara y alegre—. Henry ha conseguido hoy su dichoso metal. —Se volvió hacia Rearden—. ¿Quieres que lo declaremos fiesta nacional?

—A veces eres bueno, Henry —dijo su madre, y añadió—: Pero no con demasiada frecuencia;

Rearden seguía en pie, mirando a Philip como si esperase algo.

Philip desvió la mirada y luego, levantando los ojos, sostuvo la de Rearden, como si estuviera enfrascado en algún escrutinio personal.

—La verdad es que no te preocupa en exceso ayudar al desamparado, ¿no es cierto? —preguntó.

Rearden» notó, aunque sin poder creerlo, que había hablado en tono de absoluto reproche.

—No, Phil. No me preocupa. Tan sólo quise hacerte feliz a ti.

—No recolecto ese dinero por ningún fin particular. No me mueven intereses egoístas —dijo con voz fría, en la que vibraba una nota de jactanciosa dignidad.

Rearden se alejó. Experimentaba un aborrecimiento repentino hacia su hermano y no porque las palabras de éste hubieran sido hipócritas, sino porque eran ciertas. Philip había hablado con sinceridad.

—A propósito, Henry —añadió—, ¿te importa si ruego a Miss Ivés que me dé el dinero en efectivo? —Rearden se volvió hacia él perplejo—. Verás, los «Amigos del Progreso Mundial» son un grupo muy progresivo. Siempre han sostenido que representas el más odioso elemento de regresión social del país. Debido a ello, resultaría embarazoso poner tu nombre en nuestra lista de benefactores, porque alguien podría acusarnos de ser pagados por Hank Rearden.

Sintió deseos de propinar un bofetón a Philip. Pero a la vez un insoportable sentimiento de desprecio le obligó a cerrar los ojos.

—Bien —contestó—. Te pagarán en dinero efectivo.

Se alejó hasta la ventana más distante y contempló el resplandor de los altos hornos sobre el horizonte.

Oyó la voz de Larkin, lamentando tras él:

—¡Diantre, Hank! ¡No debías haberle dado ni un céntimo! La voz de Lillian sonó también, fría y amable.

—Estás en un error, Paul. Estás en un error. ¿Qué sería de la vanidad de Henry, si de vez en cuando no nos diera alguna limosna? ¿Qué sería de su fuerza, si no pudiera dominar a personas más débiles? ¿Qué sería de su aplomo, si no sintiera la sensación de que dependemos de él? Pero todo esto está muy bien. No le critico. Se trata sólo de una ley de la naturaleza humana.

Tomó el brazalete de metal y lo sostuvo en el aire, haciéndolo brillar bajo la lámpara.

—Una cadena —dijo—. ¡Qué apropiado! ¿Verdad? Es la cadena por la que nos tiene atados.

CAPÍTULO III

LA CUMBRE Y EL ABISMO

El techo era semejante al de una bodega, tan bajo que la gente tenía que agacharse al cruzar la habitación cual si el peso de aquél gravitara sobre sus hombros. Las cabinas circulares forradas de granate estaban excavadas en muros de piedra que parecían roídos por el tiempo y la humedad. No había ventanas, sino tan sólo manchas de luz azul, surgiendo de unas concavidades en el muro; de esa luz muerta que suele usarse en los obscurecimientos. Se bajaba al lugar por una estrecha escalera que parecía sumirse en las entrañas de la tierra. Sin embargo, era el local más caro de Nueva York, y estaba construido en la cúspide de un rascacielos.

Cuatro hombres permanecían sentados a una mesa. Aunque a sesenta pisos por encima de la ciudad, no hablaban en voz alta como cuando uno experimenta la sensación de holgura del aire libre y del espacio, sino que, por el contrario, susurraban de acuerdo con el ambiente de aquel fingido sótano.

—Condiciones y circunstancias, Jim —dijo Orren Boyle—. Condiciones y circunstancias absolutamente fuera del control humano. Lo teníamos todo planeado para fabricar esos rieles, pero intervinieron factores imprevistos, que nadie hubiera podido prevenir. Si al menos nos hubiera dado una oportunidad, Jim…,

—La desunión —rezongó James Taggart —parece ser la causa principal de todos los problemas sociales. Mi hermana posee cierta influencia entre algunos de nuestros accionistas. Pero su táctica disruptiva no siempre puede ser contrarrestada.

—Usted lo ha dicho, Jim. La desunión; ahí está el problema. Me siento absolutamente convencido de que en nuestra sociedad, completamente industrial, ninguna empresa puede triunfar sin compartir los problemas que afectan a las otras.

Taggart tomó un sorbo de su bebida y volvió a dejar el vaso.

—A este barman deberían despedirlo —gruñó.

—Por ejemplo, consideremos a la «Associated Steel». Tenemos las más modernas instalaciones del país y la mejor organización. Esto, a mi modo de ver, constituye un hecho indiscutible, puesto que hemos conseguido el premio a la eficacia industrial concedido por la revista Globe el año pasado. Hemos hecho cuanto hemos podido y nadie puede reprocharnos nada. Pero resulta imposible evitar que la situación del mineral de hierro alcance caracteres de problema nacional. No pude conseguir materia prima, Jim.

Taggart no dijo nada. Permanecía sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, ocupando gran parte de la misma. Aquella actitud resultaba molesta para sus tres compañeros; pero ninguno de ellos pareció dudar de sus prerrogativas al respecto.

—Nadie puede obtener mineral —prosiguió Boyle—. El agotamiento de las minas y el desgaste del equipo, así como la escasez de materiales, las dificultades de transporte y otros inconvenientes inevitables…

—La industria minera se viene abajo, haciendo imposible la producción —opinó Paul Larkin.

—Está de sobra demostrado que todo negocio depende de otros negocios —intervino Orren Boyle—. Todos hemos de compartir los problemas de los demás.

—Creo que tiene razón —aprobó Wesley Mouch. Pero nadie prestaba nunca la menor atención a Wesley.

—Mi propósito —indicó Orren Boyle —consiste en la conservación de una economía libre. Es sabido que dicha economía libre está en la actualidad sometida a una dura prueba. A menos de que se demuestre su valor social y asuma sus responsabilidades también sociales, la gente le retirará su apoyo. Si no se desarrolla un espíritu de cooperación pública adecuada, todo se acabará; podéis estar seguros.

Orren Boyle había surgido de la nada cinco años atrás, siendo desde entonces tema preferido de todas las revistas y diarios del país. Empezó con cien mil dólares de su propiedad y un préstamo gubernativo de doscientos millones. En la actualidad encabezaba una enorme organización que había devorado a muchas compañías menores. Le gustaba insistir en que, según aquello demostraba, la habilidad individual aún tenía posibilidades de triunfar en el mundo.

—La única justificación de la propiedad particular —manifestó Orren Boyle —es el servicio público.

—Lo considero indudable —aprobó Wesley Mouch.

Orren Boyle produjo cierto ruido al tragar su licor. Era hombre de gran corpulencia y ademanes amplios y varoniles; todo en su persona exhalaba vida, exceptuando sus ojillos negros semejantes a dos leves ranuras en su cara.

—Jim —dijo—, la «Rearden Metal» parece ser una especie de colosal engaño.

—Sí —murmuró Taggart.

—Tengo entendido que no existe un solo experto que haya dado informes favorables de la misma.

—No; ni uno.

—Llevamos generaciones mejorando nuestros rieles y aumentando su peso. ¿Es verdad que los de la Rearden van a ser más ligeros que los fabricados con el acero más bajo?

—En efecto —asintió Taggart—. Más ligeros.

—¡Es ridículo, Jim! Resulta físicamente imposible. ¿Y piensa emplearlos en su línea principal para mercancías pesadas a gran velocidad?

. —Así es.

—Creo que se está buscando un desastre.

—En todo caso, será mi hermana.

Taggart hizo girar lentamente la copa entre sus dedos. Se produjo un instante de silencio.

—El Consejo Nacional de Industrias Metálicas —dijo Orren Boyle —aprobó una resolución para nombrar un comité encargado de estudiar la cuestión del metal Rearden, puesto que su uso puede constituir un peligro público.

—En mi opinión, se trata de una medida muy prudente —comentó Wesley Mouch.

—Cuando todo el mundo está de acuerdo —indicó Taggart con voz repentinamente chillona—, cuando el país se muestra unánime, ¿cómo puede un hombre atreverse a disentir? ¿Con qué derecho? Eso es lo que quisiera saber… ¿Con qué derecho?

Los ojos de Boyle se posaron rápidos en Taggart, pero la difusa luz del local hacía imposible distinguir claramente los rostros; tan sólo vio una pálida mancha azulada.

—Cuando pensamos en los recursos naturales insubstituibles en tiempo de escasez alarmante —dijo Boyle con suavidad—, cuando pensamos en las materias primas cruciales que se malgastan en un irresponsable experimento particular, cuando pensamos en el metal…

No terminó. Volvió a mirar a Taggart, pero éste comprendió lo que Boyle esperaba y se divirtió guardando silencio.

—El público participa de un modo vital en los recursos naturales, Jim, tales como el mineral de hierro. El público no puede permanecer indiferente ante el despilfarro egoísta y temerario de un elemento antisocial. Después de todo, la propiedad particular es un fideicomiso ejercido en beneficio de la sociedad entera.

Taggart miró a Boyle y sonrió con sonrisa significativa, pareciendo como si sus palabras subsiguientes constituyeran la respuesta a algún concepto implícito no expresado por Boyle.

—El licor que sirven en este local es pura bazofia. Pero constituye el premio que hemos de pagar por no vernos rodeados de gentuza. Sin embargo, preferiría verme considerado como experto. Y puesto que soy yo quien paga, quisiera gastar mi dinero de manera digna y a mi completa satisfacción.

Boyle no contestó; sircara se había vuelto repentinamente hosca. —Escúcheme, Jim… —empezó.

¿Qué quiere? Le estoy escuchando —repuso Taggart con una sonrisa.

—Jim, estará conforme, sin duda alguna, en que no existe nada más destructivo que un monopolio.

—Por una parte, sí —convino Taggart—. Por la otra, hay que considerar las desventajas de una competencia desenfrenada.

—Es cierto. Muy cierto. A mi modo de ver, el sistema mejor es el de seguir un curso medio. El deber de la sociedad consiste en cortar los*extremos de un tijeretazo, ¿no creen?

—Sí —aprobó Taggart—. Eso es.

—Consideramos el cuadro que hoy presenta el negocio del metal de hierro. La producción nacional parece ir descendiendo a ritmo alarmante, amenazando la existencia de toda la industria del acero. Continuamente se cierran altos hornos. Sólo una compañía minera tiene la suerte de no verse afectada por estas condiciones. Su producción es abundante y sirve los pedidos en las fechas convenidas. Pero, ¿quién se beneficia de ello? Nadie, excepto su dueño. ¿Creen que eso está bien?

—No —dijo Taggart—. No está bien. *

—La mayoría de nosotros no poseemos minas de hierro. ¿Cómo competir con un hombre que, como Rearden, posee materias primas inextinguibles? ¿Puede alguien extrañarse de que siempre sirva el acero a su tiempo, mientras nosotros hemos de forcejear y de esperar, perdemos clientes y nuestro negocio va de mal en peor? ¿Es beneficioso para el público permitir que un hombre destruya una industria por completo?

—No —dijo Taggart—. No lo es.

—A mi modo de ver, la política nacional debería tener como objetivo dar a cada uno una posibilidad de compartir equitativamente el mineral de hierro, con vista a la preservación de la industria en su totalidad. ¿No opinan lo mismo?

—Creo que sí.

Boyle suspiró. Luego dijo con cierta precaución:

—En Washington no existen demasiadas personas capaces de comprender una política social tan progresiva.

Taggart repuso lentamente:

—Sí existen. Desde luego, no muchas ni fáciles de abordar; pero existen. Yo hablaré con ellas.

Boyle tomó un vaso y se bebió el contenido de un trago, cual si acabara de oír cuanto deseaba.

—Hablando de política progresiva, Orren —dijo Taggart—, debería usted preguntarse si en una época de carestía de material, cuando tantas compañías ferroviarias se arruinan y extensas comarcas quedan desprovistas de transporte, es beneficioso para el público tolerar ruinosos duplicados de servicios y esa destructiva y feroz competencia de recién llegados a territorios donde compañías establecidas disfrutan de prioridad histórica.

—Pues… —respondió Boyle complacido —me parece un tema muy interesante. Voy a discutirlo con unos cuantos amigos en la «Alianza Nacional de Ferrocarriles».

—Las amistades —opinó Taggart como quien expresa una vana abstracción —son más valiosas que el oro. —Se volvió inesperadamente hacia Larkin—. ¿No lo cree así, Paul?

—¿Cómo…? Ah, sí —respondió Larkin asombrado—. ¡Sí, sí! ¡Claro!

—Cuento con usted.

—¿Qué?

—Cuento con sus muchas amistades.

Todos comprendieron por qué Larkin no contestó en seguida; sus hombros parecieron descender más y más, cual si fueran a tocar a la mesa.

—¡Si todo el mundo se esforzara en una empresa común, nadie sufriría perjuicio alguno! —exclamó de pronto en tono de incongruente desesperación. Viendo que Taggart le observaba, añadió a la defensiva—: Desearía no tener que perjudicar a nadie.

—Es una actitud antisocial —rezongó Taggart—. La gente que teme sacrificar a alguien no puede hablar de empresas comunes.

—Pero es que yo he estudiado muy a fondo la historia —se apresuró a expresar Larkin — y reconozco las necesidades históricas.

—Bien —aprobó Taggart.

—¿Acaso puede esperar que el curso del mundo se modifique? —preguntó Larkin como si rogara; pero su súplica no iba dirigida a nadie en particular—. ¿Puedo esperarlo?

—No. No puede usted esperarlo, míster Larkin —respondió Wesley Mouch—. Ni a usted ni a mí puede recriminársenos que…

Larkin hizo un brusco movimiento de cabeza como si se hubiese estremecido; no podía soportar la presencia de Mouch.

—¿Lo pasó bien en Méjico, Orren? —preguntó Taggart con tono repentinamente casual.

Todos parecían convencidos de que el propósito de la reunión quedaba cumplido y de que cuanto se habían propuesto debatir en la misma estaba suficientemente aclarado.

—Un país maravilloso, Méjico —respondió Boyle jovialmente*—. Muy estimulante y sugeridor de ideas. Sin embargo, las comidas son espantosas. Me puse enfermo. Pero esa gente trabaja de firme para levantar su patria.

—¿Cómo marchan las cosas por allí?

—Espléndidas. Al menos a mí me lo parecieron. Sin embargo, en estos momentos están… pero hay que tener en cuenta que apuntan al futuro. El Estado popular mejicano tiene un gran futuro. En unos cuantos años nos tomarán la delantera.

—¿Estuvo en las minas de San Sebastián?

Los cuatro hombres sentados a la mesa adoptaron una actitud más rígida y atenta. Todos tenían fuertes inversiones en las minas de San Sebastián.

Boyle no contestó en seguida y, por esta causa, su voz sonó inesperadamente alta y poco natural al responder:

—¡Oh, claro! ¡Desde luego! Es lo que más deseaba visitar.

—¿Y…?

—¿Y qué?

—¿Cómo marchan las cosas por allí?

—Espléndidas. Dentro de esa montaña existen los mayores yacimientos de cobre de la tierra.

—¿Se registra actividad?

—No he visto un lugar más activo en mi vida.

—¿Y qué hacen?

—Verán; el superintendente es muy especial y no pude comprender la mitad de lo que me contó; pero, desde luego, andan siempre muy ocupados.

—¿Existen… existen complicaciones de algún género?

—¿Complicaciones? En modo alguno. Las minas de San Sebastián son propiedad particular; las últimas que aún quedan en Méjico, pero ello no significa, por ahora, diferencia alguna.

—Orren —preguntó Taggart precavidamente—, ¿qué hay de esos rumores acerca de una posible nacionalización de las minas de San Sebastián?

—¡Mentiras! —respondió Boyle airadamente—. Mentiras; simples mentiras. Lo sé de buena tinta. He cenado con el ministro de Cultura y he comido con todos los demás.

—Debería existir una ley contra los chismorreos irresponsables —opinó Taggart con aire hosco—. Tomemos otra copa.

Llamó desabridamente a un camarero. En un obscuro rincón del local había un pequeño bar, donde un viejo y marchito servidor permanecía largos periodos de tiempo, completamente inmóvil. Al ser llamado se movía con desdeñosa lentitud. Su trabajo consistía en servir a hombres ansiosos de tranquilidad y de placer, pero sus modales eran los de un amargado curandero que dictaminara sobre alguna enfermedad oculta.

Los cuatro permanecieron en silencio, hasta que el camarero se acercó con las bebidas. Los vasos que dejó sobre la mesa eran cuatro manchas de pálido azul en la semiobscuridad reinante, como cuatro rojas llamitas de gas. Taggart alargó la mano hacia el suyo y sonrió.

—Bebamos por los sacrificios que nos impone la necesidad histórica —dijo mirando a Larkin.

Se produjo una pausa; en una habitación plenamente iluminada, aquello hubiera representado la pugna de dos hombres empeñados en sostenerse la mirada; pero aquí, tan sólo fijaban su atención en cuencas mutuamente vacías. Larkin tomó también su vaso.

—Soy yo quien invita, muchachos —recordó Taggart.

Nadie encontró nada que decir, hasta que Boyle pronunció con indiferente curiosidad:

—Oiga, Jim, quería preguntarle, ¿qué diablos pasa con su servicio ferroviario en la línea de San Sebastián?

—¿Qué quiere decir con eso? ¿A qué viene esa pregunta?

—Verá; hacer circular tan sólo un tren de pasajeros diario es…

—¿Un tren?

—… es un servicio muy escaso, por lo menos a mi modo de ver. ¡Y qué tren! Deben de haber heredado esos vagones de su bisabuelo, el cual a su vez los usó hasta el agotamiento. Y ¿de dónde han sacado esa locomotora que quema leña?

—¿Que quema leña?

—Sí. Quema leña. Nunca había visto ninguna, excepto en fotografías. ¿De qué museo procede? No simule que no lo sabía. ¿Se trata acaso de una broma?

—¡Claro que lo sabía! —se apresuró a contestar Taggart—. Era sólo que… Justamente se fue a fijar en ese tren la semana en que tuvimos ciertas dificultades con nuestras máquinas. Hemos hecho un pedido de otras nuevas, pero se retrasa bastante. Ya sabe los problemas que tenemos con los constructores. Sin embargo, se trata sólo de una dificultad temporal.

—¡Claro! —reconoció Boyle—. No es posible impedir los retrasos. Pero insisto en que es el tren más extraño en que haya viajado jamás. Me dejó el estómago hecho una piltrafa.

A los pocos minutos observaron que Taggart no pronunciaba palabra, al parecer preocupado por sus propios problemas. Cuando se levantó de pronto sin excusarse, los demás hicieron lo mismo, aceptándolo como una orden.

Sonriendo quizá con demasiada amplitud, Larkin murmuró:

—Ha sido un placer, Jim. Un auténtico placer. Así es como nacen los grandes proyectos: tomando unas copas con unos amigos.

—Las reformas sociales son lentas —pronunció Taggart con frialdad—. Resulta aconsejable mostrarse paciente y precavido. —Por vez primera se volvió hacia Wesley Mouch—. Lo que más me gusta de usted, Mouch, es que no habla demasiado.

Wesley Mouch era el hombre de confianza de Rearden en Washington.

Existía aún un poco de claridad crepuscular en el cielo cuando Taggart y Boyle salieron juntos a la calle. La transición les causó un ligero asombro; el local era tan obscuro que al salir del mismo les pareció encontrarse en pleno día. Un alto edificio se recortaba contra el firmamento, erecto y firme como una espada en alto. En la distancia, más allá del mismo, colgaba el calendario.

Taggart forcejeó irritado con el cuello de su gabán, que se abrochó para protegerse del frío de la calle. Aquella noche no había pensado volver a su despacho, pero tuvo que hacerlo para ver a su hermana.

—… nos espera una tarea muy difícil, Jim —estaba diciendo Boyle—. Una tarea muy difícil con muchos peligros y complicaciones y grandes riesgos…

—Todo se basa —contestó lentamente James Taggart —en conocer a quiénes pueden hacerla posible… Eso es lo que hay que saber: quiénes pueden hacerla posible.

* * *

Dagny Taggart contaba sólo nueve años cuando decidió que gobernaría a su debido tiempo la compañía ferroviaria «Taggart Transcontinental». Llegó a dicha conclusión hallándose cierto día completamente sola entre los rieles, contemplando las dos rectas líneas de acero que se alejaban hasta coincidir en la distancia. Experimentaba cierto orgulloso placer al observar como la vía atravesaba los bosques. No le llamaban la atención los añosos árboles con sus ramajes verdes extendidos sobre verdes arbustos ni los macizos de solitarias flores. Estaba allí dando constancia de su presencia. Las dos líneas de acero brillaban bajo el sol, y las negras traviesas eran como peldaños de una escalera por la que tuviese que ascender.

La decisión no fue repentina; constituyó la rúbrica final a algo que sabía desde mucho tiempo atrás. Gracias a un entendimiento tácito, como si estuvieran ligados por un juramento que nunca fue necesario pronunciar, ella y Eddie Willers se habían entregado al ferrocarril desde los primeros días conscientes de su infancia.

Dagny experimentaba una aburrida indiferencia hacia el mundo, hacia los demás chiquillos e incluso hacia los adultos. Aceptaba como una circunstancia lamentable, que debía soportar con paciencia algún tiempo, el verse aprisionada entre personas sin interés. Había atisbado algo de otro mundo, de cuya existencia estaba segura; un mundo que creaba trenes, puentes, hilos telegráficos, luces y señales que parpadeaban en la noche. Pero era preciso esperar y crecer hasta ponerse al nivel de ese mundo.

Nunca trató de explicar por qué le gustaba tanto el ferrocarril. Sabía que se trataba de una emoción para la que no existía equivalente ni reacción adecuada. Experimentaba la misma emoción en la clase de matemáticas, única asignatura que la atraía. Gozaba con la excitación de solucionar problemas; con el insolente placer de aceptar un desafío y ganarlo sin esfuerzo; con el anhelo de enfrentarse a una prueba más dura todavía que las anteriores. Al propio tiempo, experimentaba creciente respeto hacia una ciencia tan clara, estricta y luminosamente racional: Estudiando matemáticas, se había dicho de manera repentina y sencilla: «¡Qué grandes fueron los hombres que consiguieron esto!», y también: «¡Qué maravilloso me parece poseer semejantes aptitudes para el cálculo!» La alegría de aquella admiración y la consciencia de la propia habilidad iban desarrollándose al unísono. Su actitud hacia el ferrocarril era idéntica: adoración hacia la inteligencia que lo había creado; hacia la habilidad de una mente clara y razonadora. Asociación con una sonrisa secreta en la que se ocultaba la idea de hacerlo mejor algún día. Haraganeaba por entre vías y depósitos como un estudiante humilde; pero en dicha humildad había un toque de orgullo en potencia; un orgullo que era preciso ganarse.

«Tienes una jactancia insoportable.» Era una de las dos frases que oyó continuamente en su niñez, aun cuando nunca hablara de sus propias cualidades. La otra frase decía: «Eres egoísta». Preguntó qué significaba, pero nunca recibió respuesta. Contemplaba a los adultos, preguntándose cómo podían imaginar que se sintiera culpable de acusación tan inconcreta.

A los doce años dijo a Eddie Willers que cuando fuera mayor dirigiría el ferrocarril. A los quince se le ocurrió pensar por vez primera que las mujeres no gobiernan compañías ferroviarias y que quizá otras personas se opusieran a su plan. «¡Al diablo con mis dudas!», pensó. Y dicha idea nunca volvió a preocuparla. Empezó a trabajar para la «Taggart Transcontinental» cuando tenía dieciséis años. Su padre permitió, entre divertido y curioso, que aceptara el empleo de telegrafista nocturna en una pequeña estación. Durante los primeros años pasó allí muchas horas. AI propio tiempo era alumna de una escuela de ingeniería.

James Taggart inició su carrera en el ferrocarril al mismo tiempo que ella; tenía entonces veintiún años y quedó asignado al departamento de Relaciones Públicas.

La carrera de Dagny en la «Taggart Transcontinental» fue rápida y no encontró oposición alguna. Aceptó cargos de responsabilidad porque no había personas capaces de desempeñarlos. A su alrededor laboraban unos cuantos hombres de talento; pero cada año su presencia se hacía más y más excepcional. Sus superiores, los que ostentaban la autoridad, parecían temerosos de ejercerla y pasaban el tiempo eludiendo decisiones. Debido a esto, fue ella la que tuvo que decir a unos y a otros cómo era preciso obrar. Y lo cumplieron. A cada nuevo escalón que ascendía, efectuaba la tarea adecuada mucho antes de que le concediesen el título. Venía a ser lo mismo que avanzar por una serie de aposentos vacíos. Nadie se oponía a su tránsito y, sin embargo, tampoco nadie aprobaba sus progresos. Su padre parecía asombrado y orgulloso, pero no manifestaba sentimiento alguno definido, y había cierta tristeza en sus ojos al ver a la muchacha en el despacho. Dagny tenía veintinueve años cuando él murió. «Siempre ha existido un Taggart para dirigir, la empresa» fueron sus últimas palabras: y al propio tiempo la miró con extraña expresión. Era como una despedida a la que demostrara cierta lástima.

El capital más importante, el que gobernaba la Compañía Taggart, quedó en manos de James Taggart. Tenía treinta y cuatro años cuando fue nombrado presidente de la firma. Dagny había dado por seguro que la junta de directores lo elegiría, pero nunca pudo comprender por qué lo hizo de manera tan unánime. Sus miembros hablaron de la tradición e insistieron en que el presidente siempre fue el hijo mayor de la familia. Nombraron a James del mismo modo que hubieran rehusado pasar bajo una escalera, es decir, para evitar la misma clase de maleficio. Se refirieron a su habilidad para «hacer populares las vías férreas» y también a su «excelente prensa» y a su «tino para desenvolverse en Washington». Había demostrado una maña especial para obtener favores de la legislatura.

Dagny no sabía nada acerca de aquel «tino para desenvolverse en Washington» ni imaginaba qué significaría la frase. Pero como, al parecer, tratábase de algo necesario, acabó por olvidarse de ello, diciéndose que existían muchas facetas de su trabajo, ofensivas, pero necesarias, del mismo modo que ocurre cuando se limpia un albañal; alguien tenía que hacerlo y a Jim parecía gustarle.

Dagny nunca había aspirado a la presidencia; tan sólo la preocupaba el Departamento de Operaciones. Cuando recorría la línea, los viejos ferroviarios, que aborrecían a Jim, comentaban: «Siempre existirá un Taggart a la cabeza de la empresa», y la miraban del mismo modo que lo había mirado su padre. Sentíase protegida contra Jim por la convicción de que éste no era lo suficiente listo como para perjudicar en exceso a la firma, y de que ella estaría siempre en condiciones de corregir cualquier perjuicio que aquél le ocasionara.

A los dieciséis años, sentada ante su cuadro de instrumentos, observando las iluminadas ventanillas de los trenes Taggart que pasaban velozmente, se dijo que había logrado afincarse en el mundo que más le agradaba. Pero a partir de entonces fue dándose cuenta de que no era así. El adversario al que se veía obligada a combatir no le parecía ya digno de la lucha ni de la victoria; no era una superior inteligencia la que desafiaba, sino la ineptitud; una gris extensión algodonosa, blanda y sin forma, que no ofrecía resistencia a nada ni a nadie, pero que, aun así, constituía un obstáculo en su camino. Se encontraba desarmada ante el enigma que hacía posible todo aquello, sin conseguir acertar la respuesta.

Sin embargo, fue sólo en los primeros años cuando se lamentó interiormente, anhelando un destello de inteligencia humana, de limpia, clara y radiante competencia. Sufría arrebatos de torturado anhelo, en los que hubiera querido tener un amigo o un enemigo, dotado de una mente mejor que la suya. Pero aquello pasó. Tenía que cumplir una tarea y no podía perder el tiempo experimentando dolor con demasiada frecuencia.

El primer paso de la política de James Taggart hacia el ferrocarril consistió en la construcción de la línea de San Sebastián. Fueron muchos los responsables de ello, pero para Dagny tan sólo un nombre destacaba escrito sobre aquella aventura; un nombre que borraba los de todos los demás. Destacaba a través de cinco años de forcejeo, de millas y millas de rieles perdidos, de hojas cuajadas de cifras representativas de las pérdidas de la «Taggart Transcontinental», semejantes al hililllo de sangre de una herida que no quisiera cicatrizarse. Así aparecía en las cintas informadoras de todas las bolsas del mundo; en el humo teñido de rojo de los altos hornos donde se fundía cobre; en titulares escandalosos; en pergaminos donde constaba la nobleza de los siglos; en tarjetas unidas a ramos de flores que adornaban los aposentos de mujeres desparramadas por tres continentes.

El nombre en cuestión era Francisco d'Anconia.

A la edad de veintitrés años, cuando heredó su fortuna, Francisco d'Anconia era conocido como rey mundial del cobre. A los treinta y seis continuaba siendo famoso, no sólo como el hombre más rico de la tierra, sino como el Don Juan más espectacular y detestable. Era

el último descendiente de una de las más nobles familias de la Argentina. Poseía ranchos de ganado, plantaciones de café y la mayor parte de las minas de cobre de Chile. Era dueño de casi media Sudamérica y de diversas minas desparramadas por los Estados Unidos, a las que no daba más importancia que a un montón de calderilla.

Cuando Francisco d'Anconia adquirió repentinamente en Méjico millas y millas de montañas peladas, empezó a circular la noticia de que acababa de descubrir vastos yacimientos de cobre. No hubo de realizar esfuerzo alguno para vender las acciones de sus minas porque dichas acciones le fueron arrebatadas de las manos y él se limitó a escoger a quienes conferir el favor de otorgárselas. Se aseguraba que poseía un talento financiero fabuloso; jamás le había vencido nadie. Su increíble fortuna aumentaba a cada operación que se tomara la molestia de realizar. Aquellos que lo censuraban eran los primeros en aprovecharse de su talento, adquiriendo nuevas participaciones en sus empresas. James Taggart, Orren Boyle y sus amigos se contaban entre los mayores propugnadores del proyecto que Francisco d'Anconia había llamado «minas de San Sebastián».

Dagny nunca pudo descubrir qué clase de influencias habían impelido a James Taggart a tender una vía férrea desde Texas hasta los desolados parajes de San Sebastián. Al parecer, ni él mismo lo sabía. Igual que un campo sin protección alguna, parecía abierto a todos los vientos. La suma final fue obtenida por casualidad. Unos cuantos directores de la «Taggart Transcontinental» se mostraron enemigos del proyecto. La compañía necesitaba de todos sus recursos para reconstruir la línea Río Norte y no podían hacerse las dos cosas a la vez. Pero James Taggart era el nuevo presidente y ejercía su primer año de administración, y por ello venció.

El Estado popular mejicano se mostró dispuesto a cooperar y firmó un contrato garantizando por doscientos años el derecho de propiedad de la «Taggart Transcontinental», a aquella línea férrea, en un país donde no existía derecho de propiedad alguno. Francisco d'Anconia había obtenido idéntica garantía para sus minas.

Dagny combatió arduamente el tendido de la línea de San Sebastián. Luchó por todos los medios, dirigiéndose a quien quisiera escucharla; pero sólo era ayudante en el Departamento de Operaciones, una muchacha joven y sin autoridad, y nadie le hizo caso.

Tanto entonces como posteriormente, nunca pudo comprender los motivos que impulsaron a la construcción de la línea. Asistiendo en calidad de inoperante espectadora, como miembro de la minoría, a una reunión de la junta, sintió una extraña sensación de subterfugio en el aire, en cada uno de los discursos y en todos los argumentos expuestos, como si el motivo verdadero de la discusión no fuese nunca mencionado por aparecer lo suficiente claro a todos, excepto a ella.

Se habló de la futura importancia del comercio con Méjico; de la rica corriente de mercancías que circularía por allí; de las inmensas rentas aseguradas a quien transportara de manera exclusiva la inextinguible producción de cobre. Se citaron los pasados triunfos de Francisco d'Anconia; pero no se mencionó ningún factor técnico relacionado con las minas de San Sebastián. Eran pocos los datos disponibles; la información facilitada por d'Anconia no resultaba demasiado específica. Mas, en realidad, nadie parecía necesitar los datos en cuestión.

Los oradores se extendieron acerca de la pobreza de los mejicanos y de su desesperada necesidad de trenes. «Nunca han disfrutado de una posibilidad.» «Es nuestro deber ayudar al desarrollo de una nación de escasos medios. A mi modo de ver, todo país depende de su vecino.»

Dagny permanecía escuchando, a la vez que meditaba sobre las numerosas líneas secundarias que la «Taggart Transcontinental» se había visto obligada a abandonar. Los ingresos de la gran compañía venían disminuyendo paulatinamente desde muchos años

antes. Pensó en la urgente necesidad de efectuar unas reparaciones, lamentablemente negligidas en toda la red. La política seguida acerca del problema de la conservación no era realmente una política, sino un juego que parecían llevar a cabo con un pedazo de goma que pudiera estirarse un poco y luego todavía un poco más.

«A mi modo de ver, los mejicanos son un pueblo diligente, pero aplastado por una economía primitiva. ¿Cómo van a industrializarse si nadie les echa una mano?» «Al considerar una inversión, creo que hemos de fiarnos un poco del elemento humano y no solamente de factores puramente materiales.»

Dagny se acordó de una locomotora, caída en una zanja de la línea Río Norte, porque una de las barras de empalme se había roto. Se acordó de los cinco días durante los cuales quedó interrumpido todo tránsito en la misma línea porque un muro de contención se había derrumbado, arrojando toneladas de piedra sobre la vía.

«Así como todos hemos de pensar en el bienestar de nuestro prójimo antes que en el propio, del mismo modo una nación ha de pensar en sus vecinos antes que en sí misma.»

Se acordó de un recién llegado llamado Ellis Wyatt, en quien la gente empezaba a fijarse, porque sus actividades constituían la primera promesa de un torrente de mercancías, a punto de brotar de las muertas planicies de Colorado. La línea Río Norte iba hacia su colapso final precisamente cuando más necesaria era su plena eficacia operativa.

«El ansia de riquezas materiales no lo es todo. Existen también ideales a considerar.» «Confieso que me siento avergonzado cuando pienso que poseemos una amplia red de ferrocarriles, mientras el pueblo mejicano sólo dispone de una o dos líneas por completo anticuadas.» «La vieja teoría de la autosuficiencia económica fue explotada hace tiempo. Es imposible que un país prospere en medio de un mundo muerto de hambre.»

Reflexionó en que, para convertir a la «Taggart Transcontinental» en la empresa de otros tiempos, todo riel, todo clavo y todo dólar eran necesarios. Sin embargo, ¡era tan desesperadamente poco lo que poseían!

En la misma sesión y en el curso de idénticos discursos, se habló también de la eficiencia del Gobierno mejicano, que ejercía un perfecto dominio sobre todo el país. Manifestaron que Méjico tenía un gran futuro, y que en unos pocos años se convertiría en peligroso competidor. «Méjico se ha impuesto disciplina», insistieron los componentes de la junta, con cierta nota de envidia en la voz.

James Taggart dejó sentado en frases incompletas y en insinuaciones vagas, que sus amigos de Washington, a los que nunca nombraba, abrigaban el deseo de ver una línea férrea tendida en suelo mejicano; que dicha línea constituiría una gran ayuda en términos de diplomacia internacional; que la buena voluntad de la opinión pública mundial pagaría con creces la inversión de la «Taggart Transcontinental».

Votaron la construcción de la línea de San Sebastián, a un coste de treinta millones de dólares.

Cuando Dagny salió a la calle y empezó a caminar, respirando el aire claro y fresco, dos palabras se fueron repitiendo precisa e insistentemente en la entumecida vacuidad de su mente: «Abandona esto… abandona esto… abandona esto».

Las escuchó perpleja. La idea de abandonar la «Taggart» no pertenecía a las cosas concebibles para ella. Sintió terror, no ante la idea, sino al preguntarse qué se la había sugerido. Sacudió irritada la cabeza y se dijo que la «Taggart Transcontinental» iba a necesitarla ahora más que nunca.

Dos de los directores presentaron la dimisión; y lo mismo el vicepresidente del Departamento de Operaciones, que quedó substituido por un amigo de James Taggart.

Rieles de acero fueron tendidos a lo largo del desierto mejicano, mientras se cursaban órdenes para reducir la velocidad de los trenes en la línea Río Norte, porque las traviesas

estaban deterioradas. Un edificio de cemento, reforzado con columnas de mármol y adornado con espejos, se levantó entre el polvo de una plaza sin pavimentar de cierto pueblo mejicano, mientras un tren-tanque, transportando aceite, se desplomaba por un terraplén, quedando convertido en un montón de chatarra, porque un riel se había partido en la línea Rio Norte. Ellis Wyatt no esperó a que el tribunal decidiera que el accidente había sido casual, como aseguraba James Taggart, sino que transfirió el transporte de su petróleo a la «Phoenix-Durango», obscura compañía, pequeña y en pleno forcejeo, pero muy bien organizada. Aquel fue el cohete que impulsó a la «Phoenix-Durango» a las alturas. A partir de entonces, la compañía prosperó al compás de la empresa de Wyatt. Se levantaron fábricas en los valles cercanos, conforme una franja de rieles y traviesas fue quedando tendida a razón de dos millas mensuales, por entre los agostados campos de trigo mejicano.

Dagny tenía treinta y dos años cuando dijo a James Taggart los motivos por los que pensaba retirarse. Llevaba tres años en el Departamento de Operaciones, sin título, sin crédito y sin autoridad. Sentíase derrotada y aborrecía las horas, los días, las noches, que tuvo que perder oponiéndose a la interferencia del amigo de Jim que ostentaba el cargo de vicepresidente.

Aquel hombre no se había formado política alguna y todas sus decisiones se basaban en ideas de Dagny, que sólo aceptaba luego de haber realizado todos los esfuerzos concebibles para inutilizarlas. Lo que Dagny presentó a su hermano era un ultimátum. Él jadeó: «Pero, Dagny, ¡eres una mujer! ¿Quieres que ponga a una mujer en la vicepresidencia de Operaciones? ¡Nunca se ha visto tal cosa! ¡La junta no lo consentirá!» «Pues entonces, ¡me voy!», repuso ella.

No había pensado lo que haría en el resto de su vida. La idea de abandonar la «Taggart Transcontinental» venía a ser como estar aguardando a que le amputaran las piernas. Lo mejor sería dejar que sucediera y luego aceptar el fardo o lo que quedara del mismo.

Nunca comprendió por qué la junta de directores votó unánimemente a favor de su candidatura para la vicepresidencia de Operaciones.

Fue ella quien finalmente hizo realidad la línea. Cuando se inició en su tarea, la construcción de aquélla llevaba tres años en curso. Se había tendido un tercio de la vía y, hasta aquel entonces, los gastos sobrepasaban la cifra prevista. Despidió a los amigos de Jim y encontró un contratista que terminó la obra en un año.

La línea de San Sebastián estaba operando. Pero no se había producido ninguna corriente de tráfico a través de la frontera, ni circulaban por ella trenes cargados de cobre. Sólo algunos vagones descendían traqueteando por la montaña, a largos intervalos. Según Francisco d'Anconia, las minas estaban aún en proceso de desarrollo. La sangría de la «Taggart Transcontinental» no se había detenido.

Dagny estaba sentada a su escritorio, igual que muchas otras lardes, tratando de aclarar el problema de qué líneas podían salvar el sistema y en cuántos años.

Una vez reconstruida la Río Norte, redimiría a las otras. Mientras repasaba las hojas llenas de cifras, anunciando pérdidas y más pérdidas, no pensaba en la larga e insensata agonía de la aventura mejicana. Se estaba acordando de una llamada telefónica. «Hank, ¿puede salvarnos 7 ¿Puede entregarnos rieles en el menor tiempo posible y al crédito más largo?» Una voz tranquila y mesurada había contestado: «Desde luego».

Aquel pensamiento resultaba estimulante. Se inclinó sobre las hojas de papel que tenía en la mesa, pareciéndole de improviso que podía concentrarse con más facilidad. Existía, cuando menos, algo con qué contar; algo que no se derrumbaría en el momento crítico.

James Taggart cruzó la antesala del despacho de Dagny, imbuido todavía de la clase de confianza que media hora antes experimentaba entre sus compañeros, en el obscurecido bar. Pero, al abrir la puerta, dicha confianza se desvaneció. Atravesó el recinto

acercándose a la mesa, como un niño al que se va a castigar, haciendo acopio de resentimiento para todos sus años futuros.

Vio una cabeza inclinada sobre hojas de papel; la luz de la lámpara hacía brillar mechones de desordenado pelo; una blanca blusa se ceñía a los hombros de Dagny y sus flojos pliegues realzaban la delgadez del cuerpo.

—¿Qué ocurre, Jim?

—¿Qué estás intentando respecto a la línea de San Sebastián? Ella levantó la cabeza.

—¿Intentando? ¿A qué te refieres?

—¿Qué clase de horario rige allí y cuáles son los trenes que circulan? Ella se echó a reír; su risa sonó alegre, aunque algo fatigada.

—Creo que, de vez en cuando, deberías leer los informes que se envían al despacho del presidente.

—¿A qué te refieres?

—Llevamos tres meses funcionando con el mismo horario y con los mismos trenes, en la línea San Sebastián.

—¿Un tren de pasajeros al día?

—Sí, por la mañana. Y uno de mercancías cada dos noches.

—¡Cielo santo! ¿En una línea tan importante como ésa?

—Tu línea importante no es capaz de mantener ni siquiera esos dos trenes.

—Pero el pueblo mejicano espera de nosotros un servicio regular.

—Desde luego.

—¡Necesitan trenes!

—¿Para qué?

—Para… para ayudarles a desarrollar las industrias locales. ¿Cómo van a conseguirlo si no les ofrecemos medios de transporte?

—No creo que se desarrollen de ninguna forma.

—Esa es una opinión muy personal. No sé con qué derecho has reducido el servicio. Tan sólo el transporte de cobre pagará todos los gastos.

—¿Cuándo?

La miró asumiendo el aire satisfecho de quien está a punto de manifestar algo ofensivo.

—No irás a dudar del triunfo de esas minas de cobre, ¿verdad?… Sobre todo cuando quien las dirige es Francisco d'Anconia.

Hizo mucho hincapié en el nombre, sin perderla de vista. Ella repuso:

—Quizá sea amigo tuyo, pero…

—¡Amigo mío! Creí que lo era tuyo.

—No, al menos durante estos últimos diez años —respondió Dagny vivamente.

—Lamentable, ¿verdad? Sin embargo, sigue siendo uno de los negociantes mejores de la tierra Jamás ha fracasado en una empresa… me refiero a una empresa comercial, y lleva invertidos millones de su propia fortuna en estas minas; así es que creo que podemos fiarnos de su juicio.

—¿Cuándo te darás cuenta de que Francisco d'Anconia ha acabado por convertirse en un vago?

Él se echó a reír.

—Yo siempre lo he considerado así, por lo que se refiere a su carácter personal. Pero tú no compartías mi opinión. Eras opuesta a ella, i Y de qué modo! Debes recordar nuestras

peleas a propósito de esto, ¿verdad? ¿Quieres que repita algunas de las cosas que decios acerca de él? En cuanto a las que pudiste hacer, tan sólo puedo conjeturarlo.

—¿Quieres que discutamos por Francisco d'Anconia? ¿Es eso a lo que has venido?

En el rostro de Jim se pintó la cólera que le ocasionaba el fracaso de observar que el de ella no expresaba nada.

—¡Sabes perfectamente a qué he venido! —exclamó—. ¡Acabo de escuchar cosas increíbles acerca de nuestros trenes en Méjico!

—¿Qué cosas?

—¿Qué clase de material rodante estás utilizando allí?

—El peor que he podido encontrar.

—¿De modo que lo admites?

—Lo he declarado sobre el papel en los informes que te mandé.

—¿Es cierto que utilizas locomotoras que queman leña?

—Eddie las encontró por encargo mío, en un depósito abandonado de Louisiana. Ni siquiera se acuerda del nombre.

—¿Y los usas en los trenes Taggart?

—Sí.

—¿Cuál es tu endiablada idea? ¿Qué te has propuesto? ¡Quiero saberlo! Expresándose con calma y mirándolo a la cara, Dagny respondió:

—Pues si quieres saberlo, te diré que en la línea de San Sebastián sólo he dejado chatarra y aun la menos posible. Todo cuanto podía transportarse lo he sacado de allí: locomotoras, herramientas, incluso máquinas de escribir y espejos.

—¿Por qué diantre lo hiciste?

—Porque quiero que esa gente no tenga nada que saquear cuando nacionalicen la línea.

Él se puso en pie de un salto.

—¡No te saldrás con la tuya! ¡Esta vez estoy dispuesto a todo para impedirlo! No sé cómo has tenido valor para realizar una acción tan baja y execrable… tan sólo por haber escuchado algunos rumores tendenciosos y cuando tenemos un contrato para doscientos años, además de…

—Jim —le atajó ella lentamente—, en ningún otro lugar del sistema existe un solo vagón, una sola máquina o una tonelada de carbón de que podamos privarnos.

—No lo permitiré. ¡Declaro terminantemente que no permitiré semejante deplorable política hacia un pueblo amigo, necesitado de nuestra ayuda! El ansia de beneficios materiales no lo es todo. Existen también otras consideraciones, aunque tú no las comprendas.

Dagny tomó una libreta y un lápiz.

—De acuerdo, Jim. ¿Cuántos trenes quieres que funcionen en la línea de San Sebastián?

—¿Qué?

—¿Qué otros servicios quieres que restrinja y en cuál de nuestras líneas, a fin de conseguir los Dieseis y los vagones de acero necesarios?

—No quiero restringir ningún servicio.

—Pues entonces, ¿de dónde saco el equipo con destino a Méjico?

—Eso es cosa tuya. Pertenece a tus obligaciones.

—No me veo capaz de conseguirlo. Tendrás que decidir tú.

—Ya estamos con tu vieja triquiñuela de endilgarme la responsabilidad.

—Espero órdenes, Jim.

—No permitiré que me metas en un atolladero. Dagny dejó caer el lápiz.

—Pues entonces, la línea de San Sebastián seguirá funcionando como ahora.

—¡Espera a que la junta se reúna el mes que viene! Exigiré una acción decisiva acerca de hasta qué punto el Departamento de Operaciones puede excederse en sus atribuciones. Te aseguro que obtendrás la respuesta adecuada.

—Seré yo quien la dé.

Antes de que la puerta por donde había salido James Taggart se cerrara tras él, Dagny estaba trabajando de nuevo.

Cuando hubo terminado, apartó los papeles y levantó la mirada; al otro lado de la ventana, el cielo aparecía negro y la ciudad habíase convertido en una resplandeciente extensión de cristal iluminado, donde no destacaba ninguna construcción. Se levantó a desgana. Lamentaba la pequeña derrota que significaba experimentar cansancio, pero aquella noche estaba fatigada de verdad.

La oficina exterior aparecía vacía y obscura; el personal se había marchado. Sólo Eddie Willers seguía en su puesto, dentro de aquella partición rodeada de cristal, semejante a un cubículo de luz, en el rincón del amplio recinto. Le dijo adiós con la mano.

No tomó el ascensor que llevaba al vestíbulo, sino el que la depositaría en la estación término del ferrocarril Taggart. Le gustaba atravesarla en su camino hacia casa.

Siempre había opinado que aquel recinto se asemejaba a un templo.

Levantando la mirada hacia el elevado techo, pudo ver las bóvedas obscuras sostenidas por gigantescas columnas de granito y la parte superior de los enormes ventanales, sumidos asimismo en la penumbra. Todo aquel espacio exhalaba la paz solemne de una catedral que dispensara su protección y su paz por encima de la febril actividad de los humanos.

Dominándolo todo, pero ignorada por los viajeros, por tratarse de una visión habitual, levantábase la estatua de Nathaniel Taggart, fundador de la compañía ferroviaria. Dagny era la única persona que seguía fijándose en ella, sin que jamás llegara a acostumbrarse totalmente a su presencia. Contemplar la estatua, siempre que pasaba por aquel lugar, constituía para ella una especie de silenciosa plegaria.

Nathaniel Taggart había sido un aventurero llegado a Nueva Inglaterra desde algún lugar desconocido, sin un céntimo en el bolsillo. Pero construyó un ferrocarril a través de todo un continente, en los tiempos de los primeros rieles de acero. Su ferrocarril seguía funcionando, pero su batalla se había convertido en simple leyenda, porque la gente prefería no comprenderla o no aceptarla como posible.

Aquel hombre nunca había aceptado la noción de que alguien pudiera detenerle en su camino. Se hizo un propósito y luchó por conseguirlo, siguiendo una senda tan recta como las mismas vías del tren. Jamás pidió préstamos, ni emitió bonos, ni solicitó subsidios, ni obtuvo cesiones de tierras o favores del Gobierno. Obtenía el dinero de los poseedores del terreno, yendo de puerta en puerta, llamando a las de caoba de los, banqueros, e igualmente a las de tablones de las solitarias alquerías. Jamás habló de bienestar público. Limitábase a decir a la gente que obtendrían considerables beneficios con su ferrocarril y les explicaba por qué confiaba en el mismo y los motivos que tenía para mostrarse tan seguro. Sus razones eran siempre sensatas. En las generaciones que siguieron, la «Taggart Transcontinental» fue una de las pocas compañías ferroviarias que nunca sufrieron bancarrota y la única también cuyas acciones de control permanecieron en manos de los descendientes del fundador.

En el curso de su vida, el nombre de Nat Taggart fue más notable que famoso; se le repetía, no en homenaje a su portador, sino con expresión de fría curiosidad. Y si alguien

lo admiró, fue del mismo modo que se admira a un bandido afortunado. Sin embargo, ni un solo penique de su capital había sido logrado por la fuerza o por el fraude; no era culpable de nada, excepto de haberse sabido ganar su propia fortuna y de no olvidarse nunca de que era suya.

Circulaban numerosas historias acerca de él. Se decía que en los territorios selváticos del medio oeste había asesinado a cierto legislador que trató de revocar una concesión garantizada de antemano, cuando su vía atravesaba ya medio Estado. Algunos políticos habían planeado hacer una fortuna con las acciones Taggart, comprándolas a bajo precio, para venderlas después con un gran margen de beneficios. Se acusó a Nat Taggart del crimen, pero éste jamás pudo ser probado. A partir de entonces no tuvo más complicaciones con los políticos.

Se afirmaba que Nat Taggart había expuesto muchas veces su vida por defender el ferrocarril; pero en ciertas ocasiones expuso algo más que su vida. Desesperado por la falta de fondos y con el tendido de una vía en suspenso, arrojó por la escalera de su casa a cierto distinguido caballero que le ofrecía un préstamo del Gobierno. Luego ofreció a su esposa como garantía para el préstamo de cierto millonario que la admiraba profundamente. Por fortuna pudo pagar a tiempo, sin tener que recurrir a tan desesperado expediente. El trato se hizo con consentimiento de la interesada, mujer de gran belleza, procedente de una noble familia de cierto Estado del Sur, desheredada por haberse fugado con Nat Taggart cuando éste sólo era un joven y andrajoso aventurero.

Dagny lamentaba a veces tener que considerar a Nat Taggart como forzoso antecesor suyo. Lo que sentía hacia él no podía quedar incluido en la categoría de afecto familiar. Hubiera preferido que los sentimientos en cuestión nada tuvieran que ver con los que se deben a un tío o a un abuelo cualquiera. Era incapaz de amar obligatoriamente o de un modo forzado. Pero dejando aparte los vínculos familiares, si hubiera tenido que elegir un antepasado por propia voluntad habría optado por Nat Taggart, en agradecido homenaje a lo que representaba para ella.

La estatua de Nat Taggart había sido realizada tomando como base el diseño de un artista, única imagen que existía de él. Había vivido hasta una edad muy avanzada, pero nadie podía imaginarlo sino como aparecía en aquel dibujo hecho cuando era joven. Su estatua imbuyó a Dagny el primer concepto de la exaltación. Si hallándose en la iglesia o en la escuela, oía a alguien pronunciar dicha palabra, inmediatamente la asociaba con la estatua de Nat Taggart.

El monumento representaba a un joven alto y apuesto, de rostro anguloso, que erguía la cabeza como si se enfrentara a un desafío y gozara con su capacidad para salir airoso de la prueba. Todo cuanto Dagny deseaba de la vida, se resumía en el deseo de mantener la cabeza tan erguida como él.

Aquella noche volvió a mirar la estatua cuando pasaba por la estación. En el breve momento de descanso a Dagny le pareció como si un peso imposible de definir hubiera sido retirado de su espalda y una débil corriente de aire le refrescara la frente.

En un rincón, junto a la puerta principal, existía un pequeño quiosco de periódicos. Su propietario, un viejo tranquilo y cortés, de aire educado, llevaba veinte años detrás del mostrador. En otros tiempos fue dueño de una fábrica de cigarrillos, pero se arruinó y había acabado resignándose a la solitaria obscuridad del puestecillo, en medio de un eterno torbellino de gentes desconocidas. No le quedaban familiares ni amigos. Tan sólo tenía una afición: la de coleccionar cigarrillos de todas las marcas del mundo; conocía todas las existentes e incluso algunas que se vendieron en tiempos pasados.

A Dagny le gustaba detenerse en el quiosco. Parecía formar parte de la estación término, igual que un viejo perro guardián, demasiado débil para protegerla, pero cuya presencia leal resulta confortadora. Al viejo le gustaba verla acercarse, porque le divertía pensar

que tan sólo él conocía la importancia de aquella joven en traje deportivo y sombrero ladeado, que se acercaba presurosa y anónima entre la muchedumbre.

Dagny Se detuvo, como de costumbre, para comprar un paquete de cigarrillos.

—¿Cómo sigue su colección? —preguntó al viejo—. ¿Tiene algún ejemplar nuevo?

Él sonrió tristemente, al tiempo que movía la cabeza.

—No, Miss Taggart —repuso—. Ya no se fabrican marcas nuevas, y las viejas van desapareciendo. Aquí sólo tenemos cinco o seis, cuando antes las había a docenas. La gente no desea ya nada nuevo.

—Volverán a hacerlo. Este bache es sólo temporal.

La miró sin contestar. Al cabo de unos momentos, dijo:

—Me gustan los cigarrillos, Miss Taggart. Me resulta atractiva la idea del fuego sostenido por la mano del hombre; del fuego, esa fuerza peligrosa, domada con las puntas de los dedos. Con frecuencia medito sobre las horas en que un hombre permanece sentado a solas, mirando el humo de su cigarrillo y meditando. Me pregunto cuántas grandes ideas habrán surgido de dichos ratos de descanso. Cuando un hombre piensa, un puntito de fuego arde en su mente. Y es natural que el fuego de su cigarrillo represente la expresión de dicha idea.

—Pero, ¿es que alguna vez piensan los hombres? —preguntó Dagny involuntariamente.

Pero se interrumpió, porque aquella cuestión representaba para ella, una tortura personal que no deseaba discutir con nadie.

El viejo la miró como si comprendiera su repentino silencio, pero no quiso discutir. Por el contrario, dijo:

—No me gusta lo que le ocurre a la gente, Miss Taggart.

—¿A qué se refiere?

—No lo sé. Pero llevo veinte años de observación continua y he notado el cambio. Antes pasaban por aquí a toda prisa. Resultaba admirable verles. Su prisa era la de quienes saben adónde van y sienten impaciencia por llegar. En cambio ahora su apresuramiento tiene otro motivo: el miedo. No los empuja ningún propósito, sino tan sólo el miedo. No van a ningún sitio; escapan. No se miran entre sí y sufren un sobresalto al ser tocados por otro. Sonríen a cada instante, pero con sonrisa que nada tiene de agradable; que no expresa alegría, sino que suplica. No sé qué le está ocurriendo al mundo. —Se encogió de hombros—. De todos monos, ¿quién es John Galt?

—Se trata de una frase sin sentido.

La sorprendió la sequedad de su voz y añadió a modo de excusa:

—No me gusta esa expresión popular. ¿Qué significa? ¿Quién la inventó?

—Nadie lo sabe —respondió él lentamente.

—¿Por qué es repetida de continuo? Nadie podría explicarlo y, sin embargo, se usa y se usa, cual si la gente le otorgara algún significado especial.

—¿Por qué la molesta esa frase? —preguntó el viejo.

—No me gusta lo que parece insinuar.

—A mí tampoco, Miss Taggart.

* * *

Eddie Willers comía en la cafetería de los empleados del Terminal Taggart. Había un restaurante concurrido por los directivos de la compañía, pero a él no le gustaba. En cambio, la cafetería parecía formar parte del ferrocarril y en ella se sentía más en su casa.

El local era subterráneo. Tratábase de un recinto muy amplio, con paredes embaldosadas de blanco, que reflejaban la claridad de las bombillas en el tono brillante de un brocado de seda. El techo era alto. Había resplandecientes mostradores de cristal y cromo y se disfrutaba allí de una sensación de espacio y de luz.

En la cafetería, Eddie Willers se encontraba a veces con un obrero del ferrocarril. Su cara le resultaba simpática. Cierta vez conversaron por casualidad y a partir de entonces adquirieron la costumbre de cenar juntos, siempre que coincidieran en el local.

Eddie no recordaba haber preguntado al obrero su nombre o la naturaleza de su trabajo. Suponía que éste era modesto, porque sus ropas eran toscas y estaban siempre manchadas de grasa. Había dejado de ser una persona para él, convirtiéndose en silenciosa presencia, dotada de una enorme intensidad relacionada con la única cosa que para él tenía sentido en la vida: la «Taggart Transcontinental».

Aquella noche, al bajar al local bastante tarde, Eddie vio al obrero sentado a una mesa en un rincón casi desierto. Eddie sonrió feliz, saludándole con la mano, y llevó su bandeja a la mesa en cuestión.

En la intimidad de aquel lugar apartado, Eddie sintió alivio, luego de la larga tensión de la jornada. Allí podía hablar como en ningún otro sitio, admitiendo cosas que no confesaría a nadie, pensando en voz alta y mirando los atónitos ojos del obrero frente a él.

—La línea Río Norte es nuestra última esperanza —explicó Eddie Willers—. Pero nos salvará. Al menos dispondremos de un ramal en buenas condiciones, donde más se le necesita, y ello contribuirá a levantar el resto… Es raro, ¿verdad?, hablar de una última esperanza para la «Taggart Transcontinental». ¿Se lo tomaría usted en serio si alguien le dijera que un meteoro está a punto de destruir la tierra?… Yo tampoco… «De océano a océano, para siempre.» Eso es lo que venimos oyendo desde nuestra niñez, tanto ella como yo. No; no dijeron «para siempre», pero lo pensaron… Verá usted; yo no soy un gran hombre. No hubiera podido construir ese ferrocarril. Si desaparece, no podré resucitarlo. Tendré que hundirme con él… No me haga caso. No sé por qué he de decir semejantes cosas. Pero esta noche estoy algo cansado… Sí. Trabajé hasta muy tarde. Ella no me dijo que me quedara, pero vi luz bajo su puerta, mucho después de que los otros se hubieron retirado… Ahora ya está en casa… ¿Complicaciones? ¡Oh! Siempre las hay en la oficina. Pero ella no se preocupa. Sabe que puede sacarnos del atolladero… Desde luego, la situación es mala. Hemos sufrido muchos más accidentes de los que usted se figura. La semana pasada volvimos a perder dos «Dieseis». Una de puro vieja; la otra en un choque.. Sí; tenemos pedidas «Dieseis» a las fábricas «United Locomotive», pero llevamos esperándolas dos años. No sé si llegaremos a conseguirlas… ¡Cómo las necesitamos! No puede imaginar la importancia de la fuerza motriz. Es la base de todo… ¿De qué se ríe?… Como iba diciendo, la situación adopta mal cariz. Pero, al menos, la línea Río Norte sigue firme. El primer cargamento de rieles será llevado allá dentro de unas semanas, y en el plazo de un año circulará el primer tren sobre rieles completamente nuevos. Esta vez nada podrá impedirlo… Sí. Sí. Claro que sé quién tenderá esa vía. McNamara, de Cleveland. Es el contratista que realizó la línea San Sebastián. Al menos, se trata de alguien que conoce su oficio. No hay nada que temer. Podemos contar con él. No quedan ya demasiados contratistas eficaces… Llevamos una temporada espantosa, pero me gusta este ajetreo. Entro en la oficina una hora antes de lo normal, pero ella me obliga. Siempre llega la primera… ¿Cómo?… No sé lo que hace por la noche. Me figuro que nada de particular… No; nunca sale con nadie. Suele permanecer en casa escuchando

música. Poniendo discos… ¿Cómo que qué discos? Pues los de Richard Halley. Es su autor preferido. Fuera del ferrocarril, es lo único a lo que profesa afecto.

CAPÍTULO IV

LOS MOTORES NO MOVIDOS

«Fuerza motriz —pensaba Dagny contemplando el edificio Taggart envuelto en la penumbra —es lo que necesitamos con más urgencia; fuerza motriz para que ese edificio siga en pie; movimiento para mantenerlo inmóvil.» No descansaba en pilares hundidos en granito, sino sobre las máquinas que rodaban por todo un continente.

Experimentó un vago sentimiento de ansiedad. Había regresado de una visita a la fábrica de la «United Locomotive» en New Jersey, donde visitó al propio presidente de la compañía. Pero no sacó nada en limpio; ni el motivo de los retrasos, ni una indicación de la fecha en que las locomotoras «Diesel» iban a ser entregadas. El presidente estuvo hablando dos horas con ella; pero ninguna de sus respuestas guardó relación con las preguntas formuladas. En sus modales se pintó una nota peculiar de condescendiente reproche cada vez que ella intentó dar un giro específico a la conversación, como si al intentar quebrantar un código no escrito, pero de sobra conocido, se portase como una persona no demasiado delicada.

En su recorrido por la fábrica había visto una enorme máquina abandonada en un cercado. En otros tiempos fue un instrumento de precisión, de una clase que no era ya posible adquirir. No había quedado estropeada por el uso, sino inutilizada por simple negligencia, corroída por el óxido y por los negros hilillos de su aceite mugriento. Apartó la mirada de aquella ruina. Visiones semejantes provocaban en ella impulsos de repentina y ciega cólera. No sabía la causa; no hubiera podido definir sus sentimientos; sabía únicamente que en su interior se levantaba un grito de protesta provocado por algo superior a la mera visión de una máquina vieja.

Cuando entró en la antesala de su oficina, el resto del personal se había marchado, pero Eddie Willers seguía allí, esperándola. Por el modo en que ldfmiró y luego la siguió en silencio a su despacho, comprendió que algo había sucedido.

—¿Qué ocurre, Eddie?

—McNamara se ha ido. Ella lo miró, perpleja.

—¿Qué es eso de que se ha ido?

—Que deja su negocio. Que se retira.

—¿Te refieres a McNamara, nuestro contratista?

—Sí.

—¡Pero eso es imposible!

—De acuerdo.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué?

—Nadie lo sabe.

Con deliberada lentitud, Dafny se desabrochó el abrigo, se sentó a su mesa y empezó a quitarse los guantes. Luego dijo:

—Empieza por el principio, Eddie. Siéntate.

Él habló tranquilamente, pero siguiendo en pie.

—Tuve una conferencia telefónica con su ingeniero jefe. Éste llamaba desde Cleveland para informarnos. No me dijo nada más, porque no está enterado de nada.

—¿Qué dijo en concreto?

—Que McNamara había cerrado su negocio y se había retirado.

—¿Dónde?

—No lo sabe. Nadie lo sabe.

Dagny sujetaba con una mano dos dedos vacíos del guante de la otra, sin acordarse de que lo tenía a medio quitar. Tiró de él y lo dejó caer sobre la mesa.

—Ha abandonado su negocio cuando tenía un montón de contratos que valen una fortuna —explicó Eddie—. Y una lista de clientes que esperaban turno para los próximos tres años. —Ella no contestó, y Eddie añadió con voz profunda—: Si lo entendiera no estaría asustado… pero una cosa así, sin posible razón… —Ella seguía en silencio—. Era el mejor contratista del país.

Se miraron. A Dagny le hubiera gustado exclamar: «¡Qué desastre, Eddie!», pero en vez de ello, dijo con voz tranquila:

—No te preocupes. Encontraremos otro contratista para la línea Río Norte.

Era bastante tarde cuando Dagny abandonó el despacho. Al salir a la acera, frente a la puerta del edificio, hizo una pausa contemplando las calles. Sentíase súbitamente vacía de fuerzas, propósitos y deseos, como si su motor se hubiera averiado.

Una débil claridad fluía tras de los edificios, iluminando el cielo; era el reflejo de millares de luces desconocidas; la respiración eléctrica de la ciudad. Quería descansar. Descansar y distraerse en algún sitio.

Su trabajo era cuanto poseía o deseaba. Pero existían ocasiones como aquélla, en que experimentaba un repentino y peculiar vacío; o quizá fuera silencio; no desesperación, sino inmovilidad, como si nada quedara destruido en su espíritu y, sin embargo, todo permaneciese inmóvil. Sintió el deseo de vivir un momento de alegría; de ser espectadora de alguna obra o visión de grandeza. No crearla, sino aceptarla; no empezar, sino sencillamente reaccionar; no formar, sino admirar. «Lo necesito a fin de proseguir —pensó—, porque la alegría es el mejor combustible.»

Cerró los ojos sonriendo débilmente, divertida y apenada al propio tiempo, pensando en que ella fue siempre la fuerza motriz de su propia felicidad. Por una vez sentía el deseo de verse arrebatada por la fuerza de una realización ajena. Del mismo modo que quienes se encuentran en una pradera a obscuras gustan de percibir las ventanillas iluminadas de un tren que pasa en la distancia, visión de poderío que les confiere seguridad en medio de la vacía desolación, así deseaba ella también experimentar una sensación fugaz, en forma de breve saludo, de simple atisbo. Le bastaría con agitar la mano y decir. «Alguien va hacia algún lugar…»

Empezó a caminar lentamente, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y la sombra del sombrero dándole sobre el rostro. Los edificios se elevaban a tal altura, que su vista no podía distinguir el cielo. Pensó que había sido preciso tanto para construir aquella ciudad, que ahora debía poder ofrecer algo importante.

Sobre la puerta de una tienda, el negro orificio de un altavoz de radio volcaba sonidos sobre la calle. Eran los acordes de un concierto sinfónico, dado por alguien en la ciudad. Se oían largos aullidos informes, como si telas e incluso carnes fueran rasgadas. Las notas brotaban sin melodía, sin armonía ni ritmo que las unificara. Si la música es emoción y la emoción surge del pensamiento, aquellos gritos procedían del caos; de lo irracional, de lo impotente, de la misma renuncia del hombre a su ser.

Continuó caminando. Se detuvo ante el escaparate de una librería. En el mismo figuraba una pirámide de tomos envueltos en sobrecubiertas de un púrpura obscuro, en las que se

leía: «El Buitre Cambia de Pluma». Un letrero proclamaba: «La novela del siglo. Penetrante estudio acerca del egoísmo comercial. Atrevida exposición de la maldad humana».

Pasó por delante de un cine. Sus luces ocupaban media manzana, dejando una enorme fotografía y algunas letras suspendidas en el aire. La foto era de una joven sonriente; al mirarla se experimentaba el cansancio de haberla visto año tras año. Las letras proclamaban: «Un trascendental drama, que da respuesta a este grave dilema: ¿Qué debe revelar una mujer?»

Pasó por delante de un club nocturno. Una pareja salía del mismo, tambaleándose. Se acercaron a un taxi. Ella tenía la mirada turbia y el rostro húmedo de sudor; lucía una capa de armiño y un atractivo vestido de noche, uno de cuyos hombros se le había caído, cual si se tratara de una bata de baño vulgar, revelando excesivamente el seno; pero no de una manera sugestiva, sino en actitud de desastrada indiferencia. Su acompañante la sostenía por uno de los desnudos brazos; en su cara no se pintaba la expresión de quien piensa vivir una romántica aventura, sino el aire tímido del chiquillo que escribe obscenidades en un muro.

«¿Qué he pensado encontrar?», fue pensando, mientras continuaba su paso. Eran las cosas por las que viven los hombres; lo que forma su espíritu, su cultura y su goce. No había visto otra cosa durante muchos años.

En la esquina de la calle donde vivía compró un periódico.

Su piso tenía dos habitaciones y se hallaba en la cúspide de un rascacielos. Los paneles de cristal que formaban el ángulo de la salita, daban a ésta la forma de una proa de barco en movimiento y. las luces de la ciudad semejaban chispazos fosforescentes de negras oleadas de piedra y acero.

Cuando encendió una lámpara, largos triángulos de sombra quedaron trazados en las desnudas paredes, en un diseño geométrico de rayos de luz quebrados por unos cuantos muebles angulares.

Se hallaba en medio de la habitación, sola entre el cielo y la ciudad. Sólo una cosa podía otorgarle el sentimiento que deseaba experimentar aquella noche; hasta entonces no había encontrado otra forma de placer. Se acercó a un fonógrafo y puso un disco con música de Richard Halley.

Era su Cuarto Concierto; la última obra escrita por él. El estallar de los acordes iniciales borró de su mente lo que había visto en la calle. Aquel concierto era un enorme grito de rebelión. Un «no» lanzado durante algún enorme proceso de tortura; una negativa al sufrimiento; una negativa qué contenía el dolor de una lucha liberadora. Aquellos sonidos eran como una voz que dijese: «El dolor no es necesario. ¿Por qué el peor de ellos queda reservado para quienes no aceptan su necesidad? Nosotros, los portadores del amor y del secreto que confiere la alegría, ¿a qué castigo hemos sido sentenciados y por quién?…» Los sonidos de tortura se convirtieron en un desafío; la declaración de dolor se trocó en himno a una distante visión por la que cualquier cosa podía soportarse, incluso aquello. Era un canto de rebeldía y, al propio tiempo, un desesperado interrogante.

Permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, escuchando.

Nadie sabía lo sucedido a Richard Halley. La historia de su vida era como un sumario que condenase la grandeza y mostrara a las gentes el precio que se paga por ella. Una sucesión de años vividos en buhardillas y en sótanos; años que habían adoptado el tono gris de los muros que aprisionan a un hombre cuya música fluye con violento estallido. Fue el suyo un gris forcejeo contra largos tramos de escaleras sin iluminar, contra cañerías heladas, contra el precio de un bocadillo en una tienda maloliente, contra rostros de hombres que escuchaban la música con mirada vacía. Había sido una lucha sin el alivio de la violencia, sin el reconocimiento de haber encontrado a un enemigo

consciente; un golpear contra muros dotados de un eficaz sistema aislante; contra una indiferencia que asimilaba golpes, acordes y gritos; una batalla de silencio para quien podía prertar a los sonidos mayor elocuencia de la que llevaban en sí; un silencio de obscuridad, de soledad, de noches en que alguna rara orquesta tocaba una de sus obras y él miraba a las tinieblas, sabiendo que su alma penetraba temblorosa en las mismas, mientras círculos cada vez más amplios surgidos de una antena, surcaban el aire de la ciudad, sin que ningún receptor estuviera conectado a los mismos.

«La música de Richard Halley tiene cualidades heroicas. Pero nuestra edad se ha sobrepuesto a esas banalidades», dijo un crítico. «La música de Richard Halley no está a tono con los presentes días. Posee una nota de éxtasis. Ahora bien, ¿a quién preocupa eso actualmente?», escribió otro.

Su vida había sido un resumen de las vidas de todos aquellos cuya recompensa consiste en un monumento levantado en algún parque público, cien años después de que la recompensa en cuestión hubiera podido significar algo. Pero Richard Halley no había muerto lo suficiente pronto. Vivía para ver la noche que, según las leyes aceptadas de la historia, no debería haber visto. Tenía cuarenta y tres años cuando estrenó Pliaeton, obra escrita a los veinticuatro. El antiguo mito griego quedaba en ella transformado en la finalidad y en el significado de su propia existencia: Faetón, el joven hijo de Helios, que había robado el carro de su padre en acto de ambiciosa audacia para conducir al sol a través del firmamento, no aparecía en la ópera igual que en el mito; en la obra de Halley, Faetón triunfaba. La ópera había sido representada diecinueve años atrás, no dándose más que una sola noche, entre gritos de protesta y maullidos irónicos. Richard Halley estuvo caminando por las calles hasta el amanecer, intentando encontrar respuesta a una pregunta, pero sin conseguirlo.

La noche en que, diecinueve años después, fue vuelta a presentar, los últimos acordes se mezclaron al tronar de la mayor ovación registrada jamás en un teatro. Las antiguas paredes parecían no poder contenerla; el clamor de entusiasmo se desbordó por los vestíbulos, por las escaleras, llegando a las calles por las que diecinueve años antes caminara aquel joven fracasado.

La noche en cuestión, Dagny se encontraba entre el auditorio. Era una de las pocas personas que conocían la música de Richard Halley; pero nunca había visto a su autor. Presenció cómo era arrebatado del escenario y cómo se enfrentaba a aquel mar de brazos agitados y de entusiastas gritos. Era un hombre alto y flaco, con el pelo gris. No se inclinaba ni sonreía; limitábase a permanecer inmóvil, contemplando a la muchedumbre, mientras en su cara se pintaba la tranquila y anhelante expresión de quien se enfrenta a una pregunta.

«La música de Richard Halley —escribió un crítico a la mañana siguiente— es patrimonio de la humanidad. Es producto y expresión del mayor de los pueblos.» Por su parte, un ministro afirmó: «En la vida de Richard Halley existe una lección inspiradora. Ha debido librar una dura batalla, pero ¿qué importa? Es lógico y es noble que haya tenido que sufrir injusticias y abusos a manos de sus hermanos, a fin de enriquecer sus vidas y enseñarles a apreciar la belleza de la gran música.»

Al día siguiente de haberse celebrado el estreno, Richard Halley, ya en pleno triunfo, se retiró.

No dio explicación alguna. Limitóse a decir a sus editores que su carrera había terminado. Les vendió los derechos de sus obras por una modesta suma, como si supiera que no le iban a proporcionar una fortuna. Se alejó sin dejar dirección. Hacía ocho años de todo aquello; desde entonces nadie había vuelto a verle.

Dagny escuchó el Cuarto Concierto con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, semitendida en uno de los ángulos del sofá, con el cuerpo relajado y tranquilo; pero cierta

tensión interna alteraba la forma de su boca; una boca sensual en cuyas líneas se pintaba el anhelo.

Al cabo de un rato abrió los ojos y vio el periódico que había dejado en el sofá. Lo tomó distraída, para pasar los ojos sobre los titulares. Al abrirlo, pudo ver la fotografía de un rostro conocido y el encabezamiento de un relato. Volvió a cerrarlo disgustada y lo apartó de si.

La cara en cuestión era la de Francisco d'Anconia y el titular decía que acababa de llegar a Nueva York. Pero, ¿qué le importaba a ella? No pensaba verle. Llevaban varios años sin encontrarse.

Se sentó, fijando la mirada en el periódico caído en el suelo. «No lo leas —pensó—. No lo mires.» Pero se había dado cuenta de que aquel rostro no habla cambiado. ¿Cómo podía ocurrir así, cuando todo lo demás ya no existía? Hubiera deseado que en la foto no apareciera sonriente. Aquella clase de sonrisa no cuadraba con las páginas de un periódico. Era la sonrisa de quien se siente capaz de imaginar, conocer y crear una existencia gloriosa. Era la sonrisa burlona, desafiante, de quien posee una inteligencia privilegiada. «No lo leas —pensó—. Al menos no ahora, cuando suena esta música. ¡Oh! ¡No lo leas con esta música!»

Alargó la mano hacia el periódico y lo abrió.

La noticia decía que el señor Francisco d'Anconia había ofrecido una rueda de prensa en sus habitaciones del hotel «Wayne-Falkland». Se hallaba en Nueva York por dos motivos importantes: cierta joven del Club «Cub» y el Leberwurst en la tienda de Moe de la Tercera Avenida. No tenía nada que decir acerca del inminente divorcio del señor Gilbert Vail. La señora Vail, dama de noble alcurnia y extraordinaria belleza, había disparado un tiro a su distinguido y joven esposo algunos meses antes, declarando luego públicamente que deseaba librarse de él por causa de su amante Francisco d'Anconia. Ofreció a la prensa un relato detallado de su idilio secreto, incluyendo la descripción de una noche del último Año Nuevo, pasada en la villa de d'Anconia en los Andes. Su marido sobrevivió al disparo y solicitó el divorcio. Ella pedía la mitad de los millones de aquél y presentó un relato de la vida privada del mismo que hacía aparecer la suya como la inocencia personificada. Todo fue manejado por los periódicos durante semanas enteras. Pero cuando los informadores le interrogaron, el señor d'Anconia no* tuvo nada que decir. Al preguntarle si era capaz de negar la historia de mistress Vail, su respuesta fue: «Nunca niego nada». Los reporteros se habían asombrado ante su repentina llegada a la ciudad, pensando que no le gustaría encontrarse allí, precisamente cuando lo peor de aquel escándalo estaba a punto de estallar. Pero se equivocaban. Francisco d'Anconia, añadió un nuevo comentario a su llegada: «Sentía deseos de presenciar la farsa», dijo.

Dagny dejó que el periódico resbalara hasta el suelo. Se sentó e inclinóse, apoyando la cabeza en los brazos. No se movía, pero los mechones de pelo que le rozaban las rodillas, temblaban de modo brusco y repentino de vez en cuando.

Los graves acordes de la música de Halley continuaban llenando la estancia, perforando el cristal de la ventana, y lanzando su grito sobre la ciudad. Dagny escuchaba aquella música. Era su propio interrogante; su propio grito.

James Taggart miró a su alrededor en el salón, preguntándose qué hora sería, pero no tenía deseos de moverse para ir a averiguarlo en su reloj. Se sentó en un sillón vistiendo su arrugado pijama y con los pies descalzos; era muy molesto buscar las zapatillas. La claridad del cielo gris, que entraba por las ventanas, le irritaba los ojos todavía soñolientos. Notó dentro de su cráneo una desagradable pesadez, precursora del dolor de cabeza. Preguntóse colérico por qué había ido al salón. ¡Ah, sí! Lo recordó de pronto: para ver la hora.

Se echó sobre uno de los brazos del sillón para atisbar el reloj de un edificio lejano; eran las doce y veinte.

Por la puerta abierta del dormitorio oyó cómo Betty Pope se limpiaba los dientes en el cuarto de baño situado más allá. Su faja estaba tirada en el suelo, junto a una silla, igual que el resto de sus ropas; la faja en cuestión era de un rosa pálido y tenía algunas gomas rotas.

—Date prisa, ¿quieres? —le gritó irritado—. Tengo que vestirme.

La muchacha no contestó. Había dejado abierta la puerta del cuarto de baño y, a juzgar por los ruidos, estaba gargarizando.

—¿Por qué haré estas cosas? —se preguntó James, recordando la pasada noche. Pero el hallar una respuesta resultaba demasiado complicado.

Betty Pope entró en la sala, arrastrando los pliegues de un negligée arlequinado, naranja y púrpura. Taggart se dijo que estaba horrorosa con aquella prenda; quedaba muchísimo mejor en traje de montar y en las fotografías de las páginas de sociedad de los diarios. Era una muchacha larguirucha, todo huesos y coyunturas que funcionaban como ligeramente anquilosados. Su rostro era corriente; tenía la complexión defectuosa y una expresión de impertinente condescendencia, derivada del hecho de pertenecer a una de las mejores familias.

—¡Oh, diablo! —exclamó sin referirse a nada en particular, desperezándose—. Jim, ¿dónde tienes el cortaúñas? Tengo que arreglarme las de los pies.

—No lo sé. Tengo dolor de cabeza. Hazlo en tu casa.

—¡Qué aspecto más poco atrayente tienes por las mañanas! —exclamó ella con indiferencia—. Pareces un caracol.

—¿Por qué no te callas?

La joven deambuló sin rumbo fijo por la habitación.

—No quiero irme a casa —dijo sin ninguna expresión particular—. Aborrezco las mañanas. Otro día y sin saber qué hacer. Para esta tarde tengo un té en casa de Liz Blane. Quizá resulte divertido, porque Liz es una sinvergüenza. —Tomó un vaso y se tragó los restos de una bebida—. ¿Por qué no te haces reparar el acondicionamiento de aire? Esto huele muy mal.

—¿Has terminado en el cuarto de baño? —preguntó él—. Tengo que vestirme. Hoy he de asistir a una importante reunión.

—Puedes entrar. No me importa. Si quieres, lo comparto contigo. No me gustan las prisas.

Mientras se afeitaba, la vio vestirse, frente a la puerta abierta del cuarto de baño. Se tomó mucho tiempo, contorsionándose al ponerse la faja y enganchar los corchetes de la misma a las medias; luego se puso un vestido de tweed, muy caro, pero poco gracioso. El negligée arlequinado, exactamente igual al de un anuncio en la revista de modas más famosa, era como un uniforme que ella creía necesario llevar en ciertas ocasiones y que lucía lealmente para un propósito específico, descartándolo luego.

La naturaleza de sus relaciones tenía una calidad similar. No había pasión en ella, ni siquiera un sentimiento de vergüenza. El acto sexual carecía ^ de goce y de sentido de culpa. No significaba nada para ambos. Habían oído decir que los hombres y mujeres se amaban y cumplían con dicha obligación.

—Jim, ¿por qué no me llevas esta noche al restaurante armenio? —preguntó—. Me gusta mucho el shish-kebab.

—Imposible —respondió él, molesto, a través del jabón que cubría su cara—. Me espera un día muy agitado.

—¿Por qué no aplazas eso?

—¿Qué?

—Lo que sea.

—Se trata de algo muy importante, querida. De una reunión de nuestra junta de directores.

—¡Oh! No empieces con tu maldito ferrocarril. ¡Qué aburrimiento! Me irritan los hombres de negocios. Son la gente más triste del mundo.

Él no contestó y Betty lo miró a hurtadillas. En su voz se pintaba una nota más viva al explicar:

—Jock Benson dijo que tienes una verdadera ganga con ese ferrocarril, puesto que es tu hermana quien lo dirige.

—¡Ah! ¿De modo que dijo eso?

—Tu hermana debe ser horrible. Es espantoso ver a una mujer comportarse como un mono, imitando el papel de un gran directivo. ¡Qué poco femenina! ¿Quién se cree que es?

Taggart salió al umbral de la puerta y, reclinándose contra el marco de la misma, estudió a Betty Pope. Sonreía débilmente, con expresión sarcástica y confiada, pensando que, en realidad, los dos tenían algo en común.

—Quizá te interese saber, querida —dijo—, que esta tarde voy a preparar una trampa a mi hermana.

—¡No! —exclamó ella, interesada—. ¿De veras?

—Y por eso considero tan importante esa junta de directores.

—¿Vas a echarla del negocio?

—No; no es necesario ni aconsejable. Me limitaré a ponerla en su lugar. Se trata de una oportunidad que he estado esperando largo tiempo.

—¿Has descubierto algo acerca de ella? ¿Algún escándalo?

—No. No. Tú no lo entenderías. Se trata simplemente de que ha llegado demasiado lejos y hay que hacerla descender otra vez. Ha llevado a cabo una acción inexcusable, sin consultar a nadie. Se trata de un agravio muy serio contra nuestros vecinos mejicanos. Cuando la junta se entere, aprobará un par de nuevas disposiciones sobre el Departamento operativo que permitirán gobernar más fácilmente a mi hermana.

—Eres muy listo, Jim —comentó la muchacha.

—Más vale que me vista —dijo él, complacido. Y regresando al lavabo, añadió alegremente—: A lo mejor, salimos tú y yo esta noche y te invito a un shish-kebab.

Sonó el teléfono. Jim tomó el receptor y una voz le anunció conferencia desde Méjico.

La voz histérica que sonó al otro lado de la comunicación era la del político que le ayudaba en aquel país.

—¡No pude impedirlo, Jim! —jadeó—. ¡No pude impedirlo!… ¡No se recibió advertencia alguna! Le juro a usted que nadie lo pudo imaginar; nadie lo vio venir. He hecho lo que he podido. No puede recriminarme nada, Jim. Ha sido como un rayo con el cielo sereno. El decreto fue publicado esta mañana, hace cinco minutos. Nos lo han presentado de improviso, sin indicios previos. El Gobierno del Estado popular de Méjico acaba de nacionalizar las minas y el ferrocarril de San Sebastián.

* * *

—… y, en consecuencia, puedo asegurar a los cabañeros de la junta que no existe motivo de temor. Lo de esta mañana es un hecho lamentable, pero tengo plena confianza, pasada en mi conocimiento de los procesos internos que informan nuestra política en Washington, en que nuestro Gobierno negociará un acuerdo equitativo con el del Estado popular de Méjico y en que recibiremos plena y justa compensación por la propiedad nacionalizada.

James Taggart se hallaba en pie ante la larga mesa, dirigiendo la palabra a la junta de directores. Su voz era precisa y monótona, imbuida de seguridad.

—Me complace anunciar que había previsto la posibilidad de semejante giro en los acontecimientos y adoptado todas las precauciones posibles para salvaguardar los intereses de la «Taggart Transcontinental». Hace algunos meses di instrucciones a nuestro Departamento de Operaciones para reducir el servicio en la línea de San Sebastián hasta un solo tren por día, y retirar de allí nuestro mejor material locomóvil, así como toda pieza del equipo capaz de ser desmontada. Debido a ello, el Gobierno mejicano no ha podido apoderarse más que de unos cuantos vagones de macera y de una locomotora ya casi inútil. Mi decisión acaba de salvar a la Compañía muchos millones de dólares; una vez computadas las cifras exactas, las someteré a su consideración. Sin embargo, creo que es justificada la actitud de nuestros accionistas al esperar que aquellos en quienes recae la plena responsabilidad de todo esto soporten ahora la dimisión de míster Clarece Edington, nuestro consejero económico, que recomendó la construcción la línea de San Sebastián, y de míster Jules Mott, nuestro representante en la capital mejicana.

Los reunidos permanecían sentados a la larga mesa, escuchándole. Ninguno pensaba en lo que debía hacer, sino en lo que era preciso decir a los hombres que representaban. El discurso de Taggart les había facilitado el tema.

* * *

Cuando Taggart volvió a su despacho, Orren Boyle lo estaba esperando. Una vez solos, los modales de Taggart cambiaron. Se reclinó contra la mesa, estremecido, con la cara lacia y pálida.

—¿Bien…? —preguntó.

Boyle extendió las manos con aire de impotencia.

—Lo he comprobado, Jim —contestó—. Todo es cierto: D'Anconia ha perdido quince millones de dólares en esas minas. No; no hubo engaño; no realizó ninguna triquiñuela. Invirtió su dinero y ahora lo ha perdido.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. Nadie lo sabe.

—No permitirá que le roben. Es demasiado listo para ello. Debe haber planeado algo.

—Así lo espero muy de veras.

—Siempre sobrepasó en habilidad a los financieros más diestros de la tierra. ¿Va a verse ahora arruinado por el decreto de una pandilla de grasientos políticos mejicanos? Debe haber ideado algún sistema para contrarrestar esa medida. Acabará pronunciando la última palabra. Tenemos que apoyarle.

—Eso es cosa suya, Jim. Usted es su amigo.

—¡Al diablo los amigos! Aborrezco ese tipo.

Presionó un botón llamando a su secretario. Éste acudió con aire alicaído. Era un hombre joven de rostro descolorido y modales educados, como quien se sabe pobre.

—¿Me consiguió una entrevista con Francisco d'Anconia? —preguntó Taggart secamente.

—No, señor.

—Pero ¡diablo! no le dije que…

—No pude, aunque lo he intentado.

—Pues pruebe otra vez.

—No serviría de nada.

—¿Por qué?

—Porque no accedió a mi propuesta.

—¿Ha rehusado?

—Sí, señor.

—¿No accede a verme?

—No, señor; no accede.

—¿Habló con él en persona?

—No, señor. Con su secretario.

—¿Y qué le ha dicho? Repítame exactamente sus palabras. —El joven vaciló, adoptando una actitud más apocada todavía—. ¿Qué dijo exactamente?

—Dijo que el señor d'Anconia había declarado que usted lo aburre, míster Taggart.

* * *

La propuesta aprobada fue conocida con el nombre de «Disposición antiperjuicio propio». Cuando la votaron, los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles estaban sentados en una enorme estancia, a la velada claridad de una tarde de finales de otoño, sin mirarse unos a otros.

La Alianza Nacional de Ferrocarriles era una organización formada, según se aseguraba, para proteger a la industria ferroviaria. Ello se conseguiría perfeccionando métodos de cooperación con un propósito común; dichos planes se harían efectivos gracias a la promesa de cada miembro de subordinar sus propios intereses a los de la industria en general. Tales intereses serían determinados por una mayoría de votos y cada miembro quedaba obligado a someterse a cualquier decisión de la mayoría.

«Los colegas de la misma profesión o de la misma industria han de colaborar entre sí» habían manifestado los organizadores de la Alianza. «Todos tenemos idénticos problemas, los mismos intereses e iguales enemigos. Gastamos energías luchando entre nosotros, en vez de presentar al mundo un frente común. Podemos crecer y prosperar, si aunamos nuestros esfuerzos». «¿Contra quién se organiza esta Alianza?», había preguntado un escéptico. La respuesta fue: «Contra nadie. Pero si lo prefiere de «te modo, le diré que va contra los navieros, los proveedores, o cualquiera que intente aprovecharse de nosotros». «¿Contra quién se organiza una unión? Eso es lo que yo me pregunto», había dicho el escéptico.

Fue en ocasión de ser sometida la disposición a los votos de los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles, en la reunión anual de la misma, cuando se la mencionó por vez primera en público. Pero todos estaban enterados de la misma, por haber sido discutida en privado durante largo tiempo, con mayor insistencia durante los últimos meses. Los caballeros sentados en el inmenso recinto, eran presidentes de compañías ferroviarias. No les gustaba la disposición «anti-perjuicio propio» y habían confiado en que nunca fuera suscitada. Pero al suceder así, votaron en su favor.

En los discursos que precedieron a la votación no se mencionó a ninguna compañía por su nombre. Todos los oradores se limitaron a tratar del beneficio público. Se afirmó que mientras dicho beneficio quedaba amenazado por restricciones en el transporte, los ferrocarriles se destruían unos a otros, en medio de una encarnizada competencia «según la política de devorarse mutuamente». Mientras en algunas zonas necesitadas el servicio ferroviario había sido restringido, había amplias regiones donde dos o tres compañías estaban compitiendo con un tráfico apenas suficiente para una. Se afirmaba que en las primeras existían grandes oportunidades para ferrocarriles nuevos. Si bien era cierto que las mismas ofrecían, por el momento, pocos incentivos económicos, toda compañía dotada de espíritu de colaboración debería proporcionar transporte a sus preocupados habitantes, ya que el primer objetivo de un ferrocarril era el servicio público y no los beneficios a obtener.

Se dijo luego que los grandes sistemas ferroviarios establecidos eran necesarios al bienestar del país y que el colapso de uno de ellos representaría una catástrofe nacional. Y también que si semejante sistema había podido soportar ingentes pérdidas en una abnegada tentativa para contribuir al bienestar mundial, se merecía que el público lo apoyara, a fin de ayudarle a soportar el golpe.

No se mencionó a ninguna compañía concretamente. Pero cuando el presidente de la reunión levantó su mano en señal solemne de que iban a votar, todo el mundo miró a Dan Conway, presidente de la «Phoenix-Durango».

Tan sólo cinco disidentes votaron contra la disposición. Sin embargo, cuando el presidente anunció que la medida había sido aprobada, no se oyeron vítores ni murmullos de aquiescencia ni se produjo movimiento alguno; en la sala reinaba profundo silencio. Hasta el último instante, cada uno de los reunidos había confiado en que alguien le salvara de aquello.

La disposición «anti-perjuicio propio» quedó descrita como medida de «autorregulación voluntaria» encaminada a «interpretar la puesta en vigor» de leyes aprobadas mucho tiempo atrás por la legislatura del país. Según la misma, se prohibía a los miembros de la Alianza Nacional de Ferrocarriles incurrir en «competencias destructivas»; en regiones declaradas restringidas, no funcionaría más que un ferrocarril y tendría prioridad la compañía más antigua. Los recién llegados que se habían introducido subrepticiamente en aquel territorio, suspenderían operaciones a los nueve meses de recibir la orden; la junta ejecutiva de la Alianza Nacional de Ferrocarriles tenía atribuciones para decidir, por propio acuerdo, qué zonas iban a quedar afectadas por la disposición.

Cuando la reunión finalizó, los asistentes a la misma se apresuraron a partir. No se produjeron discusiones en privado ni amistosas y prolongadas, charlas. El inmenso salón quedó desierto en un tiempo muy breve. Nadie hablaba ni miraba a Dan Conway.

En el vestíbulo del edificio, James Taggart se encontró con Orren Boyle. No habían convenido en reunirse, pero Taggart vio una figura corpulenta destacar contra una pared de mármol y comprendió quién era antes de verle el rostro. Se aproximaron y Boyle dijo con sonrisa menos suave que de ordinario:

—Yo ya he hecho lo mío. Ahora le toca a usted, Jimmie.

—No tenía que haber venido. ¿Por qué lo hizo? —preguntó Taggart hoscamente.

—¡Oh! Sólo porque me ha parecido divertido —respondió Boyle. Dan Conway permaneció sentado, solo, entre hileras de asientos vacíos.

Y aún seguía allí cuando la mujer de la limpieza entró en la estancia. Al decirle que se retirara, levantóse obediente y dirigióse con aire cansino hacia la puerta. Al pasar ante la mujer, rebuscó en su bolsillo y le entregó en silencio y sin mirarla un billete de cinco dólares. Al parecer, no sabía lo que hacía; actuaba cual si se considerase en un lugar donde la generosidad exigiera la entrega de una propina antes de partir.

Dagny se encontraba todavía ante su mesa, cuando la puerta del despacho se abrió bruscamente y James Taggart entró en 61. Era la primera vez que se presentaba de un modo tan brusco. Tenía el rostro febril.

Ella no lo había visto desde la nacionalización de la línea de San Sebastián. No intentó discutir el asunto ni Dagny dijo nada tampoco. Las razones de ésta al prever lo sucedido resultaron tan claras que se hacía innecesario comentario alguno. Un sentimiento en parte de cortesía y en parte de compasión le había impedido presentar a su hermano las conclusiones que cabía extraer de tales hechos. Obrando con razón y justicia, sólo cabía extraer una. Al enterarse del discurso de Jim ante la junta de directores, se encogió de hombros desdeñosa y divertida. Si servía a sus propósitos utilizar triunfos ajenos en beneficio propio, ello significaba que a partir de entonces la dejaría en libertad para conseguirlos.

—¿Te crees la única que hace algo por el ferrocarril?

Lo miró asombrada. Su voz tenía un timbre agudo. Permanecía junto a la mesa tenso por la excitación.

—A tu modo de ver, he arruinado a la compañía, ¿verdad? —continuó—. Y ahora tú eres la única que puede salvarla. ¿Crees que carezco de medios para sobreponerme a la pérdida de Méjico?

—¿Qué deseas? —preguntó ella lentamente.

—Quiero decirte algo. ¿Recuerdas la disposición «anti-perjuicio propio» de la Alianza Nacional de Ferrocarriles de que te hablé hace meses? No te gustaba la idea. No te gustaba en absoluto.

—Sí. La recuerdo. ¿Sucede algo?

—Que ha sido aprobada.

—¿Qué es lo que ha sido aprobado?

—La disposición «anti-perjuicio propio». Hace escasamente unos minutos. Dentro de un plazo de nueve meses no existirá ninguna compañía «Phoenix-Durango» en Colorado.

Un cenicero de cristal se hizo añicos contra el suelo en el momento en que Dagny se ponía en pie, exclamando:

—¡Sois unos canallas!

Él permanecía inmóvil, sonriente.

Dagny había perdido los estribos y se hallaba temblorosa y sin defensa, cosa que a él le complacía mucho observar; pero ya no le importaba. Luego lo vio sonreír y, de pronto, su cólera se apaciguó. No sentía nada. Estudió aquella sonrisa con fría e impersonal curiosidad.

Estaban uno frente a otro. Jim parecía como si por vez primera no le tuviese miedo. Disfrutaba de veras. Aquella situación significaba para él mucho más que la destrucción de un competidor. No era una victoria sobre Dan Conway, sino sobre Dagny. Sin saber por qué ésta tuvo la seguridad de que su hermano estaba enterado.

Por un instante pensó en la persona de James Taggart y en lo que le hacía sonreír. Se encerraba un secreto que nunca sospechó pero que era de importancia capital desentrañar. Sin embargo, la idea desapareció igual que había venido. Abrió la puerta del armario y tomó el abrigo.

—¿Dónde vas? —preguntó Taggart con voz opaca y algo preocupada. Ella no contestó, sino que salió con paso vivo del despacho.

* * *

—Dan, tiene usted que luchar contra ellos. Yo le ayudaré. Le apoyaré con todos los elementos a mi alcance.

Dan Conway sacudió la cabeza.

Estaba sentado ante su escritorio, mirando la vacía superficie, quebrada sólo por la carpeta secante. Una débil lámpara brillaba en un rincón del despacho. Dagny había corrido literalmente hasta las oficinas de la «Phoenix-Durango». Conway seguía sentado tal como lo encontrara. Al verla entrar, había sonreído diciendo:

—¡Qué raro! Imaginé que vendría.

Su voz era tranquila y desprovista de toda animación. No se conocían demasiado bien, pero habían coincidido algunas veces en Colorado.

—No servirá de nada —añadió.

—¿A causa del convenio firmado por usted respecto a esa Alianza? Es una expropiación que ningún tribunal querrá apoyar. Y si Jim trata de protegerse tras esa frase hecha que tanto usan los saqueadores: el «beneficio público», ocuparé el estrado de los testigos y juraré que la «Taggart Transcontinental» no puede con todo el tráfico de Colorado. Y si algún tribunal falla contra usted, puede apelar y seguir apelando durante diez años.

—En efecto —convino Dan—. Podría hacerlo… no estoy seguro de vencer, pero podría intentarlo, manteniendo el ferrocarril unos cuantos años más, pero… no; no son las cuestiones legales las que me preocupan. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—No quiero luchar, Dagny.

Lo miró incrédula. Tratábase de una frase que él nunca había pronunciado hasta entonces. Un hombre no puede adoptar una actitud opuesta a la que ha seguido en el curso de toda una vida.

Dan Conway se aproximaba a los cincuenta años. Poseía 4 rostro cuadrado e impasible de un terco maquinista de tren de mercancías; el rostro de un luchador con la piel joven y bronceada y el pelo gris. Había empezado con un modesto ferrocarril en Arizona; con una línea cuyos ingresos netos eran menores que los de cualquier afortunada tienda de comestibles; pero lo convirtió en el mejor del Sudoeste. Dan hablaba poco, leía muy raras veces y no tenía instrucción. La esfera de las actividades humanas lo dejaba indiferente. No poseía ni el más ligero toque de eso que la gente llama cultura. Pero entendía de ferrocarriles.

—¿Por qué no quiere luchar?

—Porque tienen perfecto derecho a obrar así.

—Dan —preguntó Dagny—, ¿ha perdido el juicio?

—Jamás me he vuelto atrás en nada —respondió él con expresión monótona—. No me importa lo que decidan los tribunales. Prometí obedecer a la mayoría y pienso hacerlo.

—¿Esperaba usted que la mayoría hiciese esto?

—No. —Su rostro impasible se estremeció un poco. Hablaba con suavidad, sin mirarla, con la misma expresión de impotente asombro todavía fija en él—. No. No lo esperaba. Los oí hablar de ello durante más de un año, pero nunca llegué a creer que lo llevaran a cabo. Ni siquiera mientras votaban.

—¿En qué confiaba?

—Dijeron que todos debíamos aunarnos por el bien común. Y pensé que lo hecho por mí en Colorado era precisamente un beneficio, un bien para todos.

—¡Qué insensato! ¡Qué insensato! ¿No se da cuenta de que precisamente su castigo procede de eso… de que era un beneficio?

Él movió la cabeza.

—No lo comprendo —insistió—. Pero no veo ya forma de arreglarlo.

—¿Les prometió aceptar su propia destrucción?

—No creo que fuera posible optar.

—¿Cómo?

—Dagny, el mundo entero se encuentra en un estado catastrófico. No sé lo que ocurre, pero algo no funciona bien. Los hombres han de agruparse y encontrar un camino. Pero para decidirlo debe existir mayoría. A mi modo de ver es el único método; no existe otro. Alguien ha de ser sacrificado. Si la víctima soy yo, no tengo derecho a quejarme. Están en su derecho. Hemos de agruparnos.

Ella se esforzó en conservar la calma, pero estaba estremecida de furor.

—Si tal es el precio de la unión, no quiero seguir viviendo en el mismo lugar que los demás seres humanos. Si el resto sólo puede sobrevivir destruyéndonos, ¿para qué hemos de empeñarnos en dicha supervivencia? No existe nada que justifique la propia inmolación. Nada les da derecho a convertir a los hombres en víctimas propiciatorias. Nada puede conferir valor moral a la destrucción de los mejores. No se nos puede castigar por ser buenos. No se pueden imponer sanciones a quien tiene inteligencia y deseos de trabajar. Si así ha de ocurrir, valdría más que empezáramos a matarnos unos a otros, puesto que ya no existe derecho en el mundo.

Él no contestó. La miraba con la misma expresión abstraída de antes.

—Si el mundo es así, ¿cómo vamos a vivir en él? —insistió Dagny.

—No lo sé… —murmuró Dan.

—¿De veras lo cree justo? En lo más profundo de su ser, ¿lo cree verdaderamente justo?

Él cerró los ojos.

—No —repuso. Luego la miró y Dagny pudo observar en su expresión señales del tormento que le agobiaba—. Por eso llevo tanto tiempo sentado aquí, intentando comprender. Sé que debería considerarlo justo, pero no puedo. Es como s¡ mi lengua no pudiera formar la palabra. Estoy viendo cada una de las traviesas de esa vía, cada señal, cada puente, cada noche pasada en… —Bajó la cabeza hasta apoyarla en los brazos—. ¡Dios mío! ¡Qué injusticia!

—Luche contra ella —dijo Dagny apretando los dientes. Dan levantó la cabeza. Sus ojos miraban inexpresivos.

—No —dijo—. Sería un error. Me domina el egoísmo.

—¡Maldita palabrería inútil! Usted sabe que no es así.

—No lo sé. —Su voz sonaba fatigada—. He estado sentado aquí, intentando meditar… y ya no sé lo que es lícito y lo que no… ni me importa saberlo.

Dagny comprendió que era inútil seguir hablando y que Dan Conway jamás volvería a ser un hombre de acción. Pero no supo lo que le confería aquella certeza.

—Nunca había eludido usted un combate.

—En efecto —respondió con el mismo tranquilo e indiferente asombro—. Me he enfrentado a tormentas, a inundaciones, a corrimientos de tierras y a fisuras en los rieles… Supe cómo contrarrestarlo todo y me gustaba la tarea… Pero no puedo librar esta clase de batalla.

—¿Por qué?

—No sabría contestarle. ¿Quién sabe por qué el mundo es como es? ¿Quién es John Galt?

Ella se sintió desfallecer.

—¿Qué decisión piensa tomar?

—No lo he pensado.

—Me refiero… —se detuvo. Él comprendió.

—¡Oh! Siempre habrá algo que hacer… —hablaba sin convicción—. Tengo entendido que sólo van a declarar zonas restringidas Colorado y Nuevo Méjico. Todavía poseo la línea de Arizona… igual que hace veinte años… Esa línea me mantendrá ocupado. Empiezo a sentir cansancio, Dagny. No tuve tiempo para notarlo hasta ahora.

Ella no supo qué decir.

—No pienso tender ninguna línea en las zonas que ellos creen preferentes —continuó con la misma voz opaca—. Eso es lo que intentaron ofrecerme como premio de consolación, pero creo que sólo son palabras. No puede tenderse una línea donde sólo existen un par de agricultores con cosechas apenas suficientes para mantenerlos. No puede construirse un ferrocarril en tales parajes y obtener beneficios del mismo. Y si uno no consigue beneficios, ¿quién los conseguirá? Todo esto carece de sentido. No saben lo que están diciendo.

—¡Al diablo con sus zonas preferentes! Es en usted en quien pienso —concretó—. ¿Qué piensa hacer?

—No lo sé… Bueno. Existen muchas cosas a las que no he tenido tiempo de dedicarme. Por ejemplo, la pesca. Siempre me gustó pescar. Quizá empiece a leer libros. Toda la vida me hubiera gustado hacerlo. Ahora podré vivir con tranquilidad. Me iré a pasear. Existen lugares en Arizona, magníficos y tranquilos, donde no se ve un ser humano en muchas millas… —Levantó la mirada hacia ella y añadió—: Olvídese de mí. ¿Por qué he de preocuparla?

—No es usted, sino… —se interrumpió unos momentos—. Dan, confío en que se dé cuenta de que no es por usted sólo por lo que quiero ayudare en su lucha.

Él sonrió débil y amistosamente.

—Lo comprendo —dijo.

—No es por conmiseración ni por espíritu de caridad, ni por ninguna zarandaja semejante. Escuche: pretendí obligarle a la batalla más importante de su vida en Colorado. Planeé perjudicar su negocio y arrinconarle y expulsarle de allí si era preciso.

Él rió brevemente, apreciando su franqueza.

—Hubiera podido hacerlo, desde luego —admitió.

—No lo creí necesario porque había campo suficiente para los dos.

—En efecto —respondió Dan—. Así es.

—Caso de decidirme habría luchado contra usted, y si hubiese tendido una vía mejor que la suya, le habría arruinado sin pensar ni un momento en las consecuencias. Pero esto… Dan, prefiero no acordarme ahora de nuestra línea Río Norte. Se acabó, Dan. No quiero convertirme en una saqueadora vulgar.

La miró en silencio unos instantes. Su expresión era extraña, como si la contemplase desde larga distancia. Con voz tranquila, dijo:

—Debería haber nacido usted cien años atrás. Hubiese disfrutado de buenas oportunidades.

—¡ Al diablo! Pienso creármelas yo misma.

—También yo lo intenté a su edad.

—Y lo consiguió.

—¿De veras?

Dagny permanecía inmóvil, incapaz de cambiar de actitud.

Él se incorporó y dijo con voz enérgica, como si estuviera cursando una orden:

—Más vale que vigile su línea Río Norte. Téngala dispuesta antes de que yo me retire, porque de lo contrario será el fin de Ellis Wyatt y de todos los demás. Y se trata de las mejores personas que quedan en el país. No permita que suceda. Todo reposa ahora sobre sus espaldas. De nada serviría tratar de explicar a su hermano que en aquella zona todo se va a poner más difícil para ustedes al carecer de mi competencia. Pero usted y yo lo sabemos. ¡Adelante! Haga lo que haga, no será usted una oportunista. Ninguna persona así puede dirigir un ferrocarril en semejante parte del país y obtener resultados. Cuanto consiga se lo habrá ganado a pulso. Las personas mezquinas como su hermano no cuentan. Todo queda ahora en sus manos.

Le miró, preguntándose qué pudo derrotar a un hombre de su clase. Desde luego no había sido jamás James Taggart.

Vio cómo la miraba cual si estuviese luchando contra un interrogante formulado por sí mismo. Luego sonrió y pudo observar incrédula que en su sonrisa se pintaban la compasión y la tristeza.

—Más vale que no lo lamente por mí —dijo—. Creo que, de los dos, es usted la que habrá de enfrentarse a condiciones más duras. A la larga, saldrá peor librada que yo.

Había telefoneado a la fundición, conviniendo una cita con Hank Rearden para aquella tarde. Acababa de colgar el receptor y se inclinaba sobre los mapas de la línea Río Norte, extendidos sobre su mesa, cuando se abrió la puerta. Dagny levantó la mirada, sorprendida; no esperaba que nadie abriera de semejante modo sin anunciarse previamente.

Aquel hombre era desconocido para ella. Alto y delgado, su persona sugería violencia, aun cuando no pudiera definir el motivo de una manera concreta, porque lo primero que se apreciaba en el era un dominio de sí mismo que parecía casi arrogante. Tenía los ojos obscuros, llevaba el pelo revuelto y su traje era caro, pero sin cuidar, como si no supiera lo que llevaba puesto.

—Ellis Wyatt —dijo presentándose.

Dagny se puso en pie de un salto, involuntariamente, comprendiendo por qué nadie había pretendido detenerle en la antesala.

—Siéntese, míster Wyatt —le indicó sonriendo.

—No es necesario —repuso él tan serio como antes—. No me gustan las conferencias largas.

Lentamente, tomándose todo el tiempo que creyó necesario, Dagny se sentó y reclinóse en su sillón sin dejar de mirarle.

—Usted dirá —le invitó.

—He venido a verla porque la creo la única persona con cerebro en esta condenada empresa.

—¿En qué puedo servirle?

—Quiero que escuche un ultimátum. —Hablaba claramente, confiriendo gran relieve a cada sílaba—. La «Taggart Transcontinental» deberá hacer circular trenes por Colorado dentro de nueve meses, tal como mi negocio requiere. Si la vergonzosa treta perpetrada contra la «Phoenix Durango» lo fue con el propósito de librarse de la necesidad de un esfuerzo, he venido a notificarle que no se saldrán con la suya. No presenté demanda alguna cuando ustedes no me pudieron proporcionar la clase de servicio que yo necesitaba porque encontré a alguien que lo hizo. Ahora quieren obligarme a un trato;

quieren dictarme condiciones, no dándome la oportunidad de elegir. Quieren que mi negocio descienda al nivel de su incompetencia. Les advierto que han calculado mal.

Lentamente, como obligándose a ello, Dagny preguntó:

—¿He de revelarle lo que intento hacer con nuestro servicio en Colorado?

—No; no me interesan las discusiones ni las condiciones. Quiero transporte. Lo que hagan para proporcionármelo y cómo lo hagan es problema de ustedes. Me limito a formular una advertencia. Quienes deseen negociar conmigo, han de hacerlo bajo mis condiciones o abstenerse de ello. No me gusta tratar con incompetentes. Si quieren ganar dinero transportando el petróleo que produzco, han de ser tan eficientes en su negocio como yo lo soy en el mío. Quiero que esto quede bien claro.

—Comprendo —admitió Dagny con calma.

—No perderé el tiempo demostrándole los motivos por los que es mejor que se tomen en serio mi ultimátum. Si tiene inteligencia suficiente para mantener a esta corrupta organización en funcionamiento, la tendrá también para juzgar por sí mismo lo que le digo. Usted y yo sabemos que si la «Taggart Transcontinental» hace funcionar sus trenes en Colorado igual que cinco años atrás, me arruinaré… precisamente lo que pretenden. Esperan alimentarse de mí mientras puedan, y luego encontrar otra carroña a la que exprimir cuando hayan terminado con la mía. Es una política muy corriente en la actualidad. Ya le he comunicado mi ultimátum. Disponen ustedes de la facultad de destruirme; quizá me tenga que retirar; pero si lo hago, me aseguraré de que a los demás les ocurra lo propio.

Bajo el entorpecimiento que la mantenía erecta para recibir aquellos latigazos, Dagny notó una punzada de dolor cálido, como cuando se sufre una quemadura. Le hubiera gustado hablarle de los largos años pasados en busca de hombres como él a los que aceptar como colaboradores. Hubiera querido decirle que sus enemigos eran también los de ella; que estaban librando idéntica batalla. Gritarle: ¡No soy de su clase! Pero comprendió que no podía hacerlo. Pesaba sobre su ánimo la responsabilidad de la «Taggart Transcontinental» y de todo cuanto se hiciera en nombre de la misma. No tenía derecho a justificarse.

Sentada, muy rígida, con la mirada tranquila y franca como la de él, respondió suavemente:

—Obtendrá el transporte que precisa, míster Wyatt.

Percibió una ligera expresión de asombro en su cara. No eran los modales ni la respuesta que había esperado. Tal vez lo que más le sorprendía era no verla presentar defensa ni excusas. La estudió en silencio unos momentos y luego dijo con voz menos brusca que antes:

—De acuerdo. Gracias. Buenos días.

Dagny inclinó la cabeza, mientras él hacía una leve reverencia y se iba.

* * *

—Tal es la historia, Hank. He trabajado con horarios casi imposibles para completar la línea Río Norte en doce meses. Ahora tendré que hacerlo en nueve. Iba usted a entregarnos los rieles en un año. ¿Podría hacerlo en nueve meses? Si existe medio humano de conseguirlo, dígamelo. De lo contrario tendré que encontrar algún otro medio para terminar ese trabajo.

Rearden estaba sentado tras de su escritorio. Sus ojos fríos y azules formaban dos leves líneas horizontales sobre las planas superficies de su cara. Y así permanecieron,

horizontales, semicerrados, impasibles, mientras le contestaba con suavidad, sin énfasis alguno:

—Lo haré.

Dagny se reclinó en su silla. La breve frase la había dejado estupefacta. No se trataba de una simple sensación de alivio, sino de la repentina idea de que no era necesario nada más para garantizar la promesa; no necesitaba pruebas, ni preguntas, ni explicaciones; un problema complejo descansaba seguro sobre aquellas tres silabas pronunciadas por quien sabía lo que estaba diciendo.

—No me muestre que se siente aliviada —añadió en tono burlón —O al menos, no lo demuestre con demasiada claridad. —Sus ojos entornados la observaban con sonrisa enigmática—. Podría figurarme que tengo en mi poder a la «Taggart Transcontinental».

—Así es, y usted lo sabe.

—En efecto. E intento cobrarme el precio debido.

—Y yo pagarlo. ¿Cuánto es?

—Veinte dólares extra por tonelada sobre los pedidos librados antes de esa fecha.

—Un poco fuerte, Hank. ¿Es el mejor precio que puede ofrecerme?

—No. Pero es el que pienso conseguir. Podría pedir el doble y usted lo pagaría.

—Sí. Pero no lo hará.

—¿Por qué?

—Porque necesita esa línea Río Norte. Será su primera utilización del metal Rearden y representa una magnífica propaganda.

Él se rió por lo bajo.

—En efecto. Me gusta tratar con quien no se hace ilusiones acerca de recibir favores.

—¿Sabe lo que me proporcionó un alivio extraordinario cuando decidió usted aprovechar la ocasión?

—¿Qué?

—Pensar que negociaba por vez primera con alguien que no pretendía otorgar favores.

La sonrisa de Hank tenía ahora una cualidad perfectamente discerniόle: la alegría.

—Siempre juega limpio, ¿verdad? —preguntó.

—Nunca he observado que usted hiciera lo contrario.

—Creí ser el único que podía permitírselo.

—No estoy arruinada, Hank.

—Pues yo creo que la voy a arruinar algún día.

—¿Por qué?

—Siempre lo he deseado.

—¿No tiene suficientes cobardes a su alrededor?

—Por eso disfruto intentándolo con usted; porque es la única excepción. ¿Le parece bien que pretenda sacar todo el dinero posible, aprovechándome de la situación en que se encuentra?

—Desde luego. No soy ninguna tonta, ni creo que esté usted en este negocio por mi conveniencia.

—¿No le gustaría que lo estuviera?

—No me gusta implorar, Hank.

—¿No le será difícil pagarme?

—Eso es cosa mía; no suya. Quiero esos rieles.

—¿A veinte dólares extra por tonelada?

—De acuerdo, Hank.

—Bien. Usted tendrá sus rieles y yo conseguiré mi exorbitante beneficio, a menos que la «Taggart Transcontinental» se hunda antes.

Sin sonreír, ella repuso:

—Si no consigo tender esa línea en nueve meses, la «Taggart Transcontinental» se vendrá abajo.

—No lo creo, mientras usted la dirija.

Cuando no sonreía, el rostro de Rearden parecía inanimado; tan sólo sus ojos seguían con vida, activos y dotados de una fría y brillante claridad de percepción. Pero nadie hubiera podido saber lo que sentía a través de la misma. Ni siquiera él mismo, se dijo Dagny.

—Han hecho lo posible para dificultarle la tarea, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. Contaba con Colorado para salvar el sistema Taggart. Ahora tengo que salvar a Colorado, Dentro de nueve meses Dan Conway cerrará su línea. Si la mía no está dispuesta, de nada servirá terminarla. No podemos dejar a esa gente sin transporte ni un solo día, y mucho menos una semana o un mes. Al ritmo de su crecimiento, es imposible detenerlos y confiar en que luego reanuden la marcha. Vendría a ser lo mismo que aplicar los frenos a una máquina que corriese a doscientas millas por hora.

—Lo sé.

—Puedo dirigir un buen ferrocarril. Pero no a través de un continente de agricultores que no saben ni cómo cultivar nabos con éxito. Necesito hombres como Ellis Wyatt, capaces de producir algo que llene mis trenes. En consecuencia, he de presentarle un tren y una vía dentro de nueve meses, aun cuando todos nos vayamos al diablo.

—Parece usted muy decidida.

—¿Y usted no?

No contestó; limitóse a seguir sonriendo.

—¿Es que no se siente interesado por la empresa? —preguntó Dagny casi iracunda.

—No.

—¿No se da cuenta de lo que significa?

—Lo único que comprendo es que voy a fabricar esos rieles y que usted tendrá su vía dentro de nueve meses.

Ella sonrió, aliviada, sintiéndose un poco culpable.

—Lo conseguiremos. Es inútil enfadarse con gente como Jim y sus amigos. No tenemos tiempo. En primer lugar, he de deshacer lo que ellos hacen. Luego… —Se detuvo con aire reflexivo, sacudió la cabeza y terminó—: Luego, ellos ya no importarán nada.

—En efecto. No importarán nada. Cuando oigo hablar de esa disposición antiperjuicio propio, me pongo enfermo. Pero no se preocupe acerca de tales bastardos. —La palabra sonó asombrosamente violenta, porque su cara y su voz habían permanecido tranquilas—. Usted y yo estaremos siempre presentes para salvar al país de las consecuencias de sus acciones. —Se levantó, empezando a pasear por el despacho, y concluyó—: Los transportes no se interrumpirán en Colorado. Saldrá usted airosa de la prueba. Luego, Dan Conway volverá y con él, otros. Toda esta insensatez es momentánea. No puede durar. Se derrumbará por carecer de base firme. Usted y yo tendremos que trabajar un poco más durante algún tiempo. Eso es todo.

Contempló su alta figura moviéndose por el despacho. El recinto estaba de acuerdo con su personalidad; no contenía más que los escasos muebles necesarios, simplificados a su propósito más esencial; exorbitantemente caros por la calidad de los materiales y la

destreza del diseño. Aquel cuarto parecía un motor contenido en la caja de cristal de sus amplias ventanas. Dagny pudo notar un detalle asombroso: un jarro de jade situado encima de un fichero. El jarro era sólido, verde obscuro, de piedra trabajada en superficies planas; la textura de sus suaves curvas provocaba el irresistible deseo.» de tocarlo. Un objeto asombroso en aquel despacho, contrastando con la severidad de lo demás, aportando al ambiente cierto toque de sensualidad.

—Colorado es un gran lugar —dijo —y con el tiempo será el mejor de la nación. ¿Está segura de que no me importa? Ese Estado se está convirtiendo en uno de mis clientes más importantes, como sabrá si se toma, la molestia de leer los informes de su tráfico de mercancías.

—Lo sé, porque los leo.

—He estado pensando en la posibilidad de construir una fábrica en el mismo, dentro de pocos años, a fin de evitarles el pago de las tarifas que ustedes imponen. —Le miró—. Si lo hago, la «Taggart» perderá una gran cantidad de clientes.

—Adelante. Me bastará con transportar lo que necesiten en la fábrica, los comestibles para sus obreros y los materiales para las empresas que sigan a la suya; quizá no tenga tiempo ni de lamentar la pérdida de sus envíos de acero… ¿De qué se ríe?

—¡Es maravilloso!

—¿Qué?

—El modo como usted reacciona, totalmente distinto al de la mayoría de las personas de nuestro tiempo.

—Debo admitir que, por el momento, es usted el cliente más importante de la «Taggart Transcontinental».

—¿Cree que no me había enterado?

—No puedo comprender por qué Jim… —se detuvo.

—¿…intenta con tanto ahínco perjudicar mi negocio? Pues porque su hermano Jim es un insensato.

—En efecto. Pero aún hay algo más. Existe algo más que mera estupidez en todo ello.

—No pierda el tiempo tratando de comprenderlo. Déjele que se desgañite. No significa peligro para nadie. Las gentes como Jim Taggart suman millones en el mundo.

—Así me lo imagino.

—Ya propósito, ¿qué hubiera hecho usted si le hubiese dicho que no podía servir esos rieles antes?

—Pues habría desmontado vías suplementarias o cerrado alguna línea utilizando su material para terminar la Río Norte a su debido tiempo.

—Por eso nunca me preocupa la «Taggart Transcontinental» —dijo él riendo—. Pero no es preciso que empiece a desmontar nada. Por lo menos, mientras yo dirija este negocio.

Dagny pensó, de improviso, que estaba equivocada al atribuirle falta de emoción. En sus palabras sonaba cierto tono de jovialidad. Se dio cuenta de que siempre había experimentado alivio y alegría en presencia de aquel hombre y de que él compartía tal sensación. Era el único ser al que podía hablar sin tirantez ni esfuerzo. Tenía una mente a la que respetaba. Era un adversario con el que valía la pena contender. Sin embargo, siempre existió cierto extraño alejamiento entre ambos, como si los separase una puerta cerrada. Había en los modales de Rearden cierta calidad impersonal, algo recóndito adonde no era posible llegar.

Se había detenido ante la ventana y miró hacia el exterior.

—¿Sabe que el primer cargamento de rieles le será entregado hoy? —preguntó.

—Claro que lo sé.

—Acérquese.

Se aproximó. Él señaló en silencio. En la distancia, tras de las estructuras de la fundición, vio una sucesión de vagonetas que esperaban en un apartadero. Sobre ellas, el puente de una grúa cortaba el cielo. Estaba en movimiento. Su enorme magneto retenía un cargamento de rieles pegados a un disco metálico por la sola fuerza del contacto. No había ni una traza de sol en la gris inmensidad nubosa, pero aun así, los rieles brillaban cual si captaran la luz del espacio. Aquel metal tenía un color verde azulado. La enorme cadena se detuvo sobre un vagón, descendió, estremecióse brevemente y dejó los rieles en el vehículo. Luego retrocedió con aire indiferente, cual el diseño gigantesco de un problema geométrico que se moviera por encima de la tierra y de los hombres.

Siguieron en la ventana, mirando en silencio. Ella no habló hasta que otro cargamento de metal gris azulado atravesó el espacio. Pero sus primeras palabras no trataron de rieles, de vías, ni de pedidos cumplimentados a tiempo.

Cual si saludara un nuevo fenómeno de la naturaleza, dijo:

—Metal Rearden…

Él se dio cuenta, pero no contestó. La miró y volvióse de nuevo hacia la ventana.

—Hank, esto es grande.

—Sí.

Había afirmado con sencillez, con espontaneidad. No había en su voz ningún placer, pero tampoco modestia. Comprendió que era un tributo a ella; el más precioso y raro que una persona podía ofrecer a otra; el tributo de sentirse libre para reconocer la propia grandeza, a sabiendas de que va a ser comprendida.

—Cuando pienso en lo que ese metal puede lograr; en lo que hará posible… —dijo—. ¡Hank! Es el hecho más importante del mundo actual y, sin embargo, nadie da muestras de entenderlo así.

—Nosotros lo sabemos.

No se miraban. Seguían con la vista fija en la grúa. Frente a la locomotora, en la distancia, Dagny pudo distinguir las letras IT. Percibió también los rieles del apartadero industrial más activo del sistema Taggart.

—En cuanto pueda encontrar una fábrica capaz de construirlas, pediré «Dieseis» fabricadas con metal Rearden —manifestó.

—Las necesitará. ¿Qué velocidad alcanzan sus trenes en la línea Río Norte?

—Podemos sentirnos afortunados si alcanzamos las veinte millas por hora.

Él señaló los vagones.

—Cuando esos rieles queden tendidos, podrá hacer circular trenes a doscientas cincuenta, si lo desea.

—Así será dentro de unos años, cuando tengamos vagones de metal Rearden, que pesarán la mitad de los de acero y serán dos veces más seguros.

—No pierda de vista las líneas aéreas. Estamos trabajando en un avión hecho con metal Rearden. No pesará prácticamente nada y podrá transportarlo todo. Vivirá usted la época de los transportes aéreos pesados a largas distancias.

—Estuve meditando acerca de lo que ese metal significará para los motores, para cualquier clase de motores, y los muchos de ellos que podrán diseñarse.

—¿Imagina lo que representará utilizarlo en las vallas de alambre? Simples vallas de tela metálica, construidas con metal Rearden, que costarán unos centavos la milla y durarán

doscientos años. Y artículos de cocina adquiridos en las tiendas baratas y que pasarán de una generación a otra. Y transatlánticos que no podrán ser traspasados por los torpedos.

—¿Le t dije que estamos realizando pruebas con alambres para señales confeccionado con metal Rearden?

—Son tantos los experimentos que realizo, que nunca podré demostrar de manera total lo que puede hacerse con él.

Hablaron del metal y de las posibilidades del mismo, desprovistas de límites precisos. Era como si se encontraran en la cumbre de una montaña, contemplando una llanura ilimitada, cruzada en todas direcciones por caminos. Pero tan sólo mencionaban cifras, pesos, presiones, resistencias y costes.

Dagny se había olvidado de su hermano y de la Alianza Nacional; se había olvidado de todo problema, persona y hecho situados en un plano anterior, a los que siempre consideró borrosos, como perdidos en la distancia, desdeñables, sin constituir nunca una finalidad ni una realidad tangible. En cambio, aquello sí era real; aquella claridad poblada de bosquejos, propósitos y esperanzas. Tal era el modo en que había confiado vivir. Nunca deseó emplear su tiempo en acciones que pudieran significar menos.

Le miró en el instante exacto en que él se volvía para mirarla también. Se hallaban muy cerca uno de otro. Comprendió que sentía igual que ella. «Si el goce es su propósito y la finalidad de su existencia —pensó —y aquello que tiene el poder de proporcionarlo cobra categoría de profundo secreto, los dos acabamos de vernos desprovistos de todo ropaje.»

Él dio un paso atrás y, con extraño tono de asombro, comentó:

—Somos una pareja de truhanes, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Carecemos de objetivos o de cualidades espirituales. Tan sólo nos preocupa lo material y tras de ello andamos.

Le miró, incapaz de comprender. Él mantenía fija la vista más allá, sobre la grúa que laboraba en la distancia. Hubiera preferido que no dijese aquello. La acusación no la turbaba, porque nunca pensó en sí misma en semejantes términos, y se sentía por completo incapaz de un sentimiento de culpabilidad fundamental. Pero sintió una vaga opresión, imposible de definir. Comprendió que lo que le obligaba a hablar así podía tener para él consecuencias funestas. No había pronunciado aquellas palabras a la ligera. Pero en su voz no hubo tampoco expresión alguna de súplica o de vergüenza. Lo había dicho indiferentemente, como quien se limita a establecer un hecho.

Luego, conforme le miraba, la aprensión desapareció. Él contemplaba sus fundiciones y no había en su rostro culpabilidad ni duda; nada, aparte de la calma propia de una inviolable confianza en sí mismo.

—Dagny —dijo—, seamos lo que seamos, nosotros movemos el mundo y lo llevamos adelante.

CAPÍTULO V

EL MOMENTO CULMINANTE EN LOS D'ANCONIA

Lo primero que vio fue el periódico. Eddie lo apretaba en su mano al entrar en el despacho. Levantó la mirada hacia él y notó que su rostro estaba tenso y alterado.

—Dagny, ¿tienes mucho trabajo?

—¿Por qué?

—Ya sé que no te gusta hablar de él, pero viene aquí algo que quiero que sepas.

Ella alargó la mano hacia el periódico.

El artículo de la primera página frontal anunciaba que luego de haberse apropiado las minas de San Sebastián, el Gobierno del Estado popular de Méjico acababa de descubrir que no valían nada, absoluta y tajantemente nada. En modo alguno se podían justificar los cinco años de trabajo y los millones gastados en ellas; no eran más que excavaciones vacías, laboriosamente practicadas. Las escasas huellas de cobre no valían el esfuerzo de extraerlas. No existían depósitos de metal apreciables, ni podía esperarse que existieran, ni se observaba indicio alguno que justificara aquel engaño. El Gobierno de Méjico estaba celebrando sesiones urgentes en medio de considerable agitación.

Eddie comprendió que Dagny había permanecido mirando el periódico mucho después de terminada la lectura del artículo. Comprendió también que había estado en lo cierto al experimentar cierto asomo de temor, aun cuando no hubiera podido definir exactamente qué le perturbaba en realidad.

Esperó. Ella levantó la cabeza, aunque sin mirarle. Sus ojos contemplaban el vacío con absoluta concentración, cual si se tratara de distinguir algo a muy larga distancia.

En voz baja, Eddie comentó:

—Francisco no es un tonto. Por más defectos que tenga y por más profunda que sea la depravación en que ha caído… y ya he cesado de preguntarme la causa por creerlo inútil, no es tonto. En modo alguno pudo haber cometido un error de este género. No es posible. No lo comprendo.

—Pues yo sí empiezo a comprenderlo.

Se sentó, irguiendo el cuerpo con movimiento repentino que la estremeció de arriba abajo.

—Llama al Wayne-Falkland y di a ese bastardo que quiero verle.

—Dagny —le recordó—, se trata de Frisco d'Anconia.

—Se trataba.

* * *

Caminó bajo el prematuro atardecer que envolvía las calles, en dirección al Hotel Wayne-Falkland. «Dice que cuando quieras», le había informado Eddie. Las primeras luces se estaban encendiendo en unas cuantas ventanas, bajo las nubes. Los rascacielos semejaban abandonados faros que enviaran débiles y mortecinas señales a un mar vacío, por el que ya no circulaba barco alguno. Unos cuantos copos de nieve empezaron a caer, cruzando

las obscuras vidrieras de los vacíos almacenes, para disolverse en el barro de las aceras. Una hilera de luces encarnadas enfilaba la calle, perdiéndose en la borrosa distancia.

Se preguntó por qué sentía tantos deseos de correr; pero no a lo largo de la calle, sino por la verde falda de una colina, bajo el sol resplandeciente, hasta la carretera que bordeaba el Hudson, en los confines de la finca Taggart, como cuando Eddie gritaba: «¡Es Frisco d'Anconia!» y ambos descendían hasta el coche que se aproximaba por la carretera.

Era el único invitado cuya llegada se consideraba un acontecimiento, el mayor de todos, en la época de su niñez. El correr a su encuentro se había convertido en parte de una competición entre los tres. Había en la colina un álamo situado a mitad de camino entre la carretera y la casa; Dagny y Eddie trataban de llegar a él antes que Francisco, pero jamás lo consiguieron. Francisco ganaba en aquello, como siempre ganaba en todo.

Era hijo único, y sus padres, viejos amigos de la familia Taggart, le estaban haciendo viajar por todo el mundo; se decía que su padre deseaba hacerle considerar la tierra como un futuro dominio; Dagny y Eddie nunca estaban seguros de dónde pasaría el invierno; pero una vez al año, cada verano, un severo tutor sudamericano lo llevaba a pasar un mes o dos a la finca de los Taggart.

A Francisco le pareció natural que los niños de la familia fueran considerados compañeros suyos; eran los herederos de la «Taggart Transcontinental», del mismo modo que él lo era de la Compañía «d'Anconia Copper». «Representamos la única aristocracia que queda en el mundo: la aristocracia del dinero —había dicho a Dagny cierta vez, cuando contaba catorce años—. Es la postrer aristocracia verdadera. La gente debería comprenderlo así; pero no lo comprende.»

Había establecido un sistema de castas personal: para él, los hijos de la familia Taggart no eran Jim y Dagny, sino Dagny y Eddie. En muy raras ocasiones accedió a reconocer la existencia de Jim. Cierta vez, Eddie le preguntó: «Francisco, tú perteneces a una especie de alta nobleza, ¿verdad?» «Todavía no —le contestó—. La razón por la que mi familia ha perdurado tanto tiempo es la de que ninguno de nosotros se ha regido jamás por la idea de ser un d'Anconia de nacimiento. Todos esperamos merecer serlo.» Pronunciaba su nombre como si deseara que sus interlocutores se sintieran armados caballeros tan sólo por escucharlo.

Su antepasado Sebastián d'Anconia habla partido de España varios siglos atrás, en una época en que España era el país más poderoso de la tierra, y aquel hombre uno de sus personajes más altivos. Había tenido que partir, porque le fueron sugeridos ciertos cambios en su manera de actuar. Sebastián d'Anconia arrojó el contenido de su vaso de vino contra el funcionario autor de la sugerencia y escapó antes de ser detenido. Dejando atrás su fortuna, sus fincas, su palacio de mármol y la mujer a la que amaba, partió hacia un nuevo mundo.

Su primera propiedad en la Argentina fue una choza en las estribaciones de los Andes. El sol resplandecía como un faro sobre el escudo de plata de los d'Anconia, clavado sobre la puerta, mientras por vez primera en su vida, Sebastián d'Anconia excavaba la tierra en busca de cobre. Pasó varios años con el pico en la mano, quebrando rocas desde el amanecer a la puesta del sol, con ayuda de unos cuantos aventureros, desertores de los ejércitos de sus compatriotas, convictos huidos e indios muertos de hambre.

Quince años después de su salida de España, Sebastián d'Anconia envió en busca de la mujer amada; al llegar, encontró el escudo de plata sobre la entrada de un palacio de mármol, rodeado de un inmenso jardín, mientras en la distancia aparecían montañas cuarteadas, mostrando el fondo rojizo de sus yacimientos. La tomó en brazos para atravesar la puerta. Parecía más joven de cuando lo viera por última vez.

—Mis antepasados y los tuyos —contó Francisco a Dagny —se hubieran apreciado mutuamente.

En los años de su niñez, Dagny vivió pensando en el futuro; en el mundo que esperaba encontrar y donde no sentiría desdén ni aburrimiento. Un mes al año disfrutaba de libertad. Durante dicho mes, podía vivir en el presente. Cuando corría pendiente abajo para encontrarse con Francisco d'Anconia era como si huyese de una prisión.

—¡Eh, «Slug»!

—¡Hola, Frisco!

Al principio, los dos acogieron de mala gana sus apodos. Ella le había preguntado colérica: «¿Qué quiere decir slug?», y él le contestó: «Por si no lo sabías, significa el fuego que arde en el horno de una locomotora». «¿De dónde lo has sacado?» «De los hombres que dirigen la "Taggart".» Hablaba cinco idiomas, entre ellos el inglés, sin ninguna traza de acento extranjero; un inglés preciso y culto, en el que intercalaba deliberadamente vocablos populares. Ella contraatacó llamándole Frisco. Se había echado a reír, entre jovial e irritado. «Aunque vuestros bárbaros degraden el nombre de una gran ciudad, tú podías abstenerte de ello.» Pero a la larga, aquellos motes acabaron por gustarles.

Todo se había iniciado en los días de su segundo verano juntos, cuando él contaba doce años y ella diez. Francisco empezó a desaparecer cada mañana, sin que nadie pudiera descubrir la causa. Montaba en su bicicleta antes de amanecer y volvía con el tiempo preciso para sentarse a la mesa cubierta de plata y de cristal, preparada en la terraza; sus modales eran corteses quizá con exceso inocentes. Cuando Dagny y Eddie lo interrogaban, se echaba a reír, rehusando contestar. Cierta vez intentaron seguirle en la fría obscuridad que precede al alba, pero hubieron de abandonar el proyecto, porque nadie era capaz de seguirle las huellas cuando se empeñaba en que no las siguieran.

Al cabo de algún tiempo, la señora Taggart empezó a preocuparse y decidió investigar. Nunca pudo saber cómo el joven Francisco había podido infringir las leyes relacionadas con el trabajo infantil, pero lo cierto es que lo descubrieron actuando de mensajero para la «Taggart Transcontinental», por acuerdo oficioso con el titular de una demarcación situada a diez millas de allí. El expedidor se quedó estupefacto al recibir la visita personal de la dama; nunca se le había ocurrido pensar que aquel chiquillo viviera en casa de los Taggart. Los ferroviarios locales lo conocían por Frankie, y mistress Taggart prefirió no enterarse de su nombre completo. Se limitó a explicar que trabajaba sin permiso de sus padres y le obligó a cesar en seguida en aquella ocupación. El expedidor lamentó perderlo; según dijo, Frankie era el mejor mensajero que había tenido. «Me hubiera gustado conservarlo. ¿No podríamos llegar a un acuerdo con sus padres?», sugirió. «Me temo que no», repuso mistress Taggart con voz débil.

Una vez en su casa, le preguntó:

—Francisco, ¿qué opinaría tu padre si se enterase?

—Mi padre preguntaría si he realizado mi trabajo bien. Es todo cuanto querría saber.

—¡Vamos, vamos! Hablo en serio.

Francisco la contemplaba con aire comedido. Sus modales perfectos sugerían siglos de buena educación y de vida en elegantes salones; pero algo en su mirada la hizo sentirse insegura acerca de aquella actitud. «El invierno pasado —contestó el niño —estuve trabajando como grumete en un buque que transportaba cobre de d'Anconia. Mi padre me estuvo buscando tres meses, pero cuando volví, eso fue lo que me preguntó.»

—¿Así es como pasas tus veranos? —quiso saber Jim Taggart.

Su sonrisa tenía cierto tono de triunfo, como quien ha conseguido encontrar una causa que le permita mostrarse desdeñoso.

—Fue el invierno pasado —respondió Francisco calmosamente, sin cambio alguno en el tono inocente y casual de su voz—. El anterior lo pasé en Madrid, en casa del duque de Alba.

—¿Por qué querías trabajar en un ferrocarril? —indagó Dagny.

Se miraron de frente; ella con expresión admirativa; él burlona, pero sin traza alguna de malicia; como la risa de un saludo.

—Para ver cómo es por dentro, Slug —le contestó—, y para poder decirte que he trabajado en la «Taggart Transcontinental» antes que tú.

Dagny y Eddie pasaron sus inviernos intentando perfeccionarse en alguna nueva habilidad, con el fin de asombrar a Francisco y derrotarle siquiera una vez. Pero no lo consiguieron. Cuando le mostraron el modo en que golpeaban una pelota con un palo redondo, juego que él no había practicado nunca, los estuvo contemplando unos minutos y luego dijo: «Creo que ya sé cómo se hace. Dejadme probar». Tomó el palo y mandó la pelota por encima de una hilera de robles hasta los límites del campo.

Cuando, con motivo de un cumpleaños, regalaron a Jim una barca a motor, todos se colocaron en el embarcadero, contemplando la lección, mientras un instructor enseñaba a Jim su funcionamiento. Ninguno de ellos había manejado nunca una embarcación semejante. La blanca y resplandeciente barca, con forma de bala, avanzó incierta por el agua, dejando atrás una estela estremecida, mientras su motor jadeaba y tosía. El instructor, sentado junto a Jim, quitó a este el timón una y otra vez. Sin razón aparente, Jim levantó de pronto la cabeza y gritó a Francisco: «¿Crees que lo harías mejor?» «Desde luego.» «¡Inténtalo!»

Cuando el bote regresó, sus dos ocupantes saltaron a tierra. Francisco se situó al timón. «Espere un momento —dijo al instructor que estaba en el desembarcadero—. Déjeme echar antes una ojeada a todo esto.» Luego, antes de que el instructor hubiera podido moverse, el bote partió disparado hacia el centro del río, como si surgiera de la boca de un cañón, y prosiguió su marcha veloz antes de que nadie comprendiera lo que estaba sucediendo. Conforme se empequeñecía en la distancia, bajo la claridad solar, la imagen formada en la mente de Dagny por aquella visión estaba compuesta por tres líneas rectas: la de la estela, la del largo quejido del motor y la del propósito del piloto que lo gobernaba.

Observó la extraña expresión de su padre conforme miraba a la embarcación, ya casi invisible. Recordó haberle visto igual en otra oportunidad cuando inspeccionaba un complejo sistema de poleas que Francisco, de sólo doce años, había instalado para fabricarse un ascensor hasta la cumbre de una roca, desde donde estaba enseñando a Dagny y a Eddie a arrojarse al Hudson. Los cálculos y notas de Francisco estaban aún desparramados por el suelo; su padre los recogió, los examinó y preguntó: «Francisco, ¿cuántos cursos de álgebra has estudiado?» «Dos.» «¿Quién te ha enseñado todo eso?» «¡Oh! Se trata sólo de un invento mío.» Dagny no sabía que lo que su padre estaba mirando en aquellas arrugadas hojas de papel era la tosca versión de una ecuación diferencial.

Los herederos de Sebastián d'Anconia habían formado una línea ininterrumpida de primogénitos que supieron dar lustre al apellido. Era tradición familiar que la mayor desgracia a temer sería que un heredero dejase al morir la fortuna de los d'Anconia igual que la había recibido. Pero, a través de las generaciones, esta desgracia no se produjo jamás. Una leyenda argentina afirmaba que la mano de un d'Anconia poseía poder milagroso, pero no para curar, sino para producir.

Aunque los d'Anconia fueron siempre hombres de dotes excepcionales, ninguno de ellos podía igualarse a la promesa que representaba Francisco. Era como si los siglos hubieran amasado múltiples cualidades familiares, hasta convertirles en un polvo muy fino,

descartando lo vano, lo inconsecuente y lo débil, y no dejando más que talento puro; como si el azar, por una vez, hubiese conseguido un ente desprovisto de elementos accidentales.

Francisco triunfaba en todo cuanto emprendiese; hacía las cosas mejor que nadie y sin esfuerzo. No había jactancia en él, ni jamás establecía comparaciones. Nunca decía: «Puedo hacerlo mejor que tú», sino simplemente: «Soy capaz de hacerlo». Y lo que él consideraba «hacer» adquiría en su persona un carácter superlativo.

No obstante la disciplina requerida de él por el enérgico plan educativo de su padre, o los temas que le fueran ordenados estudiar, Francisco lo dominaba todo sin merma de su despreocupada jovialidad. Su padre lo adoraba, pero ocultaba cuidadosamente dicho sentimiento, del mismo modo que ocultaba también el orgullo de saber que había producido el más brillante ejemplar de una espléndida estirpe. Se afirmaba que Francisco iba a marcar el punto culminante de los d'Anconia.

—No sé qué clase de lema tendrían los d'Anconia en su escudo —dijo,, cierta vez mistress Taggart—, pero estoy segura de que Francisco lo cambiará por el de «¿Para qué?».

Tal era la pregunta inmediata que formulaba cuando se le proponía alguna actividad, y en modo alguno accedía a la misma si no encontraba una respuesta válida. Atravesaba como un cohete su mes de veraneo, pero si alguien lo detenía a mitad de camino, siempre le era posible dar nombre al propósito que guiaba sus pasos en aquel preciso instante. Dos cosas le eran imposibles: permanecer tranquilo o deambular sin rumbo fijo.

«Veamos de qué se trata», era la frase que pronunciaba ante Dagny y Eddie al emprender cualquier cosa. Y también: «Hagámoslo». En ello condensaba sus dos únicas formas de goce.

«Puedo hacerlo», dijo cuando construía su ascensor, aferrándose a la roca e introduciendo en la misma sus cuñas de metal, moviendo los brazos con el ritmo de un experto, mientras gotas de sangre brotaban, sin que se diera cuenta, de un vendaje en la muñeca. «No; no podemos hacerlo en común, Eddie; no eres lo bastante grande como para manejar un martillo. Quita las hierbas y desbrózame el camino. Yo me ocuparé de lo demás… ¿Qué sangre? ¡Oh, no es nada! Un corte que me hice ayer. Dagny, vete a casa y, tráeme una venda limpia.»

Jim los miraba. Lo dejaban siempre solo; pero con frecuencia lo veían en la distancia, observando a Francisco con cierta peculiar intensidad.

Casi nunca hablaba en presencia de su amigo, pero a veces acorralaba a Dagny y le decía sonriendo con desprecio: «¡Mira que tener la pretensión de creerte una mujer de hierro con mentalidad propia! No eres más que un trapo fláccido y sin energía. Es irritante ver cómo permites que ese pretencioso te dé órdenes. Te gobierna con el dedo meñique. No tienes orgullo. Acudes en cuanto silba y haces lo que quiere. ¿Por qué no le lustras las botas?» «Porque no me ha pedido que se las lustrara», respondió ella.

Francisco hubiera podido ganar cualquier prueba en las competiciones locales; pero nunca tomaba parte en las mismas. Hubiera podido dirigir el club juvenil, pero nunca puso los pies en su local e ignoró las vehementes tentativas de sus directivos para contar con el más famoso heredero del mundo. Dagny y Eddie eran sus únicos amigos. No hubieran podido decir si influían sobre él o si eran influidos por su personalidad; de todos modos, les daba igual, puesto que en cualquiera de ambos casos se hubieran sentido igualmente felices.

Cada mañana los tres se enzarzaban en aventuras propias de su modo de ser. Cierta vez, un anciano profesor de literatura, amigo de la señora Taggart, los vio sobre un montón de

chatarra, en un cercado, desmontando un automóvil viejo. Se detuvo, movió la cabeza y dijo a Francisco: «Un joven de tu posición debería pasar el tiempo en las bibliotecas, absorbiendo la cultura del mundo». «¿Y qué cree usted que estoy haciendo?», preguntó Francisco.

No existían fábricas por los alrededores, pero Francisco enseñó a Dagny y Eddie a introducirse en los trenes Taggart, trasladándose a ciudades lejanas, donde trepaban por vallas, se metían en fundiciones y observaban por las ventanas la maquinaria, del mismo modo que otros niños contemplan una película. «Cuando yo dirija la "Taggart Transcontinental"…», decía Dagny a veces. «Cuando yo dirija la "d'Anconia Copper"…», contestaba Francisco. Nunca se explicaban uno a otro sus proyectos; tan sólo conocían sus objetivos y las causas que los impulsaban hacia ello.

De vez en cuando eran atrapados por algún mozo de tren. En tales ocasiones, el jefe de una estación situada a cientos de millas de distancia, tenía que telefonear a mistress Taggart para decirle: «Tenemos aquí a tres jovenzuelos que dicen ser…». «Sí —contestaba mistress Taggart con un suspiro—. Son ellos. Tenga la bondad de enviarlos para acá otra vez.»

—Francisco —preguntó Eddie cierta vez mientras se hallaban junto a las vías de la estación Taggart—, tú que has estado casi en todos los lugares del mundo, ¿qué consideras lo más importante de todo?

—Esto —contestó Francisco señalando el emblema TT frente a una de las locomotoras. Y añadió—: Me hubiera gustado conocer a Nat Taggart.

Al observar la mirada que le dirigía Dagny, no dijo nada más. Pero minutos después, cuando paseaban por el bosque siguiendo un estrecho sendero de tierra húmeda entre helechos y claridad solar, explicó:

—Dagny: siempre me causará respeto un escudo de armas, y siempre adoraré los símbolos de la nobleza, porque, ¿acaso no soy un aristócrata? Sin embargo, me importan un comino las torres ruinosas y los unicornios a poli liados. Los escudos de nuestra época figuran en los carteles de propaganda y en los anuncios de las revistas populares.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eddie.

—Me refiero a las marcas de fábrica, Eddie —contestó Francisco, que aquel verano cumplía precisamente quince años.

«Cuando dirija la "d'Anconia Copper"…» «Estudio ingeniería eléctrica, porque las compañías productoras son los mejores clientes de la "d'Anconia Copper"…» «Estudiaré filosofía, porque voy a necesitarla para proteger a la "d'Anconia Copper"…»

—Pero, ¿es que no piensas más que en la «d'Anconia Copper»? —le preguntó Jim una vez.

—No.

—Yo creo que existen otras cosas en el mundo.

—Dejemos que se preocupen de ellas los demás.

—¿No te parece una actitud muy egoísta?

—Lo es.

—¿En qué consiste tu plan?

—En tener dinero.

—¿Es que no posees bastante?

—En el transcurso de su vida, cada uno de mis antepasados elevó la producción de la «d'Anconia Copper» en un diez por ciento, aproximadamente. Yo quiero elevarla en un cien por cien.

—¿Para qué? —preguntó Jim, en sarcástica imitación de la voz de Francisco.

—Cuando me muera, confío en ir al cielo, y quiero ganarme mi admisión.

—La virtud es el precio de dicha admisión —respondió Jim altivamente*

—Precisamente eso es lo que creo, James. Y deseo exhibir la mayor virtud de todas: la de haber sido capaz de hacer dinero.

—Eso puede conseguirlo cualquier prestamista ladrón.

—James, algún día sabrás que toda palabra tiene su significado exacto. Francisco sonrió, con aire de radiante mofa. Observándole, Dagny pensó de repente en la diferencia que existía entre Francisco y su hermano Jim. Los dos sonreían con desdén. Pero Francisco parecía burlarse de las cosas presentes por contemplar otras mayores, mientras que Jim lo hacía cual si pretendiera que nada pudiese cobrar importancia.

Cierta noche, cuando estaba sentada con Francisco y Eddie ante una hoguera que habían encendido en el bosque, notó una vez más la particular calidad de la sonrisa de aquél. El resplandor del fuego los encerraba en una valla de movedizos resplandores que incluía también la leña, las ramas y las distantes estrellas. Le pareció como si fuera de aquellos límites no existiera nada, aparte de vacías tinieblas, con una leve insinuación de una promesa estremecedora y espantosa… igual que el futuro. Pero aquel futuro sería como la sonrisa de Francisco. La llave del mismo, la advertencia anticipada de su naturaleza. Se pintaba en su rostro frente al fuego, bajo el ramaje de los pinos. De pronto experimentó una insoportable sensación de dicha; insoportable por ser tan completa y no poder expresarla. Miró a Eddie y pudo ver que éste miraba a Francisco. A su manera plácida, Eddie sentía lo mismo que ella.

—¿Por qué simpatizas con Francisco? —le preguntó semanas más lardo, cuando aquél ya se había ido.

Eddie la miró asombrado; nunca se le había ocurrido que semejante sentimiento pudiera ser objeto de preguntas. Respondió:

—Porque me hace sentir seguro.

—Pues a mí me produce una sensación de excitación y de peligro —confesó Dagny.

Al verano siguiente, Francisco tenía dieciséis años. Un día, él y Dagny se hallaban solos en la cumbre de un peñasco, junto al río, con los pantalones y las camisas rasgados por el esfuerzo de trepar hasta allí. Contemplaban el Hudson; habían oído decir que en días muy claros podía distinguirse Nueva York en la distancia. Pero sólo percibían el halo de tres clases de luz distintas, mezclándose entre sí: la del río, la del cielo y la del sol.

Ella se arrodilló sobre una roca y se inclinó hacia delante, intentando atisbar algún indicio de la ciudad; el viento le agitaba el pelo ante los ojos. Volvió la cabeza y pudo ver que Francisco no contemplaba la distancia, sino que la miraba a ella. Tenía una expresión rara, atenta y grave. Dagny permaneció inmóvil un momento, con las manos apoyada* en la piedra y los brazos tensos, soportando el peso del cuerpo; inexplicablemente, la mirada de Francisco le hizo cobrar conciencia de su postura, de su hombro visible a través de un desgarrón de la camisa, de sus largas, arañadas y morenas piernas, en posición oblicua entre la roca y el suelo. Se irguió, irritada, y alejóse de él. Mientras levantaba la cabeza con expresión resentida, mientras se daba cuenta de que la expresión de Francisco significaba hostilidad y condena, se oyó preguntarle con tono de sonriente desafío:

—¿Qué es lo que te gusta de mí?

Él se echó a reír y Dagny preguntóse estupefacta qué le había inducido a formular la pregunta. Francisco respondió:

—Eso es lo que más me gusta de ti.

Y señaló los brillantes rieles de la estación Taggart en la distancia.

—No son míos —respondió ella desilusionada.

—Pero me gusta pensar que lo serán.

Dagny sonrió, concediéndole la victoria mediante una actitud franca y alegre. No supo por qué la había mirado de un modo tan extraño, pero comprendió que establecía cierto contacto inexplicable entre su cuerpo y alguna cualidad interior que le daría la fuerza necesaria para gobernar en el futuro aquellos rieles.

—Veamos si se distingue Nueva York —dijo él bruscamente, cogiéndola del brazo y atrayéndola hasta el borde de la roca. Pensó que no se daba cuenta de que le estaba apretando el brazo de un modo peculiar, que la obligaba a apartarse de él y notó el calor del sol en sus piernas al rozar las suyas. Estuvieron contemplando la distancia, pero no vieron nada, exceptuando el resplandor de la luz.

Cuando aquel verano Francisco se marchó, Dagny consideró su partida como el cruce de un límite que daba fin a su niñez. Aquel otoño ingresaría en el instituto. Ella lo haría al año siguiente. Experimentó una gran impaciencia y al propio tiempo excitación y temor, como si el joven se enfrentara a un peligro desconocido. Era igual que años atrás, cuando le vio zambullirse en el Hudson desde una roca, hundiéndose bajo el agua obscura, mientras ella esperaba, sabiendo que reaparecería al cabo de un momento y que entonces le tocaría hacer lo propio.

Disipó sus temores; el peligro era para Francisco tan sólo una oportunidad para alguna brillante exhibición; no podía perder batallas, ni existían enemigos capaces de vencerle. Luego se acordó de una observación escuchada años atrás. Era una observación extraña, pero aún más insólito resultaba que aquellas palabras hubieran permanecido lijas en su mente, porque en el momento de oírlas le parecieron necias. Quien las pronunció era un viejo profesor de matemáticas, amigo de su padre, que había efectuado una única visita a su casa de campo. Le gustaba su cara y aún recordaba la peculiar tristeza de sus ojos cuando, cierta noche, sentados en la terraza, bajo la incierta claridad crepuscular, dijo a su padre, señalando a Francisco, que se hallaba en el jardín: «Ese muchacho es vulnerable. Posee demasiada capacidad para el placer. ¿Qué hará en un mundo donde existen tan raras ocasiones de dicha?»

Francisco ingresó en una institución escogida por su padre desde mucho tiempo antes y considerada como la más distinguida del mundo: la Universidad Patrick Henry, de Cleveland. Aquel invierno no acudió a visitarla en Nueva York, aunque se hallara sólo a una noche de viaje. No se escribieron, ni nunca lo habían hecho. Pero Dagny sabía que cuando llegara el verano, iría a pasar un mes en el campo con ellos.

Durante aquel invierno experimentó, en ciertas ocasiones, una aprensión indefinible; las palabras del profesor seguían fijas en su mente como un* advertencia que no^ pudiera explicarse. Optó por no hacer caso. Al pensar en Francisco sentía la tranquilizadora seguridad de que iba a disponer de otro mes de adelanto sobre el futuro, como prueba de que el mundo era real, aun cuando no fuera el mismo de quienes la rodeaban.

—¡Eh, Slug!

—¡Hola, Frisco!

De pie en la falda del monte, en el momento de verle de nuevo, comprendió de pronto la naturaleza de aquel mundo que oponían al de los demás. Fue sólo una pausa momentánea; Dagny notaba el roce de su falda de algodón, movida por el viento contra sus rodillas, la claridad solar sobre sus párpados y una estimulante sensación de tan inmenso alivio, que hundió los pies en la hierba por creer que iba a elevarse, etérea, por el espacio.

Fue una repentina sensación de libertad y aplomo. No sabía nada acerca de la vida de Francisco; no lo había sabido nunca, ni nunca necesitaría saberlo. El mundo de la

oportunidad; el mundo del ambiente familiar, de las comidas, de las escuelas, de las gentes sin propósito que parecían transportar el fardo de una culpa desconocida, no era el suyo; no podía cambiarle ni influir en él. Jamás habían hablado del presente, sino tan sólo de aquello que pensaban y de sus proyectos… Lo contempló en silencio, como si una voz interior le dijera: «No lo que existe ahora, sino lo que nosotros haremos… Nada nos detendrá… Perdona mi miedo si creo que puedo perderte por ello. Perdona mi duda; pero esas cosas nunca te afectarán; jamás volveré a sentir temor por ti…»

También él la miró unos momentos, pero a Dagny le pareció que no con expresión de bienvenida, sino como si hubiera estado pensando en ella todos los días del año. No tuvo una seguridad total; fue sólo una expresión fulmínea, tan breve, que en el momento de percibirla él se volvía ya para señalar al álamo, diciendo en el mismo tono de su repetido juego infantil:

—Me gustaría que corrieses más. Siempre tengo que esperarte.

—¿Lo seguirás haciendo? —preguntó alegremente.

—Siempre —respondió él sin sonreír.

Mientras subían la pendiente hacia la casa, Francisco habló a Eddie. Ella caminaba en silencio, a su lado. Notaba entre los dos cierta reticencia, que de manera extraña cobraba la forma de una nueva clase de intimidad.

No le hizo preguntas acerca de la universidad. Días después, se limitó a inquirir si le gustaba.

—En estos tiempos enseñan muchas tonterías —contestó—, pero algunas asignaturas me gustan bastante.

—¿Tienes amigos?

—Sí. Dos.

No quiso ser más explícito.

Jim se estaba aproximando al final de sus estudios en un instituto de Nueva York. Parecía imbuido de una extraña y trémula beligerancia, cual si hubiera encontrado un arma nueva.

Interpeló a Francisco sin provocación, deteniéndolo en mitad del césped, para decir en tono de agresiva petulancia:

—Ahora tienes ya una edad adecuada, y deberías aprender algo acerca de ideales. Es tiempo de olvidar tu egoísmo y avaricia y pensar un poco en tus responsabilidades sociales, porque, a mi modo de ver, los millones que vas a heredar no son para tu provecho personal, sino un legado en beneficio de las clases poco privilegiadas y de los pobres. Quien no se dé cuenta de ello es el upo más depravado que imaginarse pueda.

Francisco respondió cortésmente:

—Pues yo creo, James, que no es aconsejable expresar opiniones que no se han solicitado. Podrías ahorrarte la perturbadora consecuencia que su exacto valor puede tener para quien las escuche.

Cuando se alejaban, Dagny le preguntó:

—¿Hay en el mundo muchos hombres como Jira?

—Muchísimos —respondió Francisco riendo.

—¿Y no te importa?

—No. No tengo que entendérmelas con ellos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque creo que, en cierto modo, resultan peligrosos… aunque no sé cómo…

—¡Cielos, Dagny! ¿Quieres que tenga miedo de un objeto como James? Días después, cuando paseaban solos por el bosque a la orilla del río, ella preguntó:

—Francisco, ¿cuál es el tipo más depravado que existe?

—El hombre que carece de propósitos.

Ella contemplaba los rectos troncos de los árboles que se erguían destacando contra la repentina y amplia extensión de espacio. El bosque era obscuro y fresco, pero las ramas exteriores captaban los cálidos y plateados rayos del sol, reflejados por el agua. Se preguntó por qué le gustaba tanto aquel espectáculo, cuando nunca se había fijado en el paisaje que la rodeaba, y por qué tenía la consciencia tan firme de su goce, de sus movimientos y de su cuerpo, mientras caminaba sin mirar a Francisco. Notaba que su presencia se hacía más intensamente real cuando apartaba los ojos de él, casi como si la consciencia de sí misma procediera de su acompañante, igual que la luz del sol reflejada por el agua.

—Te crees buena, ¿verdad? —preguntó.

—Siempre lo he creído —repuso ella, desafiadora, sin volverse.

—Demuéstramelo. Demuéstrame hasta qué punto te puedes elevar dentro de la «Taggart Transcontinental». Por diestra que seas, espero que sepas manejar todo cuanto has logrado tratando de prosperar todavía más. Y cuando quedes exhausta con tu afán para alcanzar un objetivo, habrás de estar pensando en el siguiente.

—¿Y por qué he de demostrar todo eso ante ti? —preguntó.

—¿Quieres que te conteste?

—No —susurró Dagny, fijando la mirada en la otra orilla del río, perdida en la distancia.

Le oyó reír por lo bajo. Al cabo de un rato le dijo:

—Dagny, no hay nada importante en la vida… excepto el modo en que se cumple la propia tarea. Nada. Tan sólo eso. Todo cuanto seas procede de ahí. Es la vieja medida del valor humano. Todos los códigos de la ética que intenten hacerte tragar, son sólo papel moneda puesto en circulación por timadores para despojar de sus virtudes a la gente. El código de la competencia es el único sistema moral basado en un patrón oro. Cuando seas mayor comprenderás lo que te digo.

—Ya lo sé ahora. Pero… ¿por qué tú y yo somos los únicos que parecemos comprenderlo?

—¿Y por qué has de preocuparte de los demás?

—Porque me gusta llegar al fondo de las cosas, y existe algo en la gente que no llego a captar.

—¿De qué se trata?

—Verás: siempre he sido impopular en la escuela, pero ello no me quitó el sueño. Ahora he descubierto la razón, una razón absurda. Les disgusto, no porque haga las cosas mal, sino porque las hago bien. Les soy antipática porque siempre he tenido las mejores notas, sin necesidad de estudiar, y siempre conseguí calificaciones elevadas. ¿Crees que debería ser de otra forma para convertirme en la muchacha más estimable de mi escuela?

Francisco se detuvo, la miró y le dio un bofetón.

Los sentimientos de Dagny quedaron condensa dos en aquel único instante, mientras el suelo oscilaba bajo sus pies y la invadía un luminoso es; fallido de emoción. Hubiera matado a cualquier otra persona, caso de golpearla de aquel modo. Sintió la violenta furia que le hubiera conferido la fuerza suficiente para ello, y al propio tiempo un violento placer porque Francisco obraba así. Le produjo placer el sordo y cálido dolor de su mejilla, y el gusto de sangre en un recodo de su boca. Sintió placer al comprender, de modo repentino, los motivos que le habían movido a aquella violencia.

Se esforzó para dominar su sentimiento de vértigo, mantuvo la cabeza erguida y miró a su compañero fijamente, consciente de una nueva fuerza, sintiéndose por vez primera igual a él. En sus labios se pintaba una burlona sonrisa de triunfo.

—¿Tanto te he ofendido? —preguntó.

Él puso cara de asombro; ni la pregunta ni la sonrisa correspondían a una niña.

—Sí, si eso te complace —respondió.

—Así es.

—No vuelvas a gastarme bromas de ese tipo.

—No seas tonto. ¿Qué te hizo suponer que me importa la popularidad?

—Cuando seas mayor comprenderás la clase de insensatez que has expresado.

—Ya lo comprendo ahora.

Él se volvió en redondo, sacó su pañuelo y lo empapó en agua del río.

—Ven —le ordenó.

Ella se echó a reír, retrocediendo.

—¡Oh, no! Prefiero que esto quede así. Confío en que la mejilla se hinche. Me gustará.

La miró prolongadamente y luego dijo con voz lenta y sobria:

—Dagny, eres maravillosa.

—Siempre has pensado igual, ¿verdad? —respondió ella en un tono insolentemente despreocupado.

De vuelta a su casa contó a su madre que se había cortado el labio al caer sobre una roca. Fue la única mentira que le dijera jamás. Y no lo hizo para proteger a Francisco, sino porque, por alguna razón indefinible, consideraba el incidente como un secreto demasiado precioso para ser compartido con nadie.

Al verano siguiente, cuando volvió Francisco, ella tenía dieciséis años. Había echado a correr pendiente abajo para salir a su encuentro cuando, de pronto, se detuvo. Él la vio, se detuvo también y los dos permanecieron un instante mirándose a través de la distancia sobre la larga y verde falda de la colina. Fue Francisco quien reanudó la marcha, avanzando lentamente, mientras Dagny lo esperaba.

Cuando se hallaba cerca, ella le sonrió inocentemente, como ti no te importase en absoluto aquella pugna que nunca ganaba.

—Quizá te guste saber —le dijo— que trabajo en el ferrocarril. Soy operadora nocturna en Rockdale.

—De acuerdo, «Taggart Transcontinental». Esto es una auténtica carrera entre los dos —dijo él riendo—. Veremos quién honrará más a quién. Si tú a Nat Taggart o yo a Sebastián d'Anconia.

Aquel invierno, Dagny dotó a su vida de la brillante simplicidad de un diseño frenético compuesto de líneas rectas: sus idas y venidas desde la escuela de ingenieros a la ciudad y desde su casa a la estación de Rockdale cada noche. También figuraba en aquél el círculo cerrado de su cuarto, un cuarto lleno de diagramas de motores, planos de estructuras de acero y horarios de ferrocarril.

Mistress Taggart contemplaba a su hija con expresión de disgustado asombro. Hubiera podido perdonarle todas las omisiones menos una: Dagny no demostraba interés alguno por los hombres ni inclinación romántica de ningún género. A mistress Taggart no le agradaban los extremos. Había sido educada para contender, en caso necesario, con los mismos; pero aquello era todavía peor. Le causaba turbación admitir que, a los diecisiete años, su hija no tuviera ni un solo admirador.

«¿Dagny y Francisco d'Anconia? —preguntaba sonriendo tristemente al hacer frente a la curiosidad de sus amigas—. ¡Oh, no! No es ningún idilio, sino un cartel industrial internacional de un género que desconozco. Tan sólo parecen preocuparles dichas cosas.»

Mistress Taggart oyó cómo James decía cierta noche en presencia de invitados, con tono de peculiar satisfacción: «Dagny, aunque lleves el mismo nombre que ella, te pareces más a Nat Taggart que a la primera Dagny Taggart, la famosa belleza que fue su mujer.»

Mistress Taggart no supo qué la había ofendido más: si las palabras de James o el hecho de que Dagny las aceptara feliz, como un cumplido.

Mistress Taggart llegó a la conclusión de que nunca podría formarse un concepto cabal de su hija. Dagny era sólo una figura que entraba y salía a toda prisa de su domicilio. Una figura esbelta, con chaqueta de cuero y cuello levantado, falda corta y largas piernas de corista. Un ser que caminaba por las habitaciones con brusquedad masculina y directa; pero demostrando cierta peculiar gracia en sus movimientos tensos y extrañamente femeninos.

A veces, mirándola a hurtadillas, mistress Taggart veía en ella una expresión difícil de definir. Era algo superior a la alegría; un aire de goce tan puro que rozaba lo primitivo y lo animal. Ninguna joven podía mostrarse tan insensible que no descubriera tristeza alguna en la vida. Concluyó que su hija era incapaz de ninguna emoción.

—Dagny —le preguntó cierta vez—. ¿es que no piensas divertirte nunca? Dagny la miró incrédula, al tiempo que contestaba:

—¿Qué crees que estoy haciendo sino divertirme?

La decisión de celebrar dignamente la entrada en sociedad de su hija, costó a mistress Taggart muchas ansiedades y preocupaciones. Nunca supo si estaba presentando a Miss Dagny Taggart, miembro de una distinguida sociedad, o a la operadora nocturna de la estación de Rockdale; pero sentíase inclinada a pensar esto último. Estaba segura además de que Dagny iba a rechazar de plano la idea de la fiesta. Por ello la asombró que aceptara con inexplicable vehemencia, comportándose, siquiera por una vez, como una auténtica chiquilla.

Volvió a sorprenderse cuando vio a Dagny vestida para la ocasión. Era el primer traje femenino que lucía; un conjunto de chifón blanco, con enorme falda que flotaba como una nube. Mistress Taggart había temido que su aspecto fuera absurdo, pero Dagny aparecía como una auténtica belleza. Mostraba un rostro algo grave, pero de una inocencia más radiante que de costumbre. Frente al espejo, mantuvo la cabeza del mismo modo que la hubiera mantenido la mujer de Nat Taggart.

—Dagny —le indicó mistress Taggart con expresión de suave reproche—, ¿ves lo guapa que estás cuando quieres?

—En efecto —convino Dagny sin asombro alguno.

El salón de baile del hotel «Wayne-Falkland» había sido decorado bajo la dirección de mistres Taggart. Ésta tenía gustos de artista y la ambientación de aquella noche fue su obra maestra. «Dagny, quiero que te des cuenta de algunas cosas —le dijo—: de las luces, los colores, las flores y la música. No son tan despreciables como puedas pensar.» «Nunca pensé que fueran despreciables», respondió Dagny, feliz. Por una vez, mistress Taggart sintió que un lazo común las unía; Dagny la miraba con la agradecida confianza de una niña. «Son las cosas que hacen bella la vida —continuó mistress Taggart—. Quiero que esta noche todo sea muy bonito para ti, Dagny. El primer baile es el acontecimiento más romántico de la propia existencia.»

Para mistress Taggart la mayor sorpresa llegó cuando Dagny apareció bajo las luces, enfrentándose a la concurrencia. No era una niña ni una adolescente, sino una mujer dotada de un aplomo tan total y asombroso que mistress Taggart la contempló con contenida admiración. En una época de indiferente rutina, entre gentes que se comportaban como si fueran no ya carne, sino pasto, la actitud de Dagny parecía casi inocente, porque tal era el modo en que una mujer debió enfrentarse a un baile siglos

atrás cuando el acto de exhibir el propio cuerpo semidesnudo a la admiración de los hombres constituía un atrevimiento, considerado como auténtica aventura. «Aquélla —pensó mistress Taggart, sonriente —era la muchacha a la que había creído desprovista de todo atractivo sexual.» Experimentó un inmenso alivio y sintióse al propio tiempo divertida, al pensar que un descubrimiento de aquel género pudiera confortarla.

Pero el alivio duró sólo unas horas. Hacia el final de la fiesta vio a Dagny en un rincón de la sala de baile, sentada sobre una balaustrada, igual que en una valla de ferrocarril, moviendo las piernas bajo la falda de chiffon, como si vistiera pantalones. Hablaba con un par de jóvenes y su rostro aparecía desdeñosamente vacuo.

Ni Dagny ni mistress Taggart pronunciaron palabra, mientras regresaban a su casa en el coche. Pero horas después, dejándose llevar por un repentino impulso, mistress Taggart entró en el cuarto de su hija. Dagny estaba ante la ventana, llevando todavía aquel blanco traje de noche similar a una nube que envolviera su cuerpo ahora demasiado delgado; un cuerpo pequeño y de hombros estremecidos. Fuera, las nubes aparecían grises, a la primera claridad de la mañana.

Cuando* Dagny se volvió, mistress Taggart percibió en ella una expresión de perplejo desamparo. Su rostro estaba en calma, pero algo en él le hizo desear no haber sentido tanto interés porque su hija descubriera la tristeza.

—Mamá, ¿creen esas gentes que todo sucede al revés? —preguntó.

—¿A qué te refieres? —preguntó a su vez mistress Taggart, asombrada.

—A las cosas de que me estuviste hablando. A las luces y a las flores. ¿Esperan que los vuelvan románticos o es lo contrario?

—Querida, no te entiendo.

—No había allí ni una sola persona que disfrutara con la fiesta —manifestó con voz incolora —o que sintiera o pensara nada. Se movían de un lado a otro, expresando las mismas estupideces que en todas partes, cual si las luces hubieran de conferirles un brillo del que carecen.

—Querida, te lo tomas todo demasiado a pecho. En un baile nadie tiene por qué portarse como un intelectual. Tan sólo se pretende estar alegre.

—¿Cómo? ¿Siendo un estúpido?

—¿No te gustó encontrar allí a tantos muchachos?

—¿Qué muchachos? No había ni uno solo que mereciera interés. Algunos días más tarde, sentada a su mesa en la estación de Rockdale, sintiéndose de nuevo en su casa, Dagny pensó en la fiesta y se encogió de hombros en desdeñoso reproche hacia su propia sensación de desengaño. Levantó la mirada: estaban en primavera y en la obscuridad del exterior se distinguían confusamente las hojas que poblaban las ramas de los árboles; el aire era cálido y tranquilo. Se preguntó qué había esperado de aquella fiesta. No lo sabía. Pero sentada ante el maltratado escritorio, mirando la obscuridad, volvió a sentir una rara impresión expectante y sin objetivo que invadía lentamente su cuerpo como un líquido cálido. Se apoyó en el escritorio, no sintiendo cansancio ni deseo de trabajar.

Aquel verano, cuando llegó Francisco, le estuvo hablando de la fiesta y de su decepción. Él la escuchó en silencio, mirándola por vez primera con aquel aire de inconmovible burla que reservaba para otros; una expresión que parecía abarcar muchas cosas. Era como si en sus palabras escuchara mucho más de lo que le estaba diciendo.

Percibió aquella misma expresión en sus ojos por la tarde, cuando se separó de él quizá demasiado bruscamente. Estaban solos, sentados a la orilla del río. Ella disponía de una hora, antes de regresar a Rockdale. En el cielo se pintaban largas y delgadas franjas de fuego y sobre el agua flotaban perezosamente chispazos rojos. Él había guardado silencio largo rato. De pronto, Dagny se levantó y le dijo que tenía que marcharse. No intentó

detenerla; se reclinó con los codos en la hierba y la miró sin moverse, cual si comprendiera los motivos de su prisa. Mientras trasponía la pendiente, hacia la casa, Dagny se preguntó qué la había impulsado a partir de aquel modo. Pero no lo supo. Había sido una repentina inquietud procedente cíe un sentimiento que sólo ahora identificaba: un sentimiento de expectación.

Cada noche recorría en automóvil las cinco millas que separaban su casa de Rockdale. Volvía al amanecer, dormía unas horas y se levantaba igual que los demás. No sentía deseos de dormir. Al desnudarse a las primeras claridades del alba, experimentaba una tensa, alegre e infundada impaciencia para enfrentarse al nuevo día que se iniciaba.

Volvió a ver la mirada burlona de Francisco, a través de la red de una pista de tenis. No recordaba cómo empezó la partida; habían jugado juntos con frecuencia, ganando siempre él. Nunca supo en qué momento había decidido vencerle esta vez. No era sólo una decisión o un deseo, sino una sorda furia, cada vez más intensa. No sabía por qué le era preciso ganar; no sabía por qué le resultaba tan urgente, crucial y necesario; sabía solamente que le era preciso hacerlo y que lo lograría.

El juego le resultaba fácil; era como si su voluntad hubiera desaparecido y alguien efectuara el esfuerzo por ella. Contempló a Francisco; su alta y rápida figura, con el bronceado de sus brazos puesto en evidencia por las mangas de la blanca camisa. Experimentó un arrogante placer al observar la agilidad de sus movimientos, porque aquello era precisamente lo que tenía que vencer. Cada uno de sus expertos ademanes se convertiría en una victoria suya, y la brillante competencia de su cuerpo en un triunfo personal.

Notó el creciente dolor del esfuerzo, sin saber que era dolor. Experimentaba repentinos aguijonazos que le hacían fijar momentáneamente la atención en alguna parte de su cuerpo; pero se olvidaba en seguida de ello. Tan pronto era el sobaco, como la paletilla o las caderas, con la blanca tela del pantalón pegándose a su piel, o los músculos de las piernas cuando saltaba para devolver la pelota. No recordaba cuándo cayó al suelo; cuando el cielo adoptó un tono rojo obscuro y la pelota voló hacia ella por la obscuridad, como una blanca llama. Un delgado alambre al rojo parecía distenderse en su tobillo subiéndole por su espalda y acabando por dispararse a través del aire, para llevar la pelota hacia Francisco… Notaba un estimulante placer porque cada punzada de dolor iniciada en su cuerpo iba a acabar en el de él; porque también Francisco estaba fatigándose; porque lo que hacía, lo hacía también para él; porque no era sólo el propio dolor el que sentía, sino también el de su compañero.

En los momentos en que le era posible ver su cara, observó que reía; que la miraba como si comprendiera. Jugaba, no para ganar, sino para hacerle la victoria más difícil, mandándole la pelota de modo a obligarla a correr, perdiendo puntos para verla retorcer el cuerpo en un dificilísimo revés; quedándose inmóvil para que creyera que iba a fallar y disparar luego de manera indiferente, en el último instante, devolviendo la pelota con tal fuerza, que ella estaba segura de no llegar a alcanzarla. Dagny sentía como si no pudiera volver a moverse. Resultaba extraño verse de pronto al otro lado de la pista, golpeando la pelota como si quisiera romperla en pedazos; como si deseara que fuese el rostro de Francisco.

«Un poco más», pensaba, aun cuando el siguiente movimiento tuviera que partirle los huesos del brazo… «Una vez más», aunque el aire que circulaba a borbotones por su garganta comprimida e hinchada, pudiera faltarle… Luego no sintió nada; ni dolor ni sensación alguna; pensó tan sólo que tenía que vencerle, verle exhausto, presenciar cómo se desplomaba. Sólo entonces quedaría libre para morir en el siguiente minuto.

Ganó. Quizá fuera la risa lo que hizo perder a Francisco en aquella ocasión. Avanzó hacia la red, mientras ella se quedaba inmóvil, y le arrojó la raqueta a los pies, cual si supiera

que estaba deseando aquel gesto. Salió de la pista y se tendió en la hierba, apoyando la cabeza sobre un brazo.

Dagny se acercó a él lentamente, y se quedó a su lado, contemplando aquel cuerpo tendido a sus pies; la camisa calada y los mechones de pelo sobre el brazo. Francisco levantó la cabeza y su mirada ascendió lentamente por la línea de sus piernas, hasta alcanzar el pantalón, la blusa y los ojos. Era una mirada burlona, que parecía perforar sus ropas y su mente. Con ella quizá pretendía decirle que, a pesar de todo, había vencido.

Aquella noche se sentó a su mesa de Rockdale, sola en el viejo edificio de la estación, contemplando el cielo por la ventana. Era su hora preferida; cuando los cristales superiores cobraban un tinte más ligero y los rieles se convertían en líneas de borrosa plata. Apagó, la lámpara y contempló la amplia y silenciosa extensión de aquella tierra inmóvil. Todo estaba en calma; ni una hoja temblaba en los árboles, mientras el cielo iba perdiendo lentamente su color y se convertía en una inmensidad de agua brillante.

En aquella hora, el teléfono guardaba silencio como si el tránsito se hubiera detenido de repente en toda la red. Oyó pasos en el exterior, próximos a la puerta, y Francisco entró. Nunca la había visitado en Rockdale, pero no se sorprendió al verlo aparecer,

—¿Qué haces por aquí a esta hora? —quiso saber.

—No tenía ganas de dormir.

—¿Cómo has llegado? No he oído tu coche.

—Vine a pie.

Transcurrieron algunos minutos hasta darse cuenta Dagny de que no le había preguntado el motivo de su visita, ni deseaba averiguarlo.

Él recorrió la habitación, contemplando los anuncios y avisos pegados a las paredes y el calendario con un grabado del «Comet» Taggart, inmovilizado sobre el papel, cuando se lanzaba a toda velocidad sobre el espectador. Parecía encontrarse como en su casa, como si aquel lugar les perteneciera. Así ocurría siempre que se encontraban juntos. Pero no se mostraba deseoso de hablar. Formuló unas cuantas preguntas acerca de su trabajo y guardó silencio.

Conforme la claridad iba aumentando, el movimiento también se aceleró en la red y el teléfono empezó a sonar, rompiendo la calma. Dagny volvió a su trabajo, mientras Francisco se sentaba con una pierna sobre el brazo del sillón, esperando.

Ella trabajaba con rapidez, con un cerebro extraordinariamente, claro. Le causaba placer el rápido movimiento de sus manos. Se concentró en el ruido agudo y brillante del teléfono, en las cifras de los trenes, en los números de los vagones y en otros datos similares, sin darse cuenta de nada más.

Pero cuando una hoja de papel descendió oscilando hasta el suelo e inclinóse para recogerla, sintió de un modo tan particular la intensidad de aquel momento, como notaba la sensación de sí misma y de sus movimientos. Miró su falda gris y las mangas arremangadas de su blusa también gris y el brazo desnudo que se alargaba hacia el papel caído. Sintió cómo su corazón se detenía, sin causa justificada, en esa especie de jadeo que se percibe en momentos de intensa emoción. Recogió el papel y volvió a su trabajo.

Ya era casi de día. Un tren pasó por la estación sin detenerse. Bajo la pura claridad de la mañana, la larga hilera de vagones se mezcló en una franja de plata mientras el tren parecía volar sobre la tierra, sin tocarla. El suelo tembló y los cristales se estremecieron. Dagny contempló el paso del tren con una sonrisa de excitación. Miró a Francisco; éste la miraba a su vez, con idéntica sonrisa.

Cuando llegó el empleado del turno siguiente, Dagny y Francisco salieron al aire matutino. El sol no se había levantado aún y la brisa tenía un algo radiante. Dagny no se sentía cansada. Por el contrario, parecía como si acabara de levantarse.

Dirigióse a su coche, pero Francisco le dijo:

—Vamos caminando. Ya vendremos después a por él.

—De acuerdo.

No la sorprendió ni le importó la perspectiva de caminar cinco millas. Le parecía perfectamente natural; de acuerdo con aquel momento de realidad y claridad deslumbradora, apartado de todo lo inmediato, desconectado como una brillante isla dentro de un bloque de niebla, igual que esa realidad incuestionable y exaltada que vive luego de haber bebido en exceso,

La carretera discurría por entre bosques. La dejaron para tomar un viejo sendero que serpenteaba por un país no poblado por nadie. No se observaban trazas de movimiento por los alrededores. Viejas raíces cubiertas de hierba contribuían a crear la ilusión de que la vida humana se hallaba alejada, añadiendo una extensión de años a la distancia en millas. Cierta claridad velada notaba sobre la tierra, pero en algunos claros, las hojas verdes de los árboles colgaban compactas, pareciendo iluminar el bosque. Aquellas hojas estaban perfectamente inmóviles. Continuaron caminando por un mundo inmóvil. Ella recordó de improviso que llevaban largo rato sin pronunciar palabra.

Llegaron a un lugar despejado. Era una leve hondonada en el fondo de laderas abruptas. Un arroyo discurría por entre la hierba, y las ramas de los árboles descendían hasta el suelo, como una cortina de un verde fluido. El rumor del agua turbaba el silencio. Una distante franja de firmamento hacía parecer aquel lugar más recóndito aún. En la cresta rocosa un árbol captaba los primeros rayos del sol.

Se pararon, mirándose uno a otro. Ella comprendió lo que iba a ocurrir. Francisco la estrechó y la besó en los labios. Sentía sus brazos apretarla con violencia, y por vez primera supo cuánto había deseado que aquel momento llegara.

Sintió un instante de rebelión y un atisbo de miedo. Él continuaba reteniéndola, con tensa y enérgica insistencia, mientras su mano se movía sobre sus senos cual aprendiendo intimidades que no necesitaban de su permiso ni su consentimiento. Dagny intentó separarse, pero consiguió únicamente reclinarse todavía más contra sus brazos; ello le permitió ver su cara y su sonrisa, demostrativa de que, desde mucho tiempo antes, contaba con su asentimiento. Se dijo que debía escapar, pero bajó la cabeza, permitiendo que la besara de nuevo.

Comprendió que el temor era inútil; que Francisco había adoptado su decisión y que sólo dejaba a su albur lo que más estaba deseando: someterse. No comprendía de manera consciente su propósito; la vaga noción que tuviera del mismo quedó borrada; no podía pensar con claridad; sabía únicamente que tenía miedo. Sin embargo, sus sentimientos venían a ser lo mismo que si le gritara: «¡No es preciso que me lo preguntes ni me niegues… hazlo!»

Se agitó unos momentos cual si quisiera resistir, pero él seguía besándola. Cayeron al suelo sin separarse. Ella permaneció inmóvil, como objeto impasible y luego estremecido de un acto que él realizaba con sencillez, sin vacilar, seguro del derecho que aquel placer les confería.

Francisco dio nombre a todo ello en las primeras palabras que pronunció después: «Teníamos que aprender uno del otro». Dagny contempló su largo cuerpo, tendido en la hierba a su lado. Llevaba pantalón y camisa negros. Sus ojos se detuvieron en el cinto, estrechamente apretado, notando el impacto de una emoción semejante a su jadeo de orgullo; un orgullo que la hacía imaginar posesora de él. Contemplaba el cielo, sin deseo alguno de moverse, de pensar ni de saber que existía un tiempo distinto al que estaba viviendo.

Cuando llegó a su casa y se tendió desnuda en la cama, porque su cuerpo era ahora una posesión demasiado preciosa para soportar el roce de un camisón de dormir, cuando pensó que no dormiría porque no deseaba descansar y perder aquella sensación desconocida hasta entonces, su último pensamiento fue para aquellos tiempos en que había deseado expresar, aunque sin saberlo, el conocimiento momentáneo de una sensación mayor aún que la felicidad; el sentimiento de la bendición de uno mismo sobre la tierra; el sentimiento de estar enamorado del hecho de existir en este mundo amable. Lo que acababa de suceder entre ella y Francisco era su mejor manera de expresarlo. No supo si se trataba de una idea de importancia capital; nada podía resultar grave en un universo del que había desaparecido todo concepto de dolor; no se encontraba allí para sopesar sus propias conclusiones. Se durmió con una suave sonrisa en el rostro, dentro de una habitación silenciosa e iluminada por el resplandor de la mañana.

Aquel verano se vieron en los bosques, en rincones ocultos junto al río, en chozas abandonadas y en el sótano de la casa. Fue en aquellos, instantes cuando tuvo la noción de una total belleza, contemplando las viejas vigas o la placa metálica de una máquina acondicionador de aire, que susurraba tenue y rítmicamente sobre sus cabezas. Llevaba pantalón largo o vestidos veraniegos de algodón; pero nunca se sentía tan femenina como cuando se hallaba a su lado, estremeciéndose en sus brazos y abandonándose a él con pleno conocimiento de su poder para reducirla a la impotencia, por el placer que era capaz de otorgarle. Fue su maestro en cuantas formas de sensualidad supo inventar. «¿No es maravilloso que nuestros cuerpos nos den tanto goce?», le dijo cierta vez, sencillamente. Eran dos seres felices y radiantes, incapaces de concebir que el placer es pecado.

Guardaron su secreto frente a los demás, pero no por sentirse avergonzados o culpables, sino por considerar que aquello era inmaculadamente suyo, fuera del derecho al debate o a la critica ajenos. Ella estaba enterada de ese concepto general del sexo, según el cual, todo lo relativo a las relaciones entre hombre y mujer no es más que una debilidad de la naturaleza que debe condenarse implacablemente. Pero experimentaba una emoción de castidad que la hacía huir, no de los deseos de su cuerpo, sino de cualquier contacto con quienes sustentaban la doctrina en cuestión.

Aquel invierno, Francisco acudió a verla a Nueva York de una manera irregular. Lo mismo iba en avión desde Cleveland, sin avisarla por anticipado, incluso dos veces por semana, como desaparecía durante meses enteros. Ella permanecía sentada en el suelo de su habitación, rodeada de planos y proyectos. Si llamaban a la puerta, contestaba bruscamente: «Estoy ocupada», pero luego, una voz burlona preguntaba: «¿De veras?» Saltaba entonces alegremente para abrir la puerta y encontrarlo frente a sí. Se iban a un pisito que él había alquilado en un barrio tranquilo. «¡Francisco! —le preguntó cierta vez con aire de repentino asombro—. Soy tu amante, ¿verdad?» Él se echó a reír. «En efecto», admitió. Dagny sintió el orgullo que se supone experimenta una mujer cuando recibe el título de esposa.

En los meses en que se hallaba ausente, jamás se preguntó si le era fiel o no; estaba convencida de ello. Aun cuando fuera demasiado joven para comprender la razón, sabía que el deseo indiscriminado y el abandono sin tasa a las pasiones sólo eran posibles en quiénes consideran las cuestiones sentimentales y a si mismos como pecado.

Sabía muy poco de la vida de Francisco. Era su último año en el Instituto, pero hablaba muy poco de ello, y Dagny tampoco le preguntaba nada. Sospechaba que estaba trabajando con ahínco, porque a veces observaba en su cara esa brillantez tan poco natural, esa excitación derivada de obligar a las propias energías a un desgaste exagerado. Cierta vez se rió de él al jactarse de ser una vieja empleada de la «Taggart Transcontinental», mientras, por su parte, no había empezado aún a ganarse la vida.

«Mi padre rehúsa dejarme trabajar en la «d'Anconia Copper» hasta que me haya graduado.» «¿Desde cuándo has aprendido a ser tan obediente?» «He de respetar sus deseos. Es el dueño de la "d'Anconia Copper"… aunque, desde luego, no de todas las compañías del mundo.» Hubo cierta traza de secreta jovialidad en aquellas palabras.

Dagny no se enteró de la historia hasta el otoño siguiente, cuando él se hubo graduado y regresado a Nueva York, tras una visita a su padre en Buenos Aires. Durante los últimos cuatro años había seguido dos cursos formativos, uno en la Universidad Patrick Henry, y el otro en una fundición de cobre en las afueras de Cleveland. «Me gusta aprender las cosas por mí mismo», le dijo. Había empezado a trabajar en la fundición como ayudante a la edad de dieciséis años, y ahora, a los veinte, era su propietario. Consiguió su primer título de propiedad, con ayuda de ciertas alteraciones al declarar su edad, el día en que recibió su diploma universitario, mandando ambos documentos a su padre.

Enseñó a Dagny una fotografía de la fundición. Era un lugar pequeño y triste, muy viejo, maltratado por años de desesperada lucha. Sobre su entrada, igual que un estandarte nuevo ondeando sobre un montón de ruinas, campeaba este letrero: «d'Anconia Copper».

El encargado de relaciones públicas de la oficina de su padre en Nueva York, había gruñido: «¡Pero, don Francisco! No puede usted hacer eso. ¿Qué pensará el público al ver ese nombre sobre semejante cuchitril?»

«Es mi nombre», había contestado Francisco.

Cuando entró en el despacho de su padre en Buenos Aires, un aposento amplio, severo y moderno como un laboratorio, con fotografías de las propiedades de la «d'Anconia Copper» como único adorno de sus paredes, fotografías de minas y yacimientos y de las fundiciones mayores del mundo, observó en el lugar de honor, frente al escritorio de su padre, otro cuadro representando la fundición de Cleveland, con su letrero nuevo sobre la puerta.

Mientras permanecía frente a la mesa, su padre posó la mirada en la foto y luego en él.

—¿No te parece algo ingenuo? —le preguntó.

—No hubiera podido soportar cuatro años dedicándome tan sólo a escuchar conferencias.

—¿De dónde sacaste el dinero para el primer pago de esta propiedad?. —Jugando en la bolsa de Nueva York.

—¿Cómo? ¿Quién te ha enseñado eso?

—No es difícil averiguar qué aventuras industriales triunfarán y cuáles no.

—¿De dónde sacaste el dinero?

—De tu asignación y de mi sueldo.

—¿Cuándo tuviste tiempo para seguir las fluctuaciones de la Bolsa?

—Mientras escribía una tesis sobre la influencia, sobre subsiguientes sistemas metafísicos, de la teoría de Aristóteles acerca del motor no movido.

La estancia de Francisco en Nueva York aquel otoño fue muy breve. Su padre lo envió a Montana como superintendente ayudante de una mina. «Mi padre no cree aconsejable que me eleve con demasiada rapidez —contó sonriente a Dagny—. No quisiera limitarme a pedirle que confiara en mí. Si lo que desea es una demostración concreta, la tendrá.»

En primavera, Francisco regresó como jefe de la oficina neoyorquina de la «d'Anconia Copper». En los dos años siguientes, él y Dagny se vieron muy poco. La joven nunca sabía dónde se hallaba, en qué ciudad o continente, al otro día de haberlo visto. Siempre se presentaba inesperadamente, y a ella le gustaba aquel proceder, porque de este modo su presencia era continua, como el rayo de una luz escondida que pudiera iluminarla en un momento dado.

Cuando lo veía en su despacho, recordaba sus manos sosteniendo el timón de una lancha motora: conducía sus negocios con la misma suave, peligrosa y confiada velocidad. Pero cierto detalle había quedado fijo también en su mente, y el evocarlo le causaba un estremecimiento porque aquello no cuadraba a su persona. Cierta tarde lo vio de pie ante la ventana de su despacho, contemplando el sombrío cielo invernal de la ciudad. Estuvo sin moverse largo rato, con el rostro tenso y endurecido, presa de una emoción que Dagny nunca creyó posible en él: una cólera amarga y desesperanzada. «Algo anda equivocado por el mundo —dijo—. Siempre ha ocurrido igual. Algo que nadie ha entendido jamás ni ha podido explicarse.» Pero no quiso aclarar a qué se refería.

Cuando volvió a verle, no había en su actitud traza alguna de aquel incidente. Estaban en primavera y los dos se encontraban en la azotea de un restaurante. La seda ligera de su vestido de noche se agitaba al viento, rozando el cuerpo de Francisco, vestido de riguroso negro. Contemplaban la ciudad. En el comedor, bajo ellos, la música interpretaba un concierto-estudio de Richard Halley. El nombre de éste no era todavía muy popular, pero ambos lo habían descubierto y gozaban con su música. Francisco dijo: «Aquí, no es preciso contemplar los rascacielos en la distancia, ¿verdad? Los tenemos al alcance de la mano». Ella sonrió al responder: «Creo que los sobrepasamos… Casi tengo miedo… Parece como si nos hallásemos en un ascensor de velocidad desorbitada». «Desde luego; pero deja que suba. ¿Por qué ha de existir un límite?»

Francisco contaba veintitrés años cuando su padre murió y él trasladóse a Buenos Aires para hacerse cargo de posesiones que ahora pasaban a ser suyas. Dagny estuvo tres años sin verlo.

Al principio le escribía a intervalos irregulares. Le contaba cosas de la «d'Anconia Copper» y del mundo de los negocios, así como de asuntos relacionados con los intereses de la «Taggart Transcontinental». Sus cartas eran breves y estaban escritas a mano, casi siempre de noche.

Dagny no se sentía desgraciada por la ausencia. También estaba dando sus primeros pasos en el dominio de su futuro reino. Entre los jefes de la industria, amigos de su padre, había oído decir que era aconsejable vigilar al joven d'Anconia; que aquella compañía había sido siempre grande, pero que ahora iba a desparramarse por el mundo, si la dirección del joven Francisco resultaba lo que estaban previendo. En ciertos momentos experimentaba un repentino y violento anhelo de él, pero era sólo impaciencia y no dolor. Lo alejó de sí, sabiendo positivamente que ambos estaban trabajando en pro de un futuro que les reportaría todo cuanto deseaban, incluida su mutua compañía. Luego las cartas de Francisco cesaron de llegar.

Tenía veinticuatro años aquel día de primavera en que sonó el teléfono de su escritorio, en uno de los despachos del edificio Taggart. «Dagny —dijo una voz que reconoció en seguida—, estoy en el "Wayne-Falkland". Ven a cenar conmigo esta noche a las siete.» Habló sin saludarla previamente, como si se hubieran separado el día anterior. Al observar que tardaba unos instantes en recuperar el aliento, comprendió por vez primera lo mucho que aquella voz significaba para ella. «De acuerdo… Francisco», repuso. No era preciso añadir nada más. Mientras colgaba el receptor, se dijo que aquel regreso era natural; que acababa de suceder como siempre había esperado, pero nunca creyó experimentar la necesidad imperiosa de pronunciar su nombre, ni sentir el flechazo de felicidad que le había proporcionado hacerlo.

Cuando entró en su habitación del hotel, aquella tarde, él se encontraba en mitad del recinto mirándola. Pudo notar en su rostro una sonrisa lenta e involuntaria, como si hubiera perdido la facultad de sonreír y le sorprendiera recuperarla de nuevo. La miró incrédulo, sin llegar a creer en sus propios sentimientos al tenerla ante sí. Su mirada era como una súplica, como el grito de socorro de un hombre que no pudiese llorar. Había

iniciado su viejo saludo, pero no lo terminó. Transcurridos unos instantes, dijo: «Estás muy guapa, Dagny». Pero parecía como si aquellas palabras le molestaran.

—Francisco, yo…

Él sacudió la cabeza para no permitirle pronunciar las palabras que nunca se dijeron uno a otro, aun cuando en aquel momento era como si acabaran de escucharlas.

Se aproximó, la tomó en sus brazos, la besó y la retuvo largo rato. Cuando Dagny lo miró, le sonreía con expresión confiada y burlona. Era una sonrisa con la que pretendía decirle que sabía dominarse y dominarla, y le ordenaba olvidar lo que había percibido en el primer instante.

—Hola, Slug —le dijo.

Sintiéndose insegura de todo, excepto de que no había que formular preguntas, ella sonrió a su vez, respondiendo:

—Hola, Frisco.

Podía haber comprendido cualquier cambio, pero no el que ahora observaba en él. No había en su rostro ni un chispazo de vida, ni el menor atisbo de alegría; su cara estaba convertida en una máscara implacable. La expresión de su sonrisa primera no tenía nada de debilidad; había adquirido un aire de decisión, que parecía implacable. Actuaba como quien permanece erguido bajo el peso de un fardo insoportable. Percibió lo que nunca hubiera creído posible: que en su cara se pintaban líneas de amargura y que tenía un aire torturado.

—Dagny, no te sorprendas ante nada de lo que me veas hacer —le dijo—, ni ante lo que pueda efectuar en el futuro.

Fue la única explicación que quiso concederle; luego continuó actuando como si no hubiera nada que explicar.

Dagny sintió tan sólo una débil ansiedad; era imposible experimentar temor por su destino en su presencia. Cuando reía, le parecía encontrarse de nuevo en los bosques junto al Hudson; no había cambiado ni cambiaría jamás.

La cena se sirvió en la habitación. A Dagny le pareció divertido enfrentarse a él desde el otro lado de una mesa, dispuesta con la fría formalidad de un excesivo coste, en un cuarto de hotel diseñado como palacio europeo.

El «Wayne-Falkland» era el albergue de su clase más distinguido del mundo. Su estilo de indolente lujo, sus cortinajes de terciopelo, sus paneles esculpidos y la luz de sus velas, establecían un deliberado contraste con su auténtica función, porque nadie podía permitirse la hospitalidad del mismo, excepto quienes llegaban a Nueva York para evacuar negocios o para cerrar tratos que comprendieran un ámbito mundial. Los modales de los camareros que les sirvieron sugerían cierta deferencia especial hacia aquel huésped tan ilustre, pero Francisco no se daba cuenta de ello. Se sentía tan indiferente como en su propio hogar. Llevaba mucho tiempo acostumbrado a ser el señor d'Anconia, de la «d'Anconia Copper».

Le pareció extraño que no hablara de su trabajo. Estaba convencida de que aquello constituía su único interés; lo primero que anhelaría compartir con ella. Pero no lo mencionó en absoluto. Por el contrario, dirigió la conversación hacia las tareas de Dagny, sus progresos y lo que sentía hacia la «Taggart Transcontinental». Ella habló de tales cosas como siempre le había hablado, sabiendo que era el único capaz de comprender su apasionada devoción. Francisco no hizo ningún comentario, aunque la escuchó atentamente.

Un camarero había puesto en marcha la radio, pero ninguno de los dos prestó atención a su música. De pronto, una explosión sonora estremeció el ambiente del cuarto, como si un estallido subterráneo hiciera retemblar las paredes. Pero la sorpresa vino no de la

extraordinaria sonoridad de aquella música, sino de la calidad de la misma. Era el Concierto de Halley, recién escrito; el cuarto.

Permanecieron sentados en silencio, escuchando aquella declaración de rebeldía; aquel himno de triunfo de víctimas que rehusaban aceptar el dolor. Francisco contemplaba la ciudad.

Sin transición ni advertencia previa, preguntó con voz extrañamente pausada:

—Dagny, ¿qué me dirías si te rogara que abandonases la «Taggart Transcontinental» y la dejases irse al diablo, que es lo que ocurrirá cuando tu hermano se haga cargo de la misma?

—¿Qué crees que te contestaría si me insinuaras cometer un suicidio? —repuso ella, nerviosa.

Francisco guardó silencio.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Dagny—. No creo que bromees. No sueles hacerlo.

En el rostro de d'Anconia no había la menor traza de humor. Con voz grave y tranquila, contestó:

—No. Desde luego. No bromeo.

Dagny consiguió dominarse y preguntarle por su trabajo. Contestó a sus preguntas, pero sin añadir nada por iniciativa propia. Ella le repitió los comentarios de los industriales acerca de las brillantes perspectivas de la «d'Anconia Copper» bajo su dirección.

—Es cierto —admitió con voz incolora.

Presa de súbita ansiedad y sin saber lo que la instaba a hacerlo, Dagny preguntó:

—Francisco, ¿por qué has venido a Nueva York?

—Para ver a un amigo que desea hablar conmigo —respondió él con lentitud.

—¿Negocios?

Mirando más allá de donde Dagny se encontraba, como s¿ contestara a un pensamiento propio, con una débil sonrisa de diversión en les labios, pero con voz extrañamente blanda y triste, contestó:

—Sí.

* * *

Era más de medianoche cuando Dagny despertó en la cama, junto a él. No llegaba ningún sonido de la ciudad. La tranquilidad del cuarto hacía que la vida pareciese en suspenso. Feliz y fatigada, se volvió para mirarlo. Estaba tendido de espaldas, con la cabeza en una almohada. Lo vio de perfil, contra la neblinosa claridad de la noche. Estaba despierto, con los ojos completamente abiertos, y tenía la boca cerrada, como quien se resigna a soportar un tremendo dolor sin hacer tentativa alguna para ocultarlo.

Dagny sentía demasiado temor para moverse. Al notar su mirada, él se volvió, estremecióse y apartando las sábanas contempló su cuerpo desnudo. Luego se inclinó de repente y ocultó la cabeza entre sus senos. La cogió por los hombros, apretándose contra ella convulsivamente, y Dagny percibió las palabras ahogadas que pronunciaba con la boca pegada a su piel:

—¡No puedo abandonarlo! ¡No puedo!

—¿Qué dices? —murmuró Dagny.

—Me refiero a ti.

—Pero ¿por qué…?

—A ti y a todo.

—¿Por qué has de ceder y abandonar nada?

—¡Dagny! ¡Ayúdame a rehusar! Aun cuando creas que él está en lo cierto.

—¿A rehusar qué, Francisco? —preguntóle con calma.

No contestó, sino que apretó la cara todavía con más fuerza contra ella.

Dagny estaba inmóvil, sin conciencia de nada, excepto de una suprema necesidad de precaución. Sintiendo la cabeza sobre su seno y acariciándole el pelo suavemente, contempló el techo lleno de guirnaldas esculpidas, apenas visibles en la obscuridad, esperando, presa de profundo terror.

—¡Es lo adecuado, pero resulta tan duro! —gimió Francisco—. ¡Oh, Dios mío! ¡Resulta tan duro!

Al cabo de un rato levantó la cabeza y se sentó. Había cesado de temblar.

—¿A qué viene todo esto, Francisco?

—No puedo contártelo. —Su voz tenía un tono sencillo, abierto, sin deseo alguno de ocultar su dolor; pero era una voz que ahora le obedecía totalmente—. No estás preparada para oírlo.

—Quiero ayudarte.

—Imposible.

—Dijiste que te ayudara a rehusar.

—No puedo negarme.

—Pues entonces, déjamelo compartir contigo.

Movió la cabeza y se sentó, mirándola como si sopesara una grave cuestión. Luego, volvió a hacer un movimiento y dijo cual si se contestara a sí mismo:

—Si yo no estoy seguro de poderlo soportar —en su voz sonaba una nota nueva y extraña, una nota de ternura—, ¿cómo ibas a soportarlo tú?

Lentamente, con un esfuerzo, tratando de contener un grito de angustia, Dagny repuso:

—Francisco; he de saberlo.

—¿Querrás perdonarme? Sé que tienes miedo y esto es cruel. Pero ¿querrás hacerlo por mí? ¿Quieres olvidarlo, sin formular preguntas?

—Yo…

—Es lo mejor que puedes hacer por mí. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, Francisco.

—Nada temas. No volverá a sucederme. Así será más fácil… después.

—Si puedo…

—No. Descansa, querida.

Era la primera vez que utilizaba semejante palabra.

Por la mañana se enfrentó a ella abiertamente, sin evitar su ansiosa expresión, pero sin decirle nada. En la calma de su rostro, Dagny apreció serenidad y sufrimiento a la vez; algo así como una sonrisa de dolor, aunque no sonriera.

De manera sorprendente, le hacía parecer más joven; no como un hombre torturado, sino como quien considera digno soportar la tortura.

No volvió a interrogarle. Pero antes de partir, preguntó simplemente:

—¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé —repuso—. No me esperes, Dagny. La próxima vez que nos encontremos no querrás verme. Tendré un motivo concreto para las cosas que haga. Pero no puedo

revelarte la razón y tú estarás en tu derecho si me maldices. No voy a cometer el despreciable acto de rogar que te fíes de mí. Tendrás que vivir según tu propio saber y entender. Me maldecirás y te sentirás desgraciada. Trata de que el dolor no sea demasiado fuerte. Recuerda que te dije todo esto y que es todo cuanto puedo revelarte por el momento.

Estuvo un año sin saber nada de él. Cuando empezó a escuchar rumores y a leer historias en los periódicos, no quiso creer que se refirieran a Francisco d'Anconia. Pero al cabo de un tiempo no tuvo más remedio que aceptarlo.

Leyó lo de la fiesta celebrada en su yate, en el puerto de Valparaíso. Los invitados vestían traje de baño y una lluvia artificial de champaña y pétalos de flores cayó sobre ellos durante toda la noche.

Leyó también lo de otra fiesta celebrada en cierto lugar del desierto argelino; había construido un pabellón de delgadas láminas de hielo y regaló a cada una de las damas invitadas una estola de armiño, para ser lucida en aquella oportunidad, bajo la condición de que se despojaran de la misma, de sus vestidos y de todo lo demás, conforme se fueran fundiendo las paredes.

Se enteró de sus aventuras financieras, emprendidas a intervalos regulares, espectacularmente afortunadas y ruinosas para sus competidores. Pero las iniciaba como un deporte, de manera imprevista, desapareciendo luego de la escena industrial durante un año o dos, para dejar la «d'Anconia Copper» al cuidado de sus empleados.

Leyó una entrevista en la que preguntó: «¿Por qué he de desear más dinero? Tengo el suficiente para que tres generaciones de descendientes míos lo pasen tan bien como yo».

Lo vio en una recepción ofrecida por cierto embajador en Nueva York. Se inclinó cortésmente, sonriendo, mientras la miraba como si el pasado no existiera. Ella lo llevó aparte, para preguntarle simplemente: «¿Por qué…, Francisco?» «¿Qué quiere decir ese por qué?», replicó él. Dagny se alejó. «Ya te lo advertí», le dijo. A partir de entonces, no intentó volver a verlo.

Sobrevivió a la prueba. Estaba en condiciones de sobrevivir porque no creía en el sufrimiento. Se enfrentaba con asombrada indignación al repelente hecho de sentir dolor, rehusando concederle importancia. El sufrir era un accidente sin sentido y no formaba parte de la vida, tal como ella la consideraba. Nunca permitiría que el dolor se convirtiera en parte de sí misma. No hubiera sabido definir la resistencia que ofreció ni la emoción de que aquella resistencia procedía; pero las palabras que en su mente equivalían a la misma, venían a ser: «Nada de esto cuenta. No hay que tomarlo en serio». Pensaba así incluso en momentos en que nada quedaba en su interior, excepto un deseo de gritar. Hubiera deseado perder la facultad de la conciencia, para que no le repitiera que lo que no podía ser cierto era efectivamente realidad. Una inconmovible certeza la instaba a no tomarse en serio todo aquello; a pesar que el dolor y la fealdad no merecen tal cosa.

Luchó y consiguió reponerse. Los años la ayudaron a alcanzar el instante en que pudo enfrentarse indiferente a sus recuerdos, y más tarde, el día en que ya no tuvo por qué seguir haciéndolo. Todo había terminado y no le importaba en absoluto.

No hubo ningún otro hombre en su vida. No sabía si ello la hacía o no desgraciada. No disponía de tiempo para averiguarlo. Su trabajo le confirió un sentido claro y brillante de la vida, tal como ella deseaba. En otros tiempos, Francisco le había prestado un sentimiento similar; un sentimiento identificado con su labor y con su mundo. Los hombres a los que conoció desde entonces, tuvieron un carácter parecido al de aquellos con quienes conversó durante su primer baile.

Había ganado la batalla contra sus recuerdos. Pero cierta forma de tortura seguía latente a través de los años. La tortura de la expresión «¿Por qué?»

Cualquiera que fuese la tragedia a que se tuvo que enfrentar, ¿por qué* había adoptado Francisco el innoble camino de un alcohólico barato? El muchacho al que ella conociera años atrás no podía convertirse en un cobarde y un inútil. No podía transformar su inteligencia incomparable en algo propio del ambiente vacío de una sala de baile. Sin embargo así era, y Dagny no podía encontrar ninguna explicación aceptable que la dejara olvidarse de él. No podía dudar de lo que había sido; pero tampoco de lo que era. Sin embargo, una y otra actitud resultaban por completo incompatibles. A veces, casi desconfiaba de su propio raciocinio o de que existiera raciocinio alguno en la tierra; pero era una vacilación que no permitía a nadie más. Sin embargo, no dio con indicio alguno de un motivo concebible, y en todos los días de aquellos diez años no obtuvo el menor atisbo de respuesta sensata.

Mientras caminaba bajo la gris semiobscuridad, por delante de los escaparates de algunas tiendas abandonadas, en dirección al hotel «Wayne-Falkland», pensó que no existía tal respuesta. Tampoco pretendía encontrarla. En realidad, ya no importaba.

El resto de violencia, de emoción que vibraba con un delgado trémolo en su ser, no tenía como causa al hombre al que iba a visitar, sino que era un grito de protesta contra la destrucción de lo que en otro tiempo fue grandeza.

Por un resquicio entre dos edificios vio las torres del «Wayne-Falkland». Sintió un ligero estremecimiento que la detuvo unos instantes. Luego continuó su marcha con suavidad.

Mientras atravesaba el vestíbulo de mármol en dirección al ascensor y recorría los amplios, alfombrados y silenciosos corredores del hotel, no sentía más que una fría cólera, que a cada uno de sus pasos se iba volviendo más helada.

Estaba segura de sí misma cuando llamó a su puerta. Oyó su voz al contestar: «Adelante». Abrió de golpe y entró. Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia estaba sentado en el suelo, jugando con unas bolitas de cristal.

Nadie se había preguntado jamás si Francisco d'Anconia tenía o no buen aspecto. La duda hubiera parecido impertinente. Cuando entraba en un recinto cualquiera, era imposible mirar hacia otro lado. Su cuerpo alto y delgado tenía un aire de distinción demasiado auténtico para pertenecer a aquellos tiempos y se movía como si una capa ondeara tras él. La gente justificaba sus actos diciendo que poseía la vitalidad de un animal pletórico de fuerza, pero al hablar así, nadie tenía la impresión de estar plenamente en lo cierto. Porque su vitalidad era la de un enérgico ser humano, cosa tan rara entonces que nadie era capaz de identificarla con justeza. Su fuerza era la fuerza que da la certidumbre.

Nadie lo tomaba por latino, a juzgar por su aspecto. Sin embargo, la palabra le era aplicada, aunque no en su sentido actual, sino original; es decir, no como perteneciente a España, sino a la antigua Roma. Su cuerpo parecía diseñado como un modelo estilístico en el que demostrar la consistencia; un modelo formado de delgadez, carne compacta, largas piernas y movimientos rápidos. Sus facciones tenían la fina precisión de una escultura. Llevaba el pelo negro peinado hacia atrás. El bronceado de su piel intensificaba el asombroso color de sus ojos, de un azul claro y puro. Su rostro era sincero, y sus rápidos cambios de expresión reflejaban lo que sentía, como si no tuviese nada que ocultar. Sus pupilas azules permanecían, en cambio, tranquilas e inmutables, sin revelar jamás el más leve indicio de sus pensamiento3.

Estaba sentado en el suelo de la sala, vistiendo un pijama de seda negra. Las bolitas desparramadas en la alfombra, a su alrededor, eran piedras semipreciosas, procedentes de su país natal; cornalinas y cristal de roca. No se levantó al ver entrar a Dagny, sino que la miró simplemente, al tiempo que una bolita le caía de la mano como una lágrima. Sonrió, con la misma sonrisa insolente y brillante de su infancia.

—¡Hola, Slug!

Ella se oyó pronunciar, irresistiblemente feliz:

—¡Hola, Frisco!

Lo miraba a la cara. Era la de siempre. No aparecía en la misma señal alguna de la clase de vida que hasta entonces llevara ni de lo que había visto en ella durante su última noche juntos. No había ninguna marca de tragedia, de amargura ni tensión; tan sólo su ironía de siempre, radiante, madura y profunda; su expresión burlona, peligrosamente imprevisible y una grande e ingenua serenidad de espíritu. Pero Dagny se dijo que esto último era imposible; y dicha noción le resultó más sorprendente que todo lo demás.

Sus ojos la estudiaban, observando el usado abrigo, que llevaba abierto y medio caído de los hombros, y el cuerpo esbelto, con su vestido gris, que parecía un uniforme de oficina.

—Si has venido vestida de ese modo para que no me diese cuenta de lo guapa que eres, has calculado mal —le dijo—. Estás preciosa. Me gustaría poder expresarte el alivio que siento al ver una mujer con rostro inteligente. Pero no querrás oírlo. No has venido a eso.

Aquellas palabras resultaban impropias en muchos aspectos; sin embargo, fueron pronunciadas tan ligeramente, que volvieron a Dagny a la realidad: a la cólera y al propósito inicial de su visita. Continuó en pie, mirándolo, con el rostro pálido, rehusando conceder que aquello fuera capaz de molestarla.

—He venido a formularte una pregunta —le indicó.

—Tú dirás.

—Cuando dijiste a esos informadores que estabas en Nueva York para ser testigo de la farsa, ¿a qué farsa te referías?

Él se echó a reír ruidosamente, como si sólo en raras ocasiones pudiera disfrutar con algo tan divertido.

—Eso es lo que me gusta de ti, Dagny. Actualmente Nueva York tiene siete millones de habitantes. Y de esos siete millones, tú eres la única a quien se le puede haber ocurrido que no me refería al escándalo del divorcio Vail.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Qué otra cosa pudiste imaginar?

—El desastre de San Sebastián.

—Es mucho más divertido que el escándalo de los Vail, ¿no crees? En el tono solemne e implacable de un fiscal, Dagny le contestó:

—Lo has hecho a propósito, a sangre fría y con toda la mala intención.

—¿No crees que sería mejor que te quitaras el abrigo y te sentaras? Comprendió que había cometido un error al demostrar tanta vehemencia.

Se volvió fríamente, se quitó el abrigo y lo echó en cualquier sitio. Él no se levantó para ayudarla. Dagny sentóse en un sillón, mientras él permanecía en el suelo, a cierta distancia; en realidad parecía como si estuviera sentado a sus pies.

—¿Qué es lo que hice con toda la mala intención? —quiso saber.

—Toda esa estafa de las minas de San Sebastián.

—¿Y cuál era en realidad esa intención?

—Eso es lo que quiero saber.

Se rió por lo bajo, como si le hubiera rogado explicar en forma sencilla toda una compleja ciencia que requiriese años y años de estudios.

—Sabías muy bien que las minas de San Sebastián no valían un centavo —continuó Dagny—. Lo sabías mucho antes de iniciar este vergonzoso asunto.

—Si lo sabía, ¿por qué lo llevé a cabo?

—No trates de decirme que no has ganado nada. Sé que has perdido quince millones de dólares. Sin embargo, fue hecho a propósito.

—¿Puedes imaginar algún motivo que me indujera a ello?

—No. Es inconcebible.

—¿De veras? Me atribuyes una mente despejada, un gran conocimiento de tales asuntos y una gran capacidad productora. A tu juicio todo cuanto emprendo ha de resultar necesariamente útil. Sin embargo, insinúas que no siento deseo alguno de esforzarme en favor del Estado popular de Méjico. Contradictorio, ¿no crees?

—Antes de adquirir esa propiedad sabías que Méjico estaba en manos de un gobierno de saqueadores. No tenías por qué iniciar semejante empresa minera.

—No. No tenía por qué hacerlo.

—Te importaba un comino ese gobierno mejicano…

—En eso te equivocas.

—… porque sabías que más tarde o más temprano iba a incautarse de tus minas. Pero lo que a ti te interesaba eran tus accionistas americanos, ¿no es así?

—En efecto. —La miraba frente a frente, pero sin sonreír, con el rostro atento y grave—. Eso forma parte de la verdad —añadió.

—¿Y el resto?

—Puedes imaginártelo.

—He venido porque quería hacerte saber que estoy empezando a comprender tus propósitos.

—Si fuera así, no habrías venido —observó él sonriente.

—En efecto. No lo comprendo de un modo total y probablemente nunca lo comprenderé. Tan sólo atisbo una pequeña parte.

—¿Qué parte?

—Has agotado toda forma de depravación y buscas nuevas emociones, engañando a personas como Jim y sus amigos, con el único propósito de verlos temblar de miedo. No sé qué clase de corrupción es la tuya que puede hacerte disfrutar con semejante cosa, pero a eso es a lo que has venido a Nueva York, y en el momento preciso.

—Desde luego han dado un espectáculo de miedo en gran escala. Sobre todo tu hermano James.

—Son unos imbéciles; pero en todo caso, su crimen ha sido el de confiar en ti. Confiar en tu nombre y en tu honor.

Una vez más observó en él la expresión grave de antes, y de nuevo supo que era sincero cuando repuso:

—En efecto. Así es. Lo sé.

—¿Y te parece divertido?

—No. En absoluto.

Durante todo aquel tiempo no había dejado de jugar con las bolitas de mármol, moviéndolas de manera indiferente y distraída. Pero Dagny observó de improviso la precisión de sus manos en aquel ejercicio. Con una leve oscilación de su muñeca, la bola partía disparada sobre la alfombra, para ir a chocar contra otra de ellas, con golpe seco. Dagny se acordó de su niñez y de las predicciones acerca de que cuanto hiciera resultaría perfecto.

—No —repitió—. No me parece divertido. Ni tu hermano James ni sus amigos saben nada de la industria minera del cobre. No han aprendido a ganar dinero, ni menos creyeron necesario aprenderlo. Consideran el conocimiento como algo superfluo, y el juicio como una cosa no esencial. Observaron que yo estaba en un mundo dinámico y que

tengo a mucho honor enterarme de las cosas. Creyeron poder confiar en mi honor. Y nadie traiciona una confianza semejante, ¿no crees?

—¿Entonces lo hiciste o no intencionadamente?

—Eres tú quien ha de decidirlo. Hablaste de su confianza y de mi honor. Pero yo he dejado de pensar en tales términos… —Se encogió de hombros, a la vez que añadía—: Me importa un comino tu hermano James y sus amigos. Su teoría no es nueva; ha sido usada durante siglos. Pero no está a prueba de engaños. Existe un punto en el que no se han fijado. Creyeron mejor obrar así porque consideraron que el objetivo de mi vida es la riqueza. Todos sus cálculos descansaron en la premisa de que lo único que deseo es ganar dinero. ¿Y si se equivocaran?

—Si no ocurriera así, ¿cuál sería tu objetivo?

—Nunca me lo han preguntado. No indagar acerca de mis propósitos, motivos o deseos, resulta una parte esencial de su teoría.

—Si no te impulsa el afán de riquezas, ¿qué otro aliciente puedes tener?

—Cualquiera. Por ejemplo gastar dinero.

—¿Gastar dinero en un fracaso previsible y total?

—¿Cómo iba yo a saber que esas minas eran un fracaso previsible y total?

—¿Cómo podías ignorarlo?

—Muy sencillo. No pensando en ellas.

—¿Quieres decir que empezaste el proyecto sin reflexionar sobre el mismo?

—No, no es eso. Pero, ¿es que no puedo equivocarme? Soy un ser humano. Cometí un error y coseché un fracaso. Las cosas no han ido bien.

Hizo un movimiento de muñeca y una de las bolas partió disparada, yendo a chocar violentamente contra otra de color obscuro, situada en el extremo opuesto de la habitación.

—No puedo creerlo —dijo Dagny.

—¿No? ¿Es que no tengo el derecho a portarme como lo que aún queda aceptado como humano? ¿He de pagar las culpas de los otros, sin que se me permita cometer ninguna?

—No es propio de ti.

—¿No? —Se tendió sobre la alfombra, perezosamente, descansando—. Si insistes en hacerme creer que lo hice a propósito, es que aún me concedes dicha facultad; me sigues creyendo capaz de algo.

Dagny cerró los ojos. Lo oía reír, con la risa más alegre del mundo. Volvió a abrir los ojos; pero no había en su cara indicio alguno de crueldad, sino de simple goce.

—¿Quieres saber mi motivo, Dagny? ¿No te imaginas que fue el más sencillo de todos? … ¿El de una inspiración momentánea?

No, pensó; no podía ser cierto; no podía serlo mientras riera de aquel modo y ofreciera semejante aspecto. La capacidad para una alegría franca y sin nubes, no pertenece a los locos irresponsables; la paz del espíritu no es propia de insensatos; el reír de aquel modo era resultado de una reflexión solemne y grave.

Mirándolo tendido sobre la alfombra, a sus pies, lo vio tal como sus recuerdos lo evocaban: el pijama negro realzaba la larga línea de su cuerpo, el cuello abierto mostraba una piel bronceada y juvenil. Se acordó de aquella otra figura con pantalón negro y camisa del mismo color, tendida junto a ella sobre la hierba, a la salida del sol. En aquella ocasión sintió orgullo; el orgullo de saber que lo consideraba suyo. Y aún seguía sintiéndolo. Recordó de manera repentina y precisa los momentos de su intimidad; tal evocación podía haberle resultado ofensiva, pero no era así. Seguía sintiendo orgullo, sin

lamentos ni esperanzas; era una emoción desprovista del poder de anonadarla, y que le resultaba imposible destruir.

Sin saber cómo, por una asociación de sentimientos que la asombró, fue recordando lo que, de modo reciente, le había proporcionado la misma plena y total alegría que a él.

—Francisco —se oyó decir suavemente—. A los dos nos gustaba la música de Richard Halley…

—Todavía me gusta.

—¿Lo has conocido alguna vez?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Sabes si por casualidad ha escrito un Quinto Concierto?

Él se quedó completamente inmóvil. Siempre lo había considerado inasequible al asombro, pero a juzgar por su actitud, no era así. No podía comprender por qué de todo cuanto había dicho hasta entonces, era aquello lo primero que lograba emocionarle. Pero su perplejidad duró sólo un segundo porque en seguida Francisco preguntó, sin inmutarse.

—¿Qué te hace suponer tal cosa?

—¿Lo ha escrito, sí o no?

—Sabes perfectamente que sólo existen cuatro conciertos Halley.

—Sí. Pero estuve pensando en si habría escrito algún otro.

—Ha dejado de componer.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué me lo preguntas?

—Ha sido una simple ocurrencia. ¿Qué hace ahora? ¿Dónde está?

—No lo sé. Llevo mucho tiempo sin verle. ¿Qué te hizo suponer la existencia de ese Quinto Concierto?

—No he dicho que existiera. Tan sólo me pregunto si lo habrá compuesto.

—¿Por qué te has acordado de Richard Halley precisamente ahora?

—Porque… —Sintió que la abandonaba brevemente el dominio de sí misma —porque mi mente no puede cruzar el bache que separa la música de Richard Halley de… de mistress Gilbert Vail.

Él se rió, aliviado.

—¿De modo que ha sido eso?… Y a propósito, si has seguido mi publicidad, ¿no has observado cierta leve y divertida contradicción en esa historia de mistress Gilbert Vail?

—No leo semejantes tonterías.

—Deberías hacerlo. Ofreció una bella descripción de la última Noche Vieja que pasamos juntos en mi villa de los Andes. La luz de la luna iluminaba los picachos y en las enramadas abundaban las bellas flores rojas, visibles por las abiertas ventanas. ¿No notas nada raro en esa descripción?

—Soy yo quién debería preguntártelo —repuso ella quedamente—, pero no pienso hacerlo.

—Sólo te diré una cosa: que la Noche Vieja pasada me encontraba en El Paso, Texas, presidiendo la inauguración de la línea de San Sebastián de la «Taggart Transcontinental», como debes recordar muy bien, aun cuando no te hallaras presente. Me hice retratar abrazando a tu hermano James y al señor Orren Boyle.

Ella contuvo una exclamación, recordando que, en efecto, era verdad.

—Francisco, ¿qué… qué significa eso? Él se rió brevemente.

—Extrae tus propias conclusiones, Dagny. —Su rostro estaba serio—. ¿Por qué has imaginado que Halley pudo escribir un Quinto Concierto? ¿Por qué no una sinfonía o una ópera? ¿Por qué precisamente un concierto?

—¿Y por qué te preocupa tanto ese detalle?

—Sí; me preocupa —reconoció él suavemente—. Todavía me gusta su música, Dagny. —Volvió a recobrar su aire despreocupado al añadir—: Pero pertenece a otra época. La actual proporciona distracciones muy distintas.

Se puso las manos bajo la cabeza y miró al techo, como si en el mismo se estuviera proyectando una película.

—Dagny, ¿no te divirtió el comportamiento del Estado popular de Méjico, respecto a las minas de San Sebastián? ¿Leíste los discursos y los artículos que publicaron sus periódicos? Afirman que soy un tipo sin escrúpulos. Que los he engañado. Confiaban en poderse incautar de unas minas en plena y abundante producción. No tengo derecho a defraudarles de ese modo. ¿Te has enterado de lo de ese ruin burócrata que los instaba a ponerme un pleito?

Se echó a reír, extendiendo los brazos sobre la alfombra, con aire desarmado, tranquilo y juvenil.

—No me duele el dinero perdido. Puedo pagar el precio de semejantes espectáculos. Pero si lo hubiera hecho intencionadamente, hubiese superado el «récord» del emperador Nerón. ¿Qué es incendiar una ciudad comparado a mostrar el infierno a los hombres?

Se levantó, tomó unas bolitas y las estuvo agitando, abstraído. Producían el rumor suave y claro de las piedras preciosas. Dagny comprendió súbitamente que el jugar con aquellas bolitas no constituía una deliberada afectación, sino que era producto de su intranquilidad. No podía permanecer inactivo un solo instante.

—El gobierno del Estado popular de Méjico ha hecho publicar una declaración —explicó —en la que ruega al país que sea paciente y acepte por algún tiempo más las dificultades actuales. Al parecer, el cobre de las minas de San Sebastián formaba parte de los planes del consejo central para elevar el nivel de vida del país y proporcionar a sus habitantes, hombres, mujeres y niños, un asado de cerdo cada domingo. Ahora ruegan al país que, no recrimine lo ocurrido al gobierno, sino a la depravación de los ricos, porque yo no soy más que un «niño bonito» irresponsable, y no el voraz capitalista que imaginaban. ¿Cómo podían imaginar que iba a dejarles en la estacada? ¿No te parece? ¿Cómo iban a imaginarlo siquiera?

Observó el modo en que manipulaba las bolitas, con aire inconsciente como ante un triste vacío; pero sintió la seguridad de que aquel acto constituía un alivio para él, quizá por el contraste que representaba. Sus dedos se movían con lentitud, palpando la textura de las minúsculas esferas con goce sensual. En vez de parecerle una acción primaria, Dagny la consideró extrañamente atractiva, como si la sensualidad no fuera un acto físico, sino algo procedente de una fina discriminación del espíritu.

—Pero esto no es todo —prosiguió Francisco—. Irán enterándose de otras muchas cosas. Existe el asunto de los alojamientos para los obreros de San Sebastián. Costó ocho millones de dólares. Casas con armaduras de acero, instalación sanitaria, electricidad y refrigeración. Y también una escuela, una iglesia, un hospital y un cine. Un poblado construido para gentes que habían vivido en chamizos de madera y latas. Mi recompensa por haberlo levantado consistía en el privilegio de escapar inmune, concesión especial derivada de no ser nativo del Estado popular mejicano. Ese poblado para obreros formaba también parte de sus planes. Sería un ejemplo modélico de viviendas, en un Estado progresivo. Pues bien, esas casas con armazón de acero son, en su mayoría, de cartón, con una capa imitando «sheliac». No tardarán un año en derrumbarse. Las cañerías, igual que buena parte de nuestro equipo extractor, fueron adquiridas a negociantes cuyas

fuentes de aprovisionamiento suelen ser los depósitos de chatarra de Buenos Aires y Río de Janeiro. Durarán aproximadamente cinco meses y la instalación eléctrica unos seis. Las magníficas carreteras que excavamos en cuatro mil pies de roca para el Estado popular de Méjico, no durarán ni dos inviernos; están hechas con cemento barato, sin fundamentos adecuados, y las vallas protectoras en las curvas peligrosas son de cartón pintado. Espera y verás lo que ocurre en cuanto se produzca un buen deslizamiento de tierras. Sólo quedará en pie la iglesia. Pero la necesitan.

—Francisco —murmuró Dagny—, ¿lo hiciste a propósito?

Él levantó la cabeza, y a la joven la sorprendió observar que en su cara se pintaba una expresión de infinito cansancio.

—Si lo hice a propósito o por simple negligencia o acaso por estupidez, no significa diferencia alguna —contestó—. Falló el mismo elemento.

Dagny temblaba. Contra todas sus decisiones y su dominio de sí misma, no pudo menos de gritar:

—¡Francisco! Si observas lo que pasa en el mundo, si comprendes las cosas que dices, no puedes reírte de esto. Tú más que nadie, deberías combatir contra ellos.

—¿Contra quién?

—Contra los egoístas ansiosos de botín y contra los que hacen posibles semejantes cosas. Los proyectistas mejicanos y otros de su calaña.

La sonrisa de Francisco adoptó un sesgo peligroso.

—No, querida. Es contra ti contra quien he de luchar. Lo contempló con mirada vacía.

—¿Qué quieres decir?

—Que el poblado de los obreros de San Sebastián costó ocho millones de dólares —repuso, dando un lento énfasis a la dureza de su voz—. El precio pagado por esas casas de cartón fue el mismo que si hubieran adquirido estructuras de acero. Igual sucede con todo lo demás. Ese dinero fue a parar a hombres que se enriquecen por tales métodos. Pero no suelen ser ricos mucho tiempo. El dinero afluye a canales que nada tienen de productivos, porque son solamente corruptos. Según las normas de nuestro tiempo, quien ofrece el último es quien gana. Ese dinero desaparecerá en proyectos como el de las minas de San Sebastián.

—¿Es eso lo que persigues? —preguntó ella haciendo un esfuerzo.

—Sí.

—¿Y eso es lo que te parece divertido?

—Sí.

—Estoy pensando en tu apellido —dijo Dagny mientras algo en su interior le advertía que los reproches eran inútiles—. Siempre ha sido tradición en tu familia que los d'Anconia dejen una fortuna mayor que la que recibieron.

—¡Oh, sí! Mis antepasados poseyeron notable habilidad para obrar acertadamente en el momento preciso… y para invertir el dinero de la manera más productiva. Pero, desde luego, «inversión» es un vocablo de significado relativo. Depende de lo que se quiera conseguir. Por ejemplo, fíjate en esas minas de San Sebastián. Me costaron quince millones de dólares, pero esos quince millones barrieron cuarenta pertenecientes a la «Taggart Transcontinental», treinta y cinco de accionistas tales como James Taggart y Orren Boyle y otros cientos de millones que se perderán debido a consecuencias secundarias. No es un mal resultado, ¿verdad, Dagny?

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —preguntó ella irguiéndose.

—¡Desde luego! ¿Quieres que mencione las consecuencias que pensabas reprocharme? Primera: no creo que la «Taggart Transcontinental» se recupere de la pérdida sufrida en

esa absurda línea de San Sebastián. Tú crees que sí, pero te equivocas. Segunda: la «San Sebastián» ayudó a tu hermano James a destruir a la «Phoenix-Durango», quizá la única empresa seria que aún quedaba.

—¿Sabes lo que dices?

—Sí. Y aún hay mucho más.

—¿Conoces…? —no comprendía por qué se sentía impulsada a continuar, excepto quizá el recuerdo de aquel rostro de ojos violentos y obscuros, que parecían hallarse otra vez frente a ella—. ¿Conoces a Ellis Wyatt?

—Desde luego.

—¿Sabes lo que esto puede representar para él?

—Será el que desaparezca a continuación.

—¿Y eso… te parece… divertido?

—Mucho más que la ruina de los proyectistas mejicanos.

Dagny se levantó. Llevaba años considerándolo un ser corrupto; había intentado olvidarlo y no volver a pensar en semejante cosa. Sin embargo, nunca hubiera podido sospechar hasta dónde llegaba dicha corrupción.

No miraba a Francisco; no se dio cuenta de que estaba hablando en voz alta, repitiendo sus palabras de otros tiempos: «…Quién honrará más a quién; tú a Nat Taggart, o yo a Sebastián d'Anconia…»

—Pero ¿te das cuenta de que he bautizado esas minas en honor de mi gran antepasado? Se trata de un tributo que le hubiera resultado agradable.

Dagny tardó unos momentos en reaccionar; nunca había sabido lo que significaba blasfemar o lo que sentiría al hallarse ante una persona capaz de ello; pero ahora estaba pasando por dicha experiencia.

Francisco se había levantado y permanecía cortésmente en pie, sonriéndole con sonrisa fría, impersonal y abstracta.

Dagny temblaba, pero no le preocupaba aquello que él viera, adivinase, o provocara su burla.

—He venido porque deseaba saber la razón por la que has destruido tu vida —expresó monótonamente, sin cólera.

—Ya te la he dicho —respondió él con gravedad—. Pero no quieres creerla.

—Sigo viéndote como antes. No puedo evitarlo. El que te hayas convertido en un ser semejante no encaja en un universo racional.

—¿No? ¿Acaso encaja el mundo que ves a tu alrededor?

—No eras de la clase de quienes se dejan derrotar por un mundo, cualquiera que éste sea.

—Desde luego.

—Entonces ¿por qué obras así? Se encogió de hombros.

—¿Quién es John Galt?

—¡Oh! ¡No uses un lenguaje tan vulgar!

Lo miró. En sus labios se dibujaba un asomo de sonrisa, pero sus ojos seguían tranquilos, vivos, y por un instante, turbadoramente perspicaces.

—¿Por qué? —repitió Dagny.

Su respuesta fue la misma de aquella noche en su hotel, diez años atrás.

—No estás en condiciones de saberlo.

No la siguió a la puerta. Dagny había puesto la mano en el pomo. Se volvió y quedó inmóvil. Él se hallaba en pie, al otro lado de la habitación, envolviéndola en una mirada que englobaba toda su persona. Comprendió su significado y quedó paralizada.

—Aún anhelo acostarme contigo —dijo Francisco—. Pero no soy hombre lo suficientemente feliz como para aspirar a tal cosa.

—¿Que no eres lo suficiente feliz? —preguntó Dagny totalmente asombrada.

Él se echó a reír.

—¿Te parece adecuado que sea eso lo primero que contestes? —Esperó, pero ella seguía, en silencio—. Tú también lo deseas, ¿verdad?

Estuvo a punto de contestarle «no», pero comprendió que la verdad era otra.

—Sí —respondió fríamente—. Pero importa muy poco.

Él sonrió apreciando plenamente el esfuerzo que le había costado pronunciar tales palabras. Pero no sonreía cuando Dagny abrió la puerta para marcharse.

—Eres muy valiente, Dagny. Pero algún día te cansarás.

—¿De qué? ¿De ser valiente? Francisco no contestó.

CAPÍTULO VI

LOS NO COMERCIALES

Rearden apoyó la frente en el espejo y trató de no pensar.

Era el único modo que le permitía soportarlo. Concentróse en el alivio que le proporcionaba el frío contacto del espejo, y se preguntó cómo podría obligar a su mente a no fijarse en nada, luego de una existencia basada en el axioma de que el ejercicio constante, claro e implacable de sus facultades intelectuales, constituía su deber primordial. Se preguntó por qué ningún esfuerzo le había parecido superior a su capacidad y, sin embargo, ahora no podía hacer acopio de la fuerza necesaria para introducir unos botoncitos en los ojales de su camisa almidonada.

Era el aniversario de su boda. Llevaba tres meses repitiéndose que la fiesta se daría aquella noche, según deseos de Lillian. Le había prometido asistir, pensando que la fiesta en cuestión se hallaba todavía muy lejana, y que cuando llegara el momento obraría de igual modo que cuando cumplía cualquier otro de sus múltiples deberes. Durante tres meses trabajó dieciocho horas diarias, logrando olvidar el compromiso; pero media hora antes, luego de transcurrida la cena, su secretaria había entrado en el despacho, advirtiéndole con firmeza: «Su fiesta, míster Rearden». Había exclamado «¡Dios mío?» a la vez que se ponía en pie de un salto. Corrió hacia su casa, ascendió velozmente la escalera, empezó a quitarse las ropas que llevaba e inició la rutina de vestirse de etiqueta, consciente sólo de la necesidad de apresurarse, no del propósito que lo guiaba. Cuando la finalidad total del mismo descargó sobre él como un golpe, quedó inmóvil.

«No te ocupas más que de los negocios.» Toda su vida había oído repetir la misma cantilena pronunciada como un veredicto condenatorio. Los negocios eran considerados como una especie de culto secreto y vergonzoso no impuesto a seres inocentes; una desagradable necesidad que ha de ser realizada, pero no mencionada. Hablar en términos comerciales significaba una ofensa a sensibilidades superiores, algo así como lavarse la grasa de las manos, antes de entrar en un salón. Nunca había sustentado dicho credo, pero aceptó como cosa natural que su familia lo adoptara. Le parecía adecuado aunque sin saber expresar por qué, a la manera de un cumplido asimilado en la niñez, que hubiera quedado sin pregunta y sin nombre, dedicarse como mártir de alguna obscura religión, al servicio de una fe que constituía su apasionado amor, pero que lo convertía en un descastado entre otras personas cuya simpatía no tenía derecho a esperar.

Había aceptado la noción de que era su deber proporcionar a su esposa una clase de existencia desligada totalmente de los negocios. Pero nunca encontró la manera de lograrlo, ni experimentó sentimiento alguno de culpabilidad. Tampoco podía cambiar ni reprochar a su mujer que estuviera contra él en tal sentido.

Llevaba meses sin conceder a Lillian ni un momento. O mejor dicho, años; los ocho años de su matrimonio. No sentía interés alguno por enterarse de sus cosas, ni por saber cuáles eran sus preocupaciones. Lillian tenía un amplio círculo de amigos y había oído decir que sus apellidos representaban el núcleo de la cultura nacional; pero nunca dispuso de tiempo para conocerlos ni para darse cuenta de su fama, ni para enterarse de sus obras. Sólo sabía que, con frecuencia, figuraban sus nombres en las cubiertas de las revistas exhibidas en los quioscos. Pensó que si Lillian lamentaba su actitud, tenía razón. Si su

disposición hacia él era de censura, se lo merecía. Si su familia lo consideraba carente de alma, también esto era cierto.

Nunca guardó consideraciones hacia sí mismo. Cuando surgía un problema en la fundición, su respuesta inmediata era averiguar el error que hubo podido cometer. Nunca investigaba las culpas ajenas, sino las suyas, exigiéndose una perfección total. Ahora tampoco se tendría piedad; aceptaría plenamente las consecuencias de todo aquello. Pero así como en las fundiciones sentíase impulsado a una acción inmediata, al impulso vehemente de corregir el error, ahora, en cambio, no lograba hacer acopio de energía… «Unos minutos más», se dijo, en pie ante el espejo, con los ojos cerrados.

No podía impedir que las palabras afluyeran a su mente; venía a ser lo mismo que intentar taponar una boca de riego con las manos. Nociones confusas formadas de vocablos y de imágenes le asaeteaban el cerebro… Se dijo que tendría que soportar horas y horas las miradas de sus invitados, descoloridas por el aburrimiento en quienes se conservaran serenos, y vidriosas hasta la imbecilidad en los beodos; pretender que no se daba cuenta de una cosa ni de otra y esforzarse en decir algo, cuando nada tenía que decir. Y todo ello en momentos en que le era urgente iniciar pesquisas para encontrar un sucesor al superintendente de sus fundiciones en cadena, que acababa de presentar la dimisión sin explicar los motivos. Había que hacerlo en seguida. Hombres de aquella clase resultaban difíciles de hallar y si por cualquier motivo cesaba el fluir del metal… Eran precisamente los rieles Taggart los que se estaban fabricando… Recordó el silencioso reproche, la expresión acusadora, la paciencia y el desdén fijos en el rostro de sus familiares, cuando descubrían en él algún indicio de su pasión por los negocios; y también la futilidad de su silencio y su esperanza de que no pensaran que la «Rearden Steel» significaba tanto para él. Era como un borracho que fingiese indiferencia ante el licor, entre gentes que lo observaban con la desdeñosa burla de quien está plenamente enterado de una debilidad reprobable… «Anoche te oí volver a las dos. ¿Dónde estuviste?», preguntaba su madre durante la cena. Y Lillian respondía: «¿Dónde había de estar? En la fundición, como es natural», del mismo modo que otra esposa cualquiera hubiese dicho: «En la taberna de la esquina»… A veces, Lillian le preguntaba con sonrisa de persona versada en lo que habla; «¿Qué estuviste haciendo ayer en Nueva York?» «Asistí a un banquete con los muchachos.» «¿Negocios?» «Sí.» «¡Naturalmente!» Y Lillian daba media vuelta, no quedando de aquello más que la sensación de que casi le hubiera gustado que su mujer sospechara su asistencia a alguna obscena fiesta sólo para hombres… Un transporte de mineral se había hundido en el Lago Michigan durante una tormenta, llevándose al fondo del lago miles de toneladas de materia prima. Los barcos se caían a pedazos. Si no se preocupaba de conseguir los recambios necesarios, los navieros acabarían arruinados. Y no quedaba ninguna otra línea en el Michigan… «¡Menos mal que te has fijado en ese rincón! —exclamaba Lillian señalando un grupo de sillones y de mesitas de café en la sala—. No, desde luego, Henry. No es nuevo, pero debo sentirme halagada porque te des cuenta a las tres semanas. Se trata de una adaptación personal de la sala matutina de cierto famoso palacio francés; pero estas cosas no pueden interesarte, querido; no están relacionadas con las cotizaciones de la Bolsa…»

El pedido de cobre solicitado seis meses atrás no había sido entregado; la fecha venía sufriendo ya tres aplazamientos. «No podemos hacer nada, míster Rearden.» Era preciso encontrar otra compañía; el suministro de cobre se estaba volviendo peligrosamente incierto. Philip no sonreía al levantar la mirada en medio de una disertación dirigida a cualquier amigo de su madre acerca de tal o cual organización en que hubiera ingresado; pero había un atisbo de sonrisa de superioridad en los flojos músculos de su cara cuando afirmaba: «A ti no te interesaría, Henry; no es asunto tuyo. No se trata de negocios, sino de una actividad estrictamente no comercial»… El contratista de Detroit en trance de reconstruir una inmensa fábrica, estaba examinando las estructuras Rearden. Tendría que

ir a Detroit para hablar con él en persona. Debía haberlo hecho una semana antes; pudo ir aquella noche… «No escuchas», dijo su madre mientras tomaban el desayuno. Su mente estaba estimando el precio del carbón, mientras ella le contaba su sueño de la noche anterior. «Nunca hiciste caso a nadie. No te interesas más que por ti mismo. Te importa un comino la gente; jamás te ha atraído ningún ser humano de esta tierra»… Las páginas mecanografiadas que se hallaban sobre la mesa de su escritorio contenían un informe acerca de las pruebas de cierto motor de aviación fabricado con metal Rearden; deseaba ardientemente leerlas. Llevaban tres días allí, sin que nadie la tocase; no tenía tiempo para atenderlas. ¿Por qué no hacerlo ahora y…?

Sacudió violentamente la cabeza, abrió los ojos y dio unos pasos atrás, alejándose del espejo.

Intentó coger los gemelos de la camisa, pero su mano se dirigió al montón de correspondencia colocado sobre el tocador. Eran sobres con la indicación de «Urgente» y tenía que leerlos aquella misma noche. Al no disponer de tiempo para hacerlo en su oficina, su secretaria se los había puesto en el bolsillo en el momento de salir. Mientras se cambiaba de ropa los dejó en aquel lugar.

Un recorte de periódico cayó al suelo. Era un artículo que su secretario había marcado con un violento trazo de lápiz rojo. Se titulaba «Igualdad en las oportunidades». Tenía que leerlo. En los últimos tres meses se había hablado excesivamente de aquel tema.

Lo leyó, mientras un rumor de voces y de risas forzadas llegaba hasta él desde abajo, recordándole que los invitados empezaban a hacer acto de presencia; que la fiesta había empezado y que tendría que enfrentarse a las reprobatorias miradas de sus familiares.

El artículo decía que en una época de producción vacilante, de mercados tímidos y de oportunidades cada vez menores, era insensato permitir que un solo hombre reuniera en sus manos diversas empresas, mientras otros carecían de ellas. Resultaba suicida permitir que unos cuantos manejaran todos los recursos, eliminando las posibilidades de los demás. La competencia era esencial para la sociedad y el deber de ésta consistía en evitar que ningún competidor se elevara por encima de cuantos sintieran deseos de contender con él. El artículo pronosticaba la promulgación de una ley cuyo proyecto estaba en marcha, prohibiendo a personas o corporaciones poseer más de un negocio.

Wesley Mouch, su personaje de confianza en Washington, le había dicho que no se preocupara, que la lucha sería dura, pero la ley en cuestión nunca podría verse aprobada. Rearden no comprendía nada acerca de aquella clase de luchas. Lo dejaba para Mouch y los suyos. Apenas si encontraba tiempo para echar una ojeada a sus informes de Washington y firmar los cheques que Mouch necesitaba para continuar la batalla.

Rearden no creía que la ley llegara a aprobarse. Era incapaz de concebir tal cosa. Luego de tantos años de contender con la tajante realidad de los metales, su tecnología y su producción, había adquirido el convencimiento de que sólo debía preocuparse de lo racional, no de lo insensato; de que hay que buscar lo recto y lo justo porque una respuesta razonada siempre gana; de que lo carente de sentido, lo equivocado, lo monstruosamente injusto, no puede triunfar nunca, sino sólo derrotarse a sí mismo. Una batalla contra proyectos como aquella ley, le parecía algo absurdo y turbador, cual si de repente le pidieran combatir con un hombre que calculara las mezclas de acero por simples formas numerológicas.

La situación era peligrosa, pero los gritos histéricos de los articulistas más exaltados no provocaban emoción alguna en él; en cambio, la variación de un decimal en el informe de cualquier laboratorio acerca de pruebas de metal Rearden le hacía poner en pie de un salto, lleno de alarmas y de aprensión. No tenía energías para malgastarlas en ninguna otra cosa.

Arrugó el papel y lo arrojó al cesto. Notaba la proximidad de un plomizo arrebato de agotamiento; de aquel agotamiento que nunca experimentaba en su trabajo; que parecía esperarle y apoderarse de él en cuanto se volvía hacia algo diferente. Sintióse incapaz de ningún deseo, excepto de un desesperado anhelo de dormir.

Recordó que era preciso asistir a la fiesta; que su familia tenía perfecto derecho a exigirle aquello; que debía aprender a asimilar sus distracciones, por consideración hacia ellos, ya que no hacia si mismo.

Se preguntó por qué dicho motivo no poseía la fuerza suficiente para estimularlo. En el curso de su vida, siempre que le fue preciso adoptar una ruta determinada, el afán de seguirla se produjo automáticamente. ¿Qué le estaba sucediendo ahora? El sentir repugnancia hacia lo que consideraba justo, ¿no constituía acaso la fórmula básica de la corrupción moral? Reconocer la propia culpabilidad y no sentir más que un frío interior, una profunda indiferencia, ¿no era traicionar lo que había sido el motor de su vida y la razón de su orgullo?

No se dio tiempo para buscar una respuesta. Terminó de vestirse rápidamente, sin concesiones a su resistencia.

Manteniéndose erguido, moviendo su alta figura con la tranquila confianza de quien ejerce una autoridad habitual, con el blanco detalle del fino pañuelo en el bolsillo superior de su smoking negro, descendió lentamente la escalera, hacia el salón, ofreciendo para satisfacción de las damas que lo contemplaban, la perfecta imagen del gran industrial.

Vio a Lillian al pie de la escalera. Las líneas patricias de un vestido estilo imperio, color amarillo limón, hacían resaltar la gracia de su cuerpo. Se mantenía como quien sabe dominar orgullosamente la atmósfera que la rodeaba. Sonrió; le gustaba verla feliz, porque aquello prestaba cierta razonable justificación al acontecimiento.

Se aproximó a ella y se detuvo. Siempre había demostrado extraordinario buen gusto en el uso de sus joyas, sin sobrecargarse en exceso de ellas. Pero aquella noche lucía ostentosamente un collar de diamantes, así como pendientes, anillos y broches. Por contraste, sus brazos aparecían desnudos. En su muñeca derecha, y como único ornamento, llevaba el brazalete* de metal Rearden, que, en contraste con las resplandecientes joyas, aparecía como un feo ejemplar de bisutería barata.

Cuando Hank trasladó la mirada desde su muñeca a su rostro, comprobó que ella lo estaba mirando. Mantenía los ojos entornados, y no le era posible definir su expresión; parecía a la vez difusa e intencionada, como si algo escondido pretendiera no mostrarse a los demás.

Le hubiera gustado arrancarle el brazalete, pero en vez de ello, obedeciendo a su alegre introducción, se inclinó ante la dama más próxima, con rostro inexpresivo.

—¿El hombre?… ¿Qué es el hombre? Tan sólo un conjunto de productos químicos, con manías de grandeza —declaró el doctor Pritchett ante un grupo de invitados, al otro lado del salón.

Tomó un canapé dé una bandeja de cristal. Lo sostuvo entre sus dedos, completamente rectos, y lo depositó entero en su boca.

—Las pretensiones metafísicas del hombre son absurdas —continuó—. Un miserable pedazo de protoplasma, lleno de feos conceptos y de mezquinas emociones. ¡Y se cree importante! Ésa es realmente la raíz de todos los conflictos que se suscitan en el mundo.

—Pero, ¿qué conceptos no son feos o mezquinos, profesor? —preguntó una exuberante matrona, cuyo marido poseía una fábrica de automóviles.

—Ninguno se libra de ello —respondió el doctor Pritchett —dentro del radio de acción de la capacidad humana.

Un joven preguntó vacilante:

—Pero, si no poseemos ninguna buena cualidad, ¿cómo saber qué otras pueden serlo? ¿Sobre qué basar una regla de conducta?

—No existen reglas de conducta. Aquello impuso silencio al auditorio.

—Los filósofos del pasado fueron superficiales —prosiguió Pritchett—. Nuestro siglo aceptó la misión de redefinir el propósito de la filosofía. Éste no consiste en ayudar al hombre a encontrar el sentido de la vida, sino en demostrarle que no existe tal sentido.

Una atractiva muchacha, cuyo padre poseía una mina de carbón, preguntó indignada:

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Yo trato de hacerlo —contestó el doctor Pritchett, que durante los tres últimos años había sido director del Departamento de Filosofía en la Universidad Patrick Henry.

Lillian Rearden se aproximó, haciendo resplandecer sus joyas bajo la brillante luz. En su rostro se apreciaba un suave asomo de sonrisa, insinuado tan sólo, como las ondas de su cabello.

—Es la insistencia del hombre en averiguar el significado de las cosas lo que lo convierte en un ser tan difícil —opinó el doctor Pritchett—. Cuando se dé cuenta de que carece de importancia dentro de la vasta inmensidad del universo, de que no es posible atribuir trascendencia alguna a sus actividades, de que no importa que viva o muera, se volverá más… tratable.

Se encogió de hombros y tomó otro canapé. Un negociante declaró, con expresión insegura:

—Me gustaría preguntarle, profesor, lo que opina acerca de la ley de igualdad en las oportunidades.

—|Oh! —exclamó el doctor Pritchett—. Creo que ya he declarado francamente mi opinión favorable de la misma, porque me inclino hacia una economía libre, y dicha economía Ubre no puede existir sin competencia. Por consiguiente, los hombres han de ser obligados a competir. Hemos de controlar al hombre para obligarle a ser libre.,

—¿No ha expresado usted una especie de contradicción?

—No en su más alto sentido filosófico. Deben ustedes aprender a pensar más allá de las definiciones estáticas y las ideas anticuadas. Nada es estático en el universo. Todo es fluido.

—Pero resulta razonable pensar que si…

—La razón, mi querido señor, es la más ingenua de las supersticiones. Esto se admite ya de modo general en nuestra época.

—Sin embargo, no acabo de comprender cómo…

—Padece usted la ilusión popular de creer que las cosas pueden ser comprendidas. No se da cuenta de que el universo constituye en sí mismo una sólida contradicción.

—¿Una contradicción de qué? —preguntó la matrona.

—De sí mismo.

—¿Có… cómo?

—Mi querida señora, el deber de los pensadores no consiste en explicar, sino en demostrar que nada puede ser explicado.

—Sí… claro… pero…

—El propósito de la filosofía no es el de buscar el conocimiento, sino el de demostrar que dicho conocimiento es imposible para el hombre.

—Pero cuando lo hayamos demostrado —preguntó la muchacha—, ¿qué nos quedará?

—El instinto —contestó Pritchett con aire reverente.

Al otro extremo del salón un grupo escuchaba las palabras de Balph Eubank, quien, sentado muy rígido en el borde de un sillón, trataba de equilibrar la tendencia al abandono que se pintaba en su cara y en su cuerpo.

—La literatura del pasado —decía Balph Eubank —fue un fraude tremendo. Retrató falsamente la vida, para complacer a los ricos a quienes servía. Moralidad, libertad, triunfo, finales felices y el presentar al hombre como una especie de ser heroico, no son más que sentimientos risibles y sin valor. Nuestra época ha dado por vez primera profundidad a la literatura, al exponer la verdadera esencia de la vida.

Una muchacha muy joven, que vestía de blanco, preguntó tímidamente:

—¿Cuál es la verdadera esencia de la vida, míster Eubank?

—El sufrimiento —respondió Balph Eubank—. El sufrimiento y la derrota.

—Pero… ¿por qué? La gente… a veces… es feliz. ¿No le parece?

—Se trata de una ilusión de quienes sólo viven emociones superficiales. La muchacha se sonrojó. Una rica dama que había heredado una refinería de petróleo, preguntó, con expresión de culpabilidad:

—¿Qué debemos hacer para elevar los gustos literarios de la gente, míster Eubank? *

—Se trata de un gran problema social —respondió el aludido, que estaba considerado como el jefe literario de la época, aunque nunca hubiese escrito un libro cuya venta sobrepasara los tres mil ejemplares—. Personalmente creo que una ley de igualdad en las oportunidades aplicada a la literatura, constituiría la solución ideal.

—¿Aprueba usted semejante ley aplicada a la industria? Por lo que a mí respecta, no acabo de entenderla.

—¡Naturalmente que la acepto! Nuestra cultura está hundida en un pantano de materialismo. El hombre ha perdido sus valores espirituales en la persecución de los productos materiales y las triquiñuelas de la tecnología. Se ha vuelto demasiado cómodo. Si supiera soportar privaciones, volvería a una existencia más noble. Hemos de poner límite a los egoísmos materiales.

—No había pensado en ello desde este punto de vista —indicó la dama con aire de disculpa.

—¿Cómo piensa trabajar en una ley de igualdad en las oportunidades para la literatura, Ralph? —preguntó Mort Liddy—. Se trata de una cosa completamente nueva para mí.

—Me llamo Balph —respondió Eubank irritado—. Y no me extraña que lo considere nuevo, porque es una idea mía.

—Bueno. Bueno. No se enfade. Me limité a preguntar —dijo Mort Liddy, sonriendo.

Pasaba la mayor parte del tiempo sonriendo nerviosamente. Era un compositor que escribía anticuadas partituras para películas y sinfonías modernas para auditorios escasos.

—Su acción sería muy simple —explicó Balph Eubank—. Debería existir una ley limitando la venta de cualquier libro a diez mil ejemplares. Por este sistema, el mercado literario quedaría abierto a cualquier nuevo talento, a ideas renovadoras y a textos libres de comercialismo. Si se prohibiera a la gente comprar un millón de ejemplares de la misma bazofia, se la obligaría a adquirir mejores libros.

—No está mal —reconoció Mort Liddy—. Pero, ¿no resultaría excesivamente oneroso para las cuentas corrientes de los escritores?

—Mejor aún. Sólo aquellos cuyos motivos no se basan en acumular di*, ñero deberían disfrutar de permiso para escribir.

—Pero, míster Eubank —preguntó la jovencita del vestido blanco—, ¿qué sucedería si más de diez mil personas quisieran leer determinado libro?

—Diez mil lectores son suficientes para un libro cualquiera.

—No me refiero a eso. Insisto en saber qué ocurriría si desearan leerlo.

—Se trata de una pregunta impertinente.

—Pero si un libro contiene un buen relato y…

—La trama es en literatura una vulgaridad de tipo primario —explicó Balph Eubank con desdén.

Mientras atravesaba el salón hacia el bar, el doctor Pritchett se detuvo para añadir:

—Desde luego. Del mismo modo que la lógica es una vulgaridad de tipo primario en filosofía.

—Y la melodía una vulgaridad en música —añadió Mort Liddy.

—¿A qué viene este acaloramiento? —preguntó Lillian Rearden, deteniéndose, magnífica, junto a ellos.

—Lillian, ángel mío —respondió Balph Eubank, con voz ronca—, ¿le he dicho ya que voy a dedicarle mi próxima novela?

—¡Vaya! Gracias, querido.

—¿Cómo va a titularse? —preguntó la acaudalada dama.

—El corazón es igual que un lechero.

—¿Y de qué trata?

—De desengaños.

—Pero, míster Eubank —preguntó la muchacha de blanco, sonrojándose nerviosa—, si todo es desengaño, ¿para qué vivir?

—Para amarnos como hermanos —respondió Balph Eubank tristemente. Bertram Scudder se encontraba cabizbajo en el bar. Su rostro largo y flaco parecía absorbido, con excepción de la boca y las pupilas, que sobresalían como tres fláccidos globos. Era editor de una revista llamada El Futuro y había escrito en ella un artículo sobre Hank Rearden titulado El Pulpo.

Bertram Scudder tomó su vaso vacío y lo colocó, en silencio, ante el encargado del bar, para que volviera a llenárselo. Bebió un trago de la bebida fresca, y al darse cuenta de que frente a Philip Rearden, que se hallaba junto a él, había otro vaso vacío, lo señaló con el pulgar, para que también fuera llenado. Pero ignoró el de Betty Pope, que se hallaba junto a Philip.

—Escuche, amigo —dijo Bertram Scudder enfocando sus pupilas hacia Philip—, tanto si le gusta como si no, la ley de igualdad en las oportunidades representa un gran paso adelante.

—¿Qué le hace suponer que no simpatice con ella, míster Scudder? —preguntó humildemente Philip.

—Causará sensación. Aunque el largo brazo de la sociedad procurará que quede mutilada.

Al decir esto agitó la mano sobre el mostrador.

—¿Y qué le hace suponer que yo me opongo a ella?

—¿Acaso no es así? —preguntó Bertram Scudder, sin curiosidad.

—Desde luego que no —repuso Philip acalorado—. Siempre situé el bienestar público por encima de toda consideración personal. Puse mi tiempo y mi dinero a disposición de los «Amigos del Progreso Mundial» en su cruzada en favor de la Ley de Igualdad en las Oportunidades. Me parece perfectamente odioso que un hombre disfrute de todas las posibilidades y otros carezcan de ellas.

Bertram Scudder le miró con aire reflexivo, pero sin ningún interés.

—Se está portando usted de un modo extraordinariamente generoso —declaró.

—Hay gente que se toma las cuestiones morales muy en serio, míster Scudder —dijo Philip con cierto suave tono de orgullo.

—Philip, ¿de qué está hablando tu amigo? —preguntó Betty Pope—. No conocemos a nadie que posea más de un negocio, ¿verdad?

—¡Oh, cállese! —la amonestó Bertram Scudder, irritado.

—No comprendo a qué viene toda esta expectación respecto a la ley —dijo Betty Pope, agresiva, en el tono de un experto en cuestiones económicas—. No sé por qué los negociantes se oponen a ella, cuando en realidad va a resultarles ventajosa, puesto que si los demás fuesen todos pobres, desaparecerían los mercados para sus productos. En cambio, si dejan de ser egoístas y comparten lo que han acumulado, disfrutarán de una posibilidad para trabajar fuerte y producir algo más.

—No sé por qué hay que guardar consideraciones a los industriales —manifestó Scudder —. Cuando la masa sufre necesidad y, sin embargo, existen géneros disponibles, es idiota esperar que se detenga ante propiedades que sólo constan en un papel. Los derechos de propiedad son una superstición. Se tienen propiedades tan sólo por la cortesía de quienes no se apoderan de ellas. La masa puede hacerlo en cualquier momento. Y si puede, ¿por qué no lo hace?

—Lo hará porque lo necesita —respondió Claude Slagenhop—. Y la necesidad es la única consideración. Si la gente precisa esos productos, tendrá que apoderarse de ellos y hablar después de las condiciones.

Claude Slagenhop se había aproximado, consiguiendo situarse entre Philip y Scudder, luego de apartar imperceptiblemente al último. Slagenhop no era alto ni corpulento, pero formaba una masa cuadrada y compacta y tenía la nariz rota. Ejercía el cargo de presidente de los «Amigos del Progreso Mundial».

—El hambre no espera —declaró Slagenhop—. Las ideas son como aire caliente. En cambio, un estómago vacío representa un hecho sólido. En todos mis discursos vengo diciendo que no es necesario hablar demasiado. La sociedad actual sufre carencia de oportunidades industriales y tenemos el derecho a apoderarnos de las mismas allá donde existan. Hay que considerar justo todo aquello que pueda beneficiar a la masa.

—¡No ha extraído el mineral con sus propias manos! —gritó de improviso Philip, con voz estridente—. Ha tenido que emplear para ello a cientos de obreros. Fueron éstos quienes realizaron la tarea. ¿Por qué se cree, pues, tan importante?

Los dos le miraron, Scudder levantando una ceja, Slagenhop con cara inexpresiva.

—¡Oh, cielos! —exclamó Betty Pope, recordando de pronto.

Hank Rearden se encontraba ante una ventana, en un lugar obscuro, al final del salón. Confiaba en que durante unos minutos nadie se diera cuenta de él. Acababa de escapar a una mujer de edad mediana que le estuvo contando sus experiencias psíquicas. Miraba hacia el exterior. En la distancia, el rojo resplandor de las fundiciones teñía el cielo. Lo contempló aliviado durante unos momentos.

Luego se volvió para mirar la sala. Nunca le había gustado su casa, decorada por completo según el gusto de Lillian. Pero aquella noche el movible colorido de los trajes de etiqueta borraba los detalles de la estancia, concediéndole cierto aire de brillantez y de alegría. Le gustaba observar la animación de otras personas, aun cuando él no acabara de aprobar aquel procedimiento para divertirse.

Miró las flores, los chispazos de luz en los vasos, y los hombros y brazos desnudos de las mujeres. Fuera soplaba un viento helado, que barría zonas despobladas. Vio las débiles

ramas de un árbol torciéndose como manos solicitando ayuda. El árbol destacaba nítidamente contra el reflejo de los altos hornos.

No hubiera podido identificar exactamente aquella súbita emoción. No tenía palabras con las que expresar su causa, su condición ni su significado. Figuraba en la misma una parte de alegría y al propio tiempo era solemne, como el acto de descubrirse, aunque no hubiera podido definir por qué.

Al volver junto a sus invitados, sonreía. Pero su sonrisa desapareció bruscamente al ver entrar a un nuevo participante en la reunión: a Dagny Taggart.

Lillian se adelantó a recibirla, estudiándola curiosa. Se habían visto en otras ocasiones, pero con poca frecuencia, y le resultaba extraño el aspecto de Dagny Taggart con aquel traje de noche. Era negro, con una breve capa cayendo sobre un brazo y un hombro, mientras el otro quedaba desnudo, detalle que constituía su único ornamento. Vestida con sus atavíos corrientes, a nadie se le ocurría pensar en el cuerpo de Dagny Taggart. Aquel vestido negro parecía quizá excesivamente revelador. Resultaba asombroso descubrir la fragilidad y la belleza de su hombro, y notar cómo el brazalete de diamantes que lucía en su muñeca confería el más femenino de los aspectos: el de parecer encadenada.

—Miss Taggart, ¡qué agradable sorpresa! —exclamó Lillian Rearden con tos músculos de la cara tensos por lo forzado de su sonrisa—. Nunca hubiera imaginado que una invitación mía la apartase de sus cada vez más complejos problemas. Me siento halagada.

James Taggart habla entrado con su hermana. Lillian le sonrió, a la manera de una apresurada añadidura, cual, si le viera por vez primera.

—¡Hola, James! He aquí los inconvenientes de ser tan popular. Se le pierde a usted de vista ante la sorpresa de saludar a su hermana.

—Nadie puede igualarse a usted en popularidad, Lillian —repuso él sonriendo—. Ni tampoco es posible evitar contemplarla.

—¿A mí? ¡Oh! Me he resignado completamente a ocupar un segundo puesto a la sombra de mi marido. Me doy cuenta humildemente de que la esposa de un gran hombre ha de contentarse con el reflejo de la gloria de éste. ¿No le parece a usted, Miss Taggart?

—No —repuso Dagny—. No lo creo.

—¿Es un cumplido o un reproche, Miss Taggart? Perdóneme si confieso que me siento anonadada. ¿A quién desea que la presente? Temo no poder ofrecerle más que a algunos escritores y artistas que quizá no le interesen.

—Me gustaría ver a Hank y saludarle.

—¡Claro! James, ¿no dijo que deseaba conocer a Balph Eubank…? Pues ahí lo tiene. Le revelaré que habló usted muy bien de su última novela, en la cena de mistress Whitcomb.

Mientras atravesaba la estancia, Dagny se preguntó por qué habría dicho que deseaba ver a Hank Rearden; qué le impidió admitir que lo había visto en el momento mismo de entrar.

Rearden se encontraba al otro extremo del largo salón, mirándola. No apartó los ojos de ellas mientras se aproximaban, pero no dio ni un paso adelante para salir a su encuentro.

—Hola, Hank.

—Buenas noches.

Se inclinó a su modo, cortés e impersonal; los movimientos de su cuerpo cuadraban con la distinguida formalidad de su atavío. No sonreía.

—Gracias por invitarme esta noche —dijo ella jovialmente.

—La verdad es que no estaba enterado de que iba a venir.

—¿De veras? En ese caso me alegro de que mistress Rearden se acordara de mí. He sentido el deseo de hacer una excepción.

—¿Una excepción?

—Sí. No suelo asistir a fiestas.

—Me alegro de que escogiera esta ocasión para alterar su costumbre —declaró sin añadir Miss Taggart, aunque sonó cual si lo hiciera.

La rigidez de sus modales resultaba tan sorprendente, que a Dagny no le fue posible ajustarse a la misma.

—Quería celebrar una cosa —declaró.

—¿Quizá el aniversario de mi boda?

—¡Ah! Pero, ¿es que es el aniversario de su boda? No lo sabía. Felicidades, Hank.

—¿Qué pensaba celebrar?

—Creí que no estaría de más tomarme un pequeño descanso, Una celebración particular, en su honor y en el mío,

—¿Por qué razón?

Dagny imaginaba la nueva vía creciendo lentamente sobre las estribaciones rocosas de las montañas de Colorado, hacia el distante objetivo de los terrenos petrolíferos de Wyatt. Creía contemplar ya el resplandor gris azulado de los rieles sobre la tierra helada, entre los secos matorrales, los desnudos peñascos y las barracas medio hundidas de los poblados muertos de hambre.

—Por las primeras sesenta millas de rieles hechos con metal Rearden —respondió.

—Lo aprecio muy de veras.

El tono de su voz parecía manifestar: «No sé de qué me habla». Dagny enmudeció. Le parecía estar hablando a un extraño.

—|Eh, Miss Taggart! —exclamó una alegre voz, rompiendo el silencio—. A eso me refiero cuando aseguro que Hank Rearden es capaz de cualquier prodigio.

Un industrial conocido se había aproximado, sonriendo a la joven con aire de maravillada sorpresa. Los tres celebraron con frecuencia conferencias importantes acerca de tarifas de transporte y de entrega de acero. Ahora la miraba comentando abiertamente con la expresión de su rostro aquel cambio en su aspecto; un cambio que, a juicio de ella, Rearden no había observado. Dagny se echó a reír, contestando al saludo del caballero, sin darse tiempo a admitir el pensamiento apenas concretado de que hubiera preferido ver aquella expresión en la cara de Rearden. Cambió unas frases con el industrial. Cuando miró a su alrededor, Rearden había desaparecido.

—¿De modo que ésta es su famosa hermana? —preguntó Balph Eubank a James Taggart, mirando a Dagny, que se hallaba un poco lejos.

—Nunca creí que mi hermana fuera tan famosa —repuso Taggart con cierta traza de amargura en la voz.

—Pero, amigo mío, es un auténtico fenómeno en el campo de la economía y no debe extrañarle que la gente hable de ella. Su hermana representa un síntoma de la enfermedad que afecta a nuestro siglo. Es un producto decadente de la era de las máquinas. Las máquinas han destruido el alma, del hombre, lo han apartado del suelo, le han robado sus dotes naturales, han matado su espíritu y lo han vuelto un «robot» insensible. Ahí tenemos un ejemplo: una mujer que dirige una empresa ferroviaria en vez de practicar el sublime arte de la maternidad.

Rearden deambulaba entre los invitados, intentando no verse envuelto en ninguna conversación. No veía a nadie a quien deseara aproximarse.

—Escuche, Hank Rearden: no me parece usted tan mala persona cuando se encuentra en su propio cubil. Debería darnos una conferencia de prensa de vez en cuando, y no le quepa duda de que se ganaría nuestro sincero afecto.

Rearden se volvió, contemplando incrédulo al que acababa de hablarle. Tratábase de un joven periodista de lo más zarrapastroso, que trabajaba en un periodicucho radical. La ofensiva familiaridad de sus modales parecía implicar que anhelaba portarse toscamente con Rearden, porque éste nunca le hubiera permitido acercarse a él en ningún otro terreno.

Rearden le habría negado la entrada a las fundiciones; pero en aquel momento era un invitado de Lillian y por tal motivo se dominó antes de preguntar secamente:

—¿Qué desea?

—No es usted tan malo como dicen. Tiene talento. Talento tecnológico. Pero, desde luego, no estoy conforme con lo del metal Rearden.

—No le he pedido que lo estuviera.

—Verá; Bertram Scudder afirma que su política… —empezó con actitud beligerante, señalando hacia el bar, pero luego se detuvo, como consciente de ir demasiado lejos.

Rearden contempló la desastrada figura apoyada en el bar. Lillian los había presentado un momento antes, pero no prestó ninguna atención a su nombre. Se volvió vivamente y alejóse en una actitud tal, que el periodista no se atrevió a seguirle.

Cuando Rearden se aproximó a su mujer, hallándose ésta en mitad de un grupo, Lillian lo miró a la cara, y sin pronunciar palabra se hizo a un lado para poder hablar a solas.

—¿Es ése el Scudder del Future? —preguntó señalándole.

—Sí.

La miró en silencio, incapaz de creerlo; incapaz de encontrar el hilo de una idea que le permitiera comprender. Ella lo miraba.

—¿Cómo has podido invitarlo? —preguntó.

—No seas ridículo, Henry. No me salgas ahora con tonterías. Debes aprender a tolerar las opiniones ajenas y respetar el derecho a la libre expresión.

—¿En mi propia casa?

—¡Oh! ¡No te pongas pesado!

Guardó silencio, con la conciencia agobiada, no por un pensamiento concreto, sino por dos imágenes que parecían contemplarle insistentes. Creyó ver el artículo titulado «El Pulpo» de Bertram Scudder, que no era expresión de unas simples ideas, sino un cubo de fango vaciado en público; un artículo que no contenía un solo hecho concreto, ni siquiera inventado, sino que consistía tan sólo en una sarta de expresiones desdeñosas y de adjetivos en los que nada quedaba claro, exceptuando la mezquina malicia de denunciar sin tomarse la molestia de exhibir la menor prueba. Vio la línea del perfil de Lillian, con aquella orgullosa pureza que tanto había anhelado al casarse con ella.

Cuando la miró de nuevo comprendió que la visión de su perfil había sido puramente imaginaria, porque estaba vuelta mirándole de frente. En el repentino instante de recobrar la realidad, lo que leía en sus ojos era gozo. Pero en seguida cayó en la cuenta de que aquello no era posible.

—Es la primera vez que invitas a ese… —añadió una palabra obscena, pronunciándola de manera muy clara, pero sin emoción—. Pues bien, que sea la última.

—¿Cómo te atreves a usar semejante…?

—No discutamos, Lillian. Si me contestas, soy capaz de arrojarlo de aquí ahora mismo.

Le concedió un momento para replicar, para oponerse, para gritar si lo deseaba. Pero guardó silencio, sin mirarlo. Tan sólo sus suaves mejillas parecían aflojarse, cual si se desinflaran.

Moviéndose ciegamente por entre las luces, las voces y el perfume, sintió un leve atisbo de preocupación. Comprendió que debía pensar en Lillian y encontrar respuesta al enigma de su carácter, por tratarse de algo que no podía ignorar; pero le era imposible concentrarse en ella, y tuvo miedo, porque supo que la respuesta había cesado de interesarle desde mucho tiempo atrás.

El cansancio se estaba apoderando de nuevo de él. Le pareció casi verlo aproximarse en espesas oleadas; no se hallaba en su interior, sino fuera, desparramado por la habitación. Por un instante, se creyó solo, perdido en u» desierto gris, necesitado de ayuda y sabedor de que nadie podría prestársela.

Se detuvo de pronto. En la iluminada puerta y separado de él por toda la longitud de la sala, vio la alta y arrogante figura de un hombre que había hecho una pausa antes de entrar. Nunca se había encontrado con él hasta entonces, pero de todos los rostros famosos que llenaban las páginas de los periódicos, aquél era el que más despreciaba: el de Francisco d'Anconia.

Rearden nunca había concedido excesiva importancia a personas como Bertram Scudder. Pero a cada hora de su vida, dentro de la tensión y del orgullo que cada uno de sus momentos le provocaban, cuando sus músculos o su mente estaban doloridos por el esfuerzo, a cada uno de los pasos dados para salir de las minas de Minnesota y convertir su esfuerzo en oro, con su profundo respeto hacia el dinero y hacia lo que él significaba, no podía menos de despreciar a aquel derrochador que no sabía situarse a la altura de ese gran don que es la riqueza heredada. A su modo de ver, tratábase del más despreciable representante de la especie.

Vio entrar a Francisco d'Anconia y lo vio inclinarse ante Lillian; luego se introdujo entre la muchedumbre de invitados, cual si fuera dueño de un lugar que pisaba por vez primera. Todos se volvieron a mirarle, cual si los atrajese como' un imán al caminar.

Acercándose una vez más a Lillian, Rearden dijo sin cólera, con su desprecio convertido en ironía:

—No sabía que también conocieras a ése.

—Me encontré con él en varias reuniones.

—¿Es también amigo tuyo?

—¡Oh, no! —exclamó ella con auténtico y vivo resentimiento.

—Entonces, ¿por qué lo has invitado?

—Verás; no es posible celebrar una fiesta… una fiesta importante, sin contar con él. Su presencia puede resultar molesta, pero su ausencia constituye un fallo social de primer orden.

Rearden se echó a reír. Su mujer debía haber perdido el aplomo, ya que, por regla general, nunca hubiera admitido una cosa semejante.

—Escucha —le dijo con voz cansada—. No quiero estropear la fiesta; pero procura mantener a ese hombre lejos de mí. Nada de presentaciones. No quiero hablar con él. No sé cómo vas a conseguirlo, pero no en vano te llaman la «perfecta anfitriona».

Al ver aproximarse a Francisco, Dagny quedó inmóvil. Al pasar ante ella se inclinó, pero sin detenerse. Sin embargo, supo que aquel momento quedaría firmemente impreso en su mente. Le vio sonreír con deliberado énfasis como ante algo que comprendía pero que no quería reconocer. Dagny se alejó, confiando en no volver a tropezarse con él durante el resto de la velada.

Balph Eubank se había unido al grupo que rodeaba al doctor Pritchett y estaba declarando con voz tristona:

—… no es posible esperar que la gente asimile los altos conceptos de la filosofía. La cultura no ha de ser exclusiva de los cazadores de dólares. Necesitamos un subsidio nacional en favor de la literatura. Es una desgracia que los artistas sean tratados como mendigos y que las obras de arte se vendan a cualquier precio.

—¿No será que lamenta usted que no se vendan con la profusión que desea? —preguntó Francisco d'Anconia.

Nadie se había fijado en su presencia; la conversación cesó, como cortada en seco; la mayoría de aquellas personas se encontraban con él por vez primera, pero todos le reconocieron inmediatamente.

—Quería decir… —empezó Balph Eubank, irritado; pero cerró la boca al ver el interés que se pintaba en las caras de los otros; un interés que ya nada tenía que ver con la filosofía.

—Hola, profesor —dijo Francisco, inclinándose ante el doctor Pritchett. No había placer alguno en la cara de éste cuando contestó al saludo, pasando a efectuar unas cuantas presentaciones formularias.

—Estábamos discutiendo un tema muy interesante —dijo la vehemente matrona de antes —. El doctor Pritchett nos decía que nada es nada.

—Indudablemente sabe de eso más que nadie —contestó gravemente Francisco.

—Nunca hubiera supuesto que conocía tan bien al doctor Pritchett, señor d'Anconia — indicó la dama, preguntándose por qué el profesor parecía tan disgustado por aquellas palabras.

—He sido alumno de la gran institución en la que actualmente presta sus servicios el doctor Pritchett: la Universidad Patrick Henry. Estudié bajo uno de sus predecesores: Hugh Akston.

—¡Hugh Akston! —exclamó admirada la atractiva joven—. ¡Es imposible, señor d'Anconia! No tiene edad suficiente. Siempre creí que ese hombre ha sido de los grandes personajes… del siglo pasado.

—Quizá en espíritu, señorita; pero no de hecho.

—¿No murió hace años?

—No, no. Sigue vivo.

—Entonces, ¿por qué no hemos vuelto a saber de él?

—Se retiró hace nueve años.

—¡Qué extraño! Cuando un político o una estrella de cine se retiran, leemos la noticia en la primera página de todos los periódicos. Pero si se trata de un filósofo, no se entera nadie.

—A veces, sí.

Un joven comentó asombrado:

—Creí que Hugh Akston era uno de esos clásicos a quien ya nadie estudia, excepto en tratados de filosofía. Hace poco leí un artículo que hablaba de él, calificándole del último de los grandes abogados de la razón.

—¿Qué enseñaba Hugh Akston? —preguntó la matrona.

—Enseñaba que todo es algo —respondió Francisco.

—Su lealtad hacia el viejo maestro me parece muy digna de elogio, señor d'Anconia — dijo secamente el doctor Pritchett—. ¿Hemos de aceptarle a usted como resultado práctico de tales enseñanzas?

—En efecto.

James Taggart se había aproximado al grupo y esperaba que se dieran cuenta de él.

—Hola, Francisco.

—Buenas noches, James.

—¡Qué extraordinaria coincidencia verte aquí! ¡Tenía verdaderas ganas de hablar contigo!

—Menos mal. No siempre ocurrió así.

—Bromeas, como en los viejos tiempos —dijo Taggart iniciando una repentina retirada, con la que pretendía separar a Francisco del grupo—. Sabes muy bien que no existe en esta sala ni una sola persona a quien no guste hablar contigo.

—¿De veras? Pues yo me sentía inclinado a sospechar lo contrario. Francisco le había seguido, obediente, pero se detuvo a poca distancia de los demás.

—He intentado por todos los medios ponerme en contacto contigo —dijo Taggart—, pero… pero las circunstancias no hicieron posible mi deseo.

—¿Intentas disimular que rehusé verte?

—Pues… así es… ¿Por qué lo hiciste?

—No podía imaginar de qué deseabas hablarme.

—¡De las minas de San Sebastián, naturalmente! —respondió Taggart levantando un poco la voz.

—¿Qué tienes que decirme de ellas?

—Escucha, Francisco. Esto es serio. Un desastre; un desastre sin precedentes, que nadie acaba de entender. Por mi parte, no sé qué pensar de ello. No lo comprendo en absoluto. Y tengo derecho a estar enterado.

—¿Derecho? ¿No será una expresión anticuada, James? Pero, ¿qué quieres que te aclare?

—En primer lugar, ¿qué piensas hacer?

—Nada.

—¿Nada?

—¡Pues claro! No irás a suponer que obre de otro modo. Mis minas y tu ferrocarril han sido incautados por voluntad del pueblo. No querrás que me oponga a ese pueblo, ¿verdad?

—Francisco, no es cosa de broma.

—Nunca creí que lo fuera.

—Tengo derecho a una explicación. Debes a tus accionistas un informe detallado de tan ingrato asunto. ¿Por qué escogiste una mina sin valor? ¿Por qué gastaste en ella tantos millones? ¿Qué clase de engaño ha sido éste?

Francisco le miraba con expresión de cortes asombro.

—Pero, James —respondió—, yo creí que tú lo aprobarías.

—¿Aprobarlo?

—Creí que considerarías las minas de San Sebastián como realización práctica de un ideal del más alto carácter. Recordando que tú y yo hemos discrepado tan frecuentemente en otros tiempos, imaginé que te agradaría verme actuar de acuerdo con tus principios.

—¿De qué me estás hablando?

Francisco sacudió la cabeza con aire de reconvención.

—No comprendo por qué calificas mi conducta de despreciable. Siempre he pensado que la aceptarías como honrado esfuerzo para practicar lo que todo el mundo predica ahora.

¿No se ha llegado a la convicción de que el egoísmo resulta odioso? Pues yo me sentí totalmente magnánimo por lo que a esas minas respecta. ¿No es innoble trabajar tan sólo en beneficio propio? Pues bien, yo no lo hice así; acepté una pérdida. ¿No estamos todos conformes en que el propósito y justificación de una empresa industrial no son la producción, sino las ganancias de sus empleados? Las minas de San Sebastián significaron en tal sentido la empresa más afortunada de toda la historia industrial; no produjeron cobre, pero proporcionaron sustento a millares de hombres que en toda su vida no hubieran podido conseguir jamás el equivalente a uno solo de los jornales pagados. Se está de acuerdo en que todo industrial es un parásito y un explotador; en que son sus empleados y obreros los que realizan la tarea y hacen posibles sus ganancias, ¿verdad? Pues bien; yo no exploté a nadie. No agobié a las minas de San Sebastián con mi inútil presencia; las dejé en manos de quienes podían manejarlas. Nunca he juzgado el valor de dicha propiedad. La entregué a un especialista en minería. No era muy bueno, pero necesitaba con urgencia ese puesto. Generalmente se opina que, al contratar a alguien, es la necesidad la que cuenta y no sus posibles cualidades. Se acepta de manera general que para conseguir los géneros, cuanto hay que hacer es necesitarlos, ¿verdad? He puesto en práctica todos los preceptos morales de nuestra época. Esperaba gratitud y una mención de honor. No comprendo por qué se me recrimina nada.

En el silencio en que acababan de incurrir quienes habían estado escuchando aquellas palabras, el único comentario fue la repentina y estrepitosa risa de Betty Pope; no había comprendido nada, pero le divertía el aire de absoluto desamparo y de furor que se pintaba visiblemente en la cara de James Taggart.

Todo el mundo miraba a este último, esperando su respuesta. El resultado les era indiferente; pero el espectáculo de una persona en un mal paso les solazaba en extremo. Taggart se las compuso para forjar una sonrisa comprensiva.

—No irás a esperar que me tome en serio todo eso, ¿verdad? —preguntó.

—Existió un tiempo —repuso Francisco —en que yo tampoco creí que nadie lo tomara en serio. Pero estaba equivocado.

—¡Es inaudito! —exclamó Taggart, empezando a acalorarse—. ¡Es indigno que trates tus responsabilidades públicas con semejante ligereza!

Y volviéndose se alejó a toda prisa. Francisco se encogió de hombros, a la vez que extendía las manos con aire perplejo.

—¿Lo ves? —dijo—. Ya sabía que no deseabas hablar realmente conmigo.

Rearden permanecía' solo en el otro extremo del salón. Al verle, Philip se acercó, llamando a Lillian al propio tiempo.

—Lillian —dijo sonriendo—, no creo que Henry lo pase demasiado bien. —No hubiera podido discriminarse si la expresión burlona de su sonrisa iba dirigida a Lillian o a Rearden—. ¿No podríamos hacer algo por él?

—¡Oh! ¡Qué tontería! —exclamó Rearden.

—Me gustaría saber qué hacer, Philip —dijo Lillian—. Siempre he deseado que Henry aprendiera a descansar. ¡Se lo toma todo tan en serio! ¡Es un puritano tan rígido! Me gustaría verle borracho, aunque sólo fuera una vez; pero he tenido que desistir. ¿Qué me sugieres?

—¡Oh! No lo sé. No deberíamos dejarle solo.

—¡Olvídate de eso! —aconsejó Rearden. Mientras por una parte no pretendía en modo alguno herir sus sentimientos, por otra no pudo menos de añadir—: No sabéis con cuánto interés he procurado que me dejen solo.

—¿Lo ves? —preguntó Lillian sonriendo a Philip—. Disfrutar de la vida y de la gente no es tan fácil como verter una tonelada de acero. Los objetivos intelectuales no se aprenden en el mercado.

Philip rió.

—No son los objetivos intelectuales los que me preocupan. ¿Cómo estás tan segura de ese puritanismo, Lillian? Si me hallara en tu lugar, no lo dejaría suelto. Tenemos aquí, esta noche, demasiadas mujeres bellas.

—¿Henry acariciando proyectos de infidelidad? ¡Le adulas en exceso, Philip! ¡Sobreestimas su atrevimiento!

Sonrió a Rearden fríamente durante un breve y tenso instante y luego se alejó.

Rearden miró a su hermano.

—¿Qué diablos crees conseguir con esto?

—¡Deja de hacerte el puritano! ¿Es que no aguantas una broma?

Mientras se movía sin rumbo fijo por entre los invitados, Dagny se preguntó por qué había aceptado asistir a aquella fiesta. La respuesta la asombró; era sencillamente porque deseaba ver a Hank Rearden. Al mirarle entre la muchedumbre, se dio cuenta por vez primera del contraste. Los rostros de los demás semejaban compuestos de facciones intercambiables; cada uno de ellos se mezclaba al anonimato de los otros, y todos parecían fundidos en común. La cara de Rearden, de planos agudos; sus ojos azul pálido y su pelo de un rubio ceniciento tenían la firmeza del hielo; la inalterable claridad de sus líneas lo hacían parecer, entre los otros, como si atravesara una masa de niebla herida por un rayo de luz.

Sus ojos se volvían hacia él involuntariamente. Nunca le vio mirar en su dirección. No pudo creer que la evitara intencionadamente; no existía motivo para ello; sin embargo, sintió la certidumbre de que estaba sucediendo así. Quiso acercarse y convencerse de su error. Pero algo la detuvo; no podía comprender su propia actitud de reserva.

Rearden soportaba pacientemente una conversación con su madre y dos señoras, a las que ella quería que entretuviera con relatos de su juventud y de su lucha por elevarse. La satisfizo, pensando que al fin y al cabo mamá se sentía orgullosa a su manera. Pero, al propio tiempo, algo en sus modales sugería que lo había apoyado y cuidado durante su prolongado forcejeo, y que al fin y al cabo ella era la fuente de todos sus éxitos. Se alegró de que poco después lo dejara en libertad, y escapó una vez más hacia el refugio de la ventana.

Permaneció allí unos instantes, aliviado por aquel sentimiento de aislamiento que lo reconfortaba como un bienestar físico.

—Míster Rearden —dijo una voz extrañamente calmosa junto a él—, permítame que me presente. Me llamo d'Anconia.

Rearden se volvió, estupefacto. La voz y los modales de d'Anconia expresaban una cualidad con la que se había tropezado en muy raras ocasiones: un auténtico respeto.

—¿Cómo está usted? —contestó con brusquedad; pero aun así, había contestado.

—Vengo observando que mistress Rearden ha intentado evitar la necesidad de presentarme a usted y creo adivinar el motivo. ¿Preferiría que abandonara esta casa?

La acción de sacar a relucir semejante circunstancia en vez de evadirla, representaba algo tan distinto a la conducta normal de cuantos conocía y le ocasionó tan repentino y asombroso alivio, que Rearden permanecí^ en silencio un momento, estudiando la cara de d'Anconia. Francisco había dicho aquellas palabras con gran simplicidad, ni como reproche ni como súplica; de un modo que parecía reconocer la dignidad de Rearden y la suya.

—No —respondió Rearden—. Usted puede pensar lo que quiera, pero yo no he dicho eso.

—Gracias. En tal caso, ¿me permitirá que le hable?

—¿Por qué desea hablarme?

—Mis motivos quizá no le interesen, por ahora.

—Mi conversación tal vez no le resulte amena.

—Se equivoca respecto a uno de nosotros, míster Rearden, o quizá a los dos. He venido a esta fiesta con la intención de conocerte personalmente.

Hasta entonces la voz de Rearden había asumido un tono levemente burlón; pero de pronto se endureció hasta expresar una leve traza de desdén.

—Empezó jugando limpio. Aténgase a ello.

—Ya lo hago.

—¿Para qué quería verme? ¿Para obligarme a perder dinero?

—Sí… al menos en principio —respondió Francisco, mirándole cara a cara.

—¿De qué se trata esta vez? ¿De una mina de oro?

Francisco sacudió lentamente la cabeza; la consciente reflexión que implicaba aquel movimiento confirió al mismo un aire casi de tristeza.

—No —repuso—. No deseo venderle nada. En realidad, tampoco intenté vender la mina de cobre a James Taggart. Fue él quien vino a mí. Usted no obraría de semejante modo.

Rearden dejó escapar una risita.

—El que lo haya comprendido así nos proporciona, por lo menos, una base apreciable de conversación. Continúe. Si no ha ideado ningún caprichoso negocio, ¿para qué desea verme?

—Sólo para conocerle.

—Eso no es respuesta, sino un modo de repetir la misma cosa.

—No lo crea, míster Rearden.

—A menos que se trate… de ganar mi confianza.

—No. No me gusta la gente que habla o que piensa en términos de confianza ajena. Si las acciones propias son honradas, dicha confianza resulta innecesaria; basta con la percepción racional de los demás. La persona que anhela un cheque moral en blanco de semejante género, lleva intenciones aviesas, tanto si lo admite como si no.

La mirada sorprendida de Rearden fue como el involuntario apretón de una mano que busca desesperadamente asirse a algo. Dicha mirada traicionó hasta qué punto anhelaba encontrar la clase de hombre que creía estar viendo ante él. Luego bajó la mirada, casi cerrando los ojos, para apartar de ellos la visión y eludir la necesidad. Su rostro se tensó; tenía ahora una expresión de severidad dirigida a sí mismo; un aire austero y solitario.

—De acuerdo —dijo con voz incolora—. ¿Qué desea, si no es mi confianza?

—Quiero aprender a comprenderle.

—¿Por qué motivo?

—Por uno personal, que, por el momento, no le importa.

—¿Y qué quiere comprender de mí?

Francisco contempló en silencio la obscuridad del exterior. El resplandor de los altos hornos iba disminuyendo y sólo un leve tinte rojizo se percibía en el horizonte, haciendo destacar delicadamente los retazos de nubes dispersas por el torturado forcejeo de la tormenta. Obscuras sombras se formaban y desaparecían en el espacio; sombras

originadas por las ramas de los árboles y transformadas en algo así como la furia visible del viento.

—Es una noche terrible para cualquier animal que se haya visto sorprendido sin refugio en la llanura —observó Francisco d'Anconia—. Es en casos semejantes cuando se aprecia mejor la ventaja de ser hombre.

Rearden permaneció unos momentos sin contestar; luego, como respondiéndose a sí mismo, dijo con cierto tono asombrado:

—Es extraño.

—¿A qué se refiere?

—Acaba de expresar lo que estaba pensando hace unos momentos.

—¿De veras?

—Sólo que no sabía encontrar palabras adecuadas. —¿Quiere que pronuncie el resto?

—Continúe.

—Estaba usted ahí, contemplando la tormenta, embargado del mayor sentimiento de orgullo que uno puede experimentar, porque le es posible tener flores de verano y hermosas mujeres en su hogar en una noche como ésta, demostrando su victoria sobre la tempestad. Si no fuera por usted, la mayoría de estas personas se encontrarían ahora abandonadas, a merced del viento en mitad de una llanura semejante.

—¿Cómo lo sabe?

Al tiempo de formular su pregunta, Rearden comprendió que no eran sus pensamientos los que aquel hombre acababa de expresar, sino sus más íntimas y personales emociones. Él, que nunca hubiera confesado aquello a nadie, acababa de declararlo en aquellas sencillas palabras. Observó en los ojos de Francisco un ligero fulgor, como el de una sonrisa o el de un breve instante de contención.

—¿Qué puede usted saber acerca de un orgullo de ese género? —preguntó Rearden vivamente, como si el desdén de esta segunda frase pudiera borrar la confianza que implicaba la primera.

—Lo sentí siendo más joven.

Rearden le miró. No había ironía ni autocompasión en la cara de Francisco; sus diversos planos finamente esculpidos y los claros ojos azules, conservaban una inalterable compostura; era un rostro abierto, que se ofrecía sin vacilar a cualquier golpe.

—¿Por qué quiere hablar de eso? —preguntó Rearden impulsado por un instante de forzada compasión.

—Digamos… por una especie de gratitud, míster Rearden.

—¿Gratitud hacia mí?

—Sí, si desea aceptarla.

La voz de Rearden se endureció.

—No le he pedido gratitud. No la necesito.

—No digo que la necesite. Pero de todos aquellos a quienes esta noche ha puesto a cubierto de la tormenta, yo soy el único que la siente.

Tras unos momentos de silencio, Rearden preguntó en voz baja, con expresión casi amenazadora:

—¿Qué se ha propuesto?

—Quiero llamar su atención sobre la naturaleza de aquellos por quienes está usted trabajando.

—Pensar o decir eso es propio de quien no ha realizado en su vida una sola jornada de trabajo decente. —El desprecio que se pintaba en la voz de Rearden tenía cierto tono de alivio; se había visto desarmado por una duda acerca del carácter de su adversario; ahora volvía a sentirse seguro—. No me comprendería si le dijera que quien trabaja, trabaja para sí, aun cuando tenga que arrastrar a otros muchos. Comprendo lo que piensa usted; no importa que lo diga. Puede opinar que soy un malvado, un egoísta, un tipo implacable y cruel. Es cierto. No quiero ni hablar de esa tontería de trabajar para los demás. No pertenezco a esa clase.

Por vez primera observó en Francisco indicios de reacción personal; una expresión juvenil y anhelante.

—Lo único erróneo en cuanto ha dicho —respondió —es que permite a cualquiera pensar que, en efecto, es un malvado.

En la pausa de incrédulo silencio que se produjo por parte de Rearden, Francisco señaló a la muchedumbre que llenaba el salón.

—¿Por qué soporta todo esto con calma?

—Porque son un hatajo de criaturas miserables luchando desesperadamente por conservar la vida, mientras yo… yo ni siquiera me doy cuenta del fardo que soporto.

—¿Y por qué no se lo dice?

—¿Cómo?

—Dígales que trabaja usted para sí y no para ellos.

—Lo saben perfectamente.

—¡Oh, sí! Lo saben. Cada uno está perfectamente enterado. Pero no creen que usted lo sepa. Y el propósito de todos sus esfuerzos consiste en impedir que se entere.

—¿Por qué he de preocuparme de lo que piensan?

—Porque es una batalla en la que uno ha de dejar muy bien sentada su posición.

—¿Una batalla? ¿Qué batalla? Yo tengo el látigo por la empuñadura. Ellos están desarmados.

—¿De veras? Poseen un arma contra usted. Es la única, pero de efectos terribles. Reflexione alguna vez acerca de ello.

—¿Dónde ha observado indicios de que exista?

—En el hecho imperdonable de que sea usted tan desgraciado. Rearden era capaz de aceptar cualquier forma de reproche, de ofensa, de condena con que quisieran abrumarle; pero había una reacción humana que jamás aceptaba: la compasión. El impacto de una cólera fría y violenta lo condujo de nuevo al momento que estaba viviendo. Luchando para no reconocer la clase de emoción que se despertaba en él, preguntó:

—¿Qué desvergüenza es ésta? ¿Qué motivo tiene para hablar así?

—Tal vez el proporcionarle las palabras que necesita en el momento adecuado.

—¿Por qué ha de referirse a un tema semejante?

—Porque confío en que lo conserve en la memoria.

Rearden se dijo que su cólera derivaba del incomprensible hecho de permitirse disfrutar con semejante conversación. Experimentó un leve sentimiento de deslealtad; el atisbo de un peligro desconocido.

—¿Imagina que olvidaré quién es usted? —preguntó, comprendiendo que era aquello precisamente lo que había olvidado.

—No espero que se acuerde de mí.

Bajo su ira, la emoción que Rearden no quería aceptar permaneció inconcreta; tuvo noción de la misma tan sólo con una leve punzada de dolor. Si se hubiera enfrentado a

ella sin ambajes, habría sabido que procedía de seguir oyendo la voz de Francisco al decirle: «Soy el único capaz de ofrecerla… si la quiere aceptar…». Escuchó las palabras, la inflexión extrañamente solemne de aquella voz tranquila y la inexplicable respuesta suya, en forma de algo interior. Deseaba gritar que sí, que aceptaría; que lo necesitaba, aun cuando no supiera definir el qué. Desde luego, no era gratitud, y por otra parte, aquel hombre tampoco la había solicitado.

—Yo no traté de hablar con usted —manifestó en voz alta—, pero ya que lo ha querido, va a oírme. Para mí tan sólo existe una forma de depravación humana: el hombre que carece de propósito.

—Es cierto.

—Puedo perdonar a todos esos porque no son seres agresivos, sino simplemente desorientados. Pero usted no pertenece a la clase de los que uno puede perdonar.

—Precisamente quería prevenirle contra el pecado de la clemencia.

—Ha tenido en sus manos todas las posibilidades. ¿Qué hizo de ellas? Si posee inteligencia suficiente como para estar seguro de cuanto ha dicho, ¿por qué ha venido a hablarme? ¿Cómo puede llevar la cara descubierta después de la irresponsable destrucción perpetrada en ese negocio mejicano?

—Está usted en su derecho al condenarme por ello, si lo desea.

Dagny se encontraba en un ángulo del salón, junto a la ventana, escuchando. No se habían dado cuenta de su presencia. Al verlos juntos, se aproximó sin poder resistir un impulso inexplicable. Le pareció de importancia capital enterarse de lo que hablaban.

Pudo escuchar las últimas frases. Nunca hubiera imaginado que Francisco soportara semejante vapuleo. Era capaz de destruir a cualquier adversario, en cualquier clase de combate, y sin embargo, ahora no ofrecía defensa alguna. Por otra parte, no era un caso de indiferencia. Conocía lo suficiente su rostro para observar el esfuerzo que aquella calma le costaba; pudo notar la débil línea de un músculo marcándose en su mejilla.

—De todos quienes viven gracias al trabajo ajeno —dijo Rearden —usted es el que merece con más motivo el nombre de parásito.

—Le he dado fundamento para pensar así.

—En este caso, ¿qué derecho tiene a hablar del significado de ser hombre? Usted ha traicionado esa noción.

—Lamento haberle ofendido con lo que puede considerar jactancia. Francisco se inclinó y volvióse para partir. De modo involuntario, sin darse cuenta de que con aquella pregunta negaba su cólera anterior, de que constituía un ruego para detenerle, Rearden le dijo:

—¿Qué quería usted saber realmente acerca de mi?

Francisco se volvió. La expresión de su rostro no había cambiado; seguía ofreciendo el mismo aire grave, cortés y respetuoso de antes.

—Ya lo he sabido —respondió.

Rearden lo miró mientras se alejaba por entre los invitados. El camarero que portaba una bandeja de cristal y el doctor Pritchett en el momento de inclinarse para escoger otro canapé, le ocultaron su figura. Rearden contempló la obscuridad, pero tan sólo pudo ver el viento.

Cuando salió de aquel rincón, Dagny acercóse a él sonriendo e invitándole a un cambio de impresiones. Rearden se detuvo; a ella le pareció que con desgana.

A fin de romper el silencio, preguntó vivamente:

—Hank, ¿por qué hay aquí tantos intelectuales ansiosos de persuadir a los demás? En mi casa no los admitiría.

No era aquello lo que deseaba decirle, pero en realidad no sabía a ciencia cierta cómo expresarse: jamás hasta entonces se había sentido tan desprovista de palabras.

Vio cómo sus ojos se entornaban, cual una puerta que se cierra.

—No veo el motivo por el que no hayan de ser invitados a una fiesta —contestó fríamente.

—¡Oh! No pretendía criticar su elección de invitados. Pero… verá; he estaba intentando no enterarme de cuál de ellos es Bertram Scudder. Si lo identifico, lo abofetearé. —Intentó adoptar un aire desenvuelto—. No quiero hacer una escena, pero no estoy segura de poderme dominar. Cuando me dijeron que mistress Rearden lo había invitado, no me fue fácil creerlo.

—Fui yo quien le invité.

—Pero… —Su voz se hizo más tenue al añadir—: ¿Por qué?

—No atribuyo importancia alguna a fiestas de ese género,

—Lo siento, Hank, No sabía que fuera usted tan tolerante. Yo no lo soy. Él no contestó.

—Sé que no le gustan las fiestas. Tampoco a mí. Pero a veces me digo… que quizá somos los únicos que deberíamos disfrutar de ellas.

—Temo no poseer talento para tales cosas.

—Tal vez. Pero, ¿cree que alguien está disfrutando de verdad? Lo único que hacen es esforzarse en aparecer más insensatos y desconcertados que de costumbre. Mostrarse ligeros y carentes de importancia… Ahora bien; a mi modo de ver, sólo quien se siente verdaderamente importante puede mostrarse ligero y vivaz.

—No sé qué contestarle.

—Se trata de una idea que con frecuencia me perturba… Se me ocurrió en mi primer baile… Me dije que las fiestas sólo se dan con el propósito de celebrar algo; pero que sólo aquellos que tienen algo que celebrar deberían darlas.

—Nunca he pensado en ello.

No podía adaptar sus palabras a la rígida sonoridad de su actitud; no le era posible creer a aquella joven por completo. En su despacho siempre se habían tratado con naturalidad. Ahora, Rearden era como un hombre inmovilizado por una camisa de fuerza.

—Hank, fíjese en esa gente. Si no conociera a nadie en particular, ^le parecería un conjunto bello? Las luces, los vestidos y la imaginación que hizo posible todo esto… —Contemplaba la sala sin darse cuenta de que él no seguía su mirada, sino que estaba apreciando las sombras de su hombro desnudo; las dulces y azuladas sombras producidas por la luz al atravesar los mechones de su pelo—. ¿Por qué lo hemos abandonado todo a los locos? Debería ser nuestro…

—¿De qué modo?

—No lo sé… Siempre anhelé que las fiestas fueran estimulantes y llenas de brillantez, como una bebida rara. —Se echó a reír con cierta nota de tristeza—. Pero tampoco bebo. Se trata de otro símbolo que no significa exactamente lo que me había propuesto. —Él guardó silencio y Dagny añadió—: Quizá exista algo que se nos ha escapado.

—No lo sé.

En un instante de repentino y desolado vacío, Dagny se alegró de que él no hubiera comprendido o respondido. Tenía la vaga noción de haber revelado demasiado de sí misma, aunque sin saber exactamente el que. Se encogió de hombros y el movimiento recorrió toda la curva de su espalda, como una débil convulsión.

—Se trata de otra ilusión mía —dijo con aire indiferente—. De un estado de ánimo que me afecta cada uno o dos años. En cuanto vea la última tarifa de precios del acero me olvidaré de todo.

No se dio cuenta de que los ojos de Rearden la seguían, conforme se alejaba de él.

Caminó lentamente por la sala, sin mirar a nadie. Observó a un pequeño grupo reunido ante la chimenea sin encender. La estancia no estaba fría, pero aquella gente parecía consolarse con la idea de un fuego inexistente.

—No sé por qué empieza a parecerme que voy a temer la obscuridad. No ahora, por ejemplo, sino cuando estoy sola. Me asusta la noche; la noche en sí misma.

Quien decía aquellas palabras era una anciana solterona de aire educado y expresión desvaída. Las tres mujeres y los dos hombres que formaban el grupo iban muy bien vestidos; la piel de su cara era suave y estaba bien cuidada; pero campeaba en ellos cierto aire de ansiedad y de cautela que mantenía sus voces un tono más bajo de lo normal y eclipsaba la diferencia de sus edades, confiriéndoles el mismo aspecto gris de seres depauperados. El mismo aspecto que se observaba en tantos grupos de gentes respetables en cualquier lugar del país. Dagny se detuvo y escuchó.

—Pero, querida —preguntaba uno de ellos—, ¿por qué ha de asustarla la noche?

—No lo sé —respondió la solterona—. No es que tema a los ladrones o nada por el estilo. Pero permanezco despierta horas y horas y sólo me duermo cuando el firmamento empieza a clarear. Es algo muy extraño. Cada anochecer tengo la sensación de que ha llegado el final; de que no volverá la luz.

—Mi primo, que vive en la costa de Maine, me escribió una cosa parecida —manifestó otra de las mujeres.

—Anoche —continuó la solterona —no pude descansar a causa de los cañonazos. Los disparaban en alta mar. No vi fogonazos. No vi nada. Tan sólo esas detonaciones a largos intervalos por entre la niebla del Atlántico.

—He leído algo en los periódicos de esta mañana. Creo que los guardacostas hacían prácticas de tiro.

—No, no —repuso la solterona indiferente—. Todo el mundo sabe de qué se trata. Era Ragnar Danneskjóld, a quien los guardacostas intentan capturar.

—¿Ragnar Danneskjóld en la bahía de Delaware? —jadeó una de las señoras.

—¡Oh, sí! Y dicen que no es la primera vez.

—¿Consiguieron atraparlo?

—No.

—Nadie puede con él —declaró uno de los caballeros.

—El Estado popular de Noruega ha ofrecido un millón de dólares por su cabeza.

—Es mucho dinero por una cabeza de pirata.

—¿Cómo esperar que reinen el orden y la seguridad en el mundo o que puedan hacerse proyectos para el futuro mientras un pirata anda suelto por los siete mares?

—¿Sabéis de qué se apoderó anoche? —preguntó la solterona—. Del enorme barco de suministros de urgencia que enviábamos al Estado popular de Francia.

—¿Y qué hace con las mercancías robadas?

—¡Ah…! Nadie lo sabe.

—Cierta vez conocí a un marinero de un barco atacado por él, que pudo verlo en persona. Me dijo que Ragnar Danneskjold tiene el pelo dorado y el rostro más horrible de la tierra; un rostro que no refleja sentimiento alguno. Según el marinero, si alguien nació sin corazón, es ese hombre.

—Un sobrino mío vio el barco de Ragnar Danneskjold cierta noche, frente a las costas de Escocia. Me escribió que seguía sin poderse convencer. Era un barco mejor que cualquiera de los que pueda tener el Estado popular inglés.

—Dicen que se oculta en un fiord noruego, donde nadie podría encontrarlo. Fue utilizado por los vikingos durante la Edad Media.

—También existe una recompensa ofrecida por el Estado popular de Portugal. Y otra por el Estado popular da Turquía.

—Dicen que en Noruega le dan carácter de escándalo nacional. Ese hombre procede de una de las mejores familias del país. Se arruinó hace muchas generaciones, pero su apellido sigue siendo de los más nobles. Las ruinas del castillo de sus antepasados existen todavía. El padre de Ragnar es obispo anglicano. Lo ha desheredado y excomulgado, pero sin conseguir que cambie.

—¿Sabíais que Ragnar Danneskjold se educó en nuestro país? Sí. Sí. De veras. En la Universidad Patrick Henry.

—¿Es posible?

—¡Oh, sí! Podéis comprobarlo.

—Lo que más me preocupa es… que aparezca en nuestras propias aguas. A mi modo de ver, cosas así sólo pueden suceder en parajes desolados, como en Europa. Pero que un fuera de la ley opere en Delaware y en plena época actual, resulta inadmisible.

—También le han visto frente a Nantucket. Y en Bar Harbor. Pero se ha rogado a los periódicos que no hablen de ello.

—¿Por qué?

—Porque no quieren que la gente se entere de que la Marina no puede con él.

—No me gusta. Es una cosa rara. Parece algo de épocas tenebrosas. Dagny levantó la mirada. Francisco d'Anconia se encontraba a pocos pasos de distancia, observándola con una especie de viva curiosidad y una expresión burlona en los ojos.

—¡En qué mundo más extraño vivimos! —exclamó la solterona en voz baja.

—He leído un artículo —manifestó otra de las señoras, indiferente —en el que se decía que los tiempos agitados son buenos. Que es beneficioso que la gente se empobrezca. Que aceptar las privaciones constituye una virtud moral.

—Así lo supongo yo también —repuso otra, sin convicción.

—No hemos de preocuparnos. He oído decir en un discurso que resulta inútil preocuparse o condenar a nadie, porque nadie puede evitar sus actos, son los hechos los que nos forman. No podemos alterar nuestra existencia. Hemos de aprender a soportarla.

—¿De qué serviría lo contrario? ¿Cuál es el destino del hombre? ¿Acaso no consistió siempre en esperar y en conseguir nada? Los seres prudentes no intentan siquiera esperar.

—Me parece una actitud muy razonable.

—No lo sé… no sé ya lo que es razonable… ¿Cómo podríamos saberlo?

—Desde luego. ¿Quién es John Galt?

Dagny se volvió bruscamente y alejóse de ellos. Una de las señoras la siguió.

—Yo lo sé —le dijo en el tono suave y misterioso de quien comparte un secreto.

—¿Qué es lo que sabe?

—Sé quién es John Galt.

—¿Quién es? —preguntó Dagny deteniéndose, presa de repentino interés.

—Conozco a alguien que conoció a John Galt en persona. Un viejo amigo de una tía-abuela mía. Estaba allí y lo vio suceder. ¿Conoce la leyenda de la Atlántidá, Miss Taggart?

—¿Cómo?

—De la Atlántidá.

—Pues… un poco.

—Las Islas Benditas las llamaron los griegos hace miles de años. Decían que la Atlántidá era un lugar donde héroes-espíritus vivían en una felicidad desconocida para el resto de la tierra. Un lugar donde sólo podían penetrar las almas de los héroes. Llegaban allí sin morir, porque llevaban consigo el secreto de la vida. La Atlántidá quedó perdida para la humanidad. Pero los griegos sabían que había existido y trataron de encontrarla. Algunos afirmaban que se hallaba hundida en el corazón de la tierra; pero para la mayoría era una isla. Una isla radiante situada en el Océano Occidental. Quizá en lo que estaban pensando fuese en América. Nunca la encontraron y durante muchos siglos los hombres dijeron que era sólo una leyenda. Pero aun así, nunca cesaron de buscarla, porque sabían que se trataba de un objetivo ineludible.

—Bien, ¿y ese John Galt…?

—La encontró.

—¿Quién era? —preguntó Dagny, perdido ya todo interés.

—John Galt fue un millonario; un hombre de riqueza incalculable. Cierta noche se encontraba en su yate en mitad del Atlántico, capeando la peor tormenta que se hubiera abatido jamás sobre el mundo, cuando encontró la isla. La vio en las profundidades, donde se había hundido para escapar a la codicia de los hombres. Vio las torres de la Atlántidá resplandeciendo en el fondo marino. Se trata de una visión tan prodigiosa, que quien la disfruta ya no desea mirar otra vez a la tierra. John Galt hundió adrede su barco, yéndose al fondo con toda la tripulación. Mi amigo fue el único superviviente.

—¡Qué extraordinario!

—Mi amigo lo vio con sus propios ojos —continuó la mujer, ofendida—. Ocurrió hace años y la familia de John Galt ocultó la historia.

—¿Y qué ha pasado con su fortuna? No recuerdo haber oído hablar nunca de ella.

—Se hundió con el barco —añadió la dama, agresiva—. Pero no es preciso que lo crea, si no quiere.

—Miss Taggart no lo cree —dijo Francisco d'Anconia—. Pero yo sí. Se volvieron. Las había seguido y ahora las miraba con insolente y exagerada atención.

—¿Ha tenido alguna vez fe en algo, señor d'Anconia? —preguntó la dama, colérica.

—No, madame.

Se echó a reír, al verla retirarse bruscamente. Dagny dijo con frialdad:

—No veo la gracia por ninguna parte.

—Esa insensata mujer no sabe que te estaba contando la verdad.

—¿Supones que voy a creerlo?

—No.

—Entonces, ¿por qué lo encuentras divertido?

—¡Oh! Muchas cosas resultan divertidas, ¿no crees?

—No.

—Esta es una de ellas, precisamente.

—Francisco, ¿quieres dejarme en paz?

—¿No te has dado cuenta de que fuiste la primera en hablarme esta noche?

—¿Por qué no cesas de observarme?

—Por curiosidad.

—¿Acerca de qué?

—De tu reacción hacia cosas que no te parecen graciosas.

—¿Por qué han de preocuparte mis reacciones?

—Es mi manera de divertirme; y a propósito, no creo que tú te diviertas, ¿verdad, Dagny? Por otra parte, eres la única mujer digna de contemplar en la reunión.

Ella permaneció desafiadoramente rígida, porque el modo en que la estaba mirando exigía una actitud de tal género. Se mantuvo tensa y fría, con la cabeza muy levantada, al modo poco femenino de un director de Empresa. Pero el hombro desnudo traicionaba la fragilidad de su cuerpo, bajo el vestido negro, mostrándola como una auténtica mujer. Su fuerza y su orgullo constituían un desafío hacia la fortaleza superior de alguien; pero al propio tiempo su fragilidad recordaba que dicho desafío podía ser quebrantado. Ahora bien; no se sentía consciente de ello ni nunca había encontrado a nadie capaz de comprenderlo.

Contemplando su cuerpo, Francisco exclamó:

—Dagny, ¡qué cosa tan magnífica se está desperdiciando!

Tuvo que volverse y escapar. Por vez primera en muchos años, sintió sonrojo; había comprendido súbitamente que, con aquella frase, Francisco acababa de expresar lo que ella venía sintiendo durante toda la velada,

Intentó no pensar. La detuvo el repentino fragor de la radio. Vio cómo Mort Liddy, que acababa de ponerla en marcha, agitaba los brazos hacia un grupo de amigos, gritando:

—¡Aquí está! ¡Ya lo tengo! ¡Quiero que lo escuchéis!

La oleada de sonidos pertenecía a los acordes nupciales del Cuarto Concierto de Halley. Se elevaban en torturado grito de triunfo expresando su negativa del dolor, cual el himno de una distante visión. Luego las notas se quebraron, como si alguien les hubiera arrojado un puñado de fango y de piedras, y lo que siguió fue tan sólo un rumor sincopado, lleno de bruscos rebotes. El Concierto de Halley había sido convertido en música popular. La melodía quedaba desgarrada y por los orificios se escapaba un hipo estrepitoso. Aquella gran declaración de gozo no era ahora más que un murmullo de risas de bar. Sin embargo, las frases musicales inspiradas en Halley seguían dando forma a la composición, sosteniéndola como una espina dorsal inconmovible.

—¿No os gusta? —preguntó Mort Liddy sonriendo a sus amigos, jactancioso y excitado —. Es bonita, ¿verdad? La mejor música del año para una película. Me dieron un premio. Y además conseguí un buen contrato. Sí. Ésta es mi música para «El cielo en vuestro corral».

Dagny miró hacia la sala, como si un sentido pudiera reemplazar a otro y la vista fuese capaz de substituir los sones. Movió la cabeza en un lento círculo, tratando de encontrar un ancla salvadora. Vio a Francisco reclinado contra una columna, con los brazos cruzados, mirándola fijamente y sonriendo.

«No debo temblar de este modo —pensó—. He de irme de aquí.» Notaba la proximidad de una ira incontrolable. «No digas nada —siguió pensando—. Camina con aplomo. Abandona el salón.»

Había empezado a andar con precaución, muy lentamente. Al oír las palabras de Lillian, se detuvo. Lillian las había pronunciado muchas veces durante aquella noche, en respuesta a la misma pregunta, pero era la primera vez que Dagny las oía.

—¿Esto? —decía, extendiendo el brazo adornado con la pulsera de metal para que dos encopetadas damas pudieran examinarla—. No. No lo he comprado en ninguna bisutería barata. Se trata de un regalo muy especial de mi marido, ¡Oh, sí! Desde luego es muy fea, pero, ¿saben ustedes?, tiene un valor inapreciable. Desde luego, la cambiaría sin pensarlo un momento por un vulgar brazalete de diamantes, pero nadie me ofrecerá un trato así aun cuando tenga tanto valor. ¿Por qué? Muy sencillo, queridas. Es lo primero que se ha fabricado con metal Rearden.

Dagny no veía la sala ni escuchaba la música. Notaba la presión de una fría calma en sus oídos. Había olvidado los momentos precedentes y no supo nada de los que siguieron. No se daba cuenta de las personas que figuraban en la reunión, ni de sí misma, ni de Lillian, ni de Rearden, ni tampoco del significado de sus propias acciones. Fue un instante único, desprovisto de contenido. Había escuchado unas palabras y ahora miraba el brazalete de metal azul verdoso.

Notó su propio movimiento al quitarse algo de la muñeca y escuchó su propia voz, al decir en medio de una calma absoluta; una voz fría como un esqueleto, desprovista de toda emoción:

—Si no es usted tan cobarde como creo, lo cambiará por esto.

En la palma de la mano ofrecía a Lillian su brazalete de diamantes.

—¿No hablará usted en serio, Miss Taggart? —preguntó una voz de mujer.

Pero no era la de Lillian. Ésta la miraba fijamente, comprendiendo que en efecto, hablaba en serio.

—Deme ese brazalete —propuso Dagny, levantando un poco la mano con la pulsera resplandeciendo en ella.

—¡Es horrible! —gritó una mujer.

Y resultó extraño que aquel grito sonara de manera tan clara. Dagny se dio cuenta de que los rodeaban muchas personas y de que todos guardaban silencio. Percibía algún sonido, incluso la música del mutilado Concierto de Halley fluyendo en la distancia.

Vio la cara de Rearden y se dijo que algo en el interior de éste había quedado destrozado también, como la música, aunque no podía imaginar qué. Los miraba a todos.

La boca de Lillian se movió hasta formar un leve semicírculo ascendente, que pretendía semejar una sonrisa. Abrió el brazalete de metal, lo dejó caer en la mano de Dagny y tomó el de diamantes.

—Gracias, Miss Taggart —dijo.

Los dedos de Dagny se cerraron sobre el metal. Notó su contacto. No sentía ninguna otra cosa, aparte del mismo.

Lillian se volvió. Rearden se había acercado a ella. Tomando el brazalete de diamantes, se lo puso en la muñeca. Luego se llevó la mano a sus labios, sin mirar a Dagny.

Lillian se rió, alegre y seductora, devolviendo su tono anterior a la reunión.

—Cuando cambie de idea, puede reclamármelo, Miss Taggart —dijo. Pero Dagny se había vuelto. Sentíase tranquila y libre. La presión había desaparecido. El deseo de escapar no la agobiaba ya.

Apretó el brazalete que ahora llevaba en la muñeca. Le gustaba sentir su contacto en la piel. Inexplicablemente, experimentó un toque de vanidad femenina, como nunca le ocurriera hasta entonces; el deseo de ser vista luciendo aquel ornamento especial.

De la distancia le llegaron retazos de voces alteradas: «La cosa más ofensiva que he visto… fue indigno… me alegro de que Lillian aceptara… es muy propio de ella, tirar miles de dólares…»

Durante el resto de la velada, Rearden se mantuvo junto a su esposa, compartiendo su conversación y riendo con sus amigos, súbitamente devoto, atento y admirativo.

Atravesaba la estancia llevando una bandeja con bebidas solicitadas por alguien en el grupo de Lillian, acto intrascendente, pero que nadie le había visto realizar hasta entonces —cuando Dagny se le acercó, mirándolo cual si estuvieran solos en su despacho. Mantenía la cabeza erguida, casi con severidad. Él la miró también. Bajo dicha mirada, su cuerpo quedó desnudo desde las puntas de los dedos hasta el rostro, exceptuando el brazalete de metal.

—Lo siento, Hank —dijo—. Pero tuve que hacerlo.

Los ojos de Rearden seguían inexpresivos. Sin embargo, Dagny intuyó bruscamente sus sentimientos: le hubiera gustado abofetearla.

—No era necesario —respondió fríamente, al tiempo que continuaba su marcha.

* * *

Era ya muy tarde cuando Rearden entró en el dormitorio de su esposa. Ella seguía despierta— La lámpara de su mesilla de noche estaba encendida.

Lillian aparecía recostada sobre almohadones de tela verde pálido. La chaqueta de su pijama era de seda verde pálido y la llevaba con la impecable perfección de una modelo: sus pliegues lustrosos daban la sensación de estar envueltos aún en papel de seda. La luz, matizada hasta un tono similar al de un florecer de manzanos, caía sobre la mesa en la que reposaba un libro, junto a un vaso de jugo de frutas y utensilios de toilette, y la plata resplandecía como el acero bruñido de un instrumental de cirujano. Los brazos de Lillian tenían un tinte de porcelana. En su boca quedaba una leve traza de pálido lápiz labial. No demostraba cansancio alguno después de la fiesta, ni señal de que su vitalidad se hubiera visto menguada. Aquel dormitorio era una exhibición decorativa, dispuesta para una dama a quien no debía molestarse en su sueño.

Rearden llevaba aún su traje de etiqueta; pero su lazo estaba deshecho y un mechón de pelo le caía sobre la cara. Ella lo contempló sin entusiasmo, como si supiera lo que la última hora de soledad había operado en él.

Rearden la miró en silencio. Llevaba mucho tiempo sin entrar en aquel cuarto. Se quedó en pie, deseando no haberlo hecho.

—¿Acaso has perdido la costumbre de hablar, Henry?

—Si tú lo deseas…

—Me gustaría que uno de tus brillantes técnicos echara una ojeada a la caldera de la calefacción. ¿Sabes que se apagó durante la fiesta y que Simmons tuvo muchas dificultades para hacerla funcionar otra vez?… Mistress Weston dice que lo mejor de esta casa es la cocina; la entusiasmaron los entremeses… Balph Eubank expresó algo muy divertido acerca de ti. Según él eres un cruzado que lleva como cimera una chimenea de fábrica en vez de una pluma… Me alegro de que no simpatices con Francisco d'Anconia. No lo puedo soportar.

Él no se preocupó de explicar su presencia en el cuarto, ni de disimular su sentido de derrota, ni tampoco de admitirlo, marchándose. De pronto, empezó a no importarle en absoluto lo que ella adivinara o sintiera. Se acercó a la ventana y se quedó mirando al exterior.

«¿Por qué se habría casado con él?», pensaba. Era una pregunta que no se le ocurrió el día de su boda, ocho años atrás. Pero desde entonces, en sus momentos de torturada soledad, se la había formulado en numerosas ocasiones, aunque sin encontrar respuesta.

No fue un asunto de posición o de dinero. Ella procedía de una vieja familia. Pero su apellido no figuraba entre los más distinguidos, y su fortuna era modesta, aunque suficiente para darle acceso a los más altos círculos de la sociedad neoyorquina, donde él la conociera. Nueve años atrás, Rearden apareció en Nueva York como una explosión, envuelto en el halo de su éxito con el acero Rearden; un éxito considerado imposible por los expertos de la ciudad. Era precisamente su indiferencia lo que hacía más* espectacular dicho triunfo. No supo que todos esperaban verle intentar la conquista de un puesto en aquella sociedad, regocijándose de antemano ante la idea de su fracaso. Pero no tuvo tiempo para observar la decepción de aquellas gentes.

Asistió de mala gana a unos cuantos acontecimientos sociales, a los que fue invitado por quienes solicitaban su favor. No supo, pero sí lo supieron los demás, que aquellas cortesías eran interpretadas como condescendencia hada la gente que había imaginado poder chasquearle; la gente según la cual, la era de los triunfos espectaculares había pasado ya.

Lo que le atrajo de Lillian fue su austeridad; o mejor dicho, el contraste entre dicha austeridad y su conducta. Jamás había sentido cariño hacia nadie, ni esperaba que lo sintieran hacia él. Quedó cautivado por el espectáculo de una mujer que evidentemente lo perseguía, aunque con una clara desgana, como forzando su voluntad o como si luchara contra un deseo que lamentaba interiormente. Fue Lillian la que planeó el encuentro, enfrentándose luego a él, fríamente, como si no le importara que se diese cuenta. Hablaba poco y tenía un aire misterioso cual convencida de que él nunca podría penetrar su orgulloso aislamiento. Al propio tiempo expresaba una ironía semejante más bien a una burla de su propio deseo y del de él.

Rearden no había conocido a muchas mujeres. Se acerco a su objetivo, apartando todo lo que no perteneciera al mismo, tanto del mundo como de su persona. Su constante persistencia en el trabajo venía a ser algo así —como un fuego que quemara todos los elementos menores, todas las impurezas contenidas en un blanco arroyuelo de metal fundido. Era incapaz de preocuparse por cosas secundarias. Pero, en ocasiones, experimentaba un súbito acceso de deseo tan violento, que no podía ceder ante un encuentro casual. Se había rendido al mismo, en ciertas ocasiones, a través de los años, con mujeres que creyó le gustaban. Pero luego sintió un irritado vacío, porque había anhelado un acto de triunfo, aunque sin saber de qué naturaleza, y la respuesta sólo fue un placer aceptado con indiferencia por parte de aquellas mujeres. Lo ganado no tenía significado alguno. Le dejaba no un sentimiento de plenitud, sino de autodegradación. Conforme pasó el tiempo, fue aborreciendo dicho deseo y luchó contra él Llegó a creer que se trataba de algo puramente físico; no producto de la conciencia, sino de lo material, y se rebeló contra la idea de que su carne tuviera libertad para escoger y que dicha elección fuera independiente de su espíritu. Había pasado la vida en minas y fundiciones, dando forma a sus deseos, gracias a la claridad de su cerebro, y consideraba intolerable no poder dominar su propio cuerpo. Batalló firmemente. Había ganado numerosas batallas contra la materia inanimada, pero ésta la perdió.

Era la dificultad de la conquista lo que le hacía desear a Lillian. Ella parecía esperar un pedestal y aquella idea avivaba su deseo de arrastrarla hacia él, confiriéndole un obscuro placer; el sentimiento de una victoria digna de obtenerse.

No podía comprender la causa —la atribuyó a un obsceno conflicto interior; a señal de alguna secreta depravación anímica —por la que sentía también profundo orgullo al pensar en que iba a conferir a una mujer el título de esposa suya. Aquella perspectiva tenía solemnidad y brillantez, como si pretendiera honrar a una mujer por el acto de hacerla suya. Lillian parecía representar la imagen que nunca creyó estar deseando encontrar; vio en ella gracia, orgullo y pureza; lo demás descansaba en sí mismo; no se dio cuenta que contemplaba tan sólo un reflejo.

Recordaba el día. en que Lillian fue desde Nueva York a visitarlo en su despacho, por repentina iniciativa personal, pidiéndole que le enseñara las fundiciones. Escuchó su voz suave y contenida, en tono de profunda admiración, cuando le preguntó acerca de su trabajo, mientras contemplaba lo que él le iba mostrando. Miró su graciosa figura, recortándose contra las llamaradas de los hornos, y escuchó el ligero y rápido rumor de sus altos tacones al pisar sobre escorias, mientras caminaba resueltamente a su lado. La expresión de sus ojos, cuando veía verterse la carga de un horno, venía a ser igual a los propios sentimientos de Rearden, que de aquel modo se materializaban ante él. Al mirarlo de frente, dicha expresión se intensificaba hasta un grado que la hacía parecer indefensa y muda. Fue durante la cena de aquella noche cuando le preguntó si quería casarse con él.

Luego de celebrada la ceremonia, tardó algún tiempo en admitir la tortura que aquella unión representaba. Recordaba la noche en que dicha tortura quedó patente y hubo de decirse, con las venas de las muñecas tirantes, mientras, en pie junto a la cama, miraba a Lillian, que merecía su castigo y que tendría que soportarlo. Lillian no lo miraba; estaba atenta a arreglarse el cabello. «¿Podré dormir, ahora?», le preguntó.

Nunca se había opuesto a él ni le rehusó nada; se sometió siempre que quiso, pero cual si cumpliera con un deber que obligaba a convertirse, de vez en cuando, en objeto inanimado, dispuesto para el uso del marido.

No lo censuraba. Le mostraba claramente que, a su modo de ver, los hombres tienen instintos repulsivos, que constituyen la parte más secreta y desagradable del matrimonio. Era condescendiente y tolerante, y sonreía con una especie de irónico disgusto, ante la intensidad de Hank en tales experiencias. «Es el pasatiempo más indigno que conozco —le dijo en cierta ocasión—, pero en realidad nunca abrigué la ilusión de que el hombre fuera superior a los animales.»

El deseo que sentía de ella se enfrió y murió durante la primera semana de su matrimonio, quedando tan sólo una necesidad que no podía eludir. Jamás había visitado una casa de mala nota; pero a veces pensaba que, si lo hiciera, el aborrecimiento que sentiría hacia sí mismo no sería peor que el que experimentaba al penetrar en el dormitorio de su mujer.

Con frecuencia la encontraba leyendo un libro. Al verle, lo dejaba, poniendo una marca entre las páginas. Más tarde, mientras él permanecía exhausto, con los ojos cerrados, respirando con fuerza, volvía a encender la luz, tomaba el libro y continuaba su lectura.

Rearden se decía que aquella tortura le estaba bien empleada. En ciertas ocasiones se había propuesto no volver a tocarla, pero nunca pudo mantener su decisión. Se despreciaba. Aborrecía una necesidad desprovista ya de goce y significado, reducida a la simple necesidad del cuerpo anónimo de una mujer, a la que tenía que olvidar mientras estaba con ella. Llegó a la convicción de que tal necesidad era un sentimiento depravado.
*

No reprochaba nada a Lillian. Sentía hacia ella un horrible e indiferente respeto. El odio hacia su propio deseo le había hecho aceptar la convicción de que las mujeres eran puras, y de que una mujer pura es incapaz del placer físico.

En la quieta agonía de aquellos años existió algo que nunca se permitió considerar a fondo: la probabilidad de ser infiel. Había dado su palabra y trataba de cumplirla. No era lealtad hacia Lillian; no era la persona de ésta la que intentaba preservar del deshonor, sino la persona de su esposa.

Pensaba en ello ahora, en pie ante la ventana. No había deseado entrar allí y estuvo esforzándose por no hacerlo. Resistió más encarnizadamente que nunca, sabiendo la razón particular por la que aquella noche le era imposible evitarlo. Luego, al verla, comprendió súbitamente que no se acercarla a ella. El motivo que lo atrajo era el mismo que ahora hacía imposible tal proximidad.

Permaneció tranquilo, libre de deseo, notando el desabrido alivio de su indiferencia hacia aquel aposento y a cuanto contuviera. Daba la espalda a Lillian para no ser testigo de su brillante y bruñida castidad. Creyó que debería sentir respeto, pero sólo experimentaba repulsión.

—… el doctor Pritchett dijo que nuestra cultura está desapareciendo porque las Universidades dependen de las limosnas de los industriales carniceros, de los magnates del acero y de los fabricantes de cereales para desayunos.

¿Por qué se habría casado con él? Aquella voz limpia y brillante no sonaba sin motivo. Lillian sabía muy bien por qué había entrado. Sabía cuáles iban a ser los efectos de verla tomar una bandejita de plata y seguir hablando animadamente, mientras se pulía las uñas. Continuó sus comentarios acerca de la fiesta, pero no mencionó a Bertram Scudder ni a Dagny Taggart.

¿Por qué se había empeñado en casarse con él? Notó en su actitud la presencia de un frío y decidido propósito, pero no supo por qué condenarla. Nunca intentó valerse de él ni le había solicitado nada. No encontraba satisfacción en el prestigio de un poderío industrial que aborrecía, prefiriendo su propio círculo de amigos. No buscaba el dinero, ya que gastaba muy poco, y era indiferente a la clase de extravagancias que él le hubiera podido permitir. No tenía derecho a acusarla, pero tampoco a quebrantar su lazo de unión. Dentro de su matrimonio, era una mujer honorable, que nada material pedía de él.

Se volvió y la miró con aire fatigado.

—La próxima vez que des una fiesta —le dijo—, limítate a tu propio Circulo. No invites a quienes crees que son amigos míos. No tengo deseo alguno de encontrármelos en casa.

Se echó a reír, asombrada y complacida.

—No te lo recrimino, querido —declaró. Hank abandonó la habitación sin añadir palabra.

¿Qué deseaba de él? ¿Qué perseguía? Pero ni en todo el universo hubiera podido hallar una respuesta.

CAPÍTULO VII

EXPLOTADORES Y EXPLOTADOS

Los ríeles ascendían por entre los peñascos, hacia las torres extractoras, y éstas apuntaban al cielo. Dagny se hallaba en el puente, contemplando la colina, en cuyo punto más alto el sol hería un pedazo de metal haciéndolo resplandecer cual una blanca antorcha, encendida en la nieve, sobre las instalaciones de la compañía petrolífera Wyatt.

Pensó que, hacia la primavera, los ríeles saldrían al encuentro de la línea que iba creciendo en aquella dirección desde Cheyenne. Siguió con la mirada los trazos paralelos, de un verde azulado, que descendían partiendo de las torres, cruzaban el puente y se alejaban. Volvió la cabeza para seguir su curso, a través de millas de aire claro. Formaban amplias curvas en las laderas de las montañas, hasta el final del nuevo trazado, donde una grúa locomotora, semejante a un brazo formado por huesos y nervios, se movía tensa, destacando contra el cielo.

Un tractor pasó muy cerca, cargado con tornillos verde azul. El sonido de las máquinas perforadoras venia desde abajo como un temblor continuo; hombres colgados de cables metálicos cortaban la dura piedra en las paredes del cañón, para reforzar los soportes del puente. A lo lejos, en la vía, pudo ver a obreros trabajando; sus brazos estaban tensos por el esfuerzo, mientras aferraban las empuñaduras de los aparatos con que aseguraban las traviesas.

«Músculos, Miss Taggart —le había dicho Ben Nealy, el contratista—. Músculos. Sin ellos no se puede construir nada en el mundo.»

No parecía existir un contratista semejante a McNamara. Había tenido que valerse del mejor. No podía confiar en ningún ingeniero de la firma Taggart para que supervisara la tarea, porque todos se mostraban escépticos acerca del nuevo metal. «Con franqueza, Miss Taggart —le había dicho el ingeniero-jefe—, como se trata de un experimento que nadie ha puesto en práctica hasta ahora, no me parece razonable cargar con semejante responsabilidad.» «La responsabilidad es mía», le había contestado Dagny. Era un hombre de cuarenta y tantos años, que aún conservaba los modales francos y espontáneos de la universidad en que se había graduado. En otros tiempos, la «Taggart Transcontinental» tuvo un ingeniero-jefe silencioso, de cabello gris, alto, educado, sin rival en ninguna compañía ferroviaria. Pero presentó su dimisión cinco años antes.

Miró hacia el puente, desde aquella esbelta pasarela de metal, tendida sobre una garganta de casi quinientos metros abierta en la montaña. En el fondo pudo distinguir la pálida huella de un río seco, con peñascos y árboles contorsionados por el paso de los siglos. Se preguntó si aquellos peñascos, los troncos de los árboles y los músculos humanos hubieran podido por sí solos tender aquel puente. Se preguntó por qué pensaba repentinamente en que los hombres de las cavernas vivieron desnudos, durante siglos, en el fondo de aquel barranco.

Miró los campos petrolíferos Wyatt. La vía se dispersaba en múltiples apartaderos por entre los pozos. Distinguió los pequeños discos de las señales, destacando en la nieve. Eran palancas metálicas, de la misma clase de las que aparecían a millares por todo el país, sin que nadie se fijara en ellas; pero aquéllas brillaban bajo el sol, despidiendo destellos de un verde azulado. Habían significado para ella horas y horas de hablar con

paciencia, tratando de alcanzar aquel escurridizo objetivo que era la personalidad de míster Mowen, presidente de la Compañía de Señalización Ferroviaria de Connecticut.

—¡Pero, Miss Taggart; mi querida Miss Taggart! Mi compañía lleva sirviendo a la suya varias generaciones. Su abuelo fue el primer cliente del mío. No puede usted dudar de nuestro deseo de servirla en cuanto quiera. Pero… ¿ha dicho palancas fabricadas con metal Rearden?

—Sí.

—Miss Taggart, considere lo que significa tener que trabajar con dicho material. ¿Se da cuenta de que no se funde a menos de cuatro mil grados?… Dice que es excelente. Quizá sí para fabricantes de motores, pero significa crear un nuevo tipo de horno y nuevos procesos de fabricación. Habrá que adiestrar hombres, modificar horarios, cambiar disposiciones de trabajo… variarlo todo, sin saber a ciencia cierta lo que vamos a sacar de ello… ¿Cómo está tan segura, Miss Taggart? ¿Cómo puede saberlo si hasta ahora nunca se hizo?… No. La verdad es que no acabo de convencerme de que se trate de un producto genial y no de un fraude, como aseguran muchos. Muchos, Miss Taggart… No puedo afirmar que importe en un sentido o en otro, pero, ¿quién soy yo para aceptar la responsabilidad de una tarea semejante?

Dagny había doblado el precio de su oferta. Rearden envió a dos metalúrgicos para que adiestraran a la gente de Mowen y les explicaran cada uno de los pasos del proceso, pagando los salarios de tales hombres mientras eran preparados.

Miró los pernos que sujetaban los rieles, rememorando aquella noche en que se enteró de que la «Summit Casting» de Illinois, única compañía dispuesta a fabricarlos con metal Rearden, había quebrado, con la mitad del pedido sin entregar aún. Tomó el avión hacia Chicago y sacó literalmente de la cama a tres abogados, un juez y un legislador del Estado, sobornando a dos de ellos y amenazando a los demás, hasta obtener un documento que significaba el permiso urgente de una acción que hasta entonces nadie se había atrevido a adoptar. Hizo abrir las puertas cerradas a candado de la fábrica «Summit Casting» y la muchedumbre de obreros a medio vestir formó una masa gris ante los hornos, al hacerse de día. Dichos obreros siguieron trabajando bajo el mando de un ingeniero de la casa Taggart y de un metalúrgico de la Rearden. Gracias a ello, la reconstrucción de la línea Río Norte no se interrumpió.

Escuchó el trepidar de las perforadoras. La tarea hubo de aplazarse en cierta ocasión, al tener que suspenderse la colocación de los soportes del puente.

—No he podido evitarlo, Miss Taggart —le dijo Ben Nealy, ofendido—. Sabe usted muy bien cómo se desgastan los taladros. He pedido recambios, pero la «Incorporated Tool» tiene dificultades que no es posible soslayar. La «Associated Steel» ha retrasado su entrega de acero y no tenemos más remedio que armarnos de paciencia. De nada serviría disgustarse, Miss Taggart. Estoy haciendo lo posible.

—Lo he contratado para que realice una tarea, no para que haga simplemente «lo posible».

—Son palabras bastante duras. Su actitud no es amistosa, Miss Taggart. No. En absoluto…

—Olvídese de la «Incorporated Tool». Olvídese del acero. Haga fabricar taladros con Metal Rearden.

—Ya me ha dado bastantes quebraderos de cabeza ese dichoso material. No quiero utilizarlo en el equipo.

—Un taladro de metal Rearden durará tres veces más que uno de acero ordinario.

—Tal vez.

—Le ordeno que efectúe un pedido.

—¿Y quién lo pagará?

—Yo.

—¿Quién aceptará dicho pedido?

Dagny telefoneó a Rearden y éste encontró un taller abandonado desde bastante tiempo atrás. Al cabo de una hora lo había adquirido a los parientes de su último dueño, y un día después empezaba a funcionar. Transcurrida una semana, taladros de metal Rearden eran entregados en el emplazamiento de las obras.

Contempló el puente. Representaba un problema mal solucionado, pero tenía que aceptarlo. Los trescientos cincuenta metros de acero tendidos a través de la negra cañada en los días del hijo de Nat Taggart, habían ido perdiendo su total seguridad, y aunque reforzados con parches de acero, de hierro y de madera, apenas si podían considerarse dignos de la menor confianza. Había pensado tender otro puente de metal Rearden, y había pedido al ingeniero-jefe que le preparase un proyecto y presupuesto. El boceto era similar al de un puente de acero simplificado para adaptarlo a la mayor fortaleza del nuevo metal; pero el elevado coste hacía imposible su construcción.

—Le ruego me perdone, Miss Taggart —había dicho el ingeniero, pesaroso— No sé lo que pretende decirme cuando asegura que no he sabido utilizar ese metal. El diseño es una adaptación de los mejores puentes conocidos. ¿Qué otra cosa podía esperar?

—Un nuevo método de construcción.

—¿Qué significa eso de un nuevo método?

—Significa que cuando se posee acero estructural no se le usa para construir copias de puentes de madera —y añadió con expresión cansada—: ¡Dígame cuanto necesitamos para que el viejo puente subsista otros cinco años!

—De acuerdo, Miss Taggart —respondió el ingeniero, más alegre—. Si se le reforzara con acero…

—Lo reforzaremos con metal Rearden. *

—Bien, Miss Taggart —convino el otro, fríamente.

Contempló las montañas cubiertas de nieve. En Nueva York su trabajo resultaba duro. A veces se paraba en mitad de su despacho, paralizada por la desesperación, ante la rigidez de un tiempo que le era imposible alargar más. Ciertos días las entrevistas urgentes se sucedían una a otra. Era preciso discutir sobre motores «Diesel» ya gastados, sobre vagones de mercancías medio deshechos, sobre sistemas de señales que funcionaban mal, o sobre ingresos frustrados, y todo ello sin perder nunca de vista las últimas contrariedades en la construcción de la línea Río Norte. Hablaba sin apartar nunca de su imaginación aquellos dos trazos de metal gris azulado que parecían obsesionarla. Interrumpía las discusiones porque, de repente, cierta noticia la había perturbado y, tomando el teléfono, ponía una conferencia para llamar al contratista y decirle: «¿De dónde proceden los víveres para sus hombres?… Bien. Bien. Barton y Jones, de Denver, quebraron ayer. Es preciso encontrar en seguida otro aprovisionador si no quiere que se declare el hambre.» Había estado construyendo la línea desde su despacho de Nueva York. Todo le pareció al principio muy difícil, pero ahora podía contemplar cómo aquélla se iba alargando progresivamente. Quedaría terminada en la fecha prevista.

Se volvió al oír fuertes y rápidas pisadas. Un hombre se acercaba por la vía. Era alto y joven, llevaba descubierta la cabeza, mostrando su pelo negro, bajo el aire frío, y vestía chaqueta de cuero, pero no parecía un trabajador corriente. Su actitud era demasiado segura y llena de aplomo. No pudo reconocer su cara hasta que estuvo más cerca. Tratábase de Ellis Wyatt, a quien no había vuelto a ver desde aquella entrevista en su despacho.

Se acercó, se detuvo y la miró sonriendo.

—Hola, Dagny —dijo.

En una repentina oleada de emoción, ella comprendió todo cuanto intentaba expresar con aquellas dos palabras: olvido, comprensión y aprobación. Y además un saludo.

Se echó a reír como una niña, feliz, porque las cosas adoptaban un aire tan agradable.

—Hola —le respondió, tendiéndole la mano.

La de él la retuvo unos instantes más de lo requerido por un simple apretón, cual una firma estampada bajo un documento en el que ambos estuvieran de acuerdo.

—Diga a Nealy que levante nuevas vallas de contención para la nieve, en una milla y media de distancia sobre el paso Granada —le indicó—. Las que hay están podridas y no resistirán otra tormenta. Mándele un quitanieves nuevo. El que tiene es pura chatarra y no sería capaz de despejar más de un metro. Cualquier día empezará a nevar de firme.

Ella lo contempló un momento.

—¿Cuántas veces hace esto? —le preguntó.

—¿A qué se refiere?

—A lo de vigilar personalmente la tarea.

—De vez en cuando. Cuando tengo tiempo. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Estaba aquí la noche en que se produjo el corrimiento de tierras?

—Sí.

—Me sorprendió la rapidez y perfección con que se dejó expedita la vía. Al recibir el informe, empecé a pensar que Nealy era mejor de lo que había supuesto.

—Pues no es así.

—¿Fue usted el que organizó el sistema de transporte diario de suministros por la vía?

—Desde luego. Sus hombres solían perder la mitad del tiempo buscando los víveres. Dígale que vigile los tanques de agua. Cualquier noche se le van a helar. Procure conseguirle una nueva excavadora. No me gusta la que tiene. Y no pierda de vista su sistema de transmisiones.

Lo contempló un momento.

—Gracias, Ellis —dijo.

Él sonrió y continuó su camino. Dagny lo estuvo mirando mientras atravesaba el puente e iniciaba la ascensión hacia sus pozos de petróleo.

—Se cree el dueño de todo esto.

Se volvió, sobresaltada. Ben Nealy estaba ante ella, señalando a Ellis Wyatt con el pulgar.

—¿De todo esto?

—Sí. Del ferrocarril, Miss Taggart. De su ferrocarril. O quizá del mundo entero,

Ben Nealy era un hombre corpulento, de cara blanda y tristona, y ojos inexpresivos y obstinados. Bajo la claridad azulada de la nieve, su piel adoptaba un tono mantecoso.

—¿Qué diablos hace rondando por aquí? —preguntó—. ¿Cree que nadie entiende esto más que él? Un tipo jactancioso. ¿Quién se habrá creído que es?

—No diga usted majaderías —replicó Dagny sin levantar la voz.

Nealy nunca pudo saber con certeza qué la había impulsado a pronunciar aquellas palabras. Pero hasta cierto punto intuyó algo. Lo más asombroso para Dagny fue observar que no se sorprendía. Que ni siquiera contestaba.

—Vayamos a su oficina —propuso ella con aire cansado, señalando un viejo vagón que destacaba en la distancia—. Habrá allí alguien que pueda tomar unas notas, ¿verdad?

—Respecto a esas traviesas —dijo Nealy apresuradamente, mientras emprendían la marcha—, míster Coleman, de su oficina, las ha encontrado conformes. No cree que la madera tenga demasiada corteza. No comprendo por qué usted…

—He dicho que hay que cambiarlas.

Cuando salió del vagón, exhausta por dos horas de esforzarse en ser paciente, de instruir y de explicar, vio un automóvil detenido en el polvoriento camino. Era un dos asientos negro, resplandeciente y nuevo. Un coche así resultaba sorprendente en aquellos tiempos, porque no se les veía con frecuencia.

Miró a su alrededor y contuvo una exclamación al distinguir la alta figura detenida al pie del puente. Era Hank Rearden. No había esperado encontrarla en Colorado. Parecía absorto en sus cálculos y tenía lápiz y libreta en la mano. Su atavío le llamó la atención, igual que el coche y por idénticos motivos; llevaba una sencilla gabardina y un sombrero con el ala bajada, pero 4e tal calidad, tan evidentemente caros, que semejaban ostentosos entre las toscas ropas de quienes pululaban por allí; más ostentosos todavía por ser llevados con naturalidad.

Corrió hacia él, libre de toda traza de cansancio. Luego recordó que no lo había visto desde la fiesta, y se detuvo.

Al verla, él agitó la mano en complacido y asombrado saludo, y se acercó sonriendo.

—Hola —dijo—. ¿Es su primer viaje a este lugar?

—No. El quinto en tres meses.

—No lo sabía. Nadie me lo ha dicho.

—Siempre creí que acabaría por decidirse.

—¿Decidirme a qué?

—A venir. Es su metal. ¿Qué le parece? Él miró a su alrededor.

—Si alguna vez abandona el negocio de los trenes, avíseme.

—¿Me daría un empleo?

—Siempre que quisiera. Lo contempló un momento.

—Habla usted en broma, Hank. En el fondo, le gustaría verme pedírselo. Tenerme por empleada en vez de cliente. Darme órdenes.

—Sí. Me gustaría.

Con el rostro endurecido, Dagny le advirtió:

—Por su parte no abandone nunca el negocio del acero, porque no podría prometerle un trabajo en mis ferrocarriles.

—No lo intente —dijo él riendo.

—Intentar ¿qué?

—Ganar una batalla cuando soy yo quien pongo las condiciones. Dagny no contestó, asombrada ante lo que aquellas palabras le hacían sentir. No era emoción, sino una sensación de placer físico que no podía identificar ni comprender.

—A propósito —continuó él—. Éste no es mi primer viaje aquí. Estuve ayer.

—¿De veras? ¿Por qué?

—¡Oh! Vine a Colorado para asuntos particulares y quise echar una ojeada.

—¿Qué se propone?

—¿Qué le hace suponer que me propongo algo?

—'No perderla el tiempo viniendo a echar una ojeada a estos lugares. Y menos dos veces. Rearden se echó a reír.

—En efecto —concedió. Y señalando el puente añadió—: Vengo por eso.

—¿Por eso?

—Ese puente debería ser convertido en chatarra.

—¿Cree que no lo he pensado?

—He visto su pedido de metal Rearden para reforzarlo. Es tirar el dinero. La diferencia entre lo que piensa gastar en una compostura de tal género que durará un par de años, y el coste de un nuevo puente con metal Rearden, es relativamente tan pequeña que no comprendo por qué se ha empeñado en conservar esta pieza de museo.

—Ya he pensado en un nuevo puente con metal Rearden, y he pedido a mis ingenieros que me presentaran un presupuesto.

—¿Y qué le han dicho?

—Qué costaría dos millones de dólares.

—¡Cielo Santo!

—¿Y usted qué opina?

—Ochocientos mil.

Lo contempló convencida de que no había hablado sin reflexionar. Intentando aparentar calma, preguntó:

—¿Cómo ha dicho?

—Lo que oye.

Le enseñó su libreta de apuntes, y Dagny pudo ver las enmarañadas anotaciones que la llenaban; las cifras y los toscos diseños. Comprendió su plan antes de que él terminara de explicarlo. No se dio cuenta de que se habían sentado sobre un montón de leña helada y que sus piernas la rozaban haciéndole notar el frío a través de las finas medias. Estaban inclinados sobre unos pedazos de papel que quizá harían posible el paso de miles de toneladas sobre un espacio vacío. La voz de Hank sonaba clara y aguda, mientras se extendía en detalles cerca de empujes, tirones, cargas y presiones. El puente constaría de un solo tramo de treinta y seis metros. Había ideado una nueva clase de armazón, no fabricado hasta entonces, e imposible de obtener excepto con materiales que tuvieran la fuerza y la ligereza del metal Rearden.

—Hank —preguntó Dagny—, ¿ha inventado todo eso en dos días?

—No. ¡Diantre!, lo «inventé» mucho antes de fabricar el metal Rearden. Tuve noción de ello cuando producía acero para puentes. Siempre deseé un metal con el que poder conseguirlo, aparte de otras cosas. Y si he venido ha sido para hacerme cargo por mí mismo de este problema particular.

Se rió por lo bajo al ver el lento movimiento con el que se pasaba las manos por los ojos, y la línea de amargura que se pintó en su boca, cual si intentara destruir aquellas cosas contra las que venía librando tan agotadora y desesperanzada lucha.

—Es sólo un diseño aproximado —explicó Hank—, pero creo que basta para que observe usted de qué se trata.

—Me es imposible expresar todo lo que veo en él, Hank.

—No se preocupe. Lo sé.

—Está salvando por segunda vez a la «Taggart Transcontinental».

—En otro tiempo solía ser usted mejor psicóloga.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué diablos me importa salvar a la «Taggart Transcontinental»? ¿No se da cuenta de que mi deseo consiste en construir un puente de metal Rearden, como propaganda de cara al país?

—Sí, Hank; lo sé.

—Hay demasiada gente convencida de que los rieles de metal Rearden no son seguros. Quiero darles algo que les obligue a proferir verdaderos aullidos de alarma. Hagamos un puente de metal Rearden.

Dagny lo miró y se echó a reír.

—¿A qué viene eso? —preguntó él.

—Hank, no conozco a nadie, a nadie en todo el mundo, capaz de una respuesta semejante en tales circunstancias… excepto usted.

—Se atrevería a hacer realidad esa respuesta y enfrentarse a idéntico clamor.

—Sabe muy bien que sí.

—En efecto.

La miró, entornando los ojos; no se reía como ella, pero sus pupilas expresaban idéntica jovialidad.

Dagny recordó súbitamente su último encuentro en la fiesta. Aquella evocación le pareció peregrina. La facilidad con que hablaron, el extraño y etéreo sentimiento que incluía la noción de que sólo los dos podían disfrutar con algo así, hacía imposible todo sentimiento de hostilidad. Para ella la fiesta había sido una realidad; él, en cambio, actuaba como si no hubiera existido.

Caminaron hasta el borde del cañón. Juntos contemplaron la obscura sima y las rocas que se levantaban en el lado contrario, mientras el sol lucía muy alto sobre los pozos de la Wyatt Oil. Dagny estaba bien afirmada sobre el suelo, con los pies algo separados sobre las heladas piedras, enfrentándose al viento. Podía notar la línea del pecho de Hank tras de su hombro. El viento le agitaba el abrigo incrustándoselo en las piernas.

—Hank, ¿cree usted que podremos construirlo en la fecha prevista? Sólo nos quedan seis meses.

—Desde luego. Tenga en cuenta qué significará menos tiempo y trabajo que otro tipo de puente. Mis ingenieros pueden trazar el plan básico y mostrárselo. Usted no tiene obligación de aceptarlo. Examínelo tan sólo y decida por sí misma si quiere o no hacerlo realidad. Pero estoy seguro de que su respuesta será afirmativa. Luego puede dejar que sus muchachos elaboren los detalles.

—¿Y qué hay del metal?

—Lo haré fundir aun cuando tenga que prescindir de todos los demás pedidos.

—¿Lo producirá en tan poco tiempo?

—¿Acaso he demorado algún encargo suyo?

—No. Pero tal como están las cosas, quizá no consiga cumplir su compromiso.

—¿Con quién cree que habla?… ¿Con Orren Boyle? Dagny se echó a reír.

—De acuerdo. Hágame llegar esos dibujos tan pronto pueda. Les daré una ojeada y sabrá mi respuesta en las cuarenta y ocho horas siguientes. En cuanto a los muchachos… —se interrumpió frunciendo el ceño—. Hank, ¿por qué es tan difícil hoy día encontrar buenos colaboradores?

—No lo sé.

Contempló la línea de las montañas, destacando sobre el cielo. De un valle distante se levantaba una ligera columna de humo.

—¿Ha visto las nuevas ciudades y fábricas de Colorado? —preguntó Rearden.

—Sí.

—Es una obra admirable, ¿verdad? Asombra observar la clase de hombres procedentes de todos los rincones del país que se han reunido allí. Son jóvenes, empezaron modestamente y ahora están removiendo montañas.

—¿Qué montaña ha decidido usted remover?

—¿Por qué?

—¿Qué está haciendo en Colorado?

—Examino una mina —repuso sonriendo.

—¿De qué clase?

—De cobre.

—¡Cielos! ¿Es que no tiene todavía suficiente trabajo?

—Sé que es una tarea complicada. Pero no puedo fiarme de los suministros de cobre. No parece quedar en el país ni una sola compañía digna de crédito, y no quiero tratos con la «d'Anconia Copper». No me gusta ese don Juan.

—No recrimino su actitud —expresó Dagny mirando hacia otro lado.

—Si es que no quedan personas competentes, tendré que extraer mi propio cobre, igual que hago con el mineral de hierro. No puedo exponerme a interrupciones debidas a escaseces o fracasos. Tengo necesidad de mucho cobre para mi metal.

—¿Ha comprado esa mina?

—Todavía no. Antes he de solucionar ciertos problemas. Conseguir hombres, equipos y transportes.

—¡Oh!… —exclamó ella echándose a reír—, ¿Es que va a hablarme de construir una línea férrea?

—Pudiera ser. No existe límite a las posibilidades de este Estado. ¿Sabe usted que en el mismo figuran toda clase de recursos naturales y que sólo esperan quien los explote? Fíjese, además, en cómo crecen las fábricas. Cuando vengo aquí, me siento diez años más joven.

—Pues yo no —dijo Dagny mirando hacia el Este, más allá de las montañas—. Pienso en el contraste que ofrece con el resto del sistema Taggart. Cada año hay menos mercancías que transportar y menos tonelaje. Es como si… Hank, ¿qué le ocurre al país?

—No lo sé.

—No hago más que pensar en lo que nos contaban en la escuela acerca de que el sol pierde energía y se vuelve más frió cada año. Me pregunto cómo serán los últimos días del mundo. Quizá… como esto. Un frío creciente y una paralización total.

—Nunca he creído esas historias. Imagino que cuando el sol quede exhausto, los hombres habrán encontrado un sustituto.

—¿De veras? ¡Qué curioso! Yo también lo he pensado. Hank señaló la columna de humo.

—He ahí el nuevo amanecer. Eso será lo que alimente al resto.

—Si algo no lo detiene.

—¿Cree que podrá ocurrir?

—No —respondió ella, mirando los rieles a sus pies.

Rearden sonrió, mirando también los rieles. Luego sus ojos siguieron la vía por la falda de las montañas, hasta la distante grúa. Dagny vio dos cosas como si sólo éstas ocuparan su campo visual: la línea del perfil de Hank y la larga línea de un gris azulado, enroscándose a través del espacio.

—Lo hemos conseguido, ¿verdad? —preguntó Hank.

Aquel momento era cuanto deseaba como pago a sus esfuerzos, a sus noches de insomnio y a su silenciosa resistencia contra la desesperación.

Miró hacia otro lado y vio una vieja grúa en un apartadero. Sus cables estaban gastados; tenían que reemplazarse. Vivía esa gran claridad que estriba en trasponer toda emoción,

luego de la recompensa de sentir cuanto es posible. Pensó que su triunfo, el haberlo reconocido juntos un momento y el poseerlo en común, era la mayor intimidad que podían compartir. Sentíase Ubre para pensar en las cosas más sencillas y corrientes, porque nada de cuanto aparecía ante su vista estaba desprovisto de significado.

Se preguntó qué le confería aquella certeza de que él sentía lo mismo. Hank se volvió bruscamente y echó a andar hacia su coche. Lo siguió. Los dos caminaban sin mirarse.

—Tengo que partir hacia el Este dentro de una hora —dijo Hank.

—¿De dónde ha sacado eso? —preguntó Dagny, señalando el vehículo con la mano.

—Es un «Hammond». Los «Hammond» de Colorado son los únicos que siguen fabricando buenos coches. Lo compré durante el viaje.

—Hermosa pieza.

—En efecto.

—¿Volverá en ella a Nueva York?

—No. Lo haré transportar. Tengo mi avión ahí cerca.

—¡Oh! ¿De veras? Yo vine en automóvil desde Cheyenne. Quería examinar la línea, pero ahora siento deseos de volver cuanto antes. ¿Me lleva consigo?

él no contestó en seguida, y Dagny se dio cuenta del vacío provocado por la pausa.

—Lo siento —respondió finalmente. Y Dagny se preguntó si no había ' sonado en su voz cierta nota de dureza—. Pero no voy a Nueva York, sino a Minnesota.

—Entonces trataré de encontrar otro avión, si es que me dan pasaje para hoy mismo.

Vio como el automóvil se perdía por la serpenteante carretera. Una hora después, Dagny llegaba al aeropuerto. Este era pequeño y se hallaba en el fondo de una hendidura entre la desolada cadena de montanas. Sobre la dura y accidentada tierra se veían manchas de nieve. La torre de un faro se levantaba a un lado, sostenida por cables; algunos de ellos habían quedado rotos por una tormenta.

Un solitario empleado salió a su encuentro.

—No, Miss Taggart —la informó contrito—. No hay aviones hasta pasado mañana. Sólo el Transcontinental hace escala aquí cada dos días, y el que debía llegar hoy tuvo un aterrizaje forzoso en Arizona. Defectos del motor, como de costumbre. —Y añadió—: Es una lástima que no haya llegado un poco antes. Míster Rearden acaba de partir hacia Nueva York en su avión particular.

—Pues yo creí que no iba a Nueva York.

—Sí. Sí. Al menos eso dijo.

—¿Está seguro?

—Me explicó que tiene una cita allí para esta noche.

Dagny contempló el firmamento, hacia el Este, con rostro inexpresivo, sin moverse. No tenía el menor indicio de la razón que hubiera impulsado a obrar así a Rearden; nada que le sirviera de fundamento para irritarse contra aquello o simplemente de comprenderlo.

* * *

—¡Malditas calles! —exclamó James Taggart—. ¡Vamos a hacer tarde! Dagny miró hacia delante, por encima de la espalda del chófer. A través del semicírculo marcado por el limpiaparabrisas sobre el cristal rayado por el hielo, vio las capotas negras, gastadas y resplandecientes, de otros muchos automóviles que formaban una línea inmóvil. Más allá, el resplandor de un farol rojo, situado muy bajo, marcaba el lugar donde se estaba practicando alguna excavación.

—Siempre tienen que estar arreglando las calles —dijo Taggart iracundo—. ¿Por qué no terminarán con todas ellas de una vez?

Dagny se reclinó en el asiento, arrebujándose en su abrigo. Sentíase exhausta al final de una jornada iniciada a las siete de la mañana, ante el escritorio de su oficina, e interrumpida sin completar, para correr hacia su casa y vestirse, porque había prometido a Jim hablar en la cena del Consejo Comercial de Nueva York. «Quieren que les digamos algo acerca del metal Rearden —le había explicado Jim—. Y tú puedes hacerlo mucho mejor que yo. Es de gran importancia conferir buen aspecto al asunto. ¡Existe una controversia tan enconada acerca de ese metal!»

Sentada junto a él en el coche, lamentó haber aceptado. Miraba las calles de Nueva York, pensando en la carrera entre metal y tiempo; entre los rieles de la línea Rio Norte y el implacable fluir de los días. Sentía como si sus nervios se tensaran a causa de la tranquilidad reinante en el vehículo; a causa de la pérdida de aquella tarde en que precisamente no podía malgastar ni una hora.

—Son tantos los ataques que se prodigan sobre Rearden, que creo que necesita unos cuantos amigos —opinó Taggart.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Es que has decidido apoyarle?

No contestó en seguida; por el contrario, formuló otra pregunta con voz incolora:

—¿Qué piensas de ese informe del Comité Especial del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas?

—Ya sabes mi opinión.

—Aseguran que el metal Rearden constituye una amenaza para la seguridad pública. Afirman que su composición química es poco firme, que se resquebraja, que se descompone molecularmente, y que se partirá de repente sin avisar. —Se detuvo cual si implorara una respuesta. Pero ella no pronunció palabra y Jim preguntó ansiosamente—: Habrás cambiado de opinión, ¿verdad?

—¿Acerca de qué?

—De ese metal.

—No, Jim. No he cambiado de opinión.

—Existen expertos…, los que forman el Comité… expertos de categoría… metalúrgicos de las más importantes corporaciones, cargados de títulos obtenidos en las universidades de todo el país… —manifestó con expresión de desagrado, como si le implorase obligarle a dudar de aquellos hombres y de su veredicto.

Ella lo miró perpleja; semejante comportamiento no era natural en él.

El coche reanudó la marcha con una sacudida, avanzando lentamente al atravesar un hueco de la barrera protectora, más allá del agujero excavado para arreglar una conducción de agua. Pudo ver la nueva tubería; en ella campeaba una marca: «Stockton Foundry, Colorado». Miró hacia otra parte. Hubiera preferido no recordar Colorado. *

—No puedo comprenderlo —dijo Taggart abatido—. Los mejores expertos del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas…

—¿Quién es el presidente de este Consejo, Jim? Orren Boyle, ¿verdad? Taggart no se volvió hacia ella, pero su boca se entreabrió súbitamente.

—Sí ese gordinflón cree que…—pero se detuvo sin terminar la frase. Dagny miró el farol de la esquina. Era un globo de cristal muy bien asegurado, a salvo de tormentas, iluminando escaparates vacíos y resquebrajadas aceras, como si fuera su único guardián. Al final de la calle, al otro lado del río, destacando sobre el resplandor de una fábrica, vio la fina estructura de una estación generadora. Pasó un camión, ocultándosela. Era de la

clase de los que aprovisionaban instalaciones como aquella: un camión tanque, con su pintura nueva de color verde, insensible al aguanieve. Sobre ella campeaba en letras blancas: «Wyatt Oil, Colorado».

—Dagny, ¿has oído algo acerca del debate provocado en la reunión de trabajadores del acero estructural, celebrada en Detroit?

—No. ¿De qué se trata?

—Lo han traído todos los periódicos. Discutieron si sus miembros deben o no trabajar con metal Rearden. No llegaron a una decisión, pero aquello fue suficiente para que el contratista que iba a arriesgarse con dicho metal cancelara su pedido inmediatamente. ¿Qué ocurriría… si todo el mundo hiciera lo mismo?

—Dejémosles que obren como quieran.

Un punto luminoso se elevaba en línea recta hacia la cumbre de una torre invisible. Era el ascensor de un gran hotel. El automóvil pasó ante un callejón próximo al edificio. Unos hombres estaban trasladando una pesada pieza desde un camión al sótano. Sobre el embalaje pudo ver este nombre: «Nielsen Motors, Colorado».

—No me gusta la resolución adoptada por la Convención de maestros de Nueva Méjico —dijo Taggart.

—¿Qué resolución es ésa?

—Decidieron que los niños no deberían viajar en la nueva línea Río Norte, de la «Taggart Transcontinental», por considerarla insegura… Insistieron de manera específica en lo de la «Taggart Transcontinental». Ha sido publicado por todos los periódicos. Se trata de una publicidad fatal para nosotros… Dagny, ¿qué podemos hacer para contrarrestarla?

—Viajar los dos en el primer tren de la nueva línea Río Norte.

Él guardó silencio durante largo rato. Tenía un aspecto extrañamente derrotado que Dagny no podía comprender; no se deleitaba en el perjuicio ajeno ni utilizaba contra ella las opiniones de sus personajes favoritos; parecía estar mendigando un poco de seguridad y de firmeza.

Un automóvil los sobrepasó velozmente; tuvo la breve noción de su potencia; se movía suave y confiado, y su capota era resplandeciente. Comprendió en seguida qué se trataba de un «Hammond» de Colorado.

—Dagny, ¿vamos a… vamos a tener terminada esa línea a su debido tiempo?

Resultaba extraño escuchar una nota de simple emoción en su voz; una nota semejante al miedo espontáneo y primario de un animal.

—¡Que Dios proteja a esta ciudad si no lo conseguimos! —respondió Dagny.

El coche dobló una esquina. Sobre los negros tejados de la ciudad pudo ver la página del calendario, herida por la blanca claridad de un reflector. Anunciaba esta fecha: «29 de enero».

—Dan Conway es un sinvergüenza.

Pronunció aquellas palabras de repente, como si no pudiera contenerlas por más tiempo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Por qué? —quiso saber.

—Rehusó vendernos los rieles de Colorado, pertenecientes a la «Phoenix-Durango».

—¿Pero es que… —tuvo que detenerse. Luego, dominando su voz para no gritar, añadió —: ¿Es que has hablado con él acerca de ese asunto?

—¡Claro que he hablado!

—¿Esperabas… que te los vendiera?

—¿Por qué no? —respondió él, recuperando su actitud belicosa e histérica—. Le ofrecí más que nadie. No hubiéramos tenido que efectuar gastos para desmontarla y volverla a montar, puesto que podía usarse tal como está. Por otra parte, el declarar que abandonábamos nuestros proyectos acerca del metal Rearden por deferencia hacia la opinión pública, hubiese constituido una magnífica publicidad para nosotros. Representaba mucho dinero en buena voluntad. Pero ese bastardo rehusó; declaró que ni un metro de riel sería vendido a la «Taggart Transcontinental». Y ahora lo vende por lotes, perdiendo dinero, a cualquier desgraciado que acuda a él; a ferrocarriles de segunda clase de Arkansas o Dakota del Norte, incluso a precios más bajos, de los que yo le he ofrecido. ¡Ni siquiera se preocupa de obtener beneficios! ¡Deberías ver a esos buitres! Saben muy bien que nunca hubieran tenido la posibilidad de conseguir rieles en semejantes condiciones.

Ella permanecía con la cabeza agachada, sin poder soportar la visión de su hermano.

—Todo eso es contrario a las reglas de la propuesta norma de anti-perjuicio propio —continuó irritado—. Creí que el intento y el propósito de la Alianza Nacional de Ferrocarriles era el de proteger los sistemas esenciales y no las arenas movedizas de Dakota del Norte. Pero ahora no logro conseguir que la alianza vote sobre ella, porque todos están allí, compitiendo como locos en sus ofertas.

Lentamente, cual si deseara ponerse unos guantes con los que manejar más delicadamente sus palabras, Dagny dijo:

—Ahora comprendo por qué quieres que defienda al metal Rearden.

—No sé a qué…

—¡Cállate, Jim! —le ordenó con calma.

Él guardó silencio unos momentos, luego levantó la cabeza y gruñó desafiador:

—Más vale que defiendas ese metal Rearden, porque, de lo contrario, Bertram Scudder podrá adoptar un aire muy sarcástico.

—¿Bertram Scudder?

—Sí. Va a ser uno de los oradores de esta noche.

—¿Uno de…? No me habías dicho que tuviera que haber más oradores.

—Verás… yo… Pero ¿qué importa? No irás a tener miedo, ¿verdad?

—Se trata del Consejo Comercial de Nueva York… ¿Y has invitado a Bertram Scudder?

—¿Por qué no? ¿No te parece bien? En realidad no abriga sentimientos hostiles contra los negociantes. Ha aceptado gustoso. Debemos tener miras muy amplias y escuchar a todo el mundo; incluso quizá ganar a ese hombre para nuestra causa… Bien ¿qué miras? Creo que estás en condiciones de derrotarlo.

—¿De derrotarlo?

—Sí. Los discursos van a ser retransmitidos por radio. Debatirás con él la pregunta: «¿Es el metal Rearden un producto peligroso, originado por el simple egoísmo?»

Dagny se inclinó hacia delante, corrió el cristal de partición y ordenó al chófer: «¡Pare!» Ya no escuchaba las palabras de Taggart. Tan sólo tuvo la obscura noción de que elevaba la voz hasta convertirla en un grito.

—¡Te están esperando!… ¡Quinientos invitados a un acto nacional!… No puedes hacer esto conmigo. —La cogió del brazo y preguntó—: ¿Por qué obras así?

—¡Condenado estúpido! ¿Crees que considero esa cuestión digna de ser debatida?

El automóvil se detuvo; Dagny saltó del mismo y se alejó corriendo.

Lo primero que notó al cabo de un rato fue que caminaba lentamente, sintiendo el frío de la piedra bajo las delgadas suelas de sus sandalias de seda negra. Se echó el cabello hacia

atrás, apartándolo de la frente, y al hacerlo, un poco de aguanieve se fundió en la palma de su mano.

Había recuperado la tranquilidad. La cegadora cólera de antes no existía ya; no sentía más que un gris y torpe cansancio. La cabeza le dolía un poco; comprobó que tenía hambre y recordó que iban a cenar en el Consejo Comercial. Siguió caminando, diciéndose que tomaría una taza de café en cualquier sitio, y volvería a su casa en taxi.

Miró a su alrededor. No había ningún vehículo a la vista. No conocía aquel vecindario, pero tenía muy mal aspecto. Vio un espacio vacío, al otro lado de la calle. Era un parque que se iniciaba en unos distantes rascacielos y terminaba en las chimeneas de una fábrica. Había luces en las ventanas de las tronadas casas. Unas cuantas tiendecillas de aspecto mísero estaban ya cerradas. La niebla del East River se espesaba a dos manzanas de distancia.

Empezó a caminar hacia el centro de la ciudad. La negra sombraje unas ruinas surgió ante ella. Mucho tiempo atrás, aquello fue un edificio destinado a oficinas; podía verse el cielo a través del desnudo esqueleto de acero y de los restos de ladrillos desprendidos. A la sombra del mismo, igual que matas de hierba forcejeando por vivir a los pies de un gigante muerto, vio un pequeño restaurante, cuya vidriera formaba una brillante mancha de luz. Entró.

Dentro observó un limpio mostrador con una franja de metal cromado, y un calentador resplandeciente. Flotaba en aquel recinto un agradable olor a café. Unos cuantos tipos miserables estaban sentados al mostrador. Un hombre ya mayor, de aspecto tosco, con la blanca camisa arremangada hasta los codos, atendía a la clientela. El ambiente cálido del local le hizo recordar, agradecida, que fuera hacía mucho frío. Se arrebujó en su capa de terciopelo negro y sentóse al mostrador.

—Una taza de café, haga el favor —pidió.

Los hombres la miraron sin sorprenderse por ver a una mujer en traje de noche en aquel restaurante barato. Nada sorprendía en aquellos tiempos. El dueño se volvió, indiferente, para servir lo pedido. En su estólida actitud campeaba esa clase de piedad que no hace preguntas.

Dagny no hubiera podido decir si los cuatro parroquianos eran mendigos o trabajadores. Por aquel entonces no se apreciaba diferencia alguna, ni en los atavíos ni en los modales de la gente. El dueño le sirvió la taza de café, y Dagny colocó ambas manos sobre la misma, gozando con su calor.

Llevada de su propensión a los cálculos, se dijo que era maravilloso poder comprar tantas cosas por una monedita. Sus pupilas se posaron en el cilindro de acero inoxidable de la cafetera, pasando luego a la maquinilla moledora y a las estanterías de cristal, a la fregadera esmaltada y a las aletas de cromo de la mezcladora. El propietario estaba haciendo tostadas. Le agradó observar la ingeniosidad de aquella cinta transportadora, que se movía lentamente llevando rebanadas de pan por entre las resplandecientes resistencias eléctricas. Luego distinguió el nombre estampado sobre la tostadora: «Marsh, Colorado».

Descansó la cabeza sobre el brazo.

—No sirve de nada, señora —le dijo el viejo de al lado.

Dagny tuvo que levantar la cabeza y sonreír a aquel hombre y a sí misma.

—¿De modo que no? —preguntó.

—No. Olvídese de ello. Se está usted atormentando en vano.

—¿Acerca de qué?

—Acerca de algo que probablemente no vale la pena. Todo es polvo, señora; polvo y sangre. No crea en sueños y nunca sufrirá desilusiones.

—¿Qué sueños?

—Esas historias que cuentan cuando uno es joven, acerca del espíritu humano. No existe dicho espíritu. El hombre no es más que un animal de los más bajos, desprovisto eje inteligencia y de alma, sin virtudes ni valores morales. Un animal que sólo sirve para dos cosas: para comer y para reproducirse.

Su cara flaca, de mirada fija y facciones que en otros tiempos fueron delicadas, conservaba cierta traza de distinción. Parecía la ruina de un evangelista o de un profesor de estética que hubiera pasado largos años visitando obscuros museos. Se preguntó qué habría destruido a aquel hombre; qué error en su camino pudo ocasionarle semejantes estragos.

—Va uno por la vida en busca de hermosura, de grandeza, de algún propósito sublime —continuó—. Y ¿qué encuentra? Maquinaria para fabricar coches tapizados, o colchones de muelles.

—¿Qué tienen de malo los colchones de muelles? —preguntó un hombre con aspecto de chófer de camión.

—No le haga caso, señora. Le gusta oírse a sí mismo, pero es inofensivo.

—El único talento del hombre se basa en su innoble habilidad para satisfacer las necesidades de su cuerpo —continuó el vagabundo—. Para esto no se necesita inteligencia. No crea las historias acerca de la mente humana, del espíritu, de los ideales o de sentimientos de ilimitada ambición.

—Yo no las creo —dijo un joven sentado al extremo del mostrador. Llevaba una chaqueta rota por un hombro, y en su boca, de forma cuadrada, parecían impresas todas las amarguras de una vida.

—¿Espíritu? —preguntó el viejo—. No hay espíritu alguno en fabricar cosas ni en vivir pendientes de las cuestiones sexuales. Sin embargo, tales son los únicos objetivos del hombre. Sólo le preocupa la materia. Ello queda de manifiesto en nuestras grandes industrias; único logro de la llamada civilización levantada por vulgares materialistas, con propósito y sentido moral propio de cerdos. No se necesita moralidad alguna para construir un camión de diez toneladas con piezas fabricadas en serie.

—¿En qué consiste la moralidad? —preguntó Dagny.

—En el juicio para distinguir entre el bien y el mal; en la visión que nos hace percibir la verdad; en el dolor para actuar según la misma; en la abnegación hacia el bien y en la integridad para mantenerse bueno a cualquier precio. Pero ¿dónde se la encuentra?

El joven emitió un sonido entre risa y gesto de desdén.

—¿Quién es John Galt?

Dagny se tomó el café, gozando al notar cómo el caliente líquido revivía las arterias de su cuerpo.

—Yo os puedo contestar —dijo un hombrecillo arrugado, con el sombrero calado hasta los ojos—. Yo lo sé.

Pero nadie le prestó atención. El joven contemplaba a Dagny con una especie de firme y decidida intensidad.

—No tiene usted miedo —le dijo de repente, pronunciando sus claras palabras con una voz brusca y sin vida, en la que vibraba cierta nota de asombro.

Ella lo miró.

—No —dijo—. No lo tengo.

—Yo sé quién es John Galt —continuó el menesteroso—. Se trata de un secreto, pero yo lo sé.

—¿Quién es? —preguntó Dagny sin interés.

—Un explorador —repuso el viejo—. El mayor explorador que haya existido jamás. El hombre que descubrió la fuente de la juventud.

—Deme otro. Negro —dijo el mendigo, empujando su taza.

—John Galt pasó años y años buscándola. Cruzó océanos y desiertos, y se metió en minas abandonadas, hasta llegar a muchas millas bajo tierra. Pero la encontró en la cumbre de una montaña. Tardó diez años en ascenderla. Se rompió todos los huesos y se lastimó las manos. Perdió su casa, su nombre y su amor. Una vez arriba, encontró la fuente de la juventud, y quiso ofrecerla a los hombres, pero no volvió a bajar.

—¿Por qué? —preguntó Dagny.

—Porque se dio cuenta de que no podía llevársela consigo.

* * *

El hombre sentado frente a la mesa de Rearden tenía unas facciones tan desvaídas y unos modales tan desprovistos de relieve, que era imposible formarse una imagen específica de su rostro o de los factores motrices de su personalidad. Su única marca destacada era una nariz bulbosa, quizá un poco grande respecto al resto. Sus modales eran mansos, aunque con cierto toque de insensatez o quizá de amenaza deliberadamente furtiva, que no trataba de ocultar. Rearden no podía comprender el propósito de aquella visita. Tratábase del doctor Potter, titular de cierto indefinible cargo en el Instituto Científico del Estado.

—¿Qué desea usted? —preguntó Rearden por tercera vez.

—Quiero que considere el aspecto social de la cuestión, míster Rearden —dijo el otro suavemente—. Quisiera instarle a tener en cuenta la época en que vivimos. Nuestra economía no está a la altura de la misma.

—¿Por qué?

—Se encuentra en equilibrio extremadamente precario. Hemos de aunar nuestros esfuerzos para salvarla del colapso.

—Bueno, ¿y qué desea que yo haga?

—He aquí las consideraciones que me han rogado someta a su atención. Soy miembro del Instituto Científico del Estado, míster Rearden.

—Ya lo ha dicho antes. Pero ¿qué desea de mí?

—El Instituto Científico del Estado —respondió el otro —no tiene una opinión muy favorable del metal Rearden.

—También lo ha dicho. No se trata de un material que merece su aprobación, ¿verdad?

—No.

La luz iba disminuyendo en los amplios ventanales del despacho. Los días eran cortos. Rearden observó la sombra irregular de la nariz de aquel hombre, proyectada en su mejilla, y las pálidas pupilas fijas en él. Su expresión era vaga, pero su propósito aparecía bien definido.

—El Instituto Científico del Estado cuenta con los mejores cerebros del país, míster Rearden.

—Así lo dicen.

—¿Pretenderá oponer sus propios juicios a los de ellos?

—Sí.

El hombre miró a Rearden como si solicitara su ayuda; como si su interlocutor hubiese quebrantado un código no escrito, según el cual debía haber comprendido ciertas cosas mucho antes. Pero Rearden no le ofrecía ningún auxilio.

—¿Es esto cuanto quería saber? —preguntó.

—Es sólo cuestión de retrasar un poco las cosas, míster Rearden —dijo el otro con aire conciliador—. Un lapso pasajero para dar a nuestra economía una posibilidad de estabilización. Si esperase usted un par de años…

Rearden se rió por lo bajo, entre desdeñoso y divertido.

—¿De modo que es eso lo que persigue? ¿Obligarme a retirar del mercado el metal Rearden? ¿Por qué?

—Sólo por unos años, míster Rearden. Hasta que…

—Escuche —dijo Rearden—. Ahora soy yo quien va a formular una pregunta. ¿Es que sus científicos han decidido que el metal Rearden no corresponde exactamente a lo que afirmo de él?

—No hemos llegado a tanto.

—¿Declaran que no es de buena calidad?

—Lo único digno de considerarse es el impacto social de todo producto nuevo. Pensamos en el país en general; nos preocupa el bienestar público y la terrible crisis de los momentos actuales que…

—¿Es bueno o no es bueno el metal Rearden?

—En una época de desesperada escasez de acero, no podemos permitir la expansión de una compañía que produce demasiado, porque podría arruinar a otras más modestas, creando así un desequilibrio económico que…

—¿Quiere o no quiere contestar a mi pregunta? El otro se encogió de hombros.

—Las cuestiones de valor son relativas —dijo—. Si el metal Rearden es malo, constituirá un peligro para el público. Si es bueno… un peligro social.

—Si tiene algo que decir acerca del peligro que pueda representar el metal Rearden, dígalo y elimine todo lo demás. Pero de prisa. Yo no hablo más que un idioma.

—Las cuestiones relacionadas con el bienestar social…

—Olvídese de ellas.

El visitante pareció asombrado y perplejo, como si de repente le fallara el terreno bajo los pies. Al cabo de un momento, preguntó intranquilo:

—¿En qué se centra su interés principal?

—En el mercado.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que existe un mercado para el metal Rearden y que pienso aprovecharlo al máximo.

—¿Eso del mercado no será una cosa hasta cierto punto hipotética? La reacción del público ante su metal no ha resultado en exceso entusiasta. Exceptuando el pedido de la «Taggart Transcontinental», no ha conseguido usted ningún otro de importancia…

—Si cree que el público no acepta mi metal con entusiasmo, ¿qué es lo que teme?

—Si el público no lo acepta, sufrirá usted una grave pérdida, míster Rearden.

—Eso es cuenta mía; no de ustedes.

—En cambio, si adopta una actitud más cooperadora y accede a esperar unos años…

—¿Por qué he de esperar?

—Creo haber expuesto de manera bien clara que el Instituto Científico del Estado no aprueba la aparición del metal Rearden en la industria metalúrgica, en los tiempos actuales.

—¿Y qué diantre me importa a mí eso? El otro suspiró.

—Es usted un hombre difícil, míster Rearden.

El firmamento vespertino parecía espesarse contra los cristales de las ventanas. La figura del visitante se disolvía hasta convertirse en una mancha entre los planos agudos y rectos del mobiliario.

—Le concedí la presente entrevista —dijo Rearden —porque me dijo que pretendía discutir algo de extrema importancia. Si esto es todo cuanto tiene que decirme, excúseme usted, por favor, porque estoy muy ocupado.

El otro se retrepó en su sillón.

—Tengo entendido que pasó usted diez años investigando acerca de ese metal —dijo—. ¿Cuánto dinero le ha costado?

Rearden levantó la mirada; no podía comprender el sesgo que adoptaba la conversación, pero aun así, pudo apreciar cierto tono decidido en la voz de aquel hombre, que se había endurecido de improviso.

—Un millón y medio de dólares —respondió.

—¿Cuánto aceptaría?

Rearden tuvo que hacer un pausa. No podía creer lo que estaba escuchando.

—¿En concepto de qué? —preguntó en voz baja.

—De cesión de los derechos totales del metal Rearden.

—Creo que más vale que se marche —respondió.

—No existe motivo para tal actitud. Es usted negociante y le estoy haciendo una proposición. Ponga usted mismo el precio.

—Los derechos del metal Rearden no están en venta.

—Me encuentro facultado para poder hablar de grandes sumas. Es dinero del gobierno.

Rearden permaneció sentado, sin moverse, con los músculos de las mejillas en tensión. Su mirada era indiferente, pero en ella se pintaba una leve y mórbida curiosidad.

—Es usted negociante, míster Rearden. Se trata de una proposición que no puede ignorar. Por una parte, está contendiendo contra grandes obstáculos y fomentando una opinión desfavorable entre la masa; tiene muchas probabilidades de perder hasta el último centavo expuesto en este asunto. Por otra parte, podemos eliminar el riesgo y la responsabilidad que ahora le abruman, con un beneficio impresionante e inmediato, mucho mayor de lo que hubiera podido esperar por la renta de ese metal en los próximos veinte años.

—Ese Instituto es un organismo científico, no comercial —objetó Rearden—. ¿De qué tiene miedo?

—Está usted utilizando palabras innecesarias y ofensivas, míster Rearden. Quisiera sugerirle que mantuviéramos la discusión dentro de un plano amistoso. Éste es un asunto serio.

—Empiezo a darme cuenta.

—Le ofrezco un cheque en blanco sobre lo que, como usted apreciará, es una verdadera cuenta ilimitada. ¿Qué más puede desear? Proponga usted mismo ¡in precio.

—La venta de los derechos del metal Rearden no ha sido nunca objeto de debate. Si tiene algo más que decir, dígalo y márchese.

El visitante se reclinó de nuevo en su asiento, miró incrédulo a Rearden preguntó:

—¿Qué se propone?

—¿Quién? ¿Yo? ¿A qué se refiere?

—Tiene negocios para ganar dinero, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y su propósito es conseguir los mayores beneficios posibles, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces ¿por qué opta por batallar años y años, obteniendo sus beneficios centavo a centavo por cada tonelada de metal que venda, y no aceptar una fortuna sin el menor esfuerzo? ¿Por qué?

—Porque ese metal es mío. ¿Comprende usted dicha palabra? El otro exhaló un suspiro y se puso en pie.

—Confío en que no tenga motivos para lamentar su decisión, míster Rearden —le deseó, pero su voz sugería lo contrario.

—Buenas tardes —dijo Rearden.

—Debo advertirle que el Instituto Científico del Estado puede publicar una declaración oficial condenando el metal Rearden.

—Está en su derecho.

—Y que dicha declaración le hará las cosas todavía más difíciles.

—Indudablemente.

—En cuanto a las consecuencias futuras… —se encogió de hombros —no estamos en tiempo en que se obre bien rehusando cooperar con nosotros. En esta época se necesitan amigos. Y usted no es hombre popular, míster Rearden.

—¿Qué está intentando insinuar?

—Lo comprende usted perfectamente.

—Al contrario.

—La sociedad es una estructura compleja. ¡Hay tantos problemas que esperan decisión y que cuelgan de un hilo…! Nunca podemos asegurar cuándo uno de ellos quedará solventado ni cuál será el factor decisivo que altere tan delicado equilibrio. ¿Me explico claramente?

—No.

El rojo resplandor del metal fundido teñía el crepúsculo. Una claridad anaranjada, como de oro viejo, iluminó la pared, tras la mesa de Rearden, avanzando luego lentamente por su cara. En ésta se pintaba una inconmovible serenidad.

—El Instituto Científico del Estado es una organización gubernamental, míster Rearden. Existen leyes pendientes de aprobación que pueden hacerse realidad en cualquier momento. En nuestros días, los negociantes constituyen un elemento muy vulnerable. Estoy seguro de que me comprende usted.

Rearden se puso en pie. Sonreía. Toda tensión había desaparecido en él.

—No, doctor Potter —dijo—. No lo entiendo. Si lo entendiera, le mataría a usted.

El visitante se acercó a la puerta, se detuvo y miró a Rearden de un modo que, por un instante, expresó sólo simple curiosidad humana. Rearden permanecía inmóvil destacando contra el rojo resplandor de la pared; tenía un aire perfectamente natural, con las manos en los bolsillos.

—¿Querría usted decirme… aquí entre nosotros y «tan sólo por simple curiosidad personal, por qué obra de este modo? —preguntó el doctor.

—Voy a decírselo —repuso Rearden calmosamente—. Pero no lo entenderá. Se trata sencillamente de que el metal Rearden es un producto bueno.

* * *

Dagny no podía comprender los motivos que impulsaban a míster Mowen. La «Amalgamated Switch and Dignal Company» acababa de anunciar de modo repentino que no estaba en condiciones de servir su pedido. No había sucedido nada ni era posible encontrar la causa de semejante negativa. Por otra parte, la empresa no ofrecía explicación alguna.

Estuvo en Connecticut para ver a míster Mowen en persona, pero la entrevista no tuvo más resultado que el de hacer más profundo y gris su sentimiento de asombro. Míster Mowen declaró que no estaba dispuesto a fabricar más palancas ni agujas con metal Rearden. Y como única explicación, evitando su mirada, añadió: «Hay demasiada gente a quien no gusta».

—¿Qué es lo que no gusta? ¿El metal Rearden o que usted lo utilice en sus productos?

—Ambas cosas… Y no quiero conflictos.

—¿Qué clase de conflictos?

—De cualquier género.

—¿Ha habido algo de lo dicho contra el metal Rearden que luego haya resultado cierto?

—¿Quién sabe lo que es cierto?… La resolución del Consejo Nacional de Industrias Metalúrgicas expresa…

—Escúcheme; lleva usted toda la vida trabajando con metales. Durante los últimos cuatro meses ha empleado el Rearden. ¿No se da cuenta de que es el producto mejor que haya podido imaginar? —Él no contestó—. ¿No se da cuenta? —Mowen miró hacia otro lado —. ¿No ve que es cierto?

—¡Diablo, Miss Taggart! Soy negociante. Negociante modesto. Y lo único que deseo es ganar dinero.

—¿Cómo cree que se logra eso?

Pero comprendió que era inútil. Mirando la cara de míster Mowen y sus ojos de pupilas evasivas, notó la misma sensación que cierta vez, hallándose en un paraje solitario junto a una vía, cuando una tormenta derribó los cables telegráficos. Las comunicaciones quedaron cortadas, e igual que sucedía ahora, las palabras se convirtieron en sonidos que nada transmitían.

Se dijo que era inútil discutir con gente que no rechazaba ni aceptaba argumentos. Sentada en el tren, de regreso a Nueva York, concluyó que al fin y al cabo míster Mowen importaba poco; que nada importaba en realidad, excepto encontrar otra empresa dispuesta a fabricar el material. Debatía en su mente una lista de nombres, preguntándose cuál sería más fácil de convencer o tal vez de sobornar.

En cuanto entró en la antesala de su oficina, comprendió que algo había ocurrido. Reinaba allí una calma muy poco natural y los rostros de los empleados se volvieron hacia ella, como si hubieran esperado, anhelado y temido aquel instante.

Eddie Willers se puso en pie y avanzó hacia la puerta de su despacho, como seguro de que comprendería y le seguiría. Dagny había visto su cara. Fuera lo que fuese, hubiera deseado que no expresara tal preocupación.

—El Instituto Científico del Estado —dijo con calma, una vez solos en el despacho —ha publicado una declaración poniendo en guardia al público contra el uso del metal Rearden. Lo ha dicho la radio —añadió —y lo publican los diarios de la tarde.

—¿Qué han declarado en concreto?

—Dagny, no precisan nada… No afirman nada de manera clara; pero hay una amenaza pendiendo en el aire. Y eso es lo que me parece sencillamente monstruoso.

Sus esfuerzos se concentraban en mantener la voz tranquila, pero no podía dominar sus palabras. Y éstas eran pronunciadas a impulsos de una indignación producto de la incredulidad y del asombro, como un niño que grita en su primer encuentro con el mal.

—¿Qué dicen, Eddie?

—Pues… vale más que lo leas. —Señaló al periódico que había dejado sobre su escritorio —. No aseguran que el metal Rearden sea malo ni inseguro. Lo que hacen es…

Extendió las manos y las abatió de pronto, con aire resignado. Dagny comprendió en seguida de qué se trataba, luego de leer las frases siguientes: «Es posible que luego de un plazo determinado aparezca una fisura. La extensión de este plazo no puede ser precisada… No debe descartarse totalmente la posibilidad de una reacción molecular desconocida por ahora… Aunque la fuerza de tensión de ese metal es perfectamente demostrable, no pueden eliminarse ciertas dudas respecto a su resultado bajo presiones poco corrientes… Aun cuando no existe evidencia que apoye la resolución de prohibir el uso de ese metal, resultaría sumamente aconsejable un ulterior estudio de sus propiedades».

—No podemos luchar contra eso. No admite respuesta —estaba diciendo Eddie con voz lenta—. No podemos solicitar una retractación, exhibir nuestras pruebas, o demostrarles nada. Esas frases no les comprometen. No dicen una palabra que pueda ser refutada, poniéndolos en un aprieto desde un punto de vista profesional. Ese artículo es obra de un cobarde, un anormal o un chantajista. Pero, ¡Dagny! ¡Se trata del Instituto Científico del Estado!

Ella asintió en silencio. Permanecía en pie, con la mirada fija en un punto situado más allá de la ventana. Al final de una obscura calle, las bombillas de un anuncio luminoso se encendían y se apagaban en una sucesión de guiños maliciosos.

Eddie hizo acopio de fuerzas y dijo en el tono de quien repite un informe militar:

—Las acciones Taggart se han hundido. Ben Nealy se fue. La Hermandad Nacional de Obreros Ferroviarios ha prohibido a sus miembros trabajar en la línea Río Norte. Jim ha salido de la ciudad.

Dagny se quitó el abrigo y el sombrero, atravesó Ta estancia, y lenta, muy lentamente, se sentó en su escritorio.

Vio ante ella un gran sobre obscuro, con el membrete de la «Rearden Steel».

—Llegó por mensajero especial en cuanto te fuiste —dijo Eddie. Dagny puso la mano encima del sobre, pero no lo abrió. Sabía de qué se trataba: del proyecto del puente. Al cabo de un rato, preguntó:

—¿Quién es el autor de esa declaración?

Eddie la miró sonriendo, breve y amargamente, a la vez que sacudía la cabeza.

—También he pensado en eso —dijo—. He llamado por conferencia al Instituto, y me dijeron que procede de la oficina del doctor Floyd Ferris, su coordinador.

Dagny no pronunció palabra.

—Pero aún hay más. El doctor Stadler, jefe del Instituto, o mejor dicho, el Instituto en sí, ha de estar enterado. Pero lo ha permitido. Esto se hizo en su nombre… El doctor Robert Stadler… ¿Recuerdas cuando estábamos en la Universidad… cómo solíamos hablar acerca de los grandes personajes del mundo… de los hombres de inteligencia pura… y siempre escogíamos el suyo como uno de los principales? —Se detuvo—. Lo siento, Dagny. Sé que de nada sirve todo esto. Sólo…

Dagny seguía sentada, con la mano encima del sobre.

—Dagny —preguntó Eddie en voz baja—, ¿qué le pasa a la gente? ¿Cómo ha podido conseguir tales efectos una declaración así? Se trata de algo de índole tan evidentemente calumniosa y baja, que las personas decentes deberían rechazarlo indignadas. Sin embargo —su voz se veló en una expresión de suave, desesperada y rebelde cólera—, lo han aceptado. ¿Cómo es posible? ¿Acaso no lo han leído? ¿Es que no ven? ¿Es que no piensan? ¡Dagny! ¿Qué le ocurre a la gente para obrar así y cómo es posible que vivamos en un ambiente tal?

* * *

El edificio del Instituto Científico del Estado se levantaba junto a un rio de New Hampsbire, sobre una altura solitaria, a mitad de camino entre el río y el cielo. Visto a distancia semejaba un monumento erigido en una selva virgen. Los árboles estaban cuidadosamente distribuidos y los caminos tendidos como en un parque; los tejados de una pequeña ciudad eran discernióles en un valle a pocas millas de distancia. Pero no se había permitido que nada malograra la solitaria austeridad del edificio.

El blanco mármol de las paredes le prestaba una grandeza clásica; la composición de sus masas regulares le confería la limpieza y hermosura de una fábrica moderna. Era una estructura inspirada. Desde el otro lado del río, la gente la miraba reverente, imaginándola el monumento a un hombre cuyo carácter poseía la misma nobleza que aquellas líneas arquitectónicas. Sobre la puerta campeaba una lápida con esta inscripción: «A una mente sin temor. A la verdad inviolable». En un tranquilo y desnudo corredor, una plaquita de latón similar a las que campeaban en docenas de otras puertas, proclamaba: «Doctor Robert Stadler».

A los veintisiete años, el doctor Stadler había escrito un tratado sobre los rayos cósmicos, que demolió muchas teorías sustentadas por hombres de ciencia de épocas anteriores. Los modernos tropezaban con sus ideas en cualquier investigación que realizaran. A los treinta quedó reconocido como el físico más ilustre de su tiempo. A los treinta y dos fue nombrado director del Departamento de Física de la Universidad Patrick Henry, cuando dicha gran institución seguía siendo digna de su gloría. Un escritor había dicho de Stadler: «Entre los fenómenos del universo sometidos a su investigación quizá ninguno tan milagroso como su propio cerebro». Fue el doctor Robert Stadler quien en cierta ocasión corrigió a un estudiante en los siguientes términos: «¿Investigación científica libre? El segundo adjetivo es una redundancia».

A los cuarenta años, el doctor Robert Stadler dirigióse, en un discurso, a la nación, apoyando el establecimiento de un Instituto Científico del Estado. «La ciencia ha de verse libre de la influencia del dólar», declaró. El asunto llevaba tiempo pendiente de debate; un obscuro grupo de investigadores venía laborando en silencio para que el proyecto progresara en su largo camino hacia la aprobación legal; existía vacilación entre el público y también dudas e intranquilidad que nadie era capaz de definir. Pero el nombre del doctor Robert Stadler actuó sobre el país de un modo tan decisivo como los rayos cósmicos estudiados por él, y todas las barreras se abatieron. La nación levantó aquel edificio de mármol blanco como tributo personal a uno de sus hombres más ilustres.

El despacho del doctor Stadler en el Instituto era muy pequeño, parecido al del contable de una firma modesta. Había en él un escritorio barato, de feo roble amarillo, un archivador, dos sillas y una pizarra llena de fórmulas matemáticas. Sentada en una de las sillas, ante la pared desnuda, Dagny se dijo que aquel recinto tenía un aire entre ostentoso y elegante; ostentoso porque parecía planeado para sugerir que su ocupante poseía

suficiente grandeza como para permitirse aquella modestia; elegante porque en realidad no precisaba nada más.

Se había encontrado con el doctor Stadler en unos cuantos banquetes celebrados por grandes industriales o sociedades en ocasión de alguna causa más o menos solemne. Asistió a tales actos tan a desgana como él, y notó que al doctor le gustaba su conversación. «Miss Taggart —le dijo cierta vez—, nunca confío en encontrarme con un ser inteligente. El hecho de tropezarme aquí con uno representa para mí un alivio tremendo.» Dagny acudió a su despacho recordando aquella frase. Se sentó, contemplándolo a la manera de un científico, sin dar por descontado nada, eliminando toda emoción, buscando sólo observar y comprender.

—Miss Taggart —empezó el doctor con expresión jovial—, siento curiosidad por usted. Siempre me ocurre igual cuando algo da al traste con algún precedente. Por regla general, los visitantes constituyen un penoso deber para mí. Me sorprende de veras que su presencia aquí me haga sentir un placer tan espontáneo. ¿Se da cuenta de que viene a ser como hablar sin verse obligado a extraer del vacío ninguna forzada compenetración?

Estaba sentado en el borde de la mesa, adoptando una actitud de absoluta confianza hacia ella. No era alto, pero su esbeltez le daba cierto aire de juvenil energía, casi de vehemencia infantil. Su rostro delgado y normal no revelaba edad alguna; pero la amplitud de la frente y sus grandes ojos grises demostraban tan asombrosa inteligencia, que uno no podía fijarse en otra cosa. En los extremos de sus ojos figuraban arrugas, demostrativas de buen humor, mientras otras de tono amargado se pintaban a ambos lados de su boca. No tenía aspecto de haber cumplido los cincuenta años; tan sólo el pelo ligeramente gris daba un indicio de dicha circunstancia.

—Hábleme más de si misma —le rogó—. Siempre he pensado preguntarle qué tal le va con esa carrera tan poco adecuada para usted y cómo puede soportar a esa gente.

—No quiero abusar demasiado de su tiempo, doctor Stadler —repuso ella con cortés e impersonal precisión—. Y el asunto que he venido a debatir es de extremada importancia.

Él se echó a reír.

—Una verdadera negociante, dispuesta a ir al grano sin rodeos. Bien. Como quiera… Pero no se preocupe de mi tiempo. Es suyo. ¿Qué desea discutir? ¡Ah, sí! Lo del metal Rearden. No se trata exactamente de un tema del que esté bien informado, pero si puedo ayudarla en algo…

Extendió la mano en gesto de invitación.

—¿Conoce la declaración publicada por este Instituto respecto al metal Rearden?

—Sí. He oído hablar de ella —contestó el doctor, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿La ha leído?

—No.

—Se trata de impedir el uso del metal Rearden.

—En efecto. Creo que es algo así.

—¿Podría decirme por qué?

Extendió las manos; eran unas manos atractivas, largas y huesudas, que sugerían energía nerviosa y fortaleza.

—No lo sé, en verdad. Es algo que entra en la jurisdicción del doctor Ferris. Y estoy seguro de que éste debe tener sus motivos. ¿Le gustaría hablar con él?

—No. ¿Conoce usted las características del metal Rearden, doctor Stadler?

—Sí. Un poco. Pero, ¿por qué la preocupa tanto ese asunto?

Un destello de asombro brilló en los ojos de Dagny. Sin variar el tono impersonal de su voz, contestó:

—Estoy construyendo una línea con ese metal y…

—¡Ah, claro! He oído algo de eso. Tiene que perdonarme. No leo los periódicos con la regularidad que debiera. Es la compañía de usted la que construye esa nueva línea, ¿verdad?

—La existencia de mi ferrocarril depende de la terminación de ese ramal y creo que la vida de todo el país está también ligada al mismo.

Las arrugas de jovialidad destacaron con mayor fuerza junto a los ojos del doctor Stadler.

—¿Puede usted declarar semejante cosa con positiva seguridad, Miss Taggart? Yo sería incapaz de ello.

—¿En el caso presente?

—En cualquiera. Nadie puede prever el curso futuro de un país. No se trata de datos calculables, sino de probabilidades sujetas a reacciones momentáneas, en las que todo es posible.

—¿Cree usted que la producción es necesaria para la existencia de un país, doctor Stadler?

—Sí, sí. Claro,

—Pues bien; la construcción de ese ramal ha quedado detenida por la declaración del Instituto.

El doctor no sonrió ni contestó.

—¿Esa declaración es reflejo de sus propias conclusiones acerca de la naturaleza del metal Rearden? —preguntó Dagny.

—Ya le he dicho que no la he leído —respondió el doctor con una leve traza de sequedad en la voz.

Dagny abrió su bolso, sacó un recorte de periódico y se lo entregó.

—¿Quiere usted decirme si ése es un lenguaje digno de la ciencia? Stadler echó una ojeada al recorte, sonrió desdeñosamente y lo dejó con aire disgustado.

—Irritante, ¿verdad? —preguntó—. Pero, ¿qué hacer cuando hay que dirigirse al público?

Lo miró sin comprender.

—Entonces, ¿no lo aprueba?

—Mi aprobación o desaprobación no significaría nada —contestó el doctor, encogiéndose de hombros.

—¿Se ha formado alguna conclusión particular acerca del metal Rearden?

—Verá usted: la metalurgia no es exactamente… ¿cómo diría yo?… mi especialidad.

—¿Ha examinado algún dato referente al metal Rearden?

—Miss Taggart, no comprendo la finalidad de sus preguntas —observó algo impaciente.

—Me gustaría conocer su veredicto personal acerca del metal Rearden.

—¿Con qué propósito?

—Con el de entregarlo a la Prensa.

—¡Imposible! —exclamó el doctor poniéndose en pie.

Con voz contenida por el esfuerzo de intentar hacerse comprender, Dagny le dijo:

—Le suministraré toda la información necesaria para que se forme un juicio exacto.

—No puedo hacer declaraciones públicas acerca de este asunto.

—¿Por qué?

—La situación es demasiado compleja para ser explicada en una charla tan rápida.

—Pero si usted descubre que el metal Rearden es en realidad un producto extremadamente valioso…

—Esto se aparta de mis facultades.

—¿De modo que el valor del metal Rearden se aparta de sus facultades?

—Existen otros factores, además de esta cuestión.

Sin poder creer que le hubiera oído bien, Dagny preguntó:

—¿En qué otros factores está interesada la ciencia aparte de hechos concretos?

Las líneas de amargura se ahondaron en la boca del doctor al esforzarse en sonreír.

—Miss Taggart, usted no comprende los problemas científicos.

Lentamente, como si estuviera descubriendo aquello al tiempo que le daba forma verbal, Dagny contestó:

—Tengo la impresión de que sabe usted perfectamente lo que es el metal Rearden.

—Sí, lo sé —reconoció el doctor encogiéndose de hombros—. A juzgar por la información que ha llegado hasta aquí, se trata de un producto notable. De un brillante triunfo por lo que a la tecnología concierne. —Paseaba impaciente por el despacho—. En realidad me gustaría ordeñar la construcción de un motor especial de laboratorio, capaz de soportar tan altas temperaturas como el metal Rearden. Resultaría muy valioso respecto a ciertos fenómenos que quisiera observar. He notado que cuando se aceleran las partículas hasta una velocidad que se aproxima a la de la luz…

—Doctor Stadler —le interrumpió ella lentamente—, ¿usted sabe la verdad y sin embargo no la declarará públicamente?

—Miss Taggart, usa usted expresiones abstractas, cuando en realidad tratamos un asunto de realidad práctica.

—Tratamos un asunto científico.

—¿Científico? ¿No estará usted confundiendo los factores? Sólo en el reino de la ciencia pura la verdad es un criterio absoluto. Cuando tratamos con la ciencia aplicada y con la tecnología, tratamos con el público. Y cuando se trata con el público intervienen consideraciones situadas al margen de la verdad.

—¿Qué consideraciones?

—No soy técnico, Miss Taggart. No poseo talento ni afición para tratar con la gente. No puedo dejarme envolver en eso que se llaman temas prácticos.

—Esa declaración fue publicada en su nombre.

—¡No tengo nada que ver con ello!

—El buen nombre de este Instituto figura entre sus responsabilidades.

—Se trata de una suposición perfectamente gratuita.

—La gente cree que el prestigio de usted es la garantía que aploya cualquier acción del Instituto.

—No puedo impedir que la gente piense lo que quiera… si es que piensa.

—Aceptaron su declaración. Pero ésta es falsa.

—¿Cómo es posible atenerse a la verdad cuando se trata con el público?

—No le comprendo —declaró Dagny con calma.

—Las gestiones relacionadas con la verdad no entran a formar parte de los asuntos sociales. Ningún principio ha ejercido jamás efecto sobre la sociedad.

—¿Qué es pues, entonces, lo que dirige las acciones humanas?

—Las necesidades del momento —respondió el doctor encogiéndose de hombros.

—Doctor Stadler —dijo Dagny—, creo que debo informarle del significado y de las consecuencias que la interrupción en el tendido de esa vía pueden originar. Tengo que cesar mi tarea en nombre de la seguridad pública, porque estoy utilizando el mejor riel que se haya producido jamás. Si dentro de seis meses no he completado esa línea, la sección industrial mejor del país quedará sin transporte. Se verá destruida, porque siendo la mejor, existieron hombres que quisieron apoderarse de parte de su riqueza.

—Bien. Quizá sea una acción baja, injusta y calamitosa, pero así es la vida social. Alguien ha de sacrificarse, a veces injustamente, pero no existe otro modo de vivir entre los hombres. ¿Qué puede hacer uno?

—Revelar la verdad acerca del metal Rearden. El doctor no contestó.

—¡Podría implorarle que lo hiciera para salvar mi situación; incluso para evitar un desastre nacional. Pero quizá tales razones no resultaran válidas. Sólo existe una definitiva: debe hacerlo porque es la verdad.

—¡No fui consultado acerca de esa declaración! —casi gritó el doctor de manera involuntaria—. ¡No lo hubiera consentido! Me gusta tan poco como a usted. Pero no puedo publicar una retractación pública.

—Si no fue usted consultado, ¿por qué no siente el menor deseo de averiguar las razones que provocaron ese paso?

—No puedo perjudicar al Instituto.

—¿No siente deseo de averiguar las razones?

—¡Sé cuáles son! No me lo han dicho, pero lo sé. Y no puedo recriminarles nada.

—¿Quiere revelarme esas razones?

—Lo haré, si lo desea. Se propone saber la verdad, ¿no es cierto? Pues bien: el doctor Ferris tampoco puede impedir que los necios que votaron los fondos para este Instituto insistan en lo que ellos llaman «resultados». Son incapaces de concebir la ciencia abstracta. Sólo pueden juzgarla en términos de los beneficios que les pueda producir. No comprendo cómo se las ha compuesto el doctor Ferris para conservar este Instituto. Tan sólo puedo maravillarme ante su habilidad. No creo que haya sido nunca un hombre de ciencia de primera fila, pero ¡qué preciosa resulta su ayuda! Sé que últimamente se ha enfrentado a un grave problema. Pero no quiso que interviniera en el mismo, ahorrándome esa preocupación. Sin embargo, escuché ciertos rumores; la gente ha estado criticando el Instituto porque se afirma que no produce lo suficiente. El público exige economía. En tiempos como éste, cuando sus mezquinas comodidades se ven amenazadas, la ciencia es lo primero que sacrificarían. Ésta es la única institución que queda. Ya casi no existen fundaciones de investigación particular. Fíjese en los egoístas rufianes que dirigen nuestras industrias. Es imposible concebir que apoyen la ciencia.

—¿Quién les apoya, entonces? —preguntó Dagny en voz baja.

—La sociedad —repuso él encogiéndose de hombros. Haciendo un esfuerzo, Dagny le recordó:

—Iba usted a revelarme los motivos que han sido causa de esa declaración.

—No son difíciles de deducir. Si considera que durante trece años este Instituto ha albergado un Departamento de Investigaciones Metalúrgicas a un coste de más de veinte millones de dólares sin producir nada, aparte de un pulimento plateado y de una preparación anticorrosiva que a mi juicio no es tan buena como las anteriores, puede imaginar cuál será la reacción del público si un particular fabrica un producto que

revoluciona la ciencia entera de la metalurgia y triunfa en toda la línea de un modo tan sensacional.

Dagny bajó la cabeza sin pronunciar palabra.

—No recrimino nada a nuestro Departamento Metalúrgico —continuó el doctor—. Sé que resultados de esta clase no son cuestión de fechas fijas. Pero el público no lo comprenderá así. ¿Qué hemos, pues, de sacrificar? ¿Una excelente pieza de fundición o el último centro científico que queda en la tierra, así como todo el futuro del saber humano? He aquí la alternativa.

Dagny seguía con la cabeza baja. Al cabo de un rato manifestó:

—De acuerdo, doctor Stadler. No voy a discutir ese asunto.

La vio tomar su bolso, tan trabajosamente como si intentara recordar los movimientos automáticos necesarios para ponerse en pie.

—Miss Taggart —le dijo con voz que era casi una súplica. Ella levantó la mirada. Su rostro expresaba corrección y vacío.

El doctor se acercó más; apoyó una mano en la pared sobre la cabeza de su visitante, cual si quisiera ceñirla en la curva de su brazo.

—Miss Taggart —repitió en un tono suave y amargamente persuasivo—, soy mayor que usted. Créame, no existe otro modo de vivir en la tierra. Los hombres no se muestran dispuestos a admitir la verdad o la razón. No puede llegarse a ellos con argumentos racionales. La mente carece de fuerza en esta lucha. Sin embargo, hay que contender. Si queremos conseguir algo, tenemos que engañarlos, a fin de que nos dejen realizar la tarea. U obligarlos. No comprenden otra cosa. No podemos esperar su ayuda para una empresa de la inteligencia o un objetivo del espíritu. No son más que animales agresivos, egoístas, interesados, rapaces, cazadores de dólares que…

—Yo soy uno de esos cazadores de dólares, doctor Stadler —declaró Dagny en voz baja.

—Usted es una criatura especial y brillante, que aún no conoce lo suficiente la vida como para captar en toda su medida la estupidez humana. He luchado contra ello mi vida entera y me siento muy cansado… —Su sinceridad era auténtica. Se alejó lentamente—. Existió un tiempo en que, al contemplar la trágica confusión existente en la tierra, sentí deseos de gritar, de implorarles que me escucharan. Podía enseñarles a vivir mucho mejor que hasta entonces. Pero nadie me hizo caso… ¿Inteligencia? Es un destello tan raro y precario, que brilla un instante entre los hombres, para desaparecer después. No puede apreciarse su naturaleza, ni su futuro… ni su muerte.

Dagny hizo acción de levantarse.

—No se vaya así, Miss Taggart. Quisiera que me comprendiese.

Ella lo miró con obediente indiferencia. Su cara no estaba pálida, pero los planos de la misma destacaban con una precisión extrañamente desnuda, cual si la piel hubiera perdido todas sus gradaciones de color.

—Es usted joven —dijo el doctor—. A su edad, yo tenía la misma fe en el ilimitado poder de la razón. Idéntica brillante visión del hombre como ser racional. Pero desde entonces he visto muchas cosas y me he desilusionado con frecuencia… Me gustaría contarle tan sólo un episodio.

Se hallaba ante la ventana del despacho. Fuera reinaba la obscuridad. Una obscuridad que parecía surgir del trazo negro del río, a lo lejos.

Unas cuantas luces temblaban en el agua, entre las alturas de la otra orilla. El firmamento seguía ofreciendo el azul intenso de la tarde. Una estrella solitaria, muy baja sobre la tierra y extraordinariamente brillante, hacía aparecer el cielo todavía más obscuro.

—Cuando me encontraba en la Universidad Patrick Henry —contó el doctor Stadler —tuve tres alumnos. En tiempos pasados, algunos de éstos fueron muy brillantes, pero aquellos tres hacían realidad esa recompensa que todo profesor anhela. Si había pensado alguna vez tratar mentes humanas en su mejor aspecto, jóvenes y entregadas a mí en demanda de guía y ayuda, aquellos tres muchachos representaban dicho don. La suya era esa clase de inteligencia que uno confía ver reinar en el futuro, cambiando el curso del mundo. Aunque de procedencias distintas, se habían hecho amigos inseparables. La elección de sus estudios resultaba muy extraña. Sobresalían en dos asignaturas, la mía y la de Hugh Akston: física y filosofía, combinación que en la actualidad se da muy pocas veces. Hugh Akston era un profesor distinguido, una mente privilegiada… muy distinta a ese tipo increíble que le ha substituido en la Universidad… Akston y yo estábamos un poco celosos uno de otro a causa de aquellos tres estudiantes y se había establecido entre ambos una especie de amistosa competición. Cierto día oí decir a Akston que los consideraba como sus propios hijos. Me enfadé un poco… porque también los creía hijos míos…

Se volvió para mirarla. Las amargas líneas trazadas por la edad eran ahora más visibles en sus mejillas.

—Cuando apoyé la fundación de este Instituto, uno de ellos me lo recriminó. No he vuelto a verle desde entonces. Durante los primeros años dicha idea me preocupó y de vez en cuando no pude menos de preguntarme si aquel joven había tenido razón… Pero hace tiempo que no me produce ya inquietud alguna.

Sonrió. Ahora sólo había amargura en su sonrisa y en su cara.

—Aquellos tres hombres, aquellos tres estudiantes depositarios de todas las esperanzas que el don de la inteligencia puede suscitar… aquellos tres muchachos a los que augurábamos un magnífico futuro… eran Francisco d'Anconia, el que ha acabado convirtiéndose en un depravado Don Juan; el otro, Ragnar Danneskjold, un auténtico bandido. Eso es lo que cabe esperar de las promesas de la mente humana.

—¿Y el tercero? —preguntó Dagny. El profesor se encogió de hombros.

—El tercero ni siquiera llegó a alcanzar tal clase de distinción. Desapareció sin dejar rastro, sumido en la desconocida inmensidad de lo mediocre. Probablemente estará trabajando en algún sitio como ayudante de contabilidad.

* * *

—¡Es mentira! ¡Yo no he huido! —gritó James Taggart—. Si vine fue porque no me encontraba bien. Pregúntalo al doctor Wilson. Tengo algo de gripe. Él lo demostrará. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

Dagny se hallaba en mitad del aposento. En el cuello de su gabán y en el ala de su sombrero se habían prendido unos copos de nieve. Miró a su alrededor, sintiendo una emoción que hubiera podido pasar por tristeza si hubiese dispuesto de tiempo para reconocerlo así.

Se hallaban en una habitación de la casa de la antigua finca Taggart, en el Hudson. La había heredado Jim, pero éste la visitaba muy raramente. En su niñez, aquella estancia había sido el estudio de su padre. Ahora ofrecía un aspecto desolado. Todas las sillas menos dos estaban cubiertas con fundas. La chimenea estaba apagada y tan sólo una estufa eléctrica, cuyo cordón zigzagueaba por el suelo, proporcionaba un mediocre calor. Veíase una mesa escritorio con su superficie de cristal vacía.

Jim estaba tendido sobre un sofá, con una toalla alrededor del cuello. Dagny pudo ver sobre una mesa, junto a él, un cenicero cuajado de colillas, una botella de whisky, un

arrugado vaso de papel y varios periódicos de dos días antes desparramados por el suelo. Un retrato del abuelo colgaba sobre la chimenea; era de cuerpo entero y al fondo aparecía un puente de ferrocarril.

—No tengo tiempo para discutir, Jim.

—¡Fue idea tuya! Confío en que admitirás ante la junta que fue idea tuya. ¡Eso es lo que has conseguido con tu maldito metal Rearden! Si hubiésemos esperado a Orren Boyle…

Su cara sin afeitar estaba sometida a diversas emociones que la mantenían en tensión: pánico, odio, cierto atisbo de triunfo, como si gritara a alguna víctima, y el aire débil, precavido y suplicante del que empieza a vislumbrar una esperanza y una ayuda.»

Se había interrumpido a propósito, pero ella no contestó. Siguió observándolo, con las manos en los bolsillos del abrigo.

—¡Nada podemos hacer! —gimió Jim—. Intenté llamar a Washington para que se incautaran de la «Phoenix Durango» y nos la entregaran basándonos en la anormalidad de la situación, pero no quieren ni discutirlo. Aseguran que demasiada gente se opone a ello, temerosa de algún insensato precedente… Conseguí que la Alianza Nacional de Ferrocarriles superase el punto muerto, permitiendo a Dan Conway operar su ferrocarril durante otro año, con lo que ganaríamos tiempo. Pero Dan ha rehusado. Intenté ponerme al habla con Ellis Wyatt y su pandilla en Colorado, para que exigieran a Washington ordenar a Conway continuar en activo, pero todos rehusaron, los muy bastardos, incluso Wyatt. Y eso que van a perder más que nosotros. ¡Se van a ir al agua! Pero aun así, rehusaron.

Ella sonrió brevemente, sin hacer comentarios.

—¡No nos queda hacia donde volvernos! Estamos atrapados. No podemos abandonar ese ramal ni completarlo. No podemos continuar ni parar. Carecemos de dinero. Nadie querrá echarnos una mano. ¿Y qué nos quedará sin la línea Río Norte? Somos objeto de un boicot. Estamos incluidos en la lista negra. Esa unión de obreros ferroviarios nos demandaría de buena gana, puesto que existe una ley acerca de ello. No podemos completar esa línea. ¡Santo cielo! ¿Qué hacer? Ella esperó unos momentos.

—¿Has terminado, Jim? —preguntó fríamente—. Si es así, te diré lo que haremos.

Jim guardó silencio, mirándola bajo sus entornados párpados.

—No se trata de una proposición, Jim, sino de un ultimátum. Limítate a escuchar y a aceptar. Voy a dar fin a esa línea Río Norte. Yo personalmente, no la «Taggart Transcontinental». Abandonaré la tarea de vicepresidente y formaré una compañía con mi propio nombre. Tu junta me traspasará la línea Río Norte. Actuaré como propia contratista. La financiaré yo misma. Aceptaré todas las responsabilidades y completaré esa línea a su debido tiempo. Una vez hayáis visto cómo el metal Rearden resiste la prueba, transferiré otra vez la línea a la «Taggart Transcontinental» y volveré a mi antiguo empleo. Eso es todo.

Él la miraba en silencio, balanceando una zapatilla en el extremo del pie. Dagny nunca hubiera imaginado que la esperanza adoptase un aspecto tan repulsivo en la cara de un hombre, pero así era porque estaba mezclada a la astucia. Apartó los ojos, preguntándose cómo era posible que el primer pensamiento de un ser humano en tales instantes pudiera ser el de buscar algo con lo que atacarla.

De pronto, absurdamente, Jim dijo con expresión ansiosa:

—Pero, ¿quién gobernará entre tanto la «Taggart Transcontinental»? Dagny se rió por lo bajo, lo que la sorprendió a ella misma; el ligero sonido tenía un tono amargo y grave.

—Eddie Willers —respondió.

—¡Oh, no! ¡No podría!

Ella rió otra vez, del mismo modo brusco y sin jovialidad.

—Creí que eras más listo que yo acerca de estas cosas. Eddie asumirá el título de vicepresidente en activo, ocupará mi despacho y se sentará en mi mesa. Pero, ¿quién crees que gobernará de veras a la «Taggart Transcontinental»?

—Es que no veo cómo…

—Me trasladaré en avión desde la oficina de Eddie a Colorado y viceversa Además, puedo comunicar por conferencia. Seguiré haciendo lo mismo que basta ahora. Nada cambiará, excepto la comedia que representarás ante tus amigos… y el hecho de que este proyecto represente un poco más de trabajo para mí.

—¿A qué comedia te refieres?

—Ya me entiendes, Jim No tengo idea de la clase de juego que te traes con tu junta de directores. No sé qué fines persigues ni qué propósitos te has hecho. Pero no me importa. Podéis ocultaros todos tras de mí. Si tenéis miedo o si habéis cerrado tratos con amigos que se sienten amenazados por el metal Rearden… ahora dispones de una oportunidad para asegurarles que no te ves comprometido en nada; que no eres tú quien lo hace, sino yo. Puedes incluso ayudarles a maldecirme y apostrofarme. Os quedaréis todos en casa, sin correr riesgos ni granjearos enemigos. Limitaos a dejarme el camino expedito.

—Bien… —aceptó él lentamente—. Desde luego, los problemas inherentes a la dirección de un gran sistema ferroviario son complejos… mientras que una pequeña compañía independiente, a nombre de una sola persona, quizá pudiera…

—Sí, Jim, sí; sé muy bien todo eso. En cuanto anuncies que me entregas la línea Río Norte, las acciones Taggart subirán. Las alimañas dejarán ^e atisbar desde sus sucios rincones, puesto que carecerán ya del incentivo de morder a una gran compañía. Antes de que hayan decidido su actitud hacia mí, tendré terminada esa línea. No quiero que ni tú ni tu junta discutáis conmigo, ni me roguéis nada. No hay tiempo para esto si es que he de realizar la clase de tarea que me he propuesto y que voy a hacer yo sola.

—¿Y si… fracasas?

—Si fracaso, me hundiré sola también.

—¿Te has dado cuenta de que en tal caso la «Taggart Transcontinental» no estará en condiciones de ayudarte?

—Lo comprendo.

—¿No cuentas, pues, con nosotros?

—No.

—¿Interrumpirás toda relación oficial con la compañía, de modo que tus actividades no ejerzan influencia alguna en nuestra reputación?

—Sí.

—Podemos convenir, pues, que en caso de fracaso o de escándalo público… tu ausencia resultará permanente… es decir, que no confiarás en volver a la vicepresidencia.

Ella cerró los ojos un momento.

—De acuerdo, Jim. Si ocurre así, no volveré.

—Antes de transferirte la línea Río Norte hemos de redactar*un acuerdo según el cual nos la devolverás junto con tus intereses en la misma, caso de que resulte un éxito. De otro modo podrías intentar obligarnos a la entrega de cantidades superiores, puesto que necesitamos esa línea.

En la mirada de Dagny se pintó un breve destello de sorpresa; luego, indiferentemente, con palabras que parecían una limosna, repuso:

—Desde luego, Jim. Que todo eso conste por escrito.

—Respecto a tu sucesor provisional… no irás a insistir en que sea Eddie Willers, ¿verdad?

—Sí. Insisto.

—¡Pero ese hombre no puede actuar como vicepresidente! No posee la talla necesaria, ni los modales, ni…

—Pero conoce su trabajo y el mío. Sabe lo que quiero. Tengo confianza en él y podremos trabajar muy bien juntos.

—¿No crees que sería mejor escoger a un joven más distinguido, procedente de buena familia, con mayor empaque social y…?

—Será Eddie Willers, Jim.

Él suspiró.

—De acuerdo. Sólo que… hemos de tener mucho cuidado con eso… No quiero que la gente sospeche que en realidad eres tú la que sigue gobernando la «Taggart Transcontinental». Nadie ha de saberlo.

—Lo sabrá todo el mundo, Jim. Pero como nadie lo admitirá abiertamente, todos se sentirán perfectamente satisfechos.

—Hemos de conservar las apariencias.

—¡Desde luego! Si no quieres, no tienes que saludarme en la calle. Puedes afirmar que no me conoces ni me has visto nunca, y por mi parte, aseguraré que no tengo ni idea de lo que es la «Taggart Transcontinental».

Él guardó silencio, mirando fijamente el suelo, intentando pensar.

Dagny se volvió para mirar los campos por la ventana. El cielo ofrecía la palidez uniforme y grisácea del invierno. Más allá, en la orilla del Hudson, distinguió la carretera en la que solía vigilar la llegada del coche de Francisco. Vio el acantilado al que subían para tratar de percibir los rascacielos de Nueva York. En algún lugar de los bosques se encontraban los rieles que conducían a la estación de Rockdale. La tierra estaba ahora cubierta de nieve. Lo que contemplaba venía a ser el esqueleto del país en otros tiempos; un leve trazo de ramas desnudas elevándose desde la nieve al cielo. Todo era blanco y gris como en esas fotografías muertas que se guardan cuidadosamente como recuerdo, pero que carecen de fuerza para nacernos evocar algo.

—¿Cómo piensas llamarla? Ella se volvió asombrada.

—¿Qué?

—Que cómo piensas llamar a tu compañía.

—¡Oh!… Pues… creo que le pondré línea «Dagny Taggart».

—¿Lo crees prudente? Quizá se interprete mal. Lo de Taggart puede dar lugar a…

—¿Cómo quieres que la llame? —preguntó ella bruscamente irritada —¿Compañía Don Nadie? ¿Madame X? ¿John Galt? —Se interrumpió y sonrió súbitamente, con fría, brillante y peligrosa sonrisa—. Ése es el nombre que voy a darle: línea «John Galt».

—¡Cielos! ¡No! —Sí.

—Se trata de una palabreja salida de los arrabales.

—Sí.

—No puedes bromear con una cosa tan sería… No puedes ser tan vulgar, ni rebajarte de ese modo.

—¿De veras?

—¿Por qué motivo has de hacerlo?

—Porque sorprenderá a todo el mundo, igual que te ha sorprendido a ti.

—Hasta ahora nunca te habías preocupado de conseguir efectos.

—Pues esta vez lo haré.

—Oye… —Su voz bajó, hasta convertirse casi en un murmullo supersticioso—. Oye, Dagny. Sabes… sabes que trae mala suerte… Sabes que su significado…

Se interrumpió.

—¿Cuál es su significado?

—No lo sé… pero a juzgar por el modo en que ese nombre se emplea, parece indicar…

—¿Temor? ¿Desesperación? ¿Futilidad?

—Sí, sí, precisamente.

—Pues eso es lo que yo quiero arrojarles al rostro.

El relampagueo de cólera en los ojos de Dagny y la expresión de alegría que lo siguió, hicieron comprender a Jim que valía más callarse.

—Puedes preparar todos los documentos y realizar las gestiones necesarias bajo el nombre de línea «John Galt» —le indicó ella.

—Como quieras; al fin y al cabo esa línea es tuya —concedió Jim suspirando.

—Desde luego.

La miró perplejo. Había abandonado totalmente los modales y el estilo de una vicepresidente y parecía feliz y aliviada luego de descender al nivel de los obreros y de las cuadrillas de trabajadores.

—En cuanto a los documentos y al aspecto legal de la cuestión —dijo Jim —existirán ciertas dificultades. Hemos de solicitar permiso.,.

Se volvió para mirarle. Algo de su anterior violencia seguía fijo en su cara. Ésta no estaba alegre ni sonreía, sino que su expresión revelaba ahora cierta extraña y primitiva calidad. Jim confió en no volver a verla nunca de aquel modo.

—Escúchame, Jim —le dijo; él no había notado nunca semejante tono en una voz humana—, existe una cosa que puedes realizar como parte del compromiso y más vale que lo hagas cuanto antes: manejar adecuadamente a tus amigos de Washington. Procura que me concedan los permisos, autorizaciones, concesiones y todo ese montón de papel que requieren las leyes. Y no permitas que me pongan obstáculos. Si lo intentan… Jim, la gente asegura que nuestro antepasado Nat Taggart mató a un político porque se atrevió a rehusarle cierto permiso que en realidad no tenía por qué solicitar de él. No sé si Nat Taggart lo hizo o no. Pero puedes estar seguro de una cosa: que si cometió ese hecho, yo sé muy bien cuáles fueron sus sentimientos en aquel instante. Y si no lo hizo… quizá lo haga yo en honor de la leyenda familiar. Puedes estar seguro, Jim.

* * *

Francisco d'Anconia estaba sentado ante la mesa de Dagny. Su rostro permanecía inexpresivo, y así lo mantuvo mientras ella le explicaba, en el tono claro e impersonal de una entrevista entre negociantes, la formación y el propósito de su propia compañía ferroviaria. La estuvo escuchando sin pronunciar palabra.

Nunca había figurado en la cara de Francisco semejante expresión de total pasividad. No aparentaba burla ni ironía ni antagonismo; era como si no viviera aquellos momentos y fuera imposible llegar hasta él. Sin embargo, miraba a Dagny atentamente, cual si sus pupilas vieran más de lo que ella podía imaginar, como una especie de cristal que dejara penetrar los rayos Solares, pero no permitiera la salida de éstos.

—Francisco, te rogué que vinieras porque quería hablar contigo en mi despacho. Nunca has estado aquí. En cierta ocasión una entrevista así quizá hubiera significado algo para mí.

La mirada de Francisco recorrió lentamente el recinto. Sus paredes estaban desnudas, exceptuando tres cosas: un mapa de la «Taggart Transcontinental», el retrato de Nat Taggart que había servido de modelo para su estatua, y un inmenso calendario en alegres y crudos colores, de la clase de los que eran distribuidos cada año a todas las estaciones de la línea Taggart; el mismo que había colgado en su primer lugar de trabajo, en Rockdale.

Francisco se levantó y dijo quedamente:

—Dagny, por ti misma y… —tuvo una leve vacilación, apenas perceptible— y en nombre de la piedad que puedas sentir hacia mí, no me pidas nada. Déjame partir.

Aquel comportamiento resultaba extraño en él y Dagny nunca hubiera creído escuchar de sus labios semejantes palabras.

A los pocos momentos preguntó:

—¿Por qué?

—No puedo contestarte. No puedo contestar a nada. Éste es uno de los motivos por lo que vale más no discutir.

—¿Sabes lo que voy a preguntarte?

—Sí. —El modo en que le miraba entrañaba un interrogante tan elocuente y desesperado, que añadió—: Y sé también que voy a negarme.

—¿Por qué?

Sonrió tristemente, extendiendo las manos como para demostrarle que había previsto todo aquello y había deseado evitarlo.

—He de intentarlo, Francisco —insistió ella con calma—. He de hacer esa pregunta. Es mi parte en este asunto. La tuya consiste en responder. Pero, al menos, sabré que lo he probado.

Él seguía en pie, pero inclinó un poco la cabeza, asintiendo, a la vez que decía:

—Te escucharé, si eso puede complacerte en algo.

—Necesito quince millones de dólares para completar la línea Río Norte. He conseguido siete millones contra las acciones Taggart que poseo, libres de toda carga. No puedo llegar a más. Lanzaré acciones de mi nueva compañía hasta ocho millones de dólares. Te he llamado para rogarte que compres esas acciones.

Él no contestó,

—Soy como un mendigo, Francisco, que solicita tu dinero. Siempre creí que en los negocios no había que mendigar. Que lo que se ofrece tiene su propio valor y que sólo se da dinero por dinero. Pero ahora no ocurre así, aunque no puedo comprender cómo es posible actuar según otras reglas y aun continuar existiendo. A juzgar por ciertos hechos, la línea Río Norte será la mejor del país. Según determinadas referencias, es la mejor inversión posible. Pero precisamente ahí está lo que me intranquiliza. No puedo conseguir dinero ofreciendo a la gente una aventura con buenas perspectivas; el simple hecho de ser buena les impulsa a rechazarla. No existe Banco capaz de adquirir las acciones de mi compañía. Así es que no puedo ofrecer méritos concretos, sino rogar.

Pronunciaba las palabras con precisión impersonal. Se detuvo, esperando su respuesta; pero él guardó silencio.

—Sé que no tengo nada que darte a cambio —continuó—, que no puedo hablarte en términos de inversión. A ti no te importa el dinero. Los proyectos industriales dejaron de interesarte hace mucho tiempo. No voy a pretender que se trata de una proposición

ventajosa, sino tan sólo eso: una,» súplica de pordiosero. —Contuvo el aliento y añadió —: Dame ese dinero como limosna, porque nada significa para ti.

—En efecto —reconoció él en voz baja.

Pero Dagny no pudo intuir si su expresión era de cólera o de dolor, porque tenía los ojos bajos.

—¿Lo harás, Francisco?

—No.

Transcurridos unos momentos, Dagny añadió:

—Te he llamado, no porque creyera que aceptarías, sino porque eres el único capaz de comprender lo que te estoy diciendo. Por eso quise intentarlo. —Su voz se fue haciendo más baja como si pretendiera disimular más y más sus emociones—. No puedo creer que te niegues en redondo… porque sé que puedes seguir escuchándome. Vives una existencia depravada, pero tus actos no lo son, tampoco el modo en que hablas… Tuve que intentarlo… pero no puedo seguir esforzándome en entenderte.

—Voy a darte una idea útil. Las contradicciones no existen. Cuando te creas ante una contradicción, repasa tus datos. Siempre encontrarás alguno equivocado.

—Francisco —murmuró ella—, ¿por qué no me cuentas lo que te ha sucedido?

—Porque en estos momentos la respuesta te disgustaría mucho más que la duda.

—¿Tan terrible es?

—Se trata de algo que debes conseguir por ti misma. Ella movió la cabeza.

—No sé qué ofrecerte. No sé qué puede seguir teniendo valor para ti. ¿No ves que incluso un mendigo tiene algo que dar, puede aportar una razón por la que llegues a desear ayudarle?… He pensado… en algo que en otros tiempos significaba mucho para ti: el éxito, los triunfos industriales. ¿Recuerdas cómo solíamos hablar de ello? Tú te mostrabas siempre muy severo. Esperabas mucho de mí. Decías que tenía que situarme en las alturas. Pues bien; ya lo he hecho. Te preguntaste hasta dónde llegaría con la «Taggart Transcontinental». —Accionó con la mano señalando el despacho—. Hasta aquí he llegado… Así es que pensé… que si el recuerdo de lo que en otros tiempos constituyeron tus valores sigue significando algo para ti, aunque sólo sea por pura diversión, o en un momento de debilidad o simplemente… como quien pone flores en una tumba… quizá quieras entregarme ese dinero… en nombre de tal recuerdo.

—No.

Haciendo un esfuerzo, Dagny dijo:

—Ese dinero no significaría nada para ti. Muchas veces lo gastas en fiestas insensatas. Empleaste mucho más en las minas de San Sebastián.

Él levantó la mirada y la fijó en Dagny, y ésta pudo ver por vez primera el centelleo de una expresión brillante, implacable e increíblemente orgullosa, cual si un impulso acusador le diese fuerza.

—¡Oh! Sí —dijo ella lentamente, como contestando a los pensamientos de Francisco—. Te he criticado mucho por esas minas. Me he puesto contra ti. Te he expresado mi desprecio de todos los modos posibles, y en cambio ahora he de solicitar tu dinero; igual que Jim; igual que cualquier otro desaprensivo de cuantos hayas conocido. Sé que es un triunfo para ti. Sé que puedes reírte y despreciarme con entera justicia. Pues bien; quizá pueda ofrecerte esto. Si lo que buscas es diversión, si disfrutaste viendo la desesperación de Jim y de los proyectistas mejicanos, ¿no te divertiría acabar también conmigo? ¿No te causaría verdadero placer? ¿Quieres oírme reconocer que he sido derrotada por ti? ¿Quieres verme arrastrarme a tus pies? Dime que lo haga y lo haré.

Francisco actuó con tanta rapidez que Dagny no pudo darse cuenta de cómo sucedía aquello; tan sólo le pareció que su primera reacción fue un sencillo temblor. Rodeó la mesa escritorio, le tomó la mano y se la* llevó a los labios. Todo empezó como un gesto de profundo respeto; como si su propósito fuera el de darle fuerzas; pero cuando mantuvo los labios y luego la cara apretada contra su mano, Dagny comprendió que quien necesitaba fuerzas era él.

La miró a la cara, contemplando la asustada tranquilidad de sus pupilas, y sonrió sin intentar ocultar la cólera y la ternura que se pintaban en sus ojos.

—Dagny, ¿de veras quieres arrastrarte ante mi? No sabes lo que significa esa palabra y nunca lo sabrás. Uno no obra así a sabiendas. ¿Crees que no sé que tu petición es el acto más valiente que hayas podido realizar jamás? Pero… no insistas, Dagny.

—En nombre de todo cuanto en otros tiempos pudo tener algún significado para ti… —susurró—, de aquello que aún pueda quedar en tu interior…

En el momento en que creyó haber visto una mirada similar en alguna otra ocasión, cuando se dijo que aquél era el modo en que había aparecido ante ella, destacando contra el resplandor nocturno de la ciudad, tendido a su lado por última vez, escuchó una exclamación suya, una exclamación que nunca había conseguido arrancarle:

—¡Amor mío, no puedo!

Luego, mientras se miraban en perplejo silencio, notó el cambio operado en su cara. Ésta se había vuelto otra vez brusca, como si hubiese accionado un interruptor. Se echó a reír, se alejó de ella y dijo con una voz hiriente y ofensiva a causa de su absoluta indiferencia:

—por favor, perdóname esta mezcla de estilos. Siempre se ha supuesto que he dicho la misma frase a otras muchas mujeres, aunque en ocasiones bastante distintas.

Dagny bajó la cabeza y se sentó cual si quisiera reprimirse, sin importarle que él lo viera.

Cuando levantó la cabeza fue para mirarlo con aire completamente apático.

—Bien, Francisco. Ha sido una buena actuación. Confieso que lo he creído. Si éste ha sido tu modo de aceptar la diversión que te ofrecía, has triunfado de pleno. No pienso pedirte nada.

—Ya te lo advertí.

—No sabía hacia qué bando te inclinabas. Aunque parezca imposible, veo que es el de Orren Boyle, Bertram Scudder y tu viejo maestro.

—¿Mi viejo maestro? —preguntó él con brusquedad.

—Sí. El doctor Robert Stadler. Se rió aliviado.

—¡Ah! ¡Ése! Es un saqueador convencido de que su fin justifica apoderarse de mis medios. —Y añadió—: Verás, Dagny; quiero que recuerdes siempre ese lado hacia el que dices me inclino. Algún día hablaremos de esto y te preguntaré si deseas repetirlo.

—No será preciso.

Él se volvió para partir. Agitó la mano en un saludo casual y dijo:

—Te deseo mucha suerte con la línea Río Norte, si es que llegas a construirla.

—La construiré. Y pienso llamarla línea «John Galt».

—¿Cómo?

Fue un auténtico grito; ella se echó a reír despectiva.

—La línea «John Galt».

—Dagny, ¿por qué haces eso? ¿Por qué?

—¿Es que no te gusta?

—¿Por qué has escogido semejante nombre?

—Suena mejor que míster Nemo o míster Cero, ¿no crees?

—Pero, Dagny, ¿por qué? —repitió.

—Porque te asusta.

—¿Qué crees que significa?

—Lo imposible. Lo inalcanzable. Todos tenéis miedo a mi línea, del mismo modo que lo tenéis de ese nombre.

Se echó a reír sin mirarla y Dagny sintió la extraña certidumbre de que se había olvidado de ella; de que se encontraba muy lejos, de que estaba riendo con una curiosa mezcla de alegría y de amargura de algo en lo que ella no tenía la menor parte.

Cuando se volvió hacia Dagny dijo con vehemencia:

—Yo, en tu lugar, no lo haría.

—Tampoco a Jim le ha complacido mucho —le explicó encogiéndose de hombros.

—¿Por qué has escogido ese nombre?

—Porque lo aborrezco; porque aborrezco los malos presagios con que todos me abrumáis; vuestro deseo de que ceda, esa insensata pregunta que suena como una demanda de auxilio. Estoy harta de oír nombrar a John Galt y he decidido luchar contra él.

—En efecto; lo haces —reconoció Francisco lentamente.

—Voy a construir esa línea para él. ¡Que venga a apoderarse de ella si quiere!

Francisco sonrió lentamente, e inclinando un poco la cabeza dijo:

—Lo hará.

* * *

El resplandor del metal al rojo iluminaba el techo y reverberaba contra una pared. Rearden estaba sentado en su escritorio, bajo la luz de una lámpara. Más allá del círculo formado por la misma, la obscuridad del despacho se mezclaba con la del exterior. Parecía como si existiera un espacio vacío donde los rayos del alto horno se moviesen a voluntad; cual si la mesa fuera una balsa suspendida en el aire, conteniendo dos personas aprisionadas en su intimidad. Dagny estaba sentada frente a él.

Se había quitado el abrigo y su silueta destacaba vivamente, como una figura delgada y tensa vestida de gris, formando una línea diagonal sobre el amplio sillón. Tan sólo su mano recibía la luz por estar posada en el borde de la mesa. Más allá se percibía la mancha pálida de su cara, la blancura de la blusa, el triángulo de un cuello abierto.

—Bien, Hank —dijo—. Vamos a realizar ese puente con el nuevo metal Rearden. Puede usted considerarlo como pedido oficial por parte de la propietaria de la línea «John Galt».

Él sonrió, contemplando los diseños del puente, extendidos bajo la luz.

—¿Ha tenido oportunidad para examinar el proyecto que le mandamos?

—Sí. Y no son necesarios comentarios ni cumplidos. El pedido habla por si solo.

—Muy bien. Gracias. Empezaré a fabricar ese metal.

—¿No me va a preguntar si la línea «John Galt» está en situación de hacer pedidos o de funcionar?

—No es preciso. El que usted haya acudido me parece suficiente.

—Desde luego. Todo está dispuesto, Hank —dijo sonriendo—. He venido a decírselo y a discutir los detalles del puente.

—Bien. Me siento curioso. ¿Quiénes son los accionistas de la línea «John Galt»?

—Ninguno de ellos puede permitirse en verdad ese lujo. Todos tienen industrias en pleno crecimiento y necesitan dinero para las mismas. Pero al propio tiempo, precisaban la línea y prefirieron no pedir auxilio a nadie. —Se sacó un papel del bolso—. Ésta es la compañía «John Galt, Inc.» —dijo alargándoselo por encima de la mesa.

Conocía la mayor parte de los nombres incluidos en la lista: Ellis Wyatt, de la «Wyatt Oil», Colorado; Ted Nielsen, de «Nielsen Motors», Colorado; Lawrence Hammond, de la «Hammond Cars», Colorado; Andrew Stockton, de la «Stockton Foundry», Colorado. Había unos cuantos de otros Estados.

Vio el nombre de Kenneth Danagger, de la «Danagger Coal», Pennsylvania. El importe de sus aportaciones variaba entre sumas de cinco cifras y de seis cifras.

Tomó su pluma estilográfica y escribió al final de la lista: «Henry Rearden, Rearden Steel, Pennsylvania, un millón de dólares». Y le devolvió el papel.

—Hank —dijo ella con voz queda—, no quería que hiciera usted esto. Lleva invertido tanto dinero en el metal Rearden, que para usted representa un sacrificio peor que para cualquiera de nosotros. No puede permitirse un riesgo semejante.

—Nunca acepto favores —respondió él fríamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

—No ruego a nadie que corra mayores riesgos que yo en cualquiera de mis aventuras. Si se trata de un juego, siempre estaré a la altura de un rival. ¿No dijo que esa línea iba a ser la primera demostración de mis productos?

Dagny inclinó la cabeza, a la vez que respondía gravemente:

—De acuerdo. Gracias.

—Además, debo advertirle que no pienso perder dinero. Me doy cuenta de las condiciones bajo las cuales esos bonos pueden quedar convertidos en acciones bajo mi opción. En consecuencia, espero obtener un provecho substancioso, que usted conseguirá para mí.

Ella se echó a reír.

—¡Vaya, Hank! Llevo tanto tiempo hablando con gente insensata, que casi me he contagiado de la idea de que esa línea es una empresa condenada al fracaso. Gracias por sus palabras. Sí; creo que le haré conseguir beneficios extraordinarios.

—Si no fuera por los insensatos, no existiría nunca riesgo alguno. Pero hay que derrotarlos y lo haremos. —Tomó dos telegramas de entre los papeles esparcidos por su mesa—. Existen todavía hombres verdaderos. —Le alargó los telegramas—. Creo que le gustará leer esto.

Uno de ellos decía:

Pensaba hacerlo dentro de dos años, pero la declaración del Instituto Científico del Estado me impele a proceder inmediatamente. Considere esto como el compromiso para la construcción de un conducto de metal Rearden de doce pulgadas y seiscientas millas entre Colorado y K ansas City. Siguen detalles.

Ellis Wyatt

El otro declaraba:

Me refiero a nuestra discusión y pedido. Adelante.

Ken Danagger

Hank añadió, a modo de explicación:

—Tampoco él estaba preparado para poner manos a la obra en seguida.

Son ocho mil toneladas de metal Rearden de tipo estructural para minas de carbón.

Se miraron sonriendo. No eran precisos mayores comentarios.

Él bajó la mirada, mientras Dagny le devolvía los telegramas. La piel de_ su mano aparecía transparente bajo la luz, al borde del escritorio; era una mano de jovencita, de dedos delgados, inmóviles un instante en actitud indefensa.

—La fundición Stockton, de Colorado —dijo—, fabricará el pedido que la «Amalgamated Switch and Signal Company» dejó de cumplimentar. Se pondrán en contacto con usted acerca del metal.

—Ya lo han hecho. ¿Cómo marcha el asunto del personal de construcción?

—Los ingenieros de Nealy se quedarán. Son los mejores; los que necesito. Y también la mayoría de los capataces. No será difícil sacar provecho de ellos. De todas formas, Nealy no me era demasiado útil.

—¿Y los obreros?

—Hay más solicitudes de las que puedo aceptar. No creo que el Sindicato intervenga. La mayoría de los solicitantes dan nombres supuestos. Pertenecen al Sindicato, pero necesitan desesperadamente ese trabajo. Pondré unos cuantos guardianes a lo largo de la línea; pero no creo que se produzcan incidentes.

—¿Y la junta de directores de su hermano Jim?

—Forcejean entre sí para que aparezcan en los periódicos declaraciones según las cuales no guardan relación alguna con la línea «John Galt» y consideran irrealizable esa empresa. Estuvieron de acuerdo en todo cuanto les propuse.

La línea de sus hombros parecía rígida, pero la echó hacia atrás con gracia, cual si fuera a volar. La tensión parecía un estado natural en ella; no un signo de ansiedad, sino de placer; su cuerpo entero vibraba bajo el vestido gris, apenas visible en la obscuridad.

—Eddie Willers ha ocupado el despacho de la vicepresidencia —le informó—. Si necesita algo, póngase en contacto con él. Yo parto hacia Colorado esta noche.

—¿Esta noche?

—Sí. Hay que ganar tiempo. Hemos perdido una semana.

—¿Viajará en su propio avión?

—Sí; y estaré de regreso dentro de unos diez días. Me he propuesto trasladarme a Nueva York una o dos veces cada mes.

—¿Dónde vivirá mientras se encuentre allí?

—En el mismo lugar de los trabajos: en mi propio vagón, o mejor dicho, en el de Eddie, que le he pedido prestado.

—¿Se considera segura?

—¿Segura de qué? —Se echó a reír perpleja—. ¡Vaya, Hank! Es la primera vez que no me considera un hombre. ¡Claro que estaré segura!

No la miraba; tenía los ojos fijos en las cifras estampadas sobre una hoja de papel.

—He hecho que mis ingenieros preparasen un presupuesto del coste de ese puente —dijo —, así como un plan aproximado de trabajo, estableciendo el tiempo que se va a necesitar. Quiero discutirlo con usted.

Le alargó los papeles y ella se acomodó para leerlos.

Un rayo de luz le daba en la cara. Hank contempló la boca firme y sensual, enérgicamente dibujada. Al reclinarse un poco más, sólo quedó una leve sugerencia de la misma y la obscura línea de las pestañas.

«¿Acaso no estoy pensando en ello desde la primera vez que la vi? —se dijo—. ¿Acaso no llevo dos años no pensando más que en eso?…» Permaneció inmóvil, mirándola; escuchando las palabras que nunca se había permitido pronunciar; las palabras que sentía y conocía, pero a las que nunca se enfrentó, confiando en destruirlas por el simple expediente de no dejar que se formaran en su interior. Ahora las oía otra vez de manera repentina asombrosamente clara, cual si las estuviera expresando ante ella… «Desde la primera vez que te vi… nada más que tu cuerpo, tu boca y el modo en que tus ojos me miran… en cada frase que he dicho, en cada conferencia que consideraste tan sensata; no obstante la importancia de los asuntos a discutir… Tuviste confianza en mí, ¿verdad? ¿Pensaste que reconocería tu grandeza? ¿Qué pensaría en ti como te mereces? ¿Como si fueras un hombre…? ¿Crees que no sé cuántas cosas he traicionado? Eres la única luz de mi vida; la única persona a quien he respetado; la mejor negociante que conozco; mi aliado, mi compañero en una desesperada lucha… Pero el más bajo de todos los deseos es la respuesta a lo más alto que encontré… ¿Sabes lo que soy? He pensado en ello, porque es algo en lo que no debí pensar. Para satisfacer esta degradante necesidad a la que nunca debí relacionarte, no he deseado a nadie más que a ti… No supe lo que era ese deseo hasta que te vi por vez primera. Pensé que no podía verme influido por ello… pero desde entonces, durante dos años, sin un momento de respiro… ¿Sabes lo que es desear de ese modo? ¿Quieres oírme decir lo que pienso cuando te miro?… ¿Cuando permanezco despierto por la noche?… ¿Cuando oigo tu voz por el teléfono…? ¿Cuándo trabajo sin poder apartarte de mi pensamiento? Quisiera obligarte a cosas que no puedes concebir y saber que he sido yo quien las ha hecho. Reducirte a un cuerpo, enseñarte placeres animales; ver cómo los deseas y cómo me los pides; observar cómo tu maravilloso espíritu se ensucia con la obscenidad de tu anhelo. Verte tal como eres, tal como te enfrentas al mundo, con tu clara y orgullosa fortaleza, y luego verte sometida a mis infames caprichos. Deseo verte a mi lado y, al mismo tiempo, me maldigo por ello.»

Dagny seguía leyendo los papeles, reclinada en su sillón; pudo ver el reflejo del fuego rozándole el cabello, trasladándose luego a su hombro y descendiendo por el brazo, hasta la piel desnuda de su muñeca.

«¿Sabes lo que pienso? Que pareces tan joven, tan austera, tan segura de ti misma… ¿Qué sucedería si te arrojara al suelo, con tu pulcro vestido, y lo levantara, y…?»

Ella lo miró y Hank concentróse en los papeles que tenía en el escritorio. A los pocos momentos, declaraba:

—El coste real del puente es algo inferior a los cálculos originales. Notará usted que la fortaleza del mismo permite la adición eventual de una segunda vía que, a mi modo de ver, se hará necesaria dentro de pocos años. Si distribuye el coste en un periodo de…

Mientras hablaba, Dagny se fijaba en su rostro iluminado por la luz de la lámpara, destacando contra la vacía negrura del despacho. La lámpara quedaba fuera de su campo visual y, por un momento, tuvo la ilusión de que era su cara la que iluminaba los papeles que tenía ante sí. Pensó que aquella cara y la fría y radiante claridad de su voz y de su mente apuntaban hacia un único fin. Su rostro era igual que sus palabras; como si la línea general de un tema único discurriera desde la sostenida mirada de sus ojos, por los fuertes músculos de sus mejillas, hasta la curva algo desdeñosa y abatida de la boca, formando una línea de implacable ascetismo.

* * *

La jornada se inició con la noticia de un desastre: un tren de mercancías de la «Atlantic Southern» había chocado con otro de pasajeros en Nuevo México, en una curva cerrada de las montañas, desparramándose los vagones por las laderas circundantes. Transportaban cinco mil toneladas de cobre desde una mina de Arizona a las fundiciones Rearden.

Rearden telefoneó en seguida al director general de la «Atlantic Southern»; su respuesta fue ésta: «¡Cielos, míster Rearden! ¿Cómo voy a asegurarle nada? ¿Cree que hay alguien capaz de calcular el tiempo 'que va a necesitarse para dejar expedita la vía? Es una de las peores catástrofes que hemos sufrido… No lo sé, míster Rearden. No existen otras líneas en ese sector. Los rieles han quedado deshechos en más de trescientos sesenta metros. Se ha producido además un corrimiento de tierras. Nuestro tren de auxilio no puede pasar. No sé cuándo volveremos a tener esos vagones en su sitio ni cómo podremos realizarlo. Es imposible calcular menos de dos semanas… ¿Tres días? ¡Imposible, míster Rearden! No podemos. Diga usted a sus clientes que ha sido un contratiempo imprevisto. Nadie puede recriminarle a usted semejante desgracia.»

Durante las dos horas siguientes y con la ayuda de su secretario, de dos jóvenes ingenieros del Departamento de Embarques, de un mapa de carreteras y del teléfono, Rearden consiguió que una flota de camiones se dirigiera al lugar del suceso y que una cadena de vagones de auxilio se pusiera en contacto con ellos en la estación más próxima de la «Atlantic Southern». Estos vagones habían sido pedidos a la «Taggart Transcontinental». Los camiones procedían de Nuevo Méjico, Arizona y Colorado. Los ingenieros de Rearden habían perseguido por teléfono a sus propietarios ofreciéndoles cantidades que hicieron innecesaria toda discusión.

Era el tercero de los envíos de cobre que Rearden estaba esperando; dos de ellos no fueron entregados; una compañía había quebrado y la otra seguía con sus inevitables retrasos.

Atendió aquel asunto sin quebrantar su cadena de entrevistas, sin levantar la voz, sin dar señales de fatiga, de incertidumbre o de temor. Había actuado con la rapidez y precisión de un jefe militar bajo el fuego enemigo, y su secretaria, Gwen Ivés, se portó como un ayudante tranquilo y eficaz. Era una muchacha de veintitantos años, cuyo rostro tranquilo, armonioso e impenetrable parecía encajar perfectamente en el mobiliario y el equipo de la oficina mejor planeada. Era su empleada más enérgica y competente. El modo en que realizaba sus tareas sugería que hubiera considerado imperdonable inmoralidad cualquier instante de emoción capaz de perjudicar su trabajo.

Cuando el problema se hubo solucionado, el único comentario de Gwen fue: «Míster Rearden, creo que deberíamos pedir a nuestros proveedores que mandaran sus materiales por la «Taggart Transcontinental». «También yo lo he pensado —contestó Rearden; y añadió—: Telegrafíe a Fleming, en Colorado, y dígale que quiero una opción a la propiedad de esa mina de cobre.»

Estaba de nuevo sentado a su mesa, hablando con su superintendente por un teléfono y con su jefe de compras por otro, comprobando todos los datos de que disponía acerca de las toneladas de mineral. No podía dejar a cualquier otra persona la responsabilidad de un retraso en la alimentación de un solo horno. El último riel para la línea «John Galt» estaba siendo tendido. De pronto, sonó el timbre y la voz de Miss Ivés anunció que su madre estaba afuera y deseaba verle.

Había insistido cerca de sus familiares para que no fueran a visitarlo a la fundición sin previo aviso. Le agradaba que aborrecieran aquel lugar y que sólo en muy raras ocasiones aparecieran en su despacho. Al oír el aviso, experimentó el violento deseo de ordenar a su madre que saliera de allí. Pero, con un esfuerzo mayor que el que había requerido de él el problema del choque, respondió suavemente: «De acuerdo. Dígale que pase».

Su madre se presentó con aire beligerante y defensivo a la vez. Contempló el despacho cual si supiera lo que representaba para él y expresara su resentimiento contra todo lo que Hank pudiera considerar superior a su persona. Tardó mucho tiempo en acomodarse en un sillón, manoseó su bolso y sus guantes, se arregló los pliegues del vestido, y gruñó:»

—¿Te parece bonito que una madre tenga que hacer antesala y pedir permiso a una mecanógrafa para ver a su hijo y…?

—Mamá, ¿ocurre algo importante? Hoy tengo un día muy agitado.

—No eres el único que ha de enfrentarse a problemas. Desde luego, es algo importante, de lo contrario no me hubiera tomado la molestia de venir.

—¿De qué se trata?

—De Philip.

—Tú dirás.

—Philip es desgraciado.

—Bueno, ¿y qué?

—Cree que no debe depender de tu caridad y vivir de limosnas, sin un dólar que considerar verdaderamente suyo.

—i Vaya! —exclamó Hank, con sonrisa de asombro—. Siempre esperé que un día u otro se diera cuenta.

—No está bien que un hombre sensible y comprensivo se encuentre en semejante posición.

—Desde luego.

—Me alegro de que estés de acuerdo conmigo. Lo que has de hacer es ofrecerle un empleo.

—¿Un… qué?

—Darle un empleo aquí, en las fundiciones; pero un cargo bonito y agradable, con su despacho y su escritorio y un salario adecuado, sin obligarle a que se mezcle con tus obreros ni con tus malolientes hornos.

Comprendió que aquellas palabras habían sido efectivamente pronunciadas; que no se trataba de una ilusión, aun cuando apenas pudiese creerlo.

—Mamá, tú no hablas en serio.

—Desde luego que sí. Sé muy bien lo que desea, pero es tan orgulloso que no se atreve a proponértelo. Ahora bien, sí tú se lo ofreces y le haces comprender que solicitas de él este favor, no sabes lo feliz que va a sentirse. He venido expresamente a este lugar para que no sospeche que te he sugerido nada.

No entraba en su naturaleza comprender lo que estaba escuchando. Un pensamiento único le atravesó la mente como un rayo luminoso, llevándole a la conclusión de que nadie podía dejar de verlo. El pensamiento había surgido de él como un grito de asombro:

—¡Pero si no sabe nada de este negocio!

—¿Y eso qué tiene que ver? Necesita un empleo.

—No puede realizar ningún trabajo aquí.

—Ha de adquirir confianza en si mismo y sentirse importante.

—No me será de ninguna utilidad.

—Debe sentir que alguien desea su colaboración.

—¿Aquí? ¿Y para qué lo quiero yo aquí?

—Das trabajo a muchas personas desconocidas.

—Contrato a hombres que producen. ¿Qué puede ofrecerme él?

—Es tu hermano, ¿verdad?

—¿Y qué tiene eso que ver?

Lo miró incrédula, muda de asombro. Durante unos segundos se contemplaron fijamente, cual si los separase una distancia interplanetaria.

—Es tu hermano —repitió ella con una voz que recordaba la de un fonógrafo que repitiese una fórmula mágica de la que no se atrevía a dudar—. Necesita una posición en el mundo. Necesita un salario; tener la sensación de que recibe un dinero que ha sabido ganarse y no una limosna.

—¿Un dinero que ha sabido ganarse? ¡Pero si para mí no vale ni un centavo!

—¿Es que no piensas más que en tus beneficios? Te estoy rogando que ayudes a tu hermano y lo único que se te ocurre es la forma de ganar algo gracias a él. No quieres ayudarlo a menos de obtener algún provecho, ¿no es así? —Vio la expresión de los ojos de Hank y apartó la mirada de él, pero siguió hablando apresuradamente, con voz cada vez más chillona—: Desde luego, reconozco que lo estás ayudando… pero igual que ayudarías a un mendigo cualquiera; tan sólo comprendes lo material. ¿No has pensado. nunca en que también tiene necesidades espirituales y en que su posición actual perjudica su estima propia? No quiere vivir como un pordiosero. Quiere independizarse de ti.

—¿Consiguiendo un salario que no podrá ganarse con su trabajo?

—No te perjudicaría en absoluto. Ya tienes suficiente gente que te ayuda a amontonar tu dinero.

—¿Me estás rogando que le ayude a semejante fraude?

—No es preciso que te lo tomes de ese modo.

—Es un fraude y un engaño, ¿no lo crees así?

—No se puede hablar contigo… No eres humano. No sientes compasión hacia tu hermano ni te duelen sus sentimientos.

—¿Es o no un engaño?

—No tienes piedad de nadie.

—¿Crees que una farsa semejante sería justa?

—Eres el hombre más inmoral que existe. Sólo piensas en la justicia. No se te ocurre que también existe el amor.

Hank se levantó brusca y repentinamente, como quien da por terminada una entrevista y obliga a su visitante a retirarse.

—¡Mamá, estoy dirigiendo una fundición de acero, no un cabaret!

—¡Henry!

—No vuelvas a hablarme de ofrecer un empleo a Philip. No le daría ni el de barrendero de escorias. Jamás le permitiré que entre en mi establecimiento. Quiero que lo entiendas de una vez para siempre. Puedes ayudarle cuanto desees, pero no vuelvas a pensar en mis hornos como medios para dicho fin.

Las arrugas del blando mentón de su madre se comprimieron en un gesto que parecía de desdén.

—¿Qué son estos hornos? —preguntó—. ¿Un templo o algo así?

—Desde luego —repuso Hank suavemente, asombrado ante su propia idea.

—¿No piensas nunca en las personas ni en tus deberes morales hacia ellas?

—No sé qué es eso a lo que tú llamas moralidad. No; no pienso en las personas. Si diera ese trabajo a Philip, no me sentiría capaz de enfrentarme a un hombre competente que de verdad necesitara y mereciera un empleo.

Su madre se levantó. Tenía la cabeza hundida entre los hombros y la amargura de su voz parecía empujar las palabras hacia la alta y esbelta figura de Hank.

—Eres cruel. Una parte de tu temperamento es mezquina y egoísta. Si quisieras a tu hermano le darías un empleo que no merece, precisamente por eso. Sería cariño verdadero, amabilidad y hermandad ¿Para qué sirve el amor? Si un hombre merece un trabajo, no existe mérito alguno en concedérselo. La virtud se basa en dar a quien no ofrece nada a cambio.

La miraba como un niño contempla una pesadilla a la que su incredulidad impide convertirse en horror.

—Mamá —dijo lentamente—, no sabes lo que estás hablando. No puedo ni siquiera despreciarte lo suficiente como para creer que eres sincera.

La mirada que se pintó en el rostro de su madre lo asombró todavía más. Era una expresión de derrota y al propio tiempo de extraña, subrepticia y cínica astucia, cual si por un instante fuera dueña de una sabiduría superior a su inocencia.

El recuerdo de aquella mirada permaneció fijo en su mente, como una señal de alarma, advirtiéndole que había entrevisto algo que era preciso comprender. Pero no lo consiguió ni pudo forzar a su mente a que lo aceptara como algo digno de preocupación. No pudo hallar la clave; sentía tan sólo cierta tenue intranquilidad y repulsión. Pero no tenía tiempo para pensar en semejante cosa, porque el visitante siguiente se encontraba ya frente a él. Y era un hombre que luchaba por su vida. Desde luego, no expresó su problema en tales términos, pero Rearden supo que tal era la esencia del caso. Le rogaba tan sólo la concesión de quinientas toneladas de acero.

Tratábase de míster Ward, de la «Ward Harvester Company» de Minnesota, una compañía sin pretensiones, pero de intachable reputación; uno de esos negocios que raras veces se hacen grandes, pero que nunca fracasan. Míster Ward representaba la cuarta generación de una misma familia propietaria de la fábrica, centrando en ella toda su inteligencia y toda su habilidad de director.

Tendría cincuenta y tantos años y su cara era sólida y cuadrada. Mirándole se comprendía que, para él, mostrar sufrimiento ante otro era un acto tan indecente como el de desnudarse en público. Hablaba de manera seca y directa. Le explicó que, igual que su padre, siempre había tenido tratos con una de las pequeñas compañías de acero, ahora absorbidas por la «Associated Steel» de Orren Boyle. Llevaba un año esperando le fuera entregado su último pedido. Había pasado un mes intentando obtener una entrevista personal con Rearden.

—Sé que su fundición trabaja a pleno ritmo, míster Rearden —dijo—. Sé también que no se encuentra en situación de aceptar nuevos pedidos, puesto que sus mejores y más viejos clientes han de esperar turno. Es usted el único empresario decente… quiero decir, capacitado, que queda en el país. No sé qué razón ofrecerle por la que deba hacer una excepción en mi caso. Pero no me queda otro recurso, si no quiero cerrar las puertas de mi fábrica y… —su voz se alteró ligeramente —no puedo hacerme a semejante idea. Así es que pensé hablar con usted, aun cuando mis posibilidades sean escasas… He de intentarlo todo.

Tratábase de un lenguaje que Rearden podía comprender.

—Me gustaría ayudarle —dijo—, pero es ésta la peor época para mí, a causa de un pedido muy importante y especial que ha de guardar preferencia sobre todos los demás.

—Lo sé, pero ¿quiere escucharme un momento, míster Rearden?

—Desde luego.

—Si es cuestión de dinero, pagaré lo que me pida. Carguéme el precio extra que considere adecuado; cóbreme el doble, pero concédame ese acero. No me importaría

vender las máquinas recolectoras, perdiendo dinero durante doce meses, con tal de conservar abiertas las puertas. Tengo lo suficiente, personalmente hablando, como para trabajar con pérdida un par de años; pero debo sostenerme. Creo que la situación actual no se prolongará demasiado; que mejorará. Tiene que ser así, o de lo contrario… —No terminó la frase. Y repitió—: Ha de mejorar.

—Mejorará —afirmó Rearden.

La idea de la línea «John Galt» le atravesó la mente, como una armonía bajo el confiado fluir de sus palabras. La línea «John Galt» continuaba su marcha. Los ataques contra su metal habían cesado. Le parecía como si a muchas millas de distancia, sé\ y Dagny Taggart se encontraran en un espacio vacío, con el camino desbrozado, libres para finalizar su tarea. «Para conseguirlo, tendrán que dejarnos solos —pensó. Aquellas palabras eran como un canto de batalla en su mente—. Tendrán que dejarnos solos.» *

—La capacidad de nuestra fábrica es de mil recolectoras por año —explicaba míster Ward—. El pasado fabricamos trescientas. Conseguí el acero necesario en algunas liquidaciones por bancarrota y solicitándolo aquí y allá a las grandes compañías. Tuve que merodear por toda suerte de extraordinarios parajes. Bueno; no voy a fastidiarle con mis explicaciones. Le diré solamente que nunca pensé tener que trabajar de esta manera. Míster Orren Boyle no ha dejado nunca de asegurarme que me entregaría el metal a la semana siguiente. Pero el que ha ido fabricando pasó a nuevos clientes, por razones que nadie quiere mencionar. Sólo indicaré que, por lo que he oído, se trata de hombres dotados de influencia política. Ahora ya no puedo ni acercarme a míster Boyle. Está en Washington desde hace más de un mes, y todo cuanto me dicen en su oficina es que no pueden complacerme porque carecen de mineral.

—No pierda el tiempo don ellos —le aconsejó Rearden—. Jamás conseguirá nada de esa empresa.

—Verá usted, míster Rearden —prosiguió el visitante, en tono de quien ha descubierto algo que considera increíble—. Observo algo raro en el modo en que míster Boyle lleva su negocio. No comprendo qué persigue. Aunque tiene la mitad de los hornos inactivos, el mes pasado los periódicos publicaron grandes historias acerca de la «Associated Steel»; pero no se referían a la producción, sino al maravilloso bloque de viviendas que míster Boyle acaba de construir para sus obreros. La semana pasada, míster Boyle envió a todos los institutos películas en color en las que demuestra cómo se fabrica el acero, y los grandes servicios que este metal presta a todo el mundo. Ahora tiene un programa radiofónico en el que se dan conferencias sobre el valor del acero para el país y se declara que hemos de proteger a la industria en general. No comprendo qué quiere decir con eso de «en general».

—Yo sí. Olvídese de ello. No se saldrá con la suya.

—Verá usted, míster Rearden; no me gusta la gente que siempre está hablando de que cuanto hace es sólo en beneficio de los demás. Esto no es cierto y, aunque lo fuera, no creo que resultara justo. Así es que declaro sinceramente que si deseo ese acero es para salvar mi negocio. Porque es mío. Porque si tuviera que cerrarlo… pero nadie comprende eso en nuestros días.

—Yo sí lo comprendo.

—Sí… Creo que sí… Es mi preocupación primordial. Pero además están mis clientes. Llevan tratando conmigo muchos años y confían en mí. Es imposible conseguir maquinaria en otro sitio. Imagine lo que ocurriría en Minnesota, si los agricultores no pudieran reponer sus herramientas cuando éstas se rompen en mitad de la recolección y no existen piezas de recambio… cuando no hay nada más que las películas en color de míster Orren Boyle acerca de… Bueno… Además, están mis obreros, algunos de los cuales llevan en mi fábrica desde los tiempos de mi padre y no tienen otro sitio adonde ir.

Rearden se dijo que era imposible extraer más acero a una fundición en la que cada horno, cada hora de trabajo y cada tonelada estaban distribuidos de antemano, de acuerdo con pedidos apremiantes, para los seis meses siguientes. Pero pensó en la línea «John Galt». Si podía conseguir aquello, lo conseguiría todo… Sintió deseos de aceptar diez nuevos problemas a la vez. Le pareció que estaba en un mundo donde nada podía resultarle imposible.

—Escuche —dijo alargando la mano hacia el teléfono—. Voy a consultar con mi superintendente y ver cuánto vamos a producir en las próximas semanas. Quizá encuentre el modo de reducir en unas toneladas algunos pedidos vigentes y…

Míster Ward apartó rápidamente la mirada, pero Rearden tuvo un atisbo de su expresión. «(Es tanto para él y tan poco para mí!», pensó.

Levantó el auricular, pero volvió a dejarlo porque la puerta del despacho se había abierto de improviso, entrando Gwen Ivés.

Parecía imposible que Miss Ivés pudiera permitirse semejante quebrantamiento de las reglas; que la calma de su rostro adoptara semejante distorsión; que sus ojos parecieran ciegos; que tuviera que hacer semejante esfuerzo de autodisciplina para no tambalearse.

—Perdone que le interrumpa, míster Rearden —dijo. Él comprendió que no veía el despacho, ni tampoco a míster Ward, sino tan sólo a él—. Creí necesario comunicarle que la legislatura acaba de aprobar la ley de igualdad en las oportunidades.

Fue el impasible míster Ward quien gritó, mirando a Rearden:

—¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser!

Rearden se había puesto en pie bruscamente y se mantenía inclinado de una manera muy poco natural, con uno de los hombros más caído que el otro. Pero fue solo un instante. Miró a su alrededor, cual si recuperase la vista, dijo: «Perdonen», incluyendo en ello a Miss Ivés y a míster Ward, y volvió a sentarse.

—¿No nos habían dicho que ese proyecto de ley había sido abandonado? —preguntó con voz contenida y dura.

—No, míster Rearden. Al parecer, ha sido un movimiento de sorpresa en el que han empleado sólo cuarenta y cinco minutos.

—¿Sabe algo de Mouch?

—No, míster Rearden —dijo, haciendo hincapié en la negativa—. Fue un oficinista del quinto piso el que bajó corriendo a comunicarme que acababa de escucharlo por radio. Llamé a los periódicos y traté de hablar con míster Mouch en Washington, pero su oficina no contesta.

—¿Cuándo supimos de él la última vez?

—Hace diez días, míster Rearden.

—Bien, gracias, Gwen. Siga intentando comunicar.

—Sí, míster Rearden.

Salió. Míster Ward se había puesto de pie y tenía el sombrero en la mano.

—Creo que en vista de esto, lo mejor… —murmuró.

—Siéntese —le ordenó Rearden enérgicamente. Míster Ward obedeció con la mirada fija en él.

—Estábamos discutiendo un asunto, ¿verdad? —preguntó Rearden. Míster Ward no hubiera podido definir exactamente la emoción que contraía la boca de Rearden al hablar —. Míster Ward, ¿qué es lo que nos recriminan los peores individuos de la tierra con mayor acritud? ¡Ah, sí! Nuestro lema «los negocios ante todo». Pues bien… los negocios ante todo.

Tomó el teléfono y pidió hablar con su superintendente.

—Escuche, Pete… ¿Cómo?… Sí, ya lo he oído. Hablaremos de eso después. Lo que ahora quiero saber es lo siguiente. ¿Podría proporcionarme quinientas toneladas extra de acero sobre la producción normal de las próximas semanas?… Si, lo sé… Sé que va a ser difícil… Deme datos y cifras. —Tomó unas cuantas notas en una hoja de papel, y luego dijo—: De acuerdo. Gracias.

Y colgó.

Estudió las cifras unos momentos, realizando algunos breves cálculos en el margen del papel y luego levantó la cabeza.

—Míster Ward —dijo—, tendrá su acero dentro de diez días.

Cuando míster Ward se hubo retirado, Rearden salió a la antesala y, con voz totalmente normal, dijo a Miss Ivés:

—Telegrafíe a Fleming en Colorado. Comprenderá los motivos por los que he de cancelar mi opción.

Miss Ivés inclinó la cabeza en una especie de obediente señal de asentimiento. Pero no lo miró.

Rearden se volvió a su siguiente visita y le dijo al tiempo que le invitaba a entrar en el despacho:

—¿Cómo está usted? Pase, por favor.

Pensaría en ello más tarde. «Hay que avanzar paso a paso, sin detenerse nunca.» Por el momento, con una extraordinaria claridad, con una brutal simplificación que lo hacía parecer todo más fácil, sólo admitía una idea: «Este obstáculo no puede detenerme». La frase parecía colgar en el aire, sin pasado ni futuro. No pensó en qué era lo que no podía detenerle, o por qué su frase tenía un aire tan crucial y absoluto. Pero se dispuso a obedecerla. Continuó paso a paso, completando su lista de entrevistas, tal como había sido planeada de antemano.

Era muy tarde cuando el último visitante se fue y Hank salió de su despacho. El resto del personal se había marchado. Sólo Miss Ivés seguía sentada a su mesa, en el vacío recinto, muy rígida, con las manos cruzadas sobre el regazo. Pero no agachaba la cabeza, sino que la sostenía erecta, y su rostro estaba como helado. Las lágrimas corrían por sus mejillas, sin sonido de llanto, sin movimiento facial alguno, surgiendo contra su voluntad, sin poder dominarlas.

Al verle, dijo secamente, cual si pidiera perdón o se sintiera culpable de algo.

—Lo siento, míster Rearden.

No pretendió el fútil movimiento de ocultar su cara. Él se acercó.

—Gracias —le dijo suavemente. Miss Ivés lo miró sorprendida.

—Me tiene en muy poco, Gwen —observó sonriente—. ¿No le parece pronto para llorar por mí?

—Lo hubiera soportado todo —murmuró la secretaria —menos… —señaló los periódicos que tenía sobre la mesa —que lo califiquen como victoria sobre el egoísmo.

Rearden se echó a reír.

—Comprendo que semejante distorsión del idioma la ponga furiosa —dijo—. Pero, ¿qué importa eso?

Al mirarle, su boca se aflojó un poco. Aquella víctima a quien no podía proteger constituía su único punto de apoyo en un mundo que parecía disolverse a su alrededor.

Hank le pasó la mano por la frente, con gran delicadeza. Era un quebrantamiento del formulismo muy poco corriente en él, y a la vez, un silencioso reconocimiento de cosas de las que nunca se había reído.

—Váyase a su casa, Gwen. Esta noche no la necesito. Yo también pienso retirarme pronto. No. No quiero que me espere.

Era más de medianoche cuando, sentado a su mesa, estudiando los planos del puente para la línea «John Galt», interrumpió bruscamente su trabajo, herido por una súbita emoción a la que no podía escapar, como si los efectos de aquella anestesia moral hubieran cesado de repente.

Se dejó caer hacia delante, pretendiendo resistir, y permaneció con el pecho apoyado en el borde de la mesa, como si ésta le impidiera derrumbarse del todo. Tenía la cabeza inclinada cual si impedir que se abatiera sobre la mesa fuese lo único de lo que aún se creyera capacitado. Permaneció así unos momentos, inconsciente de todo, excepto de un dolor hiriente y sin límites que no acertaba a saber si estaba localizado en su mente o en su cuerpo; reducido a esa terrible fealdad del pesar, que lo detiene todo.

Pero se le pasó a los pocos momentos. Levantó la cabeza y se irguió calmosamente, recuperando su anterior actitud en el sillón. Comprendía que el haber aplazado aquel instante unas horas, no le hacía culpable de evasión; no había pensado en ello, porque no había nada en qué pensar.

Se dijo que el pensamiento es un arma que se utiliza para obrar. Pero entonces no era posible acción alguna. Que el pensamiento es la herramienta con la que se efectúa una elección. Pero no le quedaba hacia qué optar. El pensamiento marca los propósitos y el modo de alcanzarlos. Sin embargo, en el cañamazo de su vida, que estaba siendo desgarrado pedazo a pedazo, no tendría voz, ni propósitos, ni medio, ni defensa.

Pensó en todo ello, asombrado. Por vez primera comprendió que nunca había conocido el miedo, porque frente a cualquier desastre esgrimió siempre el recurso omnipotente de actuar. No es que estuviera totalmente seguro de una victoria, porque, ¿quién puede disponer de semejante certeza?, pero la posibilidad de obrar es todo cuanto necesitó en tales ocasiones. Ahora, por vez primera y de un modo impersonal, se hallaba frente a un verdadero terror. Era conducido hacia la destrucción, con las manos atadas a la espalda.

«Bien —pensó—, avancemos con las manos amarradas. Avancemos con las manos cargadas de cadenas. Pero no interrumpamos la marcha. Nada puede detenerme…» Pero otra voz le decía cosas distintas que no deseaba escuchar, mientras se debatía y gritaba: «¡No hay por qué pensar en ello!… De nada sirve… ¿Para qué?… ¡Dejémoslo!»

No podía librarse de aquellas ideas. Permaneció sentado, contemplando los diseños del puente para la línea «John Galt», escuchando palabras pronunciadas por una voz que era mitad sonido, mitad suspiro. Lo habían decidido sin él… No le habían llamado, ni le preguntaron nada, ni le dejaron hablar… No se habían sentido obligados por el deber de ponerlo en su conocimiento; de hacerle saber que acababan de estropear una parte de su vida y que, a partir de entonces, tendría que caminar como un tullido… De todos cuantos estaban relacionados con aquello, quienesquiera que fueran y por cualquier razón o necesidad, fue el único en el que no pensaron.

La señal colocada al final de la larga carretera proclamaba: «Minerales Rearden». Estaba suspendida sobre negras hileras de metal… sobre años y noches… sobre un reloj que dejaba gotear su propia sangre… la sangre que había dado alegremente, en pago de un día distante y de una señal sobre el camino… que había pagado con su esfuerzo, su fortaleza y su esperanza… Todo quedaba ahora destruido por el capricho de unos hombres. ¿Quién podía saber quiénes fueron?… ¿Quién podía saber qué voluntad los había situado en el poder? ¿Qué motivos los impulsaron? ¿Cuál de ellos, sin ayuda ajena, hubiera podido extraer un pedazo de mineral a la tierra?… Todo quedaba destruido por el capricho de

unos hombres a los que no había visto nunca y que, por su parte, jamás vieron tampoco aquellos montones de metal… Destruido por su decisión. Pero ¿con qué derecho?

Sacudió la cabeza, pensando que hay cosas en las que vale más no pensar; que existen obscenidades que contaminan al observador; que ciertos límites no deben ser vistos por el hombre. No debía pensar en aquello, ni bucear en su interior, ni tratar de averiguar la naturaleza de sus raíces.

Sentíase tranquilo y vacío. Se dijo que al día siguiente se le habría pasado todo. Perdonaría la debilidad de aquella noche, semejante a esas lágrimas que uno derrama en un funeral. Se aprende a vivir con una herida abierta o con una empresa arruinada.

Se levantó y acercóse a la ventana. Los altos hornos parecían desiertos y sin actividad. Vio débiles resplandores macizos sobre negras chimeneas, largos trazos de vapor y las diagonales aspadas de grúas y de puentes.

Sentía una desolada sensación de soledad, como nunca experimentara hasta entonces. Pensó que Gwen Ivés y míster Ward podían acudir a él en busca de esperanza, de alivio o de una renovación de su valor. Pero ¿en quién podía él ampararse? Porque también necesitaba auxilio. Deseó tener un amigo al que dejar observar su sufrimiento, sin jactancia y sin protección; al que acudir por un instante, tan sólo para decirle: «Estoy muy cansado» y encontrar Unos momentos de reposo. De todos los hombres a quienes conocía, ¿existía acaso uno al que deseara tener a su lado en tales momentos? Escuchó mentalmente la respuesta inmediata y asombrosa: Francisco d'Anconia.

Su risa de cólera le volvió a la realidad. Lo absurdo de aquel anhelo le devolvió Ta calma. «Eso es lo que ocurre —pensó —cuando se deja uno dominar por la debilidad.»

Permanecía ante la ventana, tratando de no pensar en nada. Pero algunas palabras continuaban resonando en sus oídos: Mineral Rearden… Carbón Rearden… Acero Rearden… Metal Rearden… ¿De qué servía? ¿Para qué había conseguido todo aquello? ¿Por qué sentiría otra vez la necesidad de hacerlo?

Su primer día a la entrada de las minas… el día en que permaneció cara al viento, contemplando las ruinas de una fundición de acero… El día en que, en su propio despacho, ante aquella ventana, pensó en que era posible construir un puente capaz de sostener pesos inconcebibles, sobre unos escasos barrotes de metal, si se combinaba un soporte con determinado arco y se construían refuerzos en diagonal, mientras la parte superior se curvaba…

Se interrumpió. Aquel día no había pensado precisamente en combinar un soporte con un arco.

Al instante, estaba de nuevo sentado a la mesa, inclinado sobre el plano, con una rodilla sobre el sillón, sin tiempo para sentarse, trazando líneas curvas, ángulos y columnas de cifras, tanto sobre los planos como sobre el secante o las cartas recibidas de no sabía quién.

Una hora más tarde llamaba por conferencia y esperaba que sonara el teléfono situado junto a la cama de un vagón, en cierto apartadero.

—¡Dagny! —decía poco después—. Arroje los planos del puente a la carretera porque… ¿Cómo?… ¡Ah, sí! ¡Al diablo con ellos! No le importen los saqueadores ni sus leyes. ¡Olvídese! Escúcheme. ¿Recuerda aquel estúpido armazón que usted admiró tanto? Pues no vale un pepino. Acabo de idear otro que acabará con todos los sistemas actuales. Este puente podrá soportar cuatro trenes a la vez, permanecer en funcionamiento trescientos años y costarle menos que la herramienta más barata. Le mandaré los planos dentro de un par de días; pero he querido que lo supiera en seguida. Se trata de combinar un soporte con un arco. Si utilizamos un armazón diagonal y… ¿Cómo?… No la oigo. ¿Es que se ha resfriado?… ¿Por qué me da las gracias? Espere a que se lo explique todo.

CAPÍTULO VIII

LA LINEA «JOHN GALT»

El obrero sonrió, mirando a Eddie Willers desde el otro lado de la mesa.

—Me siento como un fugitivo —confesó Eddie—. Creo que se imagina por qué no he venido aquí durante varios meses. —Señaló a la cafetería subterránea—. Ahora soy una especie de vicepresidente. El vicepresidente de la Sección de Operaciones. Pero no se lo tome en serio. He resistido cuanto he podido, pero al final me he visto obligado a escapar, aunque sólo sea por una noche… La primera vez que vine aquí a cenar, luego de mi supuesta promoción, la gente me miraba con tal insistencia, que desistí de volver. Pero dejémosles que miren. Usted sigue igual. Me alegro de que esto no ocasione ninguna diferencia en nuestro trato… No; llevo dos semanas sin verla. Pero le hablo cada día por teléfono, y algunos, hasta dos veces… Sí; comprendo sus sentimientos y estoy seguro de que le gusta. ¿Qué es lo que oímos por el teléfono? Vibraciones sonoras, ¿verdad? Pues bien, su voz se percibe como transformada en vibraciones de luz. No sé si me explico bien. Disfruta librando esa horrible batalla por sí sola, y venciendo poco a poco… ¡Oh, sí! ¡Oh, sí! ¡Está venciendo! ¿Sabe por qué no ha leído nada de la línea «John Galt» durante cierto tiempo? Pues porque marcha bien… Esos rieles de metal Rearden formarán la vía férrea mejor que se haya construido jamás; pero ¿de qué servirá si no tenemos máquinas lo suficiente poderosas como para hacer uso de ellos? Fíjese en las locomotoras que nos quedan. Casi no pueden arrastrarse por los viejos rieles… sin embargo, aún conservamos las esperanzas. Las fábricas «United Locomotive» quebraron. Es lo mejor que nos pudo ocurrir en las últimas semanas porque han sido compradas por Dwight Sanders, un brillante y joven ingeniero, poseedor de la única fábrica de aviones del país. Tuvo que venderla a su hermano, a fin de hacerse con la «United Locomotive», de acuerdo con la ley de igualdad en las oportunidades. Desde luego, se trata de un asunto privado, pero, ¿se puede reprochar algo a ese hombre? Sea como quiera, a partir de ahora veremos salir de las fábricas «United Locomotive» máquinas «Diesel». Dwight Sanders hará funcionar su negocio… Sí; ella cuenta con eso. ¿Por qué me lo pregunta?… Se trata de algo verdaderamente trascendental para nosotros. Acabamos de firmar un contrato para las primeras diez máquinas «Diesel» que construya. Cuando la informé de que el documento quedaba cumplimentado, se echó a reír y dijo: «¿Te das cuenta? ¿Hay motivo para sentir temor?»… Y habló así porque sabe… yo nunca se lo he dicho, pero lo sabe, que tengo miedo… Sí; tengo miedo. No lo tendría si supiera de qué. Pero esto… Dígame. ¿De veras no me desprecia por ser vicepresidente?… ¿No se da cuenta de que es un abuso?… ¿Qué honor? No sé realmente lo que soy; si un payaso, un fantasma, un actor de segunda o un aprovechado. Cuando estoy en su despacho, sentado en su sillón, ante su mesa, me siento peor aún: me siento un criminal… Desde luego sé que actúo como representante suyo y que esto constituye un honor, pero… pera me siento como si, de un modo horrible que no puedo comprender por completo, estuviera también representando a Jim Taggart. ¿Qué necesidad tiene ella de un doble? ¿Por qué ha tenido que ocultarse? ¿Por qué la han echado del edificio? ¿Sabe usted que tuvo que trasladarse a ese agujero de la calle posterior, al otro lado de la entrada de expresos y equipajes? Debería echarle una ojeada alguna vez: es la oficina de la «John Galt Inc.». Sin embargo, todo el mundo sabe que es ella quien sigue gobernando la «Taggart Transcontinental». ¿Por qué tiene que disimular el magnífico trabajo que está realizando? ¿Por qué no le conceden la menor

confianza? ¿Por qué le roban sus triunfos y me convierten en comprador de géneros robados? ¿Por qué están haciendo cuanto pueden para impedirle que triunfe, cuando es lo único que se interpone entre ellos y la destrucción? ¿Por qué la torturan a cambio de salvarles la vida?… ¿Qué le sucede, amigo? ¿Por qué me mira así?… Sí, creo que comprende… Existe algo en todo esto que no puedo definir, algo impregnado de maldad. Por eso tengo miedo… No creo que logremos salir airosos… Es extraño, pero me parece que también ellos lo saben; me refiero a Jim y a su pandilla y a todos los que ocupan el edificio. Reina allí un ambiente de culpabilidad, de hipocresía y de muerte. La «Taggart Transcontinental» es como un hombre que haya perdido su alma; que la haya traicionado… No; a ella no le importa. La última vez que estuvo en Nueva York, llegó inesperadamente. Me encontraba en mi despacho o, mejor dicho, en el suyo, y de pronto se abrió la puerta y entró diciendo: «Míster Willers, busco trabajo como operadora de estación. ¿Tiene algo para mí?» Me hubiera gustado soltar unas cuantas interjecciones contra todos ellos, pero no pude menos que reírme. ¡Me alegraba tanto verla, y reía tan feliz! Venía directamente desde el aeropuerto; llevaba pantalón largo y chaqueta y tenía un aspecto maravilloso; el viento le había curtido la piel y estaba cual si volviera de unas vacaciones. Me obligó a quedarme donde estaba, en su silla, y se sentó en otra, empezando a hablar del nuevo puente para la línea «John Galt»… No. No. Nunca le he preguntado por qué escogió ese nombre… No sé lo que significa para ella. Creo que es una especie de desafío… aunque no sé hacia quién… Pero no importa; no importa en absoluto. Aunque no existe John Galt, preferiría que no usara ese nombre. No me gusta, … ¿Y a usted? No parece muy feliz al pronunciarlo.»

* * *

Las ventanas de los despachos de la línea «John Galt» daban a un obscuro callejón. Al levantar la mirada desde su escritorio, Dagny no veía el cielo, sino sólo la pared de un edificio que cerraba su campo visual; la pared lateral del gran rascacielos de la «Taggart Transcontinental».

Su nuevo cuartel general consistía en dos habitaciones en el piso bajo de una estructura que parecía ir a derrumbarse. Los pisos superiores estaban deshabitados, por considerárseles peligrosos. Ocupaban los otros empresas medio arruinadas, que seguían existiendo impulsadas por la inercia del pasado.

Le gustaba aquel nuevo lugar, porque significaba un ahorro de dinero. Las habitaciones no contenían muebles ni personal superfluo. Los primeros procedían de tiendas de artículos usados. El personal había sido elegido del mejor modo posible. En sus raras visitas a Nueva York casi no tenía tiempo para fijarse en aquellos aposentos, pero servían su propósito.

No supo qué le impulsó aquella noche a detenerse y mirar los regueros que la lluvia marcaba en los cristales y en la pared del edificio contiguo, al otro lado de la calle.

Era más de medianoche y su escaso personal se había marchado. Tendría que tomar el avión de las tres de la madrugada para regresar a Colorado. Le quedaba poco que hacer; tan sólo enterarse de algunos informes de Eddie. Al romperse repentinamente la tensión originada por su continua prisa, se detuvo incapaz de continuar. La lectura de los informes parecía exigirle un esfuerzo sobrehumano. Era demasiado tarde para irse a casa y dormir, y demasiado temprano para trasladarse al aeropuerto. «Estoy cansada», pensó con severa y desdeñosa indiferencia, comprendiendo que aquello pasaría.

Había llegado a Nueva York inesperadamente, tomando el avión a los veinte minutos de haber oído una breve noticia por radio. Según la misma, Dwight Sanders se había retirado de sus negocios de manera repentina, sin motivo ni explicación alguna. Dagny corrió a

Nueva York, esperando encontrarle y obligarle a cambiar de decisión. Pero mientras volaba a través del continente, llegó a la conclusión de que no hallaría trazas de él.

La lluvia primaveral pendía inmóvil en el aire, al otro lado de la ventana, como una tenue neblina. Permaneció sentada mirando la amplia caverna de la entrada de expresos y equipajes del Terminal Taggart. Vio luces desnudas en su interior, entre las vigas de acero del techo, y unos cuantos montones de maletas en el gastado cemento del suelo. El lugar aparecía abandonado y muerto.

Contempló una hendidura en la pared del despacho. No se oía sonido alguno. Se encontraba sola en las ruinas de un edificio, como si estuviera abandonada en plena ciudad. Sintió una emoción retenida durante años; una soledad que iba más allá de aquel momento; más allá del silencio del despacho y de la húmeda y brillante soledad de la calle: la soledad de una tierra desierta y gris, en la que nada valía la pena; la soledad de su niñez.

Se levantó y acercóse a la ventana. Apoyando la cara en el cristal, pudo ver la totalidad del edificio Taggart, cuyas líneas convergían bruscamente en un distante pináculo que apuntaba al cielo. Contempló la obscura ventana de la habitación que había sido su despacho. Le pareció vivir en el exilio, como si nunca fuera a regresar; como si estuviera separada de aquel edificio por algo muy superior a una débil lámina de cristal, una cortina de lluvia y al transcurso de uno* meses.

Se encontraba en una habitación de paredes agrietadas, mirando la inalcanzable forma de algo a lo que amaba mucho. No comprendía la naturaleza de su soledad. Las únicas palabras con que podía definirla, eran: «Éste no es el mundo que esperaba».

Cierta vez, cuando tenía dieciséis años y mientras contemplaba un largo trecho de la línea Taggart, cuyos rieles convergían como la silueta del rascacielos en un punto situado en la distancia, dijo a Eddie Willers que siempre le había parecido como si tales rieles estuvieran sostenidos por la mano de alguien situado más allá; no su padre, o alguno de los que ocupaban la oficina, sino alguien distinto, a quien algún día pensaba conocer.

Sacudió la cabeza y se apartó de la ventana, volviendo a su escritorio. Intentó tomar de nuevo los informes, pero de pronto se derrumbó sobre la mesa con la cabeza sobre un brazo. Quiso esforzarse, pero no se movió; de todas formas, nada importaba, puesto que nadie la veía.

Tratábase de un anhelo que nunca quiso reconocer. Pero ahora se hallaba sola frente al mismo. Pensó que si la emoción es la respuesta a las cosas que ofrece el mundo, que si le gustaban los rieles, el edificio y, aún más, si adoraba su amor hacia ellos, existía una respuesta que ella no había escuchado hasta entonces. Pensó que sería admirable encontrar un sentimiento perdurable, como suma y expresión del propósito de todas las cosas que amaba en la tierra… Encontrar una conciencia como la suya, que representara el propio significado de su mundo, como ella lo sería de él… No; no Francisco d'Anconia, ni Hank Rearden, ni ningún hombre de los que había conocido o admirado, sino uno que existiera sólo en su capacidad de una emoción que nunca había experimentado, pero que le habría dado vida… Se agitó en leve y lento movimiento, con el pecho apretado contra la mesa, sintiendo el anhelo en sus músculos y en los nervios de su cuerpo.

«¿Es eso lo que deseas? ¿Tan sencillo te parece?», pensó, comprendiendo que no era tan sencillo en realidad. Existía cierto inquebrantable lazo de unión entre su amor a aquel trabajo y los anhelos de su cuerpo, como si uno le confiriera el derecho al otro, su derecho y su significado; como si uno fuera el complemento del segundo. Y el deseo nunca podría quedar satisfecho, excepto por un ser de igual grandeza.

Con la cara apretada contra el brazo, movió la cabeza en lenta negativa. Jamás lo encontraría. Su idea de la vida era todo cuanto llegaría a poseer de aquel mundo deseado.

Sólo pensar en ello… algún raro momento como una luz reflejada sobre su camino… Conocer, retener, seguir hasta el fin…

Levantó la cabeza.

En la calle pudo ver la sombra de un hombre a la puerta de las oficinas.

Dicha puerta se hallaba a algunos pasos de distancia y no le era posible distinguir al hombre, ni la luz que provocaba aquella sombra sobre los adoquines de la calle. Permanecía completamente inmóvil.

Se hallaba muy cercano a la puerta, como quién se dispone a entrar. Esperó su llamada, pero en vez de oírla, vio cómo la sombra hacía un brusco movimiento, cual si se hiciera atrás, se volvía y se alejaba. Cuando se detuvo, sólo pudo percibir la silueta del sombrero y de los hombros. La sombra permaneció inmóvil un instante, indecisa, y volvió a alargarse, conforme se acercaba.

No sintió miedo. Estaba sentada a su mesa, esperando, inmóvil e intrigada. El personaje se detuvo a la puerta, se alejó, permaneció en mitad de la calle, caminó de prisa y se paró de nuevo. Su sombra osciló como un irregular péndulo en el arroyo, declarando el curso de una batalla sin sonido. Aquel hombre luchaba entre el deseo de entrar y el de escapar.

Dagny miró, experimentando una extraña indiferencia. No tenía fuerzas para reaccionar, sino sólo para seguir mirando. Se preguntó, de manera vaga y distante, quién sería el desconocido. ¿La habría estado vigilando desde algún lugar obscuro? ¿La habría visto desplomarse sobre la mesa, a través de la iluminada y desnuda ventana? ¿Habría observado su soledad, de igual modo que ella observaba ahora la suya? No sentía nada. Se hallaban solos, en el silencio de una ciudad muerta. Le pareció como si el otro se encontrara a muchas millas de distancia y fuese sólo el reflejo de un sufrimiento imposible de identificar; un superviviente cuyo problema estaba tan lejano para ella como el suyo lo estaría para él. El hombre se alejó y regresó. Ella permanecía sentada, mirando la resplandeciente superficie de la calle, mientras la sombra le ocasionaba un desconocido tormento.

Se alejó una vez más. Dagny esperó. La sombra no volvió a presentarse. Se puso en pie, de repente. Sentía deseos de presenciar el final de la batalla. Ahora que el desconocido la había ganado, o acaso perdido, se sentía presa de la súbita y urgente necesidad de conocer su identidad y sus motivos. Atravesó corriendo la obscura antesala, abrió la puerta y miró al exterior.

La calle estaba desierta. El pavimento se extendía en la distancia, como un pedazo de cristal mojado, bajo unas cuantas luces espaciadas. No se veía a nadie por los alrededores. Distinguió el obscuro agujero de un escaparate roto, en una tienda abandonada, y más allá, las puertas de otras casas. En la acera de enfrente, franjas de lluvia brillaban bajo la luz que pendía sobre una puerta abierta por la que se pasaba a los túneles subterráneos de la «Taggart Transcontinental».

* * *

Rearden firmó los papeles, los apartó de sí sobre la mesa y miró al vacío, pensando que no tendría ya que preocuparse de ellos; deseando verse arrebatado por el tiempo, hasta que aquel momento quedara muy lejano.

Paul Larkin tomó los papeles con aire vacilante. Tenía un aspecto ingrato y desolado.

—Se trata sólo de una formalidad legal, Hank —dijo—. Ya sabe que siempre consideraré suyas esas minas.

Rearden sacudió la cabeza lentamente, con sólo un movimiento de su cuello; pero su cara seguía impasible, como si estuviera hablando a un desconocido.

—No —dijo—. O la propiedad es mía o no lo es.

—Pero… pero usted sabe que puede confiar en mí. No tiene por qué preocuparse de los suministros de mineral. Hemos llegado a un convenio, ¿verdad?

—No lo sé. Espero que sea así.

—Le he dado mi palabra.

—Nunca hasta ahora estuve a. merced de la palabra de otro.

—¿Por qué dice eso? Somos amigos. Haré cuanto desee. Dispondrá de mi producción completa. Es como sí esas minas fueran suyas. No tiene nada que temer. Yo… Hank, ¿qué ocurre?

—No siga hablando.

—Pero… ¿qué le sucede?

—No me gustan las seguridades. No quiero insistencias acerca de mi seguridad. Hemos llegado a un acuerdo al que no puedo obligarle. Quiero que sepa que me doy plena cuenta de mi situación. Si pretende mantener su palabra, no hable tanto de ello. Hágalo simplemente.

—¿Por qué me mira como si fuera culpable de algo? Ya sabe lo mal que me sienta. Compré las minas sólo porque pensé que le ayudaría. Porque creía que preferiría venderlas a un amigo antes que a un desconocido. No es culpa mía. No me gusta esa mísera ley de igualdad, ni tampoco los tipos que se ocultan tras de ella. Jamás soñé que fuera aprobada y recibí una sorpresa tremenda cuando…

—No le importe.

—Pero, ¿es que…?

—¿Por qué insiste en hablar sobre ello?

—Yo… —la voz de Larkin sonaba plañidera—. Le he dado el mejor precio, Hank. La ley dice «razonable compensación». Mi oferta fue superior a la de los demás.

Rearden contempló los documentos que aún seguían sobre la mesa, y pensó en el pago que le daban por sus minas. Dos tercios de la suma era dinero obtenido por Larkin de un préstamo del Gobierno; la nueva ley había ideado dichos préstamos «a fin de dar una oportunidad a los nuevos propietarios que nunca la tuvieron hasta entonces». Dos tercios del resto eran un préstamo que él mismo había garantizado a Larkin, aceptando una hipoteca sobre sus propias minas. El dinero que el Gobierno había entregado como pago de su propiedad, ¿de dónde procedía? ¿Qué trabajo lo había ido acumulando?

—No tiene por qué preocuparse, Hank —dijo Larkin con su incomprensible e insistente aire de súplica—. Se trata sólo de una formalidad.

Rearden se preguntó vagamente qué desearía Larkin. Se daba cuenta de que estaba esperando algo, aparte del hecho concreto de la venta; algunas palabras que él, Rearden, tenía que pronunciar; alguna acción relacionada a la compasión que debería demostrarle. Los ojos de Larkin, en el tomento de su mayor fortuna, tenían la expresión enfermiza de un mendigo.

—¿Por qué se enfada, Hank? Es sólo una fórmula de gestión legal. Una nueva condición histórica. Nadie puede impedirlo. Nadie puede considerarse culpable. Siempre hay algún modo de continuar adelante. Fíjese en los demás. No les importa. Ellos…

—Están situando a personas que actúan como pantallas, a las que dominan, y mediante las que siguen gobernando las propiedades que les han sido arrebatadas. En cambio, yo…

—¿Por qué usa semejantes expresiones?

—Quisiera decirle, y usted lo sabe bien, que no soy experto en juegos. Nunca he tenido el tiempo ni el valor para airear formas de engaño con las que inmovilizarle ahora y seguir

siendo dueño de mis minas a través de usted. La propiedad es una cosa que no me gusta compartir. Y no quiero conservarla valiéndome de su cobardía; librando una lucha constante para sobrepasarle en astucia y mantener alguna amenaza pendiente sobre su cabeza. No me gustan esos negocios ni contender con pusilánimes. Las minas son suyas. Si quiere concederme la primera opción sobre todo el mineral producido, puede hacerlo. Si pretende engañarme, puede hacerlo también.

Larkin pareció ofenderse.

—No debe hablarme así —dijo con cierta nota de sequedad y de reproche—. Nunca le he dado motivos para que desconfíe de mí.

Recogió sus documentos apresuradamente.

Rearden vio cómo los papeles desaparecían en un bolsillo interior de su chaqueta. Al desabrocharla, percibió las arrugas de un chaleco muy tirante sobre un vientre fláccido, y una traza de sudor en el sobaco.

Sin que nadie la hubiese conjurado, la imagen de una cara vista veintisiete años atrás se presentó ante él. Era la de un predicador callejero con el que se había encontrado en una ciudad que ya no recordaba. Tan sólo seguían fijas en su mente las paredes de las casuchas; la lluvia de la tarde otoñal y la malicia de la boca de aquel hombre; una boca pequeña, distendida en un grito a la obscuridad: «… el más noble ideal consiste en que el hombre viva para sus hermanos; el fuerte luche por el débil; el inteligente sirva al que carece de discernimiento…»

Luego vio al chiquillo que fue Hank Rearden a los dieciocho años. Observó la expresión de su cara, la celeridad de su marcha, la exaltación de su cuerpo, pictórico de energía, luego de varias noches sin sueño; la orgullosa posición de la cabeza, y aquellos ojos claros, tranquilos e implacables, los ojos de un hombre que se gobernaba a sí mismo sin piedad, siempre con las miras puestas en el mismo objetivo. Imaginó cómo debía ser Paul Larkin por aquella época; un muchacho con cara de niño avejentado, sonriendo cortés, sin alegría, rogando no ser maltratado, implorando al universo que le diera una oportunidad. Si alguien los hubiera puesto frente a frente, diciendo a Hank Rearden que aquél iba a ser el recolector de la energía de sus doloridos miembros, ¿qué habría pensado?

No fue una idea; fue como un puñetazo dentro de su cerebro. Cuando pudo pensar de nuevo, comprendió cómo habría pensado el muchacho en cuestión; hubiese experimentado el deseo de pisotear aquella cosa obscena qué era Larkin, y pulverizar hasta sus menores fragmentos.

Nunca había experimentado una emoción semejante. Tardó unos momentos en darse cuenta de que aquello era lo que solía llamarse odio.

Observó también que en el momento de levantarse y murmurar unas palabras de despedida, Larkin ofrecía el aspecto de un hombre herido y ofendido, como si fuese la parte perjudicada.

Cuando vendió sus minas de carbón a Ken Danagger, poseedor de la mayor compañía carbonífera de Pensilvania, Rearden se preguntó por qué no experimentaba ningún dolor ni odio. Ken Danagger pasaba de los cincuenta años y tenía un rostro duro y cerrado. Había empezado como minero. Cuando Rearden le entregó el documento de propiedad, Danagger dijo con afte impasible:

—No creo haber mencionado que todo el carbón que me compre le será cedido a precio de coste.

Rearden lo miró asombrado.

—Va contra la ley —dijo.

—¿Quién va a averiguar qué dinero le devuelvo en su propia casa?

—¿Me está hablando de compensación?

—En efecto. Y eso va lo menos contra doce leyes. Saldría usted mucho más perjudicado que yo si le atraparan.

—Desde luego. Pero en eso consiste su protección. Así no quedará a merced de mi buena voluntad.

Rearden sonrió con sonrisa feliz, pero cerró los ojos como si hubiera recibido un golpe, y luego moviendo la cabeza, dijo:

—Gracias. No soy de esos. No quiero que nadie trabaje para mí sin ganar nada.

—Tampoco yo soy de esos —respondió Danagger irritado—. Escuche, Rearden. ¿No cree que sé adonde voy? Eso no puede pagarse en dinero, al menos por ahora.

—Usted no se ofreció voluntario para comprar mi propiedad, sino que fui yo quien le rogué que lo hiciera. Me hubiera gustado que hubiese alguien como usted relacionado con las minas de hierro para cedérselas. Pero no ocurrió así. Si quiere hacerme un favor, no me ofrezca ventajas. Deme la oportunidad de pagarle precios más altos que cualquier otro a cambio de ser el primero en obtener ese carbón. Ya me las compondré. Tan sólo quiero el carbón.

—Lo tendrá.

Rearden se preguntó durante algún tiempo por qué no oía hablar de Wesley Mouch. Sus llamadas a Washington quedaban sin respuesta. Luego recibió una carta formada por una sola frase en la que se le informaba de que míster Mouch dejaba su empleo. Dos semanas después, leyó en los periódicos que Wesley Mouch había sido nombrado coordinador auxiliar de la Oficina de Proyectos Económicos y Recursos Nacionales.

«No te preocupes por los detalles» pensaba Rearden en el silencio de muchas noches, combatiendo el súbito acceso de aquella nueva emoción que no deseaba sentir. «Existe en el mundo un mal indefinible y tú lo sabes. De nada sirve profundizar en los detalles. Debes trabajar un poco más. Tan sólo un poco más. Pero no permitas que eso triunfe.»

Las vigas y soportes para el puente iban surgiendo de la fundición, y eran embarcados hacia el lugar dónde se estaba tendiendo la línea, allí donde las primeras formas de metal verde azul cruzaban el espacio para unir las dos orillas del cañón, resplandeciendo a los primeros rayos del sol primaveral. No tenía tiempo para pensar en el dolor, ni energía para irritarse. A las pocas semanas todo había pasado; los hirientes ataques de odio cesaron para no repetirse jamás.

Había recobrado su confianza y su dominio, la tarde en que telefoneó a Eddie Willers.

—Eddie, me encuentro en Nueva York, en el «Wayne-Falkland». Venga a desayunar conmigo mañana por la mañana. Quiero discutir algo con usted.

Eddie Willers acudió a la cita, dominado por cierto sentimiento de culpabilidad. No se sentía repuesto aún del golpe recibido con la ley de igualdad en las oportunidades, que le había dejado un dolor sordo, igual que la marca amoratada de un puñetazo. Le disgustaba la ciudad, que ahora parecía ocultar la amenaza de algún mal desconocido. Aborrecía tener que enfrentarse a una de las víctimas de la ley. Se sentía como si él, Eddie Willers, compartiera la responsabilidad de la misma, de una manera terrible, que escapaba a su definición.

Pero al ver a Rearden, dicho sentimiento desapareció. Nada en él sugería a la víctima. Más allá de las ventanas del hotel, el sol primaveral de primeras horas de la mañana arrancaba destellos a la ciudad; el cielo era de un azul pálido y fresco; las oficinas estaban cerradas y la ciudad no había cobrado aún su aspecto malicioso, sino que parecía alegre y esperanzada, dispuesta a entrar en acción igual que Rearden. Éste, fresco luego de un sueño reparador, llevaba un batín y parecía impaciente para vestirse, no deseoso de retrasar el excitante juego de sus deberes cotidianos.

—Buenos días, Eddie. Lamento haberle convocado tan temprano. Pero es el único tiempo de que dispongo. Luego del desayuno tengo que regresar a Filadelfia. Podemos hablar mientras lo tomamos.

El batín era de franela azul obscuro, con las iniciales H. R. bordadas en blanco sobre el bolsillo superior. Rearden tenía un aspecto juvenil, descansado, completamente a tono con aquel aposento y en paz con todo el mundo.

Eddie vio cómo un camarero introducía la mesita rodante en el cuarto, con una inteligente diligencia que le hizo sentirse mejor. Empezó a disfrutar contemplando el rígido frescor del blanco mantel y la luz reflejada por la plata y por los dos recipientes conteniendo hielo picado en el que se habían introducido vasos de jugo de naranja; nunca hubiera podido imaginar que tales cosas le confiriesen semejante placer y vigor.

—No he querido telefonear a Dagny acerca de este asunto —dijo Rearden—, porque tiene demasiado quehacer. Usted y yo lo arreglaremos.

—Siempre y cuando disponga de autoridad suficiente para ello.

—Dispone de ella —dijo Rearden sonriente. E inclinándose sobre la mesa, añadió—: Eddie, ¿cuál es en estos momentos el estado financiero de la «Taggart Transcontinental»? ¿Desesperado?

—Peor que eso, míster Rearden.

—¿Pueden pagar los sueldos de los empleados?

—No del todo. Hemos procurado que no salga en los periódicos, pero creo que es del dominio público. Tenemos atrasos en todas partes y Jim no sabe ya qué excusa ofrecer.

—¿Han pensado ustedes que el primer pago de metal Rearden tendrá que efectuarse la semana que viene?

—Sí. Lo sé.

—Convengamos un aplazamiento. Voy a ofrecerles un margen; no tendrán que pagarme nada hasta transcurridos seis meses de la inauguración de la línea «John Galt».

Eddie Willers dejó bruscamente su taza de café. No podía pronunciar palabra.

Rearden se echó a reír.

—¿Qué le pasa? Tiene autoridad para aceptar, ¿no es cierto?

—Míster Rearden… Yo no sé… qué decirle.

—No tiene que decir nada más que «bien».

—Bien, míster Rearden —repitió Eddie con voz apenas perceptible.

—Redactaré los documentos y se los mandaré. Puede hablar a Jim de ello y decirle que los firme.

—Sí, míster Rearden.

—No me gusta tratar con Jim. Emplearía dos horas tratando de hacerme creer que me concede un favor al aceptar.

Eddie permaneció inmóvil, contemplando su plato.

—¿Qué ocurre?

—Míster Rearden, me gustaría… darle las gracias… pero no existe fórmula lo suficiente adecuada para…

—Escúcheme, Eddie. Usted tiene cualidades de buen negociante. Más vale poner ciertas cosas en claro. En situaciones así no existen gracias. No lo hago por la «Taggart Transcontinental». Se trata de una acción sencilla, práctica y egoísta por mi parte. ¿Para qué he de cobrar ahora ese dinero, si ello puede significar el fin de vuestra compañía? Si ésta no fuera solvente, me apresuraría a hacerlo, desde luego, pero no es ése el caso ni me gustan las actividades caritativas, ni tampoco jugarme el dinero con incompetentes.

Siguen siendo ustedes la mejor compañía ferroviaria del país, y cuando se haya fundado la «John Galt»' ofrecerán también una sólida garantía financiera. Tengo, pues, buenas razones para esperar. Además, están sufriendo contratiempos por culpa de mis rieles. Y quiero venzan en la pugna.

—Pues aun así, sigo debiéndole las gracias, míster Rearden… por algo mucho mejor aún que la caridad.

—No. Verá usted; acabo de recibir una gran cantidad de dinero… que no deseo, que no puedo invertir, que no me sirve de nada… así es que, hasta cierto punto, me complace volver ese dinero contra quienes me obligaron a aceptarlo y en el curso de la misma batalla. Ellos han hecho posible que les pueda conceder ese aplazamiento, a fin de que me ayuden a contender con ellos.

Vio a Eddie vacilar como si hubiera recibido un impacto.

—¡Eso es lo más horrible de todo!

—¿A qué se refiere?

—A lo que han hecho con usted y a lo que usted ha de hacer como desquite. Me refiero… —Se interrumpió—. Perdóneme, míster Rearden. No es modo de hablar de negocios.

Rearden sonrió:

—Gracias, Eddie. Sé a lo que se refiere. Pero olvídelo. ¡Al diablo con ellos!

—Sí. Sólo que… ¿Puedo decirle otra cosa, míster Rearden? Se trata de algo completamente inadecuado, pero no hablo ahora como vicepresidente.

—Continúe.

—No he de insistir sobre lo que su gesto significa para Dagny, para mí y para cualquier otra, persona honrada de la «Taggart Transcontinental». Usted lo sabe y sabe también que puede contar con nosotros. Pero… me parece indignante que Jim Taggart tenga que beneficiarse también; que sea usted quien lo salve, y a gente como él, después de…

Rearden se echó a reír.

—Eddie, ¿qué nos importa la gente como él? Conducimos un expreso y ellos van en el techo de un vagón, jactándose de ser los maquinistas. ¿Qué nos importan? Disponemos de fuerza suficiente para seguir adelante, ¿no es cierto?

* * *

—No resistirá.

El sol veraniego marcaba lunares de fuego en las ventanas de la ciudad, y arrancaba destellos al polvo de las calles. Columnas de calor se estremecían en el aire, elevándose desde los tejados hasta las blancas páginas del calendario. El motor de éste continuaba funcionando para marcar los últimos días de junio.

—No resistirá —repetía la gente—. Cuando se ponga en marcha el primer tren de la línea «John Galt», los rieles se partirán. No podrá llegar al puente. Y si lo hace, éste se hundirá bajo el peso de la máquina.

Desde las laderas de Colorado, los trenes de mercancías descendían por la línea «Phoenix-Durango», al norte de Wyoming, la línea principal de la «Taggart Transcontinental», al sur de Nueva Méjico, y la línea principal de la «Atlantic Southern». Hileras de vagones-tanques irradiaban en todas direcciones, desde los campos petrolíferos Wyatt, hacia industrias situadas en Estados lejanos. Pero nadie hablaba de ellos. Para el público, aquellos trenes se movían tan silenciosamente como rayos de luz, y al igual que éstos, sólo se les notaba cuando se convertían en claridad eléctrica, en calor para hornos y

en movimientos de motores, sin que en otras condiciones nadie se fijara en ellos, dándolos como cosa corriente y normal.

La línea «Phoenix-Durango» terminaría de funcionar el 25 de julio.

—Hank Rearden es un monstruo de egoísmo —comentaba la gente—. Fijaos en la fortuna que lleva reunida. ¿Qué ha dado a cambio de ella? ¿Ha demostrado señales de conciencia social? Sólo persigue una cosa: Dinero. Haría cualquier cosa para conseguirlo. ¿Qué le importa que se pierdan vidas humanas cuando el puente se hunda?

—Los Taggart son una bandada de buitres desde hace varias generaciones —comentaban otros—. Lo llevan en la sangre. Recordad que el fundador de la familia fue Nat Taggart, el más notable bribón antisocial que haya vivido jamás. Desangró al país con el fin de amasar una fortuna. Podéis estar seguros de que un Taggart no vacilará en arriesgar las vidas de otros, si es que persigue algún provecho. Compraron rieles de inferior calidad porque son más baratos que el acero. ¿Qué les importan las catástrofes y los cuerpos mutilados mientras cobren el precio de los billetes?

La gente decía estas cosas, repitiéndolas constantemente, sin saber por qué, en un lugar y en otro. Nadie se tomaba la molestia de imaginar una razón. «La razón —les había dicho el doctor Pritchett —es la más ingenua de las supersticiones.»

—¿La fuente de la opinión pública? —preguntó Claude Slagenhop en el curso de una conferencia radiada—. No existe tal fuente de opinión pública. Ésta es algo general y espontáneo; un reflejo del instinto colectivo en una mente colectiva.

Orren Boyle concedió una entrevista al Globe, la revista de mayor circulación. Preguntas y respuestas giraron alrededor de la grave responsabilidad social de los metalúrgicos y se hizo hincapié en el hecho de que corrían a cargo del metal muchas tareas cruciales y de que muchas vidas humanas dependían de la calidad del mismo. «A mi modo de ver, no se debe usar a los seres humanos como conejos de Indias, cada vez que se lanza un nuevo producto», manifestó sin mencionar a nadie en particular.

—Yo no aseguro que el puente se hunda —manifestó el metalúrgico-jefe de la «Associated Exprés», en un programa de televisión—. Tan sólo digo que si tuviera hijos, no les dejaría viajar en el primer tren que cruce el puente. Pero se trata de una opinión personal, motivada por mi gran cariño hacia los niños.

«No doy por sentado que ese engendro de la «Rearden-Taggart» se venga abajo —escribió Bertram Scudder en The Future—. Quizá se hunda o quizá no. Pero eso no es lo importante. Lo importante es saber qué protección ofrece la sociedad contra la arrogancia, el egoísmo y la voracidad de dos individualistas desbocados, cuyas acciones carecen de todo espíritu de convivencia pública. Al parecer, intentan arriesgar las vidas de sus semejantes, firmes en su pretendida fortaleza de juicio contra una abrumadora mayoría de reconocidos expertos. ¿Debe permitirlo la sociedad? Si ese puente se hunde, ¿no será demasiado tarde para tomar precauciones? ¿No vendrá a ocurrir lo mismo que cuando se cierra una cuadra, luego que el caballo no está en ella? Siempre ha sido creencia de este articulista que cierta clase de caballos deben permanecer bien amarrados, y para ello me baso en principios sociales de tipo general.»

Un grupo denominado «Comité de Ciudadanos Independientes» recogió firmas para una petición exigiendo a los expertos del gobierno un año de estudio en la línea «John Galt», antes de que se permitiera circular el primer tren. Según constaba en la petición, sus signatarios no perseguían otros motivos que los derivados de «su sentimiento de deber cívico». Las primeras firmas eran las de Balph Eubank y las de Mort Liddy. Aquella gestión fue objeto de mucho espacio y comentarios en todos los periódicos, y de un gran respeto por parte del público por proceder de elementos a los que no guiaba interés alguno.

En cambio, los mismos periódicos no concedían atención alguna a los progresos conseguidos en la línea «John Galt». No se mandó a ningún informador al lugar en que se realizaban las obras. La política general de la prensa seguía la pauta marcada cinco años atrás por cierto famoso articulista al escribir: «No existen hechos objetivos. Todo informe sobre tales hechos no es, en el fondo, más que la opinión de alguien. Resulta inútil, por lo tanto, escribir sobre hechos».

Algunos negociantes pensaron que valía la pena considerar la posibilidad de un valor comercial del metal Rearden e iniciaron una investigación por su cuenta. Pero no contrataron a metalúrgicos que examinaran muestras, ni ingenieros que visitaran el tendido. Organizóse una votación pública en la que diez mil personas garantizadas como auténticas representantes de todos los estamentos sociales fueron interrogadas acerca de esta importante cuestión: «¿Viajaría usted en la línea "John Galt"?» La unánime respuesta fue «¡No!»

No se escuchó a ninguna voz que hablara en favor del metal Rearden ni se concedió importancia al hecho de que las acciones de la «Taggart Transcontinental» fueran subiendo en el mercado, lenta y casi furtivamente. Tan sólo algunos se dieron cuenta y empezaron a jugar seguro. Míster Mowen compró acciones Taggart en nombre de un hermano. Ben Nealy en nombre de un primo. Paul Larkin dio un apellido supuesto. «No me gusta provocar controversias», manifestó uno de ellos.

—¡Oh! Sí. Desde luego. La construcción prosigue según el plan previsto —declaró James Taggart ante la junta de directores encogiéndose de hombros—. Sí. Pueden ustedes confiar. Mi querida hermana no es un ser humano, sino una máquina de combustión interna, así es que no hemos de maravillarnos de su éxito.

Cuando James Taggart escuchó el rumor de que unos soportes del puente se habían partido y desprendido, matando a tres obreros, se puso en pie de un salto y corrió al despacho de su secretario, ordenándole llamar a Colorado. Esperó junto a la mesa, cual si buscara la protección de ésta, mientras en sus ojos se pintaba una desencajada expresión de pánico. Sin embargo, su boca se torcía en una caricatura de sonrisa al tiempo de decir:

—Daría cualquier cosa por ver la cara de Henry Rearden. Cuando supo que el rumor era falso exclamó:

—¡Cielos! —Y en su voz hubo una nota de decepción.

—¡Bien! —exclamó por su parte Philip Rearden ante un grupo de amigos, luego de haber escuchado el rumor en cuestión—. Quizá fracase alguna vez. Tal vez mi dulce hermano no sea tan ilustre como muchos creen.

—Querido —dijo Lillian Rearden a su esposo—, ayer, durante un té, tuve que defenderte contra unas mujeres que aseguraban que Dagny Taggart es tu amante… ¡Oh! Por lo que más quieras, no me mires así. Sé que se trata de una injuria y me importa un comino. Pero semejantes idiotas no pueden imaginar otra razón por la que una mujer adopte semejante actitud en favor de un metal. Desde luego, yo lo veo de otro modo. Sé que esa Taggart carece prácticamente de sexo y que tú no le importas absolutamente nada. Además, querido, si alguna vez tuvieras el valor de hacer algo semejante, no te inclinarías hacia una máquina de calcular vestida con traje sastre. Te gustaría más alguna corista rubia y femenina que… pero ¡oh! Henry. Estoy bromeando. No me mires así.

—Dagny —dijo James Taggart con aire alicaído—. ¿Qué nos va a suceder? ¡La «Taggart Transcontinental» se ha vuelto tan impopular!

Dagny se echó a reír disfrutando de aquel momento igual que de otros, muchos como si una corriente subterránea de jovialidad no la abandonara nunca, y fuera necesario muy poco para darle salida. Se echó a reír casi de manera espontánea. Sus dientes aparecían muy blancos, destacando contra el rostro moreno. Sus ojos tenían esa expresión de quien

vive al aire libre y puede ver a gran distancia. En sus últimas y escasas visitas a Nueva York había notado que lo miraba como sin verlo.

—¿Qué vamos a hacer? El público se muestra hostil.

—Jim, ¿recuerdas la historia que se cuenta de Nat Taggart? Aquella en que manifestó envidiar tan sólo a uno de sus competidores, el que había dicho: «¡Al diablo el público!» Le hubiera gustado ser él el autor de la frase.

Durante los días veraniegos y en la opresiva calma de las noches en la urbe, algún hombre o mujer solitarios sentados en el banco de un parque, en una esquina o ante una ventana abierta, leían en el periódico una breve mención a los progresos de la línea «John Galt». Sus ojos se fijaban en la ciudad con renovada y súbita esperanza. Eran los jóvenes quienes se daban cuenta de que aquel era el acontecimiento que anhelaba el mundo; y también los viejos que habían vivido épocas en que tales hechos eran normales. No les importaban los ferrocarriles ni sabían nada de negocios; tan sólo intuían que alguien estaba luchando contra graves obstáculos y venciendo. No admiraban el propósito del combatiente, y creían las voces del público. Mas al leer que la línea avanzaba, experimentaban un instante de emoción y se preguntaban por qué sus problemas parecían más fáciles a partir de entonces.

En silencio, sin que nadie lo supiera, excepto los componentes de la sección de carga de la «Taggart Transcontinental» en Cheyenne y la oficina de la línea «John Galt» en el obscuro callejón, los vagones seguían rodando y las solicitudes de transporte se amontonaban para el primer tren que recorrería la línea «John Galt». Dagny Taggart había anunciado que no iba a ser un expreso de pasajeros abarrotado de celebridades y de políticos como se tenía por costumbre, sino un tren de mercancías especial.

La carga procedería de granjas agrícolas, de serrerías y de minas distribuidas por todo el país y de lugares distantes, y cuya supervivencia dependería de las nuevas fábricas de Colorado. Pero nadie escribió acerca de aquellos empresarios, porque se trataba de hombres a los que no podía llamarse desinteresados.

La compañía «Phoenix-Durango» iba a cesar en sus funciones el 25 de julio. El primer tren de la «John Galt» se pondría en movimiento el 22.

—Bien, Miss Taggart —declaró el delegado de la Unión de Maquinistas—. No podemos permitirle hacer circular ese tren.

Dagny estaba sentada a su maltrecho escritorio, destacando contra la sucia pared de la oficina. Sin moverse le ordenó:

—¡Márchese de aquí!

Era una frase que aquel hombre nunca había escuchado en los resplandecientes despachos de los directores ferroviarios. Pareció asombrarse y contestó:

—He venido a decirle…

—Si tiene algo que decirme, empiece de nuevo.

—¿Cómo?

—No intente indicarme lo que he de hacer.

—No estamos dispuestos a permitir que nuestros hombres manejen el tren.

—Eso es diferente.

—Así lo hemos decidido.

—¿Quién?

—El Comité. Lo que usted pretende es una violación de los derechos humanos. No puede obligar a nadie a morir en el hundimiento del puente, tan sólo para ganar dinero.

Dagny tomó una hoja de papel y se la alargó.

—Póngalo por escrito —le dijo —y formalizaremos un contrato.

—¿Qué clase de contrato?

—Uno en el que conste que ningún miembro de su Unión será jamás empleado en una locomotora de la línea «John Galt».

—¡Eh!… Espere un momento… Yo no he dicho…

—¿Quiere o no quiere firmar ese convenio?

—Pues… yo…

—¿Por qué no, si sabe usted que el puente se va a hundir?

—Yo sólo quiero…

—Sé lo que quiere. Quiere ejercer dominio sobre sus hombres, valiéndose de los empleos que ofrezco, y sobre mí, por medio de sus hombres. Quiere que ofrezca trabajo y al mismo tiempo hacerme imposible proporcionarlo. Voy a darle una opción. Ese tren circulará, eso por descontado, y sin interferencia de usted. Puede escoger entre si lo manejará uno de sus hombres o no. Si opta por lo segundo, el tren rodará de igual modo, aunque haya de conducir la máquina yo misma. Caso de que el puente se hunda, no quedará ferrocarril; pero si no se hunde, ningún miembro de su Unión conseguirá jamás un empleo en la línea «John Galt». Si cree que necesito a sus hombres más de lo que ellos me necesitan a mí, actúe en consecuencia. Sabe que puedo conducir una máquina, y que en cambio ellos no pueden construir un ferrocarril. Cíñase a esta evidencia. ¿Prohibirá a sus hombres que acepten la misión?

—Yo no he dicho que se lo prohíba. No he hablado de prohibir, sino…

de que usted no puede obligar a nadie que arriesgue su vida en un experimento que nadie ha intentado hasta ahora.

—No pienso forzar a nadie a correr ese riesgo.

—Entonces ¿qué va a hacer?

—Pediré un voluntario.

—¿Y si ninguno se ofrece?

—Eso es cosa mía. No de usted.

—Entonces permítame decirle que les aconsejaré rehusar.

—Como quiera. Adviértales lo que crea conveniente. Dígales lo que le parezca, pero déjeles la facultad de decidir y no intente prohibirles nada.

El aviso aparecido en todas las dependencias del sistema Taggart iba firmado por «Edwin Willers, vicepresidente de la Sección de Operaciones». En el mismo se rogaba a los maquinistas deseosos de conducir el primer tren de la línea «John Galt», que pasaran por la oficina de míster Willers no más tarde de las once de la mañana del quince de julio.

Eran las diez y cuarto cuando el teléfono de Dagny sonó. Era Eddie llamando desde el edificio Taggart al otro lado de la calle.

—Dagny, creo que vale más que vengas —dijo con expresión extraña. Dagny atravesó la calle a toda prisa, cruzó los vestíbulos con piso de mármol y abrió la puerta que aún llevaba el nombre de Dagny Taggart sobre el panel encristalado.

La antesala estaba llena. Una multitud de hombres se apiñaba por entre las mesas y se apoyaba en las paredes. Al verla entrar, todos se descubrieron en medio de un repentino silencio. Observó las cabezas grises y los hombros musculosos, y vio también los rostros sonrientes de sus empleados y el de Eddie Willers en el extremo más lejano del recinto. Todo el mundo comprendió que no hacía falta decir nada.

Eddie se hallaba ante la puerta abierta de su despacho. Los reunidos se apartaron para dejar pasar a Dagny. Eddie señaló el despacho, y luego un montón de cartas y telegramas.

—Dagny, han respondido todos —dijo—. Todos los maquinistas de la «Taggart Transcontinental». Los que pudieron han venido en persona, algunos desde lugares tan lejanos como la División de Chicago. —Señaló el correo—. Ahí están los demás. Para ser exacto, sólo faltan noticias de tres; uno está de vacaciones en los bosques del norte, otro en un hospital, y el tercero en la cárcel por conducir a velocidad excesiva… su automóvil.

Los miró a todos y observó las sonrisas contenidas en sus rostros solemnes. Inclinó la cabeza en gesto de reconocimiento, y permaneció un momento así cual si aceptara un veredicto que la afectaba a ella, a todos cuantos se hallaban en la estancia, y al mundo entero, más allá de los muros del edificio.

—Gracias —dijo.

Gran parte de aquellos hombres la habían visto en muchas ocasiones. Al mirarla luego de que hubo levantado otra vez la cabeza, pensaron asombrados, por primera vez, que el rostro de su vicepresidente era el de una mujer, y, además, bonita.

Alguien de entre la muchedumbre gritó de pronto:

—¡Al diablo con Jim Taggart!

Le respondió una auténtica explosión de entusiasmo. Los hombres reían, proferían gritos y aplaudían fuertemente. La respuesta resultaba totalmente desproporcionada a la frase, pero ésta les había dado la excusa que necesitaban. Parecían aplaudir al que la gritó en insolente defensa de la autoridad. Pero, en el fondo, todos sabían a quien estaban aplaudiendo en realidad. Dagny levantó la mano.

—Es todavía muy pronto —dijo riendo—. Esperad una semana. Entonces será cuando lo celebremos. Y creedme, lo celebraremos muy de veras.

La elección se hizo por suertes. Dagny tomó un papel del montón en el que constaban todos los nombres. El vencedor no se encontraba allí, pero era uno de los mejores empleados de la compañía; tratábase de Pat Logan, maquinista del «Comet» Taggart en la División de Nebraska.

—Telegrafiad a Pat y decidle que va a tener que rebajarse a llevar un tren de mercancías —dijo Eddie. Y añadió casualmente como si se tratara de una decisión imprevista, aunque con su actitud no consiguió engañar a nadie—; Yo iré también en la locomotora.

Un viejo maquinista situado junto a ella, sonrió a la vez que declaraba:

—No esperaba menos de usted, Miss Taggart.

* * *

Rearden se encontraba en Nueva York, el día en que Dagny le telefoneó desde su despacho.

—Hank, mañana voy a celebrar una conferencia de prensa. Él se echó a reír.

—¡No! —repuso.

—Sí. —Su voz sonaba vehemente, pero quizá peligrosamente entusiasmada—. Los periódicos acaban de descubrirme y empiezan a hacer preguntas. Tengo que contestarlas.

—Que se divierta.

—Así será. ¿Estará mañana en la ciudad? Me gustaría que asistiera.

—De acuerdo. No pienso perdérmelo.

Los informadores que acudieron a la conferencia de prensa en las oficinas de la línea «John Galt» eran jóvenes adiestrados en la convicción de que su tarea consistía en ocultar al mundo la auténtica naturaleza de los hechos que tenían lugar en él. Su deber cotidiano se basaba en servir de auditorio para un personaje que expresara tal o cual opinión acerca

del bienestar público, en frases cuidadosamente escogidas para que no significaran nada. Podían situar las palabras dentro de la combinación que prefiriesen, con tal de que nunca formaran una frase especifica. Ninguno de ellos podía comprender el cariz de la entrevista que estaba a punto de celebrarse.

Dagny Taggart aparecía sentada tras de su escritorio, en un despacho semejante al sótano de una casa de vecindad. Llevaba un vestido azul obscuro, con blusa blanca, perfectamente cortado, sugiriendo cierto aire de grave y casi militar distinción. Manteníase erguida, con aspecto severo y digno, quizá un poco exagerado.

Rearden se hallaba en un ángulo del recinto, sentado de cualquier modo en un sillón roto, con las largas piernas por encima de un brazo, y el cuerpo reclinado contra el otro. Sus modales resultaban agradablemente espontáneos, quizá demasiado espontáneos.

Con la dicción clara y monótona de quien lee un informe militar, mirando fijamente a su auditorio, Dagny recitó las características técnicas de la línea «John Galt», ofreciendo cifras exactas acerca de la naturaleza del riel, la capacidad del puente, los métodos de construcción y los costes. Luego, en el tono seco de un banquero, explicó las perspectivas financieras de la línea e hizo mención de los grandes beneficios que pensaba obtener.

—Eso es todo —dijo al acabar.

—¿Todo? —preguntó uno de los informadores—. ¿Es que no va a incluir un mensaje para el público?

—Ése ha sido mi mensaje.

—¿Pero? ¡Diablo!… ¿No piensa defenderse?

—¿Contra qué?

—¿No quiere decir algo para justificar su línea?

—Ya lo he hecho.

Un hombre en cuya boca se pintaba un desdén permanente inquirió:

—Lo que yo quiero saber es, como dijo Bertram Scudder, ¿qué protección tenemos si su línea no es tan buena como parece?

—No viajen en ella.

Otro formuló esta pregunta:

—¿No quiere revelarnos los motivos que la han impulsado a tender esa vía?

—Ya lo he dicho: los beneficios que pienso obtener.

—¡Oh, Miss Taggart! No hable así —exclamó un jovencito, sin duda nuevo en el oficio y todavía honrado, que profesaba afecto a Dagny Taggart sin saber por qué—. Es lo peor que puede declarar. Se trata precisamente de lo que más le critican.

—¿De veras?

—Estoy seguro de que no quiso expresarse de ese modo, y… de que nos ofrecerá una aclaración.

—Desde luego, si así lo desean. El beneficio corriente de los ferrocarriles ha venido siendo de un dos por ciento sobre el capital invertido. Pero, a mi juicio, industrias que hacen tanto y ganan tan poco deberían considerarse inmorales. El coste de la línea «John Galt» y su relación con el tráfico que transportará, me hace esperar un provecho de no menos de un quince por ciento. Desde, luego, en la actualidad cualquier beneficio industrial superior al cuatro por ciento se considera usura. Pero yo haré lo posible para que la línea «John Galt» me proporcione hasta un veinte por ciento. Tales han sido los motivos que me impulsaron a construirla. ¿Está suficientemente claro? *

El jovencito la miraba estupefacto.

—¿No querrá decir que ese provecho va a ser únicamente para usted, Miss Taggart? Sin duda se refiere a los pequeños accionistas, ¿verdad? —preguntó esperanzado.

—No. No. Soy personalmente una de las mayores accionistas de la «Taggart Transcontinental», y por ello mi parte de beneficios será de las mayores. Míster Rearden se encuentra en posición mucho más ventajosa, porque no tiene accionistas con quienes compartir sus beneficios. ¿Prefiere hacer una declaración por cuenta propia, míster Rearden?

—Sí. Con mucho gusto —dijo éste—. Mientras la fórmula del metal Rearden constituya mi secreto personal, y en vista de que el metal cuesta mucho menos de producir de lo que ustedes imaginan, me propongo despellejar al público obteniendo beneficios del orden del veinticinco por ciento durante los años próximos.

—¿Qué es eso de despellejar al público, míster Rearden? —preguntó el jovenzuelo—. Si como he leído en los anuncios, su metal dura tres veces más que cualquier otro, y lo consigue a mitad de precio, ¿no saldrá el público beneficiado?

—|Oh! Veo que se ha dado cuenta de ello —exclamó Rearden.

—¿Han pensado ustedes que lo que están diciendo va a ser publicado? —preguntó el tipo desdeñoso.

—Míster Hopkins —respondió Dagny con expresión de cortés asombro—, ¿existe algún motivo por el que los hayamos convocado si no es para que publiquen lo que estamos diciendo?

—¿Acceden a que lo pongamos todo, sin retoque alguno?

—Espero poder confiar en ustedes respecto a ello. ¿Quieren tener la amabilidad de escribir esto al pie de la letra? —Se detuvo hasta verles disponer los lapiceros y dictó: «Miss Taggart ha afirmado: Deseo ganar muchísimo dinero con la línea «John Galt». Y este dinero será exclusivamente mío. Gracias».

—¿Alguna otra pregunta, caballeros? —preguntó Rearden No hubo preguntas.

—Voy a hablarles ahora de la inauguración de la línea «John Galt»

—prosiguió Dagny—. El primer tren partirá de la estación de la «Taggart Transcontinental» en Cheyenne a las cuatro de la tarde del 22 de julio. Será de carga especial, consistirá en ochenta vagones e irá arrastrado por una locomotora «Diesel» de cuatro unidades y ocho mil caballos, que he pedido a la «Taggart Transcontinental» para esta ocasión. Recorrerá sin detenerse el trayecto hasta el empalme de Wyatt, Colorado, a una velocidad media de cien millas por hora. ¿Ocurre algo? —preguntó al escuchar un largo y suave silbido.

—¿Cómo ha dicho usted, Miss Taggart?

—He dicho cien millas por hora, con desniveles, curvas y todo lo demás.

—¿No sería mejor disminuir algo la velocidad, Miss Taggart? ¿Es que no guarda consideración alguna hacia el público?

—Precisamente si no fuera por el público y sus opiniones, hubiera bastado una velocidad de sesenta y cinco millas.

—¿Quién conducirá ese tren?

—He tenido algunas complicaciones a tal respecto. Todos los maquinistas de la «Taggart» se ofrecieron voluntarios, y lo mismo fogoneros, guardafrenos y mozos de vagón. Hemos tenido que echarlo a suertes. El maquinista será Pat Logan, del «Comet», y el fogonero Ray McKim. Yo iré en la máquina con ellos.

—|No!

—Sí. La inauguración será el 22 de julio, y la prensa queda cordialmente invitada. Contrariamente a mi política usual, me he convertido en amante de la publicidad. Me

gustaría muchísimo que hubiera reflectores, micrófonos y cámaras de televisión. Sugiero poner algunas alrededor del puente. El desplome del mismo puede proporcionar escenas muy interesantes.

—Miss Taggart —preguntó Rearden—, ¿por qué no ha mencionado usted que también yo pienso ir en esa máquina?

Fijó sus pupilas en las de él y por un instante se consideraron solos, sosteniendo sus mutuas miradas.

—Desde luego, míster Rearden —contestó.

* * *

No volvió a verlo hasta que se encontraron el uno frente al otro en la estación Taggart, en Cheyenne, el 22 de julio.

Al salir al andén le pareció como si sus sentidos se hubiesen diluido y no pudiese distinguir el cielo, el sol ni el rumor de la nutrida muchedumbre, sino notar tan sólo una sensación de ligereza y de sorpresa.

Sin embargo, el primero a quien vio fue a Rearden. Nunca hubiera podido decir durante cuánto tiempo sólo tuvo conciencia de él.

Se encontraba junto a la locomotora del tren «John Galt», hablando con alguien situado fuera del alcance de su visión. Vestía pantalón y camisa gris, y parecía un experto mecánico; pero todo el mundo lo contemplaba admirado, porque era Hank Rearden de la «Rearden Steel». Muy arriba, sobre él, pudo ver las letras TT, sobre la plateada delantera de la máquina. Las líneas de ésta retrocedían airosas, cual dispuestas a surcar el espacio.

Había mucha distancia entre los dos y toda una multitud, pero los ojos de Hank se fijaron en Dagny desde el momento mismo en que salió al andén. Ella comprendió lo que sentía. No iban a vivir una aventura trascendental sobre la que descansaba todo su futuro, sino simplemente su día de asueto. La tarea estaba acabada y por el momento no existía dicho futuro. Se habían ganado el presente.

Sólo cuando uno se siente importante, había dicho Dagny, se vuelve realmente ligero y etéreo. Pensaran lo que pensaran otras personas acerca de dirigir trenes, para ellos dos aquel día tan sólo tenía un significado particular. Buscaran lo que*buscaran otros en la vida, su derecho a lo que ahora sentían englobaba todos sus deseos. A ambos les pareció como si a través del andén se estuvieran comunicando dichas cosas.

Luego ella se volvió y alejóse.

Todos la miraban. Había mucha gente a su alrededor. Reía y contestaba preguntas sin darse apenas cuenta.

Dagny no había esperado semejante concurrencia. La gente llenaba el andén, las vías y la plaza situada más allá de la estación; ocupaba el techo de los vagones en los apartaderos, y las ventanas de todas las casas. Algo la había congregado allí; algo que flotaba en el aire y que en el último instante hizo desear a James Taggart asistir también a la inauguración. Pero ella se lo había prohibido terminantemente. «Si vienes, Jim, te arrojaré de tu propia estación Taggart. Se trata de un acontecimiento que tú no debes presenciar». Había escogido a Eddie Willers para representar a la «Taggart Transcontinental» en la ceremonia.

Contempló a la muchedumbre, sintiendo una gran sorpresa ante la expectación que su presencia ocasionaba. Porque el acontecimiento era algo tan suyo y personal que no se hacía posible comunicación alguna acerca del mismo. Notó también cierta plenitud al

verles allí y al notar su deseo de mirarla, porque el contemplar un triunfo es el mayor de los dones que un ser humano puede ofrecer a otros.

No sentía cólera contra nadie. Todo cuanto soportara hasta entonces quedaba oculto tras una intensa niebla, igual que ese dolor que, aunque existiendo, carece de poder para causar molestias. Cosas así no podían figurar en aquel momento de realidad. El significado de la jornada era tan brillante y cegadoramente claro como el brillo del sol sobre el plateado de la máquina. Todos tenían que percibirlo y nadie dudar de él. Ni Dagny odiar.

Eddie Willers la estaba mirando. Se hallaba en el andén, rodeado de directivos de la Taggart, jefes de división, directores y personajes oficiales que habían tenido que ser convencidos, sobornados e incluso amenazados para que permitieran conducir un tren por zonas habitadas a cien millas por hora. Siquiera por una vez, en aquel día y circunstancia, su título de vicepresidente era una cosa real y lo ostentaba con dignidad. Pero mientras hablaba con quienes le rodeaban, sus ojos seguían a Dagny por entre la multitud. Ella vestía pantalón y camisa azul, y manteníase al margen de los deberes oficiales, que había dejado a cargo de Eddie. Tan sólo le preocupaba el tren, como si fuera la única que debía conducirlo.

Dagny lo vio a su vez, se acercó y le estrechó la mano; su sonrisa era como un compendio de todo aquello que no tenía por qué decir.

—Bien, Eddie, usted es ahora la «Taggart Transcontinental».

—Sí —respondió él en voz baja y solemne.

Unos informadores formulaban preguntas y tuvo que alejarse, acosada por ellos. También Eddie debía atenderlos.

—Míster Willers, ¿cuál es la política de la «Taggart Transcontinental» respecto a esta línea?

—¿De modo que la «Taggart Transcontinental» actúa sólo como observador desinteresado, míster Willers?

Contestó lo mejor que pudo. Contemplaba el reflejo del sol sobre una máquina «Diesel», pero lo que estaba viendo en realidad era la luminosidad del mismo en un claro del bosque y una muchacha de doce años asegurándole que algún día colaboraría con él en la dirección del ferrocarril.

Miró desde cierta distancia cómo los empleados se alineaban frente a la máquina dando cara a un pelotón de fotógrafos. Dagny y Rearden sonreían cual si se hallaran de vacaciones. El maquinista Pat Logan, de corta estatura y muy nervudo, con el pelo gris y un rostro inescrutable y desdeñoso, adoptó una actitud de divertida indiferencia. Ray McKim, el fogonero, joven y vigoroso gigante, sonreía con un aire mezcla de turbación y superioridad. El resto de los empleados parecía hacer irónicos guiños ante los objetivos. Riendo, un fotógrafo dijo:

—¿No podrían adoptar una actitud más dramática? Gustaría más a mi jefe.

Dagny y Rearden contentaban a los informadores de la prensa sin ironía ni amargura, disfrutando con la situación, como si las preguntas les fueran formuladas de buena fe. De manera gradual y sin que nadie se diera cuenta, esto último se convirtió en un hecho cierto.

—¿Qué esperan de la prueba? —quiso saber un reportero dirigiéndose a, uno de los encargados de los frenos—. ¿Creen que lo conseguirán?

—Estoy seguro —respondió el guardafrenos —y usted también puede estarlo.

—Míster Logan, ¿tiene usted hijos? ¿Disfruta de algún seguro extra?

—No crucen ese puente hasta que yo lo haya traspuesto —advirtió Pat Logan desdeñoso.

—Míster Rearden, ¿cómo está tan seguro de que la vía resistirá?

—El que enseñó a la gente a fabricar prensas para imprimir, ¿estaba seguro de los resultados? —contestó Rearden.

—Dígame, Miss Taggart, ¿qué es lo que sostendrá a un tren de siete mil toneladas sobre un puente de tres mil?

—Mi seguridad de que así va a ocurrir —respondió la aludida.

Los representantes de la prensa, que aborrecían su profesión, no pudieron saber por qué aquel día estaban disfrutando con ella. Un joven con muchos años de éxito tras de sí y una expresión cínica que le hacía aparentar el doble de su edad, exclamó de repente:

—¡Ya sé lo que me gustaría ser! Resultaría interesante poder escribir verdaderas noticias.

Las manecillas del reloj de la estación señalaban las 3,45. Los empleados se dirigieron hacia el distante extremo del tren. El movimiento y el ruido producido por la muchedumbre iban disminuyendo. Sin saberlo, todos adoptaban una actitud expectante.

El telegrafista había recibido información de sus colegas a lo largo de la línea que serpenteaba por las montañas hasta los campos petrolíferos Wyatt, situados a trescientas millas de distancia. Salió de la estación y mirando a Dagny dio la señal de que la ruta estaba libre. De pie ante la máquina, Dagny levantó la mano, repitiendo el gesto de aquel hombre, como quien acaba de recibir un aviso y presta su conformidad al mismo.

La larga hilera de vagones se extendía en la distancia, con sus secciones rectangulares y espaciadas, cual una enorme espina dorsal. El brazo del jefe de tren se agitó en el aire y Dagny movió el suyo, contestando a la señal.

Rearden, Logan y McKim permanecían en silencio, en actitud de firmes, esperando que fuera ella la primera en subir. Cuando empezó a ascender los escalones de la máquina, un informador se acordó de que no había formulado cierta pregunta.

—¡Miss Taggart! —la llamó—. ¿Quién es John Galt?

Ella se volvió, sujetándose con una mano al barrote metálico y quedando unos instantes suspendida sobre las cabezas de la muchedumbre.

—¡Nosotros! —repuso.

Logan la siguió a la cabina y lo mismo McKim; Rearden fue el último. La puerta se cerró del modo decisivo con que se imprime un sello de metal.

Las luces suspendidas sobre un puente de señales destacaban contra el cielo. Eran verdes. Había también luces verdes entre los rieles, sobresaliendo apenas del suelo y alejándose hacia el horizonte, allí donde la vía tomaba una curva. En la misma, otra luz también verde destacaba contra el follaje de un verdor estival que parecía compuesto también de luces.

Dos hombres sostenían una cinta de seda blanca, extendida sobre la vía ante la máquina. Eran el superintendente de la división de Colorado y el maquinista jefe de Nealy, que conservaban sus empleos. Eddie Willers cortaría la cinta inaugurando así la nueva línea.

Los fotógrafos lo enfocaron cuidadosamente mientras de espaldas a la máquina manipulaba con la tijera. Le pidieron que repitiera la ceremonia dos o tres veces, a fin de facilitarles diversas instantáneas. Varias cintas de recambio estaban dispuestas al efecto. Iba a asentir, cuando se detuvo y dijo:

—No. No quiero que este acto sea fingido.

Y con voz en la que vibraba una tranquila expresión de autoridad, la voz de un auténtico vicepresidente, ordenó señalando a las cámaras:

—¡Háganse atrás! Bastante atrás. Disparen cuando corte la cinta y luego apártense de aquí.

Todos obedecieron, retirándose apresuradamente de la vía. Tan sólo faltaba un minuto. Eddie se volvió de espaldas a las cámaras, permaneciendo entre los rieles frente a la máquina. La tijera estaba dispuesta sobre la blanca cinta. Se quitó el sombrero y lo dejó a un lado, mirando fijamente la locomotora. Una débil brisa movía su cabello rubio. La máquina no era más que un enorme escudo de plata, en el que campeaba el emblema de Nat Taggart.

Eddie Willers levantó la mano en el instante en que las saetas del reloj de la estación señalaban puntualmente las cuatro.

—¡Adelante, Pat! —gritó.

Cuando la máquina iniciaba su marcha, cortó la blanca cinta y apartóse de un salto.

Desde el borde de la vía vio la ventana de la cabina pasar ante él y, desde la misma, a Dagny que agitaba la mano saludando. En seguida, la máquina desapareció y ante sus ojos fueron desfilando las sucesivas plataformas de los vagones de mercancías que aparecían y desaparecían veloces ante él con su característico traqueteo.

* * *

Los rieles de un verde azulado corrían a su encuentro cual dos cohetes disparados a un punto distante, más allá de la curvatura de la tierra. Las traviesas se mezclaban hasta formar un suave arroyo que discurría bajo las ruedas. Una borrosa franja se pegaba al costado de la máquina, casi rozando el suelo. Árboles y postes de telégrafo aparecían para sumirse de nuevo en la distancia, cual si algo tirase bruscamente de ellos. Las verdes llanuras desfilaban a ambos lados en reposado fluir. En el borde del cielo, una larga cadena de montañas revertía el movimiento pareciendo seguir al tren.

Dagny no sentía las ruedas bajo el suelo. El movimiento era un vuelo fluido a impulsos de un movimiento sostenido, como si la máquina fuera transportada sobre los rieles por una extraña corriente. No experimentaba sensación alguna de velocidad. Parecía extraño que las luces verdes de la señalización afluyeran hacia ellos y desaparecieran cada pocos segundos. Sabía muy bien que entre una y otra había una distancia de dos millas.

El indicador de velocidad frente a Pat Logan permanecía fijo en cien millas.

Se sentó en el taburete del fogonero, mirando de vez en cuando a Logan. Este se había sentado también agachándose un poco, con una mano posada al desgaire sobre la palanca. Pero sus ojos no se apartaban un instante de la vía. Obraba con la tranquilidad de movimientos de un experto, con aire tan confiado que parecía indiferente. Pero era la calma derivada de su tremenda concentración en una tarea tan implacable como un hecho categórico. Ray McKim ocupaba un banco tras de ellos, y Rearden se hallaba en medio del recinto, en pie, con las manos en los bolsillos y los pies separados para conservar mejor el equilibrio. No le preocupaba nada de cuanto se hallase a los lados de la vía, sino tan sólo ésta. Mirándolo, Dagny se dijo que quienes poseen algo no se dan cuenta de la naturaleza de dicha posesión ni de su realidad. No; no se trataba de papeles, sellos, documentos o permisos. La idea de la posesión se reflejaba de un modo total en los ojos de Rearden.

El ruido que llenaba la cabina parecía formar parte del espacio que estaban cruzando. Estaba formado por el sordo ronroneo de los motores, el agudo tintinear de numerosas piezas que exhalaban sus gritos de metal y las penetrantes vibraciones de los cristales.

Objetos diversos volaban a ambos lados. Un depósito de agua, un árbol, una choza, un silo, aparecían y desaparecían con movimiento similar al de un limpiaparabrisas; se levantaban, describían una curva y caían hacia atrás. Los hilos del telégrafo habían

establecido competencia con el tren, elevándose y hundiéndose entre los postes, con ritmo regular cual el cardiograma de un corazón escrito a través del cielo.

Dagny miró hacia delante, hacia la neblina que en la distancia confundía los dos rieles; una neblina que de un momento a otro podría despejarse para hacer realidad algún desastre. Se preguntó por qué se sentía más segura de lo que nunca se sintió en un vagón, precisamente allí, donde caso de surgir un obstáculo, su pecho y el cristal serían los primeros en estrellarse contra él. Sonrió comprendiendo la causa: era la seguridad de hallarse en primer término; de contemplar plenamente y comprender la propia ruta; no esa sensación de ser arrastrado hacia lo desconocido por una fuerza ciega. Tratábase de una de las mayores emociones que pudiera concebir: no la de verse empujado, sino la de conocer el camino que se sigue.

Tras los cristales de las ventanillas la amplitud de los campos parecía incrementarse; la tierra se mostraba tan abierta al movimiento como a la vista. Nada quedaba distante ni fuera del alcance de Dagny. Ésta atisbaba el cabrilleo de un lago y al instante se encontraba a su lado, y en seguida más allá.

Tratábase de una extraña acortación de distancia entre vista y contacto; entre deseo y consecución; entre —las palabras tintinearon en su mente luego de un breve titubeo — entre espíritu y cuerpo. Primero la visión, luego la forma física de expresarla. Primero la idea; luego el movimiento a lo largo de una ruta única hacia el objetivo. ¿Podía algo de aquello tener significado sin su complemento? ¿No era malvado desear sin moverse, o moverse sin propósito? ¿Qué clase de malevolencia campaba por el mundo, tratando de separar los dos factores e incluso de ponerlos uno frente a otro?

Sacudió la cabeza. No quería pensar ni preguntarse por qué el mundo era así. No le importaba. Se estaba alejando de él a una velocidad de cien millas por hora. Se reclinó contra la ventanilla abierta que se hallaba a su lado y notó cómo el viento le arrebataba el cabello de la frente. Se echó hacia atrás, consciente del placer que aquello le ocasionaba.

Pero su mente seguía activa. Fragmentos de ideas pasaban ante ella, atrayendo un instante su atención. Igual que los postes telegráficos. «¿Placer físico? —se preguntó—. Éste es un tren de acero… corriendo sobre rieles de metal Rearden, movido por la energía del petróleo ardiente y de los generadores eléctricos. Es una sensación física, de movimiento también físico, a través del espacio… ¿Puedo considerarlo causa y significado de lo que siento ahora?… Le llaman goce primitivo y animal. Siento como si no me importara que los rieles se hiciesen pedazos bajo nosotros. ¿Pero acaso no me importa porque experimento un placer corporal, físico, materialista, bajo y degradante?» Sonrió cerrando los ojos mientras el viento le seguía alborotando el cabello.

Cuando volvió a abrirlos vio que Rearden la miraba con la misma expresión con que había estado contemplando los rieles. Su sensación de ligereza quedó hecha pedazos bajo el impacto sordo que la dejó incapaz de movimiento. Sostuvo su mirada, mientras volvía a sentarse y el viento ceñía a su cuerpo la delgada tela del pantalón.

Él desvió la mirada y Dagny volvió a contemplar aquella tierra que parecía irse abriendo ante ellos.

No quería pensar, pero el torbellino de sus reflexiones continuó ronroneando igual que los motores que impulsaban la máquina. ¿Quién habría colocado el suave acero del techo y quién la hilera de remaches del rincón que sostenía unidas varias planchas? ¿La fuerza bruta de unos músculos de hombre? ¿Quién hizo posible que cuatro indicadores y tres palancas frente a Pat Logan pudieran dominar la increíble potencia de dieciséis motores situados más allá y permitir que un hombre los maniobrase sin esfuerzo alguno?

¿Todas aquellas cosas y la capacidad de construirlas era lo que el hombre consideraba persecución de lo imposible? ¿Era lo que llamaban innoble adhesión a un mundo

estrictamente físico? ¿Era dejarse esclavizar por la materia? ¿Representaba la rendición del espíritu humano al cuerpo?

Movió la cabeza cual si quisiera arrojar por la ventana semejantes ideas, haciéndolas añicos, a lo largo de la vía. Miró el sol que brillaba sobre los campos. No tenía que meditar porque tales preguntas eran sólo detalles de una verdad que conocía y que conoció siempre. Las dejaría desfilar como los postes del telégrafo. Aquello de lo que estaba segura era igual a los alambres que pasaban en ininterrumpida línea. Las palabras con que denominarlo, con que calificar aquel viaje, sus sentimientos y la tierra entera eran: ¡Todo resultaba tan sencillo y tan auténtico!

Prosiguió contemplando el panorama. Llevaba algún tiempo dándose cuenta vagamente de figuras humanas que, con extraña regularidad, aparecían y desaparecían; pero Ta visión de las mismas era tan rápida, que resultó imposible comprender su significado hasta que, como ocurre en una película, los destellos se fueron fundiendo en un conjunto coherente. La vía estaba guardada, desde que quedó tendida; pero no fue ella quien contrató a la cadena humana que ahora se extendía a ambos lados. Una figura solitaria vigilaba con intervalos de una milla. Algunos de aquellos seres eran simples colegiales, mientras otros tenían ya una edad tan avanzada que las siluetas de sus cuerpos destacaban encorvadas contra el cielo. Iban armados con lo que pudieron encontrar, desde costosos fusiles a antiguos mosquetes, y llevaban gorras de ferroviarios. Eran hijos de los empleados de la «Taggart» y viejos jubilados luego de dedicar toda una vida a la compañía. Todos acudieron voluntariamente para vigilar el tren. Conforme la máquina pasaba ante ellos, se ponían rígidos en actitud de firmes, levantando el fusil como en una ceremonia militar.

Al darse cuenta se echó a reír súbitamente como si exhalara un grito; se rió estremecida como una niña, y sus carcajadas parecieron más bien sollozos de alivio. Pat Logan le hizo una señal con la cabeza y le sonrió débilmente. Había notado desde mucho antes la presencia de aquella guardia de honor. Dagny se apoyó en la abierta ventana y trazó con su brazo amplias curvas de triunfo saludando a los vigilantes de la vía.

En la cumbre de una distante colina descubrió una muchedumbre que agitaba asimismo los brazos. Las grises casas de un pueblo aparecían desparramadas por un valle, cual si alguien las hubiera dejado caer olvidándose luego de ellas; las líneas de los tejados aparecían combadas e inseguras, y el color de las paredes había ido desapareciendo con los años. Quizá vivieron allí generaciones sin nada que marcase el paso de los días, excepto el movimiento del sol de Este a Oeste. Aquellos hombres habían ascendido a la colina para presenciar cómo un cometa con cabeza de plata volaba por las llanuras como el sonar de una corneta luego de una larga temporada de silencio.

Conforme las casas fueron apareciendo con más y más frecuencia y más cercanas a la vía, pudo observar gentes en las ventanas, en los pórticos y en los tejados. En algunos cruces de carretera la muchedumbre bloqueaba el paso. Los caminos se desparramaban como varillas de abanico y no era posible distinguir las figuras humanas, sino tan sólo sus brazos saludando al tren como ramas movidas por el viento levantado por su propia velocidad. Permanecían bajo las luces rojas de advertencia y bajo las señales que proclamaban: «Alto», «Mucha atención».

La estación por la que pasaron al atravesar la ciudad a cien millas por hora constituía un friso viviente de gentes que la cubrían desde el andén hasta el tejado. Tuvo un atisbo de brazos que se agitaban, de sombreros que se alzaban al aire y de algo que venía a estrellarse al costado de la máquina y que resultó ser un gran ramo de flores.

Las millas se cubrían, destilaban ciudades y quedaban atrás estaciones, mientras las muchedumbres que habían acudido a presenciar el paso del tren lanzaban gritos y vítores. Vio guirnaldas bajo las marquesinas de viejas estaciones y gallardetes rojos, blancos y

azules adornando muros carcomidos por el tiempo. Aquello era similar a ciertos grabados vistos con envidia en libros escolares sobre ferrocarriles y que representaban a grupos de gente reunidos para saludar el paso de un convoy. Era como en la época en que Nat Taggart atravesó el país y sus etapas a lo largo del camino quedaron marcadas por hombres ansiosos de triunfar. Aquella época había desaparecido; las generaciones transcurrieron y no hubo ningún acontecimiento capaz de provocar entusiasmo. Nada quedaba por ver, excepto las resquebrajaduras cada vez más amplias que año tras año se abrían en los muros levantados por Nat Taggart. Sin embargo, la gente acudía una vez más, igual que en viejos tiempos, atraída por idéntica ilusión.

Miró a Rearden. Estaba en pie, apoyado en la pared, sin darse cuenta de nada, indiferente a la admiración. Observaba el comportamiento de la vía y del tren con la experta intensidad de un profesional. Su actitud sugería que estaba dispuesto a rechazar por irrespetuoso cualquier pensamiento que englobara una reflexión como; «Les gusta». La única frase impresa en su cerebro era: «¡Funciona!»

Su alta figura, vistiendo pantalón gris y camisa, parecía sugerir un cuerpo dispuesto a la acción. El pantalón ponía de relieve la larga línea de sus piernas, la ligera y firme actitud de permanecer en pie sin esfuerzo, dispuesto a iniciar el movimiento en un momento dado; las mangas cortas revelaban el esbelto vigor de sus brazos; la camisa desabrochada descubría la piel tirante de su pecho.

Dagny desvió la mirada, comprendiendo de improviso que la había obligado a contemplarle quizá con demasiada frecuencia. Pero aquella jornada carecía de vínculos que la unieran al pasado o al futuro. Sus pensamientos no tendrían ninguna consecuencia; no les atribuía ningún significado, sino sólo la intensa sensación de estar aprisionada allí con él, sellada dentro del mismo cubo de aire. La proximidad de su presencia disminuía el valor de sus impresiones, del mismo modo que los rieles situaban en un segundo plano la velocidad del tren.

Se volvió deliberadamente hacia él. La miraba a su vez y no desvió las pupilas, sino que las sostuvo firmes, frías y cargadas de intención, fijadas en las suyas. Dagny sonrió desafiadora, no queriendo reconocer el pleno significado de aquella sonrisa, sabiendo sólo que era el golpe más duro que pudiera descargar sobre su cara inflexible. Experimentó el repentino deseo de verle temblar, de oírle exhalar un grito. Volvió la cabeza lentamente, divertida, preguntándose por qué le era tan difícil respirar.

Se sentó, reclinándose en la silla, con la vista al frente, sabiendo que él notaba su presencia con tanta intensidad como ella la suya. Encontraba placer en el sentimiento de plenitud que aquello le confería. Cuando cruzaba las piernas, cuando descansaba un brazo en el borde de la ventanilla, cuando se apartaba el cabello de la frente, cada movimiento de su cuerpo quedaba subrayado por un interrogante mudo que podía expresarse así: ¿Lo habrá visto? Las ciudades quedaban atrás. La vía estaba ascendiendo por un país más y más reacio a permitir cualquier acercamiento humano. Los rieles desaparecían tras de las curvas y las cumbres de las colinas se acercaban más y más, como si la llanura se hubiera convertido en una sucesión de pliegues. Los lisos y pedregosos resaltes de Colorado avanzaban hasta los bordes de la vía y el distante confín del firmamento se estrechaba en oleadas de montañas azuladas.

Muy lejos, hacia, delante, distinguió la neblina del humo producido por unas chimeneas de fábrica; luego la tela de araña de una central eléctrica y la solitaria aguja de una estructura de acero. Se estaban aproximando a Denver.

Miró a Pat Logan. Este se había agachado un poco más que antes y pudo observar cierta leve tensión en sus dedos y en sus ojos. Sabía muy bien, igual que ella, el peligro que representaba el atravesar una ciudad sin disminuir la marcha. Fue una sucesión de minutos que quedaron concentrados en un todo. Primero distinguieron las solitarias

formas de las fábricas pasando ante las ventanillas. Luego dichas formas se fundieron en una confusión de calles; siguió un delta de rieles extendido ante la máquina, como la boca de una chimenea que los absorbiera hacia el interior de la estación Taggart, sin nada para protegerles, excepto los minúsculos puntos de luz verde, desparramados por doquier; vieron vagones de mercancías en apartaderos laterales, desfilando como una cinta plana de techumbres. El negro agujero de un depósito surgió ante sus ojos; les estremeció una explosión de sonidos; el batir de ruedas contra los cristales de una bóveda y el griterío de una masa que oscilaba como un líquido en la obscuridad, entre columnas de acero. Volaban ahora hacia una resplandeciente arcada y unas luces verdes colgadas del vacío en el exterior; aquellas luces que actuaban como pomos que abrieran ante ellos, una tras otra, las puertas del espacio. Luego desaparecieron las calles atestadas de tráfico, las ventanas abiertas llenas de figuras humanas, el sonar de escandalosas sirenas, y en la cima de un distante rascacielos, una nube de confetti que temblaba en el aire, arrojada por alguien al paso de aquella bala de plata por una ciudad cuyo ritmo se había detenido unos instantes para contemplarla.

Se encontraban otra vez al aire libre, sobre una pendiente rocosa. Con estremecedora brusquedad, las montañas se levantaron ante ellos, cual si la ciudad hubiera colocado allí una muralla de granito, por uno de cuyos resquicios pudieran introducirse. Ascendían la ladera de una escarpadura vertical, mientras la tierra ondulaba debajo, alejándose, y gigantescas zonas cubiertas de retorcidos peñascos parecían ascender hacia el sol, haciéndolos discurrir por entre una azulada penumbra, sin atisbos de suelo ni de firmamento.

Las curvas de la vía se fueron convirtiendo en círculos, entre paredes que avanzaban procedentes de todas direcciones, como dispuestas a aplastarlos. Pero la ruta seguía su trazado, apartando montañas que se abrían como dos alas a ambos lados, uno de ellos verde, compuesto de agujas verticales cubiertas de pinos que formaban un sólido manto protector; la otra mostrando el castaño rojizo de la roca desnuda.

Miró por la ventanilla y pudo ver el lado plateado de la máquina suspendido sobre el espacio. Mucho más abajo, la débil cinta de un arroyo saltaba de un peñasco a otro, y los supuestos helechos que rozaban el agua eran en realidad las grandes copas de los abedules. Observó la larga cola de vagones avanzando solitaria ante un muro de granito y bajo ella miles de contorsionadas piedras, mientras más allá los rieles verde azulados se desenroscaban luego de pasar el tren.

Una muralla se levantó en su camino, llenando por completo el horizonte y obscureciendo la cabina, tan próxima que parecía como si no pudieran escapar a su contacto. Pero sonaba el chirriar de las ruedas en la curva, la luz se hacía de nuevo bruscamente y la máquina dirigíase veloz hacia un estrecho saliente que parecía terminar en el espacio. Sólo podían detener su desplome aquellas dos estrechas franjas de metal gris azulado que describían un semicírculo al borde del abismo.

La terrible potencia de dieciséis motores, el empuje de siete mil toneladas de acero eran detenidos, dominados y obligados a describir la curva por dos rieles no más gruesos que su brazo en un alarde increíble. ¿Cómo se conseguía aquel portento? ¿Qué misteriosa fuerza había conferido a una invisible acumulación de moléculas el poder sobre el que descansaba su vida y la de todos cuantos se hallaban distribuidos en los ochenta vagones? Vio el rostro y las manos de un hombre, iluminados por el resplandor de un horno de laboratorio, trabajando sobre el líquido blanco de una muestra de metal.

Notó el empuje de una emoción incontenible, cual si estallara de pronto en su interior. Se volvió hacia la puerta del departamento de motores, la abrió y pudo percibir el ensordecedor aullido de los mismos en el momento de introducirse en el agitado corazón de la máquina.

Por un instante le pareció que sus sentidos habían quedado reducidos a uno solo, el del oído, y que todo cuanto quedaba de ella era un largo lamento cuya intensidad crecía y decrecía alternativamente. Se hallaba en una oscilante y sellada cámara de metal, contemplando los inmensos generadores. Había deseado verlos porque el sentimiento de triunfo latente en su interior estaba unido a su amor hacia ellos y a la razón de su tarea. Bajo la anormal claridad de una violenta emoción sintió como si fuera a desvelarse ante ella algo desconocido, pero cuyo núcleo debía penetrar. Se echó a reír, aunque sin producir ningún sonido, porque nada era audible dentro de aquella constante explosión. «¡La línea "John Galt"!», gritó divertida al comprobar cómo la voz le era arrebatada de los labios.

Se movió lentamente por entre los motores, circulando por un estrecho pasadizo entre aquéllos y la pared. Sentía la inmodestia de un intruso, cual si se hubiera deslizado al interior dé un ser viviente bajo su piel plateada y observara su vida latiendo en los grises cilindros de metal, en los retorcidos tubos conductores, en los orificios sellados y en el convulso torbellino de las piezas encerradas en sus jaulas de alambre. La enorme complejidad de todo aquel conjunto parecía discurrir por canales invisibles, y la violencia que comportaba se diluía en las frágiles agujas estremecidas tras el cristal de los cuadrantes, en las luces rojas y verdes que parpadeaban sobre tableros de comprobación y en las cerradas cajas en cuya superficie se advertía: «Alto voltaje».

¿Por qué había experimentado siempre un sentimiento de tan alegre confianza al contemplar una máquina? Aquellas configuraciones gigantescas quedaban privadas de dos aspectos pertenecientes a la categoría de lo inhumano: lo casual y lo intencionado. Cada parte de los motores constituía una respuesta latente al «por qué» y al «por qué causa», igual que los escalones de una vida elegida por la mentalidad que ella adoraba. Los motores constituían un código moral, encerrado en acero.

«Tienen vida —pensó —porque son la forma física de un poder viviente; de una mente capaz de comprender su complejidad global, planearlos y darles forma.» Por un instante le pareció que los motores eran transparentes y que estaba contemplando la red de su sistema nervioso; una red de conexiones más intrincada, más complicada y crucial que los alambres y circuitos: conexiones racionales, efectuadas por la mente humana que las había ideado, parte por parte, por vez primera.

»Tienen vida —pensó—, pero su alma opera por control a distancia. Su alma figura en cada hombre dotado de la capacidad para lograr resultados así. Si el alma desapareciera de la tierra, los motores se pararían porque aquélla es el poder que los mantiene en movimiento, no el petróleo que circula bajo mis pies y que volvería a ser de nuevo un fluido primario; no los cilindros de acero, que se transformarían en montones de chatarra ante los muros de las cavernas ocupadas por estremecidos salvajes; sino el poder de una mente activa, el poder del pensamiento, de la elección y del propósito.»

Volvía hacia la cabina, deseando reír, deseando arrodillarse y levantar los brazos, deseando expresar algo que carecía de expresión.

Se detuvo al ver a Rearden junto a los escalones de la puerta de comunicación. La miraba como si supiera por qué se había escapado y qué sentía. Permanecieron inmóviles, con sus cuerpos englobados en aquella mirada que coincidía a mitad del estrecho pasillo. Su cuerpo latía al unísono de los motores y le pareció como si ambos procedieran de Hank; aquel constante ritmo anulaba su voluntad. Regresaron a la cabina en silencio, sabiendo que había existido entre ambos un momento que nunca accederían a mencionar.

Los despeñaderos estaban bañados en un brillante oro líquido. Franjas de sombra se extendían por el valle interior; el sol declinaba hacia los picachos del Oeste. Iban hacia aquel lado y hacia el sol.

El firmamento había adoptado un tono más obscuro, similar al verde azulado de los rieles, cuando vieron chimeneas en un distante valle. Tratábase de una de las nuevas ciudades de Colorado; de aquellas ciudades que habían ido creciendo como radios alrededor de los campos petrolíferos Wyatt. Contempló las líneas angulares de edificios modernos, tejados planos y largas hileras de ventanas. Estaban demasiado lejos para distinguir a la gente. Pero en aquel momento un cohete se elevó entre los edificios, muy alto por encima de la ciudad y estalló en una cascada de estrellas de oro en el obscurecido cielo. Unos hombres, a los que no podía ver y que estaban siguiendo la marcha del tren por la falda de la montaña, les enviaban un saludo en forma de solitaria pluma de fuego, símbolo de alegría y llamada de auxilio a la vez.

Más allá de la curva siguiente, en una repentina ampliación del panorama, descubrió dos puntos de luz eléctrica, blancos y rojos, muy bajos sobre el cielo. No eran aviones, porque podían ver los conos de metal que los sustentaban. En el momento de comprender que se trataba de las grúas de la «Wyatt Oil», observó que la vía iniciaba un descenso y que la tierra se ensanchaba como si las montañas quedaran separadas a ambos lados.

Al fondo, al pie de la montaña Wyatt, al otro lado de la hendidura de un cañón, distinguió el puente construido en metal Rearden. Mientras iban descendiendo se olvidó de la pendiente y de las grandes curvas que la graduaban y sintió como si el tren fuera arrastrado hacia abajo. Observó el puente, cuyo tamaño crecía poco a poco; un pequeño y cuadrado túnel de metal, unos soportes entrecruzados en el aire, resplandeciendo con su característico color gris azulado, heridos por un largo rayo de luz del sol poniente, que se abría paso por entre alguna resquebrajadura de la barrera de montañas. Había gente junto al puente; distinguió la obscura mancha de una multitud; pero aquello rozó sólo el borde de su conciencia. En el momento de percibir el creciente y acelerado sonido de las ruedas, un tema musical sugerido por su ritmo empezó a martillearle el cerebro cada vez con más fuerza, hasta llenar por completo la cabina; pero sabía que sólo vibraba en su pensamiento. Era el Quinto Concierto de Richard Halley. ¿Lo escribiría para esto? ¿Conocería alguna vez un sentimiento semejante? Avanzaban cada vez más velozmente. Tuvo la sensación de haberse despegado del suelo y de volar cual disparada por un trampolín. Se dijo que la prueba no sería limpia porque no tocarían siquiera el puente. Vio la cara de Rearden por encima de la suya y sostuvo su mirada, inclinando luego la cabeza, de modo que su rostro quedara inmóvil bajo el de él. Escucharon un estallido de metal; un tambor redoblaba bajo sus pies, mientras las diagonales del puente pasaban veloces ante la ventanilla con idéntico fragor al que produce un palo al ser pasado por los barrotes de una verja; luego las ventanillas se iluminaron quizá demasiado repentinamente y el impulso del descenso los condujo pendiente arriba mientras las grúas de la Wyatt Oil retrocedían hasta perderse en la distancia. Pat Logan se volvió, contemplando a Rearden con un atisbo de sonrisa, mientras este último decía: «Eso es todo».

El letrero colocado en el borde de la marquesina proclamaba: Wyatt Junction. Dagny lo contempló, comprendiendo que algo raro sucedía. Luego se fue dando cuenta de la verdad: el letrero estaba inmóvil. La emoción más aguda de todo el recorrido la constituyó aquella repentina inmovilidad.

Escuchó voces, miró hacia abajo y pudo ver gente en el andén. Luego la puerta de la cabina se abrió. Tendría que ser la primera en bajar. Aproximóse al borde y por un breve instante notó la ligereza de su cuerpo, cual si éste flotara en mitad de una corriente de aire. Se aferró a los barrotes metálicos y empezó a descender la escalera. Se hallaba a mitad de camino cuando unas manos de hombre la cogieron fuertemente por la cintura. Se vio arrebatada a los escalones, atravesó un breve espacio vacío y quedó depositada sobre el suelo. No podía creer que el joven que veía ante ella fuera Ellis Wyatt. El tenso y

desdeñoso rostro que recordaba tenía ahora la pureza, la vivacidad y la alegre benevolencia del de un niño en la clase de mundo para el que había sido creado.

Se reclinaba contra su hombro, sintiéndose vacilar sobre aquel suelo inmóvil, mientras él la abrazaba y ella reía, escuchando lo que le estaba diciendo:

—Pero, ¿es que creyó alguna vez que no lo íbamos a conseguir?

Miró los rostros aglomerados a su alrededor. Eran los accionistas de la línea «John Galt»; los hombres que en otros tiempos dirigieron la «Nielsen Motors», la «Hammond Cars», la «Stockton Foundry» y otras compañías. Les estrechó la mano, pero nadie pronunció discursos. Permanecía apoyada en Ellis Wyatt, un poco estremecida, apartándose el pelo de los ojos y dejándose rastros de hollín en su frente. Estrechó las manos del equipo del tren sin pronunciar palabra, sellando aquella escena con la sonrisa pintada en su cara. A su alrededor brotaban los resplandores de los flashes y la gente agitaba las manos desde los límites de los pozos y en las laderas de las montañas. Sobre sus cabezas, sobre la muchedumbre, las letras TT en un escudo de plata quedaban iluminadas por el último rayo del sol poniente.

Ellis Wyatt se hizo cargo de todo. La estaba conduciendo a algún lugar, mientras accionando el brazo se abría paso entre la muchedumbre, cuando uno de los fotógrafos se acercó a Dagny.

—Miss Taggart —dijo—, ¿quiere decir unas palabras para mis lectores? Ellis Wyatt señaló la larga hilera de vagones.

—Ya lo ha hecho —dijo.

Luego se encontró ocupando el asiento trasero de un coche descapotado, que ascendía las curvas de una carretera de montaña. A su lado iba Rearden y el conductor era Ellis Wyatt.

Se detuvieron frente a una casa al borde de un acantilado; no había ninguna otra por los alrededores; la totalidad de los campos petrolíferos se extendía bajo ellos en las pendientes.

—Desde luego, los dos pasarán esta noche en mi casa —dijo Ellis Wyatt cuando entraba —. ¿Dónde esperaban dormir?

—No lo sé —respondió Dagny echándose a reír—. No había pensado en ello.

—La ciudad más próxima se encuentra a una hora de automóvil. Allí se encuentra el personal del tren; los muchachos de la central dan una fiesta en su honor. Toda la ciudad lo celebra. Pero dije a Ted Nielsen y a los otros que para ustedes no habría banquetes ni oratoria. Es decir, a menos que lo prefieran así.

—¡No, no! —exclamó Dagny—. Gracias, Ellis.

Era ya de noche cuando se sentaron a la mesa, en un comedor provisto de amplias ventanas y amueblado con mucha sobriedad, pero con piezas en extremo costosas. La cena fue servida por un silencioso criado que vestía chaqueta blanca y que era el otro único habitante de la casa: un anciano hindú de rostro pétreo y modales corteses. Unos cuantos puntos luminosos aparecían distribuidos por la estancia, pareciendo guardar continuidad con los del exterior: las velas colocadas en la mesa, las luces de las grúas y las estrellas.

—¿Creen que habrá suficiente con este servicio? —preguntó Ellis—. Denme un año más y les proporcionaré tanto trabajo que no podrán atenderlo. ¿Dos trenes diarios, Dagny? Serán cuatro o seis o tal vez más. —Su mano accionó señalando las luces de la montaña —. ¿Eso? No es nada comparado con lo que va a venir —señaló hacia el Oeste—. El paso de Buena Esperanza a cinco millas de aquí. Todos se preguntan qué pienso hacer con él. Pizarra petrolífera. ¿Cuántos años hace que se abandonó la explotación de esa pizarra, por creer que la extracción del petróleo no resultaba rentable? Esperen a ver el procedimiento que he ideado. Será el petróleo más barato que jamás les haya salpicado la cara, y

dispondré de un suministro inextinguible; un suministro ininterrumpido, que haga parecer el mayor yacimiento de petróleo como un charquito sin importancia. Pediré la construcción de un oleoducto. Hank, usted y yo tendremos que construir oleoductos en todas direcciones para que… ¡Oh! Les ruego me perdonen. Creó que no me presenté cuando les dirigí la palabra en la estación. Ni siquiera les he dicho mi nombre.

Rearden sonrió.

—Lo adivinamos en seguida.

—Lamento mi distracción. No me gustan estos olvidos; pero me sentía tan emocionado…

—¿Y por qué estaba tan emocionado? —preguntó Dagny entornando los ojos con expresión burlona.

Wyatt sostuvo su mirada un momento y luego contestó en tono de solemne intensidad, extrañamente realzado por una expresión cordial:

—Por el bofetón más agradable que jamás recibiera, y por cierto bien merecido.

—¿Se refiere a nuestro primer encuentro?

—Sí. Me refiero a nuestro primer encuentro.

—La razón estaba de su parte.

—Quizá sí. Tuve razón en todo, menos en usted. Encontrar una excepción después de tantos años de… Pero, ¡al diablo! ¿Quieren que ponga la radio y oigamos lo que se dice de ustedes?

—No.

—Bien. Yo tampoco deseo oírlo. Dejémosles que se traguen sus discursos. Todos viajan ahora en el coche de la fama. Pero el coche somos ahora nosotros. —Miró a Rearden—. ¿Por qué sonríe?

—Siempre sentí curiosidad por saber cómo era usted.

—Jamás disfruté de la oportunidad de ser como hubiera querido…, excepto esta noche.

—¿Vive aquí solo, a millas de todo paraje habitado? Wyatt señaló la ventana.

—Me encuentro sólo a dos pasos de… de cuanto necesito.

—¿Y la gente?

—Tengo habitaciones con destino a quienes vienen a verme para hablar de negocios. Quiero situar cuantas millas me sea posible entre mi persona y los demás. —Se inclinó un poco para volver a llenarles los vasos—. Hank, ¿por qué no se traslada a Colorado? ¡Al diablo con Nueva York y la costa oriental! Ésta es la capital de un segundo Renacimiento; no el de las pinturas al óleo y las catedrales, sino el de las grúas, las centrales eléctricas y los motores de metal Rearden. Existen la Edad de Piedra y la Edad de Hierro, pero ahora surgirá una nueva época a la que deberán llamar la Época del Metal Rearden, porque no hay limite a lo que su metal hace posible.

—Voy a comprar unas cuantas millas cuadradas en Pennsylvania —dijo Rearden—. Terrenos que rodean mis fundiciones. Hubiera resultado más barato construir una sucursal aquí, como había planeado, pero ya sabe usted por qué no puedo hacerlo. De todas formas los venceré. Voy a ampliar las fundiciones y si puedo disponer de un servicio de carga de tres días a Colorado, le ofreceré a usted una competición acerca de cuál va a ser la capital de ese Renacimiento.

—Concédame un año —añadió Dagny —en la línea «John Galt». Concédame el tiempo necesario para organizar de nuevo el sistema Taggart y le daré tres días semanales de transporte a través del continente, sobre una vía de metal Rearden que una los dos océanos.

—¿Quién dijo que necesitaba una palanca? —preguntó Ellis Wyatt—. Concédame un derecho de circulación sin restricciones y les demostraré cómo se mueve la tierra.

Dagny se preguntó qué era lo que más le gustaba en la risa de Wyatt. Sus voces, incluso ahora la suya, adoptaban un tono que nunca había escuchado hasta entonces. Cuando se levantaron de la mesa, la asombró darse cuenta de que las velas eran la única iluminación de aquella estancia; había experimentado la sensación de estar sumida en una violenta claridad.

Ellis Wyatt tomó su vaso, les miró y dijo:

—¡Brindo por el mundo tal como se encuentra en este mismo instante! Vació el vaso de un solo trago.

Dagny oyó el chasquido del cristal al estrellarse contra la pared en el mismo instante en que observaba el movimiento circular de aquel cuerpo en el momento de lanzar el vaso al otro lado de la estancia con terrible violencia. No se trataba del gesto convencional propio de una celebración, sino que poseyó todas las características de la rebelión y de la cólera; un movimiento agresivo de los que substituyen a un grito de dolor.

—Ellis —murmuró—, ¿qué le sucede?

Él se volvió a mirarla. Con la misma rapidez de antes, sus ojos se habían vuelto ahora serenos y claros; su cara estaba en calma. Lo que la atemorizó fue verle sonreír tan suavemente.

—Lo siento —dijo—. No me lo tome en cuenta. Pensemos en que todo esto debe perdurar.

Bajo ellos la tierra aparecía listada de claridad lunar cuando Wyatt les condujo por una escalera exterior hasta el segundo piso de la casa y a la abierta galería en la que se encontraban las habitaciones de los huéspedes.

Les deseó buenas noches y oyeron sus pasos al descender la escalera. La claridad parecía apagar el ruido, del mismo modo que eliminaba el color. El rumor de pasos se fue alejando basta un distante pasado, y al desaparecer, el silencio tuvo la calidad de una soledad que hubiera perdurado largo tiempo, cual si ninguna persona se encontrara por los alrededores.

Dagny no se volvió hacia la puerta de su cuarto. Al nivel de sus pies no tenía más que una débil barandilla y una extensión de espacio. Abajo unas zonas angulosas con sombras que repetían el trazado del acero en las grúas, con sus cruces y entrecruces y las negras líneas trazadas sobre franjas de resplandeciente roca. Unas cuantas luces blancas y encarnadas temblaban en el aire tranquilo como gotas de lluvia atrapadas en los bordes de vigas de acero. Muy lejos, en la distancia, aquellos resplandores tenían un tono verde y formaban línea con la vía Taggart. Más allá, al final del espacio y a los pies de una blanca curva, colgaba un rectángulo reticular: el puente.

Dagny sintió un ritmo interior privado de sonido y movimiento; una sensación de tensión latente, como si las ruedas del tren continuaran su marcha. Lentamente, como contestando a desgana a un aviso no formulado por nadie, se volvió a mirar a Hank.

La expresión de su cara le hizo comprender por vez primera lo que ya sabía: que se encontraban al final de su viaje. Aquella expresión no guardaba relación con la que los hombres adoptan en tales ocasiones; no había aflojamiento de músculos, ni labios en rictus descendente, ni apetito sin propósito. Las líneas de su rostro estaban tensas, confiriéndole una pureza peculiar, una agudeza y precisión que las hacían más limpias y más jóvenes. Su boca estaba recta, con los labios débilmente retraídos, haciendo resaltar su forma. Tan sólo los ojos aparecían borrosos, con los párpados inferiores ligeramente hinchados y el mirar intenso, cual si expresara algo parecido al odio y al dolor.

Un estremecimiento se extendió por su cuerpo; sentía una fuerte presión en la garganta y el estómago que le impedía respirar. Aunque no supiera cómo expresarlo, pensaba: «Sí, Hank. Sí. Porque forma parte de la misma batalla, de un modo que no acierto a expresar… porque es nuestro ser contra los de ellos, nuestra capacidad de resistencia a sus torturas, la posibilidad de ser felices… Sí; ahora; de este modo; sin palabras ni preguntas… porque ambos estamos de acuerdo…».

Fue como un acto de odio; como el cortante impacto de un látigo que se enroscara a su cuerpo. Sintió cómo la abrazaba y cómo apretaba las piernas contra él en el momento de besarla.

Le apretó los hombros, la cintura y las piernas, dejando en libertad el deseo experimentado en cada uno de sus encuentros. Cuando se separó de él reía en silencio con acento triunfal, como si le dijera: «¿De modo que tú eres el austero e inabordable Hank Rearden? ¿El del despacho semejante a una celda, el de las conferencias y el de las duras discusiones? ¿Te acuerdas de ello? Yo sí, por el placer de saber que te he obligado a esto». Pero él no sonreía; su cara estaba tensa como la de un enemigo. Volvió a besarla, cuasi le infligiera una herida.

Dagny notó que temblaba y se dijo que era aquélla la clase de grito que siempre deseó arrancar de él; que aquélla era la rendición lograda a través de los despojos de su torturada resistencia Sin embargo, comprendió también que el triunfo era de Hank. Que su risa era un tributo a su persona y que su desafío sólo representaba sumisión; que el propósito de su violenta resistencia sólo sirvió para hacer mayor la victoria de él. La estrechaba contra si, cual si deseara hacer hincapié en que ahora ella no era más que una herramienta en sus manos. Supo que su victoria se basaba tan sólo en el deseo de dejarse reducir de aquel modo. «Quienquiera que yo sea —pensó—, cualquiera que sea mi orgullo, el orgullo de mi propio valor y del trabajo realizado, de mi mente y de mi libertad… esto es lo que te ofrezco y lo que quiero que utilices. El deseo de servirte será mi mejor recompensa.»

En las dos habitaciones inferiores la luz estaba encendida. Él tomó * Dagny por la muñeca y la llevó a su cuarto, haciéndole comprender que no necesitaba su consentimiento ni esperaba atisbos de resistencia. La contempló cara a cara. De pie ante él, mirándole a su vez, extendió el brazo hacia la lámpara y la apagó. Hank se acercó y la encendió de nuevo con un sencillo y desdeñoso movimiento. Le vio sonreír por vez primera, lenta, irónica y atrevidamente, como si quisiera conferir cierto relieve a su acción.

La mantenía sobre la cama y le quitaba el vestido, mientras la boca de Dagny descendía por su cuello hasta rozar su hombro. Sabía que cada uno de sus gestos lo hería como un golpe, que en su interior vibraba cierta incrédula ira. Pero aun así, ninguno de sus movimientos lograría saciar su anhelo de percibir la evidencia total de su deseo.

En pie, él contempló su cuerpo desnudo, se inclinó y oyó su voz al decir, con acento que tenía más de triunfal que de interrogador:

—¿Lo deseas?

Su respuesta fue más un jadeo que una palabra. Con los ojos cerrados y la boca entreabierta, dijo:

—Sí.

Comprendió que lo que rozaba con la piel de sus brazos era la tela de su camisa. Supo que aquellos labios eran los de él. Pero en el resto de su ser no pudo establecer distinción entre Hank y ella como no la había entre su cuerpo y su espíritu. En los años que quedaban atrás tomaron la ruta escogida siguiendo el apego a una simple lealtad: la de su amor a la existencia, a sabiendas de que nada les sería entregado; de que uno debe formarse sus propios deseos y conseguirlos a su modo. Por los hitos metálicos de rieles y

motores ambos habían ido ascendiendo, impulsados por la idea de que cada uno se crea un mundo para su propio goce; que el espíritu humano confiere significado a la materia inerte, moldeándola para que sirva al propio objetivo. La ruta les había conducido a ese momento en que, en respuesta al más alto de los propios valores, en una admiración no expresada por ninguna forma de tributo, el espíritu convierte al cuerpo en un tributo propio moldeándolo de nuevo como prueba, sanción y recompensa, dentro de una simple sensación de tal intensidad y goce que ninguna otra de cuantas forman la existencia es ya necesaria. Hank escuchó su jadeante respirar, al tiempo que notaba el estremecimiento de su cuerpo.

CAPÍTULO IX

LO SAGRADO Y LO PROFANO

Contempló las resplandecientes franjas dibujadas sobre la piel de su brazo y espaciadas como brazaletes desde su muñeca hasta su hombro. Eran franjas producidas por la luz al introducirse a través de la persiana en aquella habitación desconocida. Vio que tenía más arriba del codo una pequeña contusión, con rastros obscuros de sangre. Su brazo descansaba sobre la sábana que le cubría el cuerpo. Se notaba las piernas y caderas, pero el resto de su cuerpo estaba dotado de tan extraordinaria ligereza que parecía flotar en pleno aire, dentro de una jaula de rayos de sol.

Al volverse a mirarlo, pensó en la diferencia entre su anterior expresión de aislamiento, sus modales corteses como si se hallara encerrado en una urna de cristal, y su orgullo al no querer demostrar sus sentimientos, y aquel Hank tendido junto a ella, luego de horas de violencia a las que no era posible dar nombre. Pero aquello figuraba en sus ojos al mirarse y deseaban conferirle un nombre, hacerlo resaltar y arrojárselo mutuamente a la cara.

Por su parte, él vio el rostro de una joven cuyos labios insinuaban una sonrisa, como si se hallara sumida en una atmósfera radiante; un mechón de pelo le caía en la mejilla, llegando hasta la curva del hombro desnudo. Sus ojos lo miraban como dispuesta a aceptar lo que quisiera decirle, del mismo modo que aceptó cuanto quiso hacer.

Hank alargó una mano y le retiró el mechón precavidamente, como si fuera a romperse. Lo retuvo con las puntas de los dedos mientras la miraba. Luego, de improviso, sus dedos presionaron el pelo y se llevó el mechón a los labios. El modo en que apretó la boca contra él expresaba ternura, pero sus dedos hicieron un movimiento que parecía más bien desesperado.

Volvió a dejarse caer sobre la almohada y permaneció inmóvil con los ojos cerrados; su cara aparecía joven y en paz. Al verla desprovista del acicate de la tensión, Dagny comprendió, de improviso, hasta qué punto aquel hombre había vivido en la desdicha; pero ahora ya todo había pasado.

Hank se levantó sin mirarla. Su rostro volvía a ser el de antes, impasible y duro. Actuaba como si ella no se encontrara allí o, mejor dicho, como si no le importara que estuviera. Sus movimientos tenían la precisión de quien realiza una tarea rutinaria.

Ella lo contemplaba reclinada en el cojín, gozando con la visión de su figura. Le gustaban sus pantalones grises y su camisa; la experta directora de la línea «John Galt» pensaba todo aquello bajo las franjas de luz y de sombra, como una convicta tras los barrotes de una celda. Pero ya no eran barrotes, sino las resquebrajaduras de un muro que la línea «John Galt» había roto; el aviso de lo que les esperaba más allá de la persiana. Imaginó el viaje de regreso por la nueva vía con el primer tren procedente de la Wyatt Junction; su vuelta al despacho, en el edificio Taggart, y a todas aquellas cosas que ahora quedaban a su disposición para vencer. Pero tenía libertad para hacer que todo aquello esperase; no deseaba pensar, tan sólo evocar el contacto de los labios de Hank. Era libre para sentirlo, para vivir aquel momento en que ninguna otra cosa importaba. Sonrió desafiando a las franjas de cielo más allá de la persiana.

—Quiero que sepas esto —dijo Hank de improviso.

Estaba junto a ella, vestido, mirándola. Había pronunciado aquellas palabras con suavidad, con una gran precisión y sin efecto extraño alguno. Ella lo contempló obediente.

—Siento desprecio hacia ti —prosiguió—, pero esto no es nada comparado con lo que siento hacia mí mismo. No te amo, ni nunca he amado a nadie. Te deseé desde el primer momento en que te vi, del mismo modo que se desea una mujer fácil, por el mismo motivo y propósito. Pasé dos años reprochándomelo por creer que te encontrabas por encima de anhelos semejantes. Pero no. Eres un animal tan vil como yo. Debería despreciar el haberlo descubierto. Ayer habría matado a quien pretendiera insinuar que eras capaz de esto. Hoy daría mi vida para que no sucediera de otro modo; para que siguieras siendo la clase de perra que eres. Toda la grandeza que veía en ti, no la cambiaría por la obscenidad de tu comportamiento. Tú y yo éramos dos grandes seres, orgullosos de nuestra fuerza, ¿verdad? Pues bien, esto es todo cuanto queda de nosotros y no quiero engañarme respecto a ello.

Hablaba lentamente cual si se fustigase con sus propias palabras. No había en su voz ningún rastro de emoción, sino tan sólo el esfuerzo sin vida de hablar. No era el tono de un hombre con voluntad de expresarse, sino el desagradable y torturado sonido de quien cumple un deber.

—Siempre tuve a honor no necesitar a nadie. Ahora te necesito a ti. Siempre me precié de actuar según mis convicciones. En cambio, he cedido a un deseo que desprecio. Un deseo que ha reducido mi mente, mi voluntad, mi ser, mi poder de existir, a una abyecta dependencia de ti; no de esa Dagny Taggart a quien admiraba, sino de tu cuerpo, de tus manos y de tu boca. Jamás quebranté mi palabra; ahora he roto el juramento de mi vida. Jamás cometí un acto censurable. Ahora habré de mentir, de escabullirme, de ocultarme. Hasta ahora podía proclamar mis deseos en voz alta y conseguir mis propósitos a la vista del mundo entero. Ahora mi único anhelo reside en algo que lamento incluso nombrar. Pero es el único que puedo sentir. Quiero tenerte y para ello lo daré todo: las fundiciones, el metal y los triunfos de mi vida entera. Quiero poseerte al precio de algo superior a mí mismo: al de mi propia estima. Deseo que lo sepas. No voy a evadirme, ni a incurrir en silenciosa indulgencia, dejando sin nombre la naturaleza de nuestras acciones. No incurriré en disimulos acerca del amor, los valores, la lealtad o el respeto. No quiero que entre nosotros quede ni un rastro de honor. Jamás pedí compasión. He obrado así por elección propia y aceptaré todas las consecuencias, incluyendo el total reconocimiento de mi acto. Es depravación y lo considero tal; no existe virtud que no diera por ella. Ahora, si quieres abofetearme, hazlo. Casi lo preferiría.

Dagny había escuchado, sentada muy rígida, sosteniendo la sábana contra su garganta. Al principio, sus ojos se obscurecieron por la incredulidad y la sorpresa. Luego lo escuchó con mayor atención, cual si viera en su cara algo que él no podía identificar, cual si estudiara atentamente alguna revelación a la que nunca se enfrentó hasta entonces. A Hank le pareció como si un rayo de luz surgiera cada vez con más fuerza de su cara, reflejándose en la de ella mientras lo contemplaba; observó cómo la sorpresa se desvanecía para convertirse en asombro; su rostro se fue suavizando' hasta adquirir una extraña serenidad, apacible y brillante a la vez.

Cuando cesó de hablar, Dagny se echó a reír.

Lo más asombroso para él fue no distinguir odio ni cólera en su risa. Se reía sencilla y fácilmente, como una persona profundamente divertida y aliviada; no como quien ha solucionado un problema, sino como quien descubre que jamás existió el problema en cuestión.

Se libró de la sábana con amplio y deliberado movimiento, y se puso en pie. Al ver sus ropas en el suelo, las apartó de un puntapié. Enfrentóse a él, desnuda.

—Te quiero, Hank —le dijo—. Tengo un temperamento más primitivo de lo que supones. Te quise desde el primer momento en que te vi, y de lo único de que me avergüenzo es de no haberlo comprendido en seguida. Nunca supe por qué, en el transcurso de dos años, les momentos más felices fueron los que pasé en tu despacho, cuando anhelaba levantar la cabeza y mirarte. No supe la naturaleza de lo que sentía en tu presencia, ni la razón, pero ahora lo sé, y eso es cuanto deseo, Hank. Te quiero a mi lado, pero sin pretender acapararte. No tienes que simular nada; no pienses en mí, no sientas ni te preocupes. No deseo tu espíritu, ni tu voluntad, ni tu ser, ni tu alma, con tal que de vez en cuando acudas a mi lado. Soy un animal que sólo quiere lo que tú desprecias, y me propongo conseguirlo. Tendrás que despojarte de todas tus virtudes, mientras que yo… yo no tengo ninguna, ni la busco, ni deseo conseguirla. Soy tan baja, que cambiaría la mayor belleza del mundo por el hecho de verte en la cabina de una locomotora. Y al hacerlo así, no obraría indiferentemente. No temas que vas a depender de mí. Seré yo quien dependa de tus caprichos. Podrás venir a verme siempre que quieras, donde quieras y en cualquier condición. ¿Lo llamas obscenidad? Pues bien; es tal que te da un dominio más seguro sobre mí que sobre ninguna de tus otras propiedades. Puedes disponer de mi persona como te plazca. No temo admitirlo. No tengo nada para protegerme de ti, ni nada que reservar. Lo crees una amenaza a tu estado actual, pero no lo es para el mío. Permaneceré sentada a mí mesa, trabajando, y cuando todo lo que me rodea se haga difícil de soportar, pensaré que mi recompensa será estar contigo más tarde. ¿Lo llamas depravación? Soy mucho más depravada que tú. Te consideras culpable y, en cambio, yo lo creo un honor. Me siento más orgullosa de ello que de nada de cuanto hice; más orgullosa aún que de construir la línea. Si alguien me pregunta cuál ha sido mi triunfo mayor, contestaré: la conquista de Hank Rearden. Creo que me lo he merecido.

* * *

La lluvia se hacía invisible en las tinieblas de las calles, pero colgaba* como el brillante borde de una pantalla bajo el farol de la esquina. Rebuscando en sus bolsillos, James Taggart descubrió que había perdido el pañuelo. Dejó escapar una interjección cuajada de resentimiento, como si aquella pérdida, la lluvia y su resfriado constituyeran una conspiración personal contra él.

Sobre el pavimento se extendía una delgada capa de fango. Notaba la succión del mismo bajo las suelas de sus zapatos y un estremecimiento le recorría el cuerpo partiéndole del cuello. No deseaba caminar ni detenerse. No sabía dónde ir.

Al salir de su oficina, luego de la reunión de la junta de directores, habíase dicho repentinamente que no tenía ninguna cita, que ante él se extendía una larga noche sin nadie para ayudarle a matar el tiempo. Las páginas frontales de los periódicos proclamaban el triunfo de la línea «John Galt», del mismo modo que la radio lo proclamó durante todo el día anterior y la noche. El nombre de la «Taggart Transcontinental» se extendía a través del continente de igual modo que la vía férrea, y no tuvo más remedio que sonreír en respuesta a las felicitaciones con que le abrumaron. Había sonreído, sentado a la cabecera de la larga mesa, en la reunión de la junta, mientras los directores debatían la creciente alza de las acciones Taggart en la Bolsa, y con toda precaución solicitaban examinar el consentimiento escrito firmado por él y su hermana, y comentaban luego que era un acuerdo magnífico, a prueba de contingencias, y que no existía duda de que Dagny volvería en seguida la línea a la «Taggart Transcontinental». Mencionaron el brillante futuro de la misma y la deuda de gratitud que la compañía había contraído con James Taggart.

Él había permanecido sentado durante toda la reunión, deseando que terminara cuanto antes para poder irse a casa. Pero al salir a la calle comprendió que precisamente era a su casa adonde no se atrevía a volver aquella noche. No le agradaba la perspectiva de quedarse solo en las siguientes horas; pero no podía contar con nadie. Por otra parte, no deseaba la compañía de según qué personas. Seguía viendo las pupilas de los componentes de la junta, al hablar de su grandeza: una expresión astuta y vaga en la que se intuía cierto desprecio hacia él y, cosa estremecedora, también hacia ellos mismos.

Continuó caminando con la cabeza baja, mientras unas gotas de lluvia le caían de vez en cuando en el cogote. Al pasar ante un quiosco, desvió la mirada. Los periódicos parecían arrojarle a la cara el nombre de la línea «John Galt» y otro que no quería ni siquiera escuchar: el de Ragnar Danneskjold. Un barco en ruta hacia Noruega con un cargamento de urgencia compuesto de herramientas, había sido capturado la noche anterior por el pirata. El episodio lo turbaba de un modo personal que no podía explicar. Dicho sentimiento parecía guardar determinada relación con su estado de ánimo ante los triunfos de la línea «John Galt».

Se dijo que si no fuera por su resfriado no se hallaría en tal estado. Nadie se encuentra en condiciones óptimas cuando sufre un enfriamiento. ¿Qué querían de él? ¿Que cantara y bailara? Formuló la pregunta, irritado, a los desconocidos jueces de su anónimo estado. Volvió a buscar el pañuelo, murmuró una interjección y se dijo que lo mejor sería comprar pañuelos de papel.

Al otro lado de la plaza de lo que en otros tiempos fue un barrio bullicioso, vio el escaparate iluminado de una tienda barata, abierta aún a aquella hora intempestiva. «He aquí a otro que pronto tendrá que cerrar su negocio», pensó cruzando la plaza. Y aquella idea le confirió cierto placer.

Dentro brillaba una resplandeciente luz; unas cuantas soñolientas muchachas seguían en su puesto entre los amplios y desiertos mostradores, y el áspero alarido de un disco tocado para un cliente surgía de un distante rincón. La música ocultó la aspereza de la voz de Taggart al pedir pañuelos de papel en tono desabrido, como si la muchacha tuviera la culpa de su resfriado. Aquélla se volvió, lo miró a la cara, tomó un paquete y se detuvo vacilante, estudiando al cliente con peculiar curiosidad. Luego le preguntó:

—¿No es usted James Taggart?

—¡Sí! —contestó él—. ¿Por qué?

—¡Oh!

Jadeó como un niño que presencia unos fuegos de artificio, y lo miró con una expresión que él creía reservada para los astros del cine.

—He visto su retrato en los periódicos de la mañana, míster Taggart —explicó la muchacha, mientras en su cara aparecía un leve rubor que se esfumó en seguida—. Hablaba de su gran éxito diciendo que, en realidad, el autor de todo es usted, aunque no quiere que se divulgue.

—¡Oh! —exclamó Taggart, sonriendo.

—Tiene el mismo aspecto que en el retrato —continuó la muchacha con un asombro inmenso—. Jamás hubiera podido imaginar verle aquí en persona.

—¿Por qué no? —preguntó Taggart, divertido.

—Pues verá… todo el mundo habla de ese portento; en todo el país; y usted es quien lo hizo… ¡Y ahora está aquí! Jamás había visto a una persona importante, ni nunca me encontré tan próxima a un hecho publicado en los periódicos.

Taggart no había pasado nunca por la experiencia de ver cómo su presencia prestaba color a un lugar. La muchacha parecía desprovista de todo rastro de cansancio, como si

aquel almacén de productos baratos se hubiera convertido de pronto en un escenario de maravillas.

—Míster Taggart, ¿es cierto lo que decían de usted los periódicos?

—¿Qué decían?

—Hablan de su secreto.

—¿Qué secreto?

—Pues de que cuando todo el mundo se había puesto contra usted por lo del puente, dudando de que resistiera, no discutió con nadie, sino que continuó su camino porque estaba convencido de que resistiría aun cuando los demás opinaran lo contrario. La línea era un proyecto Taggart y usted, su espíritu inspirador, quedaba situado en un segundo plano. Pero lo mantuvo en secreto porque no le importaban en absoluto las alabanzas.

Taggart había podido leer las copias del informe de su departamento de relaciones públicas.

—Sí —dijo—. —Así es.

Y el modo en que ella lo miraba le hizo sentir como si, en efecto, fuera cierto.

—Se ha portado usted admirablemente, míster Taggart.

—¿Siempre recuerda tan bien y con tanto detalle lo que lee en los periódicos?

—Al menos las cosas interesantes; las noticias de importancia. Me gusta leerlas. A mí nunca me ocurre nada importante.

Lo dijo alegremente, sin lamentarlo. Había en su voz y movimientos cierta juvenil y decidida brusquedad. Tenía el cabello rojizo y ondulado, unos ojos algo separados entre sí y unas cuantas pecas sobre la respingona nariz. James se dijo que su cara hubiera resultado atractiva para quien se fijara en ella; pero que no existía motivo alguno para provocar dicha atención. Era una cara pequeña y común, excepto por su expresión alerta y su aire interesado, cual si esperara que el mundo contuviera un excitante secreto tras de cada rincón.

—Míster Taggart, ¿cómo sienta ser un gran hombre?

—¿Cómo sienta ser una chiquilla?

—Muy bien —contestó ella, riendo.

—Pues entonces está usted mejor que yo.

—¡Oh! ¿Cómo puede decir semejante…?

—Quizá tenga suerte al no estar relacionada con ninguna de las noticias que publican los diarios. ¿Por qué llama grande a eso?

—Bueno… importante.

—¿Y qué es importante?

—Usted debería saberlo, míster Taggart.

—Nada es importante. Ella lo miró, incrédula.

—¿Es posible que diga usted eso?

—No siento nada de particular, si es lo que quiere saber. Jamás me he sentido menos emocionado en mi vida.

Le asombró ver cómo la joven estudiaba su cara con un aire de preocupación que nunca había observado en nadie.

—Está usted cansado, míster Taggart —le dijo—. Mándelos a todos al diablo.

—¿A quién?

—A quienes lo molesten. No obran bien.

—¿En qué sentido?

—En deprimirle de tal modo. Ha pasado tiempos duros, pero salió siempre triunfante y ahora debería disfrutar. Se lo merece.

—¿Cómo cree usted que puedo conseguirlo?

—¡Oh, no lo sé! Pero, a mi modo de ver, esta noche deberían ofrecerle una gran fiesta, una reunión de grandes personajes; una entrega de llaves con champaña y todo lo demás, y no dejarle caminar solo por las calles, comprándose pañuelos de papel.

—Démelos antes de que se me olvide —le recordó, entregándole una moneda—. Y en cuanto a la fiesta, ¿no se le ha ocurrido pensar que yo acaso no desee ver a nadie esta noche?

Ella reflexionó unos momentos.

—No —dijo—. No lo había pensado. Pero ahora comprendo por qué no lo desea.

—¿Por qué?

Era una pregunta que él mismo no hubiera sabido contestar.

—Nadie se porta realmente bien con usted, míster Taggart —contestó simplemente la muchacha; no como un halago, sino como quien expresa una verdad.

—¿Es ésa su opinión?

—No me gusta mucho la gente, míster Taggart. O al menos, una gran parte de ella.

—A mi me ocurre igual. Nadie me gusta.

—Pensé que un hombre como usted no sabría hasta qué punto es mala la gente y cómo trata de pisotearle a uno, si se le deja. Siempre he creído que los grandes hombres eran capaces de evitarlo y no verse convertidos en pasto de las moscas; pero quizá me equivoque.

—¿Qué es eso de las moscas?

—¡Oh! Algo que me digo cuando las cosas van mal. He de abrirme camino para que las moscas no se ceben en mí; pero quizá ocurra en todas partes igual, y con moscas aún mayores.

—Desde luego. Mucho mayores.

Guardó silencio, cual si reflexionara sobre algo.

—¡Qué divertido! —exclamó ella tristemente, sumida en sus propios pensamientos.

—¿Qué le parece divertido?

—Hace tiempo leí un libro donde se decía que los grandes hombres siempre son desgraciados y que, cuanto mayores, mayor es también su desdicha. Aquello me pareció sin sentido; pero tal vez sea cierto.

—Mucho más de lo que se figura.

Ella desvió la mirada. Tenía el rostro turbado.

—¿Por qué se preocupa usted tanto de los grandes hombres? —preguntó James—. ¿Es que adora a los héroes?

Se volvió a mirarla y pudo observar el resplandor de una sonrisa interna, mientras su cara continuaba solemne y grave; era la mirada personal más elocuente que viera jamás, mientras la muchacha contestaba con voz tranquila e impersonal:

—Míster Taggart, ¿es que existe alguna otra cosa en que pensar?

Un agudo repiqueteo, que no era el sonido de un timbre ni de un aparato semejante, sonó de improviso con enervante insistencia. La muchacha sacudió la cabeza como molesta por el aviso de un despertador, y suspiró:

—Hay que cerrar, míster Taggart.

Y a juzgar por su voz, parecía lamentarlo.

—Póngase el sombrero… La espero fuera.

Lo miró como si en todas las posibilidades de su vida, aquélla fuese la más inconcebible.

—¿No se burla? —preguntó.

—No. No me burlo.

La muchacha dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta de los empleados, olvidándose del mostrador, de su trabajo e incluso de ese empeño femenino en no mostrar entusiasmo al aceptar la invitación de un hombre.

Él la miró unos instantes, entornando los párpados. No quiso dar nombre a la naturaleza de sus sentimientos; el no identificar sus emociones constituía una de las reglas inflexibles de su vida; las sentía simplemente, y aquel particular sentimiento le causaba placer. Tal era su único reconocimiento del mismo. Pero en esta ocasión formaba parte de una idea que no quería expresar. Con frecuencia había conocido a muchachas de clase inferior, que pretendieron actuar brillantemente, mirándole y abrumándole a halagos con un propósito bien claro. Ni le habían gustado ni le irritaron. En su compañía experimentó cierta aburrida jovialidad. Les atribuía una situación semejante a la suya, en un juego que consideraba natural para sus dos participantes. Aquella muchacha era distinta. Las palabras sin pronunciar podían concretarse así: «Esta pequeña insensata está decidida a todo».

La esperó, impaciente bajo la lluvia que caía sobre la acera, pensando en que era la única persona que necesitaba aquella noche; un ser que no le molestaba, ni le hería como una contradicción viviente. No dio nombre a la naturaleza de su necesidad. Lo anónimo y lo no expresado no pueden entrar en conflicto dentro de una contradicción.

Cuando la joven salió, pudo notar la peculiar combinación de timidez y de aplomo expresado en su modo de erguir la cabeza. Llevaba un impermeable, cuyo aspecto empeoraba aún más por el adorno barato de su solapa, y un sombrerito de flores de terciopelo, colocado entre sus rizos de un modo desafiador. Pero de manera extraña, el modo en que movía la cabeza prestaba cierto atractivo a todo aquello; hacía resaltar lo bien que le sentaban incluso aquellas cosas.

—¿Quiere que vayamos a mi casa y tomemos una copa? —propuso James.

Ella asintió en silencio, con aire solemne, como si no confiara en encontrar las palabras adecuadas a una contestación. Luego, sin mirarle, como hablando consigo misma, le dijo:

—No quería ver a nadie esta noche y, en cambio, me acepta a mí.

Jamás había escuchado en voz humana un tono de orgullo semejante.

La muchacha guardó silencio al sentarse junto a él en el taxi. Miraba los rascacielos, conforme iban pasando ante la ventanilla. Al cabo de un rato comentó:

—He oído que cosas así suelen suceder en Nueva York, pero nunca creí que me ocurrieran a mí.

—¿De dónde eres?

—De Búfalo.

—¿Tienes familia?

—Creo que sí —contestó vacilante—. En Búfalo.

—¿Cómo es que sólo lo crees?

—Me marché de casa.

—¿Por qué?

—Si quería ser algo tenía que apartarme de ellos para siempre.

—¿Por qué? ¿Qué ocurrió?

—No ocurrió nada. Y nada iba a ocurrir. Eso es precisamente lo malo.

—¿Qué quieres decir?

—Pues… quizá vale más que le cuente la verdad, míster Taggart. Mi viejo era un inútil y mamá no se preocupaba de él. Llegué a cansarme de ser la única de los siete que trabajaba, mientras los demás estaban siempre quejándose de su mala suerte. Me dije que si no escapaba de allí, acabaría pudriéndome como el resto de ellos. Así es que, un buen día, compré un billete de ferrocarril y me marché sin despedirme. Ni se dieron cuenta de que me iba. —Dejó escapar una suave y repentina risa como si se acordara de algo—. Por cierto que era un tren Taggart —añadió.

—¿Cuándo llegaste aquí?

—Hace seis meses.

—¿Y estás sola?

—Sí —respondió ella, feliz.

—¿Qué desearías hacer?

—Pues, verá… sacar algún provecho de mí misma; llegar a algún sitio.

—¿Dónde?

—¡Oh! No lo sé. Pero… pero todo el mundo hace algo en la vida. Vi fotografías de Nueva York y pensé —señaló los gigantescos edificios, más allá de los regueros que la lluvia marcaba en la ventanilla del taxi —pensé que alguien ha construido esos edificios; alguien que no se limitó a permanecer sentado y a quejarse de que la cocina estaba sucia, de que había goteras, de que se atascaba un desagüe, de que este mundo es un asco y… Míster Taggart —agitó la cabeza en repentino estremecimiento y lo miró de frente—, éramos unos pobretones y no nos importaba. Eso es precisamente lo que no pude soportar: que no nos importara. Que nadie moviera un dedo. Que no se molestaran ni en vaciar el cubo de la basura. Y la vecina siempre diciendo que era mi obligación ayudarles, y que importaba muy poco lo que fuera de mí o de ella o de cualquiera de los demás, porque había que resignarse al destino.

Tras la brillante mirada de sus ojos, James adivinó algo doloroso y amargo.

—Pero no quiero hablar de ello —continuó la muchacha—. Y menos con usted. Esto… nuestro encuentro es algo que nunca podrán arrebatarme. No quiero compartirlo con ellos. Es mío y sólo mío.

—¿Qué edad tienes? —preguntó James.

—Diecinueve.

Cuando la contempló bajo la luz del saloncito, se dijo que la muchacha podría tener una excelente figura si comiera lo suficiente. Estaba demasiado delgada para su estatura y la configuración de su osamenta. Llevaba un ajado y ceñido vestido negro, cuyo feo aspecto intentaba disimular mediante unos llamativos brazaletes de plástico tintineando en su muñeca. Contempló la habitación como si se tratara de un museo en el que no debía tocar nada¿ y acordarse, en cambio, de todo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Cherryl Brooks.

—Bueno. Siéntate.

Preparó las bebidas en silencio, mientras ella esperaba obediente, sentada en el borde de un sillón.

Cuando le entregó el vaso, tragó un poco de líquido con expresión dubitativa y aferró el vaso fuertemente. James se dijo que no había hallado sabor alguno a la bebida, ni se había dado cuenta de ella. No tenía tiempo para pensar en tales cosas.

Tomó un trago de su vaso y lo dejó en la mesa, irritado; tampoco él sentía deseo alguno de beber. Paseó por la habitación con aire huraño, sabiendo que los ojos de la muchacha lo seguían y disfrutando con aquella sensación; sintiendo el enorme significado que sus movimientos, su atavío, sus gemelos, el cordón de sus zapatos, las pantallas de las lámparas y los ceniceros adquirían ante aquella mirada tranquila y serena.

—Míster Taggart, ¿por qué es usted tan desgraciado?

—¿Te importa que lo sea o no lo sea?

—Sí. Porque si usted no tiene derecho a ser feliz, ¿quién lo tendrá entonces?

—Eso es lo que quisiera saber. ¿Quién lo tendrá? —Se volvió bruscamente hacia ella y exclamó con palabras que restallaban cual si se hubiera fundido un aparato regulador—. ¡Él no ha inventado el mineral de hierro ni los altos hornos!

—¿A quién se refiere?

—A Rearden. No inventó las fundiciones, ni la química, ni la compresión por aire. No hubiera conseguido ese metal si no le hubiesen ayudado millares y millares de personas. Su metal. ¿Quién se creerá que es? ¿Poiqué lo presenta como un invento propio? Todo el mundo se aprovecha de la labor de los demás. Nadie inventa nada.

Perpleja, ella repuso:

—El mineral de hierro y todo lo demás siempre estuvo allí. ¿Por qué no hizo alguien ese metal basta que lo inventó míster Rearden?

—No ha obrado con ningún propósito noble, sino en beneficio propio. Jamás se ha sentido impulsado por ninguna otra razón.

—¿Y qué tiene ello de malo, míster Taggart? —Se echó a reír dulcemente cual si acabara de desentrañar un enigma—. ¡Qué tontería, míster Taggart! No habla usted en serio. Sabe muy bien que míster Rearden se ha ganado lo que tiene, lo mismo que usted. Dice eso para mostrarse modesto, cuando todo el mundo sabe la gran tarea que ha realizado usted, y también míster Rearden y su hermana, que debe ser una persona maravillosa.

—¿De veras? ¿Es así como piensas? Pues te equivocas. Se trata de una mujer inflexible y dura, que pasa la vida trazando planos y tendiendo puentes; pero no impulsada por un noble ideal, sino tan sólo porque disfruta haciéndolo. Y si le gusta, ¿por qué hemos de admirar tanto su tarea? No me parece digno construir esa línea para los prósperos industríales de Colorado, cuando tantas gentes míseras, en zonas descuidadas, necesitan urgentemente medios de transporte.

—Pero, míster Taggart… fue usted quien más luchó en favor de esa línea.

—Sí, porque era mi deber; mi deber hacia la compañía, los accionistas y los empleados. Pero no disfruté haciéndolo. No estoy seguro de que haya sido una tarea tan admirable. ¡Inventar un metal nuevo, cuando tantas naciones necesitan simple hierro! ¿Sabes que en China no tienen clavos suficientes para fijar los tejados de las casas?

—No creo que eso sea culpa suya.

—Alguien tiene que preocuparse de tales cosas; alguien con un alcance visual que le permita observar más allá de su propio bolsillo. En nuestros tiempos, cuando tanto se sufre por doquier, ninguna persona sensible debe dedicar diez años de su vida a investigar sobre metales nuevos. ¿Lo crees un signo de grandeza? Pues no se trata de ninguna inteligencia superior, sino tan sólo de un disfraz que no podrías penetrar aunque le vertieras una tonelada de su propio metal en la cabeza. Hay en el mundo personas mucho más inteligentes, pero nunca leerás nada de ellas en los titulares de los periódicos, ni tampoco correrás a contemplarlas boquiabierta en un cruce de vías férreas, porque no saben inventar puentes que no se hunden, en una época en que los sufrimientos de la humanidad en general pesan de semejante modo sobre el espíritu.

Ella lo contemplaba en silencio, respetuosa, disminuida la animación de antes, con los ojos bajos. James se sintió mejor.

Tomó su vaso, bebió un trago y dejó escapar una leve risita al recordar algo, de improviso.

—Fue muy divertido —dijo eh tono más ligero y vivo; el mismo que emplearía con un colega—. Debiste ver ayer a Orren Boyle cuando llegó la primera señal por radio, procedente de la Wyatt Junction. Se volvió verde; pero de un verde como el de esos peces tirados en el suelo mucho tiempo. ¿Sabes lo que hizo a fin de contrarrestar las malas noticias? Alquiló una suite en el hotel «Valhalla» y ya puedes suponerte lo que ocurrió. Lo último que he sabido de él es que todavía sigue allí, bebiendo bajo la mesa o las camas, en compañía de unos cuantos amigos y media población femenina de la Avenida Amsterdam.

—¿Quién es míster Boyle? —preguntó ella, estupefacta.

—¡Oh! Un gordinflón propenso a abusar de sí mismo. Un muchacho simpático, a veces incluso demasiado. Tenías que haber visto su cara, ayer. Me dejó perplejo igual que el doctor Floyd Ferris. A éste no le gustó ni una pizca, ni una pizca siquiera. ¡El elegante doctor Ferris, del Instituto Científico del Estado, el servidor del pueblo, con su fluido vocabulario! Lo llevó todo muy bien exteriormente, pero cometía un error en cada párrafo. Me refiero a la entrevista que concedió esta mañana y en la que dijo: «El país ha dado el metal a Rearden; ahora esperamos que éste compense al país de algún modo». Fue muy sutil, considerando quién ha figurado hasta ahora en el tren de la abundancia. Lo de Bertram Scudder fue peor. Míster Scudder sólo supo decir: «Sin comentarios», cuando sus compadres de la prensa le rogaron que diera a conocer sus sentimientos: «Sin comentarios» fue la respuesta de Bertram Scudder, que nunca cerró la boca desde el día en que vino al mundo, tanto si se le interroga como si no. Lo mismo habla de la poesía abisinia que del estado de las habitaciones de descanso de las empleadas en la industria textil. Y ese viejo loco del doctor Pritchett va por ahí diciendo que está seguro de que Rearden no inventó el metal y que ha sabido de fuente fidedigna e incógnita que Rearden robó esa fórmula a un inventor en la miseria, luego de asesinarlo.

Se reía jovial, mientras ella lo escuchaba como quien asiste a una conferencia sobre matemáticas superiores, sin comprender una palabra, ni el estilo del lenguaje, un estilo que hacía mayor el misterio, porque estaba segura de que, procediendo de él, no significaba lo que hubiera significado en cualquier otro.

James volvió a llenar su vaso y lo vació de un trago, pero su alegría había desaparecido como por ensalmo. Se hundió en un sillón, frente a la joven, contemplándola con mirada borrosa.

—Regresará mañana —dijo con un tono similar a una risa carente de alegría.

—¿Quién?

—Mi hermana. Mi querida hermana. ¡Oh! Se creerá un gran personaje.

—¿Es que no le gusta su hermana, míster Taggart?

Emitió el mismo rumor de antes. Su significado era tan elocuente que la muchacha no necesitó otra respuesta.

—¿Por qué? —preguntó Cherryl.

—Porque se cree muy buena.

—¿Qué derecho tiene a pensar así?

—¿Qué derecho tiene nadie? No existe una sola persona a la que llamar buena.

—No es usted sincero, míster Taggart.

—Tan sólo somos seres humanos. ¿Y qué es un ser humano? Una criatura débil, fea y pecaminosa; nacida así: malvada hasta la médula. La humildad es la virtud más digna de practicar. El hombre debería pasar su vida de rodillas, rogando ser perdonado por su sucia existencia. Cuando uno se cree bueno es más perverso que nunca. El orgullo es el peor de los pecados, no importa lo que se haga.

—Pero, ¿y si uno sabe que está obrando bien?

—Debe pedir perdón.

—¿A quién?

—A quienes no obran igual.

—La verdad…, no lo comprendo.

—¡Claro que no! Para ello se necesitan años y años de estudio en las capas superiores de la intelectualidad. ¿Has oído hablar alguna vez de Las Contradicciones Metafísicas del Universo por el doctor Simón Pritchett?

—Ella sacudió la cabeza, asustada—. ¿Cómo puedes saber lo que es bueno? ¿Quién lo sabe? ¿Quién lo sabrá jamás? No existen absolutos… como el doctor Pritchett ha demostrado de manera irrefutable. Nada es categórico. Todo depende de la opinión que se tenga de ello. ¿Cómo sabes que ese puente no se ha hundido? Tan sólo crees que no lo ha hecho. ¿Cómo sabes que existe realmente ese puente? ¿Crees que un sistema filosófico como el del doctor Pritchett es simplemente una cosa académica, remota e impracticable? Pues no. Desde luego que no.

—¡Pero, míster Taggart! La línea que usted ha construido…

—¿Qué es esa línea? Tan sólo un logro material. ¿Qué importancia tiene? ¿Es que existe grandeza en lo material? Sólo un animal de baja especie puede contemplar admirado ese puente, cuando en la vida existen tantas cosas mucho más elevadas.

—Pero, ¿es que esas cosas son reconocidas alguna vez?

—¡Oh, no! Fíjate en la gente. Fíjate en el escándalo que arman en las primeras páginas de los diarios, acerca de cualquier tontería realizada con unos cuantos fragmentos de materia ¿Se preocupan de los propósitos nobles? ¿Dedican alguna página a los fenómenos del espíritu? ¿Se dan cuenta o aprecian a una persona de sensibilidad superior? Y aún te asombras de que un gran hombre se vea condenado a la desdicha en este mundo pérfido.

—Se hizo hacia delante, mirándola con fijeza—. Voy a decirte… voy a decirte algo… La desgracia es la culminación de la virtud. Si un hombre es desgraciado, real y verdaderamente desgraciado, ello significa que se trata de un ser superior.

Vio la expresión perpleja y asombrada de su rostro.

—Pero, míster Taggart, usted tiene todo cuanto desea. Posee el mejor ferrocarril del país. Los periódicos le llaman el mayor empresario de nuestra época. Dicen que las acciones de la compañía le han proporcionado una fortuna, de la noche a la mañana. Tiene cuanto puede anhelar. ¿Es que no se alegra?

En el breve espacio que James tardó en responder, la muchacha se sintió— presa de un repentino pavor.

—No —fue la contestación de James.

Ella nunca supo por qué su voz descendió hasta un murmullo al preguntar:

—¿Es que le hubiera gustado que el puente se hundiera?

—¡Yo no he dicho eso! —respondió Jim bruscamente. Luego se encogió de hombros y agitó la mano con gesto de desdén—. ¡Tú no me entiendes!

—Lo siento… ¡Oh! Sé que he de aprender muchas cosas.

—Te estaba hablando del anhelo de algo situado muy por encima de ese puente. Un anhelo que nada material puede satisfacer.

—¿Qué es, míster Taggart? ¿Qué es lo que usted desea?

—En cuanto preguntas «¿qué es?» vuelves a ese mundo crudo y material donde todo puede ser clasificado y medido. Te hablo de cosas que no pueden ser nombradas empleando expresiones materialistas. De ese alto reinado del espíritu, que el hombre nunca puede alcanzar… De todos modos, ¿qué significan los logros humanos? La tierra es sólo un átomo, volteando en el universo. ¿Qué importancia tiene el puente, comparado al sistema solar?

Un repentino y feliz fulgor de comprensión iluminó los ojos de Cherryl.

—Es usted admirable, míster Taggart, al pensar que su triunfo no le basta. Tengo la impresión de que por alto que llegue, siempre deseará ir más lejos. Es ambicioso. Y lo que más admiro es eso: la ambición. Hacer cosas y no detenerse nunca a descansar. Lo comprendo, míster Taggart… aun cuando no haya entendido todas sus grandes ideas.

—Ya aprenderás.

—Procuraré esforzarme en conseguirlo.

Su expresión admirativa no había cambiado. Él atravesó la habitación, moviéndose dentro de su mirar como bajo el resplandor de un suave foco. Fue a llenar su vaso. Un espejo colgaba en medio de una oquedad, al otro lado del bar portátil. Tuvo un atisbo de su propia figura: el alto cuerpo alterado por una posición abatida e incierta, como en deliberada negación de toda gracia humana; el cabello escaso y la boca blanda y triste. Pensó de repente que ella no le veía tal como era; que ante sus ojos aparecía cual la heroica figura de un constructor, con los hombros enhiestos y la cabellera flotando al viento. Se rió pensando que era una broma excelente, y experimentó una tenue satisfacción similar a un sentimiento de victoria, originada por la idea de haber influido de algún modo en ella.

Mientras tomaba su bebida, miró a la puerta del dormitorio, pensando en cómo podía terminar una aventura de aquel género. Iba a resultar muy fácil; la muchacha estaba demasiado asustada para resistir. Percibió el resplandor rojizo de su pelo, mientras permanecía sentada, con la cabeza algo inclinada, bajo la luz, y también tuvo un atisbo de la suave y lisa piel de su hombro. Miró hacia otro lado. «¿A qué preocuparse?», pensó.

El leve deseo que sentía le causaba el mismo efecto que una fugaz molestia física. El impulso de su mente, animándolo a la acción, no tenía por causa la muchacha, sino la idea de tantos hombres que no desaprovecharían una oportunidad así. Admitió que Cherryl era mejor persona que Betty Pope; quizá la mejor que hubiera conocido, pero aquella noción lo dejó indiferente. Su estado de ánimo era igual que en compañía de Betty Pope. En realidad, no sentía nada. La perspectiva de unos instantes de felicidad no valía el esfuerzo; no sentía deseos de experimentar la dicha en cuestión.

—Se está haciendo tarde —dijo—. ¿Dónde vives? Tomemos otro vaso y te acompañaré a tu domicilio.

Cuando se despidió de ella a la puerta de una mísera casa de huéspedes, en un barrio de las afueras, la muchacha vaciló cual si se esforzara en no formular una pregunta que anhelaba desesperadamente expresar.

—¿Podré…? —empezó. Y se detuvo.

—¿Qué dices?

—¡Oh! Nada, nada.

Comprendió que la pregunta era: «¿Podré verle otra vez?», y le causó placer no contestar, aun a sabiendas de que a ella le hubiera gustado.

La joven lo miró una vez más, como si fuese la última, y luego, vehementemente y en voz baja, dijo:

—Mister Taggart, le estoy agradecida porque… porque cualquier otro hombre hubiera intentado… sólo hubiera querido… pero usted es mejor. ¡Oh! Mucho mejor.

Jim se inclinó hacia ella, con suave e interesada sonrisa.

—¿Te habría gustado? —le preguntó.

Ella se hizo atrás, presa de repentino terror ante sus propias palabras.

—¡Oh! ¡Oh, Dios mío! No imaginé… siquiera…

Se había sonrojado vivamente, dio media vuelta y echó a correr por la larga y empinada escalera de su casa.

Él permaneció en la acera, experimentando un extraño y nebuloso sentimiento de satisfacción; como si hubiese realizado un acto de virtud; cual si se hubiera vengado de todas aquellas personas que habían permanecido dando vítores a lo largo de la ruta de trescientas millas cubierta por la línea.«John Galt».

* * *

Cuando el tren llegó a Filadelfia, Rearden se separó de Dagny sin una palabra, como si las noches de su viaje de regreso no merecieran ser recordadas a la claridad diurna y ante la realidad de los andenes y de las máquinas en movimiento, aquella realidad tan respetada por él. Dagny continuó sola hasta Nueva York, pero a última hora de la noche el timbre de su puerta sonó, avisándola de lo que había esperado. Él no dijo nada al entrar; la miró, consiguiendo que su silenciosa presencia resultara más intima que un saludo con palabras. Había en su cara una débil traza de sonrisa desdeñosa, cual si se hiciera cargo de las horas de espera que abrumaron a la joven y también a él, y se burlara al propio tiempo de tal cosa. Permaneció en mitad del salón, mirando lentamente a su alrededor. Era el piso de Dagny; el lugar de la ciudad que durante dos años constituyó el foco de su tormento; el lugar en el que no podía pensar y, sin embargo, pensaba; el lugar en el que no debía entrar y en el que penetraba ahora con el aire casual de un indiscutible dueño. Se sentó en un sillón, estirando las piernas, y ella permaneció delante, cual si necesitara permiso para sentarse y experimentara placer al obrar de aquel modo.

—¿Debo decirte que has realizado una magnifica tarea al lograr el tendido de esa línea?

Ella lo miró asombrada. Jamás le había otorgado un cumplido semejante. La admiración que expresaba su voz era auténtica, pero la insinuación burlona permanecía fija en su cara, y Dagny comprendió que le estaba hablando con algún propósito imposible de adivinar.

—Me he pasado el día contestando preguntas acerca de ti, de la línea, del metal y del futuro, además de acumular pedidos del nuevo producto. Llegan a razón de millares de toneladas por hora. Hace nueve meses no podía conseguir ni una sola respuesta afirmativa. Ahora he de descolgar el teléfono y no escuchar a cuantos quieren hablarme de sus urgentes necesidades de metal Rearden. ¿Qué estuviste haciendo hoy?

—Traté de escuchar los informes de Eddie y de escapar a la gente. Intenté encontrar el material suficiente con el que poner más trenes en la línea «John Galt», porque el plan previsto no será suficiente, si hemos de atender el incremento logrado tan sólo en seis días.

—¿De modo que mucha gente estuvo deseando verte?

—Sí, sí.

—Hubieran dado cualquier cosa por cambiar unas palabras contigo, ¿verdad?

—Pues sí. Así me lo figuro.

—Los informadores no han cesado de preguntarme cómo eres. Un joven de cierto periódico local insistió en calificarte de grande. Añadió que le daría miedo hablar contigo, aun cuando tuviese ocasión de hacerlo. Está en lo cierto. Ese futuro acerca del cual todos hablan y tiemblan, será como tú lo previste, porque has tenido un valor que nadie pudo concebir en ti. Las rutas de la riqueza en las que ahora forcejean por abrirse camino, han quedado abiertas gracias a tu energía para enfrentarte a todos, para no reconocer ninguna voluntad aparte de la propia.

Ella contuvo una ahogada expresión admirativa. Comprendía muy bien los propósitos de Rearden. Permaneció erguida, con los brazos en los costados y el rostro austero como quien soporta una carga sin flaquear, escuchando sus halagos como quien padece un vapuleo de insultos.

—Te han hecho preguntas, ¿verdad? —continuó Hank con aire intenso inclinándose hacia delante—. Y te contemplaron con admiración, cual si te hallaras en la cúspide de una montaña y sólo pudieran saludarte quitándose el sombrero desde larga distancia, ¿no es así?

—En efecto —murmuró.

—Tenían el aire de saber que uno no debe acercarse a ti, ni hablar en tu presencia, ni rozar tu vestido. Lo saben y es verdad. Te miraban con respeto; levantaban medrosos la vista hacia ti, ¿no es eso?

La cogió del brazo, la obligó a ponerse de rodillas, retorciéndole el cuerpo contra sus piernas y se agachó para besarla. Ella se reía en silencio con aire burlón, pero en sus ojos semicerrados se pintaba un velado placer.

Horas más tarde, Hank inquirió súbitamente, haciéndola apoyar contra la curva de su brazo y dándole a entender, por la intensidad de su expresión y por el sonido de su voz, aun cuando ésta se mantuviera baja y tranquila, que la pregunta había nacido de largas horas de tortura.

—¿De qué otros hombres fuiste?

La miró como si aquel interrogante implicara una visión contemplada con todo detalle; una visión odiosa, pero que no pensaba rechazar. Dagny notó desprecio en su voz, odio, sufrimiento y una extraña vehemencia que nada tenía que ver con la tortura; había formulado la pregunta sujetándola fuertemente contra sí.

Dagny contestó con calma, pero él pudo observar un peligroso centelleo en sus pupilas, como si le advirtiera que comprendía demasiado bien.

—Sólo ha habido otro, Hank.

—¿Cuándo?

—Cuando cumplí los diecisiete.

—¿Duró mucho?

—Unos años.

—¿Quién era?

Dagny se echó hacia atrás, reclinándose contra su brazo; él incrementó la presión, mientras su rostro se ponía rígido; pero Dagny mantuvo su mirada.

—No pienso contestarte.

—¿Le amabas?

—No contestaré.

—¿Te gustaba?

—Sí.

La risa de sus ojos fue como un bofetón en pleno rostro para Hank. Implicaba el conocimiento de que era la respuesta que él deseaba y temía a la vez.

Le retorció los brazos, manteniéndola inmóvil e impotente, con el seno apretado contra su pecho. Ella sintió un agudo dolor en los hombros y percibió la cólera de sus palabras y el susurro de placer que embargaba su voz al insistir:

—¿Quién era?

No contestó, sino que lo miró con mirada profunda y extrañamente intensa, y él pudo ver que su boca, contraída por el dolor, adoptaba la forma de una sonrisa irónica.

Luego cambió, como si bajo el contacto de sus labios se volviera sumisa y humilde. Él sostuvo su cuerpo cual si la violencia y la desesperación inherentes a su estado de ánimo pudieran borrar a su desconocido rival; eliminarlo de su pasado y, aún más, transformar cualquier parte de ella en instrumento de su placer. Dagny comprendió, por la vehemencia de sus movimientos, cuando sus brazos lo ciñeron, que aquél era el modo en que más le gustaba recibir su cariño.

* * *

Las vagonetas transportadoras se movían destacando contra franjas de fuego en el cielo, llevando el carbón hasta la cumbre de la distante torre, cual si un inextinguible número de pequeños y negros cubos surgiera de la tierra en diagonal, para sumirse en el ocaso. El distante y frío tintinear continuó oyéndose sobre el rumor de las cadenas que un joven en mono azul estaba asegurando en cierta maquinaria, para inmovilizarla sobre los vagones en plataforma alineados en un apartadero de la «Quinn Bail Bearing Company» de Connecticut.

Míster Mowen, de la «Amalgamated Switch and Signal Company», contemplaba la operación en la acera del frente. Se había detenido a mirar en su camino hacia casa desde la fábrica. Llevaba un abrigo ligero sobre su breve y panzuda silueta y un sombrero de fieltro en la cabeza rubia y ya un poco gris. Aquel día de septiembre flotaba en el aire el primer leve atisbo de frialdad. Todas las puertas de la fábrica Quinn permanecían abiertas, mientras hombres y grúas sacaban la maquinaria. Míster Mowen se dijo que era igual que extraer los órganos vitales a un cadáver.

—¿Otra? —preguntó míster Mowen, señalando la fábrica con el pulgar, aun cuando ya supiera la respuesta.

—¿Cómo? —preguntó el joven, que no se había dado cuenta de él.

—¿Otra compañía trasladándose a Colorado?

—Sí.

—Es la tercera de Connecticut en las últimas dos semanas —observó míster Mowen—. Y cuando se ve lo que sucede en New Jersey, Rhode Island, Massachusetts y a todo lo largo de la costa del Atlántico…

El joven no lo miraba, ni parecía escucharle.

—Viene a ser como un grifo que se sale —continuó míster Mowen—. Toda el agua va a parar a Colorado. Y también todo el dinero.

El joven echó la cadena al otro lado y luego ascendió fácilmente por la enorme acumulación recubierta de lona.

—Uno diría que la gente siente algo por su Estado natal; cierta lealtad… Pero todos escapan. No sé qué le pasa a la gente.

—Es esa nueva ley —le contestó el muchacho.

—¿Qué ley?

—La de igualdad en las oportunidades.

—¿A qué se refiere?

—He oído decir que míster Quinn había hecho planes, un año atrás, para abrir una sucursal en Colorado. Pero esa ley ha dado al traste con ello, en vista de lo cual ha decidido trasladar allí todo el negocio.

—Pues no sé si obra bien. Es vergonzoso. Viejas firmas que funcionaron aquí durante generaciones… Tenía que existir alguna ley…

El joven trabajaba con destreza, como si disfrutara. Tras él, la hilera de vagonetas seguía desplazándose y chasqueando contra el cielo. Cuatro chimeneas se erguían cual mástiles y dé sus cimas surgía el humo que se agitaba cual largos estandartes a media asta sobre la rojiza claridad del atardecer.

Míster Mowen había vivido entre las chimeneas de aquel horizonte desde los días de su padre y de su abuelo. Llevaba treinta años viendo funcionar aquel transportador. Que la «Quinn Ball Bearing Company» fuera a desaparecer del otro lado de la calle, había llegado a parecerle inconcebible. Al enterarse de la decisión de Quinn no pudo creerla o, mejor dicho, la había creído como creía todo cuanto escuchaba: como un sonido que no guardara relación alguna con la realidad física. Ahora, en cambio, sabía que la noticia era real. Permaneció junto a los vagones del apartadero, cual si disfrutara de alguna posibilidad de detenerlos.

—No está bien —repitió, dirigiéndose al horizonte; pero el joven era el único ser viviente que podía oírle—. Los tiempos han cambiado mucho desde que vivía mi padre. No soy un industrial de primera fila ni quiero competir con nadie. ¿Qué le sucede al mundo? —No hubo respuesta—. Usted, por ejemplo, ¿se va también a Colorado?

—¿Quién, yo? No. Yo sólo soy un obrero eventual. He aceptado esta tarea para ganarme unas monedas.

—Bien. ¿Dónde piensa ir cuando la fábrica haya desaparecido?

—No tengo idea.

—¿Dónde irá, si otras siguen su ejemplo?

—Ya veremos.

Míster Mowen lo miró con expresión dubitativa. No hubiera podido decir si la respuesta se dirigía a él o al propio joven que la había expresado, pero la atención del obrero estaba fija en su tarea; no miraba hacia bajo. Se trasladó a la forma envuelta en lona del siguiente vagón y míster Mowen lo siguió, con las pupilas tijas en él cual si solicitara algo flotando en el espacio.

—Tengo mis razones, ¿no es cierto? He nacido aquí y siempre esperé que las viejas compañías siguieran en su sitio cuando fuera mayor. Quise gobernar la fábrica igual que mi padre. Todo hombre forma parte de su comunidad, y debe confiar en ella, ¿verdad?… Hay que hacer algo.

—¿Algo de qué?

—¡Oh! Usted lo cree magnifico, ¿verdad? Me refiero a la prosperidad actual de la Taggart y del metal Rearden y la carrera hacia Colorado, y la borrachera que se vive allí, con Wyatt y su pandilla extendiendo la producción como quien pone a hervir cazuelas. Todo el mundo lo cree magnifico, o al menos así se oye por doquier. La gente es feliz y hace planes, como niños de seis años cuando salen del colegio. Cualquiera diría que vivimos una luna de miel nacional o una especie de cuatro de Julio permanente.

El joven no dijo nada.

—Pues yo no lo creo así —continuó míster Mowen. Y bajando la voz añadió—: Tampoco los periódicos lo dicen. Los periódicos no dicen nada.

Míster Mowen no escuchó respuesta alguna, sino tan sólo el tintineo de las cadenas.

—¿Por qué corren todos hacia Colorado? —preguntó—. ¿Qué hay allí que no tengamos aquí también?

El joven hizo una mueca.

—Quizá aquí haya algo que allí no existe —dijo.

—¿Cómo?

Pero el joven no contestó.

—No lo comprendo. Se trata de un lugar atrasado, primitivo y carente de perspectivas, que ni siquiera tiene un Gobierno moderno. Es el peor de todos los Estados y el más perezoso. No hace nada, aparte de mantener los tribunales y la policía. No beneficia al pueblo, no ayuda a nadie. No comprendo por qué nuestras mejores compañías afluyen hacia allá.

El joven lo miró sin contestar.

Míster Mowen exhaló un suspiro.

—Las cosas no marchan bien —dictaminó—. La ley de igualdad en las oportunidades fue una cosa sensata porque tiene que haber oportunidades para todos. Pero resulta vergonzoso que gente como Quinn la interpreten indebidamente. ¿Por qué no deja que otro fabrique rodamientos a bolas en Colorado?… A mí me gustada que, por su parte, los de Colorado nos dejasen en paz. Las Fundiciones Stockton no tienen derecho a meterse en el negocio de las señalizaciones. Me he dedicado al mismo durante años, y disfruto de prioridad por mi veteranía. Es una competición en que nos devoramos unos a otros. Los recién llegados no deberían participar en ella. ¿Dónde venderé ahora mis aparatos señalizadores? Había en Colorado dos grandes compañías ferroviarias. Ahora la «Phoenix-Durango» ha desaparecido y sólo queda la «Taggart Transcontinental». No han obrado bien al obligar a desaparecer a Dan Conway. Debería existir espacio para la competencia… Llevo esperando seis meses un pedido de acero hecho a Orren Boyle; pero ahora éste me dice que no puede comprometerse a nada, porque el metal Rearden ha hecho añicos su mercado. Todos quieren ese metal, y Boyle ha tenido que volver a atrincherarse. No está bien que se permita a Rearden arruinar a otras gentes… Y el caso es que yo también deseo algo de su metal. Lo necesito, pero es inútil intentar conseguirlo. La hilera de solicitantes cubriría tres Estados. Nadie puede obtener ni una partícula del mismo, excepto sus amigos, como Wyatt, Danagger y otros. No está bien. Han establecido una verdadera acriminación. Yo soy tan bueno como cualquiera y tengo derecho a una parte de ese metal.

El muchacho levantó la mirada.

—La semana pasada, hallándome en Pennsylvania —dijo—, vi las fundiciones Rearden. ¡Qué actividad! Están construyendo cuatro nuevos altos hornos y hay seis más en perspectiva. —Mirando hacia el Sur, añadió—: Nadie ha construido un alto horno en la costa del Atlántico durante los últimos cinco años… —Su silueta se recortaba contra el cielo, en la cima de un motor envuelto en lona, contemplando el ocaso con una débil sonrisa de anhelo, como quien se extasía con la distante visión de su amor—. Están muy ocupados… —repitió.

De pronto su sonrisa desapareció bruscamente. El modo en que arrojó la cadena constituyó la primera interrupción en su hasta entonces competente suavidad de movimientos; fue como un estremecimiento de cólera.

Míster Mowen miró hacia el horizonte; a las grúas, el transportador, las ruedas y el humo; aquel humo que se abatía pesado y calmoso bajo el aire de la tarde, extendiéndose en una

larga neblina hasta la ciudad de Nueva York, situada en un punto más allá del ocaso. Sentíase animado por la idea de un Nueva York envuelto en su círculo de fuegos sagrados, entre un anillo de chimeneas, de depósitos de gas, de grúas y de líneas de alta tensión. Notó una corriente de energía, fluyendo de cada una de las tristes estructuras de aquella calle familiar. Le gustaba el aspecto del muchacho. Había algo confortador en su manera de trabajar; algo que estaba en consonancia con aquel horizonte. Sin embargo, míster Mowen se dijo que la resquebrajadura iba ensanchándose devorando sólidos y eternos muros.

—Hay que hacer algo —insistió míster Mowen—. Un amigo mío quebró la semana pasada. Negocio de petróleos. Tenía un par de pozos en Oklahoma y no pudo competir con Ellis Wyatt. No está bien. Deberían dar una oportunidad a los pequeños; habría que poner límite a las actividades de Wyatt. No deberían permitir que barriera a los demás. Ayer me quedé inmovilizado en Nueva York. Tuve que dejar el automóvil y venir en un condenado autobús de línea. No pude conseguir gasolina y me dijeron que hay carencia de ella en la ciudad… Las cosas no marchan bien. Hay que hacer algo.

Contemplando el firmamento, míster Mowen se preguntó en qué consistía aquella innominada amenaza, y quién iba a ser el que lo destruyera todo.

—¿Cómo quiere usted arreglarlo? —preguntó el joven.

—¿Quién, yo? —preguntó míster Mowen—. No sabría qué hacer. No soy de los grandes. No puedo resolver problemas nacionales. A lo único que aspiro es a ganarme la vida. Pero alguien debería ocuparse del problema… Las cosas no marchan. Oiga, ¿cómo se llama?

—Owen Kellog.

—Escúcheme, Kellog, ¿qué cree usted que va a pasar en el mundo?

—No vale la pena pensar en ello.

Un silbato sonó en una torre distante, avisando el cambio de turno, y míster Mowen se dio cuenta de que era ya muy tarde. Suspiró, se abrochó el abrigo y volvióse para partir.

—Pues habrá que hacer algo. Ya se están tomando algunas medidas constructivas. La legislatura ha aprobado una ley concediendo amplios poderes a la Oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales, y ésta ha nombrado jefe coordinador a un hombre muy inteligente. La verdad es que nunca había oído hablar de él, pero los periódicos afirman que es una lumbrera. Se llama Wesley Mouch.

* * *

Dagny permanecía ante la ventana de su salón, contemplando la ciudad. Era una hora avanzada y las luces semejaban los últimos chispazos de una hoguera a punto de extinguirse.

Se sentía en paz y deseaba mantener tranquila la mente para que sus emociones ocuparan el lugar debido, permitiéndole considerar cada momento de aquel mes que acababa de transcurrir tan velozmente. No había tenido tiempo para notar que se hallaba de nuevo en su despacho de la «Taggart Transcontinental». Tuvo tanto que hacer, que se olvidó de que era un auténtico regreso del exilio. No entendió lo que Jim le dijo a su regreso, ni sabía a ciencia cierta si había dicho algo. Tan sólo existía una persona cuya reacción quiso saber. Había telefoneado al Hotel «Wayne-Falkland», pero le contestaron que el señor Francisco d'Anconia estaba de regreso en Buenos Aires.

Evocó el momento en que había estampado su firma al pie de un pliego legal marcando el final de la línea «John Galt». Esta quedaba convertida de nuevo en la línea «Río Norte» de la «Taggart Transcontinental», pero los ferroviarios rehusaban aplicarle la nueva

denominación. También a ella le iba a ser difícil. Se esforzó en no llamarla la «John Galt» y preguntóse por qué aquello le exigía tal esfuerzo y por qué estaba convertida en un despojo impregnado de tristeza.

Cierta tarde, obrando bajo un súbito impulso, volvió la esquina del edificio Taggart a fin de echar una postrera ojeada a las oficinas de la «John Galt, Inc.» instaladas en aquel callejón. No sabía lo que quería en realidad; «tan sólo verla otra vez», se dijo. Una valla había sido levantada a lo largo de la acera; estaban demoliendo el viejo edificio, que había cedido, por fin. Salvó la valla y a la luz de un farol callejero que en otros tiempos arrojaba* una extraña sombra sobre el pavimento, miró por la ventana de su antiguo despacho. Nada quedaba en el piso bajo; las particiones no existían ya, del techo colgaban cañerías rotas y en el suelo había un montón de cascotes.

Preguntó a Rearden si cierta noche de la primavera pasada había estado allí, junto a la ventana, luchando con su deseo de entrar. Pero antes de que le contestara, comprendió que su respuesta sería negativa. No quiso decirle por qué deseaba averiguar aquello. Nunca pudo saber la causa por la que aquel recuerdo seguía perturbándola a veces.

Más allá de la ventana del salón, el iluminado rectángulo del calendario colgaba como un tarjetón del obscuro cielo. Proclamaba: Septiembre 2. Sonrió desafiadora recordando la carrera establecida contra sus cambiantes páginas; «no había ya puntos muertos —se dijo —, ni barreras, ni amenazas, ni límites».

Oyó cómo una llave giraba en la cerradura. Era el rumor que había estado esperando, que había deseado escuchar desde hacía largo rato.

Rearden entró como muchas otras veces, usando la llave que ella le había dado, sin anunciar previamente su visita. Arrojó el sombrero y el abrigo en una silla, con ademán que ya se había hecho familiar para ella. Vestía un smoking negro y severo.

—¡Hola! —dijo Dagny.

—Sigo esperando esa noche en que al entrar no te encuentre —le respondió.

—En tal caso, tendrás que telefonear a las oficinas de la «Taggart Transcontinental».

—¿A ningún otro lugar?

—¿Estás celoso, Hank?

—No. Siento simple curiosidad por saber qué sensación voy a experimentar.

La miraba desde el otro lado de la habitación, rehusando dejarse arrastrar hacia ella; prolongando deliberadamente el placer de saber que podría hacerlo cuando quisiera. Dagny vestía la estrecha falda gris de un traje de oficina y una blusa blanca, semejante a una camisa masculina, que surgía de su cintura acentuando la escueta suavidad de sus caderas. La claridad de una lámpara situada tras ella, revelaba su esbelta silueta, dentro del vaporoso marco de la blusa.

—¿Qué tal resultó el banquete? —preguntó Dagny.

—Muy bien. Escapé en cuanto pude. ¿Por qué no viniste? Estabas invitada.

—No quería verte en público.

La miró como queriendo demostrar que se daba plena cuenta del significado de aquella respuesta. Luego las líneas de su cara se torcieron en un asomo de sonrisa divertida.

—Te has perdido algo estupendo. El Consejo Nacional de Industrias Metálicas no querrá volver a pasar otra vez por la prueba de tenerme como invitado de honor.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada. Tan sólo discursos y discursos.

—¿Te ha resultado molesto?

—No… o mejor dicho sí, hasta cierto punto… En realidad, había sentido el deseo de disfrutar con ello.

—¿Quieres que te prepare una bebida?

—Sí. Hazme el favor.

Dagny se volvió, pero él la detuvo, cogiéndola por los hombros desde atrás y la obligó a inclinar la cabeza, hasta besarla. Cuando recuperó su posición normal, ella volvió a atraerlo hacia si cual si solicitara un derecho a la propiedad que subrayaba con vehemencia. Luego se separó de él.

—Deja esa bebida —dijo Rearden—. En realidad, sólo quería ver cómo me la preparabas.

—Pues entonces, permite que lo haga.

—No.

Sonrió tendiéndose sobre el sofá con las manos cruzadas tras la cabeza. Sentíase en su casa. Era el primer hogar que había tenido en la vida.

—Verás; lo peor del banquete fue el unánime deseo de todos los asistentes de darlo por terminado cuanto antes —explicó—. Lo que no puedo entender es por qué lo organizaron. No tenían obligación, al menos por lo que a mí respecta.

Dagny tomó una cigarrera, se la alargó y luego le ofreció la llama de un encendedor, al modo deliberado de quien sirve a un amo. Sonrió en respuesta a su risa y luego se sentó en el brazo de un sillón, un poco lejos.

—¿Por qué aceptaste su invitación? —quiso saber—. Siempre rehusaste unirte a ellos.

—No quería rechazar su oferta de paz, luego de haberlos derrotado y de haberlos convencido de ello. Jamás me uniré a su grupo, pero consideré la invitación de aparecer como huésped de honor como señal de que saben perder. Incluso los he creído generosos.

—¿Generosos?

—Sí. ¿No irás a decir que el generoso fui yo?

—Hank, luego de cuanto han hecho para inmovilizarte…

—Pero he ganado, ¿verdad? Así es que pensé… verás, no les guardo rencor porque no apreciaran el valor de mi metal. Lo importante es que al final lo hayan hecho. Cada cual aprende a su manera y a su hora. Desde luego, comprendí que había en ellos mucha cobardía, hipocresía y envidia, pero me dije que era tan sólo superficial. Luego de haber demostrado mi verdad de una manera tan ruidosa, pensé que el motivo verdadero para invitarme era su apreciación del metal y…

Dagny sonrió en el breve espacio de una pausa; conocía la frase que él dejaba incompleta; «y por una cosa así soy capaz de perdonárselo todo».

—Pero no sucedió de este modo —continuó—. Y no he podido comprender los motivos que les impulsaron. Mejor dicho, Dagny, no creo que, en realidad, tuvieran motivo alguno. No dieron ese banquete para complacerme o para obtener algo de mí, ni siquiera para salvar su posición, cara al público. No había en ellos propósito de ningún género, ni significado alguno. No les importaba en absoluto haber denunciado el metal y siguen sin preocuparse. No temen que pueda eliminarlos del mercado. No han llegado i tanto. ¿Sabes lo que ha significado ese banquete? A mí modo de ver, han oído decir que existen valores a los que se debe honrar y ésa es su manera de interpretarlo. Así es que organizaron el acto y asistieron a él como fantasmas atraídos por alguna especie de distante eco que sonara en una época mejor. No pude soportarlo.

Con el rostro tirante, Dagny le dijo:

—¿Y aún no crees que te has portado generosamente? La miró con los ojos brillantes, con una traza de burla.

—¿Por qué te irrita tanto esa gente?

En voz baja, como para ocultar su tono de ternura, Dagny le contestó:

—Querías disfrutar…

—Probablemente me lo merezco. No debí haber esperado nada. En realidad, no sé lo que estaba deseando.

. —Yo si.

—Nunca me han gustado las solemnidades de este género. No sé por qué esperaba que en la ocasión presente iba a ser distinto… Me dirigí hacia allá con la sensación de que el metal lo había cambiado todo, incluso a la gente.

—¡Oh sí, Hank! Lo imagino.

—Era el peor lugar en el que buscar nada… ¿Te acuerdas? Cierta vez dijiste que sólo quienes tienen algo que celebrar deberían organizar recepciones.

El punto luminoso de su cigarrillo se detuvo en el aire. Dagny estaba inmóvil. Nunca había hablado con él de aquella fiesta ni de nada relacionado con su hogar. Al momento contestó simplemente:

—Lo recuerdo.

—Comprendo lo que quisiste decir… lo comprendí también entonces. La miraba de frente y ella bajó los ojos.

Rearden guardó silencio; al hablar de nuevo, su voz sonaba alegre.

—Lo peor de la gente no son los insultos que profieren, sino sus cumplidos. No pude soportar los que expresaban hoy, en especial cuando se empeñaron en insistir en lo mucho que todos me necesitan; ellos, la ciudad, el país y el mundo entero a lo que parece. Su idea de la gloria consiste en tratar a gente que se haga necesaria. Pues bien: yo no puedo soportar hacerme el imprescindible —la miró—. ¿Y tú? ¿Me necesitas?

Con voz fervorosa Dagny contestó:

—Desesperadamente.

Él se echó a reír.

—No; no quise decir eso. No hablaste como ellos.

—¿Cómo lo he dicho?

—Como un comerciante que paga lo que anhela. En cambio, ellos se expresaron como mendigos que alargan el platillo al transeúnte.

—¿Pago por ello, Hank?

—No te hagas la inocente. Sabes muy bien a lo que me refiero.

—Sí —susurró sonriendo.

—¡Al diablo con esa gente! —exclamó Rearden feliz, extendiendo las piernas y cambiando de postura en el sofá, para disfrutar mejor de su descanso—. No soy una figura pública adecuada. De todas formas, no importa. No hemos de preocuparnos de lo que los demás vean o no vean. ¡Que nos dejen en paz! El camino está expedito. ¿Cuál va ser el próximo proyecto, señor vicepresidente?

—Una vía transcontinental de metal Rearden.

—¿Para cuándo la quieres?

—Para mañana por la mañana. Pero la tendré dentro de tres años.

—¿Crees poder conseguirla en ese tiempo?

—Si la línea «John Galt»… quise decir la «Río Norte», se porta como ahora, si.

—Se portará mejor. Esto es sólo el principio.

—Me he trazado un plan de varias etapas. Cuando fluya el dinero, empezaré a trabajar en la vía principal, una división tras otra, renovándola con metal Rearden.

—De acuerdo. Puedes empezar cuando quieras.

—Trasladaré los ríeles viejos a las líneas secundarías; si no lo hago, no durarán mucho. Dentro de tres anos viajarás sobre tu metal hasta San Francisco, si es que alguien te ofrece un banquete allí.

—Dentro de tres años tendré altos hornos vertiendo metal Rearden en Colorado, Michigan e Idaho. Ése es mi plan.

—¿Altos hornos? ¿Sucursales?

—Sí.

—¿Y qué me dices de la ley de igualdad en las oportunidades?

—No irás a creer que dentro de tres años esté todavía en vigor, ¿verdad? Les hemos ofrecido una demostración tal, que toda esa inmundicia tendrá que desaparecer. El país está de nuestro lado. ¿Quién pretenderá detener nuestro impulso? ¿Quién va a escuchar a esa pandilla? En Washington hay un grupo de hombres de la mejor clase, dispuestos a entrar en acción cuando llegue el momento. En la próxima temporada, la ley quedará prácticamente derogada.

—Así… así lo espero.

—He pasado una época terrible, durante las últimas semanas, iniciando el funcionamiento de los nuevos hornos; pero todo se realizó como es debido y ya los estamos construyendo. Puedo sentarme y descansar; permanecer ante mi mesa escritorio, recogiendo el dinero, divertido como un vagabundo, esperando tan sólo los pedidos de metal y siendo el favorito de todo el país. Dime, ¿cuál es el primer tren que sale mañana para Filadelfia?

—¡Oh! No lo sé.

—¿De veras? ¿De qué sirve ser vicepresidente de la Sección de Operaciones? A las siete tengo que estar en mis funciones. ¿No hay nada hacia las seis?

—Creo que el primero sale a las 5,30.

—¿Qué prefieres? ¿Despertarme a tiempo o retrasar la salida del tren?

—Te despertaré.

Permanecía sentada, contemplándolo mientras él guardaba silencio. Al entrar tenía un aire cansado; pero ahora las líneas de fatiga que surcaban su rostro habían desaparecido.

—Dagny —preguntó de repente con tono en el que sonaba ahora cierta* oculta ansiedad —, ¿por qué no has querido verme en público?

—No deseo convertirme en parte de tu «existencia oficial». No contestó; a los pocos momentos preguntó con aire casual:

—¿Cuál fue la última vez que te tomaste unas vacaciones?

—Creo que hace dos… no, tres años.

—¿Dónde estuviste?

—Quise pasar un mes en los Adirondacks. Pero volví al cabo de una semana.

—Yo lo hice hace cinco años. Fui a Oregón. —Estaba tendido sobre el diván mirando al techo—. Dagny, pasemos unas vacaciones juntos. Tomemos mi automóvil y alejémonos de aquí unas semanas. Iremos a cualquier sitio. Viajaremos por carreteras secundarias, donde nadie nos conozca. No dejaremos direcciones, ni leeremos los periódicos, ni tocaremos un teléfono; abandonaremos toda nuestra existencia oficial.

Dagny se levantó, acercóse a él y se quedó junto al diván, mirándolo, con la luz de la lámpara detrás. No quería que Rearden le viera la cara ni observara los esfuerzos que estaba realizando para no sonreír.

—Puedes disponer de unas semanas, ¿verdad? —preguntó—. Todo está arreglado y el porvenir es seguro. No volveremos a disfrutar de una posibilidad semejante en tres años.

—De acuerdo, Hank —respondió ello obligando a su voz a que sonara tranquila e indiferente.

—¿De verdad?

—¿Cuándo quieres que partamos?

—El lunes por la mañana.

—De acuerdo.

Se volvió para alejarse, pero él la tomó por la cintura y la obligó a sentarse, manteniéndola inmóvil e incómoda, tal como había caído, con una mano en el pelo, apretándole la cara contra la suya.

—¿Y dices que no te necesito? —susurró Dagny.

Apartó la cara y se puso en pie, arreglándose el cabello. Él estaba inmóvil, mirándola con los párpados entornados y un atisbo de interés en sus pupilas fijas y ligeramente burlonas. Una tira del vestido de Dagny se había roto y le colgaba en diagonal desde un hombro hasta el costado, mostrando un seno a través de la tela de la blusa. Levantó una mano para componerlo pero él se la hizo bajar, dándole un golpe. Sonrió comprensiva, con suma ironía. Caminó lenta y deliberadamente por la habitación y se reclinó contra una mesa, mirándolo de frente, con las manos sobre el borde de la mesa y los hombros echados hacia atrás. Era el contraste que a él le gustaba; la severidad de sus vestidos frente a un cuerpo sinuoso; la directora de una compañía ferroviaria mostrándose a la vez como algo de su pertenencia.

Rearden se sentó, reclinándose cómodamente en el sofá, con las piernas cruzadas y las manos en los bolsillos, mirándola con expresión apreciativa y dominante.

—¿Dijo que quería una línea transcontinental de metal Rearden, señor vicepresidente? —preguntó—. ¿Y si no te la concediera? Ahora puedo escoger mis clientes y exigir los precios que me plazcan. Si esto hubiera ocurrido hace un año, habría solicitado tu amor a cambio.

—Me hubiese gustado.

—¿Habrías aceptado?

—Desde luego.

—¿Dentro de un plano comercial? ¿Cómo una venta?

—Sí, si tú hubieras sido el comprador. ¿Y a ti? ¿Te hubiera gustado también?

—¿Tú qué crees?

—Que sí —murmuró Dagny.

Se acercó a ella, la cogió por los hombros y la besó en el seno a través de la fina tela de la blusa.

Luego, sosteniéndola, la contempló en silencio unos momentos.

—¿Qué has hecho con aquel brazalete? —interrogó.

Jamás hasta entonces había aludido a él. Dagny tuvo que dejar transcurrir unos instantes hasta recuperar el aplomo.

—Todavía lo conservo.

—Pues quiero que lo lleves.

—Si alguien adivina lo que ocurre, será peor para ti que para mí.

—De todos modos, llévalo.

Sacó el brazalete de metal Rearden y lo extendió hacia él, sin pronunciar palabra, mientras la cadenita verde azul resplandecía sobre la palma de su mano. Sosteniendo su mirar, él se lo puso en la muñeca. En el momento en que el cierre chasqueó levemente bajo sus dedos, Dagny inclinó la cabeza y le besó la mano.

* * *

La tierra discurría velozmente bajo el coche. Desenroscándose de entre las curvas de las alturas de Wisconsin, la carretera constituía el único indicio de trabajo humano, como un puente precario extendido sobre un mar de matorrales, hierbajos y árboles. Aquel mar ondulaba suavemente entre salpicaduras amarillas y anaranjadas, con algún trazo rojo surgiendo de las laderas y charcos verdes en las hondonadas, bajo un cielo azul muy puro. Entre aquel colorido de tarjeta postal, el automóvil semejaba un trabajo de orfebre, con el sol arrancando destellos a su acero cromado y su esmalte negro reflejando la luz.

Dagny se reclinó contra el ángulo de la ventanilla, con las piernas extendidas; le agradaba el amplio y cómodo espacio del asiento y notar sobre los hombros el calor del sol; pensó que el campo era bello.

—Me gustaría ver alguna señal indicadora —dijo Rearden.

Ella se echó a reír; con aquellas palabras acababa de contestar a su silencioso pensamiento: «¿Vender qué y a quién? Llevamos una hora sin ver un automóvil ni una casa».

—Esto es lo que no me gusta —se inclinó un poco hacia delante con las manos sobre el volante y el ceño fruncido—. Fíjate en la carretera.

La larga cinta de cemento adoptaba un tono polvoriento y gris, como de huesos abandonados en la inmensidad; como si el sol y la nieve hubieran* devorado toda traza de neumáticos, de gasolina y de carbón, los lustrosos indicios de todo movimiento. Hierbajos verdes surgían de las grietas angulares del asfalto. Nadie había utilizado aquella carretera durante varios años ni sufrió reparación alguna. Sin embargo, las grietas eran pocas.

—Es un firme excelente —dijo Rearden—. Construido para durar. El que la proyectó debió tener buenos motivos para pensar que soportaría un tránsito pesado en el futuro.

—En efecto.

—No me gusta su aspecto.

—A mí tampoco. —Sonrió—. Pero recordemos las veces en que hemos oído quejarse a la gente de que los carteles indicadores y los anuncios estropean el paisaje. Pues bien, aquí tienen un paisaje sin obstáculo alguno —y añadió—: Es la clase de gente que más odio.

No deseaba fomentar la intranquilidad que se había ido apoderando de ella como una leve mancha que turbara su alegría. Durante aquellas tres semanas había notado nerviosismo en ocasiones, viendo como el panorama desfilaba a ambos lados del coche. Sonrió. La capota del vehículo había constituido un punto inmóvil en su campo visual, mientras la tierra se desplazaba; el automóvil era el centro, el foco y la seguridad, dentro de un mundo borroso y en disolución. La capota ante ella y las manos de Rearden al volante… Sonrió pensando en que le satisfacía que tal fuese la forma que adoptaba su mundo personal.

Transcurrida la primera semana de vagabundeo, durante la cual fueron de un lado a otro sin rumbo fijo, a merced de desconocidas bifurcaciones, él le dijo cierta mañana en el

momento de partir: «Dagny, ¿es que el descanso ha de carecer forzosamente de propósito?» Ella se echó a reír y contestó: «No. ¿Qué fábrica deseas visitar?» Hank sonrió, sabiendo que no le era preciso asumir una expresión culpable ni dar explicación alguna, y respondió: «Hay una mina abandonada alrededor de la bahía de Saginaw, de la que he oído hablar. Dicen que está agotada».

Viajaron por Michigan en dirección a la mina. Caminaron por los bordes del pozo, donde aún se observaban los restos de una grúa, semejante a un esqueleto inclinado, destacando contra el cielo. Una caja de metal de las que se usan para llevar comida tintineó bajo sus pies. Dagny experimentó una repentina intranquilidad, más aguda aún que la tristeza, pero Rearden le dijo alegremente: «¿De modo que agotada? Pues voy a demostrarte cuántas toneladas y cuántos dólares puedo extraer de aquí». Durante el regreso al automóvil, añadió: «Si pudiera encontrar al hombre adecuado, le compraría esta mina mañana por la mañana y empezaríamos a trabajar».

Al día siguiente, mientras avanzaban en dirección sudoeste, hacia las llanuras de Illinois, dijo de repente tras un largo silencio: «No. Tendré que esperar hasta que la ley quede sin efecto. Quien tenga que hacer trabajar a esta mina, no necesitará que yo le enseñe. Si lo necesitara no valdría un centavo».

Hablaban de su tarea, como siempre lo hicieron, con plena confianza y comprensión, pero nunca se referían a sí mismos. Él actuaba cual si su apasionada intimidad constituyera un hecho físico, desprovisto de nombre,, incapaz de identificarse con la comunicación establecida entre sus mentes. Cada noche, Dagny creía tratar con un desconocido que le hiciera comprender sus sensaciones, pero sin permitirle averiguar si despertaba algún eco en su espíritu. Y en la muñeca lucía siempre el brazalete de metal Rearden.

Sabía que él odiaba tener que firmar como «Señor y Señora Smith» en los registros de los escuálidos hoteles, al borde del camino. Ciertas noches notaba la débil y colérica contracción de su boca, al estampar aquellos nombres que expresaban un fraude. Sentía odio hacia quienes hacían necesario dicho engaño. Se dio cuenta, indiferente, del aire de comprensiva timidez de los empleados hoteleros, pareciendo sugerir que los huéspedes y ellos eran cómplices de un delito vergonzoso: el de buscar el placer. Pero supo que a él no le importaba cuando, una vez solos, la estrechaba contra sí y sus pupilas brillaban carentes de remordimientos.

Pasaron por pequeñas ciudades y circularon por obscuras carreteras laterales; por lugares que llevaban muchos años sin ver. Dagny sentía intranquilidad al acercarse a una ciudad. Pasaron días antes de darse cuenta que añoraba el olor a pintura fresca. Aquellas casas eran como hombres con trajes sin planchar, que hubieran perdido todo deseo de permanecer erguidos; los aleros flaqueaban como espaldas sin vigor; los escalones de los porches parecían líneas torcidas; las ventanas rotas eran parches remendados con cartón. La gente que circulaba por las calles se quedaba mirando el automóvil nuevo, pero no como quien contempla algo curioso, sino como si aquella forma negra y resplandeciente constituyera una visión del otro mundo. Había pocos vehículos en las calles y muchos de ellos iban tirados por caballos. Dagny se había olvidado de la forma y del uso de aquel sistema de tracción y no le gustaba contemplarlo de nuevo.

No se rió aquel día, en un cruce, cuando Rearden, burlón, le señaló el tren de una pequeña localidad, cuando salía tambaleándose de detrás de una curva, arrastrado por una vieja locomotora que jadeaba, exhalando humo ' negro de su alta chimenea.

—¡Oh, Hank! No tiene nada de gracioso.

—Lo sé —reconoció él.

Se encontraban a setenta millas y a una hora de distancia de aquello, cuando Dagny dijo:

—Hank, ¿te imaginas al «Comet» Taggart arrastrado por todo el continente por una máquina de ese género?

—¿Eso te preocupa? ¡Déjate de tonterías!

—Lo siento… Es que no puedo dejar de pensar que la nueva vía y todas tus fundiciones no servirían de nada si no existiera alguien capaz de producir máquinas Diesel.

—Ted Nielsen, de Colorado, es el hombre que buscas.

—Si es que encuentra manera de inaugurar su nueva fábrica. Ha enterrado más dinero del que podía en acciones de la línea «John Galt».

—Ha resultado una inversión muy provechosa, ¿no es cierto?

—Exageró la nota. Está dispuesto a continuar, pero no encuentra herramientas porque no existen en el mercado a ningún precio. No hace más que recibir promesas y sufrir retrasos. Está recorriendo el país en busca de chatarra procedente de las fábricas que cierran. Si no empieza pronto…

—Lo hará. ¿Quién va a impedírselo?

—Hank —dijo ella de repente—, ¿no podríamos ir a un lugar que tengo ganas de ver?

—Desde luego. ¿Cuál es?

—Se encuentra en Wisconsin. En tiempos de mi padre, solía haber allí una gran fábrica de motores. Una de nuestras líneas secundarias se encargaba de sus transportes,. pero la cerramos hace cosa de siete años, cuando la fábrica cesó de funcionar. Creo que ahora se encuentra en una de esas zonas agotadas. Pero quizá quede algo de maquinaria que Ted Nielsen pueda usar. A lo mejor, nadie se ha dado cuenta. El lugar está muy apartado y no existen comunicaciones directas con él.

—Lo encontraremos. ¿Cómo se llama esa fábrica?

—La «Twentieth Century Motor Company».

—La recuerdo muy bien. En mi juventud fue una de las mejores firmas de motores, quizá la mejor de todas. Creo recordar que el modo en que quebró fue algo raro… pero no sé exactamente lo ocurrido.

Necesitaron tres días de búsqueda, pero, al final, encontraron aquella carretera vacía y abandonada, y ahora su coche avanzaba por entre un mar de hojas amarillas, que parecían monedas de oro, en dirección a la «Twentieth Century Motor Company».

—Hank, ¿y si le ocurriera algo a Ted Nielsen? —preguntó súbitamente Dagny mientras él conducía en silencio.

—¿Por qué ha de sucederle nada?

—No lo sé, pero… Dwight Sanders desapareció y la «United Locomotives» no funciona, al menos por ahora. Las demás fábricas no se encuentran en condiciones de producir «Dieseis». Ya no hago caso de promesas, y… ¿de qué serviría un ferrocarril sin fuerza motriz?

—¿De qué sirve cualquier cosa, sin ella?

Las hojas resplandecían, agitadas por el viento. Se extendían durante millas y millas, desde la hierba a los arbustos y a los árboles, con el movimiento y colorido de un incendio. Parecían celebrar algún propósito logrado, ardiendo con irrefrenable y pletórica abundancia.

Rearden sonrió.

—Hay que reconocer que estas regiones tienen su encanto. Empiezan a gustarme. Es un país nuevo, que nadie ha descubierto. —Dagny aprobó con alegría—. La tierra es fértil. Fíjate en cómo crece todo. Desbrozaré el terreno y construiré…

Pero, de pronto, dejaron de sonreír. En los arbustos, junto a la carretera, se hallaba tendido un cadáver, el cilindro de metal oxidado, rodeado de pedazos de cristal: los restos de una estación de gasolina.

Era lo único visible de la misma. Los postes corroídos, la base de cemento y el polvillo de cristal quedaban tragados por la hierba y no se distinguían sino luego de contemplar aquello con detenimiento. En cuanto transcurriera un año más, habrían desaparecido definitivamente.

Miraron hacia otro lado y continuaron su marcha, no deseando saber qué otra cosa podía yacer bajo aquellas millas de hojarasca. Los dos experimentaban idéntica emoción, como si un peso comprimiera el silencio establecido entre ambos. Hubieran deseado saber qué habrían devorado aquellos arbustos y con cuánta rapidez.

La carretera terminaba bruscamente, luego de rodear una colina. Tan sólo unos pedazos de cemento sobresalían de una extensión de brea y de barro. El firme había sido arrancado por alguien que se lo llevó de allí. Ni siquiera las hierbas podían crecer en aquel pedazo de tierra. En la cumbre de una distante colina, un solitario poste de telégrafos destacaba, inclinado contra el cielo, como una cruz sobre una vasta tumba.

Tardaron tres horas, sufriendo un pinchazo, en recorrer con lentitud un trecho sin caminos, por entre zanjas y rodadas de carro, hasta llegar al poblado situado en el valle, más allá de la colina con su poste de telégrafos.

Unas cuantas casas seguían en pie, dentro del esqueleto de lo que en otros tiempos fue una ciudad industrial. Todo lo transportable había sido sacado de ella; pero aún quedaban algunos seres humanos. Las vacías estructuras eran ruinas verticales, devoradas no por el tiempo, sino por los hombres; las maderas habían sido arrancadas, faltaban trozos de tejado y habían agujeros en los sótanos, como si manos ciegas hubieran cogido aquello que necesitaban en un momento determinado sin preocuparse del mañana. Algunas casas habitadas aparecían desparramadas por entre las ruinas; el humo de sus chimeneas era el único indicio de vida en la ciudad. Una concha de cemento, que en otro tiempo fue la escuela, se elevaba en las afueras, semejante a un cráneo con las vacías cuencas de sus ventanas sin pintar y unos mechones de pelo en forma de alambres rotos.

Más allá, en una altura, se hallaba la fábrica de la «Twentieth Century Motor Company». Sus muros, tejado y chimeneas aparecían escuetos e impenetrables como una fortaleza. Todo hubiera parecido intacto de no ser por un plateado depósito de agua que habla perdido la posición vertical.

No vieron traza de camino hasta la fábrica, en aquella enmarañada ruta cubierta de arboleda. Se acercaron hasta la puerta de la primera casa, de la que surgía una débil columna de humo. Estaba abierta y una vieja encorvada e hinchada se acercó renqueando, al oír el motor. Iba descalza y llevaba un vestido confeccionado con sacos de harina. Miró el automóvil sin demostrar sorpresa ni curiosidad; con la expresión indiferente de quien ha perdido toda capacidad para sentir algo que no sea cansancio.

—¿Puede indicarme el camino hasta la fábrica? —preguntó Rearden.

La mujer no contestó en seguida, haciéndoles creer que acaso no hablaba su idioma.

—¿Qué fábrica? —preguntó a su vez. Rearden la señaló:

—Aquélla.

—Está cerrada.

—Ya lo sé. Pero ¿no hay camino para ir allá?

—No lo sé.

—¿No existe ninguna clase de comunicación?

—Hay carreteras en los bosques.

—¿Alguna de ellas permite el paso de un coche?

—Quizá.

—Bueno. ¿Cuál le parece que es la mejor?

—No lo sé.

A través de la puerta pudieron ver el interior de la morada. Disponía de una inútil cocina de gas, con el horno atestado de trapos, puesto que la utilizaba como armario. En un rincón vieron un fogón de ladrillo, con unos troncos ardiendo bajo una estropeada cacerola y la pared manchada con grandes trazos de hollín. Un objeto blanco se apoyaba contra las patas de la mesa; era un lavabo arrancado a la pared de quien sabe qué cuarto de baño, y lleno de coles mustias. Sobre la mesa había una vela colocada en el gollete de una botella. No quedaba pintura en el suelo, y los tablones habían sido restregados hasta obtener de ellos un color gris, semejante a la expresión visual del color de quien se agachó sobre ellos, perdiendo la batalla contra aquella suciedad que ahora impregnaba la madera.

Un grupo de harapientos chiquillos se había reunido ante la puerta, detrás de la mujer, acudiendo en silencio uno tras otro. Miraban al coche, pero no con la vivaz curiosidad de la infancia, sino con la tensión de salvajes, dispuestos a desaparecer a la menor señal de peligro.

—¿Cuántas millas hay hasta la fábrica? —preguntó Rearden.

—Diez —repuso la mujer. Y añadió—: O quizá cinco.

—¿Dónde está la ciudad más próxima?

—No hay ninguna ciudad próxima.

—Pero habrá ciudades, ¿no es verdad? ¿Dónde están?

—No lo sé. En algún sitio.

En un campo, junto a la casa, vieron unos cuantos trapos descoloridos, colgando de una cuerda de tender hecha con un pedazo de hilo de telégrafo. Tres pollos picoteaban entre los bancales de un pequeño huerto; otro estaba encaramado a un barrote, hecho con un pedazo de cañería. Dos cerdos se revolcaban en una mezcla de barro y de inmundicia. A fin de hacer posible el transitar por aquel suelo, se habían colocado en el mismo algunos trozos de cemento.

Oyeron un distante chirriar y pudieron ver a un hombre que sacaba agua del pozo comunal por medio de una polea. Lo miraron acercarse lentamente por la calle, llevando dos cubos que parecían demasiado pesados para sus débiles brazos. Sus ojos contemplaron a los forasteros, y luego miraron hacia otro lado, suspicaces y furtivos.

Rearden le ofreció un billete de diez dólares, a la vez que preguntaba:

—¿Quiere hacer el favor de indicarnos el camino hacia la fábrica?

El hombre contempló el dinero con absoluta indiferencia, sin moverse, ni alargar una mano hacia él, aferrando sus dos cubos. Dagny pensó que si alguna vez habla existido un ser sin egoísmo era aquél.

—Aquí no necesitamos dinero —dijo.

—¿Es que no trabajan para vivir?

—Sí.

—Pues entonces, ¿en qué lo gastan?

El hombre depositó los cubos en el suelo, como si acabara de ocurrírsele que no tenía por qué seguir soportando su peso.

—No necesitamos dinero —dijo—. Cambiarnos las cosas entre nosotros.

—¿Y cómo se las componen para negociar con los de otras ciudades?

—No vamos a ninguna ciudad.

—Pues aquí no parecen pasarlo muy bien.

—¿Ya usted qué le importa?

—Nada. Simple curiosidad. ¿Por qué permanecen en este lugar?

—Mi padre tenía una tienda. Pero la fábrica cerró.

—¿Por qué no se han ido?

—¿Adonde?

—A cualquier sitio.

—¿Para qué?

Dagny miraba los dos cubos; estaban hechos con latas vacías y asas de cuerda. En otro tiempo contuvieron petróleo.

—Escuche —insistió Rearden—. ¿Podría decirnos por dónde se va a la fábrica?

—Hay muchos caminos.

—¿Existe alguno por el que pueda circular un coche?

—Creo que sí.

—¿Cuál?

El hombre reflexionó unos momentos.

—Pues verá; si tuercen a la izquierda junto a la escuela —dijo —y siguen hasta llegar a un roble inclinado, encontrarán una carretera que permanece en buen estado, siempre que no llueva durante un par de semanas.

—¿Cuándo llovió últimamente? —Ayer.

—¿No existe otra?

—Pueden cruzar los pastos de Hanson y atravesar el bosque. Allí hay una buena carretera, muy sólida, que desciende hasta el arroyo.

—¿Existe puente para cruzarlo?

—No.

—¿Cuáles son las demás?

—Si lo que quiere es pasar con el coche, habrá de ir al otro lado de las tierras de Miller. Aquélla está asfaltada y es la mejor; vuelva a la derecha luego de alcanzar la escuela y…

—Pero ¿conduce a la fábrica?

—No; no conduce a la fábrica.

—Bien —dijo Rearden—, ya encontraremos nosotros mismos el camino. Había puesto en marcha el coche, cuando una piedra se estrelló contra el parabrisas. El cristal era irrompible, pero una red de grietas quedó marcada en el mismo. Vieron a un harapiento muchacho que se ocultaba rápidamente en una esquina, profiriendo gritos de placer, y escucharon también la penetrante risa de otros niños, desde detrás de ventanas y resquicios.

Rearden contuvo una interjección. El hombre miró al otro lado de la calle, con aire indiferente, frunciendo un poco el ceño. La mujer miró también aunque sin reaccionar. Había permanecido en silencio, sin interés y sin propósito, igual que una mezcla química o que una placa fotográfica que absorbieran formas visuales porque estaban allí para ello, pero incapaz d$ formarse una opinión de los objetos que contemplaba.

Dagny la observaba desde hacía unos minutos. No creía que aquel cuerpo informe e hinchado fuera producto de la edad o del descuido; le pareció como si la mujer estuviera embarazada. Mirándola con mayor cuidado, pudo ver que su pelo color tierra no era gris, y que muy pocas arrugas cubrían su cara. Tan sólo los ojos sin vida, los hombros encorvados y los movimientos renqueantes le conferían aquel aspecto de completa vejez.

Dagny sacó la cabeza del vehículo para preguntarle:

—¿Qué edad tiene?

La mujer la miró sin resentimiento, simplemente como quien acaba de escuchar una pregunta inútil.

—Treinta y siete —contestó.

Habían recorrido algún trecho, cuando Dagny comentó con expresión de terror:

—Hank, aquella mujer sólo tenía dos años más que yo.

—Sí.

—¿Cómo habrá podido llegar a semejante estado? Él se encogió de hombros.

—¿Quién es John Galt?

Lo último que vieron al salir de la ciudad fue un anuncio. El dibujo todavía perceptible en los jirones semiarrancados estaba impregnado también de un tono gris, que en otro tiempo fue un vivaz, color. Anunciaba una máquina lavadora. En un campo distante, más allá de la ciudad, la figura de un hombre se movía con lentitud, contorsionada por un esfuerzo físico superior al normal en un humano; arrastraba un arado.

Llegaron a la fábrica de la «Twentieth Century Motor Company» al cabo de dos horas y luego de recorrer sólo dos millas. En el momento de ascender la pendiente comprendieron que su esfuerzo era inútil. Un mohoso candado colgaba de la puerta principal, pero las grandes ventanas estaban rotas y el lugar resultaba accesible a cualquiera; a las marmotas, a los conejos y a las hojas secas que entraban a montones.

La fábrica llevaba mucho tiempo en semejante estado. Las grandes máquinas habían sido trasladadas a algún otro lugar, y los limpios agujeros de sus bases aún eran visibles en el. suelo de cemento. Lo demás fue pasto de, merodeadores diversos. No quedaba nada, excepto aquello que el vagabundo más mísero no había considerado aprovechable. Montones de chatarra retorcida y oxidada, maderos, yeso, pedazos de cristal y una escalera metálica, construida para durar mucho tiempo, y que cumplía su misión elevándose en esbeltas espirales hasta el techo.

Se detuvieron en el gran vestíbulo, donde un rayo de luz entraba diagonalmente por un agujero del techo. Los ecos de sus pasos se elevaban, para morir en la distancia, entre hileras de vacíos aposentos. Un pájaro emprendió el vuelo surgiendo de las vigas de acero, y batiendo con fuerza las alas, hasta perderse en el cielo.

—Tendríamos que examinar todo esto concienzudamente —dijo Dagny—. Tú sigue los talleres y yo los anexos. Hay que hacerlo lo más rápidamente posible.

—No me gusta verte andar sola por este lugar. No sé hasta qué punto estos suelos y escaleras son seguros.

—]Oh! No digas tonterías. Sé circular por una fábrica aunque esté en ruinas. Acabemos pronto. Quiero salir de aquí.

Cuando atravesaba los silenciosos patios donde puentes de acero aún cruzaban el aire, trazando líneas de geométrica perfección ante el cielo, su único deseo consistió en no ver nada de todo aquello; pero se obligó a hacerlo. Era lo mismo que practicar la autopsia al cuerpo de una persona amada. Miraba de un lado a otro, como si sus ojos fueran reflectores, mientras mantenía los dientes fuertemente apretados. Caminaba con rapidez por no ser necesario detenerse en ningún sitio.

Se detuvo por fin en lo que debió haber sido un laboratorio. Un alambre enroscado la obligó a ello. El alambre surgía de un montón de chatarra. Nunca había visto alambres dispuestos de aquel modo. Sin embargo, aquél le pareció familiar, como si trajera a su memoria algún recuerdo muy débil y distante. Alargó la mano hacia él, pero no pudo moverlo; estaba sujeto a algún objeto enterrado.

Aquel lugar debió haber sido un laboratorio experimental, a juzgar por los restos que aún observaba en las paredes: gran cantidad de instrumentos eléctricos, pedazos de cable,

conductos de plomo, tuberías de cristal y vitrinas empotradas sin estantes ni puertas. Había mucho cristal, goma, plástico y metal en aquel montón de escombros y también pedazos negros de la que fue una pizarra. Hojas de papel se retorcían obscuras por el suelo. Había también restos de objetos que no fueron llevados allí por los habitantes del recinto: envolturas de palomitas de maíz, una botella de whisky y una revista popular.

Intentó extraer aquel alambre en espiral, pero no lo consiguió; formaba parte de un objeto mayor. Se arrodilló y empezó a escarbar en los escombros.

Se cortó las manos y acabó cubierta de polvo, pero al fin pudo contemplar el objeto enterrado. Era un modelo de motor, roto e inútil. La mayoría de sus partes faltaban, pero quedaba aún lo suficiente como para intuir su anterior forma y propósito.

Nunca había visto un motor semejante, ni nada que se le pareciera. No podía comprender el diseño peculiar de aquellas partes, ni la función que intentaron realizar con él.

Examinó los tubos deslustrados y las conexiones de formas extrañas. Trató de adivinar su propósito, evocando todos los tipos de motor que conocía y el posible trabajo a realizar por ellos. Pero ninguno encajaba en el modelo. Aunque parecía un motor eléctrico, no le fue posible concretar la clase de fuerza que emplearía. No estaba diseñado para vapor, para petróleo, ni para ningún otro ingrediente conocido.

Emitió una silenciosa exclamación, o mejor quizá, su cuerpo sufrió un súbito estremecimiento al lanzarse de nuevo sobre el montón de escombros. A gatas, empezó a recoger los pedazos de papel de los alrededores, rebuscando con ahínco. Las manos le temblaban.

Encontró un delgado fajo de hojas escritas a máquina y unidas por un clip; restos de un manuscrito. Faltaban el principio y el fin, pero aquellos* fragmentos demostraban que, en otros tiempos, el pliego estuvo formado por muchas hojas más. Él papel adoptaba un color amarillento y estaba completamente seco. El manuscrito contenía la descripción de un motor.

Desde el vacío recinto de la central eléctrica, Rearden oyó su voz cuando gritaba: «¡Hank!» Había sonado con acento de terror.

Corrió hacia allá y la encontró de pie en medio del cuarto, con las manos sangrantes, las medias rotas, el vestido cubierto de polvo y un manojo de papeles en la mano.

—Hank, ¿qué te parece esto? —le preguntó señalando los extraños restos que tenia a sus pies.

Su voz sonaba intensa, presa de auténtica obsesión, como quien sigue bajo los efectos de algo que lo aparta totalmente de la realidad.

—¿Qué te parece esto? —repitió.

—¿Te ocurre algo? ¿Te has hecho daño?

—No… no te importe mi aspecto ni me mires. Estoy bien. Fíjate en esto. ¿Sabes lo qué es?

—¿Te has hecho daño?

—No. Estoy perfectamente; pero he tenido que escarbar ahí.

—Estás temblando.

—También temblarás tú, Hank. Mira y dime qué crees que es esto.

Él obedeció y, de pronto, su mirada se fue haciendo más intensa. Se sentó en el suelo y estudió con atención aquel objeto.

—Se trata de un modo bastante faro de ensamblar un motor —dijo frunciendo el entrecejo.

—Lee —le indicó ella, alargándole las páginas. Rearden leyó, levantó la mirada y exclamó:

—¡Cielos!

Dagny se había sentado también en el suelo y, por un momento, los dos permanecieron sin articular palabra.

—Lo vi gracias a ese alambre —dijo Dagny.

Su mente actuaba de forma tan veloz que no podía contender con todo cuanto de manera repentina acababa de ofrecerse ante su vista. Las palabras surgieron atropellándose.

—Lo primero que noté fue el alambre; había visto dibujos parecidos, aunque no iguales, hace años, cuando asistía a la escuela. Figuraban en un viejo libro, y tratábase de algo dejado por imposible, hace mucho, mucho tiempo. Pero a mí me gustaba leer todo cuanto podía acerca de motores ferroviarios. En el libro se decía que en épocas lejanas se pensó en ello, y que algunos hombres estuvieron trabajando largos años en la realización de experimentos, pero al no conseguir nada, acabaron abandonando el proyecto y éste quedó olvidado durante muchas generaciones. Nunca creí que un hombre de ciencia actual pudiera acordarse de él, mas por lo visto así ha ocurrido. Alguien ha resuelto el problema en nuestros días… Hank, ¿no lo comprendes? Aquellos hombres intentaron inventar un motor que usara la electricidad estática de la atmósfera, transformándola y creando su propia energía conforme funcionaba. No lo consiguieron y abandonaron la empresa. —Señaló la forma corroída—. Pero ahí lo tenemos.

Él hizo una señal de asentimiento, sin sonreír. Permanecía sentado, mirando los restos, sumido en profundas reflexiones que no parecían tener un carácter feliz.

—¡Hank! ¿Comprendes lo que esto significa? Es la mayor revolución efectuada en los motores, desde que se inventó la máquina de combustión interna. Lo destruye todo, y todo lo hace posible. ¡Al diablo con Wyatt, Sander y los demás! ¿Quién mirará, a partir de ahora, a una «Diesel»? ¿Quién se preocupará del petróleo, del carbón o de repostar combustible en las estaciones? ¿Ves lo mismo que yo? Una locomotora completamente nueva, de la mitad de tamaño que una «Diesel» y con diez veces la fuerza de ésta. Un generador propio, trabajando con unas gotas de combustible, sin límite de energía. El medio de locomoción más limpio, rápido y barato que se haya concebido jamás. ¿Comprendes lo que esto significa para nuestro sistema de transportes y para el país, en cosa de un año?

Pero en la cara de Rearden no brillaba la menor emoción. Contestó lentamente:

—¿Quién lo habrá diseñado? ¿Por qué lo abandonaron aquí?

—Ya lo averiguaremos.

Él contempló las páginas con aire reflexivo.

—Dagny —preguntó—, si no encuentras al hombre que lo hizo, ¿serías capaz de reconstruir ese motor con lo que queda ahí?

Ella tardó bastante en contestar y, al hacerlo, la palabra sonó con una entonación desesperada.

—¡No!

—Ni tú ni nadie. Un hombre lo construyó y, a juzgar por lo que aquí se dice, logró que funcionara. Es la cosa más admirable que haya visto jamás. O mejor dicho, lo era, porque no podemos conseguir que funcione de nuevo. Para reconstruir lo que falta, se necesitaría una mente tan grande como la suya.

—Encontraré a ese hombre aunque tenga que abandonar todo cuanto estoy haciendo ahora.

—Suponiendo que aún viva.

Ella notó la intención no declarada en sus palabras.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no creo que viva. Si viviera, ¿habría dejado su invento abandonado en un montón de chatarra? ¿Habría desechado un logro semejante?

Si viviera, tendríamos locomotoras con autogeneradores desde hace años. Y no habría que andar buscándolo porque todo el mundo conocería su nombre.

—No creo que este modelo haya sido fabricado hace demasiado tiempo. Rearden examinó el papel del manuscrito y el brillo ya oxidado del metal.

—Creo que diez años. O quizá algo más.

—Hemos de encontrarle. Quizá demos con algún conocido suyo. Esto es más importante que…

—…que cualquier otra cosa manufacturada en la actualidad. Pero no creo que lo encontremos. Y en tal caso, nadie está en condiciones de repetir lo que él hizo. Nadie construirá este motor. No queda suficiente de él. Se trata sólo de una directriz; de una directriz de valor incalculable; pero completarla requeriría la misma mente que le dio forma. ¿Imaginas a alguno de nuestros actuales proyectistas intentándolo siquiera?

—No.

—No hay ninguno de ellos con suficiente talla. Llevamos años sin que surja ninguna nueva idea. La profesión parece a punto de morir o tal vez haya muerto ya.

—Hank, ¿te das cuenta de lo que significaría este motor si se llegara a construir?

Él se rió brevemente.

—A mi modo de ver, diez años añadidos a la vida de todos cuantos habitan el país, considerando las muchas cosas cuya construcción sería más fácil y barata, las horas de trabajo ahorradas y el superior producto de la labor humana. ¿Locomotoras? ¿Y qué me dices de los automóviles, de los barcos y de los aeroplanos? ¿Y los tractores, y las centrales de energía eléctrica? Todo funcionaría en una ilimitada aportación de fuerza sin necesidad de más combustible que el necesario para mantener el funcionamiento del convertidor. Esta máquina pondría a todo el país en conmoción. Proporcionarla luz eléctrica a todos los lugares, incluso a casas como las que acabamos de ver en el valle. No hables de una hipótesis, sino de una realidad. Hay que encontrar al hombre que lo hizo.

—Lo intentaremos.

Hank se levantó bruscamente y contempló los estropeados restos, a la vez que decía con una risa sin rastro alguno de jovialidad:

—Éste era el motor ideal para la línea «John Galt».

Luego se puso a hablar a la manera brusca de un director de empresa.

—Primero vamos a ver si damos con su despacho personal. Miraremos el fichero de colaboradores, si es que queda alguno. Hemos de averiguar los nombres de investigadores e ingenieros. No sé a quién pertenece ahora este lugar, y sospecho que será difícil encontrar a sus dueños. De lo contrario, no hubieran dejado esto en semejante abandono. Repasaremos el laboratorio cuarto por cuarto. Haremos venir a unos cuantos ingenieros para que examinen con cuidado el lugar.

Salieron, pero Dagny se detuvo un instante en el umbral de la puerta.

—Hank, ese motor era la pieza más valiosa de esta fábrica —dijo en voz baja—. Más valiosa que la fábrica entera y que todo cuanto contuvo. Sin embargo, se le desechó y se le arrojó a un montón de basura. Fue lo único que nadie consideró digno de llevarse.

—Eso es lo que me asusta en este asunto —reconoció Rearden.

El despacho personal del investigador no les demoró mucho rato. Lo encontraron gracias al letrero que aún seguía en la puerta; pero dentro no había nada; ni muebles ni papeles; tan sólo las astillas de las ventanas rotas.

Regresaron al lugar donde se hallaba el motor. Poniéndose a gatas, examinaron los fragmentos que cubrían el suelo. Pero no hallaron gran cosa. Pusieron a un lado papeles que parecían contener notas de laboratorio, pero ninguno se refería al motor, ni tampoco hallaron entre ellos las hojas que faltaban en el manuscrito. Las envolturas de palomitas de maíz y la botella de whisky dieron fe de la clase de gente que había poblado aquel recinto, inundándolo como una ola que arrastrara restos de destrucción hasta desconocidas profundidades.

Apartaron unos pedazos de metal que quizá pertenecieran al motor, pero eran demasiado pequeños para poderles conceder algún valor. Parecía como si algunas partes hubieran sido arrancadas, quizá para utilizarlas en alguna otra cosa. Y lo que quedaba tenía un aspecto tan poco familiar que no interesó a nadie. Con las rodillas doloridas y las palmas de las manos sobre el mugriento suelo, Dagny notó cómo su cuerpo temblaba de ira; la ira dolorosa e inútil que responde a la visión de un lugar profanado. Se preguntó si los pañales de algún niño colgarían ahora de alambres extraídos al motor; si sus ruedas servirían como poleas en algún pozo, si sus cilindros estarían convertidos en tiestos de geranios sobre la ventana de la novia de aquel hombre que vació la botella de whisky.

En la colina quedaba todavía un rastro de luz, pero una neblina azul se extendía por los valles, y el rojo y dorado de las hojas parecía prolongarse hasta el cielo en franjas de sol poniente.

Era ya de noche cuando terminaron. Dagny se levantó y se reclinó contra el vacio cuadro de una ventana, para que un poco de aire fresco le diera en la frente. El cielo tenía un color azul obscuro. «Hubiera puesto a todo el país en conmoción.» Volvió a mirar el motor y luego posó su vista en el paisaje circundante. Exhaló un quejido, estremeciéndose, y luego descansó la cabeza sobre el brazo, apoyado en el marco de la ventana.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Hank. No contestó.

Rearden miró al exterior. Muy lejos, abajo en el valle, mientras la noche cerraba sobre él, empezaron a temblar unas cuantas lucecitas pálidas, producidas por las velas de sebo.

CAPÍTULO X

LA ANTORCHA DE WYATT

—¡Que Dios se compadezca de nosotros, señora! —exclamó el empleado del departamento de ficheros—. Nadie sabe quién es el dueño actual de esa fábrica, y creo que nadie lo sabrá.

El empleado estaba sentado ante una mesa, en aquella oficina del piso bajo, donde el polvo cubría los muebles y donde sólo acudían muy raros visitantes. Contempló el brillante automóvil estacionado fuera, en la plaza fangosa, que en otros tiempos fue centro de una próspera capital de distrito, y luego miró con débil expresión de ansiedad a los dos desconocidos solicitantes.

—¿Por qué? —preguntó Dagny.

Señaló con aire resignado el montón de papeles que había sacado de los ficheros.

—El tribunal decidirá quién es el dueño de esa fábrica, aunque no creo que haya nadie capaz de concretarlo.

—Pues, ¿qué ha ocurrido?

—Fue vendida… me refiero a la «Twentieth Century Motor Company»… Fue cedida simultáneamente a dos compradores distintos. Aquello provocó un grave escándalo hace dos años, y ahora —señaló los papeles —un montón de documentos esperan ser exhibidos ante algún tribunal. No sé qué juez podrá dictaminar quién es el verdadero propietario; quién posee algún derecho sobre eso.

—¿Quiere explicarnos lo sucedido?

—Verán. El último propietario legal de la fábrica fue la «People's Mortgage Company», de Rome, Wisconsin, ciudad que se encuentra treinta millas al norte. La «Mortgage Company» era una ruidosa empresa que hacía gran propaganda con sus créditos fáciles. Nadie sabía la procedencia de su jefe Mark Yonts, ni nadie sabe dónde se encuentra ahora; pero a la mañana siguiente de la quiebra de la «People's Mortgage Company» descubrieron que Mark Yonts había vendido la «Twentieth Century Motor» a unos tipos raros de South Dakota y que al propio tiempo la había cedido como garantía para un préstamo solicitado a cierto Banco de Illinois. Cuando echaron una mirada a la fábrica, descubrieron que había sacado de ella la maquinaria, vendiéndola por separado, aunque nadie logró averiguar a quién. De este modo, todo el mundo es dueño de esas instalaciones, mientras, por otra parte, no existe un propietario verdadero. La situación es ésta: Los de South Dakota, el Banco y el abogado de los acreedores de la «People's Mortgage Company» pleitean unos contra otros, reclamando la posesión de la fábrica sin que nadie tenga derecho a mover una rueda de allí… si es que queda alguna rueda.

—¿Hizo funcionar Yonts la fábrica antes de venderla?

—No, señora. No era de la clase de los que hacen funcionar nada. Lo único que quería era dinero. Y me parece que lo consiguió con más abundancia que si la hubiera puesto en marcha.

Rearden se preguntó por qué aquel hombre rubio y de facciones duras, sentado frente a una mujer a la mesa escritorio, miraba tan tristemente hacia el coche y hacia un objeto enorme, envuelto en lona y firmemente atado, que sobresalía bajo la capota del portaequipajes.

—¿Qué ocurrió con la documentación de esa fábrica?

—¿A qué se refiere, señora?

—A los controles de producción y al cuadro de trabajo y a los… archivos de personal.

—¡Oh! Ya no queda nada de eso. Ha sufrido un gran despojo. Los propietarios se llevaron los muebles y todo cuanto pudieron, aun cuando el sheriff pusiera un candado en la puerta. Los papeles y todo lo demás deben haber sido robados por los de Starnesville, ese pueblo del valle, donde lo pasan bastante mal. Lo más probable es que usaran los papeles para encender el fuego.

—¿Existe alguien por estos lugares que haya trabajado en la fábrica? —preguntó Rearden.

—No, señor. Por aquí, no. Todos vivían en Starnesville.

—¿Todos? —murmuró Dagny pensando en las ruinas—. ¿También los maquinistas?

—Sí, señora. Pero todos se han marchado hace tiempo.

—¿Recuerda por casualidad el nombre de alguien que trabajara allí?

—No, señora.

—¿Cuál fue el último propietario de la empresa? —preguntó Rearden.

—No podría decírselo, señor. Han sucedido muchos conflictos y el lugar ha cambiado muchas veces de manos desde que falleció el viejo Jed Starnes, su constructor y el que organizó, según creo, toda esa parte del país. Pero hace doce años que pasó a mejor vida.

—¿Podría darnos los hombres de los sucesivos propietarios?

—No, señor. Ocurrió un incendio en el viejo juzgado hace cosa de tres años, y desaparecieron muchos documentos. No sé dónde podrían encontrar a esas personas.

—¿Sabe usted por qué ese Mark Yonts adquirió la fábrica?

—La compró al alcalde Bascom, de Rome. Lo que no sé es cómo Bascom entró en posesión de la misma.

—¿Dónde está ahora Bascom?

—Sigue aquí, en Rome.

—Muchas gracias —dijo Rearden levantándose—. Le haremos una visita.

Cuando estaban a punto de salir, el empleado preguntó:

—¿Qué buscan ustedes en realidad, señores?

—Queremos encontrar a un amigo —dijo Rearden—. A un amigo del que no sabemos nada y que había trabajado en esa fábrica.

* * *

El alcalde Bascom, de Rome, Wisconsin, se reclinó en su sillón; su pecho y su estómago adoptaron el contorno de una pera bajo su sucia camisa. En el aire flotaba una mezcla de sol y de polvo, que parecía pender sobre el porche de su casa. Bascom accionó un brazo haciendo brillar el anillo, con un topacio de mala calidad, que llevaba en el dedo.

—No serviría de nada, señora. Absolutamente de nada. Sería perder el tiempo intentar enterarse de algo por conducto de esta gente. No queda nadie de cuantos trabajaron en la fábrica ni nadie se acuerda de ellos. Son tantas las familias que se han ido de aquí, que las que aún permanecen no le servirán de nada. Pueden creerme, absolutamente de nada. Resulta inútil ser alcalde de un montón de basura como éste.

Había ofrecido sillas a sus visitantes, pero no le importó que la señora permaneciese en pie, junto a la barandilla del pórtico. Se reclinó de nuevo, estudiando su larga figura, «Mercancía de gran clase», pensó; pero el que iba con ella parecía tener dinero.

Dagny contemplaba las calles de Rome. Había casas, aceras, faroles e incluso un anuncio de bebidas flojas; pero parecía como si sólo faltaran unas pulgadas y unas horas para que la ciudad llegara al mismo estado de Starnesville.

—No, no existe documentación alguna de esa fábrica —dijo Bascom—. Si es eso lo que desea, señora, más vale que desista. Viene a ser como perseguir hojas en una tempestad. Exactamente igual. ¿Quién se preocupa de esos papeles? En una época como la nuestra, lo que la gente pretende salvar son sólo objetos sólidos y materiales. Hay que ser práctico.

Por los sucios cristales de la ventana podía ver el interior de la casa. Había alfombras persas sobre el desigual suelo de madera, un bar portátil, con adornos cromados, junto a un muro manchado por las goteras de las últimas lluvias; una radio muy cara con un farol de petróleo sobre ella.

—Desde luego, fui yo quien vendió la fábrica a Mark Yonts. Éste era un buen sujeto, enérgico y decidido. Hizo lo que pudo; pero, ¿quién no lo hace? Tal vez llegara un poco lejos. Confieso que no lo esperaba. Lo creía lo suficiente listo como para mantenerse dentro de la ley… o de lo que queda de ella.

El alcalde Bascom sonrió, mirándoles con plácida sinceridad. Sus ojos eran astutos, pero sin inteligencia; su sonrisa bondadosa, pero sin amabilidad.

—No creo que sean ustedes detectives —continuó—, pero aunque lo fueran, me importaría muy poco. No tengo nada que ver con Mark; no me admitió en ninguno de sus negocios y no sé absolutamente dónde puede estar ahora. —Suspiró—. Era un tipo simpático. Preferiría que se hubiese quedado. Nunca hizo caso de los sermones del domingo. Tenía que vivir, ¿verdad? No era peor que otro cualquiera, sino simplemente más listo. A unos los atrapan y a otros no. Ésa es la diferencia… No sé lo que pensaba hacer con la fábrica cuando la compró. Desde luego, me pagó bastante más de lo que vale ese montón de escombros. Me hizo un favor. No; no insistí en que me la comprara. No fue necesario: Yo le había hecho otros favores con anterioridad. Existen numerosas leyes, pero resultan algo elásticas y todo alcalde puede estirarlas un poco en beneficio de los amigos. Bueno, ¡qué diablo! Es el único modo de hacerse rico en este mundo. —Echó una ojeada al lujoso coche negro—. Ustedes deben saberlo bien…

—Nos estaba hablando usted de la fábrica —indicó Rearden tratando de dominarse.

—Lo que no puedo soportar —respondió Bascom —es la gente que habla de principios. Ningún principio ha dado pan a nadie. Lo único que cuenta en la vida son los bienes materiales, cuanto más sólidos mejor. No hay que pensar en teorías cuando todo cae en pedazos a nuestro alrededor. En cuanto a mí, no pienso derrumbarme. Que ellos conserven sus ideas; yo me quedaré en lo concreto. No quiero ideas. Lo único que quiero son mis tres buenas comidas diarias.

—¿Por qué compró usted la fábrica?

—¿Por qué se compra un negocio cualquiera? Pues para sacarle el máximo provecho. Conozco las oportunidades con sólo verlas. Era una venta por quiebra y no había gran interés en esa ruina. Así es que la conseguí por unos centavos. Pero no tuve que retenerla mucho tiempo. A los tres meses, Mark me la quitó de las manos. Debo reconocer que fue un buen negocio. Ningún magnate hubiera conseguido un beneficio similar.

—Cuando usted adquirió la fábrica, ¿funcionaba ésta?

—No. Estaba cerrada.

—¿Intentó reanudar la producción?

—No, no. Soy hombre práctico.

—¿Puede recordar a algunos de los que trabajaron allí?

—No. No llegué a conocerlos.

—¿Se llevó usted algo de la fábrica?

—Pues verán; eché una ojeada y me gustó el viejo escritorio de Jed Starnes. En su tiempo fue todo un personaje. El escritorio era una maravilla, en sólida caoba. Así es que me lo traje para acá. Un director, no sé quién, tenía una ducha en su cuarto de baño como nunca había visto otra, con puerta de cristal y una sirena tallada en el mismo. Verdadera obra de arte, y además bastante llamativa; mucho más que una pintura al óleo. También hice trasladar aquí esa ducha. ¡Qué diablo! La fábrica era mía, ¿verdad? Tenía derecho a llevarme lo que quisiera.

—¿Quién había quebrado cuando compró usted la fábrica?

—Ocurrió la gran quiebra del «Community National Bank» de Madison. Muchacho, ¡qué ruina! Casi acabó con todo el Estado de Wisconsin… Desde luego, dejó en la miseria a buena parte de él. Algunos dicen que fue la fábrica de motores la que hundió al Banco, pero otros aseguran que sólo significó la última gota en un vaso ya lleno, porque el «Community National» tenía inversiones muy malas en otros tres o cuatro Estados. Su director era Eugene Lawson. Lo llamaban el «banquero de buen corazón». Hace dos o tres años era muy famoso por estos lugares.

—¿Ese Lawson llegó a dirigir la fábrica?

—No. Limitóse a prestar grandes cantidades de dinero a los dueños. Mucho más de lo que hubiera podido recuperar de la vieja chatarra. Cuando se vino abajo, aquello marcó el final de Gene Lawson. El Banco hizo quiebra tres meses después. —Suspiró—. La gente de por aquí sufrió las consecuencias. Todos tenían los ahorros acumulados en el «Community National».

El alcalde Bascom contempló la ciudad más allá del porche con aire lastimero. Señaló con el pulgar a alguien que se hallaba al otro lado de la calle: una mujer de la limpieza con el pelo blanco que, penosamente arrodillada, restregaba la escalera de una casa.

—¿Ve usted esa mujer, por ejemplo? Pues era una dama respetable. Su marido poseía la tienda de comestibles. Estuvo trabajando toda su vida para proporcionarle una vejez tranquila y cuando falleció lo había conseguido… pero todo su dinero estaba en el «Community National Bank».

—¿Quién dirigía la fábrica en el momento de la quiebra?

—¡Oh! Una corporación formada a toda prisa y llamada la «Amalgamated Service Inc.». Pero era sólo un globo flotando en el aire. Venía de la nada y a la nada volvió.

—¿Dónde están sus miembros?

—¿Dónde van los pedazos de un globo cuando estalla? Habría que buscarlos por todos los Estados Unidos. Inténtelo.

—¿Dónde vive Eugene Lawson?

—¡Oh! ¿Ése? Le ha ido muy bien. Tiene un trabajo en Washington, en la oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales.

Rearden se levantó con rapidez, impulsado por un acceso de cólera. Luego, dominándose, dijo:

—Gracias por la información.

—Al contrario, bien venido, amigo. Bien venido —dijo el alcalde Bascom tranquilamente —. No sé lo que andan buscando, pero sea lo que quiera, háganme caso y déjenlo. No podrán sacar nada de esa fábrica.

—Ya le dije que buscamos a un amigo.

—Bien. Como quieran. Debe ser un gran amigo, puesto que se toman tantas molestias por él. Usted y esa encantadora joven, que por cierto no es su esposa.

Dagny vio que Rearden palidecía hasta el punto de que sus labios sobresalieron como una escultura, sin contraste alguno con el resto de la cara.

—Calle su sucia… —empezó, pero logró interrumpirse.

—¿Por qué cree usted que no soy su esposa? —preguntó Dagny con calma.

El alcalde Bascom parecía asombrado ante la reacción de Rearden; había pronunciado aquella frase sin malicia, simplemente como quien se jacta de su astucia ante un compinche con el que se trae algún juego.

—He visto mucho en esta vida —dijo de buen humor—. Y los casados no se miran uno a otro como si estuvieran pensando siempre en el dormitorio. En este mundo o se es virtuoso o se goza. Pero no las dos cosas a un tiempo; no las dos cosas.

—Le he formulado una pregunta —dijo Dagny tranquilamente para silenciar a Rearden —, y acaba de darme una instructiva explicación.

—Si quiere un consejo, señora —prosiguió Bascom—, cómprese un anillo en la tienda de la esquina y lúzcalo. No es que sea un dato seguro, pero sirve.

—Gracias —dijo Dagny—. Adiós.

Su firme actitud fue un mandato que obligó a Rearden a seguirla hasta el coche.

Se encontraban a varias millas de la ciudad cuando, sin mirarla y con voz desesperada y sorda, Hank exclamó:

—Dagny, Dagny… ¡cuánto lo siento!

—Yo no.

Momentos después, al observar en su rostro señales de haberse dominado, le dijo:

—Nunca te irrites con nadie cuando te diga la verdad.

—Pero es que esa verdad no era asunto de su incumbencia.

—Su opinión de ello tampoco nos incumbía ni a ti ni a mí.

Apretando los dientes, no como respuesta sino como expresando una idea que le martilleaba el cerebro, obligándole a pronunciar palabras contra su voluntad, Rearden repuso:

—No pude protegerte de aquel indeseable… —No necesité tu protección.

Guardó silencio sin mirarla.

—Hank, cuando hayas logrado dominar tu enojo, mañana o la semana que viene, piensa un poco en la explicación de ese hombre y observa si estás de acuerdo con alguna parte de la misma.

Él movió la cabeza para mirarla, pero no dijo nada.

Cuando volvió a hablar, mucho tiempo después, fue sólo para decir, con voz serena y cansada:

—No podemos llamar a Nueva York para que nuestros ingenieros vengan a rebuscar en la fábrica. No podemos esperarlos aquí. No podemos revelar que hemos encontrado ese motor tú y yo… Allá arriba… en el laboratorio… me olvidé de ello.

—En cuanto hallemos un teléfono, llamaré a Eddie y le pediré dos ingenieros de la Taggart Yo estoy aquí sola, de vacaciones, y eso es todo cuanto deben saber.

Tuvieron que recorrer doscientas millas hasta encontrar un teléfono que les permitiera poner una conferencia. Al oír la voz de Dagny, Eddie Willers exclamó:

—¡Dagny! ¿Dónde estás?

—En Wisconsin. ¿Por qué?

—No sabía dónde encontrarte. Más vale que vuelvas en seguida y tan de prisa como puedas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Nada… todavía. Pero están pasando cosas que… vale más que pongas fin a ellas en seguida, si es que puedes./ Si es que alguien puede.

—¿Qué cosas?

—¿Es que no lees los periódicos?

—No.

—No puedo decirlo por teléfono. No puedo darte detalles. Dagny, me creerás loco, pero creo que están planeando acabar con Colorado.

—Volveré en seguida —respondió Dagny.

* * *

Cortados en el granito de Manhattan, bajo la estación término Taggart, había túneles que fueron utilizados como apartaderos cuando el tráfico circulaba como una corriente por todas las arterías del terminal a todas las horas del día. La necesidad de espacio había ido disminuyendo en el transcurso de los años, a medida que el tráfico se hacía menor, y los túneles laterales quedaron abandonados como ríos secos. Unas cuantas luces seguían brillando cual manchas azules sobre el granito, encima de los ríeles que se estaban oxidando sobre el suelo.

Dagny colocó los restos del motor en una bóveda excavada en uno de aquellos túneles. La bóveda contuvo en otros tiempos un generador de electricidad para casos de urgencia, sacado de allí mucho antes. No confiaba en los inútiles jóvenes del Departamento de Investigaciones. Sólo había entre ellos dos muchachos de talento capaces de apreciar su hallazgo. Compartió su secreto con ambos y los envió a la fábrica de Wisconsin. Luego ocultó el motor donde nadie sospechara su existencia.

Cuando los obreros hubieron transportado la pieza a la bóveda y se marcharon de nuevo, estuvo a punto de seguirlos y de cerrar la puerta de acero, pero se detuvo con la llave en la mano como si el silencio y la soledad la hubieran confrontado de improviso al problema que llevaba debatiendo varios días, haciendo imprescindible su resolución.

Su vagón oficina esperaba junto a uno de I03 andenes del terminal, enganchado a la cola de un tren que partiría hacia Washington a los pocos minutos. Había concertado una cita con Eugene Lawson; pero estuvo diciéndose que sería mejor cancelarla y aplazar la investigación si es que quería oponerse de algún modo al estado de cosas que halló a su regreso a Nueva York y por cuya causa Eddie le había implorado que volviera.

Intentó pensar, pero no pudo dar con un sistema adecuado, con reglas de combate ni con armas. El sentirse impotente era una extraña experiencia, nueva para ella. Nunca le fue difícil enfrentarse a las dificultades, ni adoptar decisiones; pero ahora no se trataba de hechos concretos, sino de una niebla desprovista de formas o de definiciones, en la que algo se formaba y desaparecía antes de poder ser visto, igual que los grumos en un líquido no fluido del todo. Era como si sus ojos se redujeran a una visión lateral de las cosas t intuyera perspectivas de desastre agazapadas y prestas a la acción; pero no podía mirar hacia otro sitio porque carecía de pupilas que mover y que enfocar.

La «Unión de Maquinistas Ferroviarios» exigía que la máxima velocidad de los trenes de la línea «John Galt» quedara reducida a sesenta millas por hora. La «Unión de

Conductores y Guardafrenos» solicitaba que la longitud de los trenes de mercancías se redujera a sesenta vagones.

Los Estados de Wyoming, Nuevo Méjico, Utah y Arizona pedían que el número de trenes a circular por Colorado no excediera al de ellos.

Un grupo organizado por Orren Boyle solicitaba la aprobación de una ley de protección que limitara la producción de metal Rearden a una cifra igual a la de cualquier otra fundición de capacidad similar.

Un segundo grupo, dirigido por míster Mowen, exigía la aprobación de una ley compensadora que cediera a cada cliente una cantidad proporcional del metal Rearden solicitado.

Otra organización, mandada por Bertram Scudder, defendía la aprobación de una ley estabilizadora prohibiendo a los industriales del Este actuar fuera de sus Estados.

Wesley Mouch, coordinador jefe de la Oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales, estaba haciendo numerosas declaraciones, cuyo contenido y propósito era imposible de definir. Pero las expresiones «poderes de urgencia» y «economía desequilibrada» aparecían en el texto a cada instante.

—Dagny, ¿con qué derecho hacen eso? —le había preguntado Eddie Willers con expresión tranquila, pero sus palabras sonaron como un grito de angustia.

Dagny se había enfrentado a James Taggart en su despacho para decirle: «Jim, esta batalla te pertenece a ti. Yo ya he librado la mía. Se te supone un experto en el trato con esos saqueadores. Detenlos».

Taggart había contestado, sin mirarla: «No puedes esperar que la economía nacional sea gobernada de acuerdo con tus conveniencias».

—¡Yo no deseo gobernar la economía nacional! Lo que deseo es que quienes la dirigen me dejen en paz. Tengo un ferrocarril que defender y sé muy bien lo que sucederá a esa economía nacional si este ferrocarril se hunde.

—No veo la necesidad de sentir pánico.

—Jim, ¿tengo que explicarte que los beneficios de la línea «Rio Norte» es todo cuanto poseemos para salvarnos de la ruina? ¿Qué necesitamos hasta el último centavo, hasta el último billete y hasta el último cargamento sin retraso de ningún género?

Él no había contestado palabra.

—En una época en que tenemos que recurrir a los restos del potencial de cada una de las estropeadas «Diesel», cuando carecemos de las locomotoras necesarias para prestar a Colorado el servicio que necesita, ¿qué sucederá si disminuimos la velocidad y dimensión de los trenes?

—También hay que tener en cuenta el parecer de los sindicatos. Con tantas compañías ferroviarias cesando en el servicio y tantos empleados sin trabajo, creen que las velocidades extraordinarias establecidas por ti en la línea «Rio Norte» constituyen un perjuicio. En su opinión han de funcionar más trenes para que el trabajo/ quede repartido. No creen justo que acaparemos todos los beneficios del nuevo riel. También ellos quieren participar en los mismos.

—¿Quién desea semejante participación y en pago de qué? —Pero no obtuvo respuesta—. ¿Quién soportará el coste de dos trenes realizando el trabajo de uno? —Silencio—. ¿De dónde sacarás los vagones y las máquinas? —James continuó callado—. ¿Y qué harán esos hombres cuando hayan conseguido que la «Taggart Transcontinental» cese en sus funciones?

—Tengo un interés absoluto en proteger a la «Taggart Transcontinental».

—¿Cómo? —Jim no contestó—. ¿Cómo quieres conseguirlo… si matas a Colorado?

—A mi modo de ver, antes de ofrecer a otros una posibilidad para desenvolverse, deberíamos prestar cierta atención a la gente necesitada sencillamente de sobrevivir.

—Sí matas a Colorado, ¿qué les quedará a tus malditos saqueadores?

—Siempre te has opuesto a toda medida progresiva y social. Creo recordar que pronosticaste un desastre cuando aprobamos la ley «antidestrucción mutua». Pero ese desastre no ha sobrevenido.

—¡Porque yo os salvé, pedazo de imbéciles! Pero esta vez no podré conseguirlo. —Él se encogió de hombros sin mirarla—. Y si yo no lo hago, ¿quién lo hará?

Pero tampoco esta vez James pronunció palabra.

Nada de aquello le pareció real mientras se encontraba en el túnel subterráneo. Comprendió que no podría tomar parte en la batalla de Jim, ni actuar contra hombres cuyas ideas no quedaban completamente definidas; hombres que no sabían expresar sus motivos ni propósitos y cuya moralidad cobraba una actitud bastante vaga. Nada podía decirles, porque no la escucharían ni le contestarían. Se preguntó cuáles iban a ser las armas a esgrimir en un ambiente donde la razón había cesado de constituir arma alguna. Tratábase de un recinto en el que no podía penetrar. Tenía que dejárselo a Jim y contar con el interés de éste. De una manera muy tenue, notó el estremecimiento que le ocasionaba pensar en que dicho interés no estimulaba en absoluto a Jim.

Contempló el objeto situado ante ella: una caja de cristal conteniendo los restos del motor. De improviso y de un modo repentino que pareció un grito de angustia, pensó en el hombre que lo había ideado. Experimentó un momento de ansiedad, anhelando encontrarlo, reclinarse contra él y dejarle explicar lo que consideraba más urgente en aquellos momentos. Una mente como la suya conocería el camino a adoptar para salir airoso de la batalla.

Miró a su alrededor. En aquel mundo limpio y racional de los túneles, nada era tan importante como la tarea de hallar al hombre que había creado el motor. Pensó: «¿Podría retrasar aquella búsqueda con el fin de discutir con Orren Boyle, o razonar con míster Mowen, o rogar a Bertram Scudder?» Vio en su imaginación el motor ya completo, convertido en máquina capaz de arrastrar un tren de doscientos vagones por rieles de metal Rearden a doscientas millas por hora. Cuando aquella visión se hallaba dentro de lo posible, ¿iba a abandonarla y perder el tiempo discutiendo acerca de sesenta millas y de sesenta vagones? No podía descender hasta una existencia en la que su cerebro estallara bajo la presión a que lo sometía, intentando no aventajar demasiado a los incompetentes. No podía permitir que funcionara frenado por la advertencia: «Cuidado. Más despacio. Cautela. No trabajes a pleno rendimiento si no te lo exigen».

Se volvió resueltamente y abandonó la bóveda para tomar el tren de Washington.

Al contemplar la puerta de acero le pareció escuchar un débil eco de pasos. Miró arriba y abajo dentro de la obscura curva del túnel. No vio a nadie; tan sólo el rosario de luces azules resplandeciendo sobre paredes, de granito húmedo.

* * *

Rearden no podía luchar contra quienes proponían aquellas leyes. No le quedaba más opción que combatirlas o mantener abiertas sus fundiciones. Había perdido su suministro de mineral de hierro. Tenía que librar una u otra batalla, pero no había tiempo para ambas.

A su regreso, se encontró con que una entrega de hierro no había sido cumplimentada, sin que mediase ninguna explicación por parte de Larkin. Convocado al despacho de Rearden, Larkin apareció tres días después del señalado, sin ofrecer excusas por aquel

retraso. Sin mirar a Rearden, manteniendo la boca cerrada fuertemente, con expresión de rencorosa dignidad, dijo:

—Después de todo, usted no tiene por qué ordenar a la gente que acuda a su despacho cuando le parezca oportuno.

Rearden le preguntó lentamente:

—¿Por qué no ha sido entregado ese metal?

—No soporto los abusos; no permitiré la menor incorrección por algo que no he podido evitar. Sé dirigir una mina tan bien como usted y hacer lo mismo que usted haga. No comprendo por qué ciertas cosas marchan mal. No se me puede reprochar aquello que sobreviene sin previo aviso.

. —¿A quién envió su mineral el mes pasado?

—Intenté servir su pedido. Me lo propuse muy de veras, pero no pude evitar que se perdiesen diez días a causa de las tormentas que asolaron todo el norte de Minnesota. Quise enviarle el mineral para que no tuviera ninguna queja de mí y porque mi intención era totalmente honrada.

—Si uno de mis altos hornos se apaga, ¿cree que serán suficientes sus buenas intenciones para hacerlo funcionar de nuevo?

—Es por esto por lo que nadie puede tener tratos con usted, ni discutir nada. Es un ser inhumano.

—Acabo de enterarme de que durante los últimos tres meses no ha enviado su mineral por las líneas lacustres, sino que hizo las entregas por tren. ¿Puede explicarme el motivo?

—Pues… después de todo, creo que tengo derecho a llevar mi negocio como mejor me convenga.

—¿Por qué prefiere pagar el precio extra que eso significa?

—¿A usted qué le importa? Al fin y al cabo no se lo cargo en la cuenta.

—¿Qué hará cuando se dé cuenta de que no puede soportar las tarifas ferroviarias y que ha arruinado a las líneas de navegación mercante?

—Estoy seguro que no entiende usted de nada, aparte de sumar cantidades en dólares y centavos. Pero algunas personas toman en consideración otras responsabilidades de tipo social y patriótico.

—¿Qué responsabilidades?

—Yo creo que una línea férrea como la «Taggart Transcontinental» es esencial a la riqueza del país y que tenemos el deber de apoyar la línea que Jim posee en Minnesota y que actualmente está funcionando con déficit.

Rearden se inclinó hacia delante sobre su mesa escritorio. Estaba empezando a ver con claridad cierta línea de conducta que nunca había entendido.

—¿A quién envió su mineral el mes pasado? —preguntó con voz tranquila.

—Se trata de un asunto particular que yo…

—A Orren Boyle, ¿verdad?

—No irá a figurarse que sacrifiquemos toda la industria del país a sus egoístas intereses.

—¡ Salga de aquí! —exclamó Rearden, aunque sin perder la calma.

La línea en cuestión quedaba ahora perfectamente clara ante su vista.

—No me interprete mal. No quise decir…

—¡Fuera! Larkin salió.

Siguieron días y noches de búsqueda por todo el continente, utilizando el teléfono, el telégrafo y el avión; de examen de minas abandonadas y de otras a punto de serlo; de

tensas y apresuradas conferencias, sostenidas en rincones mal iluminados de restaurantes dudosos. En ciertas circunstancias Rearden tenía que decidir cuánto podía arriesgar basándose en la única evidencia representada por el rostro de un hombre, sus modales y el tono de su voz, aborreciendo tener que confiar en la honradez como quien espera un favor, pero lanzándose a ello poniendo dinero en manos desconocidas a cambio de promesas 'sin concretar y ofreciendo préstamos sin firma ni garantía a representantes de minas fracasadas. El dinero era entregado y tomado furtivamente, como un intercambio entre criminales, en billetes anónimos. Era vertido en contratos que nadie hubiera podido obligar a cumplir, sabiendo ambas partes que, en caso de fraude, el castigo lo recibiría el estafado y no el estafador. Pero todo tenía como única finalidad que una corriente de mineral continuara afluyendo a los hornos y que de éstos surgiera a su vez otra corriente de metal blanco.

—Míster Rearden —le preguntó el encargado de compras de sus fundiciones—, si esto continúa así, ¿cuáles van a ser sus beneficios?

—Los recuperaremos incrementando el tonelaje —respondió Rearden débilmente—. Tenemos un mercado ilimitado para nuestro metal.

El jefe de compras era un hombre de edad madura, con el pelo gris, el rostro escueto y seco, y un corazón que, según muchos, sólo gozaba con la tarea de exprimir hasta el último átomo el valor de un centavo. Se hallaba en pie, frente al escritorio de Rearden, mirándole a la cara con ojos fríos, entornados y tristes. Era la mirada de más profunda simpatía que Rearden hubiera visto jamás.

«No existe otro camino», pensó, igual que venía pensando durante aquellos días y noches. No conocía otras armas que las de pagar por lo que deseaba, entregar valor por valor; no pedía nada a la naturaleza sin ofrecer la recompensa debida; no solicitar nada de los hombres sin ofrecer algo a cambio de su esfuerzo. «¿Cuáles eran las armas —pensó —, si los valores habían dejado ya de serlo?»,

—¿Un mercado ilimitado, míster Rearden? —preguntó secamente el jefe de compras.

Rearden levantó la mirada hacia él.

—Creo que no soy lo suficiente listo como para salir airoso de los tratos que exigen estos tiempos —dijo en respuesta a los inexpresados pensamientos que parecían colgar del aire.

El jefe de compras sacudió la cabeza.

—No, míster Rearden. Una cosa o la otra. Pero el mismo cerebro no las puede hacer ambas. O es usted bueno para dirigir las fundiciones o lo es para intrigar en Washington.

—Quizá tuviera que aprender el método de ellos.

—No podría aprenderlo nunca, y además no le proporcionaría beneficio alguno. No vencería en ninguno de ambos casos. ¿No lo comprende? Es usted el ser en quienes otros han de cebarse.

Una vez solo, Rearden experimentó una sacudida de ciega cólera, como ya le había ocurrido antes; simple y escueta, como una descarga eléctrica; la cólera provocada por el conocimiento de que uno no puede contender con la pura maldad, con esa maldad desnuda y consciente que ni posee una justificación ni la busca. Pero cuando sintió el deseo de luchar y matar por esa causa lícita que es la defensa propia, vio ante sí el rostro rubicundo y sonriente del alcalde Bascom y escuchó su voz gruñona al decir: «… usted y esa encantadora dama que no es su esposa».

No quedaba causa justificable alguna, y el dolor de la cólera se estaba transformando en otro vergonzoso: el de la sumisión. No tenía derecho a condenar a nadie, pensó, ni a denunciar nada, ni a luchar, ni a morir alegremente, proclamando su sanción de la virtud. Promesas rotas, deseos inconfesados, traición y engaño, mentira y fraude…; de todo ello

se sentía culpable. ¿Cómo mostrar desdén hacia una forma cualquiera de corrupción? Los grados no importan, pensó. No se discute acerca de pequeñas porciones del mal.

Mientras permanecía derrumbado en el sillón, tras de su mesa, pensando en que ya no le era posible proclamar su honestidad, ni aquel sentido de la paciencia ya perdido, no sabía que era precisamente su nítida honradez y su inflexible opinión de la justicia lo que le despojaban ahora de su única arma. Podía combatir contra los saqueadores, pero sin ira y sin fuego. Podía luchar, pero sólo como una ruina culpable lucha contra otras parecidas. No pronuncio palabra alguna, pero el dolor era su equivalente; aquel punzante dolor que preguntaba: «¿Quién soy yo para lanzar la primera piedra?»

Dejó que su cuerpo se desplomara sobre el escritorio… «Dagny —pensó—, Dagny. Si ése es el precio que he de pagar, lo pagaré…» Seguía siendo un comerciante auténtico, desconocedor de cualquier código que no fuera el del pago total de cuanto deseara.

Era muy tarde cuando regresó a su casa. Subió apresurada y silenciosamente la escalera de su dormitorio. Aborrecía verse reducido a aquel comportamiento subrepticio; pero llevaba meses haciendo lo mismo. El ver a su familia había llegado a serle insoportable, sin que supiera por qué. «No los aborrezcas por tu propia culpa», se había dicho, pero comprendía vagamente que la raíz de su odio no residía allí.

Cerró la puerta de su dormitorio como un fugitivo que consigue unos momentos de respiro. Se movió precavidamente y se desnudó, dispuesto a meterse en la cama; no quería que ningún sonido traicionara su presencia; no deseaba ningún contacto con sus familiares, ni siquiera mental.

Se había puesto el pijama y disponíase a encender un cigarrillo, cuando la puerta del dormitorio se abrió. La única persona que podía entrar en el mismo sin llamar, jamás lo hizo voluntariamente. Se quedó como alelado un instante, antes de darse cuenta de que quien acababa de entrar era Lillian.

Llevaba un atavío estilo imperio, color chartreuse pálido, cuya falda plisada brotaba graciosa de su alta cintura. A primera vista era imposible decidir si se trataba de un vestido de noche o bien de una negligée. Pero era esto último.

Se detuvo en la puerta. A contraluz las líneas de su cuerpo formaban una atractiva silueta.

—Sé bien que no he de presentarme a un forastero —dijo suavemente—, pero tendré que hacerlo: soy la señora Rearden.

Él no pudo decir si se expresaba con sarcasmo o si le estaba rogando algo.

Acabó de entrar y cerró la puerta con ademán imperioso; un ademán de propietaria.

—¿Qué te ocurre, Lillian? —le preguntó suavemente.

—Querido, no debes confesar tanto y de un modo tan brusco—. Se movía con completo aplomo por el cuarto; pasó ante la cama y sentóse en un sillón—. Y sobre todo de una manera tan poco agradable. Es de sobras conocido que sólo puedo robar tu tiempo por una causa especial. ¿Prefieres, acaso, concertar una cita conmigo a través de tu secretaria?

Hank se hallaba en mitad del cuarto, sosteniendo el cigarrillo entre los labios, mirándola sin contestar. Lillian se echó a reír.

—Mis motivos son tan poco corrientes, que seguramente no te los habrás siquiera figurado. Me siento sola, querido. ¿Te importaría arrojar unas migajas de tu costosa atención a un mendigo? ¿Me dejas permanecer aquí, sin motivo formal para ello?

—Sí —respondió él con calma—. Si lo deseas…

—No tengo nada importante que discutir; ni pedidos de un millón de dólares, ni negocios transcontinentales, ni rieles, ni puentes. Ni siquiera te hablaré de la situación política. Tan sólo deseo charlar como una mujer cualquiera acerca de cosas sin importancia.

—Adelante.

—Henry, ¿no existe un modo mejor de retenerme? —Ofrecía un aire de impotencia y a la vez de conmovedora sinceridad—. ¿Qué quieres que diga después de eso? Supón que quisiera hablarte de la nueva novela que está escribiendo Balph Eubank. Me la ha dedicado. ¿Te interesa?

—Si he de decirte la verdad… no me interesa en absoluto.

—¿Y si yo no quisiera saber la verdad? —preguntó riendo.

—Pues entonces no sabría qué contestarte —repuso Rearden, notando cómo la sangre afluía a su cerebro de manera tan brusca como una bofetada, y dándose cuenta de la doble infamia que representaba una mentira expresada como protesta de honradez; lo había dicho sinceramente, pero implicaba una jactancia a la que no tenía derecho alguno—. ¿Para qué querrías mi opinión si no fuera verdad? —preguntó—. ¿Para qué?

—He ahí la crueldad de la gente cargada de razón. No me comprenderías si te contestara que la devoción real consiste en prestarse a la mentira, al engaño y al fraude, a fin de hacer feliz a otra persona; crear para ella la realidad que desea, si es que no le gusta aquélla en la que vive.

—No —repuso él lentamente—. No lo comprendería.

—Es muy sencillo. Si a una mujer bonita le dices que lo es, ¿qué le has dado? No has hecho más que expresar algo cierto que nada te costó. Pero si a una mujer fea le dices que es bonita, le ofreces el inmenso homenaje de corromper el concepto de la belleza. Amar a una mujer por sus virtudes carece de significado, se lo merece y es un pago y no un regalo; pero amarla por sus defectos es un auténtico presente que ella no merece ni se ha ganado. Amarla por sus defectos es maltratar a la virtud por su causa, y ello sí que significa un tributo real al amor, porque sacrificas tu conciencia, tu razón, tu integridad y tu valiosa estimación particular.

La miró inexpresivo. Todo aquello sonaba como una especie de monstruosa corrupción. Era imposible imaginar que alguien pudiera expresarla de veras. Se preguntó por qué hablaba de semejante modo.

—¿Qué es el amor sin sacrificio? —preguntó desenvuelta, en el tono de una charla de salón—. ¿Y qué es el sacrificio a menos de sacrificar aquello que consideramos precioso e importante? Pero no confío en que lo entiendas. Un puritano de acero inoxidable como tú, es incapaz de ello. Posees el inmenso egoísmo de tales personas. Dejarías perecer al mundo entero antes que ensuciar tu inmaculado ser con una simple mancha de la que avergonzarte.

—Nunca he pretendido ser inmaculado —repuso él lentamente con voz extrañamente tensa y solemne.

Lillian se echó a reír.

—¿Y qué eres ahora si no eso? Me has dado una respuesta sincera, ¿verdad? —Encogió sus desnudos hombros—. ¡Oh, querido! No me tomes en serio. Hablaba por hablar.

Henry aplastó su cigarrillo en un cenicero, sin pronunciar palabra.

—Querido —dijo Lillian—, he venido sólo porque no dejo de pensar que tengo esposo y quería saber cuál es su aspecto.

Lo estudió, mientras él permanecía en pie en medio de la habitación, con las altas, rectas y tensas líneas de su cuerpo puestas de relieve por el color azul obscuro del pijama.

—Eres muy atractivo —continuó—. Estos últimos meses has mejorado de aspecto. Estás más joven. ¿Acaso debería decir que pareces más feliz? Tu aire es menos envarado. ¡Oh! Sé que trabajas más que nunca y que actúas como un jefe de escuadrilla en un bombardeo aéreo; pero es sólo exteriormente. En tu interior estás más… aliviado.

La miró con asombro. Era cierto. No se había dado cuenta ni tuvo ocasión de admitirlo. Se asombró ante su poder de observación. Aquellos últimos meses la había visto muy poco. No entró en su dormitorio desde que regresó de Colorado. Se dijo que Lillian agradecía aquel aislamiento. Ahora sé preguntó qué podía haberla vuelto tan sensible a los cambios operados en él… a menos que se tratara de un sentimiento de mayor alcance al que hubiera sospechado en ella. No me había dado cuenta —dijo.

—Es natural, querido, y al mismo tiempo asombroso, puesto que estás pasando una época terriblemente difícil.

Se preguntó si al decir aquello había formulado una pregunta. Lillian hizo una pausa, cual si esperara respuesta, pero sin forzarle a la misma, continuó jovialmente:

—Sé que tienes grandes conflictos en las fundiciones y que la situación política te perjudica mucho. Si aprueban esas leyes de que tanto están hablando recibirás un duro golpe.

—Así es. Pero se trata de un tema que carece de interés para ti.

—¡Al contrario! —Levantó la cabeza y lo miró; sus ojos mostraban aquella expresión indiferente y velada que él ya conocía; cierto aire de intencionado misterio y de completa confianza en su incapacidad para penetrarlo—. Me interesa muchísimo… aunque no por sus posibles consecuencias financieras —añadió suavemente.

Por vez primera Rearden se preguntó si su desprecio, su sarcasmo, su manera cobarde de lanzar insultos bajo la protección de una sonrisa, no sería lo contrario a lo que él había supuesto siempre; no un sistema de tortura, sino una retorcida forma de desesperación; no el deseo de hacerle sufrir, sino una confesión de su propio dolor; la defensa de su orgullo de esposa abandonada; una súplica secreta, de modo que lo sutil, lo insinuado, lo evasivo, aquello que le instaba a comprender no fuera malicia declarada, sino expresión de oculto amor. Volvió a pensar en ello, perplejo. Su sensación de culpabilidad cobraba mayores proporciones que nunca.

—Si hablamos de política, Henry, te diré que se me ha ocurrido un pensamiento divertido. ¿Cuál es ese lema que usa tanto el bando que representas…? ¿El lema por el que parecéis luchar? «La santidad del contrato» o algo por el estilo, ¿verdad?

Vio su furtiva mirada, la expresión intensa de sus ojos, primera señal de que su golpe habla sido encajado, y se echó a reír.

—Prosigue —continuó Henry en voz baja, en la que sonaba cierto atisbo de amenaza.

—Querido, ¿por qué, si me comprendes perfectamente?

—¿Qué intentabas decir? —preguntó con voz dura y precisa, desprovista de sentimiento y de color.

—¿Quieres obligarme a la humillación de una queja? ¡Se trata de algo tan trivial y vulgar!… Aunque nunca creí tener un esposo que se jactara de ser distinto a hombres menos importantes que él. ¿Quieres hacerme recordar que cierta vez juraste que mi dicha sería el objetivo de tu vida? En cambio, ahora no podrías decir sinceramente si soy feliz o no lo soy, porque no te tomas siquiera la molestia de saber si existo. *

Experimentó una especie de dolor físico, cual si todos los elementos que le afectaban se. hubieran unido para atacarle. Se dijo que las palabras de Lillian contenían una súplica, y a la vez experimento una obscura y cálida sensación de culpabilidad. Sintió también piedad; una triste y fría piedad, desprovista de afecto. Se sentía dominado por una vaga cólera, como si oyera una voz que intentase ahogar, una voz que gritara hastiada: «¿Por qué he de soportar sus malvadas mentiras? ¿Por qué he de aceptar la tortura tan sólo por compasión? ¿Por qué he de soportar el pesado fardo de un sentimiento que ella no admite; un sentimiento que no puedo saber, entender, ni siquiera adivinar? Si me ama, ¿por qué la muy cobarde lo dice así, mientras los dos nos contemplamos cara a cara en

terreno descubierto?» Y a la vez escuchó otra voz, más alta, que decía con expresión tranquila: «No le reproches nada; es el viejo recurso de los cobardes. El culpable eres tú. No importa lo que ella haga, nunca será nada comparado a tu comportamiento. Tiene razón. Te pone enfermo reconocerlo, ¿verdad? Pues aguanta esa sensación de indignidad, condenado adúltero. La razón está de su parte».

—¿Qué te haría feliz, Lillian? —preguntó con acento inexpresivo. Reclinándose en el sillón, ella sonrió después de haber observado su cara intensamente.

—¡Oh, querido! —respondió con aburrida jovialidad—. Es la pregunta más tímida que has podido hacerme. Una verdadera escapatoria. La cláusula tradicional de excusa.

Se levantó dejando caer los brazos mientras se encogía de hombros y estiraba el cuerpo en un grácil movimiento de futilidad.

—¿Qué me haría feliz, Henry? Eres tú quien debería saberlo. Tú quien debió descubrirlo en mí. No lo sé. Tenías que crearlo y ofrecérmelo. Era tu obligación y tu responsabilidad. Pero no serás el primero que malogre esta promesa. Resulta el más fácil de repudiar de todos los deberes. ¡Oh! Nunca retrasarás el pago de una entrega de hierro; pero sí el de una vida.

Se movía indiferente por la habitación, mientras los pliegues verde amarillo de su falda ondulaban en largas oleadas tras de ella.

—Ya sé que reclamaciones de este género nunca resultan prácticas —dijo—. No tengo ninguna hipoteca sobre ti, ni eres mi subordinado. Nada de pistolas ni de cadenas. No puedo retenerte en modo alguno, Henry; tan sólo cuento con una cosa: tu amor.

Él la miró como si necesitara realizar un esfuerzo supremo para mantener las pupilas fijas en su cara, para continuar mirándola y soportando su presencia.

—¿Qué deseas? —le preguntó.

—Querido, ¡son tantas las cosas que podrías adivinar por ti mismo si realmente desearas saber lo que yo quiero…! Por ejemplo, si durante estos meses me has estado evitando de manera tan clara, ¿no crees que me interese saber los motivos?

—Estuve muy ocupado. Lillian se encogió de hombros.

—Una mujer siempre confía en ser la primera ocupación de su marido. No sabía que cuando prometiste olvidar todo lo demás, ello no incluía tus altos hornos.

Se acercó más, y con divertida sonrisa, cual si se burlara de los dos a un mismo tiempo le echó los brazos al cuello.

Con el gesto violento, instintivo y feroz de un joven recién casado que se ve solicitado por una mujerzuela, se desprendió de ella y la rechazó hacia un lado.

Luego quedó como paralizado ante la brusquedad de su reacción.

Ella lo miraba expresando absoluta sorpresa, sin misterio, sin disimulo ni afán de protección. Por más cosas que hubiera imaginado, era evidente que nunca esperó aquello.

—Lo siento, Lillian… —dijo Henry en voz baja, sinceramente arrepentido.

Ella no contestó.

—Lo siento… es que estoy muy cansado —añadió con una voz sin vida. Se sentía anonadado por su triple mentira, por una deslealtad a la que no podía enfrentarse y que no comprendía a Lillian. Ella rió brevemente.

—Bien —dijo—. Si tal es el efecto que el trabajo ejerce en ti, tendré que aceptarlo. Perdona. Intentaba simplemente cumplir con mi deber. Creí que eras un sensual, incapaz de superar los instintos de un animal del arroyo, pero yo no soy una de esas perras que se regodean con los mismos.

Lanzaba las palabras secamente, con expresión abstraída, sin pensar. Su cerebro era un signo de interrogación atento a cualquier posible respuesta.

Fue la última frase la que le obligó a mirarla de frente, de manera sencilla y directa, no como quien está a la defensiva.

—Lillian, ¿cuál es el propósito de tu existencia? —preguntó.

—¡Qué pregunta más impertinente! Ninguna persona lista la formularía jamás.

—Bien, ¿a qué dedican su vida las personas listas?

—Quizá no intentan hacer nada. En eso consiste la inteligencia.

—¿Y en qué emplean su tiempo?

—Desde luego, no en fabricar cañerías.

—Dime a qué vienen estos sarcasmos. Sé muy bien que desprecias las cañerías y cosas por el estilo. Me lo hiciste comprender hace ya mucho tiempo. Pero este desdén no significa nada para mí. ¿A qué insistir en él?

Se preguntó si aquellas frases le habrían causado algún efecto. Y sin saber por qué, llegó a la conclusión de que así era. Se preguntó también por qué sentía la absoluta certeza de que tales palabras resultaban las más adecuadas.

—¿A qué viene ese repentino cuestionario?

—Me gustaría saber si existe algo que realmente desees —le contestó con sencillez—. Y en tal caso quisiera dártelo.

—Comprarlo» ¿verdad? Es todo cuanto sabes: pagar por los demás. Sales del paso con sencillez. Pero no es tan fácil. Lo que yo deseo no tiene carácter material.

—¿De qué se trata?

—De ti.

—¿Qué significa eso, Lillian? ¿No irás a pretenderlo en un sentido callejero?

—No; no en ese sentido.

—¿Cómo entonces?

Lillian estaba ya frente a la puerta. Se volvió, levantó la cabeza para mirarlo y sonrió fríamente.

—No lo comprenderías —dijo saliendo.

La tortura que aquella escena produjo a Hank residía en el convencimiento de que ella nunca iba a desear abandonarle, ni él tendría nunca el derecho de hacerlo. Le agobiaba la idea de pertenecerle; el débil reconocimiento de simpatía y de respeto hacia un sentimiento que nunca podría comprender ni compensar; el saber que no podría hacer nada por ella, excepto demostrarle desprecio; un desprecio extraño, total e insensible a la piedad, al reproche y a sus propias ideas de la justicia; y sobre todo, y esto era lo más duro, la orgullosa repugnancia contra su propio veredicto, contra su convicción de considerarse mucho más bajo que la mujer a la que despreciaba.

Luego, todo aquello dejó de importarle; fue retrocediendo hasta perderse en la obscura distancia, dejando sólo la idea de estar dispuesto a soportar cualquier cosa, sumiéndolo en un estado a la vez de tensión y de paz. Tendido en la cama, con el rostro apretado contra la almohada, pensaba en Dagny, en su figura esbelta y sensitiva cuando temblaba al contacto de sus manos. Le hubiera gustado tenerla otra vez en Nueva York. Habría ido a verla inmediatamente en mitad de la noche.

* * *

Eugene Lawson estaba sentado en su escritorio como si éste fuera el cuadro de control de un bombardero que volara por encima del continente. Pero a veces se olvidaba de ello y su cuerpo se volvía lacio; sus músculos se aflojaban dentro del traje cual si, de pronto, el mundo entero dejara de importarle, la boca era la única parte de su rostro que no podía tensar en un momento dado; prominente e incómoda resaltaba en su faz, atrayendo las miradas de su interlocutor; al hablar, el movimiento corría por su labio inferior, retorciendo su húmeda superficie en extrañas contorsiones.

—No me avergüenzo —dijo Eugene Lawson—. Miss Taggart, quiero que sepa que no me avergüenzo de mi pasada actuación como presidente del «Community National Bank» de Madison.

—No he hecho alusión alguna a tal vergüenza —repuso Dagny fríamente.

—No se me puede atribuir culpabilidad moral alguna, puesto que perdí cuanto poseía en la quiebra del Banco. Creo que tengo derecho a sentirme orgulloso de mi sacrificio.

. —Yo sólo quería hacerle una pregunta sobre la «Twentieth Century Motor Company» que…

—Me complacerá contestarla. No tengo nada que ocultar. Mi conciencia está limpia. Si cree que ese tema puede resultarme embarazoso, se equivoca.

—Quiero preguntarle acerca de los hombres que poseían aquella fábrica cuando usted les hizo un préstamo…

—Eran gentes honradas. Adoptaron un riesgo razonable, aunque desde luego hablo en términos humanos, no en términos monetarios, como se suele esperar de un banquero. Les proporcioné el préstamo para la compra de la fábrica porque necesitaban el dinero. Y ello era suficiente para mí. La necesidad era mi lema, Miss Taggart. La necesidad, no la avaricia. Mi padre y mi abuelo levantaron el «Community National Bank» sólo para amasar una fortuna. Pero yo coloqué dicha fortuna al servicio de un ideal más alto. No me senté sobre montones de dólares exigiendo garantías a las pobres gentes que necesitaban un préstamo. El corazón era la garantía principal para mí. Desde luego, nunca esperé que en este materialista país nadie me comprendiera. Las recompensas recibidas no fueron de las que la gente de su clase, Miss Taggart, apreciaría en lo que valen. Quienes solían sentarse frente a mi escritorio no lo hacían como usted, Miss Taggart. Tenían un aspecto humilde e inseguro; estaban abrumados por las preocupaciones y temían hablar. Mi recompensa eran las lágrimas de gratitud que brotaban de sus ojos, las voces temblorosas, las bendiciones, la mujer que besaba mi mano cuando le concedía el préstamo que había estado solicitando inútilmente de otros.

—¿Quiere decirme, por favor, los nombres de quienes poseían esa fábrica.

—Era una empresa esencial para la región; totalmente esencial. Estuve perfectamente justificado al ofrecerles el préstamo. Dio empleo a millares de obreros que no tenían otro medio de vida.

—¿Conoce a alguno de los que trabajaron allí?

—Desde luego. Los conocía a todos. Eran hombres y me interesaban; no máquinas. Me gustaba el lado humano de la industria; no la caja registradora.

Dagny se inclinó sobre la mesa.

—¿Conoció a alguno de los ingenieros?

—¿Los ingenieros? No, no. Yo era mucho más democrático que eso. Sólo me interesaban los obreros. El hombre común. Cuando entraba en las tiendas agitaban la mano saludándome, a la vez que exclamaban: «¡Hola, Gene!» Me llamaban así, Gene. Pero estoy seguro de que esto no le interesa. Es agua pasada. Si es que ha venido a Washington para hablarme de su ferrocarril… —Se irguió vivamente, volviendo a su actitud de jefe de bombardero—. No sé si puedo prometerle consideraciones extraordinarias, puesto que

he de considerar los intereses nacionales por encima de los privilegios y de los intereses particulares que,…

—No he venido a hablar de mi ferrocarril —contestó Dagny contemplándole asombrada —. No tengo el menor deseo de hablar de eso con usted.

—¿No? —preguntó él, decepcionado.

—No. He venido a solicitar información acerca de esa fábrica de motores. ¿Podría recordar el nombre de algún ingeniero que trabajara en ella?

—No creo haber preguntado nunca sus nombres. No me interesaban los parásitos de oficina y de laboratorio. Sólo simpatizaba con los auténticos obreros; esos hombres de manos callosas que hacen funcionar las fábricas. Todos eran amigos míos.

—¿Puede facilitarme algunos nombres?

—Mi querida Miss Taggart, i hace tanto tiempo y eran tantos millares…! ¿Cómo quiere que me acuerde?

—¿No recuerda ni uno… ni uno solo?

—Es tanta la gente que ha llenado mi existencia, que el recordar individuos vendría a ser lo mismo que pretender destacar determinadas gotas en la inmensidad de un océano.

—¿Estaba enterado de lo que se producía en la fábrica, de la clase de trabajo realizado allí o de los proyectos en curso?

—Desde luego. Siempre me he tomado un interés especial en mis inversiones. Inspeccioné la fábrica con frecuencia. Funcionaba magníficamente. Estaban consiguiendo verdaderas maravillas. El alojamiento de los obreros era el mejor del país. Había cortinas de encaje en cada ventana y flores W los alféizares. Disponían de terreno para jardines. Se había construido una escuela.

—¿Sabe algo del trabajo de investigación realizado en los laboratorios?

—Si, sí. Tenían un laboratorio magnifico; muy avanzado; muy dinámico; enfocado hacia el futuro y con grandes proyectos.

—¿Recuerda… haber oído algo acerca de planes para producir un nuevo tipo de motor?

—¿Motor? ¿Qué motor, Miss Taggart? No tuve tiempo para enterarme de detalles. Mi objetivo era el programa social, la prosperidad universal, la fraternidad y el amor humanos. El amor, Miss Taggart; he aquí la llave de todo. Si los hombres aprendiesen a amarse, todos sus problemas quedarían solucionados.

Dagny volvió la cara para no ver los húmedos movimientos de su boca.

Un pedazo de piedra con jeroglíficos egipcios adornaba un rincón del despacho, encima de un pedestal; la estatua de una diosa hindú con seis brazos semejantes a patas de araña se hallaba en una hornacina, y de la pared colgaba un enorme gráfico con asombrosos detalles matemáticos, similar a la cifra de ventas de un almacén por correspondencia.

—Si está usted pensando en su ferrocarril, Miss Taggart, cosa natural en vista de ciertos acontecimientos posibles, debo señalar que, aunque la riqueza del país ocupa el primer lugar en mi consideración y aunque no vacilaría en sacrificar los beneficios de cualquiera, nunca he cerrado los oídos a una Súplica de misericordia y…

Le miró, comprendiendo en seguida qué deseaba de ella, qué clase de motivo le movía.

—No quiero hablar de mi ferrocarril —dijo procurando que su voz sonara monótona y uniforme, aun cuando le hubiera gustado proferir gritos con los que expresar su repugnancia—. Cuanto tenga que hablar acerca de ello, dígaselo a mi hermano, míster James Taggart.

—Creo que en unos tiempos como éstos, no despreciará usted la rara oportunidad de presentar su caso ante…

—¿Conserva alguna documentación perteneciente a la fábrica de motores? —preguntó Dagny muy erguida, con las manos firmemente apretadas.

—¿Qué documentos? Ya creo haberle dicho que perdí cuanto poseía al arruinarse el Banco. —Su cuerpo volvía a estar lacio; todo su interés se había desvanecido—. Pero, no importa. Sólo perdí riqueza material. No soy el primero en la historia que sufre por sus ideales. Quedé derrotado por la avaricia de quienes me rodeaban. No pude establecer un sistema de hermandad y de amor en aquel pequeño Estado, entre una nación de egoístas y devoradores de dólares. No fue culpa mía. Pero no dejaré que me venzan. Nada me detendrá. Estoy combatiendo en proporciones mayores por el privilegio de servir a mi prójimo. ¿Documentos, Miss Taggart? El documento que dejé al partir de Madison ha quedado inscrito en el corazón de los pobres, que nunca hasta entonces tuvieron una oportunidad.

Dagny no quiso pronunciar una palabra innecesaria, pero tampoco logró dominarse. En su mente seguía fija la figura de una anciana que restregaba los peldaños de una escalera.

—¿Ha vuelto usted a aquel rincón del país?

—¡No es culpa mía! —gritó—. ¡Es culpa de los ricos que aún tenían dinero, pero no quisieron sacrificarlo para salvar mi Banco y la gente de Wisconsin! ¡No puede reprocharme nada! ¡Lo perdí todo!

—Míster Lawson —dijo Dagny haciendo un esfuerzo—, ¿recuerda por casualidad el nombre de quien encabezaba la corporación propietaria de la fábrica? De esa corporación a la que prestó usted el dinero. Se le llamaba «Amalgamated Service», ¿no es cierto? ¿Quién era su presidente?

—¡Ah! Ése. Sí. Lo recuerdo. Lee Hunsacker. Un joven con muchas cualidades, que ha tenido que soportar terribles vapuleos.

—¿Dónde se encuentra ahora? ¿Conoce sus señas?

—Pues… creo que en Oregón. En Grangeville, Oregón. Mi secretaria se lo puede decir. Pero no comprendo por qué le interesa… Miss Taggart, si lo que quiere es ver a míster Wesley Mouch, permítame decirle que míster Mouch concede gran importancia a mi opinión en asuntos concernientes a ferrocarriles y otros…

—No pretendo ver a míster Mouch —dijo Dagny levantándose.

—Entonces… no comprendo… cuál ha sido su propósito al venir aquí.

—Trato de encontrar a un hombre que trabajaba para la «Twentieth Century Motor Company».

—¿Qué desea de él?

—Que trabaje en mí ferrocarril.

Extendió los brazos con expresión irritada e incrédula.

—En estos momentos, cuando problemas cruciales penden de la balanza, usted pierde su tiempo buscando a un empleado cualquiera. Créame, el futuro de su ferrocarril depende de míster Mouch y no de un empleado cualquiera, cuyo paradero trata de averiguar.

—Buenos días —dijo Dagny.

Se volvió para salir cuando él le dijo con voz estremecida y penetrante:

—No tiene derecho alguno a despreciarme. Se detuvo y lo miró.

—No he expresado ninguna opinión.

—Soy por completo inocente. Perdí mi dinero por una buena causa. Mis intenciones eran puras, no quería nada para mí. Nunca busqué nada en beneficio particular. Miss Taggart, puedo afirmar con orgullo que en toda mi vida jamás he conseguido beneficio alguno.

La voz de Dagny era tranquila, serena y solemne al contestar:

—Míster Lawson, debo decirle que de todas las declaraciones que un hombre puede hacer, ésta es la que considero más despreciable de todas.

—¡Jamás disfruté de una oportunidad! —exclamó Lee Hunsacker. Estaba sentado en mitad de la cocina, ante una mesa atestada de papeles.

Necesitaba afeitarse y llevaba la camisa sucia. Resultaba difícil adivinar su edad; la carne hinchada de su cara aparecía suave y tersa, como si e\ paso de los años no hubiera ejercido efecto alguno sobre ella; en cambio, el pelo grisáceo y los ojos neblinosos tenían un aire casi exhausto. Contaba cuarenta y dos años.

—Jamás me ofreció nadie una oportunidad. Deben estar satisfechos de lo que consiguieron de mi. Pero no crea que no lo sé. Me engañaron siempre. Que nadie se jacte de amabilidad y condescendencia. Todos son una condenada pandilla de hipócritas.

—¿Quién? —preguntó Dagny.

—Todo el mundo —repuso Lee Hunsacker—. Todo el mundo es, en el fondo, un bastardo y de nada sirve pretender lo contrario. ¿Justicia? ¡Fíjese! —describió un movimiento circular con el brazo—. Un hombre como yo reducido a esto.

Al otro lado de la ventana, la luz del mediodía semejaba un crepúsculo grisáceo entre los pobres tejados y los árboles desnudos de un lugar no enclavado en el campo, pero al que tampoco podía llamarse ciudad. El abandono y la humedad parecían impregnar las paredes de la cocina. Los platos del desayuno llenaban la fregadera; una cazuela con estofado hervía sobre el fogón, expulsando vapor, junto con el aroma grasiento de la carne barata; una máquina de escribir sobresalía entre los papeles de la mesa.

—La «Twentieth Century Motor Company» —dijo Lee Hunsacker —fue una de las empresas más ilustres en la historia de la industria americana. Yo fui su presidente. Yo era el propietario de la fábrica. Pero no quisieron darme una oportunidad.

—¿Era usted el presidente de la «Twentieth Century Motor Company»? Creí que encabezaba una corporación llamada «Amalgamated Service».

—Sí, sí; es la misma cosa. Nos hicimos cargo de la fábrica. Queríamos hacerla funcionar exactamente igual que sus antiguos propietarios o acaso algo mejor. Teníamos tanta importancia como ellos. Jed Starnes no era más que un patán; un mecánico de garaje… ¿Sabe usted cómo empezó?… Pues sin apoyo alguno de nadie. Su familia había pertenecido a los «cuatrocientos» de Nueva York. Mi abuelo fue miembro de la legislatura nacional. No es culpa mía que mi padre no tuviera dinero suficiente para darme un automóvil cuando me envió a la escuela… Los demás chicos todos tenían su coche.

*Mi apellido era tan bueno como cualquiera de los suyos. Cuando ingresé en el colegio… —Se interrumpió bruscamente—. ¿De qué periódico dice que viene?

Dagny le había dado su nombre. Pero sin saber por qué se alegraba de que no la hubiera reconocido y prefirió mantenerlo en la ignorancia.

—No dije que viniera de ningún periódico —explicó—. Necesito cierta información sobre esa fábrica de motores con un propósito particular, no para darla a la publicidad.

—¡Oh! —exclamó decepcionado, y añadió con aire triste, como si aquella mujer se hubiera hecho culpable de una deliberada ofensa contra él—: Pensé que venía usted a entrevistarse conmigo porque estoy escribiendo mi autobiografía —señaló los papeles que cubrían la mesa—. Pienso decir en ella muchas cosas. Tengo el propósito… ¡Diantre! —exclamó, recordando algo de pronto.

Corrió hacia la estufa, levantó la tapa de una cazuela y removió su contenido con aire indignado, sin prestar atención a lo que estaba haciendo. Volvió a dejar el cucharón sobre los fogones, y mientras la grasa de aquél goteaba en la llama del gas, regresó a la mesa.

—Voy a publicar mi autobiografía si es que alguien me da una oportunidad —declaró—. Pero, ¿cómo concentrarse en un trabajo serio cuando he de hacer todas estas cosas? —señaló el fogón con un movimiento de cabeza—. Esta gente cree que porque me han acogido aquí pueden explotarme como un coolie chino. Como no puedo ir a ningún otro lugar, estas viejas amistades la toman conmigo. El marido nunca mueve ni un dedo por la casa. Permanece sentado todo el día en su tienda, una mísera papelería. ¿Puede compararse en importancia al libro que estoy escribiendo? Ella va de compras y me dice que vigile su maldita comida. Sabe bien que un escritor necesita concentración y paz, pero, ¿qué le importa? ¿Sabe lo que ha hecho hoy? —se inclinó confidencialmente sobre la mesa, señalando los platos de la fregadera—. Se fue al mercado y dejó ahí todos los platos diciendo que los lavaría más tarde. Sé lo que se propone. Que lo haga yo. Pero voy a hacerla rabiar. Los dejaré tal como están.

—¿Me permite que le haga unas preguntas acerca de la fábrica de motores?

. —No crea usted que esa fábrica era lo único que tenía en la vida. Disfruté de magníficas relaciones en diferentes épocas, con empresas de aparatos quirúrgicos, industrias papeleras, fábricas de sombreros masculinos y de aspiradores. Pero esa clase de productos no me daban demasiados beneficios. En cambio, la fábrica de motores sí que fue una excelente oportunidad. Lo que yo estaba esperando.

—¿Cómo la adquirió?

—Fue fácil. Mis sueños se convirtieron en realidad de la noche a la mañana. La fábrica cerró por haberse arruinado. Los herederos de Jed Starnes se quedaron sin un céntimo. No sé exactamente lo que ocurriría, pero sí que hubo algunos líos y que la compañía quebró. Los del ferrocarril cesaron de prestar servicio con su línea secundaria. Nadie quería aquello, ni si* quiera a bajo precio. Pero allí estaba la enorme fábrica, con todo su equipo de maquinaria y demás cosas que habían ayudado a Jed Starnes a amasar millones. Era la clase de oportunidad que yo deseaba; oportunidad a la que tenía derecho. Así es que reuní a unos cuantos amigos y formamos la «Amalgamated Service Corporation», consiguiendo después un poco de dinero. Pero no teníamos suficiente. Necesitábamos un préstamo para la puesta en marcha. Éramos jóvenes, embarcándonos en una gran carrera, llenos de entusiasmo y de esperanza en el futuro. Pero, ¿cree que nos animó alguien? No. Y mucho menos esos ambiciosos buitres atrincherados en sus privilegios. ¿Cómo íbamos a triunfar en la vida si nadie quería facilitarnos la compra de una fábrica? No podíamos competir con los afortunados que heredan una cadena de ellas. Ahora bien. ¿Es que no teníamos derecho a una oportunidad igual? No me hable usted de justicia. Trabajé como un perro, intentando ese préstamo. Pero el condenado Midas Mulligan me puso en el cepo.

—¿Midas Mulligan? —preguntó Dagny irguiéndose de pronto.

—Si… El banquero que parecía un chófer de camión y se portaba como tal.

—¿Conoció usted a Midas Mulligan?

—¿Que si lo conocí? Soy el único que lo ha derrotado, aunque admito que no me proporcionó demasiados beneficios.

En algunos momentos, a la vez que sentía un extraño sentimiento de inquietud, Dagny se había preguntado, igual que se preguntó acerca de historias de buques abandonados flotando en el agua o de luces misteriosas en el cielo, sobre la desaparición de Midas Mulligan. No existía motivo por el que se sintiera deseosa de solucionar tales misterios. Se trataba de cosas que no proporcionaban beneficio alguno con su carácter enigmático; no podían ser casuales y, sin embargo, no existía base que las explicara.

Midas Mulligan había sido en otros tiempos uno de los hombres más ricos y, en consecuencia, uno de los más populares del país. Jamás perdió en sus inversiones y todo cuanto tocaba se convertía en oro. «Es porque sé lo que toco», solía decir. Nadie pudo

averiguar la forma en que lograba tales éxitos. Rechazaba negocios que todos consideraban perfectamente seguros y exponía enormes cantidades en aventuras que no hubieran atraído a ningún otro banquero. A través de los años fue el gatillo que disparó por la nación inesperadas y espectaculares balas en forma de triunfos industriales. Fue él quien invirtió dinero en el acero Rearden cuando éste empezaba a fabricarse, ayudando a su dueño a completar la compra de fundiciones abandonadas en Pennsylvania. Y cuando cierto economista hablando de él dijo que era un jugador audaz, Mulligan le respondió: «El motivo por el que nunca se hará usted rico es el de suponer precisamente que juego».

Se rumoreaba que en los tratos con Midas Mulligan era preciso observar cierta regla no escrita, consistente en que si el solicitante de un préstamo mencionaba sus necesidades personales o cualquier sentimiento de la misma índole, la entrevista se daba por terminada y jamás volvía a disfrutar de una oportunidad para hablar con míster Mulligan.

Al serle preguntado cierto día si era capaz de nombrar a un hombre más malvado aún que el que cierra su corazón a la misericordia, respondió: «El que utiliza como arma la compasión de otro».

En su larga carrera había ignorado todas las reacciones públicas excepto una. Su verdadero nombre era Michael. Pero cuando cierto periodista perteneciente al grupo de los humanitarios lo apodó Midas Mulligan aplicándole dicho nombre como un insulto, Mulligan se presentó a los tribunales solicitando el cambio legal de su nombre, que a partir de entonces fue el de Midas. La petición fue otorgada.

A ojos de sus contemporáneos había cometido un crimen imperdonable: sentíase orgulloso de su riqueza.

Tales eran las cosas que Dagny había oído acerca de Midas Mulligan. Pero nunca llegó a conocerlo. Siete años antes, Mulligan desapareció, abandonando una mañana su casa, sin que jamás volviera a saberse de él. Al día siguiente, los clientes del Banco Mulligan de Chicago recibieron noticias instándoles a retirar sus fondos porque el Banco iba a cerrar. En las investigaciones que siguieron se supo que Mulligan había planeado el cierre por anticipado hasta en sus menores detalles. Sus empleados se limitaban a cumplir las instrucciones recibidas. Fue la suspensión de operaciones más ordenada que el país presenciara jamás. Todo cliente recibió su dinero acompañado de hasta el último centavo de sus intereses. Los bienes del Banco habían sido vendidos por separado a distintas instituciones financieras. Al realizarse el balance, se comprobó que las cifras cuadraban totalmente; no faltó ni sobró nada; el Banco Mulligan había quedado eliminado. Eso era todo.

No se encontró el menor indicio de los motivos que impulsaron a Mulligan a obrar de aquel modo, ni se supo de él ni de los millones que constituían su fortuna personal. Hombre y dinero desaparecieron como por ensalmo. Nadie tuvo el menor aviso de su decisión, ni se pudo hallar causa alguna que la explicara. Si había deseado simplemente retirarse, ¿por qué no vendió el Banco con un enorme beneficio, en vez de destruirlo? Pero nadie estaba en condiciones de dar una respuesta. Mulligan no tenía familia ni amigos. Sus sirvientes no sabían nada. Aquella mañana salió de su casa como de costumbre, para no regresar jamás a ella.

Dagny había pensado durante muchos años que existía algo inexplicable por completo en la desaparición de Mulligan; venía a ser como si, de la noche a la mañana, hubiera desaparecido un rascacielos neoyorquino, dejando un solar vacío en plena calle. Un hombre como Mulligan y una fortuna como la suya no podían permanecer ocultas. Un rascacielos no podía perderse; se levantaría en cualquier llanura o en un bosque escogido como lugar de residencia. Y caso de quedar destruido, el montón de ruinas no podía tampoco volatilizarse por completo. Pero en los siete años transcurridos, entre una masa de rumores, conjeturas y teorías, dramáticos relatos y afirmaciones de testigos que

aseguraban haberlo visto en todos los lugares del mundo, jamás se descubrió un indicio que condujera a una explicación plausible de la desaparición de Mulligan.

Entre las diversas teorías existía una tan improbable, que Dagny empezó a considerarla.la única cierta» aunque nada en la naturaleza del banquero podía dar pie a la misma. Decíase que la última persona que lo vio la mañana de su desaparición fue una vieja vendedora de flores, en una* calle de Chicago que formaba esquina con el Banco Mulligan. Aseguraba que se había detenido a comprarle un ramillete de las primeras campanillas del año, y que su cara era la más feliz que hubiera visto jamás. Parecía un joven contemplando una enorme y atractiva visión, abierta totalmente ante él. Las huellas de dolor o de tensión, el sedimento que los años depositan en una cara humana, habían desaparecido, y cuanto quedaba era sólo alegría, vivacidad y calma. Tomó las flores como obrando bajo un impulso repentino e hizo un guiño a la anciana, cual si ambos compartieran alguna broma. Luego le dijo: «No sabe usted hasta qué punto me ha gustado vivir…» Ella lo contempló admirada y Mulligan se alejó, echando al aire el ramo como si fuera una pelota. Su amplia y erguida figura, cubierta por un sencillo pero caro abrigo de industrial, se fue perdiendo en la distancia hasta desaparecer entre los rígidos acantilados de las casas, a cuyas ventanas el sol primaveral arrancaba destellos.

—Midas Mulligan era un bastardo agresivo con un dólar estampado en el corazón —dijo Lee Hunsacker entre el vapor del acre estofado—. Todo mi futuro dependía de un miserable medio millón de dólares, que para él no representaban nada; pero cuando se lo solicité en préstamo se negó en redondo, alegando que no tenía garantías para ofrecerle. ¿Cómo podía poseer garantías cuando nadie me había dado /una posibilidad de prosperar? ¿Por qué prestaba dinero a otros y, en cambio, me Id negaba a mi? Era una discriminación absurda. Ni siquiera le preocupaban/mis sentimientos. Dijo que mi serie de fracasos me descalificaba para la propiedad, no ya de una fábrica de motores, sino de un simple carretón de verduras. ¿Qué fracasos? No podía impedir que una pandilla de ignorantes tenderos rehusaran cooperar conmigo rechazando los envoltorios de papel que yo les ofrecía. ¿Con qué derecho juzgaba mi habilidad de negociante? ¿Por qué mis planes para el futuro tenían que depender de la arbitraría opinión de un monopolista avaricioso? No quise soportar todo aquello pacientemente y lo procesé.

—¿Qué dice?

—¡Oh, sí! —repitió orgulloso—. Lo procesé. Comprendo que esto puede parecer extraño en vuestros rigurosos Estados de la costa oriental, pero en el de Illinois existía una ley muy humana y progresiva en la que pude apoyarme. Debo aclarar que fue el primer caso de este género. Pero yo tenía un abogado muy listo y liberal que vio una forma de ganar el proceso.

Tratábase de una ley de urgencia económica, según la cual quedaba prohibido discriminar a la gente por motivos que involucrasen su sistema de vida. Se utilizaba, sobre todo, dicha disposición para proteger a los trabajadores manuales, pero me convenía y lo mismo a mis socios. Acudimos, pues, al tribunal y prestamos declaración acerca de nuestras escasas posibilidades. Yo repetí las palabras de Mulligan cuando afirmó que no era digno de poseer un carretón de verduras, y demostramos que todos los miembros de la «Amalgamated Service» carecían de crédito y de posibilidades de ganarse la vida. Como la compra de la fábrica de motores era nuestra única salvación, y como, por otra parte, Midas Mulligan no tenía derecho a discriminar contra nosotros, nos sentíamos autorizados a exigirle un préstamo, de acuerdo con la ley. ¡Oh! Nuestro caso fue perfecto; pero presidia el tribunal el juez Narragansett; uno de esos anticuados monjes que piensan como matemáticos, sin ver jamás el lado humano de las cosas. Permaneció sentado durante todo el proceso como una ciega estatua de mármol, y al final instó al jurado a pronunciar su veredicto en favor de Midas Mulligan, añadiendo unas expresiones muy duras contra mí y mis socios. Pero apelamos a un tribunal superior y éste revocó el

veredicto, ordenando a Mulligan que nos concediera el préstamo bajo nuestras condiciones. Tenía un plazo de tres meses para hacerlo, pero antes de que transcurrieran, sucedió algo que nadie pudo imaginar: desapareció, fundiéndose en el aire él y su Banco. No quedó ni un penique que reclamar apoyándonos en nuestra acción legal. Gastamos mucho dinero en detectives, intentando encontrarlo, igual que hicieron otros muchos, pero hubimos de abandonar el intento.

Dagny pensó que, aparte de la impresión perturbadora que aquello le causaba, el caso no era mucho peor que cualquiera de los otros en que Midas Mulligan se había visto envuelto durante años. Soportó muchas pérdidas bajo leyes imbuidas de una justicia similar; bajo disposiciones y edictos que le costaron sumas de dinero mucho mayores; pero había luchado y trabajado siempre con ahínco; no era probable que aquel proceso lo arruinara.

—¿Qué le ocurrió al juez Narragansett? —indagó involuntariamente, preguntándose qué conexión subconsciente la había impulsado a ello. Sabía muy poco del juez Narragansett, pero recordaba su nombre por pertenecer de manera tan exclusiva al Continente norteamericano. Ahora se daba cuenta, de improviso, de que llevaba años sin oír hablar de él.

—Se retiró —dijo Lee Hunsacker.

—¿De veras? —preguntó casi con un jadeo.

—Sí.

—¿Cuándo?

—¡Oh! Cosa de seis meses más tarde.

—¿A qué se dedicó después?

—No lo sé. Desde entonces no creo que nadie haya vuelto a tener noticias suyas.

Se preguntó por qué tenía miedo. Pero parte del mismo se basaba precisamente en no poder darle un motivo.

—Por favor, hábleme de esa fábrica —dijo haciendo un esfuerzo.

—Eugene Lawson, del «Community National Bank» de Madison, nos concedió finalmente un préstamo para comprarla; pero era un tipo mediocre sin dinero suficiente para sacarnos del apuro cuando fracasamos. No fue culpa nuestra. Desde el principio todo se puso contra el negocio. ¿Cómo podíamos hacer funcionar una fábrica si carecíamos de ferrocarril? ¿Es que no teníamos derecho a él? Intenté decidirlos a poner de nuevo en funcionamiento la línea, pero aquellos condenados de la «Taggart Trans…» —Se detuvo —. Oiga. ¿No será usted por casualidad uno de esos Taggarts?

—Soy el vicepresidente de la Sección de Operaciones de la «Taggart Transcontinental».

Por un instante, la miró sumido en profundo estupor. El miedo, la obsequiosidad y el odio se pintaron sucesivamente en sus neblinosas pupilas. El resultado fue un repentino gesto de desdén.

—No necesito a ninguno de ustedes. No crea que les tengo miedo. No esperen que les pida trabajo. No solicito favores a nadie. Creo que no deben estar acostumbrados a que les hablen de este modo, ¿verdad?

—Míster Hunsacker, apreciaré muchísimo que me facilite la información que necesito acerca de esa fábrica.

—Se interesa por ella un poco tarde. ¿Cuál es el motivo? ¿Acaso le remuerde la conciencia? Permitieron a Jed Starnes hacerse rico con esa fábrica, y, en cambio, no quisieron darnos una oportunidad a nosotros. Sin embargo, era la misma. Lo hicimos todo exactamente igual que él. Empezamos con el tipo de motor que más dinero le proporcionó durante tantos años. Pero luego, algún recién llegado del que nadie tenía

noticias, fundó otra empresa en Colorado con el nombre de «Nielsen Motors» y empezó a fabricar otro nuevo, de la misma clase que el de Starnes, pero a mitad de precio. ¿Podíamos evitarlo? Todo marchó bien para Jed Starnes, porque ningún competidor le hizo sombra en su tiempo, pero ¿qué íbamos a hacer nosotros? ¿Cómo luchar contra aquel Nielsen cuando nadie nos había dado un motor capaz de contender con el suyo?

—¿Se hicieron ustedes cargo del laboratorio de investigaciones de Starnes?

—Sí. Sí. Estaba allí. No faltaba nada.

—¿Y también del personal?

—Muchos se habían marchado al cerrar la fábrica.

—¿Habla usted del grupo de investigadores?

—Sí. Se fueron.

—¿Contrataron ustedes a otros para substituirles?

—Sí. Sí, algunos; pero permítame decirle que no teníamos dinero para gastar en laboratorios, puesto que nunca dispusimos de fondos suficientes para disfrutar de un auténtico respiro. Ni siquiera podíamos pagar las facturas para la modernización y decoración esencial que era preciso llevar a cabo. La fábrica estaba muy anticuada, desde el punto de vista del rendimiento en el trabajo. Los despachos de los jefes apenas si tenían ya yeso en las paredes, y no había más que un minúsculo lavabo. Cualquier psicólogo moderno le dirá que nadie puede rendir lo suficiente en un ambiente tan depresivo. Tenía que dar a mi oficina colores más atractivos e instalar un cuarto de baño moderno, con su correspondiente ducha. Además, me gasté muchísimo dinero en una nueva cafetería y en un recinto de descanso y juego para los trabajadores. Era preciso crear moral. Cualquier persona ilustrada sabe que el hombre está formado por esos elementos naturales que constituyen su pasado, y que la mente queda conformada por las propias herramientas de producción. Pero no quisieron esperar a que las leyes del determinismo económico empezaran a dar sus frutos. Jamás habíamos poseído una fábrica de motores. Teníamos que dejar que las herramientas condicionaran nuestra mente. Pero nadie nos concedió el tiempo necesario.

—¿Puede decirme algo acerca de la tarea del Departamento de Investigación?

—¡Oh! Disponíamos de un grupo de prometedores jóvenes, dotados de diplomas de las mejores universidades. Pero no hicieron nada bueno. No sé exactamente a qué se dedicaban. Creo que haraganeaban, comiéndose el salario, sin dar rendimiento alguno.

—¿Quién estaba al frente del laboratorio?

—¡Diantre! ¿Cómo quiere que me acuerde?

—¿Retiene el nombre de algún componente del grupo investigador?

—¿Cree que tuve tiempo para conversar con cada uno de ellos?

—¿No le mencionó nadie estar haciendo experimentos con un…, con una nueva clase de motor?

—¿Qué motor? Permítame decirle que un jefe de mi posición no pierde el tiempo en los laboratorios. Estuve casi siempre en Nueva York y en Chicago, tratando de conseguir el dinero que nos permitiera sobrevivir.

—¿Quién era director general de la fábrica?

—Un tipo muy listo llamado Roy Cunningham. Murió el año pasado en un accidente de automóvil. Dijeron que conducía borracho.

—¿Puede darme el nombre y dirección de alguno de sus asociados? ¿Los recuerda usted?

—No sé qué ha sido de ellos. Nunca me sentí inclinado a seguirles la pista.

—¿Ha guardado algo de la documentación de aquella fábrica?

—Desde luego.

Dagny se irguió vivamente.

—¿Me dejaría examinarla?

—Desde luego.

Parecía ansioso de ceder; se levantó y salió apresuradamente de la habitación. Lo que puso ante ella al regresar era un grueso álbum de recortes; contenía sus —entrevistas periodísticas y las gacetillas de sus agentes de propaganda.

—Yo también he pertenecido a la clase de los grandes industriales —se jactó—. Como puede ver, alcancé categoría de figura nacional. Mi vida formará un libro de profunda significación humana. Debí haberlo escrito hace mucho tiempo, pero no dispuse de las adecuadas herramientas —golpeó colérico su máquina de escribir—. No puedo trabajar con esta condenada. Se salta espacios. ¿Cómo conseguir inspiración y redactar un libro de éxito con una máquina que se salta espacios?

—Gracias, míster Hunsacker —dijo Dagny—. Tengo la impresión de que es cuanto puede decirme. —Se levantó—. ¿Sabe usted por casualidad qué fue de los herederos de Starnes?

—¡Oh! Al quebrar la fábrica se pusieron a salvo. Eran tres: dos varones y una hembra. Lo último que he sabido de ellos es que viven, aunque procurando pasar inadvertidos, en Durance, Louisiana.

Lo último que vio de Lee Hunsacker, al volverse para partir, fue cómo daba un salto en dirección a los fogones, cogía la tapadera de la cazuela y la dejaba caer, soltando una interjección. El potaje se había quemado.

* * *

Muy poco quedaba de la fortuna de Starnes, y menos aún de la de sus herederos.

—No le gustará tener que visitarlos, Miss Taggart —dijo el jefe de policía de Louisiana; un hombre maduro, de modales firmes y lentos, y un aire de amargura no producido por algún ciego resentimiento, sino por el hecho de mantenerse fiel a normas claramente definidas—. En el mundo hay toda clase de seres humanos y, entre ellos, asesinos y maníacos criminales. A mi modo de ver, estos Starnes pertenecen a una clase con la que ninguna persona decente debería relacionarse nunca. Tienen muy malas intenciones, Miss Taggart. Escurridizos y malos… Aún continúan en la ciudad, por lo menos dos de ellos. El tercero murió: suicidio. Hace cuatro años. Se trata de una historia muy triste. Era el más joven, Eríc Starnes. Uno de esos tipos crónicos que van de un lado a otro gimoteando y sacando a relucir su sensibilidad de sentimientos, aun cuando hayan pasado ya de los cuarenta. Su manía era que necesitaba amor. Solían mantenerlo mujeres mayores que él, cuando podía encontrarlas. Luego empezó a perseguir a una muchacha de dieciséis años; una linda muchacha que nada quiso con él, y que se casó con el joven al que estaba prometida. Eríc Starnes penetró en su casa el día de la boda, y cuando los novios regresaban de la iglesia, lo encontraron en su dormitorio, muerto, con las venas de las muñecas abiertas… Yo siempre he dicho que hay que saber perdonar. ¿Quién puede juzgar los sufrimientos de otro y comprender el límite soportable de los mismos? Pero aquel que se mata haciendo alarde de ello, con el fin de perjudicar a alguien, el hombre que acaba con su vida por malicia, no merece perdón ni excusa alguna; es un malvado de pies a cabeza y merece que las gentes escupan al evocar su memoria, en vez de lamentar lo sucedido y compadecerle, que es lo que Eric Starnes perseguía… Si quiere, puedo decirle dónde encontrará a los otros dos.

Halló a Gerald Starnes en una casa de dormir. Estaba tendido, en actitud rara, en un camastro. Su pelo era todavía negro, pero el tono blanquecino de su barba semejaba una neblina de helechos muertos sobre un rostro sin vida. Estaba borracho. Una risa idiota le quebraba la voz al hablar con rara y persistente malevolencia.

—La gran fábrica se hundió. Sí. Eso fue lo ocurrido. Estalló de repente.

¿Le preocupa eso, señora? Era una fábrica corrupta. Todo el mundo está corrompido. Creen que voy a pedir perdón a alguien, pero no lo haré. Me importa un comino. La gente sufre, tratando de representar su papel, cuando, en realidad, todo está podrido; completamente podrido: automóviles, edificios y almas. Todo es igual, se obre como se obre. Tenía usted que haber visto a los literatos que se humillaban cuando yo lanzaba un silbido y cuando tenía dinero. Los profesores, los poetas, los intelectuales, los salvadores del mundo y los partidarios de la fraternidad. Me divertí muchísimo. Entonces quise hacer el bien, pero ahora no. No existe el bien. No hay ningún condenado bien en todo este maldito universo… No quiero tomar un baño porque no siento deseos de ello; eso es todo… Si quiere saber algo de la fábrica, pregúntele a mi hermana. Mi dulce hermana, poseedora de 'un fondo monetario que no pudieron tocar, y gracias al cual se salvó, aun cuando ahora pertenezca a la clase humilde de los que comen «hamburguesas» y no filetes rrúgnon á la sauce Béarnaise. Pero ¿la cree capaz de dar un penique a su hermano? La noble fábrica fracasada fue tanto idea suya como mía, pero no quiere darme un céntimo. ¡Ah! Vaya a echar una ojeada a la duquesa. Hágalo. ¿Qué me importa esa fábrica? Era un montón de grasienta maquinaria. Sería capaz de vender todos mis derechos, mis reclamaciones y títulos por un trago. Soy el último de los Starnes. Ese apellido solía ser grande. Starnes. ¡Se lo vendo! Cree que soy un sucio vagabundo, pero esa palabra podría aplicarse a todos, incluso a damas ricas como usted. Quise, hacer el bien a la humanidad. (Ah! Me gustaría verlos a todos hervir en' una cazuela. Me divertiría. Quisiera que se ahogaran. ¿Qué importa?… ¿Qué importa nada?

En el camastro contiguo, un mísero vagabundo de pelo blanco se volvió en sueños, gruñendo; una moneda tintineó en el suelo, cayendo de sus harapos. Gerald Starnes la recogió, guardándola en un bolsillo. Luego miró a Dagny, mientras las arrugas de su cara se contraían en una maliciosa sonrisa.

—¿Quiere despertarlo y empezar una disputa? —preguntó—. Si lo hace, diré que miente.

La casita maloliente donde encontró a Ivy Starnes se hallaba en las afueras de la ciudad, a orillas del Mississippi. Las colgantes franjas de musgo y las aglomeraciones de suave follaje daban al ambiente cierto aire soñoliento; las excesivas colgaduras pendientes del aire fétido de una pequeña habitación, tenían un tono similar. El hedor procedía de rincones sin limpiar y del incienso que ardía en recipientes de plata a los pies de contorsionadas deidades orientales. Ivy Starnes estaba sentada sobre un cojín, igual que uno de aquellos budas. Su boca formaba un estrecho semicírculo al estilo petulante de un niño que exige adulación, en el rostro amplio y pálido de una mujer que pasaba ya de los cincuenta. Sus ojos eran dos estanques desprovistos de vida. Su voz tenía el sonar monótono y repiqueteante de la lluvia.

«No puedo contestar a sus preguntas, muchacha. ¿El laboratorio de investigación? ¿Los ingenieros? ¿Por qué acordarme ahora de todo eso? Era mi padre quien vivía relacionado con semejantes cosas, no yo. Pero mi padre era un malvado que no se preocupó de nada, excepto de sus negocios. No tuvo tiempo para el amor; sólo para el dinero. Mis hermanos y yo vivíamos en un plano diferente. Nuestro propósito no era producir beneficios, sino hacer el bien. Fuimos derrotados por la avaricia, el egoísmo y la baja naturaleza animal de los hombres. El eterno conflicto entre espíritu y materia; entre alma y cuerpo. No quisieron renunciar a sus cuerpos, no obstante ser todo cuanto queríamos de ellos. No me acuerdo de ninguno de esos hombres ni me importa… ¿Los ingenieros? Creo que fueron

ellos quienes provocaron la hemofilia… Sí, digo la hemofilia, ese lento desangrarse, esa pérdida de jugo vital que nada puede detener. Fueron los primeros en huir. Desertaron uno tras otro… ¿Nuestro plan? Pusimos en práctica el noble precepto histórico de a cada cual según su habilidad; a cada cual según sus necesidades. Todos cuantos trabajaban en la fábrica, desde las mujeres de la limpieza hasta el presidente, percibían idéntico salario; el mínimo adecuado a sus exigencias cotidianas. Dos veces al año nos reuníamos, y cada uno de ellos presentaba sus reclamaciones acerca de lo que consideraba necesario. El voto de la mayoría establecía las necesidades y los recursos de cada cual, y las rentas de la fábrica eran distribuidas según ello. Las recompensas se basaban en la necesidad y los castigos en la habilidad. Aquellos quienes, según la votación, padecían mayor miseria, recibían las cantidades más elevadas. Quienes no habían producido lo señalado por nuestras normas, eran obligados a pagar una multa, trabajando horas extra. Tal fue nuestro plan, basado en el principio de la renunciación. Requería hombres que actuaran no por deseo de beneficios, sino por amor a sus hermanos.»

Dagny escuchó una voz fría e implacable que murmuraba en su interior: «Recuérdalo… recuérdalo bien; no sucede con frecuencia que pueda uno hallarse frente a la maldad pura. Fíjate bien y recuerda que algún día encontrarás palabras con las que definir su esencia…» Aquellas frases sonaban sobre el griterío de otras voces, impacientes y violentas: «No es nada. Ya lo he oído antes y lo estoy oyendo por doquier; se trata siempre de la misma canción. ¿Por qué he de soportarlo? No puedo más. No puedo más».

—¿Qué le sucede, muchacha? ¿Por qué se ha levantado de un modo tan brusco? ¿Por qué tiembla…? ¿Cómo? Hable más alto; no la oigo… ¿Que de qué modo se desarrolló nuestro plan? No me importa discutir el asunto. Las cosas fueron empeorando conforme transcurría el tiempo. Me costó perder la fe en la naturaleza humana. En cuatro años, un plan concebido, no por el frío cálculo de la mente, sino por puro amor, nacido en el corazón, tuvo que fenecer entre un sórdido revoltijo de policías, abogados y declaraciones de bancarrota. Pero he visto mi error y me siento libre de él. Nada quiero ya con el mundo de las máquinas, con los fabricantes, con el dinero, con ese mundo esclavizado por la materia. Estoy aprendiendo la emancipación del espíritu tal como se revela en los grandes secretos de la India; la liberación de las ligaduras que oprimen la carne; la victoria sobre la naturaleza física; el triunfo del espíritu sobre la materia.

A través de la cegadora y blanca claridad provocada por su cólera, Dagny estaba contemplando una larga faja de cemento, que en otros tiempos fue carretera y de cuyas grietas surgía la hierba, y la figura de un hombre contorsionado al arrastrar sus instrumentos de labranza.

—Ya le he dicho que no recuerdo nada, joven. No conozco sus nombres; no me acuerdo de ninguno; no sé qué clase de aventureros pudo tener mi padre en su fábrica. ¿Me oye…? No estoy acostumbrada a que me interroguen de este modo. ¿Es que no conoce otra palabra más que «ingeniero»? ¿Me oye…? ¿Qué le ocurre? No me gusta su cara. Es usted… Déjeme en paz. No la conozco, pero no creo haberle hecho nunca daño. Soy una vieja. No me mire así… ¡Atrás! No se acerque o pediré socorro… A ver… ¡ah! ¡Sí, sí! Me acuerdo de uno. El ingeniero jefe que dirigía el laboratorio. Se llamaba William Hastings. Ése era su nombre: William Hastings. Lo recuerdo bien. Se fue a Brandon, Wyoming, al día siguiente de haber puesto en marcha nuestro plan. Fue el segundo en abandonarnos… No. No recuerdo quién fue el primero. No tenía importancia alguna.

* * *

La mujer que abrió la puerta tenía el pelo gris y un aire calmoso y distinguido, de persona bien educada; Dagny tardó unos segundos en comprender que su vestido era uno de los más sencillos que hubiera visto jamás, confeccionado en pobre algodón.

—¿Puedo ver a míster William Hastings? —preguntó.

La mujer la contempló durante un brevísimo instante con expresión extraña, inquisitiva y grave.

—¿Tiene la bondad de decirme su nombre?

—Sí. Soy Dagny Taggart, de la «Taggart Transcontinental».

—¡Oh! Entre, por favor, Miss Taggart. Yo soy la señora de Hastings. Un mesurado tono de gravedad sonaba en cada silaba igual que una advertencia. Sus modales eran corteses, pero no sonreía.

La casa, muy modesta, se hallaba en los suburbios de una ciudad industrial. Las ramas desnudas de unos árboles destacaban en el cielo frío, brillante y azul, sobre la cumbre en que se hallaba la vivienda. Las paredes de la sala eran de un gris plateado; la luz del sol daba sobre la base de cristal de una lámpara con pantalla blanca. Más allá de una puerta abierta, el rincón en el que se tomaba el desayuno, aparecía decorado con tela blanca, moteada de rojo.

—¿Tuvo alguna relación con mi marido dentro del campo de los negocios, Miss Taggart?

—No. No conozco a míster Hastings. Pero me gustaría hablar con él acerca de un asunto de la mayor importancia.

—Mi esposo falleció hace cinco años, Miss Taggart.

Dagny cerró los ojos; el sordo y contundente golpe recibido contenía conclusiones que no podía expresar en palabras. Rearden tuvo razón; por tal motivo el motor había quedado abandonado en un montón de chatarra.

—¡Cuánto lo siento! —exclamó, tanto para mistress Hastings como para sí.

El atisbo de sonrisa que apareció en el rostro de la mujer expresaba tristeza, pero no había en él traza alguna de tragedia; tan sólo una grave expresión de firmeza, resignación y serenidad.

—Mistress Hastings, ¿me permite unas preguntas?

—Desde luego. Siéntese, por favor.

—¿Tenía usted algún conocimiento acerca de la tarea científica de su marido?

—Muy escaso. Casi ninguno. Nunca hablábamos de ello.

—¿Fue durante algún tiempo ingeniero de la «Twentieth Century Motor Company»?

—Sí. Estuvo empleado allí dieciocho años.

—Era mi intención interrogar a míster Hastings acerca de su trabajo allí y de los motivos por los que lo dejó. Si lo sabe, dígamelo. Me gustaría averiguar qué ocurrió* en aquella fábrica.

La sonrisa de tristeza se agudizó en la cara de mistress Hastings.

—Se trata de algo que yo también querría saber —dijo—. Pero ya no podré conseguirlo. Sólo sé que se marchó por culpa de cierto inaceptable sistema establecido allí por los herederos de Jed Starnes. No quiso trabajar en tales condiciones para una gente así. Pero debió suceder algo más. Siempre tuve la sensación de que no quiso contármelo todo.

—Me siento extraordinariamente interesada en cualquier indicio que pudiera usted darme.

—No puedo aportar indicio alguno. He intentado adivinar y tuve que desistir. No puedo comprenderlo ni explicarlo. Lo único que sé es que ocurrió algo raro. Cuando mi marido dejó la «Twentieth Century» nos trasladamos aquí y él aceptó un empleo como jefe del

departamento científico de la «Acme Motors». Tratábase de una empresa en plena prosperidad, que ofrecía a mi marido la clase de trabajo que anhelaba. Nunca fue persona propensa a los conflictos internos; siempre estuvo muy seguro de sus actos y en paz consigo mismo. Pero durante un año, luego de salir de Wisconsin, actuó como si se sintiera torturado por algo; como si contendiera con un problema personal de imposible solución. Al final de aquel año se acercó a mí una mañana y me dijo que había presentado su dimisión de la «Acmé Motors»; que se retiraba y que no volvería a trabajar en ningún otro lugar, no obstante amar su profesión y constituir ésta toda su vida. Aparecía tranquilo, confiado y feliz por vez primera desde que llegamos aquí. Me rogó que no le preguntara acerca de los motivos que lo inducían a semejante decisión. No le hice pregunta alguna ni protesté. Teníamos esta casa; disponíamos de nuestros ahorros, y podíamos vivir modestamente el resto de nuestros días. Jamás supe sus motivos. Continuamos habitando aquí, tranquilos y felices. Parecía imbuido de profundo contento; de una extraña serenidad de espíritu que nunca había visto en él. No había nada raro en su comportamiento o en sus actividades, excepto que en ciertas ocasiones, muy raramente, salía sin decirme dónde iba o a quién había visto. En los últimos dos años de su vida permaneció ausente durante un mes cada verano, sin comunicarme su paradero. Por lo demás, su existencia fue la misma de siempre. Estudiaba mucho y pasaba el tiempo en investigaciones científicas particulares, que realizaba en el sótano. No sé lo que hizo con sus notas o con sus modelos experimentales. Después de su muerte no encontré rastros de ellos. Falleció hace cinco años de una dolencia cardiaca que venía sufriendo desde algún tiempo antes.

Dagny preguntó, perdida ya toda esperanza:

—¿Conocía usted la naturaleza de sus experimentos?

—No. Sé muy poco de semejante profesión.

—¿Tuvo relación con alguno de sus colegas o colaboradores, que pudieran estar enterados de la índole de su tarea?

—No. En la «Twentieth Century Motors» trabajaba tanto, que disponíamos de muy poco tiempo para nosotros. Lo pasábamos siempre juntos; carecíamos de vida social y jamás trajo a sus colegas a casa.

—Cuando se hallaba en la «Twentieth Century», ¿mencionó alguna vez haber diseñado un motor de tipo enteramente nuevo que podía haber cambiado el rumbo de la industria?

—¿Un motor? Sí, sí. Habló de él varías veces, diciendo que se trataba de un invento de incalculable importancia. Pero no era él su autor, sino uno de sus jóvenes ayudantes.

Vio la expresión que se pintaba en la cara de Dagny, y añadió lentamente, con cierto tono zumbón en el que no sonaba señal alguna de reproche, sino tan sólo cierta triste ironía:

—Comprendo.

—¡Oh! Lo lamento —exclamó Dagny dándose cuenta de que su emoción acababa de pintársele en la cara, convertida en una sonrisa tan amplia como un grito de alivio.

—De acuerdo. De acuerdo. Lo que a usted le interesa es el inventor de ese ingenio. No sé si vive todavía, pero no tengo motivos para creer lo contrario.

—Daría la mitad de mi existencia por saber quién es y por encontrarle. Se trata de algo de suma importancia, mistress Hastings. ¿Quién es?

—No lo sé. No conozco su nombre ni nada acerca de él. Nunca traté a quienes trabajaban con mi esposo. Solamente me dijo que era un joven ingeniero, capaz de volver el mundo de arriba abajo, si se lo proponía. A mi esposo no le interesaba nada de la gente, excepto su inteligencia. Creo que fue la única persona a la que profesó cariño. Aunque no lo dijera, lo comprendí por el modo en que hablaba de él. Recuerdo el día en que me dijo que el motor había quedado terminado. Su voz vibraba al exclamar: «¡Sólo tiene

veintiséis años!» Ocurrió cosa de un mes antes de la muerte de Jed Starnes. A partir de entonces nunca volvió a mencionar el motor ni al joven ingeniero.

—¿No sabe lo que ha sido de él?

—No.

—¿Puede sugerirme algún modo de encontrarlo?

—No.

—¿No posee ningún indicio, ningún rastro que me ayude a averiguar su paradero?

—No. Dígame, ¿tan valioso era ese motor?

—Mucho más de lo que yo pueda explicarle.

—Cierta vez, hace años, luego de salir de Wisconsin, me acordé de ello y pregunté a mi marido qué había sido de aquel invento que tanto alabó. Me miró de un modo muy extraño y repuso: «Nada».

—¿Por qué?

—No quiso explicarlo.

—¿Puede recordar a alguien de quienes trabajaron en la «Twentieth Century»? ¿Cualquiera que conociese al joven ingeniero? ¿A un amigo suyo, por ejemplo?

—No… ¡Espere! Creo que puedo darle una pista. Le diré dónde encontrar a un amigo. No conozco su nombre, pero sí recuerdo sus señas. Se trata de una historia muy rara. Más vale que se la explique. Cierta noche, cosa de dos años después, mi esposo tenía que salir, pero como yo necesitaba también el automóvil, me dijo que lo recogiera después de cenar en el restaurante de la estación. No me aclaró quiénes iban a ser sus comensales. Cuando llegué a la estación lo vi frente al restaurante con dos hombres. Uno de ellos era alto y joven; el otro, de edad madura y aspecto distinguido. Los reconocería donde los viese. Tenían esas caras que nunca se olvidan. Al verme, mi marido se separó de ellos, y ambos se alejaron hacia el andén. En aquel momento se aproximaba un tren. Mi esposo señaló al joven y dijo: «¿Te has fijado? Es el muchacho de quien te vengo hablando». «¿Ese eminente inventor de motores?» «Si. Ése.»

—¿No le aclaró nada más?

—Nada. De todo esto hace ahora nueve años. La pasada primavera estuve visitando a mi hermano, que vive en Cheyenne. Una tarde salí con él y toda su familia a dar un largo paseo. Nos internamos por parajes solitarios, próximos a las Montañas Rocosas, y nos detuvimos en un restaurante al lado de la carretera. Al otro lado del mostrador pude ver a un hombre distinguido, de cabello gris. Lo estuve mirando mientras nos preparaba los bocadillos y el café, segura de haber visto su cara en otro sitio. Continuamos la marcha y, hallándonos a muchas millas de distancia, recordé de improviso quién era. Puede dirigirse allá. Es en la carretera 86, en plenas montañas, al oeste de Cheyenne, cerca de una pequeña concentración industrial junto a la fundición Lennox. Aunque parezca extraño, estoy segura de ello. El cocinero de aquel restaurante es el hombre al que vi en la estación junto con el joven ídolo de mi marido.

* * *

El restaurante se encontraba al final de una larga y difícil pendiente. Sus paredes de cristal ponían un detalle de esplendor en aquel paisaje de rocas y de pinos, que descendía en quebradas y barrancos hacia poniente. Abajo todo estaba muy obscuro, pero una suave y etérea claridad seguía iluminando la casita como estanque dejado atrás por la marea en retirada.

' Dagny se sentó al extremo del mostrador pidiendo un bocadillo de hamburguesa. Era la comida mejor condimentada que hubiera probado jamás.

Sus ingredientes, aunque muy simples, estaban tratados con habilidad extraordinaria. Dos obreros terminaban de comer; esperó a que se marcharan.

Entretanto, estudió al hombre situado detrás del mostrador. Era alto y esbelto, y tenía un aire de distinción que parecía originado en un antiguo castillo o en el despacho interno de algún Banco. Pero su cualidad peculiar residía en el hecho de que aquella distinción pareciese apropiada incluso allí, detrás del mostrador de un restaurante del camino. Llevaba su chaqueta blanca de cocinero con la elegancia de un smoking. Había en su modo de trabajar cierta competencia de experto. Sus movimientos eran fáciles e inteligentes como si supiera economizar sus fuerzas. Tenía la cara flaca y el cabello gris, a tono con el frío azul de sus ojos. Por encima de su aspecto de afable mesura campeaba una nota de humor, pero tan débil que se desvanecía cuando alguien trataba de fijarse en ella.

Los dos obreros terminaron de comer, pagaron y se marcharon, dejando diez centavos de propina. Observó a aquel hombre mientras retiraba los platos, se metía las monedas en el bolsillo y limpiaba el mostrador, todo ello con un aire de rapidez y precisión muy peculiares. Luego se volvió y la miró. Tratábase de una mirada impersonal que no invitaba a la conversación; pero Dagny estuvo segura de que había notado su vestido neoyorquino, sus zapatos de tacón alto y su aire de mujer que no solía perder el tiempo. Sus ojos fríos y observadores parecían comunicarle que se había dado cuenta que no pertenecía a aquel lugar y que esperaba descubrir los propósitos que la llevaron al mismo.

—¿Qué tal los negocios? —preguntó Dagny.

—Muy mal. La semana que viene cerrarán la fundición Lennox y yo tendré que hacer lo propio y marcharme de aquí —respondió con voz clara y afable.

—¿Adonde piensa ir?

—No lo he decidido todavía.

—¿No tiene ningún proyecto en perspectiva?

—No lo sé. He pensado abrir un garaje; siempre se encuentra un lugar adecuado en la ciudad.

—»Oh, no! Es usted demasiado diestro en su trabajo para cambiarlo por otro. No sabría trabajar en una cosa distinta.

La extraña y fina sonrisa movió la curva de sus labios.

—¿No? —preguntó cortés.

—¡No! ¿Le gustaría trasladarse a Nueva York? —La miró sorprendido—. Le hablo en serio. Puedo ofrecerle trabajo en una gran compañía ferroviaria como encargado del departamento de coches-restaurante.

—¿Me permite preguntarle qué la induce a ello?

Le mostró el bocadillo envuelto en su servilleta de papel blanco.

—Ésta es una de las razones.

—Gracias. ¿Y las demás?

—Creo que no ha vivido usted en una gran ciudad o de lo contrario se habría enterado de lo difícil que es encontrar a un hombre competente para una tarea determinada.

—Sé un poco de todo eso.

—Bien. Entonces, ¿qué opina? ¿Le gustaría trabajar en Nueva York con un sueldo de diez mil dólares al año?

—No.

Dagny se había dejado llevar por la alegría de poder recompensar a un hombre realmente capaz. Al oír su respuesta lo miró en silencio, perpleja.

—No creo que me haya comprendido.

—Sí. La he comprendido perfectamente.

—¿Y rehúsa una oportunidad así?

—Sí.

—Pero, ¿por qué?

—Se trata de un asunto personal.

—¿Por qué ha de trabajar en esto, si se le ofrece una actividad mejor?

—Es que yo no busco tal clase de actividad.

—¿No quiere prosperar y hacer dinero?

—No. ¿Por qué insiste?

—Porque no me gusta ver cómo se desperdician tan excelentes cualidades.

—Lo mismo me ocurre a mí —dijo él lentamente, con intención.

Algo en su manera de hablar hizo sentir a Dagny cierta emoción que ambos compartían de una manera extraña, y que quebrantaba la disciplina según la cual se había prohibido pedir auxilio a nadie.

—¡Estoy harta! —exclamó con voz que la asombró a sí misma y que era como un grito involuntario—. Siento verdadero anhelo por ver a alguien con verdadera habilidad para cumplir lo que está realizando.

Se presionó los ojos con el dorso de la mano, tratando de contener el estallido de una desesperación que no se había permitido admitir. No comprendió el alcance del mismo ni la poca resistencia que aquella intensa búsqueda le había dejado.

—Lo siento —dijo él en voz baja; no como si pidiera perdón, sino como si se sintiera compadecido.

Dagny lo miró. Sonreía como si quisiera hacerle comprender que con aquella sonrisa pretendía quebrantar el lazo que los había unido y que él también sintió. Había en su expresión cierta traza de burla cortés.

—No creo que haya recorrido toda esta distancia desde Nueva York sólo para buscar cocineros en las Montañas Rocosas.

—No. He venido por otra razón. —Se inclinó hacia delante, con ambos antebrazos firmemente apoyados sobre el mostrador, sintiéndose tranquila y otra vez en perfecto dominio de si misma, cual si comprendiera que se hallaba ante un adversario peligroso—. ¿Conoció usted hace unos diez años a cierto joven ingeniero que trabajaba para la «Twentieth Century Motor Company»?

Contó los segundos de aquella larga pausa. No podía definir el modo en que él la miraba, excepto en el sentido de que le estaba dispensando una atención muy especial.

—Sí. Le conocí —repuso.

—¿Podría facilitarme su nombre y dirección?

—¿Para qué?

—Es necesario que lo encuentre.

—¿A ese hombre? ¿Qué importancia tiene?

—Para mí es la persona más importante del mundo.

—¿De veras? ¿Por qué motivo?

—¿Sabía usted algo de su trabajo?

—Sí.

—¿Se enteró de que estaba desarrollando una idea de consecuencias?

Él dejó transcurrir unos instantes.

—¿Puedo preguntar quién es usted?

—Dagny Taggart, vicepres…

—Miss Taggart, sé muy bien el cargo que ostenta.

Hablaba con cierta deferencia impersonal, como si hubiera encontrado la respuesta a alguna pregunta interior de naturaleza especial y no se asombrara ya de nada.

—Entonces se habrá dado cuenta de que mi interés no es vano —dijo Dagny—. Me encuentro en situación de poder ofrecerle la oportunidad que anhela y estoy dispuesta a pagarle lo que pida.

—¿Puedo preguntar lo que ha despertado semejante interés?

—Su motor.

—¿Cómo ha podido usted enterarse de ello?

—Encontré restos del mismo en las ruinas de la fábrica «Twentieth Century», pero no bastantes como para reconstruirlo o averiguar cómo funcionaba. Sin embargo, comprendí que aquella invención puede salvar mi ferrocarril, al país y a la economía del mundo entero. No me pregunte qué rutas he seguido en mi intento de encontrar al inventor. No tiene importancia; ni siquiera mi vida y mi trabajo la tienen ahora. Nada es importante excepto encontrarlo. No me pregunte cómo he dado con usted. Su persona es el fin del camino. Dígame su nombre.

La había escuchado sin moverse, mirándola de frente, mientras su atención parecía irse apropiando de cada palabra y archivándola cuidadosamente, sin dejar entrever indicio alguno de su propósito. Durante largo rato permaneció inmóvil. Luego dijo:

—Abandone la empresa, Miss Taggart. No lo encontrará.

—¿Cómo se llama?

—No puedo revelarle nada acerca de él.

—¿Vive todavía?

—No puedo decírselo.

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Hugh Akston.

En el transcurso de aquellos segundos en blanco, durante los cuales trató de recuperar la serenidad mental, Dagny no cesó de repetirse: «Estás histérica… no seas incorrecta… se trata sólo de una coincidencia de nombres». Pero de un modo cierto, aunque velado, presa de inexplicable terror, comprendió que aquél era el Hugh Akston de quien tanto había oído hablar.

—¿Hugh Akston? —tartamudeó—. ¿El filósofo? ¿El último abogado de la razón?

—En efecto —contestó él placenteramente—, o el primero de la vuelta a la misma.

No parecía sorprendido por el asombro de la joven; tan sólo lo consideraba innecesario. Sus modales eran simples, casi amistosos, cual si no sintiera la necesidad de ocultar su identidad ni resentimiento alguno por haber sido descubierto.

—En la actualidad no creo que ningún joven reconozca mi nombre o le atribuya significado alguno —dijo.

—Pero… ¿qué hace usted aquí? —describió con el brazo un amplio círculo—. ¡No tiene sentido!

—¿Está segura?

—¿Qué es esto? ¿Una farsa? ¿Un experimento? ¿Una misión secreta? ¿Estudia algo con algún propósito especial?

—No, Miss Taggart; simplemente, me gano la vida.

Su voz y sus palabras poseían la auténtica simplicidad de un hecho cierto.

—Doctor Akston… es inconcebible; es… usted un filósofo… el mayor filósofo viviente… un hombre inmortal… ¿Por qué hace esto?

—Porque soy un filósofo, Miss Taggart.

Comprendió con absoluta certeza, aun cuando su capacidad para la misma e incluso para la comprensión hubiera desaparecido, que no conseguiría ayuda de él; que el formular preguntas era innecesario; que no le daría explicación alguna acerca del destino del inventor, ni del suyo.

—Desista de ello, Miss Taggart —dijo tranquilamente, como si demostrara que podía leer sus pensamientos como ella supuso que iba a suceder—. Se trata de una búsqueda inútil. Más inútil aún, porque no posee usted el menor atisbo de la imposible tarea que ese hombre ha emprendido. Quisiera ahorrarle el dolor de inventar un argumento, un pretexto o una súplica capaz de obligarme a facilitarle esa información. Puede estar segura de una cosa: de que se trata de algo imposible. Ha dicho que soy el final de su ruta. En efecto; pero está usted en un callejón sin salida, Miss Taggart. No intente gastar su dinero y sus esfuerzos en métodos más convencionales de investigación. No contrate detectives. No sabrá nada. Quizá opte por ignorar mi advertencia, pero es usted una mujer inteligente, capaz de darse cuenta de lo que le digo. Desista. El secreto que intenta penetrar comprende algo mucho mayor que el invento de un motor accionado por la electricidad atmosférica. Tan sólo puedo ofrecerle una sugerencia: según la esencia y la naturaleza de la vida, la contradicción no puede existir. Si cree usted inconcebible que ese invento sensacional pueda quedar abandonado entre unas ruinas, y que un filósofo prefiera trabajar como cocinero, compruebe sus premisas y notará que una de ellas es falsa.

Dagny se asombró al recordar que había oído en otra ocasión tales palabras, pronunciadas por Francisco. Luego le vino a la memoria que aquel hombre había sido uno de los maestros del joven.

—Como usted quiera, míster Akston —dijo—. No intentaré interrogarle acerca de ello, pero ¿me permite una pregunta acerca de un asunto totalmente distinto?

—Desde luego.

—El doctor Robert Stadler me dijo cierta vez que cuando enseñaba usted en la Universidad Patrick Henry tuvo tres estudiantes favoritos que también lo fueron de él; tres mentes privilegiadas de las que se esperaba un gran futuro. Uno de ellos fue Francisco d'Anconia.

—Sí. Y el otro, Ragnar Danneskjdld.

—A propósito, ¿quién fue el tercero?

—Su nombre no le sugeriría nada. No se ha hecho famoso.

—El doctor Stadler dijo que usted y él llegaron a rivalizar por culpa de aquellos tres estudiantes a los que consideraban como hijos.

—¿Rivalizar? Él los perdió.

—Dígame, ¿se siente orgulloso de los caminos adoptados por los tres jóvenes?

Miró hacia la distancia; al fuego moribundo del crepúsculo, sobre las rocas más lejanas. Su cara adoptó la expresión de la de un padre que ve cómo sus hijos se desangran en un campo de batalla.

—Más orgulloso de lo que nunca confié estar.

Era ya casi de noche. Él se volvió bruscamente, sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la chaqueta y extrajo uno. Luego se detuvo, recordando de improviso la presencia de Dagny y le tendió el paquete. Ella tomó un cigarrillo mientras el filósofo frotaba una cerilla que sacudió luego, apagándola. Sólo brillaban en la estancia dos minúsculos puntos luminosos, encerrados en la obscuridad de una caja de cristal y rodeados de millas y millas de montañas.

* * *

Dagny se levantó, pagó su cuenta, y dijo:

—Gracias, doctor Akston. No voy a molestarle con lamentos ni con rogativas. Tampoco contrataré detectives. Pero creo mi deber advertirle que no pienso cejar. Debo encontrar al inventor y lo encontraré.

—No será hasta el día en que él acceda a encontrarla a usted.

Cuando se acercaba a su automóvil, Akston encendió las luces del local. Dagny pudo ver el buzón de correos junto a la carretera; ostentaba el increíble detalle del nombre de Hugh Akston claramente escrito en él.

Llevaba largo rato conduciendo por la serpenteante carretera y las luces del restaurante se habían perdido desde mucho tiempo atrás en la distancia, cuando notó que el gusto del cigarro que le diera Akston la complacía en extremo; era distinto a cuantos hubiera fumado hasta entonces. Levantó la colilla hasta la luz del parabrisas, buscando la marca. Pero no había nombre alguno, sino tan sólo un pequeño dibujo estampado en oro sobre el fino y blanco papel, representando el emblema del dólar.

Lo examinó curiosamente; no tenía noticia de semejante marca. Luego recordó al viejo del puesto de cigarrillos en la estación terminal Taggart y sonrió pensando que aquél sería un buen ejemplar para su colección. Apagó la colilla y la guardó en su bolso.

Cuando llegó a Cheyenne, el tren número 57 se encontraba en la vía, dispuesto a partir hacia el empalme Wyatt. Dejó el coche en el garaje donde lo había alquilado y se trasladó al andén de la estación Taggart. Faltaba media hora hasta que llegara el expreso de Nueva York. Caminó hasta el final del andén, reclinándose fatigada contra un farol. No deseaba ser vista ni reconocida por los empleados; no quería hablar con nadie; necesitaba descansar. Unas cuantas personas formaban grupitos en el andén casi desierto. Parecían tener lugar animadas conversaciones y los periódicos estaban colocados en el quiosco de manera más ostentosa que de costumbre.

Contempló las iluminadas ventanillas del tren 57, sintiendo unos momentos de alivio, a la vista de lo que constituía una victoria. El tren estaba formado sobre los ríeles de la línea «John Galt», dispuesto para atravesar ciudades, describir curvas y pasar veloz ante señales verdes, por aquellos mismos lugares en que la gente se había agrupado vitoreándolo, mientras en el aire estival se elevaban los ruidosos cohetes. Retorcidos restos de hojas* colgaban ahora de las ramas, más allá de la línea de los vagones, y los pasajeros llevaban abrigos y bufandas. Todo el mundo actuaba a la manera indiferente de quien cumple una finalidad diaria, cual si esperase algo que desde mucho tiempo atrás daba por descontado. «Lo hemos conseguido —pensó—. Por lo menos, esto es ya un hecho concreto.»

De pronto, la conversación casual que dos hombres sostenían a poca distancia de ella, reclamó su atención.

—Las leyes no deberían aprobarse de una manera tan brusca.

—Es que no se trata de leyes, sino de directrices.

—No es un comportamiento legal.

—Tampoco puede considerarse ilegal, porque la legislatura aprobó el mes pasado la concesión de plenos poderes para dictar directrices.

—A mi modo de ver, las directrices no han de ser presentadas al público de una manera tan repentina, como quien descarga un puñetazo en la nariz de otro.

—Es que no se puede perder el tiempo en conversaciones, cuando el país atraviesa momentos difíciles.

—De todas formas, no creo que hayan obrado bien. No son bromas. ¿Qué va a hacer Rearden? Aquí dice…

—¿Por qué te preocupa tanto ese Rearden? Ya tiene suficiente dinero. Encontrará la manera de dedicarse a algo.

Dagny corrió hacia el primer quiosco y adquirió un ejemplar del periódico de la noche. La noticia figuraba en la página frontal. Wesley Mouch, coordinador jefe de la oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales, «actuando de manera sorprendente», según decía la información, «a causa de las urgentes necesidades nacionales» había cursado una serie de disposiciones que figuraban en columna a lo largo de la página.

Se ordenaba a los ferrocarriles nacionales reducir la velocidad de todos sus trenes a un máximo de sesenta millas por hora y la longitud de aquéllos a sesenta vagones… Además, cada Estado, de una zona compuesta por cinco de ellos, haría funcionar idéntico número de trenes. A tal propósito, el país quedaba dividido en varias zonas como la expresada.

Se ordenaba a las fundiciones del país limitar su producción de cualquier metal a una cifra igual a la producción de otras fundiciones, situadas dentro de la misma clasificación de capacidad, y suministrar una proporción razonable de metal a todos los consumidores que desearan servirse de él.

Las fábricas del país, cualquiera que fuese su tamaño y su naturaleza, deberían abstenerse de trasladar sus emplazamientos actuales, excepto cuando les fuera concedido un permiso especial por parte de la Oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales.

A fin de compensar a los ferrocarriles de los gastos que aquello implicaba y para «hacer más llevadero el proceso de reajuste» se concedía una moratoria en el pago de intereses y de capitales en todas las acciones ferroviarias, tanto firmes como no, convertibles o no convertibles, durante un periodo de cinco años.

A fin de aportar fondos para el cumplimiento de dichas directrices, se creaba un impuesto especial en Colorado por ser éste «el Estado en mejores condiciones para ayudar a otros a soportar el peso de aquellas medidas excepcionales». Dicho impuesto consistiría en el cinco por ciento de las ventas brutas de todas las empresas industriales.

La exclamación que dejó escapar Dagny fue tan rotunda, que nunca hasta entonces se había permitido una cosa similar. Siempre tuvo a gala dominarse. A muy poca distancia se encontraba un hombre. No se fijó en que era un vagabundo miserable. En el momento de proferir la exclamación, sólo deseaba dar a la misma el tono de un llamamiento a la razón ante un ser humano cualquiera.

—¿Qué vamos a hacer?

El vagabundo sonrió sin alegría y encogiéndose de hombros repuso:

—¿Quién es John Galt?

No era la «Taggart Transcontinental» la que quedaba iluminada por el foco de terror de su mente; no era la idea de ver a Hank Rearden atado a un potro de tormento, sino el pensar en Ellis Wyatt. Esta idea borraba todo lo demás que pugnaba por llenar su conciencia, no dejando lugar a palabras ni tiempo al asombro. Cual deslumbrante respuesta a las preguntas que no había empezado todavía a formularse, destacaban dos imágenes: la figura implacable de Ellis Wyatt frente a su escritorio en el momento de

decir: «Puede usted destruirme si quiere; tendré que irme; pero si me voy, me aseguraré antes de llevarme a todos ustedes conmigo». Y la violencia del mismo Ellis Wyatt cuando arrojó un vaso que fue a estrellarse contra la pared.

El único sentimiento concreto que aquellas imágenes dejaron en ella fue el de la proximidad de un inaudito desastre y el de que era preciso evitarlo.

Tenía que entrevistarse con Ellis Wyatt y detenerlo. No sabía a ciencia cierta qué debería impedir; tan sólo estaba segura de que era preciso hacer algo.

Aunque yaciera aplastada bajo las ruinas de una casa, aunque se sintiera hecha añicos por la explosión de una bomba, mientras siguiera existiendo * comprendería que la acción es la obligación primordial del hombre, sin importar los propios sentimientos. Gracias a ello, pudo echar a correr por el andén, enfrentarse al jefe de estación y ordenarle: «¡Detenga el número 57 hasta que haya subido!» Luego corrió a la soledad de una cabina telefónica, situada en la obscuridad, más allá del andén, y dio a la centralilla el número de Ellis Wyatt.

Permanecía en pie, encuadrada por las paredes de la cabina, con los ojos cerrados, escuchando el lejano rumor del metal indicador de que un timbre sonaba en un lugar distante; pero no obtuvo respuesta. El timbre sonaba en súbitos espasmos, como un taladro que le agujereara los oídos y el cuerpo. Aferraba el auricular cual si constituyera alguna forma de contacto. Le hubiera gustado que el timbre sonara más fuerte. Se olvidó de que el ruido que escuchaba ahora no era sólo el del timbre, sino también el de su propia garganta gritando: «¡No lo haga, Ellis, no lo haga!» Luego escuchó la voz opaca y fría de la empleada en el momento de decir: «No contestan, señorita».

Se sentó junto a la ventanilla en un compartimento del tren 57, escuchando el chirriar de las ruedas sobre los rieles de metal Rearden. Permanecía inmóvil, oscilando con los movimientos del vagón. El negro lustre de la ventanilla le ocultaba un paisaje que tampoco quería ver. Era su segundo viaje por la línea «John Galt» y trató de no pensar en el primero.

Recordando a los accionistas de la empresa, se dijo que le habían confiado su dinero, sus ahorros, conseguidos en largos años de trabajo, basándose en la garantía que ella representaba. Había conseguido persuadirles a que se lo entregaran, y ahora los estaba traicionando al meterlos en la boca del lobo. No circularían trenes y cesaría la vida de la línea. La «John Galt» había sido simplemente un desagüe que permitió a James Taggart realizar un negocio vertiendo la riqueza ajena en sus bolsillos, a cambio de dejar a otros que se aprovecharan del ferrocarril.

Las acciones de la línea «John Galt», que aquella mañana eran todavía orgullosos guardianes de la seguridad y del futuro de sus dueños, habíanse convertido, en el espacio de una hora, en pedazos de papel que nadie querría comprar, desprovistos de valor, sin futuro, sin fuerza, excepto la de cerrar las puertas y detener las ruedas de la última esperanza del país. La «Taggart Transcontinental» no era una planta viviente, alimentada por la sangre que ella misma producía, sino un caníbal devorando a criaturas todavía sin nacer, que con el tiempo hubieran constituido su grandeza.

Pensó en el impuesto sobre Colorado, que obligaría a Ellis Wyatt a pagar el sustento de aquellos cuyo trabajo contribuiría a amarrarlo y a no permitirle una vida tranquila; aquellos que permanecerían en guardia, procurando que no consiguiera trenes, ni vagones cisternas, ni oleoductos de metal Rearden. Ellis Wyatt quedaba desprovisto del derecho a la defensa; desprovisto de voz, de armas, y, lo que era aún peor, convertido en instrumento de su propia destrucción; en instigador de sus propios destructores, en proveedor de las armas con que iba a ser atacado. Veíase atacado por su propia energía, vuelta ahora contra él, como un dogal que le oprimiera el cuello. Había deseado originar una fuente ilimitada de petróleo pizarroso, y hablaba de un segundo Renacimiento…

Permanecía sentada con la cabeza sobre los brazos, apoyados éstos en el borde de la ventanilla, mientras las grandes curvas de la gran vía férrea, verde-azul, las montañas, los valles y las nuevas ciudades de Colorado pasaban ante ella sin ser vistos en la obscuridad.

Una repentina sacudida, al frenar bruscamente el tren, la obligó a incorporarse. Tratábase de una parada no prevista; el andén de la pequeña estación estaba atestado de personas todas las cuales miraban hacia un mismo lugar. Los pasajeros se habían abalanzado hacia las ventanillas. Se puso en pie, corrió por el pasillo y bajó los breves escalones, sintiendo el frío viento que barría la estación.

Un instante antes de ver lo que ocurría y de que su grito se sobrepusiera al rumor de la muchedumbre, comprendió que había sabido con antelación lo que iba a presenciar. En una brecha entre montañas, iluminando el cielo con un resplandor que llegaba hasta los tejados y paredes de la estación, pudo ver que la colina donde se asentaba la refinería Wyatt era una sólida masa de llamas.

Más tarde, cuando le contaron que Ellis Wyatt había desaparecido, no dejando tras de sí más que un cartel clavado en un poste al pie de la colina; cuando observó que estaba escrito por su propia mano, se dijo que había previsto que alguna vez leería tales palabras:

DEJO ESTO TAL COMO LO ENCONTRÉ.

TOMADLO. ES VUESTRO.

SEGUNDA PARTE

UNA ALTERNATIVA U OTRA

CAPÍTULO I

EL SER QUE PERTENECIA A LA TIERRA

El doctor Robert Stadler paseaba por su despacho, deseoso de no sentir el frío.

La primavera había llegado algo tarde. Fuera, el color gris mortecino de las colinas semejaba una sucia transición entre el tono blancuzco del cielo y la franja plomiza del rio. De vez en cuando, un distante fragmento de colina se iluminaba con una claridad amarillenta, casi verde, que desaparecía en seguida. Las nubes se entreabrían unos instantes dejando pasar un rayo de sol y volviéndose a cerrar de nuevo. El doctor Stadler se dijo que no hacía frío en aquel despacho, sino que era el paisaje el que helaba el lugar.

No hacía frío. Lo llevaba en los huesos, como una acumulación de aquellos meses invernales en que tenía que abandonar su trabajo por insuficiencia en la calefacción y la gente hablaba de ahorrar combustible. Se dijo que aquella creciente intrusión de la naturaleza en los asuntos de los hombres resultaba absurda. Hasta entonces, nunca le había preocupado que un invierno fuese severo. Si una inundación se llevaba un pedazo de vía férrea, no había por qué pasar dos semanas consumiendo verduras en conserva; si una tormenta inutilizaba alguna central eléctrica, ningún establecimiento como el Instituto Científico del Estado quedaba sin corriente durante cinco días. Aquel invierno habían sufrido cinco días de inactividad, mientras los grandes motores del laboratorio permanecían parados y se perdían horas imposibles de recuperar, mientras sus colaboradores estaban trabajando en problemas que afectaban al corazón del Universo. Se apartó irritado de la ventana, pero volvió a la misma, porque no quería posar la mirada en el libro que descansaba sobre la mesa.

Le hubiera gustado ver entrar al doctor Ferris. Consultó la hora; el doctor Ferris se estaba retrasando, cosa asombrosa en aquel servidor de la ciencia, que siempre mantuvo ante él una actitud tan humilde, que parecía como si lamentara no tener más que un sombrero que quitarse.

Mirando hacia el río se dijo que era un tiempo muy desapacible para el mes de mayo. Desde luego, era el tiempo el que le hacía sentir de aquel modo, no el libro. Lo había colocado de manera muy visible sobre el escritorio, cuando notó que su poco deseo de verlo era algo más que simple repugnancia: contenía el elemento de una emoción nunca admitida. Sin embargo, pretendió haber abandonado el escritorio, no porque el libro estuviera allí, sino porque quiso moverse un poco, a fin de aliviar su frío. Empezó a pasear por el cuarto, atrapado entre la mesa y la ventana, pensando en que, en cuanto hubiera hablado con el doctor Ferris, arrojaría aquel libro al cubo de la basura, donde debía encontrarse.

Contempló la franja verde y la claridad solar en la distante colina, cual una promesa de primavera, en un mundo en el que ni hierbas ni plantas parecían ir a brotar jamás. Sonrió animado, y cuando la mancha de sol desapareció, sintió una punzada de humillación ante aquella alegría y ante el modo desesperado en que deseaba conservarla. Le recordó su entrevista con aquel eminente escritor, el invierno pasado. Había venido de Europa para preparar un artículo acerca de él. Siempre desdeñó semejantes entrevistas, pero en aquella ocasión habló vehemente y prolongadamente, quizá demasiado, al observar una promesa de inteligencia en la cara de su interlocutor, sintiendo una desesperada y extraña necesidad de hacerse comprender. El artículo fue publicado en forma de colección de

frases, colmadas de exorbitantes alabanzas, que deformaban todos los pensamientos que expresó. Al cerrar la revista, sintió algo así como lo que ahora sentía ante la deserción de aquel rayo de sol.

Alejándose de la ventana, pensó que debía convenir en que, de un tiempo a aquella parte, experimentaba ataques de aburrimiento; pero estaban justificados; sentía hambre de enfrentarse a una mente viva y pensadora. Presa de desdeñosa amargura, se dijo que estaba cansado de toda aquella gente. Trataba con rayos cósmicos, mientras ellos eran incapaces de contender con una tempestad.

Notó la repentina contracción de su boca, como un golpe inesperado que le negara el derecho a continuar el curso de sus pensamientos. Miraba el libro colocado en la mesa. Su resplandeciente cubierta estaba completamente nueva, había sido publicado dos semanas atrás. «¡Nada tengo que ver con él!», se gritó interiormente, pero aquella exclamación parecía inútil en el implacable silencio reinante. Nada le respondió; no se produjo ningún eco de comprensión o de perdón. El título de la obra era: ¿Por qué crees que piensas?

No se escuchaba sonido alguno en el silencio reinante. No había piedad; no surgía ninguna voz en su defensa; nada aparte de los párrafos que su memoria volvía a imprimirle en el cerebro:

«El pensamiento es una superstición primaria. La razón es un concepto irracional. La pueril noción de que somos capaces de pensar ha constituido el mayor error de los humanos.

»El creer que se piensa es una ilusión creada por las glándulas, las emociones y, en un postrer análisis, también por el estómago.

»Esa materia gris de la que tan orgullosos estáis, viene a ser un grotesco espejo deformador igual a los que se instalan en los parques; sólo transmite imágenes en distorsión, procedentes de una realidad fuera de vuestro alcance.

»Cuanto más seguros estáis de vuestras conclusiones racionales, más cierto es vuestro error. El cerebro es un instrumento de distorsión. Cuanto más activo, mayor es también aquélla.

»Los gigantes de la inteligencia, a los que tanto admiráis, contaron en tiempos pretéritos que la tierra era plana y que el átomo era la más pequeña partícula de materia. Toda la historia de la ciencia es una progresión de falacias, no de logros concretos.

«Cuanto más sabemos, más llegamos a la conclusión de que no sabemos nada.

»Sólo el más craso ignorante puede seguir aferrado a la anticuada noción de que ver es creer. Precisamente lo que veis es aquello en lo que menos debéis confiar.

»Todo hombre de ciencia sabe que una piedra no es tal piedra. Que, en realidad, resulta idéntica a un cojín de plumas. Ambos son solamente una nebulosa formación de las mismas invisibles y agitadas partículas. Pero diréis: ¿cómo usar una piedra como almohada? Pues bien; ello demuestra simplemente vuestra impotencia ante la realidad auténtica.

»Los últimos descubrimientos científicos, tales como las admirables realizaciones del doctor Robert Stadler, han demostrado concluyentemente que nuestra razón es incapaz de comprender la naturaleza del universo. Dichos descubrimientos originaron entre los sabios contradicciones imposibles según la mente humana, pero que, de todas formas, existen. Por si todavía no lo sabíais, mis queridos y anticuados amigos, os diré que ha sido demostrado que lo racional es pura demencia.

»No busquéis consistencia en nada. Todo es una contradicción de lo demás. Tan sólo existen contradicciones.

»No busquéis sentido común. Exigirlo constituye la culminación de la insensatez. La naturaleza carece de sentido común. Nada lo tiene. Los únicos defensores del sentido en cuestión son seres de tipo estudioso, semejantes a solteronas en potencia, incapaces de encontrar un amigo, y los anticuados tenderos convencidos de que el universo es tan simple como sus pequeños inventarios y sus llamadas cajas registradoras.

«Rompamos las cadenas de ese prejuicio llamado lógica. ¿Es que nos va a detener un simple silogismo?

»¿Tan seguros estáis de vuestras opiniones? En realidad, no podéis estarlo de nada. ¿Vais a poner en peligro la armonía de la comunidad, vuestra camaradería con el prójimo, vuestra posición en la vida, vuestra reputación, buen nombre y seguridad financiera por culpa de una ilusión? ¿Atraídos por el espejismo de pensar que pensáis? ¿Vais a correr riesgos y a exponeros a desastres judiciales, en una época tan precaria como la nuestra, oponiéndoos al orden social vigente en nombre de esas nociones imaginarias que llamáis convicciones particulares? ¿Decís estar seguros de tener razón? Nadie la tiene ni puede tenerla. ¿Creéis que el mundo que os rodea está equivocado? Carecéis de medios para saberlo. Todo es error a los ojos humanos. Por ello ¿de qué sirve luchar? No discutáis. Aceptad las cosas y adaptaos a ellas. Obedeced.»

El libro estaba escrito por el doctor Floyd Ferris, y había sido publicado por el Instituto Científico del Estado.

—¡Nada tengo que ver con él! —exclamó el doctor Roben Stadler. Permanecía inmóvil, en pie junto a su escritorio, sintiendo la incómoda impresión de haberse alejado del curso del tiempo y no saber cuánto había durado el minuto precedente. Pronunció las palabras en voz alta, en tono de rencoroso sarcasmo, dirigiéndolas a aquello que le había obligado a expresarlas.

Se encogió de hombros. Aceptando la creencia de que la burla de sí mismo es un acto de virtud, aquel encogimiento de hombros venía a ser el equivalente emocional a la siguiente afirmación: «Eres Robert Stadler. No te comportes como un neurótico profesor de Instituto». Se sentó a su escritorio y apartó el libro con el dorso de la mano.

El doctor Floyd Eerris llegó media hora después.

—Lo siento —dijo—, pero mi automóvil volvió a averiarse en el camino desde Washington y he pasado un rato espantoso intentando encontrar a alguien que me lo arreglara. Hay tan pocos coches en la carretera, que la mitad de las estaciones de servicio están cerradas.

En su voz vibraba una nota más de aburrimiento que de excusa. Se sentó sin esperar a ser invitado.

El doctor Floyd Ferris no hubiera destacado como hombre especialmente agraciado, de haber referido otra profesión cualquiera; pero en la suya siempre se le describía como «ese hombre de ciencia de rostro atractivo». Medía un metro ochenta y contaba cuarenta y cinco años; pero sin saber por qué daba la sensación de ser más alto aún y más joven. Sus modales sugerían una educación sin mácula, y sus movimientos recordaban la gracia de un salón. ^ Sus trajes eran severos, casi siempre negros o azul obscuro. Lucia un bigotito finamente recortado y su cabello negro y suave inducía a los oficinistas del Instituto i afirmar que se servía para él del mismo betún con que lustraba sus zapatos. No le importaba repetir, en el tono de quien gasta una broma, que cierto productor cinematográfico le había propuesto encarnar en determinada película el tipo de un «gigoló» europeo. Había iniciado su carrera como biólogo, pero aquello quedó olvidado desde muchos años antes, y ahora era famoso como coordinador jefe del Instituto Científico del Estado.

El doctor Stadler lo miró con asombro, puesto que la carencia de una frase de perdón por su parte resultaba algo insólita. Luego dijo secamente:

—Me parece que pasa mucho tiempo en Washington.

—Pero, doctor Stadler. ¿No fue usted quien cierta vez me hizo el cumplido de llamarme «perro guardián del Instituto»? —preguntó el doctor Ferris con aire afable—. ¿No constituye acaso mi deber más esencial?

—Muchos de sus deberes parecen acumularse alrededor de este lugar. Pero antes de que se me olvide, ¿le importaría decirme qué hay respecto a la carencia de petróleo?

No pudo comprender por qué la cara del doctor Ferris se arrugó como si hubiera sufrido un repentino aguijonazo de dolor.

—Permítame decirle que se trata de algo inesperado y carente de causa —respondió el doctor Ferris en el tono grave de quien oculta una dolencia al tiempo que pone de relieve su martirio—. Ninguna de las autoridades relacionadas con ello encuentra motivo de crítica. Acabamos de someter a la Oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales un informe detallado y míster Wesley Mouch ha quedado plenamente satisfecho. Hemos obrado del mejor modo posible, respecto al proyecto. No sabemos de nadie que lo considere vago o confuso. Considerando las dificultades que presenta el terreno, los riesgos de incendio y el haber transcurrido sólo seis meses desde…

—¿De qué me está hablando? —preguntó el doctor Stadler.

—Del Proyecto de Reclamación Wyatt. ¿No era eso a lo que se refería?

—No —respondió el doctor Stadler—. No… Espere un momento. Pongamos esto en claro. Me parece recordar algo acerca de que el Instituto se encargó de una reclamación. ¿En qué consiste la misma?

—Petróleo —respondió el doctor Ferris—. Los campos petrolíferos Wyatt.

—Hubo un incendio, ¿verdad? En Colorado. Sí… Espere un momento… Se trata de un hombre que incendió sus propios pozos petrolíferos.

—Me siento inclinado a considerarlo tan sólo un rumor creado por el histerismo público —respondió el doctor Ferris secamente—. Un rumor con complicaciones indeseables y poco patrióticas. Yo no me fiaría demasiado de esas historias periodísticas. Personalmente creo que se trató de un accidente y que Ellis Wyatt pereció en el siniestro.

—Bueno, ¿quién es el dueño actual de esos campos?

—Nadie… por el momento. Al no existir testamento, ni herederos, el gobierno ha optado por encargarse de la explotación, basándose en las necesidades públicas, por un período de siete años. Si Ellis Wyatt no regresa dentro de dicho plazo, se le considerará oficialmente fallecido.

—Bien, pero ¿por qué han acudido a usted… a nosotros, para la tarea de extraer petróleo?

—Porque plantea un problema de grandes dificultades tecnológicas y requiere los servicios de los mejores talentos disponibles. Se trata de reconstruir el método especial para la extracción de petróleo utilizado por Wyatt. El equipo sigue allí aunque en deplorables condiciones. Se conoce algo de los procedimientos, pero no existe un informe total de las operaciones a realizar ni de los principios básicos relacionados con la misma. Y eso es lo que tenemos que volver a descubrir.

—¿Cómo marcha el trabajo?

—Realizamos progresos esperanzadores. Se nos ha garantizado una nueva y más amplia asignación. Míster Wesley Mouch está muy complacido y lo mismo míster Balen de la Comisión de Asuntos Urgentes, Miss Anderson de la de Suministros Preferentes y mister Pettibone de la Protección al Consumidor. No sé qué más puede esperarse de nosotros. El proyecto está triunfando de lleno.

—¿Han extraído algún petróleo?

—No. Pero conseguimos un rendimiento de seis galones y medio de uno de los pozos. Dicha cantidad tiene un valor meramente experimental, pero debe considerar que se han empleado tres meses en la extinción del incendio. En la actualidad, éste se encuentra casi totalmente dominado. Nuestro problema es mucho más duro que el del propio Wyatt, porque él empezó de la nada, mientras que nosotros hemos de contender con un montón de escombros, gracias a un acto de violento sabotaje antisocial que… lo que quiero decir es que se trata de un asunto difícil, si bien no abrigo duda alguna de que saldremos airosos del mismo.

—Bien. Lo que yo le preguntaba, en realidad, se refería a la carencia de petróleo aquí en el Instituto. La temperatura del edificio durante todo el invierno ha sido muy baja. Se me dice que hay que ahorrar petróleo. Pero creo que usted habrá hecho lo posible para que el lugar permanezca adecuadamente abastecido de productos tales como ese petróleo.

—¡Oh! ¿Era eso lo que pensaba usted, doctor Stadler? ¡Cuánto lo siento! —el doctor Ferris pronunció aquellas palabras mientras una brillante sonrisa le iluminaba el rostro; en seguida recobró sus solícitos modales—. ¿Ha querido decirme que la temperatura era tan baja que ha padecido frío?

—Lo que he querido decirle es que por poco perezco helado.

—¡Es imperdonable! ¿Por qué no me lo habrán advertido? Por favor, acepte mis excusas y tenga la seguridad de que jamás volverá a sufrir semejantes molestias. La única explicación que puedo ofrecerle en nombre de nuestro Departamento de Suministros es que esa carencia de combustible no se debió a negligencia suya, sino… ¡Cuánto lamento que una cosa así haya tenido que distraer su valiosa atención!…, sino a la carencia de petróleo padecida durante el invierno último, y que alcanzó caracteres de crisis nacional.

—¿Cómo? Por lo que más quiera, no vaya a decirme que esos campos petrolíferos Wyatt eran la única fuente de abastecimiento del país.

—No, no. Pero la desaparición de una fuente importante de suministro produjo el caos en todo el mercado nacional del petróleo. El gobierno tuvo que hacerse cargo de la situación e imponer un racionamiento, con el fin de proteger a las industrias esenciales. Conseguí un cupo muy amplio para el Instituto, gracias al favor especial de que me hicieron objeto algunos personajes influyentes; pero me siento culpable de que al final resultara inadecuado. Tenga la seguridad de que no volverá a suceder. Se trata sólo de un inconveniente pasajero. Para el próximo invierno, las explotaciones Wyatt habrán entrado de nuevo en producción y las condiciones volverán a ser normales. Además, por lo que concierne a este Instituto, ya he realizado los pasos necesarios para modificar nuestras calderas, a fin de que consuman carbón. Lástima que la fundición Stockton de Colorado cerrara sin previo aviso, porque era allí donde se estaban fabricando las piezas. Andrew Stockton se retiró inesperadamente y ahora hemos de esperar a que su sobrino abra otra vez los talleres.

—Lo comprendo. Confío en que, no obstante sus demás actividades, se preocupe usted de todo ello. —El doctor Stadler se encogió de hombros con aire molesto—. Resulta ya un poco ridículo el número de aventuras tecnológicas que un Instituto de Ciencias ha de emprender por encargo del gobierno.

—Pero, doctor Stadler…

—Lo sé. Sé que no puede evitarse. A propósito, ¿qué es ese proyecto X? Las pupilas del doctor Ferris se fijaron en él de manera automática, al tiempo que en las mismas se pintaba una extraña expresión de alerta, en la que no se entreveía ni el más ligero síntoma de miedo, aunque si de sorpresa.

—¿Dónde ha oído hablar de ese proyecto, doctor Stadler?

—¡Oh! Un par de jóvenes conversaban acerca del mismo con el aire de misterio de detectives aficionados. Me pusieron al corriente diciendo que se trataba de algo muy secreto.

—De acuerdo, doctor Stadler. Es un proyecto de investigación, extremadamente secreto, que nos ha confiado el gobierno. Resulta de la máxima importancia que los periódicos no oigan ni una palabra del asunto.

—¿Qué significa la X?

—Xilofón. «Proyecto Xilofón.» Se trata, desde luego, de una clave porque esa tarea tiene algo que ver con el sonido. Pero estoy seguro de que no le interesará, por tratarse de una empresa totalmente tecnológica.

—Puede ahorrarme la historia. No tengo tiempo para tales relatos.

—Debo sugerirle que sería prudente no mencionar las palabras «Proyecto X» a nadie.

—Bien. Bien. De acuerdo. No me gustan las discusiones de este género.

—Desde luego. Y no me perdonaría hacerle perder el tiempo con las mismas. Puede estar seguro de que en mi tales secretos permanecen totalmente seguros. —Hizo ademán de levantarse—. Y si tal era el motivo por el que deseaba verme, tenga la bondad…

—No —dijo el doctor Stadler mirándolo fijamente—. No era éste el motivo por el que deseaba verle.

El doctor Ferris no se mostró dispuesto a formular preguntas ni a expresar ofertas de servicio; permaneció sentado, simplemente sentado.

El doctor Stadler alargó la mano y con gesto desdeñoso hizo que el libro se deslizara desde el ángulo de la mesa hasta el centro.

—¿Quiere usted decirme —preguntó —qué representa semejante indecencia?

El doctor Ferris no miró al libro, sino que mantuvo las pupilas fijas en las de Stadler durante un momento. Luego se reclinó en su sillón, respondiendo con extraña sonrisa:

—Me honra que haya optado por hacer una excepción en mi favor al leer un libro de carácter popular. De esta pequeña obra se han vendido veinte mil ejemplares en una semana.

—Lo sé.

—¿Y bien?

—Espero una explicación.

—¿Es que el texto le ha resultado confuso? El doctor Stadler lo miró con asombro.

—¿Se ha dado cuenta del tema elegido y de la manera en que lo desarrolla? Su solo estilo es de por sí deplorable. Sí, el estilo, esa actitud populachera hacia un tema de semejante naturaleza.

—¿Opina usted que el contenido merecía una forma de presentación más digna? —La voz tenía un tono tan inocentemente suave, que el doctor Stadler no pudo comprender si expresaba simple ironía.

—¿Se da cuenta de lo que preconiza en este libro?

—Puesto que parece usted no aprobarlo, doctor Stadler, prefiero que piense que fue escrito de manera inocente.

El doctor Stadler se dijo que aquel elemento resultaba incomprensible en la actitud de Ferris. Había imaginado que bastaría con indicar su desaprobación, pero Ferris parecía impasible.

—Si un sinvergüenza y un borracho disfrutaran de oportunidades para expresar sus ideas sobre el papel —dijo el doctor Stadler—, si pudieran dar voz a la esencia de su ser, a este eterno y salvaje odio que albergan en la mente… tal es la clase de libro que habrían

podido escribir. Pero verlo publicado con el nombre de un científico y con la salvaguarda de este Instituto…

—Pero, doctor Stadler… yo no he pretendido que sea leído por hombres de ciencia. Precisamente lo he escrito para ese vagabundo borracho que usted cita.

—¿Cómo?

—Sí. Para el público en general.

—¡Cielos! El mayor retrasado mental no podría menos de comprobar las evidentes contradicciones en que incurre usted a cada paso.

—Digámoslo de otro modo, doctor Stadler: quien no las observe, merece creer todas mis ideas.

—Ha sumido usted el prestigio de la ciencia en un inexpresable fangal. Eso estaría bien para una mediocridad como Simón Pritchett, capaz de conferir a tales teorías cierta especie de obscuro misticismo, pero hacer creer que es ciencia… ¡Ciencia! Ha utilizado usted los logros de la mente para destruir precisamente esa mente. ¿Con qué derecho se sirve de mi trabajo para llevar a cabo tan lamentable y gratuita desviación hacia otro campo, expresar una metáfora inaplicable y declarar una monstruosa generalización, basándose en lo que es simplemente un problema matemático? ¿Con qué derecho lo hace aparecer como si yo… ¡yo!… otorgara mi sanción a dicho libro?

El doctor Ferris no contestó. Limitóse a contemplar calmosamente a su colega; pero aquella calma le daba un aire casi protector.

—Está usted hablando como si el libro fuera dirigido a un público de pensadores. En dicho caso, debería haberme preocupado por conceptos tales como perfección, validez, lógica y prestigio de la ciencia, pero no es así. Va dirigido al público y lo primero que debemos considerar en tales casos es que el público no piensa —hizo una pausa, pero el doctor Stadler no pronunció palabra—. Este libro quizá no tenga ningún valor filosófico, pero lo tiene, y muy grande, desde un punto de vista psicológico.

—¿Cómo explica eso?

—Verá, doctor Stadler; a la gente no le gusta pensar, y cuanto mayores son sus conflictos, menos piensa. Pero gracias a cierto instinto, sabe que ha de hacerlo y ello le produce una sensación de culpabilidad. Por tal motivo, bendecirá y seguirá a quienquiera que le ofrezca una justificación para no pensar. Alguien que convierta en virtud de gran altura intelectual lo que saben que es su pecado, su debilidad y su miseria.

—¿Se ha propuesto ceñirse a ello?

—Tal es el camino hacia la popularidad.

—¿Para qué busca la popularidad?

La mirada del doctor Ferris se posó como casualmente en la cara del doctor Stadler.

—Somos una institución pública —declaró con expresión tranquila —que funciona gracias a los fondos públicos.

—¿Y por eso dice usted a la gente que la ciencia es un fraude inútil y que debería ser abolida?

—Lógicamente puede extraerse dicha conclusión de mi libro. Pero no lo harán.

—¿Y qué me dice de la degradación del Instituto ante las personas inteligentes que aún quedan en el mundo?

—¿Para qué preocuparse de ellas?

El doctor Stadler hubiera podido considerar aceptable la frase si hubiera sido pronunciada con rencor, con envidia o con malicia; pero la ausencia de dichas emociones, la serenidad y limpieza de la voz, la ligera sugerencia de ironía, lo asombraron como la momentánea

contemplación de un reino que no pudiera ser aceptado como parte de la realidad. La sensación de frío que le contrajo el estómago había sido producida pura y simplemente por el terror.

—¿Ha observado usted la reacción provocada por mi libro, doctor Stadler? Ha sido recibido con gran entusiasmo.

—Sí. Y eso es precisamente lo que me parece imposible de creer —manifestó, comprendiendo que tenía que seguir hablando como si estuvieran enfrascados en una discusión civilizada, sin permitirse aceptar lo que acababa de sentir por un instante—. Me siento incapaz de comprender la atención de que ha sido objeto por las revistas académicas más eminentes. ¿Cómo han podido permitirse discutir seriamente su libro? Si Hugh Akston andará por aquí, ninguna publicación académica se hubiera atrevido a tratar ese texto como una obra filosófica admisible.

—Pero no anda por aquí.

El doctor Stadler comprendió que ciertas palabras no podían ser pronunciadas por él y deseó terminar aquella charla antes que surgieran.

—Por otra parte —dijo el doctor Ferris—, en los anuncios de mi libro… y estoy seguro de que usted observa cosas tales como los anuncios, citan una carta colmada de alabanzas que he recibido de míster Wesley Mouch.

—¿Y quién diablos es míster Wesley Mouch? El doctor Ferris sonrió.

—Dentro de un año nadie formulará semejante pregunta, doctor Stadler. Digámoslo así: míster Mouch es el hombre que, por el momento, está racionando el petróleo.

—Prefiero que se atenga usted a su tarea. Deje a míster Mouch en el reino del petróleo, y permítame a mí continuar en el de las ideas.

—Resultaría curioso intentar el trazado de una línea divisoria —dijo el doctor Ferris en el tono de quien expresa una lánguida observación académica—. Pero al hablar de mi libro estamos aludiendo al reino de las relaciones públicas. —Se volvió señalando de modo preciso las fórmulas matemáticas trazadas en la pizarra—. Doctor Stadler, sería desastroso que permitiera a dicho reino distraerle de la tarea que sólo usted es capaz de realizar en nuestro mundo.

Aquellas frases fueron pronunciadas en un tono de obsequiosa deferencia. El doctor Stadler no hubiera podido saber por qué motivo le pareció haber escuchado esta otra advertencia: «Aténgase a su trabajo y no se meta en lo que no le importa». Notó cierta irritación que volvió contra sí mismo, pensando que era preciso verse libre cuanto antes de sospechas.

—¿Relaciones públicas? —preguntó desdeñoso—. No veo en su libro ningún objetivo especial. No comprendo lo que se propone con él.

—¿De veras? —preguntó el doctor Ferris posando brevemente la mirada en su rostro. El chispazo de insolencia que brilló en sus pupilas fue demasiado rápido para podérsele identificar con absoluta certeza.

—No puedo considerar posibles ciertas cosas en una sociedad civilizada —dijo el doctor Stadler duramente.

—Una actitud admirablemente exacta —concedió jovial el doctor Ferris—. Usted no puede permitírselo.

El doctor Ferris se levantó, indicando que la entrevista había finalizado.

—Tenga la bondad de avisarme si ocurre algo en este Instituto que le cause molestias, doctor Stadler —dijo—. Ostento el privilegio de estar siempre a su servicio.

Comprendiendo que tenía que afirmar su autoridad y suavizar la vergonzosa noción de la clase de actitud elegida por él, el doctor Stadler dijo imperiosamente en tono de sarcástica rudeza:

—La próxima vez que le mande llamar, será mejor que su coche funcione perfectamente.

—Desde luego, doctor Stadler. Procuraré no retrasarme y le ruego que me perdone —respondió el doctor Ferris como quien representa una comedia con apuntador; como si le complaciera que el doctor Stadler se hubiera enterado por fin de los modernos métodos de comunicación—. Mi coche me ha causado innumerables contratiempos. Se está cayendo a pedazos. Hace algún tiempo que pedí uno nuevo, el mejor del mercado, un «Hammond» descapotable, pero Lawrence Hammond cesó en el negocio la semana pasada, sin motivo ni advertencia, y me encuentro atascado. Esos bastardos desaparecen de improviso. Habrá que pensar algo para evitarlo.

Cuando el doctor Ferris se hubo ido, el doctor Stadler se sentó a su escritorio, con los hombros contraídos, consciente sólo del desesperado deseo de no ser visto por nadie. Dentro de la neblina de un dolor que no podía definir, percibía el desesperado sentimiento de que nadie, ni siquiera aquellos a quienes consideraba mejor, desearían volver a entrevistarse con él.

Supo cuáles eran las palabras que no había pronunciado. No se atrevió a decir que denunciaría el libro en público y lo repudiaría en nombre del Instituto. No lo había dicho por temor a descubrir que la amenaza dejaría impasible a Ferris; que Ferris ocupaba un lugar seguro, mientras el doctor Robert Stadler carecía ya de poder.

Se dijo que reflexionaría después sobre la necesidad de presentar una protesta pública, pero comprendió que jamás recurriría a tal expediente.

Tomó el libro y lo tiró a la papelera.

Un rostro acudió a su recuerdo de manera repentina y clara, cual si estuviera contemplando la pureza de sus líneas; un rostro juvenil que no se había permitido evocar durante muchos años. «No —pensó—. No ha leído este libro; tampoco lo verá, porque ha muerto; debió morir hace ya muchos años…» Sintió un agudo dolor al descubrir que era aquél el hombre al que más ansiaba ver, al tiempo que acariciaba la esperanza de que hubiese fallecido.

No supo por qué, cuando sonó el teléfono y su secretaría le dijo que Mis Dagny Taggart estaba al aparato, tomó el auricular con ansiedad, notando que su mano temblaba. Llevaba un año convencido de que Dagny no querría volver a verlo. Pero su voz precisa e impersonal estaba solicitando una entrevista con él.

—Sí, Miss Taggart. Desde luego… ¿el lunes por la mañana? Bien, Miss Taggart. Pero hoy tengo una cita en Nueva York y podría pasar por su oficina durante la tarde, si usted lo deseara… No, no; no es molestia. Al contrario, tendré un gran placer… Esta tarde, Miss Taggart sobre las dos… quiero decir sobre las cuatro.

No tenía cita alguna en Nueva York, ni supo qué le había impulsado a obrar de semejante modo. Sonreía jovialmente, contemplando una mancha de sol sobre la distante colina.

* * *

Dagny trazó una línea sobre el epígrafe «Tren número 93» y por un instante experimentó la desolada satisfacción de notar que había obrado con calma. Tratábase de un acto que había realizado numerosas veces durante los pasados seis meses. Al principio le resultó duro, pero luego se fue haciendo más fácil. Llegaría un día en que quizá fuera capaz de trazar aquel rasgo mortal sin el menor esfuerzo. El tren numero 93 era de carga y hasta entonces habíase dedicado a transportar suministros a Hammondsville, Colorado.

¿Cuáles serian las etapas siguientes? Primero tuvo lugar la muerte de los trenes de mercancías especiales, luego la reducción de los vagones con destino a Hammondsville, enganchados como parientes pobres a la trasera de convoyes destinados a otras ciudades; a continuación se suprimieron gradualmente las paradas en la estación de Hammondsville, de ciertos trenes de pasajeros, y, por fin, se acordó la anulación definitiva de aquella ciudad en el mapa de comunicaciones de la compañía. Idéntico proceso sufrieron el empalme Wyatt y la ciudad de Stockton.

Una vez recibido aviso de que Lawrence Hammond se había retirado, resultaba imposible esperar que su primo, su abogado o un comité de ciudadanos locales abrieran de nuevo las fábricas. Había llegado el momento de empezar la revisión de los horarios.

Ello ocurría menos de seis meses después de la desaparición de Ellis Wyatt, durante el período que un articulista había denominado alegremente «época dorada para el pequeño industrial». Todo modesto propietario petrolífero de los que manejaban tres pozos y gruñían que, por culpa de Ellis Wyatt, veíanse privados de posibilidades de supervivencia, corrió a llenar la brecha que Wyatt había dejado abierta. Se formaron ligas, cooperativas y asociaciones, y muchos unieron sus recursos e incluso sus nombres: «El pequeño industrial puede, por fin, tomar el sol» había dicho el articulista. Su sol eran las llamaradas que devoraban las torres de Wyatt, a cuya claridad todos amasaron la clase de fortuna en que soñaban, sin necesidad de competencia ni de esfuerzo. Pero luego, los clientes más importantes, tales como compañías eléctricas que usaban petróleo y que no permitían la menor fragilidad humana, empezaron a inclinarse hacia el carbón, mientras los pequeños industriales cesaban en el negocio. En Washington se decretaron racionamientos y se promulgó un impuesto de urgencia sobre los empresarios, para que éstos prestaran determinada protección a sus trabajadores. Unas cuantas de las grandes compañías petrolíferas cerraron y los pequeños industriales que ahora disfrutaban del sol, descubrieron que un equipo perforador que hasta entonces costaba cien dólares, había aumentado su precio hasta quinientos, por no existir mercado para ellos y ser preciso a sus fabricantes ganar en una unidad lo que antes ganaban en cinco. O perecer. Más tarde, los oleoductos empezaron a cerrar por no existir quien pudiera pagar su conservación. Los ferrocarriles obtuvieron permiso para elevar sus tarifas, puesto que el petróleo escaseaba y el coste de los trenes-cisterna había dado ya al traste con dos pequeñas compañías. Y cuando el sol se puso, observaron que los costes de producción, que hasta entonces habían permitido la existencia de campos de sesenta acres, sólo fueron posibles gracias a los amplios terrenos Wyatt, desleídos en el aire, entre las columnas de humo que devoraban las instalaciones. No fue hasta que sus fortunas hubieron desaparecido y sus bombas dejaron de funcionar, cuando se dieron cuenta de que ninguna empresa del país podía permitirse comprar petróleo a los precios que regirían para el mismo, caso de seguir produciéndolo. Los de Washington garantizaron subsidios a los empresarios, pero no todos estos tenían amigos en la capital, y se suscitó una situación que nadie se atrevía a examinar demasiado a fondo.

Andrew Stockton había ostentado hasta entonces una posición envidiada por muchos negociantes. La tendencia a utilizar carbón había significado para él una lluvia de oro. Mantuvo su fábrica trabajando las veinticuatro horas del día, en áspera competición con las tormentas invernales, produciendo piezas para estufas y calderas. No quedaban ya demasiadas fundiciones de prestigio y, debido a ello, se convirtió en uno de los pilares que sostenían los sótanos y las cocinas del país. Pero luego de que todo se hubo venido abajo de improviso, Andrew Stockton anunció su retirada, cerró la fábrica y desapareció sin aclarar lo que deseaba hacer con aquélla, ni concretar si sus parientes tenían o no derecho a abrirla otra vez.

Aún circulaban vehículos por las carreteras del país, pero del mismo modo que los camellos pasan en el desierto ante esqueletos de caballos que se blanquean al sol, pasaban

ellos ante los restos de coches muertos en cumplimiento del deber y abandonados en la cuneta. La gente no compraba automóviles y las fábricas estaban cerrando. Pero aún existían algunos empresarios capaces de conseguir petróleo, gracias a amistades cuya procedencia nadie se preocupaba de investigar. Dichos hombres compraban vehículos a cualquier precio. En las montañas de Colorado brillaba la luz que surgía de las grandes ventanas de la fábrica donde las cintas de ensamblaje de Lawrence Hammond iban depositando camiones y automóviles en los andenes de la «Taggart Transcontinental». La noticia de que Lawrence Hammond se había retirado circuló cuando menos se esperaba, repentina y breve como un tañido de campana en medio de una atmósfera tranquila. Un comité de ciudadanos locales prodigaba sus llamadas por radio, rogando a Lawrence Hammond, dondequiera que se hallase, que permitiera la reapertura de la fábrica. Pero no hubo respuesta.

Dagny había lanzado un grito cuando Ellis Wyatt desapareció. Jadeó de sorpresa al enterarse de la retirada de Andrew Stockton; pero al saber el fracaso de Lawrence Hammond, limitóse a preguntar impasible:

—¿Cuál será el siguiente?

—No puedo explicármelo, Miss Taggart —le confesó la hermana de Andrew Stockton dos meses atrás, durante su último viaje a Colorado—. Nunca me dijo una palabra y no sé siquiera si está vivo o muerto; igual que Ellis Wyatt. No. Nada especial sucedió el día antes de su desaparición. Sólo recuerdo que la última noche le visitó alguien al que yo no había visto hasta entonces. Estuvieron hablando hasta hora muy avanzada de la noche y, cuando me acosté, la luz seguía encendida en el estudio de Andrew.

La gente guardaba silencio en las montañas de Colorado. Dagny había observado el modo en que los transeúntes deambulaban por las calles, pasando de prisa ante las pequeñas tiendas, los almacenes y los establecimientos de comestibles, cual si quisieran que el movimiento les impidiera contemplar el futuro. También ella había caminado por aquellas calles, intentando no levantar la cabeza ni ver las manchas de hollín, ni los aceros retorcidos que en otros tiempos fueron los campos petrolíferos Wyatt, y que se hacía posible divisar desde diversas ciudades. Siempre que miraba en la distancia aparecían ante sus ojos.

Uno de los pozos situado en una altura, seguía ardiendo sin que nadie hubiera conseguido apagarlo. Lo vio desde las calles como un punto luminoso, retorciéndose convulso contra el cielo, cual si intentara recobrar la libertad. Lo había visto de noche en la distancia, desde un centenar de millas, mirando desde la ventanilla de un tren; una llama pequeña y violenta agitándose al aire. La gente la llamaba la «antorcha Wyatt».

El tren más largo de la línea «John Galt» tenía ahora cuarenta vagones; el más rápido no pasaba de cincuenta millas por hora. Era preciso ahorrar locomotoras, incluso las de carbón, cuya edad de retiro había pasado ya cumplidamente. Jim obtenía aún petróleo para las «Diesel» del «Comet» y de unos cuantos de sus mercancías transcontinentales, pero la única fuente segura de combustible con la que contar era la «Danagger Coal» de Pennsylvania, propiedad de Ken Danagger.

Trenes vacíos traqueteaban por aquellos cuatro Estados que, unidos por un mutuo compromiso, seguían aferrándose a la garganta de Colorado. Pero sólo transportaban pequeños cargamentos de ganado, de trigo o de melones, y a algún granjero con su familia que iba a ver amigos de Washington. Jim había obtenido un subsidio por cada tren en funcionamiento, pero no como transporte capaz de producir beneficios, sino como servicio destinado a «necesidades públicas».

Dagny necesitaba de hasta su último fragmento de energía para mantener funcionando los trenes en los sectores donde aún se les necesitaba y en zonas todavía productoras. Pero en las hojas de balance de la «Taggart Transcontinental» ostentaban cifras mayores los

subsidios de Jim por trenes vacíos, que los beneficios obtenidos por el mejor mercancías de la división industrial más activa.

Jim se jactaba de que aquellos estaban siendo los seis meses más prósperos de la historia de la «Taggart», pero en las brillantes páginas de su informe a los accionistas figuraba como beneficio una cifra ficticia: los subsidios por trenes vacíos. Y también un capital del que no era propietario, compuesto por sumas que hubieran debido emplearse en pagar los intereses de los bonos Taggart, la deuda que, por voluntad de Wesley Mouch, se le permitía mantener en vigencia. Se jactaba del enorme volumen de mercancías transportadas por los trenes Taggart en Arizona, donde Dan Conway había suprimido el último de los «Phoenix-Durango», retirándose después, y en Minnesota, donde Paul Larkin estaba enviando mineral de hierro por ferrocarril, mientras el último de los barcos cargueros de los Grandes Lagos dejaba de funcionar.

—Siempre consideraste ganar dinero como una virtud de gran importancia —le había dicho Jim a su hermana con un atisbo de sonrisa—. Pues bien, a mí me parece que en eso tengo más práctica que tú.

Nadie trataba de comprender el problema de las obligaciones ferroviarias congeladas, quizá porque todo el mundo lo comprendía demasiado bien. Al principio surgieron señales de pánico entre los accionistas y se produjeron brotes de peligrosa indignación entre el público. Luego, Wesley Mouch cursó una nueva directriz, según la cual la gente podía «descongelar» sus bonos, basándose en una declaración de «necesidades esenciales». El gobierno adquiriría dichos bonos si la demostración de necesidad era satisfactoria. Pero existían tres interrogantes que nadie contestó ni formuló: ¿Qué considerar demostración? ¿Qué constituía necesidad? y por fin ¿Para quién era esencial?

Se convirtió en prueba de mala educación discutir por qué unos recibían el beneficio de la descongelación mientras se rehusaba a otros. La gente volvía la espalda, con la boca cerrada, en hosco silencio, si alguien preguntaba «¿Por qué?» Era preciso explicar, no citar ni catalogar hechos, ni evaluarlos; míster Smith tenía su dinero descongelado; míster Jones, no. Y esto era todo. Y cuando míster Jones se suicidaba, la gente decía: «¿Necesitaba en realidad ese dinero? El gobierno se lo hubiera dado; pero (hay personas tan avariciosas!»

No se hacían comentarios acerca de aquellos hombres que, luego de habérseles rehusado el favor, vendían sus bonos por un tercio de su valor a otros para quienes la necesidad representaba, de manera milagrosa, convertir treinta y tres centavos congelados en un dólar. Tampoco se hablaba de una nueva profesión ejercida por brillantes jóvenes recién salidos del instituto, que adoptaron el nombre de «descongeladores» y que ofrecían sus servicios «para redactar la solicitud en los términos adecuados». Dichos jóvenes tenían amigos en Washington.

Contemplando los rieles Taggart desde la plataforma de alguna estación campestre, Dagny había experimentado, en vez del orgullo que sintiera en otras ocasiones, cierto nebuloso sentimiento de vergüenza como si una especie de óxido corroyera el metal, o, peor aún, como si éste tuviera el color de la sangre. Pero en la estación terminal, contemplando la estatua de Nat Taggart, pensaba: «Es tu ferrocarril y tú lo hiciste; tú luchaste por él sin que te arredraran el miedo ni el rencor. No pienso rendirlo a quienes viven entre la sangre y la ruina. Soy la única que queda para conservarlo».

No había abandonado su empeño de encontrar al hombre que inventó el motor. Era el único aliciente que le permitía soportar el resto de sus contrariedades; el único objetivo que prestaba significado a su forcejeo. En ciertas ocasiones se preguntaba por qué sentía aquel deseo de reconstruir el ingenio. ¿Cuál era su propósito? parecía preguntarle una voz. «Lo deseo porque aún estoy viva» se contestaba. Pero su empeño seguía sin resultado. Sus dos ingenieros no encontraron nada en Wisconsin. Había enviado a

rebuscar por todo el país a hombres que en otros tiempos trabajaron para la «Twentieth Century», pero no consiguió enterarse del nombre del inventor. Los mandó investigar en las fichas de la Oficina de Patentes, pero el motor en cuestión no había sido registrado en ellas.

Su actuación personal y directa quedaba reducida a aquella colilla con el signo del dólar grabado en ella. La había olvidado, pero una noche reciente la encontró en un cajón de su escritorio, regalándola a su amigo el vendedor de la estación. El viejo se quedó muy sorprendido al examinarla, sosteniéndola cuidadosamente entre sus dedos. No tenía noticia de dicha marca. Se preguntó cómo pudo ignorarla. «¿Era un tabaco de buena calidad, Miss Taggart?», quiso saber. «El mejor que haya fumado jamás.» Él sacudió la cabeza perplejo. Le había prometido descubrir dónde se fabricaban y conseguir un cartón para ella.

Intentó hallar a un hombre de ciencia capaz de intentar la reconstrucción del motor. Se entrevistó con especialistas que le fueron recomendados como los mejores en dicho campo. El primero, luego de estudiar los restos del motor y examinar el manuscrito, declaró en tono tajante que aquello jamás podría funcionar; que nunca había funcionado y que demostraría que tal motor era incapaz de moverse.

El segundo gruñó, como quien contesta a una pregunta inoportuna, que no sabía si podría ser fabricado o no, pero que le importaba muy poco. El tercero había dicho, con voz agresiva e insolente, que intentaría la tarea, con un contrato de diez años a veinticinco mil dólares anuales. «Después de todo, Miss Taggart, si espera conseguir saneados beneficios con ese motor, es lógico que pague esa pérdida de mi precioso tiempo.» El cuarto y más joven de todos, la contempló silencioso unos instantes, mientras las líneas de su rostro variaban desde la indiferencia hasta cierta leve traza de desdén. «Verá usted, Miss Taggart, no creo que semejante motor pueda llegar a realizarse, incluso aunque alguien consiguiera aprender cómo hacerlo. Sería tan superior al existente, que resultaría un perjuicio para científicos de menor prestigio porque no dejaría campo a sus habilidades y a sus investigaciones. Nunca he creído que los fuertes tengan el derecho a infligir heridas a los débiles.» Lo había arrojado prácticamente de su despacho, permaneciendo sentada, presa de incrédulo horror, pensando en que la frase más venenosa que hubiera oído jamás había sido pronunciada como quien declara un principio de integridad moral.

La decisión de hablar con el doctor Robert Stadler constituyó su último recurso.

Se había obligado a ello, venciendo la resistencia de cierta inconmovible barrera interior, tan rígida como un freno apretado. Discutió consigo misma. Pensó: «Si tengo tratos con hombres como Jim y Orren Boyle, cuya culpabilidad es mayor, ¿por qué no hablarle?» Pero no encontró respuesta, sino cierto obstinado sentimiento de repugnancia; el sentimiento de que, de todos los hombres del mundo, el doctor Robert Stadler era precisamente el único al que no debería visitar.

Sentada a su escritorio, examinando datos e informes de la línea «John Galt», mientras esperaba la llegada del doctor Stadler, se preguntó por qué habían transcurrido tantos años sin que surgiera un talento de primera fila en el campo de la ciencia. Pero no pudo obtener respuesta. Miraba el trazo negro que marcaba el cadáver del tren número 93, sobre la hoja colocada ante ella.

Pensó que un tren disfruta de los dos grandes atributos de la vida: el movimiento y la finalidad. Aquél había actuado como un ser viviente, pero ahora no era más que un número de vagones y de máquinas definitivamente muerto. «No te emociones —pensó—. Hay que deshacerse de esa carroña lo antes posible; las máquinas son necesarias en otros lugares. Ken Dannager, de Pennsylvania, necesita más trenes él solo que…»

—El doctor Robert Stadler —dijo la voz del intercomunicador colocado en su mesa.

El doctor entró sonriente. Su sonrisa parecía subrayar las palabras que pronunció a continuación:

—Miss Taggart, ¿querrá creer que me alegra mucho verla de nuevo? Ella no sonrió. Manteníase grave y cortés al contestar:

—Ha sido muy amable al venir.

Se inclinó levemente manteniendo inmóvil su esbelta figura excepto por aquel lento y grave movimiento de cabeza.

—¿Qué le parece si confieso que sólo estaba esperando una excusa para acudir? ¿La sorprendería oírlo?

—Intentaría apreciar su amabilidad en lo que vale —respondió sin sonreír—. Siéntese, por favor, doctor Stadler.

Miró a su alrededor con expresión vivaz.

—Nunca había visto el despacho de un director de ferrocarriles. Jamás pude imaginar que fuese tan… tan solemne. ¿Obliga a ello la naturaleza del trabajo?

—El asunto sobre el que deseo su consejo se halla bastante alejado del campo de sus intereses, doctor Stadler. Quizá le parezca extraño que haya solicitado esta entrevista. Permítame explicarle la razón.

—Que haya deseado verme constituye suficiente razón. Serle de alguna utilidad es para mí el mayor de los placeres.

Su sonrisa tenía cierta atractiva cualidad; era la de un hombre de mundo, y la usaba, no para encubrir sus palabras, sino para subrayar la audacia de expresar una emoción sincera.

—Mi problema es de orden tecnológico —declaró Dagny con el tono claro e inexpresivo de un joven mecánico que discutiera un encargo difícil—. Sé muy bien que desdeña usted esa rama de la ciencia. No confío en que solucione mi problema; no se trata de la clase de trabajo que usted hace o por el que se preocupa; pero quisiera confiárselo y luego formularle un par de preguntas. Tenía que hablar con usted porque se trata de algo relacionado con la mente de alguien, una mente extraordinaria… —hablaba de manera impersonal como quien pretende hacer justicia al tema que trata—. Y es usted la única mente privilegiada que aún queda en esta rama.

Nunca hubiera podido explicar por qué sus palabras emocionaron tanto a aquel hombre. Vio la calma de su cara, la repentina luz que brilló en sus ojos, una extraña vivacidad que parecía casi implorante, y luego escuchó su voz sonando grave, como bajo el influjo de una emoción que la obligara a la sencillez y a la humildad.

—¿Cuál es su problema, Miss Taggart?

Lo puso en antecedentes de lo relativo al motor y el lugar dónde lo había encontrado. Le dijo que había sido imposible averiguar el nombre del inventor, pero no mencionó los detalles de la búsqueda. Luego le hizo entrega de las fotografías del motor y de los restos del manuscrito.

Lo contempló mientras leía. Observó su aplomo profesional en el rápido movimiento de sus pupilas, en las pausas, en su aspecto de creciente interés y en el movimiento de sus labios, que en otro cualquiera hubiese significado un silbido o una ahogada exclamación admirativa. Lo vio detenerse durante largos minutos mirando hacia otro lado, como si su mente recorriera incansable inauditos caminos. Le vio volver atrás las páginas, detenerse y obligarse a leer cual si forcejeara ante su ansiedad por proseguir y su interés en captar las posibilidades abiertas de improviso ante su campo visual. Notó su silenciosa excitación y se dijo que el doctor había olvidado el despacho e incluso su existencia, sumido únicamente en la contemplación de aquel triunfo. Como tributo a su capacidad para semejante reacción, deseó llegar a profesarle afecto, si ello fuera posible.

Había transcurrido más de una hora cuando él terminó y levantando la mirada dijo: —¡Es extraordinario!

Su voz tenía un tono vivo y asombrado como el de quien se entera de algo que jamás esperó. A Dagny le hubiera gustado sonreírle en respuesta, otorgándole la camaradería de un goce común, pero se limitó a hacer una señal de asentimiento y a contestar fríamente:

—En efecto.

—Miss Taggart, ¡se trata de algo tremendo!

—Sí. Ya lo sé.

—¿Dijo que era un asunto tecnológico? Es algo más; mucho más que eso. Las páginas en que habla de su convertidor, expresan determinadas premisas decisivas. Este hombre ha llegado a un nuevo concepto de la energía. Desechó todas las ideas vigentes, según las cuales el motor hubiera sido imposible. Formuló una nueva premisa particular y solucionó el secreto de convertir la energía estática en fuerza dinámica. ¿Se da cuenta de lo que esto significa? ¿Observa usted la tarea que, dentro de una ciencia abstracta y pura, tuvo que realizar antes de conseguir ese motor?

—¿Quién pudo ser? —preguntó ella con calma.

—¿Cómo dice?

—Ésta era la primera de las dos preguntas que deseaba formularle, doctor Stadler: ¿Recuerda a algún joven científico, a quien usted conociera hace diez años, capaz de conseguir una cosa semejante?

Hizo una pausa, asombrado. No había tenido tiempo para calibrar semejante indagación.

—No —repuso lentamente con el ceño fruncido—. No puedo recordar a nadie… Y es raro, porque una técnica semejante no podría haber pasado inadvertida en ningún sitio… Alguien debió haberme llamado la atención sobre ese hombre… Siempre me envían a jóvenes físicos, verdaderas promesas futuras. ¿Dice que encontró esto en el laboratorio de una fábrica de motores corriente?

—Sí.

—¡Qué raro! ¿Qué estaría haciendo un hombre así en semejante lugar?

—Diseñando un motor.

—¿Cómo es posible que un hombre dotado del genio de científico ilustre, trabajara como diseñador comercial? Me parece inaudito. Deseaba un motor y llevó a cabo una auténtica revolución en la ciencia de la energía. Pero lo hizo solamente como medio para conseguir un fin, sin preocuparse de publicar sus investigaciones. ¿Por qué malgastó su intelecto en aplicaciones de orden práctico?

—Tal vez porque le gustaba vivir con los pies bien sentados sobre el suelo —respondió ella involuntariamente.

—¿Cómo ha dicho?

—Lo siento, doctor Stadler. No era mi intención discutir temas inoportunos.

Él miraba al vacío, sumido en sus pensamientos.

—¿Por qué no vendría a verme? ¿Por qué no trabajó en un gran establecimiento científico, como hubiese sido más adecuado para él? Si tuvo cerebro para conseguir esto, lo tendría también para comprender la importancia de su invento. ¿Por qué no publicó un folleto con su definición de la energía? Me doy cuenta del rumbo seguido en su investigación, pero por desgracia faltan las páginas más importantes, precisamente aquellas en que debe figurar la teoría. Si tuvo a su alrededor personas capaces de difundir este descubrimiento entre el mundo de la ciencia, ¿por qué no lo hicieron? ¿Cómo pudieron abandonar, simplemente abandonar, una cosa así?

—Tales son precisamente las preguntas a las que no encuentro respuesta.

—Y, además, en el aspecto puramente práctico, ¿por qué ese motor fue abandonado en un montón de chatarra? Cualquier industrial egoísta hubiera podido apropiarse de él y hacer una fortuna. No es preciso ser muy inteligente para comprender su valor comercial.

Dagny sonrió por vez primera con expresión amarga, pero no dijo nada.

—¿Considera imposible averiguar la identidad del inventor? —preguntó él.

—Por completo imposible, hasta ahora.

—¿Cree que vive aún?

—Tengo motivos para suponerlo así, pero no estoy segura.

—¿Y si publicáramos un anuncio solicitando verlo?

—No. No lo haga.

—Si insertara diversos anuncios en publicaciones científicas y el doctor Ferris… —se detuvo y pudo ver la rápida mirada que ella le dirigía al tiempo que la miraba también; Dagny no dijo nada, pero siguió contemplándolo mientras el doctor desviaba la vista y terminaba su frase fría y enérgicamente— y el doctor Ferris dijera por radio que yo deseo verle, ¿rehusaría acudir?

—Sí, doctor Stadler, creo que rehusaría.

Miraba hacia otro lado, y Dagny pudo apreciar la débil tensión de SU3 músculos faciales y simultáneamente la desgana que iba apareciendo en sus facciones. No hubiera podido precisar qué clase de luz se estaba apagando en su interior, ni por qué. Todo aquello le hacía pensar en que la claridad estaba volviéndose tinieblas poco a poco.

El doctor Stadler dejó el manuscrito sobre la mesa, con movimiento casual y desdeñoso.

—Estos hombres nunca son lo suficiente prácticos como para vender sus ideas. Les beneficiaría mucho ceñirse un poco más a la realidad práctica.

La miró con aire ligeramente desafiador cual si esperara una respuesta colérica, pero la actitud de Dagny era peor que la ira; su rostro permaneció inexpresivo, como si la verdad o la falsedad de sus convicciones no le importara en absoluto.

—La segunda pregunta que deseaba formularle —dijo cortésmente—, consiste en saber si tendrá la amabilidad de decirme el nombre de algún físico conocido de usted y que, a su juicio, posea la habilidad necesaria como para intentar reconstruir este motor.

Él la miró, riéndose por lo bajo, con expresión de pena.

—¿Se ha sentido torturada por dicha idea, Miss Taggart? ¿Por la imposibilidad de encontrar un ser lo suficientemente inteligente?

—Me he entrevistado con físicos que me fueron recomendados como muy valiosos, pero todos resultaron inútiles.

El doctor se echó hacia delante con viveza.

—Miss Taggart, ¿me ha mandado usted llamar porque tiene confianza en la integridad de mis juicios científicos?

Aquella pregunta representaba ni más ni menos que una súplica.

—Sí —contestó Dagny imperturbable—. Confío en la integridad de su juicio científico.

El doctor se hizo de nuevo atrás, pareciendo como si una oculta sonrisa suavizara la tensión de su rostro.

—Me gustaría ayudarla —dijo como quien habla a un camarada—. Me gustaría ayudarla desde un punto de vista personal e interesado porque precisamente mi más duro problema consiste en encontrar hombres de talento para mi propia organización. ¡Talentos! Me contentaría con un atisbo de disposición para el trabajo; pero los que me han sido enviados no poseen siquiera las condiciones necesarias para trabajar como mecánicos de

garaje. No sé si es que me estoy haciendo viejo y exigente o si la raza humana degenera; pero en mi juventud el mundo no parecía tan desprovisto de inteligencias. Si viera usted la clase de hombres a la que debo enfrentarme… —Se detuvo bruscamente cual si acabara de recordar alguna cosa y guardó silencio, como si reflexionara sobre algo que no quisiera revelarle. Dagny tuvo la certeza de ello cuando concluyó bruscamente con ese tono de resentimiento que casi siempre oculta una evasión—: No; no conozco a nadie a quien poder recomendarle.

—Eso es lo que quería saber, doctor Stadler —dijo Dagny—. Gracias por haberme dedicado una parte de su tiempo.

El doctor permaneció silencioso unos instantes cual si no se decidiera a partir.

—Miss Taggart —preguntó—, ¿podría ver ese motor? Ella lo miró sorprendida.

—Pues… sí, si lo desea. Pero se encuentra en una bóveda subterránea dentro de los túneles del terminal.

—No me importa. ¿Quiere llevarme allí? No tengo motivos especiales; me impulsa tan sólo una curiosidad de índole personal. Me gustaría verlo; eso es todo.

Cuando se encontraban en la bóveda de granito, contemplando la caja de cristal que contenía aquella forma metálica deforme, el doctor se quitó el sombrero con movimiento lento y abstraído, y ella no pudo reconocer si se trataba de un gesto rutinario por hallarse en una habitación con una dama o la actitud de quien se descubre ante un cadáver.

Permanecieron en silencio bajo la claridad de la bombilla que el cristal reflejaba sobre sus caras. En la distancia sonaba el traqueteo de los trenes, y a veces parecía como si de improviso una repentina y más áspera vibración fuese a provocar una respuesta en el cadáver encerrado en la caja.

—¡Es maravilloso! —exclamó el doctor Stadler en voz baja—. Es maravilloso ver la realización de una grande, nueva y crucial idea, no nacida de mí.

Le miró, deseando creer que acababa de entenderlo perfectamente. Hablaba con apasionada sinceridad, haciendo caso omiso de convencionalismos; desechando toda preocupación acerca de si era o no correcto ofrecerle aquella confesión de su dolor, no viendo más que la cara de una mujer que parecía dispuesta a comprenderle.

—Miss Taggart, ¿conoce usted el estado de ánimo de quienes ocupan un lugar secundario en la vida? Se sienten dominados por el odio hacia los mitos ajenos. Son mediocridades que permanecen sentadas, temblorosas, pensando que el trabajo de otro puede resultar mejor que el suyo. No tienen la menor idea de la soledad que se apodera de uno cuando alcanza la cima, la soledad de anhelar un igual, una mente capaz de respetar y admirar el logro ajeno. Nos enseñan los dientes desde sus madrigueras de ratón, pensando que a uno le complace ver cómo el propio brillo los hace casi invisibles, mientras la realidad es que uno daría un año de su vida para observar un chispazo de talento en cualquiera de ellos. Envidian el triunfo. Su sueño de grandeza es un mundo en el que todos los hombres sean inferiores a ellos y lo reconozcan así. No se dan cuenta de que dicho sueño es la prueba infalible de su mediocridad, porque semejante mundo es precisamente el que el triunfador no podría soportar. No tiene modo de saber lo que aquél siente cuando está rodeado de inferiores. ¿Cómo? No. No es odio sino aburrimiento, un aburrimiento terrible, desesperanzado y paralizador. ¿De qué sirven la alabanza y la adulación si proceden de hombres a los que uno no respeta? ¿Ha sentido alguna vez el anhelo de tener a su lado a alguien que provoque su entusiasmo? ¿Alguien a quien no mirar de arriba abajo, sino lo contrario?

—Lo he venido sintiendo durante toda mi vida —respondió Dagny. Tratábase de una respuesta que no podía negarle.

—Lo sé —dijo él poniendo en su voz una belleza y una suavidad perfectamente impersonales—. Lo supe desde el primer momento en que hablé con usted. Por eso he venido. —Se detuvo un instante, pero Dagny no contestó a la llamada que implicaba aquel silencio y él terminó con la misma afabilidad—: Por eso quise ver este motor.

—Lo comprendo —dijo Dagny dulcemente.

El tono de su voz era la única forma de reconocimiento en que podía incurrir.

—Miss Taggart —añadió el doctor, bajando la mirada hacia la caja de cristal—, conozco a alguien capaz de emprender la reconstrucción de este motor. Es un hombre que no accedería a trabajar para mí… de modo que probablemente es el que usted necesita.

Pero cuando el doctor levantó la cabeza y antes de ver en Dagny la expresión admirativa, abierta y noble que venía solicitando, prefirió destruir aquel momento al decir con sarcasmo:

—Al parecer, el joven no tiene deseos de trabajar para la sociedad o el beneficio de la ciencia. Según me dijo, no puede aceptar una tarea oficial. A mi modo de ver, desea el salario más alto que pueda obtener de un empresario particular.

Se volvió para no ver la expresión que estaba desvaneciéndose de su cara, ni comprender el significado de la misma.

—Sí —dijo Dagny con voz dura—. Ése es probablemente el hombre que necesito.

—Se trata de un joven físico del Instituto Tecnológico de Utah —le* explicó secamente —. Se llama Quentin Daniels. Un amigo mío me lo mandó hace unos meses. Vino a verme, pero no quiso aceptar la tarea que le ofrecí. Quería incorporarlo a mi equipo, porque tiene mentalidad de verdadero científico. No sé si triunfará con el motor, pero al menos reúne las condiciones necesarias para intentarlo. Me parece que podrá localizarlo usted en el Instituto Tecnológico de Utah. Aunque no sé qué hace por allí ahora, porque el Instituto está cerrado desde hace un año.

—Gracias, doctor Stadler. Me pondré en contacto con él.

—Si… lo desea, me gustará ayudarle en la parte teórica del asunto. Puedo realizar algún trabajo partiendo de las pistas que nos da el manuscrito. Me gustarla encontrar el secreto principal de la energía ya descubierta por el autor. Ése es el principio básico que debemos descubrir. Si lo logramos, míster Daniels puede terminar el trabajo por lo que respecta al motor propiamente dicho.

—Apreciaré mucho cualquier ayuda que pueda usted prestarme, doctor Stadler.

Caminaron en silencio por los muertos túneles del terminal, pisando las traviesas de una vía oxidada bajo una sucesión de luces azules, hacia las distantes bocas de los andenes.

Al llegar a la entrada del túnel vieron a un hombre arrodillado en la vía, martilleando una aguja con esa exasperación carente de rítmica, producto de la incertidumbre. Otro hombre lo observaba impaciente.

—Bien, ¿qué ocurre, con esa maldita pieza? —le preguntó.

—No lo sé.

—Lleva una hora arreglándola.

—En efecto.

—¿Cuánto tiempo se necesitará?

—¿Quién es John Galt?

El doctor Stadler flaqueó. Luego de pasar ante aquellos hombres, dijo:

—No me gusta esa expresión.

—A mí tampoco —contestó Dagny.

—¿De dónde procede?

—Nadie lo sabe.

Guardaron unos momentos de silencio y luego él explicó:

—Cierta vez conocí a un John Galt. Pero hace mucho que ha muerto.

—¿Quién era?

—En otros tiempos llegué a pensar que estaba vivo. Pero ahora tengo la absoluta certeza de que ha muerto. Poseía una mente tal que, caso de haber vivido, todo el mundo hablaría de él.

—Es el caso que, en efecto, todo el mundo habla de él. El doctor se detuvo.

—Si —dijo lentamente cual si se le acabara de ocurrir una idea asombrosa—. Sí; pero, ¿por qué?

Sus palabras sonaban como impregnadas de terror.

—¿Quién fue ese hombre, doctor Stadler?

—¿Por qué hablan de él?

—¿Quién fue?

Sacudió la cabeza estremeciéndose y dijo ásperamente:

—Se trata sólo de una coincidencia. Después de todo, el nombre nada tiene de raro. Una coincidencia sin importancia. No guarda relación con el hombre al que conocí. Además, ha muerto.

Y no se permitió reconocer significado alguno a su siguiente frase: —Tenía que morir.

* * *

La carta colocada encima de su mesa escritorio iba marcada con los sellos de «Confidencial»… «Urgente»… «Prioridad»… «Necesidad esencial», certificada por oficio del coordinador jefe, con destino al proyecto X, y en la misma se le exigía la venta de diez mil toneladas de metal Rearden al Instituto Científico del Estado.

Luego de leerla, Hank levantó la mirada hacia el superintendente de los altos hornos, que se hallaba inmóvil frente a él. El superintendente había entrado, colocando la carta sobre el escritorio sin pronunciar palabra.

—He pensado que desearía usted verla —dijo en respuesta a la mirada de Rearden.

Éste apretó un botón, llamando a Miss Ivés. Le entregó la orden y le dijo:

—Devuélvala a su procedencia y dígales que no pienso mandar metal Rearden al Instituto Científico del Estado.

Gwen Ivés y el superintendente le miraron, intercambiaron luego una ojeada y volvieron a mirarle. En su expresión se notaba un total asentimiento.

—Bien, míster Rearden —dijo Gwen Ivés, tomando el papel como si se tratara de una hoja cualquiera.

Hizo una leve inclinación y salió del despacho. El superintendente la siguió.

Rearden sonrió débilmente, agradeciendo sus sentimientos hacia él. Nada le importaba aquella orden ni sus posibles consecuencias.

Con una especie de convulsión interna, que vino a ser lo mismo que tirar de un enchufe y cortar la corriente de sus emociones, se había dicho seis meses atrás: «Primero actúa, procura mantener en funcionamiento los hornos. Ya sentirás más tarde». Gracias a ello le fue posible contemplar desapasionadamente la puesta en práctica de la ley de Distribución Equitativa.

Nadie sabía cómo dicha ley iba a ser puesta en práctica. Primero le dijeron que no debería producir metal Rearden en cantidad mayor al tonelaje de la aleación especial de mejor calidad existente, aparte del acero, producida por Orreh Boyle. *Pero dicha aleación especial era una especie de quebradiza mezcla que nadie compraba. Más tarde se le dijo que podía producir metal Rearden hasta la cantidad que Orren Boyle hubiera podido fabricar, caso de conseguirlo. Nadie supo cómo quedó determinada dicha cifra. Alguien en Washington expresó un número basado en toneladas por año sin dar razón alguna, y todos hubieron de aceptarlo.

No supo cómo dar a cada cliente que lo solicitara una cantidad proporcional de metal Rearden. La lista de pedidos no hubiera podido ser cumplimentada en tres años, aun cuando trabajase a pleno rendimiento. Y otros muchos afluían diariamente. Pero no eran pedidos en el viejo y honorable sentido del negocio, sino exigencias. La ley preveía que podía procesarse a Rearden caso de que algún cliente no recibiera dicha parte proporcional. Pero nadie sabía cómo determinar la parte en cuestión.

Cierto inteligente joven, recién salido de la Universidad, fue enviado desde Washington como director delegado de distribución. Luego de numerosas conferencias telefónicas con la capital, el joven anunció que los clientes recibirían quinientas toneladas cada uno por orden de fechas de pedidos. Nadie discutió la cifra. No existía forma de oponer argumentos; igual pudo ser una libra que un millón de toneladas y estar dotada de idéntica validez. El joven había establecido su despacho en las fundiciones Rearden y cuatro muchachas se hacían cargo de las demandas de metal. Teniendo en cuenta la producción en vigor, dichas demandas tardarían un siglo en ser cumplimentadas.

Quinientas toneladas de metal Rearden no eran suficientes ni para tres» millas de vía de la «Taggart Transcontinental», ni para instalar la trabazón de una de las minas carboníferas de Ken Danagger. Las mayores industrias, que eran a la vez los más firmes clientes de Rearden, quedaban privadas del uso del metal, pero palos de golf fabricados con el mismo iban apareciendo en el mercado, y también cafeteras, herramientas de jardinería, y grifos de baño. Ken Danagger, que había observado el valor de aquel metal y se atrevió a hacer un pedido oponiéndose al furor de la opinión pública, no pudo obtenerlo; sus demandas quedaron sin servir, interrumpidas bruscamente por la aplicación de las nuevas leyes. Míster Mowen, que había traicionado a la «Taggart Transcontinental» en su hora más peligrosa, fabricaba ahora interruptores de metal Rearden para venderlos a la «Atlantic Southern». Rearden contemplaba todo aquello con aire totalmente desapasionado.

Se volvía sin pronunciar palabra cuando alguien mencionaba ante él lo que era del dominio público: que se estaban amasando grandes fortunas gracias a su metal. En los salones la gente comentaba: «No es posible llamarlo mercado negro, porque, en realidad, no consiste en tal cosa. Nadie vende el metal ilegalmente. Lo único que enajenan es su derecho a adquirirlo. No es una venta, sino una oferta del cupo que les corresponde». Nada quería saber con los intrincados procedimientos que se utilizaban para vender aquellas participaciones; ni enterarse de por qué motivo un fabricante de Virginia llevaba producidas en dos meses cinco mil toneladas de moldes fabricados con metal Rearden, ni qué personaje de Washington era socio anónimo de tal o cual fabricante. Sabía que los beneficios obtenidos por aquellos negociantes con una tonelada de metal Rearden eran cinco veces mayores a los logrados por él, pero jamás dijo nada. Todos tenían derecho al metal excepto su inventor.

El joven de Washington, a quien los trabajadores del acero habían apodado el «ama seca», deambulaba alrededor de Rearden con cierta primitiva y asombrada curiosidad que, aunque pudiera parecer increíble, no era sino una forma de admiración. Rearden lo contemplaba con disgustada ironía. Aquel muchacho no poseía el menor atisbo de moralidad; ésta había desaparecido totalmente en el Instituto en que se educó. Pero le

quedaba una extraña franqueza, ingenua y cínica a la vez, parecida a la inocencia de un salvaje.

—Me desprecia usted, míster Rearden —había declarado cierta vez, de manera repentina y sin resentimiento—. Pero se trata de una actitud muy poco práctica.

—¿Por qué? —preguntó Rearden.

El muchacho pareció perplejo y no encontró respuesta. En realidad no la tenía para ningún «por qué». Tan sólo expresaba una retahíla de insulsas acepciones. Al referirse a la gente decía: «Es un anticuado», «No evoluciona», «No sabe adaptarse», sin concretar ni explicar nada; también decía, no obstante, ser graduado en metalurgia. «A mi modo de ver, la fundición del hierro parece requerir temperaturas muy altas.» Expresaba opiniones inciertas sobre la naturaleza física e imperativos categóricos acerca de los hombres.

—Míster Rearden —dijo una vez—, si cree que debe entregar más metal a sus amigos… quiero decir en mayores cantidades, el asunto podría arreglarse. ¿Por qué no solicitar un permiso especial, basándose en necesidades esenciales? Tengo influencias en Washington. Esos amigos de usted son importantes, grandes industriales, y no creo que les resultara difícil obtener el permiso en cuestión. Pero, desde luego, habría determinados gastos. Hay que emplear dinero en Washington. Usted ya lo sabe; estas cosas siempre originan dispendios.

—¿Qué cosas?

—Ya me comprende.

—No —le había contestado Rearden—. No entiendo una palabra. ¿Por qué no me lo explica?

El joven le miró con aire incierto, sopesó el tema y luego salió con esta frase:

—Es mala psicología.

—¿A qué se refiere?

—Ya lo sabe, míster Rearden. No es preciso recurrir a determinadas explicaciones.

—¿Qué explicaciones?

—Las palabras siempre tienen un significado relativo. Sólo representan símbolos. Si no usamos símbolos desagradables, la fealdad desaparecerá de nuestro alrededor. ¿Por qué quiere que le diga las cosas de cierta manera cuando ya las he dicho de otra?

—¿Y cuál es el modo que usted cree que yo deseo que las exprese?

—¿Por qué quiere que se lo aclare?

—Por el mismo motivo por el que no lo hace.

El joven guardó silencio unos momentos y luego dijo:

—Ya sabe usted, míster Rearden, que no existen reglas fijas. No podemos gobernarnos por principios rígidos; tenemos que ser flexibles y a justarnos a la realidad diaria; actuar de acuerdo con las necesidades del momento.

—Ponga en práctica esa máxima, muchacho. Intente extraer una tonelada de acero sin utilizar principios rígidos, basándose sólo en las necesidades del momento.

Un extraño sentimiento que casi le daba la impresión de algo determinado y definido impulsaba a Rearden a sentir desprecio hacia el joven, pero no resentimiento. Todo en él parecía encajar completamente en el espíritu de cuanto estaba ocurriendo. Le parecía ser transportado hacia atrás, hacia la época a la que el joven pertenecía, pero en la que él se encontraba desplazado. En vez de construir nuevas fundiciones, Rearden imaginaba competir en una carrera en la que sólo se trataba de mantener funcionando las antiguas; en vez de embarcarse en nuevas aventuras, investigaciones y experiencias en el uso del

metal Rearden, gastaba su energía buscando fuentes de mineral igual que aquellos hombres en el amanecer de la Edad de Hierro, pero con menos esperanzas que ellos.

Intentó eludir semejantes reflexiones. Debía ponerse en guardia contra los propios sentimientos, como si cierta parte de él se hubiera convertido en un extraño al que mantener inconsciente; su voluntad debía ser continua, vigilante y anestésica, como una cosa desconocida, cuya raíz debía ver, pero sin proclamarlo nunca. Había vivido un peligroso momento que no podía repetirse.

Recordaba aquella mañana de invierno cuando solo en su despacho se quedó paralizado ante lo que publicaba el periódico extendido sobre su mesa y en cuya página frontal aparecía una larga columna de consignas. Luego escuchó en la radio la noticia del incendio de los campos petrolíferos Wyatt. Su primera reacción antes de pensar en el futuro o de experimentar un sentimiento de desastre, de terror o de protesta, había sido una estrepitosa carcajada. Rió sintiéndose triunfante, libre, impregnado de incontenible animación. Las palabras que no pronunció, pero que su mente había formado eran: «¡Dios te bendiga, Ellis, hagas lo que hagas!»

Cuando hubo captado las implicaciones de aquella actitud, comprendió que se veía condenado a una constante vigilancia de sí mismo. Como el superviviente de un ataque cardíaco, sabía que acababa de recibir un aviso, que llevaba consigo un peligro capaz de aniquilarle en cualquier momento.

Desde entonces se contuvo. Adoptó una actitud tranquila, precavida, severamente controlada. Pero la advertencia primitiva volvió a él por un momento al ver la orden del Instituto Científico del Estado sobre su escritorio. Le pareció que el resplandor que iluminaba aquel papel no procedía de las fundiciones, sino de las llamas de un campo petrolífero incendiado.

—Míster Rearden —dijo el «ama seca» al enterarse de que había rechazado la orden—, no debió haberlo hecho.

—¿Por qué?

—Esto va a traer complicaciones.

—¿Qué clase de complicaciones?

—Es una orden del Gobierno y no puede ignorarse.

—¿Por qué no?

—Se trata del proyecto de Necesidades Esenciales y además es secreto, un asunto de la máxima importancia.

—¿Qué clase de proyecto es ése?

—No lo sé. Es secreto.

—Entonces, ¿cómo sabe usted que es importante?

—Lo decía así.

—¿Quién?

—¡No puede usted dudar de semejante cosa, míster Rearden!

—¿Por qué no?

—Porque no.

—En este caso, se trata de algo categórico, y usted dijo que no existe tal cosa.

—Esto es distinto.

—¿Por qué?

—Porque procede del Gobierno.

—Entonces, ¿es que no hay afirmaciones categóricas más que en el Gobierno?

—Lo que quise decir es que si a juicio de ellos es importante, hay que considerarlo así.

—¿Por qué?

—No quiero meterle en un lío, míster Rearden; pero va usted directo a él. Hace demasiadas preguntas. ¿Quiere decirme por qué obra de este modo?

Rearden le miró, conteniendo una breve risa. El joven se dio cuenta e hizo una mueca de comprensión, aun cuando se sintiera profundamente desgraciado.

El hombre que acudió a ver a Rearden una semana más tarde era joven y esbelto, pero no tanto como intentaba aparentar. Vestía de paisano, aunque añadiendo a su atavío unas polainas de policía de tráfico. A Rearden no le fue posible averiguar si procedía del Instituto Científico del Estado o de Washington.

—Tengo entendido que rehusó usted vender metal al Instituto Científico del Estado, míster Rearden —dijo en tono lánguido y confidencial.

—En efecto —admitió Rearden.

—¿No constituye eso una flagrante desobediencia de la ley?

—Es usted quien debe decidirlo.

—¿Puedo preguntarle los motivos?

—Carecen de interés para usted.

—¡Oh, no! Al contrario. No somos enemigos suyos, míster Rearden. Queremos guardarle consideraciones. No debe atemorizarle el hecho de ser un gran industrial, porque no esgrimiremos esta circunstancia contra usted. Queremos mostrarnos tan complacientes como hacia el último jornalero. Pero desearíamos conocer sus motivos.

—Publiquen mi negativa en los periódicos y cualquier lector los aclarará en seguida. Ya apareció en toda la Prensa hace poco más de un año.

—¡Oh, no, no, no! ¿Por qué citar a la Prensa? ¿Es que no podríamos arreglar este asunto de manera amistosa y privada?

—Eso han de decidirlo ustedes.

—No queremos que se hable en los periódicos.

—¿No?

—No. No es nuestro deseo mortificarle. Rearden le miró fijamente, a la vez que preguntaba:

—¿Para qué necesita el Instituto Científico del Estado diez mil toneladas de metal? ¿Qué es el proyecto X?

—¡Oh! Se trata de un proyecto muy importante, relacionado con investigaciones científicas; una empresa de gran valor social que puede redundar en inestimables beneficios para el público. Por desgracia los directores de la alta política no me permiten indicarle su naturaleza con detalles.

—Verá —dijo Rearden —; no deseo vender mi metal a aquellos que mantienen secreto para mí el empleo que piensan darle. Yo creé ese metal y tengo la responsabilidad moral de saber para qué va a ser usado.

—¡Oh! No debe preocuparse de ello, míster Rearden. Le relevamos de toda responsabilidad.

—¿Y si yo no quisiera ser relevado de la misma?

—Pero… pero esta actitud es anticuada… y puramente teórica.

—Ya he dicho que puedo adoptarla. Pero no lo haré porque en el caso presente tengo otro motivo más concreto. No venderé metal Rearden al Instituto Científico del Estado para ninguno de sus fines, tanto si es bueno como malo, secreto o público.

—Pero, ¿por qué?

—Escúcheme —dijo Rearden lentamente—. Quizá exista algo que justifique esas salvajes organizaciones en las que sólo cabe esperar que nuestros enemigos nos asesinen en cualquier momento, viéndonos obligados a una constante defensa. Pero no existe justificación alguna para una sociedad confiada en que alguien fabrique armas con destino a sus propios asesinos.

—No creo aconsejable utilizar semejante lenguaje, míster Rearden. Ni considero práctico pensar así. Después de todo, el Gobierno, en su prosecución de una política amplia y nacional, no puede hacerse cómplice de sus agravios personales contra una institución particular.

—A mí me basta con que no reconozca los mismos.

—¿Qué quiere decir?

—No intente averiguar mis razones.

—Pero, míster Rearden, no podemos impedir que una negativa a obedecer la ley sea conocida. ¿Qué espera de nosotros?

—Hagan lo que quieran.

—¡Es inaudito! Nadie ha rehusado jamás vender al Gobierno un material imprescindible. En realidad, la ley no le permite rehusar esa venta a ningún cliente y mucho menos al Gobierno.

—Entonces, ¿por qué no me detienen?

—Míster Rearden: ésta es una discusión amistosa. ¿Para qué hablar de detenciones?

—¿Acaso no es su argumento decisivo contra mí?

—No hay que suscitarlo siquiera.

—¿Acaso no queda implícito en cada una de las frases de esta discusión?

—¿Para qué nombrarlo?

—¿Por qué no? —No hubo respuesta—. ¿Intenta ocultarme el hecho de que si no fuera por esa carta decisiva no le hubiera permitido entrar en su despacho?

—Yo no he hablado de detenciones.

—Yo sí.

—No le entiendo, míster Rearden.

—No quiero ayudarle a pretender que ésta es una discusión amistosa, porque no lo es. Y ahora obre como le parezca.

En el rostro del visitante se pintó una extraña expresión, mezcla de asombro, como si no acabara de entender aquello a lo que se enfrentaba, y de miedo, como si siempre hubiera tenido la seguridad de vivirlo y hubiese vivido en constante temor de que se suscitara.

Rearden notó una extraña sensación, cual si estuviese a punto de desentrañar algo que hasta entonces no había visto claro, cual si se encontrara sobre la pista de un descubrimiento todavía distante, pero del que intuyera una importancia mayor a la que pudo suponer en un principio.

—Míster Rearden —dijo el visitante—, el Gobierno necesita su metal. Nos lo tiene que vender porque los planes del Gobierno no pueden verse a merced de su consentimiento o de su aprobación.

—Toda venta —respondió lentamente Rearden —necesita el consentimiento del vendedor. —Se levantó y acercóse a la ventana—. Voy a decirle lo que puede usted hacer. —Señaló los apartaderos donde montones de lingotes de metal Rearden estaban siendo cargados en los vagones—. Eso que ve ahí es metal Rearden. Acérquese con sus cañones, igual que cualquier otro saqueador, pero sin riesgo alguno, porque no dispararé

contra usted, cosa que sabe perfectamente. Tome todo el material que desee y márchese. No intente pagarme porque no lo aceptaré. No me entregue ningún cheque porque no pienso cobrarlo. Si desea ese metal puede cogerlo cuando quiera. ¡Adelante!

—¡Cielos, míster Rearden! ¿Qué pensaría el público?

Había sido una exclamación involuntaria e instintiva. Los músculos faciales de Rearden se movieron brevemente en una risa silenciosa. Los dos habían comprendido la implicación de semejante frase. Con voz grave y ese tono tranquilo y reposado de quien sabe lo que dice, Rearden declaró:

—Necesita mi ayuda para que todo tenga el aspecto de una venta legal, ¿verdad? De una transacción regular, justa y honrada. Pero no pienso ayudarle.

El otro no intentó discutir. Se levantó y dijo simplemente:

—Lamentará la actitud que ha adoptado, míster Rearden.

—No lo creo —dijo el otro.

Pero en su fuero interno Rearden comprendió que el incidente no había terminado, que el secreto que rodeaba al proyecto X no era el motivo principal por el que aquella gente temía hacer público el problema. Experimentaba una extraña y jovial confianza en sí mismo. Acababa de entrever que era la ruta adecuada y que seguía la dirección debida.

* * *

Dagny estaba tendida en un sofá de su salón, con los ojos cerrados. La jornada había sido dura, pero se dijo que debía ver a Hank Rearden aquella misma noche. El pensarlo le ocasionaba el mismo efecto que si con una palanca levantara el peso de las horas, quedando Ubre de aquel sentido de insensata fealdad que lo envolvía todo.

Permanecía inmóvil, contenta con descansar sin otro propósito que el de oír el leve chasquido de la llave en la cerradura. Él no le había telefoneado, pero estaba enterada de que se hallaba en Nueva York para una conferencia de productores de cobre, y nunca salía de la ciudad hasta la mañana siguiente ni pasaba una noche en ella sin dedicársela. Le gustaba esperar. Necesitaba un espacio de tiempo que actuara como un puente entre sus días y sus noches.

Las horas que aún tenía por delante quedarían añadidas a la cuenta de ahorro de la propia existencia, en la que ciertos momentos se guardan con orgullo. Sentíase feliz por haberlos vivido. Pero la satisfacción que le originaba su jornada de trabajo no consistía tan sólo en haberla vivido, sino en haber sobrevivido a ella. Se dijo que era un terrible error verse obligado a pensar de tal modo acerca de cualquier hora de la propia existencia, pero no le era posible reflexionar a fondo sobre dicho tema en tales momentos. Su pensamiento se concentraba en él y en su forcejeo por obtener la libertad; sabía que podía ayudarlo a vencer y que cualquier sistema era bueno, excepto las palabras.

Se acordó de aquella tarde del último invierno, en que él entró, se sacó un paquetito del bolsillo y se lo ofreció, a la vez que decía:

—Quiero que lo guardes.

Lo abrió, contemplando con incredulidad y con asombro un dije confeccionado con un solo rubí de forma alargada que despedía un violento fuego sobre la blanca seda del estuche. Tratábase de una piedra famosa, que sólo una docena de hombres en el mundo podían permitirse comprar. Y Rearden no figuraba entre el grupo.

—Hank… ¿Por qué?

—Por ninguna razón especial. Tan sólo porque deseaba verte luciéndolo.

—¡Oh, no! No una cosa como ésta… ¿Por qué desperdiciarla? ¡Voy tan raramente a lugares en los que pueda ponérmela! ¿Cuándo quieres que la lleve!

La miró, recorriendo con sus pupilas toda la longitud de su cuerpo.

—Voy a decírtelo —le respondió.

La_ llevó al dormitorio y le quitó las ropas sin pronunciar palabra, como si no necesitara su consentimiento. Le colgó el dije del cuello. Dagny permaneció desnuda, con sólo la joya entre los senos, como una enorme gota de sangre.

—¿Crees que un hombre regala joyas a su amiga por algún propósito excepto el de su propio placer al contemplar como las luce? Quiero que la lleves sólo para mí. Me gusta mirarla. Es maravillosa.

Ella se echó a reír, suave, lenta y dulcemente. No podía hablar ni moverse, sino tan sólo asentir en silencio, aceptando obediente lo que él le impusiera. Asintió varias veces, haciendo oscilar su cabello con un amplio movimiento de cabeza; luego aquél quedó inmóvil cuando la mantuvo inclinada ante él.

Se tendió en la cama, perezosamente, con la cabeza hacia atrás, los brazos a los costados, las palmas tocando el cobertor, una pierna doblada y la larga línea de la otra destacando sobre la tela azul. La joya brillaba como una herida en la obscuridad, lanzando un haz de rayos contra su piel. Bajo sus párpados entornados se observaba la expresión de burlona y consciente victoria de quien se sabe admirada; pero su boca estaba entreabierta, igual que quien suplica sin esperanza. Él contemplaba desde cierta distancia su estómago plano al expeler el aire, su cuerpo sensitivo expresando una conciencia sensitiva también. Por fin dijo en voz baja, con expresión intensa y extrañamente tranquila:

—Dagny, si algún artista te pintara tal como estás ahora, los hombres se agruparían ante el cuadro para experimentar una emoción que ninguna otra cosa podría ofrecerles en la vida. Lo denominarían «arte grande». No comprenderían la naturaleza de sus sentimientos, pero la pintura les mostraría toda una serie de facetas asombrosas, incluso que no eres una Venus clásica, sino la vicepresidente de un ferrocarril; ello también forma parte del cuadro… e incluso mi persona. Luego se alejarían de allí para ir a acostarse con la primera dependienta de bar que encontraran, sin intentar jamás profundizar los sentimientos que experimentaron. Por lo que a mí respecta, jamás los buscaría en una pintura. Los desearía reales. No me enorgullecería de un anhelo insensato. Nunca alimentaria una aspiración obstinada y sin objeto. Quisiera poseer, realizar o vivir. ¿Me comprendes?

—¡Oh, sí, Hank! Te comprendo —respondió.

«Y tú, querido, ¿lo comprendes de veras?», pensó, aunque sin declararlo en voz alta.

Cierta noche, luego de un día de tormenta, Dagny llegó a su casa, encontrando en ella un enorme despliegue de flores tropicales que inundaban su salita, destacando contra el obscuro cristal de las ventanas, azotadas por los copos de nieve. Eran tallos de una especialidad hawaiana, de un metro de altura. Las amplias flores formaban conos con la textura sensual del cuero blando y el color de la sangre. «Las he visto en el escaparate de una floristería — le contó él a su llegada aquella noche—. Me gustó contemplarlas a través de la borrasca; nada más inútil que lo que se exhibe en un escaparate público.»

Empezó a encontrar flores en su piso en las horas más intempestivas. Flores enviadas sin tarjeta pero con la firma del donante en sus formas fantásticas, en los violentos colores y en el extravagante precio. Le compró un collar de oro, formado por cuadritos que cubrían por completo su cuello y sus hombros, como una armadura de guerrero. «Llévalo con un vestido negro», le ordenó. Le compró un juego de vasos tallados por un joyero famoso en altos y esbeltos bloques de cristal de roca. Le miró mientras sostenía en alto uno de tales vasos, luego de servirle una bebida, como si el contacto del cristal bajo sus dedos, el

sabor del líquido y la visión de su rostro fueran las únicas formas en que se manifestaba un invisible momento de goce. «Siempre me han gustado ciertas cosas —explicó—, pero nunca las compré porque carecían de significado para mí. En cambio, ahora lo tienen.»

Cierta mañana de invierno la telefoneó a su despacho para decirle, aunque no en el tono de quien invita, sino de quien da órdenes a un inferior: «Esta noche cenaremos juntos y quiero que te vistas bien. ¿Tienes algún conjunto azul? Pues llévalo».

El atavío que eligió era una esbelta túnica de azul confuso, que le prestaba cierto aire de vulnerable simplicidad: el aspecto de una estatua sumida en las azules sombras de un jardín bajo el sol estival. Hank le puso sobre los hombros una capa de zorro azul, que la envolvía por completo desde la curva de la barbilla hasta la punta de sus sandalias.

—Hank —se echó a reír—, no se trata precisamente de la prenda que más me favorece.

—¿No? —preguntó él llevándola ante un espejo.

La enorme envoltura de piel la hacía aparecer como una niña a la que se abriga para enfrentarse a una tormenta. El lujoso material transformaba la inocencia de su forma en la elegancia de un contraste perversamente intencionado, confiriéndole un aire de acusada sensualidad. La capa era de un suave tono marrón, sobre el que flotaba un halo azulado que no podía ser visto, sino sentido como una neblina, como una sugerencia de color que no captaran las pupilas, sino las manos; cual si se sintiera la sensación de sumergir las palmas en la blandura de aquel pelo. La capa no dejaba ver nada de su portadora, excepto el color castaño del cabello, el gris azulado de los ojos y la configuración de la boca.

Se volvió hacia él con una sonrisa perpleja.

—Nunca creí tener semejante aspecto —dijo.

—Yo sí lo sabía.

Se sentó a su lado en el automóvil, mientras él conducía por las obscuras calles de la ciudad. Una brillante capa de nieve resplandecía de vez en cuando, mientras pasaban bajo las luces de las esquinas. No le preguntó dónde iban. Permanecía hundida en el asiento contemplando los copos de nieve, arrebujada en la capa. Dentro, el vestido era tan suave como un camisón y el contacto de la piel le hacía recordar un abrazo.

Contempló las angulosas hileras de luces levantadas entre la cortina de nieve, y al mirar a Rearden, al ver la presión de sus manos enguantadas sobre el volante y la austera y ostentosa elegancia de su figura, con el abrigo negro y la bufanda blanca, pensó que también él pertenecía a la gran ciudad, a las brillantes aceras y a la piedra esculpida.

El coche se metió en un túnel, deslizóse por el tubo de baldosines, pictórico de ecos, que cruzaba bajo el río, y fue a salir a las suaves curvas de una carretera elevada, bajo un cielo negro. Las luces se encontraban ahora abajo, extendiéndose en millas de ventanas azuladas, chimeneas, grúas, rojizas llamaradas y largos y atenuados rayos que marcaban la silueta de las contorsionadas formas de aquel distrito industrial. Recordó haber visto cierta vez a Rearden en sus altos hornos, con manchas de hollín en la frente, vistiendo un mono corroído por los ácidos; lo llevaba de un modo tan natural como su traje de etiqueta. Pero también pertenecía a aquello, pensó Dagny mirando las llanuras de Nueva Jersey: a las grúas, a los fuegos y al chirriar de los mecanismos.

Cuando descendían una obscura carretera, por un paraje desierto, mientras las franjas de nieve resplandecían ante los faros, recordó el aspecto de Hank aquel verano de sus vacaciones, vistiendo pantalón corto, tendido en el suelo de un solitario barranco, con la hierba bajo el cuerpo y el sol dando de lleno sobre sus brazos desnudos. También pertenecía al campo. Pertenecía a todos los lugares, a la tierra en general. Luego definió aquello con mayor exactitud: era la tierra la que le pertenecía a él; a un hombre que se encontraba como en su casa sobre la misma, dominando y mandando. Se preguntó por qué había de llevar sobre los hombros el fardo de una tragedia aceptada en silencioso

sufrimiento, de manera tan completa que llegaba incluso a olvidarse de ella. Conocía parte de la respuesta; notó como si la totalidad de la misma se encontrara a su alcance y pudiera aprehenderla cualquier día no muy lejano. Pero no quiso pensar en ello ahora, porque se estaban alejando de todos los problemas; porque dentro de aquel vehículo en movimiento ambos experimentaban la tranquilidad de una dicha total. Movió imperceptiblemente la cabeza para que rozara su hombro un momento.

El coche dejó la carretera y torció hacia los iluminados cuadros de distantes ventanas colgadas sobre la nieve, más allá de una verja formada por ramajes desnudos. Luego, bajo una claridad velada y suave, se sentaron a una mesa, junto a una vidriera, frente a la obscuridad de los árboles. El parador se elevaba en una loma boscosa; ofrecía el lujo de un elevado precio y de un ambiente recluido, de refinado gusto, sugiriendo no haber sido descubierto por quienes iban a la caza de altos precios por puro afán de notoriedad. Dagny apenas se dio cuenta del comedor, cuyo ambiente sugería cierto sentimiento de superlativo confort. El único ornamento que captó su atención fue el brillo de las ramas heladas al otro lado de la ventana.

Permaneció sentada, mirando al exterior, con la piel azul de la capa medio caída sobre sus brazos desnudos. Él la contempló con los párpados entornados y la satisfacción de quien estudia una obra maestra.

—Me gusta regalarte cosas —dijo —porque no las necesitas.

—¿No?

—No deseo que las tengas, sino que las hayas recibido de mí.

—Tal es el modo en que las necesito, Hank. Recibidas de ti.

—¿No te das cuenta de que se trata de un sentimiento egoísta? No lo hago para complacerte, sino para complacerme a mí.

—¡Hank! —Su exclamación había sido involuntaria y en la misma expresaba sorpresa, desesperación, indignación y lástima—. Si me dieras estas cosas para complacerme, te las habría arrojado a la cara.

—Sí… en efecto; hubieras podido y debido hacerlo.

—¿Llamas egoísmo a tu actitud?

—Así es como la llamaría cualquiera.

—¡Oh, sí! Así la llamaría cualquiera, pero tú no.

—No lo sé —manifestó con aire indiferente y prosiguió—: Sólo comprendo que si es egoísmo, debo maldecirme por ello; pero, no obstante, deseo incurrir en él más que en ninguna otra cosa en la tierra.

Dagny no contestó; permanecía sentada, mirándole fijamente, con débil, sonrisa, cual si le rogara tuviera en consideración el significado de sus propias palabras.

—Siempre deseé disfrutar mis riquezas —dijo—. Pero no supe cómo hacerlo. Ni siquiera disponía de tiempo para comprender hasta qué punto lo deseaba. El acero vertido en mis hornos volvía a mí en forma de oro líquido; pero este oro tenía que endurecerse y cobrar la forma que yo deseara para disfrutar de él. Sin embargo, no lo conseguía. No podía ver un propósito fijo en todo aquello. En cambio, ahora es distinto. Si he producido esta riqueza debo lograr que ella me proporcione cuantos placeres deseo, incluyendo el de observar hasta qué punto puedo gastarme el dinero, hasta hacerme sentir la envidiable sensación de convertirte en objeto de lujo.

—Soy un objeto de lujo que has pagado desde hace mucho tiempo —dijo Dagny sin sonreír.

—¿Cómo?

—Mediante los mismos valores con los que pagaste tus fundiciones. Dagny no supo si él había comprendido aquello con la plena y luminosa claridad de un pensamiento expresado en palabras, pero percibió en sus ojos la tranquilidad total de una invisible sonrisa.

—Nunca he despreciado el lujo —dijo Rearden—. Pero sí a quienes disfrutan con él. Consideraba lo que llamaban placeres como sentimientos míseros y carentes de fondo al compararlos a lo que yo sentía en mis fundiciones. Contemplaba cómo era vertido el acero; toneladas de líquido surgiendo siempre que me pareciera oportuno. Luego acudía a un banquete y contemplaba a gentes que se sentaban temblorosas de temor ante su propia vajilla de oro y sus tapetes de encaje, como si el comedor fuera el amo de la situación y ellos tan sólo objetos a su servicio; objetos creados por sus botonaduras de diamantes y sus collares y no por otra cosa. Y corría a mirar el primer montón de escoria con que me tropezaba mientras ellos decían que no disfrutaba de la vida porque sólo me preocupaban mis negocios.

Contempló la suave y escultural belleza del recinto y a las gentes sentadas a las mesas, que adoptaban una actitud de consciente exhibición, como si el enorme coste de sus trajes y el profundo cuidado que implicaba su atildamiento pudieran haberse convertido en esplendor. Pero nada de esto sucedía, sus caras sólo expresaban rencorosa ansiedad.

—Dagny, mira a esa gente. Se les supone mimados de la fortuna, buscadores de placeres y amantes del lujo. Pero se limitan a permanecer sentados, esperando que este lugar les confiera algún significado. No al contrario. Nos los presentan como supremos dueños del placer material, y luego se nos dice que dicho placer es malvado. ¿Placer? ¿De veras lo experimentan? ¿No existirá alguna clase de perversión en lo que les enseñan? ¿Algún error decisivo y de gran importancia en la vida?

—Sí, Hank; decisivo y muy, muy importante.

—Son unos holgazanes, mientras tú y yo aceptamos el título de negociantes. ¿Te das cuenta de que estamos en mejores condiciones para disfrutar de lugares como éstos de lo que ellos puedan esperar nunca?

—Sí.

En el tono lento de quien repite una cita, Hank preguntó:

—¿Por qué hemos de dejarlo todo a los imbéciles? Esto debería ser nuestro. —Ella le miró asombrada mientras Hank sonreía—. Recuerdo cada una de las palabras que me dijiste durante aquella fiesta. Si no te contesté entonces, fue porque la única respuesta que te podía ofrecer, lo único que tus palabras significaban para mí, constituía una actitud por la que tú me hubieras odiado. Y era que te deseaba —la miró—, Dagny; no te lo propusiste entonces, pero lo que estabas diciendo era que querías dormir conmigo. ¿No es así?

—Sí, Hank. Desde luego.

Él sostuvo su mirada unos instantes y luego desvió la suya. Permanecieron silenciosos largo rato. Hank contempló la dulce penumbra que los envolvía y el brillo de las dos copas de vino colocadas en la mesa.

—Dagny, en mi juventud, cuando trabajaba en las minas de Minnesota, siempre pensé en una noche como ésta. No es que estuviera trabajando precisamente para ello o que lo deseara con frecuencia, pero de vez en cuando, en una noche de invierno, cuando las estrellas se apagaban y el frío era intenso, cuando me sentía cansado por haber trabajado durante dos turnos y no deseaba nada, excepto tenderme y dormirme allí mismo, en el borde de la mina, pensaba que algún día podría sentarme en un lugar como éste, donde un vaso de vino costaría más que un jornal de trabajo. Pero yo habría ganado ya el precio de

cada minuto del mismo y de cada gota de licor y de cada flor colocada en la mesa, y podría sentarme aquí sin más propósito que mi diversión.

—¿Con tu amante? —preguntó ella, sonriendo.

Vio un destello de dolor en sus ojos y lamentó desesperadamente haberlo dicho.

—Con… una mujer —contestó.

Dagny supo cuál era la palabra que él no había pronunciado. Con voz tranquila y cálida, Hank continuó:

—Cuando me hice rico y vi lo que la gente acaudalada hacía para divertirse, pensé que aquel lugar de ensueño no existía. En realidad nunca lo imaginé demasiado claramente. Nunca supe cómo seria, sino cómo me sentiría en él. Hace años que desistí de tal esperanza. Pero hoy vuelvo a experimentar la anhelada sensación.

Levantó su copa, mirándola.

—Hank, yo… renunciaría a cuanto tengo en la vida, excepto a ser un… un objeto de lujo para tu diversión.

Vio cómo su mano temblaba al sostener la copa y le dijo en el mismo tono:

—Lo sé, querida.

Permaneció perpleja e inmóvil; era la primera vez que Hank pronunciaba semejante palabra. Él echó la cabeza hacia atrás y dirigióle la sonrisa más brillante que hubiera visto jamás en su cara.

—Ha sido tu primer momento de debilidad, Dagny —dijo.

Se rió, sacudiendo la cabeza, y Hank alargó un brazo por encima de la mesa y le puso una mano sobre el hombro desnudo, cual si quisiera concederle un instante de fortaleza. Riendo suavemente y como por casualidad, ella permitió que sus labios le rozaran los dedos. Conservó la cara oculta unos momentos a fin de que él no pudiera darse cuenta de que el brillo de sus ojos era ocasionado por las lágrimas.

Cuando volvió a mirarle, su sonrisa era igual a la de él. El resto de la noche quedó convertido en una fiesta; una fiesta que a él le compensaba de todos sus años de trabajo y de todas sus noches en el borde de la mina. Y a ella de los años transcurridos desde su primer baile cuando en el desolado anhelo de una inaprehensible visión de alegría se preguntó acerca de las personas siempre deseosas de luces y de flores por pensar que podían conferirles brillantez.

«¿No figura… en lo que nos enseñaron… algún error decisivo?», pensó mientras permanecía tendida en un sofá de la sala, cierta lívida tarde de primavera, esperando verle llegar… «Mira un poco más allá, querida —evocó—. Mira un poco más lejos y te sentirás libre de ese error y de todas las penas que nunca debiste soportar…» Pero comprendió que tampoco ella había recorrido la totalidad de la distancia y preguntóse cuáles serían las cosas que aún tenía que descubrir.

Caminando por la obscuridad de las calles, en dirección al piso de Dagny, Rearden mantenía las manos en los bolsillos del abrigo y los brazos apretados contra el cuerpo, porque no sentía el menor deseo de tocar nada ni de siquiera rozarlo. Jamás había experimentado un sentimiento de repulsión tan vivo no provocado por algún objeto particular, sino cual si fluyese a su alrededor, convirtiendo la ciudad en un lugar ingrato. Era capaz de experimentar disgusto hacia cualquier otra cosa y de luchar contra ello con saludable indignación, pero el sentimiento de que el mundo era un lugar detestable, al que no quería pertenecer, le resultaba nuevo.

Había celebrado una conferencia con los productores de cobre, últimamente afectados por una serie de directrices que dentro de un año les dejarían en la inmovilidad total. No supo qué consejos darles ni qué solución ofrecerles; su ingenio, que le había hecho famoso por

idear siempre un medio con el que mantener la producción en marcha, no pudo imaginar cómo salvarles. Pero todos comprendieron que dicho medio no existía; el ingenio era una virtud de la mente y en el problema a que se enfrentaban ahora, la mente quedaba descartada como inútil. «Es un trato entre los de Washington y los importadores de cobre —había dicho uno de aquellos hombres—, en especial la "Compañía d'Anconia Copper".»

Tratábase sólo de una pequeña y penosa impresión de dolor; de un sentimiento de fracaso; de la pérdida de una esperanza que nunca tuvo el derecho de albergar. Debió haber comprendido que aquello era precisamente lo que un hombre como Francisco d'Anconia haría, y se preguntó irritado por qué le parecía como si una brillante y breve llama se hubiera apagado de improviso en un mundo sin luz.

No sabía si era la imposibilidad de actuar la que le prestaba aquel sentimiento de odio, o si el odio le privaba de todo deseo de actuar. «Se trata de ambas cosas —pensó—: un deseo presupone la posibilidad de acción; la acción presupone una meta digna de conseguirse.» Si el único objetivo posible consistía en obtener un precario favor de hombres que esgrimían pistolas, ni la acción ni el deseo seguirían existiendo.

«¿Y la vida? —se preguntó indiferente—. La vida —pensó —ha sido definida como un movimiento; la vida humana es un movimiento con propósito determinado. ¿Cuál sería el estado de un ser a quien fuesen negados propósito y movimiento? ¿Un ser retenido entre cadenas, pero a quien se permitía respirar y observar toda la magnificencia de las posibilidades que hubiera podido conseguir? ¿Un ser capaz de gritar «por qué» mientras se le mostraba una pistola como única explicación?» Se encogió de hombros y siguió caminando sin interesarle encontrar una respuesta.

Observó la devastación producida por su propia indiferencia. Por dura que hubiera sido la lucha sostenida por él en el pasado, jamás llegó al extremo de abandonar la voluntad de acción; en momentos de abatimiento nunca permitió que el dolor consiguiera una victoria permanente; que le robara su deseo de alegría. Nunca había dudado de la grandeza del mundo o del hombre como motivo propulsor o como núcleo. Años atrás pensó con desdeñosa incredulidad en esas sectas fanáticas aparecidas en obscuros rincones de la historia, convencidas de que el hombre está atrapado en un universo malévolo gobernado por el mal, sin más propósito que torturarle. Ahora se daba cuenta de en qué había consistido la visión del mundo y en qué los sentimientos de aquella gente. Si lo que ahora veía a su alrededor era el mundo en que habitaba, prefería no tocar parte alguna de él. No deseaba luchar. Era un forastero sin nada que ofrecer y sin perspectivas respecto a una existencia prolongada.

Dagny y su deseo de verla era lo único que le quedaba. Un deseo siempre vivo. Pero repentina y dolorosamente se dijo que aquella noche no quería estar con ella. Aquel deseo que nunca le diera un momento de reposo y que había ido creciendo alimentándose en su propia satisfacción, quedaba eliminado. Tratábase de una extraña impotencia, pero no corporal ni mental. Decíase tan apasionadamente como siempre que ella era la mujer más deseable de la tierra; pero aquella idea sólo le producía deseo de desearla; necesidad de sentir, no un sentimiento en sí. La impresión de inconsciencia adoptaba un cariz impersonal, como si sus raíces no se hallaran en él ni en ella; como si el acto del amor perteneciera a un reino abandonado.

—No te levantes, permanece así; es tan evidente que estuviste esperándome, que quiero sentirlo un rato más.

Había dicho aquello desde el umbral de la puerta al ver a Dagny tendida en el sofá y observar el breve y jovial estremecimiento de sus hombros al ir a levantarse. Rearden sonreía.

Notó como si una parte de sí mismo observara sus reacciones con indiferente curiosidad, que su sonrisa y su repentino sentimiento de alegría eran auténticos. Volvió a sentir algo que siempre había experimentado, pero que nunca identificó porque siempre tuvo un carácter absoluto e inmediato; algo que le prohibía enfrentarse a ella padeciendo algún dolor. Más que en el orgullo de desear ocultar un sufrimiento, consistía en la sensación de que dicho sufrimiento no debía jamás aparecer evidente en su presencia; que ninguna forma de reproche entre ellos podía ser motivado por el dolor o tener como objeto la compasión. Porque no era compasión lo que llevaba allá, ni lo que pretendía encontrar.

—¿Sigues necesitando pruebas de que siempre te espero? —preguntó Dagny, reclinándose obedientemente en su asiento y con voz que nada tenía de tierna ni de sumisa, sino que, por el contrario, sonaba brillante y burlona.

—Dagny, ¿por qué muchas mujeres jamás lo admitirían y, en cambio, tú sí?

—Porque no están seguras de ser deseadas, y yo lo estoy.

—Admiro la confianza que tienes de ti misma.

—La confianza en cuestión sólo figura como parte de lo que acabo de decir, Hank.

—¿Cuál es la totalidad?

—La confianza en mis valores… y en los tuyos. —La miró como si captara el resplandor de un repentino pensamiento, y ella se echó a reír añadiendo—: Por ejemplo, no me sentiría segura con un hombre como Orren Boyle. Éste no me desearía en absoluto. Pero tú sí.

—¿Estás insinuando —preguntó él lentamente —que he crecido en tu estima cuando te diste cuenta de que te deseaba?

—Desde luego.

—Ésa no es la reacción característica de quien se siente deseado.

—En efecto.

—Lo más corriente es que los seres humanos crezcan a sus propios ojos, si otros los desean.

—Yo creo que esos otros podrían hacer lo mismo que yo, si quisieran. Y tal es el modo en que tú también sientes, Hank, tanto si lo admites como si no.

«Eso no es lo que te dije aquella primera mañana», pensó mirándola. Estaba perezosamente tendida, con el rostro inexpresivo, pero con las pupilas brillantes de jovialidad. Comprendió que pensaba en ello y que estaba convencida de que él lo hacía también. Sonrió sin pronunciar palabra.

Al sentarse semitendido en el sofá, mirándola desde el otro lado de la habitación, sintióse en paz, como si un muro temporal se hubiera levantado entre él y todo cuanto pensara en su camino hacia allí. Le contó su encuentro con el enviado del Instituto Científico del Estado, porque, aunque consideraba que aquello encerraba un peligro, cierto extraño y brillante sentimiento de satisfacción seguía fijo en su mente.

Al observar su expresión indignada, se rió por lo bajo.

—No tienes por qué irritarte contra ellos —dijo—. Eso no es peor que lo que hacen a diario.

—Hank, ¿quieres que hable con el doctor Stadler?

—¡Nada de eso!

—Podría poner coto a tal cosa.

—Preferiría ir a la cárcel. ¿El doctor Stadler? No tendrás nada que ver con él, ¿verdad?

—Me visitó hace unos días.

—¿Por qué?

—Respecto a ese motor.

—¿El motor? —preguntó lentamente, de un modo extraño, como si pensar en ello lo transportara otra vez a un ambiente olvidado—, Dagny,., el que inventó el motor… existió, ¿verdad?

—¡Desde luego! ¿Qué quieres decir?

—Nada. Pero se trata de una idea agradable, ¿no crees? Aunque ahora esté muerto, en otros tiempos vivió… y diseñó el motor…

—¿Qué quieres decir, Hank?

—Nada. Háblame del motor.

Le contó su entrevista con el doctor Stadler. Levantóse y paseó por el cuarto mientras hablaba porque no podía permanecer inmóvil; experimentaba una sensación de esperanza y de vivacidad, de deseo y de acción al referirse al motor.

Lo primero que Hank observó fueron las luces de la ciudad, al otro lado de la ventana, como si fueran encendiéndose una a una hasta formar aquel gran horizonte que tanto amaba; lo sintió así aun cuando supiera que las luces estuvieron encendidas todo el tiempo. Luego comprendió que aquello se hallaba de antemano en su interior: la forma vuelta a formarse gota a gota, se basaba en su amor a la ciudad. Se dijo que había ocurrido así porque estaba mirando a la ciudad a través de la esbelta figura de una mujer, cuya cabeza permanecía erguida, cual si contemplara la distancia, y cuyos pasos constituían un intranquilo substituto a la huida. La miraba como a una extraña; sentíase apenas consciente de que era una mujer, pero su visión se iba convirtiendo poco a poco en un sentimiento que sólo podía expresarse así: «Éste es el mundo y su centro; esto lo que hizo la ciudad. Las dos cosas van juntas: las formas angulares de los edificios y las líneas angulares de un rostro privado de todo aquello que no constituya un propósito firme; los escalones de acero cada vez más altos y los pasos de un ser dispuesto a alcanzar su meta. Así fueron también todos cuantos vivieron para inventar las luces, el acero, los hornos, los motores. Ellos eran el mundo; ellos y no los que permanecían agazapados en rincones obscuros, mendigando o amenazando, a la vez que mostraban sus abiertas llagas, como única aspiración a la vida y la virtud. Mientras supiera que existía un hombre con valor para concebir nuevas ideas, ¿podría ceder el mundo a aquellos seres? Mientras contemplaba una sola visión capaz de provocarle entusiasmo, ¿podría creer que el mundo pertenecía al dolor, al sufrimiento y a las armas? Quienes inventaron motores, existían; jamás dudaría de su realidad. Era su idea de los mismos lo que le hacía insoportable aquel contraste hasta el punto de que incluso su aborrecimiento resultaba un tributo a su lealtad hacia ellos y hacia el mundo que era tanto suyo como de él.

—Querida… —dijo—, querida… —como quien despierta de repente, al notar que ella había cesado de hablar.

—¿Qué te ocurre, Hank? —preguntó Dagny suavemente.

—Nada… excepto que no debiste haber visitado a Stadler.

Tenía el rostro iluminado por la confianza y su voz sonaba cordial, protectora y amable. Hank tenía el mismo aspecto de siempre; tan sólo aquella nota afable parecía extraña y nueva.

—Sigo creyendo que no debí hacerlo —reconoció—, pero no comprendo por qué.

—Voy a decírtelo —se reclinó hacia delante—. Lo que ese hombre solicitaba de ti era el reconocimiento de que sigue siendo el doctor Robert Stadler que siempre debió ser, pero que no es. Y él lo sabe muy bien. Quería que le concedieras tu respeto, a pesar de sus acciones y en contradicción a las mismas. Quería que lo volvieras a la realidad, de modo que su grandeza siguiera siendo efectiva, mientras el Instituto Científico quedarla eliminado cual si nunca existiera. Y tú eras la única capaz de conseguirlo.

—¿Por qué?

—Porque eres la víctima.

Lo miró perpleja. Hablaba con fe; sentía una repentina y violenta claridad de percepción, cual si una fuente de energía brotara de improviso hendiendo lo apenas entrevisto y lo apenas concebido en una misma forma y dirección.

—Dagny, están haciendo algo que nunca entenderemos. Saben cosas que no hemos descubierto, pero que debemos descubrir. Todavía no lo veo claro pero empiezo a intuirlo. El saqueador del Instituto Científico del Estado sintió miedo cuando rehusé ayudarle a pretender que sólo era un honrado comprador de mi metal. Se sintió asustado de veras, aunque no sé de qué. La opinión pública era el nombre que le dio, aunque no resultara completo. ¿Por qué tuvo miedo? Poseen las armas, las cárceles, las leyes… Podía haberse incautado de mis fundiciones y nadie se habría levantado para defenderme. ¿Por qué preocuparse, pues, de lo que yo pensara? Pero lo hizo. Quería que le dijese que no era un saqueador, sino mi cliente y amigo. Lo necesitaba de mí. Y eso es también lo que el doctor Stadler pretendía de ti. Debías actuar frente a él como si fuera un gran hombre que nunca hubiera intentado destruir tu ferrocarril ni mi metal. No sé lo que pretenden conseguir, pero sí sé que desean que veamos el mundo como ellos creen que es. Necesitan una especie de sanción por nuestra parte. No conozco la naturaleza de la misma, pero, Dagny, sé muy bien que si evaluamos debidamente nuestras vidas, nunca podemos ceder ante ellos. Aunque te pusieran en un potro de tormento, no cedas. Déjales que destruyan tu ferrocarril y mis fundiciones, pero no cedamos. Porque de una cosa estoy seguro: de que ésta es nuestra única oportunidad.

Ella había permanecido en pie, inmóvil frente a Hank, mirando atentamente la fugaz silueta de algo que también intentaba captar en su totalidad.

—Sí… —dijo—. Sí. Comprendo lo que has observado en ellos… También yo lo noté, pero se trata de algo que parece rozarnos antes de desaparecer, sin que podamos comprender de qué se trata; algo así como un soplo fugaz de aire frío. Sólo nos queda la impresión de haber debido detenerlo y nada más… Comprendo que tienes razón. No sé cuál es su juego, pero estoy segura de una cosa: de que no debemos ver el mundo como ellos desean que lo veamos. Es una especie de fraude muy antiguo y muy vasto, y la única llave capaz de penetrar en el mismo consiste en la facultad de comprobar cada una de las premisas que nos explican; interrogar acerca de cada precepto. Debemos…

Se volvió hacia él asaltada por una repentina idea, pero reprimió el movimiento y al propio tiempo calló las palabras que iba a pronunciar; sus siguientes frases fueron quizá aquellas que nunca deseó decirle. Se hallaba en pie, mirándole, mientras en su rostro se pintaba una lenta y brillante sonrisa de curiosidad.

Hank comprendió cuál era la naturaleza de la idea a la que ella no quería dar nombre; pero sólo en una especie de forma prenatal, sin haber encontrado una definición concreta para ella. No intentó comprenderlo porque, en la fluctuante claridad de lo que ahora sentía, otro pensamiento, predecesor de aquél, se había hecho repentinamente claro, reteniendo su atención durante varios minutos. Se levantó, acercóse a ella y la abrazó.

Sostuvo su cuerpo apretado contra sí, como si fueran dos corrientes que ascendieran a lo alto, en dirección a un solo punto; cada una transportando la totalidad de sus sentidos conscientes hasta el lugar en que sus labios se unieron.

Lo que Dagny experimentó en aquel momento contenía una parte innominada; la sensación de la belleza del cuerpo de Hank mientras la sostenía en medio de la habitación, muy por encima de las luces de la ciudad.

Por su parte, él descubrió aquella noche que su reconquistado amor a la existencia no le era otorgado por haber sentido otra vez deseo de ella, sino que el deseo se suscitó luego

de haber recuperado su mundo; el apego al valor y al sentido del mismo. El deseo no era una respuesta al cuerpo de Dagny, sino un triunfo de sí mismo y de su voluntad de vivir.

No lo sabía ni pensaba en tal cosa por hallarse más allá de las palabras, pero en el momento de sentir el contacto de su cuerpo sintió también la sensación de que lo que había creído depravado en ella era su más alta virtud: su capacidad para experimentar la alegría de vivir, del mismo modo que la experimentaba él.

CAPÍTULO II

LA ARISTOCRACIA DE LA VIOLENCIA

El calendario colocado bajo el cielo, más allá de la ventana de su despacho, proclamaba: septiembre, 2. Dagny se reclinó, con aire fatigado, en su escritorio. Al acercarse la noche, el resplandor de un postrer rayo de luz iluminaba aquella fecha, haciendo que la blanca página destacara sobre los tejados, difuminando la ciudad y apresurando las tinieblas.

Había contemplado aquel rectángulo distante cada tarde, durante los meses precedentes. Parecía decir: «Vuestros días están contados»; marcar una progresión hacia algo que sólo él conociera y en cambio ella ignorase. Cierta vez midió el tiempo de su empeño en construir la línea «John Galt»; ahora vigilaba el desarrollo de su carrera contra un elemento destructor desconocido.

Uno por uno, los hombres que construyeron nuevas ciudades en Colorado habían partido para sumirse en el silencio de un ignoto paraje, del que nadie había vuelto. Las ciudades se estaban muriendo. Algunas de las fábricas construidas por ellos permanecían sin dueño, cerradas e inactivas; otras fueron incautadas por las autoridades locales; en todas la maquinaria permanecía inmóvil.

Dagny vivía la sensación de que el obscuro mapa de Colorado se extendía ante ella como un cuadro de control de tráfico con alguna que otra luz desparramada por sus montañas. Pero una tras otra, aquellas luces se fueron apagando. Los hombres desaparecieron. Existía cierta pauta, cierta norma en tales hechos, que no podía definir. Hubiera podido pronosticar casi con certeza quién desaparecería a continuación y en qué momento, pero le era imposible saber los motivos.

De los hombres que en otros tiempos la saludaron gozosos cuando descendía de una locomotora en los andenes de la Wyatt Junction, tan sólo quedaba Ted Nielsen, que seguía dirigiendo su fábrica de los «Nielsen Motors». «Ted, no será usted el siguiente en marcharse, ¿verdad?» le había preguntado en su reciente visita a Nueva York, tratando de sonreír. Pero él respondió tristemente: «Espero que no». «¿Qué es eso de "espero"? ¿Es que no está seguro?» Él había contestado lenta y penosamente: «Dagny, siempre mantuve la idea de que preferiría morir a cesar en mi trabajo. Ahora bien: lo mismo pensaron quienes han desaparecido. Me parece imposible sentir alguna vez deseos de retirarme. Pero hace un año nadie hubiese imaginado que ellos lo hicieran. Todos esos hombres han sido amigos míos. Sabían lo que su partida significaba para nosotros, los supervivientes. No se hubieran retirado de este modo, sin pronunciar palabra, añadiendo a nuestra situación el terror de lo que no podemos explicar, a menos de verse impulsados por alguna razón de importancia suprema. Hace un mes, Roger Marsh, de la "Marsh Electric", me contó que se haría encadenar a su escritorio antes que separarse de él, no obstante las fantasmales tentaciones que pudieran seducirle. Estaba furioso contra quienes desertaban. Me juró que jamás los, imitaría. Llegó a afirmar: "Si llega un momento en que no pueda resistir, te juro que conservaré la suficiente lucidez mental como para escribirte una carta dándote algún indicio de lo que ocurre, a fin de que no sigas agobiando tu cerebro con la clase de miedo que ahora padecemos los dos". Ésa fue su promesa. Hace dos semanas, se marchó sin dejarme carta alguna… Dagny, no puedo predecir lo que haré, cuando me encuentre ante lo que les obligó a marcharse a ellos».

A Dagny le pareció que un elemento destructor se movía subrepticiamente por el país, apagando las luces con su solo contacto. Pensó amargamente en que aquello tergiversaba el principio del motor de la «Twentieth Century», puesto que convertía la energía dinámica en estática.

Sentada a su escritorio, bajo la difusa luz del atardecer, pensó que tal era el enemigo con el que estaba librando su batalla. Sobre la mesa se hallaba el informe mensual recibido de Quentin Daniels. No estaba segura todavía de que Daniels pudiera penetrar el secreto del motor. Entretanto el elemento destructor se movía rápido y seguro a velocidad acelerada. Se preguntó si para cuando el motor hubiera sido reconstruido, quedaría un mundo en el que utilizarlo. Le había gustado Quentin Daniels desde el momento en que entró en su despacho para su primera entrevista. Era un hombre larguirucho, de treinta y tantos años, rostro anguloso y corriente y sonrisa atractiva. Un atisbo de la misma quedaba fijo en sus facciones al escuchar; tenía una mirada bondadosa y alegre, como si descartara todo lo inadecuado en las palabras que oía, y fuera directamente al objetivo unos segundos por delante de su interlocutor.

—¿Por qué rehusó usted trabajar para el doctor Stadler? —preguntó Dagny.

Su atisbo de sonrisa se hizo más acusado; era cuanto se permitía en el sentido de mostrar una emoción. En el momento presente, dicha emoción era la cólera. Pero con su voz lenta y tranquila respondió:

—Verá usted; el doctor Stadler declaró cierta vez que el último vocablo de la frase «investigación científica Ubre» era una redundancia, pero parece haberse olvidado de ello. Le diré simplemente que el término «Investigación Científica gubernamental» implica una contradicción en sí.

Le preguntó qué posición desempeñaba en el Instituto Tecnológico de Utah.

—Vigilante nocturno —respondió.

—¿Cómo? —le preguntó ella estupefacta.

—Vigilante nocturno —le replicó cortésmente como si sus palabras no encerraran motivo alguno para sorprenderse.

Bajo su interrogatorio, le explicó que no le gustaba ninguno de los fundamentos científicos en vigencia; que hubiera preferido trabajar en el laboratorio de alguna gran organización industrial.

—Pero, ¿cuál de ellas puede permitirse hoy día emprender tareas de largo alcance? Por otra parte, ¿por qué han de hacerlo?

Debido a ello, cuando el Instituto Tecnológico de Utah cerró por carecer de fondos, se había quedado en él como vigilante nocturno y único habitante del lugar. El salario bastaba a sus necesidades y el laboratorio del Instituto quedaba a su disposición intacto, para poder usarlo sin restricciones.

—¿De modo que realiza investigaciones por su cuenta?

—Así es.

—¿Con qué propósito?

—Por gusto particular.

—¿Qué haría usted si descubriera algo de verdadera importancia científica o de valor comercial acusado? ¿Lo pondría a disposición del público?

—No lo sé. Creo que no.

—¿No siente ningún deseo de servir a la humanidad?

—Yo no hablo este lenguaje, Miss Taggart, ni creo que usted tampoco. Ella se echó a reír.

—Usted y yo nos entenderemos perfectamente.

—En efecto.

Luego de haberle contado la historia del motor, él estudió el manuscrito; pero no hizo comentario alguno, sino que se limitó a decir que aceptaría el trabajo en las condiciones que ella creyera convenientes. Dagny le rogó que las expusiese él mismo, y protestó, asombrada, al enterarse del pequeño salario que exigía.

—Miss Taggart —dijo Daniels—, nunca anhelé cobrar por no hacer nada. No sé durante cuánto tiempo tendrá usted que pagarme ni si recibirá algo a cambio. Cuento sólo con mi cerebro. No permitiré que nadie se interfiera. No es mi deseo obtener provecho de una simple intención. Sólo cobraré por aquello que entregue. Si triunfo la despellejaré viva, porque entonces pienso exigirle un porcentaje bastante alto; pero creo que valdrá la pena.

Cuando citó el porcentaje, ella se echó a reír.

—En efecto, es despellejarme viva; pero vale la pena y acepto.

Convinieron en que fuese un proyecto particular y en que Daniels quedara convertido en empleado suyo. Ninguno de los dos deseaba la interferencia del Departamento Científico de la «Taggart». Él solicitó quedarse en Utah, en su puesto de vigilante, puesto que allí disponía de todo un laboratorio y del aislamiento necesario. El proyecto se guardaría secreto entre los dos hasta que sus esfuerzos obtuvieran el apetecido resultado.

—Miss Taggart —dijo para concluir—, no sé cuántos años tardaré en solucionar esto, ni si, a la larga, voy a conseguirlo. Pero aunque pase el resto de mi vida en ello, moriré satisfecho. —Y añadió—: Tan sólo abrigo un deseo superior al de triunfar: el de conocer al hombre que ideó ese motor.

Desde su regreso a Utah, Dagny le enviaba un cheque mensual y él le remitía, a su vez, un informe de sus trabajos. Era todavía demasiado pronto para abrigar esperanzas, pero aquellos informes representaban los únicos puntos brillantes en la espesa niebla de sus jornadas.

Cuando hubo terminado de leer las páginas, levantó la cabeza. En la distancia, el calendario señalaba: septiembre, 2. Las luces de la ciudad habían ido encendiéndose bajo ella, ampliándose y aumentando su brillo. Se acordó de Rearden y deseó que estuviera allí. Le hubiera gustado verle aquella noche. Luego, al observar la fecha, recordó de repente que tendría que correr a su casa a vestirse, porque aquella noche se celebraba la boda de Jim. Llevaba más de un año sin ver a éste fuera de la oficina. No conocía a la novia, pero había leído en los periódicos numerosas noticias acerca del compromiso! Se levantó con fatigada e indiferente resignación. Era más fácil asistir a la boda que explicar, más tarde, su ausencia de ella.

Andaba presurosa por entre los viajeros del terminal, cuando escuchó una voz que la llamaba:

—¡Miss Taggart!

Sonaba en la misma una extraña mezcla de impaciencia y de precaución. Se paró, tardando algunos segundos en comprender que era el viejo del puesto de cigarrillos.

—Llevo algunos días intentando verla, Miss Taggart —le dijo—. Era verdaderamente preciso que hablara con usted.

Había en su cara una rara expresión, como de quien se esfuerza en no aparecer asustado.

—Lo siento —dijo Dagny sonriendo—. Durante toda la semana no tuve tiempo para detenerme.

Pero él no sonreía.

—Miss Taggart, ¿de dónde sacó aquel cigarrillo con el emblema del dólar, que me dio hace unos meses?

Permaneció unos instantes inmóvil.

—Verá usted —repuso—. Se trata de una larga y complicada historia.

—¿Existe modo de ponerse en contacto con la persona que se lo entregó?

—Pues… creo que sí, aunque no estoy segura. ¿Por qué?

—¿Le diría ese hombre dónde los adquirió?

—No lo sé. ¿Qué le hace suponer que puede mostrarse reservado? Vaciló antes de contestar.

—Miss Taggart, ¿cómo obra usted cuando ha de contar a alguien una cosa que considera imposible?

Se rió por lo bajo.

—El hombre que me entregó ese cigarrillo dijo que, en semejante caso, lo mejor es comprobar las propias premisas.

—¿De veras? ¿Hablaron sobre ese cigarrillo?

—No. No exactamente. Pero, ¿por qué lo pregunta? ¿Qué tiene usted que decirme?

—Miss Taggart, he investigado por todas partes y comprobado toda fuente de información acerca de la industria del tabaco. Sometí la colilla a un análisis químico. No existe fábrica que produzca tal clase de papel. Por otra parte, los elementos que dan sabor a ese tabaco, jamás fueron usados en ninguna mezcla conocida. El cigarrillo estaba hecho a máquina, pero no salió de ninguna de las fábricas en funcionamiento, y las conozco todas. Miss Taggart, a lo que puedo colegir, ese cigarrillo —no fue fabricado en ningún lugar de esta tierra.

* * *

Rearden se hallaba en pie, mirando con expresión ausente, mientras el camarero empujaba la mesita para sacarla de la habitación. Ken Danagger se había marchado y el aposento estaba sumido en la penumbra. Por acuerdo tácito lo habían mantenido así para que la cara de Danagger no fuera observada por los camareros. Tenían que entrevistarse furtivamente, como criminales. No podían visitarse en sus despachos o en sus casas, sino sólo en el bullicioso anonimato de una gran ciudad, en su «suite» del Hotel «Wayne-Falkland». Se arriesgaban a una multa de diez mil dólares y a diez años de cárcel si llegaba a saberse que Rearden había convenido entregar a Danagger cuatro mil toneladas de estructuras fabricadas con metal Rearden.

No hablaron de aquello durante la cena, ni de los motivos o del riesgo que aceptaban. Se limitaron a debatir su negocio. Clara y secamente, como cuando hablaba en una conferencia, Danagger explicó que la mitad de su pedido original sería suficiente para reforzar los túneles que excavara, y para reacondicionar las minas de la «Confederated Coal Company», arruinadas y compradas por él tres semanas atrás.

—Se trata de una excelente propiedad pero en pésimas condiciones —explicó—. El mes pasado sufrieron un desagradable accidente a causa de una explosión en la que fallecieron cuarenta hombres —y con el aire monótono de quien repite un informe estadístico de tipo impersonal, añadió—: Los periódicos dicen que el carbón constituye actualmente el producto más importante del país. Pero afirman también que los propietarios de minas se están aprovechando de la carencia de petróleo. Una camarilla de Washington asegura que prospero demasiado y que ha de hacerse algo para detenerme, antes de que acabe convirtiendo mi empresa en monopolio. Otro grupo, también de Washington, asegura por su lado, que no me desarrollo lo suficiente y que debería hacerse algo para que el Gobierno se incautara de mis minas, ya que sólo pienso en mis beneficios sin acordarme

de las necesidades del país. Al ritmo actual de mis beneficios, la «Confederated Coal» me devolverá el dinero gastado en ella en un período de cuarenta y siete años. Carezco de hijos. La compré por tener un cliente al que no me atrevo a dejar sin carbón: la «Taggart Transcontinental». No quiero imaginar lo que ocurriría si los ferrocarriles se hundieran. —Se detuvo y añadió—: No sé por qué sigo preocupándome de ella, pero es así. Los de Washington no parecen tener una visión clara del futuro. Pero yo sí.

Rearden le había contestado:

—Le entregaré el metal, Y cuando necesite la otra mitad del pedido, hágamelo saber y se la entregaré también.

Al finalizar la cena, Danagger había pronunciado, con el mismo tono preciso e impasible de antes, el tono de quien comprende el exacto significado de sus palabras;

—Si algún empleado suyo o mío descubriera esto e intentara someternos a chantaje, lo pagaría dentro de límites razonables. Pero nunca lo haré, si esa persona tiene amigos en Washington. Prefiero ir a la cárcel.

—Iremos los dos juntos —dijo Rearden.

En pie en la obscura habitación, Rearden notó que la perspectiva de ir a la cárcel le dejaba por completo indiferente. Recordó cómo a los catorce años, debilitado por el hambre, no se dejó tentar por la idea de sustraer fruta de un puesto callejero. Ahora, la posibilidad de ser detenido venía a significar para él lo mismo que verse atropellado por un camión: un desagradable accidente*físico desprovisto de significado moral.

Era preciso ocultar, como si se tratara de un secreto culpable, la única transacción de que había disfrutado en el curso de aquel año, como ocultaba también sus entrevistas con Dagny, las únicas horas en que le parecía vivir realmente. Se dijo que debía existir alguna conexión entre los dos secretos; algún contacto esencial que necesitaba descubrir. No podía darle forma ni encontrar palabras con las que definirlo, pero sabía que, cuando lo consiguiera, aquello respondería a todos los interrogantes de su vida.

Permanecía en pie, apoyado en la pared, con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, pensando en Dagny. Luego se dijo que ningún enigma podía ya importarle. Aquella misma noche iría a visitada. Casi odió la idea, porque el día siguiente estaba ya próximo y tendrían que separarse otra vez. Dudó entre permanecer en la ciudad o partir en seguida, sin verla, a fin de esperar; a fin de gozar imaginando el momento en que le pondría las manos en los hombros mirándola a la cara. Se dijo que estaba volviéndose loco, pero aunque ella se encontrara a su lado en todas las horas del día. jamás podría hartarse de su presencia. Tendría que inventar alguna insensata forma de coerción para evitarlo. Supo que iría a verla aquella noche. La posibilidad de marcharse antes aumentaba el placer de la entrevista, confiriéndole un atisbo de tortura, que subrayaba su certeza de las horas que aún tenía por delante. Dejaría encendida la luz de la sala mientras estrechara a Dagny contra sí, percibiendo la curva de su cuerpo desde la cintura hasta los pies, aquella simple línea que bosquejaba toda su forma en la obscuridad; luego acercaría su cabeza a la luz para contemplarle el rostro y ver cómo se echaba hacia atrás sin resistencia, mientras el pelo le caía sobre su brazo, y cerrando los ojos, se pintaba en su rostro una tensión semejante al dolor, al tiempo que entreabría la boca para él.

Permaneció junto a la pared, esperando, dejando que los hechos de aquella jornada desaparecieran de su mente para sentirse libre y saber que el próximo período de tiempo era totalmente suyo.

Cuando la puerta de la habitación se abrió de par en par, sin advertencia previa, le costó trabajo comprender lo que estaba viendo y escuchando. Percibió la silueta de una mujer y luego la figura de un botones del hotel que, tras depositar una maleta en el suelo, desaparecía otra vez. La voz que escuchaba era la de Lillian al exclamar:

—¡Vaya, Henry! ¿Qué haces aquí solo y en la obscuridad?

Oprimió un interruptor situado junto al marco de la puerta. Se hallaba ante él, llamativamente ataviada, luciendo un vestido de viaje, color «beige» pálido, que la hacía aparecer como si se hallara protegida por un cristal. Sonreía al tiempo de quitarse los guantes cual si acabara de entrar en su casa.

—¿Piensas pasar la noche aquí, querido? —le preguntó—. ¿O ibas a salir?

Él no pudo saber cuánto tiempo transcurrió hasta contestarle:

—¿A qué has venido?

—Pero, ¿es que no te acuerdas de que Jim Taggart nos había invitado a su boda y que ésta se celebra esta noche?

—No tengo intención de asistir a la misma.

—Pues yo sí.

—¿Por qué no me lo dijiste esta mañana antes de salir?

—Para darte una sorpresa, querido —se echó a reír alegremente—. Es imposible arrastrarte a ningún acto social; pero creí que a última hora te gustaría salir y pasar un buen rato, como se supone en cualquier matrimonio. No pensé que te importara. ¡Te ausentas tantas veces a Nueva York!

Observó la mirada casual que le dirigía bajo el ala de su sombrero a la última moda. No contestó.

—Desde luego, me he arriesgado —continuó ella—, porque podías haber estado cenando con alguien.

Él continuó en silencio.

—¿O acaso planeabas volver a casa?

—No.

—¿Tienes algún compromiso?

—No.

—¡Magnífico! —señalé su maleta—. He traído mi vestido de noche. ¿Quieres apostarte un ramo de orquídeas a que me visto antes que tú?

Hank pensó que Dagny se encontraría también en la boda de su hermano; pero lo relativo a la misma había cesado de importarle.

—Saldré contigo si lo deseas, pero no para ir a esa boda.

—¡Precisamente es allí donde yo quiero ir! Se trata del acontecimiento más descabellado de toda la temporada y mis amigos lo están esperando desde hace varias semanas. No me lo perdería por nada del mundo. No puede darse en la ciudad un espectáculo mejor anunciado. Esa unión es ridícula, pero nada tiene de extraño, tratándose de Jim Taggart.

Se movía con aire indiferente por la estancia, mirando a su alrededor como quien trata de familiarizarse con un lugar desconocido.

—Llevaba años sin venir a Nueva York —dijo—. Es decir, sin venir aquí contigo para ningún acontecimiento especial.

Rearden notó la pausa que se producía en el vacuo ir y venir de sus pupilas que se detuvieron brevemente sobre un cenicero vacío, prosiguiendo después su inútil deambular. Hank experimentó un acceso de repulsión. Ella lo notó en su cara y se echó a reír jovialmente.

—¡Querido! ¡Qué alivio! Pero, por otra parte, siento desilusión. Había esperado encontrar unos cuantos cigarrillos con marca de lápiz de labios.

Él reconoció su franqueza, al admitir que le estuvo espiando, aun cuando tratara de disimularlo con una broma; pero algo en su actitud le obligó a preguntarse si no bromearía. Sin embargo, comprendió que le había dicho la verdad, y apartó de sí aquella impresión porque no podía considerarla posible.

—Nunca serás un ser humano —dijo Lillian—. Estoy segura de no tener una rival, pero si la tuviera, cosa que dudo, tampoco debería preocuparme. Si se tratara de una mujer siempre disponible para cuando tú la llamases, sin necesidad de acuerdo previo, podríamos imaginar su condición, sin miedo a equivocarnos.

Hank se dijo que tenía que mostrarse cuidadoso; había estado a punto de abofetearla.

—Lillian —le dijo—, sabes perfectamente que no puedo soportar esa clase de humor.

—¡Qué serio te has puesto! —replicó ella riendo—. Siempre me olvido de que eres tan formal en todo… especialmente en lo relacionado contigo mismo.

Se volvió de repente hacia él; la sonrisa había desaparecido de su rostro, y en éste se pintaba ahora la expresión extraña y suplicante que en algunas ocasiones mostraba; una expresión compuesta de sinceridad y de valor.

—¿Prefieres hablar en serio, Henry? De acuerdo. ¿Cuánto tiempo quieres que continúe viviendo en el sótano de tu existencia? ¿Hasta qué punto deseas convertirme en un ser solitario y abandonado? No te pido nada. Te dejo vivir tu vida como prefieras, pero, ¿no puedes concederme ni una noche? Ya sé que aborreces las fiestas y que te aburrirás, pero en cambio, ¡representa tanto para mí! Llámalo si quieres vanidad social vacía de sentido; pero aun así, quiero que me vean por una vez con mi marido. Supongo que nunca piensas en tales cosas bajo un aspecto así. Pero eres un hombre importante, envidiado, odiado, respetado y temido; un hombre al que cualquier mujer se sentiría orgullosa de tener por marido. Quizá te parezca una forma muy baja de ostentación femenina, pero constituye la felicidad de cualquier mujer. Tú no vives para tales cosas; pero yo sí. ¿No puedes concederme ese favor, al precio de unas horas de aburrimiento? ¿No te sientes lo suficiente fuerte como para cumplir tu obligación y representar el papel de marido? ¿No puedes asistir, no por ti mismo, sino por mí? ¿No porque quieras ir tú, sino porque soy yo quien lo deseo?

Hank pensó desesperadamente en que Dagny nunca había pronunciado una palabra respecto a su vida conyugal. Jamás le hizo objeto de reclamaciones ni manifestó reproches o formuló preguntas. No podía aparecer ahora ante ella con Lillian; no podía asumir el papel de esposo orgullosamente mostrado por su cónyuge. Hubiera preferido morir a cometer una acción así; pero estaba seguro de que acabaría cometiéndola.

El haber aceptado su secreto como acción culpable, con todas sus consecuencias; el haber reconocido que la razón estaba de parte de Lillian y el tener que complacerla sin poderle negar el derecho que reclamaba de él; el saber que el motivo de su renuncia a acompañarla era precisamente el mismo que no le daba derecho a rehusar; el haber escuchado en su interior aquel grito de angustia: «¡Oh, Dios mío! Lillian, cualquier cosa menos esa fiesta» sin haberse permitido pedir clemencia, le obligó a responder tranquilamente con voz monótona y triste: —¡De acuerdo, Lillian! Iré contigo.

* * *

El velo de novia, en encaje color rosa, se enganchó en una astilla del entarimado del dormitorio. Cherryl Brooks lo levantó cuidadosamente y acercóse a mirarse a un espejo que colgaba de la pared, formando ángulo. Había sido fotografiada en aquel aposento todo el día, del mismo modo que venía sucediendo durante los pasados dos meses.

Continuaba sonriendo con incrédula gratitud, cada vez que los periodistas deseaban enfocarla con sus cámaras, al tiempo que deseaba que no sucediera con tanta frecuencia.

La acompañaba una hermana suya, ya mayor, que no dejaba de llorar. Era autora de una lacrimosa sección de temas amorosos y su persona exhalaba la amarga astucia de un policía femenino. La había tomado bajo su protección varias semanas antes, cuando la muchacha se vio sumida de repente en aquel caos de entrevistas periodísticas que la trituraban literalmente. Aquel día, su hermana arrojó de allí a los periodistas y se puso a gritar a los vecinos: «¡Bueno, bueno! ¡Márchense!» Luego les cerró la puerta ante la cara y ayudó a Cherryl a vestirse. Sería ella quien la condujera hasta la iglesia, luego de descubrir que no existía nadie más capacitado para ello.

El velo de novia, el vestido de satén blanco, los delicados zapatos y el collar de perlas que adornaba su garganta, habían costado quinientas veces más que todo cuanto contenía aquella habitación. La cama ocupaba la mayor parte del espacio, y el resto del mismo incluía una cómoda, una silla y unos cuantos vestidos colgados tras una descolorida cortina. La enorme y abombada falda del vestido de boda rozaba las paredes cuando la joven se movía; su cuerpo esbelto formaba un áspero contraste con la misma, a causa del corpiño ceñido, severo, de largas mangas. El conjunto había sido confeccionado por el mejor modista de la ciudad.

—Cuando me dieron aquel empleo en el almacén de precios únicos podía haberme trasladado a una habitación mejor —manifestó a su hermana, como si quisiera pedirle perdón—, pero siempre he creído que importa poco dónde se duerme. Así es que fui ahorrando convencida de que necesitaría el dinero para algo importante, en el futuro. —Se agachó sonriendo y movió la cabeza con aire perezoso—. Estaba segura de que lo necesitaría —insistió.

—¡Tienes un aspecto magnífico! —exclamó la hermana—. No puedes verte de cuerpo entero en ese espejo, pero te aseguro que estás deslumbrante.

—Teniendo en cuenta cómo ha ocurrido todo esto, comprenderás que no he tenido tiempo para nada. Pero Jim es maravilloso. No le importa que sea dependienta de un almacén barato, ni que viva en un lugar como éste. Nunca lo ha sacado a relucir.

—Me alegro —dijo la hermana, cuyo rostro volvió a ponerse triste.

Cherryl recordó el momento inolvidable de la primera vez en que Jim Taggart apareció por allí. Se había presentado cierta noche sin avisar, un mes después de su primera entrevista, cuando le parecía ya seguro que jamás volvería a verle. Se sintió terriblemente incómoda. Era como intentar retener la claridad solar en un charco fangoso. Pero Jim sonrió, sentóse en la única silla y contempló su rostro sonrosado y luego la habitación. Le dijo que se pusiera el abrigo y la llevó a cenar al restaurante más caro de la ciudad. Sonreía al ver su incertidumbre y su turbación; su miedo a equivocarse de tenedor y la mirada de asombro que se pintaba en sus ojos. La joven no adivinó lo que él pensaba. Pero Jim comprendió que estaba aturdida, no por el lugar, sino porque la hubiese llevado a él. Apenas tocó los costosos manjares, y consideró aquella cena, no como el botín extraído a un rico malgastador, sino como una brillante recompensa que nunca había esperado merecer.

Volvió a verla dos semanas después, y a partir de entonces sus encuentros se hicieron más y más frecuentes. Aparecía en su automóvil por el almacén, a la hora de cerrar. Sus compañeras la contemplaban boquiabiertas, posando la mirada en el vehículo y en el chófer de uniforme que le abría la portezuela. Jim la llevaba a los mejores clubs nocturnos, y al presentarla a sus amigos decía: «Miss Brooks trabaja en el almacén de Madison Square». Podía ver la extraña expresión de sus ojos, mientras él miraba a aquella gente con expresión burlona. Ella agradecía profundamente que quisiera evitarle sentirse incómoda o turbada. Llegó a la conclusión de que Jim poseía fortaleza de

carácter y espontaneidad suficientes como para no preocuparse de si los otros aprobaban o no su conducta. Cherryl lo admiraba todavía más por aquello. Pero no pudo menos de experimentar un extraño e hiriente dolor cuando, cierta noche, escuchó cómo una mujer que trabajaba para cierta revista política de altos vuelos decía a su compañera, en la mesa de al lado: «¡Qué generoso es este Jim!»

Le hubiera gustado ofrecerle la única forma de pago de que era capaz. Pero agradecía que él no la solicitara. Sentía que aquella amistad la obligaba a una inmensa deuda que jamás podría saldar, excepto con su silenciosa adoración. Pero luego se dijo que Jim no la necesitaba.

Ciertas noches acudía en su busca, pero se quedaban en la habitación, hablando, mientras ella lo escuchaba en silencio. Aquellas visitas eran siempre inesperadas y se producían con cierta brusquedad, cual si Jim no las hubiera planeado, sino que de improviso algo en su interior le incitara a hablar. Se sentaba, derrengado, en la cama, sin darse cuenta de nada, ni siquiera de la presencia de la joven; pero aun así, sus ojos se posaban en ella de vez en cuando, cual si quisiera adquirir la certidumbre de que un ser humano le estaba escuchando —…no lo hice por mí; no lo hice por mí. ¿Por qué no me creen? Era preciso acatar las exigencias del Sindicato relativas a la supresión de trenes. La moratoria sobre las acciones significaba el único modo de conseguirlo. Wesley me la concedió, en favor de los obreros; no por mí. Los periódicos insistieron en que era un gran ejemplo para los comerciantes e industriales; en que yo era un hombre imbuido de mi responsabilidad social. Eso es lo que dijeron. Cierto, ¿verdad?… ¿verdad?… ¿Qué había de malo en esa moratoria? ¿Qué importa que olvidásemos algunas menudencias técnicas? Se hizo con buen propósito. Todo el mundo está de acuerdo en que lo que se hace es bueno siempre que no se obre en provecho propio… Pero no me quieren considerar bueno. Ella no cree bueno a nadie, excepto a sí misma. Mi hermana es una bruja, orgullosa e implacable, incapaz de asimilar ideas que no sean las suyas… ¿Por qué la gente me mira así? ¿Por qué ella, Rearden y los demás adoptan tal actitud? ¿Por qué están seguros de que siguen un camino recto?… Si reconozco su superioridad en el reino material, ¿por qué no reconocen la mía en el espiritual? Ellos poseen cerebro, pero yo tengo corazón. Están dotados de condiciones para producir riqueza, pero yo las tengo para amar. ¿No son mejores mis cualidades que las suyas? ¿No ha sido reconocido así en el transcurso de la historia humana? ¿Por qué no hacen lo propio?… ¿Por qué están tan seguros de su grandeza?… Y si son grandes y yo no, ¿no es causa suficiente para que se inclinen ante mí, precisamente porque carezco de semejante don? ¿No sería un acto de verdadera humanidad? No es preciso esforzarse en respetar a quien merece respeto; tan sólo se le paga lo que le es debido. Pero conceder un respeto inmerecido constituye el gesto supremo de la caridad… Sin embargo, son incapaces de profesarla. No son humanos. No se preocupan por las necesidades de nadie… ni tampoco por sus debilidades. Carecen de cariño… y de piedad…

Ella entendía muy poco de semejantes cosas, pero se daba cuenta de que aquel hombre era desgraciado y de que algo le causaba un gran disgusto. Jim veía el dolor y la ternura pintados en la cara de Cherryl, dolor e indignación contra sus enemigos. Y también la expresión de quien contempla a un héroe, adoptada por una persona capaz de experimentar emociones sinceras.

No sabía por qué estaba tan segura de ser la única a quién él pudiese confiar su tortura. Lo aceptaba como un honor especial; como un obsequio más.

Pensó que el único modo de ser digna de él, consistía en no hacerle preguntas. Cierta vez le ofreció dinero, pero ella lo rehusó con tal destello de penosa cólera en las pupilas, que no se atrevió a insistir. La cólera iba dirigida contra sí misma. Se preguntó si habría hecho algo que obligara a Jim a confundirla con cierta clase de personas. Pero no deseaba mostrarse desagradecida por sus atenciones, o molestarlo con la exhibición de su pobreza.

Quería demostrarle su deseo de mejorar y hallar una justificación a sus favores; por ello le dijo que si quería, podía beneficiarla ayudándola a encontrar otro empleo. Jim no contestó. Durante las semanas que siguieron, nunca mencionó aquel tema, y la joven se reprochó haberlo suscitado. Tal vez se había ofendido creyendo que intentaba valerse de él.

Cuando le regaló un brazalete de esmeraldas, sintióse tan perpleja que no pudo comprender lo que sucedía. Tratando desesperadamente de no molestarlo, insistió en que no le era posible aceptar el regalo. «¿Por qué no? —preguntó Jim—. No es que te considere una muchacha frívola y pretenda pagar el precio usual en tales casos. ¿Temes, quizá, que empiece a exigir otras cosas? ¿Es que no tienes confianza en mí?» Se echó a reír ante su tembloroso tartamudeo. Y sonrió, con cierta especie de goce, durante toda la noche, en el club nocturno al que asistieron, mientras ella lucía el brazalete con su mediocre vestido negro.

Le hizo ponerse 3a joya de nuevo el día en que la llevó a una gran recepción ofrecida por la esposa de Cornelius Pope. Si la consideraba lo suficiente digna como para mostrarla a sus amigos, aquellos ilustres amigos cuyos nombres figuraban en las inaccesibles alturas de las notas de sociedad de los periódicos, no podía ponerle en un aprieto al aparecer siempre con su vestido viejo. Se gastó los ahorros de un año en comprarse otro de «chiffon» verde brillante, con el cuello bajo, un cinturón de rosas amarillas y una hebilla de metal. Cuando entró en la severa residencia, fría y brillantemente iluminada, cuya terraza quedaba suspendida sobre los tejados de los rascacielos, comprendió que su atavío no era adecuado para la ocasión, aun cuando no hubiese podido concretar la causa. Pero se mantuvo orgullosa-mente erguida y sonrió con la valerosa confianza de una gata cuando alguien le alarga la mano para que juegue con ella. Quienes se reúnen con intención de pasar un rato agradable, no se preocupan de fastidiar al prójimo, pensó.

Al cabo de una hora, sus tentativas para sonreír habíanse convertido en una especie de desesperanzada y vana súplica. Luego la sonrisa desapareció al contemplar a quienes la rodeaban. Las atildadas jóvenes de aire confiado demostraban cierta desagradable insolencia al dirigirse a Jim, como si no lo respetaran y jamás lo hubiesen hecho. Una de ellas en particular, llamada Betty Pope, hija de la dueña de la casa, se empeñó en hacer observaciones que Cherryl no podía comprender porque no estaba en condiciones de creer que las oía con claridad.

Al principio, nadie le había prestado atención, exceptuando unas cuantas miradas de asombro a su vestido. Luego pudo notar que la observaban con mayor interés. Oyó cómo una señora madura preguntaba a Jim, en el tono preocupado de quien no ha oído hablar nunca de una familia distinguida: «¿Ha dicho usted Miss Brooks, de Madison Square?» Vio pintarse una extraña sonrisa en la cara de Jim, cuando éste contestó con voz especialmente clara: «Sí. Es dependienta en la sección de cosmética, del almacén «Cinco y Diez centavos», de Raleigh. Luego notó cómo ciertas personas se mostraban en exceso corteses con ella, mientras otras se alejaban con aire ofendido. La mayoría parecían simplemente turbadas, mientras Jim no dejaba de mirarlas con su extraña sonrisa.

Intentó aislarse; situarse fuera del alcance de su percepción. Cuando se escabullía por un ángulo del recinto, oyó cómo un caballero comentaba encogiéndose de hombros: «De todas formas, Jim Taggart es uno de los hombres más poderosos de Washington en estos días». Pero sus palabras no habían tenido una expresión respetuosa.

Una vez en la terraza, donde reinaba una más acusada obscuridad, oyó a dos hombres conversar. Preguntóse por qué se sentía tan segura de que estaban hablando de ellos dos. Uno de los interlocutores dijo: «Taggart puede permitirse estas cosas». El otro contestó algo acerca del caballo de cierto emperador romano llamado Calígula.

Contempló la recta y solitaria silueta del edificio Taggart, en la distancia, y pensó que empezaba a comprender. Aquella gente odiaba a Jim, sencillamente porque sentían envidia. Quienesquiera que fuesen, cualesquiera que fuesen sus nombres y por más dinero que poseyeran, ninguno había conseguido resultados como los de él. Nadie se atrevió a desafiar al país entero para tender un ferrocarril que todo el mundo consideraba imposible. Por primera vez se dio cuenta que tenía algo que ofrecer a Jim; aquella gente era tan mezquina y ruin como las personas de quienes había escapado en Búfalo. Se sentía tan solitario como ella, y la sinceridad de sus sentimientos era lo único que podía consolarle.

Volvió a entrar en la sala abriéndose camino por entre la muchedumbre, sin ocultarse ya. Lo único que quedaba de las lágrimas que intentó retener en la penumbra de la terraza, era un brillo atrevido y luminoso en sus pupilas. Si él deseaba mostrarse abiertamente a su lado, si no le importaba hacer alarde de su decisión, si la había llevado allí para enfrentarse a la indignación ajena, aquello podía considerarse el gesto valeroso de quien no vacila en desafiar a la opinión. Sentía deseos de ponerse a la altura del mismo, aun cuando tuviera que actuar de espantapájaros.

Sin embargo, se sintió muy aliviada cuando todo hubo terminado, cuando se sentó de nuevo junto a él en el coche y éste emprendió el regreso por las calles obscuras. Sentía un especie de débil consuelo. Su aire de desafío habíase ido convirtiendo en un sentimiento desolado y extraño. Intentó no ceder ante el mismo. Jim hablaba poco. Miraba malhumorado por la ventanilla del coche. Se preguntó si lo había decepcionado sin querer.

Al llegar a la entrada de su vivienda, le dijo con aire indeciso:

—Lamentaría no haber estado a la altura…

Él permaneció unos momentos silencioso. Luego dijo:

—¿Qué responderías si te preguntara si quieres casarte conmigo?

Lo miró, y luego miró a su alrededor. Un colchón sucio colgaba del antepecho de una ventana; la tienda de un prestamista destacaba en la acera de enfrente; a poca distancia de ellos se encontraba un cubo de basura atestado. Se dijo que nadie formula semejante pregunta en un lugar así; no comprendió su significado exacto, y limitóse a contestar:

—Creo que… que carezco del sentido del humor.

—Ha sido una proposición formal, querida.

Fue de este modo como llegaron a darse el primer beso; con lágrimas humedeciendo la cara de Cherryl, aquellas lágrimas que no derramó en la fiesta; lágrimas de sorpresa y de felicidad, provocadas también por la idea de que aquello podía representar su dicha. Pero, por otra parte, una voz sorda y desolada la advertía que no era el modo en que le hubiera gustado que sucediese.

No se le ocurrió pensar en los periódicos hasta el día en que Jim le dijo que fuese a su piso, y lo encontró atestado de personas que sostenían cuadernos en las manos, y también cámaras y «flashes». Cuando vio su retrato en los diarios por vez primera —en uno aparecían los dos juntos, con Jim pasándole un brazo por la cintura—, se echó a reír jovialmente, preguntándose orgullosa si lo habría visto toda la ciudad, pero al cabo de un rato aquella sensación de dicha quedó desvanecida.

La fotografiaron una y mil veces en su mostrador, en el metro, a la entrada de su domicilio y en su mísero cuarto. Hubiera aceptado dinero de Jim para poder ocultarse en algún obscuro hotel, durante las semanas de su compromiso; pero él no se lo ofreció. Parecía deseoso de verla siempre en el lugar que hasta entonces había ocupado. Se tomaron fotos de Jim sentado a su escritorio; entre la muchedumbre del «Terminal

Taggart», junto al estribo de su vagón particular y en un banquete celebrado en Washington.

Las noticias referentes a ellos llenaban las páginas de los periódicos, también aparecieron artículos en revistas y se voceó el acontecimiento por la radio. Su imagen fue reproducida en los noticiarios cinematográficos. Todo ello dentro de un clamor largo, sostenido y siempre igual, en el que destacaban las palabras «Cenicienta» e «Industrial democrático».

Se dijo que no debía mostrarse suspicaz cuando experimentara inquietud, ni desagradecida cuando alguna cosa la ofendiera. Sólo sentía tal sensación en muy raros momentos, cuando se despertaba en mitad de la noche y permanecía tendida en el silencio de su habitación, incapaz de dormir. Comprendió que tardaría años en rehacerse, en creer por completo, en comprender. Vivía como una persona afectada por una insolación, sin ver nada, aparte la figura de Jim Taggart, igual que lo vio por vez primera la noche de su gran triunfo.

—Escucha, nena —le dijo su lacrimosa hermana cuando al ponerse en pie por última vez, en medio de la habitación, el encaje de su velo de novia le cayó como una espuma de cristal, desde el pelo hasta los manchados tablones del piso—. Tú crees que si se recibe una ofensa en la vida, se debe a los propios errores. Esto es cierto a la larga. Pero te encontrarás con gente que intentará herirte a través de lo bueno que haya en ti, sabiendo que es bueno, necesitándolo y aborreciéndote por ello. No te dejes atropellar cuando descubras semejante actitud en los otros.

—No tengo miedo, o al menos así lo creo —respondió Cherryl, mirando fijamente ante sí, mientras una radiante sonrisa dulcificaba la inquietud de sus ojos—. No tengo derecho a temer nada. Me siento demasiado feliz. Verás; siempre creí que quienes aseguran que lo único que se saca de la vida es sufrimiento, no hablan con sentido común. Nunca pensé inclinarme ante ello y abandonar mis ansias de felicidad. Pensé que pueden ocurrir también cosas bellas y atractivas. No confiaba en que me sucedieran a mí… al menos en tal medida y tan pronto; pero ahora intentaré vivir de acuerdo con las mismas.

* * *

—El dinero es la fuente de todos los males —dijo James Taggart—. Con dinero no puede comprarse la felicidad. Sólo el amor supera cualquier obstáculo y cubre cualquier distancia social. Quizá os parezca aburrido, muchachos, pero esto es lo que siento.

Se hallaba bajo las luces del salón de baile del Hotel «Wayne-Falkland», en medio de un círculo de informadores reunido a su alrededor apenas terminó la ceremonia de la boda. Oyó cómo la muchedumbre de invitados se agitaba rumorosa como una marea, más allá de aquel círculo. Cherryl se hallaba a su lado, manteniendo su enguantada mano blanca sobre el negro de su manga. Intentaba todavía evocar las palabras de la ceremonia, sin llegar a creer que las hubiera escuchado de veras.

—¿Qué tal se siente, señora Taggart?

Escuchó aquella pregunta procedente de algún lugar en el círculo de informadores. Fue como volver a la realidad con un brusco sobresalto. Dos palabras lo hacían de nuevo todo real para ella. Sonrió y murmuró atragantándose:

—Pues… me siento… muy feliz…

En extremos opuestos del salón, Orren Boyle, en exceso rollizo para su traje de etiqueta, y Bertram Scudder, en exceso delgado para el suyo, contemplaban a la muchedumbre, pensando lo mismo, aunque ninguno lo quisiera admitir. Orren Boyle buscaba caras de amigos, y Bertram Scudder material para un artículo; pero sin que ninguno de los dos se diera cuenta, lo que hacían en realidad era trazar un croquis mental de los rostros, y

clasificarlos bajo dos titulares que hubieran podido ser éstos: «Favor» y «Temor». Había allí hombres cuya presencia significaba una especial protección para James Taggart, y otros que, con la suya, confesaban el deseo de eludir su hostilidad; unos representaban una mano levantada para ayudarle, y otros un dorso inclinado para que se subiera sobre él. Basándose en un código no expresado, pero no por ello menos vigente, nadie recibía o aceptaba una invitación de un hombre de importancia, excepto como prueba de su acatamiento de lo inevitable. Los que figuraban en el primer grupo eran, en su mayoría, jóvenes, y habían llegado de Washington. Los del segundo, de edad más avanzada, se dedicaban a los negocios.

Orren Boyle y Bertram Scudder utilizaban las palabras como instrumento público a evitar en la reclusión de la propia mente. Las palabras significaban un compromiso y acarreaban complicaciones a las que no querían enfrentarse. No necesitaban palabras para sus croquis; la clasificación se efectuaba por medios físicos: un respetuoso movimiento de cejas, equivalente a la emoción de la palabra «¡Vaya!» para el primer grupo, y una sarcástica curvatura de los labios, equivalente a la emoción de un «Bien, bien» para el segundo. Una cara interrumpía por un instante el suave movimiento de su mecanismo calculador. Al ver los fríos ojos azules y el pelo rubio de Hank Rearden, sus músculos ejercían presión sobre el registro equivalente a un «¡Oh!» La suma de aquel croquis representaba su noción del poderío de James Taggart, y era añadida a un total impresionante.

Notaron que James Taggart se había dado buena cuenta de ello cuando lo vieron moverse por entre los invitados. Caminaba vivamente como en un código Morse de puntos y de rayas, dotado de cierta leve irritación, como consciente del número de personas a quienes su falta de atención pudiera preocupar. La traza de una sonrisa en su cara tenía el mismo valor de una señal de regocijo, cual si supiera que el acto de acudir a honrarle rebajaba a quienes lo habían realizado; como si disfrutara con aquella noción.

Un rastro de caras quedaba tras él, como si su función fuera darle el placer de ignorarlos. La de míster Mowen destacó unos instantes, y lo mismo el doctor Pritchett y Balph Eubank. La más persistente fue la de Paul Larkin, que se mantuvo describiendo círculos alrededor de Taggart, cual si tratara de beneficiarse con algún rayo ocasional, mientras su sonrisa anhelante intentaba evidenciarse por todos los medios.

La mirada de Taggart recorría a la muchedumbre de vez en cuando, de manera fugaz y rápida, a la manera del merodeador que maneja una linterna para iluminar su camino; en la musculosa taquigrafía de su cara, sólo legible para Orren Boyle, aquello significaba que Taggart andaba buscando a alguien, pero no quería que los demás se dieran cuenta. La búsqueda terminó cuando Eugene Lawson se acercó a estrecharle la mano, diciéndole, mientras su húmedo labio superior se estremecía cual un cojín que amortiguase el golpe:

—Míster Mouch no ha podido venir, Jim. Lo lamenta de veras. Tenía fletado un avión especial, pero en el último «minuto surgieron dificultades; problemas nacionales de mucha importancia, ¿sabe usted?

Taggart permaneció inmóvil, con el ceño fruncido, sin contestar. Orren Boyle se echó a reír bruscamente. Taggart se volvió hacia él con tanta viveza, que los demás se alejaron sin esperar a que nadie se lo indicara.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó Taggart.

—Lo estoy pasando bien, Jimmy. Sólo pasándolo bien —contestó Boyle—. Wesley es su hombre, ¿verdad?

—Conozco a alguien que también lo es y que hará bien en no olvidarlo.

—¿Quién? ¿Larkin? No creo que se refiera a Larkin. Y si no es de él de quien habla, creo que debería mostrarse cuidadoso en el uso de los pronombres posesivos. No me importan

las clasificaciones por edad. Sé que aparento menos años de los que tengo, pero soy alérgico a los pronombres.

—Es usted muy listo; pero un día de éstos se pasará de la raya.

—Si ocurre así, aproveche la ocasión, Jimmy. Pero sólo si ocurre así.

—Lo malo de ciertas personas que se exceden, es que suelen tener mala memoria. Le valdría más recordar quién consiguió que el metal Rearden saltara del mercado en favor de usted.

—Recuerdo quién lo prometió. Tratábase de alguien que por entonces manejó todos los resortes posibles, tratando de impedir que se llevara a la práctica cierta directriz particular, por creer que en el futuro podía necesitar rieles de metal Rearden.

—Aquello tuvo como causa que usted se gastara diez mil dólares obsequiando con licor a personas a las que creía capaces de impedir la aplicación de las directrices acerca de la moratoria sobre acciones.

—En efecto. Así lo hice. Tenía amigos en posesión de acciones ferroviarias, y además, tengo también amigos en Washington, Jimmy. Los de usted derrotaron a los míos en el asunto de la moratoria; pero los míos derrotaron a los suyos en lo del metal Rearden… No me olvido de ello, pero, ¡qué diablos!, todo marcha perfectamente para mí, y éste es el modo de manejar determinadas cosas. No trate de engañarme, Jimmy. Déjelo para los aprovechados.

—Si no cree que siempre intenté portarme lo mejor posible con usted…

—Desde luego. Así ha sucedido. Y es lo mejor que cabía esperar, considerando bien las cosas. Y continuará obrando así, mientras yo tenga a alguien a quien usted necesite; pero ni un minuto más. Quería sólo recordarle que también tengo amigos en Washington. Amigos a los que no puede comprarse con dinero… igual que los suyos, Jimmy.

—¿De qué diablos está hablando?

—De lo mismo que piensa usted. Los que usted compra, no valen un comino, porque siempre habrá alguien capaz de ofrecerles más; por ello, el terreno queda abierto a cualquiera, y volvemos a encontrarnos ante una competición al viejo estilo. Pero si uno logra captarse por completo a un hombre, entonces es suyo y no existe nadie capaz de una oferta mayor. Se puede contar totalmente con él. Bien. Usted tiene amigos, y yo también los tengo. Yo puedo usar los suyos, y viceversa. Por mí no hay inconveniente, ¡qué diablo! Tenemos que traficar con algo. Y si no traficamos con dinero, puesto que la era del mismo ha pasado, trafiquemos con hombres.

—¿Adonde diantre piensa ir a parar?

—A ningún sitio. Me limito a hablar de cosas que usted debería recordar. Fíjese en Wesley, por ejemplo. Le prometió usted el puesto de ayudante en la Oficina de Planeamiento Nacional, para fastidiar a Rearden, en la época de la ley de igualdad en las oportunidades. Disponía usted de los contactos necesarios, y es lo que le rogué que hiciera a cambio de la aprobación de la norma de no devorarse unos a otros, donde también yo ejercía mi influencia. Wesley representó su papel y usted procuró que todo se hiciera por escrito. Desde luego, sé que consiguió pruebas fehacientes de la clase de convenios a que recurrió para poder conseguir que se aprobara dicha ley, mientras aceptaba el dinero de Rearden para derrotarla y mantener a éste descolocado. Se llevaron a cabo convenios bastante reprobables. Míster Mouch quedaría en muy mal lugar si se hicieran públicos. Usted mantuvo su promesa, y le otorgó el empleo por creer que así lo tenía en sus manos. Él pagó perfectamente, ¿verdad? Míster Wesley Mouch estaba en trance de hacerse poderoso, y el escándalo podía quedar olvidado hasta el punto de que nadie se acordara de cómo había, empezado su carrera o a quién engañó para ello. Pero

nada dura eternamente. Wesley era el hombre de Rearden; luego lo fue de usted y mañana puede serlo de otro cualquiera.

—¿Qué me insinúa?

—No insinúo nada. Tan sólo le doy un consejo de amigo. Somos viejos conocidos, Jimmy, y creo que así debemos continuar. Podemos resultar muy útiles el uno para el otro si usted no empieza a concebir ideas falsas sobre la amistad. Por lo que a mí respecta, creo en el equilibrio del poder.

—¿Ha sido usted quien ha impedido a Mouch venir aquí esta noche?

—Tal vez sí, y tal vez no. Prefiero dejarle en la incertidumbre. Si lo hice, bien, y si no lo hice, todavía mejor.

Cherryl siguió con la mirada a James Taggart, mientras éste discurría por entre la muchedumbre. Los rostros que ni un solo instante dejaban de agitarse a su alrededor, parecían tan amistosos y las voces tan cálidas, que sintióse segura de que no se registraba el menor tono de malicia en todo aquel recinto. Se preguntó por qué algunas de aquellas personas le hablaban de Washington de una manera esperanzada y confidencial, con frases sin terminar e insinuaciones, cual si intentaran buscar su ayuda en algo secreto que suponían estaba en condiciones de entender. No sabía qué decir, pero sonreía y contestaba de la manera más complaciente posible. No se podía permitir perjudicar al personaje de «señora Taggart», demostrando el menor atisbo de miedo.

De pronto vio al enemigo. Era una figura alta, esbelta, con un atavío de tarde gris; la mujer que a partir de entonces ostentaría el título de cuñada suya.

Los efectos de la cólera en la mente de Cherryl eran resultado de una acumulación de resonancias procedentes de la voz torturada de Jim. Experimentó la misma intranquila sensación de quien ha dejado de cumplir un deber. Sus ojos se fijaban una y otra vez en el enemigo, estudiándolo atentamente. Las fotografías de Dagny Taggart aparecidas en los periódicos? mostraban una figura vestida siempre con pantalón, y un rostro casi cubierto por el ala del sombrero y el cuello levantado de un abrigo. Ahora lucía, en cambio, un conjunto gris que casi parecía indecente a causa de su aspecto impregnado de modesta austeridad; y tan sencillo que lograba desviar la atención ajena, dejando sólo la conciencia de aquel cuerpo delgado que pretendía ocultar. Había un tono azul en el gris de la tela que combinaba a la perfección con los destellos de sus ojos. No llevaba joyas, sino tan sólo una pulsera en la muñeca, una cadena de gruesos eslabones metálicos que despedían cierta claridad verde azulada.

Cherryl esperó a que Dagny quedara sola, y entonces avanzó hacia ella, abriéndose camino resueltamente por entre la concurrencia. Miró desde poca distancia sus pupilas, frías e intensas, que la miraban a su vez directamente con cortés e impersonal curiosidad.

—Quiero que sepa usted una cosa —dijo Cherryl con voz tensa y dura—, a fin de que luego no surja ningún malentendido. No pienso representar el papel de dulce parienta. Sé lo que ha hecho a Jim y hasta qué punto le ha estropeado la existencia. Tengo que protegerlo contra usted. La situaré en el lugar que le corresponde. Soy la esposa de Jim Taggart, y a partir de ahora pienso ser también la mujer de la familia.

—Totalmente de acuerdo —aprobó Dagny—. Yo soy el hombre.

Cherryl la miró mientras se alejaba, pensando que Jim tuvo razón. Aquella hermana suya era una criatura diabólica y fría, que no se había dignado contestarle ni reconocer su situación, ni demostrar emoción alguna, exceptuando un leve toque de algo muy similar a una asombrada e indiferente burla.

Rearden no se apartaba de Lillian, siguiéndola por todas partes. Ella deseaba ser vista con su marido, y éste cumplía su obligación. No sabía si alguien lo miraba o no: no tenía la

sensación de estar rodeado de gente; tan sólo pensaba en una persona, precisamente aquella a la que no se le permitía ver.

Seguía fijo en su conciencia el momento en que, al entrar en el recinto con Lillian, distinguió a Dagny mirándolos. La miró a su vez, cara a cara, preparado a aceptar el golpe que con su expresión quisiera descargarle. No obstante las consecuencias que ello pudiera tener para Lillian, hubiera confesado públicamente su adulterio allí mismo, en aquel instante, antes que cometer el indigno acto de evadir la mirada de Dagny, de cerrar su rostro, convirtiéndolo en una máscara de inexpresibilidad; de pretender ante ella que no comprendía la naturaleza de su acción.

Pero no se produjo tal reacción. Conocía hasta la menor sombra de las sensaciones reflejadas en la cara de Dagny, y comprendió que no había recibido sorpresa alguna. Tan sólo vio en ella una inalterable serenidad. Sus ojos se posaron en los suyos, como si comprendiera el pleno significado del encuentro, pero mirándole como hubiera mirado a cualquier otra persona; como lo miraba en su despacho o en su dormitorio. A Hank le pareció que se situaba deliberadamente ante ambos, a la distancia de unos pasos, revelándose tan simple y abiertamente como el vestido gris realzaba su cuerpo.

Se inclinó ante ellos, con un movimiento cortés que los incluyó a ambos. Hank contestó, y pudo ver cómo Lillian hacía también un breve gesto. Luego, ésta se alejó un poco. Sólo entonces cayó en la cuenta de que había permanecido con la cabeza inclinada largo rato.

No sabía lo que los amigos de Lillian le estaban diciendo o lo que les contestaba. Igual que un hombre avanza paso a paso, intentando no pensar en el camino que aún tiene por delante, así trató momento por momento, de eludir toda impresión. Oyó retazos de la risa complacida de Lillian y observó el tono satisfecho de su voz.

Al cabo de un rato se fijó en las mujeres que le rodeaban; todas parecían semejarse a Lillian; todas ofrecían el mismo aspecto de estática pulcritud, levantando las cejas también de un modo estático, mientras sus ojos se mostraban helados por una estática sensación de jovialidad. Notó que intentaban coquetear con él, y que Lillian miraba como si disfrutase con la inutilidad de sus tentativas. Pensó que aquello constituía la máxima felicidad en la vanidad femenina que ella le había rogado le concediera. Aquellos eran los principios por los que no debía regir su vida, pero que no podía tampoco ignorar. Se volvió hacia un grupo de hombres intentando distraerse.

Pero en la charla de tales caballeros no pudo encontrar ni una sola idea sincera. Cualquiera que fuese el tema tratado, nunca lo abordaban de manera directa. Escuchó reconociendo algunas palabras, pero sin poder agruparlas en frases.

Un joven, con expresión de alcohólica insolencia, pasó tambaleándose junto al grupo y preguntó riendo:

—¿Se aprende su lección, Rearden?

No comprendió el significado de la frase; pero los demás sí parecieron comprenderlo, quedándose asombrados y secretamente complacidos.

Lillian se alejó por completo, como intentando hacerle comprender que no insistía acerca de una atención exclusiva. Hank retiróse hacia un ángulo de la sala, donde nadie pudiera verle o notar la dirección de sus miradas. Y desde allí se permitió observar a Dagny.

Miró su vestido gris, el suave movimiento de la tela al caminar, las momentáneas pausas que la misma realzaba con sus sombras y luces. El conjunto se asemejaba a una nube de humo, de un gris azulado, en forma de larga curva que descendiera a sus rodillas y se combara luego hasta la punta de su sandalia. Conocía cada una de las facetas que la luz extraería a aquella forma, si la niebla se disipase.

Experimentó un sordo y agudo dolor, producto de los celos hacia todo hombre que hablase con ella. Nunca había sentido cosa igual, pero ahora la sufría allí, en aquel lugar

donde todo el mundo tenía derecho a aproximarse a Dagny, excepto él. Luego, como si un repentino golpe le repercutiera en el cerebro, robándole por un instante su sentido de la perspectiva, experimentó un inmenso asombro ante lo que estaba haciendo allí, y los motivos de ello. Aquel momento le despojaba de todas las jornadas vividas y de todos los dogmas defendidos en el pasado; sus conceptos, sus problemas, sus dolores quedaban borrados. Supo, cual si lo contemplara desde larga distancia, que el hombre existe para la consecución de sus deseos, y se preguntó por qué permanecía allí y quién tenía el derecho a hacerle* desperdiciar una sola e irreemplazable hora de su vida, cuando su anhelo más ferviente era abrazar aquella figura esbelta, envuelta en tela gris, y retenerla contra sí a través del tiempo que aún le quedara de existencia.

Al instante experimentó el sentimiento de volver a sí mismo. Notó el tenso y desdeñoso movimiento de sus labios, apretados como para dar un mayor énfasis a las palabras que se repetía interiormente: «Cierta vez realizaste un convenio; cíñete al mismo». Luego se dijo repentinamente que, en las transacciones comerciales, los tribunales no reconocen como válido un contrato si una de las dos partes no ha prestado al mismo su aprobación total. Se preguntó qué le hacía pensar de aquel modo. Pero la idea le parecía inadecuada y no continuó adelante con la misma.

James Taggart vio a Lillian Rearden acercarse casualmente hada él, en el momento en que se encontraba completamente solo, en un rincón envuelto en la penumbra, entre una palmera de invernadero y una ventana. Se detuvo y esperó a que lo abordara. No podía adivinar su propósito, pero en el código que sólo él comprendía, llegó a la conclusión de que lo mejor era escucharla.

—¿Le gusta mi regalo de boda, Jim? —preguntóle riendo al notar su expresión de embarazo—. No, no trate de repasar la lista de objetos reunidos en su piso, preguntándose a qué diablos me refiero, porque mi regalo no está allí; se encuentra aquí y no tiene carácter material, querido.

Notó la sombra de una sonrisa en su rostro y aquella expresión que todos sus amigos entendían como una invitación a compartir cierta secreta victoria. Era la mirada de quien no sólo sobrepasa en ideas, sino en astucia, a cualquier otro. Con aire complacido, respondió cautamente:

—Su presencia es el mejor regalo que podía ofrecerme.

—¿Mi presencia, Jim?

Las líneas de su cara quedaron como contraídas un instante. Comprendió lo que ella quería decir con su pregunta, pero nunca hubiera imaginado que la formulase.

Lillian sonrió abiertamente.

—Los dos sabemos qué presencia puede considerarse más valiosa para usted esta noche, y al mismo tiempo más inesperada. ¿No piensa en concederme el honor de reconocerlo así? Me sorprende. Creí que poseía el genio de reconocer a los amigos potenciales.

Jim no quiso comprometerse y mantuvo su voz cuidadosamente neutral.

—¿He fracasado alguna vez en apreciar su amistad, Lillian?

—No, no, querido. Pero ya sabe de lo que estoy hablando. Usted no esperaba verle aquí. Nunca ha pensado que le tuviera miedo, ¿verdad? Pero que los demás lo crean así, constituye para usted una inestimable ventaja, ¿no es cierto?

—Estoy… sorprendido, Lillian.

—¿No sería mejor decir «impresionado»? Sus invitados también lo están. Puedo percibirlo en el ambiente de la sala. La mayoría piensa: «Si ha de llegar a un acuerdo con Jim Taggart, más vale que nos mantengamos al margen», y otros se dicen: «Si tiene miedo, podremos conseguir un provecho mayor». Desde luego, así es como usted desea

que ocurran las cosas, y no me ha pasado siquiera por la imaginación estropearle su triunfo. Pero usted y yo somos los únicos enterados de que no lo ha conseguido por sí solo.

Jim no sonrió. Con el rostro inexpresivo y la voz suave, aunque no exenta de cierta mesurada impresión de dureza, preguntó:

—¿Cuál es su intención? Ella se echó a reír.

—Esencialmente la misma que la suya, Jim. Pero enfocando la cuestión sinceramente, la verdad es que acaso no tenga intención ninguna. Se trata de un favor que acabo de hacerle, y por el que no pido nada a cambio. No se preocupe. No suelo hacer antesala por interés especial hacia nada, ni trato de conseguir beneficios particulares de míster Mouch. Ni siquiera persigo que me regale usted una tiara de diamantes. A menos, desde luego, que se trate de una joya no material, como por ejemplo la que representaría su aprecio.

Jim la miró de frente por vez primera, con los ojos entornados y la cara relajada, hasta formar una media sonrisa parecida a la de ella. Era como si ambos se comprendieran perfectamente y expresaran su mutuo desdén.

—Sabe que siempre la he admirado, Lillian, como a una mujer realmente superior.

—Me doy cuenta de ello.

Había una ligerísima traza de burla, extendida como una pincelada de laca sobre los dulces tonos de su voz. Él la estudiaba insolente.

—Debe perdonarme si creo que entre amigos puede permitirse cierta curiosidad —dijo sin intención alguna de pedirle perdón—. Estoy preguntándome desde qué ángulo contempla usted la posibilidad de ciertos inconvenientes de orden financiero o de pérdidas que puedan afectar sus intereses personales.

Lillian se encogió de hombros.

—Lo observo desde el mismo ángulo que un jinete. Si monta usted el caballo más vigoroso del mundo, procurará mantenerlo sujeto para que su paso no se haga demasiado vivo e incómodo, aun cuando ello signifique el sacrificio de su vigor. Aun cuando su velocidad no pueda ser exhibida y su gran fuerza quede desperdiciada. Y obrará así porque si deja que el caballo galope a su sabor, saltará usted por las orejas en cuestión de segundos…

Sin embargo, los aspectos financieros no son los que más me interesan… ni tampoco a usted, Jim.

—Confieso que no estimé sus cualidades en lo que valían —confesó él lentamente.

—Bien. Es un error que deseo ayudarle a corregir. Comprendo la clase de problema que representa para usted. Comprendo por qué le teme y cuáles son sus motivos para ello. Pero… usted vive de sus negocios y de la política, y trataré de expresarme en su lenguaje. Un comerciante asegura poder entregar géneros, y un traficante en política se cree capaz de conseguir votos, ¿verdad? Bien. Lo que quiero hacerle saber es que yo puedo entregar a él en el momento que me parezca oportuno. Y usted, obrar de acuerdo con ello.

Según el código de sus amigos, revelar cualquier parte de sí mismo venía a ser igual que entregar un arma al enemigo; pero él firmó su confesión y la aprobó en el momento de decir:

—Me gustaría ser tan listo por lo que se refiere a mi hermana.

Lo miró sin sorpresa; aquellas palabras no le habían parecido inoportunas.

—Sí. Es una mujer muy dura de carácter —reconoció—. ¿No tiene puntos vulnerables? ¿Carece de debilidades?

—Ni una cosa ni otra.

—¿Ni líos amorosos?

—¡Cielos! ¡No!

Ella se encogió de hombros como deseosa de cambiar de tema. Dagny Taggart era una persona acerca de la cual no tenía interés en discutir.

—Me parece que lo mejor es que le deje en paz para que pueda conversar un rato con Balph Eubank —dijo—. Parece preocupado porque no lo ha mirado usted en toda la noche, y se pregunta si la literatura no va a quedarse sin uno de sus amigos más sinceros.

—Lillian, es usted maravillosa —dijo Jim de manera totalmente espontánea.

Ella se echó a reír.

—Es la tiara espiritual que deseaba.

Los restos de una sonrisa siguieron fijos en su rostro mientras avanzaba por entre la muchedumbre; una sonrisa fluida, que contrastaba dulcemente con el aire de aburrimiento y de tensión de los rostros que la rodeaban. Deambuló por la sala disfrutando con la sensación de ser observada; su vestido de seda resplandecía, acompañando los movimientos de su esbelta figura.

Fue el resplandor verde azulado el que llamó su atención al brotar por un instante de entre las luces en aquella muñeca delgada y desnuda. Luego vio el cuerpo ágil, el vestido gris, y los hombros desnudos y delicados. Se detuvo y miró el brazalete con el ceño fruncido.

Dagny se había vuelto. Entre las muchas cosas que disgustaban a Lillian, figuraba de manera destacada aquella impersonal cortesía de la cara de Dagny.

—¿Qué opina de la boda de su hermano, Miss Taggart? —preguntó con aire casual, sonriendo.

—No me he formado opinión todavía.

—¿Significa eso que a su juicio el acontecimiento no es digno ni siquiera de unos momentos de reflexión?

—Pues si quiere que le sea sincera… eso es precisamente lo que creo.

—¿No ve ningún significado humano en él?

—No.

—¿No cree que una persona como la mujer de su hermano merece cierto interés?

—No.

—La envidio, Miss Taggart. Envidio su olímpica indiferencia. Quizá resida en ella el secreto de por qué nunca la gente corriente puede igualar los éxitos de usted en el campo de los negocios. Dejan que su atención se desvíe hacia campos distintos.

—¿A qué otros campos se refiere?

—¿Es que no reconoce mérito alguno a las mujeres que consiguen alturas insospechadas, no en el terreno industrial, sino en el simplemente humano?

—No creo que en ese terreno exista la noción de conquista.

—¡Oh! Considere, por ejemplo, lo mucho y duramente que otras mujeres habrían tenido que trabajar… si el trabajo hubiese sido el único medio asequible para ellas, para conseguir lo que esta muchacha ha conseguido gracias a la persona de su hermano.

—No creo que esa joven comprenda la exacta naturaleza de su éxito. Al verlas juntas, Rearden se acercó. Era preciso saber de qué hablaban, no obstante las consecuencias que de ello se hubieran podido derivar. Se detuvo en silencio a su lado. No supo si Lillian se había dado cuenta de su presencia; en cambio, Dagny lo vio en seguida.

—Demuestre un poco de generosidad hacia ella, Miss Taggart —dijo Lillian—. Al menos la generosidad de su atención. No debe despreciar a las mujeres que, aun sin poseer su brillante talento, ponen en juego otras cualidades peculiares. La naturaleza siempre es equitativa y ofrece compensaciones, ¿no cree?

—No estoy segura de comprenderla.

—En cambio, yo tengo la convicción de que no desea que me muestre más explícita.

—Se equivoca. Lo deseo.

Lillian se encogió de hombros con expresión colérica; entre sus amigas hubiera obrado de manera distinta, previendo sus reacciones y deteniéndose a tiempo, pero aquélla era una adversaria nueva para ella, una mujer que rehusaba sentirse ofendida. No le importaba hablar más claramente, pero al ver que Rearden la miraba, sonrió y dijo:

—Consideremos los antecedentes de su cuñada, Miss Taggart. ¿Qué posibilidades tenía de prosperar? Ninguna, según las propias opiniones de usted. No hubiera efectuado una brillante carrera en los negocios. No posee su privilegiada mente. Además, los hombres hubiesen hecho imposible todo progreso para ella por encontrarla demasiado atractiva. Se aprovechó de que los hombres se rigen por normas que por desgracia no alcanzan la altura de las suyas. Recurrió a la clase de talento que usted desprecia. Nunca se ha preocupado de competir con nosotras, mujeres de menor categoría, en el único campo abierto a nuestra ambición: el de ejercer poder sobre los hombres.

—Si lo llama usted así, mistress Rearden, reconozco que, en efecto, nunca me preocupé de ello.

Volvióse para partir, pero la voz de Lillian la retuvo.

—Desearía creer que es usted una mujer consistente, Miss Taggart, privada por completo de fragilidades humanas. Quisiera creer que nunca experimentó el deseo de adular o de ofender, pero comprendo que esperaba que tanto Hank como yo estuviéramos aquí esta noche.

—No creo que esté en lo cierto. Ni siquiera he mirado la lista de invitados de mi hermano.

—Entonces, ¿por qué lleva ese brazalete?

La mirada de Dagny se posó francamente en la suya.

—Siempre lo llevo.

—¿No le parece, Miss Taggart, que esa broma ha ido ya demasiado lejos?

—Nunca ha sido una broma, mistress Rearden.

—Entonces me comprenderá si le digo que preferiría me fuese devuelto ese brazalete.

—La comprendo muy bien, pero no pienso devolvérselo.

Lillian hizo una larga pausa, a la que quiso conferir cierto significado. Por una vez sostuvo la mirada de Dagny sin sonreír.

—¿Qué pretende hacerme deducir de eso, Miss Taggart?

—Lo que desee.

—¿Qué motivos la impulsan a comportarse así?

—Ya supo cuáles eran cuando me dio el brazalete.

Lillian miró a Rearden. La cara de éste estaba inexpresiva y no vio en y ella reacción alguna ni deseo de ayudarla o detenerla; nada más que una atención que la hizo sentir como si se hallara sometida al foco de un reflector.

Recuperó su sonrisa utilizándola como escudo protector; una sonrisa divertida y condescendiente, como si intentara convertir de nuevo aquel asunto en una charla de salón.

—Estoy segura, Miss Taggart, de que comprende lo terriblemente inadecuado que resulta todo esto.

—No.

—Desde luego, debe comprender que está corriendo un peligroso y poco grato riesgo. ¿No toma en consideración la posibilidad de ser… mal interpretada?

—No.

Lillian volvió la cabeza, con gesto de sonriente reproche.

—Miss Taggart, ¿no cree que estamos ante un caso en el que no podemos incurrir en teorías abstractas, sino considerar tan sólo la realidad práctica?

Dagny no sonrió.

—Nunca he comprendido adonde se va a parar con una declaración de ese género.

—Pretendo sugerir que su actitud puede ser altamente idealista… de lo que estoy segura; pero por desgracia muchas personas no comparten su estado de ánimo, e interpretarán su acción de modo que pueda resultarle perjudicial.

—Entonces, la responsabilidad y el riesgo serán de esas personas; no míos.

—Admiro su… no, no puedo decir «inocencia». ¿Cabe definirlo como «pureza»? Estoy segura de que nunca pensó en ello, pero la vida no es tan directa y lógica como… como una vía de ferrocarril. Resulta lamentable, pero posible, que sus elevadas intenciones puedan inducir a la gente a sospechar cosas que… bueno, que estoy segura usted considera sórdidas y escandalosas.

Dagny la miró fijamente.

—No pienso así.

—Pero no puede ignorar la posibilidad.

—La ignoro —dijo Dagny, volviéndose para alejarse.

—¿Desea evadir una discusión cuando nada tiene que ocultar? Dagny se detuvo.

—Si su brillante e inquieta personalidad le permite jugar con su reputación, ¿ignorará también el peligro que implica para míster Rearden? —añadió Lillian.

—¿En qué consiste ese peligro? —preguntó Dagny lentamente.

—Estoy segura de que me ha entendido.

—Pues se equivoca.

—No creo que sea necesario mostrarse más explícito.

—Lo es… si desea continuar la discusión.

Las pupilas de Lillian se fijaron en el rostro de Rearden, buscando en él algún signo que le ayudara a decidir qué era más prudente, detenerse o continuar. Pero él no accedió a prestarle semejante auxilio.

—Miss Taggart —dijo—, no soy igual a usted por lo que a filosofía respecta. Me considero sólo una esposa corriente. Tenga la bondad de darme ese brazalete… si no quiere que piense lo que lógicamente he de pensar y lo que usted no desea que mencione.

—Mistress Rearden, ¿es éste el modo y el lugar que usted escoge para sugerir que duermo con su marido?

—¡Oh, no!

La exclamación fue inmediata y sincera; en la misma sonaba cierta nota de pánico, producto de un reflejo automático, como el ladrón que retira asustado la mano al verse sorprendido cuando intentaba meterla en el bolsillo ajeno. Con risa irritada y nerviosa, con un tono de sarcasmo y de sinceridad que admitía, aunque a desgana, su verdadero estado de ánimo, añadió:

—Representa la posibilidad más remota que quepa imaginar.

—Entonces ten la bondad de pedir perdón a Miss Taggart —intervino Rearden.

Dagny retuvo el aliento, exhalando lo que podía considerarse el débil eco de un grito ahogado: las dos se volvieron hacia él. Lillian no apreció nada en su rostro, pero Dagny vio que reflejaba una intensa tortura.

—No es necesario, Hank —repuso.

—Lo es… para mí —insistió él fríamente, sin mirarla.

Tenía los ojos fijos en Lillian, al modo de quien expresa una orden que no quiere ver desobedecida.

Lillian estudió su cara con ligero asombro, pero sin ansiedad ni cólera, como quien se enfrenta a un enigma carente de significado.

—Desde luego —accedió complaciente, con voz de nuevo suave y confiada—. Le ruego acepte mis excusas, Miss Taggart. No quiero darle la impresión de sospechar la existencia de unas relaciones que considero improbables en usted e imposibles en un marido cuyas inclinaciones tan bien conozco.

Se volvió y alejóse indiferentemente, dejándolos juntos, como si con ello quisiera demostrar la seguridad que sentía en sus propias palabras…

Dagny permaneció inmóvil, con los ojos cerrados. Pensaba en la noche en que Lillian le había entregado el brazalete. Hank se puso entonces de lado de su esposa. Ahora se había pasado al suyo. De los tres, ella era la única que comprendía plenamente el significado de aquella actitud.

—Puedes decirme lo que quieras. Por duro que sea, tendré que darte la razón.

Al oírle hablar abrió los ojos. La miraba fríamente con el rostro crispado, sin permitir que la más leve señal de dolor o de arrepentimiento sugiriese la esperanza de un olvido.

—Querido, no te tortures de este modo. Sé que estás casado. Nunca traté de eludir esta verdad. Tampoco esta noche me causa desazón.

La primera palabra constituyó el golpe más violento de los varios que Rearden sintió abatirse sobre él.

Dagny nunca la había usado hasta entonces, ni nunca se expresó con aquel tono particular de ternura. En la intimidad de sus encuentros, jamás hizo referencia a su matrimonio. Sin embargo, ahora abordaba el tema con una sencillez carente al parecer de todo esfuerzo.

Vio pintarse la ira en el rostro de Rearden, la rebelión contra toda piedad; una expresión extraña cual si quisiera decirle que no había sufrido tormento alguno y que no necesitaba ayuda. Luego la miró como si comprendiera que ella conocía su cara tan perfectamente como él la suya…Cerró los ojos, inclinó un poco la cabeza y dijo quedamente:

—Oradas.

Ella suspiró y alejóse.

James Taggart sostenía en la mano una copa de champaña vacía, cuando se dio cuenta de la prisa con la que Balph Eubank hacía señas a un camarero, como si éste fuera culpable de una imperdonable negligencia. Luego terminó su frase:

—… pero usted, míster Taggart, debería saber que quien vive en un plano más alto no puede ser comprendido o apreciado por los demás. Se trata de un forcejeo inútil. De nada sirve intentar un patronazgo de la literatura en un mundo gobernado por negociantes, vulgares y engreídos tipos de la clase media o salvajes rapaces como Rearden.

—Jim —dijo Bertram Scudder, dándole una palmada en el hombro—, el mejor cumplido que puedo hacerle es el de decir que no es usted un negociante auténtico.

—Lo considero un hombre culto, Jim —admitió el doctor Pritchett—. No un buscador de mineral como Rearden. No necesito explicarle que la cultura necesita urgente apoyo por parte de Washington.

—¿Le gustó realmente mi última novela, míster Taggart? —preguntó Balph Eubank otra vez—. ¿De veras le gustó?

Mientras cruzaba la sala, Orren Boyle miró al grupo, sin detenerse. Aquella mirada fue suficiente para darle una idea de la naturaleza de la charla. Pensó en que todo el mundo tiene algo que ofrecer o que cambiar. Sabía, aunque no se preocupó de darle nombre, la clase de materia que allí se intercambiaba.

—Nos encontramos en el amanecer de una época nueva —dijo James Taggart por encima de su copa—. Estamos quebrantando la villana tiranía del poderío económico. Libertaremos a los hombres de la opresión del dólar. Libertaremos nuestros anhelos espirituales de quienes sólo poseen bienes terrenos. Libraremos nuestra cultura de las garras de quienes sólo anhelan beneficios. Construiremos una sociedad dedicada a más altos ideales y reemplazaremos la aristocracia del dinero por…

—… la aristocracia de los ambiciosos —dijo una voz que sonó detrás del grupo.

Todos se volvieron.

Quien se enfrentaba a ellos era Francisco d'Anconia. Su rostro estaba bronceado por el sol veraniego y sus ojos habían adquirido el exacto color del cielo que había concedido aquel tono obscuro a su piel. Su sonrisa sugería una mañana de verano. El modo en que llevaba el traje de etiqueta hacía aparecer a los demás como asistentes a un baile de disfraces con vestidos prestados.

—¿Qué ocurre? —preguntó en medio del silencio—. ¿He dicho algo que alguien no conociera?

—¿Cómo has entrado en esta casa? —fue lo primero que James Taggart pudo articular.

—Viniendo en avión hasta Newark y en taxi desde allí; luego tomé el ascensor desde mi suite, que se encuentra cincuenta y tres pisos por encima de ésta.

—Lo que quise decir… lo que intenté…

—No te sorprendas tanto, James. Si bajo del avión en Nueva York y me entero de que se celebra una fiesta, lo más natural es que no quiera perdérmela, ¿no te parece? Tú siempre has dicho que soy un verdadero cazador de festejos.

El grupo seguía mirándole.

—Desde luego, me encanta verte de nuevo —dijo Taggart, precavido. Y añadió con cierta agresividad, como para equilibrar su anterior complacencia—: Ahora bien, si crees que vas a.,.

Pero Francisco no recogió la amenaza. Dejó que la frase de Taggart quedara suspendida en el aire y preguntó cortésmente:

—¿Si creo qué?

—Me has entendido muy bien.

—¿Quieres que te diga lo que pienso?

—No es momento adecuado para…

—Me parece que deberías presentarme a tu esposa, James. Tus modales nunca han sido demasiado firmes y los pierdes con facilidad en momentos de apuro… que es cuando más se necesitan.

Volviéndose para llevarlo hacia donde estaba Cherryl, Taggart captó el ligero rumor producido por Bertram Scudder al ahogar una risa. Comprendió que los hombres que unos momentos antes se arrastraban a sus pies y cuyo odio hacia Francisco d'Anconia era quizá mayor que el suyo, estaban disfrutando profundamente con aquel espectáculo. Las implicaciones de semejante admisión se hallaban entre las cosas a las que no le importaba dar nombre.

Francisco se inclinó ante Cherryl y le expresó sus mejores deseos, como si fuese la esposa de un príncipe real. Mirándolo nervioso, Taggart empezó a sentir alivio y un conato de innominado resentimiento, como si, aunque no quisiera admitirlo, deseara que la ocasión adoptase la solemnidad que la actitud de Francisco le había prestado por un momento. Temía permanecer junto a Francisco y, al propio tiempo, dejarle en libertad entre sus invitados. Intentó retroceder, dando unos pasos, pero Francisco lo siguió sonriente.

—No irías a creer que pensaba perderme tu boda, James… cuando eres mi amigo de la infancia y mi más importante accionista.

—¿Cómo? —casi gritó Taggart, aunque lamentando su impulso, porque aquella exclamación constituía una confesión de pánico.

Pero Francisco no pareció darse cuenta de nada, porque repuso con voz alegre e inocente:

—Sé perfectamente quién es el hombre de paja que figura tras cada nombre de la lista de accionistas de la «D'Anconia Copper». Resulta sorprendente observar cuántos Smith y cuántos Gómez poseen dinero suficiente como para adquirir grandes porciones de la más rica corporación del mundo, así es que no puedes recriminarme que me sintiera curioso por averiguar qué distinguidas personas figuraban en realidad entre mis accionistas. Al parecer, soy popular entre una asombrosa colección de figuras públicas, procedentes de todos los lugares de la tierra, incluyendo Estados en los que, al parecer, no existe dinero alguno.

Con el ceño fruncido, Taggart dijo secamente:

—Existen muchas razones… razones comerciales, por las que a veces resulta aconsejable no efectuar directamente las propias inversiones.

—Una de ellas reside en que nadie desea dar a conocer que es persona acaudalada. Y otra en que a nadie le gusta enterar a los demás de cómo ha conseguido su dinero.

—No sé lo que quieres decir ni por qué tienes que objetar a lo que acabo de manifestarte.

—¡Oh! No objeto en absoluto. Al contrario, aprecio tu actitud. Una gran mayoría de inversores al viejo estilo me abandonaron luego de lo de las minas de San Sebastián. Aquello les asustó terriblemente. Pero los modernos tienen más confianza en mí y se portaron como siempre: basándose en la fe. No puedo decirte cuánto aprecio tu actitud.

Taggart hubiera preferido que Francisco no hablara tan alto; no le agradaba la posibilidad de que se reuniesen curiosos a su alrededor.

—Te has estado comportando extremadamente bien —dijo en el tono seguro de quien expresa un cumplido.

—Sí, ¿verdad? Es maravilloso cómo las acciones de la «D'Anconia Copper» han ido subiendo durante el año último. Pero no creo que deba mostrarme excesivamente orgulloso por ello; no queda ya demasiada competencia en el mundo. No hay lugar en el que invertir el dinero, si uno se hace rico rápidamente. La «D'Anconia Copper» es la compañía más antigua de la tierra y la más segura desde hace varios siglos. Hay que ver cómo se las ha compuesto para sobrevivir a través del tiempo. Si habéis decidido que es el mejor lugar donde ocultar vuestro dinero, que se trata de una organización imbatible y que haría falta un hombre excepcional para destruirla… tenéis razón.

—He oído decir que has empezado a aceptar en serio tus responsabilidades y que al final te dedicas de lleno a tus asuntos. Aseguran que trabajas duramente.

—¡Ah, sí! ¿De veras se han dado cuenta? Los inversores a la antigua usanza se empeñaron siempre en no perder de vista al presidente de una compañía. En cambio, los modernos no lo consideran necesario. No creí que observaran nunca mis actividades.

Taggart sonrió.

—Sólo están atentos a la parte más trascendental de la Bolsa. Es significativo, ¿verdad?

—Sí, sí. A la larga, lo es.

—Debo añadir que me alegro de que durante el año pasado no hayas ido de fiesta en fiesta. El resultado se observa en tu trabajo.

—¿De veras? Pues yo creo que no. Todavía no.

—Supongo —dijo Taggart en el tono precavido de quien formula una pregunta indirecta —que debería sentirme halagado porque hayas decidido venir.

—Tenía que hacerlo. Creí que me estabais esperando.

—La verdad es que no… bueno, quiero decir…

—Tendrías que haberme esperado, James. Éste es un acontecimiento de relieve. De esos a los que las víctimas acuden con el fin de demostrar cuán fácil es destruirlas, mientras sus verdugos forman pactos de eterna amistad que suelen durar tres meses. No sé exactamente a qué grupo pertenezco, pero tenía que figurar entre los asistentes, ¿no crees?

—¿Qué diablo estás diciendo? —exclamó Taggart, furioso, notando la tensión de los rostros que los rodeaban.

—Ten cuidado, James. Si intentas pretender que no me entiendes, voy a decírtelo con mayor claridad.

—¿Crees adecuado hablar así…?

—Lo creo simplemente divertido. Existió un tiempo en que los hombres temían que alguien revelara algún secreto desconocido para sus semejantes. En la actualidad, temen que alguien vocee lo que todo el mundo sabe. Vosotros, la gente práctica, ¿habéis pensado que para hacer volar por los aires toda vuestra enorme y compleja estructura, con leyes y con armas inclusive, bastaría con que alguien diera nombre a la exacta naturaleza de lo que estáis haciendo?

—Si crees prudente acudir a una boda para insultar al dueño de la casa…

—No, James. He venido a darte las gracias.

—¿A darme las gracias?

—Desde luego. Me has hecho un gran favor, y no sólo tú, sino también los muchachos de Washington y de Santiago. Lo único que me extraña es que ninguno de vosotros se tomara la molestia de informarme. Esas directrices promulgadas por alguien hace meses, están ahogando a toda, la industria de cobre del país. Y como resultado, el país se ve en la repentina necesidad de importar cantidades mucho mayores del mismo. ¿Y en qué parte del mundo queda cobre alguno, exceptuando en las minas D'Anconia? Comprenderás que tengo buenos motivos para sentirme agradecido.

—Te aseguro que nada tengo que ver con eso —se apresuró a explicar Taggart—. Además, la política económica vital de este país no queda determinada por consideraciones como las que insinúas o…

—Yo creo que sí, James. Sé que el asunto empezó con los personajes de Santiago porque durante siglos figuraron en la nómina de D'Anconia; o mejor dicho, teniendo en cuenta que «nómina» es un vocablo honorable, sería más exacto afirmar que la «D'Anconia Copper» les ha estado pagando su «protección» desde hace siglos. ¿No es así como lo llaman vuestros gangsters? En Santiago lo denominan impuestos. Han estado percibiendo su parte de cada tonelada de cobre D'Anconia vendida. Debido a ello tienen un enorme interés en verme colocar cuantas toneladas sea posible. Pero como el mundo se está transformando en una serie de Estados populares, éste es el único país donde la gente no ha quedado todavía reducida a la necesidad de cavar la tierra en busca de raíces para su sustento. Representa el único mercado de la tierra. Los muchachos de Santiago han

querido acapararlo. No sé lo que habrán ofrecido a los de Washington o quién comerció con qué cosa y con quién. Pero sé que tú entraste en ello porque posees un fajo apreciable de acciones de la «D'Anconia Copper». Es natural que no te disgustara el que aquella mañana, hace ahora cuatro meses, se publicaran las directrices y observaras el salto que la «D'Anconia Copper» llevó a cabo en la Bolsa. La noticia casi te dio en plena cara.

—¿En qué te basas para inventar una historia de este género?

—En nada. No estaba enterado de nada. Pero aquella mañana vi cómo las cosas cambiaban de aspecto. De pronto, lo vi todo claro. Los personajes de Santiago inventaron un nuevo impuesto sobre el cobre a la semana siguiente, y de ello deduje que no debía importarme la repentina alza de mis valores. Afirmaron estar trabajando en mi beneficio. ¿Por qué debía preocuparme? Teniendo en cuenta las dos cosas, resultaba que a partir de entonces sería más rico que nunca. Y así ocurrió, desde luego.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—¿Por qué no concedes crédito a mis palabras, James? Tu actitud está en contradicción con la política en la que eres tan experto. En una época en que el hombre existe, no por derecho, sino por favor, no se rechaza a una persona agradecida, sino que, al contrarío, se intenta acumular cuanta gratitud sea posible. ¿No quieres considerarme como un agradecido más?

—No sé de qué me estás hablando.

—Considera el favor que recibí sin esfuerzo alguno por mi parte. No fui consultado ni informado; nadie se acordó de mí; todo fue arreglado a mis espaldas. Pero cuanto he de hacer ahora es producir cobre. Ha sido un gran favor, James, y puedes estar seguro de que sabré recompensarlo.

Francisco se volvió bruscamente sin esperar respuesta y alejóse de allí. Taggart no lo siguió; permaneció donde se hallaba. Cualquier cosa hubiera sido preferible a prolongar un minuto más aquella conversación.

Francisco se detuvo ante Dagny y la miró durante un silencioso instante, sin saludarla, aunque haciéndole comprender con su sonrisa que era la primera persona a la que había visto al entrar en el salón, del mismo modo que ella también lo vio en seguida.

Contra toda duda y advertencia interior, Dagny experimentó una alegre confianza. Inexplicablemente, sintió como si la figura de Francisco en medio de aquella muchedumbre constituyera un refugio indestructible. Pero en el momento en que un principio de sonrisa decía a Francisco cuánto se alegraba de verle, él le preguntó:

—¿Quieres explicarme los brillantes resultados conseguidos por la línea «John Galt»?

Ella notó cómo sus labios temblaban y se fruncían al propio tiempo, al contestar:

—Lamento contestarte que aún sigo asequible a las ofensas. No debería asombrarme que hayas llegado a un estado de ánimo en que desprecies todo triunfo ajeno.

—Desde luego. Desprecié tanto esa línea, que nunca deseé verla alcanzar el final que ha alcanzado.

Notó su expresión repentinamente atenta; el aire reflexivo de quien se lanza a través de una brecha hacia una dirección determinada. La contempló unos momentos como si supiera de antemano cuáles serían sus pasos a lo largo de dicho camino, y luego inquirió sonriendo:

—¿No deseas preguntarme quién es John Galt?

—¿Por qué habría de desearlo y por qué precisamente ahora?

—¿No recuerdas que le desafiaste a reclamar tu línea? Pues lo ha hecho. Se alejó sin esperar a ver la expresión que se pintaba en sus ojos; una expresión mezcla de cólera, de asombro y de una leve traza de perplejidad.

Fueron los músculos de sus propios ojos los que hicieron comprender a Rearden la naturaleza de su reacción ante la llegada de Francisco. Observó de improviso que sonreía y que su cara quedaba aliviada, distendida por el bienestar al ver a Francisco d'Anconia entre la muchedumbre de invitados.

Por vez primera reconoció la existencia de unos momentos aceptados a medias en que pensó en Francisco d'Anconia, para apartarlo luego de su mente, a fin de no llegar a la conclusión de que deseaba fervientemente volver a verlo. En momentos de repentino cansancio, sentado frente a su mesa, mientras los fuegos de los hornos iban disminuyendo en la penumbra; en la obscuridad de un solitario paseo por el desierto, en dirección a su casa; en el silencio de sus noches sin sueño, había pensado a veces en el único hombre que en otros tiempos pareció su portavoz. Rechazó su recuerdo, considerándolo peor que los demás, pero al propio tiempo sentíase seguro de que aquello no era cierto, aun cuando no pudiese identificar el motivo de semejante certidumbre. Se había sorprendido a sí mismo repasando los periódicos *í para ver si Francisco d'Anconia había vuelto a Nueva York. Pero luego los arrojaba a un lado preguntándose colérico: «¿Qué me importa si regresa? ¿Iría en su busca por los clubs nocturnos y por las fiestas? ¿Qué diablos deseo de él?»

Lo que había deseado era aquello, pensó mientras sonreía a su pesar al ver a Francisco entre la multitud; experimentando aquella extraña sensación mezcla de curiosidad, diversión y esperanza.

Francisco no parecía haberlo visto. Rearden esperó, luchando contra su deseo de acercarse, y diciéndose que, luego de la conversación que ambos habían sostenido, no sabría qué decirle. Más tarde, con el jovial y alegre sentimiento de quien está seguro de obrar bien, se encontró caminando hasta el grupo que rodeaba a Francisco d'Anconia. Mirando a aquellas gentes se preguntó por qué se sentían atraídas por Francisco; por qué procuraban mantenerle preso en su cerrado círculo, cuando el resentimiento que provocaba en ellos se hacía evidente bajo sus sonrisas. En sus caras se pintaba la expresión peculiar de siempre, no de miedo, pero sí de cobardía; una expresión de cólera culpable; Francisco se encontraba acorralado contra el borde de una escalera de mármol, medio reclinado medio sentado en los peldaños. Lo desgarbado de su actitud combinaba con la estricta formalidad de su atavío, prestándole un aire de superlativa elegancia. Su cara era la única que expresaba aplomo y tranquilidad y su brillante sonrisa indicaba que estaba disfrutando realmente de una fiesta; pero sus ojos parecían intencionadamente inexpresivos, sin traza alguna de jovialidad, aunque mostrando una perceptibilidad muy acusada.

En pie, inadvertido en el borde del grupo, Rearden escuchó la voz de una mujer de rostro fláccido y nervioso, adornada con grandes pendientes de diamantes, en el momento de preguntar con aire escueto:

—Señor d'Anconia, ¿qué cree que va a pasarle al mundo?

—Exactamente lo que se merece.

—¡Oh! ¡Qué cruel!

—¿Es que no cree usted en la influencia de las leyes morales, madame? —preguntó Francisco gravemente—. Pues yo sí.

Rearden oyó cómo Bertram Scudder, un poco apartado del grupo, decía a una muchacha, haciéndola proferir una ahogada exclamación de contrariedad:

—No permita que ese hombre la perturbe. Ya sabe usted que el dinero es el origen de todo mal, y d'Anconia es un producto típico del dinero.

Rearden no creyó que Francisco lo hubiera oído, pero vio cómo aquél se volvía hacia la pareja con grave y cortés sonrisa.

—¿De modo que usted cree que el dinero es el origen de todo mal? —preguntó—. ¿Ha reflexionado alguna vez en cuál es el origen del dinero? El dinero es sólo un instrumento de cambio, que no podría existir si no se produjeran géneros ni hubiera hombres capaces de crearlos. El dinero es la forma material de ese principio, según el cual quienes deseen tratar con otros, han de hacerlo por el comercio, entregando valor por valor. El dinero no es el instrumento de los plañideros, que solicitan productos con lágrimas, ni de los saqueadores que los arrebatan por la fuerza. El dinero sólo es posible gracias a quienes producen. ¿Es eso lo que usted considera culpable?

«Cuando se acepta dinero en pago del propio esfuerzo, se hace bajo la condición de que luego se podrá cambiar por el producto del esfuerzo ajeno. No son los pusilánimes ni los merodeadores los que dan valor al dinero. Ni un océano de lágrimas ni todos los cañones de la tierra podrán transformar los pedazos de papel que lleva en la cartera en el pan necesario para sobrevivir mañana. Esos pedazos de papel, que en realidad deberían ser de oro, constituyen una prenda de honor: su demanda de energía a la gente que produce. Su cartera es la declaración de esperanza según la cual, en algún lugar del mundo, existen hombres incapaces de quebrantar ese principio moral que es la raíz del dinero. ¿Es eso lo que considera usted malvado?

»¿Se ha preocupado alguna vez en investigar en las raíces de la producción? Observe un generador eléctrico y atrévase a pensar que ha sido creado por el esfuerzo muscular de brutos sin inteligencia. Intente hacer crecer una semilla de trigo sin los conocimientos transmitidos por quienes lo descubrieron e iniciaron su explotación. Trate de obtener alimento tan sólo con movimientos físicos y comprenderá que la mente humana es la raíz de todos los géneros producidos y de toda la riqueza que haya existido jamás sobre la tierra.

»Pero usted asegura que el dinero lo consiguen los fuertes a expensas de los débiles. ¿A qué fuerza se refiere? No será la fuerza de las armas o de los músculos. La riqueza es el producto de la capacidad del hombre para pensar. ¿Consigue el dinero quien inventa un motor a expensas de quienes no lo inventaron? ¿Lo consigue el inteligente a expensas del tonto? ¿El capacitado a expensas del incompetente? ¿El ambicioso a expensas del holgazán? El dinero se hace antes de que pueda ser arrebatado por un ladrón o solicitado mediante lágrimas, por el esfuerzo de todo hombre honrado, y en la medida de la capacidad de cada cual. El hombre honrado es aquel que comprende que no puede consumir más de lo que ha producido.

»Comerciar por medio de dinero es el código de los hombres de buena voluntad. El dinero descansa en el axioma de que cada cual es propietario de su mente y de su esfuerzo. El dinero no permite a ningún poder humano prescribir el valor de un esfuerzo, excepto por elección voluntaria de quien siente deseos de ofrecer el suyo a cambio. El dinero permite obtener por los propios géneros y el propio trabajo, aquello que quienes han de adquirirlo consideran apropiado; pero no más. El dinero no permite otros tratos que aquellos que se llevan a cabo en beneficio mutuo, dentro del recto juicio de ambas partes. El dinero exige el reconocimiento de que el hombre ha de trabajar en beneficio propio, y no en su daño; para ganar y no para perder. Equivale a reconocer que el hombre no es una bestia de carga, nacida para transportar el fardo de su propia miseria, que hay que ofrecer valores y no quejas; que el lazo común entre los hombres no es un intercambio de sufrimientos, sino el de mercancías. El dinero exige que vendáis; pero no debilidad a cambio de estupidez, sino talento a cambio de razón; exige que se compre, no lo peor que sea ofrecido, sino lo mejor que se pueda conseguir con el propio dinero. Y cuando los nombres viven para el comercio o—, con la razón y no la fuerza como árbitro decisivo, el mejor producto es el que gana; el trabajo más perfecto; el hombre de más profundo juicio y más alta maestría. Y el grado que alcance la productividad del hombre

será también el de su recompensa. Tal es el código de la existencia, cuya herramienta y símbolo constituye el dinero. ¿Y usted considera eso reprobable?

»EI dinero es sólo una herramienta. Os llevará a donde deseéis, pero no os podrá reemplazar como conductores. Os ofrecerá los medios para satisfacción de vuestros deseos, pero no aportará deseos en sí. El dinero es. el azote de quienes intentan revertir la ley de la causalidad; de quienes buscan reemplazar la mente por los productos de la misma.

»El dinero no comprará la felicidad para aquel que no tenga un concepto claro de lo que desea; el dinero no le proporcionará un código de valores, si ha evadido el conocimiento de lo que evaluar, ni le proveerá de un propósito si ha eludido la elección de lo que busca. El dinero no conseguirá inteligencia para el tonto, ni admiración para el cobarde, ni respeto para el incompetente. Quien intenta comprar el cerebro de su superior para que le sirva, reemplazando con dinero su capacidad de juicio, termina por convertirse en víctima de sus inferiores. Los hombres inteligentes lo abandonan, pero él sigue engañando y los fracasos acuden en masa a él, atraídos por una ley que no ha descubierto: la de que ningún hombre puede ser menor que su dinero. ¿Es éste el motivo por el que lo considera denigrante?

»Sólo quien no la necesita, está capacitado para heredar riqueza; me refiero al hombre que labraría su propia fortuna, no importa con qué. Si un heredero es igual a su dinero, éste le sirve; de lo contrario lo destruye. Vosotros exclamáis que el dinero lo ha corrompido. ¿Es así? ¿No habrá sido él quien ha corrompido al dinero? No envidiéis a un heredero indigno; su riqueza no es vuestra, y no habríais obrado mejor, caso de adquirirla. No consideréis que debió haber sido distribuida entre vosotros. El agobiar al mundo con cincuenta parásitos en vez de uno, no habría hecho revivir esa muerta virtud de lo que fue fortuna. El dinero es un poder viviente que muere al carecer de raíz. El dinero no servirá a una mente que no esté capacitada para ello. ¿Es éste el motivo por el que lo llamáis odioso?

»El dinero es vuestro medio de supervivencia. El veredicto que pronunciéis acerca de la fuente de vuestro sustento, es el mismo que pronunciáis acerca de la vida en sí. Si la fuente es corrupta, habréis condenado vuestra existencia. ¿Adquiristeis el dinero con fraude? ¿Halagando los vicios o la estupidez humana? ¿Acercándoos a seres estúpidos con la esperanza de conseguir más de lo que vuestra habilidad merece? ¿Bajando vuestro nivel de vida? ¿Realizando una tarea que despreciáis con destino a compradores hacia los que sentís desdén? En tal caso, vuestro dinero no os proporcionará ni un momento digno de auténtica alegría. Todo cuanto compréis no se convertirá en tributo, sino en reproche; no en triunfo, sino en constante evocador de vergüenza. Entonces gritaréis que el dinero es malsano. ¿Malsano porque no está a la altura de vuestro propio respeto? ¿Malsano porque no os deja disfrutar vuestra depravación? ¿Es ésta la causa de vuestro odio hacia el dinero?

»El dinero siempre seguirá siendo un efecto y rehusará reemplazaros como causa. El dinero es producto de la virtud, pero no conferirá virtud ni os redimirá de vuestros vicios. El dinero no os dará lo que no hayáis merecido, ni material ni espiritualmente. ¿Es ésa la raíz de vuestro odio hacia él?

»¿Acaso habéis dicho que el amor al dinero es el origen de todo mal? Amar una cosa significa conocer y amar la naturaleza de que está formada. Amar el dinero es conocer y amar el hecho de que tal dinero representa la creación del mejor de vuestros poderes internos y es vuestro pasaporte para comerciar vuestro esfuerzo con el de los mejores de vuestros semejantes. La persona que vendería su alma por unos centavos suele ser la que proclama en voz alta su odio hacia el dinero; y hay que reconocer que tiene motivos para

odiarlo. Los amantes del dinero se sienten deseosos de trabajar por él. Saben que están en condiciones de merecerlo.

Permitidme una indicación acerca de una clave que conduce al estudio del carácter humano: Quien maldice el dinero, es porque lo adquirió de manera deshonrosa. Quien lo respeta, se lo ha ganado por medios loables.

»Huid de quien os diga que el dinero encarna al mal. Dicha frase es la campanilla que anuncia la proximidad de un saqueador, igual que en otros tiempos anunciaba la de un leproso. Mientras los hombres vivan en comunidad sobre la tierra y necesiten medios para tratar unos con otros, el único substituto, caso de abandonar el dinero, sería el cañón de un arma. Pero el dinero exige de vosotros las más altas virtudes, si es que deseáis conseguirlo o conservarlo. Quienes carecen de valor, de orgullo o de estimación propia, los que no poseen el sentido moral acerca de su derecho al dinero y no desean defenderlo como si defendieran su propia vida, aquellos que parecen pedir perdón por ser ricos, no lo serán mucho tiempo. Constituyen un cebo natural para las bandadas de merodeadores que desde hace siglos se agazapan bajo rocas, saliendo al exterior en cuanto huelen a un hombre que ruega ser perdonado por el pecado de poseer riqueza. Se apresurarán a aliviarle de su culpa, y de su vida también, que es lo que merece.

^Entonces presenciaréis la elevación de los hombres que militan bajo dos banderas; de quienes viven basándose en la fuerza y, sin embargo, cuentan con quienes viven del comercio para crear el valor de su dinero robado; hombres que se mueven a saltos por el camino de la virtud. En una sociedad moral, ellos son los criminales, y tenéis que protegeros contra sus actividades. Pero cuando una sociedad establece la existencia de criminales por derecho y de saqueadores legales, es decir, de hombres que utilizan la fuerza para apoderarse de la riqueza de víctimas desarmadas, el dinero se convierte en vengador de quien lo creó. Tales maleantes creen seguro robar a seres indefensos en cuanto han aprobado una ley que los desarme. Pero su botín se convierte en imán para otros como ellos, que se lo arrebatarán a su vez, y así continúa la carrera, venciendo, no el más diestro en la producción, sino quienes emplean mayor brutalidad y rudeza. Cuando la fuerza se convierte en estandarte, el criminal vence sobre el ratero, pero entonces la sociedad desaparece entre un cúmulo de ruinas y de crímenes.

»¿Queréis saber si este día va a llegar? Observad el dinero. El dinero es el barómetro de las virtudes de una sociedad. Cuando notéis que el comercio se efectúa, no por consentimiento de sus partes, sino por obligación; cuando veáis que, con el fin.de producir, necesitáis permiso de quienes no producen nada; cuando observéis que el dinero afluye hacia quienes trafican no en géneros, sino en favores; cuando os deis cuenta de que muchos se hacen ricos por el soborno, por la presión, más que por el trabajo, y que las leyes no os protegen contra ellos, sino que, al contrario, son ellos los protegidos contra vosotros; cuando observéis cómo la corrupción es recompensada y la honradez se convierte en sacrificio, podéis asegurar, sin temor a equivocaros, que vuestra sociedad está condenada. El dinero es un medio tan noble que no compite con las armas, ni pacta con la brutalidad. Nunca permitirá a un país sobrevivir como propiedad a medias o como botín compartido.

»Siempre que aparezcan elementos destructores entre los hombres, empezarán por destruir el dinero, porque éste es la protección del hombre y la base de una existencia moral. Tales elementos se apoderarán del oro, entregando a cambio un montón de papel falsificado. Con ello matarán todos los fines objetivos y situarán al hombre en las garras de un arbitrario promulgador de valores. El oro es un valor objetivo, un equivalente a riqueza producida. El papel es una hipoteca sobre riqueza que no existe, reforzada por un arma apuntada contra aquellos de quienes se espera que la produzcan. El papel es un cheque cursado por saqueadores legales sobre una cuenta ajena: la virtud de las víctimas. Vigilad la llegada del día en que dicha cuenta se agote.

»Cuando se ha convertido al mal en medio de supervivencia, no confiéis en que los hombres sigan siendo buenos. No esperéis que conserven la moralidad y pierdan la vida convertidos en pasto de lo inmoral. No esperéis que produzcan, cuando la producción se ve castigada y el robo recompensado. No preguntéis entonces "¿Quién está destruyendo al mundo?" porque seréis vosotros mismos.

»Os encontráis entre los mayores logros de la mayor civilización productiva y os preguntáis por qué ésta se derrumba a vuestro alrededor mientras maldecís lo que le da vida: el dinero. Contempláis al dinero como los salvajes antes que vosotros, y os preguntáis por qué la selva vuelve a acercarse a los límites de vuestras ciudades. En toda la historia humana, el dinero fue siempre botín de aprovechados, de un tipo o de otro. Sus nombres cambiaron, pero sus métodos fueron siempre los mismos: aprovecharse de la riqueza por la fuerza y mantener cautivos a los productores, rebajándolos, difamándolos y despojándolos de su honor. Esa frase acerca de los males del dinero, que usted ha expresado con semejante precipitación, no exenta de un deseo de rectitud, procede de un tiempo en que la riqueza era producida por la labor de los esclavos; esclavos que repetían movimientos descubiertos con anterioridad por la mente de alguien y que prosiguieron ejecutándose sin mejoría alguna durante siglos. Mientras la producción fue gobernada por la fuerza y la riqueza se consiguió con la conquista, hubo poco que aprender. Sin embargo, a través de siglos de miseria y de hambre, los hombres exaltaron a los saqueadores como aristócratas de la espada, como aristócratas de cuna, y más tarde como aristócratas de despacho, despreciando a los productores, primero como esclavos, y luego como comerciantes, tenderos e industriales.

»Para gloria de la humanidad, existió por única vez en la historia, un país del dinero y no me es posible pagar más alto y reverente tributo a América por lo que ello significa: un país donde reinan la razón, la justicia, la libertad, la producción y el progreso. Por vez primera, la mente y el dinero de los hombres quedaron libres y dejó de existir la fortuna como botín de conquista. Por el contrario, floreció allí como producto del trabajo, y en vez de guerreros y de esclavos, progresó el verdadero forjador de fortunas; el gran trabajador convertido en el más alto tipo de ser humano: el forjador de sí mismo, el industrial americano.

»Si me pedís que dé nombre a la distinción de que los americanos pueden estar más orgullosos, escogería, porque contiene a todas las demás, la de haber sido el pueblo que creó la frase: "hacer dinero". Jamás en ninguna otra lengua o nación había existido semejante palabra; los hombres pensaron siempre en la riqueza como en una cantidad estática que podía ser objeto de robo, conseguirse mediante ruegos o súplicas, heredarse, compartirse u obtenerse como favor. Los americanos fueron los primeros en comprender que la riqueza debía ser creada. La frase "hacer dinero" contiene la esencia de la moralidad humana.

»Sin embargo, tales fueron las palabras por las que los americanos se vieron denunciados por las podridas culturas de los continentes de ladrones. Ahora, el credo de los mismos los lleva a considerar vuestros más dignos logros como motivo de vergüenza; vuestra prosperidad como un afán culpable; vuestros más eminentes personajes industriales como unos granujas, vuestras magníficas fábricas como producto de la labor muscular, trabajo de esclavos movidos por el látigo, como los que construyeron las pirámides de Egipto. El malvado que se lamenta de no ver diferencia entre el poder del dólar y el poder del látigo, debería aprender dicha diferencia en su propia piel… como creo que ocurrirá a la larga.

»Hasta descubrir que el dinero es la base de todo bien, se camina hacia la propia destrucción. Cuando el dinero deje de ser la herramienta con la que los hombres trafiquen uno con otro, éstos se convertirán en herramientas de otros hombres. Sangre, látigos, cañones o dólares. Elegid… No existe otra opción y el tiempo se va acabando.»

Mientras hablaba, Francisco no había mirado a Rearden ni una sola vez, pero en cuanto terminó, sus ojos se posaron en aquél. Rearden estaba inmóvil, sin ver más que a Francisco d'Anconia, entre las movibles figuras y las voces airadas que se elevaban entre ambos.

Algunos de los que habían escuchado, se apresuraban a partir de allí, y muchos exclamaban: «¡Qué cosa tan horrible!» «¡Nada de eso es cierto!» «¡Cuánta jactancia y cuánta obstinación!» Lo decían en voz alta, unos a otros, cual deseosos de que sus vecinos los oyeran, pero confiando en que tales palabras pasaran inadvertidas para Francisco.

—Señor d'Anconia —declaró la mujer de los pendientes—, no estoy de acuerdo con usted.

—Si puede refutar una sola de las frases que he pronunciado, madame, la escucharé con mucho gusto.

—¡Oh! No puedo contestarle. Carezco de respuesta. Mi mente no trabaja en esa dirección, pero siento que no está usted en lo cierto.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo siento porque no me rijo por mi cabeza, sino por mi corazón. Puede ser usted muy expresivo con su lógica, pero carece de alma.

—Madame, cuando veamos a seres humanos morir de hambre a nuestro alrededor, el corazón no servirá de nada. Y carezco de él lo suficiente como para decirle que cuando grite: «¡No podía imaginarlo!», nadie la perdonará por ello.

La mujer se alejó, con un estremecimiento en sus mejillas, exclamando colérica:

—¡Vaya modo divertido de hablar en una fiesta!

Un hombre elegante, de mirada evasiva, dijo en tono de forzada jovialidad, como si su única preocupación consistiera en no permitir que la atmósfera se hiciese desagradable:

—Si eso es lo que opina usted del dinero, debo manifestarle que me siento orgulloso de poseer una buena cantidad de acciones de la «d'Anconia Copper».

Francisco contestó gravemente:

—Le sugiero que reflexione bien sobre ello.

Rearden se acercó y Francisco, que al parecer no había mirado en su dirección, salió a su encuentro como si los demás no existieran.

—¡Hola! —dijo Rearden simplemente, con expresión sincera, como quien se dirige a un amigo de la infancia.

Vio su sonrisa reflejada en el rostro de Francisco.

—Hola.

—Deseo hablar con usted.

—¿Ya quién cree que he estado hablando durante el último cuarto de hora?

Rearden se rió por lo bajo, como quien reconoce que su oponente ha ganado el primer encuentro.

—No creí que se hubiera fijado en mí.

—Apenas llegar me he dado cuenta de que sólo usted y otra persona se alegraban realmente de verme.

—¿No se estará volviendo algo presuntuoso?

—No presuntuoso, sino… agradecido.

—¿Quién es la otra persona a quien alude?

—Una mujer —contestó Francisco con ligereza, encogiendo los hombros.

Rearden se dio cuenta de que Francisco lo había ido apartando del grupo de una manera tan habilidosa y natural, que ni él ni los otros pudieron sospechar que lo hiciera intencionadamente.

—No esperaba encontrarle aquí —dijo Francisco—. No debió haber venido a la fiesta.

—¿Por qué?

—¿Puedo, preguntar qué le ha impulsado a ello?

—Mi mujer sentíase ansiosa de aceptar la invitación.

—Perdóneme si lo digo de esta forma, pero hubiera sido más adecuado que le hubiese rogado llevarla a dar una vuelta por las casas de prostitución.

—¿A qué peligro se refiere?

—Míster Rearden, no conoce usted el modo en que esa gente realiza sus negocios, o cómo interpretan su presencia aquí. Según el código de usted, pero no el suyo, aceptar la hospitalidad de alguien representa una prueba de buena voluntad, la declaración de que uno y su invitado se mantienen dentro de los términos de una relación civilizada. Pues bien; no les atribuya semejante sentimiento.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted? Francisco se encogió alegremente de hombros.

—¡Oh!… No importa lo que yo haga. Ya sabe que voy de fiesta en fiesta.

—¿Qué hace en ésta?

—Tratando de efectuar una conquista.

—¿Lo ha logrado?

Con el rostro repentinamente atento, Francisco contestó gravemente, casi con solemnidad:

—Sí. Y creo que va a ser la mejor y la más importante de cuantas hice. La cólera de Rearden fue involuntaria; su exclamación no comportaba reproche, sino un leve acento despectivo.

—¿Cómo puede perder el tiempo de este modo?

La débil traza de una sonrisa, como el fulgor de una distante luz, se asomó a los ojos de Francisco al preguntar a su vez:

—¿Le importa admitir que semejante cosa puede llegar a preocuparle?

—Tendrá que escuchar unas cuantas admisiones más, si es lo que anda buscando. Antes de encontrarme con usted, solía preguntarme cómo puede despilfarrar una fortuna de este modo. Ahora es peor, porque no puedo despreciarle como antes. Sin embargo, la pregunta que me abruma es mucho más difícil: ¿cómo puede malgastar una mente como la suya?

—En este momento no creo estarla malgastando.

—No sé si alguna vez habrá existido algo que le importara de veras; pero voy a decirle una cosa que nunca he dicho a nadie. Cuando nos encontramos, ¿recuerda haber dicho que deseaba ofrecerme su gratitud?

No quedaba traza alguna de jovialidad en los ojos de Francisco. Rearden no se había enfrentado nunca a semejante expresión de respeto.

—Sí, míster Rearden —contestó vivamente.

—Yo le dije que no la necesitaba, y creo que se sintió insultado por ello. De acuerdo. Usted gana. El discurso que ha pronunciado esta noche responde a aquel ofrecimiento, ¿verdad?

—Sí, míster Rearden.

—Ha sido algo más que gratitud, y yo lo necesitaba; ha sido más que admiración; la necesitaba también; ha sido mucho más que lo que pueda expresar en palabras. Tardaré

bastantes días en reflexionar acerca de su regalo, pero de una cosa estoy seguro: de que me era necesario. Jamás he hablado así, porque nunca solicité la ayuda ajena. Si le ha divertido adivinar que me alegró verle, tendrá algo de qué reírse a partir de ahora, si lo desea.

—Quizá tarde unos cuantos años, pero acabaré demostrándole que éstas son precisamente las cosas de las que nunca me río.

—Demuéstrelo ahora, contestando a esta pregunta: ¿Por qué no practica lo que dice?

—¿Está seguro de que no lo hago?

—Si lo que propugna es cierto, si posee la grandeza de reconocerlo así, en la actualidad debería ser el industrial más encumbrado del mundo.

Con voz grave, igual que la que había empleado al referirse al caballero elegante, pero con cierta extraña nota de dulzura en la voz, Francisco respondió:

—¡Sugiero que reflexione usted profundamente sobre ello, míster Rearden.

—He pensado en usted mucho más de lo que quisiera admitir, pero nunca encontré respuesta.

—Déjeme ofrecerle una pista; si lo que he dicho es cierto, ¿quién es el más culpable de cuantos nos hallamos aquí esta noche?

—Supongo que… James Taggart.

—No, míster Rearden; no es James Taggart. Defina la culpabilidad a que aludo y señale a ese hombre.

—Hace años hubiera asegurado que era usted, algo creyendo que debiera afirmarlo así. Pero me siento casi en la posición de esa estúpida mujer que le habló antes; todas las razones de que soy consciente me dicen que es usted culpable… y sin embargo no puedo llegar a dicha conclusión.

—Está cometiendo el mismo error que esa mujer, míster Rearden, aunque en forma más noble.

—¿Qué pretende sugerir?

—Me refiero a algo más importante que lo que ha expresado sobre mí. Esa mujer y los que se le asemejan, evaden las ideas que comprenden son buenas. Usted expele de su mente las que cree malas. Ellos obran así por evitarse esfuerzos. Usted porque no quiere tomar en consideración nada que lo denigre. Ellos viven sus emociones a cualquier precio. Usted sacrifica las mismas como el coste primero de un problema. Ellos no quieren soportar nada. Usted pretende soportarlo todo. Ellos evaden responsabilidades. Usted las acepta. Pero, ¿no se fija en que los errores esenciales son los mismos? Cualquier negativa a reconocer la realidad por un motivo cualquiera, tiene consecuencias desastrosas. No existen pensamientos malvados aparte de uno: el de no querer pensar. No ignore sus propios deseos, míster Rearden. No los sacrifique. Examine su causa. Existe un límite a lo que debe soportar.

—¿Cómo sabe todo eso acerca de mí?

—Cometí el mismo error cierta vez, pero no por mucho tiempo.

—Desearía… —empezó Rearden, pero se detuvo bruscamente.

Francisco sonrió.

—¿Teme desear algo, míster Rearden?

—Desearía poder apreciarle tanto como me aprecio a mí.

—Daría… —Francisco se detuvo inexplicablemente, y Rearden observó en su mirar una emoción que no pudo definir, pero que, sin embargo, le pareció de pena; presenciaba el

primer momento de vacilación de su interlocutor—. Míster Rearden, ¿posee usted acciones de la «d'Anconia Copper»?

Rearden lo contempló maravillado.

—No.

—Algún día comprenderá la clase de traición que estoy cometiendo, pero… no se le ocurra comprar jamás acciones de la «d'Anconia Copper». No tenga tratos con esa compañía.

—¿Por qué?

—Cuando sepa las razones, sabrá si ha existido para mí alguna vez una cosa o una persona que me importaran algo; y… hasta qué punto pudieron importarme.

Rearden frunció el entrecejo. Acababa de recordar algo.

—Nunca tendría tratos con su compañía, ¿no acaba de aludir a quienes militan bajo dos banderas? ¿No será usted uno de los saqueadores que se está haciendo rico gracias a ciertas directrices?

Inexplicablemente aquellas palabras no ofendieron a Francisco, sino que devolvieron a su rostro su antigua expresión de seguridad.

—¿Cree que fui yo quien sugirió dichas disposiciones a los planeadores de saqueos?

—Si no fue usted, ¿quién fue entonces?

—Los que viajan en el mismo vehículo que yo.

—¿Sin su consentimiento?

—Sin mi consentimiento.

—No me gusta admitir hasta qué punto deseo creerlo, pero lo cierto es que no existe, por ahora, medio que le permita demostrar lo que ha dicho.

—¿No? Se lo demostraré dentro del próximo cuarto de hora.

—¿Cómo? Sigue en pie el hecho de que se ha aprovechado usted como el que más de las directrices en cuestión.

—Cierto. Me he aprovechado más de lo que míster Mouch y su pandilla pueden imaginar. Luego de tantos años de trabajo, me han facilitado la oportunidad que deseaba.

—¿Se está jactando de su éxito?

—¡Desde luego! —Rearden observó incrédulo que los ojos de Francisco tenían una expresión dura y brillante; no la de un frecuentador de fiestas, sino la de un hombre de acción—. Míster Rearden, ¿sabe usted dónde la mayoría de esos nuevos aristócratas guarda escondido su dinero? ¿Sabe en qué lugar la mayor parte de los buitres que predican un reparto digno, han invertido los beneficios obtenidos con el metal Rearden?

—No, pero…

—En acciones de la «d'Anconia Copper». Así se encuentran fuera del país, y en total seguridad. La «d'Anconia Copper», una compañía vieja e invulnerable, tan rica que se tardaría tres generaciones en devastarla. Una compañía regida por un decadente donjuán, a quien no importa un comino todo esto; un tipo que les dejará utilizar sus bienes del modo que quieran y continuará consiguiendo dinero para ellos, de manera automática, como sus antepasados. ¿No es una situación perfecta para los saqueadores, míster Rearden? Sólo que, ¿no cree que olvidan algo? Rearden lo miraba intensamente.

—¿Adonde pretende ir a parar? Francisco se rió de improviso.

—Esos oportunistas que se han beneficiado del metal Rearden, tienen malas perspectivas. Pero no querrá usted verles perder el dinero que logró para ellos, ¿verdad, míster Rearden? Sin embargo, ocurren accidentes en el mundo. Usted sabe que el hombre es sólo un juguete a merced de los caprichos de la naturaleza. Por ejemplo, mañana por la

mañana habrá estallado un incendio en los muelles de la «d'Anconia» en Valparaíso; un incendio que los arrase, junto con la mitad de las estructuras portuarias. ¿Qué hora es, míster Rearden? ¡Oh! Estoy algo confundido. Mañana por la tarde tendrá lugar un corrimiento de tierras en las minas «d'Anconia» en Orano; no habrá víctimas, ni ocurrirá desgracia alguna, excepto a las propias minas. Se observará que todo ha sucedido porque se trabajó en zonas equivocadas durante meses. Pero, ¿qué puede esperarse de una empresa dirigida por un irresponsable? Grandes depósitos de cobre quedarán enterrados bajo toneladas de piedras y de rocas. Un Sebastián d'Anconia no podría volver a extraerlos en menos de tres años, y un Estado cualquiera no podrá hacerlo jamás. Cuando los accionistas empiecen a darse cuenta, observarán que las minas de Campos, San Félix y Las Heras han sido trabajadas de la misma manera y que su producción representó pérdida durante más de un año; pero el donjuán embarulló los libros y mantuvo la noticia ignorada por los periodistas. ¿Debo contarle lo que descubrirán acerca de las fundiciones d'Anconia? ¿O de la flota d'Anconia? Todos estos descubrimientos no significarán beneficio alguno para los accionistas, porque las acciones de la «d'Anconia Copper» se hundirán mañana por la mañana haciéndose añicos como una bombilla al caer sobre un suelo de cemento, o como un ascensor «exprés» que se desplome, desparramando seguidores y partidarios por doquier.

La triunfante elevación del tono de voz de Francisco se mezcló con un nuevo sonido: el de la risa de Rearden.

Rearden no supo cuánto tiempo había durado aquel momento ni lo que sintió. Vino a ser como un golpe que lo lanzara hacia otra clase de conciencia, seguido de un nuevo golpe que lo devolvió a su verdadero ser. Había experimentado todo aquello como quien despierta de una toma, de narcóticos, notando una inmensa sensación de libertad, que no podía considerar real. Era algo parecido al incendio de las instalaciones Wyatt y se dijo que constituía une especie de peligro secreto.

Sin darse cuenta, se alejó un poco de Francisco d'Anconia, quien lo miraba atentamente, como si durante aquel desconocido lapso de tiempo no hubiera cesado de observarlo de idéntica manera.

—No existen malos pensamientos, míster Rearden —dijo suavemente—, excepto uno; el no querer pensar.

—No- repuso Rearden casi en un murmullo. Tenía que mantener baja la voz por temor a gritar—. No… si ésta es la clave para usted. Pero no espere que vitoree sus palabras… No posee usted la fuerza necesaria para combatir contra ellos… ha escogido el camino más fácil y más bajo… la deliberada destrucción… la destrucción de aquello que no produjo y a cuya altura no puede elevarse…

—Eso no es lo que leerá en los periódicos de mañana. No existirá evidencia de destrucción deliberada. Todo ocurrió de un modo normal, explicable y justificable, dentro del curso seguido por una total incompetencia. Y yo no creo que, en nuestros días, ésta se castigue ¿verdad? Los chicos de Buenos Aires y los de Santiago probablemente me entregarán incluso un subsidio a modo de consuelo y recompensa. Quedará todavía mucho de la «d'Anconia Copper», aunque una parte importante haya desaparecido. Nadie dirá que lo hice intencionadamente. En cuanto a usted, puede pensar lo que quiera.

—Creo que es el ser más malvado de toda esta reunión —dijo Rearden con voz serena y fatigada. Incluso el fuego de su cólera había desaparecido y no sentía nada, aparte del vacío que en él dejaba la desaparición de una gran esperanza—. Lo creo peor a cuanto había supuesto…

Francisco lo miró con una extraña sonrisa de serenidad; la serenidad de una victoria sobre el dolor. Pero no contestó.

Fue su propio silencio el que les permitió escuchar las voces de aquellos dos hombres situados a breves pasos de distancia, hacia los que se volvieron.

El caballero robusto y maduro era evidentemente un negociante de los que militan en la clase consciente y poco amiga de lo espectacular. Su traje de etiqueta era de buena calidad, pero estaba cortado a lo que debió ser la moda de veinte años atrás, y mostraba leves huellas verdosas en las costuras, demostrativas de que lo había lucido en pocas ocasiones. Los gemelos de su camisa, demasiado grandes, representaban la patética ostentación de una herencia; eran intrincadas piezas de antigua artesanía, que probablemente llegaron hasta él a través de cuatro generaciones, igual que sus negocios. Su cara tenía la expresión que en aquellos días marcaba al hombre honrado: una expresión de asombro. Miraba a su compañero, intentando consciente, desesperada y duramente comprender.

El otro era más joven y de menor estatura; un hombre pequeño, de carne apelmazada y pecho saliente, las delgadas puntas de su bigote aparecían hirsutas. En tono de protector aburrimiento decía a su compañero:

—No sé lo que ocurre. Todos se quejan del aumento en los costes; parece ser el lamento común en el mundo de los negocios; pero no se trata más que de lo usual en quienes ven reducirse un poco sus beneficios. Deberemos pensar y decidir si le permitiremos seguir ganando algo o no.

Rearden miró a Francisco, viendo un rostro cuya expresión lo situaba por encima de su concepto de lo que la pureza de un propósito puede obrar en la actitud de un hombre; era el rostro más implacable que hubiera podido contemplar jamás.

También él se había considerado muy duro, pero comprendió que nunca podría situarse al nivel de Francisco, alcanzar aquella mirada fría, desnuda e implacable, muerta para todo sentimiento, aparte del de la justicia. Se dijo que quien podía experimentar una emoción de tal clase era un gigante, no obstante sus defectos.

Pero aquello duró sólo un momento. Francisco se volvió hacia él con el rostro de nuevo normal y dijo con calma:

—He cambiado de opinión, míster Rearden. Me alegro de que viniera a la fiesta. Quiero que observe esto.

Y elevando la voz, Francisco dijo de pronto, en el tono desenvuelto, alegre e intencionado de quien carece por completo de responsabilidad:

—¿No quiere usted concederme ese préstamo, míster Rearden? Pues me pone en un verdadero compromiso. Necesito el dinero esta misma noche. Lo necesito antes de que la Bolsa abra mañana, porque de lo contrario…

No continuó, porque el hombrecillo del bigote lo había cogido del brazo.

Rearden nunca hubiera creído que un cuerpo humano cambiara de dimensiones de manera tan rápida. Aquel hombre había reducido su peso, su postura y su forma como si el aire escapara de sus rollizas carnes, y lo que hasta entonces fue un arrogante protector, convirtióse de repente en un pedazo de chatarra del que nadie hubiera hecho el menor caso.

—¿Le ocurre… algún contratiempo, señor d'Anconia? Quiero decir… ¿tiene dificultades en la Bolsa?

Francisco se llevó un dedo a los labios con expresión de alarma.

—Silencio —murmuró—. Por lo que más quiera, baje la voz. El otro se estremeció.

—¿Se encuentra… en un apuro?

—¿Tiene usted acciones de la «d'Anconia Copper»? —el otro asintió, incapaz de pronunciar palabra—. ¡Qué lástima! Escuche bien. Si me da su palabra de honor de no

repetirlo a nadie, le diré algo de la mayor importancia. Pero no quiero que inicie usted una oleada de pánico.

—Mi palabra de honor —jadeó el otro.

—Lo mejor que puede hacer es correr a casa de su agente y venderlas lo antes posible, porque las cosas no han marchado demasiado bien para la «d'Anconia Copper» en estos últimos tiempos. Estoy intentando reunir algún dinero, pero si no lo consigo, tendrá mucha suerte si mañana por la mañana consigue diez centavos por un dólar. ¡Oh! ¡Me olvidaba de que no podrá usted ponerse al habla con su agente antes de mañana! Lo siento.

Pero el otro había echado a correr, empujando a cuantos se oponían a su paso, como un torpedo disparado sobre la muchedumbre.

—¡Fíjese! —dijo Francisco brevemente, volviéndose hacia Rearden.

El hombrecito se había perdido entre la multitud; por dicha causa, no les fue posible averiguar a quién estaría vendiendo su secreto o si le quedaba aún astucia suficiente como para utilizarlo entre aquellos a los que debía favores. Lo que sí observaron fue que la estela de su paso se ampliaba por la habitación y que sus repentinas oleadas deshacían a la muchedumbre, primero como grietas y acelerando luego la destrucción, como cuando un muro está a punto de desplomarse; las hendiduras se ampliaron, pero no bajo un empuje humano, sino impulsadas por un imperceptible aliento de terror.

Las voces se ahogaron, produciéndose estanques de silencio, y luego empezaron a oírse sonidos de naturalezas distintas: histéricas y crecientes inflexiones de preguntas repetidas sin propósito, murmullos airados, un grito de mujer, y las risitas forzadas y espaciadas de quienes simulaban pretendiendo que no ocurría nada.

Había fragmentos de inmovilidad en la moción de aquella muchedumbre, como zonas de parálisis que se fueran extinguiendo poco a poco; se produjo una repentina calma cual si un motor hubiera dejado de funcionar; luego estalló el frenético, sincopado, insensato e indeciso movimiento de una avalancha al desplomarse por la falda de un monte atraída por la fuerza ciega de la gravitación, chocando entre sí y con las rocas del camino. La gente corría en dirección a los teléfonos tropezando unos con otros, aferrándose y empujándose. Aquellos hombres, los más poderosos del país, que sordos a cualquier poder ejercían una máxima autoridad sobre el sustento y sobre la alegría de sus habitantes y su proyección en años sobre la tierra, habíanse convertido en un montón de basura dispersa por el viento del pánico; en un montón de escombros, restos de una estructura cuyo pilar principal se había desplomado.

Mostrando de un modo casi indecente emociones que los siglos habían enseñado a los hombres a mantener ocultas, James Taggart corrió hacia Francisco gritando:

—¿Es cierto?

—¡Vaya, James! —le contestó Francisco sonriendo—. ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás tan alterado? El dinero es la fuente de todo mal… y me he cansado de ser malo.

Taggart dirigióse a la puerta, gritando algo a Orren Boyle. Éste asintió y siguió asintiendo con la vivacidad y sumisión de un sirviente inepto; luego se fue en otra dirección. Cherryl, el velo de cuyo vestido de novia se estremecía en el aire como una nube de cristal, al correr hacia James atrapó a éste en la puerta.

—Jim, ¿qué sucede?

Pero él la empujó violentamente hacia un lado, haciéndola chocar contra el estómago de Paul Larkin. Sólo tres personas permanecían inconmovibles y tranquilas como tres columnas espaciadas en el amplio recinto, mientras su visión discurría por entre aquellas ruinas: eran Dagny mirando a Francisco, y éste y Rearden mirándose uno a otro.

CAPÍTULO III

CHANTAJISMO BLANCO

—¿Qué hora es?

«Se está haciendo tarde», pensó Rearden al tiempo que contestaba:

—No lo sé. Tal vez todavía no sea medianoche. —Consultando su reloj de pulsera añadió —: Faltan veinte minutos.

—Voy a tomar un tren hacia casa —dijo Lillian.

Él escuchó la frase, pero ésta tuvo que esperar turno para penetrar en los atestados vericuetos de su conciencia. Permanecía contemplando con expresión ausente el salón de su «suite», situado a unos minutos de distancia en ascensor de aquel donde se había celebrado la fiesta.

Luego, contestó automáticamente:

—¿A esta hora?

—Todavía es temprano. Circulan muchos trenes.

—Aquí estás bien.

—No, prefiero irme a casa. Él no contestó.

—¿Y tú, Henry? ¿No quieres venir conmigo?

—No —repuso él—. Mañana tengo que celebrar aquí algunas entrevistas comerciales.

—Como quieras.

Se quitó la piel de los hombros, se la colocó sobre un brazo y empezó a caminar hacia la puerta del dormitorio; pero de pronto se detuvo.

—Aborrezco a Francisco d'Anconia —dijo con voz crispada—. ¿Por qué no ha mantenido la boca cerrada, al menos hasta mañana por la mañana? —Él no contestó—. ¡Es monstruoso! Hay que ver en qué situación ha puesto a su compañía. Desde luego, no es más que un corrompido donjuán, pero aún así, una fortuna como la suya representa una gran responsabilidad. Existe un límite a la negligencia permitida a un hombre. —Henry la miró; su cara estaba tensa, con las facciones agudizadas, haciéndola parecer mucho mayor—. Creo que tenía ciertas obligaciones con sus accionistas, ¿no te parece?… ¿No es así, Henry?

—¿No te importaría abandonar ese tema?

Ella realizó un breve movimiento lateral con los labios, equivalente a un encogimiento de hombros, y entró en el dormitorio.

Henry se situó ante la ventana, mirando la corriente de automóviles y dejando que su vista descansara mientras la facultad de ver quedaba desconectada de sus pupilas. Su mente seguía fija en la muchedumbre del salón, situado más abajo, y en dos figuras que formaban parte de la misma; pero de igual modo que el lugar en que se hallaba permanecía al borde de su visión, así la sensación de lo que tenía que hacer se mantenía junto a los límites de su conciencia. Por un instante comprendió que le era preciso quitarse el traje de etiqueta; pero en dicha idea figuraba cierto extraño sentimiento de reserva como si fuera a desnudarse en presencia de una mujer extraña. Sin embargo^ se olvidó de ello en seguida.

Lillian volvió a salir, tan acicalada como cuando llegó; el vestido «beige» de viaje realzaba su figura con su ceñido corte, y el sombrero ladeado dejaba al descubierto parte de su ondulada cabellera. Llevaba la maleta balanceándola un poco, como si quisiera demostrar su habilidad en manejarla.

Él alargó una mano, mecánicamente, para aligerarla de aquel peso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Lillian.

—Voy a llevarte a la estación.

—¿Así? No te has cambiado de ropa.

—No importa.

—No es preciso que me escoltes. Soy perfectamente capaz de encontrar el camino por mí misma. Si es que mañana has de celebrar esas reuniones, más vale que te acuestes en seguida.

Él no contestó, sino que acercóse a la puerta y la mantuvo abierta para que Lillian pasara, siguiéndola después al ascensor.

Guardaron silencio mientras iban en un taxi a¿ la estación. En momentos tales, cuando él observaba momentáneamente su presencia, podía notar que iba sentada muy rígida, cual si quisiera poner en evidencia la perfección de su actitud, despierta, alerta y contenta, como si a la mañana siguiente tuviera que emprender algún interesante viaje.

El coche se detuvo a la entrada del Terminal Taggart. Las deslumbradoras luces, cuya claridad inundaba la gran puerta de cristal, transformaban lo avanzado de la hora en una sensación de activa seguridad, sin relación alguna con el tiempo.

Lillian saltó ligeramente del coche, a la vez que decía:

—No, no. No es preciso que salgas. Vuélvete en el mismo taxi. ¿Vendrás a comer mañana… o el mes que viene?

—Te telefonearé —repuso él.

Lillian agitó su enguantada mano y desapareció bajo las luces de la entrada. Cuando el taxi iniciaba su marcha, Henry dio al chófer la dirección del piso de Dagny.

Estaba a obscuras cuando entró en él, pero la puerta del dormitorio quedaba a medio abrir, y oyó la voz de Dagny cuando decía:

—Hola, Hank.

Entró.

—¿Estabas dormida?

—No.

Encendió la luz. Dagny se hallaba en la cama, con la cabeza sobre la almohada y el pelo suavemente desparramado por encima de los hombros como si no se hubiera movido en mucho rato. Tenía la cara tranquila. Semejaba una escolar con el cuello del camisón azul pálido severamente levantado, pero la parte frontal del mismo ofrecía un deliberado contraste con la severidad en cuestión, porque era un despliegue de bordados azul pálido extraordinariamente lujoso y femenino.

Henry se sentó en el borde de la cama, mientras ella sonreía, dándose cuenta de que la rígida formalidad de su traje de etiqueta convertía aquella acción en algo sencillo, íntimo y natural. Él sonrió en respuesta. Había venido preparado para rechazar el perdón que Dagny le garantizara en la fiesta, del mismo modo que se rechaza el favor de un adversario demasiado generoso. Pero en vez de ello, alargó repentinamente la mano y la pasó por la frente de la joven, descendiendo por la línea de su pelo, en un gesto de protectora ternura, motivado por el repentino sentimiento de observar lo delicadamente

infantil que era aquel adversario, capaz de desafiar su fuerza y, al propio tiempo, necesitado de su protección.

—Estás soportando muchas cosas —dijo—. Y yo, en vez de aliviarte, todavía te las complico más…

—No, Hank. No es así, y tú lo sabes.

—Estoy seguro de que posees la energía necesaria como para no consentir que te perjudiquen, pero es una energía a la que no tengo derecho a apelar. Sin embargo, lo hago aunque sin ofrecerte solución ni compensación alguna. Sólo puedo admitir que lo sé y que no existe modo de pedir que me perdones.

—No hay nada que perdonar.

—No he debido llevarla allí.

—No me ha causado dolor alguno; pero…

—Dime.

—…pero ver el modo en que sufrías… se hacía insoportable.

—Aunque opino que el sufrimiento no sirve de nada, no he sufrido bastante. Si aborrezco una cosa, es hablar de mi propio dolor, porque no es asunto de nadie, sino mío; pero si quieres saberlo, y puesto que en realidad ya lo sabes… sí, he pasado un infierno. Ahora bien, me hubiera gustado que fuese aún peor.

Lo dijo duramente, sin emoción, como un veredicto impersonal sobre su propia persona. Sonrió con aire de divertida tristeza y ella le tomó la mano, se la llevó a los labios y movió la cabeza como si rechazase aquella idea, manteniendo la cara oculta tras los dedos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él sosegadamente.

—Nada. —Luego levantó la cabeza y añadió con voz firme—: Hank, yo sabía que estabas casado. Y supe, por tanto, lo que hacía. Sin embargo, opté por ello. No me debes nada ni tienes deber alguno hacia mí.

Hank movió la cabeza lentamente en señal de protesta.

—No quiero nada de ti —continuó Dagny—, excepto lo que tú quieras darme. ¿Recuerdas que cierta vez me llamaste comerciante? Quiero que acudas a mí sin buscar otra cosa que tu propio placer. Mientras desees seguir casado y cualesquiera que sean tus razones, no tengo derecho a lamentarlo. Mi sentido del comercio consiste en saber que la alegría que tú me das se ve pagada por la que extraes de mí; no por tus sentimientos o los míos. No acepto sacrificios ni los hago. Si me pidieras más de lo que significas para mí, rehusaría. Si me pidieras que abandonase el ferrocarril, me apartaría de tu lado. Si el placer de uno ha de ser comprado con el dolor del otro, mejor es que no haya intercambio. Una operación comercial en la que uno gana y el otro pierde es un fraude. En los negocios no se obra así, Hank. No lo hagas en tu vida.

Como un rumor de fondo a sus palabras, él recordaba las que le había dirigido Lillian; percibía la distancia que separaba a ambas mujeres; la diferencia en lo que buscaban de él y de la vida.

—Dagny, ¿qué opinas de mi matrimonio?

—No tengo derecho a opinar de él.

—Pero debes haber pensado en cómo pudo realizarse.

—Sí… antes de acudir a casa de Ellys Wyatt, pero nunca más desde entonces.

—Nunca me has preguntado nada.

—Ni lo haré.

Se produjo un instante de silencio, y luego, mirándola frente a frente, subrayando su primera renuncia a aquella intimidad que ella siempre le había garantizado, añadió:

—Quiero que sepas una cosa: no he vuelto a tocarla desde… que estuvimos en casa de Ellys Wyatt.

—Me alegro.

—¿Me creías capaz?

—Nunca me he permitido preguntármelo.

—Dagny, ¿quiere eso decir que… tú lo apruebas también?

—Sí.

—¿No me aborreces por ello?

—Tal vez te aborreciera, pero si tal ha sido tu elección la acepto. Te quiero, Hank.

Él tomó su mano y se la llevó a los labios, y Dagny notó la momentánea lucha que estremecía su cuerpo en el repentino movimiento con el que se inclinó hacia ella, casi derrumbándose, y mantuvo su boca pegada a su hombro. Luego la atrajo hacia sí hasta que su cuerpo, envuelto en el pálido camisón azul, quedó tendido sobre sus rodillas; la sostuvo con adusta violencia, como si aborreciera sus palabras o como si fueran las que más había deseado escuchar.

Inclinó su cara hacia la de ella, y Dagny volvió a escuchar la pregunta repetida una y otra vez en las noches del año transcurrido, siempre extraída de él involuntariamente, como en una expansión repentina que traicionara su constante y secreta tortura.

—¿Quién fue tu primer hombre?

Ella se irguió, tratando de separarse, pero Henry la retuvo.

—No, Hank —protestó con el rostro tenso.

El breve y conciso movimiento de los labios de él quiso ser una sonrisa.

—Sabía que no ibas a contestar, pero no por eso he de cesar de preguntarlo, porque se trata de algo que nunca aceptaré.

—Pregúntate por qué no has de aceptarlo.

Él contestó, moviendo la mano lentamente desde su seno a sus rodillas, cual si quisiera dar fe de su posesión o como si la odiara.

—Porque… las cosas que me has permitido hacer… nunca creí que las consintieras ni aun a mí… pero saber que lo hiciste, y es más, que las has permitido a otro hombre al que deseaste y al que…

—¿Comprendes lo que estás diciendo? No has aceptado nunca mi deseo de ti, porque nunca aceptaste que debiera desearte del mismo modo que pude desear a otro.

—Es cierto —aceptó él en voz baja.

Dagny se separó con un brusco y retorcido movimiento y quedó en pie, pero permaneció mirándole con una débil sonrisa y dijo dulcemente:

—¿Te das cuenta de cuál es tu verdadera culpa? Aunque poseas capacidad para ello, jamás has aprendido a disfrutar. Siempre rechazaste con demasiada facilidad tu propio placer. Siempre estuviste dispuesto a soportar dolores.

—También él lo ha dicho.

—¿Quién?

—Francisco d'Anconia.

Se preguntó por qué había recibido la impresión de que aquel nombre la estremecía y de que su contestación llegaba tras una pausa quizá demasiado larga.

—¿Él te ha dicho eso?

—Estábamos hablando de un tema muy distinto.

Al cabo de un momento, Dagny dijo con voz tranquila:

—Te vi charlar con él. ¿Cuál de los dos insultaba al otro esta vez?

—No nos insultábamos. Dagny, ¿qué opinas de él?

—Creo que lo ha hecho intencionadamente… me refiero al lío que nos espera mañana.

—Lo sé. Pero sigo preguntándote qué opinas de él como persona.

—No sé qué decirte. Debería opinar que es el ser más depravado que he conocido en mi vida.

—Deberías creerlo así, pero no lo crees, ¿verdad?

—No. No logro estar completamente convencida. Hank sonrió.

—Eso es lo extraño en él. Sé que es un mentiroso, un holgazán y un Don Juan barato; el desperdicio de ser humano más irresponsable que nunca pude imaginar. Sin embargo, cuando lo miro siento que si alguna vez tuviera que confiar mi vida a un hombre, se la confiaría a él.

—Hank —jadeó Dagny—, ¿no irás a decir que le tienes aprecio?

—Digo que no supe lo que significa sentir aprecio hacia un hombre y que no supe tampoco cuánto eché de menos ese sentimiento… hasta conocerle.

—¡Cielos, Hank! Sientes admiración por él.

—Sí, en efecto —sonrió—. ¿Por qué te asusta tanto?

—Porque… porque creo que te va a perjudicar de un modo horrible… y que cuanto más te compenetres con él, más difícil te va a ser de soportar… Tardarás mucho tiempo en sobreponerte… si es que alguna vez… Creo que he de ponerte en guardia contra él, pero no puedo, porque no estoy segura de nada respecto a su persona. No sé siquiera si es el mejor o el peor hombre del mundo.

—Yo tampoco estoy seguro de nada… excepto de que le tengo aprecio.

—Piensa en lo que ha hecho. No ha perjudicado sólo a Jim y a Boyle, sino a ti y a mí, y a Ken Danagger y a los demás. La pandilla de Jim se limitará a resarcirse en nosotros, y ocurrirá otro desastre como el del incendio de Wyatt.

—Sí… sí, como el incendio de Wyatt. Pero verás; esto no me preocupa demasiado. ¿Qué representa otro desastre? Todo desaparecerá. Es sólo cuestión de tiempo, puede ocurrir de prisa o lentamente. Cuanto nos queda por hacer es mantener el buque a flote mientras podamos y luego hundirnos con él.

—¿Es ésa la excusa que Francisco da de sus actos? ¿Es eso lo que te ha hecho sentir?

—No. ¡Oh, no! Es lo que siento por iniciativa propia cuando hablo con él. Lo que me obliga a sentir resulta más extraño todavía.

—¿A qué te refieres?

—A la esperanza.

Ella hizo una señal de asentimiento, totalmente perpleja, sabiendo que también había experimentado lo mismo que Henry.

—No sé por qué —continuó Hank—, pero cuando miro a la gente me parece hecha sólo de dolor. En cambio, con él no ocurre igual ni tampoco contigo. Apenas estoy en su presencia, pierdo la terrible sensación de abatimiento que flota a nuestro alrededor. Aquí también la pierdo. Pero en ningún otro lugar.

Ella se aproximó de nuevo y se dejó*caer, sentándose a sus pies y apretando el rostro contra sus rodillas.

—Hank, todavía tenemos mucho por delante… y mucho ahora también. Él miró aquella forma envuelta en seda azul pálido acurrucada contra el negro de su traje. Se agachó y le dijo en voz baja:

—Dagny… cuando te dije aquello en casa de Ellis Wyatt, creo que me estaba mintiendo a mí mismo.

—Lo sé.

* * *

A través de una llovizna gris, el calendario colocado sobre los tejados indicaba: septiembre 3. Y en otra torre un reloj señalaba esta hora: las 10,40, conforme Rearden regresaba en su coche al Hotel Wayne-Falkland. La radio del automóvil estaba lanzando al espacio los chillones sonidos de una voz presa de pánico que anunciaba el hundimiento de la «d'Anconia Copper».

Rearden se reclinó, fatigado, contra el asiento; aquel desastre le parecía una rancia noticia leída mucho tiempo atrás; no sentía nada, excepto una incómoda sensación de impropiedad al encontrarse en la calle a aquella hora de la mañana, vistiendo traje de etiqueta. No sentía deseo alguno de regresar del mundo que había dejado a aquel otro mundo que percibía entre la llovizna, al otro lado de la ventanilla del taxi.

Hizo girar la llave en la puerta de su suite, confiando en situarse ante un escritorio tan pronto como le fuera posible, sin tener que observar cuanto hubiese a su alrededor.

Todas aquellas cosas fueron percibidas simultáneamente por su conciencia: la mesa del desayuno, la puerta que conducía a su dormitorio, abierta, dejando ver una cama en la que alguien había dormido, y la voz de Lillian al decirle:

—Buenos días, Henry.

Estaba sentada en un sillón, con el mismo vestido que llevaba el día anterior, pero sin la chaqueta ni el sombrero; su blanca blusa tenía un aspecto atildado y formal. Había restos de desayuno en la mesa. Fumaba un cigarrillo con el aire y la actitud de quien lleva largo rato esperando pacientemente.

Como él permanecía inmóvil, Lillian se tomó el tiempo necesario para cruzar las piernas y colocarse más cómodamente. Luego inquirió:

—¿Vas a darme alguna explicación, Henry?

Él permanecía como si vistiera uniforme militar y estuviese realizando una gestión oficial donde no se permitiera demostrar emociones.

—Eres tú quien debe dármelas.

—¿No intentarás justificarte?

—No.

—¿No solicitarás que te perdone?

—No existe motivo por el que hayas de perdonarme. No tengo nada que añadir. Ya sabes la verdad. Ahora todo depende de ti.

Ella se rió suavemente, estirándose y frotando la espalda contra el respaldo del sillón.

—¿No esperabas ser descubierto más tarde o más temprano? —preguntó—. Si un hombre como tú permanece puro como un monje durante más de un año, no es difícil sospechar la razón. Resulta curioso que ese célebre cerebro tuyo no te haya puesto en guardia contra un procedimiento tan simple —señaló la habitación y la mesa—. Estaba segura de que anoche no regresarías. Y no me fue difícil ni costoso enterarme esta mañana por un

empleado del hotel de que no has dormido ni una sola noche aquí durante el año pasado. Él no contestó.

—¡El hombre de acero! —Lillian se echó a reír—. ¡El hombre de los triunfos! ¡El de una honorabilidad superior al resto de los humanos! ¿Es bailarina en un teatro o manicura en una barbería frecuentada por millonarios?

Él guardó silencio.

—¿Quién es, Henry?

—No te contestaré.

—Quiero saberlo.

—No lo sabrás.

—¿No te parece ridículo estar representando el papel de caballero protector del nombre de su dama… o el de un caballero cualquiera a partir de ahora? ¿Quién es ella?

—Ya he dicho que no contestaré.

—De todos modos, esto no significa ninguna diferencia —indicó Lillian encogiéndose de hombros—. Para determinadas cosas, tan sólo existe un tipo de persona. Siempre he creído que bajo tu aire ascético eres un sensual que sólo busca en la mujer una satisfacción animal que me enorgullezco de no haberte ofrecido. Supe que tu cacareado sentido del honor se vendría abajo algún día y te verías atraído hacia el más bajo y más barato tipo de mujer, lo mismo que cualquier otro esposo desleal. —Se rió—. Esa gran admiradora tuya, Miss Taggart, se enfureció conmigo por la simple sugerencia de que su héroe no era tan puro como su metal anticorrosivo. Y fue tan ingenua como para imaginar que pude catalogarla dentro del tipo que los hombres encuentran atractivo para una amistad en la que buscan algo que evidentemente nada tiene que ver con el cerebro. Supe cuáles eran tu naturaleza y tus inclinaciones auténticas. ¿Me equivoqué? —Él no contestó —. ¿Sabes lo que pienso de ti ahora?

—Tienes derecho a condenarme del modo que prefieras. Ella se echó a reír.

—El gran hombre tan desdeñoso… en los negocios, hacia los seres débiles que se quedaban en un rincón o abandonados en el arroyo porque no podían compararse a su fortaleza de carácter y a su firmeza de propósito. ¿Qué sientes ahora, cuando te hablo de eso?

—Mis sentimientos no deben importarte. Tienes derecho a decidir lo que quieras. Accederé a cualquier demanda excepto una: no me pidas que la deje.

—¡Oh! ¡Nunca te pediré tal cosa! No 4oy ahora a confiar en que cambies de naturaleza. Te has situado a tu verdadero nivel… por debajo de toda esa grandiosidad, de fabricación propia, que te presenta como un caballero de la industria, elevado por su propio genio desde el fondo de las minas hasta las mesas bien servidas y los lacitos blancos. Éstos te encajan perfectamente cuando regresas a casa a las once de la mañana. En realidad, jamás superaste la época de las minas; es a ellas a las que perteneces. Todos vosotros, príncipes de la caja registradora, encumbrados por iniciativa propia, os sentís atraídos por las salas de baile de los sábados por la noche, llenas de viajantes de comercio y de muchachas llamativas.

—¿Quieres divorciarte?

—¡Cómo te gustaría! ¡Valiente negocio para ti! ¿No imaginas que comprendo muy bien tus deseos de divorciarte desde el primer mes de nuestro matrimonio?

—Si piensas así, ¿por qué permaneciste a mi lado?

—Es una pregunta que has perdido el derecho a formular —le contestó ella ásperamente.

—Desde luego —convino Hank, pensando que sólo una razón concebible, su amor hacia él, podía justificar semejante respuesta.

—No. No voy a divorciarme de ti. ¿Crees que permitiré que tu idilio con una cualquiera me prive de mi hogar, de mi nombre y de mi posición social? Pienso conservar cuantas piezas de mi vida pueda; todo aquello que no descanse sobre una base tan floja como tu fidelidad. No abrigues duda alguna acerca de esto: jamás te concederé el divorcio. Te guste o no, estás casado y casado seguirás.

—Lo haré, si así lo deseas.

—Y además, no consideraré… A propósito, ¿por qué no te sientas? Pero él permaneció en pie.

—Por favor, dime en seguida cuanto tengas que decirme.

—No consideraré ningún divorcio extraoficial, como, por ejemplo, la separación. Puedes continuar tu idilio en los vagones del metro y en los sótanos adonde pertenece, pero a los ojos del mundo deseo seguir siendo la esposa de Henry Rearden. Siempre has proclamado tan exagerada devoción hacia la honestidad, que ahora bien puedes permitirme verte condenado a una vida de hipócrita, lo que realmente eres. Espero que mantengas tu residencia en nuestro hogar, oficialmente, pero a partir de ahora, sólo será mío.

—Como quieras.

Lillian se echó hacia atrás con aire displicente, como quien intenta descansar sin preocuparse demasiado de quién tenga delante. Conservaba las piernas separadas y los brazos colocados en líneas paralelas sobre los del sillón, como un juez que se permitiera unos instantes de relajamiento.

—¿Divorcio? —preguntó riendo fríamente—. ¿Creías que ibas a salir airoso de un modo tan sencillo? ¿Creíste conseguirlo al precio de unos cuantos millones ofrecidos como compensación? Estás tan acostumbrado a comprar cuanto deseas por el simple expediente de tus dólares, que no puedes concebir cosas no comerciales, no negociables, no sujetas a ninguna clase de intercambio. Eres incapaz de creer que pueda existir una persona con sentimientos en los que no se incluya el dinero. No puedes imaginar lo que eso significa. Pues bien, creo que ha llegado el momento de que lo aprendas. ¡Oh sí! A partir de ahora accederás a cualquier exigencia mía. Quiero que permanezcas en ese despacho del que tan orgulloso te sientes y en esos preciosos altos hornos tuyos, representando el papel de héroe que trabaja dieciocho horas al día; de gigante de la industria, que mantiene en movimiento a todo el país; de genio situado por encima del rebaño común de gimientes, mentirosos y abrumados humanos. Pero luego quiero que vengas a casa y te enfrentes a la única persona que te conoce como realmente eres; que sabe cuál es el valor real de tu palabra, de tu honor, de tu integridad y de tu jactancioso amor propio. Quiero que te encuentres en tu propio hogar frente a la única persona que te desprecia, con perfecto derecho para ello. Quiero que me mires cada vez que construyas una nueva fundición o consigas una producción de acero superior a la normal o escuches aplausos y frases admirativas; siempre que te sientas orgulloso de ti, o que te creas limpio, o que te emborraches con el sentimiento de tu propia grandeza. Quiero que me mires cuando escuches comentar algún acto depravado o sientas cólera contra la corrupción humana, o desprecio hacia la doblez de alguien o seas víctima de alguna extorsión gubernamental; que me mires y sepas que no eres mejor, ni superior a nadie; que no existe nada que tengas derecho a condenar. Quiero que te enteres del destino con que tropezó el hombre que intentó construir una torre hasta el cielo o el que quiso llegar al sol con alas de cera… o tú mismo: el hombre que pretendió aparecer como perfecto.

En algún lugar externo, como si estuviera leyendo en un cerebro que no era el suyo, Hank observó la existencia de un fallo en el plan de castigo qué ella deseaba imponerle; algo equivocado, despojado de propiedad o de justicia; algún cálculo falso que lo demolería todo, caso de poder descubrirlo. Pero no intentó hacerlo por entonces. El pensamiento

siguió su curso como una anotación momentánea, efectuada en un momento de fría curiosidad, para ser sacada a colación en un distante futuro. No existía nada en su interior hacia lo que sintiera interés u ocasionara una reacción.

Tenía el cerebro turbio a causa del esfuerzo efectuado para retener el último fragmento de su sentido de la justicia y oponerlo a la arrolladura oleada de repulsión que privaba a Lillian de toda actitud humana, aun cuando se insistiera interiormente una y mil veces en que no tenía derecho a sentir aquello. Se dijo que si era aborrecible, él la había llevado a dicho extremo, que aquella era su manera de responder al dolor, que nadie puede prever la forma en que un ser humano soportará el sufrimiento, ni hacerla objeto de recriminaciones, y menos que nadie él, autor de semejante situación. Pero no había notado evidencia alguna de dolor en su actitud. Pensó en que acaso la cólera era el medio al que recurría para ocultarlo. Luego no pensó en nada, excepto en apartar de sí la repulsión que aquello le causaba.

Cuando ella hubo cesado de hablar, le preguntó:

—¿Has terminado?

—Sí. Creo que sí.

—Entonces, lo mejor que puedes hace^ es tomar el tren y volverte a casa.

Cuando empezó a quitarse el traje de etiqueta, descubrió que los músculos le dolían como al final de un largo esfuerzo físico. Tenía la almidonada camisa rígida a causa del sudor. No quedaban en él ideas ni sentimientos, sino tan sólo un estado de ánimo en el que se mezclaban restos de ambas cosas; una sensación de felicitación por la mayor victoria jamás conseguida sobre sí mismo: la de que Lillian hubiera salido viva de aquella suite del hotel.

* * *

Al entrar en el despacho de Rearden, el doctor Floyd Ferris mostraba la expresión de quien se siente tan seguro del éxito de un ruego, que puede permitirse incluso una sonrisa benévola. Hablaba con suave y amena expresión de aplomo y a Rearden le produjo la impresión de que aquella seguridad se parecía a la de un experto en las cartas que, luego de haber realizado un prodigioso esfuerzo para retener en la memoria toda posible variación del juego, tiene la plena segundad de que cada uno de los naipes está identificado.

—Bien, míster Rearden —dijo a modo de saludo—. No sabía que incluso un nombre tan endurecido como yo en las funciones públicas y que ha estrechado tantas manos famosas, pudiera experimentar aún cierta emoción al enfrentarse a un personaje eminente; pero eso es lo que siento ahora, créame o no.

—¿Cómo está? —preguntó simplemente Rearden.

El doctor Ferris tomó asiento y expresó unas cuantas observaciones acerca del colorido del follaje en el mes de octubre, según había observado yendo por la carretera en su largo trayecto desde Washington, emprendido específicamente con el propósito de entrevistarse con míster Rearden. El aludido no contestó. El doctor Ferris miró por la ventana e hizo un comentario acerca de la estimulante visión de las fundiciones Rearden, que a su modo de ver eran una de las empresas productoras mejores del país.

—Ése no es el modo en que opinaba de mí y de mis productos hace año y medio —le recordó Rearden.

El doctor Ferris frunció ligeramente el ceño, como si se le hubiera escapado algún detalle en su vigilancia del juego, costándole casi la pérdida de éste; pero luego sonrió seguro de haber conseguido salvarlo.

—De esto hace año y medio, míster Rearden —contestó vivamente—. Los tiempos cambian y las gentes varían con el tiempo… al menos las que poseen inteligencia. La sabiduría reside en saber cuándo hay que recordar y cuándo olvidar. La persistencia no es un hábito prudente ni, por otra parte, cabe esperarlo de la raza humana.

Procedió entonces a discutir acerca de la insensatez de la persistencia en un mundo en el que nada es absoluto, excepto el principio de los mutuos compromisos. Hablaba con animación, pero de un modo casual, como si ambos comprendieran que no era aquél el tema principal de su entrevista. Sin embargo, de manera extraña, no se expresaba tampoco en tono de preámbulo, sino en el de un epílogo en el que el tema principal hubiera quedado zanjado mucho antes.

Rearden esperó el primer: «¿No lo cree así?» Y repuso:

—Por favor, póngame al corriente del urgente asunto por el que ha solicitado esta entrevista.

El doctor Ferris permaneció sorprendido y perplejo unos momentos y luego dijo con expresión brillante, como si acabara de recordar un tema sin trascendencia, que pudiera ser resuelto sin esfuerzo:

—¡Ah, sí! Era algo relacionado con las fechas de entrega del metal Rearden al Instituto Científico del Estado. Quisiéramos tener quince mil toneladas para el primero de diciembre, y a partir de entonces, accederíamos a esperar el resto hasta después de primero de año.

Rearden permaneció mirándolo fijamente durante largo rato. A cada momento transcurrido, la alegre entonación de la voz del doctor Ferris, colgando todavía en el aire de la habitación, parecía más insensata que el momento anterior. Cuando el doctor Ferris empezaba a temer que su interlocutor no contestara, Rearden dijo:

—Ese policía de tráfico con polainas de cuero al que mandó aquí, ¿no le informó acerca de su conversación conmigo?

—Sí, sí, míster Rearden, pero…

—¿Qué otra cosa desea saber?

—De eso nace cinco meses, mister Rearden. A partir de entonces ha ocurrido algo que me confiere la plena segundad de que ha cambiado usted de parecer y de que no nos originará más molestias, del mismo modo que nosotros tampoco se las causaremos a usted.

—¿A qué se refiere?

—A un acontecimiento acerca del cual está mejor informado que yo… pero, ¿ve?, también me he enterado, aun cuando quizá usted prefiriese que no.

—¿Qué acontecimiento?

—Puesto que es un secreto, míster Rearden, ¿por qué no dejarlo así? ¿Quién no guarda secretos hoy día? Por ejemplo, el «proyecto X» es un secreto. Usted sabe que podríamos obtener su metal haciendo que distintas dependencias oficiales lo compraran en pequeñas cantidades y nos lo transfiriesen luego a nosotros. No podría impedirlo; pero ello implicaría, por otra parte, emplear a un número muy crecido de condenados burócratas. —El doctor Ferris sonrió con una franqueza que desarmaba a cualquiera—. ¡Oh, sí! Somos tan impopulares entre nosotros como con los ciudadanos. Sería necesario enterar del secreto relativo al «proyecto X» a toda una pandilla de burócratas, lo que en los tiempos actuales resultaría contraproducente. Y lo mismo cualquier publicidad periodística acerca del proyecto, caso de tener que someterle a usted a juicio por rehusar el cumplimiento de la orden estatal. Pero si se viera obligado a enfrentarse a otro cargo mucho más serio, en el que ni el «proyecto X» ni el Instituto Científico del Estado estuvieran complicados, y en el que no pudiera usted apelar a ninguna razón de principios

ni provocar la simpatía del público hacia su persona, ello no nos resultaría perjudicial, y en cambio a usted le costaría más de lo que quizá deseara. En consecuencia, lo único práctico es ayudamos a mantener el secreto y conseguir que contribuyamos a mantener el suyo… Estoy seguro de que se da cuenta de nuestra capacidad total para mantener apartados de su rastro a los burócratas durante el tiempo que deseemos.

—¿Qué acontecimiento, qué secreto y qué rastro son ésos?

—¡Vamos, vamos, míster Rearden! No se ponga tan infantil. Se trata de las cuatro mil toneladas de metal Rearden que entregó a Ken Danagger —respondió el doctor Ferris con acento voluble. Rearden no contestó.

—¡Las cuestiones de principio representan una molestia tan grande!

—exclamó el doctor Ferris sonriendo—. Y una pérdida de tiempo inútil para cuantos se relacionan con ellas. ¿Irá usted a pretender ser un mártir por una cuestión de principios en circunstancias en que nadie lo sabrá, excepto usted y yo? ¿Cuando no disfrutará de la posibilidad de pronunciar una sola palabra acerca de la cuestión o del principio? ¿Cuando no será un héroe creador de un metal nuevo y espectacular, actuando contra enemigos cuyas acciones quizá aparezcan algo confusas a ojos del público, sino un delincuente común, un avariento industrial que ha contravenido las leyes, con el simple propósito de conseguir beneficios; un oportunista del mercado negro que ha quebrantado las regulaciones nacionales, implantadas para proteger al público; un héroe sin gloría y sin espectadores que no lograra más allá de media columna en la página quinta de un periódico? ¿Le gustaría ser esa clase de mártir? Porque la cuestión puede plantearse así: o nos permite disponer de ese metal o va usted a la cárcel por diez años, acompañado de su amigo Danagger.

Como biólogo, el doctor Ferris siempre se había sentido fascinado por la teoría de que los animales poseen el don de olfatear el miedo y había intentado desenvolver una capacidad similar en si mismo. Observando a Rearden llegó a la conclusión de que éste había decidido ceder, porque no conseguía observar en él traza alguna de miedo.

—¿Quién ha sido el informador? —preguntó Rearden.

—Uno de sus amigos, míster Rearden, propietario de una mina de cobre en Arizona, nos notificó que el mes pasado había comprado usted una cantidad extraordinaria de cobre, superior al tonelaje regular requerido para la producción mensual de acero Rearden, según lo establecido por la ley. El cobre es uno de los ingredientes que se emplean en su metal, ¿verdad? Aquella información nos bastó. El resto fue fácil de averiguar. No debe usted enfadarse demasiado con ese hombre. Los productores de cobre, como sabe muy bien, se encuentran hoy en una situación tan difícil, que aquel caballero tuvo que ofrecer algo muy valioso con el fin de obtener un favor determinado: un «auxilio de urgencia» que suspendió algunas de las directrices, otorgándole unos instantes de respiro. La persona a quien transmitió su información, supo dónde sería ésta evaluada y me la reveló a cambio de algunos favores que también ella necesitaba. Toda la evidencia necesaria, así como los diez próximos años de su vida, están ahora en mi poder y le ofrezco un trato. Me siento seguro de que no se opondrá, puesto que el comercio es su especialidad. Quizá la forma le parezca algo distinta a la que se usaba en su juventud, pero es usted un traficante inteligente que siempre ha sabido aprovechar los cambios de situación. Pues bien: tal es la misma ahora. No le será difícil observar dónde reside su interés primordial y actuar de acuerdo con ello.

—En mi juventud esto se llamaba chantaje —respondió Rearden con calma.

El doctor Ferris hizo una mueca.

—Así es, míster Rearden. Pero acabamos de inaugurar una época más realista.

Sin embargo, Rearden pensó que existía cierta diferencia peculiar entre los modales de un chantajista corriente y los del doctor Ferris. Un chantajista hubiera mostrado señales de deleitarse con el daño que causaba a su víctima y de reconocer su mal; hubiera insinuado una amenaza y creado cierto sentimiento de peligro para ambos. En cambio, el doctor Ferris no hizo nada de eso. Su actitud era la de quien negocia de un modo completamente natural, creando una atmósfera de seguridad, desprovista de todo tono de condena y dotada, en cambio, de cierta camaradería basada en el desprecio hacia si mismo. Rearden se inclinó hacia delante en actitud de vivo interés, creyéndose a punto de descubrir otro fragmento de aquel sendero apenas entrevisto.

Al notar la mirada de interés de Rearden, el doctor Ferris sonrió y felicitóse por haber pulsado la tecla exacta. El juego se le aparecía ahora completamente claro; los distintos fragmentos del conjunto se situaban en el requerido orden; pensó que ciertos hombres harían cualquier cosa con tal de que dicho orden quedara innominado; pero aquel hombre deseaba claridad; se mostraba como el duro realista con el que había confiado enfrentarse.

—Es usted hombre práctico, míster Rearden —dijo el doctor Ferris amistosamente—. No comprendo por qué se empeña en rezagarse respecto al tiempo. ¿Por qué no se ajusta al mismo y obra de acuerdo con él? Es más listo que la mayoría. Es una persona de grandes valores, con la que desde hace tiempo queríamos relacionarnos, y cuando supe que intentaba marchar por la senda de Jim Taggart comprendí que podríamos conseguir algo. No se preocupe de Jim Taggart; es un «don nadie», un tipo mezquino. —Dedíquese a piezas mayores. Podemos utilizarlo y usted a nosotros. ¿Quiere que actuemos contra Orren Boyle? Le ha dado un buen vapuleo. ¿Quiere que lo achiquemos un poco? Podría conseguirse. ¿O desea que mantengamos a raya a Ken Danagger? Fíjese en lo poco práctico que ha sido usted acerca de esto. Sé por qué le vendió el metal: porque necesita su carbón. Corre el riesgo de ir a la cárcel y de pagar enormes multas sólo por mantenerse junto a Ken Danagger. ¿Llama usted a esto buenos negocios? Llegue a un acuerdo con nosotros y haga comprender a míster Danagger que, si traspasa la línea, será él quien vaya a la cárcel. Porque usted dispone de amigos y él no. A partir de entonces no tendrá tampoco que preocuparse por su suministro de carbón. Es el sistema moderno de realizar tratos. Pregúntese a sí mismo cuál es el método más práctico. Y por más cosas que se hayan dicho de usted, nadie ha negado todavía sus grandes cualidades de industrial y su obstinado realismo.

—Así es —concedió Rearden.

—Y así lo he pensado siempre —dijo Ferris—. Consiguió usted su riqueza en una época en que la mayoría de los hombres se arruinaban; siempre se las compuso para eliminar obstáculos, mantener en funcionamiento sus altos hornos y conseguir dinero. Ésa es su reputación. No vaya ahora a mostrarse poco práctico. ¿De qué le serviría? ¿Qué le importa nada mientras siga ganando dinero? Deje las teorías para gente como Bertram Scudder, y los ideales para personas como Balph Eubank y encuéntrese a si mismo. Descienda hasta la tierra. No pertenece a la clase de hombre que deja a los sentimientos interferirse con los negocios.

—No —dijo Rearden lentamente—. No lo haría por ninguna clase de sentimiento.

El doctor Ferris sonrió.

—¿Cree que no lo sabíamos? —preguntó en un tono sugerente de que pretendía impresionar a un colega en actividades criminales, desplegando ante él una astucia superior—. Hemos esperado largo tiempo para conseguir algo de usted. Las personas honradas representan un problema muy arduo y grandes complicaciones. Pero sabíamos que más tarde o más temprano cometería un desliz. Eso era simplemente lo que deseábamos.

—Parece usted muy complacido.

—¿Acaso no tengo motivos para estarlo?

—Pero después de todo, yo he quebrantado una de sus leyes.

—Bien. ¿Para qué cree que se promulgaron?

El doctor Ferris no notó la súbita expresión que se había pintado en la cara de Rearden. La expresión de quien acaba de ver por vez primera lo que ha estado intentando descubrir desde hace rato. Por su parte, el doctor Ferris había sobrepasado el momento en que era necesario ver y permanecía atento, a fin de descargar los últimos y decisivos golpes a un animal atrapado en su trampa.

—¿Cree usted que queremos ver cumplidas dichas leyes? —preguntó—. Lo que deseamos es que se quebranten. Hará bien en darse cuenta de que no está tratando con un grupito de boy scouts; sólo así comprenderá que ésta no es una época para gestos hermosos. Anhelamos el poder y vamos directos a él. Ustedes sólo son segundones. Nosotros conocemos los verdaderos trucos y será mejor que obren de acuerdo con esto. No existe poder en gobernar a gentes inocentes. El único poder para cualquier Gobierno es el de lanzarse en tromba contra los criminales. Y cuando no existen suficientes criminales, hay que inventarlos. Se declaran delictivos tantos actos distintos, que es imposible vivir sin quebrantar alguna ley. ¿Quién desea una nación de ciudadanos defensores de la ley? ¿De qué sirve eso? Pero apruébense leyes que nadie puede observar, que es imposible hacer cumplir, que no pueden interpretarse de manera objetiva, e inmediatamente habréis creado una nación de transgresores y en seguida podréis operar sobre los culpables. Tal es el sistema, míster Rearden; tal es el juego, y en cuanto lo haya comprendido será usted mucho más fácil de tratar.

Observando cómo el doctor Ferris le miraba, notó en él la repentina crispación de ansiedad que precede al pánico, como si una carta limpia procedente de un mazo que el doctor Ferris no hubiera visto nunca acabara de caer sobre la mesa.

Lo que por su parte el doctor Ferris veía en Rearden era esa expresión de luminosa serenidad que procede de la súbita solución de un problema obscuro y viejo; un aire de tranquilidad mezclado a anhelo. Había en los ojos de Rearden una claridad juvenil y en la línea de sus labios se pintaba un debilísimo toque de desdén. Significara lo que significara… y el doctor Ferris no pudo descifrarlo, estaba seguro de una cosa: de que aquella cara no expresaba sentimiento alguno de culpabilidad.

—Existe un fallo en su sistema, doctor Ferris —dijo Rearden tranquilamente, casi con ligereza—. Un fallo práctico que descubrirá cuando me someta a juicio por haber vendido cuatro mil toneladas de metal Rearden a Ken Danagger.

Transcurrieron veinte segundos, que Rearden pudo sentir uno tras otro, conforme se esfumaban lentamente, y al final de los mismos el doctor Ferris tuvo el convencimiento de que acababa de escuchar la decisión final de su interlocutor.

—¿Pretende insinuar que estamos alardeando vanamente? —preguntó.

Su voz había cobrado repentinamente idéntica cualidad a la de los animales que tanto tiempo empleó en estudiar: sonaba como si estuviera mostrando los dientes a Rearden.

—No lo sé —dijo este último—. Ni me importa.

—¿Va a ser usted tan poco práctico?

—La evaluación de un acto como «práctico» o no, depende de lo que uno desea hacer.

—¿No ha colocado siempre su interés particular sobre todo lo demás?

—Es lo que estoy haciendo ahora.

—Si cree que vamos a permitir que se salga con…

—Haga el favor de retirarse.

—¿Con quién cree que habla? —preguntó el doctor Ferris, cuya voz se había vuelto penetrante hasta convertirse en grito—. La época de los señores de la industria ha perecido. Las materias que usa se las damos nosotros y hará lo que le digamos o…

Rearden había apretado un botón; Miss Ivés penetró en el despacho.

—El doctor Ferris se ha atolondrado un poco y ha confundido el camino, Miss Ivés. ¿Quiere usted conducirlo hasta la salida? —Se volvió hacia Ferris—. Miss Ivés es una mujer; pesa cuarenta kilos y no posee cualidades especiales, aparte de una eficiencia intelectual del más alto valor. Jamás sería objetivo para un matón de baile; sólo tiene su lugar en un sitio tan poco práctico como una fábrica.

Miss Ivés parecía no estar cumpliendo un deber de mayor significado emocional que el de tomar al dictado una lista de envíos. Muy erguida, con aire disciplinado de fría formalidad, mantenía abierta la puerta; cuando el doctor Ferris hubo cruzado la habitación, la traspuso ella primero, seguida por el visitante.

A los pocos minutos estaba de regreso, riendo con jovialidad incontrolable.

—Míster Rearden —dijo.

Su risa estaba provocada por el temblor que había sentido hacia él por el peligro común recién corrido, por todo lo relacionado con el triunfo de aquel momento.

—¿Qué está usted haciendo?

Rearden se había sentado en una actitud que jamás se permitió hasta entonces; una actitud que siempre había criticado como el símbolo más vulgar del comerciante: estaba reclinado en su sillón con los pies sobre la mesa. Pero a Miss Ivés le pareció que tal postura exhalaba un cierto aire de nobleza peculiar, que no era la de un director rutinario, sino la de un joven cruzado en reposo.

—Creo que estoy descubriendo un nuevo continente, Gwen —le respondió alegremente —. Un continente que debió haber sido descubierto junto con América, pero no lo fue.

* * *

—Tengo que desahogarme con usted —dijo Eddie Willers mirando al obrero al otro lado de la mesa—. No sé por qué me ayuda tanto saber que me escucha, pero es así.

La hora era algo avanzada y las luces de la cafetería subterránea habían perdido brillantez. Eddie Willers observó las pupilas del obrero fijas atentamente en él.

—Siento como si… como si no quedara gente decente ni nadie se expresara en un lenguaje humano —dijo Eddie Willers—. Siento como si aunque me pusiera a gritar en medio de la calle no me escuchara nadie… Pero, no; no es eso exactamente. Siento como si alguien gritara de verdad en medio de la calle, pero los transeúntes continúan caminando, sin que ningún sonido llegue hasta ellos. El que grita no es Hank Rearden, ni Ken Danagger, ni yo. Sin embargo, me parece como si gritáramos los tres. ¿Se da cuenta de que alguien hubiera debido acudir en su defensa y nadie lo ha hecho ni lo hará? Rearden y Danagger fueron citados esta mañana por venta ilegal de metal Rearden: El juicio se celebrará el mes que viene. Yo me encontraba en el tribunal de Filadelfia cuando se les leyó la acusación. Rearden estaba muy tranquilo; tuve la impresión de que sonreía, pero no era así. Danagger estaba peor que tranquilo. No pronunció palabra; limitóse a permanecer como si la habitación estuviera vacía… Los periódicos claman que los dos han de ser encerrados en la cárcel… No… no… no tiemblo; estoy perfecta—. mente; me repondré en seguida… Por eso no le he dicho a ella ni una sola palabra. Temía estallar y ponerle las cosas todavía más difíciles. Sé cuáles son sus sentimientos… ¡Oh, sí! Me habló de ello sin conmoverse, pero fue peor. ¿Sabe usted? Vi en ella la clase de rigidez de las personas que actúan como si no sintieran nada y… Escuche, ¿he dicho alguna vez que

le tengo simpatía? Pues así es. Le profeso verdadero afecto, sobre todo por el modo que me escucha. Usted nos comprende a los dos… ¿Sabe lo que me dijo? Es extraño; no teme por Hank Rearden, sino por Ken Danagger. Afirmó que el primero tendrá la fortaleza suficiente como para resistir el golpe; pero, en cambio, Danagger no. No es que carezca de esa fuerza, pero rehusará utilizarla. A su modo de ver… Ken Danagger será el siguiente en desaparecer… Desaparecerá lo mismo que Ellis Wyatt y los otros. Cesará en sus actividades y se eclipsará… ¿Por qué? Ella cree que sobre esto gravita una gran tensión, tanto económica como personal. Pero en cuanto el peso del momento se desplaza a los hombros de otro, éste desaparece como una columna derribada. Hace un año no hubiera podido ocurrirle al país nada peor que perder a Ellis Wyatt. Ella asegura que a partir de entonces el centro de gravedad se ha desplazado sin control, como un buque de carga que se hunde por haber perdido el timón; pasando de una industria a otra y de un hombre a otro. Cuando perdemos a uno de ellos, la presencia del siguiente se hace desesperadamente necesaria, pero se eclipsa a su vez. Bien, ¿imagina mayor desastre que permitir que el suministro del carbón pase a manos de hombres como Boyle o Larkin? Y no queda nadie en la industria carbonífera con importancia suficiente, exceptuando a Ken Danagger. Dice que le parece ya un hombre marcado como si sobre él se concentrara el rayo de un reflector, esperando el momento final… ¿De qué se ríe? Quizá parezca exagerado, pero yo lo creo cierto… ¿Cómo? ¡Oh, sí! Desde luego es una mujer muy lista… Y además dice que hay que tener presente otro factor. Un hombre ha de llegar a cierto estado mental, no de ira ni de desesperación, sino de algo de mucha mayor importancia, antes de quedar eliminado. No sabe por qué, pero comprendió mucho antes del incendio que Ellis Wyatt había alcanzado tal estado y que algo le iba a suceder. Cuando hoy ha visto a Ken Danagger en la sala del tribunal, afirmó que estaba dispuesto para el ver* dugo… Sí, ésas fueron sus palabras… Dispuesto para el verdugo. No cree que todo esto suceda por accidente o por casualidad. Asegura que tras de ello existe un sistema, una intención y un hombre. Por el país campa a sus anchas un elemento destructor que abate los contrafuertes uno tras otro para que la estructura se derrumbe sobre nuestras cabezas. Una criatura implacable, movida por un inconcebible propósito… Dice que no permitirá que ataquen a Ken Danagger. Que en modo alguno lo abandonará en este trance. Repite que ha de detenerle. Que ha de hablarle, rogarle, revivir en él aquello que está perdiendo; armarle contra ese elemento destructor antes de que le ataque. Se siente desesperadamente ansiosa de encontrarse con Danagger. Éste ha rehusado hablar con nadie. Ha vuelto a Pittsburgh, a sus minas. Pero a última hora de hoy le ha obligado a ponerse al teléfono y ha conseguido que le fije una cita para mañana por la tarde… Sí; mañana irá a Pittsburgh. Teme por Danagger; teme por él terriblemente… No. No sabe nada de ese elemento destructor. No posee clave alguna de su identidad ni evidencia siquiera de que exista, excepto el rastro de destrucción que deja. Pero está segura de que existe… aunque no puede adivinar su propósito. Afirma que nada en la tierra podría justificarle. En ocasiones cree que le gustaría encontrarle más que a ningún otro hombre en el mundo, más incluso que al que inventó el motor. Dice que si encontrara a esa persona, dispararía contra ella sin pensarlo dos veces. Está dispuesta a dar su vida si con ello pudiera arrebatar la del otro con su propia mano. Es el ser más malvado que haya existido jamás; un ser que está destruyendo los cerebros del mundo… Pero creo que es tarea excesiva para ella… Sí, incluso para ella. No se permite admitir lo cansada que está. Hace unos días, llegué al trabajo muy temprano, y la encontré dormida en el diván de su despacho, con la lámpara de la mesa todavía encendida. Había pasado toda la noche allí. Quedé inmóvil, mirándola. No la habría despertado, aunque todo el maldito ferrocarril se viniera abajo… Tenía el mismo aspecto de una jovencita. Parecía estar segura de despertar en un mundo donde nadie pudiera hacerle el menor daño; como si nada tuviera que ocultar o que temer. Por eso me pareció tan terrible… la pureza de su cara y su cuerpo contraído por el cansancio, en la misma postura que cuando se derrumbó

sobre el sofá. Parecía… pero, ¿por qué tiene usted tanto interés en saber cuál es su aspecto cuando duerme?… Sí, tiene razón, ¿por qué hablo de ello? No debería hacerlo. No sé lo que me obligó a pensar en esto… No me preste atención. Mañana volveré a encontrarme bien. Me siento algo alterado por lo que escuché en el tribunal. No ceso de pensar que hombres como Rearden y Danagger son detenidos y enviados a la cárcel. ¿En qué clase de mundo estamos viviendo y por qué? ¿Es que no queda ya justicia en la tierra? Fui lo suficiente estúpido como para decir estas mismas palabras a un reportero cuando salíamos 4el tribunal. Se echó a reír y respondió tranquilamente: «¿Quién es John Galt?»… Dígame, ¿que nos está ocurriendo? ¿Es que no queda ni un solo hombre justiciero? ¿Es que nadie piensa defenderlos? ¿Me ha oído? ¿Es que no queda ya nadie que pueda defenderlos?…

* * *

—Míster Danagger la recibirá dentro de unos momentos, Miss Taggart. Tiene un visitante. ¿Querrá perdonarlo? —dijo la secretaria.

En el transcurso de las dos horas de su viaje en avión hasta Pittsburgh, Dagny no había podido justificar su ansiedad ni siquiera disminuirla, no obstante sus esfuerzos. Aunque no existía razón para contar los minutos, había experimentado el ciego anhelo de apresurarlos. Pero dicha ansiedad desapareció al penetrar en la antesala del despacho de Ken Danagger; se encontraba allí y nada había sucedido que pudiera impedirlo. Sintióse a salvo, plena de confianza y enormemente aliviada.

Sin embargo, las palabras de la secretaria deshicieron aquella sensación. «Te estás volviendo cobarde», pensó mientras experimentaba un inesperado; sobresalto desproporcionado al sentido de las mismas.

—Lo siento, Miss Taggart —añadió respetuosamente la secretaria con voz solícita. Y entonces comprendió que había permanecido un rato sin contestarle—. Míster Danagger la recibirá dentro de breves instantes. ¿Quiere sentarse?

Su voz entrañaba cierta preocupación debida a la impropiedad de obligarla a que esperara. Dagny sonrió.

—¡Oh! Muy bien.

Se sentó en un sillón de madera, frente a la barandilla de separación. Hizo ademán dé tomar un cigarrillo, pero se detuvo, preguntándose si tendría tiempo para terminarlo y confiando en que no; luego lo encendió bruscamente.

Las oficinas de la gran compañía carbonífera Danagger ocupaban un anticuado edificio.

En algún lugar de las montañas, más allá de aquellas ventanas, se encontraban los pozos donde Ken trabajó en otros tiempos como minero. Nunca había trasladado sus oficinas de aquel lugar cercano a la zona carbonífera.

Podía ver las bocas de las galerías abiertas en las pendientes y pequeñas estructuras de metal que conducían a un inmenso reino subterráneo. Todo tenía un aspecto precario y modesto, perdido en los tonos naranja y rojo violento que imperaban por allí… Bajo el intenso cielo azul y la claridad de finales de octubre, las hojas secas semejaban un mar de fuego que tratara de arrollar los frágiles puestos de las entradas a las minas. Se estremeció y apartó la mirada, pensando en aquellas hojas llameantes, extendidas por las colinas de Wisconsin en la carretera de Starnesville.

El cigarrillo estaba casi consumido entre sus dedos y encendió otro.

Al consultar el reloj colgado en la pared de la antesala, sorprendió a la secretaria en el momento de hacer lo mismo. La cita era para las tres; las manecillas marcaban las tres y doce.

—Perdone usted, Miss Taggart —repitió la secretaría—. Míster Danagger quedará libre en seguida. Es extremadamente puntual en sus citas. Créame. Esto no ocurre nunca.

—Lo sé —dijo Dagny.

En efecto, sabía _que Ken Danagger era tan rígidamente exacto en su horario como un ferrocarril y se le consideraba capaz de cancelar una entrevista si el visitante se permitía llegar cinco minutos tarde.

La secretaria era una solterona de edad madura y modales estrictos; unos modales en los que imperaba un tono de monótona cortesía, inasequible a la sorpresa, de igual modo que su inmaculada blusa blanca hubiera salido incólume de un lugar impregnado de polvo de carbón. A Dagny le pareció extraño que una mujer endurecida y perfectamente adiestrada como aquélla pudiera parecer nerviosa. No daba conversación y permanecía inmóvil, inclinada «obre las hojas que tenía ante sí. La mitad del cigarrillo de Dagny se había consumido, mientras la secretaria miraba la misma página. Cuando levantó la cabeza para consultar el reloj, éste marcaba las tres y media.

—Sé que no admite excusa, Miss Taggart. —En su voz vibraba una nota de aprensión que en modo alguno podía disimular—. No lo entiendo.

—¿Le importaría avisar a míster Danagger de que me encuentro aquí?

—¡No puedo! —repuso casi gritando. Pero al ver la mirada de asombro de Dagny se creyó en la obligación de explicar—: Míster Danagger me llamó por el intercomunicador para decirme, que no le interrumpiera bajo ningún concepto ni por ningún motivo.

—¿Cuándo le ha dicho eso?

La pausa que siguió fue como un pequeño cojín de aire que amortiguara la respuesta.

—Hace dos horas.

Dagny miró a la puerta cerrada del despacho de Danagger. Tras de la misma podía escuchar el sonido de una voz, pero tan débil que no hubiera podido distinguir si era la de un solo hombre o la conversación de dos; no resultaba posible desentrañar las palabras ni averiguar la calidad emocional del tono; era sólo una baja y suave progresión de sonidos que parecían normales y en los que no cabía imaginar alteración alguna.

—¿Cuánto lleva míster Danagger en esa conferencia? —preguntó.

—Desde la una —repuso la secretaria simplemente; luego agregó, excusándose—: Ha sido un visitante imprevisto; de lo contrario, míster Danagger nunca hubiera permitido esto.

Dagny se dijo que la puerta no estaba cerrada y experimentó un irresistible deseo de abrirla y de entrar en el recinto. Sólo tenía ante sí unos cuantos tablones de madera con un pomo metálico y el hacerlo requería una pequeñísima contracción muscular de su brazo. Pero miró hacia otro lado, sabiendo que una actitud civilizada y el derecho de Ken Danagger a la misma constituían una barrera más infranqueable que cualquier cerradura.

Miró las colillas de los cigarrillos en el cenicero situado junto a ella y se preguntó por qué al hacerlo experimentaba un sentimiento todavía más agudo de alarma. Luego notó que estaba pensando en Hugh Akston; le había escrito a su restaurante de Wyoming, rogándole que le dijera dónde había conseguido aquel cigarrillo con el signo del dólar; pero le devolvieron la carta con una indicación según la cual el destinatario estaba ausente sin haber dejado nuevas señas.

Se dijo, irritada, que aquello no guardaba relación con el momento presente y que le era preciso dominar sus nervios; pero alargó la mano bruscamente para apretar el botón del cenicero y hacer que las colillas desaparecieran en el interior del mismo.

Al levantar la mirada se tropezó con la de la secretaría, que la estaba observando.

—Lo siento, Miss Taggart. No sé qué hacer. —Sus palabras tenían el acento de una franca y desesperada excusa—. No me atrevo a interrumpir.

Lentamente, como quien formula una demanda desafiando la etiqueta oficinesca, Danny preguntó:

—¿Quién está con míster Danagger?

—No lo sé, Miss Taggart. Nunca he visto a ese caballero. Al notar la repentina fijeza de los ojos de Dagny añadió—: Creo que es un amigo de infancia de míster Danagger.

—|Oh! —exclamó Dagny aliviada.

—Vino sin avisar y rogó ver a míster Danagger en seguida. Me explicó que era una cita concertada con él hace cuarenta años.

—¿Qué edad tiene míster Danagger?

—Cincuenta y dos —respondió la secretaría. Y añadió, reflexivamente, como quien expresa un comentario casual—: Míster Danagger empezó a trabajar a los doce. —Luego de otro silencio continuó—: Lo más extraño es que ese visitante no parece tener cuarenta años. A mi modo de ver no pasa de los treinta.

—¿Ha dado su nombre?

—No.

—¿Qué aspecto tiene?

La secretaria sonrió con repentina animación, como si estuviera a punto de expresar un entusiasta cumplido, pero su sonrisa se desvaneció rápidamente.

—No lo sé —respondió inquieta—. Es difícil de describir. Tiene una cara extraña.

Llevaban en silencio largo rato y lis manecillas del reloj se aproximaban a las 3,50 cuando el timbre sonó en la mesa de la secretaría. La llamada procedía del despacho de Danagger e indicaba que un nuevo visitante podía entrar.

Las dos se pusieron en pie rápidamente y la secretaría avanzó con paso vivo, sonriendo aliviada, apresurándose a abrir la puerta.

Cuando entraba en el despacho de Danagger, Dagny vio cómo la puerta de la salida privada se cerraba tras quien la había precedido. Escuchó el golpe de la misma en el marco y el débil tintineo del panel encristalado.

Creyó ver al desconocido en el reflejo que aún quedaba de él en el rostro de Ken Danagger. Éste no era ya el que había visto en la sala del tribunal; tampoco el que conocía desde tantos años atrás con su invariable e impasible rigidez; la cara que ahora tenía ante si era la que hubiera anhelado un joven de veinte años; una cara de la que acababa de desaparecer toda huella de cansancio. Las arrugadas mejillas, la plegada frente y el cabello gris —como elementos vueltos a combinar por un nuevo tema — formaban ahora una composición impregnada de esperanza, vivacidad y serenidad total: el tema' podía llamarse salvación.

No se levantó al verla entrar; parecía no haber vuelto aún a la realidad del momento ni reanudado la rutina adecuada. Pero sonrió con tal sencilla benevolencia que ella sonrió también. Pensó que aquél era el modo en que todo ser humano debía saludar a un semejante y se vio ubre de toda ansiedad, sintiéndose repentinamente cierta de que todo marchaba bien y de que no había nada que temer.

—¿Cómo está usted, Miss Taggart? —preguntó—. Perdóneme. Creo que la he obligado a esperar. Siéntese, por favor —añadió señalando el sillín rtzzdo frente a su mesa.

—No me importa haber esperado —respondió Danny—. Le agradezco que me concediera esta entrevista. Sentía verdadero deseo de hablar con usted sobre un asunto de la mayor importancia.

Él se hizo hacia delante con expresión atenta y concentrada, como siempre que oía mencionar algún asunto de calidad, pero Dagny no hablaba ahora al Danagger conocido, sino a un extraño, y se detuvo, incierta acerca de los argumentos que traía dispuestos.

La miró en silencio y dijo:

—Miss Taggart, ¡qué día tan hermoso! Probablemente el último de este año. Existe algo que siempre quise hacer, mas para lo que nunca tuve tiempo. Regresemos juntos a Nueva York y hagamos una excursión en barco alrededor de la isla de Manhattan. Echemos una última ojeada a la mayor ciudad del mundo.

Dagny trató de mantener la vista fija e impedir que el despacho continuara oscilando ante ella. ¿Aquél era el Ken Danagger que nunca tuvo un amigo personal, que no se había casado, que no asistió nunca a una función de teatro o de cine y que nunca permitió a nadie la impertinencia de arrebatarle unos minutos para algo que no fueran los negocios?

—Míster Danagger, he venido a hablarle acerca de un asunto de la mayor importancia para el futuro de sus empresas y las mías. Y a debatir la acusación que pesa sobre usted.

—¡Ahí ¿De eso? No se preocupe. Ya no importa. Voy a retirarme.

Dagny siguió inmóvil, sin experimentar ninguna sensación, tan sólo preguntándose débilmente si era aquello lo que se sentía al escuchar una sentencia de muerte, que siempre se ha temido pero nunca se ha creído posible.

Su primera reacción consistió en un repentino movimiento de cabeza, señalando la puerta de salida; luego, en voz baja y con la boca contraída por el odio, preguntó:

—¿Quién era ése? Danagger se echó a reír.

—Si se hubiera esforzado un poco, comprendería que es una pregunta que no contestaré.

—¡Oh, Ken Danagger! —murmuró Dagny.

Sus palabras le habían hecho comprender que una barrera de desesperanza, de silencio y de incógnitas sin revelar se levantaba entre ellos. El odio había actuado sólo como débil soporte que la sostuvo un momento, pero que se rompió en seguida.

—¡Oh, Dios mío!

—Se equivoca, joven —le dijo él suavemente—. Comprendo sus sentimientos, pero se equivoca. —Y añadió, más formalmente, como si recobrara los modales adecuados, cual si tratara todavía de mantener el equilibrio entre dos realidades distintas—: Lamento, Miss Taggart, que haya entrado aquí tan pronto, luego de la visita que acaba de marcharse.

—Entré demasiado tarde —replicó ella—. Precisamente había venido a impedirlo. Comprendí qué ocurriría.

—¿A qué se refiere?

—Estaba segura de que, quienquiera que sea, lograría arrastrarle a usted también.

—¿De veras? ¡Qué divertido! Pues yo no estaba tan seguro.

—Quise advertirle que… se dispusiera a luchar contra él. Danagger sonrió.

—Puede estar segura de una cosa, Miss Taggart… Y se lo digo para que no se siga torturando con lamentaciones acerca de lo sucedido: no lo habría conseguido.

Dagny experimentó el sentimiento de que, conforme transcurrían los minutos, él se iba alejando hacia una gran distancia, donde no podría alcanzarlo; pero aun seguía existiendo un débil puente entre ambos y tenía que apresurarse a cruzarlo. Se hizo hacia delante y dijo muy tranquila, cual si la intensidad de su emoción cobrara la forma de una exagerada calma:

—¿Recuerda lo que pensaba y sentía, lo que era hace tres horas? ¿Recuerda lo que sus minas representaban para usted? ¿Recuerda la «Taggart Transcontinental» y el acero

Rearden? En nombre de todo ello, ¿quiere contestarme? ¿Quiere ayudarme a comprender?

—Contestaré lo que pueda.

—¿Ha decidido retirarse y abandonar sus negocios?

—Sí.

—¿Y eso no significa nada para usted?

—Significa mucho más que antes.

—No obstante, ¿sigue decidido a ello?

—Sí.

—¿Por qué?

—No pienso contestar.

—Usted, que amaba su trabajo y sólo respetaba lo que éste significara, que despreciaba la incertidumbre, la pasividad y la renunciación, ¿va a renunciar a la clase de vida que amaba?

—No. Acabo de descubrir cuánto la amo.

—¿Piensa seguir existiendo sin tarea ni propósito?

—¿Qué le hace suponer tal cosa?

—¿Es que va a emprender negocios carboníferos en algún otro lugar?

—No; nada de negocios carboníferos.

—Entonces, ¿qué piensa hacer?

—Todavía no lo tengo decidido.

—¿Dónde piensa ir?

—No contestaré.

Se permitió unos momentos de pausa, para hacer acopio de fuerzas y decirse: «No sientas nada, ni le demuestres sentirlo; no permitas que nada rompa ese puente». Luego, con la misma voz tranquila de antes, continuó:

—¿Se da cuenta de lo que su retiro significará para Hank Rearden, para mí y para el resto de los que aún quedamos?

—Sí. Lo comprendo incluso mejor que usted en estos momentos.

—¿Y no le afecta?

—Más de lo que puede creer.

—Entonces, ¿por qué nos abandona?

—Usted no lo creería, aunque se lo explicase, pero lo cierto es que no les abandono.

—A partir de ahora, gravitará sobre nuestras espaldas un peso mucho mayor, pero se muestra. indiferente ante la idea de vernos destruidos por los saqueadores.

—No esté tan segura de ello.

—¿De qué? ¿De su indiferencia o de nuestra destrucción?

—De las dos cosas.

—Pero usted sabe, o al menos lo sabía esta mañana, que es una lucha a muerte y que nosotros… el grupo del que usted también formaba parte, luchamos contra esa gente.

—Si le contesto que yo sé lo que hago, pero usted no, pensará que mis palabras carecen de significado. Tómeselo como quiera, pero ésta es mi respuesta.

—¿Quiere aclararme algo?

—No. Descúbralo usted misma.

—Por lo que veo, está dispuesto a abandonar el mundo a los saqueadores. En cambio, nosotros no.

—No se sienta demasiado segura de ninguna de ambas cosas.

Ella guardó un desesperanzado silencio. La anormalidad de los modales de Danagger residía en la simplicidad de los mismos; hablaba en tono completamente natural, y en medio de aquellas preguntas no contestadas y del trágico misterio que lo envolvía todo, le daba la impresión de no existir secreto alguno; de que jamás se había suscitado tal misterio.

Pero, mirándole, pudo observar el primer fallo en su aspecto de jovial calma; le pareció cual si luchara contra algún pensamiento. De pronto vaciló y luego dijo, haciendo un esfuerzo:

—Respecto a Hank Rearden, ¿quiere hacerme un favor? ¿Quiere decirle que…? Verá; nunca me ha preocupado la gente; sin embargo, siempre he respetado a ese hombre y hoy comprendo que… que ha sido el único al que he profesado cariño. Limítese a decirle esto y añada que desearía… pero no, eso es todo lo que puedo decir… Probablemente me maldecirá por retirarme… o quizá no lo haga.

—Se lo diré.

Al percibir el sordo y profundo acento de dolor que vibraba en su voz, Dagny se sintió tan compenetrada con él que le pareció imposible que pudiese descargarle aquel golpe.

Hizo un último esfuerzo.

—Míster Danagger, si tuviera que ponerme de rodillas ante usted, si me fuera posible encontrar palabras que no he podido hallar aún, ¿existiría… existe aún la posibilidad de detenerle?

—No.

Al cabo de un momento, ella preguntó con voz imprecisa:

—¿Cuándo se retira?

—Esta noche.

—¿Qué hará usted con… —señaló a las colinas más allá de la ventana —con la compañía carbonífera Danagger? ¿A quién la deja?

—No lo sé ni me preocupa. A nadie y a todos. A quien quiera hacerse cargo de ella.

—¿No piensa legarla a una persona determinada o nombrar un sucesor?

—No. ¿Para qué?

—Pues para dejarla en buenas manos. ¿No le es posible cuando menos designar un heredero?

—No sabría a quién elegir, ni me importa en absoluto. ¿Quiere que se la deje a usted? —Alargó la mano, tomando una hoja de papel—. Puedo escribir una carta nombrándola mi sola heredera, ahora mismo.

Ella movió la cabeza en un involuntario estremecimiento de horror.

—No soy una oportunista.

Danagger se echó a reír, dejando el papel.

—¿Lo ve? Me ha dado la respuesta correcta, aunque acaso no lo sepa. No se preocupe por la compañía Danagger. De nada servirá nombrar al mejor sucesor del mundo, o al peor, o a ninguno. No importa quién se haga cargo de la misma, sean hombres o sean arbustos. No significará absolutamente nada.

—Pero dejar esto abandonado… simplemente abandonado… toda una empresa industrial, como si nos halláramos en la edad de los nómadas sin tierra o de los salvajes de la selva…

—¿Acaso no es así? —preguntó él sonriendo, medio burlón, medio compadecido—. ¿Por qué redactar una disposición o testamento? No quiero ayudar a que los saqueadores pretendan que aún sigue existiendo la propiedad privada. Cumplo con el sistema establecido por ellos. Dicen que no me necesitan, que lo único que quieren es mi carbón; pues bien, que lo tomen.

—Entonces, ¿acepta su sistema?. —¿Usted lo cree así?

Mirando hacia la puerta por la que había salido el desconocido, Dagny gimió:

—¿Qué ha hecho ese hombre con usted?

—Me ha dicho simplemente que tengo derecho a existir.

—No creo que en tres horas pueda conseguirse que un hombre abandone cuanto anheló en veintidós años de su vida.

—Si eso es lo que se figura que ha hecho conmigo o si imagina que me ha puesto al corriente de alguna inconcebible revelación, comprendo que todo esto le parezca asombroso. Pero no ha ocurrido nada parecido. Se ha limitado a hacerme recordar aquellas cosas para las que he vivido y para las que vive cualquiera, durante todo el tiempo que no emplea en destruirse a sí mismo.

Comprendió que era inútil formular preguntas y que nada podía contestarle.

Él la miró, inclinó la cabeza y dijo con voz tranquila:

—Es usted una mujer valerosa, Miss Taggart Sé lo que siente en estos momentos y lo mucho que padece, pero permítame partir.

Ella se puso en pie. Iba a hablar de nuevo cuando, de pronto, Ken vio cómo su mirada se posaba en algo, cómo avanzaba un paso y cómo tomaba el cenicero colocado sobre la mesa.

En el mismo había una colilla en la que campeaba el signo del dólar.

—¿Qué le sucede, Miss Taggart?

—¿Ha sido él:… quien ha fumado este cigarrillo?

—¿A quién se refiere?

—A su visitante. ¿Ha fumado este cigarrillo?

—Pues no lo sé… Creo que sí… Sí; creo que ha fumado. Veamos… No: ésta no es mi marca, de modo que debe ser la suya.

—¿Ha recibido algún otro visitante en su despacho durante el día de hoy?

—No. Pero, ¿a qué viene esto, Miss Taggart?

—¿Puedo llevarme la colilla?

—¿Cómo? ¿Esa colilla? —preguntó mirándola perplejo.

—Sí.

—Desde luego. Pero, ¿por qué motivo?

Ella sostenía la colilla en la palma de su mano como si fuera una joya.

—No lo sé… No sé qué beneficios me ocasionará guardarla, excepto que puede ser la clave hacia… —sonrió amargamente—, hacia un secreto esencialmente mío.

Parecía reacia a partir y miraba a Ken Danagger como quien dirige una última ojeada a alguien que está pronto a desaparecer en un reino de donde no se vuelve.

Él lo adivinó así, sonrió y le tendió la mano.

—No quiero decirle adiós —indicó—, porque nos veremos de nuevo en un futuro no demasiado lejano.

—¡Oh! —exclamó Dagny vivamente, reteniendo su mano a través de la mesa—. ¿Es que piensa volver?

—No. Será usted la que venga adonde yo estaré.

* * *

Sólo un tinte rojo se pintaba en la obscuridad, sobre las estructuras, como si aquéllas estuvieran dormidas, pero vivas, respirando en el fulgor de los hornos y en el distante latido de las vagonetas. Rearden permanecía en pie, ante la ventana de su despacho, con una mano apoyada en el cristal. En la perspectiva de aquella distancia, su mano cubría media milla de estructuras, como si quisiera retenerlas en ella.

Miraba el largo muro de franjas verticales formado por la batería de hornos alimentados con carbón de coque. Una estrecha puerta se entreabrió, dejando ver una breve llamarada, y una fracción de carbón al rojo se deslizó suavemente al exterior, por un pedazo de pan desprendido del costado de un tostador gigantesco. Permaneció inmóvil un instante. Una grieta angular se abrió a través de un fragmento que cayó deshecho en la furgoneta que esperaba debajo, sobre sus rieles.

«Carbón Danagger» eran las palabras que ocuparon su mente. Lo demás englobaba un sentimiento de abandono tan profundo, que incluso su propia pena parecía como absorbida por un enorme vacío.

El día anterior, Dagny le había contado la historia de sus fútiles tentativas y transmitido el mensaje de Danagger. Aquella mañana supo la noticia de la desaparición de Ken. En el curso de una noche de insomnio, y más tarde durante la concentración a que le obligaban sus deberes cotidianos, la respuesta al mensaje estuvo latiendo en su mente; la respuesta que nunca tendría oportunidad de pronunciar. «El único ser a quien he profesado afecto.» Aquella frase procedía de Ken Danagger, el hombre que nunca expresó nada personal, aparte de un: «Escuche, Rearden», o algo parecido. Pensó: «¿Por qué lo hemos dejado partir? ¿Por qué nos hemos visto ambos condenados, cuando no estábamos frente a nuestros escritorios, a un exilio entre gentes hostiles y extrañas, que nos hicieron abandonar todo deseo de calma, de amistad y del sonido de voces humanas? ¿Podría escoger una sola hora pasada escuchando a mi hermano Philip y entregarla a Ken Danagger? ¿Quién convirtió en deber aceptar como única recompensa por nuestro trabajo una tortura gris y simular amor hacia aquellos que sólo despertaron desprecio en nosotros? ¿Nosotros, los seres capaces de fundir rocas y metales con un propósito determinado? ¿Por qué nunca gustamos aquello que deseamos de la gente?»

Intentó ahogar aquellas reflexiones, comprendiendo su inutilidad. Pero las palabras estaban allí, aunque pareciesen dirigidas a un muerto. «Me importa muy poco que se haya ido si tal es el interrogante y el dolor que se llevó consigo. Pero, ¿por qué no me dio una oportunidad para expresar… que… que apruebo su manera de obrar?… No precisamente eso, sino que no puedo recriminarle lo que ha hecho, aunque tampoco imitarlo.»

Cerrando los ojos se permitió imaginar por un momento el inmenso alivio que sentiría si también él lo abandonara todo y partiera de allí. Bajo la conmoción que su partida le había ocasionado, experimentó también una leve traza de envidia,

«¿Por qué no vendrán a por mí, quienesquiera que sean, proporcionándome un motivo para desaparecer?» Pero, al instante, un estremecimiento de cólera le advirtió que mataría a quien intentara acercarse a él; que lo matarla antes de escuchar las palabras de un secreto capaz de alejarlo de sus fundiciones.

Era ya tarde; su personal se había marchado. Temía la ruta hacia su casa y el vacío de la noche. Le pareció como si el enemigo que había eliminado a Ken Danagger lo estuviese esperando en las tinieblas, más allá del fulgor de los hornos. Ya no era invulnerable.

Fuera lo que fuese aquello, viniese de donde viniese, se consideraba más seguro allí, como si el circulo de fuego trazado a su alrededor pudiera librarlo del mal.

Contempló los blancos resplandores que surgían de las obscuras ventanas de una estructura, en la distancia, como cabrilleos de claridad solar. Los originaba el reflejo del letrero luminoso situado en el tejado del edificio, sobre su cabeza, proclamando: «Aceros Rearden». Evocó la noche en que había deseado encender una luz sobre su existencia anterior, expresando: «Vida de Rearden». ¿Por qué lo deseó? ¿A qué ojos pretendía hacerlo ver?

Pensó por vez primera, amargamente sorprendido, que el orgullo y la alegría que sintiera en otros tiempos procedían de su respeto hacia los hombres, hacia el valor de su admiración y de su juicio. Pero ya no sentía lo mismo. No había hombres a cuya contemplación deseara exhibir aquel signo.

Se apartó bruscamente de la ventana y tomó su abrigo con ademán enérgico y duro cual si intentara volver en seguida a la disciplina de la acción. Se abrochó decididamente, se apretó el cinturón y apresuróse a apagar las luces con breves movimientos de la mano, mientras se dirigía hacia la salida.

Abrió la puerta y se detuvo estupefacto. Una sola lámpara estaba encendida en un rincón de la antesala. Un hombre estaba sentado en el borde de una mesa, en actitud de casual y paciente espera: era Francisco: d'Anconia.

Rearden permaneció inmóvil y observando el breve instante en que Francisco, sin moverse, lo miró con un atisbo de jovial sonrisa, similar a un guiño entre conspiradores, cual si ambos compartieran un secreto pero no quisieran reconocerlo así. Fue sólo un instante casi demasiado breve para resultar perceptible, porque Francisco se había levantado, al verle, con aire de cortés deferencia. El movimiento sugería cierta estricta formalidad: la negativa a toda idea de presunción. Pero ponía de relieve el hecho de no haber pronunciado palabra alguna de saludo, ni ofrecido explicaciones.

Con voz dura, Rearden preguntó:

—¿Qué hace usted aquí?

—Creí que desearla verme esta noche, míster Rearden.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que ha permanecido hasta tan tarde en su oficina, sin realizar trabajo alguno.

—¿Cuánto tiempo lleva sentado ahí?

—Una hora o dos.

—¿Por qué no ha llamado a la puerta?

—¿Me hubiera permitido entrar?

—Hace esa pregunta demasiado tarde.

—¿Tengo que retirarme, míster Rearden? Rearden señaló la puerta del despacho.

—Entre —le dijo.

Al encender de nuevo las luces, actuando con un total dominio de sí mismo, Rearden pensó que no debía permitirse sentir nada; pero notó cómo el calor de la vida volvía a él, dentro de la tensa y anhelante calma de una emoción que no podía identificar. La única idea de que tenía conciencia era la de mostrarse cuidadoso.

Se sentó en el borde de la mesa, cruzó los brazos, miró a Francisco, que permanecía en píe respetuosamente ante él, y le preguntó con un frío atisbo de sonrisa:

—¿Por qué ha venido?

—No deseará que le responda, míster Rearden. No querrá admitir ante mí ni ante usted mismo, lo desesperadamente solo que se siente esta noche. Si no me pregunta no se verá en la obligación de negarlo. Acepte simplemente lo que sabe: que estoy enterado de ello.

Tenso como una cuerda de la que por un lado tirase la impertinencia y por otro la admiración ante aquella sinceridad, Rearden afirmó:

—Lo admitiré si lo desea. Pero, ¿qué puede importarme que usted lo sepa?

—Pues eso; que lo sé y me ocupo de ello, míster Rearden. Soy el único en estar enterado.

—¿Por qué ha de importarle? ¿Y por qué he de necesitar su ayuda?

—Porque no es fácil maldecir al hombre que más significa para usted.

—No le maldeciría si se limitara a permanecer alejado de mí. Los ojos de Francisco se abrieron un poco más; luego sonrió y dijo:

—Me refería a míster Danagger.

Por un instante Rearden pareció como si fuera a abofetearse a sí mismo, pero luego se echó a reír y dijo:

—De acuerdo.

Esperó hasta ver qué ventaja aprovecharía ahora Francisco, pero éste permaneció en silencio con una sonrisa dotada de cierta extraña cualidad infantil, de una expresión de triunfo y gratitud.

—Yo no maldigo a Ken Danagger —dijo Rearden.

—¿De veras?

Las dos palabras parecieron sonar con un singular énfasis; fueron pronunciadas suavemente, casi con precaución, sin que en la cara de Francisco quedara ni el menor atisbo de sonrisa.

—No trato de prescribir cuánto puede soportar un hombre. Si Danagger ha cedido,, no soy yo quien debe juzgarlo.

—¿Si ha cedido?…

—Sí. Eso es lo que ha hecho, ¿no cree?

Francisco se hizo atrás; la sonrisa volvió a su rostro, pero no era una sonrisa feliz.

—¿Qué efectos obrará en usted su desaparición?

—Sólo el obligarme a trabajar un poco más.

Francisco miró un puente de acero que destacaba en líneas negras, contra un fondo encarnado, más allá de la ventana, y dijo señalándolo:

—Cada uno de esos tirantes tiene un límite de resistencia respecto a la carga a soportar. ¿Cuál es el suyo?

Rearden se echó a reír.

—¿Es eso lo que teme? ¿Es ésa la causa de su venida? ¿Temía que yo también me desplomara? ¿Pretendía salvarme, igual que Dagny Taggart quiso salvar a Ken Danagger? Ella intentó llegar a tiempo, pero no pudo.

—¿De veras? No lo sabía. Miss Taggart y yo discrepamos en muchas cosas.

—No se preocupe. No pienso desaparecer. Dejémosles abandonar sus tareas. Yo no lo haré. Desconozco mi límite, pero es cosa que no me preocupa. De lo único que quiero estar seguro es de que nada podrá detenerme.

—Todo el mundo puede ser detenido por algo, míster Rearden.

—¿Cómo?

—Se trata sólo de averiguar el motivo impulsor de los seres humanos.

—¿Cuál es?

—Debería saberlo, míster Rearden. Es usted el último moralista que queda en el mundo.

Rearden se echó a reír en tono de amarga jovialidad.

—Me habían llamado muchas cosas, pero nunca eso. Le advierto que se equivoca. Y no tiene idea de hasta qué punto.

—¿Está seguro?

—Creo que puedo estarlo. ¿Moral? ¿Qué diantre le ha hecho hablar así? Francisco señaló las instalaciones, al otro lado de la ventana.

—Eso.

Durante largo rato Rearden lo miró sin moverse; luego se limitó a preguntar:

—¿Qué quiere decir?

—Si desea ver convertido un principio abstracto, como es la acción moral, en forma material, fíjese en eso. Fíjese bien, míster Rearden. Cada tirante, cada tubería, cada cable, cada válvula, fueron colocados en su sitio en respuesta a una pregunta: ¿Bien o mal? Tuvo usted que escoger lo mejor dentro de su conocimiento; lo mejor para el cumplimiento de un propósito: el de fabricar acero. Y luego seguir actuando y extender dicho conocimiento y mejorar y volver a mejorar siempre con el propósito en cuestión como compendio de todos los valores. Tuvo que actuar de acuerdo con su propio juicio; tuvo que poseer capacidad para juzgar, valor para aceptar el veredicto de su mente y hacer gala de la más pura e implacable consagración al propósito de obrar bien, de hacer lo mejor, lo óptimo. Nada pudo obligarle a obrar contra su propio juicio, y hubiera rechazado como errónea e incluso como maléfica cualquier tentativa para decirle que el mejor modo de calentar un horno es llenarlo con hielo. Millones de hombres, toda una nación, no fueron capaces de impedirle producir metal Rearden, porque estaba usted seguro de su superlativo valor y del poder que tal seguridad le confería.

Pero lo que yo me pregunto, míster Rearden, es: ¿por qué vive de acuerdo con un código de principios en sus tratos con la naturaleza, y con otro distinto cuando trata con personas?

La mirada de Rearden estaba fija en el de un modo tan sostenido, que la contestación llegó lentamente, como si el esfuerzo de pronunciarla le resultara penoso:

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Por qué no se atiene al propósito de su vida de manera tan rígida y clara como al que mueve esas fundiciones?

—¿A qué se refiere?

—Usted juzga cada uno de los ladrillos que figuran ahí por su valor en relación al propósito de fabricar acero. ¿Se ha mostrado tan estricto respecto a la finalidad que su trabajo y su acero sirven? ¿Qué se ha propuesto conseguir al. dedicar su vida a la fabricación de ese metal? ¿En qué norma se basa para juzgar los días de su vida? ¿Por qué empleó diez años en el encarnizado esfuerzo de producir metal Rearden?

Rearden miró en la distancia, mientras el ligero movimiento de sus hombros semejaba un suspiro de alivio y desencanto.

—Si se ha visto obligado a preguntar semejante cosa, no entendería mi respuesta.

—Si le dijera que yo la entiendo y usted no, ¿me arrojaría de aquí?

—Debería haberlo hecho ya de todos modos. Así es que ¡adelante! Desahóguese como quiera.

—¿Se siente orgulloso de los rieles de la línea «John Galt»?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque son los mejores que se hayan fabricado jamás.

—¿Por qué los fabricó?

—Para ganar dinero.

—Existen medios mucho más fáciles que ése. ¿Por qué ha escogido el peor?

—Usted mismo lo dijo en su discurso durante la boda de Taggart: a fin de cambiar mis mejores esfuerzos por los mejores esfuerzos de otro.

—Si ése fue su propósito, ¿lo ha conseguido?

El latido del tiempo se esfumó en una pesada gota de silencio.

—No —dijo Rearden.

—¿Ha ganado dinero? —No.

—Cuando tensa sus energías hasta el máximo con el fin de producir lo mejor, ¿espera verse recompensado o castigado por ello? —Rearden no contestó—. Según todas las normas de la decencia, del honor y de la justicia conocidas por usted, ¿está convencido de que merece una recompensa?

—Sí —contestó Rearden en voz baja.

—Si se le castiga en vez de recompensarle… ¿qué clase de código deberá aceptar?

Rearden no contestó.

—Generalmente se supone —dijo Francisco— que el vivir en una sociedad humana hace la vida más fácil y segura que si se nos dejara solos, luchando contra la naturaleza en una isla desierta. Según ello, dondequiera que exista un hombre necesitado de metal, o que lo use de algún modo, hallará en el metal Rearden un modo de facilitar su vida, ¿Ha facilitado también la suya?

—No —admitió Rearden en voz baja.

—¿Se encuentra igual que estaba antes de producir ese metal?

—No —repitió Rearden; y la palabra surgió con brusquedad, como si acabara de interrumpir el pensamiento siguiente.

La voz de Francisco lo fustigó de pronto como una orden.

—¡Diga lo que piensa!

—La ha hecho más difícil —admitió Rearden con voz incolora.

—Cuando se sentía orgulloso de los rieles de la línea «John Galt» —prosiguió Francisco, haciendo que el mesurado ritmo de su voz prestara una implacable claridad a sus palabras —, ¿en qué clase de hombres pensaba? ¿Deseó que esa línea fuera utilizada por sus iguales? ¿Por gigantes de la energía productora como Ellis Wyatt, a quienes ayudaría a ascender aún más y más y más?

—Sí —contestó Rearden vivamente.

—¿Deseó verla utilizada también por hombres que, aunque no pudieran igualar la potencia de su mente, igualarían su integridad moral; hombres como Eddie Willers, que nunca hubieran inventado ese metal, pero que harían cuanto pudiesen y trabajarían tanto como usted, viviendo gracias a sus propios esfuerzos, y que al deslizarse sobre sus rieles, dedicarían un momento de silencioso agradecimiento al hombre que les daba más de cuanto ellos podían entregarle a cambio?

—Sí —dijo Rearden suavemente.

—¿Deseaba verlo usado por tipos mediocres y corrompidos, incapaces de realizar un esfuerzo, desprovistos de la habilidad de un dependiente de comercio, pero exigiendo sueldos de presidente de compañía; hombres que van de fracaso en fracaso esperando que

usted pague sus cuentas; que consideran sus deseos como un equivalente al trabajo de usted y sus necesidades como algo que merece recompensas superiores a los esfuerzos de otro; que exigen que usted los sirva; que pretenden ver convertida su fortaleza en esclava silenciosa y sumisa de su impotencia; que proclaman que ha nacido usted para la servidumbre en razón de su genio, mientras ellos nacieron para gobernar por la gracia de su inutilidad, que usted sólo tiene que dar y ellos sólo recibir; que usted ha de producir y ellos consumir; que usted no ha de recibir pago alguno ni en especies, ni en espíritu, ni en riqueza, ni en agradecimiento, ni en respeto, ni en gratitud, de modo que puedan circular por sus rieles, burlarse de usted y maldecirle, puesto que no le deben nada, ni siquiera el esfuerzo de quitarse un sombrero que usted pagó también? ¿Es esto lo que desea? ¿Se sentiría orgulloso de ello?

—Primero volaría esos rieles —dijo Rearden con los labios pálidos.

—Entonces, ¿por qué no lo hace, míster Rearden? De las tres clases de hombres que he descrito, ¿cuáles se ven aniquilados y cuáles utilizan hoy su línea?

Escucharon los distintos latidos metálicos de la fundición, en medio de un largo paréntesis de silencio.

—El descrito en último lugar —continuó Francisco —es aquel que proclama su derecho al dinero logrado por el esfuerzo ajeno.

Rearden no contestó; contemplaba el destello de un signo de neón sobre las obscuras ventanas, en la distancia.

—Usted se enorgullece de no poner límites a su resistencia, míster Rearden, porque cree estar obrando bien. ¿Y si no ocurriera así? ¿Y si estuviera poniendo la virtud al servicio del mal, y dejándola convertirse en herramienta destructora de todo cuanto ama, respeta y admira? ¿Por qué no defiende su código de valores entre los hombres, del mismo modo que lo defiende entre los hornos fundidores? Si no permitiría ni un uno por ciento de impureza en una aleación, ¿por qué la tolera en su código moral?

Rearden permanecía sentado, inmóvil; las palabras que afluían a su mente eran como un rumor de pasos a lo largo de la ruta que había estado tratando de encontrar. Se resumían en esto: la sanción de la víctima.

—Usted, que no quiso someterse a la naturaleza, sino que emprendió su camino para conquistarla y colocarla al servicio de su propia alegría y de su comodidad, ¿a cuántas cosas se ha sometido a manos de los hombres? Usted, que conoce por propia experiencia que el castigo es producto de los propios errores, ¿cuántos inconvenientes ha aceptado y por qué razón? Durante toda su vida se ha visto denunciado, no por sus faltas, sino por sus virtudes. Ha sido odiado no por sus equivocaciones, sino por sus logros. Se han burlado de usted por las cualidades de que se siente más orgulloso. Le han llamado egoísta por haber tenido el valor de actuar según su propio juicio, y erigirse en único responsable de su vida. Le tacharon de arrogante por su mentalidad independiente. Le han calificado de cruel por su inflexible integridad. Le llamaron antisocial por haber poseído la visión que le permitió aventurarse por rutas todavía sin descubrir. Le acusaron de implacable por la férrea autodisciplina con que lo llevó a cabo todo. Le han calificado de avariento por la magnificencia de su poder, creador de riqueza. Luego de crear una inconcebible corriente de energía, se ha visto tachado de parásito. Usted, que implantó abundancia donde no había más que un desierto poblado por seres hambrientos, se ha visto tachado de ladrón. Usted, que mantuvo la vida de esos seres sufre ser considerado explotador. Usted, el más puro y moral de los hombres, se ha visto desdeñado como un «vulgar materialista». Se ha detenido a preguntarles: ¿con qué derecho? ¿De acuerdo con qué normas? No; lo ha soportado todo guardando silencio. Se inclinó ante su código sin defender jamás el suyo. Sabía qué dase de estricta moralidad era necesaria para producir un simple clavo, pero dejó que lo calificaran de inmoral. Sabía que el hombre necesita un

férreo código de valores para tratar a la naturaleza, pero no creyó necesitarlo en sus tratos con los hombres. Abandonó el arma más mortífera en manos de sus enemigos: un arma cuya existencia nunca sospechó ni comprendió: el código moral en que se escudan. Pregúntese cuan profundamente y de qué terrible modo le ha afectado. Pregúntese qué es lo que un código de valores morales obra en la vida de un hombre, por qué éste no puede existir sin el mismo, y también qué ocurre si acepta la pauta equivocada según la cual el mal es bien. ¿Puedo decirle por qué se siente atraído hacia mí aun cuando crea que debe execrarme? Porque soy el primero en otorgarle lo que el mundo entero le debe, y que debió haber exigido a los hombres antes de empezar su trato con ellos: una sanción moral.

Rearden se volvió hacia él, y luego quedó inmóvil con una tranquilidad semejante a un grito de sorpresa contenido. Francisco se hizo adelante, cual si se posara en tierra luego de un peligroso vuelo, y sus ojos miraron tranquilos, pero con tal intensidad que las pupilas parecieron temblar.

—Es usted culpable de un grave pecado, míster Rearden; mucho más culpable de lo que ellos opinarán, aunque no a la manera que predican. El peor de los pecados consiste en aceptar una culpabilidad inmerecida, y eso es lo que ha estado haciendo toda su vida. Estuvo pagando un chantaje, pero no por sus vicios, sino por sus virtudes. Ha accedido a llevar el fardo de un castigo inmerecido y dejar que se hiciera mayor cuanto mayores eran las virtudes que practicaba. Pero tales virtudes son las que mantienen vivos a los hombres. Su código moral, aquel por el que se regía pero que nunca declaró, reconoció ni defendió, es el código que conserva la existencia humana. Si fue castigado por observarlo, ¿cuál era la naturaleza de quienes le aplicaron el castigo? Si el suyo fue un código de vida, ¿cuál fue el de ellos? ¿Qué pauta de valores descansa en sus raíces? ¿Cuál es su propósito final? ¿Cree que se enfrenta sólo a una conspiración para privarlo de sus riquezas? Usted que tan bien conoce la fuente de las mismas, debería saber también que existe algo mucho mayor y peor que eso. ¿Me ha rogado que le nombre el motivo que impulsa a los hombres? No es otro que el código moral por que se rigen. Pregúntese adonde le conduce el código ajeno y qué le ofrece como meta final. Enviar a alguien al suicidio como un acto de virtud es una crueldad mayor que la de asesinarle. Una maldad mayor que arrojarlo a la hoguera del sacrificio, es exigirle que lo haga por propia voluntad, y que, además, levante él mismo la pira. Según sus propias palabras, son ellos quienes le necesitan y quienes nada pueden ofrecerle a cambio. Según sus propias palabras, ha de sustentarlos usted porque no pueden sobrevivir sin su ayuda. Considere la obscenidad que representa ofrecer su impotencia y declarar su necesidad… su necesidad de usted, como justificación de la tortura que le hacen sufrir. ¿Está dispuesto a aceptarlo? ¿Quiere conseguir, al precio de su esfuerzo y de su agonía, que las necesidades de quienes lo destruyen queden satisfechas?

—¡No!

—Míster Rearden —dijo Francisco con voz solemne y calmosa—, si viera a Atlas, el gigante que sostiene al mundo sobre sus hombros, en pie, corriéndole la sangre por el pecho, con las rodillas dobladas y los brazos temblorosos, intentando hacer acopio de sus últimas fuerzas, mientras el globo gravita más y más pesadamente sobre él, ¿qué le diría que hiciera?

—Pues… no lo sé. ¿Qué… podría hacer? ¿Qué le diría usted?

—Que cediera.

El tintineo de metal llegó en un fluir de ruidos irregulares, sin ritmo discernible; no como la acción de un mecanismo, sino como si un impulso consciente figurase tras de cada repentino' movimiento ascendente que estallaba después, desparramándose entre el débil chirriar de los engranajes. El cristal de las ventanas vibraba de vez en cuando.

Los ojos de Francisco miraban a Rearden como si examinasen la trayectoria de balas que afluyeran sobre un maltrecho blanco. La trayectoria en cuestión era difícil de trazar: la esbelta figura situada al extremo de la mesa estaba erecta, y sus fríos ojos azules sólo demostraban la intensidad de una mirada fijada en la distancia; tan sólo la boca inflexible traicionaba un rictus de dolor.

—Continúe —dijo Rearden haciendo un esfuerzo—, continúe. Porque todavía no ha terminado, ¿verdad?

—Apenas hice más que empezar —dijo Francisco con dura entonación.

—¿Adonde… va a parar?

—Lo sabrá antes de que haya terminado. Pero antes deseo que me conteste una pregunta: si comprende la naturaleza del fardo que soporta, ¿cómo puede…?

El aullido de una sirena de alarma desgarró el aire al otro lado de la ventana y disparóse como un cohete en una larga y delgada línea hacia el cielo. Se mantuvo en las alturas un instante, cayó y volvió a levantarse, lanzando espirales de sonido como si luchara por conservar el aliento y contuviese su deseo de gritar más fuerte. Era un lamento de agonía, una llamada de ayuda; la voz de la fundición sonaba como la de un cuerpo herido que quisiera retener el alma.

Rearden creyó haberse abalanzado hacia la puerta en el mismo instante en que la señal de alarma hirió su oído; pero luego se dio cuenta de que lo hizo un instante más tarde que Francisco. Impulsado por el estallido de una reacción similar a la suya, Francisco voló literalmente por el vestíbulo, apretó el botón del ascensor y, sin esperarlo, bajó a toda prisa la escalera. Rearden lo siguió. Observando el indicador del ascensor en los descansillos, pudo ver que coincidían con aquél a mitad de camino. Antes de que la caja de acero hubiera cesado de temblar, posada en el piso inferior, Francisco corría ya al encuentro del sonido que pedía auxilio. Rearden siempre se había considerado un excelente corredor, pero no pudo mantenerse al nivel de la veloz figura que cruzaba franjas de roja claridad y de tinieblas; la figura de aquel donjuán inútil, al que había admirado, aborreciéndose por ello.

La corriente que emergía del agujero abierto en el costado de un alto horno, no mostraba el color rojo del fuego, sino la blanca y deslumbrante claridad de un rayo de sol. Se vertía en el suelo, estremeciéndose de acá para allá, formando repentinos riachuelos y atravesando una espesa nube de vapor, con cierta leve sugerencia de brillante mañana. Tratábase de hierro líquido, y lo que el grito de la sirena acababa de anunciar no era más que un escape del mismo.

La carga del horno había quedado retenida, y al aumentar de volumen abrió aquella perforación. El capataz yacía inconsciente, mientras el blanco fluir chisporroteaba, el agujero hacíase cada vez mayor, y los hombres luchaban con arena, mangas de riego y arcilla a fin de detener los riachuelos que se deslizaban en pesado y resbaladizo movimiento, devorándolo todo a su paso y convirtiéndolo en acre humo.

En los breves momentos que Rearden necesitó para comprender la naturaleza del desastre, pudo distinguir la figura de un hombre, que se mostraba repentinamente a los pies del horno; una figura siluetada por la roja claridad como si se encontrase en mitad mismo del torrente; le vio agitar un brazo cubierto por la manga de una camisa blanca, levantar algo y dejarlo caer en la fuente del chisporroteante metal; era Francisco d'Anconia, y su acción pertenecía a un arte que Rearden no creía ya pudiera ser ejecutado por nadie.

Años atrás, Rearden había trabajado en una fundición de acero de Minnesota, donde su tarea consistió en tapar el agujero abierto en un horno, arrojando pellas de arcilla refractaria, con la que contener el fluir del metal. Tratábase de una tarea peligrosa que había costado la vida a varios hombres, y que desde algunos años antes nadie practicaba

por haberse inventado el cañón hidráulico; pero existían todavía fundiciones anticuadas, en lucha con el fracaso, que seguían utilizando los métodos de un distante pasado. Rearden cumplió su cometido, pero desde aquel entonces jamás encontró a nadie capaz de hacer lo propio. En medio de los chorros de vapor de un alto homo que amenazaba derrumbarse, observaba ahora, en cambio, a la alta y delgada figura del donjuán, realizando su trabajo con la habilidad de un experto.

Rearden tardó sólo un instante en quitarse la chaqueta, tomar un par de lentes protectores del primer hombre que se acercó a él, y unirse a Francisco en la boca del horno. No había tiempo para hablar, para sentir ni para extrañarse de nada. Francisco lo miró una sola vez, y Rearden sólo pudo ver en su sucia cara unos lentes negros y una amplia sonrisa.

Se encontraban en una pendiente resbaladiza por el fango, en el borde mismo de la blanca corriente de metal, con el agujero un poco bajo ellos, arrojando arcilla al deslumbrante resplandor, donde las retorcidas lenguas de metal hirviente semejaban franjas de gel. La conciencia de Rearden se ciñó a una simple progresión de movimientos: inclinarse, levantar la arcilla, apuntar, enviarla hacia bajo, y antes de que llegara a su destino, inclinarse de nuevo para tomar el siguiente pedazo; una conciencia concentrada en vigilar la dirección de su brazo, con el fin de salvar el horno, y al propio tiempo, mantener la precaria posición de sus pies para salvarse a sí mismo. No se daba cuenta de ninguna otra cosa, excepto de que la suma de todo aquello era un entusiasta sentimiento de acción, de sensación, de capacidad, de precisión y de materialización de su voluntad. Y sin tiempo para fijarse en ello, pero sabiendo que existía, aceptándolo con sus sentidos, no obstante la censura de su mente, seguía viendo una obscura silueta de cuyos hombros y de cuyas curvas angulares parecían surgir rayos rojos, que trazaban círculos a través del vapor, como largos reflectores siguiendo los movimientos de un rápido y experto ser, a quien hasta entonces sólo había visto en traje de etiqueta bajo las luces de una sala de baile.

No tenía tiempo para formar palabras, para pensar ni para explicar, pero se dijo que aquél era el verdadero Francisco d'Anconia; que aquél era el ser al que había apreciado desde el primer momento en que le vio. La palabra «apreciar» no le sorprendió, porque en realidad su mente no formaba palabra alguna. Sentía tan sólo un alegre sentimiento, muy similar al fluir de una energía que se añadiera a la suya propia.

Siguiendo el ritmo de su cuerpo, con el calor del horno abrasándole el rostro y la noche invernal sobre sus hombros, comprendió súbitamente que presenciaba la pura y simple esencia de su universo: la repentina negativa a someterse al desastre; el irresistible impulso de luchar contra él; el triunfante sentimiento de la propia habilidad para vencer. Estaba convencido de que también Francisco lo sentía; de que había sido movido por idéntico impulso; de que era lícito sentir de aquel modo; lícito para ambos, ser como eran. Percibió destellos de una cara cubierta de sudor, atenta a sus actos, y aquella cara era la más alegre que hubiera visto jamás.

El horno se levantaba sobre ellos, en forma de negra estructura, envuelta en tubos y en vapor; parecía jadear, profiriendo sonidos entrecortados que pendían en el aire mientras ellos luchaban para que no se desangrara hasta morir. De sus pies brotaban chispazos, que luego de estallar en repentinos haces, iban a morir sobre sus ropas o contra la piel de sus manos. El raudal se fue haciendo más lento y se rompió al otro lado del dique que se había levantado más allá de su vista.

Todo ocurrió tan de prisa que Rearden no se dio cuenta total de ello hasta que hubo terminado. Supo que existieron dos momentos cruciales. El primero cuando percibió el estremecido cuerpo de Francisco al inclinarse para lanzar la arcilla, observando en seguida su repentino y convulso tirón hacia atrás, sus brazos extendidos y su silueta perdiendo el equilibrio. Se dijo que un salto en la distancia entre los dos sobre aquel borde resbaladizo y a punto de derrumbarse, significaría la muerte de ambos. El segundo

momento fue aquel en que se encontró junto a Francisco, sosteniéndolo en sus brazos mientras los dos se tambaleaban en el espacio justo al borde del blanco pozo. Por fin consiguió recuperar el equilibrio y echarse hacia atrás. Por un instante, aún sostuvo el cuerpo de Francisco contra el suyo, como si hubiera sido el de su propio hijo. Su aprecio, su terror, su alivio, se concentraron en una sola frase:

—¡Ten cuidado, maldito idiota!

Francisco cogió un pedazo de arcilla y continuó su tarea.

Cuando todo hubo terminado y la brecha quedó cerrada, Rearden notó un retorcimiento de dolor en los músculos de brazos y piernas; su cuerpo carecía de fuerza para moverse. Sin embargo, se sintió como al entrar en la oficina por la mañana, dispuesto a resolver una serie de nuevos problemas. Miró a Francisco, y por vez primera pudo ver que las ropas de ambos estaban cubiertas de agujeros bordeados de negro; que sus manos sangraban, que en una sien de Francisco faltaba un fragmento de piel, y que un hililo rojo se deslizaba por su pómulo. Francisco se quitó los lentes protectores y le dirigió una sonrisa, una sonrisa como un amanecer.

Un joven, en cuyo rostro se pintaba una expresión de crónico resentimiento, aunado a cierta impertinencia, corrió hacia él gritando:

—¡No pude impedirlo, míster Rearden!

E inició un discurso de justificación. Pero Rearden le volvió la espalda sin pronunciar palabra. Era el ayudante encargado del manómetro de presión del horno; un joven recién salido de la universidad.

En algún lugar situado en el borde exterior de la conciencia de Rearden surgió la idea de que accidentes de aquella clase se producían ahora con más frecuencia, debido al mineral que se estaba utilizando. Pero debía aceptar el que encontrase. Sus viejos obreros siempre habían podido evitar el desastre; cualquiera de ellos hubiera observado los síntomas del estallido y sabido cómo prevenirlo, pero no le quedaban ya muchos de ellos, y tenía que emplear a los que hallase. A través de los serpenteantes anillos de vapor que lo envolvían, observó que eran los más viejos los que habían corrido, r procedentes de diversos lugares, para luchar contra el escape. Ahora formaban una hilera para ser atendidos por el médico de la fundición. Se preguntó qué les estaba sucediendo a los jóvenes del país; pero su expresión de asombro quedó absorbida por la visión del rostro de un muchacho al que prefería no mirar; por una oleada de desdén; por la idea, incapaz de ser expresada en palabras, de que si aquél era el enemigo, no había nada que temer. Todas estas nociones acudieron a su mente, desvaneciéndose luego en la obscuridad del exterior; el elemento que había conseguido eliminarlas no era otro que la persona de Francisco d'Anconia.

Vio a Francisco dar órdenes a quienes le rodeaban. No sabían quién era ni de dónde había salido, pero lo escucharon, comprendiendo que era hombre enterado de su tarea. Francisco se interrumpió al ver a Rearden acercarse y escuchar y dijo riendo:

—¡Oh! Le ruego me perdone. A lo que Rearden contestó:

—Continúe. Todo marcha bien.

No se dirigieron la palabra mientras caminaban en la obscuridad, de regreso a la oficina. Rearden sentía una especie de entusiástica jovialidad que embargaba su ser. Le hubiera gustado hacer un guiño a Francisco como si se tratara de un conspirador enterado de cierto secreto que el otro continuara ignorando. Le miró varias veces, pero Francisco no quiso hacer lo propio.

Al cabo de un rato, Francisco dijo:

—Me ha salvado la vida.

En el modo de declarar aquello figuraba una profunda expresión de agradecimiento.

—Y usted ha salvado mi horno —respondió Rearden con suave sonrisa.

Continuaron caminando en silencio. Rearden se sentía más ligero y animado a cada paso que daba. Levantando la cara hacia el aire fresco de la noche, observó la tranquila obscuridad del cielo, y una sola estrella que brillaba sobre una chimenea en la que destacaban en letras verticales las palabras «Rearden Steel». Sentíase alegre de vivir.

No esperaba el cambio que observó en el rostro de Francisco, al mirarle a la luz de la oficina. Todo aquello que había percibido en él a la claridad del horno no existía ya. Imaginó una impresión triunfal y burlona, ante los insultos que le había dirigido; una expresión que exigiera las excusas que estaba dispuesto a ofrecerle. Pero en vez de ello contemplaba un rostro sin vida, dominado por un extraño aire de abatimiento.

—¿Está herido?

—No… no es nada.

—Pase —le ordenó Rearden abriendo la puerta del cuarto de baño.

—Cuídese de sí mismo.

—Venga.

Por vez primera, Rearden sintióse imbuido de su condición de mayor en edad; notó el placer de hacerse cargo de Francisco; experimentó una sensación de confiada, divertida y paternal protección. Lavó el hollín que cubría la cara de Francisco, y le puso desinfectantes y esparadrapo en la sien, en las manos y los maltrechos codos. Francisco le obedecía sin protestar.

En el tono de quien expresa el más elocuente saludo de que es capaz, Rearden le preguntó:

—¿Dónde ha aprendido a hacer eso? Francisco se encogió de hombros.

—Me crié entre fundidores —repuso indiferente.

Rearden no pudo descifrar la expresión de su cara. En ella se pintaba tan sólo cierta rara tranquilidad, como si mantuviera los ojos fijos en alguna secreta ilusión particular que obligara a su boca a adoptar una línea desolada y amarga a la vez, cual si se estuviera burlando dolorosamente de sí mismo.

No hablaron hasta volver al despacho.

—Todo cuanto dijo antes aquí era verdad —reconoció Rearden—. Pero eso sólo constituye una parte de la historia. La otra, la forma lo que hemos hecho esta noche. ¿Se da cuenta? Estamos en condiciones de actuar, y ellos no. Por tal motivo, seremos nosotros quienes a la larga triunfemos, no importa lo que hagan.

Francisco no contestó.

—Escuche —dijo Rearden—. Comprendo muy bien lo que le ha estado sucediendo. No ha completado una sola jornada de trabajo verdadero en su vida. Lo creí un tipo jactancioso, pero ahora me doy cuenta de que no tiene idea de lo que lleva dentro. Olvídese por un momento de su fortuna y venga a trabajar conmigo. Puedo ofrecerle un empleo de capataz de hornos. No sabe el bien que le haría. A los pocos años estaría dispuesto a apreciar y a dirigir como merece la «d'Anconia Copper».

Esperaba que el otro se echase a reír, y se dispuso a rebatir lo que le contestara; pero en vez de ello pudo ver que Francisco movía lentamente la cabeza como si no pudiera confiar en su voz; cual si temiese que el hablar significara una aceptación de la propuesta. Al cabo de unos momentos, respondió:

—Míster Rearden… creo que daría el resto de mi vida para actuar como capataz de horno para usted. Pero no puedo.

—¿Por qué?

—No me lo pregunte. Se trata de un asunto personal.

La noción de Francisco impresa en la mente de Rearden y que para éste había resultado irresistiblemente atractiva, a su pesar, era la figura de un hombre radiante, incapaz de sufrir. Lo que ahora veía en los ojos de Francisco era la expresión de una tranquila y paciente tortura. Francisco tomó su abrigo en silencio.

—No irá a marcharse, ¿verdad? —le preguntó Rearden.

—Sí.

—¿No piensa acabar de decirme lo que se proponía?

—Esta noche no.

—Quiso que yo le contestara una pregunta. ¿Cuál era? Francisco movió la cabeza.

—Usted empezó preguntándome cómo podía…, ¿cómo podía qué?

La sonrisa de Francisco era como un gemido de dolor; el único que podía permitirse.

—No es preciso formularla, míster Rearden. Conozco la respuesta.

CAPÍTULO IV

LA SANCIÓN DE LA VÍCTIMA

El pollo asado había costado treinta dólares, el champaña veinticinco. El mantel de encaje, con su dibujo de racimos y de hojas de viña, iridiscente bajo la claridad de los candelabros, dos mil. El servicio, con un diseño artístico grabado en azul y oro sobre la porcelana transparente, dos mil quinientos. Los cubiertos de plata con las iniciales L. R. entre coronas de laurel, estilo Imperio, tres mil. Pero aquellos seres consideraban muy poco delicado pensar en términos monetarios o en lo que el dinero podía representar para ellos.

Un zueco de labrador, dorado, se hallaba en el centro de la mesa, lleno de caléndulas, uvas y zanahorias. Las velas estaban sostenidas por calabazas, con cortes en forma de bocas abiertas, de las que surgían pasas, nueces y caramelos, desparramándose sobre la mesa.

Celebraban la cena del día de Acción de Gracias, y las tres personas que se enfrentaban a Rearden alrededor de la mesa, eran su esposa, su madre y su hermano.

—Hemos de dar gracias al Señor por sus beneficios —dijo la madre de Rearden—. Dios ha sido bueno con nosotros. Son muchas las personas que esta noche no tienen alimentos en su casa, y algunas ni siquiera lugar en el que cobijarse. Muchas las que se quedan sin empleo a diario. Me da escalofríos contemplar la ciudad. La semana pasada, ¿con quién creéis que me tropecé? Con Lucie Judson. Henry, ¿te acuerdas de Lucie Judson? Vivía en la casa de al lado, en Minnesota, cuando contabas diez o doce años. Tenía un niño de tu misma edad. Perdí contacto con ella cuando se trasladaron a Nueva York, debe hacer cosa de veinte años. Pues bien. Me quedé estupefacta al verla: ahora es una vieja harapienta y sin dientes, envuelta en un gabán de hombre, que pide limosna en una esquina. Me dije: «Esto me hubiera podido también ocurrir a mí, de no ser por los favores de la Providencia».

—Bien. Si se trata de dar gracias —dijo alegremente Lillian—, no olvidemos a la nueva cocinera Gertrude. Es una verdadera artista.

—Pues yo voy a mostrarme anticuado —dijo Philip—, y me limitaré a dar las gracias a la madre más buena del mundo.

—Puestos a pensar así —dijo la aludida—, deberíamos agradecer a Lillian su cena y todas las molestias que se ha tomado para hacerla tan agradable. Le ha costado horas disponer la mesa. ¡Todo tiene un aspecto tan original y tan distinto!

—Es el zueco de madera el que lo ha conseguido —dijo Philip, ladeando la cabeza para estudiarlo con aire de crítica apreciación—. He ahí el detalle fundamental. Cualquiera puede tener candelabros, cubiertos de plata y otras cosas que se compran con dinero; en cambio, para poner ahí ese zueco, se precisa algo más.

Rearden no dijo nada. La luz de las velas daba sobre su inexpresivo rostro como sobre un retrato, impersonal y cortés.

—No has probado el vino —dijo su madre, mirándole—. Creo que deberías proponer un brindis de gratitud a la gente del país que tanto te alaba.

—Henry no está de humor para eso, madre —intervino Lillian—. Temo que el día de Acción de Gracias sólo sea una fiesta auténtica para quienes tienen la conciencia

tranquila. —Levantó su copa, pero la detuvo a mitad de camino hacia sus labios y preguntó—: No irás a adoptar una actitud intransigente en el juicio de mañana, ¿verdad, Henry?

—La adoptaré. Ella dejó la copa.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Lo sabrás mañana.

—No irás a imaginar que salgas airoso de la prueba, ¿verdad?

—No sé en qué piensas realmente cuando te refieres a eso.

—¿No te das cuenta de que el cargo contra ti es extremadamente grave?

—Sí.

—Has admitido vender ese metal a Ken Danagger.

—Desde luego.

—Podrían meterte en la cárcel por diez años.

—No creo que lo hagan, pero es posible.

—¿Has leído los periódicos, Henry? —preguntó Philip con extraña sonrisa.

—No.

—¡Oh! Debiste hacerlo.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Convendría que te enteraras de los calificativos que te aplican.

—Es interesante —concedió Rearden, observando que la sonrisa de Philip expresaba placer.

—No lo entiendo —intervino su madre—. ¿Has dicho cárcel, Lillian? Henry, ¿es que te van a encerrar?

—Pudiera ser.

—¡Qué ridiculez! Haz algo para evitarlo.

—¿Qué quieres que haga?

—No lo sé. No entiendo una palabra de eso. La gente respetable no va a la cárcel. Haz algo. Siempre supiste salir airoso de tus dificultades.

—No de las de esta clase.

—¿Por qué? —Su voz adoptó el tono de la de un niño mimado y asustado—. Dices eso tan sólo para asustarme.

—Está haciéndose el héroe, madre —declaró Lillian sonriendo fríamente y volviéndose a Rearden—. ¿No crees que tu actitud resulta completamente inútil? Sabes muy bien que los casos de esta clase se arreglan sin necesidad de ser llevados ante los tribunales. Existen muchos medios para evitarlo; para arreglar las cosas amistosamente… siempre que se conozca a las personas adecuadas.

—Yo no conozco a nadie.

—Fíjate en Orren Boyle. Ha hecho algo mucho peor, pero mucho peor, que tu pequeña incursión por el mercado negro. Sin embargo, es tan astuto que sabe mantenerse al margen de conflictos.

—Entonces, es que yo no soy listo.

—¿No crees que ha llegado el momento de que hagas un esfuerzo para adaptarte a las condiciones de tu época?

No.

—Entonces, no veo cómo puedes pretender pasar por víctima. Si vas a la cárcel, será por culpa tuya.

—¿De qué estás hablando, Lillian?

—¡Oh! Sé que crees luchar por algún principio, pero, en realidad, sólo se trata de un caso de increíble jactancia. Lo haces por la única razón de pretender que estás en tu derecho.

—¿Crees acaso que ellos lo están? Lillian se encogió de hombros.

—Precisamente a esa jactancia me refiero, a la de establecer quién está en lo cierto y quién no. Esa insistencia tuya de obrar siempre bien es la más insoportable forma de vanidad que existe. ¿Cómo sabes lo que está bien? ¿Cómo puede saberlo nadie? Se trata sólo de una ilusión con la que halagar tu propio ser y molestar a otras personas haciendo patente tu superioridad sobre ellas.

Él la miraba con profunda atención.

—Si se trata sólo de una ilusión, ¿por qué ha de molestar a nadie?

—¿Es necesario señalar que, en tu caso, sólo existe hipocresía? Por eso encuentro irritante tal actitud. Las cuestiones de derecho no tienen influencia en la existencia humana. Y tú no eres más que un ser humano, ¿verdad, Henry? No mejor que ninguno de aquellos a los que te enfrentarás mañana. Creo que deberías recordar que no debes defenderte sobre la base de ningún principio. Quizá seas víctima de un enredo; acaso te estén haciendo objeto de una jugarreta; pero, ¿qué importa? Hablan así porque son débiles. No han podido resistir la tentación de apoderarse de tu metal y de interferirse en tus beneficios porque no tienen otro modo de hacerse ricos. ¿Por qué has de reprochárselo? Es sólo una cuestión de tensiones, pero en el fondo se trata de que el maltrecho tejido humano cede por doquier. A ti no te tentaría el dinero porque te ha sido fácil obtenerlo; pero, en cambio, no resistirías a otras presiones y caerías bajo sus efectos de manera tan ignominiosa como ellos. ¿No lo crees? No tienes, pues, derecho a mostrarte tan justicieramente indignado. No posees ninguna superioridad moral en la que basarte o que defender. Y si no la tienes, ¿a qué empeñarse en librar una batalla en la que no puedes vencer? Imagino cierta satisfacción en ser un mártir, cuando se está por encima de todo reproche; pero, ¿quién eres tú para arrojar la primera piedra?

Se detuvo para observar los efectos de su parrafada. Pero no hubo ninguno, excepto el de que la expresión de interés de Henry pareció intensificarse, como sostenida por una impersonal y científica curiosidad. Sin embargo, no era aquélla la reacción que había esperado.

—Creo que me has entendido —dijo.

—No —respondió él tranquilamente—. No te he entendido.

—Debes abandonar la ilusión de tus perfecciones personales, que sabes perfectamente son eso: una simple ilusión. Aprender a ir por la vida junto a otras personas. La época de los héroes ha pasado. Estamos en la era de la humanidad y esto en un sentido mucho más profundo de lo que imaginas. No se espera ya de los seres humanos que sean santos, ni que se vean castigados por sus pecados. Nadie obra bien o mal; estamos aquí todos juntos, y todos somos humanos, y lo humano es imperfecto. No ganarás nada cuando mañana intentes demostrar que se equivocan. A mi modo de ver, deberías acatar sus decisiones con buen ánimo, simplemente porque es lo más práctico. Deberías guardar silencio, precisamente porque están en un error. Apreciarán dicha actitud. Haz concesiones a los demás, y ellos las harán contigo. Vive y deja vivir. Da y toma. Cede y acepta. Tal es la política de nuestra era y creo llegado el momento de que te avengas a la misma. No me digas que eres demasiado bueno. Sabes que no. Y sabes que yo lo sé.

La mirada de Rearden siguió encandilada, fija en un punto del espacio, sin constituir respuesta a sus palabras; por el contrario, parecía contestar a una voz masculina que le

dijera: «¿Crees que aquello a que te enfrentas es simplemente una conspiración para apoderarse de tus bienes? Tú que sabes cuál es la fuente del dinero, deberías comprender que se trata de algo mucho más importante y peor que eso». ^

Se volvió para mirar a Lillian. Ésta contemplaba la extensión total de su fracaso, en la inmensidad de aquella indiferencia. El rumoroso torrente de sus insultos era igual al sonido de una distante máquina de remachar; una prolongada e impotente presión que no lograba efecto alguno en él. La había oído referirse a sus culpas cada noche pasada en casa, durante los últimos tres meses; pero nunca pudo sentir sentimiento alguno de culpabilidad. El castigo que ella deseaba infligirle era la tortura de sentirse avergonzado; pero lo único que conseguía era aburrirle.

Henry recordó su breve percepción —aquella mañana en el hotel Wayne-Falkland —de un fallo en el esquema de castigo de su esposa. Entonces no se detuvo a examinarlo, pero ahora lo hizo por vez primera. Lo que deseaba era obligarle a sentirse deshonrado, pero su sentido del honor era la única arma con que contaba para ello. Deseaba obligarle a reconocer su depravación moral, pero sólo su rectitud podía atribuir significado a semejante veredicto. Quería herirle con su desprecio, pero él no podía sentirse herido, a menos de respetar el juicio de Lillian. Quería castigarlo por el dolor que le había causado, y sostenía dicho dolor como un arma apuntada contra él, cual si deseara provocar su agonía con su propia piedad. Pero su único medio se basaba en la propia benevolencia de Henry, en su desprecio hacia ella y en su compasión. La única fuerza con que Lillian contaba era la de las propias virtudes de su esposo. ¿Y si él optaba por retirar dicho factor?

Se dijo que si lo declaraban culpable, deberían basarse en su propia aceptación del código de justicia que lo declarase así. Pero no lo aceptaba ni nunca lo había hecho. Sus virtudes, todas aquellas virtudes que ella necesitaba para lograr su castigo, procedían de otro código y vivían según otra pauta. No se sentía culpable ni avergonzado, ni lamentaba nada, ni podía considerarse deshonrado. No experimentaba preocupación alguna por el veredicto que ella pronunciara. Desde mucho tiempo antes le había perdido todo respeto. La única cadena que aún lo retenía, eran unos restos de piedad.

Ahora bien, ¿sobre qué código obraba ella? ¿Qué clase de código aceptaba la noción de un castigo que requería la virtud de la víctima como combustible para hacerlo funcionar? Henry se dijo que dicho código sólo destruía a quienes intentaban observarlo; que aquel castigo sólo era sufrido por las personas decentes, mientras las deshonestas quedaban indemnes. ¿Podía concebirse una infamia mayor que igualar la virtud con el dolor? ¿Qué convertir a la virtud, no al vicio, en fuente y motivo propulsor del sufrimiento? Si él hubiera sido la clase de indeseable que estaba esforzándose en hacerle creer, no le hubiera importado lo relativo a su honor ni a su dignidad moral. Pero si no era así, ¿en qué consistía entonces la naturaleza de su tentativa?

Contar con su virtud y utilizarla como instrumento de tortura; practicar el chantaje con la generosidad de la víctima como solo medio de extorsión; aceptar el regalo de la buena voluntad de un hombre y convertirla en instrumento de destrucción… Permaneció inmóvil, contemplando la fórmula de una maldad tan monstruosa que aunque pudiera darle nombre se le hacía difícil aceptarlo.

Permaneció inmóvil retenido por el martilleo de una simple pregunta: ¿Conocía Lillian la naturaleza exacta de su esquema? ¿Tratábase de una política consciente, ideada con plena comprensión de su significado? Se estremeció; no la aborrecía lo suficiente como para creerlo así.

La miró. Estaba absorta en la tarea de cortar un pastel de manzana, semejante a una montaña de llamas azules, colocado en una bandeja de plata frente a ella. Su resplandor le daba en la sonriente cara. Tendía un cuchillo de plata a la llama, arqueando el brazo de un

modo diestro y gracioso. Llevaba unas hojas metálicas rojas, doradas y castañas desparramadas sobre un hombro de su vestido de terciopelo negro; y tales hojas brillaban a la luz de las velas.

Henry no pudo librarse de la impresión que llevaba tres meses percibiendo y rechazando, según la cual su venganza no era una forma de desesperación como había supuesto. Aquella impresión, que resultaba inconcebible, no era otra sino la de que ella estaba disfrutando. No podía percibir traza alguna de dolor en su actitud. Demostraba un aire de confianza nuevo en su persona. Por vez primera parecía perfectamente en su casa. Aun cuando todo lo que ésta contuviera había sido elegido según su gusto personal, siempre pareció actuar como una brillante, eficiente y resentida directora de hotel de lujo, que sonríe amargada porque su posición es inferior a la de los dueños del establecimiento. La sonrisa perduraba, pero la amargura había desaparecido. Lillian no había ganado peso, pero sus facciones perdieron aquella delicada agudeza de antes, en un confuso y suave aire de satisfacción; incluso su voz sonaba algo más gruesa.

Henry no escuchaba lo que su esposa estaba diciendo mientras reía al último resplandor de las llamas azules. Sopesaba esta pregunta: ¿Lo sabría? Estaba seguro de haber descubierto un secreto mucho mayor que el problema de su matrimonio; de haber atisbado la fórmula de una política practicada en el mundo más ampliamente de lo que se atrevía a suponer por el momento, Pero hacer confesar a un ser humano semejante práctica constituía un veredicto de irrevocable condenación, y él sabía que no podía creerlo de nadie, mientras siguiera en pie la posibilidad de una duda.

Mirando a Lillian con un último esfuerzo de su generosidad, se dijo que no podía creerlo en ella. En nombre de la gracia o el orgullo que pudiera poseer; en nombre de los momentos en que había visto una sonrisa de placer en su cara, la sonrisa de un ser viviente; en nombre de la breve sombra de amor que cierta vez sintió hacia ella, no podía pronunciar un veredicto de culpabilidad total.

El mayordomo depositó un plato con pastel de manzana frente a él, mientras Lillian preguntaba:

—¿Dónde estuviste durante los últimos cinco minutos, Henry? ¿O acaso durante todo un siglo? No me has contestado; no has oído ni una palabra mía.

—Sí; la he oído —respondió él calmosamente—. Y no comprendo lo que intentas.

—¡ Vaya! —exclamó su madre—. ¿Qué panera de comportarte es ésta? Intenta salvarte de la cárcel… eso es lo que se propone conseguir.

Se dijo que quizá fuera cierto. Tal vez razonando con una cobardía infantil y primitiva, sólo se propusieran protegerle; obligarle a la seguridad de un compromiso. «Es posible», pensó. Pero al propio tiempo se dijo que no podía creerlo.

—Siempre fuiste impopular —dijo Lillian—, y esto es algo superior a los problemas particulares de cualquiera. Tu actitud inflexible te perjudica. Quienes van a juzgarte saben lo que piensas. Por eso se cebarán en ti, mientras ponen en libertad a otro.

—No. No creo que sepan lo que pienso. Esto es precisamente lo que proyecto descubrirles mañana.

—A menos de demostrar que estás dispuesto a cooperar con ellos, tus posibilidades son mínimas. Has sido muy difícil de tratar.

—No. He sido demasiado fácil.

—Pero si te meten en la cárcel —indicó su madre—, ¿qué va a ser de tu familia? ¿No has pensado en eso?

—No. No lo he pensado.

—¿No imaginas la desgracia que significará para todos?

—Madre, ¿comprendes lo que se debate en mi caso?

—No. No lo comprendo, ni lo quiero comprender. Sucios negocios y repelente política. Todos los negocios son política y la política negocio. Jamás quise comprender nada de eso. No me importa quién tenga razón o quién esté equivocado, pero sí creo que lo primero en que ha de pensar un hombre es en su familia. ¿No has reflexionado sobre lo que esto puede representar para nosotros?

—No, madre. Ni lo sé, ni me importa. Su madre lo miró estupefacta.

—Creo que estáis demostrando una actitud completamente provinciana —intervino Philip de improviso—. Nadie de cuantos estamos aquí parece preocupado por los aspectos mucho más amplios y sociales de este caso. No estoy conforme contigo, Lillian. No sé por qué has de decir que hacen objeto a Henry de una malvada jugarreta y de que él tiene razón. Por el contrario, le creo culpable. Mamá, voy a explicarle los hechos con toda sencillez. No hay nada de particular en los mismos; los tribunales están llenos de casos semejantes. Los negociantes se aprovechan de las dificultades nacionales para conseguir dinero. Quebrantan las regulaciones que protegen la riqueza común en beneficio de sus ganancias personales. Existen oportunistas que actúan en el mercado negro y se hacen ricos privando a los pobres de la parte a que tienen derecho, en una época de desesperada carestía. Llevan a cabo una política implacable, egoísta y antisocial, basada en la simple avaricia. De nada sirve disimularlo. Todos lo sabemos bien, y yo lo considero despreciable.

Hablaba en tono despreocupado, cual si explicase algo a un grupo de chiquillos. Su tono implicaba la seguridad de quien conoce que el terreno moral en que se asienta queda fuera de toda duda.

Rearden lo miraba cual si estudiase un objeto visto por vez primera. En lo más profundo de su mente, igual que un tranquilo, reposado e inexorable latido, una voz masculina le decía: «¿Con qué derecho? ¿Basándose en qué código? ¿Según qué normas?»

—Philip —dijo sin levantar la voz—, vuelve a decir una cosa así, y te pongo en la calle ahora mismo, con sólo el traje que llevas y las monedas que contengan tus bolsillos; nada más.

No oyó respuesta ni sonido alguno, ni se produjo el menor movimiento. Notó que la tranquilidad de las tres personas situadas frente a él no contenía ningún elemento de sorpresa. La expresión de asombro de sus caras no era la de quien acaba de escuchar el súbito estallido de una bomba, sino la de quienes saben que están jugando con una mecha encendida. No se produjeron exclamaciones ni protestas, ni se formularon preguntas; sabían que era capaz de aquello y también lo que sus palabras significaban.

Un leve y turbador sentimiento le advirtió que lo habían sabido mucho antes que él.

—No arrojarías a tu hermano a la calle, ¿verdad? —preguntó su madre por fin.

Pero no era una demanda, sino una súplica.

—Lo haría.

—Es tu hermano… ¿No significa eso nada para ti?

—No.

—A veces llega quizá un poco lejos; pero habla sólo por hablar. Emplea esa jerga moderna que impide saber lo que se dice.

—Pues entonces que se entere.

—No seas duro con él… Es más joven que tú, y… más débil. Henry, no me mires de ese modo. Nunca vi en ti una cara semejante… Podrías asustarle. Sabes que te necesita.

—¿Lo sabe?,

—No puedes ser tan duro con quien te necesita; te remordería la conciencia durante el resto de tu vida.

—No.

—Tienes que ser amable, Henry.

—No lo soy.

—Tienes que tener compasión.

—No la tengo.

—Los buenos saben perdonar.

—Yo no.

—¿No irás a hacerme creer que eres un egoísta?

—Lo soy.

Los ojos de Philip se posaban en uno y en otro alternativamente. Parecía como si luego de estar seguro de encontrarse sobre sólido granito, descubriera de improviso que sólo era hielo; un hielo que empezaba a resquebrajarse a su alrededor.

—Pero es que yo… —empezó; pero hubo de detenerse, porque su voz sonaba igual que los pasos de quien tantea el débil piso—. ¿Es que no disfruto de libertad para hablar?

—En tu casa, sí; pero no en la mía.

—¿No tengo derecho a poseer ideas propias?

—A tus expensas, bien; pero no a las mías.

—¿Es que no toleras diferencias de opinión?

—No, cuando soy yo quien paga.

—¿No podemos hablar más que de dinero?

—En efecto. Sobre todo cuando es mía.

—¿No quieres considerar ningún otro aspecto más…? —iba a decir más alto, pero cambió de opinión—. ¿Cualquier otro aspecto?

—No.

—No soy tu esclavo..

—¿Acaso lo soy yo tuyo?

—No comprendo lo que…

Se detuvo, sabedor de lo que estaba sucediendo.

—No —dijo Rearden—, no eres mi esclavo. Por el contrario, quedas libre para salir de aquí siempre que te parezca oportuno.

—No… no me refería a eso.

—Pues yo sí.

—No lo entiendo.

—¿De veras?

—Siempre has conocido mis… opiniones políticas. Nunca te opusiste a las mismas.

—Desde luego —admitió Rearden gravemente—. Quizá te deba una explicación por si te he dado una impresión errónea de eso. Nunca he intentado recordarte que vives de mi caridad. Creí que eras tú quien debías reconocerlo. Creí que cualquier ser humano que acepta la ayuda de otro, sabe que la buena voluntad es el único motivo del donante y que dicha voluntad es el pago que recibe a cambio, pero veo que me equivoqué. Al obtener el sustento sin trabajar, llegaste a la conclusión de que tampoco el afecto ha de ser ganado. Imaginaste que yo era la persona más segura del mundo sobre la que escupir, precisamente porque te tengo cogido por el cuello. Creíste que nunca te obligaría a

recordarlo y que me sentiría atado por el temor a herir tus sentimientos. Digámoslo claro: eres un objeto de caridad y tu crédito quedó agotado hace tiempo. Cualquier afecto que pudiera sentir hacia ti en otros tiempos ha desaparecido. No experimento el menor interés hacia tu destino ni hacia tu futuro. No es motivo por el que desear seguir alimentándote. Si sales de mi casa, me importará muy poco que te mueras de hambre o no. Ésa es tu posición aquí, y espero que la recuerdes si quieres continuar en esta casa. Si no, vete.

Exceptuando un ligero hundimiento de su cabeza entre los hombros, Philip no demostró reacción alguna.

—No te imagines que disfruto viviendo aquí —dijo con voz apagada y al mismo tiempo penetrante—. Si crees que soy feliz, te equivocas. Daría cualquier cosa por irme —pretendía ser desafiador, pero su voz expresaba cierta furiosa cautela—. Y si es eso lo que sientes hacia mí, lo mejor sería que me marchara. —Sus palabras indicaban una declaración terminante, pero la voz sonaba como un interrogante colocado al final de cada una de ellas. Esperó, pero no hubo respuesta—. No tienes que preocuparte de mi futuro. No he de pedir favores a nadie. Sé cuidar de mí mismo. —Aquellas expresiones iban dirigidas a Rearden, pero su mirada se desplazó hacia su madre; ésta no dijo una palabra; tenía miedo incluso a moverse—. Siempre deseé valerme por mí mismo. Siempre quise vivir en Nueva York, con mis amigos. —La voz se hizo más lenta, añadiendo cierto tono impersonal y reflexivo a las frases, como si éstas no se dirigieran concretamente a nadie—. Desde luego, tropiezo con el problema de mantener cierta posición social… No es culpa mía el sentirme afectado por tener un apellido al que todos asocian con un millonario… Necesito dinero durante un año o dos… para establecerme de un modo apropiado…

—No seré yo quien te lo dé.

—Tampoco te lo he pedido. No imagines que no lo puedo conseguir en algún otro lugar, si lo deseo. No creas que soy incapaz de marcharme. Me iría dentro de un minuto si sólo tuviera que pensar en mí. Pero mamá me necesita y si la abandono…

—No es preciso que expliques nada…

—Por otra parte, me has interpretado mal, Henry. No he dicho nada insultante. No hablaba en sentido personal. Sólo discutía la política desde un punto de vista sociológico y abstracto que… —No es preciso que expliques nada —repitió Rearden.

Miraba a Philip, que había bajado el rostro, aunque levantando la mirada hacia él. Sus ojos aparecían sin vida, como si no se fijaran en nada concreto; no brillaba en ellos el menor chispazo de excitación, ni daban impresión de sensaciones personales ya de desafío o de sentimiento, de vergüenza o de dolor; eran dos óvalos empañados, que no respondían a la realidad ni intentaban comprenderla ni sopesarla, ni expresar un veredicto de justicia; dos óvalos en los que sólo se pintaba un sordo, tranquilo e inconsciente aborrecimiento.

—No expliques nada. Limítate a callar —repitió Rearden.

La repulsión que obligó a Henry a volver la cara contenía un leve espasmo de lástima. Hubo un instante en que hubiera deseado coger a su hermano por los hombros, sacudirlo y gritar: «¿Cómo has podido hacer esto contigo? ¿Cómo has llegado a un estado en que esto es lo único que queda de ti? ¿Por qué has permitido que la maravillosa realidad de tu existencia desaparezca de semejante modo?», pero desvió la mirada comprendiendo que era inútil.

Con cansada sensación de despecho notó que sus tres comensales guardaban silencio. Durante los pasados años, su consideración hacia ellos sólo le había proporcionado maliciosos y rimbombantes reproches. ¿Dónde estaba ahora su sentido de lo justo? Había llegado el momento de que se apoyara en su código de justicia, si es que ésta había formado parte alguna vez del mismo. ¿Por qué no le abrumaban con las acusaciones de

crueldad y de egoísmo que había llegado a aceptar como el eterno fondo de su vida? ¿Qué les había permitido obrar de aquella forma durante tantos años? Se dijo que las palabras que escuchaba interiormente constituían la clave de la respuesta: la sanción de la víctima.

—No nos peleemos —dijo su madre con voz incolora y vaga—. Es el día de Acción de Gracias.

Al mirar a Lillian, sorprendió en ella una expresión que le hizo comprender que lo estaba observando desde mucho tiempo atrás; en la misma se pintaba el pánico. Se levantó.

—Ruego que me perdonéis —dijo dirigiéndose a todos en general.

—¿Dónde vas? —preguntó bruscamente Lillian.

La contempló deliberadamente unos instantes, como si quisiera confirmar el significado que leería en su respuesta.

—A Nueva York.

Lillian se puso en pie de un salto.

—¿Esta noche?

—Sí. Ahora mismo.

—¡No puedes ir a Nueva York esta noche! —exclamó. Su voz no había sonado alta, pero en la misma vibraba la imperiosa desesperación de un grito—. No puedes permitírtelo. Quiero decir…, no puedes abandonar a tu familia. Has de conservar las manos limpias. No te encuentras en situación de permitirte nada que consideres depravado.

«¿De acuerdo con qué código? —pensó Rearden—. ¿Basándose en qué pauta?»

—¿Por qué quieres irte a Nueva York esta noche?

—Por la misma razón por la que intentas detenerme.

—Mañana se celebra tu juicio.

—A eso me refería.

Hizo un movimiento para volverse y ella levantó la voz:

—No quiero que te vayas.

Henry sonrió. Era la primera vez que sonreía a Lillian en los pasados tres meses; pero no con la clase de sonrisa que a ella le gustaba ver.

—¡Te prohíbo que nos abandones esta noche! Henry se volvió y salió del comedor.

Sentado al volante de su coche, con la brillante y helada carretera afluyéndole al rostro y deslizándose bajo las ruedas a sesenta millas por hora, dejó que el recuerdo de su familia se fuera desvaneciendo de su mente. La visión de sus caras se hundió, rodando en el abismo de velocidad que se tragaba los árboles desnudos y la solitaria estructura de la ruta. Había poco tránsito y escasas luces en las distantes agrupaciones urbanas ante las que pasó. El vacío de la inactividad era el único signo de la fiesta que el país celebraba. Un halo difuso enmohecido por la helada, brillaba sobre el tejado de alguna fábrica, de tarde en tarde, y un viento helado gemía por entre las junturas del coche, estremeciendo la lona de la capota contra su estructura metálica.

Gracias a cierto velado sentimiento de contraste que no podía definir, la idea de su familia quedó desplazada por el recuerdo de su conversación con el «ama seca», el muchacho de Washington empleado en sus fundiciones. Durante la época en que fue acusado, descubrió que el muchacho estaba enterado de sus tratos con Danagger, pero que no había informado de ello a nadie.

—¿Por qué no habló de mí a sus amigos? —le preguntó.

—Porque no quise —le había contestado el joven bruscamente, sin mirarle.

—El observar precisamente cosas como ésta forma parte de su trabajo, ¿verdad?

—Sí.

—Además, a sus amigos les hubiera encantado saberlo.

—Desde luego.

—¿Se da cuenta de la valiosa información que representaba y del estupendo negocio que hubiera podido hacer con sus amigos de Washington, cuyos servicios me ofreció cierta vez, recuerda? Esos amigos que siempre «ocasionan gastos». —El muchacho no contestó —. Su carrera podía haber experimentado un progreso notable. No me diga que no lo sabía.

—Lo sabía.

—Entonces, ¿por qué no hizo uso de ello?

—Porque no quise.

—¿Por qué no quiso?

—No losé.

El joven había permanecido en actitud hosca, evitando la mirada de Rearden, cual si tratara de zafarse de algo incomprensible que se agitaba dentro de sí mismo. Rearden se echó a reír.

—Escúcheme, No-Absoluto; está jugando con fuego. Más vale que asesine a alguien antes de que la razón que le impidió informar a esa gente lo afecte por completo. De lo contrario, veo su carrera hecha añicos.

El joven no contestó.

Aquella mañana Rearden había ido a su despacho como de costumbre, aun cuando el resto de la oficina estuviera cerrado. A la hora de comer se detuvo en la fundición, asombrándose al ver al «ama seca» solo en un rincón, ignorado por todos, observando el trabajo con aire de infantil complacencia.

—¿Qué hace aquí hoy? —preguntó Rearden—. ¿No sabe que es fiesta?

—¡Oh! Dejé salir a las muchachas, y vine a terminar algunas cosas.

—¿Qué cosas?

—¡Oh! pues… cartas… ¡Diantre! Firmé tres y afilé los lapiceros. Sé que no debí hacerlo precisamente hoy, pero no tenía trabajo en casa, y… cuando estoy fuera de aquí, me siento solo.

—¿No tiene familia?

—No. Al menos que pueda llamarse así. ¿Y usted, míster Rearden? ¿Tiene familia?

—Pues creo… que tampoco puedo considerarla como tal.

—Me gusta este lugar. Me gusta estar por aquí… Ya sabe, míster Rearden, que yo estudié para metalúrgico.

Al alejarse, Rearden volvió la cabeza, pudiendo observar que el «ama seca» lo miraba como un chiquillo miraría al héroe de su historia de aventuras favorita. «¡Que Dios ayude a este pobre infeliz! —pensó—. ¡Que Dios les ayudara a todos!», añadió mientras conducía su coche por las obscuras calles de una pequeña ciudad, pidiendo prestadas aquellas palabras, producto de una fe que nunca había compartido. \¿ó, desplegados sobre soportes de metal, periódicos cuyos titulares gritaban con sus negras letras a las esquinas vacías: «¡Catástrofe ferroviaria!» Había oído la noticia por la radio aquella tarde; en la línea principal de la «Taggart Transcontinental» había ocurrido un accidente, cerca de Rockland, Wyoming; un riel partido hizo descarrilar a un tren de mercancías, despeñándolo por un barranco. Los desastres de aquel género se estaban naciendo más y más frecuentes en la línea «Taggart». Los rieles estaban desgastados; aquellos mismos

rieles que, menos de dieciocho meses antes, Dagny planeaba reponer, prometiéndole un viaje de costa a costa deslizándose sobre su propio metal.

Había dedicado un año a recoger rieles gastados de líneas abandonadas, para ir reparando los de la principal. Pasó meses enteros luchando contra los componentes de la Junta de Directores de Jim, quienes afirmaban que aquellas condiciones eran sólo temporales, y que si una vía había durado diez años, bien podía durar otro invierno, hasta: la primavera, cuando las condiciones hubieran mejorado, tal como prometió míster Wesley Mouch. Tres semanas antes pudo obligarles a que autorizasen la compra de sesenta mil toneladas de riel nuevo; pero con el mismo, sólo podría efectuar algunas reparaciones en las partes más afectadas. Sin embargo, aquello fue cuanto pudo conseguir de ellos. A partir de entonces tuvo que arrancar el dinero a hombres atontados por el pánico; los ingresos producidos por el transporte de mercancías estaban descendiendo a un ritmo tal, que los componentes de la Junta empezaron a temblar, mientras reflexionaban sobre la teoría de Jim acerca de que aquél era el año más próspero en la historia de la empresa «Taggart». Tuvo que pedir riel de acero por no existir la esperanza de obtener un permiso de emergencia que le permitiera comprar metal Rearden, ni tiempo suficiente para hacerlo.

Rearden apartó la mirada de los titulares, posándola en el resplandor que iluminaba el límite del firmamento, y que indicaba la situación de Nueva York, muy a lo lejos; sus manos apretaron convulsas un instante el volante.

Eran más de las nueve cuando llegó a la ciudad. El piso de Dagny estaba a obscuras cuando entró en el mismo, utilizando su propia llave. Tomó el teléfono y la llamó a su oficina. Ella misma respondió:

—«Taggart Transcontinental».

—¿No sabes que hoy es fiesta? —le preguntó.

—¡Hola, Hank! En los ferrocarriles no hay fiesta que valga. ¿Desde dónde me llamas?

—Desde tu piso.

—Estaré ahí dentro de media hora.

—No, no. Quédate en la oficina. Pasaré a recogerte.

La. antesala del despacho estaba a obscuras, exceptuando el cubículo de cristal de Eddie Willers. Éste cerraba en aquel momento su escritorio, disponiéndose a partir. Al ver entrar a Rearden, lo miró con asombro.

—Buenas noches, Eddie. ¿Qué os obliga a trabajar de este modo? ¿La catástrofe de Rockland?

—Sí, míster Rearden —replicó Eddie.

—Quiero ver a Dagny a propósito de ello… deseo hablar de esos ríeles.

—Aún la encontrará aquí.

Dirigíase a la puerta, cuando Eddie lo llamó titubeando un poco.

—Míster Rearden…

—¿Desea algo? —dijo Hank.

—Quería decirle… que como mañana es el proceso… y hagan lo que hagan con usted, se supone que obran en nombre del pueblo… deseaba simplemente aclarar… que yo no figuro en ese grupo por esta vez…, aun cuando nada pueda hacer por usted, excepto decírselo…, aunque ello quizá no signifique gran cosa.

—Significa mucho más de lo que usted se figura. Quizá más de lo que sospechamos todos. Gracias, Eddie.

Cuando Rearden entró en el despacho, Dagny levantó la mirada de su escritorio y siguió observándole mientras se aproximaba. Él notó cómo la expresión de cansancio

desaparecía de sus ojos. Se sentó en el borde de la mesa, y ella se hizo atrás, apartándose negligentemente un mechón de cabello de la cara y dejando que sus hombros se relajaran bajo la delgada blusa blanca.

—Dagny, tengo que decirte algo acerca de los rieles pedidos. Quiero notificártelo esta misma noche.

Ella lo miraba atentamente; la expresión de su cara obligaba a la suya a adoptar el mismo aire de tranquila y solemne tensión.

—Se da por supuesto que el 15 de febrero entregaré a la «Taggart Transcontinental» sesenta mil toneladas de riel con los que podréis reparar trescientas millas de vía. Pero, por la misma suma, recibiréis ochenta mil toneladas, lo que significará quinientas millas. Pero ya sabes que existe un material más barato y ligero que el acero. Vuestro riel será del mismo, es decir, de metal Rearden. No pretendas discutir, objetar ni convenir. No estoy solicitando tu consentimiento. Tú no apruebas nada sencillamente porque nada sabes. Soy yo "quien lo hago y el único responsable de lo que pueda suceder. Obraremos de tal forma que quienes están enterados de este pedido no sabrán que has recibido metal Rearden, y quienes sepan que has recibido metal Rearden, no sabrán que no se te permite comprarlo. Y enredaremos la contabilidad de tal manera, que aun cuando la cosa llegara a averiguarse, nadie podrá achacar lo sucedido a nadie, excepto a mí. Podrán sospechar que he sobornado a alguien de tu personal, o que estabas enterada de ello, pero les será imposible demostrarlo. Quiero que me des tu palabra de que nunca admitirás haberte enterado, no importa lo que ocurra. Es mi metal, y si existen peligros, seré yo quien los corra. Estoy planeando esto desde el día en que recibí tu pedido. Tengo solicitado ya el cobre necesario, procedente de una fuente que no me traicionará. Había decidido no enterarte hasta más tarde, pero he cambiado de parecer. Quiero que lo sepas esta noche, porque mañana me van a juzgar por un delito similar.

Ella le había escuchado sin moverse. Al pronunciar la última frase, Hank pudo percibir una leve contracción de sus mejillas y sus labios; no era totalmente una sonrisa, pero con la misma le daba la respuesta total a todo aquello, expresando dolor, admiración y comprensión a un tiempo.

Luego vio cómo sus ojos se suavizaba% cobrando un aire más peligrosamente vivo; la tomó de la muñeca como si el fuerte apretar de sus dedos y la severidad de su mirada fueran a concederle el apoyo que necesitaba.

—No me des las gracias —dijo severamente—. No se trata de un favor. Lo hago con el fin de poder soportar mi trabajo o de lo contrario me derrumbaría como Ken Danagger.

Pero al pronunciar tales palabras, el tono de su voz y la expresión de sus pupilas revelaban que mentía.

—Dame la palabra que te he solicitado —insistió él sonriendo.

—Te doy mi palabra —dijo. Él le soltó la muñeca y Dagny añadió sin levantar la cabeza —: Lo único que lamento decirte es que, si mañana te sentencian a la cárcel, desapareceré sin esperar a que ningún elemento destructor me lo indique.

—No lo hagas. No creo que me sentencien a la cárcel. Por el contrario, probablemente me soltarán. Tengo una hipótesis que te explicaré más tarde, cuando la haya puesto a prueba.

—¿Qué hipótesis?

—¿Quién es John Galt? —preguntó él a su vez, sonriendo y poniéndose en pie—. Eso es todo. No hablemos más de mi juicio esta noche. ¿No tienes nada que beber en tu oficina?

—No. Pero creo que mi encargado de tráfico esconde una especie de bar en una estantería de su armario.

—¿Crees que podrás conseguir un trago para mí, si no está cerrado con llave?

—Lo probaré.

Henry permaneció en pie, contemplando el retrato de Nat Taggart, colgado del muro; el retrato de un joven de cabeza erguida. Dagny regresó con una botella de coñac y dos vasos, que llenó en silencio.

—¿Sabes, Dagny? El día de Acción de Gracias es una fiesta establecida por un pueblo laborioso para celebrar el triunfo de su trabajo.

El movimiento de su brazo al levantar el vaso abarcó el retrato, a Dagny, a él mismo y a los edificios de la ciudad, al otro lado de la ventana.

* * *

El público que ahora llenaba la sala donde iba a celebrarse el juicio, llevaba un mes leyendo en la prensa que iba a enfrentarse a un egoísta, enemigo de la sociedad; pero, en realidad, todos acudieron a ver al hombre que había inventado el metal Rearden.

Henry se puso en pie cuando sus jueces le ordenaron hacerlo… Llevaba un traje gris; tenía los ojos azul claro y el pelo rubio; pero no eran aquellos colores los que hacían aparecer su figura como helada e implacable, sino el hecho de que el traje poseía una clara simplicidad, rara vez observada en aquellos tiempos y muy a tono con el lujoso y estricto despacho de una rica Corporación. Su apostura pertenecía a una época civilizada, en total desacuerdo con cuanto lo rodeaba allí.

La multitud sabía, gracias a los periódicos, que aquel hombre representaba todos los defectos de una riqueza implacable^ y del mismo modo que alababan la virtud de la castidad y luego corrían a presenciar una película en cuyos carteles anunciadores figuraba una mujer medio desnuda, acudían ahora a verle a él. Al fin y al cabo, el mal de que era prototipo no guardaba relación alguna con la rancia impotencia de un bromuro en el que nadie creía y que nadie se atrevía a desafiar. Lo contemplaron sin admiración, porque tratábase de un sentimiento que les era imposible experimentar desde mucho tiempo atrás; lo miraron con curiosidad y con cierto vago sentimiento de desafío contra quienes les habían dicho que era su deber aborrecerle.

Unos cuantos años antes se hubieran burlado de su aire de aplomo y de riqueza; pero en aquella ocasión, en las ventanas de la sala se reflejaba el firmamento pizarroso y gris, que pronosticaba la primera tormenta de nieve de un largo y duro invierno; el último petróleo del país se estaba terminando, y las minas de carbón no podían mantenerse al nivel de aquel histérico forcejeo en busca de combustible para el invierno. La muchedumbre que llenaba la sala recordó que aquel caso les había costado los servicios de Ken Danagger. Circulaban rumores de que la producción de la Compañía Carbonífera Danagger había disminuido perceptiblemente en el transcurso de un mes; los periódicos afirmaban que era simplemente cuestión de trámite, mientras el primo de Danagger reorganizaba la compañía, luego de hacerse cargo de la misma. La semana anterior, las páginas frontales de los diarios publicaron la historia de una catástrofe en el lugar en que se estaba levantando una serie de viviendas. Los defectuosos soportes de acero habían cedido, derrumbándose todo y matando a cuatro obreros; los periódicos no lo mencionaron, pero el público sabía que los soportes en cuestión procedían de la «Associated Steel» de Orren Boyle.

Todo el mundo permanecía sentado, guardando profundo silencio y contemplando a la alta y rígida figura, no con esperanza, puesto que estaban perdiendo la capacidad para ello, sino con una impasible neutralidad sobre la que campeaba un débil interrogante: el mismo que figuraba sobre todos los piadosos slogans que venían escuchando desde hacía años.

Los periódicos se lamentaban de que la causa de los conflictos que afligían al país, como quedaba demostrado en aquel caso, no era otra que el egoísmo y la avaricia de los ricos industriales; de que hombres como Hank Rearden eran los responsables de la dieta impuesta a todos, de la temperatura cada vez más baja y de los techos agrietados de los hogares de la nación; y de que de no ser por quienes quebrantaron las regulaciones y dificultaron los planes del Gobierno, la prosperidad se hubiera conseguido desde mucho tiempo atrás. Según ellos, los hombres como Hank Rearden obraban impulsados tan sólo por su provecho personal. Esto último quedaba declarado sin explicaciones y sin razonamientos, como si las palabras «provecho personal» constituyeran la marca decisiva de una maldad indiscutible.

La muchedumbre recordó que, menos de dos años antes, aquellos mismos periódicos habían levantado la voz proclamando que la producción de metal Rearden debía prohibirse, porque su dueño ponía en peligro la vida de las gentes, llevado sólo de su avaricia recordaban que aquel hombre vestido de gris había viajado en la cabina de la primera locomotora que corrió sobre una vía hecha con su metal; y que ahora se le juzgaba por el crimen de haber retirado un cargamento de metal para ofrecerlo en el mercado público.

Según los procedimientos establecidos por ciertas directrices, casos como aquél no serían juzgados por un jurado, sino por un grupo de tres jueces, nombrados por la Oficina de Planeo Económico y de Recursos Nacionales; el procedimiento, según dichos directivos, sería informal, pero. democrático. El sillón del juez había sido retirado de la vieja sala de Filadelfia, reemplazándolo por una mesa situada sobre un estrado de madera, lo que daba a la sala una atmósfera similar a la de una especie dé reunión en que un cuerpo presidencial ejerciera su influencia sobre gentes ‹k mentalidad retrasada.

Uno de los jueces, que actuaba de fiscal, había leído los cargos. —Puede usted ahora invocar cuantos recursos quiera en su propia defensa —anunció.

Dando frente a la plataforma, con voz monótona pero extraordinariamente clara, Hank Rearden contestó:

—No me defiendo.

—Entonces… —el juez titubeó porque no había esperado que aquello resultara tan fácil —, ¿se coloca usted a merced de este tribunal?

—No reconozco a este tribunal derecho alguno para juzgarme.

—¿Cómo?

—Que no reconozco a este tribunal derecho alguno para juzgarme.

—Pero, míster Rearden, este tribunal ha sido legalmente constituido para juzgar delitos especiales como el suyo.

—No reconozco mi acción como delito.

—Usted ha admitido quebrantar nuestras disposiciones respecto al control de venta de su metal.

—No les reconozco derecho alguno a controlar la venta de mi metal.

—¿Será necesario señalar que nadie ha requerido dicho consentimiento por su parte?

—Me doy plena cuenta de ello y actúo en consecuencia.

Notó el silencio que reinaba en la sala. Según las reglas del complicado andamiaje de fingimiento en el que toda aquella gente incurría en beneficio ajeno, su actitud habría significado una locura; debieron haber sonado murmullos de sorpresa y desdén, pero no sucedió así; todo el mundo permanecía callado, comprendiendo.

—¿Significa esto que rehúsa obedecer la ley? —preguntó el juez.

—No. Por el contrario, cumplo dicha ley a rajatabla. Según ustedes, se puede disponer de mi vida, mi trabajo y mis bienes sin consentimiento mío. Muy bien. Háganlo, pero sin que yo participe en ello. No pienso defenderme, puesto que no hay defensa posible, ni simularé la ilusión de contender con un tribunal de justicia.

—Pero, míster Rearden, la ley señala específicamente que ha de ofrecérsele una oportunidad de presentarnos su versión del caso y defenderse.

—Un prisionero traído a juicio puede obrar así tan sólo si los jueces reconocen un principio de justicia objetivo; un principio que apoye sus derechos, que él pueda invocar y que nadie esté en condiciones de violar. La ley por la que ustedes me juzgan, sostiene que no existen principios; que no tengo derechos y que pueden obrar conmigo como quieran. Muy bien. Prosigan.

—Míster Rearden, la ley que usted denuncia se basa en el más alto principio: el principio del bienestar público.

—¿Quién es el público? ¿Qué considera éste como su bienestar? Existió un tiempo en que los hombres creyeron que el «bien» era un concepto capaz de quedar definido por un código de valores morales, y que ningún hombre podía buscar el bienestar mediante la violación de los derechos ajenos. Si ahora se cree que mi prójimo puede sacrificarme en beneficio de lo que considera bueno, y aprovecharse de mis bienes simplemente porque los necesita… eso es lo que haría cualquier ladrón. Existe sólo una diferencia. El ladrón no pediría que aprobase su acto.

Un grupo de asientos situado a un lado de la sala estaba reservado para los visitantes de importancia, llegados a Nueva York para asistir al juicio. Dagny permanecía inmóvil, sin que su cara demostrase más que una solemne atención; la atención de quien escuchaba con el convencimiento de que el fluir de las palabras de Hank determinaría el curso de su propia vida. Eddie Willers estaba a su lado. James Taggart no había acudido. Paul Larkin se inclinaba hacia delante, alargando su cara puntiaguda como un morro de animal, agudizada por una expresión de miedo que ahora se iba transformando en malicioso aborrecimiento. Míster Mowen, sentado junto a él, era hombre de mayor inocencia y menor comprensión; su miedo tenía una naturaleza más sencilla; escuchaba presa de perpleja indignación y murmuró a Larkin:

—¡Cielos! Lo ha conseguido. Va a convencer al país entero de que todos los negociantes son enemigos del bienestar público.

—¿Hemos de entender —preguntó el juez —que considera sus propios intereses superiores a los del país?

—Sostengo que dicha pregunta sólo puede formularse en una sociedad de caníbales.

—¿Qué… qué significa eso?

—No existe choque de intereses entre hombres que no exigen lo que no han ganado y que no practican sacrificios humanos.

—¿Hemos de entender que si el público considera necesario reducir los beneficios de usted, no reconoce su derecho a obrar así?

—Sí. Sí. Lo reconozco. El público puede disminuir mis beneficios siempre que quiera, rehusando adquirir mis productos.

—Estamos hablando… de otros métodos.

—Cualquier otro método para reducir beneficios es un método de saqueadores, y así lo considero.

—Míster Rearden, éste no es modo de defenderse.

—Ya he dicho que no pensaba hacerlo.

—¡Se trata de algo inaudito! ¿Se da cuenta de la gravedad del cargo presentado contra usted?

—No me preocupa en absoluto.

—¿Se da cuenta de las posibles consecuencias de su actitud?

—Por completo.

—Es opinión de este tribunal que los hechos presentados por la acusación no permiten benevolencia alguna. Puede imponérsele una condena extremadamente severa.

—Adelante.

—¿Cómo ha dicho?

—Que la impongan.

Los tres jueces se miraron.

El que tenía la palabra se volvió hacia Rearden.

—Semejante actitud carece de precedentes —declaró.

—Es por completo irregular —añadió el segundo juez—. Según* la ley, debe usted actuar en su propia defensa. La única alternativa consiste en declarar que se abandona a merced del tribunal.

—No lo haré.

—Pues tendrá que hacerlo.

—¿Quiere decir que esperan lo haga de manera voluntaria?

—Sí.

—No pienso hacer voluntariamente nada de eso.

—Las leyes exigen que la parte acusada quede representada en el expediente.

—¿Significa ello que necesitan mi ayuda para conferir legalidad a estos procedimientos?

—No… sí…, es decir, debemos atenernos a las normas.

—Pues no voy a ayudarles.

El tercero y más joven de los jueces, que había actuado como de fiscal, exclamó impaciente:

—¡Esto es ridículo e injusto! Pretende usted hacer creer que un hombre de su importancia ha sido atropellado sin…

Se interrumpió bruscamente, porque alguien en el fondo de la sala acababa de emitir un agudo silbido.

—Lo que quiero —dijo Rearden gravemente —es que este juicio aparezca exactamente como es. Si necesitan mi ayuda para enmascararlo, no pienso cooperar.

—Le estamos ofreciendo una posibilidad de defenderse y usted la rechaza.

—No quiero ayudarles a simular que dispongo de dicha oportunidad. No les ayudaré a conservar una apariencia de legalidad, cuando no se reconocen mis derechos. No les ayudaré a conservar una apariencia de racionalidad, entrando a figurar en un debate en el que el argumento final está representado por un arma. No quiero ayudarles a pretender que administran justicia.

—¡La ley le obliga a defenderse voluntariamente! Sonaron risas en la sala.

—Ahí está el fallo de su teoría, caballeros —dijo Rearden gravemente—. Y no pienso ayudarles a repararlo. Si han preferido tratar con la gente imponiendo sus condiciones, háganlo, pero descubrirán que necesitan la voluntaria cooperación de sus víctimas en muchos más aspectos de los que pueden imaginar por el momento. Sus víctimas descubrirán que es su propia voluntad, una voluntad que no pueden forzar, la que hace posible la existencia de ustedes. Prefiero mostrarme consecuente. Haré lo que quieran que

haga, como si me apuntaran con una pistola. Si me sentencian a la cárcel, tendrán que enviar hombres armados para que me trasladen allí, porque yo no haré un solo movimiento por propia iniciativa. Si me imponen una multa, tendrán que apropiarse de mis bienes para hacerla efectiva, porque no pienso pagar. Si creen tener el derecho a obligarme a algo, utilicen abiertamente sus armas. No pienso ayudarles a disimular la naturaleza de sus actos.

El juez de más edad se inclinó sobre la mesa, y con voz suavemente burlona dijo:

—Habla usted como si luchara por una especie de principios, míster Rearden, pero en realidad lo que defiende son sus bienes, ¿verdad?

—Desde luego, lucho por mis bienes. ¿Saben ustedes la clase de principios que ellos representan?

—Adopta aires de campeón de la libertad, pero la única libertad que persigue es la de hacer dinero.

—Desde luego, todo cuanto deseo es libertad para ganar dinero. ¿Sabe lo que implica dicha libertad?

—Míster Rearden, usted no querrá que su actitud sea mal interpretada. No irá a reforzar esa impresión tan difundida de que es usted un hombre desprovisto de conciencia social, que jamás se preocupa del bienestar de su prójimo y sólo trabaja en beneficio propio.

—No trabajo más que en beneficio propio, y sé ganarme lo que consigo.

Se oyó un murmullo, no de indignación, sino de asombro entre la muchedumbre situada tras él, mientras los jueces guardaban silencio. Con toda calma continuó:

—No quiero que se interprete mal mi actitud. Al contrario, me satisfará mucho declararla, con vistas al expediente. Convengo plenamente en todo cuanto han dicho de mí los periódicos, respecto a los hechos, pero no a su evaluación de los mismos. Sólo trabajo para mi propio beneficio, que obtengo vendiendo un producto a quienes están dispuestos a pagarlo. Ni lo produzco para su beneficio a expensas del mío, ni ellos lo compran en beneficio mío a expensas del suyo. No sacrifico mis intereses a ellos, ni ellos sacrifican los suyos a mí; tratamos de igual a igual por consentimiento mutuo y en beneficio común. Me siento orgulloso de cada centavo que he conseguido de este modo. Soy rico, y me enorgullece hasta el último céntimo que poseo. He conseguido mi capital por esfuerzo propio e intercambio libre, y gracias al voluntario consentimiento de todos aquellos con quienes traté; el de quienes me dieron trabajo, el de quienes ahora trabajan para mí y el de los. que adquieren mis productos. Contestaré a todas las preguntas que temen ustedes formularme abiertamente. ¿Deseo pagar a mis obreros más de lo que merecen por su tracto? No. ¿Deseo vender mis productos por menos precio del que mis cuentes están dispuestos a satisfacer? No. ¿Me propongo venderlo sufriendo pérdidas o desvalorizándolo? No… Si esto es maldad, obren como quieran conmigo, y según las normas que prefieran. Las mías son éstas: me gano la vida como debe hacer todo hombre honrado. Rehúso considerar culpable el hecho de mi propia existencia y el de tener que trabajar para mantenerla. Rehúso aceptar como maldad el hecho de ser capaz de obrar así y de hacerlo bien. Rehúso considerar detestable poder hacerlo mejor que otra gente, realizar un trabajo de mayor valor que el de mis vecinos y observar que más personas estén dispuestas a pagar por el mismo. Rehúso pedir perdón por mi habilidad y rehusó pedirlo también por mi éxito y por mi dinero. Si ello es malvado, obren en consecuencia. Si esto es lo que el público considera lesivo para sus intereses, dejen que el público me destruya. Tal es mi código y no aceptaré otro. Puedo afirmar aquí que he hecho más bien en pro de otras personas de lo que ustedes pueden figurarse; pero no lo haré porque no busco el beneficio de los otros como sanción a mi derecho de existir, ni reconozco el beneficio de otras personas como justificante para apoderarse de mis bienes o destruir mi vida. No diré que el beneficio ajeno fue el propósito de mi tarea; dicho propósito ha sido

mi propio beneficio, y desprecio a aquel que sacrifique el suyo. Podría decirles que ustedes no sirven al beneficio común; que no puede conseguirse el bienestar de nadie efectuando sacrificios humanos; que cuando violan los derechos de un hombre, violan los de todos, y una muchedumbre de criaturas sin derecho alguno queda condenada a la destrucción. Podría decirles que acabarán provocando una devastación universal, como sucede con todo saqueador cuando se queda sin víctimas. Podría decirlo, pero no lo haré. No desafío su política particular, sino sus premisas morales. Si fuera cierto que los hombres pueden conseguir su bienestar convirtiendo a otros en animales dispuestos al sacrificio y se pidiera que me inmolara en beneficio de quienes desean sobrevivir al precio de mi sangre; si se me rogara servir los intereses de la sociedad aparte, por encima y contra los míos, rehusaría por considerarlo el más despreciable de los males; lucharía contra ello con todas mis fuerzas; me opondría a la humanidad entera, aunque sólo dispusiera de un minuto antes de ser asesinado; combatiría con la plena confianza en la justicia de mi misión y en el derecho del ser viviente a la existencia. No quiero que haya malos entendidos acerca de mí. Si mis semejantes, los que se llaman público, creen realmente que su bienestar requiere víctimas, puedo decirles: ¡Al diablo el beneficio público! No quiero contribuir al mismo. La muchedumbre aplaudió entusiasmada.

Rearden miró hacia atrás, más asombrado todavía que sus jueces. Vio rostros que sonreían presas de violenta excitación, y otros que parecían solicitar ayuda; observó cómo la silenciosa desesperación de todos salía al descubierto; notó la misma cólera e indignación que él estaba sufriendo, sintiéndose aliviado por el abierto desafío que aquella reacción significaba; distinguió miradas de admiración y miradas de esperanza. Vio también caras de jóvenes y de mujeres, maliciosas y desaliñadas, de la misma clase de las que dirigían las protestas cuando en algún noticiario cinematográfico aparecía algún industrial famoso; pero aquí no intentaban contramanifestación alguna, sino que guardaron silencio.

Por su parte, la gente pudo ver en la cara de Rearden algo que las amenazas de los jueces no habían podido provocar: la primera señal de emoción.

Transcurrieron unos instantes antes de resonar el furioso martilleo de la maza en la mesa, mientras uno de los magistrados gritaba: —¡… o haré que desalojen la sala!

Al volverse de nuevo hacia la mesa, la mirada de Rearden se posó en la sección de visitantes. Se detuvo un momento en Dagny, haciendo una pausa sólo perceptible para ella, como si le dijera: «Hasta ahora todo marcha bien». Ella hubiera tenido un aspecto tranquilo de no ser porque sus ojos parecían demasiado grandes con relación al resto de su cara. Eddie Willers sonreía con esa clase de sonrisa que en un hombre significa un substitutivo a las lágrimas. Míster Mowen estaba estupefacto. Paul Larkin miraba al suelo. No había expresión alguna en la cara de Bertram Scudder, ni en la de Lillian, sentada al extremo de la larga hilera, con las piernas cruzadas y una estola de visón cayéndole desde el hombro derecho hacia la cadera izquierda, mientras contemplaba a Rearden sin moverse.

Dentro de la compleja violencia de cuanto sentía, Rearden tuvo tiempo para reconocer la existencia de una leve traza de anhelo; anhelaba ver un rostro y lo estuvo buscando desde el principio de la sesión; deseaba verlo allí, más que a ninguno de los espectadores que se agrupaban a su alrededor, pero Francisco d'Anconia no se hallaba en la sala.

—Míster Rearden —dijo el juez de más edad, con aire afable, extendiendo los brazos como si le recriminase algo—, es lamentable que nos haya interpretado tan mal. Ahí está el error: en que los industriales rehúsen acercarse a nosotros dentro de un espíritu de confianza y de amistad. Imaginan que somos enemigos suyos. ¿Por qué habla usted de sacrificios humanos? ¿Qué le hace recurrir a tal extremo? No tenemos intención de apoderarnos de sus bienes ni de destruir su vida. No queremos perjudicar sus intereses.

Nos damos plena cuenta de sus brillantes éxitos. Nuestro propósito es sólo el de equilibrar las presiones sociales y el de establecer la justicia para todos. Este proceso, más que un juicio en sí, es una amistosa discusión, encaminada a la cooperación y al entendimiento mutuos.

—No quiero cooperar cuando se me apunta con un arma.

—¿Quién habla de arma? Este asunto no es tan grave como para permitir semejantes referencias. Nos damos plena cuenta de que en el caso presente, la culpabilidad descansa por completo en míster Kenneth Danagger, instigador de este quebrantamiento de la ley, que ejerció presión sobre usted y que confesó su culpabilidad, desapareciendo luego con el fin de escapar a la acción de la justicia.

—No. Realizamos la operación por acuerdo mutuo y voluntario.

—Míster Rearden —dijo el segundo juez—, quizá no comparta usted alguna de nuestras ideas, pero una vez expresado todo lo relativo a las mismas, vemos que trabajamos para la misma causa: el beneficio del pueblo. Comprendemos que se sintió inclinado a ignorar ciertos tecnicismos legales obligado por la situación crítica de las minas de carbón, y la importancia crucial del combustible respecto al beneficio público.

—No. Me sentí instigado por mi propio beneficio y por mis intereses. El efecto que todo ello ejerza sobre las minas de carbón y el bienestar del público, es cosa que ustedes deben estimar. Pero no fue mi motivo impulsor.

Míster Mowen miró absorto a su alrededor, murmurando a Paul Larkin:

—Aquí ocurre algo raro.

—¡Cállese! —exclamó Larkin.

—Míster Rearden —dijo el juez de más edad—, estoy seguro de que usted no cree realmente, ni tampoco el público, que deseemos tratarle como la víctima de un sacrificio. Si alguien se ha visto influido por semejante error, nos sentimos ansiosos de demostrarle que se equivoca.

Los jueces se retiraron a considerar su veredicto. No permanecieron ausentes mucho tiempo. Regresaron entre el amenazador silencio de la sala y anunciaron que se imponía a Henry Rearden una multa de cinco mil dólares, aunque dejando la sentencia en suspenso.

Entre los aplausos que estallaron en la sala se oyeron también algunas risas burlonas. Los primeros iban dirigidos a Rearden; las segundas a los jueces.

Rearden permaneció inmóvil, sin volverse hacia el público, escuchando confusamente los aplausos. Miraba a los jueces. No había en su cara señal alguna de triunfo ni de alegría; tan sólo la tranquila intensidad de quien contempla una visión, presa de una maravilla muy semejante al miedo. Acababa de tener noción de la tremenda pequeñez del enemigo que estaba destruyendo al mundo. Le pareció como si luego de un viaje de años por paisajes de devastación, entre ruinas de grandes fábricas, restos de poderosas máquinas y cuerpos de hombres invencibles, se enfrentara al autor de todo aquello, esperando encontrar un gigante y hallando tan sólo una rata deseosa de esconderse al primer sonido de un paso humano. «Si esto es lo que nos ha derrotado —pensó—, la culpa es nuestra.»

Volvió bruscamente a la realidad a causa de la gente que se apretujaba a su alrededor. Sonrió en respuesta a sus sonrisas y al frenético y trágico anhelo que expresaban sus caras; en su sonrisa había cierto aire de tristeza.

—¡Dios le bendiga, míster Rearden! —exclamó una anciana que se cubría la cabeza con un estropeado manto—. ¿No puede usted salvarnos, míster Rearden? Nos están devorando vivos, y de nada sirve que engañen a la gente, manifestando perseguir a los ricos. ¿Sabe lo que nos ocurre?

—Escuche, míster Rearden —dijo un hombre con cara de obrero de fábrica—. Son los ricos los que nos están arrojando a la corriente. Diga a estos bastardos acaudalados, tan

ansiosos de desprenderse de todo, que cuando ceden sus palacios están arrancando la piel de nuestra espalda.

—Lo sé —respondió Rearden.

«La culpa es nuestra —pensó—. Si nosotros, los que actuamos, los que aprovisionamos y beneficiamos a la humanidad, hemos permitido que el sello del mal quede estampado en nuestro ser y silenciosamente soportamos el castigo de nuestras propias virtudes, ¿qué clase de bondad esperamos que triunfe en el mundo?»

Miró a la gente que le rodeaba. Lo habían aclamado de igual modo que en otra ocasión lo aclamaron alineándose a lo largo de la línea «John Galt». Pero al día siguiente aclamarían de igual modo una nueva directriz de Wesley Mouch o cualquier proyecto de viviendas gratuitas de Orren Boyle, aunque los soportes metálicos de éste se quebraran sobre sus cabezas. Y lo harían porque les habrían dicho que olvidaran como si fuera un pecado todo cuanto ahora les obligaba a vitorear a Hank Rearden.

¿Por qué estaban siempre dispuestos a renunciar a sus momentos más felices como si se tratara de un pecado? ¿Por qué traicionaban lo mejor de su ser? ¿Qué les hacía creer que la tierra es el reino del mal y que la desesperación constituye un destino obligado? No hubiera podido encontrar la razón, pero comprendió que era preciso hacerlo. Le pareció como si un enorme interrogante pendiera en la sala; un interrogante que era su deber desentrañar.

Se dijo que aquélla era la sentencia auténtica que le habían impuesto: descubrir qué idea, qué simple idea asequible para el más sencillo de los hombres, les obligaba a aceptar las doctrinas que les llevarían a su propia destrucción.

* * *

—Hank, nunca creeré en la desesperanza, nunca jamás —dijo Dagny aquella noche, después de celebrado el juicio—. Nunca intentaré abandonar mi empresa. Has demostrado que el derecho siempre es eficaz y que siempre triunfa. —Se interrumpió y añadió—: Es decir, cuando uno sabe en qué consiste tal derecho.

Al día siguiente, mientras cenaban, Lillian le dijo:

—De modo que has ganado, ¿verdad?

Su voz tenía un acento despreocupado y no añadió nada más. Lo miraba como quien trata de descifrar un enigma. En la fundición, el «ama seca» le preguntó:

—Míster Rearden, ¿qué es una premisa moral?

—Algo que le dará muchas molestias —repuso Rearden.

El joven frunció el entrecejo, se encogió de hombros y dijo riendo:

—¡Qué maravillosa representación! ¡Qué paliza les ha pegado, míster Rearden! Lo escuché todo por radio y no pude menos que proferir gritos de entusiasmo.

—¿Cómo sabe que ha sido una paliza?

—Porque lo fue.

—¿Está seguro?

—Desde luego, estoy seguro.

—Pues lo que le hace estar seguro es una premisa moral.

Los periódicos guardaron silencio. Luego de la extraordinaria atención prestada al caso, actuaron como si aquel proceso no fuera digno ni de una breve noticia. Incluyeron algunas referencias en sus páginas interiores, pero expresadas de un modo tan vago que ningún lector pudo descubrir en ellas el menor deseo de controversia.

Los industriales con los que se encontró parecieron deseosos de evadir el tema.

Algunos no hicieron comentarios y en sus caras se mostró un resentimiento, producto de su esfuerzo para parecer indiferentes, cual si temieran que el mero hecho de mirarle pudiese ser interpretado como inclinación hacia su bando. Algunos se aventuraron a comentar:

—En mi opinión, Rearden, fue usted muy imprudente… y creo que no estamos en momentos oportunos para crearnos enemigos… No podemos provocar resentimientos.

—¿Resentimientos de quién? —preguntó.

—No creo que al Gobierno le guste.

—Ya habrá observado las consecuencias de lo sucedido.

—No sé… El público no lo aceptará. Va a suscitarse una gran indignación.

—Ya ha visto cómo reaccionó el público ante el caso.

—Bien. No sé… Hemos estado esforzándonos en no provocar acusaciones acerca de egoísmos y de avaricia y usted sólo ha hecho que entregar munición al enemigo.

—¿Prefiere convenir con dicho enemigo en que no tiene usted derecho a sus propios bienes ni a sus beneficios?

—¡Oh, no! Nada de eso. Pero, ¿a qué caer en extremos? Siempre existe un término medio.

—¿Un término medio entre usted y sus asesinos?

—¿A qué utilizar estas expresiones?

—Lo que dije durante el juicio, ¿es verdad o no?

—Va a ser mal interpretado y mal entendido.

—¿Fue verdad o no?

—El público es demasiado obtuso para comprender ciertas cosas.

—¿Fue verdad o no?

—No es éste momento para jactarse de ser rico mientras el populacho muere de hambre. Lo único que se consigue es incitarlos a apoderarse de lo ajeno.

—¿Cree usted que decirles que no tenemos derecho a nuestra riqueza mientras ellos sí lo tienen va a contribuir a aplacarlos?

—La verdad… no sé…

—No me gustan las cosas que dijo usted en el proceso —manifestó otro—. No estoy de acuerdo con usted en nada. Personalmente me siento orgulloso de creer que trabajo por el beneficio público y no sólo en mi provecho. Me gusta pensar que tengo un objetivo más alto ante mí que sólo el de ganar mis tres comidas diarias y el de tener un coche Hammond.

—No me ha gustado esa idea acerca de suprimir directrices y controles —dijo otro—. Creo que aunque hayan exagerado un poco las cosas, no es posible imaginar una existencia sin control alguno. Creo que ciertos controles son necesarios: aquellos que beneficien al público.

—Caballeros —dijo Rearden—, lamento verme obligado a salvar sus condenados pescuezos al mismo tiempo que el mío.

Un grupo de industriales encabezado por míster Mowen no hizo declaración alguna acerca del juicio, pero una semana más tarde anunció, con inaudito despliegue publicitario, que patrocinaba la construcción de un terreno de juego para los niños de los parados.

Bertram Scudder no mencionó el juicio en su columna. Pero diez días después escribió entre diversos chismorreos: «Podemos darnos una idea del prestigio público de míster Hank Rearden observando que, de todos los grupos sociales, aquel en el que parece más impopular es el de sus propios colegas industriales. Su anticuada agresividad parece excesiva incluso a esos voraces caballeros del beneficio sin entrañas».

* * *

Una tarde de diciembre, cuando la calle más allá de su ventana parecía una garganta congestionada que tosiera con las bocinas del tráfico, Rearden permanecía sentado en su habitación del Hotel Wayne-Falkland, luchando contra el enemigo más peligroso: su repulsión ante la idea de verse obligado a contender con seres humanos.

Sentíase incapaz de aventurarse por las calles de la ciudad, cual si estuviera encadenado a su silla y a su habitación. Había intentado, durante horas enteras, ignorar cualquier emoción que pudiera asemejarse a una añoranza del hogar. Quería no darse cuenta de que el único hombre al que deseaba ver se encontraba allí, en aquel hotel, tan sólo unos pisos por encima de él.

Durante las pasadas semanas se había sorprendido perdiendo tiempo en el vestíbulo siempre que entraba o salía del edificio, deteniéndose innecesariamente en el mostrador de la correspondencia o el quiosco de periódicos, observando la apresurada corriente de personas que circulaban por allí, confiando en ver a Francisco d'Anconia entre ellas. Se había sorprendido también tomando solitarias comidas en el restaurante del Wayne-Falkland con la mirada fija en las cortinas de la entrada. Ahora estaba sentado en su habitación, pensando en que sólo lo separaba de él la distancia de unos pisos.

Se puso en pie, ahogando una leve risa de divertida indignación al pensar que se estaba comportando igual que esas mujeres que esperan una conferencia telefónica y luchan contra la tentación de dar fin a su tortura anticipándose a ella. No existía razón por la que no pudiera acercarse a Francisco d'Anconia si era esto lo que deseaba. Sin embargo, cuando se dijo que podía hacerlo, notó la presencia de cierto peligroso elemento de sumisión en la intensidad de su propio alivio.

Dio un paso hacia el teléfono para llamar a la suite de Francisco, pero se detuvo, No era eso lo que deseaba; quería simplemente entrar sin anunciarse, como hiciera él en su despacho. Aquello parecía establecer cierto derecho no expresado entre ambos.

Mientras se acercaba al ascensor, pensó: «No lo encontraré, y si lo encuentro, se hallará acompañado de alguna mujer, lo que me estará muy bien empleado». Pero aquella idea parecía irreal y n% le era posible aplicarla al hombre al que había visto esforzándose ante la boca de un horno. Permaneció erguido, con aire confiado, en el ascensor, mirando hacia arriba. Avanzó con la misma actitud por el vestíbulo, notando cómo su amargura se transformaba en jovialidad. Llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo la voz de Francisco con cierto tono brusco e indiferente.

Rearden abrió la puerta y traspuso el umbral. Una de las más costosas lámparas del hotel con pantalla de seda, se hallaba en el suelo en mitad del recinto, arrojando un círculo de luz sobre amplias hojas de papel, esparcidas por doquier. En mangas de camisa y con un mechón de cabello pendiéndole sobre la cara, Francisco d'Anconia estaba de bruces, apoyándose sobre los codos, reflexionando sobre algún punto obscuro en el intrincado croquis que tenía ante sí. No levantó la mirada; parecía haberse olvidado de la llamada a su puerta. Rearden trató de distinguir el diseño; parecía la sección de un horno fundidor. Siguió mirando, presa de creciente asombro; si hubiera tenido el poder suficiente para

convertir en realidad su propia imagen de Francisco, aquélla era precisamente la que se hubiera forjado: la figura de un joven y obstinado obrero intentando realizar una tarea difícil.

Al cabo de un momento, Francisco levantó la cabeza y al instante irguió el cuerpo, quedando de rodillas y mirando a Rearden con sonrisa de incrédulo placer. Luego tomó los dibujos y los dejó a un lado, quizá con demasiada presteza, manteniendo la cabeza baja.

—¿Interrumpo? —preguntó Rearden.

—No mucho; pase —le invitó sonriendo abiertamente.

Rearden se sintió seguro de que también Francisco había pensado en aquello como en una victoria que no estuviera por completo seguro de lograr.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Rearden.

—Distrayéndome un poco.

—Déjeme ver eso.

—No.

Se levantó, apartando los dibujos con el pie.

Rearden se dijo que si bien lamentó los modales de Francisco cuando estuvo en su despacho, pareciendo como si todo le perteneciera, ahora también él se hacía culpable de la misma actitud, al no ofrecer explicación alguna por su visita. Cruzó la habitación y se sentó en un sillón con aire casual, cual si estuviese en su propia morada.

—¿Por qué no vino a continuar aquí lo que había empezado? —le preguntó.

—Lo ha continuado usted brillantemente sin mi ayuda.

—¿Se refiere al proceso?

—Sí, al proceso.

—¿Cómo lo sabe? No estuvo allí.

Francisco sonrió porque el tono de la voz de Rearden implicaba una frase no pronunciada: «Lo estuve buscando».

—¿No se figura que escuché por la radio?

—¿De veras? Bien. ¿Y qué le pareció oír sus propias ideas flotando en el aire, mientras yo actuaba de figurante suyo?

—Nada de eso, míster Rearden. No fueron mis palabras las que pronunció. Por el contrario, expresó ideas por las que siempre ha vivido.

—Sí.

—Ello debió ayudarle a sentirse orgulloso de las mismas.

—Me alegro de que lo escuchara.

—Fue magnífico, míster Rearden… pero llegó cosa de tres generaciones tarde.

—¿Qué quiere decir?

—Que si entonces un solo industrial hubiera tenido el valor de declarar que sólo obraba en beneficio propio y afirmarlo además con orgullo, hubiera salvado al mundo.

—Yo no creo que el mundo esté perdido.

—No lo está ni nunca lo estará; pero, ¡cielos!, ¡cuántas cosas nos hubiésemos ahorrado!

—Yo creo que hemos de luchar, no importa la era en que vivamos.

—Verá usted, míster Rearden, sugiero que consiga una copia mecanografiada del proceso y lea lo que dijo en él. Luego vea si lo practica de manera total y consistente, o no.

—¿Insinúa esto último?

—Compruébelo usted mismo.

—Sé que tenía muchas cosas que decirme cuando nos interrumpieron aquella noche en los hornos. ¿Por qué no termina de expresármelo?

—Es demasiado pronto.

Francisco se portaba como si aquella visita no tuviese nada de particular. La daba por perfectamente natural, como siempre que se hallaba en presencia de Rearden. Pero éste notó que no estaba tan tranquilo como aparentaba. Paseaba por la habitación de un modo semejante a quien quiere verse libre de una emoción que no desea confesar; se había olvidado de la lámpara y ésta seguía en el suelo, como única fuente de iluminación en el recinto.

—Ha soportado usted muchas derrotas en el terreno de los descubrimientos, ¿verdad? —preguntó Francisco—. ¿Qué le parece la conducta de sus colegas?

—Creo que cabía esperar una cosa así.

Con la voz tensa por la cólera y la compasión, Francisco dijo:

—¡Han pasado doce años y todavía me siento incapaz de verlo de un modo distinto!

La frase pareció haber sonado involuntariamente como si, al intentar reprimir cierto tono de emoción, hubiera expresado pensamientos contenidos.

—Doce años ¿de qué? —preguntó Rearden.

Se produjo un momento de pausa y luego Francisco contestó tranquilamente:

—Desde que comprendí lo que estaban haciendo esos hombres. —Y añadió—: Sé qué clase de prueba sufre ahora… y lo que le espera aún.

—Gracias —dijo Rearden.

—¿Por qué?

—Por lo que intenta tan intensamente no demostrar. Pero no se preocupe por mí. Todavía puedo soportarlo… Verá; no he venido aquí porque deseara hablar de mí o del proceso.

—Aceptaré cualquier tema que usted escoja con tal de que no se vaya —dijo Francisco en el tono de una broma cortés; pero en realidad era sincero—. ¿De qué quiere hablar?

—De usted.

Francisco se detuvo, miró a Rearden un momento y luego respondió quedamente:

—De acuerdo.

Si lo que Rearden sentía hubiera podido ser expresado en palabras, atravesando la barrera de su voluntad, habría gritado: «¡No me abandone! ¡Le necesito! Estoy contendiendo contra todos ellos. He luchado hasta el límite y estoy condenado a seguir haciéndolo, incluso más allá. Pero como única munición posible, necesito los conocimientos de un hombre en quien pueda confiar y a quien admirar y respetar».

Pero en vez de esto, tranquila y simplemente, con una única nota de contacto personal entre ambos, consistente en ese tono de sinceridad que se expresa en frases directas y racionales provocando la misma honradez en quien escucha, dijo:

—Verá; creo que el único crimen real que puede cometer un hombre contra otro es el de intentar la creación, por sus propias palabras o acciones, de una impresión de lo contradictorio, lo imposible y lo irracional, trastornando así el concepto de racionalidad de su víctima.

—Es cierto.

—Si le digo que ahí está el dilema que me ha presentado, ¿querrá ayudarme a contestar una pregunta personal?

—Lo intentaré.

—No es preciso que declare, porque creo que usted ya debe saberlo, que es el hombre de mentalidad más elevada que he conocido. Estoy dispuesto a aceptar, no como bueno, pero al menos como posible, que por algún motivo rehusé ejercer su gran habilidad en el mundo de nuestros días. Pero lo que se hace llevado de la desesperación, no puede dar una idea del propio carácter. Siempre he creído que la llave real se encuentra en aquello que uno busca para su placer. Y esto es lo que me resulta inconcebible en usted: no importa lo que haya abandonado, mientras siga viviendo, ¿cómo puede encontrar placer en pasar una vida tan valiosa como la suya corriendo tras mujeres vulgares y persiguiendo diversiones imbéciles?

Francisco lo miró, pintándose en su cara una fina sonrisa como si dijera: «¿Y era usted el que no quería hablar de sí mismo? ¿Qué es lo que ahora confiesa sino la desesperada soledad que siente y que le presenta mi carácter como factor más importante que ninguna otra cuestión?»

La sonrisa se transformó en una risa suave y bondadosa, como si aquel asunto no significara problema para él ni le obligara a revelar ningún penoso secreto.

—Existe un modo de solucionar los dilemas de esta clase, míster Rearden. Compruebe sus premisas. —Se sentó en el suelo alegre y despreocupadamente, como dispuesto para una conversación que suponía muy agradable—. ¿De modo que su primera conclusión es la de que soy un hombre de alta mentalidad?

—Sí.

—¿Ha sabido también, por el mismo conducto, que paso la vida corriendo tras las mujeres?

—Nunca lo ha negado usted.

—¿Negado? He soportado muchas molestias para crear esa impresión.

—¿Quiere decir que no responde a la verdad?

—¿Le doy la impresión de un hombre afectado por un miserable complejo de inferioridad?

—¡Cielos, no!

—Pues sólo esa clase de hombre malgasta su vida corriendo tras las mujeres.

—¿Qué quiere decir?

—¿Recuerda lo que manifesté acerca del dinero y acerca de los hombres que intentan revertir la ley de causas y efectos? ¿De esos hombres que intentan reemplazar la mente, aprovechando lo que producen las de otros? El hombre que se desprecia a sí mismo, trata de incrementar su propia estima en aventuras sexuales. Lo que resulta equivocado, porque el sexo no es causa sino efecto y expresión del sentido que cada cual tiene de su propio valor.

—Explíquese.

—¿No se le ha ocurrido nunca que se trata de lo mismo? Aquellos que piensan que la riqueza procede de recursos materiales y está desprovista de raíz o de significado intelectual, son los mismos que creen, por idéntica razón, que el sexo es una condición física capaz de funcionar independientemente de nuestro espíritu, de nuestras inclinaciones y de nuestro código de valores. Suponen que el cuerpo crea un deseo y efectúa una elección más o menos como si el mineral de hierro se transformara en rieles por propia voluntad. El amor es ciego, dicen; el sexo nada tiene que ver con la razón y se burla del poder de los filósofos. Sin embargo, la elección sexual de un hombre es suma y resultado de sus convicciones fundamentales. Dígame lo que un hombre encuentra atractivo desde un punto de vista sexual y le revelaré toda su filosofía de la vida. Muéstreme a la mujer con la que duerme y deduciré su evaluación de sí mismo. No importa lo que le hayan dicho acerca de la virtud del renunciamiento, el sexo es el acto

más egoísta de todos; un acto que no puede realizarse por motivo alguno, aparte del propio placer. Intente pensar en el mismo dentro de un espíritu de abnegación y caridad. Se trata de algo que no puede efectuarse en actitud de abatimiento, sino de exaltación del propio ser; sólo dentro de la confianza de sentirse deseado y de ser digno de tal deseo. Es un acto que le obliga a mostrarse con el espíritu desnudo, igual que el cuerpo, a aceptar el verdadero ego y la propia escala de valores. Uno siempre se sentirá atraído hacia la mujer que refleje la más profunda visión de sí mismo; la mujer cuya sumisión le permita experimentar o fingir un sentimiento de estima propia. Quien se sienta orgullosamente seguro de su propio valor deseará a la mujer de carácter más elevado que pueda hallar; a la mujer que admira; a la más fuerte y difícil de conquistar, porque sólo la posesión de una heroína le dará un sentido de plenitud muy distinto a la posesión de una mujerzuela sin cerebro. No busca… Pero, ¿qué le ocurre? —preguntó viendo la expresión que se pintaba en el rostro de Rearden; una expresión intensa, muy por encima del simple interés que en él pudiera provocar una discusión abstracta.

—Continúe —dijo con voz tensa.

—No busca conseguir un valor, sino expresarlo. No existe conflicto entre su mente y los deseos de su cuerpo. Pero el hombre convencido de su inutilidad se arrastrará hacia una mujer a quien desprecia, porque ésta refleja su propio ser secretorio libra de esa realidad objetiva en la que es un fraude; le presta la momentánea ilusión de su propio valor y un momentáneo escape al código moral que lo condena. Observe el horrible conflicto que muchos hombres provocan en su vida sexual y observe también la maraña de contradicciones que esgrimen como filosofía moral; una cosa procede de otra. El amor es expresión de nuestros más altos valores y no puede ser otra cosa. Si un hombre corrompe estos valores y su visión de la existencia, si declara que el amor no es goce personal sino abnegación, que la virtud consiste no en el orgullo, sino en la piedad, el dolor, la debilidad o el sacrificio, que el más noble amor no nace de la abnegación, sino de la caridad, no surge en respuesta a valores, sino en respuesta a defectos, y se habrá cortado en dos a dicho hombre. Su cuerpo no le obedecerá, no responderá; le hará impotente hada la mujer a la que dice amar y le impulsará hada el más bajo tipo de prostituta que pueda encontrar. Su cuerpo seguirá siempre la lógica postrera de sus más profundas convicciones/^ cree que los defectos son valores, habrá condenado su existencia como malvada y sólo el mal le atraerá. Se habrá condenado a sí mismo y sentirá que la depravación es lo único de que puede disfrutar. Ha igualado la virtud al dolor y creerá que el vicio es el único reino del placer. Luego gritará que su cuerpo experimenta deseos incapaces de ser dominados, que el sexo es pecado, que el amor verdadero es una pura emoción del espíritu y se asombrará porque el amor le proporcione aburrimiento y el sexo nada más que vergüenza.

Lentamente, desviando la mirada y sin darse cuenta de que pensaba en voz alta, Rearden dijo:

—Al menos… nunca he aceptado ese otro dogma… nunca me sentí culpable por ganar dinero.

Francisco no pudo captar el significado de las dos primeras palabras; sonrió y prosiguió vivamente:

—¿No se da cuenta de que es lo mismo? Jamás aceptará parte alguna del vicioso credo de los demás. Nunca podrá obligarse a ello. Aunque intentara, maldecir al sexo como maldad, se encontraría, contra su propia voluntad, actuando sobre una premisa moral adecuada. Se sentiría atraído hacia la mujer más importante que conociera. Desearía siempre una heroína. Sería incapaz de despreciarse a sí mismo. No podría creer que la existencia es un mal y que usted es una criatura indefensa atrapada en un universo imposible. Es el hombre que pasa su vida moldeando la materia según dictados de su

mente. Es el hombre capaz de conocer que, del mismo modo que una idea inexpresada en acción física es sólo despreciable hipocresía, también lo es el amor platónico, y que al igual que una acción física no guiada por una idea es un fraude de insensato, el sexo lo es también cuando queda separado de nuestro código de valores. Se trata de lo mismo y usted se dará cuenta de ello. Su no violado sentimiento de estima propia lo comprenderá así. Será incapaz de sentir deseo hacia una mujer a quien desprecie. Tan sólo aquel que exalta la pureza de un amor desprovisto de deseo, es capaz de la depravación de un deseo desprovisto de amor. Observe que muchas personas son criaturas cortadas en dos que oscilan desesperadamente hacia un lado y el otro. En una mitad se encuentra quien desprecia el dinero, las fábricas, los rascacielos y su propio cuerpo. Siente indefinidas emociones acerca de inconcebibles temas, a los que atribuye el significado de la vida y su opinión de la virtud. Y llora desesperado porque no puede sentir nada por la mujer que respeta, mientras experimenta irresistible pasión hacia la mujerzuela del arroyo. Es el hombre a quien la gente llama idealista. En la otra mitad figuran aquellos a quienes sus semejantes llaman prácticos. Los que desprecian los principios, las abstracciones, el arte, la filosofía y su propia mente. Consideran la adquisición de bienes materiales como su única existencia y se ríen de la necesidad de averiguar su propósito o su fuente. Sólo esperan placer y se preguntan por qué cuanto más tienen, menos sienten. Ésta es la clase de hombre que pasa el tiempo persiguiendo mujeres. Observe el triple fraude que perpetra contra sí mismo. No reconoce, su necesidad de estima propia, ya que se burla de dicho concepto de los valores morales; sin embargo, experimenta el profundo desprecio personal que procede de considerarse un simple pedazo de carne. Aunque no lo reconozca, sabrá que el sexo es la expresión física de un tributo a los valores personales. Por medio de efectos intenta adquirir lo que debieron haber sido causas. Intenta obtener un sentimiento de su propio valor gracias a las mujeres que se le rinden y se olvida de que aquellas a las que escoge no tienen carácter, ni juicio, ni código de valores. Se dice que todo lo que busca es placer físico, pero observe que se cansa de sus mujeres en una semana o una noche, que desprecia a las cortesanas profesionales, y que gusta de imaginar que seduce a muchachas virtuosas, capaces de una excepción en beneficio suyo. Lo que busca y nunca encuentra es el sentimiento del triunfo. ¿Qué gloria puede existir en la conquista de un cuerpo sin alma? Ése es el cazador de mujeres a que aludo. ¿Encaja en mí esa descripción?

—¡Nada de eso!

—Entonces puede juzgar, sin exigirme mi palabra, hasta qué punto habré cazado mujeres en mi vida.

—Pero, ¿por qué diablos figuraba en las páginas de los periódicos durante los últimos… doce años?

—He gastado montones de dinero en las más ostentosas y vulgares fiestas que pude imaginar y una considerable parte de mi tiempo haciéndome ver con la clase de mujeres adecuadas a mis fines. En cuanto al resto… —se detuvo y añadió—: Tengo algunos amigos enterados de ello, pero es usted la' primera persona a quien lo confío, quebrantando mis propias reglas. Jamás dormí con una de esas mujeres. Jamás toqué a una sola de ellas.

—Lo más increíble de todo esto es que lo creo.

La lámpara colocada en el suelo, a su lado, arrojaba fragmentos de luz a la cara de Francisco, una cara en la que se pintaba una expresión de tranquila jovialidad.

—Si observa usted bien esas páginas frontales, notará que nunca digo nada en ellas. Fueron las mujeres las que se sintieron deseosas de aparecer en letra impresa dentro de relatos periodísticos en los que se insinuaba que el ser vista conmigo implicaba un gran idilio. ¿Qué supone que buscan esas mujeres sino lo mismo que el conquistador? Es

decir: el deseo de conseguir un valor personal gracias al número y la fama de los hombres conquistados. Sólo que ello todavía resulta más bajo porque el valor qué buscan no reside siquiera en el hecho en sí, sino en la impresión que causan sobre otras mujeres y en la envidia que provocan en ellas. Pues bien, yo di a esas mujerzuelas lo que deseaban, pero de un modo literal, sin fingir un disimulo que ocultara la naturaleza de sus propósitos. ¿Cree usted que querían realmente dormir conmigo o con cualquier otro hombre? Serían incapaces de un deseo tan real y sincero. Lo que querían era alimento para su vanidad y yo se lo di. Les ofrecí la posibilidad de jactarse ante sus amigas y de verse envueltas en escándalos, representando papeles de grandes seductoras; pero, ¿sabe que para ello se sigue un sistema exactamente igual al que siguió usted en su proceso? Si desea anular cualquier clase de fraude, acomódese a él literalmente sin añadir nada propio con lo que disimular su naturaleza. Esas mujeres comprendieron. Comprobaron que existe satisfacción en ser envidiados por otros por algo que no se ha conseguido. En vez de estima propia, sus divulgados idilios conmigo les dieron un profundo sentimiento de inferioridad; todas saben que lo intentaron y fracasaron. Si, por una parte, arrastrarme a la cama representa su público sentido de los valores, por otra saben que no están a la altura de ello. Creo que esas mujeres me aborrecen más que a ningún hombre en la tierra. Pero mi secreto está a salvo, porque cada una de ellas cree que fue la única en fracasar, mientras que las demás triunfaron; así es que se mostrarán más vehementes en ceñirse al idilio en cuestión y jamás admitirán la verdad ante nadie.

—Pero, ¿sabe lo que ha hecho con su reputación? Francisco se encogió de hombros.

—Aquellos a quienes respeto sabrán la verdad acerca de mí más tarde o más temprano. Los otros —su rostro se endureció—, los otros me consideran un auténtico malvado. Dejémosles optar por lo que prefieren; por lo que soy según las páginas de los diarios.

—Pero, ¿por qué motivo? ¿Por qué lo hizo? ¿Para darles una lección?

—Nada de eso. Me interesaba ser conocido como un donjuán.

—¿Por qué?

—Porque un donjuán es un hombre que deja que el dinero se le escurra por entre los dedos.

—¿Y por qué quiso asumir tan odioso papel?

—Como enmascaramiento.

—¿Con qué propósito?

—Con un propósito particular.

—¿Cuál es?

Francisco sacudió la cabeza.

—No me obligue a decírselo. He hablado más de lo que debía. De todos modos pronto averiguará el resto.

—Si ha hablado más de lo que debía, ¿por qué me ha contado todo eso?

—Porque… por vez primera en muchos años me ha puesto usted impaciente. —La nota de reprimida emoción volvió a sonar en su voz—. Porque nunca he querido que nadie supiera la verdad acerca de mí, excepto usted. Porque sabía que despreciaría a un donjuán más que a ninguna otra clase de hombre… lo mismo que me ocurre a mí. ¿Donjuán? Sólo he amado a una mujer en mi vida y aún la amo y siempre la amaré. —Fue una expansión involuntaria, y añadió en voz baja—: Nunca lo he dicho a nadie, ni siquiera a ella.

—¿La ha perdido?

Francisco se sentó mirando al vacío; a los pocos momentos, contestó con voz sorda:

—Espero que no.

La luz de la lámpara le dio en la cara desde abajo. Rearden no podía ver sus ojos; sólo su boca tensada en una línea que expresaba paciencia y una extraña y solemne resignación. Rearden comprendió que era una herida en la que no debía ahondar más.

Con uno de sus repentinos cambios de actitud, Francisco dijo:

—¡Oh! Quizá he. exagerado un poco —y se puso en pie sonriendo.

—Puesto que ha confiado en mí, quiero contarle un secreto mío a cambio. Quiero que sepa lo mucho que confié en usted antes de venir aquí. Quizá más tarde necesite su ayuda.

—Es usted el único a quien quisiera ayudar.

—Hay muchas cosas que no comprendo de usted, pero estoy seguro de una: de que no es amigo de esos saqueadores.

—No.

Hubo una leve traza de burla en la cara de Francisco, cual si quisiera subrayar su negativa.

—Sé también que no me traicionará si le cuento que continuaré vendiendo metal Rearden a clientes elegidos por mí, en la cantidad que desee, siempre que vea una posibilidad de hacerlo. Actualmente me dispongo a servir un pedido veinte veces mayor de aquel por el que me han juzgado.

Sentado en el brazo de un sillón a pocos pasos de distancia, Francisco se hizo hacia delante para mirarlo en silencio largo rato, con el ceño fruncido.

—¿Cree luchar contra ellos al proceder así? —preguntó.

—¿Cómo lo llamaría usted? ¿Cooperación?

—Antes estaba dispuesto a trabajar y producir metal Rearden para ellos, aun perdiendo sus ganancias y sus amigos y enriqueciendo a bastardos descarriados que pretendían robarle. Aceptó sus abusos a cambio del privilegio de mantenerlos vivos. Ahora desea hacerlo al precio de aceptar la posición de un criminal y el riesgo de ir a la cárcel por mantener en existencia un sistema que sólo puede seguir funcionando gracias a sus víctimas; sólo por el quebrantamiento de sus propias leyes.

—No es por el sistema, sino por los clientes a quienes no puedo abandonar a merced del mismo. Intento sobrevivir y no quiero que se detengan por mí, no imperta lo duramente que me traten; y no quiero tampoco dejarles el camino Ubre, aun cuando sea el último que quede en el mundo. Actualmente esa orden ilegal es más importante para mí que todas mis fundiciones.

Francisco movió lentamente la cabeza sin contestar; luego preguntó:

—¿A cuál de sus amigos en la industria del cobre va a otorgar esta vez el valioso privilegio de informar sobre usted?

Rearden sonrió.

—Esta vez trato con un hombre en quien puedo confiar.

—¿De veras? ¿Quién es?

—Usted.

Francisco se incorporó.

—¿Cómo? —preguntó en voz tan baja que casi pudo disimular una exclamación ahogada.

Rearden sonreía.

—¿No se da cuenta de que ahora soy uno de sus clientes? El trato se ha realizado a través de un par de figurantes y bajo nombre fingido, pero necesitaré su ayuda para impedir que cualquier empleado de sus oficinas se mostrara demasiado curioso. Necesito ese cobre. Lo necesito en un momento determinado y no me importa que luego me detengan, con tal

de que me salga con la mía. Sé que ha perdido usted todo interés por su compañía, y por sus riquezas y por su trabajo, porque no quiere tratar con saqueadores como Taggart y Boyle. Pero si cree realmente en cuanto me ha enseñado, si soy el último a quien usted respeta, me ayudará a sobrevivir y a derrotarles. Jamás solicité la ayuda ajena. Ahora pido la suya porque la necesito y porque confío en usted. Siempre ha hecho patente su admiración hacia mí. Pues bien. Mi vida está en sus manos, si la desea. Un pedido de cobre d'Anconia está navegando en estos instantes para mí. Salió de San Juan el cinco de diciembre.

—¡¿Cómo?!

Fue un grito de auténtica sorpresa. Francisco se había puesto en pie súbitamente, incapaz ya de contenerse.

—¿El cinco de diciembre?

—Sí —dijo Rearden. Francisco saltó hacia el teléfono.

—¡Ya le advertí que no hiciera tratos con la «d'Anconia Copper»! —exclamó en un tono de desesperación que era a la vez una queja y un grito de cólera.

Pero cuando su mano alcanzaba el teléfono, la contuvo. Se aferró al borde de la mesa, como para impedirse levantar el auricular y permaneció con la cabeza baja durante un tiempo que ni él ni Rearden hubieran podido calcular.

Rearden se sentía aturdido al presenciar aquella lucha agónica, cuya única evidencia consistía en la inmóvil figura de un hombre. No podía adivinar la naturaleza de aquel forcejeo; sabía únicamente que Francisco estaba en condiciones de impedir algo, pero que no deseaba utilizar los medios de que disponía para lograrlo.

Cuando Francisco levantó la cabeza, Rearden vio una cara contraída por tan profundo sufrimiento que sus líneas eran casi un grito perceptible de dolor, más terrible aún porque en la misma se pintaba una expresión de firmeza total, como si hubiera llegado a una decisión concreta y aquello fuera el precio de la misma.

—Francisco… ¿qué sucede?

—Hank, yo… —Sacudió la cabeza, se detuvo y luego se puso en pie—. Míster Rearden -dijo con voz dotada de toda la fuerza, la desesperación y la dignidad peculiar de un ruego que sabía inútil—, quizá llegue un tiempo en que me maldiga usted y en que dude de todas cuantas palabras he dicho, pero le juro por la mujer que amo, que soy su amigo.

El recuerdo del rostro de Francisco, tal como aparecía en aquel instante, acudió a la mente de Rearden, tres días después, cuando se hallaba sumido en una ciega impresión de fracaso y de odio. Y volvió a él cuando, en pie junto a la radio en su despacho, pensó que debía apartarse del Hotel Wayne-Falkland, ya que de lo contrario mataría a Francisco d'Anconia. Volvió una vez más a través de las palabras que estaba escuchando y que narraban cómo tres barcos de la «d'Anconia Copper», en ruta de San Juan a Nueva York, habían sido atacados por Ragnar Danneskjóld y enviados al fondo del océano. Y la invocación se repitió aun cuando supiera que algo más importante que el cobre se había hundido para él en aquellos barcos.

CAPÍTULO V

CUENTA CON SALDO EXCESIVO

Era el primer fracaso en la historia del acero Rearden. Por vez primera, un pedido no se entregaba tal como había quedado convenido. Pero hacia el 15 de febrero, cuando los rieles Taggart tenían que estar dispuestos, aquello no significó diferencia alguna para nadie.

El invierno se había presentado muy pronto, en los últimos días de noviembre. La gente aseguraba que era el más crudo de que se tenía recuerdo, y que nadie podía ser recriminado por la extraordinaria severidad de las tormentas de nieve. No pretendían recordar que existió un tiempo en que dichas tormentas no se abatían en carreteras sin iluminar y sobre los tejados de casas desprovistas de calefacción, ni detenían el movimiento de los trenes, ni dejaban tras de sí una estela de centenares de cadáveres.

La primera vez que los carbones Danagger se retrasaron en su entrega de combustible a la «Taggart Transcontinental», en la última semana de diciembre, el primo de Danagger explicó que no había podido evitarlo; veíase obligado a reducir la jornada laboral a seis horas, a fin de levantar la moral de los hombres, que no parecían funcionar de igual modo que en los tiempos de su primo Kenneth. Los obreros se mostraban indiferentes y holgazanes, decía, porque estaban exhaustos por la feroz disciplina del anterior propietario; no podía evitar que algunos superintendentes y capataces lo hubieran abandonado sin motivo, luego de trabajar entre diez y veinte años en la compañía. No le era posible eliminar cierta fricción entre sus obreros y el nuevo personal supervisor, aun cuando los nuevos empleados fuesen más liberales que los antiguos conductores de esclavos. A su modo de ver, se trataba de un caso de reajuste. Manifestó no haber podido evitar que la cantidad destinada a la «Taggart Transcontinental» hubiera sido desviada la víspera de la fecha fijada, por la Oficina de Socorros, con el fin de embarcarla hacia el Estado popular de Inglaterra; era un caso de urgencia, ya que el pueblo inglés moría de hambre con todas sus fábricas estatales cerrando una tras otra. Miss Taggart se había mostrado^ muy poco razonable, puesto que el retraso era sólo de un día para ella.

Solamente un día, pero ocasionó tres días de retraso en el tren de mercancías número 386, salido de California con destino a Nueva York con cincuenta y nueve vagones llenos de lechugas y naranjas. El tren número 386 esperó en apartaderos y en estaciones de carboneo el combustible que no llegaba. Cuando alcanzó Nueva York, las lechugas y naranjas tuvieron que ser arrojadas al East River. Habían aguardado su turno demasiado tiempo en los almacenes de California, mientras la circulación de trenes quedaba reducida y se prohibía rigurosamente que las locomotoras arrastraran trenes de más de sesenta vagones. Nadie, aparte de sus amigos y de los asociados en aquella industria, observaron que tres cultivadores de naranjas de California quedaron arruinados y lo mismo dos cultivadores de lechuga en el Imperial Valley. Nadie se dio cuenta del cierre de un almacén en Nueva York, ni del de una compañía de fontaneros a quien la comisión debía dinero, ni del de un almacenista de tuberías de plomo que suministraba a aquélla. Según los periódicos, cuando la gente moría de hambre no había que sentir preocupación por el fracaso de empresas comerciales que sólo eran aventuras particulares con el fin de obtener beneficios privados.

El carbón enviado a través del Atlántico por la Oficina de Socorros no llegó al Estado popular de Inglaterra, porque Ragnar Danneskjóld se apoderó de él.

La segunda vez que la Compañía Carbonífera Danagger se retrasó en entregar combustible a la «Taggart Transcontinental» fue a mediados de enero. El primo de Danagger dijo, muy desabrido, por teléfono, que no podía evitarlo; sus ruinas llevaban tres días cerradas, debido a la carestía de lubricante para la maquinaria. El suministro de carbón a la «Taggart Transcontinental» se retrasó cuatro días.

Míster Quinn, de la Compañía de Rodamientos Quinn, que algún tiempo antes se había trasladado desde Connecticut a Colorado, esperó una semana el tren que transportaba su pedido de acero Rearden. Cuando llegó, las puertas de la fábrica Quinn estaban cerradas.

Nadie observó el hundimiento de una compañía de motores de Michigan, que había estado esperando una entrega de cojinetes a bolas, con la maquinaria parada y los obreros cobrando el sueldo íntegro; ni el cierre de una serrería en Oregón, tras esperar inútilmente un nuevo motor; ni del de un almacén de madera de lowa, que se habían quedado sin reservas; ni de un contratista de obras de Illinois, que al no disponer de madera a tiempo, vio cancelados sus contratos, mientras quienes adquirían sus casas deambulaban por carreteras cubiertas de nieve, en busca de lo que no existía ya en ningún lugar.

La tormenta de nieve desencadenada a finales de enero bloqueó los pasos de las Montañas Rocosas, levantando blancos muros de treinta pies de altura en la línea principal de la «Taggart Transcontinental». Los hombres que intentaron despejar la vía hubieron de abandonar la tarea a las pocas horas porque los quitanieves rotatorios se fueron averiando uno tras otro. Las paletas llevaban dos años sujetas a precarias reparaciones y no eran ya útiles. Las que debían substituirlas no habían sido entregadas porque el fabricante cesó en sus actividades al no poder obtener de Orren Boyle el acero necesario.

Tres trenes que se dirigían hacia el Oeste quedaron atrapados en los apartaderos de la estación de Winston, a mucha altura, en las Rocosas, allí donde la línea principal de la «Taggart Transcontinental» atravesaba el ángulo noroeste de Colorado.

Durante cinco días permanecieron fuera del alcance de quienes pretendían prestar ayuda. Los trenes no podían aproximarse debido a la tormenta. El último de los camiones mandados por Lawrence Hammond se averió en las heladas pendientes de las carreteras de montaña. Los mejores aviones construidos en otros tiempos por Dwight Sanders fueron enviados a la estación de Winston, pero nunca consiguieron llegar a la misma; no se hallaban en condiciones de enfrentarse a una tormenta parecida.

A través de los remolinos de nieve, los pasajeros atrapados en los trenes contemplaban las luces de las barracas de Winston, pero dichas luces se apagaron la noche del segundo día. La tarde del tercero, la luz, el calor y los víveres se habían terminado también en los trenes. En los breves períodos de calma en la tormenta, cuando la catarata de copos desaparecía, descubriendo la tranquilidad de un negro vacío, mezclada a una tierra sin luces y a un cielo sin estrellas, los pasajeros podían ver, muchas millas hacia el Sur, una leve lengua de fuego retorciéndose en el cielo. Era la antorcha Wyatt.

A la mañana del sexto día, cuando los trenes pudieron moverse y continuar descendiendo las pendientes de Utah, Nevada y California, los conductores observaron las chimeneas sin humo y las puertas cerradas de pequeñas fábricas al borde de la vía, que aún funcionaban al pasar por allí la vez anterior.

«Las tormentas son un acto divino —escribió Bertram Scudder —y nadie puede sentirse socialmente responsable de lo que haga la atmósfera.»

Las raciones de carbón establecidas por Wesley Mouch permitían calentar las viviendas tres horas al día. No existía leña que quemar ni metal para perforar las paredes para llevar a cabo nuevas instalaciones. En artilugios de confección casera a base de ladrillos y de

latas de petróleo vacías, los profesores quemaban los tomos de sus bibliotecas, y los cultivadores de frutos los árboles de sus huertos. «Las privaciones fortalecen el espíritu de un pueblo —escribió Bertram Scudder —y forjan el fino acero de la disciplina social. El sacrificio es el cemento que amalgama los ladrillos humanos para formar con ellos el gran edificio de la Sociedad.»

«La nación que en otros tiempos sostuvo el credo de que la grandeza se consigue gracias a la producción, oye decir ahora que aquélla se obtiene por medio de la miseria», dijo por su parte Francisco d'Anconia en una entrevista de Prensa, pero sus palabras no aparecieron en ningún periódico.

Los únicos negocios favorables realizados aquel invierno fueron los de la industria de la diversión. La gente escatimaba dinero con destino a su aumentación y a su calefacción y comía cualquier cosa para poder luego aglomerarse en los cines, con el fin de escapar por unas horas al estado de animales reducidos a un ambiente de terror que afectaba a sus más urgentes necesidades. En enero, todos los cines, clubs nocturnos y boleras fueron cerrados por orden de Wesley Mouch con el propósito de ahorrar combustible. «El placer no es necesario a la existencia», escribió Bertram Scudder.

«Tienen que aprender a adaptar una actitud filosófica», manifestó el doctor Simón Pritchett a una joven estudiante que en mitad de una conferencia incurrió en un repentino estado de depresión, exhalando histéricos sollozos. Acababa de regresar de una expedición voluntaria de socorro a una colonia del Lago Superior, donde había visto a una madre sosteniendo el cuerpo de su hijo muerto de hambre. «No existe lo absoluto —dictaminó el doctor Pritchett—. La realidad es sólo una ilusión. ¿Cómo supo esa mujer que su hijo había muerto? ¿Cómo sabe siquiera que existió?»

Gentes de mirada suplicante y expresión desesperada se aglomeraban en locales donde los evangelistas prorrumpían en triunfantes exclamaciones, declarando que el hombre es incapaz de contender con la naturaleza; que la ciencia es un fraude y la mente un fracaso; que estaban sufriendo el castigo derivado de su orgullo, de su excesiva confianza en el propio intelecto; y que sólo la fe en el poder de míticos secretos podía protegerles del resquebrajamiento de un riel o del estallido del último neumático de un camión. El amor constituía la llave que abría dichos secretos míticos, gritaban; el amor, la abnegación y el sacrificio hacia las necesidades ajenas.

Orren Boyle realizó uno de dichos sacrificios en favor del prójimo vendiendo a la Oficina de Socorros, para su embarque con destino al Estado popular de Alemania, diez mil toneladas de estructuras de acero, destinadas en un principio al ferrocarril «Atlantic Southern». «Fue una decisión difícil de adoptar —manifestó con mirada húmeda y desenfocada, como imbuida de rectitud, ante el atemorizado presidente de la compañía—. Pero tuve en cuenta el factor de que son ustedes una corporación muy rica, mientras el pueblo alemán se encuentra en un estado de inexpresable miseria. Actué, pues, según el principio de que hay que atender primero a las necesidades más urgentes. En la duda, el débil ha de tener preferencia sobre el fuerte.» El presidente de la «Atlantic Southern» había oído decir que el mejor amigo de Orren Boyle en Washington tenía, a su vez, otro amigo en el Ministerio de Abastecimientos del Estado popular de Alemania, pero nadie hubiera podido afirmar que tal fuera el motivo que impulsó a Boyle o, en efecto, si actuó según el principio del sacrificio hacia los demás. De todas formas, no implicaba diferencia. Si Boyle hubiera sido un santo, dentro del credo del desprendimiento, hubiera debido hacer precisamente lo que hizo. Aquello silenció al presidente de la «Atlantic Southern», quien no se atrevió a decir que le preocupaba más su ferrocarril que el pueblo de Alemania, ni a atacar el principio del sacrificio hacia los otros.

Durante todo el mes de enero las aguas del Mississippi crecieron a causa de las tormentas, siendo agitadas por el viento hasta convertirse en un continuo choque de corrientes, que allanaban cuantos obstáculos se oponían a su paso.

Una noche de nevisca, durante la primera semana de febrero, el puente de la «Atlantic Southern» sobre el Mississippi se vino abajo cuando lo atravesaba un tren de pasajeros. La locomotora y los primeros cinco coche-camas se desplomaron entre una maraña de hierros retorcidos, hundiéndose en las negras espirales de agua que se agitaban a ochenta pies más abajo.

El resto del tren siguió sobre los tres primeros tramos del puente, que consiguieron resistir.

«No es posible disfrutar de un pastel y hacer partícipe del mismo a un vecino», manifestó Francisco d'Anconia. La avalancha de denuncias que los representantes de la opinión pública desencadenaron contra él fue mayor que su preocupación por la tragedia del puente.

Se rumoreaba que el ingeniero jefe de la «Atlantic Southern», desesperado ante el fracaso de la empresa para obtener el acero necesario con el que reforzar el puente, había presentado la dimisión seis meses atrás, manifestando a la compañía que el puente no estaba seguro. Había escrito también una carta al periódico de más circulación en Nueva York, avisando al público de ello; pero la carta no fue reproducida. Se murmuraba que los tres primeros tramos resistieron por haber sido reforzados con estructuras de metal Rearden. Pero todo cuanto la compañía pudo obtener de este metal, bajo la ley de repartos proporcionales, fueron quinientas toneladas.

Como resultado de la investigación oficial, dos puentes que cruzaban el Mississippi y que pertenecían a empresas de menor importancia, fueron declarados inútiles. Una de las compañías quebró y la otra cerró una línea secundaria, arrancando los rieles y tendiendo con ellos una línea que enlazara con el puente de la «Taggart Transcontinental» sobre el Mississippi, y lo mismo hizo la «Atlantic Southern».

El gran puente Taggart, de Bedford, Illinois, había sido construido por Nathaniel Taggart, quien durante muchos años estuvo contendiendo con el Gobierno, porque luego de la queja presentada por diversos armadores fluviales, los tribunales habían decretado que el ferrocarril constituía una destructiva competencia a la navegación y a la riqueza pública, y que los puentes sobre el Mississippi deberían ser prohibidos, por tratarse de obstrucciones. Los tribunales ordenaron a Nathaniel Taggart que desmontara su puente y transportara a los pasajeros de orilla a orilla mediante barcazas, pero consiguió ganar su batalla por un voto de mayoría en el Tribunal Supremo. Su puente era ahora el único lazo de unión importante entre las dos mitades del continente. Su último descendiente había adoptado como regla inflexible que, aunque hubiera de negligir necesariamente otras cosas, el puente Taggart permaneciera siempre en impecable estado de funcionamiento.

El acero enviado a través del Atlántico por la Oficina de Socorros no llegó al Estado popular de Alemania. Ragnar Danneskjold se había apoderado de él, pero nadie lo supo fuera de la organización, porque los periódicos llevaban mucho tiempo silenciando las actividades de Ragnar.

No fue hasta que el público empezó a darse cuenta de la creciente carestía y luego de la desaparición del mercado de las planchas eléctricas, los tostadores de pan, las máquinas de lavar y demás suministros eléctricos, cuando todo el mundo empezó a formularse preguntas y a fomentar rumores. Se supo que ningún barco cargado con cobre d'Anconia podía alcanzar un puerto de los Estados Unidos, debido a la vigilancia ejercida por Ragnar Danneskjold.

En las neblinosas noches de invierno los marinos murmuraban en los muelles que si bien Ragnar Danneskjóld se apoderaba siempre de los cargamentos de socorro, nunca tocaba

el cobre, prefiriendo hundir los barcos de d'Anconia con su cargamento. Permitía a los tripulantes escapar en los botes salvavidas, pero el cobre iba a parar al fondo del Océano. Susurraban esta historia como una obscura e incomprensible leyenda, ya que nadie sabía encontrar una razón por la que Danneskjóld optara por no tomar el cobre.

En la segunda semana de febrero, y con el propósito de conservar el alambre de cobre y la fuerza eléctrica, un directivo prohibió que los ascensores funcionaran por encima de los pisos veinticinco. Los situados más arriba debían ser desalojados, y se cortó el acceso por la escalera mediante tablones sin pintar.

Se otorgaron excepciones con permiso especial, basándose en necesidades urgentes, a unas cuantas grandes empresas y a los hoteles de moda. De este modo, la cúspide de las ciudades quedó cercenada.

Los habitantes de Nueva York nunca habían estado pendientes de las condiciones atmosféricas. Las tempestades sólo fueron para ellos una molestia que aminoraba la velocidad del tránsito y creaba charcos a la puerta de las bien iluminadas tiendas. Caminando contra el viento, cubiertos con impermeables, bien abrigados con pieles y calzando cómodas zapatillas en sus casas, la gente opinó siempre que la tempestad era sólo un intruso en la ciudad. Ahora, en cambio, al dar frente a las ráfagas de nieve que barrían las estrechas calles, los transeúntes experimentaban la terrible sensación de ser ellos los intrusos, mientras el viento campaba por sus respetos.

«Al fin y al cabo no significará ninguna diferencia. Olvídate de ello, Hank. Nada importa», dijo Dagny cuando Rearden le contó que no podría entregarle los rieles por no haber podido hallar a un suministrador de cobre. «Olvídate de ello, Hank.» Pero él no contestó. No podía olvidar el primer fracaso de la «Rearden Steel».

La noche del 15 de febrero una plancha de metal se abrió en un enlace ferroviario, haciendo descarrilar una máquina a media milla de Winston, Colorado, en cierta división que debía haber sido ya renovada con rieles nuevos. El jefe de estación de Winston suspiró y envió en busca de una grúa y de personal. Era uno de los muchos accidentes de menor importancia que sucedían en su sección a cada instante, y empezaba a acostumbrarse a los mismos.

Aquella noche, con el cuello del abrigo levantado y el sombrero metido hasta los ojos, mientras los torbellinos de nieve le llegaban a las rodillas, Rearden avanzaba dificultosamente por el barranco de una mina de carbón abandonada, en un rincón perdido de Pensilvania, supervisando el cargamento de un carbón obtenido por medios subrepticios en camiones proporcionados por él mismo. Nadie poseía aquella mina y nadie podía permitirse el gasto que entrañaba explotarla. Pero un joven de voz brusca y ojos obscuros y fulgurantes, procedente de una colonia depauperada, había reunido a un grupo de parados, llegando a un acuerdo con Rearden para entregar aquel carbón. Lo excavaban por la noche, lo almacenaban en lugares ocultos, y exigían el pago en dinero contante y sonante, sin permitir ni formular preguntas. Culpables del feroz deseo de seguir vivos, ellos y Rearden comerciaban como salvajes, sin derechos, sin títulos, sin contratos y sin protección, sin nada más que un mutuo entendimiento y una observación severa y absoluta de la propia palabra. Rearden ni siquiera conocía el nombre de aquel joven. Mirándolo mientras dirigía el cargamento de los camiones, se dijo que si aquel muchacho hubiera nacido una generación antes, se habría convertido en un gran industrial; ahora probablemente terminaría su vida como un criminal cualquiera en un plazo de breves años.

Aquella misma noche, Dagny asistió a una reunión de la Junta de directores de la «Taggart».

Los concurrentes se habían sentado alrededor de una pulida mesa, en un regio salón inadecuadamente caldeado. Los hombres que a través de décadas en aquella actividad

habían depositado su seguridad en el hecho de conservar unos rostros impasibles, pronunciar palabras vagas y vestir de manera impecable, cobraban ahora un extraño aspecto con sus chalecos de lana muy tensos sobre el estómago, sus bufandas al cuello y el sonido de toses que con frecuencia interrumpían la discusión como el tableteo de una ametralladora.

Notó que Jim había perdido la suavidad de sus anteriores actuaciones. Permanecía con la cabeza hundida entre los hombros, mientras su mirada pasaba veloz de un rostro a otro.

Un hombre de Washington estaba sentado a la mesa, entre ellos. Nadie conocía su tarea exacta o su misión, pero no era necesario, bastaba con saber que procedía de Washington. Se llamaba míster Weatherby y tenía las sienes grises, un rostro largo y estrecho y una boca que hacía pensar en que le era preciso tensar sus músculos faciales para mantenerla cerrada; aquello confería cierto aire de escrupulosidad a un rostro que no revelaba ninguna otra cosa. Los directores no sabían si se encontraba allí como invitado, como consejero o como director de la junta; pero preferían no averiguarlo.

—A mi modo de ver —empezó el presidente—, el más importante problema a que nos enfrentamos es el de que nuestra línea principal parece encontrarse en condición, no ya deplorable, sino crítica —hizo una pausa y añadió precavidamente—: La única línea en buenas condiciones es la «John Galt»… quiero decir, la «Río Norte».

En el mismo tono cauteloso de quien espera que alguien capte el verdadero propósito de sus palabras y se haga eco de las mismas, otro de los reunidos manifestó:

—Si tenemos en cuenta nuestra merma de equipo, y consideramos que permitimos su desgaste en servicio de una línea secundaria que trabaja con pérdida… —se detuvo sin acabar de especificar lo que ocurriría, caso de que los otros reflexionaran sobre aquello.

—En mi opinión —dijo un hombre flaco y pálido, con recortado bigote—, la línea «Río Norte» parece haberse convertido en una carga financiera que la compañía no puede permitirse soportar… es decir, a menos que se lleven a cabo determinados reajustes…

No terminó, sino que miró a míster Weatherby, pero éste fingió no haberse dado cuenta.

—Jim —dijo el presidente—, creo que debería usted explicar a míster Weatherby lo que sucede.

La voz de Taggart seguía conservando la suavidad de quien se muestra práctico en tales asuntos; pero era una suavidad semejante a la de un trozo de tela extendido sobre un objeto de cristal roto, cuyos aguzados bordes aparecieran aquí y allá.

—Se da por descontado, de manera general, que el principal factor de cuantos afectan a los ferrocarriles del país reside en el inaudito alcance de los fracasos comerciales. Mientras, desde luego, todos nos damos cuenta de que se trata de una. deficiencia temporal, hemos de reconocer que, debido a la misma, la situación ferroviaria se aproxima a un estado que bien pudiera describirse como desesperado. El número de factorías que han cerrado en el territorio que abarca el Sistema Transcontinental Taggart es tan amplio, que ha quebrantado nuestra estructura financiera total. Distritos y divisiones que siempre nos proporcionaron los mejores ingresos, trabajan ahora con pérdida. Una organización calculada para transportar un gran volumen de mercancías no puede prestar servicio para tres industriales, cuando antes lo hacía para siete. No podemos ofrecerles idéntico servicio, al menos… en las condiciones actuales. —Miró a míster Weatherby, pero éste pareció no darse cuenta—. Me parece —continuó Taggart, con las aristas de su voz cada vez más agresivas —que la actitud adoptada por los empresarios es poco comprensiva. La mayoría se quejan de sus rivales y han aprobado diversas medidas locales para eliminar la competencia en sus terrenos particulares. Muchos de ellos se encuentran ahora en posesión casi exclusiva de sus mercados, pero aun así rehúsan

comprender que un ferrocarril no puede ofrecer a una fábrica solitaria las tarifas que habían sido posibles gracias a la producción de toda una comarca. Estamos operando con pérdida y, sin embargo, han adoptado una actitud de intransigencia contra… un aumento en las tarifas.

—¿Contra todo aumento? —preguntó suavemente míster Weatherby, con una excelente imitación de lo que pudiera parecer asombro—. No es ésa precisamente su actitud.

—Si ciertos rumores que rehusó aceptar resultan ciertos… —declaró el presidente, deteniéndose una sílaba después de que el tono de pánico se hubiera hecho evidente en su voz.

—Jim —dijo míster Weatherby con aire afable—, creo que sería mucho mejor no mencionar el tema de un aumento de tarifas.

—No sugería ese aumento precisamente ahora —se apresuró a decir Taggart—. Me referí simplemente a él para presentar un cuadro más completo de la situación.

—Pero, Jim —dijo un anciano de temblorosa voz—, creí que su influencia… quise decir su amistad… con míster Mouch lograría…

Se interrumpió porque los otros lo estaban mirando severamente, recriminándole en nombre de aquella ley no escrita según la cual no podía mencionarse un fracaso de tal género, ni citar los misteriosos caminos seguidos por las influyentes amistades de Jim, ni preguntarse por qué éstas fallaban.

—El caso es —dijo míster Weatherby con aire desenvuelto —que míster Mouch me envió aquí para discutir la demanda de los sindicatos ferroviarios relativa a un aumento de sueldos, y la de los empresarios acerca de una reducción de las tarifas.

Se había expresado en un tono de indiferente firmeza; sabía que todos aquellos hombres estaban enterados de que tales demandas habían sido discutidas durante meses en los periódicos. El temor que experimentaban no se refería a las demandas en sí, sino al hecho de suscitarlas, como si no existieran, pero aquellas palabras hubieran ejercido el poder de crearlos. Habían esperado ver si pensaba o no ejercer el poder en cuestión. Ahora les estaba demostrando que sí podía hacerlo.

Aquella situación entrañaba una fuerte protesta, pero no se produjo. Nadie le contestó. Luego, con el agresivo y nervioso tono con el que se pretende demostrar irritación, pero sólo se confiesa la propia incertidumbre, James Taggart dijo:

—No quisiera exagerar la importancia de Buzzy Watts, miembro del Consejo Nacional de Expedidores. Ha estado armando mucho ruido y celebrando una serie de costosos banquetes en Washington, pero creo preferible no tomarlo en serio.

—¡Oh, no lo sé! —expresó míster Weatherby.

—Escuche, Clem. Sé que Wesley rehusó verle la semana pasada.

—Cierto. Wesley es un hombre sumamente ocupado;

—Y sé también que cuando Gene Lawcon celebró aquella gran fiesta hace diez días, prácticamente todo el mundo figuró en la misma, pero Buzzy Watts no fue invitado.

—En efecto —convino míster Weatherby apaciblemente.

—Así es que no me inclinaría demasiado hacia Buzzy Watts, Clem, ni dejaría que ese asunto me preocupara.

—Wesley es un hombre imparcial —dijo míster Weatherby—. Un hombre dedicado totalmente al bien público. Es el interés del país en general lo que debe considerar por encima de cualquier otra cosa. —Taggart se irguió en su silla; de todos los síntomas de peligro conocidos, aquel modo de hablar era el más alarmante—. Nadie puede negar, Jim, que Wesley siente hacia usted una gran estima y que lo considera un preclaro industrial, un valioso consejero y uno de sus mejores amigos personales. —La mirada, de Taggart se

posó rápidamente en él. Aquello era aún peor—. Pero nadie puede decir que Wesley vacilaría en sacrificar sus sentimientos y sus amistades personales cuando se trata del bienestar público.

La cara de Taggart siguió inexpresiva; su terror procedía de cosas que nunca fueron expresadas en palabras o en movimientos de los músculos faciales. Procedía de su lucha contra una idea no admitida. Había constituido el «público» durante tanto tiempo y en circunstancias tan distintas, que comprendió lo que significaría que aquel título mágico, aquel sagrado título al que nadie osaba oponerse, quedara transferido, junto con su «riqueza», a la persona de Buzzy Watts.

Vivamente preguntó:

—No insinuarán ustedes que soy capaz de colocar mis intereses personales por encima del bienestar público, ¿verdad?

—No; nada de eso —respondió míster Weatherby con una mirada que equivalía casi a una sonrisa—. Desde luego que no. Su actitud, inspirada en el beneficio común y en la comprensión del mismo, es suficientemente conocida. Por eso Wesley confía en que observe usted los dos lados del cuadro.

—Sí. Desde luego —admitió Taggart, atrapado.

—Bien. Considere el lado sindicalista del asunto. Quizá no pueda Usted proporcionar un aumento de salarios, pero ¿cómo va a continuar viviendo esa gente, si el cosí© de la vida se remonta a las nubes? Tienen que comer, ¿verdad? Ése es el problema principal, con ferrocarril o sin él. —Míster Weatherby asumió un tono de plácida rectitud, cual si recitara una fórmula necesaria para prestar cierto significado a sus palabras, claro para todos ellos; miraba directamente a Taggart como si pusiera un énfasis especial en lo que no había dicho—. Existe casi un millón de miembros en los Sindicatos ferroviarios, con familiares, dependientes y parientes pobres. ¿Quién no tiene estos días parientes pobres? Todo ello asciende a unos cinco millones de votos. Quise decir de personas. Wesley ha de tenerlo muy en cuenta. Ha de pensar en su psicología. Luego considere al público. Las tarifas que usted carga quedaron establecidas en una época en que todo el mundo ganaba dinero, pero tal como están ahora las cosas, el coste del precio de los transportes se ha convertido en un fardo que nadie puede soportar. La gente se queja por todo el país. —Miró directamente a Taggart; simplemente lo miró, pero aquella mirada tenía el mismo valor que un significativo guiño—. Son muchos, Jim. Y, por el momento, no se sienten felices acerca de multitud de cosas. Un Gobierno que rebajara las tarifas ferroviarias se granjearía la gratitud de mucha gente.

' El silencio que siguió a sus palabras vino a ser como un agujero tan profundo que fuera imposible escuchar la caída de lo que iba a estrellarse contra su fondo. Igual que los demás, Taggart comprendió cuál era el desinteresado motivo por el que míster Mouch estaría siempre dispuesto a sacrificar sus amistades personales.

Fue el silencio y el hecho de no querer decir nada; el haber entrado allí dispuesta a no pronunciar palabra, lo que precisamente le hizo imposible resistir por más tiempo y prestó a su voz un tono duro y vibrante al preguntar:

—¿Consiguieron aquello que han estado solicitando durante tantos años, caballeros?

La rapidez con que los ojos de todos se posaron en ella constituyó la involuntaria respuesta a un sonido inesperado; pero la vivacidad con la que luego fijaron la mirada en la mesa, en las paredes, en cualquier lugar menos en ella, constituyó la consciente respuesta al significado de su voz.

En el silencio que reinó momentos después, Dagny notó su resentimiento como un almidón que espesara el aire del recinto, y comprendió que no era resentimiento contra míster Weatherby, sino contra ella. Hubiera podido soportarlo, caso de haber dejado su

respuesta sin contestar; pero lo que le hacía sentir una dolorosa contracción en el estómago era aquel doble fraude de pretender ignorarla y luego contestar a su manera.

Sin mirarla, con voz acusadamente indiferente, pero al propio tiempo vagamente concreta, el presidente respondió:

—Hubiera todo marchado perfectamente si no ocuparan puestos decisivos gentes que no debieran, como Buzzy Watts y Chick Morrison.

—Yo no me preocuparía de Chick Morrison —declaró el hombre pálido y con bigote—. No tiene una influencia notable. No. El peor de todos ellos es Tinky Holloway.

—A mí, la perspectiva no me parece desesperada —señaló un hombre apuesto, que llevaba una bufanda verde—. Joe Dunphy y Bud Hazleton son íntimos de Wesley. Si su influencia prevalece, todo marchará bien. Sin embargo, Kip Chalmers y Tinky Holloway son peligrosos.

—Yo puedo encargarme de Kip Chalmers —ofreció Taggart.

Míster Weatherby era la única persona en aquella habitación a quien no parecía importarle mirar a Dagny; pero cada vez que sus pupilas se posaban en ella no registraban nada. Sencillamente, no la veía.

—Estoy pensando —dijo míster Weatherby con aire displicente, mirando a Taggart — que quizá haga usted un favor a Wesley.

—Wesley sabe que puede contar siempre conmigo.

—Bien. Mi idea es que si garantiza usted a los sindicatos un aumento de salarios, podríamos abandonar la cuestión de rebajar las tarifas, al menos por el momento.

—'¡No puedo hacerlo! —exclamó Jim casi gritando—. La Alianza Nacional de Ferrocarriles ha adoptado una posición unánime contra los aumentos y ha exigido a todos sus miembros que los rechacen.

—A eso precisamente iba —dijo con suavidad míster Weatherby—. Wesley necesita meter una cuña en la Alianza. Si una compañía como la «Taggart Transcontinental» cediera, el resto sería fácil. Ayudaría mucho a Wesley, y éste lo apreciaría.

—Pero, ¡por Dios, Clem! Según las reglas de la Alianza, podrían incluso procesarme.

Míster Weatherby sonrió.

—¿Qué tribunal lo haría? Deje que Wesley se encargue de ello.

—Pero, escuche, Clem. Usted sabe tan bien como yo que no podemos permitírnoslo.

Míster Weatherby se encogió de hombros.

—Es un problema que sólo usted puede solucionar.

—¿Cómo quiere que lo haga?

—No lo sé. Es tarea suya, no nuestra. No irá a querer que el Gobierno haya de decirle cómo se gobierna un ferrocarril, ¿verdad?

—¡No! ¡Desde luego que no! Pero…

—Nuestra tarea consiste solamente en procurar que la gente consiga sueldos adecuados y medios de transpone eficaces. Es usted quien ha de proporcionar esto último. Pero, desde luego, si considera imposible realizar la tarea, entonces…

—¡Yo no he dicho eso! —se apresuró a protestar Taggart—. No he dicho tal cosa.

—Bien —repuso míster Weatherby con aire complacido—. Sabemos que posee usted la habilidad necesaria para encontrar un modo de lograrlo.

Miraba a Taggart y éste miraba a Dagny.

—Fue sólo una idea —explicó míster Weatherby reclinándose en su sillón a manera de modesta retirada—. Sólo una idea para que usted medite sobre ella. Yo no soy más que

un invitado aquí. No quiero interferirme en sus asuntos. El propósito de esta reunión fue el de discutir la situación de… las líneas secundarias, ¿verdad?

—Sí —dijo el presidente, suspirando—. Sí. Y ahora, si alguien tiene alguna sugerencia constructiva que ofrecer… —Esperó. No contestó nadie—. Creo que el cuadro está bien claro para todos. —Esperó—. Parece haber quedado establecido que no podemos continuar permitiéndonos el funcionamiento de algunas de nuestras líneas secundarias… de la «Río Norte» en particular… y que, en consecuencia, es preciso adoptar ciertas medidas…

—A mi modo de ver —intervino el caballero pálido del bigote con voz inesperadamente segura —deberíamos escuchar a Miss Taggart. —Se hizo hacia delante con expresión de esperanzada socarronería. Y al ver que Dagny no contestaba, limitándose a volverse hacia él, preguntó—: ¿Qué tiene que decirnos, Miss Taggart?

—Nada.

—¿Cómo?

—Todo cuanto tenía que decir quedó expresado en el informe que les ha leído Jim —repuso ella con voz tranquila, clara y escueta.

—Pero en él no hizo usted recomendación alguna.

—No tenía por qué hacerla.

—Después de todo, como vicepresidente de la Sección de Operaciones, usted ha de sentir un interés vital por la política de este ferrocarril.

—No tengo autoridad alguna sobre dicha política.

—De todos modos, estamos muy interesados en considerar su opinión.

—No tengo opiniones.

—Miss Taggart —dijo en el tono suavemente normal de quien cursa una orden—, no podrá usted menos de observar que nuestras líneas secundarias están funcionando a un desastroso déficit y que deseamos que las haga usted rendir más.

—¿Cómo?

—No lo sé. Es tarea suya; no nuestra.

—En mi informe he detallado los motivos por los que ahora es imposible. Si existe algún dato que me haya pasado inadvertido, tengan la bondad de expresarlo.

—Esperamos sencillamente que encuentre usted modo de hacer posible esa tarea. La nuestra consiste en procurar que los accionistas obtengan buenos beneficios. Es usted quien ha de lograrlo. No irá a desear que la creamos incapaz de realizar este trabajo y que…

—Soy incapaz de realizarlo.

El otro abrió la boca, pero no pudo encontrar palabras con las que contestarle. La miró con asombro, preguntándose por qué había fracasado la fórmula.

—Miss Taggart —preguntó el hombre de la bufanda verde—, ¿sugería usted en su informe que la situación de la línea «Río Norte» era crítica?

—Indico que es desesperada.

—Entonces, ¿qué medidas propone?

—No propongo nada.

—¿Está evadiendo su responsabilidad?

—¿Y qué creen ustedes que hacen? —Hablaba suavemente, dirigiéndose a todos en conjunto—. ¿Cuentan con que no diga que la responsabilidad es suya y que fue su maldita política la que nos condujo a semejante estado? Pues bien; lo afirmo así.

—Miss Taggart, Miss Taggart —dijo el presidente en tono de suplicante reproche—, no deben existir roces entre nosotros. ¿Qué importa quién haya tenido la culpa? No queremos discutir sobre pasados errores, sino colaborar como un equipo, a fin de sacar el ferrocarril de esta desesperada situación.

Un hombre de pelo gris y aspecto patriarcal, que había permanecido silencioso durante toda la sesión, con un aire en el que se expresaba la amarga y resignada idea de que todo aquello era inútil, miró a Dagny de un modo que hubiera podido tomarse por simpatía, de. haber existido en él un resto de esperanza. Elevando la voz lo suficiente como para traicionar en ella una nota de contenida indignación, dijo:

—Señor presidente, si lo que aquí se debaten son soluciones prácticas, quisiera proponer que discutamos el asunto de la limitación establecida sobre la longitud y velocidad de nuestros trenes. De todo cuanto se ha llevado a cabo, esto es lo más desastroso. La derogación de esa orden] no va a solucionar todos nuestros problemas, pero constituiría un enorme alivio. Con la desesperada escasez de fuerza motriz y la carestía de combustible, es insensato y criminal mandar una locomotora a la vía con sesenta vagones cuando puede tirar de cien y gastar cuatro días en una ruta que puede cubrirse en tres. Sugiero que computemos el número de empresarios a los que hemos arruinado y los distritos que quedaron prácticamente destruidos debido a los fracasos, carestías y retrasos en los transportes y entonces…

—No piense en ello —le interrumpió bruscamente míster Weatherby—. No sueñe siquiera en modificaciones. No les concederemos la menor atención. Ni nos permitiremos escuchar ninguna sugerencia a tal propósito.

—Señor presidente —preguntó sin alterarse el hombre de cabello gris—, ¿me permite continuar?

El presidente extendió las manos, sonriendo con calma, como dando a entender que estaba resignado.

—Sería muy poco práctico —contestó.

—Creo que deberíamos limitar la discusión al estado de la línea «Río Norte» —indicó James Taggart.

Se produjo un largo silencio.

El hombre de la bufanda verde se volvió hacia Dagny… -Miss Taggart —preguntó triste y precavidamente—, dirá usted que… propongo sólo una cuestión hipotética…, pero si el equipo actualmente utilizado en la línea «Río Norte» quedara disponible para otras, ¿bastaría para cubrir las necesidades de nuestra línea transcontinental más importante?

—Contribuiría a ello.

—Los rieles de la línea «Río Norte» —dijo el hombre pálido y con bigote —no tienen rival en ningún lugar de este país, y en la actualidad no podrían ser comprados a ningún precio. Disponemos de trescientas millas de vía, lo que significa más de cuatrocientas millas de riel de metal Rearden puro en esa línea. ¿No cree usted, miss Taggart, que no podemos malgastar ese superlativo riel en una línea que actualmente no soporta un tráfico importante?

—Son ustedes quienes deben juzgarlo.

—Permítame decirlo de otro modo: ¿resultaría beneficioso poner ese riel a disposición de nuestra línea principal, que sufre tan urgente necesidad de reparación?

—Ayudaría mucho.

—Miss Taggart —preguntó el hombre de la voz temblorosa—, ¿afirma usted que existen todavía clientes de importancia en la línea «Río Norte»?

—Ted Nielsen de la «Nielsen Motors». Nadie más.

—¿No cree usted que el costo de operación de la línea «Río Norte» podría ser utilizado para aliviar la carga financiera que pesa sobre el resto del sistema?

—Ayudaría.

—Entonces, como nuestro vicepresidente operativo… —se detuvo mientras ella lo miraba y luego dijo—: Bien.

—¿Cuál es su pregunta?

—Quise decir… que… como nuestro vicepresidente operativo, ¿no extrae de todo ello determinadas conclusiones?

Dagny se puso en pie y miró los rostros alrededor de la mesa.

—Caballeros —empezó—, no sé por qué clase de autoengaño esperan convencerse de que si soy yo quien doy forma verbal a la decisión que intentan adoptar, seré yo también quien corra con la responsabilidad de la misma. Quizá creen que si mi voz descarga el golpe final, me convertiré en la asesina, puesto que saben que tal es el último acto de este crimen largamente planeado. No puedo concebir lo que piensan conseguir con una pretensión de tal género y no les ayudaré a realizarla. El golpe final lo descargarán ustedes, igual que hicieron con los otros.

Se volvió para partir. El presidente se incorporó un poco, rogándole:

—Pero, Miss Taggart…

—Por favor, continúe sentado. Sigan la discusión y tome usted los votos en los que yo no tendré voz. Me abstendré de votar. Puedo seguir aquí si lo desean, pero sólo como empleada. No pretendo ser otra cosa.

Se volvió una vez más, pero fue la voz del hombre del cabello gris la que la detuvo.

—Miss Taggart, ésta no es una pregunta oficial, sino que la formulo llevado sólo de mi curiosidad particular. ¿Quiere explicarme su punto de vista acerca del futuro del sistema «Taggart Transcontinental»?

Mirándolo comprensiva, y con voz más suave, Dagny contestó:

—He cesado de pensar en un futuro o en un sistema ferroviario. Pretendo continuar dirigiendo trenes mientras sea posible. Pero no creo que dure ya mucho.

Se alejó de la mesa en dirección a la ventana, a fin de quedar al margen y dejarles continuar su tarea.

Contempló la ciudad. Jim había conseguido el permiso que les permitía utilizar corriente eléctrica hasta el último piso del edificio Taggart. Desde la altura de aquella habitación, la ciudad aparecía como un montón de restos desparramados, con unas cuantas raras y solitarias franjas de cristal iluminado elevándose aún bajo la obscuridad del cielo.

No escuchó las voces de quienes discutían tras ella. No supo durante cuánto tiempo los quebrados arrebatos del tenaz forcejeo continuaron vibrando en la estancia. Los sonidos le parecían entrechocar, intentando abrirse paso y empujar a alguien en una lucha encaminada a no dar fe de la propia voluntad, sino a provocar el asentimiento de alguna víctima poco propicia; una batalla en la que la decisión sería pronunciada no por el vencedor sino por el vencido.

«Me parece… Creo yo… En mi opinión deberíamos… Si fuéramos a suponer… Me limito a sugerir… No significa esto que… Si consideramos los dos aspectos… A mi modo de ver es indudable… Creo que se trata de un hecho indiscutible…»

No supo de quién era aquella voz, pero la oyó pronunciar:

—…y en consecuencia me declaro en favor del cierre de la línea «John Galt».

Pensó que una influencia extraña había obligado a aquel hombre a llamar a la línea por su verdadero nombre.

«Tuviste que soportarlo también hace generaciones; fue tan duro para ti y tan penoso como ahora, pero no permitiste que ello te detuviera. Aun así, ¿resultó tan desagradable como esto? ¿Tuvo tan fiero aspecto? No importa. Aunque en formas distintas, todo es sólo dolor, y a ti el dolor no te detuvo. Nada de cuanto debiste soportar te arredró. No rogaste. Te? enfrentaste a ello, y ahora yo he de hacer lo propio. Luchaste y ahora tendré yo también que luchar… Intentaré…»

Escuchó en el fondo de su mente la quieta intensidad de aquellas palabras de consagración, y transcurrió algún tiempo antes de darse cuenta de que estaba hablando a Nat Taggart.

La siguiente voz que oyó fue la de míster Weatherby.

—Un momento, muchachos. No se habrán olvidado de que necesitan permiso para cenar una línea secundaria, ¿verdad?

—¡Cielos, Clem! —el grito de Taggart expresaba declarado miedo—. No irá a surgir dificultad alguna acerca…

—Yo no estaría tan seguro. No se olvide de que es un servicio público y que están obligados a facilitar transporte, tanto si ganan dinero como si no.

—¡Pero usted sabe que eso es imposible!

. —El cierre de la línea constituiría una solución para usted; el fin del problema, pero, ¿y nosotros? Dejar a un Estado como Colorado prácticamente sin transporte, ¿qué clase de reacción pública provocaría? Desde luego, si ofreciera a Wesley algo que lo equilibrase y garantizara un aumento en los salarios…

—¡No puedo! ¡He dado mi palabra a la Alianza Nacional!

—¿Su palabra? Bien. Como quiera. No vamos a ejercer violencia sobre la Alianza. Preferimos que las cosas se hagan voluntariamente. Pero vivimos tiempos difíciles y resulta arriesgado predecir lo que puede suceder. Con la gente arruinándose y los recibos de las contribuciones sin pagar, podríamos…, teniendo en cuenta que poseemos más del cincuenta por ciento de las acciones Taggart, podríamos vernos obligados a exigir el pago de' los bonos en unos seis meses.

—¡¿Cómo?! —gritó Taggart.

—…o antes.

—¡No pueden hacer eso! ¡Dios mío! No pueden. Quedó acordado que la moratoria sería por cinco años. ¡Era un contrato! ¡Una obligación! ¡Contábamos con ello!

—¿Una obligación? ¿No estará usted muy anticuado, Jim? No existen más obligaciones que las necesidades del momento. De todos modos, los propietarios originales de esos bonos contaban con sus pagos.

Dagny se echó a reír.

No pudo impedirlo; no pudo resistir. No pudo ignorar la momentánea posibilidad de vengar a Ellys Wyatt, a Andrew Stockton, a Lawrence Hammond y los otros. Con voz sofocada por la risa exclamó:

—¡Gracias, míster Weatherby! El aludido la miró perplejo.

—¿Cómo? —preguntó fríamente.

—Yo sabía que tendríamos que pagar esos bonos de un modo o de otro. El momento ha llegado.

—Miss Taggart —dijo severamente el presidente—, ¿no cree usted que esas reconvenciones son inútiles? Hablar de lo que hubiera podido suceder si hubiésemos

actuado de un modo distinto es sólo una especulación teórica. No podemos permitirnos teorías; hemos de enfrentarnos a la realidad práctica del momento.

—En efecto —le apoyó míster Weatherby—. Eso es lo que debería ser usted, una persona práctica. Le ofrecemos un trato. Haga algo por nosotros, y nosotros haremos algo por usted. Eleve los salarios según deseo del Sindicato, y le otorgaremos permiso para cerrar la línea «Río Norte».

—De acuerdo —aprobó James Taggart con voz sorda.

De pie ante la ventana, Dagny les oyó votar sobre su decisión. Les oyó declarar que la línea «John Galt» terminaría su funcionamiento al cabo de seis semanas, el 31 de marzo.

«Se trata sólo de soportar los minutos que faltan —pensó—. Los próximos minutos y luego los que sigan; unos cuantos cada vez. Al cabo de un rato, todo será más fácil. Habré pasado la prueba.»

La misión que se fijó para los siguientes minutos fue la de ponerse el abrigo y ser la primera en abandonar la estancia.

Luego tuvo que tomar un ascensor que la condujera hasta el piso inferior del enorme y silencioso edificio Taggart. Y a continuación, esforzarse en cruzar el obscuro vestíbulo.

A mitad del mismo se detuvo. Un hombre estaba apoyado contra la pared, cual si esperase a alguien; sin duda a ella, porque la miraba fijamente. Por el momento no lo reconoció a causa de su certeza de que aquel rostro no podía figurar en un lugar semejante a aquellas horas.

—¡Hola, pequeña! —le dijo suavemente.

Ella contestó, tratando de alcanzar algo situado a enorme distancia y que en otro3 tiempos fuera suyo:

—Hola, Frisco.

—¿Han dado el golpe de gracia a la «John Galt»?

Ella se esforzó en situar aquel instante dentro de una ordenada secuencia de tiempo. La pregunta pertenecía al presente, pero el rostro solemne de Francisco procedía de aquellos días en la montaña, junto al Hudson, cuando él hubiera comprendido todo cuanto la pregunta en cuestión significaba para ella.

—¿Cómo supiste que iba a ocurrir esta noche? —preguntó.

—Ha sido evidente durante meses que tal sería su siguiente paso en cuanto se reunieran.

—¿Por qué has venido?

—Para ver cómo te lo tomabas.

—¿Quieres reírte?

—No, Dagny, no quiero reírme de nada.

No vio señal alguna de jovialidad en su cara. Le contestó con acento sincero:

—No sé todavía cómo me lo estoy tomando.

—Yo sí.

—Lo esperaba; sabía que iban a hacerlo, así es que, por el momento, se trata sólo de… —Hubiera deseado añadir: «de dejar transcurrir esta noche», pero dijo simplemente—:… de realizar todo el trabajo y acabar con los detalles.

El la tomó del brazo.

—Vayamos a algún sitio a beber juntos.

—Francisco, ¿por qué no te ríes de mí? Siempre te burlaste de la línea.

—Lo haré mañana, cuando te vea iniciar esos trabajos y terminar esos detalles de que hablas. Pero no esta noche.

—¿Por qué?

—Vamos. No estás en condiciones de hablar de ello. Hubiera deseado protestar, pero se limitó a decir:

—No… la verdad es que creo que no lo estoy.

La condujo a la calle y Dagny se encontró caminando en silencio, al vivo ritmo de sus pasos, notando en el brazo el firme y sobrio apretón de sus dedos. Hizo seña a un taxi, y sostuvo la puerta para que ella entrara. Le obedeció sin formular preguntas; sentíase aliviada como un nadador cuando cesa en sus esfuerzos. El espectáculo de un hombre actuando con aplomo era un salvavidas arrojado en el momento en que abandonaba toda esperanza. El alivio no se basaba en el abandono de la responsabilidad, sino en la visión de un hombre capaz de asumirla.

—Dagny —le dijo mirando la ciudad conforme ésta desfilaba al otro lado de la ventanilla —, acuérdate del primer hombre que tuvo la idea de fabricar un tirante de acero. Sabía lo que pensaba y lo que quería. No se limitó a expresar «Me parece…», ni tampoco aceptó órdenes de quienes repiten «En mi opinión…».

Dagny se rió levemente, maravillada ante su discernimiento al haber Adivinado la naturaleza del nauseabundo sentimiento que se había apoderado de ella; el mismo que produce un pantano del que no se puede escapar.

—Mira a tu alrededor —continuó—. Una ciudad es una muestra fría leí valor humano; del valor de quienes idearon el primer tornillo, la primera tuerca y el generador eléctrico, y desearon fabricarlos. No dijeron «me carece», sino «así es» y expusieron la propia vida en ello. No estás sola. Esos hombres existen. Han existido siempre. Hubo un tiempo en que los seres humanos se acurrucaban en cavernas a merced de cualquier epidemia o de cualquier tormenta. ¿Crees que hombres como los que forman tu Junta Je directores hubieran podido sacarlos de sus cavernas y conducirlos a esto?

Señaló la ciudad.

—¡De ningún modo!

—Entonces ahí tienes la prueba de que existe otra clase de hombres.

—Sí —dijo ella ávidamente—. Sí.

—Piensa en ellos y olvida tu Junta de directores.

—Francisco, ¿dónde se encuentran ahora… esos hombres?

—Nadie desea su presencia.

—Pues yo sí. ¡Oh, Dios mío, cómo la anhelo!

—Cuando así ocurra, los hallarás.

No la interrogó acerca de la línea «John Galt», ni ella habló de dicho tema, hasta que estuvieron sentados a una mesa en un recinto veladamente iluminado, y Dagny tomó una copa entre sus dedos. Apenas se había dado cuenta de cómo llegaron allí. Era un lugar tranquilo y lujoso, semejante a un retiro secreto. Vio bajo su mano una pequeña y lustrosa mesa; tras de sus hombros la piel de un asiento circular y la hornacina de un espejo azul obscuro que los separaba de la visión de la dicha o del dolor que otros hubieran venido a ocultar allí también. Francisco se apoyaba en la mesa, observándola. Le pareció como si, al reclinarse en ellos la firme atención de sus ojos, la invitara.

No hablaron de la línea, pero ella dijo de repente, mirando al líquido que contenía su copa:

—Estoy pensando en la noche en que Nat Taggart recibió noticias de.que debería abandonar la construcción de su puente a través del Mississippi. Andaba desesperadamente escaso de dinero porque la gente sentía temor hacia el puente, considerándolo una aventura poco práctica. Aquella mañana le dijeron que las empresas

navieras habían presentado una demanda contra él, exigiendo la destrucción del puente, por ser una amenaza al bienestar común. Se habían construido ya tres tramos que avanzaban sobre el agua.

Aquel mismo día, una muchedumbre soliviantada atacó la estructura y prendió fuego al andamiaje de madera. Los obreros desertaron, algunos por miedo, otros luego de ser sobornados por las empresas navieras, y la mayoría porque Taggart no disponía ya de dinero para pagarles su jornal. Durante todo aquel día no paró de recibir noticias según las cuales quienes se habían comprometido a adquirir las acciones de la «Taggart Transcontinental» iban cancelando uno tras otro sus compromisos. Hacia la noche, un comité representando a dos Bancos que constituían su última esperanza de apoyo, acudió a visitarle. La entrevista tuvo lugar allí mismo, en el lugar donde se estaba construyendo el puente, en el viejo vagón de ferrocarril donde vivía, con la puerta abierta hacia los ennegrecidos restos del andamiaje, cuyos maderos todavía humeaban sobre el acero retorcido. Había negociado un préstamo de dichos Bancos, pero el contrato no estaba firmado todavía. El comité le dijo que tendría que abandonar el puente, porque lo más seguro era que perdiese el pleito y se le ordenara desmontar la obra, aun cuando la hubiese terminado. Si deseaba abandonarla entonces y transportar sus pasajeros de una orilla a otra en barcazas, como estaban haciendo otros ferrocarriles, el contrato seguiría en pie, y recibiría el dinero necesario para continuar la línea en dirección Oeste por la otra orilla. De lo contrario el préstamo no sería concedido. ¿Cuál fue su respuesta? No pronunció palabra; tomó el contrato, lo rompió, les hizo entrega del mismo y salió del recinto. Acercóse al puente, a lo largo de las traviesas, hasta el límite del mismo. Se arrodilló, tomó las herramientas que habían dejado allí sus hombres y empezó a librar la estructura de acero de los restos quemados. El ingeniero jefe lo vio hacha en mano, solo sobre la amplitud del río, con el sol poniéndose tras él, por aquel Oeste que debería cruzar su línea. Trabajó toda la noche. A la mañana siguiente se había trazado un plan mediante el que encontrar los hombres adecuados; los hombres con suficiente independencia de juicio como para ayudarle; encontrarlos, convencerlos, obtener dinero y continuar el puente.

Dagny hablaba en voz baja, con acento incoloro, manteniendo la mirada fija en la mancha de luz que se estremecía dentro del líquido conforme sus dedos hacían girar la copa de vez en cuando.' No demostraba emoción alguna, pero su tono sonaba con la intensa monotonía de una plegaria.

—Francisco…, si pudo soportar aquella noche, ¿qué derecho tengo a quejarme? ¿Qué importa cuáles sean mis sentimientos? Construyó aquel puente, y yo debo resistir por él. No puedo permitir que suceda lo mismo que con el de la «Atlantic Southern». Tengo la sensación de que si permitiera algo así, él lo sabría. De que quizá lo supiera desde aquella noche en que permaneció solo en el río… Sé que se trata de una tontería, pero es eso lo que siento. Cualquiera que piense en lo que Nat Taggart experimentó aquella noche, cualquier ser viviente actual capaz de imaginarlo… Sí, es a él a quien traicionaría si dejara suceder esto… y no puedo.

—Dagny, si Nat Taggart viviera hoy, ¿qué haría?

Ella contestó involuntariamente, con repentina y amarga risa:

—¡No lo soportaría ni un minuto! —Luego se corrigió—. Pero encontraría una manera de luchar contra ellos.

—¿Cómo?

—No lo sé.

Notó cierta cualidad atenta y precavida en la atención con que él la miraba al inclinarse hacia delante y preguntar:

—Dagny, los hombres de tu Junta de directores no pueden compararse a Nat Taggart, ¿verdad? No existe competición en que pudieran derrotarlo. No hay nada que temer de ellos. Esa pandilla no tiene mentalidad ni voluntad, ni poder capaces de compararse a una milésima de los que poseía él.

—No; desde luego.

—Entonces, ¿por qué, a través de la historia, los Nat Taggart que construyeron el mundo han acabado perdiéndolo ante hombres como los de la Junta?

—No lo sé.

—¿Cómo es posible que quienes temen sostener una sencilla opinión acerca del tiempo, luchen contra seres como Nat Taggart? ¿Cómo se van a apoderar ahora de lo que él construyó, si opta por defenderlo? Dagny, combatió con todas cuantas armas poseía, excepto la más importante. No podrían haber vencido nunca, si nosotros… él y los demás no les hubieran entregado el mundo.

—Tú también se lo entregaste, y lo mismo Ellis Wyatt y Ken Danagger. Pero yo no lo haré.

—¿Quién construyó la línea «John Galt» para ellos? —preguntó.

Observó sólo una débil contracción de su boca, pero supo que la pregunta había sido como un golpe en una herida abierta. Sin embargo, Dagny contestó suavemente:

—Yo.

—¿Para esta clase de fin?

—Para que los hombres que no pudieron mantenerse firmes no cedieran y abandonaran la lucha.

—¿No te das cuenta de que no era posible otra cosa?

—No.

—¿Cuánta injusticia estás dispuesta a soportar?

—Tanta como me sea posible combatir.

—¿Qué harás mañana?

Tranquilamente, mirándolo de frente con una débil expresión de orgullo que subrayaba su calma, contestó:

—Empezar a deshacerlo todo.

—¿A qué te refieres?

—A la línea «John Galt». Empezaré a desmontarla, como si lo hiciera con mis propias manos, con mi propio cerebro y según mis instrucciones. La dispondré para el cierre y luego la destruiré y utilizaré sus piezas para reforzar el tramo transcontinental. Hay mucho trabajo que hacer. Estaré muy ocupada. —Su calma se resquebrajó un poco al añadir con voz ligeramente alterada—: Estoy pensando en ello. Me alegro de tener que hacerlo. Es por esto por lo que Nat Taggart trabajó toda aquella noche, sólo para continuar la ruta. Mientras haya algo que hacer, no hay que apurarse, y al menos sabré que estoy salvando la línea principal.

—Dagny —le preguntó tranquilamente, mientras ella reflexionaba sobre qué la hacía sentir como si el destino personal de Francisco dependiera de su respuesta—, ¿qué pasaría si tuvieses que deshacer la línea principal?

—Dejaría que una locomotora me atropellara —respondió ella sin poder contenerse. Pero añadió—: No. Eso es sólo compasión hacia sí mismo, y no incurriría en ella.

—Sé que no lo harías —dijo él tranquilo—, pero te gustaría poder hacerlo.

—Sí.

Sonrió sin mirarla; era una sonrisa burlona en la que alentaba cierto dolor, cual si se burlara de sí mismo. Dagny se preguntó qué le conferiría aquel aplomo; pero conocía tan bien la cara de Francisco, que siempre sabía cuáles eran sus' sentimientos, aun cuando no le fuese posible adivinar la razón de los mismos. Conocía su cara tan bien como las líneas de su cuerpo, que creía ver bajo las ropas que lo cubrían, a pocos pasos de distancia, en la cerrada intimidad del compartimiento. Él la miró de nuevo, y cierto repentino cambio en su expresión la hizo sentir segura de que penetraba sus pensamientos. Apartó la mirada y tomó su copa.

—Bien —dijo—. Por Nat Taggart.

—Y por Sebastián d'Anconia, ¿no te parece? —preguntó, aunque lamentándolo en seguida porque había sonado un poco como burla, aunque no fuera ésa su intención.

Distinguió en sus ojos una extraña y brillante claridad, mientras él contestaba firmemente, con una débil y digna sonrisa subrayando dicha firmeza:

—Sí. Y por Sebastián d'Anconia.

La mano de Dagny tembló un poco, derramando unas gotas del líquido sobre el tapete de encaje de papel, colocado sobre el negro y brillante plástico de la mesa. Le vio vaciar su copa de un trago; el brusco y leve movimiento de su mano semejó el ademán de quien pronuncia un juramento solemne.

Pensó de improviso que era la primera vez en veinte años que acudía a ella por iniciativa propia.

Había actuado como si se sintiera dominador de la situación; como si su confianza fuera una transfusión que le permitiese recuperar la suya. No le había dado tiempo a asombrarse ante el hecho de que estuviesen juntos. Ahora sentía, sin saber por qué, que las riendas que él sostuvo no existían ya. Tan sólo el silencio de unos momentos vacíos, y el inmóvil contorno de su frente, sus pómulos y su boca, mientras apartaba la cara de ella, como si luchara por algo que le era preciso recuperar.

Se preguntó cuál habría sido su intención aquella noche, y se dijo que quizá hubiera conseguido satisfacerla al hacerle superar el peor momento y concederle una defensa de valor incalculable contra la desesperación, al saber que una inteligencia viva la había escuchado y comprendido. Pero, ¿por qué había obrado así? ¿Por qué se había preocupado de aquella su hora de desesperación, luego de los años de agonía con que la había abrumado? ¿Por qué le importaba ahora averiguar cómo se tomaba la muerte de la línea «John Galt»? Observó que era la pregunta que ella no le había formulado en el vestíbulo del edificio Taggart.

Pensó en el lazo que ahora los unía, consistente en que nunca más se asombraría si él hacía acto de presencia cuando más lo necesitara. Siempre sabría cuándo acudir. Sin embargo, allí estaba el peligro; en confiar en él, incluso sabiendo que podía tratarse de una nueva clase de trampa; incluso recordando que él siempre traicionaba a quienes le otorgaban el don de su confianza.

Echado un poco hacia delante, con los brazos cruzados sobre la mesa, él miraba fijamente ante sí. Sin volver la cara hacia Dagny, dijo repentinamente:

—Pienso en los quince años que Sebastián d'Anconia tuvo que esperar por la mujer que amaba. No supo si volvería a encontrarla ni si ella sobreviviría… ni si lo esperaría. Pero comprendió que no podría acompañarle en su batalla; que sólo debía llamarla cuando la hubiera ganado. Así es que mantuvo aquel amor en el lugar de una esperanza que no tenía derecho a sentir. Pero cuando la hizo cruzar en sus brazos el umbral de su puerta, como primera señora d'Anconia de un nuevo mundo, comprendió que la batalla había sido ganada; que eran libres; que nada amenazaba a su mujer y que nada volvería a perjudicarla.

En los tiempos de su apasionada felicidad él nunca había expresado el menor indicio de pensar en ella como en una posible señora d'Anconia. Por un instante, Dagny se preguntó si había sabido con exactitud lo que significaba para él, pero aquel momento finalizó con un invisible estremecimiento; no quiso creer que los pasados doce años hicieran posible lo que ahora estaba escuchando. Llegó a la conclusión de que se trataba de una nueva trampa.

—Francisco —preguntó con voz dura—, ¿qué le has hecho a Hank Rearden?

Él pareció extrañarse de que se acordara de semejante hombre en aquel momento.

—¿Por qué? —preguntó.

—Me dijo en cierta ocasión que eras el único hombre con quien había simpatizado: pero la última vez que le vi declaró que te mataría si te encontraba.

—¿No te explicó el motivo?

—No.

—¿No te contó nada?

—No. —Lo vio sonreír extrañamente, con expresión de tristeza y añoranza—. Cuando me dijo que eras el único con quien había simpatizado, le advertí que podías ocasionarle mucho daño…

Las palabras de Francisco sonaron como una explosión.

—Fue el único hombre, exceptuando otro, por quien hubiera dado la vida.

—¿Quién es esa excepción?

—Un hombre por quien lo he hecho ya.

—Explícate.

Pero él sacudió la cabeza como si hubiera hablado más de la cuenta y no le contestó.

—¡Qué hiciste a Rearden?

—Te lo contaré algún día, pero no ahora.

—¿Es así como obras con quienes… significan mucho para ti?

La contempló con una sonrisa que poseía la luminosa integridad de la inocencia y del dolor.

—Verás —dijo suavemente—, podría afirmar que eso es lo que siempre me han hecho a mí. —Y añadió—: Pero, no; los actos y su conocimiento fueron míos.

Se puso en pie.

—¿Nos vamos? Te llevaré a casa.

Dagny se levantó y él le sostuvo el abrigo para que se lo pusiera. Era una prenda amplia y suelta, y sus manos la guiaron para que le envolviera perfectamente el cuerpo. Notó cómo su brazo se mantenía sobre su hombro un momento más de lo debido.

Lo miró, volviendo la cara. Pero él estaba extrañamente quieto, contemplando la mesa. Al levantarse, habían apartado el mantelito de papel, y Dagny pudo ver una inscripción arañada en la superficie de plástico. Se había intentado borrarla, pero seguía fija allí, como una voz tenebrosa que expresara la. desconocida desesperación de un borracho… «¿Quién es John Galt?»

Con un brusco movimiento de cólera, Dagny volvió a cubrir las palabras con el mantel. Francisco se rió brevemente.

—Yo puedo contestar —manifestó—. Podría decirte quién es John Galt.

—¿De veras? Todo el mundo parece conocerle, pero nadie repite exactamente su versión anterior.

—Todas las historias que has oído acerca de él son verdaderas.

—Bien, ¿cuál es la tuya? ¿Quién es ese hombre?

—John Galt es un Prometeo que cambió de actitud. Luego de siglos de ser picoteado por los buitres, en castigo por haber dado al hombre el fuego de los dioses, rompió sus cadenas y retiró su fuego… hasta que los hombres se llevaran de allí a sus buitres.

* * *

La franja de traviesas se desplegaba en amplias curvas alrededor de esquinas de granito, aferrándose a las vertientes de Colorado. Dagny descendió por dichas traviesas con las manos en los bolsillos del abrigo y la vista fija en la distancia. El movimiento familiar de acoplar sus pasos a los espacios marcados por las traviesas le confería el sentimiento físico de una acción perteneciente al tren.

Una especie de algodón gris, que no era niebla ni nubes, colgaba en lacios amontonamientos entre el cielo y las montañas, haciendo semejar al primero una especie de viejo colchón cuyo relleno se desparramara por los costados de los montes. Una nieve dura cubría el suelo, pareciendo no formar parte del invierno ni de la primavera. Una red de humedad pendía del aire y de vez en cuando notaba un estremecimiento de frío en la cara, provocado por algo que no era ni gota de lluvia ni copo de nieve. El tiempo parecía temeroso de adoptar una actitud definida y se aferraba a un estado intermedio. Dagny asoció aquel tiempo a su Junta de directores. La luz parecía como indecisa y no hubiera podido decir si era la tarde o la mañana del 31 de marzo. Pero estaba segura de la fecha: tratábase de una certeza incontrovertible.

Había ido a Colorado con Hank Rearden para adquirir cuanta maquinaria pudiera encontrarse aún en las fábricas cerradas. Vino a ser lo mismo que una apresurada búsqueda por el casco de un enorme navío antes de que se hundiera, desapareciendo para siempre. Hubieran podido delegar dicha tarea en sus empleados, pero los dos acudieron allí impulsados por un mismo motivo que no deseaban confesar: no podían resistir el deseo de observar el paso del último tren, del mismo modo que nadie resiste el de saludar por última vez a un difunto asistiendo a su funeral, aun cuando se sepa que constituye un acto de autotortura.

Habían estado adquiriendo maquinaria a gente dudosa, en ventas de también dudosa legalidad, puesto que nadie podía concretar quién tenía derecho a disponer de las grandes propiedades muertas, ni nadie acudía a dificultar aquellas transacciones. Adquirieron todo cuanto podía ser transportado desde la arruinada instalación de los motores Nielsen. Ted Nielsen había desaparecido una semana después de anunciarse el cierre de la línea.

Dagny se sintió como una merodeadora, pero la actividad de la caza le permitió soportar aquellos últimos días. Cuando notó que aún le quedaban tres horas antes de la partida del último tren, se fue a dar un paseo por el campo para escapar a la calma de la ciudad. Paseó sin rumbo fijo por serpenteantes senderos montañosos entre rocas y nieves, intentando substituir sus pensamientos por actividad, sabiendo que era preciso pasar aquel día sin pensar en el verano en que viajó en la locomotora del primer tren. Pero se encontró regresando por las traviesas d% la línea «John Galt», y supo que tal había sido su intención real; que había salido con aquel único propósito.

Tratábase de una vía ya desmembrada. No había señales luminosas, ni agujas, ni hilos telefónicos; nada sino una larga franja de traviesas de madera sobre el suelo; una cadena de traviesas sin riel, como los restos de una espina dorsal. Cual un guardián solitario en un cruce abandonado, un poste del que surgían dos brazos inclinados proclamaba: «Alto. Atención al tren».

Cuando llegó a la fábrica, una temprana obscuridad, mezclada con la niebla, se abatía sobre los valles, cual si quisiera llenarlos. Sobre la lustrosa superficie de la pared frontal, un poco alta, campeaba esta inscripción: «Roger Marsh. Suministros Eléctricos». Debía ser el hombre que deseó encadenarse a su mesa con el fin de no abandonar aquella fábrica, pensó. El edificio permanecía intacto, como un cadáver en el instante en que sus ojos acaban de cerrarse y uno espera que aún vuelva a abrirlos. Le pareció como si las luces fueran a encenderse en cualquier momento tras de las amplias hojas de las ventanas, bajo los largos y planos tejados. Luego vio un cristal roto, agujereado por la piedra de algún muchacho con tendencias agresivas, y percibió el alto y seco tallo de una única mata de hierba que se levantaba en la escalera principal. Agobiada por un repentino y ciego odio, rebelándose contra la impertinencia de aquella planta y sabiendo de qué enemigo era heraldo, corrió hacia ella, se puso de rodillas y la arrancó de raíz. Luego, en la escalera de aquella fábrica vacía, mirando el vasto silencio de las montañas, los matorrales y la semiobscuridad crepuscular, pensó: «¿Qué crees que estás haciendo?»

Era casi de noche cuando llegó al final de las traviesas que la devolvieron a la ciudad de Marshville. Ésta había sido final de la. línea durante los últimos meses, puesto que el servicio hacia el empalme Wyatt había quedado suspendido desde mucho tiempo atrás. El proyecto de reclamación del doctor Ferris quedó abandonado durante el invierno.

Las luces de las calles estaban encendidas y colgaban en el aire, en las intersecciones, formando una larga y decreciente línea de globos amarillos sobre las desiertas vías de Marshville. Las mejores casas estaban cerradas; las pulcras y robustas moradas de poco coste, pero bien construidas y bien conservadas, ostentaban letreros de «En venta» clavados en la hierba. Vio luces en las ventanas de las estructuras baratas y llamativas que en el transcurso de unos años habían adquirido el aire desaliñado y mísero de barracas de arrabal; eran los hogares de quienes no se habían marchado; de quienes no miraban hacia el futuro más allá del lapso de una semana. Vio un gran aparato de televisión en el iluminado cuarto de una casa, cuyo tejado parecía iba a hundirse y cuyas paredes estaban agrietadas. Se preguntó cuánto tiempo pensaban que seguirían funcionando las compañías eléctricas de Colorado. Luego ladeó la cabeza; aquella gente nunca supo que existieran tales compañías.

Las calles principales de Marshville quedaban flanqueadas por hileras de ventanas obscuras y de tiendas cerradas. «Todos los establecimientos de lujo han desaparecido», pensó, mirando los letreros. Luego se estremeció, cayendo en la cuenta de qué cosas llamaba ahora lujos; comprendiendo hasta qué punto y en qué medida aquellas cosas antes asequibles a los pobres se habían convertido en objetos caros: «Lavado en seco», «Suministros eléctricos», «Estación de gasolina», «Farmacia», «Almacén de cinco y diez centavos». Sólo quedaban abiertas las tiendas de comestibles y los bares.

El andén de la estación estaba atestado. Las cegadoras luces de neón parecían recoger la claridad de las montañas, aislarla y enfocarla sobre aquello, como si se tratara de un pequeño escenario en que todo movimiento apareciera desnudo ante invisibles hileras de localidades que se elevaran en la vasta y circundante noche. La gente transportaba equipajes, se preocupaba de los niños, se aglomeraba ante las ventanillas, mientras el pánico contenido que expresaban sus modales sugería que lo que deseaban realmente era desplomarse al suelo y empezar a gritar de terror. Dicho terror poseía la evasiva cualidad de un sentimiento culpable. No era el miedo que procede de la comprensión de las cosas, sino el de la renuncia a comprenderlas.

El último tren se hallaba en la estación y sus ventanillas formaban una larga y solitaria hilera de luces. El vapor de la locomotora jadeaba a través de las ruedas, pero sin el habitual tono de energía liberada antes de emprender la carrera; por el contrario, sonaba como un penoso jadear que uno temiera oír, y más aún, dejar de oír. A lo lejos, al final de

las iluminadas ventanillas, pudo ver el punto rojo de un farol acoplado a su vagón particular. Más allá, nada más que un negro e inmenso vacío.

El tren iba atestado y la nota de histerismo que vibraba en aquella confusión de voces procedía de la continua súplica de quienes solicitaban espacio en plataformas y pasillos. Algunos no partían, pero permanecían presas de insípida curiosidad, contemplando el espectáculo. Habían acudido allí como si supieran que era el único acontecimiento de que serían testigos en su comunidad quizá durante el resto de sus días.

Dagny caminó vivamente por entre la muchedumbre, intentando no mirar a nadie. Algunos sabían quién era, pero la mayoría lo ignoraban totalmente. Vio a una anciana con un ajado mantón sobre los hombros y las marcas de toda una vida de lucha grabadas en la arrugada piel de su rostro; su mirada entrañaba una desesperada súplica de ayuda. Un joven sin afeitar, con lentes de montura de oro, se había subido a un cajón bajo una luz, y gritaba a los rostros que desfilaban ante él: «¿Quién dice que no funcionan los negocios? ¡Mirad el tren! ¡Va lleno de pasajeros! ¿No es eso negocio? Lo que ocurre es que los negociantes no consiguen tantos beneficios y por eso os dejan perecer… los muy parásitos». Una mujer desgreñada corrió hacia Dagny agitando en la mano unos billetes y gritando algo acerca de la fecha equivocada. Dagny se encontró empujando a la gente para abrirse camino y alcanzar el final del tren; pero un hombre macilento, en cuya aviesa mirada se pintaban años de futilidad, corrió hacia ella gritando: «¿Qué le importa todo esto? Lleva un buen abrigo y tiene un vagón particular. En cambio, nos suprimen los trenes, usted y todos los egoístas…»

Se paró en seco, al ver a alguien detrás de la joven. Ésta notó cómo una mano la cogía por el codo; era Hank Rearden. Él la sostuvo, conduciéndola al vagón; al observar la expresión de su cara, comprendió por qué la gente se* apartaba a su paso. Al final del andén, un hombro pálido y rollizo decía a una mujer llorosa: «Siempre ha ocurrido lo mismo en el mundo. Nunca habrá oportunidades para los pobres hasta que los ricos queden destruidos». Por encima de la ciudad, colgando en el espacio negro como un planeta sin enfriar, la llama de la antorcha Wyatt se estremecía bajo el viento.

Rearden entró en el vagón de Dagny mientras ella se quedaba en la escalerilla del vestíbulo, conteniendo su deseo de volverse. Oyó cómo el jefe daba la orden de marcha. Contempló a la gente que se quedaba en el andén, igual que se contempla a quienes presencian la marcha de un último bote salvavidas.

El jefe del tren se hallaba abajo, con el farol en una mano y el reloj en la otra. Consultó este último, y luego miró a Dagny. Ella contestó con una silenciosa seña afirmativa, cerrando los ojos e inclinando la cabeza. Vio cómo el farol describía unos círculos en el aire. Se volvió. La primera sacudida de las ruedas sobre los rieles de metal Rearden le resultó más llevadera al ver a Hank en el momento en que abría la puerta y entraba en el vagón.

* * *

James Taggart telefoneó a Lillian Rearden desde Nueva York y le dijo: «¿Cómo? No. No existe motivo especial. Tan sólo quise saber cómo estaba y si iba a venir a la ciudad. Llevo mucho tiempo sin verla, y me dije que quizá podríamos comer juntos la próxima vez». Ella se dijo que James debía tener algún motivo especial para obrar de aquel modo.

Cuando le respondió perezosamente: «Oh, veamos… ¿Qué día es hoy? ¿Dos de abril? Voy a mirar mi agenda… Precisamente mañana tengo que hacer algunas compras en Nueva York, así es que me encantará poder ahorrarme el coste de la comida…»' James comprendió que no existían tales compras y que la comida sería el único pretexto de su viaje a la ciudad.

Se encontraron en un distinguido y caro restaurante, demasiado caro y distinguido para ser mencionado en los chismorreos periodísticos. No era el lugar que James Taggart, siempre ansioso de publicidad, solía frecuentar, y Lillian dedujo que no deseaba que los vieran juntos.

Cierta leve traza de diversión contenida permaneció fija en el rostro de Lillian mientras le escuchaba hablar de sus amigos, del teatro y del tiempo, levantándose una valla protectora, basada en temas sin importancia. Ella permanecía graciosamente sentada, no erecta del todo, cual si se reclinara un poco, disfrutando con la futilidad de aquella actuación y del hecho de que James la representara exclusivamente para ella. Esperó con paciente curiosidad, segura de conseguir su propósito.

—Creo que merece una palmadita en la espalda o una medalla, Jim —le dijo—, por mostrarse tan asombrosamente alegre a pesar de los terribles problemas que le abruman. ¿Verdad que ha cerrado el mejor tramo de su ferrocarril?

—¡Oh! Se trata de una pequeña dificultad pasajera, pero nada más. En una época como ésta, hay que establecer determinados atrincheramientos. Considerando el estado general del país, no nos va mal del todo. Mejor que a los# demás —y añadió encogiéndose de hombros—: Por otra parte, esto de que la línea «Río Norte» fuera nuestro mejor tramo, es cuestión de opiniones. Sólo mi hermana piensa así. Era su proyecto favorito.

Ella percibió el tono de placer que suavizaba la brusquedad de sus palabras. Sonrió y dijo:

—Comprendo.

Mirándola por debajo de la inclinada frente, como si quisiera poner de relieve que confiaba en su comprensión, Taggart preguntó:

—¿Cómo se lo ha tomado?

—¿Quién? —preguntó Lillian, que había comprendido perfectamente.

—Su esposo.

—¿Tomado qué?

—El cierre de la línea. Ella sonrió jovial.

—Su suposición es tan buena como la mía, Jim; y la mía es excelente.

—¿Qué quiere decir?

—Sabe muy bien cómo se lo iba a tomar, igual que sabe cómo lo está tomando su hermana. Esa nube suya tiene un forro de plata, ¿verdad?

—¿Qué ha dicho su esposo durante estos días?

—Se marchó a Colorado hace más de una semana, así es que…

Se interrumpió. Había empezado a hablar con aire de despreocupación, pero se dio cuenta de que la pregunta de Taggart había sido totalmente específica, mientras el tono sonaba casual, y comprendió que había tocado la * primera nota demostrativa del verdadero propósito de aquel encuentro; hizo una brevísima pausa y luego terminó su frase con más ligereza aún:

—…así es que no sé nada. Pero está a punto de llegar.

—¿Afirmaría usted que su actitud sigue siendo lo que podríamos llamar recalcitrante?

—¿Cómo, Jim? Eso no expresaría la verdad.

—Cabía esperar que los acontecimientos tal vez le enseñaran la sabiduría de una actitud más suave respecto a este asunto.

A Lillian la divertía mantenerlo en la duda acerca de su reacción interna.

—¡Oh, sí! —dijo inocentemente—. Sería maravilloso que algo le hiciera cambiar.

—Él mismo se dificulta extraordinariamente las cosas.

—Siempre lo ha hecho.

—Pero los acontecimientos tienen un modo especial de derrotarnos y de hacernos adoptar un… estado de ánimo más flexible; tarde o temprano ocurre así.

—He oído atribuirle muchas características, pero esa «flexibilidad» nunca figuró entre ellas.

—Bien. Las cosas cambian y la gente cambia con ellas. Después de todo, es ley de la naturaleza que los animales se adapten a su medio, y podría añadir que la adaptabilidad es una de las características más inflexiblemente requeridas en la actualidad, incluso por leyes que no se relacionan con. la naturaleza. Estamos en una época difícil y no me gustaría verla sufrir las consecuencias de la actitud intransigente de su esposo. Como amigo suyo, no quisiera imaginarla ante la clase de peligro hacia el que su esposo se encamina, a menos que aprenda a cooperar.

—¡Qué amable es usted, Jim! —exclamó Lillian dulcemente.

Él iba expresando sus frases con precavida lentitud, equilibrando palabras y entonaciones para conseguir el deseado grado de semiclaridad. Quería que lo entendiera, pero no de un modo pleno ni explícito, hasta la misma raíz de las cosas, puesto que la influencia de aquel lenguaje, que dominaba expertamente, consistía en no permitir que nadie, ni siquiera él mismo, comprendiera una cosa hasta su mismo fondo.

No había necesitado muchas palabras para comprender a míster Weatherby. En su último viaje a Washington estuvo insistiendo cerca de él en que una rebaja en las tarifas ferroviarias constituiría un golpe mortal; el aumento de salarios había quedado garantizado, pero las demandas de rebaja en las tarifas seguía siendo objeto de atención de la prensa, y Taggart supo lo que significaba que míster Mouch siguiera permitiéndolo; el cuchillo seguía apuntando a su garganta, y míster Weatherby no había contestado a sus súplicas, sino que dijo en un tono de ociosa e irrelevante especulación: «¡Wesley tiene tantos problemas graves que resolver! Si tuviera que proporcionar un respiro a todo el mundo, hablando en términos financieros, debería poner en vigor cierto programa de urgencia del que usted ya tiene una ligera idea. Pero sabe perfectamente el escándalo que armarían los elementos antiprogresistas del país. Por ejemplo, un hombre como Rearden. No queremos más comedias como la que él sabe representar. Wesley daría cualquier cosa para que alguien mantuviera a raya a Rearden. Pero me figuro que se trata de un imposible. Aunque quizá me equivoque. —Usted puede saberlo mejor, Jim, puesto que Rearden es una especie de amigo suyo, que incluso asiste a sus fiestas».

Mirando a Lillian, al otro lado de la mesa, Taggart dijo:

—A mi entender, la amistad es lo más valioso de esta tierra, y me sentiría disgustado si no le diera pruebas de la mía.

—Nunca dudé de ella.

Bajó la voz hasta darle un tono de lúgubre advertencia:

—Creo mi deber decirle, como favor de amigo, aunque se trata de algo confidencial, que la actitud de su esposo está siendo discutida en altas esferas… muy altas, por cierto. Creo que me comprende usted.

Taggart se dijo que era por aquello por lo que odiaba a Lillian Rearden; porque estaba enterada del juego, no obstante lo cual lo desarrollaba con inesperadas variantes de su propia cosecha. Iba contra todas las reglas el mirarle repentinamente y el reírse en su cara, y después de aquellas indicaciones demostrativas de que comprendía muy poco, afirmar ahora atrevidamente, demostrando que sabía más de lo que uno imaginaba.

—Querido, lo entiendo perfectamente. Pretende usted decirme que el propósito de esta muy excelente comida no ha sido un favor hacia mi persona, sino que se hizo con el deseo de conseguir algo de mí. Que es usted quien está en peligro y que podría utilizar

dicho favor mío para negociar en las altas esferas. Y quiere decir también que me está recordando la promesa de otorgar el favor en cuestión.

—La clase de comedia que él realizó en su proceso no es precisamente lo que yo llamaría un favor —le replicó él, colérico—. No respondió a lo que usted me había hecho esperar.

—¡Oh! Desde luego —respondió Lillian plácidamente—. Desde luego. Pero, querido, ¿imaginaba que yo no sabría que luego de aquella representación él perdería gran popularidad en las altas esferas? ¿Realmente creyó que tenía que decirme eso como favor confidencial?

—He oído hablar de él, y creí que haría bien revelándoselo.

—Estoy segura. Comprendo que hablen de él. Pero sé también que si pudieran hacerle algo, se lo hubiesen hecho inmediatamente después del proceso. ¡Cuánto se habrían alegrado! Es solamente uno entre ustedes y, por el momento, no corre peligro. Al contrario, son ellos quienes le temen. ¿Se d? cuenta de lo bien que comprendo lo que quiere decirme, querido?

—Bien. Si lo cree así, debo decir por mi parte que no la entiendo a usted en absoluto. No sé qué está haciendo.

—Pues sencillamente poniendo las cosas en su lugar, a fin de hacerle comprender lo mucho que usted me necesita. Y una vez puesto esto en claro, voy a revelarle la verdad, por mi parte: No le engañé; simplemente fallé: el comportamiento de Henry durante el proceso me resultó tan inesperado como a usted. Es más: tenia buenos motivos para no imaginar una cosa así. Pero algo siguió un camino distinto. No sé lo que fue. Estoy tratando de averiguarlo. Cuando lo consiga, guardaré mi promesa. Entonces quedará usted completamente libre para atribuírselo y contar a sus amigos de las altas esferas que fue usted quien consiguió desarmarle.

—Lillian —dijo él nervioso—, cuando dije que estaba ansioso de darle una prueba de mi amistad, hablé sinceramente; así es que si puedo hacer algo…

Ella se echó a reír.

—No. No hay nada que hacer. Sé que lo dice de veras, pero nada puede conseguir por mí. Ningún favor, de ningún género. Ningún convenio. Soy una persona realmente anticomercial. No exijo nada a cambio. Mala suerte, Jim. Tendrá usted que quedar a merced mía.

—Pero ¿por qué prefiere obrar así? ¿Qué saca con ello? Ella se reclinó en su asiento, sonriendo.

—Esta comida. Verle aquí. Saber que ha venido a pedirme un favor. Una iracunda llamarada brilló en los ojos helados de Taggart; luego sus párpados se entornaron lentamente y también él se reclinó en su asiento con el rostro relajado, en una débil expresión de burla y complacencia. Incluso desde dentro del indefinido e innominado embrollo que representaba su código de valores, podía comprender cuál de ellos dependía más del otro y era el más despreciable.

Luego de haberse despedido a la puerta del restaurante, ella se dirigió a la «suite» de Rearden en el Hotel «Wayne-Falkland», donde se alojaba de vez en cuando en ausencia de él. Estuvo paseando por la habitación cosa de media hora en actitud reflexiva y tranquila. Luego tomó el teléfono con gesto suavemente casual, pero con el aire vivo de quien acaba de llegar a una decisión. Llamó al despacho de Rearden en las fundiciones y preguntó a miss Ivés cuándo iba a volver.

—Míster Rearden estará en Nueva York mañana. Viene en el «Comet», mistress Rearden —respondió Miss Ivés con su voz clara y cortés.

—¿Mañana? ¡Maravilloso! Miss Ivés, ¿quiere hacerme un favor? ¿Quiere llamar a Gertrude y decirle que no me espere a cenar? Pienso pasar la noche en Nueva York.

Colgó, consultó su reloj y llamó a la florista del «Wayne-Falkland».

—Al habla la señora de Henry Rearden —dijo—. Quisiera que enviara dos docenas de rosas al coche-salón de míster Rearden en el «Comet»… Sí. Esta tarde. Cuando el tren llegue a Chicago… No. Sin tarjeta. Sólo las flores… Le quedo muy agradecida.

Luego telefoneó a James Taggart.

—Jim, ¿quiere enviarme un pase para sus andenes? Deseo recibir mañana a mi esposo en la estación.

Vaciló entre Balph Eubank y Bertram Scudder, pero al final optó por el primero, telefoneándole y quedando citada con él para la cena y un espectáculo musical. Luego tomó un baño, permaneciendo sumergida en el agua caliente, leyendo una revista dedicada a debatir problemas de economía política.

Era una hora muy avanzada de la tarde cuando la florista la telefoneó.

—Nuestra sucursal de Chicago nos comunica que no han podido entregar las flores, porque míster Rearden no viajaba en el «Comet».

—¿Está segura? —preguntó.

—Segurísima, mistress Rearden. Nuestro empleado pudo comprobar en la estación de Chicago que no había compartimiento alguno del tren reservado a nombre de míster Rearden. Para asegurarnos mejor, lo comprobamos en la oficina de Nueva York de la «Taggart Transcontinental» y nos dijeron también que el nombre de míster Rearden no figura en la lista de pasajeros.

—Comprendo… Cancele el pedido… Gracias.

Permaneció unos instantes sentada junto al teléfono con el ceño fruncido y luego llamó a Miss Ivés.

—Perdóneme por haberme mostrado un poco atolondrada, Miss Ivés, pero tenía prisa; no tomé nota de sus palabras y ahora no las recuerdo con exactitud. ¿Dijo que míster Rearden regresaba mañana en el «Comet»?

—Sí, mistress Rearden.

—¿No le ha comunicado ningún cambio de plan?

—No, no. Hablé con el propio míster Rearden hace una hora. Llamó desde la estación en Chicago y dijo que tenía que darse mucha prisa porque el «Comet» estaba a punto de salir.

—Comprendo. Gracias.

Se puso en pie de un salto en cuanto el breve chasquido del receptor le devolvió su intimidad, y empezó a pasear por el cuarto de un modo descompuesto y sin ritmo. Luego se detuvo agobiada por una repentina idea. Sólo existía un motivo por el que un hombre efectuara una reserva en un tren bajo nombre supuesto: no viajar solo.

Sus músculos faciales se fueron distendiendo lentamente en una sonrisa de satisfacción. Acababa de presentársele una oportunidad con la que no había contado.

* * *

De pie en el andén del Terminal, en un punto coincidente con la parte central del tren, Lillian Rearden fue observando cómo los pasajeros descendían del mismo. En su boca se pintaba un atisbo de sonrisa; había cierta chispa de admiración en sus ojos sin vida. Se fue fijando en un rostro tras otro, moviendo la cabeza con la vivacidad de una colegiala. Disfrutaba pensando en la cara que pondría Rearden cuando, acompañado de su amante, se encontrara de pronto frente a ella.

Sus pupilas se fijaron esperanzadas en todas las mujeres llamativas que descendían del tren. Resultaba penosa aquella vigilancia; al cabo de unos minutos después de que hubieron bajado los primeros viajeros, el tren pareció reventar por sus costuras, inundando el andén con una sólida corriente que fluía en una dirección determinada, como absorbida por un aspirador. Apenas pudo distinguir a las personas. Las luces la deslumbraban, haciendo destacar aquella franja humana entre la polvorienta y aceitosa obscuridad circundante. Tuvo que realizar un esfuerzo para mantenerse en su puesto, resistiendo la invisible presión del continuo movimiento.

Al percibir a Rearden entre la muchedumbre, sufrió un estremecimiento. No le había visto bajar del tren, pero allí estaba, acercándose a ella desde muy lejos. Iba solo. Caminaba con su paso enérgico y normal, llevando las manos en los bolsillos de su impermeable. No iba mujer alguna con él, ni compañero de ningún género, exceptuando un mozo con una maleta que reconoció como perteneciente a su esposo.

Presa de profunda e incrédula decisión, miró frenéticamente en busca de alguna figura femenina que viniese más atrás. Estaba segura de reconocer la elección de Hank. Pero no vio a nadie a quien poder atribuir dicho papel. Luego observó que el último vagón era particular y que la figura que se hallaba a su puerta, hablando con algún empleado de la estación, una figura que no lucía ni visón ni velos, sino un tosco abrigo deportivo que ponía aún más en evidencia la incomparable gracia de su esbelto cuerpo dentro de su actitud confiada de dueña y señora de aquella estación, era la de Dagny Taggart. Entonces Lillian Rearden comprendió.

—¡Lillian! ¿Qué te sucede?

Escuchó la voz de su esposo y sintió su mano aferrándole el brazo, mientras la miraba como se mira el objeto de una repentina alarma. Pero sus ojos se fijaban en un rostro impasible, en una expresión desenfocada por el terror.

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí?

—Hola, Henry… Vine a recibirte… No existe motivo especial… Sólo quería saludarte al llegar. —El terror había desaparecido de su cara; pero hablaba con voz extraña e insulsa —. Ha sido un impulso; un repentino impulso que no pude resistir, porque…

—Pero es que… tienes muy mal aspecto. Pareces enferma.

—No… Quizá me he mareado un poco. ¡Hace tanto calor aquí!… No pude dejar de venir, acordándome de aquellos tiempos en que te hubieras alegrado de verme. Fue un momento de ilusión que yo misma me he creado…

Aquellas palabras sonaban como una lección que se hubiera aprendido de memoria. Comprendió que tenía que hablar mientras su mente luchaba por comprender el pleno significado de aquel descubrimiento. Sus palabras formaban parte del plan trazado, caso de haberse encontrado con Henry luego de hallar éste las rosas en su compartimiento.

Él no contestó; la miraba con el ceño fruncido.

—Te echaba de menos, Henry. Comprendo lo que esto significa, pero nunca esperé que representara nada para ti… Aquellas palabras no encajaban en su rostro contraído, sus labios, que se movían con gran esfuerzo, y sus pupilas mirando a otro lado, a lo largo del andén—. Quise… quise simplemente darte una sorpresa.

Una expresión decidida y astuta se pintó de nuevo en su rostro. Él la tomó del brazo; pero Lillian se hizo atrás, quizá demasiado bruscamente.

—¿Es que no vas a decirme una palabra, Henry?

—¿Qué quieres que te diga?.

—¿Tanto te disgusta que tu mujer haya venido a recibirte a la estación? Miró ante sí; Dagny Taggart se acercaba. Él no la había visto.

—¡Vámonos! —dijo.

Pero Lillian permaneció inmóvil.

—¿Qué me contestas?

—¿A qué?

—¿Tanto te disgusta?

—No. No me disgusta. Sencillamente no lo comprendo.

—Cuéntame algo del viaje. Estoy segura de que lo has pasado bien.

—Vámonos. Hablaremos en casa.

—¿Cuándo he tenido ocasión de hablar contigo en casa? —Murmuraba las palabras impasiblemente, cual si quisiera estirarlas para que durasen el máximo, por razones que él no podía imaginar—. He confiado en conseguir tu atención unos instantes, igual que ahora, entre trenes y citas de negocios y todos esos importantes asuntos que te ocupan día y noche. Todas esas grandes empresas tuyas como… ¡Hola, Miss Taggart! —dijo bruscamente con voz alta y brillante.

Rearden se volvió. Dagny iba a pasar junto a ellos, pero se detuvo.

—¿Cómo está usted? —repuso, inclinándose un poco, con el rostro inexpresivo.

—Lo siento, Miss Taggart —contestó Lillian sonriendo—. Debe usted perdonarme si no sé expresar la adecuada fórmula de condolencia para esta ocasión. —Notó que Dagny y Rearden no se habían saludado—. Vuelve usted de lo que en realidad ha sido el funeral del hijo que tuvo con mi esposo, ¿verdad?

La boca de Dagny se distendió en una leve línea de sorpresa y de desdén. Inclinó la cabeza a modo de despedida y continuó su camino.

Lillian contempló el rostro de Rearden como en deliberado énfasis. Pero él la miró indiferente y perplejo.

Lillian no dijo nada. Lo siguió cuando él emprendió la marcha y guardó silencio en el taxi, con la cara vuelta hacia otro lado, mientras se dirigían al hotel «Wayne-Falkland». Observando la dura contracción de su cara, Henry tuvo la certeza de que una cólera sorda la corroía. Nunca tuvo noticia de que experimentara una fuerte emoción de ningún género.

En cuanto estuvieron solos en la habitación, ella se volvió hacia su esposo.

—¿De modo que es ella? —preguntó,

Él no habla esperado semejante frase. La miró, no convencido de haberla entendido del todo.

—Dagny Taggart es tu amante, ¿verdad? No contestó.

—Me enteré por casualidad de que no habías reservado compartimiento en el «Comet». Ahora comprendo dónde has dormido durante las últimas cuatro noches. ¿Quieres admitirlo o prefieres que emplee detectives para interrogar a los empleados del tren y a los sirvientes de su casa? ¿Es Dagny Taggart?

—Sí —contestó él sin inmutarse.

La boca de Lillian se torció en una fea mueca; miraba al vacio.

—Debí saberlo. Debí haberlo adivinado. ¡Por eso no funcionó bien!

—¿Qué es lo que no funcionó bien? —preguntó él, atónito.

Lillian dio un paso atrás como si de pronto recordara su presencia.

—Cuando estuvo en nuestra casa en la fiesta… ya… —No. Fue a partir de entonces.

—¡El gran industrial! —exclamó—, El hombre situado por encima de reproches y de debilidades amorosas. El gran cerebro apartado de todo cuanto se refiriese al cuerpo… —

Se rió—. El brazalete… —dijo con el aire tranquilo de quien va dejando caer las palabras accidentalmente, del torbellino de su cerebro—. Eso es lo que significa para ti. Ésa es el arma que te entregó.

—Si realmente comprendes lo que dices… sí.

—¿Crees que voy a dejarte obrar a tu antojo?

—¿Obrar a mi antojo?…

La miró incrédulo, con fría y perpleja curiosidad.

—Por eso en el juicio… Se detuvo.

—¿Qué hay de mi juicio? Ella estaba temblando.

—Comprenderás que no voy a permitir que esto continúe.

—¿Qué tiene esto que ver con el juicio?

—No te permitiré que sigas con ella. Con cualquier otra podría pasar; pero no con ella.

Henry dejó transcurrir unos momentos y preguntó con calma:

—¿Por qué?

—¡No lo permitiré! ¡Tendrás que dejarla!-Él la miró sin expresión, pero la firmeza de sus ojos constituyó su más peligrosa respuesta—. Tendrás que abandonarla; dejarla; no verla jamás.

—Lillian, si quieres discutir conmigo este asunto, debo decirte ante todo una cosa que entenderás perfectamente: nada me obligará a dejar a Dagny.

—¡Te lo exijo!

—Ya te he dicho que puedes exigir lo que quieras menos eso. Observó en su mirada un aire de pánico; un aire que nada tenía de comprensión, sino que, por el contrario, constituía una feroz renuncia a comprender, cual si deseara convertir la violencia de sus emociones en una cortina de humo; como si esperara no quedar ciega a la realidad, sino que su ceguera eliminara totalmente dicha realidad.

—(Tengo derecho a exigirlo! ¡Soy dueña de tu vida! Es propiedad mía. Mi propiedad, según tu juramento. Juraste servir mi felicidad. No la tuya, sino la mía. ¿Qué has hecho por mí? No me has dado nada; no has sacrificado nada. Sólo te preocupaste de ti mismo, de tu trabajo, de tus fundiciones, de tu talento y de tu amante. ¿Y yo? Tengo derecho a reclamar. ¡Me debes mi cuenta! ¡Y pienso cobrarla!

Fue la mirada de Henry la que aumentó poco a poco el nerviosismo de su voz, induciéndola a gritar presa de terror. Se encontraba no ante el odio, el dolor o la culpabilidad, sino ante un enemigo total: la indiferencia.

—¿Te has acordado alguna vez de mí? —gritó lanzándole la voz a la cara—. ¿Has pensado en lo que me haces? No tienes derecho a continuar así, si sabes que me haces sufrir un verdadero infierno cada vez que duermes con esa mujer. ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo soportar estar enterada de ello! ¿Vas a sacrificarme a tus deseos animales? ¿Eres tan cruel y tan egoísta? ¿Puedes comprar tu placer al precio de mi sufrimiento? ¿Puedes seguir así, sabiendo lo que significa para mí?

Sin sentir nada más que el vacio del asombro, Henry observó algo que había atisbado brevemente en otros tiempos y que ahora se ofrecía plenamente ante él con toda su despreciable futilidad: el espectáculo de unas súplicas formuladas en medio de un odio ciego, como amenaza y no como demanda.

—Lillian —dijo tranquilamente—, seguiría así aun cuando te costara la vida.

Lo oyó perfectamente. Oyó incluso más de lo que él hubiera podido explicar en aquellas palabras. Lo asombroso para Henry fue que no empezara a proferir gritos, sino que, por el contrario, se calmara hasta adoptar una actitud de pasividad completa.

—No tienes derecho… —empezó tristemente.

Pero sus palabras poseían la embarazosa incertidumbre de quien sabe que carecen de sentido.

—Cualesquiera que puedan ser tus reclamaciones sobre mí —dijo él—, ningún ser humano puede exigir de otro que desaparezca de la existencia.

—¿Significa tanto para ti todo esto?

—Mucho más todavía.

El aire reflexivo volvió a su cara, pero combinado a cierta expresión de astucia Guardó silencio.

—Lillian, me alegro de que sepas la verdad —dijo Henry—, porque ahora puedes realizar una elección con completo conocimiento de causa. Puedes divorciarte de mí o continuar como hasta ahora. Es tu única opción. Es todo cuanto puedo ofrecerte. Creo que sabes que deseo divorciarme. Pero no exijo sacrificios. No sé qué clase de consuelo puedes hallar en nuestro matrimonio, pero caso de ser así, no quiero privarte de él. No comprendo por qué has de desear retenerme, ni lo que esto significa para ti. No sé lo que buscas, ni qué forma de felicidad deseas, ni lo que conseguirás con una situación que resulta intolerable para ambos. Según mis puntos de vista, debías haberte divorciado de mí hace tiempo. Seguir con este matrimonio será un fraude cruel. Pero mis opiniones no son las tuyas. Éstas no las comprendo ni nunca las comprendí, pero las aceptaré. Si tal es tu concepto del amor hacia mí, si ostentar el nombre de esposa mía te proporciona alguna satisfacción, no te la voy a arrebatar. Soy yo quien ha quebrantado mi palabra, y deberé expiar mi culpa hasta cierto punto. Sabes, desde luego, que podría comprar a uno de esos jueces modernos y obtener el divorcio cuando deseara. Pero no lo haré. Mantendré mi palabra, si así lo deseas. Ésta es la única forma en que puedo hacerlo. Ahora, elige; pero si optas por retenerme, no me hables jamás de ella; no me demuestres nunca que lo sabes. Si te encuentras con ella alguna vez, jamás pretenderás interferirte en esa parte de mi vida.

Lillian permaneció inmóvil mirándolo con el cuerpo lacio, como si aquella actitud constituyera un gesto de desafío; como si no quisiera adoptar para él la disciplina de una compostura graciosa.

—Miss Dagny Taggart… —dijo conteniendo una leve risita—. La super-mujer de quien las esposas corrientes no sospecharían nada. La joven sólo preocupada de sus negocios y acostumbrada a tratar a los hombres como uno más. Un ser profundamente espiritual, que te admiraba platónicamente, sólo por tu genio, tus fundiciones y tu metal. —Se rió—. Debí haber comprendido que era sólo una cualquiera y que te deseaba del mismo modo que cualquiera de ellas, porque eres tan experto en la cama como en tu escritorio, si es que estoy en condiciones de juzgar tales asuntos. Pero ella lo apreciará mejor que yo, puesto que adora la perfección en todos los aspectos y probablemente ha sido amada por todos cuantos componen el personal de su ferrocarril.

Se detuvo porque, por vez primera en su vida, acababa de percibir la mirada de un hombre capaz de matar. Pero en realidad Henry no la miraba a ella. No estaba segura de si la veía, ni de si escuchaba su voz.

Henry escuchaba su propia voz pronunciando las palabras de Lillian; diciéndoselas a Dagny en el dormitorio inundado de sol de la casa de Ellis Wyatt. Veía el rostro de Dagny en aquellos momentos en que, al apartar su cuerpo del suyo, permanecía tendida con una expresión radiante, que era algo más que una sonrisa; una expresión juvenil de amanecer, de gratitud hacia la propia existencia. Y veía también la cara de Lillian como la había visto en la cama junto a él; una cara sin vida, de mirada evasiva, con cierto débil rictus de desdén en los labios, cual si compartiera con alguien una indecente culpa. Observó quién era el acusador y quién el acusado; comprendió la obscenidad de permitir

que la impotencia se erigiera en virtud y maldecir el poder de la vida como un pecado; observó, con la claridad de la perfección directa y en el estremecimiento de un solo instante, aquello en lo que había creído en otros tiempos.

Fue sólo un momento; una convicción sin palabras; un conocimiento obtenido como si escapara a la reclusión de su mente. La impresión lo devolvió a la realidad de Lillian y del sonido de sus palabras. Apareció de improviso ante él como una presencia inconsecuente con la que contender.

—Lillian —dijo con voz apacible, no concediéndole siquiera el honor de la ira—, no me hables de ella. Si vuelves a hacerlo, te contestaré como contestaría a cualquier mujerzuela… Tendría que pegarte. Ni tú ni nadie puede hablar de ella. Lo miró.

—¿De veras? —dijo.

Su pregunta había tenido un aire extraño y casual, como si la palabra fuera arrojada a lo lejos, dejando una huella profunda en su sitio de origen. Parecía inmersa en una repentina visión particular.

Con voz tranquila, embargada de una especie de fatigada sorpresa, Henry explicó:

—Creí que te alegraría descubrir la verdad. Imaginé que lo preferirías así, por el resto de amor o respeto que pudieras sentir hacia mí. Que preferirías saber que si te traicionaba no era de un modo barato y casual con alguna chica de revista, sino llevado del sentimiento más limpio y más importante de mi vida.

El modo feroz y repentino con que se volvió hacia él resultó involuntario, como también 4a contracción de odio que le desfiguró la cara.

—¡Condenado idiota! Él guardó silencio.

Lillian recuperó la compostura, con un débil atisbo de sonrisa que parecía impregnada de secreta burla.

—Estás esperando mi respuesta, ¿verdad? —le preguntó—. Pues bien, no voy a divorciarme de ti. No lo esperes. Continuaremos como hasta ahora, si eso es lo que me ofreces y crees factible. Ya veremos si eres capaz de desembarazarte de todos tus valores morales y salir airoso de la prueba.

No la escuchaba mientras tomó el abrigo y le decía que regresaba a su casa. Apenas se dio cuenta de que la puerta se había cerrado tras ella. Permaneció inmóvil, presa de un sentimiento que nunca había experimentado hasta entonces. Comprendió que tendría que pensar; pensar y comprender, pero, por el momento, sólo deseaba gozar de la maravilla que estaba sintiendo.

Fue una sensación de libertad, como si se encontrara en medio de una corriente de aire limpio, con sólo el recuerdo de un peso recién retirado de sus hombros. Un sentimiento de inmensa liberación. La convicción de que no le importaba lo que sintiera Lillian, lo que sufriera, lo que fuera de ella, y aún más: no sólo no le importaba, sino que sentía el brillante y puro alivio de no tener que preocuparse por ello.

CAPÍTULO VI

EL METAL MILAGROSO

—Pero, ¿podremos conseguirlo? —preguntó Wesley Mouch.

Su voz sonaba penetrante a causa de la cólera y, al mismo tiempo, débil por motivo del miedo.

Nadie le contestó. James Taggart estaba sentado al borde de un sillón, sin moverse, mirándolo por debajo de la frente. Orren Boyle golpeó bruscamente el cenicero al depositar en él la ceniza de su cigarro. El doctor Floyd Ferris sonrió. Míster Weatherby plegó los labios y juntó las manos. Fred Kinnan, jefe de la «Amalgamated Labor» de América, dejó de pasear por el espacio, sentóse en el alféizar de la ventana y se cruzó de brazos. Eugene Lawson estaba como acurrucado, arreglando con aire distraído las flores colocadas sobre la baja mesa de cristal. Irguió el torso a desgana y miró hacia arriba. Mouch, sentado a su escritorio, tenía el puño sobre una hoja de papel.

Fue Eugene Lawson quien contestó:

—A mi modo de ver, no es ésa la manera de enfocar la cuestión. No debemos permitir que vulgares dificultades obstruyan nuestra idea de que se trata de un noble plan, motivado solamente por el beneficio público, por el bien del pueblo. La gente lo necesita, y como la necesidad es lo primero, no debemos tomar en consideración ninguna otra cosa.

Nadie le replicó ni tampoco aprobó; parecía como si Lawson hubiera dificultado todavía más el debate. Pero un hombrecillo que se sentaba sin molestar a nadie en el mejor sillón del aposento, algo alejado de los demás, satisfecho con ser ignorado y a la vez plenamente convencido de que nadie podía mantenerse al margen de su presencia, miró a Lawson y luego a Mouch, y dijo alegremente:

—Es por ahí, Wesley. Pero debe bajar el tono, adornar la idea un poco y procurar que sus muchachos de la prensa la canten adecuadamente. Luego no tendrá ya que preocuparse.

—Sí, míster Thompson —dijo Mouch, mohíno.

Míster Thompson, jefe del Estado, era un hombre que poseía la cualidad de no hacerse perceptible nunca. En cualquier grupo de tres, su persona se desdibujaba, y cuando se le veía a solas, parecía evocar un grupo propio, compuesto por las innumerables personas a las que se asemejaba. El país no tenía una imagen clara de su ser. Sus fotografías habían aparecido en las primeras planas de las revistas con tanta frecuencia como las de sus predecesores en el cargo, pero las gentes no podían estar seguras por completo de cuál era su retrato y cuál el del «empleado de correos» o el «funcionario de cuello blanco» que acompañaban los artículos acerca de la vida privada de ciertos seres vulgares…, exceptuando que los cuellos de míster Thompson estaban siempre arrugados. Tenía los hombros fuertes y el cuerpo ligero. Su cabello era encrespado y su boca amplia. Su edad parecía dotada de una elasticidad extraordinaria, porque tan pronto semejaba un fatigado hombre de cuarenta años como un anciano de sesenta, dotado de asombroso vigor. Estaba en posesión de enormes atribuciones oficiales y, a pesar de ello, planeaba constantemente aumentarlas porque tal esperaban de él quienes lo habían empujado hacia la presidencia. Poseía la astucia de los seres poco inteligentes y la frenética energía del perezoso. El

único secreto de su éxito en la vida residía en ser un producto de la casualidad, saberlo y no aspirar a otra cosa.

—Es evidente que hay que tomar medidas. Medidas enérgicas —dijo James Taggart, pero no hablando con míster Thompson, sino con Wesley Mouch—. No podemos permitir que las cosas sigan así mucho tiempo.

Se expresaba con voz. beligerante y alterada.

—Calma, Jim —le aconsejó Orren Boyle.

—¡Hay que hacer algo y pronto!

—¡No me mire a mil —exclamó Wesley Mouch—. No puedo soportarlo. No puedo sufrir que la gente se muestre reacia a cooperar. Me siento atado. Necesito más amplios poderes.

Mouch los había reunido a todos en Washington como amigos y consejeros personales para una conferencia extraoficial, acerca de la crisis del país. Pero al mirarle, no pudieron decidir si sus modales eran dominadores o suplicantes; si los amenazaba o si estaba pidiéndoles ayuda.

—El caso es —dijo míster Weatherby en un tono estadístico y preciso— que en el período de doce meses armiñado a principios de este año, el número de negocios que cesaron en su actividad fue doble al del período precedente, y desde dicha fecha se ha triplicado.

—Procure hacerles creer que ha sido culpa suya —dijo el doctor Ferris con aire casual.

—¿Cómo? —preguntó Wesley Mouch fijando la mirada en Ferris.

—Haga lo que haga, no pida perdón —insistió aquél—. Más vale que sean ellos quienes se sientan culpables.

—¡Yo no pido perdón! —replicó Mouch—. No tienen ustedes nada que reprocharme. Necesito más amplios poderes.

—La culpa es suya — intervino Eugene Lawson, volviéndose agresivamente al doctor Ferris—. Todo ocurre por su falta de espíritu social. Rehúsan admitir que la producción no es asunto particular, sino deber público. No tienen derecho a fallar, no importa las condiciones que se produzcan. Han de seguir produciendo. Es un imperativo social. El trabajo de un hombre no es asunto privado, sino común. No existen tales asuntos privados ni tampoco una vida particular. Eso es lo que hemos de obligarles a entender.

—Gene Lawson me ha comprendido bien —dijo el doctor Ferris con ligera sonrisa—, aun cuando ni él mismo lo sepa.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Lawson con voz alterada.

—Vamos, vamos, hable —le ordenó Wesley Mouch.

—No me importa lo que usted decida, Wesley —intervino míster Thompson—, ni me preocupo tampoco de si los negociantes se enfadan. Limítese a asegurarse el apoyo de la prensa. Pero no me falle en esto.

—Los tengo bien seguros —dijo Mouch.

—Un articulista que hable en un momento inoportuno nos puede causar más perjuicios que diez millonarios enfadados.

—En efecto, míster Thompson —aprobó el doctor Ferris—. Pero, ¿podría nombrarme a un articulista que lo comprenda así?

—Creo que no —dijo míster Thompson con aire indeciso.

—Cualesquiera que sean los tipos de hombres con que contamos o sobre los que basemos nuestros planes —dijo el doctor Ferris—, existe cierta antigua sentencia que podemos olvidar con toda tranquilidad: aquella que hace referencia a contar con los prudentes y los

honrados. No es preciso tomar en consideración a tales gentes. Sus virtudes están completamente anticuadas.

James Taggart miró por la ventana. Sobre las espaciosas calles de Washington se observa un cielo cubierto por amplios espacios azules, ese azul desvaído de mediados de abril, y unos cuantos rayos de sol surgían por entre las nubes. Un monumento destacaba brillante en la distancia, herido por la claridad; era un alto obelisco blanco, erigido en memoria del hombre a quien el doctor Ferris se refería, el hombre en cuyo honor se había edificado la ciudad.

James Taggart miró hacia otro lado.

—No me gustan las observaciones del profesor —dijo Lawson con voz alta y expresión alicaída.

—Cállese —le indicó Wesley Mouch—. El doctor Ferris no expone teorías, sino ideas prácticas.

—Pues si quieren hablar de cosas prácticas —intervino Fred Kinnan—, permítanme decirles que no hemos de preocuparnos de los negociantes en una época como la que corremos. En lo que hemos de pensar es en proporcionar más empleos a las gentes. En mi sindicato cada trabajador tiene que dar de comer a cinco personas paradas, sin contar a su propia cuadrilla de hambrientos familiares. Si desean un consejo… ¡oh!, ya sé perfectamente que no lo necesitan, es sólo una idea; cursen una directriz haciendo obligatorio añadir, supongamos, un tercio más de empleados a cada nómina del país.

—¡Cielos! —gritó Taggart—. ¿Está usted loco? ¡Si actualmente no podemos pagar a nuestros trabajadores! No hay trabajo suficiente para los que figuran en las fábricas. ¿Un tercio más? No sabríamos qué ocupación señalarles.

—¿Ya quién le preocupa eso? —preguntó Fred Kinnan—. Necesitan trabajo. Lo primero es eso: la necesidad. ¿No les parece?… No los beneficios del empresario.

—|No es cuestión de beneficios! —se apresuró a gritar de nuevo Taggart—. No he hablado de beneficios. No le he dado motivo para insultarme. Se trata sólo de saber de dónde diablos vamos a sacar el dinero para pagar a esos hombres, cuando la mitad de nuestros trenes circulan vacíos y no existe tráfico de mercancías ni para llenar un vagón. —Su voz se hizo más lenta para ir adoptando cierto tono precavido—. Sin embargo, nos hacemos cargo de la mala situación de los obreros y… esto es sólo una idea, quizá pudiéramos aceptar un pequeño número extra si se nos permitiera doblar nuestras tarifas, lo que…

—¿Ha perdido el juicio? —gritó Orren Boyle—. Voy a arruinarme con las que rigen actualmente y me estremezco cada vez que un maldito vagón entra o sale de las fundiciones; me están dejando sin sangre. No puedo soportarlo más, ¿y quiere doblar esas tarifas?

—No es esencial saber si usted puede o no soportar tales precios —le indicó Taggart fríamente—. Tiene que estar dispuesto a realizar algunos sacrificios. El público necesita ferrocarriles. Y la necesidad figura en primer término, por encima de los beneficios, ¿no es así?

—¿Qué beneficios? —exclamó Orren Boyle—. ¿Cuándo los he obtenido? Nadie puede acusarme de dirigir un negocio provechoso. Echen una ojeada a mis balances y luego examinen los libros de cierto competidor mío que se ha quedado con todos los clientes, con las materias primas y con las ventajas técnicas y ejerce un monopolio sobre las fórmulas secretas… ¡Y díganme entonces quién es el aprovechado! Pero, desde luego, el público necesita ferrocarriles y quizá mi empresa pueda soportar un ligero aumento en las tarifas, si consiguiera… es sólo una idea, si consiguiera un subsidio que me permitiese vivir durante un par de años hasta volver a mi nivel.

—¿Cómo? ¿Otra vez? —gritó míster Weatherby perdiendo la compostura—. ¿Cuántos préstamos ha obtenido de nosotros y cuántos aplazamientos, suspensiones y moratorias…? No nos*ha devuelto ni un penique y mientras todos ustedes se van arruinando y los recibos de su contribución quedan sin pagar, ¿de dónde quiere que saquemos dinero para otorgarle un subsidio?

—Hay gente que nunca se arruina —contestó lentamente Boyle—. Y ustedes no tienen por qué permitir que la necesidad y la miseria se extiendan por el país, mientras existan gentes que conservan sus negocios.

—¡No puedo evitarlo! —gritó Wesley Mouch—. ¡No puedo hacer nada para impedirlo! ¡Necesito más amplios poderes!

Ninguno de los reunidos hubiera podido decir qué indujo a míster Thompson a asistir a aquella conferencia, porque no había dicho nada, si bien escuchó siempre con interés, como si hubiese deseado enterarse de algo y lo hubiera conseguido. Se puso en pie, sonriendo alegremente, y dijo:

—Adelante, Wesley. Siga adelante con el número 10-289. No tropezará con ningún obstáculo.

lodos se habían levantado en triste y reservona deferencia. Wesley Mouch arrojó una mirada a su hoja de papel y dijo en tono petulante:

—Si quiere que continúe, tendrá que declarar un estado de emergencia.

—Lo declararé cuando esté usted dispuesto a actuar.

—Existen dificultades que…

—Lo dejo en su mano. Hágalo lo mejor que crea. Mañana o pasado déjeme ver el borrador del proyecto; pero no me abrume con los detalles. Dentro de media hora tengo que pronunciar un discurso por radio.

—La principal dificultad estriba en que no estoy seguro de si la ley nos garantiza realmente el poder para poner en vigor ciertas disposiciones de la directriz número 10-289. Me temo mucho que queden sujetas a posible debate.

—¡Al diablo! Hemos aprobado tantas leyes de urgencia que, si escarba entre las mismas, encontrará seguramente alguna que le sirva.

Míster Thompson se volvió hacia los demá3 con una sonrisa de buena voluntad.

—Les dejo a ustedes planchar las arrugas —dijo—. Aprecio mucho que hayan venido a Washington para ayudarnos. Me complace haber podido celebrar esta entrevista.

Esperaron hasta que la puerta se hubo cerrado tras él y luego volvieron a sentarse, aunque evitando mirarse unos a otros.

No conocían el texto de la directriz número 10-289, pero sabían de antemano a qué se refería. Lo sabían desde mucho tiempo antes, a su modo especial, consistente en guardar secretos y en no permitir que sus conocimientos se tradujeran en palabras. Y de acuerdo con dicho método, ahora deseaban no escuchar, a ser posible, el contenido de la directriz. El complejo laberinto de sus mentes había sido trazado para evitar momentos como aquéllos.

Deseaban que la disposición iniciara su actividad, que fuera llevada a la práctica, pero sin palabras, para que no tuvieran que saber que lo que estaban haciendo era precisamente aquello. Nadie había anunciado que la directriz número 10-289 constituyera el final de sus esfuerzos. Sin embargo, durante varias generaciones se había trabajado para hacerla posible y durante los meses anteriores cada una de sus cláusulas había sido preparada gracias a innumerables discursos, artículos, conferencias y escritos, valiéndose de voces decididas que gritaban coléricas si alguien daba forma verbal a su propósito.

—He aquí la situación —dijo Wesley Mouch—. Las condiciones económicas del país eran mejores hace dos años que el pasado, y este último mejores que el presente. Es evidente que no podremos sobrevivir otro año siguiendo un descenso así. En consecuencia, nuestro último objetivo ha de basarse en resistir. Resistir con el fin de volver a nuestro ritmo anterior. Alcanzar la estabilidad total. La libertad ha tenido su momento, pero ha fracasado; en consecuencia, será preciso imponer controles más enérgicos. Teniendo en cuenta que la gente es incapaz, o no quiere solucionar sus problemas voluntariamente, hemos de obligarla a ello. —Hizo una pausa, tomó la hoja de papel y añadió en un tono de voz menos formal—: ¡Diablo! La verdad es que tal como estamos ahora hemos de limitarnos a existir, pero no podemos movernos. En vista de lo cual más vale quedarse parados. Hemos de inmovilizarnos y obligar a esos bastardos a que hagan lo propio.

Con la cabeza hundida entre los hombros, Wesley los contemplaba, presa de la cólera de quien considera que los conflictos del país constituyen una afrenta personal hacia él. Tantos hombres en busca de favores se habían estremecido de temor en su presencia, que ahora obraba como si la ira constituyese la única solución para todo; como si dicha ira fuese omnipotente; como si cuanto tuviera que hacer fuera encolerizarse. Sin embargo, los hombres sentados en semicírculo ante su escritorio se sintieron inciertos acerca de si la presencia del miedo en aquella habitación procedía de sus propias emociones, o de si era la figura sentada tras la mesa la que generaba el pánico de ratón acorralado que sentían.

Wesley Mouch tenía una cara larga y cuadrada y un cráneo cuyo aplanamiento por la parte superior quedaba realzado por un corte, de pelo en forma de cepillo. Su labio inferior era un bulbo petulante y las pálidas y castañas pupilas miraban como yemas de huevo manchadas por una clara no del todo transparente. Sus músculos faciales se movían de manera violenta, pero el movimiento se desvanecía sin haber conseguido expresar nada. Nadie le habla visto nunca sonreír.

Wesley Mouch procedía de una familia que durante muchas generaciones no había conocido ni la pobreza, ni la riqueza, ni la distinción, pero que permaneció siempre aferrada a una tradición particular: la de que por el hecho de haberse educado sus miembros en la Universidad podían despreciar a todos cuantos desempeñaran actividades comerciales. Los diplomas de la familia colgaban de la pared, como una especie de reproche al mundo, por no haberles otorgado éste, de manera automática, beneficios materiales equivalentes a su valor espiritual. Entre los numerosos parientes de la familia había un tío acaudalado, casado con su dinero, viudo y anciano, que escogió a Wesley como su favorito entre sus muchos sobrinos y sobrinas, porque era el menos distinguido de todos y, en consecuencia, según él, el más seguro. Al tío Julius no le gustaba la gente brillante. Tampoco se tomaba la molestia de administrar su dinero; así es que trasladó dicha tarea a Wesley. Pero cuando éste se graduó en el Instituto, no quedaba ya nada para administrar. Tío Julius clamó contra la astucia de Wesley y declaró que éste era un tipo sin escrúpulos y un aprovechado. Pero lo cierto es que Wesley no había actuado de acuerdo con ningún plan preconcebido; simplemente no sabía cómo pudo desaparecer aquel dinero.

En la Universidad, Wesley Mouch fue uno de los peores estudiantes y envidió profundamente a quienes obtenían mejores notas que él. Pero el Instituto le había enseñado que no tenía por qué envidiar a nadie. Luego de su graduación en la Universidad, aceptó trabajo en el departamento de propaganda de una compañía fabricante de productos a base de maíz adulterado. Aquello se le dio bien, y Wesley acabó como jefe de su departamento. Pero dejó el empleo para pasar a la sección de propaganda de un regenerador para el cabello, luego a la de un sostén patentado, mas tarde a la de un nuevo jabón y a la de una bebida alcohólica, y por fin a la vicepresidencia

de publicidad de una compañía automovilística. Intentó vender automóviles como quien vende un producto a base de maíz. Pero no lo consiguió y lo atribuyó a la insuficiencia del presupuesto con que contaba. Fue el presidente de la compañía automovilística quien lo recomendó a Rearden y éste lo llevó a Washington, sin saber por qué rasero medir las actividades de su hombre en la capital. James Taggart le dio una oportunidad en la oficina de Planeamiento Económico y de Recursos Nacionales a cambio de engañar a Rearden para que ayudase a Orren Boyle a destruir a Dan Conway.

A partir de entonces, la gente ayudó a Wesley Mouch en su camino, por la misma razón por la que se había regido el tío Julius: porque ciertas personas creen que la mediocridad resulta más segura. A los hombres sentados ahora ante su escritorio se les había dicho que la Ley de Urgencia era una superstición y que nadie debía actuar según la situación del momento sin considerar sus causas. Juzgando dicha situación, habían concluido que Wesley Mouch era hombre de habilidad y astucia superlativas, ya que millones de ellos aspiraban al poder, siendo en cambio él quien lo consiguió. No entraba en sus métodos de reflexión considerar que Wesley Mouch era el cero en el punto de unión de fuerzas desencadenadas y dispuestas a destruirse unas a otras.

—Esto es sólo un boceto de la directriz 10-289 —anunció Wesley Mouch—, que Gene, Clem y yo hemos preparado para darles una idea general. Queremos escuchar sus opiniones, sugerencias, etc., puesto que son ustedes los representantes del trabajo, la industria, los transportes y las profesiones.

Fred Kinnan se separó de la ventana y tomó asiento en el brazo de un sillón. Orren Boyle escupió la colilla de su cigarro. James Taggart se contempló las manos. El doctor Ferris era el único que parecía tranquilo…

—En nombre de la riqueza general —leyó Wesley Mouch —y a fin de proteger la seguridad pública y conseguir una total igualdad y absoluta estabilidad, se decreta lo que sigue, para el período de duración del estado de urgencia nacional:

«Punto primero: Todos los trabajadores, asalariados y empleados de cualquier clase quedarán, a partir de ahora, sujetos a su tarea y no podrán abandonarla, ni ser despedidos, ni cambiar de empleo, bajo pena de prisión. Dicha pena quedará determinada por la Oficina de Unificación. Dicha oficina será nombrada por la Oficina de Planeo Económico y Recursos Nacionales. Toda persona que haya cumplido veintiún años deberá presentarse a la Oficina de Unificación, quien le asignará el lugar donde a su entender sus servicios sirvan mejor los intereses nacionales.

»Punto segundo: Todos los establecimientos industriales o comerciales, o los negocios de cualquier naturaleza, deberán, a partir de ahora, seguir funcionando y sus propietarios no se retirarán, ni abandonarán, ni cerrarán, venderán o transferirán sus negocios, bajo pena de la nacionalización de sus industrias y de sus propiedades…»Punto tercero: Todas las patentes y copyrights pertenecientes a aparatos, invenciones, fórmulas, procesos de trabajo y tareas de cualquier otra naturaleza, serán transferidos a la nación como entrega patriótica de urgencia, por medio de certificados de entrega que serán firmados voluntariamente por los propietarios de dichas patentes y copyrights. La Oficina de Unificación expenderá licencias para el uso de tales patentes y copyrights a quienes las soliciten, de manera igual y sin discriminación, con el fin de eliminar prácticas monopolísticas, desechar productos anticuados y poner los mejores al alcance de la nación. No se usarán marcas, sellos ni títulos protegidos por algún copyright. Todos los productos anteriormente patentados serán conocidos por un nuevo nombre y vendidos por todos los fabricantes bajo la misma denominación, designada por la Oficina de Unificación. Todas las marcas de fábrica particulares, sellos y emblemas quedarán abolidos.

»Punto cuarto: Ningún nuevo aparato, invento, producto o género de cualquier naturaleza que no se halle actualmente en el mercado, será producido, inventado, fabricado o vendido a partir de la fecha de esta directriz. Queda abolida la Oficina de Patentes y Copyrights.

»Punto quinto: Todo establecimiento, organización, corporación o persona dedicados a la producción de cualquier producto, deberá, a partir de ahora, producir anualmente la misma cantidad de géneros que durante el Año Básico; ni superior ni inferior. El año conocido como Básico o Patrón será el que finalice la fecha de esta directriz. El exceso o el defecto de producción serán objeto de multas que quedarán determinadas por la Oficina de Unificación.

»Punto sexto: Toda persona, cualquiera que sea su edad, sexo, clase o volumen de ingresos, deberá, a partir de ahora, gastar anualmente en la compra de géneros la misma cantidad de dinero que en el Año Básico; ni superior ni inferior. Un volumen de compras que no se atenga a ello será sancionado de acuerdo con lo que determine la Oficina de Unificación.

»Punto séptimo: Todos los salarios, precios, dividendos, beneficios, intereses y formas de ingreso de cualquier naturaleza quedarán congelados en sus cifras actuales, es decir, en las de la fecha de esta directriz.

»Punto octavo: Todos los casos y situaciones no específicamente mencionados en esta directriz, serán solucionados y determinados por la Oficina de Unificación, cuyas decisiones deberán considerarse concluyentes.»

Incluso entre los cuatro hombres que habían escuchado todo aquello, seguía existiendo un resto de dignidad humana que les hizo permanecer inmóviles y sentirse enfermos durante unos minutos.

James Taggart fue el primero en hablar. Su tono era bajo, pero poseía la temblorosa intensidad de un grito involuntario.

—Bien. ¿Por qué no? —exclamó—. ¿Por qué han de conseguirlo si nosotros no lo poseemos? ¿Por qué han de levantarse por encima de los demás? Si hemos de perecer, hagámoslo juntos. Asegurémonos de no dejarles la menor posibilidad de supervivencia.

—Son palabras improcedentes cuando se traía de un plan táctico que beneficiará a todo el mundo —contestó Orren Boyle con voz aguda, mirando a Taggart con aire de temeroso asombro.

El doctor Ferris se rió por lo bajo.

Los ojos de Taggart parecían haber recuperado su capacidad de enfoque al decir en voz más alta:

—Desde luego. Se trata de un plan muy práctico y justo. Resolverá los problemas de todos. Proporcionará a todo el mundo una posibilidad de sentirse seguro. Una posibilidad de descansar.

—Dará seguridad al pueblo —opinó Eugene Lawson, con la boca distendida por una sonrisa—. Seguridad. Eso es lo que la gente desea. Y si la desea, ¿por qué no dársela? ¿Tan sólo porque una pandilla de ricos se oponga?

—No son los ricos quienes se opondrán —respondió el doctor Ferris perezosamente—. Los ricos anhelan seguridad más que cualquier otra clase de animal. ¿Es que no lo habéis descubierto todavía?

—Bueno, ¿quién va a oponerse? —quiso saber Lawson.

Pero el doctor Ferris sonrió agudamente, sin responder. Lawson miró hacia otro lado.

—¡Al diablo con ello! ¿Por qué ha de preocuparnos? Hemos de gobernar al mundo en beneficio de los pequeños. La inteligencia es la culpable de todos los conflictos de la

humanidad. La mente constituye la raíz de todo mal. Estamos en la época del corazón. Son los débiles, los mansos, los enfermos, los humildes, quienes deben merecer íntegramente nuestra atención. —Su labio inferior se agitaba en suaves e impúdicos movimientos—. Los grandes estamos aquí para servir a los que no lo son. Si rehúsan cumplir su deber moral, deberemos obligarlos a ello. En otros tiempos existió una Edad de la Razón, pero la hemos sobrepasado y ahora vivimos en la Edad del Amor.

—¡Cállese! —gritó James Taggart. Todos se volvieron hacia él.

—¡Por lo que más quiera, Jim! ¿A qué viene eso? —preguntó Orren Boyle estremeciéndose.

—No es nada —repuso Taggart—. Nada… Wesley, hágalo callar, ¿quiere?

—No acabo de ver… —dijo Mouch, intranquilo.

—Hágalo callar. No tenemos por qué escucharle, ¿verdad?

—No, pero…

—Entonces, continuemos.

—¿Qué es esto? —preguntó Lawson—. Me ofende de una manera… Pero al no observar apoyo alguno en los rostros que lo rodeaban, se detuvo con la boca temblorosa y una expresión de enfurruñado odio.

—Continuemos —dijo Taggart, febril.

—¿Qué diantre le ocurre? —preguntó Orren Boyle intentando no averiguar qué le sucedía a él y por qué se sentía tan asustado.

—El genio es una superstición, Jim —opinó el doctor Ferris lentamente, con cierto extraño énfasis, cual si supiera que estaba dando nombre a lo innominado en las mentes de los otros—. No existe eso que llaman intelecto. El cerebro humano es un producto social. Una suma de influencias recogidas de quienes lo rodean. Nadie inventa nada; se limita a reflexionar en cuanto flota en la atmósfera social. Un genio es un merodeador intelectual y un egoísta acaparador de ideas que por derecho corresponden a la sociedad a la que las robó. Todo pensamiento es un robo. Si terminamos con las fortunas particulares, conseguiremos una mejor distribución de la riqueza. Si acabamos con los genios, lograremos una más justa distribución de las ideas.

—¿Hemos venido aquí para hablar de negocios o para zaherirnos unos a otros? —preguntó Fred Kinnan.

Se volvieron hacia él. Era un hombre musculoso, de facciones amplias, pero su cara tenía la asombrosa cualidad de poseer unas líneas finamente trazadas, que levantaban las comisuras de su boca, pintando en ella un permanente atisbo de sardónica y prudente sonrisa. Estaba sentado en el brazo de un sillón, con las manos en los bolsillos, mirando a Mouch con la expresión jovial de un endurecido policía ante un ratero.

—Todo cuanto tengo que decir es que lo mejor sería organizar esa Oficina de Unificación a base de mis hombres —manifestó—. Más vale obrar, hermanos… o haré añicos vuestro Punto primero.

—Desde luego, pienso incluir a un representante del trabajo en la Oficina —respondió secamente Mouch—, así como un representante de la industria y de las profesiones, y uno de cada sección de…

—Nada de secciones —le atajó Kinnan con voz suave—. Todos representantes del trabajo. Y nada más.

—¡Qué diablo! —gritó Orren Boyle—. ¡Eso es lo mismo que marcar las cartas! ¿No creen?

—Desde luego —concedió Fred Kinnan.

—Le dará una influencia decisiva en todos los negocios del país.

—¿Y qué creen que me he propuesto?

—¡Se trata de un juego sucio! —gritó Boyle—. ¡Y no lo consentiré! ¡No tiene usted derecho!

—¿Derecho? —preguntó Kinnan con aire inocente—. ¿Acaso hablamos de derechos?

—Pero es que después de todo, existen determinados derechos de propiedad fundamentales que…

—¡Oiga, amigo! Desea que se aplique el Punto tercero, ¿verdad?

—Bien, yo…

—Entonces cierre la boca y, a partir de ahora, no hable de derechos de propiedad. Ciérrela bien.

—Míster Kinnan —dijo el doctor Ferris—, no debe usted cometer el viejo error de trazar generalizaciones demasiado amplias. Nuestra política ha de ser flexible. No existen principios absolutos que…

—Deje eso para Jim Taggart, doctor —interrumpió Fred Kinnan—. Sé de lo que estoy hablando. Porque nunca fui a la Universidad.

—Protesto —dijo Boyle —de sus métodos dictatoriales y… Kinnan le volvió la espalda y dijo:

—Escuche, Wesley, a mis muchachos no les gustará el Punto primero. Pero si soy yo quien ha de dirigir todo esto, se lo haré tragar. De lo contrario, no. Piensen en ello.

—Pues… —empezó Mouch, y se detuvo.

—Por lo que más quiera, Wesley, ¿qué sucederá con nosotros? —gritó Taggart.

—Acudirán a mí —respondió Kinnan —cuando necesiten algo que haga funcionar esa Oficina. Porque seré yo quien la dirija. Yo y Wesley.

—¿Cree que el país lo consentirá? —preguntó Taggart.

—Déjese de tonterías —repuso Kinnan—. ¿El país? Si ya no existen principios, y creo que el doctor tiene razón, porque verdaderamente no existen, y han dejado de existir todas las reglas, y sólo es cuestión de saber quién roba a quién, yo dispongo de más votos de los que representa su grupito. Hay más obreros que patronos; no se olviden de ellos, muchachos.

—Es una actitud muy peculiar —dijo Taggart, altivo —acerca de una medida que, después de todo, no está designada para satisfacer el egoísta beneficio de obreros y patronos, sino el del público en general.

—De acuerdo —aprobó Kinnan, amistoso—. Hablemos con su propio idioma. ¿Quién es el público? Si nos referimos a calidad, no será usted, Jim, ni tampoco Orren Boyle. Si nos referimos a cantidad, entonces el público soy yo, porque tengo mucha cantidad tras de mí. —Su sonrisa se fue desvaneciendo y, con repentina expresión de amargura y cansancio, añadió—: Pero no voy a decir que estoy trabajando en beneficio del público, porque no es así. Sé que impulso a los pobres bastardos a la esclavitud y que eso es todo. Ellos lo saben también. Pero comprenden que, de vez en cuando, les arrojaré una migaja y que deseo conservar mi organización, mientras que con el resto de ustedes no disfrutarían de posibilidad alguna. Por eso, si han de trabajar bajo el látigo, es preferible que lo esgrima yo y no ustedes… los quejumbrosos, los lacrimosos, los flojos bastardos del beneficio público. ¿Creen que, fuera de sus monigotes educados en universidades, existe un solo aldeano tan idiota como para dejarse engañar? Soy un oportunista, pero lo sé y los muchachos también, y están seguros de que esto les producirá beneficios. No cuentan con mi blandura de corazón, ni tampoco con un centavo más del que puedan conseguir; pero, por lo menos, saben que éste lo tienen seguro. A veces me siento asqueado y lo mismo me ocurre ahora, pero no soy yo quien está levantando esta clase de mundo, sino ustedes.

Yo me limito a seguir el juego y lo desarrollaré mientras dure… que, no creo vaya a ser durante mucho tiempo para ninguno de nosotros.

Se puso en pie sin que nadie le contestara, y los fue mirando lentamente a todos, deteniéndose en Wesley Mouch.

—¿Se me concede esa oficina, Wesley? —preguntó con aire displicente.

—La selección de personal adecuado constituye tan sólo un detalle técnico —respondió Mouch, afable—. ¿Qué te parece si tú y yo discutiéramos eso más tarde?

Los reunidos comprendieron que aquello equivalía a un «sí».

—De acuerdo, amigo —dijo Kinnan, regresando a la ventana y sentándose en el alféizar encendió un cigarrillo.

Por alguna razón no concretada, los demás miraban al doctor Ferris cual si buscasen su ayuda.

—No se dejen perturbar por la oratoria —dijo el doctor suavemente—. Míster Kinnan es un buen orador, pero carece del sentido de la realidad práctica. No puede pensar dialécticamente.

Se produjo otro silencio y, de pronto, James Taggart dijo:

—No me importa. No importa nada. Tendrá que mantener las cosas como están. Todo permanecerá como hasta ahora. Nadie podía permitirse cambiar nada. Excepto… —Se volvió vivamente hacia Wesley Mouch—. Wesley, bajo el Punto cuarto habremos de cerrar todos los departamentos de investigación, los laboratorios experimentales, las fundaciones científicas y demás instituciones de esta clase. Todo ello quedará prohibido.

—En efecto —dijo Mouch—. No había pensado en eso. Tendremos que incluir un par de líneas más.

Buscó un lápiz y trazó unas anotaciones en el margen del papel.

—Así terminará una competencia inútil —dijo James Taggart—. Cesaremos de forcejear para derrotarnos uno a otro, intentando cosas nuevas. No tendremos que preocuparnos acerca de inventos que desequilibren el mercado. No habrá que tirar el dinero en experimentos inútiles para mantenernos al nivel de competidores ambiciosos.

—En' efecto —convino Orren Boyle—. Nadie tendrá que gastar dinero en cosas nuevas, hasta que todo el mundo tenga suficientes de las antiguas. Hay que cerrar esos malditos laboratorios de investigación, y cuanto antes mejor.

—Sí —aprobó Wesley Mouch—. Los cerraremos. No dejaren*» uno.

—¿También el Instituto Científico del Estado? —preguntó Fred Kinnan.

—¡Oh, no! —exclamó Mouch—. Eso es distinto. Es una institución del Gobierno. Además, no produce beneficio alguno. Podría hacerse cargo de todos los progresos científicos.

—Será más que suficiente —añadió el doctor Ferris.

—¿Y qué ocurrirá con los ingenieros, profesores y demás, cuando hayan cerrado ustedes esos laboratorios? —preguntó Fred Kinnan—. ¿Qué harán para vivir, si los demás trabajos y actividades quedan también congelador.

—¡Oh! —exclamó Wesley Mouch rascándose la cabeza. Se volvió a míster Weatherby y le preguntó—: ¿Los incluimos en las secciones de socorro, Clem?

—No —repuso míster Weatherby—. ¿Para qué? No son suficientes para provocar conflictos. No deben preocuparnos.

—Supongo —dijo Mouch, volviéndose al doctor Ferris —que podrá usted absorber a unos cuantos, ¿no es cierto, Floyd?

—Algunos —asintió el doctor Ferris lentamente, como si lamentara cada sílaba de su respuesta—. Los que se muestren deseosos de cooperar.

—¿Y el resto? —preguntó Fred Kinnan.

—Tendrán que esperar hasta que la Oficina de Unificación encuentre trabajo para ellos —dijo Wesley Mouch.

—¿Y de qué comerán mientras esperan? Mouch se encogió de hombros.

—En tiempos de emergencia nacional siempre hay víctimas. No podemos evitarlo.

—¡Tenemos derecho a hacer esto! —exclamó Taggart de improviso, desafiando la tranquilidad que reinaba en el recinto—. ¡Lo necesitamos! ¡Lo necesitamos! ¿Verdad? —No hubo respuesta—. ¡Tenemos el derecho a proteger nuestra vida! —Nadie se opuso, y continuó con aguda y suplicante insistencia—: Nos sentiremos seguros por vez primera en muchos siglos. Cada cual sabrá dónde está su lugar y cuál es su trabajo, así como el de los demás, y no viviremos a merced de cualquier insensato y de sus nuevas ideas. Nadie nos privará de nuestros negocios, ni robará nuestros mercados, ni venderá más barato para perjudicarnos. Nadie acudirá a nosotros ofreciendo algún maldito aparato nuevo, poniéndonos en el compromiso de decidir entre perder la camisa para comprarlo, o perderla si lo compra un competidor. No habrá que decidir nada. A nadie se permitirá opción de ningún género. Todo quedará decidido de una vez para siempre. —Su mirada pasó suplicante de una cara a otra—. Ya se han inventado suficientes cosas… para la comodidad de todos. ¿Por qué permitir que se siga inventando? ¿Por qué dejar que minen el terreno bajo nuestros pies? ¿Por qué vivir en una eterna incertidumbre? ¿Sólo para satisfacer a unos cuantos inquietos y ambiciosos aventureros? ¿Hemos de sacrificar el bienestar de la raza humana al egoísmo de los no conformistas? No los necesitamos. No los necesitamos en absoluto. Quisiera ver cómo desaparece el culto al héroe. ¿Héroes? No han hecho nada más que perjudicar en el curso de la historia. Mantuvieron a la humanidad en una carrera insensata, sin permitirle respiro, descanso, tranquilidad ni seguridad. Corriendo siempre para estar a su nivel… sin ver nunca el final… y cuando los alcanzamos, ya vuelven a estar varios años por delante… No nos dejan oportunidad… Jamás nos la permitieron… —Sus pupilas se movían sin descanso. Miró a la ventana, pero apartó en seguida la vista de allí; no quería distinguir el blanco obelisco que destacaba en la distancia—. Hemos terminado con ellos. Hemos vencido. Ésta es nuestra época. ¡Nuestro mundo! Vamos * disfrutar de seguridad por vez primera en muchos siglos; por vez primera desde el principio de la revolución industrial.

—A mi modo de ver —dijo Fred Kinnan—, esto es una revolución antiindustrial.

—¡Qué extraño oírle decir a usted semejante cosa! —exclamó Wesley Mouch—. No podemos permitirnos hablar así al país.

—No se enfade, hermano. No pienso decirlo en público.

—Se trata de una falacia total —intervino el doctor Ferris—. De una declaración provocada por la ignorancia. Todo experto ha concluido desde hace tiempo que una economía planeada consigue el máximo de eficacia productiva y que la centralización provoca la superindustrialización.

—La centralización destruye los perjuicios del monopolio —opinó Boyle.

—¿Qué están diciendo? —gruñó Kinnan.

Boyle no captó el tono zumbón que sonaba en su pregunta y respondió vivamente:

—Destruye las calamidades del monopolio y lleva a la democratización de la industria. Lo pone todo a disposición de todos. Ahora, por ejemplo, en un tiempo en que padecemos tan desesperada carestía de mineral de hierro, ¿tiene sentido gastar dinero, trabajo y recursos nacionales en fabricar anticuado acero, cuando existe un metal mucho mejor, que yo puedo ofrecer? Un metal que todos desean, pero que nadie puede

conseguir. ¿Es buena economía, prudente organización social y justicia democrática? ¿Por qué no se me permite fabricar ese metal y por qué la gente no ha de conseguirlo cuando lo necesite? Sólo por el monopolio privado que ejerce un individuo egoísta, ¿hemos de sacrificar nuestros derechos a los intereses particulares?

—Deje eso, hermano —le indicó Fred Kinnan—. Lo he leído en los mismos periódicos que usted.

—No me gusta su actitud —repuso Boyle, en ese repentino tono airado que en un bar hubiese significado el preludio a una pelea.

Se sentó muy erguido, como atrincherado tras las columnas de párrafos, sobre papel amarillento, que leía mentalmente:

«En un momento crucial para las necesidades públicas, ¿vamos a malgastar nuestro esfuerzo social en la manufactura de productos anticuados? ¿Permitiremos que la mayoría sufra necesidades, mientras una minoría recibe los mejores productos y maneja los métodos de fabricación disponibles? ¿Vamos a detenernos por la superstición de los derechos de patente?

»¿No es evidente que la industria privada se muestra incapaz de contender con la presente crisis económica? ¿Durante cuánto tiempo, por ejemplo, vamos a soportar la perjudicial carestía del metal Rearden? Un público impaciente exige lo que Rearden deja de suministrar.

»¿Cuándo pondremos fin a la injusticia económica y a los privilegios especiales? ¿Por qué ha* de ser Rearden el único a quien se permito la fabricación de ese metal?»

—No me gusta su actitud —repitió Orren Boyle—. Del mismo modo que respetamos los derechos de los obreros, queremos que respeten ustedes los de los industriales.

—¿Qué derechos y qué industriales? —gruñó Kinnan.

—Me siento inclinado a pensar —se apresuró a intervenir el doctor Ferris— que quizá el Punto segundo sea, por el momento, el más importante de todos. Hemos de poner fin al procedimiento de esos industriales que se retiran y desaparecen. Hemos de detenerlos. Están poniendo en peligro toda nuestra economía.

—¿Por qué lo hacen? —preguntó Taggart, nervioso—. ¿Dónde van a parar?

—Nadie lo sabe —respondió el doctor Ferris—. No hemos podido hallar información o explicación alguna. Pero hay que impedirlo. En tiempos de crisis, el servicio económico a la nación es un deber similar al servicio de las armas. Quien las abandona, ha de ser considerado desertor. He recomendado que se aplique la pena de muerte para tales hombres, pero Wesley no está de acuerdo.

—Calma, muchacho —dijo Fred. Kinnan, con extraña y lenta voz. Se sentó, perfectamente tranquilo, con los brazos cruzados, mirando a Ferris de un modo que hizo sentir a todos como si Ferris se hubiera propuesto cometer un crimen—. Que no oiga yo hablar acerca de pena de muerte en la industria.

El doctor Ferris se encogió de hombros.

—No es preciso llegar a extremismos —dijo Mouch rápidamente—. No queremos asustar a la gente. Deseamos tan sólo tenerla de nuestro lado. Nuestro problema principal consiste en… saber si aceptarán todo esto.

—Lo aceptarán —repuso el doctor Ferris.

—Me siento un poco preocupado —expresó Eugene Lawson —acerca de los Puntos tercero y cuarto. El apoderarse de las patentes está bien. Nadie va a defender a los industriales. Pero lo de apoderarse de los copyrights es otra cosa. Los intelectuales protestarán y es peligroso. Se trata de una cuestión espiritual. Ese Punto cuarto ¿significa que a partir de ahora no se escribirán ni se publicarán nuevos libros?

—En efecto —dijo Mouch—. Así es. No podemos hacer una excepción con la industria del libro, porque es una industria como cualquier otra. Y cuando decimos «nada de productos nuevos», queremos decir precisamente eso.

—Se trata de una cuestión espiritual —repitió Lawson, cuya voz adoptaba un tono no de respeto racional, sino de supersticioso temor.

—No nos interferimos en el espíritu de nadie. Pero en cuanto se imprime un libro, éste queda convertido en objeto material, y si otorgamos excepciones a una industria, no podremos mantener en línea a las demás, ni nada de cuanto hagamos tendrá un carácter permanente.

—Es cierto, pero…

—No sea tozudo, Gene —dijo el doctor Ferris—. No irá usted a desear que algunos recalcitrantes le vengan con tratados que hundan nuestro programa, ¿verdad? Si pronuncia usted la palabra censura, todos se pondrán a gritar como si fuera un crimen. No están dispuestos para ello todavía, pero si se deja al espíritu convertido en simple elemento material… no en cuestión de ideas, sino de papel, tinta y máquinas impresoras, lograremos nuestro propósito con mayor suavidad. Nos aseguraremos de que nada peligroso se imprima o circule de oídas, y nadie va a pelear por una cuestión material.

—Sí, pero…, pero no creo que a los escritores les guste.

—¿Está seguro? —preguntó Wesley Mouch con una mirada que era casi una sonrisa—. No se olvide de que bajo el Punto Quinto, los editores deberán publicar tantos libros como en el año básico. Pero como no existirán escritos nuevos, tendrán que reimprimir y el público deberá comprar algunos de los viejos textos. Existen muchos libros dignos de atención, que nunca disfrutaron de una oportunidad.

—|Oh! —exclamó Lawson recordando que dos semanas antes había visto a Mouch comiendo con Balph Eubank. Luego sacudió la cabeza y frunció el ceño—. Sin embargo, sigo preocupado. Los intelectuales son nuestros amigos. No debemos perderlos. Pueden originar muchos conflictos.

—No lo harán —dijo Fred Kinnan—. Los intelectuales a que alude son los primeros en gritar cuando todo parece seguro, y los primeros en cerrar la boca al primer síntoma de peligro. Pasan años discutiendo acerca de quienes les dan de comer, y lamen la mano de quien abofetea sus respetables rostros. ¿Acaso no han entregado a los países de Europa, uno tras otro, a comités de oportunistas como éste? ¿No se han cansado de gritar que se supriman los timbres de alarma y que se abran los cerrojos para tales personas? ¿Han vuelto a oír hablar de ellos desde entonces? Proclamaban ser amigos del trabajo. ¿Pero les han oído levantar la voz acerca de las cuadrillas de trabajadores forzados, los campos de esclavitud, la jornada de catorce horas y la mortalidad por escorbuto en los Estados populares de Europa? Al contrario, proclaman ante los desgraciados sometidos por el látigo que el hambre es prosperidad, la esclavitud libertad, la tortura amor fraterno, y añaden que si ciertos míseros no lo comprenden, sufren por culpa de ello y que los cuerpos mutilados en las cárceles pertenecen a los culpables de todas sus molestias. En cambio, sus jefes son seres benévolos. ¿Intelectuales? ^Deberían ustedes preocuparse acerca de otra clase de hombres, pero no de los intelectuales modernos. Éstos se lo tragan todo. Me da más miedo una rata despreciable, perteneciente a un sindicato de descargadores de muelle, porque puede recordar de improviso que es un hombre, y a partir de entonces quizá no sea fácil mantenerlo en línea. Pero ¿los intelectuales? Se han olvidado de ello desde hace tiempo. Creo que su educación ha tratado siempre de conseguir tal cosa. Hagan lo que quieran con los intelectuales. Lo aceptarán todo.

—Por una vez estoy de acuerdo con míster Kinnan —dijo el doctor Ferris—. Convengo con los hechos que cita, aunque no con sus sentimientos. No hay que preocuparse de los intelectuales, Wesley. Poned a unos cuantos de ellos en la nómina del Gobierno y

enviadlos a predicar lo mencionado por míster Kinnan: que la culpa es de las víctimas. Otoffeadles salarios moderados, que basten a su comodidad, y conferirles llamativos títulos y olvidarán los copyrights y efectuarán mejor tarea para ustedes que escuadrones de agentes de la autoridad.

—En efecto —aprobó Mouch tristemente—. Ése es el punto que quisiera que Thompson nos ayudara a resolver. Pero creo que rio puede. En realidad, carecemos del' derecho legal a apoderarnos de las patentes. Existen numerosas cláusulas en docenas de leyes, que podrían ser invocadas para justificarlo, pero no de manera total. Cualquier magnate de la industria que quisiera pleitear, disfrutaría de una buena posibilidad de derrotarnos. Y hemos de conservar cierta semblanza de legalidad, porque el populacho no lo soportará.

—Precisamente —dijo el doctor Ferris—. Por eso es de gran importancia que esas patentes nos sean entregadas de un modo voluntario. Aunque dispusiéramos de una ley que permitiese la nacionalización a ultranza, sería mejor conseguirlo como regalo. Deseamos que el pueblo conserve la ilusión de que sigue en poder de sus derechos de propiedad particulares. Mucha gente firmará los certificados de entrega. Se trata sólo de armar cierto revuelo, naciéndolo aparecer un deber patriótico e insistiendo en que quien rehúse es un egoísta. Firmarán. Pero…

Se detuvo.

—Lo sé —dijo Mouch, cada vez más nervioso—. A mi modo de ver, surgirán unos cuantos anticuados bastardos aquí y allá que rehúsen firmar, pero no tendrán importancia suficiente como para influir sobre el resto;

nadie quena escucharlos; sus propias comunidades y amigos se volverán contra ellos, considerándolos tipos egoístas, y no llegarán a causarnos molestias. De todas formas, nos apoderaremos de las patentes y esos tipos no tendrán ni energía ni dinero para iniciar un pleito. Pero… Se detuvo.

James Taggart se reclinó en su sillón observándolo. Empezaba a disfrutar con aquel cambio de impresiones.

—Yo también pienso en ello —intervino el doctor Ferris—. Me acuerdo de cierto magnate que está en posición de hacernos pedazos. Y resulta difícil prever si podremos o no reunir dichos pedazos. Sólo Dios sabe lo que puede ocurrir en unos tiempos históricos como los actuales, y en una situación tan delicada como ésta. Cualquier cosa es capaz de desequilibrarlo todo; de dar al traste con nuestro empeño. Y si existe alguien deseoso de hacerlo, es ese hombre. Conoce el asunto a fondo, sabe qué cosas no pueden decirse y no teme declararlas. Conoce, además, cuál es el arma más peligrosa y fatal de todas. Lo considero nuestro más encarnizado adversario.

—¿Quién es? —preguntó Lawson.

El doctor Ferris vaciló, encogióse de hombros y respondió:

—El hombre sin culpa. Lawson lo miró estupefacto.

—¿Qué quiere usted decir y de quién está hablando? —preguntó. James Taggart sonrió.

—Quise decir que no existe modo de desarmar a nadie, excepto a través de la culpa — contestó el doctor Ferris—. O a través de aquello que él mismo acepta como culpa. Si un hombre roba diez centavos, se le puede imponer el mismo castigo que a un salteador de Bancos y lo aceptará sin rechistar. Soportará cualquier forma de desgracia por creer firmemente que la merece. Si no existe en el mundo suficiente culpa, debemos crearla. Si decimos a un hombre que es malo contemplar las flores en primavera y nos cree… podremos obrar como queramos con él; no se defenderá; no se sentirá digno de hacerlo. No luchará. Pero libradnos del hombre que vive según sus propias normas. Libradnos del hombre de conciencia limpia. Ése sí que es capaz de denotarnos.

—¿Está usted hablando de Henry Rearden? —preguntó Taggart con voz especialmente clara.

El único nombre que no habían deseado pronunciar los abrumó de pronto a todos, sumiéndolos en un instante de silencio.

—¿Y si fuera él? —preguntó el doctor Ferris precavidamente.

—¡Oh! Nada —dijo Taggart—. Sólo que si fuera él, yo estoy en condiciones de decirles que puedo denotar a Henry Rearden. Que firmará.

Según las reglas de su inexpresado lenguaje, todos comprendieron por el tono de voz que no estaba jactándose en vano.

—¡Oh! No, Jim —jadeó Wesley Mouch.

—Sí —insistió Taggart—. Yo también me asombré al saber… lo que me. Esperaba cualquier cosa menos eso.

—Me alegro —dijo Mouch con precaución—. Se trata de una noticia realmente constructiva que quizá resulte sumamente valiosa.

—En efecto… valiosa —dijo Taggart afablemente—. ¿Cuándo piensan llevar a la práctica esa directriz?

—¡Oh! Habrá que actuar muy de prisa. No queremos que se difundan noticias prematuras acerca de ello. Espero que todos ustedes mantengan lo aquí tratado dentro de unos límites estrictamente confidenciales. Puedo afirmar que estaremos dispuestos para lanzarnos sobre ellos dentro de un par de semanas.

—¿No cree usted aconsejable a justar el asunto de las tarifas ferroviarias antes de que los precios queden congelados? Estoy pensando en un aumento. Un aumento pequeño, pero imprescindible.

—Discutiremos eso usted y yo —ofreció amablemente Mouch—. Quizá consigamos arreglarlo. —Se volvió hacia los otros; el rostro de Boyle estaba estremecido—. Son muchos los detalles todavía por debatir, pero estoy seguro de que nuestro programa no tropezará con mayores dificultades. —Estaba asumiendo el tono y la actitud de quien habla en público; su voz sonaba viva y casi alegre—. Es preciso esperar que se produzcan dificultades. Pero si una cosa no funciona, intentaremos otra. La única regla pragmática de acción es la que se basa en el juicio con posibilidad de error. Nos limitaremos, pues, a probar. Si surgen dificultades, recuerden que sólo serán temporales. Que sólo durarán mientras se prolongue la emergencia.

—Oiga —preguntó Kinnnan—. Si todo permanece inmovilizado, ¿cómo se pondrá fin a la emergencia?

—No teorice usted —le replicó Mouch, impaciente—. Hemos de contender con la situación tal como se presente. No se preocupe ¿e detalles de poca importancia, mientras el amplio contorno de nuestra política aparezca claro. Tendremos el poder. Y entonces estaremos en situación de solucionar cualquier problema y de contestar a cualquier pregunta.

Fred Kinnan se rió por lo bajo.

—¿Quién es John Galt?

—|No diga eso! —exclamó Taggart.

—He de formular una pregunta acerca del Punto Séptimo —dijo Kinnan—. En el mismo se especifica que salarios, precios, dividendos, beneficios, etc., quedarán congelados en la fecha en que entre en vigor la directriz. ¿También los impuestos?

—¡Oh, no! —contestó Mouch—. ¿Cómo saber los fondos que necesitaremos en el futuro? —Kinnan parecía sonreír—. Bien —les espetó Mouch—. ¿Qué opinan?

—Nada —respondió Kinnan—. Yo sólo he preguntado. Mouch se reclinó en su silla.

—Debo decirles a todos que aprecio mucho su venida aquí y el habernos otorgado el beneficio de' sus opiniones. Todo ello puede resultar extraordinariamente provechoso…

Se hizo hacia delante para consultar su calendario de sobremesa y permaneció mirándolo un momento, jugando con su lápiz. Luego, abatió éste de improviso, escribiendo una fecha y trazando un círculo alrededor de ella.

—La directriz núm. 10-289 entrará en vigor la mañana del 1 de mayo —decretó.

Todos hicieron señales de aprobación. Pero nadie miró a su vecino. James Taggart se levantó, caminó hacia la ventana y bajó la cortinilla para ocultar la visión del blanco obelisco.

* * *

En el momento de despertar, Dagny se sorprendió al encontrarse mirando las cumbres de edificios apenas familiares, destacando contra un cielo azul pálido, muy resplandeciente. Luego vio la costura torcida de la fina media que le cubría la pierna, y experimentó una punzada molesta en los músculos de la cintura. Se dio entonces cuenta de que estaba tendida sobre el sofá de su despacho, de que el reloj de sobremesa señalaba las 6.15, y de que los primeros rayos de sol trazaban bordes plateados en las siluetas de los rascacielos. Recordó haberse acomodado en el sofá, intentando descansar diez minutos, cuando la ventana estaba completamente obscura y el reloj señalaba las 3.30.

Forcejeó para ponerse en pie, sintiendo un enorme cansancio. La lámpara de su mesa arrojaba una claridad inútil bajo el resplandor de la mañana, sobre montones de papel en los que figuraba su triste e inacabada tarea. Durante unos minutos intentó no pensar en el trabajo, mientras se arrastraba literalmente hacia el lavabo, arrojándose agua fría a la cara.

Para cuando regresó a su despacho, el cansancio había desaparecido. No importa la noche que hubiera pasado, nunca conoció una mañana en que no experimentara el nacimiento de una tranquila emoción que se iba convirtiendo en férrea energía física y en anhelo de acción mental; porque era nacimiento de un día más; un día más en su vida. Contempló la ciudad. Las calles vacías tenían un aspecto más amplio que de costumbre. En la luminosa limpieza del aire primaveral, semejaban aguardar la promesa de todas las grandezas que tomarían forma, gracias a la actividad a punto de verterse en ellas. En la distancia, el calendario señalaba: «Mayo, 1».

Se sentó a su escritorio, sonriendo con gesto de desafío a lo desagradable de su tarea. Odiaba los informes que aún no había terminado de leer; pero era su trabajo, era el ferrocarril y se iniciaba la mañana. Encendió un cigarrillo, imaginando que terminaría antes del desayuno; apagó la lámpara y acercóse los papeles.

Había informes de los encargados generales de las cuatro regiones en que estaba dividido el sistema Taggart; las páginas eran un mito de desesperación mecanografiado, acerca de los fracasos sufridos por el equipo. Vio el informe de un accidente en la línea principal, junto a Winston, Colorado. Estaba allí también el presupuesto del Departamento de Operaciones, revisado y basado en el aumento de tarifas obtenido por Jim la semana anterior. Intentó ahogar la exasperación, producto de la desesperanza, conforme repasaba lentamente las cifras del presupuesto; todos aquellos cálculos habían sido realizados tomando como base que el volumen de mercancías seguiría siendo el mismo y que el aumento les proporcionaría ingresos adicionales bacía el final de año; pero ella sabía que el tonelaje iba a disminuir paulatinamente, que el aumento significaba muy escasa diferencia y que para finales de año sus pérdidas serían más elevadas que nunca.

Al levantar la mirada de las páginas, observó con un leve estremecimiento de asombro que el reloj marcaba las 9.25. Había tenido conciencia del usual rumor de movimiento y

de voces en la antesala de su despacho, conforme los empleados llegaban para iniciar su jornada; pero la extrañó que nadie entrara y que el teléfono permaneciera silencioso. Por regla general, hacia aquella hora, todo cobraba una gran animación. Miró su calendario viendo una no*a según la cual la Fundición para Vagones McNeil, de Chicago, la llamaría a las nueve para hablar de los nuevos vagones de,*. mercancías que la «Taggart Transcontinental» llevaba seis meses esperando.

Pulsó el botón de su intercomunicador para llamar a su secretaria. La voz de la muchacha contestó tras una retenida exclamación de sorpresa:

—¡Miss Taggart! ¿Está usted ahí, en su despacho?

—He dormido aquí otra vez, aunque no quería hacerlo. ¿Se ha recibido llamada de la Fundición McNeil?

—No, Miss Taggart.

—Cuando lo hagan, pásemela inmediatamente.

—Sí, Miss Taggart.

Cerró la comunicación, preguntándose si era imaginación suya o si, en efecto, había sonado un tono extraño en la voz de la joven que le pareció extraordinariamente tensa.

Notó la débil ligereza que ocasiona el hambre y se dijo que debería bajar a tomar una taza de café; pero como aún quedaba por leer el informe del ingeniero jefe, encendió otro cigarrillo.

El ingeniero jefe se hallaba supervisando la reconstrucción de la línea principal con rieles de metal Rearden, extraídos al cadáver de la línea «John Galt». De momento había escogido las secciones más urgentemente necesitadas de reparación. Abriendo su informe leyó, con un estremecimiento de incrédula ira, que los trabajos en la sección montañosa de Winston, Colorado, quedaban interrumpidos. Recomendaba un cambio de planes. Sugería que los rieles con destino a Winston fueran Utilizados en reparar la línea «Washington-Miami». Aportaba razones: en aquella línea había ocurrido un descarrilamiento la semana anterior y míster Tinky Kolloway de Washington, que viajaba con un grupo de amigos, sufrió un retraso de tres horas. Se había informado al ingeniero jefe de que míster Holloway manifestó extraordinario disgusto. Aunque desde un punto de vista puramente técnico —decía el informe —los rieles de la rama de Miami se hallaran en mejores condiciones que los de la de Winston, era preciso recordar, desde un punto de vista sociológico, que esta última era usada por una clase de pasajeros mucho más importante; en consecuencia, el ingeniero jefe sugería que en Winston esperasen un poco más y recomendaba el sacrificio de una obscura sección de línea montañosa en beneficio de otra donde la «Taggart Transcontinental» no podía permitirse crear una impresión desfavorable.

Dagny leyó, trazando furiosas marcas de lápiz en los márgenes de las páginas y diciéndose que el primordial deber de aquel día era el de impedir semejantes insensateces. El teléfono sonó.

—Diga —preguntó tomando el receptor—. ¿Es la Fundición McNeil?

—No —respondió la voz de su secretaria—. Es el señor Francisco d'Anconia.

Miró el auricular por un momento, sufriendo un breve sobresalto.

—De acuerdo. Póngame con él.

En seguida escuchó la voz de Francisco.

—Veo que estás en tu despacho —dijo con voz burlona, dura y tensa.

—¿Dónde querías que estuviera?

—¿Qué te parece la nueva suspensión?

—¿Qué suspensión?

—La moratoria sobre el cerebro.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Es que no has leído los periódicos?

Se produjo una pausa. Luego su voz añadió en un tono solemne, lento y grave:

—Pues más vale que los leas, Dagny.

—De acuerdo.

—Te llamaré más tarde.

Colgó y apretó el conmutador del aparato.

—Tráigame un periódico —dijo a su secretaria.

—Sí, Miss Taggart —respondió aquélla con expresión tristona.

Fue Eddie Willers quien entró, colocando el periódico sobre su mesa. La expresión de su cara era idéntica al tono de la voz de Francisco; una y otra presagiaban algún inconcebible desastre.

—Ninguno de nosotros ha deseado ser el primero en contártelo —dijo Eddie con mucha calma, saliendo de allí.

Cuando Dagny se levantó de su asiento momentos después, notó que ejercía pleno dominio sobre su cuerpo, pero que no se daba cuenta de la existencia de éste. Se sintió como levantada por una fuerza extraña y le pareció que se hallaba en pie, pero sin tocar el suelo. Todos los objetos de la habitación quedaban bañados en una claridad anormal, pero en realidad no veía nada, aun sabiendo que podría incluso percibir el hilo de una telaraña si fuera necesario, del mismo modo que le sería posible caminar con seguridad de sonámbula por el borde de un tejado. No sabía que estaba mirando aquel recinto con los ojos de quien ha perdido la capacidad y el concepto de la duda, y que lo que quedaba en ella era la simplicidad de una sola percepción y de un solo objetivo. No sabía que aquello que parecía tan violento y, no obstante, le confería semejante tranquilidad y semejante calma, era la fuerza de un absoluto convencimiento, y que la cólera que estremecía su cuerpo, la cólera que la impulsaba con la misma apasionada indiferencia a matar o a morir, procedía de su amor a la rectitud: el único amor al que había dedicado todos los años de su vida.

Sosteniendo el periódico en la mano, salió del despacho y dirigióse al vestíbulo. Al atravesar la antesala, notó que todos los rostros se volvían hacia ella, pero aquellas personas le parecieron situadas a muchos años de distancia.

Bajó al vestíbulo caminando vivamente, pero sin esfuerzo, con la sensación de saber que sus pies tocaban el suelo sin que ella lo sintiera. No supo cuántas habitaciones atravesó hasta llegar al despacho de Jim, ni si se había tropezado con gente alguna en el camino. Sabía tan sólo la dirección a adoptar y la puerta que empujar para hacer acto de presencia sin anunciarse y avanzar hacia el escritorio de su hermano.

Para cuando se encontró ante él, el periódico estaba retorcido y convertido en un guiñapo. Se lo arrojó a la cara, dándole en la mejilla. Luego cayó sobre la alfombra.

—He aquí mi dimisión, Jim —dijo—. No quiero trabajar ni como esclava, ni como capataz de esclavos.

No percibió su grito ahogado; había sonado al mismo tiempo que se cerraba la puerta tras ella.

Regresó a su despacho y, al cruzar la antesala, hizo seña a Eddie para que la siguiera.

—He dimitido —dijo con voz tranquila y clara. Él hizo una seña de asentimiento.

—No sé todavía lo que voy a hacer en el futuro. Me alejaré de aquí para pensarlo y decidir. Si quieres encontrarte conmigo, me hallarás en la casita de Woodstock.

Era una vieja cabaña de caza en el bosque de las montañas Berkshire, que había heredado de su padre y que llevaba años sin visitar.

—Quisiera hacerlo —murmuró Eddie—. Quisiera marcharme también, pero…, pero no puedo. No consigo obligarme a ello.

—Entonces, ¿me harás un favor?

—Desde luego.

—No me hables del ferrocarril. No quiero saber nada de él. No digas a nadie dónde estoy, excepto a Hank Rearden. Si te pregunta, cuéntale dónde se encuentra la cabaña y cómo puede llegar a ella. Pero a nadie más. No quiero ver a nadie.

—De acuerdo.

—¿Prometido?

—Desde luego.

—Ya té haré saber lo que haya decidido respecto a mí.

—Esperaré.

—Eso es todo, Eddie.

Él comprendió que cada una de sus palabras había sido meditada y que, por el momento, ninguna otra podía cruzarse entre ambos. Inclinó la cabeza, dejando que aquel gesto dijera lo que faltaba, y salió del despacho.

Dagny vio el informe del ingeniero jefe abierto sobre el escritorio, y aunque debía ordenarle que reanudara el trabajo en la sección de Winston, recordó de pronto que aquel problema no era ya de su incumbencia. No experimentaba dolor alguno. Sabía que el dolor vendría más tarde y que iba a producirle una auténtica agonía. El entumecimiento de aquellos instantes era una especie de descanso que se le ofrecía, pero no después, sino antes, para que pudiera soportar el dolor. Pero no le importaba. «Si eso es lo que se exige de mí, lo soportaré», pensó.

Sentóse a su escritorio y telefoneó a Rearden en sus fundiciones de Pennsylvania.

—¡Hola, querido! —le dijo simple y claramente, como si deseara destacar que aquellas palabras eran auténticas y adecuadas, sin necesidad de aferrarse a los conceptos de realidad y de oportunidad—. Hank, he dimitido.

—Lo veo —dijo él como si lo hubiese estado esperando.

—Nadie vino a exigírmelo; ningún elemento destructor. Tal vez, después de todo, no existan tales elementos. No sé lo que voy a hacer, pero he de marcharme para que durante algún tiempo no tenga que ver a ninguno de ellos. Luego decidiré. Sé que por el momento no puedes acompañarme.

—No. Me aguardan dos semanas durante las cuales esperan que firme el certificado de entrega. Y quiero estar aquí cuando expire el plazo.

—¿Me necesitas… durante esas dos semanas?

—No. En realidad, todo esto es peor para ti que para mí. Careces de medios para luchar contra ellos. Creo que me alegro de que hayan obrado de ese modo. No te preocupes por mí. Descansa. En primer lugar, descansa.

—Sí.

—¿Dónde piensas ir?

—Al campo. A una cabaña mía de Berkshire. Si quieres verme, Eddie Willers te indicará el modo de llegar hasta allí. Regresaré dentro de dos semanas.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Sí.

—No regreses hasta que vaya en tu busca.

—Pero es que deseo hallarme aquí cuando eso suceda.

—Déjalo de mi cuenta.

—Te hagan lo que te hagan, quiero que me lo hagan a mí también.

—Déjalo de mi cuenta, querida, ¿no comprendes? Lo que más deseo en estos momentos es lo mismo que tú: no verlos. Pero he de quedarme algún tiempo. Me ayudará mucho saber que tú, al menos, te encuentras fuera de su alcance. Quiero conservar en mi mente un punto despejado en que apoyarme. Será sólo un breve espacio. Luego vendré por ti. ¿Comprendido?

—Sí, querido. Hasta la vista.

Le fue extraordinariamente fácil salir de la oficina y recorrer los interminables vestíbulos de la «Taggart Transcontinental», como si caminase por el aire. Avanzaba mirando frente a sí, mientras sus pasos iban sonando con el inquebrantable y tranquilo ritmo de quien está completamente decidido a algo. Llevaba la cabeza alta y en su cara se pintaba una expresión de asombro, de aceptación y de reposo.

Pasó por entre la muchedumbre del Terminal. Vio la estatua de Nathaniel Taggart. Pero no experimentó dolor ni se hizo ningún reproche. Tan sólo sentía la plenitud de su amor hacia él; tan sólo el sentimiento de que iba a reunirse con Nat, no en la muerte, sino en lo que había sido su vida.

* * *

El primero en abandonar la «Rearden Steel» fue Tom Colby, capataz de fundición y jefe de la Unión de Trabajadores del acero Rearden. Durante diez años se había visto criticado en todo el país, porque la suya era una «unión de empresas» y porque jamás sostuvo discusiones airadas con la dirección de aquélla. Era cierto; jamás fue necesario crear ningún conflicto; Rearden pagaba sueldos más elevados que cualquiera en el país y, a cambio, exigía y conseguía el mejor equipo laboral existente.

Cuando Tom Colby le dijo que se iba, Rearden asintió, sin comentarios ni preguntas.

—No quiero trabajar bajo estas condiciones —añadió tranquilamente Colby—, ni podría obligar a los hombres a hacerlo. Confían en mí. No quiero ser el Judas que conduzca el rebaño al corral.

—¿Qué va a hacer para ganarse la vida? —le preguntó Rearden.

—He ahorrado lo suficiente y podré pasar un año tranquilo.

—¿Y después?

Colby se encogió de hombros.

Rearden pensó en el chiquillo de ojos airados que extraía carbón por la noche, como si fuera un criminal. Se acordó de las obscuras carreteras, los callejones y los patios traseros del país, donde los mejores hombres intercambiaban sus servicios en cambalácheos forzados, tareas oportunistas y transacciones sin constancia en ningún sitio. Pensó en el final de aquella ruta.

Tom Colby parecía leer sus reflexiones.

—Está usted en camino de terminar al tiempo que yo, míster Rearden —le dijo—. ¿Va a hacerles entrega de su cerebro?

—No.

—¿Y después?

Rearden se encogió de hombros.

Colby lo miró un instante, con sus pupilas pálidas y astutas en un rostro bronceado 'por el calor de los hornos y surcado por arrugas rellenas de hollín.

—Nos han estado contando durante años que usted y yo somos enemigos, míster Rearden. Pero no es cierto. Orren Boyle y Fred Kinnan se oponen ahora a los dos.

—Lo sé.

El «Ama Seca» nunca había entrado en el despacho de Rearden, como si imaginara que era un lugar en el que no tenía derecho a hallarse. Esperaba siempre a Rearden fuera de allí. La directiva lo aseguraba ahora en su tarea, confiriéndole la misión de vigilar el aumento o descenso de la producción. Algunos días después de promulgada, detuvo a Rearden en un callejón entre hileras de hornos. En su cara se pintaba una extraña expresión de energía.

—Míster Rearden —le dijo—, quiero manifestarle que si desea producir diez veces la cantidad fijada de metal Rearden, de acero o de hierro o de lo que prefiera y distribuirla por todo el país a quien quiera y a cualquier precio, puede hacerlo. Yo lo arreglaré. Tergiversaré los libros y amañaré los informes; testificaré en falso y arreglaré certificados. Cometeré perjurio, si es preciso. No tiene por qué preocuparse. No habrá conflicto.

—¿Por qué piensa obrar así? —le preguntó Rearden, sonriendo. Pero su sonrisa se desvaneció al oírle contestar vivamente:

—Porque siquiera por una vez, pretendo portarme de un modo honrado.

—Éste no es el camino… —empezó Rearden.

Pero se contuvo bruscamente, comprendiendo que, en efecto, lo era; el único que quedaba. ¡Cuántos recovecos de corrupción intelectual había tenido que salvar aquel muchacho para llegar a tan estupendo descubrí—, miento!

—Creo que no es ésa la palabra —manifestó el joven con cierta timidez—. Se trata de un vocablo ampuloso y anticuado. No el que yo quise decir. Me refería… —De pronto exclamó, con una especie de desesperado grito de incrédula ira—. ¡No tienen derecho a hacerlo, míster Rearden!

—¿A qué se refiere?

—A arrebatarle el metal.

Henry sonrió e impulsado por desesperada compasión, le dijo:

—Olvídese de ello, «No-Absoluto». No existen derechos.

—Ya lo sé. Pero… de todos modos no pueden hacerlo.

—¿Por qué no? —preguntó sin poder retener una sonrisa.

—Míster Rearden, no firme el certificado de entrega. No lo firme, por principios.

—No lo firmaré. Pero no existen principios.

—Lo sé. —Y recitó con gran vehemencia, con la honradez de un estudiante consciente—: Sé que todo es relativo y que nadie sabe nada; que la razón es ilusoria y que no existe en realidad. Pero ahora hablo simplemente del metal Rearden. No firme, míster Rearden. Con moral o sin ella, con principios o sin principios, no firme… porque no tienen derecho.

Nadie más mencionó la directriz en presencia de Rearden. El silencio imperaba ahora en la fundición. Los hombres no le dirigían la palabra cuando aparecía en los talleres y notó que tampoco se hablaban entre sí. En la oficina de personal no se recibió ninguna reclamación, pero de vez en cuando dejaba de presentarse alguien al trabajo, sin que volviera a saberse de él. Las averiguaciones realizadas en sus hogares demostraban que éstos habían quedado abandonados. La oficina de personal no daba noticia de tales deserciones, como exigía la directriz. Al propio tiempo, Rearden empezó a ver rostros

desconocidos entre los obreros; rostros macilentos y tensos de quienes llevaban largo tiempo sin empleo. Y oyó cómo se llamaba a aquellos hombres con los apellidos de los desaparecidos. Pero no hizo preguntas.

Reinaba silencio en el país. No sabía cuántos industriales se habían retirado o desaparecido entre el 1 y el 2 de mayo, dejando sus fábricas a merced de cualquiera. Contó diez entre sus clientes, incluyendo a McNeil, de la Fundición McNeil, de Chicago. No disponía de medios para saber de los otros; en los periódicos no figuraba información alguna. Las páginas frontales aparecieron repentinamente llenas de relatos acerca de inundaciones primaverales, accidentes de tránsito, jiras campestres escolares y bodas de oro.

Reinaba silencio en su propia casa. A mediados de abril, Lillian había desaparecido para un viaje de vacaciones por Florida. Aquello le sorprendió, por tratarse de un capricho inexplicable; era la primera vez que emprendía un viaje sola desde que se casaron. Philip evitaba su presencia con aire de miedo. Su madre le miraba cual si le recriminara algo. No decía nada, pero solía llorar en su presencia, sugiriendo que aquellas lágrimas eran el más importante detalle a considerar en cualquier desastre que se aproximara.

En la mañana del 15 de mayo estaba sentado en su escritorio contemplando el humo de los hornos que se elevaba hacia un cielo claro y azul. Aquí y allá flotaba una neblina transparente formando oleadas de calor invisible, que hacían temblar las estructuras situadas tras ellas; había franjas de humo rojo y perezosas columnas de amarillo; ligeras y flotantes espirales de azul y espesas y rápidas volutas que semejaban retorcidos lingotes sedosos, dotados de cierto tono rojizo como de madreperla herida por el sol estival.

El timbre sonó en su escritorio y la voz de Miss Ivés le dijo:

—El doctor Floyd Ferris desea verlo. No ha pedido hora, míster Rearden. A pesar de la rígida formalidad de aquella voz, se adivinaba en ella la pregunta: «¿Quiere que lo eche de aquí?»

El rostro de Rearden mostró una débil traza de asombro, apenas situada por encima de una indiferencia total; no había esperado a aquel emisario.

—Dígale que entre —respondió suavemente.

El doctor Ferris no sonreía al avanzar hacia el escritorio de Rearden. Parecía, por el contrario, sugerir que aquél estaba perfectamente enterado de sus razones para poder mostrarse alegre y que, por lo tanto, era mejor abstenerse de lo que aparecía evidente.

Se sentó frente a la mesa, sin que nadie le invitara. Llevaba una cartera que puso sobre sus rodillas. Actuaba como si las palabras resultaran superfluas, como si su aparición en aquella oficina lo aclarara todo.

Rearden lo contempló con paciente silencio.

—Como el plazo para la firma del certificado de entrega expira a medianoche —dijo el doctor Ferris en el tono de un vendedor que demuestra cortesía especial hacia el cliente —, he venido a que me entregue dicha firma, míster Rearden.

Hizo una pausa indicadora de que, según la fórmula normal, Rearden debería responder.

—Prosiga —dijo Rearden—. Le escucho.

—Bien. Quizá deba explicarle —dijo el doctor Ferris— que deseamos conseguir su firma a primera hora del día, a fin de anunciarlo en una emisión radiofónica de alcance nacional. Aunque el programa de entregas se ha ido desarrollando sin incidencias, quedan todavía unos cuantos recalcitrantes que no han firmado. Son tipos sin importancia, cuyas patentes carecen de valor especial; pero por cuestión de principios, no podemos dejarles que se salgan con la suya, ¿comprende? Creemos que esperan ver lo que hace usted. Disfruta de mucha popularidad, míster Rearden; mayor de la que imagina o de la que sabría utilizar. La noticia de que usted ha firmado eliminará su última resistencia y hacia

la medianoche habremos conseguido las firmas que faltan, completando así el programa en la fecha prevista.

Rearden comprendió que, de todos los discursos posibles, aquél era el único que el doctor Ferris no hubiera pronunciado de existir en él alguna duda acerca de su rendición final.

—Prosiga —continuó Rearden sin inmutarse—. Todavía no ha terminado.

—Sabe usted, como ha demostrado en su proceso, lo importante que resulta obtener toda esa propiedad con el consentimiento de las víctimas. —El doctor Ferris abrió su cartera —. He aquí el certificado de entrega, míster Rearden. Lo hemos rellenado, y todo cuanto ha de hacer es estampar su firma al pie.

El papel que colocaba frente a Rearden parecía un pequeño diploma escolar, con el texto impreso en anticuadas letras y los detalles insertos a máquina. Se establecía en el mismo que Henry Rearden transfería a la nación todos los derechos para utilizar su aleación metálica, conocida como «Metal Rearden», que a partir de entonces sería fabricado por quien lo deseara, ostentando el nombre de «Metal Milagro», elegido por los representantes del pueblo. Mirando el pape!, Rearden se preguntó si aquello representaba una deliberada burla a la honradez, o una estimación extraordinariamente baja de las víctimas elegidas; porque los que lo habían preparado imprimieron el texto sobre la débil mancha de una estatua de la Libertad.

Su mirada se posó lentamente en la cara del doctor Ferris.

—No habría venido usted aquí —dijo —a menos de haber contado con algún golpe especialmente preparado para mí. ¿De qué se trata?

—Desde luego —repuso el doctor Ferris—, esperaba que lo comprendiera. Por eso no serán necesarias largas explicaciones. —Abrió la cartera—. ¿Quiere ver mi arma escondida? He traído unos cuantos ejemplares.

Y con el ademán de un experto en los naipes que de un solo movimiento despliega una baraja, extendió ante Rearden una hilera de brillantes reproducciones fotográficas. Eran fotostatos de registros de hotel y de establecimientos similares, en los que, con letra efe Rearden, aparecía estampado el nombre del señor y la señora J. Smith.

—Usted debe saber, desde luego —dijo el doctor Ferris con voz meliflua—, que esa señora J. Smith es Miss Dagny Taggart, pero nos interesa enterarlo de que también nosotros lo sabemos,

No percibió nada notable en el rostro de Rearden. Éste no se había movido para inclinarse sobre las fotografías, sino que las miraba con cierta grave atención, como si desde aquella perspectiva a distancia estuviera descubriendo en ellas algo hasta entonces anónimo.

—Poseemos una gran cantidad de detalles adicionales —continuó el doctor Ferris, arrojando sobre la mesa un fotostato de la factura del joyero para el zarcillo de rubíes—. Quizá no quiera examinar las declaraciones juradas de porteros ni empleados nocturnos, porque posiblemente no contienen nada que le resulte nuevo… exceptuando el número de testigos enterados de dónde pasó usted sus noches en Nueva York durante los últimos dos años. No debe recriminar demasiado a esa gente. Es una interesante característica de épocas como la nuestra el que se sienta temor a decir lo que se desea y también a permanecer silencioso cuando se interroga a alguien acerca de cosas que preferirían no divulgar. Cabe esperarlo así. Pero usted se asombraría si supiera quién nos dio la pista original.

—Lo sé muy bien —dijo Rearden, con voz en la que no se notaba reacción alguna.

Aquel viaje a Florida de su esposa no le resultaba ya tan inexplicable como antes.

—Estas armas mías no pueden perjudicarle, personalmente hablando —dijo el doctor Ferris—. Sabemos que ninguna forma de ataque personal puede hacer mella en usted. En

consecuencia, confieso francamente que estoy convencido de que esto no le ha afectado lo más mínimo. Tan sólo causará daño a Miss Taggart.

Rearden le miró ahora cara a cara, pero el doctor Ferris se preguntó por qué le parecía que aquel rostro grave y tranquilo se iba alejando de él hasta una distancia cada vez mayor.

—Si este asunto se divulgara de un extremo a otro del país —dijo el doctor Ferris — gracias a expertos en el arte de la calumnia, como Bertram Scudder, la reputación de usted no sufriría perjuicios. Aparte de unas miradas de curiosidad y de unos leyes enarcamientos de cejas en algunos de los más rígidos salones, nada notaría. Líos de esta clase son de esperar en un hombre. En realidad, incluso aumentarían su reputación, confiriéndole un halo de romanticismo entre las mujeres, mientras entre los hombres cobraría cierto prestigio cercano a la envidia ante lo extraordinario de su conquista. Pero lo que esto perjudicaría a Miss Taggart, con su nombre impoluto, su reputación de hallarse siempre por encima de todo escándalo, su peculiar posición como mujer en un negocio estrictamente masculino, lo que significaría para ella, lo que vería en la mirada de todas aquellas personas a quienes se enfrentara, lo que oiría de todos los hombres a quienes tiene que tratar… lo dejo a su imaginación. Y espero que lo tenga en cuenta.

Rearden no sentía más que una gran tranquilidad y una profunda sensación de claridad. Era como si la voz de alguien le estuviera diciendo severamente: «Ha llegado el momento; el escenario está iluminado. Ahora, mira» y desnudo frente a aquella luz, mirase ante sí, tranquila y solemnemente, desprovisto de miedo, de dolor, de temor; sin nada más que un ferviente deseo de saber.

El doctor Ferris quedó estupefacto al oírle decir lentamente, en el tono desapasionado de quien formula una declaración abstracta que no parece dirigida a su interlocutor:

—Todos sus cálculos descansan sobre el hecho de que Miss Taggart es una mujer virtuosa, no la mujerzuela que está usted dispuesto a considerarla.

—Claro. Desde luego —asintió el doctor Ferris.

—Y de que esto significa para mí mucho más que un affaire casual.

—Sí, sí. Claro.

—Si ella y yo perteneciéramos a la clase de basura en la que usted pretende incluirnos, su arma escondida no obraría efecto.

—No. Desde luego.

—Si nuestras relaciones constituyeran esta depravación que usted va a proclamar a los cuatro vientos, no tendría modo de perjudicarnos.

—No.

—Quedaríamos al margen de sus ataques.

—Sí, sí; así es.

Pero no era al doctor Ferris a quien Rearden estaba hablando. Le parecía ver una larga hilera de hombres extendiéndose a través de los siglos, a partir de Platón, cuyo heredero y producto final era un incompetente profesorcillo con aspecto de gigoló y alma de rufián.

—En cierta ocasión, le ofrecí la oportunidad de unirse a nosotros —dijo el doctor Ferris —. Rehusó y ahora puede observar las consecuencias. No me es posible imaginar cómo un hombre de su inteligencia pensó ganar jugando limpio.

—Si me hubiera unido a ustedes —dijo Rearden con la misma indiferencia como si no hablara de sí mismo—, ¿qué me hubiera parecido digno de arrebatar a Orren Boyle?

—¡Oh! ¡Diantre! En el mundo siempre han habido tipos a los que despojar.

—¿Como Miss Taggart? ¿Como Ken Danagger? ¿Como Ellys Wyatt? ¿Como yo?

—Como cualquiera que desee inclinarse hacia lo poco práctico.

—¿Quiere ello decir que no resulta práctico vivir en este mundo?

No supo si el doctor Ferris le había escuchado porque no le miraba. Veía el rostro colgante de Orren Boyle, con las pequeñas aberturas de sus ojos porcinos, la cara floja de míster Mowen, con aquellas pupilas que nunca se fijaban en su interlocutor, y le pareció que realizaban los bruscos movimientos de unos monos actuando de modo rutinario, como aprendidos para copiar lo ajeno por movimientos musculares, pero realizándolos con el fin de fabricar metal Rearden sin conocimientos suficientes, sin capacidad para saber lo que había sucedido en los laboratorios experimentales de la «Rearden Steel» durante diez años de apasionada devoción y de agotadores esfuerzos. Resultaba adecuado llamarle ahora «Metal Milagro», ya que «milagro» era el único nombre que podía aplicarse a aquellos diez años, y a la serie de estudios que habían permitido el nacimiento del metal; un milagro era cuanto aquel metal podía representar a sus ojos; el producto de una causa desconocida e inédita; un objeto dentro de la naturaleza, imposible de explicar, pero del que podían apoderarse como de una piedra o de una hierba. «¿Permitiremos que tantos permanezcan en la necesidad mientras unos cuantos nos despojan de los mejores productos y de los mejores métodos?»

«Si no hubiera sabido que mi vida depende de mi mente y de mi esfuerzo —estaba diciendo interiormente a aquellos hombres situados en hilera a través de los siglos—, si no hubiera convertido en mi mayor propósito moral. el ejercicio de los mejores esfuerzos y de la plena capacidad de mi cerebro, con el fin de sostener y dar más amplitud a mi vida, no habríais encontrado nada de qué despojarme; nada sobre lo que basar vuestra existencia. No son mis pecados los que usáis para perjudicarme, sino mis virtudes; mis virtudes según vuestra propia opinión, ya que vuestra vida depende de ellas y las necesitáis. No buscáis destruir mis logros, sino robarlos.»

Recordó la voz del gigoló de la ciencia al decirle: «Perseguimos el poder y nos esforzamos en obtenerlo. Sois tipos secundarios, pero nosotros conocemos el verdadero sistema». «No buscamos el poder —dijo a aquellos antecesores espirituales del gigoló — ni vivimos gracias a lo que condenamos. Consideramos la habilidad productora como una virtud y permitimos que el grado de esta virtud sea la medida de la recompensa humana. No extraemos ventaja alguna de aquello que consideramos malo. No nos es precisa la existencia de ladrones de Banco con el fin de operar en los nuestros, ni de rateros con el fin de aprovisionar nuestras casas, ni de criminales para proteger nuestras vidas. Vosotros, en cambio, necesitáis los productos de la habilidad humana; pero aun así seguís proclamando que la habilidad productora es egoísmo y maldad y convertís el grado de productividad de un hombre en medida de su pérdida. Nosotros vivíamos para lo que considerábamos bueno y castigábamos lo que creíamos malo. Vosotros vivís para lo que denunciáis como malo y castigáis lo que sabéis que es bueno.»

Recordó la fórmula de castigo que Lillian había tratado de imponerle; la fórmula que había considerado demasiado monstruosa para ser creída y que ahora contemplaba en toda su total eficacia, como sistema de pensamiento y como medio de vida en una escala mundial. Allí estaba la clase de castigo que requería la virtud de la víctima como combustible para hacerlo actuar; su invento del metal Rearden era utilizado como causa de expropiación; el honor de Dagny y la profundidad de sus sentimientos mutuos servía de herramienta de chantaje al que los depravados permanecerían inmunes, y en los Estados populares de Europa millones de hombres eran retenidos en el cautiverio debido a su energía, extraída en trabajos forzados, a su habilidad para alimentar a sus amos, a un sistema de rehenes, a su amor por sus hijos, esposas y amigos, al amor, la habilidad y el placer utilizados como alimento y amenaza, como señuelo para la extorsión. El amor se unía al miedo, la habilidad al castigo, la ambición a la confiscación. Se utilizaba el chantaje como ley, y el alejamiento del dolor y no el deseo de placer, como único

incentivo para el esfuerzo y única recompensa a lo conseguido. Los hombres eran mantenidos en la esclavitud, debido a su capacidad para vivir y a todas aquellas alegrías que esperan de la vida. Tal era el código aceptado por el mundo, y tal la llave de dicho código; el amor a la existencia clavaba al hombre a un circuito de torturas, de modo que quien no tuviera nada que ofrecer sería quien no temiese nada; de modo que las virtudes que hacían posible la vida y los valores que le prestaban significado se convirtieran en agentes de su destrucción; de modo que lo mejor de cada uno se volviera instrumento de su propia agonía, y la vida del hombre sobre la tierra acabara constituyendo un hecho poco práctico.

«Si vuestro código representa la vida —le repitió la voz de un hombre a quien no podía olvidar—, ¿qué representa entonces el suyo?»

«¿Por qué el mundo había aceptado aquello? —pensó—. ¿Cómo habían podido las victimas sancionar un código que las declaraba culpables de existir?» Luego la violencia de un impacto interior convirtióse en inmovilidad completa dentro de su cuerpo, mientras seguía sentado contemplando una repentina visión: ¿No lo había hecho también él? ¿No había dado su sanción al código de la autocondena? Recordó cómo Dagny y la profundidad de los sentimientos que ambos se profesaban… el chantaje de que los depravados quedarían inmunes… ¿no habían sido llamados depravación también por él? ¿No fue el primero en proferir todos' los insultos con que la hez humana lo amenazaba ahora? ¿No había aceptado como culpable la mayor felicidad que hubiera experimentado jamás?

«Tú que no admitirías un uno por ciento de impureza en una aleación de metal —le estaba diciendo la inolvidable voz—, ¿qué has hecho con tu código moral?»

—Bien, míster Rearden —dijo la voz del doctor Ferris—. ¿Me comprende ahora? Conseguimos ese metal o hacemos público todo lo referente a Miss Taggart y usted.

Pero Rearden no veía al doctor Ferris. Bajo una violenta claridad, semejante a la de un reflector, que de pronto despejara para él todas las incógnitas, estaba rememorando el día en que conoció a Dagny.

Sucedió unos meses después de que ella hubiera sido nombrada vicepresidente de la «Taggart Transcontinental». Durante algún tiempo había estado escuchando escépticamente los rumores acerca de que el ferrocarril estaba gobernado por la hermana de Jim Taggart. Aquel verano, exasperado ante los retrasos y contradicciones de la «Taggart» acerca de un pedido de rieles para una nueva línea, pedido que Taggart alteraba, retiraba y volvía a presentar, alguien le dijo que, si deseaba sacar algo en limpio, lo mejor era ponerse al habla con la hermana de Jim. Telefoneó a su oficina para concertar una entrevista, insistiendo en que se celebrara aquella misma tarde. La secretaria le dijo que Miss Taggart se hallaba en el lugar donde se efectuaban las obras, en la estación de New Ford, entre Nueva York y Filadelfia, y que lo recibiría gustosamente allí si así lo deseaba. Se dirigió hacia el lugar mencionado con cierto rencor. Hasta entonces, todas las mujeres de aquel tipo que había conocido distaban mucho de agradarle, y, por otra parte, opinaba que los ferrocarriles no eran asuntos en los que una mujer pudiera intervenir. Esperó hallarse ante una heredera mimada, que utilizaba su nombre y su sexo como substitutivos de una habilidad que no poseía, o bien una mujer de rostro ceñudo y aire atildado, parecida a una directora de sección de un almacén.

Luego de descender del último vagón de un largo tren, más allá de los andenes de la estación de New Ford, observó una aglomeración y apartaderos, vagones de carga, grúas y excavadoras a vapor, descendiendo desde la vía principal por la pendiente de un barranco, donde los obreros trazaban la base de la nueva vía. Empezó a caminar entre los apartaderos hacia el edificio de la estación. De pronto, se detuvo.

Había visto a una muchacha de.pie sobre un montón de maquinaria apilada en un vagón plataforma. Miraba hacia el barranco con la cabeza levantada y mechones de desordenado pelo agitándose al viento. Su sencillo vestido gris semejaba una leve capa de metal sobre un cuerpo esbelto destacando contra la extensión de soleado espacio y de cielo. Su actitud tenía la ligereza y la despreocupada precisión de quien posee una arrogante y pura confianza en sí mismo. Observaba los trabajos con el aire atento y decidido de un ser competente, que goza con sus funciones. Parecía como si aquél fuera su lugar, su momento y su mundo; como si el goce fuera su estado natural. Su cara era la forma viviente de una inteligencia palpitante y activa; una cara de muchacha con boca de mujer. Parecía no darse cuenta de su cuerpo, considerándolo no más que como un templado instrumento dispuesto a servir sus propósitos, del modo que ella deseara.

De haberse formulado poco antes la pregunta de si imaginaba lo que, a su juicio, debía ser la mujer, se hubiera contestado no; sin embargo, al verla, comprendió que era aquélla la imagen ideal y que lo había sido durante muchos años. Pero no la miraba como mujer. Se había olvidado de dónde estaba y a lo que iba. Sentíase presa de una sensación infantil de alegría, a causa de la delicia que le ocasionaba lo inesperado y lo aún no descubierto; retenido por el asombro de comprender cuan raramente presenciaba algo que le agradase y aceptase por sí mismo. La miraba con débil sonrisa, como hubiera contemplado una estatua o un paisaje, sintiendo el simple placer de la visión; el placer más puramente estético que hubiera experimentado jamás.

Al ver acercarse a un guardavías le preguntó: «¿Quién es?»

«Dagny Taggart», repuso el hombre continuando su camino.

Rearden sintió como si aquellas palabras le repercutieran en la garganta. Notó la iniciación de una corriente que le cortó el aliento un instante y descendió luego por su cuerpo, llevando en sus ondas cierto sentimiento de pesadez que lo dejó desprovisto de sus facultades, excepto una. Con anormal claridad tuvo noción del lugar, del nombre de la mujer y de todo lo que implicaba; pero el conjunto retrocedía hasta situarse en un circulo exterior, convirtiéndose en presión que lo dejaba solo en el centro, como significado y esencia del círculo. La única realidad consistía en el deseo de poseer a aquella mujer en aquel momento y allí mismo, sobre el vagón plataforma, bajo el sol; hacerla suya antes de que ambos cambiaran una palabra, como primer acto de su encuentro. Porque todo quedaría así dicho y porque llevaban años mereciéndolo.

Ella volvió la cabeza. En la lenta curva de su movimiento, sus ojos se posaron en él, deteniéndose allí. Henry se sintió seguro de que había comprendido la naturaleza de su mirar, de que se sentía retenida por él, pero de que aun así, no se atrevía a dar un nombre a todo aquello. Sus pupilas se apartaron y la vio hablar con un hombre que se hallaba en pie junto al vagón, tomando notas.

Dos cosas sucedieron al propio tiempo: volvió a la realidad normal y sufrió el estremecedor impacto de la culpa. Por un instante notó la proximidad de algo que nadie puede sentir plenamente y sobrevivir: un sentimiento de odio hacia sí mismo, más terrible aún porque una parte de su ser rehusaba admitirlo haciéndolo sentirse todavía más culpable. No era una progresión de palabras, sino el instantáneo veredicto de una emoción; un veredicto que le advirtió que aquélla era su naturaleza; aquélla su depravación; aquél el vergonzoso deseo que nunca había podido reprimir y que ahora acudía a él en respuesta a la única sensación de belleza que hubiera sentido jamás, con una violencia que nunca consideró posible. La única libertad que le restaba consistía en ocultarlo y en despreciarse a sí mismo; pero jamás se libraría de ello, mientras él y aquella mujer alentaran.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, ni la devastación que aquel breve lapso había operado en él. Todo cuanto pudo conservar fue la voluntad de decidir que ella nunca debía saberlo.

Esperó hasta que ella hubo bajado y el hombre de las notas desapareció; se aproximó entonces a la joven y le dijo fríamente:

—¿Miss Taggart? Soy Henry Rearden.

—¡Oh! —Fue solamente una breve expresión de asombro, luego la oyó preguntar con voz tranquila y natural—: ¿Cómo está usted, míster Rearden?

Supo, aunque sin admitirlo ante sí mismo, que aquel leve fallo procedía de cierto débil equivalente a sus propios sentimientos. Se alegraba de que un rostro que le había resultado agradable perteneciera a un hombre al que podía admirar. Cuando empezó a hablar con ella de negocios, los modales de Rearden se hicieron más duros y bruscos que cuando interpelaba a algún cliente masculino.

Pasando del recuerdo de la muchacha en pie sobre el vagón, al certificado de entrega colocado sobre su escritorio, le pareció como si ambas cosas se mezclaran en un mismo y repentino movimiento, fundiendo los días y las vidas transcurridos entre ambos momentos. A la claridad que iluminó el momento de contemplar la suma de aquello, le pareció obtener respuesta a todas sus preguntas.

«¿Culpable? —pensó—. Más de lo que pude colegir; más de lo que pude imaginar. Aquel día fui culpable del mal de condenar como malvado lo que era mejor en mí. Condené el hecho de que mi mente y mi cuerpo formaran una unidad y de que mi cuerpo respondiera a los valores de mi mente. Condené el hecho de que la alegría sea la raíz de la existencia, el motivo que mueve a todo ser viviente; que la necesidad del propio cuerpo constituya la meta del espíritu; que mi cuerpo no sea una masa de músculos inanimados, sino un instrumento capaz de prestarme experiencia y alegría con los que unir mi carne y mi espíritu. Esa capacidad que condené como vergonzosa y que me había dejado indiferente ante las mujerzuelas, me confería ahora un deseo propio que era respuesta a la grandeza de una mujer. Ese deseo que yo condenaba como obsceno, no procedía de la visión de su cuerpo, sino del conocimiento de que aquella adorable forma expresaba el espíritu que estaba contemplando; no era su cuerpo lo que yo deseaba, sino su persona; no era la muchacha de gris la que anhelaba poseer, sino la mujer que dirigía un ferrocarril.

»Pero condené la capacidad de mi cuerpo para expresar lo que sentía. Condené como una afrenta hacia ella el más alto tributo que podía prestarle, del mismo modo que los demás condenan mi habilidad para convertir el esfuerzo de mi mente en metal Rearden: como me condenan por el poder de transformar la materia, hasta el punto de que sirva a mis necesidades. Acepté su código y creí, como me enseñaron, que los valores del espíritu deben seguir como impotente anhelo, no expresado en acción ni traducido en realidad, mientras la vida del cuerpo ha de transcurrir mísera en actuaciones degradantes y sin sentido, y que quienes pretenden disfrutar han de verse tachados de animales inferiores.

»Quebranté su código, pero caí en la trampa que me tendían; la trampa de un código ideado para ser roto. No me enorgullecí de mi rebelión; la consideré culpable; no les maldije a ellos, sino a mí; no maldije su código, sino la existencia, y oculté mi felicidad como un secreto vergonzoso. Debí haberla vivido al aire Ubre, como derecho propio, o convertir a esa mujer en mi esposa como ya lo era en realidad. Pero taché mi dicha de maldad y se la hice soportar como una desgracia. Lo que ahora quieren hacer con ella lo hice yo primero. Soy yo quien ha convertido todo esto en posible.

»Obré así en nombre de mi piedad hacia la más despreciable mujer que conozco. También esto formaba parte de su código y lo acepté. Creí que una persona debe a otra ciertos deberes, sin pedir nada a cambio. Creí que era mi deber amar a una mujer que no me daba nada; que traicionaba todo aquello por lo que yo vivía, que solicitaba su dicha al

precio de la mía. Creí que el amor es un don estático y que, una vez ofrecido, no ha de merecerse ya, del mismo modo que ellos creen que la riqueza es una posesión estática de la que pueden apoderarse y retenerla sin mayor esfuerzo. Creí que el amor es gratuito, no una recompensa que haya de merecerse, del mismo modo que ellos creen su derecho exigir una riqueza que no han ganado. Del mismo modo que están seguros de que sus necesidades pueden ser atendidas con mi energía, creí también que su desgracia era una reclamación sobre mi vida. En nombre de la piedad, no de la justicia, soporté diez años de autotortura. Coloqué la compasión por encima de mi conciencia; ése es el núcleo de mi culpa. Mi crimen fue cometido cuando le dije: «Según mis normas, el prolongar este matrimonio constituiría un despreciable fraude. Ahora bien; mis normas no son las tuyas. No las entiendo ni nunca las entendí, pero las aceptaré».

»Aquí están ahora, puestas sobre mi mesa, las normas que acepté sin comprender. Éste es su amor hacia mí; ese amor en que nunca creí, pero del que traté de liberarme. Éste es el producto final de lo no merecido. Consideré inadecuado cometer una injusticia, siempre que fuera yo el único en sufrir las consecuencias, pero nada puede justificar la injusticia, y éste es mi castigo por aceptar como bueno el despreciable mal de la autoinmolación. Creí que sería la única víctima, pero he sacrificado a la más noble mujer ante la más vil de ellas. Cuando se obra basándose en la compasión y contra la justicia, es a los buenos a quienes se castiga en beneficio del mal; cuando se salva del sufrimiento a un culpable, es a los inocentes a quienes se obliga a sufrir. No existe escapatoria a la justicia; nada queda sin merecer o sin pagar en el universo, ni en materia ni en espíritu, y si el culpable no paga, entonces paga el inocente.

»No han sido los saqueadores de riqueza quienes me han derrotado, sino yo mismo. No me desarmaron ellos; fui yo quien arrojé mi arma. Ésta es una lucha que sólo puede librarse con las manos limpias, porque el único poder del enemigo se encuentra en los males de la propia conciencia; y yo acepté un código que me hizo considerar la fortaleza de mis manos como un pecado y una mancha.»

—¿Nos entrega usted ese metal, míster Rearden?

Miró el certificado de entrega, puesto sobre la mesa, y evocó la memoria de la muchacha sobre el vagón. Preguntóse si podía entregar al radiante ser visto en aquel momento a los saqueadores de la mente y a los rufianes de la prensa. ¿Podía continuar permitiendo que los inocentes soportaran el castigo? ¿Podía permitir que ella se colocara en la situación que él debió haber adoptado? ¿Podía desafiar el código del enemigo cuando la desgracia se abatiría sobre ella, no sobre él; cuando el barro le sería arrojado a ella, no a él; cuando ella tendría que luchar mientras él permanecía inmune? ¿Podía permitir que la existencia de Dagny se convirtiera en un infierno, que él no podría compartir?

Continuó sentado, mirándola. «Te amo», dijo a la muchacha del vagón, pronunciando silenciosamente las palabras que condensaron el significado de aquel momento, cuatro años atrás. Sintiendo la dicha solemne inherente a las mismas, aun cuando fuera aquél el modo en que las pronunciara por vez primera.

Miró el certificado de entrega. «Dagny —pensó—, no me dejarías hacerlo; me odiarías si te enteraras, pero no quiero que pagues mis deudas. La culpa fue mía, y no debo transmitirte el castigo que yo he de aceptar. Aunque no me quede nada más, todavía poseo esto: veo la verdad; me siento Ubre de culpas y puedo contemplarme libre de ellas. Sé que estoy en lo cierto, de manera completa y por vez primera, y que seguiré permaneciendo fiel a aquel mandamiento de mi código que nunca quebranté: ser un hombre que paga su propio tránsito por la vida.»

«Te amo», dijo a la muchacha del vagón, sintiendo como si la luz de aquel sol estival le tocara la frente; como si también él se encontrara de pie, bajo un firmamento despejado, sobre una tierra sin obstáculos, sin nada más que él mismo.

—Bien, míster Rearden, ¿va usted a firmar? —preguntó el doctor Ferris. La mirada de Rearden se posó en él. Se había olvidado de Ferris. No sabía si éste había estado hablando, discutiendo o esperando en silencio.

—¡Oh! —exclamó—. ¿Eso?

Tomó una pluma y, sin pensarlo, con el ademán fácil de un millonario que extiende un cheque, estampó su nombre al pie de la estatua de la libertad y empujó el certificado hacia su visitante.

CAPÍTULO VII

LA MORATORIA SOBRE EL CEREBRO

—¿Dónde estuvo todo este tiempo? —preguntó Eddie Willers al obrero sentado ante él en la cafetería subterránea. Y añadió con una sonrisa que era al propio tiempo una rogativa, una excusa y una confesión desesperada—: ¡Oh! Soy yo quien ha permanecido ausente varias semanas. —Su sonrisa semejaba el esfuerzo de un niño lisiado que intenta hacer un ademán sin conseguirlo nunca—. Vine una vez, hace dos semanas, pero aquella noche usted no estaba. Temí que se hubiera ido… ¡Es tanta la gente que desaparece sin avisar! Me han dicho que centenares de personas deambulan por el país. La policía los detiene por abandonar sus trabajos; los llaman desertores; pero hay demasiados de ellos y no se dispone de víveres para darles de comer en la prisión, así es que a nadie le importa que suceda lo que suceda. He oído decir que los desertores vagabundean de un lado a otro, realizando trabajos extraños o cosas peores aún, porque, ¿quién puede ofrecer trabajo alguno en estos días? Estamos perdiendo a los mejores hombres, a aquellos que trabajaron en la compañía durante veinte años e incluso más. ¿Por qué quieren encadenarlos a sus tareas? Esos hombres, que nunca quisieron marcharse, pero que ahora lo hacen al menor desacuerdo, dejando simplemente sus herramientas a cualquier hora del día o de la noche, provocando toda clase de interrupciones, son los mismos que saltaban de la cama y acudían corriendo cuando el ferrocarril los necesitaba… Debería usted ver la clase de desechos humanos con que tenemos que cubrir las vacantes. Algunos tienen buenas intenciones, pero sienten temor a su sombra. Otros pertenecen a esa clase de inmundicia que yo no creí existiera; consiguen el empleo y como saben que no podemos despedirlos otra vez, nos demuestran claramente su escasa intención de trabajar, aun cuando reciban el salario convenido. Disfrutan con el actual estado de cosas. ¿Puede imaginar que haya seres humanos a quienes guste eso? Pues sí, los hay… No creo estar totalmente seguro de lo que nos sucede. Desde luego, es una realidad, pero no acabo de creerla. Sigo pensando que la locura es un estado en que la persona ha perdido la noción de lo real. Bien; lo real es ahora locura; y si lo acepto como real, es que mi mente está trastornada… Continúo trabajando y me digo que ésta es la «Taggart Transcontinental».

Espero el regreso de ella y creo que la puerta se va a abrir en cualquier momento, pero… ¿Cielos! No debería mencionar esto… ¿Cómo?. ¿Que ya lo sabe? ¿Sabe que se ha marchado?… Se mantiene en secreto, pero creo, que todo el mundo lo sabe, aunque nadie lo diga. Manifiestan que se ha ido de permiso. Sigue en la nómina como nuestro vicepresidente de la Sección de Operaciones. Creo que Jim y yo somos los únicos enterados de que ha presentado la dimisión. Jim siente un miedo mortal a que sus amigos de Washington le exijan explicaciones en cuanto se haga pública esa dimisión. Se considera desastroso para la moral pública que una persona importante abandone su puesto, y Jim no quiere enterarlos de que tiene un desertor en su propia familia… Pero eso no es todo. Teme también que* los accionistas, los* empleados y quienquiera que tenga relaciones con la compañía, pierda el último resto de confianza en la «Taggart Transcontinental» en cuanto sepan que ella no está. Usted creerá tal vez que eso no importa ya, puesto que ninguno de ellos puede hacer nada para cambiar la situación. Sin embargo, Jim sabe que hemos de conservar cierta semblanza de esa grandeza que en otros tiempos fue norma de la «Taggart Transcontinental». Pero la última partícula de la misma se ha marchado con ella… No; no saben dónde está… Yo sí, pero no pienso decirlo. Soy

el único que lo sabe… ¡Oh, sí! Han intentado averiguarlo. Probaron de sonsacarme con todos los medios, pero no ha servido de nada. No lo diré a nadie…

»Debería usted ver la foca amaestrada que tenemos ahora en su lugar… me refiero a nuestro nuevo vicepresidente de Operaciones. Porque sí, tenemos uno, pero es como si no lo tuviéramos. Se llama Clifton Locey y procede del personal particular de Jim. Es un joven de cuarenta y siete años, brillante y progresista, amigo de Jim. Se supone que tan sólo la substituirá provisionalmente; pero se sienta en su despacho y todos sabemos que es el auténtico nuevo vicepresidente. Da órdenes, aunque procurando que nadie le sorprenda en el acto de hacerlo. Se afana para asegurarse de que nunca se le pueda achacar ninguna decisión y de este modo queda a salvo de recriminaciones. Su proyecto no consiste en dirigir el ferrocarril, sino tan sólo en retener su empleo. No quiere dirigir trenes, sino tan sólo complacer a Jim. Le importa un comino que se muevan o no los convoyes, mientras él pueda causar buena impresión en Jim y en los muchachos de Washington. Hasta ahora, míster Clifton Locey ha logrado poner en la calle a dos hombres. A un joven, tercer asistente, por no cursar una orden que míster Locey nunca dio; y al encargado de Mercancías por cursar otra que, en efecto, salió de/él, aunque el jefe de Mercancías no ha podido demostrarlo. Los dos han sido despedidos oficialmente por decreto de la Oficina de Unificación… Cuando las cosas marchan bien, lo que nunca se prolonga más allá de media hora, míster Locey demuestra un gran empeño en recordarnos que «no estamos en los días de Miss Taggart». A la primera señal de conflicto me llama a su despacho y me pregunta, casualmente en medio de una charlatanería insoportable, qué solía hacer Miss Taggart en un caso así. Yo le respondo siempre que puedo. La compañía sigue siendo la misma y miles de vidas en docenas de trenes dependen de nuestras decisiones. Pero entre tales momentos de conflicto, míster Locey suele abandonar su actitud amistosa y me trata con brusquedad a fin de que no me haga ilusiones acerca de ser imprescindible. Se ha empeñado en cambiarlo todo, en todos los aspectos no importantes, pero se muestra sumamente precavido en no alterar nada fundamental. Lo malo estriba en que, con frecuencia, no sabe discriminar… El primer día de su tarea me dijo que no le parecía buena idea tener un retrato de Nat Taggart en la pared. «Nat Taggart —explicó —pertenece a un obscuro pasado, a la época del egoísmo y la avaricia, y no constituye exactamente un símbolo de nuestra política moderna y progresiva. Podría causar mala impresión. La gente lo identificara quizá conmigo.» «No lo creo posible», le contesté. Pero aun así, quité el retrato. ¿Cómo?… No; Miss Taggart no sabe nada de esto. No he tenido contacto ninguno con ella.* Me encargó que no lo hiciera…

»La semana pasada estuve a punto de marcharme. Discutimos sobre el «especial» de Chick. Míster Chick Morrison de Washington, o quién diablos sea, se había marchado a realizar una jira de conferencia por el país, para explicar la directriz y reforzar la moral popular, ya que las cosas se están poniendo difíciles en todas partes. Exigió un tren especial para él y su grupo; coche cama, coche salón, comedor con bar y una antesala. La Oficina de Unificación le dio permiso para viajar a cien millas por hora, teniendo en cuenta, según dijeron, que no se trataba de un viaje con fines comerciales, sino de una misión en la que convencer a la gente para que continúen rompiéndose la columna vertebral, con el fin de obtener beneficios con los que apoyar a hombres que se creen superiores por el hecho de no conseguir ninguno. El conflicto empezó cuando míster Chick Morrison pidió una locomotora «Diesel» para el tren. Todas las «Dieseis» de que disponemos se encuentran de servicio, arrastrando el «Comet» y los trenes de mercancías transcontinentales, y no disponíamos de ninguna en todo el sistema, salvo una excepción que yo no estaba dispuesto a mencionar a míster Clifton Locey. Míster Locey armó un escándalo, gritando que no podíamos rehusar una demanda a míster Chick Morrison. No sé qué estúpido le hablaría finalmente de la «Diesel» guardada en Winston, Colorado, en

la boca de un túnel. Ya sabe el modo en que nuestras «Diesel» se estropean hoy día. Están exhalando su último suspiro. Por tal motivo, aquella locomotora extra había de ser guardada en el túnel. Se lo expliqué a míster Locey, le amenacé, le supliqué; le dije que ella había convertido en regla especialísima que la estación de Winston no quedara nunca sin una «Diesel» de reserva. Me dijo que él no era Miss Taggart y que lo tuviera muy en cuenta… ¡Como si pudiera olvidarlo! Añadió que aquella disposición era una tontería, porque durante los últimos años no había ocurrido nada y la estación de Winston podía privarse de una «Diesel» durante un par de meses. No pensaba preocuparse de un desastre teórico cuando nos enfrentábamos a otro más real, concreto e inmediato; el de que míster Chick Morrison pudiera enfadarse con nosotros. Bien. El «especial» de Chick consiguió la «Diesel». Y el superintendente de la división de Colorado presentó la dimisión. Míster Locey otorgó dicho empleo a un amigo suyo. Pensé marcharme. Nunca lo he deseado como entonces. Pero no lo hice…

»No; no he vuelto a saber nada de ella, ni he vuelto a oír una palabra desde que se marchó. ¿Por qué se muestra usted tan curioso? Olvídela. No volverá… No sé lo que estoy esperando. A lo mejor, nada. Voy viviendo un día tras otro, intentando no mirar hacia delante. Al principio creí que alguien nos salvaría. Pensé que acaso Hank Rearden. Pero éste ha cedido también. No sé cómo habrán conseguido su firma. Debe haber sido terrible. Todo el mundo lo cree así. Todo el mundo murmura, preguntándose qué clase de presión se ejercería sobre él… No; nadie lo sabe. No ha hecho declaraciones públicas y rehúsa recibir visitas… Pero, escuche; le diré algo que todo el mundo comenta. Acérquese un poco más, ¿quiere? Prefiero no levantar la voz. Parece ser que Orren Boyle conocía la directriz desde hace mucho tiempo, semanas o meses, porque había empezado, sin armar ruido y en secreto, a acondicionar sus hornos para la producción de metal Rearden, en una de sus empresas de menos relieve, cierto obscuro lugar situado en la costa de Maine. Estaba, pues, dispuesto a producir metal en el momento en que esa extorsión, me refiero al Certificado de Entrega, fuera firmada. Pero, escuche; la noche antes de empezar el trabajo, y cuando los hombres de Boyle iniciaban el calentamiento de los hornos, escucharon una voz que no supieron si procedía de un aeroplano, de la radio o de algún potente altavoz. Era de hombre y les dijo que les concedía diez minutos para salir de allí. Lo hicieron. Se marcharon apresuradamente, sin detenerse ni un momento, porque la voz les advirtió que era Ragnar Danneskjóld. En la siguiente media hora, la fundición de Boyle quedó arrasada. Arrasada totalmente. Borrada del mapa, sin un solo ladrillo en pie. Dijeron que la destrucción había sido efectuada por cañones navales de largo alcance, situados en algún lugar del Atlántico. Pero nadie vio el barco de Danneskjóld… Eso es lo que se comenta. Los periódicos no han publicado ni una palabra. En Washington afirman que se trata tan sólo de un rumor divulgado por gentes deseosas de que cunda el pánico… No sé si la historia será cierta, pero creo que sí. Espero que sí…

»Cuando tenía quince años solía preguntarme cómo era posible que un hombre acabara convirtiéndose en criminal; no podía entender la causa que provocaba dicho cambio en un ser. Ahora me alegro de que Ragnar Danneskjóld haya volado estos hornos. ¡Que Dios le bendiga y lo proteja de ellos, quienquiera que sea y cualesquiera que sean sus acciones…! Sí; a eso he llegado. Bien. ¿Cuánto creen que la gente puede soportar?… Durante el día no me resulta tan penoso, porque mis ocupaciones me impiden pensar, pero por la noche es distinto. No logro dormir; permanezco despierto horas y horas… ¡Sí! Si quiere saberlo… me preocupo por ella. Siento un temor mortal a que le ocurra algo. Woodstock es sólo un miserable lugarejo a muchas millas de todo centro habitado y la cabaña Taggart se encuentra a veinte millas de él; veinte millas de sendero tortuoso por un bosque olvidado. ¿Cómo saber lo que puede ocurrirle allí, sola, con las bandas de forajidos que pululan por todo el país, sobre todo en regiones tan desoladas como los

Berkshire?… Sé que no debiera pensar en ella. Sé que es mujer capaz de cuidar de sí misma. Pero me gustaría que me escribiera. Me gustaría ir allá. Me dijo que no lo hiciera y prometí esperar… Me alegro de haberlo encontrado esta noche. El hablar con usted, incluso el verle, me alivia mucho. No irá a desaparecer como los otros, ¿verdad?… ¿Cómo? ¿La semana que viene?… ¡Ah! Debido a las vacaciones. ¿Durante mucho tiempo?… ¿Qué le parece la perspectiva de todo un mes de vacaciones?… A mí también me gustaría vivir un mes por cuenta propia. Pero no me dejan… ¿De veras? Le envidio… No le hubiera envidiado hace unos años, pero ahora… también a mí me gustaría marcharme. Le envidio por haber conseguido, durante doce años, tener un mes de vacaciones cada verano.

* * *

Era una carretera obscura, que llevaba en una nueva dirección. Al salir de sus fundiciones, Rearden caminó, no hacia su casa, sino hacia la ciudad de Filadelfia. Era una gran distancia a recorrer, pero deseaba cubrirla aquella misma noche, igual que lo hizo cada tarde durante la semana anterior. Se sentía en paz dentro de la vacía obscuridad del campo, sin nada más que las negras sombras de los árboles a su alrededor; sin percibir más movimiento que e! de su propio cuerpo y el de las ramas movidas por el viento, sin más luz que los lentos destellos de las luciérnagas yendo y viniendo por entre los arbustos. Aquellas dos horas entre las fundiciones y la ciudad constituían para él un lapso de descanso.

Se había trasladado desde su casa a un piso de Filadelfia, sin dar explicaciones a su madre ni a Philip. Nada les dijo, excepto que podían permanecer en la mansión si así lo deseaban y que Miss Ivés se haría cargo de sus facturas. Les rogó que cuando regresara Lillian le dijeran que no intentase verle. Ambos lo habían contemplado en temeroso silencio.

Entregó a su abogado un cheque firmado en blanco y le dijo: «Consígame un divorcio con el pretexto que desee y a cualquier precio. No me preocupan los medios que utilice ni los jueces que haya de comprar, ni si es preciso o no tender una celada a mi mujer. Haga lo que desee; pero no habrá compensación económica para ella ni distribución de bienes». El abogado le miró con un atisbo de sonrisa triste y sabia, como si se tratara de un hecho que venía esperando desde mucho tiempo atrás. Luego le contestó: «De acuerdo, Hank. Podremos conseguirlo, pero nos llevará algún tiempo». «Obténgalo lo antes que pueda.»

Nadie le había hecho preguntas acerca de su firma del Certificado de Entrega, pero notó que en las fundiciones la gente le miraba con intrigada curiosidad, cual si esperasen observar en su cuerpo señales de tortura física.

No sentía nada, excepto la sensación de una tranquila y sosegada penumbra, semejante a una capa de escoria sobre metal fundido cuando se resquebraja y absorbe el último chispazo del blanco resplandor que hay bajo ella. No le causaba emoción alguna pensar en los saqueadores que iban ahora a dirigir la manufactura del metal Rearden. Su deseo de conservar los derechos al mismo y de ser el único que pudiera venderlo había constituido su forma de respeto hacia el prójimo; su creencia de que comerciar con él significaba un acto de honor. Pero dicha creencia, dicho respeto y dicho deseo no existían ya. No le importaba lo que hicieran los otros, ni lo que vendieran, ni dónde compraran su metal, ni que alguno de ellos supiera o no que le había pertenecido. Las sombras humanas que pasaban junto a él por las calles de la ciudad eran objetos físicos sin ningún significado. El campo, con la obscuridad eliminando toda traza de actividad humana y dejando sólo una tierra intacta que en otros tiempos él hubiera podido manejar, eran algo totalmente real.

Llevaba una pistola en el bolsillo por consejo de los policías del coche-radio que patrullaba por las carreteras. Le habían advertido que en aquellos días ninguna ruta era segura después de obscurecer. Con cierta traza de triste jovialidad se dijo que aquella pistola le hubiera sido más necesaria en las fundiciones que en la pacífica seguridad de la despoblada noche. ¿Qué podría arrebatarle algún malhechor vagabundo, comparado a lo que le habían arrebatado hombres que aseguraban erigirse en protectores suyos?

Caminaba vivamente y sin esfuerzo, sintiéndose relajado por una forma de actividad natural en él. Estaba viviendo su período de adiestramiento para la soledad; tendría que aprender-a-vivir sin darse cuenta de los demás; despojado de aquella atención que ahora le paralizaba. Había levantado su fortuna partiendo de la nada; ahora tendría que reconstruir su vida partiendo de un espíritu vacío.

Se concedería un breve lapso de tiempo para aquel adiestramiento y luego reclamaría el único valor incomparable de que aún podía disponer; el único deseo que aún se mía puro y total: acudiría a Dagny. En su mente se habían ido formando dos preceptos: uno consistía en un deber y el otro en un deseo apasionado, el primero significaba en no enterar nunca a Dagny del motivo de su rendición ante los saqueadores; el segundo, decirle las palabras que debió haber concebido en su primer encuentro y pronunciado en la galería de la casa de Ellis Wyatt.

Tan sólo la brillante claridad de las estrellas estivales le guiaba mientras continuaba caminando; pero podía distinguir la carretera y los restos de un muro de piedra frente a él, en el ángulo de un cruce. Aquel muro no tenía ya nada que proteger, aparte de una extensión de hierbajos y un sauce que se inclinaba sobre el camino, y a mucha más distancia, las ruinas de una granja a través de cuyo tejado brillaban algunas estrellas.

Continuó caminando, diciéndose que incluso aquello retenía el poder de atribuirse cierto valor. Que le confería la promesa de un largo lapso de espacio, no molestado por la intrusión humana.

El hombre que salió repentinamente a la carretera, debió haber estado escondido tras el sauce; lo hizo de manera tan brusca que pareció haber brotado del centro mismo de la ruta. Rearden se llevó la mano al bolsillo en el que guardaba la pistola, pero interrumpió su movimiento, al darse cuenta, por la postura altiva de aquel cuerpo, por la línea recta de sus hombros contra el cielo estrellado, de que no era un bandido. Al escuchar su voz comprendió también que no iba a pedirle nada.

—Quiero hablar con usted, míster Rearden.

La voz poseía la firmeza, la claridad y la cortesía peculiar de quienes están acostumbrados a dar órdenes.

—Usted dirá- repuso Rearden—. Pero confío en que no vaya a pedirme ayuda ni dinero.

Aquel hombre vestía un traje tosco, pero bien cortado. Llevaba pantalones obscuros y una chaqueta de cuero también azul obscuro, abrochada hasta el cuello, prolongando las líneas de su larga y esbelta figura. Se cubría la cabeza con una gorra del mismo color y todo cuanto Rearden pudo ver de él en la noche fueron sus manos, su cara y un mechón de pelo rubio en las sienes. No esgrimía arma alguna, sino que sostenía un paquete envuelto en arpillera, del tamaño de un cartón de cigarrillos.

—No, míster Rearden —dijo—. No pretendo pedirle dinero, sino devolvérselo.

—¿Devolverme dinero?

—Sí.

—¿Qué dinero?

—La pequeña parte de una deuda muy grande.

—¿Una deuda de usted?

—No; no mía. Se trata sólo de un pago a cuenta, pero deseo que lo acepte como prueba de que si vivimos lo suficiente usted y yo, le será devuelto hasta el último dólar de esa deuda.

—¿Qué deuda?

—El dinero que le fue arrebatado por la fuerza.

Extendió el paquete a Rearden, abriendo la arpiüera, y éste pudo ver cómo la claridad estelar arrancaba destellos de fuego a una superficie lisa como un espejo. Por su peso y contextura se dijo que era un lingote de oro.

Miró el lingote y luego al rostro de aquel hombre, más duro y menos revelador que el mismo metal.

—¿Quién es usted? —le preguntó.

—Un amigo de los que carecen de ellos.

—¿Ha venido tan sólo para entregarme esto?

—Sí.

—¿Pretende decir que ha tenido que esperarme de noche en una carretera solitaria, no para robarme, sino para hacerme el obsequio de una barra de oro?

—Sí.

—¿Por qué motivo?

—Cuando el robo se comete a la luz del día, sancionado por la ley, como ocurre en nuestros tiempos, todo acto de honor o de restitución ha de quedar oculto.

—¿Qué le hace suponer que voy a aceptar un regalo de tal género?

—No es un regalo, míster Rearden. Se trata de su propio dinero. Pero he de pedirle un favor. No voy a imponerle condiciones, porque la propiedad condicional no puede existir. El oro es suyo y puede usarlo como quiera. Pero he arriesgado mi vida para traérselo y voy a solicitar de usted como favor que lo reserve para el futuro, o que lo gaste por sí mismo, en su propia comodidad y en su placer. No lo entregue a nadie y sobre todo no lo invierta en su negocio.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que sirva de beneficio a nadie, sino a usted. De lo contrarío quebrantarla un juramento formulado hace tiempo, del mismo modo que quebranto cuantas reglas me impuse al hablar con usted esta noche.

—¿Qué quiere decir?

—He estado reuniendo este dinero durante mucho tiempo. Pero no planeé verle, hablarle de él o entregárselo hasta mucho más adelante.

—Entonces, ¿por qué lo hace ahora?

—Porque no puedo resistir más.

—¿Resistir qué?

—Creí que había visto todo cuanto puede verse y que no existía nada cuya visión no pudiera soportar. Pero cuando le arrebataron el metal Rearden, aquello fue demasiado, incluso para mí. Sé que no necesita el regalo de este oro. Lo que usted necesita es la justicia que representa y el saber que existen hombres preocupados por ella.

Forcejeando para no dejar entrever una emoción que se iba incrementando a través de su asombro y por encima de todas sus dudas Rearden intentó atisbar aquel rostro; buscar alguna clave que le ayudara a comprender. Pero carecía de expresión y no había cambiado ni una sola vez mientras hablaba, como si su interlocutor hubiera perdido desde mucho tiempo antes toda capacidad para sentir y cuanto quedara de él fueran unas

facciones implacables y muertas. Con un estremecimiento de sorpresa, Rearden empezó a pensar que no era en realidad la cara de un hombre, sino la de un ángel vengador.

—¿Por qué le preocupa todo esto? —preguntó—. ¿Qué representa para usted?

—Mucho más de lo que puede sospechar. Y tengo un amigo para quien usted representa también más de lo que lograría concebir. Hubiera dado cualquier cosa por encontrarse junto a usted en el día de hoy, pero no ha podido acudir; por eso vine en su lugar.

—¿Qué amigo?

—Prefiero no nombrarlo.

—¿Dice que ha pasado mucho tiempo reuniendo este dinero para mí?

—He conseguido mucho más de lo que aquí ve —repuso señalando el oro—. Lo retengo en su nombre y se lo entregaré cuando llegue el momento. Esto es sólo una muestra, como prueba de que existe. Y si llega un momento en que vea robados sus últimos bienes, quiero que recuerde que tiene una amplia cuenta bancaría esperándole.

—¿Qué cuenta?

—Si intenta reflexionar sobre el dinero que le ha sido arrebatado por la fuerza, llegará a la conclusión de que esa cuenta significa una suma considerable.

—¿Cómo la ha reunido? ¿De dónde procede ese oro?

—Fue extraído a quienes le robaron.

—¿Extraído por quién? —Por mí.

—¿Quién es usted?

—Ragnar Danneskjold.

Rearden le contempló largamente, sin moverse, y luego dejó que el oro cayera de su mano.

Los ojos de Danneskjold no siguieron el lingote hasta el suelo, sino que permanecieron fijos en Rearden, sin cambiar de expresión.

—¿Preferiría tener ante usted a un ciudadano respetuoso de las leyes, míster Rearden? De ser así, ¿qué leyes debo acatar? ¿La directriz 10-289?

—Ragnar Danneskjold… —murmuró Rearden como si estuviera contemplando la totalidad de la pasada década; como si observara la enormidad de un crimen perpetrado a través de diez años y contenido en dos palabras.

—Piense con más cuidado, míster Rearden. En la actualidad sólo nos quedan dos modos de vivir: saquear a víctimas desarmadas ó convertirnos en victimas que trabajen en beneficio de sus explotadores. Yo no soy ni una cosa ni otra.

—Ha escogido vivir basándose en la fuerza, igual que ellos.

—Sí. Pero abiertamente. Honradamente, si lo prefiere así. Yo no robo a gentes encadenadas e inmovilizadas. No exijo que mis víctimas me ayuden. No les digo que actúo en su propio bien. En cada encuentro con otros hombres, pongo en juego mi propia vida y todos disfrutan de una posibilidad de manejar sus cañones y sus mentes contra los míos. ¿No le parece bien? Combato contra la fuerza organizada, las armas, los aviones y los barcos de guerra de cinco continentes. Si lo que desea expresar es un juicio moral, míster Rearden, piense en esto: ¿quién posee más alta moralidad: yo o Wesley Mouch?

—No puedo darle una respuesta —dijo Rearden en voz baja.

—¿Por qué se siente turbado, míster Rearden? Me limito a actuar según el sistema establecido por mis semejantes. Si creen que la fuerza es el medio adecuado para contender unos con otros, no hago sino darles lo que piden. Si creen que el propósito de mi vida es servirles, dejémosles que intenten imponerme dicho credo. Si imaginan que mi mente es suya, que vengan a buscarla.

—Pero, ¿qué clase de vida ha elegido usted? ¿A qué propósito dedica su mente?

—A la causa de mi amor.

—¿Cuál es?

—La justicia.

—¿Servida como pirata?

—No. Trabajando para el día en que no tenga que serlo más.

—¿Qué día será ése?

—El día en que usted disfrute de libertad para conseguir beneficios con el metal Rearden.

—¡Oh, cielos! —exclamó Rearden con expresión desesperada—. ¿Es ésa su ambición?

—Lo es —dijo Danneskjdld, sin que su rostro se alterase.

—¿Y espera vivir ese día?

—Sí. ¿Usted no?

—No.

—Entonces, ¿cuáles son sus perspectivas respecto al futuro, míster Rearden?

—Ninguna.

—¿Para qué trabaja? Rearden le miró.

—¿Por qué me pregunta eso?

—Para hacerle comprender por qué yo no lo hago.

—No espere que apruebe el proceder de un criminal.

—No lo espero. Pero existen unas cuantas cosas que quiero ayudarle a comprender.

—Incluso aunque sea cierto lo que ha dicho, ¿por qué escogió convertirse en bandido? ¿Por qué no se apartó, sencillamente como…?

Se detuvo.

—¿Como Ellis Wyatt, míster Rearden? ¿Como Andrew Stockon? ¿Como su amigo Ken Danagger?

—Sí.

—¿Aprueba usted eso?

—Yo…

Se detuvo, ahogado por sus propias palabras.

Lo que más le sorprendió a continuación fue ver sonreír a Danneskjóld; venía a ser como contemplar el primer verdor de la primavera sobre los planos esculpidos de un iceberg. Comprendió súbitamente, por vez primera, que el rostro de Danneskjóld era más que agraciado; que poseía la asombrosa belleza de una perfección física absoluta; las duras y orgullosas facciones y la boca desdeñosa de la estatua de un vikingo. Pero no se había dado cuenta de ello hasta entonces, casi como si la muerta inmovilidad de su cara hubiera impedido la impertinencia de una apreciación. En cambio, su sonrisa era brillante y viva.

—Por mi parte lo apruebo/míster Rearden. Pero he escogido una misión especial de índole particular. Persigo a un hombre al que quiero destruir. Murió hace siglos, pero hasta que la última traza del mismo haya desaparecido de la tierra no dispondremos de un mundo decente en que vivir.

—¿Qué hombre es ése?

—Robin Hood.

Rearden le contempló perplejo, sin comprender.

—El que se dedicó a robar a los ricos para dar a los pobres. Pues bien, yo soy el hombre que roba a los pobres y da a los ricos… o para ser más exacto, el hombre que roba a ladrones pobres para dar a ricos productivos.

—¿Qué diantre significa todo eso?

—Si recuerda las historias leídas en los periódicos acerca de mi, antes de que cesaran de imprimirlas, debe saber que nunca he robado un buque particular, ni me he apoderado de ninguna propiedad personal. Tampoco robé jamás un transporte militar, porque el propósito de una flota de tal género es proteger de la violencia a los ciudadanos que han pagado por ello, lo que considero función adecuada de un Gobierno. Pero sí me he apoderado de los buques propiedad de saqueadores que se pusieron al alcance de mis cañones; de todo buque oficial de auxilio, de ayuda, de préstamo o de entrega; de todo el que llevara un cargamento de géneros tomados por la fuerza, en beneficio de quienes ni los han pagado ni los han merecido. Me apoderé de barcos que navegaban bajo la bandera de la idea contra la que lucho: la de que la necesidad es un ídolo ansioso de sacrificios humanos; la de que la pobreza de algunos es la hoja de una guillotina pendiente sobre otros; la de que todos hemos de vivir con nuestro trabajo, nuestras esperanzas, nuestros planes y esfuerzos, a merced del momento en que la hoja caiga sobre nosotros, y la de que el alcance de nuestra habilidad es el alcance del peligro que corremos, de modo que el éxito nos decapite, mientras el fracaso nos daría el derecho a tirar de la cuerda. Tal es el horror que Robín Hood inmortalizó como ideal de justicia. Se dice que combatió contra gobernantes avarientos, devolviendo el producto de su botín a los robados; pero éste no es el significado de la leyenda que ha llegado a nosotros. Se le recuerda no como un campeón de la propiedad, sino como campeón de la necesidad; no como defensor de los robados, sino como el amparo de los pobres. Se le cree el primer hombre que asumió un halo de virtud practicando la caridad con la riqueza ajena, ofreciendo bienes que él no había producido y haciendo pagar a otros el lujo de su misericordia. Es el hombre convertido en símbolo de la idea de que la necesidad y no el logro es la fuente de todo derecho; de que no hemos de producir, sino sólo de desear. De que no es lo ganado lo que nos pertenece, sino aquello que no ganamos. Se convirtió en justificación de los seres mediocres que, incapaces de ganarse la vida, exigen el poder de apoderarse de la propiedad de sus mejores, proclamando su voluntad de dedicar la vida a sus inferiores, al precio de robar a quienes están por encima de ellos. Es esta criatura, la más despreciable de* todas, el doble parásito que vive de las llagas del pobre y de la sangre del rico, la que los hombres han llegado a considerar como un ideal moral, Y ello nos lleva a un mundo donde cuanto más produce un hombre más se aproxima a la pérdida de sus derechos. Si su habilidad alcanza una altura apreciable, se convierte en criatura sin derechos, entregada como presa de cualquiera, mientras a fin de quedar situado por encima de derechos, principios y moralidad, en un lugar donde le sea permitida cualquier cosa, incluso robar y asesinar, cuanto haya de hacer es sentirse necesitado. ¿Le asombra que el mundo se hunda a nuestro alrededor? Por eso estoy luchando, míster Rearden. Hasta que los hombres aprendan que de todos los símbolos humanos Robin Hood es el más inmoral y despreciable de todos, no existirá justicia en la tierra ni posibilidad de que los seres humanos sobrevivan.

Rearden escuchaba aturdido, pero bajo aquel aturdimiento, de igual modo que en el primer empuje de una semilla al fructificar, experimentó una emoción que no podía definir, excepto por el hecho de resultarle conocida y muy distante, como algo que hubiese experimentado y a lo que hubiese renunciado mucho tiempo atrás.

—Lo que yo soy en realidad es un policía, míster Rearden. Y el deber de un policía consiste en proteger al hombre de los criminales, considerando criminales a aquellos que se apoderan de lo ajeno por la fuerza. El deber de un policía es devolver a sus dueños el género robado. Pero cuando el robo se convierte en objetivo de la ley y el deber del

policía no consiste en proteger, sino en arrebatar la propiedad, entonces el fuera de la ley le substituye. He estado vendiendo los cargamentos de que me apoderé a algunos clientes especiales del país, que me pagan en oro. También los he vendido a contrabandistas y a negociantes en el mercado negro de los Estados populares de Europa. ¿Sabe cuáles son las condiciones reinantes en dichos Estados populares? Desde que la producción y el comercio, no la violencia, fueron declarados crímenes, los mejores hombres de Europa no tienen más opción que convertirse en criminales. Los capataces de esclavos de dichos Estados se mantienen en el poder gracias a las entregas de que les hacen objeto sus colegas saqueadores en países todavía no exhaustos totalmente como el nuestro. Pero yo no permito que esas entregas lleguen a su destino. Vendo los géneros a personas que quebrantan la ley en Europa, obteniendo los precios más altos que puedo, y les obligo a pagar en oro. El oro es el valor objetivo, el medio de salvaguardar la propia riqueza y el propio futuro. En Europa no se permite poseer oro a nadie, excepto a los «amigos de la humanidad», que esgrimen un látigo y proclaman haber gastado dicho oro en beneficio de sus víctimas. Tal es el que mis Chentes obtienen para pagarme. ¿Cómo? Por el mismo sistema con que yo me apodero de los géneros. Luego devuelvo el oro a aquellos a quienes fueron robados los géneros; a usted, míster Rearden, y a otros como usted.

Rearden comprendió la naturaleza de aquella olvidada emoción. Era la que había sentido cuando, a los catorce años, tuvo en sus manos el primer cheque con que se pagaban sus servicios; cuando, a los veinticuatro, le nombraron superintendente de las minas; cuando, siendo ya propietario de ellas, había formulado en nombre propio su primer pedido para el nuevo equipo a la mejor compañía de aquellos tiempos, la «Twentieth Century Motors».

Una solemne y jovial excitación; el sentido de haber ganado un lugar en un mundo al que respetaba y obtenido el reconocimiento de hombres admirados por él. Durante casi dos décadas dicha emoción había quedado enterrada bajo un montón de ruinas, conforme los años añadían capa tras capa de desdén, de indignación, de esfuerzo para no mirar a su alrededor, ni ver a aquellos con quienes trataba, ni esperar nada de nadie, manteniendo como misión particular, dentro de las cuatro paredes de su oficina, el sentido de aquel mundo en el que había esperado elevarse. Sin embargo, allí estaba otra vez, emergiendo de las ruinas, dicho sentimiento de acelerado interés, al escuchar la luminosa voz de la razón, por medio de la cual es posible comunicar con otros, sostener tratos y vivir. Pero era la voz de un pirata hablándole de actos de violencia y ofreciéndoselos como substituto a su mundo de razón y de justicia. No podía aceptarlo; no podía perder los restos que aún le quedaban de aquella visión. Escuchó, deseando escapar, y al mismo tiempo sabiendo que no podía perderse una palabra.

—Deposito el oro en un Banco, en un Banco que se rige por el patrón oro, míster Rearden; en la cuenta de hombres que son sus legítimos dueños. Hombres de habilidad superlativa, que consiguieron sus fortunas gracias al esfuerzo personal en el comercio libre, sin presiones extrañas y sin ayuda de ningún Gobierno. Son las grandes víctimas las que han cooperado de un modo mayor y sufrido las mayores injusticias. Sus nombres están escritos en el libro de restitución. Cada cargamento de oro que traigo queda dividido entre ellos y depositado en sus cuentas.

—¿Quiénes son?

—Usted es uno, míster Rearden. No puedo computar todo el dinero que le ha sido arrebatado en impuestos, regulaciones, tiempo perdido, esfuerzos vanos y energía malgastada para superar obstáculos artificiales. No quiero computar la suma, pero si desea contemplar su magnitud, mire a su alrededor. La miseria que ahora se extiende por este país, en otros tiempos próspero, nos da una pauta de la injusticia que viene usted sufriendo. Pero una parte de dicha deuda ha quedado computada y registrada. Tal es la parte que me he propuesto reunir y devolverle.

—¿A qué se refiere?

—A su impuesto sobre la renta, míster Rearden.

—¿Cómo?

—A su impuesto sobre la renta durante los pasados doce años.

—¿Intenta devolverme eso?

—Totalmente y en oro, míster Rearden.

Rearden se echó a reír como un chiquillo, presa de espontánea jovialidad, disfrutando ante lo que consideraba increíble.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Es usted policía y al mismo tiempo recaudador de impuestos?

—Sí —dijo Danneskjóld gravemente.

—No hablará en serio, ¿verdad?

—¿Le parece que bromeo?

—¡Pero esto es absurdo!

—¿Más absurdo que la directriz 10 289?

—¡No es real ni posible!

—¿Es sólo real y posible el mal?

—Pero…

—¿Piensa que la muerte y los impuestos son su única certeza, mistar Rearden? Bien, respecto a la primera, no puedo hacer nada; pero si aligero el fardo de la segunda, los hombres aprenderán a percibir la conexión entre las dos y a darse cuenta de que están en condiciones de forjarse una vida más larga y feliz. Podrán esgrimir como dos hechos categóricos y como base de su código moral, no la muerte y los impuestos, sino la vida y la producción.

Rearden le miró sin sonreír. La alta y delgada figura, con la chaqueta de cuero haciendo resaltar su adiestrada y musculosa agilidad, era la de un salteador. El rostro marmóreo, el de un juez. La voz, seca y clara, la de un diestro contable.

—Los saqueadores no son los únicos que han conservado datos respecto a usted, míster Rearden. Yo también los poseo. En mis archivos existen copias de todas las cantidades entregadas en concepto de impuestos sobre la renta durante los últimos doce años, y lo mismo ocurre con todos mis otros clientes. Tengo amigos en lugares asombrosos, que me consiguen cuanto necesito. Divido el dinero entre mis clientes, en proporción a las sumas que les fueron arrebatadas. La mayoría de estas cifras han sido ya pagadas a sus dueños. La de usted es la mayor que aún queda por saldar. El día en que esté dispuesto a reclamarla, el día en que yo sepa que ni un centavo será empleado en apoyo de los saqueadores, le haré entrega de la misma. Hasta entonces… —Contempló el oro que había en el suelo—. Recójalo, míster Rearden —le dijo—. No es robado. Es suyo. Pero Rearden no se movió, ni contestó, ni miró el oro.

—Mucho más se halla todavía en el Banco, a su nombre.

—¿Qué Banco?

—¿Recuerda a Midas Mulligan, de Chicago?

—Sí, desde luego.

—Todas mis cantidades están depositadas en el Banco Mulligan.

—No existe Banco Mulligan en Chicago.

—No se encuentra en esa ciudad.

—¿Dónde está? —preguntó Rearden dejando transcurrir unos instantes.

—Creo que lo sabrá dentro de poco, míster Rearden, pero no puedo revelárselo aún. —Y añadió—: Sin embargo, sí le aclararé que soy el único responsable de todo esto. Que se trata de una misión puramente personal. Nadie está complicado en la misma excepto yo y los hombres que forman la tripulación de mi barco. Ni siquiera mi banquero participa en ello, excepto guardando el dinero que deposito. Muchos de mis amigos no aprueban el sistema escogido por mí. Pero cada cual elige caminos distintos para librar la misma batalla… y éste es el mío.

Rearden sonrió desdeñosamente.

—¿No será usted uno de esos condenados altruistas que pasan su tiempo en aventuras desprovistas de ventaja alguna y que arriesgan su vida simplemente para servir a los demás?

—No, míster Rearden. Invierto mi tiempo en mi propio futuro. Cuando seamos libres y empecemos a reconstruir nuestras ruinas, presenciaré cómo el mundo renace con la máxima rapidez posible. Si entonces existe capital activo en manos adecuadas, en manos de nuestros hombres mejores y más productivos, ello representará un ahorro de tiempo para el resto, e incidentalmente siglos para la historia del país. ¿Preguntó usted qué significa para mí? Significa todo cuanto admiro, todo cuanto quisiera ser el día en que la tierra resulte un lugar adecuado para gentes así; todo aquello con lo que quiero tratar, aun cuando éste sea el único modo de relacionarme con usted y de poderle ser útil en el presente.

—¿Por qué? —murmuró Rearden.

—Porque mi único amor, el único valor que me interesa, es uno que nunca fue apreciado por el mundo y nunca se granjeó su reconocimiento, ni tuvo amigos ni defensores: la habilidad humana. Tal es el amor al que sirvo y aunque hubiera de perder la vida, ¿con qué mejor propósito?

«¿Aquél era el hombre que había perdido la capacidad de sentir?», pensó Rearden, y comprendió que la austeridad de su rostro de mármol constituía la forma de una disciplinada capacidad para ello, incluso tal vez demasiado profunda. La voz continuaba hablando sin pasión.

—Quise que se enterara de esto. Quise que lo supiera ahora, cuando puede sentirse abandonado en el fondo de un abismo entre criaturas infrahumanas, que es todo cuanto queda de la humanidad. Quise que supiera, en su hora más desesperada, que el día de la liberación está más próximo de lo que cree. Existe un motivo especial por el que le he hablado y revelado mi secreto antes del tiempo debido. ¿Ha oído decir lo que les ocurrió a las fundiciones de Orren Boyle en la costa de Maine?

—Sí —contestó Rearden, sintiéndose asombrado al comprobar que la palabra había surgido de él como un contenido jadeo, producto de la vehemencia interior que estaba experimentando—. Pero no creí que fuera cierto.

—Lo es. Lo hice yo. Míster Boyle no va a fabricar metal Rearden en la costa de Maine. Ni allí ni en ningún otro lugar. No lo hará tampoco cualquier otra empresa de saqueadores que crea que una simple directriz puede conferirle el derecho a servirse del cerebro de usted. Quien intente producir su metal verá voladas sus instalaciones, destrozada su maquinaria, estropeados sus muelles e incendiadas sus fábricas. Pueden ser tantas las cosas que le ocurran, que la gente creerá que una maldición ha caído sobre él, y pronto no habrá un solo obrero en todo el país dispuesto a entrar en una fábrica de quien intente producir metal Rearden. Si hombres como Boyle creen que la fuerza es cuanto necesitan para robar a los mejores, mostrémosles lo que sucede cuando uno de ellos opta por recurrir a la misma. Quise que supiera que ninguno de ellos producirá su metal ni conseguirá un centavo con él.

Rearden experimentaba un incontenible deseo de reír, del mismo modo que rió al saber la noticia del incendio de Wyatt y cuando supo el desplome de la Compañía d'Anconia Copper; pero comprendió que si obraba así, lo que temía acabaría reteniéndole para no soltarle esta vez y jamás volvería a ver sus fundiciones. Se contuvo, y al menos por el momento conservó los labios cerrados fuertemente para que de ellos no surgiera ruido alguno. Cuando el momento hubo pasado, dijo tranquilamente, con voz firme y carente de brillo:

—Tome ese oro y márchese de aquí. Jamás aceptaré la ayuda de un criminal.

La cara de Danneskjold no experimentó reacción alguna al escuchar tan despectivas palabras.

—No puedo obligarle a que acepte ese oro, míster Rearden; pero no me lo llevaré. Si lo desea, puede dejarlo donde ha caído.

—No quiero su ayuda ni pienso protegerle. Si hubiera por aquí cerca un teléfono, llamaría a la policía. Lo haré si intenta aproximarse a mí otra vez, y obraré así simplemente para protegerme.

—Comprendo lo que quiere decir.

—Deduce que no lo he maldecido por completo, porque le he estado escuchando con atención. Pero es que no puedo maldecirle a usted ni a nadie. No existen ya normas a las que atenerse en la vida, y no me preocupa juzgar nada de cuanto hagan los hombres o del modo en que intentan soportar lo insoportable. Si tal es su proceder, le dejaré que se vaya al diablo a su modo, pero no quiero parte en ello. No deseo ser su inspiración o su cómplice. No espere que acepte jamás esa cuenta bancaria, si es que existe. Gástela en alguna nueva armadura para usted, porque voy a informar de esto a la policía y a darles toda clase de detalles para que les sirvan para seguir sus huellas.

Danneskjóld no se movió ni contestó. Un tren de mercancías pasaba un poco distante, envuelto en las tinieblas. No podían verlo, pero escuchaban el golpear de las ruedas llenando el silencio como si se tratara de un convoy descuartizado que, reducido a una larga hilera de sonidos, atravesara junto a ellos en la noche.

—¿De modo que quería ayudarme en mi hora más triste? —preguntó Rearden—. Si he de llegar a la conclusión de que mi único defensor es un pirata, prefiero no ser defendido. En nombre del idioma aún humano que emplea, le digo que no me queda ya ninguna esperanza, pero que estoy seguro de que, cuando llegue el día, habré vivido según mis propias normas, aun cuando sea el único para quien sigan teniendo valor. Habré vivido en el mundo en que empecé y me hundiré con él. No creo que quiera usted comprenderme, pero…

Un rayo de luz dio de pronto sobre ellos, con la violencia de un golpe. El rumor del tren se había tragado el del motor y no habían oído acercarse el automóvil que acababa de salir a la carretera, detrás de la granja. Oyeron el chirriar de los frenos, que obligaba a detenerse a aquella forma invisible. Fue Rearden quien saltó involuntariamente hacia atrás, maravillándose ante el autodominio de Danneskj&éVque^ni siquiera se movió. Era un coche de la policía. El chófer asomó la cabeza.

—¡Ah! ¿Es usted, míster Rearden? —dijo llevándose la mano a la gorra—. Buenas noches, señor.

—Hola —dijo Rearden, esforzándose en dominar la poco natural brusquedad de su voz.

En el asiento delantero iban dos agentes, cuyos rostros expresaban cierta crispada finalidad, desprovista de toda actitud amistosa. Era evidente que no era su intención detenerse para charlar un rato.

—Míster Rearden, ¿viene de la fundición por la carretera de Edgewood, pasando por la ensenada de Blacksmith?

—Sí.

—¿Ha visto por ahí a un forastero que parecía con mucha prisa? —¿Dónde?

—Lo mismo puede ir a pie que en un destartalado coche, pero cuyo motor vale lo menos un millón.

—¿Cómo es?

—Muy alto y con el pelo rubio.

—¿De quién se trata?

—No me creería si se lo dijera, míster Rearden. ¿Le ha visto? Rearden no tuvo noción de sus propias preguntas; sólo del asombroso hecho de poder obligar a los sonidos de su garganta a atravesar la palpitante barrera que se oponía a ellos. Miraba de frente al policía, pero notaba como si el enfoque de sus ojos se hubiera desviado hacia un costado y lo que percibiera con más claridad fuese el rostro de Danneskjold, mirándole sin expresión, sin líneas y sin músculos. Vio los brazos de Danneskjold colgando a los costados, con las manos lacias, y ninguna señal de querer alcanzar arma alguna, con el cuerpo erguido y sin defensa, ofreciéndolo como quien se halla ante un pelotón de fusilamiento. Pudo ver que la cara parecía más joven de lo que había supuesto y que los ojos eran de un azul celeste. Comprendió que el peligro podía consistir en mirar directamente a Danneskjold, y mantuvo los ojos en el policía, en los botones de cobre de su uniforme azul; pero aquello que llenaba su conciencia de modo más completo que una simple percepción visual, era el cuerpo de Danneskjold, el cuerpo desnudo bajo las ropas; el cuerpo que sería privado de la existencia. No escuchó sus palabras porque oía en su interior una sencilla frase, lo único que ahora le importaba en el mundo. «Si perdiera la vida, ¿con qué propósito mejor podría ofrecerla?»

—¿Lo ha visto usted, míster Rearden?

—No —dijo Rearden —No lo he visto.

El policía se encogió de hombros con aire resignado y oprimió el volante.

—¿No ha visto a nadie que pudiera parecerle sospechoso?

—No.

—¿No ha pasado junto a usted ningún automóvil de aspecto extraño?

—No.

El policía alargó la mano hasta la puesta en marcha.

—Se han recibido noticias de haberlo localizado en tierra por estos parajes, esta misma noche, y se le ha tendido una celada que abarca cinco condados. No debemos mencionar su nombre a fin de no asustar a la gente, pero se trata de un hombre cuya cabeza vale tres millones de dólares en recompensas ofrecidas en todo el mundo.

Había puesto en marcha el motor y éste removía el aire con vivo restallar, cuando el segundo policía se hizo hacia delante. Acababa de ver el pelo rubio bajo la gorra de Dannneskjold.

—¿Quién es ése, míster Rearden? —preguntó.

—Mi nuevo guardián personal —contestó Rearden.

—¡Oh! Una precaución muy prudente, míster Rearden, en tiempos como los actuales. Buenas noches, señor.

El coche se lanzó hacia delante y los rojos pilotos fueron perdiendo tamaño conforme se alejaba. Danneskjold vio partir el vehículo y luego clavó la mirada en la mano derecha de Rearden. Éste se dio cuenta entonces de que se había enfrentado a los policías apretando la culata del revólver que guardaba en el bolsillo, preparado para usarlo.

Abrió los dedos y sacó la mano rápidamente. Danneskjold sonrió. Era una sonrisa de radiante jovialidad; la silenciosa risa de un espíritu joven y claro, agradeciendo un momento que se alegraba de haber vivido. Aunque los dos no guardaban entre si ninguna semejanza, la sonrisa hizo pensar a Rearden en Francisco d'Anconia.

—No ha contado usted mentira alguna —dijo Ragnar Danneskjold—. En efecto, soy su guardián personal. Y lo merezco en más aspectos de los que usted imagina por ahora. Gracias, míster Rearden, y hasta luego; volveremos a encontrarnos mucho antes de lo que había esperado.

Desapareció con más celeridad de lo que Rearden hubiera podido esperar. Se desvaneció tras el muro de piedra de manera tan brusca y silenciosa como había llegado. Cuando Rearden se volvió para mirar hacia los campos de la granja, no percibió trazas de él, ni señal alguna de movimiento en las tinieblas.

Rearden se hallaba al borde de una vacía carretera, dentro de una inmensidad desierta, mucho mayor de lo que le pareció al principio. Luego vio a sus pies un objeto envuelto en arpillera, uno de cuyos ángulos sobresalía resplandeciendo bajo la claridad lunar, con el mismo color del pelo del pirata. Se agachó, lo recogió y continuó su camino.

* * *

Kip Chalmers soltó una interjección cuando el tren dio una sacudida haciéndole derramar su cocktail sobre la mesa. Se echó hacia delante, me tiendo el codo en el charco de licor, y dijo:

—¡Malditos trenes! ¿Qué ocurre con las vías? Con el dinero que tienen podrían despejarlas un poco para que no tengamos que ir dando vaivenes como aldeanos sobre un carro de heno.

Sus tres compañeros no se tomaron la molestia de contestar. Era tarde y permanecían en la antesala, simplemente porque les era necesario un esfuerzo para retirarse a sus compartimentos. Las luces de la estancia semejaban débiles lumbreras en una niebla de humo de cigarrillos, impregnada de olor a alcohol. Era un vagón particular, que Chalmers había pedido y obtenido para su viaje. Iba enganchado al final del «Comet» y oscilaba como la cola de un furioso animal cuando el tren tomaba alguna curva en las montañas.

—Voy a iniciar una campaña para la nacionalización de los ferrocarriles —dijo Kip Chalmers, mirando desafiador a un hombrecillo gris que lo contemplaba sin interés alguno—. Ésta será mi plataforma. Tengo que tener una. No me gusta Jim Taggart. Parece una almeja hervida. 'Al diablo con los trenes! Ha llegado el momento de ocuparnos de ellos.

—Vete a la cama —dijo el otro—, si es que en la gran reunión de mañana deseas aparecer como un ser humano.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Habrá que intentarlo.

—Ya lo sé, pero no llegaremos a tiempo. Este maldito caracol llamado «super especial» lleva varias horas de retraso.

—Hay que llegar, Kip —dijo el otro con expresión lúgubre y con la obstinada monotonía de quien, sin pensar lo que hace, habla de un fin, sin preocuparse de los medios.

—¡Condenado idiota! ¿Imaginas que no lo sé?

Chalmers tenía el pelo rubio y rizado y una boca informe. Procedía de una familia semidistinguida, pero hacía ascos a la riqueza y a la distinción de un modo que implicaba que sólo un aristócrata de rancio abolengo podía permitirse semejante grado de cínica

indiferencia. Se había graduado en una universidad especializada en la educación de dicha clase de aristocracia. Le enseñaron allí que el propósito de las ideas consiste en engañar a quienes son tan estúpidos como para pensar en algo. Se había abierto camino en Washington con la gracia de movimientos de un ratero, pasando de oficina a oficina como de la cornisa de un edificio a otra. Estaba considerado como muy poderoso, pero sus modales obligaban a los profanos a confundirle con un Wesley Mouch.

Por razones de estrategia particular, Kip Chalmers había decidido ingresar en la política y presentarse a las elecciones como legislador por California, aunque no supiera nada de dicho Estado, excepto lo relativo a la industria del cine y a los clubs instalados a lo largo de la playa. Su director de campaña había realizado las tareas preliminares, y Chalmers se hallaba ahora en camino de enfrentarse a sus futuros electores en una reunión a la que se había dado gran publicidad y que se celebraría en San Francisco la noche siguiente. El director quiso que empezara un día antes, pero Chalmers había permanecido en Washington para asistir a un cocktail, tomando el último tren posible. No había demostrado interés alguno hacia la reunión hasta aquella tarde, al darse cuenta de que el «Comet» llevaba seis horas de retraso.

Sus tres compañeros no hicieron caso de su estado de ánimo; les gustaba mucho el licor. Lester Tuck, director de la campaña, era un hombrecillo de edad avanzada, con una cara tal que parecía como si le hubiesen golpeado en alguna ocasión, sin que jamás se recuperase de su atontamiento. Era un abogado de la clase de los que varias generaciones antes hubieran defendido a rateros y a gente de la que simula accidentes por cuenta de ciertas corporaciones. Ahora no podía hacer otra cosa mejor que representar a hombres como Kip Chalmers.

Laura Bradford era la amante de Chalmers. A éste le gustaba aquella mujer porque su predecesor había sido Wesley Mouch. Trabajaba en el cine y se había abierto camino desde buena protagonista de segundos papeles a incompetente estrella, pero no durmiendo con los directores de los estudios, sino empleando ese atajo, con influencia a larga distancia, que consiste en dormir con burócratas. En las entrevistas de Prensa hablaba de economía en vez de glamour con ese estilo beligerantemente digno de quien comenta un. suceso de tercera clase; sus nociones de la economía consistían en el aserto de que «es preciso ayudar a los pobres».

Gilbert Keith-Worthing era invitado de Chalmers, pero por motivos que ninguno de los dos podía descubrir. Tratábase de un novelista inglés, de fama universal, muy popular treinta años antes. Desde entonces nadie se preocupó de leer sus obras, pero todos lo aceptaban como un clásico viviente. Se le había considerado profundo por expresar ideas como: «¿Libertad? Cesemos de hablar de libertad. La libertad es imposible. El hombre nunca podrá sentirse libre del hambre, el frío, las enfermedades o los accidentes… es decir, de la tiranía de la naturaleza. En este caso, ¿por qué objetar a la tiranía de una dictadura política?» Cuando toda Europa puso en práctica las ideas predicadas por él, se trasladó a América. A través de los años, su estilo de escribir y su cuerpo se fueron haciendo fláccidos. A los setenta era un viejo obeso, con el pelo retocado y una expresión de desdeñoso cinismo, adornado con citas de los yogis acerca de la futilidad de toda acción humana. Kip Chalmers lo había invitado porque le parecía persona distinguida. Gilbert Keith-Worthing aceptó simplemente porque no tenía otro lugar donde ir.

—(Malditos ferroviarios! —refunfuñó Kip Chalmers—. Lo hacen a propósito. Quieren arruinar mi campaña. ¡No puedo faltar a esa reunión! Por lo que más quiera, Lester, haga algo.

—Lo he intentado —respondió Lester Tuck.

En efecto, lo intentó en la última parada de tren, por medio de una conferencia telefónica, solicitando transporte aéreo con el que completar el viaje; pero no existían vuelos comerciales preparados para los dos días siguientes.

—Si no me llevan allí a tiempo, les cortaré la cabellera y me apoderaré del tren.

—¿No podemos hacer nada para obligar a ese maldito maquinista a que se apresure?

—Ya se lo ha dicho usted tres veces.

—Mandaré que lo despidan. No hace más que hablar de complicadas dificultades técnicas; pero yo quiero un rápido transporte y no coartadas. No me pueden tratar como un pasajero más. Han de llevarme donde deseo y en el momento preciso. ¿No saben que estoy en este tren?

—Sí, lo saben —dijo Laura Bradford—. ¡Cállate, Kip! Me aburres.

Chalmers volvió a llenarse el vaso. El vagón se bamboleaba y la cristalería tintineaba débilmente sobre los estantes del bar. Las zonas de cielo cuajado de estrellas se movían a empellones al otro lado de las ventanillas, pareciendo también como si las estrellas entrechocaran unas con otras. Los pasajeros no veían nada más allá del cristal de la ventanilla, al extremo del vagón, excepto las pequeñas aureolas formadas por los faroles rojo y verde que indicaban el final del tren y un breve trecho de riel escurriéndose hacia atrás para perderse en las tinieblas. Un muro de piedras flanqueaba la vía y las estrellas se hundían de vez en cuando en repentinos obstáculos que subrayaban, muy por encima de ellos, los picachos de los montes de Colorado.

—Montañas —dijo Gilbert Keith-Worthing con satisfacción—. Son espectáculos de este género los que nos hacen sentir la insignificancia del hombre. ¿Qué es este presuntuoso fragmento de riel que crudos materialistas sienten tal orgullo en construir, comparado a la eterna majestuosidad? No más que el hilo de una costurera en el dobladillo del vestido que luce la naturaleza. Si uno solo de esos gigantes de granito decidiera venirse abajo, aniquilaría este tren.

—¿Y por qué ha de querer venirse abajo? —preguntó Laura Bradford sin ningún interés especial.

—Creo que este maldito tren va cada vez más despacio —dijo Kip Chalmers—. ¡Esos bastardos disminuyen la marcha, no obstante lo que les tengo dicho!

—Son las montañas… ¿sabe usted? —contestó Lester Tuck.

—¡Al diablo las montañas! Lester, ¿qué día es hoy? Con todos estos condenados cambios de tiempo, no sé ya…

—Estamos a 27 de mayo —suspiró Lester Tuck.

—No —intervino Gilbert Keith-Worthing mirando su reloj—. Veintiocho de mayo. Pasan veinte minutos de las doce.

—¡Jesús! —gritó Chalmers—. Entonces la reunión es hoy.

—Sí —asintió Lester Tuck.

—¡No llegaremos! Ya veo…

El tren dio una fuerte sacudida, arrebatándole el vaso de la mano. Al débil sonido que produjo al estrellarse contra el suelo se mezcló el chirriar de las ruedas al herir el riel en una aguda curva.

—A veces me pregunto —indicó Gilbert Keith-Worthing, nervioso —si estos ferrocarriles son seguros.

—¡Claro que sí! ¡Diablos! —contestó Kip Chalmers—. Tenemos tantas leyes, regulaciones y controles que estos bastardos no se atreverían a carecer de la debida seguridad… Lester, ¿cuánto nos falta? ¿Cuál es la siguiente parada?

—No habrá ninguna hasta Salí Lake City.

—Pregunto cuál es la próxima estación.

Lester Tuck exhibió un estropeado mapa que desde la caída de la noche venía consultando a cada instante.

—Winston —dijo—. Winston, Colorado. Kip Chalmers alargó la mano hacia otro vaso.

—Tinky Holloway ha dicho que ha oído decir a Wesley que si no ganas estas elecciones está listo —expresó Laura Bradford.

Estaba sentada con gran dejadez en su sillón, mirando más allá de Chalmers, estudiando su cara en un espejo de la pared. Sentíase aburrida y la divertía provocar su impotente cólera.

—¡Oh! ¿De modo que dijo eso?

—Sí. Wesley no quiere que ese… ¿cómo se llama?… el que contiende contigo, ingrese en la legislatura. Si no vences, Wesley se enfadará muchísimo, linky dijo…

—¡Condenado bastardo! Más valdría que mirase por su propio pellejo.

—¡Oh! No sé. Wesley simpatiza mucho con él. —Y añadió—. Tinky Holloway no permitiría que un miserable tren le hiciese llegar tarde a una reunión importante. Nadie se atrevería a obrar así con él.

Kip Chalmers permanecía sentado, mirando su vaso.

—Voy a hacer que el Gobierno confisque todos los ferrocarriles —dijo en voz baja.

—Realmente —convino Gilbert Keith-Worthing —no comprendo por qué no lo han hecho tiempo atrás. Es éste el único país de la tierra tan atrasado como para permitir la propiedad privada de ferrocarriles.

—No tardaremos en estar a la altura de ustedes —opinó Kip Chalmers… —Todo esto es de una ingenuidad increíble. Un verdadero anacronismo.

Desde los tiempos de mi bisabuelo, no he oído tanta charla acerca de libertad y derechos humanos; pero no es más que lujo verbal de los ricos. Después de todo, no significa diferencia alguna para el pobre que su existencia esté a merced de un industrial o de un burócrata.

—La época de los industriales ha pasado. Nos hallamos en los días de…

La sacudida fue tan fuerte que pareció como si el aire que llenaba el vagón los empujase a todos hacia delante, mientras el suelo se hundía bajo sus pies. Kip Chalmers cayó sobre la alfombra. Gilbert Keith-Worthing fue arrojado sobre la mesa y las luces se apagaron. La cristalería saltó de los estantes y el acero de las paredes chirrió como si fuera a abrirse, mientras un largo y distante impacto atravesaba como una convulsión el tren.

Al levantar la cabeza, Chalmers vio que el vagón estaba intacto e inmóvil. Escuchó los gemidos de sus compañeros y el primer grito de Laura Bradford al incurrir en un ataque de histerismo. Caminó a gatas hasta la puerta, la abrió y descendió los escalones tambaleándose. En la distancia, junto a una curva, vio luces movibles y un resplandor rojo en el lugar donde la máquina no podía en modo alguno encontrarse. Siguió caminando vacilante por la obscuridad, tropezando con seres a medio vestir que encendían inútiles y diminutas antorchas en forma de cerillas. En algún lugar, a lo largo de la Mnea, pudo ver a un hombre con una linterna. Lo cogió del brazo. Era el jefe del tren.

—¿Qué ha sucedido? —jadeó Chalmers.

—Un riel roto —repuso el otro, impasible—. La máquina ha descarrilado.

—¿Cómo dice?

—Que ha descarrilado y está derribada.

—¿Hay algún… muerto?

—No. El maquinista ha salido indemne, pero el vigilante de incendios está herido.

—¿Un riel roto? ¿Qué significa eso?

El rostro del jefe de tren adoptó una expresión extraña, triste, acusadora y abstraída.

—Los rieles se gastan, míster Chalmers —contestó con acusado énfasis—, especialmente en las curvas.

—¿Y no sabían que éste estaba gastado?

—Sí, lo sabíamos.

—Entonces, ¿por qué no lo reemplazaron por otro?

—Iba a serlo, pero míster Locey lo aplazó.

—¿Quién es míster Locey?

—El que actúa ahora como vicepresidente de la Sección de Operaciones.

Chalmers se preguntó por qué el jefe del tren lo miraba cual si algo de aquella catástrofe pudiera atribuirse a él.

—Bien, bien —dijo—. ¿No van a colocar otra vez la máquina en su sitio?

—Por el aspecto que tiene, no creo que pueda ser vuelta a colocar sobre ninguna vía,

—Pero… ¡tiene que llevarnos!

—No puede.

Más allá de las movibles lucecitas y del apagado rumor de gritos, Chalmers percibió súbitamente, aunque sin querer fijarse en ello, la inmensa negrura de las montañas, el silencio de centenares de desiertas millas y la precaria franja excavada entre un muro de rocas y un abismo. Apretó aún más el brazo del empleado.

—Pero… ¿qué vamos a hacer?

—El maquinista está llamando a Winston.

—¿Llamando? ¿Cómo?

—Hay un teléfono a un par de millas de aquí.

—¿Van a sacarnos pronto de este lugar?

—Lo harán.

—Pero… —su mente realizó un contacto entre el pasado y el futuro y su voz se elevó por vez primera hasta gritar—: ¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—No lo sé —repuso el jefe de tren apartando la mano de Chalmers de su brazo y alejándose.

El empleado nocturno de la estación de Winston escuchó el mensaje telefónico, dejó el auricular y corrió escaleras arriba para despertar al jefe. Éste era un tipo hosco y reservado, a quien se había otorgado aquel empleo diez días atrás, por orden del nuevo superintendente de División. Se puso en pie soñoliento, pero despertó violentamente a la realidad cuando las palabras del empleado hicieron mella en su cerebro.

—¿Cómo? —preguntó—. ¡Jesús! ¿El «Comet»?… Bien. No se quede ahí temblando. Llame a Silver Springs.

El empleado nocturno de la jefatura de División en Silver Springs escuchó el mensaje y telefoneó a Dave Mitchum, nuevo superintendente de la División de Colorado.

—¿El «Comet»? —exclamó Mitchum, apretando el receptor contra su oído mientras sus pies se posaban en el suelo y empujaban el resto de su cuerpo hacia arriba, sacándolo de la cama—. ¿Que la máquina está inservible? ¿La «Diesel»?

—¡Sí, señor!

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? Bueno. —Recordando su posición, añadió—: Envíen el tren de socorro.

—Ya lo he hecho.

—Llame al jefe de Sherwood para que interrumpa todo el tráfico.

—Ya lo he hecho.

—¿Qué trenes teníamos para hoy?

—El especial de carga para el ejército, con dirección Oeste, pero tardará todavía cuatro horas porque lleva retraso.

—Bajaré en seguida… Espere. Escuche: llame a Bill, Sandy y Clarence y reúnalos para cuando yo baje. Nos espera un buen lío.

Dave Mitchum se había quejado siempre de que, a su modo de ver, la mala suerte le persiguió toda la vida. Lo explicaba hablando obscuramente de una conspiración de los grandes, que jamás quisieron ofrecerle una oportunidad, aun cuando nunca explicara a quién se refería al citar a «los grandes». Su tópico favorito de lamentación y su único sentido de los valores, se basaban en la veteranía en el servicio. Llevaba en los ferrocarriles más que muchos de los que le habían sobrepasado en importancia. Según él, aquello era una prueba de la injusticia del sistema social vigente, aun cuando nunca explicara qué significaba para él ese «sistema social». Había trabajado para muchas compañías ferroviarias, sin permanecer demasiado tiempo en ninguna de ellas. Sus jefes no tuvieron nunca cargos específicos contra él, pero prescindieron de sus servicios porque repetía con demasiada frecuencia: «Nadie me ha dicho que lo haga». No sabía que tenía que agradecer su actual empleo a un trato entre James Taggart y Wesley Mouch. Cuando Taggart cambió con el último el secreto de la vida privada de su hermana por un aumento en las tarifas, Mouch obtuvo de él un favor extra, según sus acostumbradas reglas de cambalacheo, con las que sacaba el máximo provecho de cualquier transacción. El favor consistía en dar trabajo a Dave Mitchum, que era cuñado de Claude Slagenhop, presidente de los «Amigos del Progreso Mundial», considerados por Mouch como una muy valiosa influencia sobre la opinión pública. James Taggart trasladó la responsabilidad de encontrar trabajo para Mitchum a Clifton Locey, y éste consiguió que le dieran el cargo de superintendente de la División de Colorado, cuando el que lo ostentaba se retiró sin avisar a nadie, al enterarse de que la «Diesel» de reserva en la estación de Winstcjn había sido asignada al tren especial de Chicle Morrison.

—¿Qué vamos a hacer? —exclamó Dave Mitchum corriendo a medio vestir y aún soñoliento a su despacho, donde el jefe de expediciones, el jefe de trenes y el capataz de máquinas le esperaban.

Ninguno de los tres le contestó. Eran hombres de edad madura con muchos años de servicio ferroviario tras de sí. Un mes atrás hubieran ofrecido su consejo en cualquier caso urgente, pero ahora estaban empezando a darse cuenta de que las cosas habían cambiado y de que era peligroso hablar.

—¿Qué diablos vamos a hacer?

—De una cosa estoy seguro —dijo Bill Brent, jefe de expediciones—. No podemos enviar a un tren al túnel con máquina de vapor.

En los ojos de Dave Mitchum se pintó cierta consternación. Sabía que era la idea fija en todas las mentes, y hubiera preferido que Brent no la nombrara.

—Bueno. ¿Y de dónde vamos a sacar una «Diesel»? —preguntó, colérico.

—No tenemos ninguna —repuso el capataz de máquinas.

—¡No podemos mantener al «Comet» esperando en un apartadero toda la noche!

—Pues me parece que tendrá que ser así —dijo el jefe de trenes—. ¿De qué sirve discutir esto, Dave? Sabe usted perfectamente que no hay «Diesel» alguna en la división.

—Pero, ¡cielos! —exclamó—. ¿Cómo vamos a mover los trenes sin máquinas?

—Miss Taggart sabía que no es posible —respondió el capataz de máquinas—, pero míster Locey opina de manera distinta.

—Bill —preguntó Mitchum, en el tono de quien pide un favor—, ¿no circula esta noche ningún Transcontinental con «Diesel»?

—El primero en llegar —respondió Bill Brent, implacable —será el número 236, rápido de carga procedente de San Francisco con entrada en Winston a las siete y dieciocho de la mañana. —Y añadió—: Es la «Diesel» más próxima en estos momentos. Lo he comprobado.

—¿Y el especial del ejército?

—Más vale no pensar en eso, Dave. Por orden del mismo ejército, dispone de preferencia sobre todo cuanto circule por la línea, incluido el «Comet». Llevan retraso porque las cajas de engrase se han incendiado dos veces. Transportan municiones para los arsenales de la costa occidental. Más vale rogar para que nada les detenga mientras atraviesan esta División. Si cree que surgirán complicaciones por detener al «Comet», piense que no son nada comparadas a las que tendríamos si detuviéramos al especial.

Guardaron silencio. Las ventanas estaban abiertas a la noche estival, y podían oír el zumbido del teléfono en el despacho del jefe de expediciones situado en el piso inferior. Las luces y señales parpadeaban sobre aquel sector desierto, que en otros tiempos fue un bullicioso nudo de la División.

Mitchum miró hacia el depósito, donde las negras siluetas de unas cuantas locomotoras a vapor destacaban contra la débil claridad.

—El túnel… —dijo, interrumpiéndose en seguida.

—…tiene ocho millas de largo —le advirtió el jefe de trenes con cierta dureza.

—Estaba solamente pensando —le replicó Mitchum. —Más vale no pensar en eso —dijo Brent suavemente.

—¡Yo no he dicho nada!

—¿De qué hablaron usted y Dick Horton antes de que éste se marchara? —preguntó el capataz de máquinas con aire inocente, como si aquel tema resultara poco oportuno—. ¿No se debatió algo acerca del sistema de ventilación del túnel, que parece no funcionar bien? ¿No le dijo que ese túnel resultaba peligroso incluso para maquinas «Diesel»?

—¿A qué viene eso? —estalló Mitchum—. ¡Yo no he dicho nada!

Dick Horton, maquinista jefe de la División, se había marchado tres días después de la llegada de Mitchum.

—Me ha parecido que debía mencionarlo —dijo el capataz de máquinas con aire inocente.

—Mire, Dave —intervino Bill Brent, sabiendo que Mitchum demoraría todo aquello durante otra hora, antes de adoptar una decisión concreta—, usted sabe que sólo queda una cosa que hacer: retener al «Comet» en Winston hasta mañana, esperar al número 236 y hacer que la «Diesel» de éste lo lleve hasta la otra boca del túnel. Luego dejarlo terminar su ruta con la mejor locomotora de carbón que tengamos en el lado de allá.

—Pero ¿cuánto retraso significaría eso? Brent se encogió de hombros.

—Doce horas… dieciocho… ¿quién sabe?

—¿Dieciocho horas de retraso… para el «Comet»? ¡Cielos! No había ocurrido nunca.

—Nada de lo que ocurre ahora había ocurrido nunca —le indicó Brent con un sorprendente tono de cansancio en su voz competente y enérgica.

—¡En Nueva York nos van a armar un escándalo! ¡Nos echaran la culpa de todo!

Brent se encogió de hombros. Un mes atrás hubiera considerado inconcebible semejante injusticia; ahora opinaba otra cosa.

—Yo creo… —empezó Mitchum compungido—, yo creo que no podemos optar por otra solución.

—No existe alternativa, Dave.

—¡Dios mío! ¿Por qué nos ha de suceder esto a nosotros?

—¿Quién es John Galt?

A las dos y media, el «Comet», empujado por una vieja máquina de maniobras, se detuvo en un apartadero de la estación de Winston. Kip Chalmers miró hacia el exterior, presa de incrédula cólera, contemplando los cobertizos diseminados por aquella desolada vertiente y el antiguo recinto de una estación.

—¿Y ahora, qué? ¿Por qué diablos nos detienen aquí? —exclamó pulsando el timbre para que viniera el jefe de tren.

Con la vuelta del movimiento y la sensación de estar a salvo, su terror se había convertido en cólera. Le parecía incluso haber sido objeto de una jugarreta por parte de quienes le obligaron a experimentar un miedo innecesario. Sus compañeros seguían sentados a las mesas de la antesala, demasiado nerviosos para poder dormir.

—¿Que cuánto tiempo? —preguntó el jefe de tren, impasible—. Hasta mañana, míster Chalmers.

Chalmers lo miró, estupefacto.

—¿Que vamos a estar aquí hasta mañana?

—Sí, míster Chalmers.

—¿Aquí?

—Sí.

—¡Mañana por la tarde tengo que asistir a una reunión en San Francisco!

El jefe de tren no contestó.

—¿Por qué? ¿Por qué hemos de paramos? ¿Qué ha sucedido?

Lenta y pacientemente, con desdeñosa cortesía, el jefe de tren le dio cuenta exacta de la situación. Pero años atrás, en la Escuela Gramatical, en el Instituto y en la Universidad, habían enseñado a Kip Chalmers que el hombre no vive ni necesita vivir por la razón.

—¡Condenado túnel! —gritó—. ¿Creen que voy a permitir que me inmovilicen aquí por un miserable túnel? ¿Quieren echar abajo proyectos vitales para la nación, por culpa de un túnel? ¡Diga al maquinista que he de estar en San Francisco por la tarde y que debe llevarme allí como sea!

—¿Cómo podrá hacerlo?

—¡Eso es cuenta suya y no mía!

—No existe modo.

—¡Pues encuéntrelo, condenado idiota! El jefe de tren no contestó.

—¿Creen que voy a permitir que sus míseros problemas técnicos se interfieran en asuntos sociales de la más alta importancia? ¿Sabe usted quién soy yo? ¡Diga a ese maquinista que reanude la marcha si tiene en alguna estima su empleo!

—El maquinista obra de acuerdo con las órdenes que le han dado.

—¡Al diablo las órdenes! ¡Soy yo quien las da ahora! ¡Dígale que reanude la marcha!

—Quizá sería mejor que hablara usted con el jefe de estación, míster Chalmers. No tengo autoridad para contestarle como quisiera —dijo el jefe de tren, saliendo.

Chalmers se puso en pie violentamente.

—Oye, Kip… —le dijo Lester Tuck, algo nervioso—, quizá sea cierto… Tal vez no puedan hacerlo.

—¡Lo harán, si no hay más remedio! —exclamó Chalmers, acercándose resueltamente a la puerta.

Años atrás, en la Universidad, le habían enseñado que el único medio quizá para impeler a la gente a la acción es el miedo. En el mísero despacho de la estación de Winston se enfrentó a un hombre soñoliento, de facciones lacias y cansadas, y a un asustado jovenzuelo, sentado ante el tablero de mandos. Ambos escucharon, sumidos en silencioso estupor, una catarata de invectivas, como jamás habían oído ni entre las cuadrillas de trabajadores.

—¡…no es problema mío el hacer que el tren atraviese ese túnel! ¡Son ustedes quienes han de conseguirlo! —concluyó Chalmers—. Pero si no me traen una máquina y no reanudamos la marcha, pueden despedirse ahora mismo de sus empleos, de sus permisos de trabajo y de este maldito ferrocarril.

El jefe de estación no había oído hablar nunca de Kip Chalmers ni conocía la naturaleza de su posición, pero sabía que estaban en una época de personajes desconocidos que ostentaban posiciones indefinidas y esgrimían un poder ilimitado… el poder de vida o muerte.

—No es cosa nuestra, míster Chalmers —dijo, implorante—. Aquí no damos órdenes. Vienen de Silver Springs. ¿Por qué no telefonea a míster Mitchum y…?

—¿Quién es míster Mitchum?…

—El superintendente de la División en Silver Springs. ¿Por qué no le manda un mensaje…?

—¡No tengo por qué contender con un superintendente de División! ¡Enviaré recado a Jim Taggart! Eso es lo que voy a hacer.

Y antes de que el jefe de estación tuviera tiempo para recobrarse, Chalmers se volvió hacia el joven, ordenándole:

—¡Usted! Tome nota de esto y mándelo en seguida.

Era un mensaje que un mes atrás el jefe de estación no hubiera aceptado de ningún pasajero; las disposiciones lo prohibían; pero había dejado de sentirse seguro respecto a las mismas:

Míster James Taggart, New York City. Detenido en «Comet», en Winston. Colorado, por incompetencia sus hombres que rehúsan concederme máquina. Me espera en San Francisco reunión máxima importancia nacional para la tarde. Si no mueve este tren en seguida, puede Imaginar consecuencias. Kip Chalmers.

Luego de que el joven hubo cursado el telegrama por medio de la línea que se extendía de polo a polo, a través de un continente, como guardiana del sistema Taggart, y luego de que Kip Chalmers hubo regresado a su vagón para esperar la respuesta, el jefe de estación telefoneó a Dave Mitchum, que era amigo suyo, leyéndole el texto del mensaje. Oyó cómo Mitchum lanzaba un gruñido.

—He creído prudente advertírtelo, Dave. No he oído hablar nunca de ese tipo, pero tal vez sea personaje importante.

—¡No lo sé! —gimió Mitchum—. ¿Kip Chalmers? Aunque he visto su nombre en los periódicos, relacionado con gente de categoría, no sé en realidad de quién se trata, pero si tiene un cargo en Washington, más vale no correr riesgos. ¡Cielo! ¿Qué vamos a hacer?

No podemos correr riesgos», pensó el telegrafista de la Taggart en Nueva York, transmitiendo el mensaje por teléfono al domicilio de James Taggart Eran cerca de las seis de la mañana en Nueva York, y James Taggart se despertó, luego de una noche intranquila, y escuchó por teléfono con el rostro tembloroso, experimentando idéntico temor al del jefe de estación de Winston, y por las mismas razones.

Llamó a casa de Clifton Locey. Toda la cólera que no podía verter sobre Kip Chalmers se abatió por el hilo telefónico sobre Clifton Locey.

—¡Haga algo! —gritó Taggart—. ¡No me importa cómo obre! Es tarea suya y no mía, pero procure que ese tren continúe su camino. ¿Qué diablos sucede? ¡Nunca había oído decir que se retuviera al «Comet»! ¿Es así como dirige su departamento? ¡Le parece bonito que pasajeros importantes hayan de mandarme mensajes a mil Por lo menos, cuando mi hermana dirigía esto, nadie me despertaba a medianoche para comunicarme que un perno se había roto en lowa, Colorado o cualquier otro lugar.

—Lo lamento, Jim —dijo Clifton Locey suavemente, en un tono equilibrado entre la excusa, la seguridad y un grado exacto de protectora confianza—. Se trata sin duda de un malentendido; de la equivocación de algún estúpido. No se preocupe. Me encargaré de ello. Yo también estaba en la cama, pero voy a atender ese asunto en seguida.

Clifton Locey no estaba en la cama, porque acababa de regresar de un recorrido por los clubs nocturnos en compañía de una joven señora. La rogó esperar y corrió a las oficinas de la «Taggart Transcontinental». Ninguno de los empleados del turno de noche que le vieron llegar, hubiera podido adivinar el motivo de su aparición personal; pero tampoco hubieran asegurado que fuese innecesaria. Entró y salió a toda prisa de diversos despachos, fue visto por muchas personas y dio una impresión de gran actividad. El único resultado tangible de todo aquello fue una orden, transmitida por telégrafo a Dave Mitchum, superintendente de la División de Colorado, que decía así:

Entregue inmediatamente una locomotora a míster Chalmers. Haga proseguir su ruta al «Comet» con total seguridad y sin innecesario retraso. Si no sabe cumplir con sus deberes, lo haré responsable ante la Oficina de Unificación. Clifton Locey.

Luego, llamando a su amiga para que se reuniera con él, se fue en automóvil hacia un albergue en el campo, a fin de asegurarse de que nadie lo encontrara durante las horas siguientes.

El jefe de expediciones de Silver Springs se quedó estupefacto ante la orden que tuvo que entregar a Dave Mitchum. Por su parte, éste se dijo que ninguna orden de tal género podía venir concebida en tales términos; nadie podía entregar una locomotora a un pasajero; aquello no era más que una simple exhibición; pero al propio tiempo comprendió de qué clase de exhibición se trataba y sintió un sudor frío al intuir quién quedaría en evidencia como protagonista de la misma.

—¿Qué sucede, Dave? —preguntó el jefe de trenes.

Mitchum no contestó. Tomó el teléfono con manos temblorosas, pidiendo comunicación con el telegrafista de la «Taggart» en Nueva York. Parecía un animal enjaulado.

Una vez al habla, le rogó que lo pusiera con el domicilio de míster Clifton Locey. El telegrafista lo intentó, pero sin obtener respuesta. Le rogó entonces que continuara probando y marcando cuantos números se le ocurriesen, en los que poder encontrar a

míster Locey. El telegrafista lo prometió y Mitchum colgó, aunque diciéndose que era inútil esperar o hablar con alguien en el departamento de Locey.

—¿Qué ocurre, Dave?

Mitchum le enseñó la orden. Y por el aspecto de la cara del jefe de trenes, comprendió que la trampa era tan mala como había supuesto.

Llamó a la dirección regional de la «Taggart Transcontinental» en Omaha, Nebraska, pidiendo hablar con el director general de la región. Se produjo un breve silencio y luego la voz del encargado de la central de Omaha le dijo que el director general había dimitido, desapareciendo tres días antes «luego de una ligera discusión con míster Locey».

Solicitó hablar con el ayudante del director general, encargado de su distrito, pero el ayudante se encontraba ausente de la ciudad para él fin de semana, y no podían localizarlo.

—¡Pues póngame con cualquier otra persona! —gritó Mitchum—. ¡De cualquier distrito! ¡Por lo que más quiera, póngame con alguien que sepa decirme lo que tengo que hacer!

La persona con quien estableció comunicación, era el ayudante del director general del distrito de Iowa-Minnesota.

—¿Cómo? —interrumpió al escuchar las primeras palabras de Mitchum—. ¿En Winston, Colorado? ¿Y por qué diablos me llama a mí?…No; no me cuente lo ocurrido. ¡No quiero saberlo…! ¡Le digo que no! ¡No! ¡No quiero que me obligue a tener que explicar después por qué hice o no hice algo que no constituye problema mío…! Hable con algún director de región y no conmigo. ¿Qué tengo yo que ver con Colorado?… ¡Diantre! No lo sé. ¡Pregunte al maquinista jefe!

El maquinista jefe de la Región Central contestó impaciente:

—¿Cómo? ¿Qué ocurre?

Mitchum se apresuró, desesperado, a explicárselo. Cuando el maquinista jefe se enteró de que no había «Dieseis», gritó:

—¡Pues retenga ese tren! —Pero al saber que se trataba de míster Chalmers, añadió con voz repentinamente pacífica—. ¡Hum…! ¿Kip Chalmers? ¿De Washington…? Bien. No lo sé. Es asunto para que lo decida míster Locey. —Cuando Mitchum le dijo: «Míster Locey me ordenó arreglarlo, pero…», el maquinista jefe exclamó con gran alivio—: ¡Entonces haga exactamente lo que le diga míster Locey!

Y colgó.

Dave Mitchum colocó también cuidadosamente el receptor en su soporte. Ya no se enfadaba ni gritaba. Por el contrarío, se acercó de puntillas a su sillón, casi como quien procura escabullirse y se sentó, contemplando durante largo rato la orden de míster Locey.

Luego echó una rápida ojeada por la habitación. El jefe de expediciones estaba muy atareado hablando por teléfono. El jefe de trenes y el capataz de máquinas se hallaban también allí, pero simularon no estar esperando su respuesta. Le hubiera gustado que el jefe de expediciones, Bill Brent, se marchara a su casa; pero permanecía en su rincón, observando.

Brent era un hombre de corta estatura, delgado, con los hombros muy amplios. Contaba cuarenta años, pero parecía más joven. Tenía la cara pálida de un empleado de oficina y las facciones duras y flacas de un cowboy. Era el mejor jefe de expediciones de todo el sistema.

Mitchum se levantó bruscamente y subió a su despacho, apretando en la mano la orden de Locey.

Dave Mitchum no era muy ducho en comprender problemas de ingeniería y de transporte, pero en cambio entendía muy bien a hombres como Clifton Locey. Imaginó la clase de juego que estaban llevando a cabo los directores de Nueva York y lo que ahora hacían con él. La orden no indicaba de manera concreta entregar a míster Chalmers una máquina de carbón, sino sólo «una máquina». Si llegaba el momento de dar explicaciones, ¿no exclamaría míster Locey, indignado y perplejo, que, a su modo de ver, un superintendente de División debía comprender que la orden se refería exclusivamente a una «Diesel»? La orden especificaba que el «Comet» debía continuar la marcha con toda seguridad. ¿No podría un superintendente de División saber lo que era «seguridad…» y sin «ningún retraso innecesario». ¿Qué era un retraso innecesario? Si aquel retraso implicaba la posibilidad de un desastre mayúsculo, ¿sería considerado necesario prolongarlo una semana o un mes?

Mitchum se dijo que a los directores de Nueva York no les preocupaba en absoluto todo aquello; que no les importaba si míster Chalmers llegaba a tiempo a su reunión o si una catástrofe sin precedentes se abatía sobre la línea; tan sólo querían estar seguros de no tener que cargar con responsabilidad alguna. Si detenía el tren, lo convertirían en cabeza de turco para apaciguar a míster Chalmers; si enviaba el tren y éste no llegaba a la salida occidental del túnel, lo achacarían a su incompetencia. En cada uno de ambos casos dirían que había actuado contrariamente a sus órdenes. ¿Qué podría él demostrar? ¿A quién? No es posible aclarar nada ante un tribunal que carece de política concreta, de procedimientos definidos, de reglas de evidencia, de principios con los que obligarse a algo; a un tribunal como la Oficina de Unificación, que declaraba inocentes o culpables a los hombres a capricho, sin una regla fija sobre la que basarse.

Dave Mitchum no sabía nada de la filosofía de la ley; pero sí sabía que cuando un tribunal no se siente obligado por regla alguna, tampoco lo está con respecto a los hechos, y entonces la vista de una causa no es un acto de justicia, sino una acción meramente humana. El destino del procesado depende entonces no de lo que haya hecho o no hecho, sino de a quién conoce o deja de conocer. Se preguntó con qué posibilidades contaría en un juicio semejante, teniendo por adversarios a míster James Taggart, míster Clifton Locey, míster Kip Chalmers y a sus poderosos amigos.

Dave Mitchum había pasado su vida eludiendo decisiones. Y lo logró, esperando siempre ser advertido por otros, sin saber nunca nada con certeza absoluta. Todo cuanto ahora permitía a su cerebro era un largo e indignado aullido contra la justicia. El hado, pensó, acababa de seleccionarle para hacer frente a una terrible desdicha. Quedaría puesto en evidencia por sus superiores en el único empleo bueno que había tenido jamás. Nadie le había enseñado nunca a comprender que el modo en que lo obtuvo y su situación actual constituían partes inseparables de un todo común.

Conforme miraba la orden de Locey, se dijo que podía retener al «Comet», enganchar el vagón de míster Chalmers a una máquina y enviarlo al túnel solo. Pero sacudió la cabeza, antes de que la idea hubiera cobrado forma total. Comprendió que de esta forma obligaba a míster Chalmers a reconocer la naturaleza del peligro; rehusaría y seguiría exigiendo una máquina inexistente. Y es más: aquello significaría que él, Mitchum, tendría que asumir responsabilidades, admitir pleno conocimiento de los riesgos, ponerse al descubierto e identificar la exacta naturaleza de la situación; único acto que la política de sus superiores pretendía evadir sobre todas las cosas; la única llave de su juego.

Dave Mitchum no era de quienes se rebelan contra el ambiente en que ha vivido, o formulan preguntas acerca del código moral de los que mandan. Optó por no desafiar a nadie, sino seguir la política de sus superiores. Bill Brent le hubiera derrotado en cualquier competición tecnológica, pero aquélla era una empresa en la que, en cambio, podría vencer a Bill Brent sin esfuerzo. En cierta época existió una sociedad en que los

hombres necesitaban talentos particulares como el de Bill Brent, si querían sobrevivir. Lo que necesitaban ahora era un talento como el de Dave Mitchum.

Dave Mitchum se sentó ante la máquina de su secretaria, y valiéndose de dos dedos, mecanografió una orden al jefe de trenes y otra al capataz de máquinas. En la primera instruía al destinatario para que reuniera inmediatamente un equipo de maquinistas con destino a una finalidad descrita sólo como «caso de urgencia». En la segunda daba instrucciones al capataz de máquinas para que «enviara a Winston la mejor locomotora disponible, a fin de atender un caso urgente».

Se metió en el bolsillo las copias al carbón, abrió la puerta, llamó a gritos al empleado nocturno y le entregó las dos órdenes, encargándole transmitirlas a los interesados, que se encontraban abajo. El empleado era un muchacho consciente, que confiaba en sus superiores y sabía que la disciplina es la primera regla en un ferrocarril. Le asombró extraordinariamente que Mitchum cursara órdenes escritas para quienes se hallaban un piso más abajo, pero no hizo preguntas. Mitchum esperó nervioso. Al poco rato vio al capataz de máquinas cruzar el espacio que le separaba del depósito. Se sintió aliviado; aquellos dos hombres no habían optado por hablarle personalmente; comprendieron y estaban dispuestos a realizar el juego, del mismo modo que lo realizaba él.

El capataz de máquinas atravesó el espacio libre, mirando al suelo. Pensaba en sus cosas, en sus hijos y en la casa que le había costado toda una vida comprar. Sabía lo que estaban haciendo sus superiores y se preguntaba si sería prudente obedecerles. Nunca temió perder su empleo. Con la confianza de un hombre competente sabía que, si se peleaba con un jefe, siempre encontraría otro. Ahora, en cambio, sentía miedo. No tenía derecho a abandonar su trabajo o a buscar otro. Si desafiaba al jefe, quedaría a merced del ciego poderío de una simple oficina directriz, y si ésta se ponía contra él, se vería sentenciado a una muerte lenta por hambre, ya que le impedirían obtener otro empleo. Y sabía que la Oficina obraría contra él; que la llave del obscuro y caprichoso enigma que regía las contradictorias decisiones de la Oficina se basaba en el secreto poderlo de la fuerza. ¿Qué posibilidades tendría contra míster Chalmers? Hubo un tiempo en que los intereses de sus jefes habían exigido de él el ejercicio de una gran pericia. Ahora, ésta no era ya necesaria. Hubo un tiempo en que se le pidió lo mejor y se le recompensó de acuerdo con ello. Ahora, sólo podía esperar un castigo, si intentaba obrar según su conciencia. En otros tiempos se esperó de él que pensara. Ahora no deseaban sino que obedeciera. No querían que continuara teniendo conciencia. En tal caso, ¿por qué levantar la voz? ¿En beneficio de quién? Pensó en los trescientos pasajeros que viajaban a bordo del «Comet». Pensó en sus propios hijos. Tenía a uno en el Instituto y a una hija de diecinueve años, de la que se sentía feroz y dolorosamente orgulloso, porque estaba considerada la más bella joven de la ciudad. Se preguntó si podía sumirlos en el mismo destino que el de los hijos de quienes carecían de empleo, como había venido viendo en zonas agostadas, en colonias alrededor de fábricas cerradas y a lo largo de vías desmanteladas. Vio, presa de asombrado terror, que no le quedaba más remedio que elegir entre las vidas de sus hijos y las de los pasajeros del «Comet». Un conflicto de tal género no hubiera podido ser previsible en otros tiempos. Protegiendo la seguridad de los pasajeros se había ganado la de sus hijos. Había servido a unos, sirviendo a los otros; nunca hubo intereses contrapuestos ni necesidad de victimas. Ahora, en cambio, si quería salvar los pasajeros, tendría que hacerlo mediante el sacrificio de sus hijos. Recordó vagamente los sermones escuchados acerca del altruismo de la propia inmolación, la virtud de sacrificar por otros lo que nos es más querido. No sabía nada de la filosofía de la ética; pero comprendió repentinamente, no en palabras, sino en forma de un dolor obscuro, irracional y salvaje, que si aquello era la virtud, no quería cuentas con ella.

Se acercó al depósito y dispuso que una enorme y antigua locomotora de carbón quedara dispuesta para trasladarse a Winston.

El jefe de trenes tomó el teléfono en la oficina del jefe de horarios, para convocar un equipo, según lo ordenado. Pero su mano quedó inmóvil. Acababa de darse cuenta repentinamente de que iba a reunir a unos hombres para condenarlos a muerte, y que de las veinte vidas que figuraban en la lista colocada ante él, dos terminarían en cuanto él las señalara. Sintió una sensación física de frío, pero nada más; no experimentaba preocupación, sino tan sólo una asombrada e indiferente perplejidad. Nunca su tarea había consistido en obligar a unos hombres a la muerte, sino, por el contrario, en señalarlos para que se ganaran la vida. Pensó que todo aquello era extraño, y extraño también que su mano se hubiera detenido. Lo que la obligaba a ello era algo que quizá habría sentido veinte años atrás; pero no, se dijo, tan sólo un mes escaso.

Tenía cuarenta y ocho años. Carecía de familia, de amigos y de lazo de unión con cualquier otro ser viviente en el mundo. Toda la capacidad de devoción que hubiera podido poseer, la capacidad que otros desparramaban entre muchos objetivos, la había dedicado a una única persona: su hermano menor, veinticinco años más joven, y al que había criado y educado. Lo hizo ingresar en una escuela tecnológica, y tanto él como los maestros llegaron a la conclusión de que el muchacho llevaba latente la marca del genio. Con la misma decidida devoción de su hermano, el muchacho sólo se preocupó de sus estudios, sin importarle los deportes, las fiestas o las mujeres. Sólo vivía pendiente de la ilusión de aquello que crearía como inventor. Luego de graduarse en la escuela, había ingresado, con un salario extraordinario para su edad, en el laboratorio de investigación de una empresa eléctrica de Massachusetts.

El jefe de trenes recordó que estaban a 28 de mayo. La directriz 10-289 había sido hecha pública el día primero. Y por la tarde del mismo día, alguien le informó de que su hermano se había suicidado.

El jefe de trenes oyó insistir en que la directriz era necesaria para salvar la nación. No sabía si era cierto o no; no tenía modo de comprender lo que era necesario para salvar al país. Impulsado por un sentimiento que no podía expresar, había entrado en el despacho del editor del periódico local, solicitando que publicaran la noticia de la muerte de su hermano. «La gente ha de enterarse» fue todo cuanto pudo dar como razón. Le fue imposible explicar que los maltrechos contactos de su mente le habían hecho llegar a la conclusión de que si aquello se ejecutaba por voluntad del pueblo, el pueblo debía saberlo todo. No podía creer que, una vez enterado, siguiera por el mismo camino. El editor rehusó, declarando que sería perjudicial para la moral pública.

El jefe de trenes no sabía nada de filosofía política; pero a partir de aquel momento perdió todo interés por la vida o la muerte de cualquier ser humano en el país.

Sosteniendo el teléfono en la mano, pensó que quizá debiera advertir a los hombres a quienes iba a llamar. Tenían confianza en él y jamás sospecharían que los mandara a la muerte a sabiendas. Pero sacudió la cabeza. Era un pensamiento anticuado, un pensamiento de un año atrás, un resto de los tiempos en que también él confió en los demás. Ahora no importaba. Su cerebro trabajaba lentamente, como si arrastrase las ideas por un vacío en el que ya ninguna emoción respondiera para espolearlo. Pensó que si advertía a alguien se provocarían conflictos; surgiría forcejeo y lucha y que él habría realizado un esfuerzo para iniciarla. Había olvidado de por qué luchaban las gentes. ¿Por la verdad? ¿Por la justicia? ¿Por la fraternidad? No deseaba realizar dicho esfuerzo. Se sentía muy cansado. Si advertía a los componentes de su lista, nadie querría conducir aquella máquina y no sólo salvaría dos vidas, sino las de los trescientos pasajeros del

«Comet». Pero las cifras no representaban ya nada para él; la palabra «vidas» era sólo eso: una palabra desprovista de significado.

Se llevó el auricular al oído y llamó a dos números, requiriendo la presencia de un maquinista y un fogonero para una tarea inmediata.

La máquina número 306 había partido ya hacia Winston cuando Dave Mitchum bajó.

—Prepárenme un vehículo —ordenó—. Voy a subir a Fairmount.

. Fairmount era una pequeña estación a veinte millas al Oeste, sobre la misma línea. Los hombres hicieron una señal de asentimiento, sin formular preguntas. Bill Brent no se encontraba entre ellos. Mitchum entró en el despacho de éste. Lo encontró sentado, en silencio, a su mesa, como si esperase.

—Voy a Fairmount —le dijo con voz agresiva y en exceso casual, como si no fuera necesaria respuesta alguna—. Tenían una «Diesel» hace cosa de un par de semanas… algo así como en estado de reparación… y voy a ver si podemos utilizarla.

Hizo una pausa, pero Brent no pronunció palabra.

—Tal como vienen ocurriendo las cosas —añadió Mitchum sin mirarle— no podemos retener ese tren hasta mañana. Hay que exponerse en un sentido o en otro. Quizá esta «Diesel» lo consiga, pero es la última de que podemos disponer. Si no saben nada de mí dentro de media hora, firme la orden y envíe al «Comet» con la número 306.

Le fue difícil creer lo que Brent expresaba en palabras. No contestó en seguida, pero tras una pausa, dijo:

—No.

—¿Qué es eso de no?

—Que no lo pienso hacer.

—¿Cómo que no lo piensa hacer? ¡Es una orden!

—No lo haré —insistió Brent, con voz que poseía la firmeza de una decisión no alterada por emoción alguna.

—¿Rehusa obedecer una orden?

—Sí.

—¡No tiene derecho a hacerlo! Ni yo pienso discutir. Lo he decidido; es mi responsabilidad y no solicito su opinión. Usted sólo tiene que obedecer mis órdenes.

—¿Me dará esa orden por escrito?

—¿Cómo, condenado idiota? ¿Insinúa que no me tiene confianza? ¿Está diciendo…?

—¿Por qué tiene usted que ir a Fairmount, Dave? ¿Por qué no les telefonea acerca de esa «Diesel» si cree que tienen una?

—No irá a decirme lo que tengo que hacer, ¿verdad? ¿No pensará permanecer sentado, interrogándome? ¡Usted se callará y hará lo que yo le diga, o de lo contrario voy a proporcionarle una oportunidad de hablar…, pero ante la Oficina de Unificación!

Era difícil descifrar emociones en la cara de cowboy de Brent, pero Mitchum vio en ella algo que se asemejaba a una expresión de incrédulo horror. Sólo que era un horror derivado de su visión de él y no de sus palabras, dotado de cierto tono de temor, aunque no del temor que Mitchum había esperado, provocar.

Brent comprendió que al día siguiente por la mañana se encontraría ante el dilema de oponer su palabra a la de Mitchum. Éste negaría haberle dado la orden, presentaría pruebas escritas, según las cuales la máquina número 306 había sido enviada a Winston tan sólo para «permanecer allí», y aportaría testimonios capaces de afirmar que estuvo en Fairmount para buscar la «Diesel». Declararía que la orden había sido cursada bajo la sola responsabilidad de Bill Brent, jefe de horarios. No se suscitaría un auténtico caso,

digno de concienzudo estudio, pero bastaría para la Oficina de Unificación, cuya política consistía en no permitir que nada fuera estudiado con excesiva minuciosidad. Brent se dijo que podía realizar un juego semejante y transmitir el embrollo a otra víctima, pero al propio tiempo comprendió que no tenía valor para ello; que antes moriría que obrar así.

No era la visión de Mitchum la que provocaba en él aquel aire de horror, sino la comprensión de que no existía nadie a quien exponer el problema y dar fin al mismo. Ningún superior desde Colorado a Omaha y Nueva York a quien dirigirse. Todos obraban de parecido modo. Mitchum se limitaba a obrar como ellos. Dave Mitchum pertenecía ahora al ferrocarril y, en cambio, Bill Brent había dejado prácticamente de figurar en el mismo.

Del mismo modo que Bill Brent había aprendido a leer de una sola ojeada en varias hojas de papel la situación entera de una División, ahora podía contemplar también el conjunto de su vida y el precio de la decisión que estaba adoptando. No se había enamorado hasta la madurez; a los treinta y seis años encontró a la mujer que anhelaba. Estuvo comprometido con ella durante los últimos cuatro años y tuvo que esperar, porque tenía a una madre a la que alimentar y una hermana viuda con tres hijos. Nunca le habían asustado las responsabilidades porque estaba seguro de su maestría para solventarlas, y nunca aceptó una obligación hasta estar convencido de poderla cumplir. Esperó, ahorró dinero, y ahora había llegado el momento en que se sentía dispuesto a ser feliz. Pensaba casarse a las pocas semanas, en cuanto entraran en el mes de junio. Reflexionó sobre ello mientras, sentado a su escritorio, miraba a Dave Mitchum; pero aquella idea no provocó en él vacilación alguna, sino sólo pesar y una vaga tristeza… vaga porque comprendió que no podía permitir su intromisión en semejantes momentos.

Bill Brent no sabía nada de epistemología, pero sí que el hombre debe vivir según su percepción racional del realismo, y que no puede actuar de manera contraria ni escapar, ni encontrarle un substituto. Y también que no existe para él otro sistema de vida.

Se puso en pie.

—Es cierto que mientras desempeñe este trabajo no puedo permitirme rehusar una orden dé usted —dijo—. Pero sí si lo abandono. Así pues, opto por ello y me retiro.

—¿Cómo dice?

—Que me considere baja desde este momento.

—¡No tiene usted derecho a darse de baja, condenado bastardó! ¿No lo sabe? ¿No sabe que podría meterlo en la cárcel?

—Si quiere enviar al sheriff en mí busca por la mañana, me encontrará en mi casa. No intentaré escapar. No tengo adonde ir.

Dave Mitchum medía un metro ochenta y poseía la corpulencia de un púgil, pero ahora se estremecía, furioso y aterrorizado, sobre la delicada figura de Bill Brent.

—¡No puede marcharse! ¡Existe una ley contra eso! ¡Tengo una ley a mi disposición! ¡No puede abandonarme! ¡No le dejaré! ¡No permitiré que abandone este edificio!

Brent dirigióse a la puerta.

—¿Repetirá ante los demás la orden que me ha dado? ¿No? Pues lo haré yo.

En el momento en que abría, Mitchum le descargó, un puñetazo en pleno rostro, dejándole inconsciente.

El jefe de trenes y el capataz de máquinas se encontraban en el umbral.

—¡Se marchaba! —dijo Mitchum—. ¡El muy bastardo pretende marcharse en momentos así! ¡Quebranta las leyes y es un cobarde!

En el lento esfuerzo de levantarse y mirar a través de la neblina sangrienta que le nublaba los ojos, Bill Brent pudo ver a los otros dos. Observó que comprendían, pero al mismo

tiempo notó en sus rostros la cerrazón de quienes no desean ver claro ni intervenir en nada, aborreciéndole por ponerles en un compromiso en nombre de la justicia. Sin pronunciar palabra, acabó de levantarse y salió del edificio.

Mitchum evitó las miradas de los otros.

—¡En! —gritó, alargando el cuello en dirección al jefe de horarios nocturno que se hallaba al otro lado del recinto—. ¡Venga aquí! ¡Tendrá que hacerse cargo de esto en seguida!

Una vez cerrada la puerta, repitió al joven la historia de la «Diesel» en Fairmount, igual que lo había dicho a Brent, con la orden de hacer continuar su camino al «Comet» con la máquina número 306 si no recibía noticias suyas dentro de media hora. Aquel joven no estaba en condiciones de pensar, de hablar, ni de comprender nada. Seguía viendo la sangre en la cara de Bill Brent, que hasta entonces fue su ídolo.

—Sí, señor —contestó resignado.

Dave Mitchum partió hacia Fairmount, anunciando a cada empleado, a cada guardagujas y a cada obrero que hallaba en su camino hacia el vehículo automóvil dispuesto sobre la vía, que se iba en busca de una «Diesel» para el «Comet».

El expedidor nocturno permanecía sentado en su escritorio, observando el reloj y el teléfono y rezando interiormente para que 'este último sonara transmitiéndole noticias de míster Mitchum. Pero la media hora transcurrió en silencio y cuando sólo faltaban tres minutos, el joven experimentó un terror que no podía explicar, excepto por su resistencia a cursar la orden.

Se volvió hacia el jefe de trenes y el capataz de máquinas, preguntando vacilante:

—Míster Mitchum me dio una orden antes de partir; pero no sé si cursarla, porque… porque no la creo justa. Dijo…

El jefe de trenes se volvió y alejóse. No sentía compasión alguna. Aquel joven tenía aproximadamente la misma edad que la de su fallecido hermano. En cuanto al capataz de máquinas, replicó:

—Haga lo que míster Mitchum le haya ordenado. Nadie imagina que usted haya de pensar por su cuenta.

Y salió de la habitación.

La responsabilidad que James Taggart y Clifton Locey habían evadido, descansaba ahora sobre los hombros de un tembloroso y perplejo muchacho. Éste vaciló y luego reforzó su valor con la idea de que no hay que dudar de la buena fe y competencia de los directores de un ferrocarril. No sabía que su visión de dichas compañías ni de sus directivos correspondía a un siglo atrás.

Con la consciente precisión de un ferroviario auténtico, en el momento en que la manecilla del reloj sobrepasó la media hora exacta, puso su firma al pie de la orden, dando instrucciones al «Comet» para que continuara su camino con la locomotora 306, y transmitió dicha orden a la estación de Winston.

En Winston, el jefe de estación se estremeció al leerla, pero no era hombre capaz de desafiar la autoridad de nadie. Se dijo que quizá después de todo, el túnel no fuera tan peligroso como parecía. Tal vez la mejor política fuera en aquellos tiempos la de no pensar.

Cuando entregó sendas copias de la orden al jefe de tren y al maquinista del «Comet», el primero miró a su alrededor lentamente, contemplando los rostros de los demás, plegó el papel, se lo metió en el bolsillo y salió sin decir nada.

El maquinista leyó el papel y luego lo dejó, manifestando:

—No pienso hacerlo. Y si es que en esta compañía van a cursarse órdenes semejantes, no voy a seguir aquí. Pueden darme por despedido.

—¡No puede marcharse! —gritó el jefe de estación—. ¡Lo detendrán!

—¡Si es que me encuentran! —dijo el maquinista saliendo de la estación y sumiéndose en las vastas tinieblas de las montañas envueltas en la noche.

El maquinista de Silver Springs que había traído la número 306 estaba sentado en un rincón. Se rió por lo bajo y dijo:

—Se ha puesto usted amarillo. El jefe de estación volvióse a él.

—¿Lo haría usted, Joe? ¿Llevaría usted el «Comet»?

Joe Scott estaba borracho. Existió una época en que un ferroviario que llegase a su trabajo con la más leve traza de intoxicación alcohólica hubiera sido considerado como un doctor que llegara a su clínica con manchas de viruela en la cara. Pero Joe Scott era un ser privilegiado. Tres meses antes fue perseguido por infracción de ciertas reglas de seguridad, que ocasionaron un accidente grave; dos semanas antes quedó readmitido por orden de la Oficina de Unificación. Era amigo de Fred Kinnan; protegía los intereses de éste en su Unión, pero no contra los empresarios, sino contra sus miembros.

—Desde luego —dijo Joe Scott—. Llevaré el «Comet». Lo conseguiré si le imprimo suficiente velocidad.

El fogonero del número 306 había permanecido en la cabina de la máquina. Cuando acudieron para transportar aquélla a la cabeza del «Comet», miró ante sí contemplando las luces rojas y verdes del túnel colgando en la distancia sobre veinte millas de curvas. Pero era un individuo plácido y amistoso, excelente fogonero, sin esperanza de ascender nunca a maquinista; sus únicas garantías se basaban en la fortaleza de sus músculos. Se dijo que sus superiores sabían lo que estaban haciendo y no aventuró pregunta alguna.

Desde la trasera del «Comet» el jefe de tren miró también las luces del túnel y luego la larga cadena de ventanillas. Unas cuantas estaban iluminadas, pero de la mayoría de ellas surgía tan sólo un pálido resplandor, indicador de que dentro funcionaban las lámparas de noche. Se dijo que era su deber despertar a los pasajeros y advertirles del peligro. Existió una época en que la seguridad del pasaje fue para él algo superior a todo lo demás, pero no por motivos de amor hacia sus semejantes, sino porque dicha responsabilidad formaba parte de su trabajo y la aceptaba, sintiéndose orgulloso de cumplirla. Ahora, en cambio, experimentaba una desdeñosa indiferencia, carecía de deseo alguno de salvarlos. Habían solicitado y aceptado la directriz 10-289 y continuaban viviendo evadiéndose de los veredictos cursados por la Oficina de Unificación sobre víctimas indefensas. ¿Por qué no había él ahora de abandonarlos? Si salvaba sus vidas, ni uno solo de ellos acudiría en su defensa cuando la Oficina de Unificación lo declarase convicto de desobedecer sus órdenes, de crear pánico y de retrasar el viaje de míster Chalmers. No sentía deseos de erigirse en mártir para que otras gentes incurrieran con toda garantía de seguridad en sus malvados e irresponsables propósitos.

Cuando llegó el momento, levantó su farol e hizo seña al maquinista para que iniciara la marcha.

—¿Se da cuenta? —preguntó Kip Chalmers triunfalmente a Lester Tuck, conforme las ruedas empezaron a estremecerse bajo sus pies—. El miedo es el único sistema práctico para contender con la gente.

El jefe de tren saltó a la plataforma del último vagón, pero nadie le vio cuando descendió por la parte contraria, desvaneciéndose en las tinieblas.

Un guardavías se hallaba dispuesto a maniobrar la aguja que introdujera al «Comet» desde el apartadero en la vía principal. Contempló el tren cuando avanzaba lentamente.

Era sólo un resplandeciente foco blanco con un rayo de luz que pasó por encima de su cabeza, mientras un trueno hacía temblar el suelo bajo sus pies. Comprendió que no debía manipular aquella aguja. Evocó cierta noche, diez años antes, cuando arriesgó su vida en una inundación para salvar a un tren que iba a ser arrastrado por la corriente. Pero los tiempos habían cambiado. En el momento de accionar la palanca y ver cómo la luz del faro cambiaba bruscamente de dirección, comprendió que a partir de entonces, y para el resto de su vida, aborrecería su empleo.

El «Comet» serpenteó entre el apartadero para convertirse luego en una línea delgada y recta y lanzarse hacia las montañas con el rayo de haz de su foco semejante a un rastro extendido que indicara el camino y la curva de cristal del coche salón formando su extremidad posterior.

Algunos pasajeros iban despiertos. Conforme el tren inició su ascensión, pudieron observar las luces de Winston al fondo de la obscuridad bajo las ventanillas; luego la misma obscuridad surgió, flanqueada por las luces rojas y verdes del túnel, en la parte superior de las ventanillas. Las luces de Winston se fueron haciendo más pequeñas mientras el negro agujero del túnel se iba ampliando lentamente. A veces, ante las ventanillas pasaba un velo negro que disminuía el resplandor de los fulgores; era el espeso humo de la locomotora de vapor.

Conforme el túnel se fue acercando, vieron en el borde del cielo, muy lejos, hacia el Sur, en un vacío de espacio y de peñascos, un punto de fuego que se agitaba al viento. Pero no sabían lo que era ni les importaba enterarse.

Se dice que las catástrofes se basan estrictamente en la casualidad y algunos habrían afirmado que los pasajeros del «Comet» no eran culpables ni responsables de lo que les estaba sucediendo.

El hombre que ocupaba el dormitorio A, en el vagón número 1, era un profesor de sociología para quien la maestría individual no ejerce consecuencias; el esfuerzo de cada uno es inútil; una conciencia individual representa un lujo innecesario; no existe mente o carácter o acción de tipo personal, todo se consigue colectivamente y lo que cuenta es la masa y no el hombre.

El ocupante de la litera 7, en el vagón número 2, era un periodista que escribía que es adecuado y moral ejercer la fuerza «por una buena causa». Creía poseer el derecho a hacer uso de la fuerza física sobre otros, estropear vidas ajenas, ahogar ambiciones, estrangular deseos, violar convicciones, aprisionar, despojar y asesinar por todo aquello que, a su modo de ver, constituyera lo que representaba su idea de «una buena causa». No era preciso que se tratara de una idea, puesto que nunca pudo definir lo que consideraba bueno; había declarado simplemente que se dejaba guiar «por cierto sentimiento», un sentimiento no coartado por conocimiento alguno, puesto que consideraba las emociones superiores a dicho conocimiento y se basaba simplemente en su «buena intención» y en el poder de un arma.

La mujer de la litera 10, en el vagón número 3, era una profesora de edad madura, que había pasado su vida transformando una clase tras otra de indefensos chiquillos en grupos de cobardes, miserables, enseñándoles que el deseo de la mayoría es el único patrón para medir el bien y el mal; que una mayoría puede hacer lo que quiera; que no es preciso resaltar la personalidad de cada uno, sino obrar como los otros obren.

El ocupante del salón B, vagón número 4, era un editor de periódicos, imbuido de la idea de que los hombres son malos por naturaleza y están incapacitados para la libertad; que sus instintos básicos, si se les deja en estado natural, son la mentira, el robo y el crimen, y que por ello hay que gobernarlos con mentiras, robos y crímenes, cosas que constituyen exclusivo privilegio de los gobernantes, a fin de forzarles al trabajo, enseñándoles a ser morales y manteniéndolos dentro de los límites del orden y la justicia.

El viajero del dormitorio H, vagón número 5, era un negociante que había adquirido su empresa, una mina, con ayuda de un préstamo gubernamental bajo la ley de Igualdad en las Oportunidades.

El hombre del salón A, coche número 6, era un financiero que hizo su fortuna adquiriendo acciones ferroviarias «congeladas» y permitiendo que sus amigos de Washington las «descongelasen».

El del asiento 5, coche número 7, era un obrero convencido de tener «derecho» a un empleo, tanto si el empresario lo quería como si no.

La ocupante de la litera 6, vagón número 8, era una conferenciante convencida de que, como consumidora, tenía el «derecho» a ser transportada, tanto si los ferroviarios querían como si no.

El hombre de la litera 2, vagón número 9, era un profesor de Economía que abogaba por la abolición de la propiedad particular, explicando que la inteligencia no desempeña parte alguna en la producción industrial; que la mente humana está condicionada por las herramientas materiales; que cualquiera puede dirigir una fábrica o un ferrocarril, puesto que sólo se trata de conseguir la maquinaria adecuada.

La mujer del dormitorio D, vagón número 10, era una madre que acababa de colocar a sus hijos en la litera superior, arropándolos cuidadosamente y protegiéndolos de corrientes de aire y de vaivenes; una mujer cuyo esposo ostentaba una tarea oficial y hacía cumplir órdenes que defendía con estas palabras: «No me importa; sólo perjudican a los ricos. Después de todo, yo sólo he de pensar en mis hijos».

El pasajero de la litera 3, vagón número 11, era un pusilánime neurótico que escribía comedietas en las que, como mensaje social, insertaba cobardemente pequeñas obscenidades, encaminadas a demostrar que todos los negociantes son unos bribones.

La mujer de la litera 9, vagón número 11, era un ama de casa que se creía en el derecho a elegir a políticos de quienes no sabía nada para que controlasen gigantescas industrias, cuyas interioridades desconocía en absoluto.

El hombre del dormitorio F, vagón número 12, era un abogado que en cierta ocasión manifestó: «¿Quién, yo? Siempre encontraré un modo de desenvolverme bajo cualquier sistema político».

El ocupante del dormitorio A, vagón número 14, era un profesor de filosofía que enseñaba la inexistencia de la mente. ¿Cómo sabemos que el túnel es peligroso? Inexistencia de la realidad. ¿Cómo demostrar que el túnel existe? Carencia de lógica. ¿Por qué insistir en que los trenes no pueden moverse sin fuerza impulsora? De los principios. ¿Por qué dejarse dominar por la ley de la causa y el efecto? De los derechos. ¿Por qué no atar a cada uno a su tarea por la fuerza? De la moralidad. ¿Qué es moral en el manejo de un ferrocarril? De los absolutos. ¿Qué importa dónde se viva o se muera? Enseñaba que no sabemos nada. ¿Por qué oponerse a las órdenes de un superior? Que no podemos sentirnos seguros de nada. ¿Cómo sabéis que tenéis razón? Que debemos actuar de acuerdo con el impulso del momento. No irá usted a arriesgar su empleo, ¿verdad?

El ocupante del salón B, vagón número 15, era un joven que había heredado una gran fortuna y que no cesaba de repetirse: «¿Por qué ha de ser Rearden el único a quien se permita fabricar metal Rearden?»

El hombre del dormitorio A, vagón número 16, era un filántropo que había dicho: «¿Hombres dotados de habilidad? No me importa que sufran ni si pueden soportarlo. Deben ser castigados y apoyar al incompetente. Francamente, no me importa que sea justo o no. Me enorgullezco de no garantizar justicia alguna a los más hábiles cuando los necesitados necesitan piedad».

Tales pasajeros estaban despiertos. No existía en todo el tren nadie que no compartiese con ellos una o varias de sus ideas. Conforme el tren se introducía en el túnel, la llama de la antorcha Wyatt fue lo único que vieron en la tierra.

CAPÍTULO VIII

POR NUESTRO AMOR

El sol tocaba las copas de los árboles sobre la falda de la montaña, confiriéndoles un color azul plateado que parecía reflejarse desde el cielo. Dagny permanecía a la puerta de su cabaña, con los primeros rayos dándole sobre la frente y millas de bosque extendidas bajo sus pies. Las hojas adoptaban una gama entre plata y verde, y el azul neblinoso de las sombras sobre la carretera, más abajo. La luz se escurría por entre el ramaje y ascendía de improviso en repentinos fulgores allí donde tocaba un grupo de helechos, convertidos en fuente de rayos verdes. Le agradaba observar el movimiento de la luz sobre una calma en la que ninguna otra cosa podía moverse.

Había marcado la fecha, como cada mañana, sobre la hoja de papel clavada en la pared del dormitorio. El progreso de tales fechas era el único movimiento en la tranquilidad de sus días, igual que las anotaciones de quien vive preso en una isla desierta. Estaban a 28 de mayo.

Había ideado que aquellas fechas condujeran a un propósito, pero no hubiera podido decir si lo había conseguido o no. Acudió allá con tres objetivos, como tres órdenes impuestas a sí misma: descansar, aprender a vivir sin el ferrocarril y alejar el dolor. Alejarlo era la palabra adecuada. Le parecía estar atada a un ser extraño, herido, capaz de sufrir en cualquier momento un ataque y de ahogarla con sus gritos. No sentía compasión hacia él, sino sólo desdeñosa impaciencia. Tenía que combatirlo y destruirlo y entonces su camino quedaría despejado para decidir lo que deseara hacer; pero no era fácil contender con aquel hombre.

La idea de descansar había sido más fácil. Se encontró con que le gustaba la soledad. Se levantaba cada mañana con cierto sentimiento de confiada benevolencia; con la impresión de poder aventurarse hacia delante y contender con lo que le surgiera al paso. En la ciudad vivió sumida en la crónica tensión de rechazar el impacto de la ira, la indignación, el disgusto y el desdén. El único peligro que la amenazaba allí era el del dolor de un posible accidente físico; pero le parecía inocente y fácil, comparándolo a lo demás.

La cabaña se encontraba muy alejada de cualquier camino transitado y seguía como la dejara su padre. Dagny preparaba sus comidas en un fogón, con leña que recogía ella misma por la ladera. Desbrozó los alrededores, arregló el tejado, y repintó la puerta y los marcos de las ventanas. Las lluvias, los arbustos y la hierba habían eliminado los escalones de lo que en otro tiempo fue un sendero que ascendía desde el camino a la cabaña. Lo reacondicionó, volviendo a colocar las piedras en su sitio, limpiando los rellanos y reforzando los lugares de tierra blanda con paredes de piedra. Le agradaba idear complicados sistemas de palancas y poleas, utilizando pedazos de hierro y cuerdas, y arrastrando piedras muy superiores a sus fuerzas físicas. Plantó unas cuantas semillas de berros y de maravillas, para ver cómo los primeros se extendían lentamente por el suelo y las otras ascendían por los troncos de los árboles; para observar su crecimiento, su progresión y su avance.

Aquel trabajo le confirió la calma que necesitaba. No se había dado cuenta de cómo lo empezó ni del motivo. Lo hizo, sin intención consciente, pero lo vio desarrollarse bajo sus manos, estimulándola a ella también y confiriéndole un saludable sentimiento de paz. Comprendió entonces que lo que necesitaba era movimiento con un propósito

determinado, no importaba fuera pequeño o en qué forma se ejerciera; el sentimiento de una actividad que avanzara paso a paso hacia un fin elegido, a lo largo de un espacio de tiempo. La tarea de cocinar una comida venía a ser un círculo cerrado que se completaba y desaparecía sin conducir a nada; pero el trazado de un sendero era una suma viviente de actos gracias a los cuales ningún día quedaba muerto, sino que cada uno contenía todo lo del precedente y adquiría inmortalidad en cada mañana triunfal. El círculo, pensó, es el movimiento propio de la naturaleza física. Dicen que en el universo inanimado que nos rodea sólo existe el movimiento circular. En cambio, la línea recta es la enseña del hombre, la recta de una abstracción geométrica tiende carreteras, rieles y puentes; la recta corta las curvas sin objeto de la naturaleza, gracias a un movimiento concreto desde un principio hasta un fin. Pensó que el cocinar viene a ser como echar carbón a una máquina con el fin de hacerla trasponer un espacio mayor, pero ¿cuál sería el propósito de calentar una máquina que no tuviera que cubrir espacio alguno? Se dijo que no es adecuado a la vida humana adoptar la forma de un círculo o de una serie de ellos que vayan cayendo como ceros tras del ser animado; la vida del hombre ha de ser una línea recta de movimiento, entre un propósito y otro mayor, cada uno conduciendo al siguiente y hacia una suma total, cada vez más elevada, del mismo modo que en un viaje por ferrocarril entre estación y estación hasta… pero… «¡Oh! ¡Dejemos esto!», exclamó interiormente.

«Dejemos esto —se repitió con tranquila severidad, cuando el grito del desconocido quedó ahogado—. No pienses en eso; no mires demasiado lejos. ¿Te gusta construir este camino? Pues constrúyelo, pero no mires más allá del pie de la montaña.»

Había ido en automóvil unas cuantas veces hasta el almacén de Woodstock, a veinte millas de distancia, para adquirir utensilios y comida. Woodstock era un minúsculo amontonamiento de estructuras, en trance de morir, levantadas generaciones antes por alguna razón y una esperanza ya olvidadas. No existía ferrocarril que lo aprovisionara, ni fuerza eléctrica, ni nada más que una carretera comarcal, cada año más desierta.

El único almacén era una choza de madera, con los rincones comidos por las arañas y una mancha podrida en medio del suelo, causada por la lluvia al gotear a través del tejado. Su dueña era un mujer obesa y pálida, que se movía con gran esfuerzo, pero que parecía indiferente a sus propias cuitas. La existencia de víveres consistía en unas cuantas polvorientas latas, con etiquetas descoloridas, y algunos cereales y verduras pudriéndose en estropeados recipientes colocados en el exterior. «¿Por qué no quita esas verduras del sol?», le preguntó cierta vez Dagny. La mujer la contempló extrañada, como si no entendiera la posibilidad de semejante pregunta. «Porque siempre estuvieron ahí», contestó indiferente.

De regreso a su cabaña, Dagny contempló un arroyo que se despeñaba con tremenda fuerza a lo largo de un muro de granito y cuyo vapor tendía como una niebla, cruzada por varios arcoíris bajo el sol. Se dijo que hubiera sido posible construir una central eléctrica de dimensiones suficientes como para suministrar fuerza, no sólo a su cabaña, sino a la ciudad de Woodstock. Ésta hubiera podido convertirse así en localidad productiva; aquellos manzanos que crecían en número asombroso entre la densa vegetación de las laderas eran restos de huertos. Si alguien los reclamara y luego construyera un pequeño camino hasta la próxima estación…, pero valía más no pensar en aquello.

—Ya no tenemos petróleo —le dijo la dueña de la tienda en su siguiente viaje a Woodstock—. El viernes por la noche llovió, y cuando llueve, los camiones no pueden atravesar la garganta de Fairfield. La carretera se inunda y el camión del petróleo no volverá hasta el mes que viene.

—Si saben que la carretera se inunda cada vez que llueve, ¿por qué no la reparan?

—Las carreteras siempre estuvieron así —respondió la mujer.

Al regreso, Dagny se detuvo en una cumbre y contempló las millas de paisaje que se extendían bajo ella. Vio el desfiladero de Fairfield, donde la carretera comarcal, que serpenteaba por entre un suelo pantanoso por debajo del nivel de un río, quedaba encajonada en una cortadura entre dos montes. Se dijo que hubiera sido fácil eludir aquellos montes, construyendo una carretera por el otro lado del río. La gente de Woodstock no tenía nada que hacer. Ella podía enseñarlos a acortar un camino directo hacia el Suroeste, economizando muchas millas. Comunicaría con la carretera estatal en el depósito de mercancías de…, pero ya estaba pensando otra vez en lo mismo.

Después de obscurecer, dejó la lámpara de petróleo a un lado y, a la luz de una vela, se puso a escuchar la música de una pequeña radio portátil. Buscando conciertos sinfónicos, empezó a manipular el cuadrante, cuando, de pronto, percibió las roncas palabras de un locutor que leía el noticiario;

pero no quiso saber nada de la ciudad.

«No tengo que pensar en la "Taggart Transcontinental" —se dijo su primera noche en la cabaña—. No quiero pensar en ello hasta estar en condiciones de escuchar lo que me digan con la misma indiferencia como si los oyera referirse a la "Atlantic Southern" o a la "Associated Steel".» Pero transcurrieron las semanas y la herida seguía sin cicatrizar. Le pareció estar combatiendo contra la imprevisible claridad de su propia mente. Tendida en la cama, deseosa de dormir, pensaba de pronto en que la cinta transportadora estaba estropeada en la estación de carboneo de Willow Ben, Indiana. La había visto desde la ventanilla de su vagón, en el último viaje. Les diría que la reemplazaran o de lo contrario… de pronto se sentaba en la cama gritando: «¡Basta!» Pero solía permanecer despierta para el resto de la noche.

A la puesta del sol se sentaba a la puerta de la cabaña, contemplando el movimiento de las hojas, cada vez más tranquilas bajo la semiobscuridad, y luego veía los chispazos de las luciérnagas surgiendo de la hierba, zigzagueando en los lugares obscuros, o deslizándose con lentitud como si quisieran advertirle algo, semejantes a luces de señales que parpadearan sobre una vía, pero… «¡Basta!», se repetía.

En ciertas ocasiones no podía impedir lo que más temor le causaba. Incapaz de eludirlo, se dejaba caer en el suelo de la cabaña o en la tierra de los bosques, como si sufriera un dolor físico sin límite al margen del dolor de su mente, y permanecía inmóvil con el rostro pegado a una silla o a una piedra, esforzándose en no gritar, mientras aquello se apretaba contra ella, tan real como el cuerpo de un amante: los dos rieles alejándose hasta unirse en un punto en la distancia; la parte frontal de una locomotora hendiendo el espacio con sus letras TT; el ruido de las ruedas al tintinear en acelerado ritmo bajo el piso del vagón; la estatua de Nat Taggart en el vestíbulo del Terminal. Luchando para no enterarse de aquello, para no sentirlo; con el cuerpo rígido, excepto el temblor de su cara contra el brazo, extraía cuantas fuerzas le quedaran aún en la conciencia con el fin de pronunciar en silencio, repitiéndolas interiormente, estas palabras: «Hay que acabar con ello».

Existían largos períodos de calma en que podía enfrentarse a su problema con la desapasionada claridad.de quien contiende con una cuestión de ingeniería; pero no le era posible encontrar la respuesta. Sabía que su desesperado anhelo del ferrocarril acabaría por desaparecer, con sólo que lograra convencerse de que seguir así era imposible o resultaba inadecuado. Pero la añoranza procedía de la certeza de que la verdad y el derecho estaban de su parte, de que el enemigo constituía un elemento irracional e irreal; de que no podía proponerse otra meta o hacer acopio del amor necesario para conseguirla, mientras su legítimo objetivo quedara perdido no ante una fuerza superior, sino ante una aborrecible maldad, cuyas conquistas se basaban en la impotencia.

Se dijo que podía renunciar al ferrocarril y encontrar la felicidad en aquel bosque. Pero luego de reparar el sendero y reacondicionar la carretera, querría llegar hasta la tienda de Woodstock y allí encontraría el fin, puesto que un blanco y vacío rostro, mirando al universo con aire de estancada apatía, constituiría el límite a todos sus esfuerzos. «¿Por qué?», se oyó preguntar en voz alta; pero no hubo respuesta.

«Quédate aquí hasta que tú misma contestes —pensó—. No tienes sitio adonde ir; no puedes moverte; no puedes empezar a planearte un camino hasta… hasta que sepas lo suficiente como para escoger un final.»

Existían largas y silenciosas tardes en las que la emoción que la obligaba a permanecer sentada, inmóvil, contemplando la inasequible distancia, más allá de la decreciente claridad hacia el Sur, se transformaba en añoranza de Hank Rearden. Deseaba la visión de su cara inflexible, de aquella cara confiada, pero sabía que no podía verle hasta que hubiera ganado la batalla. Tenía que merecer su sonrisa, destinada a un adversario capaz de oponer su fuerza a la de él, no a un ser mísero y agobiado por el dolor, que buscase alivio en la misma, destruyendo su significado. Él podía ayudarla a vivir, pero no a decidir con qué propósito deseaba seguir alentando.

Había experimentado cierta leve ansiedad desde la mañana en que marcó la fecha «Mayo 15» en su calendario. Se había obligado a escuchar noticiarios de vez en cuando, pero no oyó nunca mencionar su nombre. Su temor por él era el único eslabón que la unía a la ciudad, que la obligaba a mirar el horizonte hacia el Sur y la carretera al pie de la montaña. Notó que esperaba su llegada. Se sorprendió escuchando el posible sonido de un motor, pero lo único que a veces le confería una repentina sensación de esperanza era el batir de las alas de algún enorme pájaro que emprendiera el vuelo a través de las ramas.

Existía otro lazo de unión con el pasado que seguía fijo en ella como una pregunta sin resolver: Quentin Daniels y el motor que estaba intentando reconstruir. Para el lº de junio le tendría que pagar un cheque mensual. ¿Debería comunicarle que se había retirado? ¿Que ya no necesitaba aquel motor y que tampoco era preciso para el resto del mundo? ¿Le diría que cesara en su empeño y que dejara desaparecer los restos oxidados del motor en un montón de chatarra semejante a aquel en que lo halló? No podía obligarse a tal cosa; le parecía más duro que abandonar el ferrocarril. Se dijo que aquel motor no era una unión con el pasado, sino su único punto de contacto con el futuro. Matarlo le parecía un acto, no de asesinato, sino de suicidio. Su orden de cesar en el trabajo sería lo mismo que estampar su firma bajo la declaración de que ante ella no existía ya un término hacia el que encaminarse.

«No es cierto —pensó cuando la mañana de aquel 28 de mayo se hallaba a la puerta de su cabaña—. No es cierto que no exista emplazamiento en el futuro para alguna superlativa consecución de la mente humana. Nunca podrá ser cierto.» No importa cuáles fueran sus problemas, siempre contaría con la inflexible convicción de que la maldad era una cosa antinatural y pasajera. Lo sintió más claramente aquella mañana. Tuvo la certeza de que la crueldad de los hombres que habitaban la urbe y la de sus sufrimientos eran sólo accidentes transitorios, mientras que el alegre sentimiento de esperanza que experimentaba al contemplar el bosque inundado de sol, el sentimiento de promesas sin límites, eran algo permanente y real.

Se hallaba a la puerta de la cabaña fumando un cigarrillo. En la habitación, tras ella, el rumor de una sinfonía de los tiempos de su abuelo surgía de la radio. Escuchaba, consciente tan sólo del fluir de los acordes que parecían interpretar una sinfonía que subrayara el fluir del humo de su cigarrillo al describir lentas curvas en el aire, y el movimiento circular de su brazo al trasladar de vez en cuando el cigarrillo a sus labios. Cerró los ojos y permaneció inmóvil, notando los rayos del sol sobre su cuerpo. Pensó que aquél era el logro que anhelaba; disfrutar de aquel momento sin permitir que ningún

recuerdo doloroso turbara su capacidad de sentir como entonces sentía. Mientras pudiera conservarlo dispondría del combustible para continuar.

Apenas percibió el débil ruido, mezclado a la música como el leve rasgueo de un viejo disco. Lo primero de que tuvo conciencia fue del súbito ademan de su mano al arrojar el cigarrillo. Ocurrió en el mismo instante de percibir que el ruido se iba haciendo más y más fuerte y que procedía de un motor. Supo entonces que no había admitido ante si misma lo mucho que deseaba oír aquel sonido; lo desesperadamente que estuvo esperando a Hank Rearden.

Escuchó su propia risa ahogada, humilde, precavidamente baja, como si no quisiera perturbar el runruneo del metal, que para ella representaba ahora el inequívoco rodar de un automóvil al ascender por la carretera montañosa.

No le era posible ver la carretera; un breve trecho, bajo el arco de ramaje al pie de la pendiente, era todo cuanto podía percibir de la misma; pero fue siguiendo el ascenso del coche, gracias al rumor imperioso y creciente del motor que contendía con la pendiente y al chirriar de los neumáticos al tomar las curvas.

El automóvil se detuvo bajo el arco de ramaje, pero no lo reconoció; no se trataba del Hammond negro, sino de un descapotable alargado y gris. Vio salir al conductor; tratábase de un hombre cuya presencia allí no era posible: Francisco d'Anconia.

La impresión que sintió no fue desencanto, sino más bien algo que le hizo considerar al desencanto como algo inoportuno. Viva ansiedad, mezclada a cierta extraña y solemne calma, a la súbita certeza de que se enfrentaba a algo desconocido y de la mayor importancia.

Francisco obraba con gran vivacidad al ascender la colina; de vez en cuando levantaba la cabeza para mirar hacia arriba. La vio a la puerta de la cabaña y se detuvo. Dagny no podía distinguir la expresión de su cara. Permaneció inmóvil un momento con la cara levantada hacia ella, y luego reanudo la marcha.

Dagny sintió como si lo hubiera esperado y aquella escena perteneciese a la infancia de ambos. Él se acercaba sin correr, pero actuando con una especie de triunfante y confiada celeridad. No, pensó Dagny, aquello no pertenecía a su infancia, sino al futuro, tal como lo viera en los días en que esperaba a Francisco como si se sintiera libre de una cárcel. Tuvo la momentánea visión de cierta mañana que debieron haber vivido, si su pronóstico de la vida hubiera quedado realizado; si ambos hubieran recorrido el camino que ella estaba tan segura de seguir. Inmóvil por el asombro, permaneció mirándolo, aceptando aquel momento, no en nombre del presente, sino como un saludo al pasado.

Cuando estuvo lo suficiente cerca como para poder distinguir sus facciones, observó en él esa expresión de luminosa alegría, imbuida de cierta grave solemnidad de quien proclama su inocencia y su derecho a estar alegre. Sonreía y silbaba una cancioncilla que parecía fluir al mismo ritmo de sus largas, suaves y ascendientes zancadas. La melodía le pareció ligeramente familiar; notó que encajaba en aquellos momentos. Sin embargo, se dijo también que había algo extraño en ella; algo cuya importancia tenía que traducir, pero en la que le era imposible pensar por entonces.

—Hola, «Slug».

—Hola, Frisco.

Por el modo en que la miraba, bajando los párpados un instante hasta cerrarlos, por el breve impulso que dio a su cabeza como si ésta intentara resistírsele, por la débil, sonriente y casi desmañada suavidad de sus labios, í y luego por la repentina dureza de sus brazos al envolverla, comprendió; que todo aquello era involuntario, que no había pretendido hacerlo, pero que resultaba irresistiblemente adecuado para ambos.

La desesperada violencia del modo en que la retuvo, la hiriente presión de su boca, la triunfante rendición de su cuerpo al contacto del suyo, no cobraron la forma de un momento de placer. Dagny comprendió que ningún apetito físico podía conducir a un hombre a aquello. Se dijo que equivalía a la declaración que nunca había oído de él, a la mayor confesión de amor que un hombre puede realizar. No importaba lo que hubiera hecho para arruinar su vida. Aquél era todavía el Francisco d'Anconia en cuya cama se había sentido tan orgullosa de pertenecerle. No importaba qué traiciones hubiese soportado del mundo. Su visión de la vida fue auténtica y alguna indestructible parte de la misma aún permanecía en el interior de Francisco. En respuesta a todo ello, su cuerpo respondió al suyo; sus brazos y su boca lo retuvieron, confesando una aceptación que siempre le había otorgado y siempre le otorgaría.

El evocar el resto de su vida le produjo una punzada de dolor, porque cuanto mayor fuera la personalidad de Francisco, más terrible sería su culpa al destruirla. Se apartó de él, sacudiendo la cabeza y dijo respondiendo por ambos:

—No.

Él la miró desarmado y sonriente.

—Tienes que perdonarme muchas cosas. Pero ahora puedo explicártelo todo.

Dagny nunca había escuchado en su voz un tono semejante de sordo y jadeante desaliento. Estaba luchando por recuperar el dominio de sí; había casi una traza de ruego en su sonrisa, el ruego de un niño que suplica indulgencia, pero también una jovialidad de adulto; la alegre declaración de no tener que ocultar su forcejeo, puesto que combatía contra la dicha y no contra el dolor.

Se apartó de él, sintiendo como si la emoción la hubiera lanzado más allá de su propia conciencia y las preguntas empezaran a agobiarla, tratando de adoptar la forma de palabras.

—Dagny, la tortura que has estado soportando aquí, durante este mes… contéstame todo lo sinceramente que puedas,…, ¿crees que la hubieras podido resistir doce años atrás?

—No —le respondió ella viéndole sonreír—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Para redimir doce años de mi vida, que de otro modo tendría que lamentar.

—¿Qué quieres decir? —sus preguntas habían alcanzado por fin una forma concreta—. ¿Qué sabes tú de mi tormento aquí?

—Dagny, ¿no empiezas a darte cuenta de que lo sé todo acerca de ti?

—¿Cómo lo has conseguido? ¡Francisco! ¿Qué silbabas cuando subías la pendiente?

—Pues no lo sé.

—Era el Quinto Concierto de Richard Halley, ¿verdad?

—¡Oh! —pareció sorprenderse; luego sonrió divertido y respondió gravemente—: Te lo diré más tarde.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—También te lo explicaré.

—¿Has obligado a Eddie a revelártelo?

—Llevo sin ver a Eddie más de un año.

—Era el único que lo sabía.

—No me lo ha dicho Eddie.

—No quería que me descubriera nadie.

Él miró lentamente a su alrededor, y Dagny vio cómo se fijaba en el sendero construido por ella, en las flores recién plantadas y en el tejado recompuesto. Se rió un poco como si comprendiera y como si aquello le causara cierta incomodidad.

—No debiste permanecer aquí un mes —manifestó—. No. No debiste hacerlo. Es mi primer fracaso, precisamente cuando no quería fracasar. Pero no pensé que estuvieras dispuesta a irte. De haberlo sospechado, te habría vigilado día y noche.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Para evitarte todo esto —dijo señalando lo que había estado haciendo.

—Francisco —le respondió Dagny en voz baja—, si mi tortura te importa algo, sabe que no quiero oírte hablar de ella, porque… —se detuvo; nunca se le había quejado de nada durante aquellos años; con voz tensa añadió—: no quiero oír hablar de ello, sencillamente.

—¿Por qué soy el único que no tiene derecho a hacerlo7 Dagny, ¿crees que no comprendo lo mucho que te he perjudicado? Te hablaré de los años en que… Pero todo eso ya pasó. ¡Oh, querida! Ya pasó.

—¿De veras?

—Perdóname; no debí haberlo dicho. Al menos hasta que tú lo mencionaras.

Intentaba dominar su voz, pero no le era posible hacer lo propio con la expresión de felicidad que se pintaba en él.

—¿Eres feliz al verme desprovista de todo aquello por lo que viví? De acuerdo; te lo diré, si es lo que has venido a escuchar: tú fuiste lo primero que perdí. ¿Te divierte observar que ahora carezco también del resto?

La miró a la cara, con los ojos entornados y un aire de tal intensidad y anhelo que aquella mirada fue casi una amenaza— Dagny comprendió que no importaba lo que aquellos años hubieran significado para él, la palabra «diversión» era la única que no tenía derecho a pronunciar.

—¿Lo crees así realmente? —preguntó.

—No… —murmuró ella.

—Dagny, nunca perdemos del todo aquello por lo que vivimos. Quizá a veces cambiemos su forma, sobre todo si hemos cometido un error; pero el propósito sigue el mismo, y somos nosotros quienes concebimos su forma.

—Eso es lo que me he venido repitiendo durante un mes, Pero no existe camino abierto para mi hacia ningún propósito.

Él no contestó. Se había sentado en una piedra junto a la puerta de la cabaña, mirándola como si no quisiera perderse la más ligera sombra de las reacciones que se pintasen en su cara.

—¿Qué opinas de los hombres que abandonan su trabajo y desaparecen? —le preguntó.

Ella encogióse de hombros con una débil sonrisa de resignada tristeza, y sentóse en el suelo, junto a él.

—Verás —le contestó—. Solía pensar en la existencia de un elemento destructor, que iba tras ellos hasta obligarles a retirarse. Pero ahora creo que no existe. Durante el mes pasado hubo veces en que casi deseé que viniera a por mí también; pero nadie lo hizo.

—¿No?

—No. Solía pensar que quizá dicho elemento les presentara alguna inconcebible razón para obligarles a traicionar cuanto amaban. Pero no es necesario. Comprendo bien lo que sentían. No puedo recriminarles nada. Lo que no entiendo es cómo aprendieron a existir después… si es que aún existe alguno.

—¿Crees haber traicionado a la «Taggart Transcontinental»?

—No. Siento… que la hubiera traicionado caso de continuar en mi puesto.

—Así es.

—Si hubiera aceptado servir a los saqueadores, hubiera… hubiera hecho entrega de Nat Taggart a esos hombres. No pude. No pude permitir que su obra y la mía terminaran con esa gente como meta final.

—No. No pudiste. ¿Y llamas indiferencia a eso? ¿Crees amar al ferrocarril menos que hace un mes?

—Daría mi vida por un año más en él… Pero no puedo volver.

—Entonces, ya conoces los sentimientos de quienes se retiraron y sabes lo que amaban y, no obstante, abandonaron.

—Francisco —preguntó sin mirarle, con la cabeza inclinada—, ¿por qué me has preguntado si hubiera hecho lo mismo doce años atrás?

—Porque estoy pensando en la misma noche que evocas tú. Comprendo… —susurró.

—La noche en que abandoné la «d'Anconia Copper».

Lentamente, con un gran esfuerzo, volvió la cabeza hasta mirarle. Su cara tenía la expresión que viera en ella a la mañana siguiente, doce años atrás: una expresión sonriente, aunque no sonriera; el aire tranquilo de quien ha vencido al dolor; la apariencia de quien siente orgullo por el precio pagado y por Jo que lo obligó a ello.

—Pero tú no abandonaste —le dijo—. Tú no te retiraste. Sigues siendo el presidente de la «d'Anconia Copper», sólo que ahora no significa nada para ti.

—Significa tanto como aquella noche.

—Entonces, ¿por qué permitiste que todo se hiciera pedazos?

—Dagny, eres más afortunada que yo, porque la «Taggart Transcontinental» constituye una delicada pieza de maquinaría de precisión que no perdurará mucho sin ti. No puede ser gobernada por esclavos. La destruirán piadosamente y, gracias a ello, no la verás servir a los saqueadores. Pero la extracción de cobre resulta simple. La «d'Anconia Copper» hubiera resistido generaciones de saqueadores y de esclavos. De un modo crudo, mísero, inepto, pero habría resistido y les habría ayudado a perpetuarse. Por eso tengo que destruirla yo mismo.

—¿Qué dices?

—Estoy destruyendo a la «d'Anconia Copper» de un modo consciente y deliberado, bien planeado y con mis propias manos. Mediante un sistema proyectado y realizado con el mismo cuidado que si forjara una fortuna, a fin de que no se den cuenta y lo impidan; a fin de que no se apoderen de las minas hasta que sea demasiado tarde. Todos los esfuerzos y energías que esperé emplear en el desarrollo de la «d'Anconia Copper», los gasto ahora en destruirla, en impedir que se desarrolle. Destruiré hasta el último fragmento de la empresa y hasta el último centavo de mi fortuna y cada onza de cobre que pudiera beneficiarles. No la dejaré como la encontré, sino como la encontró Sebastián d'Anconia. ¡Que prueben de existir sin él o sin mí!

—¡Francisco! —exclamó Dagny—. ¿Cómo pudiste llegar a eso?

—Por la gracia del mismo amor que tú —respondió él suavemente—. Mi amor por la «d'Anconia Copper» y por el espíritu que encarnó… y que algún día volverá a encarnar.

Dagny permaneció sentada, inmóvil, intentando captar el significado total de algo que sólo intuía entre el aturdimiento de la impresión recibida. En el silencio, la música de la sinfonía que brotaba de la radio continuó. El ritmo de los acordes llegaba hasta ella como un lento y solemne rumor de pasos, mientras intentaba comprender de una sola ojeada la entera progresión de doce años: el muchacho torturado que le pedía ayuda; el hombre sentado en el suelo de un salón, jugando con bolitas de mármol y riéndose ante la destrucción de las grandes industrias; el hombre que exclamó: «¡No puedo, amor mío!»,

mientras rehusaba ayudarla; el que brindaba en el obscuro reservado de un bar por los años que Sebastián d'Anconia había tenido que esperar…

—Francisco… de todas las incógnitas que he intentado despejar sobre ti… la más obscura es la de imaginarte como uno más entre cuantos Be han retirado…

—Fui uno de los primeros.

—Ellos han desaparecido totalmente…

—Y yo, ¿no lo hice así? Lo peor de cuanto te hice…, ¿no fue dejarte contemplar a un donjuán despreciable que no era el Francisco d'Anconia que tú habías conocido?

—Sí… —musitó—, pero lo peor es que no pude creerlo… Cada vez que me hallaba ante ti seguía viendo a Francisco d'Anconia…

—Lo sé. Y sé también lo que ello significó para ti. Traté de ayudarte a comprender, pero era demasiado pronto para decírtelo. Dagny, si te lo hubiera revelado aquella noche o el día en que viniste a maldecirme por lo de las minas de San Sebastián… Si te hubiera revelado que no era un oportunista sin objetivo, sino que estaba allí para acelerar la destrucción de todo cuanto considerábamos sagrado: la «d'Anconia Copper», la «Taggart Transcontinental», la «Wyatt Oil», la «Rearden Steel»…, ¿te hubiera resultado más fácil aceptarlo?

—Más difícil —murmuró ella—. Incluso ahora no estoy segura de soportar ni tu clase de renunciación ni la mía… Pero, Francisco —echó la cabeza hacia atrás para mirarlo—, si tal fue tu secreto, de todos los tormentos que has debido padecer, yo…

—¡Oh, sí, querida! ¡Tú fuiste el peor de todos! —era una exclamación desesperada; una especie de risa y de grito de alivio en la que confesaba todas las agonías de que quería librarse. La tomó de la mano y apretó los labios contra ella; luego se la llevó a la cara para que no viera en la misma el reflejo de lo que aquellos años habían sido para él—. Si existe alguna clase de expiación… he pagado con creces todo cuanto te he hecho sufrir… sabiendo lo que significaba y viéndome obligado a hacerlo… Y esperando, esperando… Pero ya pasó.

Levantó la cabeza sonriendo y la miró. Ella pudo ver una expresión de protectora ternura, que le habló de la desesperación que él observaba en la suya.

—Dagny, no pienses en eso. No utilizaré ningún sufrimiento como excusa. Cualesquiera que sean mis razones, supe lo que hacía aunque te haya herido terriblemente. Necesitaré años para repararlo. Perdona lo que… —ella comprendió a qué se refería, lo que su abrazo había confesado —lo que no te he dicho. De todo cuanto tenía que confesarte, es lo que reservo para el final —pero sus ojos, su sonrisa, la presión de sus dedos sobre la muñeca lo estaban ya diciendo, contra su voluntad—. Has soportado muchas cosas, y son muchas las que tendrás que comprender para librarte de las cicatrices de una tortura que nunca debiste soportar. Lo que importa ahora es que puedas recobrarte. Los dos somos libres; nos sentimos libres de los saqueadores y fuera de su alcance.

Con voz tranquila y desolada, ella le contestó:

—A eso vine aquí; a tratar de entender. Pero no puedo. Parece monstruosamente equivocado rendir el mundo a los saqueadores y monstruosamente erróneo vivir sometidos a sus reglas. No puedo ceder ni regresar. No puedo existir sin trabajo, ni tampoco trabajar como una sierva. Siempre pensé que cualquier clase de batalla era buena; que lo peor es la renunciación. No estoy segura de que obremos bien al abandonar tú y yo, cuando debíamos haberles combatido, pero no existe modo de combatir. Si nos marchamos, nos rendimos, y si seguimos en la brecha, también. Ya he perdido la noción de lo justo.

—Comprueba tus premisas, Dagny. No existen las contradicciones absolutas.

—No puedo encontrar una respuesta. No puedo condenarte por lo que haces, y sin embargo, siento horror… admiración y horror al mismo tiempo. Tú, el heredero de los d'Anconia, que podías haber sobrepasado a tus antecesores, cuyas manos milagrosas produjeron tantas maravillas, estás empleando tu incomparable habilidad en una tarea de destrucción. Y yo… yo estoy jugando con piedras y reparando un techo, mientras un sistema ferroviario transcontinental se deshace en las manos de gentes congénitamente incapacitadas. Sin embargo, tú y yo pertenecimos a la clase de los que forjan el destino del mundo. Si esto es lo que hemos conseguido, debemos considerarnos culpables. Pero no alcanzo a comprender la naturaleza de nuestro error.

—Sí, Dagny. Fue culpa nuestra.

—¿Porque no trabajamos lo suficiente?

—Porque trabajamos en exceso… y pedimos demasiado poco.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca exigimos el único pago que el mundo nos debía y abandonamos nuestras mejores recompensas a los hombres peores. El error fue cometido hace siglos por Sebastián d'Anconia, por Nat Taggart y por todos aquellos que, dieron de comer al mundo sin recibir a cambio ni las gracias. ¿No lo comprendes? Dagny, ésta no es una batalla sobre bienes materiales. Es una crisis moral, la mayor que el mundo haya presenciado y también la última. Nuestra época marca el punto culminante de siglos de maldad. Debemos poner fin a la misma de una vez para siempre o perecer… Sí, perecer; nosotros, las personas de espíritu. Ha sido nuestra culpa. Produjimos la riqueza del mundo y permitimos que nuestros enemigos impusieran su código moral.

—Pero nunca hemos aceptado dicho código. Vivimos según nuestras normas particulares.

—Sí, pero pagando rescate por ello. Rescate en materia y en espíritu; en dinero que nuestros enemigos recibieron sin merecerlo, y en ese honor que merecíamos y que no recibimos. Tal ha sido nuestra culpa: mostrarnos dispuestos a pagar. Mantuvimos viva a la humanidad y permitimos a los hombres despreciarnos y adorar a nuestros destructores. Les permitimos reverenciar la incompetencia y la brutalidad; respetar a los receptores de lo que no supieron ganar. Al aceptar el castigo, no por culpa alguna, sino por nuestras virtudes, traicionamos nuestro código e hicimos posible el suyo. Dagny, la moralidad de esa gente es la moralidad de unos secuestradores. Utilizan el amor a la virtud como un rehén. Saben que lo soportaremos todo, con el fin de trabajar y producir, porque, a nuestro modo de ver, conseguir algo constituye el más alto propósito moral del hombre; no puede existir sin él, y nuestro amor a la virtud es el amor a la vida. Cuentan con nosotros para soportar cualquier fardo, para sentir que ningún esfuerzo es excesivo en pro de aquello que amamos. Dagny, tus enemigos te destruyen valiéndose de tu propio poder. Tu generosidad y tu resistencia son sus únicas herramientas. Tu rectitud les sirve para mantenerte sujeta. Lo saben, pero tú no. Lo único que temen es que un día lo descubras. Has de aprender a comprenderlo. Sólo entonces te sentirás libre de ellos. Pero cuando lo consigas, habrás alcanzado semejante estado de lícita indignación que volarás el último riel de la «Taggart Transcontinental» antes de permitir que lo utilicen.

—Pero… ¿abandonárselo? —gimió—. ¿Abandonarlo…? ¿Abandonarla «Taggart Transcontinental»… cuando es… casi como una persona viviente…?

—Lo era. Pero ya no lo es. Déjaselo. No les servirá de nada. Olvídalo. No lo necesitamos. Podemos reconstruirlo y ellos no. Sobreviviremos, mientras que ellos perecerán.

—Entonces nos veremos relegados a la categoría de los que renuncian y abandonan.

—Dagny, los que hemos sido llamados «materialistas» por los asesinos del espíritu humano, somos los únicos en comprender el escaso valor o significado que los objetos materiales tienen en sí mismos, porque fuimos quienes creamos dicho valor y su

significado. Podemos permitirnos abandonarlos durante un breve tiempo, a fin de redimir algo mucho más importante. Somos el alma de ese cuerpo que son los ferrocarriles, las minas de cobre, las fundiciones de acero y los pozos petrolíferos; son entidades vivientes que laten día y noche, igual que nuestros corazones en la sagrada función de proveer a la vida humana. Pero sólo ocurrirá así mientras sigan siendo cuerpo; sólo mientras continúen como expresión, recompensa y propiedad de la obra terminada. Sin nosotros se convierten en cadáveres y sus productos en veneno, no en riqueza ni alimento, sino en el veneno de la desintegración, que convierte a los hombres en hordas de merodeadores. Dagny, aprende a comprender la naturaleza de tu propio poderío y comprenderás entonces la paradoja de lo que ahora contemplas a tu alrededor. No tienes que depender de posesiones materiales; son éstas las que dependen de ti. Tú las creas; tú posees la sola y única herramienta de producción. Dondequiera que te encuentres, serás siempre capaz de producir. Pero los saqueadores, según su propia y declarada teoría, se encuentran en desesperada, permanente y congénita necesidad y a la ciega merced de la materia. ¿Por qué no te basas en sus propias palabras? Necesitan ferrocarriles, fábricas, minas, motores, que no pueden fabricar ni gobernar. ¿De qué les servirá tu ferrocarril, si carecen de ti? ¿Quién lo mantenía coherente? ¿Quién lo hacía vivir? ¿Quién lo salvó una y otra vez? ¿Fue tu hermano James? ¿Quién daba de comer a éste? ¿Quién alimentaba a los saqueadores? ¿Quién produjo sus armas? ¿Quién les prestó los medios para esclavizarte? ¿Quién hizo posible el inconcebible espectáculo de unos seres mediocres e incompetentes, ejerciendo dominio sobre los productos del genio? ¿Quién ayudó a tus enemigos? ¿Quién forjó sus cadenas? ¿Quién destruyó tu obra?

El movimiento que la puso en pie fue como un grito silencioso. Él hizo lo propio, con la contenida brusquedad de un muelle al distenderse, mientras en su voz resonaba una nota de implacable triunfo.

—Empiezas a verlo claro, ¿verdad? ¡Dagny! Déjales la carroña de ese ferrocarril. Déjales los rieles enmohecidos y las traviesas podridas y las marchamos, nos rendimos, y si seguimos en la brecha, también. Ya he perdido la noción de lo justo.

—Comprueba tus premisas, Dagny. No existen las contradicciones absolutas.

—No puedo encontrar una respuesta. No puedo condenarte por lo que haces, y sin embargo, siento horror… admiración y horror al mismo tiempo. Tú, el heredero de los d'Anconia, que podías haber sobrepasado a tus antecesores, cuyas manos milagrosas produjeron tantas maravillas, estás empleando tu incomparable habilidad en una tarea de destrucción. Y yo… yo estoy jugando con piedras y reparando un techo, mientras un sistema ferroviario transcontinental se deshace en las manos de gentes congénitamente incapacitadas. Sin embargo, tú y yo pertenecimos a la clase de los que forjan el destino del mundo. Si esto es lo que hemos conseguido, debemos considerarnos culpables. Pero no alcanzo a comprender la naturaleza de nuestro error.

—Sí, Dagny. Fue culpa nuestra.

—¿Porque no trabajamos lo suficiente?

—Porque trabajamos en exceso… y pedimos demasiado poco.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca exigimos el único pago que el mundo nos debía y abandonamos nuestras mejores recompensas a los hombres peores. El error fue cometido hace siglos por Sebastián d'Anconia, por Nat Taggart y por todos aquellos que. dieron de comer al mundo sin recibir a cambio ni las gracias. ¿No lo comprendes? Dagny, ésta no es una batalla sobre bienes materiales. Es una crisis moral, la mayor que el mundo haya presenciado y también la última. Nuestra época marca el punto culminante de siglos de maldad. Debemos poner fin a la misma de una vez para siempre o perecer… Sí, perecer;

nosotros, las personas de espíritu. Ha sido nuestra culpa. Produjimos la riqueza del mundo y permitimos que nuestros enemigos impusieran su código moral.

—Pero nunca hemos aceptado dicho código. Vivimos según nuestras normas particulares.

—Sí, pero pagando rescate por ello. Rescate en materia y en espíritu; en dinero que nuestros enemigos recibieron sin merecerlo, y en ese honor que merecíamos y que no recibimos. Tal ha sido nuestra culpa: mostrarnos dispuestos a pagar. Mantuvimos viva a la humanidad y permitimos a los hombres despreciarnos y adorar a nuestros destructores. Les permitimos reverenciar la incompetencia y la brutalidad; respetar a los receptores de lo que no supieron ganar. Al aceptar el castigo, no por culpa alguna, sino por nuestras virtudes, traicionamos nuestro código e hicimos posible el suyo. Dagny, la moralidad de esa gente es la moralidad de unos secuestradores. Utilizan el amor a la virtud como un rehén. Saben que lo soportaremos todo, con el fin de trabajar y producir, porque, a nuestro modo de ver, conseguir algo constituye el más alto propósito moral del hombre; no puede existir sin él, y nuestro amor a la virtud es el amor a la vida. Cuentan con nosotros para soportar cualquier fardo, para sentir que ningún esfuerzo es excesivo en pro de aquello que amamos. Dagny, tus enemigos te destruyen valiéndose de tu propio poder. Tu generosidad y tu resistencia son sus únicas herramientas. Tu rectitud les sirve para mantenerte sujeta. Lo saben, pero tú no. Lo único que temen es que un día lo descubras. Has de aprender a comprenderlo. Sólo entonces te sentirás libre de ellos. Pero cuando lo consigas, habrás alcanzado semejante estado de licita indignación que volarás el último riel de la «Taggart Transcontinental» antes de permitir que lo utilicen.

—Pero… ¿abandonárselo? —gimió—. ¿Abandonarlo…? ¿Abandonarla «Taggart Transcontinental»… cuando es… casi como una persona viviente…?

—Lo era. Pero ya no lo es. Déjaselo. No les servirá de nada. Olvídalo. No lo necesitamos. Podemos reconstruirlo y ellos no. Sobreviviremos, mientras que ellos perecerán.

—Entonces nos veremos relegados a la categoría de los que renuncian y abandonan.

—Dagny, los que hemos sido llamados «materialistas» por los asesinos del espíritu humano, somos los únicos en comprender el escaso valor o significado que los objetos materiales tienen en sí mismos, porque fuimos quienes creamos dicho valor y su significado. Podemos permitirnos abandonarlos durante un breve tiempo, a fin de redimir algo mucho más importante. Somos el alma de ese cuerpo que son los ferrocarriles, las minas de cobre, las fundiciones de acero y los pozos petrolíferos; son entidades vivientes que laten día y noche, igual que nuestros corazones en la sagrada función de proveer a la vida humana. Pero sólo ocurrirá así mientras sigan siendo cuerpo; sólo mientras continúen como expresión, recompensa y propiedad de la obra terminada. Sin nosotros se convierten en cadáveres y sus productos en veneno, no en riqueza ni alimento, sino en el veneno de la desintegración, que convierte a los hombres en hordas de merodeadores. Dagny, aprende a comprender la naturaleza de tu propio poderío y comprenderás entonces la paradoja de lo que ahora contemplas a tu alrededor. No tienes que depender de posesiones materiales; son éstas las que dependen de ti. Tú las creas; tú posees la sola y única herramienta de producción. Dondequiera que te encuentres, serás siempre capaz de producir. Pero los saqueadores, según su propia y declarada teoría, se encuentran en desesperada, permanente y congénita necesidad y a la ciega merced de la materia. ¿Por qué no te basas en sus propias palabras? Necesitan ferrocarriles, fábricas, minas, motores, que no pueden fabricar ni gobernar. ¿De qué les servirá tu ferrocarril, si carecen de ti? ¿Quién lo mantenía coherente? ¿Quién lo hacía vivir? ¿Quién lo salvó una y otra vez? ¿Fue tu hermano James? ¿Quién daba de comer a éste? ¿Quién alimentaba a los saqueadores? ¿Quién produjo sus armas? ¿Quién les prestó los medios para esclavizarte? ¿Quién hizo posible el inconcebible espectáculo de unos seres mediocres e

incompetentes, ejerciendo dominio sobre los productos del genio? ¿Quién ayudó a tus enemigos? ¿Quién forjó sus cadenas? ¿Quién destruyó tu obra?

El movimiento que la puso en pie fue como un grito silencioso. Él hizo lo propio, con la contenida brusquedad de un muelle al distenderse, mientras en su voz resonaba una nota de implacable triunfo.

—Empiezas a verlo claro, ¿verdad? ¡Dagny! Déjales la carroña de ese ferrocarril. Déjales los rieles enmohecidos y las traviesas podridas y las máquinas desventradas; pero no les dejes nunca tu mente. ¡No les dejes tu mente! El destino del mundo descansa en esta decisión.

«Señoras y caballeros —pronunció la voz de un locutor de radio, empañada por el pánico, quebrando los acordes de la sinfonía—. Interrumpimos la retransmisión para dar paso a un noticiario especial. El mayor desastre en la historia de los ferrocarriles ocurrió a primeras horas de la mañana de hoy en la línea principal de la «Taggart Transcontinental» en Winston, Colorado, al hundirse el famoso túnel Taggart.

El grito de Dagny resonó con igual intensidad que los que debieron escucharse en los últimos instantes en el lugar de la tragedia. Su eco siguió flotando en el aire durante el resto de la retransmisión, mientras ambos,… luego de acercarse corriendo a la radio, permanecían presas de idéntico terror; los ojos de Dagny fijos en el aparato y los de Francisco en la cara de la joven.

«Los detalles de la catástrofe fueron relatados por Luke Beal, fogonero del tren de lujo Taggart, el «Comet», a quien esta mañana se ha encontrado inconsciente en la entrada occidental del túnel, y que parece ser el único superviviente. Debido a alguna asombrosa infracción de las disposiciones de seguridad y en circunstancias todavía no aclaradas, el «Comet», en ruta hacia San Francisco, entró en el túnel arrastrado por una máquina de carbón. El túnel Taggart tiene ocho millas de longitud y atraviesa una zona de las Montañas Rocosas. Estaba considerado como una obra de ingeniería extraordinaria, sin igual en nuestros tiempos. Fue construido por el nieto de Nathaniel Taggart, en la gran época de las máquinas eléctricas «Diesel». El sistema de ventilación del túnel no estaba ideado para soportar el espeso humo y las emanaciones de las locomotoras de carbón, y cualquier ferroviario del distrito sabia que enviar a un tren con semejantes máquinas significaba la asfixia de cuantos viajaban en él. Sin embargo, se ordenó al «Comet» continuar la marcha. Según el fogonero Beal, los efectos del humo empezaron a hacerse sentir cuando el tren se encontraba a tres millas de la entrada. El maquinista Joseph Scott dio toda la marcha a la locomotora en una desesperada tentativa para adquirir velocidad, pero la vieja y gastada máquina resultó inadecuada para el peso del largo tren y el desnivel de la ruta. Batallando entre la humareda, cada vez más espesa, maquinista y fogonero habían conseguido dotar al tren de una velocidad de cuarenta millas por hora, cuando algún pasajero, impulsado indudablemente por el pánico y sintiéndose ahogar, hizo funcionar el dispositivo de alarma. La repentina sacudida que experimentó el tren rompió, al parecer, el conducto de aire y no fue posible reanudar la marcha. En los vagones se escuchaban gritos. Los pasajeros rompían las ventanillas. El maquinista Scott se esforzó frenéticamente para que la máquina reanudara su marcha, pero se desplomó sobre las palancas, sofocado por la humareda. El fogonero Beal saltó de la locomotora y echó a correr. Se encontraba a la vista de la salida occidental, cuando escuchó el fragor de la explosión. Esto es lo último que recuerda. El resto de la historia ha sido recogido de los ferroviarios de la estación de Winston. Al parecer, un mercancías especial del ejército con dirección Oeste, transportando una pesada carga de explosivos, no había sido advertido de la presencia del «Comet» en la vía. Ambos trenes habían sufrido retrasos y circulaban a horarios distintos al previsto. Se había ordenado al mercancías especial continuar, haciendo caso omiso de las señales, porque las del túnel estaban averiadas. Se asegura que, no obstante las regulaciones concernientes a la velocidad y en vista de las frecuentes

averías en el sistema de ventilación existente, era costumbre de todos los maquinistas dar la máxima velocidad cuando se hallaban dentro del túnel. A lo que puede colegirse por el momento, el «Comet» se hallaba detenido al otro lado de una cerrada curva. Se cree que, al ocurrir el choque, todos cuantos viajaban en el mismo estaban ya muertos. Se duda si el maquinista del mercancías especial, al tomar una curva a ochenta millas, pudo ver a tiempo la ventana de observación del último vagón del «Comet» brillantemente iluminada. Lo único que se sabe es que se estrelló contra la trasera del mismo. La onda explosiva rompió las ventanas de una granja situada a cinco millas de distancia y provocó un desprendimiento de rocas de tal magnitud en el interior del túnel, que las partidas de auxilio aún no han podido llegar a tres millas del lugar de la catástrofe. No se espera encontrar ningún superviviente, ni se cree que el túnel Taggart pueda volver a reconstruirse nunca.»

Dagny permanecía inmóvil, como si contemplara, no la habitación de la cabaña, sino la escena sucedida en Colorado. Su repentino movimiento tuvo la brusquedad de una convulsión. Con el simple raciocinio de un sonámbulo, dio la vuelta para buscar su bolso, como si fuera el único objeto existente. Lo tomó, traspuso la puerta y echó a correr.

—¡Dagny! —gritó Francisco—. ¡No vuelvas allá!

Pero aquella advertencia, no tuvo más fuerza que si la hubiera llamado a través de las millas que los separaban de las Montañas de Colorado. Corrió tras ella, la alcanzó, la cogió por los brazos e insistió:

—¡No vuelvas, Dagny! ¡En nombre de todo cuanto pueda ser más sagrado para ti, no vuelvas!

Le miró como si no le conociera. En una prueba de fortaleza física, él le hubiera podido retorcer los brazos sin esfuerzo alguno, pero dotada de la energía de un ser viviente que lucha por su vida, Dagny consiguió libertarse tan violentamente que le hizo perder el equilibrio. Cuando recuperó el aplomo, ella corría de nuevo pendiente abajo del mismo modo que él corrió al oír sonar la sirena de alarma en la fundición de Rearden, hacia el automóvil y la carretera, situados abajo.

* * *

La carta de dimisión se encontraba sobre la mesa ante él, y James Taggart permanecía sentado contemplándola, contraído por el odio. Le parecía como si su enemigo más acerbo fuera aquel pedazo de papel; no las palabras estampadas en él, sino el papel en sí y la tinta que había prestado semejante forma material a las palabras. Siempre le había parecido que todo pensamiento sin palabras resultaba inconclusivo; pero pasó su vida escapando a la forma material que representa todo compromiso.

No había decidido dimitir. No. Había dictado aquella carta «por si acaso». A su modo de ver, constituía una forma de protección; pero no la había firmado aún y en ello residía su protección contra la protección. El odio iba dirigido hacia lo que le condujera a pensar que no sería capaz de continuar dicho proceso.

Había recibido noticias de la catástrofe a las ocho de la mañana, y a mediodía llegó a su despacho. Cierto instinto procedente de razones conocidas por él, pero que intentaba desesperadamente no aceptar, le había dicho que esta vez tenía que trasladarse allí.

Los hombres que hasta entonces manejó como cartas marcadas, en un juego que él sabía perfectamente cómo desarrollar, se habían marchado. Clifton Locey se atrincheraba tras la declaración de un médico, que lo declaró afectado de una dolencia cardiaca que impedía molestarlo en aquellos momentos. Uno de los jefes-ayudantes de la «Taggart» había partido la noche anterior, al parecer hacia Boston, y se decía que el otro había sido

llamado inesperadamente a cierto anónimo hospital para acudir junto a un padre que nadie sospechara tuviera. En casa del jefe de maquinistas no había nadie, y no se podía encontrar al vicepresidente de Relaciones Públicas.

Al dirigirse en automóvil hacia su oficina, Taggart había visto las negras letras de los titulares. Mientras recorría los pasillos de la «Taggart Transcontinental» escuchó la voz de un locutor brotando de una radio en un despacho. Era la clase de voz que sólo cabía escuchar en callejones obscuros, exigiendo a gritos la nacionalización de los ferrocarriles.

Había avanzado cautelosamente por los pasillos a fin de no ser visto, y al mismo tiempo con prisa para que nadie le detuviera y le hiciera preguntas. Se había encerrado en su despacho, ordenando a su secretaría que no admitiera a nadie, ni contestara llamadas telefónicas, y dijese a los visitantes que míster Taggart estaba ocupado.

Luego se sentó ante su escritorio, presa de un ciego terror. Le parecía verse atrapado en una cámara subterránea cuya cerradura no pudiera romper, y al mismo tiempo quedar expuesto a la vista de toda la ciudad, confiando en que la cerradura se mantuviera firme eternamente. Tenía que hallarse allí, en su despacho. Lo requerían de él. Era preciso permanecer sentado ociosamente y esperar, esperar que lo desconocido cayera sobre él, determinando sus acciones. El terror procedía por partes iguales de pensar en quién iría a por él y de la conciencia de que en realidad nadie acudiría a decirle qué tenía que hacer.

Los timbres de los teléfonos, en el despacho exterior, sonaban como en una serie de llamadas de auxilio. Miró la puerta con una sensación de malévolo triunfo al pensar en que aquellas voces quedaban anuladas por la inocua figura de su secretario, un joven no experto en nada, excepto en el arte de la evasión, que practicaba con esa gris y muelle flexibilidad de los seres amorales. Taggart se dijo que las voces procedían de Colorado, de cada centro del sistema Taggart y de cada despacho del edificio que lo rodeaba. Pero estaría a salvo mientras no tuviera que escucharlas.

Sus emociones se habían amalgamado hasta formar una bola opaca, inmóvil y sólida, que la idea de los hombres que operaban el sistema Taggart no podía perforar porque aquellos hombres eran simplemente enemigos a los que debía sobrepasar en astucia. La más agudas punzadas de temor procedían de pensar en los miembros de la oficina de directores; pero su carta de dimisión constituía una segura escala de escape, mientras ellos quedarían apresados por el fuego. Lo peor era pensar en los hombres de Washington. Si le llamaban, tendría que contestar; su secretario sabía qué clase de voces quedaban situadas por encima de las instrucciones recibidas. Pero Washington no llamó.

El temor le agobiaba produciéndole espasmos que le dejaban la boca seca. No sabía, en realidad, lo que temía, pero comprendió que no guardaba relación con la amenaza expresada por el locutor de radio. Lo que sintió al escuchar aquella voz gruñona fue sólo un miedo normal y esperado, un miedo producto del deber, algo que encajaba perfectamente en su posición, de igual modo que los trajes bien cortados y los discursos en los banquetes. Pero bajo el mismo notó cierta esperanza rápida y furtiva, como el deslizarse de una cucaracha. Si aquella amenaza cobraba forma, podía solucionarlo todo, salvarlo de una decisión, evitarle firmar la carta… Dejaría de ser presidente de la «Taggart Transcontinental» sin que su cargo quedara ocupado por nadie… Por nadie…

Permaneció sentado, mirando su escritorio con los ojos desenfocados. Le parecía hallarse inmerso en un estanque de niebla, batallando para que aquello no adquiriese una concreción real. Todo lo existente poseía identidad, pero podía mantenerlo a raya, rehusando identificarlo.

No meditó sobre los acontecimientos de Colorado, ni intentó adivinar su causa, ni consideró sus consecuencias. No pensaba. La dura bola de sus emociones era como un peso en el pecho que llenara su conciencia, libertándolo de la responsabilidad de pensar. Aquella bola era producto del odio, del odio como única realidad, de un odio sin objetivo,

sin causa, sin principio ni fin, como reclamación frente al universo entero, como justificación, como derecho y como todo absoluto.

El griterío de los teléfonos continuaba en el silencio reinante. Se dijo que aquellas súplicas de ayuda no iban dirigidas a él, sino a una entidad de cuya forma se había apropiado. Y era precisamente aquella forma la que los gritos estaban arrancando de él. Le pareció como si el repiqueteo cesara de ser ruido para convertirse en una sucesión de latigazos que descargaran sobre su cerebro. El objeto de su odio empezó a adquirir forma, como el conjuro de los timbres. Y la sólida bola estalló, lanzándole ciegamente a la acción.

Salió corriendo de su despacho, desafiando los rostros que le rodeaban, y recorrió diversos aposentos, hasta encontrarse en el Departamento de Operaciones y en la antesala del vicepresidente del mismo.

La puerta del despacho estaba abierta: pudo ver el cielo tras de la gran ventana, más allá de una mesa vacía. Luego notó la presencia del personal en la antesala, a su alrededor, y la rubia cabeza de Eddie Wiilers en su cubículo de cristal. Avanzó decidido hacia Eddie, abrió la puerta y desde el umbral, a la vista de todos, gritó;

—¿Dónde está?

Eddie Willers se puso lentamente en pie, y miró a Taggart con una extraña y quieta curiosidad, como si se tratara de un fenómeno más entre todas las cosas sin precedentes que ya venían ocurriendo. No contestó.

—¿Dónde se encuentra?

—No puedo contestarte.

—Escúchame, obstinado jovenzuelo: no estamos en momentos para ceremonias. Si intentas convencerme de que no sabes dónde se encuentra, no te creeré. Lo sabes perfectamente y vas a decírmelo, o daré parte de ti en la Oficina de Unificación. Juraré que lo sabes… Luego, trata de demostrar que no es así.

Había un débil tono de sorpresa en la voz de Eddie al contestar:

—Nunca intenté negar que sé dónde se encuentra, Jim. Lo que pasa es que no voy a revelártelo.

El grito de Taggart se elevó hasta adquirir el tono de impotencia de quien confiesa un error de cálculo.

—¿Te das cuenta de lo que dices?

—Desde luego.

—¿Lo repetirás —hizo un amplio ademán que comprendía todo el recinto— ante estos testigos?

Eddie aumentó un poco la voz, aunque más en precisión y claridad que en volumen.

—Sé dónde está. Pero no te lo diré.

—¿Confiesas ser un cómplice que ayuda y protege a un desertor?

—Si quieres llamarla así…

—¡Es un crimen! Un crimen contra la nación. ¿No te das cuenta?

—No.

—|Va contra la ley!

—Sí.

—¡Vivimos momentos de verdadera urgencia para la nación! ¡No tienes derecho a mantener secretos particulares! ¡Estás reteniendo una información vital! i Soy el presidente de este ferrocarril y te ordeno que me lo reveles! ¡No puedes dejar de obedecer una orden! ¡Se considera hecho delictivo! ¿Me comprendes?

—Sí.

—¿Y rehúsas?

—Sí.

Años de adiestramiento habían hecho posible para Taggart observar a un auditorio sin que lo pareciera. Contempló ahora los rostros cerrados y rígidos del personal, rostros de quienes no eran aliados suyos. Tenían un aire de desesperación, excepto el de Eddie Willers. El «siervo feudal» de la «Taggart» parecía el único a quien el desastre no afectara. Miraba a Taggart con la expresión consciente y sin vida de un alumno enfrentado a conocimientos que nunca deseó estudiar.

—¿Te das cuenta de que eres un traidor? —le gritó Taggart.

—¿A quién traiciono? —preguntó Eddie tranquilamente.

—¡Al pueblo! ¡Es traición ocultar a un desertor! ¡Traición económica! ¡Tu deber de servir al pueblo ha de figurar en primer plano, sobre todo lo demás! |Las autoridades lo han proclamado así! ¿No lo sabías? ¿No imaginas lo que te puede suceder?

—¿Te das cuenta de que me importa un comino?

—¿Ah, sí? ¡Lo notificaré a la Oficina de Información! Tengo testigos para demostrar que dijiste…

—No te preocupes de los testigos, Jim. No los pongas en un compromiso. Escribiré cuanto he dicho, lo firmaré y podrás llevarlo a la Oficina.

La súbita explosión de la voz de Taggart resonó como si le hubieran abofeteado.

—¿Quién eres tú para oponerte al Gobierno? ¿Quién eres tú, miserable rata de oficina, para juzgar la política nacional y sostener opiniones propias? ¿Crees que el país dispone de tiempo para preocuparse por lo que piensas o deseas indagar en tu preciosa y diminuta conciencia? Vais a aprender una lección… todos vosotros… engreídos, indisciplinados e insignificantes empleados, como os portéis como si toda esa jerga acerca de los derechos personales fuera en serio. ¡Aprenderéis que no estamos en los días de Nat Taggart!

Eddie no dijo nada. Por un instante los dos se miraron a través de la mesa. El rostro de Taggart estaba alterado por el terror; el de Eddie permanecía firme y sereno. James Taggart sabía demasiado bien la existencia de un Eddie Willers; pero Eddie Willers no podía creer en la existencia de un James Taggart.

—¿Te figuras que a la nación le importan tus deseos o los de ella? —gritó Taggart—. ¡Es su deber regresar! ¡Es su deber reincorporarse al trabajo! ¿Qué nos importa saber si lo desea o no? ¡La necesitamos!

—¿De veras, Jim?

Un impulso relacionado con la autoprotección obligó a Taggart a retroceder un paso y alejarse del tono tranquilo que vibraba en la voz de Eddie Willers, pero éste no intentó seguirlo. Permaneció en pie tras de su mesa, de acuerdo con la civilizada tradición de la oficina.

—No la encontrarás —dijo—. Ni tampoco regresará. Me alegro de que obre así. Podéis moriros de hambre, podéis cerrar el ferrocarril, echarme a la cárcel e incluso fusilarme. ¿Qué importa? No te diré dónde está. Aunque todo el país se hunda, no lo diré. No la encontrarás.

Se volvieron en redondo al oír que alguien abría la puerta bruscamente. Y pudieron ver a Dagny en pie en el umbral.

Llevaba un arrugado vestido de algodón y su pelo estaba desordenado por muchas horas de conducir el coche. Se detuvo y miró a su alrededor cual si quisiera familiarizarse con el lugar, pero no demostró reconocer a quienes lo ocupaban, porque su mirada paseó simplemente por el recinto como si realizara un veloz inventario de los objetos típicos en

él. Su cara no era la misma que todos recordaban. Había envejecido, pero no lo demostraba en arrugas, sino en una expresión tranquila y desnuda, desprovista de toda cualidad, excepto la dureza.

La primera reacción de todos ellos no fue sorpresa o maravilla, sino una simple emoción que recorrió el recinto como un suspiro de alivio y se mostró en todas las caras menos en una: la de Eddie Willers. Éste, que minutos antes conservaba la calma, acababa de dejarse caer en su sillón, con la cara vuelta, sin producir sonido alguno; pero los movimientos de sus hombros indicaban que estaba sollozando. Dagny no demostró reconocer a' nadie, ni saludó. Era como si su presencia allí resultara inevitable e hiciera innecesaria cualquier explicación. Se dirigió a la puerta de su despacho y al pasar ante la mesa de su secretaria, le indicó con voz que parecía surgir de un intercomunicador, ni dura ni suave:

—Diga a Eddie que entre.

James Taggart fue el primero en moverse, como si temiera verla desaparecer de su campo visual. Corrió tras ella, exclamando:

—¡No pude evitarlo! —Y de pronto, cual si volviera la vida a su cuerpo, su vida normal, gritó—: ¡Fue culpa tova! ¡Tú lo hiciste! ¡Es a ti a quien hay que reprocharlo porque abandonaste tu puesto!

Luego se preguntó si aquel grito no había sido una ilusión dentro de su propio cerebro. El rostro de Dagny permaneció inalterable. Se había vuelto hacia él, como si hubiera percibido los sonidos, pero no las palabras, no el intento de comunicación con otra mente. Jim sintió por un instante algo muy próximo al sentimiento de su no existencia.

Luego observó en la cara de su hermana un débil cambio, la simple indicación que había percibido una presencia humana. Pero miraba mas allá de él, y, volviéndose, vio que Eddie Willers acababa de entrar en aquel momento en el despacho.

Había trazas de lágrimas en sus ojos, pero no hizo tentativa alguna para ocultarlas, cual si considerase que las lágrimas, la turbación o el pedir excusas por las mismas resultara tan improcedente para él como para ella.

—Llama a Ryan por teléfono —le dijo— y comunícale que estoy aquí. Luego hablaré con él.

Ryan había sido director de la Región Central.

Eddie no contestó en seguida, cual si quisiera advertirle algo. Luego, con voz tranquila como la de ella, explicó:

—Ryan se ha ido, Dagny. Se marchó la semana pasada.

No se fijaron en Taggart, como no se fijaban en los muebles que había a su alrededor. Ni siquiera le otorgaron la atención de ordenarle salir del despacho. Como un paralítico que no sintiera confianza en sus músculos, Jim hizo acopio de fuerzas y se escabulló hacia su despacho a fin de destruir la carta de dimisión.

Dagny no se había dado cuenta de su partida, porque miraba a Eddie.

—¿Puedo disponer de Knowland? —preguntó.

—Se ha ido.

—¿Y de Andrews?

—Se ha ido.

—¿Y de McGuire?

—Se ha marchado también.

Continuó recitando suavemente la lista de quienes sabía serían nombrados por ella, de quienes más necesitaban en aquellos momentos. Pero durante el mes anterior habían dimitido y desaparecido. Lo escuchó sin asombro ni emoción, como se escucha la lista de

bajas en una batalla en la que todos están condenados, sin que signifique diferencia alguna el haber caído en primer o último lugar.

Cuando Eddie hubo terminado, Dagny no hizo comentario alguno. Simplemente preguntó:

—¿Qué se ha hecho desde esta mañana?

—Nada.

—¿Nada?

—Dagny, cualquier botones hubiera podido dar órdenes y todo el mundo le hubiera obedecido; pero incluso los botones saben que quien haga el primer movimiento será responsable del futuro, del presente y del pasado cuando se exijan cuentas. Nadie salvaría al sistema; simplemente perdería su empleo, aun cuando hubiera rescatado una División. No se ha hecho nada. Todo está parado. Y si alguno se mueve, lo hace de acuerdo con las ciegas directrices de cualquiera. Nadie sabe a ciencia cierta si vale más moverse o permanecer pasivo. Algunos trenes permanecen en las estaciones; otros continúan su marcha, esperando ser detenidos antes de llegar a Colorado. Todo se basa en lo que decidan los expedidores locales. El director del Terminal ha cancelado para hoy todo el tráfico transcontinental, incluyendo el «Comet» de esta noche. No sé lo que estará haciendo el director de San Francisco. Tan sólo trabajan los equipos de auxilio en el túnel. Todavía no han llegado a las inmediaciones del lugar de la catástrofe ni creo que lleguen.

—Telefonea al director del Terminal y dile que todos los trenes transcontinentales han de funcionar otra vez a su horario preciso, incluyendo el «Comet» de esta noche. Luego regresa aquí.

Cuando hubo vuelto, la vio inclinada sobre unos mapas que había extendido sobre la mesa. Siguió hablando mientras hacía rápidas anotaciones:

—Que todos los trenes que van al Oeste por la ruta sur, desde Kirby, Nebraska, adopten la vía secundaria hasta Hastings y sigan por la «Kansas Western» hasta Laurel, Kansas, y luego hasta la de la «Atlantic Southern», en Jasper, Oklahoma. Los del Oeste por la «Atlantic Southern» en dirección a Flagstaff, Arizona, y los del Norte por la «Flagstaff-Homedale» hacia Elgin, Utah. Al Norte hacia Midland y al Noroeste por la «Wasatch Railway» hasta Salt Lake City. La «Wasatch Railway» es una vía estrecha abandonada. Cómprala y haz que la ensanchen hasta la medida normal. Si los propietarios tienen miedo, puesto que las ventas son ilegales, págales el doble y continúa los trabajos. No existe vía entre Laurel, Kansas y Jasper, Oklahoma. Durante tres millas no hay riel entre Elgin y Midland, Utah. Cinco millas y media en total. Haz que lo tiendan. Que las cuadrillas de construcción empiecen en seguida. Recluta todos los hombres disponibles y págales dos veces los salarios legales, tres veces, lo que quieran. Organiza tres relevos y que la tarea se termine en una noche. Levantad los apartaderos de Winston y Silver Springs, Colorado; Leeds, Utah, y Benson, Nevada. Si algún jerifalte local de la Oficina de Unificación acude a interrumpir la tarea, autoriza a nuestros directores locales en los que más confíes para que lo sobornen. Que nada de esto pase por el Departamento de Contabilidad. Cárgamelo a mí. Yo lo pagaré. Si encuentran algún caso en que el sistema no sirva, dígase al recalcitrante que la directriz 10-289 no habla de requerimientos locales, y que al desear detenernos habrá de entregarnos un mandato judicial en nuestras centrales, y que tendrán que procesarme a mí.

—¿Es eso cierto?

—¿Yo qué sé? ¿Cómo puedo saberlo? Pero para cuando empiecen a deshacer el embrollo y decidir lo que les parezca mejor, nuestra vía habrá sido tendida.

—Comprendo.

—Repasaré las listas y te daré los nombres de nuestros jefes locales, para que los pongas al frente de ello… si es que siguen allí. Para cuando esta noche el «Comet» llegue a Kirby, Nebraska, la vía estará dispuesta. Ello significará treinta y seis horas de añadidura al horario transcontinental, pero seguirá en vigencia también este último. Luego haz que saquen de los ficheros los viejos mapas de nuestra ruta, como estaba antes de que el nieto de Nat Taggart perforara el túnel.

—¿Los… qué? —preguntó Eddie sin levantar la voz, pero su exclamación constituyó la prueba de una emoción que hubiera preferido evitar.

El rostro de Dagny no cambió, pero una débil nota en su voz dio a conocer cierta benevolencia exenta de reproche.

—Los viejos mapas de los días anteriores al túnel. Vamos a retroceder, Eddie. Confiemos en lograrlo. No; no reconstruiremos el túnel. No existe medio de hacerlo, ahora. Pero el antiguo tendido que cruzaba las Rocosas sigue en el mismo lugar y puede ser reclamado. Lo más difícil será obtener los rieles y hombres para colocarlos. Especialmente esto último.

Eddie comprendió, como había comprendido desde el comienzo, que ella había visto sus lágrimas y que no había sido indiferente a las mismas, aun cuando su voz clara y monótona y su rostro inconmovible no dieran señal alguna de emoción. Había algo en sus modales que intuía, aunque sin poderlo explicar. Quizá pudiera ser resumido en estas palabras: «Lo sé y te comprendo. Sentiría compasión y gratitud si tuviéramos libertad para sentir; pero no es así, ¿verdad, Eddie? Nos encontramos en un planeta muerto, como la luna, donde es preciso moverse, pero no detenernos para recobrar el aliento o para sentir, pues descubriríamos que no existe aire para respirar».

—Disponemos de hoy y de mañana para empezar. Mañana por la noche partiré hacia Colorado.

—Si quieres ir por vía aérea, alquilaré un avión en cualquier sitio. El tuyo sigue en los talleres y no pueden obtener las piezas de recambio necesarias.

—No. Iré en tren. Tengo que examinar la línea. Tomaré el «Comet» de mañana.

Dos horas más tarde y en una breve pausa entre dos llamadas por conferencia, Dagny le formuló súbitamente la primera pregunta no relacionada con el ferrocarril.

—¿Qué han hecho con Hank Rearden?

Atrapado en el intento de evasión que significó el desviar súbitamente la mirada, Eddie la volvió hacia ella, con un esfuerzo de voluntad, y respondió:

—Ha cedido. Firmó el Certificado de Entrega en el último instante.

—¡Oh! —Aquella exclamación no comportaba asombro ni censura; era simplemente una señal de puntuación vocal con la que aceptaba el hecho—. ¿Sabes algo de Quentin Daniels?

—No.

—¿No ha enviado ninguna carta ni recado para mí?

—No.

Él adivinó lo que Dagny temía y aquello le recordó algo que había olvidado comunicarle.

—Dagny, existe otro problema relacionado con todo el sistema y que ha ido ganando importancia desde que te marchaste el primero de mayo. Se trata de los trenes congelados.

—De los trenes… ¿cómo?

—Tenemos trenes abandonados en la línea, en vías accesorias, en mitad de lugares despoblados. Fueron dejados allí generalmente de noche y su personal desapareció, sin advertencia previa o razón especial. Viene a ser como una epidemia; ataca

repentinamente a los hombres y éstos se van. Ha sucedido igual con otros ferrocarriles. Aunque nadie puede explicarlo, creo que todo el mundo lo comprende. La culpa la tiene la directriz. Es una forma de protesta por parte de los hombres. Intentan continuar, pero llega un momento en que no pueden soportarlo. ¿Qué podríamos hacer? —Se encogió de hombros—. Pero, ¿quién es John Galt?

Ella asintió, meditabunda, como si no se sorprendiera en absoluto. El teléfono sonó y la voz de la secretaria dijo:

—Míster Wesley Mouch llama desde Washington, Miss Taggart.

Sus labios se tensaron ligeramente como si un insecto acabara repentinamente de rozarlos.

—Debe ser para mi hermano —contestó.

—No, Miss Taggart. Para usted.

—Bien. Páseme la comunicación.

—Miss Taggart —dijo la voz de Wesley Mouch en el mismo tono que hubiera empleado en un cocktail—, me alegró tanto saber que había recuperado la salud, que he deseado darle la bienvenida en persona. Sabía que necesitaba usted un largo descanso y aprecio el patriotismo que la ha hecho suspender sus vacaciones en un momento tan crucial. Deseaba asegurarle que puede contar con nuestra cooperación en cualquier caso que la considere necesaria. Nuestra total cooperación, apoyo y ayuda. Si existen… excepciones especiales— que pueda requerir, por favor, delas ya por concedidas.

Le dejó hablar, aun cuando él realizara pequeñas pausas, invitándola a la respuesta. Cuando una de ellas se hizo lo suficientemente larga, le contestó:

—Le quedaría agradecidísima si me permitiera hablar con míster Weatherby.

—Desde luego, Miss Taggart. Siempre que lo desee… Pero… ¿quiere decir… ahora mismo?

—Sí. Ahora mismo. Comprendió, pero repuso:

—Bien, Miss Taggart.

La voz de míster Weatherby sonó en el receptor con tono precavido.

—¿Qué tal, Miss Taggart? ¿En qué puedo servirla?

—Diga a su jefe que, si no quiere que me marche otra vez, no vuelva a llamarme o a hablarme jamás. Cualquier cosa que su cuadrilla quiera comunicarme, que lo haga a través de usted. Puede decirle que mis motivos se basan en lo que hizo a Hank Rearden cuando figuraba en la nómina de éste. Si los demás lo han olvidado, yo no.

—Es mi deber ayudar a los ferrocarriles nacionales en cualquier momento, Miss Taggart.

Míster Weatherby parecía querer evitar el compromiso de haber escuchado aquellas palabras; pero una repentina nota de interés vibró en su voz al preguntar, lenta y cautelosamente, con cierta precavida astucia:

—¿Debo entender, Miss Taggart, que es su deseo tratar exclusivamente conmigo en todos los asuntos oficiales? ¿He de aceptarlo como su política?

Ella dejó escapar una breve y dura risita.

—De acuerdo —le animó—. Puede considerarme como de su exclusiva propiedad; utilizarme como un elemento especial y servirse de mí en todo Washington; pero no sé qué beneficios le reportará, porque no pienso seguir el juego ni comerciar con favores. Empezaré simplemente a quebrantar sus leyes desde ahora mismo y pueden detenerme cuando crean que ha llegado el momento oportuno.

—Me parece que tiene usted una idea muy anticuada acerca de la ley, Miss Taggart. ¿Por qué hablar de disposiciones inflexibles y rígidas? Nuestras modernas leyes son elásticas y quedan abiertas a interpretaciones varias, según… las circunstancias.

—Pues empiece a ser elástico desde ahora mismo, porque yo no lo soy, ni tampoco lo son las catástrofes ferroviarias.

Colgó y dijo a Eddie, en el tono de quien acaba de expresar una opinión acerca de algún objeto físico:

—Nos dejarán tranquilos algún tiempo.

No pareció darse cuenta de los cambios efectuados en su despacho, tales como la ausencia del retrato de Nat Taggart, o la nueva mesita de cristal donde míster Locey había desplegado, en beneficio de sus visitantes, un montón de las más chillonas revistas humanitarias, con llamativos titulares en las portadas.

Con la mirada tensa de una máquina equipada para registrar y no para reaccionar, exigió un informe de Eddie acerca de lo que, en el período de un mes, había hecho el ferrocarril. Escuchó su opinión acerca de lo que pudo constituir la causa de la catástrofe. Con el mismo aire ausente se enfrentó a una sucesión de hombres que entraban y salían de su despacho con paso apresurado, agitando las manos en movimientos inútiles. Llegó a la conclusión de que era ya insensible a todo. Pero, de repente, mientras paseaba por el despacho dictándole una lista de materiales necesarios e indicando dónde poder conseguirlos ilegalmente, se detuvo y contempló las revistas extendidas en la mesa. Los titulares proclamaban: «La nueva conciencia social», «Nuestro deber hacia las clases menos privilegiadas», «La necesidad contra la codicia». Con un simple movimiento de su brazo, el brusco y explosivo movimiento hijo de una brutalidad física que él no había observado hasta entonces en Dagny, ésta arrojó las revistas de la mesa y continuó recitando una lista de cifras, sin interrupción alguna, como si no existiera conexión entre su mente y la violencia de su cuerpo.

A última hora de la tarde, y hallándose sola unos instantes, telefoneó a Hank Rearden.

Dio su nombre a la secretaria y, a juzgar por el modo de pronunciar la palabra, dedujo la rapidez con que él había tomado el receptor.

—¿Dagny?

—Hola, Hank. Estoy de regreso.

—¿Dónde?

—En mi despacho.

Le pareció escuchar una serie de cosas dentro del momentáneo silencio que siguió. Luego Hank dijo:

—Supongo que lo mejor será empezar a sobornar gente para conseguir mineral con el que fabricar esos rieles.

—Sí. Haz cuanto puedas. No es preciso que sea metal Rearden. Podría… —La breve interrupción fue quizá demasiado corta para que él la observara; pero su significado vino a ser éste: «¿Para qué utilizar rieles de metal Rearden si hemos de retroceder a los tiempos que precedieron al acero? ¿Si quizá hayamos incluso de volver a la época de los rieles de madera, con refuerzos de hierro?»—. Puede ser acero de cualquier peso —continuó —el que puedas buenamente entregarme.

—De acuerdo, Dagny. ¿Sabes que les he cedido el metal Rearden? ¿Que firmé el Certificado de Entrega?

—Sí, lo sé.

—No he podido evitarlo.

—¿Y quién soy yo para recriminarte nada? ¿Acaso no he cedido yo también? —Él no dijo nada y Dagny continuó—: Hank, no creo que les preocupe que quede un tren o una fundición sobre la tierra. Pero a nosotros sí. Se valen de nuestro amor a todo ello, y seguiremos siendo sus víctimas mientras quede una posibilidad de mantener una rueda en movimiento como prueba de la inteligencia humana. Seguiremos manteniendo el mundo a flote, como a un niño que se ahoga, y cuando la marea se lo trague, nos hundiremos con la última rueda y el postrer silogismo. Sé lo que estamos haciendo, pero… ya de nada sirve protestar por el precio que pagamos.

—Lo sé.

—No temas por mí, Hank. Mañana por la mañana estaré perfectamente.

—Nunca he temido por ti, querida. Te veré esta noche.

CAPÍTULO IX

EL ROSTRO SIN DOLOR, SIN TEMOR Y SIN CULPA

El silencio de su piso y la inmóvil perfección de los objetos, que seguían tal como los dejara un mes atrás, le produjeron un sentimiento de alivio y de desolación al mismo tiempo. Aquel silencio le daba una ilusión de retiro y propiedad; la visión de los objetos le recordó que conservaban algo que no podía recuperar, del mismo modo que era ya imposible deshacer lo sucedido desde entonces.

Quedaba un resto de claridad diurna en las ventanas. Había salido del despacho antes de lo que se propusiera, incapaz de reunir las fuerzas necesarias para las tareas que podían ser aplazadas hasta el día siguiente. Aquello resultaba nuevo para ella; y era nuevo también que se sintiera más en su casa en aquel piso que en la oficina.

Tomó una ducha y permaneció durante unos prolongados y vacíos minutos dejando que el agua le corriera por el cuerpo; pero se apartó vivamente al comprender que lo que deseaba lavar no era el polvo del camino, sino el ambiente de su despacho.

Se vistió, encendió un cigarrillo y entró en la sala para dirigirse a una ventana y contemplar la ciudad, del mismo modo que contemplaba el campo al iniciarse el día.

Había declarado estar dispuesta a dar su vida por un año más en el ferrocarril. Estaba de vuelta, pero no experimentaba la alegría del trabajo, sino tan sólo la clara y fría paz de una decisión adoptada y la tranquilidad de un dolor no admitido.

Las nubes habían envuelto el cielo, descendiendo como niebla en la que sumir también las calles, como si quisieran ahogar la ciudad. Veía la totalidad de la isla de Manhattan con su forma larga y triangular, que profundizaba en un invisible océano, semejante a la proa de un buque náufrago; unos cuantos edificios seguían elevándose allí como chimeneas, pero el resto iba desapareciendo bajo guedejas de un gris azulado que descendían lentamente, convirtiéndose en vapor y en espacio. Así había desaparecido la Atlántida, pensó, la ciudad hundida en el océano, y también los otros reinos que dejaron idéntica leyenda en todos los lenguajes de la humanidad y un parecido anhelo.

Sintió, como había sentido cierta noche de primavera, apoyada en su mesa, en la destartalada oficina de la línea «John Galt», junto a una ventana que daba frente a un callejón obscuro, la emoción y la visión de un mundo que nunca alcanzaría… «Quienquiera que seas —pensó—. Aquel a quien siempre he amado y nunca encontrado. Tú, a quien esperé ver al final de los rieles, más allá del horizonte; tú, cuya presencia siempre sentí en las calles de la ciudad y cuyo mundo quise construir… es mi amor hacia ti el que me ha mantenido en movimiento; mi amor y mi esperanza de alcanzarte y mi deseo de ser digna de ti el día en que nos enfrentáramos cara a cara. Ahora sé que nunca voy a hallarte; que no puedo alcanzarte ni vivir para ti; pero lo que aún queda de mi vida sigue siendo tuyo, y continuaré en tu nombre; aunque sea un nombre que nunca conozca; continuaré sirviéndote aunque nunca triunfe; proseguiré para ser digna de ti el día en que hubiera debido encontrarte, aun cuando ello no suceda…» Nunca había aceptado la desesperanza, pero permaneció ante la ventana, dirigiéndose a la ciudad envuelta en la niebla, como si se consagrara a un amor no correspondido.

El timbre de la entrada sonó.

Se volvió con indiferente asombro para abrir la puerta, pero supo que debió haber esperado aquella visita cuando vio que se trataba de Francisco d'Anconia. No experimentó sorpresa ni sentimiento de rebelión, sino tan sólo la fría serenidad de su propio aplomo. Levantó la cabeza para enfrentarse a él, con lento y deliberado movimiento, como si le dijera que había escogido una actitud y que se encontraba al aire libre, frente a él.

El rostro de Francisco aparecía grave y tranquilo; su expresión de felicidad se había borrado, sin que volviera a él la despreocupación del donjuán. Era como si las máscaras hubieran caído. Miraba ante sí de un modo directo, firmemente disciplinado, como quien persigue un propósito concreto. Parecía capaz de comprender la vivacidad de un acto, como ella esperó cierta vez. Nunca le pareció tan atractivo como en aquel momento, y se dijo, asombrada, que aquel hombre no la había abandonado, sino que era ella quien había desertado de él.

—Dagny, ¿estás en condiciones para hablar de ello, ahora?

—Sí… si lo deseas. Entra.

Dio una breve ojeada a la sala, el hogar de Dagny, en el que nunca estuvo, y luego volvió a mirarla, observándola atentamente, como si supiera que la simplicidad de su actitud era el peor de los síntomas respecto a su propósito. Creyó encontrarse ante un montón de cenizas que ningún dolor podría reavivar, porque incluso el dolor habría adoptado una forma de fuego.

—Siéntate, Francisco.

Permaneció en pie ante él, como si quisiera dejarle observar que no ocultaba nada; ni siquiera la fatiga de su actitud, el precio que había pagado por aquella jornada y su indiferencia ante el mismo.

—No creo que pueda influir en ti —dijo él—, si es que has hecho tu elección. Pero si existe una posibilidad, tengo que aprovecharla.

Ella movió la cabeza lentamente.

—No la hay. ¿Para qué, Francisco? Tú has cedido. ¿Qué te importa si yo muero con el ferrocarril o lejos de él?

—No he renegado del futuro.

—¿Qué futuro?

—Aquél en que los saqueadores perezcan, mientras nosotros seguimos en pie.

—Si la «Taggart Transcontinental» ha de perecer a manos de los saqueadores, también pereceré yo.

Francisco no apartaba los ojos de su cara, pero no contestó. Ella añadió desapasionadamente:

—Creí poder vivir sin ello. Pero es imposible. No lo intentaré otra vez. ¿Recuerdas? Cuando empezamos, los dos creíamos que el único pecado de la tierra era hacer las cosas mal. Aún sigo creyéndolo. —Un atisbo de energía estremeció su voz—. No puedo permanecer indiferente luego de ver lo que hicieron en el túnel. No puedo aceptar lo que todos aceptan. Francisco, se trata de aquello que considerábamos tan monstruoso tú y yo: la creencia en que los desastres son un hecho natural que ha de soportarse sencillamente y contra el que no cabe luchar. No puedo aceptar la sumisión ni la impotencia. No puedo aceptar la renunciación. Mientras exista un ferrocarril en funcionamiento, yo lo dirigiré.

—¿A fin de mantener en pie al mundo de los saqueadores?

—A fin de mantener el último retazo del mío.

—Dagny —dijo él lentamente—, sé por qué ama uno su trabajo. Sé lo que para ti significa la tarea de dirigir trenes. Pero no los dirigirías si estuvieran vacíos. ¿Qué ves cuando piensas en un tren en movimiento?

Ella contempló la ciudad.

—La vida de un hombre bien dotado, que hubiera podido perecer en la catástrofe, pero que escapará a la siguiente, porque yo la impediré; un hombre de mente intransigente y de ambición ilimitada; un hombre enamorado de su propia vida… La clase de hombre que sigue siendo lo que éramos tú y yo cuando empezamos. Tú abandonaste, pero yo no puedo.

Francisco cerró los ojos un instante y el tenso movimiento de su boca se transformó en una sonrisa, una sonrisa substitutiva de un gemido de comprensión, de ironía y de dolor. Con voz grave y trémula, preguntó:

—¿Crees poder servir aún… a ese hombre… dirigiendo el ferrocarril?

—Sí.

—Muy bien, Dagny. No intentaré disuadirte. Mientras sigas pensando así, nada podrá impedirlo ni nadie deberá intentarlo siquiera. Sólo te detendrás el día en que descubras que tu trabajo no ha servido para beneficiar la vida de ese hombre, sino para precipitar su destrucción.

—¡Francisco! —exclamó, asombrada y trémula—. Tú lo comprendes y sabes a lo que me refiero al hablar de ese hombre.

—¡Oh, sí! —respondió él sencilla y escuetamente, contemplando un punto en el espacio, dentro de aquel recinto, cual si estuviera viendo a una persona real. Y añadió—: ¿Por qué has de sorprenderte? Cierta vez dijiste que pertenecíamos a su clase tú y yo. Aún pertenecemos. Pero uno de nosotros lo ha traicionado.

—Sí —admitió ella con dureza—. Uno de nosotros. No podemos servirle con la renunciación.

—No podemos servirle haciendo tratos con sus destructores.

—No hago tratos con ellos. Me necesitan. Y lo saben. Son mis condiciones las que tendrán que aceptar.

—¿Realizando un juego en el que consigan beneficios a cambio de perjudicarte?

—Si puedo mantener a la «Taggart Transcontinental» en funcionamiento, tal será el único beneficio que desee. ¿Qué importa si me obligan a pagar rescate? Que logren lo que quieran. Yo tendré el ferrocarril.

—¿Lo crees así? —preguntó sonriente—. ¿Crees que su necesidad de ti constituye tu protección? ¿Crees poderles entregar lo que desean? No te retirarás hasta que veas con tus propios ojos y con tu propio juicio lo que realmente quieren. Dagny, se nos enseñó que unas cosas pertenecen a Dios y otras al César. Quizá su dios lo permitiera; pero el hombre a quien dices que servimos… ése no lo permitirá. No admite lealtades divididas, ni conflicto entre mente y cuerpo, ni abismo entre valores y acciones, ni tributos al César. En realidad, no consiente cesares.

—Durante doce años —dijo ella dulcemente —hubiera considerado inconcebible que pudiera llegar un día en que te pidiera perdón de rodillas. Ahora sí lo creo posible. Y lo haré, si me convenzo de que tienes razón. Pero no hasta entonces.

—Lo harás, aunque no de rodillas.

La estaba mirando como si viera su cuerpo ante él, aun cuando clavara la mirada en su rostro. La expresión de sus ojos reveló a Dagny la forma de expiación y rendición que imaginaba para el futuro. Observó el esfuerzo que realizaba para apartar la vista, esperando que ella no se hubiera percatado de lo que pensaba ni discernido su silenciosa

lucha, traicionada por la tensión de los músculos bajo la piel de la cara, aquella cara que tan bien conocía.

—Hasta entonces seremos enemigos, Dagny. No quería decírtelo, pero eres la primera persona que casi ha estado en el cielo y regresado a la tierra. Has visto demasiado, y tendrás que comprender con toda claridad que es contra ti contra quien lucho y no contra tu hermano James o contra Wesley Mouch. Es a ti a quien he de derrotar. He decidido terminar con aquellas cosas que más preciosas te parecen en estos momentos. Mientras te afanas en salvar la «Taggart Transcontinental», yo me empeñaré en destruirla. No me pidas ayuda ni dinero. Ya conoces mis motivos. Y ahora puedes odiarme… cosa perfectamente lógica desde tu punto de vista.

Ella levantó un poco la cabeza; no se había efectuado cambio perceptible alguno en su actitud, relegada a la sensación de su propio cuerpo y su significado para él. Durante la longitud de una frase, guardó un aire totalmente femenino, aunque con cierta traza de desafío, perceptible tan sólo en el leve espaciamiento de las palabras al preguntar:

—Y a ti, ¿qué bien te reportará?

Francisco la miró, comprendiéndola perfectamente; pero sin admitir ni negar la confesión que deseaba arrancarle.

—No importa a nadie más que a mí —le contestó.

Fue ella entonces la que se sintió debilitar, pero mientras le contestaba comprendió que sus palabras eran aún más crueles.

—No te aborrezco. Lo he intentado durante años, pero nunca lo conseguiré, no importa lo que hagamos cualquiera de los dos.

—Lo sé —repuso él en voz baja, de modo que no percibiera su dolor, pero ella lo sintió en su propio cuerpo como una reflexión directa del de Francisco.

—¿Cómo puedes obrar así? —exclamó en desesperada defensa de él contra sí misma.

—Por la gracia de mi amor —«hacia ti», dijeron sus ojos —hacia el hombre que no pereció en tu catástrofe y que nunca perecerá —dijo su voz.

Ella permaneció silenciosa e inmóvil un instante, en respetuosa admisión de aquellas palabras.

—Desearía poder evitarte lo que vas a sufrir —le dijo, mientras la dulzura de su voz indicaba: «No me compadezcas»—, pero no puedo. Cada uno de nosotros ha de recorrer este sendero con sus propios pasos. Es el mismo para los dos.

—¿Adonde conduce?

Él sonrió, como quien cierra delicadamente una puerta a preguntas que no contestará.

—A la Atlántida —dijo.

—¿Cómo? —preguntó Dagny, asombrada.

—¿No te acuerdas?… La ciudad perdida en la que sólo pueden penetrar espíritus de héroes.

El punto de contacto que se estableció súbitamente llevaba debatiéndose en su mente desde la mañana en forma de una leve ansiedad que no tuvo tiempo para identificar. La había percibido como tal, pero sólo pensó en el destino de Francisco y en su decisión personal, como si él obrara solo. Ahora, en cambio, observaba un peligro más amplio. Tuvo noción de la vasta e indefinida forma del enemigo a quien se enfrentaba.

—Eres uno de ellos —dijo lentamente—. ¿No es cierto?

—¿De quiénes?

—¿Estuviste en el despacho de Ken Danagger?

—No —repuso sonriente.

Pero Dagny notó que no le preguntaba el significado de sus palabras.

—Existe… tú debes saberlo… ¿existe actualmente algún destructor suelto por el mundo?

—Desde luego.

—¿Quién es?

—Tú.

Ella se encogió de hombros. Su cara se estaba endureciendo.

—Quienes han abandonado, ¿siguen vivos o están muertos?

—Han muerto por lo que a ti respecta. Pero existirá un Segundo Renacimiento en el mundo, y yo espero vivirlo.

—¡No! —La repentina violencia de su voz constituía respuesta personal a usa de las dos cosas que él quiso que escuchara—. No esperes que yo haga igual…

—Siempre te aguardaré, no importa lo que hagamos.

Escucharon el rumor de una llave en la cerradura de la puerta. Ésta se abrió y Hank Rearden entró en el aposento.

Se detuvo brevemente en el umbral, y luego avanzó con lentitud hacia la sala, mientras se metía la llave en el bolsillo.

Dagny comprendió que había visto el rostro de Francisco antes que el suyo. La miró, y sus pupilas se posaron de nuevo en Francisco, como si fuera la única persona a quien pudiesen ver.

Era el rostro de Francisco el que, por su parte, ella temía mirar. El esfuerzo realizado para obligarse a seguir el breve trecho de unos pasos, vino a ser el mismo que el de querer arrastrar un peso superior a sus fuerzas. Francisco se había puesto en pie a la manera tranquila y automática de un d'Anconia, adiestrado en un estricto código de cortesía. Rearden no pudo ver nada de particular en su rostro. Pero lo que ella observó resultaba peor que lo que había temido.

—¿Qué está usted haciendo aquí? —preguntó Rearden en el tono que cualquiera hubiera usado para dirigirse a un sirviente sorprendido en un salón.

—Comprendo que no tengo el derecho de formular a usted idéntica pregunta —dijo Francisco.

Dagny comprendió el esfuerzo que requería de él prestar a su voz aquel tono claro e impasible. Su mirada se posaba en la mano derecha de Rearden, como si todavía viera la llave entre sus dedos.

—Entonces, conteste —le apremió Rearden.

—Hank —intervino Dagny—, cualquier pregunta que desees formular hazlo a través de mí.

Pero Rearden no parecía verla ni escucharla.

—Conteste —repitió.

—Sólo existe una respuesta que tenga usted derecho a exigir —dijo Francisco—. Y de acuerdo con ella le contestaré que el motivo de mi presencia aquí no es el que imagina.

—Sólo existe un motivo para su presencia en casa de cualquier mujer —dijo Rearden—. ¿Cree que voy a creerme esa confesión suya o cualquier otra cosa que me diga?

—Le he dado motivos para no confiar en mí, pero ninguno que incluya a Miss Taggart.

—No me diga que no cuenta con posibilidad alguna aquí, que nunca la tuvo y que nunca la tendrá, porque sé que es así. Pero haberlo encontrado aquí la primera…

—: Hank, si deseas acusarme… —empezó Dagny. Pero Rearden se volvió hacia ella.

—¡Cielos, no, Dagny! Nada de eso. Pero no deben verte hablando con él. No debes tener trato alguno con este hombre. No le conoces. Yo sí.

—Se volvió hacia Francisco—. ¿Qué anda buscando? ¿Planea incluirla entre sus conquistas o…?

—¡No!

Fue una exclamación involuntaria que sonó inútil con su tono de apasionada sinceridad, ofrecido y rechazado como única prueba.

—¿No? ¿Ha venido para hablar de negocios? ¿Está tendiendo una trampa, como hizo conmigo? ¿Qué clase de engaño proyecta ahora contra ella?

—Mi propósito… no tiene.,, nada que ver con los negocios.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—Si es que va a creerme, puedo decirle que no significa… traición de ningún género.

—¿Cree poder hablar todavía de traición en mi presencia?

—Le contestaré algún día. Pero no hoy.

—No le gusta que se lo recuerde, ¿verdad? Desde entonces se ha mantenido apartado de mí, ¿no es cierto? ¿No esperaba encontrarme aquí? ¿No deseaba verme? —Pero comprendió que Francisco se enfrentaba a él como nadie lo hacía en aquellos tiempos; vio su mirada sostenida, fija en la suya; sus facciones compuestas, sin emoción, sin defensa y sin súplica, prontas a soportar lo que viniera; su aire de valor, sin protección alguna. Aquél era el rostro de un hombre al que profesó cariño; el hombre que lo despojó de toda culpa. Y se encontró luchando contra el convencimiento de que aquel rostro aún le atraía por encima de todo, por encima del mes de impaciencia esperando ver de nuevo a Dagny—. ¿Por qué no se defiende si no tiene nada que ocultar? ¿Por qué se encuentra aquí? ¿Por qué se ha turbado tanto al verme entrar?

—¡Basta, Hank!

La voz de Dagny estalló como un grito. Se hizo atrás, sabiendo que la violencia era el más peligroso elemento a introducir en aquellos instantes. Los dos se volvieron hacia ella.

—Permítame ser yo quien conteste —ofreció Francisco con calma.

—Ya te dije que confiaba en no ver a este hombre jamás —dijo Rearden—. Lamento que hayamos tropezado aquí. Sé que no te concierne, pero existe algo por lo que debe pagar.

—Si tal es… su propósito —dijo Francisco haciendo un esfuerzo—, ¿por qué… no lo ha hecho ya?

—¿Qué dice? —preguntó Rearden, cuyo rostro estaba helado y cuyos labios apenas se movían, no obstante lo cual sonaba cierto tono irónico en su voz—. ¿Es ése su modo de pedir clemencia?

El instante de silencio que se produjo después representó el esfuerzo de Francisco para dominarse.

—Sí… si lo desea —respondió.

—¿Obró así cuando tenía mi futuro en sus manos?

—«Todo cuanto piense de mí está justificado; pero puesto que no concierne a Miss Taggart… ¿me permite retirarme?

—No. ¿Quiere evadirse como todos los demás cobardes? ¿Quiere escapar?

—Me encontraré donde usted quiera en el momento que lo desee, pero preferiría que no sucediera en presencia de Miss Taggart.

—¿Por qué no? Quiero que sea en su presencia, puesto que éste es el único lugar donde usted no tiene derecho a encontrarse. No poseo nada que defender contra usted, porque se

ha llevado más de lo que los saqueadores pudieran arrebatarme. Ha destruido todo cuanto tocó; pero existe una cosa en la que no le dejaré poner la mano.

Comprendió que la rígida ausencia de emoción que se pintaba en la cara de Francisco, era precisamente la evidencia mayor de un esfuerzo anormal para dominarse. Comprendió que estaba sufriendo una auténtica tortura, y que él, Rearden, se sentía ciegamente empujado por un sentimiento parecido al placer del verdugo; excepto que no era posible discernir a quién torturaba, si a Francisco o a sí mismo.

—Es usted peor que los saqueadores porque traiciona con plena conciencia de ello. No sé qué forma de corrupción le sirve de base para actuar así, pero quiero enterarle de que existen cosas fuera de su alcance, alejadas de sus aspiraciones o de su malicia.

—No tiene nada… que temer de mí… en estos momentos.

—Quiero que se entere de que no ha de pensar en ella ni mirarla, ni acercársele siquiera. De todos los hombres, es usted precisamente el que menos derecho tiene a aparecer ante su vista. —Se dijo que obraba así impulsado por una desesperada cólera producto de sus propios sentimientos hacia aquel hombre. Que dichos sentimientos seguían alentando y que eran aquéllos precisamente los que tendría que vencer y destruir—. Cualesquiera que sean sus motivos, ella ha de protegerse de todo contacto con usted.

—Si le doy mi palabra… —se detuvo. Rearden se rió brevemente.

—Sé lo que representan sus palabras, sus convicciones, su amistad y sus juramentos ante la única mujer a la que nunca…

Se detuvo. Todos comprendieron a qué se refería, en el mismo instante en que el propio Rearden lo comprendió también.

Dio un paso hacia Francisco y señalando a Dagny preguntó, con voz baja y extrañamente alterada, como si no procediera de él, ni fuera dirigida a ser viviente alguno:

—¿Es ésta la mujer a la que ama? Francisco cerró los ojos.

—¡No le preguntes eso! —exclamó Dagny.

—¿Es ésta la mujer a la que ama? Mirándola, Francisco contestó:

—Sí.

Rearden levantó la diestra y la dejó caer sobre la cara de Francisco.

Dagny lanzó un grito. Cuando pudo recobrar la visión, tras un instante en que le pareció como si la bofetada hubiera sido descargada en su mejilla, lo primero que pudo ver fueron las manos de Francisco. El heredero de los d'Anconia se apoyaba contra una mesa, aferrándose a sus bordes, pero no para sostenerse, sino para impedir que sus manos se movieran. Vio la rígida inmovilidad de su cuerpo, un cuerpo tan tenso que parecía roto, con los ángulos de la cintura, de los hombros y los brazos en tensión, un poco hacia atrás. Permanecía como si el esfuerzo necesario para no moverse volviera contra si mismo la fuerza de su ira, como si el movimiento al que resistía le recorriera los músculos cual un dolor insoportable. Vio cómo sus convulsos dedos se esforzaban en seguir sujetando el borde de la mesa, y se preguntó qué se rompería primero, si la madera o los huesos de aquel hombre. Tuvo la convicción de que la vida de Rearden pendía de un hilo.

Pero cuando sus ojos se posaron en la cara de Francisco, no vio en ella señal alguna de violencia. Sólo la piel de las sienes estaba tirante y los planos de sus mejillas aparecían convexos, más hundidos que de costumbre. Su cara cobraba así un aspecto desnudo, puro y juvenil. Sintió terror al ver en sus ojos unas lágrimas inexistentes. Las pupilas brillaban completamente secas. Miraba a Rearden, pero no era a éste a quien veía. Semejaba encontrarse ante otra presencia, como si su mirada dijera: «Si esto es lo que exigís de mí, os pertenece; aceptad mi resistencia porque no puedo ofreceros otra cosa, pero dejadme

sentir el orgullo de saber que esto sí me es permitido». Observó en la artería que latía bajo la piel de su cuello y en la leve traza roja de la comisura de sus labios, la expresión de quien se siente sumido en una especie de éxtasis que era casi una sonrisa, y comprendió que presenciaba la acción más importante en la vida de Francisco d'Anconia.

Cuando se sintió estremecer y escuchó su propia voz, le pareció el eco de un grito todavía resonante en el aire de la habitación. Pero había transcurrido tan sólo un brevísimo instante. Su voz tuvo el tono salvaje de quien se yergue para descargar un golpe, en el momento de gritar a Rearden:

—¿Protegerme tú de él? Mucho antes de que tú…

—¡Cállate! —exclamó Francisco, haciendo un movimiento de cabeza mientras en el breve estallido de su voz vibraba toda una contenida violencia. Comprendió que era una orden y que tenía que obedecerla.

Inmóvil, excepto por la breve curva que describió su cabeza, Francisco se volvió hacia Rearden. Sus manos soltaron el borde de la mesa y colgaron lacias a sus costados. Se enfrentaba a Rearden sin expresión alguna, excepto el cansancio del esfuerzo recién realizado. Rearden comprendió súbitamente lo mucho que aquel hombre lo había apreciado.

—Dentro de lo que cabe —dijo Francisco con calma—, tiene usted razón.

Y sin esperar ni permitir una respuesta, se volvió para marcharse. Saludó a Dagny inclinando un poco la cabeza, en simple gesto de despedida y aceptación de lo ocurrido, y desapareció.

Rearden se quedó mirando el lugar por el que se había marchado, sabiendo con absoluta certeza que daría su vida por no haber cometido aquella acción.

Al volverse hacia Dagny, su cara estaba como vacía, aunque expresara franqueza y ligera atención, como si no quisiera provocar las palabras que ella no pronunció, sino cual si esperase que sonaran por sí solas.

Un estremecimiento de compasión conmovió a Dagny, haciéndole sacudir la cabeza. No hubiera podido decir hacia cuál de ellos sentía dicha compasión. No podía hablar y movió la cabeza una y otra vez, cual si tratara desesperadamente de negar un vasto e impersonal padecimiento del que los tres eran víctimas.

—Si hay algo que decir, dilo —le pidió él con voz monótona.

El rumor que produjo Dagny tuvo algo de risa contenida y de gemido; no era deseo de venganza, sino un desesperado sentido de justicia el que otorgó a su voz aquella hiriente amargura, al exclamar arrojándole conscientemente las palabras al rostro:

—¿No querías saber el nombre del otro? ¿De aquel con quien dormí antes? ¿Del hombre al que me entregué en primer lugar? Pues bien, ¡fue Francisco d'Anconia!

Comprendió la fuerza de su golpe al ver cómo el rostro de Rearden palidecía. Comprendió que si la justicia era su propósito, acababa de conseguirlo, porque aquel bofetón era peor que el que él descargara antes.

Se sintió repentinamente tranquilizada. Aquellas palabras habían tenido que ser pronunciadas en beneficio de los tres. Todo rastro de desesperación propia de una víctima impotente, desapareció de su espíritu. Ya no era víctima, sino un contendiente deseoso de asumir la responsabilidad de sus actos. Se mantuvo frente a Rearden, esperando su respuesta y casi creyendo que había llegado su momento de demostrar violencia.

No supo qué forma de tortura soportaba Hank o qué se estaba derrumbando en su interior, sin que nadie más que él pudiera presenciarlo. No observó señal alguna de dolor que pudiera proporcionarle algún indicio. Parecía simplemente un hombre inmóvil en medio de una habitación, obligando a su conciencia a asimilar un hecho que aquélla rechazaba. Permaneció largo rato de aquel modo, sin cambiar de actitud, con las manos pendientes a

sus costados, y los dedos ligeramente curvos. A Dagny le pareció sentir el pesado embotamiento de la sangre en sus dedos, y ésta fue la única clave respecto a sus sufrimientos que le fue dable contemplar. Pero se dijo que lo que él padecía no le dejaba fuerza para sentir nada, ni siquiera la existencia de su cuerpo. Esperó, mientras su compasión se desvanecía para convertirse en respeto.

Luego vio cómo la mirada de Hank se apartaba lentamente de su cara y recorría su cuerpo, y comprendió la clase de tortura que escogía porque era una mirada cuya naturaleza resultaba imposible de ocultar. La estaba viendo como era a los diecisiete años; la estaba viendo junto al rival al que odiaba y aquel espectáculo le resultaba insoportable. Dagny notó cómo la protección que representaba el dominio de sí mismo iba abandonándole; pero no le importaba que ella contemplara su cara desnuda y viva, porque nada había ya que leer en ella, excepto una violencia muy semejante al odio.

La cogió por los hombros y ella se dispuso a aceptar que la matara o la golpeara hasta hacerle perder el sentido. En el momento de notar que Hank había pensado en aquello, éste apretó su cuerpo contra el de él, y su boca buscó la suya de un modo más brutal que el acto de un apaleamiento.

Aterrorizada, forcejeó para soltarse, y al propio tiempo, dominada por un frenesí desconocido, lo abrazó estrechamente, reteniéndolo y mordiéndole los labios hasta hacerlo sangrar, con un deseo de él como nunca había experimentado hasta entonces.

Cuando la arrojó sobre el sofá, comprendió, por el ritmo de los latidos de su cuerpo, que era un acto de victoria sobre su rival, y al propio tiempo de su rendición a él; un acto de propiedad, llevado a límites de insoportable violencia por la idea del hombre al que desafiaba; el acto de transformar su odio hacia el placer en intensidad del placer mismo; su conquista de aquel hombre por medio del cuerpo de ella. Notó la presencia de Francisco en la mente de Rearden y creyó rendirse a ambos, a lo que había adorado en cada uno de ellos, a lo que tenían en común, a lo esencial del carácter que había convertido su amor hacia los dos en un acto de lealtad hacia ambos. Comprendió también que aquello constituía la rebelión de Rearden contra el mundo que los rodeaba, contra la aceptación de lo degradado y de lo bajo, contra el largo tormento de sus días inútiles y de su lucha sin luz. Esto era lo que quería dejar bien sentado y a solas con ella, en la semiobscurídad, muy alto sobre una ciudad en ruinas, retener como último resto de su propiedad.

Más tarde, los dos permanecieron inmóviles. Él apoyaba la cara contra su hombro. El reflejo de un distante anuncio luminoso siguió latiendo en débiles resplandores sobre el techo, encima de la cabeza de Dagny.

La tomó de la mano y le puso los dedos bajo su cara para que su boca descansara un instante sobre la palma tan suavemente que ella notara su intención más que el contacto.

Al cabo de un rato, Dagny se incorporó, tomó un cigarrillo, lo encendió y lo ofreció a Hank con un ligero interrogante en la posición de la mano. Él hizo una señal de asentimiento, aun a medio incorporar sobre el sofá, y Dagny le colocó el cigarrillo entre los labios, encendiendo otro para sí. Experimentaba un profundo sentimiento de paz. La intimidad de aquellos gestos sin importancia subrayaba la importancia de las cosas no dichas. Pensó que todo estaba declarado, pero que, a la vez, todo esperaba aún la aceptación.

Vio cómo la vista de Hank se posaba de vez en cuando en la puerta, permaneciendo fija allí largos momentos, como si aún viera al hombre que había partido.

—Podía haberme derrotado haciéndome saber la verdad siempre que quisiera —dijo con tranquilidad—. ¿Por qué no lo ha hecho?

Ella se encogió de hombros, extendiendo las manos en un gesto de impotente tristeza. Los dos sabían la respuesta.

—Significaba mucho para ti, ¿verdad? —preguntó Dagny.

—Y aún lo significa.

Los puntos de fuego en el extremo de sus cigarrillos se habían ido desplazando lentamente hacia la punta de sus dedos con algún destello ocasional y la suave caída de la ceniza como solos movimientos en aquel silencio. El timbre de la puerta sonó. Ambos supieron que no era el hombre al que deseaban ver allí, pero cuyo regreso no cabía esperar. Dagny frunció el ceño con repentina cólera, al dirigirse a abrir. Tardó un momento en recordar que la inocua y cortés figura que se inclinaba ante ella con mecánica sonrisa de bienvenida, era el ayudante de la dirección de aquella casa.

—Buenas noches, Miss Taggart. Nos alegramos mucho de verla aquí otra vez. He entrado de servicio y, sabiendo que estaba usted de vuelta, he querido saludarla en persona.

—Gracias —respondió Dagny sin invitarle a entrar.

—Tengo una carta recibida para usted hace una semana, Miss Taggart —dijo el empleado metiéndose la mano en el bolsillo—. Me pareció que podía ser importante, pero como lleva la indicación de «personal», pensé que no debía enviarla a su oficina. Además, tampoco sé las señas de la misma, así es que, no sabiendo adonde mandarla, la guardé en la caja de caudales para entregársela en persona.

El sobre que le alargaba llevaba estas indicaciones: Certificada. —Correo Aéreo. — Urgente. —Personal. El nombre y señas del remitente eran: Quentin Daniels, Instituto Tecnológico de Utah, Afton, Utah.

—¡Oh!… Gracias.

El ayudante de la dirección observó que su voz había descendido de tono hasta convertirse en un murmullo, en la cortés retención de una exclamación ahogada. Notó que miraba el nombre del remitente más tiempo del necesario, así es que, repitiendo sus buenos deseos, se retiró.

Dagny abrió el sobre mientras se acercaba a Rearden, pero se detuvo en mitad de la habitación para leer la carta. Estaba mecanografiada en papel muy delgado. Él distinguió, por transparencia, los obscuros rectángulos de cada párrafo. También podía observar la cara de Dagny.

Para cuando hubo terminado la lectura, no le extrañó verla lanzarse hacia el teléfono y marcar violentamente un número, a la vez que con voz temblorosa de emoción solicitaba:

—Conferencia, por favor… Central, póngame con el Instituto Tecnológico de Utah, en Afton, Utah.

—¿Qué sucede? —preguntó él, acercándose.

Le alargó la carta, sin mirarlo, con la vista fija en el teléfono cual si quisiera precipitar la anhelada respuesta. La carta decía:

Querida Miss Taggart:

He estado batallando tres semanas porque no quería ceder. Sé lo mucho que esto la impresionará y preveo los argumentos que puede exponerme, porque los he utilizado todos contra mí mismo; pera le escribo ¡a presente para comunicarle que me retiro.

No puedo trabajar bajo las condiciones impuestas por la Directriz 10-289, aunque no por el motivo que sus perpetradores imaginaron. Sé que la prohibición de toda investigación científica no significa nada para usted ni para mí, y que usted desea que continúe, pero quiero retirarme, porque ya no siento deseo alguno de triunfar.

No quiero trabajar en un mundo que me considera un esclavo. No quiero constituir un valor para nadie. Si consiguiera reconstruir ese motor, no dejaría que usted lo utilizase en

provecho de ellos. No querría gravar mi conciencia con el hecho de que una cosa producida por mi pudiera ser utilizada en beneficio suyo.

Estoy seguro de que si lográramos producir ese motor, procederían a expropiarlo. Y ante semejante perspectiva, tendríamos que aceptar la posición de criminales, usted y yo, y vivir bajo la amenaza de ser detenidos cuando se les antojara. Eso es lo que no puedo aceptar aun cuando aceptara lo restante: que a fin de producir un inestimable beneficio, nos convirtiéramos en mártires de hombres que nunca hubieran podido concebir una cosa así. Hubiera perdonado el resto, pero cuando pienso en esto, me digo: Conde-nados, prefiero que todos muramos de hambre, incluido yo mismo, antes que perdonaros esto o permitirlo.

Pero le confesaré que sigo queriendo triunfar; desentrañar el secreto del motor con tanto interés como siempre, y a tal fin, continuaré trabajando en él por mi solo placer y mientras pueda soportarlo; pero si encuentro la solución, ¡a guardaré como un secreto particular. No pienso darla a conocer con ningún propósito comercial. Por todo ello, no puedo seguir aceptando su dinero. Si el comercialismo es despreciable, toda esa gente aprobará mi decisión y, por mi parte, estoy cansado de ayudar a quienes me desprecian.

No sé cuánto duraré o lo que haré en el futuro. Por el momento pienso continuar en mi tarea en este Instituto, pero si alguna de sus protectores y patrocinadores me recuerda la prohibición legal de cesar en mi tarea de portero, me marcharé.

Usted me ha ofrecido la mayor oportunidad de mi vida, y quizá haya de rogarle que me perdone el dolor que le ocasiono. Creo que ama usted su trabajo tanto como yo el mío y por eso comprenderá que mi decisión no fue fácil de adoptar, pero que era preciso hacerlo.

El escribir esta carta me proporciona una sensación extraña. No intento morir, pero sí prescindir del mundo, y esto hace que mi carta parezca la de un suicida. Quiero añadir que de todas las personas que he conocido, es usted la única a la que me pesa abandonar.

Sinceramente suyo,

Quentin Daniels

Cuando Rearden desvió la mirada de la carta, oyó decir a Dagny, de igual modo que la había estado oyendo a través de las líneas mecanografiadas con voz cada vez más penetrante, cercana a un auténtico grito de desesperación:

—¡Central! Siga llamando… ¡Por favor, siga llamando!

—¿Qué puedes decirle? —preguntó—. No tienes argumentos que ofrecer.

—No podré decirle nada porque ya se habrá ido. Esa carta fue escrita hace una semana. Estoy segura de que se ha ido. Han acabado con él.

—¿Quién ha acabado con él?

—Central. Mantengo la comunicación. ¡Siga intentándolo!

—¿Qué le dirás si contesta?

—Le rogaré que continúe aceptando mi dinero sin compromiso alguno y sin condiciones, solamente con el fin de que pueda proseguir. Le prometeré que si cuando triunfe aún seguimos en un mundo de saqueadores, no le pediré que me entregue el motor, ni que me revele su secreto; pero si por entonces hemos quedado libres…

Se interrumpió.

—¿Si hemos quedado libres?

—Todo cuanto deseo de él ahora es que no abandone y desaparezca…

igual que los demás. No quiero que acaben con él. Si no es demasiado tarde… ¡Oh! ¡Dios mío! No quiero que le hagan nada… Sí, central. Siga llamando.

—¿Qué beneficio puede reportarnos que continúe con su tarea?

—Eso es lo que quiero rogarle: que continúe. Quizá no dispongamos nunca de la oportunidad de usar ese motor. Pero deseo tener la convicción de que, en algún lugar del mundo, un cerebro privilegiado sigue trabajando en un gran intento y de que aún contamos con una posibilidad para el futuro… Si ese motor es abandonado otra vez, sólo nos queda Starnesville.

—Lo comprendo.

Mantuvo el receptor pegado a su oído, con el brazo rígido por el esfuerzo de no temblar. Esperó y escuchó en el silencio el inútil tintineo de una llamada sin respuesta.

—Se ha ido —dijo—. Han conseguido acabar con él. Una semana es más tiempo del que necesitan. No comprendo cómo se enteran de cuándo ha llegado el momento, pero esto —señaló la carta —constituyó el instante preciso para ellos, y no lo desperdiciaron.

—¿Quién?

—Los agentes destructores.

—¿Empiezas a creer que existen?

—Sí.

—¿Hablas en serio?

—Sí. He conocido a uno de ellos.

—¿Quién es?

—Te lo diré más tarde. No sé quién actúa como jefe, pero voy a saberlo uno de estos días. Voy a saberlo. Y espero…

Se interrumpió, con una exclamación contenida. Hank pudo ver la expresión ansiosa de su cara, en el momento de escuchar el chasquido de un distante receptor al ser descolgado y el rumor de una voz masculina que preguntaba a través de la línea:

—¿Diga?

—¡Daniels! ¿Es usted? ¿Sigue vivo? ¿Continúa ahí?

—Sí, sí. ¿Es usted, Miss Taggart? ¿Qué sucede?

—Creí… creí que se había ido.

—¡Oh, lo siento! Acabo de oír el timbre del teléfono. Me encontraba en el huerto recogiendo zanahorias.

—¿Zanahorias? —preguntó riendo con histérico alivio.

—Tengo aquí mi huerto particular. Antes había sido el aparcamiento para coches del Instituto. ¿Llama desde Nueva York, Miss Taggart?

—Sí. Acabo de recibir su carta. Ahora mismo. Estuve… estuve fuera.

—¡Oh! —Se produjo una pausa y luego añadió quedamente—: No hay nada más que hablar de todo ello, Miss Taggart.

—Dígame. ¿Se va a marchar?

—No.

—¿No proyecta marcharse?

—No. ¿Adonde iría?

—¿Quiere quedarse en el Instituto?

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Indefinidamente?

—Sí, al menos por ahora.

—¿Ha intentado alguien hablar con usted?

—¿Acerca de qué?

—De marcharse.

—No. ¿Quién tenía que hablarme?

—Escúcheme, Daniels; no quiero discutir lo de su carta por teléfono. Pero tenemos que hablar. Iré a verle. Llegaré lo antes posible.

—No quiero que venga, Miss Taggart. No quiero que realice semejante esfuerzo, porque es inútil.

—Deme una oportunidad, ¿quiere? No es preciso que me prometa cambiar de opinión. No deberá comprometerse a nada; tan sólo quiero que me escuche. Si vengo, es por iniciativa propia y sólo yo correré el riesgo. Existen cosas que he de debatir con usted. Únicamente solicito la posibilidad de exponérselas.

—Sabe que siempre le ofreceré esta oportunidad, Miss Taggart.

—Parto para Utah en seguida. Esta noche. Pero quiero que me prometa una cosa. ¿Me esperará? ¿Promete estar ahí cuando yo llegue?

~* ¡Claro, Miss Taggart! A menos de que me muera, o de que ocurra algo ajeno a mí. Pero no creo que suceda.

—¿Me esperará no importa lo que ocurra? —Desde luego.

—¿Me da su palabra?

—Sí, Miss Taggart.

—Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches, Miss Taggart.

Colgó el receptor, pero lo volvió a levantar inmediatamente, con un único movimiento de la mano y marcó un número.

—¿Eddie…? Haz que retengan el «Comet» para mí… Sí, el «Comet» de esta noche. Ordena que enganchen mi vagón y luego ven a mi piso en seguida. —Consultó su reloj —. Son las ocho y doce minutos. Dispongo de una hora. No creo retrasaros demasiado. Hablaré contigo mientras hago la maleta.

Colgó y volvióse hacia Rearden.

—¿Esta noche? —preguntó él.

—He de hacerlo.

—Me lo figuro. De todas formas, ¿no tenías que ir a Colorado?

—Si. Pensaba marcharme mañana por la noche. Pero creo que Eddie se las compondrá para encargarse de mis' asuntos y más vale que parta en seguida. Se tardan tres… no; cinco días para llegar a Utah. Tengo que ir por tren; he de hablar con varias personas a lo largo de la línea. Se trata de algo que tampoco puedo posponer.

—¿Cuánto tiempo estarás en Colorado?

—Es difícil contestarte.

—Telegrafíame en cuanto llegues, ¿quieres? Si vas a quedarte mucho tiempo, me reuniré contigo allí.

Era la única manera de expresar lo que tan desesperadamente deseaba decirle, y por lo que había ido allí. Deseaba pronunciar las palabras más que nunca, pero se dijo que hacerlo aquella noche no resultaría adecuado.

Por el tono contenido y solemne de su voz, Dagny comprendió que aceptaba su confesión, que le ofrecía su rendición y que la perdonaba.

—¿Podrás abandonar las fundiciones? —preguntó.

—Tardaré unos días en dejarlo todo arreglado, pero puedo. Aceptó lo que ella reconocía, admitía y perdonaba cuando dijo:

—Hank, ¿por qué no vienes a reunirte conmigo en Colorado dentro de una semana? Si tomas el avión, coincidiremos allí al mismo tiempo. Luego volveríamos juntos.

—De acuerdo… querida.

* * *

Dagny dictó una lista de instrucciones mientras recorría el dormitorio, recogiendo ropas y disponiendo rápidamente una maleta. Rearden se había marchado. Eddie Willers estaba sentado al tocador, tomando notas. Parecía trabajar a su modo usual, silencioso y eficaz, como si no se diera cuenta de los frascos de perfume y de las cajas de polvos; como si el tocador fuera una mesa-escritorio y aquella habitación sólo un despacho.

—Te telefonearé desde Chicago, desde Omaha, Flagstaff y Afton —le indicó arrojando unas piezas de ropa interior a la maleta—. Si entretanto me necesitas, llama a cualquier central a lo largo de la línea, con órdenes de detener el tren.

—¿El «Comet»? —preguntó él tímidamente.

—Sí. ¡Diantre…! El «Comet».

—De acuerdo.

—No vaciles en llamar, si te es preciso.

—De acuerdo. Pero no creo verme obligado a ello.

—En caso necesario trabajaremos mediante conferencias, al igual que cuando…

Se detuvo.

—¿Que cuando construíamos la línea «John Galt»? —preguntó él con oda calma. Se miraron, sin pronunciar palabra.

—¿Cuál es el último informe de las cuadrillas de construcción? —preguntó ella algo después.

—Todo sigue su marcha. Luego de que abandonaste el despacho, me comunicaron que los encargados de los desniveles habían empezado su tarea en Laurel, Kansas, y en Jasper, Oklahoma. Los rieles están ya en camino desde Silver Springs. Todo marchará perfectamente. Lo más difícil de encontrar fue…

—¿Los hombres?

—Sí. Los hombres a los que confiar la obra. Surgieron dificultades en el Oeste, entre Elgin y Midland. Todos aquellos con quienes contábamos habían desaparecido. No pude encontrar a nadie dispuesto i\ asumir responsabilidad alguna, ni en nuestra línea ni en ningún otro sitio. Intenté ponerme al habla con Dan Conway, pero…

—¿Dan Conway! —preguntó Dagny, quedando inmóvil un momento.

—Sí. Lo intenté. ¿Recuerdas cómo solía tender rieles a un ritmo de cinco millas diarias en aquella zona del país? ¡Oh! Sé que tiene motivos para aborrecernos, pero ¿qué importa eso ahora? Lo encontré. Vive en un rancho de Arizona. Le llamé por teléfono, rogándole que nos salvara. Que se hiciera cargo sólo por una noche del tendido de cinco millas y media. Cinco millas y media eran las que nos tenían inmovilizados, Dagny, y él es el mayor constructor de vías férreas que existe. Le expliqué que le rogaba acceder como en gesto de caridad hacia nosotros. Creo que me comprendió. No se mostró enfadado. Parecía triste. Pero no quiso acceder. Me dijo que no hay que sacar a la gente de su

tumba… Me deseó suerte y creo que fue sincero… A mi modo de ver, no se trata de una víctima de los elementos destructores. Se ha destruido a sí mismo.

—Lo sé.

Eddie vio la expresión de su cara y actuó con rapidez.

—Por fin encontramos a un hombre a quien dar el encargo —dijo forzando su voz para que adoptase un tono confiado—. No te preocupes; la vía quedará tendida antes de que llegues allí.

Lo miró con una leve traza de sonrisa, pensando en cuántas veces ella misma le había dicho palabras similares y en la desesperada valentía con la que él intentaba ahora manifestarle: «No sufras por nada». Vio su mirada, comprendió, y en su leve sonrisa se pintó una tenue expresión de turbación y excusa.

Volvió a sus notas, sintiéndose irritado consigo mismo, como si hubiera quebrantado algún precepto: «No le pongas las cosas todavía más difíciles», se dijo. No debió haberle hablado de Dan Conway, ni decirle nada que les recordase a ambos la desesperación que sentirían caso de fracasar… si es que aún sentían algo. Se preguntó qué le estaba sucediendo. Le parecía inexplicable que su disciplina fallara simplemente porque aquélla era una habitación particular y no un despacho.

Dagny continuó hablando y él escuchó con la vista fija en su libreta, haciendo alguna anotación de vez en cuando, sin volver a mirarla.

Dagny abrió la puerta del ropero, descolgó un vestido y lo dobló rápidamente, mientras su voz seguía sonando con tranquila precisión. Él no levantó la mirada; se daba cuenta de su presencia sólo por el sonido de sus vivaces movimientos y de su mesurada voz. Sabía lo que le estaba ocurriendo; no deseaba que ella se marchase; no deseaba perderla otra vez, tras aquel leve instante de compenetración. Pero sentir aquello cuando el ferrocarril la necesitaba urgentemente en Colorado, era un acto de deslealtad que nunca había cometido hasta entonces y experimentó un vago y desolado sentido de culpa.

—Manda instrucciones para que el «Comet» se detenga en todos los centros de división —le dijo —y para que todos los jefes de las mismas se dispongan a informarme sobre…

Eddie levantó la vista, pero no pudo escuchar el resto de la frase. Había visto un batín de hombre colgado en la parte interior de la puerta del ropero; una bata azul obscuro, con las iniciales HR en el bolsillo superior.

Recordó cuándo había visto aquella bata antes. Recordó al hombre que se enfrentaba a él a través de una mesa de desayuno en el hotel «Wayne-Falkland» y también cómo aquel hombre se había presentado sin hacerse anunciar previamente, a una hora avanzada de la noche, en la festividad de Acción de Gracias, en el despacho de Dagny. La sensación de que debió haberlo supuesto le estremeció como si entrechocaran entre sí dos sacudidas subterráneas de un solo terremoto. Lo abrumó como si gritara «¡No!» de un modo tan salvaje, que el grito derrumbara todos sus soportes interiores. Pero no fue debido a la sorpresa del descubrimiento sino a la impresión, más terrible aún, de lo que acababa de descubrir en sí mismo.

Siguió aferrado a* un solo pensamiento: no debía permitirle observar que se había dado cuenta, ni mostrar los efectos que aquello le causara. Sentía una impresión de desconcierto muy semejante a una tortura física. Sentía el temor de violar por dos veces la personalidad privada de Dagny, enterándose de su secreto y revelándole el suyo. Se inclinó un poco más sobre la libreta y concentróse en un propósito inmediato: impedir que el lapicero siguiera temblando.

—…hay que construir cincuenta millas de ruta montañosa y no podemos contar con nada, aparte del material de que ya disponemos.

—Perdona —dijo Eddie con voz apenas perceptible—. No he comprendido bien.

—Digo que quiero un informe de todos los superintendentes acerca de cada metro de riel y de cada pieza disponible en sus divisiones.

—Bien.

—Conferenciaré con cada uno de ellos. Haz que acudan a mi vagón en el «Comet».

—Bien.

—Envía recado, aunque extraoficialmente, de que los maquinistas recuperen el tiempo perdido en tales paradas llegando a las setenta, a las ochenta o las cien millas por hora; lo que quieran y cuanto necesiten y que por mi parte… ¡Eddie!

—Sí. Muy bien.

—Eddie, ¿qué te sucede?

Él tuvo que mirarla, enfrentarse a ella y mentir desesperadamente por vez primera en su vida.

—Es que… temo que tengamos conflictos con la ley —dijo.

—Olvídate de eso. ¿No ves que ya no quedan leyes? En la actualidad todo sucede de acuerdo con el oportunismo de cada cual, y por el momento somos nosotros quienes dictamos las condiciones.

Una vez la maleta dispuesta, él la llevó a un taxi y poco después la transportó por el andén del Terminal Taggart hasta el vagón-despacho enganchado al final del «Comet». Permaneció en el andén viendo cómo el tren iniciaba su marcha con una sacudida y contempló las luces rojas del vagón que se alejaban lentamente, sumiéndose en la prolongada obscuridad del túnel. Cuando hubieron desaparecido, se sintió lo mismo que cuando se pierde algo en que se había soñado y de lo que no nos damos cuenta hasta considerarlo definitivamente muerto.

Lo rodeaban muy pocas personas y todas ellas parecían actuar con una especie de reconcentrado cansancio como si un sentimiento de desastre pendiera sobre los rieles y se aferrara a los soportes de la bóveda, sobre sus cabezas. Pensó indiferentemente que, tras un siglo de seguridad, los hombres consideraban una vez más la partida de un tren como algo que implicaba un grave peligro de muerte.

Recordó que no había cenado, pero no sintió deseo alguno de hacerlo. Sin embargo, la cafetería subterránea del Terminal Taggart le ofrecía más ambiente de hogar que el vacío recinto que ahora era su vivienda; así es que caminó hacia allá porque no tenía otro lugar adonde ir.

La cafetería estaba casi desierta, pero lo primero que vio al entrar fue la fina columna de humo del cigarrillo del obrero sentado a una mesa en un rincón obscuro.

Sin saber lo que había puesto en su bandeja, Eddie la llevó hasta la mesa.

—¡Hola! —dijo simplemente al sentarse.

Contempló los cubiertos preguntándose acerca de su uso. Recordó de pronto para qué servía el tenedor y trató de realizar los movimientos de quien come. Pero observó en seguida que representaban un esfuerzo superior al que podía llevar a cabo. Transcurrido un rato levantó la mirada y pudo ver que el obrero lo estudiaba atentamente.

—No —dijo Eddie—. No me sucede nada… ¡Oh, sí! Han pasado muchas cosas, pero ¿qué importa ya…? Sí; ella ha vuelto. Aunque supongo que toda la compañía se enteró a los diez minutos de ocurrir… No; no sé si me alegro… Desde luego, salvará el ferrocarril durante un año o acaso un mes… ¿Qué quiere que le diga?… No; no me ha dicho con qué cuenta. No me ha dicho lo que busca o lo que siente… Bien ¿Qué cree usted que siente en realidad? Esto es un infierno para ella… Y también para mí. Pero el que yo padezco es culpa mía… No; no puedo hablar de eso. ¿Qué digo hablar? Ni siquiera pensarlo. He de callar. No he de pensar en ella y… Pero, basta.

Guardó silencio preguntándose por qué la mirada del obrero, aquellos ojos que parecieron siempre contemplar su interior, le hacían sentir intranquilidad. Miró la mesa y notó las colillas de muchos cigarrillos entre los restos de comida.

—¿Padece usted también algún inconveniente? —preguntó Eddie—. ¡Oh! Observo que lleva sentado mucho rato aquí, ¿no es cierto? ¿Esperándome? ¿Por qué ha tenido que esperarme…? Usted sabe que nunca imaginé que mi presencia o mi ausencia le preocuparan, ni la mía ni la de nadie. Parecía completamente absorto y me gustaba hablar con usted porque tenía la sensación de que me comprendía siempre, de que nada podía irritarle, como si nada le hubiera molestado jamás. Y ello me hacía sentir libre como si… como si no existiera el dolor en el mundo… ¿Sabe lo que tiene de extraño su rostro? Parece como si nunca hubiera conocido el dolor, el temor o la culpa… Siento haberme retrasado tanto esta noche. Tuve que despedirla. Acaba de partir en el «Comet»… Sí, esta noche; hace un momento… Se ha ido… fue una decisión repentina, en la pasada hora. Quería irse mañana por la noche, pero ha ocurrido algo inesperado y tuvo que hacerlo en seguida… Se ha ido a Colorado… Pero antes pasará por Utah… porque ha recibido una carta de Quentin Daniels, informándola de que se retira. La única cosa en la que ella nunca flaqueará es en ese motor. ¿Recuerda el motor de que le hablé? ¿De los restos hallados… y de Daniels? Es un físico que durante el año pasado trabajó en el Instituto Tecnológico de Utah, intentando descubrir el secreto del motor y volverlo a montar… ¿Por qué me mira de este modo?… No le he hablado de él hasta ahora porque era un secreto. Un secreto particular de ella, y, por otra parte,* ¿qué interés podía tener para usted?… Pero ahora sí puedo hacerlo, porque ese hombre ha dimitido… La puso al corriente de sus motivos. Le dijo que no quiere entregar ningún producto de su mente a un mundo que lo considera un esclavo. Dijo que no quiere ser mártir de nadie, a cambio de entregar un inestimable beneficio… ¿De qué… de qué se ríe?… ¡Cállese!, ¿quiere? ¿Por qué se ríe de esta forma?… ¿Por lo del secreto? No ha logrado desentrañar el secreto total del motor, si es a eso a lo que se refiere; pero su tarea marchaba bien y disponía de excelentes posibilidades. Ahora todo se ha perdido. Ella corre a su encuentro con ánimo de retenerlo, de obligarle a continuar; pero creo que es inútil. Esa gente en cuanto se para no reanuda la marcha. Ni uno solo de ellos… No me importa ya. Hemos soportado tantas pérdidas que estoy acostumbrado a las mismas… ¡Oh, no! No es a Daniels a quien no puedo soportar. Deje eso. No me interrogue sobre este tema. El mundo entero se hace pedazos y ella continúa luchando por salvarlo, mientras yo permanezco aquí sentado, recriminándole algo que no tengo derecho a saber… No ha hecho nada que merezca reproche, nada; y además, no concierne al ferrocarril… No me preste atención; no es a ella a quien condeno, sino a mi… Escúcheme: sé que usted quiso a la «Taggart Transcontinental» lo mismo que yo, que ha significado algo especial para usted, algo personal, y por eso le gustaba escucharme hablar de ella. Pero esto… lo que hoy he sabido, no tiene nada que ver con el ferrocarril y carece de importancia para usted. Olvídelo… Se trata de algo que ignoraba de ella, eso es todo… Nos criamos juntos y creí conocerla a fondo. Pero me he equivocado… Creo que llegué a pensar que carecía de existencia privada. Para mí no era una persona ni… ni una mujer. Era el ferrocarril. Y no pensé que nadie tuviera nunca la audacia de mirarla de otro modo… Me está bien empleado. Olvídelo… ¡Olvídese de ello! ¿Por qué me interroga de ese modo? Es su vida privada. ¿Qué puede importarle?… Deje ese tema, por favor. ¿No ve que no debo hablarle de él?… No ha sucedido nada, no me ocurre nada. Solamente… pero, ¿por qué estoy mintiendo? No puedo mentirle. Parece usted penetrarlo todo; es peor que intentar mentirme a mí mismo… Y me he mentido. No sabía lo que sentía hacia esa mujer. ¿El ferrocarril? Soy un maldito hipócrita. Si el ferrocarril era todo cuanto veía en ella, no me habría afectado de semejante modo. No habría sentido deseos de matar a ese hombre… ¿Qué le ocurre esta noche? ¿Por qué me mira así?… ¿Qué nos sucede a todos? ¿Por qué no queda ya más que miseria a nuestro alrededor? ¿Por qué sufrimos tanto? No era ése

nuestro destino. Siempre creí que debíamos sentirnos felices y que la dicha era nuestro estado natural. ¿Qué hacemos? ¿Qué hemos perdido? Un año atrás no le hubiera recriminado que encontrase lo que deseaba. Pero sé que los dos están condenados y yo también, igual que todo el mundo. Y ella era todo cuanto me quedaba… ¡Me parecía tan maravilloso vivir! ¡Constituía una posibilidad tan bella!… No supe hasta qué punto la apreciaba ni comprendí que ella representaba nuestro amor, el suyo, el mío y el de usted; pero el mundo perece y no podemos evitarlo. ¿Por qué nos destruimos? ¿Quién es John Galt?… Pero de nada sirve. Ya nada importa. ¿Para qué sentir algo? Ya no duraremos mucho. ¿Por qué ha de importarme lo que haga? ¿Por qué ha de preocuparme que se acueste con Hank Rearden?… ¡Oh, Dios mío! ¿Qué le ocurre? ¡No se vaya! ¿Dónde va?

CAPÍTULO X

EL SIGNO DEL DÓLAR

Permaneció sentada junto a la ventanilla del vagón, con la cabeza echada hacia atrás, deseando no tener que volver a moverse jamás.

Los postes telegráficos desfilaban veloces al otro lado del cristal, pero el tren parecía perdido en el vacío, entre una franja obscura de pradera y una extensión de sólidas, mohosas y grises nubes. El atardecer estaba desangrando el firmamento, sin la herida de una puesta de sol; parecía más bien el colapso de un cuerpo anémico que gastara sus últimas gotas de sangre y de luz. El tren corría hacia el Oeste, como si también él se viera impulsado a seguir los últimos rayos del sol conforme desaparecían cautelosamente de la tierra. Permanecía sentada, inmóvil, sin deseo alguno de resistir.

Deseaba no escuchar los sonidos de las ruedas, que latían a un ritmo siempre igual, acentuando cada cuarto golpe; le parecía como si a través del rápido redoble de una inútil desbandada, el ritmo de aquellos golpes acentuados sonara igual a los pasos de un enemigo dispuesto a cumplir un inexorable propósito.

No había experimentado nunca semejante sensación de temor a la vista de una pradera, como si los rieles fueran tan sólo un velo frágil, tendido en un vacío inmenso, igual que un nervio gastado y a punto de romperse. Nunca creyó que ella, que siempre se había considerado fuerza motriz a bordo de un tren, pudiera ahora permanecer sentada, deseando, como un niño o un salvaje, que el tren continuara moviéndose, que no se detuviera, que la llevara a aquel lugar con el tiempo preciso. Pero lo deseaba no como un acto de voluntad, sino como una súplica hacia algo desconocido y tenebroso.

Pensó en la diferencia ejercida por el mes que acababa de transcurrir. La había observado en los rostros de la gente en las estaciones. Los obreros de las vías, los guardagujas, los ferroviarios en general, que siempre la habían saludado a lo largo de la línea, sonriendo jovialmente, jactándose de conocerla, tenían ahora un aire pétreo y volvían hacia otro lado sus rostros, cansados e inescrutables. Hubiera deseado gritarles: «¡No soy yo quien ha hecho esto con vosotros!» Pero luego recordó que había aceptado todo aquello y que ahora tenían el derecho a aborrecerla. Era esclava y capataz de esclavos a la vez, lo mismo que cualquier otro ser humano en el país. El odio era lo único que los hombres podían ahora sentir.

Durante dos días experimentó cierto sentimiento de seguridad a la vista de las ciudades que desfilaban ante su ventanilla; de las fábricas, de los puentes, los anuncios eléctricos, los letreros anunciadores aglomerados en los tejados de las casas; de la atestada, decidida, activa y viviente homogeneidad de aquel Este industrial.

Pero las ciudades quedaron atrás. El tren recorría ahora las praderas de Nebraska, y el ruido de sus enganches sonaba cual si se estremeciera de frío. Vio formas solitarias que habían sido granjas en medio de terrenos* estériles, en otro tiempo cultivados. El gran estallido de energía en el Este, generaciones atrás, había ido esparciendo brillantes regueros en aquella inmensidad; algunos desaparecieron, pero otros seguían visibles. Le asombró el modo en que las luces de una pequeña ciudad pasaban ante ella, desapareciendo en seguida y dejando tras de sí una obscuridad mayor que la que reinara antes. No se movió para encender la lámpara. Seguía en la misma actitud, contemplando las raras aglomeraciones urbanas que desfilaban ante su vista. Siempre que un rayo de luz

eléctrica le daba en la cara, sentía como si alguien le hiciera objeto de un momentáneo saludo.

Vio letreros escritos en las paredes de modestas estructuras y también en tejados llenos de hollín, en esbeltas chimeneas y en las curvas de grandes depósitos: «Maquinaria Agrícola Reynolds», «Cemento Macey», «Quinlan & Jones, Alfalfa Aglomerada», «Casa de los Colchones Crawford», «Benjamín Wylie —Cereales y Forraje». Palabras levantadas como banderas en la vacía obscuridad del firmamento; inmóviles formas sugeridoras de movimiento y de esfuerzo, de valor, de esperanza; monumentos a los logros conseguidos en el borde del vacío de la naturaleza por hombres en otros tiempos libres. Vio las casas levantadas por ellos, las pequeñas tiendas, las grandes calles con iluminación eléctrica, como trazos luminosos que se entrecruzaran en la negra hoja del desierto. Y vio fantasmas flotando entre todo aquello. Restos de ciudades, esqueletos de fábricas con las chimeneas derrumbadas; cadáveres de tiendas con sus escaparates rotos y postes inclinados, soportando pedazos de alambre. Presenció también, de un modo repentino, el raro espectáculo de una estación de gasolina: una resplandeciente y blanca isla de cristal y de metal, bajo el enorme peso negro del espacio. Vio el enorme cucurucho de una tienda de helados, construido en radiantes tubos metálicos colgando de una esquina de una calle y un destartalado coche detenido bajo él, con un joven al volante y una muchacha que descendía del mismo, mientras su vestido blanco ondeaba bajo el aire estival. Se estremeció por ambos, pensando: «No puedo miraros. Sé perfectamente lo que ha costado daros vuestra juventud, otorgaros esta tarde y ese coche y el helado que vais a comprar por un cuarto de dólar». Vio, en el límite de una ciudad, un edificio brillando en franjas de pálida luz azul: la luz industrial que tanto amaba, y siluetas de máquinas en las ventanas, y un letrero en las tinieblas por encima del tejado. De repente apoyó la cabeza en el brazo y empezó a estremecerse, llorando en silencio por la noche, por sí misma y por todo cuanto de humano había en un ser viviente: «Que nada de esto acabe… Que no desaparezca…».

Se puso en pie, encendió la luz y permaneció inmóvil, esforzándose en recuperar el dominio de sí misma; sabiendo que tales momentos constituían su más grave peligro. Las luces de la ciudad habían pasado; la ventanilla era otra vez un rectángulo vacío. Oyó, en el silencio, la progresión del cuarto golpe de las ruedas, los pasos del enemigo, incapaces de ser detenidos o apresurados.

Desesperadamente necesitada de la visión de alguna actividad humana, decidió no pedir la cena en su vagón, sino ir al comedor. Como incrementando su soledad y burlándose de ella, una voz repercutió en su mente: «No dirigirías trenes si estuvieran vacíos». Se dijo, irritada, mientras caminaba presurosa hacia la puerta del vagón, que era preciso olvidar aquello.

Al aproximarse al vestíbulo la sorprendió oír rumor de voces. En el momento en que abría, alguien gritó:

—¡ Vete de aquí, condenado!

Un vagabundo de edad avanzada se había refugiado en un rincón del vestíbulo. Estaba sentado en el suelo, en posición indicadora de que carecía de fuerza para mantenerse en pie o para preocuparse de ser atrapado. Miraba al jefe de tren con aire observador y consciente, pero privado de toda reacción. El tren estaba aminorando la marcha para tomar un trecho de vía en malas condiciones, y el jefe de tren había abierto la puerta, por la que entraban ráfagas de aire, mientras gesticulaba en dirección al negro vacío, ordenando al intruso:

—¡Vamos! Baja igual que subiste o te parto la cabeza de un puntapié.

No hubo sorpresa en la cara del vagabundo; ni sorpresa, ni ira, ni esperanza; parecía como si desde mucho tiempo atrás hubiera desechado todo juicio acerca de un acto

humano. Se dispuso obedientemente a levantarse, tanteando con la mano los resaltes de la pared. Dagny le vio mirarla y apartar la vista de ella, como si se tratara de un adorno más en aquel tren. No pareció darse cuenta de su persona, del mismo modo que no se daba cuenta de la suya. Se sentía indiferente y dispuesto a cumplir una orden que, teniendo en cuenta sus condiciones, significaba una muerte segura.

Dagny miró al jefe de tren, pero no vio nada en su cara, aparte de la ciega malevolencia del dolor; de una ira largamente reprimida, que estallaba sobre el primer objeto de su rencor, casi sin darse cuenta de la identidad del mismo. Aquellos dos hombres no se consideraban mutuamente como seres humanos.

El traje del vagabundo era un conjunto de remiendos y zurcidos, sobre una tela tan rígida y brillante a causa del uso, que parecía ir a quebrarse como el cristal a cada uno de sus movimientos; pero Dagny se fijó en que el cuello de su camisa estaba perfectamente blanco a causa de repetidos lavados, conservando aún su forma. Se había puesto en pie y miraba indiferente el negro vacío, abierto sobre millas de deshabitado desierto, donde nadie daría con su cuerpo, ni oiría la voz de un hombre malherido; pero el único gesto que hizo fue el de apretar aún más el pequeño fardo que llevaba, como para asegurarse de que no iba a perderlo al saltar del tren.

Fue aquel cuello blanco y su ademán al proteger sus últimas pertenencias —aquel gesto indicador de un sentido de propiedad —lo que hizo sentir a Dagny una emoción repentina, muy semejante a un pinchazo de dolor.

—¡Espere! —exclamó.

Los dos se volvieron hacia ella.

—Déjele. Será mi invitado —dijo al jefe de tren, al tiempo que abría la puerta, indicando al intruso—: Pase.

El aludido la siguió, obedeciéndola con la misma indiferencia con que se había aprestado a obedecer al jefe del tren.

Una vez dentro del vagón permaneció en pie, reteniendo el fardo y mirando a su alrededor con la misma expresión observadora e impasible de antes.

—Siéntese —le dijo Dagny.

Obedeció una vez más, sin dejar de mirarla, como si esperase nuevas órdenes. Había cierta dignidad en sus modales; expresaban la honradez de quien admite no poder exigir nada, ni ofrecer excusas, ni formular preguntas. Debía aceptar lo que viniera y estaba dispuesto a ello.

Parecía tener unos cincuenta y tantos años; la estructura de sus huesos y la flojedad de sus ropas sugerían que en otros tiempos fue hombre musculoso. La muerta indiferencia de su mirar no borraba por completo el hecho de que aquellos ojos fueron en otros tiempos inteligentes. Las arrugas que surcaban su cara como signos de una increíble amargura, no habían eliminado por completo la impresión de que aquella cara poseyó en otros tiempos la afabilidad peculiar de un hombre honrado.

—¿Cuándo comió por última vez? —preguntó Dagny.

—Ayer —repuso el hombre—. O al menos eso creo.

Dagny llamó al camarero y pidió cena para dos, servida en su propio vagón.

El vagabundo la había estado mirando en silencio, pero cuando el empleado se marchó, ofreció a Dagny el único pago de que era capaz en forma de una frase de excusa.

—No quisiera ocasionarle molestia alguna, señora —dijo.

—¿Qué molestia? —preguntó ella, sonriendo.

—Viaja usted con uno de esos magnates de los ferrocarriles, ¿verdad?

—No; voy sola.

—Entonces, ¿es esposa de alguno de ellos?

—No.

—¡Oh!

Dagny pudo descubrir el esfuerzo que hacía para adoptar una expresión semejante al respeto, cual si quisiera pedir excusas por haberla obligado a una confesión inoportuna. Aquello la hizo reír.

—No; tampoco eso. Lo que ocurre es que soy uno de esos magnates. Me llamo Dagny Taggart y trabajo en esta compañía.

—¡Oh!… Creo haber oído hablar de usted… en los viejos tiempos. Resultaba difícil adivinar lo que aquellos «viejos tiempos» significaban para él o si los había vivido un mes atrás, un año o qué período de tiempo. La miraba con cierto interés, como si pensara que había existido una época durante la cual la habría considerado como un personaje digno de ser visto.

—¿Es usted la señora que dirigía un ferrocarril? —le preguntó.

—Sí —contestó Dagny—. Yo era.

No demostró asombro alguno ante su decisión de ayudarle. Parecía haber presenciado tantas brutalidades, que prefería no comprender, no confiar, ni esperar nada.

—¿Cuándo subió usted al tren? —le preguntó Dagny.

—En la central de la División, señora. La puerta no estaba cerrada —añadió—. Y me figuré que nadie se daría cuenta de mí hasta por la mañana, por tratarse de un vagón particular.

—¿Adonde se dirige?

—No lo sé. —Y como si comprendiera que aquello comportaba un tono de súplica excesiva, añadió—: Sólo pretendía cambiar de emplazamiento hasta encontrar uno en el que existiera una posibilidad de hallar trabajo.

Aquellas palabras significaban más una tentativa para asumir la responsabilidad de algún propósito, que deseos de poner el fardo de su inestabilidad a merced de ella. Una tentativa de idéntico valor al del cuello de su camisa.

—¿Qué clase de trabajo busca?

—La gente ya no buscamos clases de trabajo, señora —respondió impasible—. Tan sólo trabajo.

—¿A qué clase de lugar pretende trasladarse?

—Pues… a alguno en el que haya fábricas.

—¿No irá en dirección equivocada? Las fábricas se encuentran en el Este.

—No —repuso con la firmeza de quien se siente seguro de algo—. Hay demasiada gente en el Este y las fábricas están demasiado vigiladas. He pensado que existen mejores posibilidades en una comarca donde haya menos gente y menos leyes.

—¿De modo que huye? ¿Es un fugitivo de la ley?

—No en el sentido que esto hubiera tenido en otros tiempos, señora. Pero tal como están las cosas, creo que sí. Quiero trabajar.

—¿Cómo?

—Ya no hay empleos en el Este. Ningún empresario puede dar trabajo, porque disponer de una vacante significa ir a la cárcel. Tan sólo puede obtenerse empleo a través de la Oficina de Unificación. Y a ésta acuden en gran número los que están seguros de encontrarlo, por tener algún amigo en ella. Abundan más que los parientes de millonarios. Yo… no tengo amigos ni dinero.

—¿Dónde trabajó últimamente?

—Llevo seis meses vagando por el país… o acaso, algo más; tal vez cerca de un año. No puedo decir otra cosa. Realicé diversas tareas, casi siempre en granjas, pero cada vez hay menos posibilidades. Los granjeros lo miran a uno con desdén; no les gusta ver a un hombre que se muere de hambre. No piensan que ellos acabarán igual. Ya no tienen trabajo que ofrecer, ni comida, y lo que aún les queda, si no se lo llevan los recaudadores de contribuciones, lo arrebatarán los salteadores que merodean por el país en pandillas. Los «desertores», como suelen llamarles.

—¿Cree que existen mejores condiciones en el Oeste?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces, ¿por qué va hacia allá?

—Porque no lo conozco, y es lo único que me queda. Un nuevo lugar donde dirigirme. Mantenerse en movimiento… ¿Sabe usted? No creo que sirva de nada —añadió de repente—, pero en el Este no me quedaba otra cosa sino sentarme junto a un seto y dejarme morir. Morir no importa mucho. Sé que sería más fácil que nunca, pero considero un pecado sentarse y dejar que la vida se marche sin hacer un esfuerzo para salvarla.

Dagny se acordó, de repente, de aquellos parásitos modernos, infectados de intelectualismo, con su aire enfermizo de rectitud moral, cuando expresaban sus luminosas parrafadas acerca de la preocupación que sentían por el bienestar ajeno. La última frase del vagabundo constituía una de las declaraciones de más profundo sentido moral que hubiera escuchado jamás; pero él no lo sabía. Lo había dicho con voz impasible y débil, de un modo simple, seco, sin otorgarle importancia alguna.

—¿De qué parte del país procede? —interrogó Dagny.

—De Wisconsin —repuso.

El camarero entró con la cena. Puso la mesa y cortésmente preparó dos sillas, sin demostrar asombro alguno ante el cariz del invitado. Dagny miró la mesa, reflexionando en que la magnificencia de un mundo en que los hombres pueden permitirse disponer sin esfuerzo de servilletas almidonadas y de cubos de hielo, ofrecidos al viajero junto con las comidas por unos cuantos dólares, representaba el resto de una época en la que el propio sustento no constituía un crimen, y una comida no tenía el carácter de carrera con la muerte. Pero era un residuo que acabaría por desaparecer como aquella blanca estación de gasolina, al borde de los matorrales de una selva.

Se dio cuenta de que el vagabundo, aunque hubiera perdido la fuerza para mantenerse en pie, conservaba cierto respeto hacia el significado de las cosas dispuestas ante él. No se arrojó sobre la comida, sino que se esforzó en mantener la compostura al desplegar la servilleta y tomar el tenedor al mismo tiempo que ella, con mano temblorosa, como si todavía supiera que aquello seguía constituyendo algo natural en los seres humanos, no importa las indignidades a que se hubieran visto obligados.

—¿A qué se dedicaba… en otros tiempos? —preguntó Dagny cuando el camarero hubo salido—. Alguna fábrica, ¿verdad?

—Sí, señora.

—¿Qué oficio?

—Especialista en torno.

—¿Dónde trabajó por última vez?

—En Colorado, señora. Para la compañía de automóviles Hammond.

—¡Oh!

—¿Sucede algo, señora?

—No. ¿Estuvo mucho tiempo allí?

—Sólo dos semanas.

—¿Por qué?

—Llevaba esperando un año en Colorado, tan sólo para obtener ese empleo. En la Compañía Hammond había una larga lista de aspirantes, pero no tomaban a la gente por amistad ni por antigüedad, sino basándose en los informes de cada cual. Los míos eran excelentes, pero a las dos semanas, Lawrence Hammond se retiró y desapareció. Cerraron la fábrica. Luego se formó un comité de ciudadanos que la abrió de nuevo. Me llamaron. Pero sólo duró cinco días porque empezaron casi en seguida a despedir gente, y tuve que marcharme. Después me enteré de que el Comité de ciudadanos funcionó unos tres meses. Tuvieron que cerrar la fábrica definitivamente.

—¿Dónde trabajó antes?

—Estuve en casi todos los Estados, señora. Pero nunca más de un mes o dos. Las fábricas cerraban.

—¿Le pasó eso en todos los trabajos que efectuó?

La miró como si comprendiera perfectamente la pregunta.

—No, señora —contestó. Y por primera vez pareció sonar un débil eco de orgullo en su voz—. El primer trabajo me duró veinte años. No hice siempre exactamente lo mismo, pero nunca varié de empresa. Llegué a capataz. De todo esto hace doce años. Luego, el dueño de la fábrica murió y sus herederos la arruinaron. Los tiempos eran malos, y a partir de entonces todavía empeoraron más, hasta que todo se fue derrumbando. Parece como si todos los lugares a que acudo se vengan abajo. Al principio lo atribuimos a la situación de tal o cual Estado. Muchos pensábamos que Colorado resistiría, pero también se hundió. Adondequiera que mirase, los trabajos se detenían, las fábricas cerraban y paraban las máquinas. —Lentamente, en un murmullo, cual si presenciara algún particular y secreto terror, añadió—: Los motores… se… detenían… —Luego elevó la voz—: ¡Oh, Dios mío! ¿Quién es…?

Se interrumpió.

—¿… John Galt? —preguntó Dagny.

—Sí —admitió el desconocido moviendo la cabeza cual si quisiera alejar de sí alguna inoportuna visión—. Pero no me gusta decirlo.

—Ni a mí tampoco. Quisiera saber por qué la gente empezó a pronunciar ese nombre y quién fue el autor de la frase.

—A lo mejor fui yo. Por eso la temo.

—¿Cómo?

—Lo mismo pude ser yo que otro cualquiera de entre seis mil. Pero debió partir de nosotros. Aunque confío en que nos equivocáramos.

—¿Qué quiere usted decir?

—En la fábrica donde estuve trabajando veinte años ocurrió algo extraño. Fue cuando el viejo murió y sus herederos se hicieron cargo de la misma. Eran tres. Dos hijos y una hija, y pusieron en práctica un nuevo plan para dirigir la empresa. Nos dejaron votar sobre el mismo y todo el mundo, o casi todo el mundo, lo hizo favorablemente, porque no sabíamos en realidad de qué se trataba y lo creímos bueno. O mejor dicho, pensamos que se esperaba de nosotros que lo creyésemos bueno. El plan consistía en que todo el mundo trabajara según sus condiciones, siendo pagado de acuerdo con sus necesidades. Nosotros… pero ¿qué le ocurre, señora? ¿Por qué me mira de ese modo?

—¿Cómo se llamaba esa fábrica? —preguntó Dagny con voz apenas perceptible.

—La «Twentieth Century Motor Company», señora. En Starnesville, Wisconsin.

—Continúe.

—Votamos por el plan en una gran reunión a la que asistimos unos seis mil, es decir, todos cuantos trabajábamos allí. Los herederos Starnes pronunciaron discursos que no resultaron demasiado claros, pero nadie formuló* preguntas. Ninguno estaba seguro de cómo funcionaría aquel plan, pero todos pensábamos que nuestros compañeros sí lo habían comprendido. Si alguien abrigó dudas, no las quiso expresar y se mantuvo en silencio porque quien se opusiera al plan hubiese parecido un forajido al que no era justo considerar humano. Me dijeron que aquel plan significaba la concreción de un ideal muy noble. ¿Cómo íbamos a pensar en lo contrario? ¿No habíamos oído decir durante toda nuestra vida, a nuestros padres y maestros, y a los ministros, y leído en todos los periódicos y visto en todas las películas, y escuchado en todos los discursos públicos que aquello era recto y justo? Quizá nuestra conducta en la reunión pueda resultar comprensible hasta cierto punto. Votamos por el plan, y conseguimos lo previsto. Quienes trabajamos durante los cuatro años del plan en la fábrica de la «Twentieth Century» somos hombres marcados. ¿Qué se supone es el infierno? La maldad, la maldad pura y simple, ¿verdad? Pues bien, eso es lo que vimos allí y lo que ayudamos a construir. Creo que estamos condenados y quizá no se nos perdone nunca…

»¿Sabe cómo funcionó aquel plan y cuáles fueron sus efectos en nosotros? Intente verter agua en un depósito en cuya parte inferior haya un escape por el que se vacía con más rapidez de la que usted lo llena; cada cubo que echa dentro aumenta ese desagüe, ensanchándolo un poco más; cuanto más duramente trabaja, más se le exige, y termina laborando cuarenta horas semanales, luego cuarenta y ocho, luego cincuenta y seis… unas veces para la cena del vecino, otras para la operación de su mujer, otras para el sarampión del niño, o para el sillón de ruedas de su madrero para la camisa de su tío, o la escuela del sobrino, o el niño que ha nacido en la casa de al lado, o el que va a nacer; en fin para cuantos le rodean, y que han de recibirlo todo, desde pañales a dentaduras postizas, mientras uno trabaja desde el amanecer hasta la noche, un mes tras otro y un año tras otro, sin nada más que el propio sudor; sin nada a la vista sino la complacencia de los demás para el resto de su vida, sin descanso, sin esperanza, sin fin… Dé cada uno según sus condiciones; para cada uno de acuerdo con sus necesidades…

»Nos dijeron que formábamos una gran familia, que todos participábamos en la empresa. Pero no todos trabajábamos ante una luz de acetileno diez horas diarias, ni todos padecíamos a la vez un dolor de vientre. ¿Cómo establecer de un modo exacto la habilidad de unos y las necesidades de otros? Cuando todo se hace en común, no es posible permitir que cualquiera decida sobre sus propias necesidades, ¿verdad? Si lo hace, pronto acabará pidiendo un yate, y si sus sentimientos son lo único en que podemos basarnos, hará uso de ellos también. ¿Por qué no? Si no tengo derecho a poseer un automóvil hasta yacer acabado en la sala de un hospital, luego de proporcionar uno de tales automóviles a cada oportunista y a cada salvaje del mundo, ¿por qué no ha de exigirme también un yate, si sigo en pie sin desplomarme al suelo? ¿Por qué no? Y entonces, ¿por qué no exigirme también que prescinda de la nata de mi café, hasta que él se haya pintado su habitación…? ¡Oh, bien!… Acabamos decidiendo que nadie tenía derecho a juzgar sus propias necesidades o sus propias convicciones, y que era mejor votar sobre ello. Sí, señora; votábamos sobre ello en una reunión pública que se celebraba dos veces al año. ¿De qué otro modo hacerlo? ¿Imagina lo que sucedía en semejantes reuniones? Bastó la primera para descubrir que nos habíamos convertido en mendigos, en podridos, gimientes y temblorosos mendigos, porque nadie podía reclamar su salario como una ganancia lícita; nadie tenía derechos ni salarios; su trabajo no le pertenecía; pertenecía a la familia, mientras que ésta nada le debía a cambio, y lo único que podía reclamarle eran sus propias «necesidades», es decir, suplicar en público un alivio a las mismas, como cualquier pobre cuando enumera sus preocupaciones y miserias, desde los pantalones remendados al resfriado de su mujer, esperando que «la familia» le arrojara

una limosna. Tenía que declarar sus miserias porque miserias eran y no trabajo lo que se había convertido en moneda de aquel reino. Nos transformamos, pues, en un inmenso grupo de pordioseros, cada uno de los cuales se esforzaba en demostrar que su necesidad era mayor que la de sus hermanos. ¿Qué otra cosa hacer? ¿Quiere saber lo que ocurrió? ¿Qué clase de hombres mantuvieron la calma, sintiéndose avergonzados, y qué clase de ellos se aprovecharon de aquella situación?

»Pero no fue eso todo. En la misma reunión se descubrió otra cosa. El rendimiento de la fábrica había disminuido en un cuarenta por ciento en aquel primer semestre, y se llegó a la conclusión que alguien no había trabajado «de acuerdo con sus condiciones». ¿Quién era? ¿Cómo averiguarlo? La «familia» votó también sobre aquello. Quedó declarado qué hombres eran los mejores, y a éstos se les sentenció a trabajar horas extras cada noche durante los siguientes seis meses. Horas extras sin paga, porque no se pagaba de acuerdo con el tiempo trabajado, ni por la tarea realizada, sino tan sólo por las necesidades.

»¿Quiere que le cuente lo que sucedió después? ¿En qué clase de seres nos fuimos convirtiendo? Empezamos a ocultar nuestras habilidades y conocimientos, a trabajar con lentitud y a procurar no hacer las cosas con más rapidez o mejor que un colega. ¿Cómo obrar de otro modo, cuando sabíamos que rendir al máximo para «la familia» no significaba que fueran a damos las gracias ni a recompensarnos, sino recibir castigos? Como sabíamos que si un sinvergüenza estropeaba un grupo de motores, originando gastos a la compañía, ya fuese por descuido o por incompetencia total, seríamos nosotros quienes pagáramos con horas extraordinarias y con trabajo los domingos, hicimos lo posible para no sobresalir en ningún aspecto.

^Recuerdo a un joven que empezó todo aquello lleno de ardor ante el noble ideal; un muchacho brillante, sin estudios, pero con una inteligencia asombrosa. El primer año ideó un plan de trabajo que nos ahorró miles de horas-hombres y lo entregó a «la familia», sin pedir nada a cambio, aunque tampoco hubiera podido hacerlo. Se portó bien. Obraba por un ideal. Pero cuando en una votación lo declararon el más inteligente de todos, y lo sentenciaron a trabajar de noche, porque no habíamos conseguido extraerle aún lo suficiente, cerró la boca y el cerebro. Le aseguro que el segundo año no salió con ninguna idea nueva.

»¿Dónde quedaba todo cuanto nos estuvieron diciendo acerca de la desleal competición del sistema de ganancias, de acuerdo con el cual los hombres debían contender por conseguir mejores empleos que sus colegas? Aquellas personas debieron haber visto lo que ocurre cuando todos compiten entre sí para trabajar lo peor posible. No existe medio más seguro para destruir a un hombre que obligarle a un puesto en el que no sólo se siente deseo alguno de mejorar, sino que, por el contrario, día tras día se esfuerza en cumplir peor sus obligaciones. Dicho sistema acaba con él mucho antes que la bebida o el ocio, o el vivir a salto de mata. Pero no podíamos hacer otra cosa, excepto sentir una incapacidad total. La acusación que más temíamos era la de resultar sospechosos de habilidad o diligencia. Era una especie de hipoteca sobre nosotros mismos que nunca podríamos liquidar. ¿Para qué esforzarnos? Sabíamos que el elemento básico se nos entregaría del mismo modo, tanto si nos esforzábamos como si no. Se la llamaba «asignación para casa y comida». No podíamos planear la compra de un traje nuevo al año siguiente porque quizá nos entregaran una «asignación para ropas» o quizá no. Dependía de si alguien se rompía una pierna, necesitaba una operación o traía al mundo más niños. Y si no había dinero suficiente para adquirir ropas nuevas para todos, tampoco lo habría para uno en particular.

»Recuerdo a cierto hombre que había trabajado duramente toda su vida porque siempre deseó que su hijo estudiara. El muchacho se graduó en el Instituto durante el segundo año del plan, pero «la familia» no quiso entregar al padre ninguna asignación para que continuara. Dijeron que su hijo no podía estudiar a menos de que estudiasen todos. Y no

había suficiente dinero para ello. El padre murió al año siguiente, en una riña con otro en un bar. Una pelea sobre nada de particular, en la que salieron a relucir navajas. Semejantes altercados se iban haciendo muy frecuentes entre nosotros.

»Había un viejo viudo y sin familia que tenía una afición: los discos fonográficos. Creo que era todo cuanto pudo conseguir de la vida. En otros tiempos solía escatimar sus comidas para poder comprar algún nuevo disco de música clásica. Pues bien; no le dieron asignación para discos por considerarlo «un lujo personal». Durante la misma reunión, una muchacha llamada Millie Bush, fea y desagradable, de dieciocho años, consiguió un par de soportes de oro para sus dientes de oveja, porque aquello constituía una «necesidad médica» según el psicólogo que la visitó. Dicho especialista dijo que la pobre se vería agobiada por un complejo de inferioridad muy acusado si sus dientes no eran objeto de aquella reforma. El viejo amante de la música se dio a la bebida, hasta tal punto que rara vez lo veíamos sereno. Pero había algo que no podía olvidar completamente. Cierta noche, mientras bajaba haciendo eses por la calle, vio a Millie Bush y empezó a darle puñetazos hasta dejarla sin un diente. Sin uno solo.

»La bebida era lo único que nos proporcionaba algún consuelo y todos nos aficionamos a ella en mayor o menor grado. No pregunte de dónde sacábamos el dinero. Cuando todos los placeres decentes quedan prohibidos, existen siempre medios de, utilizar los perniciosos. No se entra en un establecimiento luego de esperar a que sea de noche ni se registran los bolsillos de un compañero para comprar sinfonías clásicas o para adquirir aparejos de pesca, sino para emborracharse y olvidar. ¿Aparejos de pesca? ¿Escopetas de caza? ¿Cámaras fotográficas? ¿Aficiones de este tipo? No existían asignaciones para ello.

»La «diversión» fue lo primero que quedó descartado. Se dio por descontado que uno se avergonzaría al pretender no renunciar a algo que le proporcionara placer. Nuestra «asignación para tabaco» quedó reducida a dos paquetes mensuales, porque, según dijeron, el dinero debía emplearse en el fondo para leche infantil. La producción de niños fue la única que no disminuyó, sino que, por el contrario, se hizo cada vez mayor. La gente no tenía otra cosa que hacer y, por otra parte, no habían de preocuparse de nada, puesto que los niños no eran una carga para ellos, sino para «la familia». En realidad, la mejor posibilidad para obtener un respiro durante algún tiempo, era una «asignación infantil». O una enfermedad grave.

»No tardamos en darnos cuenta de cómo funcionaba aquello. Quien quisiera jugar limpio, tenía que privarse de todo. Perdimos el gusto hacia los placeres; aborrecimos fumar o masticar goma, preocupados siempre por si alguien necesitaba aquellas monedas más que nosotros. Nos avergonzaba la comida que tragábamos, preguntándonos quién la habría pagado con sus horas extraordinarias. Sabíamos que aquella comida no era nuestra por derecho propio y preferíamos ser engañados antes que engañar. Podíamos ser unos aprovechados, pero no hasta el punto de chupar la sangre a otro. Nadie se casaba ni ayudaba a los suyos en el hogar, ni quería constituir una nueva carga para «la familia». Quien conservara cierto sentido de la responsabilidad, no podía casarse y tener hijos, puesto que no le era posible planear, prometer, ni contar con nada. Los desorientados y los irresponsables se aprovecharon de ello. Trajeron niños al mundo, provocaron conflictos con muchachas, y arrastraron tras sí a todos los indignos parientes que tenían por el país, y a cada hermana encinta y sin casar con el fin de obtener «subsidios por necesidad urgente». Contrajeron más enfermedades de las que cualquier doctor podía atender. Estropearon sus ropas, sus muebles y sus casas, pero ¡qué importa! «La familia» pagaba por ellos. Encontraron más modos de contraer necesidades de lo que nadie hubiera podido imaginar. Desarrollaron una habilidad especial, la única de que se mostraron capaces.

»¡El cielo nos asista, señora! ¿Se da usted cuenta de lo que sucedió? Se nos había dado una ley de acuerdo con la cual vivir y que llamaban ley moral; pero castigaban a quienes

la observaban. Cuanto más tratábamos de vivir de acuerdo con la misma, más sufríamos; cuanto más nos burlábamos de ella, mayores recompensas obteníamos. La honradez era como una herramienta puesta a merced de la maldad ajena. Los honrados pagaban, mientras los deshonestos recogían. El honrado perdía y el malvado ganaba. ¿Cuánto tiempo puede un hombre permanecer bueno con semejante ley? Cuando empezamos, éramos gentes decentes y felices. No existía entre nosotros demasiada gente ruin. Conocíamos bien nuestra tarea, nos sentíamos orgullosos de ella, y trabajábamos para la mejor fábrica del país, propiedad del viejo Starnes, que sólo admitía a lo más selecto de la clase obrera. Al cabo de un año de regir el nuevo plan, no quedaba entre nosotros ni una persona decente. Aquello sí era maldad; la clase de horrible e infernal maldad con la que los predicadores solían asustamos, pero que uno nunca imaginó existiera. El plan no favoreció a unos cuantos bastardos, sino que volvió a la gente decente en bastardos, sin que se pudiera obrar de otra manera… I y a eso se le llamó ideal moral!

»¿Con qué propósito querían que deseáramos trabajar? ¿Por amor a nuestros hermanos? ¿Qué hermanos? ¿Para los aprovechados, los sinvergüenzas, los holgazanes que veíamos a nuestro alrededor? Si eran unos charlatanes y unos incompetentes, si no querían trabajar o estaban incapacitados para ello, ¿qué nos importaba a nosotros? Si quedábamos reducidos para toda la vida al nivel de su capacidad, fingida o real, ¿para qué preocupamos? No teníamos medio alguno para saber cuáles eran sus condiciones verdaderas; carecíamos de medios para controlar sus necesidades. Todo cuanto sabíamos era que estábamos convertidos en bestias de carga, contendiendo ciegamente, en un lugar medio hospital, medio almacén, sin marchar hacia ningún objetivo, aparte de la incompetencia, el desastre y las enfermedades. Éramos bestias colocadas allí como instrumentos de quien quisiera dictaminar las necesidades de otro.

»¿Amor fraternal? Es allí donde aprendimos a aborrecer a nuestros hermanos por vez primera en nuestra vida. Los odiábamos por todas las comidas que ingerían, por los pequeños placeres de que disfrutaban, por la nueva camisa de uno, por el sombrero de la esposa de otro, por una excursión familiar, por la pintura de su casa. Porque todo aquello nos era arrebatado a nosotros; era pagado con nuestras privaciones, nuestras renuncias y nuestra hambre. Empezamos a espiamos unos a otros, con la esperanza de sorprendemos en alguna mentira acerca de nuestras necesidades y disminuir las asignaciones en la próxima reunión. Y empezamos a servimos de otros espías, que informaban acerca de los demás, revelando, por ejemplo, si alguien había comido pavo el domingo, posiblemente pagado con el producto del juego. Empezamos a metemos en las vidas ajenas, provocamos peleas familiares para lograr la expulsión de algún intruso. Cuando veíamos a alguien hablando en serio con una chica, le hacíamos la vida imposible. De este modo dimos al traste con numerosos compromisos matrimoniales. No queríamos que nadie se casara, no queríamos más gente a la que alimentar.

»En los viejos tiempos, el nacimiento de un niño era celebrado con entusiasmo; por regla general ayudábamos a las familias apuradas a pagar sus facturas de clínica. Ahora, cuando nacía un niño, estábamos varías semanas sin dirigir la palabra a sus padres. Para nosotros, los niños venían a ser lo que la langosta para los agricultores. En otras épocas ayudábamos a quien tuviera enfermos en su casa; ahora… Voy a contarle un solo caso. Tratábase de la madre de un hombre que llevaba con nosotros quince años. Una anciana afable, alegre e inteligente, que nos llamaba por nuestros nombres de pila, y con la que todos simpatizábamos. Cierto día se cayó por la escalera del sótano, rompiéndose la cadera. Sabíamos lo que ello significaba, a su edad. El médico dijo que tenía que ser internada en una clínica a fin de someterla a un tratamiento costoso que se prolongaría bastante tiempo. La anciana murió la noche antes de abandonar su casa. Nunca se pudo establecer la causa del fallecimiento. No sé si fue asesinada. Todo cuanto sé es que… y

esto es lo que no puedo olvidar… es que yo también deseé que muriera. ¡Que Dios nos perdone! Tal era la hermandad, la seguridad, la abundancia que el plan nos procuraba.

»¿Qué motivo existió para que esta clase de horror tuviera que ser predicado? ¿Sacó alguien provecho del mismo? Sí. Los herederos Starnes. No vaya usted a replicar que sacrificaron una fortuna y que nos entregaron la fábrica como regalo, porque también en esto sufrimos un engaño. Sí; entregaron la fábrica, pero los beneficios, señora, dependen de aquello que se quiere conseguir. Y lo que los Starnes querían no podía comprarse con ningún dinero. El dinero es demasiado limpio e inocente para ello.

»El más joven, Eric Starnes, era una especie de medusa, sin valor ni energía. Fue, elegido por votación, director del Departamento de Relaciones Públicas. No hacía nada y tenía a sus órdenes a un personal ocioso; por tal motivo no le era preciso siquiera holgazanear por la oficina. La paga que se le satisfacía, en realidad no debería llamarla así, porque no se «pagaba» a nadie, la asignación que se votó para él era muy modesta, cosa de diez veces mayor que la mía; pero a Eric no le importaba el dinero, porque no hubiera sabido qué hacer con él. Pasaba el tiempo entre nosotros, demostrándonos su compañerismo y su espíritu democrático. Le encantaba que la gente le demostrase afecto. Su mayor empeño consistía en recordarnos a cada instante que nos habían dado la fábrica. Llegamos a no poder soportarlo.

»Gerald Starnes era nuestro director de producción. Nunca pudimos averiguar el volumen total de sus ganancias. Hubiéramos necesitado todo un equipo de contables. Y un equipo de ingenieros para saber de qué modo todo aquel dinero pasaba directa o indirectamente a su despacho. Sin embargo, nada figuraba como beneficio particular, sino como medios con los que pagar los gastos de la compañía. Gerald tenía tres automóviles, cuatro secretarias y cinco teléfonos, y solía celebrar fiestas a base de champaña y caviar, que ningún gran industrial que pagara impuestos podía permitirse. Gastó más dinero en un año que el ganado por su padre en los dos últimos de su vida. En su despacho encontramos un montón de cuarenta kilos de revistas, llenas de artículos sobre nuestra fábrica y nuestro noble plan, con grandes retratos de Gerald Starnes, en los que se le llamaba «cruzado social». Por la noche le gustaba entrar en las tiendas vestido de etiqueta, con gemelos de brillantes, del tamaño de monedas, desparramando la ceniza de su puro por doquier. Un rico vulgar, sin otra cosa que exhibir aparte de su dinero, ya es un tipo desagradable; pero al menos no se recata de demostrarlo y uno puede contemplarlo con la boca abierta si lo desea, aunque en la mayoría de los casos no suceda así. Pero cuando un bastardo como Gerald Starnes se exhibe de ese modo y declara una y otra vez que no le preocupa la riqueza material y que sólo sirve a «la familia», que todos aquellos lujos no son para él sino en beneficio del bien común porque es preciso mantener el prestigio de la compañía y del noble plan de la misma… entonces es cuando uno aprende a aborrecer a esos seres como nunca se ha aborrecido a ningún semejante.

»Su hermana Ivy era peor. A ésta no le importaba verdaderamente la riqueza material. La asignación que recibía no era mayor que la nuestra, y siempre iba con zapatos planos y simples faldas y camisas, con el fin de demostrar su indiferencia. Tenía el cargo de directora de Distribución. Era la encargada de nuestras necesidades; la que, en realidad, nos tenía aferrados por la garganta. Se suponía que la distribución se ejercía por voto: por la voz del pueblo; pero cuando dicho pueblo 'posee seis mil roncas voces que tratan de decidir sin rasero ni medida, cuando no existen reglas y cada uno puede pedir lo que quiera sin tener derecho a nada, cuando cada cual ejerce derecho sobre la vida ajena pero no sobre la suya, se acaba como sucedió allí, con que la voz del pueblo acabó siendo la de Ivy Starnes. Al finalizar el segundo año abandonaron aquella farsa de las «reuniones de familia» en favor de la «eficacia productora y de la economía de tiempo», que solían durar diez días, y todas las peticiones fueron enviadas simplemente al despacho de Miss Starnes. Mejor dicho, debían ser expresadas ante ella en persona, por cada peticionario.

Entonces elaboraba una lista de distribución que nos leía, para su aprobación, en una reunión que duraba tres cuartos de hora. Siempre votábamos afirmativamente. En el orden del día figuraba un período de diez minutos para la discusión y las objeciones. Pero no formulábamos ninguna. Habíamos aprendido mucho. Nadie puede dividir la renta de una fábrica entre miles de obreros, sin un rasero o norma con que medir el valor de cada cual. El de Miss Ivy era la sumisión y la obsequiosidad ajenas. ¿Egoísmo? En los tiempos del fundador de la empresa todo el dinero de éste no le hubiera permitido hablar al tipo más bajo como ella hablaba a nuestros más hábiles obreros y a sus esposas. Tenía unos ojos pálidos, que miraban vidriosos, fríos y muertos. Si se quería tener noción de la maldad total, bastaba con observar cómo resplandecían al ver en la lista el nombre de alguien que en cierta ocasión le hubiera contestado airadamente. Al observar aquello, comprendíamos el motivo real de quienes en otros tiempos predicaron el slogan: «Dé cada cual según su habilidad; a cada cual según sus necesidades».

»Allí residía el secreto de todo. Al principio no cesaba de preguntarme cómo era posible que hombres educados, justos y famosos, pudieran cometer un error semejante y predicar como buena tal abominación, cuando cinco minutos de reflexión les hubieran indicado lo que sucedería caso de que alguien pusiera en práctica semejantes ideas. Pero ahora comprendo que no obraron así por error, porque errores de este género no se cometen nunca de manera inocente. Si los hombres se hunden en alguna forma de locura, imposible de llevar a la práctica con buenos resultados, ni existiendo, además, razón que la explique, es porque tienen motivos que no quieren revelar. Nosotros no éramos tampoco tan inocentes cuando votamos en favor del plan, en la primera reunión. No lo hicimos sólo porque creyéramos que la directriz fuera buena. Teníamos otra razón, pero la ocultamos a nuestros semejantes y a nosotros. La directriz nos daba una posibilidad de hacer pasar como virtud algo de lo que nos hubiéramos avergonzado. No existió nadie que votara por la misma y que no pensara que bajo una organización de tal clase participaría en los beneficios de quienes eran más diestros que él. Nadie se consideró lo bastante rico y listo para no creer que alguien lo sobrepasaría. Gracias al plan participaría de la riqueza y de la inteligencia ajenas. Pero pensando conseguir beneficios de quienes estaban por encima de él, se olvidó de que había seres inferiores que también opinaban igual. Se olvidó de los inferiores que tratarían de explotarle del mismo modo que él pensaba explotar a sus superiores. El obrero encariñado con la idea de que sus necesidades le daban derecho a un automóvil como el de su jefe, olvidó que todo pordiosero y vagabundo de la tierra empezaría a clamar que las suyas le daban opción a un frigorífico. Ese fue nuestro motivo real cuando votamos. Tal es la verdad; pero no nos gustaba recordarlo, y cuanto más lo lamentábamos, más alto gritábamos nuestro amor hacia el bien común.

»Conseguimos lo que nos habíamos propuesto. Pero cuando nos dimos cuenta de lo que aquello representaba, era demasiado tarde. Estábamos atrapados y no podíamos ir a ningún sitio. Los mejores de entre nosotros abandonaron la fábrica en la primera semana del plan. Así perdimos excelentes ingenieros, superintendentes, capataces y obreros especializados. Todo aquel que se respeta no gusta de verse convertido en vaca lechera de la comunidad. Algunos intentaron impedir el proyecto, pero no lo consiguieron. Los hombres huían de la fábrica como de un núcleo de infección, hasta que no quedaron más que los necesitados, sin habilidad ni condiciones.

»Si algunos de nosotros, dotados de ciertas cualidades, optamos por quedarnos, fue porque llevábamos allí muchos años. En los viejos tiempos, nadie abandonó voluntariamente la «Twentieth Century» y no podíamos ha—.cernos a la idea de que aquellas condiciones no existieran ya. Transcurrido algún tiempo nos fue imposible marcharnos, porque ningún otro empresario nos habría admitido, cosa natural. Los dueños de las tiendas donde comprábamos empezaron a abandonar Starnesville a toda

prisa, hasta que no nos quedaron más que los bares, las salas de juego y los tenderetes de algunos aprovechados, que nos vendían bazofia a precios abusivos. Nuestras asignaciones fueron perdiendo valor conforme el coste de la vida aumentaba. La lista de los necesitados se fue alargando, al' tiempo que la de sus proveedores se acortaba. Cada vez era menor la riqueza a dividir entre más y más gente. En los viejos tiempos solía decirse que la «Twentieth Century Motors» era una marca tan buena como el oro. No sé qué pensarían los herederos Starnes si es que pensaban algo; pero tengo la impresión de que, igual que todos los planeadores sociales y los industriales insensatos, estaban convencidos de que aquella marca era en sí misma una especie de emblema mágico dotado de un poder sobrenatural que los mantendría ricos, igual que a su padre. Pero cuando nuestros clientes empezaron a notar que no servíamos un pedido a tiempo, ni entregábamos un motor que no tuviera un fallo, el mágico emblema empezó a operar en sentido contrario: la gente no aceptaba un motor ni regalado si llevaba la marca «Twentieth Century». Llegó un momento en que nuestros ¡micos clientes fueron los que nunca pagaban ni pensaban pagar; pero Gerald Starnes, embrutecido y engreído por su propia publicidad, empezó a ir de un lado para otro con aire de superioridad moral, exigiendo que los industriales nos pasaran pedidos, no porque nuestros motores fueran buenos, sino porque los necesitábamos urgentemente.

»Por aquel entonces, cualquier tonto de pueblo hubiera visto claramente lo que generaciones de profesores pretendieron no observar. ¿Qué beneficios podría reportar nuestra necesidad a una central eléctrica, por ejemplo, si sus generadores se detenían a causa de un defecto en nuestras máquinas? ¿Qué beneficio reportaría a un hombre tendido en una mesa de operaciones, si, de pronto, se apagaba la luz? ¿Qué bien haría a los pasajeros de un avión si el motor fallaba en pleno vuelo? Y si adquirían nuestros productos no a causa de su mérito sino obligados por nuestra necesidad, ¿la acción moral del propietario de la central eléctrica, del cirujano y del fabricante del avión seria buena, justa y noble?

»Sin embargo, tal era la ley que profesores, directivos y pensadores habían querido establecer en la tierra. Si esto es lo que ocurría en una pequeña ciudad donde todos nos conocíamos, ¿imagina lo que hubiera representado en una escala mundial? ¿Imagina lo que hubiera ocurrido si hubiéramos tenido que vivir y trabajar sujetos a todos los desastres y a todos los inconvenientes de la tierra? Trabajar pensando en que si alguien fallaba en un lugar cualquiera, era uno quien debería solucionar el conflicto. Trabajar sin posibilidad alguna de progreso personal; con las comidas, los vestidos, el hogar y las distracciones pendientes de una estafa, una crisis de hambre o una peste en cualquier lugar del mundo. Trabajar sin posibilidades de una ración extra, hasta que los habitantes de Camboya tuvieran alimento suficiente o hasta que todos los patagones hubieran pasado por la Universidad. Trabajar con un cheque en blanco, exhibido por hombres a los que usted nunca vería, cuyas necesidades no conocería, cuya laboriosidad, pereza o mala fe no podría usted observar nunca. Tan sólo trabajar, trabajar y trabajar, dejando que las Ivys o los Geralds del mundo decidieran qué estómagos habrían de consumir el esfuerzo, los sueños y los días de vuestra vida. ¿Era aquélla la ley moral a aceptar? ¿Aquél un ideal moral?

»Lo intentamos y aprendimos la lección. Nuestra agonía duró cuatro años, desde la primera reunión hasta la última, y todo terminó del único modo que podía terminar: en la ruina total. Durante la última reunión, Ivy Starnes fue la única que intentó forcejear un poco. Pronunció un corto, desagradable y agresivo discurso en el que dijo que el plan había fracasado porque el resto del país no lo aceptó; que una sola comunidad no podía llevarlo a la práctica y triunfar en medio de un mundo egoísta y avaro; que el plan era un ideal noble, pero que la naturaleza humana no estaba a la altura del mismo. Un joven, el mismo castigado por habernos dado una idea útil durante el primer año, se puso en pie,

mientras todos seguíamos sentados en silencio, y dirigióse a Ivy Starnes, que ocupaba el estrado. No dijo nada. Le escupió en la cara. Y éste fue el fin del noble plan de la "Twentieth Century".»

El desconocido había estado hablando como si el fardo de sus años de silencio se hubiese desprendido repentinamente de sus hombros. Dagny comprendió que era su tributo hacia ella. No había demostrado reacción alguna ante su amabilidad; pareció insensible a los valores humanos o a la esperanza, pero algo en su interior había quedado al descubierto y la respuesta era su confesión; aquel largo y desesperado grito de rebelión contra la injusticia, retenido durante años y expresado ahora en reconocimiento a la primera persona frente a la cual su llamamiento a la justicia no resultaba vano. Era como si la vida a la que había estado a punto de renunciar hubiera vuelto a su ser, gracias a dos necesidades esenciales satisfechas: la comida y la presencia de un ser racional.

—Pero ¿no iba a hablarme de John Galt? —preguntó Dagny.

—¡Oh! —exclamó él, recordando—. ¡Oh, sí!…

—Iba a explicarme por qué la «gente» había empezado a formularse la famosa pregunta.

—Sí.

Miraba hacia la lejanía como si contemplara algo que, luego de estudiar durante años, siguiera invariable y sin solucionar. En su cara se pintaba una extraña e intrigante expresión de terror.

—Pensaba contarme a qué John Galt se referían… si es que existió.

—Confío en que no, señora. Quiero decir, confío en que se trate sólo de una coincidencia, tan sólo de una frase sin significado.

—Recuerda usted algo, ¿verdad? ¿De qué se trata?

—De algo… de algo sucedido en la primera reunión de la «Twentieth Century». Tal vez se tratara del principio del fin. O tal vez no. No lo sé… Aquella reunión se celebró cierta noche de primavera, hace doce años. Seis mil de nosotros nos aglomerábamos en unos grádenos que se elevaban hasta casi el techo de la mayor nave de la fábrica. Acabábamos de votar por el nuevo plan y nos sentíamos muy nerviosos. Armábamos mucho ruido, vitoreando el triunfo del pueblo, amenazando a ciertos desconocidos enemigos y ansiosos de lucha, igual que matones con la conciencia intranquila. Estábamos iluminados por potentes luces blancas, y nos sentíamos enérgicos y susceptibles. Una muchedumbre de feo aspecto, realmente peligrosa. Gerald Starnes, que presidía la reunión, no cesaba de golpear la mesa con su maza, imponiendo silencio. Nos tranquilizamos un poco, pero no mucho. Podían observarse los movimientos de la muchedumbre como una marea, como agua agitada en un recipiente. «¡Estamos viviendo momentos cruciales en la historia de la Humanidad! —gritó Gerald Starnes sobreponiéndose al barullo—. Recordad que a partir de ahora ninguno de nosotros puede abandonar esta fábrica, porque todos nos pertenecemos mutuamente, según la ley moral que acabamos de aceptar.» «¡Yo no la acepto!», exclamó un hombre poniéndose en pie. Era uno de nuestros más jóvenes ingenieros. Nadie le conocía demasiado porque casi siempre se mantuvo aislado del resto. Al decir aquello, nos quedamos como petrificados. Nos asombró el modo en que mantenía erguida la cabeza. Era alto y delgado, y recuerdo haber pensado que cualquiera de nosotros le habría retorcido el pescuezo sin dificultad. Pero, no obstante, sentimos miedo.

»Permanecía en pie, como quien está convencido de su derecho. «Voy a poner fin a todo esto de una vez para siempre», dijo. Su voz sonaba clara, sin inflexión alguna. Fue todo cuanto dijo y dirigióse a la salida. Caminó a lo largo de la nave, bajo la blanca claridad, sin apresurarse y sin fijarse en nadie. Ninguno se atrevió a detenerlo. Gerald Starnes gritó de repente: «¿Cómo ha dicho?» El joven se volvió y contestóle: «Detendré el motor del

mundo». Salió, y nunca más hemos vuelto a verle, ni hemos sabido de él. Pero años más tarde, cuando notamos cómo se iban apagando las luces, una tras otra, en las grandes fábricas que durante generaciones se mantuvieron sólidas como montañas, cuando vimos cerrarse las puertas y detenerse las cintas transportadoras, cuando las carreteras fueron quedando vacías y cesó la corriente de vehículos, cuando empezó a parecer como si una silenciosa fuerza inmovilizara los generadores que mueven el mundo y éste se fuera desplomando en silencio, como un cuerpo privado de espíritu… empezamos a reflexionar y a formularnos preguntas acerca de aquel joven; Nos preguntábamos unos a otros acerca de lo que le habíamos oído decir. Empezamos a pensar que había mantenido su palabra y que quien había visto y conocido la verdad que nosotros rehusábamos, constituía ahora el castigo que pendía sobre nuestras cabezas; era el vengador, el hombre que imponía la justicia desafiada por nosotros.

»Empezamos a pensar que aquel hombre nos había maldecido, que no teníamos escapatoria para su veredicto y que jamás lograríamos escapar a él. Todo aquello resultaba todavía más horrible porque no nos perseguía, sino que éramos nosotros quienes de repente lo andábamos buscando, luego de desaparecer sin dejar huella. No lo encontramos en ningún lugar. ¿Gracias a qué imposible fuerza había podido realizar lo que anunció? Pero tampoco había respuesta para esto. Nos acordábamos de él cada vez que presenciábamos un nuevo colapso en el mundo, que nadie podía explicar; cuando recibíamos un nuevo golpe, cuando perdíamos otra esperanza, cada vez que nos veíamos atrapados en esa niebla gris y mortecina que ha descendido sobre toda la tierra. Quizá algunos, al oírnos gemir formulándonos semejante pregunta, no supieran a qué nos referíamos, pero lo que no ignoraban eran los sentimientos que nos obligaban a ella. También estas personas sabían que algo acababa de desaparecer en el mundo. Tal vez por ello empezaron a pronunciar la frase cuando veían venirse abajo sus esperanzas. Me gusta pensar que pude equivocarme, que aquellas palabras no significaban nada, que no existe intención consciente ni afán vengador tras el final de la raza humana que estamos viviendo. Pero cuando les oigo repetir la frase tengo miedo, y me acuerdo del hombre que anunció detener el motor del mundo. Porque se llamaba John Galt, ¿sabe usted?»

* * *

Dagny se despertó. El ruido de las ruedas había cambiado, y ahora adoptaba un ritmo irregular, con repentinos chirridos y breves y duras sacudidas; un sonido semejante al de una quebrada risa histérica, mientras el vagón se movía también en repentinos bamboleos. Sin necesidad de mirar el reloj, se dijo que estaban circulando por el tramo de la «Kansas Western», y que el tren había iniciado su largo rodeo hacia el Sur, desde Kirby, Nebraska.

El convoy iba medio vacío; poca gente se aventuraba a través del continente en el primer «Comet» puesto en circulación después de la catástrofe del túnel. Había ofrecido un dormitorio al vagabundo, y luego se quedó sola reflexionando sobre la historia que aquél le había contado. Deseaba reflexionar sobre la misma y sobre las preguntas que pensaba formularle al día siguiente. Pero su mente estaba como helada, igual que la de un espectador que contempla un drama, sintiéndose incapaz de reaccionar ante el mismo. Le pareció haber comprendido el significado de aquel espectáculo sin necesidad de más preguntas y también la necesidad de escapar al mismo. Moverse… ésta había sido la palabra que latía en su cerebro con insistencia peculiar; moverse, como si el movimiento se hubiera convertido en un fin por sí mismo; en algo crucial, absoluto e inescapable.

A través de una débil capa de sueño, el sonido de las ruedas había mantenido una carrera con su creciente tensión. Se despertó varias veces, presa de un principio de inexplicable

pánico, incorporándose en la obscuridad, a la vez que pensaba, perpleja: «¿Qué ha sucedido?» Luego se tranquilizaba, contestándose: «Avanzamos… Todavía nos movemos…»

Aquel tramo de la «Kansas Western» era peor de lo que había imaginado, a juzgar por el rumor de las ruedas. El tren la transportaba a cientos de millas de Utah. Había experimentado un ferviente deseo de abandonarlo en la línea principal, inhibirse de todos los problemas de la «Taggart Transcontinental», buscar un avión e irse directamente a ver a Quentin Daniels. Permanecer en el vagón le había costado un gran esfuerzo de voluntad.

Seguía tendida en la obscuridad, escuchando el rumor de las ruedas y pensando que sólo Daniels y su motor seguían constituyendo una especie de punto brillante hacia el que se sentía arrastrada. Pero ¿de qué le serviría ahora el motor? No obtuvo respuesta. ¿Por qué se sentía tan segura de la desesperada necesidad de apresurarse? Tampoco consiguió aclarar aquello. Se mantuvo en la misma actitud, comprendiendo la respuesta verdadera: necesitaba el motor, no para arrastrar trenes, sino para mantenerla a ella en movimiento.

No oía ya el ruido de cada cuarto golpe entre los chirridos confusos del metal, ni tampoco los pasos del enemigo con el que competía; tan sólo la desbandada, producto del pánico… «Llegaré a tiempo —pensó—. Llegaré primero y salvaré el motor. No se detendrá… no se detendrá… no se detendrá», pensó despertándose de nuevo con un sobresalto y levantando la cabeza de la almohada. Las ruedas se habían detenido.

Por unos instantes permaneció inmóvil, tratando de comprender el silencio total que la envolvía y que venía a ser como una inútil tentativa para crear cierta imagen sensorial de la no-existencia. No podían percibirse atributos de realidad; nada, excepto la ausencia de la misma. No se oían sonidos. Era como si se encontrase sola en el tren. No se percibían movimientos, como si aquello no fuera un tren, sino un aposento en el interior de un edificio; ni luz, como si se encontrara en un espacio desprovisto de objetos; ni signos de violencia o de desastre físico, como si viviera en un estado en que el desastre no fuera ya posible.

En el momento de comprender la naturaleza de aquel silencio, su cuerpo se irguió describiendo una curva inmediata y violenta, cual un grito de rebelión. El chirriar de la persiana de la ventanilla cortó el silencio como un cuchillo, al subirla. Fuera no había nadie, excepto anónimos espacios de pradera; un fuerte viento deshacía las nubes y unos rayos de luna caían sobre la tierra, sobre llanos tan muertos como aquellos de los que procedían.

El movimiento de su mano presionó el interruptor de la luz y el del timbre para llamar al jefe de tren. La luz eléctrica brilló, llevándola de nuevo a un mundo racional. Consultó su reloj: pasaban unos minutos de la medianoche. Miró por la ventana trasera: las vías se extendían en línea recta y a la distancia prescrita vio unos faroles rojos dejados en el suelo, colocados intencionadamente para proteger el extremo del tren. Aquello le confirió cierta seguridad.

Volvió a oprimir el timbre y esperó. Dirigióse al vestíbulo, abrió la puerta y sacó un poco el cuerpo para contemplar el tren. Unas cuantas ventanillas estaban iluminadas en la larga franja de acero, pero no vio figuras humanas ni signo de actividad alguna. Volvió a cerrar de golpe, retrocedió y empezó a vestirse con movimientos repentinamente tranquilos y rápidos.

Nadie acudió a su llamada. Cuando se apresuraba, a fin de pasar al coche siguiente, no sintió miedo, incertidumbre ni desesperación, nada aparte de la necesidad urgente de actuar.

No había empleado alguno en aquel vagón, ni tampoco en el siguiente. Recorrió a toda prisa los estrechos pasillos, sin encontrar a nadie. Las puertas de unos compartimientos

estaban abiertas. Dentro, los pasajeros permanecían sentados, vestidos o a medio vestir, en silencio, como si esperasen. La vieron pasar velozmente dirigiéndole miradas furtivas como si supieran lo que andaba buscando, como si esperasen que alguien se acercara a enfrentarse a algo a lo que ellos no se enfrentaban aún. Continuó su camino, recorriendo la columna vertebral de un muerto tren, notando la peculiar combinación de compartimientos iluminados, puertas abiertas y vacíos pasadizos. Nadie se había aventurado a salir. Nadie quiso formular la primera pregunta.

Recorrió el único coche-cama en el que algunos pasajeros dormían, adoptando actitudes contorsionadas a causa del cansancio, mientras otros, despiertos y tranquilos, permanecían sentados como animales que esperasen un golpe, sin intentar siquiera evitarlo.

Se detuvo en el vestíbulo. Pudo ver a un hombre que había abierto la puerta y miraba hacia fuera, con aire interrogante, a través de la obscuridad, dispuesto a bajar. Al oiría se volvió. Pudo reconocer su cara: era Owen Kellogg, el hombre que había rechazado el futuro que ella le ofreció.

—¡Kellogg! —exclamó.

Y el sonido de una risa contenida en su voz vino a ser como un grito de alivio de quien, hallándose en un desierto, ve de pronto a otro ser humano.

—Hola, Miss Taggart —respondió el otro, con una sonrisa de asombro en la que se observaba cierto incrédulo placer y también cierta perplejidad—. No sabía que estuviera usted en el tren.

—Vamos —le ordenó ella como si fuera todavía un empleado del ferrocarril—. Creo que este tren se ha detenido como si le faltaran las fuerzas.

—En efecto —respondió él, siguiéndola con disciplinada obediencia.

No eran necesarias explicaciones. Venía a suceder como si, en muda comprensión, ambos respondieran a la llamada del deber. Parecía natural que, entre los centenares de personas que viajaban en el convoy, hubieran de ser ellos dos quienes se enfrentaran al peligro.

—¿Tiene idea del tiempo que llevamos aquí? —preguntó Dagny mientras atravesaban el vagón siguiente.

—No —repuso Owen—, Cuando desperté ya estábamos parados. Atravesaron toda la longitud del tren sin encontrar empleado alguno, ni a los camareros del coche comedor, ni a los guardafrenos, ni a ningún otro. De vez en cuando se miraban, aunque guardando silencio. Conocían los relatos relacionados con abandonos de trenes y tripulaciones que desaparecían en súbitos arranques de rebelión contra la servidumbre.

Al llegar a la cabeza del tren, bajaron. Nada se movía a su alrededor, excepto el viento que les daba en la cara. Subieron rápidamente a la máquina. El faro delantero de la misma seguía encendido, extendiéndose como un trazo acusador en las tinieblas de la noche; pero la cabina de los maquinistas estaba vacía.

Su grito de desesperado triunfo estalló como en respuesta al asombro que aquello les causaba.

—¡Bien por ellos! ¡Son seres humanos!

Se interrumpió perpleja, como si acabara de escuchar la voz de una persona desconocida. Vio que Kellogg la miraba curioso con una leve traza de sonrisa.

Era una vieja locomotora de vapor, la mejor que la compañía había podido proporcionar al «Comet». Los fuegos estaban casi apagados y la presión era muy baja; por el gran parabrisas situado frente a ellos pudieron ver cómo la luz del faro caía sobre una serie de traviesas que debían correr a su encuentro, pero que ahora yacían inmóviles como los peldaños de una escalera que diera fin allí mismo.

Tomó el libro registro a fin de enterarse de quiénes componían el equipo del tren. El maquinista era Pat Logan.

Dagny bajó lentamente la cabeza y cerró los ojos. Se acordaba de aquel primer trayecto sobre una vía verde azulada, que debió permanecer impreso en la memoria de Pat Logan del mismo modo que en la suya, durante las silenciosas horas de su último viaje.

—Miss Taggart —dijo Owen Kellogg suavemente. Levantó vivamente la cabeza.

—Diga —repuso—, diga. —Su voz carecía de color, pero en ella sonaba el tintineo metálico de quien adopta una repentina decisión—. Hemos de encontrar un teléfono y pedir otro equipo —consultó su reloj—. Teniendo en cuenta la velocidad que llevábamos, debemos encontrarnos a ochenta millas de la línea estatal de Oklahoma. Creo que la estación de Bradshaw es la más próxima. Estamos a unas treinta millas de la misma.

—¿Nos sigue algún otro tren, Miss Taggart?

—El siguiente es el número 253, el mercancías transcontinental; pero no llegará hasta las siete de la mañana, si no lleva retraso, cosa que dudo.

—¿Sólo un mercancías en siete horas?

Lo había dicho involuntariamente con cierta nota de ultrajada lealtad hacia el gran ferrocarril que siempre estuvo tan orgulloso de servir. La boca de Dagny se movió en un leve conato de sonrisa.

—Nuestro tránsito transcontinental no es el mismo de otros tiempos. Él asintió lentamente.

—Supongo que ningún tren de la «Kansas Western» viene hacia acá, ¿verdad?

—No puedo recordarlo exactamente, pero creo que no. Kellogg miró los postes que flanqueaban la vía.

—Confío en que los de la «Kansas Western» tengan sus teléfonos en orden.

—A juzgar por el estado de esta vía, las posibilidades son escasas, pero debemos intentarlo.

—Sí.

Dagny se volvió para partir, pero no lo hizo en seguida. Comprendió que era inútil todo comentario. Sin embargo, las palabras surgieron involuntariamente.

—Esos faroles colocados detrás del tren para protegernos resultan una cosa extraña —dijo—. Esa gente… ha demostrado preocuparse más por las vidas de otros que su país por las de ellos.

La rápida mirada que le dirigió Kellogg pareció un gesto de deliberado énfasis; luego respondió gravemente:

—En efecto, Miss Taggart.

Al descender la escalerilla por el costado de la máquina, vieron a un. grupo de pasajeros, situados junto a la vía, y a unas cuantas figuras más que iban saliendo del tren para unirse a ellos. Gracias a cierto instinto pe-cufiar, los que hasta entonces permanecieron sentados, esperando, llegaron a la conclusión de que alguien había asumido la responsabilidad de la situación y en consecuencia ya podían dar señales de vida.

La contemplaban con aire de interrogante expectación conforme se acercaba. La palidez de la claridad lunar parecía disolver sus caras poniendo de relieve la cualidad que todos poseían en común: cierto aire de precavida apreciación, en parte miedo, en parte súplica, en parte impertinencia, mantenida a la espera.

—¿Alguien de ustedes desea hablar por todos? —preguntó.

Se miraron entre sí, pero no hubo respuesta.

—Bien —dijo Dagny—. No es preciso que hablen. Soy Dagny Taggart, vicepresidente de Operaciones de este ferrocarril, y… —se produjo una leve conmoción en el grupo, entre movimiento y susurro, muy parecido al alivio— y seré yo quien les explique lo ocurrido. Este tren ha sido abandonado por su equipo. No hay accidente alguno. La máquina sigue intacta, pero no tenemos a nadie que la gobierne. Es lo que los periódicos llaman un tren «congelado». Saben lo que ello significa y saben también las razones que lo provocan. Quizá incluso las supieran antes de ser descubiertas por quienes esta noche nos han abandonado. La ley les prohíbe hacerlo, pero de nada sirve ahora lamentarlo.

Una mujer gritó de súbito, con la interrogadora petulancia de la histeria:

—¿Qué vamos a hacer?

Dagny la miró. La mujer forcejeaba cual si quisiera sumergirse todavía más en el grupo, colocar a más seres humanos entre ella y el vacío de la inmensa llanura disuelta en claridad lunar, en la muerta fosforescencia de una energía impotente e inútil. Se había echado un abrigo sobre su camisón de dormir; el abrigo estaba medio abierto y el estómago de la mujer sobresalía bajo la fina tela, con esa lacia obscenidad que convierte en fea toda revelación humana y no realiza esfuerzo alguno para ocultarla. Por un instante, Dagny lamentó la posibilidad de proseguir.

—Voy a recorrer la vía en busca de un teléfono —respondió con voz tan fría y escueta como la claridad lunar—: Existen teléfonos de urgencia a intervalos de cinco millas. Pediré un nuevo equipo. Esto significa algo de tiempo. Entren en el tren, por favor, y mantengan todo el orden posible.

—¿Y las bandas de merodeadores? —preguntó otra mujer con acento nervioso.

—Es verdad —repuso Dagny—. Será mejor que me acompañe alguien. ¿Quién quiere hacerlo?

Pero había entendido mal a la mujer. No hubo respuesta. Nadie la miraba ni tampoco se miraban entre sí. No había ya ojos, sino sólo óvalos húmedos, brillando en la noche. Se dijo que aquellos eran los hombres de la nueva edad, los que exigían y propugnaban el sacrificio personal. La sorprendió la ira que latía en su silencio, una ira por medio de la cual pretendían indicarle que les ahorrara momentos como aquéllos. Con un sentimiento de crueldad nuevo para ella, se mantuvo intencionadamente silenciosa.

Vio que también Owen Kellogg esperaba, pero no mirando a los pasajeros, sino a ella. Cuando se hubo convencido de que no habría respuesta por parte de la muchedumbre, dijo con voz tranquila:

—Yo la acompañaré, Miss Taggart.

—Gracias.

—¿Y nosotros? —exclamó la nerviosa mujer de antes.

Dagny se volvió hacia ella y le contestó con la expresión formal y monótona de una directora de empresa:

—No se han registrado casos de ataques a trenes «congelados»… por desgracia.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó un hombre robusto que lucía un abrigo demasiado caro y un rostro en exceso fláccido; su voz adoptaba el mismo tono de la persona que tiene sirvientes sin estar en condiciones para ello—. ¿En qué parte de qué Estado?

—No lo sé —repuso Dagny.

—¿Cuánto tiempo estaremos aquí? —preguntó otro, con el acento de un acreedor dominado por su deudor.

—No lo sé.

—¿Cuándo llegaremos a San Francisco? —preguntó un tercero como lo haría un sheríff al dirigirse a un tipo sospechoso.

El resentimiento y la ira estaban empezando a desbordarse, en breves y crujientes estallidos, como de castañas que saltaran en el obscuro fogón de unos cerebros, ahora seguros de que alguien se ocupaba de ellos.

—¡Esto es intolerable! —gritó una mujer avanzando para arrojar aquellas palabras a la cara de Dagny—. ¡No tiene derecho a permitir tal cosa! ¡No quiero esperar en mitad de este desierto! Quiero que me lleven a mi destino.

—¡Cállese! —le ordenó Dagny—. O cierro las puertas del tren y la dejo aquí.

—¡No puede hacerlo! ¡Esto es un servicio público! ¡No tiene derecho a discriminar contra nadie! Informaré a la Oficina de Unificación.

—Siempre y cuando le proporcione un tren que la lleve hasta donde puedan escucharla —dijo Dagny volviéndose.

Pudo ver a Kellogg que la miraba como si sus pupilas trazaran una línea que subrayara sus palabras y las presentara con mayor claridad a su propia atención.

—Procúrese una linterna —dijo Dagny —mientras voy en busca de mi bolso. Partiremos en seguida.

Cuando iniciaban el camino en dirección al teléfono, pasando ante la línea de silenciosos vagones, vieron a otra figura que descendía del tren y corría a su encuentro. Era el vagabundo.

—¿Algún conflicto, señora?

—La tripulación ha desertado.

—¡Oh! ¿Qué podemos hacer?

—Voy a telefonear a la central de la división.

—No puede ir sola, señora. En estos días es peligroso. Más vale que la acompañe.

—Gracias —le contestó sonriendo—. Pero no pasará nada. Míster Kellogg viene conmigo. Dígame, ¿cuál es su nombre?

—Jeff Allen, señora.

—Escúcheme, Allen. ¿Ha trabajado alguna vez en un ferrocarril?

—No, señora.

—Pues ahora trabaja en uno. Es usted jefe del tren y ayudante de la vicepresidencia de Operaciones. Tendrá que hacerse cargo del convoy en mi ausencia, a fin de conservar el orden e impedir que el ganado se desmande. Dígales que acabo de otorgarle el nombramiento. No necesita demostrárselo. Obedecerán a todo aquel que espere obediencia de ellos.

—Sí, señora —respondió el vagabundo firmemente, con mirada comprensiva.

Recordó que el dinero en el bolsillo de un hombre posee la facultad de prestarle confianza. Sacó de su bolso un billete de cien dólares y lo puso en su mano.

—Como anticipo de su sidos —dijo.

—Sí, señora.

Cuando emprendía la marcha, Allen la llamó:

—iMiss Taggart!

—¿Qué desea? —preguntó ella volviéndose.

—Gracias —dijo.

Dagny sonrió, levantando la mano en gesto de saludo, y continuó su marcha.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Kellogg.

—Un vagabundo que había subido al tren.

—Pues me parece que realizará bien su tarea.

—Yo también lo creo.

Avanzaron silenciosamente y luego de pasar ante la máquina continuaron en la dirección que marcaba su faro delantero. Al principio, caminando por las traviesas, con la violenta luz dando sobre ellos desde atrás, siguieron creyéndose como en casa, dentro del ambiente normal del tren. Luego, Dagny empezó a notar cómo la luz disminuía bajo sus pies e intentó retenerla, seguir viendo su cada vez más débil resplandor, pero comprendió que la débil claridad de la madera se debía sólo a la luna. No pudo impedir el estremecimiento que la obligó a volverse. El farol seguía brillando tras ellos como el líquido globo de plata de un planeta, engañosamente cercano, pero perteneciente a otra órbita y a otro sistema.

Owen Kellogg caminaba silencioso a su lado. Dagny se dijo que cada uno de ellos comprendía los pensamientos del otro.

—¡Él no hubiera podido! ¡Oh, Dios mío! ¡No hubiera podido tampoco! —exclamó Dagny de repente, sin darse cuenta de que pensaba en voz alta.

—¿Quién?

—Nathaniel Taggart. No hubiera podido trabajar con gente como ésa. No hubiera hecho circular trenes para ellos. No los hubiera empleado. No hubiera conseguido utilizarlos ni como clientes ni como obreros.

Kellogg sonrió.

—¿Quiere decir que tampoco se hubiera hecho rico explotándolos, Miss Taggart?

Hizo una señal de asentimiento.

—Han dicho… —empezó escuchando el débil temblor de su voz ocasionado por el amor, el temor y la indignación—. Llevan años diciendo que se encumbró utilizando la habilidad ajena, no dando oportunidad a nadie, y que… que la incompetencia humana sirvió para satisfacer sus egoístas intereses…, pero… nunca exigió obediencia de ellos.

—Miss Taggart —dijo Kellogg con una extraña nota de dureza en la voz—, recuerde usted que aquel hombre representó un código de existencia que durante un breve trecho en la historia eliminó la esclavitud del mundo civilizado. Recuérdelo cuando se sienta extrañada por la naturaleza de sus enemigos.

—¿Ha oído hablar de una mujer llamada Ivy Starnes?

—¡Oh, sí!

—Creo que hubiera disfrutado mucho con esto… con el espectáculo de esos pasajeros. Es lo que andaba buscando. Pero nosotros no lo podemos resistir, ¿verdad? Nadie puede resistirlo. No es posible.

—¿Qué le hace suponer que el propósito de Ivy Starnes es vivir?

En algún lugar de su mente, igual que los matorrales que flotaban en los bordes de la llanura, ni como rayos, ni como niebla, ni como nubes, observó una sombra que no pudo identificar, una forma insinuada que parecía solicitar el reconocimiento ajeno.

Continuó callada y, como los eslabones de una cadena que se desenroscan en el silencio, el ritmo de sus pasos continuó espaciado por las traviesas, subrayado por el seco y duro golpear de los tacones sobre la madera.

No había tenido tiempo de darse cuenta de él, excepto como un camarada providencial, pero ahora lo miraba con consciente atención. Su rostro tenía aquella expresión clara y dura que tanto le gustara en el pasado. Pero estaba más tranquilo, como dotado de una

mayor serenidad y paz. Llevaba una vieja chaqueta de cuero, e incluso en la obscuridad pudo distinguir los lugares en que ésta estaba desgastada y zurcida.

—¿Qué estuvo haciendo desde que abandonó la «Taggart Transcontinental»? —preguntó.

—¡Oh! Muchas cosas.

—¿Dónde trabaja ahora?

—Pues… en misiones especiales o algo así.

—¿De qué clase?

—De todas.

—¿No trabaja para un ferrocarril?

—No.

La brusca brevedad de aquella negativa pareció distenderse hasta formar una declaración más elocuente que la que pretendía. Dagny se dijo que comprendía sus motivos.

—Kellogg, si le digo que no dispongo ni de un solo empleado de primera categoría en el sistema Taggart, si le ofreciera trabajo a cualquier clase de condiciones y con el suelo que me pidiera, ¿volvería con nosotros?

—No.

—Se asombraba usted al observar nuestras pérdidas. Pues bien, no creo que tenga idea de lo que la falta de hombres nos ha perjudicado. No podría contarle la agonía que he sufrido hace tres días, tratando de encontrar a alguien que pudiera construirme cinco millas de vía provisional. He de tender cincuenta a través de las Rocosas, pero no veo manera de conseguirlo. Sin embargo, ha de hacerse. He rebuscado por todo el país, pero no hay hombres. De pronto me tropiezo con usted, lo encuentro ahí en un vagón, cuando daría la mitad del sistema por un empleado así. ¿Comprende por qué no le puedo dejar escapar? Escoja lo que desee. ¿Quiere ser director general de una región o ayudante de la vicepresidencia de Operaciones?

—No.

—Sigue trabajando para vivir, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no parece hallarse en situación muy desahogada.

—Gano lo suficiente para mis necesidades y con ello me basta.

—¿Por qué está dispuesto a trabajar para cualquiera, excepto para la «Taggart Transcontinental»?

—Porque no me darían la clase de trabajo que deseo.

—¿De veras? —se detuvo—. ¡Cielos, Kellogg! ¿Es que no me ha entendido? ¡Le daría el trabajo que usted me pidiera!

—Muy bien. Obrero de vías.

—¿Cómo?

—Obrero o limpiamáquinas. —Sonrió al ver la expresión de su cara—. ¿Lo ve? Ya le dije que no aceptaría.

—¿Sólo aspira a una labor de jornalero?

—Siempre que me la ofrezca, la aceptaré.

—¿No desea nada mejor?

—Nada mejor.

—¿No se da cuenta de que tengo demasiados hombres para semejantes tareas y muy pocos para otras mejores?

—Lo comprendo, Miss Taggart. ¿Y usted?

—Lo que yo necesito es su…

—¿Mi mente, Miss Taggart? Pues bien, mi mente no se halla en venta. Le miró con la cara contraída.

—Es uno de ellos, ¿verdad? —quiso saber.

—¿De quienes?

Pero Dagny no contestó. Encogióse de hombros y siguió caminando.

—Miss Taggart —dijo Kellogg—, ¿durante cuánto tiempo quiere seguir siendo una más?

—No rendiré el mundo al ser a quien usted alude.

—La respuesta que dio a esa mujer fue más realista.

La cadena de sus pasos se extendió durante muchos silenciosos minutos, antes de que Dagny preguntara:

—¿Por qué se ha puesto de mi lado esta noche? ¿Por qué quiso ayudarme?

Él le contestó casi alegremente:

—Porque no hay en todo el tren un pasajero más necesitado de llegar a un determinado sitio. Si podemos poner en movimiento el tren, nadie se beneficiará más que yo. Y cuando necesito algo no me siento a esperar, como esas otras personas.

—¿De veras? ¿Y si todos los trenes se pararan de pronto?

—Entonces no contaría con ellos.

—¿Adonde va?

—Al Oeste.

—¿Alguna «misión especial»?

—No. A pasar un mes de vacaciones con algunos amigos.

—¿Vacaciones? ¿Tan importante es eso para usted?

—Más que ninguna otra cosa en la tierra.

Habían caminado dos millas cuando encontraron una pequeña cabina gris junto a un poste de telégrafos: era un teléfono de urgencia. La cabina estaba casi derrumbada por las tempestades. Dagny la abrió. El teléfono se encontraba allí, familiar y reconfortante, resplandeciendo bajo la claridad de la linterna de Kellogg, pero en cuanto se hubo llevado el auricular al oído, comprendió, lo mismo que él al verla golpear el soporte, que aquel teléfono estaba muerto.

Dagny le entregó el receptor sin pronunciar palabra y sostuvo la linterna mientras él manipulaba vivamente el instrumento y luego lo arrancaba de la pared estudiando sus conexiones.

—Los cables están bien —dijo —y hay corriente, pero el instrumento se ha averiado. Existe la posibilidad de que el siguiente funcione. —Y añadió—: Se encuentra a cinco millas.

—Vamos —dijo Dagny.

Muy lejos, tras de ellos, el faro de la máquina era todavía visible, pero ya no como un planeta, sino como una estrellita que parpadeara en la distancia. Frente a ellos el riel se perdía en un espacio azulado, sin nada que marcara su fin.

Dagny se había vuelto en muchas ocasiones a mirar aquella luz, pensando que, mientras se mantuviera a la vista, era como si una cuerda la conservara unida a un lugar seguro; pero ahora era preciso romperla… y alejarse del planeta. Notó que también Kellogg miraba la luz.

Cambiaron una ojeada sin pronunciar palabra. El crujir de una piedrecita bajo los pies de Dagny produjo el mismo estallido que un cohete en el silencio. Con movimiento fríamente intencionado, Kellogg propinó un puntapié al teléfono; la violencia del golpe estremeció el vacío.

—¡Maldito chisme! —gruñó, aunque sin alterarse, sin alzar la voz, con un odio situado por encima de todo despliegue de emoción—. El encargado ha debido pensar que ya no es necesario seguir trabajando. Mientras por una parte tenía necesidad de su salario, por otra no ha querido admitir que nadie le obligara a cumplir su obligación.

—Vamos —dijo Dagny.

—Si está cansada, podemos reposar un poco, Miss Taggart.

—Me siento perfectamente. No tenemos tiempo para descansar.

—Ése es nuestro gran error, Miss Taggart. Algún día deberemos tomarnos el tiempo necesario.

Dejó escapar una leve risita, deteniéndose sobre la traviesa que entonces pisaba, como si aquello constituyera una respuesta concluyente. Luego continuaron su camino.

El caminar sobre las traviesas resultaba difícil, pero cuando intentaron hacerlo por el borde de la vía, notaron que era aún peor. El suelo, compuesto de arena y polvo, se hundía bajo sus pies como una substancia suave, ni líquida ni sólida. Volvieron a las traviesas. Venía a ser igual que pasar de un tronco a otro en mitad de un río.

Dagny se dijo que cinco millas se habían convertido de pronto en una distancia enorme, y que un lugar situado, como aquel centro de división, a treinta millas de distancia, resultaba ahora inalcanzable, tras una era de ferrocarriles construidos por hombres que calcularon en términos de millares de millas transcontinentales. La red de rieles y luces, que se extendía de un océano a otro, pendía de un alambre, de una conexión rota en el interior de un oxidado teléfono. Pero luego se dijo que no, que se relacionaba con algo mucho más poderoso y delicado: las conexiones de la mente humana, sabedoras de la existencia del alambre, del tren y de su propio trabajo. Sus acciones constituían un absoluto imprescindible. Y cuando tales mentes dejaban de funcionar, un tren de dos mil toneladas quedaba a merced de músculos y piernas.

Se dijo que no estaba cansada, que incluso el esfuerzo de andar tenía un valor: constituía una minúscula pieza real en el vacío que íes rodeaba. La sensación de esfuerzo constituía una experiencia específica: era dolor y no podía ser otra cosa. Estaba situada en mitad de un espacio que no era luz ni obscuridad, sobre un suelo que ni cedía ni resistía, en medio de una tiniebla que ni se movía ni estaba quieta. Su fatiga era la única evidencia de aquel movimiento; nada cambiaba en el vacío, a su alrededor, ni nada cobraba forma para marcar su avance. Siempre se había preguntado con incrédulo desdén acerca de las sectas que predicaban la aniquilación del universo como único ideal. Pensó que allí estaba su mundo y que el contenido de sus mentes cobraba realidad en el mismo.

Cuando la luz verde de una señal apareció junto a la vía, pensaron que era un punto que alcanzar y que pasar; pero tenía un aire tan incongruente en medio de aquella flotante disolución, que no les proporcionó ningún sentimiento de alivio. Parecía proceder de un mundo extinto desde mucho tiempo atrás, como esas estrellas cuya luz se sigue percibiendo luego de haberse apagado. El círculo verde resplandecía en el espacio, anunciando un trecho libre, invitando al movimiento, donde nada había que mover. ¿Qué filósofo predicó que el movimiento existe sin elemento alguno que se mueva? También aquél era su mundo.

Se encontró avanzando con creciente esfuerzo, venciendo una resistencia que no era presión, sino succión. Mirando a Kellogg comprobó que también él caminaba como quien se enfrenta a una tempestad. Notó como si los dos fueran los únicos supervivientes a… la

realidad; dos figuras solitarias contendiendo, no contra una tormenta, sino contra algo mucho peor: la no-existencia.

Fue Kellogg quien, al cabo de un rato, miró hacia atrás. Ella siguió la dirección de su mirada, pero no se percibía ya la luz del tren.

No se detuvieron. Manteniendo la vista al frente él se metió la mano en el bolsillo con expresión abstraída. Dagny tuvo por cierto que el movimiento había sido involuntario. Sacó un paquete de cigarrillos y se lo alargó.

Iba a tomar uno cuando, de repente, cogió a Kellogg por la muñeca y le arrebató el paquete de la mano. Era un paquete sencillo y blanco, que llevaba como único emblema el signo del dólar.

—¡Deme la linterna! —le ordenó Dagny, deteniéndose.

El se detuvo y Dagny dirigió el rayo de luz al paquete que sostenía en la mano. Pudo atisbar brevemente la cara de su compañero; parecía asombrado y al propio tiempo divertido.

No había letra alguna en el paquete, ni marca de fábrica, ni dirección; tan sólo el signo del dólar estampado en oro. Y los cigarrillos también lo llevaban.

—¿De dónde ha sacado esto? —preguntó Dagny. Él sonreía.

—Si sabe usted lo suficiente como para preguntarlo, Miss Taggart, debe saber también que no voy a contestarle.

—Tengo la impresión de que significa algo importante.

—¿El signo del dólar? Desde luego, importa mucho. Se encuentra en el chaleco de todas las figuras obesas con cara de cerdo que figuran en todos los chistes ilustrados, siempre que se trate de representar a un bandido, un oportunista o un ladrón. Es decir, sirve como marca del mal. Pero al igual que el dinero de todo país libre, equivale en realidad al triunfo, la habilidad y el poder creador del hombre. Precisamente por estos motivos se le utiliza como marca de infamia. Figura en la frente de Hank Rearden, cual si se le quisiera condenar. Y a propósito, ¿sabe usted la procedencia de este signo? No son más que las iniciales de los Estados Unidos.

Apartó el rayo de luz, pero no hizo movimiento para continuar la marcha; ella pudo distinguir un atisbo de sonrisa en su cara.

—¿Sabe usted que los Estados Unidos son el único país en la historia que ha usado su propio monograma como símbolo de depravación? Pregúntese por qué. Pregúntese durante cuánto tiempo un país que ha obrado de manera semejante podía existir y qué normas morales lo han destruido. Fue el único país de la historia donde la riqueza no se adquirió con el robo, sino con la producción; no por la fuerza, sino por el comercio; el único país cuyo dinero era símbolo del derecho humano a su propia inteligencia, su trabajo, su vida y su felicidad. Si esto es maldad, según las actuales normas vigentes en el mundo, si éste es el motivo por el que se nos ha de maldecir, nosotros, los cazadores y fabricantes del dólar, aceptamos vernos condenados por dicho mundo. Preferimos ostentar el signo del dólar sobre nuestra frente, como un escudo de nobleza; la marca por la que deseamos vivir y, si es preciso, morir.

Alargó la mano hacia el paquete, pero ella lo retuvo, como si sus dedos se pegaran al soltarlo; luego se lo entregó, colocándolo en la palma de su mano. Con deliberada lentitud, como subrayando el significado de su gesto, Kellogg le ofreció un cigarrillo. Ella lo tomó, llevándoselo a los labios. Kellogg tomó también uno, encendió una cerilla, ofreció su llama a Dagny, y continuaron su camino.

Avanzaban sobre troncos podridos, que se hundían bajo sus pies, sin resistencia, a través de un vasto e insondable globo de claridad lunar y de oscilante niebla, con dos puntos de fuego vivientes en sus manos y el halo de dos pequeños círculos de luz en sus rostros.

«El fuego, esa fuerza peligrosa dominada por los dedos humanos…», recordó que le había dicho el viejo; el mismo viejo que manifestó que aquellos cigarrillos no se fabricaban en ningún lugar de la tierra. «Cuando un hombre piensa, un punto de fuego se enciende en su mente y es natural que acepte la brasa brillante de un cigarrillo, como expresión de dicho fuego.»

—Me gustaría enterarme de quién los hace —dijo Dagny en el tono de quien expresa una súplica sin esperanza.

Él se rió de buen humor.

—Todo lo que puedo decirle es esto: los fabrica un amigo mío; pero como no es un traficante vulgar, sólo los vende a sus amigos.

—Cédame ese paquete, ¿quiere?

—No creo que pueda usted comprarlo, Miss Taggart; pero lo haré si lo desea.

—¿Cuánto vale?

—Cinco centavos.

—¿Cinco centavos? —repitió ella, asombrada.

—Cinco centavos —repitió él—, pero… en oro. Dagny se detuvo, mirándole fijamente.

—¿En oro?

—Sí, Miss Taggart.

—¿Cuál es su tipo de cambio? ¿Cuánto es en moneda normal?

—No hay tipo de cambio, Miss Taggart. No existe cantidad en moneda física o espiritual cuyo tipo de valor haya sido decretado por míster Wesley Mouch y con la que poder comprar estos cigarrillos.

—Comprendo.

Se metió la mano en el bolsillo, sacó el paquete y se lo alargó.

—Se lo voy a regalar, Miss Taggart —dijo—, porque se lo ha ganado muchas veces y porque lo necesita por idéntico propósito que nosotros.

—¿Qué propósito?

—Recordarnos en momentos de desesperanza, en la soledad del exilio, nuestro verdadero hogar, que también ha sido el de usted, Miss Taggart.

—Gracias —le dijo, metiéndose el paquete en el bolsillo. Kellogg observó que su mano temblaba.

Cuando alcanzaron el cuarto mojón de las cinco millas, llevaban silenciosos largo rato, sin que les quedasen fuerzas más que para el movimiento de sus pies. Muy a lo lejos distinguieron un punto de luz, demasiado bajo en el horizonte y demasiado claro para ser una estrella. Fijaron la vista en él mientras caminaban, y no dijeron palabra hasta darse cuenta de que se trataba de un potente faro resplandeciente en mitad de una vacía pradera.

—¿Qué es eso? —preguntó Dagny.

—No lo sé —repuso él—. Parece…

—No —le interrumpió vivamente—. No puede ser. Aquí no.

No quiso oírle mencionar la esperanza que durante algunos minutos venía alimentando. No quiso permitirse pensar en ello o admitir que dicha idea constituía una esperanza.

Encontraron la cabina telefónica en el lugar donde terminaba el recorrido de cinco millas. El faro colgaba del cielo, como un violento punto de frío fuego, a menos de media milla hacia el Sur.

El teléfono funcionaba. Dagny escuchó el zumbido del receptor, semejante a la respiración de un ser viviente, en el momento de levantar aquél de su soporte. Luego, una voz ronca contestó:

—Soy Jessup, de la estación de Bradshaw. La voz tenía un tono soñoliento.

—Aquí Dagny Taggart, hablando desde…

—¿Quién ha dicho?

—Dagny Taggart, de la «Taggart Transcontinental».

—¡Oh!… ¡Oh, sí!… Comprendo… dígame.

—Hablando desde el teléfono número 83. El «Comet» está inmovilizado siete millas al norte de este lugar. No podemos continuar. La tripulación lo ha abandonado.

Se produjo una pausa.

—Bien, ¿qué quiere que yo haga?

Ella tuvo que interrumpirse a su vez, con el fin de creer lo que estaba escuchando.

—¿Es usted un jefe de horario nocturno?

—Sí.

—Pues entonces mande un nuevo equipo en seguida.

—¿Un equipo completo para tren de pasajeros?

—Desde luego.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

Se produjo una pausa.

—La reglamentación no menciona una eventualidad semejante.

—Póngame con su jefe —le ordenó ella con voz ahogada.

—Está de vacaciones.

—Pues con el superintendente de división.

—Se ha ido a Laurel a pasar un par de días.

—Quiero hablar con alguna persona responsable.

—Yo soy el responsable.

—Escúcheme —le dijo lentamente, esforzándose por no perder la calma—, ¿se da cuenta de que hay un tren de pasajeros abandonado en mitad de la pradera?

—Sí; pero, ¿cómo quiere que sepa lo que hay que hacer? La reglamentación no lo señala. Si se tratara de un accidente, enviaría el tren de socorro, pero si no existe tal accidente, no lo necesitan, ¿verdad?

—No. No necesitamos ese tren de socorro. Lo que necesitamos son hombres, ¿me entiende? Hombres capaces de manejar la locomotora.

—Las disposiciones no hablan de trenes sin equipo. Ni de hombres sin tren. No existe motivo para reunir a una tripulación entera en medio de la noche y enviarla a la búsqueda de un tren perdido. Nunca me he encontrado con un caso semejante.

—Pues ahora se encuentra ante uno. ¿No sabe lo que ha de hacer?

—¿Cómo voy a saberlo?

—¿Se da cuenta de que nuestra tarea consiste en procurar que los trenes circulen?

—Mi trabajo consiste en obedecer las reglas. Si envío a un equipo y luego resulta que he obrado mal, sólo Dios sabe lo que me puede ocurrir. Con la Oficina de Unificación y las reglamentaciones actuales, ¿quién soy yo para aceptar semejante responsabilidad?

—¿imagina lo que pasará si permite usted que un tren quede inmovilizado en plena vía?

—Yo no tengo la culpa. No guardo relación con todo eso. No pueden reprocharme nada. No puedo evitarlo.

—Pues tendrá que ayudar.

—Nadie me lo ha ordenado.

—¡Se lo ordeno yo!

—¿Y cómo demuestro que usted me lo ha mandado? No corre de nuestra cuenta el suministrar equipos a la Compañía Taggart. Han de gobernarse ustedes con su propia gente. Al menos, eso nos han dicho.

—¡Se trata de un caso de urgencia!

—Nadie me ha hablado de casos de urgencia.

Necesitó unos segundos para dominarse. Vio cómo Kellogg la miraba con una sonrisa entre amarga y divertida.

—Escuche —continuó—. ¿Sabe usted que el «Comet» tenía que haber llegado a Bradshaw hace tres horas?

—Desde luego. Pero nadie va a preocuparse por ello. Ningún tren llega estos días a su debido tiempo.

—¿Pretende dejarnos aquí, bloqueando eternamente la vía?

—No hay ningún otro tren, hasta el número 4 de pasajeros, que saldrá de Laurel en dirección norte, a las 8.37. Pueden esperar hasta entonces. Para esa hora se habrá hecho cargo de esto el jefe de horarios diurno. Hable con él.

—¡Maldito idiota! ¡Éste es el «Comet»!

—¿Y a mí que me importa? No trabajo para la «Taggart Transcontinental». Ustedes creen que con su dinero pueden conseguirlo todo. Sólo nos han procurado quebraderos de cabeza con todo este trabajo extraordinario, sin que se nos pague absolutamente nada. —Su voz adoptaba un tono de quejumbrosa insolencia—. No puede hablarme de ese modo. Ya ha pasado el tiempo en que las personas como usted podían expresarse como quisieran.

Dagny nunca había creído que existieran hombres con los que determinado método, no usado nunca por ella, pudiera cobrar efectividad. Semejantes hombres no eran contratados por la «Taggart Transcontinental», ni nunca se vio obligada a tener tratos con ellos.

—¿Sabe quién soy yo? —preguntó en el frío tono de quien pronuncia una amenaza personal.

Aquello causó el efecto deseado.

—Me… me lo figuro —respondió el empleado.

—Pues entonces, permítame decirle que si no manda una tripulación en seguida, se quedará usted sin empleo una hora después de que yo haya llegado a Bradshaw, lo que pienso hacer más tarde o más temprano. Así es que procure facilitarme las cosas.

—Sí, señora.

—Reúna a un equipo completo para tren de pasajeros y dele orden de que nos conduzcan a Laurel, donde tenemos a nuestra gente.

—Sí, señora. —Y añadió—: ¿Comunicará usted a la central que lo hago por orden suya?

—Sí.

—¿Y que es usted la única responsable de todo esto?

—Sí.

Se produjo una pausa, y él añadió desesperado:

—Pero ¿cómo voy a reunir a esos hombres? La mayoría carecen de teléfono.

—¿No tiene un muchacho que pueda llevarles el recado?

—Sí; pero no llegará hasta por la mañana.

—¿Hay alguien en la estación actualmente?

—Está el hombre de la limpieza.

—Pues envíele en seguida en busca de esta tripulación.

—Sí, señora. No cuelgue.

Dagny se reclinó en la pared de la cabina, esperando. Kellogg sonreía.

—¿Se propone usted conducir un ferrocarril… un ferrocarril Transcontinental… con esa gente? —preguntó.

Ella se encogió de hombros.

No podía apartar su mirada del faro. ¡Parecía tan cercano! ¡Tan al alcance de la mano! Sintió como si un inconfesado pensamiento se debatiera furioso en su interior, esparciendo fragmentos de aquella lucha por todo su cerebro. Un hombre capaz de gobernar una enorme fuente de energía, un hombre trabajando en un motor que haría inútiles todos los demás… podía estar hablando con él dentro de algunas horas… sólo unas horas… ¿Y si no hubiera necesidad de correr a su encuentro? Pero era lo único que deseaba. Lo único que quería… ¿Su trabajo? ¿Qué era su trabajo? ¿Procurar el más completo y exacto uso de su mente o pasar el resto de su vida pensando por un hombre que no estaba en disposición de ser siquiera jefe de horarios nocturno? ¿Por qué había elegido trabajar? ¿Con el fin de permanecer donde había empezado, es decir, como telegrafista nocturno de la estación de Rockdale? Trabajó mucho mejor que aquel jefe de horarios, incluso en Rockdale. ¿Constituiría ello la suma final? ¿Un fin más bajo aún que su principio?… ¿Había motivo para apresurarse? Ella era el motivo… ¿Necesitaban los trenes, pero no el motor? Ella necesitaba el motor… ¿Su deber? ¿Hacia quién?

El jefe de horarios tardó bastante tiempo en regresar. Cuando lo hizo, su voz sonaba sumisa.

—El hombre de la limpieza dice que puede reunir a los hombres, pero no sirve de nada porque ¿cómo se los voy a enviar? No tenemos ninguna máquina.

—¿Ninguna máquina?

—No. El superintendente se llevó una para ir a Laurel y la otra está en el taller; lleva allí varias semanas. La de maniobras se saltó un riel esta mañana y no estará reparada hasta mañana por la tarde.

—¿Y la del tren de auxilio que nos estaba ofreciendo?

—Se encuentra en el Norte. Ayer ocurrió un accidente y todavía no ha regresado.

—¿No tienen una Diesel?

—Por aquí nunca hemos tenido semejantes cosas.

—¿Y un carril?

—¡Oh… sí, señora!

—Diga a sus hombres que se detengan en el teléfono número 83, para recogerme a mí y a míster Kellogg —le indicó mirando el faro.

—Sí, señora.

—Llame al jefe de trenes de la Taggart en Laurel; infórmele del retraso del «Comet» y explíquele lo sucedido. —Se metió la mano en el bolsillo y apretó el paquete de tabaco—. ¿Oiga? —preguntó—. ¿Qué es ese faro que se encuentra a cosa de media milla de aquí?

—¿A media milla de donde están ustedes? ¡Oh! Debe ser el del campo de aterrizaje de urgencia de las aerolíneas «Flagship».

—Comprendo… bueno. Eso es todo. Que sus hombres se pongan en camino en seguida. Y no se olvide de decirles que recojan a míster Kellogg junto al teléfono 83.

—Sí, señora.

Colgó. Kellogg estaba sonriendo.

—Un aeropuerto, ¿verdad? —preguntó.

—Si —repuso mirando el faro y sujetando todavía el paquete con la mano.

—¿De modo que han de recoger a míster Kellogg?

Se volvió hacia él, dándose cuenta de la decisión que acababa de adoptar, sin que lo supiera de un modo inconsciente.

—No —dijo—. No intento abandonarle aquí. Se trata sólo de que también yo tengo un asunto urgente en el Oeste y estaba pensando apresurarme tomando un avión; pero no puedo hacerlo y además no es necesario.

—Vamos —dijo él, empezando a caminar hacia el aeródromo.

—Pero es que…

—Si desea hacer algo con más urgencia que cuidar de esa gentuza… adelante.

—Lo más urgente del mundo —murmuró.

—Entonces me quedaré aquí para entregar el «Comet» a su encargado de Laurel.

—Gracias…, pero sepa que no le abandono.

—Lo sé.

—¿Por qué se muestra tan dispuesto a ayudarme?

—Quiero tan sólo hacerle comprender lo que representa realizar algo que uno desea, siquiera por una vez.

—No hay grandes posibilidades de contar con un aparato.

—Yo creo que sí.

Había dos aviones en el borde de la pista; uno de ellos no era más que un aparato siniestrado, inservible incluso para chatarra; el otro, un monoplano Dwighí Sanders completamente nuevo, la clase de avión que todo el mundo solicitaba en vano en el país.

El aeropuerto estaba a cargo de un soñoliento joven, de aspecto robusto, y excepto por cierto leve aroma a universidad en su vocabulario, con un cerebro parecido al del jefe de horarios de Bradshaw. No sabía nada de los dos aviones; se encontraban allí cuando se hizo cargo de su empleo, un año antes. Nunca se le ocurrió preguntar acerca de ellos ni nadie lo había hecho. En el silencioso derrumbamiento, en la lenta disolución de una gran compañía aérea, el monoplano Sander había sido olvidado, de igual modo que otros muchos elementos de su misma naturaleza eran olvidados en diversos lugares… como el modelo del motor quedó abandonado en medio de un montón de chatarra, a la vista de cualquiera, sin provocar atención alguna por parte de los nuevos dueños de la fábrica…

No existían reglas según las cuales poder advertir a aquel joven que era responsable del aparato. La decisión fue adoptada, no por él, sino por los modales bruscos y enérgicos de los dos visitantes; por las credenciales de Miss Dagny Taggart, vicepresidente de una compañía ferroviaria; por breves insinuaciones acerca de una misión urgente y secreta que le sonó a cosa de Washington; por la mención de un convenio con los dirigentes de la firma en Nueva York, cuyos nombres no había oído pronunciar hasta entonces; por un

cheque de mil quinientos dólares extendido por Miss Taggart como depósito que garantizaba la devolución del aparato, y por otro cheque de doscientos que le era entregado en reconocimiento de su amabilidad.

Aprovisionó de combustible al aparato, comprobó lo mejor que pudo su funcionamiento, encontró un mapa de los aeródromos comarcales y Dagny pudo comprobar que existía uno en las afueras de Afton, Utah. Había permanecido sumida en una actividad demasiado intensa para sentir nada; pero en el último instante, cuando el empleado encendió las luces y cuando se disponía a subir al avión, se detuvo un instante para contemplar el vacio del cielo y posar la mirada en Owen Kellogg. Éste se hallaba solo, en medio de la brillante claridad, con los pies firmemente afirmados en el suelo, sobre una isla de cemento, en medio de un círculo de luces cegadoras, sin nada más tras él que una noche interminable. Se preguntó cuál de los dos iba a correr el mayor riesgo y enfrentarse a una soledad más absoluta.

—En caso de que me suceda algo —le dijo—, ¿querrá advertir a Eddie Willers, en mi oficina, que dé un empleo a Jeff Allen, tal como le he prometido?

—Lo haré… ¿Es eso todo cuanto desea… caso de ocurrirle algo? Ella reflexionó un instante y sonrió con tristeza, asombrada ante lo que aquellas palabras parecían insinuar.

—Sí; eso es todo… y también cuente lo sucedido a Hank Rearden, añadiendo que yo le indiqué que lo hiciera.

—Bien.

Levantó la cabeza y añadió firmemente:

—Sin embargo, confío en que no suceda nada. Cuando llegue a Laurel, llame a Winston, Colorado, y avíseles de que estaré allí mañana al mediodía.

—SI, Miss Taggart.

Hubiera deseado tenderle la mano, pero le pareció poco adecuado a la ocasión; luego recordó lo que él dijera acerca de las épocas de soledad. Se sacó el paquete de cigarrillos y le ofreció uno, en silencio. Su sonrisa constituyó una muestra de comprensión total, y la llamita del fósforo al encender los dos cigarrillos substituyó con ventaja al más firme apretón de manos.

Luego Dagny subió a bordo. El siguiente trecho de su conciencia no quedó constituido por momentos y por movimientos separados entre sí, sino por el paso de un movimiento único y una simple unidad de tiempo; una progresión en forma de entidad única como las notas de una pieza musical, desde el momento en que su mano puso en marcha el motor hasta el instante en que éste empezó a zumbar ensordecedoramente como un repentino corrimiento de tierras, y el círculo de la hélice se convirtió en un débil resplandor de aire en movimiento en el comienzo de su recorrido hacia la pista; hasta la breve pausa y luego el empujón hacia delante; hasta el largo y peligroso trayecto de despegue, en una línea recta que nada puede obstruir y en que la velocidad se acelera por medio de un esfuerzo persistente trazando esa prolongada línea que subraya un propósito; hasta que la tierra se hunde y la línea, indemne, se lanza hacia el espacio en la sencilla y natural acción de elevarse.

Vio cómo los postes telegráficos que flanqueaban la vía pasaban bajo las puntas de sus pies. La tierra se sumergió hacia atrás y tuvo la impresión de que todo el peso de la misma se desprendía de sus tobillos; como si el globo se fuera reduciendo de tamaño hasta convertirse en una bola de presidiario que hubiera arrastrado hasta el momento de perderla. Su cuerpo osciló, beodo por la impresión de aquel descubrimiento, y el avión se tambaleó al mismo tiempo, y la tierra, debajo, se movió también a idéntico compás. Había descubierto que disponía totalmente de su propia vida; que no existía ya necesidad de discutir, ni de explicar, ni de enseñar, ni de rogar, ni de luchar…; nada, aparte del

pensamiento y de la acción. Luego la tierra se fue inmovilizando, hasta convertirse en una extensión negra que se hacía más y más amplia mientras el aparato describía círculos en su constante elevación. Cuando miró hacia bajo por última vez, las luces del campo se extinguieron y únicamente percibió los destellos del faro similar a la lumbre del cigarrillo de Kellogg que resplandeciera como un último saludo en las tinieblas.

Luego sólo quedaron las luces de los instrumentos de a bordo y el despliegue de estrellas más allá del cristal. Nada restaba ya para reconfortarla, excepto el latir del motor y la idea de las mentes que lo habían construido. «Pero ¿qué otra cosa puede reconfortar más que eso?», pensó.

Seguía rumbo al Noroeste, para cortar en diagonal el Estado de Colorado. Había escogido el trayecto más peligroso, y tendría que volar por un tramo excesivamente largo de montañas; pero era también el más breve y la seguridad residía en mantener una altura constante. Por otra parte, ninguna montaña le parecía peligrosa al acordarse del jefe de horarios de Bradshaw.

Las estrellas adoptaban un aspecto espumoso y el cielo parecía dotado de un movimiento fluido, cual si una serie de burbujas se formaran y deshicieran en él; como si surgiesen aquí y allá ondas flotantes, en círculos carentes de progresión. De vez en cuando percibía en la tierra un chispazo de luz, mucho más brillante que el estático azul del firmamento, entre el negro de las cenizas y el azul de ¡a bóveda celeste pareciendo esforzarse en conservar su ser. La saludaba y desaparecía.

La pálida franja de un río surgió lentamente, permaneciendo ante su vista durante largo rato, cual si se deslizara imperceptiblemente a su encuentro, cual una vena fosforescente que se mostrara a través de la piel de la tierra, una vena delicada, desprovista de sangre.

Cuando distinguió las luces de la ciudad como un puñado de monedas de oro arrojadas en mitad de la pradera, luces violentas y duras producto de la corriente eléctrica, le parecieron tan distantes como aquellas inalcanzables estrellas. La actividad que les prestaba su brillo había desaparecido; la fuerza que creaba centrales en praderas desiertas no existía ya, y Dagny no sabía qué camino emprender para recuperarlas. Sin embargo, aquéllas fueron sus estrellas, pensó mirando hacia bajo; aquello fue su norte, su faro, la aspiración que la impulsó por su camino ascendente. Lo que otros pretendían sentir a la vista de aquellas estrellas, seguras y distantes millones de años, que no implicaban obligación alguna de actuar, sino que servían tan sólo como oropel a la futilidad del mundo, lo había sentido ella al ver las luces que iluminaban las calles de una ciudad. Era precisamente aquella tierra la que marcaba la altura que quiso alcanzar. Se preguntó cómo había podido perderla, quién la había convertido en una bola de presidiario arrastrada por el fango, quién había transformado su promesa de grandeza en una visión que jamás conseguiría alcanzar. Pero la ciudad había quedado atrás y tenía que mantener la vista fija en su ruta, en las montañas de Colorado que se iban levantando ante ella.

El pequeño cuadrante en el tablero de mando indicaba que estaba ascendiendo. El zumbar del motor, batiendo contra la concha de metal que lo rodeaba, haciendo estremecer el volante que oprimía como el latir de un corazón al que se exigiera un esfuerzo sobrehumano, le hablaba de la fuerza que la estaba transportando por encima de los picos montañosos. La tierra era ahora una encogida escultura que oscilaba de un lado para otro; la forma de una explosión que aún lanzara chispazos, pretendiendo alcanzar el aparato. Creyó verlos en las negras cortaduras que desgarraban la lechosa extensión de estrellas, apareciendo ante su ruta para ensancharse luego a fin de permitirle el paso. Su mente formaba una unidad con su cuerpo, y éste era uno con el aparato; luchaba contra la succión que la impelía hacia bajo, contra las repentinas rachas que estremecían la tierra dándole la sensación de rodar sobre ella, arrastrando tras de sí parte de las montañas. Era

lo mismo que debatirse en un océano congelado, una sola de cuyas salpicaduras podía serle fatal.

Se sucedían trechos de alivio, cuando las montañas se hundían sobre valles cuajados de niebla. Luego ésta se levantaba para engullir a la tierra, y se encontraba suspendida en el espacio, inmóvil por completo, exceptuando el zumbar del motor.

Pero no le era preciso ver la tierra. El cuadro de instrumentos constituía su única fuerza, la visión condensada de una serie de mentes dedicadas a guiarla en su camino, ofreciéndose a ella y no exigiéndole más que la habilidad para leer sus indicaciones. ¿Con qué se habría pagado a aquellos elementos que substituían la vista? Luego de la leche condensada y de la música en conserva, vinieron los instrumentos de precisión, condensados también. ¿Qué riqueza habían otorgado al mundo y qué habían recibido a cambio? ¿Dónde se hallaban ahora? ¿Dónde estaba Dwight Sanders? ¿Dónde el que inventó el motor?

La niebla se estaba levantando y, en un repentino claro, distinguió una gota de fuego sobre una superficie rocosa. No se trataba de una luz eléctrica, sino de una llama solitaria destacando en la obscuridad de la tierra.

Sabía dónde se hallaba y qué representaba aquella llama: era la antorcha Wyatt.

Se acercaba a su meta. En algún lugar tras ella, hacia el Noroeste, se encontraban las cimas perforadas por el túnel Taggart. Las pendientes descendían en prolongado deslizamiento hacia la superficie más firme de Utah. Dejó que el aparato resbalara, aproximándose a la tierra.

Las estrellas desaparecían; el cielo estaba obscureciendo; pero en las aglomeraciones nubosas, hacia el Este, empezaban a aparecer tenues claros, primero como franjas, luego como zonas iluminadas por reflejos, después como trechos más amplios, todavía no rojizos, pero tampoco azules, adoptando el color de una futura luz, del primer atisbo de un inminente amanecer. Aparecían y desaparecían cada vez más brillantes, volviendo el cielo más obscuro y ampliándose luego como una promesa que forcejeara para hacerse cumplir. En su mente repercutió una tonada que a veces recordaba con agrado: no el Quinto Concierto de Halley, sino el Cuarto, el grito de una lucha torturada, con los acordes de su tema irrumpiendo cual una distante visión hacia la que se encaminara.

Distinguió el aeródromo de Afton desde larga distancia, primero como una extensión cuajada de destellos, luego como un estallido de rayos de sol. Estaba iluminado para el despegue de un avión y tuvo que esperar hasta que le permitieran el aterrizaje. Describiendo círculos en la obscuridad que rodeaba el campo, pudo ver el cuerpo plateado de un aparato, surgiendo como el ave fénix de entre un fuego blanco, elevándose en línea recta casi dejando una huella de luz tras sí, pendiente del espacio, mientras tornaba rumbo al Este.

Descendió hacia el lugar que el aparato había ocupado, sumergiéndose en el túnel luminoso de rayos fulgurantes. Vio una pista de cemento ante sí y percibió la sacudida de las ruedas al posarse sobre ella. Luego el impulso fue cediendo hasta que el avión pudo ser dominado con la facilidad de un automóvil, mientras se dirigía a la pista secundaria.

Tratábase de un pequeño aeródromo privado, al servicio del escaso tránsito existente entre los cada vez menores centros industriales de Afton. Vio a un solitario empleado que corría hacia ella. Saltó a tierra, apenas el aparato hubo quedado inmóvil, mientras las horas de vuelo se borraban de su mente con la impaciencia que en ella provocaban los siguientes minutos.

—¿Podría conseguir un automóvil que me llevara en seguida al Instituto Tecnológico? —preguntó.

El empleado la miró perplejo.

—Creo que sí, señora. Pero… ¿con qué propósito? No hay nadie allí.

—Está míster Quentin Daniels.

El empleado sacudió la cabeza lentamente y luego señaló con el pulgar hacia el Este, hacia las luces cada vez más pequeñas del avión que acababa de despegar.

—Míster Daniels se ha ido en él.

—¿Cómo?

—Que acaba de marcharse.

—¿Marcharse? ¿Por qué?

—Se ha ido con un hombre llegado aquí en su busca, hace dos o tres horas.

—¿Qué hombre?

—No lo conozco. No lo había visto nunca. Pero ¡diantre! Su avión es una maravilla.

Escasos minutos después, Dagny oprimía de nuevo los mandos, recorriendo la pista, elevándose en el aire, con el avión dirigido como una bala hacia dos puntos de luz, uno rojo y otro verde, que parpadeaban en la distancia, hacia el Este. «Oh, no —se repetía—. No puede ser. No puede ser. No puede ser…»

Aferrada a los mandos, cual si fuesen enemigos a los que no pudiera dar cuartel, expresando las palabras igual que explosiones que dejaran en su mente una huella de fuego, iba pensando: «Ha llegado el momento… ha llegado el momento de enfrentarse al destructor del mundo… de saber quién es y de averiguar por dónde desaparece… No se llevará el motor a la obscuridad de un lugar desconocido o monstruosamente reservado… Esta vez no escapará…»

Una franja de luz se levantaba por Oriente surgiendo de la tierra como un jadeo largamente retenido. En el profundo azul, encima de aquélla, el avión desconocido era un chispazo que cambiaba de color a destellos, de un costado a otro, como la punta de un péndulo que oscilase en las tinieblas, marcando el paso del tiempo.

La curva de la distancia hacía aparecer dicho chispazo cada vez más próximo a la tierra, y Dagny dio a su aparato la velocidad máxima para no perderlo de vista, para que no tocara el horizonte y desapareciera. La luz fluía en el firmamento como si fuera atraída desde la tierra por aquel avión. Éste puso proa hacia el Sudeste y ella lo siguió hacia el amanecer.

De su transparente verdor de hielo, el firmamento pasó a uní dorado pálido que se fue extendiendo como un lago bajo la frágil película de vidrio rosa. El color de la mañana olvidada que fue la primera que viera en la tierra. Las nubes se estaban deshaciendo en largas hilachas de nebuloso azul. Dagny mantenía la vista fija en el avión desconocido, como si sus ojos fuesen cables que tirasen del qué ella pilotaba. El otro era ahora una pequeña cruz sobre el cielo cada vez más brillante.

Se dio cuenta entonces de que las nubes no descendían, sino que permanecían como congeladas en el borde de la tierra, y comprendió que el avión se dirigía a las montañas de Colorado. De nuevo iba a enfrentarse a una invisible tormenta. Se dio cuenta de ello sin emoción, sin preguntarse si el aeroplano o su cuerpo dispondrían del poder necesario para intentarlo de nuevo. Mientras pudiera moverse, lo haría, siguiendo aquel minúsculo trazo que se alejaba con los últimos retazos de su mundo. No sentía nada, aparte del vacío dejado por un fuego que fue odio y cólera, desesperado impulso de luchar y de matar, todo ello fundido en la resolución primaría de perseguir al desconocido, quienquiera que fuere y a dondequiera que la llevara; seguirlo, y… no añadió nada más interiormente, pero aunque sin declararlo, lo que quedó en el fondo de aquel vacío era este deseo: arrebatar la vida a aquel ser aunque tuviera que perder la suya.

Su cuerpo realizaba los movimientos de dirección como un instrumento de control automático, mientras las montañas se desplazaban en la neblina azul, y los picachos se

elevaban en su ruta cual formaciones nubosas de un azul cada vez más amenazador. Notó que la distancia entre ella y el avión desconocido era menor; había comprobado la velocidad del mismo como medida preventiva antes de atravesar los parajes más peligrosos y con los músculos de sus brazos y piernas se esforzaba en mantener el avión a una marcha constante. Un breve y tenso movimiento de sus labios se asemejó por un instante a una sonrisa; se dijo que era aquel hombre quien conducía el avión para ella. Le había conferido el poder de seguirle, con la habilidad y precisión de un sonámbulo.

Como si respondiera a los movimientos del otro aparato, la aguja de su altímetro ascendía lentamente, mientras Dagny se preguntaba cuándo dejarían de funcionar su respiración y su hélice. Iba hacia el Sudeste, hacia las altas montañas que obstruían el camino del sol.

Fue el aparato perseguido el que primero quedó iluminado por un rayo de sol. Resplandeció un instante como un estallido de fuego blanco enviando rayos desde sus alas. Los picos de las montañas se fueron acercando. Dagny vio cómo la claridad solar alcanzaba la nieve en los barrancos y se desparramaba por los costados de granito, cortando sombras violentas en los bordes y dando a las montañas la viviente finalidad de formas diversas.

Estaban volando sobre la parte más desierta de Colorado, inhabitada e inhabitable, inaccesible para el hombre, a pie o en avión. No era posible aterrizaje alguno en un radio de cien millas; miró el indicador de combustible: le quedaba media hora de vuelo. El desconocido se dirigía en línea recta hacia otra cordillera todavía más alta. Se preguntó por qué escogía una ruta que ninguna línea aérea había atravesado jamás. Hubiera preferido que aquella cordillera se encontrara ya atrás; era el último esfuerzo que su avión podría realizar.

De pronto, el aparato desconocido perdió velocidad y empezó a descender, precisamente cuando ella esperaba que ascendiera. La barrera de granito se elevaba en su camino, acercándose a él, acercándose a sus alas, pero la larga y suave línea de sus movimientos lo impulsaban hacia bajo. No pudo observar oscilación ni bamboleo, ni señal alguna de fallo en los motores; todo tenía el aspecto de un movimiento suave y controlado. Con un repentino resplandor de sol sobre sus alas, el avión describió una larga curva, desparramando luz, y en seguida inició los amplios círculos de una espiral, cual si buscara aterrizar en un paraje donde tal maniobra resultaba inconcebible.

Lo miró, sin intentar explicarse lo que sucedía, sin creer lo que estaba viendo, esperando el empuje hacia arriba que lo volviera a situar en su ruta. Pero los deslizantes círculos continuaron hacia una tierra que ella no quería ver y en la que no se atrevía a pensar. Como restos de mandíbulas rotas, dientes de granito se levantaban entre su avión y el de aquel hombre; no podía imaginar lo que se hallaba en el fondo de la suave espiral; sabía solamente que aquel movimiento era, sin ningún género de duda, el propio de quien se siente impulsado al suicidio.

Por un instante vio el sol reverberar en las alas del aparato. Luego, como el cuerpo de un hombre que se sumerge de cabeza con los brazos extendidos ante sí, abandonándose serenamente al impulso de la caída, el avión continuó bajando y desapareció finalmente tras unos picachos.

Dagny continuó volando como si esperara verlo reaparecer, incapaz de creer que acababa de presenciar una horrible catástrofe, sucedida de un modo tan sencillo y tranquilo. Al llegar a donde el avión se había hundido, le pareció ver un valle entre muros de granito.

Miró hacia bajo. No había lugar para aterrizar, ni vio señal del avión.

El fondo del valle parecía una franja de corteza terrestre, en los días en que la tierra se enfriaba, que hubiese quedado allí inalcanzable y remota. Una franja de rocas se apoyaban unas contra otras, mientras algunas colgaban en precarias formaciones, entre largos y obscuros barrancos. Unos cuantos contorsionados pinos crecían casi

horizontalmente entre ellas. No existía un solo fragmento de suelo llano, ni siquiera del tamaño de un pañuelo. No había lugar alguno en el que pudiera aterrizar un avión. Pero tampoco vio los restos del que andaba persiguiendo.

Descendió bruscamente, describiendo un círculo sobre el valle. Por un efecto de luz que no pudo explicarse, el fondo de aquél se le hizo de pronto más visible que el resto. Lo distinguía lo suficiente como para observar que no había en él avión alguno. Pero no era posible.

Continuó describiendo círculos y descendiendo más y más. Miró a su alrededor y durante un terrible momento le pareció vivir una tranquila mañana de estío; hallarse sola y perdida en la región de las Montañas Rocosas donde ningún aeroplano se hubiera aventurado jamás, mientras las últimas gotas de su combustible se iban agotando en busca de un avión que nunca existió. Llegó a pensar que acaso fuera sólo su imaginación la que la hubiera conducido hasta allí para ser destruida. Movió la cabeza, apretó más firmemente los labios y continuó el descenso.

Era imposible abandonar una riqueza incalculable como la del cerebro de Quentin Daniels en aquellas rocas que se extendían abajo, si es que seguía vivo y a su alcance. Se encontraba ya en el interior de las paredes que formaban el valle. Resultaba peligroso volar por aquel angosto espacio, pero continuó describiendo círculos cada vez más bajos mientras su vida pendía de la penetración de su mirada, y ésta brillaba intensamente, entregada a dos tareas: la de mirar el fondo del valle y la de observar los muros de granito que parecían ir a arrancarle las alas de un momento a otro.

Pero aquel peligro sólo constituía una parte de su trabajo. Carecía ya de significado personal. Dagny experimentaba una emoción salvaje muy similar a la alegría. Estaba viviendo los últimos momentos de cólera de una batalla perdida. «¡No!», gritaba interiormente, dirigiendo aquel grito al elemento destructor, al mundo que quedaba tras ella, a los años vividos y a su larga progresión de derrotas. «¡No… no… no!»

Sus ojos se posaron un instante en el tablero de instrumentos y permaneció rígida, exhalando una exclamación ahogada. La última vez que lo consultó, su altímetro indicaba once mil pies. Ahora marcaba diez mil; pero el fondo del valle no había cambiado. No se hallaba más cerca de ella. Permanecía tan distante como la primera vez que lo vio.

Sabía que la cifra ocho mil significaba el nivel del terreno en aquella parte del Colorado. No había tenido en cuenta la longitud de su descenso. Pero observó que el suelo, claro y cercano desde las alturas, se encontraba ahora tan lejos como antes y era apenas visible. Miraba las mismas rocas desde la misma perspectiva; no se habían hecho mayores, ni sus sombras se movieron, y la única extrañamente fantasmal luz seguía colgando sobre el fondo del valle.

Pensó que su altímetro se había averiado y continuó descendiendo en círculos. Vio cómo la aguja del cuadrante se movía, cómo las paredes de granito se elevaban a sus costados y cómo el círculo de montañas se iba haciendo más alto y sus picachos se acercaban más al cielo; pero el fondo del valle estaba siempre igual, como si el avión se hundiera en un pozo cuyo fondo jamás pudiera alcanzarse.

La aguja marcó nueve mil quinientos, luego nueve mil trescientos, luego nueve mil, y después ocho mil setecientos pies.

La luz que daba sobre Dagny carecía de fuente. Era como si el aire, dentro y más allá del aparato, constituyera una explosión de fuego frío y cegador, repentina y sin ruido. La impresión la obligó a soltar un momento los mandos, y llevarse las manos a los ojos. Cuando las volvió a posar en el volante, la luz había desaparecido, pero el avión descendía en espiral, en sus oídos repercutía un extraño silencio y la hélice había quedado rígida ante ella: el motor estaba muerto.

Intentó elevarse, pero el aparato siguió descendiendo. De pronto, vio afluir hacia si no el conjunto de contorsionados peñascos que formaban aquel paraje, sino la verde hierba de un campo, allí donde no había habido campo alguno.

No tuvo tiempo para ver el resto, ni para pensar en explicaciones, ni para evitar la caída. La tierra era como una alfombra verde que ascendiera hacia ella. Sólo quedaban unos centenares de pies, que iban disminuyendo velozmente.

Oscilando de un lado para otro como un péndulo, aferrada al volante, medio sentada, medio de rodillas, se esforzó en obligar al aparato a un descenso planeando; en aterrizar sobre el fuselaje, mientras el terreno verde volteaba a su alrededor y sobre su cabeza, para volver de nuevo abajo, acercándose cada vez más y más. Tirando con todas sus fuerzas de la palanca, aunque sin posibilidades de saber si lo conseguiría, mientras espacio y tiempo se iban extinguiendo, notó de repente, con toda su total y violenta pureza, aquel sentido de seguridad que siempre fue privativo de su persona. En un momento de rebelde negativa a un desastre, de amor a la vida y al valor inalterable de la misma, experimentó la orgullosa certeza de que sobreviviría.

Y en respuesta a aquella tierra que volaba a su encuentro, oyó en su interior como una burla hacia el hado, como un grito de desafío, las palabras que formaban aquella frase aborrecida; palabras de derrota, de desesperación y de súplica de auxilio:

«¿Quién es John Galt?»

TERCERA PARTE

A ES A

CAPÍTULO I

LA ATLÁNTIDA

Cuando abrió los ojos pudo ver la claridad solar, unas hojas verdes y el rostro de un hombre. «Sé lo que ha ocurrido», pensó. Tal era el mundo que había esperado ver a los dieciséis años. Lo había alcanzado ahora, y parecía tan simple, tan falto de sorpresas, que en su mente se formó una bendición, compuesta de sólo dos palabras: «Desde luego».

Mirando la cara del hombre, arrodillado junto a ella, comprendió que en los años vividos hasta entonces hubiera dado su vida por ver aquello: una cara sin huella de dolor, de temor ni de culpa. La forma de su boca expresaba orgullo y aún más: parecía sentir el orgullo de ser orgulloso. Los planos angulares de sus mejillas denotaban tal vez arrogancia, tensión y desprecio; sin embargo, su cara no poseía ninguna de dichas expresiones por separado, sino que era una suma de ellas; expresaba serena determinación y certidumbre, y a la vez una implacable candidez que no buscaba el perdón ni lo otorgaba. Era una cara que nada tenía que ocultar o a qué escapar; una cara sin miedo a ser vista ni a ver; lo primero que observó en ella fue la intensa atención de sus pupilas, como si la facultad de ver constituyera su más apreciada herramienta y el ejercicio de la misma representara una aventura ilimitada y venturosa; como si sus ojos impartieran un valor superlativo a sí mismo y al mundo; a sí mismo por su capacidad de ver y al mundo por ser un lugar digno de ser contemplado. Por un instante le pareció hallarse en presencia de un espíritu puro; sin embargo, nunca se había sentido tan consciente de un cuerpo masculino. La tela ligera de su camisa parecía incrementar, antes que ocultar, la estructura de su cuerpo; tenía la piel bronceada y sus miembros poseían la dureza, la firme y tensa fuerza, la limpia precisión de una estatua fundida en metal, de un metal de tono suave y lustroso, como una aleación de aluminio y de cobre. Dicho color se mezclaba al castaño obscuro de su pelo; los mechones sueltos de éste adoptaban un tono dorado bajo el sol y sus ojos completaban aquel extraño conjunto como única parte de la estatua que brillara de un modo penetrante y lustroso; eran de un verde profundo y obscuro como el de la luz al dar sobre el metal.

. La miraba con una débil traza de sonrisa, pero no con la expresión de quien ha descubierto algo, sino con aire familiar, como si él también se encontrara ante una cosa esperada largamente y de la cual nunca dudó.

Dagny pensó que aquél era su mundo, que aquél era el modo en que los hombres deberían ser y su manera de enfrentarse a la existencia; todo lo demás, los años de fealdad y de forcejeo, constituían una insensata broma. Le sonrió como a un compañero de conspiración, aliviada, libertada, burlándose radiantemente de todas aquellas cosas que a partir de entonces nunca volvería a considerar importantes. Él le respondió del mismo modo, con idéntica sonrisa, como si comprendiera sus sentimientos y supusiera lo que representaban.

—Nunca debimos tomarnos nada de ello en serio, ¿verdad? —susurró Dagny.

—No, nunca.

De pronto, recobrando totalmente la conciencia, se dijo que aquel hombre le era totalmente desconocido.

Intentó apartarse de él, pero sintió tan sólo el débil movimiento de su cabeza sobre la hierba en que descansaba. Intentó levantarse, pero una punzada de dolor en la espalda la obligó a tenderse de nuevo.

—No se mueva, Miss Taggart. Ha sufrido usted algunas magulladuras.

—¿Me conoce? —preguntó ella con voz impersonal y dura.

—La conozco desde hace muchos años.

—¿Y yo a usted?

—Creo que también.

—¿Cómo se llama?

—John Galt.

Le miró sin moverse.

—¿Por qué tiene miedo? —preguntó él.

—Porque le creo.

Galt sonrió como si acabara de escuchar una confesión total acerca de lo que ella relacionaba con su nombre; su sonrisa era como la aceptación de un desafío y al propio tiempo como la diversión de un adulto ante el engaño de un niño.

Le pareció volver a la normalidad, luego de un choque que hubiese hecho pedazos algo más que su avión. No le era posible reajustar las piezas; no podía recordar las cosas conocidas acerca de aquel hombre; sabía tan sólo que representaba un obscuro vacío que ahora tendría que llenar lentamente. Pero no iba a serle posible empezar la tarea en seguida; la presencia de aquel hombre resultaba cegadora como un foco que no le permitiera ver las sombras situadas en la obscuridad del exterior.

—¿Es a usted a quien he venido siguiendo? —le preguntó.

—Sí.

Miró lentamente a su alrededor. Estaba tendida en un campo de hierba, al pie de unos despeñaderos de granito que se elevaban a miles de metros hacia el cielo azul. Al otro borde del campo algunos peñascos y pinos y el follaje brillante de unos cuantos abedules ocultaban el espacio que se extendía hasta un distante muro de montañas en círculo. Su avión no estaba destrozado; se encontraba a muy poca distancia, posado sobre el fuselaje.

No había ningún otro aparato a la vista, ni estructura ni señal alguna de habitación humana.

—¿Qué valle es éste?

—El «Terminal Taggart» —contestó él, sonriendo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ya lo verá.

Cierto ligero impulso, como el que se experimenta al ver retroceder a un antagonista, le hizo desear comprobar la fuerza que aún le quedaba. Podía mover brazos y piernas y levantar la cabeza; pero sintió un profundo dolor al respirar hondo y pudo ver un hilillo de sangre corriéndole por una media.

—¿Hay posibilidades de salir de aquí? —preguntó.

La voz del desconocido pareció sonar enérgica, pero el brillo de sus ojos, de un verde metálico, equivalía a una sonrisa.

—Por el momento, no… más tarde, sí.

Dagny hizo un movimiento para levantarse y Galt se agachó para ayudarla; pero ella hizo acopio de fuerzas de un modo repentino y escapando a sus manos se esforzó para ponerse en pie.

—Creo que puedo… —dijo, pero hubo de apoyarse en él en cuanto sus pies tocaron el suelo, mientras un agudo dolor le ascendía desde aquel tobillo que se negaba a sostenerla.

Galt la levantó en brazos y sonriendo dijo:

—No. No puede usted, Miss Taggart.

Y echó a andar a través de aquel campo.

Ella permanecía inmóvil rodeada por sus brazos, descansando la cabeza sobre un hombro. «Durante unos momentos… mientras esto dure, está bien rendirse por completo; olvidarse de todo y permitirse tan sólo sentir…», reflexionó, preguntándose cuándo había experimentado aquello antes. Porque hubo un momento en que aquellas palabras resonaron en su mente, aunque no podía recordar cuándo. Un momento en que experimentó un parecido sentimiento de certidumbre, en que creyó haber llegado a la meta, al final, a lo incuestionable y completo. Pero resultaba extraño sentirse protegida y aceptar aquella protección como algo bueno; rendirse ante un sentimiento de seguridad tan peculiar que no constituía protección contra el futuro, sino contra el pasado; no era la protección de verse libre de una batalla, sino la de haber vencido en la misma; no una protección otorgada a su debilidad, sino a su fuerza… Notando con anormal intensidad la presión de sus manos, el dorado y cobrizo color de su pelo y las sombras de sus pestañas sobre la piel de la cara a muy poca distancia] de la suya, se preguntó débilmente: «¿Protegida de qué…?» Él era el enemigo… pero no lo sabía con certeza ni podía pensar en ello. Le costaba un gran esfuerzo recordar que había perseguido una finalidad y un objetivo tan sólo algunas horas antes. Se esforzó en recordarlo.

—¿Sabía que lo iba siguiendo? —preguntó.

—No.

—¿Dónde está su avión?

—En el campo de aterrizaje.

—¿Dónde se encuentra el campo de aterrizaje?

—Al otro lado del valle.

—No habla campo alguno cuando miré hacia acá. Ni tampoco pradera. ¿Cómo he llegado a este lugar?

Él miró hacia arriba.

—Observe con cuidado. ¿Ve alguna cosa?

Dagny echó la cabeza hacia atrás, contemplando el cielo, sin ver nada en él, aparte del sereno azul de la mañana. Al cabo de un rato pudo percibir ciertas débiles ondulaciones en el aire.

—Ondas de calor —dijo.

—Rayos refractarios —la corrigió él—. Ese valle que usted vio es la cumbre de una montaña de ocho mil pies, situada a cinco millas de aquí.

—¿Una… qué?

—Una cumbre montañosa que ningún aviador escogería como aeródromo. Lo que usted miraba era su reflejo proyectado sobre este valle.

—¿Cómo?

—Por el mismo sistema que produce un espejismo en un desierto: una imagen reflejada por una capa de aire caliente.

—¿De qué manera?

—Gracias a una pantalla de rayos calculada para protegernos contra todo… excepto contra un valor como el suyo.

—¿Qué ha querido decir?

—Jamás creí que un aparato intentara descender a menos de setecientos pies en este terreno. Tocó usted la pantalla de rayos. Algunos pertenecen a la clase de los que inmovilizan los motores magnéticos. Bien. Es la segunda vez que me derrota. Nadie me siguió hasta aquí jamás.

—¿Para qué necesita esa pantalla?

—Porque el valle es una propiedad privada y quiero conservarla como tal.

—¿Qué paraje es éste?

—Ahora que está aquí se lo voy a enseñar, Miss Taggart. Y una vez lo haya visto, contestaré a sus preguntas.

Dagny guardó silencio. Se había mostrado curiosa acerca de diversos asuntos, pero no había preguntado acerca de él. Era como si aquel hombre constituyera un todo único, capaz de ser captado de una sola ojeada, como una concreción total, como un axioma que no podía ser explicado; como si lo supiera todo acerca de él por percepción directa, y lo que anhelase ahora fuera sólo el proceso de identificar los conocimientos adquiridos.

La llevaba por un estrecho sendero, que descendía serpenteando hasta el fondo del valle. En las laderas a su alrededor las altas y obscuras pirámides de los abetos se mostraban inmóviles y rectas en masculina simplicidad, como esculturas reducidas a una forma esencial, en agudo contraste con el completo y femenino encaje de las hojas de los abedules estremeciéndose al sol. Dichas hojas dejaban que los rayos de luz alcanzaran el pelo de aquel hombre, dando en las caras de ambos. Dagny no podía ver lo que se hallaba más abajo, fuera de las vueltas del sendero.

Sus ojos se posaban una y otra vez en el rostro del desconocido, mientras él la miraba también de vez en cuando. Al principio Dagny desviaba la vista, como si hubiera sido atrapada en un acto furtivo. Luego, cual si aprendiera de él, sostuvo su mirada cada vez que la contemplaba, sabiendo que estaba enterado de sus sentimientos y que no le ocultaba el significado de sus miradas.

Sabía que su silencio equivalía a una confesión idéntica a la suya. No la sostenía a la manera impersonal de quien transporta a una mujer herida, sino como si la abrazara aunque ella no notase la sugerencia de semejante actitud. Tratábase tan sólo de una impresión originada por la certeza de que era su cuerpo entero el que la sostenía.

Percibió el rumor de la cascada antes de distinguir la frágil caída de agua, rompiéndose en varias franjas brillantes por entre los peñascos. El ruido llegaba hasta ella a través del débil latir de sus sentidos; de cierto suave ritmo, no más sonoro que un recuerdo que se trata de evocar; pero cuando hubieron dejado atrás la cascada, aquel latir continuó. El sonido del agua quedó substituido por otro más claro, procedente de un lugar entre las hojas. El camino describía una vuelta y al rodearla vio una casita sobre un saliente, más abajo; un rayo de sol daba sobre el cristal de una ventana abierta. En el momento de comprender qué la hizo desear cierta vez rendirse al inmediato presente, la noche en que yendo en un polvoriento vagón del «Comet» escuchó por vez primera el tema del Quinto Concierto de Halley, las notas del mismo llegaron a ella surgiendo del teclado de un piano, en acordes claros y precisos, arrancados por una mano poderosa y tranquila.

Formuló la pregunta de pronto, como si intentara cogerlo desprevenido.

—Es el Quinto Concierto de Richard Halley, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cuándo lo escribió?

—¿Por qué no se lo pregunta a él en persona?

—¿Se encuentra aquí?

—Es él quien toca. Y ésa es su casa.

—¡Oh!…

—Ya lo conocerá después. Halley se alegrará de hablar con usted. Sabe que sus obras son las únicas que le gusta escuchar por las noches, cuando está sola.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque yo se lo dije.

La expresión de la cara de Dagny era como una pregunta que hubiese empezado así: «¿Cómo diantre…?» Pero le miró y se echó a reír, dando con aquella risa pleno significado a su mirada.

No podía preguntar nada, ni dudar, mientras aquella música se elevara triunfante por entre las hojas cuajadas de sol; la música del olvido, de la liberación, ejecutada tal como debía serlo, tal como su mente se esforzó en oírla en aquel vagón tambaleante, entre el rumor de las ruedas heridas. Era aquello lo que su mente vio a través de los sonidos: aquel valle, el sol matutino y…

Ahogó una exclamación porque el sendero había descrito una curva y desde la altura de un lugar despejado distinguió una ciudad en el fondo del valle.

No era propiamente una ciudad, sino una agrupación de casas, desparramadas desde el fondo hasta el pie de las laderas, que se elevaban sobre sus tejados, encerrándolos dentro de un abrupto e inaccesible circulo. Eran casitas pequeñas y nuevas, de formas angulares y desnudas, con amplios y brillantes ventanales. Muy lejos, en la distancia, algunas estructuras parecían mayores, y los penachos de humo sobre ellas indicaban un distrito industrial. Ante su vista, elevándose sobre una esbelta columna de granito, situada en un peñasco al nivel de sus ojos, cegándola con su resplandor y dejando en la penumbra el resto, pudo contemplar un signo del dólar de un metro de altura, esculpido en oro macizo. Se alzaba en el espacio, sobre la ciudad, cual si fuera su escudo de armas, su marca, su símbolo y su faro. Captaba los rayos solares y, al igual que un transmisor de energía, los mandaba otra vez como una resplandeciente bendición sobre los tejados de las casas.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz contenida señalándolo.

—¡Oh! Una broma de Francisco.

—¿De qué Francisco? —murmuró, conociendo la respuesta de antemano.

—De Francisco d'Anconia.

—¿También se encuentra aquí?

—Llegará de un día para otro.

—¿A qué se refiere con eso de la broma?

—Entregó el emblema como regalo de cumpleaños al propietario de este lugar, y luego lo adoptamos como símbolo particular. Nos gustó la idea.

—¿No es usted dueño de esto?

—¿Quién, yo? No. —Miró hacia el pie de la quebrada y añadió, señalando—: Por ahí viene.

Un automóvil se había detenido al final de una carretera situada más abajo y dos hombres ascendían a paso vivo el camino. No podía distinguir sus rostros. Uno de ellos era alto y flaco, y el otro de menor estatura y más musculoso. Los perdió de vista en una curva del sendero mientras él la seguía sosteniendo.

Coincidieron con ellos al volver repentinamente un saliente rocoso. La visión de sus rostros la impresionó tan vivamente como si hubiera chocado con un obstáculo.

—¡Diantre! —exclamó el hombre musculoso, al que no conocía, mirándola.

Dagny había fijado la mirada en la alta y distinguida figura de su compañero: era Hugh Akston.

Akston fue el primero en hablar, inclinándose ante ella en una cortés sonrisa de bienvenida.

—Miss Taggart, ésta es la primera vez que alguien me desmiente. Cuando le dije que nunca encontraría a ese hombre, no pude prever que iba a verla en sus brazos.

—¿En brazos de quién?

—¿De quién ha de ser? ¡De quien inventó el motor!

Ella jadeo cerrando los ojos. Tratábase de una conexión que debió haber establecido desde el principio. Cuando abrió los párpados de nuevo pudo ver que Galt sonreía, débil e indiferentemente, cual si supiera lo que aquello significaba para ella.

—Le hubiera estado muy bien romperse la cabeza —declaró el hombre musculoso, irritado hasta un grado parejo con la afectuosidad—. ¡Vaya riesgo que ha corrido! No había necesidad de ello, puesto que hubiera sido usted admitida aquí con gran placer con sólo que hubiese llamado a nuestra puerta.

—Miss Taggart, ¿puedo presentarle a Midas Mulligan? —preguntó Galt.

—¡Oh! —exclamó ella débilmente, echándose a reír, desprovista ya de toda capacidad para el asombro—. ¿Imaginaron que me había matado en el aterrizaje y que estoy viviendo alguna otra clase de existencia?

—En efecto, se trata de otra clase de existencia —dijo Galt—. Pero en cuanto a lo de haberse matado, ¿no cree que ha sucedido precisamente lo contrario?

—¡Oh! Sí —murmuró Dagny—. Sí. —Sonrió a Mulligan—. ¿Dónde está la puerta?

—Aquí —respondió él, señalando su frente.

—He perdido la llave —dijo Dagny sencillamente, sin resentimiento alguno—. He perdido todas las llaves.

—Ya las encontrará. Pero, ¿qué diantre hacía en ese avión?

—Siguiéndole.

—¿A él? —preguntó señalando a Galt.

—Sí,

—Ha tenido mucha suerte al salir bien de esta prueba. ¿Está herida?

—No lo creo.

—Tendrá que contestar unas cuantas preguntas antes de que la aceptemos. —Se volvió bruscamente, precediéndoles hacia el automóvil y luego miró a Galt—. Bueno, ¿qué hacemos? Existe algo que no habíamos previsto: tenemos aquí al primer disconforme.

—¿El primer… qué? —preguntó Dagny.

—No haga caso —respondió Mulligan mirando a Galt—. ¿Qué hacemos ahora?

—La tomaré a mi cargo —dijo Galt—. Yo seré el responsable. Usted ocúpese de Quentin Daniels.

—¡Oh! No constituye problema. Sólo necesita familiarizarse con este sitio. Parece conocer todo el resto.

—Sí. Ha recorrido el camino por sí mismo. —Al ver cómo ella le miraba asombrada, añadió—: Hay algo que debo agradecerle, Miss Taggart: me halagó usted sobremanera cuando escogió a Quentin Daniels como mi suplente. Hubiera podido serlo muy bien.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Dagny—. ¿Quieren decirme qué ha sucedido?

—Midas vino a recibirnos al aeródromo, me llevó a mi casa y luego se fue con Daniels. Yo me tenía que unir con ellos para el desayuno, pero entonces vi su aparato describiendo círculos en dirección a esa pradera. Y como era el más cercano a aquel lugar, me dirigí hacia allá.

—Llegamos lo antes que pudimos —dijo Mulligan—. Pensé que quien viajaba en aquel avión merecía matarse. Jamás pude imaginar que se tratara de una de las dos personas a quienes más aprecio en el mundo.

—¿Cuál es la otra? —preguntó Dagny.

—Hank Rearden.

Se tambaleó ligeramente; era como haber recibido otro golpe desde mucha distancia; preguntóse por qué le parecía que Galt estaba observando atentamente su rostro, y creyó ver también un breve cambio imposible de definir en el suyo.

Se hablan acercado al automóvil. Era un Hammond con la capota bajada; uno de los modelos más lujosos, con algunos años de antigüedad, pero* mantenido en un estado de absoluta perfección. Galt la colocó con sumo cuidado en el asiento posterior, reteniéndola en el circulo de sus brazos. Experimentaba una punzada de dolor de vez en cuando, pero no tenía tiempo para prestarle atención. Miró las lejanas casas de la ciudad, mientras Mulligan ponía en marcha el vehículo y éste iniciaba su marcha. Al pasar ante el signo del dólar, un rayo de oro le dio en los ojos, cruzando luego su frente.

—¿Quién es el dueño de todo esto? —preguntó.

—Yo —respondió Mulligan.

—¿Y él? —quiso saber, señalando a Galt.

—Trabaja aquí —respondió Mulligan con una leve sonrisa.

—¿Y usted, doctor Akston? —siguió preguntando. El aludido miró a Galt.

—Soy uno de sus dos padres, Miss Taggart. El que no le traicionó.

—¡Oh! —exclamó Dagny conforme otra pieza encajaba en su lugar—. ¿Su tercer discípulo?

—En efecto.

—¡El ayudante de contabilidad! —gimió ella de repente ante un nuevo recuerdo.

—¿Cómo ha dicho?

—Eso es lo que le llamó el doctor Stadler. Según él, en aquello se había convertido su tercer discípulo.

—Exageró —dijo Galt—. Estoy muy por debajo de eso, según su escala de valores y la de su mundo.

El automóvil había penetrado en una calle que ascendía en dirección a una casa solitaria, situada en un saliente, sobre el valle. Vio a un hombre caminar por un sendero frente a ellos, apresurándose hacia la ciudad. Llevaba un mono azul y una caja para la comida. En la vivacidad de su paso le pareció observar algo ligeramente familiar. Cuando el automóvil pasó junto a él, pudo distinguir su cara. Se hizo hacia delante y elevando la voz hasta un grito de dolor, originado tanto por el dolor que le produjo el movimiento como por la impresión recibida:

—¡Deténgase! ¡Deténgase! No le perdamos. Era Ellis Wyatt.

Los tres se echaron a reír, pero Mulligan detuvo el coche.

—¡Oh!… —dijo Dagny débilmente, excusándose al darse cuenta de que precisamente aquel lugar era el único del que Wyatt no podía desaparecer de improviso.

Wyatt corría hacia ellos, luego de haber reconocido también a Dagny.

Al llegar junto al coche y cogerse a él como si quisiera frenarlo, Dagny pudo ver su cara iluminada por aquella joven y triunfante sonrisa que sólo había observado en otra ocasión: en el andén del empalme Wyatt.

—¡Dagny! ¿También usted, por fin? ¿Es una de las nuestras?

—No —dijo Galt—. Miss Taggart no está aquí por su propia voluntad.

—¿Cómo?

—El aparato de Miss Taggart se estrelló aquí. ¿No lo ha visto?

—¿Que se estrelló aquí?

—Sí.

—Oí el ruido de un motor, pero… —Su expresión de sorpresa se transformó en una sonrisa divertida y amistosa—. Ya veo. ¡Vaya, Dagny! Es absurdo.

Le miraba incapaz de relacionar el pasado con el presente. Y con el mismo aire de impotencia como se hablaría en sueños de un amigo muerto, pronunciando las palabras que uno lamenta no haber podido dirigirle en vida, le explicó, al tiempo que evocaba el sonar de un teléfono al que nadie contestaba, casi dos años atrás, lo que siempre esperó manifestarle si alguna vez volvía a verle:

—Traté… traté de ponerme en contacto con usted. Él sonrió suavemente.

—Hemos intentado verla desde entonces, Dagny… Hablaremos esta noche. No se preocupe. No desapareceré y confío en que usted tampoco desaparezca.

Hizo una seña de adiós a los demás y continuó su camino, balanceando el recipiente de la comida. Dagny levantó la mirada cuando Mulligan ponía en marcha el motor, y vio que Galt la contemplaba atentamente. Su rostro se endureció como en sincera admisión de su dolor, al tiempo que desafiaba la satisfacción que aquello pudiera significar para él.

—De acuerdo —dijo—. Comprendo el espectáculo que quieren ofrecerme, confiando en dejarme por completo asombrada.

Pero no había crueldad ni compasión en el rostro de Galt, tan sólo la expresión imparcial de un hombre justo.

—Nuestra primera regla aquí, Miss Taggart, es la de que cada uno ha de ver por sí mismo —respondió.

El automóvil se detuvo frente a una casa solitaria, construida en toscos bloques de granito. La mayor parte de su fachada quedaba cubierta por amplias vidrieras.

—Enviaré al doctor —dijo Mulligan continuando su camino, mientras Galt conducía a Dagny sendero arriba.

—¿Es su casa? —preguntó.

—Sí. Mía —respondió él abriendo la puerta con el pie.

Cruzó con ella el umbral, entrando en la resplandeciente sala donde los rayos de luz daban sobre paredes de pulimentado pino. Vio unos cuantos muebles trabajados a mano, un techo de vigas desnudas, una arcada que daba paso a una cocinita con primitivas estanterías, una mesa de madera y el asombroso detalle de un resplandeciente fogón eléctrico. El lugar tenía la primitiva simplicidad de una cabaña de la época de las luchas fronterizas, reducida a lo más imprescindible, pero dentro de una supermoderna habilidad.

La llevó por entre los rayos de sol, hasta llegar a un cuartito, dejándola sobre una cama. Vio una ventana abierta sobre rocas escalonadas y pinos que parecían ascender hasta el cielo. Observó lo que parecían inscripciones talladas en la madera de las paredes; líneas desperdigadas, trazadas al parecer por manos distintas, pero no pudo distinguir las palabras. Vio * otra puerta a medio abrir; conducía a la habitación de Galt.

—¿Soy una invitada o una prisionera? —preguntó.

—Usted misma deberá decidirlo, Miss Taggart.

—No puedo, puesto que trato con un desconocido.

—No es así. ¿Acaso no impuso mi nombre a su línea férrea?

—¡Oh, sí! —El leve chasquido de otra conexión acababa de sonar—. Si, yo… —Contemplaba la alta figura, con el cabello iluminado por el sol, reprimiendo una sonrisa en sus ojos implacablemente perceptivos. Rememoró la lucha que tuvo que entablar para construir la línea, y revivió la jornada estival del primer trayecto recorrido en la misma. Se dijo que si una figura humana podía adoptar la forma del emblema de su línea, la figura estaba allí—. Sí… en efecto… —Luego, recordando el resto, añadió—: Pero la nombré de ese modo pensando en que tal persona era enemiga.

—¿Es ésa la contradicción que tenía usted que resolver más tarde o más temprano? —preguntó él, sonriendo.

—Era usted… ¿no es cierto?… quien destruyó mi línea…

—¡Oh, no! Fue una contradicción.

Dagny cerró los ojos y al cabo de un momento preguntó: —De todas esas historias oídas acerca de usted… ¿cuál de ellas es cierta?

—Todas.

—¿Fue usted mismo quien las divulgó?

—No. ¿Con qué propósito? Nunca sentí deseo de que se hablara de mí.

—Pero, ¿no se da cuenta de que se está convirtiendo en leyenda?

—Sí.

—El joven inventor de la «Twentieth Century Motor Company» es la única versión real de la misma, ¿verdad?

—Sí. La única completamente real.

Dagny no pudo pronunciar las siguientes palabras de un modo indiferente. Su voz adoptó un tono tembloroso, que parecía ir a convertirse en murmullo, al preguntar:

—El motor… el motor que encontré… ¿lo construyó usted?

—Sí.

No pudo impedir la sacudida de emoción que la obligó a levantar vivamente la cabeza.

—El secreto de transformar la energía… —empezó, pero se detuvo.

—Puedo revelármelo en quince minutos —dijo Galt en respuesta a la desesperada súplica que ella no había pronunciado—, pero no existe poder alguno en el mundo que pueda obligarme a ello. Si comprende tal cosa, comprenderá también todo cuanto ahora la perturba.

—Aquella noche… hace doce años… aquella noche de primavera en que usted abandonó una reunión a la que asistían seis mil criminales… ¿existió de verdad?

—Sí.

—¿Les dijo usted que detendría el motor del mundo?

—Así es.

—¿Qué ha hecho desde entonces?

—No he hecho nada, Miss Taggart. Y eso constituye la totalidad de mi secreto.

Lo contempló en silencio prolongadamente, mientras él seguía aguardando cual si pudiera leer sus pensamientos.

—El destructor… —empezó Dagny en tono de maravilla y de impotencia.

—… la criatura más malvada que haya existido jamás —añadió él, como quien repite una frase ajena. Y Dagny pudo reconocer sus propias ideas—: El hombre que está marchitando el cerebro del mundo.

—¿Hasta qué punto me ha estado usted vigilando y durante cuánto tiempo? —preguntó ella.

La pausa duró sólo un instante; los ojos de Galt no se movieron, pero le pareció como si su mirada se hiciese más intensa, como si confiriese una atención especial a su persona. Y percibió una intensidad particular en su voz al responder pausadamente:

—Durante muchos años.

Dagny cerró los ojos, dispuesta a descansar y a ceder. Experimentaba cierta extraña y ligera indiferencia, como si, de repente, no deseara más que el consuelo de rendirse a lo inútil.

El médico que llegó después era un hombre de pelo gris, rostro agradable y reflexivo, y modales confiados y corteses.

—Miss Taggart, ¿puedo presentarle al doctor Hendricks? —preguntó Galt.

—¿No será el doctor Thomas Hendricks? —preguntó ella, perpleja, con la involuntaria espontaneidad de un niño.

Porque dicho nombre pertenecía a un gran cirujano, desapareado seis años atrás.

—Sí. Desde luego —respondió Galt El doctor Hendricks sonrió en respuesta.

—Midas me dijo que Miss Taggart había de ser tratada de una fuerte impresión —indicó —. Pero no de la que haya recibido, sino en prevención de las que sufrirá.

—Le dejo con ella —dijo Galt—, mientras voy al mercado en busca de provisiones para el desayuno.

Dagny observó la destreza del doctor Hendricks, conforme examinaba sus. contusiones, utilizando un objeto que no había visto hasta entonces: un aparato de rayos X portátil. Supo más tarde que se había roto los cartílagos de dos costillas, desarticulado un tobillo, contusionado una rodilla y un codo y sufrido en diversas partes del cuerpo contusiones que formaban manchas purpúreas. Para cuando las rápidas y eficientes manos del doctor Hendricks hubieron colocado los vendajes y los esparadrapos en los sitios adecuados, le pareció como si su cuerpo fuera una máquina recién comprobada por un experto mecánico, haciendo innecesario cualquier otro cuidado.

—Le aconsejo que permanezca algún tiempo en cama, Miss Taggart.

—¡Oh, no! Tendré cuidado y caminaré con lentitud. Esto no es nada.

—Debería descansar.

—¿Cree que puedo hacerlo?

—Me parece que j\o —respondió él sonriendo.

Para cuando Galt hubo regresado había vuelto a vestirse. El doctor Hendricks facilitó a aquél una impresión de su estado, añadiendo:

—Volveré mañana.

—Gracias —dijo Galt—. Mándeme la factura.

—¡Nada de eso! —replicó Dagny, indignada—. Pagaré yo.

Los dos hombres se miraron divertidos, como ante la jactancia de un pordiosero.

—Hablaremos de eso más tarde —dijo Galt.

El doctor Hendricks se marchó y Dagny intentó ponerse en pie y caminar, cojeando y agarrándose a los muebles. Galt la sostuvo en sus brazos y la llevó a la cocina, sentándola en una silla junto a la mesa preparada para dos.

Dagny se dio cuenta de que sentía apetito al ver la cafetera hirviendo sobre el fogón, los dos vasos de jugo de naranja y la pesada vajilla blanca resplandeciendo al sol sobre la pulida superficie de la mesa.

—¿Cuándo ha dormido o comido la última vez? —preguntó.

—No lo sé… cené en el tren con…

Sacudió la cabeza con expresión jovial y amarga. «Con un mendigo», pensó, como si una voz desesperada le rogara escapar de un vengador que no la perseguía ni al que podría perjudicar; el vengador sentado frente a ella, bebiéndose un vaso de jugo de naranja.

—No lo sé… lo creo situado a muchos siglos y continentes de distancia.

—¿Cómo me ha seguido?

—Aterricé en el aeropuerto de Afton, cuando su aparato levantaba el vuelo. Un empleado me dijo que Quentin Daniels iba con usted.

—Recuerdo su avión cuando describía círculos para aterrizar. Pero fue la única vez en que no se me ocurrió pensar en su persona. Creí que llegaría por tren.

Contemplándole fijamente, Dagny preguntó:

—¿Cómo quiere que interprete eso?

—¿A qué se refiere?

—A lo de que es la única vez en que no se ha acordado de mí.

Galt sostuvo su mirada y Dagny percibió de nuevo aquel débil movimiento que ya había notado y que era típico en él: el de su orgullosa boca curvándose en un atisbo de sonrisa.

—Entiéndalo del modo que prefiera —le contestó.

Dejó pasar unos instantes para subrayar sus palabras con la severidad del rostro y luego preguntó fríamente, en el tono de quien acusa a un enemigo:

—¿Sabía usted que iba en busca de Quentin Daniels?

—Sí.

—¿Y se lo llevó de allí rápidamente, a fin de que yo no lo encontrara? ¿Con la intención de derrotarme, sabiendo a conciencia la clase de derrota que ello significaba para mí?

—Desde luego.

Ahora fue ella la que miró hacia otro lado, guardando silencio. Galt se levantó para preparar el resto del desayuno. Le observó mientras permanecía junto al fogón, tostando pan y friendo huevos y tocino. Había un modo tranquilo y habilidoso en su manera de trabajar, pero dicha destreza parecía pertenecer a una actividad distinta; sus manos se movían con la rápida precisión de un ingeniero pulsando conmutadores en un tablero de control Recordó súbitamente dónde había visto una actuación tan experta y al mismo tiempo tan absurda.

—¿Es lo que ha aprendido del doctor Akston? —preguntó señalando el fogón.

—Sí, entre otras cosas.

—¿Le ha enseñado a pasar el tiempo… su tiempo —no pudo retener un estremecimiento de indignación que conmovió su voz —en esta clase de trabajo?

—Lo he perdido también trabajando en cosas de mucha menos importancia.

Al colocar el plato ante ella, preguntó:

—¿De dónde ha sacado esta comida? ¿Es que tienen tienda de comestibles aquí?

—La mejor del mundo. La dirige Lawrence Hammond.

—¿Cómo?

—Sí. Lawrence Hammond, de los «Automóviles Hammond». El tocino procede de la granja de Dwight Sanders… de los «Aviones Sanders». Los huevos y la manteca los proporciona el juez Narragansett, del Tribunal Supremo del Estado de Illinois.

Dagny miró su plato como temerosa de tocar lo que había en él.

—Es el desayuno más caro que he tomado nunca —dijo—, considerando el valor del tiempo empleado por el cocinero y los demás.

—Quizá sí. Pero por otro lado es el desayuno más barato, porque ninguna parte del mismo ha servido para alimentar a saqueadores que le harían pagar por él año tras año, dejándola, al final, morirse de hambre.

Tras un. largo silencio, Dagny preguntó, simple y casi reflexivamente:

—¿Qué es, en realidad, lo que hacen aquí?

—Vivir.

Nunca había escuchado aquella palabra pronunciada en un tono tan real.

—¿Cuál es su trabajo? —preguntó—. Porque Midas Mulligan ha dicho que usted trabaja.

—Soy una especie de «chico para todo».

—¿Cómo ha dicho?

—Estoy a disposición de quien me llame, siempre que alguna instalación funcione mal… como, por ejemplo… el sistema eléctrico.

Dagny le miró y de pronto se hizo hacia delante, fijando la mirada en el fogón eléctrico; pero volvió a caer en la silla, contraída de dolor. Él se echó a reír.

—Tómeselo con calma, o el doctor Hendricks le ordenará meterse en la cama.

—El sistema eléctrico… —dijo ella con voz ahogada—, el sistema eléctrico que utilizan aquí… ¿tiene como origen su motor?

—Sí.

—¿De modo que ha sido construido? ¿Trabaja? ¿Funciona?

—Es el que ha cocinado su desayuno.

—¡Deseo verlo!

—No se esfuerce en mirar ese fogón. Es como otro cualquiera de los de su clase, sólo que cuesta cien veces menos, por lo que a consumo se refiere. Y eso es lo único que podrá observar en él, Miss Taggart.

—Usted me prometió enseñarme el valle.

—Se lo mostraré. Pero no verá el generador eléctrico.

—¿Saldremos en cuanto hayamos terminado?

—Si lo desea… y si está usted en condiciones de moverse.

—Lo estoy.

Se puso en pie, acercóse al teléfono y marcó un número.

—Oiga, Midas… Sí… ¿Lo ha hecho? Bien, de acuerdo… ¿Quiere prestarme el coche para hoy?… Gracias. A la tarifa habitual; treinta y cinco centavos… ¿Puede enviármelo? … ¿Tiene usted un bastón o algo por el estilo? Lo necesitará… ¿Esta noche? Sí. Creo que sí. Gracias.

Colgó. Ella lo miraba incrédula.

—¿He entendido bien cuando ha dicho a míster Mulligan, cuya fortuna asciende a doscientos millones de dólares… que le cargue treinta y cinco centavos por utilizar su coche?

—Sí. Así es.

—¡Cielos! ¿No podría prestárselo gratis?

Él se sentó, mirándola unos instantes cara a cara, como si deliberadamente quisiera dejarle contemplar la jovialidad que se pintaba en la suya.

—Miss Taggart —le dijo—, en este valle no hay leyes ni disposiciones, ni organización formal de ninguna clase. Hemos venido aquí porque queremos descansar. Pero conservamos determinadas costumbres, que seguimos observando, porque pertenecen a

esas cosas de las que deseamos descansar. Debo advertirle que existe en este valle una palabra prohibida: la palabra «dar».

—Lo siento —dijo Dagny—. Comprendo.

Él volvió a llenarle la taza de café y le alargó un paquete de cigarrillos. Sonrió al tomar uno. Llevaba el signo del dólar.

—Si por la noche no está demasiado cansada —le dijo—, Mulligan nos ha invitado a cenar. Habrá otros invitados que creo le gustará conocer.

—Desde luego. No estaré cansada. Creo que no volveré a estarlo jamás. Cuando terminaban de desayunar el automóvil de Mulligan se detuvo frente a la casa. El chófer salió del mismo, subió el caminito corriendo y entró en la habitación sin detenerse a llamar. Dagny tardó unos instantes en observar que el dinámico, jadeante y desgarbado joven era Quentin Daniels.

—Miss Taggart —jadeó—, lo siento. —La expresión de culpabilidad que sonaba en su voz contrastaba con la alegre excitación de su cara—. Nunca he quebrantado mi palabra hasta ahora. No existe excusa que invocar. No puedo rogarle que me perdone, y sé que no me creerá, pero la verdad es que… me olvidé.

—Le creo —dijo Dagny mirando a Galt.

—Olvidé que había prometido esperarla. Me olvidé de todo hasta hace unos minutos, cuando míster Mulligan me dijo que usted había aterrizado violentamente aquí. Entonces comprendí que si algo le había sucedido era culpa mía. ¡Oh, Dios mío! ¿Está bien?

—Sí. No se preocupe. Siéntese.

—No comprendo cómo es posible olvidar la palabra dada. No sé lo que me sucedió.

—Yo sí.

—Miss Taggart, he estado trabajando en ello durante meses; en esa hipótesis particular; pero cuanto más trabajaba más difícil se volvía todo. He permanecido en el laboratorio durante los últimos dos días, intentando solucionar una ecuación matemática que me parecía imposible. Creí morirme ante aquella pizarra, pero no quise ceder. Era una hora muy avanzada de la noche cuando él llegó. Creo que no me di cuenta. Dijo que quería hablar conmigo y le contesté que esperara mientras terminaba mi trabajo. Creo que olvidé su presencia. No sé cuánto tiempo estuvo allí mirándome, pero sí recuerdo que, de pronto, alargó una mano, borró todas las cifras de la pizarra y escribió una leve ecuación. Lancé un grito porque no representaba la solución total al motor, pero sí el modo de encontrarla; un modo que yo no había intuido ni sospechado, pero que entonces comprendí plenamente. Recuerdo que grité: «¿Cómo sabe usted eso?» Y me contestó, señalándome una fotografía de su motor: «Fui el que lo construyó». Eso es lo único que recuerdo, Miss Taggart; mejor dicho, lo último que recuerdo de mi propia existencia, porque después estuvimos hablando de electricidad estática y de la conversión de la energía, y del motor.

—Estuvimos hablando de física hasta llegar aquí —añadió Galt.

—¡Oh! Recuerdo cuando me preguntó si quería irme con usted —dijo Daniels—. Si quería irme y no volver jamás. Abandonarlo todo… ¿Todo? Lo único que abandonaba era un Instituto que está volviendo a ser invadido por la selva, mi futuro como portero esclavizado por la ley, a Wesley Mouch y a su directriz 10-289, ya que esas criaturas casi animales que se arrastran sobre el vientre proclamando que la mente no existe… Miss Taggart —se echó a reír—, me preguntó si quería abandonar todo eso para irme con él. No tuvo que repetirlo. Al principio no pude creerlo; no pude creer que ningún ser humano tuviera que ser interrogado acerca de ello o reflexionar sobre la elección. ¿Irme? Hubiera saltado desde un rascacielos para seguirle y para oír su fórmula antes de tocar el suelo.

—No le recrimino nada —dijo Dagny, mirándole con una traza de reflexión que parecía casi envidia—. Por otra parte, ha cumplido su compromiso, puesto que me ha conducido hacia el secreto del motor.

—También aquí seré portero —dijo Daniels, sonriendo feliz—. Míster Mulligan me ha dicho que me dará el empleo de portero en la central de energía. Y cuando aprenda, me ascenderán a electricista. ¿No es grande ese Midas Mulligan? Quisiera ser como él cuando llegue a su edad. Deseo ganar dinero. Tengo que conseguir millones. Tantos como él posee.

—¡Daniels! —exclamó Dagny echándose a reír al recordar el tranquilo autodominio, la estricta precisión, la firme lógica del joven científico conocido por ella algún tiempo atrás —. ¿Qué le sucede? ¿Qué hace? ¿Sabe lo que está diciendo?

—Sí, Miss Taggart. Y en este lugar no existe límite a las posibilidades. Voy a ser el mayor electricista del mundo y el más rico. Voy a…

—Va a regresar a casa de Mulligan —dijo Galt —y dormir durante veinticuatro horas, o no le dejaré acercarse a la central.

—Sí, señor —dijo Daniels, sumiso.

El sol había ido descendiendo sobre los picachos y cuando salieron de la casa trazaba un circulo en el brillante granito y en la nieve que circundaba el valle. Le pareció súbitamente como si no existiera nada más allá de aquel circulo, y se maravilló ante la alegre y orgullosa sensación de agrado de que disfrutaba con aquel sentimiento de lo finito; con el conocimiento de que el campo de las preocupaciones propias se hallaba incluido en el reino de aquello que uno mismo vete. Hubiera querido alargar los brazos por encima de los tejados de la ciudad y tocar con las puntas de sus dedos las cumbres que se erguían al otro lado. Pero no podía levantar los brazos; apoyándose en el bastón con una mano y en el brazo de Galt con la otra, moviendo los pies con lento y consciente esfuerzo, bajó hasta el automóvil como un niño que aprende a caminar.

Se sentó junto a Galt y éste emprendió la marcha, bordeando la ciudad en dirección a la casa de Midas Mulligan. Se encontraba en una altura y era la mayor del valle, la única que tenía dos pisos; le pareció una extraña combinación de fortaleza y de lugar de reposo, con fortísimas paredes de granito y amplias y despejadas terrazas. Galt paró a fin de que bajara Daniels y luego continuó su marcha por una serpenteante carretera que ascendía las montañas.

El pensar en la riqueza de Mulligan y en su lujoso automóvil y el ver las manos de Galt al volante, hicieron considerar por vez primera a Dagny la cuestión de si Galt era también rico. Miró sus ropas; el pantalón gris y la camisa blanca parecían de una calidad muy durable; el cuero del estrecho cinturón que oprimía su cintura estaba agrietado; el reloj de pulsera era un instrumento de precisión, pero de acero inoxidable. La única idea de riqueza la aportaba su cabello, los mechones sacudidos por el viento parecidos a oro y cobre líquidos.

Bruscamente, luego de una curva, percibió unos prados verdes que se extendían basta una lejana granja. Vio rebaños, algunos caballos y las formas cuadradas de unas pocilgas bajo los cobertizos y graneros, y más allá un hangar metálico de un tipo que nada tenía que ver con una instalación agrícola.

Un hombre que vestía llamativa camisa de cowboy avanzaba vivamente hacia ellos. Galt detuvo el automóvil y le hizo una seña, pero no contestó a la expresión interrogante de Dagny. Prefirió que ella misma descubriera que aquel hombre era Dwight Sanders.

—Hola, Miss Taggart —dijo él, sonriente.

Dagny contempló en silencio sus mangas arremangadas y sus pesadas botas.

—¿De modo que esto es todo cuanto queda de la «Sanders Aircraft»? —preguntó.

—Existe también ese excelente monoplano, mi mejor modelo, que usted ha estropeado en la pradera.

—¿Está enterado de lo sucedido? En efecto, era uno de los suyos. Un avión maravilloso, pero temo haberlo dejado en un estado lamentable.

—Habrá que arreglarlo.

—Creo que he deshecho el fuselaje. Nadie podrá efectuar esa reparación.

—Yo sí podré.

Se expresaba con un tono de confianza que llevaba muchos años sin escuchar; tenía unos modales que ella nunca creyó volver a ver en nadie; pero el comienzo de sonrisa de Dagny terminó en una mueca amarga.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿En una granja?

—No, no. En la «Sanders Aircraft».

—¿Dónde se encuentra?

—¿Dónde cree que ha de encontrarse? ¿En ese edificio de New Jersey que el primo de Tinky Holloway adquirió a mis arruinados sucesores por medio de un préstamo del Gobierno y de una suspensión de impuestos? ¿En el edificio donde produjo seis aviones que nunca lograron despegar y ocho que lo hicieron estrellándose con cuarenta pasajeros cada uno?

—¿Dónde, pues?

—Donde ahora me encuentro.

Señaló al otro lado de la carretera. Mirando por entre las copas de los pinos, Dagny pudo ver el rectángulo de cemento de un aeropuerto, en el fondo del valle.

—Tenemos ahí unos cuantos aviones y es mi obligación cuidarlos —explicó—. Soy granjero y encargado del aeródromo, todo a la vez. Se me da muy bien producir jamón y tocino. En cambio, quienes antes me vendían tales productos no pueden producir aviones sin mí… y es más, tampoco podrían vender su jamón y su tocino sin mi ayuda.

—Pero usted no ha estado diseñando aviones, ¿verdad?

—No. Ni tampoco he fabricado esas máquinas Diesel que le prometí una vez. Desde que la vi por vez postrera, tan sólo he diseñado y fabricado un nuevo tractor. Uno solo, que construí con mis propias manos, porque ya no era necesaria la producción en serie. Pero ese tractor ha reducido la jornada de ocho horas a su mitad. —La línea recta de su brazo, extendida para señalar el valle, se movió como un cetro real. Los ojos de Dagny la siguieron y pudo ver el verde de unos jardines en terraza en la distante ladera—. La granja avícola del juez Narragansett —dijo. Y su brazo siguió moviéndose lentamente, hasta indicar una alargada planicie de un dorado verdoso, al pie de un cañón, y luego una franja de verde violento—. Los campos de trigo y la plantación de tabaco de Midas Mulligan. —Su brazo se levantó hasta un flanco de granizo moteado por resplandecientes lugares cubiertos de follaje—. Los huertos de Richard Halley.

Los ojos de Dagny recorrieron lentamente la curva trazada por su mano, una y otra vez, mucho después de que aquélla hubiera descendido, pero sólo dijo:

—Comprendo.

—Y ahora, ¿cree o no cree que puedo arreglar su avión? —preguntó.

—Sí. Pero, ¿lo ha visto?

—Desde luego. Midas llamó inmediatamente a dos doctores: Hendricks para usted y a mí para el avión. Puede ser arreglado, pero resultará costoso.

—¿Cuánto?

—Doscientos dólares.

—¿Doscientos dólares? —repitió ella, incrédula, porque el precio le parecía excesivamente bajo.

—En oro, Miss Taggart.

—¡Oh!… ¿Dónde puedo adquirir ese oro?

—No puede —repuso Galt.

Dagny movió la cabeza bruscamente para enfrentarse a él.

—¿No?

—No. No, teniendo en cuenta de dónde viene usted. Sus leyes lo prohíben.

—¿Y las de ustedes no?

—No.

—Entonces, véndamelo. Escojan el cambio que prefieran. Citen una suma a su gusto… en mi dinero.

—¿Qué dinero? No tiene usted un céntimo, Miss Taggart.

—¿Cómo?

Tratábase de una frase que ningún Taggart hubiese imaginado escuchar nunca.

—En este valle no posee un solo centavo. Es dueña de millones de dólares en acciones de la «Taggart Transcontinental», pero con los mismos no podría comprar ni una libra de tocino de la granja de Sanders.

—Comprendo.

Galt sonrió y volviéndose hacia Sanders dijo:

—Arregle este aparato. Miss Taggart pagará cuando pueda.

Oprimió el acelerador y continuó su camino, mientras ella permanecía sentada, muy rígida, sin formular preguntas.

Una franja de violento azul turquesa hendía los acantilados frente a ellos, allí donde finalizaba la carretera. Tardó un segundo en comprender que se trataba de un lago. El agua inmóvil parecía condensar el azul del firmamento y el verde de las montañas cubiertas de pinos en un color tan puro y brillante que el cielo parecía de un gris pálido. Una mancha de espuma brillaba entre los pinos y se precipitaba por los peñascos, hasta desaparecer en el agua tranquila. Junto a la corriente se observaba una pequeña estructura de granito.

Galt paró el automóvil en el momento en que un hombre robusto que vestía mono salía al umbral de aquella puerta. Era Dick McNamara, que en otros tiempos fue su mejor contratista.

—¡Buenos días, Miss Taggart! —exclamó feliz—. Me alegro de ver que no le ha sucedido nada grave.

Ella inclinó la cabeza en silencioso saludo, dirigido a todos los perjuicios y dolores del pasado; a cierta tarde desolada y al rostro desesperado de Eddie Willers, cuando éste le comunicó la desaparición de aquel hombre* «Me sentía acabada», pensó evocando lo ocurrido aquella noche en un despacho vacío… Y en voz alta, preguntó:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué me traicionó en el peor momento? Él sonrió, indicando la estructura de piedra y la hondonada rocosa, donde el tubo de una conducción de agua desaparecía por entre la hierba.

—Soy el encargado de las reparaciones —dijo—. Tengo a mi cuidado esas cañerías, los conductos eléctricos y el servicio telefónico.

—¿Usted solo?

—Así era antes, pero hemos crecido tanto durante este año último, que he debido aceptar otros tres ayudantes.

—¿Quiénes son? ¿De dónde proceden?

—Uno de ellos es un profesor de economía incapacitado de encontrar trabajo, por enseñar que no es posible consumir más de lo que se produce; el otro un profesor de historia, también sin trabajo, por insistir en que los habitantes de los barrios miserables no son quienes han formado este país, y el tercero un profesor de psicología, asimismo sin empleo, por enseñar que el hombre piensa.

—¿Trabajan para usted como fontaneros y lampistas?

—Sí. Y le sorprendería observar lo diestros que son.

—¿Ya quién han dejado abandonadas sus cátedras?

—A quienes son solicitados para cubrirlas. —Se rió—. ¿Cuánto tiempo hace que la traicioné, Miss Taggart? Todavía no han pasado tres años, ¿verdad? Rehusé construirle la línea «John Galt». ¿Dónde está ahora esa línea? En cambio las mías han ido creciendo, desde el par de millas tendido por Mulligan cuando me encargué de ellas, a centenares de millas de cañerías y de alambres dentro del espacio de este valle.

Observó la rápida e involuntaria expresión de anhelo que se pintaba en la cara de Dagny; la expresión de una persona competente, que sabe apreciar la tarea de otros; sonrió mirando a su compañero y dijo suavemente:

—Miss Taggart, respecto a la línea «John Galt», quizá sea yo quien la haya seguido construyendo y usted quien la ha traicionado.

Dagny miró a Galt. Éste la miraba a su vez, pero no pudo leer nada en su cara.

Conforme continuaban su camino por la orilla del lago, ella preguntó:

—Ha trazado su ruta deliberadamente, ¿verdad? Me está mostrando a todos los hombres a quienes… —Se detuvo, sintiendo un inexplicable reparo a continuar la frase. Por fin, la terminó de este modo—:… a todos a quienes perdí.

—Le estoy enseñando a aquellos hombres que yo le he arrebatado —contestó Galt con firmeza.

Dagny pensó que allí se hallaba la raíz de la candidez reflejada en su cara. Había adivinado y pronunciado las palabras que ella quiso ahorrarle. Había rechazado una actitud de buena voluntad no basada en sus valores ni en la orgullosa certeza de su razón. Se jactaba de cosas que ella consideraba acusatorias…

Pudo ver un muelle de madera que se adentraba en el agua del lago. Una joven estaba tendida sobre los tablones inundados de sol, vigilando una batería de cañas de pescar. Al oír el motor levantó la mirada y se puso en pie, mediante un solo y vivo movimiento, y corrió hacia la carretera. Llevaba pantalones largos recogidos bajo las rodillas y el pelo obscuro despeinado, y tenía unos ojos muy grandes. Galt le hizo una seña.

—¡Hola, John! ¿Cuándo llegaste? —preguntó la joven.

—Esta mañana —contestó él sonriendo y continuando la marcha. Dagny volvió la cabeza para mirar hacia atrás y pudo ver la expresión pintada en la cara de la desconocida cuando seguía a Galt con la mirada. Y aunque en su aire de adoración figurase cierta desesperanza, serenamente aceptada, experimentó un sentimiento no conocido por ella hasta entonces: un ramalazo de celos.

—¿Quién es? —preguntó.

—Nuestra mejor pescadora. Provee de pescado la tienda de Hammond.

—¿Y qué más?

—Ha observado usted que existe «otra cosa» para cada uno de cuantos nos hallamos aquí, ¿verdad? Es escritora. La clase de escritora cuyas obras no se publicarían fuera de este lugar. Está convencida de que cuando se manejan palabras, también se pone en movimiento la mente.

El vehículo se metió por un estrecho camino que ascendía por entre una espesura de matorrales y de pinos. Dagny comprendió lo que vendría después cuando vio un letrero confeccionado a mano y clavado al tronco de un árbol, con una flecha señalando el camino: el Paso de Buena Esperanza.

No se trataba de un paso propiamente dicho, sino de un muro de rocas laminadas, con una compleja cadena de cañerías, bombas y válvulas ascendiendo como una parra por sus estrechas pendientes; pero en su cima observó un enorme signo de madera. La orgullosa violencia de sus letras anunciaban, cual un mensaje dirigido al insuperable enmarañamiento de helechos y de ramas de pino, algo que le resultó más característico y más familiar que las palabras en sí: «Petróleo Wyatt».

Era petróleo lo que se vertía en resplandeciente curva desde la boca de un conducto hasta un tanque situado al pie del muro, como única revelación de la tremenda lucha secreta desarrollada en el interior de la piedra; como propósito perfectamente claro de toda aquella intrincada maquinaría. Pero la maquinaría en sí no guardaba semejanza alguna con las instalaciones de una refinería petrolífera, y comprendió que se hallaba ante el secreto no revelado del Paso de Buena Esperanza. Se dio cuenta de que era petróleo extraído al mineral por un método que los hombres consideraron hasta entonces imposible.

Ellis Wyatt se encontraba sobre un peñasco, contemplando el cuadrante cristalino de una válvula incrustada en la roca. Al ver el coche detenerse abajo, llamó:

—¡Eh, Dagny! Estaré con usted dentro de un minuto.

Había otros hombres trabajando con él: un enorme y musculoso obrero que maniobraba una bomba, a media altura sobre el muro, y un jovenzuelo junto al tanque. Este último tenía el pelo rubio y una cara de formas muy puras. Estuvo segura de conocerle, aunque no pudo recordar, por el momento, dónde lo había visto. El joven observó su mirada perpleja, sonrió y, como si quisiera ayudarla, empezó a silbar suave y casi inaudiblemente las primeras notas del Quinto Concierto de Halley. Era el joven guardafrenos del «Comet».

Dagny se echó a reír.

—¿De modo que, en efecto, era el Quinto Concierto de Richard Halley?

—Desde luego —repuso él—. Pero no podía decírselo a una no iniciada.

—¿A una qué?

—¿Para qué te pago? —preguntó Ellis Wyatt aproximándose. El muchacho se rió, tomando de nuevo la palanca que por unos instantes había abandonado—. No es Miss Taggart la que podría despedirte si te encontrara holgazaneando. En cambio, yo sí.

—Ése es uno de los motivos por los que abandoné el ferrocarril —dijo el muchacho.

—¿Sabía que le había robado este elemento? —preguntó Wyatt—. Solía ser su mejor guardafrenos y ahora es mi mejor engrasador; pero ni uno ni otro lograremos retenerle indefinidamente.

—¿Quién lo conseguirá?

—Richard Halley. El músico. Este joven es su mejor discípulo. Dagny sonrió.

—Comprendo; estamos en un lugar donde se emplean aristócratas para los trabajos más modestos.

—Desde luego, todos son aristócratas —convino Wyatt—, porque saben que no existe ningún trabajo despreciable, tan sólo hombres despreciables a quienes no importa su tarea.

El obrero los miraba desde arriba, escuchando con curiosidad. Dagny lo miró. Parecía un conductor de camión.

—¿Qué era usted fuera de aquí? —le preguntó—. Supongo que, por lo menos, profesor de filología comparada.

—No, señora —repuso él—. Era chófer de camión. —Y añadió—: Pero no quería seguir siendo siempre lo mismo.

. Ellis Wyatt contemplaba el lugar con una especie de juvenil orgullo, el orgullo de un anfitrión que recibe a sus invitados en su casa y la vehemencia de un artista cuando inaugura una exposición. Dagny sonrió y, señalando la maquinaria, quiso saber:

—¿Aceite mineral?

—Sí.

—¿Es ése el proceso que quería perfeccionar mientras vivía en la tierra? Pronunció estas últimas palabras involuntariamente y quedóse sorprendida al escucharlas.

Él se echó a reír.

—Mientras estuve en el infierno… en efecto. Es ahora cuando estoy en la tierra.

—¿Cuánto producen?

—Doscientos barriles diarios.

Una nota de tristeza sonó en la voz de Dagny, al decir:

—Éste era el procedimiento por medio del cual intentó usted en otros tiempos llenar cinco trenes tanques diarios.

—Dagny —respondió él, señalando el depósito—, un galón de este líquido vale más que un tren de los que circulan por el infierno, porque es mío; todo él; hasta la última gota, y no será gastado en nada que yo no quiera. —Levantó una mano manchada de grasa, enseñándosela como si aquellas manchas fueran un tesoro. Una gota negra en la punta de un dedo resplandecía como una gema bajo el sol—. Mío —añadió—. ¿Ha permitido que la desconcierten hasta el punto de hacerle olvidar lo que esa palabra significa? ¿Lo que se siente al decirla? Debería usted procurar aprenderlo de nuevo.

—Están ustedes ocultos en un agujero entre montañas —observó ella—, y producen doscientos barriles de petróleo cuando podían haber inundado al mundo con él.

—¿Para qué? ¿Para alimentar a los explotadores?

—¡No! Para ganarse la fortuna que merecen.

—Ahora soy más rico de lo que era en el mundo. ¿Qué es la riqueza sino el modo de ampliar la propia vida? Existen dos modos de conseguirlo: produciendo más o produciendo más de prisa. Y eso es lo que hago: producir tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Consigo cuanto necesito. Trabajo para mejorar mis métodos y cada hora que ahorro es una hora que añado a mi vida. Solía tardar cinco en llenar un tanque así. Ahora tardo tres. Las dos que he ahorrado son mías, tan absolutamente mías como si hubiera trasladado mi tumba dos horas más lejos de lo que se hallaba. Son dos horas liberadas de una tarea para emplearlas en otra; dos horas más en las que trabajar, crecer y adelantar. Tal es mi cuenta de ahorros. ¿Existe en el mundo alguna clase de cámara de seguridad que pueda proteger esta cuenta?

—¿De qué espacio disponen para esos avances? ¿Dónde está su mercado?

Él se rió por lo bajo.

—¿Mercado? Ahora trabajo para el uso, no para el beneficio; para mi uso, no para el beneficio de los explotadores. Sólo aquellos que añaden algo a mi vida y no quienes la devoran, constituyen mi mercado. Sólo quienes producen, no quienes consumen, pueden ser el mercado de alguien. Tengo tratos con quienes confieren vida, no con caníbales. Si mi petróleo requiere menos esfuerzo, exijo menos a los hombres a quienes lo entrego, a cambio de cosas que yo necesito. Añado un margen extra de tiempo a sus vidas, con cada galón de mi producto que consumen. Y como son hombres como yo, no cesan de inventar modos más rápidos para llevar a cabo sus tareas, y debido a ello, cada uno me garantiza un minuto adicional, una hora o un día con el pan, las ropas, la leña o el metal que les compro. —Miró a Galt—. Un año por cada mes de electricidad que consumo. Tal es nuestro mercado y así funciona para nosotros; pero no era el modo en que funcionaba en el mundo exterior. ¿Por qué desagüe se marchaban nuestros días, nuestras vidas y nuestra energía? ¿En qué albañal sin fondo y sin futuro, donde las cosas no eran pagadas consecuentemente? Aquí comerciamos con resultados, no con fracasos; con valores, no con necesidades. Somos Ubres unos de otros y, sin embargo, todos crecemos juntos. ¿Riqueza, Dagny? ¿Qué mayor riqueza que poseer la propia vida y emplearla en el crecimiento propio? Todo cuanto vive ha de crecer. No puede permanecer inmóvil. O crece, o muere. Fíjese. —Señaló una planta que se esforzaba en ascender bajo una roca; un largo y nudoso tallo, contorsionado por aquella desesperada lucha entre restos amarillentos de hojas sin formar, y una sola rama verde lanzada hacia lo alto, hacia el sol, con el empuje de un último, inútil e inadecuado esfuerzo—. Eso es lo que hacen con nosotros en vuestro infierno. ¿Estoy ahora sometido a ello?

—No —murmuró Dagny.

—¿Le ve someterse a él? —preguntó señalando a Galt.

—No. Desde luego que no.

—Entonces, no se asombre de cuanto vea en este valle. Continuaron el camino. Ella guardó silencio y lo mismo Galt.

En una distante pradera, en el denso verdor de un bosque, pudo ver cómo un pino se abatía de pronto describiendo una curva cual la aguja de un reloj, estrellándose violentamente contra el suelo, fuera del alcance de su vista. Intuyó que aquel movimiento había sido producido por el hombre.

—¿Quién es el leñador? —preguntó.

—Ted Nielsen.

La carretera presentaba vueltas más cómodas y amplias, y las pendientes eran más suaves, entre laderas no tan abruptas como hasta entonces. Vio una pendiente de tono rojizo en la que destacaban dos cuadrados verdes; uno obscuro y grisáceo, formado por una plantación de patatas; el otro pálido y plateado, recubierto de flores. Un hombre que vestía camisa roja, tripulaba un pequeño tractor con el que iba cortando las matas.

—¿Quién es el magnate de las coles? —preguntó Dagny.

—Roger Marsh.

Cerró los ojos, pensando en los matorrales que crecían en la entrada de cierta fábrica cerrada, y en su lustrosa fachada de baldosines, a unos cuantos centenares de millas más allá, al otro lado de las montañas.

La carretera descendía hasta el fondo del valle. Pudo ver los tejados de la ciudad, en línea recta, abajo, y el minúsculo y brillante punto del emblema del dólar al otro lado, en la distancia. Galt detuvo el automóvil frente a la primera estructura, en un saliente. Era un edificio de ladrillos con una leve traza roja de humo estremeciéndose sobre su chimenea. La asombró leer el letrero que campeaba sobre la puerta. Decía: «Fundiciones Stockton».

Cuando echó a andar apoyándose en el bastón, retirándose de la claridad solar para entrar en la penumbra del edificio, la sorpresa que sentía era motivada a la vez por una sensación de anacronismo y por cierta añoranza de su hogar. Se encontraba de nuevo en el Este industrial, que en las última* breves horas le había parecido situado siglos tras ella. Volvía a lo antiguo y familiar; a la adorable visión de oleadas de humo rojizo elevándose hacia las vigas de acero; de chispazos que estallaban como rayos de sol de origen invisible; de repentinas llamaradas abriéndose camino por entre la negra niebla; de moldes de arena, cegadores a causa del metal fundido que se vertía en ellos. La niebla hería las paredes de la estructura, disolviendo sus proporciones, y por un momento, se encontró de nuevo en la gran fundición muerta de Stockton, Colorado; en la fábrica de motores Nielsen… ante los hornos de Metal Rearden.

—¡Eh, Dagny!

La cara sonriente que se acercaba a ella por entre la niebla era la de Andrew Stockton. Vio también una mano grasienta, tendida en gesto de confiado orgullo, como si todo cuanto acababa de ver quedara contenido en su palma.

Estrechó la mano.

—Hola —dijo suavemente, sin saber si estaba saludando al pasado o al futuro. Luego, sacudió la cabeza y añadió—: ¿Cómo es que no se dedica a cultivar patatas o a fabricar zapatos? ¿Cómo continúa ejerciendo su profesión de siempre?

—¡Oh! Calvin Atwood, de la «Compañía Atwood de Luz y Fuerza» de Nueva York, es quien fabrica los zapatos. Además, mi profesión es una de las más antiguas y necesarias que existe. Sin embargo, tuve que luchar para ejercerla. Me fue preciso arruinar primero a un competidor.

—¡Cómo!

Sonrió, señalando la puerta vidriera de una habitación inundada de sol. —Ése es mi competidor arruinado —dijo.

Pudo ver a un joven inclinado sobre una larga mesa, trabajando en un complejo modelo de molde para un taladro. Poseía las manos esbeltas y fuertes de un concertista de piano y el rostro reconcentrado de un cirujano atento a su tarea.

—Es escultor —le explicó Stockton—. Cuando llegué aquí, él y su compañero maniobraban una especie de forja a mano y de taller de reparaciones. Yo abrí una fundición real y le quité los cuentes. Ese muchacho no podía efectuar la misma clase de trabajo que yo; era para él tan sólo un pasatiempo; lo suyo es la escultura y por eso lo he puesto a trabajar para mí. Está ganando más dinero ahora en menos horas, que el que ganaba en su fundición. Su compañero era tímido; se dedica a la agricultura y ha producido un fertilizante químico que ha duplicado las cosechas. ¿Mencionó usted las patatas? Pues precisamente son las que más se han beneficiado.

—A lo que veo, cualquiera puede dejarle también a usted sin su negocio, ¿verdad?

—Desde luego. En cualquier momento. Conozco un hombre que podría hacerlo y probablemente lo hará en cuanto llegue aquí. Pero, ¡diantre! No me importaría trabajar para él aunque fuese en calidad de barrendero. Pondría todo esto en conmoción como si pasara un cohete. Duplicaría la producción en poco tiempo.

—¿A quién se está refiriendo?

—A Hank Rearden.

—En efecto —murmuró Dagny—. Lo haría, desde luego.

Se preguntó qué le había impulsado a decir semejante cosa, con expresión de tamaña certidumbre. Comprendió que la presencia de Hank Rearden en aquel valle era imposible y al propio tiempo se dijo que allí se hallaba precisamente el lugar que le correspondía, que era suyo, el lugar de sus años juveniles, de sus comienzos, el que había estado

buscando toda su vida, la tierra que tanto se esforzó en alcanzar, la meta de su torturada lucha… Le pareció que las espirales de niebla teñida de fuego estaban dibujando el tiempo en forma de extraño círculo, mientras un vago pensamiento flotaba en su mente como el gallardete de una frase interrumpida: retener una inalterable juventud es alcanzar la visión que uno mismo se ha forjado. Y al propio tiempo escuchaba la voz de un vagabundo que, mientras comía, iba diciendo: «John Galt encontró la fuente de la juventud con que quiso obsequiar a los hombres; pero nunca regresó… al darse cuenta de que no podía llevársela consigo».

Un manojo de chispas se elevó en las profundidades de la niebla y pudo ver las amplias espaldas de un capataz cuyo brazo trazaba una señal dirigiendo una tarea invisible. Agitó la cabeza al proferir una orden y pudo ver brevemente su perfil. Contuvo la respiración. Stockton se dio cuenta de su asombro, se rió por lo bajo y llamó hacia la niebla.

—¡Eh, Ken! ¡Venga! ¡Aquí tenemos a una antigua amiga suya! Dagny miró a Ken Danagger cuando éste se acercaba. El gran industrial a quien tan desesperadamente había intentado retener en su mesa-escritorio, vestía ahora un mono cubierto de grasa.

—Hola, Miss Taggart. Ya le dije que no tardaríamos en volver a vernos. Ella bajó la cabeza como si asintiera y al propio tiempo le saludara, pero su mano se apoyó pesadamente en el bastón por un momento, mientras evocaba vivamente su postrer encuentro; la torturante hora de espera y luego la suave y abstraída cara sobre el escritorio y el tintineo de una vidriera al cerrarse, tras la partida del desconocido.

El momento fue tan breve que los dos hombres no pudieron notar nada, pero Dagny miró a Galt cuando hubo levantado la cabeza y pudo ver que él también la miraba como si comprendiera sus sentimientos. Notó que había observado en su cara el convencimiento de que era él quien partió de la oficina de Danagger aquel día. El rostro de Galt no expresó nada; seguía mostrando aquel sentimiento de respetuosa severidad con el que un hombre se enfrenta al hecho de que la verdad es sólo eso: la verdad.

—No lo esperaba —dijo Dagny a Danagger—. Nunca esperé volver a verle.

Danagger la miraba como si se tratara de un niño prodigio descubierto por él, y al que contemplara divertido.

—Lo sé —dijo—. Pero, ¿por qué está tan asombrada?

—Yo… ¡Oh! ¡Es absurdo! Y señaló su mono grasiento.

—¿Qué les pasa a mis ropas?

—¿Es ése el final de su carrera?

—No. ¡Qué diantre! Sólo es el principio.

—¿Qué propósitos tiene?

—Me dedicaré a las minas. Pero no de carbón, sino de hierro.

—¿Dónde?

Él señaló hacia las montañas.

—Ahí. ¿Ha sabido de alguna vez en que Midas Mulligan hiciera una mala inversión? La sorprendería averiguar lo que puede encontrarse en ese amontonamiento de rocas, siempre y cuando se sepa mirar. Y eso es lo que he estado haciendo hasta ahora: mirar.

—¿Y si no encontrara mineral de hierro? Él se encogió de hombros.

—Hay muchas cosas que hacer. Siempre anduve escaso de tiempo en mi vida, pero nunca carecí de ocupación.

Dagny miró a Stockton con curiosidad.

—¿No estará adiestrando a un hombre que puede convertirse en su más peligroso competidor?

—Es la única clase de hombres a quienes me gusta contratar. Dagny, ¿no habrá vivido usted demasiado entre los saqueadores? ¿No habrá llegado a la conclusión de que la habilidad de un hombre constituye una amenaza para otro?

—¡Oh, no! Me consideraba casi la única persona no convencida de ello.

—Quien tema contratar a los mejores cerebros es un fracasado que realiza una actividad para la que no tiene condiciones. En mi opinión, el hombre más despreciable de la tierra, más todavía que un criminal, es aquel que rechaza empleados por considerarlos demasiado buenos. Siempre pensé así… pero, ¿de qué se ríe?

Ella lo escuchaba con anhelante e incrédula sonrisa.

—Es asombroso escuchar eso —respondió —porque resulta exacto.

—¿Qué otra cosa se puede opinar? Ella se rió suavemente.

—Verá usted; de niña confié en que todo industrial tuviera esas ideas.

—¿Y desde entonces?

—Desde entonces he aprendido que no es así.

—Pero lo cree cierto, ¿verdad?

—He aprendido a no confiar en lo cierto.

—Esas ideas están de acuerdo con la razón, ¿no le parece?

—He cesado de confiar en la razón.

—Precisamente la razón es lo que no ha de rechazarse nunca —dijo Ken Danagger.

Habían regresado al automóvil y emprendió el descenso por las últimas curvas de la carretera, cuando Dagny miró a Galt. Éste volvió en seguida la cara hacia ella, como si lo esperase.

—Fue usted quien safio aquel día de la oficina de Danagger, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí.

—¿Sabía que yo esperaba fuera?

—Sí.

—¿Comprendió lo que era esperar tras aquella puerta cerrada?

No pudo desentrañar la naturaleza de su expresión. No era piedad porque no se consideraba objeto de la misma; venía a ser la clase de mirada con que se contempla al sufrimiento, pero no era el sufrimiento de ella el que estaba observando, sino otro distinto.

—¡Oh, sí! —respondió tranquilamente, casi con despreocupación.

La primera tienda que vio a un lado de la única calle del valle era algo así como un teatro abierto: una estructura cuadrada, sin pared frontal, donde los géneros quedaban expuestos con el despliegue de color de una comedia musical, en cubos rojos, círculos verdes y triángulos de oro rellenos de latas de tomate, barriles de lechuga y pirámides de naranjas. El sol daba de lleno sobre una trastienda llena de estanterías cubiertas de recipientes de metal. En la marquesina se leía: «Tienda de comestibles Hammond». Un hombre distinguido, en mangas de camisa, de firme perfil y sienes plateadas, pesaba un pedazo de manteca para una atractiva joven, que en pie ante el mostrador, asumía la ligera acritud de una corista, mientras la tela de su vestido de algodón se estremecía ligeramente al viento, como un atavío de bailarina. Dagny sonrió involuntariamente, porque aquel hombre era Lawrence Hammond.

Las tiendas estaban instaladas en pequeñas estructuras de un solo piso, y conforme iban pasando ante ella, pudo leer los nombres familiares impresos en sus letreros, como

titulares de las páginas de un libro que fuera hojeado por el movimiento del automóvil: «Almacén Mulligan», «Cueros Atwood», «Combustible Nielsen»; luego el símbolo del dólar sobre la puerta de una pequeña fábrica construida en ladrillos, con la inscripción: «Compañía de Tabacos Mulligan».

—¿Quién forma esa Compañía, aparte de Midas Mulligan? —preguntó.

—El doctor Akston —le contestó Galt.

Había pocos transeúntes; algunos hombres y pocas mujeres, todos los cuales caminaban con vivacidad, como si llevaran a cabo un trabajo específico. Se detenían a la vista del coche, y saludaban a Galt, mirando a Dagny con la tranquila curiosidad de quien reconoce a alguien.

—¿Me han estado esperando mucho tiempo? —preguntó. —Todavía la esperan —contestó él.

Al borde de la carretera vio una estructura de placas de cristal unidas por un ensamblaje de madera. Por un instante la pareció que aquélla constituía el marco adecuado a la pintura de una mujer: de una mujer alta y frágil, con el pelo rubio y claro, y un rostro dotado de tal belleza que parecía velada por la distancia, como si el artista se hubiera limitado a sugerirla, no a realizarla de manera completa. Al instante, la mujer movió la cabeza y Dagny observó a diversas personas sentadas dentro de la estructura, que era en realidad una cafetería; la mujer se hallaba tras el mostrador y la reconoció como Kay Ludlow, la estrella de cine que, vista una vez, no podía ya quedar olvidada; la estrella retirada y desaparecida cinco años atrás, para ser reemplazada por muchachas de nombres enrevesados y de caras funcionales. En el asombro de aquel descubrimiento, Dagny pensó en la clase de películas que se hacían entonces, y se dijo que la cafetería de cristal resultaba un lugar más adecuado para la belleza de Kay Ludlow que un papel que glorificase la vulgaridad por carecer de gloria.

El edificio siguiente era un bloque pequeño y achaparrado, de granito, tosco, sólido, limpiamente construido, de líneas rectangulares tan severas y precisas como los pliegues de un vestido de ceremonia. Inmediatamente acudió a su memoria, de un modo fantasmal, la larga estructura de un rascacielos elevándose por entre la niebla de Chicago; el rascacielos que en otros tiempos ostentara el signo que ahora veía escrito en letras de oro sobre una modesta puerta de pino: «Banco Mulligan».

Galt aminoró la marcha del coche mientras pasaban ante el Banco, como si subrayara aquella lentitud, confiriéndole una intención especial.

Un pequeño edificio de ladrillo vino a continuación. En él figuraba este letrero: «Casa de Moneda Mulligan».

—¿Una casa de moneda? —preguntó—. ¿Qué hace Mulligan con ese dinero?

Galt se metió la mano en el bolsillo y depositó dos pequeñas monedas en la palma de la de Dagny. Eran minúsculos discos de brillante oro, más pequeños que los peniques corrientes, de la clase que ya no circulaba desde los días de Nat Taggart. Llevaban impresa la cabeza de la estatua de la Libertad en un lado y las palabras: «Estados Unidos de América. —Un Dólar» en el otro, pero las fechas estampadas en ellas eran las de los dos años anteriores.

—Es el dinero que usamos aquí —le explicó—. Está acuñado por Midas Mulligan.

—Pero… ¿con permiso de quién?

—Figura en cada cara de las monedas.

—¿Qué usan como calderilla?

—Mulligan la fabrica en plata. En este valle no se acepta ningún otro metal. Tan sólo manejamos valores objetivos.

Ella estudiaba las monedas.

—Todo esto parece… parece localizado en el alborear de la época de nuestros antecesores.

—En efecto —dijo él señalando al valle.

Dagny siguió sentada, contemplando las finas, delicadas y casi etéreas moneditas de oro que sostenía en la mano, comprendiendo que todo el sistema «Transcontinental Taggart» había descansado sobre ellas; que había sido la piedra angular que soportaba a todas las demás; a las arcadas y soportes del sistema Taggart, del Puente Taggart, del Edificio Taggart… Sacudió la cabeza, al tiempo que le devolvía el dinero.

—Todo esto no está resultando muy fácil para mí —dijo en voz baja.

—Al contrario. Lo hago todo lo difícil que puedo.

—¿Por qué no lo dice de una vez? ¿Por qué no me cuenta cuanto desea hacerme saber?

Galt hizo un gesto, señalando la ciudad y la carretera tras de ellos.

—¿Qué cree que he estado haciendo? —preguntó.

Continuaron avanzando en silencio. Al cabo de un rato, Dagny preguntó en el tono de quien desea averiguar algún árido dato estadístico:

—¿A cuánto asciende la fortuna reunida por Midas Mulligan en este valle?

—Juzgue por sí misma —le contestó señalando hacia delante.

La carretera serpenteaba por entre zonas de terreno sin nivelar, hacia las casas del valle. Éstas no se alineaban a lo largo de una calle, sino que se extendían en intervalos irregulares por los desniveles del terreno. Eran pequeñas y sencillas, construidas con materiales locales, la mayoría en granito y pino, con una gran ingeniosidad y una elevada economía de esfuerzo físico. Cada una de ellas parecía levantada por el trabajo de un solo hombre; no había dos iguales, y la única cualidad que ofrecían en común era el sello de una mente capaz de comprender problemas y de solucionarlos. De vez en cuando, Galt señalaba una de aquellas viviendas, pronunciando nombres conocidos, que le sonaban como una lista de financieros famosos impresos en algún pergamino honorífico:

—Ken Danagger… Ted Nielsen… Lawrence Hammond… Roger Marsh… Ellis Wyatt… Owen Kellogg… Doctor Akston…

La casa del doctor Akston era la última; una vivienda con amplia terraza, situada en la cresta de una ola granítica que parecía romper contra las laderas montañosas. La carretera pasaba ante ella, subiendo luego en una sucesión de curvas. El pavimento se estrechó hasta convertirse en un sendero, entre dos muros de antiguos pinos, cuyos altos y rectos troncos se apretaban como una columnata amenazadora, mientras sus ramas se entrelazaban sumergiendo el camino en un repentino silencio y en una profunda penumbra. No había marcas de ruedas en la estrecha franja de tierra que parecía muy poco concurrida, casi olvidada. El intervalo de unos cuantos minutos, y algunas curvas dejadas atrás parecían haber transportado el automóvil a muchas millas de toda habitación humana. Nada quebrantaba aquella calma, aparte de algún rayo de sol introduciéndose por entre los troncos para iluminar de vez en cuando las profundidades del bosque.

La repentina visión de una casa al borde del camino, la estremeció como si hubiera oído un violento fragor. Construida en la más absoluta soledad, separada de toda relación humana, parecía el secreto retiro de alguien que desafiara al mundo o sintiera un gran pesar. Era la casa más humilde del valle. Una cabaña de troncos manchada a largos trazos por las lágrimas de muchas lluvias. Sólo sus grandes ventanas rechazaban las tormentas con la suave, brillante e impoluta serenidad del cristal.

—¿De quién es ésta…? ¡Oh!

Contuvo el aliento y volvió la cabeza. Sobre la puerta, herido por los rayos del sol, con el dibujo casi borrado por vientos de siglos, colgaba el escudo de armas de plata perteneciente a Sebastián d'Anconia.

Como en deliberada respuesta a su involuntario movimiento de huida, Galt detuvo el vehículo frente a la casa. Por un instante se miraron a los ojos; en los de Dagny se pintaba un interrogante; en los de él una orden. La cara de la joven tenía una desafiadora franqueza; la de él una irreprimible severidad; ella comprendía el propósito de su compañero, pero no los motivos que le impulsaban a obrar de aquel modo. Obedeció. Apoyada en su bastón salió del automóvil y quedó erguida, contemplando la casa.

Miró la cimera de plata procedente de un palacio de mármol en España y trasladada a una cabaña de los Andes, para pasar más tarde a aquel rincón de Colorado. El emblema de hombres que nunca quisieron someterse. La puerta estaba cerrada y el sol no perforaba la vidriosa obscuridad del interior. Unas ramas de pino se extendían sobre el tejado, como brazos protectores, compasivos, en actitud de solemne bendición. No se escuchaba ruido alguno, aparte del chasquido de una rama o el rumor de alguna gota de agua al caer en lo hondo del bosque, luego de largos espacios de silencio que parecían contener todo el dolor oculto allí, pero nunca expresado. Permaneció en pie, escuchando con un respeto resignado y suave, que no lamentaba en absoluto. «Veamos quién sabe honrar mejor, si tú a Nat Taggart, o yo a Sebastián d'Anconia… ¡Dagny! Ayúdame a perseverar. A rehusar. ¡Aun cuando él tenga razón!…»

Se volvió para mirar a Galt, sabedora de que aquél era el único hombre a quien no podía ofrecer ayuda. Estaba sentado al volante del coche, sin haberla seguido ni efectuado movimiento alguno para ayudarla, como deseoso de verla reconocer el pasado y de respetar la reserva de su solitario saludo. Siguió, pues, tal como lo dejara, con el antebrazo sobre el volante, en idéntico ángulo, los dedos de la mano colgando en la misma actitud. Tenía los ojos fijos en ella, pero esto era todo cuanto podía leer en su rostro: su atenta e inmóvil atención.

Cuando se hubo sentado nuevamente junto a él, Galt le dijo:

—Es el primer hombre al que separé de usted.

Ella preguntó con el rostro severo, abierto y desafiador:

—¿Qué sabe usted de eso?

—Nada que él me contara en palabras. Pero todo cuanto el tono de su voz expresaba al hablar de usted.

Ella inclinó la cabeza. Había captado un tono de dolor en aquella exageración de su tranquilidad e indiferencia.

Galt puso en marcha el vehículo. El ruido del motor pareció proclamar la historia contenida en su silencio mientras continuaban el camino.

La ruta se ensanchaba un poco, deslizándose hacia una región bañada de sol. Distinguió el leve brillo de unos alambres entre las ramas, conforme salían a un claro. Una insignificante estructura se levantaba en la falda de una colina, en terreno pendiente y rocoso. Era un simple cubo de granito, del tamaño de un cobertizo para herramientas; carecía de ventanas y de aberturas; sólo una puerta de pulido acero y una compleja instalación de antenas que surgían del tejado. Galt iba a pasar ante la misma sin prestarle atención, cuando Dagny preguntó de repente:

—¿Qué es eso?

Percibió el débil atisbo de una sonrisa en la cara de su compañero.

—La central eléctrica.

—¡Oh! ¡Deténgase, por favor!

Obedeció, haciendo retroceder el automóvil hasta el pie de la colina. Luego de los primeros pasos pendiente arriba se detuvo como si no hubiera necesidad de adelantar más, como si no existiera ningún otro lugar adonde ir. Permaneció como en el momento en que había abierto los ojos a la tierra de aquel valle, poniendo en contacto el comienzo y el fin.

Siguió mirando la estructura con la conciencia rendida ante una simple visión, ante una simple emoción sin palabras. Pero siempre opinó que una emoción era la suma totalizada de un proceso mental y lo que ahora sentía era un conjunto de pensamientos que no se hacía preciso nombrar; la suma final de una larga progresión, como una voz que le dijera, siguiendo el conducto de sus sentimientos, que si hubiera seguido pendiente de Quentin Daniels sin esperanza de usar el motor, con la única intención de conocer que el progreso no había muerto en la tierra; si como un nadador que se sumerge en un océano de incredulidad bajo la presión de hombres con ojos de gelatina, voces de goma, convicciones en forma de espiral, almas inasequibles y manos ociosas, hubiera sostenido, como tubo de oxígeno vital, la idea de un logro superlativo de la mente humana; si a la vista de los restos del motor, en última protesta de sus pulmones corrompidos, el doctor Stadler hubiera pedido a gritos algo que no debía conseguirse mirando hacia bajo, sino hacia arriba y aquél hubiera sido el grito, el anhelo y el combustible de su vida; si se hubiera movido arrastrada por el hambre de su juventud, en busca de una visión de limpia, dura y radiante competencia, ésta se hallaba ahora ante ella, terminada y lograda. La fuerza de una mente incomparable cobraba forma entre una red de alambres, resplandeciendo pacíficamente bajo un cielo estival, extrayendo un incalculable poderío al espacio, para ser transformado en el secreto interior de una minúscula casita de piedra.

Pensó en aquella estructura, menor que un vagón de mercancías, reemplazando a las centrales de energía del país, a los enormes conglomerados de acero, combustible y esfuerzo; pensó en la corriente que fluía de aquella estructura levantando onzas, libras, toneladas de fuerza de los hombros de aquellos que la usaran; añadiendo a sus vidas horas, días y años de tiempo liberado, ya se tratara de un momento extra para levantar la cabeza del trabajo y contemplar la luz del sol o del paquete de cigarrillos comprado con el dinero ahorrado de la factura de electricidad, o una hora menos en la jornada laboral de cuantas fábricas utilizaran dicha fuerza, o un mes de viaje por el ancho mundo, con billete pagado con un día de trabajo; o un tren arrastrado por la fuerza de aquel motor, con toda la energía de su peso, de su fuerza, de su tiempo, reemplazados y pagados por la energía de una sola mente que supo establecer contactos que siguieran las rutas de su propio pensamiento. Pero supo también que no existía significado alguno en motores, fábricas o trenes; que el único significado de los mismos residía en el disfrute de la propia existencia, a cuyo servicio estaban. Toda su admiración a la vista de aquel triunfo, se centraba en el hombre que lo había creado, en el poder y la radiante visión interna de quien concebía la tierra como un lugar de dicha y sabía que la tarea de conseguirla constituía el propósito, la sanción y el significado de la vida.

La puerta de la estructura era una hoja lisa y recta de acero inoxidable, lustrosa y azulada bajo la claridad del sol. Sobre ella, tallada en el granito como único adorno de aquella rectangular austeridad, destacaba una inscripción:

JURO POR MI VIDA Y MI AMOR A LA MISMA QUE JAMÁS VIVIRÉ
PARA NADIE NI EXIGIRÉ DE NADIE QUE VIVA PARA MÍ

Se volvió hacia Galt Éste estaba a su lado; la había seguido como para reforzar aquel saludo. Dagny miraba al inventor del motor, pero lo que veían sus ojos era la figura tranquila e indiferente de un obrero en su ambiente y su función naturales; observó la

ligereza de su apostura; una actitud demostrativa de un experto dominio y uso de su cuerpo; un cuerpo alto, vestido con sencillez: fina camisa, pantalón ligero, cinturón alrededor del delgado talle y pelo suelto, que resplandecía como metal bajo la tranquila brisa. Lo miró como había mirado a la estructura.

Entonces comprendió que las dos primeras frases pronunciadas por ambos seguían colgando entre ellos, llenando el silencio; que todo cuanto dijeron desde entonces se apoyó en el sonido de dichas palabras; que él lo sabía y no le permitía olvidarlo. Se dio cuenta repentinamente de que estaban solos; era una sensación que subrayaba el hecho en sí, no permitiendo más implicaciones, pero reteniendo el pleno significado de algo innominado, dentro de aquella tensión peculiar. Estaban solos en un bosque silencioso, al pie de una estructura que parecía un antiguo templo, y Dagny comprendió qué clase de rito constituía la forma de adoración que debía ofrecer en un altar de dicha clase. Sintió una repentina presión en la garganta; echó brevemente la cabeza hacia atrás para sentir la débil brisa en el cabello. Le parecía estar tendida de espaldas, en el espacio, cara al viento, inconsciente de todo excepto de las piernas y de la forma de la boca de Galt. Él seguía en pie, observándola, con el rostro tranquilo, excepto el leve movimiento de sus párpados estrechándose como heridos por una luz demasiado fuerte. Todo aquello podía quedar resumido en el latir de tres instantes: aquél era el primero; en el segundo sintió una explosión de feroz triunfo ante la idea de que los esfuerzos y la lucha de Galt eran más difíciles de soportar que los suyos; luego, él movió los ojos y levantó la cabeza para contemplar la inscripción del templo.

Ella lo dejó mirarla un momento, casi como en acto de condescendiente conmiseración hacia un adversario que trata de recuperar las fuerzas, y luego preguntó con una nota de imperioso orgullo, señalando la inscripción:

—¿Qué es eso?

—Es el juramento tomado a todas cuantas personas viven en el valle, excepto usted.

Mirando las palabras, Dagny declaró:

—Ésa ha sido siempre mi norma en la vida.

—Lo sé.

—Pero no creo que su manera de practicarla sea la correcta.

—Entonces tendremos que averiguar quién está equivocado.

Se acercó a la puerta de acero, con cierta repentina confianza, reforzada levemente por los movimientos de su cuerpo; una mera sensación de energía aumentada por la conciencia del poder que le confería el dolor de él. Sin pedir permiso, intentó dar vuelta al pomo. Pero la puerta estaba cerrada con llave, y no sintió temblor alguno bajo la presión de su mano, como si la cerradura estuviera sellada y soldada a la piedra, mediante la lámina de acero de la puerta.

—No intente abrir esa puerta, Miss Taggart.

Se aproximó a ella, caminando un poco lentamente, como si quisiera subrayar cada uno de sus pasos.

—Ninguna fuerza física podría lograrlo —añadió—. Tan sólo una idea es capaz de abrirla. Si tratara de echarla abajo utilizando los mejores explosivos del mundo, la maquinaria que contiene esa casita quedaría convertida en chatarra, antes de que la puerta cediera. Pero en cuanto logre penetrar la idea… el secreto del motor será suyo, igual que… —fue la primera vez en que notó cierto estremecimiento en su voz —igual que cualquier otro secreto que desee saber.

Se enfrentó a ella un instante, mostrándose abierto a su comprensión total, y sonrió extraña y lentamente como pensando en algo propio, a la vez que añadía:

—Le mostraré cómo se hace.

Dio unos pasos hacia atrás y luego, de pie, inmóvil, con el rostro levantado hacia las palabras grabadas en la piedra, las repitió lenta y suavemente, como si prestara el juramento una vez más. No había emoción en su voz; tan sólo la espaciada claridad de sonidos pronunciados con pleno conocimiento de su significado. Pero ella supo que estaba presenciando el momento más solemne de que jamás pudiera ser testigo; estaba viendo el alma desnuda de un hombre y descubriendo el coste pagado por pronunciar aquellas palabras; escuchaba el eco del día en que pronunció aquel juramento por vez primera, con plena conciencia de los años que vendrían después. Supo qué clase de hombre se levantó para enfrentarse a otros seis mil en una obscura noche de primavera y por qué le temieron. Comprendió que aquél era el nacimiento y el núcleo de todas las cosas ocurridas en el mundo durante los doce años transcurridos desde entonces. Se dio cuenta de que aquello poseía una importancia muy superior al motor oculto en la estructura. Lo comprendió al escuchar la voz de un hombre pronunciando con aire tranquilo, renovando su promesa:

—Juro por mi vida… y mi amor a la misma… que jamás viviré para nadie… ni exigiré de nadie… que viva para mí.

No la sorprendió; por el contrario, le pareció sin importancia que, al final del último sonido, la puerta se abriera lentamente sin que nadie la tocara, hundiéndose en una franja de obscuridad cada vez mayor. En el momento en que una luz eléctrica se encendió en el interior de la estructura, él apretó el pomo y volvió a cerrar la puerta cuya cerradura permaneció sellada una vez más.

—Es una cerradura de sonido —le explicó con el rostro sereno—. Esa frase constituye la combinación necesaria para abrirla. No me importa revelarle el secreto, porque estoy convencido de que no pronunciará esas palabras con la expresión que yo les conferí.

—No lo haré —dijo ella inclinando la cabeza.

Lo siguió hacia el automóvil, lentamente, sintiéndose tan exhausta que apenas podía moverse. Se hundió en el asiento, cerrando los ojos, casi sin oír el ruido del motor al iniciar su marcha. La fatiga y el esfuerzo acumulados de sus largas horas sin dormir la agobiaron de pronto, quebrantando la barrera de tensión que sus nervios habían levantado para contenerla. Permanecía inmóvil, incapaz de pensar, de reaccionar o de luchar, privada de todas sus emociones menos una.

No habló. No abrió los ojos hasta que el automóvil se detuvo frente a la casa de Galt.

—Más vale que descanse —dijo él—. Váyase a dormir inmediatamente, si es que quiere asistir a la cena de Mulligan.

Asintió obediente. Avanzó tambaleándose hacia la casa, eludiendo su ayuda, e hizo un esfuerzo para decirle:

—Estaré bien en seguida. / Luego escapó hacia la seguridad de su cuarto y cerró la puerta tras de sí. Se dejó caer boca abajo sobre la cama. No se trataba de un simple agotamiento físico. Era una sensación demasiado compleja para ser soportada. Mientras la fuerza de su cuerpo había desaparecido, mientras su mente perdía la facultad del raciocinio, una simple emoción la privaba de sus últimos restos de energía, de comprensión, de juicio y de control, no dejándole nada con lo que resistir o con lo que dirigir sus sentimientos, convirtiéndola en un ser incapaz de desear, tan sólo de sentir; reduciéndola a una mera sensación, a una sensación estática, sin principio ni fin. Seguía viendo la figura de Galt, tal como la vio a la puerta de aquella estructura; no sentía deseo ni esperanza, ni apreciación de sus propios sentidos, ni sabía qué nombre otorgar a todo aquello, ni qué relación guardaba con ella; no existía una entidad que pudiera llamar suya; no era una persona, sino una función; la función de verle, y la visión de él albergaba su propio significado y su propósito, sin fin alguno ulterior que alcanzar.

Con la cara oculta en la almohada, recordó brevemente, como una vaga sensación, el instante de su despegue de aquel aeródromo de Kansas. Sintió el latir del motor y el período de movimiento acelerado, mientras hacía acopio de fuerzas, a fin de emprender la carrera en línea recta hacia un solo objetivo. Y en el momento en que las ruedas dejaban el suelo se durmió.

* * *

El fondo del valle era como un estanque que reflejara la claridad del cielo; pero la luz se espesaba pasando del dorado al cobrizo; las orillas desaparecían y los picachos cobraban un tono azulado y neblinoso cuando se dirigían a la casa de Mulligan.

No existía ya traza de cansancio en ella ni resto alguno de violencia. Se había despertado a la puesta del sol; al salir del cuarto encontró a Galt esperándola, sentado, inmóvil, bajo la luz de una lámpara. La miró al aparecer en el umbral de la puerta, con el rostro compuesto, el pelo alisado, la actitud tranquila y confiada. Tenía el mismo aspecto que hubiera podido tener en el umbral de su despacho, en el edificio Taggart, excepto el leve ángulo que trazaba su cuerpo al reclinarse en el bastón. Él la miró unos instantes, mientras Dagny se preguntaba por qué se sentía tan segura de que aquello era lo que él veía; la puerta de su despacho, como si se tratara de una visión largamente imaginada y largamente olvidada.

Se sentó junto a él en el coche, sin deseo alguno de hablar, sabiendo que ninguno de los dos podía ocultar el significado de aquel silencio. Vio cómo unas luces distantes se encendían en las casas del valle; luego distinguió las iluminadas ventanas de la vivienda de Mulligan, en el saliente.

—¿Quién habrá allí? —preguntó.

—Algunos de sus últimos amigos —repuso él—. Y algunos de mis primeros.

Midas Mulligan salió a recibirles a la puerta. Su cara, grave y cuadrada, no tenía una expresión tan dura como había imaginado; demostraba satisfacción, pero la satisfacción no era capaz por sí sola de suavizar sus facciones; simplemente las hería como un pedernal, provocando chispazos de humor que brillaban en las comisuras de sus ojos; un humor más astuto, más exigente y al propio tiempo más cálido que una sonrisa.

Abrió la puerta de su casa, moviendo el brazo algo más lentamente de lo normal, prestando cierto imperceptible y solemne énfasis a su actitud. AI entrar en la sala, Dagny se enfrentó a siete hombres que se levantaron al verla.

—Caballeros… la «Taggart Transcontinental» —anunció Midas Mulligan.

Lo dijo sonriendo, pero bromeando sólo a medias; cierta cualidad de su voz hizo que el nombre del ferrocarril sonara como hubiera sonado en los tiempos de Nat Taggart: como un sonoro título de honor.

Dagny inclinó lentamente la cabeza en saludo a los hombres que se hallaban ante ella, sabiendo que su sentido del valor y sus normas de honor eran idénticas a las suyas. Aceptaban la gloria de aquel título del mismo modo que ella. Dióse cuenta, con una repentina oleada de anhelo, de lo mucho que había ansiado verlo reconocido así en el transcurso de los años.

Su mirada se fue posando en uno y otro: Ellis Wyatt, Ken Danagger, Hugh Akston, el doctor Hendricks, Quentin Daniels. La voz de Mulligan pronunció el nombre de los demás: Richard Halley y el juez Narragansett.

La débil sonrisa que se pintaba en la cara de Richard Halley parecía advertirle que llevaban conociéndose muchos años, en el transcurso de sus noches solitarias junto al fonógrafo. La austeridad del pelo blanco del juez Narragansett le recordaba que en otros

tiempos había oído describirlo como una estatua de mármol, una estatua con los ojos tapados, la clase de figura desaparecida de los tribunales del país conforme las monedas de oro desaparecieron de las manos de sus habitantes.

—Usted lleva perteneciendo aquí mucho tiempo, Miss Taggart —dijo Midas Mulligan—. No era éste el modo en que esperábamos recibirla, pero… bienvenida al hogar.

Hubiera deseado contestar «¡No!», pero se oyó pronunciar suavemente:

—Gracias.

—Dagny, ¿cuántos años tardará en aprender a encontrarse a sí misma?

—Lo había dicho Ellis Wyatt cogiéndola por el codo y llevándola hacia una silla, sonriendo ante su mirada de desamparo, ante la lucha entre sonreír y mantener la cara tensa y resistente—. No simule que no nos comprende. Porque sabe muy bien a qué me refiero.

—Nunca formulamos ningún aserto, Miss Taggart —dijo Hugh Akston—. Porque tal es el crimen moral peculiar de nuestros enemigos. No hablamos, sino que obramos. No pretendemos nada, sino que demostramos lo que decimos. No es su obediencia lo que andamos buscando, sino su convicción racional. Ya conoce todos los elementos de nuestro secreto. Ahora es usted quien deberá extraer sus conclusiones; podemos ayudarla a darles nombre, pero no a que las acepte; la visión, el conocimiento y la aceptación han de ser cosa suya.

—Me parece haberlo conseguido ya —respondió Dagny simplemente—. Y aún más: me parece saberlo desde siempre, aunque sin haberme enfrentado nunca a ello. Y ahora tengo miedo de que se halle tan próximo a mí.

Akston sonrió.

—¿Qué le parece todo esto, Miss Taggart? —preguntó señalando a su alrededor.

—¿Esto? —Se echó a reír súbitamente mirando los rostros de aquellos hombres, iluminados por los rayos de sol que penetraban por las grandes ventanas—. Pues parece… Verá, nunca creí volver a encontrarme con ninguno de ustedes. A veces me pregunté cuánto daría por verlos un instante o por escuchar unas palabras y ahora… ahora esto es como esos sueños que imaginamos en la niñez, cuando pensamos que algún día, en el cielo, volveremos a encontrar a aquellos grandes personajes que partieron de la tierra y a los que no hemos llegado a conocer.

—Bien. Ésa es una clave a la naturaleza de nuestro secreto —dijo Akston—. Pregúntese a sí misma si ese sueño celestial de grandeza debe seguir esperándonos en nuestras tumbas, o si puede ser nuestro aquí, en la tierra.

—Comprendo —murmuró Dagny.

—Si encontrara a estos grandes hombres en el cielo, ¿qué les diría?

—preguntó Ken Danagger.

—Pues… creo que simplemente «¡hola!»

—No es eso todo —dijo Danagger—. Hay algo que usted desearía escuchar de sus labios. Yo tampoco lo sabía hasta haberle visto por vez primera. —Señaló a Galt—. Él me lo dijo y entonces comprendí lo que había estado faltando en mi vida. Miss Taggart, lo que usted desearía es que tales hombres la mirasen y le dijeran: «¡Bien hecho!» —Dagny bajó la cabeza en silencioso asentimiento, y también para que él no percibiera el repentino brillo que las lágrimas habían puesto en sus pupilas—. «¡Bien hecho, Dagny! Bien hecho. Perfectamente bien. Y ahora ha llegado el momento en que descanses del fardo que ninguno de nosotros hubiera debido soportar.»

—Cállese —dijo Midas Mulligan, mirando con preocupación la cabeza inclinada de la joven.

Pero ella la levantó sonriente.

—Gracias —dijo a Danagger.

—Ya que habla de descansar, déjela que lo haga —dijo Mulligan—. Ha sido mucho para un solo día.

—No —le animó Dagny, sonriente—. Continúe; diga… lo que quiera.

—Más tarde —prometió Mulligan.

Fueron Mulligan y Akston quienes sirvieron la cena, ayudados por Quentin Daniels. La presentaron en bandejitas de plata, que eran colocadas en los brazos de los sillones que ocupaban. El fuego del firmamento se iba desvaneciendo en las ventanas y chispazos de luz eléctrica resplandecían en los vasos de vino. Campeaba un ambiente de lujo en aquella habitación, pero un lujo derivado de cierta experta simplicidad. Dagny observó el costoso mobiliario, cuidadosamente escogido, dando la preferencia a la comodidad. Adquirido en algún lugar y tiempo en que el lujo todavía era un arte. No había por allí objetos superfluos, pero observó un pequeño cuadro de un maestro del Renacimiento que valía una fortuna, y una alfombra oriental de textura y color adecuados para la vitrina de un museo. Se dijo que aquél era el concepto que Mulligan tenía de la riqueza: la riqueza de la selección, no de la acumulación.

Quentin Daniels se había sentado en el suelo con la bandeja sobre las rodillas; parecía por completo en su ambiente y miraba a Dagny de vez en cuando, sonriendo como un hermanito descarado que le hubiera insinuado algún secreto imposible de ser descubierto. La había precedido en el valle cosa de diez minutos, pero era ya uno de ellos, mientras Dagny continuaba siendo una forastera.

Galt se sentó un poco más lejos, alejado del círculo de luz, sobre el brazo del sillón del doctor Akston. No había pronunciado palabra; habíase retirado como dejando a Dagny a los demás y observando todo aquello como un espectáculo en el que no representara ningún papel. Pero los ojos de Dagny se posaban en él de vez en cuando, impulsados por la certeza de que el espectáculo había sido preparado por él, de que lo había puesto en movimiento mucho tiempo antes y de que los demás lo sabían también.

Observó a otra persona que experimentaba asimismo una atracción indudable hacia Galt: Hugh Akston, quien lo miraba de vez en cuando, involuntaria y casi subrepticiamente, cual si forcejeara para no confesar la soledad de una larga separación. No le hablaba, como si diera por descontada su presencia allí. Pero cierta vez en que Galt se inclinó hacia delante y un mechón de pelo le cayó ante la cara, Akston alargó la mano y lo puso de nuevo en su lugar, manteniéndola un instante en la frente de su discípulo. Fue el único atisbo de emoción que se había permitido, el único saludo, el gesto de un padre.

Dagny se encontró hablando a los hombres a su alrededor, totalmente relajada y con el corazón más ligero que antes. Pensó que lo que sentía no era cansancio, sino un velado asombro ante la fatiga que debía sentir, pero de la que se hallaba libertada. La anormalidad de todo aquello residía precisamente en que todo pareciera tan sencillo y normal.

Apenas se daba cuenta de sus propias preguntas, mientras conversaba con uno y con otro; pero las respuestas iban impresionando un disco en su mente e impulsando frase tras frase hacia un objetivo final.

—¿El Quinfa Concierta? —preguntó Richard Halley en respuesta a uno de sus interrogantes—. Lo escribí hace diez años. Lo llamamos el Concierto de la Liberación. Gracias por haberlo reconocido mediante unas notas silbadas en la noche… Sí, lo sé… Teniendo en cuenta que conoce mi obra, sabrá también al escucharla que este Concierto dice todo aquello que intenté manifestar y lograr. Está dedicado a él. —Señaló a Galt—. No, Miss Taggart; no he abandonado la música. ¿Qué le hace suponer tal cosa? He escrito

más música en los últimos diez años que en cualquier otro período de mi vida. Tocaré para usted lo que quiera, cuando venga a mi casa… No, Miss Taggart; no será publicada fuera de aquí. Ni una sola nota será escuchada más allá de estas montañas.

—No, Miss Taggart, no he abandonado la Medicina —dijo por su parte el doctor Hendricks—. Pasé los últimos seis años en continuas investigaciones, y he descubierto un método para proteger los vasos sanguíneos de esa ruptura fatídica que se conoce como ataque cerebral. Eliminará de la existencia humana la terrible amenaza de la parálisis… No; ni una palabra de mi método será divulgada fuera de aquí.

—¿La ley, Miss Taggart? —preguntó a su vez el juez Narragansett—. ¿Qué ley? No la he abandonado; lo que ocurre es que ha desaparecido. Pero yo sigo trabajando en la profesión elegida, que es la de servir la causa de la justicia… No, la justicia no ha cesado de existir. ¿Cómo podía ocurrir semejante cosa? Los hombres pueden volverle la espalda, pero entonces ella los destruye. No es posible que la justicia desaparezca de la vida, porque una cosa es atributo de la otra; porque la justicia es el acto de reconocer todo cuanto existe… Sí; continúo en mi profesión. Estoy escribiendo un tratado sobre filosofía de la ley. Demostraré en él que el mayor de los males humanos, que la más destructiva y horrible máquina entre todas las inventadas por el hombre, es la ley no objetiva… No, Miss Taggart, mi tratado no se publicará fuera de aquí.

—¿Mis negocios, Miss Taggart? —inquirió Midas Mulligan—. Mis negocios son como una transfusión de sangre y aún sigo practicándolos. Mi tarea consiste en inyectar un combustible vital a las plantas capaces de crecer. Pero pregunte al doctor Hendricks si la sangre es capaz de salvar a un cuerpo que rehúse funcionar, a un montón de chatarra que quiera vivir sin esfuerzos. Mi Banco de sangre es el oro. El oro, combustible que obra maravillas, pero que no sirve de nada si no existe motor… No, no he abandonado. Lo que pasa es que me cansé de dirigir un matadero, donde se extrae sangre a cuerpos sanos para inyectarla en una especie de cadáveres sin energía.

—No hemos abandonado nada —declaró Hugh Akston—. Compruebe sus premisas, Miss Taggart. Ninguno de nosotros ha cedido. Es el mundo el que… ¿qué tiene de malo el que un filósofo dirija un restaurante junto a una carretera? ¿O una fábrica de cigarrillos, como hago yo ahora? Todo trabajo es un acto de filosofía. Y cuando los hombres aprendan a considerar el trabajo productivo y aquello que constituye la fuente del mismo como norma de sus valores morales, habrán alcanzado ese estado de perfección al que tienen' derecho desde su nacimiento y que han perdido… ¿La fuente del trabajo? La mente del hombre, Miss Taggart; la mente razonadora del hombre. Estoy escribiendo un libro sobre dicho tema, definiendo una filosofía moral aprendida de mi propio discípulo… Sí, puede salvar al mundo. No, no será publicada fuera de aquí.

—¿Por qué? —exclamó Dagny—. ¿Por qué? ¿Qué hacen aquí todos ustedes?

—Estamos en huelga —respondió John Galt.

Se volvieron hacia él como si hubieran estado esperando oírle pronunciar tales palabras. Dagny percibió el vacío latido del tiempo en su interior, englobado en el repentino silencio de la estancia, al mirarle a través de una franja de luz. Estaba sentado, en actitud despreocupada, sobre el brazo del sillón, inclinado hacia delante, con el antebrazo sobre las rodillas y la mano colgando lacia. Fue la débil sonrisa que se pintaba en su rostro lo que confirió a sus palabras el tono de una declaración irrevocable.

—¿Por qué le parece tan extraordinario todo esto? Sólo existe una clase de hombres que nunca estuvieron en huelga en toda la historia humana. Las otras clases se han detenido cuando lo desearon, presentando demandas, proclamándose indispensables… excepto aquellos que llevaron al mundo en sus hombros, lo mantuvieron vivo y soportaron torturas como único pago, pero que nunca abandonaron el camino seguido por la raza humana. Pues bien, su turno ha llegado. Que el mundo descubra quiénes son, qué hacen y

qué sucede cuando rehúsan funcionar. Ésta es la huelga de las mentes privilegiadas, Miss Taggart. La huelga del espíritu.

Dagny no se movió; tan sólo los dedos de su mano derecha ascendieron lentamente por su mejilla hasta rozar la sien.

—A través de los siglos —continuó Galt —la mente ha sido considerada nociva, y toda clase de insultos, procedentes del hereje, o del materialista, o del explotador, toda clase de iniquidades, desde el exilio a la privación de derechos civiles y a la expropiación, toda forma de tortura, desde la burla al potro y al pelotón de ejecución, han sido utilizados contra aquellos que asumieron la responsabilidad de contemplar al mundo con los ojos de una conciencia viva y teatizar el acto crucial de establecer conexiones racionales. Sin embargo, sólo en la medida que entre cadenas y en calabozos y rincones obscuros, en las celdas de los filósofos y en las tiendas de los negociantes, algunos hombres continuaron pensando, sólo en dicha medida fue la humanidad capaz de sobrevivir. Durante los siglos en que se adoró la insensatez, cualquiera que haya sido el estancamiento que la humanidad aceptó soportar o las brutalidades que haya practicado, fue sólo gracias a los hombres que supieron que el trigo necesitaba agua para crecer, que las piedras colocadas en curva formarán un arco, que dos y dos suman cuatro, que el amor no prospera con la tortura y que la vida no se alimenta de destrucción… sólo gracias a estos hombres, el resto de ellos aprendió a vivir momentos en que captaron el chispazo de su verdadero ser y sólo la suma de tales momentos les permitió continuar la existencia. Fue el hombre de espíritu quien les enseñó a cocer su pan, a curar sus heridas, a forjar su$ armas e incluso a construir las prisiones en las que más tarde fue encerrado. Un hombre de energía inagotable y de persistente generosidad comprendió que el estancamiento no es el destino humano, que la impotencia no constituye su naturaleza, que la ingeniosidad de la mente engloba el poder más noble y beneficioso. Y en servicio a ese amor y a la existencia que sólo él sentía, continuó trabajando, trabajando a cualquier precio, trabajando por quienes lo despojaban, por sus carceleros, por sus verdugos, pagando con su vida el privilegio de salvar la de ellos. Tal fue su gloria y su culpa: la de permitir que le enseñaran a sentirse culpable de su gloria; aceptar el papel de un animal sacrificado y, en castigo por el pecado de su inteligencia, perecer sobre el altar de los brutos. La broma más trágica de la historia humana es la de que en cualquiera de los altares erigidos por el hombre, siempre fue éste el inmolado y el animal el que ocupó las hornacinas. Siempre fueron los atributos animales, no los humanos, los que la humanidad adoró; el ídolo del instinto y el ídolo de la fuerza; los místicos y los reyes; los místicos que anhelaban una conciencia irresponsable y gobernaron proclamando que sus obscuras emociones eran superiores a la razón, que el conocimiento brota en ciegos impulsos, sin causa, que han de ser seguidos también ciegamente, sin dudar de ellos; y los reyes, que gobernaron por medio de sus garras y sus músculos, adoptando la conquista como método y el saqueo como propósito, con una estaca, un arco o un fusil como única sanción de su poder.

»Los defensores del alma humana se preocuparon por los sentimientos de sus semejantes; los defensores del cuerpo humano tuvieron como solo objetivo el estómago de aquéllos, pero ambos se unieron para luchar contra la mente. Sin embargo, nadie, ni el más bajo de los seres humanos, puede renunciar totalmente a su cerebro. Nadie ha creído por completo en lo irracional: lo que aceptó es simplemente la injusticia. Cuando un hombre denuncia la mente, es porque su meta adopta una naturaleza que la mente no le permite confesar. Cuando predica contradicciones, lo hace a sabiendas de que¡ alguien aceptará el fardo de lo imposible, de que alguien lo hará funcionar para él, al precio de su propio sufrimiento o de su vida. La destrucción es el precio de las contradicciones. Son las víctimas quienes hacen posible la injusticia. Son los hombres dotados de razón los que hacen posible que los brutos gobiernen el mundo. El ataque a la razón ha sido el motivo de todo credo antirrazón, surgido en la tierra. El ataque contra la propia habilidad ha sido

el propósito de todo credo defensor del autosacrificio. Los saqueadores siempre lo supieron. Nosotros no. Pero ha llegado el momento de ver claro. Lo que ahora pretenden obligarnos a adorar es lo mismo que en otros tiempos quedó revestido con el carácter de dios o de rey: es la desnuda, torcida, insignificante figura del Incompetente humano. Tal es el ideal de nuestros días, el objetivo a alcanzar, el propósito por el que vivir. Y los hombres serán recompensados de acuerdo con su acercamiento a ello. Estamos en la edad del hombre común, nos dicen. Pero este título puede alcanzarlo cualquiera en la medida de aquello que nunca haya logrado conseguir. Ostentará un rango de nobleza, gracias a los esfuerzos que ha dejado de hacer; será honrado por virtudes que no ha ejercido y se le pagará por géneros que no produce. Nosotros, en cambio, deberemos expiar la culpa de la inteligencia y trabajar para apoyarles en lo que ordenen, teniendo su placer como única recompensa. Y aunque poseamos más elementos que nadie, seremos los que menos podamos hablar. Como dueños de una mejor capacidad para pensar, no se nos permitirá una idea propia. Dotados de juicio para actuar, no se nos aceptará un acto de propia elección. Trabajaremos bajo directrices y controles promulgados por quienes son incapaces de producir nada. Ellos dispondrán de nuestra energía porque nada tienen que ofrecer, y de nuestros productos porque no pueden fabricarlos. ¿Dice usted que todo esto es imposible? Ellos lo saben, pero nosotros no, y cuentan con dicha ignorancia. Cuentan con que continuemos trabajando hasta el límite de lo inhumano, alimentándolos mientras nos dure la vida. Porque cuando nos derrumbemos surgirá otra víctima para substituirnos; una víctima que luche por su supervivencia. Y el margen entre cada víctima sucesiva se irá haciendo menor. Usted morirá para dejarles un ferrocarril, pero su último descendiente desaparecerá también para dejarles un sencillo pan. Pero esto no preocupa lo más mínimo a los saqueadores. Su plan, como todos los planes de sus semejantes en el pasado, consiste sólo en que el botín le dure toda la vida. Siempre ha ocurrido así, porque en una generación no es posible agotar todas las víctimas. Pero esta vez será distinto. Las victimas se han declarado en huelga. Estamos en huelga contra el martirio y contra el código moral que nos lo exige. Estamos en huelga contra quienes creen que el hombre ha de existir sólo para beneficiar a otros. Estamos en huelga contra esa moralidad de caníbales, tanto si se practica de un modo material como espiritual.

»No trataremos con nadie, excepto bajo nuestros propios términos, y éstos constituyen un código moral según el cual el hombre es un fin en si mismo y no un medio para lograr fines ajenos. No queremos forzarles a aceptar nuestro código. Quedan en libertad para creer lo que les plazca. Pero, por una vez, tendrán que creer y que existir sin nuestra ayuda. Y de una vez para siempre, aprenderán el significado de su propio credo. Dicho credo ha perdurado durante siglos gracias a la sanción de las víctimas; gracias a la aceptación por parte de éstas del castigo derivado de quebrantar un código cuya práctica resultaba imposible. Pero dicho código tenía forzosamente que quebrantarse. Beneficia no a quienes lo practican, sino a los que no lo observan. Es una moralidad mantenida en existencia, no por las virtudes de sus santos, sino por la gracia de sus pecadores. Hemos decidido no ser pecadores por más tiempo. Hemos cesado de quebrantar ese código moral. Podemos eliminarlo para siempre, gracias al único método que no puede rechazar: obedeciéndolo. Lo estamos obedeciendo. Cumplimos con él. En los tratos con nuestros semejantes, lo observamos al pie de la letra, ahorrándoles todas las maldades que denuncian. ¿La mente es un mal? Hemos retirado las obras de nuestra mente de la sociedad y ni una sola de nuestras ideas será conocida o utilizada por hombres. ¿La habilidad es un egoísmo perjudicial que no permite oportunidad alguna a los menos capacitados? Nos hemos apartado de la competición y dejado abiertas todas las posibilidades a los incompetentes. ¿La consecución de la riqueza es avaricia y raíz de todo daño? Ya no buscamos hacer fortuna. ¿Es pernicioso ganar más de lo que basta para el propio sostenimiento? No aceptamos otras tareas que las más bajas, y producimos por el esfuerzo de nuestros músculos tan sólo lo que consumimos en nuestras inmediatas

necesidades, sin que un centavo ni un rasgo de inventiva puedan sobrar, perjudicando al mundo. ¿Es detestable triunfar, puesto que el éxito se consigue por los fuertes a expensas de los débiles? Hemos cesado de agobiar a los débiles con nuestra ambición y los dejamos en libertad de prosperar sin nosotros. ¿Es aborrecible emplear a otros? No tenemos empleos que ofrecer. ¿Es maldad tener propiedades? No poseemos nada. ¿Resulta despreciable disfrutar de la propia existencia? No existe forma alguna de comodidad que nosotros busquemos en su mundo. Lo más duro de conseguir fue lo que ahora sentimos hacia su mundo, la. emoción que ellos predican como un ideal: la indiferencia, la nada, el cero, la muerte… Damos al hombre aquello que ha declarado considerar como virtud durante siglos. Ahora veamos si realmente lo desea.

—¿Fue usted quien inició esta huelga? —preguntó Dagny.

—Sí.

Galt se puso en pie con las manos en los bolsillos. Tenía el rostro bajo la luz, y le vio sonreír con la jovialidad sencilla, espontánea, implacable, de quien está totalmente seguro de lo que cree.

—Hemos oído hablar mucho de huelgas —explicó —y acerca de la dependencia del hombre privilegiado respecto al hombre común. Hemos oído gritar que el industrial es un parásito, que los obreros lo mantienen, crean su riqueza y hacen posible su lujo. ¿Qué le sucedería si lo abandonaran? Muy bien. Propongo enseñar al mundo quién depende de quién, quién mantiene a quién, quién es la fuente de la riqueza, quién hace posible la vida de quién y qué le ocurre a un ser cuando otros lo abandonan.

Las ventanas eran ahora paneles obscuros, reflejando los puntos luminosos de los cigarrillos. Galt tomó uno de una mesita y, a la llama de la cerilla, Dagny pudo percibir el leve resplandor dorado del signo del dólar entre sus dedos.

—Me retiré, me uní a él y me declaré en huelga —dijo Hugh Akston—, por no poder compartir mi profesión con hombres convencidos de que la tarea de un intelectual consiste en negar la existencia del intelecto. La gente no requeriría la labor de un fontanero que intentara demostrar su excelencia profesional asegurando que no existe semejante profesión; pero, al parecer, la misma precaución no es considerada necesaria respecto a los filósofos. Sin embargo, aprendí de mi propio discípulo que era yo quien hacía esto posible. Cuando los pensadores aceptan a quienes niegan la existencia del pensamiento, como compañeros de diferente escuela, son ellos los que laboran por la destrucción de la mente. Refuerzan la premisa básica del enemigo, provocando así la conversión de la razón en demencia normal. Una premisa básica es un absoluto que no permite cooperar con su antítesis, y no tolera la tolerancia. Del mismo modo y por la misma razón que un banquero no aceptará ni permitirá la circulación de moneda falsificada, garantizándole la sanción, honor y prestigio de su Banco; así como no garantizará el deseo de tolerancia de un falsificador, considerándola siempre diferencia de opinión, no otorgo yo tampoco título de filósofo al doctor Simón Pritchett, ni competiré con él por la conquista de la mente humana. El doctor Pritchett nada tiene que depositar en la cuenta de la filosofía, excepto su declarada intención de destruirla. Intenta aprovecharse de una negativa, basándose en el poder de razonar del hombre. Intenta estampar la marca de la razón sobre los planes de sus amos, los saqueadores. Se propone utilizar el prestigio de la filosofía para lograr la esclavitud del pensamiento. Pero ese prestigio constituye una cuenta que sólo existirá mientras yo pueda firmar los cheques. Dejadle hacerlo sin mí. Dejadle obrar, y quienes le confían la mente de sus hijos tendrán exactamente lo que piden: un mundo de intelectuales sin inteligencia y de pensadores que aseguran no poder pensar. Lo concedo. Me atengo a ello. Y cuando vean la absoluta realidad de su mundo no absoluto, no estaré allí y no seré yo quien pague el precio de sus contradicciones.

—El doctor Akston se retiró basándose en el principio del intercambio razonable —dijo Midas Mulligan—. Yo en el principio del amor. El amor es la más alta forma de reconocimiento que uno otorga a los valores superlativos. Fue el caso Hunsacker el que me obligó a partir; aquel en que un tribunal ordenó que reconociera, como primer derecho a los fondos de mis depositarios, la demanda de quienes ofrecerían pruebas de no tener derecho a formularla. Se me ordenó entregar dinero conseguido por hombres, a un oportunista indigno, cuya única cualidad consistía en su inhabilidad para ganarlo. Yo nací en una granja. Sabía el significado del dinero. En el curso de mi vida he tratado con muchos hombres. Los he visto crecer. He hecho mi fortuna gracias a la habilidad de distinguir a cierta clase de ellos. La clase de los que nunca piden fe, esperanza y caridad, sino que ofrecen hechos, pruebas, beneficios. ¿Saben que invertí dinero en el negocio de Hank Rearden cuando estaba en sus comienzos? ¿Cuando acababa de abrirse camino desde Minnesota para adquirir las fundiciones de Pennsylvania? Cuando vi la disposición del tribunal sobre mi mesa, creí presenciar un cuadro, tan claramente, que lo cambió todo para mí. Contemplé la cara luminosa y los ojos del joven Rearden, como la primera vez en que me enfrenté a él. Lo vi tendido al pie de un altar, con su sangre corriendo por el suelo. Sobre el altar se hallaba Lee Hunsacker con los ojos llenos de lágrimas, quejándose de que nunca tuvo una oportunidad… Resulta extraño lo sencillas que se hacen algunas cosas cuando uno las ve claramente. No me fue difícil cerrar el Banco y partir: por vez primera en mi vida, comprendí qué era aquello por lo que había vivido y lo que amé. Miró al juez Narragansett.

—Usted se retiró debido al mismo caso, ¿verdad?

—Sí —respondió el juez—. Me retiré cuando el tribunal de apelación invirtió mis atribuciones. El propósito por el que había elegido mi tarea era el de convertirme en guardián de la justicia. Pero las leyes que querían hacerme cumplir me convertían en ejecutor de la peor injusticia concebible. Se deseaba de mí que usara la fuerza para violar los derechos de hombres desarmados que acudían en busca de protección a sus derechos. Los litigantes obedecen el veredicto de un tribunal sólo sobre la base de que existe una regla objetiva de conducta, aceptada por ambos. Me di cuenta de que unos hombres se sentían unidos a ella y otros no; de que unos obedecían una regla y otros se basaban en sus arbitrarios deseos —sus necesidades —y que la ley se inclinaba hacia estos últimos. La justicia consistiría, pues, en apoyar lo injustificable. Me retiré porque no me sentí capaz de escuchar la palabra «Señoría» dirigida a mí por un hombre honrado.

Dagny posó la mirada lentamente en Richard Halley, como si le rogara contar su historia y temiese a la vez escucharla. Él sonrió.

—Hubiera perdonado a los hombres —dijo Richard Halley—. Pero no pude hacer lo propio con su opinión de mi éxito. Durante los años en que me rechazaron, no sentí odio alguno. Si mi trabajo constituía una novedad, era preciso darles tiempo para que aprendieran; si fui el primero en trazar un camino hasta una altura sólo mía, no tenía derecho a quejarme si los demás se mostraban lentos en seguirla. Así me lo repetí una y otra vez durante aquellos años, excepto en noches en que me era imposible esperar o creer por más tiempo, y gritaba «¿Por qué?», pero sin encontrar respuesta. Luego, la vez en que optaron por vitorearme, me encontré ante ellos en el escenario de un teatro, pensando que aquél era el momento por el que tanto había luchado; deseando sentirlo así, pero sin sentir nada. Recordaba las otras ocasiones en que formulara aquel «¿por qué?» que aún seguía sin respuesta. Sus aclamaciones me parecieron tan vacías como sus silbidos. Si hubieran dicho: «Lamentamos este retraso; gracias por esperarnos», no hubiera pedido nada más y ellos hubieran podido tener todo cuanto yo les diera. Pero lo vi en sus caras y en su modo de hablar cuando se arremolinaban para alabarme, era lo que había observado respecto a otros artistas, aun cuando nunca creí que un ser humano pudiera obrar así sinceramente. Parecían manifestar que no me debían nada, que su

sordera anterior me había otorgado un objetivo moral, que había sido mi deber luchar, sufrir y soportar sus desplantes, sus desprecios, sus injusticias y cualquier clase de tortura que quisieran infligirme, para enseñarles a disfrutar con mi trabajo. Era algo que yo les debía y que constituía mi propósito. Comprendí entonces la naturaleza de quien posee espíritu de saqueador, algo que hasta entonces nunca pude concebir. Los vi intentar penetrar en mi alma, del mismo modo que entraban en el bolsillo de Mulligan; expropiar el valor de mi persona, de igual modo que expropiaban la riqueza de aquél. Percibí la impertinente malicia de su mediocridad, de su jactancia al querer rellenar el vacío de un abismo con los cuerpos de los mejores. Del mismo modo que intentaban alimentarse con el dinero de Mulligan, pretendían hacer lo propio con las horas en que yo escribía mi música y con lo que me obligaba a escribirla, abriéndose camino a mordiscos hacia su propia estima, extrayendo de mi la admisión de que ellos eran el objetivo de mi música, de modo que, en razón de mi triunfo, no serían ellos quienes reconocieran mi valor, sino yo quien me inclinara ante el suyo… Fue aquella noche cuando juré no dejarles oír más ni una nota mía. Las calles estaban desiertas cuando salí del teatro había sido el último en marcharme y pude ver a un hombre al que no conocía esperándome a la luz de un farol. No tuvo que insistir demasiado. El concierto que le dediqué se llama el Concierto de la Liberación. Dagny miró a los demás.

—Por favor, cuéntenme sus motivos —dijo con débil firmeza de voz, como si soportara un vapuleo, pero desease prolongarlo hasta el final.

—Me marché cuando hace unos años la medicina quedó colocada bajo la supervisión del Estado —explicó el doctor Hendricks—. ¿Sabe usted lo que representa efectuar una operación del cerebro? ¿Sabe usted la clase de habilidad que exige y los años de apasionada, implacable, agotadora devoción que son precisos para adquirirla? Pues bien, eso fue lo que no quise colocar a disposición de hombres cuya sola atribución para dirigirme consistía en su capacidad para barbotar las fraudulentas vulgaridades que los habían elevado al privilegio de forzar sus deseos sobre otros, amenazando con un arma. No quise permitir que me dictaran el propósito para el que mis años de estudio habían sido empleados, ni las condiciones de mi trabajo, ni mi elección de pacientes, ni la suma de mis beneficios. Observé que en todas las discusiones que precedieron la esclavización de la medicina, se discutía todo, excepto el deseo de los doctores. Se consideraba únicamente el «bienestar» de los pacientes y nunca el de aquellos que debían proporcionárselo. El que un doctor pudiera poseer derechos, expresar deseos o manifestar su elección, estaba considerado como un imperdonable egoísmo. Él no debía elegir, sino sólo «servir». A todos cuantos se proponían ayudar al enfermo, haciendo la vida imposible para el sano, no se les ocurrió que un hombre que acepte trabajar forzadamente se convierte en un bruto tan peligroso que no se le podría confiar ni el cuidado de un corral. Me he extrañado, con frecuencia, ante la afectación con que otros afirman su derecho a esclavizarme, a controlar mi trabajo, a forzar mi voluntad, a violar mi conciencia y a sofocar mi mente. Sin embargo, ¿de quién dependen cuando están tendidos en una mesa de operaciones, bajo mis manos? Su código moral les ha enseñado a creer que es seguro confiar en la virtud de sus víctimas; pues bien, he eliminado esa virtud. Dejémosles descubrir la clase de doctores que su sistema producirá. Dejémosles observar en sus quirófanos y en sus salas de hospital, el resultado de poner sus vidas en manos de alguien cuya existencia están ahogando. No es un procedimiento seguro, si se trata de un hombre capaz de lamentar lo que sucede… y todavía menos si se siente incapaz de tal reacción.

—Me retiré —dijo Ellis Wyatt —porque no quería servir como comida a los caníbales, y a la vez prepararla.

—Descubrí —añadió Ken Danagger —que los hombres contra los que luchaba eran seres impotentes. Yo no necesitaba de su rigidez, su falta de propósitos, su irresponsabilidad y

su carencia de razón. No eran tales personas las que debían imponerme sus condiciones, ni yo tenía por qué obedecerlas. Me marché para que se dieran cuenta de su error.

—Yo me fui —explicó Quentin Daniels —porque si existen grados de condenación, los científicos que ponen su mente al servicio de una fuerza bruta constituyen el peor de todos: son los criminales mayores de la tierra.

Guardaron silencio. Dagny se volvió hacia Galt.

—¿Y usted? —le preguntó—. Porque usted fue el primero. ¿Qué le hizo seguir ese camino?

Él se rió por lo bajo.

—Mi renuncia a nacer con un pecado.

—¿A qué se refiere?

—Nunca me he sentido culpable de mis cualidades, ni de mi mente, ni de ser hombre. No acepté una culpabilidad no merecida y dé este modo quedé libre para conseguir y comprender mis propios valores. Desde que puedo recordar, he tenido la convicción de que mataría a quien asegurase que existo para atender a sus necesidades y comprendí que pensar así constituye el más alto fin moral. Aquella noche de la reunión de la «Twentieth Century», cuando escuché cómo maldades inexpresables eran formuladas en tono de rectitud moral, descubrí la raíz de la tragedia del mundo y al propio tiempo la llave que daba paso a ella y la solución. Comprendí lo que tenía que hacerse y lo hice.

—¿Y el motor? —preguntó Dagny—. ¿Por qué lo abandonó? ¿Por qué lo dejó a los herederos Starnes?

—Era propiedad de su padre. Me pagaba para ello. Fue fabricado en su época. Comprendí que no les resultaría beneficioso y que nadie volvería a oír hablar jamás de él. Era mi primer modelo experimental. Nadie más que yo o un equivalente a mí podía haberlo completado o comprendido el significado del mismo. Y estaba seguro de que nadie en tales condiciones se acercaría a partir de entonces a la fábrica.

—¿Sabe la clase de avance que representa ese motor?

—Sí.

—¿Y lo dejó allí para que se perdiera?

—Sí.

Galt miró a la obscuridad, más allá de las ventanas, riéndose levemente, aunque sin traza alguna de jovialidad.

—Antes de marcharme, contemplé el motor por última vez. Pensé en quienes aseguran que la riqueza se basa en los recursos naturales, en aquellos otros según los cuales consiste en apoderarse de las fábricas y en los que afirman que la maquinaria condiciona los cerebros. Bien, allí estaba el motor para condicionarlos, y allí se quedó, como era, sin la ayuda de un cerebro humano: un montón de pedazos de hierro y de alambres prestos a oxidarse. Usted piensa en el gran servicio que ese motor podría rendir a la humanidad si se le pusiera en funcionamiento. Yo creo que el día en que los hombres comprendan el significado que asumió al quedar abandonado en aquel montón de chatarra, habrá prestado un servicio todavía mayor.

—Cuando dejó el motor allí, ¿pensaba vivir ese día?

—No.

—¿Imaginó que tendría la posibilidad de reconstruir el motor en otro sitio?

—No.

—¿Y aceptó abandonarlo para que se oxidara?

—Fue lo que aquel motor significaba para mí —dijo lentamente —lo que me impulsó a dejarlo allí y desaparecer para siempre. —La miró a la cara y ella le oyó añadir con voz segura, enérgica y precisa—: Del mismo modo que usted deseará que se oxiden y desaparezcan los rieles de la «Taggart Transcontinental».

Dagny sostuvo su mirada, con la cabeza erguida. Luego dijo suavemente, en el tono de una orgullosa y ligera súplica:

—No me obligue a contestarle ahora.

—No lo haré. Le contaremos todo cuanto quiera saber. Pero no la obligaremos a adoptar una decisión. —Y añadió con una suavidad que no pudo menos de asombrarla—: Ya he dicho que la indiferencia hacia un mundo que hubiera debido ser nuestro es lo más difícil de conseguir. Pero todos hemos pasado bien la prueba.

Dagny echó una ojeada al tranquilo e inexpugnable cuarto y a la luz que procedía de aquel motor e iluminaba las caras de quienes componían la reunión más serena y confiada a que hubiera asistido jamás.

—¿Qué hizo cuando salió de la «Twentieth Century»? —preguntó.

—Me convertí en detector de lumbreras. Mi tarea consistía en observar las llamas que brillan entre las tinieblas del salvajismo, las llamas que indican la presencia de hombres de inteligencia y de espíritu, en observar su ruta, su forcejeo y su agonía y sacarlos de allí cuando comprendiera que ya habían visto bastante.

—¿Y qué les decía para obligarles a abandonarlo todo?

—Simplemente que estaban en lo cierto.

En respuesta a la silenciosa pregunta que expresaba la mirada de Dagny, añadió:

—Les confería un orgullo que ignoraban poseer. Les ofrecía las palabras con que identificarlo. Les otorgaba la inapreciable posesión de que carecían y que anhelaban, pero cuya necesidad no les parecía necesaria: una sanción moral. ¿Me llamó usted destructor y cazador de hombres? Fui el propulsor andante de esta huelga, el jefe de la rebelión de las víctimas, el defensor de los oprimidos, los desheredados y los explotados, y observe que semejantes palabras tienen, siquiera por una vez, un significado literal.

—¿Quiénes fueron los primeros en seguirle?

Galt dejó transcurrir unos momentos en deliberado paréntesis y luego respondió:

—Mis dos mejores amigos. Ya conoce a uno de ellos. Y sabe, quizá mejor que nadie, el precio que pagó por ello. Nuestro maestro el doctor Akston vino después. Se unió a nosotros luego de una velada de conversación. William Hastings, que había sido mi jefe en el laboratorio de Investigaciones de la «Twentieth Century Motors», pasó una temporada difícil, tratando de convencerse a sí mismo. Pero se unió a nosotros. Luego lo hicieron Richard Halley y Midas Mulligan.

—…quien tardó sólo quince minutos —explicó el propio Mulligan. Dagny se volvió hacia él.

—¿Fue usted quien organizó este valle?

—Sí —dijo Mulligan—. Al principio, constituyó tan sólo un retiro privado para mí. Lo había comprado hace muchos años; adquirí millas de estas montañas, trozo a trozo, a los rancheros y vaqueros que no sabían lo que tenían. El valle no se encuentra señalado en ningún mapa. Cuando decidí retirarme, construí esta casa. Corté todos los posibles caminos que conducían acá, excepto uno, y está enmascarado de tal forma que nadie lo podrá descubrir jamás. Aprovisioné el lugar de modo que me permitiera vivir tranquilo el resto de mis días, sin tener que volver a ver la cara de un saqueador. Cuando supe que John había convencido también al juez Narragansett, lo invité a unirse a mí. Luego

hicimos idéntica propuesta a Richard Halley. AI principio, los demás permanecieron fuera.

—No teníamos reglas ni disposiciones de ninguna clase —explicó Galt—, excepto una. Cuando alguien aceptaba nuestro juramento, se comprometía a una sola cosa: a no trabajar en su profesión, ni a dar al mundo el beneficio de su mente. Cada uno lo llevaba a cabo según su propio método. Quienes tenían dinero, se retiraban a vivir de sus ahorros. Quienes debían trabajar escogían una tarea cualquiera. Algunos habían sido famosos; otros, como ese joven guardafrenos suyo, descubierto por Halley, fueron avisados a tiempo por nosotros para no precipitarse en la tortura. Pero nunca abandonamos por completo el cuidado de nuestra mente ni el trabajo que amábamos. Cada uno continuó ejerciendo su profesión real del modo que quería y en sus momentos Ubres aunque en secreto, tan sólo en beneficio propio sin dar nada a los demás, ni compartirlo con ellos. Estábamos desparramados por todo el país, como proscritos, lo que siempre habíamos sido, pero aceptábamos nuestros papeles con intención consciente. El único alivio lo constituían las raras ocasiones en que podíamos vernos unos a otros. Nos gustaban aquellos encuentros porque contribuían a renovar la sensación de que contábamos con otros seres humanos. Empezamos a pasar un mes de cada año en este valle, con el fin de descansar, de vivir en un mundo racional, de poder trabajar sin ocultarnos e intercambiar nuestros productos. Aquí los logros significan pago, pero no expropiación. Cada cual construyó su casa a sus propias expensas, para un mes de vida cada doce de ellos. Pero de este modo, los once restantes eran más fáciles de sobrellevar.

—Verá usted, Miss Taggart —intervino Hugh Akston—. El hombre es un ser social, pero no al modo que predican los saqueadores.

—Fue la destrucción de Colorado la que inició la prosperidad de este valle —explicó Midas Mulligan—. Ellis Wyatt y los otros vinieron a instalarse permanentemente aquí, porque tenían que vivir ocultos. Todo aquello que pudieron salvar de sus riquezas, lo convirtieron en oro o en máquinas, del mismo modo que yo, y lo trajeron aquí, Éramos suficientes para desarrollar este valle y crear trabajos para quienes en el mundo exterior tenían que ganarse la vida. Habíamos alcanzado un estado en que la mayoría de nosotros podíamos ya habitar aquí de manera continua. Este valle puede casi valerse por sí mismo y en cuanto a aquellos géneros que todavía no podemos producir, los compro al exterior a través de un agente especial, un hombre que no deja que mi dinero llegue a los saqueadores. No somos un estado ni una sociedad de clase alguna, sino tan sólo una asociación voluntaria de hombres unidos por el interés particular. Como propietario del valle, vendo los terrenos a los otros, cuando los desean. En caso de desavenencias, el juez Narragansett actúa de árbitro. Sin embargo, aún no hemos tenido necesidad de sus servicios. Dicen que a los hombres les resulta difícil la avenencia. Le extrañaría ver lo sencilla que es cuando ambas partes exhiben como moral absoluta que nada existe en beneficio ajeno y que la razón es el único sistema de comercio. Se está acercando el tiempo en que todos seremos llamados a vivir aquí, porque el mundo se está haciendo pedazos tan de prisa, que pronto se declarará el hambre. Pero en este valle podremos alimentarnos.

—El mundo se hunde con mayor rapidez de lo que parecía —manifestó Hugh Akston—. Los hombres cesan de trabajar y lo abandonan todo. Quienes abandonan los trenes «congelados», las bandas de malhechores y los desertores son hombres que no han oído hablar de nosotros y que no forman parte de nuestra lucha; actúan por cuenta propia, en respuesta natural al racionalismo que aún queda en ellos, pero su protesta es de la misma clase que la nuestra.

—Empezamos sin ningún límite de tiempo —dijo Galt—. No sabíamos si viviríamos lo suficiente como para presenciar la liberación del mundo o si debíamos dejar nuestra batalla y nuestro secreto a la generación siguiente. Lo único que sabíamos es que éste es

el modo en que nos gusta vivir. Pero ahora nos damos cuenta de que vamos a presenciar, y muy pronto, el día de nuestra victoria y de nuestro regreso.

—¿Cuándo? —murmuró Dagny.

—Cuando el código de los saqueadores se haya venido abajo.

Vio cómo ella lo miraba con expresión interrogante y al propio tiempo esperanzada, y añadió:

—Cuando el credo de la autoinmolación haya recorrido su evidente curso, cuando los hombres no encuentren víctimas dispuestas a obstruir el sendero de la justicia y a desviar hacia ellas el peso de los castigos, cuando los predicadores del sacrificio propio descubran que quienes están dispuestos a practicarlo nada tienen que sacrificar y aquellos que lo tienen ya no desean hacerlo, cuando el hombre advierta que ni su corazón ni sus músculos pueden salvarlo y de que esa mente que tanto ha maldecido no responde a sus gritos de auxilio, cuando se derrumben como lo que son: hombres sin mente, cuando ya no les quede conato alguno de autoridad ni de ley, ni trazas de moralidad, ni esperanza, ni comida, ni manera de obtenerla, cuando se vengan abajo y el camino quede expedito… será cuando nosotros volvamos para reconstruir el mundo.

Dagny se acordó del Terminal Taggart, El nombre latió en el torpor de su mente, como suma y compendio de un fardo que no había tenido tiempo de sopesar. Se dijo que aquello era para ella el Terminal Taggart; aquella habitación y no el amplio recinto de Nueva York; aquél era su objetivo, el final del camino, el punto situado más allá de la curva de la tierra, donde las dos líneas rectas del riel se tocaban y desaparecían, impulsándola hacia delante, de igual modo que habían impulsado a Nathaniel Taggart. Tal era la meta que Nathaniel Taggart había percibido en la distancia, y. aquél el punto que seguía contemplando, con la cabeza erguida sobre el movimiento en espiral de las multitudes que discurrían por el amplio recinto de granito. Por aquello se había dedicado de lleno a la «Taggart Transcontinental», como si se tratara de un cuerpo cuyo espíritu no hubiera sido hallado todavía. En casa de Mulligan acababa de encontrar cuanto deseaba; estaba al alcance de su mano y era suyo; pero el precio lo constituía la red de ríeles que desaparecerían, de puentes que se hundirían, de semáforos que se apagarían… «Esto es todo cuanto he deseado», pensó, apartando la mirada de la figura de aquel hombre con el pelo color de sol y la mirada, implacable.

—No tiene que contestarnos ahora mismo.

Dagny levantó la cabeza; él la contemplaba, cual si hubiera ido siguiendo su proceso mental.

—Nunca exigimos un acuerdo —le advirtió—. Nunca explicamos a nadie más de lo que está dispuesto a escuchar. Es usted la primera en enterarse de nuestro secreto antes del tiempo adecuado. Pero se encuentra aquí y tiene que saberlo. Ahora ya comprende la exacta naturaleza de la elección que deberá hacer. Si le parece dura es porque cree todavía que no es preciso inclinarse forzosamente hacia una cosa u otra. Pero ya verá que hay que hacerlo.

—¿Me conceden algún tiempo?

—No somos nosotros quienes hemos de disponer de un tiempo que es suyo. Tómese cuanto quiera. Sólo usted puede decidir lo que hacer y cuándo. Sabemos el coste de dicha decisión, porque todos lo hemos pagado. El haber venido hasta aquí le hará todo esto más fácil… o acaso más difícil.

—Más difícil —murmuró Dagny.

—Lo sé.

Lo había dicho en voz tan baja como la de ella, con el mismo tono de quien se ve obligado a forzar su propio aliento, y Dagny vivió por un instante algo parecido a la

tranquilidad que sigue a un golpe, porque notó que aquello…, no los minutos en que él la llevó en sus brazos montaña abajo, sino aquel encuentro de sus voces, había constituido el contacto físico más íntimo entre ambos.

Una luna llena brillaba en el cielo sobre el valle, cuando regresaron a casa de Galt; parecía un farol plano y redondo, sin rayos, con un halo de luz colgando del espacio, sin llegar a la tierra, como si la iluminación surgiera de la blancura anormal del suelo. En aquella calma tan poco natural y sin color, la tierra parecía velada por una interposición de lejanías; sus formas no se mezclaban en un paisaje, sino que fluían lentamente hacia atrás, como en una fotografía nebulosa. Se dio cuenta de que sonreía, mirando las casas del valle. Sus iluminadas ventanas quedaban veladas por una claridad azul y los contornos de sus muros se disolvían, mientras largas franjas de niebla flotaban entre ellas en torpes y calmosas oleadas, como si la ciudad estuviera sumergida en el agua.

—¿Cómo se llama todo esto? —preguntó Dagny.

—Yo lo llamo el valle de Mulligan —repuso Galt—; otros, la Quebrada de Galt.

—Pues yo lo llamaré… —pero no terminó la frase.

Su acompañante la miró. Ella comprendió lo que había visto en su cara y la volvió hacia otro lado.

Percibió un leve movimiento de su labios, como quien respira de manera jadeante. Bajó la mirada y apoyó el brazo en el costado del coche, como si su mano tuviera de repente un peso excesivo para la debilidad de la curva del codo.

La carretera se fue haciendo más obscura conforme ascendían por ella y el ramaje de los pinos se entrelazaba sobre sus cabezas. Más allá de unas rocas que parecían avanzar a su encuentro, distinguió la claridad lunar sobre las ventanas de la casa. Apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y permaneció inmóvil, perdiendo la noción del coche y sintiendo sólo el movimiento que la llevaba hacia el valle; observando las brillantes gotas de agua entre las ramas de los pinos, que era el brillar de las estrellas.

Una vez el automóvil se hubo detenido, Dagny no se permitió preguntarse por qué no miraba a Galt en el momento de bajar. Se había quedado inmóvil un instante, frente a las ventanas obscuras. No le oyó acercarse, pero sintió el impacto de sus manos con asombrosa intensidad, como si fuera lo único de que pudiera darse cuenta. La levantó en sus brazos y empezó a recorrer lentamente el camino hacia la casa.

Caminaba sin mirarla, sosteniéndola fuertemente, como si intentara retener el progreso del tiempo, como si sus brazos aferraran el instante en que la había levantado hacia su pecho. Notaba sus pasos como espacios en moción hacia una meta, como si cada uno fuera un movimiento separado durante el cual no se atreviera a pensar en el siguiente. Tenía la cabeza muy próxima a la de él y el pelo de Galt le rozaba la cara. Pero, no la acercaría más. Era un estado de repentina y torpe borrachera. El pelo de ambos se mezclaba como los rayos de dos cuerpos en el espacio, que hubiesen conseguido reunirse. Dagny observó que Galt caminaba con los ojos cerrados, como si incluso la vista constituyera una intrusión… Entró en la casa y, al avanzar por la sala, no miró a su izquierda, ni tampoco ella; pero Dagny comprendió que ambos veían la puerta situada allí y que conducía a su dormitorio. Caminó toda la longitud de obscuridad hasta la franja de luz de luna que caía sobre la cama de los huéspedes y la colocó sobre la misma. Dagny notó un instante de pausa de sus manos, que sostenían aún sus hombros y su cintura, y cuando aquéllas se separaron de su cuerpo, comprendió que el momento crucial había transcurrido.

Él se hizo atrás y apretó un interruptor, rindiendo el aposento a la dura claridad de la luz. Permaneció tranquilo, con la cara expectante y austera, como si pidiera que ella lo mirase.

—¿Se ha olvidado de que quería usted matarme? —le preguntó.

La vulnerable tranquilidad de su figura, hacia ésta más real aún. El estremecimiento que obligó a Dagny a incorporarse fue como un grito de terror y negativa. Sosteniendo su mirada respondió:

—En efecto. Así fue.

—Pues entonces, hágalo.

Dagny contestó en voz baja cuya intensidad evidenciaba rendición y desdeñoso reproche al mismo tiempo.

—Usted sabe que no pienso de tal modo, ¿verdad? Él movió la cabeza.

—No. Pero quiero recordarle que tal fue su deseo. En otros tiempos quizá tuviera razón. Mientras formó parte del mundo exterior, era natural que intentara destruirme. Y de las dos rutas abiertas ahora ante usted, una conduce al día en que tal vez se vea forzada a hacerlo. —Ella no respondió; permanecía sentada, mirando al suelo, y Galt pudo ver cómo los mechones de su pelo se estremecían violentamente al agitar la cabeza en desesperada protesta—. Es usted mi único peligro. La única persona que podría entregarme a mis enemigos. Si sigue con ellos, lo hará. Opte por ello si lo desea, pero hágalo con absoluto conocimiento de su decisión. No me conteste ahora. Hasta que lo haga —la severidad que ahora vibraba en su voz era producto del esfuerzo ejercido sobre sí mismo —recuerde que conozco el significado de cada respuesta.

—¿Tan perfectamente como yo? —susurró. —Tanto.

Volvíase para partir, cuando los ojos de Dagny se posaron de improviso en las inscripciones que había notado en la pared, olvidándolas luego.

Estaban grabadas en la madera pulida, mostrando aún la presión del lápiz en las manos que las trazaron. En todas figuraba el mismo rasgo violento: «Lograré mi intento; Ellis Wyatt». «Mañana todo cobrará mejor aspecto; Ken Danagger.» «Vale la pena; Roger Marsh.» Y otros.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Ésta es la habitación en que pasaron su primera noche en el valle —contestó él sonriendo—. La peor de todas porque constituye el último forcejeo con los propios recuerdos y también el más difícil Los dejo aquí para que puedan llamarme, si lo desean. Hablo con ellos si no pueden dormir. Muchos pasan la noche en vela. Pero a la mañana siguiente se encuentran libres… Todos han pasado por esta prueba. La llaman la cámara de tortura o la antesala, porque todos penetran en el valle a través de la misma.

Se volvió para partir, pero deteniéndose en el umbral de la puerta, añadió:

—Es la habitación que nunca me propuse que usted ocupara. Buenas noches, Miss Taggart.

CAPÍTULO II

LA UTOPIA DE LA CODICIA

—Buenos días.

Dagny lo miró a través del espacio de la sala, desde la puerta del dormitorio. En las ventanas, tras él, las montañas tenían ese tono entre rosa y plateado que parece más brillante que la propia luz del día, con la promesa de una luz aún por nacer. El sol se había levantado en algún lugar de la tierra, pero no alcanzaba aún la cumbre de la barrera, y el cielo brillaba anunciando su salida. Dagny había escuchado el alegre anuncio del amanecer, pero no en forma de canto de pájaros, sino en el tintineo del teléfono, un momento antes. Presenció la iniciación del nuevo día, no bajo el verdor del ramaje, sino en el brillo del cromo del fogón, en la claridad de una bandejita de cristal sobre la mesa y en la absoluta blancura de las mangas de la camisa de Galt. Escuchó el sonido de una sonrisa en su propia voz, parecida a la de él, al contestar:

—Buenos días.

Galt estaba recogiendo unas notas y cálculos a lápiz que tenía sobre la mesa y metiéndoselos en el bolsillo.

—He de irme a la central eléctrica —dijo—. Acaban de telefonearme que hay dificultades con la pantalla de rayos. Al parecer su avión nos causó algún desperfecto. Regresaré dentro de media hora y prepararé el desayuno.

Fue la casual simplicidad de su voz y el haber tomado su presencia allí y su doméstica rutina como algo acostumbrado, carente de significado para ellos, lo que le confirió la sensación de algo exacto y preciso, y la impresión de que él lo sabía.

Le contestó con el mismo aire casual:

—Si quiere traerme el bastón que dejó en el automóvil, habré preparado el desayuno para cuando esté de regreso.

La miró con ligera sorpresa; sus ojos pasaron del tobillo vendado a las mangas cortas de aquella blusa que dejaba al descubierto sus brazos, vendados hasta el codo. Pero la blusa transparente, el cuello abierto y el pelo que le caía sobre unos hombros que parecían inocentemente desnudos, bajo una fina capa de tejido, le prestaban un aspecto más de colegiala que de inválida, y su actitud daba a los vendajes un aire inoportuno.

Galt sonrió, pero no a ella, sino como divertido ante un recuerdo suyo.

—Hágalo si lo desea —dijo.

Resultaba extraño quedarse sola en la casa. Parte de aquella extrañeza la formaba una emoción que no había experimentado nunca, cierto obscuro respeto que la hacía consciente de sus manos de un modo vacilante, como si el tocar cualquier objeto de cuantos la rodeaban constituyera una intimidad excesiva. La parte restante estaba basada en cierto intranquilo sentimiento de sosiego, de encontrarse en su hogar, cual si ejerciera algún dominio sobre el dueño de aquella vivienda.

Era extraño también experimentar una alegría tan pura en la simple tarea de preparar un desayuno. Aquel trabajo parecía un fin en sí mismo, como si el llenar una tetera, estrujar unas naranjas y cortar pan fuesen actos valiosos por la clase de placer que uno obtiene de ellos, como el placer que se anhela, pero raras veces se halla, en los movimientos del

baile. La asombró observar que no había experimentado aquella clase de goce en su trabajo, desde los días en que manejaba las transmisiones en la estación de Rockdale.

Estaba poniendo la mesa cuando descubrió la figura de un hombre que subía a toda prisa el sendero hacia la casa, una figura rápida y ágil que saltaba sobre peñascos con la misma facilidad de quien vuela. El recién llegado abrió la puerta v llamó:

—¡En, John!

Pero se detuvo en seco al verla. Llevaba un chaleco de lana azul obscuro y pantalones; su pelo era dorado y su cara ofrecía una tan asombrosa perfección y belleza, que Dagny permaneció inmóvil mirándolo, no ya sólo asombrada, sino incrédula.

Por su parte, él la contempló como si nunca hubiese esperado hallar a una mujer en la casa. Luego adoptó una expresión amistosa, en la que el asombro, la jovialidad y el triunfo se mezclaban en una leve risa.

—¡Oh! ¿También se ha unido a nosotros? —preguntó.

—No —repuso ella secamente—. Todavía no. Soy una disidente.

Él se echó a reír como un adulto ante un niño que pronuncia vocablos técnicos cuyo significado ignora.

—Si sabe lo que está diciendo, comprenderá que no es posible —dijo—. Al menos aquí.

—Entré en este paraje abriendo la puerta de un empujón. De un modo muy violento.

Él miró sus vendajes, sopesando la pregunta con un aire casi insolente a causa de su absoluta curiosidad.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Cómo?

—En un avión.

—¿Qué hace en un avión en esta parte del país?

Poseía los modales directos e imperiosos de un aristócrata o también de un patán; tenía aspecto de uno y vestía como el otro. Lo estudió unos momentos obligándole deliberadamente a esperar.

—Intentaba aterrizar sobre un espejismo prehistórico —contestó—. Y lo hice.

—Desde luego, es usted una disidente —convino él riendo de nuevo, cual si comprendiera todas las implicaciones del problema—. ¿Dónde está John?

—Míster Galt se encuentra en la central. Regresará en seguida.

Él se sentó en un sillón, sin pedir permiso, cual si se hallara en su casa. Dagny volvió silenciosamente a su tarea. El recién llegado observaba sus movimientos con abierta sonrisa, como si el verla disponiendo los cubiertos sobre la mesa de la cocina constituyera una paradoja excepcional.

—¿Qué dijo Francisco al verla? —le preguntó.

Volvióse hacia él con un ligero sobresalto, pero le contestó con calma:

—No está aquí todavía.

—¿Todavía no? —preguntó el visitante, al parecer sorprendido—. ¿Está segura?

—Así me lo han dicho.

Encendió un cigarrillo y, mirándolo, Dagny se preguntó qué profesión habría elegido, amado y abandonado, para trasladarse después a aquel valle. No le era posible adivinarlo; ninguna tarea encajaba en aquel hombre. Se sorprendió al desear, de un modo absurdo, que el desconocido careciera de profesión, porque cualquiera resultaba demasiado peligrosa para tan increíble clase de belleza física. Era un sentimiento impersonal; no lo

miraba como a un hombre, sino como una obra de arte animada; le parecía una indignidad del mundo externo que semejante perfección debiera sujetarse al ajetreo, al forcejeo y las cicatrices de quien ama su trabajo. La idea le pareció más absurda aún, porque las líneas de aquel rostro poseían esa clase de dureza según la cual ningún peligro consigue asustar a su dueño.

—No, Miss Taggart —dijo repentinamente, captando su mirada—. Usted no me ha visto nunca.

La asombró comprender que lo había estado estudiando con entera franqueza.

—¿Cómo sabe quién soy yo? —preguntó.

—En primer lugar, he visto muchas veces su foto en los periódicos. Segundo: es usted la única mujer del mundo exterior, al menos que nosotros sepamos, a la que se ha permitido entrar en la Quebrada de Galt. Tercero: es la única mujer que ha tenido el valor de seguir siendo una disidente.

—¿Qué le hace tan seguro de semejante cosa?

—Si no lo fuera, sabría que no es el valle, sino la vida que siguen los hombres del mundo exterior lo que constituye un espejismo prehistórico.

Oyeron el sonido del motor y vieron cómo el automóvil se detenía abajo, frente a la casa. Dagny observó la rapidez con que él se ponía en pie, a la vista del coche de Galt; de no haber sido por su vivacidad personal, hubiera semejado un gesto instintivo de respeto militar.

Notó también el modo cómo Galt se paraba al ver a su visitante. Sonreía, pero su voz sonó extrañamente baja, casi solemne, como abrumada por un inconsciente alivio, al decir:

—Hola.

—Hola, John —respondió el visitante, cordial.

Su mutuo apretón de manos se produjo con un breve instante de retraso y se prolongó un instante en exceso, como el de dos seres humanos que no hubieran estado seguros de si su primer encuentro sería también el último.

Galt se volvió hacia ella.

—¿Se conocían? —le preguntó.

—No, exactamente —respondió el visitante.

—Miss Taggart, ¿me permite presentarle a Ragnar Danneskjóld?

Ella tuvo la vaga noción del aire que adoptó su propio rostro al escuchar la voz de Danneskjóld como sonando desde una gran distancia:

—No tiene que —asustarse, Miss Taggart. En la Quebrada de Galt no constituyo peligro para nadie.

Ella sólo pudo mover la cabeza antes de recuperar el habla y poder contestarle:

—No es lo que usted hace a los demás… sino lo que los demás le hacen a usted…

La risa de Ragnar borró sus últimos instantes de estupor.

—Tenga cuidado, Miss Taggart. Si es así como siente, no seguirá discrepando de nosotros durante mucho tiempo. —Y añadió—: Pero debería empezar por asimilar lo bueno de la gente de la Quebrada de Galt y no sus errores. Se han pasado doce años preocupándose por mí, aunque innecesariamente.

Miró a Galt.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó éste.

—Anoche a última hora.

—Siéntate. Desayunarás con nosotros.

—Pero, ¿dónde está Francisco? ¿Por qué no ha llegado aún?

—No lo sé —dijo Galt, frunciendo ligeramente el ceño—. Pregunté en el aeropuerto hace un momento, pero nadie sabe nada de él.

Cuando se volvió para pasar a la cocina, Galt quiso seguirla.

—No —le dijo—, este trabajo me corresponde a mí.

—Permítame que la ayude.

—Éste es un lugar en el que nadie pide ayuda.

—En efecto —respondió él sonriendo.

Dagny nunca había experimentado el placer del movimiento, de caminar como si sus pies carecieran de peso, como si el apoyo del bastón que oprimía su mano fuera un simple toque de elegancia; el placer de sentir sus pasos trazando rápidas líneas rectas, presentir la espontánea y correcta precisión de sus gestos, como lo experimentó mientras colocaba los alimentos sobre la mesa, frente a los dos hombres. El aspecto de la joven les dijo a ambos que se daba cuenta de su atención. Mantenía la cabeza como una actriz en escena, como una mujer en un baile, como la vencedora de algún silencioso concurso.

—Francisco se alegrará de saber que ha sido usted su substituía hoy —dijo Danneskjóld cuando se sentó con ellos a la mesa.

—¿Su qué?

—Verá; hoy es primero de junio, y nosotros tres, John, Francisco y yo llevamos doce años desayunando juntos cada primero de junio.

—¿Aquí?

—Cuando empezamos, no. Pero sí desde que se construyó esta casa hace ocho años. —Se encogió de hombros sonriendo—. Para ser un hombre que lleva tras de sí más siglos de tradición que yo, resulta extraño que Francisco sea el primero en quebrar la nuestra.

—¿Y míster Galt? —preguntó Dagny—. ¿Cuántos siglos lleva detrás?

—¿John? Ninguno. Todos delante.

—No importan los siglos —dijo Galt—. Dime, ¿qué clase de año has pasado? ¿Perdiste algún hombre?

—No.

—¿Perdiste tiempo?

—¿Quieres decir si me han herido? No. No he recibido ningún rasguño desde aquella vez, hace diez años, siendo un simple aficionado. Pero ya debes haberte olvidado de ello. Este año no he corrido peligro; me sentí más seguro que si estuviera al frente de una tiendecita pueblerina, bajo la directriz 10-289.

—¿Perdiste alguna batalla?

—No. Las pérdidas han sido todas para e! otro bando. Los saqueadores se han visto privados de la mayoría de sus barcos por causa mía y de muchos de sus hombres por causa tuya. También tú tuviste un año bueno, ¿verdad? Lo sé; he venido siguiendo tu actuación. Desde nuestro último desayuno juntos conseguiste lo que quisiste en el Estado de Colorado y te has traído a otras personas del exterior, como Ken Danagger, que constituye una excelente presa. Pero permíteme recordarte la existencia de otra todavía mayor, y que ya casi es tuya. Lo tendrás pronto a tu lado, porque sólo cuelga de un hilo muy fino y está a punto de caer a nuestros pies. Ese hombre salvó mi vida; ello te dará una idea de lo lejos que ha ido.

Galt se hizo atrás, entornando los ojos.

—¿No decías que no habías corrido peligro alguno? Danneskjóld se echó a reír.

—¡Oh! Me expuse a un leve percance, pero valía la pena. Se trata del encuentro más divertido que haya tenido jamás. Quería contártelo en persona porque se trata de algo que te gustará escuchar. ¿Sabes a quién me refiero? A Hank Rearden. Yo…

—¡No!

Era la voz de Galt, clara como un mandato. Aquel breve estallido tenía un tono de violencia que nadie había escuchado en él jamás.

—¿Cómo? —preguntó Danneskjóld suave e incrédulamente.

—No me hables de eso ahora.

—Tu siempre dijiste que Hank Rearden era el hombre al que más deseabas ver aquí.

—Y aún lo deseo. Pero ya me hablarás de eso más tarde.

Dagny estudió intensamente la cara de Galt, aunque sin poder distinguir en ella ningún indicio aclaratorio, sino tan sólo una expresión impersonal de determinación y de dominio, que tensaba la piel de sus pómulos y la línea de su boca. Pensó que, no obstante cuanto pudiera saber sobre ella, lo único que podía explicar aquella actitud era precisamente algo que él no tenía posibilidad de averiguar nunca.

—¿Conoce usted a Hank Rearden? —preguntó volviéndose a Danneskjóld—. ¿Y él le salvó la vida?

—Sí.

—Quiero que me hable de eso.

—Pues yo no —intervino Galt.

—¿Por qué?

—No es usted una de los nuestros, Miss Taggart.

—Comprendo —dijo ella sonriendo con cierto leve toque de desafío—. Pero, ¿ha pensado que yo podía impedirle conseguir a Hank Rearden?

—No; no es eso lo que he pensado.

Vio que Danneskjóld estudiaba la cara de Galt como si el incidente resultara también inexplicable para él. Galt sostuvo su mirada deliberada y abiertamente, como retándole a encontrar la explicación, con la seguridad de verle fracasar. Dagny comprendió que Danneskjóld había fracasado, en efecto, cuando observó la breve traza de humor que suavizaba los párpados de Galt.

—¿Qué otra cosa has conseguido este año? —preguntó.

—He desafiado la ley de la gravitación.

—Siempre lo hiciste. ¿En qué forma particular?

—En forma de un vuelo desde la mitad del Atlántico hasta Colorado en un avión cargado de oro hasta un punto superior al que exige la seguridad. Espera a que Midas vea la cantidad que tengo para depositar. Este año mis clientes serán más ricos por… Dime, ¿has dicho a Miss Taggart que es una de tales clientes?

—No; todavía no… pero puedes decírselo tú, si lo deseas.

—¿Qué ha dicho usted que soy? —preguntó Dagny.

—No se extrañe, Miss Taggart —respondió Danneskjóld—. Y no se oponga. Estoy acostumbrado a las objeciones, pero aquí me afectan más. Ninguno de ellos aprueba mi método particular de librar nuestra batalla. A John no le gusta, ni al doctor Akston tampoco. Opinan que mi vida es demasiado valiosa para exponerla así. Pero mi padre fue obispo y de todas sus enseñanzas tan sólo acepté una frase: «Cuantos esgrimen la espada perecerán con la espada».

—¿Qué quiere decir?

—Que la violencia no es un sistema práctico. Si mis semejantes creen que la fuerza combinada de sus músculos constituye un medio práctico para gobernarme, hagámosle saber cuál será el final de un forcejeo en el que no existe más que fuerza bruta por un lado y fuerza dirigida por el otro. Incluso John opina que en nuestra época poseo el derecho moral a escoger el procedimiento que pongo en práctica. Me limito a hacer lo mismo que él, pero a mi modo. Él priva a los saqueadores de los hombres de espíritu, mientras yo les privo de los productos del espíritu humano. Él los despoja de la razón y yo de la riqueza. Él está desecando el alma del mundo, yo su cuerpo. Es la suya la lección que tienen que aprender, pero me siento impaciente y apresuro su progreso escolástico. Sin embargo, igual que John, me limito a cumplir su código moral, rehusándoles una doble norma a mis expensas. O a las de Rearden. O a las de usted.

—¿De qué está hablando?

—De un método para gravar a los que aplican los impuestos. Todos los métodos de tributación son complejos, pero éste resulta sencillo, por constituir la esencia desnuda de todos los demás. Permítame que se lo explique.

Ella escuchó. En sus oídos sonaba una voz animosa recitando, en el tono de un seco y meticuloso contable, cierto informe acerca de transferencias financieras, cuentas bancarias y tarifas de impuestos, cual si leyera las polvorientas páginas de un diario, un diario en el que cada asiento estuviera formado por la oferta de su propia sangre como elemento a derramar luego del más pequeño error de su pluma. Conforme le escuchaba, seguía observando la perfección de su figura y pensando que aquélla era la cabeza a la que el mundo había puesto un precio de millones para arrojarla a la podredumbre de la muerte… Aquella cara que había considerado demasiado bella para sufrir las cicatrices de un oficio productivo —seguía pensando torpemente, perdiéndose la mitad de sus palabras—, la cara demasiado bella para arriesgar… De pronto se le ocurrió que su perfección física era sólo una ilustración, una lección infantil que se le ofrecía, en términos crudamente visibles, sobre la naturaleza del mundo exterior y el destino de un valor humano en una época subhumana. Cualquiera que fuese la justicia o la maldad de su camino, ¿cómo podían…? ¡No! Se dijo que su ruta era justa, y que en ello residía el horror; en que no existía otra ruta capaz de ser seguida por la justicia, que no podía condenarlo, que no podía aprobar ni pronunciar una palabra de reproche.

—… y los nombres de mis clientes, Miss Taggart, fueron escogidos con cuidado uno tras otro. Quería estar bien seguro de la naturaleza de su carácter y carrera. En mi lista de restituciones su nombre figuró entre los primeros.

Hizo un esfuerzo para mantener el rostro inexpresivo y severo en el momento de contestar sencillamente:

—Comprendo.

—Sin embargo, su cuenta no es tan elevada como algunas de las otras, aun cuando altas sumas le fueron arrancadas por la fuerza durante los pasados doce años. Observará, tal como aparece en las copias de la relación de impuestos, que Mulligan le entregará, que he restituido sólo aquellas cifras pagadas por usted sobre el salario que ganaba en calidad de vicepresidente de Operaciones, pero no las satisfechas por la renta obtenida de sus acciones de la «Taggart Transcontinental». Se merece usted hasta el último centavo de dichas acciones, y en la época de su padre se los hubiera devuelto sin dejarme uno, pero bajo la dirección de su hermano la «Taggart Transcontinental» ha cobrado una parte en el saqueo, obteniendo beneficios por la fuerza, por medio de favores del Gobierno, de subsidios, moratorias y directrices varias. Usted no ha sido responsable de ello, sino, al contrario, la mayor victima de dicha política; pero yo sólo restituyo el dinero que fue obtenido gracias a la habilidad productiva y no aquél que se consiguió por la fuerza, en todo o en parte.

—Comprendo.

Habían terminado de desayunar. Danneskjóld encendió un cigarrillo y la estuvo mirando unos momentos a través de la primera bocanada de humo, como si comprendiera la violencia del conflicto que se debatía en su mente;

luego sonrió a Galt y se puso en pie.

—Tengo que irme —dijo—. Mi mujer me espera.

—¿Cómo? —preguntó Dagny, boquiabierta.

—Mi mujer —repitió él alegremente, como si no comprendiera el motivo de aquella sorpresa.

—¿Quién es su mujer?

—Kay Ludlow.

El asombro que le ocasionó aquella revelación era superior a cuanto su cerebro pudiera admitir.

—¿Cuándo… cuándo se casaron?

—Hace cuatro años.

—¿Se mostró usted al público durante la celebración de la ceremonia?

—Nos casó aquí mismo el juez Narragansett.

—¿Cómo es posible…? —Intentó detenerse, pero las palabras siguieron brotando involuntariamente con acento de indignada protesta, aunque no supiera si iba dirigida contra él, contra el destino o contra el mundo exterior—. ¿Cómo le es posible a su esposa vivir once meses del año pensando que en cualquier momento pueda usted…? —pero no terminó.

Él estaba sonriente, pero Dagny pudo observar en su cara la enorme trascendencia de lo que tanto él como su esposa habían tenido que sufrir para tener derecho a semejante clase de sonrisa.

—Puede soportarlo, Miss Taggart, porque no abrigamos la creencia de que esta tierra es un reino de miseria, donde el hombre está predestinado a la destrucción. No creemos que la tragedia sea nuestro destino natural y no vivimos en el crónico temor de un desastre. No esperamos ninguna desgracia hasta tener motivos para ello, y cuando surgen, somos libres para combatirlos. No es la felicidad, sino el sufrimiento lo que consideramos antinatural. No es el éxito, sino las calamidades lo que creemos anormal en nuestras vidas.

Galt le acompañó a la puerta y luego regresó, sentóse a la mesa y con aire despreocupado alargó la mano hacia otra taza de café.

Dagny se puso en pie como impulsada por un resorte que hubiese roto su mecanismo de seguridad.

—¿Cree que voy a aceptar ese dinero?

Él esperó hasta haber llenado su taza, y luego, levantando la mirada hacia ella, le contestó:

—Sí, lo creo.

—¡Pues no lo haré! ¡No permitiré que arriesgue su vida por eso!

—No puede usted elegir.

—Tengo derecho a no solicitar nunca semejante cosa.

—En efecto.

—Entonces el dinero permanecerá en ese Banco hasta el día del juicio.

—Si usted no lo reclama, una parte de él, por cierto muy pequeña, me será entregada a mí en su nombre.

—¿En mi nombre? ¿Por qué?

—Para pagar su alojamiento aquí.

Dagny le miró cambiando su expresión colérica por otra de profundo asombro. Luego se dejó caer lentamente otra vez en su silla.

—¿Cuánto tiempo ha pensado estar aquí, Miss Taggart? —le preguntó él sonriendo, mientras ella parecía perpleja—. ¿No lo ha pensado? Pues yo sí. Permanecerá en este valle un mes. Un mes de vacaciones, igual que nosotros. No pido su consentimiento. Tampoco pidió usted el nuestro para aterrizar aquí. Quebrantó nuestras disposiciones y ahora deberá aceptar las consecuencias. Nadie abandona el valle durante este mes. Desde luego, podría dejarla partir, pero no lo haré. No hay regla alguna que me impulse a retenerla, pero al entrar aquí por la fuerza me ha conferido el derecho a retenerla, sencillamente porque quiero que siga aquí. Si al finalizar el mes decide regresar, quedará libre para ello, pero no hasta entonces.

Siguió sentada, muy recta, con los planos de su cara relajados y la forma de la boca suavizada por la débil sugerencia de una sonrisa, la peligrosa de un adversario. Pero sus ojos miraban fríamente, algo velados, como los de un rival que ansia luchar, pero que confía en perder.

—Muy bien —dijo.

—Le cobraré su cuarto y manutención. Va contra nuestras disposiciones proporcionar sustento a otro ser humano sin que éste lo haya ganado. Algunos de nosotros tenemos mujer e hijos, pero existe una especie de convenio mutuo por lo que atañe a esto y una forma de pago determinada. —La miró—. Pero yo no estoy autorizado a percibirlo. Le cargaré cincuenta centavos diarios y me pagará cuando acepte la cuenta depositada a su nombre en el Banco Mulligan. De lo contrario, Mulligan cargará su deuda en la misma y me entregará el dinero cuando yo lo solicite.

—Aceptaré sus condiciones —repuso ella con voz en la que sonaba la astuta, confiada y deliberada lentitud de un comerciante—. Pero no permitiré que se use ese dinero para pagar mis deudas.

—¿De qué otro modo se las compondrá para cumplir lo estipulado?

—Ganaré mi habitación y mi sustento.

—¿De qué modo?

—Trabajando.

—¿En qué?

—Seré su cocinera y su sirvienta.

Por vez primera le vio asombrarse ante algo inesperado, con una brusquedad que nunca hubiera previsto. Fue sólo una explosión de risa, pero reía como si hubieran arrollado sus defensas, superándolo incluso en el inmediato significado de sus palabras. Dagny se dio cuenta de que acababa de dar con su pasado, dejando en libertad recuerdos y evocaciones que ella no podía conocer. Galt se reía como si estuviera contemplando una imagen distante, como si se burlara de la misma, como si aquello constituyera su victoria… y la de ella.

—Si quiere aceptarme —continuó Dagny con la cara severa y cortés y un tono claro, impersonal y serio—, cocinaré sus comidas, limpiaré la mesa, lavaré y realizaré todas aquellas funciones propias de una sirvienta, a cambio de habitación, comida y dinero necesario para algunas piezas de ropa. Durante algunos días me sentiré ligeramente

molesta por mis contusiones, pero ello no durará, y dentro de poco podré realizar mi trabajo de manera total.

—¿Lo desea de veras? —preguntó John.

—Quiero hacerlo —respondió Dagny, deteniéndose antes de pronunciar el resto de la respuesta. Que era: «Lo deseo más que nada en el mundo».

Galt seguía sonriendo divertido, con una jovialidad que parecía ir a quedar transmutada en cierta resplandeciente gloria.

—De acuerdo, Miss Taggart —convino—. La acepto. Ella inclinó la cabeza en breve signo de asentimiento.

—Gracias.

—Le pagaré diez dólares al mes, además de habitación y comida.

—De acuerdo.

—Seré el primero en este valle que tenga criada. —Se puso en pie, se metió la mano en el bolsillo y depositó sobre la mesa una moneda de cinco dólares en oro—. Tome esto como anticipo a su salario —dijo.

Dagny se asombró al descubrir que, cuando alargaba su mano hacia la moneda, experimentó la anhelante, desesperada y trémula esperanza de una jovencita que luego de aceptar su primer trabajo, abriga la esperanza de poder merecerlo.

—Sí, señor —dijo bajando los ojos.

* * *

Owen Kellogg llegó la tarde del tercer día pasado por Dagny en el valle. Ella no pudo adivinar qué le había sorprendido más: si el verla en pie, al borde de la pista de aterrizaje cuando descendía del avión; las ropas que vestía: una delicada y transparente blusa confeccionada por la tienda más cara de Nueva York y una amplia falda de algodón estampado, adquirida en el valle por sesenta centavos; su bastón, sus vendajes o el cesto de víveres que llevaba al brazo.

Bajó la escalerilla entre un grupo de hombres y al verla se detuvo; luego corrió hacia ella como impulsado por una emoción tan fuerte que cualquiera que fuese su naturaleza se asemejaba mucho al terror.

—Miss Taggart… —murmuró.

Pero no pronunció otra palabra, mientras ella se echaba a reír, intentando explicarle cómo se había anticipado al lugar de su destino.

La escuchó impaciente y luego pronunció la frase demostrativa de su preocupación.

—Creímos que había muerto.

—¿Quién lo creyó?

—Todos nosotros… quiero decir, todos cuantos vivimos en el mundo exterior.

Dagny dejó repentinamente de sonreír, mientras la voz de Owen reanudaba la historia con un tono de recobrada jovialidad.

—Miss Taggart, ¿no lo recuerda? Me dijo que telefonease a Winston, Colorado, para anunciarles que estaría allí al mediodía siguiente. Esto ocurrió anteayer, 31 de mayo. Pero usted no llegó a Winston, y a última hora de la tarde todas las emisoras radiaban la noticia de que se había estrellado con su avión en las Montañas Rocosas.

Dagny asintió lentamente, comprendiendo acontecimientos que no se había tomado la molestia de imaginar.

—Me enteré de ello a bordo del «Comet» —continuó Kellogg—. Al llegar a una pequeña estación en mitad de Nuevo Méjico, el maquinista nos retuvo una hora mientras yo le ayudaba a comprobar la noticia por medio de conferencias telefónicas. Se sentía anonadado por el suceso, igual que yo. Se encontraban allí todos: la tripulación del tren, el jefe de estación, los empleados… Se agruparon a mi alrededor, mientras llamaba a los periódicos de Denver y Nueva York. No pudimos averiguar gran cosa. Tan sólo que había partido usted del aeropuerto de Aftort poco antes del amanecer del 31 de mayo, pareciendo seguir a un extraño avión que el encargado había visto partir en dirección Sudeste. Desde entonces nadie había vuelto a saber de usted… Algunos grupos buscaban por las Montañas Rocosas los restos del avión.

—¿Llegó el «Comet» a «Frisco»? —preguntó Dagny involuntariamente.

—No lo sé. Se arrastraba hacia el Norte a través de Arizona cuando lo abandoné. Había demasiados retrasos, demasiadas cosas que no funcionaban y una total confusión de órdenes. Salté del tren y pasé la noche procurando avanzar como fuese hacia Colorado, subiéndome a camiones y a coches, e incluso utilizando carruajes de caballos con la única idea de llegar a tiempo a nuestro lugar de reunión, donde el avión de Midas debería recogernos para traernos aquí.

Dagny empezó a caminar lentamente, sendero arriba, hacia el automóvil que había dejado frente a la tienda de comestibles de Hammond. Kellogg la siguió, y al hablar de nuevo su voz bajó un poco de tono, al ritmo de sus pasos, como si existiera algo que ambos desearan retrasar.

—Tengo trabajo para Jeff Allen —dijo Owen con voz que había adoptado el tono peculiarmente solemne de quien desea manifestar: «He acatado su última voluntad»—. Su agente de Laurel lo puso a la tarea en cuanto llegamos allí. Necesitaba a cuantos hombres capacitados físicamente pudiera hallar.

Hablan llegado al automóvil, pero ella no subió.

—Miss Taggart, no resultó usted gravemente herida, ¿verdad? Dicen que su avión se estrelló, pero que el accidente no fue importante.

—No; nada de particular. Mañana podré andar sin ayuda del coche de míster Mulligan, y dentro de un par de días tampoco necesitaré esto.

Movió el bastón y luego lo arrojó desdeñosamente al interior del vehículo. Guardaron silencio; ella esperaba.

—La última conferencia realizada por mí, desde esa estación de Nuevo Méjico —le explicó él lentamente—, fue con Pennsylvania. Hablé con Hank Rearden y le conté todo cuanto sabía. Me escuchó, se produjo una pausa y al final de la misma me dijo: «Gracias por haberme llamado». —Kellogg bajó los ojos y añadió—: No me gustaría volver a soportar un silencio como aquél en mi vida.

Volvió a mirarla; no había reproche alguno en su expresión, sino tan sólo la seguridad de algo que no había sospechado cuando escuchó su ruego, pero que a partir de entonces tuvo por seguro.

—Gracias —dijo Dagny abriendo la portezuela del coche—. ¿Puedo llevarle? Tengo que preparar la comida antes de que mi jefe regrese.

Luego de volver a la casa de Galt y una vez sola en la habitación silenciosa y llena de sol, —Dagny tuvo plena conciencia de lo que sentía. Miró hacia la ventana, hacia las montañas que cerraban el cielo por el Este, y se acordó de Hank Rearden cuando estaba sentado a su escritorio. Pero ahora se hallaba a dos mil millas de allí, con el rostro tirante, convertido en un muro de defensa, del mismo modo que bajo los golpes sufridos en el transcurso de aquellos años. Experimentó el desesperado deseo de librar su batalla, de luchar por él, por su pasado, por aquella tensión de su rostro y por el valor que la había

originado. Y también por el «Comet», que se arrastraba en un último esfuerzo a través del desierto, sobre rieles en trance de ruptura. Se estremeció y cerró los ojos, cual si se sintiera culpable de una doble traición, como si se hallara suspendida en el espacio, entre aquel valle y el resto de la tierra, sin derecho a una cosa ni a otra.

Dicho estado de ánimo desapareció al sentarse frente a Galt al otro lado de la mesa. Él la miraba abiertamente, con expresión tranquila, como si su presencia allí resultara normal, como si la visión de aquella mujer fuera todo cuanto deseara admitir.

Dagny se echó un poco hacia atrás, como si comprendiera el significado de su mirar, y dijo secamente, con aire de deliberada indiferencia:

—He estado repasando sus camisas y en una de ellas faltan dos botones; otra tiene el codo izquierdo algo gastado. ¿Quiere que se las remiende?

—Sí… si puede.

—Puedo.

Aquellas palabras no parecieron alterar la naturaleza de lo que sentía Galt. Simplemente incrementaron su satisfacción, como si hubiera estado esperando oírlas; pero ella no se sintió segura de si lo que veían sus ojos era simple satisfacción. Por otro lado, tenía la total seguridad de que él no había deseado oírle decir nada.

Más allá de la ventana, en el borde de un saliente, las nubes de tormenta habían borrado los últimos restos de luz en el firmamento oriental. Se preguntó por qué sentía tan repentina repugnancia a mirar hacia fuera, por qué deseaba aferrarse a las doradas manchas luminosas que aún brillaban sobre la madera, sobre la corteza, el pan, la cafetera de cobre y el cabello de Galt… aferrarse como a una pequeña isla en el borde de un vacío. Luego escuchó su propia voz interrogando súbita e involuntariamente, y comprendió que tal era la clase de traición a la que había deseado escapar.

—¿Permiten ustedes alguna comunicación con el mundo exterior?

—No.

—¿Ninguna? ¿Ni siquiera una nota sin remitente?

—No.

—¿Ni un mensaje en el que no se revele secreto alguno?

—No. Desde aquí, no. No queremos comunicación con el mundo exterior. Y menos durante este mes.

Dagny vio que evitaba sus ojos e hizo un esfuerzo para levantar la cara y mirarle. Su aspecto había cambiado; ahora parecía vigilante, inconmovible, implacablemente perceptivo. Observándola como si comprendiera la razón de su pregunta, indagó:

—¿Es que desea ser objeto de una excepción especial?

—No —contestó ella sosteniendo la mirada.

A la mañana siguiente, después del desayuno, mientras estaba sentada en su cuarto, remendando cuidadosamente la manga de la camisa de Galt, con la puerta cerrada para que él no la viera esforzarse en aquella tarea tan poco familiar, escuchó el ruido de un automóvil que se detenía frente a la casa.

Se oyeron luego los pasos de Galt al cruzar casi corriendo la sala; abrió la puerta de un tirón y gritó, con la alegre cólera que proporciona un repentino alivio:

—¡Ya era hora!

Dagny se levantó, pero en seguida volvió a quedarse inmóvil; oía la voz de Galt, vibrando en un tono bruscamente grave, como en respuesta a algo de suma trascendencia que acabara de surgir frente a él.

—¿Te ocurre algo? —preguntó.

—Hola, John —repuso una voz que, aunque clara, tranquila y normal, sonaba abrumada de cansancio.

Dagny se sentó en la cama, sintiéndose repentinamente privada de sus fuerzas. Aquella voz era la de Francisco.

Oyó a Galt preguntar en severo tono de preocupación:

—¿Qué ha sido?

—Te lo contaré después.

—¿Por qué llegas tan tarde?

—Tendré que volver a partir dentro de una hora.

—¿Partir?

—John, he venido solamente a decirte que este año no podré quedarme.

Se produjo una pausa, y luego Galt preguntó en voz baja:

—¿Tan malo es lo que sucede?

—Sí… quizá regrese antes de que haya terminado el mes. No lo sé —y añadió, como si hiciera un desesperado esfuerzo—: No sé si confiar en conseguirlo rápidamente o… o no.

—Francisco, ¿quieres recibir una sorpresa ahora mismo?

—Nada puede impresionarme en estos momentos.

—Tengo a una persona en el cuarto de los huéspedes a quien quiero que veas. Recibirás una sorpresa, pero creo mejor advertirte por anticipado que la persona en cuestión no es todavía de los nuestros.

—¿Cómo? ¿Una persona así en tu casa?

—Permíteme explicarte…

—¡Tengo que verlo con mis propios ojos!

Dagny oyó la desdeñosa risa de Francisco y el rumor de sus apresurados pasos; vio cómo abrían la puerta de su cuarto y observó vagamente que era Galt quien la cerraba de nuevo, dejándoles solos.

No supo cuánto tiempo había permanecido Francisco mirándola, porque lo primero de que tuvo plena conciencia fue de verle de rodillas, con la cara apretada contra sus piernas, notando como si el estremecimiento que agitaba su cuerpo se transmitiera al suyo, dejándolo a él inmóvil y confiriéndole a ella una renovada capacidad de obrar.

Estupefacta ante su propio acto, empezó a acariciar lentamente el cabello de Francisco, a la vez que pensaba en que no tenía derecho a hacerlo, y sentía como si una corriente de serenidad surgiera de su mano, envolviéndolos a ambos e imprimiendo suavidad al pasado. Él no se movió. No dijo una palabra, como si el acto de abrazarla lo resumiera todo.

Luego levantó la cabeza y miró a Dagny con la misma expresión que ella al abrir los ojos y encontrarse en el valle. Era como si no existiese dolor en el mundo. Estaba riendo.

—¡Dagny, Dagny, Dagny! —Su voz sonaba no como si una confesión retenida durante años se abriera ahora camino en sus labios, sino como si repitiera algo largamente conocido, burlándose de haber permanecido mudo tanto tiempo—. Te amo. ¿Te asustaste cuando él me obligó a declararlo así? Pues lo proclamaré tantas veces como desees. Te amo, cariño. Te amo y siempre te amaré. No tengas miedo de mi; no me importa no volver a poseerte jamás. ¿Qué representa eso? Estás viva y te encuentras aquí y ahora ya lo sabes todo. Es muy sencillo, ¿verdad? ¿Te das cuenta de lo que era y por qué tuve que abandonarte? —Su brazo describió un círculo, señalando el valle—. Ahí lo tienes, es tu tierra, tu reino, tu mundo. Dagny, siempre te he amado y precisamente fue ese amor el que me obligó a abandonarte.

La tomó de las manos y se las llevó a los labios, reteniéndolas allí, sin moverse, sin besarlas, como si disfrutara de un largo momento de descanso, como si el esfuerzo de hablar fuera un ameno complemento a su presencia, como si se viera perturbado por las muchas cosas aún por decir, por la presión de las palabras acumuladas en un silencio de años.

—Tú no creíste nunca que persiguiera mujeres, ¿verdad?… No toqué a una sola de ellas… pero me figuré que lo sabías, que lo habías sabido siempre. Mi papel de donjuán era una obligación que cumplir con el fin de que los salteadores no sospecharan, mientras estaba destruyendo a la «d'Anconia Copper» a la vista del mundo entero. Ahí está el punto flaco de su sistema. Combaten a los hombres de honor y de ambición, pero en cuanto se encuentran ante un inútil lo creen un amigo, lo consideran elemento seguro. Tal es su punto de vista, pero tienen todavía mucho que aprender. Les es preciso averiguar si la maldad es segura y si la incompetencia resulta práctica… Dagny, la noche en que supe por vez primera que te amaba, fue cuando comprendí lo que tenía que hacer. Ocurrió cuando entraste en mi cuarto del hotel; cuando vi cómo eras en realidad, lo que significabas para mi, y lo que te esperaba en el futuro. Si hubieras sido menos importante para mí de lo que eras, me habrías podido detener durante algún tiempo. Pero fuiste tú, tú, el argumento final que me obligó a abandonarte. Aquella noche pedí tu ayuda contra John Galt. Pero me dije que eras su mejor arma contra mí, aunque ni tú ni él lo supierais. Constituías todo aquello que él buscaba; aquello por lo que nos decía que debíamos vivir o morir en caso necesario… Debido a ello estaba dispuesto para acceder cuando aquella primavera me llamó de improviso a Nueva York. Llevaba algún tiempo sin noticias suyas. Estaba debatiendo el mismo problema que yo; pero logró solucionarlo… ¿Recuerdas? Era en la época en que llevabas tres años sin saber de mí. Dagny, cuando me hice cargo del negocio de mi padre, cuando empecé a tener relaciones con el sistema industrial del mundo, empecé también a comprender la naturaleza de un mal que había sospechado, pero que consideraba demasiado monstruoso para ser creído. Me di cuenta del parasitismo de los impuestos, que habían ido creciendo a través de siglos, como la hiedra sobre la «d'Anconia Copper», desangrándonos, sin apoyarse en derecho alguno al que pueda conferirse un nombre. Las regulaciones gubernamentales me lisiaban poique tenía éxito, e iban encaminadas a ayudar a mis competidores, porque eran unos fracasados. Observé cómo los sindicatos ganaban todas las disposiciones contrarias a mí, por razón de mi habilidad para hacer posible su vida; noté que el deseo general de un dinero que nadie podía ganar era considerado lícito, mientras el que ganaba yo quedaba tachado de avaricia; me di cuenta de que los políticos me hacían guiños como advirtiéndome que no me preocupara, porque podía trabajar más que ellos y pasarles delante. Pero mirando más allá de los beneficios momentáneos, pude observar que cuanto más duramente laboraba, más ceñía el dogal a mi cuello. Mi energía se escapaba como por un desagüe y los parásitos que se alimentaban de mí eran a su vez alimento de otros, y que acababan prisioneros en su propia trampa sin que existiera razón alguna para ello. No había respuesta conocida. Los desagües del mundo por los que se vaciaba la sangre productiva iban a parar a algún lugar sombrío y neblinoso, que nadie había osado penetrar, mientras la gente se encogía simplemente de hombros y afirmaba que la vida en la tierra era sólo maldad.

»Me di cuenta entonces de que toda la organización industrial del mundo, con su magnífica maquinaria, sus hornos de mil toneladas, sus cables trasatlánticos, sus oficinas revestidas de caoba, sus mercados de valores, sus cegadoras luces eléctricas, su fuerza y su riqueza, todo era gobernado, no por banqueros y por juntas de directores, sino por un sujeto sin afeitar, desde cualquier cervecería instalada en un sótano; por cualquier cara contraída por la malicia, capaz de predicar que la virtud ha de ser castigada precisamente por ser virtud, que el propósito de la inteligencia es servir a los incompetentes y que el

hombre no tiene derecho a exigir más que el favor de los demás… Lo sabía, pero no disponía de un modo para luchar contra ello. Fue John quien encontró el camino. La noche en que llegué a Nueva York en respuesta a su llamada, iba acompañado de Ragnar. Nos dijo lo que debíamos hacer y nos indicó la clase de hombres con quienes ponernos en contacto. Él había abandonado la «Twentieth Century» y vivía en una buhardilla de los arrabales. Se acercó a la ventana y, señalándonos los rascacielos de la ciudad, nos dijo que deberíamos extinguir las luces del mundo, y que cuando viéramos apagarse las de Nueva York, comprenderíamos que nuestro trabajo estaba terminado. No nos exigió que nos uniéramos a él en seguida. Nos aconsejó pensarlo concienzudamente y reflexionar sobre lo que aquello significaría en nuestras vidas. Le di mi respuesta la mañana del segundo día, y Ragnar unas horas después, por la tarde… Dagny, todo aquello sucedía la mañana siguiente a nuestra última noche juntos. Había observado, en una especie de visión, que no podía escapar a lo que me enfrentaba. Por el modo en que me miraste entonces, por el modo en que hablaste del ferrocarril, por tu expresión cuando años atrás intentabas percibir la silueta de los rascacielos de Nueva York desde una roca sobre el Hudson, comprendí que me era preciso salvarte; desbrozar el camino para ti y dejar que hallaras tu ciudad, para que no siguieras tropezando durante el resto de tu vida, ni forcejearas entre una niebla emponzoñada, con la mirada fija al frente como ellos habían mirado al sol, combatiendo sin descanso para encontrar al final del camino, no las torres de una ciudad, sino un tipo grueso, fláccido e inútil, cuyo amor a la vida se concentrara en el vaso de ginebra que habías pagado con tu existencia. Era posible, incluso, que no conocieras alegría alguna, con el fin de que él las disfrutara. ¿Ibas a servir de forraje al placer de otros? ¿Ibas a ser el medio por el que tipos infrahumanos alcanzarían su fin? Dagny, fue aquello lo que vi y lo que no pude permitir que te ocurriera. Ni a ti ni a ningún otro ser con un modo de mirar semejante al enfrentarse al futuro, ni a ningún hombre que poseyera tu espíritu y fuese capaz de experimentar un momento de orgullo, tranquilidad, confianza y alegría de vivir. Aquél era mi amor, centrado en un estado tal del espíritu humano, y dejé que lucharas por él, sabiendo que aunque acabara perdiéndote, te seguiría ganando a cada año de batalla. Ahora lo ves claro, ¿verdad? Has contemplado este valle. Es el lugar que intentamos alcanzar de niños tú y yo. Ya lo hemos conseguido. ¿Qué otra cosa puedo pedir? Verte aquí… Me dijo John que sigues vacilando. ¡Oh! Bien. Sólo es cuestión de tiempo. Serás de los nuestros, porque siempre lo has sido. Si no lo ves con claridad, esperaremos. No me importa, con tal de que estés viva, con tal de no tener que volar sobre las Rocosas buscando los restos de tu avión.

Daghy ahogó una exclamación de sorpresa comprendiendo ahora por qué Francisco no había llegado al valle a tiempo.

Él se echó a reír.

—No me mires así. No me mires como a una herida que temes tocar.

—Francisco, te he herido de tantos modos…

—¡No! No. Tú no me has herido, ni tampoco él. No hables de eso. Él es el herido; pero lo salvaremos y también vendrá hacia acá, adonde pertenece, y comprenderá y podrá reírse de todo. Dagny, nunca creí que me esperases, nunca confié en ello. Y si tenía que ser alguien, me alegro de que fuera él.

Dagny cerró los ojos y apretó los labios para no gemir.

—Querida, ¿no ves que ya lo he aceptado?

«No es él —pensó—, pero no puedo decirte la verdad, porque se trata de un hombre que quizá nunca oiga de mí tales palabras y que nunca será mío.»

—Francisco, yo te amaba —le dijo reteniendo el aliento, asombrada, comprendiendo que no había querido manifestar aquello ni hablar en pasado.

—Y me amas —respondió él tranquilo, sonriente—. Me amas todavía, aun cuando no quieras otorgarme la expresión de dicho amor que siempre has experimentado y deseado. Sigo siendo el mismo de antes y así lo observarás, y podrás ofrecerme idéntica respuesta, aun cuando exista otro amor mayor que ofrezcas a otro hombre. Pero no importa lo que sientas por él, no cambiará tu cariño hacia mí. Y tampoco será traición, porque procede de la misma raíz, es idéntico pago en respuesta a los mismos valores. No importa lo que ocurra en el futuro, siempre seremos lo que fuimos el uno para el otro, porque siempre me amarás.

—Francisco —susurró—, ¿estás seguro?

—Desde luego. ¿No lo comprendes? Dagny, toda forma de felicidad es una sola. Todo deseo se ve impulsado por el mismo motor, por nuestro amor hacia un valor único: por la más alta potencialidad de nuestra existencia… y cada logro es una expresión del mismo. Mira a tu alrededor. ¿Te das cuenta de lo que ahora se abre ante nosotros, en una tierra sin límites? ¿Ves lo que puedo hacer libremente, experimentar y conseguir? ¿Observas que todo esto es parte de lo que eres para mí… igual que yo soy parte de ello para ti? Y si te veo sonreír con admiración ante un fundidor de cobre construido por mí, ello constituirá otra forma de lo que sentiría si estuviera en la cama contigo. ¿Desearé dormir contigo? Desesperadamente. ¿Envidiaré al hombre que lo haga? Desde luego. Pero ¿qué importa? ¡Es tanto el tenerte aquí, amarte y estar vivos!

Ella bajó los ojos, con expresión grave, manteniendo dicha actitud cual en un acto de reverencia. Lentamente, como quien formula una promesa formal, le preguntó:

—¿Me perdonarás?

Él la miró asombrado; luego se rió alegremente recordando, y contestó:

—Todavía no. No hay nada que perdonar, pero te lo perdonaré cuando te unas a nosotros.

Se levantó, la obligó a ponerse en pie y, cuando sus brazos la estrecharon, su beso fue una suma del pasado, el fin y la señal de aceptación del mismo.

Galt se volvió hacia ellos desde el otro lado de la sala, cuando salieron a la misma. Había permanecido ante una ventana contemplando el valle, y Dagny tuvo la seguridad de que así estuvo durante todo aquel tiempo.

Notó cómo sus ojos escrutaban sus caras, moviéndolos lentamente, de uno a otro, relajando un poco el rostro al percibir el cambio operado en Francisco.

Éste sonrió al preguntarle:

—¿Por qué me miras?

—¿Sabes lo que parecías cuando entraste?

—Llevo tres noches sin dormir, John. ¿Me invitarás a cenar? Quiero saber cómo esta recalcitrante joven llegó hasta aquí; pero creo que caería dormido en mitad de una frase, aun cuando en estos instantes parezca como si no necesitara dormir en absoluto. Así es que lo mejor es que me vaya a casa y descanse hasta la noche.

Galt lo miraba con débil sonrisa.

—¿No pensabas salir del valle dentro de una hora?

—¿Cómo? No… —repuso suavemente, presa de momentáneo asombro—. No. —Se echó a reír gozoso—. ¡Ya no tengo que irme! No te he contado la causa, ¿verdad? Estaba buscando a Dagny, buscando los restos de su avión, que, según se aseguraba, se había estrellado en las Rocosas.

—Comprendo —dijo Galt quedamente.

—Hubiera pensado cualquier cosa menos que fuera a caer en la Quebrada de Galt —dijo Francisco, feliz. Hablaba en el tono de alivio de quien casi se regocija en el horror del pasado, desafiándolo por medio del presente—. Estuve volando por todo el distrito, entre

Afton, Utah y Winston, Colorado, escrutando cada pico y barranco, observando los restos de cada vehículo despeñado. Y siempre que veía uno… —Se interrumpió y pareció estremecerse—. Por la noche continuábamos la búsqueda a pie. Colaboraban en ella grupos de ferroviarios de Winston. Ascendíamos las montañas sin plan preconcebido y sin seguir ninguna huella fija. Hasta que se hacía otra vez la claridad… —Se encogió de hombros tratando de olvidar aquello y sonreír—. No lo desearía ni a mi peor enemigo.

Se detuvo bruscamente; su sonrisa se había desvanecido y un débil reflejo de la expresión que no le abandonó durante los tres días últimos, volvió a su cara, como si se enfrentase a una imagen olvidada.

Luego de una breve pausa, se volvió hacia Galt.

—John —dijo en un tono impregnado de cierta peculiar solemnidad—, ¿no podríamos notificar a los de fuera que Dagny vive… por si alguien… alguien siente lo mismo que yo?

Galt le miró fijamente.

—¿Quieres proporcionar a esa persona algún alivio a las consecuencias de permanecer allí?

Francisco bajó los ojos y respondió firmemente: —No.

—¿Sientes compasión, Francisco?

—Si. Pero olvídate de ello. Tienes razón.

Galt se volvió con un movimiento extrañamente raro en él, dotado de la brusquedad de lo involuntario, y se mantuvo de espaldas, mientras Francisco lo miraba perplejo y luego preguntaba:

—¿Qué te sucede?

Galt lo observó un instante, guardando silencio. No era posible identificar la emoción que suavizaba sus facciones. Tenía la cualidad de una sonrisa, de cierta dulzura, de un dolor escondido y de algo también mucho mayor, que parecía convertir en superfinos tales conceptos.

—Sea lo que fuere lo que cada uno de nosotros haya pagado por esta batalla —repuso—, tú eres el que ha sufrido mayor quebranto, ¿no crees?

—¿Quién? ¿yo? —respondió Francisco sonriendo con perpleja e incrédula jovialidad—, ¡Desde luego que no! ¿Qué te sucede? —Se rió y añadió—: ¿Sientes lástima, John?

—No —respondió Galt firmemente.

Dagny vio cómo Francisco lo miraba frunciendo las cejas, porque Galt había pronunciado aquellas palabras, no mirándolo a él, sino a ella.

* * *

La emoción global que la afectó al penetrar en la casa de Francisco por vez primera no respondía a lo experimentado al contemplar su silencioso y cerrado exterior. No campeaba allí un ambiente de trágica soledad, sino de vigorosa brillantez. Las habitaciones estaban desnudas y eran de una crudeza y simplicidad extraordinarias; la casa parecía expresar la habilidad, la decisión y la impaciencia típicas en Francisco. Semejaba la cabaña de un habitante de la frontera, situada para servir de trampolín a un largo vuelo hacia el futuro, un futuro que ofrecía tan vasto campo de actividad que no podía perderse el tiempo en hacer cómoda la partida. El lugar no poseía la brillantez de un hogar, sino la de un cobertizo de madera recién construido para albergar la base de un rascacielos.

Francisco permanecía en mangas de camisa en mitad de aquella sala de doce pies cuadrados, como si fuera el amo de un palacio. De todos los lugares en que ella lo había visto, era aquél el que mejor cuadraba a su persona. Igual que la sencillez de sus vestidos prestaba a su figura un aire de superlativa elegancia, así la crudeza de aquella vivienda ofrecía el ambiente de un retiro de patricio. Tan sólo un toque real figuraba en aquella sencillez: dos antiguos vasitos de plata colocados en una pequeña hornacina, en la pared de troncos. Su complicado diseño había requerido el largo y costoso laborar de un artesano, un trabajo mayor que el de construir el albergue. El dibujo aparecía borroso por el paso de más siglos que los necesitados para el crecimiento de los pinos que ahora formaban sus paredes. En medio de aquella habitación, los modales espontáneos de Francisco adoptaban un toque de tranquilo orgullo, como si su sonrisa declarara en silencio: «Esto es lo que soy y lo que he sido durante los últimos años».

Ella contempló los vasitos de plata.

—Sí —dijo Francisco en respuesta a su silenciosa conjetura—. Pertenecieron a Sebastián d'Anconia y a su esposa. Es lo único que he traído de mi palacio de Buenos Aires. Eso y el escudo que adorna la puerta. Es cuanto quise salvar. Todo lo demás desaparecerá dentro de breves meses. —Se rió—. Se apoderarán de ello, de todo ello; de los últimos restos de la «d'Anconia Copper», pero recibirán una sorpresa porque no encontrarán gran cosa, y en cuanto al palacio, no podrán satisfacer ni la factura de la calefacción.

—¿Y luego? —preguntó Dagny—. ¿Te irás de aquí?

—¿Quién, yo? Trabajaré para la «d'Anconia Copper»… —¿Qué quieres decir?

—¿Recuerdas la vieja frase: «El rey ha muerto. ¡Viva el rey!»? Cuando la carroña de las propiedades de mis antepasados haya quedado retirada del camino, mi mina se convertirá en el joven y nuevo cuerpo de la «d'Anconia Copper»; la clase de propiedad que mis antecesores desearon, por la que trabajaron y se afanaron, pero nunca llegaron a poseer.

—¿Tu mina? ¿Qué mina? ¿Dónde está?

—Aquí —repuso él señalando los picos montañosos—. ¿No lo sabías?

—No.

—Soy propietario de una mina de cobre que los saqueadores nunca podrán desvalijar. Se encuentra aquí en estas montañas. Yo investigué, la descubrí y practiqué la primera excavación. Todo esto sucedía hace más de ocho años. Fui el primero a quien Midas vendió tierra en este valle. Compré la mina, y empecé la explotación con mis propias manos, del mismo modo que inició sus tareas Sebastián d'Anconia. Ahora tengo a un superintendente a su cargo; era mi mejor metalúrgico en Chile. La explotación produce todo el cobre que necesitamos. Mis beneficios quedan depositados en la Banca Mulligan. Eso será todo cuanto posea dentro de unos meses. Y también todo cuanto necesite…

Parecía haber querido añadir: «…para conquistar el mundo». Dagny se maravilló ante la diferencia entre aquel sonido y el vergonzoso y pusilánime tono, entre súplica de mendigo y amenaza de rufián, que los hombres de su siglo imprimían a la palabra «necesidad».

—Dagny —dijo, mirando por la ventana, como si contemplara las cimas, pero no de los montes sino del tiempo—, el renacimiento de la «d'Anconia Copper» y del mundo entero se iniciará aquí, en los Estados Unidos. Ésta es la única nación de la historia, nacida no de la casualidad o de una guerra entre tribus, sino como producto racional de la mente humana. Esta nación se levantó gracias a la supremacía de la razón y durante un siglo magnifico redimió al mundo. Tendrá que hacerlo otra vez. El primer paso de la «d'Anconia Copper», como el de cualquier otro valor humano, partirá de aquí porque el resto de la tierra sufre la consumación de las creencias que sostuvo a través de los siglos: fe mística y supremacía de lo irracional, con dos abismos al final de su camino: el

manicomio y el cementerio… Sebastián d'Anconia cometió un error: el de aceptar un sistema según el cual la propiedad adquirida por derecho propio sería suya, no por tal derecho, sino por permiso ajeno. Sus descendientes pagaron dicho error. Yo he realizado el último pago… Y creo que viviré el día en que, creciendo de las raíces que actualmente se hunden en este suelo, las minas, las fundiciones y los depósitos de mineral de la «d'Anconia Copper» se extiendan una vez más por el mundo hasta mi país natal, y sea yo el primero en iniciar la reconstrucción del mismo. Quizá lo vea, pero no estoy seguro. Nadie puede predecir el momento en que otros elegirán volver a la razón. Pudiera suceder que al final de mi vida no deje más que esa mina: la «d'Anconia Copper número 1» en la Quebrada de Galt, Colorado, U. S. A. ¿Recuerdas que mi ambición consistía en duplicar la producción de cobre de mi padre? Pues bien; si al final de mi vida produjera tan sólo una fibra de cobre al año, sería más rico que mi padre y que todos mis antepasados con sus millares de toneladas, porque esa libra sería mía por derecho y serviría para mantener a un mundo convencido de ello.

Aquél era el Francisco d'Anconia de su niñez, tanto en la apostura como en los modales, como en el claro brillo de sus ojos, y Dagny no pudo menos de indagar acerca de aquella mina de cobre, del mismo modo que le había preguntado sobre sus proyectos industriales, en sus paseos a orillas del Hudson, volviendo a captar el sentido de un futuro sin obstáculos.

—Te llevaré a ver la mina —dijo él —en cuanto tengas el tobillo curado. Para llegar a la misma hemos de ascender un empinado sendero, sólo transitable por personas o animales, porque no hemos podido construir todavía una carretera para camiones. Permíteme mostrarte el nuevo fundidor que estoy proyectando. Llevo trabajando algún tiempo en él y es demasiado complejo para nuestro actual volumen de producción; pero cuando el producto de esa mina lo justifique… imagina el tiempo, el trabajo y el dinero que ahorrará.

Se sentaron juntos en el suelo, examinando las hojas de papel que Francisco había extendido ante ambos, estudiando las intrincadas secciones del fundidor, con el mismo jovial anhelo con que en otros tiempos estudiaban pedazos de chatarra en un cercado.

Ella se inclinó un poco más en el instante en que él alargaba la mano hacia una hoja, y se sintió reclinada de pronto contra su hombro. Involuntariamente se mantuvo así unos momentos, no más largos que una breve interrupción en el fluir de un simple movimiento, mientras levantaba la vista hacia él. Francisco la miraba a su vez, sin ocultar lo que sentía, pero tampoco sin formular demanda alguna. Ella se hizo atrás, sabiendo que había experimentado el mismo deseo que él.

Reteniendo todavía aquella sensación recuperada del pasado, percibió algo que siempre había formado parte de la misma y que ahora se le aparecía con toda claridad por vez primera: si aquel deseo representaba extasiarse ante la propia vida, lo que siempre había sentido hacia Francisco fue la luminosidad de un futuro en forma de momento de esplendor ganado como pago parcial de un total desconocido, afirmando una promesa y un porvenir. En el instante de darse cuenta de ello, supo también que aquel deseo no había surgido como prenda del futuro, sino como pleno y decisivo obsequio. Lo supo gracias a una imagen, la imagen de un hombre en pie a la puerta de una pequeña estructura de granito. La forma final de la promesa que la había mantenido en movimiento se centraba en aquel hombre, que quizá permaneciera siempre así, como promesa jamás alcanzada.

Luego se dijo, consternada, que aquélla era la visión del destino humano que más aborreció y rechazó con todas sus fuerzas: la del hombre arrastrado por la visión de un resplandor inalcanzable, condenado a aspirar a algo que nunca lograría. Su vida y sus valores no podían conducirla a tal cosa. Jamás halló belleza en anhelar lo imposible y, por

otra parte, nunca le pareció que lo posible se hallara fuera de su alcance. Pero había llegado precisamente a una situación así y ahora no podía encontrar respuesta adecuada.

«No me es posible abandonarle ni tampoco alejarme del mundo», pensó mirando a Galt aquella noche. En su presencia la respuesta parecía más difícil de hallar. Le pareció que no existía probablemente; que nada importaba, aparte del hecho de verle, y que nada podía tener jamás la fuerza suficiente para obligarla a marcharse de allí. Pero simultáneamente se dijo que no tenía derecho a mirarle, si es que planeaba renunciar a su ferrocarril. Creyó ser dueña de él. Le pareció que, desde el principio, algo no especificado quedaba comprendido por ambos y, al propio tiempo, él podría desaparecer de su vida y que en alguna calle futura del mundo exterior tal vez pasara por su lado con total indiferencia.

Notó que no le preguntaba nada acerca de Francisco. Cuando habló, de su visita, no percibió reacción alguna en su cara, ni de aprobación ni de resentimiento. Sólo le pareció captar una imperceptible sombra en su atención grave y atenta, como si se tratara de un tema en el que no le importase sentir nada.

Su leve aprensión fue creciendo hasta convertirse en un interrogante, que a su vez se transformó en un barreno que parecía adentrarse más y más en su mente, durante las noches que siguieron, cuando Galt salía de casa y ella se quedaba sola. Se ausentaba con frecuencia, después de la cena, sin decirle dónde iba y regresaba a medianoche o más tarde. Intentó no descubrir plenamente la tensión y la intranquilidad con que esperaba su regreso. Nunca le preguntó dónde pasaba las veladas. Se lo impedía precisamente su urgente deseo de saberlo; se mantenía silenciosa dentro de una vaga actitud de desafío hacia él y también hacia su propia ansiedad.

No quiso reconocer aquello que temía, m* darle forma en palabras. Lo percibía tan sólo por el desagradable e imperioso estremecimiento de una emoción no admitida. Venía a ser como un salvaje resentimiento jamás experimentado hasta entonces y que constituía la respuesta al temor de que hubiese una mujer en su vida. Sin embargo, dicho resentimiento quedaba suavizado por cierta saludable cualidad, como si la amenaza pudiera combatirse, e incluso en caso necesario ser aceptada. Pero existía otro temor aún más obscuro, centrado en la sórdida forma del autosacrificio; en la sospecha, que no podía declarar ante él, de que deseaba alejarse de su camino y hacer que el vacío la obligara a volver hacia el hombre que era su mejor amigo.

Transcurrieron algunos días, antes de hablar de ello. Hasta que, durante la cena, cierta noche en que él iba a partir, Dagny se dio cuenta repentinamente del placer peculiar que experimentaba viéndole comer los alimentos que le había preparado. De pronto, involuntariamente, como si aquel placer le confiriese un derecho que no se atrevía a identificar, como si el placer y no el dolor quebrantaran su resistencia, se oyó a sí misma preguntar:

—¿Qué hace usted por las noches?

Él respondió simplemente, como si diera por descontado que lo sabía:

—Dar conferencias.

—¿Cómo?

—Llevo un curso de conferencias sobre física, como cada año durante este mes. Es mi… ¿De qué se ríe? —preguntó percibiendo su expresión de alivio; su silenciosa risa que no parecía provocada por aquellas palabras. Luego, antes de que ella contestara, sonrió repentinamente, como si adivinara su respuesta. Dagny observó cierta cualidad particular e intensamente personal en su sonrisa; casi cierta insolente intimidad, en contraste con el modo tranquilo, impersonal y casual con que continuó—: Ya sabe que éste es el mes en que todos intercambiamos los productos de nuestras profesiones auténticas. Richard Halley da conciertos; Kay Ludlow aparecerá en dos obras teatrales, escritas por autores

que no las ofrecen al mundo exterior, y yo doy conferencias, informando sobre la tarea realizada durante el año.

—¿Es libre la entrada?

—No. Cada alumno paga diez dólares por el curso.

—Yo también quiero asistir. Él movió la cabeza.

—No. Usted podrá concurrir a los conciertos, a las obras teatrales o a cualquier otra forma de goce personal, pero no a mis conferencias, ni a cualquier otra venta de ideas que pueda usted llevarse del valle. Además, mis Chentes o estudiantes tienen una razón práctica para seguir el curso: Dwight Sanders, Lawrence Hammond, Dick McNamara, Owen Kellogg y unos cuantos más. Este año contamos, además, con un principiante: Quentin Daniels.

—¿De veras? —preguntó Dagny en tono casi celoso—. ¿Cómo puede permitirse una cosa tan cara?

—Tiene crédito. Le he proporcionado un plan de pago a base de tiempo. Se lo merece.

—¿Dónde da esas conferencias?

—En el cobertizo de la granja de Dwight Sanders.

—¿Y dónde trabaja durante el año?

—En mi laboratorio.

—¿Dónde está su laboratorio? —preguntó ella con precaución—. ¿Aquí, en el valle?

Galt sostuvo su mirada unos instantes, permitiéndole observar que en la suya se pintaba una profunda jovialidad y que conocía su intención; luego contestó:

—No.

—¿Ha vivido en el mundo exterior durante estos doce años?

—Sí.

—Entonces —aquella idea le parecía insoportable—, ¿realizaba usted algún modesto trabajo, igual que los demás?

—¡Oh, claro!

La alegría de su mirar pareció incrementarse.

—No irá a decirme que es segundo ayudante de un contable.

—No, nada de eso.

—Entonces, ¿en qué trabaja?

—Trabajo en aquello que el mundo quiere que haga.

—¿Dónde?

Pero él movió la cabeza.

—No, Miss Taggart. Ésta es una de las cosas de la que no quiero enterarla… por si decide salir del valle.

Volvió a sonreír con su aire insolentemente personal, que ahora parecía expresar un conocimiento exacto de la amenaza contenida en aquella respuesta y de lo que la misma significaba para Dagny. Luego se levantó.

Cuando se hubo marchado, Dagny sintió como si el transcurso del tiempo fuera un peso opresivo, en la tranquilidad de la casa, igual que una masa estacionaria y sólida, que se fuera prolongando lentamente, a un ritmo que no dejara punto de referencia para saber si lo que transcurrían eran minutos u horas. Estaba medio tendida en un sillón de la sala, anonadada por la pesada e indiferente lasitud, no producto de la holgazanería, sino.» de la postración de la voluntad ante una violencia secreta que ninguna acción menor puede aliviar.

Tendida, con los ojos cerrados y la mente moviéndose a través de un reino de nebulosa lentitud, se dijo que el placer que había experimentado viéndole ingerir la comida preparada por ella, había sido producto de saber que le proporcionaba un placer sensual, que una forma de su satisfacción física procedía de ella… «Existe una razón —pensó — por la que una mujer puede desear cocinar para un hombre… no como deber, no como ocupación crónica, sino como raro y especial rito, en símbolo de… pero ¿en qué lo habían convertido los predicadores del deber femenino?… La realización de tareas penosas estaba considerada como virtud peculiar de la mujer, mientras que lo que le prestaba su significado y su sanción era un pecado vergonzoso. El afanarse entre la grasa, el vapor y las resbaladizas peladuras en una maloliente cocina era considerado espiritual y acorde con los deberes morales, mientras que el contacto de dos cuerpos en un dormitorio se consideraba indulgencia física, acto de rendición a un instinto animal, sin gloria, significado ni orgullo espiritual capaz de ser invocado por los animales que lo practicaban.

Se puso en pie de un salto. No quería pensar en el mundo exterior ni en su código moral. Pero comprendió que en realidad no era aquél el tema de sus pensamientos. No quería pensar en aquello a que su mente la inclinaba y a lo que volvía contra su voluntad, gracias a la fuerza derivada de sí mismo.

Paseó por la sala, aborreciendo la incontrolada y temblorosa lasitud de sus movimientos, sintiéndose situada entre la necesidad de permitir que aquéllos rompieran la monotonía reinante y el conocimiento de que no era tal la forma en que deseaba hacerlo. Encendía cigarrillos para proporcionarse durante unos instantes la ilusión de un acto preconcebido, y los abandonaba a los pocos segundos, sintiendo el disgusto de un propósito ajeno. Contemplaba la habitación como un mendigo inquieto, rogando que los objetos físicos le dieran un motivo de actuar; deseando encontrar algo que limpiar, que remendar o que pulimentar, y sabiendo, al propio tiempo, que ninguna tarea era digna de aquel esfuerzo. «Cuando nada parece digno de un esfuerzo —le decía una grave voz interior—, te sitúas detrás de una pantalla que oculta el deseo de lo que vale mucho. ¿Qué quieres?…» Frotó una cerilla, acercando la llama a la punta de un cigarrillo que pendía, apagado, en la comisura de sus labios… «¿Qué deseas?», repitió la voz, severa como la de un juez. «¡Quiero que regrese!», contestó arrojando las palabras como un grito silencioso a algún acusador dentro de su propio ser, del mismo modo como se arroja un hueso a un animal que nos persigue, con la esperanza de distraerle y darnos cierta ventaja.

«Quiero que regrese», repitió suavemente en respuesta a la acusación de que no existía motivo para tan gran impaciencia… «Quiero que vuelva», se dijo suplicante, contestando a la fría observación de que sus palabras no equilibraban la balanza del juez. «¡Quiero que vuelva!», gritó desafiadora» esforzándose en no olvidar la única palabra superflua y protectora en toda aquella frase.

Notó cómo su cabeza caía hacia delante a causa del cansancio. El cigarrillo que sostenía entre los dedos se había consumido en cosa de media pulgada. Lo apagó y volvió a sentarse en el sillón.

«No trato de evitarlo —pensó—, no trato de evitarlo; lo que pasa es que no veo camino para respuesta alguna…» «Lo que deseas —continuó la voz, mientras ella avanzaba por una niebla espesa—, lo tienes al alcance de tu mano, pero todo lo que no sea aceptación total, convicción absoluta, constituye una traición a cuanto él es…» «Lo dejaré que me maldiga —pensó cual si la voz estuviera ahora perdida entre la niebla y no se hiciera oír —. Lo dejaré condenarme mañana… Pero quiero que vuelva…» No escuchó respuesta alguna, porque su cabeza había caído suavemente apoyándose en el sillón. Estaba dormida.

Al abrir los ojos, lo vio a muy poca distancia, mirándola como si llevara así bastante tiempo.

Percibió su cara y con la claridad de una definitiva concentración comprendió el significado de lo que veía en la misma, algo que había venido debatiendo durante horas. Se dio cuenta de ello, sin embargo, porque no había recuperado aún la noción de un motivo que pudiera asombrarla.

—Éste es su aspecto —dijo él suavemente —cuando se queda dormida en su despacho. —Comprendió que tampoco él se sentía consciente de sus palabras. El modo en que lo dijo le reveló cuan frecuentemente había pensado en ello y por qué causa—. Parece como si fuera a despertarse en un mundo donde nada tenga que ocultar o que temer. —El primer movimiento de su cara había sido una sonrisa; lo comprendió en el momento mismo de desvanecerse, cuando pudo notar que ambos estaban despiertos. Galt añadió tranquilo, aunque con plena intención—: Pero aquí eso es verdad.

Su primera emoción en aquel reino de la verdad fue cierto sentimiento de poder. Se incorporó con suave y espontáneo movimiento de confianza, notando el latir de músculo a músculo a través de su cuerpo. Y preguntó con lentitud, con casual curiosidad, en el tono de quien da por descontadas las implicaciones. Ello confería a su voz cierta débil expresión de desdén.

—¿Cómo sabe el aspecto que tengo… en mi despacho?

—Ya le dije que la vengo observando desde hace años.

—¿Y cómo ha podido observarme tan minuciosamente? ¿Desde qué lugar?

—No voy a contestarle ahora —respondió él simplemente, sin aire alguno de jactancia.

El ligero movimiento de su hombro al reclinarse, la pausa y luego el susurro de su voz, dejaron una huella de sonriente triunfo tras de sus palabras:

—¿Cuándo me vio por vez primera?

—Hace diez años —repuso él mirándola de frente, permitiéndola observar que estaba contestando incluso al no mencionado sentido de su pregunta.

—¿Dónde?

La pregunta era casi un mandato.

Vaciló y luego le vio sonreír tenuemente, pero sólo con los labios, no con los ojos, con la clase de sonrisa que provoca en quien contempla con una mezcla de añoranza, amargura y orgullo, cierta posesión adquirida a un coste exorbitante. La mirada de Galt no parecía dirigida a ella, sino a la muchacha de entonces.

—En el terminal subterráneo de la Taggart —respondió.

Ella se dio cuenta repentinamente de su postura; había dejado que los omoplatos se le deslizaran hasta presionar el respaldo del sillón de manera indolente. Estaba medio tendida, con una pierna hacia delante, mientras su blusa transparente y su amplia falda campesina estampada a mano en violentos colores, sus finas medias y sus zapatos de alto tacón le conferían un aspecto similar a cualquier cosa menos a su función de directora de un ferrocarril. El saberlo así la sorprendió, aportando una respuesta a la expresión interrogante de aquellos ojos que parecían contemplar lo inalcanzable; su aspecto representaba, sencillamente, lo que era: su sirvienta. Sorprendió el momento en que una débil acentuación del brillo de sus obscuras pupilas verdes apartó el velo de la distancia, reemplazando su visión del pasado por el acto de verla en persona. Se enfrentó a sus ojos, con ese mirar insolente que viene a ser como una sonrisa sin movimiento de los músculos faciales.

Galt se volvió, pero cuando cruzaba la habitación sus pasos eran tan elocuentes como el sonido de una voz. Dagny comprendió que deseaba salir de allí como siempre había

salido, puesto que nunca permaneció por más tiempo que para desearle brevemente buenas noches al entrar en la casa. Siguió la línea de su lucha, observando sus pasos, iniciados en una dirección y desviados luego en otra; tenía la certeza de que su cuerpo se había convertido en instrumento de las percepciones directas del suyo, como una pantalla que reflejara a la vez movimientos y motivos. No podía asegurarlo. Sabía sólo que aquel que nunca había empezado o perdido una batalla contra sí mismo, carecía ahora del poder para salir de aquella habitación.

Sus modales no demostraban señal alguna de forcejeo. Se quitó la chaqueta, dejándola a un lado, y quedándose en mangas de camisa, se sentó frente a ella, junto a la ventana, al otro lado de la habitación. Pero lo hizo en el brazo de un sillón, en actitud ambigua.

Ella experimentó una fácil, ligera y casi frívola sensación de triunfo al saber que lo estaba reteniendo tan firmemente como por un contacto físico.

Durante unos momentos, breves y peligrosos de soportar, fue una forma de contacto que le resultó satisfactoria.

Luego experimentó una repentina y cegadora impresión, medio golpe, medio grito. Como atontada comprendió que él se había inclinado un poco hacia un costado. Aquello no representaba más que una postura accidental dentro de la larga línea que corría desde su hombro al ángulo de su cintura, sus caderas y sus piernas. Miró hacia otro lado, para no dejarle ver que estaba temblando, y abandonó toda idea de triunfo y de pretender averiguar quién ostentaba el poder.

—La he visto muchas veces desde entonces —manifestó él, tranquilamente, pero con algo más de lentitud, como si pudiera dominarlo todo, excepto su necesidad de hablar.

—¿Dónde me ha visto?

—En muchos lugares.

—Pero, ¿siempre tuvo la seguridad de permanecer invisible? Comprendió que la cara de Galt no le hubiera pasado inadvertida.

—Sí.

—¿Por qué? ¿Tenía miedo?

—Sí.

Lo dijo simplemente y ella tardó un instante en comprender que admitía lo que la visión de su persona hubiera significado para ella.

—¿Sabía usted quién era yo cuando me vio por vez primera?

—¡Oh, sí! Mi peor enemigo… exceptuando a otra persona.

—¿Cómo? —No había esperado aquello y añadió más quedamente—: ¿Quién es esa otra persona?

—El doctor Robert Stadler.

—¿Me ha clasificado como a él?

—No. Él es mi enemigo consciente. El hombre que vendió su alma. No intentamos atraérnoslo. Usted… es una de las nuestras. Lo supe mucho antes de verla. Supe también que sería la última en unirse a nuestra causa y la más difícil de vencer.

—¿Quién le informó de eso?

—Francisco.

Ella dejó pasar unos momentos y luego preguntó:

—¿Qué le dijo?

—Me dijo que de todos los nombres de nuestra lista, sería usted la más difícil de captar. Fue entonces cuando oí hablar de usted por vez primera. Francisco incluyó su nombre en la lista. Me dijo que constituía la única esperanza y el futuro de la «Taggart

Transcontinental»; que había actuado contra nosotros durante mucho tiempo; que luchaba desesperadamente por su ferrocarril, porque estaba dotada de una gran resistencia, valor y amor al trabajo. —La miró—. No dijo nada más. Hablaba de usted como si discutiera simplemente de uno de nuestros futuros huelguistas. Yo sabía que los dos eran amigos de la infancia; pero nada más.

—¿Cuándo me vio usted?

—Dos años más tarde.

—¿Cómo?

—Por casualidad. —Era una hora avanzada de la noche… en un andén de pasajeros del terminal Taggart. —Dagny comprendió que era aquélla una forma de rendición. No quería manifestarlo así, pero se le hacía preciso hablar. Escuchaba la muda intensidad del esfuerzo reflejado en su voz. Tenía que hablar porque le era precisa semejante forma de contacto—. Llevaba usted un vestido de noche. Una capa que casi se deslizaba de su cuerpo. Al principio sólo vi sus hombros desnudos, su espalda y su perfil; pareció por un instante como si la capa fuera a desprenderse por completo, mostrándola desnuda. Luego observé que lucía un largo vestido color de hielo, como la túnica de una diosa griega, pero con el cabello corto y el imperioso perfil de una mujer americana. Me pareció absurdamente fuera de lugar en un andén ferroviario. Mi imaginación la colocaba en un lugar que hasta entonces nunca había ideado. De pronto comprendí que usted pertenecía a aquellos rieles, al hollín y a los soportes de acero; que era aquél el emplazamiento adecuado para su vaporoso vestido, sus hombros desnudos y su cara vivaz: un andén de estación y no un piso lleno de cortinajes. Era usted un símbolo del lujo, entroncado al lugar del que aquél tomaba su origen. Parecía devolver riqueza, gracia, extravagancia y alegría de vivir a sus legítimos propietarios: a quienes crearon ferrocarriles y fábricas. Tenía un aire de profunda energía y de cuanto deriva de ésta; un aire de competencia y de lujo combinados. Yo era el primero en definir de qué modo ambas cosas son inseparables. Me dije que si nuestra época diera forma a sus dioses y erigiera una estatua al significado de un ferrocarril americano, dicha estatua sería la de usted… Luego vi lo que estaba haciendo y comprendí quién era. Daba órdenes a tres empleados del terminal. No podía oír sus palabras, pero la voz sonaba clara, rápida y firme. Llegué a la conclusión de que era Dagny Taggart. Me acerqué lo suficiente como para escuchar dos frases: «¿Quién lo ha dicho?», preguntó uno de los hombres.

«Yo», respondió usted. Eso fue todo, pero resultó suficiente.

—¿Y luego?

Galt levantó la mirada lentamente, para sostener la de ella. La subterránea intensidad que hizo bajar el tono de su voz, haciéndolo borroso hasta la blandura, le confirió un aire de burla, desesperado, casi suave.

—Comprendí entonces que abandonar mi motor no era el precio más duro que debería pagar por esta huelga.

Dagny.se preguntó qué sombra anónima entre los pasajeros que circulaban apresurados junto a ella, insubstanciales como el vapor de una máquina y tan ignorados como el mismo, qué sombra y qué cara habían sido las de aquel hombre. Se preguntó también cuan cerca habría estado de él durante aquel desconocido instante.

—¡Oh! ¿Por qué no me habló entonces o después?

—¿Recuerda lo que estaba haciendo en el terminal aquella noche?

—Recuerdo vagamente cierta noche en que me llamaron hallándome en una fiesta. Mi padre estaba ausente de la ciudad y el nuevo director del terminal había cometido un error que tenía inmovilizado el tránsito en los túneles. El antiguo jefe se había despedido inesperadamente la semana anterior.

Fui yo quien le inculqué la idea de irse…

—Comprendo…

Su voz se prolongó, perdiendo intensidad conforme sus párpados se entornaban, debilitando también su visión. Se dijo que si él no hubiera desaparecido entonces, si se hubiera acercado a reclamarla, ¿qué clase de tragedia habrían vivido?… Recordó sus sentimientos cuando gritaba que mataría a elemento destructor si le ponía la vista encima… «Lo habría hecho.» Pere aquella idea no se transformó en palabras; la reconoció como una débil presión en el estómago. «Hubiera disparado contra él caso de descubrir sus propósitos… y habría tenido que descubrirlos… Sin embargo…» Se estremeció, sabedora de que aún deseaba que se le hubiese acercado, porque la idea que no admitía su mente, sino que flotaba como un obscuro calor por todo su cuerpo, era ésta: «Le hubiera matado, pero no antes…».

Levantó los párpados y supo que la idea en cuestión aparecía desnuda ante él, visible en sus pupilas como ella se miraba en las suyas. Observó su velada expresión y la firmeza de su boca y lo vio reducido a un agónico padecimiento. Se sintió embargada por el deseo de causarle dolor, de presenciarlo hasta más allá del límite de su resistencia y de la de él, y luego reducirlo a la impotencia del placer.

John se levantó, miró hacia otro lado y Dagny no pudo decir si había sido su ligero movimiento de cabeza o la crispación de sus facciones lo que hizo aparecer su cara extrañamente tranquila y clara, como despojada de emoción hasta la desnuda pureza de su estructura íntima.

—Todos aquellos hombres que su ferrocarril necesitaba y fue perdiendo en los últimos diez años, abandonaron sus empleos porque yo se lo dije —le explicó, con la sencillez y la luminosa sinceridad de un contable que recuerda a un intranquilo comprador que el coste es algo categórico que no puede eludirse—. He quitado uno a uno los soportes de la «Taggart Transcontinental» y si elige regresar allí, se desplomará sobre su cabeza.

Se volvió para marcharse, pero ella le detuvo. Fue el tono de su voz más que las palabras pronunciadas lo que le obligó a detenerse. Sonaba baja, desprovista de emoción, pero dotada de un terrible peso, como un eco interno que tuviera algo de amenaza; era la súplica de una persona que aún sigue conservando su concepto del honor, pero que ya no se preocupa de él en absoluto.

—Quiere retenerme aquí, ¿verdad?

—Más que ninguna otra cosa en el mundo.

—Puede hacerlo.

—Lo sé.

Su voz había pronunciado aquellas palabras en el mismo tono que el de ella. Esperó para recuperar aliento. Al hablar otra vez, lo hizo de un modo bajo y claro, con cierta intención semejante a una sonrisa comprensiva.

—Es su aceptación total de este lugar lo que yo deseo. ¿Qué bien me reportaría disponer de su presencia física sin ningún significado? Es la clase de disimulada realidad con la que mucha gente se engaña en la vida. No soy capaz de ello. —Se volvió para partir—. Ni tampoco usted. Buenas noches, Miss Taggart.

Se alejó, entrando en su dormitorio y cerrando la puerta tras él.

Dagny se encontraba más allá del reino del pensamiento. Tendida en la cama, en la obscuridad del cuarto, se sentía incapaz de pensar o de dormir. La gimiente violencia que llenaba su espíritu se asemejaba a una sensación muscular, pero su tono y las estremecidas sombras del lugar eran como un grito de angustia que sonara no en palabras, sino en dolor. «Deseo que venga; que entre aunque todo quede destruido: mi ferrocarril y su huelga y todo lo demás… Maldito sea todo aquello que hemos sido y somos. Aunque

mañana tenga que morir. Pero… que venga; al precio que quiera. No me queda nada que no pueda venderle. ¿Es eso lo que significa ser un animal? Si es así lo soy…» Permanecía tendida de espaldas, con las manos* apretando la sábana por ambos lados, para no levantarse y avanzar hacia su cuarto, sabedora de que era capaz incluso de aquello… «No soy yo, sino un cuerpo que no puedo soportar ni dominar…» Pero algo en su interior, no como palabras, sino como un punto radiante de calma, equivalía a la presencia de un juez que pareciera observarla, pero no en severa condena, sino en jovial aprobación, como si dijera: «¿Tu cuerpo? Si ese hombre no fuera lo que tú sabes que es… ¿te llevaría tu cuerpo a semejante estado? ¿Por qué es su cuerpo el que deseas y no otro? ¿Crees maldecir a aquello por lo que ambos habéis vivido? ¿Maldices lo que honras en este mismo instante, gracias a tu propio deseo?» No le fue preciso escuchar las palabras; las conocía. Siempre las había conocido… Al cabo de un rato se aminoró el resplandor de aquella comprensión, sin que le quedara otra cosa más que el dolor y las palmas de sus manos apretando las sábanas, y casi el indiferente interrogante de saber si él también estaría despierto, combatiendo contra idéntica tortura.

No oyó sonido alguno en la casa, ni vio luz en su ventana sobre los troncos del exterior. Al cabo de un largo rato oyó en la obscuridad de su aposento dos ruidos que le dieron la respuesta completa. Comprendió que estaba despierto y también que no vendría. Fueron el rumor de unos pasos y el chasquido de un encendedor al ser accionado.

* * *

Richard Halley cesó de tocar, se apartó del piano y miró a Dagny. La vio bajar la cabeza con el involuntario movimiento de quien oculta una emoción demasiado profunda. Sonrió y le dijo suavemente:

—Gracias.

—¡Oh, no!… —murmuró Dagny, sabiendo que la gratitud procedía de su ser y que era inútil expresarlo.

Pensaba en los años en que las obras que interpretó para ella habían sido escritas allí, en aquella casita en el borde del valle. La pródiga magnificencia de sonidos fue forjada por él como un fluido monumento que hermanaba el sentido de la vida con el de la belleza, mientras ella caminaba por las calles de Nueva York en inútil búsqueda de alguna forma de goce; mientras los chirridos de una moderna sinfonía corrían como surgidos de la infecta garganta de un altavoz que tosiera su malicioso odio a la existencia.

—He hablado en serio —dijo Richard Halley, sonriente—. Soy negociante y no hago hada sin su correspondiente pago. Usted me ha pagado. ¿Comprende por qué deseaba tocar para usted esta noche?

Ella levantó la cabeza. Halley se encontraba en mitad de la sala y ambos estaban solos, con la ventana abierta a la noche estival, a los obscuros árboles, a las laderas que descendían hasta las luces distantes del valle.

—Miss Taggart, ¿cuánta gente existe para la que mi trabajo signifique tanto como para usted?

—No mucha —respondió ella con sencillez, sin jactancia ni adulación, tan sólo como atributo impersonal a los valores exactos que aquello implicaba.

—Éste es el pago que exijo. No muchos pueden proporcionarlo. No me refiero a su goce ni a su emoción…, ¡condenadas emociones!…, sino a su comprensión y al hecho de que su goce haya sido de la misma naturaleza que el mío y procediera de la misma fuente: de su inteligencia, del juicio consciente de un cerebro capaz de apreciar mi trabajo, según idénticos valores a los necesitados para escribirlo. No me refiero al hecho de que usted

sintiera, sino a que sintiera lo que yo quise hacerle sentir; no al hecho de que admire mi trabajo, sino a que lo admire por las cosas que ya deseé fuera admirado. En muchos artistas existe una pasión más violenta que su deseo de admiración: el miedo a identificar la naturaleza de la admiración de que son objeto. Pero se trata de un miedo que yo nunca he compartido. No me engaño acerca de mi trabajo ni de la emoción que puedo provocar en los demás; evalúo ambas cosas demasiado profundamente. No me gusta ser admirado sin causa, de un modo emocional, intuitivo e instintivo o con ceguera. No me gusta la ceguera en ninguna de sus formas; tengo demasiado que mostrar; ni tampoco la sordera, porque tengo mucho que decir. No quiero que me admire el corazón de nadie, ni tampoco su cabeza, y cuando encuentro un cliente dotado de esa capacidad inapreciable, mi actuación es un intercambio mutuo en beneficio de las dos partes. Un artista es un comerciante, Miss Taggart, el más duro y más meticuloso de todos. ¿Me comprende usted ahora?

—Sí —respondió ella, incrédula—. Le creo.

Pero lo dijo sin convicción, porque estaba escuchando la expresión de su propio símbolo del orgullo moral, expuesto por el hombre de quien menos se lo hubiera figurado.

—En este caso, ¿por qué tenía un aire tan trágico hace unos momentos? ¿Lamenta algo?

—Lamento los años en que su obra ha permanecido sin ser escuchada.

—No lo crea. He ido dando dos o tres conciertos por año, aquí, en la Quebrada de Galt. Ofreceré uno la semana que viene. Espero que asista. El precio de la entrada son veinticinco centavos.

Ella no pudo menos de echarse a reír. Él sonrió. Luego su rostro fue adquiriendo otra vez cierta gravedad, como bajo el empuje de una inexpresada contemplación de sí mismo. Miró la obscuridad, más allá de la ventana, hasta un lugar donde en un claro del follaje, con la luz de la luna robándole el color y dejando tan sólo un lustre metálico en él, el signo del dólar pendía como una curva de brillante acero grabada en el cielo.

—Miss Taggart, ¿comprende por qué prefiero un auténtico comerciante a tres docenas de artistas modernos? ¿Por qué tengo más en común con Ellis Wyatt o Ken Danagger, que por cierto es sordo a las tonalidades, que con hombres como Mort Liddy o Balph Eubank? Tanto si se trata de una sinfonía como de una mina de carbón, todo trabajo es un acto creador y procede de la misma fuente: de la inviolada capacidad para ver a través de las propias pupilas; llevar a cabo una identificación racional, que a su vez significa capacidad para ver, establecer relaciones y realizar todo aquello que no fue visto, comentado ni hecho anteriormente. Hablan de la brillante visión privativa de los autores de sinfonías y de novelas; pero, ¿qué suponen que es esa arrolladora facultad del hombre que descubre el uso del petróleo, sabe dirigir una mina o construye un motor eléctrico? Hablan del fuego sagrado que se dice arde en el interior de los músicos y de los poetas… pero, ¿qué suponen que mueve a un industrial a desafiar al mundo entero en beneficio de un nuevo metal, como los inventores del avión, los constructores de ferrocarriles, los descubridores de nuevos gérmenes o de nuevos continentes en el transcurso de los siglos? … ¿Una intransigente devoción a la busca de la verdad, Miss Taggart? ¿Ha oído a los moralistas y a los amantes del arte hablar sobre la intransigente devoción del artista en la persecución de la verdad? Indíqueme un ejemplo mejor que dicha devoción, que el acto de un hombre cuando afirma que la tierra gira o cuando declara que una aleación de acero y cobre posee determinadas propiedades que permiten emplearlo en ciertas cosas. Dejemos que el mundo lo increpe o lo arruine; no aportará falsos testigos a la evidencia de su mente. Esta clase de espíritu, Miss Taggart, ese valor y ese amor a la verdad se oponen al holgazán y al vagabundo que va de un lado a otro, asegurando orgulloso que ha alcanzado casi la perfección de un lunático porque es un artista sin la menor idea de lo que su arte es o significa. No se siente oprimido por conceptos tan crudos como los del

«ser» o del «significado»; es vehículo de más altos misterios y no sabe cómo creó su obra ni por qué; salió de su mente de un modo espontáneo, como el vómito de un borracho. No piensa; no se inclina a pensar; tan sólo siente; todo cuanto ha de hacer es sentir… Y el lacio charlatán inquieto, perezoso, estremecido bastardo, siente.

»Yo, que conozco cuánta disciplina, cuánto esfuerzo, cuánta tensión mental, cuánta firme persistencia ejercidas sobre la capacidad para ver claro se necesitan para producir una obra de arte; yo, que sé que es necesaria una labor ante la cual la de un grupo de convictos parece ligera y una severidad que ningún sádico jefe de instrucción militar podría jamás imponer, preferiré al director de un mina de carbón antes que a quien sirva de vehículo para más altos misterios. El director de la mina sabe que no son sus sentimientos los que mueven las carretillas bajo tierra y sabe también qué es lo que las mueve. ¿Sentimientos? Oh, sí, todos sentimos, él, usted y yo. Somos en realidad las únicas personas capaces de sentir y sabemos de dónde proceden dichos sentimientos. No sabíamos lo que ellos por su parte sentían, pero lo estamos aprendiendo. Se trata de un costoso error, Y los mayores culpables del mismo pagarán el precio más alto, como en justicia debe ser. Los mayores culpables fueron los verdaderos artistas que ahora verán que quedarán exterminados y que han preparado el triunfo de sus propios exterminadores, ayudando a la destrucción de los únicos que les protegían. Porque no existe loco más trágico que el negociante desconocedor de que es un exponente del más alto espíritu creador del hombre; que el artista convencido de que el negociante es su adversario.

«Es cierto», pensaba Dagny mientras andaba por las calles mirando con excitación infantil los escaparates resplandeciendo al sol. Los negociantes de allí poseían una firme selectividad artística. Sentada en la obscuridad de una sala de concierto escuchando la controlada violencia y la matemática precisión de la música de Halley, se dijo también que el arte poseía la férrea disciplina de un negocio.

Ambos exhalaban la claridad de una obra de ingeniería, pensó sentada entre hileras de bancos, bajo el cielo, mirando a Kay Ludlow en el escenario. Era una experiencia desconocida para ella desde los años de su juventud; la experiencia de verse retenida durante tres horas por una obra que contaba una historia desconocida, en frases jamás escuchadas, desplegando un tema sin ningún contacto con los lugares comunes explotados durante siglos. Era la olvidada delicia de sentirse como en un trance, sujeta por las riendas de lo ingenioso, lo inesperado, lo lógico, lo completo y lo nuevo, y de verlo plasmado en una actuación superlativamente perfecta por parte de una mujer que encarnaba a un personaje cuya belleza de espíritu estaba en relación con sus perfecciones físicas.

—Por eso me encuentro aquí, Miss Taggart —dijo Kay Ludlow sonriendo en respuesta a su comentario, después de la actuación—. Sea cualquiera la faceta de la humana grandeza que yo posea, el talento de representar, tal es la cualidad que el mundo exterior intenta suprimir. Sólo me dejaban representar símbolos de depravación, prostitutas, seres disipados, destructores de hogares, para ser derrotados al final por la muchacha de la casa contigua, personificando la virtud de la mediocridad. Usaban mi talento para la difamación del mismo. Por eso me marché.

Dagny se dijo que, desde su infancia, jamás había experimentado un sentimiento tan estimulante, luego de presenciar la representación de una obra; el sentimiento de que en la vida figuran cosas dignas de ser alcanzadas; no el de haber estudiado determinado aspecto de un albañal en el que no tuvo por qué fijar la mirada. Conforme el auditorio se desparramaba por la obscuridad, desde las iluminadas hileras de bancos vio a Ellis Wyatt, al juez Narragansett y a Ken Danagger, hombres que en otros tiempos se jactaron de despreciar toda forma de arte.

La última imagen que percibió aquella noche fue la de dos altas, rectas y esbeltas figuras que caminaban juntas por un sendero entre las rocas, mientras el rayo de luz de una linterna caía de vez en cuando sobre el dorado de sus cabellos. Eran Kay Ludlow y Ragnar Danneskjóld. Se preguntó si podría soportar el regreso a un mundo donde aquellos dos seres estaban condenados a la destrucción.

El sentido recuperado de su propia niñez acudía a ella cada vez que se hallaba frente a los dos hijos de la joven propietaria de la panadería. Con frecuencia los veía caminar por los senderos del valle; eran dos niños sin temor, de siete y cuatro años, que parecían enfrentarse a la vida del mismo modo que en otros tiempos lo hiciera ella. No tenían el aspecto de los niños del mundo exterior: un aire de temor, entre secreto y desdeñoso; el aire de quien se mantiene en perpetua defensa contra el adulto; la expresión de un ser en curso de descubrir que está escuchando mentiras y de aprender a sentir odio. Aquellos dos niños poseían la abierta, jovial, amistosa confianza de gatitos que no temen sufrir daño; tenían una inocencia natural y carecían del jactancioso sentido de sus propios valores, mostrando inocente confianza en la habilidad de cualquier forastero para reconocerlo y una animosa curiosidad, capaz de aventurarse en cualquier sitio con la certeza de que la vida no albergaba nada indigno o cerrado a su investigación. Parecía como si, caso de enfrentarse a la malevolencia, tuvieran que rechazarla desdeñosamente, no como peligrosa, sino como estúpida; no aceptaban resignados las leyes de la existencia.

—Representan mi carrera particular, Miss Taggart —la informó la joven madre en respuesta a su comentario, envolviendo una hogaza de pan tierno y sonriéndole desde el otro lado del mostrador—. Son la profesión que he elegido y que, a pesar de todo cuanto se diga de la maternidad, uno no puede practicar con éxito en el mundo exterior. Creo que conoce usted a mi marido; es el profesor de economía que trabaja como tendedor de alambres telegráficos para Nick McNamara. Sabe usted, desde luego, que no pueden existir en este valle compromisos colectivos y que familias o parientes no pueden entrar en él, a menos de que cada persona preste su juramento por propia convicción personal. Yo vine aquí no sólo por la profesión de mi marido, sino por voluntad propia. Vine aquí a educar a mis hijos como seres humanos. No quería entregarlos a los sistemas educativos inventados para entontecer el cerebro infantil, convenciéndole de que la razón es importante y de que la existencia es un caos irracional contra el que nada puede, reduciéndolo así a un estado de crónico terror. ¿Le extraña la diferencia entre mis hijos y los de otros lugares, Miss Taggart? Sin embargo, la causa es muy sencilla. Consiste en que aquí, en la Quebrada de Galt, no existe persona que no considere monstruoso enfrentar a un niño con la más leve sugestión de irracionalidad.

Dagny pensó en los maestros perdidos por las escuelas del mundo mientras contemplaba a los tres discípulos del doctor Akston la noche de su reunión anual.

El otro único invitado era Kay Ludlow. Los seis estaban sentados en el patio trasero de la casa, mientras la claridad del atardecer daba sobre sus caras y más abajo el fondo del valle se iba condensando en un suave vapor azul. Contempló a las tres ágiles figuras, casi tendidas sobre sillas de lona, en actitud de tranquilidad y de contento, vistiendo pantalón largo, chaquetas de cuero y camisas de cuello abierto: John Galt, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjóld.

—No se sorprenda, Miss Taggart —dijo el doctor Akston sonriendo—, y no cometa el error de pensar que estos tres discípulos míos son una especie de criaturas sobrehumanas. En realidad son algo mucho mayor y más asombroso todavía: son hombres normales; algo que el mundo nunca ha visto, y su mayor mérito consiste en haber logrado sobrevivir como tales. Hace falta una mente excepcional y una integridad más excepcional aún para permanecer inmune a las influencias destructoras de cerebros, de las doctrinas del mundo;

a la maldad acumulada de siglos; permanecer humano teniendo en cuenta que lo humano es lo racional.

Percibió una calidad nueva en la actitud del doctor Akston; un cambio en la severidad de su reserva habitual que parecía incluirla también en su círculo como si fuera algo más que una invitada. Por su parte, Francisco actuaba como si su presencia en la reunión fuera perfectamente natural y tuviera que darse por descontada. La cara de Galt no expresaba reacción alguna; sus modales eran los de un cortés acompañante que la hubiera llevado allí a petición del doctor Akston.

Dagny observó que los ojos del doctor Akston se posaban en ella como si sintiera el tranquilo orgullo de mostrar sus estudiantes a un observador inteligente. Su conversación volvía y volvía hacia un mismo tema, a manera de un padre que encuentra un oyente interesado en un asunto por el que siente gran aprecio.

—Debía usted haberlos visto cuando asistían al colegio, Miss Taggart. No hubiera encontrado a tres muchachos «condicionados» para ambientes más distintos; pero ¡al diablo los encargados de condicionar! Debieron congeniar a primera vista, entre los millares que concurrían al establecimiento. Francisco, el más rico heredero del mundo; Ragnar, el aristócrata europeo, y John, el hombre forjador de si mismo, en todos los sentidos; el hombre salido de la nada, sin un céntimo, sin padres y sin compromisos hacia nadie. En realidad era hijo de un mecánico de estación de gasolina, en algún cruce olvidado de Ohio. Partió de su casa a la edad de doce años para abrirse camino, y siempre he pensado en él como si hubiera nacido igual que Minerva, la diosa de la sabiduría, que brotó de la cabeza de Júpiter totalmente crecida y dotada de armamento completo… Recuerdo el día en que los vi a los tres por primera vez. Estaban sentados al fondo de la clase, mientras yo daba un curso especial para postgraduados, tan difícil, que muy pocos se aventuraban a semejantes lecciones. Aquellos tres alumnos me parecieron demasiado jóvenes, incluso para novatos. Tenían entonces dieciséis años, como más tarde supe. Al final de la clase, John se puso en pie para formular una pregunta; tratábase de algo de lo que yo, como maestro, me hubiera sentido orgulloso de escuchar en un estudiante luego de seis años de filosofía. Era una pregunta perteneciente a la metafísica de Platón, pero que éste no había tenido el sentido de formularse a sí mismo. La contesté y dije a John que luego de la clase viniera a mi despacho. Así lo hizo; así lo hicieron los tres, porque vi a los otros en la antesala y los hice entrar. Les estuve hablando durante una hora, y luego, tras haber cancelado todos mis compromisos, continué hablándoles por el resto del día. Lo arreglé todo de modo que pudieran seguir aquel curso y recibieran sus diplomas. Consiguieron las más altas calificaciones de la clase. Sobresalían sobre todo en dos temas: física y filosofía. Su elección asombró a todo el mundo menos a mí. Los pensadores modernos consideran innecesario percibir la realidad, y los físicos creen superfluo pensar. Yo opinaba mejor: lo que de verdad me sorprendía era que aquellos muchachos lo supieran también… Robert Stadler era director del departamento de física y yo del de filosofía. Él y yo suspendimos todas las reglas y restricciones respecto a aquellos tres estudiantes; les ahorramos toda rutina, toda asignatura innecesaria y sólo les confiamos las tareas más difíciles, al tiempo que desbrozábamos su camino para que se hicieran prácticos en nuestros dos temas preferidos en un plazo de cuatro años. Trabajaron duramente para conseguirlo. Y durante aquellos cuatro años trabajaron, además, para ganarse la vida. Francisco y Ragnar recibían asignaciones de sus padres; John no tenía nada; pero los tres realizaban trabajos diversos en sus horas libres para ganar experiencia y dinero. Francisco, en una fundición de cobre; John, en el depósito de máquinas de una estación, y Ragnar… no, Miss Taggart, Ragnar no era el último, sino el más estudioso y tranquilo de los tres… se empleó en la librería de la Universidad. Tenían tiempo para cuanto deseaban, pero carecían de él para las demás personas o para las

actividades comunes de la Universidad. Los tres… ¡Ragnar! —Se interrumpió de repente, añadiendo con brusquedad—: ¡No te sientes en el suelo!

Danneskjóld se había ido escurriendo de su asiento y ahora se hallaba sobre la hierba, con la cabeza reclinada en las rodillas de Kay Ludlow. Se levantó obediente, sonriendo, y el doctor Akston sonrió a su vez, como si le pidiera excusas.

—Es una vieja costumbre —explicó a Dagny—. Un reflejo «condicionado», según creo. Solía decirle lo mismo en aquellos años de Universidad, cuando lo veía sentado en el suelo de mi patio, en las frías y neblinosas noches. Era muy inquieto y despreocupado; debió saber que resultaba peligroso y…

Se detuvo bruscamente, leyendo en la mirada perpleja de Dagny el mismo pensamiento que le embargaba a él: la clase de peligros que el Ragnar adulto había decidido desafiar. El doctor Akston se encogió de hombros, tendiendo las manos en un gesto burlón, y Kay Ludlow sonrió comprensiva.

—Mi casa se hallaba junto al claustro de la Universidad —continuó suspirando—, sobre un acantilado que daba al lago Erie. Los cuatro pasábamos muchas veladas juntos. Nos sentábamos igual que ahora, en el patio trasero de mi casa, las noches de principio de otoño o de primavera, sólo que en vez de esta ladera de granito teníamos ante nosotros toda la amplitud del lago, extendiéndose en pacífica e ilimitada distancia. Aquellas noches trabajaba más duramente que en la clase, respondiendo a cuantas preguntas me formularan y discutiendo cuantos temas sacaran a colación. Hacia la medianoche, preparaba chocolate caliente y les obligaba a tomarlo. Sospechaba de ellos que no comían nunca adecuadamente. Luego continuábamos hablando, mientras el lago se desvanecía en la sólida obscuridad de la noche y el cielo parecía más ligero que la tierra. En varias ocasiones, estando allí, el cielo se hizo de pronto más obscuro, mientras el lago se volvía pálido; sólo nos faltaban unas cuantas frases para que rompiera el día. Debí haber comprendido que no dormían lo suficiente, pero a veces me olvidaba; perdía mi sentido del tiempo, ¿comprende? Mientras estaban en aquel lugar siempre me parecía como si nos halláramos a primeras horas de un largo e inextinguible día. Nunca hablaban de lo que querían hacer en el futuro; nunca se preguntaban si alguna misteriosa omnipotencia los favorecería con un talento desconocido, que les hiciera conseguir su propósito. Hablaban simplemente de lo que iban a hacer. ¿Es cierto que el afecto le vuelve a uno cobarde? Los únicos momentos en que sentía temor eran aquellos en que les escuchaba y pensaba en los cambios que estaba soportando el mundo y en lo que les aguardaba en los años futuros. ¿Temor? Sí. Pero era algo más que temor. Era la clase de emoción que hace al hombre capaz de matar. Cuando pensaba en que el propósito del mundo, y sus tendencias, eran las de destruir a aquellos muchachos, cuando pensaba en que aquellos hijos míos estaban destinados a la inmolación, ¡oh, sí!, habría matado. Pero ¿a quién? A todo el mundo y a nadie. No existía enemigo que sobresaliera sobre los demás, ni tampoco un villano particular. Nuestro adversario no era el quejumbroso trabajador social, incapaz de ganarse un centavo, ni el burócrata ladrón, asustado de su propia sombra, sino la totalidad del mundo, rodando en una obscenidad de horror, empujado por la mano de todo hombre, decente en potencia, pero convencido de que la necesidad es más santa que la habilidad y de que la compasión es mejor que la justicia. Sin embargo, estos momentos eran raros. No respondían a mis sentimientos habituales. Oía a mis muchachos, seguro de que nada podría derrotarlos. Los miraba sentados en el patio trasero de mi casa, mientras más allá de la misma, se levantaban los altos y tenebrosos edificios de lo que todavía era un monumento al pensamiento sin esclavizar: la Universidad Patrick Henry, y más lejos, en la distancia, brillaban las luces de Cleveland; el fulgor anaranjado de las fundiciones de acero, tras baterías de chimeneas; los puntos rojos de las antenas de radio; los largos reflectores blancos de los aeropuertos, en el negro

límite del cielo, y pensaba que en nombre de cuanta grandeza ha existido y movido el mundo, esa grandeza de la que ellos eran últimos descendientes, vencerían…

^Recuerdo una noche en que observé cómo John permanecía silencioso largo rato, y luego me di cuenta de que estaba dormido, tendido en el suelo. Los otros dos me confesaron que llevaba tres días sin descansar. Los mandé inmediatamente a su casa, pero no tuve el valor de despertar a John. Era una cálida noche de primavera. Traje una manta para taparlo y lo dejé donde estaba. Permanecí a su lado hasta la mañana siguiente, y al contemplar su cara bajo la claridad de las estrellas y ver cómo el primer rayo de sol daba en su tranquila frente y en sus párpados cerrados, no expresé una plegaria, sino que sentí ese estado de espíritu en el que la plegaria resultaría una tentativa mal enfocada: experimenté una plena, confiada, afirmativa devoción a mi amor al derecho, a la certeza de que éste vencería y de que aquel muchacho conseguiría la clase de futuro de que era merecedor. —Movió el brazo señalando el valle—. Nunca creí que fuera tan grande como esto… ni tan duro.

Se habla hecho de noche y las montañas se mezclaban con el cielo. Colgando en el espacio, brillaban las luces del valle, bajo ellos; el rojo aliento de la fundición de Stockton y la hilera de ventanas de la casa de Mulligan semejaba un vagón de ferrocarril engastado en el cielo.

—Yo tenía un rival —continuó lentamente el doctor Akston—. Era Roben Stadler… No frunzas el ceño, John; todo aquello pasó… En otros tiempos, John le tuvo un gran aprecio. Bueno; yo también, aunque no aprecio total. Pero lo que se sienta para un cerebro como Stadler se parece mucho al cariño y constituye el más raro de los placeres: la admiración. No; yo no lo apreciaba, pero él y yo nos habíamos considerado siempre supervivientes de alguna edad a punto de desaparecer en el pantano de mediocridad que nos rodeaba. El pecado mortal de Robert Stadler consistía en no haber identificado nunca su verdadera patria… Aborrecía la estupidez. Era la única emoción que le vi demostrar hacia la gente; un amargo y débil odio hacia cualquier ineptitud que osara oponerse a él. Quería que las cosas se hicieran a su modo; quería quedarse solo para conseguirlas, pretendía apartar a la gente de su camino, pero nunca empleó un medio adecuado para ello, ni identificó la naturaleza de su ruta ni la de sus enemigos. Optó por tomar un atajo. ¿Sonríe usted, Miss Taggart? Le odia, ¿verdad? Sí; sabe usted la clase de atajo que eligió… Le dijo que éramos rivales por causa de estos tres estudiantes. Es cierto, o casi. Yo no lo consideraba de aquel modo, pero sabía que él sí. Bien. Éramos rivales, pero yo tenía una ventaja: sabía por qué necesitaban nuestras dos profesiones; él nunca comprendió su interés por la mía. Nunca comprendió su importancia para él, lo que incidentalmente acabó por destruirle. Pero en el curso de aquellos años fue lo suficiente fisto como para apoderarse de mis tres estudiantes. «Apoderarse» es la palabra exacta. Como la inteligencia era el único valor que él adoraba, se aferró a loé tres como si se tratara de su tesoro particular. Siempre había sido un hombre solitario. Creo que, durante su vida, Francisco y Ragnar fueron las dos únicas personas a las que quiso; John era una pasión para él. Lo consideraba como a su heredero, como a su futuro y al representante de su propia inmortalidad. John quería ser inventor, lo que significaba que se inclinaría hacia la física y seguiría su curso de postgraduado bajo Robert Stadler. Francisco intentaba partir, luego de la graduación, y ponerse a trabajar; sería la mezcla perfecta de sus dos padres intelectuales: industrial. Y Ragnar… ¿no sabe usted qué clase de profesión había escogido Ragnar, Miss Taggart? No; no quería ser piloto o explorador de la selva, o buzo. Buscaba algo para lo que se necesitase mucho más valor. Ragnar quería ser filósofo. Un filósofo abstracto, teórico, académico, encerrado en su torre de marfil… Sí; Robert Stadler los quería mucho. Ya he dicho que hubiera matado para protegerles, sólo que no había a quien matar. Si tal era la solución, cosa que no ocurría, el hombre a quien matar no podía ser otro que Robert Stadler. De toda persona aislada, de toda culpabilidad

particular por las maldades que ahora abruman al mundo, la suya era la peor. Poseía una mente lúcida para conocer mejor las cosas. Era el único hombre rodeado de honor y de logros, acostumbrado a sancionar las disposiciones de los saqueadores. Fue él quien entregó la ciencia al poder de las armas de aquéllos. John no lo esperaba. Ni yo tampoco… John regresó para su curso de postgraduado en Física. Pero no lo terminó. Abandonó las clases el mismo día en que Robert Stadler aprobó el establecimiento de un Instituto Científico del Estado. Me encontré por casualidad con Stadler en un corredor de la Universidad, cuando salía de su despacho después de una última conversación con John. Parecía otro. Espero no volver a presenciar jamás un cambió de tal clase en el rostro de un hombre. Me vio acercarme, y nunca supo, pero yo sí, lo que le hizo volverse hacia mí y gritar: «¡Estoy harto de todos vosotros, idealistas enemigos de lo práctico!» Me volví, comprendiendo que acababa de escuchar cómo un hombre pronunciaba su propia sentencia de muerte… Miss Taggart, ¿recuerda la pregunta que me formuló acerca de mis tres discípulos?

—Sí —murmuró ella.

—Juzgando por la misma, deduzco la naturaleza de lo que Robert Stadler le dijo acerca de ellos. Quisiera saber por qué les mencionó siquiera.

Observó el débil estremecimiento de su amarga sonrisa.

—Me contó su historia como justificación de su creencia en la futilidad del intelecto humano. Me lo puso como ejemplo de sus frustradas esperanzas. «La suya era la clase de inteligencia que uno espera observar en quienes hayan de cambiar el curso del mundo», me dijo.

—Bien, ¿no lo han hecho así?

Ella asintió lentamente, manteniendo la cabeza inclinada durante largo rato, en signo de aquiescencia y de homenaje.

—Lo que quiero que comprenda, Miss Taggart, es la maldad total de quienes aseguran haberse convencido de que este mundo, por su naturaleza, es un reinado de malevolencia, donde el bueno no tiene posibilidades de vencer. Dejémosles comprobar sus premisas. Dejémosles comprobar su tabla de valores. Que comprueben, antes de permitirse la inexpresable licencia del mal como necesidad si saben qué es el mal y cuáles las condiciones que requiere. Robert Stadler cree ahora que la inteligencia es fútil y que la vida humana sólo puede ser irracional. ¿Esperaba que John Galt se convirtiera en un gran hombre de ciencia, deseoso de trabajar a las órdenes del doctor Floyd Ferris? ¿Esperaba que Francisco d'Anconia acabase siendo un gran industrial, anhelante de producir bajo las directrices y en beneficio de Wesley Mouch? ¿Esperaba que Ragnar Danneskjóld se volviera un gran filósofo ansioso de predicar, bajo la jefatura del doctor Simón Pritchett, que no existe la mente y que el poder es lo único que vale? ¿Hubiera sido éste un futuro que el doctor Robert Stadler considerara racional? Quiero que observe, Miss Taggart, que quienes gritan con más fuerza su desilusión acerca del fracaso de la virtud, la futilidad de la razón y la impotencia de la lógica, son aquellos que han obtenido el pleno, exacto y lógico resultado de las ideas que predicaron; tan implacablemente lógico, que no se atreven a identificarlo. En un mundo que proclama la no existencia de la mente, el derecho moral del Gobierno por la fuerza bruta, el castigo de los competentes en favor de los inútiles, el sacrificio de los mejores en beneficio de los peores… en semejante mundo, los mejores han de volverse contra la sociedad y convertirse en sus más mortales enemigos. En semejante mundo, John Galt, el hombre de fuerza intelectual incalculable, seguirá siendo un desmañado obrero; Francisco d'Anconia, el milagroso productor de riqueza, un cerebro yermo, y Ragnar Danneskjóld, el hombre de grandes luces, un partidario de la violencia. La sociedad y el doctor Robert Stadler han conseguido todo

aquello por lo que abogaban. ¿Qué queja tienen ya por formular? ¿Que el universo es irracional? ¿Acaso lo es?

Sonrió; su sonrisa tenía la implacable suavidad de quien está seguro de lo que dice.

—Cada hombre construye un mundo particular, según su propia imagen —continuó—. Tiene el poder para elegir, pero no para escapar a la necesidad de la elección. Si renuncia a su poder, renuncia también a su condición de hombre, y todo cuanto consigue por propia elección en su esfera de existencia es el caos de lo irracional. Todo aquel que conserve una simple * idea no corrompida por concesión alguna a la voluntad ajena, quien convierta en realidad una cerilla o un pedazo de jardín, según la imagen de su pensamiento, es un hombre, y la condición de tal representa la única medida de su virtud. Ellos —señaló a sus discípulos —no hicieron concesiones. Esto —señaló al valle —es la medida de lo que conservaron y de lo que son… Ahora puedo repetir mi respuesta para la pregunta que usted formuló, sabiendo que la entenderá perfectamente. Quiso saber si me sentía orgulloso del camino seguido por mis tres hijos. Me siento más orgulloso de lo que nunca hubiera esperado. Estoy orgulloso de todas sus acciones y de sus objetivos y de cuantos valores escogieron. Esa es mi respuesta, Dagny.

Su nombre había sido pronunciado en un tono paternal. Sus dos últimas frases fueron dichas no mirándola a ella, sino a Galt. Vio cómo éste le contestaba con una mirada, que sostuvo fija en él unos instantes, como una señal de afirmación. Luego, las pupilas de Galt se posaron en ella. Lo vio mirándola, como si ostentara el inexpresado título que colgaba en el silencio entre ellos; el título que el doctor Akston le había otorgado, aunque sin pronunciarlo y sin que ninguno de los otros lo supiera. Vio en los ojos de Galt una expresión burlona ante su asombro; una expresión de apoyo e, increíblemente, también de ternura.

* * *

La «d'Anconia Copper número 1» no era más que un minúsculo corte en la falda de la montaña, igual que si un cuchillo hubiera practicado unos tajos angulares, dejando salientes de roca, rojos como una herida, sobre el flanco castaño. El sol daba de lleno sobre él. Dagny se hallaba al borde del camino, sosteniéndose en el brazo de Galt por un lado y en el de Francisco por el otro, mientras el viento les daba en la cara y corría sobre el valle, a dos mil pies más abajo.

Mirando la mina, se dijo que aquélla era la historia de la riqueza humana, escrita en las montañas. Unos cuantos pinos colgaban sobre la cortadura, contorsionados por las tormentas que durante siglos rugieron en aquel paraje. Seis hombres trabajaban en los salientes; y numerosas y complicadas máquinas trazaban delicadas líneas contra el cielo. Eran estas últimas las que realizaban casi todo el trabajo.

Observó que Francisco mostraba sus dominios a Galt tanto como a ella, o acaso con mejor interés aún.

—No lo habías visto desde el año pasado, John… Espera a verlo dentro de otro. En unos meses habré terminado con el mundo exterior y entonces dedicaré todo mi tiempo a la mina. ¡Nada de eso, John! —exclamó riendo.

Pero ella observó repentinamente la expresión peculiar de su mirada cuando se posaba en Galt; era la misma que había visto en sus ojos mientras se hallaba en el cuarto, aferrándose al borde de la mesa, para sobreponerse a un difícil momento, como si viera a alguien frente a él. Lo que veía era la imagen de Galt, pensó; su imagen, que no le abandonaba nunca.

En algún punto de su espíritu notó un leve temor. El esfuerzo realizado por Francisco en el momento de aceptar la pérdida de ella y la presencia de su rival, como pago exigido por su propia batalla, le había costado tanto, que ahora no podía sospechar la verdad, adivinada por el doctor Akston. «¿Qué ocurrirá con él cuando lo sepa?», se preguntó, al tiempo que una amarga voz le recordaba que quizá nunca existiera verdad alguna de tal clase que aprender.

En algún lugar de su interior sentía una débil tensión, observando el modo en que Galt miraba a Francisco; era una mirada abierta, sencilla, sin reservas, como si se rindiera a un sentimiento no retenido. Notó la ansiosa sorpresa que nunca pudo identificar o alejar de sí de manera completa, sorpresa ante la duda de si aquel sentimiento acabaría por reducirlo a una detestable renunciación.

Pero la mayor parte de su espíritu parecía como arrastrado por un enorme sentimiento de alivio, como si se riera de todas sus dudas. Volvía una y otra vez la mirada al camino recorrido para llegar allí, sobre dos fatigosas millas de serpenteante ascensión, que se extendían como un precario sacacorchos desde la punta de sus pies hasta el fondo del valle. Sus ojos la estudiaban, mientras su mente volaba con algún propósito particular.

Matorrales, pinos, y una colgante alfombra de musgo ascendían desde las faldas verdes inferiores hasta los resaltes de granito. El musgo y la maleza iban desapareciendo gradualmente, pero los pinos crecían también allí, esforzándose en vivir en franjas cada vez más estrechas, hasta que sólo unos cuantos se levantaban de las rocas desnudas hasta la blancura de la nieve herida por el sol en las hendeduras de los picachos. Contempló el espectáculo de la maquinaria extractora más ingeniosa que hubiera visto jamás y luego el camino donde las huellas de las herraduras y las formas vacilantes de las muías representaban el método de transporte más antiguo del mundo.

—Francisco —preguntó señalando hacia allá—, ¿quién diseñó esas máquinas?

—Son sólo adaptaciones de equipos ya existentes.

—¿Quién las ideó?

—Yo. No disponemos de demasiados hombres. Hemos tenido que ingeniárnoslas.

—Malgastáis una enorme cantidad de trabajo humano y de tiempo transportando el mineral a lomos de animales. Deberíais construir un ferrocarril hasta el valle.

Como miraba hacia bajo, no pudo percibir el repentino y anhelante fulgor de sus ojos, al posarlos en ella, ni el tono precavido de su voz al decir:

—Lo sé; pero es un trabajo tan difícil, que el rendimiento de la mina no lo justifica, al menos por ahora.

—¡Tonterías! Es más sencillo de lo que parece. Hacia el Este existe un paso donde la pendiente es más fácil y la piedra más blanda. Lo he visto mientras subíamos. No tendríamos demasiadas curvas y nos bastarían con tres millas de riel o quizá menos.

Señalaba hacia el Este, y por ello no notó la intensidad con que los dos hombres clavaban la mirada en su rostro.

—Todo cuanto necesitáis aquí es una vía de poca anchura… como las de los primeros ferrocarriles… Así es como empezaron éstos: prestando servicios en minas; pero desde luego minas de carbón… ¿Veis aquel saliente? Pues tiene la anchura necesaria para una vía de noventa centímetros. No sería preciso realizar ensanchamientos ni voladuras. ¿Veis la leve pendiente que se prolonga durante casi media milla? No creo que tenga un desnivel mayor del cuatro por ciento; cualquier locomotora lo salvará sin dificultades. Hablaba con rápida y vivaz certidumbre, no consciente de otra cosa sino de la alegría de realizar su función natural en el mundo al que pertenecía, donde nada podía asumir preferencia sobre el acto de ofrecer solución a un problema—. La vía amortizará su coste en tres años. A simple vista me parece observar que la parte más costosa del trabajo será

un par de puentes de acero, y existe un lugar donde quizá sea necesario abrir un túnel aunque de cosa de cien metros solamente. Necesitaré un puente de acero para cruzar esa garganta, pero no es tan difícil como parece. Dejadme que os lo demuestre. ¿Tenéis un pedazo de papel?

No se dio cuenta de con cuánta rapidez Galt le alargó un cuaderno y un lápiz, poniéndolos prácticamente en sus manos. Los tomó como si esperase encontrarlos allí; cual si se hallara dando órdenes en el paraje donde se llevaba a cabo una construcción y donde no permitiría que detalles como aquél le hicieran perder tiempo.

—Voy a daros una ligera idea de lo que he pensado. Si incrustamos pilares diagonales en la roca —empezó a trazar un rápido bosquejo—, la longitud del puente de acero será de únicamente unos doscientos metros y reducirá la última media milla de la vuelta en espiral. Podríamos tender los rieles en tres meses y…

Se detuvo. Cuando volvió a mirar sus caras, todo apasionamiento había desaparecido de la suya. Hizo una bola con el papel y la tiró al polvo rojo del camino.

—Pero, ¿para qué molestarse? —exclamó, mientras la desesperación vibraba por vez primera en su voz—. ¡Tender tres millas de ferrocarril y abandonar un sistema Transcontinental!

Los dos la miraban; no vio reproche alguno en sus caras, sino tan sólo una comprensión casi compasiva.

—Lo siento —dijo quietamente, bajando la vista.

—Si cambias de idea —le indicó Francisco —contrataré inmediatamente tus servicios… o Midas te garantizará en cinco minutos un préstamo para financiar ese ferrocarril… si es que quieres ser tú la propietaria. Sacudió la cabeza al murmurar en respuesta:

—No puedo… todavía no…

Levantó la mirada, sabiendo que ambos conocían la naturaleza de su desesperación y también que era inútil ocultar su forcejeo interior.

—Lo intenté una vez —dijo—. Intenté abandonarlo… Sé lo que esto significaría… Lo imagino con todos sus tirantes y soportes, con cada uno de los clavos a hundir… pero me acordaría de aquel otro túnel y… y del puente de Nat Taggart… ¡Oh! ¡Si al menos no tuviera que oír hablar de ello! ¡Si pudiera quedarme aquí y no saber qué están haciendo con el ferrocarril, ni enterarme nunca de lo que ocurre!

—Pues tendrá usted que enterarse —le dijo Galt con un tono duro peculiar en él, que parecía implacable a causa de su simplicidad; desprovisto de todo valor emocional, excepto del respeto hacia los hechos—. Se enterará de toda la agonía de la «Taggart Transcontinental». Llegará a sus oídos cualquier catástrofe que ocurra. Sabrá de todo tren que deje de prestar servicio y de cada línea que haya tenido que ser abandonada. Oirá hablar del colapso del puente Taggart. Nadie se queda en este valle excepto por elección plena y consciente, basada en el conocimiento total de las consecuencias que aquélla implica. Nadie se queda aquí disimulando la realidad en modo alguno.

Le miró con la cabeza erguida, sabedora de la posibilidad que aquel hombre estaba rechazando. Pensó que nadie en el mundo exterior le hubiera dicho semejante cosa en aquellos momentos. Se acordó del código mundano que adoraba las mentiras blancas como un acto de piedad y experimentó un sentimiento de repulsión contra ese código, observando por vez primera su total fealdad. Sintió un enorme orgullo al contemplar el rostro tenso y limpio del hombre que tenía delante. Por su parte, él vio cómo la boca de Dagny se apretaba firmemente como quien desea dominarse, al tiempo que se suavizaba por cierta trémula emoción al contestar pausadamente:

—Gracias. Tiene razón.

—No es preciso que me conteste ahora mismo —dijo él—. Ya me lo dirá cuando lo haya decidido. Todavía nos queda una semana.

—En efecto —aprobó ella con calma—. Tan sólo una semana.

Galt se volvió, recogió el arrugado bosquejo, lo alisó y, doblándolo limpiamente, se lo guardó en el bolsillo.

—Dagny —dijo Francisco—, cuando hayas madurado tu decisión, acuérdate de la primera vez que abandonaste aquello y date cuenta de cuánto implica. En este valle no tendrás que torturarte poniendo cubiertas provisionales o abriendo caminos que no conducen a nada.

—Dime —preguntó ella de improviso—, ¿cómo supiste dónde me encontraba entonces? '

Francisco sonrió.

—Fue John quien me lo dijo. El elemento destructor, ¿recuerdas? Te preguntaste por qué no había enviado a nadie tras de ti. Pero lo hizo. Fue él quien me envió.

. —¿De veras?

—Sí.

—¿Y qué te dijo?

—No gran cosa. ¿Por qué?

—¿Qué te dijo? ¿Recuerdas las palabras exactas?

—Sí; las recuerdo. Dijo: «Si quieres aprovechar tu oportunidad, hazlo. Te lo has merecido». Me acuerdo porque… —Se volvió hacia Galt con un leve y tranquilo fruncimiento de cejas, como quien se siente ligeramente perplejo—. John, nunca he podido comprender por qué dijiste aquello. ¿Por qué… mi oportunidad?

—¿Te importa que no te conteste ahora?

—No, pero…

Alguien le llamó, en aquel momento desde la mina y partió hacia allá, como si el tema tratado no requiriese mayor atención.

Dagny tuvo conciencia del largo espacio de tiempo transcurrido hasta que volvió su cara hacia Galt. Tuvo la certeza de que la estaría mirando. No pudo leer nada en sus ojos, excepto una traza de burla, como si supiera la respuesta que ella esperaba y no quisiera dársela en sus ojos.

—¿Le ofreció la misma posibilidad que usted deseaba?

—No contaba con posibilidad alguna hasta que él hubiese disfrutado de cuantas cosas eran posibles.

—¿Cómo supo que se lo había merecido?

—Llevaba diez años interrogándole acerca de usted; siempre que podía, de todos los modos posibles y desde todos los ángulos imaginables. No; no me contó nada; lo deduje de la manera en que hablaba de usted. Lo hacía con vivacidad; con vivacidad y desgana a la vez. Fue entonces cuando me di cuenta de que no se trataba de una simple amistad juvenil. Comprendí lo mucho que había tenido que abandonar en aquella lucha y también que nunca renunció a ello de una manera desesperada. ¿Yo? Yo simplemente me preguntaba acerca de una de nuestras más importantes huelguistas futuras, del mismo modo que sobre otras muchas personas.

La huella de burla seguía en tus ojos. Comprendió que ella había deseado escuchar aquello, pero que no era la respuesta a la pregunta que más temía.

Dagny apartó la mirada de su cara, para posarla en Francisco, que volvía a acercarse. Ya no ocultaba que su repentina y desolada ansiedad residía en la posibilidad de que Galt los arrojara a los tres al desesperanzado vacío de un autosacrifício.

Francisco se acercó, mirándola pensativo, como si sopesara alguna cuestión particular, una cuestión que daba brillo y alegría a sus pupilas.

—Dagny, sólo queda una semana —indicó—. Si decides regresar, será la última en mucho tiempo. —No había reproche ni tristeza en su voz, sino sólo cierta blanda cualidad, como único indicio de emoción—, Si partes ahora…, ¡oh, sí!, volverás… pero no con la requerida prontitud. Y yo… dentro de unos meses me trasladaré a vivir aquí de un modo permanente. Si te vas, no volveré a verte quizá en muchos años. Quisiera que pasaras esta última semana conmigo. Que te trasladases a mi morada. Como invitada simplemente y sin razón alguna, excepto que me gustarla verte allí.

Lo dijo con sencillez, como si nada hubiese que ocultar ante ambos. Dagny no observó señal alguna de sorpresa en la cara de Galt. Notaba cierta tensión en el pecho, algo duro, implacable y casi cruel, que podía parangonarse a algún obscuro impulso que la arrastrara ciegamente a obrar.

—Soy una empleada —respondió con extraña sonrisa, mirando a Galt—. Tengo una tarea por terminar.

—No pienso retenerla —dijo Galt. Y ella se sintió colérica ante el tono de su voz, un tono que no le otorgaba significado oculto alguno, y que sólo respondía al significado literal de las palabras—. Puede dejar ese empleo cuando quiera. Eso corre de su cuenta.

—No. Soy una prisionera. ¿No se acuerda? He de recibir órdenes. No puedo obrar según mis preferencias, ni expresar deseos, ni tomar decisiones. Quiero que éstas las formule usted.

—¿En efecto lo prefiere así?

—Sí.

—Acaba de expresar un deseo.

El tono burlón de su voz procedía de la seriedad de la misma, y ella, sin sonreír, con aire desafiador, como incitándole a continuar pretendiendo que no le comprendía, le dijo:

—Sí. ¡Eso es lo que quiero!

Galt sonrió, como ante el complejo plan de un niño que él hubiera penetrado desde mucho tiempo atrás.

—Muy bien —dijo, volviéndose a Francisco—. Mi respuesta es: no.

El desafío hacia un adversario que era a la vez el más duro de los maestros, fue cuanto Francisco pudo leer en su cara. Se encogió de hombros, pesaroso y alegre a la vez.

—Quizá tengas razón. Si tú no puedes impedir que regrese… Nadie lo impedirá.

Dagny no escuchaba las palabras de Francisco. Se sentía aturdida por el alivio experimentado al oír la respuesta de óalt, un alivio que le habló de la magnitud del miedo de que acababa de librarse. Cuando todo hubo transcurrido, supo lo que había significado semejante decisión; comprendió que, caso de haber sido distinta la respuesta, habría destruido el valle para él.

Quiso reír, abrazarles a los dos y celebrarlo juntos. Ya no parecía importarle si se quedaba allí o si regresaba al mundo. Una semana se había convertido en interminable periodo de tiempo. Cada ruta parecía bañada por una clara luz. Dejó de considerar dura cualquier lucha, si tal era la naturaleza de su existencia. El alivio no procedió de saber que él no renunciaría a sus servicios, ni tampoco de la seguridad de vencer, sino de la certeza de que él permanecería siempre como era.

—No sé si volveré al mundo o no —declaró Dagny escuetamente, pero su voz temblaba con una contenida violencia, derivada del puro goce que sentía—. Lamento no estar aún en condiciones de llegar a una decisión. Tan sólo me siento segura de una cosa: de que no temeré adoptarla.

Juzgando por el repentino resplandor de su cara, Francisco dedujo que el incidente había carecido de significado. Pero Galt comprendió mejor; la miró, y en sus ojos se pintaron, a la vez, jovialidad y desdeñoso reproche.

No dijo nada hasta que se hallaron solos, descendiendo el sendero hacia el valle. Entonces la miró otra vez, con el optimismo latente en sus pupilas, y preguntó:

—¿Ha sido preciso que me sometiera a una prueba con el fin de saber si descendería al estadio más bajo del altruismo?

No le contestó, sino que le miró a su vez en abierta e indefensa admisión de lo que acababa de oír.

Él se rió por lo bajo y desvió la mirada. Unos paso» después dijo lentamente, en el tono de quien repite una cita:

—Nadie permanece aquí disimulando la realidad, de ningún modo posible.

Mientras caminaba en silencio a su lado, Dagny pensó que parte de la intensidad de su alivio residía en la impresión de un contraste: con la inmediata claridad de una percepción sensorial, había visto la exacta pintura de lo que el código de autosacrificio significaría si era apoyado por los tres. Galt, abandonando á la mujer que deseaba por consideración a su amigo, desvirtuando su más firme sentimiento y apartándose de su vida, sin importarle lo que esto significara para él o para ella, y luego, arrastrando el resto de sus años por el desierto de lo no conseguido y de lo no acabado. Por su parte, tendría que consolarse con una segunda elección, simulando un amor que no sentía, pero dispuesta a hacerlo puesto que la voluntad del auto-engaño era esencial, luego del sacrificio de John. Viviría sus años en desesperanzada añoranza, aceptando como alivio a su herida sin curar unos instantes de débil afecto, más la convicción de que el amor es fútil y de que la felicidad no se encuentra en la tierra. Francisco, luchando en la movediza niebla de una realidad contrahecha, con su vida convertida en un fraude, del que serían protagonistas las dos personas más queridas por él y en quienes depositaba mayor confianza; forcejeando para comprender qué era lo que escapaba a su felicidad; fundiendo el quebradizo andamiaje de una mentira en el abismo de descubrir que no era él el hombre a quien amaba, sino sólo un substituto, aceptado a desgana, un paciente sometido a caridad, una muleta para sostener sus achaques, con la percepción convertida en peligro y sólo la rendición a una estupidez letárgica, para proteger la endeble estructura de su alegría; esforzándose, cediendo y aceptando la terrible rutina de convencerse de que la plenitud es imposible para el hombre. Los tres, no obstante ver todos los dones de la existencia ofrecidos ante ellos, terminando como seres amargados, gritando desesperadamente que la vida es un fracaso, el fracaso de no poder convertir lo irreal en auténtico.

Pensó que todo aquello era lo que constituía el código moral del hombre en el mundo exterior; un código que les incitaba a actuar sobre la premisa de la debilidad ajena, del engaño y de la estupidez, y que tal era la norma de sus vidas. La lucha en la niebla de lo aceptado y no reconocido; la creencia en que los hechos no constituyen elementos sólidos y terminantes. Un estado en el que luego de negar cualquier forma de realidad, el hombre avanza a tropezones por la vida irreal y sin posibilidad de evolución, y muere sin haber nacido. «Aquí —pensó mirando a través del verde ramaje los alegres tejados del valle — habitan hombres de personalidad tan clara y firme como el sol y las rocas.» El inmenso alborozo de su alivio procedía de la convicción de que no había batalla dura ni decisión peligrosa donde no existiera lacia incertidumbre ni deforme evasión a lo que pudiese suceder.

—¿No se le ha ocurrido, Miss Taggart —preguntó Galt en el tono casual de una discusión abstracta, como si comprendiera sus pensamientos—, que no existe conflicto de intereses entre los hombres ni en negocios, ni en el comercio, ni en sus más personales deseos, si

eliminan lo irracional de entre aquello que consideran posible y la destrucción de aquello que consideran práctico? No existe conflicto ni necesidad de sacrificio y nadie constituye amenaza para los propósitos ajenos, siempre y cuando el hombre comprenda que la realidad es un absoluto que no puede disimularse, que la mentira no sirve de nada, que lo que no se gana no puede ser disfrutado, que lo que no se merece no puede ser dado a otro, que la destrucción de un valor existente no conferirá valor a aquello que no lo posee. El negociante que desea ganarse un mercado pisoteando a un competidor de más categoría, el obrero que quiere compartir la riqueza de su patrón, el artista que envidia el más alto talento de un rival, pretenden hechos fuera de su existencia, y la destrucción constituye a su modo de ver el único medio de conseguirlos. Si lo pretenden así, no lograrán un mercado, una fortuna ni una fama inmortal, sino que destruirán la producción, los empleos y el arte. No se conseguirá lo irracional, tanto si las victimas están dispuestas a ello como si no, Pero el hombre nunca cesará de anhelar lo imposible, ni perderá su tendencia a la destrucción mientras se le predique la autodestrucción y el autosacrificio como medidas prácticas para conseguir la felicidad de quienes son objeto de tal desprendimiento.

La miró y añadió lentamente, con un ligero énfasis como único cambio en el tono impersonal de su voz:

—La única felicidad que uno puede conseguir o destruir es la propia. Debía usted haber sentido más respeto hacia él y hacia mí y no temer lo que ha temido.

Dagny no contestó. Le parecía como si una palabra pudiera desbordar la plenitud de aquel momento. Se volvió simplemente hacia él con una expresión aprobatoria y al propio tiempo desarmada y puerilmente humilde, que hubiese podido parecer solicitud de perdón de no haber brillado en ella una viva alegría.

Él sonrió divertido y comprensivo, casi en un sentimiento de camaradería hacia lo que compartían ambos y como sanción a lo que ella sentía.

Continuaron en silencio y a Dagny le pareció que vivía un día de verano de una despreocupada juventud que nunca disfrutó. Era simplemente un paseo por el campo de dos personas libres para el placer del movimiento y de la luz, sin ningún problema pendiente de solución a sus, espaldas. Su impresión de ligereza se mezclaba con la de descender, como si no necesitara esfuerzo para caminar, antes al contrario, hubiera de reprimirse para no emprender el vuelo mientras avanzaba ajustando la velocidad a la pendiente, con el cuerpo algo echado hacia atrás y el viento agitando su falda pomo una vela que la frenara.

Se separaron al fondo del sendero; él se fue a una cita con Midas Mulligan, mientras ella se dirigía a la tienda de Hammond con una lista de provisiones para la cena como única preocupación de su mundo.

Su esposa. Mientras le parecía escuchar conscientemente la palabra que el doctor Akston no había pronunciado, la palabra que desde entonces había sentido, pero a la que nunca dio nombre, pensó que durante tres semanas había sido, en efecto, su esposa, en todos los sentidos menos uno, y que este último todavía tenía que merecerlo. Pero lo sucedido hasta entonces era real y aquel día podría permitirse saberlo, sentirlo, vivirlo, centrándose en ello como único pensamiento de la jornada.

Los víveres que Lawrence Hammond iba colocando, según se los pedía, sobre el pulimentado mostrador de la tienda, nunca le habían parecido dotados de un brillo semejante. Fijándose en los mismos, sentíase apenas consciente de un elemento perturbador, de algo que constituía un prejuicio, pero que su mente no podía captar por hallarse demasiado ocupada. Se dio cuenta de ello al ver cómo Hammond hacía una pausa, fruncía el ceño y miraba hacia el cielo, más allá de la puerta de su tienda.

A la vez que él decía: «Creo que alguien está intentando repetir su hazaña, Miss Taggart» se dio cuenta de que desde hacía algún tiempo sonaba en el aire el ruido de un motor, un sonido que no tenía que percibirse en el valle después del día primero de aquel mes.

Salieron corriendo a la calle. La diminuta luz plateada de un avión describía círculos sobre el anillo de montañas, como una resplandeciente libélula que fuese a rozar los picachos con sus alas.

—¿Qué creerá estar haciendo? —preguntó Lawrence Hammond. Había otras personas a la puerta de las tiendas; todos permanecían inmóviles mirando hacia arriba.

—¿Es que… esperan a alguien? —preguntó Dagny, asombrada ante la ansiedad que reflejaba su voz.

—No —repuso Hammond—. Todo el que tiene algo que hacer aquí, ha llegado ya.

No parecía preocupado, sino ceñudamente curioso.

El avión era ahora un minúsculo trazo, como un cigarrillo de plata pasando ante los flancos de las montañas luego de haber descendido un poco más.

—Parece un monoplano particular —comentó Hammond, entornando los ojos heridos por el sol—. No un aparato militar.

—¿Seguirá funcionando la pantalla de rayos? —preguntó ella, ansiosa, en tono defensivo contra la cercanía de un enemigo.

—¿Que si resistirá? —preguntó él, riendo.

—¿Nos verá el piloto?

—Esa pantalla es más segura que una cámara subterránea, Miss Taggart Usted debe saberlo.

El avión se elevó de nuevo y por un instante fue sólo un punto brillante, como un fragmento de papel impulsado por el viento; se estremeció incierto y volvió a bajar de nuevo en espiral.

¿Qué diablos se habrá propuesto? —preguntó Hammond.

Dagny clavó repentinamente la mirada en su rostro.

—Ese hombre busca algo —dijo Hammond—. Pero ¿qué?

—¿Tienen algún telescopio?

—Sí, en el aeropuerto, aunque…

Estuvo a punto de preguntarle qué le ocurría, pero ella había echado a correr, atravesando la calle sendero abajo, hacia el aeropuerto, sin saber por qué corría, arrastrada por algo que no tenía tiempo ni valor para nombrar.

Se encontró a Dwight Sanders junto al pequeño telescopio de la torre de control. Observaba atentamente al aeroplano, frunciendo el ceño con aire perplejo.

—¡Déjeme ver! —le pidió Dagny.

Agarró el tubo de metal y acercó un ojo a la lente, mientras guiaba aquél con lentitud, siguiendo al avión. Sanders vio luego cómo su mano se detenía, pero sus dedos no se abrieron y su cara permaneció pegada al telescopio. Mirándola con más atención, pudo observar que la lente no se hallaba ante su ojo, sino apoyada en su frente.

—¿Qué pasa, Miss Taggart?

Ella levantó poco a poco la cabeza.

—¿Se trata de algún conocido, Miss Taggart?

No le contestó. Alejóse de allí corriendo. El ruido de sus pisadas parecía zigzagueante, como si careciera de objetivo o de certeza; no se atrevía a correr, pero tenía que escapar de allí a toda prisa, ocultarse. No sabía si temía que la vieran quienes la rodeaban o el

tripulante del aeroplano, cuyas alas de plata ostentaban el número perteneciente a Hank Rearden.

Tropezó en una piedra y cayó. Sólo entonces se dio cuenta de que había estado corriendo. Se encontraba en un pequeño saliente de los acantilados, sobre el campo de aterrizaje, oculta a la visión de la ciudad y mostrándose de lleno a la del cielo. Se levantó, alargando las manos hacia el apoyo del muro de granito y notando el calor del sol en el mismo, bajo sus palmas. Quedó en pie de espaldas a la pared, incapaz de moverse o de apartar su mirada del avión.

El punto plateado describía lentos círculos, hundiéndose, para volver a levantarse; luchando, se dijo Dagny, igual que había luchado ella para distinguir la visión de algún vehículo despeñado en aquella extensión de barrancos y de cimas engañosas, desprovistos de claridad suficiente para observar nada en ellos. Estaba buscando los restos de su avión. No había abandonado la empresa y, no obstante lo que aquellas tres semanas le hubieran costado o lo que sintiera, la única evidencia que daría de ello al mundo era aquel persistente y monótono zumbido del motor que impulsaba un frágil aparato sobre cada espantable metro de aquella inaccesible cadena de montañas.

A través de la brillante pureza del aire estival, el avión parecía íntimamente próximo. Lo veía dejarse llevar por ligeras corrientes y oscilar ante los embates del viento, pareciéndole imposible que una visión tan clara quedase oculta a los ojos de Hank. Todo el valle se extendía bajo él iluminado por la claridad solar, resplandeciente con sus paneles de cristal y sus praderas verdes, anhelando ser visto. Constituía el fin de aquella torturante indagación, la plenitud de algo más que sus momentáneos deseos; no sólo el hallazgo de un avión destrozado y del cuerpo de Dagny, sino la viva presencia de ésta y la libertad de él. Todo cuanto buscara o hubiera buscado, se hallaba ahora desplegado bajo él, abierto, a la espera y a su alcance, con sólo que se lanzase en picado por el aire puro y transparente. Todo era suyo, sin que el valle pidiera nada de él, excepto la capacidad de ver.

—¡Hank! —gritó, agitando los brazos en desesperada señal—. ¡Hank!

Volvió a reclinarse contra la roca, sabiendo que no tenía la posibilidad de hacerse oír, que no podía conferir la visión, que ningún poder terrestre era capaz de penetrar la pantalla, excepto la mente y la inteligencia del* piloto. De pronto, y por vez primera, Dagny concibió aquella pantalla, no como la más intangible, sino como la más terrible y absoluta barrera del mundo.

Apoyada en la roca, contempló en silenciosa resignación los desesperanzados círculos del aeroplano y la lucha de su motor, que parecía exhalar un grito de socorro, un grito al que ella no podía contestar. Se hundió de repente, pero como preludio a su elevación definitiva; trazó una rápida diagonal en las montañas y se lanzó hacia el cielo abierto. Luego, como atrapado en la extensión de un lago sin orillas ni salida, se fue hundiendo lentamente, perdiéndose de vista entre el zumbar cada vez más lejano del motor.

Dagny pensó amargamente en todo cuanto Hank había dejado de ver. «¿Y yo?», se dijo. Si salía del valle, la pantalla se cerraría tras de ella de un modo tan decisivo como para aquél; la Atlántida se hundiría bajo una bóveda de rayos más impenetrables que el fondo del océano, y también ella quedaría luchando por las cosas que no supo ver; también se debatiría contra un espejismo primitivo y salvaje, mientras la realidad de cuanto deseaba jamás volvería a ponerse al alcance de su mano.

Pero la atracción del mundo exterior, aquella atracción que la impulsó a seguir los movimientos del aparato, no residía en la imagen de Hank Rearden. Estaba segura de no volver a él, aunque regresara al mundo. La atracción residía en el valor de Hank Rearden y en el de todos aquellos que seguían batallando para mantenerse vivos. No podía abandonar la búsqueda de su avión perdido, cuando todos los demás desesperaban desde

mucho tiempo antes, del mismo modo que no abandonaría sus fundiciones, ni ningún objetivo elegido, siempre que le restara una posibilidad. ¿Estaba segura de que no quedaba ninguna para el mundo de la «Taggart Transcontinental? ¿Estaba convencida de que las condiciones del combate eran tales que no podía pensar en vencer? Los hombres de la Atlántida tenían razón; tenían razón al desaparecer, si sabían que no dejaban nada de valor tras ellos. Pero a menos que viera la desaparición total de una posibilidad, y no tuviera la seguridad de que se habían librado todas las batallas, carecía del derecho a permanecer allí. Tal era el problema que la había mantenido en perpetua tensión durante semanas, pero que no le había ofrecido ni un atisbo de respuesta.

Aquella noche permaneció despierta, completamente inmóvil, siguiendo un proceso de desapasionada, precisa y casi matemática consideración, sin importarle lo que aquello le costara o le hiciera sentir. La agonía vivida por Hank en el avión, fue vivida también por ella en aquel tranquilo cubo de tinieblas en el que buscó respuesta aunque sin encontrarla. Leyó las palabras grabadas en las paredes de su cuarto, débilmente visibles bajo la claridad de las estrellas, pero la ayuda que aquellos hombres habían solicitado en su hora más obscura, no podía ser invocada también por ella.

* * *

—¿Sí o no, Miss Taggart?

Contempló los rostros de los cuatro hombres, iluminados por la suave penumbra de la sala de Mulligan: el de Galt, dotado de la serena e impersonal atención de un científico; el de Francisco, inexpresivo, con un asomo de sonrisa, de aquella clase de sonrisa que encajaría por igual en cualquier respuesta; el de Hugh Akston, tranquilo y como compasivo, y el de Midas Mulligan, que había formulado la pregunta sin atisbo alguno de rencor. En algún lugar, a dos mil millas de allí, en aquella hora crepuscular, la página de un calendario se iluminaba sobre los tejados de Nueva York, proclamando: Junio, 28. Le pareció de pronto que la estaba mirando, cual si colgara sobre las cabezas de aquellos hombres.

—Aún dispongo de un día —respondió vivamente—. ¿Me permiten utilizarlo? Creo haber llegado a una decisión, pero no estoy totalmente segura y necesitaré cuanta certeza me sea posible.

—Desde luego —dijo Mulligan—. En realidad, dispone hasta pasado mañana por la mañana. Esperaremos.

—Esperaremos incluso más —dijo Hugh Akston—. Incluso durante su ausencia, si es necesario.

Permanecía ante la ventana frente a ellos, sintiendo una momentánea satisfacción, al saberse erecta, con las manos tranquilas, sin temblar, y la voz totalmente normal, sin quejarse y sin pedir nada, igual que las de ellos. Por un instante creyó estar unida a aquellos cuatro seres.

—Si alguna parte de su incertidumbre —dijo Galt —tiene como origen un conflicto entre corazón y cerebro… obedezca a este último.

—Considere las razones que nos dan la certidumbre de estar en lo cierto —dijo a su vez Hugh Akston—, pero no el hecho de dicha certidumbre. Si no está convencida, ignórela. No se sienta inclinada a substituir su juicio por el nuestro.

—No se base en nuestras ideas acerca de lo que es mejor para su futuro —añadió Mulligan—. Nosotros lo sabemos muy bien, pero de nada servirá hasta que usted también lo sepa.

—No consideres nuestros intereses o deseos —expresó Francisco—. No tienes deberes hacia nadie, excepto hacia ti.

Dagny sonrió, ni triste ni alegre, pensando que ninguna de aquellas frases constituía la clase de consejo que hubiese recibido en el mundo exterior. Y al darse cuenta del anhelo con que deseaban ayudarla, allí donde no era posible ayuda alguna, le pareció que debía prestarles cierta seguridad.

—Yo llegué aquí forzadamente —dijo —y tuve que aceptar la responsabilidad de lo que ocurriese. La estoy aceptando.

Su recompensa llegó en la sonrisa de Galt, una sonrisa semejante a la imposición de una medalla.

Apartando la mirada, recordó súbitamente a Jeff Allen, el vagabundo a quien habían sorprendido en el «Comet», y en el instante en que lo admiró por intentar asegurarle que sabía adonde iba, con el fin de ahorrarle la carga de su propia incertidumbre. Sonrió débilmente, pensando que había experimentado aquello, representando ambos papeles. Se dijo que ninguna acción puede ser más baja o más fútil que cargar a otra persona el fardo de no haber sabido efectuar una elección. Sentía una tranquila calma, casi un confiado reposo; sabía que era tensión, pero la tensión de una gran claridad. Se sorprendió al pensar: «Se porta bien en un caso de apuro; me parece magnifica», y darse cuenta de que aquella persona era ella misma.

—Dejémoslo hasta pasado mañana, Miss Taggart —dijo Midas Mulligan—. Esta noche aún seguirá aquí.

—Gracias —respondió ella.

Permaneció junto a la ventana, mientras los cuatro discutían los asuntos del valle en la conferencia con que finalizaba el mes. Acababan de cenar y Dagny recordó su primera cena en aquella casa, un mes atrás. Llevaba, igual que entonces, el vestido gris perteneciente a su despacho, y no la falda campesina, que tan fácil resultaba de lucir bajo el sol. «Esta noche aún sigo aquí», pensó, apretando la mano con aire de posesión en el alféizar de la ventana.

El sol no había desaparecido aún tras las montañas, pero el cielo adoptaba un azul suave, profundo, claro y engañoso, que se mezclaba al de nubes invisibles que en una franja única ocultaban el astro; sólo los bordes de dichas nubes aparecían subrayados por una débil claridad que parecía provocada por retorcidos tubos de neón… como el mapa de serpenteantes ríos… como… como el trazado de un ferrocarril, impreso en fuego blanco sobre el cielo.

Escuchó cómo Mulligan daba a Galt los nombres de quienes no regresarían al mundo exterior.

—Tenemos tareas para todos —dijo—. En realidad sólo diez o doce volverán allí este año, la mayoría para terminar sus trabajos, desprenderse de cuanto posean y regresar de un modo permanente. Creo que éste habrá sido nuestro último mes de vacaciones, porque antes de que transcurra otro año todos viviremos en el valle.

—Bien —dijo Galt.

—Tendrá que ser así, a juzgar por lo que ocurre fuera.

—Sí.

—Francisco —dijo Mulligan—, ¿regresará dentro de unos meses?

—En noviembre lo más tarde —respondió Francisco—. Les mandaré aviso por onda corta en cuanto esté dispuesto para la vuelta… ¿Querrá encender el horno de mi casa?

—Lo haré —prometió Hugh Akston—. Y además le tendré dispuesta la cena para cuando llegue.

—John, me figuro que esta vez no irá usted a Nueva York —dijo Mulligan.

Galt tardó un momento en mirarle; luego respondió con voz apacible:

—Todavía no lo he decidido.

Dagny notó la asombrosa rapidez con que Francisco y Mulligan se hicieron hacia delante para mirarle, y la lentitud con que Hugh Akston posó también la mirada en su rostro; pero no parecía sorprendido.

—No estará pensando volver a aquel infierno otro año, ¿verdad? —inquirió Mulligan.

—Sí. Eso es lo que pensaba.

—Pero ¡cielos, John! ¿Para qué?

—Se lo diré cuando haya decidido.

—Allí nada le queda por hacer. Ya nos hemos atraído a todos cuantos conocíamos o esperábamos conocer. Nuestra lista está completa, excepto por Hank Rearden… y a éste lo tendremos antes de que acabe el año… y también a Miss Taggart si opta por ello. Su trabajo ha terminado. No hay nada ya que hacer allí, excepto esperar el estallido final, cuando el tejado se desplome sobre sus cabezas.

—Lo sé.

—John, la de usted es la única cabeza que no quiero ver en el mundo exterior cuando eso ocurra.

—Nunca le he ocasionado preocupaciones, ¿verdad?

—Pero, ¿no se da cuenta de la situación hacia la que están caminando? Sólo se encuentran a un paso de la violencia declarada. ¡Diablos! Y ese paso se han propuesto darlo desde hace mucho tiempo. En un momento determinado comprenderán con toda claridad lo que han hecho y ello les estallará en su condenada cara en forma de violencia evidente, ciega, arbitraria y sangrienta; de una violencia sin freno, que se desencadenará contra todo y contra todos, sin discriminación. Y no quiero verle en medio de ello.

—Sé cuidar de mi persona.

—John, no hay motivo por el que hayas de correr ese riesgo —dijo Francisco.

—¿Qué riesgo?

—Los saqueadores se preocupan mucho de cuantos desaparecimos. Sospechan algo. Y tú eres el menos indicado para permanecer allí por más tiempo. Existe la posibilidad de que descubran quién eres y lo que has hecho.

—Sí, existe una posibilidad, pero escasa.

—De todas formas, no hay motivo para que te expongas a tal peligro. No queda ya nada que Ragnar y yo no podamos finalizar.

Hugh Akston los contemplaba en silencio, reclinado en su silla. En su cara se pintaba esa expresión intensa que no es amargura, pero tampoco se convierte en sonrisa, indicadora de que se observa el desarrollo de algo que interesa, pero que queda siempre un poco rezagado respecto a la visión.

—Si regreso —dijo Galt —no será para nada relacionado con nuestro trabajo, sino para conseguir lo único que deseo del mundo externo, una vez finalizada la tarea. Nunca tomé nada del mundo ni he deseado nada. Pero existe algo pendiente que es mío y que no permitiré que lo posea nadie. No, no pretendo quebrantar mi juramento; no tendré trato alguno con los saqueadores; no ayudaré a ninguno de ellos, ni siquiera a los neutrales ni a los disidentes. Si me voy no será en provecho de nadie, sino tan sólo mío. Además, no creo arriesgar mi vida; pero si así fuera… soy libre para intentarlo.

No miraba a Dagny, pero ésta hubo de volver la cabeza y apoyarla en el marco de la ventana, porque las manos le temblaban.

—¡Pero, John! —exclamó Mulligan, señalando el valle con un movimiento de su brazo—. Si algo le ocurriera, ¿qué haríamos nosotros?…

Se detuvo bruscamente con aire de culpabilidad. Galt se rió.

—¿Qué iba a decir? —preguntó. Mulligan hizo un gesto tímido, como si no quisiera continuar con aquel tema—. ¿Iba a decir que si me pasara algo moriría como uno de los mayores fracasados del mundo?

—En efecto —concedió Mulligan con aire mohíno—. Pero no lo diré. No diré que no podemos pasarnos sin usted. No le rogaré que permanezca aquí por nosotros. No iré a repetir el famoso juramento, pero ¡qué tentación he sentido de hacerlo! Casi puedo darme cuenta de por qué la gente obra así en ocasiones. Comprendo lo que desea… que si prefiere arriesgar su vida, puede hacerlo. Sin embargo… ¡oh, Dios mío…! i Es una existencia tan valiosa!

—Lo sé —dijo Galt, sonriente—. Por eso, no creo arriesgarla. Estoy convencido de que venceré.

Francisco guardaba silencio, observando intensamente a Galt con un fruncimiento de cejas que expresaba asombro, no como si hubiera encontrado una respuesta, sino como si de improviso se enfrentara a un interrogante.

—Mire, John —le dijo Mulligan—, puesto que aún no ha decidido si se irá o no… porque aún no ha decidido nada, ¿verdad?

—No, todavía no.

—En ese caso, ¿me permite recordarle unas cuantas cosas, rogándole que reflexione sobre ellas?

—Adelante.

—Lo que más temo son los peligros inesperados, esos insensatos e imprevistos peligros de un mundo que se está haciendo pedazos. Considere los riesgos físicos que implica el manejo de una complicada maquinaria por parte de gentes ciegas y cobardes, enloquecidas por el miedo. Piense en sus ferrocarriles. Usted se ha estado arriesgando a horrores como el del túnel Winston, cada vez que subía a un tren. Y sucederán más accidentes de este género, cada vez con mayor frecuencia. Se llegará a un punto en que no pase un solo día sin su catástrofe.

—Lo sé.

—Y lo mismo ocurrirá en todas las demás industrias donde se utilicen máquinas, las máquinas con las que creen poder substituir nuestros cerebros. Aviones que se desploman, explosiones en depósitos de petróleo, resquebrajamiento de altos hornos, electrocuciones por alambres de alta tensión, hundimientos en los ferrocarriles subterráneos y caídas de soportes. Las mismas máquinas que confirieron seguridad a la vida, se volverán un continuo peligro para ésta.

—Lo sé.

—Aunque esté enterado, ¿reflexionó sobre ello en todos sus detalles específicos? ¿Se ha permitido una visión absoluta del problema? Quiero hacerle percibir el cuadro exacto de aquello en lo que se propone entrar, antes de que decida si algo justifica dicha vuelta. Sabe muy bien que las ciudades serán las más perjudicadas. Las ciudades son consecuencia de los ferrocarriles y se hundirán con éstos.

—En efecto.

—Si cesan de circular los trenes, Nueva York perecerá de hambre en dos días, ya que todos sus víveres llegan por tren. Se la alimenta con los productos de un continente de tres mil millas de longitud. ¿Cómo afluirán las provisiones a la ciudad? ¿Mediante directrices y carretas de bueyes? Antes de que suceda todo esto, pasarán una larga agonía,

con restricciones, carestías, tumultos, violencia desatada en medio de una rápida paralización general.

—Así es.

—Lo primero que pierdan serán los aviones, luego los automóviles, los camiones e incluso los carros.

—De acuerdo.

—Sus fábricas dejarán de funcionar y luego los hornos y las radios. A continuación desaparecerá la luz eléctrica.

—Estoy seguro.

—Sólo un hilo mantendrá unido al continente. Un hilo muy gastado, constituido por un tren diario; luego por un tren semanal; más tarde el puente Taggart se hundirá y…

—¡No! ¡Eso no!

Era la voz de Dagny y todos se volvieron hacia ella. Tenía la cara pálida, pero más tranquila que cuando les hubo contestado por última vez.

Lentamente, Galt se puso en pie e inclinó la cabeza, cual si aceptara un veredicto.

—Usted ya ha adoptado su decisión —dijo.

—Sí.

—Dagny —intervino Hugh Akston—, lo siento. —Hablaba con calma, aunque haciendo un esfuerzo, como si sus palabras lucharan por llenar el silencio de la habitación, aunque sin conseguirlo—. Desearía que esto no sucediera; hubiera preferido cualquier cosa, excepto verles aquí por falta de valor en defender sus convicciones.

Dagny extendió las manos, en un ademán de sencilla franqueza, y dijo dirigiéndose a todos con modales tan tranquilos, que se pudo permitir demostrar una leve emoción:

—Quiero enterarles de una cosa: hubiera querido morir en el plazo de un mes, a fin de poderlo pasar en el valle, tanto he deseado quedarme aquí. Pero si me inclino a seguir viviendo, no puedo eludir una batalla que creo debo librar.

—Desde luego —aprobó Mulligan—, si es así como sigue pensando.

—Si quieren saber el motivo que me hace volver, se lo diré: no puedo resignarme a abandonar a la destrucción toda la grandeza del mundo; todo aquello que fue mío y de ustedes, que fue hecho por nosotros y que aún nos pertenece, porque no puedo creer que los hombres rehúsen ver; que permanezcan ciegos y sordos para siempre, cuando nosotros esgrimimos la verdad y su vidas dependen de aceptarla. Aún aman sus vidas y eso constituye el resto aún no corrompido de sus cerebros. Mientras los hombres deseen vivir, no puedo perder mi batalla.

—Pero ¿lo desean? —preguntó suavemente Hugh Akston—. ¿Lo desean? No, no me conteste ahora. Sé que esa respuesta ha sido la más difícil de comprender y de aceptar para todos nosotros. Llévese esa pregunta como última premisa por comprobar.

—Se va de aquí en calidad de amiga nuestra —dijo Midas Mulligan—. Pero combatiremos cuanto haga, porque sabemos que está equivocada. Sin embargo, no será a usted a quien condenemos.

—Regresará —dijo Hugh Akston—, porque el suyo es un error de conocimiento, no un fracaso moral ni un acto de rendición al mal, sino tan sólo una última acción en la que es víctima de su virtud. La esperaremos y, cuando regrese, habrá descubierto que nunca deberá suscitarse conflicto alguno en sus deseos ni repetirse un choque de valores tan trágico como el que ha soportado de un modo admirable.

—Gracias —dijo Dagny abatiendo la mirada.

—Discutiremos las condiciones de su partida —indicó Galt, hablando al modo desapasionado de un director—. En primer lugar, ha de darnos palabra de no descubrir nuestro secreto, ni parte de él, ni tampoco nada relacionado con nuestra causa ni nuestra vida en este valle, ni lo que estuvo haciendo durante el mes transcurrido aquí, a nadie del mundo exterior, en ningún momento, ni con propósito alguno.

—Le doy mi palabra.

—Segundo: jamás intentará encontrar este valle otra vez. No vendrá al mismo sin haber sido invitada. Si quebranta la primera condición, el peligro en que nos ponga será grave. Si la segunda, lo será para usted. No es nuestra política situarnos al arbitrio de la buena fe de nadie, o a merced de una promesa que no pueda ser cumplida. Tampoco esperamos que coloque nuestros intereses por encima de los suyos. Si cree que su comportamiento es bueno, llegará un día en que considere necesario conducir a este valle a nuestros enemigos. En consecuencia, no le dejaremos medios para que lo logre. Será sacada de aquí en avión, con los ojos vendados y la llevaremos a distancia suficiente para que le sea imposible averiguar la ruta.

—Tiene razón —aprobó Dagny, inclinando la cabeza.

—Su aparato ha sido reparado. ¿Quiere solicitarlo firmando un talón contra su cuenta en la Banca Mulligan?

No.

—Entonces lo retendremos hasta que desee pagarlo. Pasado mañana la llevaré en mi aparato hasta un punto situado fuera del valle, dejándola lo más cerca posible de otros medios de transporte.

—Muy bien —dijo Dagny aprobando otra vez con la cabeza.

Era ya de noche cuando salieron de la casa de Midas Mulligan. El sendero que conducía a la vivienda de Galt atravesaba el valle, pasando ante la cabaña de Francisco. Los tres regresaban juntos al hogar. Unos cuantos rectángulos de luz colgaban desparramados en las tinieblas, y las primeras franjas de niebla iban cayendo lentamente ante los cristales, como sombras de un distante mar. Caminaban en silencio, pero el sonido de sus pasos, al mezclarse en un único y vivo ritmo, parecía un modo de hablar que no pudiera ser expresado de otra forma.

Al cabo de un rato Francisco dijo:

—Esto no cambia nada; tan sólo hace el plazo algo más largo. El último trecho es siempre el más difícil… pero es el último.

—Así lo espero —respondió Dagny. Y al cabo de un momento, repitió—: El último es el más difícil. —Volvióse a Galt—. ¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí.

—¿Me dejará partir mañana mismo?

—Si lo desea…

Cuando Francisco volvió a hablar momentos después, lo hizo como si se dirigiera a una maravilla innominada, que residiera en el fondo de su mente. Su voz tenía el tono de quien contesta a una pregunta.

—Dagny, los tres estamos enamorados. —Ella volvió rápidamente la cabeza para mirarle —. Enamorados de lo mismo, no importa la forma que adopte. No te extrañe no observar escisión alguna entre nosotros. Serás de los nuestros mientras sigas enamorada de tus rieles y de tus locomotoras, y ellos te conducirán de nuevo hacia aquí, no importa las veces que pierdas el camino. El único hombre que nunca, quedará redimido es aquel que carece de pasión.

—Gracias —dijo Dagny lentamente.

—¿Por qué?

—Por… por tu modo de hablar.

—¿Qué modo es ése? Dale un nombre, Dagny.

—Me pareces… feliz.

—Lo soy exactamente, del mismo modo en que lo eres tú. No me digas lo que sientes. Lo sé. Pero la medida del infierno que estás dispuesta a soportar es la misma medida de tu amor. El infierno al que yo no podría enfrentarme es al de la posibilidad de verte indiferente.

Ella aprobó en silencio, incapaz de dar el nombre de alegría a nada de lo que sentía, pero aun así considerando que Francisco tenía razón.

Franjas de niebla discurrían como humo ante la luna y a su difusa claridad no podía distinguir la expresión de sus rostros, mientras andaba entre ellos; lo único que percibía eran las rectas siluetas de sus cuerpos, el ininterrumpido ruido de sus pasos y su propio deseo de continuar caminando sin detenerse, un deseo que no podía definir, excepto por saber que no era duda ni dolor.

Cuando se acercaban a su casa, Francisco se detuvo y con su ademán pareció abrazarlos al señalar la puerta.

—¿Queréis entrar, puesto que será nuestra última noche juntos durante algún tiempo? Bebamos por ese futuro del que tan seguros estamos los tres.

—¿Lo estamos? —preguntó Dagny.

—Sí —repuso Galt—. Lo estamos.

Los miró cuando Francisco encendió la luz de la morada. No pudo definir sus expresiones: no era felicidad ni nada relacionado con la alegría. Estaban tensos y solemnes, pero dicha solemnidad emanaba un suave resplandor. Y sintió interiormente algo parecido, diciéndole que su cara ofrecía también un aspecto similar.

Francisco sacó tres vasos de un armario, pero se detuvo como agobiado por un repentino pensamiento. Puso un vaso en la mesa y luego tomó los _„ dos vasitos de plata de Sebastián d'Anconia, colocándolos junto a aquél.

—¿Vas directamente a Nueva York, Dagny? —le preguntó en el tono tranquilo de 'in anfitrión ofreciendo a sus invitados una botella de vino añejo.

—Sí —respondió ella del mismo modo.

—Pasado mañana me iré a Buenos Aires en avión —dijo él descorchando la botella—. No estoy seguro de si más tarde regresaré a Nueva York, pero si lo hago, será peligroso que me veas.

—No importa el riesgo —respondió ella—. A menos de que opines que no tengo derecho a verte más.

—Así es, Dagny. No lo tienes. Al menos en Nueva York. Mientras servía el vino, miró a Galt.

—John, ¿cuándo decidirás si piensas volver o quedarte aquí?

Galt lo miró de frente y luego, con lentitud, en el tono de quien conoce bien las consecuencias de sus palabras, respondió:

—Ya lo he decidido, Francisco. Regresaré.

La mano de Francisco quedó inmóvil. Durante un largo instante sólo vio la cara de Galt. Luego su mirada se posó en Dagny. Dejó la botella y, aunque no se hizo atrás, fue como si su mirada los contemplase desde un ángulo más amplio, incluyéndolos a ambos.

—Desde luego —dijo.

Pareció alejarse todavía más, cual si ahora contemplara la extensión de aquellos años. Su voz tenía un tono uniforme, muy de acuerdo con la dimensión de su mirar.

—Lo supe hace doce años —dijo—. Lo supe antes de que tú pudieras saberlo y me di cuenta de que alguna vez lo harías. Aquella noche en que» nos visitaste en Nueva York, pensé en ello… —miraba a Galt, pero luego su pupilas se posaron en Dagny—, como en todo lo demás que andabas buscando… en todo aquello por lo que querías que viviéramos o muriéramos, en caso necesario. Debí haber previsto que lo pensarías. No podía ser de otro modo. Todo es como debía ser. Todo quedó dispuesto hace doce años. —Miró a Galt y se rió suavemente—. ¿Y dices tú que soy yo quien ha recibido el castigo más duro?

Se volvió con movimiento quizá demasiado rápido, que hizo luego más lento, como en deliberado énfasis, completando la tarea de verter el vino en los tres recipientes de la mesa. Tomó los dos vasitos de plata, los miró un instante y ofreció uno a Dagny y otro a Galt.

—Tomadlos —dijo—. Los habéis merecido.

Galt tomó el vasito, como si la aceptación del mismo quedara declarada en sus ojos al mirarse el uno al otro.

—Hubiera dado cualquier cosa para que todo sucediera de un modo diferente —dijo Galt —, excepto aquello que se encuentra más allá de mis posibilidades.

Dagny sostuvo su vasito, miró a Francisco y luego dejó que éste viera cómo se volvía hacia Galt.

—Sí —dijo en tono de quien pronuncia una respuesta—. Pero yo no lo he merecido y lo que pagaste, lo pago yo ahora. No sé si lograré lo suficiente como para aclarar mi situación, pero si el infierno es el precio y la medida, permitidme que sea la más avariciosa de los tres.

Conforme bebían, conforme ella permanecía erguida con los ojos cerrados, notando el paso del líquido por su garganta, comprendió que para los tres era aquél el momento más torturado y al mismo tiempo más triunfante que hubieran conseguido jamás.

No habló a Galt cuando recorrían el último trecho de camino hacia la casa. No volvió la cabeza hacia él, por parecerle que incluso una mirada podía resultar peligrosa. Había en su silencio calma total, comprensión y la rigidez derivada de saber que no iban a dar nombre a las cosas que ambos comprendían.

Pero cuando estuvieron en el interior de la vivienda, Dagny se enfrentó a él con plena confianza, como presa de repentina certeza respecto a un derecho, la certeza de que ahora era seguro hablar. Con voz tranquila, sin expresión de ruego ni de triunfo, simplemente como quien expone un hecho, dijo:

—Se va usted al mundo exterior porque yo también estaré allí.

—Sí.

—No quiero que se vaya. —No puede impedirlo.

—Se va por mí.

—No, por mí mismo.

—¿Me permitirá verle?

—No.

—¿No voy a verle nunca? —No.

—¿No sabré dónde está ni lo que hace?

—Desde luego.

—¿Me vigilará como en otros tiempos?

—Todavía más.

—¿Se ha propuesto protegerme?

—No.

—Entonces, ¿de qué se trata?

—De hallarme presente el día en que decida volver con nosotros. Lo miró atentamente sin permitirse ninguna otra reacción, como si se afanara en encontrar una respuesta a aquel primer punto que no había comprendido de manera total.

—Todos los demás se habrán marchado —explicó—. Será demasiado peligroso seguir allí. Yo me quedaré como si fuese su última llave, antes de que la puerta de este valle se cierre.

—¡Oh! —exclamó Dagny ahogando su voz antes de que se convirtiera en un gemido. Luego, recuperando su aire de impersonal aislamiento, preguntó—: Supongamos que fuese a decirle que mi decisión es tajante y que nunca me uniré a ustedes. ¿Qué opinaría?

—Que es mentira.

—Supongamos que decido ahora atenerme a ello de un modo definitivo, no obstante lo que me depare el futuro.

—¿No le importa la evidencia futura que observe ni las convicciones que se vaya formando?

—No.

—Eso sería peor que una mentira.

—¿Está seguro de que he adoptado una decisión equivocada?

—Lo estoy.

—¿Cree que uno ha de ser responsable de los propios errores?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me permite soportar las consecuencias del mío?

—Lo permito y las soportará.

—Si, cuando sea demasiado tarde, deseo regresar a este valle, ¿por qué ha de correr usted el riesgo de mantener su puerta abierta para mí?

—No correría ese riesgo si no tuviera como meta final un propósito egoísta.

—¿Qué propósito es ése?

—Quiero verla aquí.

Dagny cerró los ojos e inclinó la cabeza en abierta admisión de su derrota… derrota en la disputa y en la tentativa para enfrentarse con calma al pleno significado de* lo que estaba abandonando.

Luego levantó la cabeza y, como si hubiera absorbido la sinceridad de Galt, lo miró sin ocultar su sentimiento, ni su anhelo, ni su calma, comprendiendo que las tres cosas aparecían claramente en la expresión de sus ojos.

El rostro de Galt era el mismo que cuando apareció a la luz del sol en el momento de verlo por vez primera: un rostro que expresaba implacable serenidad y una inflexible percepción, sin dolor, temor o culpabilidad. Se dijo que si le fuera posible permanecer así mirándole, contemplando las líneas rectas de sus cejas sobre I03 ojos verde obscuro y la curva de la sombra que subrayaba su boca, los planos metálicos de su cara sobre el cuello abierto de la camisa y la actitud indiferente e inconmovible de sus piernas, desearía pasar el resto de su vida en aquel lugar y de aquel modo. Y al instante siguiente comprendió también que si sus deseos eran aceptados, la contemplación de aquel hombre perdería todo su significado, por haber traicionado aquello que le daba valor.

Luego, no como recuerdo, sino como experiencia del presente, volvió a vivir el momento en que había permanecido en la ventana de su aposento de Nueva York, contemplando una ciudad envuelta en nieblas; la maleanzable forma de la Atlántida, hundiéndose fuera de su alcance. Se dijo que ahora tenía ante su vista la respuesta a aquel instante. Sintió no las palabras que entonces dirigiera a la ciudad, sino la intraducida sensación de la que aquéllas procedieron: «Tú a quien siempre amé y nunca hallé; tú a quien esperaba encontrar al final de los rieles, más allá del horizonte…» Y en voz alta dijo:

—Quiero que sepa esto. Inicié mi vida con un propósito único: era yo quien debía dar forma al mundo, de acuerdo con la imagen de mis más altos valores, y no ceder nunca ante una norma de menor altura, no importa lo larga o dura que hubiera de ser la lucha… —«Tú, cuya presencia siempre sentí en las calles de la ciudad —decía una voz sin palabras, en su interior —y cuyo mundo siempre deseé construir»—. Ahora me doy cuenta de que estaba luchando por este valle. —«Es mi amor hacia ti el que me mantuvo en movimiento»—. Fue este valle el que imaginé posible, y ahora no cambiaría por nada ni cedería a una maldad de menor grado. —«Mi amor y mi esperanza de alcanzarte y mi deseo de ser digna de ti el día en que me enfrentara a tu persona»—. Regresaré para luchar por este valle, para libertarlo del lugar en que se asienta, a fin de recuperar para él el reino a que tiene pleno derecho; permitir que la tierra le pertenezca de hecho, como ya le pertenece en espíritu y volverme a unir con usted el día en que esté en condiciones de entregarle el mundo entero. O si fracaso, de permanecer exilada de este valle hasta el fin de mi vida. —«Pero lo que queda de la misma seguirá siendo tuyo y continuaré en tu nombre, aun cuando se trate de un nombre que no pronuncie jamás. Continuaré sirviéndote, aun cuando nunca haya de vencer; continuaré con el fin de ser digna de ti el día en que nos reunamos, aunque yo no…»—. Lucharé para ello, aunque tenga que luchar contra usted; aunque me trate de traidora… aunque no haya de verlo nunca más.

Él había permanecido inmóvil, escuchando, sin cambio alguno en su cara. Sólo sus ojos la miraban como si escuchase incluso vocablos que no pronunció. Con la misma mirada, cual si ésta contuviera un circuito aún no roto, captando con su voz algo del tono de la de ella, como en señal de aceptar el mismo código, una voz sin signo alguno de emoción, excepto en el espaciamiento de las palabras, respondió:

—Si fracasa, como otros han fracasado, en la búsqueda de una visión que hubiera podido ser posible y que, no obstante, quedó para siempre fuera de su alcance; si, como ellos, llega a la conclusión de que los más altos valores no pueden ser logrados y la visión nunca se hará realidad, no maldiga a esta tierra, como ellos, ni maldiga la existencia. Ha visto usted la Atlántida que andaban buscando; está aquí, existe; pero ha de entrarse en ella desnudo y solo, sin los harapos de una falsedad de siglos; con la más pura claridad mental; no con el corazón inocente, sino con algo mucho más especial: una mente intransigente, como única posesión y llave. No entrará aquí hasta haber aprendido que no necesita convencer ni conquistar al mundo. Cuando lo sepa se dará cuenta de que en los años de su lucha nada ha significado una barrera ante la Atlántida, ni existieron cadenas que la retuviesen, excepto aquéllas que usted misma se forjó. Durante estos años, lo que usted deseaba conseguir la ha estado esperando. —La miró, como si contestara a las palabras que ella no había pronunciado—. Esperándola de un modo tan inconmovible como su propia lucha, tan apasionada y desesperadamente, pero con una certeza mayor que la suya. Salga de aquí para continuar el combate. Soporte fardos que no escogió y acepte castigos inmerecidos, creyendo que puede servirse a la justicia ofreciendo el propio espíritu a la más injusta de las torturas. Pero en sus más difíciles y obscuros momentos recuerde que ha visto otra clase de mundo. Recuerde que puede volver a él siempre que lo desee. Recuerde que la estará esperando y que es algo real, posible… y suyo.

Luego, volviendo un poco la cabeza, con la voz tan clara como antes, pero cual si sus ojos rompieran el circuito, preguntó:

—¿A qué hora quiere partir mañana?

—¡Oh?… Lo más temprano posible, dentro de lo que usted crea conveniente.

—Tenga dispuesto el desayuno a las siete y nos iremos a las ocho.

Bien.

Se metió la mano en el bolsillo y le alargó un pequeño y resplandeciente disco, que al principio no pudo distinguir con claridad. Era una pieza de oro de cinco dólares.

—El último de sus salarios de este mes —dijo.

Dagny cerró los dedos sobre la moneda, apretándola fuertemente, y contestó con toda calma:

—Gracias.

—Buenas noches, Miss Taggart.

—Buenas noches.

No durmió durante las horas que aún le quedaban allí. Sentada en el suelo, con la cara apoyada en la cama, no sentía nada, aparte de la presencia de Galt al otro lado de la pared. A veces le parecía tenerlo ante sí, cual si se hallara sentada a sus pies. Así pasó su última noche con él.

* * *

Se marchó del valle tal como había llegado, sin llevarse nada del mismo. Dejó en él las pocas posesiones adquiridas: su falda de aldeana, una blusa, un delantal, unas piezas de ropa interior, todo ello limpiamente doblado en un cajón del armario de su cuarto. Contempló las prendas un momento, antes de cerrar, pensando en que, si volvía, tal vez las encontrara allí. No se llevó nada, excepto la moneda de cinco dólares y el trozo de esparadrapo que aún le rodeaba las costillas.

El sol tocaba los picos montañosos, trazando un circulo de resplandor como una frontera del valle, cuando subió al avión. Se reclinó en el asiento, situado tras el de Galt, y vio la cara de éste al inclinarse sobre ella, del mismo modo que cuando abrió los ojos aquella primera mañana en el valle. Luego los cerró, notando cómo sus manos le colocaban la venda.

Escuchó el ruido del motor, pero no como tal ruido, sino como un estremecimiento o como una explosión dentro de su propio cuerpo, de un modo distante, como si quien lo sentía hubiera podido sufrir daño caso de no hallarse tan lejos de allí.

No supo cuándo las ruedas se despegaron del suelo, ni cuándo el avión atravesó el círculo de picachos. Permanecía inmóvil, con el zumbar del motor como única percepción de espacio, cual si fuese transportada dentro de una corriente de sonido que de vez en cuando oscilaba un poco. El zumbido procedía del motor de Galt, del dominio de sus manos aferradas al volante. Pensó sólo en aquello; lo demás había que soportarlo, pero no oponer resistencia.

Permanecía inmóvil, con las piernas estiradas, las manos sobre los brazos del sillón, sin efectuar movimiento alguno que le confiriese un sentido del tiempo; sin espacio, ni visión, ni futuro; con la noche de sus párpados cerrados bajo la presión de la tela y con el conocimiento de la presencia de Galt a su lado, como única e inmutable realidad.

No hablaban. Sólo una vez ella dijo de improviso:

—Míster Galt.

—¿Qué desea?

—Nada. Quería sólo saber si estaba ahí.

—Yo siempre estaré ahí.

No supo durante cuántas millas el recuerdo del sonido de aquellas palabras siguió* fijo en su mente como un punto de referencia que se hundiera más y más en la distancia, hasta desaparecer. Luego no existió más que la calma de un invisible presente…

No supo si había transcurrido un día o una hora cuando notó el hundimiento indicador de que iban a aterrizar, o acaso de que se estaban desplomando; le era exactamente igual.

Notó el contacto de las ruedas contra el suelo, como una sensación extraña, como si una fracción de tiempo adicional hubiera sido necesaria para nacérselo creer.

Tuvo noción de la rodante trayectoria y de las oscilaciones del aparato. Luego una repentina detención y el silencio total; en seguida, las manos de Galt tocaron su pelo, quitándole la venda.

Percibió una cegadora claridad solar. Un trecho de requemados helechos parecían ascender hasta el cielo sin montañas que los detuvieran; una desierta carretera y la neblinosa silueta de una ciudad destacaban a cosa de media milla de distancia. Miró su reloj: cuarenta y siete minutos antes todavía estaba en el valle.

—Encontrará ahí una estación Taggart —le explicó él, señalando la ciudad—. Y podrá tomar un tren.

Asintió, como si comprendiera.

No la siguió cuando bajó a tierra, sino que se inclinó sobre el volante hacia la portezuela abierta y ambos se contemplaron. Ella se hallaba en pie, con el rostro levantado hacia John, mientras una débil racha de viento movía su cabello y la línea recta de sus hombros aparecía esculpida por su vestido ajustado de directora de empresa, en medio de la inmensa planicie de aquella pradera desierta.

Él movió la mano señalando bacía el Este, hacia invisibles ciudades.

—No me busque por ahí —dijo—. No me encontraría, a menos que me quiera por lo que soy. Cuando desee verme, seré el hombre más asequible de todos.

Oyó el ruido de la puerta al ser cerrada, pareciéndole más intenso que la explosión del motor que le siguió. Observó el recorrido de las ruedas y el rastro de helechos aplastados que quedaba tras ellas. Luego notó una franja de cielo entre ruedas y helechos.

Miró a su alrededor. Un halo rojizo de calor colgaba sobre las formas de la ciudad, en la distancia, y dichas formas parecían como estremecerse bajo un matiz oxidado; sobre los tejados distinguió los restos de una chimenea derrumbada. Pudo ver también un pedazo de papel seco y amarillento, que crujía débilmente entre los helechos, a su lado. Era un pedazo de periódico. Contempló todo aquello indiferente, sin poder admitir que fuese real.

Levantó la mirada hacia el avión y vio la extensión de sus alas ir disminuyendo en el cielo, llevándose en su estela el ruido del motor. Se fue elevando más y más, como una cruz de plata; luego, la curva de su movimiento fue siguiendo la comba del cielo, a la vez que parecía ir acercándose más y más a la tierra, hasta dar la impresión de que no se movía, sino que se iba encogiendo poco a poco. Lo miró como a una estrella en trance de extinción, mientras disminuía de tamaño, pasando de cruz a punto y luego a un chispazo que no tuvo la total seguridad de percibir. Cuando notó que la extensión del cielo aparecía llena de tales chispazos, comprendió que el avión había desaparecido.

CAPÍTULO III

ANTIEGOÍSMO

—¿Qué hago yo aquí? —preguntó el doctor Robert Stadler—. ¿Por qué me han hecho venir? Pido una explicación. No estoy acostumbrado a ser arrastrado por medio continente sin razón ni aviso previo.

El doctor Floyd Ferris sonrió.

—Ello me hace apreciar todavía más que haya venido, doctor Stadler. Resultaba imposible averiguar si en su voz se pintaban la gratitud o el deleite.

El sol daba de lleno sobre ellos y el doctor Stadler sintió cómo el sudor le corría por las sienes. No era posible sostener una irritada y embarazosa conversación particular en medio de la multitud que desfilaba, llenando los bancos del graderío a su alrededor, la conversación que intentaba sostener desde tres días atrás, sin conseguirlo. Se le ocurrió que tal era precisamente la razón por la que su encuentro con el doctor Ferris había quedado postergado, de momento, pero desechó tal pensamiento del mismo modo que apartaba de si a un insecto que zumbara junto a su húmeda sien.

—¿Por qué no he podido establecer contacto con usted? —preguntó. La fraudulenta arma del sarcasmo parecía ahora menos eficaz que nunca, pero era la única de que disponía el doctor Stadler—. ¿Por qué ha creído necesario enviarme mensajes en papel oficial redactados en un estilo propio más bien de… —iba a decir órdenes, pero se abstuvo —comunicados militares y no de una correspondencia científica?

—Se trata de un asunto de gobierno —respondió suavemente el doctor Ferris.

—¿Se da usted cuenta de que estaba en exceso ocupado y que ello significaba una interrupción de mi trabajo?

—¡Oh, sí! —dijo el doctor Ferris con cierta indiferencia.

—¿Se da cuenta también de que hubiera podido negarme a venir?

—Pero no lo hizo —respondió el doctor Ferris con su aire tranquilo de antes.

—¿Por qué no se me dio una explicación? ¿Por qué no acudió a mí en persona, en vez de mandar a esos jóvenes rufianes, con sus misteriosos cuchicheos, más propios de una revista escandalosa que de una labor científica?

—Estaba demasiado ocupado —respondió con blandura el doctor Ferris.

—Entonces, ¿quiere contarme qué está haciendo en medio de una llanura de Iowa y que represento yo aquí?

Hizo un ademán desdeñoso, señalando el polvoriento horizonte de una pradera vacía y los tres graderíos de madera. Éstos habían sido levantados recientemente y también la madera parecía sudar; podía ver incluso las gotas de resina resplandeciendo al sol.

—Estamos a punto de presenciar un acontecimiento histórico, doctor Stadler. Una oportunidad que marcará un hito en el camino de la ciencia, la civilización, el bienestar social y la adaptabilidad política. —La voz del doctor Ferris tenía el mismo tono que la de un jefe de relaciones publicar cuando pronuncia un discurso aprendido de memoria—. El punto crucial de una nueva era.

—¿Qué acontecimiento es ése? ¿De qué nueva era me habla?

—Como podrá observar, sólo los ciudadanos más distinguidos, la crema de nuestra élite intelectual, han sido elegidos para el privilegio especial de presenciar esta solemnidad. No podíamos omitir su nombre, ¿verdad?, y desde luego, tuvimos la seguridad de poder contar con su lealtad y su cooperación.

No pudo percibir la mirada del doctor Ferris. Los graderíos se estaban llenando rápidamente de público y el doctor se interrumpía de continuo para saludar con la mano a recién llegados de todos los tipos, a quienes el doctor Stadler no había visto nunca, pero que, a juzgar por la informal y alegre deferencia de los ademanes de su acompañante, debían ser personajes de importancia. Todos parecían conocerle y anhelar su presencia, cual si fuera el maestro de ceremonias, o acaso la estrella del espectáculo.

—Si al menos hablara con claridad, aunque fuese un instante —dijo el doctor Stadler —y quisiera contarme…

—Hola, Spud —llamó el doctor Ferris, saludando a un correcto caballero de cabello blanco, que vestía el uniforme de general.

El doctor Stadler levantó la voz.

—Si quisiera usted concentrarse lo suficiente y explicarme qué diablos sucede…

—Es muy sencillo. Se trata del triunfo final de… Tendrá que perdonarme un minuto, doctor Stadler —se interrumpió el doctor Ferris, avanzando como un lacayo superadiestrado, al son de una campana, en dirección a lo que parecía un grupo de truhanes de edad madura; pero se volvió unos instantes, los suficientes como para añadir dos palabras que reverentemente parecía considerar como una explicación total—: La Prensa.

El doctor Stadler se sentó en el banco de madera, sintiéndose extrañamente reacio a establecer contacto con ninguna de las personas que les rodeaban. Los tres graderíos estaban espaciados a intervalos, en semicírculo, como el graderío de un pequeño circo particular, y en ellos podían tomar asiento hasta trescientas personas. Parecían colocados como para presenciar un espectáculo, pero frente a ellos se extendía únicamente la pradera desierta y sin límites, sin nada a la vista, aparte de la obscura mancha de una granja a muchas millas de distancia.

Frente a uno de los graderíos había micrófonos que parecían reservados para la Prensa. Vio también un artilugio parecido a un tablero de mando, portátil, frente al tablado reservado para las autoridades; unas cuantas palancas de metal pulimentado resplandecían al sol. En un improvisado estacionamiento, tras de los graderíos, el impresionante aspecto de unos cuantos coches de lujo confería a todo aquello cierto aire de aplomo y de seguridad. Pero era el edificio situado sobre una pequeña altura a unos centenares de metros de distancia lo que confería al doctor Stadler cierta vaga sensación de intranquilidad. Tratábase de una estructura pequeña y rechoncha, de finalidad desconocida, con macizas paredes de piedra, desprovista de ventanas, excepto unas aberturas en forma de troneras, protegidas por barras de hierro, y una amplia cúpula que parecía grotescamente exagerada en relación al resto, cual si presionara la estructura contra el suelo. Unos salientes figuraban en la base de la cúpula, con formas irregulares, semejantes a chimeneas de arcilla mal fabricadas. Todo aquello no parecía guardar relación con una era industrial, ni con ningún uso conocido. El edificio tenía un aire de silenciosa malevolencia, como una hinchada y venenosa seta; evidentemente era moderno, pero sus líneas chapuceras, redondeadas y sin una intención específica, le hacían semejar una primitiva estructura descubierta en el corazón de una selva virgen y dedicada a secretos ritos propios de salvajes.

El doctor Stadler suspiró irritado; estaba ahito de secretos. «Confidencial» y «Altamente confidencial» eran las palabras estampadas sobre la invitación que exigió de él un viaje a Iowa con dos días de tiempo, sin propósito específico alguno. Dos jóvenes que se

llamaban físicos habían aparecido en el Instituto para darle escolta; sus llamadas al despacho de Ferris en Washington permanecieron sin contestar. Los jóvenes no cesaron de hablar, en el curso de aquel fatigoso viaje en un avión del Gobierno y luego en el trayecto en un automóvil asimismo oficial, acerca de ciencia, de casos urgentes, de equilibrio social y de la necesidad de guardar secreto, hasta que acabó por saber menos que al principio. Observó que dos palabras sonaban de continuo en aquella cháchara, dos palabras que también aparecían en el texto de la invitación y que exhalaban cierto significado tenebroso al relacionarlas con una finalidad desconocida: se referían a su «lealtad» y a su «cooperación».

Los dos jóvenes le habían abandonado en un banco de la primera fila del graderío, desapareciendo igual que los mandos escamoteables de un mecanismo, luego de dejarle de improviso en presencia del propio doctor Ferris. Mirando a su alrededor y viendo los gestos vagos, excitados, casuales, del doctor Ferris en medio del grupo de periodistas, tuvo una impresión de que reinaba allí el confusionismo, la insensatez y cierta caótica ineficacia, y le pareció también como si una suave máquina estuviera funcionando para producir el grado exacto de dicha impresión que se necesitaba en aquel momento preciso.

Sintió un repentino ataque de pánico en el que, como en mitad de una descarga eléctrica, sintió un desesperado deseo de huir. Pero cerró su mente a semejante idea. Sabía que el obscuro secreto de aquella ocasión, más crucial, intocable y mortal que lo que se ocultara en el edificio en forma de seta, residía en lo que le había obligado a trasladarse allí.

Pero nunca tendría que averiguar cuáles fueron los verdaderos motivos de aquello. Lo pensó, no con palabras, sino con un breve y agresivo espasmo de emoción, semejante a cólera y con gusto ácido. Las palabras fijas en su mente, del mismo modo que cuando convino en trasladarse a aquel lugar, eran como una fórmula mágica que se repite en un momento necesario y a la que no se debe recurrir fuera de él: ¿Qué puede hacer uno cuando hay que convivir con ¡a gente?

Se dio cuenta de que el graderío reservado para aquellos a quienes Ferris había llamado élite intelectual era más amplio que el de las autoridades. Sintió un escurridizo sentimiento de placer ante la idea de haber sido colocado en primera fila. Se volvió para mirar los bancos situados tras él, experimentando algo así como un leve y gris sobresalto. Aquella reunión disparatada, diversa y descolorida, no respondía precisamente a su concepto de una élite intelectual. Vio a hombres en actitud beligerante y como a la defensiva y mujeres vestidas sin gusto; distinguió rostros ruines, rencorosos, suspicaces, marcados con una señal incompatible con quien levantara el estandarte de la inteligencia: la de la incertidumbre. No vio ni un solo rostro conocido, ni tampoco ninguno al que poder reconocer como famoso, y menos aún unas facciones que pudieran ser dignas de dicha atención. Se preguntó qué habría servido de base para elegir a aquellas personas.

Luego observó una figura lacia en la segunda fila; la de un hombre de edad madura con una cara alargada y fláccida, que le pareció débilmente familiar, aun cuando no pudiera recordarla con exactitud, excepción hecha de cierto vago recuerdo como el de una fotografía vista en cualquier indiferente publicación. Se inclinó hacia una mujer y preguntó, señalándolo:

—¿Podría decirme el nombre de aquel caballero?

La mujer contestó, en un susurro de temeroso respeto:

—Es el doctor Simón Pritchett.

El doctor Stadler volvió la cara, deseoso de que nadie supiera que formaba parte del grupo.

Levantó la mirada y pudo ver que Ferris conducía a toda la cuadrilla de reporteros hacia él. Le vio señalarlo con un ademán, del mismo modo que un guía turístico, y declarando cuando estuvieron lo suficientemente cerca como para ser oído: «Pero, ¿por qué han de

perder el tiempo conmigo cuando ahí tenemos la fuente de nuestro acontecimiento de hoy, el hombre que ha hecho posible todo esto: el doctor Robert Stadler?»

Le pareció por un momento observar cierta incongruente expresión en las caras cansadas y cínicas de los periodistas, una mirada no precisamente de respeto, expectación o esperanza, sino más bien como un débil reflejo de tales cosas; la misma expresión que debieron adoptar en su juventud al escuchar el nombre del doctor Stadler. Sintió un impulso que no quiso reconocer: el de decirles que no sabía nada de aquel acontecimiento; que su fuerza contaba menos que la de ellos, que había sido llevado allí manejándolo como un peón en algún juego ignorado, casi como… un prisionero.

Pero en vez de ello escuchó sus propias respuestas, expresadas con el tono atento y condescendiente de quien comparte todos los secretos de las más altas jerarquías:

—Sí; el Instituto Científico del Estado se siente orgulloso de cuanto ha conseguido en beneficio del público… El Instituto Científico del Estado no es una herramienta en manos de intereses particulares o de egoísmos personales, sino que se dedica al bienestar de la humanidad en general.

Soltaba como un dictáfono todas aquellas despreciables vulgaridades escuchadas con anterioridad al doctor Ferris.

No se permitió reconocer que lo que sentía era aborrecimiento hacia sí mismo; identificó la emoción, pero no su objetivo. Pensó que era desprecio hacia los hombres que lo rodeaban, que eran éstos quienes le obligaban a realizar aquella vergonzosa comedia. «Pero, ¿qué puede hacer uno —pensó —cuando hay que convivir con la gente?»

Los periodistas tomaban breves notas. Sus caras tenían ahora el aspecto de las de unos autómatas, actuando según la rutina de pretender que escuchaban noticias en las vacías declaraciones de otro autómata.

—Doctor Stadler —preguntó uno, señalando al edificio sobre la altura—, ¿es cierto que considera usted el Proyecto X como el mayor logro del Instituto Científico del Estado?

Se produjo un silencio mortal.

—¿El… Proyecto… X? —preguntó el doctor Stadler.

Comprendió que algo sonaba mal en el tono de su voz, porque vio a los periodistas levantar la cabeza estupefactos, cual si oyeran una sirena de alarma. Luego esperaron con los lapiceros dispuestos.

Por un instante, mientras sentía los músculos de su cara crujir en una forzada sonrisa, experimentó un informe y casi sobrenatural terror, como si volviera a percibir el silencioso efecto de una suave máquina en la que hubiera sido atrapado, viéndose obligado a cumplir su irrevocable voluntad.

—¿El Proyecto X? —repitió suavemente en el tono misterioso de un conspirador—. Bien, caballeros; el valor y el motivo de cualquier logro del Instituto Científico del Estado no han de ser puestos en duda, puesto que se trata de una empresa desinteresada. ¿Es preciso decir algo más?

Levantó la cabeza y pudo ver que el doctor Ferris se había mantenido en los límites del grupo durante toda la entrevista. Se preguntó si sería cierto que la cara del doctor parecía ahora menos tensa y más impertinente.

Dos resplandecientes automóviles se introdujeron a toda velocidad en el estacionamiento, deteniéndose con un despliegue de chirriantes frenos. Los periodistas lo abandonaron en mitad de una frase y echaron a correr para observar al grupo que bajaba de los vehículos.

El doctor Stadler se volvió hacia Ferris.

—¿Qué es el Proyecto X? —preguntó con dureza.

El doctor Ferris sonrió de un modo inocente y cínico a la vez.

—Una empresa desinteresada —contestó, echando a correr también para reunirse con los recién llegados.

A juzgar por los respetuosos susurros de la muchedumbre, el doctor Stadler dedujo que el hombrecillo que vestía arrugado traje de hilo y que parecía un picapleitos, caminando vivamente en el centro del grupo, era míster Thompson, el jefe del Estado. Míster Thompson sonreía, fruncía el ceño y ladraba respuestas a los periodistas. El doctor Ferris accionaba en medio del grupo con la gracia de un gato al restregarse contra diversas piernas.

El grupo se acercó y pudo ver al doctor Ferris arrastrándolos a todos en su dirección.

—Míster Thompson —dijo el doctor Ferris con voz sonora—, ¿me permite presentarle al doctor Robert Stadler?

El doctor Stadler vio cómo los ojos de picapleitos de aquel hombre le estudiaban durante una fracción de segundo y percibió en los mismos una impresión de supersticioso temor, como a la vista de un fenómeno procedente de cierto reino mítico, incomprensible para él. Tenía la penetrante f calculadora astucia-de un gallo de pelea convencido de que nada es inmune a sus puntos de vista; una mirada que venía a ser el equivalente visual a las palabras: «¿Quién será éste?»

—Es un honor, doctor; me siento muy honrado —dijo míster Thompson vivamente, estrechándole la mano.

Supo que el hombre alto y algo encorvado, con el pelo cortado casi al rape, era míster Wesley Mouch. Pero no pudo captar los nombres de los otros cuyas manos estrechó. Conforme el grupo continuaba hacia el graderío destinado a las autoridades se quedó allí, con la abrasadora sensación de un descubrimiento al que no se atrevía a enfrentarse: el de sentirse abrumadoramente complacido por el gesto aprobatorio del pequeño picapleitos.

Un grupo de jóvenes ayudantes, que parecían acomodadores de cine, apareció de algún lugar con carretones cargados de objetos brillantes, que procedieron a distribuir a los reunidos. Los objetos en cuestión eran prismáticos. El doctor Ferris se colocó ante un micrófono junto al tablado de las autoridades. A una señal de Wesley Mouch su voz repercutió súbitamente por la pradera; una voz untuosa y fraudulentamente solemne, amplificada gracias al micrófono, hasta convertirse en poderoso sonido de gigante.

—¡ Señoras y caballeros…!

La multitud guardó silencio, mientras todas las cabezas se volvían al unísono hacia la elegante figura del doctor Floyd Ferris.

—Señoras y caballeros: han sido ustedes escogidos, en reconocimiento a sus distinguidos servicios al país y su lealtad social, para presenciar la demostración de un acontecimiento científico de tremenda importancia. De alcance tan extraordinario, de posibilidades tan fantásticas, que hasta el momento presente ha sido conocido sólo por unos cuantos con el nombre de Proyecto X.

El doctor Stadler enfocó sus prismáticos hacia lo único que tenía a la vista: la distante granja.

Pudo ver que eran unas ruinas desiertas, evidentemente abandonadas desde muchos años antes. La claridad del cielo se filtraba por el desnudo costillaje del tejado y fragmentos de cristal bordeaban el marco obscuro de las vacías ventanas. Vio un ruinoso granero, la enmohecida torre de un molino de agua y los restos de un tractor boca abajo con sus ruedas al aire.

El doctor Ferris hablaba de los cruzados de la ciencia y de los años de abnegada devoción, de constante laborar y de perseverante búsqueda que habían hecho posible el Proyecto X.

Estudiando las ruinas de la granja, el doctor Stadler pensó que resultaba muy extraña la visión de un rebaño de cabras en aquel paraje desolado. Había seis o siete de ellas, unas medio dormidas, las otras rumiando letárgicamente la hierba que podían encontrar entre aquellos arbustos quemados por el sol.

—El Proyecto X —estaba diciendo el doctor Ferris —ha tenido por objeto investigaciones especiales en el campo del sonido. La ciencia del sonido ofrece aspectos sorprendentes, que el profano apenas puede sospechar…

A unos cincuenta pies de la granja el doctor Stadler observó una estructura evidentemente nueva y cuya finalidad se le escapaba. Venía a ser como una agrupación de tirantes de acero, elevándose en el espacio, pero sin sostener nada ni conducir a ningún sitio.

El doctor Ferris hablaba ahora sobre la naturaleza de las vibraciones acústicas.

El doctor Stadler dirigió sus prismáticos al horizonte, más allá de la granja, pero no había nada que ver en muchas millas alrededor. El repentino y vigoroso movimiento de una de las cabras le obligó a observar otra vez el rebaño. Se dio cuenta entonces que los animales estaban encadenados a estacas clavadas a intervalos regulares en el suelo.

—… y se descubrió —dijo el doctor Ferris —que existen ciertas frecuencias de vibración acústica que ninguna estructura, orgánica o inorgánica, puede resistir.

El doctor Stadler notó un punto brillante que saltaba por entre la maleza en medio del rebaño. Era una cría que no había sido encadenada y que correteaba alrededor de su madre.

—… El Rayo de Sonido es controlado por un tablero que se halla dentro del gigantesco laboratorio subterráneo —explicó el doctor Ferris, señalando el edificio en la altura—. A ese tablero le hemos dado cariñosamente el nombre de «xilófono» porque hay que tener un cuidado exquisito en revisar los conmutadores adecuados y maniobrar las palancas precisas. Para esta ocasión especial, una ampliación del «xilófono», conectada con la del interior, se encuentra aquí —señaló el tablero frente a la tribuna de las autoridades— a fin de que puedan ustedes presenciar toda la operación y vean la sencillez del procedimiento…

Al doctor Stadler le agradaba observar las evoluciones del cabritillo, porque su visión le proporcionaba un placer tranquilizador y amable. El pequeño ser tendría apenas una semana y parecía una pelota de pelo blanco, con sus graciosas y largas patas, que movía de un lado para otro, con deliberada y alegre torpeza, manteniéndolas rígidas y rectas. Parecía saltar como si disfrutara con los rayos solares y el aire veraniego, sintiendo la alegría de descubrir su propia existencia.

—… El rayo sonoro es invisible e inaudible, pero controlable en absoluto respecto a objetivo, dirección y alcance. La primera prueba pública que estáis a punto de presenciar ha sido dispuesta para cubrir un pequeño sector de. sólo dos millas, mientras el espacio situado a su alrededor en una extensión de veinte millas ha sido declarado zona de seguridad. El actual equipo generador de que dispone nuestro laboratorio es capaz de producir rayos que cubren, a través de las aberturas que pueden observar bajo la cúpula, un radio de cien millas en un círculo cuya periferia abarca desde las orillas del Mississippi y desde más o menos el puente ferroviario de la «Taggart Transcontinental» hasta Des Moines y Fort Dodge, Iowa; Austin, Minnesota; Woodman, Wisconsin, y Rock Island, Illinois. Y esto es sólo un modesto principio, porque poseemos los conocimientos técnicos necesarios para construir generadores con un radio de doscientas y hasta de trescientas millas. Sin embargo, debido a no haber podido conseguir a su debido tiempo suficiente cantidad de metal altamente resistente al calor, como el metal Rearden, hemos tenido que contentarnos con nuestro actual equipo y nuestro radio de control. En honor a nuestro gran presidente míster Thompson, bajo cuya presciente administración se garantizaron al Instituto Científico del Estado los fondos gracias a los cuales ha sido

posible el Proyecto X, este gran invento será conocido a partir de ahora como el Armonizador Thompson.

La muchedumbre aplaudió; míster Thompson siguió sentado inmóvil, manteniendo la cara dentro de una consciente rigidez. El doctor Stadler se dijo que aquel picapleitos tenía tan poco que ver con el proyecto como cualquiera de los ayudantes parecidos a acomodadores de cine; que no poseía ni el talento, ni la iniciativa, ni el suficiente grado de malicia como para inventar ni siquiera una nueva trampa para topos; que también él era sólo un peón en aquella silenciosa máquina: una máquina sin centro, sin jefe y sin dirección; una máquina que no había sido puesta en movimiento por el doctor Ferris o por Wesley Mouch, ni por cualquiera de los acobardados seres que se agrupaban en el graden o, ni por ninguno de los que permanecían en un segundo plano; una máquina impersonal, desprovista de cerebro y de cuerpo, que nadie conducía y en la que todos eran accesorios, cada cual según el grado de su propia maldad. El doctor Stadler se cogió al borde del banco, sintiendo deseos de ponerse en pie y de echar a correr.

—… Y en cuanto a la función y al propósito del rayo acústico, no diré nada. Dejaremos que hable por sí mismo. Lo veréis actuar. Cuando el doctor Blodgett pulse los conmutadores del «xilófono» fijen los ojos en el objetivo, que es esa granja a dos millas de aquí. No hay nada más que ver, porque el rayo es invisible. Los pensadores progresivos opinan, desde hace tiempo, que no existen entidades, sino actos; que' no hay valores, sino consecuencias. Ahora, señoras y caballeros, veréis cuáles son los actos y las consecuencias del Armonizador Thompson.

El doctor Ferris se alejó lentamente del micrófono y fue a sentarse en el banco, junto al doctor Stadler.

Un hombre de aspecto juvenil y regordete ocupó su lugar ante el tablero y levantó su mirada expectante hacia míster Thompson. Éste pareció perplejo unos momentos, como si algo escapara a su mente, hasta que Wesley Mouch se inclinó para murmurar unas palabras a su oído.

—¡Contacto! —exclamó míster Thompson.

El doctor Stadler no podía soportar la visión de la mano graciosa, ondulante y afeminada del doctor Blodgett al pulsar el primer contacto del tablero y luego el otro. Levantó sus prismáticos y se puso a mirar la granja.

Al enfocar los lentes vio cómo una cabra tiraba de su cadena para alcanzar plácidamente un alto y seco cardo. En el momento siguiente el animal se levantó en el aire, giró sobre si mismo, con las patas estiradas hacia arriba, estremeciéndose, y fue a caer sobre el gris montón formado por otras siete cabras que se agitaban igualmente en convulsiones. Antes de lo que el doctor Stadler hubiera creído, los animales quedaron inmóviles, excepto por la pata de uno de ellos, que sobresalía de aquella masa rígida como un palo y oscilaba como a impulsos de un fuerte viento. La granja se partió como si estuviera hecha de trozos de cartón y se derrumbó bajo el surtidor de ladrillos de su chimenea. El tractor desapareció, convertido en una especie de torta metálica. El molino de agua se resquebrajó y sus fragmentos cayeron al suelo, mientras la rueda describía una larga curva en el aire, como impulsada por movimiento propio. Los tirantes y soportes de acero del artilugio recién levantado se vinieron abajo como una estructura de cerillas bajo un fuerte soplo. Todo fue tan rápido, tan sencillo e incontestable, que el doctor Stadler no tuvo tiempo de sentir horror. Lo que acababa de presenciar no constituía una realidad, sino, que pertenecía al reinado de las pesadillas infantiles en que los objetos materiales pueden disolverse gracias a un malévolo deseo.

Apartó los prismáticos de sus ojos. Ante él apareció una pradera vacía. No había granja, no había nada en la distancia, excepto una zona un poco más obscura, semejante a la sombra de una nube.

Un único y penetrante grito se levantó de los asientos situados tras él y una mujer se desmayó. Preguntóse por qué había de gritar de aquel modo, luego de haberse realizado el hecho, pero luego comprendió que el tiempo transcurrido desde que fue oprimida la palanca no llegaba a un minuto.

Volvió a elevar los prismáticos, como si esperara que la sombra de la nube fuera todo cuanto había que ver. Pero los objetos materiales seguían allí, convertidos en un montón de escombros. Los examinó, y al instante se dio cuenta de que buscaba al cabritillo. No lo pudo encontrar; sólo vio un montón de pieles grises.

Al bajar los prismáticos y volverse, vio que el doctor Ferris lo miraba. Tuvo la seguridad de que aquél no había estado vigilando el objetivo, sino observando su cara como para ver si podía zafarse del rayo.

—Eso es todo —anunció por el micrófono el rechoncho doctor Blodgett en el tono obsequioso de un vendedor de almacén—. En las estructuras no queda un clavo ni un tornillo intactos, ni en los cuerpos de los animales un vaso sanguíneo sin romper.

La multitud se estremecía en bruscos movimientos, exhalando murmullos. La gente se miraba entre sí, levantándose con aire incierto y volviendo a sentarse, deseando poner fin a aquella pausa. En los murmullos sonaba un fondo de contenida histeria. Todos parecían esperar que alguien les dijera lo que debían pensar de aquello.

El doctor Stadler vio cómo ayudaban a bajar a una mujer de las filas traseras; llevaba la cabeza baja y se apretaba la boca con un pañuelo. Se habla mareado.

Apartó su mirada de ella y pudo ver al doctor Ferris, que seguía observándolo. El doctor Stadler se hizo un poco hacia atrás con expresión austera y desdeñosa, la expresión propia del mayor científico de la nación, y preguntó:

—¿Quién ha inventado ese horrible procedimiento?

—Usted.

El doctor Stadler lo miró sin conmoverse.

—Se trata sólo de una aplicación práctica de sus descubrimientos teóricos —explicó el doctor Ferris, complacido—. Deriva de sus valiosas investigaciones acerca de la naturaleza de los rayos cósmicos y de las transmisiones espaciales de energía.

—¿Quién ha trabajado en el proyecto?

—Unos cuantos seres de tercera categoría, como los llamaría usted. En realidad, apenas han existido dificultades. Ninguno de ellos podría haber concebido el primer paso hacia el concepto de su fórmula de transmisión de la energía; pero dada ésta, lo demás fue sencillo.

—¿Cuál es el propósito de este invento? ¿Cuáles son esas «posibilidades que marcan una época»?

—¡Oh! ¿No lo ha observado? Se trata de un valiosísimo instrumento de seguridad pública. Ningún enemigo atacará al poseedor de semejante arma. Librará al país del temor a una agresión y le permitirá trazar su futuro dentro de una seguridad absoluta. —Su voz expresaba una extraña indiferencia, cierta despreocupada improvisación, como si no esperara ni intentara ser creído—. Suavizará las fricciones sociales. Promoverá la paz, la estabilidad y, como hemos indicado, la armonía. Eliminará el peligro de una guerra.

—¿Qué guerra? ¿Qué agresión? Si el mundo entero muere de hambre y los Estados populares apenas pueden subsistir no obstante las entregas de nuestra nación, ¿dónde ve peligro de guerra? ¿Teme que esos harapientos salvajes nos ataquen?

El doctor Ferris lo miró frente a frente.

—Los enemigos internos pueden constituir tan gran peligro para el pueblo como los externos —contestó—. Y acaso más. —Esta vez su voz sonó como si estuviera seguro de

ser comprendido—. ¡Los sistemas sociales parecen tan precarios! Pero piense en la estabilidad que conseguiremos gracias a unas cuantas instalaciones de este tipo en lugares estratégicos. Significará un estado de permanente paz. ¿No lo cree así?

El doctor Stadler no se movió ni respondió. Conforme los segundos fueron transcurriendo y su cara mantuvo una expresión invariable, todo aquello pareció paralizarse. Sus ojos miraban como los de un hombre para quien, de repente, todo cuanto sabe, todo cuanto supo desde el principio y lo que pasó años enteros tratando de no ver, aparece de pronto ante él obligándole a un doloroso forcejeo entre la visión de referencia y su poder para negar la existencia de la misma.

—¡No sé de qué me habla! —exclamó finalmente. El doctor Ferris sonrió.

—Ningún negociante particular ni avaricioso industrial hubiera financiado el Proyecto X —declaró suavemente, en el tono de una perezosa e informal discusión—. No hubiera podido permitírselo, porque se trata de una inversión enorme, sin perspectivas de ganancia material. ¿Qué beneficios podía esperar de la misma? A partir de ahora esa granja no producirá beneficio alguno. —Señaló la obscura mancha en la distancia—. Como habrá observado, el Proyecto X tenía que ser una empresa distinta. Contrariamente a lo que ocurre en una firma comercial, el Instituto Científico del Estado no ha tropezado con inconvenientes en obtener dinero para el proyecto. Durante los últimos dos años no ha oído decir que el Instituto haya tropezado con problemas financieros, ¿verdad? En cambio antes solían presentarse con frecuencia, al ser preciso votar los fondos necesarios para el avance de la ciencia. Los encargados de otorgarlos siempre solicitaban algo a cambio de los mismos, como usted solía decir. Pues bien, ha ocurrido algo, una cosa que algunos de ellos apreciarían en lo que vale. Esos fondos fueron votados por otras personas. No resultó difícil. En realidad, buen número de éstas creyó seguro procurar dinero para un proyecto secreto; se convencieron de su importancia al no considerárselas con relieve suficiente como para enterarlas del mismo. Desde luego, existieron unos cuantos escépticos. Pero cedieron al recordárseles que el jefe del Instituto Científico del Estado era el doctor Robert Stadler, de cuyo buen juicio e integridad no podían dudar.

El doctor Stadler se miraba las uñas.

El repentino clamor del micrófono obligó a la gente a una inmediata atención. Todo el mundo parecía a muy poca distancia del pánico. El locutor, con voz semejante a una ametralladora que lanzara sonrisas, proclamó alegremente que iban ahora a presenciar la emisión radiofónica que comunicaría la noticia del gran descubrimiento a la nación entera. Luego, con una ojeada a su reloj, a su cuaderno de apuntes y el brazo de Wesley Mouch, que debía dar la señal, gritó a la resplandeciente cabeza de reptil del micrófono, a las salas de estar, a las oficinas, a los estudios, a los cuartos infantiles del país:

—]Señoras y caballeros…! ¡El Proyecto X!

El doctor Ferris se inclinó hacia el doctor Stadler, entre el martilleo de las palabras del locutor, que parecían galopar por todo el continente con una descripción del nuevo invento y le dijo, en el tono de una observación casual:

—Es de gran importancia que no se provoquen criticas del proyecto en unos tiempos tan difíciles. —Y luego añadió, como al azar, como si se tratara de una broma—: Ni que se formulen críticas de nada en ningún momento.

—I… los jefes políticos, culturales, intelectuales y morales de la nación —estaba gritando el locutor ante el micrófono—, que han presenciado este gran acontecimiento como representantes vuestros y en vuestro nombre, os comunicarán ahora sus puntos de vista!

Míster Thompson fue el primero en subir los peldaños de madera que conducían a los micrófonos. Salió del paso con un breve discurso, saludando a una nueva época y declarando, en el tono beligerante de un desafío a enemigos sin identificar, que la ciencia

pertenecía al pueblo y que cada hombre, a la vista del globo entero, disfrutaba el derecho a compartir las ventajas creadas por el progreso tecnológico.

A continuación habló Wesley Mouch. Refirióse al planeamiento social y a la necesidad de un apoyo unánime a quienes lo llevaban a cabo. Aludió a la disciplina, la unidad, la austeridad y el deber patriótico de soportar dificultades temporales.

—Hemos movilizado los mejores cerebros del país a fin de que trabajen para vosotros. Este gran invento ha sido producto del genio de un hombre cuya devoción hacia la causa de la humanidad nadie podrá poner en duda, a un hombre reconocido por todos como la mente más ilustre del siglo: ¡el doctor Robert Stadler!

—¿Cómo? —jadeó el doctor Stadler volviéndose hacia Ferris. Este último le miró con aire de paciente condescendencia.

—¡No le he dado permiso para que diga tal cosa! —manifestó el doctor Stadler, medio gritando, medio susurrando.

El doctor Ferris extendió las manos en ademán de impotencia.

—Doctor Stadler, me parece inoportuno que se deje usted perturbar por cuestiones políticas que siempre consideró indignas de su atención y su sabiduría. Comprenda que no es misión de míster Mouch pedir permiso a nadie.

La figura encorvada ahora contra el cielo sobre el tablado de los oradores, enroscándose sobre el micrófono y hablando en el tono aburrido y desdeñoso de quien cuenta una historia subida de color, era la del doctor Simón Pritchett. Declaraba que el nuevo invento era un instrumento beneficioso para la sociedad, que garantizaba la prosperidad general y que quien dudara de un hecho tan evidente era un enemigo de dicha sociedad y debía ser tratado en consecuencia.

—Este invento, producto del doctor Robert Stadler, preeminente amigo de la libertad…

El doctor Ferris abrió una cartera, sacando de ella unas cuantas hojas pulcramente mecanografiadas, y se volvió al doctor Stadler.

—Va a ser usted la sensación de la jornada —le dijo—. Hablará el último de todos. —Le extendió las hojas—. Y éste es el discurso que ha de pronunciar.

Sus ojos dijeron todo lo demás: que su elección de palabras no había sido accidental.

El doctor Stadler tomó las hojas, sosteniéndolas con las puntas de sus rígidos dedos, igual que se sostendrían unos papeles a punto de ser arrojados a la basura.

—No le he pedido que se erigiera en mi «escritor fantasma» —le dijo. El sarcasmo de su voz dio a Ferris la clave de lo que había de objetar: no eran momentos para sarcasmos.

—No podía permitir que ocupara su valioso tiempo en redactar discursos para la radio —declaró—. Estoy convencido de que sabrá apreciarlo.

Lo dijo en tono de cortesía, como si no le importara que se reconociese dicha cualidad; en el tono de quien arroja a un mendigo la limosna con la que salvar su situación.

La respuesta del doctor Stadler lo perturbó; este último no había pronunciado palabra ni mirado el manuscrito.

—La falta de fe —estaba declarando un obeso locutor con el aire de quien discute en una pelea callejera—, la falta de fe es lo único que hemos de temer. Si tenemos fe en los planes de nuestros jefes, éstos conseguirán los efectos deseados y todos disfrutaremos de prosperidad, tranquilidad y plenitud. Los individuos que van de un lado a otro, dudando y destruyendo nuestra moral, son los que provocan la carestía y la miseria. Pero no vamos a permitir que sigan actuando mucho tiempo; estamos aquí para proteger al pueblo, y si alguno de estos dubitativos mequetrefes intenta algo, podéis creerme cuando os digo que sabremos dar buena cuenta de él.

—Sería una desgracia —indicó el doctor Ferris con expresión suave —provocar resentimientos populares contra el Instituto Científico del Estado, en tiempos tan explosivos como los actuales. Existe en el país mucho descontento e intranquilidad, y si la gente comprendiera mal la naturaleza del nuevo inventó, podría concentrar su antagonismo en todos los científicos. Éstos nunca han disfrutado de popularidad entre la masa.

—Deseamos la paz —estaba suspirando una mujer alta y delgada ante el micrófono—. Pues bien; este invento es un nuevo y grandioso instrumento en favor de la misma. Nos protegerá de los propósitos agresivos de voraces enemigos y nos permitirá respirar libremente y aprender a amar a nuestros semejantes. —Tenía un rostro huesudo y una boca amargada por los cocktails; llevaba un vestido floreado, azul pálido, que sugería el atavío de una artista—. Podemos considerarlo como ese milagro que siempre se creyó imposible en el curso de la historia; como el sueño de muchos siglos; tomo síntesis final de ciencia y de amor.

El doctor Stadler observó las caras de quienes ocupaban el graderío. Todo el mundo permanecía ahora sentado, con expresión tranquila, escuchando; pero en sus ojos se apreciaba un aire vago, de crepúsculo, de temor en proceso de ser aceptado como permanente; el aire de heridas recién hechas a las que empezara a invadir la infección. Sabían, igual que él, que todos constituían ahora el objetivo de aquellas informes chimeneas que brotaban de la cúpula en forma de hongo, y se preguntó de qué modo lograrían extinguir aquello de su mente y escapar a semejante idea. Las palabras que deberían absorber y creer eran las cadenas que intentaban sujetarlos, igual que a las cabras, para que no escaparan al radio de acción de aquellos tubos. Observó las líneas apretadas de sus labios y las ocasionales miradas de recelo que dirigían a sus vecinos, como si el horror que los amenazaba no procediera del rayo acústico, sino de aquellos hombres empeñados en hacérselo reconocer así. Sus pupilas estaban veladas, pero lo que aún quedaba de vida en ellas, parecía un grito de socorro.

—¿En qué cree que pensamos? —preguntó el doctor Ferris—. La razón es la única arma de los científicos… y la razón carece de poder sobre los hombres. En tiempos como éste, cuando el país se destroza y la muchedumbre, impulsada por ciega desesperación, apela a los tumultos y la violencia, el orden ha de ser mantenido por cualquier medio a nuestra disposición. ¿Qué hacer cuando debe contenderse con el pueblo?

El doctor Stadler no contestó.

Una mujer gruesa y lacia, con un sostén inadecuado bajo su obscuro vestido empapado de sudor, decía ante el micrófono… cosa que al doctor Stadler le costó trabajo creer, que el nuevo invento sería acogido con- especial gratitud por las madres del país.

El doctor Stadler miró hacia otro lado. Al observarle, el doctor Ferris no pudo ver nada en él, aparte de la noble línea de su despejada frente y el rictus de amargura de las comisuras de sus labios.

De pronto, sin aviso previo, Robert Stadler se volvió hacia él. Era como ver surgir una mancha de sangre en una herida ya casi cerrada. El rostro de Stadler se mostraba contraído a causa del dolor, del horror, de la sinceridad, cual si, por- un momento, tanto él como Ferris fuesen seres humanos.

—¡Estamos en un siglo civilizado, Ferris! ¡En un siglo civilizado! —gimió con incrédula desesperación.

El doctor Ferris se tomó algún tiempo para exhalar y sostener una prolongada y suave risa.

—No sé de qué me habla —contestó como quien repite una frase ajena. El doctor Stadler bajó la mirada.

Cuando Ferris volvió a hablar, su voz poseía atisbos de un tono que Stadler no pudo definir, excepto en el sentido de no poder figurar en una discusión civilizada.

—Sería una desgracia que algo obstaculizara la labor del Instituto Científico del Estado. Sería una gran desgracia que el Instituto hubiera de cerrar, o que alguno de nosotros se viera obligado a abandonarlo. ¿Dónde iríamos? Los científicos constituyen un lujo estos días y no queda demasiada gente ni organizaciones capaces de aportar elementos, no ya superfluos, sino simplemente necesarios. No nos quedan puertas abiertas. No se nos acogería en el Departamento de Investigación de un organismo industrial, como por ejemplo, digamos el Acero Rearden. Además, si nos atrajéramos enemigos, éstos serían temidos por cualquier persona tentada de emplear nuestros talentos. Un hombre como Rearden hubiera luchado por nosotros. Pero, ¿lo hará un Orren Boyle? Sin embargo, se trata de especulaciones puramente teóricas, porque, desde un punto de vista práctico, todos los establecimientos particulares de investigación científica han sido cerrados por la ley; por la directriz 10-289 cursada, como quizá usted no sepa, por míster Wesley Mouch. ¿Piensa quizá en las universidades? Se encuentran en la misma posición. No pueden permitirse enemigos. ¿Quién hablará en nuestro favor? Hombres como Hugh Akston hubieran salido en nuestra defensa, pero pensar en ello ahora es hacerse culpable de un anacronismo, porque perteneció a una época distinta. Las condiciones establecidas en nuestra realidad social y económica han hecho, desde hace tiempo, imposible su existencia continuada. Y no creo que el doctor Simón Pritchett, o la generación educada bajo su guía, esté en disposición de defendernos o acceda a ello. Nunca he creído en la eficacia de los idealistas. ¿Y usted? Además, ésta no es una época adecuada a los idealismos poco prácticos. Si alguien desea oponerse a una política gubernamental, ¿cómo se haría escuchar? ¿Gracias a los caballeros de la prensa, doctor Stadler? ¿A través de ese micrófono? ¿Existe todavía en el país algún periódico independiente? ¿Una emisora sin controlar? ¿Un pedazo de propiedad particular o una opinión personal? —El tono de su voz era ahora el mismo que hubiese empleado un rufián—. La opinión personal es el único lujo que nadie puede permitirse hoy.

Los labios del doctor Stadler estaban tan rígidos como los músculos de las cabras, muertas, al decir:

—Está usted hablando a Robert Stadler.

—No lo he olvidado. Y precisamente por no haberlo olvidado, le hablo ahora. Robert Stadler es un nombre ilustre, que no me gustaría ver destruido. Pero, ¿qué representa actualmente un nombre ilustre? ¿A ojos de quién lo es? —Su brazo hizo un gesto amplio, señalando los graderíos—. ¿A ojos de gente como la que vemos a nuestro alrededor? Si creen, cuando se les dice, que un instrumento de muerte es herramienta de prosperidad, ¿no creerían también que el doctor Robert Stadler es un traidor y un enemigo del Estado? ¿Se defendería usted manifestando que no es verdad? ¿Es que piensa en la verdad, doctor Stadler? Las cuestiones de verdad o mentira no entran en los problemas sociales. Los principios carecen de influencia en los asuntos públicos. La razón no tiene fuerza alguna en los seres humanos. La lógica es impotente. La moralidad superflua. No me conteste ahora, doctor Stadler. Ya me contestará por el micrófono. Es usted el siguiente orador.

Mirando la larga mancha obscura de la granja en la distancia, el doctor Stadler comprendió que lo que sentía era terror, pero no se pudo permitir aceptarlo. Él, que había podido estudiar las partículas y subpartículas del espacio cósmico, no quiso permitirse examinar sus propios sentimientos y comprobar que estaban hechos de tres partes: una basada en el terror de una visión que parecía fija ante sus ojos; la de la inscripción grabada en su honor sobre la puerta del Instituto: «A una mente sin miedo; a la verdad sin tacha». Otra parte era un miedo sencillo, animal, a la destrucción física; un miedo humillante, que en el mundo civilizado de su juventud nunca creyó experimentar; y la

tercera consistía en el terror de saber que al traicionar lo primero, uno se entrega de lleno a lo segundo.

Avanzó hacia el tablado con paso firme y lento, la cabeza levantada y el manuscrito del discurso, arrugado entre sus dedos, como si subiera a un pedestal o a una guillotina. De igual modo que la vida de un hombre aparece retratada ante él en el momento de morir, así avanzó hacia la voz del, locutor, que leía al país la lista de los triunfos y de la carrera de Robert Stadler. Una leve conmoción le estremeció al oír: «…antiguo director del departamento de Física de la Universidad Patrick Henry». Comprendió de un modo distante, pero no como si procediese de su interior, sino de alguna persona a la que dejara atrás, que la muchedumbre estaba a punto de presenciar un acto de destrucción más terrible que el arrasamiento de la granja.

Había subido los primeros escalones del tablado cuando un joven periodista se abrió paso, corrió hacia él y agarró la barandilla para detenerle.

—¡Doctor Stadler! —le interpeló en desesperado susurro—. ¡Dígales la verdad! ¡Dígales que nada tiene que ver con todo eso! ¡Dígales la clase de máquina infernal que han ideado y el propósito que abrigan respecto a la misma! ¡Descubra ante el país qué clase de personas intentan usarla! ¡Nadie dudará de su palabra! ¡Cuénteles la verdad! ¡Sálvenos! ¡Es usted el único que puede hacerlo!

El doctor Stadler lo miró. Era joven; sus movimientos y su voz poseían la vivaz y aguda claridad derivada de una inteligencia despierta. Entre sus colegas maduros, corrompidos, ansiosos de favores y creados de manera artificial, había conseguido el rango de primer personaje en la prensa política, gracias a un postrer e irresistible chispazo de inteligencia. En sus ojos se pintaba una viveza anhelante y sin temor. Eran la clase de ojos que el doctor Stadler había visto clavados en él desde los bancos de las aulas. Notó que tenía las pupilas color castaño claro, con un leve tinte verde.

El doctor Stadler volvió la cabeza y pudo ver que Ferris había acudido a su lado, como un sirviente o como un carcelero.

—No quiero verme insultado por jovenzuelos desleales, impulsados por la traición —dijo el doctor Stadler en voz alta.

El doctor Ferris se volvió hacia el joven y le dijo con el rostro descompuesto por una rabia provocada por algo que nunca había esperado ni supuesto:

—¡Entrégueme su tarjeta de periodista y su permiso para trabajar!

—Me siento orgulloso —leía ante el micrófono el doctor Stadler ante el atento silencio de una nación —«de que mis años de trabajo al servicio de la ciencia me hayan conferido el honor de colocar en manos de nuestro gran jefe míster Thompson un nuevo instrumento de potencia incalculable y de influencia civilizadora y liberadora…»

* * *

El cielo mostraba el ardor nocivo de un horno, y las calles de Nueva York parecían conductos por los que circulara no aire ni luz, sino simplemente polvo. Dagny se hallaba en una esquina, allí donde el autobús del aeropuerto la había dejado, mirando la ciudad con pasivo asombro. Los edificios parecían requemados por semanas de calor estival, pero la gente tenía un aire abatido, cual si pesaran sobre ella siglos de angustia. Permaneció mirando a los transeúntes, desarmada por una enorme sensación de irrealidad.

Dicha sensación era su único sentimiento, desde primeras horas de la mañana; desde el instante en que al final de una vacía carretera había avanzado hacia una ciudad desconocida, deteniendo al primer transeúnte para preguntarle dónde se encontraba.

—En Watsonville —contestó.

—¿Qué Estado, por favor?

El hombre la miró antes de responder: «Nebraska», y echar a andar rápidamente.

Dagny sonrió sin alegría, sabiendo que el desconocido se había preguntado de dónde vendría aquella mujer, pero ninguna explicación de cuantas imaginara podía ser tan fantástica como la realidad. Sin embargo, lo que a ella le pareció fantástico fue precisamente Watsonville, conforme caminaba por sus calles hacia la estación ferroviaria. Había perdido la costumbre de considerar la desesperación como aspecto normal y dominante de la humana existencia, normal hasta el punto de pasar inadvertido. El hallarse de nuevo ante él la afectó con su total e inútil futilidad. Notaba la marca del dolor y del miedo en las caras de la gente y al propio tiempo el aire de evasión de quien rehúsa aceptarlos. Parecían protagonistas de una enorme ficción, como en un ritual que los apartara de la realidad, dejando que la tierra siguiera invisible, y sus existencias remansadas, ante el temor de algo prohibido y sin nombre. Sin embargo, lo prohibido era la simple acción de contemplar la naturaleza de su pena y preguntarse acerca del deber de soportarla. Lo veía de un modo tan claro, que deseó aproximarse a los desconocidos, sacudirlos, reírse en su cara y gritarles: «¡Déjense de tonterías!»

No existía motivo para que la gente fuese tan desdichada, pensó; ningún motivo. Luego, recordó que la razón era el único poder que habían logrado borrar de su existencia.

Subió a un tren Taggart en dirección al aeropuerto más cercano. No dio a conocer su personalidad a nadie, por parecerle absurdo. Se sentó junto a la ventanilla de un vagón, como una extranjera que tuviese que aprender el lenguaje incomprensible de quienes hablaban a su alrededor. Tomó un periódico abandonado y se las compuso, aunque con gran esfuerzo, para leer lo que había escrito en él. Todo le parecía infantil y sin sentido. Clavó la mirada, con asombro, en un párrafo de cierta columna neoyorquina, en el que se declaraba enfáticamente que míster James Taggart tenía empeño en aclarar que su hermana había fallecido en accidente de aviación, contrariamente a ciertos rumores en sentido contrario. Recordó la directriz 10-289 y se dijo que Jim estaba molesto por las sospechas públicas de que hubiera podido desertar.

La redacción del párrafo indicaba que su desaparición había sido tema de gran amplitud y que aún lo seguía siendo. Existían otros indicios de ello: la mención de la trágica muerte de Miss Taggart en un artículo acerca del creciente número de catástrofes aéreas, y en la última página un anuncio ofreciendo cien mil dólares de recompensa a la persona que diera con los restos del aparato. Iba firmado por Henry Rearden.

Aquello le confirió cierta sensación de intranquilidad; el resto carecía de sentido. Luego, lentamente, cayó en la cuenta de que su regreso sería un acontecimiento público, comentado con carácter sensacional en el país. Experimentó cierta letárgica debilidad ante la perspectiva de una dramática vuelta al hogar, de enfrentarse a Jim y a la prensa, y de ser testigo de todo aquel tumulto. Deseó no tener que participar en nada.

En el aeropuerto, un informador de ciudad provinciana entrevistaba a algunos funcionarios a punto de partir. Esperó hasta que hubo terminado y luego acercóse a él, le alargó sus documentos de identidad y le dijo con voz tranquila, mientras el otro la miraba boquiabierto:

—Soy Dagny Taggart. ¿Quiere publicar, por favor, que estoy viva y que me encontraré en Nueva York esta misma tarde?

El avión estaba a punto de partir y, debido a ello, se evitó la necesidad de contestar a pregunta alguna.

Observó las praderas, los ríos y las ciudades, deslizándose a enorme distancia bajo ella y notó que el sentido de aislamiento que experimentaba, al contemplar la tierra desde un

avión, era igual al que sentía al mirar a la gente: sólo que su alejamiento de esta última le parecía aún mayor.

Los pasajeros escuchaban una emisión radiofónica, al parecer importante, a juzgar por su atención. Captó breves retazos de voces susurrantes hablando de un nuevo invento que significaría indefinibles beneficios y cierto inconcreto bienestar público. Evidentemente, se habían escogido las palabras de modo a no expresar un significado definido, y Dagny se preguntó cómo alguien podía simular que las estaba escuchando. Sin embargo, eso es precisamente lo que hacían los pasajeros. Sufrían aquella perorata del mismo modo que un niño que aún no sabe leer y que, con un libro abierto ante los ojos, produce sonidos al azar pretendiendo que los mismos están contenidos en las incomprensibles líneas negras. Pero el niño, al fin y al cabo, sabe que está jugando, pensó; en cambio, aquella gente quería convencerse a sí misma de que no fingía, de que no conocía ninguna otra clase de existencia.

Dicho sentimiento de irrealidad siguió fijo en ella cuando bajó del avión, pasando, sin ser vista,' ante una muchedumbre de reporteros. Evitó la parada de taxi y lanzóse al autobús del aeropuerto. Mientras iba en el vehículo y, más tarde, encontrándose en la esquina de una calle mirando Nueva York, le pareció encontrarse en una ciudad abandonada.

Al entrar en su piso no experimentó el sentimiento propio de una vuelta al hogar. El aposento parecía una máquina dispuesta para ser usada con algún propósito desprovisto de significado.

Pero experimentó un impulso de energía, como el primer claro en una niebla que prestara cierto significado a todo aquello, cuando tomó el auricular del teléfono y llamó a la oficina de Rearden, en Pennsylvania.

—¡Oh, Miss Taggart… Miss Taggart! —exclamó Miss Ivés con su voz severa y carente de emoción, cual si exhalara un alegre gemido.

—¡Hola, Miss Ivés! La he sorprendido, ¿verdad? ¿Sabía usted que estaba incólume?

—¡Oh, sí! Lo oí por la radio esta mañana.

—¿Se encuentra míster Rearden en su oficina?

—No, Miss Taggart. Está en las Montañas Rocosas buscando… es decir…

—Sí; lo sé. ¿Tiene idea de dónde podríamos localizarlo?

—Espero saber de él de un momento a otro. Ahora se encuentra en Los Gatos, Colorado. Lo llamé en cuanto supe la noticia, pero había salido y dejé recado de que me llamara. Está en su avión la mayor parte del día… pero en cuanto regrese al hotel se pondrá al habla conmigo.

—¿En qué hotel se aloja?

—El Eldorado de Los Gatos.

—Gracias, Miss Ivés —dijo. Y se dispuso a colgar.

—¡Oh, Miss Taggart!

—Dígame.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Dónde ha estado?

—Ya se lo contaré… cuando nos veamos. Ahora me encuentro en Nueva York. Cuando llegue mister Rearden, haga el favor de decirle que estoy en mi oficina.

—Sí, Miss Taggart.

Colgó el receptor, pero mantuvo la mano sobre el mismo, cual si quisiera perpetuar su primer contacto con un asunto de verdadera importancia. Contempló su piso y la ciudad, mirando por la ventana, sin deseo alguno de volverse a hundir en la niebla de lo insensato y sin objeto.

Levantó de nuevo el receptor y llamó a Los Gatos.

—Aquí Hotel «Eldorado» —le contestó una voz soñolienta y airada de mujer.

—¿Quiere tomar un recado para míster Henry Rearden? Cuando regrese, dígale…

—Un minuto, por favor —gruñó la voz, en el tono impaciente de quien no está dispuesto a aceptar ninguna imposición ajena.

Escuchó el chasquido de unos pulsadores, un zumbido lejano, algunos espacios de silencio, y luego, una voz de hombre clara y firme, respondiendo:

—Diga.

Era Hank Rearden. Dagny se quedó mirando el receptor, cual si fuera el cañón de un arma, sintiéndose atrapada, incapaz de respirar.

—¿Diga? —repitió él.

—Hank, ¿eres tú?

Escuchó un sonido ahogado, más semejante a un suspiro que a una exclamación de asombro, y luego, el largo y vacío chisporroteo de la comunicación.

—¡Hank! —No hubo respuesta—. ¡Hank! —gritó presa de terror.

Le pareció escuchar una respiración entrecortada, y luego, sonó un murmullo; pero no con acento interrogante, sino como el de quien asevera algo.

—Dagny.

—Hank, lo siento… ¡Oh, querido, lo siento! ¿No lo sabías?

—¿Dónde estás, Dagny? ¿Te encuentras bien?

—Desde luego. ¿No sabías que he regresado… y que estoy viva?

—No… no lo sabía.

—¡Oh, Dios mío! Lo siento. Llamé y…

—¿De qué estás hablando, Dagny? ¿Dónde te encuentras?

—En Nueva York. ¿No te enteraste por la radio?

—No. Acabo de regresar.

—¿No te han dado el recado de que llamaras a Miss Ivés?

—No.

—¿Estás bien?

—¿Cómo quieres que esté en estos momentos? —respondió, acompañando sus palabras con una tenue risa, que se fue transformando en una leve carcajada juvenil—. ¿Cuándo has vuelto?

—Esta mañana.

—Dagny, ¿dónde has estado? Ella no contestó inmediatamente.

—Mi avión se vino abajo —explicó —en las Montañas Rocosas. Fui recogida por unas personas que me ayudaron, pero no pude mandar aviso de lo que me sucedía.

—¿Tan grave ha sido? —preguntó él al tiempo que cesaba automáticamente de reír.

—¿Te refieres al accidente? No; no fue grave. No he sufrido heridas. Nada de particular.

—Entonces, ¿por qué no pudiste mandar recado?

—No existían… medios de comunicación.

—¿Cómo has tardado tanto en regresar?

—No puedo contestarte… ahora.

—Dagny, ¿has corrido algún peligro?

El tono entre sonriente y amargo de su voz expresaba casi pena al contestar:

—No.

—¿Fuiste retenida contra tu voluntad?

—No, no ha sido eso precisamente.

—Entonces podrías haber vuelto antes. ¿Por qué no lo hiciste?

—Tienes razón, pero eso es todo cuanto puedo contarte.

—¿Dónde has estado, Dagny?

—¿Te importaría no hablar de eso ahora? Esperemos a vernos.

—Como quieras. No haré preguntas. Dime solamente: ¿te encuentras totalmente a salvo?

—¿A salvo? Sí.

—Quiero decir, ¿has sufrido alguna herida aún no curada o que pueda tener consecuencias permanentes?

En el mismo tono de quien sonríe sin alegría, le respondió:

—Heridas, no, Hank. En cuanto a lo de las consecuencias permanentes, no lo sé.

—¿Estarás en Nueva York, esta noche?

—Sí, sí. Mi regreso es… definitivo.

—¿De veras?

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé. No puedo evitarlo, cada vez que no puedo encontrarte.

—He regresado.

—Sí. Te veré dentro de unas horas. —Su voz se interrumpió, cual si la frase resultara demasiado importante para ser creída—. Dentro de unas horas —repitió firmemente.

—Estaré aquí.

—Dagny…

—Dime.

Él se rió suavemente.

—Tan sólo quería escuchar tu voz un poco más. Perdóname. No es el momento oportuno. No quiero decirte nada.

—Hank, yo…

—Ya hablaremos cuando te vea, querida. Hasta pronto.

Se quedó contemplando el silencioso receptor. Y por vez primera desde su regreso, sintió dolor; un dolor violento que la hacía vivir, porque era algo digno de ser sentido.

Telefoneó a su secretario en la «Taggart Transcontinental», para decirle brevemente que se hallaría en su despacho media hora después.

Cuando se encontró frente a la estatua de Nathaniel Taggart en el terminal, aquélla adquirió a sus ojos un carácter más real que nunca. Le pareció que los dos se encontraban solos en un enorme templo lleno de resonancias, mientras las franjas de niebla semejaban fantasmas informes, entrelazándose y desapareciendo a su alrededor. Permaneció inmóvil, mirando la estatua, como si por un instante lo venerase. «He regresado» eran las únicas palabras que le podía ofrecer.

En la puerta de cristal esmerilado de su despacho aún figuraba la inscripción «Dagny Taggart». Las caras de sus empleados cuando entró en la antesala fueron idénticas a las de un náufrago que ve de pronto una cuerda a la que aferrarse. Eddie Willers se hallaba en pie en su recinto de cristal, con un visitante frente a él. Hizo un movimiento, cual si quisiera salir a su encuentro, pero se contuvo; parecía aprisionado allí dentro. Saludó con

la mirada a cada una de aquellas personas, sonriéndoles con afabilidad, como a chiquillos condenados a la desgracia, y luego se dirigió hacia la mesa de Eddie.

Éste observaba su aproximación, como si todo lo demás hubiera quedado borrado para él. Pero su rígida postura parecía indicar que debía seguir simulando escuchar al hombre que se hallaba ante él.

—¿Fuerza motriz? —decía el visitante, con una voz brusca y trepidante muy similar a un gruñido nasal—. No existe problema acerca de la fuerza motriz. Tan sólo hay que tomar…

—Hola —dijo Eddie mansamente, con velada sonrisa, como quien contempla una lejana visión.

El desconocido se volvió hacia ella. Tenía la piel amarillenta, el pelo ensortijado, el rostro duro, de músculos blandos, y una repelente hermosura adecuada para el rincón de un bar. Sus ojos castaños y borrosos poseían la vacía indiferencia del cristal.

—Miss Taggart —dijo Eddie con resonante tono de severidad; el tono de quien quiere obligar a otro a adoptar los modales de un salón en el que nunca ha penetrado—, ¿me permite presentarle a míster Meigs?

—¿Cómo está usted? —dijo el aludido, sin interés. Y luego se volvió hacia Eddie, continuando como si Dagny no se hallara presente—: Suprima al «Comet» en el servicio de mañana y del martes y envíe las máquinas a Arizona, para el especial, cargado de uva, junto con el material rodante del Scranton de carbón que ya he mencionado. Curse las órdenes en seguida.

—¡No hará usted semejante cosa! —jadeó Dagny, demasiado incrédula para poderse enfadar.

Eddie no respondió.

Meigs la miró con lo que hubiera podido pasar por asombro si sus ojos hubiesen sido capaces de manifestar alguna emoción. —Curse esas órdenes —repitió a Eddie sin énfasis alguno, saliendo de allí.

Eddie realizaba anotaciones en un pedazo de papel.

—¿Estás loco? —preguntó Dagny.

Levantó los ojos hacia ella, como si se sintiera exhausto por horas de vapuleo.

—Hemos de hacerlo, Dagny —respondió con voz incolora.

—¿Quién es? —preguntó ella señalando la puerta que acababa de cerrarse tras de míster Meigs.

—El director de Unificación.

—¿Cómo?

—El representante gubernamental encargado del plan de Unificación de los Ferrocarriles.

—¿Qué es eso?

—Es… ¡oh, espera un poco, Dagny! ¿Te encuentras bien? ¿Te ha ocurrido algo? ¿Se estrelló tu avión?

Jamás imaginó cómo sería el rostro de Eddie Willers cuando ganara en edad, pero ahora lo veía bien claramente. A los treinta y cinco años estaba convertido en un viejo, y el cambio había ocurrido en el plazo de un mes. No se trataba de la contextura de la piel o de las arrugas que surcaran su rostro. Éste era el mismo de siempre, con los mismos músculos, pero ahora parecía saturado por cierta destructora y resignada expresión como quien acepta un dolor sin esperanza.

Dagny sonrió, suave y confidencialmente, cual si le comprendiera e intentara anular todos los problemas, y dijo tendiéndole la mano:

—Muy bien, Eddie.

Él la estrechó y se la llevó a los labios, cosa que nunca hiciera antes; sus modales no eran atrevidos ni despreocupados, sino simples y abiertamente personales.

—Mi avión se estrelló, en efecto —repuso Dagny—. Y a fin de que no te preocupes más, voy a contarte la verdad. No he sufrido daño alguno. Pero ésa no es toda la historia que pienso dar a la prensa. Así es que no lo menciones a nadie.

—Desde luego.

—No tuve medio de comunicar con vosotros, pero no porque sufriera daños, sino por otra causa. Es todo cuanto puedo decirte, Eddie. No me preguntes dónde he estado o por qué he tardado tanto en regresar.

—No lo preguntaré.

—Y ahora dime: ¿en qué consiste ese plan de Unificación Ferroviaria?

—Pues… si no te importa, preferiría que te lo contara Jim. Lo hará dentro de poco. Yo no tengo estómago para ello, a menos que me obligues —añadió con un consciente esfuerzo para mantenerse disciplinado.

—No es preciso que lo hagas. Dime tan sólo si he entendido bien a ese unificador: quiere que inmovilices al «Comet» durante dos días, con el fin de que las locomotoras arrastren un tren especial cargado de uva en Arizona.

—En efecto.

—¿Y ha inmovilizado también un tren carbonero para poder disponer de vagones para la uva en cuestión?

—Sí.

—¿Ha dicho uva?

—En efecto.

—¿Por qué?

—Dagny, las palabras «por qué» no las utiliza ya nadie aquí. Transcurrido un momento, Dagny preguntó:

—¿Tienes idea de los motivos?

—¿Idea? No es preciso imaginar. Lo sé seguro.

—¿De qué se trata?

—El tren especial cargado de uva va destinado a los hermanos Smather. Éstos adquirieron hace un año un rancho frutal en Atizona a un hombre que se arruinó por causa de la ley de igualdad en las oportunidades. Había sido dueño del mismo durante treinta años. El anterior, los hermanos Smather se iniciaron en el negocio de los tableros horadados, y compraron el rancho gracias a un préstamo de Washington, bajo los beneficios de un proyecto de ayuda a zonas de urgencia como la de Arizona. Los hermanos Smather tienen amigos en Washington.

—¿Qué más?

—Dagny, todo el mundo lo sabe; todo el mundo sabe cuál ha sido el horario de los trenes durante las pasadas tres semanas y por qué algunos distritos y ciertos negociantes consiguen transporte y otros no. Lo que no se supone que digamos es que estamos enterados de ello. Tenemos que simular la creencia de que el «bienestar público» es el único motivo de cualquier decisión. Ahora, dicho bienestar público requiere la inmediata entrega de una enorme cantidad de uvas a la ciudad de Nueva York. —Hizo una pausa y añadió—: El director de Unificación es el único juez del bienestar público y posee autoridad indiscutible sobre el destino que se dé a cualquier clase de fuerza motriz y material rodante en los ferrocarriles del país.

Se produjo un momento de silencio.

—Comprendo —dijo Dagny, y añadió—: ¿Qué se ha hecho con el túnel Winston?

—¡Oh! Quedó abandonado hace tres semanas. Ni siquiera han rescatado los trenes. El equipo enviado para ello tuvo que desistir.

—¿Qué se ha hecho acerca de la reconstrucción de la antigua línea alrededor del túnel?

—El proyecto está archivado.

—¿Se lleva a cabo tráfico transcontinental de alguna clase?

—¡Oh, sí! —repuso con aire de amargura.

—¿Dando un rodeo por la «Kansas Western»? -No.

—Eddie, ¿qué ha sucedido aquí durante el mes pasado?

Él sonrió, como si sus palabras significaran una fea confesión.

—Durante el mes pasado hemos estado ganando dinero —repuso. Dagny vio cómo se abría la puerta de la oficina y cómo entraba James Taggart, acompañado de míster Meigs.

—Eddie, ¿quieres estar presente en la conferencia? —preguntó—. ¿O prefieres librarte de ella?

—Deseo estar presente.

La cara de Jim parecía un manoseado pedazo de papel, aun cuando su carne suave y algo hinchada no ofreciese más arrugas que las de costumbre.

—Dagny, son muchas las cosas a discutir; innumerables los cambios que,… —empezó con una voz penetrante, que parecía querer arrastrar a toda su persona—. ¡Oh! Me alegro de que hayas vuelto. Me hace muy feliz saber que vives —añadió impaciente—. Ahora, son varias las cosas urgentes…

—Entremos en mi despacho —propuso Dagny.

El despacho en cuestión era como una reconstrucción histórica restaurada y mantenida en funcionamiento por Eddie Willers; el mapa, el calendario, el retrato de Nat Taggart, seguían colgados de las paredes, y no que* daba allí traza alguna de la época de Clifton Locey.

—Sigo siendo vicepresidente de la Sección de Operaciones, ¿verdad? —preguntó Dagny, irónica, sentándose a su mesa.

—Lo eres -se apresuró a contestarle Taggart con aire acusador, casi desafiante—. Lo eres, desde luego. No olvides que no te has retirado. Porque sigues aquí, ¿no es cierto?

—No. No me he retirado.

—Lo más urgente es comunicarlo a la prensa; decirles que has vuelto a tu tarea y dónde has estado y también… pero, a propósito, ¿dónde estuviste, Dagny?

—Eddie —repuso ella—, ¿quieres redactar una nota de acuerdo con lo que voy a decirte y enviarla a la prensa? Mi avión sufrió una avería mientras volaba sobre las Montañas Rocosas en dirección al túnel Taggart. Perdí la dirección y me puse a buscar un lugar en el que tomar tierra, teniendo que hacerlo en un sector de montaña totalmente desierto… en Wyoming. Un matrimonio de viejos pastores me encontró allí, llevándome a su cabaña en las profundidades de los montes, a cincuenta millas de la población más próxima. Yo sufría graves magulladuras y permanecí inconsciente durante casi dos semanas. En casa del matrimonio no había teléfono ni radio, ni medios de comunicación o de transporte, excepto un viejo camión que no quiso funcionar cuando intentaron ponerlo en marcha. Tuve que permanecer con ellos hasta haber recuperado las fuerzas para caminar. Recorrí a pie las cincuenta millas hasta las estribaciones inferiores y luego me hice llevar por unos y por otros hasta la estación Taggart, en Watsonville, Nebraska.

—Comprendo —dijo Taggart—. Bien. Magnífico. Y ahora, cuando concedas tu entrevista a la prensa…

—No pienso hacerlo.

—¿Cómo? ¡Pero si llevan llamándome todo el día! ¡Te esperan! ¡Es esencial!- exclamó con aire de verdadero pánico—. ¡Esencial e imprescindible!

—¿Quién te ha estado llamando todo el día?

—Pues… personas de Washington y… y otras… Esperan tu declaración. Dagny señaló la nota tomada por Eddie.

—Ésa es mi declaración —dijo.

—¡No basta! Debes asegurar que no te has retirado… —Es evidente, ¿no crees?, puesto que estoy aquí.

—Has de manifestar algo sobre ello.

—¿Sobre qué?

—Algo de tipo más personal.

—¿A quién?

—A la nación. Todos se han preocupado mucho por ti, y debes devolverles la confianza.

—Esa nota lo hará, si es que realmente alguien se ha preocupado por mí.

—¡No es eso a lo que me refiero!

—Entonces, ¿a qué?

—Quiero decir…-se interrumpió, evitando mirarla—. Quiero decir… Se sentó, buscando palabras y haciendo crujir sus nudillos.

Dagny tuvo la impresión de que estaba totalmente deshecho. Su temblorosa impaciencia, lo penetrante de su voz, aquella sensación de pánico, eran cosa nueva en él. Las bruscas subidas de tono, sus constantes amenazas habían reemplazado a su antigua actitud de precavida benevolencia.

—Quiero decir…-Buscaba palabras con las que expresar su idea, sin necesidad de darle un nombre concreto;' Dagny pensó que intentaba hacerle comprender algo que no quería fuera captado por otros—. Me refiero a que el público…

—Sé a lo que te refieres —le respondió—. No, Jim; no pienso dar seguridades a nadie acerca del estado de nuestra industria.

—Eres…

—El público no puede recibir seguridades superiores a aquellas que es capaz de asimilar. Y ahora, vayamos al grano.

—Yo…

—Vayamos al grano, Jim.

El miró a mister Meigs, el cual permanecía sentado en silencio, con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Llevaba una chaqueta o guerrera que parecía uniforme militar, aunque no lo fuese, y que le apretaba el cuello, haciéndolo sobresalir por encima de la prenda. Su cuerpo, ceñido por la cintura, trataba de disimular un exceso de grasa. Lucía un anillo con un enorme diamante amarillento que lanzaba destellos cuando movía sus rollizos dedos.

—Ya conoces a mister Meigs —dijo Taggart—. No sabes cuánto me alegro de que los dos hayáis congeniado. —Realizó una pausa expectante, aunque sin recibir contestación de ninguno de los dos—. Mister Meigs es el representante del plan de Unificación Ferroviaria. Tendrás muchas oportunidades para cooperar con él.

—¿Qué es el plan de Unificación Ferroviaria?

—Se trata de… una nueva organización nacional que entró en vigor hace tres semanas y que apreciarás y aprobarás, encontrándola extremadamente práctica. —Dagny se asombró ante la futilidad de aquellos métodos; Jim actuaba como si al dar por descontada su opinión le impidiera alterarla—. Es una disposición de urgencia que ha salvado el sistema de transportes.

—¿En qué consiste?

—Te habrás dado cuenta, desde luego, de las insuperables dificultades que presenta la construcción. Resulta imposible, al menos temporalmente, tender una nueva vía. Como consecuencia, el principal problema del país reside en conservar la industria del transporte en su totalidad; conservar el plan en vigencia y las facilidades actuales. La supervivencia nacional requiere…

—¿En qué consiste ese plan?

—Dentro de la política de supervivencia, los ferrocarriles han sido unificados en un solo equipo, contribuyendo cada cual con sus recursos. Los ingresos se entregan a la Oficina Ferroviaria de Washington, que actúa como tutora para la industria en general y divide los beneficios entre las compañías ferroviarias, según… cierto modernísimo principio de distribución.

—¿Qué principio?

—No te preocupes; los derechos de propiedad han sido debidamente protegidos; tan sólo adoptan una forma distinta. Cada ferrocarril conserva, la responsabilidad independiente de su funcionamiento, su horario y la conservación de sus vías y equipos. Como contribución a la fusión nacional, toda compañía permite a otra, cuando las necesidades lo imponen, utilizar sus vías y sus servicios, sin remuneración alguna. Al final del año, la oficina distribuye los beneficios totales y paga a cada compañía; pero, no al azar, según la anticuada base del número de trenes en funcionamiento o del tonelaje de la carga transportada, sino de acuerdo con sus necesidades. La conservación de los rieles constituye la necesidad más importante, y por ello se paga a cada compañía según las millas de riel que tiene en funcionamiento.

Dagny comprendió totalmente el significado de aquellas palabras, pero sintiéndose incapaz de poderlas creer, de otorgarles el privilegio de la cólera, el despecho o la oposición. Era una pesadilla de dementes, que sólo se apoyaba en la disposición del pueblo para pretender que creía en su sensatez. Experimentó un vacío y un torpor inmensos; la sensación de sentirse arrojada mucho más allá del reino en el que la indignación moral resulta factible y pertinente.

—¿Qué vía utilizamos ahora para nuestro tránsito transcontinental? —preguntó con voz incolora.

—La nuestra, desde luego —se apresuró a responder Taggart—. Es decir, desde Nueva York a Bedford, Illinois. A partir de Bedford, los trenes circulan por la vía de la «Atlantic Southern».

—¿Hasta San Francisco?

—Sí; es mucho más rápido que el rodeo que tú intentaste establecer.

—¿Nuestros trenes circulan por allí sin que se cargue nada por el uso de la vía?

—Además, el rodeo que tú proyectabas no podía haber durado, ya que el riel de la «Kansas Western» se averió y, por otra parte…

—¿Sin cobrarnos nada por el uso de la vía que pertenece a la «Atlantic Southern»?

—Verás; tampoco nosotros les cargamos cantidad alguna por el uso de nuestro puente en el Mississippi.

Luego de una pausa, Dagny preguntó:

—¿Has mirado algún mapa?

—Desde luego —respondió Meigs inesperadamente—. Poseen ustedes la red más larga del país. Por tal causa, no tienen que preocuparse de nada.

Eddie Willers se echó a reír. Meigs lo miró, inexpresivo.

—¿Qué le sucede? —quiso saber.

—Nada —respondió Eddie con aire cansado—. Nada.

—Mister Meigs —dijo Dagny—, si mira usted un mapa, se dará cuenta de que dos tercios del coste de mantenimiento de las vías para nuestro tránsito transcontinental nos es actualmente regalado por un competidor.

—Desde luego —respondió Meigs, mientras sus ojos se entornaban mirándola con suspicacia, como preguntándose qué motivo la habría impulsado a una declaración tan explícita.

—Y que, por otro lado, se nos paga por la posesión de millas de vía inútil, por las que no circula ningún tren —añadió Dagny.

Meigs comprendió y se reclinó en su asiento, como si hubiera perdido todo interés en el debate.

—¡No es cierto! —exclamó Taggart—. Funcionan gran número de trenes locales en' la región de nuestra antigua línea transcontinental: en Iowa, Nebraska y Colorado, y también al otro lado del túnel, en California, Nevada y Utah.

—Circulan dos locales por día —explicó Eddie Willers en el tono seco, inocente y tranquilo de quien cita los datos de un informe—. Y en algunos lugares todavía menos.

—¿Qué determina el número de trenes que una compañía tiene la obligación de mantener funcionando? —preguntó Dagny.

—El beneficio público —respondió Taggart.

—La Oficina de Unificación —dijo Eddie a la vez.

—¿Cuántos trenes han quedado suspendidos en el país durante las pasadas tres semanas?

—En realidad —se apresuró a contestar Taggart—, el plan ha contribuido a armonizar la industria y eliminar las competencias criminales.

—Ha eliminado el treinta por ciento de los trenes del país —respondió Eddie—. La única competencia aún en vigor es la de las solicitudes a la oficina para poder cancelar trenes. La compañía que sobreviva será la que consiga no hacer funcionar ninguno.

—¿Ha calculado alguien cuánto tiempo podrá mantenerse en activo la «Atlantic Southern»?

—Eso no es asunto de su… —empezó Meigs.

—¡Por favor, Cuffy! —gritó Taggart.

—El presidente de la «Atlantic Southern» —explicó Eddie, impasible —se ha suicidado.

—¡Eso nada tiene que ver con nosotros! —gritó Taggart—. ¡Fue un asunto totalmente personal!

Dagny guardó silencio. Permanecía sentada mirándolos a todos. Dentro de la torpe indiferencia de su mente existía aún cierto elemento de asombro. Jim siempre se las había compuesto para hacer recaer el peso de sus fracasos en las organizaciones que les rodeaban y sobrevivir destruyéndolas luego de haber pagado sus errores. Así habla sucedido con Dan Conway y con las industrias de Colorado; pero en aquello no demostraba ni siquiera el raciocinio de un saqueador. Era ensañarse en la carroña de un competidor más débil y media arruinado para conseguir un poco de margen, sin nada más que un hueso casi roto entre él y el abismo.

El impulso derivado de la costumbre de razonar casi empujó a Dagny a discutir y a demostrar lo que ya era evidente. Pero al mirarles comprendió que lo sabían. En términos diferentes a los suyos, de un modo inconcebible y consciente, sabían todo cuanto ella pudiera decirles. Resultaba inútil demostrarles el horror irracional de lo que estaban haciendo y de sus consecuencias. Tanto Meigs como Taggart lo sabían perfectamente y el secreto de sus conciencias representaba el medio por el que escapar a la finalidad de tal conocimiento.

—Comprendo —dijo con voz serena.

—Bien, ¿qué otra cosa querías que hiciera? —preguntó Taggart—. ¿Abandonar nuestro tránsito transcontinental? ¿Declararme en quiebra? ¿Convertir la compañía en un miserable ferrocarril local de la costa del Este? —La palabra pronunciada por Dagny parecía haberle afectado más que una colérica objeción. Se estremecía de terror al comprender lo que aquel simple vocablo significaba—. ¡No he podido evitarlo! ¡Hemos de poseer una línea transcontinental! ¡No había medio de rodear el túnel! ¡Carecemos de dinero para satisfacer gastos extraordinarios! ¡Tenía que hacer algo! ¡Hemos de poseer una línea!

Meigs lo miraba entre sorprendido y disgustado.

—Yo no discuto nada, Jim —manifestó Dagny secamente.

—No podemos permitir que una empresa como la «Taggart Transcontinental» se hunda. ¡Sería una catástrofe nacional! ¡Hemos de pensar en las ciudades, las industrias, las mercancías, los pasajeros, los empleados y los accionistas cuyas vidas dependen de nosotros! No trabajamos tan sólo en nuestro beneficio, sino también en el del público. ¡Todo el mundo está conforme en que el plan de Unificación Ferroviaria es práctico! Los mejor informados…

—Jim —le interrumpió Dagny—, si tienes algo más que discutir conmigo, discútelo ahora.

—Jamás te ha preocupado el aspecto social de nada —le respondió él con voz tristona, desprovista de su anterior energía.

Dagny observó que aquella actitud resultaba tan irreal para míster Meigs como para ella, aunque por razones completamente opuestas. El primero miraba a Jim con ceñudo desdén. Ante sus ojos Jim aparecía repentinamente como quien, luego de intentar un camino situado entre dos polos, Meigs y ella, empezaba a darse cuenta ahora de que la ruta en cuestión se estrechaba y de que pronto quedaría aprisionado entre dos altas paredes.

—Míster Meigs —preguntó impulsada por cierto toque de amarga y divertida curiosidad —, ¿en qué consiste su plan para pasado mañana?

Observó cómo sus ojos castaños y velados se fijaban en ella sin expresión.

—Es usted muy poco práctica —contestó.

—Resulta completamente inútil teorizar sobre el futuro —intervino bruscamente Taggart —cuando lo más inmediato son los problemas del día. A la larga…

—A la larga, todos habremos muerto —declaró Meigs. De pronto se puso en pie.

—Tengo que irme, Jim —dijo—. No puedo perder el tiempo en conversaciones. —Y añadió—: Háblele de la necesidad de hacer algo para dar fin a los accidentes. Ella encontrará un medio si es una muchacha tan lista por lo que a trenes respecta.

Aquellas palabras habían sido pronunciadas de un modo indiferente. Era un hombre que nunca se preocupaba de si ofendía a alguien o de si era ofendido.

—Te veré más tarde, Cuffy —dijo Taggart, conforme Meigs salía, sin dirigir ni una mirada de despedida a ninguno de ellos.

Taggart contempló a su hermana, temeroso y expectante, cual si temiera sus comentarios y al propio tiempo anhelara desesperadamente oírlos.

—Bien, ¿qué dices? —preguntó Dagny.

—¿A qué te refieres?

—¿Tienes alguna otra cosa que discutir?

—Pues yo…-Parecía decepcionado—. ¡Sí!- exclamó en el tono de quien adopta una decisión desesperada—. Tengo otro asunto por discutir, el más importante de todos…

—¿El creciente número de accidentes ferroviarios?

—No, no es eso.

—¿De qué se trata, entonces?

—Pues de que… esta noche figurarás en la emisión radiofónica de Bertram Scudder.

—¿De veras? —preguntó Dagny echándose hacia atrás.

—Dagny, es imprescindible. Se trata de un asunto crucial. No puedes evitarlo. El renunciar a ello queda fuera de toda posibilidad. En tiempos como los actuales, uno carece de opción y…

Dagny consultó su reloj.

—Te daré tres minutos para explicarte… si es que quieres que te oiga. Y más vale que te expreses claramente.

—¡De acuerdo! —exclamó él, desesperado—. Se considera de la máxima importancia… totalmente imprescindible… o al menos Chick Morrison, Wesley Mouch y míster Thompson lo creen así, que pronuncies un discurso a la nación, un discurso que refuerce la moral, ¿comprendes?, afirmando que no te has marchado.

—¿Por qué?

—Porque todo el mundo estaba seguro de que lo habías hecho… Tú no sabes lo que ha ocurrido por aquí últimamente, pero resulta pavoroso. Circulan rumores peligrosos acerca de todos los temas imaginables. La gente no hace más que murmurar. No cree lo que dicen los periódicos, lo que se afirma en los mejores discursos. Prefieren atenerse a cualquier maligna y perturbadora murmuración que circule por ahí. Ya no queda confianza, ni fe, ni orden, ni respeto a la autoridad. La gente parece al borde del pánico.

—Bien. ¿Y qué?

—En primer lugar, esto es consecuencia de la actitud de los grandes industriales desaparecidos. Nadie se encuentra en condiciones de explicar lo sucedido y la gente anda desconcertada. Se propalan toda clase de histéricos comentarios, pero la frase más en boga es la de que «ninguna persona honrada trabajaría para esa gente». Se refieren a los de Washington. ¿Lo comprendes ahora? Quizá no sospechases que eres tan famosa, pero lo eres. O mejor dicho, te has convertido en tal desde que tu aparato se estrelló. Nadie ha creído lo del accidente. Todos estaban convencidos de que habías desertado/ quebrantando la ley, es decir, la directriz 10-289. Existe un gran desconocimiento popular respecto a esa directriz 10-289; mucha… digamos inquietud. Comprenderás la importancia que tiene ese discurso radiado, manifestando al público que la directriz 10-289 no está destruyendo la industria, sino que se trata de una admirable pieza legislativa, promulgada en beneficio de todos. Que si tienen un poco más de paciencia, las cosas mejorarán y la prosperidad volverá al país. Ya no creen en ningún funcionario público. Tú… tú posees una industria, una de las pocas de la vieja escuela que aún quedan, y eres la única persona que ha vuelto luego de que te creyeron desaparecida. Por otra parte, se te tiene por… por una reaccionaria que se opone a la política de Washington. La gente te creerá. Reforzarás su confianza; ejercerás una gran influencia en su moral. ¿Me comprendes ahora?

Había hablado con apresuramiento, animado por la extraña expresión de Dagny, semejante a un levísimo asomo de sonrisa.

Ella le escuchó, creyendo percibir a través de sus palabras el sonido de la voz de Rearden cuando le dijo, cierta tarde de primavera, más de un año atrás: «Necesitan de nosotros una especie de sanción. No sé cuál ha de ser la naturaleza de la misma, pero estoy seguro de que si valoramos nuestras vidas, no debemos entregársela. Aunque te pongan en un potro, no cedas. Déjales que destruyan tu ferrocarril y mis fundiciones, pero no cedas».

—¿Me has comprendido?

—¡Oh, sí, Jim! Lo veo claro.

Él no pudo deducir nada juzgando por el tono de su voz. Ésta sonaba baja, casi como un gemido o una risa ahogada. Y en parte también expresaba triunfo; pero era la primera emoción que demostraba, se aferró a la misma, sin otra opción que la esperanza.

—¡He prometido a Washington que hablarías! No podemos defraudarles y menos en un asunto como éste. No podemos hacernos sospechosos de deslealtad. Todo está convenido. Serás la disertante principal en el programa de Bertram Scudder, esta noche a las diez y media. En el curso del mismo se entrevistará a figuras prominentes, que serán oídas en toda la nación. Ese programa tiene numerosos adeptos y tus palabras serán seguidas por más de veinte millones de personas. La oficina del Regidor Moral…

—¿Qué has dicho?

—El Regidor Moral es Chick Morrison. Me ha llamado tres veces para asegurarse de que nada fallará. Han enviado órdenes para que los boletines de noticias lo anunciaran durante todo el día al país entero, invitando a la gente a escucharte.

La miró como si le pidiera una respuesta y a la vez como si la misma constituyera el elemento de menor importancia en aquellos momentos.

—Ya sabes lo que pienso de la política de Washington y de la directriz 10-289 —respondió Dagny.

—¡En tiempos como los que corremos no podemos permitirnos el lujo de pensar!

Ella se echó a reír.

—¿Te das cuenta de que no puedes rehusar? —gritó Jim—. Si luego de tanto anunciarte no apareces, será lo mismo que fortalecer los rumores circulantes. Tu actitud equivaldría a declararte en franca rebeldía.

—Esta vez la trampa no funcionará, Jim.

—¿Qué trampa?

—La que tú preparas siempre.

—No sé a qué te refieres.

—Sí lo sabes. Tanto tú como los otros estabais convencidos de que rehusaría. Y por ello me empujáis hacia una trampa, basándoos en que mi renuncia significaría un escándalo que no estoy dispuesta a afrontar. Contáis conmigo para salvar vuestro rostro y vuestro cuello. Pero no los salvaré.

—¡He prometido que acudirías!

—Pero yo no.

—¡No puedo rechazar su petición! ¿No te das cuenta de que nos han inmovilizado? ¿De qué nos tienen agarrados por el cuello? ¿No imaginas lo que pueden hacernos por conducto de la Oficina de Unificación Ferroviaria, de la Oficina de Unificación General o de la moratoria de nuestras acciones?

—Lo supe hace dos años.

Jim se estremecía presa de un terror informe, desesperado y casi supersticioso, en total desproporción con los peligros que mencionaba. Dagny comprendió súbitamente que aquel terror procedía de algo más profundo que su miedo a las represalias burocráticas y que dichas represalias eran lo único con que lo identificaba todo. Una identificación tranquilizadora, con cierta semblanza de racionalidad que ocultaba sus verdaderos motivos. Se sintió segura de que no era el pánico del país lo que deseaba evitar, sino el suyo propio; que él, Chick Morrison, Wesley Mouch y el resto de los saqueadores necesitaban su sanción, no para tranquilizar a sus víctimas, sino a sí mismos, aunque la idea práctica según ellos de beneficiar a sus víctimas fuese la única identificación que otorgaban a sus motivos y a su histérica insistencia. Con temeroso desdén —temeroso por la enormidad de lo que estaba viendo- se preguntó qué degradación interna deberían alcanzar aquellos hombres para llegar a un nivel de autodecepción en el que les fuera preciso buscar la forzada aprobación de víctimas reacias como sanción moral que necesitaban. Y ello ocurría precisamente con quienes imaginaban estar engañando al mundo.

—¡No podemos elegir! —gritó Jim—. ¡Nadie puede elegir!

—¡Vete de aquí! —repuso ella con voz tranquila y baja.

Cierta cualidad total en el sonido de la misma hizo vibrar la nota de lo no confesado en el interior de Jim, como si, aunque decidido a no ponerlo nunca en palabras, supiera cuál fue la causa que originó aquel sonido.

Abandonó la estancia.

Dagny miró a Eddie; éste tenía el aspecto de quien se siente agotado por la lucha contra algo que estaba aprendiendo a soportar como un mal crónico.

Al cabo de un momento, preguntó:

—Dagny, ¿qué fue de Quentin Daniels? Volabas tras él, ¿verdad?

—Sí —respondió Dagny—. Se ha ido.

—¿A unirse con el elemento destructor?

Aquella palabra la hirió como un golpe. Era el primer contacto entre el mundo exterior y la radiante presencia que llevaba consigo todo el día, cual una silenciosa e inmutable visión, una visión particular que no podía quedar afectada por nada de cuanto la rodease, en la que no debía pensar y que sólo cabía considerar como una fuente de fortaleza. Pero allí, en su mundo, la palabra «destructor» era la única que merecía aquella visión.

—Sí —dijo tristemente haciendo un esfuerzo—, hacia el elemento destructor.

Presionó el borde de la mesa con las manos para fortalecer su propósito y su actitud y añadió, con una amarga sombra de sonrisa:

—Bien, Eddie; veamos lo que dos seres tan poco prácticos como tú y yo pueden hacer para impedir los accidentes ferroviarios.

Dos horas después, hallándose sola, sentada a su mesa, inclinada sobre hojas de papel llenas de cifras, semejantes a una película en movimiento que le narrara la historia del ferrocarril durante las pasadas cuatro semanas, sonó el zumbador y la voz de su secretaria la informó:

—La señora Rearden viene a verla, Miss Taggart.

—¿Ha dicho el señor Rearden? —preguntó ella, incrédula, incapaz de asimilar lo que había oído.

—No. La señora Rearden.

Dejó pasar unos instantes y luego contestó:

—Dígale que entre.

Había cierto énfasis peculiar en el porte de Lillian Rearden cuando entró y avanzó hacia el escritorio. Llevaba un traje sastre, con un lazo suelto y brillante en un lado, dando a su atavío una nota de elegante incongruencia y un sombrerito ladeado, de un modo que se consideraba elegante por parecer sencillamente divertido. Su cara aparecía quizá demasiado suave y su caminar era en exceso lento. Se movía casi como si hiciera oscilar las caderas.

—¿Cómo está usted, Miss Taggart? —preguntó con voz perezosa y grácil; una voz de salón, que parecía aportar a aquel despacho el mismo estilo incongruente de su atavío.

Dagny inclinó gravemente la cabeza.

Lillian miró a su alrededor, con un aire tan divertido como su sombrero. Con una jovialidad que quería expresar madurez, ciñéndose a la convicción de que la vida no podía ser otra cosa sino algo totalmente ridículo.

—Siéntese, por favor —la invitó Dagny.

Lillian se sentó, adoptando una postura confiada, graciosa y tranquila. Cuando volvió la cara hacia Dagny, la expresión jovial seguía impresa en la misma, pero adoptaba ahora un aire distinto, como si sugiriese que ambas compartían un secreto según el cual, aunque su presencia allí pudiera parecer absurda al mundo, resultaba evidente y lógica para ellas dos. Incrementó aún mas dicha impresión al permanecer silenciosa.

—¿En qué puedo ayudarla?

—He venido a decirle —la informó Lillian con aire placentero —que esta noche figurará usted en la emisión radiofónica de Bertram Scudder.

No distinguió asombro alguno en la cara de Dagny, ni tampoco sorpresa; sólo el aire de un ingeniero estudiando un motor que produjese un ruido extraño.

—Debe usted haberse dado plena cuenta de la forma que ha adoptado su frase —dijo Dagny.

—¡Oh, sí! —exclamó Lillian.

—Pues entonces, continúe.

—¿Cómo dice?

—Que continúe explicándose.

Lillian dejó escapar una leve risita, cuya forzada brusquedad traicionó su impresión de que no era aquélla la clase de actitud que había esperado en Dagny.

—Estoy segura de que no son necesarias largas explicaciones —respondió—. Sabe muy bien el motivo por el que su participación en ese programa es importante para los que ostentan el poder. Sé por qué ha rehusado. Comprendo cuáles son sus convicciones sobre ese asunto. Quizá no le haya dado importancia, pero sabe usted muy bien que mis simpatías se han inclinado siempre hacia el sistema que ejerce el poder. Por lo tanto, comprenderá mi interés en todo esto y el lugar que en ello ocupo. Cuando su hermano me dijo que había rehusado usted, decidí intervenir, porque soy una de las pocas personas bien enteradas de que no se halla usted en situación para adoptar esa postura.

—Yo no soy siquiera una de esas pocas personas —dijo Dagny. Lillian sonrió.

—Bien; me explicaré mejor. Debe darse cuenta de que su intervención en el programa tendrá el mismo valor para los que ejercen el poder que la acción de mi esposo cuando firmó el certificado de cesión, gracias al cual se apoderaron del metal Rearden. Sabe con cuánta frecuencia y con qué buen resultado lo han venido mencionando en su propaganda.

—No lo sabía —respondió Dagny bruscamente.

—|Oh! Desde luego ha estado usted ausente durante gran parte de los dos últimos meses y quizá por ello no se haya enterado de la constante insistencia con que la prensa, la radio

y los discursos públicos han venido informando a la opinión de que incluso Hank Rearden apoya y aprueba la directriz 10-289, puesto que voluntariamente entregó su metal al país. Ello ha desanimado a muchos recalcitrantes y coadyuva a mantenerlos a raya. —Se echó hacia atrás y preguntó en el tono de un aparte casual—: ¿Le ha preguntado por qué firmó?

Dagny no contestó; no parecía haber escuchado la pregunta; permanecía inmóvil, con la cara inexpresiva, pero sus ojos, enormes, estaban fijos en Lillian, como si sólo la preocupara escuchar a ésta hasta el final.

—No creo que nunca se lo contara —dijo Lillian con voz más suave, como si reconociera las señales y se deslizase cómodamente por una ruta prevista—. Sin embargo, debe usted aprender la lección que le obligó a firmar, porque es la misma por la que aparecerá esta noche en la emisión de Bertram Scudder.

Hizo una pausa, deseosa de sentirse estimulada por su interlocutora, pero Dagny también esperó.

—Existe algo —continuó Lillian —que quizá le agrade… por lo que respecta a la acción de mi esposo. Considere lo que esa firma ha significado para él. El metal Rearden era su mayor triunfo, la suma de lo mejor de toda su existencia, el símbolo final de su orgullo… Como usted tiene motivos para conocer, es hombre extremadamente apasionado. El orgullo figura en su carácter de un modo muy sobresaliente. El metal Rearden fue algo más que un triunfo para él, fue el símbolo de su habilidad para conseguir lo propuesto, para adquirir independencia, para luchar, para elevarse. Era propiedad suya, suyo por derecho, y sabe usted lo que el derecho significa para un hombre tan estricto y lo que la propiedad representa para un carácter tan posesivo. Hubiera muerto de buen grado para defenderlo, antes que rendirlo a hombres a quienes desprecia. Eso es lo que representaba para él, y sin embargo, lo cedió. Pues bien: quizá la alegre saber que lo hizo por usted, Miss Taggart. Para salvaguardar su reputación y su honor. Firmó el certificado de cesión entregando el metal Rearden, bajo la amenaza de que su adulterio quedaría expuesto a los ojos del mundo. ¡Oh, sí! Poseíamos pruebas contundentes del mismo, hasta en los detalles más íntimos. Tengo entendido que sostiene usted una filosofía contraría al sacrificio, pero usted es, desde luego, una mujer, y abrigo la convicción de que comprenderá la magnitud del sacrificio que un hombre ha realizado por el privilegio de utilizar su cuerpo. Indudablemente habrá disfrutado usted mucho las noches que él pasó en su cama. Pues bien, ahora quizá le agrade saber también lo que esas noches le han costado. Y puesto que… le gusta la franqueza, ¿verdad, Miss Taggart?… puesto que su estado actual, por propia elección, es el de una prostituta, me descubro ante usted respecto al precio que exige y que ninguna de su colegas hubiera podido jamás igualar.

La voz de Lillian se había ido agudizando como un taladro que se rompiera al no poder dar con el punto débil de una piedra. Dagny seguía mirándola, pero toda intensidad había desaparecido de sus ojos y de su apostura. Lillian se preguntó por qué tenía la sensación de que el rostro de Dagny estaba como iluminado por un reflector. No podía distinguir en el mismo expresión particular alguna; era simplemente una cara en reposo. La claridad parecía proceder de su estructura, de la precisión de sus agudos planos, de la firmeza de la boca, de la fijeza del mirar. No podía descifrar la expresión de sus pupilas, que tenía cierto aire incongruente, parecido a la calma, pero no de una mujer, sino de un erudito; con esa cualidad luminosa y peculiar que se basa en la intrepidez de quien está totalmente satisfecho con lo que sabe.

—Fui yo —dijo Lillian blandamente —quien informó a los burócratas acerca del adulterio de mi esposo.

Dagny observó un chispazo, el primero, en los ojos sin vida de Lillian.

Le pareció de placer, pero tan distante, que semejaba la claridad solar reflejada desde la muerta superficie de la luna sobre el agua putrefacta de un pantano. Resplandeció un momento y se eclipsó.

—Fui yo —continuó Lillian —quien arrebató a mi marido el metal Rearden.

Pero sus palabras parecían una súplica.

No entraba en las facultades de la conciencia de Dagny comprender siquiera el ruego en cuestión, o la clase de respuesta que Lillian había imaginado encontrar. Supo solamente que su rival no había hallado lo que buscaba cuando escuchó de, pronto su voz airada preguntando:

—¿Me ha comprendido usted?

—Sí.

—Entonces ya sabe lo que pido y por qué tiene que obedecerme. Se creían invencibles usted y él, ¿verdad? —Intentaba mostrarse suave, pero su voz sonaba desigual, como a empellones—. Siempre ha actuado usted según su propia voluntad, lujo que yo no me he podido permitir. Por una vez y como compensación, voy a obligarla a actuar de acuerdo con mis deseos. No puede competir conmigo. No podrá salir airosa de esto, gracias á su dinero, gracias a esos dólares que puede conseguir y yo no. No existe nada que pueda ofrecerme, porque carezco de avaricia. Los burócratas no me pagan ni un céntimo por hacer esto; actúo sin provecho alguno; sin ganancia. ¿Me ha comprendido?

—Sí.

—En este caso, no son necesarias más explicaciones; tan sólo quiero recordarle que toda la evidencia conseguida, registros de hotel, facturas de joyas y otras cosas, se encuentra en posesión de las personas adecuadas y será dada a conocer en los programas radiofónicos de mañana, a menos que tome parte en el de hoy. ¿Está claro?

—SI.

—¿Cuál es su respuesta?

Vio cómo aquellos ojos luminosos de escolar la contemplaban fijamente. De pronto, le pareció como si penetraran demasiado en su ser, como si nadie la mirase en realidad.

—Me alegro de que me haya revelado todo eso —respondió Dagny—. Apareceré en la emisión de Bertram Scudder, esta noche.

* * *

Un rayo de blanca luz daba sobre el resplandeciente metal del micrófono, en el centro de una caja de cristal que la aprisionaba junto con Bertram Scudder. Los chispazos adoptaban un tono gris azulado, porque el micrófono estaba hecho de metal Rearden.

Por encima de ellos, más allá de una lámina también de cristal, podía distinguir una cabina en la que dos hileras de rostros estaban vueltos hacia ella. Entre los mismos figuraba el lacio y ansioso de James Taggart, con Lillian Rearden a su lado; esta ultima tenía una mano sobre el brazo de él, cual si quisiera tranquilizarlo. Había también un hombre llegado en avión desde Washington y que le había sido presentado como Chick Morrison, y un grupo de jóvenes ayudantes que hablaban de porcentajes de influencia intelectual y se comportaban como policías motorizados.

Bertram Scudder parecía tener miedo de ella. Se aferraba al micrófono lanzando palabras sobre su delicada superficie, presentando al país el tema de su programa. Se esforzaba en aparecer cínico, escéptico, superior e histérico a la vez; en dar la impresión de un hombre que se burla de la vanidad de las creencias humanas y, en consecuencia, exige la

confianza instantánea de sus auditores. Una pequeña mancha húmeda resplandecía en su nuca. Con todo detalle y manejando un colorido extraordinario, describía el mes de convalecencia pasado por Dagny en la solitaria cabaña de un pastor, y luego, su heroica ruta a lo largo de cincuenta millas de senderos montañosos, para reanudar el cumplimiento de sus deberes hacia el pueblo, en aquella grave hora de crisis nacional. «…Y si alguno de ustedes se ha podido dejar engañar por rumores tendenciosos encaminados a minar vuestra fe en el gran programa de nuestros jefes… pueden creer la palabra de Miss Taggart y…»

Ella permanecía en pie, contemplando el blanco rayo de luz, en el interior del cual revoloteaba un leve polvillo luminoso. Pudo notar que uno de aquellos puntos estaba vivo; tratábase de un mosquito cuyas alas brillaban al moverlas veloz, presa de algún frenético propósito. Dagny lo miró, sintiéndose tan distante del objetivo de aquel insecto como del que ofrecía el mundo exterior.

«…Miss Taggart es una observadora imparcial, una industrial de gran brillantez, que con frecuencia criticó en el pasado la actuación del Gobierno. Podemos afirmar que representa la opinión extremada y conservadora que sostuvieron gigantes de la industria como Hank Rearden. Sin embargo, incluso ella…»

Se maravilló ante la sencillez que adopta todo cuando no es preciso sentir nada. Le parecía encontrarse desnuda frente al público; pero un rayo de luz bastaba para sostenerla, porque el dolor no pesaba en su ánimo; carecía de esperanza, de reproches, de preocupaciones y de futuro.

«…Y ahora, señoras y caballeros, voy a presentarles a la heroína de esta noche; a una invitada de carácter extraordinario que…»

El dolor volvió a ella en forma de punzada repentina y penetrante, como una astilla del cristal de un muro protector que acabara de quebrarse ante la idea de que las próximas palabras a pronunciar serían las suyas. Durante un breve espacio un nombre acudió a su cerebro: el del hombre a quien había llamado destructor. No quería que escuchara lo que tenía que decir. «Si lo oyes —el dolor era como una voz que llorase ante él—, no creerás lo que te dije… Y aún peor lo que no dije, pero que tú sabías, creías y aceptabas. Creerás que no fui libre para ofrecerlas y que los días pasados contigo fueron una mentira. Destruirá el mes que pasé allí y diez de tus años. No es éste el modo en que quise que lo supieras. No así; no esta noche; pero así será. Tú, que has observado y sabido todos mis movimientos; tú, que me estás observando también ahora, dondequiera que te halles, lo escucharás…, pero no ha habido más remedio que decirlo».

«… última descendiente de un nombre ilustre en nuestra historia industrial: la mujer-directora, posible únicamente en América; la vicepresidenta de Operaciones de un gran ferrocarril… |Miss Dagny Taggart!»

Notó el contacto del metal Rearden, conforme su mano apretaba el soporte del micrófono, y a partir de aquel momento todo le resultó repentinamente fácil, pero no con la drogada sencillez producto de la indiferencia, sino con la brillante, clara y viviente facilidad de la acción…

—He venido a hablaros del programa social, del sistema político y la filosofía moral bajo la cual estáis viviendo.

Había tal calma, tanta naturalidad y una certidumbre tan absoluta en el tono de su voz, que aquel simple sonido parecía entrañar un inmenso poder persuasivo.

—Habéis oído decir que, a mi modo de ver, este sistema se ve impulsado por la depravación, que tiene como meta el robo, como método el fraude y la fuerza, y como único resultado la destrucción. Habéis oído decir también que, al igual que Hank Rearden, soy una leal partidaria de este sistema y que he dado mi cooperación voluntaria

a las disposiciones actuales, como la directriz 10-289. He venido a contaros la verdad acerca de ello.

»Es cierto que comparto la actitud de Hank Rearden. Sus convicciones políticas y las mías son idénticas. Habéis oído hablar de él como de un reaccionario que se ha venido oponiendo a todo paso, medida, directriz y premisa del actual sistema. Ahora, en cambio, oís que le alaban como nuestro mayor industrial, cuyo juicio sobre el valor de la política económica merece la confianza de todos. Es verdad. Podéis confiar en dicho juicio. Si empezáis a temer hallaros en poder de un mal irresponsable, si creéis que el país se hunde y que pronto os dejarán morir de hambre, considerad las opiniones de nuestro más eminente industrial, conocedor de los sistemas necesarios para hacer posible la producción y permitir la supervivencia. Meditad sobre todo cuanto sabéis acerca de sus puntos de vista. En los tiempos en que le era permitido hablar, le oísteis decir que la política del actual Gobierno os conducía a la esclavitud y la destrucción. Sin embargo, no denunció la culminación de esa política: la directriz 10-289. Le habéis oído defender sus derechos, los suyos y los vuestros, su independencia y su propiedad. Sin embargo, no ha luchado contra la directriz 10-289. Por el contrario, firmó voluntariamente, o al menos así os lo han dicho, el certificado de cesión que entregaba el metal Rearden a sus enemigos. Suscribió el único documento que, según sus acciones anteriores, cabía esperar que rechazara hasta la muerte. ¿Qué podía significar tal cambio de actitud, se os ha estado preguntando constantemente, más que el reconocimiento de la necesidad de dicha directriz y el sacrificio de sus intereses personales en beneficio de la patria? Se os ha dicho repetidamente que lo juzguéis por dicha acción. Estoy completamente de acuerdo: juzgadlo por dicha acción. Y cualquiera que sea la regla que apliquéis a las mías o a cualquier advertencia que pueda haceros, juzgad también mis opiniones basándoos en dicha acción, porque sus convicciones son las mías.

«Durante dos años he sido la amante de Hank Rearden. No haya malentendidos sobre ello. No lo declaro como vergonzosa confesión, sino con el más alto orgullo. He sido su amante. He dormido con él en su cama, en sus brazos. A partir de ahora no existe ya nada que puedan deciros acerca de mí que no os haya dicho yo primero. De nada serviría difamarme. Conozco la naturaleza de las acusaciones que se me hacen y os las plantearé yo misma. ¿Experimenté un deseo físico de él? Si. ¿Me movió a ello la pasión de mi cuerpo? Sí. ¿He experimentado la más violenta forma de placer sensual? En efecto. Si esto me convierte a vuestros ojos en una mujer perdida, vuestro parecer constituirá un problema personal y nada más. Yo seguiré firme en el mío.

Bertram Scudder la estaba contemplando estupefacto. No era aquélla la clase de discurso que esperaba, y comprendió, presa de un obscuro pánico, que no resultaba adecuado dejarla continuar por tal camino. Pero se trataba de la invitada de honor, a quien, según indicación de los dirigentes de Washington, debía tratar con todas las consideraciones. No se sentía seguro de si debía interrumpirla o no. Por otra parte, disfrutaba escuchando tal clase de historia. En la cabina del auditorio, James Taggart y Lillian Rearden permanecían como animales paralizados por el faro de un tren que corriera hacia ellos. Eran los únicos en saber el contacto existente entre las palabras que estaban escuchando y el tema de la radiación. Pero era demasiado tarde para hacer nada; no se atrevían a asumir la responsabilidad de un movimiento, ni las consecuencias del mismo. En el departamento de control, un joven intelectual del equipo de Chick Morrison permanecía atento para interrumpir la retransmisión en caso necesario; pero no concedió significado político a lo que estaba escuchando, ni observó en aquello elemento alguno que pudiera considerar peligroso para sus amos. Estaba acostumbrado a oír discursos impuestos por desconocidas presiones a victimas poco propicias, y concluyó que era aquél el caso de una reaccionaria obligada a confesar un escándalo y que, en realidad, quizá después de todo sus palabras tuvieran algún valor. Además, sentía curiosidad por escucharlas.

—Me siento orgullosa porque él me escogiera para darle placer y fuese él a su vez el escogido por mí. No se trató, como en la mayoría de ustedes, de un acto de condescendencia casual o de desprecio mutuo, sino de la más elevada forma de nuestra admiración, con total conocimiento de los valores que nos impulsaron el uno hacia el otro. Pertenecemos a la clase de quienes no establecen diferencia entre los valores de su mente y las acciones de su cuerpo; de los que no substituyen sus valores por sueños vacíos, sino que les dan vigor y existencia; de los que prestan forma material a ideas y convierten en realidad los valores; de los que fabricamos acero, ferrocarriles y felicidad. Y a aquellos de ustedes que aborrezcan la idea de la alegría humana, que deseen convertir la vida en sufrimiento y fracaso, que quieran ver al hombre pedir perdón por su felicidad, por su éxito, su habilidad, sus triunfos o sus riquezas… a tales de entre ustedes les digo: lo deseaba y lo tuve. Fui feliz y conocí la' alegría: una alegría pura, plena y sin culpa. La misma alegría que ustedes aborrecen ver confesada por un ser viviente, la alegría que sólo conocen por el odio hacia quienes son capaces de conseguirla. En tal caso, aborrézcanme… ¡porque yo la encontré!

—Miss Taggart —preguntó Bertram Scudder, nervioso—, ¿no se está usted apartando del tema de…? Después de todo, sus relaciones personales con míster Rearden no tienen ningún significado político que…

—Tampoco he creído nunca que lo tuvieran. Desde luego, he venido a hablarles del sistema político y moral bajo el que ahora vivimos. Creí saberlo todo acerca de Hank Rearden, pero existe algo de que no me he enterado hasta hoy. Y es de que la amenaza de ver divulgadas nuestras relaciones fue lo que obligó a Hank Rearden a firmar el certificado de cesión, entregando el metal Rearden. Fue un chantaje llevado a cabo por vuestros funcionarios, por vuestros gobernantes, por vuestros…

En el instante en que la mano de Scudder se alargaba para derribar el micrófono, se oyó en el interior del mismo un minúsculo chasquido, que coincidió casi con su caída al suelo; significaba que el policía intelectual acababa de cortar la retransmisión.

Dagny se echó a reír, pero nadie podía verla, ni escuchar su risa. Los que corrían hacia el recinto de cristal gritaban entre sí. Chick Morrison lanzaba inexpresables palabrotas contra Bertram Scudder, y éste gritaba, a su vez, que siempre se opuso a la idea, pero que le habían ordenado ejecutarla. James Taggart parecía un animal, mostrando los dientes a los dos jóvenes ayudantes de Morrison, mientras eludía los gruñidos de otro de ellos, de más edad. Los músculos del rostro de Lillian Rearden tenían una extraña lasitud, como los miembros de un irracional tendido en el camino, intacto pero muerto. Los Regidores Morales gritaban todo aquello que, a su modo de ver, estaría pensando míster Mouch.

—¿Qué voy a decirles? —preguntaba lloroso el locutor señalando al micrófono—. Míster Morrison, hay todo un público esperando. ¿Qué voy a decirles?

Pero nadie le contestó. No pensaban en lo que era preciso hacer, sino sobre quién cargar las culpas.

Nadie dijo una palabra a Dagny, ni miró en su dirección, ni la detuvo al salir.

Se metió en el primer taxi, dando las señas de su piso. Cuando el vehículo iniciaba la marcha, observó que el cuadrante de la radio estaba iluminado y silencioso, oyéndose sólo los breves chasquidos de una emisión interrumpida: la del programa de Bertram Scudder.

Se reclinó contra el asiento, no sintiendo nada, aparte de la desolación de comprender que su acción quizá alejara de sí para siempre a un hombre que a partir de entonces no querría verla nunca. Sintió, por vez primera, la inmensa imposibilidad de volver a encontrarle, si es que no se presentaba por propia voluntad en las calles de la ciudad, en algún lugar del continente, en los cañones de las Montañas Rocosas, donde el objetivo quedaba cubierto por una pantalla de rayos. Pero algo le restaba, como un tronco flotando en el vacío: el

mismo al que estuvo aferrada durante la retransmisión. Algo que no podía abandonar, aun cuando perdiera todo el resto, el sonido de su voz al decirle: «Nadie permanece aquí pretendiendo disimular la realidad».

«Señoras y caballeros —proclamó de manera repentina la voz del locutor de Bertram Scudder—, debido a dificultades técnicas ajenas a nuestra voluntad, esta emisora permanecerá inactiva mientras se realicen los reajustes necesarios». El chófer del taxi dejó escapar una breve y desdeñosa risa y apagó el receptor.

Al bajar del coche le entregó un billete. Cuando el chófer le devolvía el cambio se hizo un poco hacia delante para mirarla más de cerca. Tuvo la certeza de que la había reconocido y sostuvo su mirar austeramente unos segundos. La cara amarga de aquel hombre y su camisa remendada parecían corroídas por una lucha sin esperanza. Al alargarle la propina, dijo quietamente, con expresión demasiado vehemente y solemne para quien se limita a reconocer la dádiva:

—Gracias, señora.

Dagny se volvió rápidamente y entró en el edificio, para no dejarle percibir que su emoción era superior a lo que podía soportar.

Tenia la cabeza baja en el momento de abrir la puerta de su piso. La luz le dio desde abajo, desde la alfombra. Levantó la vista asombrada, y se encontró con el departamento iluminado. Dio un paso hacia delante… y vio a Hank Rearden de pie ante ella.

Dos emociones distintas la inmovilizaron: la visión de su presencia, puesto que no esperaba regresase tan pronto, y la expresión de su cara. Se pintaba una calma tan firme, confiada y madura en su leve sonrisa y en la claridad de sus pupilas, que le pareció como si hubiera envejecido décadas en el transcurso de un solo mes; pero envejecido en el auténtico sentido del crecimiento humano; envejecido en visión, en estatura, en fuerza. Le pareció también que quien había vivido un mes agónico, aquel a quien había herido de un modo tan profundo y a quien iba a herir aún más, era el único que podía prestarle apoyo y consuelo. Su fuerza los protegería a los dos. Permaneció inmóvil un instante, pero vio que su sonrisa se ampliaba cual si leyera sus pensamientos y le dijera que nada había de temer. Percibió un leve chasquido y pudo ver en una mesa, junto a él, el cuadrante iluminado de una silenciosa radio. Su mirada se posó en la de él como un interrogante, y Hank respondió con un levísimo gesto, limitado apenas a un fruncimiento de cejas; había escuchado la retransmisión.

Se acercaron uno a otro en el mismo instante. Hank la tomó de los hombros para sostenerla. Había levantado la cara hacia él, pero no tocó sus labios, sino que tomó su mano y le besó la muñeca, los dedos, la palma, como sola forma de saludo demostrativa del sufrimiento que le había costado esperar. De repente, quebrantada por el cúmulo de lo sucedido aquel día y aquel mes, Dagny empezó a estremecerse en sus brazos, apretándose contra él, llorando como nunca en su vida, como una mujer rendida ante el dolor, en última e inútil protesta contra el mismo.

Sosteniéndola de modo que se apoyara en su cuerpo, la condujo hacia el sofá y trató de hacerla sentar a su lado, pero ella resbaló hasta el suelo, quedando a sus pies con la cara apoyada en sus rodillas, sollozando, sin disimulo y sin defensa.

No la levantó, sino que la dejó llorar estrechándola en sus brazos. Ella notó la mano de Hank en su cabeza y en sus hombros; notó la protección de su firmeza, una firmeza que parecía decirle que sus lágrimas eran derramadas por ambos; que sentía y comprendía su dolor, pero que aun así era capaz de presenciarlo con calma. Aquella calma pareció despojarla de un gran peso al ofrecerle el derecho a desplomarse allí a sus pies; al declararle de aquel modo que era capaz de aceptar lo que ella no podía soportar por más tiempo. Comprendió débilmente que aquél era el auténtico Hank Rearden, y no obstante la forma de insultante crueldad que hubiera conferido a sus primeras noches juntos, no

obstante haber, en ocasiones, parecido ella la más fuerte, lo que ahora vivían figuró siempre en él y en la raíz de su amistad: aquella fortaleza que la protegería aun cuando la suya desapareciera.

Cuando levantó la cabeza, él sonreía.

—Hank…-murmuró con aire de culpabilidad, en desesperado asombro ante su propio derrumbamiento.

—Tranquilízate, querida.

Volvió a posar la cara sobre sus rodillas, permaneciendo inmóvil, esforzándose en descansar, en resistir la presión de un pensamiento sin palabras. Él había podido soportar y aceptar lo que dijo por radio como confesión de su amor. Por dicha causa, la verdad que tenía ahora que contarle resultaba un golpe más inhumano del que cualquiera tuviese el derecho a descargarle. Sintió terror ante la idea de no poseer la fortaleza suficiente, terror al pensar que era preciso hacerlo.

Cuando volvió a mirarlo, él le pasó la mano por la frente, apartándole el pelo de la cara.

—Ya pasó, querida —dijo—. Lo peor ha sido superado.

—No, Hank. No es así.

Él la obligó a sentarse a su lado, apoyando la cabeza en su hombro.

—No digas nada más —le susurró—. Ambos sabemos lo que tiene todavía que decirse. Ya hablaremos de eso, pero no hasta que haya cesado tu dolor actual.

Su mano se movió por la línea de su manga, hasta un pliegue de la falda, con presión tan ligera, que parecía como si no hubiese de sentir la presencia del cuerpo al otro lado de la tela; como si recuperara la posesión, no de su cuerpo, sino de la visión del mismo.

—Has tenido que sufrir mucho —le dijo—. Y también yo. Dejémosles que nos golpeen. No existe motivo por el que hayamos de empeorar aún más las cosas. No importa aquello a lo que hayamos de enfrentarnos, no existirá sufrimiento para nosotros dos. Ni tampoco dolor adicional. Dejemos que la desgracia proceda de su mundo, no del nuestro. No tengas miedo. No nos lastimemos mutuamente.

Dagny levantó la cabeza, estremeciendo el rostro en una amarga sonrisa. Había cierta desesperada violencia en sus movimientos, pero aquella sonrisa era señal de recuperación, del propósito de enfrentarse con calma a lo que viniera.

—Hank, el infierno que te he hecho padecer durante el mes pasado… —empezó con voz temblorosa.

—No es nada comparado al que yo te he hecho sufrir durante esta última hora —añadió él con voz tranquila.

Dagny se puso en pie, paseando por la habitación como para probar su fortaleza. Sus pisadas eran como palabras que le dijesen que no debía permanecer indecisa más tiempo. Cuando se detuvo y se volvió hacia él, Hank se levantó como si comprendiera sus motivos.

—Sé que lo he empeorado todo para ti —dijo Dagny señalando la radio.

—No —repuso él moviendo la cabeza.

—Hank, tengo que decirte algo.

—También yo. ¿Me dejas que hable primero? Se trata de algo que debí haberte dicho hace mucho tiempo. ¿Me dejarás hablar y no contestarás hasta que haya terminado?

Ella hizo una señal de asentimiento.

Hank la miró unos instantes, en pie ante él, cual si quisiera abarcar la totalidad de su figura, aquel momento y todo cuanto les había conducido al mismo.

—Te quiero, Dagny —dijo calmosamente, con la sencillez de una felicidad sin velos, pero, al propio tiempo, desprovista de alegría.

Dagny fue a contestarle, pero comprendió que no podría, aun cuando él se lo hubiera permitido. Reprimió las palabras aún no pronunciadas y el movimiento de sus labios constituyó la única respuesta. Luego inclino la cabeza en señal de aceptación.

—Te amo. Con el mismo valor, la misma expresión, idéntico orgullo e igual significado con que amo mi trabajo, mis fundiciones, mi metal, mis horas ante el escritorio o en un alto horno, en un laboratorio o en una mina; como amo mi disposición para el trabajo, el acto de ver y de saber; como amo la actividad de mi mente cuando soluciona una ecuación o comprende el significado de un amanecer; como amo las cosas que he hecho y que he sentido como producto mío por elección propia y forma de mi mundo particular; como mi mejor espejo; como a la esposa que nunca tuve y como a todo aquello que hace posible el resto: como a mi poder para vivir.

Ella no bajó la mirada, sino que la mantuvo serena, escuchando y aceptando como él deseaba y como merecía.

—Te amo desde el primer día en que te vi sobre un vagón de carga en un apartadero de la estación de Milford. Te amé cuando viajábamos en la cabina de la primera locomotora de la línea «John Galt». Te amé en la galería de la casa de Ellis Wyatt. Te amé a la mañana siguiente y tú lo sabes. Soy yo quien debo decirlo, como lo digo ahora, si he de redimir los días pasados haciendo que sean otra vez y de un modo total lo que fueron en otros tiempos para ambos. Te amé. Tú lo sabías, pero yo no. Y por esta causa tuve que aprenderlo cuando, sentado a mi mesa escritorio, leía el certificado de cesión del metal Rearden.

Dagny cerró los ojos. Pero no había en su cara señal de sufrimiento; nada aparte de una inmensa y tranquila dicha, proporcionada por una claridad total.

—«Nosotros nunca desconectamos el valor de la mente de las acciones del cuerpo.» Así lo has dicho en la emisión. Pero ya lo sabías aquella mañana en casa de Bilis Wyatt. Sabías que los insultos que arrojaba sobre ti constituían la más completa confesión de amor que un hombre puede hacer. Sabías que el deseo físico que yo condenaba como vergüenza mutua, ni es físico ni expresión del propio cuerpo, sino de los más profundos valores de la mente, tanto si se tiene el valor de reconocerlo así como si no. Por eso te reíste de mí, ¿verdad?

—Sí —murmuró Dagny.

—Dijiste: «No quiero tu mente, ni tu voluntad, ni tu ser, ni tu alma, mientras sea hacia mí hacia quien vengas voluntariamente para satisfacer el más bajo de tus deseos». Al hablar así sabías que era mi mente, mi voluntad, mi ser y mi alma lo que te entregaba por conducto de aquel deseo. Quiero decirlo también ahora; quiero que aquella mañana tenga su significado total: el de que mi mente, mi voluntad, mi ser y mi alma son tuyos durante lo que me quede de existencia.

La miraba fijamente y ella observó un breve destello en sus pupilas, pero no era un atisbo de sonrisa, sino una leve señal de asentimiento, como si hubiera oído el grito que ella no exhaló.

—Déjame terminar, querida. Quiero que comprendas cuan plenamente me doy cuenta de lo que digo. Yo, que creí luchar contra ellos, acepté su peor credo. Pero lo he estado pagando a partir de entonces, como lo pago ahora y como lo pagaré. Acepté el único ingrediente por el que destruyen al hombre antes de que éste empiece su existencia: el divorcio entre mente y cuerpo. Lo acepté como muchas de sus víctimas, sin conocerlo, sin saber siquiera que existía. Me rebelé contra su credo de impotencia humana y me enorgullecí de mi habilidad para pensar, para actuar y trabajar por la satisfacción de mis deseos. Pero no sabía que ello constituye una virtud; jamás lo identifiqué como valor

moral, como el más alto de los valores morales que ha de ser defendido por encima de la propia vida, porque es lo que hace posible la misma. Y acepté el castigo; el castigo a la virtud a manos de una maldad, arrogante a causa sólo de mi ignorancia y de mi sumisión.

»Acepté sus insultos, sus fraudes y sus extorsiones. Creí permitirme ignorarlos; ignorar a todos los impotentes místicos que parlotean acerca de sus almas y son incapaces de construirse un techo sobre sus cabezas. Creí que el mundo era mío y que todos esos charlatanes incompetentes no constituían peligro para mi fortaleza. No podía comprender por qué estaba perdiendo todas las batallas. No sabía que la fuerza desencadenada contra mí procedía de mí mismo. Mientras me mantenía ocupado, conquistando la materia, les había rendido el reino de la mente, del pensamiento, de los principios, de la ley, de los valores y de la moralidad. Había aceptado, sin saberlo y por defecto, el principio de que las ideas no tenían consecuencias para la propia vida, el propio trabajo, la realidad o la tierra, como si las ideas no fuesen incumbencia de la razón, sino de aquella fe mística que despreciaba. Esto era todo cuanto deseaban de mí. Fue suficiente. Les había rendido aquello que pretenden subvertir o destruir con su charlatanería: la humana razón. No podían contender con la materia ni producir abundancia, ni dominar la tierra. Pero no tenían necesidad. Me dominaban a mí… «Convencido de que la riqueza constituye tan sólo el medio para obtener un fin, creé los medios y les dejé prescribir mis fines. Yo, que me enorgullecía de mi destreza para conseguir la satisfacción de mis deseos, les dejé establecer el código de valores por el que juzgaba tales deseos. Yo, que moldeaba la materia para servir a mi propósito, conseguí un montón de acero y de oro, pero todos mis propósitos se hundieron, mis deseos se vieron traicionados y mis tentativas de felicidad frustradas.

»Me habían cortado en dos, como predica el místico, y dirigí mi negocio mediante un código de reglas y mi vida con otro distinto. Me rebelé contra la tentativa de los saqueadores de poner precio y valor a mi acero, pero les dejé trazar los valores morales de mi vida. Me rebelé contra la demanda de una riqueza no ganada, pero creí mi deber garantizar un amor no merecido a una mujer a la que despreciaba, un respeto sin base a una madre que me aborrecía, un apoyo sin motivo a un hermano que intentaba destruirme. Me rebelé contra las calamidades financieras no merecidas, pero acepté una vida de dolor sin fundamento. Me rebelé contra la doctrina de que mi habilidad productiva era culpable, pero consideré flaqueza mi capacidad para ser feliz. Me rebelé contra el credo de que la virtud es un elemento que el espíritu no puede comprender y te condené a ti, a ti, /a mujer más querida, por el deseo de tu cuerpo y el mío. Pero si el cuerpo es maldad, también lo deben ser aquellos que proporcionan medios para su supervivencia; y también la riqueza material y quienes la producen. Y si los valores morales se encuentran en contradicción con nuestra existencia física, es lícito que la recompensa se obtenga sin ganarla, que la virtud consista en lo que no se hace, que no exista relación entre los logros y el provecho, que los animales inferiores, capaces de producir, sirvan a los seres superiores cuya supremacía espiritual se basa en la incompetencia de la carne.

»Si un hombre como Hugh Akston me hubiera dicho, cuando empecé,, que al aceptar las teorías místicas del sexo aceptaba la teoría de los saqueadores, me hubiera reído en su cara. Pero ahora no me reiría. Veo al acero Rearden gobernado por la hez de la humanidad; veo cómo los triunfos de mi vida sirven para enriquecer a mis peores enemigos. Y en cuanto a las dos únicas personas a quienes he amado, una de ellas sufrió terribles insultos y la otra se ha visto infamada en público. Abofeteé al hombre que era mi amigo, mi defensor, mi maestro; al hombre que me confirió la libertad al ayudarme a aprender lo que he aprendido. Lo quería, Dagny; era el hermano, el hijo, el camarada que nunca tuve; pero lo he apartado de mi vida, porque no me ayudó a producir para los saqueadores. Daría cualquier cosa para que regresara, pero no tengo nada que ofrecerle a

cambio, y jamás volveré a verle, porque sé que no existe modo de ganarme siquiera el derecho a su perdón.

»Pero lo que te hice a ti, querida, es todavía peor. Tu discurso y lo que te obligó a pronunciarlo es una carga colocada sobre la única mujer a la que he amado en pago a la única felicidad que he conocido. No me digas que lo hiciste por iniciativa propia y que aceptaste desde el principio todas sus consecuencias, incluyendo la de esta noche, porque ello no elimina el hecho de ser yo quien no tuve mejor opción que ofrecerte. Y el que los saqueadores te obligaran a hablar, el que hablaras para vengarme y libertarme, no elimina tampoco el hecho de haber sido yo quien hizo posible su táctica. No fueron sus propias convicciones acerca del pecado y el deshonor las que utilizaron para perjudicarte, sino las mías. Se limitaron a realizar las cosas que yo creía y dije en casa de Ellis Wyatt. Fui yo quien mantuve oculto nuestro amor como un secreto culpable. Ellos lo trataron simplemente por lo que significaba para mí. Fui yo quien intenté falsear la realidad para aparecer de un modo distinto a sus ojos; ellos se limitaron a aceptar el derecho que les daba.

»La gente cree que el mentiroso obtiene una victoria sobre su víctima.

Yo he aprendido que una mentira constituye un acto de autoabdicación, porque al mentir rendimos la propia realidad a la persona a quien se miente, convirtiéndola en dueña de uno. Y a partir de entonces nos condenamos a fingir la clase de realidad que aquella persona requiere para ser engañada. Si se consigue el inmediato propósito de la mentira, el precio que se paga es la destrucción de aquello que con tal ganancia se deseaba obtener. El hombre que miente al mundo es esclavo del mundo a partir de ese momento. Cuando opté por ocultar mi amor hacia ti, desautorizarlo en público y vivirlo como una mentira, lo convertí en propiedad pública y el público lo ha reclamado de la manera adecuada. No tuve medio de evitarlo, ni poder para salvarte. Cuando te vi ante los saqueadores, cuando firmé su certificado de cesión para protegerte, seguía falsificando la realidad. Nada quedaba ya abierto ante mí. Hubiera preferido vernos muertos que permitir que ejecutaran sus amenazas. Pero no existen mentiras blancas, tan sólo la negrura de la destrucción, y una mentira blanca es la más negra de todas. Seguí falsificando la realidad y el resultado fue inexorable: en vez de protección, te ha significado una prueba aún más terrible; en vez de salvar tu nombre, te ha expuesto a la lapidación pública y has tenido que arrojar las piedras con tu propia mano. Sé que estás orgullosa de lo que dijiste y yo también lo estuve al escucharte; pero se trata de un orgullo que debimos haber sentido hace dos años.

»No, no has empeorado nada para mí; me libertaste, nos salvaste a los dos, redimiste nuestro pasado. No puedo rogarte que me perdones. Nos encontramos situados más allá de tales cosas y la única compensación que puedo ofrecerte es la de hacerte saber que soy feliz. Que soy feliz, querida; no que sufro. Me siento dichoso por haber percibido la verdad, aun cuando el poder de la visión sea todo cuanto me quede ahora. Si me rindiera ante el dolor y cediera ante la fútil lamentación de que mis propios yerros destruyeron mi pasado, ello constituiría el acto de una traición final, el fracaso postrero en relación a esa verdad que lamento no haber observado. Pero si mi amor a la verdad es la única posesión que me queda, cuanto mayor sea la pérdida, mayor será también el orgullo que sienta por el precio pagado a cambio de ese amor. En tal caso, la ruina no se convertirá en túmulo funerario sobre mí, sino que servirá de plataforma a la que haya ascendido para obtener un campo visual más amplio. Mi orgullo y mi poder visual fueron todo cuanto tuve al empezar y lo que he conseguido lo conseguí gracias a ellos. Ambos se han agudizado y ahora poseo el conocimiento del valor superlativo que perdí: de mi derecho a sentirme orgulloso de esa visión. Lo demás tengo que alcanzarlo.

¡Lo único que deseaba, como primer paso hacia el futuro, era decirte que te amo, como lo estoy diciendo ahora. Te amo, querida, con la mas ciega pasión de mi cuerpo, producto de

la más clara percepción de mi espíritu. Mi amor hacia ti es el único resto del pasado que aún me queda, y así permanecerá en los años venideros. Quería decírtelo mientras aún tuviera el derecho de hacerlo. Por no haberlo declarado al principio, he de decirlo de este modo, al final. Y ahora te diré lo que tú deseabas decirme, porque estoy enterado de ello y lo acepto: durante el mes pasado hallaste al hombre al que amas y si el amor representa una elección decisiva e irreemplazable, él es el único al que has amado en tu vida.

—¡Sí! -La voz de Dagny sonó como un suspiro y un grito, cual provocada por algún golpe físico, haciéndole sentir una sensación de profundo asombro—. ¡Hank! ¿Cómo lo supiste?

El sonrió, señalando la radio:

—Querida, sólo utilizaste el pretérito.

—¡Oh…!

Su voz era ahora un gemido. Cerró los ojos.

—No pronunciaste ni una sola vez la única palabra que podías haberles arrojado a la cara con completo derecho. Dijiste «lo quería» y no «lo quiero». Hoy me has dicho por teléfono que podrías haber regresado antes. En realidad ninguna razón, aparte de la mencionada, pudo obligarte a abandonarme como lo hiciste. Sólo esa razón es válida.

Ella se había hecho un poco hacia atrás, cual si se esforzara en mantener el equilibrio. Lo miraba fijamente, con una sonrisa que no entreabría sus labios, pero si suavizaba su expresión hasta hacerla admirativa, dibujando en su boca un rictus de pena.

—Es cierto. Me encontré con el hombre al que amo y al que siempre amaré. Lo he visto, he hablado con él; pero es un hombre al que nunca conseguiré, a cuyo lado nunca podré estar y al que tal vez no vuelva a ver jamás.

—Siempre estuve seguro de que lo encontrarías. Siempre supe lo que sentías hacia mí y averigüé su alcance; pero también tuve la convicción de que yo no era tu elección final. Lo que le des a él no me lo arrebatas a mí, porque nunca lo he tenido. No puedo rebelarme contra ello. Lo que me diste significa demasiado para mí y nunca podrá cambiarse.

—¿Quieres que te lo diga, Hank? ¿Me comprenderás si te aseguro que siempre te amaré?

—Creo haberlo entendido antes que tú.

—Siempre te he visto tal como eres ahora. Siempre tuve la sensación de esa grandeza tuya, que ahora empiezas a reconocer, y he seguido tu lucha para descubrirla. No me hables de compensaciones, porque no me has causado herida alguna; los errores proceden de tu maravillosa entereza bajo la tortura de un código imposible; pero tu lucha contra ella no me ha ocasionado sufrimiento, sino algo que sólo muy raras veces sentí: admiración. Si quieres aceptarla, siempre será tuya. Lo que fuiste para mí jamás podrá variar. Pero ese hombre al que he conocido… representa el amor al que siempre aspiré, mucho antes de saber que existía. Creo que siempre permanecerá lejos de mí alcance; pero el amarlo bastará para mantener mi existencia.

Él le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Entonces comprenderás perfectamente lo que siento y por qué sigo siendo feliz —dijo.

Contemplando su cara, Dagny observó que, por vez primera, se mostraba ante ella como siempre lo había imaginado: como un hombre dotado de una inmensa capacidad para gozar de la existencia. Toda expresión de mansedumbre, de dolor nunca admitido, había desaparecido de su cara. Ahora, en medio de aquella ruina y en su hora más difícil, su rostro tenía esa serenidad que sólo da la fuerza pura; adoptaba la misma expresión que había visto en los hombres del valle.

—Hank:-murmuró—, no creo poder explicarlo, pero no me parece haber cometido traición, ni a ti ni a él.

—Así es.

Los ojos de Dagny parecían anormalmente vivaces, en un rostro privado de color, como si su conciencia permaneciera incólume en un cuerpo roto por el cansancio. La hizo sentar a su lado y puso un brazo en el respaldo del sofá, sin tocarla, pero aun así envolviéndola en un abrazo protector.

—Y ahora, dime —le preguntó—, ¿dónde has estado?

—No puedo contestarte. Di mi palabra de no revelar nada acerca de ello. Te diré tan sólo que es un lugar al que llegué por accidente, al estrellarse mi avión, y que lo abandoné con los ojos vendados, de modo que me sería imposible volverlo a encontrar.

—¿No puedes volver a él? -No lo intentaría siquiera.

—¿Y ese hombre?

—No lo buscaré.

—¿Se ha quedado allí?

—No lo sé.

—¿Dónde lo dejaste?

—No te lo puedo decir.

—¿Quién es?

Se rió por lo bajo, con desesperada jovialidad, de un modo involuntario, al responder:

—¿Quién es John Galt?

La miró asombrado, pero en seguida se dio cuenta de que no bromeaba.

—¿De modo que existe un John Galt? —preguntó lentamente.

—Sí.

—¿Y esa frase popular se refiere a él?

—Sí.

—¿Posee algún significado especial?

—¡Oh, sí…! Existe algo que puedo revelarte porque lo descubrí anteriormente, cuando aún no había prometido guardar secreto alguno; es el que inventó aquel motor que encontramos.

—|Oh! —exclamó él sonriendo, como si hubiera debido prever aquello. Luego, lentamente, con una mirada que parecía casi compasiva, añadió—:

Es el elemento destructor, ¿verdad? —Al ver su mirada de asombro, continuó—: No, no me contestes si no puedes. Creo saber dónde has estado. Querías salvar del destructor a Quentin Daniels y seguías a éste cuando tu avión aterrizó forzosamente, ¿verdad?

—Sí.

—¡Cielos, Dagny!… ¿Existe, pues, ese lugar? ¿Están todos vivos? ¿Hay un…? Lo siento. No me contestes.

—Existe —dijo ella, sonriendo. Hank permaneció silencioso largo rato.

—Hank, ¿podrías abandonar el acero Rearden?

—¡No! —La respuesta fue brusca e inmediata; pero con un atisbo de desesperación, añadió—: Todavía no.

Luego la miró, cual si en la transición de aquellas tres palabras hubiera vivido todo el curso de su agonía durante el pasado mes.

—Comprendo —dijo, pasándole la mano por la frente, con un ademán de comprensión, de pena, de casi incrédulo asombro—. ¡Qué infierno vas a soportar! —dijo en voz baja.

Ella asintió.

Luego se deslizó hasta tenderse en el sofá, con la cara sobre las rodillas de Hank. Éste le acarició el cabello y dijo:

—Combatiremos contra los saqueadores mientras podamos. No sé qué futuro nos aguarda, pero venceremos o aprenderemos que es inútil intentarlo. Hasta entonces combatiremos por nuestro mundo. Somos cuanto queda de él.

Se quedó dormida apretando la mano de Hank. Sus últimos instantes de percepción, antes de perder la responsabilidad de su conciencia, consistieron en una sensación de inmenso vacío, el vacío de una ciudad y un continente donde jamás podría encontrar al hombre a quien no tenía derecho alguno a seguir buscando.

CAPÍTULO IV

LA ANTIVIDA

James Taggart se metió la mano en el bolsillo de su smoking, sacó un arrugado papel cualquiera, quizá un billete de cien dólares, y lo depositó en la mano del mendigo.

Pudo observar que este último se guardaba el dinero de un modo tan apático como el suyo al dárselo.

—Gracias, amigo —dijo desdeñoso, alejándose.

James Taggart permaneció en la acera, preguntándose qué le confería aquella sensación de asombro y de miedo. No había sido la insolencia del pedigüeño, puesto que no buscó gratitud en él ni se había dejado conmover por la piedad; su gesto al darle limosna fue automático y carente de sentido. Lo que ocurría era que el mendigo se había comportado como si le diera igual recibir cien dólares que diez centavos, o como si caso de no encontrar ayuda alguna, le resultara indiferente morir de hambre aquella misma noche. Taggart se estremeció y siguió caminando. Pero aquel estremecimiento sirvió para eliminar la idea de que la actitud del mendigo era idéntica a la suya.

Los muros de la calle, a su alrededor, reflejaban esa firme y poco natural claridad de un atardecer de verano, mientras cierto halo anaranjado llenaba los canales de las intersecciones y velaba las hileras de tejados, cayendo sobre un resto de suelo, cada vez más estrecho. El calendario surgía en lo alto, destacando insistente entre la neblina, como la página de un viejo pergamino que proclamara: agosto, 5.

En respuesta a muchas cosas que no osaba nombrar, se dijo que se sentía perfectamente y que aquella noche deseaba hacer algo. No podía admitir que su inquietud procediera del deseo de experimentar algún placer; no podía admitir que el placer especial anhelado fuese el de celebrar alguna cosa, porque le era imposible concretarla.

Había tenido una jornada de intensa actividad, entre palabras fluctuantes, vagas como algodón, y sin embargo, capaces de conseguir un propósito tan preciso como el de una máquina sumadora que lo englobara todo. Pero su propósito y la naturaleza de su satisfacción deberían quedar tan cuidadosamente ocultos a si mismo como lo hablan quedado a otros, y su repentino deseo de placer constituía un quebrantamiento peligroso a dicha norma.

La jornada se inició con una pequeña comida en las habitaciones del hotel que ocupaba cierto legislador argentino, visitante del país; unas cuantas personas de nacionalidades diferentes habían estado hablando acerca del clima de la Argentina, de su suelo, de sus recursos naturales, de las necesidades de su población y de las ventajas de adoptar una actitud progresiva y dinámica respecto al futuro. Se mencionó como brevísimo tópico dentro de la conversación que, dentro de dos semanas, la Argentina sería declarada Estado popular.

Siguieron a aquello unos cocktails en casa de Orren Boyle, mientras cierto discreto caballero, también argentino, permanecía sentado silenciosamente en un rincón, y dos directivos de Washington y unos cuantos invitados, deposición poco clara, hablaban acerca de los recursos naturales, la metalurgia, la mineralogía, los deberes hacia el vecino y la riqueza del globo, mencionando asimismo que en el transcurso de tres semanas serían

otorgados préstamos de cuatro billones de dólares al Estado popular de la Argentina y al Estado popular de Chile.

A aquello siguió un pequeño cocktail en una habitación particular del bar, decorado igual que una bodega, en la azotea de cierto rascacielos. Una pequeña reunión sin etiqueta, ofrecida por él, James Taggart, a los directores de una compañía recién formada: la Corporación de la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos, de la que era presidente Orren Boyle y secretario cierto esbelto, gracioso y movedizo caballero de Chile: el señor Mario Martínez, pero a quien Taggart, luego de establecer determinadas similitudes, sentía la tentación de llamar señor Cuffy Meigs. Estuvieron hablando de golf, de carreras de caballos, de canoas, de automóviles y de mujeres. No fue necesario mencionar, puesto que todos lo sabían, que la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos disponía de un contrato exclusivo para explotar, sobre la base de un «préstamo director» y durante veinte años, todas las propiedades industriales de los Estados populares del hemisferio Sur.

El último acontecimiento del día lo constituyó una gran cena y recepción en casa del señor Rodrigo González, diplomático representante de Chile. Un año atrás nadie conocía al señor González, pero durante los seis meses transcurridos desde su llegada a Nueva York se había hecho famoso por sus reuniones. Sus invitados lo describían como un negociante progresista. Se comentaba que había perdido sus propiedades cuando Chile, luego de convertirse en Estado popular, las nacionalizó todas, excepto las pertenecientes a ciudadanos de países retrógrados, no constituidos en Estados populares, como la Argentina. Pero había adoptado una actitud aleccionadora, uniéndose al nuevo régimen y poniéndose al servicio del país. Su residencia en Nueva York ocupaba un piso entero de un hotel de lujo. Tenía un rostro rollizo e inexpresivo y mirada penetrante, de persona dispuesta a matar. Observándole durante la recepción de aquella noche, Taggart concluyó que aquel hombre era impermeable a cualquier clase de sentimiento. Parecía posible herir con un cuchillo su lacia carne sin provocar dolor alguno. Mostraba cierto lascivo y casi sexual placer en el modo de restregar los pies contra las ricas alfombras persas, o acariciar el pulido brazo de un sillón, o fruncir los labios sobre su cigarro. Su esposa, la señora González, era una mujer pequeña y atractiva, no tan bella como pretendía, pero imbuida de la reputación de hermosa gracias a su frenética energía y a un extraño, despreocupado, cálido y cínico aplomo que parecía prometerlo todo y absolver a cualquiera. Se sabía que su sistema particular de intercambio era el elemento principal con que contaba su esposo, en una época en que se comerciaba no con géneros, sino con favores. Al observarla entre los invitados, Taggart se divirtió preguntándose qué tratos habría hecho, qué directrices habría cursado y qué industrias destruido a cambio de unas cuantas noches que la mayoría de aquellos hombres no tenían motivos para buscar, y que quizá no lograran tampoco seguir recordando. La fiesta le aburrió; existían sólo media docena de personas que pudieran interesarle; pero no fue necesario hablar con ellas, sino tan sólo ser visto y cambiar unas cuantas miradas. Estaban a punto de servir la cena cuando oyó aquello que más anhelaba escuchar: mientras el humo de su cigarro oscilaba sobre la media docena de caballeros que se desplazaron hacia su sillón, el señor González mencionó que, por convenio con el futuro Estado popular de la Argentina, las propiedades de la «d'Anconia Copper» serían nacionalizadas por el Estado popular de Chile en menos de un mes: el 2 de septiembre.

Todo había ocurrido como Taggart esperó; lo asombroso se produjo cuando, al escuchar aquellas palabras, sintió un deseo irreprimible de huir de allí. Se sentía incapaz de soportar por más tiempo el aburrimiento de la cena, como si otra forma cualquiera de actividad fuese absolutamente necesaria para completar lo conseguido aquella noche. Salió a la semiobscuridad veraniega de las calles, sintiéndose a la vez perseguidor y perseguido. Perseguidor de un placer que nada podía otorgarle, en celebración de un

sentimiento que no se atrevía a mencionar, y perseguido por el temor a descubrir el motivo que le había impulsado a planear lo logrado aquella noche y que ahora le proporcionaba aquel sentimiento de agradecimiento febril.

Se acordó de que tendría que vender sus acciones de la «d'Anconia Copper», que nunca alcanzaron plenitud luego del hundimiento el año anterior, y comprar bonos de la Corporación para la Amistad y el Progreso entre Países Vecinos, como había convenido con sus amigos. Le proporcionarían una fortuna, pero el pensar en ello sólo le ocasionó aburrimiento. No era lo que deseaba celebrar.

Intentó obligarse a una alegría ficticia. Pensó que el dinero fue siempre su motivo impulsor. ¿No se trataba, acaso, de un motivo normal? ¿De un motivo válido? ¿No era del dinero tras de lo que todos iban: los Wyatt, los Rearden y los d'Anconia? Movió la cabeza para librarse de aquellos pensamientos. Le pareció como si sus ideas se deslizaran por un callejón peligroso y obscuro, el final del cual no debía alcanzar nunca.

Luego pensó, fríamente y con desgana, que el dinero ya no significaba nada para él. Había derrochado los dólares a centenares en la fiesta ofrecida aquel día en bebidas sin terminar, en manjares no consumidos, en propinas que nadie provocó y en caprichos inesperados, como una conferencia con la Argentina, porque uno de sus invitados deseó comprobar la exacta veracidad de cierta sucia historia empezada a contar. Obró así arrastrado por el estímulo del momento, por el pegajoso estupor de saber que resultaba más fácil pagar que pensar.

—No tiene que preocuparse de nada mientras funcione el plan de Unificación Ferroviaria —le había dicho Orren Boyle riendo estrepitosamente a causa de la bebida.

Bajo el plan en cuestión una compañía acababa de declararse en quiebra en Dakota del Norte, abandonando la región al destino de las zonas estériles; el banquero local se había suicidado, matando antes a su mujer y a sus hijos; un tren de mercancías había sido suprimido en Tennessee, dejando una fábrica sin transporte, con sólo un día de margen; el hijo del dueño abandonó la Universidad y se encontraba ahora en la cárcel, esperando su ejecución por un crimen cometido junto con una banda de merodeadores; una estación había sido cerrada en K ansas, y su jefe, que quiso ser hombre de ciencia, había tenido que abandonar sus estudios y trabajar como lavaplatos. Entretanto, él, James Taggart, podía permanecer sentado en un bar particular, pagando el alcohol que ingería Orren Boyle, los servicios del camarero que limpiaba el traje de aquél, luego de haber vertido la bebida sobre el mismo, y la alfombra quemada por los cigarrillos de un antiguo alcahuete de Chile, que no quería tomarse la molestia de alcanzar un cenicero situado a un metro de él.

No era su indiferencia hacia el dinero lo que le ocasionaba aquel estremecimiento de temor, sino el saber que, caso de quedar reducido al mismo estado que el mendigo, actuaría con idéntica indiferencia. Existió un tiempo en el que sintió cierta sensación de culpabilidad, aunque de forma poco clara, sólo como un leve toque de cólera, al pensar que era culpable del pecado de avaricia, de aquella misma avaricia que se pasaba el tiempo denunciando. Se sentía herido por el frío convencimiento de que, en realidad, nunca fue un hipócrita, porque en realidad jamás le había preocupado el dinero. Aquello abrió ante él un nuevo pasadizo conducente a otro callejón sin salida, cuyo fondo no podía arriesgarse a ver.

«¡Quiero hacer algo esta noche!», se gritó interiormente, aunque sin saber por qué, en actitud de protesta y de cólera; de protesta contra lo que le obligaba a tales pensamientos; de cólera contra un universo en el que algún poder malévolo no le permitía encontrar distracción sin la necesidad de saber previamente qué deseaba y para qué.

«¿Qué pretendes?», le preguntaba una voz enemiga, mientras él caminaba cada vez más de prisa, tratando de escapar. Su cerebro era un caos en el que en cada esquina se abrían

callejones envueltos en niebla espesa que ocultaba un abismo, mientras la islita de seguridad se encogía cada vez más. Pronto no quedarían más que aquellas aberturas sin salida. Era algo parecido a la escasa claridad en la calle por la que circulaba, mientras la neblina iba rellenando todos los huecos, «¿Por qué sucede así?», se preguntó presa de pánico. Había vivido toda su existencia manteniendo la mirada tercamente fija en la seguridad del pavimento, evitando ver el camino, las esquinas, las distancias, las alturas. Nunca intentó dirigirse a sitio alguno. Quiso mantenerse libre de todo progreso, libre del yugo de la línea recta. Nunca pretendió que sus años se fueran acumulando hasta formar una suma… ¿Por qué había alcanzado un destino no elegido por él, donde no podía quedarse ni tampoco emprender la retirada?

—¡Mire por dónde va, hermano! —gruñó una voz, mientras un codo lo empujaba. Observó que había chocado con una enorme y maloliente figura, luego de echar a correr sin darse cuenta.

Aminoró la velocidad de sus pasos, reconociendo, aunque a desgana, las calles elegidas en su huida. Sin querer enterarse, se dio cuenta de que iba hacia su casa, donde estaba su mujer. También aquello constituía un callejón lleno de niebla. Pero no le quedaba otro adonde dirigirse.

En el momento de ver la figura silenciosa y contenida de Cherryl, cuando se levantó al entrar en su cuarto, comprendió que aquello implicaba un peligro mayor que el que se hubiera permitido imaginar. No sabía exactamente lo que deseaba. Para él el peligro era señal de cerrar los ojos, suspender el juicio y seguir una ruta inalterable sobre la premisa no expresada de que dicho peligro seguiría siendo irreal, gracias a su soberano poder para no verlo; como una sirena interior que sonara, no como advertencia, sino como para atraer la niebla protectora.

—Tenía que asistir a un importante banquete, pero cambié de idea y me dije que sería mejor cenar contigo esta noche —dijo en el tono de quien expresa un cumplido.

Pero sólo obtuvo un calmoso «Comprendo» como única respuesta.

Le irritaban los modales tranquilos de su esposa y su cara pálida e inexpresiva. Sintió irritación ante la serena eficacia con que daba instrucciones a los sirvientes. Y su nerviosismo se recrudeció al encontrarse bajo la luz de los candelabros del comedor, enfrentándose a ella a través de una mesa perfectamente puesta, con dos copas de cristal llenas de fruta dentro de cubiletes de plata con hielo.

Su aire equilibrado era lo que más le molestaba. Había dejado de ser una incongruente nimiedad, empequeñecida por el lujo de aquella residencia diseñada por un artista famoso, para acabar colocándose a la altura de la misma. Se sentaba a la mesa cual la anfitriona que aquella habitación tenía derecho a exigir. Llevaba un traje sastre de brocado granate, que hacía juego con el bronce de su pelo. La severa sencillez de sus líneas constituía el único ornamento de su persona. Jim hubiera preferido los tintineantes brazaletes y las hebillas de otros tiempos. Su mirar lo turbaba desde hacía muchos meses. Aquellos ojos no expresaban cariño ni enemistad, sino que se mostraban vigilantes e interrogadores.

—Hoy he cerrado un trato importante —le explicó entre jactancioso y sumiso—. Un trato que incluye al continente entero y a media docena de Gobiernos.

Se dio cuenta de que el temor, la admiración y la anhelante curiosidad que había esperado en ella y que pertenecían al rostro de aquella pequeña dependienta desaparecida mucho tiempo atrás, no figuraban ahora en el rostro de su mujer. Incluso el odio o la cólera hubieran sido preferibles a aquella mirada siempre atenta y siempre igual; peor que acusadora: inquisitiva.

—¿Qué trato es ése, Jim?

—¿A qué viene tal pregunta? ¿Por qué sospechas? ¿Por qué empiezas en seguida con tus insinuaciones?

—Lo siento. No sabía que fuera confidencial. No es preciso que me contestes.

—No es confidencial. —Esperó, pero ella seguía en silencio—. Bien, ¿no piensas decir nada más?

—No, no —repuso ella simplemente, cual si quisiera complacerlo.

—¿No sientes interés alguno por lo que te explico?

—Creí que no deseabas discutirlo.

—¡Oh, no seas tan fastidiosa! —exclamó Jim—. Se trata de un negocio tremendo. ¿No es eso lo que admiras? ¿Los grandes negocios? Pues se trata de algo de alcance mayor que lo soñado jamás por esos tipos. Han pasado sus vidas amasando su fortuna centavo a centavo, mientras yo la consigo de una vez. —Chasqueó los dedos—. Así. Es el mejor golpe que se haya dado jamás.

—¿Golpe, Jim?

—¡Negocio!

—¿Y lo has hecho tú? ¿Tú solo?

—¡Desde luego! Ese estúpido de Orren Boyle no hubiera acertado ni en un millón de años. Ha sido preciso un gran conocimiento del terreno, mucha habilidad y mucho cálculo. —Distinguió un chispazo de interés en su mirada—. Y psicología. —El chispazo se apagó, pero él continuó hablando con gran animación—. Hay que saber tratar a Wesley y apartar de él las malas influencias, y atraerse el interés de míster Thompson, sin dejarle averiguar demasiadas cosas, y hacer intervenir a Chick Morrison, manteniendo alejado a Tinky Holloway, y lograr que las personas adecuadas organicen fiestas para Wesley en el momento preciso, y… pero, dime, Cherryl, ¿es que no hay champaña en esta casa?

—¿Champaña?

—¿No podríamos hacer algo especial esta noche? ¿Celebrar juntos una especie de fiesta?

—Podemos tomar champaña, Jim. Desde luego.

Tocó el timbre y dio las oportunas órdenes a su manera extraña, desprovista de vida, en una actitud de meticuloso sometimiento a los deseos de Jim, pero sin expresar ninguno por su parte.

—No pareces muy impresionada —se quejó él—. Pero, ¿qué sabes tú de negocios? No comprenderías nada de verdadera importancia. Espera hasta el dos de septiembre. Espera a que ellos lo sepan.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

La miró como si hubiera dejado escapar involuntariamente un vocablo peligroso.

—Hemos organizado un sistema gracias al cual yo, Orren y unos cuantos amigos controlaremos todas las propiedades industriales al sur de la frontera.

—¿Las propiedades de quién?

—Pues… del pueblo. No se trata de un movimiento a la antigua usanza con miras a obtener beneficios personales, sino de un negocio que es a la vez una misión, una misión digna, en beneficio del público. Al dirigir las propiedades nacionalizadas de los varios Estados populares de América del Sur enseñaremos a sus obreros nuestras modernas técnicas de producción y ayudaremos a los elementos menos privilegiados, que jamás disfrutaron de una oportunidad…-Se interrumpió bruscamente, aunque ella se hubiera limitado a permanecer sentada mirándole, sin desviar la vista—. ¿Sabes?

—preguntó súbitamente con fría y breve risa—. Si quieres ocultar que procedes de un barrio miserable, deberás mostrarte menos indiferente a la filosofía del bien social. Siempre son los pobres los que carecen de instintos humanitarios. Se ha de nacer rico para comprender los más exquisitos sentimientos del altruismo.

—Nunca he intentado ocultar que procedo de un barrio miserable —dijo Cherryl, en el tono sencillo e impersonal de quien expresa una simple corrección—, y no profeso la menor simpatía hacia la filosofía del bienestar. He visto demasiado de todo ello para comprender qué origina esa clase de pobres que desean algo a cambio de nada. —Él no contestó y Cherryl añadió de repente, con aire asombrado pero firme, como en confirmación final de una prolongada duda—: Jim, a ti tampoco te preocupa en absoluto. A ti no te quita el sueño toda esa tontería del bienestar social.

—Bien. Si lo único que te interesa es el dinero —replicó él—, permíteme decirte que este asunto me proporcionará una gran fortuna. Es lo que tú has admirado siempre, ¿verdad? La riqueza.

—Depende…

—Creo que terminaré siendo uno de los hombres más ricos del mundo —dijo Jim sin querer indagar de qué dependía su admiración—. No habrá nada que no pueda permitirme. Nada. Di algo. Puedo darte lo que quieras. ¡Vamos! Di algo.

—No quiero nada, Jim.

—¡Pero es que desearía hacerte un regalo! Celebrar esta ocasión, ¿comprendes? Darte lo que te pase por la mente. Cualquier cosa. Me lo puedo permitir. Quiero demostrarte que estoy en condiciones de hacerlo. Cualquier capricho que se te ocurra.

—No tengo caprichos.

—¡Oh, vamos! ¿Te parece bien un yate?

—No.

—¿Quieres que compre todo el barrio en donde vivías, en Búfalo?

—No.

—¿Deseas las joyas de la corona del Estado popular de Inglaterra? Podría obtenerlas, ¿sabes? Ese Estado popular lleva mucho tiempo haciendo insinuaciones acerca de las mismas en el mercado negro. Pero hasta ahora no ha surgido ningún anticuado ricachón capaz de comprarlas. En cambio, yo sí puedo hacerlo… o mejor dicho, podré luego del dos de septiembre. ¿Las quieres?

—No.

—Entonces, ¿qué diantre anhelas?

—No quiero nada, Jim.

—¡Pues tienes que quererlo! ¡Tienes que desear algo, condenada!

Le miró perpleja y al propio tiempo con gran indiferencia.

—Bien. Bien. Lo siento —dijo Jim, sorprendido por su propia pasión—. Sólo deseaba complacerte —añadió con tristeza—. Pero creo que no lo entiendes. No te das cuenta de lo importante que soy. No te das cuenta de la clase de hombre con quien te has casado.

—Intento lograrlo —dijo ella lentamente.

—¿Sigues creyendo, como en otros tiempos, que Hank Rearden es un gran hombre?

—Sí, Jim. Lo creo.

—Pues lo he derrotado. Ahora soy mayor que cualquiera de ellos; mayor que Rearden y que ese otro amante de mi hermana que…

Se interrumpió, cual si hubiera ido demasiado lejos.

—Jim —preguntó ella con serenidad—, ¿qué va a suceder el dos de septiembre?

La miró por debajo de la frente con mirada fría, mientras sus músculos se arrugaban en un asomo de sonrisa, en cínico quebrantamiento de una voluntaria restricción.

—Van a nacionalizar la «d'Anconia Copper».

Escuchó el prolongado y duro ronroneo de un motor, conforme un avión pasaba en las tinieblas sobre el tejado, y luego un leve tintineo cuando un trozo de hielo cayó medio fundido en el fondo del cubilete de plata que contenía su copa de fruta. Luego, contestó:

—Era tu amigo, ¿verdad?

—¡Oh, cállate!

Jim guardó silencio sin mirarla. Cuando volvió a posar la mirada en su rostro, vio que seguía contemplándole. Fue la primera en hablar, con voz extremadamente dura.

—Lo que tu hermana dijo durante aquella emisión fue admirable.

—Sí. Lo sé. Lo sé. Llevas un mes diciéndolo.

—Pero nunca me has contestado.

—¿Qué quieres que te…?

—Igual que tus amigos de Washington, que tampoco contestaron. —Él siguió en silencio—. Jim, no pienso abandonar el tema. —Siguió callado—. Tus amigos de Washington nunca han dicho palabra acerca de ello. No negaron lo que Dagny declaró, ni explicaron nada, ni trataron de justificarse. Siguieron obrando como si tal cosa. Creo que confían en que la gente olvide. Algunos lo harán. Pero el resto recordamos bien lo que dijo y sabemos que tus amigos sintieron temor a contender con ella.

—¡No es verdad! Se adoptaron las medidas oportunas; el incidente terminó y no sé por qué has de sacarlo ahora a relucir.

—¿Qué medidas?

—Fue suprimida la emisión de Bertram Scudder, por no considerarla de interés público en los tiempos actuales.

—¿Constituye esto una respuesta?

—Da por terminado el asunto, y nada más hay que decir de él.

—¿Nada hay que decir de un Gobierno que ejerce chantaje y extorsión sobre la gente?

—No puedes afirmar que no se hizo nada. Ha sido anunciado públicamente. El programa de Scudder era nefasto, destructor e indigno.

—Jim, quiero que entiendas esto. Scudder no estaba con ella, sino contigo. Ni siquiera organizó esa retransmisión. Actuaba por orden de Washington. ¿No es cierto?

—Creí que no te gustaba Bertram Scudder.

—Ni me gustaba ni me gusta, pero…

—Entonces, ¿por qué te preocupa tanto?

—Era inocente, por lo que respecta a tus amigos, ¿no es verdad?

—Preferiría que no te mezclaras en política. Hablas como una estúpida.

—Era inocente, ¿verdad?

—¿Y eso qué importa?

Lo miró abriendo mucho los ojos, con expresión incrédula.

—Ello significa que sólo lo habéis utilizado como figurón.

—¡Oh! ¡No estés ahí sentada con el mismo aire de Eddie Willers!

—¿De veras? ¡Pues me es simpático Eddie Willers! Se trata de un hombre honrado.

—Es un maldito imbécil que no tiene ni la menor idea de cómo contender con las realidades prácticas.

—En cambio, tú sí, ¿verdad?

—¡Desde luego!

—Entonces, ¿por qué no ayudaste a Scudder?

—¿Yo? —Jim estalló en una incontenible y colérica risa—. ¡Oh! ¿Por qué no tienes un poco más de sentido común? ¡Hice lo que pude para arrojar a Scudder a los leones! Alguien había de ser la víctima. ¿No comprendes que de no haber encontrado a alguien, hubiese dejado la cabeza en eso?

—¿Tu cabeza? ¿Por qué no la de Dagny, si ella es la equivocada? ¿O acaso no lo era?

—¡Dagny pertenece a una categoría totalmente distinta! El problema se dirimía entre Scudder y yo.

—¿Por qué?

—Resulta más favorable a la política nacional que haya sido Scudder. De este modo, no es necesario discutir acerca de lo que mi hermana dijo.

. Si alguien saca a relucir el tema, empezamos a gruñir que fue manifestado en el programa de Scudder; que los programas de Scudder están desacreditados y que Scudder es un fracasado, un mentiroso, etc. ¿Crees que el público logrará desenredar este lío? Por otra parte, nadie confió nunca en Bertram Scudder. ¡Oh! No me mires de ese modo. ¿Hubieras preferido que fuese yo la víctima?

—¿Y por qué no Dagny? ¿Por qué su discurso no podía merecer ese descrédito?

—Si tanto lo sientes por Bertram Scudder, tendrías que haberle visto esforzarse en que fuese yo el perjudicado. Lo ha estado procurando durante años y años. ¿Cómo crees que ha llegado adonde está, sino escalando montones de cadáveres? Se creyó muy poderoso. Debías haber visto cómo los grandes de la industria se asustaban ante él. Pero esta vez le hemos tomado U delantera. Figuró en la facción equivocada.

Vagamente, a través del placentero torpor de descansar casi tendido en su sillón, sonriendo, comprendió que era aquélla la clase de placer que prefería: la de ser él mismo. Pensó en ello sumido en un precario y nebuloso estado, sintiéndose flotar más allá del más temible de los callejones, el que llevaba a la pregunta de lo que era él en realidad.

—Verás; pertenecía a la facción de Tinky Holloway. Durante algún tiempo hubo un movimiento de vaivén entre esta última y la de Chick Morrison. Pero ganamos. Tinky cerró un trato y convino en echar a pique a su cama-rada Bertram, a cambio de unas cosas que necesitaba de nosotros. ¡Debías haber visto aullar a Bertram! Pero estaba acabado y lo sabía perfectamente.

Inició una sonrisa, pero la ahogó conforme la neblina se fue aclarando y vio la cara de su mujer.

—Jim —murmuró Cherryl—, ¿es ésa la clase de… victorias que estás ganando?

—¡Oh! ¡Por lo que más quieras! -gritó él, descargando un puñetazo en la mesa—. ¿Dónde estuviste todos estos años? ¿En qué clase de mundo crees vivir?

El golpe había derribado el vaso de agua y ésta se desparramaba en obscuras manchas sobre el encaje del mantel.

—Estoy intentando averiguarlo —murmuró Cherryl.

Sus hombros se estremecían y su cara había cobrado un aspecto repentinamente lacio; un aspecto extraño, avejentado, como si se sintiera fatigada y perdida.

—¡No he podido evitarlo! —estalló él en el silencio reinante—. ¡No se me puede reprochar nada! ¡He tenido que tomar las cosas como han venido! ¡Yo no he hecho nuestro mundo actual!

Le asombró ver cómo Cherryl sonreía, con sonrisa de tan feroz y amargo desprecio, que parecía increíble en una cara tan tranquila y paciente. No miraba a Jim, sino a una imagen forjada en su interior.

—Eso es lo que mi padre solía decir cuando se emborrachaba en el bar de la esquina, en vez de ir en busca de trabajo.

—¿Cómo te atreves a compararme a…? —empezó, pero no terminó la frase, porque ella no escuchaba.

Cuando volvió a mirarle, sus palabras lo asombraron, por parecerle completamente absurdas.

—Esa fecha para la nacionalización, el dos de septiembre, ¿la has escogido tú mismo? —preguntó, interesada.

—No. No tengo nada que ver con ello. Es la fecha de una sesión especial en la legislatura. ¿Por qué?

—Porque coincide con el aniversario de nuestra boda.

—¿Cómo? ¡Oh! En efecto. —Sonrió aliviado ante aquel cambio de tema—. Llevaremos un año de casados. ¡No parece haber transcurrido tanto tiempo!

Ella dijo, con voz monótona:

—Al contrario, parece mucho más.

Había desviado de nuevo la mirada y, en medio de una repentina intranquilidad, Jim se dijo que aquel tema tampoco era seguro. Le hubiera gustado que ella no pareciera estar contemplando el curso entero de aquel año de casados.

«'…No hay que asustarse, pero si aprender —pensaba Cherryl—. Es esencial no dejarse dominar por el miedo y aprender…» Se había repetido con tanta frecuencia aquellas frases, que semejaban una columna pulimentada y lisa por un peso insoslayable, la columna que la había sostenido durante aquel año. Intentó repetirlas, pero notó como si sus manos resbalaran sobre su superficie, como si no pudieran mantener alejado al terror por más tiempo, porque estaba empezando a comprender.

«Lo que hay que hacer es no asustarse, sino aprender»… en la perpleja soledad de las primeras semanas de su matrimonio, se había repetido aquellas palabras por vez primera. No podía comprender la conducta de Jim, sus repentinas cóleras que tanto se asemejaban a raptos de debilidad, o sus respuestas evasivas e incomprensibles, semejantes a cobardía cuando le preguntaba algo. Semejantes rasgos no eran posibles en el James Taggart con quien se había casado. Pero se dijo que no podía condenar sin comprender, que nada sabía de su mundo, y que el grado de su ignorancia coincidía con la escasa comprensión de las acciones de otros. Aceptó la carga y sufrió el vapuleo de un continuo autorreproche contra la terca certidumbre de saber que algo iba mal y que lo que en realidad sentía era miedo.

«He de asimilar todo aquello que la esposa de James Taggart debe saber y ha de ser.» Tal fue su modo de exponer el problema ante un profesor de etiqueta. Inició su aprendizaje con la devoción, la disciplina, el empuje de un cadete militar o de una novicia religiosa. Se dijo que era el único modo de alcanzar las alturas que su esposo le había otorgado en depósito, de situarse donde él esperaba. Constituía su deber conseguirlo. Y aunque no quisiera confesárselo, decíase también que al final de la larga tarea recuperaría su visión de él, el conocimiento que le devolviera al hombre visto durante la noche de su triunfo en la compañía ferroviaria.

No pudo comprender la actitud de Jim cuando le habló de sus lecciones. Le era difícil creer que en su carcajada figurase un tono de malicioso desdén.

—¿De qué te ríes, Jim?

Pero él no quiso explicarlo, como si su desdén no requiriese motivo alguno.

No pudo sospechar malicia en su actitud; era demasiado paciente y generoso con sus errores. Parecía dispuesto siempre a exhibirla en los mejores salones de la ciudad, y nunca le dirigió una palabra de reproche por su ignorancia, su torpeza o por aquellos terribles momentos en que un silencioso intercambio de miradas entre los invitados y un súbito sonrojo por su parte le decían que había vuelto a cometer algún error. Él no demostró nunca turbación; se limitaba a observarla con débil sonrisa. Al regresar a casa, luego de aquellas veladas, parecía afectuoso y alegre. Intentaba facilitarle la tarea, se decía a menudo, y la gratitud la inclinó a estudiarlo con mayor atención.

Creyó haber conseguido su recompensa la noche en que, tras una imperceptible transición, se encontró disfrutando por vez primera en una fiesta.

Sintióse libre para actuar, no según determinadas reglas, sino de acuerdo con sus inclinaciones; presa de una repentina confianza en que las reglas en cuestión se habían fundido en costumbre habitual. Sabía que estaba atrayendo la atención, pero, por vez primera, notó que no era consecuencia del ridículo, sino de la admiración. Aquella gente buscaba su compañía por méritos propios; era la señora de Taggart y había cesado de vivir como un objeto de caridad, disminuyendo el valor de Jim, siendo penosamente tolerada por consideración a él. Se reía alegremente, percibiendo en los otros amables sonrisas de apreciación. Miraba a Jim a través de la estancia, radiante como si le entregaran un boletín escolar lleno de estupendas notas, rogándole que se sintiese orgulloso de ella. Él permanecía sentado en un rincón, observándola con mirada indescifrable.

Durante el regreso a su hogar no despegó la boca.

—No comprendo por qué me arrastro por semejantes fiestas —estalló de improviso, quitándose la corbata de un tirón en medio de la sala, una vez en su hogar—. ¡Jamás he sufrido una pérdida de tiempo semejante! ¡Qué aburrimiento y qué vulgaridad!

—¿Cómo, Jim? —preguntó ella, perpleja—. Creí que esa fiesta había resultado magnífica.

—Para ti, sí. Parecías totalmente en tu casa, como si te hallaras en Coney Island. Me gustaría que aprendieras a portarte como es debido y a no ridiculizarme en público.

—¿Te he ridiculizado esta noche?

—¡Claro que sí!

—¿Cómo?

—Si no lo comprendes, de nada servirá explicártelo —repuso en el tono de un místico, convencido de que toda falta de comprensión equivale al reconocimiento de una vergonzosa inferioridad.

—Pues no lo comprendo —insistió ella con firmeza. Jim salió del aposento, cerrando de un portazo.

Cherryl se dijo que en aquella ocasión lo inexplicable no era, como otras veces, un simple espacio en blanco, sino que ofrecía ciertos resabios de maldad. A partir de aquella noche, un diminuto pero duro puntito de temor siguió impreso en su ánimo, como un distante foco que avanzara hacia ella por un camino invisible.

El conocimiento de las cosas no pareció proporcionarle una visión más clara del mundo de Jim, sino que agrandó más el misterio. No podía comprender que se exigiera de ella respeto hacia la yerma insensatez de las exposiciones de arte a que asistían los amigos de Jim, o a las novelas que leían, o a las revistas políticas cuyos artículos discutían. Las exposiciones donde contemplaba la misma clase de dibujos que podían verse ejecutados con yeso por cualquier chiquillo en una acera; las novelas encaminadas a demostrar la futilidad de la ciencia, la industria, la civilización y el amor, usando un lenguaje que ni su

padre se hubiera atrevido a expresar en sus peores momentos de borrachera; las revistas que propulsaban generalidades cobardes, menos claras y más nauseabundas que las pláticas que merecieron su repulsa hacia el predicador de aquella misión de arrabal, al que consideró un viejo fraudulento de voz meliflua. No podía creer que aquello representara la cultura hacia la que profesara tanta admiración y que tan ansiosa se sentía de descubrir. Le pareció haber ascendido a una montaña en cuya cima se levantara una forma parecida a un castillo, encontrándose con que en realidad no era tal, sino la ruina desmoronada de un horrible almacén.

—Jim —le dijo cierta vez, luego de una reunión a la que asistieron ciertos hombres considerados como los directores intelectuales del país—, ese doctor Simón Pritchett es un viejo asustado y de pocas agallas.

—Escucha —le respondió él—. ¿Te crees capacitada para juzgar a los filósofos?

—Estoy calificada para juzgar a un charlatán. He visto muchos de ellos para conocerlos en cuanto los tengo delante.

—Por eso es por lo que siempre te he dicho que nunca lograrás superar tu condición. De haberlo conseguido, sabrías apreciar la filosofía del doctor Pritchett.

—¿Qué filosofía?

—Si no la comprendes, más vale no explicarla.

Pero no quiso dejarle terminar la conversación con su fórmula favorita.

—Jim —insistió—, es un inútil. Él y Balph Eubank y toda su pandilla. Y creo que te consideran uno más en la misma.

En vez de la cólera que había esperado, distinguió un breve destello de burla en sus ojos en el momento de enarcar las cejas.

—Eso es lo que tú crees —le respondió.

Experimentó un instante de terror al primer contacto con un concepto que nunca consideró posible. ¿Y si Jim no hubiera sido, en realidad, aceptado por ellos? Podía comprender la inutilidad del doctor Pritchett porque tratábase de una artimaña que le representaba beneficios inmerecidos; podía incluso admitir la posibilidad de que Jim fuera un inútil en su propio negocio; lo que no lograba concebir era el concepto de Jim como un inútil, en un asunto en el que no ganaba nada; un inútil gratuito, un inútil sin ambición; la inutilidad de un jugador de ventaja, o de un rufián, parecían inocentemente sanas por comparación. No podía concebir los motivos de Jim; le parecía como si el foco en movimiento se hubiera ido haciendo mayor.

No le era posible recordar por qué proceso, mediante qué acumulación de dolor, primero como débiles punzadas de intranquilidad, luego como un azaramiento progresivo y más tarde como una tensión crónica y creciente causada por el miedo, había empezado a dudar de la posición de Jim en la compañía ferroviaria. Fue su repentino y colérico «¿Es que no tienes confianza en mí?» gritado en respuesta a sus primeras e inocentes preguntas, lo que le hizo comprender que, en efecto, no la tenía. Y eso cuando la duda no había adquirido aún forma en su mente y esperaba que sus respuestas pudieran devolverle la tranquilidad. En los arrabales frecuentados en su niñez había aprendido que la gente honrada no se mostraba nunca susceptible acerca de aquel tema de la confianza.

«No me gusta hablar tonterías», era su respuesta cada vez que ella mencionaba el ferrocarril. Cierta vez intentó insistir.

—Jim, ya sabes lo que pienso de tu trabajo y cómo te admiro por él.

—¡Oh! ¿De veras? ¿Te has casado con un hombre o con el presidente de un ferrocarril?

—Nunca he pensado en separar ambas cosas.

—Pues no resulta muy halagador para mí.

Lo miró estupefacta porque le había parecido que era así.

—Preferiría creer que me amas por mí mismo y no por mi ferrocarril —le dijo.

—¡Oh, cielo, Jim! —exclamó Cherryl con voz ahogada—. ¿No irás a pensar que yo…?

—No —respondió él con triste y generosa sonrisa—. No creo que te ^ casaras conmigo por mi dinero o por mi posición. Jamás he dudado de ti.

Comprendiendo, en medio de su atolondrada confusión y en su torturado deseo de claridad que quizá le había dado pie para interpretar mal sus sentimientos, que olvidaba las amargas decepciones que él debió haber sufrido a manos de mujeres cazadoras de fortunas, no pudo hacer otra cosa sino mover la cabeza, a la vez que gemía:

—¡Oh, Jim! No es eso lo que he querido decir.

Él se rió por lo bajo, como un niño, y le pasó un brazo por la cintura.

—¿Me amas? —preguntó.

—Sí —susurró ella.

—Pues entonces has de tener fe en mí. El amor es fe, ya lo sabes. ¿No te das cuenta de que la necesito? Nadie me inspira confianza, sólo tengo enemigos a mi alrededor; estoy muy solo. ¿No ves que te necesito?

Horas más tarde, sumida en una torturante inquietud, Cherryl paseó por su habitación pensando en que deseaba desesperadamente creer en él, pero sin aceptar ni una palabra de todo aquello, aun cuando supiera que era cierto.

En efecto, era cierto, pero no al modo en que él lo pretendía, no de un modo ni con un significado que ella pudiera comprender. Ciertamente, Jim la necesitaba, pero la naturaleza de tal necesidad se le escapaba, no obstante sus esfuerzos para definirla. No sabía lo que él deseaba. No eran halagos, puesto que lo había visto escuchando los obsequiosos cumplidos de personas carentes de sinceridad con una expresión de resentida inercia, casi la misma de un adicto a las drogas ante una dosis escasamente adecuada para provocarle alguna reacción. Pero en ocasiones lo había visto también mirarla, cual si esperase una inyección reanimadora, y a veces, como si se la estuviera mendigando. Percibió un chispazo de vida en sus ojos cada vez que le otorgaba una señal de admiración. Sin embargo, respondía con un estallido de cólera siempre que mencionaba algún motivo causante de la misma. Parecía desear que le considerase grande, pero sin otorgar un contenido específico a su grandeza.

No comprendió lo sucedido aquella noche de mediados de abril, cuando él regresó de un viaje a Washington.

—¡Hola, nena! —exclamó en voz alta, depositando en sus brazos un ramo de lilas—. ¡Han vuelto los días felices! ¡AI ver estas lilas me acordé de ti! ¡La primavera se acerca, pequeña!

Se sirvió una bebida y paseó por la estancia, hablando con una jovialidad quizá demasiado despreocupada y atrevida. Había en sus ojos un resplandor febril y su voz parecía quebrantada por una excitación muy poco natural. Empezó a preguntarse si estaría excitado o si sufriría una gran depresión.

—¡Sé muy bien lo que planean! —exclamó de improviso, sin transición, y ella lo miró vivamente, conociendo, por el tono de su voz, que acababa de sufrir una de aquellas explosiones internas—. ¡No existe en todo el país más que una docena de personas que lo sepan, pero yo me he enterado! Los chicos lo guardan en secreto hasta que crean llegado el momento de soltarlo a la nación. ¡Sorprenderán a mucha gente! ¡Muchos se quedarán anonadados! ¿He dicho muchos? ¡Diantre! Casi todos los habitantes del país. Afectará a todos y a cada uno de ellos. Fíjate si es importante.

—Afectarlos… ¿de qué modo, Jim?

—Pues eso… ¡afectándolos! No saben lo que se les viene encima, pero yo sí. Ahí los tienes tan tranquilos. —Hizo un ademán, señalando las ventanas iluminadas de k ciudad —. Trazándose planes, contando su dinero, acariciando a sus hijos o soñando; y no saben, pero yo sí, que todo va a quedar alterado, detenido, cambiado.

—¿Cambiado en mejor o en peor sentido?

—Mejor, desde luego —repuso él, impaciente, como si se tratara de una pregunta absurda. Su voz pareció perder todo fuego e irse deslizando hacia el tono fraudulento de quien cumple un deber. —Se trata de un plan para salvar al país, para detener nuestro hundimiento económico, para prolongar la calma, para alcanzar estabilidad y seguridad.

—¿Qué plan?

—No puedo revelártelo. Es secreto. Totalmente secreto. No sabes cuánta gente querría saberlo. No existe ni un solo industrial que no cediera una docena de sus mejores instalaciones para enterarse de sólo una pequeña parte, pero no lo conseguirán. Ni siquiera ese Hank Rearden, al que tú tanto admiras.

Se rió por lo bajo, contemplando el futuro.

—Jim —le preguntó ella con cierto tono miedoso revelador de lo que su reciente risa le había hecho sentir—, ¿por qué aborreces a Hank Rearden?

—¡Yo no lo aborrezco! —Se volvió en redondo hacia ella, con el rostro increíblemente preocupado casi presa de terror—. Nunca he dicho que le odiara. No te preocupes; aprobará ese plan, igual que todo el mundo. Es en beneficio común.

Parecía rogarle. Cherryl tuvo la desesperante certeza de que le mentía, pero de que, sin embargo, su súplica era sincera. Sentía necesidad de tranquilizarla, pero por algo distinto a lo que estaba diciendo.

Se esforzó en sonreír.

—Sí, Jim, desde luego —repuso, preguntándose qué instinto en aquel caos imposible le había obligado a pronunciar tales palabras como si fuera ella quien tuviera que tranquilizarlo y no a la inversa.

La expresión que vio en su cara equivalía a casi una sonrisa de gratitud.

—Tenía que decírtelo esta noche. Tenía que decírtelo. Quiero que sepas los tremendos problemas a que me enfrento. Siempre hablas de mi trabajo.

pero no lo comprendes. Es mucho más amplío de lo que imaginas. Crees que dirigir un ferrocarril consiste sólo en tender rieles de metales extraños y en procurar que los trenes lleguen a tal o cual lugar a su debido tiempo. Pero no es eso. Semejante cosa la haría cualquiera. El verdadero centro de un ferrocarril se encuentra en Washington. Mis tareas están relacionadas con la política. ¡Política! Decisiones de alcance nacional que afectan a todo el mundo y nos controlan a todos. Unas palabras en un papel, una directriz, cambian la vida de cada persona, en cada escondrijo, en cada grieta, en cada cuchitril de la nación.

—Sí, Jim —le respondió, deseando creer que era en efecto un hombre de importancia real en aquel misterioso Washington.

—Verás —continuó, paseando por el cuarto—. Tú crees poderosos a esos gigantes de la industria, con sus motores y con sus hornos. Pues bien, quedarán inmovilizados, quedarán desnudos. Se les hundirá. Se les…-Observó el modo en que ella lo miraba—. No es para nosotros —se apresuró a explicar—, sino para el pueblo. He aquí la diferencia entre negocios y política. No tenemos objetivos egoístas, ni nos impulsan motivos particulares; no perseguimos el beneficio, ni gastamos nuestras vidas esforzándonos en conseguir dinero. ¡No nos es necesario! Por eso nos vemos calumniados e incomprendidos por todos los cazadores de oro que no pueden concebir un motivo espiritual, un ideal o… ¡No podemos impedirlo! -exclamó súbitamente, volviéndose hacia ella—. ¡Era preciso

ejecutar ese plan! ¡De lo contrario, todo caería en pedazos! ¡Hay que hacer algo! ¡Hemos de impedir que todo siga deteniéndose! ¡No hay más remedio!

Sus pupilas tenían ahora una expresión desesperada. No supo si se jactaba de algo o si pedía perdón. Si aquello constituía un triunfo o si expresaba terror.

—Jim, ¿no te encuentras bien? Quizá trabajaste demasiado, te sientes exhausto y…

—¡Nunca me he sentido mejor en mi vida! —replicó, volviendo a pasear—. Desde luego, he trabajado duro. Mi tarea es más pesada de lo que te imaginas. Se encuentra muy por encima de procedimientos mecánicos como el de Rearden y el de mi hermana. Pero hagan lo que hagan, yo puedo deshacerlo. Dejémosles tender una vía; llego yo y la rompo. ¡Así! —Chasqueó los dedos—. Igual que se rompe una columna vertebral.

—¿Es que deseas romper columnas vertebrales? —murmuró ella, 'temblando.

—¡No he dicho tal cosa! —gritó—. ¿Qué chantre te ocurre? ¡Yo no he dicho eso!

—Lo siento, Jim —jadeó Cherryl, afectada por sus propias palabras y por el terror que se pintaba en los ojos de su marido—. Es sólo que no comprendo, pero… pero sé que no debería irritarte con mis preguntas, cuando estás tan cansado —se esforzaba desesperadamente en convencerse de lo que decía—, cuando tienes tantas cosas en la cabeza… tantas… cosas importantes… que yo no puedo comprender…

Jim abatió los hombros como si se sintiera aliviado. Se acercó a ella y se dejó caer pesadamente de rodillas, pasándole los brazos por el cuerpo,

—¡Pobre y pequeña ignorante! —le dijo, afectuoso.

Cherryl se mantuvo inmóvil, sintiendo ternura y algo parecido a la piedad. Pero al levantar la cabeza para mirar a Jim le pareció que lo que veía en sus ojos era en parte agradecimiento y en parte desdén, casi como si, gracias a una desconocida clase de sanción, se hubiera absuelto él y se condenara ella.

En los días que siguieron se dijo que era inútil insistir en que todo aquello quedaba fuera de su alcance, en que su deber era creerle y en que el amor es fe. Sus dudas cobraban incremento; dudaba de aquel incomprensible trabajo y de la relación de Jim con el ferrocarril. Se preguntó por qué dicho estado de ánimo seguía creciendo en proporción directa a sus propias admoniciones, según las cuales la fe era el deber que le debía. Hasta que en una noche sin sueño comprendió que sus esfuerzos para cumplir aquel deber consistían en apartarse de cuantos discutieron la tarea de Jim, rehusar una mirada a las menciones periodísticas de la «Taggart Transcontinental», acorazar su mente contra toda evidencia y toda contradicción. Se quedó perpleja, considerando esta pregunta: ¿De qué se trata, entonces? ¿De la fe contra la verdad? Y comprendiendo que parte de su celo en creer tenía como origen su temor a saber, se impuso la tarea de enterarse de todo, con un sentido de la rectitud más limpio y más tranquilo que el representado por el autoengaño que se había impuesto.

No tardó mucho tiempo en averiguarlo. El aire evasivo de los directores de la «Taggart» cuando les formuló unas cuantas preguntas casuales, las gastadas vulgaridades que incluían en sus respuestas, la tensión en sus modales al mencionarles al jefe y su evidente desgana a discutir lo que éste hiciera, no le revelaron nada concreto, pero le confirieron la sensación de haberse enterado de lo peor. Los obreros fueron más explícitos: los guardagujas, porteros y taquilleros, a los que atrajo hacia conversaciones, al parecer sin importancia, en el terminal Taggart y que no la conocían.

—¿Jim Taggart? ¿Ese mentecato quejumbroso, llorón, que sólo sabe hablar?

—¿Jimmy el presidente? Se lo voy a decir: es como un vagabundo que viaja gratis en el tren.

—¿El jefe? ¿Mister Taggart? Habrá usted querido decir Miss Taggart, ¿verdad?

Fue Eddie Willers quien la puso al corriente de toda la verdad. Supo que conocía a Jim desde que eran niños y le rogó comer con ella. Cuando ambos se enfrentaron, sentados a la mesa, cuando observó la anhelante, interrogadora y directa expresión de sus ojos y oyó la sencillez severa y literal de sus palabras, abandonó toda tentativa de instigación indirecta y le dijo lo que deseaba saber, de un modo breve, impersonal, sin apelar a su ayuda o a su compasión, sino tan sólo a su total sinceridad. Eddie le respondió de la misma manera, poniéndole al corriente de la historia, de un modo tranquilo, sin pronunciar veredicto alguno ni expresar opinión; sin abusar de sus emociones, ni dar señal de preocupación por ellas; hablando con la brillante austeridad y el terrible poder de los hechos. Le contó quién dirigía la «Taggart Transcontinental» y también la historia de la línea «John Galt». Le escuchó sin sentir sorpresa, sino algo peor, la falta de la misma, como si supiera de antemano todo aquello.

—Gracias, míster Willers —fue todo cuanto pudo decirle al terminar. Aquella noche esperó el regreso de Jim. El único elemento que suavizaba su indignación y su dolor residía en la idea de su propio aislamiento, como si todo aquello hubiera dejado de importarle, como si se requiriese alguna acción, pero sin importar que la misma tuviese o no consecuencias.

No fue cólera lo que sintió al ver a Jim entrar en el cuarto, sino una lóbrega sorpresa, casi como si la maravillara quién era aquel hombre y por qué resultaba necesario hablar con él. Lo puso al corriente de lo que sabía, de un modo breve, con voz cansada y floja. Le pareció como si él la comprendiera desde las primeras frases, como si hubiese esperado que aquello sucediera, más tarde o más temprano.

—¿Por qué no me has contado la verdad? —le preguntó.

—¿Es ésa tu idea de la gratitud? —gritó Jim—. ¿Es eso lo que sientes luego de cuanto he hecho por ti? Todo el mundo me advirtió qué sólo cabía esperar grosería y avaricia por haber recogido a un gato vagabundo en el sucio arroyo.

Lo miró cual si estuviera emitiendo sonidos inarticulados, carentes de conexión.

—¿Por qué no me contaste la verdad?

—¿Es ése el amor que sientes hacia mí, ruin hipócrita? ¿Es eso lo que recibo como recompensa por mi fe en ti?

—¿Por qué mentiste? ¿Por qué permitiste pensara lo que pensé?

—¡Deberías avergonzarte! ¡Deberías avergonzarte de mirarme a la cara o de hablarme!

—¿Yo?

Los sonidos inarticulados encajaban ahora entre si, pero no podía creer lo que significaban.

—¿Qué intentas hacer, Jim? —le preguntó con voz incrédula y distante.

—¿No has pensado en mis sentimientos? ¿Imaginaste siquiera lo que podía significar para mí? ¡Era lo primero que debiste tener en cuenta! Es la primera obligación de una esposa y de una mujer, sobre todo en la posición que tú ocupas. ¡No existe nada más bajo y repugnante que la ingratitud!

Durante un breve instante, Cherryl tuvo la noción del hecho inaudito, consistente en que un hombre culpable intentara justificarse instigando sentimientos de culpabilidad en su víctima. Pero aquella idea no pudo permanecer mucho tiempo en su cerebro. Sintió una punzada de horror, la convulsión de desechar algo que podía destruirla, una punzada semejante a haber retrocedido desde el borde mismo de la demencia. Pero cuando dejó caer la cabeza cerrando los ojos, sólo supo que sentía disgusto, un disgusto terrible por un motivo que no podía identificar.

Cuando miró de nuevo a Jim le pareció percibir en él un destello vigilante, cual si la contemplara con el aire incierto, retraído, calculador, de quien observa que su ardid no ha

conseguido los resultados que esperaba. Pero antes de tener tiempo para creerlo, la cara de su esposo quedó velada otra vez por un aire de ofensa y de cólera.

Cual si expresara sus propias ideas ante un ser racional que no se hallaba allí, pero cuya presencia debía dar por descontada, Cherryl dijo:

—Aquella noche… aquellos titulares… aquella gloria… no eran tuyos… sino de Dagny.

—¡Cállate de una vez, maldita mujerzuela!

Lo miró inexpresiva, sin reaccionar. Parecía como si nada pudiese ya afectarla, porque sus palabras postreras estaban pronunciadas. Jim dejó escapar un sonido semejante a un sollozo:

—Cherryl, lo siento. No quise decir eso. Lo retiro. No quise…

Ella siguió en pie, apoyada en la pared, igual que en los primeros momentos de la conversación.

Jim se dejó caer al borde de un sofá, en actitud de total y afligido abandono.

—¿Cómo querías que te lo explicara? —preguntó cual si hubiese perdido toda esperanza —. ¡Es tan grande y tan complejo! ¿Cómo iba a contarte cosas relacionadas con un ferrocarril transcontinental, a menos de que conocieras todos sus detalles y ramificaciones? ¿Cómo podía explicarte los años de trabajo, mis…? ¡Oh! ¿De qué hubiera servido? Nadie me comprendió jamás. Debería estar ya acostumbrado. Pero te creí distinta, y esperé una oportunidad.

—Jim, ¿por qué te casaste conmigo? Él se rió tristemente.

—Eso es lo que me preguntan todos. Pero nunca creí que tú también lo preguntaras. ¿Por qué? Pues porque te amo.

Cherryl quedó perpleja al darse cuenta, de un modo extraño, de que aquella palabra, que se suponía ser la más sencilla en el lenguaje humano, la palabra entendida por todos, el lazo universal entre los hombres, no tuviera significado alguno para ella ni supiera a qué correspondía en la mente de Jim.

—Nadie me ha querido nunca —continuó él—. No hay amor en el mundo. La gente carece de sentimientos. Pero yo los tengo. ¿Quién se preocupa de ello? Viven pendientes de sus horarios, de sus trenes y de su dinero. No puedo continuar entre esa gente. Me siento solo. Siempre anhelé comprensión. Quizá no sea más que un idealista impenitente que busca lo imposible. Nadie me entenderá jamás.

—Jim —dijo ella con una extraña nota de severidad en la voz—, durante todo este tiempo me he esforzado en comprenderte.

Él dejó caer las manos, como si quisiera borrar aquellas palabras, pero no de un modo ofensivo, sino tan sólo triste.

—Creí que lo conseguirías. Eres cuanto tengo. Pero quizá la comprensión no sea posible entre humanos.

—¿Por qué ha de ser imposible? ¿Por qué no me comunicas tus deseos? ¿Por qué no me ayudas a comprenderte?

Él suspiró.

—Ahí está el problema —repuso—. En todos esos «por qué». Tu constante indagación del porqué de las cosas. Aquello de que hablo no puede ser transformado en palabras. No tiene nombre. Ha de ser sentido. O lo sientes o no. No es cosa de la mente, sino del corazón. ¿No has sentido alguna vez? Sentir sencillamente, sin hacer tantas preguntas. ¿Me comprendes como a ser humano y no como un objeto científico en un laboratorio? Con esa gran comprensión que va más allá de nuestras pobres palabras y de nuestros deficientes espíritus… No, creo que no debo perseguir tal cosa. Pero siempre buscaré y

esperaré. Eres mi última esperanza. Eres cuanto tengo. Ella permanecía apoyada en el muro, sin moverse.

—Te necesito —gimió Jim suavemente—. Estoy solo. No eres igual que las demás. Creo en ti. Confío en ti. ¿Qué es lo que el dinero, la fama, los negocios y la lucha me han dado? Eres cuanto tengo…

Ella permanecía inmóvil, y la dirección de su mirada, que ahora había descendido hasta donde Jim se hallaba, fue la única forma de reconocimiento que le otorgó. Todo cuanto decía sobre sus sufrimientos era mentira; pero, en cambio, su sufrimiento era real. Tenía ante sí a un hombre destrozado por una continua angustia, que era incapaz de revelar, pero que quizá aprendiera a conocer. Le debía al menos aquello, se dijo en el tono gris de quien cumple un deber, en pago a la posición que le otorgó y que tal vez, después de todo, fuera lo único que podía darle. Le debía su esfuerzo en comprenderle.

En los días que siguieron se le hizo extraño notar que estaba convertida en una extraña para sí misma, una extraña que nada tenía que desear o que buscar. En lugar de un amor alimentado por el fuego brillante de la adoración al héroe, no le quedaba más que la mordiente mediocridad de la compasión. En vez de los seres que tanto se esforzara en encontrar, seres que combatían por sus objetivos y rehusaban sufrir, sólo le quedaba un hombre cuyos sufrimientos constituían la única aspiración a un valor y su única oferta a cambio de su vida. Pero ya no le importaba. Había contemplado con anhelo cada vuelta del camino frente a ella; la pasiva extranjera que ocupaba ahora su lugar se asemejaba a aquellas gentes refinadas que veía a su alrededor; gentes que afirmaban ser adultas porque no intentaban siquiera pensar o desear.

Pero aquel ser extraño seguía perseguido por el fantasma de si misma y este fantasma tenía una misión que cumplir. Era preciso comprender las cosas que la habían destruido. Tenía que saber, y vivía inmersa en un sentido de incesante espera. Tenía que saber, aun cuando notara que el foco se iba acercando más y más, y que en el momento de llegar a una comprensión total, las ruedas se lanzarían sobre ella.

«¿Qué queréis de mí?», era la pregunta que latía en su cerebro como una clave sin descifrar. «¿Qué queréis de mi?», gritaba en silencio a las mesas en las que comía, a las salas donde se celebraba una reunión y a sus noches sin sueño. Lo gritaba a Jim y a aquellos que parecían compartir el secreto de éste: a Balph Eubank, al doctor Pritchett… «¿Qué queréis de mi?» No lo preguntaba en voz alta porque sabía que nunca conseguiría una respuesta. «¿Qué queréis de mí?», se preguntaba con la sensación de estar corriendo, aunque sin disponer de espacio por donde escapar. «¿Qué queréis de mí?», se preguntaba mirando aquel largo trecho de tortura que era su matrimonio y que aún no había alcanzado a prolongarse un año.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó en voz alta.

Y no pudo ver que estaba sentada a la mesa del comedor, mirando a Jim, a su rostro febril y a la mancha de agua que se iba secando sobre el tapete.

No supo cuanto tiempo había reinado el silencio entre ambos. La asombró el sonido de su propia voz al formular aquella pregunta, a la que no había pretendido dar forma. No esperaba que él la comprendiera; nunca pareció comprender cosas todavía más sencillas. Sacudió la cabeza, esforzándose en recuperar la realidad.

La dejó perpleja el observar que Jim la miraba con cierto aire zumbón, como si se burlara de sus opiniones acerca de él.

—Amor —le respondió.

Se sintió de nuevo estremecida por la desesperanza, frente a una respuesta a la vez tan sencilla y tan privada de significado.

—Tú no me amas —añadió acusador. Ella siguió en silencio—. No me amas o no formularías una pregunta así.

—Te amé en otros tiempos —respondió Cherryl tristemente—, pero no era lo que deseabas. Te amé por tu valor, por tu ambición, por tu inteligencia, pero nada de esto era verdad.

El labio inferior de Jim se adelantó un poco, con aire despectivo.

—¡Qué estúpida idea del amor! —exclamó.

—Jim, ¿por qué motivo quieres que te ame?

—¡Qué despreciable actitud de tendera!

Ella no contestó. Le miraba con los ojos muy abiertos, en silenciosa pregunta.

—¡Ser amado por algo! —exclamó Jim con voz chirriante por la burla y por la sensación de estar hablando rectamente—. ¿De modo que, a tu juicio, el amor es algo así como las matemáticas, algo que puede cambiarse, pesarse o medirse como una libra de manteca sobre el mostrador de cualquier tienda? No quiero que se me ame por nada. Quiero que se me ame por mi mismo; no por lo que haga, o tenga, o diga, o piense. Por mí mismo; no por mi cuerpo, mi mente, mis palabras, mis obras o mis actos.

—Entonces… ¿qué eres tú?

—Si me amaras no lo preguntarías. —En su voz sonaba una aguda nota de nerviosismo, como si oscilara peligrosamente entre la cautela y cierto ciego impulso sin objetivo—. No lo preguntarías. Lo sabrías. Lo sentirías. ¿Por qué estás siempre intentando metodizarlo y definirlo todo? ¿Es que no puedes elevarte sobre esas simples definiciones materialistas? ¿Es que no sientes… simplemente sientes?

—Sí, Jim, siento —respondió ella en voz baja—, pero procura evitarlo porque… porque lo que siento es miedo.

—¿De mí? —preguntó él, esperanzado.

—No, no es eso exactamente. No es miedo a lo que puedas hacerme, sino a lo que eres.

Jim abatió los párpados con la rapidez de quien cierra de golpe una puerta, pero Cherryl pudo apreciar un destello en sus ojos que, de modo increíble, le pareció terror.

—¡Tú no eres capaz de amar a nadie, buscadora de oro barata! —gritó de pronto en un tono desprovisto de color, pero ansioso de herir—. SI, he dicho buscadora de oro. Existen muchas formas de ello, además de la avaricia del dinero y de otras formas peores. Eres una buscadora de oro del espíritu. No te casaste por mi dinero, pero si por mi inteligencia, mi valentía o cualquier otro valor al que pusiste como precio tu cariño.

—¿Es que crees… que el amor… ha de carecer de motivo?

—¡El amor es un motivo en sí mismo! Está por encima de causas y razones. El amor es ciego, pero tú no serías capaz de sentirlo. Posees el alma mezquina y calculadora de una tendera que comercia, pero que nunca entrega. El amor es un don, un don libre, incondicional y lleno de grandeza, que trasciende y que lo olvida todo. ¿Crees generosidad amar a un hombre por sus virtudes? ¿Qué entregas tú a cambio? Nada. No es más que un acto de fría justicia pensar que no recibe más que aquello que ha ganado.

Los ojos de Cherryl estaban ahora obscuros, con esa peligrosa intensidad de quien cree encontrarse muy cerca de su meta.

—Tú quieres un amor no merecido —repuso, pero no en tono de quien pregunta, sino de quien pronuncia un veredicto.

—¡Oh! ¡No comprendes!

—Sí, Jim, comprendo. Eso es lo que deseas… lo único que deseas. No dinero ni beneficios materiales, ni seguridad económica ni ninguna entrega parecida. —Hablaba

triste y monótonamente, cual si recitara sus propios pensamientos, atenta sólo a prestar su plena identidad a las palabras en aquel tortuoso caos que vibraba en su interior—. Todos vosotros, los predicadores del bienestar, no perseguís el dinero; queréis compensaciones, pero de diferente clase. Dices que soy una buscadora de oro del espíritu porque anhelo valores. Entonces, vosotros, los predicadores del bienestar… es al espíritu al que deseáis despojar. Nunca he pensado ni nadie me indicó jamás qué significaba ganarse nada en el terreno espiritual, pero eso es precisamente lo que deseas. Quieres un amor no merecido. Quieres una admiración sin base. Quieres una grandeza por la que no hayas trabajado. Quieres ser como Hank Rearden, sin necesidad de hacer lo que él hizo. Sin la necesidad de ser nada. Sin… la necesidad… de existir siquiera.

Jim gritó:

—¡Cállate!

Se miraron presas de terror, sintiendo ambos como si se balancearan al borde de un abismo que ella no podía ni quería nombrar, sabiendo los dos que un paso adelante era fatal.

—¿Qué crees que estás diciendo? —preguntó Jim en un tono de despectiva cólera, que parecía casi benévola al llevarlos de nuevo al seno de lo normal, a la casi plenitud de un simple altercado familiar—. ¿Qué clase de tema metafísico intentas desarrollar?

—No lo sé… —respondió Cherryl, cansada, bajando la cabeza como si la forma que hubiese intentado capturar se alejara hasta quedar fuera de su alcance—. No lo sé… No parece posible…

—Más vale que dejes esos temas…

Pero tuvo que detenerse porque el mayordomo entró en aquel momento con el resplandeciente cubilete de hielo conteniendo la botella de champaña pedida para la fiesta.

Guardaron silencio, dejando que el recinto se llenara con aquellos sonidos que siglos de hombres y de luchas dejaron establecidos como símbolo de un acontecimiento alegre: el estampido del corcho, el alegre gorgoteo del pálido oro líquido al caer sobre dos amplias copas que reflejaban la oscilante luz de las velas, el siseo de las burbujas elevándose entre dos tallos de cristal, casi exigiendo que todo cuanto las rodeaba se elevase también con una aspiración idéntica.

Guardaron silencio hasta que el mayordomo se hubo ido. Taggart miraba las burbujas, sosteniendo su copa entre los dedos lacios. Luego su mano se cerró bruscamente sobre el pie de la copa en un gesto convulso y torpe y la levantó, pero no con delicadeza o precaución, sino como si esgrimiera un cuchillo de carnicero.

—¡Por Francisco d'Anconia! —dijo. Ella bajó la copa.

—No —repuso.

—i Bebe! —gritó Jim.

—¡No! —insistió Cherryl con voz que parecía una gota de plomo.

Se miraron fijamente unos instantes, mientras la luz jugaba sobre el líquido dorado, sin llegar a sus caras y a sus ojos.

—¡ Vete al diablo! —gritó Jim poniéndose en pie, arrojando la copa al suelo y saliendo precipitadamente del comedor.

Cherryl permaneció sentada sin moverse largo rato; luego se levantó lentamente y oprimió el timbre.

Se fue a su habitación caminando de un modo tan sereno que no parecía natural; abrió un armario, sacó un vestido y un par de zapatos, se quitó la bata casera con movimientos precisos, como si su vida dependiera de no alterar cuanto la rodeaba ni lo que había en su

interior. Se sentía atraída por un solo pensamiento: tenía que salir de aquella casa, salir de allí aunque fuera sólo por un rato, sólo por la hora siguiente. Luego se hallaría en condiciones de enfrentarse a lo que viniera.

* * *

Los renglones parecían volverse borrosos sobre el papel y, levantando la cabeza, Dagny observó que era de noche desde hacía un buen rato.

Apartó los papeles, pero incapaz de encender la lámpara se permitió tan sólo el alivio de la inactividad y las tinieblas. Éstas la aislaban de la ciudad, más allá de las ventanas del salón. El calendario, en la distancia, marcaba: agosto, 5.

El mes anterior se había esfumado sin dejar más rastro que el vacio de un tiempo muerto. Transcurrió para Dagny en tareas sin plan y sin recompensa, pasando de un asunto urgente a otro, intentando retrasar el colapso de algún ferrocarril. Aquel mes era un enorme montón de días, desconectados entre sí, cada uno de los cuales parecía destinado a evitar un desastre inminente. No fue una suma de resultados, sino una suma de ceros, de cosas que no habían sucedido, de catástrofes impedidas. No fue testigo de una tarea en servicio de la vida, sino de una carrera contra la muerte.

Existieron momentos en que una visión no conjurada, la visión del valle, surgía ante ella, pero no como repentina aparición, sino como constante y oculta presencia que de improviso se volviera real e insistente. Se enfrentó a la misma en momentos tranquilos y ciegos, forcejeando entre una inconmovible decisión y un inconstante dolor, un dolor al que había que combatir con el conocimiento, diciéndose: «De acuerdo, debo aceptar incluso esto».

Algunas mañanas despertaba al sentir los rayos del sol sobre su cara, pensando en que tenía que apresurarse hacia la tienda de Hammond y comprar huevos frescos para el desayuno; luego, recuperando la conciencia y viendo la neblina de Nueva York al otro lado de la ventana de su dormitorio, sentía un sobresalto similar a un toque mortal, procedente de rechazar la realidad. «Lo sabías —se decía severamente—. Sabías lo que iba a suceder cuando efectuaras tu elección.» Y arrastrando el cuerpo como un peso fastidioso fuera de la cama para enfrentarse a una nueva jornada sin atractivos, murmuraba: «De acuerdo. También esto».

Lo peor de aquella tortura fueron los momentos en que, caminando calle abajo, percibía de pronto un trazo de color castaño claro, una dorada mata de cabello entre las cabezas de los transeúntes. Sentía entonces como si la ciudad desapareciera, como si nada, aparte de la violenta calma de su ser, retrasara el momento en que correría hacia él para abrazarle. Pero aquel instante se desvanecía a la vista de una cara sin significado y permanecía inmóvil sin deseos de dar el paso siguiente, sin alientos para seguir generando la energía de vivir. Había intentado evitar tales momentos. Se hizo incluso el propósito de caminar con la vista fija en el suelo, pero no lo consiguió. Por una voluntad absolutamente ajena a la suya sus ojos se levantaban hacia todo cuanto tuviese un tono dorado.

Mantuvo levantadas las cortinas de las ventanas de su despacho, recordando la promesa de John y pensando: «Si me observas, quienquiera que seas…» No había por las proximidades ningún edificio con altura suficiente, pero contemplaba las distantes torres preguntándose en qué ventana podía tener su puesto de observación; imaginando que por algún invento suyo a base de rayos y de lentes podría observar todos sus movimientos desde algún rascacielos situado a una milla de allí. Permanecía sentada a su escritorio, frente a las ventanas sin cerrar, pensando: «Quisiera saber que me ves, aun cuando yo no pueda verte».

Recordando aquello se puso en pie y encendió la luz.

Luego inclinó la cabeza un instante, con aire de triste ironía, riéndose de sí misma, y se preguntó si sus iluminadas ventadas dentro de la negra inmensidad de la urbe significarían un resplandor que pidiera la ayuda de él… o un faro que siguiera protegiendo al resto del mundo.

El timbre de la puerta sonó.

Al abrir pudo ver ante ella la silueta de una joven cuyo rostro le resultó levemente familiar. Tardó un momento en comprender que tenía ante sí a Cherryl Taggart. Exceptuando un intercambio de saludos en algunos encuentros casuales en los vestíbulos del edificio Taggart, no habían vuelto a verse desde la boda.

Cherryl tenía el rostro grave y no sonreía.

—¿Me permite que le hable… —vaciló, añadiendo por fin—: Miss Taggart?

—Desde luego —repuso Dagny gravemente—. Pase.

La calma poco natural que ofrecía Cherryl le dio la sensación de una desesperada urgencia. Tuvo la certeza de ello cuando vio el rostro de la joven a la luz de la sala.

—Siéntate —le dijo, pero Cherryl permaneció en pie.

—He venido a pagar una deuda —dijo Cherryl con expresión solemne por el esfuerzo de no permitirse emoción alguna—. Quiero pedir perdón por lo que le dije durante mi boda. No existe razón por la que deba perdonarme, pero sí debo confesar que ahora comprendo que insulté a todo cuanto admiro y defendí aquello que desprecio. Sé muy bien que el admitirlo no arregla nada y que el venir aquí incluso constituye una presunción, puesto que no hay motivos por los que tenga que escucharme; debido a ello quizá no pueda siquiera cancelar la deuda; sólo quiero pedir un favor… que me permita aclararle unas cosas.

La emoción de Dagny, su incredulidad, cálida y dolorosa, era el equivalente a la frase: ¡Qué distancia hemos recorrido las dos en menos de un año…! Sin sonreír, con una vivacidad que parecía una mano tendida hacia la otra, sabiendo que una sonrisa podía dar al traste con aquel precario equilibrio, respondió:

—Desde luego lo arregla todo y yo deseo escucharlo.

—Sé que es usted quien dirige la «Taggart Transcontinental». Que fue usted quien construyó la línea «John Galt». Que tuvo la inteligencia y el valor de mantener todo aquello en pie. Supongo que le habrán dicho que me casé con Jim por su dinero… ¿Qué dependienta no lo hubiera hecho? Pero verá; si me casé con Jim fue porque… creí que él era usted. Creí que era la «Taggart Transcontinental». Ahora sé que… —vaciló, pero luego continuó firmemente, como si no quisiera ahorrarse nada —es una especie de jactancioso oportunista, aunque no puedo comprender de qué clase ni por qué. Cuando hablé con usted en la boda, creí que defendía la grandeza y atacaba a su enemigo… pero era a la inversa… ¡Una horrible e increíble inversión de los hechos…! Así que he querido decirle que sé la verdad… y no lo hago por usted, puesto que no tengo derecho a presumir que le importe, sino… por las cosas que amo.

—Desde luego, lo perdono todo —dijo Dagny lentamente.

—Gracias —murmuró Cherryl, volviéndose para partir.

—Siéntate. Movió la cabeza.

—Eso… eso era todo, Miss Taggart.

Dagny se permitió el primer asomo de sonrisa, aunque ésta no afectara más que muy levemente a sus pupilas, en el momento de decir:

—Cherryl, mi nombre es Dagny.

La respuesta de Cherryl no constituyó más que un débil y tembloroso movimiento de su boca, como si entre las dos hubiesen completado una sonrisa única.

—Yo… no sabía si era adecuado…

—Somos hermanas, ¿verdad?

—¡Pero no gracias a Jim! —respondió con un involuntario sobresalto.

—No. Por propia elección. Siéntate, Cherryl. —La joven obedeció, esforzándose en no revelar el anhelo con que aceptaba aquella invitación, ni demostrar deseo de ayuda, ni desfallecimiento alguno—. Has pasado unos tiempos muy malos, ¿verdad?

—Sí…, pero no importa… es mi problema… y mi culpa.

—No creí que fuera culpa tuya.

Cherryl no contestó; luego repentina y desesperadamente dijo:

—Mira… lo que menos deseo es la compasión.

—Jim debe haberte dicho… y es cierto… que nunca compadezco a nadie.

—Sí; lo hizo… Pero lo que yo quiero decir…

—Sé lo que quieres decir.

—No existe motivo por el que hayas de preocuparte de mi… No he venido a quejarme ni… ni a colocar un nuevo fardo sobre tus hombros… Lo que he sufrido no es motivo para exigir nada de ti.

—No exiges nada. Pero el hecho de que valores las mismas cosas que yo, te permite exigir algo de mí.

—¿Quieres decir… que si hablas conmigo no es por compasión? ¿No sólo porque lamentas lo que me ocurre?

—Lo lamento terriblemente, Cherryl, y me gustaría ayudarte, pero no porque sufras, sino porque no mereces sufrir.

—¿Significa eso que no te mostrarlas amable si vieras en mí debilidad, bajeza o sumisión? ¿Sólo por aquello que consideras bueno en mi persona?

—Desde luego.

Cherryl no movió la cabeza, pero pareció como si su ánimo se levantara, como sí una corriente de energía relajara sus facciones prestándoles ese raro aspecto en el que se combinan el dolor y la dignidad.

—No es ninguna limosna, Cherryl. No tengas miedo de hablar. —Resulta extraño… Eres la primera persona a quien puedo dirigirme…

y parece tan fácil… Sin embargo, tuve miedo de hablarte. Desde hace mucho tiempo quise pedir que me perdonaras. Desde que supe la verdad. Llegué hasta la puerta de tu despacho, pero me quedé en el vestíbulo sin valor para trasponerla… Esta noche no quería venir. Salí únicamente… para pensar algo y, de pronto, comprendí que quería verte, que en toda la ciudad era éste el único lugar al que dirigirse y la única cosa que aún me quedaba por hacer.

—Me alegro de que la hicieras.

—Verás… Dagny —añadió suavemente, como extrañada—. No eres como yo esperaba… Ellos, Jim y sus amigos, aseguran que eres dura, fría y sin sentimientos.

—Así es, Cherryl. Así soy en el sentido que ellos me atribuyen. Pero ¿te han contado alguna vez el significado que ellos dan a tales defectos?

—No. Nunca lo han hecho. Sólo se burlan de mí cuando les pido explicaciones de algo. ¿Cuáles son sus ideas sobre ti?

—Cuando alguien acusa a otro de no tener sentimientos, ello significa que tal persona es justa. Que se trata de un ser cuyas emociones nunca carecen de base, de alguien que nunca otorgará sentimientos que el otro no merezca. Significa que «sentir» es ir contra la razón, contra los valores morales y contra la realidad. Significa… pero ¿qué importa? —preguntó observando la anormal intensidad que se pintaba en la mirada de Cherryl.

—Se trata… de algo que he intentado con todas mis fuerzas comprender… durante un tiempo muy largo…

—Bien; observa que nunca has escuchado esa acusación en defensa del culpable. Nunca la has oído pronunciar por una buena persona, refiriéndose a quienes no le hacen justicia. Pero sí por truhanes refiriéndose a quienes les tratan como tales, a las personas que no sienten simpatía hacia las maldades que ha cometido ni hacia los dolores que sufre como consecuencia. Eso es lo que yo no siento. Pero quienes lo sienten no aprecian ninguna cualidad dotada de grandeza humana, ni hacia ninguna persona o acto que merezca admiración, aprobación o estima. Tales son mis sentimientos. Hay que elegir entre una cosa u otra. Los que otorgan su simpatía al culpable, no la ofrecen al inocente. Pregúntate cuál de esas dos personas es la que carece de sentimientos. Entonces comprenderás qué reacción es la opuesta a la caridad.

—¿Cuál es? —murmuró la joven.

—La justicia, Cherryl.

Cherryl se estremeció, bajando la cabeza.

—¡Oh, Dios mío!, —gimió—. ¡Si supieras los malos ratos que me ha hecho pasar Jim, tan sólo porque creo lo mismo que tú! —Levantó la cabeza, estremeciéndose de nuevo como si todo aquello que hubiera intentado dominar la invadiera de improviso; en su mirada se pintaba el terror—. Dagny —murmuró—. Dagny, les tengo miedo… a Jim y a los otros… pero no miedo de lo que puedan hacer, porque si fuese así podría eludirlo… sino miedo como si no existiera lugar por donde huir… miedo de lo que son y… y de que existan.

Dagny se adelantó rápidamente, sentándose en el brazo del sillón que ella ocupaba y estrechándola por los hombros para infundirle tranquilidad.

—Calma, calma —le dijo—. Estás en un error. Nunca debes temer a la gente. Nunca debes creer que su existencia es un reflejo de la tuya… Y eso es precisamente lo que crees.

—Sí, sí. Siento como si para mí no hubiera una posibilidad de supervivencia mientras ellos alienten… ni posibilidad, ni sitio, ni un mundo en el que desenvolverme… No quiero pensar así y no ceso de rechazar tales ideas, pero éstas vuelven una y otra vez y no tengo adonde escapar… No puedo explicar de qué se trata; no puedo hacerme cargo de ello. Es un terror que no encuentra apoyo en nada, como si todo el mundo quedara repentinamente destruido, pero no por una explosión, ya que éstas son algo duro y sólido, sino por… por una especie de horrible reblandecimiento… como si todo perdiera la solidez, nada mantuviera su forma y fuese posible introducir el dedo en paredes de piedra, viéndola ceder como mermelada, y las montañas se escabulleran, y los edificios cambiaran de forma como nubes, y ello significara el fin del mundo, pero no bajo el fuego y el azufre, sino convertido en una substancia viscosa.

—Cherryl… Cherryl, pobrecilla. Durante siglos, los filósofos han planeado convertir el mundo precisamente en eso. Han pretendido destruir la mente de sus habitantes, haciéndoles creer que es eso lo que ocurre. Pero no has de aceptarlo. No has de ver con los ojos de otros. Atente a los tuyos; sigue firme en tu juicio. Sabes que lo que es, es. Dilo en voz alta, como la más santa de las plegarías, y no permitas que nadie te hable en sentido contrario.

—Pero… nada existe ya. Jim y sus amigos han desaparecido para mí. No sé lo que miro, cuando me encuentro entre ellos. No sé lo que oigo, cuando hablan. Nada es auténtico. Se trata de una representación fantasmal… y no sé lo que persiguen… ¡Dagny! Siempre se nos ha dicho que los seres humanos poseen un conocimiento mucho mayor que el de los animales; pero en estos momentos me siento más ciega que cualquier animal, más ciega y desamparada. Porque un animal sabe quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos y cuándo ha de defenderse. Nunca sospecha que un amigo pueda querer cortarle el cuello. No espera que le digan que el amor es ciego, que la rapiña es un triunfo, que los gangsters ostentan la categoría de estadistas y que constituye un acto encomiable partir el espinazo a Hank Rearden. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué estoy diciendo?

—Sé muy bien lo que dices.

—¿Cómo voy a convivir con la gente? Si nada se mantiene firme no podremos continuar, ¿verdad? Yo sé que las cosas son sólidas, pero ¿y la gente? ¡Dagny! No son nada y lo son todo; no son seres, sino tan sólo objetos cambiables en constante mutación, desprovistos de forma. Pero he de vivir entre ellos. ¿Cómo lo voy a conseguir?

—Cherryl, aquello contra lo que has estado luchando constituye el mayor de los problemas de la historia, el que ha ocasionado todos los sufrimientos humanos. Has comprendido más cosas que la mayoría de las personas que sufren y mueren, sin saber lo que las mató. Voy a ayudarte a aclararlo. Se trata de algo enorme, de una dura batalla; pero primero y ante todo, no tengas miedo.

La expresión que se pintaba en la cara de Cherryl era la de una extraña y reflexiva añoranza, como si viera a Dagny desde una gran distancia e intentara acercarse a ella sin conseguirlo.

—Me gustaría sentir deseos de luchar —respondió suavemente—, pero no lo consigo. Ya no anhelo vencer. No poseo la fuerza necesaria para efectuar cambio alguno. Verás; nunca había soñado en una boda como la que hice con Jim. Cuando sucedió, me dije que la vida era mucho mejor de lo que había esperado. El acostumbrarme ahora a la idea de que la vida y la gente son más horribles de lo que pude imaginar, y que mi matrimonio no fue un espléndido milagro, sino una especie de inexpresable maldad hacia la que aún siento temor, resulta algo que no puedo obligarme a asimilar.

No logro comprenderlo. —Levantó la mirada hacia ella—. Dagny, ¿cómo lo conseguiste? ¿Cómo te las arreglaste para permanecer incólume?

—Ateniéndome tan sólo a una regla.

—¿Cuál?

—La de no colocar nada… nada por encima del veredicto de mi mente.

—Has sufrido terribles vapuleos… quizá peores que yo… peores que ninguno de nosotros… ¿Qué te ha mantenido firme mientras los soportabas?

—El saber que mi vida es el más alto valor. Y que no puedo cederlo sin lucha.

Observó una mirada de asombro y de incredulidad en la cara de Cherryl, como si ésta se esforzara en recuperar una sensación perdida en el largo transcurso de los años.

—Dagny —su voz era un susurro—, eso es… eso es lo que sentía de niña… Eso es lo que con más claridad recuerdo acerca de mí… ese sentimiento… Nunca lo he perdido, sigue ahí, siempre estuvo ahí, pero conforme fui creciendo, creí que se trataba de algo que debía ocultar… Nunca supe atribuirle un nombre; pero ahora, al decirlo tú, comprendo que es eso lo que fue… Dagny, sentir de ese modo acerca de la propia existencia… ¿es bueno!

—Cherryl, escúchame con atención: ese sentimiento, con todo cuanto requiere e implica, es el más alto y noble bien en la tierra.

—Te lo pregunto porque… nunca me hubiera atrevido a pensarlo. La gente me ha hecho siempre creer que se trataba de un pecado… de algo que lamentasen en mí y… y quisieran destruir.

—Es cierto. Algunas personas quieren destruirlo. Y cuando sepas cuáles son sus motivos, te habrás enterado del más tenebroso y despreciable y único mal de la tierra, pero te encontrarás fuera de su alcance.

La sonrisa de Cherryl fue como una leve vibración que se esforzara en mantenerse activa gracias a un resto de combustible todavía aprovechable.

—Es la primera vez en muchos meses —murmuró —que he sentido… como si aún disfrutara de una oportunidad. —Vio cómo Dagny la observaba atentamente y añadió—: Todo irá bien… Déjame acostumbrarme a ti y a las cosas que has dicho. Creo que llegaré a creer… a creer que es verdad y que Jim no importa.

Se puso en pie cual si intentara retener aquel momento de seguridad. Impulsada por una repentina e imprevista ansiedad, Dagny dijo bruscamente:

—Cherryl, no quiero que esta noche vuelvas a tu casa.

—¿Por qué? Estoy perfectamente. No tengo miedo alguno en tal sentido. No me atemoriza volver.

—¿No ha sucedido algo allí, precisamente esta noche?

—No… nada… nada peor que de costumbre. Lo que ocurre es que empecé a ver las cosas con un poco más de claridad, eso es todo. Me siento bien. He de pensar, pensar mucho más que en otros tiempos… y luego decidir lo que he de hacer. ¿Puedo…? —vaciló—. ¿Puedo volver a hablar contigo?

—Desde luego.

—Gracias.

—Me… me siento muy agradecida.

—¿Quieres prometerme que volverás?

—Lo prometo.

Dagny la vio alejarse por el vestíbulo, hacia el ascensor. Observó la lasitud de sus hombros y el esfuerzo que hizo para erguirlos de nuevo. Vio su esbelta figura, que parecía ir a derrumbarse, pero que consiguió mantener firme. Parecía una planta con el tallo roto, sostenida por una sola fibra que no se quisiera romper, una fibra que a la siguiente ventolera acabaría por desprenderse.

* * *

Por la puerta abierta de su estudio, James Taggart había visto a Cherryl cruzar la antesala y salir del piso. Luego cerró la puerta bruscamente y se sentó con aire lacio a su mesa escritorio. En la tela de sus pantalones se apreciaban las manchas del champaña vertido y parecía como si su estado de ánimo constituyera una venganza sobre su mujer y sobre un universo que le negaba la fiesta que tanto había deseado.

Al cabo de un rato se puso en pie, se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. Tomó un cigarrillo, lo partió en dos y lo arrojó asimismo contra una pintura colgada sobre la chimenea.

Vio un jarro de cristal veneciano, pieza de museo de varios siglos de antigüedad, con un intrincado sistema de arterias azules y doradas retorciéndose en su transparente cuerpo. Lo cogió y lo estrelló contra la pared. Sus restos cayeron al suelo convertidos en una lluvia de cristal tan fino como el de una bombilla.

Había comprado aquel jarro por la satisfacción que le producía pensar en los muchos aficionados que no podían permitirse tal lujo. Ahora experimentó la satisfacción de una venganza sobre los siglos que le habían dado valor y también el goce de pensar que existían millones de desesperadas familias, cualquiera de las cuales hubiera podido vivir durante un año con el valor de aquel jarro.

Se quitó los zapatos con brusco movimiento y se tendió sobre la mesa, con los pies colgando.

La estridencia del timbre lo sobresaltó. Su sonar parecía de acuerdo con su estado de ánimo. Era el mismo brusco y exigente estallido que hubiera producido él si en aquellos momentos apretara el pulsador de una casa cualquiera.

Escuchó los pasos del mayordomo, prometiéndose el placer de rehusar la visita de quien la solicitara. Luego se oyeron unos golpecitos en la puerta y el mayordomo entró para anunciar:

—La señora Rearden quiere verle, señor.

—¿Cómo? ¡Oh!… Bien. Quépase.

Puso los pies en el suelo y, sin ninguna otra concesión a la etiqueta, esperó con leve sonrisa de atenta curiosidad, sin levantarse hasta un momento después de que Lillian hubiese entrado en la habitación.

La recién llegada vestía un traje de noche color vino, imitación de un atavío de viaje estilo imperio, con una chaquetilla miniatura sujeta a su alta cintura, sobre la larga extensión de la falda, y un sómbrenlo caído sobre una oreja, con una pluma que se curvaba hasta debajo de su mentón. Entró con movimientos bruscos, desprovistos de ritmo, haciendo voltear los pliegues del vestido y agitando la pluma del sombrero. Los primeros se ceñían a sus piernas; la segunda rozaba su garganta evidenciando un profundo nerviosismo.

—Lillian, querida. ¿Debo sentirme halagado, encantado o simplemente estupefacto?

—¡Oh! No exageres. Tenía que verte inmediatamente. Eso es todo.

El tono impaciente, los perentorios movimientos con los que se sentó, equivalían a una confesión de su debilidad. Según las reglas del lenguaje no escrito en el que ambos se expresaban, no era posible presumir exigencia, a menos de buscar un favor sin ofrecer nada a cambio, ni siquiera una amenaza.

—¿Por qué no te has quedado en la recepción de los González? —preguntó Lillian sin que su casual sonrisa hiciera desaparecer el tono irritado de su voz—. Me dejé caer por allí después de la cena para verte, pero me dijeron que no te sentías bien y que te habías ido a casa.

Jim cruzó la habitación y tomó un cigarrillo. Sentía placer al caminar con los pies descalzos ante la formal elegancia del atavío de Lillian.

—Me aburría —contestó.

—No puedo soportarlo —manifestó ella con ligero estremecimiento. Jim la miró asombrado porque aquellas palabras tenían un aire involuntario y sincero.

—No puedo soportar al señor González y a esa mujerzuela que tiene por esposa. Me disgusta que se hayan puesto tan de moda con sus fiestas. No tengo ganas de ir a ningún sitio. Ya no se conserva el mismo estilo ni el mismo espíritu de antes. Llevo meses sin ir a casa de Balph Eubank, del doctor Pritchett o de otro cualquiera de ellos. Todos estos rostros nuevos parecen de ayudantes de carniceros… comparándolos a los de nuestros antiguos y elegantes amigos.

—En efecto —admitió él, reflexivo—, existe mucha diferencia. Lo mismo ocurre en el ferrocarril. Me entendía perfectamente con Clem Weatherby porque era un hombre civilizado; pero Cuffy Meigs es otra cosa. Es… —se interrumpió bruscamente.

—Se trata de una situación perfectamente absurda —dijo ella en el tono de un desafío al espacio—. No pueden evitarlo.

No explicó por qué, pero él sabía lo que pensaba. Siguieron unos momentos de silencio en los que pareció como si se aferrasen uno a otro para prestarse confianza.

Jim se dijo de pronto, divertido, que Lillian empezaba a dar señales de su verdadera edad. El subido color borgoña de su vestido no le sentaba muy bien, porque confería a su cutis cierto tono purpúreo que se concentraba, igual que un crepúsculo, en los menores huecos de su cara, suavizando la carne hasta prestarle una textura de cansancio y dejadez, transformando su expresión burlona en otra cuajada de malicia.

Vio que lo estudiaba sonriente. Luego, con voz crispada, acompañada de una sonrisa con la que pretendió velar algo el insulto, le dijo:

—No te sientes bien, ¿verdad, Jim? Tienes cara de lacayo aburrido.

—Puedo permitirme lo que quiera —respondió él riendo por lo bajo.

—Lo sé, querido. Eres uno de los hombres más poderosos de Nueva York —y añadió—: Y ello constituye una broma excelente, en nuestros tiempos.

—Lo es.

—Reconozco que estás en posición de obrar como gustes. Por eso quería verte.

Y añadió un pequeño gruñido de alborozo, que diluyera la franqueza dé su declaración.

—Bien —respondió Jim con voz tranquila e indiferente.

—Tenía que venir, porque he creído conveniente no ser vista contigo en público, al tratar este asunto.

—Una medida muy sensata.

—Creo recordar haberte sido útil en el pasado.

—En el pasado… sí.

—Y estoy segura de contar contigo.

—Desde luego… Sólo que ¿no se trata de una observación anticuada y escasamente filosófica? ¿Cómo podemos estar seguros de nada?

—Jim —replicó ella en seguida—, ¡tienes que ayudarme!

—Querida, estoy a tu disposición. Haré cualquier cosa para serte útil —respondió.

Las reglas del lenguaje que empleaban exigían que cualquier declaración concreta fuera contestada con una mentira. Se dijo que Lillian sentíase vacilar y experimentó el placer de contender con un adversario poco firme.

Notó que ella negligía incluso la perfección de su signo más distintivo: el de la elegancia. Unos cuantos mechones de pelo le caían desordenados sobre la cara; sus uñas, de un color que combinaba con el del vestido, mostraban ahora un tono en exceso obscuro, como de sangre coagulada, que hacía más fácil distinguir el descascarillado de los bordes. Y en el descote bajo y cuadrado del vestido, allí donde se mostraba la amplia, suave y cremosa piel, observó el breve brillo de una aguja imperdible sosteniendo el tirante de su enagua.

—¡Has de impedirlo! —exclamó en el tono beligerante de quien expresa un ruego, disfrazándolo como orden—. ¡Has de impedirlo!

—Muy bien. ¿De qué se trata?

—De mi divorcio.

—¡Oh…!

Sus facciones adquirieron en seguida un tono más interesado.

—Sabes que quiere divorciarse de mí, ¿verdad?

—He oído rumores acerca de ello.

—Todo está dispuesto para el mes que viene. Y cuando digo dispuesto sé a lo que me refiero. ¡Oh! Le va a costar mucho dinero, pero ha comprado al juez, a los funcionarios, a los alguaciles, a los que apoyan a éstos y a quienes ayudan a sus ayudantes; a unos cuantos legisladores y a media docena de administradores. Lleva el proceso legal como un negocio mas y no me queda el menor resquicio por el que introducirme e impedirlo.

—Comprendo.

—¿Sabes lo que le indujo a solicitar el divorcio?

—Lo adivino.

—¡Y yo que obré así como un favor hacia ti! —Su voz estaba adoptando un tono nervioso y penetrante—. Te hablé de tu hermana con el fin de hacerte conseguir ese certificado de cesión destinado a tus amigos y que…

—¡Te juro que no sé quién ha descubierto que fuiste tú! —se apresuró él a exclamar—. Tan sólo muy pocas personas importantes sabían que la información procedía de ti, y por otra parte estoy seguro de que nadie se hubiera atrevido a mencionar…

—¡Oh! ¡Estoy segura de que nadie lo hizo! Pero él ha tenido inteligencia suficiente como para adivinarlo.

—Lo supongo. Bien. De todas formas, tú sabías a lo que te exponías.

—Nunca creí que llegara tan lejos. No me figuré que intentara el divorcio. No creí…

Jim se echó a reír de repente, mirándola con repentina agudeza.

—No creíste que la culpa es como una cuerda que se va adelgazando más y más, ¿verdad, Lillian?

Lo miró perpleja y luego repuso fríamente:

—Ni lo creo.

—Pues así es, querida… con hombres como tu esposo.

—¡No quiero que se divorcie de mí! —gritó—. ¡No quiero dejarle libre! ¡No lo permitiré! ¡No estoy dispuesta a convertir mi vida en un fracaso!

Se interrumpió de pronto, como si acabara de admitir demasiadas cosas. Él se reía suavemente, asintiendo con lentos movimientos de cabeza, adoptando un aire inteligente, casi digno, cual si lo comprendiera todo perfectamente.

—Al fin y al cabo… es mi marido —manifestó ella a la defensiva.

—Sí, Lillian, sí. Lo sé.

—¿Sabes lo que planea? Quiere obtener el divorcio y dejarme sin un céntimo. Nada de arreglos, ni de subsidios ni de nada. Será él quien pronuncie la última palabra, ¿comprendes? Si lo consigue… ese certificado de cesión no constituirá precisamente una victoria para mí.

—Sí, querida. Lo sé.

—Y además… es absurdo tener que pensar en ello, pero, ¿de qué voy a vivir? El poco dinero particular de que dispongo vale muy poco estos días. Consiste principalmente en acciones de fábricas de los tiempos de mi padre, que cerraron hace tiempo. ¿Qué voy a hacer?

—Pero, Lillian —le respondió él, inconmovible—, creí que no te importaba el dinero ni las cosas materiales.

—¡No lo comprendes! No hablo de dinero, sino de pobreza. ¡De absoluta, real y asquerosa pobreza! De algo que debería estar prohibido a toda persona civilizada. ¿Me imaginas preocupada del alimento y del pago del alquiler?

La miraba con débil sonrisa; por una vez, su cara lacia y envejecida parecía tensarse con cierto aire de sabiduría. Estaba descubriendo el placer de la percepción total dentro de la única realidad que podía permitirse.

—¡Jim! ¡Tienes que ayudarme! Mi abogado no puede hacer nada. Gasté lo poco que tenía con él y en sus investigadores, amigos y empleados. Pero todo cuanto he podido conseguir fue llegar a la conclusión de que no le es posible ayudarme. Esta tarde su abogado me entregó su informe final. En el mismo declara tajantemente que mis posibilidades son nulas. No conozco a nadie que pueda auxiliarme en este trance. Contaba con Bertram Scudder, pero… ya sabes lo que le ha ocurrido. También fue consecuencia de haber intentado ayudarte. Pero tú conseguiste salir indemne, Jim. Eres la única persona que me puede sacar de este apuro. Tienes contacto con personajes encumbrados. Di una palabra a tus amigos para que a su vez insistan cerca de los suyos. Wesley puede hacerlo. Diles que ordenen la suspensión de ese divorcio. Que lo rechacen.

Él sacudió lentamente la cabeza, casi compasivo, como un fatigado profesional ante un aficionado en exceso celoso.

—No puede ser, Lillian —respondió firmemente—. Me gustaría hacerlo, pero todo mi poder de nada sirve en el caso actual.

Le miraba con las pupilas obscurecidas por una extraña y fría tranquilidad. Al hablar otra vez, sus labios se contorsionaron con tan malvado desprecio, que él no se atrevió a identificarlo, sino tan sólo a reconocer que los englobaba a los dos.

—Sé que, si quisieras, podrías hacerlo.

Jim no sintió intenciones de disimular; de un modo extraño y por vez primera en aquella ocasión, la verdad parecía más atractiva, porque, por una vez, servía a su estilo peculiar de divertirse.

—Sabes que no puede ser —repuso—. Nadie concede favores si no se le ofrece algo a cambio. Y los precios van subiendo más y más. Las oportunidades aparecen tan complejas, retorcidas y enmarañadas, que todo el mundo tiene algo que ver con su vecino y nadie se atreve a moverse por no saber quién se despeñará ni hacia qué lado. Así es que la gente sólo actúa en el momento preciso, cuando se trata de un caso de vida o muerte… prácticamente los únicos casos con que se contiende ahora. ¿Qué significa tu vida particular para esos hombres? ¿Qué interés puede provocarles que quieras retener a tu marido? En cuanto a mi actuación personal… nada puedo ofrecerles a cambio de pretender que aparten su atención de algún negocio mucho más atractivo. Además, en estos momentos las personas influyentes no obrarían a ningún precio. Han de tener mucho cuidado con ti marido, porque… precisamente desde la emisión de mi hermana se encuentra libre de ellos.

—¡Fuiste tú quien rogó que la obligara a hacerlo!

—Lo sé, Lillian. Hemos perdido los dos. Y ahora volvemos a perder.

—En efecto —respondió ella con el mismo obscuro desdén de antes. Era precisamente su desprecio lo que más le complacía. Resultaba un goce extraño, sin base, desconocido, el de saber que aquella mujer lo estaba contemplando tal como era y que aun así se mantenía en su presencia, reclinada en la silla como si le declarase su sumisión.

—Eres una persona maravillosa, Jim —le dijo. Sus palabras tenían el tono de una condena, pero aun así quiso que sonaran como un tributo. El placer de Jim se basaba en saber que vivían en un ambiente en que tal clase de condena representaba un gran valor.

—Te equivocas acerca de esos ayudantes de carnicero como González —le dijo bruscamente—. Son muy útiles. ¿Te gustó alguna vez Francisco d'Anconia?

—No puedo soportarlo.

—Bien. ¿Sabes el verdadero propósito del cocktail organizado esta noche por el señor González? Era el de celebrar el convenio de la nacionalización de la «d'Anconia Copper» para dentro de un mes.

Le miró unos instantes con las comisuras de los labios ligeramente curvadas en una sonrisa.

—Era amigo tuyo, ¿verdad?

Su voz tenía un tono del que antes careciera; una emoción que él sólo había conseguido de la gente por medio del fraude, pero que ahora, por vez primera, le era otorgada con comprensión total de la naturaleza de su acto: un tono de admiración.

De pronto comprendió que era aquél el objetivo de sus horas inquietas, el placer que había desesperado encontrar, la celebración que tanto ansiaba.

—Tomemos un trago, Lil —repuso.

Mientras servía el licor la miró, al otro lado de la sala. Estaba tendida laciamente en su sillón.

—Déjale que obtenga su divorcio —le dijo—. No será él quien pronuncie la última palabra, sino ellos, los ayudantes de carnicero: el señor González y Cuffy Meigs.

Lillian no contestó. Tomó la copa con perezoso e indiferente movimiento y bebió, pero no a la manera de quien realiza un acto social, sino como un bebedor solitario en un bar: por el goce físico del licor.

Jim se sentó en el brazo del diván, demasiado cerca de su visitante, y sorbió la bebida mirándola a la cara. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Qué piensa él de mí?

—Te considera un imbécil —repuso—. Cree que la vida es demasiado corta para tener necesidad de enterarse de tu existencia.

—Se enteraría si… Se interrumpió.

—¿…si le descargaras un estacazo en la cabeza? No estoy segura. Se limitaría a reprocharse no haberse alejado del palo. Pero aun así sería tu única oportunidad.

Se movió un poco, arrellanándose todavía mejor, con el estómago saliente, como si el descanso fuera un acto desagradable, como si le ofreciera una clase de intimidad que no requiriese actitudes fingidas ni respeto.

—Fue lo primero que noté en él —dijo —cuando nos conocimos: que no tenía miedo. Parecía seguro de que nadie podía hacerle nada; tan seguro que ni siquiera se molestaba en identificar sus sentimientos.

—¿Cuánto hace que no lo has visto?

—Tres meses. Desde… desde el certificado de cesión.

—Yo lo vi hace dos semanas en una reunión de industriales. Aún tiene el mismo aspecto… pero acentuado. Ahora parece como si lo supiera.

—Y añadió—: Has fracasado, Lillian.

Ella guardó silencio. Se quitó el sombrero echándolo hacia atrás con el dorso de la mano y dejándolo rodar hasta la alfombra, mientras la pluma se curvaba como un signo de interrogación.

—Recuerdo la primera vez que visité sus fundiciones —dijo—. ¡No puedes imaginar lo que Hank sentía hacia ellas! ¡No puedes suponer la clase de arrogancia intelectual que hace falta para sentir como si todo cuanto le perteneciera o todo cuanto le tocara quedase

consagrado por su tacto! Sus fundiciones, su metal, su dinero, su cama, su mujer! —Le miró mientras un leve brillo perforaba el letárgico vacío de sus pupilas—. Nunca se dio cuenta de tu existencia ni de la mía. Pero yo soy aún la señora Rearden… al menos durante otro mes.

—Sí —admitió él, mirándola con repentino y nuevo interés.

—¡La señora Rearden! —exclamó con desdén—. No sabes lo que esto significó para él. Ningún señor feudal exigió tal reverencia por el título de esposa suya, ni lo esgrimió como un símbolo de honor tan alto. ¡De su inflexible, intocable, inviolado e impoluto honor! —Movió la mano vagamente indicando la longitud de su tendido cuerpo—. ¡La esposa de César!

—se rió—. ¿Recuerdas lo que se suponía de ésta? No, no lo recuerdas. Se la consideraba situada por encima de todo reproche.

La miró con la expresión ciega de un odio impotente, un odio del que ella se había convertido repentinamente en símbolo, no en objeto.

—No le gustó que su metal fuera ofrecido para el uso común, permitiendo que cualquiera pudiese fabricarlo también, ¿verdad?

—No. No le gustó.

Sus palabras sonaban algo borrosas, como si acusaran el peso de las gotas del licor ingerido.

—No vayas a decirme que nos ayudaste a conseguir ese certificado de cesión como un favor hacia mí sin que tú ganaras nada… Sé muy bien por qué lo hiciste.

—Lo sabías también entonces.

—Desde luego. Y por eso me gustas, Lillian.

Posó la mirada en su amplio escote. No era la suave piel lo que atraía su atención, ni tampoco la parte visible de sus senos, sino el engaño de aquel imperdible situado más allá del borde de la tela.

—Me gustaría verlo apaleado —confesó—. Quisiera oírle gritar de dolor sólo una vez.

—No lo conseguirás, Jimmy.

—¿Por qué se cree mejor que el resto de nosotros? Lo mismo que le ocurre a mi hermana.

Lillian se echó a reír. Él se levantó como si lo hubiera abofeteado. Dirigióse al bar y se sirvió otra bebida, sin ofrecerle llenar su vaso de nuevo. Lillian hablaba al espacio, mirando más allá de su interlocutor.

—Se daba cuenta de mi existencia, aun cuando no pudiera tender rieles, ni erigir puentes a la gloria de su metal. No puedo levantar fundiciones, pero si destruirlas. No puedo producir su metal, pero sí arrebatárselo. No puedo hacer que las gentes se arrodillen admiradas, pero si obligarlas a humillarse.

—¡Cállate! —gritó él, aterrorizado, como si Lillian se acercara en exceso al callejón lleno de niebla que debía permanecer invisible.

Le miró a la cara.

—Eres un cobarde, Jim.

—¿Por qué no te emborrachas? —le espetó poniéndole el vaso todavía lleno ante la boca, cual si quisiera golpearla.

Lillian apretó el vaso con dedos lacios y bebió, vertiéndose el licor por la barbilla, el pecho y el vestido.

—¡Oh! ¡Diantre, Lillian! Eres una inútil —dijo sin molestarse por sacar el pañuelo, extendiendo la mano para limpiar el licor con la palma.

Sus dedos se deslizaron bajo el escote del vestido, cerrándose sobre un seno. Su respiración se entrecortó como atacado de hipo. Entornaba los párpados más y más, pero pudo percibir cómo la cara de Lillian se echaba hacia atrás, sin resistir, con la boca hinchada por la repulsión. Cuando quiso besarla sus brazos lo estrecharon obedientes y sus labios respondieron, pero era sólo una presión, no un beso.

Jim levantó la cabeza para mirarla de frente. Descubría los dientes en una sonrisa, pero miraba más allá de él, como burlándose de una invisible presencia. Aquella sonrisa sin vida estaba, no obstante, cargada de malicia; como la mueca de un cráneo desprovisto de carne.

La apretó contra sí para disimular su propio estremecimiento. Sus manos realizaban los movimientos automáticos de la intimidad y ella aceptaba, pero de un modo que le hizo sentir como si los latidos de sus arterias fuesen a su contacto risitas despectivas. Los dos estaban realizando una rutina previsible, una rutina inventada por alguien y que les era impuesta, pero en tono de burla o de odio, cual una corrompida parodia frente a sus inventores.

Jim sintió una furia insensata, parte horror y parte placer, el horror de cometer un acto que nunca se atrevería a confesar ante nadie, el placer de cometerlo en irreverente desafío hacia quienes no se hubieran atrevido a confesarlo. La parte consciente de su rabia parecía gritarle que era sí mismo, que por fin era sí mismo y nadie más.

Guardaban silencio, comprendiendo sus mutuos motivos. Sólo fueron pronunciadas dos palabras:

—Señora Rearden —dijo él.

No se miraron cuando la empujó hacia el dormitorio y la echó sobre la cama, cayendo sobre su cuerpo como si se tratara de un objeto hinchado y blando. En sus rostros se pintaba una expresión secreta, la de dos colegas culpables; la furtiva y lasciva expresión de unos niños que ensucian una limpia pared, llenándola de dibujos de yeso que pretenden ser símbolos de obscenidad.

Más tarde no le decepcionó saber que lo que había poseído era un cuerpo inanimado, sin resistencia ni reacción. No era una mujer lo que había deseado poseer. No era un acto con el que celebrar la viga lo que quiso llevar a cabo, sino un acto con el que celebrar tan sólo el triunfo de la impotencia.

* * *

Cherryl abrió la puerta y entró tranquila y casi subrepticiamente, como si esperara no ser vista o no ver la vivienda que consideraba su hogar. El sentimiento que le ocasionaba la presencia de Dagny, del mundo de esta, la había sostenido durante su camino de regreso, pero cuando entró en el piso, las paredes parecieron tragársela de nuevo en el aire sofocante de una trampa. El piso estaba en silencio; una cuña de luz atravesaba la antesala desde una puerta a medio abrir. Se arrastró maquinalmente hacia la misma. De pronto se detuvo.

El rayo de luz procedía del estudio de Jim y sobre la franja iluminada de su alfombra pudo ver un sombrero femenino con una pluma que oscilaba débilmente al viento.

Dio un paso hacia delante. La habitación estaba vacía; distinguió dos vasos sobre una mesa y otro en el suelo y un bolso de mujer en un sillón. Permaneció estupefacta, sin poder reaccionar, hasta oír el rumor ahogado de voces tras la puerta del dormitorio de Jim; no podía comprender las palabras, pero sí la calidad de su tono. La voz de Jim sonaba irritada; la de la mujer, desdeñosa.

Se encontró, de pronto, en su propio cuarto, esforzándose frenéticamente en cerrar la puerta. La había precipitado allí el ciego pánico de su huida, como si fuera ella la que tuviera que esconderse, ella quien se viera obligada a escapar a la fealdad de ser sorprendida en el acto de verles. Un pánico mezcla de repulsión, de piedad, de turbación y de esa castidad mental que retrocede ante la visión de un hombre que ostenta la prueba incontestable de su maldad.

Permaneció en mitad del cuarto, incapaz de comprender qué podía hacer en aquellos momentos. Luego, sus rodillas cedieron, plegándose blandamente y se encontró sentada en el suelo, mirando la alfombra y estremeciéndose.

No era cólera, ni celos, ni indignación, sino tan sólo el triste horror de contender con una cosa grotescamente insensata. Era el saber que ni su matrimonio ni el amor de Jim hacia ella, ni su insistencia en retenerla, ni su cariño hacia otra mujer, ni su injustificado adulterio, representaban nada; que no existía ni el menor atisbo de sensatez en todo aquello y que no valía la pena buscar explicaciones. Siempre había imaginado el mal con un propósito bien definido, como un medio para alcanzar un fin. Lo que ahora presenciaba era la maldad en si misma.

No supo cuánto tiempo había permanecido sentada de aquel modo. De pronto oyó sus pasos y sus voces, y luego el ruido de la puerta delantera al cerrarse. Se puso en pie sin propósito definido, impelida por cierto instinto, cual si se moviera en un vacío en el que la honradez no era ya aparente, sin saber de qué otro modo comportarse.

Se encontró con Jim en la antesala. Por un instante se miraron uno a otro, cual si no acabaran de comprender lo que veían.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó él—. ¿Cuánto tiempo llevas en casa?

—No lo sé.

La miró de frente.

—¿Qué te ocurre?

—Jim, yo… —Forcejeó consigo misma y agitó una mano hacia el dormitorio—. Lo sé todo.

—¿Qué es lo que sabes?

—Estabas ahí… con una mujer.

Su primer acto fue empujarla al estudio y cerrar la puerta, cual si quisiera ocultarse y ocultarla a ella, aunque sin saber de quién. Una rabia ciega bullía en su mente, contendiendo entre escapar y estallar. Y estalló en la sensación de que aquella despreciable mujer le privaba de su triunfo. Pero no estaba dispuesto a concederle aquella satisfacción.

—¡Desde luego! —exclamó—. ¿Y qué importa? ¿Qué vas a hacer? Le miró estupefacta.

—¡SÍ! ¡Estaba ahí con una mujer! ¡Lo hice porque me pareció oportuno! ¿Crees que vas a atemorizarme con tus jadeos, tus miradas y tu gimiente virtud? —Hizo chasquear los dedos—. ¡Me importa un bledo tu opinión! ¡Lo que tú pienses me tiene sin cuidado! ¡Toma lo o déjalo! —Fue su rostro blanco e indefenso lo que le atrajo, fustigándole, confiriéndole el placer de sentir como si sus palabras fuesen golpes que desfiguraran un rostro humano—. ¿Crees que me vas a obligar a ocultarme? ¡Estoy harto de fingir en beneficio de tu rectitud! ¿Qué diablos crees ser? ¡Careces totalmente de importancia! ¡Obraré a mi antojo y mantendrás la boca cerrada y fingirás en público como todo el mundo, y cesarás de decirme cómo he de actuar en mi propia morada! ¡Nadie es virtuoso en su casa! Eso sólo se finge ante los demás. Y a partir de ahora, pequeña idiota, más vale que adoptes una actitud distinta.

No era el rostro de Cherryl el que veía, sino el del hombre al que deseaba, aunque sin conseguirlo nunca, arrojar el acto de aquella noche. Ella siempre se comportó como

admiradora, defensora y agente de aquel hombre. Se había casado con ella para que ahora pudiera servir su propósito.

—¿Sabes quién es la mujer con la que estaba? —gritó—. ¡Era…!

—¡No! —exclamó ella—. ¡Jim! ¡No quiero saberlo!

—¡Era la mujer de Rearden! ¡La señora de Hank Rearden!

Cherryl dio un paso atrás. Jim sintió un breve latigazo de terror, porque le miraba cual si estuviera viendo algo que él nunca debía admitir. Con voz muerta, dotada de un incongruente sentido común, preguntó:

—Supongo que ahora querrás que nos divorciemos, ¿verdad? Pero él soltó una carcajada.

—¡Qué imbécil eres! ¡Sigues con lo mismo! ¡Sigues queriendo que todo sea grande y puro! No he pensado en divorciarme y no imagines que permitiré una separación. ¿Lo crees tan importante? Escucha, insensata; no existe un solo hombre que no duerma con otra mujer, ni una mujer que no lo sepa. Pero nunca hablan de ello. Estaré con quien quiera y tú puedes hacer lo mismo, como todas esas mujerzuelas; pero mantén la boca cerrada.

Percibió la repentina y turbada expresión de unos ojos duros, claros, sin sentimientos, dotados de una inteligencia casi sobrehumana.

—Jim, si fuera de la clase de las que obran así, no te habrías casado conmigo.

—No. Tienes razón.

—¿Por qué lo hiciste?

Se sintió arrastrado como por un torbellino, en parte aliviado porque el momento de peligro hubiese transcurrido y en parte desafiando de modo irresistible aquel mismo peligro.

—Porque eras una pobretona, un ser mísero y sin relieve, que jamás hubiera podido pensar en igualarse a mí. ¡Porque creí que me amabas! ¡Porque creí que sabrías que era tu deber amarme!

—¿Tal como eres?

—¡Sin atreverte a preguntar cómo soy! ¡Sin motivo concreto! ¡Sin ponerme en evidencia, impulsada por tus razonamientos, cual si me hallara en un maldito baile de disfraces, hasta el final de mis días!

—¿Me amabas… porque no tenía ningún valor?

—¿Creíste alguna vez tenerlo?

—¿Me amabas por no ser nadie?

—¿Qué podías ofrecerme? Pero no tuviste la humildad de reconocerlo. Quise ser generoso, darte seguridad. Pero, ¿qué seguridad existe en ser amado por las propias virtudes? La competición queda abierta, como en un mercado de la selva; una persona mejor surgirá siempre para derrotarte. Pero yo… deseaba amarte por tus defectos, por tus debilidades, por tu ignorancia, tu torpeza y tu vulgaridad… Podías seguir siendo igual, sin ocultar nada de tu apestoso y verdadero ser… Todo ser humano es un albañal… pero hubieras retenido mi amor sin exigirte nada a cambio.

—¿Querías… que aceptara tu amor… como una limosna?

—¿Imaginaste poder merecerlo? ¿Imaginaste merecer alguna vez unirte a mí, desgraciada? ¡Yo solía comprar a otras muchas como tú por el precio de una comida! Quise hacerte saber, a cada uno de tus pasos y a cada bocado de caviar que tragabas, que todo me lo debías a mí. Que no tenías nada, que no eras nada, y que nunca podías esperar una igualdad, un merecimiento o un pago de mis favores.

—Yo… intenté… merecerlo.

—¿Y de qué me hubieras servido, caso de conseguirlo?

—¿No querías que lo hiciera?

—¡Qué imbécil eres!

—¿No querías que mejorase? ¿Que me elevara? ¿Me creíste llena de defectos y querías que continuara así?

—¿De qué me hubiera servido que lo merecieras? ¿Que me viese obligado a trabajar para retenerte, mientras tú comerciabas en cualquier otro lugar, caso de optar por ello?

—¿Deseaste que fuera una limosna… para ambos y procedente también de los dos? ¿Pretendiste que fuésemos dos mendigos encadenados uno a otro?

—¡Sí, condenada evangelista! ¡Sí, condenada adoradora de héroes! ¡Sí!. —¿Me escogiste por qué no valía nada?

—¡Sí!

—¡Mientes, Jim!

Su respuesta fue sólo una mirada cuajada de asombro.

—Esas muchachas a las que solías comprar por el precio de una comida se hubiesen alegrado al convertir su auténtica personalidad en un guiñapo, hubieran aceptado tus limosnas, sin intentar nunca elevarse, pero no te habrías casado con ninguna de ellas. Si lo hiciste conmigo fue por saber que no aceptaba ese estado, ni interior ni exteriormente, que contendía por mejorar y que seguiría esforzándome en ello.

—¡Sí! —gritó Jim.

El reflector que desde tanto tiempo avanzaba hacia ella la alcanzó de lleno, haciéndola gritar cual si hubiera recibido la explosión luminosa del impacto. Se alejó de él presa de un terror físico.

—¿Qué te sucede? —preguntó Jim, estremecido, sin atreverse a reconocer lo que sus ojos veían.

Cherryl movió las manos cual si quisiera aferrar algo, haciéndolas oscilar de un lado a otro. Al responder, sus palabras no dieron un nombre concreto a aquello, pero eran las únicas que pudo articular:

—Eres… un asesino… por el placer de asesinar.

La cosa innominada se estaba aproximando; estremecido de terror, él saltó ciegamente y le dio una bofetada.

Cherryl cayó contra el costado de un sillón, dando con la cabeza en el suelo; pero se levantó al instante y miró a Jim sin verlo, desprovista de asombro, cual si la realidad física se limitara a adoptar la forma que había esperado. Una sola gota de sangre, de forma ovalada, fue resbalando lentamente desde la comisura de su boca.

Jim permaneció inmóvil y por un instante se miraron uno a otro, como si ninguno de los dos se atreviera a moverse.

Fue ella la primera en hacerlo. Se puso en pie y echó a correr. Salió del cuarto y del piso. La oyó atravesar el vestíbulo y abrir la puerta de hierro de la escalera de urgencia, sin detenerse a llamar el ascensor.

Bajó corriendo las escaleras, abriendo puertas en diversos rellanos y corriendo por los pasadizos hasta encontrar de nuevo la escalera, verse en el vestíbulo y salir a la calle.

Al cabo de un rato observó que caminaba por la sucia acera de un barrio obscuro. Una bombilla eléctrica resplandecía en la caverna de una entrada del metro y un iluminado anuncio de galletas para soda brillaba en el negro tejado de unos lavaderos. No recordaba cómo había llegado hasta allí. Su mente parecía actuar de un modo inconexo, como a ráfagas. Sólo supo que era preciso escapar, pero que la huida se hacía imposible.

Tenía que escapar de Jim. «Pero, ¿adonde dirigirse?», se preguntó mirando a su alrededor, como quien lanza un grito de auxilio. Hubiera aceptado cualquier trabajo en un almacén o en aquellos lavaderos, o en una de las míseras tiendas ante las que pasaba. Pensó que era preciso trabajar y que cuanto más duramente lo hiciera, mayor malevolencia arrancaría a las personas que la rodearan y no sabría cuándo esperar la verdad de sí misma y cuándo una mentira. Pero cuanto mayor fuera su honradez, mayor también sería el fraude que se le exigiera sufrir en manos ajenas. Lo había vivido con anterioridad y lo había soportado en el hogar de su familia y en las tiendas de los arrabales. Pero entonces creyó que se trataba de excepciones, de maldades casuales para escapar y olvidar. Ahora se daba cuenta de que no era así, de que tal era el código aceptado por el mundo; un credo de la vida, conocido por todos, pero sin nombre, que se reía de ella en las pupilas de la gente y en la mirada taimada y culpable que hasta entonces nunca pudo comprender. Y en el fondo de aquel credo, oculto por el silencio, agachado a su espera en los sótanos de la ciudad y en los sótanos de las almas, existía algo con lo que era imposible convivir.

«¿Por qué hacéis esto conmigo?», gritaba interiormente a la obscuridad. «Porque eres buena», parecía responderle una sonora risotada procedente de los tejados y de los albañales. «Entonces, no quiero ser buena más tiempo.» «Pero lo serás.» «No tengo por qué.» «Lo serás.» «No puedo soportarlo.» «Lo soportarás.»

Se estremeció y apresuró el paso. Frente a ella, en la neblinosa distancia, vio de pronto el calendario sobre los techos de la ciudad. Era más de medianoche y el calendario decía: agosto, 6; pero le pareció repentinamente ver esta otra fecha: septiembre, 2, escrita sobre la urbe en letras de sangre. Pensó que si trabajaba, si se esforzaba y se elevaba, recibiría un vapuleo cada vez más intenso conforme ascendiera uno a uno los escalones, hasta que, al llegar al intimo, cuando consiguiera poseer una compañía de cobre o una casita sin hipotecar, le serían arrebatadas por Jim en algún 2 de septiembre, y las vería desaparecer en pago de las fiestas en las que Jim realizara tratos con sus amigos.

«¡No lo haré!», gritó, dando media vuelta y corriendo en sentido contrario; pero le pareció que en el negro firmamento, sonriéndole entre el vapor de la lavandería, se agitaba una enorme figura informe, cuya mueca seguía siendo la misma en sus distintos rostros. Aquella cara era la de Jim y la de los predicadores de su juventud, y la de la activista social del departamento de personal del almacén. La mueca parecía decirle: «La gente como tú seguirá siendo honrada, la gente como tú luchará siempre por prosperar, la gente como tú trabajará. Podemos sentirnos seguros, mientras tú careces de opción».

Echó a correr. Al mirar a su alrededor una vez más, vio que caminaba por una calle tranquila, más allá de los vestíbulos encristalados en los que ardían luces y de las entradas cubiertas de alfombras de lujosos edificios. Observó que cojeaba, le faltaba el tacón de un zapato; se le había roto en algún lugar mientras corría ciegamente.

En el espacio de una amplia intersección miró los rascacielos en la distancia. Se diluían serenamente en un velo de niebla, con cierto halo tras ellos y unas cuantas luces encendidas aún, cual una sonrisa de despedida. En otros tiempos constituyeron una promesa y, desde la mediocridad que la rodeaba, había mirado hacia allá, deseosa de creer que existían otros hombres. Ahora estaca segura de que eran tumbas, esbeltos obeliscos elevados en memoria de seres destruidos precisamente por haberlos creado. Eran la forma helada de un grito silencioso, proclamando que la recompensa a aquellas obras no era más que el martirio.

En algún lugar de aquellas difusas torres se encontraría Dagny, pensó; pero Dagny era una víctima solitaria, librando una batalla perdida. Y acabarla destruida también, hundiéndose en la niebla como los demás.

Pensó que no existía lugar adonde ir. «No podré resistir mucho tiempo, ni caminar mucha distancia. No puedo trabajar, ni descansar. No puedo rendirme, ni luchar. Esta es lo que quieren de mí; éste es el lugar adonde desean que vaya. Ni viva ni muerta, ni sensata ni demente; tan sólo un pedazo de carne que grita de miedo para ser moldeado a su gusto por unos seres que carecen de forma propia.»

Se hundió en la obscuridad tras una esquina, contrayéndose de miedo ante cualquier figura humana. «No —pensó—. No todo el mundo es malo… Los hombres suelen ser como primeras víctimas de sí mismos, pero todos aceptan el credo de Jim y no puedo contender con ellos. Si les hablara, intentarían otorgarme su buena voluntad; pero comprenderé qué es lo que consideran bueno y veré la muerte reflejada en sus ojos.»

La acera se había encogido hasta convertirse en una franja quebrada. Vio montones de basura y cubos en los escalones de casas ruinosas. Más allá del polvoriento resplandor de un bar, destacaba un letrero iluminado proclamando: «Círculo de Descanso para Jóvenes» sobre una puerta cerrada.

Sabía cómo eran las instituciones de tal género y las mujeres que las gobernaban, mujeres cuya tarea, según ellas, consistía en ayudar al necesitado. Si entraba, pensó, tropezando, si se enfrentaba a ellas y les pedía ayuda, le preguntarían: «¿Cuál es tu culpa? ¿La bebida? ¿Las drogas? ¿Estás encinta? ¿Has cometido un robo?» Contestaría: «Carezco de culpa, soy inocente…» «Lo lamentamos, pero no nos preocupan los conflictos de un inocente.»

Echó a correr y luego se detuvo, recuperando la visión en la esquina de una amplia y larga calle. Los edificios y el arroyo se mezclaban con el cielo y dos hileras de verdes luces colgaban del espacio, alejándose hasta una interminable distancia, cual si quisieran alcanzar ciudades y océanos, países extraños y dar la vuelta a la tierra. La claridad verdosa tenía un tinte sereno, como un camino ilimitado e invitador, abierto al confiado transeúnte. Luego las luces se volvieron rojas, descendiendo pesadamente al suelo y cambiando desde círculos bien definidos a manchas neblinosas, cual si le advirtieran un peligro inminente. Vio cómo un camión gigantesco pasaba ante ella aplastando con sus enormes ruedas una capa de brillante pulimento sobre los guijarros de la calle.

Las luces volvieron al verde, indicador de seguridad, pero ella permaneció temblando, incapaz de moverse. «Todo eso sirve para el movimiento de los cuerpos —pensó—; pero, ¿de qué modo dirigen el tránsito del alma? Han colocado esas señales al revés, el camino queda libre cuando las luces muestran el color rojo del mal; pero cuando lo cambian por el verde de la virtud, indicando que se sigue la verdadera senda, se aventura uno hacia delante y es aplastado por las ruedas. Esas luces invertidas —continuó pensando— alcanzan a todas partes y rodean una tierra llena de gentes mutiladas y lisiadas, que no saben lo que las hirió ni por qué, que se arrastran lo mejor que pueden sobre miembros informes, en jornadas carentes de luz, sin respuesta alguna a ello, exceptuando saber que el dolor forma la parte principal de su existencia. Y los guardias de tranco de la moralidad parlotean y tratan de imbuirles la noción de que el hombre, por su propia naturaleza, es incapaz de caminar.»

No eran palabras nacidas en su mente, sino las que hubiera querido pronunciar, de haber poseído fuerza para encontrarlas. Las que comprendía presa de una especie de súbita furia, que la hacía descargar puñetazos en fútil horror contra el poste de hierro del semáforo, a su lado; contra aquel tubo hueco, en cuyo interior el ronco y chirriante mecanismo continuaba funcionando sin parar. No podía aplastarlo con sus puños, no podía abatir uno tras otro todos los postes de la calle que se extendían en la distancia, ni aplastar tampoco aquel credo en las almas de cuantos hombres encontrara. Ya no podía tratar con las gentes, ni seguir el mismo camino que ellas; pero, ¿qué les diría puesto que no tenía palabras con que nombrar las cosas conocidas, ni voz que pudieran escuchar

oídos ajenos? ¿Qué les diría? ¿Cómo llegar a aquellos seres? ¿Dónde estaban los hombres a los que hubiera podido hablar?

Tales palabras no nacían en su mente; eran sólo puñetazos contra el metal. Se vio bruscamente golpeando con los puños un inconmovible poste hasta hacerse daño. Aquella emoción la hizo estremecer y se alejó tambaleándose. Continuó su camino sin ver nada, sintiéndose en un laberinto del que no podía salir.

Sus retazos de coordinación le decían, batiendo las palabras contra el suelo, con el mismo sonido de sus pasos, que no había salida… ni refugio… ni señales… ni modo de discriminar la destrucción de la seguridad, ni al enemigo del amigo… Pensó que era lo mismo que aquel perro del que había oído hablar… el perro de alguien en un laboratorio… el perro que luego de haber visto trocados sus estímulos, no podía distinguir entre el goce y la tortura. Le cambiaron la comida por golpes y los golpes por comida; sus ojos y oídos le engañaban, su juicio era inútil y su conciencia impotente en aquel mundo variable y deforme, hasta que abandonó la partida, rehusando comer a semejante precio o vivir en un mundo así… «¡No! —era la única palabra consciente que formaba su cerebro—. ¡No! ¡No! No quiero nada con vuestro sistema ni con vuestro mundo, aun cuando este no sea lo último que pronuncie.»

Ocurrió en la hora más obscura de la noche, en un callejón entre cobertizos y almacenes. La activista social la vio. Era una mujer cuyo rostro gris y cuyo abrigo también gris se mezclaban a las casas del distrito. Había observado la presencia de una joven con un vestido demasiado elegante y caro para aquel vecindario; sin sombrero, ni bolso, con el tacón de un zapato roto, el pelo desgreñado y una contusión en la comisura de la boca; una muchacha que avanzaba tambaleándose ciegamente, sin distinguir entre acera y arroyo. La calle era sólo una estrecha grieta entre las paredes vacías de aquellas estructuras, pero un rayo de luz caía a través de la niebla impregnada del olor pestilente de agua podrida; un parapeto de piedra daba fin a la calle en el borde de un inmenso agujero negro, en el que cielo y rio se confundían.

La activista social se acercó a ella y le preguntó severamente:

—¿Le ocurre algo?

Pudo ver un solo ojo cauteloso oculto por un mechón de pelo y luego la cara de un ser salvaje que había olvidado el sonido de las voces humanas, pero que las escuchaba como un eco distante, llena de sospecha y aun así casi con esperanza.

La activista social la cogió del brazo.

—¿No le da vergüenza llegar a semejante estado?… Si ustedes, las jóvenes de la buena sociedad, tuvieran algo que hacer, aparte de dar satisfacción a sus deseos y perseguir el placer, no estaría ahora deambulando por aquí, borracha como una cualquiera a semejantes horas… Si cesara de vivir tan sólo para su propia satisfacción, si cesara de pensar sólo en sí misma y encontrar algo más alto…

La muchacha exhaló un grito. Y el grito repercutió una y otra vez contra las vacías paredes de la calle, como en una cámara de tormento. Era un grito de terror animal. Libertó su brazo, dio un salto atrás y empezó a gritar entre sonidos inarticulados:

—|No! |No! ¡No quiero nada con su mundo!

Echó a correr como impulsada por una repentina fuerza, la de una criatura que corre para salvar su vida. Corrió en línea recta por aquella calle que terminaba en el río. Y llevada de su propia velocidad, sin interrumpirse, sin un momento de duda, con la plena conciencia de actuar en beneficio propio, continuó corriendo hasta que el parapeto le cerró el camino; pero sin detenerse ante este obstáculo, lo traspuso, hundiéndose en el espacio.

CAPÍTULO V

PROTECTORES DE SUS HERMANOS

La mañana del 2 de septiembre un alambre de cobre se quebró en California entre dos postes, junto a la vía de la línea del Pacífico, perteneciente a la «Taggart Transcontinental».

Una lenta y fina lluvia había estado cayendo desde la medianoche y no hubo amanecer, sino tan sólo una luz gris que se fue difundiendo por el mojado espacio. Las brillantes gotas que pendían de los alambres eran como chispazos que resplandeciesen contra el yeso de las nubes, el plomo del océano y el acero de los restos del petróleo que descendían como cerdas por la desolada falda del monte. Aquellos alambres estaban gastados por más lluvias y más años de los que se habían planeado para ellos; uno se mantuvo estremeciéndose durante las horas de la mañana bajo el frágil peso de la lluvia; luego, la última gota fue creciendo en su curva, hasta pender de ella como una cuenta de cristal, recogiendo el peso de otras muchas; la gota y el alambre cedieron a la vez y sin ruido, igual que caen las lágrimas; el alambre se rompió y quedó tendido en el suelo, al tiempo que la gota se desprendía también.

Los empleados de la Central Divisionaria de la «Taggart Transcontinental» evitaron mirarse unos a otros cuando se descubrió la rotura de la línea.

Expresaron frases penosamente pergeñadas para que, aun refiriéndose al problema, no expresaran nada concreto, ni trataron de engañarse unos a otros. Sabían que el alambre de cobre era un lujo en trance de desaparecer, más precioso que el oro o el honor. Sabían que el almacenista de la división había vendido las existencias del mismo unas semanas atrás a negociantes desconocidos que llegaron de noche, y que de día no eran tales negociantes, sino sólo hombres con amigos en Sacramento y en Washington, del mismo modo que el almacenista recién nombrado tenía un amigo en Nueva York llamado Cuffy Meigs, acerca del cual nadie hacía preguntas. Sabían que el hombre capaz de asumir la responsabilidad de ordenar reparaciones e iniciar la acción que llevara al descubrimiento de que tales reparaciones no podían ser efectuadas, incurriría en la venganza de desconocidos enemigos; que sus compañeros de trabajo quedarían misteriosamente silenciosos y no declararían en su favor; que no podría probar nada y que si intentaba realizar su tarca, se vería privado de ella en poco tiempo. No podían saber qué resultaba seguro y qué era peligroso. Los culpables no sufrían castigo, pero si los acusadores. Igual que animales, llegaron a la conclusión de que la inmovilidad sería su única protección cuando abrigaran dudas o cuando les amenazara algún peligro. Permanecieron inmóviles, hablando sobre lo adecuado de enviar informes en fechas favorables a las autoridades competentes.

Un joven jefe salió de la habitación y del edificio refugiándose en la seguridad de la cabina telefónica en una tienda próxima, y a sus propias expensas, ignorando la extensión del continente y las diversas capas de directores que se extendían entre él y su objetivo, telefoneó a Dagny Taggart, en Nueva York.

Ella recibió la llamada en la oficina de su hermano, interrumpiendo una conferencia urgente. El joven jefe le contó solamente que la línea telefónica estaba interrumpida y que no tenían alambre para repararla. No dijo nada más, ni explicó por qué había creído

necesario llamarla en persona. Ella no formuló preguntas. Había comprendido perfectamente.

—Gracias —fue cuanto le contestó.

Un fichero de urgencia mantenía reseñados los materiales importantes aún existentes en cada división de la «Taggart Transcontinental». Pero igual que en una bancarrota, sólo registraba pérdidas, mientras la rara adición de nuevos materiales se asemejaba a la risa maliciosa de un atormentador que arrojara migajas a todo un continente muerto de hambre. Pasó la vista por la carpeta, la cerró, suspiró y dijo:

—Montana, Eddie. Llama a la línea de Montana, para que transfieran la mitad de sus existencias de alambre a California. Montana podrá pasarse sin él… durante otra semana. —Cuando Eddie Willers estaba a punto de protestar añadió—: Petróleo, Eddie. California es uno de los últimos Estados productores de petróleo del país. No podemos perder la línea del Pacífico.

Dicho esto volvió a su conferencia en el despacho de su hermano.

—¿Alambre de cobre? —preguntó James Taggart, con una extraña mirada que posó en su rostro y luego en la ciudad, más allá de la ventana—. Dentro de muy poco no tendremos dificultad alguna con el cobre.

—¿Por qué? —preguntó ella.

No le contestó. No había nada especial que ver más allá de la ventana; tan sólo el claro cielo de un día de verano, la tranquila luz de la tarde sobre los tejados de la ciudad y más allá aquella página del calendario que señalaba: septiembre, 2.

Dagny no sabía por qué James había insistido en celebrar aquella conversación en su propio despacho, por qué quiso hablar a solas con ella, cosa que antes siempre procuró evitar, ni por qué consultaba una y otra vez su reloj de pulsera.

—Las cosas empeoran —dijo—. Hay que hacer algo. Parece existir cierto estado de dislocación y confusión que tiende a una política mal coordinada y sin equilibrio. Se da una tremenda demanda nacional de transporte, y aun así perdemos dinero. Yo creo…

Dagny estaba sentada contemplando el mapa ancestral de la «Taggart Transcontinental» colgado de la pared del despacho y las arterias rojas desparramadas por el amarillo continente. En otros tiempos el ferrocarril fue llamado «sistema circulatorio de la nación» y el movimiento de los trenes actuó, efectivamente, como un circuito sanguíneo vivo que llevara prosperidad y riqueza a todos los rincones adonde alcanzara. Continuaba siendo tal sistema, pero funcionando en una sola dirección, como cuando existe una herida que agota los restos de un cuerpo. «Tránsito en una sola dirección —pensó Dagny, indiferente —. Tránsito de consumidores.»

Se acordó del tren número 193. Seis semanas atrás, dicho tren había sido enviado con un cargamento de acero, pero no a Faulkton, Nebraska, donde la «Compañía de Herramientas y Maquinaria Spencer», la mejor todavía en existencia, llevaba dos semanas parada esperando aquel material, sino a Sand Creek, Illinois, donde la «Confederated Machine» debía el equivalente a más de un año, produciendo géneros defectuosos en plazos imprevisibles. El acero había sido otorgado a la misma gracias a una directriz en la que se explicaba que la «Compañía de Herramientas y Maquinaria Spencer» era una empresa rica, capaz de esperar, mientras que la «Confederated Machine» estaba en bancarrota y no podían permitirse su hundimiento, por constituir la única fuente de sustento de la comunidad de Sand Creek, Illinois. La «Compañía de Herramientas» había cerrado un mes atrás.

La «Confederated» hizo lo propio dos semanas después.

La gente de Sand Creek, Illinois, había sido colocada bajo la protección del subsidio nacional, pero no se podía encontrar alimento para ella en los vacíos graneros de la

nación en aquellos frenéticos momentos. La simiente de los granjeros de Nebraska quedó incautada por orden de la Oficina de Unificación y el tren número 194 se encargó de llevar aquella cosecha, aún no plantada, junto con el futuro del pueblo de Nebraska, para ser consumida por la gente de Illinois. «En esta época de esclarecimiento —había dicho Eugenio Lawson en una emisión radiofónica —hemos llegado finalmente a comprender que cada uno de nosotros ha de mantener a su hermano.»

—En un período de emergencia tan grave como el actual —estaba diciendo James Taggart, mientras Dagny contemplaba el mapa —es peligroso vernos obligados a aplazar pagos y a acumular salarios atrasados en una división cualquiera. Se trata de una dificultad temporal, pero…

—El Plan de Unificación de los Ferrocarriles no funciona, ¿verdad, Jim?

—preguntó ella riendo por lo bajo.

—¿Cómo dices?

—Recibirás una buena tajada de las rentas de la «Southern Atlantic» cuando a final de año se haga el reparto… sólo que no quedará nada para el reparto en cuestión.

—¡No es cierto! Lo que ocurre es que los banqueros sabotean el plan. Esos bastardos, que en otros tiempos solían otorgarnos préstamos sin garantía alguna, excepto nuestro ferrocarril, rehúsan ahora entregarme unos cuantos miles a corto plazo con el único objeto de hacer frente a unas nóminas, cuando tengo para ofrecerles en garantía todos los ferrocarriles del país.

Ella siguió riendo calladamente.

—¡No podemos evitarlo! —gritó Jim—. ¡No es culpa del plan el que algunas personas rehúsen cargar con su parte de nuestras responsabilidades!

—Jim, ¿era eso lo que querías decirme? En este caso me voy. Tengo mucho que hacer.

Jim posó rápidamente la mirada en su reloj de pulsera.

—¡No, no, eso no es todo! Creo urgentísimo discutir la situación y llegar a decisiones que…

Ella escuchó indiferente aquella avalancha de vulgaridades, preguntándose cuáles serían sus motivos. Estaba ganando tiempo, pero, por otra parte, no daba la impresión de ello.

Llegó a la conclusión de que la retenía allí con algún propósito indefinido o que acaso sólo anhelara su presencia.

Existía en él una nueva faceta que empezó a observar desde la muerte de Cherryl. Había acudido corriendo a ella, entrando en el piso sin hacerse anunciar, la noche del día en que el cuerpo de Cherryl fue hallado y la historia de su suicidio apareció en todos los periódicos, relatada por una activista social que presenciara el hecho. «Un suicidio inexplicable», proclamaban los periódicos, incapaces de descubrir un motivo cualquiera. «¡No ha sido culpa mía! —le gritó cual si fuera el único juez al que tuviese necesidad de aplacar—. ¡No tengo nada que ver en este asunto! Yo no tengo la culpa.» Temblaba de terror, pero ella pudo distinguir en su mirar algo que al parecer y de un modo inconcebible indicaba cierto sentimiento de triunfo. «Sal de aquí, Jim», fue todo cuanto le dijo.

No le había vuelto a hablar de Cherryl, pero acudía a su despacho con más frecuencia que antes o la detenía en los vestíbulos para intercambiar retazos de inútil discusión. Tales momentos habían ido englobándose hasta conferir a Dagny una incomprensible sensación, como si a la vez que se aferraba a ella en busca de apoyo y protección contra un terror inexplicable, sus brazos intentaran envolverla para clavarle un cuchillo por la espalda.

—Tengo un gran interés en saber tu opinión —insistió, mientras ella volvía la mirada hacia otro lado—. Es urgente discutir la situación y… y tú no has dicho nada. —Dagny no se volvió—. No se trata de que no podamos extraer más dinero a los ferrocarriles, sino…

Volvió bruscamente la cara hacia él, y Jim eludió su mirada.

—Es necesario idear una política constructiva —continuó martilleando—. Hacer algo… Alguien deberá realizarlo. En tiempos de necesidad…

Comprendió el pensamiento que intentaba eludir, la impresión que quería ocasionarle, aunque sin desear que la reconociera o discutiera. No era ya posible mantener horarios fijos, ni cumplir promesas ni observar contratos. Los trenes regulares quedarían cancelados sin previo aviso y transformados en trenes especiales de urgencia que se enviarían, mediante órdenes no explicadas a nadie, a insospechados destinos. Y aquellas órdenes procedían de Cuffy Meigs, único juez en lo relacionado con el bienestar público. Sabía que muchas fábricas estaban cerrando, algunas con sus máquinas paradas por falta de materias primas, y otras con los almacenes llenos de géneros que no podían ser entregados. Sabía que las viejas industrias, los gigantes que construyeron su poder gracias a un propósito inflexible, proyectado sobre un amplio espacio de tiempo, dejarían de existir por el azar de un instante, imposible de prever o castigar. Sabía que los mejores de entre ellos, los dotados de un alcance más largo y de funciones más complejas, se habían marchado hacia bastante tiempo, y que quienes aún forcejeaban por producir, batallando salvajemente con el fin de preservar el código de una era en que la producción fue posible, introducían ahora en sus contratos cierta cláusula vergonzosa para los descendientes de Nat Taggart: «Si los transportes lo permiten».

Sin embargo, existían hombres —y ella lo sabía —capaces de obtener transporte cuando lo desearan, gracias a un místico secreto, valiéndose de algún poder que nadie debía poner en duda o explicar. Eran los hombres cuyos tratos con Cuffy Meigs cobraban ante el pueblo el valor de un desconocido credo capaz de destruir al observador por el solo pecado de mirar. Debido a ello la gente mantenía los ojos cerrados, temiendo no la ignorancia, sino el conocimiento. Sabía que se realizaban tratos dondequiera que aquellos hombres pudiesen vender un lujo llamado «transporte», término que todos comprendían, pero que nadie osaba definir. Sabía que eran aquéllos los hombres de los trenes especiales de urgencia, los hombres capaces de cancelar todo horario y enviar los convoyes a cualquier lugar del Continente estampando aquel sello gracias al cual se supervisaban contratos, propiedades, justicia, razón y vidas humanas; el sello declaratorio de que el «bienestar público» requería la inmediata salvación de un lugar determinado. Eran los hombres que enviaban trenes en auxilio de los hermanos Smather y de sus uvas de Atizona; en auxilio de una fábrica de Florida, dedicada a la producción de máquinas para hacer alfileres; en auxilio de una caballeriza de Kentucky o de la «Associated Steel» de Orren Boyle.

Aquellos hombres hacían negocios con industriales desesperados, ofreciendo transportar los géneros inmovilizados en sus almacenes, y caso de no obtener el porcentaje exigido, optaban por comprar dichos géneros cuando la fábrica los cedía en la venta de quiebra, a diez centavos por dólar, expidiéndolos en vagones de mercancías, que quedaban disponibles como por arte de magia, hacia lugares donde traficantes de la misma calaña estaban ya dispuestos para actuar. Eran los hombres que fisgoneaban por las fábricas, esperando el último latido de una fundición para lanzarse sobre su equipo, sobre andenes desolados y sobre vagones cargados de géneros sin entregar. Tratábase de una nueva especie biológica, del comerciante a la desesperada, que no se atenía a reglas fijas más que en el breve espacio de finalizar un trato; que no hacía frente a nóminas, ni había de preocuparse de gastos generales, ni poseía fincas, ni había de organizar equipos, cuyo único haber e inversión consistía en ese algo conocido con el nombre de «amistad». Eran

hombres descritos en los discursos oficiales como «progresivos industriales de nuestra dinámica era», pero a quienes la gente llamaba «oportunistas». La especie incluía ejemplares de muy diversa índole: unos se dedicaban al transporte; otros al acero o al petróleo; algunos eran especialistas en aumento de salarios o en sentencias aplazadas. Tratábase de seres dinámicos, que iban de un lado a otro del país, mientras los demás apenas podían moverse; hombres sin entrañas; activos, pero no como animales, sino como aquello que se mueve y se alimenta sobre la inmovilidad de un cadáver.

Dagny sabía que era posible aportar dinero al negocio de los ferrocarriles y sabía también quién lo estaba consiguiendo.

Cuffy Meigs vendía trenes, del mismo modo que lo que transportaban los mismos, donde quiera que pudiese levantar un tinglado incapaz de quedar descubierto. Vendía rieles a Guatemala o a compañías tranviarias del Canadá, y alambre a fabricantes de gramolas automáticas, y traviesas para combustible a hoteles de lujo.

Contemplando un mapa, Dagny se preguntó qué importaba la parte del cuerpo que fuera devorada por un tipo u otro de gusanos: los que se atracaban por sí mismos o los que entregaban su comida a otros. Mientras quedara carne viva como presa, ¿qué importaba el estómago al que fuese a parar? No existía modo de saber qué devastaciones se habían llevado a cabo por seres humanitarios y cuáles por gangsters declarados. No era posible explicar qué actos de saqueo eran instigados por el afán de caridad de los Lawson y cuáles por la glotonería de Cuffy Meigs. Nadie podía decir qué comunidades quedaban inmoladas para alimentar a otra comunidad durante una semana más, antes de declararse el hambre, y cuáles para proveer los yates de los oportunistas. Pero, ¿importaba algo? Ambos eran iguales en sus hechos, del mismo modo que en espíritu. Ambos sufrían necesidad y ésta quedaba ahora considerada como único título de propiedad; ambos actuaban en estricto acuerdo, dentro de idéntico código moral. Ambos consideraban perfectamente adecuada la inmolación de hombres y ambos la llevaban a cabo de igual modo. No era posible discriminar entre caníbales y víctimas. Las comunidades que aceptaban como lícito las ropas o el combustible de una ciudad situada al este de ella, veían a la otra semana confiscados sus graneros con destino a otra ciudad al oeste. El hombre había conseguido hacer realidad un ideal de siglos y lo practicaba con absoluta perfección. Se debían a la necesidad como a su más alto señor; a la necesidad como a la circunstancia más urgente; a la necesidad como nivel de valores, como moneda de su reino, como algo más sagrado que el derecho y la vida. Los hombres se veían empujados hacia un abismo en el que, gritando que es preciso auxiliar al hermano, cada uno devoraba a su prójimo y era a su vez devorado por el hermano de aquél. Cada uno proclamaba la rectitud del honor merecido, preguntándose quién le estaba despellejando por la espalda. Cada uno se devoraba a sí mismo, mientras gritaba, presa de terror, que un mal indefinible destruía la tierra.

—¿Qué queja tienen ahora que expresar? —oyó decir mentalmente a Hugh Akston—. ¿Que el universo es irracional? Pero, ¿lo es?

Permanecía sentada mirando el mapa, con expresión indiferente, como si ninguna emoción, excepto el respeto, le fuera permisible frente al horrible poder de la lógica. En el caos de un continente en trance de morir, era testigo de la precisa y matemática ejecución de todas las ideas sostenidas por los hombres. No habían querido saber que aquello constituía su anhelo; no quisieron admitir que poseían poder para desear, pero no para fingir, y habían conseguido su deseo al pie de la letra, hasta el final, manchado de sangre.

¿Qué pensaban ahora los campeones de la necesidad y los libertinos de la compasión?, se preguntó. ¿Con qué contaban? Quienes otras veces gimieran: «No quiero destruir a los ricos; tan sólo deseo apoderarme de un poco de su sobrante, para ayudar al pobre. Sólo un

poco; no se darán cuenta», más tarde proclamaban: «Los ricos pueden soportar ser estrujados. Ya amasaron suficiente para que les durase tres generaciones», luego gritaron: «¿Por qué ha de sufrir el pueblo mientras los negociantes poseen reservas para un año?» Y ahora aullaban: «¿Por qué hemos de morirnos de hambre mientras otros disponen de reservas para una semana?» «¿Con qué contaban?», se preguntó.

—¡Tienes que hacer algo! —exclamó James Taggart. Se volvió hacia él.

—¿Yo?

—¡Es tu trabajo! Te pertenece a ti. Es tu deber.

—¿A qué te refieres?

—Hay que actuar, obrar.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Averígualo con tu talento especial. Tú eres quien ha de hacerlo.

Lo miró; la declaración era tan extrañamente clara e incongruentemente desatinada, que Dagny se puso en pie.

—¿Es eso todo, Jim?

—¡No! ¡Quiero discutir contigo!

—Pues adelante. Todavía no has dicho nada.

—Ni tú tampoco.

—Me refiero a que existen problemas concretos que resolver… Por ejemplo, ¿qué ha ocurrido con nuestra última asignación de rieles nuevos, desaparecidos del almacén de Pittsburgh?

—Cuffy Meigs los robó y los vendió.

—¿Podrías demostrarlo? —replicó él a la defensiva.

—¿Han dejado tus amigos algún medio, método, regla o procedimiento de averiguación?

—Entonces no hables de ello. No seas teórica. Hemos de contender con hechos. Con hechos tal como se producen actualmente… Hemos de ser realistas e idear un medio práctico para proteger nuestros suministros bajo las condiciones existentes. No bajo suposiciones carentes de pruebas, que…

Dagny se rió por lo bajo. Aquello venía a ser lo mismo que dar forma a lo informe. Tal era el método dictado por su conciencia. Quería que lo protegiese de Cuffy Meigs sin reconocer la existencia de éste. Luchar contra la misma sin admitir su realidad, derrotada sin perturbar su juego.

—¿Qué es lo que te parece tan chistoso? —preguntó Jim, encolerizado.

—Ya lo sabes.

—¡No sé qué diantre te pasa! No sé lo que te sucede… En los últimos dos meses… desde que regresaste… ¡Nunca te vi con menos deseos de cooperar!

—¿Cómo, Jim? Durante estos últimos dos meses no he discutido contigo.

—|A eso precisamente me refiero! —se contuvo en seguida, pero no lo suficiente como para impedir que ella sonriera—. Quería celebrar una conferencia. Deseaba saber tu parecer sobre la situación.

—Ya lo conoces.

—¡Pero no has pronunciado palabra!

—Hace tres años dije todo cuanto tenía que decir. Te avisé de a dónde te conduciría el camino que llevabas. Y así ha sucedido.

—¡Otra vez! ¿De qué sirve teorizar? Estamos en el momento actual, no hace tres años. Hemos de contender con el presente, no con el pasado. Quizá todo hubiera sido distinto de seguir tu opinión, pero el caso es que no lo hicimos y que hemos de contender con hechos; aceptar la realidad tal como es ahora, hoy.

—Pues, acéptala.

—¿Cómo has dicho?

—Que aceptes tu realidad. Yo me limitaré a acatar órdenes.

—¡Eso no está bien! Pregunto tu opinión…

—Lo que pides es confianza, Jim. Pero no vas a conseguirla.

—¿Cómo dices?

—No pienso ayudarte a pretender… discutiendo contigo, que esa realidad de que hablas no es como es. Que existe todavía un medio para cambiar las cosas y salvar tu pellejo. Porque no ocurre así.

—Bien… —no hubo expresión de cólera en su voz sino tan sólo el tono débil e incierto de un hombre al borde de la abdicación. —Bien…, ¿qué quieres que haga?

—Abandona. —La miró sin comprender—. Abandonad todos; tú y tus amigos de Washington. Y vuestros saqueadores y toda esa filosofía caníbal. Abandonad; apartaos del camino y dejad que aquellos que aún podemos, iniciemos la reconstrucción partiendo de las ruinas.

—¡No! —la palabra había sonado ahora extrañamente explosiva.

Era el grito de un hombre dispuesto a morir antes que traicionar sus ideas. Pero procedía precisamente de quien había pasado su vida evadiéndolas y actuando con la agresividad de un criminal. Dagny se preguntó si habría comprendido alguna vez la esencia de dichos criminales. Y reflexionó un momento sobre la clase de lealtad hacia una actitud consistente en negar las ideas.

—¡No! —gritó Jim en voz más baja, ronca y normal, descendiendo desde el tono de un fanático al de un exhausto directivo—. ¡Es imposible! ¡No hay que hablar de ello siquiera!

—¿Quién lo ha dicho?

—¡No importa! ¡Es así! ¿Por qué has de estar pensando siempre en cosas tan poco prácticas? ¿Por qué no aceptas la realidad tal como es y haces algo basándote en la misma? Eres la realista, la que obra, la que mueve y produce, la representante de Nat Taggart, la persona capaz de conseguir cualquier objetivo que se proponga. Ahora podrías salvarnos, podrías hallar un camino para que todo esto funcionara… con sólo desearlo.

Dagny se echó a reír.

«He aquí —pensó—, la meta final de toda la inútil charla académica que los negociantes han venido ignorando durante tantos años; el objetivo de todas esas definiciones airadas, de tantas resbaladizas vulgaridades, de tantas abstracciones sin fondo, proclamando que la obediencia a la realidad objetiva es lo mismo que obedecer al Estado; que no existe diferencia entre una ley de la naturaleza y la directriz de un burócrata; que un ser hambriento no es Ubre; que el hombre ha de verse librado durante muchos años de la tiranía del alimento, el cobijo y las ropas; que llegaría un día en que Nat Taggart, el realista, tendría que verse obligado a considerar los deseos de Cuffy Meigs como un hecho de la naturaleza, irrevocable y absoluto como el acero y la gravitación; aceptar el mundo producto de Meigs como realidad objetiva e inmutable, y luego continuar produciendo abundancia en dicho mundo.» Tal era el objetivo de aquellos seres retorcidos, productos de la biblioteca y del aula, que vendían sus revelaciones como

razón, sus instintos como ciencia, sus anhelos como sabiduría; el objetivo de los salvajes sin objetivo ninguno, carentes de absolutos categóricos; representantes de lo relativo, de la tentativa, de lo probable; los salvajes que al ver a un agricultor recolectar su cosecha, lo consideraban un fenómeno místico, no relacionado con la ley de la causalidad, y creado por el capricho omnipotente del granjero; los que luego procedían a apresar y encadenar a aquel mismo granjero y a privarlo de sus herramientas de trabajo, de sus semillas, de su agua, de su tierra, para arrojarlo sobre una árida roca y ordenarle: «¡Ahora cultiva y aliméntanos!»

«No —pensó, esperando que Jim preguntara algo—. Sería inútil intentar explicarle de qué se reía, no podría comprenderlo»; pero no lo preguntó.

Por el contrario, lo vio hundirse aún más y le oyó decir, de un modo terrible, porque sus palabras eran absurdas si no comprendía y monstruosas en caso contrario.

—Dagny, soy tu hermano…

Dagny se irguió con los músculos rígidos, cual si se fuera a enfrentar al revólver de un asesino.

—Dagny —su voz venía a ser el gemido suave, nasal, monótono de un, pordiosero—, quiero ser presidente de un ferrocarril. Lo deseo de veras. ¿Por qué no he de tener anhelos igual que tú los tienes? ¿Por qué no se me ha de otorgar el cumplimiento de mis deseos, igual que tú siempre viste realizados los tuyos? ¿Por qué has de ser feliz, mientras yo sufro? ¡Oh, sí! El mundo es tuyo; tú posees el cerebro para gobernarlo. Pero entonces, ¿por qué permites el sufrimiento en tu mundo? Proclamas perseguir la dicha y me condenas al fracaso. ¿No poseo el derecho a exigir la forma de felicidad que escoja? ¿No es una deuda que tienes contraída conmigo? ¿No soy tu hermano?

Su mirada era como la luz de la linterna de un ratero, buscando en su cara un retazo de piedad. Pero sólo encontró repulsión.

—¡Tú tienes la culpa de que sufra! ¡Es tu fracaso moral! Soy tu hermano y, en consecuencia, tienes la responsabilidad de mi persona. Pero no has podido cumplir mis deseos y en consecuencia eres culpable. Todos los directores morales de la humanidad lo llevan afirmando así durante siglos. ¿Quién eres tú para contradecirlos? Te sientes orgullosa de ti misma; te crees buena y pura, pero no puedes ser buena mientras yo me creo desgraciado. Mi miseria da la medida de tu pecado. Mi alegría es la medida de tu virtud. Quiero esta clase de mundo, el mundo de hoy. Un mundo que me dé mi parte de autoridad y me permita sentirme importante. ¡Hazlo por mí! ¡Haz algo! ¿Cómo puedo saber qué? ¡Es tu problema y tu deber! Tienes el privilegio de la fuerza, pero yo poseo el derecho de la debilidad. ¡Se trata de un absoluto moral! ¿No lo comprendes? ¿No lo comprendes?

Su mirada era idéntica a las manos de un hombre que pende sobre un abismo, aferrándose frenético al menor resquicio de duda, pero resbalando sobre la limpia y dura roca de su propio rostro.

—¡Eres un bastardo! —dijo ella con voz tranquila, sin emoción, puesto que las palabras no iban dirigidas a ningún ser humano.

Le pareció como si le viera hundirse en el abismo, aun cuando no hubiera en su cara nada que ver, excepto la expresión de un truhán cuya artimaña no ha surtido efecto.

No existía razón para sentir más repulsión que la usual, se dijo. Habíase limitado a dar forma a las cosas predicadas, oídas y aceptadas por doquier; pero aquel credo era usualmente expuesto en tercera persona, y Jim había tenido el descaro de expresarlo en primera. Se preguntó si la gente aceptaba la doctrina del sacrificio, cuando los receptores del mismo no identificaban la naturaleza de sus declaraciones y de sus actos. Se volvió para marcharse.

—¡No! ¡Espera! —gritó Jim poniéndose en pie al tiempo que miraba su reloj de pulsera —. ¡Ya es la hora! ¡Van a radiar una emisión especial de noticias que quiero que escuches!

Ella se detuvo, sintiendo curiosidad.

Jim dio vuelta al interruptor de la radio, a la vez que contemplaba a su hermana cara a cara, de un modo casi insolente. En sus ojos se pintaba el miedo y a la vez una extraña e impúdica expectación.

—¡Señoras y caballeros! —dijo la voz del locutor de manera brusca, con cierto tono de pánico—. ¡Acaban de llegar noticias de importantes acontecimientos en Santiago de Chile!

Vio el movimiento brusco de la cabeza de Jim y la ansiedad que expresaba su funcimiento de cejas, como si algo en las palabras y en la voz no siguiera las normas que había previsto.

—«Una sesión especial de la legislatura del Estado popular de Chile ha sido convocada para las diez de esta mañana, con el fin de aprobar una disposición de gran importancia para los pueblos de Chile, Argentina y otros Estados populares Sudamericanos. Siguiendo la línea de la clara política del señor Ramírez, el nuevo jefe de Estado chileno que ascendió al poder basándose en el lema moral de que el hombre ha de procurar el sustento de su hermano, la legislatura iba a nacionalizar las propiedades chilenas de la «d'Anconia Copper», abriendo así el camino al Estado popular de la Argentina para que nacionalizara el resto de las propiedades d'Anconia en todo el mundo. Ello era sabido sólo por unos cuantos altos personajes de ambas naciones. La medida había sido mantenida en secreto con el fin de evitar debates y oposiciones reaccionarias. La incautación de la «d'Anconia Copper», cuyo material se estima en varios billones, iba a constituir una magnífica sorpresa para el país.

»A las diez en punto, en el momento exacto en que la maza del presidente daba sobre su estrado abriendo la sesión, y casi como si dicho golpe lo hubiera puesto todo en movimiento, el estallido de una tremenda explosión sacudió la sala, rompiendo los cristales. Procedía del muelle, situado unas cuantas calles más allá. Cuando los legisladores corrieron a las ventanas, pudieron ver una larga llamarada allí donde antes se levantaban las siluetas familiares de los almacenes de mineral de la «d'Anconia Copper». Los muelles habían quedado hechos añicos.

»El presidente evitó el pánico y mantuvo el orden en la sala. El acto de nacionalización fue leído a la asamblea, mientras fuera sonaban las sirenas de alarma y se escuchaban gritos. La mañana era gris y lluviosa, con el cielo cubierto de obscuras nubes. La explosión había roto un transmisor eléctrico y la asamblea hubo de votar a la luz de unas velas, mientras el rojo resplandor del incendio iluminaba las bóvedas del techo sobre sus cabezas.

»Más tarde, se recibió una sorpresa todavía más terrible, en el momento en que los legisladores se disponían a un breve descanso, antes de anunciar a la nación la buena noticia de que el pueblo acababa de convertirse en dueño de la «d'Anconia Copper». Mientras estaban votando, llegaron noticias de todos los lugares del globo según las cuales no quedaban instalaciones de la «d'Anconia Copper» en ningún lugar. Señoras y caballeros; en ningún lugar del mundo. En aquel mismo instante, al dar las diez, y por una infernal y asombrosa sincronización, todas las propiedades de la «d'Anconia Copper» sobre la faz de la tierra, desde Chile a Siam, a España y a Pottsville, Montana, habían sido voladas, desapareciendo totalmente.

»Los obreros de la «d'Anconia» habían recibido su última paga en dinero efectivo a las nueve de la mañana y a las nueve treinta, habían sido alejados de los lugares donde iba a efectuarse la explosión. Los almacenes de mineral, las mezcladoras, los laboratorios, las

oficinas, todo ha quedado demolido. Nada resta de los buques de d'Anconia surtos en los puertos; los botes salvavidas que transportaban a las tripulaciones es lo único de dichos barcos que puede verse en el mar. En cuanto a las minas d'Anconia, algunas han quedado enterradas bajo una avalancha de rocas, mientras otras no merecieron siquiera el ser voladas. Según informan noticias que van afluyendo, un número sorprendente de dichas minas habían continuado siendo explotadas, aunque sus vetas quedaran exhaustas hace años.

»Entre los millares de empleados de d'Anconia, la policía no ha podido encontrar ni a uno solo que estuviese enterado de cómo pudo fraguarse, organizarse y llevarse a cabo tan monstruosa conjura. Los directores de mayor importancia, mineralogistas, ingenieros y superintendentes, han desaparecido. Eran ellos con los que el Estado popular contaba para realizar la tarea y amoldarse al proceso de reajuste. Los más capacitados, mejor dicho, los más egoístas, han desaparecido. Informes de diversos Bancos indican que no queda ninguna cuenta abierta a nombre de d'Anconia. El dinero fue retirado de ellos hasta el último centavo.

»Señoras y caballeros: la fortuna de d'Anconia, la mayor fortuna de la tierra, una fortuna legendaria con una existencia de siglos, ha cesado de existir. En lugar del amanecer dorado de una nueva era, los Estados populares de Chile y Argentina se enfrentan a un montón de ruinas y a hordas de seres sin empleo.

»No ha podido hallarse pista alguna que conduzca a la localización del señor Francisco d'Anconia. Ha desaparecido sin dejar rastro, ni siquiera un mensaje de despedida.»

Mientras oía aquello, Dagny pensaba: «Gracias, querido… gracias en nombre del último de nosotros, aun cuando no escuches mi voz ni te importe escucharla…» No era una simple frase, sino la silenciosa emoción de una plegaria dirigida al rostro sonriente de un muchacho al que conociera a los dieciséis años.

Luego se dio cuenta de que oprimía la radio, como si un débil latido eléctrico en su interior la mantuviera en contacto con la única fuerza viviente en el mundo, de la que durante unos breves instantes había actuado como transmisora y que ahora llenaba una habitación donde todo lo demás había muerto.

Como restos distantes de la explosión y de la ruina, notó un rumor producido por Jim, entre gemido, grito y gruñido, y luego vio cómo sus hombros se estremecían sobre un teléfono y escuchó su voz desfigurada en el momento de gritar:

—¡Rodrigo! ¡Usted dijo que era totalmente seguro! ¡Rodrigo! ¡Oh, Dios mío! ¿Se da cuenta de lo que me va en todo esto? —Luego sonó otro teléfono en el escritorio y su voz gruñó en otro receptor, mientras su mano seguía aferrada al primero—: ¡Cierre la boca, Orren! ¿Qué piensa hacer? ¡Me importa un pepino, condenado imbécil!

Varias personas entraron corriendo en el despacho; los teléfonos sonaban al unísono y alternando entre ruegos e interjecciones, Jim no dejaba de gritar:

—¡Póngame con Santiago…! ¡Consiga que Washington me ponga con Santiago!

En un lugar muy distante, como en el borde mismo de su percepción, pudo ver la clase de juego que los hombres situados tras aquellos escandalosos teléfonos habían realizado y perdido. Parecían muy lejanos, como minúsculos bacilos agitándose en el blanco campo bajo la lente de un microscopio. Se preguntó cómo creyeron que alguien los tomara en serio, mientras un Francisco d'Anconia era posible en la tierra.

Percibió el resplandor de la explosión en todas las caras a que se enfrentó durante el resto del día, y en todas aquellas ante las que pasó por la noche en la obscuridad de las calles. Se dijo que si Francisco había deseado una digna pira funeral para la «d'Anconia Copper», acababa de conseguirlo. Se hallaba allí, en las calles de Nueva York, la única ciudad sobre la tierra capaz todavía de entender aquello; en las caras de las gentes, en sus

murmullos, en aquellos murmullos que estallaban tensos como lenguas de fuego, mientras los rostros se iluminaban con una expresión a la vez solemne y frenética. Los diversos tonos de las mismas parecían estremecerse y ondular como bajo la luz de una, distante llama; unos se mostraban agitados, otros coléricos, la mayoría tranquilos, inseguros, expectantes; pero todos reconocían un hecho más importante que una simple catástrofe industrial; todos se daban cuenta de su alcance, aunque nadie quisiera expresarlo en palabras; en todos se pintaba un toque sonriente, una risa de jovialidad y desafío; la amarga risa de las víctimas a punto de perecer, pero que se dan cuenta de que alguien las ha vengado.

Lo vio también en la cara de Hank Rearden al encontrarse con él para cenar aquella noche. Cuando su alta y confiada figura se acercó, la única figura que parecía tranquila en el lujoso ambiente de aquel restaurante…, pudo observar la expresión de anhelo que se esforzaba en combatir, la expresión de un muchacho abierta todavía al encanto de lo inesperado. No habló del acontecimiento de aquel día, pero ella supo que era la única imagen que llenaba su mente.

Habían seguido encontrándose siempre que él acudía a la ciudad, pasando alguna breve y rara noche juntos, con el pretérito aún vivo en ambos; sin futuro en su trabajo y en su lucha común, pero sabedores de que eran aliados y que extraían ayuda de la propia existencia del otro.

No quiso mencionar el acontecimiento; no quiso hablar de Francisco, pero ella notó, mientras estaban sentados a la mesa, que la tensión de una contenida sonrisa alteraba los músculos de sus mejillas. Comprendió a quién se refería cuando dijo de pronto con voz blanda y baja, a causa del peso que en ella ejercía la admiración:

—Ha mantenido su promesa, ¿verdad?

—¿Su promesa? —preguntó ella a su vez asombrada, pensando en la inscripción sobre el templo de la Atlántida.

—Sí. Me dijo: «Te juro por la mujer que amo, que soy tu amigo». Era sincero.

—Lo es.

Él movió la cabeza.

—No tengo derecho a pensar en él. No tengo derecho a aceptar cuanto ha hecho en mi defensa. Y, sin embargo… —Se interrumpió.

—Así ha ocurrido, Hank. En defensa de todos nosotros…, sobre todo de ti.

Hank miró hacia otro lado, en dirección a la ciudad. Se hallaban en uno de los extremos del recinto, con un cristal como invisible protección contra la amplitud del espacio de las calles, sesenta pisos más abajo. La ciudad parecía anormalmente lejana, como aplanada en el estanque de sus estratos más bajos. Unos cuantos bloques más allá, con la torre casi invisible en las tinieblas, el calendario se hallaba al nivel de sus rostros, no como un pequeño y turbador rectángulo, sino cual una enorme pantalla fantasmalmente próxima y grande, iluminada por el resplandor blanco y mortecino de la luz proyectada a través de una vacía película; vacía excepto por las letras: septiembre, 2.

—Los aceros Rearden trabajan ahora a pleno rendimiento —decía él con aire indiferente—. Han elevado los coeficientes de producción de mis altos hornos… para los cinco minutos próximos. No sé cuántas regulaciones habrán suspendido; no creo que ni ellos lo sepan. Ya no les preocupa mantener ni una apariencia de legalidad. Estoy convencido de quebrantar la ley en cinco o seis aspectos que nadie puede aprobar ni desaprobar; todo cuanto sé es que el gángster del momento me dijo que continuara a toda marcha. —Se encogió de hombros—. Cuando mañana otro gángster lo suplante, probablemente me cerrarán las instalaciones por haber efectuado un trabajo ilegal. Pero según el plan

vigente en estos segundos, se me ruega extraer mi metal en la cantidad y con los medios que yo mismo decrete.

Dagny observó las miradas ocasionales y subrepticias que la gente dirigía en su dirección. Lo había notado antes, desde que se radiara la emisión; desde que los dos habían empezado a aparecer juntos en público. Pero en vez de las desgracias que temiera, se respiraba un aire de temerosa incertidumbre en los modales de la gente; incertidumbre acerca de sus propios preceptos morales; temor en la presencia de dos personas que se atrevían a sentirse seguras de su conducta. Los miraban con ansia y con curiosidad; con envidia, con respeto, con el temor de ofender normas desconocidas, orgullosamente justas; algunos parecían excusarse, como si dijeran: «Perdonadnos por estar casados». Otros expresaban cierta colérica malicia y unos pocos admiración total.

—Dagny —preguntó él de repente—, ¿crees que está en Nueva York?

—No. He llamado al «Wayne-Falkland» y me han dicho que el alquiler de sus habitaciones expiró hace un mes, sin haber sido renovado.

—Lo están buscando por todo el mundo —explicó sonriente—. Pero nunca lo encontrarán. —La sonrisa desapareció de su labios—. Ni tampoco yo. —Su voz volvió a asumir el tono plano y gris de quien cumple un deber—: Bien. Las fundiciones trabajan, pero yo no. No hago más que ir de un lado a otro del país, como un animal nocturno, buscando métodos ilegales con los que adquirir materia prima. Ocultándome, deslizándome, mintiendo, tan sólo para adquirir unas cuantas toneladas de mineral, de carbón o de cobre. No han levantado sus restricciones sobre las materias que empleo. Saben que estoy obteniendo más metal del que me permiten sus índices de producción, pero no se preocupan. —Y añadió—: Les basta que lo haga yo.

—¿Cansado, Hank?

—Muerto de aburrimiento.

Dagny se dijo que había existido un tiempo en que la mente de Hank, su energía, sus inagotables recursos,, habían sido empleados en la misión de conseguir siempre mejores métodos para contender con la naturaleza; ahora, en cambio, se concentraba en una tarea igual a la del criminal que pretende ser más astuto que sus congéneres. Preguntóse cuánto tiempo se puede soportar un cambio de tal género.

—Se está haciendo imposible conseguir mineral de hierro —explicó indiferente. Y añadió con voz repentinamente viva—: Pronto será totalmente imposible obtener cobre.

Hizo una mueca.

Dagny se preguntó durante cuánto tiempo un hombre podría continuar trabajando contra sí mismo; trabajar cuando su deseo más profundo no era el triunfo, sino el fracaso.

Comprendió la ilación de sus ideas cuando le dijo:

—Nunca te lo he contado, pero tuve un encuentro con Ragnar Danneskjold.

—Me lo contó 61.

—¿Cómo? ¿Dónde…? —Se detuvo—. Ya comprendo —añadió con voz tensa y baja—. Sería uno de ellos. Te encontraste con él. Dagny, ¿cómo son esos hombres que…? No. No me contestes. —Y al cabo de unos momentos, añadió—: Conozco, pues, a uno de sus agentes.

—Conoces a dos.

Su respuesta originó un instante de calma total.

—Desde luego —dijo con tristeza—. Lo sabía…, pero no quise admitirlo… Era su agente de recluta, ¿verdad?

—Uno de los primeros y de los más eficaces.

Él se rió por lo bajo, con aire de amargura y de añoranza.

—Aquella noche…, cuando se atrajeron a Ken Danagger…, creí que no habían mandado a nadie tras de mí.

El esfuerzo con el que consiguió conferir rigidez a su cara, vino a ser como el lento y resistente girar de una llave que cierra un recinto inundado de sol, en el que no le era dable penetrar. Transcurrido un rato, dijo impasible:

—Dagny, ese nuevo riel de que hablamos el mes pasado… no creo estar en condiciones de entregarlo. No han levantado sus regulaciones sobre mi producción; siguen controlando mis ventas y disponiendo de mi metal a su antojo. Pero la contabilidad está tan embrollada, que consigo pasar de contrabando unos cuantos miles de toneladas cada semana, con destino al mercado negro. Creo que lo saben, aunque pretendan que no es así. No quieren enfadarse conmigo, por ahora. Pero he ido embarcando cuantas toneladas pude arrebatar, a algunos clientes que lo necesitaban con urgencia. Dagny, el mes pasado estuve en Minnesota y pude ver lo que sucede allí. La gente se morirá de hambre, pero no el año que viene, sino este invierno, a menos que unos cuantos de nosotros actuemos sin pérdida de tiempo. No quedan reservas de grano en ningún sitio. Luego de hundirse Nebraska, de arruinarse Oklahoma, de abandonarse Dakota del Norte y de que Kansas apenas pueda subsistir, no quedará trigo ni para Nueva York, ni para ninguna ciudad del Este. Minnesota es nuestro último granero. Han sufrido dos años consecutivos de mala cosecha, pero tuvieron este otoño una muy buena y habrá que recolectarla. ¿Has podido echar una ojeada a las condiciones en que se halla la industria de la maquinaria agrícola? Ninguna de las que existen tiene la importancia suficiente como para mantener en Washington a un grupo de gangsters capaz de ayudarlas o pagar porcentajes a los oportunistas. Debido a ello no han podido colocar demasiado bien su material. Dos tercios de estas industrias han cerrado y el resto lo hará pronto. Las explotaciones agrícolas van pereciendo por todo el país, por falta de herramientas. Tenías que haber visto a los agricultores de Minnesota. Pasan más tiempo arreglando su viejos tractores que arando los campos. No sé cómo han podido sobrevivir hasta la primavera pasada. No sé cómo pudieron sembrar el trigo. Pero lo han hecho. —En su cara se pintó una expresión intensa, como si contemplara un espectáculo raro y olvidado: la visión de hombres verdaderos». Dagny comprendió qué motivos lo mantenían sujeto aún a su tarea —. Dagny, han de tener herramientas con las que cosechar. He vendido todo el metal que pude a los fabricantes de maquinaria agrícola. A crédito. Y mandaron dicha maquinaria a Minnesota en cuanto la tuvieron dispuesta. La han vendido del mismo modo, es decir ¡legalmente y a crédito, pero se les pagará este otoño y lo mismo a mí. ¡Al diablo la caridad! Ayudamos a los productores… ¡y qué tenaces productores! no a los sinvergüenzas y aprovechados «consumidores». Damos préstamos, no limosnas. Ayudamos a la diligencia, no a la necesidad. Que me maten si me desentiendo de ello y permito que esos hombres queden destruidos, mientras los oportunistas se hacen ricos.

Evocaba una escena vista en Minnesota: la silueta de una fábrica abandonada, con la luz del sol poniente atravesando sin oposición alguna los agujeros de sus ventanas y las grietas del techo, en el que aún figuraban los restos de este letrero: «Compañía recolectora Ward».

—Este invierno lo salvaremos —continuó—, pero los saqueadores los devorarán el año que viene. Sin embargo, hemos de salvarlos este invierno… por eso no podré darte riel, al menos en un futuro inmediato… y ya no nos queda más que ese futuro inmediato. No sé de qué sirve alimentar a un país si pierde sus ferrocarriles, pero, ¿de qué sirven los ferrocarriles cuando no hay alimentos? ¿De qué sirve?

—De acuerdo, Hank. Subsistiremos con los rieles actuales durante… —Se detuvo.

—¿Durante un mes?

—Durante todo el invierno… o al menos así lo espero.

Atravesando el silencio, una voz penetrante llegó hasta ellos desde otra mesa. Se volvieron, pudiendo ver a un hombre con los modales temblorosos de un gángster acorralado, a punto de sacar su pistola.

—Es un acto de destrucción antisocial —gruñía a un triste compañero—. ¡Y en una época en que se padece tan desesperada carestía de cobre!… ¡No podemos permitirlo! ¡No podemos permitir que eso suceda!

Rearden se volvió bruscamente para mirar a la ciudad.

—Daría cualquier cosa para enterarme de dónde se encuentra —dijo en voz baja—. Sólo para saber dónde se encuentra, precisamente en este instante.

—¿Qué harías si lo supieras?

Bajó las manos en un gesto de futilidad.

—No me acercaría a él. El único homenaje que aún puedo prestarle, es el de no solicitar perdón cuando éste no es posible.

Guardaron silencio, escuchando las voces a su alrededor, como astillas de pánico que chasquearan por doquier en el lujoso ambiente.

Dagny no se había dado cuenta de que idéntica presencia parecía ser un huésped invisible en cada mesa, de que el mismo tema rompía toda tentativa de desviar la conversación. La gente estaba sentada, no de un modo encogido, pero sí como si aquel recinto les pareciese demasiado grande y descubierto; un recinto de cristal, de terciopelo azul, de aluminio, y de suave iluminación. Parecían haber llegado allí al precio de innumerables evasiones, a fin de pretender que su existencia era todavía civilizada; pero un acto de violencia primaria acababa de hacer estallar la naturaleza de su mundo y éste quedaba expuesto, sin permitirles continuar en su ceguera.

—¿Cómo ha podido? ¿Cómo ha podido hacerlo? —preguntaba una mujer, con petulante horror—. ¡No tenía derecho a obrar así!

—Ha sido un accidente —dijo un joven con voz estremecida y aspecto de asalariado público—. Han venido ocurriendo toda una serie de coincidencias, como demuestra claramente cualquier estadística de probabilidades que se consulte. Es poco patriótico difundir rumores exagerando el poder de los enemigos del pueblo.

—El bien y el mal están muy bien para conversaciones académicas —manifestó una mujer, con voz de conferenciante pública y boca de taberna—, pero, ¿cómo puede alguien tomar en serio sus propias ideas hasta el punto de destruir una fortuna cuando el pueblo la necesita?

—No lo comprendo —declaró un anciano con estremecida amargura—. Luego de siglos de esfuerzos para restringir la innata brutalidad del hombre, luego de siglos de enseñar, de adiestrar, de adoctrinar, basándose en la comprensión y en la humanidad…

La voz asombrada de una mujer se elevó incierta y se arrastró al decir:

—Creí que vivíamos en una era de hermandad…

—Tengo miedo —repetía una joven—. Tengo miedo… ¡Oh, no lo sé…! ¡Pero tengo miedo!…

«No pudo haberlo hecho…» «Lo hizo…» Pero, ¿por qué?… «Rehúso creerlo…» ¡No es humano…! «Pero, ¿por qué?… ¡Se trata sólo de un indigno mujeriego…!» «Pero, ¿por qué?…»

El ahogado grito de una mujer y una señal apenas atisbada, alcanzaron el limite perceptivo de Dagny de un modo simultáneo, haciéndola volverse hacia la ciudad.

El calendario se manejaba gracias a un mecanismo encerrado en un cubículo, tras la pantalla, desarrollando la misma película año tras otro; proyectando las fechas en firme rotación con ritmo invariable, cambiándolas en el momento justo de la medianoche. La

rapidez con que Dagny se había vuelto le permitió observar un fenómeno tan inesperado como si un planeta acabara de revertir su órbita en el cielo: pudo ver la palabras «septiembre, 2», moviéndose hacia arriba y desapareciendo por el borde del cuadro.

Y a continuación, escritas a través de la enorme página, parando el tiempo como último mensaje al mundo y a aquel motor del mundo que era Nueva York, vio estas líneas trazadas a mano, de modo enérgico e irrebatible:

¡Vosotros lo habéis querido, hermanos!

Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia

No pudo comprender qué sorpresa fue mayor, si la visión del mensaje o el sonido de la risa de Rearden. Éste se había puesto en pie, ofreciéndose a la vista de todos, y estaba riendo sobre sus gemidos de pánico; riendo cual quien saluda y acepta el regalo que hasta entonces intentara rechazar; aliviado, triunfante, en entrega total.

* * *

La noche del 7 de septiembre un alambre de cobre se rompió en Montana, deteniendo el motor de una grúa junto a un riel de la «Taggart Transcontinental» en las inmediaciones de la mina de cobre Stanford.

La mina trabajaba en tres turnos, mezclando sus días y sus noches en un solo lapso de continua lucha por no perder ni un minuto, ni un terrón de mineral que pudiera extraerse a los escalones de aquella montaña para sumirlo en el desierto industrial de la nación. La grúa se rompió mientras cargaba un tren; se detuvo bruscamente y permaneció inmóvil contra el cielo vespertino, entre una hilera de vagones vacíos y montones de mineral repentinamente inamovibles.

Los trabajadores del ferrocarril y de la mina se detuvieron también, presos de perplejo asombro; no obstante la complejidad de su equipo, las perforadoras, los motores, las grúas, los delicados instrumentos y los poderosos focos que iluminaban las hondonadas y los picachos de la montaña, no existía un simple alambre con el que reparar la grúa. Se detuvieron como hombres que, en un trasatlántico impulsado por generadores de diez mil caballos, se encontraran en trance de muerte por falta de un alfiler.

El jefe de la estación, un joven de miembros rápidos y expresión brusca, sacó alambre del edificio de la estación, poniendo de nuevo la grúa en movimiento. Pero mientras el mineral continuaba cayendo en los vagones, las ventanas del edificio aparecieron iluminadas por la temblorosa claridad de unas velas.

—Minnesota, Eddie —dijo Dagny sombríamente, cerrando el cajón de su fichero especial —. Di a la División de Minnesota que envíen la mitad de sus existencias de alambre a Montana.

—Pero ¡cielos, Dagny!… Ten en cuenta que se aproxima la recolección…

—Creo que podrán arreglárselas. No podemos perder ni un solo aprovisionador de cobre.

Cuando Dagny recordó aquello a su hermano una vez más, James Taggart empezó a gritar:

—¡Ya lo he hecho! He obtenido para ti prioridad absoluta por lo que respecta al alambre de cobre. Eres la primera en ser servida y se te otorga un cupo más alto que a nadie. Te he dado todas las cartas, certificados, documentos y requisitos… ¿qué más quieres?

—¡El alambre!

—¡He hecho lo que he podido! ¡Nadie puede recriminarme nada! Dagny no quiso discutir. Sobre su mesa se encontraba el periódico de la tarde, y su mirada se había fijado en una noticia de la última página. Un impuesto oficial de urgencia había sido aprobado en California, como auxilio a los parados; representaba el cincuenta por ciento de los beneficios brutos de cualquier corporación social, aparte de los otros muchos impuestos; las compañías petrolíferas de California habían cesado de funcionar.

—No se preocupe, míster Rearden —expresó una voz untuosa en un auricular telefónico de Washington—. Quería solamente darle la seguridad de que no tiene por qué inquietarse.

—¿De qué? —preguntó Rearden, asombrado.

—De esta confusión transitoria en California. A su debido tiempo lo arreglaremos todo; ha sido un acto de insurrección ilegal; su gobierno no tiene derecho a imponer impuestos locales en detrimento de los nacionales; negociaremos inmediatamente un arreglo equitativo… Pero entretanto, si se ha sentido usted preocupado por rumores poco patrióticos acerca de las compañías petrolíferas de California, quiero explicarle que la «Rearden Steel» ha sido colocada en la categoría superior, dentro de las necesidades esenciales, con derecho primordial al petróleo disponible en cualquier lugar de la nación; una categoría especialísima, míster Rearden. Quiero hacerle saber que este invierno no tendrá que preocuparse por el problema del combustible.

Rearden colgó el teléfono frunciendo el ceño, preocupado, pero no por el problema del combustible y el final de los campos petrolíferos de California, puesto que desastres de éste género eran normales, sino por el hecho de que los legisladores de Washington creyeran necesario aplacarle. Aquello le resultaba nuevo y se preguntó qué significaría. Durante los años de su continuo forcejeo había aprendido que no era difícil contener con un antagonismo al parecer sin causa, pero que una amabilidad del mismo tipo resultaba un peligro inminente. El mismo sentimiento volvió a agobiarle cuando, caminando por un callejón entre las estructuras de los hornos, percibió una figura cabizbaja, en cuya actitud se combinaban la insolencia y el aire de quien espera de un momento a otro quedar aniquilado: era su hermano Philip.

Desde su traslado a Filadelfia, Rearden no había vuelto a visitar su antigua casa, ni supo una palabra de su familia, aunque continuara pagando las facturas de ésta. Pero de pronto y de un modo inexplicable, había visto por dos veces durante las pasadas semanas a Philip, vagabundeando por las instalaciones, sin motivo aparente. No hubiera podido decir si Philip se escabullía para evitarlo o si procuraba llamar su atención; en realidad, las dos cosas eran posibles. No pudo descubrir ninguna clave a sus propósitos, sino sólo cierta incomprensible atención hacia él que aquél no había expresado nunca.

La primera vez y en respuesta a su asombrado: «¿Qué haces tú aquí?», Philip contestó vagamente: «Comprendo que no te guste verme en tu despacho». «¿Qué deseas?» «¡Oh, nada!…, pero… mamá está preocupada por ti.» «Mamá puede visitarme siempre que quiera.» Philip no había contestado, sino que continuó interrogándole de manera muy poco convincente acerca de su trabajo, su salud y sus negocios; las preguntas tenían un aire extraño, porque más que referirse a sus negocios parecían tratar de investigar su estado de ánimo respecto a aquello. Hank lo cortó bruscamente, despidiéndose de él, pero le quedó un leve e inquietante sentimiento, como si todo el incidente siguiera resultando inexplicable.

La segunda vez, Philip dijo como única explicación: «Sólo queremos saber cómo sigues», «¿A quién te refieres?» «Pues… a mamá y a mí. Corremos tiempos difíciles y… mamá quiere saber qué piensas de todo esto.» «Dile que no lo sé.» Aquellas palabras parecieron herir a Philip de un modo peculiar, cual si fuese la única respuesta que temía. «Vete de aquí —le ordenó Rearden, cansado—, y la próxima vez que quieras verme pide una

entrevista y ven a mi despacho. Pero no lo hagas a menos de tener algo que decirme. No es este un lugar en el que discutir sentimientos, ni los míos ni los de nadie».

Philip no pidió dicha entrevista. Allí estaba de nuevo, cabizbajo, entre las gigantescas formas de los hornos, con aire de culpabilidad y de jactancia al mismo tiempo, altivo y sumiso a la vez.

—¡Tengo algo que decirte! —se apresuró a exclamar en respuesta al irritado fruncimiento de cejas de Rearden.

—¿Por qué no viniste a mi despacho?

—Porque en realidad no quieres verme por allí.

—Ni por aquí tampoco.

—Yo sólo… sólo trato de portarme convenientemente y de no robar tu tiempo cuando estás tan ocupado…, porque estás ocupado, ¿verdad?

—¿Qué más?

—Quería verte en un momento libre para hablar contigo.

—¿Acerca de qué?

—Pues… verás. Necesito trabajo.

Lo dijo con aire provocador, haciéndose un poco atrás. Rearden le miró inexpresivo.

—Henry, quiero trabajo en la fundición. Quiero que me ofrezcas algo que hacer. Necesito un empleo, necesito ganarme la vida. Estoy cansado de limosnas. —Se afanaba en expresar algo concreto con voz entre ofendida y suplicante, como si la necesidad de justificar esto último le resultara una imposición insoportable—. Quiero ganarme la vida; no pido limosna, sino sólo que me des una oportunidad.

—Esto es una fábrica, Philip, no un garito.

—¿Cómo?

—Que no aceptamos el azar ni lo ofrecemos.

—¡Te estoy pidiendo trabajo!

—¿Y por qué he de dártelo?

—¡Porque lo necesito!

Rearden señaló los rojos chispazos de las llamas que surgían de la negra forma de un horno, elevándose seguros en el espacio entre un armazón de acero, arcilla y vapor.

—Yo necesitaba también esos hornos, Philip. Y no fue la necesidad quien me los otorgó.

Philip hizo como si no lo hubiera oído.

—Ya sé que oficialmente no se te permite contratar a nadie, pero se trata sólo de un tecnicismo. Si me admites, mis amigos darán su aprobación, sin ocasionarte molestia alguna y… —la expresión que se pintaba en la cara de Rearden le obligó a detenerse bruscamente, añadiendo luego, con voz irritada e impaciente—: ¿Qué ocurre? ¿He dicho algo que no deba?

—Lo peor es lo que no has dicho.

—¿Cómo?

—Lo que has dejado sin mencionar.

—¿Cómo?

—Que de nada puedes servirme.

—¿Es eso lo que…? —empezó Philip con expresión de ofensa, pero dejó la frase sin terminar.

—Sí —dijo Rearden sonriendo—. Eso es lo que pienso.

Philip desvió la mirada; al hablar de nuevo su voz sonó como lanzada al azar, recogiendo frases desperdigadas.

—Todo el mundo tiene derecho a la vida. ¿Cómo voy a conseguirlo si nadie me da una oportunidad?

—¿Cómo conseguí yo la mía?

—No nací propietario de una fundición de acero.

—¿Lo nací yo acaso?

—Puedo hacer las mismas cosas que tú… si me ensenas.

—¿Quién me enseñó a mí?

—¿Por qué repites siempre lo mismo? ¡No hablo de ti!

—Yo sí.

Al cabo de un momento Philip murmuró:

—¿Por qué has de preocuparte tanto por esto? No es tu existencia lo que aquí se debate.

Rearden señaló a los hombres iluminados por los neblinosos rayos del alto horno.

—¿Sabrías hacer lo que hacen ellos?

—No comprendo qué pretendes…

—¿Imaginas lo que sucedería si te pusiera allí y me estropearas el vaciado de un horno?

—¿Qué es más importante? ¿Que tu maldito acero brote o que yo coma?

—¿Cómo vas a comer si el acero no brota? Philip adoptó un aire de reproche.

—No estoy en situación de discutir contigo, puesto que en estos momentos ocupas una posición superior a la mía.

—Pues entonces, no discutas.

—¿Cómo?

—Cállate de una vez y vete de aquí.

—Pero es que… —se detuvo. Rearden se rió por lo bajo.

—¿Crees que soy yo quien ha de tener la boca cerrada porque ocupo una posición superior y que debo ceder porque tú no ocupas posición alguna?

—Es un modo muy tosco de expresar un principio moral.

—Pero ése es precisamente tu principio moral, ¿verdad?

—No puede discutirse la moralidad en términos materialistas.

—Estamos discutiendo un empleo en una fundición de acero y, desde luego, se trata de un lugar completamente materialista.

El cuerpo de Philip pareció tensarse un poco más y sus ojos se vidriaron ligeramente como si temiera el lugar en que se hallaba, como si lamentara la visión del mismo y se esforzase en no adaptarse a su realidad. Con el suave y terco gemido de quien pronuncia un exorcismo dijo:

—Es imperativo moral, universalmente reconocido en nuestros días y época, que todo hombre tiene derecho al trabajo. —Levantó la voz—. ¡Y yo también lo tengo!

—¿De veras? Pues, adelante. Ejércelo.

—¿Cómo?

—Ocupa tu trabajo. Recógelo de entre la maleza en que crees que crece.

—Quise decir…

—Que no es así…¿verdad? Que lo necesitas, pero no puedes crearlo. Que tienes derecho a un empleo, pero que soy yo quien ha de producirlo para ti.

—Sí.

—¿Y si no lo hago?

Su silencio se fue prolongando segundo tras segundo.

—No te comprendo —dijo Philip; su voz sonaba con la irritada perplejidad de quien recita las fórmulas de un papel bien ensayado, obteniendo como respuesta frases que no esperaba—. No comprendo por qué no se puede hablar contigo. No entiendo qué teoría propugnas ni…

—¡Oh! Sí, lo entiendes.

Cual si rehusara aceptar que sus fórmulas fallasen, Philip exclamó:.

—¿Desde cuándo te inclinas hacia la filosofía abstracta? Eres sólo un negociante y no estás calificado para entender en cuestiones de principios —dijo—. Deberías dejarlo a los expertos, que durante siglos han afirmado…

—¡Basta, Philip! ¿Qué llevas entre manos?

—¿Cómo has dicho?

—¿A qué viene esta repentina ambición?

—Verás, en tiempos como…

—¿Cómo qué?

—Verás: cada hombre tiene derecho a un medio de subsistencia, y… a no verse arrojado a la cuneta… Cuando todo aparece tan incierto, uno ha de poseer ciertas seguridades… un punto de apoyo… Quiero decir que en una época así, si algo te sucediera yo no…

—¿Qué crees que va a sucederme?.

—¡Oh! ¡No creo nada! —su exclamación resultó extraña e incomprensiblemente auténtica—. No espero que ocurra nada…

—¿Nada de qué?

—¿Cómo he de saberlo?… Pero sólo tengo la asignación que me das… y puedes cambiar de opinión en cualquier momento.

—En efecto.

—No tengo nada con qué obligarte.

. —¿Cómo has tardado tantos años en darte cuenta y en empezar a preocuparte? ¿A qué viene eso ahora?

—Pues a que… has cambiado. Tú… solías tener cierto sentido del deber y de la responsabilidad moral, pero… lo estás perdiendo, ¿no es así?

Rearden se irguió, estudiándolo en silencio. Había algo peculiar en el modo en que Philip interrogaba, como si sus preguntas, demasiado casuales y débilmente obstinadas, constituyeran la llave de su propósito.

—Bien. Me gustaría quitarte ese fardo de los hombros, si es que me consideras un fardo —dijo bruscamente—. Dame un trabajo y tu conciencia no tendrá que atormentarte más por culpa mía.

—No me atormenta.

—¡Eso es lo malo! ¡No te preocupas! No te preocupas de ninguno de nosotros, ¿verdad?

—¿De quién?

—Pues… de mamá y de mí… y de la humanidad en general. Pero no voy a apelar al lado bueno de tu alma. Sé que estás dispuesto a anularme cuando te lo propongas, de modo que…

—Mientes, Philip. No es eso lo que te preocupa. Si lo fuera, lo que anhelarías sería dinero y no trabajo…

—¡No! ¡Quiero un empleo! —Su exclamación fue inmediata, casi frenética—. ¡No quieras comprarme con dinero! ¡Deseo trabajar!

—Repórtate, pobre infeliz. ¿Sabes lo que dices? Philip escupió su respuesta con odio impotente:

—¡No puedes hablarme de ese modo!

—¿Y tú sí?

—Yo sólo…

—¿Has dicho que quiero comprarte? ¿Por qué habría de intentarlo en vez de darte un puntapié como debí hacer hace años?

—¡Después de todo, eres mi hermano!

—¿Y eso qué significa?

—Se supone que un hermano ha de experimentar determinados sentimientos.

—¿Los sientes tú?

La boca de Philip se hinchó petulante. No contestó. Esperaba. Rearden le dejó esperar. Por fin, Philip murmuró:

—Se supone… que al menos… tendrás consideración hacia mis sentimientos… pero no es así.

—¿La tienes tú hacia los míos?

—¿Hacia los tuyos? ¿Hacia tus sentimientos? —No había malicia en la voz de Philip, sino algo peor: un auténtico e indignado asombro—. Tú no posees sentimientos. Jamás los has tenido. Jamás has sufrido.

Fue como si un cúmulo de años diera de pronto en la cara a Rearden, expresados en una sensación y una visión: la sensación exacta de lo que había experimentado en la cabina del primer tren de la línea «John Galt» y la visión de los ojos de Philip; de aquellos ojos pálidos, casi líquidos, que representaban lo más bajo de la degradación humana: un dolor sin reservas dotado de la obscena insolencia de un esqueleto ante un ser viviente, exigiendo que aquel dolor fuese considerado como el mayor de los valores. «Tú nunca has sufrido», decían acusadores aquellos ojos, mientras él evocaba aquella noche en su despacho, cuando sus minas le fueron arrebatadas; el momento en que firmó el certificado de cesión rindiendo el metal Rearden; aquel mes, dentro de un avión, buscando los restos de Dagny. «Tú nunca has sufrido», decían los ojos con arrogante desdén, mientras él recordaba la sensación de orgullosa rectitud con que combatió en aquellos instantes, rehusando rendirse al dolor; una sensación producto de su amor, su lealtad y su conocimiento de que la alegría es el objetivo de la existencia y que no debe tropezarse en ella, sino conseguirla, mientras la traición consiste en permitir que se sumerja en el pantano de la tortura. «Tú nunca has sufrido», proclamaba la muerta luz de aquellos ojos. «Jamás sentiste nada, porque sólo sufriendo se siente; no existe la alegría; sólo existe el dolor y la ausencia de aquélla; sólo el dolor y la nada. Yo sí sufro; estoy atormentado por el sufrimiento; hecho de un dolor no diluido. En ello reside mi pureza y mi virtud, mientras tú, el ser íntegro, el que nunca se queja, has de aliviarme del dolor, cortar tu cuerpo incólume para reparar el mío; cortar tu alma inflexible para impedir que la mía siga sintiendo. Así conseguiremos el ideal más elevado, el triunfo de la vida: el cero.» Pero veía la naturaleza de aquellos que durante siglos no habían retrocedido ante los predicadores de la aniquilación, veía la naturaleza de los enemigos con los que tuvo que luchar durante toda su vida.

—Philip —dijo—, vete de aquí. —Su voz era como un rayo de sol en un depósito de cadáveres; la voz llana, seca, cotidiana, de un negociante; un sonido sano dirigido a un enemigo al que no puede honrarse con la propia cólera ni siquiera con el propio horror—.

Y no intentes volver a penetrar en estas fundiciones, porque daré orden a todos los porteros para que te echen de aquí si lo intentas.

—Bien, después de todo —dijo Philip en el tono colérico y precavido de quien expresa una velada amenaza —puedo conseguir que mis amigos me otorguen un empleo aquí y obligarte a aceptarme.

Rearden, que había dado ya unos pasos para alejarse de él, se detuvo y volvióse a mirarle.

Philip captó entonces una repentina revelación que no fue consecuencia de su pensamiento consciente, sino de cierto obscuro sentimiento; sintió un terror que le atenazaba la garganta, estremeciéndole hasta las profundidades del estómago. Veía la extensión de los altos hornos, con las oscilantes llamaradas y los cargamentos de metal fundido atravesando el espacio pendientes de delicados cables, con pozos de color de carbón ardiendo y grúas que parecían acercarse a su cabeza, sosteniendo toneladas de acero por el poder invisible de bus magnetos, y comprendió que tenía miedo de aquel lugar, miedo de la muerte. Que no se hubiera atrevido a moverse sin la protección y la guía del hombre que se hallaba ante él. Luego miró la alta y esbelta figura que permanecía inmóvil, aquella figura de mirada inflexible, cuya visión había sabido atravesar rocas y llamas para erigir aquel lugar. Y se ‹?W cuenta de cuan fácilmente aquel hombre al que intentaba forzar a una acción podía hacer que un cubo de metal se vaciara un segundo antes de lo previsto, o que una grúa dejara su carga a un pie de distancia del lugar adecuado. Caso de ocurrir así, nada quedaría de él, de Philip el reclamante. Su única protección se basaba en el hecho de que su mente pensaba en todo aquello. Pero la de Hank Rearden no vacilaría.

—Más vale que mantengamos relaciones amistosas —propuso.

—Eso aplícatelo a ti —contestó Rearden, alejándose.

Contemplando la imagen de aquellos enemigos a los que nunca pudo comprender, Rearden pensó que eran hombres que adoraban el dolor. Parecía monstruoso y al propio tiempo extrañamente desprovisto de importancia. No sentía nada hacia ellos. Era igual que intentar un llamamiento a la emoción en pro de objetos inanimados, hacia los restos de mineral que descendieran por un monte para aplastarle. Era posible escapar a la avalancha o levantar muros que la domaran, o ser aplastado, pero lo que no resultaba imaginable era sentir cólera, indignación o preocupación hacia los movimientos insensatos de los no vivientes; o peor aún, pensó, de lo antivivo.

Dicho sentimiento de despreocupación y lejanía permaneció arraigado en él mientras, sentado en la sala de un tribunal de Filadelfia, veía a los hombres realizar las gestiones que le garantizarían el divorcio. Les miraba como si se tratase de seres mecánicos y vulgares, mientras iban recitando vagas frases de fraudulenta evidencia y llevaban a cabo el intrincado juego de dilatar vocablos que no abarcaran hechos ni tuvieran un significado pleno. Había permitido que lo hicieran, él, a quien las leyes no dejaban otro camino para ganar su libertad, ni ningún derecho para establecer hechos concretos y solicitar lo auténtico; aquella ley que lo entregaba a su destino, no mediante regias objetivas definidas de un modo objetivo, sino gracias a la arbitraria decisión de un juez con cara marchita y mirada astuta y vacía.

Lillian no se hallaba presente; su abogado hacía algún gesto de vez en cuando, como quien deja el agua correr por entre sus dedos. Todos conocían cuál iba a ser el veredicto y el motivo del mismo; ninguna otra razón había existido en años sólo regidos por el capricho. Parecían considerar aquello como su justa prerrogativa; actuaban como si los propósitos de aquel juicio no fueran la solución de un caso, sino el justificante de sus empleos; como si estos empleos consistieran en presentar las adecuadas fórmulas, sin responsabilidad para saber qué conseguían con las mismas; como si un tribunal fuese el único sitio donde las acciones del bien y del mal resultaran absurdas, y ellos, los

encargados de dispensar justicia, fuesen lo suficientemente listos como para saber que la justicia no existía. Actuaban como salvajes, llevando a cabo un rito ideado para libertarlos de toda realidad objetiva.

Los diez años de su matrimonio habían sido auténticos, pensó, pero aquellos hombres asumían ahora el poder de disponer del mismo, de decidir si podía disfrutar de una oportunidad de goce en la tierra, o verse condenado a la tortura para el resto de sus días. Recordó el austero, implacable respeto que había sentido hacia su contrato matrimonial, hacia todos sus contratos y todas sus obligaciones legales, y vio la clase de legalidad para la que su escrupulosa observación iba a servir ahora.

Notó que aquellas marionetas del tribunal habían empezado por mirarle con la actitud prudente y taimada de conspiradores que compartieran una culpabilidad común con él, y se sintieran mutuamente Ubres de condena moral. Luego, cuando observaron que era el único en toda la sala que miraba de frente los rostros ajenos, pudo notar cómo el resentimiento se mostraba cada vez con mayor claridad en sus pupilas. Incrédulo, comprendió lo que habían esperado de él; la víctima encadenada, inmovilizada, amordazada y sin recursos, excepto el soborno, debía creer que aquella farsa pagada con su dinero era un proceso legal; que los edictos que lo esclavizaban, tenían validez moral; que era culpable de corromper la integridad de los guardianes de la justicia y que la culpa era suya, no de ellos. Venía a ser lo mismo que condenar a la víctima de un atraco por corromper la integridad del malhechor. Luego de generaciones de violencia política, no eran los burócratas saqueadores los que debían ser culpados, sino los industriales encadenados; no aquellos que mendigaban favores legales, sino los que se veían forzados a comprarlos. Y a través de todas aquellas generaciones de cruzados contra la corrupción, el remedio siempre fue no la liberación de las víctimas, sino la aplicación de poderes más amplios en beneficio de quienes se valían de la fuerza para llevar a cabo sus extorsiones. Pensó que la única culpabilidad de las victimas consistía en haberla aceptado como tal.

Cuando salió de la sala del tribunal a la helada llovizna de aquella tarde gris, le pareció como si se hubiera divorciado, no sólo de Lillian, sino de toda la sociedad humana que apoyaba procedimientos como los que acababa de presenciar.

La cara de su abogado, hombre anciano de la escuela antigua, tenía una expresión que le hacía parecer como si anhelara tomar un baño.

—Escuche, Hank —le preguntó como único comentario—. ¿Hay algo que los saqueadores anhelen conseguir ahora de usted?

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

—Porque todo esto me ha parecido demasiado sencillo. Existían unos cuantos puntos en los que esperaba presión e incluso indicaciones especiales. Pero lo han pasado por alto, sin aprovechar la ocasión. Viene a ser como si se hubieran cursado órdenes de la superioridad para tratarle a usted benévolamente y dejarle salirse con la suya. ¿Planean algo nuevo contra sus fundiciones?

—No, que yo sepa —repitió Rearden, asombrándose al oír cómo una voz interior le decía: «No me preocupa en absoluto».

Fue aquella misma tarde, en las fundiciones, cuando vio a la «nodriza» correr hacia él; una figura desmañada y ágil, con cierta mezcla peculiar de brusquedad, torpeza y decisión.

—Mister Rearden, quisiera hablar con usted —dijo con aire apocado, pero extrañamente firme.

—Adelante.

—Deseo preguntarle una cosa —la cara del muchacho aparecía solemne y tensa—. Sé muy bien que puede usted rechazarlo, pero de todas formas, se lo voy a pedir… y… y si le parece presunción, mándeme sencillamente al diablo.

—De acuerdo. Inténtelo.

—Mister Rearden, ¿quiere darme trabajo? —Fue su esfuerzo en aparecer normal lo que traicionó las jornadas de lucha existente tras de semejante pregunta—. Quiero dejar lo que ahora hago y trabajar. Trabajar de verdad en la fabricación del acero, del mismo modo que cierta vez me propuse. Deseo ganar mi sustento. Estoy cansado de ser un parásito.

Rearden no pudo resistir una sonrisa, a la vez que le recordaba, en tono de quien repite una cita.

—¿A qué viene ahora usar tales palabras, «No-absoluto»? Cuando no se emplean vocablos feos, no hay que temer la fealdad y…

Pero observó el desesperado anhelo del muchacho y se detuvo, a la vez que su sonrisa se desvanecía.

—Lo digo muy de veras, míster Rearden. Sé lo que significa esa palabra y sé también que es la más adecuada. Estoy cansado de percibir dinero por no hacer nada, excepto dificultarle la tarea de ganarlo. Sé que todos cuantos trabajan hoy son solamente muñecos manejados por bastardos como yo, pero… prefiero ser un muñeco si es que no queda otro remedio. —Su voz se había ido elevando—. Le ruego me perdone, míster Rearden —añadió secamente mirando a lo lejos. Y al momento incurrió de nuevo en su tono seco y carente de emoción—. Quiero abandonar a esa pandilla de la Dirección de Distribución. No sé si voy a serle de mucha utilidad; tengo un diploma universitario en metalurgia, pero no vale ni el papel en que está impreso. Sin embargo, creo haber aprendido un poco acerca de todo esto en los dos años que llevo aquí y si puede usted utilizarme como barrendero o cualquier otra cosa voy a decir a ésos dónde deben tirar la ayudantía de dirección, y empezaré a trabajar mañana mismo, o la semana que viene, o ahora, o cuando usted diga. —Evitó mirar a Rearden, pero no a manera de evasión, sino cual si no tuviese derecho a hacerlo.

—¿Por qué tenía tanto miedo a preguntármelo? —quiso saber Rearden.

El muchacho lo miró con indignado asombro, cual si la respuesta fuese

—Porque, considerando el modo en que empecé aquí, aquel en que actué y la delegación que ostento, si le pido un favor, usted tiene perfecto derecho a darme un puntapié en la boca.

—Ha aprendido mucho en los dos años que lleva con nosotros.

—No. Yo… —Miró a Rearden, comprendió, desvió las pupilas y dijo secamente—: Sí… si es eso a lo que se refiere.

—Escuche, muchacho. Le daría un empleo ahora mismo y, desde luego, mejor que el de barrendero, si dependiera de mí. Pero ¿se ha olvidado de que existe la Oficina de Unificación? No tengo derecho a contratarlo, ni usted a abandonar su trabajo actual. Desde luego, son muchos los que lo hacen, y otros ingresan bajo nombres supuestos y papeles amañados. Usted lo sabe, y gracias por haber mantenido la boca cerrada. Pero ¿cree que si lo contratara de ese modo, sus amigos de Washington dejarían de enterarse?

El muchacho movió lentamente la cabeza.

—¿Cree que si abandona su servicio para convertirse en barrendero, no comprenderían el motivo?

El muchacho hizo una señal de asentimiento.

—¿Le dejarían salirse con la suya?

Volvió a sacudir la cabeza. Al cabo de un momento y en tono de desamparado asombro, dijo:

—No había pensado en eso, mister Rearden. Me olvidé de ellos. Pensaba sólo en si usted me aceptaría o no y lo único que contaba para mí era su decisión.

—Lo sé.

—Y… es lo único que en realidad cuenta.

—Sí, «No-absoluto». En realidad.

Los labios del muchacho se estremecieron repentinamente en una breve crispación desprovista de alegría, que pretendió ser una sonrisa.

—A lo que veo, estoy más amarrado que cualquiera de esos muñecos…

—Sí. Nada puede hacer por el momento, excepto solicitar de la Oficina de Unificación permiso para cambiar de tarea. Si quiere intentarlo, apoyaré la petición, pero no creo que se la cumplimenten. No le dejarán trabajar para mí.

—No. No lo harán.

—Si maniobra usted lo suficiente y dice las mentiras apropiadas, quizá le permitan pasar a un empleo privado en cualquier otra compañía.

—|No! ¡No quiero ir a ningún otro sitio! ¡No quiero salir de aquí! —Permaneció mirando el invisible vapor de la lluvia sobre la llama de los hornos. Al cabo de un rato, añadió con calma—: Creo que lo mejor es no hacer nada. Continuar siendo representante de los saqueadores. Además, si me marchara, sólo Dios sabe qué bastardo le colocarían aquí. —Se volvió—. Están dispuestos a cualquier cosa, mister Rearden. No sé lo que es, pero se disponen a atacarle.

—¿Cómo?

—No lo sé. Han estado vigilando todo lo sucedido aquí durante las últimas semanas. Y en cada deserción han ido introduciendo a tipos de los suyos. Una colección de gente muy extraña, inútiles que juraría nunca estuvieron en una fundición hasta ahora. He recibido órdenes de dar empleo a cuántos de ellos fuera posible. No han querido decirme por qué. No sé lo que están planeando. Intenté sonsacarles, pero se muestran reticentes. Creo que ya no confían en mí. A lo mejor estoy perdiendo influencia. Todo cuanto sé es que intentan un golpe.

—Gracias por advertírmelo.

—Intentaré saber algo más. Haré cuanto pueda para averiguarlo a tiempo. —Se movió bruscamente y empezó a caminar; pero se detuvo y dijo—: Mister Rearden, si dependiera sólo de usted, ¿me habría admitido?

—Lo habría hecho en seguida y con agrado.

—Gracias, míster Rearden —dijo con voz solemne y baja, alejándose definitivamente.

Rearden lo miró unos momentos, comprendiendo con conmovedora sonrisa de piedad, lo que el ex-relativista, el ex-pragmático, el ex-amoral se llevaba como todo consuelo.

* * *

La tarde del 11 de septiembre, un alambre de cobre se rompió en Minnesota, deteniendo las cintas elevadoras de un granero en cierta pequeña estación de la «Taggart Transcontinental».

Una corriente de trigo se movía por los caminos, las carreteras, los abandonados rieles de la comarca, vaciando millares de acres cultivados sobre los frágiles depósitos de las

estaciones. Se movía día y noche; los primeros chorros se convertían en corriente y luego en río y en torrente, sobre camiones asmáticos cuyos motores tuberculosos no cesaban de toser; sobre carretas arrastradas por los enmohecidos esqueletos de caballos muertos de hambre; sobre carros arrastrados por bueyes; gracias a los nervios y a la última energía de hombres que llevaban dos años viviendo en un desastre, para obtener la recompensa triunfante de aquella gigantesca cosecha otoñal; nombres que habían reparado sus camiones y carros con alambres, con mantas, con cuerdas y con noches sin sueño para hacerlos resistir el viaje; para llevar el grano y caer deshechos en el lugar de su destino, tras de haber ofrecido a sus propietarios una posibilidad de supervivencia.

Cada año, en aquella época, otro movimiento similar había atravesado el país, arrastrando vagones de mercancías desde todos los rincones del continente hasta la división de Minnesota de la «Taggart Transcontinental»; el batir de las ruedas precedía el crujir de los vagones como un eco anticipado, rigurosamente planeado, ordenado y previsto, a fin de unirse a la marea general. La división de Minnesota dormitaba todo el año para recobrar violentamente la vida en las semanas de la cosecha; catorce mil vagones se acumulaban allí cada año; esta vez se esperaban quince mil. El primero de los trenes de trigo había iniciado la canalización del mismo hacia los hambrientos molinos, luego hacia las ganaderías y a los estómagos de la nación. Cada tren, cada coche y cada elevador, tenían su valor y no podía perderse ni un minuto de tiempo ni una pulgada de espacio.

Eddie Willers miró el rostro de Dagny mientras ésta examinaba las tarjetas del fichero de emergencia; juzgando por su expresión podía adivinar el contenido de cada una.

—El terminal —dijo con voz queda, cerrando el fichero—. Telefonea al terminal y diles que manden la mitad de su existencia de alambre a Minnesota.

Eddie obedeció sin pronunciar palabra.

No dijo nada tampoco cuando, por la mañana, puso sobre su escritorio un telegrama de la oficina «Taggart» en Washington, informándoles de la directriz según la cual, debido a la carestía de cobre, los agentes del gobierno se incautarían de todas las minas del mismo, haciéndolas funcionar como patrimonio común.

—Bien —dijo Dagny arrojando el telegrama a la papelera—. Esto significa el fin de Montana.

Permaneció muda cuando James Taggart le anunció que iba a cursar una orden retirando los coches-comedor de los trenes «Taggart».

—No podemos permitirnos dichos vagones por más tiempo —explicó—. Siempre hemos perdido con los malditos comedores, y cuando no hay comida que servir, cuando los restaurantes cierran porque no pueden conseguir una libra de carne de caballo, ¿cómo esperar que los ferrocarriles continúen ese servicio? Por otra parte, ¿por qué diablo hemos de alimentar a los pasajeros? Ya son lo suficiente afortunados con que les ofrezcamos transporte. Viajarían en trenes de ganado si fuera necesario. Que cada uno se lleve su bolsa con la merienda. ¿Qué nos importa? ¡No tienen otros trenes que tomar!

El teléfono de su escritorio se había convertido no en voz de una empresa industrial, sino en sirena de alarma que sólo lanzara al aire desesperados anuncios de desastres. «Miss Taggart, no tenemos alambre de cobre.» «Miss Taggart, faltan clavos, simples clavos. ¿No podría decir a alguien que nos mandara un barril?» «¿No podría encontrar pintura, Miss Taggart? Cualquier clase de pintura, a prueba de agua.»

Pero treinta millones de dólares procedentes de los subsidios garantizados por Washington habían sido empleados en el proyecto Soybean, enorme terreno de Louisiana, en el que maduraba una rica cosecha de habas, planeada y organizada por Emma Chalmers con el propósito de reacondicionar los hábitos dietéticos de la nación. Emma Chalmers, más conocida como «Kip's-Ma», era una vieja socióloga que estuvo deambulando por Washington durante años, del mismo modo que otras mujeres de su

edad y de su tipo haraganean por los bares. Por alguna razón que nadie podía definir, la muerte de su hijo en la catástrofe del túnel le había prestado cierto halo de martirio en la capital, aumentado por su reciente conversión al budismo. «El haba es una planta mucho más vigorosa, nutritiva y económica que todos los extravagantes alimentos condicionados por una dieta despreocupada y ruinosa», había dicho Kip's Ma por la radio. Su voz sonaba siempre cual si cayera en gotas, pero no de agua, sino de mahonesa. «Las habas son un excelente substituto del pan, de la carne, de los cereales y del café, y si todos nos viéramos obligados a adoptarlas como dieta base, se solucionaría la crisis nacional de víveres y sería posible alimentar a más gente. El mejor alimento para el mayor número de gente, ése es mi lema. En tiempos de desesperante necesidad pública, es nuestro deber sacrificar los gustos lujosos y volver a la prosperidad, adaptándonos a un artículo sencillo y sano, gracias al cual los pueblos de Oriente han venido subsistiendo durante siglos. Es mucho lo que debemos aprender de los pueblos de Oriente.»

«Cañería de cobre, Miss Taggart. ¿Sería posible conseguir cañería de cobre en algún sitio?», imploraban las voces por el teléfono. «Pernos para los rieles, Miss Taggart.» «Tornillos, Miss Taggart.» «Bombillas, Miss Taggart; no hay una bombilla eléctrica en doscientas millas a la redonda.»

Pero se gastaban cinco millones de dólares por parte de la Oficina de Acondicionamiento Moral en subvenciones a la Compañía de ópera del Pueblo, que recorría el país ofreciendo representaciones gratuitas a gentes que, con una comida diaria, no disponían de fuerzas suficientes para arrastrarse hasta el teatro. Se habían otorgado siete millones de dólares a un psicólogo encargado de cierto proyecto para solucionar la crisis mundial, realizando investigaciones sobre la naturaleza de la fraternidad. Se concedieron diez millones de dólares al fabricante de un nuevo encendedor electrónico, aunque no hubiera cigarrillos en las tiendas del país. Se vendían linternas, pero no había pilas; se exhibían radios, pero se carecía de lámparas; había cámaras cinematográficas, pero no película. La producción de aeroplanos fue declarada; «en suspensión temporal». Los viajes aéreos con propósitos particulares quedaron prohibidos y sólo se admitían reservas para misiones «en beneficio del público». Un industrial que viajara para salvar su fábrica no merecía la consideración necesaria como para emplear un aeroplano; en cambio, un funcionario encargado de recaudar impuestos podía hacerlo sin ninguna dificultad.

«La gente roba pernos y tuercas de nuestras vías, Miss Taggart; lo hacen de noche y nuestras existencias van disminuyendo. El almacén está vacío. ¿Qué hacemos, Miss Taggart?»

Pero un televisor de metro y medio, en supercolor, se colocaba en el parque popular de Washington para que lo admirasen los turistas, y un superciclotrón para el estudio de los rayos cósmicos se levantaba en el Instituto Científico del Estado, previéndose que la tarea se prolongaría diez años.

«Lo peor de nuestro mundo moderno —había dicho por la radio el doctor Robert Stadler durante las ceremonias inaugurales del ciclotrón —es que demasiada gente piensa demasiado. Tal es la causa de todas nuestras dudas y temores. Unos ciudadanos realmente ilustrados abandonarían la superficiosa adoración de la lógica y esa anticuada confianza en la razón. Del mismo modo que el profano deja la medicina a los doctores y la electrónica a los ingenieros, la gente no calificada para pensar debe dejar las ideas a los expertos y tener fe en la alta competencia de los mismos. Sólo los expertos pueden comprender los descubrimientos de la ciencia moderna, demostrativos de que el pensamiento es una ilusión y la mente un mito.»

«Esta era de miseria es castigo de Dios por el pecado cometido por el hombre al confiar sólo en su mente —decían las despectivas y triunfantes voces de los místicos de toda secta, en las esquinas, bajo tiendas empapadas de lluvia o en templos ruinosos—. La

prueba por que pasamos es resultado de la tentativa humana de vivir por la razón. Tal es el estado a que conduce la reflexión, la lógica y la ciencia. Y no habrá salvación hasta que el hombre comprenda que su mente mortal es impotente para solucionar sus problemas, y vuelva a la fe; fe en Dios y fe en una más alta autoridad.»

Y tropezándose con Dagny diariamente, se encontraba el producto final de todo aquello, el heredero y receptor: Cuffy Meigs, el hombre inasequible al pensamiento. Cuffy Meigs caminaba a zancadas por los despachos de la «Taggart Transcontinental», luciendo una guerrera casi militar y golpeando una brillante cartera de piel contra sus polainas de cuero lustroso. Llevaba una pistola en un bolsillo y una pata de conejo en el otro.

Cuffy Meigs trataba de evitar su presencia. Adoptaba hacia ella una actitud en parte desdeñosa, cual si considerase a Dagny una idealista poco práctica, y en parte imbuida de cierto supersticioso temor, cual si la joven poseyera alguna fuerza inaprehensible con la que prefería no contender. Actuaba como si su presencia no figurase en su idea de un ferrocarril; pero aun así, como si fuera la única a la que no se atreviera a desafiar. Había cierto toque de impaciente resentimiento en sus modales hacia Jim, como si fuera deber de éste contender con su hermana y protegerle a él. Del mismo modo que esperaba verle mantener el ferrocarril en estado de funcionamiento, dejándole libre para actividades más prácticas, esperaba también que Jim la mantuviera a raya como si sólo fuese una parte más del equipo.

Al otro lado de la ventana de su despacho, como un pedazo de esparadrapo pegado en una herida sobre el cielo, la página del calendario colgaba vacía en la distancia. No habían vuelto a repararlo desde la noche en que Francisco se despidió. Los funcionarios que corrieron a la torre pararon el mecanismo al tiempo que arrancaban la película del aparato proyector. Habían encontrado el minúsculo cuadrilátero con el mensaje de Francisco pegado a la tira de los días, pero nunca se pudo descubrir quién lo hizo, ni quién había entrado en aquel recinto y cómo, no obstante las tres comisiones que aún seguían investigando el caso. Esperando el resultado de sus esfuerzos, la página seguía en blanco, suspendida sobre la ciudad, y así se hallaba la tarde del 14 de septiembre cuando el teléfono sonó en el despacho de Dagny.

—Un hombre de Minnesota —anunció la voz de su secretaria.

Había dado aviso de que aceptaría todas las llamadas de aquella clase porque dichas demandas de auxilio constituían su única fuente de información. En una época en que las voces de los directivos sólo expresaban sonidos destinados a evitar toda comunicación, las de los innumerables seres sin nombre constituían su último punto de contacto con el sistema; el último chispazo de razón y de torturada honradez, brillando brevemente a través de las millas de rieles «Taggart».

—Miss Taggart, no soy yo quien debe llamarla, pero nadie más lo quiere hacer —dijo la voz a través del alambre, una voz joven y en exceso tranquila—. Dentro de un par de días ocurrirá un desastre como nunca se ha visto, y nadie podrá ocultarlo; pero entonces será demasiado tarde, e incluso lo sea quizá ya ahora.

—¿Qué sucede? ¿Quién es usted?

—Uno de sus empleados de la división de Minnesota. Dentro de un día o dos más, los trenes dejarán de circular por aquí, y ya sabe usted lo que ello representa en plena cosecha, y por cierto la más espléndida que jamás hayamos obtenido. No tenemos vagones. Este año no nos han mandado los trenes de mercancías con destino a la cosecha.

—¿Qué dice usted? —preguntó Dagny, sintiendo como si transcurrieran minutos entre cada una de las palabras pronunciadas por una voz que, aunque la suya propia, le parecía desconocida.

—No han sido enviados los vagones. Para estas fechas deberíamos disponer ya de quince mil. Pero a lo que he podido saber, tan sólo hay ochocientos. Llevo una semana llamando

a la central de la División. Me dicen que no me preocupe. La última vez añadieron que no me metiera en lo que no me importa. Todos los cobertizos, silos, elevadores, almacenes, garajes y salas de baile a lo largo de la vía están atestados de trigo. En los elevadores Sherman hay una hilera de camiones y de carros de dos millas de longitud esperando en la carretera. En la estación de Lakewood la plaza está llena desde hace tres noches. Nos repiten que es sólo un atascamiento temporal, que los vagones van a llegar y que todo saldrá bien, pero no es así. Ningún tren viene hacia acá. He llamado a todo el mundo y sé lo que sucede por el modo en que me contestaron. Lo saben, pero no se atreven a admitirlo. Tienen miedo; miedo de moverse, de hablar, de contestar o de preguntar. Todos están pensando a quién cargar la culpa cuando la cosecha se pudra en las estaciones y no en quién va a sacarla de aquí. Quizá nadie pueda. Tal vez ni usted tampoco. Pero creo que debe saberlo y que alguien debía informarla.

—Yo… —hizo un esfuerzo para respirar—. Comprendo… ¿quién es usted?

—El nombre no importa. Cuando cuelgue, me habré convertido en desertor. No quiero seguir aquí para presenciar lo que venga. No quiero seguir tomando parte en esto. Buena suerte, Miss Taggart.

Escuchó el chasquido del auricular.

—Gracias —dijo con el alambre ya sin vida.

Cuando tuvo conciencia otra vez del lugar en que se hallaba y se permitió pensar, era mediodía de la jornada siguiente. De pie en su despacho, sintiéndose cada vez más triste, pasándose los dedos por un mechón de pelo y apartándolo de su cara, se preguntó por un instante dónde estaba y qué cosa increíble le había sucedido en las últimas veinte horas. Sintió horror y comprendió que lo había sentido desde que escuchara las primeras palabras de aquel hombre por teléfono, sólo que no hubo tiempo para asimilarlo.

No recordaba gran cosa de lo sucedido en las últimas veinte horas, sólo retazos inconexos, unidos por la única constante que los hacía posibles: las blandas y lacias caras de quienes luchaban por ocultar ante si mismos su conocimiento de la respuesta a las preguntas que ella formulaba.

Desde el instante en que le dijeron que el director del Departamento de Vagones llevaba ausente de la ciudad una semana, sin haber dejado señas de dónde poder encontrarle, comprendió que el informe del hombre de Minnesota era cierto. Más tarde hubo de enfrentarse a las caras de sus ayudantes del Departamento, que no quisieron confirmar el informe ni tampoco negarlo; pero que le mostraban papeles, órdenes, formularios y fichas, llenos de palabras sin conexión con hechos concretos. «¿Se mandaron los vagones de mercancías a Minnesota?» «El impreso 357 W ha quedado lleno en todas sus columnas de acuerdo con lo requerido por la Oficina del Coordinador y según las instrucciones del interventor y de la directriz 11-493.» «¿Se mandaron los vagones de mercancías a Minnesota?» «Los datos de los meses de agosto y septiembre han sido facilitados por…» «¿Se mandaron los vagones de mercancías a Minnesota?» «Mis ficheros indican la localización de vagones de mercancías por Estado, fecha, clasificación y…» «¿Saben ustedes si se han enviado los vagones a Minnesota?» «Por lo que se refiere al movimiento interestatal de vagones de mercancías, tendrá usted que recurrir al fichero de míster Benson ya…»

Pero nada habla que aprender de los ficheros. Existía en ellos toda clase de datos cuidadosamente anotados, pero cada uno implicaba cuatro significados distintos, con referencias a otras referencias, y éstas a una referencia final que precisamente faltaba en la tarjeta. No tardo mucho tiempo en descubrir que los vagones no habían sido enviados a Minnesota, y que la orden procedía de Cuffy Meigs; pero al principio resultó imposible averiguar quién la había cumplimentado, quién interrumpió el tránsito, qué gestiones se habían hecho y por quién para conservar la apariencia de un funcionamiento normal sin

que un solo grito de protesta se elevara de hombres más valerosos que aquéllos. ¿Quién había falsificado los informes y dónde estaban en realidad los vagones?

Durante las horas de aquella noche un pequeño y desesperado equipo al mando de Eddie Willers llamaba a todos los puntos de la División, a cada depósito, derivación o apartadero de la «Taggart Transcontinental» para que cuantos vagones de mercancías siguieran disponibles fuesen descargados a toda prisa y enviados inmediatamente a Minnesota. Entretanto, y mientras seguían llamando a los depósitos, estaciones y jefes de ferrocarril que aún siguieran funcionando en todos los confines del mapa, rogándoles enviasen vagones a Minnesota, Dagny realizaba la tarea de investigar en aquellos rostros, algunos nublados por la cobardía, el paradero de los vagones desaparecidos.

Importunó a los directores de ferrocarril, a los ricos armadores y a los funcionarios de Washington yendo de un lado a otro en automóvil o utilizando teléfono o telégrafo tras las huellas de alusiones a medio formular. El sendero se acercaba a su fin cuando escuchó la voz meliflua de la encargada de Relaciones Públicas en cierto despacho de Washington, que sonaba con aire resentido por el auricular telefónico: «Bien. Después de todo, que el trigo sea o no esencial para el bienestar del país es cuestión de opiniones. Existen gentes de parecer más progresivo a cuyo entender el haba resulta de mucho más valor». Hacia mediodía se encontraba en su propia oficina, segura de que los vagones de mercancías que debían transferirse a Minnesota habían sido enviados a transportar las habas de los pantanos de Louisiana, cultivadas según el Proyecto Kip's Ma.

La primera noticia acerca del desastre de Minnesota apareció en los periódicos tres días después. Se decía que los agricultores, luego de esperar en las calles de Lakewood durante seis días, sin lugar en donde almacenar su trigo y sin trenes para transportarlo, habían demolido el Palacio de Justicia, la residencia del alcalde y la estación ferroviaria. Luego las noticias se suspendieron bruscamente y los periódicos guardaron silencio. A continuación empezaron a publicar consejos instando a la gente a no dar crédito a los rumores antipatrióticos.

Mientras los molinos y los mercados de cereales del país lanzaban sus quejas por teléfono y telégrafo, enviando ruegos a Nueva York y delegaciones a Washington; mientras hileras de vagones de mercancías reunidos en todos los rincones del continente se arrastraban como orugas a través del mapa en dirección a Minnesota, el trigo y las esperanzas del país aguardaban la muerte a lo largo de rieles vacíos, bajo las persistentes luces verdes que daban paso libre a trenes inexistentes.

En los tableros de comunicación de la «Taggart Transcontinental» un pequeño equipo continuaba solicitando vagones, repitiendo, como la tripulación de un buque en trance de naufragio, un S. O. S. que nadie escuchaba. Había vagones que llevaban cargados meses enteros en los cercados de compañías propiedad de amigos de personajes influyentes, quienes ignoraban las frenéticas demandas para descargarlos y dejarlos en disposición de transportar otras cosas. «Puede decir a ese ferrocarril…», frase seguida por palabras intraducibies, fue el mensaje de los hermanos Smather, de Arizona, en respuesta al S. O. S. de Nueva York.

En Minnesota se reunían vagones procedentes de todos los apartaderos, incluidos los del Mesabi Range y las minas de Paul Larkin, donde estaban esperando un pequeño chorlito de hierro. Se cargaba trigo en vagones de mineral, en vagones de carbón, en vagones acondicionados de cualquier manera, que iban desparramando un leve rastro de oro a lo largo de la vía.

Se cargaba trigo en vagones de pasajeros, sobre los asientos y los soportes, con el fin de enviarlo donde fuera, de ponerlo en movimiento, aun cuando quedara en la cuneta luego de una súbita ruptura de algún muelle o en las explosiones de las requemadas cajas de sebo.

Todo el mundo se esforzaba en establecer el movimiento; el movimiento como tal, sin destino concreto, del mismo modo que el paralítico sometido a un ataque se esfuerza, rígido, frenético e incrédulo, en olvidar que el movimiento le resulta imposible. No había más ferrocarriles. James Taggart era el autor de su muerte. No había buques en los lagos. Paul Larkin los había destruido. Tan sólo las vías y una red de abandonadas carreteras.

Los camiones y los carros de los agricultores iniciaron un ciego desplazamiento carretera adelante, sin mapas, sin gasolina, sin forraje para los caballos, avanzando en dirección Sur, hacia la visión de inalcanzables molinos harineros esperándoles en algún lugar, sin idea de las distancias, pero con la convicción de dejar la muerte tras ellos. Avanzando para desplomarse en los caminos, en las zanjas o caer por las roturas de puentes corroídos. Un agricultor fue hallado a media milla al sur de los restos de su camión, muerto en un cuneta, de bruces contra el suelo, llevando aún un saco de trigo a los hombros. Luego, las nubes cargadas de lluvia se abrieron sobre las praderas de Minnesota y el agua cubrió el trigo que esperaba en las estaciones; repiqueteó sobre los montones del mismo desparramados a lo largo de las rutas, como si lavara pepitas de oro que se hundiesen en el fango.

Los personajes de Washington fueron los últimos en sentirse afectados por el pánico. Esperaban, no las noticias de Minnesota, sino las relativas al precario equilibrio de sus amistades y de sus compromisos. Sopesaban, no el destino de aquella cosecha, sino el resultado aún desconocido de imprevisibles emociones en mentes que, aunque torpes, estaban dotadas de ilimitado poder. Esperaban, evadiendo toda súplica, declarando: «¡Oh! ¡Es ridículo! No hay por qué preocuparse. Esos Taggart siempre han transportado el trigo según lo previsto. Ya encontrarán modo de hacerlo ahora también».

Cuando el jefe ejecutivo de Minnesota envió a Washington una demanda de socorro, solicitando el empleo del ejército contra los tumultos que no podía dominar, se cursaron tres directivas en el espacio de dos horas, deteniendo todos los trenes de la nación y ordenándoles dirigirse a Minnesota. Una orden firmada por Wesley Mouch exigía la inmediata disposición de los vagones retenidos por el Proyecto Kip's Ma. Pero era ya demasiado tarde. Los vagones de Ma se hallaban en California, donde las habas hablan sido enviadas a una organización progresiva, compuesta de sociólogos que predicaban el culto a la austeridad oriental y de negociantes que antiguamente figuraban en pandillas diversas.

En Minnesota los agricultores prendían fuego a sus granjas, demolían los elevadores de grano y las residencias de los funcionarios, peleaban a lo largo de las vías, unos pretendiendo levantarlas y otros defendiéndolas a costa de su vida, y en medio de aquella violencia sin objetivo, morían en las calles de ciudades ruinosas y en los silenciosos barrancos de una noche sin meta final.

A partir de entonces sólo se percibió el acre olor del grano pudriéndose en montones a medio consumir. Columnas de humo se levantaban en las praderas, permaneciendo fijas en el aire, sobre ennegrecidas ruinas, y en un despacho de Pennsylvania, Hank Rearden, sentado en su escritorio, repasaba una lista de hombres hundidos en la bancarrota: eran los fabricantes de maquinaria agrícola a quienes nadie pagaba y que, en consecuencia, tampoco podían pagarle a él.

La cosecha de habas no llegó a los mercados del país; había sido recogida prematuramente, se había enmohecido y no se hallaba en condiciones para el consumo.

* * *

La noche del 15 de octubre un alambre de cobre se rompió en Nueva York en una torre de control subterráneo del Terminal Taggart, apagando las luces de señales.

Aquella simple rotura de un alambre produjo un cortocircuito en el sistema de tráfico y las señales de movimiento o de peligro desaparecieron de los tableros de control y de junto a las vías. Los cristales rojos y verdes conservaron su color, pero desprovisto del brillo de la luz, ofreciendo tan sólo el helado mirar de ojos postizos. En los Límites de la ciudad montones de trenes se reunieron a la entrada de los túneles del Terminal, creciendo su número conforme pasaban los minutos, como la sangre acumulada dentro de una vena, imposibilitada de correr hacia las cámaras del corazón.

Aquella noche Dagny estaba sentada a la mesa, en un comedor particular del Hotel Wayne-Falkland. La cera de las velas goteaba sobre las blancas camelias y las hojas de laurel de la base del candelabro de plata. Unos cálculos aritméticos habían sido trazados a lápiz sobre el mantel adamascado y una colilla de cigarro nadaba en un aguamanil. Los seis caballeros vestidos de etiqueta que se enfrentaban a ella alrededor de la mesa eran Wesley Mouch, Eugene Lawson, el doctor Floyd Ferris, Clem Weatherby, James Taggart y Cuffy Meigs.

«¿Por qué?», había preguntado cuando Jim le dijo que debería asistir a aquella cena. «Pues… porque nuestra Junta de directores tiene que reunirse la semana próxima.» «¿Y qué más?» «A ti te interesa lo que va a decidirse acerca de nuestra línea de Minnesota, ¿verdad?» «¿Se hará en esa reunión?» «No es eso exactamente.» «¿Se decidirá durante dicha cena?» «No puedo decirlo con exactitud, pero… ¿por qué has de ser siempre tan exigente? En la actualidad nada resulta concreto. Además, insistieron mucho en que vayas.» «¿Por qué?» «¿No te parece suficiente?»

No preguntó por qué aquellos hombres escogían, para llegar a decisiones cruciales, reuniones de aquel género, pero era así. Sabía muy bien que, no obstante el pretencioso andamiaje y el parloteo de sus reuniones de comité y de sus debates en masa, las decisiones se tomaban por anticipado de un modo furtivo y sin ceremonias, durante comidas y cenas o en bares, y que cuanto más grave fuese el tema a tratar, más indiferente era el método usado para solucionarlo. La llamaban por vez primera a una de aquellas sesiones secretas, a ella, la forastera, la enemiga; se dijo que aquello equivalía al reconocimiento de su necesidad, que tal vez fuera el primer paso hacia su rendición. No podía desaprovechar una oportunidad semejante.

Cuando se sentó a la luz de las velas de aquel comedor, llegó a la conclusión de que no disfrutaba de posibilidad alguna. No pudo aceptar con calma dicha certidumbre, puesto que no comprendía su razón; pero aun así, se sintió letárgica y reacia a realizar pesquisa alguna.

—Creo que estará de acuerdo con nosotros, Miss Taggart, de que no parece existir ya justificación económica alguna para la existencia regular de una vía férrea en Minnesota, donde…

—Y estoy seguro de que incluso Miss Taggart conviene en la necesidad de establecer ciertas restricciones temporales que parecen indicadas hasta…

—Nadie, ni siquiera Miss Taggart, negará que existen épocas en que se hace necesario sacrificar las partes en beneficio del todo…

Conforme escuchaba las menciones de su nombre, vertidas en la conversación a intervalos de media hora, presentadas de un modo superficial, mientras los ojos del orador no se fijaban nunca en ella, se preguntó qué motivo los había impulsado a convocarla. No era una tentativa para hacerle creer que la estaban consultando, sino algo mucho peor: la tentativa consistía en engañarse a si mismos al creer que estaba conforme. Formulaban sus preguntas por separado y la interrumpían antes de que hubiera completado la primera frase de una respuesta. Parecían desear su aprobación, sin necesidad de saber a ciencia cierta si aprobaba o no.

Cierta cruel e infantil forma de autoengaño les había impulsado a conferir a la ocasión el decoroso marco de una cena de gala. Actuaban cual si esperasen obtener de aquellos objetos lujosos y bellos el poder y el honor de los que tales objetos fueron en otros tiempos producto y símbolo. Se dijo que ¡›e estaban comportando como los salvajes que devoran el cadáver de un adversario con la esperanza de conseguir su fuerza y su virtud.

Lamentó ir vestida de aquel modo.

—Es una cena de etiqueta —le había dicho Jim—. Pero no te excedas… quiero decir, no ostentes un aire demasiado opulento… en estos tiempos los negociantes han de eludir una apariencia arrogante… No es que hayas de ir de cualquier modo, pero si te limitaras a sugerir… humildad, les agradaría mucho, ¿sabes? Les haría sentirse grandes.

—¿De veras? —había preguntado Dagny, alejándose.

Lucia un vestido negro, consistente en una simple pieza de tela cruzada sobre los senos y cayéndole a los pies, con el dulce plegado de una túnica griega. Estaba confeccionado en seda, una seda tan leve y ligera que podía haber servido para camisón de dormir. El brillo de la tela, fluctuando a cada movimiento, daba la ilusión de que la luz del recinto era propiedad particular de Dagny, mostrándose sensible y obediente a cada movimiento de su cuerpo, envolviéndola en un halo radiante más lujoso que la textura del brocado, poniendo de relieve la fragilidad de su figura y confiriéndole un aire de elegancia tan natural que podía permitirse el lujo de una desdeñosa sencillez. Llevaba tan sólo una joya: un broche de diamantes en el borde del negro escote, que resplandecía a los imperceptibles movimientos de su respiración, como un transformador que convirtiera un chispazo en fuego, dando la sensación no de una gema, sino del latido viviente que se ocultaba en ella. El broche lanzaba destellos como una condecoración militar, como un tributo a la riqueza, cual un emblema de honor. No llevaba ningún otro ornamento, sólo la caída de la capa de terciopelo negro, más arrogante y ostentosamente patricia que un arco formado con sables.

Al mirar a aquellos hombres lamentó ir vestida así. Notó la turbadora sensación de culpabilidad provocada por lo que carece de objetivo. Le parecía haber intentado desafiar las figuras de cera de un museo. Observó cierto negligente resentimiento en sus miradas y una furtiva traza de ese obsceno desdén, desprovisto de vida y de sexo, con el que los hombres contemplan el cartel anunciador de un espectáculo frívolo.

—Es una gran responsabilidad —manifestó Eugene Lawson —la de decidir sobre la vida o la muerte de miles de personas y sacrificarlas en caso necesario, pero hemos de tener valor para ello.

Sus blandos labios parecieron torcerse en una sonrisa.

—Los únicos factores a considerar son los relativos a terrenos cultivados y a cifras de población —dijo el doctor Ferris con voz precisa, lanzando un anillo de humo hacia el techo—. Como no es posible mantener a un tiempo la línea de Minnesota y el tráfico transcontinental de ese ferrocarril, la elección estriba entre Minnesota y los Estados al oeste de las Rocosas, que quedaron aislados por el hundimiento del túnel Taggart, así como el de los vecinos Estados de Montana, Idaho y Oregón, lo que significa prácticamente todo el Noroeste. Cuando se computen la extensión de las tierras y el número de cabezas en las dos zonas, es evidente que deberemos abandonar Minnesota antes que desistir de nuestras líneas de comunicaciones en la tercera parte de un continente.

—Yo no abandonaré el continente —dijo Wesley Mouch, con voz dolorida y terca, mirando su copa de helado.

Dagny pensaba en el Mesabi Range, la última gran fuente de mineral de hierro; pensaba en los granjeros de Minnesota o en lo que quedaba de ellos, y en los mejores productores de trigo del país. Y se dijo que el final de Minnesota representaría el de Wisconsin, luego

el de Michigan y más tarde el de Illinois… Le parecía contemplar el rojo respirar de las fábricas desvaneciéndose en todo el Este industrial, en las vacías millas de planicie, en los pastos agostados y en los abandonados ranchos.

—Las cifras indican —intervino míster Weatherby con mucha finura —que el funcionamiento continuado en ambas zonas se ha hecho imposible. Los rieles y el equipo de una han de ser desmantelados para que proporcionen materiales con los que hacer funcionar la otra.

Observó que Clem Weatherby, su experto técnico en ferrocarriles, era el hombre que menos influencia ejercía en la reunión, mientras Cuffy Meigs aparecía como personaje principal. Estaba sentado de cualquier modo en su sillón, con un aire de protectora tolerancia ante aquel juego de perder tiempo en discusiones. Hablaba poco, pero al hacerlo su voz sonaba restallante y decisiva, acompañada de una mueca desdeñosa. «¡Cállate de una vez, Jim!», exclamaba. O bien: «¡Tonterías, Wess! No sabe usted lo que se dice». Observó también que ni Jim ni Moüch parecían ofenderse por semejante tono; al contrarío, acogían con agrado la autoridad de su postura y lo aceptaban como jefe indiscutible.

—Hemos de ser prácticos —replicó el doctor Ferris—. Hemos de ser científicos.

—Necesito la economía del país en general —repetía Wesley Mouch—. Necesito la producción nacional.

—¿Habla usted de economía? ¿Habla de producción? —preguntó Dagny cuando con su fría y medida voz pudo intervenir en el debate—. En ese caso, permítannos libertad de acción para salvar los Estados del Este. Es lo único que le queda al país y al mundo. Si nos dejan salvarlos, disfrutaremos de una posibilidad para reconstruir el resto. De lo contrarío es el final. Permítannos que la «Atlantic Southern» se haga cargo de nuestro tránsito continental, mientras exista, y que los trenes locales se encarguen del Noroeste. Pero la «Taggart Transcontinental» debería abandonar todo lo demás, sí, todo, y dedicar sus recursos, equipos y rieles al tráfico de los Estados del Este. Retrocedamos hasta los principios del país, pero al menos permítasenos gobernar dicho principio. No circularán trenes nuestros al oeste de Missouri y nos convertiremos en ferrocarril local: el de las industrias del Este. Dejadnos salvar nuestras industrias. En el Oeste nada queda ya por salvar. La agricultura puede subsistir durante siglos gracias a la labor manual y a las carretas de bueyes. Pero si aniquiláis la industria nacional, siglos de esfuerzos no conseguirán reconstruirla ni reunir los elementos necesarios para empezar de nuevo. ¿Cómo quieren que nuestras industrias o nuestros ferrocarriles sobrevivan sin acero? ¿Cómo quieren que se produzca acero si se corta el suministro de mineral de hierro? Salvemos lo que queda aún de Minnesota. ¿El país? No hay país que salvar si las industrias perecen. Se puede sacrificar un brazo o una pierna, pero nunca se salvará el cuerpo sacrificando el corazón o el cerebro. Salvemos nuestras industrias. Salvemos Minnesota. Salvemos la costa oriental.

Pero no sirvió de nada. Lo dijo varias veces con cuantos detalles, estadísticas, cifras y pruebas pudo acumular en su cansada mente para someterlas a la evasiva atención de los demás. Pero no sirvió de nada. Ni refutaban sus argumentos ni convenían en ellos; parecía simplemente como si dichos argumentos se hallaran fuera de lugar. Había cierto tono de oculto énfasis en sus respuestas, cual si le dieran una explicación, pero en un código de cuya clave careciera.

—Hay conflicto en California —manifestó Wesley Mouch, alicaído—. Sus legisladores han venido operando con mucha arrogancia. Se habla de secesión.

—Oregón está asolado por pandillas de desertores —explicó Clem Weatherby—. En los últimos tres meses han asesinado a dos recaudadores de contribuciones.

—La importancia de la industria en una civilización se ha exagerado mucho —manifestó soñoliento el doctor Ferris—. Lo que ahora se conoce como Estado popular de la India ha venido existiendo durante siglos sin desarrollo industrial de ningún género.

—La gente puede pasar con menos suministros materiales y una mayor y férrea disciplina que imponga privaciones —se apresuró a añadir Eugene Lawson—. Sería bueno para todos.

—¡Diantre! ¿Es que van a permitir que esta joven les induzca a dejar que los productos del país más rico del globo se escurran por entre sus dedos? —preguntó Cuflfy Meigs poniéndose bruscamente en pie—. i Vaya momento oportuno para abandonar todo un continente! ¿Y a cambio de qué? ¡Por un minúsculo Estado, agotado por completo! He dicho abandonar Minnesota, pero hay que mantener el sistema transcontinental. Mientras se provocan tumultos y motines por doquier, no es posible mantener a la gente a raya, a menos de que se disponga de transporte para las tropas, a menos que los soldados se encuentren a pocos días de viaje de cualquier lugar del continente. No es éste un momento oportuno para reflexiones. No se pongan nerviosos escuchando toda esa charla. Tienen al país en el bolsillo y hay que conservarlo ahí.

—A la larga… —empezó Mouch con aire inquieto.

—A la larga todos habremos muerto —le interrumpió Cuffy Meigs, que había empezado a pasear de un lado a otro—. ¡No hay que atrincherarse! Todavía queda mucho en California, Oregón y otros muchos lugares. Lo que he estado pensando es que deberíamos planear una expansión. Tal como están las cosas, nadie puede detenernos. Todo se ofrece a nuestras manos. Méjico, incluso tal vez Canadá. Es cosa segura.

Dagny comprendió entonces cuál era la respuesta a todo aquello; desentrañó la secreta premisa que se ocultaba tras de sus palabras. No obstante su ruidosa devoción a la ciencia, su jerga histéricamente técnica, sus ciclotones y sus rayos de sonido, aquellos hombres se sentían impulsados, no por la línea distante de un horizonte industrial, sino por la visión de la forma de existencia que los industriales habían barrido. La visión de un grasiento y antihigiénico raja de la India, cuyos ojos vacuos miran en indolente estupor por entre gruesos párpados, sin nada que hacer, excepto acariciar preciosas gemas y de vez en cuando hundir un cuchillo en el cuerpo de un ser hambriento, embrutecido, devorado por los parásitos, para reclamarle unos granos de arroz y reclamarlos también a cientos de millones de criaturas como aquélla, para que los granos se conviertan a su vez en gemas.

Había pensado que la producción industrial era un valor indiscutible, había creído que el interés de aquellos hombres por expropiar las fábricas de otro era consecuencia del reconocimiento de dicho valor. Como un ser producto de la revolución industrial, no había podido concebir, había olvidado junto con los cuentos de la astrología y la alquimia lo que aquellos hombres albergaban en sus almas secretas y furtivas; algo adquirido no gracias al pensamiento, sino por medio de ese estiércol sin nombre al que llamaban instintos y emociones, es decir, que mientras el hombre luche por mantenerse vivo, nunca producirá cosas de las que el hombre armado de un bastón no pueda apoderarse dejándole peor aún que antes. Siempre y cuando millones de seres estén dispuestos a la sumisión, cuanto más duro sea su trabajo y menor su ganancia, más humilde será la fibra de su espíritu. Quienes viven empujando palancas en un tablero eléctrico, no se dejan gobernar fácilmente, pero quienes viven de cavar la tierra con los dedos, sí. El barón feudal no necesitó fábricas electrónicas para beber hasta perder el sentido en cubiletes cuajados de piedras preciosas, ni tampoco los rajáes del Estado popular de la India.

Comprendió lo que querían y hacia qué objetivo los iban conduciendo aquellos «instintos» que ellos tachaban de irresponsables. Comprendió que Eugene Lawson, el

humanitario, se regodeaba ante la perspectiva del hambre general, y que el doctor Ferris, el científico, soñaba en el día en que los hombres volvieran al arado manual.

La incredulidad y la indiferencia fueron su única reacción: incredulidad porque no podía concebir que seres humanos llegaran a semejante estado; indiferencia porque quienes lo alcanzaban no podían seguir siendo considerados como tales. Continuaron hablando, pero ella no podía ya intervenir en aquella discusión ni escuchar. Se sorprendió al notar que su único deseo era el de volver a casa y dormir.

—Miss Taggart —dijo una voz cortés, racional, ligeramente ansiosa y levantando bruscamente la cabeza pudo ver la correcta figura de un camarero—, el ayudante de dirección del Terminal Taggart está al teléfono y solicita hablar con usted en seguida. Dice que es algo muy urgente.

La alivió mucho poder ponerse en pie y salir de aquella estancia, aun cuando fuera para enterarse de algún nuevo desastre. La alivió escuchar la voz del ayudante, aun cuando éste dijera:

—El sistema de intercomunicación se ha averiado, Miss Taggart. Las señales no funcionan. Hay ocho trenes entrantes y seis salientes detenidos. No podemos moverlos de los túneles; no encontramos al ingeniero jefe; no podemos localizar la avería en el circuito; no tenemos alambre de cobre para las reparaciones; no sabemos qué hacer; no…

—Llegaré en seguida —dijo colgando el receptor.

Se apresuró hacia el ascensor y luego atravesó casi corriendo el suntuoso vestíbulo del Wayne-Falkland, sintiendo cómo volvía a la vida ante el requerimiento de una posibilidad de acción.

Aquellos días los taxis andaban escasos y ninguno acudió en respuesta al silbato del portero. Echó a andar rápidamente calle abajo, olvidando cómo iba vestida y preguntándose por qué el contacto del viento parecía tan frío y tan íntimo.

Con la mente fija en el Terminal se quedó extrañada ante la hermosura de una repentina visión: una esbelta mujer corría hacia ella; la claridad de un farol hacía brillar su cabello lustroso, sus brazos desnudos, el ondear de una negra capa y la llama de un diamante sobre el pecho. El largo y vacío corredor de una calle se extendía tras ella, con algunos rascacielos puntuados por espaciadas luces. Acababa de ver su propio reflejo en el espejo lateral de una floristería, pero se dio cuenta de ello un instante tarde, permitiéndole percibir el encanto del contexto total al que imagen y ciudad pertenecían. Luego sintió una punzada de soledad, de una soledad mucho más amplia que la amplitud de una calle vacía, y también una punzada de cólera ante el absurdo contraste entre su aspecto y el ambiente de aquella noche y de aquella época.

Vio cómo un taxi doblaba la esquina. Le hizo seña y entró en él, cerrando la portezuela y librándose así de un sentimiento que creyó dejar detrás en el vacío de la calle, junto al escaparate de la florista. Pero en burla de sí misma, amarga y evocadoramente, comprendió que dicho sentimiento era similar a la expectación sentida en su primer baile y en aquellas raras ocasiones en que había deseado que la belleza exterior de la existencia estuviera acorde con su esplendor interno. «¡Vaya momentos para pensar en eso! —se dijo burlona—. ¡Ahora no!», gritó interiormente irritada; pero una desolada voz continuaba preguntándole al compás de las ruedas del taxi: «Tú que creías poder vivir por tu felicidad, ¿qué conservas de ella? ¿Qué sacas con esa lucha? Dilo con sinceridad: ¿qué representa todo esto para ti? ¿Te estás convirtiendo acaso en una de esas abyectas altruistas que ya no poseen respuesta para dicha pregunta…?» «¡Ahora no!», se ordenó conforme la iluminada entrada del Terminal Taggart aparecía en el rectángulo del parabrisas del taxi.

Los hombres que ocupaban la oficina de dirección le parecieron señales extinguidas, como si allí también un circuito hubiera quedado roto y no circulara ya corriente alguna

capaz de ponerlos en movimiento. La miraron con una especie de inanimada pasividad, cual si no hubiera diferencia entre dejarlos allí o pulsar el conmutador que los pusiera de nuevo en marcha.

El director del Terminal estaba ausente. No podían encontrar al ingeniero jefe; lo habían visto dos horas antes, pero luego desapareció. El ayudante había agotado su poder de iniciativa al ofrecerse para llamarla. Los demás no aportaron nada. El ingeniero de señales era un hombre con aspecto de estudiante universitario, de unos treinta años, y que manifestaba agresivamente:

—¡Esto no había ocurrido nunca, Miss Taggart! El intercomunicador no se averió jamás. No se puede averiar. Conocemos muy bien nuestra tarea y sabemos cuidar de ello, pero no si se rompe cuando no debe hacerlo.

No pudo decir si el jefe de horarios, hombre de edad madura con muchos años de ferroviario tras.de sí, seguía conservando su inteligencia o si meses de represión de la misma habían terminado por ahogarla, confinándole a la zona de seguridad de un absoluto estancamiento.

—No sabemos qué hacer, Miss Taggart.

—No sabemos a quién llamar, ni qué permiso solicitar.

—No existen reglas para un caso como éste.

—No existen disposiciones ni se sabe quién ha de trazarlas.

Luego de escuchar tomó el teléfono sin pronunciar palabra y ordenó a la centralilla que la pusieran con el vicepresidente de la «Atlantic Southern», en Chicago, que si era necesario lo llamaran a su casa y lo sacaran incluso de la cama.

—¿George? Dagny Taggart —dijo cuando la voz de su competidor sonó en el auricular —. ¿Quiere prestarme el ingeniero de señales de su terminal de Chicago, Charles Murray, por sólo veinticuatro horas? Sí… De acuerdo… Métalo en un avión y mándelo hacia acá lo antes posible. Dígale que le pagaremos tres mil dólares… Sí, por un solo día… Sí, tan mal como eso… Le pagaré en efectivo, de mi propio bolsillo, si es necesario. Pagaré cuanto sea preciso para que suba a ese avión, pero mándemelo en el primero que salga de Chicago… No, George, ni uno; ni un ser inteligente queda ya en la «Taggart Transcontinental»… Sí, me procuraré todos los papeles, exenciones, excepciones y permisos de urgencia… Gracias, George. Hasta otro rato.

Colgó y se puso a hablar rápidamente a los hombres situados ante ella para no percibir el silencio del recinto y del terminal, en el que no batía ninguna rueda, ni para escuchar las amargas palabras que aquel silencio parecía repetir: «Ni un solo ser inteligente en la «Taggart Transcontinental…»

—Preparen inmediatamente un tren de socorro y un equipo —ordenó—. Envíenlos a la línea del Hudson, con orden de retirar todo el alambre de cobre de luces, señales, teléfonos; de todo cuanto pertenezca a la compañía. Y que esté aquí por la mañana.

—Pero, Miss Taggart, el servicio de la línea Hudson ha quedado suspendido sólo temporalmente y la Oficina de Unificación ha rehusado el permiso para desmantelar la línea.

—Yo soy la responsable.

—¿Cómo vamos a mandar el tren de socorro si no existen señales?

—Las habrá dentro de media hora.

—¿Cómo?

—¡Vamos! —respondió levantándose.

La siguieron mientras caminaba veloz por los andenes, pasando ante los grupos de viajeros situados junto a trenes inmóviles. Descendió un estrecho pasadizo, cruzó unos

rieles ante señales cegadas y conmutadores rígidos, sin nada más que el ruido de sus sandalias de seda resonando en las grandes bóvedas de los túneles de la «Taggart Transcontinental», mientras los tablones crujían bajo los pasos más lentos de los hombres que iban tras ella, levantando ahogados ecos. Se dirigió al cubo de cristal iluminado de la torre A, que colgaba en las tinieblas como una corona sin cuerpo, la corona de un soberano desposeído sobre un reino de rieles vacío.

El director de la torre era un hombre demasiado experto y amante de su trabajo para poder ocultar de manera completa el peligroso peso de su inteligencia. A partir de sus primeras palabras comprendió lo que Dagny deseaba y se limitó a responder bruscamente: «Sí, señora», pero volvía a estar inclinado sobre sus mapas para cuando los otros acudieron por la escalera de hierro; se hallaba sumergido en su trabajo, en la tarea más humillante de cálculos que hubiera debido realizar en su larga carrera. Dagny comprendió cuan plenamente la entendía, a juzgar por la única mirada que le dirigió, una mirada de indignación y de paciencia, acorde con la emoción que percibiera en su cara.

—Primero hay que obrar y luego sentir —dijo Dagny, aun cuando él no hiciera ningún comentario.

—Sí, señora —contestó fríamente.

Su habitación, en la parte superior de una torre subterránea, era como una galería de cristal, dominando lo que antes fuera la corriente de tranco más rápida, rica y ordenada del mundo. Había sido adiestrado para controlar el curso de más de noventa trenes por hora y vigilarlos cuando rodaban seguros por entre una red de rieles y de agujas hacia dentro o hacia fuera del terminal, bajo sus paredes de cristal, dirigidos por el toque de sus dedos. Ahora, por vez primera, contemplaba la vacía obscuridad de un canal seco.

A través de la puerta abierta del cuarto de reíais pudo ver a los hombres de la torre tristemente inactivos, los hombres cuya tarea nunca había permitido, hasta entonces, un momento de descanso, en pie junto a las largas hileras que parecían pliegues verticales de cobre, como estanterías de libros o acaso como monumento a la inteligencia humana. Al apretar una de aquellas minúsculas palancas, miles de circuitos eléctricos entraban en acción, estableciendo millares de contactos e interrumpiendo otros; haciendo que docenas de interruptores prepararan una ruta elegida y docenas de señales la iluminaran, sin error posible, sin posibilidad del mismo, sin contradicción. Una enorme complejidad de ideas se condensaba en el simple movimiento de una mano humana, para iniciar y continuar el curso de un tren, para que centenares de ellos pudieran circular seguramente, para que millares de toneladas de metal y de vidas humanas circularan en veloces franjas, a milímetros unas de otras, sin más protección que una idea: la del hombre que inventó aquellas palancas. Pero al mirar a su ingeniero de señales, Dagny comprendió que aquellos hombres creían que la contracción muscular de una mano era lo único requerido para mover el tránsito. Ahora permanecían ociosos y en los grandes tableros frente al director de la torre las luces rojas y verdes, que habían resplandecido anunciando el paso de los trenes a una distancia de muchas millas, estaban convertidas en cuentas de cristal semejantes a aquellas por las que otra pandilla de salvajes habían vendido la isla de Manhattan.

—Llame a sus obreros —dijo al ayudante—. A los obreros de sección, a los guardavías, a los limpiamáquinas, a todos cuantos se hallen actualmente en el terminal, y hágalos venir en seguida.

—¿Aquí?

—Sí, aquí —contestó Dagny señalando los rieles— Llame también a los guardagujas. Telefonee a su almacén, dígales que traigan cuantos faroles tengan disponibles; cualquier clase de ellos: faroles de maquinista, linternas sordas, lo que sea.

—¿Linternas, Miss Taggart?

—Venga, apresúrese.

—Sí, señora.

—¿Qué vamos a hacer, Miss Taggart? —preguntó el jefe de horarios.

—Moveremos esos trenes por un sistema manual.

—¿Manual? —preguntó el ingeniero de señales.

—Sí, hermano. ¿Por qué se sorprende tanto? —le contestó—. El hombre es sólo músculos, ¿verdad? Vamos a retroceder, a retroceder a los tiempos en que no había sistemas de intercomunicación, ni semáforos, ni electricidad, a los tiempos en que las señales no se efectuaban gracias al acero y al alambre, sino con hombres que sostenían faroles. Hombres que operaban como soportes de un farol. Han defendido tal idea durante mucho tiempo. Pues bien, ahora van a verla convertida en realidad. ¡Oh! ¿Creían que sus herramientas determinarían sus ideas? Sucede todo lo contrarío y ahora van a ver qué clase de herramientas han sido producidas por tales ideas.

Pero incluso el retroceder significaba un acto de inteligencia. Observó la paradoja de su propia posición al ver el letargo pintado en las caras de quienes la rodeaban.

—¿Cómo manipularemos los cambios, Miss Taggart?

—A mano.

—¿Y las señales?

—A mano.

—¿Cómo?

—Colocando un hombre con un farol en cada poste.

—Su luz no tendrá alcance suficiente.

—Usaremos vías alternas.

—¿Cómo sabrán los hombres hacia qué lado han de cambiar?

—Por órdenes escritas.

—¿Cómo?

—Por órdenes escritas, como en los viejos tiempos. —Señaló al director de la torre—. Está trabajando en un plan para mover los trenes, determinando las vías a utilizar. Redactará una orden para cada señal y para cada aguja. Elegirá a unos cuantos hombres para que sirvan de mensajeros y éstos se encargarán de llevar las órdenes a cada puesto. Se necesitarán horas para hacer lo que antes ocupaba tan sólo minutos, pero lograremos que los trenes que esperan entren en el terminal y salgan de nuevo al exterior.

—¿Tendremos que trabajar en ello toda la noche?

—Y todo el día de mañana hasta que el ingeniero les indique cómo hay que reparar el interconmutador.

—En los contratos sindicales no se cita una contingencia así. Los encargados de los faroles armarán escándalo y el sindicato protestará.

—En tal caso, que vengan a verme.

—La Oficina de Unificación protestará también.

—Yo seré responsable.

—Bien; no quiero que se me castigue por haber dado órdenes…

—Yo seré quien las dé.

Saltó al andén desde la escalera de hierro que colgaba a un costado de la torre, esforzándose en mantener el dominio de sí misma. Por un momento le pareció como si también ella fuera un instrumento de precisión, de complicada tecnología, que se hubiera quedado sin corriente e intentara gobernar un ferrocarril transcontinental con sólo sus

manos. Miró hacia la enorme y silenciosa obscuridad del subterráneo y sintió una punzada de ardiente humillación al comprobar que había descendido a tan bajo nivel que sería necesario colocar faroles humanos en los túneles, del mismo modo que estatuas conmemorativas de su triste final.

Apenas podía distinguir los rostros de los hombres cuando se reunieron ante ella. Acudieron en corriente silenciosa, por la obscuridad, y permanecieron sin moverse en aquel lóbrego recinto azulado, con las bombillas de los muros a su espalda y manchas de luz cayéndoles sobre los hombros desde las ventanas de la torre. Observó los grasientos atavíos, los cuerpos musculosos y lacios, los brazos caídos de aquellos seres vaciados por el esfuerzo constante y sin recompensa por un trabajo para el que no se requerían ideas. Eran las heces del ferrocarril: los jóvenes sin posibilidades de elevarse y los viejos que ni siquiera desearon buscarlas. Permanecieron en silencio, pero no con la aprensiva curiosidad propia de obreros, sino con la pesada indiferencia de convictos.

—Las órdenes que van ustedes a recibir proceden de mí —dijo Dagny, elevándose sobre ellos en los escalones de hierro y hablando con impresionante claridad—. Los hombres que las cursarán actúan bajo mis instrucciones. El sistema de intercomunicación está averiado. Lo reemplazaremos con trabajo humano y los servicios ferroviarios se reanudarán inmediatamente.

Observó que algunos la miraban de un modo peculiar, con cierto velado resentimiento y una insolente curiosidad que la hizo de pronto, consciente de ser mujer. Cayó entonces en la cuenta del atavío que llevaba y se dijo que debía parecer absurdo. Luego, bajo el repentino aguijonazo de un violento impulso que tanto era desafío como lealtad al significado total de aquel momento, se echó la capa hacia atrás y permaneció bajo la cruda luz y las mohosas columnas, como una figura en una recepción de gala, orgullosamente rígida, mostrando el lujo de sus brazos desnudos, de la reluciente seda negra y de aquel diamante que lanzaba destellos como una condecoración militar.

—El director de la torre situará a los guardagujas en sus puestos. Seleccionará a los encargados de hacer señales a los trenes por medio de faroles y a los que deberán transmitir sus órdenes. Los trenes…

Se esforzaba en ahogar un tono más amargo, que parecía repetirle: «Para eso es para lo que sirven estos hombres, y aún resulta dudoso. Ya no quedan inteligencias en la "Taggart Transcontinental"…».

—Los trenes continuarán entrando y saliendo por el terminal. Permanecerán ustedes en sus puestos hasta…

Se detuvo. Fueron sus ojos y su cabello lo que vio en primer lugar, aquellos ojos implacablemente perceptivos; los mechones de pelo de un tinte entre dorado y cobrizo, que parecían reflejar la claridad del sol en la penumbra del subterráneo. Había visto a John Galt entre aquella cuadrilla de gentes sin cerebro; John Galt vistiendo un mono grasiento y una camisa arremangada; observó su modo etéreo de mantenerse en pie, con la cara elevada y los ojos fijos en ella cual si en muchas ocasiones pretéritas hubiera sido testigo de un momento así. —¿Qué ocurre, Miss Taggart?

Era la voz suave del director de la torre que se hallaba a su lado, con un papel en la mano. Le resultó extraño emerger de un período de inconsciencia, que a la vez constituyó el de percepción más aguda que hubiese experimentado jamás. Sólo que no sabía cuánto duró, ni dónde se encontraba ni por qué. Había podido ver el rostro de John Galt; había observado en la forma de su boca, en los planos de su cara, el destello de aquella implacable serenidad que siempre fue tan suya y que aún retenía en el momento de reconocer lo sucedido y de admitir que aquel momento era excesivo, incluso para él.

Continuó hablando porque quienes la rodeaban parecían escuchar, aunque ella no percibiera ni un sonido; continuó hablando como bajo una orden hipnótica recibida una

eternidad antes, sabiendo sólo que el cumplimiento de dicha orden era una forma de desafío contra él. Pero no conocía ni oía sus propias palabras.

Le pareció encontrarse en medio de un radiante silencio en el que la visión fuera su único sentido y el rostro) de Galt el objetivo único; la visión de su cara le producía una fuerte presión en la base de su garganta que la obligaba a hablar. Le parecía tan natural que se encontrara allí, tan insoportablemente sencillo, que notó como si la impresión no procediera de su presencia, sino de la de los demás sobre los rieles de un ferrocarril al que pertenecía y los demás no. Rememoraba aquellos momentos a bordo de un tren en que, al sumergirse éste en los túneles, sentía una repentina y solemne tensión, como si aquel lugar le mostrara, en desnuda simplicidad, la esencia de su ferrocarril y de su vida, la unión de la conciencia y la materia, la helada forma del ingenio humano transformado en existencia física para cumplir su propósito. Había sentido una súbita esperanza, como si aquel lugar retuviera el significado de todos sus valores y un sentimiento de secreta excitación, como si una promesa sin nombre la esperase bajo el cielo. Era natural que se encontrara allí; él había sido el significado y la promesa. Ya no veía sus ropas ni el nivel al que el ferrocarril lo había reducido. Veía tan sólo la tortura de los meses en que se mantuvo fuera de su alcance; observaba en su rostro la confesión de lo que aquellos meses le habían costado; las únicas palabras que escuchaba eran las que parecían dirigidas a él: «Ésta es la recompensa de todos mis días». Y como si él le contestara: «Y de todos los míos».

Comprendió que había terminado de hablar a aquellos desconocidos al observar que el director de la torre se adelantaba para añadir algo, mirando la lista que llevaba en la mano. Arrastrada por un sentimiento de absoluta certeza bajó la escalera y soslayando a la muchedumbre empezó a caminar, pero no hacia los andenes ni a la salida, sino hacia la obscuridad de los túneles abandonados. «Me seguirás», pensó, sintiendo cual si aquella idea no se expresara en palabras, sino en la tensión de sus músculos, la tensión de su voluntad para lograr algo que sabía fuera de su alcance. Sin embargo, estaba segura de que lo lograría y por propia voluntad… O mejor dicho, no por su voluntad, sino por la total justicia de aquellos instantes. «Me seguirás.» No era un ruego, ni una súplica, ni una demanda, sino la tranquila exposición de un hecho, que englobaba todo su poder de comprensión y todos los conocimientos adquiridos a través de los años. «Me seguirás, si es que somos lo que somos tú y yo; si vivimos, si el mundo existe, si conoces el significado de este instante y consigues no dejarlo escapar como otros hicieron lanzándose a la insensatez de lo no deseado y de lo no alcanzado. Me seguirás.» Notó una sensación de exultante seguridad que no era esperanza ni fe, sino un acto de adoración hacia la lógica de la existencia.

Se apresuraba por entre los restos de rieles abandonados a lo largo de obscuros corredores que zigzagueaban por entre el granito. La voz del director se fue esfumando tras de ella. Luego notó el latir de sus arterias y como un ritmo que respondiera a aquél percibió también otro latido: el de la ciudad sobre su cabeza. El movimiento de su sangre llenaba el silencio y la moción de la ciudad se combinaba con los latidos de su cuerpo. Muy lejos, tras ella, escuchó rumor de pasos. Pero no miró hacia atrás, sino que apresuró su caminar.

Pasó ante la puerta de hierro que guardaba todavía los restos del motor, pero no se detuvo. Un débil estremecimiento fue su respuesta a la repentina percepción de la lógica de los acontecimientos sucedidos en los últimos dos años. Un collar de luces azules se perdía en las tinieblas, sobre manchas de brillante granito, sobre sacos terreros rotos, que dejaban caer su contenido en los rieles, sobre oxidados montones de metal. Al oír los pasos cada vez más cercanos se detuvo para mirar hacia atrás.

Vio un resplandor azul brillar débilmente en los mechones de pelo de Galt y percibió la pálida silueta de su cara y las obscuras cuencas de sus ojos. La cara desapareció, pero el rumor de sus pasos le sirvió de nexo hasta la siguiente luz azul, que cruzó la línea de sus

ojos, aquellos ojos fijos en la distancia. Sintió la seguridad de que había permanecido en la línea visual de los mismos desde el momento en que la vio en la torre.

Percibía el latido de la ciudad sobre ellos. En otros tiempos pensó que aquellos túneles eran las raíces de la urbe y de todo movimiento que llegara hasta el cielo; pero ambos, John Galt y ella, constituían el poder viviente dentro de las mismas, el comienzo de todo su objetivo y el significado. Se dijo que también él escuchaba el latir de la ciudad como si fueran los latidos de su cuerpo.

Se echó la capa hacia atrás y permaneció desafiadoramente erecta, como cuando él la vio en los escalones de la torre, como cuando la vio por vez primera, diez años atrás, allí mismo, bajo el suelo. Escuchaba las palabras de su confesión, pero no como tales, sino a través de aquel latir que hacía tan difícil la respiración: «Me pareciste como un símbolo de lujo, perteneciente al lugar que era tu fuente: parecías devolver el gusto a la vida y a sus legítimos dueños… tenías un aspecto de energía y de entereza a la vez… y yo era el primer hombre que había declarado que ambas cosas eran inseparables…»

La siguiente sucesión de momentos fue como una serie de resplandores en trechos de ciega inconsciencia. Vio su cara al detenerse junto a ella; observó su tranquilidad, exenta de asombro, su intensidad y la alegría de sus ojos verde obscuro; comprendió lo que veía en ellos y observó la firme dureza de sus labios; luego notó su boca en la suya y percibió la forma de la misma, tanto en calidad de tal como de líquido que le llenara todo el cuerpo. El movimiento de sus labios al descender por la línea de la garganta dejó un rastro de rasguños, mientras el resplandor de su broche de diamantes destacaba contra el cobre tembloroso de su cabello.

No tuvo conciencia de nada sino de las sensaciones de su cuerpo, porque éste había adquirido el repentino poder de ponerla en contacto con sus más complejos valores por percepción directa. Del mismo modo que sus ojos tenían el poder de convertir longitud de onda en visión, del mismo modo que sus oídos poseían el poder de transformar vibraciones en sonido, así su cuerpo poseía ahora la facultad de transformar la energía que había provocado todos los actos de su vida en una percepción inmediata y sensorial. No era la presión de una mano la que la hacía temblar, sino la suma de su significado; el saber que era su mano la que se movía como si su carne le perteneciera; que dicho movimiento era la firma de aceptación, estampada bajo la totalidad del conjunto que formaba su ser. Tratábase tan sólo de una sensación de placer físico, pero contenía toda su adoración hacia él, hacia todo lo que constituía su persona y su vida, desde la noche de la reunión de obreros en una fábrica de Wisconsin hasta la Atlántida de aquel valle oculto en las Montañas Rocosas y la triunfante burla de los ojos verdes dotados de superlativa inteligencia sobre la figura de un obrero al pie de la torre. Contenía su orgullo hacia sí misma y el saberse elegida como espejo de él, saber que era su cuerpo el que le daba la suma de su existencia y el de él la suma de la suya. Todo esto quedaba contenido en aquel ademán, pero sólo tuvo la sensación del movimiento de su mano sobre su seno.

Le quitó la capa y sintió la ligereza del propio cuerpo entre el círculo de sus brazos, como si su persona fuera sólo una herramienta capaz de hacerle percibir la triunfante sensación de sí misma y a la vez su yo constituyera una herramienta para su percepción de él. Creyó alcanzar el límite de su capacidad de sentimiento. Sin embargo, lo que sentía era como un grito de impaciente demanda al que no podía dar nombre, pero que poseía la misma cualidad de ambición que todo el curso de su vida, el mismo inextinguible y radiante egoísmo.

Le echó la cabeza atrás unos instantes para mirarla a los ojos y para dejarle ver los suyos, hacerle comprender el pleno significado de sus acciones mutuas, cual si dirigiera el foco de su conciencia sobre ambos en un momento de intimidad mayor que el que vendría después.

Dagny notó el contacto de la arpillera dándole en la piel de los hombros y se encontró tendida sobre los sacos rotos. Vio el prolongado y tenso resplandor de sus medias y notó la boca de Galt apretada contra su tobillo, elevándose luego en torturado movimiento por la línea de la pierna, cual si quisiera poseer su forma entera por medio de sus labios; luego sus dientes se hundieron en la carne de su brazo; notó el codo presionando su cabeza y su boca mordiéndole los labios con una presión más agresiva y dolorosa que los suyos. Luego los posó en su cuello, en movimiento que liberaba y unía su cuerpo en un único estallido de placer. No tuvo noción de nada más, excepto del movimiento del cuerpo de John y del afán que le impulsaba más y más, cual si ella no fuese ya una persona, sino sólo una sensación de interminable anhelo de lo imposible. Pero luego comprendió que sí era posible y jadeó y permaneció inmóvil, sabedora de que nada más podía ya desear.

John estaba tendido de espaldas junto a ella, contemplando la obscuridad de la bóveda de granito. Le vio estirado sobre el montón de sacos, con el cuerpo fluido y relajado; vio la negra cuña de su capa echada sobre los rieles, a sus pies; en la bóveda brillaban gotas de humedad que descendían lentamente hasta meterse en invisibles grietas como las luces de un tránsito distante. Al hablar, la voz de John sonó cual si continuara tranquilamente una frase que respondiese a las preguntas de su mente, cual si no tuviera nada que ocultarle y cual si sólo le debiera el acto de desnudar su alma tan simplemente como hubiera desnudado su cuerpo.

—…así es como te he estado esperando durante diez años… desde aquí, bajo tierra, bajo tus pies… sabiendo cada uno de tus movimientos en la oficina, en la parte superior del edificio, pero sin verte nunca, nunca lo suficiente… Diez años de noche, pasados esperando verte fugazmente aquí, en los andenes, cuando subías a un tren… Cada vez que llegaba la orden de enganchar tu vagón, yo lo sabía y esperaba verte descender la rampa, anhelando que no andaras tan de prisa… Era una cosa tan personal tu modo de andar, que lo hubiera distinguido en cualquier parte. Tu andar y tus piernas… siempre eran tus piernas lo que veía primero, apresurándose rampa abajo, pasando ante mí cuando levantaba la mirada desde un obscuro lugar interior… Creo que hubiera podido moldear una escultura de tus piernas. Las conocía, no a través de mis ojos, sino cual si las palpara mientras te veía pasar… cuando volvía a mi trabajo… cuando regresaba a casa antes del amanecer para las tres horas de sueño de que nunca podía disfrutar…

—Te amo —dijo ella con voz pausada y casi átona, excepto cierto frágil tono juvenil.

Él cerró los ojos cual si dejara al sonido viajar a través de los años, tras de ellos…

—Diez años, Dagny… excepto cierta vez en que viví unas cuantas semanas teniéndote ante mi vista, a mi alcance, sin apresurarte, tranquila como en un escenario iluminado, un escenario particular que yo podía contemplar a mis anchas… y así lo hice horas enteras durante muchas noches… gracias a la iluminada ventana de un despacho que se llamaba la línea «John Galt»… Cierta vez…

Ella exhaló un sonido entrecortado.

—¿Fuiste tú?

—¿Me viste?

—Vi tu sombra… en la calle… paseando de un lado a otro… cual si lucharas… cual si…

Se interrumpió. No quiso añadir: «Como si te sintieras torturado».

—Fui yo —dijo él quedamente—. Aquella noche quería entrar a enfrentarme a ti, a hablarte… Fue la noche en que más me acerqué al quebrantamiento de mi promesa, al verte derrumbada sobre tu escritorio, al verte hundida bajo el peso que soportabas.

—John, aquella noche era en ti en quien estaba pensando… sólo que no sabía…

—En cambio, yo sí estaba enterado.

—…He pensado en ti toda mi vida, en todo cuanto hice y en todo cuanto anhelé.

—Lo sé…

—John, lo más difícil no fue dejarte en el valle… sino…

—¿Pronunciar tus palabras por radio el día en que volviste?

—¡Sí! ¿Estabas escuchando?

—Desde luego. Y me alegro de que lo hicieras. Fue magnífico. Además… yo lo sabía.

—¿Sabias… lo de Hank Rearden?

—Antes de verte en el valle*

—Cuando lo supiste… ¿respondió a lo que esperabas?

—No.

—Fue…

Se interrumpió.

—¿Duro? Sí. Pero sólo los primeros días. La noche siguiente… ¿Quieres que te cuente lo que hice la noche después de saberlo?

—Sí.

—Yo no había visto nunca a Hank Rearden en persona, sólo en los retratos que publicaban los periódicos. Sabía que se encontraba en Nueva York, en una conferencia de grandes industriales. Quise conocerle. Me situé a la entrada del hotel en que iba a celebrarse la conferencia. Bajo la marquesina brillaban deslumbradoras luces, pero más allá todo estaba a obscuras, de modo que pude situarme para ver sin ser visto; por los alrededores deambulaban unos cuantos vagabundos y caía un poco de lluvia. Nos refugiamos junto a la pared del edificio. Podían distinguirse perfectamente los miembros de la conferencia conforme iban llegando con sólo fijarse en su atavío y sus modales: trajes ostentosos y una actitud de imperiosa timidez, como si intentaran simular que eran lo que parecían en aquellos momentos. Los chóferes detenían los automóviles y unos cuantos informadores trataban de conseguir una pregunta, mientras los curiosos se esforzaban en escuchar. Aquellos industriales me parecieron hombres cansados, avejentados, fláccidos, imbuidos por el frenético esfuerzo de ocultar su incertidumbre. Y de pronto, lo vi. Llevaba un impermeable muy caro y un sombrero con el ala bajada sobre los ojos. Caminaba veloz con ese aplomo que sólo puede ser adquirido como lo ha adquirido él. Algunos de sus colegas lo abrumaron a preguntas; aquellos magnates de la industria se portaban como simples curiosos a su alrededor. Pude verle brevemente, mientras mantenía la mano en la portezuela del automóvil y levantaba la cabeza; percibí el leve resplandor de su sonrisa bajo el ala del sombrero, una sonrisa confiada, impaciente y un poco divertida. Entonces por un instante pensé como nunca había hecho hasta entonces; pensé de igual modo que muchos de quienes destrozan su vida. Vi el momento libre de su contenido; vi el mundo tal como él lo presentaba, cual si encajase con su personalidad o cual si fuera su símbolo; vi un mundo de prosperidad, de energía libre de esclavitud, de progreso sin obstáculos, a través de años en los que se obtendría la recompensa adecuada. En pie bajo la lluvia y entre una muchedumbre de tipos ociosos, pude ver lo que hubiera podido lograr si tal mundo existiera, y sentí un desesperado anhelo. Él era la imagen de todo cuanto yo debí haber sido… y poseía todo cuanto consideraba mío… Pero fue sólo un instante. Volví a ver la escena con todo su contenido exacto y con todo su significado verdadero; comprendí el precio que pagaba por aquella brillantez, la tortura que estaba soportando en perplejo silencio, contendiendo para entender lo que yo ya había entendido y me dije que el mundo que su presencia sugería no estaba formado aún. Volví a verlo simplemente por lo que era: símbolo de batalla, héroe sin recompensa a quien yo tenía que vengar y libertar. Entonces… entonces acepté

lo aprendido acerca de ti y de él. Vi que nada variaba; que debí esperarlo y que todo estaba como debía estar. Escuchó su débil gemido, y se rió dulcemente.

—Dagny, no es que yo no sufra; es que conozco la importancia del sufrimiento y sé que hay que luchar contra el dolor y eliminarlo y no aceptarlo nunca como parte integrante del alma, como herida permanente en la propia noción de la existencia. No lo sientas por mí. Fue entonces cuando emprendí el camino verdadero.

Dagny volvió la cabeza, mirándolo en silencio, y él sonrió, incorporándose sobre un codo para contemplar su rostro mientras permanecía inmóvil.

—Has sido ferroviario vulgar —suspiró ella —aquí… ¡aquí!… durante doce años…

—Sí.

—Desde que…

—Desde que me marché de la «Twentieth Century».

—La noche en que me viste por vez primera… trabajabas aquí, ¿verdad?

—Sí. Y la mañana en que ofreciste trabajar para mí como cocinera, yo no era más que un obrero de los tuyos, disfrutando de permiso. ¿Te das cuenta ahora de por qué me eché a reír de aquel modo?

Ella lo miraba a la cara; su sonrisa expresaba dolor; la de él, simple alegría.

—John…

—Dilo. Pero dilo todo.

—Estuviste aquí… durante tantos años…

—Sí.

—…durante tantos años… mientras el ferrocarril perecía… mientras yo buscaba hombres inteligentes… mientras me esforzaba en retener cualquier retazo que pudiera hallar…

—…mientras recorrías el país buscando al inventor de ese motor, mientras dabas de comer a James Taggart y a Wesley Mouch, mientras conferías a tu mejor triunfo el nombre del enemigo que querías destruir.

Dagny cerró los ojos.

—Estuve aquí durante todos esos años —continuó John —al alcance de tu mano, dentro de tu propio reino, observando tu lucha, tu soledad, tu anhelo; viéndote librar esa batalla que creías en mi favor, una batalla en la que apoyabas a mis enemigos y aceptabas una derrota interminable. Me encontraba aquí, oculto no más que por un error de tu visión, del mismo modo que la Atlántida queda oculta a los hombres por una simple ilusión óptica. Me hallaba aquí esperando el día en que vieras, en que supieras que, según el código del mundo al que apoyabas, todas las cosas a las que das valor debían ser relegadas al más obscuro fondo de un subterráneo y que era ahí donde debías buscarlas. Yo seguía esperándote. Te amo, Dagny. Te amo más que a mi vida, yo que he enseñado a los hombres cómo hay que amarla. También les he enseñado a no esperar nunca cosas por las que no se paga. Lo que he hecho esta noche lo hice con pleno conocimiento de que pagaré por ello y de que mi vida pudiera ser el precio.

—¡No!

Él sonrió, haciendo una señal de asentimiento.

—¡Oh, sí! Sabes que me has destruido para siempre, que he quebrantado la decisión adoptada en otros tiempos, pero lo hice a conciencia, sabiendo lo que significa. Obré así, no en ciega sumisión a este momento, sino con plena visión de sus consecuencias y absoluta voluntad de soportarlas. No podía permitir que este momento se desperdiciara; era nuestro, amor mío; nos lo hemos ganado. Pero tú no estás dispuesta a abandonar tu mundo y unirte a mí. No es preciso que me lo digas; lo sé, y como he optado por tomar lo

que deseaba antes de que fuese mío totalmente, tendré que pagar por ello. No sé cómo* ni cuándo. Sólo sé que si cedo ante un enemigo, tendré que soportar las consecuencias. —Sonrió en respuesta a la expresión de su rostro—. No, Dagny; no eres tú el enemigo de quien hablo y que me ha conducido a estos instantes; pero eres en realidad un oponente, en el camino que sigues, aunque tú no lo veas, pero yo sí. Mis enemigos reales no constituyen peligro; en cambio tú sí, porque eres la única que puede conducirlos hasta mí. Jamás hubieran tenido inteligencia suficiente para averiguar mi identidad, pero con tu ayuda lo conseguirán.

—¡No!

—No es que hayas de hacerlo con intención. Eres libre para cambiar de ruta, pero mientras la sigas, no podrás escapar a su lógica. No te preocupes; la elección ha sido mía y he aceptado sus riesgos. Siempre obro como un comerciante, Dagny. Te deseaba y carecía de poder para cambiar tu decisión. Sólo disponía del de considerar el precio y decidir si era posible pagarlo. Pude nacerlo. Mi vida es mía y puedo gastarla o emplearla como quiera. Y tú eres… —como si su ademán continuara aquella frase, la levantó sobre el brazo y la besó en la boca, mientras ella dejaba el cuerpo lacio y sumiso; llevaba el pelo desgreñado y echó la cabeza hacia atrás, sostenida sólo por la presión de sus labios—. Tú eres la única recompensa de que pude disfrutar y que he elegido adquirir. Te deseaba y si mi vida es el precio, estoy dispuesto a pagarlo. Mi vida…, pero no mi espíritu.

Se pintó de improviso un destello de dureza en su mirar, en el momento de sentarse, sonreír y preguntar.

—¿Quieres que me una a ti y me ponga a la tarea? ¿Te gustaría que reparase el sistema intercomunicador en el plazo de una hora?

—¡No!

Aquel grito sonó en respuesta a la aparición en su mente de una repentina imagen, la de aquellos hombres en el comedor particular del hotel «Wayne-Falkland».

Él se echó a reír.

—¿Por qué no?

—No quiero verte trabajar como siervo suyo.

—¿Y tú?

—Estoy convencida de que se van hundiendo y de que venceré. Puedo soportarlo un poco más.

—Desde luego; aún falta algún tiempo, pero no para que venzas, sino para que aprendas.

—¡No puedo abandonar esto! —exclamó desesperada.

—No, todavía no —reconoció él con calma.

Se puso en píe y ella hizo lo propio, obediente, incapaz de hablar.

—Me quedaré aquí en mi trabajo —dijo—. Pero no intentes verme. Tendrás que soportar lo mismo que yo he soportado y he querido evitarte; tendrás que proseguir sabiendo dónde estoy, deseándome como yo te desearé a ti, pero sin que jamás te acerques. No me busques en este lugar ni vengas a mi casa. Nadie ha de vernos juntos. Y cuando llegues al final, cuando estés dispuesta a marcharte, no me lo digas; limítate a pintar con tinta el signo del dólar en el pedestal de la estatua de Nat Taggart… el lugar al que pertenece… y luego vete a casa y espera. Acudiré en tu busca en veinticuatro horas.

Ella inclinó la cabeza en silenciosa aceptación.

Pero cuando John se volvía para partir, un estremecimiento repentino le agitó el cuerpo, como quien despierta de improviso, o como quien sufre una última convulsión vital, terminando en un grito involuntario:

—¿Dónde vas?

—Voy a convertirme en poste y sujetar un farol hasta que amanezca… la única tarea que tu mundo me confía y la única que conseguirá de mí.

Lo cogió del brazo para retenerle, para seguirle ciegamente, abandonando todo cuanto no fuera la visión de su rostro.

—¡John!

Él la cogió de la muñeca, le retorció la mano y la apartó de sí.

—No —dijo.

Luego le volvió a tomar la mano y se la llevó a los labios. La presión de los mismos constituyó una declaración más apasionada que cualquier otra que hubiese podido confesar. En seguida se alejó por entre los rieles, y Dagny le pareció que tanto éstos como la figura la abandonaban a la vez.

Cuando salió, tambaleándose, al terminal, el primer estremecimiento provocado por unas ruedas hizo retemblar las paredes del edificio, como el súbito latido de un corazón que hubiese dejado de funcionar. El templo de Nathaniel Taggart estaba silencioso y vacio y su inmutable luz daba de lleno sobre un desierto espacio de mármol. Algunas ajadas figuras caminaban por allí, como perdidas en su resplandeciente inmensidad. En los escalones del pedestal, bajo la estatua de la austera y enérgica figura, un harapiento mendigo estaba sentado con aire de pasiva resignación, como un pájaro sin lugar a dónde ir, posado sobre cualquier saliente.

Cayó sobre los escalones del pedestal, como otro resto de naufragio, arrebujándose en la capa cubierta de polvo, y permaneció inmóvil, con la cabeza sobre un brazo, sin poder llorar, ni sentir, ni moverse.

Le pareció tan sólo ver una figura con un brazo levantado, sosteniendo una luz; algunas veces semejaba la estatua de la libertad y otras no era más que un hombre con el pelo brillante como un rayo de sol, sosteniendo una linterna contra el cielo de medianoche, un farol rojo que detenía el movimiento del mundo.

—No se lo tome tan a pecho, señora —dijo el vagabundo, en tono de fatigosa compasión —. Ya nada puede hacerse… ¿De qué sirve? ¿Quién es John Galt?

CAPÍTULO VI

EL CONCIERTO DE LA SALVACIÓN

El 20 de octubre los trabajadores del acero Rearden exigieron, por medio de su sindicato, un aumento de salarios.

Hank Rearden se enteró por los periódicos; no le había sido presentada demanda alguna, ni tampoco se consideró necesario informarle. La petición iba dirigida a la Oficina de Unificación; no se explicaba por qué ninguna otra Compañía similar presentaba reclamaciones semejantes. No podía saber si los solicitantes representaban o no a todos sus trabajadores, ya que la reglamentación de la Oficina, acerca de las elecciones sindicales, había convertido este procedimiento en algo imposible de definir. Supo tan sólo que el grupo estaba formado por recién llegados a quienes la Oficina había introducido en sus fundiciones durante los pasados meses.

El 23 de octubre, la Oficina de Unificación rechazó la solicitud del Sindicato, rehusando otorgar el aumento. Si habían tenido lugar reuniones para tratar aquello, Rearden no lo supo. Nadie le había consultado, informado o notificado. Esperó sin formular pregunta alguna.

El 25 de octubre, los periódicos del país, dominados por los mismos hombres que dominaban la Oficina, empezaron una campaña en favor de los obreros del acero Rearden. Publicaron artículos acerca de la negativa a aumentar los salarios, omitiendo mencionar de dónde procedía la misma o quién poseía el derecho exclusivo legal a rehusar, cual si contaran con que el público olvidara los tecnicismos legales bajo la avalancha de artículos en los que se afirmaba que el empresario era la causa natural de todas las miserias sufridas por el trabajador. Una información describía las calamidades sufridas por los obreros del acero Rearden a causa del aumento en el coste de la vida, a continuación de una historia describiendo los beneficios de Hank Rearden durante cinco años atrás. Se publicó el relato de la prueba sufrida por la esposa de un obrero Rearden, yendo de tienda en tienda en una vana búsqueda de víveres, y junto al mismo, la historia de una botella de champaña rota en la cabeza de alguien en cierta fiesta de borrachos ofrecida por un innominado magnate del acero en un hotel de moda; el magnate en cuestión había sido Orren Boyle, pero en el artículo no se mencionaba nombre alguno. «Aún siguen existiendo desigualdades entre nosotros» decían los periódicos «y se nos engaña acerca de los beneficios obtenidos en esta nuestra esclarecida época». «Las privaciones han alterado los nervios y el carácter de la gente. La situación llega a un momento peligroso.

Tememos que estalle la violencia.»

El 28 de octubre, un grupo de los nuevos obreros del acero Rearden atacó a un capataz y destruyó las toberas de un alto horno. Dos días más tarde, un grupo similar destrozó las ventanas del piso bajo, en el edificio de la administración. Un obrero recién admitido estropeó los mandos de una grúa descargando su cargamento de metal fundido a un metro de donde se hallaban otros cinco hombres. Al ser detenido, manifestó: «Debí perder la cabeza, preocupado por el hambre de mis hijos». «No es éste el momento de teorizar acerca de quién tiene razón y de quién se equivoca», comentaban los periódicos, «Sólo nos atañe el hecho de que una situación explosiva pone en peligro la producción de acero del país.»

Rearden esperaba sin formular preguntas. Esperaba como si un proceso final estuviera desarrollándose ante él, un proceso que no podía ser apresurado ni detenido. En el prematuro atardecer de los días de otoño, mirando por la ventana de su oficina, pensaba que no sentía indiferencia hacia sus hornos; pero que lo que antes era pasión hacia una entidad viviente, se había transformado en una especie de reflexiva ternura, como la que se siente al evocar el recuerdo de un ser amado y muerto. Lo que uno siente hacia los muertos, pensó, se basa siempre en la imposibilidad de toda acción.

La mañana del 31 de octubre recibió una noticia informándole de que todas sus propiedades, incluyendo sus cuentas bancarias y sus depósitos, habían sido incautadas de acuerdo con el resultado del juicio seguido contra él por ciertas deficiencias en el pago de su impuesto personal sobre la renta, de tres años atrás. Fue un aviso formal, de acuerdo con todos los requisitos de la ley, excepto que tal deficiencia nunca existió y que dicho proceso nunca se había celebrado.

—No —dijo a su abogado, a quien la indignación impedía hablar—. No les haga preguntas. No conteste ni proteste.

—¡Pero esto es monstruoso!

—¿Más monstruoso que lo demás?

—Hank, ¿no quiere que haga nada? ¿Pretende permanecer impasible?

—Hay que mantenerse en pie. Pero sin moverse ni actuar.

—¡Lo han dejado sin recursos!

—¿De veras? —preguntó sonriendo suavemente.

Tenía unos centenares de dólares en su cartera y nada más; pero el extraño y cálido resplandor que brillaba en su mente, como un distante apretón de manos, procedía de saber que en un escondrijo secreto de su dormitorio tenía una barra de oro sólido, entregada por cierto pirata de pelo asimismo dorado.

El día siguiente, 1 de noviembre, recibió una llamada telefónica de Washington, procedente de un burócrata cuya voz parecía deslizarse por el alambre, de rodillas como pidiendo perdón.

—¡Un error, míster Rearden! ¡No ha sido más que un lamentable error! Esa incautación no iba destinada a usted. Pero ya sabe lo que ocurre ahora con la ineficacia de los empleados y la cantidad de complicaciones con que nos vemos envueltos. Algún imbécil mezcló las fichas y le cargó esa incautación a usted, cuando en realidad no era así, sino que iba dirigida a un fabricante de jabón. Tenga la bondad de aceptar nuestras excusas, mister Rearden; nuestras más profundas y sinceras excusas. —La voz se deslizó un poco más hasta alcanzar una pausa expectante—. ¿Mister Rearden…?

—Estoy escuchando.

—No puedo expresar hasta qué punto lamentamos haberle causado alguna molestia o inconveniente. Con todos esos condenados formalismos… ya sabe lo que ocurre… tardaremos unos días, quizá una semana, en conseguir la contraorden y levantarle ese embargo… ¿Mister Rearden?

—Sí, le oigo.

—Nos sentimos desolados y dispuestos a otorgarle cuantas compensaciones estén a nuestro alcance. Desde luego, podrá reclamar daños y perjuicios, y por nuestra parte, estamos dispuestos a satisfacerlos. No nos opondremos en absoluto. Usted sólo tendrá que presentar su reclamación y…

—Yo no he dicho tal cosa.

—¿Cómo? En efecto… Veamos…, ¿qué ha dicho usted, mister Rearden?

—No he dicho nada.

A última hora de la tarde siguiente, otra voz llegó de Washington, implorando también. Ésta no parecía deslizarse, sino rebotar en el alambre, con el alegre virtuosismo de un equilibrista en la cuerda floja. El personaje se presentó como Tinky Holloway y rogó a Rearden asistir a una conferencia. «Una conferencia sin ceremonias, en la que sólo figuraremos unos cuantos funcionarios superiores.» Debía ser celebrada al cabo de dos días, en el hotel «Wayne-Falkland», de Nueva York.

—¡Se han producido tantos errores durante las pasadas semanas! —exclamó Tinky Holloway—. ¡Tantos malentendidos innecesarios! Lo arreglaremos todo en un instante, mister Rearden, siempre y cuando tengamos la oportunidad de celebrar una pequeña conversación con usted. Nos sentimos extraordinariamente deseosos de verle.

—Pueden cursar una citación judicial siempre que lo deseen.

—¡Oh, no, no, no! —exclamó asustada la voz—. No, mister Rearden, ¿para qué recurrir a tal cosa? Usted no nos ha entendido. Queremos reunirnos con usted, pero sobre una base amistosa. No buscamos nada, aparte de su voluntaria cooperación. —Holloway incurrió en una tensa pausa, preguntándose si lo que había escuchado era el rumor de una distante risa. Esperó, pero sin oír nada más—. ¿Mister Rearden?

—Sí. Diga.

—Desde luego, mister Rearden, en momentos como éstos una conferencia con nosotros sólo puede reportarle beneficios.

—¿Una conferencia?… ¿Sobre qué tema?

—Ha tropezado usted con muchas dificultades y quisiéramos ayudarle del mejor modo posible.

—Yo no he solicitado ayuda.

—Son tiempos difíciles, mister Rearden. El estado del país es tan incierto y explosivo, tan… tan peligroso… que queremos protegerle.

—Yo no he pedido protección.

—Pero se dará cuenta de que podemos serle de mucho valor, y que si desea algo de nosotros…

—No deseo nada.

—Tendrá usted problemas que querrá debatir.

—No los tengo.

—Entonces… bien —desechó toda tentativa de continuar pretendiendo otorgar un favor y Holloway formuló una pregunta concreta—. Entonces ¿quiere o no concedernos esa reunión?

—Si tienen algo que decirme…

—¡Claro que tenemos, míster Rearden! ¡Claro que tenemos! Todo lo que pedimos es un cambio de impresiones. Denos esa oportunidad. Asista a la conferencia. No ha de comprometerse a nada…

Dijo esto último involuntariamente, y se detuvo al escuchar cómo la voz de Rearden adquiría cierto brillo vivaz en el momento de contestar:

—Lo sé.

—Quise decir… Verá… Entonces, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Rearden—. Iré.

No escuchó las muestras de gratitud de Holloway; notó solamente que éste repetía: «A las siete de la tarde del 4 de noviembre, míster Rearden… del 4 de noviembre…» como si esta fecha tuviera algún significado especial.

Rearden dejó el auricular y se reclinó en su sillón, contemplando el resplandor de los altos hornos reflejado en el techo de su despacho. Sabía que aquella conferencia era una trampa y sabía también que avanzaba hacia ella sin que quienes acechaban pudiesen beneficiarse en absoluto.

Tinky Holloway colgó el receptor en su despacho de Washington y permaneció sentado, muy recto, con el ceño fruncido. Claude Slagenhop, presidente de los Amigos del Progreso Mundial, que se hallaba en un sillón masticando nervioso el palillo de un fósforo, levantó la mirada hacia él y preguntó:

—¿No ha resultado como esperabas? Holloway sacudió la cabeza.

—Vendrá, pero… la cosa no ha ido bien. —Y añadió—: No creo que lo consigamos.

—Eso es lo que mi informador me ha dicho.

—Lo sé.

—También me advirtió que valía más no intentarlo.

—¡Al diablo su informador! ¡Teníamos que hacerlo! ¡Había que arriesgarse!

El informador era Philip Rearden, quien algunas semanas atrás había manifestado a Claude Slagenhop: «No quiere admitirme, no quiere darme un empleo. Lo he intentado como ustedes desean. He hecho lo posible, pero no sirve de nada; no me deja poner los pies en las fundiciones. Y en cuanto a su estado de ánimo, es pésimo. Peor que cuanto haya podido esperar. Lo conozco y puedo manifestarle que no disponen de ninguna posibilidad. Se encuentra entre la espada y la pared. Un poco más de presión y todo saltará. Me dijeron que los altos personajes querían saber algo concreto. Pues bien; que no lo hagan. Dígales que… Claude ¡qué Dios nos proteja! Si lo hacen, lo perderán todo.» «No nos ha sido usted de mucha ayuda», había contestado Slagenhop secamente, volviéndose. Philip lo cogió de la manga y preguntó en un tono que había descendido bruscamente al de una ansiedad total: «Diga, Claude… según… según la directriz 10-289… si se va… ¿no habrá herederos?» «En efecto.» «¿Se incautarán de las fundiciones y… y de todo lo demás?» «Ésa es la ley.» «Pero… Claude; no harán eso conmigo, ¿verdad?» «No quieren que se vaya, y usted lo sabe. Reténgale si puede.» «¡Pero es que no puedo! A causa de mis ideas políticas y… y de todo cuanto he hecho por ustedes, piensa muy mal de mí. No ejerzo influencia alguna sobre él.» «Mala suerte.» «¡Claude! —había exclamado Philip, empavorecido—. ¡Claude! No me dejarán en la estacada, ¿verdad? Yo también pertenezco a ustedes, ¿no es cierto? Siempre lo han dicho así; siempre dijeron que me necesitaban… que necesitaban hombres como yo, no como él; hombres de mi… de mi temple, ¿no se acuerda? Después de todo cuanto he hecho por ellos, después de mi fe, de mi servicio y de mi lealtad a la causa…» «¡Condenado imbécil! —había estallado Slagenhop—. ¿De qué nos sirve usted sin él?»

La mañana del 4 de noviembre el timbre del teléfono despertó a Hank Rearden. Abrió los ojos y pudo ver un cielo claro y pálido, un cielo del color del amanecer reflejado en la ventana de su dormitorio, un cielo que adoptaba el tono delicado de una aguamarina, con los primeros rayos de un sol invisible, prestando cierta suavidad de porcelana a los antiguos tejados de Filadelfia. Por un instante, mientras su conciencia adquiría una pureza similar a la del cielo, mientras no se daba cuenta de nada, aparte de sí mismo, y su alma quedaba desprovista del fardo de recuerdos extraños, permaneció inmóvil, retenido por la visión y el encanto de un mundo acorde con todo aquello, un mundo en el que el estilo de existencia era una eterna mañana.

El teléfono lo volvió otra vez a su exilio. Sonaba estridente, a intervalos regulares, como un crónico grito de ayuda, una clase de grito que no perteneciera a su mundo. Levantó el auricular y, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Diga?

—Buenos días, Henry —respondió una voz temblorosa, la de su madre.

—Mamá… ¿a esta hora? —preguntó fríamente.

—Siempre te levantas al amanecer y quise encontrarte antes de que te marcharas a tu despacho.

—Bien, ¿de qué se trata?

—Tengo que verte, Henry. Tengo que hablarte durante el día de hoy. Es muy importante.

—¿Ocurre algo?

—No… Sí… Es decir… Tengo que hablar contigo en persona. ¿Vendrás?

—Lo siento, pero no puedo. Esta noche tengo una reunión en Nueva York. ¿Quieres que venga mañana?

—¡No! Mañana no. Tiene que ser hoy. Es preciso.

Sonaba en su voz cierto tono de pánico, pero de un pánico estancado, propio del desamparo crónico; no el de un caso de urgencia, exceptuando. cierto extraño eco de temor en su mecánica reiteración.

—¿Qué sucede, mamá?

—No puedo decirlo por teléfono. Tengo que verte.

—Si quieres venir a mi despacho…

—¡No! ¡No! En tu despacho es imposible. Tengo que verte a solas, donde podamos hablar. ¿No puedes concedérmelo como un favor especial? Es tu madre quien te lo pide. Nunca vienes a vernos, aunque quizá no sea a ti a quien deba reprocharlo, pero ¿no puedes hacerlo por mí, siquiera una vez, cuando te lo ruego?

—Bien, mamá. Estaré ahí a las cuatro de la tarde.

—Perfectamente, Henry. Gracias, Henry. Así está mejor.

Aquel día le pareció cual si flotara en el aire de las fundiciones cierto amago de tensión. Tratábase de algo demasiado leve para ser definido, pero los altos hornos eran para él como el rostro de una esposa adorada, en el que percibía destellos de expresión casi antes de producirse. Notó grupitos formados por los obreros nuevos, sosteniendo conversaciones aquí y allá. Observó su actitud, una actitud que le recordaba el rincón de una sala de billares, más que el recinto de una industria. Observó las miradas que le dirigían cuando pasaba junto a ellos, miradas fijas y persistentes. Trató de no acordarse. Por otra parte, carecía de tiempo para reflexionar sobre ello.

Cuando aquella tarde se dirigía a su antigua morada, detuvo el automóvil bruscamente al pie de la colina. No había visto la casa desde el 15 de mayo, seis meses antes, cuando salió de la misma, y su presencia renovó en él cuanto había sentido en diez años de vivir en ella: la tensión, la perplejidad, el peso gris de una desdicha jamás confesada, la firme paciencia que le prohibía expresarla, la desesperada inocencia de su esfuerzo por comprender a su familia… y de su empeño en mostrarse justo.

Caminó lentamente sendero arriba hacia la puerta. No sentía emoción alguna, sino tan sólo una grande y solemne claridad. Sabía que aquella casa era un monumento de* culpabilidad, de culpabilidad hacia sí mismo.

Había esperado ver a su madre y a Philip, pero no encontrarse con una tercera persona, que se levantó igual que ellos al verle entrar en el salón: era Lillian.

Henry se detuvo en el umbral. Lo miraban y también a la puerta abierta tras de él. En sus rostros se pintaban el temor y la astucia; aquella expresión de chantaje, tomando como base la virtud, que él había aprendido a comprender tan bien. Esperaban salirse con la suya gracias únicamente a su piedad; mantenerle atrapado, cuando un simple paso atrás podría ponerlo fuera de su alcance.

Habían contado con su conmiseración y temido su cólera. No se atrevían a considerar una tercera alternativa: su indiferencia.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó volviéndose a su madre con voz desapasionada y uniforme.

—Lillian vive con nosotros desde que os divorciasteis —le contestó a la defensiva—. No podía dejarla morir en el arroyo, ¿verdad?

La expresión de su madre tenía mucho de suplicante, como si le rogara no darle un bofetón, y también de triunfadora, como si fuera ella quien se lo hubiese propinado. Comprendió sus motivos: no era compasión, porque nunca existió mutuo amor entre ella y Lillian. Tratábase de la venganza familiar contra su persona; de la secreta satisfacción de gastar su dinero ayudando a una ex esposa a la que había rehusado conceder ninguna subvención.

Lillian tenía la cabeza inclinada, a modo de saludo, con una leve sonrisa en los labios, entre tímida y descarada. Él no pretendió ignorarla; la miró cual si la viera de lleno, pero como si su presencia no quedara registrada en su mente. Sin pronunciar palabra cerró la puerta y se introdujo en la estancia.

Su madre dejó escapar un suspiro de nervioso alivio y se dejó caer en la primera silla, vigilándole incierta acerca de si seguiría o no su ejemplo.

—¿Qué querías de mí? —preguntó Henry sentándose.

Su madre permanecía en actitud extraña, con los hombros rígidos y la cabeza baja.

—Ten compasión, Henry —murmuró.

—¿A qué te refieres?

—¿Es que no me comprendes?

—No.

—Bueno… —extendió las manos en un gesto sutil de abandono. —Bueno… —sus ojos iban de un lado a otro, tratando de escapar a la atenta mirada de su hijo—. Son tantas las cosas por decir… que no sé cómo empezar. Existe algo de orden práctico, pero no tiene gran importancia por sí mismo… y no es por ello por lo que te llamé…

—¿A qué te refieres? —repitió.

—A nuestros cheques… el de Philip y el mío. Estamos a primeros de mes, pero a causa de esa incautación, esos cheques no han llegado. Tú lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Qué haremos?

—Lo ignoro.

—Quise decir ¿cómo piensas arreglarlo?

—De ningún modo.

Su madre lo miró fijamente, como sí contara los segundos de silencio.

—¿De ningún modo, Henry?

—Carezco de atribuciones para obrar.

Lo miraban con una especie de fascinada intensidad. Estaba seguro de que su madre había dicho la verdad; de que aquella preocupación financiera no era el propósito de su llamada, sino tan sólo el preámbulo de una cuestión de mucho mayor alcance.

—Pero, Henry… nos hemos quedado sin dinero.

—También yo.

—¿No podrías enviarnos algo?

—No me advirtieron con tiempo, y yo tampoco tengo efectivo.

—Escucha, Henry; todo esto ha sido tan inesperado que asustó a mucha gente. La tienda de comestibles rehúsa fiarnos, a menos de que tú lo solicites. Desean que firmes una carta de crédito o algo por el estilo. ¿Querrás hablar con ellos y arreglarlo?

—No.

—¿Cómo que no? —sufrió un ligero ahogo y preguntó jadeante—: ¿Por qué?

—No quiero asumir obligaciones que no pueda cumplir.

—¿Qué significa eso?

—Que no quiero contraer deudas que luego no pueda pagar.

—¿Cómo que no podrás pagarlas? ¡Ese embargo sólo es un tecnicismo temporal! Todo el mundo lo sabe.

—¿De veras? Pues yo no.

—Pero Henry… ¡una factura de tendero! ¿Estás seguro de no poder, pagar una factura de tendero, con todos los millones que tienes?

—No quiero engañar a ese tendero pretendiendo poseer millones.

—¿De qué estás hablando? ¿De quién es, pues, ese dinero?

—De nadie.

—¿Cómo?

—Mamá, creo que me comprendes perfectamente. Que lo comprendiste incluso antes que yo. No queda ya nada a lo que pueda llamar propio. Se trata de algo que vosotros aprobasteis y en lo que creísteis desde hace muchos años. Queríais verme amarrado. Pues bien, ya lo estoy. Y es demasiado tarde para enfadarse por ello.

—¿Vas a permitir que algunas ideas políticas…?

Se detuvo bruscamente al ver la expresión de su cara.

Lillian miraba al suelo, cual temerosa de levantar la vista. Philip hacía crujir sus nudillos.

Su madre se esforzó en ver de nuevo con claridad.

—No nos abandones, Henry —murmuró. Cierto aguijonazo de vida en su voz le dijo que la envoltura de su propósito real empezaba a agrietarse—. Vivimos tiempos terribles y estamos asustados. Ésta es la verdad, Henry. Estamos asustados porque nos abandonas. ¡Oh! No me refiero a la factura del tendero, porque lo considero sólo un síntoma. Un año atrás no hubieras permitido que sucediese… ahora…, en cambio, no te preocupa en absoluto. —Hizo una pausa expectante—. ¿No es así?

—No.

—Bien… creo que la culpa es nuestra. Eso es lo que quería decirte, que nos reconocemos culpables. Durante estos últimos tiempos no te hemos tratado bien. Nos hemos portado de un modo indigno y te hemos hecho sufrir. Estábamos acostumbrados a tus favores y no te agradecíamos nada. Somos culpables, Henry. Hemos pecado contra ti y lo confesamos. ¿Qué otra cosa, podemos decirte? ¿Podrías perdonarnos?

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Rearden en el tono claro y monótono de quien habla en una conferencia de negocios.

—¡No lo sé! ¿Quién soy yo para saberlo? Pero no me refiero a eso ahora. No hablo de obrar, sino de sentir. Son tus sentimientos los que suplico, Henry; sólo tus sentimientos, aunque no los merezcamos. Eres generoso y fuerte. ¿Querrás olvidar el pasado, Henry? ¿Querrás perdonarnos?

La mirada de terror en sus ojos era sincera. Un año antes se hubiera dicho que era aquél su modo genuino de presentar excusas. Hubiera ahogado su repugnancia ante palabras que no tenían significado alguno para él y quedaban envueltas en la niebla de lo carente de sentido. Hubiera violado su mente para darles un significado. Hubiera accedido a

concederles la virtud de la sinceridad, según sus propios términos, aun cuando nada tuvieran que ver con los suyos. Pero ya estaba harto de otorgar respeto a actitudes ajenas.

—¿Querrás perdonarnos?

—Mamá, sería mejor no hablar de esto. No me obligues a exponerte el porqué. Lo sabes tan bien como yo. Si quieres que haga algo, dime de qué se trata. No hay ninguna otra cosa que discutir.

—¡No te comprendo! Te llamé para… para pedirte perdón y ¿vas a rehusarme una respuesta?

—¿Qué significa eso de mi perdón?

—¿Cómo?

—Pregunto qué significa.

Ella extendió las manos con aire asombrado, cual si quisiera subrayar lo que era evidente a todos.

—Pues… porque todos nos sentiríamos mejor.

—¿Cambiaría el pasado?

—Nos sentiríamos mejor si supiéramos que nos perdonas.

—¿Pretendes hacerme creer que el pasado no ha existido?

—¡Oh! Henry, ¿es que no te das cuenta? Todo cuanto deseamos es solamente saber que tú… que te preocupas un poco de nosotros.

—¿Queréis que lo finja?

—Lo que te estoy rogando… es que lo sientas.

—¿Sobre qué base?

—¿Base?

—¿A cambio de qué?

—¡Henry, Henry! No estamos hablando de negocios, ni de toneladas de acero, ni de balances bancarios, sino de sentimiento. ¡Y tú te expresas como un negociante!

—Lo que soy.

Vio pintarse el terror en sus ojos, pero no el impotente terror de quien se esfuerza en comprender sin conseguirlo, sino el de quien se siente empujado hacia el abismo donde no será ya posible evitar la comprensión.

—Mira, Henry —se apresuró a añadir Philip—. Mamá no entiende esas cosas. No sabemos cómo acercarnos a ti. No hablamos tu misma lengua.

—Yo tampoco hablo la vuestra.

—Lo que intenta decirte es que lamentamos terriblemente haberte molestado. Tú crees que seguimos como siempre, pero la verdad es que lo hemos pagado, y sufrimos remordimientos.

El dolor que se pintaba en la cara de Philip era auténtico. Un año atrás, Rearden hubiera sentido lástima; ahora comprendía que siempre se habían servido de él utilizando su resistencia a molestarle, el temor a sus calamidades. Pero había dejado de temer todo aquello.

—Lo lamentamos, Henry. Sabemos que te hemos hecho daño. Quisiéramos reparar nuestra culpa. Pero, ¿de qué manera? El pasado es pasado, y no podemos variarlo.

—Tampoco yo.

—Puedes aceptar nuestro arrepentimiento —dijo Lillian con voz vidriosa por la cautela —. Nada tengo ya que ganar de ti, ni nada pienso conseguir. Quiero sólo que sepas que todo cuanto hice lo realicé porque te amaba.

Él se volvió dispuesto a marcharse sin contestar palabra.

—¡Henry! —gritó su madre—. ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué te ha hecho cambiar de semejante modo? ¡Ya no pareces un ser humano! Intentas provocar nuestras respuestas cuando nada tenemos que contestar. Nos apaleas con tu lógica. ¿Qué es la lógica en tiempos así? ¿Qué es la lógica cuando la gente sufre?

—¡No podemos evitarlo! —exclamó Philip.

—Estamos a tu merced —añadió Lillian.

Pero arrojaban sus súplicas a un rostro al que no podían alcanzar. No sabían… y su pánico constituía el final de su lucha para escapar a tal conocimiento, que su inflexible sentido de la justicia, gracias al cual pudieron hasta, entonces dominarle y por el que aceptó cualquier castigo concediéndoles el beneficio de sus dudas, se volvía ahora contra ellos; que la misma fuerza que le hizo tolerante, le transformaba ahora en implacable; que la justicia capaz de perdonar miles de inocentes errores de conocimiento, no perdonaría un simple paso adoptado con consciente maldad.

—Henry, ¿no nos comprendes? —imploraba su madre.

—Sí —respondió calmosamente.

Ella apartó la mirada evitando la claridad de sus pupilas.

—¿No te importa lo que sea de nosotros?

No.

—¿No eres un ser humano? —su voz adoptó un tono penetrante, a impulsos de la cólera —. ¿No eres capaz de amar a nadie? ¡Es a tu corazón a donde quiero llegar y no a tu cerebro! ¡No se puede discutir sobre el amor ni razonar o regatear sobre él! ¡Es algo que se da! ¡Que se siente! ¡Oh, Dios mío! Henry, ¿es que no puedes sentir sin pensar?

—Nunca lo hice.

Al momento la voz de su madre volvió a sonar, profunda y grave.

metido errores, es porque nos sentimos impotentes. Te necesitamos; eres todo cuanto tenemos, pero te estamos perdiendo, y ello nos causa miedo. Estos tiempos son terribles y cada vez serán peor. La gente está aterrada, ciega, y no sabe qué hacer. ¿Cómo saldremos del paso si tú nos abandonas? Somos pequeños y débiles, y se nos barrerá como basura dentro del terror que se ha abatido sobre el mundo. Quizá tengamos nuestra parte de culpa y acaso contribuyéramos al estado de cosas actual de un modo inconsciente, pero lo hecho hecho está y ya no podemos evitarlo. Si nos abandonas estaremos perdidos. Si te retiras y desapareces como aquellos que…

No fue ningún sonido lo que la detuvo, sino sólo el movimiento de sus cejas, el breve y fugaz movimiento que equivalía a una señal definitiva. Luego le vieron sonreír. La naturaleza de aquella sonrisa era la más terrible de las respuestas.

—¿De modo que es eso lo que teméis? —preguntó lentamente.

—¡No puedes retirarte! —gritó su madre, presa de ciego pánico—. ¡No puedes abandonar! ¡Pudiste nacerlo el año pasado, pero ahora no! No puedes desertar, porque esta vez será tu familia quien lo pague. Nos dejarán sin un centavo; se apoderarán de todo, nos matarán de hambre, nos…

—¡Cállate! —gritó Lillian, más acostumbrada que los otros a percibir señales de peligro en la cara de Rearden.

Éste tenía en los labios un resto de sonrisa, pero comprendieron que ya no les miraba, aun cuando no estuviera en su mano saber por qué dicha sonrisa parecía expresar dolor, y casi añoranza, ni por qué miraba a través del recinto hacia el hueco de la ventana más alejada.

Rearden estaba viendo un rostro finamente esculpido, sereno bajo la avalancha de sus insultos, y escuchaba la voz que dijera tranquila en aquella misma habitación: «Era contra el pecado del perdón contra lo que quería ponerte en guardia». «Tú, que entonces lo supiste…», pero no terminó la frase formada en su mente, sino que la dejó acabarse allí en el amargo retorcimiento de sus labios al sonreír porque sabía que estuvo a punto de pensar: «Tú, que entonces lo supiste… perdóname».

Contemplando a su familia se dijo: «He aquí la naturaleza de vuestras súplicas de perdón, la lógica de esos sentimientos que considerasteis carentes de la misma». Tenía ante sí la simple y brutal esencia de quienes hablan de sentir sin pensar y sitúan la conmiseración sobre la justicia.

Ahora sabían qué temer; habían previsto y nombrado antes que él el único camino de liberación que aún le quedaba; habían comprendido lo inestable de su posición industrial, la futilidad de su lucha y los fardos inmensos que amenazaban aplastarlo; sabían que en razón, en justicia, en auto-protección, su única salida consistía en abandonarlo todo y huir; pero aun así deseaban retenerlo, conservarlo en el horno de los sacrificios; permitir que les dejase devorar sus últimos restos en nombre de la piedad, el perdón y un amor fraternal de caníbales.

—Si aún quieres que te lo explique, mamá —dijo tranquilamente—, si aún sigues esperando que no sea tan cruel como para dar nombre a lo que pretendes no saber, te diré que cometes un error en tu idea de perdón: el de lamentar haberme herido y pedirme como compensación que me ofrezca para la inmolación total.

—¡La lógica! —gritó ella—. ¡Ya sales otra vez con tu condenada lógica! ¡Es lástima lo que necesitamos y no lógica!

Hank se puso en pie.

—¡Espera! ¡No te vayas! ¡Henry, no nos abandones! ¡No nos sentencies a muerte! ¡Seamos lo que seamos, tenemos condición de humanos! ¡Queremos vivir!

—Pues… —empezó presa de tranquilo asombro, pero su voz cobró un tono de sereno horror conforme la idea se apoderaba totalmente de él—. No creo que lo queráis. Si lo hubieseis querido, Habríais sabido valorarme.

Como en silenciosa respuesta, la cara de Philip adoptó gradualmente una expresión que pretendía ser sonrisa divertida, pero que sólo denotaba temor y malicia.

—No podrás retirarte y desaparecer —dijo—. No puedes irte sin dinero.

Pareció haber dado en el blanco; Rearden se rió por lo bajo.

—Gracias, Philip —dijo.

—¿Cómo? —preguntó su hermano estremeciéndose nerviosamente por el asombro.

—¿De modo que ése es el propósito de la orden de embargo? Eso es lo que tus amigos temen. Ya sabía que un día u otro me atacarían de un modo inesperado. Pero no supe que esa incautación significara su idea de impedir mi escapatoria. —Se volvió incrédulo, mirando a su madre—. Y ésa es la causa por la que querías verme hoy, antes de la conferencia en Nueva York.

—¡Mamá no lo sabía! —intervino Philip. Se contuvo unos instantes y luego exclamó en voz más alta—: ¡No sé de qué estás hablando! ¡Yo no he dicho nada! ¡Yo no lo he dicho!

Su temor tenía ahora una cualidad mucho menos mística y mucho más práctica que antes.

—No te preocupes, insensato; no les diré que me has puesto en antecedentes de nada. Y si intentabas…

No terminó. Miró los tres rostros situados ante él y una brusca sonrisa terminó su frase, una sonrisa de cansancio, de piedad, de incrédula repulsión. Estaba presenciando la contradicción final; el grotesco absurdo, al extremo de aquel juego de irracionales. Los

hombres de Washington habían planeado retenerle indicando a aquellas tres personas que ejercieran el papel de rehenes.

—Te crees muy bueno, verdad? —Fue una exclamación súbita, procedente de Lillian. Tenía el rostro contorsionado como la mañana en que averiguó el nombre de su amante —. ¡Te crees muy bueno! ¡Te sientes muy orgulloso de ti mismo! Pues bien, ¡yo también tengo algo que decirte!

Parecía como si no hubiera creído hasta entonces que su juego estaba perdido. La visión de su cara le asombró como un último retazo que completara un circuito, y con repentina claridad comprendió cuál había sido dicho juego y por qué se casó con él.

Si elegir una persona como centro constante de la propia preocupación y foco de la propia visión de la vida era amar, ella lo amaba, pensó. Pero si el amor era la exaltación del propio ser y la de la propia existencia, entonces los que se odian a sí mismos y los que odian a la vida, sólo conciben una única forma equivalente al amor: la destrucción. Lillian lo había elegido por lo mejor de sus virtudes, por su fuerza, su confianza y su orgullo; lo había elegido como se elige un objeto de amor, como símbolo del poder viviente del hombre, pero la destrucción de este poder fue su objetivo.

Los vio como durante su primer encuentro: él, hombre de energía violenta y apasionada ambición, hombre de resultados encendidos por la llama de sus éxitos y arrojado en mitad de un montón de cenizas pretenciosas que se llamaban a sí mismas élite intelectual. Los restos quemados de una cultura indigesta, alimentándose del resplandor que exhalaban las mentes de otros, y ofreciendo su negativa del espíritu como único signo de distinción y el deseo de dominar al mundo como su único afán; ella, la mujer apegada a dicha élite, luciendo una mueca de disgusto como respuesta al universo, sosteniendo la impotencia cual superioridad y el vacio como virtud; él, no enterado de su odio, desdeñando inocente aquel fraude; ella viéndolo como un peligro para su mundo, como una amenaza, un desafío y un reproche.

El egoísmo que lleva a otros a esclavizar imperios, habíase convertido en pasión de poder sobre él. Había emprendido la tarea de quebrantarle, como si, incapaz de asemejarse a sus valores, pudiera sobrepasarlos destruyéndolos; como si la medida de su grandeza quedara así convertida en medida de la suya; como si, pensó estremeciéndose, como si el vándalo que aplastaba una estatua fuese mejor que el artista que la había fabricado, y como si el asesino que mataba a un niño fuese asimismo mejor que la madre que lo había traído al mundo.

Recordó el modo obstinado con que se burló de su trabajo, de sus fundiciones, de su metal, de sus triunfos. Recordó su deseo de verle borracho sólo una vez, sus tentativas para empujarlo a la infidelidad, su placer ante la idea de saberlo caído en un sórdido idilio; su terror al descubrir que el idilio en cuestión había significado un logro y no una degradación. Su línea de ataque, que él encontró tan desconcertante, fue, por el contrario, constante y clara; lo que intentaba destruir era su propia estima, sabiendo que quien rinde sus valores se encuentra a merced de cualquiera. Fue su pureza moral la que quiso quebrantar; su confiada rectitud la que pretendió hacer añicos, valiéndose del veneno de la culpa, cual si, al hundirse él, su depravación le diera derecho a otro tanto.

Con el mismo propósito y motivo, con la misma satisfacción con que otros tejen complejos sistemas filosóficos para destruir generaciones o establecer dictaduras que destruyan un país, ella, sin más armas que su feminidad, se había propuesto destruir a un hombre.

«El tuyo era un código de vida —recordó la voz de su perdido y joven maestro—. ¿Cuál es entonces el de ella?»

—¡Tengo algo que decirte! —gritó Lillian con la rabia impotente de quien desea convertir las palabras en puñetazos—. Estás muy orgulloso de ti mismo, ¿verdad? ¡Estás

orgulloso de tu nombre! ¡Aceros Rearden! ¡Metal Rearden! ¡Esposa de Rearden! Eso fui yo, ¿no es cierto? La señora Rearden; la mujer de Henry Rearden. —Sus palabras eran una cadena de chasqueantes jadeos, una irreconocible corrupción de la risa—. Bien, creo que te gustará saber que tu mujer ha sido amante de otro hombre. Que te he sido infiel. ¿Me oyes? Te he sido infiel, pero no con algún amante noble y grande, sino con el más bajo y despreciable de los hombres: con Jim Taggart. ¡Hace tres meses! ¡Antes de tu divorcio! ¡Mientras aún era tu esposa! ¡Mientras aún era tu esposa!

Él la escuchó como un hombre de ciencia ante algún tema de importancia relativa. Pensó que tenía ante él el aborto final del credo de la interdependencia colectiva; el credo de la no identidad, de la no propiedad y de la no realidad, la creencia en que la estatura moral de cada uno se encuentra a merced de la acción de los demás.

—¡Te he sido infiel! ¿No me oyes, impoluto puritano? He dormido con Jim Taggart, héroe incorruptible. ¿No me oyes…? ¿No me oyes… ¿No me…?

La miraba como hubiera podido mirar a una mujer extraña, que se hubiera acercado a él en la calle con una confesión particular; su expresión era el equivalente a estas palabras: «¿Por qué has de decírmelo?»

La voz de Lillian siguió resonando. Él nunca supo lo que la destrucción de una persona podía significar, pero sí que estaba presenciando la destrucción de Lillian. Lo vio en el hundimiento de su cara, en la repentina flojedad de sus facciones, cual si nada ya pudiera retenerlas unidas; en sus ojos ciegos, pero fijos, mirando hacia dentro, llenos de ese terror que ninguna amenaza exterior puede igualar. No era la mirada de quien pierde la razón, pero sí la de una mente que contempla su derrota total y al propio tiempo observa por vez primera su propia naturaleza; la expresión de quien al cabo de muchos años de predicar la no existencia, acaba de llegar a dicho estado.

Se volvió para marcharse, pero su madre le detuvo en la puerta, cogiéndole del brazo. Con una mirada de terca perplejidad, con el último de sus esfuerzos para engañarse a sí misma, 'gimió, con voz petulante y tono de lacrimoso reproche:

—¿Eres realmente incapaz de perdonar?

—No, madre —contestó—, no es eso. Hubiera perdonado el pasado si hoy me hubieseis invitado a retirarme y desaparecer.

Fuera soplaba un aire frío que le pegaba el gabán al cuerpo como un abrazo. Contempló la enorme y fresca extensión de terreno al pie de la colina y el claro firmamento del atardecer. Como dos puestas de sol que terminaran simultáneamente, el rojo resplandor del astro formaba una franja recta e inmóvil en el Oeste, mientras hacia el Este resplandecía otra franja roja procedente del fulgor de sus hornos.

El contacto del volante bajo sus manos y la sensación de que la carretera fluía bajo él mientras se dirigía a Nueva York, tenían una extraña cualidad fortificante, un sentimiento de extremada precisión y de relajación, una idea de actividad y de cansancio que le parecieron inexplicablemente juveniles. Hasta que se dio cuenta de que aquél era el modo en que había actuado y siempre esperó actuar durante su juventud. Lo que ahora sentía era un equivalente a esta sencilla y asombrosa pregunta: ¿Por qué ha de portarse uno de cualquier otra manera?

Le pareció que la silueta de Nueva York, cuando se levantó ante él, poseía una extraña y luminosa claridad, aunque sus formas quedaran veladas por la distancia; una claridad que no parecía proceder de los objetos, sino que sentía como si procediera de él mismo. Contempló la gran ciudad sin sentirse ligado a la visión con que otros la contemplaran también, ni al uso que hubieran podido hacer de ella; no era una ciudad de gángsters, de mendigos, de desechos humanos o de prostitutas, sino el mayor logro industrial en la historia del hombre; su único significado era el que él le otorgaba. Existía cierta cualidad

personal en su visión de la urbe, una cualidad posesiva y de firme percepción, cual si la viese por vez primera… o por última.

Se detuvo en el silencioso corredor del Hotel Wayne-Falkland, a la puerta de una suite; le costó mucho trabajo levantar la mano y llamar; era la suite que había pertenecido a Francisco d'Anconia.

En la sala, entre los cortinajes de terciopelo y las mesas desnudas y pulidas flotaba el humo de innumerables cigarrillos. Con su costoso mobiliario y la ausencia de toda pertenencia personal, la habitación poseía ese aire de lujo, peculiar en los alojamientos transitorios, tan deprimente como el de un cuchitril. Cinco figuras se levantaron en la niebla al verle entrar: Wesley Mouch, Eugene Lawson, James Taggart, el doctor Floyd Ferris y un joven delgado y furtivo que parecía un jugador de tenis con cara de ratón y que le fue presentado como Tinky Holloway.

—Bien —dijo Rearden, interrumpiendo los saludos, las sonrisas, las ofertas de bebida y los comentarios sobre el estado de urgencia nacional—. ¿Qué desean ustedes?

—Hemos venido aquí como amigos suyos, mister Rearden —dijo Tinky Holloway—. Tan sólo como amigos, a fin de celebrar una conversación sin etiqueta, con el objeto de organizar un equipo de trabajo más unido.

—Nos sentimos ansiosos de disponer de su esclarecida inteligencia —añadió Lawson —y de su experto consejo acerca de los problemas industriales del país.

—Hombres como usted son los que necesitamos en Washington —indicó el doctor Ferris —. No existe razón por la que haya de permanecer al margen durante tanto tiempo, cuando su voz es necesaria en las altas esferas de la dirección nacional.

Lo más nauseabundo de todo aquello, pensó Rearden, era que tales palabras significaban una mentira a medias; la otra mitad, con su tono de histérico apremio, indicaba un deseo no declarado de convertirlas en verdades absolutas.

—¿Qué desean de mí? —preguntó.

—Pues… escucharle, mister Rearden —repuso Wesley Mouch, contrayendo las facciones en una imitación de sonrisa. Esta última era fingida, pero su miedo resultaba real—. Deseamos… el beneficio de su opinión en la presente crisis de la industria nacional.

—No tengo nada que decir.

—Pero, mister Rearden —insistió el doctor Ferris—, tan sólo le pedimos una posibilidad de cooperar con usted.

—Ya les dije en otra ocasión, públicamente, que no coopero bajo la amenaza de un arma.

—¿No podríamos enterrar el hacha de guerra en unos tiempos como los actuales? —preguntó Lawson, suplicante.

—¿Se refiere a la pistola? Háganlo.

—¿Cómo?

—Son ustedes quienes la empuñan. Enhénenla, si lo pueden hacer.

—Ha sido… ha sido únicamente una figura retórica —explicó Lawson parpadeando—. Hablaba en pura metáfora.

—Pues yo no.

—¿No podríamos unirnos en beneficio del país en esta hora de crisis? —preguntó el doctor Ferris—. ¿Desechar nuestras diferencias de opinión? Estamos dispuestos a encontrarnos con usted a mitad de camino. Si existe algún aspecto de nuestra política al que se oponga, díganoslo y cursaremos una directriz…

—Nada de eso, señores. No he venido a ayudarles a pretender que no me encuentro en una situación concreta. No creo en un encuentro a mitad de camino. Y ahora, vayamos al

grano. ¿Han preparado alguna artimaña con la que saltar sobre la industria del acero? ¿De qué se trata?

—En realidad —respondió Mouch —tenemos una cuestión vital que discutir respecto a la industria del acero, pero… pero, ¡hay que ver qué lenguaje emplea, míster Rearden!

—No hemos fraguado ningún ardid contra usted —añadió Holloway—. Le rogamos que viniera para discutir un asunto.

—He venido a recibir órdenes. Díganme cuáles son.

—Míster Rearden: no queremos encauzar el asunto de ese modo. No queremos darle órdenes. Deseamos su consentimiento voluntario.

—Lo sé —dijo Rearden sonriendo.

—¿De veras? —preguntó Holloway anhelante; pero algo en la sonrisa de Rearden lo volvió de nuevo a la incertidumbre—. Bien, entonces…

—Y usted, hermano —dijo Rearden—, sabe muy bien que tal es el fallo en su juego, el fallo fatal que los hará saltar por los aires. ¿Quieren decirme qué clavo intentan clavar en mi cabeza sin que me dé cuenta? ¿O prefieren que me marche?

—¡Oh, no, míster Rearden! —exclamó Lawson dirigiendo una rápida mirada a su reloj de pulsera—. ¡No puede irse ahora…! Es decir, me refería a que no querrá irse sin haber escuchado lo que queremos decirle.

—Bien. Díganlo.

Los vio cambiar miradas entre sí. Wesley Mouch parecía temeroso de dirigirle la palabra. Su cara asumió una expresión de petulante terquedad, como una señal de mando que empujara a los otros al ataque. Cualesquiera que fuesen sus atribuciones para disponer de la industria del acero, los demás habían acudido allí para actuar como guardianes de Mouch en la conversación. Rearden se preguntó el motivo de la presencia de James Taggart, que permanecía sumido en triste silencio, sorbiendo una bebida, sin mirar nunca hacia él.

—Hemos trazado un plan —dijo el doctor Ferris con exagerada jovialidad— que solucionará los problemas de la industria del acero y que será sin duda alguna aprobado por usted, como medida encaramada al beneficio común, al tiempo que protege sus intereses y garantiza su seguridad en…

—No intente decirme lo que he de aprobar. Ofrézcame los datos.

—Se trata de un plan limpio, sensato, equitativo…

—No me exprese su evaluación del mismo. Expóngame los hechos.

—Es un plan que… —el doctor Ferris se detuvo; había perdido la costumbre de mencionar datos concretos.

—Bajo este plan —intervino Wesley Mouch —garantizamos a la industria un cinco por ciento de aumento en el precio del acero.

Hizo una pausa triunfante, pero Rearden guardó silencio.

—Desde luego, serán necesarios algunos ajustes sin importancia —explicó Holloway desenvuelto, saltando a aquel lapso de silencio, como quien salta a una pista de tenis vacía—. También habrá de garantizarse a los productores de mineral de hierro cierto aumento en sus tarifas… ¡Oh! Un tres por ciento como máximo. Y ello en vista de las continuas dificultades con que algunos de ellos, como por ejemplo míster Larkin de Minnesota, tropezarán a partir de ahora, mientras tengan que enviar el mineral por medio de costosos camiones, ya que míster James Taggart ha tenido que sacrificar su línea secundaria de Minnesota en beneficio público. Desde luego, los ferrocarriles sufrirán también un aumento en sus tarifas… digamos de un siete por ciento aproximadamente, en vista de la absoluta necesidad de…

Holloway se detuvo, igual que un jugador que, al salir de una complicada situación, se diera cuenta de que no tenía adversario con el que contender.

—Pero no habrá aumento de salarios —se apresuró a añadir el doctor Ferris—. Un punto esencial de este plan es el de que no garantizaremos aumento de salarios a los obreros del acero, no obstante sus insistentes demandas. Queremos ser benévolos con usted, míster Rearden, y proteger sus intereses, incluso arriesgándonos al resentimiento y a la indignación populares.

—Desde luego, si esperamos que el elemento laboral haga sacrificios —dijo Lawson—, hemos de demostrarle que también las esferas directrices las hacen en beneficio de la nación. El ambiente que reina ahora en la industria del acero es extremadamente tenso, míster Rearden. Es peligrosamente explosivo y… y a fin de protegerle a usted… de… de… —se detuvo.

—Continúe —le animó Rearden—. ¿De qué?

—De una posible… violencia, serán necesarias ciertas medidas que… Mire, Jim —se volvió súbitamente a James Taggart—. ¿Por qué no se lo explica usted a míster Rearden, como colega industrial suyo que es?

—Alguien ha de apoyar a los ferrocarriles —dijo Taggart a desgana, sin mirarlo—. El país necesita ferrocarriles y alguien ha de ayudarnos a llevar este fardo. Y si no conseguimos un aumento en las tarifas…

—¡No! ¡No! ¡No! —estalló Wesley Mouch—. Cuente a mister Rearden cómo funciona el plan de Unificación Ferroviaria.

—Es un éxito total —dijo Taggart, letárgico —si exceptuamos ese elemento imposible de controlar que es el tiempo. Porque sólo es cuestión de tiempo el que nuestros equipos unificados vuelvan a levantar a todos los ferrocarriles del país. Me encuentro en situación de asegurarle que el plan lograría resultados tan beneficiosos como éstos en cualquier otra industria.

—No abrigo duda alguna —respondió Rearden y volvióse hacia Mouch—. ¿Por qué me hacen perder el tiempo? ¿Qué tiene que ver conmigo el plan de Unificación Ferroviaria?

—Pero ¡míster Rearden! —exclamó Mouch con desesperada jovialidad—.

¡Es la norma que tenemos que seguir! \Eso es precisamente lo que queremos discutir con usted!

—¿A qué se refiere?

—Al plan de Unificación de los Aceros.

Se produjo un instante de silencio, como quien retiene el aliento luego de sumergirse en el agua?. Rearden permanecía sentado, mirándolos con una expresión que semejaba incluso de interés.

—En vista de la crítica situación de la industria del acero —dijo Mouch con súbito impulso, cual si no quisiera concederse tiempo para averiguar lo que le había intranquilizado en la mirada de Rearden —y como el acero es la materia prima más vital y básica, el fundamento de nuestra estructura industrial, hay que adoptar medidas drásticas para mantener la producción del mismo, los equipos y las fábricas. —El tono y el Ímpetu de su voz lo llevaron hasta allí, pero no más—. Con este objetivo a la vista, nuestro plan es… nuestro plan es…

—Nuestro plan es verdaderamente muy sencillo —continuó Tinky Holloway, tratando de demostrarlo, confiriendo a su voz cierta alegre y desenfadada simplicidad—. Levantaremos todas las restricciones en la producción de acero y cada compañía fabricará el que pueda, según sus propios recursos. Pero a fin de evitar la pérdida de tiempo y el peligro de una,, competencia desmesurada, todas las compañías depositarán sus ganancias brutas en un fondo común, que será conocido como Fondo de la Unificación del Acero, a

cargo de una oficina especial. A final de año, la oficina distribuirá estos beneficios, calculando la producción total de acero y dividiendo dicha cifra por el número de altos hornos en funcionamiento. Se realizará así una distribución equitativa para todos, pagándose a cada compañía según sus necesidades. Y como la conservación de los hornos es una necesidad básica en esta industria, se tendrá en cuenta para ello el número de los mismos que posea.

Hizo una pausa, y añadió:

—Eso es todo, míster Rearden. —Y al no obtener respuesta, dijo—: ¡Oh! Desde luego, habrá que eliminar muchos obstáculos, pero… tal es el proyecto.

Fuese cual fuese la reacción que esperaran, la que adoptó Rearden no pudo menos de confundirles. Rearden se reclinó en su sillón con mirada atenta, fija en el espacio, cual si contemplara algo bastante próximo. Luego, con cierta extraña nota burlona, tranquila y personal, preguntó:

—¿Quieren decirme tan sólo una cosa, caballeros? ¿Con qué cuentan para ello?

Se dijo que le habían comprendido porque observó en sus caras esa expresión terca y evasiva que en otros tiempos consideró propia de mentirosos al engañar a sus víctimas, pero que ahora se había transformado en algo peor: en la de quien se engaña a sí mismo y a su propia conciencia. No contestaron; guardaron silencio, cual si se esforzaran no en hacerle olvidar su pregunta, sino en olvidar ellos que la habían escuchado.

—¡Es un plan muy sensato! —exclamó de improviso James Taggart, con un deje de repentina animación—. ¡Logrará su objetivo! ¡Tiene que conseguirlo! ¡Queremos que lo logre!

Nadie le contestó.

—¿Míster Rearden…? —preguntó Holloway tímidamente.

—Veamos —le interrumpió Rearden—. La «Associated Steel» de Orren Boyle posee sesenta altos hornos, un tercio de los cuales están ahora sin funcionar, mientras el resto produce un promedio de trescientas toneladas por horno y día. Yo tengo veinte que trabajan a toda su capacidad, produciendo setecientas cincuenta toneladas de metal Rearden por horno y por día. Entre los dos, poseemos, pues, ochenta altos hornos, con una totalidad de producción de veintisiete mil toneladas, lo que representa 337,5 toneladas por horno. Produciendo quince mil toneladas diarias, se me pagará como si sólo produjera 6.750, mientras Boyle, produciendo doce mil, recibirá el equivalente a 20.250. No tengo en cuenta a los otros miembros del fondo común, porque no influirán más que en rebajar aún más el porcentaje, ya que la mayoría de ellos trabajan peor que Boyle, y ninguno produce tanto como yo. ¿Cuánto tiempo creen que voy a durar bajo ese plan?

No hubo respuesta; luego Lawson exclamó súbitamente con ciega expresión de rectitud:

—¡En tiempos de peligro nacional es su deber servir, sufrir y trabajar para la salvación del país!

—No comprendo de qué modo el transferir mis ganancias al bolsillo de Orren Boyle contribuirá a salvar el país.

—¡Hay que soportar determinados sacrificios en beneficio de la patria!

—No comprendo por qué Orren Boyle es más «patria» que yo.

—¡Oh! No es un asunto que ataña exclusivamente a míster Boyle. Se trata de algo muy amplio, que abarca a más de una persona. Hay que proteger los recursos naturales y las fábricas y proteger todas las instalaciones industriales del país. No podemos permitir la ruina de una organización tan importante como la de míster Boyle. La nación la necesita.

—Yo creo —dijo Rearden lentamente —que el país me necesita a mí mucho más que a Orren Boyle.

—¡Desde luego! —exclamó Lawson con entusiasmo—. El país le necesita a usted, míster Rearden. Se da cuenta, ¿verdad?

Pero el ávido placer de Lawson ante aquella fórmula familiar de auto-inmolación, desapareció bruscamente al escuchar la voz de Rearden, una voz fría, de comerciante, al responder:

—Sí me doy cuenta.

—No se trata sólo de Boyle —insistió Holloway, suplicante—. La economía nacional no está en condiciones de soportar, en los instantes actuales, una dislocación de gran alcance. Hay millares de obreros en las fábricas de Boyle y también proveedores y clientes. ¿Qué les ocurrirá si la «Associated Steel» se arruina?

—¿Y qué sucederá a los millares de mis obreros, proveedores y clientes si soy yo el que se hunde?

—¿Usted, míster Rearden? —preguntó Holloway, incrédulo—. ¡Pero si es el industrial más rico, seguro y fuerte con que el país cuenta en este momento!

—¿Y qué puede ocurrir en un instante próximo?

—¿Cómo?

—¿Cuánto tiempo creen ustedes que podré seguir produciendo con pérdida?

—¡Oh, míster Rearden! ¡Tengo plena confianza en usted!

—¡Al diablo con su confianza! ¿Cómo quieren que lo haga?

—¡Ya encontrará algún modo!

—¿Cómo?

No hubo respuesta.

—No podemos teorizar sobre el futuro —exclamó Wesley Mouch —cuando existe un colapso inmediato que evitar. ¡Hemos de salvar la economía nacional! ¡Hemos de hacer algo!

La imperturbable mirada de curiosidad de Rearden le hizo perder los estribos.

—¿Es que tiene alguna solución mejor para ofrecernos?

—Desde luego —contestó Rearden en seguida—. Si es producción lo que desean, déjenos el camino libre; echen a la papelera sus condenadas disposiciones y permitan que Orren Boyle se arruine y déjenme comprar la «Associated Steel». A partir de este momento, cada uno de sus sesenta hornos producirá un millar de toneladas diarias.

—¡Oh! Pero es que… no podemos —jadeó Mouch—. Se trataría de un monopolio.

Rearden se rió levemente.

—De acuerdo —dijo con indiferencia—. En este caso, permitan que el superintendente de mis hornos sea quien haga la compra. Realizará el trabajo mejor que Orren Boyle.

—¡Oh! Eso representaría permitir a los fuertes aprovecharse de los débiles. ¡No podemos consentirlo!

—Entonces no hablen de salvar la economía nacional.

—Todo cuanto deseamos es… —se interrumpió.

—Todo cuanto desean es producción sin hombres capaces de producir, ¿verdad?

Eso es… eso es pura teoría. Una exageración teórica. Lo que pretendemos es un ajuste temporal.

—Llevan ustedes años haciendo estos ajustes temporales. ¿No se dan cuenta de que no les queda ya más tiempo?

—Eso es sólo… —su voz se fue apagando, hasta dejar de oírse.

—Bien, fíjese en esto —dijo precavidamente Holloway—. No se trata de que míster Boyle sea realmente… débil. Míster Boyle es un hombre de gran inteligencia. Lo que ocurre es que ha sufrido algunos reveses desafortunados, por completo imposibles de controlar. Había invertido enormes sumas en un proyecto de gran amplitud, mediante el que asistir a los países económicamente débiles de Sudamérica, y el golpe sufrido con el cobre le ha representado un grave quebranto financiero. Se trata sólo de darle la oportunidad de reponerse, de tenderle una mano que ayude a salvar ese bache; un poco de ayuda temporal, nada más. Todo cuanto hemos de hacer es nivelar los sacrificios y a partir de entonces todo el mundo se recuperará y prosperará.

—Están ustedes nivelando los sacrificios desde hace más de cien… —se detuvo —desde hace más de mil años —continuó Rearden lentamente —¿No se dan cuenta de que se hallan al final del camino?

—¡Eso es sólo teoría! —exclamó Wesley Mouch. Rearden sonrió.

—Conozco sus procedimientos —dijo blandamente—. Ahora son sus teorías las que trato de comprender.

No dejaba de intuir que el motivo específico, oculto tras el insensato plan, era Orren Boyle. Sabía que un intrincado mecanismo, operado por la extorsión, la amenaza, la presión y el chantaje, un mecanismo similar a una maquina calculadora irracional que se hubiera vuelto loca realizando operaciones insensatas, había contribuido a incrementar la presión ejercida por Boyle sobre aquellos hombres a fin de forzarles a la entrega de la última pieza de su saqueo. Sabía también que Boyle no era la causa de ello ni el elemento esencial a considerar. Tratábase tan sólo de un oportunista que utilizaba, aunque sin haberla construido, la máquina infernal que ponía en peligro el mundo. No había sido Boyle quien la hizo posible, ni tampoco ninguno de los hombres reunidos en aquella habitación. Todos viajaban en una máquina sin conductor; eran seres temblorosos, convencidos de que su vehículo acabaría despeñándose en un abismo. Y no era amor o miedo hacia Boyle lo que les hacía aferrarse a su ruta y seguir avanzando, sino algo distinto; un elemento innominado que conocían, pero que trataban de evitar; algo que nada tenía que ver con la reflexión o la esperanza; algo que Rearden identificaba como cierta expresión en sus rostros; una expresión furtiva que parecía decir: «Puedo salir del paso». «¿Por qué?» pensó. «¿Por qué creen conseguirlo?»

—¡No podemos permitirnos teorías! —exclamó Wesley Mouch—. Hemos de actuar.

—Bien. Entonces voy a ofrecerles otra solución. ¿Por qué no se incautan de mis fundiciones y se encargan de su funcionamiento?

La sacudida que les estremeció fue producto de un auténtico temor.

—¡Oh! ¡No! —jadeó Mouch.

—¡No podemos pensar en ello siquiera! —exclamó Holloway.

—¡Somos partidarios de la empresa libre! —gritó el doctor Ferris.

—¡No queremos perjudicarle! —añadió Lawson, alterado—. Somos amigos suyos. ¿No podríamos actuar juntos? Somos amigos suyos.

Al otro lado del recinto se encontraba una mesa con un teléfono, la misma mesa probablemente y también idéntico teléfono. De pronto, Rearden creyó ver la convulsa figura de un hombre inclinado sobre aquél; un hombre que entonces comprendiera lo que él, Rearden, empezaba ahora a comprender; un hombre esforzándose en rehusarle la petición que ahora él rehusaba a los actuales ocupantes del aposento. Vivían el final de aquella lucha; contemplaba el rostro torturado de un hombre elevándose para mirarlo de frente, mientras una voz desesperada le decía: «Míster Rearden, le juro… por la mujer que amo… que soy amigo suyo».

Tal fue la escena a la que entonces calificó de traición y tal el hombre al que había rechazado, con el fin de seguir sirviendo a los que ahora se enfrentaban a él. ¿Quién había sido el traidor? Lo pensó casi sin sentir nada, sin derecho a sentir, inconsciente de todo lo que no fuera una solemne y reverente claridad. ¿Quién había optado por otorgar a sus actuales ocupantes los medios para hallarse en el interior de aquel recinto? ¿A quién había sacrificado y en provecho de quién?

—¡Míster Rearden! —gimió Lawson.

—¿Qué le ocurre?

Volvió la cabeza y, al percibir las pupilas de Lawson mirándolo temeroso, adivinó lo que éste había visto en su cara.

—¡No queremos ocupar sus fundiciones! —gritó Mouch.

—i No queremos desposeerlo de lo que es suyo! —exclamó el doctor Ferris—. ¿No nos comprende usted?

—Empiezo a comprenderles.

Se dijo que un año atrás lo hubieran fusilado; dos años atrás habrían confiscado sus propiedades; generaciones antes» hombres de su calaña se habían podido permitir el lujo de cometer expropiaciones y asesinatos, con la seguridad de pretender ante sí mismos y ante sus víctimas que el botín material era su único objetivo. Pero el tiempo se les estaba acabando y las víctimas habían desaparecido antes de lo que pudiera prometer cualquier cálculo histórico del tiempo. Ellos, los saqueadores, se encontraban ahora en la necesidad de enfrentarse a la realidad indiscutible de su meta.

—Escuchen, caballeros —dijo Rearden, cansado—. Sé lo que desean. Quieren devorar mis fundiciones y al propio tiempo disponer de ellas. Pero yo pretendo saber lo siguiente: ¿Qué les hace suponer que tal cosa es posible?

—No sé a qué se refiere —repuso Mouch en tono ofendido—. Ya hemos dicho que no queremos sus hornos.

—Bien. Lo repetiré de un modo más preciso. Quieren devorarme y al mismo tiempo disponer de mí. ¿Cómo han pensado lograrlo?

—No sé cómo puede decir tal cosa, luego de haberle asegurado que lo consideramos elemento de importancia incalculable para el país, para la industria del acero, para…

—Le creo. Por eso este enigma resulta más difícil. ¿Me consideran de importancia incalculable para el país? ¡Diantre! Lo que me consideran es de importancia incalculable para sus propias cabezas. Permanecen ahí sentados, temblorosos, porque saben que soy el único capaz de salvarles la vida, y porque saben también que queda poco tiempo. Sin embargo, proponen un plan para destruirme; un plan que me exige, sin lugar a dudas, a rodeos o escapatorias, que trabaje con pérdida. Que trabaje aunque cada tonelada que consiga me cueste más de lo que sacaré de ella; que dé al traste con mi riqueza, hasta que todos nos muramos de hambre juntos. Semejante irresponsabilidad no es posible en hombre alguno, ni siquiera en un saqueador. Mas para ello han de contar ustedes con algo. ¿Con qué?

Observó la mirada de fastidio que se pintaba en sus caras; una expresión peculiar, dotada de cierto aire secreto y al propio tiempo resentido, como si, increíblemente, fuese él quien les ocultara algo.

—No comprendo por qué adopta una actitud tan derrotista —dijo de pronto Mouch.

—¿Derrotista? ¿Creen verdaderamente que puedo seguir trabajando bajo ese plan?

—¡Se trata de una medida temporal!

—No existen suicidios temporales.

—¡Sólo se ejercerá mientras dure la situación de urgencia! ¡Sólo hasta que el país se recupere!

—¿Y cómo quieren que ocurra tal recuperación? No hubo respuesta.

—¿Cómo esperan que yo produzca, luego de haberme arruinado?

—No se arruinará. Producirá usted siempre —dijo el doctor Ferris indiferente, ni alabándolo ni increpándolo, simplemente en el tono de quien declara un hecho vulgar, cual si hubiera dicho a otro: «Siempre serás un holgazán»—. No puede evitarlo. Lo lleva en la sangre. O, para ser más científico, está usted condicionado de ese modo.

Rearden se irguió. Era cual si hubiese estado luchando por encontrar la combinación secreta de una cerradura y, de pronto, en aquellas palabras, hubiera distinguido el leve chasquido indicador de que el primer cilindro acaba de encontrar su emplazamiento.

—Se trata simplemente de una manera de capear la crisis —indicó Mouch—. De dar un respiro al pueblo, una posibilidad de recuperar le perdido.

—¿Y luego?

—Las cosas mejorarán.

—¿Cómo?

No hubo respuesta.

—¿Qué las mejorará? Silencio.

—¿Quién las mejorará?

—¡Cielos, míster Rearden! La gente no permanece estancada —exclamó Holloway—. Todo el mundo obra, crece, avanza.

—¿Qué gente?

Holloway agitó levemente la mano.

—La gente —dijo.

—Pero ¿qué gente? ¿Aquellos a quienes ustedes van a proporcionar el último acero Rearden sin conseguir nada a cambio? ¿La gente que seguirá consumiendo más de lo que produce?

—Las condiciones variarán.

—¿Quién las variará? No hubo respuesta.

—¿Les queda algo por saquear? Si antes no se dieron cuenta de la naturaleza de su política, tampoco es posible que lo hagan ahora. Miren a su alrededor. Todos esos malditos Estados populares desparramados por la tierra, han venido existiendo tan sólo gracias a las entregas de esta nación. Pero no les queda ya nada que exprimir o de lo que valerse. No queda país; alguno productor sobre la superficie de la tierra. Éste era el mayor y ha sido el último. Lo han dejado sin sangre. Lo han ordeñado de manera total. De todo su irrecuperable esplendor, yo soy el único y último resto. ¿Qué harán ustedes y su mundo de Estados populares cuando hayan acabado conmigo? ¿En qué confían? ¿Qué ven en el futuro, excepto pura y simple hambre animal?

No contestaron. No lo miraban siquiera. En sus caras se pintaba un obstinado resentimiento, como si sus palabras contuvieran la súplica de un mentiroso.

Luego Lawson dijo suavemente, reprochándole aquello y despreciándolo a la vez;

—Después de todo, ustedes los negociantes llevan años y años prediciendo desastres. Han hablado de catástrofe luego de cada medida progresiva, y siempre aseguraron que pereceríamos. Pero no es así.

Inició una sonrisa, pero la contuvo al observar la repentina intensidad que se pintaba en las pupilas de Rearden.

Henry había escuchado otro leve chasquido en su mente, un chasquido más fuerte que el anterior, cual si el segundo cilindro conectara los circuitos de la cerradura. Se hizo hacia delante.

—¿Con qué cuentan? —preguntó.

Su tono había cambiado; ahora era bajo y sonaba de un modo regular con el sonido persistente de una perforadora.

—¡Tan sólo se trata de ganar tiempo! —exclamó Mouch.

—Ya no queda tiempo que ganar.

—Necesitamos una oportunidad —dijo Lawson.

—Ya no hay oportunidades.

—¡Sólo hasta que nos recobremos! —gritó Holloway.

—No hay modo de recobrarse.

—Hasta que nuestra política empiece a dar resultado —intervino el doctor Ferris.

—No hay modo de conseguir que una cosa irracional dé resultado. —No hubo respuesta —. ¿Qué puede ya salvarles?

—¡Usted hará algo! —exclamó James Taggart.

Aunque se tratara de una frase escuchada muchas veces en el transcurso de su vida, percibió un estallido ensordecedor dentro de sí, como si una puerta de acero se hubiese abierto luego de colocarse en su sitio el cilindro final; completando con su minúscula numeración, la suma con la que libertar la intrincada cerradura. La respuesta unía todas las piezas, tanto las preguntas formuladas como las heridas sin resolver en su existencia.

En el momento de silencio que siguió, tuvo la impresión de escuchar la voz de Francisco preguntándole tranquilamente, en la sala de baile de aquel mismo edificio, y preguntándolo también entonces, en el recinto en que se ¿aliaban: «¿Quién es el más culpable de los aquí reunidos?» Oyó su propia respuesta pasada: «Supongo que… James Taggart» y la voz de Francisco diciendo, sin reproche: «No, míster Rearden; no es James Taggart». Pero allí, en aquel recinto y en aquel instante, su mente respondió: «Soy yo».

Aunque hubiera maldecido a los saqueadores por su obstinada ceguera, fue él quien la hizo posible. Desde la primera extorsión que aceptó, desde la primera directriz que obedeció, les había dado motivos para creer que la realidad era algo a lo que podían engañar, que podía exigirse lo irracional y que alguien lo aportaría de un modo u otro. Si había aceptado la ley de igualdad en las oportunidades, si había aceptado la directriz 10-289, si había acatado la ley según la cual quienes no igualaban sus cualidades tenían el derecho a disponer de las mismas, si aquellos que no habían sabido ganarse la vida obtenían beneficios, y en cambio los otros sólo sufrían pérdidas, si los incapaces de pensar eran quienes mandaran y los otros quienes obedecieran…, ¿se cometía una falta de lógica al creer que vivían en un universo irracional? Había obrado en beneficio de ellos y había aportado lo que le pidieron. ¿Eran ilógicos al creer que sólo tenían que desear, desear sin preocuparse de las posibilidades, mientras él estaba destinado a cumplir dichos deseos por medios que no se tomaban la molestia de conocer ni de nombrar? Aquellos impotentes místicos, forcejeando por escapar a la responsabilidad de la razón, sabían que él, el racionalista, se doblegaba a sus caprichos, que les había entregado un cheque en blanco sobre la realidad… Ni él debía preguntar por qué, ni ellos cómo. Le pedirían la entrega de una parte de su riqueza, luego todo cuanto poseyera y más tarde incluso más que esto… ¿Imposible?… No. Él haría algo.

No se daba cuenta de que se había puesto en pie súbitamente y de que contemplaba desde su altura a James Taggart, viendo en la acusada descomposición de sus facciones la respuesta a todas las destrucciones presenciadas en el curso de su vida.

—¿Qué le ocurre, míster Rearden? ¿Qué he dicho? —preguntaba Taggart con creciente ansiedad; pero él se hallaba fuera del alcance de su voz.

Estaba contemplando el paso de los años, las monstruosas extorsiones, las imposibles demandas, las inexplicables victorias del mal, los absurdos planes y los ininteligibles objetivos proclamados en volúmenes de fangosa filosofía. La desesperada perplejidad de las víctimas, según las cuales, alguna sabiduría malevolente y compleja movía las fuerzas destructoras del mundo. Y todo ello había descansado sobre una condición evidenciada ahora en las vacilantes pupilas de los vencedores: «¡Él hará algo…! ¡Saldremos del apuro! ¡Él hará algo!…»

«Ustedes, los negociantes, no hacen más que predicar que pereceremos; pero no ha ocurrido así»…, pensó. No habían sido ciegos a la realidad, pero él sí, ciego a la realidad que él mismo se había creado. No, no habían perecido. ¿Quién lo hizo? ¿Quién pereció para pagar aquella supervivencia? Bilis Wyatt… Ken Danagger… Francisco d'Anconia.

Alargaba la mano hacia su sombrero y su gabán, cuando observó que los reunidos intentaban detenerle. En sus caras se pintaba el pánico y sus voces exclamaban con asombro: «¿Qué le ocurre, míster Rearden?… ¿Por qué?… ¿Por qué obra así?… ¿Qué hemos dicho?… ¡No se irá usted!… ¡No puede irse!… ¡Es demasiado pronto!… ¡Todavía no! ¡Oh, todavía no! Le pareció cual si los viera desde la ventanilla trasera de un expreso en marcha, cual si se hallaran en la vía agitando los brazos en inútiles gestos y profiriendo palabras incoherentes, mientras sus figuras se iban empequeñeciendo más y más y sus voces se desvanecían en la distancia.

Uno de ellos trató de detenerlo cuando se volvía hacia la puerta. Lo apartó de su camino, pero no bruscamente, sino con un sencillo y suave empujón, del mismo modo que se aparta una cortina, y salió.

El silencio fue la única sensación de que tuvo conciencia, mientras permanecía sentado al volante de su automóvil, regresando a toda velocidad a Filadelfia. Era el silencio de su inmovilidad interna, cual si, poseyendo el conocimiento de las cosas, pudiera ahora permitirse descansar sin ninguna ulterior actividad del alma. No sentía nada: ni angustia, ni exaltación. Era como si, por un esfuerzo de años, hubiera trepado a una montaña para conseguir una visión distante, y luego de alcanzada la cima se hubiera desplomado para permanecer inmóvil, para descansar, antes de contemplar el panorama en libertad total, permitiéndose por vez primera un momento de descanso.

Se daba cuenta de la larga y vacía carretera extendiéndose ante él, luego curvándose y luego volviendo a aparecer como una línea recta; de la presión suave de sus manos en el volante y del chirriar de los neumáticos en las curvas cerradas. Pero le parecía deslizarse por un camino suspendido en el espacio.

Los transeúntes con que se tropezó al cruzar ante las fábricas y atravesar los puentes o las centrales eléctricas a lo largo de la carretera, pudieron ver algo que en cierta ocasión fue natural para ellos: un automóvil esbelto y potente, dirigido por un hombre confiado, con el concepto del éxito evidenciado en él más ostensiblemente que mediante un anuncio eléctrico, proclamándose en sus ropas, en sus expertas maniobras y en su velocidad acelerada. Lo vieron pasar y desaparecer en la neblina que igualaba la tierra con la noche.

Sus fundiciones se levantaron en las tinieblas como una negra silueta, contra un resplandor dotado de respiración. El resplandor adoptaba el tono del oro fundido y las palabras «Rearden Steel» aparecían escritas sobre el cielo, en el frío y blanco fuego de cristal.

Contempló las curvas de los altos hornos levantándose como arcos triunfales; las chimeneas cual solemne columnata en avenida, que honrase a una ciudad imperial; los puentes colgando como guirnaldas; las grúas saludando como lanzas; el humo oscilando lentamente, igual que una bandera. Aquella visión rompió la tranquilidad que le

inundaba. Sonrió a modo de saludo, con una sonrisa de felicidad, de amor y abnegación. Nunca había amado sus fundiciones como en aquel momento, porque al verlas por un acto de visión propia, libre de todo, excepto de su código de valores personal, en una luminosa realidad incapaz de contener contradicciones, veía la razón de su amor: los hornos eran un logro de su espíritu y prestaban alegría a su existencia, irguiéndose en un mundo racional poblado por hombres racionales. Si aquellos hombres habían desaparecido, si aquel mundo no existía ya, si los hornos habían cesado de servir a sus propios valores, entonces todo ello no era más que un montón de chatarra que debería dejarse desplomar cuanto antes mejor; que debería abandonar, pero no como acto de traición, sino como acto de lealtad a su actual significado.

Los hornos se encontraban todavía a una milla de distancia cuando una leve llamarada atrajo su atención. Entre todas las tonalidades de fuego en la vaga extensión de estructuras, distinguía en seguida lo anormal y lo fuera de lugar. En aquella ocasión se trataba de un brusco resplandor amarillento que había surgido de un lugar en que el fuego no tenía razón de existir: de una estructura junto a la verja principal.

Al instante escuchó la seca detonación de una escopeta y luego tres explosiones más en rápida sucesión, cual si una mano airada abofetease a un repentino atacante.

Luego, la negra masa que cortaba la carretera en la distancia cobró forma. Ya no era simple obscuridad, ni retrocedía conforme él se acercaba. Pudo ver a una muchedumbre combatiendo ante la puerta, intentando asaltar el recinto.

Tuvo tiempo para distinguir brazos agitados, manos esgrimiendo palos y barrotes, y algunas incluso fusiles; las amarillentas llamas surgían por la ventana de la portería; los azulados destellos de los disparos brotaban de la muchedumbre y las respuestas llegaban desde los tejados de las estructuras. Tuvo tiempo para ver a una figura humana en el momento de retorcerse y caer hacia atrás, desde el techo de un automóvil. Luego las ruedas del suyo chirriaron al tomar una violenta curva y sumergirse en las tinieblas de una carretera lateral.

Avanzaba a sesenta millas por hora por una superficie sin pavimentar, hacia la puerta oriental de las fundiciones. Se hallaba ya a su vista cuando el impacto de los neumáticos en un bache arrojó al automóvil fuera del camino hasta el borde de un barranco en cuyo fondo yacía un montón de escoria. Con el peso del pecho y del codo sobre el volante, apoyado contra las dos toneladas de metal en marcha, la curva de su cuerpo obligó a aquél a completar la que estaba describiendo en el camino, terminando el chirriante semicírculo y situándose de nuevo en su lugar, bajo el control. de sus manos. Todo había ocurrido en un instante, pero al siguiente, su pie apretó con toda fuerza el freno, obligando al vehículo a detenerse porque, en el momento en que la luz de los faros pasaba sobre el barranco, pudo distinguir una forma alargada, más obscura que el gris de los helechos, sobre la pendiente, y le había parecido que se trataba de un ser humano en demanda de ayuda.

Quitándose el gabán, se apresuró a descender hasta allí; los terrones cedían bajo sus pies, y tenía que agarrarse al seco ramaje de los arbustos, medio corriendo, medio deslizándose hacia aquella forma alargada que ahora distinguía perfectamente y que, en efecto, era un cuerpo. Unas cuantas mechas de algodón pasaron ante la cara de la luna. Pudo ver tan sólo la blancura de una mano y la forma de un brazo extendido sobre los arbustos; pero el cuerpo estaba inmóvil, sin señales de vida.

—Míster Rearden…

Era un murmullo que se esforzaba en elevarse a gritos. El terrible sonido del anhelo combatiendo contra una voz que sólo podía surgir en forma de gemido de dolor.

No supo qué sucedió primero; le pareció sentir una única impresión: la idea de que aquella voz le resultaba familiar. Un rayo de luz rompió el algodón de las nubes, mientras

él caía de rodillas junto al óvalo blanco de una cara que reconoció en seguida. Pertenecía a la «nodriza».

Notó cómo la mano del muchacho se aferraba a la suya con la anormal fortaleza de la agonía, mientras él escrutaba las torturadas líneas de su rostro, los pálidos labios, los ojos vidriosos y el delgado brillo de sangre que surgía de un obscuro agujerito demasiado próximo al lugar peligroso, en el costado izquierdo de su pecho.

—Míster Rearden… he intentado detenerles… quería salvarle…

—¿Qué le ha sucedido, muchacho?

—Dispararon contra mí para que no hablara… Quería impedir… —Su mano se agitó en dirección al rojo resplandor que iluminaba el cielo —lo que están haciendo… Llegué demasiado tarde, pero he intentado… he intentado… y… y todavía puedo… hablar… Escúcheme; pretenden…

—Necesita ayuda. Lo llevaré a un hospital y…

—¡No! ¡Espere! No creo… que me quede mucho tiempo y… tengo que decirle… Escúcheme, ese motín… ha estallado… por orden de Washington… No son obreros, no son los obreros de usted… sino muchachos nuevos y… un grupo de sinvergüenzas alquilados con dicho propósito… No crea una palabra de cuanto le digan acerca de esto… Fue preparado de antemano… Es una de sus condenadas intrigas… ¿¡

Había en la cara del muchacho la misma desesperada intensidad de quien combate en una cruzada. Su voz parecía extraer vida de un combustible que ardiese en quebrados chispazos, y Rearden comprendió que la mayor ayuda que podía prestarle era escuchar.

—Han… han conseguido un plan de Unificación de los Aceros… y necesitan una excusa para implantarlo… porque saben que el país no lo aceptará… y que usted tampoco… Temen que sea excesivo… Se trata de un plan para despellejarlo vivo y… quieren hacer creer que usted mata de hambre a sus obreros… que éstos se han vuelto locos, que no puede controlarlos… y que el gobierno ha de intervenir para protegerle y para proteger la seguridad pública… Ése será su objetivo, míster Rearden…

Rearden se había dado cuenta de que el muchacho tenía las manos heridas, que el fango y la sangre se secaban en sus palmas y en sus ropas. Grises manchas de polvo aparecían en sus rodillas y estómago, mezclándose a las hojas punzantes de los matorrales espinosos. En los intermitentes espacios de luz vio también el rastro de helechos aplastados y algunas manchas brillantes en la obscuridad del barranco. Le horrorizó pensar que se hubiese arrastrado durante tanto trecho.

—No quieren que usted aparezca aquí esta noche, míster Rearden… No quieren que presencie su «rebelión del pueblo»… Después… ya sabe cómo se las arreglan para obtener evidencia… no habrá una historia clara… sino que esperan engañar al país… y a usted… asegurando que actúan para protegerle de la violencia… ¡No permita que se salgan con la suya, míster Rearden!… Diga al país… cuente al pueblo… revele a los periódicos… que yo se lo he contado… Estoy dispuesto a jurarlo… Esto lo convierte en legal, ¿verdad?… ¿verdad?… Esto le da una oportunidad.

Rearden oprimió las manos del muchacho.

—Gracias —le dijo.

—Siento… siento haber llegado tarde, míster Rearden, pero… pero no pude enterarme de ello hasta el último instante… hasta que se inició… Me llamaron a una «conferencia estratégica»… Había en ella un tal Petera… de la Oficina de Unificación… Es un monigote de Tinky Holloway, quien a su vez lo es de Orren Boyle… Lo que querían de mí… era que firmara cierto número de pases… para dejar entrar a algunos de esos rufianes… a fin de que los disturbios empezaran desde dentro y desde fuera al mismo tiempo… Para que pareciese como si realmente sus obreros… Pero rehusé.

—¿Rehusó usted? ¿Después de haberle enterado de su juego?

—Naturalmente… míster Rearden… ¿Cree que podía prestarme a esa clase de juego?

—No, desde luego. Comprendo que no. Y entonces…

—¿Qué?

—Entonces fue cuando usted intervino.

—¡Tenía que hacerlo!… No iba a consentir que destruyeran la fundición, ¿verdad?… ¿Cuánto tiempo iba a impedir que el peligro se cerniera sobre mí? ¿Hasta que le rompieran a usted la cabeza?.:. ¿Qué haría con la mía si tenía que salvarla de ese modo? … Usted… usted me comprende, ¿verdad, míster Rearden?

—Sí, le comprendo.

—Rehusé firmar eso… y salí del despacho… Corrí en busca del superintendente… para contárselo todo… pero no lo pude encontrar… Luego oí disparos en la puerta principal y comprendí que todo había empezado… Traté de telefonearle… pero los alambres estaban cortados… Corrí hacia mi automóvil, porque quería encontrarme con usted o avisar a un policía o a un periodista o a alguien… pero debieron seguirme… y me dispararon… en el aparcamiento… desde atrás… Sólo recuerdo que caí y… y luego, al abrir los ojos, vi que me habían arrojado aquí… sobre el montón de escoria…

—¿Sobre el montón de escoria? —preguntó Rearden lentamente, dándose cuenta de que se hallaba treinta metros más abajo.

El muchacho hizo una señal de asentimiento, mientras señalaba vagamente las tinieblas.

—Sí… ahí abajo… Pero yo… empecé a arrastrarme… porque quería… quería sobrevivir hasta haber contado a alguien todo esto, para que lo pudieran comunicar a usted. —Sus facciones, contraídas por el dolor, se suavizaron de improviso al sonreír. En su voz sonaba un inmenso triunfo, cuando añadió—: Lo he conseguido. —Luego irguió la cabeza y preguntó, como un chiquillo asombrado ante un descubrimiento que no esperaba —: Mister Rearden, ¿es esto lo que se siente… cuando se desea algo… desesperadamente… y por fin se consigue?

—Sí, muchacho; esto es lo que se siente. —La cabeza del joven cayó sobre el brazo de Rearden; sus ojos se cerraron y su boca se aflojó como quien intenta prolongar un instante de profundo alivio—. Esto no puede acabar así. Sigue vivo y resiste hasta que lleguemos donde haya un médico…

Estaba incorporando al muchacho con grandes precauciones, pero una convulsión de dolor crispó el rostro de aquél y su boca se curvó, cual si retuviera un grito. Rearden tuvo que depositarlo de nuevo en el suelo.

El muchacho movió la cabeza, a la vez que le miraba cual si le pidiese perdón.

—No es posible, míster Rearden… No me puedo engañar… Sé que he terminado.

Y cual si no quisiera admitir la compasión hacia sí mismo, añadió, recitando una lección aprendida de memoria, mientras intentaba prestar a su voz el viejo y cínico tono intelectual de otros tiempos: —¿Qué importa, míster Rearden?… El hombre es sólo una colección de… ingredientes químicos condicionados… y su muerte no es distinta… a la de un animal.

—Usted sabe muy bien que no es así.

—Sí —murmuró—. Sí. Lo sé.

Su mirada se extendió por la obscuridad y luego se posó en la cara de Rearden. Sus ojos expresaban desamparo, anhelo y un infantil asombro.

—Sé… que todo cuanto nos enseñaron es mentira… Todo cuanto nos decían… acerca de la vida o… de la muerte… La muerte… no es nada para los elementos químicos, pero… —Se detuvo, y una desesperada protesta se pintó en la intensidad de su voz al añadir—:

Pero para mí sí… Y… creo que también es diferente de la de un animal… Pero ellos dicen que no existen valores… sino sólo costumbres sociales… ¡No hay valores! —Su mano se aferró ciegamente al agujero de su pecho, como si intentara retener lo que estaba perdiendo—. No… hay… valores…

Sus ojos se abrieron aún más con la súbita calma de una sinceridad total.

—Me gustaría vivir, míster Rearden. ¡Dios sabe cómo me gustaría! —Su voz era apasionadamente tranquila—. No porque me esté muriendo… sino porque precisamente esta noche he descubierto lo que realmente significa estar vivo… Y… es divertido… ¿Sabe usted cuándo lo he descubierto?… En la oficina… cuando dije a esos bastardos que se fueran al diablo… Son tantas las cosas que me hubiera gustado saber antes… Pero… de nada sirve lamentar el líquido que ha sido derramado. —Observó la involuntaria mirada de Rearden hacia el aplanado rastro que se perdía en el barranco y añadió—: Sobre ninguna cosa derramada, míster Rearden.

—Escúcheme —dijo Rearden con energía—. Quiero que me haga un favor.

—¿Ahora, míster Rearden?

—Sí.

—Desde luego… si es que puedo.

—Me ha hecho usted un gran favor esta noche, pero ha de hacerme todavía otro mayor. El haber trepado hasta aquí desde el montón de escoria es una hazaña. ¿Quiere intentar otra? Usted estaba dispuesto a morir para salvar mi fundición. ¿Quiere hacer un esfuerzo y vivir para mí?

—¿Para usted, míster Rearden?

—Sí, para mí. Porque yo se lo pido. Porque así lo deseo. Porque usted y yo tenemos todavía una gran distancia que recorrer.

—¿Significa esto… significa algo importante para usted, míster Rearden?

—Sí. ¿Quiere hacerse a la idea de que tiene que vivir… del mismo modo que cuando se hallaba sobre el montón de escoria? ¿Qué tiene que perdurar y seguir alentando? ¿Quiere esforzarse en ello? Pretendió librar mi batalla. ¿Quiere librar esta otra conmigo?

Notó cómo la mano del muchacho lo apretaba con el violento anhelo de una muda respuesta. Su voz era sólo un murmullo al contestar:

—Lo intentaré, míster Rearden.

—Voy a llevarlo hasta donde haya un médico. Tranquilícese. Tómeselo con calma y deje que lo levante.

—Sí, míster Rearden.

Con un repentino esfuerzo el muchacho se incorporó, hasta apoyarse sobre un codo.

—Calma, calma, Tony.

Vio un leve resplandor en la cara del joven, una tentativa para sonreír a su antigua manera imprudente y sincera.

—¿Ha desaparecido el «no-absoluto»? —preguntó.

—No existe más. Es usted ahora un absoluto total y lo sabe muy bien.

—Sí. Conozco a varios de ellos. He aquí uno. —Señaló a la herida de su pecho—. Un absoluto, ¿verdad? Y…'. —continuó hablando mientras Rearden lo levantaba por imperceptibles segundos y pulgadas, hablando como si la temblorosa intensidad de sus palabras constituyera un anestésico al dolor —y los hombres no pueden vivir… si unos condenados bastardos… como los de Washington… se salen con la suya en cosas… como la que están haciendo esta noche… Si todo se convierte en una nauseabunda

farsa… y nada es verdadero, y nadie es nadie… los hombres no pueden vivir… Eso es algo categórico, ¿verdad?

—Sí, Tony, categórico.

Rearden se fue poniendo en pie, luego de un largo y cauteloso esfuerzo. Pudo observar el torturado espasmo que estremecía las facciones del joven, conforme lo apoyaba lentamente contra su pecho como a un niño sostenido en sus brazos, pero el espasmo se convirtió en un nuevo eco de su impudente mueca en el momento de preguntar:

—¿Quién es ahora la «nodriza»?

—Creo que yo.

Rearden dio los primeros pasos pendiente arriba por el suelo movedizo, con el cuerpo tensado en la tarea de absorber los movimientos en beneficio de su frágil cargamento. En la tarea de mantener una firme progresión allí donde en ocasiones no contaba con una base firme sobre la que asentar los pies.

La cabeza del muchacho descansaba sobre el hombro de Rearden de un modo vacilante, cual si lo considerase presunción. Hank se inclinó y puso sus labios sobre aquella frente cubierta de polvo.

El muchacho se estremeció, levantando la cabeza en una actitud de incrédulo e indignado asombro.

—¿Sabe lo que ha hecho? —murmuró como si no pudiese comprender lo que aquello significaba para él.

—Recline la cabeza —dijo Rearden —y lo haré de nuevo.

El muchacho obedeció y Rearden lo besó en la frente, como un padre al reconocer el valor de su hijo en la batalla.

El muchacho continuaba inmóvil, con la cara oculta aferrándose a los hombros de su protector. Luego, sin producir sonido alguno, mostrándolo tan sólo en unos débiles, espaciados y rítmicos latidos, dio a entender a Rearden que estaba llorando, llorando en sumisión total, admitiendo todas aquellas cosas que no podía expresar en palabras.

Rearden continuó su lenta ascensión paso a paso, luchando para asentar firmemente los pies sobre los movedizos helechos, los montones de polvo, los pedazos de escoria y los restos de una época que parecía ya muy distante. Continuó hacia la línea donde el rojo resplandor de sus hornos marcaba el borde del barranco. Sus movimientos eran el compendio de una lucha feroz pero que, no obstante, había de adoptar la forma de un fluir suave y regular.

No oyó sollozos, pero sí seguía percibiendo el rítmico agitarse de aquel cuerpo, y. a través de la tela de su camisa, en lugar de lágrimas, notó el leve, cálido y líquido gotear de la herida, como consecuencia del continuo estremecerse. Supo que la fuerte presión de sus brazos era la única respuesta que el muchacho podía ahora comprender y sostuvo su cuerpo tembloroso como si la fuerza de sus brazos pudiera transmitir parte de su aliento vital a unas arterias que cada vez latían con menos fuerza.

Luego los sollozos cesaron y el muchacho levantó la cabeza. Su cara parecía más pálida y flaca, pero sus pupilas brillaban intensamente y miró a Rearden haciendo acopio de fuerzas para hablar.

—Míster Rearden… yo… siempre le he apreciado mucho.

—Lo sé.

Las facciones del joven carecían ya de la fuerza suficiente para formar una sonrisa, pero fue precisamente una sonrisa la que habló en su mirada al fijarse en la cara de Rearden, al ver aquello que no supo había estado buscando durante el breve lapso de su vida,

buscándolo como la imagen representativa de lo que no supo constituía el compendio de sus valores.

Luego volvió a reclinar la cabeza y ya no hubo convulsiones en su cara. Su boca se aflojó, adoptando una forma de total serenidad, pero al propio tiempo tuvo lugar un breve estremecimiento de su cuerpo, como un último grito de protesta. Rearden continuó lentamente, sin alterar su paso, aun cuando supiera que ya no era precisa ninguna precaución, porque lo que ahora llevaba en sus brazos era sólo lo que, según los profesores del muchacho, formaba al humano: una colección de elementos químicos.

Caminó como si su acción constituyera un último tributo y funeral por la joven vida acabada en sus brazos. Sentía una cólera demasiado intensa para ser identificada, excepto como una fuerte presión en su interior: el deseo de matar.

Dicho deseo no iba dirigido al desconocido rufián que disparó una bala al cuerpo del joven, ni a los burócratas saqueadores que lo alquilaron para hacerlo, sino a los profesores de aquél, que lo habían entregado desarmado a la acción del malhechor, a los cautos y seguros asesinos de las aulas, que incapaces de contestar una pregunta originada por un anhelo de razón, se habían complacido en mutilar a las jóvenes mentes encomendadas a su cuidado.

Pensó que en algún lugar del país se hallaría la madre de aquel muchacho, que habría temblado con protectora preocupación al verle dar sus primeros pasos mientras le enseñaba a caminar; que habría medido las dosis de su alimento con meticulosidad de joyero; que habría obedecido con fervor de fanático las últimas palabras de la ciencia sobre su dieta y su higiene, protegiendo el débil cuerpo de todo germen, para enviarlo después a ser convertido en un torturado neurótico por parte de quienes le enseñaron que no poseía mente y que nunca debía pensar por si mismo. Se dijo que si aquella mujer lo hubiera alimentado con desechos y hubiera mezclado veneno en su alimento, dicho procedimiento hubiera sido más llevadero para él y menos fatal.

Pensó en todas las especies vivientes que adiestran a sus crías en el arte de la supervivencia, en los gatos que enseñan a sus garitos a cazar, en los pájaros, que desarrollan tan estridente esfuerzo para mostrar cómo se vuela a sus pequeños. Sin embargo, el hombre, cuya herramienta de supervivencia es el cerebro, no sólo fracasa en enseñar al niño a que piense, sino que dedica la educación de éste al propósito de destruir su mente, de convencerle de que el pensamiento es inútil y malo, antes, incluso, de que haya empezado a pensar.

Tanto las primeras frases que se lanzan al niño como las últimas que escucha, vienen a ser una especie de sacudidas encaminadas a congelar su motor, a disminuir el poder de su conciencia. «No hagáis tantas preguntas. A los niños hay que verlos, pero no oírlos.» «¿Quién eres tú para pensar? Esto es así porque lo digo yo.» «¡No discutas! ¡Obedece!» «No trates de entender. ¡Basta con que creas!» «No te rebeles. Adáptate.» «No te aísles. ¡Forma parte de nosotros!» «¡No luches! ¡Acepta la avenencia!» «¡Tu corazón tiene más importancia que tu mente!» «¿Quién eres tú para saber eso? Sólo tus padres lo saben.» «¿Quién eres tú para tener esas ideas? La sociedad es más lista que tú.» «¿Quién eres tú para saber? ¡Los burócratas lo saben todo!» «¿Quién eres tú para objetar? ¡Todos los valores son relativos!» «¿Quién eres tú para querer escapar a la bala de un canalla? ¡Eso es sólo un prejuicio personal!»

Se dijo que los hombres se estremecerían si vieran a un ave arrancar las plumas de las alas de sus crías y luego sacarlo del nido para que luchara por su supervivencia. Sin embargo, eso es lo que hacen con sus hijos.

Armado solamente con frases vacías, aquel muchacho había sido arrojado a la lucha por la existencia. Se había afanado y tambaleado en su breve y fatal esfuerzo, había gritado su

indignada protesta y había perecido en su primera tentativa para volar usando sus destrozadas alas.

Pero en otros tiempos había existido una clase distinta de maestros, maestros que educaron a los creadores de aquel país. Se dijo que las madres debían caer de rodillas buscando hombres como Hugh Akston, encontrarlos e implorarles su regreso.

Atravesó la puerta de las fundiciones casi sin darse cuenta de los guardianes, que le dejaron paso, mirando el fardo que llevaba en brazos. No se detuvo para escuchar sus palabras, mientras señalaban el combate que tenía lugar en la distancia. Continuó avanzando lentamente hacia la cuña de luz que marcaba la entrada al hospital.

Penetró en un aposento iluminado lleno de hombres con sangrientos vendajes y en el que flotaba un fuerte olor a antisépticos. Depositó su carga en un banco, sin explicar nada, y salió sin mirar atrás.

Dirigióse a la puerta delantera, hacia el resplandor del incendio y el estallido de las detonaciones. De vez en cuando veía a algunas figuras corriendo por entre las grietas de las estructuras, retirándose con presteza a obscuros rincones, perseguidas por grupos de guardianes y de obreros. Le asombró ver que estos últimos iban muy bien armados. Parecían haber reducido a la impotencia a los revoltosos y sólo quedaba derrotar a los que cercaban la puerta principal. Vio a un amotinado correr por un sendero de luz esgrimiendo un pedazo de cañería con el que golpeó una vidriera, demostrando cierto goce animal, bailando como un gorila al escuchar el tintineo de los cristales rotos, hasta que tres vigorosas figuras cayeron sobre él, derribándolo al suelo.

La presión sobre la puerta parecía disminuir, cual si la espina dorsal de los amotinados se hubiera roto. Oyó sus distantes gritos, pero los tiros desde la carretera sonaban más y más espaciados. El incendio de la casa del portero quedaba reducido. Había hombres con armas en los setos y en las ventanas, apostados en una defensa muy bien planeada.

En el tejado de una estructura que dominaba la puerta vio, al acercarse, la esbelta figura de un hombre con una pistola en cada mano, que, protegiéndose en una chimenea, disparaba a intervalos sobre la multitud, al parecer en dos direcciones a un mismo tiempo, como un centinela que protegiera los accesos a la puerta. La confianza y la habilidad de sus movimientos, su modo de tirar sin perder tiempo, con esa especie de indiferente brusquedad que nunca falla un blanco, le hacían aparecer como el héroe de una leyenda del Oeste. Rearden lo contempló con cierto lejano e impersonal placer, cual si la batalla de los altos hornos no fuera ya suya, pero aún pudiera disfrutar de la visión de la competencia y la certeza con que los hombres de aquella distante época habían combatido al mal.

El rayo de luz de un movible reflector dio en la cara de Rearden y cuando hubo pasado pudo ver cómo el hombre del tejado se agachaba un poco mirando en su dirección. En seguida llamó a alguien para que le substituyera y desapareció de su puesto.

Rearden atravesó rápidamente el breve trecho de obscuridad que tenía frente a sí. En aquel momento, desde la grieta que formaba un callejón lateral, oyó una voz de borracho que gritaba:

—¡Ahí está!

Al volverse pudo ver dos figuras rechonchas que avanzaban hacia él. Vio también una cara necia y furtiva, cuya boca se curvaba en una risa sin alegría y un bastón esgrimido por un puño en alto. Escuchó el rumor de pasos rápidos que se acercaban desde otra dirección e intentó volver la cabeza, pero el palo cayó sobre su cráneo desde atrás, y en el momento de obscuridad en que se tambaleó, rehusando creer aquello, desplomándose luego poco a poco, notó cómo un brazo fuerte y protector lo enlazaba, impidiéndole caer totalmente. Oyó una detonación a muy poca distancia, y luego otra de la misma arma,

pero esta última le pareció distante y débil, como si acabara de sumergirse en un lugar profundo.

Su primera impresión, cuando abrió los ojos, fue de profunda serenidad. Luego vio que estaba tendido sobre una litera en una habitación moderna y graciosa. Pudo observar que era su propio despacho y que los dos hombres en pie junto a él eran el médico de las fundiciones y el superintendente. Notó un dolor lejano en la cabeza, que hubiera sido violento si se hubiese preocupado de él, y notó también la presión de una tira de esparadrapo en un costado del cráneo. Su sentimiento de serenidad procedía de la sensación de hallarse libre.

El significado del vendaje y el de hallarse en su despacho no podían ser aceptados globalmente, no era una combinación que un hombre pudiese reconocer. Ya no se trataba de su batalla, ni de su tarea, ni de su negocio.

—Creo que no ha sido nada, doctor —dijo levantando la cabeza.

—En efecto, míster Rearden. Por fortuna —respondió el médico mirándole cual si aún se sintiera incapaz de creer que aquello hubiese podido ocurrirle a Hank Rearden dentro de sus propias fundiciones. La voz del doctor sonaba tensa a causa de su colérica lealtad y de su indignación—. No es nada grave. Tan sólo una herida en el cuero cabelludo y una pequeña conmoción. Pero ha de permanecer tranquilo y descansar.

—Lo haré —replicó Rearden firmemente.

—Todo ha pasado ya —explicó el superintendente, señalando los hornos—. Esos bastardos han sido derrotados y obligados a huir. No tiene por qué preocuparse, míster Rearden. Todo ha terminado —repitió.

—En efecto —dijo Rearden—. Usted, doctor, debe tener una tarea muy pesada.

—¡Oh! Sí. Nunca creí vivir para ver este día cuando…

—Lo sé. Vaya a cumplirla. A mí no me pasa nada.

—Sí, míster Rearden.

—Yo me encargaré de todo —dijo el superintendente cuando el doctor hubo salido—. Dominamos totalmente la situación, míster Rearden. Pero ha sido la más sucia…

—Lo sé —le interrumpió Rearden—. ¿Quién me ha salvado la vida? Alguien me sostuvo cuando caía y disparó contra esos rufianes.

—¡En efecto! ¡Directamente a la cara! ¡Les ha volado la cabeza! ¡Fue nuestro nuevo capataz de hornos! Lleva aquí dos meses. El mejor hombre que hemos tenido. Se había dado cuenta de lo que esos canallas planeaban y me lo advirtió esta tarde, aconsejándome que armara a cuantos hombres pudiera. No hemos recibido ayuda de la policía ni de las tropas. Estuvieron haciéndose el remolón con las excusas más inesperadas y extraordinarias que haya oído jamás. Todo había sido planeado de antemano, y esos truhanes no esperaban resistencia. Fue el capataz de los hornos, creo que se llama Frank Adams, quien organizó nuestra defensa, dirigió la batalla y desde un tejado fue abatiendo a toda esa hez cuando se acercaba demasiado a la puerta. ¡Qué tirador! Me estremezco al pensar a cuántos de los nuestros ha salvado esta noche. Esos bastardos querían sangre, míster Rearden.

—Me gustaría ver a ese hombre.

—Espera por aquí cerca. Es él quien lo trajo y ha pedido permiso para hablarle en cuanto sea posible.

—Hágalo entrar. Luego regresen a sus puestos, háganse cargo de todo y acaben la tarea.

—¿Desea algo más, míster Rearden?

—No, nada más.

Permaneció inmóvil en el silencio de su despacho. Comprendió que el significado que hasta entonces tuvieran para él sus fundiciones había dejado de existir, y que la plenitud de dicha comprensión no dejaba espacio al dolor de lamentar una ilusión perdida. Había visto una imagen final, el alma y la esencia de sus enemigos: el rostro innoble del rufián armado de un palo. Pero no era dicho rostro en si el que le hacía retroceder horrorizado, sino el de los pintores, los filósofos, los moralistas y los místicos que habían hecho posibles dichos rostros en el mundo.

Experimentó una sensación de limpieza extraordinaria, compuesta de orgullo y de amor hacia la tierra, aquella tierra suya, no de ellos. Era el mismo sentimiento que le había alentado durante toda su vida, el que muchos hombres conocen en su juventud y luego traicionan, pero que él nunca traicionó, sino que continuó llevándolo como un maltratado, inidentificado pero viviente motor; el sentimiento que ahora podía experimentar con su plena e incontestable pureza: el sentimiento de su propio y superlativo valor y del superlativo valor de su existencia. Era la certeza final de que su vida le pertenecía, de que podía ser vivida* sin servidumbre hacia el mal y de que esta servidumbre nunca había sido necesaria. La radiante serenidad de saberse libre de temor, de dolor o de culpabilidad.

«Es cierto —pensó —que existen vengadores que actúan en pro de la liberación de hombres como yo. Que me contemplen ahora, que me cuenten su secreto, que reclamen mi persona, que…»

—¡Adelante! —dijo en voz alta, respondiendo a la llamada que había sonado en la puerta.

Ésta se abrió y Rearden permaneció inmóvil. El hombre que se hallaba en el umbral, con el cabello desordenado, la cara cubierta de hollín y los brazos sucios, vestido con un mono chamuscado y una camisa manchada de sangre, adoptando la actitud de quien ostenta una capa que ondea tras él al viento, era Francisco d'Anconia.

A Rearden le pareció como si su espíritu se adelantara a su cuerpo. Éste rehusaba moverse, aturdido por la impresión, mientras su mente reía, diciéndole que aquello era lo más natural, el hecho más lógico del mundo.

Francisco sonrió como quien saluda a un amigo de la infancia en una mañana de verano, como si ninguna otra cosa hubiera sido posible entre ambos. Rearden sonrió en respuesta, mientras una parte de sí mismo experimentaba cierta incrédula admiración, aun conociendo que todo aquello era irresistiblemente natural.

—Se ha estado usted torturando durante meses —dijo acercándose a él—, preguntándose qué palabras emplearía para pedirme perdón, y también si tenía el derecho a pronunciarlas, suponiendo que volviera a verme. Pero ahora ya no es necesario, no hay nada que preguntar ni perdonar.

—En efecto —concedió Rearden. La frase había surgido como un murmullo de asombro, pero en el momento de terminar la frase comprendió que era el mayor tributo que podía ofrecerle—. Sí, lo sé.

Francisco se sentó en el diván junto a él y lentamente le pasó la mano por la frente, como si curase una herida que cerraba el pasado.

—Sólo quiero decirle una cosa —manifestó Rearden—. Y quiero que la oiga de mí: usted mantuvo su juramento, es mi amigo.

—Supe que lo comprendería. Que lo comprendió desde el principio. Que lo comprendió no importa cuáles fueran sus pensamientos o mis actos. Me golpeó porque no podía obligarse a dudarlo.

—Eso… —murmuró Rearden mirándole—, eso es lo que no tenía derecho a decirle… lo que no tenía derecho a ofrecer como excusa…

—¿Creyó que no lo iba a comprender?

—Quería hallarle… No tenía derecho a buscarle… Pero durante todo el tiempo, usted…

Señaló las ropas de Francisco y luego su mano cayó lacia en el momento de cerrar los ojos.

—He sido su capataz de hornos —dijo Francisco sonriendo—. Me ofreció usted mismo el empleo.

—¿Ha permanecido aquí como guardián mío durante dos meses?

—Sí.

—¿Se encontraba aquí desde…? Se interrumpió.

—En efecto. La mañana del día en que usted leyó mi mensaje de despedida sobre los tejados de Nueva York, yo me presentaba aquí para mi primer turno como capataz de hornos.

—Dígame —preguntó lentamente Rearden—. Aquella noche, en la boda de James Taggart, cuando dijo que perseguía una gran conquista… se refería a mí, ¿verdad?

—Desde luego.

Francisco se irguió un poco cual si se dispusiera a una acción solemne y grave. Una sonrisa iluminaba sus ojos.

—Tengo muchas cosas que contarle —le dijo—, pero antes, ¿quiere repetir una palabra que cierta vez me ofreció y que yo… rechacé por no saberme libre para aceptarla?

Rearden sonrió.

—¿Qué palabra, Francisco?

Francisco inclinó la cabeza asintiendo y contestó:

—Gracias, Hank. —Luego levantó la cabeza—. Ahora te diré las cosas que vine a decirte, pero que no terminé aquella noche en que estuve aquí por vez primera. Creo que estarás dispuesto a escucharme.

—Así es.

El resplandor del acero al brotar de un alto horno iluminó el cielo a través de la ventana. Un resplandor rojo avanzó lentamente por las paredes del despacho, cayendo sobre el vacío escritorio, sobre el rostro de Rearden, como en saludo y despedida.

CAPÍTULO VII

«JOHN GALT AL HABLA»

La campanilla de la puerta sonaba como un timbre de alarma, en largo y estridente tintineo, provocado por la impaciente presión de un frenético dedo.

Levantándose de la cama, Dagny notó el frío, pálido rayo de sol de la mañana y escuchó cómo un lejano reloj daba las diez. Había estado trabajando en la oficina hasta las cuatro de la madrugada, dejando dicho que no la esperasen hasta el mediodía.

El blanco rostro, descompuesto por el pánico, que se enfrentaba a ella cuando abrió la puerta, era el de James Taggart.

—¡Se ha ido! —exclamó.

—¿Quién?

—¡Hank Rearden! ¡Se ha ido! ¡Se ha marchado! ¡Ha desaparecido!

Dagny permaneció inmóvil un momento, sosteniendo el cinturón del vestido que se había estado abrochando; luego, conforme el significado exacto de aquellas palabras se iba concretando, sus manos dieron un leve tirón al nudo, como si dividiera su cuerpo en dos por la cintura, mientras estallaba en una sonora risa. Una risa que llevaba en sí los acentos de un triunfo total.

Él la contempló perplejo.

—¿Qué diantre te ocurre? —jadeó—. ¿Es que no me has entendido?

—Pasa, Jim —le dijo, volviéndose, desdeñosa, y entrando en la sala—.

¡Oh, sí, te he comprendido!

—¡Ha abandonado! ¡Se ha ido! ¡Igual que los demás! Ha dejado sus hornos, su cuenta bancaria, sus propiedades… ¡todo! Ha desaparecido. Tomó unas ropas y lo que tenía en la caja fuerte de su piso… encontraron dicha caja abierta en el dormitorio, pero vacía… y eso es todo. ¡Ni una palabra! ¡Ni una nota! ¡Ni una explicación! Me han llamado desde Washington, pero todo el mundo está enterado ya. ¡La noticia ha circulado velozmente! ¡No es posible impedir que se divulgue! ¡Lo han intentado, pero…! Nadie sabe de dónde surgió. Ha estado circulando por los hornos igual que cuando uno de ellos se rompe y el metal se esparce. Todo el mundo sabe ya que se ha ido y, antes de que nadie pudiera impedirlo, otros muchos han desaparecido también. El superintendente, el jefe de la sección metalúrgica, el ingeniero jefe, el secretario de Rearden e incluso el médico del hospital, i Y Dios sabe cuántos más! ¡Los muy canallas han desertado! ¡Nos han abandonado, no obstante los castigos impuestos! Se ha ido y los hornos quedan ahí, vacíos e improductivos. ¿Te imaginas lo que esto significa?

—¿Y tú? —preguntó ella.

Le había estado narrando todo aquello, frase por frase, cual si intentara borrar la sonrisa de su cara, una extraña e inmóvil sonrisa de amargura y de triunfo, pero no lo pudo conseguir.

—¡Es una catástrofe nacional! ¿Qué te sucede? ¿No te das cuenta de que se trata de un golpe irreparable? ¿De qué quebrantará lo que aún queda de moral y de organización económica en el país? ¡No podemos permitir que ese hombre se vaya! ¡Has de obligarle a regresar!

La sonrisa de Dagny se esfumó.

—¡Solamente tú puedes hacerlo! —gritó James—. ¡Tú eres la única con posibilidades para ello! Es tu amante, ¿verdad?… ¡No, no me mires así! ¡No es éste el momento para actitudes timoratas! ¡No es tiempo para nada, excepto para la necesidad de recobrarlo! ¡Tú debes saber dónde está! ¡Puedes encontrarlo! ¡Debes alcanzarle y hacer que regrese!

El modo en que ahora ella lo miraba era peor que su sonrisa. Lo miraba como si le hubiese visto desnudo y no pudiera soportar dicha visión por mucho tiempo.

—No puedo hacerle regresar —repuso con la misma voz tranquila—.

Ni lo haría aunque pudiera. Y ahora, vete de aquí.

—Pero la catástrofe nacional…

—¡Vete!

No se dio cuenta de cuándo salió. Se encontraba sola, en mitad del aposento, con la cabeza baja y los hombros temblorosos, mientras sonreía con gesto de dolor, de ternura y de saludo a Hank Rearden. Se preguntó veladamente por qué se alegraba tanto de que él hubiese encontrado la liberación; por qué estaba tan segura de que había obrado bien y, sin embargo, se rehusaba a sí misma idéntica liberación. Dos frases martilleaban su mente; una de ellas tenía una expresión triunfal: «Está libre. Se encuentra lejos de su alcance». La otra era como una plegaria: «Aún existen posibilidades de vencer; pero que sea yo la única víctima…».

Resultaba extraño, pensó en los días siguientes, mientras todos aquellos hombres se agitaban a su alrededor, el modo en que la catástrofe los hacía conscientes de Hank Rearden, con una intensidad que sus triunfos nunca lograron, como si los senderos de su cerebro quedaran abiertos al desastre, pero no a los valores. Algunos hablaban de él profiriendo interjecciones; otros susurraban con aire de culpabilidad y de terror, como si un castigo innominado estuviera a punto de caer sobre ellos; otros intentaban con histérica evasividad actuar como si nada hubiera sucedido.

Los periódicos, como marionetas cuyos hilos se hubiesen enredado, gritaban con la misma agresividad y en momentos idénticos: «¡Es traición social el dar demasiada importancia a la deserción de Hank Rearden y minar la moral pública con la anticuada creencia de que un individuo puede significar algo para la sociedad!» «¡Es traición social extender rumores acerca de la desaparición de Hank Rearden! Mister Rearden no ha desaparecido. Se encuentra en su despacho dirigiendo sus fundiciones como de costumbre y nada ha sucedido en la «Rearden Steel», excepto pequeños altercados de índole particular entre algunos obreros.» «¡Es traición contemplar bajo una luz antipatriótica la trágica pérdida de Hank Rearden! Hank Rearden no ha desertado; falleció en un accidente de automóvil en su camino hacia el trabajo, y su familia, abrumada de dolor, ha insistido en la celebración de un funeral privado.»

Se dijo que resultaba extraño tener que enterarse de las noticias sólo mediante negativas, como si la existencia hubiera cesado, como si los hechos se hubiesen desvanecido y sólo las frenéticas recusaciones de funcionarios y periodistas aportaran una clave a la realidad que ellos mismos negaban. «No es cierto que las fundiciones de acero Miller, de Nueva Jersey, hayan cesado de funcionar.» «No es verdad que la Compañía de Motores Jansen, de Michigan, haya cerrado sus puertas.» «Es un embuste malicioso y antisocial el afirmar que los fabricantes de productos de acero se están hundiendo bajo la amenaza de una carestía de materia prima. No existen motivos para temer semejante carestía.» «El rumor de que un plan de Unificación del Acero ha sido planeado y aprobado por míster Orren Boyle, es un chisme calumnioso y malintencionado. El abogado de mister Boyle ha hecho pública una enérgica negativa y asegurado a la Prensa que míster Boyle se opone terminantemente a semejante plan. En los momentos actuales, míster Boyle sufre las consecuencias de un colapso nervioso.»

Pero algunas noticias se hacían evidentes en las calles de Nueva York en los fríos y húmedos atardeceres del otoño. Una muchedumbre se reunía ante una tienda de vajilla, cuyo propietario había abierto las puertas invitando a la gente a tomar lo que quisiera de lo que aún quedaba en el establecimiento, mientras él se reía, profiriendo lastimosos quejidos, y empezaba a romper los cristales de sus escaparates. Un grupo de personas se arremolinaba a la puerta de una casa de aspecto mísero, donde una ambulancia de la policía aguardaba a que los cuerpos de un hombre, su mujer y sus tres hijos fueran sacados de una habitación llena de gas; el hombre había sido un modesto fabricante de moldes de acero.

Si ahora se daban cuenta del verdadero valor de Hank Rearden, pensó, ¿por qué no lo hicieron antes? ¿Por qué no habían evitado su propia miseria y por qué no le ahorraron aquellos años de inútil tormento? Pero no pudo encontrar respuesta.

En el silencio de sus noches sin sueño, pensaba que Hank Rearden y ella habían intercambiado sus puestos: él se hallaba en la Allanada, mientras ella permanecía excluida de aquel lugar por una pantalla de luz. Tal vez la estaba llamando del mismo modo que llamó a su avión, sin que le llegara ninguna señal debido a la pantalla.

Sin embargo la pantalla en cuestión se abrió por unos breves instantes gracias a una carta recibida una semana después de su desaparición. El sobre no llevaba remitente, sino sólo el matasellos de una aldea de Colorado. La misiva contenía sólo dos frases:

Me he encontrado con él. No te reprocho nada. —H. R.

Permaneció inmóvil largo rato, contemplando la carta, como incapaz de reaccionar o de sentir. Luego se dio cuenta de que sus hombros temblaban de un modo débil y continuo, y entonces comprendió que la salvaje violencia que la invadía tenía como origen un exaltado tributo de gratitud y desesperación, su tributo a la victoria que el encuentro de aquellos dos hombres implicaba, la victoria final de ambos. La gratitud procedía de pensar que los habitantes de la Atlántida aún la consideraban como uno de ellos y le habían otorgado la excepción de recibir un mensaje. La desesperación tenía por causa el saber que se esforzaba en no escuchar las preguntas que estaban sonando en sus oídos: ¿La había abandonado Galt? ¿Se había ido al valle para reunirse con la mayor parte de sus conquistas? ¿Regresaría? ¿Habría desistido de ella? Lo peor no era que aquellas preguntas carecieran de respuesta, sino que éstas fuesen tan simples, se hallaran tan a su alcance y, sin embargo, no tuviera derecho a dar un paso hacia su encuentro.

No había realizado tentativa alguna para verle. Cada mañana, durante un mes, al entrar en su despacho, tuvo la noción, no del aposento, sino de los túneles abiertos bajo él, bajo los pisos del edificio. Y mientras trabajaba notó como si una parte marginal de su cerebro computara cifras, leyese informes y adoptara decisiones en un impulso de actividad desprovista de vida, mientras el resto permaneciese inactivo y tranquilo, privado de moverse más allá de esta frase: «Él está ahí abajo». La única averiguación que se permitió hacer fue una ojeada a la nómina de los obreros del terminal. En ella había podido ver su nombre: Galt, John. La lista lo había incluido durante más de doce años. Vio también unas señas junto al nombre, y durante un mes se esforzó en olvidarlas.

Le había parecido muy duro seguir viviendo durante aquel mes. Pero ahora, al leer la carta, la idea de que Galt se había ido le resultaba todavía más penosa. Al menos, la lucha para resistir su proximidad había constituido un lazo de unión con él, un precio que pagar, una victoria conseguida en su nombre. Ahora no había nada, excepto una pregunta que no debía formularse. Su presencia en los túneles fue el motor que la ayudó a vivir durante aquellos días, del mismo modo que su presencia en la ciudad lo había sido en los meses de aquel verano, del mismo modo que su presencia en algún lugar del mundo fue el motor

de los años anteriores al momento en que escuchara —su nombre por vez primera. Ahora le parecía como si aquel motor se hubiera detenido.

El brillante y puro resplandor de una moneda de oro de cinco dólares, guardada en su bolsillo, constituía el último resto de su combustible. Continuaba protegida del mundo por una única armadura: la indiferencia.

Los periódicos no mencionaban los estallidos de violencia que empezaban a producirse en diferentes lugares del país; pero tenía noticia de ellos por los informes de los maquinistas, en los que se hablaba de vagones atravesados por las balas, de vías levantadas, de trenes atacados y de estaciones sitiadas en Nebraska, en Oregón, en Texas, en Montana. Inútiles tentativas condenadas de antemano al fracaso y promovidas tan sólo por la desesperación, terminando en simples destrucciones. Algunas eran desmanes de pandillas locales, otras tenían un alcance más amplio. Algunos distritos se levantaron en ciega rebelión, deteniendo a los funcionarios locales, expulsando a los agentes de Washington y matando a los recaudadores de impuestos. Luego, tras anunciar su secesión del resto del país, llegaron a practicar el mismo mal que los había destruido, cual si combatieran el crimen con el suicidio: se apoderaron de todas las propiedades a su alcance, declarando la comunidad de todas ellas, y perecieron en el transcurso de una semana, una vez consumido su triste botín, en medio de un odio sanguinario, en un caos donde sólo imperaban las armas. Perecieron bajo el ataque letárgico de unos cuantos macilentos soldados enviados desde Washington para poner orden en aquellas ruinas.

Los periódicos no lo mencionaban. Los artículos de fondo seguían hablando de la abnegación como del camino para el progreso futuro, del sacrificio como moral imperativa, de la avaricia como enemigo de todos, del amor como solución. Sus frases, gastadas, tenían el enfermizo y dulzón aroma del éter en un hospital.

Por todo el país se difundían noticias entre murmullos de cínico terror. Sin embargo, la gente leía los periódicos y actuaba como si creyera lo que incluían, compitiendo entre sí acerca de quién guardaría un silencio más cerrado, pretendiendo cada cual no saber lo que sabía y, sin embargo, esforzándose en creer que lo no mencionado también era irreal. Venía a ocurrir cual si un volcán hubiese entrado en erupción y quienes vivían en las faldas del mismo ignoraran las súbitas fisuras, las humaredas negras, los arroyos hirvientes y siguieran creyendo que su único peligro residía en aceptar la realidad de dichos síntomas.

—¡Hay que escuchar el informe de mister Thompson acerca de la crisis mundial, que será leído el 22 de noviembre!

Aquello fue el primer reconocimiento de algo nunca aceptado. Los anuncios del informe empezaron a aparecer una semana antes y continuaron martilleando el país. «¡Míster Thompson ofrecerá al pueblo un informe sobre la crisis mundial! ¡Escuchad a míster Thompson por todas las emisoras de radio y los canales de televisión a las ocho de la tarde del 22 de noviembre!»

Las primeras páginas de los periódicos y los anuncios de la radio fueron explicando algo más: «A fin de contrarrestar los temores y los infundios divulgados por los enemigos del pueblo, míster Thompson se dirigirá a toda la nación el 22 de noviembre, dando un informe total acerca del estado del mundo en este momento de crisis. Míster Thompson pondrá fin a las actividades de las siniestras fuerzas cuyo propósito es el de mantenernos en un estado de terror y desesperación perpetuos. Llevará la luz a las tinieblas del mundo y nos mostrará el camino para solucionar los trágicos problemas actuales: un camino muy duro, como corresponde a la gravedad de esta hora, pero un camino de gloria, garantizado por la vuelta a la luz. El discurso de míster Thompson será retransmitido, por todas las emisoras nacionales y por las de aquellos países, en el resto del mundo, donde la radio siga en funcionamiento».

Luego, el coro de comentarios y de avisos estalló literalmente, a la vez que su volumen iba creciendo de día en día. (Escuchad a míster Thompson el 22 de noviembre!», proclamaban los titulares de los diarios. «¡No olvidéis el discurso de míster Thompson el 22 de noviembre!», avisaban las emisoras al final de cada programa. «¡Míster Thompson os dirá la verdad!», proclamaban carteles colocados en el metro, los autobuses y las paredes de los edificios y en tableros al margen de las desiertas carreteras.

«¡No desesperéis! ¡Escuchad a míster Thompson!», decían las colgaduras con que se adornaban los coches oficiales. «¡No cedáis! ¡Escuchad a míster Thompson!», proclamaban los estandartes colocados en tiendas y oficinas. «¡Tened fe! ¡Escuchad a míster Thompson!», aconsejaban las voces en las iglesias. «¡Míster Thompson os dará la respuesta!», escribían en el cielo los aviones militares en letras que se disolvían en el espacio, no quedando más que las dos palabras últimas para cuando la frase había sido terminada.

Altavoces públicos fueron colocados en las plazas de Nueva York para retransmitir el discurso, haciéndolos funcionar con sus voces gangosas una vez cada hora, al mismo tiempo que sonaban los distantes relojes para enviar sobre el cansado rumor del tránsito, sobre las cabezas de las míseras muchedumbres, el grito sonoro y mecánico de aquella voz impregnada de alarma: «¡Escuchad el informe de míster Thompson sobre la crisis mundial el día 22 de noviembre!» El grito retumbaba en el aire helado y desaparecía entre los tejados envueltos en niebla y bajo la página en blanco de un calendario sin fecha.

La tarde del 22 de noviembre, James Taggart dijo a Dagny que míster Thompson deseaba celebrar una conferencia con ella, antes de la retransmisión.

—¿En Washington? —preguntó incrédula, dirigiendo una mirada a su reloj.

—Al parecer no has leído los periódicos, ni has seguido los acontecimientos de estos últimos días. ¿No sabes que míster Thompson va a hablar desde Nueva York? Ha venido a conferenciar con los jefes de la industria, así como los del trabajo, la ciencia, las profesiones y en general con todos los directivos importantes del país. Me ha rogado que te lleve a la conferencia.

—¿Dónde se va a celebrar?

—En el estudio de la emisora.

—No irán a esperar que hable en apoyo de su política, ¿verdad?

—No te preocupes; no piensan dejar que te acerques siquiera a un micrófono. Tan sólo quieren saber tu opinión. Y no puedes negarte teniendo en cuenta la situación de urgencia nacional que vivimos y menos aún tratándose de una invitación de míster Thompson en persona.

Hablaba con aire impaciente, evitando su mirada.

—¿A qué hora va a celebrarse la conferencia?

—A las siete y media.

—No es mucho tiempo el que se dedica a una cuestión de la que depende toda la situación nacional, ¿no crees?

—Míster Thompson es un hombre sumamente ocupado. Y ahora, por favor, no discutamos. No empieces a ponerte difícil. No comprendo por qué…

—Bien —respondió ella, indiferente—. Iré. —Y añadió, impulsada por el mismo sentimiento que la hubiera hecho aventurarse con desgana y sin testigos a una reunión de gangsíers—. Pero me acompañará Eddie Willers.

James frunció el ceño, reflexionando unos momentos, con expresión más de disgusto que de ansiedad.

—Bien. De acuerdo, si así lo deseas —contestó, encogiéndose de hombros indiferente.

Dagny entró en el estudio con James Taggart a un lado, en calidad de policía, y Eddie Willers al otro, como guardián personal. Taggart mostraba un rostro resentido y tenso; Eddie parecía resignado y al propio tiempo asombrado y curioso. Un escenario de cartón había sido levantado en un extremo de aquel amplio recinto sumido en la penumbra, mostrando una mezcla de estilo tradicional, de ordenado salón y de modesto estudio. Un semicírculo de sillones vacíos llenaba el lugar, sugiriendo esas agrupaciones propias de un álbum familiar, con micrófonos colgando al extremo de largos hilos como cebos dispuestos para pescar entre los asientos.

Los directivos del país formaban grupitos nerviosos y en sus rostros se pintaba la expresión de asistentes a una venta de saldos en un almacén en quiebra; pudo ver a Wesley Mouch, a Eugene Lawson, a Chick Morrison, a Tinky Holloway, al doctor Floyd Ferris, al doctor Simón Pritchett, a Ma Chalmers, a Fred Kinnan y a un puñado de negociantes, entre los que la figura temerosa y como aplastada de míster Mowen, de la «Amalgamated Switch and Signal Company», pretendía de un modo incongruente representar a los magnates de la industria.

Pero la figura que le causó más impresión fue la del doctor Robert Stadler. Nunca hubiera podido imaginar que un rostro envejeciera hasta tal punto en el breve espacio de un año; la expresión de energía sin límites y de vivacidad infantil habían desaparecido de él sin dejar rastro, aparte de las líneas de desdeñosa amargura que surcaban su rostro. Se encontraba solo, lejos de los demás, y Dagny percibió el momento en que el doctor se dio cuenta de su presencia. Tenía el aspecto de un hombre que en una casa de prostitución ha acabado por aceptar la naturaleza del ambiente, cuando, de pronto, se ve sorprendido por su mujer; una expresión de culpabilidad en trance de convertirse en odio. Luego vio a Robert Stadler, el científico, un poco de costado, como si no se hubiera dado cuenta de su presencia o como si su renuncia a ver pudiera anular un hecho real.

Míster Thompson caminaba por entre los grupos, abordando a tal o cual de los presentes, a la manera inquieta del hombre de acción que siente desprecio hacia el deber de pronunciar discursos. Llevaba en la mano un montón de hojas mecanografiadas, como si fuera un fardo de ropa vieja que fuese a tirar en cualquier sitio.

James Taggart acercóse a él y le dijo con aire incierto, en voz muy alta:

—Mister Thompson, ¿me permite presentarle a mi hermana, Miss Dagny Taggart?

—Ha sido usted muy amable al acudir, Miss Taggart —respondió míster Thompson estrechándole la mano cual si fuese otro elector cuyo nombre nunca hubiese escuchado hasta entonces.

Y se marchó con paso vivo.

—¿Dónde se celebra la conferencia, Jim? —preguntó Dagny mirando el reloj, un inmenso cuadrante blanco con manecillas negras, una de las cuales contaba los minutos como un cuchillo avanzando hacia las ocho.

—¡No sé qué decirte! ¡Yo no he organizado esto! —replicó él.

Eddie Willers la miró con aire de asombrada y amarga paciencia y acercóse un poco más.

De un receptor brotaba un programa de marchas militares procedente de otros estudios, medio ahogando los fragmentos de voces nerviosas, de pasos apresurados y sin objeto y de la chirriante maquinaria arrastrada para enfocar el escenario.

«¡Mantengan la conexión para escuchar el informe de mister Thompson acerca de la crisis mundial, que dará comienzo a las ocho!», gritó la voz marcial del locutor cuando las manecillas del reloj marcaban las siete cuarenta y cinco.

—¡De prisa, muchachos! ¡De prisa! —ordenó míster Thompson mientras la radio estallaba en otra marcha militar.

Eran las siete cincuenta cuando Chick Morrison, el Regidor Moral, que parecía al cargo de aquello, ordenó:

—¡Bueno, señoras y caballeros! Todo está dispuesto. Ocupemos nuestros lugares.

Y al propio tiempo agitó un fajo de papeles igual que una batuta en dirección al bien iluminado círculo de sillones.

Mister Thompson se dejó caer en el asiento central, como quien ocupa un lugar vacante en un vagón del metro.

Los ayudantes de Chick Morrison dirigían a la muchedumbre hacia el circulo de luz.

—Una familia feliz —explicó Chick Morrison—. El país ha de vernos como una enorme, unida y feliz… ¿Qué ocurre?

La música de la radio había cesado bruscamente, ahogándose en un extraño y breve suspiro, cortada en medio de una brillante frase musical. Eran las siete y cincuenta y uno. Se encogió de hombros y continuó:

—…feliz familia. ¡De prisa, muchachos! Tomad primeros planos de míster Thompson.

Las manecillas del reloj seguían cortando los minutos, mientras los fotógrafos de la Prensa hacían funcionar sus cámaras ante el rostro impaciente de mister Thompson.

—¡Míster Thompson deberá quedar situado entre la ciencia y la industria! —advirtió Chick Morrison—. Doctor Stadler, por favor… a la izquierda de mister Thompson… Miss Taggart, por aquí… a la derecha de mister Thompson.

El doctor Stadler obedeció, pero Dagny siguió inmóvil.

—No sólo es para la Prensa, sino también para el público de la televisión —le explicó Chick Morrison en tono persuasivo.

Ella dio un paso hacia delante.

—No tomaré parte en el programa —dijo con calma, dirigiéndose a míster Thompson.

—¿Por qué? —preguntó él suavemente, con la misma mirada que hubiese dirigido a un jarro de flores que de repente rehusara cumplir con su misión de adornar.

—¡Dagny! Por lo que más quieras —exclamó James Taggart presa de pánico.

—¿Qué le sucede a esta joven? —preguntó mister Thompson.

—Pero… ¡Miss Taggart! ¿Por qué hace eso? —exclamó Chick Morrison.

—Todos lo saben —respondió, mirando los rostros que la rodeaban—. Hubieran podido obrar con más inteligencia y no intentarlo otra vez.

—¡Miss Taggart! —gritó Chick Morrison cuando ella se volvió para partir—. Se trata de un estado de emergencia na… na…

Un hombre se acercó corriendo a míster Thompson, y Dagny se detuvo igual que los demás. La expresión del recién llegado obligó a la muchedumbre a guardar repentino silencio. Era el ingeniero jefe de la emisora, y en sus facciones se pintaba un extraño y primitivo terror, que parecía forcejear contra los restos de dominio personal que aún quedaban en él.

—Míster Thompson —dijo—, tendremos… que retrasar la emisión.

—¿Cómo? —gritó el aludido.

Las manecillas del reloj señalaban las siete cincuenta y ocho.

—Estamos intentando reparar la avería, míster Thompson; estamos buscando la causa… pero no lo conseguimos.

—¿De qué diablos me habla? ¿Qué ha ocurrido?

—Intentamos localizar la…

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, pero… no podemos… empezar la emisión, míster Thompson. Se produjo un momento de silencio y luego mister Thompson preguntó con voz anormalmente baja:

—¿Se ha vuelto loco?

—Debo estarlo. Me gustaría estarlo. No sé a qué será debido, pero la emisora ha dejado de funcionar.

—¿Alguna deficiencia mecánica? —preguntó míster Thompson poniéndose en pie como impulsado por un resorte—. ¿Deficiencias mecánicas, condenados idiotas, en un momento así? Si ése es su sistema de dirigir la emisora…

El ingeniero jefe sacudió lentamente la cabeza a, la manera de un adulto reacio a causar temor a un niño.

—No se trata sólo de la emisora, míster Thompson —le explicó suavemente—, sino de todas las del país hasta donde hemos podido comprobar. No existen deficiencias mecánicas, ni aquí ni en ningún otro lugar. El equipo está perfectamente, pero… todas las emisoras de radio cesaron de funcionar a las siete cincuenta y uno, sin que… sin que nadie haya podido descubrir la causa.

—Pero… —empezó míster Thompson. Luego se detuvo, miró a su alrededor y gritó—: ¡Precisamente esta noche! ¡No pueden permitir que ocurra esto ahora! ¡Se me ha de oír!

—Míster Thompson —respondió el otro lentamente—, hemos llamado al laboratorio de electrónica del Instituto Científico del Estado. Nunca… nunca han visto nada parecido. Manifiestan que quizá se deba a un fenómeno natural, a una especie de perturbación cósmica, de características sin precedentes…

—¿Y qué más?

—Que no creen del todo en ello, ni tampoco nosotros. A su modo de ver, la interrupción se debe a ondas de una frecuencia nunca lograda hasta ahora, ni observada en ningún otro lugar, ni descubierta por nadie.

Reinaba, un silencio total. A los pocos instantes, el ingeniero continuó, con voz extraña y solemne:

—Parece como si un muro de ondas se interpusiera en el aire sin que podamos atravesarlas, ni tocarlas ni romperlas… Y es más: no se hace posible localizar su origen con ninguno de los métodos normales… Esas ondas parecen proceder de un transmisor… de un transmisor a cuyo lado todos los conocidos no son más que juguetes infantiles.

—¡No es posible! —la exclamación surgió de detrás de míster Thompson y todos se volvieron hacia allá, asombrados por su nota de terror; había sido expresada por el doctor Stadler.

—¡No existe tal cosa! ¡No hay nadie en el mundo capaz de ello! El ingeniero jefe extendió las manos.

—Así es, doctor Stadler —respondió fatigado—. No lo creemos posible. No puede ser, pero es.

—¡Hagan algo! —gritó míster Thompson a la muchedumbre en general.

Pero nadie contestó ni se movió.

—¡No lo permitiré! —continuó—. ¡No lo permitiré! ¡Precisamente esta noche! ¡He de pronunciar ese discurso! ¡Hagan algo! ¡Soluciónenlo como sea! ¡Les ordeno arreglarlo!

El ingeniero jefe lo miraba sin parpadear.

—¡Os despediré a todos! ¡Dejaré sin empleo a todos los ingenieros electrónicos del país! ¡Los procesaré a todos por sabotaje, deserción y traición! ¿Me ha oído? ¡Y ahora haga algo, condenado! ¡Haga algo!

El ingeniero jefe lo miraba impasible, como si sus palabras careciesen de toda fuerza.

—¿Es que nadie va a obedecer mi orden? —gritó míster Thompson—. ¿Es que no queda ni un cerebro claro en el país?

Las manecillas del reloj habían alcanzado las ocho en punto.

—Señoras y caballeros —dijo de pronto una voz procedente del receptor, una voz clara, tranquila e implacable, la clase de voz que llevaba sin oírse en las ondas durante muchos años—. Mister Thompson no les hablará esta noche. Su período de mandato ha terminado. Soy yo quien le substituye. Les habían anunciado un informe sobre la crisis mundial. Pues bien: eso es precisamente lo que van a oír.

Tres exclamaciones ahogadas saludaron aquella voz, al reconocerla; pero nadie pudo percibirlas entre el tumulto de la muchedumbre, que había sobrepasado el límite del simple griterío. Una de aquellas exclamaciones ahogadas contenía una expresión de triunfo, la otra de terror, la tercera de asombro. Tres personas habían reconocido al locutor: Dagny, el doctor Stadler y Eddie Willers. Nadie miró a este último, pero Dagny y el doctor Stadler intercambiaron una ojeada. Ella pudo ver que el rostro del sabio estaba contraído por un terror tan intenso como nunca viera en su vida; él comprendió que Dagny lo sabía, y que el modo de mirarle venía a ser igual a recibir una bofetada del propio disertante.

—Durante doce años es habéis estado preguntando: «¿Quién es John Galt?» Pues bien, John Galt os habla ahora. Soy el hombre que ama su vida. Soy el hombre que nunca sacrifica su amor o sus dolores. Soy el hombre que os ha privado de víctimas, destruyendo así vuestro mundo. Si queréis saber por qué estáis pereciendo… vosotros que tanto teméis dicha noción… os lo voy a decir.

El ingeniero jefe fue el único capaz de moverse; corrió hacia un receptor de televisión y manipuló frenéticamente los mandos. Pero la pantalla siguió vacía; el disertante prefería no ser visto. Tan sólo su voz llenaba el aire del país; del mundo entero, a juicio del ingeniero jefe, resonando como si hablase allí, en aquella habitación y dirigiéndose no a un grupo, sino a cada hombre en particular. No se expresaba como quien discursea en una reunión, sino como quien se dirige a una mente.

—Habéis oído decir que estamos en una época de crisis moral. Lo habéis dicho vosotros mismos, con temor y al mismo tiempo con la esperanza de que dichas palabras carecieran de significado. Os habéis lamentado de que los pecados del hombre destruyen el mundo, y habéis maldecido la naturaleza humana por su resistencia a practicar las virtudes que exigíais de ella. Como a vuestro juicio la virtud consiste sólo en sacrificarse, habéis exigido más sacrificios, luego de cada sucesivo desastre. En nombre de una vuelta a la moralidad habéis sacrificado aquellos males que considerabais causa de vuestra desgracia. Habéis sacrificado la justicia a la misericordia, la independencia a la unidad, la razón a la fe, la riqueza a la necesidad. Habéis sacrificado vuestra propia estima a la negación del ser. Habéis sacrificado la felicidad al deber.

»Habéis destruido todo lo que considerabais malo y conseguido todo aquello que creíais bueno. ¿Por qué entonces os estremecéis de horror a la vista del mundo que os rodea? Ese mundo no es producto de vuestros pecados, sino de la imagen de vuestras virtudes. Es vuestro ideal moral convertido en realidad, en su plena y definitiva perfección. Habéis luchado por él, habéis soñado en él, lo habéis deseado y yo… yo soy el hombre que os garantizó vuestro deseo.

»Vuestra idea tenía un enemigo implacable que, según vuestro código moral, había que destruir. Yo he eliminado dicho enemigo. Lo he apartado de vuestro camino y situado fuera de vuestro alcance. He arrancado la raíz de todos esos males que sacrificabais uno tras otro. He dado fin a vuestra lucha. He detenido vuestro motor. He eliminado de vuestro mundo la mente humana.

»Decís que el hombre no vive por su mente. Yo he retirado a todos quienes obraban así. Decís que la mente no sirve para nada. Yo he retirado a todos quienes sabían usarla. Decís que existen valores más altos que la mente. He retirado a todos aquellos que opinaban lo contrario.

»Mientras vosotros arrastrabais hacia los altares del sacrificio a los defensores de la justicia, la independencia, la razón, la riqueza y la autoestimación, yo os derroté, llegando hasta ellos antes que vosotros y revelándoles la naturaleza del juego que llevabais a cabo y la de vuestro código moral que ellos, en su inocencia y generosidad, no habían podido comprender aún. Les mostré el camino para vivir según otra modalidad: la mía. Y es ésta la que optaron por seguir.

»Todos esos hombres desaparecidos, a los que odiabais y sin embargo temíais perder, os los arrebaté yo. No intentéis encontramos. Nos hemos propuesto permanecer ocultos. No gritéis que es nuestro deber serviros, porque no reconocemos tal deber. No lloréis diciendo que tenéis necesidad de nosotros, porque no consideraremos semejante pretensión. No aseguréis que estamos en vuestro poder, porque no es así. No nos imploréis que regresemos, porque los hombres de inteligencia nos hemos declarado en huelga.

»Estamos en huelga contra la autoinmolación. Estamos en huelga contra el credo de las ganancias no merecidas y de los deberes no recompensados. Estamos en huelga contra el dogma de que el anhelo de la propia felicidad es un mal. Estamos en huelga contra la doctrina de que la vida es pura y simple culpa.

»Existe una diferencia entre nuestra huelga y las que vosotros habéis practicado durante siglos; la nuestra consiste, no en exigir, sino en otorgar. Según vuestra moral, somos malos; pero, no obstante, hemos optado por no haceros más daño. Según vuestro sistema económico somos un factor inútil, pero hemos preferido no explotaros más. Según vuestra política somos peligrosos y hay que encadenarnos. Pretendemos no constituir peligro alguno para vosotros ni tampoco llevar por más tiempo grillete alguno. Según vuestra filosofía, somos tan sólo una ilusión. Hemos decidido no manteneros en la ceguera por más tiempo y dejaros Ubres, para que os enfrentéis con la realidad, la realidad que anhelabais, el mundo tal como lo contempláis ahora, un mundo desprovisto de mente.

»Os hemos garantizado todo lo que exigíais de nosotros, luego de haber sido siempre los dadores, cosa que no comprendimos hasta ahora. No vamos a presentar demanda alguna, ni ofrecemos condiciones para un trato, ni deseamos compromisos a los que llegar. No tenéis nada que ofrecernos. No os necesitamos.

»Os lamentáis de que esto no es lo que deseabais. ¿No era vuestro objetivo un mundo de ruinas, desprovisto de espíritu? ¿No queríais vernos lejos de vosotros? Sois unos caníbales morales y ahora comprendo que siempre supisteis lo que deseabais. Pero vuestro juego ha quedado descubierto porque ahora nosotros sabemos también en qué consiste.

»A través de siglos de azotes i desastres, provocados por vuestro código de la moralidad, gritáis que dicho código ha sido quebrantado, que los azotes eran el castigo a dicho quebrantamiento y que los hombres eran demasiado débiles y egoístas para derramar toda la sangre necesaria. Condenasteis al hombre, condenasteis la existencia y la tierra, pero nunca os atrevisteis a poner en entredicho vuestro código. Vuestras victimas se hicieron cargo de la culpa y continuaron forcejeando, teniendo vuestras maldiciones como recompensa a su martirio, mientras seguíais proclamando que vuestro código era noble y que la naturaleza humana carecía de la bondad suficiente para practicarlo. Nadie se levantó a fin de formular esta pregunta: ¿Bueno? ¿Según qué norma?

»Queríais saber la identidad de John Galt. Pues bien, yo soy el hombre que ha formulado la pregunta anterior.

»Sí, estamos en una edad de crisis moral. Estáis soportando el castigo a vuestra maldad. Pero no es el hombre el que está sometido a juicio, ni la naturaleza humana la responsable de todo ello. Es vuestro código moral el que ha cesado de tener vigencia. Se halla en su punto culminante: en un callejón sin salida, al final de su curso. Y si queréis continuar viviendo, lo que necesitáis no es volver a la moralidad… vosotros que nunca conocisteis ninguna, sino descubrirla.

»No habéis prestado oídos a concepto alguno de la moralidad, sino tan sólo al de lo místico y lo social. Se os ha dicho que la moralidad es un código de conducta impuesto sobre vosotros por capricho, el capricho de un poder sobrenatural o el capricho de la sociedad para servir los propósitos de Dios o el bienestar de vuestro prójimo, para complacer a una autoridad más allá de la tumba o al que vive en la puerta de al lado, pero no para servir vuestra vida o vuestro goce. Se os ha dicho que el placer hay que encontrarlo en la inmoralidad, que vuestros intereses quedarán servidos de un modo mejor por el mal y que cualquier código moral no ha de estar pensado para vosotros, sino contra vosotros, no para perpetuar la vida, sino para desangrarla.

^Durante siglos la batalla de la moralidad fue librada entre quienes proclamaban que la vida pertenece a Dios y quienes decían que pertenece al prójimo, entre quienes predicaban que la bondad es el autosacrificio en favor de unos fantasmas celestes y quienes predicaban que el bien es el auto-sacrificio en favor de los incompetentes de la tierra. Pero nadie vino a decir que vuestra vida os pertenece y que el bien reside en vivirla.

»Ambas partes convienen en que la moralidad exige la rendición del interés particular y de la mente, que lo moral y lo práctico son opuestos, que la moralidad no entra en el reino de la razón, sino en el de la fe y la fuerza. Ambos bandos están de acuerdo en que no es posible moralidad racional, que en la razón no existe bien o mal, que en la razón no hay razón para obrar moralmente.

»Lucharan contra lo que lucharan, siempre fue contra la mente del hombre contra lo que vuestros moralistas permanecieron unidos. Era la mente humana la que sus proyectos y sistemas intentaron despojar y destruir. Ahora habréis de escoger entre perecer o aprender que la anti-mente es, ni más ni menos, la anti-vida.

»La mente humana es la herramienta básica de la supervivencia. Se nos ha dado la vida, pero no dicha supervivencia. El hombre recibe un cuerpo, pero no el sustento para el mismo. Se le otorga una mente, pero no el contenido de la misma. Para vivir ha de actuar, pero antes de poder hacerlo debe saber la naturaleza y el propósito de su acción. No puede conseguir alimento sin conocimiento del mismo ni del modo de obtenerlo. No puede cavar una zanja ni construir un ciclotrón sin idea de su objetivo ni de los medios con que alcanzarlo. Para seguir viviendo ha de pensar.

»Pero pensar es un acto electivo. La llave a eso que tan temerariamente llamáis «naturaleza humana», el abierto secreto con que vivís y que sin embargo teméis nombrar, es el hecho de que el hombre es un ser de conciencia volitiva. La razón no trabaja automáticamente, el pensar no es proceso mecánico, los contactos de la lógica no se efectúan por instinto. Las funciones de vuestro estómago, pulmones o corazón, son automáticas; las de la mente, no. En cualquier hora y circunstancia de la vida sois libres de pensar o de evadir dicho esfuerzo, pero no podéis escapar a vuestra naturaleza, ni al hecho de que la razón es vuestro medio de supervivencia. Para vosotros, seres humanos, la cuestión «ser o no ser» es la cuestión «pensar o no pensar».

»Un ser de conciencia volitiva no puede seguir una conducta automática. Necesita un código de valores para guiar sus acciones. El «valor» hay que ganarlo y conservarlo; la

«virtud» es la acción por la que se gana y se conserva aquél. El «valor» presupone una respuesta a la pregunta: ¿Valor para quién y para qué? El «valor» presupone una norma, un propósito y la necesidad de actuar frente a una alternativa. Donde no hay alternativas no son posibles los valores.

»Sólo existe una alternativa fundamental en el universo: la existencia o la no-existencia, y ambas pertenecen a una sola clase de entidades: los organismos vivientes. La existencia de la materia inanimada es incondicional; la existencia de la vida, no: depende de un curso de acción específico. La materia es indestructible, cambia sus formas, pero no puede cesar de existir. Todo organismo viviente se enfrenta a una alternativa constante: la de la vida o la muerte. La vida es un proceso de acción, autosustentadora y autogenerada. Si un organismo falla en la misma, muere; sus elementos químicos perduran, pero su vida termina. Es sólo el concepto de «vida» el que hace posible el concepto de «valor». Sólo para un ser viviente las cosas pueden resultar buenas o malas.

»Una planta ha de alimentarse con el fin de vivir; la claridad solar, el agua, los elementos químicos que necesita, son los valores que su naturaleza persigue; su vida es la pauta de valores que dirige sus acciones. Pero una planta no tiene opción respecto a sus acciones; existen alternativas en las condiciones a que se enfrenta, pero no hay alternativa en sus funciones: actúa automáticamente para prolongar su vida y no puede actuar en su propia destrucción.

»Un animal posee elementos para sostener su vida; sus sentidos los aportan gracias a un código automático de acción: un conocimiento automático de lo que es bueno o malo para él. No tiene poder para extender dicho conocimiento ni evadirlo. En condiciones en que dicho conocimiento resulta inadecuado, el animal muere, pero mientras viva, actúa basándose en el mismo con seguridad automática y sin capacidad de elección. Es incapaz de ignorar lo que le es bueno e incapaz de elegir el mal y de actuar como destructor de si mismo.

»El hombre no posee un código automático de supervivencia. Lo que lo distingue sobre todo de las demás especies vivientes es la necesidad de actuar frente a alternativas por medio de una elección volitiva. No posee un conocimiento automático de lo que es bueno o malo para él, de qué valores depende su vida ni qué curso de acción requiere ésta. Parloteáis acerca del instinto de autoconservación, pero un instinto de autoconservación es precisamente lo que el hombre no posee. Un «instinto» es una forma infalible y automática de conocimiento. Un deseo no es instinto. El deseo de vivir no os da el conocimiento requerido para ello. E incluso el deseo humano de vivir no es automático; vuestro mal secreto actual reside en que tal es el deseo que no podéis retener. Vuestro temor a la muerte no es amor a la vida y no os dará el conocimiento necesario para conservarla. El hombre ha de obtener su conocimiento y elegir sus acciones por un proceso mental, que la naturaleza no le obliga a practicar. El hombre posee el poder para actuar como destructor de si mismo, y tal es el modo en que ha actuado durante la mayor parte de la historia.

»Una entidad viviente que considerase maldad sus medios de supervivencia, no sobreviviría. Una planta que se esforzara en destrozar sus raíces, un pájaro que pretendiera romper sus alas, no seguirían mucho tiempo disfrutando de una existencia a la que se oponen; pero la historia del hombre ha sido una lucha para negar y destruir su propia mente.

»El hombre ha sido llamado ser racional, pero la racionalidad es asunto de elección, y la alternativa que su naturaleza le ofrece es ésta: ser racional o animal suicida. El hombre ha de ser hombre por elección, ha de conservar su vida como valor por elección, ha de aprender a sustentarse por elección, ha de descubrir los valores requeridos y practicar sus virtudes también por elección.

»Un código de valores aceptado por elección, es un código moral.

«Quienquiera que seáis quienes ahora me estáis escuchando, hablo a ese resto vivo que aún sigue sin corromper en vuestro interior, a ese resto de humanidad que es vuestra mente, y os digo: existe una moralidad de la razón, una moralidad adecuada al hombre, y la Vida Humana es su pauta de valores.

»Todo lo que resulta adecuado para la vida de un ser racional, es bueno; cuanto la destruye, es malo.

»La vida humana, tal como requiere su naturaleza, no es la vida de un bruto sin mente, de un ruñan saqueador o de un místico furtivo, sino la de un ser que piensa; no la vida vivida gracias a la fuerza o el fraude, sino la vida basada en sus propios logros; no una supervivencia a cualquier precio, puesto que sólo existe un precio adecuado a la supervivencia humana: la razón.

»La vida del hombre es la norma de toda moralidad, pero vuestra propia vida constituye su propósito. Si la existencia sobre la tierra representa vuestro objetivo, debéis elegir vuestras acciones y valores según la pauta de lo que es adecuado al hombre, con el propósito de conservar y disfrutar ese irreemplazable valor que es vuestra vida.

»Como la vida requiere un curso de acción específico, cualquier otro que sigáis la destruirá. Un ser que no considere su propia vida como motivo y meta de sus acciones, actúa basándose en la norma y el motivo de la muerte. Semejante ser es una monstruosidad metafísica, forcejeando para oponerse, negar y contradecir el hecho de su propia existencia; corriendo ciegamente como un loco por un camino de destrucción, incapaz de todo, excepto del dolor.

»La felicidad es un estado triunfal; el dolor es un agente de la muerte. La felicidad es ese estado de consciencia que procede de la consecución de los propios valores. Una moralidad que se atreva a deciros que obtendréis la felicidad en la renunciación a vuestra dicha, que valoréis aquélla por el fracaso de vuestros valores, es una insolente negación de la moralidad. Una doctrina que os dé como ideal el papel de animales para el sacrificio, buscando la muerte en los altares de otros, os da la muerte como norma. Gracias a la realidad y de la naturaleza de la vida, el hombre —cada hombre —constituye un fin en si mismo, existe por si mismo y la consecución de su propia felicidad constituye su más alto propósito moral.

»Pero ni la vida ni la felicidad pueden conseguirse persiguiendo caprichos irracionales. Del mismo modo que el hombre es libre para intentar sobrevivir de cualquier modo que sea, pero perecerá a menos que viva como su naturaleza requiere, también es Ubre de buscar su felicidad en cualquier fraude insensato; pero sólo hallará la tortura del fracaso, a menos que busque una dicha adecuada a él. El propósito de la moralidad consiste en enseñaros, no a sufrir y a morir, sino a disfrutar y a vivir.

«Apartad de vosotros a esos parásitos de las aulas subvencionadas, que viven gracias al provecho extraído a la mente de otros y proclaman que el hombre no necesita moralidad, ni valores, ni códigos de conducta. Ellos, que adoptan el papel de hombres de ciencia y proclaman que el hombre es sólo un animal, no le otorgan su inclusión en una existencia que han garantizado al más inferior de los insectos. Reconocen que toda especie viviente tiene un modo de sobrevivir, exigido por su naturaleza; no proclaman que un pez pueda vivir fuera del agua o que un perro sobreviva sin su sentido del olfato. Pero, según ellos, el hombre es el más completo de los seres vivientes y puede sobrevivir de cualquier modo; el hombre carece de identidad, de naturaleza, y no existe razón práctica por la que no pueda alentar, aunque sus medios de supervivencia hayan quedado destruidos, y su mente estrangulada y colocada a disposición de cualquier orden que ellas quieran establecer.

«Apartaos de esos místicos consumidos por el odio, que adoptan actitud de amigos de la humanidad y predican que la más alta virtud capaz de ser practicada por el hombre es la de no otorgar valor alguno a la vida. ¿Os cuentan que el propósito de la moralidad es refrenar el instinto humano de autopreservación? Es con el propósito de la autopreservación que el hombre necesita un código de moralidad. El único hombre que quiere ser moral es aquel que desea vivir.

»No, no es preciso vivir si no queréis; éste es vuestro acto básico. Pero si elegís vivir, habéis de hacerlo como hombres, gracias al trabajo y al discurrir de vuestra mente.

«No, no es imprescindible vivir como un hombre; se trata de un acto de elección moral. Pero no podéis vivir según cualquier otra cosa, y la alternativa es ese estado de muerte viviente que ahora observáis en vuestro interior y a vuestro alrededor; el estado de algo inadecuado para la existencia, algo no humano y menos que animal; algo que sólo conoce el dolor y que se arrastra en el transcurso de los años en la agonía de una autodestrucción irreflexiva.

»No, no es preciso pensar; se trata de un acto de elección moral. Pero alguien ha de hacerlo para manteneros vivos. Si escogéis la omisión, defraudáis a la existencia y pasáis vuestro déficit a un ser moral esperando de él que sacrifique su bien a fin de dejaros sobrevivir por vuestro mal.

»No, no es preciso ser hombre; pero hoy día quienes lo son, ya no se encuentran entre vosotros. Os he privado de vuestro medio de supervivencia: de vuestras victimas.

»Si queréis saber cómo lo he hecho y qué les dije para que os abandonaran, ya lo estáis escuchando. Les dije en esencia lo mismo que ahora declaro. Fueron hombres que habían vivido según mi código, pero sin saber la gran virtud que representa. Yo les abrí los ojos. Yo les otorgué, no una nueva evaluación de si mismos, sino tan sólo una identificación de sus valores.

»Nosotros, los hombres de espíritu, estamos ahora en huelga contra vosotros en nombre de un solo axioma que constituye la raíz de nuestro código moral, del mismo modo que la raíz del vuestro es el deseo de escapar a él: el axioma de que la existencia existe.

«La existencia existe, y el acto de comprender tal declaración implica dos axiomas corolarios: que existe algo que uno percibe y que uno existe poseyendo conciencia, siendo la conciencia la facultad de percibir lo existente.

«Si nada existe no puede haber conciencia: una conciencia sin nada de qué sentirse consciente resulta contradictorio en sus términos. Una conciencia consciente de nada, aparte de si misma, es una contradicción; antes de que se identifique como conciencia, tiene que ser consciente de algo. Si lo que queréis percibir no existe, lo que poseéis no es conciencia.

«Cualquiera que sea el grado de vuestro conocimiento, esas dos cosas, existencia y conciencia, son axiomas a los que no podéis escapar. Se trata de dos irreductibles fundamentos implicados en cualquier acción que emprendáis, en cualquier parte de vuestro conocimiento y en la suma del mismo desde el primer rayo de luz que percibís al comienzo de la vida, hasta la más amplia erudición que hayáis logrado adquirir al final de la misma. Tanto si habéis comprendido cuál es la forma de un guijarro, como si se trata de la estructura del sistema solar, los axiomas siguen siendo los mismos: todo ello existe y vosotros lo sabéis.

«Existir es ser algo, distinguiéndolo de la nada, de la no existencia; es ser una entidad de naturaleza especifica, compuesta de atributos específicos. Siglos atrás, el hombre que, no obstante sus errores, fue el mayor de los filósofos, estableció la fórmula que definía el concepto de existencia y la regla de todo conocimiento: A es A. Toda cosa lo es en sí. Nunca habéis comprendido el significado de esta declaración. Yo estoy aquí para completarlo: Existencia es Identidad; Conciencia es Identificación.

«Cualquiera que sea la cosa que deseéis considerar, objeto, atributo o acción, la ley de Identidad seguirá siendo la misma. Una hoja no puede ser al propio tiempo una piedra, no puede ser roja y verde a la vez, no puede helarse y arder simultáneamente. A es A. O si lo queréis expresado en lenguaje más simple: no podéis tener un pastel y al propio tiempo comerlo.

«¿Intentáis saber lo que ocurre de malo en el mundo? Todos los desastres que se han abatido sobre el mismo procedieron de la tentativa de vuestros jefes para evadir el hecho de que A es A. Todos los males secretos que habéis soportado, tienen como origen vuestra tentativa de eludir el hecho de que A es A. El propósito de quienes os ensenaron a evadirlo fue el de haceros olvidar que el Hombre es Hombre.

«El hombre sólo puede sobrevivir adquiriendo conocimiento, y la razón es su único medio de conseguirlo. La razón es la facultad que percibe, identifica, integra el material aportado por los sentidos. La tarea de los sentidos consiste en dar al hombre la evidencia de su existencia; pero la tarea identificadora pertenece a su razón; sus sentidos sólo le dicen que algo es, pero de qué se trata debe ser aprendido por la mente.

«Todo pensamiento es un proceso de identificación e integración. El hombre percibe una mancha de color; integrando la evidencia de su visión y de su tacto, aprende a identificarla como objeto sólido; aprende a identificar dicho objeto como una mesa; sabe si la mesa está hecha de madera; sabe que la madera consiste en células, que las células están formadas por moléculas y que las moléculas se componen de átomos. Durante todo este proceso, la tarea de su mente consiste en aportar respuestas a una simple pregunta: ¿Qué es? Su medio para establecer la verdad de las respuestas es la lógica, y la lógica descansa en el axioma de que la existencia existe. La lógica es el arte de la identificación no-contradictoria. Una contradicción no puede existir. Un átomo lo es en sí, y lo mismo ocurre con el universo; ninguno puede contradecir su propia identidad, ni una parte contradecir el todo. Ningún concepto formado por el nombre es válido, a menos que éste lo integre sin contradicción en la suma total de sus conocimientos. Llegar a una contradicción es confesar un error del propio pensamiento; mantener una contradicción es abdicar la propia mente y salirse del reino de la realidad.

«La realidad es lo que existe, lo irreal no existe; lo irreal es simplemente esa negación de la existencia, que forma el contenido de la conciencia humana cuando intenta apartarse de la razón. La verdad es el reconocimiento de la realidad; la razón, único medio de conocimiento humano, su única norma de verdad.

«La pregunta más depravada que podéis formular es ésta: ¿La razón de quién! He aquí la respuesta: La vuestra. No importa la amplitud o la modestia de vuestro conocimiento, es vuestra mente quien ha de adquirirlo. Sólo podéis contender con vuestro propio conocimiento o pedir la consideración ajena sobre él. Vuestra mente es vuestro único juez de la verdad, y si otros disienten de vuestro veredicto, la realidad constituirá el tribunal de apelación supremo. Nada, aparte de la mente humana, puede llevar a cabo ese complejo, delicado, crucial proceso de identificación que es el pensar. Nada puede dirigir dicho proceso, excepto el propio juicio humano. Nada puede dirigir este juicio, aparte de la integridad moral del hombre.

«Vosotros que habláis de «instinto moral» como si se tratara de un don separado, opuesto a la razón, debéis saber que la razón humana es su facultad moral. Un proceso de razón es un proceso de constante elección, en respuesta a la pregunta: ¿Verdadero o falso? ¿Cierto o equivocado? ¿Está bien o mal plantar una semilla para que crezca? ¿Está bien o mal desinfectar una herida con el fin de salvar la vida a alguien? ¿Está bien o mal que la naturaleza de la electricidad atmosférica se vea convertida en fuerza dinámica? La respuesta a tales preguntas os da todo cuanto tenéis. Y tales respuestas proceden de la mente del hombre, una mente de intransigente devoción hacia lo que está bien.

»Un proceso racional es un proceso moral. Podéis cometer un error en cualquier estadio del mismo, sin nada para protegeros, excepto vuestra severidad, o quizá intentéis engañar, desfigurar la evidencia y evadir el esfuerzo de la investigación, pero si la devoción a la verdad es la piedra angular de la moralidad, entonces no existe mayor, ni más noble, ni más heroica forma de devoción que el acto de quien asume la responsabilidad de pensar.

»Lo que llamáis vuestra alma o espíritu es vuestra conciencia y lo que llamáis «libre voluntad» es la voluntad de vuestra mente para pensar o no, la única que poseéis, vuestra única libertad, la opción que controla todas las opciones realizadas por vosotros y determina vuestra vida y vuestro carácter.

»El pensar es la única virtud básica del hombre, de la que proceden todas las demás. Y su vicio básico. La fuente de todos sus males es ese acto innominado que todos practicáis, pero que os esforzáis en no admitir: el acto de ignorar; la voluntaria suspensión de la propia conciencia, la renuncia a pensar, no la ceguera, sino la negativa a ver; no la ignorancia, sino el no conocer. Es el acto de desenfocar vuestra mente e inducirla a escapar a la responsabilidad del juicio sobre la premisa no declarada de que una cosa no existirá con sólo rehusar identificarla; que A no será A en tanto no pronunciéis el veredicto de que «es». El no pensar es un acto de aniquilación, un deseo de negar la existencia, una tentativa para borrar la realidad. Pero la existencia existe y la realidad no puede ser borrada; simplemente borrará a quien intenta destruirla. Al rehusar afirmar «es» rehusáis decir «soy». Al suspender vuestro juicio, negáis vuestra persona. Cuando un hombre declara: «¿Quién soy yo para saberlo?» Lo que declara es esto: «¿Quién soy yo para vivir?»

«Ésta es, en cada hora y en cada circunstancia, vuestra elección moral básica: pensar o no pensar, existencia o no existencia, A o no A, entidad o nulidad.

«La vida es la premisa que dirige las acciones del hombre en proporción a lo que éste tenga de racional. En proporción a su irracionalidad, la premisa que dirija sus acciones es la muerte.

«Vosotros que tanto habláis de que la moralidad es necesidad social y de que el hombre no necesitaría moralidad en una isla desierta, no sabéis que precisamente en una isla desierta es donde la necesitaría más. Dejadle pretender declarar, cuando no haya víctimas que paguen por ello, que una roca es una casa, que la arena es roca, que el alimento entrará en su boca sin causa o esfuerzo, y que mañana recogerá cosechas aunque hoy devore su simiente, y la realidad lo quitará de en medio como se merece. La realidad le enseñará que la vida es un valor que ha de ser adquirido, y que el pensar es la única moneda noble para comprarlo.

»Si tuviera que hablar con vuestro lenguaje, diría que el único mandamiento moral del hombre es: «Pensarás». Pero un «mandamiento moral» es una contradicción en sus términos. Lo moral es lo escogido, no lo forzado; lo comprendido, no lo obedecido. Lo moral es lo racional y la razón no acepta mandamientos.

»Mi moralidad, la moralidad de la razón, queda contenida en un simple axioma: la existencia existe, y en una simple elección: la de vivir. El resto proviene de ello. Para vivir, el hombre ha de considerar tres cosas como los valores supremos gobernantes de su vida: Razón, Propósito, Estima propia. La Razón como su única herramienta de conocimiento, el Propósito como su elección de la felicidad que con aquella herramienta ha de poder conseguir; la Estima propia como inviolable certidumbre de que su mente es competente para pensar y su persona digna de la felicidad, lo que significa digna de vivir. Estos tres valores implican todas las virtudes humanas y necesitan de ellas. Y todas sus virtudes pertenecen a la relación de existencia y conciencia: racionalidad, independencia, integridad, honestidad, justicia, productividad y orgullo.

»La racionalidad es el conocimiento de que la existencia existe, de que nada puede alterar la verdad, ni nada ocupar la preeminencia sobre este acto de percibirla que es el pensamiento; que la mente representa el único juez de los valores y la única guía de acción, que la razón es un absoluto que no admite compromisos, que una concesión a lo irracional invalida la propia conciencia y cambia la tarea de percibir en la de desfigurar la realidad, que todo supuesto atajo hacia el conocimiento representa tan sólo un cortocircuito destructor de la mente, que la aceptación de una invención mística involucra un deseo de aniquilación de la existencia que, a su vez, aniquila la propia conciencia.

»La independencia es el reconocimiento de que vuestra es la responsabilidad de juicio, y nada puede ayudaros a escapar al mismo; que nadie puede pensar en vuestro lugar, del mismo modo que no existe substituto a vuestra vida; que la forma más vil de autoabyección y de autodestrucción es la subordinación de la mente a la mente de otro, la aceptación de una autoridad sobre vuestro cerebro, la aceptación de sus asertos como hechos, de sus palabras como verdades, de sus proclamas como mediadoras entre vuestra conciencia y vuestra existencia.

»La integridad es el reconocimiento de que no podéis desfigurar vuestra conciencia, del mismo modo que la honradez es el reconocimiento de que no podéis desfigurar la existencia; de que el hombre es un ente indivisible, una unidad integrada por dos atributos: materia y conciencia, y de que no puede permitirse ruptura alguna entre cuerpo y mente, entre acción y pensamiento, entre vida y convicciones. Que, igual que un juez inflexible ante la opinión pública, no debe sacrificar sus convicciones a los deseos de los demás, aunque toda la humanidad le grite ruegos o amenazas. El valor y la confianza son necesidades prácticas: el valor constituye la forma de mantenerse fiel a la existencia, de mantenerse fiel a la verdad, y la confianza es la forma práctica de mantenerse fiel a la propia conciencia.

«La honradez es el reconocimiento de que lo irreal es irreal y no puede tener valor; de que ni el amor, ni la fama, ni el dinero son valores cuando se les obtiene mediante el fraude; de que toda tentativa para adquirir un valor engañando la mente ajena, es lo mismo que elevar víctimas a una posición más alta que la misma realidad, convirtiéndoos en peón de su ceguera, en esclavo de su carencia de pensamiento y de sus evasiones, mientras su racionalidad y su percepción pasan a ser los enemigos que habéis de temer y de los que habéis de huir; de que no os importa vivir dependientes de otro y menos aún de la estupidez de los demás o como un imbécil cuya fuente de valores son los imbéciles que han conseguido engañar a otros; de que la honradez no es un deber social ni un sacrificio en beneficio de nadie, sino la virtud más profundamente interesada que un hombre puede practicar: su renuncia a sacrificar la realidad de su propia existencia ante la engañosa conciencia de los demás.

»La justicia es el reconocimiento de que no podéis desfigurar el carácter del hombre, como no se puede desfigurar el carácter de la naturaleza; que debéis juzgar a todos los hombres tan conscientemente como juzgáis los objetos inanimados, con el mismo respeto a la verdad, con la misma incorruptible visión, por un proceso de identificación tan puro y racional como aquél; que cada hombre debe ser juzgado por lo que es y tratado en consecuencia; que del mismo modo que no pagáis por un pedazo de chatarra mohosa un precio más elevado que por un pedazo de metal pulido, tampoco hay que evaluar a un canalla por encima de un héroe; que vuestra apreciación moral es la moneda con que se paga a los hombres por sus virtudes o sus vicios y este pago exige de vosotros un honor tan escrupuloso como el que prestáis a las transacciones financieras; que no demostrar desprecio ante los vicios de los hombres, es un acto de falsificación moral, y no admirar sus virtudes, un acto de desfalco, asimismo moral; que situar cualquier preocupación por encima de la justicia, es devaluar vuestra moneda moral y defraudar al bueno en favor del malo, puesto que sólo el bueno puede perder por un desfalco de la justicia y sólo el malo

aprovecharse de ella. El fondo del abismo, el final de esa ruta, el acto de bancarrota moral consiste en castigar al hombre por sus virtudes y recompensarle por sus vicios. Tal es el colapso de la depravación total, la misa negra de la adoración de la muerte, la dedicación de la conciencia a la destrucción de la existencia.

»La productividad es vuestra aceptación de la moralidad, vuestro reconocimiento del hecho de que habéis elegido vivir, de que el trabajo productivo es el proceso mediante el cual la conciencia de un nombre controla su existencia, un proceso constante encaminado a adquirir conocimientos y dar forma a la materia para que encaje en nuestros propósitos, traducir una idea en forma física, rehacer la tierra según la imagen de los propios valores, de que todo trabajo es trabajo creador si se hace con una mente que piensa y que ningún trabajo es creador si se realiza con un ser que repite en estupor falto de crítica una rutina aprendida de otros, de que vuestro trabajo lo es por elección y que esa elección es tan amplia como vuestra mente, de que nada más es posible y nada menos que su mano, de que engañaros al aceptar una tarea mayor de la que vuestra mente permite es convertiros en un simio corroído por el miedo, actuando sobre movimientos copiados y sobre un tiempo también copiado, y de que, por otra parte, el desarrollar una tarea que requiere menos de la capacidad total de vuestra mente, es cortar vuestro motor y sentenciaros a otra clase de movimiento: la descomposición; de que vuestro trabajo es el proceso de adquirir valores y de que perder la ambición de valores es perder la ambición de vivir, de que vuestro cuerpo es una máquina y vuestra mente el conductor y de que debéis llegar tan lejos como vuestra mente os lleve, con el triunfo como meta de vuestro camino; de que el hombre sin propósito es una máquina que va descendiendo por la pendiente, a merced de cualquier peñasco en el que estrellarse en cuanto encuentre un barranco; de que el hombre que da rigidez a su mente es una máquina parada, que se enmohece poco a poco; que quien permite a un director prescribir el curso de su vida, es una ruina arrastrada hacia el montón de chatarra, y de que el hombre que convierte a otro en su objetivo, es un caminante a quien ningún conductor debería recoger en el camino; de que vuestro trabajo es el propósito de vuestra vida y de que debéis alejaros de cualquier asesino que considere su derecho deteneros, y de cualquier valor que podáis encontrar fuera dé vuestro trabajo, cualquier otra lealtad o amor, sólo han de ser compañeros que elegís para compartir vuestro viaje, pero que han de continuar valiéndose de su propia fuerza.

»El orgullo es el reconocimiento del hecho de que vosotros mismos sois vuestro más alto valor y de que, como todos los demás valores humanos, ha de ser merecido; de que todos los logros abiertos ante vosotros, el que hace posibles a los demás, es la creación de vuestro propio carácter; de que vuestro carácter, vuestras acciones, vuestros deseos, vuestras emociones, son productos de las premisas que vuestra mente mantiene; de que igual que el hombre produce los valores físicos necesarios para sustentar su vida, ha de adquirir también los valores de carácter que hacen su vida digna de ser sustentada; de que del mismo modo que el hombre es un ser cuya riqueza logra él mismo, es también un ser cuya alma él mismo se forma; de que vivir requiere un sentido de los propios valores, pero el hombre no poseedor de valores automáticos tampoco tiene un sentido automático de la propia estima, y ha de conseguirlo dando forma a su alma, según la imagen de su idea moral, según la imagen del Hombre, y de que siendo ser racional nacido para crear, ha de crear por elección; de que la primera precondición de la autoestima es ese radiante egoísmo del alma, que desea lo mejor de toda cosa, en valores materiales y espirituales; un alma que busca sobre todo conseguir su propia perfección moral, no evaluando nada por encima de sí misma, y de que la prueba de una autoestima totalmente conseguida es el estremecimiento de desprecio y rebelión contra el papel de animal para el sacrificio, contra la vil impertinencia de cualquier credo que proponga inmolar ese irreemplazable

valor que es vuestra conciencia y la incomparable gloria de vuestra existencia ante las ciegas evasiones y la hedionda podredumbre de los demás.

«¿Empezáis a ver quién es John Galt? Soy el hombre que se ha ganado aquello por lo que vosotros no luchasteis, aquello a lo que habéis renunciado, traicionado y corrompido. Pero aun así, no pudisteis destruirlo por completo y ahora lo ocultáis como vuestro culpable secreto, pasando vuestra vida en actos de perdón ante todo caníbal profesional para que nadie descubra que en algún lugar de vuestro interior aún anheláis decir lo que ahora estoy diciendo a toda la humanidad: me siento orgulloso de mi propio valor y del hecho de desear vivir.

«Este deseo que compartís, pero que procuráis enterrar como maldad, es el único resto de vuestra bondad interna,. pero se trata de un deseo que hay que aprender a merecer. El único propósito moral del hombre es su felicidad, pero sólo puede conseguirlo por su propia virtud. La virtud no es un fin en sí mismo. La virtud no es su propia recompensa o el alimento para la recompensa del mal. La vida es la recompensa de la virtud y la felicidad, la meta y la recompensa de la vida.

«Del mismo modo que vuestro cuerpo siente dos sensaciones fundamentales: el placer y el dolor, como resultado de su bienestar o de su daño, como barómetro de sus alternativas básicas, vida o muerte, así vuestra conciencia tiene dos emociones fundamentales: alegría y sufrimiento en respuesta a la misma alternativa. Vuestras emociones son el cómputo de lo que prolonga vuestra vida o la amenaza, como relojes calculadores que os dan una suma de beneficios o de pérdidas. No tenéis elección acerca de vuestra capacidad para sentir que algo es bueno o malo, pero lo que consideréis bueno o malo, lo que os dará alegría o dolor, lo que amaréis o detestaréis, desearéis o temeréis, depende de vuestra pauta de los valores. Las emociones son inherentes a vuestra naturaleza, pero su contenido queda dictado por la mente. Vuestra capacidad emocional es un motor vacío y vuestros valores el combustible de que vuestra mente se llena. Si escogéis una mezcla de contradicciones, vuestro motor se atascará, corroerá las transmisiones y os arruinará a la primera tentativa de moveros con una máquina que vosotros, el conductor, habéis estropeado.

«Si aceptáis lo irracional como norma de valores y lo imposible como concepto del bien, si anheláis recompensas que no os habéis ganado, una fortuna o un amor no merecidos, una brecha en la ley de las casualidades, una A convertida en no-A por vuestro capricho, si deseáis lo opuesto a la existencia, lo alcanzaréis. Pero no lloréis después diciendo que la vida es desengaño y que la felicidad resulta imposible para el hombre. Comprobad vuestro combustible: os llevó adonde queríais que os llevara.

«La felicidad no puede ser conseguida manejando caprichos emocionales. La felicidad no es la satisfacción de cualquier deseo irracional en el que ciegamente intentéis incurrir. La felicidad es un estado de alegría no contradictoria, una alegría sin castigo ni culpa, una alegría que no está en contradicción con ninguno de vuestros valores y no actúa para vuestra destrucción; no es la alegría de escapar a la propia mente, sino la de utilizarla a su pleno rendimiento; no la alegría de desfigurar la realidad, sino la de conseguir valores reales; no la alegría de un borracho, sino la de un ser que produce. La felicidad sólo es posible al hombre racional, al hombre que sólo desea objetivos racionales, busca valores racionales y halla su goce en la ejecución de actos racionales.

»Del mismo modo que mantengo mi existencia sin recurrir al robo ni a la limosna, sino sólo a mi esfuerzo personal, así también nunca procuro mi felicidad causando daño o admitiendo favores de otros, sino tan sólo con mis propios logros. Del mismo modo que no considero el placer ajeno como objetivo de mi vida, tampoco considero mi placer objetivo de las vidas de otros. Así como no existen contradicciones en mis valores, ni conflictos entre mis deseos, tampoco hay víctimas ni conflictos de interés entre el hombre

racional, entre el hombre que no desea lo no ganado, ni considera al prójimo con afán de caníbal; el hombre que ni hace sacrificios, ni los acepta.

»El símbolo de toda relación entre los hombres, el símbolo moral del respeto entre seres vivientes, es el comerciante. Nosotros, quienes vivimos según los valores y no el botín, somos comerciantes tanto en materia como en espíritu. El comerciante es aquel que se ha ganado lo que posee, y ni da ni toma lo que no merece. Un comerciante no pide ser pagado por sus fracasos, ni quiere que se le ame por sus defectos. Un comerciante no malgasta su cuerpo como alimento, ni ofrece su alma como limosna. Del mismo modo que no entrega su trabajo) excepto en el comercio de valores materiales, tampoco hace cesión de los valores de su espíritu, su amor, sus amistades, su estimación hacia otros, excepto en pago y en comercio de humanas virtudes. En pago por su propio egoísta placer, que recibe de hombres a los que puede respetar. Los parásitos místicos que a través de los siglos han abominado del comerciante y despreciado su actividad mientras honraban a mendigos y saqueadores, han llegado a comprender el secreto motivo de sus burlas: el comerciante es el ser al que temían por ser un hombre estrictamente justo.

«¿Preguntáis qué obligación moral he contraído con mi prójimo? Ninguna, excepto aquella que me debo a mí mismo, a los objetos materiales y a toda la existencia: la racionalidad. Trato con los hombres conforme exige mi naturaleza y la de ellos: por medio de la razón. No busco ni deseo nada de ellos, excepto aquellas relaciones que deseen entablar por elección voluntaria. Sólo puedo tratar con su mente y sólo en mi propio interés, cuando el mío coincida con el suyo. De lo contrario, no establezco relaciones; dejo a los demás proseguir su camino y no me aparto del mío. Consigo mis victorias sin otro medio que la lógica y no me lindo más que a ésta. No someto mi razón, ni comercio con hombres que sometan la suya. No tengo nada qué ganar de imbéciles o de cobardes. No busco ganancia alguna en los vicios humanos: en la estupidez, la deshonestidad o el miedo. Los únicos valores que los hombres pueden ofrecerme son las actividades de su mente. Cuando disiento de un hombre racional, dejo que la realidad sea nuestro arbitro; si soy yo quien tiene la razón, el otro aprenderá; si estoy equivocado, seré yo quien aprenda. Uno de los dos vencerá, pero ambos sacaremos provecho.

«Aunque muchas cosas quedan abiertas a la desavenencia, existe un acto de maldad del que no cabe decir lo mismo; el acto que nadie puede cometer contra otros y que nadie puede sancionar o perdonar. Mientras los hombres deseen vivir en común, ninguno puede iniciar, ¿me comprendéis?, nadie puede empezar el uso de la fuerza física contra otros.

»Interponer la amenaza de la destrucción física entre un hombre y su percepción de la realidad, es negar y paralizar sus medios de supervivencia; obligarle a actuar contra su juicio, o lo que es igual, obligarle a actuar contra su propia visión. Quienquiera que con un propósito determinado inicie el uso de la fuerza, es un asesino que actúa sobre la premisa de la muerte de un modo más amplio que el simple crimen: la premisa de destruir la capacidad para vivir del hombre.

»No abráis la boca para decirme que vuestra mente os ha convencido del derecho a forzar la mía. La fuerza y el espíritu son cosas opuestas; la moralidad acaba donde empieza a esgrimirse un arma. Cuando declaráis que el hombre es un animal irracional y proponéis tratarlo como tal, definís vuestro propio carácter y no podéis reclamar la sanción de la razón, del mismo modo que tampoco puede hacerlo ningún abogado de las contradicciones. No puede existir «derecho» a destruir la fuente de los derechos, el único medio para juzgar el bien y el mal: la mente.

¡Obligar a un hombre a que desista de su propia mente y acepte como substituto vuestra voluntad, con un arma en lugar de un silogismo, con el terror en vez de pruebas decisivas y la muerte como argumento final, es intentar existir desafiando la realidad. La realidad exige al hombre que actúe de acuerdo con sus propios intereses racionales; vuestro fusil

exige de él que actúe contra los mismos. La realidad amenaza al hombre con la muerte, si no actúa de acuerdo con su juicio racional; vosotros lo amenazáis con la muerte si lo hace. Lo colocáis en un mundo donde el precio de su vida es la rendición de todas las virtudes requeridas por la vida. Y la muerte, gracias a un proceso de destrucción gradual, es cuanto conseguiréis vosotros y vuestro sistema, cuando la muerte se erija en poder gobernante, en argumento decisivo en una sociedad de hombres.

»Tanto en el caso del salteador que se aproxima a un viajero conminándole: «¡La bolsa o la vida!», o el del político que se enfrenta a un país con el ultimátum: «¡La educación de vuestros hijos o vuestra vida!», el significado del ultimátum en cuestión es: «¡Vuestra mente o vuestra vida!», y ninguna de ambas es posible al hombre sin la otra.

»Si existen grados de maldad, resulta difícil definir cuál es el más despreciable: si el bruto que asume el derecho a forzar la mente de otros, o el degenerado moral que ofrece a otros el derecho a forzar su mente. Éste es el absoluto moral que no debe quedar abierto a debate. No puedo otorgar el término de razón a hombres que intenten privarme de la mía. No quiero discutir con seres que pretendan prohibirme pensar. No puedo otorgar mi sanción moral al deseo de un asesino para liquidarme Cuando alguien intenta tratar conmigo por la fuerza, le contesto también con la fuerza.

»Sólo como represalia puede usarse la fuerza, y sólo contra el hombre que inicie su uso. No comparto su maldad ni acepto su concepto de la moral; tan sólo le ofrezco lo que él mismo eligió: la destrucción; la única destrucción que tiene derecho a elegir: la suya propia. Utiliza su fuerza para apoderarse de un valor; yo la uso sólo para destruir la destrucción. El atracador intenta apoderarse de mi dinero matándome. Yo no me haré más rico matando a un atracador. No busco valores valiéndome del mal, ni rindo los míos a dicho mal.

»En nombre de todos los elementos productores que os han mantenido vivos y recibido vuestro ultimátum de muerte como pago, ahora os contestaré con un simple ultimátum propio: Nuestro trabajo o vuestras armas. Podéis elegir entre uno y otro, pero no podéis tenerlos ambos. No iniciamos el uso de la fuerza contra otros, ni nos sometemos a la fuerza poniéndonos en sus manos. Si deseáis vivir de nuevo en una sociedad industrial, será sobre nuestros términos morales. Nuestros términos y nuestras fuerzas motrices son la antítesis de los vuestros. Habéis estado usando la fuerza como arma y llevando la muerte al hombre como castigo por rechazar vuestra moral. Nosotros le ofrecemos la vida como recompensa por aceptar la nuestra.

«Vosotros, los adoradores del cero, no habéis descubierto nunca que conseguir la vida no equivale a evitar la muerte. Que la alegría no es «la ausencia de dolor», ni la inteligencia «ausencia de estupidez», ni la luz «ausencia de obscuridad», ni una entidad «ausencia del no ser». No se construye absteniéndose de demoler. Siglos de quietismo y de espera dentro de semejante abstinencia no levantarán un solo contrafuerte para que os abstengáis de demolerlo. Ahora ya no podéis decirme a mí, el constructor: «Produce y aliméntanos a cambio de no destruir tu producción». Os contesto en nombre de todas vuestras víctimas: «Pereced con y dentro de vuestro vacío». La existencia no es una negación de negativos. El mal, no el valor, es ausencia y negación; el mal es impotente y carece de fuerza, excepto aquélla que le dejamos extraer de nosotros. Pereced, porque hemos aprendido que un cero no puede ejercer una hipoteca sobre la vida.

»Buscáis escapar al dolor. Nosotros intentamos conseguir la felicidad. Existís tan sólo para evitar un castigo. Nosotros existimos para conseguir recompensas. Las amenazas no nos obligarán a actuar; el miedo no constituye nuestro incentivo. No pretendemos evitar la muerte, sino vivir la vida.

»Vosotros, quienes habéis perdido el concepto de la diferencia, quienes clamáis que el temor y la alegría son incentivos de idéntica fuerza, y en secreto añadís que el miedo es

más «práctico», no deseáis vivir, y sólo el temor a la muerte os sigue reteniendo en esa existencia que habéis maldecido. Os introducís, presas de pánico, por la trampa de vuestros días, buscando una salida que habéis cerrado; huís de un perseguidor al que no os atrevéis a nombrar, hacia un terror que no osáis reconocer, y cuanto mayor es este miedo, mayor es también el que sentís hacia el único acto que os puede salvar: el pensamiento. El propósito de vuestra lucha no es conocer, no es comprender o nombrar o escuchar esto: que vuestra Moral es una Moral de Muerte.

»La muerte es la norma de vuestros valores y vuestro objetivo, y habéis de permanecer corriendo siempre, puesto que no existe escapatoria a un perseguidor que intenta destruiros ni al conocimiento de que ese perseguidor sois vosotros mismos. Cesad de correr por una vez, puesto que no hay sitio adonde ir; permaneced desnudos como tanto teméis, y como yo os veo, y echad una ojeada a lo que os atrevéis a llamar código moral.

»La condenación constituye el principio de vuestra moralidad, y la destrucción es su propósito, su medio y su fin. Vuestro código empieza condenando al hombre por su maldad y luego exige que practique un bien que el mismo define como imposible de practicar. Exige, como primera prueba de virtud, que acepte su propia depravación sin pruebas. Exige que empiece, no con una norma de valores, sino con una norma de maldades, que constituyen su propio ser y por medio de las cuales tendrá que definir el bien, ese bien que él no posee.

»No importa entonces quién se convierta en explotador de la gloria a que renuncia y de su alma atormentada; un dios místico de forma incomprensible, o un transeúnte cualquiera, cuyas lacras ulceradas le son expuestas como inexplicable reclamación sobre él. No importa; él no ha de entender el bien; su deber consiste en arrastrarse durante años, expiando la culpa de su existencia ante un extraviado recaudador de deudas ininteligibles; su único concepto del valor es un cero: el bien reside sólo en lo que no tiene características humanas.

»Un pecado sin voluntad es una bofetada a la moralidad y una insolente contradicción. Cuanto queda al margen de la posibilidad de elección, está fuera también de los límites de la moralidad. Si el hombre es malo en su nacimiento, no tiene voluntad ni poder para cambiar. Si no tiene voluntad, no puede ser bueno, ni malo. Un muñeco mecánico carece de moral. Sostener como pecado del hombre un hecho no ofrecido a su elección, es una burla a la moralidad. Afirmar que la naturaleza humana es su propio pecado, resulta una burla de la naturaleza. Castigarle por un crimen cometido antes de nacer, es una burla a la justicia. Considerarlo culpable en un asunto en el que no existe inocencia, es una burla a la razón. Destruir la moralidad, la naturaleza, la justicia y la razón, por medio de un simple concepto, representa una maldad difícilmente igualada. Sin embargo, ésa es la raíz de vuestro código.

»No os ocultéis tras la cobarde evasión de que el hombre ha nacido con una voluntad libre, pero con una «tendencia» al mal. Una voluntad libre abrumada por una tendencia, viene a ser lo mismo que jugar con dados «cargados». Obliga al hombre a luchar mientras dure el juego, a soportar responsabilidades y a pagar por las mismas, pero la decisión queda afectada por una tendencia a la que no puede escapar. Si esta tendencia es elegida por sí mismo, no puede poseerla al nacer; en caso contrario, su voluntad no es Ubre.

»¿Cuál es la naturaleza de la culpa que vuestros maestros consideran original? ¿Cuáles son los males en que incurre el hombre cuando se aparta de ese estado que ellos consideran perfecto? Según su mito, comió el fruto del árbol, adquirió una mente y convirtióse en ser racional. Conoció el bien y el mal. Adquirió un ser moral. Fue sentenciado a ganar el pan con su trabajo y convirtióse en ser productivo. Quedó sentenciado a experimentar deseo y adquirió la capacidad del disfrute sexual. Los males por los que le condenan, son la razón, la moralidad, el espíritu creador, el goce, es decir,

todos los valores cardinales de su existencia. No son sus vicios los que el mito de la caída del hombre trata de explicar y condenar; no son sus errores los que se consideran culpa, sino la esencia de su naturaleza como hombre. Ese muñeco mecánico que existía sin mente, sin valores, sin trabajo, sin amor, podía ser cualquier cosa, pero no era un hombre.

»Según vuestros maestros, la caída fue lo que otorgó al hombre las virtudes requeridas para vivir. Según ellos, estas virtudes son su pecado. Su mal, afirman, es ser hombre. Su culpa, declaran, consiste en vivir.

»Y lo llaman moralidad de h misericordia y doctrina del amor al hombre.

»No predican que el hombre sea maldad; la maldad reside sólo en ese objeto extraño que es su cuerpo. Afirman no desear destruirlo, sino querer tan sólo hacerle libre de su cuerpo. Dicen que intentan ayudarlo contra su dolor y señalan el potro de tormento al que lo han amarrado, el potro con dos ruedas que tiran de él en direcciones opuestas, el potro de una doctrina que separa su alma de su cuerpo.

»Han cortado al hombre en dos, colocando las mitades una contra otra. Le han enseñado que su cuerpo y su conciencia son dos enemigos empeñados en mortal conflicto, dos antagonistas de naturaleza opuesta, anhelos contradictorios e incompatibles necesidades; que beneficiar a uno es perjudicar al otro, que su alma pertenece a un reino sobrenatural, pero su cuerpo es una prisión maldita que le retiene esclavizado a la tierra, y que el bien consiste en derrotar al cuerpo, luego de años de paciente lucha, abriéndose camino hacia ese glorioso escape que conduce a la libertad de la tumba.

»Han enseñado al hombre que es un muñeco sin esperanza, compuesto de dos elementos, ambos símbolos de muerte. Un cuerpo sin alma es un cadáver, un alma sin cuerpo un fantasma. Sin embargo, tal es su imagen de la naturaleza humana: el campo de batalla de un cadáver y un fantasma; un cadáver dotado de malvada voluntad propia y un fantasma dotado del conocimiento de que todo cuanto el hombre conoce no existe y que sólo existe lo que no puede conocer.

»¿Os dais cuenta de la facultad que dicha doctrina pretende ignorar? Es la mente la que ha de ser negada, con el fin de escindir al hombre. Una vez éste rindiera la razón, quedaba a merced de dos monstruos a los que no podía sondear ni controlar: un cuerpo movido por instintos inexplicables y un alma movida por revelaciones místicas; veíase convertido en víctima pasiva de una batalla entre un muñeco mecánico y un dictáfono.

»y conforme se arrastra a través de las ruinas, tratando ciegamente de encontrar un medio de vivir, vuestros maestros le ofrecen la ayuda de una moralidad que proclama que no hallará solución ni deberá buscar la plenitud en esta tierra. La existencia real, le dicen, es algo que no puede entender; la verdadera conciencia reside en la facultad de percibir lo no existente, y si se muestra incapaz de comprenderlo, ello es prueba de que su existencia es malvada y su conciencia impotente.

»Como productos de la escisión entre el alma y el cuerpo del hombre, han surgido dos clases de maestros defensores de la Moralidad de la Muerte: los místicos del espíritu y los místicos del músculo, a los que llamáis respectivamente espiritualistas y materialistas; aquellos que creen en la conciencia sin existencia y quienes creen en la existencia sin conciencia. Ambos exigen la sumisión de vuestra mente, los unos a las revelaciones, los otros a sus reflejos. Aunque proclamen en voz alta que son irreconciliables antagonistas, sus códigos morales resultan iguales y lo mismo sus propósitos: en la materia, el esclavizamiento del cuerpo humano; en el espíritu, la destrucción de la mente.

»El bien, dicen los místicos del espíritu, reside en Dios, un ser cuya única definición es la de que se encuentra situado por encima del poder humano para comprender, definición que invalida la conciencia humana y anula su conceptos de la existencia. El bien, dicen los místicos del músculo, es la Sociedad, que explican como un organismo no poseedor de forma física, un ser superior, no encarnado en nadie en particular y en todos en

general, excepto vosotros. La mente del hombre, aseguran los místicos del espíritu, debe quedar subordinada a la voluntad de Dios. La mente del hombre, dicen los místicos del músculo, debe subordinarse a la Sociedad. Las normas de valor del hombre, dicen los místicos del espíritu, se basan en complacer a Dios, cuyas leyes se encuentran muy por encima del poder humano de comprensión y deben ser aceptadas basándose en la fe. Las normas de valor del hombre, dicen los místicos del músculo, residen en el bien de la Sociedad, cuyos postulados se encuentran por encima del derecho humano a juzgar y deben ser obedecidos como algo fundamental y absoluto. El propósito de la vida humana, afirman ambos, es convertirse en un abyecto fantasma servidor de un propósito que no conoce, por razones que no debe poner en entredicho. Su recompensa, dicen los místicos del espíritu, le será otorgada más allá de la tumba. Su recompensa, declaran los místicos del músculo, le será dada en la tierra… a sus biznietos.

»El egoísmo, manifiestan ambos, constituye el mal del hombre. Su bien, afirman, consiste en desprenderse de deseos personales, en negarse a sí mismo, en renunciar al propio ser, en subordinarse, en negar la vida que vive. El sacrificio, exclaman ambos, es la esencia de la moralidad, la más alta virtud al alcance del hombre.

«Quienes escuchéis mi voz, quienes seáis víctimas y no asesinos, tened en cuenta que hablo junto al lecho de muerte de vuestro espíritu, junto al borde de esas tinieblas en las que os hundís. Y si aún queda en vuestro interior algo de fuerza para combatir, para aferraros a esos débiles chispazos que fueron vuestra personalidad, utilizadla ahora. La palabra que os ha destruido es la de «sacrificio». Utilizad los restos de vuestra fuerza para comprender su significado. Aún seguís vivos. Aún disponéis de una oportunidad.

»El «sacrificio» no significa rechazar lo indigno, sino lo precioso. El «sacrificio» no significa rechazar el mal en beneficio del bien, sino el bien en beneficio del mal. «Sacrificio» es rendir aquello que evaluáis en favor de lo contrario.

.»Si cambiáis un penique por un dólar, no es sacrificio, si cambiáis un dólar por un penique, lo es. Si conseguís el propósito que os habíais trazado luego de años de lucha, no es sacrificio; si renunciáis al mismo en favor de un rival, lo es. Si tenéis una botella de leche y la dais a vuestro niño hambriento, no es sacrificio; si la dais al del prójimo, dejando que el vuestro muera, lo es.

»Si dais dinero para ayudar a un amigo, no es sacrificio; si lo entregáis a un indigno desconocido, lo es. Si dais a vuestro amigo una suma que os sea fácil entregar, no es sacrificio; si le dais dinero a costa de vuestra propia incomodidad, será sólo una virtud relativa, según esa clase de evaluación moral; si le dais dinero a costa de un desastre total para vosotros, predicaréis la virtud total del sacrificio.

»Si renunciáis a todos los deseos personales y dedicáis vuestra vida a los seres amados, no conseguiréis la virtud total porque seguiréis reteniendo cierto valor particular, que es vuestro amor. Si dedicáis vuestra vida a desconocidos que elegís al azar, el acto de virtud será mayor. Si dedicáis vuestra vida a servir a quienes odiáis, ésa será la mayor de las virtudes que podáis practicar.

»Un sacrificio es la rendición de un valor. El sacrificio total es la total rendición de los valores. Si queréis conseguir la virtud completa, no debéis buscar gratitud a cambio de vuestro sacrificio, ni alabanzas, ni amor, ni admiración, ni estima propia, ni siquiera el orgullo de ser virtuoso; la menor traza de cualquier beneficio diluirá vuestra virtud. Si seguís un curso de acción que no manche vuestra vida con ninguna alegría, que no os conceda valor alguno material, ni valor del espíritu, ni beneficio, ni provecho, ni recompensa, si conseguís un estado de cero absoluto, habréis alcanzado el ideal de la perfección moral.

»Se os dice que la perfección moral resulta imposible al hombre y, desde luego, así es, según tales normas. No podéis alcanzarla mientras viváis, pero el valor de vuestra vida y

de vuestra persona quedará calibrado por lo cerca que estéis de triunfar en vuestra aproximación a ese cero ideal que es la muerte.

»Pero si empezáis dentro de un desapasionado vacío, como una legumbre que sólo trata de servir de alimento sin valores que rechazar y sin deseos a los que renunciar, no ganaréis la corona del sacrificio. Porque no es sacrificio renunciar a lo que no se desea. No es sacrificio dar la vida por otros, cuando la muerte es un deseo personal. Para conseguir la virtud del sacrificio, tenéis que desear vivir, debéis amar la vida y arder de pasión por esta tierra y por todo el esplendor que puede daros, debéis sentir el agitarse de cada cuchillo cuando se clava en vuestros deseos y los pone fuera de vuestro alcance y extrae el amor a vuestro cuerpo. No es la muerte a secas la que se exhibe como ideal por la moral de sacrificio, sino la muerte por tortura lenta.

»No queráis insistir en que esto pertenece tan sólo a la vida en la tierra, porque no me siento relacionado con ninguna otra. Ni tampoco vosotros.

»Si deseáis salvar los restos de vuestra dignidad, no llaméis «sacrificio» a vuestras mejores acciones: dicho término os convierte en inmorales. Si una madre compra alimento para su niño hambriento, privándose de un sombrero para ella, no practica sacrificio alguno; simplemente evalúa al niño más que el sombrero; pero sí será sacrificio para una clase de madre cuyo más alto valor esté representado por el sombrero, una madre que preferiría ver morir a su niño, aunque lo alimenta impulsada tan sólo por un sentido del deber. Si un hombre muere luchando por su libertad, no es sacrificio, porque no quiere vivir como esclavo, pero sí es sacrificio para quien prefiriese vivir así. Si un hombre rehúsa vender sus convicciones, no hace ningún sacrificio, a menos de tratarse de un hombre desprovisto de las mismas.

»El sacrificio sólo sería adecuado para quienes nada tienen que sacrificar: ni valores, ni normas, ni juicio; para aquellos cuyos deseos son caprichos irracionales, concebidos ciegamente y sometidos sin resistencia. Mas para un hombre de estatura moral, cuyos deseos nacen de valores racionales, el sacrificio es la rendición de lo verdadero a lo falso, del bien al mal.

»El credo del sacrificio se basa en una moralidad para inmorales, una moralidad que declara su propia bancarrota al confesar que no puede impartir al hombre ninguna ganancia personal en virtudes y valores, y que su alma es un receptáculo de depravación a la que debe enseñar el sacrificio. Según confesión propia, dicho credo es impotente para enseñar al hombre a ser bueno y sólo puede sujetarlo a constante castigo.

»¿Pensáis, sumidos en neblinoso estupor, que vuestra moralidad sólo requiere el sacrificio de valores materiales? ¿Qué son a vuestro juicio los valores materiales? La materia no tiene otro valor que el de ser un medio para la satisfacción de los deseos humanos. La materia es sólo una herramienta de valores. ¿A qué servicio se os dice habéis de colocar las herramientas materiales que vuestra virtud ha producido? Al servicio de lo que vosotros consideráis malo: a un principio que no compartís, a una persona que no respetáis, a la consecución de un propósito opuesto al vuestro. De lo contrario vuestro don no es sacrificio.

«Vuestra moralidad os manda renunciar al mundo material y divorciar vuestros valores de la materia. Un hombre cuyos valores no reciben expresión en forma material, cuya existencia está apartada de sus ideales, cuyas acciones contradicen sus convicciones, es un despreciable hipócrita. Sin embargo, ése es el hombre que acata vuestra moralidad, divorciando sus valores de la materia. El hombre que ama a una mujer, pero duerme con otra; el hombre que admira el talento de un trabajador, pero contrata a otro distinto; el que considera justa una causa, pero entrega dinero en apoyo de otra; el que dotado de un alto nivel de destreza, dedica sus esfuerzos a la producción de objetos mediocres, ha

renunciado a la materia; cree que los valores de su espíritu no pueden ser convertidos en realidad material.

»¿Decís que es al espíritu a lo que tales hombres han renunciado? Sí. Desde luego. Porque no puede poseerse lo uno sin lo otro; sois una entidad indivisible de materia y conciencia. Renunciad a vuestra conciencia y os convertís en un bruto. Renunciad a vuestro cuerpo y os convertís en una falsedad. Renunciad al mundo material y os rendiréis al mal.

»Y ése es precisamente el objetivo de vuestra moralidad, el deber que vuestro código os exige. Entregaos a aquello de que no disfrutáis, servid a lo que no admiráis, someteos a lo que consideráis malo. Ceded el mundo a los valores de otros, negad, rechazad, renunciad a vuestro propio ser. Dicho ser es vuestra mente; renunciad a ella y os convertiréis en carne dispuesta para ser tragada por cualquier caníbal.

»Es vuestra mente lo que quieren rendir todos quienes predican el credo del sacrificio, cualesquiera que sean sus postulados o sus motivos, tanto si lo exigen en beneficio de vuestra alma como de vuestro cuerpo, tanto si os prometen otra vida en el cielo o el estómago lleno en esta tierra. Quienes empiezan por afirmar: «Es egoísta perseguir sólo el propio deseo; debéis sacrificarlo a los deseos de otros», terminan por decir: «Es egoísta sostener convicciones; debéis sacrificarlas a las convicciones ajenas».

»He aquí una cosa cierta: la más interesada de las actitudes es la de un espíritu independiente, que no reconozca más autoridad que la suya, ni valor más alto que su juicio de la verdad. Se os pide sacrificar vuestra integridad, vuestra lógica, vuestra razón, vuestro concepto de la verdad, para convertiros en prostitutas cuya norma sea la de un mayor bien para el mayor número posible.

»Si rebuscáis en vuestro código, tratando de encontrar una guía, una respuesta a la pregunta: «¿Qué es el bien?» La única que hallaréis será: «E/ bien de los otros». El bien es aquello que los otros desean, aquello que a vuestro juicio creen desear o aquello que vosotros creéis que deben sentir. «El bien de los demás» es una fórmula mágica que lo transforma todo en oro, una fórmula a recitar como garantía de la gloria moral y como atenuante de toda acción, aunque ésta representa la desaparición de todo un continente. Vuestro sentido de la virtud no es un objeto, ni un acto, ni un principio, sino una intención. No necesitáis pruebas, ni razones, ni triunfos. No necesitáis, en realidad, el bien de los demás; os basta con saber que vuestro motivo fue el bien de los demás, no el vuestro. Vuestra única definición del bien es una negación: el bien es aquello que «no es bueno para mí».

» Vuestro código, que se jacta de contener valores eternos, absolutos y objetivos, y desdeña lo condicional, lo relativo y lo subjetivo, vuestro código ofrece como versión de lo absoluto la siguiente regla de conducta moral: si deseáis algo, es mal; si lo desean otros, es bien. Si el móvil de vuestra acción es el propio bienestar, no la llevéis a cabo; si el motivo es el bienestar de los demás, todo marchará perfectamente.

»Del mismo modo que esta moralidad de doble filo y de normas distintas os parte por la mitad, así divide también a la humanidad en dos campos adversos: en uno figuráis vosotros; en el otro, el resto de la humanidad. Vosotros sois los descastados que no tienen derecho a desear ni a vivir. Vosotros sois los servidores, el resto son los amos; vosotros entregáis, el resto acepta; vosotros sois los eternos deudores, el resto los acreedores nunca satisfechos. No debéis interrogarles acerca de su derecho a vuestro sacrificio ni a la naturaleza de sus deseos y sus necesidades; les ha sido otorgado su derecho por una negativa, por el hecho de «no ser» vosotros.

»Para los que sean capaces de formular preguntas, vuestro código tiene dispuesto un premio de consolación y al mismo tiempo una trampa: es por vuestra felicidad, afirma, que debéis servir la dicha del prójimo. El único medio de conseguir felicidad, es

entregarla a los otros; el único medio de obtener prosperidad, es rendir vuestra riqueza a otras personas; el único sistema para proteger vuestra vida, consiste en proteger a todo el mundo menos a vosotros. Y si no experimentáis alegría al obrar así, es culpa vuestra y prueba de vuestra maldad. Si fueseis buenos, os sentiríais felices al ofrecer un banquete a los demás, y contentaros con existir de las migajas que ellos os arrojen.

«Vosotros, que carecéis de normas de estima propia, aceptáis la culpa y no os atrevéis a formular preguntas. Pero sabéis la respuesta que se basa en rehusar el reconocimiento de lo que veis, de las premisas ocultas que mueven vuestro mundo. Lo sabéis, pero no por honrada declaración, sino en forma de obscura inquietud interna, mientras fluctuáis entre engañar de un modo culpable y practicar a regañadientes un principio demasiado corrompido para ser nombrado.

»Yo que no acepto lo que no he ganado, ni en valores ni en culpa, estoy aquí para formular las preguntas que evadisteis. ¿Por qué es moral servir la felicidad ajena y no la propia? Si el goce es un valor, ¿por qué es moral al experimentarlo otros e inmoral cuando lo experimentáis vosotros? Si la sensación de comerse un pastel es un valor, ¿por qué resulta inmoral la complacencia del estómago y en cambio habéis de considerar moral llenar el estómago de otros? ¿Por qué es inmoral para vosotros desear y moral el deseo ajeno? ¿Por qué es inmoral producir un valor y conservarlo, y moral entregarlo? Si no es moral para vosotros conservar un valor, ¿por qué es moral para otros aceptarlo? Si carecéis de egoísmos y sois virtuosos al darlo, ¿no serán egoístas y pecadores los que tomen? ¿Consiste la virtud en servir al vicio? ¿Es propósito moral de los buenos la autoinmolación en beneficio de los malos?

»La respuesta que eludís, la monstruosa respuesta es: No; quienes aceptan no son malos, siempre que no hayan ganado el valor que les entregáis. No es inmoral para ellos aceptarlo, siempre y cuando sean incapaces de producir algo igual, incapaces de merecerlo, incapaces de entregaros cualquier otro valor a cambio. No es inmoral que lo disfruten siempre que no lo hayan obtenido por derecho.

»Éste es el núcleo secreto de vuestro credo, la otra mitad de vuestro doble código: es inmoral vivir por el propio esfuerzo, pero moral vivir por el esfuerzo ajeno; es inmoral consumir los propios productos, pero moral consumir los de otro; es inmoral ganar algo, pero moral conseguirlo por la solicitud. Los parásitos son la justificación moral de la existencia del productor, pero la existencia de dichos parásitos constituye una finalidad en sí misma. Es malo conseguir beneficios de los propios logros, pero bueno aprovecharse por medio del sacrificio; es malo crear la propia felicidad, pero bueno disfrutarla al precio de la sangre ajena.

«Vuestro código divide a la humanidad en dos castas y les ordena vivir mediante reglas opuestas: las de quienes desean algo y las de quienes no pueden desear nada, los elegidos y los condenados, los que son transportados y los que los transportan, los que comen y los que son devorados. ¿Qué norma determina vuestra casta? ¿Qué llave os da paso a la élite moral? La llave en cuestión es la falla de valores.

»Cualquiera que sea el valor aceptado, vuestra falta de é! os da un derecho sobre aquellos que no carecen del mismo. Es la necesidad la que os da derecho a reclamar recompensa. Si sois capaces de satisfacer vuestra necesidad, vuestra habilidad para ello anulará el derecho a satisfacerla. Pero una necesidad que seáis incapaces de satisfacer, os dará un derecho primordial sobre las vidas humanas.

»Si triunfáis, quien fracase será vuestro maestro; si fracasáis, quien triunfe se convertirá en vuestro siervo. Tanto si vuestro fracaso es justo, como si no, si vuestros deseos son racionales o no, si no merecéis vuestra desgracia o si ésta es resultado de vuestros vicios, siempre será dicha desgracia la que os dé derecho a recompensa. Es el dolor, no importa

su naturaleza o su causa; el dolor como elemento absoluto, el que os otorga una hipoteca sobre todo cuanto existe.

»Si curáis vuestro dolor gracias al propio esfuerzo, no sois objeto de crédito moral alguno. Vuestro código lo considera con desdén, como acto de interés particular. Cualquiera que sea el valor que intentéis adquirir: riqueza, alimento, amor o derechos, si lo conseguís valiéndoos de vuestra virtud, vuestro código no lo considerará adquisición moral: no ocasionáis pérdidas a nadie; es un comercio, no una limosna; un pago, no un sacrificio. Lo merecido pertenece al reino egoísta y comercial del provecho mutuo; sólo lo no merecido apela a esa transacción moral consistente en el beneficio de uno al precio del desastre de otro. Exigir recompensas por vuestra virtud es egoísta e inmoral; es vuestra falta de virtud lo que transforma vuestra demanda en derecho moral.

»Una moralidad que exhibe la necesidad como reclamación, sólo contiene el vacío, la no existencia, como norma de valor; recompensa una ausencia, un defecto: debilidad, ineptitud, incompetencia, sufrimiento, enfermedad, desgaste, defecto, tacha…, cero.

»¿Quién dispone de la cuenta que permita pagar tales reclamaciones? Quienes son maldecidos por no obrar como ceros, cada uno de ellos según la distancia a que se halle de dicho ideal. Como todos los valores son producto de virtudes, el grado de vuestra virtud servirá de medida para vuestro castigo, y el grado de vuestras faltas como medida para vuestros beneficios. Vuestro código declara que el hombre racional ha de sacrificarse en pro del irracional, el independiente al parásito, el honrado al deshonesto, el justo al injusto, el productivo al ladrón, el íntegro al oportunista, y el dotado de estima propia al neurótico llorón. ¿Os asombráis ante la mezquindad de quienes os rodean? Aquel que consigue tales virtudes, no aceptará nunca vuestro código moral; quien acepta vuestro código moral, no conseguirá tales virtudes.

¿Bajo una moralidad de sacrificio, el primer valor que sacrificáis es la moralidad; el siguiente, la estima propia. Cuando la necesidad es norma, todo hombre se convierte en víctima y parásito a la vez. Como víctima ha de laborar para llenar las necesidades de los otros, quedando en la posición de parásito, cuyas necesidades han de ser a su vez atendidas por gente diversa. No puede aproximarse a su prójimo, excepto representando estos dos desgraciados papeles: el de mendigo y el de rémora.

«Teméis al hombre que posee un dólar menos que vosotros porque ese dólar es suyo por derecho propio y os hace sentir como defraudadores morales. Odiáis a quien tiene un dólar más que vosotros porque ese dólar es vuestro, y os hace sentir moralmente defraudados. El que está por debajo es fuente de vuestra culpa; el que se encuentra arriba, fuente de frustración. No sabéis qué rendir ni qué exigir, cuándo dar y cuándo apoderaros de algo; qué placer de la vida os pertenece legalmente y cuál es una deuda todavía sin pagar. Os esforzáis en evadir como «teoría» el conocimiento de que, según la norma moral que habéis aceptado, sois culpables en cualquier momento de vuestra vida; no existe bocado de alimento que traguéis, que no constituya necesidad para cualquier otro ser de la tierra, y acabáis por abandonar el problema, presas de ciego resentimiento; concluís que la perfección moral no puede ser conseguida ni deseada, y chapotearéis de un lado a otro, aprovechando lo que podáis y evitando la mirada de los jóvenes que os miran cual si la propia estima fuera posible y esperasen observarla en vosotros. Tan sólo retenéis culpabilidad en vuestra alma y lo mismo obrará cualquier otro hombre que pase ante vosotros, evitando miraros. ¿Os asombra por qué vuestra moralidad no ha conseguido la hermandad en la tierra, ni la buena voluntad entre los hombres?

»La justificación del sacrificio, que vuestra moralidad propugna, es más corrompida que la misma corrupción que se empeña en justificar. El motivo de vuestro sacrificio, os dice, debe ser el amor, el amor a sentir hacia el prójimo. Una moralidad que abriga la creencia

de que los valores del espíritu son más preciosos que la materia, una moralidad que os enseña a despreciar a una prostituta que entrega su cuerpo indistintamente a cualquier hombre, esa misma moralidad os exige que vendáis vuestra alma al promiscuo amor de cualquiera que se acerque a vosotros.

»Del mismo modo que no existe riqueza sin causa, tampoco puede existir un amor sin causa o una emoción de cualquier género, asimismo sin causa. Toda emoción es respuesta a un hecho real, un cómputo dictado por vuestras propias normas. Amar es evaluar. Quien os diga que es posible evaluar sin valores, considerar digno de amor a un ser indigno, os dirá también que es posible hacerse rico consumiendo sin producir, y que el papel moneda es tan valioso como el oro.

»Pero no espera que sintáis miedo sin causa. Cuando estas clases de personas ocupan el poder, se muestran expertos en idear sistemas de terror, en daros amplia causa para sentir ese miedo por medio del cual desea gobernaros. En cambio, cuando se trata del amor, de la más alta de las emociones, les permitís gritaros acusadoramente que sois un delincuente moral, si os mostráis incapaces de sentir amor sin causa. Cuando alguien experimenta miedo sin motivo, lo ponéis al cuidado de un psiquiatra. En cambio, no os mostráis tan cuidadosos respecto al significado, la naturaleza y la dignidad del amor.

»El amor es la expresión de los propios valores, la mayor recompensa a obtener por las cualidades morales conseguidas gracias a vuestro carácter y personalidad, el precio emocional pagado por un hombre a cambio de la alegría recibida por las virtudes de otro. Vuestra moralidad exige que divorciéis el amor de los valores y lo entreguéis a cualquier vagabundo, no en respuesta a lo que valga, sino en respuesta a su necesidad; no como recompensa, sino como limosna; no como pago a sus virtudes, sino como un cheque en blanco sobre sus vicios. Vuestra moralidad os dice que el propósito del amor consiste en libertaros de las ligaduras de la moralidad, que el amor es superior al juicio moral, que el verdadero amor trasciende, perdona y sobrevive a cualquier forma de mal, y que cuanto mayor sea el amor, mayor será la depravación permitida al ser amado. Amar a un hombre por sus virtudes es despreciable y humano, se os dice; amarle por sus defectos es divino. Amar a personas dignas, es interés particular; amar a los seres indignos, es sacrificio. Debéis entregar vuestro amor a quienes no lo merecen, y cuanto menos dignos de él, más amor les debéis; cuanto más despreciable el objeto, más noble vuestro amor; cuanto menos desdeñoso vuestro amor, mayor vuestra virtud. Y si podéis dotar a vuestra alma de ese estado de inconsciencia que acoge cualquier cosa bajo los mismos términos, si podéis cesar de evaluar las virtudes morales, habréis conseguido el estado de perfección moral.

»Tal es vuestra moralidad de sacrificio y tales los ideales gemelos que ofrece: volver a modelar la vida de vuestro cuerpo a imagen de un corral de ganado y la vida de vuestro espíritu a la de un montón de desperdicios.

»Tal era vuestro objetivo y lo habéis alcanzado. ¿Por qué gemís ahora acerca de la impotencia del hombre y la futilidad de las aspiraciones humanas? ¿Por qué sois incapaces de prosperar buscando la destrucción? ¿Por qué sois incapaces de hallar la alegría adorando el dolor? ¿Por qué no podéis vivir considerando la muerte como vuestra norma de valores?

»El grado de vuestra habilidad para vivir era el mismo conforme al cual quebrantasteis vuestro código moral; sin embargo, creéis que quienes lo predican son amigos de la humanidad y os condenáis y no os atrevéis a preguntar sus objetivos ni sus propósitos. Echadles una mirada ahora, cuando os enfrentáis a vuestra última oportunidad, y si escogéis perecer, hacedlo con pleno conocimiento de la mezquindad y pequeñez del enemigo que reclamaba vuestra vida.

»Los místicos de ambas escuelas, que predicaron el credo del sacrificio, son gérmenes que os atacaron a través de una misma Haga: su miedo a confiar en la propia mente. Os

dicen que poseen medios de conocimiento superiores a los de ésta, una especie de conciencia superior a la razón, cual si un burócrata del universo les entregara informaciones secretas extraídas a otros. Los místicos del espíritu declaran poseer un sentido extra del que vosotros carecéis: este sexto sentido especial consiste en contradecir todo el conocimiento global de los otros^ cinco. Los místicos del músculo no se preocupan de la percepción extrasensorial; declaran simplemente que vuestros sentidos no valen y que su sabiduría consiste en percibir vuestra ceguera por medios no especificados. Ambos exigen que invalidéis vuestra conciencia y os sometáis a su poder. Como prueba de su superior conocimiento, afirman lo contrario a todo cuanto vosotros sabéis; y como prueba de su superior habilidad para contender con la existencia, os conducen a la miseria, al auto-sacrificio, al hambre y la destrucción.

«Aseguran tener noción de un modo de ser superior a vuestra existencia en la tierra: los místicos del espíritu lo llaman «otra dimensión», lo que consiste en negar las dimensiones. Los místicos del músculo lo llaman «el futuro», lo que consiste en negar el presente. Existir es poseer identidad. ¿Qué identidad pueden prestar a su reino superior? Os dirán una y otra vez lo que no es; pero nunca lo que es. Todas sus identificaciones consisten en negar: Dios es aquello que la mente humana no puede concebir, afirman, y luego os piden que consideréis tal cosa como conocimiento; Dios no es hombre, el cielo no es la tierra, el alma no es el cuerpo, la virtud no es provecho, A no es A, la percepción no es sensorial, el conocimiento no es razón. Sus definiciones no constituyen el acto de definir, sino el de borrar.

»Sólo la metafísica de una sanguijuela se aferraría a la idea de un universo en el que el cero constituyera la norma de identificación. De una sanguijuela que quisiera escapar a la necesidad de dar nombre a su propia naturaleza, escapar a la necesidad de saber que la substancia sobre la que construye su universo privado es la sangre.

»¿Cuál es la naturaleza de ese mundo superior al que sacrifican el mundo existente? Los místicos del espíritu condenan la materia, los místicos del músculo condenan el provecho. Los primeros desean beneficiar al hombre con la renuncia de éste a la tierra; los segundos desean que el hombre herede la tierra, renunciando a todo beneficio. Sus mundos, no materiales y carentes de beneficio, son reinos cuyos ríos llevan leche y café, donde el vino brota de las rocas a una señal suya, donde los pasteles descienden de las nubes con sólo abrir la boca. En nuestra tierra material, perseguidora del provecho, se requiere un enorme desarrollo de virtud —de inteligencia, integridad, energía, conocimientos —para construir un ferrocarril que nos transporte a la distancia de una milla; en su mundo no material y carente de provecho, viajan de planeta en planeta, con sólo desearlo. Si una persona honrada les pregunta: «¿Cómo?», contestan con aire de ofendido desprecio que el «cómo» es el concepto de los realistas vulgares; que el concepto de los espíritus superiores reside en el «de algún modo». En nuestra tierra, restringida por la materia y el beneficio, las recompensas se obtienen por el pensamiento; en un mundo libre de semejantes restricciones, las recompensas se obtienen deseándolas.

»Tal es el conjunto de su andrajoso secreto. El secreto de todas sus esotéricas filosofías, de todas sus dialécticas y supersentidos, de sus miradas evasivas y de sus gruñidos; el secreto por medio del cual destruyen la civilización, la lengua, las industrias y las vidas. El secreto por medio del cual horadan sus ojos y oídos, se privan de sentidos y destruyen sus mentes. El propósito por el que disuelven los absolutos de la razón, la lógica, la materia, la existencia, la realidad, consiste en levantar sobre esta niebla plástica un simple y sagrado absoluto: su voluntad.

»La restricción a la que intentan escapar es la ley de identidad. La libertad que buscan es la libertad derivada del hecho de que A siempre seguirá siendo A, no obstante sus lágrimas y sus berrinches; que un río no les ofrecerá leche, no importa el hambre que tengan; que el agua no correrá pendiente arriba, por cómodo que ello resulte, y que si

desean levantarla hasta el techo de un rascacielos, tendrán que conseguirlo gracias a una inteligencia y un trabajo, en los que una pulgada de cañería tendrá una importancia determinada y en cambio sus sentimientos no tendrán ninguna; que sus sentidos son impotentes para alterar el curso de un solo átomo de polvo en el espacio o la naturaleza de cualquier acción cometida por ellos.

»Quienes os digan que el hombre es incapaz de percibir una realidad no deformada por sus sentidos, quieren decir que son incapaces de percibir una realidad no deformada por sus sentimientos. Vuestra mente percibe «las cosas tal como son»; apartadlas de la razón y se convertirán en «cosas percibidas por vuestros deseos».

»No existe revolución hornada contra la razón y cuando aceptáis una parte cualquiera del credo de esas gentes, pretendéis obtener algo que vuestra razón no os permite. La libertad que buscáis es la de libraros del hecho de que si robáis vuestra riqueza, sois un malvado, no importa lo mucho que entreguéis a la caridad o las rogativas que impetréis; que si dormís con mujerzuelas no sois un marido digno, no importa la ansiedad con que os parezca amar a vuestra esposa a la mañana siguiente; que constituís una entidad, no una serie de piezas dispersas por un universo donde nada se une a nada y donde nada os obliga a nada; el universo de una pesadilla infantil, donde las identidades oscilan y cambian de lugar, donde el malvado y el héroe son piezas intercambiables de las que se dispone a voluntad; que sois un hombre, que sois una entidad, que sois.

»No importa el entusiasmo con que proclaméis que la meta de vuestro deseo místico es un modo de vida más alto, la rebelión contra la identidad es un deseo de no existencia. El deseo de no ser algo es el deseo de no ser.

»Vuestros maestros, los místicos de ambas escuelas, han invertido la causalidad de sus conciencias y trataron luego de hacer lo propio en la existencia. Toman sus emociones como causa y sus mentes como efecto pasivo. Convierten sus emociones en herramienta para percibir la realidad. Exhiben sus deseos como causa irreductible, como un hecho que reemplace a los demás. Un hombre honrado no desea nada hasta ver identificado el objeto de su deseo. Dice: «Es; por lo tanto, lo quiero». Ellos afirman: «Lo deseo, por lo tanto, es».

»Tratan de falsear el axioma de la existencia y la conciencia; quieren que su conciencia sea instrumento no para percibir, sino para crear existencia; que la existencia sea, no el objeto, sino el sujeto de sus conciencias. Quieren ser ese Dios que crearon a su imagen y semejanza, y que, a su vez, creó un universo del vacío, en un impulsó voluntario. Pero la realidad no puede ser engañada; lo que consiguen es lo contrario a su propósito. Quieren ejercer un poder omnipotente sobre la existencia y, en vez de ello, pierden el dominio sobre su conciencia. Al rehusar conocer, se condenan al horror de un desconocimiento perpetuo.

»Esos deseos irracionales que os arrastran a su credo, las emociones que adoráis como ídolos y en cuyo altar sacrificáis la tierra, esa obscura, incoherente pasión interior que tomáis como voz de Dios o reacción de vuestras propias glándulas, no es más que el cadáver de vuestra mente. Una emoción que choca con vuestra razón, una emoción que no podéis explicar o controlar, es sólo la carroña de ese pensamiento anticuado que prohibís revisar a vuestra mente.

»Siempre que cometáis el pecado de no pensar ni ver, de suprimir del absoluto de la realidad algún minúsculo deseo vuestro, siempre que optéis por decir: voy a prescindir del juicio de la razón respecto a esos pasteles que he robado o a la existencia de Dios, dejadme obrar según mi irracional capricho y seré hombre de razón, subvertiréis vuestra conciencia, corromperéis vuestra mente. Dicha mente se convierte entonces en jurado sobornado, que acepta órdenes de un secreto inframundo, cuyo veredicto deforma la evidencia, para estar acorde con un absoluto que no se atreve a aceptar. Resultado de ello

es una realidad censurada, una realidad dividida, donde los fragmentos que pretendéis ver flotan en el vacío de los que no veis, sostenidos por ese fluido adormecedor de la mente que es la emoción exenta de pensamiento.

»Las ligaduras que tratáis de destruir son las conexiones causales. El enemigo al que tratáis de derrotar es la ley del origen. No se os permiten milagros. La ley de los orígenes es la ley de la identidad aplicada a la acción. Todas las acciones son causadas por entidades. La naturaleza de una acción es motivada y determinada por la naturaleza de las entidades actuantes; una cosa no puede actuar en contradicción a su naturaleza. Una acción no causada por una entidad lo sería por un cero, lo que significaría un cero controlando una casa, una no-entidad controlando una entidad, lo no-existente gobernando a lo existente, es decir: el universo deseado por vuestros maestros; la causa de sus doctrinas preconizadoras de la acción sin causa, la razón de su revuelta contra la razón, el objetivo de su moralidad, de su política y de su economía, el ideal por el que luchan: el reino del cero.

»La ley de identidad no os permite poseer el pastel y a) propio tiempo comerlo. La ley de la causalidad no os permite comer vuestro pastel antes de poseerlo. Pero si escondéis ambas leyes en la profundidad de vuestra mente, si pretendéis ante vosotros mismos y ante los demás no ver, entonces podéis proclamar vuestro derecho a comer el pastel hoy y el mío mañana; predicar que el modo de tener un pastel es comerlo primero, antes de cocerlo; que el mejor modo de producir es empezar consumiendo, que todos los que desean algo poseen igual derecho a todas las cosas, puesto que nada es causado por nada. El corolario de lo sin causa en materia, es lo ganado en espíritu.

»Cuando os rebeléis contra la causalidad, vuestro motivo es el deseo fraudulento, no de escapar a ella, sino, aún peor, de revertiría. Deseáis un amor no ganado, como si el amor, es decir, el efecto, pudiera proporcionaros un valor personal: la causa; deseáis admiración no merecida, como si la admiración, el efecto, pudiera dar virtud o causa; deseáis riqueza no ganada, como si la riqueza, el efecto, os pudiera dar habilidad, la causa; imploráis misericordia, misericordia, no justicia, como si un perdón no merecido pudiera borrar la causa de vuestra súplica. Y siguiendo en vuestras feas y mezquinas imposturas, apoyáis las doctrinas de vuestros maestros, mientras ellos van de un lado a otro proclamando que gastar, o sea el efecto, crea riqueza, es decir, la causa; que la maquinaria, el efecto, crea inteligencia, la causa; que vuestros deseos sexuales, el efecto, crean vuestros valores filosóficos, la causa.

»¿Quién paga semejante orgía? ¿Quién origina lo que no tiene causa? ¿Quiénes son las víctimas condenadas a permanecer desconocidas y a perecer en silencio para que su agonía no moleste vuestra pretensión de que no existen? Somos nosotros; nosotros, los hombres del espíritu.

¿Nosotros somos la causa de todos los valores que codiciáis; nosotros, los que realizamos el proceso de pensar, que es el proceso de definir la identidad y descubrir las conexiones causales. Os enseñamos a saber, a hablar, a producir, a desear y a amar. Los que abandonáis la razón, de no existir nosotros que la conservamos, no podríais realizar ni siquiera concebir vuestros deseos. No seríais capaces de desear ropas todavía no hechas, el automóvil no inventado, el dinero no ideado como intercambio de géneros que no existen, la admiración no experimentada hacia hombres que no consiguieron nada, el amor perteneciente sólo a quienes conservan su capacidad para pensar, para elegir y evaluar.

¿Vosotros, que saltáis como salvajes desde la selva de vuestros sentimientos a la Quinta Avenida de nuestro Nueva York proclamando que deseáis conservar la luz eléctrica, pero destruir los generadores, usáis nuestra riqueza, mientras nos destruís a nosotros; usáis

nuestros valores, mientras nos condenáis; habláis con nuestro lenguaje, mientras negáis la mente.

¿Del mismo modo que vuestros místicos del espíritu inventaron su cielo a imagen de nuestra tierra, omitiendo nuestra existencia y prometiéndoos recompensas creadas por el milagro de la no materia, así vuestros místicos modernos del músculo omiten nuestra existencia y os prometen un cielo donde la materia se forma a sí misma, por su propia voluntad, sin causa, convirtiéndose en todo aquello deseado por vuestra no-mente.

¿Durante siglos los místicos del espíritu han venido existiendo gracias a haberse organizado en pandilla protectora, haciendo insoportable la vida en la tierra y acusándoos luego de buscar consuelo y alivio; prohibiendo todas las virtudes que hacen posible la existencia y luego cabalgando a hombros de vuestra culpa; declarando que la producción y la alegría son pecados y sometiendo luego a chantaje a los pecadores. Nosotros, los seres dotados de mente, fuimos las victimas innominadas de su credo. Queríamos quebrantar su código moral y soportamos su condena por el pecado de la razón. Nosotros, los que pensábamos y actuábamos, mientras ellos deseaban y rezaban; los descastados morales, los contrabandistas de la vida cuando la vida era considerada un crimen, mientras ellos se regodeaban en la gloria moral por la virtud de sobreponerse al egoísmo material y de distribuir en abnegada caridad los bienes materiales producidos… nosotros desaparecíamos.

¿Ahora nos vemos encadenados y obligados a producir por salvajes que no nos otorgan siquiera la identificación de pecadores, salvajes que proclaman que no existimos y luego nos amenazan con privamos de una vida que no poseemos, si fallamos en proporcionarles los bienes que no producimos. Se espera de nosotros que continuemos haciendo funcionar ferrocarriles y sabiendo el minuto exacto en que un tren llegará luego de haber cruzado toda la amplitud de un continente; se espera que continuemos dirigiendo fundiciones de acero y sepamos la estructura molecular de cada gota de metal en los cables que sujetan vuestros puentes y en el cuerpo de los aviones que os sostienen en el aire, mientras las tribus de vuestros pequeños y grotescos místicos del músculo combaten sobre la carroña de nuestro mundo, emitiendo sonidos que no son lenguaje, en los que dicen que no existen principios, ni absolutos, ni conocimiento, ni mente.

«Cayendo más bajo que esos salvajes convencidos que las mágicas palabras que pronuncian tienen el poder de alterar la realidad, creen que la realidad puede ser alterada gracias al poder de palabras que no pronuncian. Su mágica herramienta es la anulación, la pretensión de que nada puede cobrar existencia, si ellos rehúsan identificarlo con sus exorcismos.

»De igual modo que nutren su cuerpo con riqueza robada, así nutren su espíritu con conceptos ajenos y proclaman que la honradez consiste en rehusar conocer que está uno robando. Así como usan efectos mientras niegan las causas, usan también nuestros conceptos, negando la raíz de su existencia. Del mismo modo que procuran no construir, sino apoderarse de las instalaciones industriales, tratan de no pensar, sino de apoderarse del pensamiento humano.

»Del mismo modo que proclaman que lo único requerido para gobernar una fábrica es la destreza necesaria para pulsar las palancas de las máquinas y eliminan la cuestión de quién creó dicha fábrica, así proclaman también que no existen entidades, que nada es, aparte del movimiento, y anulan el hecho de que el movimiento presupone una cosa que se mueva; de que sin el concepto de entidad no puede existir el concepto de «movimiento». Igual que proclaman su derecho a consumir lo no ganado y eliminan la cuestión de quién va a producirlo, proclaman que no existe ley de identidad, que sólo existen cambios, y eliminan el hecho de que estos cambios presuponen los conceptos de lo que cambia, de qué a qué; que sin ley de identidad el concepto de «cambio» no es

posible. Del mismo modo que roban a un industrial mientras le niegan valor alguno, buscan apoderarse del poder sobre toda la existencia, mientras niegan que la existencia exista.

»«Sabemos que no sabemos nada», proclaman, eliminando el hecho de que están proclamando un conocimiento. «No existen absolutos», aseguran, negando el hecho de que están pronunciando un absoluto. «No podéis probar que existís o que sois un ser consciente», parlotean, eliminando el hecho de que la prueba presupone existencia, conciencia y un complejo encadenamiento de conocimientos: la existencia de algo a conocer, de una conciencia capaz de conocerlo y de un conocimiento que ha aprendido a distinguir entre conceptos tales como lo demostrado y lo no demostrado.

»Cuando un salvaje que no ha aprendido a hablar declara que la existencia ha de ser demostrada, os pide demostrarlo por medio de la no existencia; cuando declara que vuestra conciencia ha de ser demostrada, os pide que lo demostréis por medio de la inconsciencia; solicita de vosotros que saltéis a un vacío fuera de la existencia y la conciencia, para darle una prueba de ambas; os pide que os convirtáis en un cero, obteniendo conocimiento acerca de dicho cero.

«Cuando declara que un axioma consiste en una elección arbitraria y no acepta el axioma de que él mismo existe, elimina el hecho de que lo ha aceptado al pronunciar dicha frase; que el único medio de rechazarlo es cerrar la boca, no expresar teorías y morir.

»Un axioma es una declaración que identifica la base del conocimiento y de cualquier otra declaración perteneciente a tal conocimiento, una declaración necesariamente contenida en todas las demás, tanto si un orador particular se inclina a identificarla como si no. Un axioma es una proposición que derrota a sus oponentes por el hecho mismo de tener que aceptarla y utilizarla en el proceso de toda tentativa para negarla. Dejad al hombre de las cavernas, que no opta por aceptar el axioma de la identidad, intentar presentar su teoría sin usar el concepto de identidad o cualquier otro derivado de él; dejad al antropoide, que no quiere aceptar la existencia de los nombres, intentar idear un lenguaje sin nombres, adjetivos o verbos; dejad al hechicero, que no quiere aceptar la validez de la percepción sensorial, intentar demostrarla sin utilizar los datos obtenidos por dicha percepción sensorial; dejad al cazador de cabezas que no acepta la validez de la lógica, intentar demostrarla sin lógica; dejad al pigmeo que proclama que un rascacielos no necesita cimientos luego de haber alcanzado el piso cincuenta, retirar la base de su edificio y no del vuestro; dejad al caníbal que gruñe que la libertad de la mente humana fue necesaria para crear una civilización industrial, pero no para mantenerla, que le sea entregado arco y flechas, pero no se le eleve a la cátedra de Economía de una Universidad.

¿¿Creéis que os están haciendo retroceder hacia la edad de las tinieblas? Os llevan a edades aún más tenebrosas que cualquiera de las conocidas por la historia. Su objetivo no es la era de la preciencia, sino la era del prelenguaje. Su propósito reside en privaros de todo concepto del que dependa la mente humana, su vida y su cultura: el concepto de una realidad objetiva. Identificad el desarrollo de una conciencia humana y conoceréis el propósito de su credo.

¿Un salvaje es un ser que aún no ha comprendido que A es A y que la realidad es real. Ha detenido su mente al nivel de la de un bebé en el estado en que la conciencia adquiere sus percepciones sensoriales primeras, y todavía no ha aprendido a distinguir los objetos sólidos. Para un bebé el mundo aparece como una mancha en movimiento, sin objetos perceptibles; el nacimiento de su mente ocurre el día en que se da cuenta que esa mancha que se agita ante él es su madre y que aquella otra situada a su espalda es una cortina; que los dos son entidades sólidas, incapaces de convertirse una en otra, que son lo que son, que existen. El día en que se da cuenta de que la materia carece de voluntad es aquel en

que comprende que él la posee; entonces tiene lugar su nacimiento como ser humano. El día en que se da cuenta de que el reflejo que observa en un espejo no es una ilusión, sino algo real, pero no él mismo, que el espejismo que ve en un desierto no es un engaño, sino que el aire y los rayos solares que lo causan son reales, pero que no se trata de una ciudad, sino de la reflexión de una ciudad; el día en que se dé cuenta que no es recipiente pasivo de sensaciones en cualquier momento dado; que sus sentimientos no aportan conocimientos automáticos en fragmentos separados independientes del contexto, sino el material de conocimiento que su mente debe aprender a integrar; el día en que se dé cuenta de que sus sentidos no pueden engañarle, de que los objetivos físicos no pueden actuar sin causa, de que sus órganos de percepción son físicos y no tienen voluntad ni poder para inventar o deformar, de que la evidencia que le dan es absoluta, pero su mente ha de aprender a comprenderla, a descubrir la naturaleza, las causas y el pleno contexto de su material sensorial, de que su mente debe identificar las cosas que percibe, ése será el día de su nacimiento como pensador y científico.

»Para el salvaje, el mundo es un lugar de prodigios ininteligibles, donde todo es posible para la materia inanimada y nada es posible para él. Su mundo no es lo desconocido, sino un horror irracional: lo desconocible. Cree que los objetos físicos están dotados de una misteriosa voluntad, movidos por caprichos sin causa, imposibles de predecir, mientras él no es más que un peón impotente, a merced de fuerzas situadas fuera de su control. Cree que la naturaleza está gobernada por demonios en posesión de un poder omnipotente y que la realidad es el estado fluido en que aquél opera, donde pueden convertir su cuenco de comida en serpiente y su mujer en una abeja, donde esa A que nunca ha descubierto puede convertirse en una no-A, donde el único conocimiento que posee es el de que no debe intentar conocer. No puede contar con nada, tan sólo desear, y pasa su vida deseando, implorando a sus demonios que hagan realidad dichos deseos gracias al arbitrario poder de su voluntad, considerándolos autores de ello cuando lo hacen y aceptando su condena cuando no lo hacen; ofreciéndoles sacrificios en señal de gratitud, sacrificios en prueba de su culpa; arrastrándose presa de temor y adorando el sol, la luna, el viento, la lluvia o a cualquier asesino que se erija en su portavoz, siempre y cuando sus palabras sean ininteligibles y su máscara lo suficientemente terrorífica. Desea, implora, se arrastra y muere, dejando como recuerdo de su opinión de la existencia las deformes monstruosidades de sus ídolos, medio hombres, medio animales, medio arañas, como personificación del mundo de la no-A.

»Su estado intelectual es el mismo de vuestros maestros modernos, y el suyo es el mundo al que quieren llevaros.

»Si os preguntáis por qué medios se proponen hacerlo, penetrad en cualquier aula y oiréis los profesores enseñar a vuestros hijos que el hombre no puede estar seguro de nada, que su conciencia no tiene validez, que no es capaz de aprender hechos ni leyes de la existencia, que no puede conocer una realidad objetiva. ¿Cuál es entonces su norma de conocimiento y de verdad? Lo que otros crean, responden. Enseñan que no hay conocimiento, sino fe: vuestra creencia en que existís es un acto de fe, no más válido que la fe de otro en su derecho a mataros; los axiomas de la ciencia son un acto de fe, no más válido que la fe de un místico en las revelaciones; la creencia en que la luz eléctrica puede ser producida por un generador, es un acto de fe, no más válido que la creencia de que puede ser producida también por la pata de un conejo besada bajo una escalera en luna nueva; la verdad es aquello que la gente desea sea verdad y la gente es todo el mundo, excepto tú; la realidad es lo que la gente dice que es; no existen hechos objetivos, tan sólo arbitrarios deseos de la gente; un hombre que busca ciencia en un laboratorio por medio de tubos de ensayo y de lógica, es un insensato supersticioso y anticuado; el verdadero hombre de ciencia es el que va de un lado a otro consiguiendo votos; y si no fuera por la codicia de los fabricantes de soportes de acero, que demuestran declarado

interés en obstruir los progresos de la ciencia, sabríais que la ciudad de Nueva York no existe, porque el voto de la población entera del mundo os dirá por aplastante mayoría que sus convicciones prohíben tal existencia.

»Durante siglos, los místicos del espíritu han proclamado que la fe es superior a la razón, pero no se han atrevido a negar la existencia de esta última. Sus herederos y su producto, los místicos del músculo, han completado la tarea y conseguido su sueño: proclaman que todo es fe y lo llaman revolución contra la creencia. Como revolución contra asertos no demostrados, afirman que nada puede ser probado. Como revuelta contra los conocimientos sobrenaturales, proclaman que no es posible conocimiento alguno; como revuelta contra los enemigos de la ciencia, aseguran que la ciencia es superstición; como revuelta contra la esclavización de la mente, declaran que no hay mente.

»Si rendís vuestro poder de percepción, si aceptáis que vuestras normas se cambien de objetivas en colectivas y esperáis que la humanidad os diga lo que habéis de pensar, observaréis cómo otro cambio se efectúa ante esos ojos que habéis renunciado: observaréis que vuestros maestros se convierten en gobernantes de lo colectivo, y si entonces rehusáis obedecerles, protestando que no constituyen la humanidad total, os contestarán: «¿Cómo sabéis que no lo somos? ¿Qué es eso de ser, hermano? ¿De dónde sacaste tan anticuado término?»

»Si dudáis de que tal sea su propósito, observad con cuan apasionada consistencia los místicos del músculo se esfuerzan en haceros olvidar que un concepto como el de «mente» haya existido nunca. Observad las fluctuaciones de su vocabulario indefinido; las palabras con significados elásticos; los términos que flotan entre dos aguas y por medio de los cuales tratan de eludir el reconocimiento del concepto de «pensar». Vuestra conciencia, os dirán, está formada por «reflejos», «reacciones», «experiencias», «estímulos» y «tendencias», y rehúsan identificar los medios por los cuales adquirieron tal conocimiento; identificar el acto que realizan cuando lo nombran, o el que realizan cuando escucháis. Las palabras tienen el poder de «condicionaros», dicen, al tiempo que rehúsan identificar la razón por la que las palabras tienen el poder de cambiar vuestra mente. El estudiante que lee un libro lo entiende gracias a un proceso de anulación mental. El hombre de ciencia que trabaja en un invento se encuentra dedicado a una actividad del mismo género. El psicólogo que ayuda a un neurótico a solucionar un problema y desenmarañar un conflicto, lo hace por idéntico medio. Pero un industrial dotado de mente receptiva no existe. Una fábrica es un «recurso natural», como un árbol, una roca o un montón de barro.

»Os dirán que el problema de la producción ha sido solventado y no merece estudio ni atención; el único problema que vuestros «reflejos» han de solucionar es ahora el de la distribución. ¿Quién solucionó el problema de la producción? Os contestarán que la humanidad. ¿Cuál fue dicha solución? Las mercancías que están ahí. ¿Cómo llegaron? De algún modo. ¿Cuál fue la causa? Nada tiene causas.

»Proclaman que todo hombre nacido tiene derecho a existir sin trabajar, y no obstante las leyes de la realidad en pro de lo contrario, posee el derecho a recibir un «mínimo sustento», comida, ropas, cobijo, sin esfuerzo por su parte, como cosa que le es debida desde el momento de nacer. Recibirlo, ¿de quién? Nada. Cada hombre, anuncian, posee una participación igual en los beneficios tecnológicos creados en el mundo. Creados, ¿por quién? Nada. Frenéticos cobardes que se fingen defensores de los industriales, definen ahora el propósito de la economía como «un ajuste» entre los deseos ilimitados del hombre y los géneros aportados en cantidad limitada. ¿Aportados por quién? Nada. Los vagabundos intelectuales que se fingen profesores, desprecian a los pensadores del pasado, declarando que sus teorías sociales estaban basadas en la poco práctica suposición de que el hombre era un ser racional, pero como los hombres no son racionales, declaran, debería establecerse un sistema que les hiciera posible existir siendo

irracionales, lo que significa: mientras desafíen la realidad, ¿quién lo hará posible? Nada. Cualquier mediocridad descarriada acapara los titulares con planes para controlar la producción humana, sin tener en cuenta quién convenga y aunque muchos estén en desacuerdo con sus estadísticas, nadie duda de su derecho a obligar a la práctica del plan por medio de las armas. ¿Obligar a quién? Nada. Mujeres con rentas sin causa van de un lado a otro del mundo y regresan para entregar el mensaje de que los pueblos atrasados de la tierra exigen un más alto nivel de vida. ¿Lo exigen a quién? Nada.

»Y a fin de impedir cualquier averiguación sobre la causa de la diferencia existente entre un poblado de la selva y la ciudad de Nueva York, recurren a la extremada obscenidad de explicar el progreso industrial del hombre —rascacielos, puentes colgantes, motores, trenes —declarando que el hombre es un animal en posesión de un «instinto para fabricar herramientas».

»¿Os preguntáis qué anda mal en el mundo? Estáis presenciando el momento culminante del credo de lo que no tiene causa y de lo que no ha sido ganado. Todas vuestras pandillas de místicos, tanto del espíritu como del músculo, combaten una con otra para ejercer el poder de gobernaros, gruñendo que el amor es la solución a todos los problemas de vuestro espíritu y un látigo la solución a todos los problemas de vuestro cuerpo; eso es lo que piensan de quienes habéis convenido en que no tenéis mente. Al otorgar al hombre una dignidad menor que la que otorgan al ganado, al ignorar lo que un adiestrador de animales podría contarles acerca de éstos, es decir, que a ninguno se le puede domar por el miedo, que un elefante torturado pisoteará a su atormentador, pero no accederá a trabajar para él ni a transportar sus fardos, esperan que el hombre continúe produciendo tubos electrónicos, aeroplanos supersónicos, máquinas desintegradoras de átomos y telescopios interestelares con su ración de carne como recompensa y un látigo descargado en sus espaldas como todo incentivo.

»No cometáis errores al juzgar el carácter de los místicos. El socavar vuestra conciencia ha sido siempre su único propósito a través de los siglos, mientras el poder, el poder de gobernaros por la fuerza, constituyó siempre su único deseo.

»Desde los ritos de los brujos de la selva, que deformaban la realidad convirtiéndola en grotescos absurdos para confundir la mente de sus víctimas y mantenerlas en perpetuo terror hacia lo sobrenatural durante estancados períodos que duraron siglos, hasta las doctrinas sobrenaturales de la Edad Media, que mantuvieron al hombre acurrucado en el suelo de barro de su choza, pensando, presa de miedo, que el diablo podía robarle la sopa que tardó, dieciocho horas de trabajo en conseguir, hasta el andrajoso y sonriente profesor que os asegura que el cerebro carece de capacidad para pensar, que no tenéis medios de percepción y que debéis obedecer ciegamente la voluntad omnipotente de esa fuerza sobrenatural que es la Sociedad, todos representaron idéntica comedia, con el mismo y único propósito: reduciros a una especie de pulpa que renuncia a la validez de su conciencia.

»Pero ello no puede lograrse sin vuestro consentimiento. Si permitís que se salgan con la suya os lo habréis merecido.

»Cuando escucháis la disertación de un músico sobre la impotencia de la mente humana y empezáis a dudar de la vuestra, no de la suya; cuando permitís que vuestro precario y semirracional estado se vea sacudido por una aserción cualquiera y consideráis más seguro confiar en su superior certeza y conocimiento, la broma os comprende a los dos; vuestra sanción es la única fuente de certeza de que él se vale. El poder sobrenatural que el místico teme, el desconocido espíritu al que adora, la conciencia que cree omnipotente, es… la vuestra.

»El místico es un hombre que rinde su mente al primer encuentro con la mente de otros. En algún lugar y dentro de los distantes recuerdos de su niñez, cuando su comprensión de

la realidad chocaba con las aserciones ajenas, con sus arbitrarias órdenes y contradictorias demandas, empezó a desarrollar semejante pusilánime temor a la independencia y renunció a su facultad racional. En las encrucijadas en que debía elegir entre «lo sé» y «dicen», escogió la autoridad de los demás; prefirió someterse antes que comprender, creer antes que pensar. La fe en lo sobrenatural empieza como fe en la superioridad ajena. Su rendición cobró la forma de un asentimiento que le obligaba a ocultar su falta de comprensión, a pensar que otros poseen cierto misterioso conocimiento de que él está privado, que la realidad es aquello que los otros quieren que sea, gracias a un medio que a él siempre le será negado.

»A partir de entonces, temeroso de pensar, queda a merced de sentimientos no identificados. Estos sentimientos constituyen su única guía, su único resto de identidad personal. Se aferra a ellos con feroz deseo de posesión y todo cuanto piensa lo dedica a la lucha de ocultarse a sí mismo que sus sentimientos son simple terror.

»Cuando un místico declara que siente la existencia de un poder superior a la razón, lo siente de veras; pero ese poder no es el omnisciente espíritu superior del universo, sino la conciencia de cualquiera que pase a su lado y ante quien ha rendido la suya. Un místico se ve impulsado por el afán de impresionar, de engañar, de adular, de forzar esa conciencia omnipotente de los otros. «Ellos» constituyen su única llave hacia la realidad. Sabe que no puede existir excepto inmovilizando el misterioso poder de los otros y exigiéndoles incondicional consentimiento. «Ellos» son sus únicos medios de percepción y, al igual que un ciego guiado por un perro, siente que ha de fustigarles con el fin de vivir. Controlar la conciencia de otros se convierte en su única pasión; el afán de poder es una hiedra que crece sólo en los lugares vacíos de una mente abandonada.

»Todo dictador es un místico, todo místico es un dictador en potencia. El místico anhela la obediencia del hombre, no su consentimiento. Quiere que su conciencia se rinda a sus asertos, veredictos, deseos y caprichos, del mismo modo que su conciencia se rinde a la de ellos. Quiere tratos con el hombre por medio de la fe y de la fuerza; no halla satisfacción en su consentimiento si ha de adquirirlo por medio de los hechos y de la razón. La razón es el enemigo que más teme y al que simultáneamente considera precario; la razón, para él, es un medio de engaño, siente que el hombre posee un poder más potente que la razón y que sólo su creencia desprovista de causa o su forzada obediencia pueden prestarle cierto sentimiento de seguridad, prueba de que ha obtenido el dominio de ese don místico de que carecía. Su anhelo es mandar, no convencer; la convicción requiere un acto de independencia basada en el absoluto de una realidad objetiva; lo que busca es poder sobre la realidad y sobre los medios del hombre para percibirla, es decir, su mente; el poder para interponer su voluntad entre la existencia y la conciencia, como si, al convenir en desfigurar la realidad, el hombre la crease.

»Del mismo modo que el místico es un parásito que se apodera de la riqueza creada por otros, del mismo modo que es un parásito del espíritu que entra a saco en ideas creadas por otros, así también desciende por debajo del nivel de un lunático que crea su propia distorsión de la realidad, hasta llegar al de un parásito de la locura buscando una distorsión de lo creado por otros.

»Sólo existe un estado que llene ese anhelo del místico por lo infinito, lo no casual, lo no identificado: lo muerto. No importa qué ininteligibles causas atribuya a sus incomunicables sentimientos, todo aquel que rechaza la realidad rehúsa la existencia. Y los sentimientos que le mueven a partir de entonces son el odio hacia todos los valores de la vida humana y el deseo de los males que la destruyen. Los místicos se complacen en el espectáculo del sufrimiento, de la pobreza, de la sumisión y del terror, porque ellos les proporcionan un sentimiento de triunfo y constituyen una prueba de la derrota de la realidad racional. Pero no existe ninguna otra clase de realidad.

»No importa qué bienestar asegure servir, sea el de Dios o el de esa gárgola sin cuerpo que describe como «el pueblo»; no importa qué ideal proclame en términos de alguna dimensión sobrenatural: en hechos, en realidades o en la tierra, su ideal es la muerte, su anhelo consiste en matar, su única satisfacción es la tortura.

»La destrucción es el único fin que el credo del místico haya conseguido jamás, del mismo modo que continúa ocurriendo ahora, y aunque las calamidades derivadas de sus propios actos no les hayan hecho dudar de sus doctrinas, aunque declaren ser movidos por el amor, no se vuelven atrás ante los montones de cadáveres humanos, porque la verdad acerca de sus almas es peor aún que la obscena excusa que vosotros les habéis permitido: la excusa de que el fin justifica los medios y de que los horrores que practican son medios para un fin más noble. La verdad es que tales horrores son sus fines.

¿Vosotros, que sois lo suficientemente depravados como para creer que podéis ajustaros a la dictadura de un místico y complacerle obedeciendo sus órdenes, habréis observado que no existe medio de conseguirlo; cuando obedezcáis invertirá sus directrices; quiere la obediencia por sí misma y la destrucción por la simple destrucción. Vosotros, que sois lo suficientemente pusilánimes como para creer poder llegar a un acuerdo con un místico cediendo a sus extorsiones, veréis que no existe medio para sobornarlo, porque el único soborno que desea es vuestra vida, tan lentamente o tan de prisa como accedáis a entregársela. Y el monstruo al que, por su parte, quiere sobornar, es ese oculto hueco de su mente que le impulsa a matar, a fin de no saber que la muerte que desea es la suya propia.

¿Vosotros, que sois tan inocentes como para creer que las fuerzas puestas en libertad en vuestro mundo actual se mueven impulsadas por el anhelo de ganancias materiales, notaréis que el forcejeo del místico por el saqueo es sólo una pantalla para ocultar a su mente la naturaleza de los motivos que le impulsan. La riqueza es un medio de vida humana y claman por ella a imitación de los seres vivientes, para pretender ante sí mismos que desean vivir. Pero su porcina indulgencia en un lujo arrebatado a otros no es goce, sino sólo un escape. No quieren poseer vuestra fortuna, lo que quieren es que la perdáis; no desean triunfar, sino veros fracasar; no quieren vivir, sino morir; no desean nada; odian la existencia y continúan su camino tratando de no enterarse de que el objeto de su odio son ellos mismos.

¿Vosotros, que nunca habéis comprendido la naturaleza del mal, vosotros que los describís como «idealistas descarriados», no sabéis que son la esencia de todo mal; que son objetos antivivientes, impulsados por el solo deseo de devorar el mundo y de llenar ese cero anodino que es su alma. No persiguen vuestra riqueza, su conspiración va dirigida contra la mente, lo que a su vez significa contra la vida y el hombre.

¿Es una conspiración sin jefe ni dirección, y los rufianes del momento que aprovechan la agonía de un país o de otro, son como esos desechos ocasionales que circulan torrencialmente desde la presa rota de un albañal de siglos; desde el pantano del odio contra la razón, la lógica, la habilidad, los logros, la alegría, almacenados por todo gimiente elemento antihumano que siempre predicó la superioridad del «corazón» sobre la mente.

¿Es una conspiración de todos cuantos buscan no vivir, sino retirarse de la vida, de quienes pretenden cortar un breve espacio de realidad y se sienten inclinados hacia aquellos que se ocupan en cortar otros fragmentos; una conspiración que une por lazos de evasión todos quienes persiguen un cero como valor: el profesor que, incapaz de pensar, se complace en mutilar la mente de sus estudiantes; el negociante que, para proteger su estancamiento, goza encadenando la buena disposición de los competidores; el neurótico que, para defender el odio hacia sí mismo, disfruta quebrantando a quienes saben estimarse a sí mismos. El incompetente que se complace en derrotar a aquel que logre

algo, el mediocre que goza demoliendo la grandeza, el eunuco que anhela la castración de todo goce, los fabricantes de municiones intelectuales y todos quienes predican que la inmolación de la virtud transformará los vicios en virtudes. La muerte es la premisa que reside en la raíz de sus teorías; la muerte es la meta de sus acciones, y vosotros sois sus víctimas postreras.

»Nosotros ejercimos de amortiguadores vivientes entre vosotros y la naturaleza de vuestro credo, pero no estamos ya ahí para salvaros de las creencias escogidas por vosotros mismos. Ya no accedemos a pagar con nuestras vidas las deudas contraídas por vosotros ni a saldar el déficit moral acumulado por las generaciones que os precedieron. Habéis estado viviendo gracias a un tiempo pedido en préstamo y ahora me dispongo a reclamároslo.

»Yo soy el hombre cuya existencia pretendíais ignorar con vuestra actitud de olvido. Yo soy el hombre al que no queríais ver vivir ni tampoco morir. No queríais que viviera porque sentíais temor a saber que aceptaba la responsabilidad abandonada por vosotros y que vuestras vidas dependían de mí; no queríais que muriese porque estabais seguros de esto último.

»Hace doce años, cuando trabajaba en vuestro mundo, fui inventor. Ejercía la última profesión aparecida en la historia humana y la primera que desaparecerá en el camino de regreso hacia lo subhumano. Un inventor es un hombre que pregunta «¿por qué?» al universo y no permite que nada se interponga entre la respuesta y su mente.

»Igual que el descubridor del uso del vapor o que quien descubrió el del aceite, descubrí yo una fuente de energía existente desde el nacimiento del globo, pero que los hombres no supieron utilizar, excepto como objeto de adoración y de terror relacionado con leyendas acerca de un tonante elemento superior. Completé el modelo experimental de un motor que hubiera constituido mi fortuna y la de quienes contrataran mis servicios, un motor que hubiese elevado la eficacia de toda instalación humana que usara su fuerza y habría añadido el don de una más alta productividad a cada hora de las que empleáis en ganaros la vida.

»Cierta noche, durante una reunión celebrada en cierta fábrica, oí cómo me sentenciaban a muerte, precisamente por haber conseguido aquel invento. Oí cómo tres parásitos aseguraban que mi cerebro y mi vida eran suyos, que mi derecho a existir era condicional y dependía de la satisfacción de sus deseos. El propósito de mi habilidad, dijeron, consistía en servir las necesidades de quienes eran menos hábiles. No tenía derecho a vivir, afirmaron, por razón de mi competencia hacia la vida; en cambio, su derecho a la misma era incondicional por razón de su incompetencia.

»Comprendí entonces lo que estaba equivocado en el mundo, vi lo que destruía al hombre y a las naciones y dónde había que librar la batalla de la vida. Vi que el enemigo se hallaba en aquella moralidad invertida y que mi sanción constituía su máximo poder. Comprendí que el mal era impotente; que residía en lo irracional, lo ciego, lo antirreal, y que la única arma de su triunfo consistía en la voluntad de los buenos para servirlo. Del mismo modo que los parásitos que me rodeaban proclamaban su dependencia sobre mi mente, esperando que voluntariamente aceptase una esclavitud que no tenían poder para infligirme; del mismo modo que contaban con mi auto-inmolación para proveerles con los medios para conseguir su plan, así, a través del mundo y de la historia, en todas sus versiones y sus formas, desde las extorsiones de parientes holgazanes a las atrocidades de los países colectivizados, es el bueno, el hábil, el hombre de razón, el que actúa como destructor de sí mismo, el que transfunde al mal la sangre de su virtud y permite que aquél le transmita a su vez el veneno de la destrucción, con lo que el mal disfruta del poder de la supervivencia, mientras los valores de los buenos adquieren la impotencia de la muerte. Me di cuenta de que en la derrota de un hombre virtuoso se llega a un punto en

el que es necesario el propio consentimiento para que el mal salga triunfante, y que ninguna clase de injuria que otros le inflijan puede triunfar si opta por no otorgar dicho consentimiento. Comprendí que puedo poner fin a vuestras injurias pronunciando interiormente una simple palabra. La pronuncié. Esta palabra es: «No».

»Me marché de la fábrica. Abandoné vuestro mundo. Me hice el propósito de dar la alarma a vuestras víctimas y de prestarles métodos y armas con los que luchar contra los otros. El método consistía en rehusar o en desviar toda retribución. El arma, la justicia.

»Si queréis saber lo que perdisteis cuando me marché y cuando mi* huelguistas desertaron de vuestro mundo, situaos en una franja desierta de cualquier paraje inexplorado y preguntaos qué clase de supervivencia conseguiríais y cuánto tiempo duraríais si rehusarais pensar, sin nadie a vuestro alrededor para mostraros lo que es preciso hacer. O caso de inclinaros hacia la reflexión, hasta qué extremo llegaría vuestra mente en la capacidad de descubrir. Preguntaos a cuántas conclusiones independientes habéis llegado en el curso, de vuestra vida y cuánto tiempo dedicasteis a realizar las acciones aprendidas de otros. Preguntaos si podríais descubrir cómo labrar la tierra y cultivar vuestro alimento; si seríais capaces de inventar una rueda, una palanca, un carrete de inducción, un generador o un tubo electrónico, y entonces decidid si los hombres de inteligencia son explotadores que viven de los frutos de vuestro trabajo y os roban la riqueza que producís, y pensad si os atreveréis a creeros en posesión del poder de esclavizarlos. Que vuestras mujeres echen una ojeada a una salvaje de rostro macilento y senos caídos, mientras está sentada machacando cereal en un cuenco, hora tras hora, siglo tras siglo; que se pregunten si su «instinto para fabricar herramientas» les proporcionaría sus refrigeradores eléctricos, sus máquinas de lavar y sus aspiradores, y en caso contrario, si querrían destruir a quienes los fabrican, pero no «por instinto».

»Echad una ojeada a vuestro alrededor, salvajes convencidos de que las ideas son creadas por los medios de producción humanos; que una máquina no es producto de la inteligencia, sino un poder místico productor del pensamiento humano. No habéis descubierto la edad industrial y os aferráis a la moralidad de las épocas bárbaras, cuando gracias al trabajo muscular de los esclavos se obtenía una mísera forma de subsistencia humana. Todo místico ha anhelado siempre tener esclavos que le protejan de esa realidad material que tanto teme. Pero vosotros, vosotros, los grotescos y mezquinos atavistas, miráis ciegamente los rascacielos y las chimeneas y soñáis en esclavizar a vuestros proveedores materiales: científicos, inventores e industriales. Cuando abogáis por la propiedad pública de los medios de producción, reclamáis la propiedad pública de la mente. He enseñado a mis huelguistas que la respuesta que merecéis es sólo ésta: «Intentad poseerla».

»Os proclamáis incapaces de dominar las fuerzas de la materia inanimada, y sin embargo pretendéis coartar las mentes de los hombres, incapaces de conseguir logros que no podéis igualar. Proclamáis no poder sobrevivir sin nosotros, y sin embargo os proponéis dictarnos las condiciones de nuestra supervivencia. Proclamáis necesitarnos, y sin embargo incurrís en la impertinencia de afirmar vuestro derecho a gobernarnos por la fuerza y esperáis de nosotros, que no tenemos miedo a esa naturaleza física que os llena de terror, que nos acobardemos a la vista del primer patán que os haya convencido para que le votéis, con el único fin de ejercer su autoridad sobre nosotros.

»Os proponéis establecer un orden social basado en los siguientes principios: incompetencia para dirigir vuestra propia vida, pero competencia para gobernar las de los otros; imposibilidad de existir en un ambiente —de libertad, pero posibilidad para convertiros en gobernantes omnipotentes; incapacidad para ganaros la vida usando la propia inteligencia, pero capacidad para juzgar a políticos y votarlos a fin de que ocupen tareas que les confieran un poderío total sobre artes que vosotros ni conocéis siquiera, sobre ciencias que no habéis estudiado, sobre logros de los que no tenéis el menor

conocimiento, sobre gigantescas industrias donde por propia definición de vuestra capacidad no podríais ni siquiera realizar la tarea de ayudante de engrasador.

»Este ídolo de vuestro culto al cero, este símbolo de impotencia: la dependencia congénita, es vuestra imagen del hombre y vuestra norma de valores, a cuyo modelo os ceñís para dar nueva forma a vuestra alma. «¡(Es simplemente humano!», gritáis en defensa de cualquier depravación que alcance un estado de autoenvilecimiento, aplicando el concepto de «humanos» a los débiles, los insensatos, los corrompidos, los mentirosos, los fracasados, los cobardes, los fraudulentos, y eliminando de la raza humana al héroe, al pensador, al productor, al inventor, al fuerte, al persistente, al puro, como si «sentir» fuese humano, pero pensar no; como si fracasar fuese humano, pero no triunfar; como si fuera humana la corrupción, pero no la virtud; como si la premisa de muerte fuese adecuada al hombre, pero no la de vida.

»Con el fin de privarnos del honor y despojarnos después de la riqueza, nos habéis considerado esclavos que no merecen reconocimiento moral alguno. Alabáis cualquier empresa que declare no perseguir provecho y condenáis a los hombres que logran los beneficios capaces de hacer posible la empresa en cuestión. Consideráis «de interés público» cualquier proyecto que sirva a quienes no pagan un centavo; pero en cambio no consideráis de interés público proporcionar servicio alguno a quienes efectúan dicho pago. El «beneficio público» proviene de todo aquello que se entrega como limosna; comerciar es perjudicar al público. El «bienestar público» es el que disfrutan quienes no se lo han ganado; sus verdaderos autores no tienen derecho al mismo. Para vosotros «el público» es todo aquel que ha fracasado en conseguir una virtud o un valor; quien la consigue, quien aporta los materiales requeridos para la supervivencia, cesa de ser considerado como parte del público o como parte de la raza humana.

»¿Qué vacío en vuestra mente os ha permitido imaginar que saldríais airosos de este amasijo de contradicciones y que podríais planearlo como sociedad ideal? Nunca pensasteis que el «no» de vuestras víctimas era suficiente para demoler la totalidad de toda esa estructura. ¿Qué permite a un mendigo insolente exhibir sus lacras ante el rostro de sus mejores y solicitar ayuda en el tono de quien expresa una amenaza? Gritáis, igual que él, que tomáis como base nuestra compasión; pero vuestra esperanza secreta reside en el código moral que os ha enseñado a contar con nuestra culpa. Esperáis que nos sintamos culpables de nuestras virtudes en presencia de vuestros vicios, heridas y fracasos; culpables de triunfar en la existencia, culpables de disfrutar la vida que vosotros maldecís y que aun así nos imploráis os ayudemos a vivir.

»¿Queréis saber quién es John Galt? Soy el primer hombre de inteligencia que rehusó considerar dicha inteligencia como culpa. Soy el primer hombre que no accede a hacer penitencia por sus virtudes o permitir que éstas sean usadas como herramientas de mi propia destrucción. Soy el primer hombre que no sufrirá martirio a manos de quienes desean verme perecer por el privilegio de mantenerles la vida. Soy el primer hombre que les ha dicho que no les necesito, y hasta que aprendan a tratar conmigo como comerciantes, dando valor al valor, tendrán que existir sin mí, del mismo modo que yo existiré sin ellos; sólo entonces les haré saber de quién es la necesidad y de quién la inteligencia, y una vez la supervivencia humana se haya erigido en norma, los términos de quiénes serán los que tracen el camino para la supervivencia.

»He realizado, por medio de un plan y de una intención concreta, lo que a través de la historia se fue logrando por silenciosa inercia. Siempre han existido hombres inteligentes que se declararon en huelga, a fin de protestar desesperados, pero sin conocer el total significado de su acción. Quien se retira de la vida pública para pensar, pero no para compartir sus pensamientos con otros; quien prefiere pasar sus años en la obscuridad de un trabajo manual, reteniendo para sí el fuego de su mente, sin darle nunca forma, expresión o realidad, rehusando aportarlo a un mundo que desprecia; el hombre derrotado

por la repulsión, el que renuncia antes de haber empezado, quien abandona antes de iniciar algo, quien funciona a una fracción de su capacidad, desarmado por su anhelo de un ideal que no encontró… todos están en huelga: en huelga contra la sinrazón, en huelga contra vuestro mundo y vuestros valores. Ahora bien: al no reconocer ningún valor propio, abandonan la tarea de bucear en ellos; en la obscuridad de su desesperada indignación, justa aunque sin conocimiento de dicha justicia y apasionada sin conocimiento de su pasión, os conceden el poder de la realidad, rinden los incentivos de su mente y perecen en amarga futilidad, como rebeldes que nunca conocieron el objeto de su rebelión, como entes que nunca descubrieron su amor.

»Esos tiempos infamantes que llamáis Edad de las Tinieblas fueron una era de inteligencia en huelga, en la que los hombres dotados de facultades se hundieron y vivieron sin ser descubiertos, estudiando en secreto y destruyendo al morir las obras de su mente, mientras unos pocos valerosos mártires seguían en pie para mantener viva la raza humana. Todo período gobernado por místicos constituyó una era de estancamiento y de penuria, en la que la mayoría de los hombres estuvieron en huelga contra la existencia, no trabajando más que para su estricta supervivencia y no dejando más que retazos como botín para sus gobernantes, rehusando pensar, aventurarse, producir, mientras el destino final de sus logros y la autoridad final acerca de la verdad o del error estaban supeditados al capricho de algún indignante degenerado, sancionado como superior por derecho divino o por la gracia de una estaca. El camino de la historia humana era una cadena de espacios vacíos, sobre estériles trechos erosionados por la fe y la fuerza, con sólo unos cuantos leves fulgores luminosos, cuando la energía liberada del hombre de inteligencia realizaba maravillas que causaban estupor, antes de extinguirse de nuevo con rapidez.

¿Pero esta vez no tendrá lugar tal extinción. El juego de los místicos ha sido descubierto. Perecéis gracias a vuestra propia irrealidad. Nosotros, los hombres de razón, sobreviviremos.

»He impulsado a la huelga a la clase de mártires que hasta ahora jamás desertaron de vosotros. Y les entregué el arma de que carecían: el conocimiento de su propio valor moral. Les he enseñado que el mundo es nuestro, siempre que queramos reclamarlo como tal, por gracia y virtud de nuestra moral, que es la Moralidad de la Vida. Ellos, las grandes víctimas que han producido todas las maravillas del breve estío humano; ellos, los industriales, los conquistadores de la materia, no han descubierto la naturaleza de su derecho. Sabían que poseían el poder. Yo les he enseñado que también poseen la gloria.

¿Vosotros, que os atrevéis a considerarnos moralmente inferiores a cualquier místico que asegure tener visiones sobrenaturales; vosotros, que escarbáis como buitres en busca de dinero robado y aun así consideráis a un adivino superior a quien amasa una fortuna; vosotros, que despreciáis al comerciante como innoble y consideráis eminente a cualquier afectado artista, tenéis como raíz de vuestras normas esos místicos miasmas exhalados por pantanos primarios, por el culto a la muerte que declara inmoral a un negociante por el solo hecho de conservaros la vida. Vosotros, quienes proclamáis el deseo de elevaros sobre las toscas exigencias del cuerpo y sobre la tarea de servir simples necesidades físicas, considerad esto: ¿Quién está esclavizado por necesidades físicas? ¿El hindú que trabaja desde el amanecer a la puesta del sol empujando un arado primitivo para ganarse un cuenco de arroz, o el americano que conduce un tractor? ¿Quién es el conquistador de la realidad física? ¿El que duerme en un lecho de clavos, o el que se tiende sobre un colchón de muelles? ¿Qué constituye el monumento al triunfo del espíritu humano sobre la materia? ¿Las chozas roídas de insectos a orillas del Ganges o la silueta de los rascacielos de Nueva York sobre el Atlántico?

»A menos de aprender las respuestas a tales preguntas y aprender también a poneros firmes, en actitud reverente, cuando os enfrentéis a las consecuciones del cerebro humano, no permaneceréis mucho tiempo en esta tierra que amamos y que no

permitiremos condenéis. No continuaréis deslizándoos subrepticiamente durante lo que os quede de vida. He abreviado el curso usual de la historia y os he dejado descubrir la naturaleza del pago que esperabais transferir a los hombros de otros. Lo que aún os queda de poder vital os será extraído para entregarlo a los adoradores y portadores de la muerte, que no lo han merecido. No pretendáis decir que una realidad malévola os ha derrotado; os derrotaron vuestras propias evasiones. No pretendáis perecer por un noble ideal; pereceréis como alimento de quienes aborrecen al hombre.

»Pero a aquellos de vosotros que aún conserven un resto de dignidad y estén dispuestos a amar la propia vida, les ofrezco la posibilidad de una elección. Decidme si deseáis perecer por una moralidad en la que nunca habéis creído ni nunca habéis practicado. Deteneos al borde de la autodestrucción y examinad vuestros valores y vuestra vida. Sabéis cómo hacer inventario de vuestras riquezas. Haced ahora inventario de vuestro cerebro.

»Desde la infancia habéis estado ocultando el culpable secreto de que no sentís deseo de ser morales ni de buscar la autoinmolación, de que teméis y detestáis vuestro código, pero no os atrevéis a confesarlo ni siquiera a vosotros mismos. Estáis privados de esos instintos «morales» que otros afirman sentir. Cuanto menos sentíais, más altamente proclamabais vuestro abnegado amor y servidumbre a los demás, temerosos de permitirles descubrir vuestro interior, ese interior al que traicionabais, esa idiosincrasia que manteníais oculta como un esqueleto en lo más hondo de vuestro cuerpo. Y ellos, que eran a un tiempo engañados y engañadores, escuchaban y voceaban su aprobación, temerosos de permitiros descubrir que albergaban el mismo no revelado secreto. La existencia es entre vosotros una gigantesca simulación, un acto que realizáis para otros, sintiéndoos cada uno como el único culpable y fracasado, colocando cada uno su autoridad moral en lo desconocido que sólo los otros conocen, desfigurando la realidad que los demás esperan que deforme, sin que ninguno posea el valor suficiente para romper este círculo vicioso.

»No importa qué deshonroso compromiso hayáis contraído con vuestro impracticable credo; no importa qué miserable equilibrio entre cinismo y superstición hayáis conseguido mantener, aún conserváis la raíz, el elemento letal: la creencia de que lo moral y lo práctico son opuestos. Desde niños habéis estado sustrayéndoos al terror de una elección que nunca os atrevisteis a practicar por completo. Si lo práctico, es decir, aquello que debéis practicar para existir, aquello que trabaja, triunfa y logra objetivos, aquello que os da alimento y alegría y aquello que os beneficia, es malo. Y si lo bueno, lo moral, está constituido por lo impráctico, es decir, lo que falla, destruye, frustra, daña y significa pérdida o dolor, vuestra elección estriba en ser moral o en vivir.

»El resultado de esta destructora doctrina consistía en eliminar la moralidad de la vida. Crecisteis creyendo que las leyes morales no guardan relación con la tarea de vivir, excepto como un impedimento y una amenaza; que la existencia del hombre es una selva amoral en la que todo prolifera y todo obra. Y en esta niebla de definiciones en constante movimiento, que se posa sobre mentes heladas, habéis olvidado que los males condenados por vuestro credo eran las virtudes requeridas para vivir, y habéis llegado a creer que los males verdaderos son los medios prácticos de la existencia. Al olvidar que el «bien» impráctico era el autosacrificio, creéis que la autoestima es a su vez impráctica. Al olvidar que el «mal» práctico es la producción, creíais práctico el robo.

»Agitándoos como una rama al viento de una moral sin definir concretamente, no os atrevéis a ser malos del todo o a vivir por completo. Si sois honrados, experimentáis el resentimiento del oportunista; si engañáis, sentís terror y vergüenza. Cuando sois felices, vuestra alegría queda diluida por un sentido de culpabilidad; cuando sufrís, vuestro dolor se ve aumentado por el sentimiento de que el dolor es vuestro estado natural. Compadecéis a los hombres que admiráis y creéis que están destinados a fracasar;

envidiáis a quienes detestáis, considerándolos dueños de la existencia. Os sentís desarmados frente a un bribón y creéis que el mal está destinado a vencer, puesto que la moral representa lo impotente, lo impráctico.

»Para vosotros, la moralidad es un espantapájaros fantasmagórico, compuesto de deber, de aburrimiento, de castigo y de dolor; una mezcla híbrida en la que intervienen por igual vuestro primer maestro en el pasado y el recaudador de impuestos del presente; un espantapájaros plantado en mitad de un campo, agitando un palo con el que alejar vuestros placeres; y el placer no es para vosotros más que un cerebro nublado por el licor, una mujerzuela necia, el estupor de un desequilibrado que expone su dinero en una carrera de animales, puesto que el placer no puede ser moral.

»Si identificáis vuestras creencias, hallaréis en ellas una triple condenación: hacia vosotros, hacia la vida y hacia la virtud, en la grotesca conclusión a que habéis llegado al creer que la moralidad es un mal necesario.

»¿Os asombráis de por qué vivís sin dignidad, amáis sin fuego y morís sin resistencia? ¿Os preguntáis por qué allá donde miréis no veis más que interrogantes sin solución, por qué vuestra vida se ve desgarrada por conflictos imposibles, por qué la gastáis salvando vallas enormes para evadir opciones artificiales tales como la del alma o el cuerpo, la mente o el corazón, la seguridad o la libertad, el provecho particular o el beneficio público?

»¿Os lamentáis de no encontrar respuesta? ¿Con qué medios esperáis hallarla? Rechazáis vuestra herramienta de percepción, vuestra mente, y luego os quejáis de que el universo es un misterio. Descartáis vuestra llave y os quejáis de que todas las puertas permanezcan cerradas. Emprendéis la persecución de lo irracional y maldecís de la existencia por carecer de sentido.

»La valla a la que habéis estado trepando durante dos horas mientras escucháis mis palabras y tratáis de escapar a ellas, es la fórmula del cobarde, contenida en la frase: «¡No es necesario llegar a tal extremo!» El extremo que siempre procurasteis evitar es el reconocimiento de que la realidad es decisiva, que A es A y que la verdad es verdadera. Un código moral imposible de practicar, un código que exige imperfección o muerte, os ha enseñado a disolver las ideas en la niebla, a no permitiros definiciones firmes, a considerar cualquier concepto sólo como aproximado, y toda regla de conducta como elástica, a obviar todo principio, a comprometerse con cualquier valor y a caminar por el centro de cualquier sendero. Al exigir vuestra aceptación de lo sobrenatural, os ha forzado a rechazar ese algo concreto que es la naturaleza. Al practicar juicios morales imposibles os ha incapacitado para un juicio racional. Un código que os prohíbe arrojar la primera piedra, os prohíbe también admitir la identidad de las piedras, o saber cuándo sois lapidados.

»El hombre que rehúsa juzgar, que nunca está de acuerdo ni disiente; quien declara que no existen absolutos y cree que escapa a la responsabilidad, es responsable de toda la sangre que actualmente se derrama en el mundo. La realidad es un absoluto y la existencia también; una partícula de polvo es un absoluto y lo mismo la vida humana. El morir o el vivir es un absoluto. El tener o no tener un pedazo de pan es un absoluto. El comer dicho pan o el verlo desaparecer en el estómago de un ladrón es un absoluto.

»Existen dos aspectos de todo asunto: uno bueno y el otro malo; pero el término medio siempre es malo. Quien sufre un error, aún retiene cierto respeto hacia la verdad, si no por otra cosa, por aceptar la responsabilidad de su elección. Pero el hombre situado en el centro es un bribón que elimina la verdad a fin de pretender que no existe elección de valores; es el mismo que contempla sentado el desarrollo de una batalla, deseoso de aprovecharse de la sangre del inocente o de arrastrarse ante el culpable; quien dispensa justicia condenando por igual al ladrón y al robado, quien soluciona conflictos

disponiendo que el pensador y el imbécil se encuentren a mitad de camino. En todo compromiso entre aumento y veneno sólo vencerá la muerte. En todo compromiso entre bien y mal sólo este último saldrá beneficiado. En esa transfusión de sangre, que deja sin substancia al bueno para alimentar al malo, el amigo de los compromisos se constituye en tubo de goma transmisor de aquélla.

»Vosotros, medio racionales, medio cobardes, habéis estado realizando un juego a la contra con la realidad; pero las victimas fuisteis vosotros mismos. Cuando los hombres reducen sus virtudes a algo aproximado, el mal adquiere la fuerza de un absoluto; cuando la lealtad a un propósito inflexible es abandonada por el virtuoso, la recogen los malvados, produciendo entonces el indecente espectáculo de un bien rastrero, amigo de pactos y traidor, y de un mal que se considera justo y sin compromiso con nadie. Del mismo modo que os rendisteis a los místicos del músculo cuando os dijeron que la ignorancia consiste en aspirar al conocimiento, así os rendís ahora también a ellos cuando gritan que la inmortalidad consiste en pronunciar un juicio moral. Si proclaman que es egoísta sentirse cierto de la propia razón, os apresuráis a responderles que no estáis seguros de nada. Si gritan que es inmoral mantenerse firme en las propias convicciones, les aseguráis que carecéis de ellas. Cuando los matones de los Estados populares de Europa gruñen que sois culpables de intolerancia, porque no consideráis vuestro deseo de vivir y el suyo de mataros como una simple diferencia de opinión, os amilanáis y afirmáis que no os sentís intolerantes ante cualquier horror. Cuando un vagabundo descalzo en algún cuchitril de Asia os grita: «¿Cómo os atrevéis a ser ricos?», pedís perdón, le rogáis que sea paciente y le prometéis desprenderos de vuestros bienes.

¿Habéis llegado a ese callejón sin salida de la traición cometida cuando estuvisteis de acuerdo en que no tenéis derecho a existir. En otros tiempos creíais que era «sólo un compromiso». Concedisteis que era malo vivir para vosotros mismos, pero moral vivir por vuestros hijos. Luego, afirmasteis también que es egoísta vivir por los hijos, pero moral vivir por la comunidad. A continuación manifestasteis que era egoísta vivir por la comunidad, pero moral vivir por el país. Ahora permitís que la mayor de las naciones se vea devorada por la hez de cualquier rincón del mundo, mientras aseguráis que es egoísta vivir por vuestra patria y que vuestro deber moral consiste en vivir para el resto del globo. El hombre que no tiene derecho a la vida no tiene tampoco derecho a ningún valor y no lo conservará.

»Al final de vuestra ruta de sucesivas traiciones, desprovistos de armas, de certidumbre, de honor, cometéis el acto final de traición al afirmar vuestra demanda de bancarrota intelectual. Mientras los místicos del músculo de los Estados populares se proclaman campeones de la razón y de la ciencia, convenís y os apresuráis a proclamar que la fe es vuestro principio cardinal y que la razón se halla en el bando de vuestros destructores. No obstante los inquietos restos de honradez racional que aún quedan en las torcidas y asombradas mentes de vuestros hijos, declaráis no poder ofrecer argumento racional alguno en apoyo de las ideas que crearon este país; que no existe justificación racional para la libertad, la propiedad, la justicia, los derechos; que todo descansa sobre una visión mística interna y ha de ser aceptado sólo sobre la base de la fe; que en razón lógica, el enemigo está en lo cierto, pero que la fe es superior a la razón. Declaráis a vuestros hijos que es racional apoderarse de lo ajeno, torturar, esclavizar, expropiar, asesinar, pero que han de resistir las tentaciones de la lógica y atenerse a la disciplina de conservarse irracionales; que rascacielos, fábricas, radios, aviones fueron productos de la fe y de la intuición mística, mientras que el hambre, los campos de concentración y los pelotones de ejecución son productos de un razonable modo de vivir; que la revolución industrial fue llevada a cabo por hombres de fe, contra esa era de razón y de lógica conocida como Edad Media. Simultáneamente y a los mismos niños, declaráis que los saqueadores que gobiernan los Estados populares, sobrepasarán al nuestro en producción material, por ser

representantes de la ciencia; pero que es malo preocuparse tan sólo de la riqueza mística y que hay que renunciar a la prosperidad material. Declaráis que los ideales de los saqueadores son nobles, pero que ellos mismos no los consideran como tales, mientras vosotros sí; que vuestro propósito al combatir a los saqueadores consiste sólo en cumplir propósitos que ellos no alcanzarán, pero vosotros sí y que el mejor modo de luchar contra ellos es azuzarles y luego desprenderse de la propia riqueza. Os asombráis cuando vuestros hijos se convierten en rufianes del pueblo o en delincuentes medio enloquecidos; os preguntáis por qué las conquistas de los saqueadores se acercan tanto a vuestras puertas y maldecís de ello, achacándolo a la estupidez humana y declarando, que las masas son insensibles a la razón.

»Pasáis por alto el público espectáculo de la lucha del saqueador contra la mente y el hecho de que sus más sanguinarios horrores tengan el simple propósito de castigar el crimen de pensar. Pasáis por alto el hecho de que muchos místicos del músculo empezaran como místicos del espíritu y siguen alternando entre uno y otro; de que aquellos a quienes llamáis materialistas y espiritualistas son sólo dos mitades del mismo ser humano disecado, que trata siempre de encontrar la plenitud, pero buscándola al alternar entre la destrucción de la carne y la destrucción del alma y viceversa; de que corren desde vuestros colegios a las prisiones de esclavos de Europa y de éstas al colapso del fangal místico de la India, sin buscar refugio alguno contra la realidad, ni forma de escapar a la mente.

«Desecháis todo ello y os aferráis a vuestra hipocresía de la «fe» con el fin de anular el conocimiento de que los saqueadores han establecido su dominio sobre vosotros, basándose en vuestro código moral; que los saqueadores son los practicantes consistentes y decisivos de la moralidad que obedecéis a medias, y evitáis también a medias; que la practican del único modo que puede ser practicada, convirtiendo la tierra en un horno para sacrificios; que vuestra moralidad os prohíbe oponeros a ellos con el único medio posible: rehusando convertirse en animal para la inmolación y asegurando orgullosos vuestro derecho a existir. Pero con el fin de combatirlos hasta el final con plena rectitud, es vuestra moralidad ¡a que tenéis que rechazar.

»Eludís todo esto porque vuestra estima propia se encuentra atada a esa «abnegación» mística que nunca habéis poseído o practicado, pero que durante tantos años pretendisteis poseer, hasta el punto de que la idea de denunciarla os llena de pavor. No hay valor más alto que la propia estima, pero lo habéis invertido en obligaciones falsificadas y ahora vuestra moralidad os tiene en una trampa en la que os veis obligados a proteger la propia estima, luchando por el credo de la autodestrucción. Sois objeto de una broma cruel. La necesidad de la autoestima que no podéis explicar o definir, pertenece a mi moralidad, no a la vuestra; es la prueba efectiva de mi código; es mi prueba, dentro de vuestras almas.

»Gracias a un sentimiento que no ha aprendido a identificar, pero que deriva de su primera sensación de existencia, de su descubrimiento de que ha de optar por algo, el hombre sabe que su desesperada necesidad de autoestima es asunto de vida o muerte. Como hombre de conciencia volitiva, sabe que debe conocer su propio valor, si quiere mantener la propia vida. Sabe que ha de actuar de un modo adecuado. Equivocarse en la acción significa peligro para su vida; equivocarse en la persona, ser malo, significa no estar en condiciones para la existencia.

»Cada acto de la vida del hombre ha de ser voluntario; el simple hecho de obtener y de comer sus alimentos implica que el cuerpo al que preserva, es digno de ello; cada placer que trata de disfrutar, implica que la persona que lo busca es digna de hallarlo. No tiene elección acerca de su necesidad de autoestima. Su única opción es la norma por la que calibrarla. Y comete su error más fatal cuando esta norma protectora de su vida es puesta al servicio de su propia destrucción. Si escoge un sistema contradictor de su existencia, sitúa su estima propia contra la realidad.

»Cada infundada duda* sobre sí mismo, cada sentimiento de inferioridad y cada secreta indignidad, representan en sí ese temor oculto del hombre a su incapacidad para contender con la existencia. Pero cuanto mayor es su terror, más ferozmente se aferra a criminales directrices que la ahogan. Nadie puede sobrevivir al momento de pronunciarse irremediablemente malo. Cuando así ocurre, el siguiente paso puede ser la demencia o el suicidio. Para escapar al mismo, se ha escogido una norma irracional: desfigurará, evadirá o ignorará; se engañará acerca de la realidad, la existencia, la felicidad, la mente; llegará a engañarse también respecto a la propia estima, esforzándose en conservar su ilusión antes que arriesgarse a descubrir la falta de la misma. Temer enfrentarse a algo, es igual a creer que lo peor es verdadero.

»No es un crimen cometido por vosotros el que infecta vuestra alma con una culpabilidad permanente; no son vuestros fracasos, errores o insuficiencias, sino la ignorancia con la que intentáis evitarlos; no es ningún pecado o desconocida deficiencia prenatal, sino el conocimiento y el hecho de vuestra negligencia básica, inmovilizar la mente y negaros a pensar. El temor y la culpabilidad constituyen vuestras emociones crónicas; son reales y os las merecéis, pero no proceden de razones superficiales inventadas por vosotros para disimular su causa, ni de vuestra «abnegación», debilidad o ignorancia, sino de una amenaza real y básica contra vuestra existencia: del miedo, porque habéis prescindido de vuestra arma de supervivencia; de la culpabilidad, porque sabéis que habéis obrado de un modo voluntario.

»Habéis traicionado a vuestra mente; la autoestima se basa en el propio poder para pensar. El ego que buscáis, ese «yo» inicial que no podéis expresar o definir, no consiste en vuestras emociones o en vuestros sueños desarticulados, sino en vuestro intelecto, juez de vuestro tribunal supremo a quien habéis denunciado, para quedar a merced de cualquier picapleitos al que describís como vuestro «sentimiento». Luego os arrastráis en una noche que vosotros mismos os habéis creado, en desesperada demanda de un fuego sin nombre, movidos por una visión cada vez más desvaída del amanecer que visteis y perdisteis.

»Observad la persistencia en las mitologías humanas de la leyenda acerca de un paraíso que el hombre poseyó en otros tiempos, sea la ciudad de Atlántida, el jardín del Edén o cualquier otro reino de perfección. La raíz de esas leyendas reside no en el pasado de una raza, sino en el de todo hombre. Seguís conservando el sentimiento, no firme cual un recuerdo, sino difuso como el dolor de una añoranza perdida, de algo que existió en los años iniciales de vuestra niñez, antes de que aprendierais a someteros, a absorber el terror de la sinrazón y a dudar del valor de vuestra mente. Conocisteis entonces un período radiante de existencia; la libertad de una conciencia racional frente al universo abierto ante vosotros. Ése es el paraíso que perdisteis y que buscáis y que sólo vosotros mismos podéis recuperar.

»Algunos nunca sabréis quién es John Galt. Pero aquellos que hayáis conocido un solo momento de amor a la existencia o el orgullo de ser sus dignos amantes, un momento en el que contemplasteis la tierra, acariciándola con vuestra mirada, habéis conocido también lo que es ser hombre y yo… yo soy el único en comprender que no debe traicionarse dicho estado. Supe lo que lo hacía posible y escogí, de un modo consciente, practicar y ser lo que habéis practicado y sido en el momento a que aludo.

»Sois vosotros quienes debéis efectuar la elección. La dedicación al más alto potencial particular se realiza aceptando el hecho de que el acto más noble que podáis haber realizado jamás, es el acto de vuestra mente en el proceso de comprender que dos y dos son cuatro.

«Quienquiera que seáis, quienes en este momento os halláis a solas con mis palabras, sin nada más que vuestra propia honradez para ayudaros a asimilar lo que os digo, debéis

comprender que la elección queda abierta para la raza humana, pero que el precio consiste en empezar desde el fondo, en permanecer desnudos frente a la realidad, e invirtiendo un costoso error histórico, declarar: «Soy, por lo tanto, pensaré».

»Aceptad el hecho irrevocable de que vuestra vida depende de vuestra mente. Admitid que el conjunto de vuestras luchas, gustos, disimulos y evasiones fue un desesperado deseo de escapar a la responsabilidad de una conciencia volitiva; una demanda de conocimiento automático, de acción instintiva, de certeza intuitiva. Lo llamasteis anhelo de perfección, pero no era en realidad más que un estado de animal. Aceptad como ideal moral la tarea de convertiros en hombres.

»No digáis que sentís temor a confiar en vuestra mente porque sabéis tan poco. ¿Os halláis más seguros al apelar a los místicos y abandonar lo poco que conocéis? Vivid y actuad dentro de los límites de vuestro conocimiento y dejad que éste se amplié hasta los límites de vuestra vida. Redimid el hecho de que, aunque no seáis omniscientes, el representar el papel de fantasma no os dará omnisciencia; de que, aunque vuestra mente sea falible, el quedaros sin ella no os hará infalibles; de que un error cometido por uno mismo es más seguro que diez verdades aceptadas, porque los primeros os permiten corrección, pero los segundos destruirán vuestra capacidad para distinguir la verdad del error. En lugar de vuestro sueño de un automatismo omnisciente, aceptad el hecho de que cualquier conocimiento adquirido por el hombre sólo lo es gracias a su voluntad y su esfuerzo, y que ésa es su máxima distinción dentro del universo; ésa su naturaleza, su moralidad, su gloria.

«Descartad la ilimitada concesión al mal que consiste en proclamar que el hombre es imperfecto. ¿Basándoos en qué norma lo condenáis? Aceptad el hecho de que en el reino de la moralidad sólo la perfección obrará efectos adecuados. Pero la perfección no ha de ser calibrada por mandamientos místicos que inciten a practicar lo imposible y vuestra estatura moral no ha de ser medida por elementos no abiertos a vuestra elección. El hombre sólo tiene una opción básica: pensar o no pensar; ésa es la medida de su virtud. La perfección moral es una racionalidad inquebrantable; no el grado de vuestra inteligencia, sino el pleno y constante uso de vuestra mente; no la extensión de vuestros conocimientos, sino la aceptación de algo positivo.

»Aprended a distinguir la diferencia entre errores de conocimiento y quebrantamientos de la moralidad. Un error de conocimiento no es una falta moral, siempre y cuando os mostréis dispuestos a corregirla; sólo un místico juzgará a los seres humanos según la norma de una omnisciencia imposible y automática. Pero un quebrantamiento de la moralidad es la elección consciente de una acción que sabéis mala, o la voluntaria evasión del conocimiento, una suspensión de la vista y del pensar. Aquello que no conocéis no resulta acusación moral contra vosotros; pero lo que rehusáis conocer es una cuenta infamante que va creciendo en vuestra alma. Podéis permitiros cuantos errores de conocimiento queráis; pero no perdonéis o aceptéis ningún quebrantamiento de la moralidad. Otorgad el beneficio de la duda a aquellos que ansían saber; pero tratad como asesinos potenciales a quienes, con insolente depravación, os formulan exigencias, proclamando no poseer ni buscar razones; afirmando que «sólo las sienten», o a aquellos que rechazan un argumento irrefutable diciendo: «Sólo es lógica», lo que significa: «sólo es realidad». El único reino opuesto a la realidad es el reino y premisa de la muerte.

«Aceptad el hecho de que la consecución de vuestra dicha es el único propósito moral de vuestra vida, y que la felicidad, no el dolor o la necia autoindulgencia, es la prueba de vuestra integridad moral, por ser prueba y resultado de vuestra lealtad a la consecución de los propios valores. La dicha era la responsabilidad que teníais y que entrañaba esa clase de disciplina racional que no os considerabais lo suficiente aptos como para practicar. La ansiosa inutilidad de vuestros días es el monumento a vuestra evasión del conocimiento de no existir substituto moral para la dicha, de que no existe un cobarde más despreciable

que aquel que deserta en la batalla por su goce, temiendo asegurar su derecho a la existencia, careciendo del valor y la lealtad a la vida que demuestran un pájaro o una flor cuando buscan el sol. Desechad los harapos protectores de ese vicio que se llama virtud: la humildad. Aprended a evaluaros, lo que significa combatir por vuestra felicidad, y cuando estéis convencidos de que el orgullo es la suma de todas las virtudes, sabréis también vivir como hombres.

»Como medida básica dentro de la autoestima, aprended a considerar señal de canibalismo la demanda de ayuda de cualquiera. Exigir es proclamar que vuestra vida es suya; pero por más despreciable que dicha reclamación pueda ser, existe algo todavía peor: vuestro asentimiento. ¿Os preguntáis si es justo ayudar a otro? No, si declara que es un derecho o deber moral que le debéis. En cambio resulta adecuado si tal es vuestro propio deseo, basado en vuestro propio y particular placer, teniendo en cuenta el valor de su persona o de la lucha que libra. El sufrimiento como tal, no constituye valor; sólo lo es la lucha del hombre contra el sufrimiento. Si optáis por ayudar a un ser que sufre, hacedlo basándoos tan sólo en sus virtudes, en su deseo de recobrarse, en su racionalidad o en el hecho de sufrir injustamente; pero aun así, vuestra acción será un trato en el que su virtud constituirá el pago de vuestra ayuda. Pero para ayudar a un hombre carente de virtudes, ayudarle sobre la base de que sufre como tal, aceptar sus faltas, sus necesidades como reclamación, es aceptar la hipoteca de un cero sobre vuestros valores. Un hombre carente de virtudes odia la existencia y actúa sobre la premisa de la muerte. Ayudarle es sancionar su mal y respaldar su carrera de destrucción. Aunque sólo se trate de un centavo, que no. echaréis de menos, o de una sonrisa amable que no haya merecido, el tributo al cero es traición a la vida y a todos quienes luchan para mantenerla. Es sobre dichos centavos y sonrisas sobre los que se basa la desolación de vuestro mundo.

»No digáis que mi moralidad es en exceso dura para practicarla y que la teméis igual que se teme a lo desconocido. Aquellos momentos verdaderamente activos que hayáis conocido los vivisteis sobre los valores de mi código. Pero os reprimisteis, negasteis y traicionasteis; seguisteis sacrificando vuestras virtudes a vuestros vicios y los mejores de entre vosotros cayeron ante los peores. Mirad a vuestro alrededor; lo que habéis hecho a la sociedad lo hicisteis en primer término a vuestra alma; una es la imagen de otra. Esas desoladas ruinas que son ahora vuestro mundo constituyen la forma física de la traición cometida a vuestros valores, a vuestros amigos, a vuestros defensores, vuestro futuro, a vuestro país y a vosotros mismos.

«Nosotros, a quienes ahora llamáis, pero sin obtener contestación, hemos vivido entre vosotros, pero no nos conocisteis; rehusasteis pensar y ver lo que éramos. No quisisteis aceptar el motor que inventé y en vuestro mundo se convirtió en un montón de chatarra. Olvidasteis al héroe que se alberga en vuestra alma y dejasteis de identificarme cuando pasaba a vuestro lado por la calle. Cuando buscabais desesperados ese espíritu inalcanzable, que sabíais estaba separado de vuestro mundo, le dabais mi nombre, pero lo que citabais era sólo vuestra autoestima traicionada. No recuperaréis una cosa sin la otra.

«Cuando fracasasteis en otorgar el reconocimiento a la mente del hombre e intentasteis gobernar por la fuerza, quienes se sometieron no tenían mente para rendirse; los que la poseían no se sometieron. Fue así como el hombre de genio productor asumió en vuestro mundo el disfraz de un donjuán, convirtiéndose en destructor de riqueza y prefiriendo aniquilar su fortuna antes que rendirla frente a las armas. Así fue como el pensador, el hombre de razón, asumió en vuestro mundo el papel de pirata para defender sus valores por la fuerza contra vuestra fuerza, antes que someterse a las reglas de la brutalidad. ¿Me oís, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjold, mis primeros amigos, compañeros de lucha, compañeros también de exilio, en cuyo nombre y honor hablo?

«Fuimos nosotros tres quienes iniciamos lo que ahora yo completo. Fuimos nosotros quienes resolvimos vengar este país y libertar su alma aprisionada. Ésta, la mayor de las

naciones, fue levantada basándose en mí moralidad; en la inviolada supremacía del derecho del hombre a existir; pero temisteis admitirlo y vivir de acuerdo con ello. Luego de un resultado sin igual en la historia, saqueasteis sus efectos y anulasteis su causa. En presencia de ese monumento a la moralidad humana que es una fábrica, una carretera o un puente, seguisteis condenando a este país como inmoral, y a sus progresos como «afán material»; seguisteis ofreciendo excusas a la grandeza del país, ante el ídolo de una miseria primordial, el decadente ídolo europeo de un leproso y místico holgazán.

»Este país, producto de la razón, no podía sobrevivir a la moralidad del sacrificio. No ha sido levantado por hombres que buscaran la propia inmolación o la ayuda de nadie. No puede vivir basándose en esa mística separación que ha divorciado el alma humana de su cuerpo; no podía alentar según la mística doctrina que condenaba a la tierra como mala y a los que triunfaban en ella como seres depravados. Desde el principio este país constituyó una amenaza para el antiguo gobierno de los místicos. En la brillante explosión del cohete de su juventud, esta nación desplegó ante un mundo incrédulo toda la grandeza posible al hombre y la felicidad alcanzable en la tierra. Había que elegir entre una cosa o la otra: América o los místicos. Los místicos lo sabían y vosotros también. Les dejasteis infectaros con la adoración de la necesidad y este país se convirtió en un gigante de cuerpo, con un enano pedigüeño como alma, mientras su alma verdadera quedaba enterrada para trabajar y alimentaros en silencio, sin nombre, sin honor, totalmente negada. Dicha alma es el industrial. ¿Me escuchas, Hank Rearden, la mayor de las víctimas a las que he vengado?

»Ni él ni el resto de nosotros regresará hasta que el camino quede expedito para reconstruir esta nación, hasta que las ruinas de la moralidad y el sacrificio hayan desaparecido de nuestro paso. El sistema político de un país se basa en su código de moralidad. Reconstruiremos el sistema americano sobre la premisa moral que fue su fundamento, pero que tratasteis como elemento subterráneo y culpable en vuestra frenética evasión del conflicto entre dicha premisa y vuestra moralidad mística. La premisa de que el hombre es un fin en sí mismo, no el medio para los fines de los demás; de que la vida del hombre, su libertad y su felicidad son suyas por derecho inalienable.

»Vosotros, quienes perdisteis el concepto del derecho, quienes vaciláis en impotente evasión, entre la noción de que los derechos son un bien de Dios, un don sobrenatural que ha de ser aceptado por la fe, y el parecer de que los derechos son un don de la sociedad, susceptibles de ser quebrantados a su capricho arbitrario, no sabéis que la fuente de los derechos humanos no procede de una ley divina o de una ley congresional, sino de la ley de identidad. A es A y el Hombre es Hombre. Los derechos son las condiciones de existencia requeridas por la naturaleza humana para su supervivencia. Si el hombre ha de vivir sobre la tierra, es justo que use su mente, es justo que actúe según su libre albedrío, es justo que trabaje en pro de sus valores y conserve el producto de su trabajo. Si la vida en la tierra constituye su propósito, tiene derecho a vivir como un ser racional: la naturaleza le prohíbe todo lo irracional. Cualquier grupo, cualquier pandilla, cualquier nación que intente negar los derechos del hombre se equivoca, lo que significa que es malo, lo que significa también que os antivida.

»Los derechos son un concepto moral, y la moralidad es susceptible de elección. Los hombres son libres de no elegir la supervivencia humana como. norma de su moralidad y de su ley, pero no lo son para eludir el hecho de que la alternativa a ello significa una sociedad caníbal, que existe durante un tiempo, devorando a sus mejores, pero que se desploma luego, como un cuerpo asqueroso, cuando los sanos han sido devorados por los enfermos, cuando lo racional se ha visto consumido por lo irracional. Tal ha sido el destino de vuestras sociedades en la historia; pero habéis evadido el conocimiento de la causa. Yo estoy aquí para declararla: el elemento que actuó como castigo fue la ley de identidad a que no podéis escapar. Del mismo modo que el hombre no puede vivir

basándose en lo irracional, tampoco pueden dos hombres, ni dos mil, ni dos billones. Del mismo modo que nadie triunfa desafiando la realidad, tampoco triunfan una nación, ni un país, ni el globo entero. A es A. Lo demás es asunto del tiempo logrado por la generosidad de las víctimas.

»Del mismo modo que el hombre no puede existir sin su cuerpo, ningún derecho existirá sin el derecho a transformar los propios derechos en realidad; a pensar, a trabajar y a conservar los resultados, lo que significa: derecho de propiedad. Los modernos místicos del músculo, que ofrecen la fraudulenta alternativa de los «derechos humanos» contra los «derechos de propiedad», como si una cosa pudiera existir sin la otra, realizan una postrera y grotesca tentativa para revivir la doctrina del alma contra el cuerpo. Tan sólo un fantasma puede existir sin propiedades materiales; sólo un esclavo puede trabajar sin derecho al producto de su esfuerzo. La doctrina de que los «derechos humanos» son superiores a los «derechos de propiedad» significa simplemente que algunos seres humanos poseen el derecho a conseguir propiedades valiéndose de los demás. Y como el competente nada puede ganar del inútil, ello significa el derecho de este último a poseer a sus mejores y a utilizarlos como ganado productor. Quien considera esto como humano y justo no tiene derecho al título de «humano».

»La fuente de los derechos de propiedad es la ley de la causalidad. Toda propiedad y todas las formas de riqueza son producto de la mente y el trabajo del hombre. Del mismo modo que no pueden existir efectos sin causas, tampoco puede existir la riqueza sin su fuente: la inteligencia. Pero no puede forzarse a la inteligencia a trabajar. Quienes poseen la facultad del pensamiento, no trabajarán por obligación, y si lo hacen no producirán mucho más que el precio del látigo necesario para mantenerles en la esclavitud. No podéis conseguir los productos de una mente, excepto cuando su propietario consiente en utilizarla por trato o por aceptación voluntaria. Cualquier otra política humana hacia la propiedad del hombre es política de criminales, no importa cuál sea su número. Los criminales son salvajes que actúan a corta distancia y que mueren de hambre cuando su presa consigue escapar, del mismo modo que vosotros os morís de hambre hoy día. Vosotros, los que creéis que un crimen puede ser «práctico» si el gobierno decreta que robar es legal y resistirse ilegal.

»La única misión adecuada de un gobierno es proteger los derechos humanos, lo que significa proteger al hombre de la violencia física. Un gobierno adecuado es sólo un policía que actúa como agente de la defensa humana, y como tal, sólo puede recurrir a la fuerza contra quienes empiecen a hacer uso de ella. Las únicas funciones propias de un gobierno son; la policía para protegeros de los criminales; el ejército para protegeros de los invasores extranjeros y los tribunales para* proteger vuestra propiedad y contratos de quebrantamientos por fraude, y arreglar disputas mediante reglas racionales y según una ley objetiva. Pero un gobierno que inicie el empleo de la fuerza contra hombres que no imponen a nadie, el empleo de la coacción armada contra víctimas indefensas, es una máquina infernal de pesadilla, diseñada para aniquilar la moralidad; tal gobierno invierte su propósito y del papel de protector pasa al de enemigo mortal del hombre; del papel de policía, al de criminal investido del derecho de la violencia contra víctimas privadas del derecho a la autodefensa. Semejante gobierno substituye la moralidad con la siguiente regla de conducta social: podéis hacer lo que queráis a vuestro prójimo, siempre que vuestros medios sean más fuertes que los suyos.

¿Sólo el bruto, el loco o el astuto pueden convenir en una existencia bajo tales condiciones, estar de acuerdo con dar a sus semejantes un cheque en blanco sobre su vida y su mente, aceptar la creencia de que otros tienen derecho a disponer de su persona, de que la voluntad de la mayoría es omnipotente, de que la fuerza física del músculo y del número puede substituir a la justicia, la realidad y la verdad. Nosotros, los hombres de inteligencia; nosotros, los comerciantes, ni amos ni esclavos, no negociamos con cheques

en blanco ni los damos a nadie. No vivimos o trabajamos bajo forma alguna de lo no objetivo, ¿Mientras los hombres hundidos en el salvajismo no poseyeron concepto de la realidad objetiva y creyeron que la naturaleza física estaba gobernada por el capricho de demonios desconocidos, no fueron posibles pensamientos, ni ciencia, ni producción. Sólo cuando el hombre descubrió que la naturaleza era algo firme, previsible y definitivo, pudo basarse ¿n sus conocimientos, escoger su curso, planear su futuro y, lentamente, emerger de la caverna. En nuestros días, habéis colocado a la industria moderna, por su inmensa complejidad de precisión científica, otra vez en poder de demonios desconocidos, bajo el imprevisible poderío de los caprichos arbitrarios de ocultos y grotescos burócratas. Un agricultor no realizará el esfuerzo de todo un verano, si no puede calcular las posibilidades de su cosecha. En cambio, vosotros esperáis que los gigantes de la industria que planean por décadas, proyectan por generaciones y suscriben contratos de noventa y nueve años, continúen funcionando y produciendo, sin saber qué capricho de qué funcionario se abatirá sobre él para demoler en un momento la totalidad de sus esfuerzos. Los que marchan a la deriva y los trabajadores manuales, viven y planean al día. Cuanto mejor es una mente, más amplio su alcance. Un hombre cuya visión se extienda tan sólo a una choza, continuará construyendo sobre arenas movedizas, para conseguir un rápido producto y trasladarse a otro lugar. Quien planea rascacielos, no obrará de ese modo. Ni pasará diez años de absoluta devoción a la tarea de inventar un nuevo producto, si pandillas de seres mediocres están manipulando leyes contra él para aherrojarle, restringir sus actos y obligarle al fracaso. Si opta por luchar contra ellos y triunfa, entonces se apoderarán de lo que logre y de su invento.

«Mirad más allá del momento actual, vosotros los que lamentáis tener que competir con hombres de superior inteligencia, los que decís que su mente es una amenaza contra vuestra vida y que los fuertes no dejan posibilidades a los débiles en el mercado del trato voluntario. ¿Qué determina el valor material de vuestro trabajo? Nada, sino el esfuerzo productivo de vuestra mente. Cuanto menos eficiente sea el trabajo de vuestro cerebro, menos obtendréis de vuestra labor física, y podéis pasar vuestra vida en continua rutina, recogiendo una cosecha precaria, o cazando con arcos y flechas, incapaces de pensar en nada más. Pero cuando vivís en una sociedad racional, donde los hombres ejercen libertad de comercio, recibís una gratificación incalculable: el valor material de vuestro trabajo queda determinado no sólo por vuestro esfuerzo, sino por el de las mejores mentes productoras que existen en el mundo que os rodea.

«Cuando trabajáis en una fábrica moderna, se os paga, no sólo por vuestra labor, sino por los genios productivos que han hecho posible dicha fábrica: por el trabajo del industrial que la levantó, por el del inversor que ahorró el dinero arriesgándolo después en una cosa nueva y aun sin demostrar, por el del ingeniero que diseñó las máquinas cuyas palancas empujáis, el del inventor que creó el producto que fabricáis, el del hombre de ciencia que descubrió las leyes que permiten fabricar dicho producto, el del filósofo que enseñó a los hombres a pensar y al que vosotros denunciáis.

»La máquina, esa forma helada de inteligencia viva, es la fuerza que expande el potencial de vuestra vida, elevando la productividad de vuestra época. Si hubierais trabajado como herreros en la Edad Media de los místicos, el conjunto de vuestra capacidad de ganancia hubiera consistido en una barra de hierro producida por vuestras manos, tras días y días de esfuerzo. ¿Cuántas toneladas de riel producís diariamente al trabajar para Hank Rearden? ¿Os atreveríais a proclamar que el tamaño del cheque con que se os paga fue creado sólo por vuestro esfuerzo físico y que esos rieles son producto de vuestros músculos? El nivel de vida de aquel herrero es el único que vuestros músculos merecen; el resto es un regalo de Hank Rearden.

«Todo hombre es libre para elevarse hasta donde sea capaz o hasta donde le lleve su voluntad, pero sólo el grado de su pensamiento determina el nivel a que podrá levantarse.

El trabajo físico como tal, no puede extenderse más allá del límite de un momento. El hombre que no ejecuta más que trabajo manual, consume el equivalente a un valor material basado en su propia contribución al proceso productivo, y no deja ningún otro valor, ni para si ni para los demás. Pero aquel que produce una idea en cualquier campo de actividad racional, quien descubre nuevos conocimientos, es un bienhechor permanente de la humanidad… Los productos materiales no pueden ser compartidos; pertenecen a un consumidor final; sólo el valor de una idea puede ser compartido con un número ilimitado de hombres, haciendo a todos ellos más ricos, sin sacrificio ni pérdida de nadie, elevando la capacidad productora de la tarea que realicen cualquiera que ésta sea. Es el valor de su propio tiempo el que el hombre de inteligencia fuerte transmite al débil, permitiéndole trabajar en aquello que descubrió, mientras dedica su tiempo a nuevos descubrimientos. Se trata de un trato mutuo en beneficio mutuo; el interés de la mente es uno, no importa el grado de inteligencia existente entre hombres que deseen trabajar, y no buscan ni esperan lo que no se han ganado.

»En proporción a la energía mental gastada, el hombre que crea un nuevo invento sólo recibe un pequeño porcentaje de su valor, en términos de pago material, no importa la fortuna que consiga ni los millones que gane. Pero el que trabaja como portero de una fábrica productora de ese invento, recibe un pago enorme en proporción al trabajo mental que su tarea requiere de él. Y lo mismo vale también para todos los estados intermedios, en los diversos niveles de ambición y habilidad. El hombre situado en la cúspide de la pirámide intelectual, contribuye en mayor parte al bienestar de los situados bajo él, pero no consigue nada, excepto su pago material, ni recibe beneficios intelectuales de otros, que añadir al valor de su tiempo. El hombre situado en el fondo, que abandonado a sus propios recursos se moriría de hambre en su total ineptitud, no contribuye con nada al beneficio de los situados por encima de él, pero en cambio recibe el beneficio derivado de los cerebros de todos ellos. Tal es la naturaleza de la «competición» entre los fuertes y los débiles en intelecto. Tal es la forma de «explotación» por la que habéis condenado a los fuertes.

»Tal fue el servicio que os prestamos y que nos sentimos alegres de proporcionar. ¿Qué pedimos a cambio? Nada, aparte de la libertad. Quisimos que nos dejaseis libres para actuar, libres para pensar y trabajar a nuestra propia elección, libres para aceptar nuestros propios riesgos y soportar nuestras pérdidas, libres para ganar nuestros beneficios y hacer nuestra fortuna, libres para jugar con vuestra racionalidad, someter nuestros productos a vuestro juicio, con el propósito de un comercio voluntario, depender del valor objetivo de nuestro trabajo y de la habilidad de vuestras mentes para apreciarlo; libres para contar con vuestra inteligencia y vuestra honestidad y no tener tratos sino con vuestra mente. Tal es el precio que pedíamos y que vosotros rechazasteis por considerarlo demasiado alto. Calificasteis de impropio que quienes os sacábamos de vuestros cuchitriles y os proporcionábamos pisos modernos, radios, cines y automóviles, poseyéramos palacios y yates; decidisteis tener derecho a vuestros sueldos, mientras nosotros no lo teníamos sobre nuestros beneficios; no quisisteis que tratáramos con vuestra mente, sino sólo con vuestras armas. Nuestra respuesta a eso fue: «Sois unos malditos». Y tales palabras han resultado ciertas.

»No quisisteis competir en términos de inteligencia, y ahora competís basándoos en la brutalidad. No quisisteis otorgar recompensas a la producción y ahora libráis una carrera en la que aquéllas se consiguen por el robo. Calificasteis de egoísta y cruel el intercambio de valor por valor, y habéis establecido una sociedad en la que el comercio se efectúa basado estrictamente en la extorsión. Vuestro sistema es una guerra civil legal, donde los hombres contienden unos con otros por la posesión de leyes que utilizan luego como estaca contra sus rivales, hasta que otra pandilla se la arrebata, para golpearlos a su vez, mientras todos claman hallarse al servicio de un bien público innominado e inconcreto.

Habéis manifestado que no veis diferencia entre el poder económico y el político, entre el poder del dinero y el de las armas; que no existe diferencia entre recompensa y castigo, ni entre compra y substracción, ni entre placer o dolor, ni entre vida y muerte. Ahora estáis aprendiendo en qué estriba dicha diferencia.

»Algunos quizá recurráis a la excusa de vuestra ignorancia, de vuestra limitada mente y del escaso alcance de la misma. Pero los más malditos y culpables de vosotros son quienes poseyeron la capacidad de conocer y, sin embargo, prefirieron eliminar la realidad; aquéllos dispuestos a vender su inteligencia y habituarla bajo la cínica servidumbre de la fuerza; la despreciable raza de esos místicos de la ciencia que profesan devoción a una especie de «conocimiento puro», cuya pureza consiste en la afirmación de que tal conocimiento no tiene aplicación práctica en la tierra; aquellos que reservan su lógica para materias inanimadas, pero creen que el tratar con los hombres no requiere ni merece racionalidad; quienes desprecian el dinero y venden sus almas a cambio de un laboratorio robado. Y puesto que no existe una cosa como el «conocimiento no práctico» ni acción alguna «desinteresada», puesto que se burlan del uso de su ciencia con el propósito de servir de provecho a la vida, lo que hacen es entregar dicha ciencia al servicio de la muerte, al único objetivo práctico que puede representar para los saqueadores: inventar armas de coerción y destrucción. Ellos, los intelectuales que tratan de escapar a los valores morales, son los condenados de esta tierra, y suya es la culpa que no admite perdón. ¿Me oye, doctor Stadler?

»Pero no es a él a quien quiero hablar. Hablo a aquellos de entre vosotros que retienen aún un retazo de su alma, sin vender y sin marcar con esta frase: «A la orden de otros». Si en el caos que os ha obligado a escuchar la radio esta noche, existía un deseo honesto y racional de aprender lo que está equivocado en el mundo, es a vosotros a quienes he deseado dirigirme. Según las reglas y condiciones de mi código, debemos una declaración racional a quienes concierna y a quienes realicen algún esfuerzo para comprenderla. Los que, por el contrario, tratan de no entenderme, no me preocupan en absoluto.

»Hablo a quienes desean vivir y recuperar el honor de su alma. Ahora que ya sabéis la verdad acerca de vuestro mundo, dejad de apoyar a vuestros destructores. El mal que os aflige sólo ha sido posible por vuestra aprobación del mismo. Retiradla. Retirad vuestro apoyo. No intentéis vivir según las condiciones de vuestros enemigos ni ganar en un juego del que ellos establezcan las reglas. No busquéis el favor de quienes os han esclavizado; no solicitéis limosna a quienes os robaron, ya sea en forma de subsidios, de préstamos o de empleos; no paséis a figurar en su grupo para resarciros de lo que han robado, ayudándoles a robar a vuestro prójimo. No es posible esperar, conservar la propia vida, aceptando sobornos que condonen la propia destrucción. No os esforcéis en obtener beneficios, triunfos o seguridad, al precio de un gravamen sobre vuestro derecho a la existencia. Semejante gravamen no puede ser pagado; cuanto más dinero entreguéis, más os exigirán; cuanto mayores los valores que anheléis o consigáis, más vulnerables seréis. El suyo es un sistema de chantaje blanco, ideado para dejaros sin sangre, pero no por vuestros pecados, sino valiéndose de vuestro amor a la existencia.

»No intentéis elevaros sobre las condiciones de los saqueadores o ascender una escalera sostenida por ellos. No permitáis que vuestras manos toquen el único poder que les mantiene en el mismo: vuestra ambición de vivir. Iniciad una huelga al modo en que yo lo hice. Utilizad vuestra mente e inteligencia en privado; extended vuestro, conocimiento, desarrollad vuestras habilidades, pero no compartáis vuestros triunfos con nadie. No intentéis producir una fortuna mientras el saqueador cabalgue a vuestra espalda. Permaneced en el peldaño más bajo de la escala; no ganéis más que lo estrictamente necesario para vuestra supervivencia; no obtengáis un solo centavo extra con el fin de apoyar al Estado de vuestros saqueadores. Puesto que sois cautivos, actuad como tales; no

les ayudéis a pretender que sois Ubres. Convertíos en ese silencioso e incorruptible enemigo al que temen. Obedeced cuando os fuercen a ello, pero nunca de manera voluntaria. No deis un paso por propia iniciativa en su dirección, ni expreséis un deseo, un ruego o un propósito. No permitáis que el atracador asegure actuar como amigo y bienhechor vuestro. No ayudéis a vuestros carceleros a creer que su cárcel es vuestro estado natural de existencia. No les ayudéis a desfigurar la realidad. Esa desfiguración es el único dique que contiene su secreto terror, el terror de saber que no están en condiciones para vivir; eliminadlo y dejad que se ahoguen; vuestra aprobación constituye su único salvavidas.

»Si encontráis posibilidad de desaparecer en la espesura, fuera de su alcance, obrad así, pero no para llevar una existencia de bandidos o crear una pandilla que compita con la suya; construid una vida productiva, con todos aquellos que acepten vuestro código moral y sientan deseos de luchar por una existencia humana. No tenéis posibilidades de vencer a la Moralidad de la Muerte, ni valiéndoos del código de la fe y de la fuerza; promulgad una norma a la que los honrados se acojan: la de la Vida y la Razón.

»Actuad como seres racionales, siendo vuestro objetivo convertiros en punto de reunión para todos aquellos que se sienten hambrientos de una voz de integridad. Actuad basándoos en vuestros valores racionales, tanto si estáis solos como en medio de vuestros enemigos, o en compañía de unos cuantos amigos escogidos, o como fundadores de una modesta comunidad en la frontera del renacimiento humano.

»Cu and o el Estado de los saqueadores se hunda, privado de sus mejores esclavos; cuando su caída lo reduzca a un caos impotente, como las naciones de Oriente corroídas por el misticismo, y se disuelva en pandillas de ladrones, luchando por robarse entre sí; cuando los abogados de la moralidad del sacrificio perezcan junto con su ideal, aquel día nosotros volveremos.

»Abriremos las puertas de nuestra ciudad a quienes merezcan entrar en ella; una ciudad de chimeneas, de conductos, de huertos, de mercados y de hogares inviolables. Actuaremos como punto de reunión para todos aquellos que se hayan mantenido ocultos. Con el signo del dólar como símbolo, el símbolo del comercio libre y de las mentes libres, actuaremos para salvar una vez más a este país de los impotentes y de los salvajes que nunca supieron descubrir su naturaleza, su significado y su esplendor. Quienes opten por unirse a nosotros, podrán hacerlo; los otros carecerán del poder para detenernos; las hordas de salvajes nunca fueron obstáculo para quienes enarbolaron la bandera de la mente.

»Esta nación se convertirá una vez más en santuario para una especie humana en trance de desaparecer: el ser racional. El sistema político que construiremos queda contenido en una simple premisa moral: nadie puede obtener valor alguno de otros, recurriendo a la fuerza física. Todo hombre permanecerá en pie o caerá, vivirá o morirá según su juicio racional. Si no lo utiliza y cae, será él su propia víctima. Si teme que su juicio resulte inadecuado, no recibirá arma alguna con la que mejorarlo. Si corrige sus errores a tiempo, dispondrá del claro ejemplo de sus mejores, como guía para aprender a pensar; pero se pondrá fin a la infamia de pagar con la vida los errores de otros.

»En dicho mundo podréis levantaros cada mañana con ese espíritu que ya conocisteis en vuestra infancia: el espíritu anhelante de aventura y certidumbre que deriva de tratar un universo racional. Ningún niño teme a la naturaleza. Vuestro temor al hombre desaparecerá, ese temor que os ha atontado el alma; el temor adquirido en vuestros primeros encuentros con lo incomprensible, lo inimaginable, lo contradictorio, lo arbitrario, lo oculto, lo disimulado y lo irracional. Habitaréis un mundo de seres responsables, tan consistentes y dignos de confianza como los propios hechos; la garantía de su carácter será un sistema de existencia donde la realidad objetiva obre como norma y

juez. Se dará protección a vuestras virtudes, pero no a vuestros vicios y debilidades. Toda posibilidad quedará abierta a los buenos y ninguna a los malos. Lo que recibáis de los demás no será limosna ni compasión, ni misericordia, ni perdón de los pecados, sino un solo valor: la justicia. Y cuando contempléis al prójimo o a vosotros mismos, sentiréis no disgusto, suspicacia o sensación de culpabilidad, sino una sencilla constante: el respeto.

»Tal es el futuro de que podéis beneficiaros. Pero requiere lucha, como todo valor humano. La vida es una lucha en pro de algo, y vuestra única elección estriba en la meta a obtener. ¿Queréis continuar la batalla de vuestro presente o combatir por mi mundo? ¿Queréis proseguir una lucha que consiste en permanecer aferrado a un precario saliente sobre el abismo, una lucha en la que las durezas que soportáis son irreversibles y las victorias ganadas os aproximan a la destrucción? ¿O preferís iniciar una contienda que consiste en irse elevando en continua ascensión hasta la cumbre, una lucha cuyas durezas constituyan inversiones del futuro y las victorias os sitúen cada vez más cerca de vuestro ideal moral, hasta el punto de que aunque muráis sin haber alcanzado la plena luz del sol, os halléis en un paraje tocado ya por sus rayos? Tal es la opción que os ofrezco. Dejad que vuestra mente y vuestro amor a la existencia decidan.

»Mis últimas palabras van dirigidas a aquellos héroes que aún puedan estar ocultos en el mundo; a los prisioneros, no por culpa de sus evasiones, sino de sus virtudes y de su desesperado valor. Hermanos míos en espíritu, comprobad vuestras virtudes y analizad la naturaleza de los enemigos a los que servís. Vuestros destructores os retienen, basándose en vuestra resistencia, vuestra generosidad, vuestra inocencia, vuestro amor; en la resistencia con que transportáis sus fardos, en la generosidad que responde a sus llamadas de desesperación, en esa inocencia incapaz de concebir su maldad, que les otorga el beneficio de toda duda, rehusando condenarles sin comprenderlos, incapaz de comprender los motivos que les impulsan; en el amor, vuestro amor a la vida, que os hace creer que son hombres y que también la aman. El mundo de hoy es el mundo que desearon; la vida, el objetivo de su odio. Dejadles con esa muerte a la que adoran. En nombre de vuestra magnífica devoción a esta tierra, dejadles; no empleéis la grandeza de vuestra alma en conseguir el triunfo de su mal. ¿Me oyes… amor mío?

»En nombre de lo mejor que hay en vosotros, no sacrifiquéis este mundo a los peores. En nombre de los valores que os mantienen vivos, no permitáis que vuestra visión del hombre quede deformada por lo que hay de feo, de cobarde, de necio en quienes nunca consiguieron el título de tales. No perdáis la noción de que el estado adecuado del hombre es una postura erguida, una mente intransigente y un paso vivo capaz de recorrer ilimitadas rutas. No permitáis que vuestro fuego se apague, chispazo a chispazo, en los pantanos de lo aproximado, lo no completo, lo no conseguido y lo definitivamente negativo. No permitáis que el héroe que lleváis en el alma perezca en solitaria frustración de la vida que merecéis, pero que nunca habéis conseguido alcanzar. Comprobad vuestra ruta y la naturaleza de vuestro combate. El mundo deseado puede ser conseguido: existe. Es real y posible: es vuestro.

»Pero para ganarlo se precisa una total dedicación y un total rompimiento con el mundo pasado, con la doctrina de que el hombre es un animal dispuesto al sacrificio, que sólo existe para el placer de otros. Luchad por el valor de vuestro ser. Luchad por la virtud de vuestro orgullo. Luchad por la esencia de lo que es el hombre: por su soberana mente racional. Luchad con la radiante certidumbre y la absoluta rectitud de saber que vuestra moralidad es la moralidad de la vida y que vuestra ha de ser también la batalla por el valor, la grandeza, la bondad y la alegría que hayan podido existir en la tierra.

»Venceréis cuando estéis dispuestos a pronunciar el juramento que yo presté al principio de mi lucha. Para aquellos que quieran conocer el día de mi regreso, voy a repetirlo ahora, a fin de que lo escuche el mundo entero:

»Juro por mi vida y por mi amor a ella, que jamás viviré por otro hombre, ni pediré a nadie su vida por mí.»

CAPÍTULO VIII

EL EGOISTA

—No ha sido real, ¿verdad? —preguntó míster Thompson.

Se hallaban frente a la radio, en la misma postura en que los sorprendió el último eco de la voz de Galt. Nadie se movió en aquel período de silencio; permanecían mirando el aparato, como si esperasen. Pero era sólo una caja de madera, con algunos botones y un círculo de tela extendido sobre el vacío altavoz.

—Pues yo creo que todos lo hemos escuchado perfectamente —respondió Tinky Holloway,

—No ha sido posible evitarlo —añadió Chick Morrison.

Míster Thompson se había sentado sobre un cajón. La pálida mancha alargada al nivel de su codo, era el rostro de Wesley Mouch, sentado en el suelo. Más allá, como una isla en la vacía semiobscuridad del estudio, la sala preparada para la retransmisión se ofrecía desierta y plenamente iluminada, con su semicírculo de vacíos sillones bajo una telaraña de micrófonos muertos, sometida a la claridad de unos focos que nadie se había tomado la molestia de apagar.

Los ojos de míster Thompson se posaban en los rostros, a su alrededor, cual si buscase en los mismos alguna vibración especial, sólo conocida por él. Los demás lo intentaban también subrepticiamente, tratando de captar destellos ajenos sin que nadie captara los suyos.

—¡Quiero salir de aquí! —gritó un joven ayudante, de manera imprevista, sin dirigirse a nadie en particular.

—¡Quieto! —le respondió míster Thompson.

El sonido de su orden y el gemido de la figura inmovilizada en algún lugar*de la zona de tinieblas, parecieron ayudarle a recuperar una visión familiar de lo auténtico. Su cabeza se elevó unos centímetros más.

—¿Quién ha permitido que esto…? —empezó con voz cada vez más alta, pero se detuvo; las vibraciones captadas pertenecían al peligroso pánico de unos seres acorralados—. ¿Qué les parece esto? —optó por preguntar. Pero no hubo respuesta—. Veamos —esperó —. ¡Bueno! ¡Digan algo!

—Lo mejor es no creerlo, ¿verdad? —exclamó James Taggart acercando la cara a míster Thompson en una actitud muy parecida a la amenaza —¿Verdad? —repitió con el rostro contraído. Sus facciones parecían desprovistas de forma; un rastro de gotitas resplandecía entre su nariz y su boca.

—Baje la voz —le advirtió míster Thompson inseguro, alejándose un poco de él.

—No es preciso creerlo —insistió Taggart, hablando a la manera monótona e insistente de quien se esfuerza en mantener un trance—. ¡Nadie ha dicho antes semejante cosa! ¡Sólo se trata de un hombre! ¡No hay por qué creerlo!

—¡Tranquilícese! —le aconsejó míster Thompson.

—¿Por qué está tan seguro de tener razón? ¿Quién es él para ponerse contra el mundo entero, contra todo cuanto se ha dicho durante siglos y siglos? ¿Quién es él para saber

eso? ¡Nadie está seguro de nada! ¡Nadie sabe dónde reside la verdad! ¡No existe tal verdad!

—¡Cállese! —gritó míster Thompson—. ¿Qué está intentando…?

El fragor que interrumpió su frase procedía de una marcha militar, surgida de improviso del receptor; la marcha interrumpida tres horas antes y acompañada ahora por los chirridos familiares de un disco del estudio. Tardaron unos cuantos segundos en darse cuenta, mientras los alegres y acompasados acordes continuaban resonando machacones en el silencio, grotescamente absurdos, como la risa de un idiota. El director de programas obedecía ciegamente la norma de que en una emisión no puede haber minutos muertos.

—¡Díganles que corten! —gritó Wesley Mouch poniéndose en pie—. ¡Haré creer al público que hemos autorizado ese discurso!

—¡Condenado imbécil! —exclamó míster Thompson—. ¿Prefiere dar a entender que no fue así?

Mouch se detuvo en seco, y fijó las pupilas en míster Thompson con la expresión contemplativa de un aficionado ante un maestro.

—¡Emitan como de costumbre! —ordenó míster Thompson—. ¡Díganles que continúen con el programa que tenían proyectado para esta hora! ¡Nada de anuncios especiales ni de explicaciones! ¡Que continúen como si nada hubiera ocurrido!

Media docena de los regidores morales de Chick Morrison salieron corriendo hacia los teléfonos.

—¡Que enmudezcan los comentadores! ¡No se permita comentario alguno! ¡Envíen aviso a todas las emisoras del país! ¡Que el público piense lo que quiera! ¡No les demos la impresión de que estamos preocupados! ¡No les hagamos creer que se trata de algo importante!

—¡No! —chilló Eugene Lawson—. ¡No podemos dar la impresión de que estamos de acuerdo con el discurso! ¡Es horrible, horrible, horrible!

Lawson no derramaba lágrimas, pero su voz sonaba al modo de un adulto que solloza presa de impotente rabia.

—¿Quién ha hablado de apoyarlo? —estalló míster Thompson.

—¡Es horrible! ¡Es inmoral! ¡Es egoísta, desalmado y rudo! ¡Es el discurso más agresivo que se pronunció jamás! ¡La gente exigirá ser feliz!

—¡Se trata sólo de un discurso! —protestó míster Thompson, aunque no con demasiada firmeza.

—A mí me parece —opinó Chick Morrison con voz ligeramente esperanzada— que la gente de naturaleza espiritual más noble…, ya saben a lo que me refiero, la gente de… de… bueno, de tendencias místicas… —Hizo una pausa, como si temiera que lo abofeteasen, pero nadie se movió, en vista de lo cual, repitió firmemente—: Sí, de tendencias místicas, no se dejará convencer por ese discurso. En realidad, la lógica no lo es todo.

—Los trabajadores tampoco lo aceptarán —opinó Tinky Holloway un poco más tranquilo —. Sus palabras no me han parecido las de un amigo del trabajo.

—Las mujeres del país no le profesarán ninguna simpatía —declaró Ma Chalmers—. A mi modo de ver, constituye un hecho incontestable que las mujeres no experimentan atracción alguna hacia sandeces mentales de esa índole. Sus sentimientos son más delicados. Podemos contar con ellas.

—Pueden contar también con los hombres de ciencia —declaró el doctor Simón Pritchett. Todos se hacían hacia delante, repentinamente deseosos de hablar, cual si hubieran

encontrado un tema que desarrollar con seguridad total—. Los científicos saben que no hay que creer en la razón. Ese hombre no es amigo de ellos.

—No es amigo de nadie —dijo Wesley Mouch, recuperando una leve traza de confianza, al darse cuenta repentinamente de lo que acababa de decir—, excepto quizá de los grandes negociantes.

—¡No! —exclamó míster Mowen aterrorizado—. ¡No nos acuse a nosotros! ¡No diga semejante cosa! ¡No lo permitiré!

—¿A qué se refiere?

—A que… a que… ese cualquiera es amigo de los negociantes.

—No concedamos demasiada importancia al discurso —recomendó el doctor Floyd Ferris—. Ha sido demasiado intelectual para el hombre común. No surtirá ningún efecto. La gente es demasiado tonta para comprenderlo.

—En efecto —aprobó Mouch esperanzado—. Yo también lo creo así.

—En primer lugar —prosiguió el doctor Ferris, animado—, la gente no piensa. En segundo lugar, no quiere hacerlo.

—Y en tercer lugar —añadió Fred Kinnan—, no desea morir de hambre. ¿Qué camino han pensado seguir?

Era como si acabara de pronunciar la pregunta que todas las frases anteriores intentaron velar. Nadie le contestó, pero las cabezas se hundieron más en los hombros y los cuerpos se aproximaron más unos a otros, hasta formar un apretado grupo bajo el peso del espacio vacío del estudio. La marcha militar resonaba en el silencio con la tétrica jovialidad de una sonriente calavera.

—¡Apagad esa radio! —gritó míster Thompson señalando el aparato—. ¡Apagad ese maldito altavoz!

Alguien le obedeció, pero el repentino silencio resultó aún peor.

—Bien —dijo míster Thompson finalmente, levantando a desgana la mirada hacia Fred Kinnan—. ¿Qué cree que hemos de hacer?

—¿A mí me lo pregunta? —sonrió Kinnan—. Yo no soy quien dirige esta comedia.

Míster Thompson se propinó un puñetazo en la rodilla.

—¡Diga algo! —ordenó. Y al ver que Kinnan volvía la cabeza, añadió—: ¡Diga alguien algo! —Pero no hubo voluntarios—. ¿Qué vamos a hacer? —gritó sabiendo que quien contestara sería, a partir de entonces, quien ostentase el poder—. ¿Qué vamos a hacer? ¿Es que nadie propone algo?

—¡Yo!

Era una voz de mujer, dotada del mismo tono que la que acababan de escuchar por la radio. Se volvieron hacia Dagny, antes de que ésta tuviese tiempo para dar un paso hacia delante desde la obscuridad que reinaba más allá. Al hacerlo, su rostro le asustó porque estaba desprovisto de miedo.

—Yo puedo —dijo dirigiéndose a míster Thompson—. Tendrá usted que retirarse.

—¿Retirarme? —preguntó él perplejo.

—Está agotado. ¿No se da cuenta? ¿Qué otra cosa necesita, después de lo que ha oído? Retírese y deje libre el camino. Permita a los hombres existir libremente. —La miraba sin oponerse, ni hacer movimiento alguno—. Sigue todavía vivo, utiliza un lenguaje humano, solicita respuestas, cuenta con la razón. ¡Condenado! Está en condiciones de comprender que no es posible la incomprensión. Nada puede ya esperarse, desearse, conseguirse, aferrarse o alcanzarse. Tan sólo espera la destrucción: la del mundo y la suya. Retírese y desaparezca.

La habían escuchado atentamente, pero como si no percibiesen sus palabras, cual si se aferraran ciegamente a algo que sólo ella poseía: la condición de vivir. Bajo la colérica violencia de su voz sonaba una risa entusiasta. Tenía la cara levantada y sus ojos parecían contemplar un espectáculo desarrollado a incalculable distancia. La resplandeciente anchura de su frente no parecía reflejar la luz de uno de aquellos reflectores, sino la claridad solar.

—Quiere vivir, ¿no es cierto? Desaparezca si aún cuenta con una posibilidad. Deje que quienes pueden gobernar lo hagan. Él sabe lo que ha de hacer. Usted no. Él está en condiciones para crear los medios de la supervivencia humana. Usted no.

—¡No le hagan caso!

Fue una exclamación impregnada de tan salvaje odio, que todos se apartaron del doctor Robert Stadler cual si éste acabara de dar forma a algo que no quisieran confesar. Su cara tenía el mismo aspecto que el que temían tuvieran las de ellos en el retiro de las tinieblas.

—¡No le hagan caso! —gritó evitando sus pupilas, mientras las de Dagny se posaban en él, en una breve y serena mirada que empezó como un estremecimiento de asombro y termino con la tristeza de una esquela mortuoria—. Es nuestra vida o la de él.

—Tranquilidad, profesor —dijo míster Thompson quitándoselo de delante con un brusco movimiento de la mano. Míster Thompson contemplaba a Dagny cual si algún pensamiento oculto se esforzara en cobrar forma en su cerebro.

—Todos ustedes conocen la verdad —prosiguió la joven —y lo mismo yo y todos quienes escucharon a John Galt. ¿Qué esperan? ¿Pruebas? Ya se las ha dado. ¿Hechos? Están rodeados de hechos. ¿Cuántos cadáveres piensan amontonar antes de su renuncia a las armas, al poderío, a los controles y al resto de su mísero credo altruista? Cedan de una vez, si quieren vivir. Retírense si es que aún queda algo en sus mentes capaz de desear que la vida humana se perpetúe sobre la tierra.

—¡Es traición! —gritó Eugene Lawson—. ¡Habla como una traidora!

—¡Vamos, vamos! —aconsejóle míster Thompson—. No es preciso llegar a tal extremo.

—¿Cómo? —preguntó Tinky Holloway.

—Desde luego todo esto es afrentoso —comentó Chick Morrison. Wesley Mouch preguntó:

—No están de acuerdo con ella, ¿verdad?

—¿Quién ha hablado de acuerdos? —interrogó a su vez míster Thompson en tono sorprendentemente placentero—. No se precipiten. Nadie de ustedes debe precipitarse. No existe perjuicio en escuchar un argumento determinado, ¿verdad?

—¿Esa clase de argumento? —preguntó Wesley Mouch, cuyo pulgar oscilaba violento en dirección a Dagny.

—De cualquier clase —respondió mister Thompson, tan plácido como antes—. No debemos mostrarnos intolerantes.

—¡Todo esto es traición, ruina, deslealtad, egoísmo y propaganda de grandes negociantes!

—¡Oh! No lo sé —respondió míster Thompson—. Hemos de conservar la mente clara. Hemos de saber valorizar los puntos de vista ajenos. Quizá esta joven sepa a dónde va. Desde luego, él sabe lo que hace. Hemos de ser flexibles.

—¿Significa esto que se propone dimitir? —jadeó Mouch.

—No extraiga conclusiones apresuradas —replicó míster Thompson irritado—. Si hay algo que no puedo soportar es la gente que extrae conclusiones sin pensarlo. Ni tampoco a esos intelectuales encerrados en su torre de marfil, aferrados a alguna teoría particular,

desconectados de toda realidad práctica. En tiempos como los que vivimos, hemos de ser, sobre todo, flexibles.

Distinguió una mirada de asombro en los rostros que lo rodeaban; en el de Dagny y en el de los demás, aunque no por las mismas razones. Sonrió, se puso en pie y volvióse hacia Dagny.

—Gracias, miss Taggart. Gracias por expresarse con tanta claridad. Quiero hacerle saber que puede confiar en mí y hablarme con absoluta franqueza. No somos enemigos suyos, Miss Taggart. No haga caso a los muchachos; están irritados, pero ya recuperarán la sensatez. No somos enemigos suyos ni tampoco lo es el país. Desde luego, hemos cometido errores; sólo somos humanos; pero estamos intentando lo mejor en beneficio del pueblo… es decir, de todo el mundo, en estos tiempos difíciles. No podemos hacer juicios precipitados, ni asumir decisiones temerarias, ¿verdad? Hemos de reflexionar con cuidado y sopesar los hechos como se merecen. Quiero tan sólo recordarle que no somos los enemigos de nadie. Se da cuenta, ¿verdad?

—He dicho cuanto tenía que decir —contestó ella volviéndose sin dar pista alguna acerca del significado de aquellas palabras, ni confiriéndoles ánimos para que intentaran buscarlo.

Se volvió hacia Eddie Willers, que había estado mirando a quienes le rodeaban con expresión tan colérica que parecía como paralizado, cual si una voz interior le gritase: «¡Esto es el mal!» y no pudiera admitir ninguna otra idea. Dagny movió la cabeza indicando la puerta y él la siguió obediente.

El doctor Robert Stadler esperó hasta que la puerta se hubo cerrado tras de ellos y luego volvióse en redondo a míster Thompson.

—¡Maldito idiota! ¿Se da cuenta de lo que está en juego? ¿No comprende que es un caso de vida o muerte? ¿Que se trata de usted o de él?

El débil temblor que agitó los labios de míster Thompson formó una sonrisa de desprecio.

—Es un modo de comportarse muy extraño para un profesor. Creía que los profesores no perdían nunca la compostura.

—¿No lo comprende? ¿No ve que se trata de uno o del otro?

—¿Y qué quiere que haga?

—Matarlo.

El doctor Stadler no pronunció la frase con voz alterada, sino en un tono monótono, frío y consciente. El helado momento de silencio que siguió fue como la respuesta global de todos los presentes.

—Hay que encontrarlo —dijo el doctor Stadler, cuya voz se quebró elevándose de nuevo —. ¡Hay que removerlo todo hasta encontrarlo y acabar con él! ¡Si vive acabará con nosotros! ¡Si vive habremos de morir!

—¿Y cómo quiere que lo encuentre? —preguntó míster Thompson lenta y cuidadosamente.

—Yo… yo puedo decírselo. Le daré una pista. Vigilen a esa Taggart. Que sus hombres observen todos sus movimientos. Más tarde o más temprano los conducirá hasta él.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Acaso no está claro? ¿No le parece extraño que no haya desertado hace tiempo? ¿No tiene usted la inteligencia necesaria como para comprender que también pertenece a su clase?

Pero no especificó qué clase.

—Sí —convino míster Thompson pensativo—. Sí. En efecto. —Levantó la cabeza con una sonrisa de satisfacción—. El profesor ha dado en el clavo. Hay que seguir a Miss

Taggart —ordenó chasqueando los dedos hacia Mouch—. Que la vigilen día y noche. Tenemos que encontrar pronto a ese hombre.

—Sí, señor —dijo Mouch sumiso.

—Y cuando lo encontréis —preguntó el doctor Stadler con voz estremecida—, ¿lo mataréis?

Míster Thompson exclamó:

—¿Matarle, condenado loco? ¡Lo necesitamos!

Mouch esperó; pero nadie osó formular la pregunta que se hallaba en la mente de todos, así es que hizo un esfuerzo para declarar secamente:

—No lo entiendo, míster Thompson,

—¡Oh! Ustedes, los intelectuales teóricos, siempre serán igual —exclamó míster Thompson exasperado—. ¿Por qué me mira boquiabierto? Es muy sencillo. Quienquiera que sea, se trata de un hombre de acción, que además cuenta con colaboradores decididos. Tiene acorralados a todos los elementos inteligentes y sabe lo que ha de hacer. Lo encontraremos y nos lo dirá. Nos dirá cómo hemos de obrar. Hará que esto funcione. Nos sacará del atolladero.

—¿De veras, míster Thompson?

—Sí, de veras. No obstante las teorías de ustedes, llegaremos a un trato con él.

—¿Con él?

—Desde luego. ¡Oh! Habremos de ceder. Tendremos que hacer algunas concesiones a los grandes negociantes. No gustará a los defensores del bien común, pero, ¡qué diablo!, ¿conciben algún otro sistema?

—Pero sus ideas…

—¿A quién le preocupan las ideas?

—Míster Thompson —dijo Mouch atosigándose—, yo… temo que sea un hombre no dispuesto al diálogo.

—No hay tal cosa —aseguró míster Thompson.

* * *

Un viento frío hacía oscilar los rojos letreros suspendidos sobre los escaparates y las abandonadas tiendas. La ciudad parecía anormalmente tranquila. El distante rumor del tránsito sonaba más bajo que de costumbre, mientras el viento aumentaba su vigor. Vacías aceras se extendían hasta hundirse en las tinieblas. Unas cuantas figuras solitarias formaban susurrantes grupos bajo las vagas luces.

Eddie Willers no pronunció palabra hasta que se encontraron a muchos bloques de distancia de la emisora. Se detuvo, de pronto, al llegar a una plaza desierta, donde los altavoces públicos que nadie se había molestado en apagar retransmitían ahora una comedia de tipo doméstico, en la que con voces penetrantes un marido y su esposa peleaban acerca de las novias de su hijo, dirigiéndose a una vacía zona de pavimento, encuadrada por las fachadas sin iluminar de algunas casas. Más allá de la plaza unas manchas de luz repartidas verticalmente sobre los vigésimoquintos pisos que formaban el límite actual de la ciudad, sugerían una forma distante elevándose hacia el cielo: era el edificio Taggart.

Eddie se detuvo y señaló la mole con dedo tembloroso.

—¡Dagny! —exclamó, y luego bajó de tono involuntariamente—. Dagny —murmuró—. Lo conozco. Trabaja… trabaja… ahí… ahí… —Seguía señalando el edificio con incrédula desesperación—. Trabaja para la «Taggart Transcontinental»…

—Lo sé —repuso ella con voz monótona y sin vida.

—Como obrero de las vías… como el más humilde obrero de las vías… —Lo sé.

—He estado hablando con él… Llevo hablando con él años enteros… en la cafetería del terminal… Solía hacerme preguntas… toda clase de preguntas sobre el ferrocarril… y yo, ¡cielos, Dagny!… ¿protegía al ferrocarril o ayudaba a su destrucción?

—Las dos cosas y ninguna. Pero ahora ya no importa.

—¡Hubiera apostado mi vida a que amaba el ferrocarril!

—Y lo ama de veras.

—Pero lo ha destruido.

—Sí.

Dagny se arrebujó en su gabán y continuó caminando, haciendo frente a una racha de viento.

—Solía hablar con él —continuó Eddie al cabo de un rato—. Su cara… no se parecía a la de los otros; demostraba… comprender tantas cosas… Me alegraba de verle allí, en la cafetería… Yo hablaba… sin creer que me estuviera sometiendo a un interrogatorio… pero era así… Hacía tantas preguntas acerca del ferrocarril… y… y de ti…

—¿Te preguntó alguna vez qué aspecto tengo cuando duermo?

—Sí… sí. Lo preguntó… Yo te había encontrado una vez dormida en la oficina, y cuando lo mencioné…

Se detuvo al tiempo que una súbita conexión se establecía con un chasquido en su cerebro.

Dagny se volvió hacia Eddie bajo el rayo de luz de un farol, levantando la cara y manteniéndola completamente iluminada durante un silencioso y prolongado instante, como respuesta y confirmación a lo que él estaba pensando.

Eddie cerró los ojos.

—¡Oh, Dios mío, Dagny! —murmuró. Continuaron caminando en silencio.

—Se ha ido, ¿verdad? —preguntó Eddie—. ¿Se ha ido del terminal?

—Eddie —repuso ella en tono repentinamente tenso—, si tienes su vida en alguna estima, no vuelvas a preguntar eso. No querrás que lo encuentren, ¿verdad? No les des ninguna pista. No reveles a nadie que lo has conocido. No trates de investigar si aún trabaja en el terminal.

—¿No irás a suponer que sigue allí?

—No lo sé. Pero podría ocurrir.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Todavía?

—Sí. No digas nada si no quieres destruirlo.

—Creo que se ha ido y que ya no volverá. No lo he visto desde… desde…

—¿Desde cuándo? —preguntó ella bruscamente.

—Desde finales de mayo. Desde la noche en que te marchaste a Utah, ¿recuerdas? —Hizo una pausa, conforme la evocación de aquel encuentro y de la plena comprensión de su significado les afectaba a ambos a la vez. Luego continuó, haciendo un esfuerzo—: Le

vi aquella noche, pero nunca más desde entonces… Lo estuve esperando en la cafetería… pero no regresó.

—No creo que ahora te permita verle; se mantendrá oculto. Pero no lo busques ni interrogues.

—¡Es extraño! Ni siquiera sé qué nombre tenía. Johnny o algo por el estilo…

—John Galt —dijo Dagny con una débil y triste risita—. No es preciso que consultes la nómina del terminal. Su nombre sigue allí.

—¿Figuró en la misma durante todos estos años?

—Sí. Durante doce años.

—¿Y aún continúa?

—Sí.

Al cabo de un instante, Eddie dijo:

—Claro que eso no demuestra nada. El personal de la oficina no ha eliminado un solo nombre de la nómina desde la directriz 10-289. Y si alguien se marcha otorgan su nombre y su tarea a otro cualquiera antes que informar a la Oficina de Unificación.

—No preguntes al personal de la oficina ni a nadie. No llames la atención sobre su nombre. Si tú o yo realizáramos pesquisas, alguien podría sospechar. No lo busques. No hagas ninguna gestión para averiguar dónde se encuentra. Y si alguna vez lo vieras por casualidad, haz como si no lo conocieses.

Él asintió. Al cabo de un rato dijo, con voz tensa y grave:

—No lo entregaría a esos hombres aunque ello significara salvar el ferrocarril.

—Eddie…

—Dime.

—Si lo ves, avísame.

Hizo una señal afirmativa. Dos bloques más allá preguntó con expresión tranquila:

—Te retirarás uno de estos días y desaparecerás, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso? —preguntó ella cual si llorase.

—¿No es así?

Dagny no contestó en seguida; cuando lo hizo figuraba en su voz cierto tono de desesperación de una monotonía quizá demasiado acentuada.

—Eddie, si me fuera, ¿qué pasaría con los trenes Taggart?

—Dentro de una semana, o quizá menos, no existirían los trenes Taggart.

—Dentro de diez días no existirían tampoco los saqueadores. Y entonces hombres como Cuffy Meigs devorarán los restos de nuestros rieles y máquinas. ¿He de perder la batalla por no esperar unos momentos? ¿Cómo puedo abandonar a la «Taggart Transcontinental» y marcharme para siempre cuando un último esfuerzo tal vez mantenga su existencia? Si hemos soportado estas cosas hasta ahora, también podré aguantarlas un poco más. Sólo un poco. Al obrar así no ayudo a los saqueadores. Ya nada puede ayudarles.

—¿Qué crees que harán?

—No lo sé. ¿Cómo puedo saberlo? Están acabados.

—Así lo creo.

—¿Los has visto? Son ratas miserables, presas de pánico, que se escabullen para salvar su vida.

—¿Significa algo para ellos?

—¿A qué te refieres?

—A sus vidas.

—Siguen luchando. Pero aun así están acabados y lo saben.

—¿Han obrado alguna vez basándose en sus conocimientos?

—Tendrán que hacerlo. Tendrán que abandonar. No tardarán mucho. Y nosotros permaneceremos aquí para salvar lo que quede.

* * *

«Míster Thompson desea poner en conocimiento del público —dijo una emisión oficial la mañana del 23 de noviembre —que no existe motivo de alarma. E insta al país a no extraer conclusiones apresuradas. Debemos conservar la disciplina, la moral, la unidad y nuestro sentido de la tolerancia. El despreocupado discurso que muchos oyeron, quizá, anoche por radio, constituyó una provocadora contribución a nuestro fondo de ideas sobre los problemas mundiales. Debemos analizarlo sobriamente, evitando los extremos, tanto de una condena total como de una aceptación a ultranza. Hemos de considerarlo como un parecer entre muchos, dentro de nuestro foro democrático de opinión pública que, como anoche se demostró, permanece abierto a todos. La verdad, dice míster Thompson, ofrece numerosas facetas. Hemos de permanecer imparciales.»

«Guardan silencio», escribió Chick Morrison como sumario del contenido de cierto informe mandado por uno de los agentes, a los que encargó la misión de «tomar el pulso al público». «Guardan silencio», escribió también en el informe siguiente, y lo mismo en otro y en otro. «Silencio», escribió frunciendo las cejas inquieto, al resumir sus informes ante míster Thompson. «La gente parece haber enmudecido.»

Las llamas que una noche de invierno se elevaron en el cielo devorando un hogar de Wyoming no fueron vistas por las gentes de Kansas, que observaban el tembloroso resplandor rojizo sobre el horizonte de la pradera, originado por el incendio que consumía una granja. Aquel resplandor no fue reflejado tampoco por las ventanas de una calle de Pennsylvania, donde las retorcidas lenguas rojas devoraban una fábrica. A la mañana siguiente nadie mencionó que aquellas llamas no habían brotado por casualidad ni que los propietarios de las casas destruidas se hubiesen esfumado por completo. Los vecinos se enteraron sin hacer comentarios ni asombrarse. En rincones desperdigados por la nación, otras muchas casas quedaban abandonadas, algunas cerradas con llave y vacías, otras abiertas y desprovistas de todo utensilio transportable. La gente contemplaba aquello en silencio y a través de los copos de nieve que caían sobre las sucias calles, en la semiobscuridad que precede a la mañana, continuaron acudiendo a sus trabajos, aunque con paso algo más lento que de costumbre.

El 27 de noviembre, el orador de una reunión política en Cleveland fue apaleado y tuvo que escapar, escabullándose por obscuros callejones. Su silencioso auditorio había cobrado repentina vida cuando le gritó que la causa de todos los males era una preocupación egoísta hacia las propias molestias.

La mañana del 29 de noviembre, los obreros de una fábrica de calzado de Massachusetts se asombraron al entrar en sus talleres y encontrarse con que el principal llegaba tarde. Pero ocuparon sus puestos de costumbre e iniciaron su rutina habitual, manejando palancas, apretando conmutadores, alimentando con cuero las alzadoras automáticas, apilando cajas sobre la cinta de transmisión y preguntándose, conforme pasaban las horas, por qué no se hacía visible el capataz o el superintendente, o el director general o el presidente de la compañía. A mediodía descubrieron que las oficinas de la fábrica estaban vacías.

—¡Condenados caníbales! —gritó una mujer entre el auditorio que atestaba un cine, estallando en repentinos e histéricos sollozos, y el público no dio señal alguna de sorpresa, como si aquella mujer gritase por todos.

«No existe motivo para alarmarse —se dijo en una emisión oficial del 5 de diciembre—. Míster Thompson desea hacer conocer su deseo de negociar con John Galt a fin de encontrar un modo para conseguir la rápida solución de nuestros problemas. Míster Thompson recomienda al pueblo que sea paciente. No debemos preocuparnos, ni dudar; no debemos perder los ánimos.»

Los enfermeros de un hospital de Illinois no se asombraron cuando trajeron a un hombre apaleado por su hermano mayor, quien le había ayudado durante todo el curso de su vida; el más joven acusó al otro de egoísmo y de avaricia. Igualmente los empleados de un hospital de Nueva York tampoco se sorprendieron ante el caso de cierta mujer que ingresó con una mandíbula fracturada. Había sido golpeada en pleno rostro por un desconocido, después de oírla ordenar a su hijo de cinco años que entregara su mejor juguete al hijo de los vecinos.

Chick Morrison intentó una rápida jira, con el fin de reforzar la moral del país por medio de discursos sobre el sacrificio personal en pro del bienestar común. Pero en la primera de sus etapas fue apedreado y tuvo que regresar a Washington.

Nadie les había otorgado jamás el título de «mejores» o, caso de hacerlo, se había detenido a comprender el significado del mismo; pero cada uno en su propia comunidad, vecindario, oficina o hacienda y bajo condiciones particulares aún no identificadas, comprendía quiénes serían los hombres que dejarían de aparecer en sus puestos una mañana cualquiera y desaparecerían silenciosamente en busca de fronteras desconocidas; los hombres cuyas caras aparecían más tensas que las que los rodeaban, cuyos ojos miraban de forma más directa, cuya energía era más consciente y perdurable, los hombres que ahora se escabullían uno tras otro desde todos los rincones del país, de un país que venía a ser como el descendiente de lo que en otros tiempos constituyó una verdadera apoteosis de grandeza, postrado ahora por el azote de la hemofilia, perdiendo su mejor sangre por una herida que no quería cicatrizar.

—¡Estamos dispuestos a negociar! —gritó mister Thompson a sus ayudantes, ordenando que el comunicado especial fuera repetido tres veces al día por todas las emisoras—. ¡Estamos dispuestos a negociar! ¡Él lo sabrá y contestará!

Se ordenó a oyentes especiales que vigilaran de día y de noche junto a los receptores, empleando todas las frecuencias de sonido disponibles, a fin de esperar la respuesta de un transmisor desconocido. Pero no hubo tal respuesta.

Rostros vacíos, desesperados, desenfocados, pululaban cada vez con más frecuencia por las calles, sin que nadie pudiera comprender su expresión. De igual modo que algunos hombres protegían sus cuerpos escapando hacia regiones sin habitar, otros salvaban sus almas hundiéndose en el subterráneo de sus mentes. Ningún poder sobre la tierra hubiera podido decir si sus pupilas vacuas e indiferentes eran postigos protegiendo ocultos tesoros en el fondo de galerías que ya no se iban a excavar, o simples aberturas vacías y que jamás serían llenadas.

—No sé qué hacer —dijo el superintendente auxiliar de una refinería de petróleo, rehusando aceptar la tarea del superintendente desaparecido.

Los agentes de la Oficina de Unificación no se vieron capaces de decidir si mentía o no. Había una arista de precisión en el tono de su voz, una ausencia de excusa o de vergüenza, que les hizo preguntarse si sería un rebelde o tal vez un estúpido. Resultaba peligroso obligar a otro cualquiera a hacer aquel trabajo.

—¡Dadnos hombres!

Este ruego empezó a martillear cada vez con mayor insistencia sobre los escritorios de la Oficina de Unificación desde todas las partes de un país asolado por el paro, sin que ni quienes rogaban ni la Oficina se atreviesen a añadir las peligrosas palabras que implicaban aquel grito:

—¡Dadnos hombres inteligentes!

Formábamos inmensas colas de aspirantes a empleos de portero, engrasador, mozo o empleado de autobús. Nadie solicitaba tareas de director, encargado, superintendente o maquinista.

Las explosiones en las refinerías de petróleo, las catástrofes de aviones defectuosos, los estallidos de altos hornos, los choques de trenes y los rumores de orgías de borrachos en oficinas de directores recién creados hicieron temer a los miembros de la organización contratar a quienes solicitaban posiciones de responsabilidad.

«¡No desesperéis! ¡No cedáis! —manifestaron las emisiones oficiales del 15 de diciembre y de los días siguientes—. Llegaremos a un acuerdo con John Galt. Conseguiremos que pacte con nosotros. Él solucionará nuestros problemas. Él hará que todo vuelva a funcionar. ¡No cejéis! ¡Nos pondremos al habla con John Galt!»

Recompensas y honores fueron ofrecidos a los solicitantes de tareas directrices, luego a los capataces, más adelante a los mecánicos especialistas y por fin a todo aquel que accediera a realizar un esfuerzo para ser ascendido: mayores sueldos, bonos, exenciones de impuestos e incluso una medalla ideada por Wesley Mouch y que sería conocida con el nombre de «Orden de los Bienhechores Públicos». Pero no se consiguió ningún resultado. Individuos harapientos escuchaban las ofertas y luego volvían la espalda con letárgica indiferencia, cual si hubieran perdido el concepto del «Valor». Los encargados de tomar el pulso al público pensaron con terror que a aquellos hombres no les importaba vivir, o mejor dicho, no les importaba vivir en las condiciones actuales.

«¡No desesperéis) ¡No cedáis! ¡John Galt solucionará nuestros problemas!», decían las voces de la radio en los programas oficiales, difundiéndose entre el silencio de la nieve al caer, hasta alcanzar aquel otro silencio de las casas sin calefacción.

—¡No les reveléis que no hemos conseguido hallarlo! —dijo míster Thompson a sus ayudantes—. ¡Pero por lo que más queráis, que lo encuentren cuanto antes!

Escuadrones de muchachos, a las órdenes de Chick Morrison, habían recibido la orden de difundir rumores. La mitad de ellos propagaba la versión de que John Galt se hallaba en Washington conferenciando con elementos oficiales, mientras la otra mitad se dedicaba a divulgar que el Gobierno entregaría quinientos mil dólares a quien facilitara información encaminada a dar con el paradero de John Galt.

—No. Ni una sola huella —dijo Wesley Mouch a míster Thompson, resumiendo los informes de los agentes especiales enviados para hacer comprobaciones cerca de todo aquel que se llamase John Galt en el país—. Son muchísimos. Un John Galt ejerce de profesor de ornitología y tiene ochenta años. Hay también un tendero retirado con mujer y nueve hijos, y un ferroviario que lleva doce años en el mismo empleo, y otros por el estilo.

«¡No desesperéis! ¡Encontraremos a John Galt!», declaraban los comunicados oficiales durante el día; pero por la noche, hora tras hora, y gracias a una orden oficial y secreta, se lanzaba un llamamiento por transmisores de onda corta a las vacías inmensidades del espacio: «¡Llamamos a John Galt!… ¡Llamamos a John Galt!… ¿Escucha usted, John Galt?… ¡Queremos negociar!… ¡Queremos pactar!… Díganos dónde podemos establecer contacto… ¿Nos oye, John Galt?» Pero no había respuesta.

Los fajos de inservible papel moneda se iban haciendo mayores en los bolsillos de la nación, al tiempo que cada vez se podían comprar menos cosas con ellos. En septiembre

un bushel de trigo costaba once dólares; en noviembre, treinta; en diciembre, cien, y ahora se aproximaba ya a los doscientos, mientras los talleres de impresión de la Tesorería libraban una carrera con el hambre y con las pérdidas de todo género.

Cuando los trabajadores de una fábrica apalearon a su capataz y estropearon la maquinaria, en un ataque colectivo de desesperación, no se emprendió acción alguna contra ellos. Las detenciones eran inútiles, las cárceles estaban atestadas, los agentes guiñaban un ojo a sus prisioneros y los dejaban escapar en el camino hacia su encierro; todo el mundo realizaba lo prescrito para un momento dado, sin pensar en el siguiente. Nada se podía hacer cuando muchedumbres hambrientas asaltaban almacenes en las afueras de la ciudad. Nada podía hacerse tampoco cuando las escuadras de castigo se unían al público al que debían castigar.

«¿Nos oye usted, John Galt?… Deseamos negociar. Aceptaremos sus condiciones… ¿Nos escucha?»

Se murmuraba que carretas con toldo circulaban de noche a lo largo de senderos abandonados y se comentaba la formación de colonias secretas, armadas para resistir los ataques de los que llamaban «indios», tanto si se trataba de una pandilla de seres sin hogar como de los agentes del Gobierno. De vez en cuando se observaban luces en el lejano horizonte de la pradera, en las colinas, en las faldas de los montes, donde nunca existieron edificios. Pero no era posible persuadir a los soldados para que investigaran la causa.

En las puertas de hogares abandonados, en las verjas de fábricas ruinosas, en las paredes de los edificios gubernamentales aparecía de vez en cuando, con tiza, con pintura o con sangre, la marca curvilínea del signo del dólar.

«¿Nos oye usted. John Galt?… Envíenos su respuesta. Denos a conocer sus condiciones. Estamos dispuestos a aceptarlas. ¿Nos oye usted?» Pero no había respuesta.

La columna de humo rojo que ascendió hacia el firmamento la noche del 22 de enero, permaneciendo anormalmente quieta durante un rato como un solemne obelisco conmemorativo, y luego osciló a un lado y otro como un reflector que enviase cierto mensaje indescifrable, para desaparecer después tan bruscamente como se había formado, marcó el final de la «Rearden Steel». Pero los habitantes de la zona no se enteraron. Lo supieron en las noches siguientes, cuando ellos, los que habían maldecido las fundiciones por el humo que exhalaban, por los vapores, el hollín y los ruidos, miraron al horizonte y en vez de un fulgor latiendo de vida observaron tan sólo un negro vacío.

Las fundiciones habían sido nacionalizadas, tratándose de desertor a su dueño. El primer portador del título de «director público» nombrado para gobernarlas pertenecía a la facción de Orren Boyle y era un gordinflón que siempre había figurado en la industria metalúrgica y que no deseaba otra cosa sino espiar a sus obreros, al tiempo que ejercía las actividades propias de su cargo. Pero al finalizar el primer mes, y luego de numerosos accidentes, de haberse escuchado en numerosas ocasiones, como única respuesta, que «no había podido evitarlo», luego de no haberse podido servir numerosos pedidos y luego de soportar las presiones telefónicas de sus protectores, solicitó ser trasladado a otro lugar. La facción de Orren Boyle se había deshecho desde que míster Boyle fue confinado a un establecimiento de reposo, donde su médico le prohibió contacto alguno con los negocios, señalándole la tarea de confeccionar cestos como método de terapia ocupativa. El segundo «director popular» enviado a la «Rearden Steel» figuraba en la facción de Cuffy Meigs. Llevaba polainas de cuero y usaba lociones perfumadas para el cabello. Acudió a trabajar con una pistola al cinto y no cesó de repetir con expresión autoritaria que la disciplina era su meta más importante y que estaba dispuesto a implantarla, costase lo que costase. Pero su única disposición concreta había sido una orden prohibiendo toda pregunta. Luego de semanas de frenética actividad por parte de las compañías

aseguradoras, de los bomberos, de las ambulancias y de las organizaciones de primeros auxilios, atendiendo una serie de inexplicables accidentes, el «director popular» desapareció cierta mañana, luego de haber vendido a algunos oportunistas europeos la mayoría de las grúas, los transportes automáticos, las existencias de ladrillos refractarios, el generador eléctrico de urgencia y la alfombra de lo que en otros tiempos fue despacho de Rearden.

Nadie había podido desentrañar los elementos del caos que estalló en los días siguientes; nunca fueron concretados y sus orígenes siguieron sin definir, pero todo el mundo sabía que la feroz intensidad de aquellos sangrientos choques entre los viejos obreros y los nuevos no guardaba relación con las causas triviales que los provocaron; ni los guardianes, ni la policía, ni las tropas del Estado pudieron mantener el orden durante más de una jornada; ninguna facción podía nombrar un candidato deseoso de aceptar el puesto de «director popular». El 22 de enero se dispuso que las actividades de la «Rearden Steel» quedaran suspendidas temporalmente.

La columna de humo rojo que pudo verse aquella noche había sido provocada por un obrero de sesenta años al prender fuego a una de las estructuras. Fue sorprendido en el momento de hacerlo, mientras reía, encantado, contemplando las llamas. «¡Lo he hecho para vengar a Hank Rearden!», gritó desafiador, mientras las lágrimas le corrían por el rostro, curtido por el fuego de los hornos.

«No debo permitir que semejantes cosas me afecten de un modo tan profundo», pensó Dagny, apoyada sobre su escritorio, teniendo ante si la página abierta de un periódico en la que un simple y breve párrafo anunciaba el «fin temporal» de la «Rearden Steel». «No debo permitir que me disgusten de ese modo…» Seguía viendo la cara de Hank Rearden cuando se hallaba ante la ventana de su despacho, contemplando una grúa que destacaba contra el cielo al transportar un cargamento de rieles verdiazul… «No permitas que esto le ocasione disgusto alguno», era la súplica mental que formulaba, sin dirigirla a nadie. «Que no lo sepa. No permitas que lo sepa…» Luego vio otra cara; una cara de ojos verdes y resueltos, cuando decía con voz que su respeto hacia los hechos convertía en implacable: «Tendrás que enterarte de todas las catástrofes. Tendrás que saber cuándo un tren deja de funcionar… Nadie permanece en este valle desfigurando la realidad…» Permaneció inmóvil, sin que en su mente se concretara visión alguna ni se escuchara ningún sonido; nada aparte de aquella enorme presencia que era el dolor. Luego escuchó aquel grito familiar, convertido en droga capaz de matar todas las sensaciones, excepto la capacidad para actuar: «¡Miss Taggart! ¡No sabemos qué hacer!», y se puso en pie vivamente para contestar algo.

«El Estado popular de Guatemala —decían los periódicos del 26 de enero —declina la petición de los Estados Unidos para un préstamo de mil toneladas de acero.»

La noche del 3 de febrero, un joven piloto seguía su ruta en el vuelo semanal entre Dallas y Nueva York. Al penetrar en las vacías tinieblas, más allá de Filadelfia, en el lugar donde el resplandor de las instalaciones Rearden había constituido durante años su punto de referencia favorito, su saludo en la soledad nocturna, su faro en una tierra viviente, pudo ver una extensión cubierta de nieve, muerta, blanca y fosforescente bajo las estrellas.

Los picachos y cráteres desparramados semejaban un paisaje lunar. A la mañana siguiente abandonó su empleo.

En las noches heladas, sobre ciudades moribundas, llamando en vano a ventanas que permanecían mudas, golpeando paredes de las que no surgía ningún eco, elevándose sobre los tejados de edificios sombríos y los soportes esqueléticos de las ruinas, la súplica se fue extendiendo por el espacio, cual dirigida al estacionario movimiento de los astros, al fuego sin calor de su lejano parpadeo: «¿Nos oye usted, John Galt? ¿Nos oye usted?»

—Miss Taggart, no sabemos qué hacer —le dijo míster Thompson, luego de convencerla para una conferencia personal durante uno de aquellos precipitados viajes a Nueva York —. Estamos dispuestos a ceder, a aceptar sus condiciones, a permitirle que se haga cargo de esto; pero, ¿dónde se encuentra?

—Por tercera vez —respondió ella con la cara y la voz cerradas firmemente contra cualquier atisbo de emoción—: le aseguro que no sé nada. ¿Qué le hace suponer lo contrario?

—Tengo que intentarlo… y creí que en caso de… Creí que, tal vez, tuviera usted un modo de ponerse al habla con él…

—No lo tengo.

—No podemos anunciar, ni siquiera por onda corta, que estamos dispuestos a la rendición. Alguien podría oírlo. Pero si pudiera usted de algún modo ponernos en contacto con él, de hacerle saber que estamos dispuestos a ceder, a abandonar nuestra política, a obrar como le plazca…

—Ya le he dicho que no.

—Si al menos diera su conformidad a una conferencia, sólo una conferencia… No se comprometería a nada. Estamos dispuestos a entregarle toda nuestra economía. Sólo ha de decirnos cuándo, dónde y cómo. Si nos diera palabra o señal… si nos contestara… ¿por qué no contesta?

—Ya oyeron ustedes su discurso.

—Pero, ¿qué vamos a hacer? No podemos marcharnos y abandonar el país, dejándolo sin Gobierno. Me estremezco al pensar en lo que sucedería. Con la clase de elementos sociales que hoy andan sueltos… Miss Taggart, hago cuanto puedo para mantenerlos a raya. De lo contrario el robo y el asesinato serían cosa corriente. No sé lo que ocurre. Las personas no parecen ya seres civilizados. No podemos marcharnos en momentos así. Pero tampoco podemos gobernar. ¿Qué hacemos, Miss Taggart?

—Inicien una restricción de los controles.

—¿Cómo?

—Eliminen impuestos y disminuyan controles.

—»Oh! ¡No, no, no! ¡Eso es imposible!

—¿Imposible?

—Al menos por ahora, Miss Taggart. Al menos por ahora. La nación no está en condiciones para ello. Personalmente convengo con usted. Soy hombre amante de la libertad, Miss Taggart. No persigo el poder; pero estamos en estado de emergencia y la gente no se halla en condiciones para asimilar esa libertad. Hemos de seguir gobernando con mano dura. No es posible adoptar una teoría idealista que…

—Entonces no me pregunte más lo que tienen que hacer —dijo Dagny levantándose.

—Pero, Miss Taggart…

—No he venido aquí a discutir.

Se hallaba junto a la puerta cuando él suspiró y dijo:

—Confío en que siga vivo. —Dagny se detuvo—. Confío en que no hayan cometido violencia alguna con él.

Transcurrieron unos momentos antes de que Dagny pudiera preguntar, en forma de palabra y no de grito:

—¿Quién?

Míster Thompson se encogió de hombros, abrió los brazos y luego los dejó caer con aire resignado.

—Ya no me es posible dominar a los muchachos. No sé de lo que son capaces. La facción Ferris-Lawson-Meigs no deja de importunarme desde hace un año para que adopte medidas más severas. Una política más dura. Con franqueza, lo que quieren es una vuelta al terror, introducir la pena de muerte por delitos civiles, la crítica, la disensión y otras cosas así. Se basan en que la gente no accede a cooperar ni actuar voluntariamente en beneficio público y que es preciso obligarla. Según ellos, sólo el terror hará eficaz nuestro sistema. Acaso tengan razón, según las cosas se van desarrollando en estos días. Wesley no recurrirá a métodos violentos, porque es un hombre pacífico y liberal como yo. Intentamos mantener a los otros dentro de ciertos límites, pero… no son partidarios de rendirse a John Galt. No quieren que tratemos con él. No desean que le encontremos. No me gustaría perder el dominio sobre ellos. Si dan con él no sé lo que le pueden hacer… Eso es lo que me preocupa. ¿Por qué no contesta Galt? ¿Por qué no responde a nuestras llamadas? ¿Y si lo encuentran y lo matan? Yo no me enteraría siquiera… Esperaba que tal vez usted imaginara algún medio… algún medio para enterarnos de si aún vive…

Su voz se arrastró como formando un signo de interrogación.

Toda su resistencia contra el inmenso terror que la agobiaba se concentró en el esfuerzo para mantener la voz serena, al tiempo de decir: «No sé nada», y sus rodillas lo suficiente firmes como para permitirle salir de aquella habitación.

* * *

Desde detrás de los carcomidos maderos de lo que en otro tiempo fue un puesto callejero de verduras, Dagny miró furtivamente hacia atrás: los faroles convertían la calle en una serie de islotes de luz separados entre sí; distinguió el establecimiento de un prestamista en el primero, un bar en el siguiente, una iglesia en el último y entre todo ello, negros espacios vacíos. Las aceras estaban desiertas; aunque resultara difícil creerlo, la calle aparecía completamente despoblada.

Volvió la esquina pisando fuertemente para que sus pasos resonaran y luego se detuvo a escuchar. Le era difícil saber si la anormal tensión de su pecho procedía de sus propios latidos y también muy difícil disociarla del rumor de ruedas distantes y del susurro cristalino del East River en algún lugar cercano; pero no escuchó rumor de pasos tras de sí. Agitó los hombros como si los encogiera o se estremecieran y continuó caminando más de prisa. Un oxidado reloj en alguna taberna sin luz tosió la hora: las cuatro de la madrugada.

El temor a ser seguida no le parecía real, ya que ningún temor podía ya hacerse patente. La anormal ligereza de su cuerpo, ¿era un estado de tensión o de relajación? Sus miembros parecían tan tirantes que semejaban reducidos a un solo atributo: el de moverse. Su mente permanecía inaccesiblemente relajada, como un motor bajo el control automático de una fuerza de la que ya no cabía dudar. Si una bala pulida y desnuda pudiera sentir algo en plena trayectoria, aquello era sin duda lo que sentía, pensó: el movimiento, el objetivo y nada más. Actuaba vaga y mecánicamente, como un ser irreal. Tan sólo la palabra «desnuda» pareció cobrar algún significado: «desnuda»… despojada de toda preocupación, excepto aquella meta… el número «367» de una calle del East River, que su mente seguía repitiendo; aquel número que durante tanto tiempo le estuvo prohibido evocar.

«Tres-sesenta-siete», pensó, buscando una forma invisible entre las formas angulares de los pisos. «Tres-sesenta-siete… Ahí es donde él vive… si es que vive…» Su calma, su indiferencia y la confianza en sus propios pasos procedía de la certidumbre de que, de no existir aquella duda, su vida no era tampoco ya posible.

Llevaba viviendo así diez días. Las noches que quedaban atrás formaban la simple progresión que la condujo a aquélla, como si el impulso que ahora dirigía sus pasos procediera del sonido de los mismos despertando ecos que nadie contestó en los túneles del terminal. Lo había estado buscando a través de los túneles caminando horas y horas, noche tras noche en las horas del turno en que él trabajaba; a través de pasillos subterráneos, de andenes y de cada recodo de vías abandonadas, sin formular preguntas, sin ofrecer a nadie una explicación de su presencia allí. Había caminado sin sensación alguna de miedo o d‹? esperanza, movida por un sentimiento de temeraria lealtad, casi de orgullo. La raíz del mismo cabía buscarla en los momentos en que se había detenido, presa de repentino asombro, en algún obscuro rincón subterráneo, escuchando las palabras: «Éste es mi ferrocarril —mientras contemplaba una bóveda vibrando bajo el son de ruedas distantes—; ésta es mi vida —al experimentar el ahogo y la tensión originados por cuanto se detuviera o quedara suspendido en su interior—; éste es mi amor —al pensar en el hombre que tal vez se hallara en algún lugar de aquellos túneles—. No puede existir conflicto entre todo ello… ¿De qué dudo?… ¿Qué puede mantenernos separados aquí, en un lugar al que pertenecemos él y yo?…» Luego, recuperando el contenido del presente continuaba andando, con el mismo sentimiento de inquebrantable lealtad, pero las palabras eran ahora distintas: «Me has prohibido que te busque y quizá te irrites conmigo; tal vez optes por rechazarme… pero, por el mismo derecho que me confiere el vivir, tengo que saber si tú vives también… Tengo que verte, aunque sea sólo una vez… No detenerme, ni hablar, ni tocarte; sólo verte…» Pero no lo había encontrado. Abandonó la búsqueda al darse cuenta de las miradas curiosas de los trabajadores cuando pasaba ante ellos.

Había convocado una reunión de los obreros con el supuesto propósito de fortalecer su moral; la dividió en dos partes, a fin de poder enfrentarse a todos, repitiendo el mismo discurso ininteligible, experimentando la misma sensación de vergüenza ante las vacías vulgaridades pronunciadas, y al propio tiempo el orgullo de considerar que aquello había dejado de importarle. Contempló las caras exhaustas, brutalizadas, de hombres a quienes no preocupaba se les ordenase trabajar o escuchar frases que no comprendían, pero no vio la de Galt entre ellos.

—¿Se hallaba presente todo el mundo? —preguntó al capataz.

—Sí. Creo que sí —fue la indiferente respuesta.

Estuvo vagando por las entradas del terminal, observando a los hombres cuando acudían a su trabajo. Pero eran muchos y no existía lugar desde donde establecer una vigilancia efectiva. Permaneció bajo la húmeda semiobscuridad en una acera brillante por la lluvia, apoyada contra la pared de un almacén, con el cuello del abrigo levantado, tapándole la cara, mientras las gotas de lluvia caían del ala de su sombrero. Había permanecido expuesta a la vista de quien pasara por la calle, observando que muchos transeúntes la reconocían asombrados, y sabiendo que su estancia allí resultaba peligrosa. Alguien podía adivinar la naturaleza de su indagación… Pero si John Galt no estaba allí… si no existía un John Galt en el mundo, tampoco existía peligro, pensó. Ni mundo.

«Ni peligro ni mundo», se repitió mientras caminaba por las calles de los barrios miserables hacia una casa marcada con el número «367», que quizá fuera su hogar o quizá no. Se preguntó si mientras se esperaba un veredicto de muerte no se sentía tampoco miedo, ni cólera, ni preocupación; nada, excepto una helada indiferencia similar a una luz sin calor o a un conocimiento desprovisto de valores.

Tropezó con un bote de hojalata y el sonido se prolongó como si chocara con los muros de una ciudad abandonada. Las calles aparecían vacías y despobladas, pero sin señal alguna de calma, como si quienes habitaran dentro de aquellas casas no durmiesen, sino que se hubieran desplomado simplemente al suelo. Se dijo que él habría regresado ya de

su trabajo… si es que trabajaba… si es que tenía un hogar… Contempló las formas de las casuchas, el raído encalado de los muros, la pintura reseca, los letreros de tiendas ruinosas llenas de géneros que nadie quería, exhibidos en sucios escaparates; los endebles escalones peligrosos de usar; las cuerdas con ropa pucta a secar, que no parecía pertenecer a nadie; toda aquella serie de cosas sin hacer, sin atender, abandonadas e incompletas, cual retorcidos símbolos de una competición perdida contra dos enemigos: «No hay tiempo» y «Carecemos de fuerzas». Se dijo que aquél era el lugar donde él había vivido durante doce años; él, que poseía semejante extraordinario poder para aligerar el fardo de la humana existencia.

Un recuerdo se esforzaba en abrirse camino hacia su mente, hasta que lo consiguió: aquel lugar se llamaba Starnesville. Sintió un estremecimiento. «¡Estamos en Nueva York!», gritóse interiormente, frente a aquella grandeza que tanto había amado. Pero luego, con inconmovible austeridad pronunció un veredicto irrevocable: una ciudad que había relegado a John Galt durante doce años a aquellos barrios míseros, estaba condenada, y su futuro no podía ser otro que el de un nuevo Stamesville.

De pronto todo aquello cesó de importarle: experimentó un estremecimiento peculiar, como el de un súbito silencio; una sensación de sosiego interior, una calma total: acababa de ver el número 367 sobre la puerta de una vieja casa.

Conservaba el sosiego; era el tiempo el que había perdido repentinamente su continuidad, cuarteando su percepción en retazos separados. Tuvo plena noción del momento en que vio el número y de aquel en que consultó la lista clavada sobre una madera en la semiobscuridad del portal y vio las palabras: «John Galt, 5.°, posterior», escritas a lápiz por una mano poco culta. Se detuvo al pie de la escalera, miró hacia arriba contemplando los huidizos ángulos de la barandilla y se apoyó en la pared, temblando de miedo, prefiriendo no saber. Más tarde notó cómo sus pies se movían, hasta descansar en el primer peldaño; una simple, inquebrantable ligereza le hizo elevarse sin esfuerzo, sin duda y sin temor. Los retorcidos tramos quedaban atrás bajo sus firmes pies, como si la sensación de ir ascendiendo irresistiblemente procediera de la rigidez de su cuerpo; de la firmeza de sus hombros, del modo en que mantenía erguida la cabeza y de la solemne y emotiva certidumbre de que en el instante de su decisión final no era un desastre lo que esperaba al extremo de aquella escalera que había tardado treinta y siete años en subir.

Al llegar a la parte superior observó un estrecho vestíbulo cuyas paredes convergían hacia una puerta sin iluminar. Notó cómo los tablones del piso crujían bajo sus pasos. Notó la presión de su dedo en el timbre, que sonó en un espacio desconocido, situado más allá. Esperó. Oyó el breve crujir de un tablón en el piso de abajo. Escuchó el gemido de la sirena de un remolcador en el río. Luego tuvo la impresión de haber franqueado un espacio de tiempo, porque su próxima sensación no fue la de despertar, sino la de nacer: como si dos sonidos la sacaran del vacío: el de unos pasos tras de la puerta y el de una llave al ser accionada. Pero no recuperó el sentido hasta el instante en que, de pronto, no hubo puerta entre ella y la figura que se hallaba en el umbral; la figura de John Galt, en pie, con aire casual, vistiendo pantalón y camisa, con el ángulo de su cintura desplazándose débilmente contra la luz que brillaba tras él.

Los ojos de John acariciaron aquel momento y luego parecieron contemplar el pasado y el futuro. Pero un veloz proceso de cálculo puso dicho momento otra vez bajo su dominio, y para cuando un pliegue de su camisa se movió al respirar, había captado la suma de todo ello; la suma fue una sonrisa de radiante bienvenida.

—John… estás vivo… —fue todo cuanto pudo articular.

Él asintió, como si supiera lo que aquellas palabras intentaban comunicarle.

Luego tomó el sombrero de Dagny, que había caído al suelo, le quitó el abrigo, lo dejó a un lado y contempló su esbelta y temblorosa figura, con un destello de aprobación en la

mirada, mientras su mano ascendía por el estrecho jersey de alto cuello y color azul obscuro, que prestaba a su cuerpo la fragilidad de una colegiala y la tensión de una luchadora.

—La próxima vez que nos veamos —dijo —ponte uno blanco. También con él estarás maravillosa.

Dagny se dio cuenta de que iba vestida de un modo como nunca aparecía en público; tal vez como se arreglara para pasar las horas insomnes de aquella noche. Se echó a reír, descubriendo de nuevo su capacidad para hacerlo; había esperado que sus primeras palabras fuesen cualquier cosa menos aquello.

—Si es que existe una próxima vez —añadió él, tranquilo.

—¿Qué… qué quieres decir?

Galt dirigióse a la puerta y la cerró con llave.

—Siéntate —le dijo.

Sin moverse, Dagny echó una ojeada a aquella habitación, de cuyo contenido no se había dado cuenta todavía. Era una larga y desnuda buhardilla, con una cama en un rincón y un fogón de gas en otro; unos cuantos muebles de madera; tablones desnudos que ponían aún más de manifiesto la longitud del piso; una sencilla lámpara encendida sobre un escritorio y una puerta cerrada en la sombra, más allá del círculo de luz. Nueva York se extendía al otro lado de una enorme ventana, con su conjunto de estructuras angulares y de desperdigadas luces, mientras la mole del edificio Taggart destacaba muy lejos en la distancia.

—Y ahora escucha atentamente —le dijo—. Creo que disponemos de media hora. Sé por qué has venido. Te dije que resultaría duro resistir y que preferirías ceder. No lo lamentes. ¿Ves? Tampoco yo lo lamento. Pero a partir de ahora hemos de saber lo que hacemos. Dentro de treinta minutos los agentes de los saqueadores, que han seguido tus pasos, se presentarán para detenerme.

—¡Oh, no! —jadeó ella.

—Dagny, todos aquellos que posean todavía un resto de percepción humana sabrán que no eres de los suyos, que constituyes su último eslabón entre ellos y yo. No te perderán de vista, o no permitirán que sus espías se distraigan.

—¡No me siguió nadie! Observé con cuidado y…

—El espiar es un arte en el que se muestran muy expertos. Quien te haya seguido a estas horas está informando a sus jefes. Tu presencia en este distrito, mi nombre en el tablero de la entrada, el hecho de que trabaje para tu ferrocarril… son datos más que suficientes para establecer la debida correlación.

—¡Pues entonces… salgamos de aquí! Él movió la cabeza.

—Ya tienen rodeado el bloque. El que te ha seguido dispone de todos los policías del distrito para ayudarle. Quiero que sepas lo que has de hacer en cuanto lleguen. Dagny, tú eres mi única posibilidad de salvación. Si no comprendiste del todo lo que dije por la radio acerca del hombre que ocupa un lugar intermedio, lo comprenderás ahora. No existe término medio para ti.

No puedes ponerte a mi lado, al menos mientras estemos en su poder. Has de pasarte al suyo.

—¿Cómo?

—Has de pasarte a su bando del modo más completo, consistente y ruidoso que tu capacidad de engaño permita. Has de actuar cual si fueses uno de ellos. Has de portarte como mi peor enemigo. Si lo haces, tendré una posibilidad de salvación. Me necesitan demasiado y llegarán a cualquier extremo antes de atreverse a matarme. Consiguen

cuanto quieren gracias a los valores de sus víctimas; pero no tienen ningún valor mío con que amenazarme. Caso de sospechar, aunque sea ligeramente, lo que somos el uno para el otro, te pondrán en el potro del tormento. Sí; me refiero a la tortura física, ante mis ojos, en menos de una semana. Y no voy a esperar tanto. A la primera mención de una amenaza hacia ti me mataré y les obligaré a detenerse.

Había dicho todo aquello sin jactancia; con el mismo tono impersonal, calculado y práctico con que pronunció sus restantes palabras. Dagny se dio cuenta de que estaba decidido y de que tenía derecho a ello. Comprendió que disponía del poder de destruirle. Observó la expresión tranquila de sus ojos, en los que se pintaban la comprensión y el horror. Galt hizo una señal de asentimiento, a la vez que sonreía veladamente.

—No tengo que decirte —continuó —que si obro así, no es por deseo de realizar un autosacrificio. No quiero vivir según sus condiciones, no quiero obedecerles y no quiero verte soportar un crimen premeditado. Después no existirían valores a los que pudiera aspirar. Y no me gusta vivir sin valores. No tengo que decirte que no debemos consideración moral alguna hacia quienes nos mantienen bajo la amenaza de una pistola. Así es que utiliza todo el poder de engaño de que seas capaz para convencerles de que me detestas. Sólo así dispondremos de una posibilidad de escapar. No sé cuándo ni cómo, pero estoy seguro de conseguirlo. ¿Me has comprendido?

Ella hizo un esfuerzo para levantar la cabeza, mirarle de frente y asentir.

—Cuando vengan —la instruyó Galt—, diles que has intentado encontrarme para revelarles mi paradero; que entraste en sospecha al ver mi nombre en vuestras nóminas y que viniste a investigar.

Ella asintió.

—Vacilaré en admitir mi identidad. Pueden reconocer mi voz, pero aun así, la negaré. Serás tú quien les diga que yo soy el John Galt al que buscan.

Dagny tardó unos segundos más, pero al final aceptó también aquello.

—Más tarde reclamarás y aceptarás la recompensa de quinientos mil dólares que han ofrecido por mi captura.

Ella cerró los ojos y luego asintió también.

—Dagny —continuó él lentamente—, bajo su sistema no existe modo de servir los propios valores. Más tarde o más temprano, tanto si lo pretendes como si no, te situarán en un punto en el que lo único que puedes hacer en mi favor es volverte contra mí. Concentra tus fuerzas… Así nos ganaremos esta media hora… y quizá el futuro.

—Lo haré —prometió ella firmemente—. Si ocurre así, si ellos…

—Sucederá. No lo lamentes. Yo no lo lamentaré tampoco. No te has dado cuenta aún de la naturaleza de nuestros enemigos. La conocerás ahora. Aunque tenga que ser un peón, lo haré con placer, con el fin de ganarte de una vez para siempre. No deseabas esperar más tiempo, ¿verdad? ¡Oh, Dagny, Dagny, tampoco yo!

Fue el modo en que la apretó, el modo en que la besó en la boca, lo que la hizo sentir cual si todos los pasos que había dado hasta entonces, todos los peligros, todas las dudas, incluso la traición contra él, si es que existía dicha traición, le confiriese el derecho a experimentar la emoción que la embargaba en aquellos momentos. Él percibió en su rostro la lucha desarrollada en su interior, la tensión de una incrédula protesta contra sí misma, y Dagny oyó su voz a través de los mechones de pelo sobre los que él tenía puestos los labios:

—No pienses en ellos ahora. No pienses en el dolor o en el peligro o en nuestros enemigos, un instante más de lo que es necesario para combatirlos. Estás aquí. Es nuestro tiempo y nuestra vida. No te esfuerces en no ser feliz, porque lo eres.

—¿Aun a riesgo de destruirte? —susurró.

—No será así. Pero… incluso de este modo. No creas que es indiferencia. ¿Fue acaso indiferencia lo que te obligó a venir aquí?

—Yo… —la violencia de la verdad la obligó a acercar su boca a la suya y murmurar unas palabras a su rostro—: No me importaba que tú o yo siguiéramos viviendo con tal de verte esta vez.

—Me hubiera decepcionado que no hubieses venido.

—¿Sabes lo que era esperar, esforzándose y retrasándolo un día y otro hasta…?

—¿Crees que no me doy cuenta? —preguntó suavemente, reprimiendo una sonrisa.

La mano de Dagny cayó en actitud de abandono. Pensaba en los diez años vividos por aquel hombre.

—Cuando oí tu voz por la radio —dijo—, cuando escuché la declaración más importante que jamás… No; no tengo derecho a revelarte lo que pensé de ella.

—¿Por qué?

—Porque aún crees que no la he aceptado.

—La aceptarás.

—¿Hablabas desde aquí?

—No. De3de el valle.

—¿Y luego regresaste a Nueva York?

—A la mañana siguiente.

—¿Has estado aquí desde entonces?

—Sí.

—¿Has oído las llamadas que se te han hecho noche tras noche?

—Desde luego.

Ella miró lentamente a su alrededor, posando las pupilas en las torres de la ciudad, más allá de la ventana, y luego en las vigas del techo, en el encalado de las paredes y en los barrotes metálicos del lecho.

—¿Has estado aquí todo el tiempo? —dijo—. ¿Has vivido doce años…

en este lugar… en un sitio así…?

—En un sitio así —repitió él abriendo la puerta que se hallaba al fondo de la habitación.

Dagny quedó sin aliento. Un largo e iluminado espacio desprovisto de ventanas se extendía más allá, cual una concha de suave y lustroso metal, semejante a un pequeño salón de baile a bordo de un submarino. Era el laboratorio más eficaz y moderno que hubiese visto en su vida.

—Pasa —le dijo él, sonriendo—. Ya no tengo por qué guardarte ningún secreto.

Fue lo mismo que atravesar la frontera hasta un universo distinto. Contempló el complejo equipo que resplandecía bajo una claridad difusa y atractiva, la instalación de brillantes cables, la pizarra llena de fórmulas matemáticas, las largas hileras de objetos, cuya forma se adaptaba a la implacable disciplina de un propósito determinado, y luego a los endebles tablones y al yeso corroído de la buhardilla. «O lo uno o lo otro», pensó; tal era la opción a que se enfrentaba el mundo: un alma humana sometida a trascendental alternativa.

—Quisiste saber dónde he estado trabajando durante once meses de cada año —dijo.

—Todo esto —indicó ella señalando el laboratorio—, ¿con el salario de… —se volvió hacia la buhardilla —de un trabajador cualquiera?

—¡Oh, no! Gracias a los derechos que Midas Mulligan me ha estado pagando por su central eléctrica, por su pantalla de rayos, por el transmisor y por unos cuantos trabajos más de la misma clase.

—Entonces… ¿por qué tenías que trabajar como obrero en el ferrocarril?

—Porque ningún dinero ganado en el valle puede ser gastado fuera del mismo.

—¿De dónde sacaste todo este equipo?

—Lo diseñé yo mismo. Fue fabricado en las fundiciones de Andrew Stockton. —Señaló un objeto del tamaño de una radio, situado en un rincón del aposento—. Ése es el motor que deseabas —se rió al verla boquiabierta y al observar el involuntario impulso que la obligó a adelantarse unos pasos—. No te molestes en estudiarlo. Ahora no se lo entregarás a ellos.

Dagny contemplaba los brillantes cilindros de metal y las espirales de alambre sugiriendo la misma forma oxidada que, cual una tallada reliquia, se hallaba en su vitrina de cristal bajo uno de los túneles del «Terminal Taggart».

—Proporciona mi propia fuerza eléctrica para el laboratorio —dijo—. De este modo nadie ha podido extrañarse de que un obrero gaste tan exorbitante cantidad de energía eléctrica.

—Pero si alguna vez encuentran esto…

—No lo encontrarán —dijo él con extraña y breve risa.

—¿Cuánto tiempo llevas…?

Se interrumpió sin extrañeza alguna. Lo que estaba viendo le producía una total tranquilidad interna. En la pared, tras una hilera de aparatos, pudo ver una foto recortada de un periódico; una foto suya, en pantalón y camisa, al lado de la locomotora, en la inauguración de la línea «John Galt». Tenía la cabeza levantada y su sonrisa parecía contener el significado y la claridad solar de aquella trascendental ocasión.

Un gemido fue su única respuesta al volverse hacia él; pero la expresión de su mirar se asemejaba a la suya en la fotografía.

—Yo fui el símbolo de lo que deseabas destruir en el mundo —dijo—. Y tú eras el símbolo de lo que yo deseaba conseguir. —Señaló la fotografía—. Eso es lo que los hombres esperan sentir en su vida una o dos veces, como una excepción en el curso de la misma. Pero yo… lo escogí como lo constante y lo normal.

Su mirada, la serena intensidad de sus ojos y de su mente confirieron realidad a sus palabras, en aquel momento de plenitud, dentro de la ciudad que se extendía más allá.

Cuando la besó, supo que sus brazos, al estrecharse mutuamente, estrechaban también el mayor de sus triunfos. Vivían una realidad no contaminada por el dolor o por el miedo, la realidad del Quinto Concierto de Halley. Aquélla era la recompensa que estuvieron deseando y por la que compartieron la que habían ganado.

El timbre de la puerta sonó.

La primera reacción de Dagny fue la de hacerse atrás. La de él, retenerla más firme y largamente.

Cuando Galt levantó la cabeza, sonreía. Limitóse a decir: —Ha llegado el momento de no sentir temor.

Salieron, y Dagny oyó cómo la puerta del laboratorio se cerraba firmemente tras de ellos.

Galt le alargó el abrigo en silencio, y esperó hasta que se hubo ceñido el cinturón y puesto el sombrero. Luego dirigióse a la entrada y abrió.

Los tres o cuatro hombres que penetraron en el recinto eran tipos musculosos que vestían uniforme militar. Cada uno llevaba dos pistolas al cinto. Sus rostros anchos estaban

desprovistos de forma y en sus ojos no se pintaba síntoma de inteligencia alguna. El cuarto, su jefe, era un paisano de aspecto frágil, que vestía costoso gabán, llevaba un bigote muy bien recortado, tenía los ojos azul pálido, y accionaba como un intelectual dedicado a las relaciones públicas.

Miró a Galt parpadeando y luego examinó la habitación. Dio un paso hacia delante, se detuvo; dio otro paso y volvió a detenerse.

—Ustedes dirán —empezó Galt.

—¿Es… es usted John Galt? —preguntó el otro con voz quizá demasiado alta.

—Así me llamo.

—¿Es usted el John Galt que buscamos?

—¿A cuál se refieren?

—¿Habló usted por radio?

—¿Cuándo?

—No dejen que los engañe —intervino Dagny con voz metálica y dura, dirigiéndose al jefe—. Es… John… Galt Puedo demostrarlo en el cuartel general. Procedan de acuerdo con ello.

Galt se volvió hacia ella, cual si le fuese desconocida.

—¿Quiere decirme quién es usted y qué deseaba?

El rostro de Dagny estaba tan impasible como el de los soldados.

—Me llamo Dagny Taggart y quería convencerme de que es usted el hombre al que el país busca.

Galt se volvió hacia el jefe.

—De acuerdo —dijo—. Yo soy John Galt. Pero si quieren que les conteste, saquen a su espía —señaló a Dagny —de aquí.

—¡Míster Galt! —exclamó el jefe con voz impregnada de profunda jovialidad—. Es un honor encontrarle, un honor y un privilegio. Por favor, míster Galt; no interprete equivocadamente nuestra visita; estamos dispuestos a concederle cuanto desee. No; desde luego no tiene por qué hablar con Miss Taggart, si no quiere; Miss Taggart sólo pretendía cumplir un deber patriótico, pero…

—He dicho que la quiten de mi vista.

—No somos enemigos suyos, míster Galt. Se lo aseguro. —Se volvió hacia Dagny—. Miss Taggart, ha prestado usted un servicio incalculable al pueblo. Se ha granjeado la más alta forma de gratitud colectiva. Permítanos hacernos cargo de esto a partir de ahora.

Los suaves movimientos de sus manos la instaban a retirarse, a desaparecer de la vista de Galt.

—Y ahora ¿qué quieren ustedes? —preguntó aquél.

—La nación le espera, míster Galt. Todo cuanto deseamos es una posibilidad para eliminar los malos entendidos. Tan sólo una posibilidad de cooperar con usted. —Su mano enguantada hizo una seña a sus tres acompañantes y los tablones crujieron conforme aquellos iniciaban en silencio la tarea de abrir cajones y armarios. Estaban registrando la vivienda—. El espíritu de la nación renacerá mañana por la mañana, míster Galt, cuando sepan que ha sido usted hallado.

—¿Qué desean?

—Tan sólo saludarle en nombre del pueblo.

—¿Estoy detenido?

—¿Por qué usar términos tan anticuados? Nuestra tarea consiste tan sólo en acompañarle hasta el consejo superior de la nación, donde su presencia se necesita urgentemente. —Hizo una pausa, pero no hubo respuesta—. Los altos jefes quieren conferenciar con usted; sólo conferenciar y llegar a una amistosa comprensión mutua.

Los soldados no encontraron nada, aparte de ropas y de utensilios de cocina. No había cartas, ni libros, ni siquiera un periódico, cual si en aquella buhardilla viviera un analfabeto.

—Nuestro objetivo consiste sólo en ayudarle a asumir el puesto que le pertenece dentro de la sociedad, míster Galt. Parece no darse cuenta de su propio valor público.

—Me doy cuenta.

—Estamos aquí sólo para protegerle.

—¡Cerrada! —exclamó un soldado, golpeando con el puño la puerta del laboratorio.

El jefe asumió una expresión insinuante.

—¿Qué hay detrás de esa puerta, mister Galt? —quiso saber.

—Propiedades personales.

—¿Quiere abrirla? —No.

El jefe extendió las manos en actitud de dolorosa decepción.

—Por desgracia no tengo más remedio. Hemos recibido órdenes, ¿comprende? Hemos de entrar en esa habitación.

—Pues entren.

—Se trata sólo de una formalidad, de una simple formalidad. No hay motivo por el que las cosas no hayan de desarrollarse de un modo amistoso. ¿Por qué no hace el favor de cooperar?

—Ya he dicho que no.

—Estoy seguro de que no querrá obligarnos a emplear… medios poco convenientes. —No obtuvo respuesta—. Estamos dotados de la autoridad suficiente como para echar abajo esa puerta, ¿sabe? Pero, desde luego, no queremos hacerlo. —Esperó sin obtener respuesta—. ¡Forzad la cerradura! —ordenó al soldado.

Dagny miró a Galt. Éste permanecía impasible con la cabeza en posición normal, mostrando las imperturbables líneas de su perfil y la mirada dirigida a la puerta. La cerradura era una pequeña placa cuadrada de cobre pulimentado, sin agujero ni ningún otro adminículo.

El silencio y la repentina inmovilidad de aquellos tres brutos contrastaban con la actividad del cuarto, mientras con sus herramientas de ladrón rascaban precavidamente la madera de la puerta.

Luego de algunos esfuerzos la madera cedió y algunos fragmentos cayeron al suelo; los golpes, aumentados por el silencio, parecían el tableteo de una ametralladora lejana. Cuando la herramienta del forajido atacó la placa de cobre, escucharon un ligero rumor tras de la puerta, no más alto que el suspiro de un ser fatigado. Al cabo de un minuto la cerradura cayó y la puerta estremecióse, abriéndose unos centímetros.

El soldado dio un salto hacia atrás. Su jefe se aproximó con paso irregular, semejante a una especie de hipo, y acabó de abrir del todo. Ante ellos sólo se veía un recinto negro como una cueva, cuyo contenido resultaba imposible de adivinar y cuya obscuridad no revelaba nada.

Se miraron uno a otro y luego a Galt. Éste no se movió. Permanecía contemplando las tinieblas.

Dagny los siguió cuando atravesaron el umbral, precedidos por los rayos de luz de sus linternas; el espacio que se encontraba más allá era un largo recinto de metal vacío, excepto por el polvo que cubría el suelo; un extraño polvo de un gris blancuzco, que parecía pertenecer a ruinas que llevaran allí siglos entero3. El aposento estaba muerto como un cráneo vacío.

Dagny se volvió para que no observara en su rostro el grito interior que en ella provocaba el saber lo que aquel polvo fuera minutos antes. «No intentes abrir esa puerta», le había dicho a la entrada de la central eléctrica de la Atlántida». «…Si quisieras echaría abajo, la maquinaria que contiene quedaría convertida en escombros… No trates de abrir esa puerta», se repitió, pero al propio tiempo llegó a la conclusión de que lo que ahora veía no era sino la forma material de una declaración más importante aún: «No trates de formar una mente».

Los hombres retrocedieron en silencio hasta llegar a la puerta. Luego se detuvieron inseguros en distintos lugares de la buhardilla, como objetos abandonados por la marea baja.

—Bien —dijo Galt, tomando su abrigo y dirigiéndose al jefe—. Vámonos.

* * *

Tres pisos del Hotel Wayne-Falkland habían sido evacuados y transformados en recinto militar. Centinelas con ametralladoras se hallaban a cada vuelta de los largos y alfombrados pasillos; otros, con bayoneta calada, se hablan apostado en los rellanos de las escaleras para incendios. Las puertas del ascensor de los pisos 59, 60 y 61 estaban cerradas con candados; una sola de ellas y un único ascensor quedaban como medio de acceso, guardados por soldados con equipos de combate. Hombres de aspecto extraño haraganeaban por los vestíbulos, los restaurantes y las tiendas del piso bajo. Sus ropas eran demasiado nuevas y en exceso caras, en una imitación no conseguida plenamente de los habituales concurrentes al hotel. Tal enmascaramiento resultaba perjudicado por el hecho de que aquellas ropas no acababan de adaptarse por completo a las toscas figuras de sus portadores y mostraban bultos en lugares donde ningún negociante los hubiera llevado, pero sí quien fuera portador de armas. Grupos de guardianes con metralletas se hallaban apostados en las entradas y salidas del hotel, así como en ventanas estratégicas de los edificios vecinos.

En el centro de aquel campamento, en el piso 60, en lo que era conocido como «suite real» del Hotel Wayne-Falkland, entre cortinajes de seda, candelabros de cristal y guirnaldas de flores esculpidas, John Galt, vestido con pantalón y camisa, estaba sentado en un sillón de brocado, con una pierna extendida sobre un escabel de terciopelo y las manos cruzadas tras de la nuca, mirando al cielo.

Tal fue la postura en que lo halló míster Thompson cuando los cuatro guardianes, apostados a la puerta de la «suite real» desde las cinco de la madrugada, la abrieron a las once para dejar paso a míster Thompson, volviendo a cerrar tías él.

Míster Thompson experimentó un breve período de intranquilidad cuando la cerradura, con su seco chasquido, le cortó la retirada, dejándole a solas con el prisionero. Pero recordó los titulares de la Prensa y las voces de la radio que desde el amanecer anunciaban al país: «¡Ha sido hallado John Galt! ¡John Galt está en Nueva York! ¡John Galt se une a la causa del pueblo! ¡John Galt está celebrando una conferencia con los jefes del país, tratando de encontrar una rápida solución a todos nuestros problemas!», y se esforzó en convencerse de que era así.

—¡Bien, bien, bien! —dijo con aire animado, acercándose al sillón—.

¿De modo que es usted el joven iniciador de todo este conflicto…? ¡Oh! —exclamó súbitamente, al mirar más de cerca aquellos ojos verdes fijos en él—. Bien… Me siento realmente emocionado al conocerle, mister Galt. Emocionado de verdad. —Y añadió—. Soy mister Thompson, ¿sabe?

—¿Cómo está usted? —preguntó Galt.

Míster Thompson se dejó caer en una silla. La brusquedad de su movimiento sugirió una actitud dinámica, como quien se dispone a hablar de negocios.

—No se imagine que está detenido o algo por el estilo. —Señaló el recinto—. Como puede ver, esto no es ninguna cárcel. Habrá observado que lo tratamos bien. Es usted un personaje importante y lo sabemos. Obre como si estuviera en su casa. Pida lo que desee. Despida al primer idiota que no le obedezca. Y si alguno de los soldados que están fuera no le gusta, háganoslo saber y enviaremos a otro en su lugar.

Hizo una pausa expectante, pero no hubo respuesta.

—El único motivo por el que le trajimos aquí es el de celebrar una charla con usted. Hubiésemos preferido no portarnos de ese modo, pero no nos permitió otra opción. No hacía más que ocultarse. Por nuestra parte, todo cuanto deseábamos era la posibilidad de confesarle que ha conseguido confundirnos a todos.

Extendió las manos con las palmas hacia arriba, al tiempo que sonreía cual si pidiera perdón. Galt lo miraba sin pronunciar palabra.

—i Vaya discurso el suyo! ¡Es usted un auténtico orador! Ha hecho algo grande por el país… no sé qué cosa ni por qué motivo, pero así es. La gente parece desear algo que usted tiene. ¿Nos imagina opuestos a ello? Pues está en un error. No somos enemigos suyos. Personalmente creo que en su discurso hubo muchas cosas con sentido común. Sí, señor; lo creo. Desde luego, no estoy conforme con todo, pero, ¡qué diablo!, tampoco irá usted a suponer que sea así, ¿verdad? Las diferencias de opinión originan las competiciones. Por Jo que a mí respecta, no tengo inconveniente en cambiar de parecer y siempre me mostraré dispuesto al debate.

Se inclinó hacia delante, invitando a la respuesta; pero no la obtuvo.

—El mundo está hecho un lío. Exactamente como usted dijo. En eso estoy conforme y ambos tenemos un punto en común. Podríamos empezar desde ahí. Hay que hacer algo. Todo cuanto deseo es… Oiga —exclamó súbitamente—, ¿por qué no permite que le hable?

—Ya lo está haciendo.

—Yo… bueno; es decir… ya supone a lo que me refiero…

—Por completo.

—¿Qué tiene usted que decirme?

—Nada.

—¿Cómo?

—Nada.

—¡Vamos, vamos!

—Yo no he pretendido hablar con usted.

—Pero… pero escuche… ¡Tenemos muchas cosas que discutir!

—Yo no.

—Mire —insistió míster Thompson después de una pausa—, usted es un hombre de acción; un hombre práctico, desde luego. Aunque no entienda otras particularidades de su carácter, ésta sí la veo clara. ¿Es así?

—Desde luego, soy hombre práctico.

—Yo también. Podemos hablar sin ambajes. Poner nuestras cartas sobre la mesa. No sé lo que usted se propone, pero le ofrezco un trato.

—Siempre estoy dispuesto a aceptar tratos.

—¡Lo sabía! —casi gritó míster Thompson triunfante, dándose un puñetazo en la rodilla —. ¡Se lo dije a todos esos insensatos teorizantes intelectuales como Wesley!

—Siempre estoy dispuesto a un trato… con quienquiera que tenga algo que ofrecer.

Míster Thompson no pudo precisar qué le había producido aquel fallo en el corazón antes de contestar:

—Bien. Explíquese, amigo. Hable con claridad.

—¿Qué pueden ustedes brindarme?

—¿Cómo? Pues… cualquier cosa.

—¿Por ejemplo?

—Lo que usted diga. ¿Ha oído las llamadas que le hicimos por las emisoras de onda corta?

—Sí.

—Pues en ellas revelamos que estamos dispuestos a aceptar sus condiciones, cualesquiera que sean. Hablamos en serio.

—¿Me oyeron decir por la radio que no tengo condiciones con las que regatear? Yo también hablaba en serio.

—¡Oh! No nos ha entendido bien. Imaginó que queríamos luchar contra usted. Pero no es así. No somos tan estrictos. Estamos decididos a considerar cualquier idea. ¿Por qué no contestó a nuestras llamadas y asistió a una conferencia?

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—Porque… porque queríamos hablar con usted en nombre del país.

—No les reconozco derecho alguno a hacerlo.

—Escuche; no estoy acostumbrado… Bien. ¿No quiere escucharme?

—Ya le estoy escuchando.

—El país se encuentra en un estado caótico. La gente se muere de hambre y abandona sus trabajos. La economía se derrumba; nadie produce. No sabemos qué hacer. Usted sí. Usted sabe hacer funcionar las cosas. Estamos dispuestos a ceder. Queremos que nos diga cómo hay que obrar.

—Ya se lo dije.

—¿Cómo?

—Desaparezcan. Dejen el camino expedito.

—¡Imposible! ¡Se trata de una idea absurda! ¡No hay que pensar en ello siquiera!

—¿Lo ve? Ya le advertí que no teníamos nada que discutir.

—¡Espere! ¡Espere! ¡No hay que llegar a tales extremos! Siempre existe un término medio. No es posible tenerlo todo. No estamos… el pueblo no está dispuesto para ello. No querrá que destruyamos la maquinaria del Estado. Hemos de conservar el sistema. Pero estamos dispuestos a corregirlo. Lo modificaremos del modo que usted quiera. No somos obstinados, no somos dogmáticos teóricos, sino gentes de espíritu flexible. Haremos lo que nos diga. Le dejaremos actuar a su antojo. Cooperaremos. Aceptaremos condiciones. Nos partiremos los beneficios. Nosotros retendremos la parte puramente política, pero le otorgaremos poderes absolutos en la esfera económica. Le entregaremos la producción del país; le regalaremos toda su economía. Gobiérnela como quiera. Dé órdenes y promulgue directrices. Tendrá bajo su mando todo el poder del Estado para

obligar al cumplimiento de sus decisiones. Estaremos dispuestos a obedecerle, yo el primero. En el campo de la producción haremos lo que usted diga. Se convertirá… en el dictador económico de la nación.

Galt soltó una carcajada. La sencilla jovialidad de la misma causó profundo asombro a míster Thompson.

—¿Qué le sucede?

—¿De modo que ésa es su idea de un acuerdo?

—¿Cómo diantre…? ¡No se esté ahí sentado riendo de ese modo!… Me parece que no lo ha comprendido. Le estoy ofreciendo la tarea de Wesley Mouch. Nadie podría brindarle nada mejor… Quedará en libertad para hacer lo que quiera. Si no le gustan los controles, rechácelos. Si quiere mayores beneficios y salarios más bajos, decrételo. Si prefiere privilegios especiales para, los grandes magnates de la industria, garantícelos. Si le desagradan los sindicatos, disuélvalos. Si quiere una economía libre, ¡ordene que sea libre! Juegue sus bazas como quiera, pero haga funcionar todo esto. Organice el país. Obligue a la gente a trabajar de nuevo. Reanude la producción. Traiga a sus hombres… a esos hombres de inteligencia privilegiada, y condúzcalos a todos hacia una era pacífica, científica, industrial, en la que reine la prosperidad.

—¿Amenazado por una pistola?

—Escuche. Yo… pero, ¿qué hay de divertido en todo esto?

—¿Quiere contestarme tan sólo a una cosa? Si es capaz de pretender no haber oído una palabra de lo que dije por radio, ¿qué le hace suponer que estaré dispuesto a pretender no haberlas dicho?

—No sé a lo que se refiere. Yo…

—¡Adelante! Fue sólo una pregunta retórica. La primera parte de la misma contesta la segunda.

—¿Cómo?

—Si quiere que se Jo diga de otro modo… yo no juego lo mismo que usted, hermano.

—¿Rehusa mi oferta?

—En efecto.

—Pero, ¿por qué?

—Necesité tres horas de emisión para decírselo.

—¡Pero eso es pura teoría! Estoy hablando de negocios. Le ofrezco la tarea más importante del globo. ¿Quiere decirme qué tiene eso de malo?

—Lo que quise explicarle en tres horas de emisión fue que su proyecto no puede funcionar.

—Usted podría lograrlo.

—¿Cómo?

Míster Thompson extendió las manos.

—No lo sé. Si lo supiera, no habría venido a verle. Es usted quien debe averiguarlo. Usted, el genio industrial capaz de solucionar cualquier cosa.

—Ya le he dicho que no es posible.

—Usted puede hacerlo.

—¿Cómo?

—De algún modo. —Oyó la risa ahogada de Galt y añadió—: ¿Por qué se ríe? ¿Quiere decírmelo?

—Bien. Se lo diré. Quiere convertirme en dictador económico, ¿verdad?

—Sí.

—¿Obedecerá cualquier orden que yo dé?

—¡Desde luego!

—Pues entonces, empiece por abolir los impuestos sobre la renta.

—¡Oh, no! —gritó míster Thompson poniéndose en pie de un salto—. ¡No podemos! Eso… eso no figura en el campo de la producción, sino en el de la distribución. ¿Cómo pagaremos a los funcionarios del Gobierno?

—Despídalos a todos.

—¡Oh, no! Eso pertenece a la política, no a la economía. ¡No puede usted intervenir en cuestiones políticas! ¿No querrá tenerlo todo?

Galt cruzó las piernas sobre el taburete, colocándose aún más cómodamente.

—¿Quiere continuar la discusión? ¿O basta con lo hablado para darse cuenta de lo que deseo?

—Yo sólo… Se interrumpió.

—¿Le satisface que por mi parte lo haya comprendido todo?

—Mire —dijo míster Thompson tratando de aplacarlo y volviendo a sentarse en el borde de su silla—. No quiero discutir. No me gustan los debates. Soy hombre de acción. Dispongo de poco tiempo. Todo cuanto sé es que es usted muy listo, que posee la clase de cerebro que necesitamos. Que puede conseguirlo todo. Que puede hacer que las cosas funcionen con sólo proponérselo.

—De acuerdo, pero no acepto. No quiero ser dictador económico, ni siquiera el tiempo necesario para cursar esa orden de libertad que cualquier ser racional me arrojaría a la cara, sabedor de que sus derechos no pueden ser retenidos, Hados o recibidos por su permiso o con el mío.

—Dígame —preguntó míster Thompson, mirándole reflexivo—. ¿Qué persigue usted?

—Ya se lo expliqué por radio.

—Pues no lo veo claro. Afirmó obrar de acuerdo con su egoísta interés y eso lo comprendo perfectamente. Pero, ¿qué puede usted desear en el futuro que no le sea posible ahora, y además ofrecido en bandeja? Le creí egoísta… y hombre práctico. Le ofrezco un cheque en blanco sobre lo que desee y ahora me sale con que no lo acepta. ¿Por qué?

—Porque se trata de un cheque en blanco sin provisión de fondos…

—¿Cómo?

—Porque no tiene ningún valor que ofrecerme.

—Puedo entregarle lo que me pida. Limítese a expresarlo.

—Dígalo usted.

—Bien; ha estado hablando mucho de riqueza. Si lo que quiere es dinero, le diré que ni en tres vidas normales podría conseguir lo que puedo entregarle en un minuto, en este mismo instante y en efectivo. ¿Quiere un billón de dólares?… ¿Un billón, limpio de polvo y paja?

—¿Y qué tendré que producir para ganármelo?

—Nada. Lo sacaremos del tesoro público, en billetes completamente nuevos… o… o incluso en oro si lo prefiere.

—¿Y qué compraría con ello?

—Imagine. Cuando el país vuelva a levantar la cabeza…

—Querrá decir cuando yo vuelva a levantarlo de su postración.

—Bien. Si lo que quiere es llevar las cosas a su modo, si lo que anhela es el poder, le garantizo que todo hombre, mujer o niño de esta nación obedecerá sus órdenes y hará lo que usted desee.

—¿Luego de que yo les haya enseñado cómo hacerlo?

—Si quiere algo para los suyos… para todos esos hombres que han desaparecido… tareas, destinos, autoridad, exención de impuestos, cualquier favor especial… dígalo y lo conseguirán.

—¿Luego de que yo los haga volver?

—Bueno, ¿qué diablos pretende?

—¿Para qué diablos lo necesito a usted?

—¿Cómo?

—¿Qué puede ofrecerme que no pueda conseguir por mí mismo?

Había en los ojos de míster Thompson una expresión distinta cuando retrocedió como acorralado. Pero aun así, miró a Galt a la cara por vez primera, y dijo lentamente:

—Sin mí no podría usted salir de este cuarto.

—Desde luego —admitió Galt sonriente.

—No podría producir nada. Estoy en situación de dejarle morir de hambre encerrado aquí.

—Lo creo.

—Entonces, ¿se da cuenta? —La ruidosa jovialidad de antes volvió a la voz de mister Thompson, como si aquella insinuación expresada y percibida, pudiera quedar eliminada tan sólo con un poco de humor—. Lo que puedo ofrecerle es su vida.

—Se trata de algo que no está en su mano conceder, míster Thompson —dijo Galt suavemente.

Algo en el tono de su voz obligó a míster Thompson a mirarle nuevamente y a desviar otra vez las pupilas. La sonrisa de Galt parecía casi nueva.

—Y ahora —dijo—, ¿se da cuenta de mi intención cuando afirmé que un cero no puede ejercer una hipoteca sobre la vida? Soy yo quien ha de garantizarle esta clase de hipoteca, y no lo hago. La suspensión de una amenaza no constituye pago; la negación de un elemento negativo no es recompensa; la retirada de sus rufianes armados no constituye incentivo; la oferta de no asesinarme, no representa ningún valor.

—¿Quién… quién ha hablado de asesinarle?

—¿Y quién ha hablado de algo distinto? Si no me retuviera usted aquí, amenazado por las armas, bajo amenaza de muerte, no habría tenido la posibilidad de hablarme. Pero eso es cuanto sus armas pueden conseguir. No pienso dar nada a cambio de una eliminación de amenazas. No compro mi vida a nadie.

—Eso no es cierto —dijo míster Thompson con expresión brillante—. Si se hubiera roto una pierna, pagaría al médico que se la arreglase.

—Pero no si fuese él quien me la hubiera roto. —Sonrió a míster Thompson, que guardó silencio—. Soy hombre práctico, míster Thompson. Y no creo práctico beneficiar a personas cuyo única norma de conducta se basa en romperme los huesos. No creo práctico alimentar a un grupo de rufianes para que me protejan.

Míster Thompson parecía pensativo; luego movió la cabeza.

—No le creo a usted hombre práctico —expresó—. Porque un hombre práctico nunca ignora la realidad, no pierde el tiempo deseando que las cosas sean distintas o intentando

variarlas. Las acepta tal como son. Lo retenemos aquí y esto es un hecho. Le guste o no, es un hecho y debe actuar de acuerdo con él.

—Ya lo hago.

—Quiero decir que debe cooperar. Reconocer la situación existente, aceptarla y ajustarse a la misma.

—Si padeciera usted envenenamiento de la sangre, ¿se atendría a él o procuraría eliminarlo?

—¡Oh! Eso es distinto. Se trata de una cuestión meramente física.

—¿Quiere ello decir que, según usted, lo físico admite la corrección y en cambio sus caprichos no?

—¿Cómo?

—¿Quiere eso decir que la naturaleza física puede ajustarse al hombre, que sus caprichos se hallan por encima de las leyes de la naturaleza y son los hombres quienes han de ajustarse a ellos?

—Lo único que quiero decir es que soy yo quien manda.

—¿Con una pistola en la mano?

—¡Oh! Olvídese de esas pistolas. Yo…

—No puedo olvidar un hecho tan real, míster Thompson. Resultaría poco práctico.

—De acuerdo. Esgrimo una pistola. ¿Qué piensa hacer?

—Actuar de acuerdo con ello y obedecerle.—. ¿Cómo?

—Haré cuanto usted me diga que haga.

—¿Habla en serio?

—Completamente. En un sentido literal. —Observó cómo la ansiedad pintada en la cara de míster Thompson se desvanecía levemente, siendo substituida por el asombro—. Ejecutaré todo cuanto me ordene. Si me dice que ocupe el despacho de un dictador económico, lo haré. Si me ordena sentarme a un escritorio, me sentaré. Si me ordena cursar una directriz, la cursaré.

—¡Oh! El caso es que no sé qué directrices se deben cursar.

—Yo tampoco.

Se produjo una larga pausa.

—Bien —dijo Galt—. ¿Cuáles son sus órdenes?

—Quiero que salve la economía del país.

—No sé cómo salvarla.

—Ha de encontrar un medio.

—No sé cómo encontrarlo.

—¡Quiero que piense!

—¿Lo conseguirá gracias a su pistola, míster Thompson?

Míster Thompson le miró en silencio y Galt vio en sus apretados labios, en su prominente mentón, en sus ojos entornados, el mismo aire de un jactancioso adolescente a punto de expresar un argumento filosófico que podría resumirse en esta frase: «Voy a saltarte los dientes». Galt sonrió, mirando directamente a su interlocutor, cual si escuchara la frase no expresada y la subrayase con su actitud. Míster Thompson desvió las pupilas.

—No —dijo Galt—. Usted no quiere que piense. Cuando fuerza a un hombre a actuar contra su parecer y su juicio, es su pensamiento el que desea suprimir. Anhela convertirlo en un «robot». Pues bien, obraré de acuerdo con esto.

Míster Thompson suspiró.

—No lo comprendo —dijo en tono de auténtica resignación—. Algo se me escapa y no sé qué. ¿Por qué se busca estos líos? Con una inteligencia como la suya, podría derrotar a cualquiera. No soy rival para usted y lo sabe perfectamente. ¿Por qué no simula unirse a nosotros? Luego podría conseguir un dominio absoluto de la situación y dejarme de lado.

—Por la misma razón que le impulsa a usted a ofrecerme ese trato: porque sería usted el vencedor.

—¿Cómo?

—El empeño de los mejores para derrotarle según sus propias condiciones, ha permitido a los de su clase salirse con la suya durante siglos. ¿Quién de los dos triunfaría si yo tuviera que competir con usted para ejercer el control sobre sus guardaespaldas? Desde luego, podría simular; pero no sólo no salvaría su economía ni su sistema, porque nada puede ya salvarlos, sino que perecería, y lo que usted ganara sería lo mismo que siempre han ganado en otros tiempos: una demora, un aplazamiento de la ejecución por un año más o un mes, adquirido al precio de cuanta esperanza y esfuerzo pudiera ser extraído a los restos humanos abandonados a su alrededor, incluyéndome a mí. Eso es lo que persigue y tal es el alcance de su radio de acción. ¿Un mes? Usted lo dejaría en una semana, basándose en la indefectible suposición de que siempre quedará otra víctima. Usted ha encontrado a la última, a la única que rehúsa desempeñar su papel histórico. El juego ha terminado.

—¡Oh! ¡Eso es pura teoría! —replicó míster Thompson, cuyos ojos se posaban en distintos lugares de la habitación cual si anhelase pasear por la misma y lo substituyera por aquella movilidad visual.

Luego miró la puerta deseoso de escapar.

—¿Dice usted que si no abandonamos el actual sistema pereceremos? —preguntó.

—Sí.

—Entonces, puesto que lo retenemos cautivo perecerá usted con nosotros, ¿verdad?

—Posiblemente.

—¿No desea vivir?

—Desde luego. —Sonrió al ver el chispazo que fulguraba en las pupilas de míster Thompson—. Y aún le diré más: deseo vivir con mucha más intensidad que usted. Cuenta con ello, ¿verdad? En realidad no desea usted vivir. En cambio, yo sí. Y a causa de desearlo tanto, no aceptaré substitución alguna.

Míster Thompson se puso en pie bruscamente.

—¡No es verdad! —gritó—. ¡No es verdad que yo no desee vivir! ¿Por qué habla de ese modo? —Permanecía en pie, con los miembros contraídos, cual si sintiera un repentino frío—. ¿Por qué dice esas cosas? No sé lo que significan. —Retrocedió unos pasos—. Tampoco soy un pistolero. No es cierto. No tengo la menor intención de causarle daño. Jamás quise perjudicar a nadie. Deseo que la gente me aprecie. Quiero ser su amigo… ¡Quiero ser su amigo! —gritó.

Galt lo observaba sin expresión, sin otorgarle el menor indicio de lo que pensaba, limitándose a eso: a mirarle.

Míster Thompson empezó a ejecutar movimientos bruscos e innecesarios, cual si se hallara dominado por la impaciencia.

—Tengo que apresurarme —dijo—. ¡Me esperan tantas entrevistas! Ya hablaremos de esto con más tiempo. Piénselo bien. Reflexione cuanto quiera. No intento coartarle. Tómeselo con calma. Considérese en su casa. Pida lo que desee: comida, bebida, cigarrillos, lo mejor de todo. —Señaló las ropas de Galt—. Voy a ordenar que el sastre

más caro de la ciudad le confeccione unos trajes decentes. Quiero que se acostumbre a lo mejor. Quiero que se sienta cómodo y… oiga —preguntó, quizá con un exceso de indiferencia—, ¿tiene usted familia? ¿Algún pariente al que quiera ver?

—No.

—¿Amigos?

—No.

—¿Novia?

—No.

—No me gusta verlo tan solitario. Podemos dejar que lo visiten; permitir la entrada a quien usted indique, si es que le interesa recibir a alguien.

—No.

Míster Thompson se detuvo al llegar a la puerta. Volvióse hacia Galt un instante y sacudió la cabeza.

—No consigo entenderlo —dijo—. No consigo entenderlo. Galt sonrió, encogióse de hombros y repuso:

—¿Quién es John Galt?

* * *

El hielo formaba una enmarañada madeja sobre la entrada del Hotel Wayne-Falkland y los guardianes aparecían extrañamente abandonados bajo el círculo de luz. Se arrebujaban en sus gabanes con la cabeza baja, apretando sus armas cual si buscaran calor, como si la idea de utilizar la agresiva violencia de sus proyectiles contra la tempestad confiriese algún consuelo a sus cuerpos.

Desde el otro lado de la calle, Chick Morrison, el Regidor Moral, en camino hacia una conferencia en el piso 59, notó que los raros y letárgicos transeúntes no se tomaban la molestia de mirar a los guardianes, del mismo modo que no miraban tampoco los empapados titulares de un montón de periódicos en el puesto de un vendedor estremecido y harapiento: «John Galt promete prosperidad».

Chick Morrison movió la cabeza intranquilo. Seis días de artículos en primera plana acerca de los esfuerzos unidos de los altos dirigentes del país que trabajaban con John Galt, para dar forma a una nueva política, no habían logrado resultado alguno. La gente se movía cual si no le importase lo que sucediera a su alrededor. Nadie se dio cuenta de su presencia, excepto una vieja pordiosera que le alargó la mano en silencio cuando se aproximaba a las luces de la entrada. Pasó ante ella de prisa y unas gotas de agua procedentes del hielo cayeron sobre la palma nudosa y desnuda de la pedigüeña.

Era su recuerdo de las calles lo que daba cierto tono sombrío a la voz de Chick Morrison cuando se puso a hablar al círculo de rostros en la habitación de míster Thompson, situada en el piso 59. La expresión de aquellas caras coincidía con el sonido de su voz.

—Me parece que esto no funciona —dijo señalando a un montón de informes aportados por sus agentes «pulsadores de la opinión»—. Todo cuanto dice la Prensa acerca de nuestra colaboración con John Galt no ejerce influencia alguna en la gente. Nadie cree una palabra. Algunos dicen que Galt nunca colaborará con nosotros. Otros ni siquiera creen que se halle aquí. No sé qué le pasa a la gente. Ya no creen nada. —Suspiró—. Tres fábricas cerraron anteayer en Cleveland. Cinco cerraron en Chicago ayer. En San Francisco…

—Lo sé, lo sé —estalló míster Thompson, apretándose la bufanda un poco más, porque la caldera de calefacción se había estropeado—. No existe opción. No tenemos más remedio que obligarle a ceder y hacerse cargo de esto. ¡Debe aceptar!

Wesley Mouch miró al techo.

—No me digan que hable con él otra vez —indicó estremecido—. Lo intenté, pero es imposible conseguir nada.

—¡ Yo tampoco puedo, míster Thompson! —exclamó Chick Morrison en respuesta a la mirada de aquél—. Si desea que lo haga, presentaré la dimisión. ¡No puedo hablar con él de nuevo! ¡No me obligue!

—Hablar con él —dijo el doctor Floyd Ferris —es perder el tiempo. No escucha una palabra.

Fred Kinnan se rió por lo bajo.

—Lo que usted quiere decir es que ese hombre escucha demasiado.

Y peor aún: contesta adecuadamente.

—Bien, ¿por qué no lo intenta usted otra vez? Parece haber disfrutado con la prueba. ¿Por qué no trata de persuadirle?

—He cambiado de idea —respondió Kinnan—. No trate de engañarse a si mismo, hermano. Nadie conseguirá persuadirlo. Por mi parte no lo intentaré dos veces… ¿Dice que he disfrutado? —añadió con expresión de asombro—. Sí… Sí; tal vez.

—¿Qué le sucede? ¿Es que se está dejando dominar por él? ¿Va a permitir que se salga con la suya?

—¿Quién, yo? —preguntó Kinnan riéndose sin alegría—. ¿De qué iba a servirme? Seré el primero en desaparecer con la basura en cuanto él venza…

—Contempló el techo pensativo—. Es un hombre que habla sin ambajes.

—¡No vencerá! —exclamó míster Thompson—. ¡Eso queda fuera de toda duda!

Se produjo una larga pausa.

—En Virginia Occidental se han producido disturbios motivados por el hambre —expuso Wesley Mouch—. Y los agricultores de Texas…

—¡Míster Thompson! —intervino Chick Morrison desesperado—. Quizá… quizá obraríamos bien dejando que el público le viera… por ejemplo, en una reunión en masa… o acaso en la televisión… Tan sólo verlo, para que se convenzan de que está con nosotros… Conferiría esperanza a la masa durante un tiempo… y a nosotros nos proporcionaría también un respiro.

—Demasiado peligroso —replicó el doctor Ferris—. No hay que permitirle que se aproxime al público. No sabemos lo que puede hacer.

—Tendrá que doblegarse —dijo míster Thompson con terquedad—. Tiene que unirse a nosotros. Uno de ustedes…

—¡No! —gritó Eugene Lawson—. ¡Yo no! ¿No quiero verle! ¡Ni siquiera una vez! ¡No tengo necesidad de creer nada!

—¿Cómo? —preguntó James Taggart, en cuya voz sonaba una nota de peligrosa e inquieta burla; Lawson no contestó—. ¿De qué está asustado?

—El desdén de su tono parecía anormal, como si el ser testigo de un miedo todavía mayor le tentara a desafiar el suyo propio—. ¿Qué es lo que teme creer, Gene?

—¡No quiero creerlo! ¡No quiero! —La voz de Lawson tenía algo de rugido y de gemido a un tiempo—. ¡No pueden hacerme perder mi fe en la humanidad! ¡No deberían permitir que fuera posible un hombre semejante! ¡Un implacable egoísta que…!

—¡Valiente pandilla de intelectuales! —exclamó míster Thompson burlón—. Creí que podrían hablar con él en su propio lenguaje, pero les ha metido el miedo en el cuerpo. ¿Ideas? ¿Dónde están ahora sus ideas? ¡Hagan algo! ¡Oblíguenle a ceder! ¡Gánenlo para nosotros!

—Lo peor es que no desea nada —explicó Mouch—. ¿Y qué puede ofrecerse a un hombre que no desea nada?

—Lo que usted quiere decir —intervino Kinnan —es: ¿qué podemos ofrecer a un hombre que desea vivir?

—¡Cállese! —gritó James Taggart—. ¿Por qué ha dicho eso? ¿Qué le impulsó a decirlo?

—¿Qué le incitó a usted a gritar? —preguntó a su vez Kinnan.

—¡Calma! ¡Calma! —ordenó mister Thompson—. Son muy diestros en discutir entre sí, pero cuando se trata de entendérselas con un verdadero hombre…

—¿De modo que también le ha convencido a usted? —preguntó Eugene Lawson.

—¡Baje la voz! —le aconsejó míster Thompson fatigado—. ¡Es el bastardo más terco al que me enfrenté jamás! No lo entenderían ustedes. El hombre más obstinado de la tierra… —Un débil tono de admiración había sonado en su voz—. Tan duro como…

—Existen medios para persuadir a esos bastardos inflexibles —gruñó el doctor Ferris con aire casual—. Ya le he explicado cómo.

—¡No! —exclamó míster Thompson—. ¡No! ¡Cállese! ¡No pienso escucharle! ¡No le quiero oír! —Sus manos se movían frenéticas, cual si intentara rechazar algún obstáculo innominado—. Le dije… que eso no es cierto… que nosotros no… que yo no soy… —Sacudió la cabeza con violencia, cual si sus propias palabras constituyeran una imprevista forma de peligro—. No. Miren, muchachos. Lo que quiero decir es que hemos de mostramos prácticos y precavidos. Extraordinariamente precavidos. Hemos de manejar esto con calma. No podemos permitirnos provocarle o… causarle daño. No podemos correr riesgos sobre… cualquier cosa que le pueda ocurrir. Porque… si él desaparece, desapareceremos también nosotros. Es nuestra última esperanza. No lo olviden. Si se va, pereceremos. Lo saben tan bien como yo.

Miró a los hombres que le rodeaban y pudo ver que todos se daban cuenta de lo mismo.

El hielo de la siguiente mañana cayó sobre los artículos de primera página anunciando la celebración de una constructiva y armoniosa conferencia entre John Galt y los directivos del país la tarde anterior, y que había dado como resultado «el plan John Galt», que pronto seria anunciado al público. Los copos de nieve de la tarde cayeron sobre el mobiliario de un edificio cuya pared frontera se había derrumbado y sobre una muchedumbre de personas que esperaban en silencio junto a la ventanilla de una caja en cierta fábrica cuyo propietario acababa de desaparecer.

—Los granjeros de Dakota del Sur —informó Wesley Mouch a míster Thompson a la mañana siguiente —marchan sobre la capital del Estado, incendiando a su paso todos los edificios oficiales y toda casa cuyo valor supere los diez mil dólares.

—California es un caos —le anunció por la noche—. Se libra allí una auténtica guerra civil, pero nadie está seguro en realidad de lo que ocurre. Se han declarado en secesión, pero nadie sabe quién ostenta el poder. Los miembros del «Partido del Pueblo», dirigidos por Ma Chalmers y sus adoradores de los ritos orientales y de la dieta a base de habas combaten contra un grupo denominado «Vuelta al Señor», cuyos jefes son ciertos antiguos propietarios de explotaciones petrolíferas.

—¡Miss Taggart! —gimió mister Thompson cuando aquélla entró a la mañana siguiente en su cuarto del hotel, respondiendo a su llamada—. ¿Qué vamos a hacer?

Al tiempo de hablar se preguntó por qué había sentido el convencimiento de que ella estaba en posesión de una energía a la que recurrir. Miraba su rostro, que parecía sereno,

pero dicha serenidad resultaba inquietante, al observar que se prolongaba minuto tras minuto sin cambiar en absoluto. Su cara era exactamente igual que las demás, pensó, excepto por cierto fruncimiento de sus labios, que sugería paciencia.

—Tengo confianza en usted, Miss Taggart. Es más inteligente que mis muchachos —añadió—. Ha hecho más por el país que cualquiera de ellos. Además, dio con el paradero de ese hombre. ¿Qué podemos hacer? Todo cae hecho pedazos. Él es el único que puede sacarnos del atolladero… pero no accede. Simplemente rehúsa el mando. Jamás he visto nada igual: un hombre que no desea mandar. Le rogamos que dé órdenes y contesta que quiere obedecerlas. |Es absurdo!

—Lo es.

—¿Qué deduce usted de todo esto? ¿Puede entender su actitud?

—Es un egoísta arrogante —respondió Dagny—. Un aventurero ambicioso. Un hombre de ilimitada audacia, que trata de conseguir resultados lo más importantes posibles.

Se dijo que era fácil fingir. Hubiera resultado más difícil en aquellos tiempos en que consideró el lenguaje como un instrumento de honor para ser usado cual si uno hablara bajo juramento, un juramento de adhesión a la realidad y de respeto a los seres humanos. Ahora se trataba sólo de producir sonidos, sonidos inarticulados, dirigidos a objetos sin alma, sin relación a conceptos tales como realidad, humanidad u honor.

Aquella primera mañana le había resultado fácil informar a míster Thompson de cómo siguió a Galt hasta la casa de éste. Fue fácil también observar la sonrisa de míster Thompson y sus repetidas exclamaciones de: «(Ésta es la mujer que necesitamos!», proferidas con miradas de triunfo a sus ayudantes; el triunfo de un hombre cuyo juicio al confiar en ella acababa de quedar justificado. Fue fácil expresar odio y cólera hacia Galt. «Solía estar de acuerdo con sus ideas, pero no quiero que destruya mi ferrocarril», y escuchar la respuesta de míster Thompson: «No se preocupe, Miss Taggart. ¡La protegeremos de él!»

Había sido fácil asumir una expresión de fría astucia y recordar a míster Thompson los quinientos mil dólares de recompensa con voz clara y cortante, como el chasquido de una máquina sumadora al expulsar el bono con la cuenta de una compra. Había observado una breve pausa en los músculos faciales de míster Thompson, que luego se distendieron en una sonrisa más amplia y más brillante, como si en silencioso discurso declarara que no lo había esperado, pero que se sentía encantado de comprender los motivos que la hacían obrar así, y que era la clase de reacción que mejor interpretaba. «¡Desde luego, Miss Taggart! ¡Desde luego! ¡La recompensa es suya… sólo suya! ¡El cheque le será enviado con la cantidad total!»

Había resultado fácil, porque le parecía vivir en un terrible ultramundo, donde sus palabras y acciones ya no guardaban relación alguna con la realidad, sino sólo con actitudes deformadas, como en esos espejos de feria que proyectan deformidades, con destino a seres cuya conciencia no puede seguir siendo tratada como tal. Simple y cálido, como la ardiente presión de un alambre en su interior, como una aguja que seleccionara su ruta, sentía un único anhelo: la seguridad de John. El resto era una mancha borrosa e informe, formada a la vez por ácido y niebla.

Pensó estremecida que tal era el estado en que vivían todas aquellas gentes a quienes nunca comprendiera. Tal la situación que deseaban, la realidad imprecisa que preferían forjar; tal la tarea de simular, deformar, engañar, con sólo la crédula mirada de los ojos empañados por el pánico de un míster Thompson cualquiera, como único propósito y recompensa. Pensó en si quienes deseaban tal estado de cosas desearían también vivir.

—¿Resultados lo más importantes posible, Miss Taggart? —preguntó míster Thompson ansioso—. ¿De qué se trata? ¿Qué es lo que quiere?

—La realidad. La tierra.

—No acabo de entenderla, pero…, mire, Miss Taggart, si usted cree entenderlo, ¿quisiera… quisiera hablar con él una vez más?

Le pareció escuchar su propia voz, pero a muchos años luz de distancia, manifestando dar su vida por verle otra vez; pero en aquella habitación sólo escuchó la voz incolora de una desconocida contestando fríamente:

—No, míster Thompson. No lo haría. Confío en no volverle a ver jamás.

—Sé que no puede soportarlo y nada tengo que recriminarle. Pero, ¿no podría intentar…?

—Traté de razonar con él la noche en que conseguí hallarlo, pero sólo escuché insultos. Creo que le causo más disgusto que ninguna otra persona. No me perdonará el haber sido yo quien di con su escondrijo. Sería la última persona a quien se rindiera.

—En efecto… en efecto. Es verdad… Pero, ¿cree que se rendirá alguna vez?

La aguja indicadora osciló en su interior unos instantes, vacilando entre dos rutas: ¿diría que no y arriesgarse a que lo mataran? ¿Diría que sí para verles mantenerse en el poder hasta la destrucción del mundo?

—Sí, se rendirá —contestó firmemente—. Cederá si lo tratan con cautela. Es demasiado ambicioso para rehusar el poder. No le dejen escapar, pero no le amenacen ni le causen daño. El miedo no obrará efecto alguno en él porque es totalmente impermeable al mismo.

—Pero, ¿y si… visto el modo en que las cosas se están hundiendo… y si nos obliga a esperar demasiado?

—No lo hará. Es demasiado práctico. A propósito, ¿han hecho llegar hasta él algunas noticias acerca del estado del país?

—Pues… no.

—Sugiero que le entreguen copias de los informes confidenciales. Así se dará cuenta de que esto no puede prolongarse mucho.

—¡Una buena idea! ¡Una idea excelente!… Verá usted, Miss Taggart – añadió de improviso, mientras en su voz sonaba cierto desesperado afán—, me siento mejor cuando hablo con usted. Es porque le tengo confianza. Los demás no me la inspiran. Pero usted… es diferente. Es un temperamento sólido.

Ella lo miraba sin pestañear.

—Gracias, míster Thompson —dijo.

Había sido muy fácil… hasta empezar a caminar por la calle sin darse cuenta de que bajo el abrigo su blusa estaba húmeda y se le pegaba a los omoplatos.

De haberse hallado en condiciones de sentir algo, pensaba mientras discurría por entre la muchedumbre del terminal, hubiera sabido que la pesada indiferencia que ahora le provocaba el ferrocarril era aborrecimiento. No podía librarse de la idea de que sólo funcionaban trenes de carga. Para ella, los pasajeros no eran seres vivientes ni humanos, sino sólo mercancías. Le parecía insensato malgastar tan enorme esfuerzo para proteger la seguridad de trenes que sólo llevaban objetos inanimados. Contempló los rostros de los transeúntes en el terminal y se dijo que si él tenía que morir, si iba a ser asesinado por los dirigentes de aquel sistema, para que éstos pudieran continuar comiendo, durmiendo y viajando, ¿de qué le serviría proporcionarles trenes? Si tenía que gritar en demanda de ayuda, ¿acudiría uno solo de ellos en su defensa? Quienes habían escuchado su alocución por radio, ¿deseaban acaso que viviera?

El cheque de quinientos mil dólares le fue entregado aquella tarde en su despacho. Iba acompañado por un ramo de flores de míster Thompson. Miró el cheque y lo dejó caer

sobre la mesa. No significaba nada ni le hacía sentir nada, ni siquiera una leve insinuación de culpabilidad. Era sólo un pedazo de papel de no mayor importancia que los que llenaban el cesto de su despacho. No le importaba poder comprar con él un collar de diamantes o la basura de la ciudad, o la última comida que ingiriese. Jamás sería gastado en nada. No constituía un valor y nada de lo que adquiriese con él podría tenerlo. Se dijo que aquella inanimada indiferencia era el estado permanente de las personas que la rodeaban, de aquellos hombres sin propósito y sin pasión. Tal era el estado de las almas incapaces de evaluar nada. Quienes lo escogían, se preguntó, ¿deseaban vivir?

Las luces estaban averiadas en el rellano de la escalera cuando regresó a su casa aquella noche, aturdida por el cansancio. Por ello no pudo notar el sobre caído a sus pies hasta haber encendido la lámpara de su recibidor. Era un sobre cerrado que alguien había deslizado por debajo de la puerta. Lo tomó y al cabo de un instante empezó a reír sin producir sonidos, medio arrodillándose, medio sentándose en el suelo, con el fin de no moverse de allí, de limitarse a mantener la mirada fija en aquella nota escrita por una mano que conocía, la misma que trazara su último mensaje en el calendario sobre la ciudad. La nota decía:

Dagny:

Aguanta firme. Vigilólos. Cuando él necesite nuestra ayuda, llámame al OR. 6-5693.

Los periódicos de la mañana siguiente advertían al público que no creyera los rumores circulantes acerca de tumultos en los Estados del Sur. Pero los informes confidenciales enviados a míster Thompson declaraban que la lucha a mano armada había estallado entre Georgia y Alabama por la posesión de una fábrica de material eléctrico, una fábrica que ahora quedaba aislada de cualquier fuente de materias primas, tanto por la lucha como por las vías voladas a su alrededor.

—¿Ha leído los informes confidenciales que le mandé? —gimió míster Thompson aquella noche, enfrentándose una vez más a John Galt.

Iba acompañado de James Taggart, quien se había ofrecido para visitar al prisionero por vez primera.

Galt estaba sentado en una silla de duro respaldo con las piernas cruzadas, fumando un cigarrillo. Parecía sereno y a sus anchas. No pudieron descifrar la expresión de su cara, aparte de advertir que no demostraba síntoma alguno de temor.

—Lo he hecho —respondió.

—No queda mucho tiempo —opinó míster Thompson.

—En efecto.

—¿Permitirá que tales cosas continúen sucediendo?

—¿Y usted?

—¿Cómo puede sentirse tan seguro de su posición? —exclamó James Taggart, con voz no demasiado alta, pero sí dotada de la misma intensidad de un grito—. ¿Cómo puede empeñarse en unos tiempos así en seguir ceñido a sus ideas, a riesgo de destruir el mundo entero?

—¿Qué ideas creen que puedo considerar más seguras?

—¿Cómo puede demostrar ese aplomo? ¿Cómo puede saber? ¡Nadie puede estar seguro de los propios conocimientos! ¡Nadie! ¡Y usted no es mejor que otro cualquiera!

—Entonces, ¿para qué me retienen aquí?

—¿Cómo es capaz de jugar con las vidas de otros seres? ¿Cómo se permite un lujo tan egoísta como el de mantenerse hostil cuando el pueblo lo necesita?

—Querrá usted decir cuando necesitan mis ideas.

—¡Nadie está en lo cierto, ni se equivoca de un modo total! ¡El blanco y el negro no existen! ¡No posee usted el monopolio de la verdad!

Había algo equívoco en los modales de Taggart, pensó mister Thompson frunciendo el entrecejo; un resentimiento demasiado extraño y personal, como si lo que intentaban resolver allí no fuera meramente un asunto político.

—Si conserva algún sentido de la responsabilidad —estaba diciendo Taggart—, no se atreverá a correr el riesgo de no basarse más que en su propio juicio. ¡Debería unirse a nosotros, considerar otras ideas, aparte de las suyas, y admitir que también nosotros podemos tener razón. ¡Tendría que ayudarnos en nuestros planes! ¡Tendría usted…!

Taggart prosiguió hablando con febril insistencia, pero míster Thompson no estaba seguro de que Galt le escuchara. Se había levantado y paseaba por la habitación, pero no de manera impaciente, sino al modo casual de quien disfruta con el movimiento de su propio cuerpo. Míster Thompson notó la ligereza de sus pasos, la tensión de su espina dorsal y la relajación de sus hombros. Galt caminaba como si se sintiera inconsciente de su cuerpo y a la vez tremendamente consciente del orgullo que le hacía experimentar. Míster Thompson miró a James Taggart, que aparecía derrumbado, con su alta figura en desmañada distorsión, y vio cómo seguía los movimientos de Galt con expresión de un odio tan profundo que míster Thompson se estremeció, temeroso de que aquel aborrecimiento llegara a hacerse audible. Pero Galt no miraba a Taggart.

—¡…su conciencia! —decía Taggart—. ¡He venido aquí para apelar a su conciencia! ¿Cómo es posible que evalúe su mente por encima de millares de vidas humanas? La gente perece y… por lo que más quiera —añadió—, ¡cese de pasear!

—¿Es una orden? —preguntó Galt, deteniéndose.

—¡No, no! —se apresuró a intervenir míster Thompson—. No es ninguna orden. No queremos darle órdenes… —Y añadió—: Calma, Jim.

Galt reanudó su paseo.

—El mundo se hunde —continuó Taggart siguiendo a Galt con la mirada, sin poder evitarlo—. La gente muere y sólo usted puede salvarla. ¿Importa ahora quién tiene razón o quién está equivocado? Debe usted unirse a nosotros, aun cuando crea que sufrimos un error, y sacrificar su mente para salvar a otras personas.

—¿Por qué medios las habré salvado?

—¿Quién se cree usted que es? —gritó Taggart.

—Usted lo sabe muy bien —repuso Galt, deteniéndose.

—¡Es un egoísta!

—Lo soy.

—¿Se da cuenta de su clase de egoísmo?

—¿Y usted? —preguntó Galt mirándole a la cara.

Fue el lento hundimiento del cuerpo de Taggart en las profundidades de su sillón, mientras sus ojos seguían fijos en Galt, lo que hizo experimentar a míster Thompson un profundo temor acerca de lo que podía ocurrir.

—Diga —terció míster Thompson, con voz brillante y casual—, ¿qué clase de cigarrillos fuma?

Galt se volvió hacia él y repuso sonriendo:

—No lo sé.

—¿De dónde los ha sacado?

—Uno de sus guardianes me trajo un paquete. Según dijo, alguien se lo entregó para que me lo pasara… No se preocupe —añadió—, sus muchachos lo han sometido a toda clase de investigaciones. No había en él ningún mensaje oculto. Se trata únicamente del regalo de un admirador anónimo.

El cigarrillo que Galt sostenía entre sus dedos llevaba el signo del dólar.

James Taggart no era muy experto en la tarea de persuadir, según concluyó míster Thompson; pero Chick Morrison, al que llevó allí al día siguiente, no lo hizo tampoco mejor.

—Estoy dispuesto a situarme a su merced, míster Galt —dijo Chick Morrison con frenética sonrisa—. Tiene razón. Concederé que la tiene y todo cuanto deseo es simplemente su compasión. En lo más profundo de mi alma no puedo creer que sea un egoísta total, incapaz de sentir compasión hacia nadie. —Señaló el montón de papeles que había extendido sobre una mesa—. Es una rogativa firmada por diez mil escolares pidiéndole que se una a nosotros y los salve. Aquí tiene otra petición de un hogar para lisiados. Y otra firmada por los ministros de doscientas creencias distintas. Y un ruego de las madres del país. Lea todo esto.

—¿Es una orden?

—¡No! —gritó míster Thompson—. ¡No es ninguna orden! Galt siguió inmóvil, sin alargar la mano hacia aquellos papeles.

—Son gente sencilla y vulgar, míster Galt —dijo Chick Morrison en un tono con el que pretendía englobar la abyecta humildad de todos—. No pueden decirle lo que hay que hacer porque no lo saben. Se limitan a implorar. Son débiles e impotentes, ciegos e ignorantes. Y usted, tan inteligente y fuerte, ¿no puede sentir compasión hacia ellos? ¿No puede ayudarles?

—¿Dejando de lado mi inteligencia y siguiendo su ceguera?

—¡Quizá se equivoquen, pero no saben hacerlo mejor!

—En cambio yo sí que lo sé. ¿He de obedecerles?

—No quiero discutir, míster Galt. Tan sólo apelo a su bondad. Están sufriendo. Le ruego se compadezca de los que sufren. Yo… —añadió, notando que John miraba a la distancia, más allá de la ventana, con pupilas repentinamente implacables—. ¿Qué le sucede? ¿En qué piensa?

—En Hank Rearden.

—¿Eh?… ¿Cómo?

—¿Tuvieron compasión de Hank Rearden?

—¡Oh! ¡Eso es distinto!…

—¡Cállese! —repuso Galt con voz tranquila.

—Yo sólo…

—¡Cállese! —profirió míster Thompson—. No le haga caso, míster Galt. Lleva dos noches sin dormir. Tiene mucho miedo.

Al día siguiente el doctor Floyd Ferris no pareció sentir temor alguno, pero a juicio de míster Thompson, aquello fue peor. Observó cómo Galt guardaba silencio, sin contestar una palabra a Ferris.

—Es la cuestión de la responsabilidad moral la que usted quizá no haya estudiado suficientemente, míster Galt —dijo el doctor Ferris con quizá excesiva desenvoltura, en un tono de informalidad demasiado evidente—. Sólo habló por la radio acerca de pecados de omisión. Pero también hay pecados de omisión a los que tener en cuenta. Dejar de

salvar una vida es tan inmoral como cometer un crimen. Las consecuencias son las mismas y puesto que hemos de juzgar las acciones por sus consecuencias, la responsabilidad moral resulta idéntica… Por ejemplo, en vista de la desesperante carestía de alimentos, se ha sugerido que quizá sea necesario cursar una directriz ordenando que un tercio de los niños no mayores de diez años y de adultos mayores de sesenta, sean sacrificados para asegurar la supervivencia de los restantes.

Estoy seguro de que usted no querrá que suceda, ¿verdad? Una palabra suya lo evitaría. Si rehúsa y todas esas gentes son ejecutadas, habrá de cargar con la responsabilidad moral del hecho.

—¡Está usted loco! —gritó míster Thompson reponiéndose de la impresión recibida y poniéndose rápidamente en pie—. ¡Nadie ha propuesto semejante cosa! ¡Nadie ha pensado en ello siquiera! ¡Por favor, míster Galt! ¡No lo crea! ¡No sabe lo que dice!

—¡Oh, sí! Lo sabe muy bien —dijo Galt—. Responda a ese bastardo que me mire y que luego se mire al espejo y se pregunte si voy a creer que mi estatura moral se halla a merced de sus acciones.

—¡Fuera de aquí! —gritó míster Thompson, obligando a Ferris a ponerse en pie—. ¡Fuera! ¡No quiero seguir oyendo estupideces!

Abrió la puerta y empujó a Ferris, mientras el guardián contemplaba la escena asombrado.

Volviéndose a Galt, extendió los brazos y los dejó caer en actitud de impotencia total. El rostro de Galt era inexpresivo.

—Escuche —dijo míster Thompson suplicante—, ¿es que no hay una sola persona con quien acceda usted a hablar?

—No existe nada de que hablar.

—Hemos de hacerlo. Hemos de convencerle a usted. ¿Quiere hablar con alguien determinado?

—No.

—He creído que acaso… como Miss Taggart habla… o solía hablar… igual que usted en algunas ocasiones… quizá si mandara en su busca…

—¿Ésa? Desde luego, solía hablar como yo, pero constituye mi único fracaso. La creí inclinada a nuestro bando, pero me ha engañado con el fin de conservar su ferrocarril. Vendería la propia alma por su empresa. Si la trae aquí la abofetearé.

—¡No, no, no! ¡No es preciso que la vea si no quiere! No quiero perder más tiempo con gente que le impelan a una actitud equivocada. Sólo… sólo que si no es Miss Taggart, no sé a quién recurrir. Si… si encontrásemos a alguien a quien usted admitiera o…

—He cambiado de idea —dijo Galt—. Existe alguien con quien me gustaría hablar.

—¿Quién? —preguntó míster Thompson anhelante.

—El doctor Robert Stadler.

Míster Thompson emitió un largo silbido y movió la cabeza con aprensión.

—No es amigo suyo —le dijo en tono de sincera advertencia.

—Pues es la única persona a quien deseo ver.

—De acuerdo. Haremos lo que desee. Lo tendrá aquí mañana por la mañana.

Aquella noche, mientras cenaba con Wesley Mouch en sus habitaciones, mister Thompson contempló irritado el vaso de jugo de tomate colocado ante él.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿No hay jugo de uva?

Su médico le había prescrito jugo de uva como prevención contra la epidemia de resfriados.

—No hay jugo de uva —respondió el camarero con cierto extraño énfasis.

—Ocurre —explicó Mouch alicaído —que una pandilla de merodeadores atacó un tren en el puente Taggart sobre el Mississippi, volando las vías y destruyendo la estructura. No es nada grave y se está reparando, pero todo el tráfico queda interrumpido y los trenes de Arizona no pueden pasar.

—¡Es ridículo! ¿Es que no existe ningún otro…? —Míster Thompson se interrumpió; sabía que no existía ningún otro puente de ferrocarril en el Mississippi. Al cabo de un momento volvió a hablar con voz entrecortada—: Ordene que destacamentos del ejército guarden ese puente de día y de noche. Que se escojan los mejores hombres para la tarea. Si algo le sucediera al puente…

No terminó; permanecía sentado, con aire de abatimiento, contemplando los lujosos platos de porcelana y los delicados entremeses colocados ante él. La ausencia de una comodidad tan prosaica como el jugo de uva le hacía entrever de manera repentinamente real lo que sucedería a la ciudad de Nueva York si el puente Taggart quedaba destruido.

—Dagny —dijo aquella noche Eddie Willers—, el puente no constituye el único problema. —Pulsó con gesto brusco el interruptor de la lámpara de sobremesa, que en la forzada concentración de su trabajo ella se había olvidado de encender—. Ningún tren transcontinental puede partir de San Francisco. Una de las facciones en lucha allí, no sé cuál, se ha apoderado de nuestra estación término e implantado un «impuesto de partida» sobre todos los trenes. Es como si exigieran una especie de rescate por ellos. El jefe de la estación se ha marchado. Nadie sabe qué hacer allí.

—No puedo dejar Nueva York —respondió Dagny con pétrea firmeza.

—Lo sé —convino Willers suavemente—. Y por eso seré yo quien parta hacia allá para arreglar este asunto. O, al menos, para encontrar a alguien que quiera ejercer la tarea de director.

—¡No! ¡No quiero que lo hagas! ¡Es demasiado peligroso! Además, ¿de qué serviría? Ahora ya no importa. No hay nada que salvar.

—La «Taggart Transcontinental» sigue existiendo y yo permaneceré fiel a la misma. Dagny, dondequiera que vayas, podrás construir un ferrocarril. Pero yo ni siquiera siento deseos de iniciar una existencia nueva. Sobre todo después de lo ocurrido. Déjame hacer lo que aún me resulta posible.

—¡Eddie! ¿No querrás…? —Se detuvo, convencida de que era inútil—. De acuerdo, Eddie. Hazlo, si así lo deseas.

—Partiré en avión esta noche hacia California. He conseguido una plaza en un aparato militar… Sé que te irás en cuanto… en cuanto puedas abandonar Nueva York. Quizá cuando regrese, no estés aquí. Cuando estés dispuesta, vete, sin preocuparte de mí. No esperes para comunicármelo. Vete con cuanta rapidez te sea posible. Yo… yo me despido ahora.

Dagny se puso en pie. Estaban uno frente al otro. En la semiobscuridad del despacho, el retrato de Nathaniel Taggart pendía del muro entre ambos. Eran muchos los años transcurridos desde aquel distante día en que ambos aprendieron a caminar a lo largo de las traviesas de un ferrocarril. Eddie inclinó la cabeza y la mantuvo así unos momentos.

Dagny le tendió la mano.

—Adiós, Eddie.

Él la estrechó firmemente, con las pupilas fijas en su cara.

Empezó a retirarse, luego se detuvo, volvióse hacia ella y le preguntó en voz baja, pero serena, no con expresión de ruego ni tampoco en señal de desesperación, sino como el último gesto impregnado de consciente claridad de quien cierra un prolongado espacio de su vida.

—…¿Sabías… lo que siento acerca de ti?

—Sí —dijo ella dulcemente, comprendiendo en aquel momento que lo había sabido durante muchos años, aunque sin darle nunca expresión verbal—. Lo sé.

—Adiós, Dagny.

El débil retemblar de un tren subterráneo estremeció los muros del edificio, tragándose el de la puerta al cerrarse tras de Eddie.

A la mañana siguiente nevaba, y los copos, al derretirse, conferían un toque helado y cortante a las sienes del doctor Robert Stadler, conforme avanzaba por el largo pasillo del hotel «Wayne-Falkland» hacia la puerta de la «suite real». Dos tipos vigorosos le acompañaban; procedían del departamento de Acondicionamiento Moral, pero no ocultaban la clase de medios que emplearían gustosamente caso de ser necesario.

—Recuerde usted las órdenes de míster Thompson —le advirtió uno de ellos con desprecio—. Una palabra equivocada y lo lamentará, hermano.

El doctor Stadler se dijo que no era la nieve derritiéndose en sus sienes,, sino una hiriente presión interior la que le confería aquel estado de ánimo. No había logrado alivio alguno desde la escena de la noche pasada, cuando gritó a míster Thompson que no quería ver a John Galt. Había gritado presa de fiero terror, suplicando al círculo de rostros impasibles que no lo obligaran a aquello, sollozando que aceptaría cualquier cosa, menos dicha entrevista. Pero no accedieron siquiera a discutir, ni aun a amenazarle. Se habían limitado a darle órdenes. Pasó una noche insomne, diciéndose que no obedecería; pero ahora avanzaba hacia la puerta. La ardiente presión de sus sienes y la débil sensación de náusea que le producía la realidad, procedían del hecho de no poder convencerse por completo de ser quien era: el doctor Robert Stadler.

Notó el brillo metálico de las bayonetas de los guardianes ante la puerta y oyó el chasquido de una llave al ser accionada en una cerradura. Se halló avanzando de nuevo y oyó cómo la puerta se cerraba tras él.

Al otro lado del amplio recinto pudo ver a John Galt, sentado en el alféizar de una ventana; una figura alta y esbelta, vistiendo pantalón y camisa, con una pierna pendiendo hacia el suelo y la otra doblada; cogiéndose la rodilla con ambas manos y la cabeza cubierta de cabello dorado, destacando contra un fondo de firmamento gris. De pronto, el doctor Stadler creyó ver la figura de un niño sentado en la barandilla de un pórtico, en su propio hogar, cerca del claustro de la Universidad Patrick Henry, con el sol iluminándole el cabello y la cabeza erguida contra una extensión de cielo azul estival, a la vez que oía la apasionada intensidad de su propia voz, manifestando: «El único valor sagrado en el mundo, John, es la mente humana; la incorrupta mente humana…».

Y gritó a aquella figura de muchacho a través del recinto y a través de los años:

—¡No he podido evitarlo, John! ¡No he podido evitarlo!

Se cogió al borde de una mesa, buscando apoyo, como si la considerase una barrera protectora, aun cuando la figura sentada a la ventana no se hubiera movido.

—¡No soy yo quien te ha puesto en esta situación! —gritó—. ¡No quise hacerlo! ¡No he podido evitarlo! ¡No era mi deseo…! John, ¡no me lo recrimines! ¡No he sido yo! ¡Nunca pude hacer nada contra ellos! ¡Poseen el mundo! ¡No me han dejado espacio! ¿Qué es para ellos la razón? ¿Qué es la ciencia? ¡No tienes idea de lo implacables que saben mostrarse! ¡No los comprendes! ¡No piensan! ¡Son animales desprovistos de cerebro, movidos por sentimientos irracionales…, por sus egoístas, avarientos, ciegos e imprevisibles sentimientos! ¡Se apoderan de cuanto desean sin importarles las causas, los efectos o la lógica! Lo desean y ello basta para estos sanguinarios e implacables cerdos… ¿La mente? ¿No te das cuenta de lo fútil que es la mente contra estas hordas sin cerebro? Nuestras armas aparecen risibles e ineficaces; la verdad, el conocimiento, la razón, los

valores, los derechos. La fuerza es cuanto conocen; el fraude y el saqueo… ¡John! ¡No me mires así! ¿Qué podía yo hacer contra sus puños? Tenía que vivir, ¿verdad? Y no por mí mismo, sino por el futuro de la ciencia. Tenía que ser protegido, llegar a un acuerdo con ellos. No existe medio de vivir, excepto bajo sus condiciones. ¡No existe! ¿Me oyes? ¡No existe!… ¿Qué querías que hiciera? ¿Pasarme la vida implorando un empleo? ¿Rogando a mis inferiores que me entregaran fondos y asignaciones? ¿Hubieras preferido que mi trabajo dependiera del capricho de rufianes que sólo anhelan ganar dinero? No tenía tiempo para competir con ellos por dinero, o por mercados, o por alguno de sus miserables objetivos materiales. ¿Era ésa tu idea de la justicia? ¿Que se gastaran el dinero en licor, yates y mujeres, mientras las inapreciables horas de mi vida se desvanecían por falta de equipo científico? ¿Persuasión? ¿Cómo podía yo persuadirles? ¿Qué lenguaje emplear con quienes nada piensan?… ¡No sabes lo sortario que viví y hasta qué punto anhelé un chispazo de inteligencia! ¡Lo solitario, cansado e inútil que me consideré! ¿Por qué una mente como la mía tuvo que discutir con imbéciles e ignorantes? Si jamás contribuyeron con un centavo al incremento de la ciencia, ¿por qué no habían de ser forzados a ello? No era a ti a quien quería obligar a nada. Aquel arma no iba dirigida al intelecto. No iba dirigida a hombres como tú o como yo, sino tan sólo a estúpidos materialistas… ¿Por qué me miras así? ¡No tenía opción! No se puede escoger, excepto derrotarlos en su propio juego. ¡Oh, sí! Es su juego y son ellos quienes sientan las condiciones. ¿Con qué contamos los pocos que aún podemos pensar? Sólo cabe la esperanza de pasar inadvertidos y de engañarlos para que sirvan nuestro propósito… ¡No sabes cuan noble era el mío! Mi visión del futuro de la ciencia. ¡El conocimiento humano libre de ataduras materiales! ¡Un fin ilimitado sin restricción de medios! ¡No soy un traidor,

John! ¡No lo soy! Servía la causa de la mente. ¡Lo que preveía, lo que deseaba, lo que sentía no podía ser medido por sus miserables dólares! ¡Quería un laboratorio! ¡Lo necesitaba! ¿Qué me importaba su procedencia? ¡Era tanto lo que podía hacer en él! ¡Iba a alcanzar tales alturas! ¿Es que no tienes piedad? ¡Yo lo deseaba!… ¿Qué importaba que fueran forzados a atenderme? ¿Quién son ellos para pensar? ¿Por qué les enseñaste a rebelarse? ¡Todo habría funcionado perfectamente si no los hubieras obligado a retirarse! ¡Te aseguro que todo habría funcionado bien! ¡No sería como ahora!… No me acuses. No podemos ser culpables… todos nosotros… durante siglos… ¡No podemos equivocarnos de un modo tan completo!… ¡No se nos puede condenar! ¡No teníamos opción! ¡No existe otro modo de vivir en la tierra!… ¿Por qué no me contestas? ¿Qué es lo que ves? ¿Piensas en el discurso que has pronunciado? ¡Yo no quiero pensar en él! ¡Fue simple lógica! ¡Pero no se puede vivir tan sólo de lógica! ¿Me oyes?… ¡No me mires! ¡Estás pidiendo lo imposible! ¡Los hombres no pueden existir a tu manera! No permites un momento de debilidad; no concibes la humana flaqueza ni los sentimientos. ¿Qué quieres de nosotros? ¿Racionalismo veinticuatro horas al día, sin un descanso, sin un respiro, sin una escapatoria?… ¡No me mires, condenado! ¡Ya no te tengo miedo! ¿Me oyes? ¡Ya no te tengo miedo! ¿Quién eres tú para maldecirme, miserable fracasado? ¡He aquí a dónde ha conducido tu camino! ¡Ahí estás, atrapado, impotente, bajo guardia, para ser muerto por estos brutos en cualquier instante, y aún te atreves a acusarme de no ser práctico! ¡Oh, sí! ¡Te matarán! ¡No vencerás! ¡No te permitirán vencer! ¡Tú eres el hombre a quien ha de destruirse!

El jadeo del doctor Stadler se convirtió en un grito ahogado, cual si la inmovilidad de la figura en la ventana hubiera servido como silencioso reflector haciéndole comprender, de pronto, el pleno significado de sus propias palabras.

—¡No! —gimió el doctor Stadler moviendo la cabeza de un lado a otro para escapar a aquellos inconmovibles ojos verdes—. ¡No!… ¡No!… ¡No!…

La voz de Galt tenía la misma inflexible austeridad de su mirada al responder:

—Acaba usted de decir todo cuanto yo deseaba expresarle.

El doctor Stadler golpeó la puerta con los puños. Cuando le fue abierta, salió corriendo de la habitación.

* * *

Durante tres días, nadie entró en la suite de Galt, excepto los guardianes que le llevaban su comida. A primeras horas del cuarto, la puerta se abrió para dar pase a Chick Morrison, acompañado de otros dos hombres. Chick vestía de etiqueta y sonreía nervioso, aunque tal vez con aire un poco más confiado que de costumbre. Uno de sus compañeros era un un criado. El otro, un hombre musculoso, cuya cara formaba acusado contraste con su smoking; una cara de piedra, de párpados soñolientos, pupilas pálidas y movibles y nariz rota de luchador. Llevaba el cráneo rapado, excepto un poco de pelo rubio rizado en la parte superior y mantenía la diestra en el bolsillo del pantalón.

—Haga el favor de vestirse, míster Galt —dijo Chick Morrison persuasivo, señalando la puerta del dormitorio, donde un armario permanecía lleno de costosos trajes que Galt no se había molestado en ponerse—. Haga el favor de vestirse de etiqueta —añadió—. Es una orden, míster Galt.

Galt se metió silenciosamente en el dormitorio, seguido por los tres hombres. Chick Morrison se sentó en el borde de una silla, encendiendo y tirando cigarrillos, uno tras otro. El criado inició una serie de corteses movimientos, ayudando a Galt a vestirse y ofreciéndole los gemelos de la camisa y la chaqueta. El hombre musculoso permanecía en un rincón, con la mano en el bolsillo. Nadie decía una palabra.

—Tendrá usted que cooperar —explicó Chick Morrison cuando Galt estuvo listo, indicándole la puerta con un cortés ademán de invitación.

Con tanta rapidez que nadie pudo sentir el movimiento de su mano, el tipo musculoso agarró el brazo de Galt, al tiempo que le apretaba las costillas con una invisible pistola.

—No haga falsos movimientos —le advirtió con voz inexpresiva.

—Nunca los hago —repuso Galt.

Chick Morrison abrió la puerta. El criado se quedó atrás. Las tres figuras vestidas de smoking recorrieron silenciosas el vestíbulo en dirección al ascensor. Luego permanecieron inmóviles en el cubículo, mientras las lucecitas de los números colocados sobre la puerta, iban marcando su descenso.

El ascensor se detuvo en el entresuelo. Dos soldados armados precedieron a los tres hombres y otros dos los siguieron, conforme recorrían los largos y obscurecidos pasillos, desiertos, excepto por centinelas armados, colocados en los cruces. El brazo derecho del guardián quedaba unido al izquierdo de Galt; la pistola permanecía invisible para cualquier observador. Galt sentía la débil presión de aquélla en su costado, una presión expertamente mantenida, que si bien no causaba molestia alguna, tampoco daba ocasión a olvidarla.

El corredor conducía a una amplia puerta cerrada. Los soldados parecieron difuminarse en las sombras, cuando la mano de Chick Morrison tocó el pomo. Fue dicha mano la que abrió la puerta; pero el súbito contraste de luz y de sonido, semejó una explosión; la luz procedía de trescientas bombillas instaladas en los cegadores candelabros del gran salón del hotel «Wayne-Falkland». El sonido, de los aplausos de quinientas personas reunidas allí.

Chick Morrison precedió a los demás hacia la mesa de la presidencia, situada en un estrado dominando el recinto. La gente pareció comprender, sin necesidad de que nadie lo anunciara, que de las dos figuras que le seguían, era a aquel hombre alto y esbelto, de

cabello cobrizo dorado, a quien iban dirigidos los aplausos. Su cara poseía la misma cualidad que la voz escuchada en la radio: tranquila, confiada y remota.

El asiento reservado a Galt era el lugar de honor en el centro de la larga mesa, con míster Thompson esperándole a su derecha y el tipo musculoso colocándose habilidosamente a la izquierda, sin apartar el brazo, ni disminuir la presión de la pistola. Las joyas que resaltaban sobre los hombros desnudos de las mujeres transmitían el brillo de los candelabros a las sombras de las atestadas mesas junto a distantes paredes. El severo blanco y negro de las figuras masculinas ponía de relieve el solemne y ostentoso lujo de la estancia frente a los discordantes rasgos de las máquinas fotográficas, los micrófonos y el dormido equipo de televisión. La multitud se había puesto en pie, aplaudiendo. Míster Thompson sonreía mirando a Galt con la expresión anhelante y ansiosa del adulto que espera la reacción de un chiquillo ante un regalo generoso y espectacular. Galt se sentó dando frente a la ovación, sin ignorarla ni responder a la misma.

—Los aplausos que están escuchando —dijo un locutor de radio ante el micrófono situado en un ángulo del salón —constituyen el saludo a John Galt, que acaba de ocupar su lugar en la mesa de la presidencia. Sí, señores; John Galt en persona, como todos cuantos dispongan de un aparato de televisión podrán observar dentro de unos momentos.

«Debo recordar dónde me encuentro», pensó Dagny apretando los puños bajo el mantel, en la obscuridad de una mesita lateral. Resultaba difícil conservar su doble personalidad en presencia de Galt, a treinta metros de ella. Se dijo que no podía existir peligro ni dolor en el mundo mientras le fuera dable contemplar su rostro; mas, simultáneamente, experimentó un helado terror al mirar a quienes lo mantenían en su poder, recordando la ciega irracionalidad del tinglado montado por ellos. Se esforzó en mantener rígidos sus músculos faciales y en no traicionarse por una sonrisa de felicidad o por un rictus de pánico.

Se preguntó cómo se las había compuesto Galt para verla entre la muchedumbre. Percibió la breve pausa de su mirar, no observada por ninguna otra persona. Había sido más que un beso; un apretón de manos de aprobación y de ayuda.

No volvió a mirar hacia ella. Pero Dagny no podía forzarse a desviar las pupilas de donde él se encontraba. Le pareció asombroso verlo de etiqueta, llevando el smoking con tanta naturalidad. Parecía un uniforme de honor. Su figura obligaba a evocar algún banquete en el distante pasado, en ocasión de serle entregada alguna recompensa por méritos industriales. Recordó sus propias palabras con una punzada de añoranza, cuando dijo que las celebraciones sólo debían organizarse para quienes tenían algo que celebrar.

Se volvió, esforzándose en no mirarle con demasiada frecuencia, ni atraer la atención de sus compañeros. Había sido colocada en una mesa lo suficiente destacada frente a la concurrencia; pero al propio tiempo, obscurecida para no quedar en la línea visual de Galt, lo mismo que quienes incurrieron en el disgusto de aquél: el doctor Ferris y Eugene Lawson.

Notó que su hermano Jim estaba cerca del estrado. Podía ver su cara hosca entre las nerviosas figuras de Tinky Holloway y el doctor Simón Pritchett. Los torturados rostros sobresalían sobre la mesa del orador, no consiguiendo, pese a sus esfuerzos, ocultar su aspecto de seres soportando una dura prueba. La calma que se reflejaba en el rostro de Galt aparecía radiante por contraste con los otros. Se preguntó quién era en realidad el prisionero y quién el amo. Su mirada desplazóse lentamente por las personas alineadas en la mesa: míster Thompson, Wesley Mouch, Chick Morrison, algunos generales, algunos miembros de la legislatura y, de un modo absurdo, también míster Mowen, escogido como señuelo para Galt, como símbolo de los grandes negociantes del país. Miró a su alrededor, buscando al doctor Stadler, pero no se hallaba presente.

Las voces que llenaban la estancia hacían recordar un gráfico de temperatura, al elevarse de pronto para hundirse de nuevo en espacios de silencio. De vez en cuando, el estallido de una risa interrumpida, incompleta, provocaba el estremecido volteo de varias cabezas en las mesas vecinas. Todas las caras aparecían tensas y contraídas por la más evidente y menos digna de las tensiones: la de la sonrisa forzada. Dagny se dijo que aquella gente sabía, aunque no mediante su razón, sino gracias sólo a su pánico, que aquel banquete constituía el punto culminante y la esencia desnuda de su mundo. Estaban seguros de que ni su Dios ni sus armas podrían conseguir que aquella fiesta significase lo que tanto se esforzaban en pretender que expresara.

No pudo tragar el alimento colocado ante ella. Tenía la garganta como cerrada por una rígida convulsión. Notó que los demás comensales simplemente simulaban comer. El doctor Ferris era el único cuyo apetito no parecía afectado.

En el momento de ver una porción de helado en un recipiente de cristal ante ella, notó el repentino silencio de la sala y pudo escuchar el leve chirrido de los aparatos de televisión al ser arrastrados para empezar su funcionamiento. «Ahora», pensó con cierto sentimiento de expectación, sabiendo que idéntico interrogante acababa de surgir en todas las mentes. Los comensales miraban a Galt, pero éste ni se movió, ni cambió de actitud.

Nadie tuvo necesidad de imponer silencio cuando míster Thompson hizo seña a un locutor. En todo el recinto nadie parecía respirar.

—Ciudadanos —anunció el locutor ante el micrófono—. Tanto los de este país como los de cualquier otro que nos escuche. Desde el gran salón de baile del «Hotel Wayne-Falkland» de Nueva York, os estamos ofreciendo la inauguración del «Plan John Galt».

Un rectángulo de luz azulada apareció en la pared tras la mesa del locutor; era una pantalla en la que se proyectaban, para los invitados, las imágenes de las que el país iba ahora a ser testigo.

—¡El Plan John Galt en favor de la paz, la prosperidad y el beneficio común! —exclamó el locutor, mientras la estremecida escena del salón aparecía de improviso en la pantalla —. ¡El albor de una nueva era! ¡El producto de una armoniosa colaboración entre el espíritu humanitario de nuestros jefes y el genio científico de John Galt! Si vuestra fe en el futuro se ha visto disminuida por rumores tendenciosos, podréis ahora observar a nuestra gran familia felizmente unida en la tarea de dirigir… Señoras y caballeros — conforme la cámara de televisión se inclinaba hacia la mesa del orador y el estupefacto rostro de míster Mowen llenaba la pantalla, añadió—: Míster Horace Bussby Mowen, prototipo del industrial americano! —La cámara enfocó luego una ajada colección de músculos faciales que parecían formar una sonrisa—. ¡El general del Ejército, Whittington S. Thorpe! —Cual el investigador en un examen policial, la cámara fue pasando de un rostro a otro; todos aparecían macilentos a causa del miedo, de la evasión, la desesperación, la incertidumbre, el autodesprecio y la culpabilidad—: ¡Jefe principal de la Legislatura nacional, míster Lucían Phelps!… ¡Míster Wesley Mouch!… ¡Míster Thompson! —La cámara se detuvo en este último, quien dedicó una amplia sonrisa a la nación, y luego se volvió, mirando fuera de la pantalla hacia su izquierda, con aire de triunfante expectación—. Damas y caballeros —anunció el locutor solemnemente—. ¡John Galt!

«¡Cielos! —pensó Dagny—. ¿Qué van a hacer?» Desde la pantalla, la cara de John Galt miraba a la nación, sin dolor, sin miedo, sin culpa, implacable merced a su serenidad, invulnerable gracias a su estima propia. «¿Este rostro entre los demás? —pensó Dagny—. Lo que estén planeando no se ha logrado. Nada más puede o debe decirse. Ahí está el resultado de un código y del otro. Existe la elección y quienquiera que sea humano lo reconocerá así.»

—El secretario personal de míster Galt —dijo el locutor, mientras la cámara mostraba brevemente una cara borrosa, continuando en seguida su desplazamiento—. Míster Clarence «Chick» Morrison… Almirante Homer Dawley… Míster…

Dagny miró los rostros a su alrededor, preguntándose: «¿Notarán el contraste? ¿Lo habrán observado? ¿Se darán cuenta de él? ¿Querrán considerarlo un ser real?»

—Este banquete —empezó Chick Morrison en calidad de jefe de ceremonias— se da en honor de la mayor figura de nuestro tiempo, del más hábil productor, del hombre que sabe cómo hacer las cosas, del nuevo jefe de nuestra economía… ¡John Galt! Quienes hayan escuchado su extraordinaria disertación radiada, no abrigarán duda alguna de que es capaz de hacer funcionar el país. Se encuentra aquí para deciros que lo hará en favor de vosotros. Si os sentíais desconcertados por los anticuados extremistas que afirmaban que jamás se uniría a nuestra causa, ya no existen diferencias entre su modo de proceder y el nuestro. Ya no es preciso elegir entre él o nosotros. El acontecimiento de esta noche os demostrará que todo puede quedar reconciliado y unido.

«Una vez lo hayan visto —pensó Dagny—, ¿podrán mirar a cualquier otro? Una vez sepan que él es posible, que esto es lo que el hombre ha de ser, ¿qué otra cosa desearán buscar? ¿Sentirán deseo alguno, excepto de conseguir para su alma lo que él ha conseguido para la suya? ¿O van a verse detenidos por el hecho de que los Mouch, los Morrison, los Thompson no hayan optado por lo mismo? ¿Considerarán a los Mouch como a seres humanos y a él como a un imposible?»

La cámara enfocaba ahora distintos lugares del salón, lanzando a la pantalla y al país los rostros de los invitados más notables; los de los jefes, y de vez en cuando, el de John Galt. Éste parecía como si sus perspicaces ojos estudiasen a todos cuantos figuraban fuera de aquella habitación, a los hombres que lo estaban contemplando por todo el país. No era posible saber si escuchaba, porque ninguna reacción alteraba la compostura de su rostro.

—Me siento orgulloso de pagar tributo esta noche —dijo el jefe de la Legislatura al colocarse ante el micrófono —al mayor organizador económico que el mundo haya conocido jamás, al administrador mejor dotado y al más brillante planeador: John Galt, el hombre que ha de salvarnos. ¡Me encuentro aquí para darle las gracias en nombre del pueblo!

Dagny se dijo, presa de asqueada ironía, que tal era el espectáculo de la sinceridad del deshonesto. Y la parte más fraudulenta del fraude era que estaban decididos a todo aquello. Que ofrecían a Galt lo mejor que su punto de vista sobre la existencia podía ofrecerle. Intentaban tentarle con lo que para ellos era el sueño de las más altas consecuciones de la vida: la insensata adulación, la realidad de sus enormes pretensiones, la aprobación sin normas, el tributo sin contenido, el honor sin causa, la admiración sin razones y el amor sin código de valores.

—Hemos descartado todas nuestras insignificantes diferencias —estaba diciendo ahora Wesley Mouch ante el micrófono—. ¡Todos nuestros partidismos, todos nuestros intereses personales y nuestras egoístas opiniones, con el fin de servir bajo la abnegada jefatura de John Galt!

«¿Por qué escucharán? —pensó Dagny—. ¿Es que no ven la muerte en sus caras y la vida en la de él? ¿Hacia qué estado de cosas se inclinarán? ¿Qué desean para la raza humana?» Contempló las caras de los concurrentes. Todas aparecían nerviosas e inexpresivas, no mostrando más que el peso muerto, el letargo y el estancamiento de un miedo crónico. Miraban a Galt y a Mouch, incapaces de percibir diferencia alguna entre ellos o de experimentar preocupación por si dicha diferencia existía. Su mirada vacía, desprovista de crítica y de valoración declaraba: «¿Quién soy yo para saberlo?» Se estremeció, recordando la frase de Galt: «El hombre que declara ¿quién soy yo para saber? no hace

más que decir: ¿quién soy yo para seguir viviendo?» Ahora bien, ¿les importaba vivir? No parecía cosa de su incumbencia, ni siquiera por lo que al esfuerzo de provocar dicha cuestión respectara… Sin embargo, vio unos cuantos rostros que sí parecían preocupados. Miraban a Galt con desesperada súplica, con reflexiva y trágica admiración. Aquellos seres mantenían las manos lacias sobre las mesas ante ellos. Tratábase de hombres que sabían quién era él, que vivían en frustrado anhelo de su mundo, pero que mañana, si era asesinado ante sus ojos, mantendrían las manos tan lacias como entonces, mientras sus ojos mirarían hacia otra parte, al tiempo que preguntaban: «¿Quién soy yo para actuar?»

—La unidad de acción y de propósito —dijo Mouch —nos proporcionará un mundo mejor…

Míster Thompson se inclinó hacia Galt, diciéndole con amistosa sonrisa:

—Más adelante, después de que yo hable, tendrá que pronunciar usted unas palabras con destino al país. No, no; no un discurso largo, tan sólo una frase o dos. Sólo «un saludo para todos» o algo por el estilo, con el fin de que reconozcan su voz.

Cierto leve incremento en la presión del arma del «secretario» contra el costado de Galt, añadió un silencioso párrafo a su frase. Galt no contestó.

—El Plan John Galt —estaba diciendo Wesley Mouch —será la solución a todos los conflictos. Protegerá la propiedad de los ricos y otorgará una parte mayor a los pobres. Disminuirá el fardo de vuestros impuestos y os proporcionará mayores beneficios por parte del gobierno. Contribuirá a bajar los precios y aumentar los salarios. Conferirá mayor libertad al individuo y fortalecerá los lazos de las obligaciones colectivas. Combinará la eficacia de la empresa particular con la generosidad de una economía planeada.

Dagny observó algunas caras que miraban a Galt con odio. Le costó trabajo creerlo. La de Jim era una de ellas. Cuando la imagen de Mouch aparecía en la pantalla, dichas caías se relajaban en una expresión de aburrimiento, como si, no ya el placer, sino la comodidad de saber que nada se les exigía y que nada era firme o cierto, les proporcionase cierta satisfacción. Cuando la cámara se fijó en la imagen de Galt, los labios de aquellos espectadores se tensaron y sus facciones se agudizaron con una expresión precavida. Dagny comprendió con súbita certeza que temían la precisión de sus rasgos, la inflexible claridad de sus facciones, su aspecto de ente completo y su expresión de firme voluntad de existir. Lo aborrecían por ser él mismo, pensó, sintiendo un conato de frío horror cuando la naturaleza de sus almas apareció real ante ella. Lo aborrecen por su capacidad para vivir «¿Desean ellos vivir?», pensó burlona. No obstante el torpor de su mente, recordó aquella frase de John: «El deseo de no ser nada, es deseo de no ser».

Era ahora míster Thompson quien gritaba ante el micrófono, a su manera brillante y campechana:

—Y os digo: pegad un puntapié en los dientes a todos los que dudan y extienden la desunión y el deshonor. Os contaron que John Galt nunca se uniría a nosotros, ¿verdad? Pues bien: aquí está en persona, por propia decisión, sentado a esta mesa y a la cabeza de nuestro Estado. ¡Dispuesto para servir la causa del pueblo! Que ninguno de vosotros vuelva a provocar dudas, a huir o a abandonar. El futuro se encuentra ya aquí… ¡Y qué futuro! Con tres comidas diarias para todo el mundo; con un automóvil en cada garaje y energía eléctrica gratis producida por un motor como nunca se viera otro. ¡Todo cuanto habéis de hacer es tener paciencia un poco más! ¡Paciencia, fe y unidad! ¡Tal es la condición para el progreso! ¡Hemos de permanecer unidos entre nosotros y con el resto del mundo, como una enorme y gran familia trabajando por el bienestar común! ¡Hemos hallado a un jefe que batirá el record de nuestro más rico y activo pasado! ¡Su amor hacia la humanidad lo impulsa a venir aquí para serviros, protegeros y preocuparse de vosotros! ¡Ha escuchado vuestras súplicas y responde a la llamada de nuestro común deber

humano! ¡Cada uno debe proteger a su hermano! ¡Nadie es una isla en sí mismo! ¡Y ahora escucharéis su voz y su mensaje!… Señoras y caballeros —añadió solemne—, John Galt… hablando a la familia colectiva de la humanidad.

La cámara se movió hacia Galt. Éste permaneció silencioso un momento. Luego, con movimiento tan rápido y experto que la mano de su «secretario» no pudo impedirlo, se puso en pie, se inclinó hacia un costado dejando momentáneamente el cañón de la pistola expuesto a la vista del mundo, y luego, erecto, enfrentándose a las cámaras y mirando a todos sus invisibles espectadores, exclamó:

—¡Apartaos de mi camino, condenados!

CAPÍTULO IX

EL GENERADOR

—¡Apartaos de mi camino!

El doctor Robert Stadler oyó aquellas palabras por la radio de su coche. No supo si el siguiente sonido entre jadeo, grito y risa, había partido de él o de la radio. Pero sí escuchó el chasquido que lo interrumpió. La radio se había quedado muda. Ya no venía sonido alguno del hotel «Wayne-Falkland».

Manipuló nervioso los mandos, bajo el iluminado cuadrante. Pero el aparato no decía nada, no daba explicaciones ni formulaba excusas basadas en dificultades técnicas, ni se escuchaba música que substituyera a aquel silencio. Todas las emisoras estaban calladas.

Se estremeció, oprimió con fuerza el volante inclinándose sobre él como un jockey al final de una competición, y su pie apretó el acelerador. El breve trecho de carretera ante él pareció moverse al ser herido por los rayos de sus faros. No existía nada más allá de aquella franja, aparte del vacío de las praderas de Iowa.

No sabía por qué había estado escuchando la emisión, ni por qué temblaba ahora. Dejó escapar una risa ahogada, un malévolo gruñido, que igual podía dirigirse a la radio como a los habitantes de la ciudad o al firmamento.

Miraba los raros postes indicadores que jalonaban la carretera. No tenía necesidad de consultar el mapa porque, en el transcurso de cuatro días, dicho mapa se había impreso en su cerebro como una red de líneas trazadas con ácido. No podría apoderarse de «aquello», pensó, ni detenerse. Le parecía como si alguien le persiguiera, pero no había nada tras de él en muchas millas, excepto las dos luces rojas de sus faros pilotos, como dos minúsculas señales de peligro flotando por las tinieblas de las llanuras de Iowa.

El motivo impulsor que ahora dirigía sus manos y sus pies se originó cuatro días antes. Era el rostro de un hombre en el alféizar de una ventana y las caras que vio luego de escapar de aquella habitación. Les había gritado que no haría tratos con Galt y que ellos tampoco podían hacerlos; que Galt los destruiría a todos, a menos que lo destruyeran primero. «No se las dé de listo, profesor», le había contestado fríamente míster Thompson. «Se ha hartado usted de gritar que lo aborrece, pero en el momento en que pudo hacer algo, no nos ha prestado la menor ayuda. No sé hacia qué lado se inclina usted, pero si ese hombre no cede amistosamente, tendremos que recurrir a la presión. Existen rehenes a los que no querrá les sea causado ningún daño, y usted figura con el número uno de la lista, profesor.» «¿Yo?», había gritado, temblando de miedo al tiempo que exhalaba una risa desesperada y amarga. «¿Yo? ¡Si me ha maldecido más que a nadie en este mundo!» «Tengo entendido que fue usted su maestro —le había contestado míster Thompson—. Y no se olvide de que ha sido usted el único al que ha solicitado ver.»

Con el cerebro diluido por el terror, había experimentado la sensación de ir a quedar aplastado entre dos muros que avanzaran sobre él. Carecía de oportunidad alguna si Galt rehusaba rendirse. Y menos aún, si se unía a aquellos hombres. Fue entonces cuando una idea empezó a formarse en su cerebro, una idea basada en la imagen* de cierta estructura en forma de hongo, en mitad de una llanura de Iowa.

A partir de entonces todas las demás imágenes parecieron fundirse en aquélla. «El proyecto X» había pensado, sin saber si era la visión de dicha estructura o la de un

castillo feudal dominando la comarca, lo que prestaba el sentimiento de una época y de un mundo al que creía pertenecer… «Soy Robert Stadler —pensó—. Aquello es mío. Procede de mis descubrimientos. Dijeron que yo era el inventor… ¡Les daré una lección! —había pensado, aunque sin saber si sus palabras se dirigían al hombre en la ventana o a toda la humanidad… Sus pensamientos se habían convertido en fragmentos flotantes, sin conexión alguna entre sí—. Hay que hacerse con el mando… Les enseñaré quién soy… Hay que hacerse con el mando, gobernar… No existe otro modo de vivir en la tierra…»

Tales fueron las palabras que dieron forma verbal al plan que llevaba en la mente. Le había parecido que el resto era claro, claro a la manera de una salvaje emoción, gritando desafiadora que no era preciso aclarar nada. Se apoderaría del proyecto X y gobernaría una parte del país, sometiéndolo a su dominio feudal particular. ¿Medios? Su emoción había contestado: los habrá. ¿Motivos? Su mente repetía insistentemente que residían en su terror hacia la pandilla de míster Thompson; que no estaba seguro y que su plan era una necesidad práctica. En las profundidades de su cerebro, las emociones contenían otra clase de terror, ahogado igual que las conexiones entre los fragmentos rotos de palabras.

Aquellos fragmentos habían constituido la única brújula que dirigió su ruta durante cuatro días y cuatro noches, mientras conducía por desiertas carreteras a través de un país sumido en el caos; mientras imaginaba con demoníaca agudeza modos de conseguir compras ilegales de gasolina, mientras arrebataba horas a su inquieto sueño en obscuros motéis bajo nombres supuestos… «Soy Robert Stadler», pensaba, repitiendo interiormente dicha frase como una fórmula de omnipotencia. «Hay que hacerse con el mando», pensaba acelerando la marcha del vehículo, no obstante los fútiles semáforos en las calles de ciudades medio abandonadas; acelerando sobre el vibrante acero del puente Taggart al cruzar el Mississippi; acelerando ante las ruinas de algunas granjas en las desiertas planicies de Iowa… «Les enseñaré quién soy», pensaba. «Aunque me persigan, no lograrán detenerme», se dijo aun cuando nadie le persiguiera, excepto la trasera de su coche y el motivo impulsor, ahora ahogado en su mente.

Miró la silenciosa radio y se rió; su risa tuvo la cualidad emocional de un puño agitado al espacio. «Obro de un modo práctico —pensó—. No tengo opción… No me es posible seguir otro camino… Demostraré quién soy a esos insolentes gangsters que se han olvidado de que tratan con Robert Stadler… Todos se hundirán menos yo… i Sobreviviré!… ¡Venceré!… ¡Les demostraré quién soy!»

Aquellas palabras eran como pedazos de tierra en mitad de un pantano ferozmente silencioso, en cuyo fondo los contactos yacían sumergidos. Si sus palabras hubieran tenido ilación habrían formado la frase: «Les demostraré que no existe otro modo de vivir en la tierra…»

Las desperdigadas luces brillando en la distancia pertenecían a los cuarteles levantados en el emplazamiento del proyecto X, conocido ahora con el nombre de Ciudad de la Armonía. Conforme se iba acercando, observó que algo anormal sucedía allí. La valla de alambre espinoso estaba rota, y a la entrada no le salió al encuentro ningún centinela. Sin embargo, cierta clase de extraña actividad se observaba en los lugares obscuros y a la claridad de algunos oscilantes reflectores. Vio carros blindados, figuras que corrían gritando órdenes y el resplandor de bayonetas. Nadie detuvo su coche. En el ángulo de un cobertizo distinguió el cuerpo inmóvil de un soldado en el suelo. «Estará borracho», pensó, prefiriendo esta idea, aunque preguntándose por qué se sentía tan inseguro de la misma.

La estructura en forma de hongo se agazapaba sobre una altura frente a él. Brillaban luces en las estrechas rendijas de las ventanas. Las informes chimeneas sobresalían de la cúpula en la obscuridad. Un soldado le cerró el paso en el momento en que descendía del

automóvil. Iba armado, pero con la cabeza descubierta. El uniforme parecía venirle grande.

—¿Dónde va, compañero? —le preguntó.

—¡Déjeme paso! —ordenó desdeñoso el doctor Stadler.

—¿Qué le trae por aquí?

—Soy el doctor Robert Stadler.

—Y yo Joe Dew. Le pregunto qué hace por aquí. ¿Es uno de los nuevos o de los viejos?

—Déjame pasar, idiota. ¡Soy el doctor Robert Stadler!

No fue su nombre sino el tono de su voz y la forma de dirigirse a él lo que pareció convencer al soldado.

—De los nuevos —dijo. Y abriendo la puerta gritó a alguien que se hallaba dentro—: ¡Eh, Mac! Ocúpate del abuelo y ve qué es lo que quiere.

En el desnudo y penumbroso vestíbulo de cemento le salió al encuentro un hombre que hubiera podido pasar por oficial de no ser porque llevaba la guerrera desabrochada y un cigarrillo insolentemente prendido a la comisura de sus labios.

—¿Quién es usted? —le preguntó llevándose las manos a la pistolera.

—Soy el doctor Robert Stadler.

Pero aquel nombre no le causó efecto alguno.

—¿Quién le ha dado permiso para venir aquí?

—No necesito permiso.

Aquello pareció surtir su efecto; el hombre se quitó el cigarrillo de la boca.

—¿Quién le ha enviado a buscar? —preguntó algo inseguro.

—¿Quieres dejarme hablar con el comandante? —exigió impaciente el doctor Stadler.

—¿El comandante? Llega usted tarde, hermano.

—¡Pues entonces el ingeniero jefe!

—¿El ingeniero… qué? ¿Se refiere a Willie? Éste es uno de los nuestros, pero ahora se encuentra cumpliendo un encargo.

Había otras figuras en el vestíbulo, escuchando con aprensiva curiosidad. La mano del oficial hizo señas a una de ellas para que se acercara. Tratábase de un paisano sin afeitar, con un mugriento gabán echado sobre los hombros.

—¿Qué desea? —preguntó a Stadler.

—¿Quiere alguno de ustedes tener la amabilidad de decirme dónde se encuentran los caballeros del equipo científico? —preguntó el doctor Stadler en el tono cortés y perentorio de quien expresa una orden.

Los dos hombres se miraron entre sí como si tal pregunta resultara absurda en tal lugar.

—¿Viene usted de Washington? —preguntó el paisano suspicaz.

—No. Quiero que comprendan que he terminado con la pandilla de Washington.

—¡Ah! —exclamó el otro, al parecer complacido—. ¿Entonces es usted uno de los Amigos del Pueblo?

—Quisiera manifestarles que soy el mejor amigo que el pueblo haya tenido jamás. Soy el que le hizo entrega de todo esto —y señaló a su alrededor.

—¿De veras? —preguntó el otro impresionado—. ¿Es uno de los que llegaron a un acuerdo con el jefe?

—Yo soy el jefe aquí, a partir de ahora.

Los hombres se miraron, retrocediendo unos pasos. El oficial preguntó:

—¿Ha dicho que se llama Stadler?

—Robert Stadler. Y si no saben lo que esto significa, lo sabrán muy pronto.

—¿Quiere seguirme, señor? —le invitó el oficial con inquieta cortesía. Lo que sucedió a continuación no resultaba claro para el doctor Stadler, porque su mente rehusaba admitir la realidad de lo que estaba viendo. Pudo observar figuras agitándose en despachos mal iluminados y llenos de desorden. Todo el mundo iba armado. Le eran formuladas insensatas preguntas por voces bruscas en las que alternaban la impertinencia y el miedo. No supo si alguien trataba de darle una explicación porque no escuchaba; no podía permitir que aquello fuera cierto. En el tono de un soberano feudal, siguió repitiendo:

—A partir de ahora, soy el amo aquí… Yo doy las órdenes… He venido a hacerme cargo de esto… Soy el amo… Soy el doctor Robert Stadler. Si no habíais oído este nombre antes, ¿qué diablos hacéis aquí, condenados imbéciles! Podéis volar hechos pedazos. ¿Habéis seguido algún curso universitario de física? A juzgar por vuestro aspecto, ni siquiera habéis puesto los pies en una institución docente. ¿Qué hacéis aquí? ¿Quiénes sois?

Tardó algún tiempo en comprender que algo había hecho fracasar su plan, que alguien consideraba la existencia del mismo modo que él y se había empeñado en conseguir idéntico futuro. Se dijo que aquellos hombres, que se llamaban a sí mismos Amigos del Pueblo, se habían apoderado del proyecto X unas horas antes, intentando establecer un reino propio. Se rió en su cara con desprecio amargamente incrédulo.

—¡No sabéis lo que estáis haciendo, miserables delincuentes juveniles! ¿Os creéis… os creéis capaces de manejar un instrumento científico de tamaña precisión? ¿Quién es vuestro jefe? ¡Exijo verle!

Fue su tono de avasallante autoridad, su desprecio y el pánico que sentían, ese pánico ciego de quienes practican la violencia sin límites, de quienes no poseen normas indicadoras de su seguridad o su peligro, lo que les hizo vacilar y preguntarse si tal vez se trataría de algún miembro superior y secreto de quienes los mandaban. Se mostraban igualmente dispuestos a desafiar que a obedecer cualquier autoridad. Tras haber sido presentado a un nervioso comandante tras otro, se encontró finalmente descendiendo unas escaleras de hierro y caminando a lo largo de prolongados y resonantes corredores subterráneos de cemento, para ser recibido en audiencia por el «jefe» en persona.

El jefe estaba refugiado en una sala de control subterránea. Entre las complejas espirales de la delicada maquinaria científica que producía el rayo del sonido, contra el panel de resplandecientes mandos, cuadrantes e interruptores conocido como el «Xilófono», Robert Stadler se encontró frente al nuevo director del Proyecto X. Era Cuffy Meigs.

Llevaba una guerrera semimilitar y polainas de cuero; la carne de su nuca sobresalía sobre el cuello de la prenda; sus negros y rizados cabellos estaban húmedos de sudor. Paseaba tranquilo frente al Xilófono gritando órdenes a hombres que entraban y salían corriendo del recinto.

—¡Manden correos a cada jefatura de condado a nuestro alcance! ¡Comuníquenles que los Amigos del Pueblo han ganado! ¡Díganles que ya no deben acatar las órdenes de Washington! La nueva capital de la Comunidad del Pueblo es Harmony City, que a partir de ahora se llamará Meigsville. Díganles que mañana por la mañana habrán de entregar quinientos mil dólares por cada cinco mil habitantes.

Transcurrió algún tiempo antes de que la atención y las pálidas pupilas de Cuffy Meigs consiguieran fijarse en el doctor Stadler.

—Bien. ¿Qué sucede? ¿Qué sucede? —exigió.

—Soy el doctor Robert Stadler.

—¿Cómo…? ¡Ah, sí! El gran tipo de los espacios siderales, ¿verdad? El que atrapa átomos o algo así. Bien. ¿Qué chantre hace aquí?

—Soy yo quien debe interrogar.

—¿Cómo? Mire, profesor, no estoy de humor para bromas.

—He venido a hacerme cargo de todo esto.

—¿A hacerse cargo de qué?

—Del equipo. Del edificio. De todo el campo que lo rodea y que queda bajo su radio de acción.

Meigs le miró inexpresivo unos momentos y luego preguntó blandamente:

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—En automóvil.

—Quiero decir, ¿quién viene con usted?

—Nadie.

—¿Qué armas trae?

—Ninguna. Mi nombre basta.

—¿Ha venido sólo con su nombre y su automóvil?

—Sí.

Cuffy Meigs soltó una carcajada ante la cara del doctor.

—¿Cree usted —preguntó el doctor Stadler —que puede hacer funcionar una instalación como ésta?

—¡Márchese, profesor! ¡Márchese? ¡Desaparezca antes de que lo haga fusilar! ¡En este sitio no tenemos necesidad de intelectuales!

—¿Qué sabe usted de esto? —preguntó el doctor Stadler señalando al Xilófono.

—¿Qué me importa? ¡Los técnicos van a cinco centavos la docena en estos días! ¿Márchese! ¡Esto no es Washington! ¡Estoy harto de soñadores poco prácticos! ¡No llegarán a ningún sitio mientras sigan negociando con ese fantasma de la radio y pronunciando discursos! ¡Lo que aquí necesitamos es acción! ¡Acción directa! ¡Márchese, doctor! ¡Sus días han terminado!

Se movía de un lado a otro con aire inquieto, tocando de vez en cuando una palanca del Xilófono. El doctor Stadler comprendió que estaba achispado.

—¡No toque esas palancas, insensato!

Meigs echó hacia atrás la mano, involuntariamente, y luego la agitó desafiador ante el cuadro de instrumentos.

—¡Tocaré lo que quiera! ¿Es que va a decirme lo que tengo que hacer?

—¡Apártese de ahí! ¡Apártese! ¡Todo esto es mío! ¿Me ha comprendido? ¡Yo soy el propietario!

—Conque el propietario, ¿eh? —preguntó Meigs soltando una exclamación semejante a un ladrido y que pretendía ser una especie de risa.

—¡Yo lo inventé! ¡Yo lo creé! ¡Yo lo hice posible!

—¿De veras? Bien, muchas gracias, doctor. Muchas gracias, pero ya no le necesitamos. Disponemos de mecánicos propios.

—¿Tiene usted idea de lo que tuve que estudiar para realizar esto? ¡Es usted incapaz de inventar ni un solo tubo de los que lo componen! ¡Ni un simple contacto!

—Tal vez no —convino Meigs encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿cómo se atreve a pensar siquiera que es el amo? ¿Cómo se ha atrevido a instalarse aquí? ¿Qué derecho tiene a reclamar nada?

Meigs se palpó la pistolera.

—Éste es mi derecho.

—¡Escúcheme, borracho! —le increpó el doctor Stadler—. ¿Sabe con lo que está jugando?

—¡No me hable de ese modo, viejo estúpido! ¿Quién es usted para emplear semejante tono? Podría partirle la cabeza con mis propias manos. ¿Es que no sabe quién soy?

—¡No es usted más que un rufián miedoso salido de su cubil!

—¡Oh! ¿De veras? ¡Soy el Amo y no voy a permitir que un viejo espantapájaros se interponga en mi camino! ¡Salga de aquí!

Se estuvieron mirando unos instantes junto al cuadro de mandos del Xilófono, sintiéndose ambos acorralados por el miedo. Por lo que al doctor Stadler respecta, la raíz de dicho miedo, aunque no quisiera admitirlo, residía en su frenético forcejeo para no reconocer que estaba contemplando su producto final, que aquello era su hijo espiritual. El terror de Cuffy Meigs tenía raíces más amplias; abarcaba toda la existencia. Había vivido en crónico terror toda su vida, pero ahora se escorzaba en no reconocer lo que tanto había temido. En el momento de su triunfo, cuando pretendía sentirse seguro, aquella raza oculta y misteriosa, el intelectual, rehusaba temerle y desafiaba su poder.

—¡Salga de aquí! —gritó Cuffy Meigs—. ¡Llamaré a mis hombres! ¡Haré que le maten!

—¡Salga usted, infeliz, necio, insensato, canalla! —gritó a su vez el doctor Stadler—. ¿Cree que voy a dejar que se interfiera en mi vida? ¿Cree que es por usted por lo que he vendido…? —No terminó la frase—. ¡Deje de tocar esas palancas, maldito!

—¡No me dé órdenes! ¡No necesito que me diga lo que he de hacer! ¡No crea que me va a asustar con sus tonterías altisonantes! ¡Haré lo que me plazca! ¿Para qué he luchado si ahora no puedo obrar a mi antojo?

Soltó una risita burlona y alargó la mano hacia una palanca.

—¡En, Cuffy, calma! —gritó alguien en el fondo del aposento lanzándose como una flecha hacia delante.

—¡Atrás! —aulló Cuffy Meigs—. ¡Atrás todos! ¿Miedo yo? ¡Voy a enseñaros quién es el amo!

El doctor Stadler saltó hacia él para detenerle, pero Meigs lo apartó, empujándole con un solo brazo. Ahogó una carcajada al ver a Stadler caído en el suelo y con la otra mano oprimió una palanca del Xilófono.

El estampido, el rasgar del metal hecho pedazos y el fragor de las presiones entrechocando sobre circuitos ‹en forcejeo, el rumor de un monstruo que daba vueltas sobre si mismo, fue escuchado sólo dentro de la estructura. Fuera no se oyó nada. La estructura se levantó en el aire de manera repentina y silenciosa, se abrió en unos cuantos enormes pedazos, lanzó unos rayos sibilantes de luz azul hacia el cielo y volvió a caer como un montón de ruinas. En un radio de acción de cien millas que incluía parte de cuatro Estados distintos, los postes del telégrafo se vinieron abajo como palillos, las granjas quedaron convertidas en fragmentos, los edificios de las ciudades se hundieron como aplastados y triturados por un solo y fulminante golpe, sin tiempo para que los cuerpos retorcidos de las victimas pudieran escuchar nada.

Y en la periferia de aquel circuito, a mitad de camino en su cruce del Mississippi, la locomotora y los seis primeros vagones de un tren de pasajeros cayeron en el agua como una lluvia de metal, junto con los soportes de la parte occidental del puente Taggart cortado por su mitad.

En el emplazamiento de lo que en otros tiempos fuera el Proyecto X nada quedó vivo entre las ruinas, excepto, durante unos eternos minutos, el montón de carne destrozada y el aullante dolor de lo que en otros tiempos fue una mente ilustre.

* * *

Dagny se dijo que existía cierta sensación de fluida libertad en la idea de que una cabina telefónica constituyera su inmediato objetivo, sin que los de los otros transeúntes le importaran en absoluto. No se consideraba expulsada de la ciudad, sino que, por vez primera, ésta parecía pertenecerle, y por su parte la amaba como la había amado antes, con un sentimiento de posesión personal, solemne y confiado. La noche era tranquila y clara. Miró al cielo. De igual modo que su estado de ánimo se mostraba más solemne que alegre, conteniendo la promesa de un goce futuro, la atmósfera era más apacible que cálida, llevando en sí el atisbo de una lejana primavera.

«¡Apartaos de mi camino!», pensó sin resentimiento, casi divertida; con una sensación de aislamiento y de tranquilidad, dirigiendo la frase a los transeúntes, al tráfico cuando éste le impedía su apresurado paso y a cualquier temor que hubiera podido afectarla en otros tiempos. Hacía menos de media hora que escuchó a Galt pronunciar dicha frase, y su voz parecía resonar aún en el aire de las calles, mezclándose a cierto asomo de risa.

Ella también había reído, exaltada, en la sala de baile del Wayne-Falkland al oírsela decir. Se había reído apretándose la boca con la mano, a fin de que la risa afluyera sólo a sus ojos y a los de él cuando la miró directamente y tuvo noción de que la había oído. Se contemplaron durante un segundo sobre las cabezas de aquella muchedumbre boquiabierta y tumultuosa; sobre el estampido de los micrófonos rotos, aunque todas las emisoras quedaron instantáneamente mudas; sobre el ruido del cristal hecho pedazos al venirse las mesas al suelo, mientras algunas personas corrían como locas hacia las puertas.

Luego había oído cómo míster Thompson gritaba agitando un brazo y señalando a Galt: «¡Llevadlo de nuevo a su encierro, y vigiladlo a costa de vuestras vidas!» La muchedumbre se escindió cuando tres hombres lo empujaron ante ellos. Míster Thompson pareció irse a desplomar y apoyó la frente sobre un brazo; pero se rehízo, se puso en pie de un salto y accionó vagamente hacia sus guardaespaldas diciéndoles que salieran también de allí por una puerta particular. Nadie dirigió la palabra a los invitados, ni les dio instrucciones; algunos corrían ciegamente, ansiosos de escapar; otros permanecían inmóviles, sin atreverse a hacer un movimiento. La sala de baile era como un buque sin capitán. Dagny se abrió paso por entre la muchedumbre y siguió al grupo, sin que nadie intentara detenerla.

Los encontró apelotonados en un pequeño estudio particular: mister Thompson se había dejado caer en un sillón, sujetándose la cabeza con las manos; Wesley Mouch gemía; Eugene Lawson sollozaba como un chiquillo, presa de una rabieta; Jim observaba a los demás con cierta extraña y expectante intensidad.

—¡Ya os lo dije! —gritaba el doctor Ferris—. Os lo dije, ¿verdad? ¡He aquí a lo que hemos llegado con vuestra «persuasión pacífica»!

Dagny permaneció en pie junto a la puerta. No parecieron observar su presencia ni importarles.

—¡Presento la dimisión! —gritó Chick Morrison—. ¡Dimito! ¡Ya he soportado bastante! ¡No sé qué decir al país! ¡No puedo pensar nada, ni lo quiero intentar! ¡De nada sirve! ¡No pude evitarlo! ¡No iréis a echarme la culpa! ¡He dimitido!

Agitó los brazos en un informe gesto de futilidad o de adiós y salió corriendo de la habitación.

—Tiene un escondrijo bien provisto en Tennessee —dijo Tinky Holloway, reflexivo—, como si también él hubiera adoptado una precaución similar y se estuviese preguntando si había llegado el momento de utilizarla.

—No disfrutará de ella mucho tiempo… si es que consigue llegar a la misma —opinó Mouch—. Con las pandillas de ladrones y el estado en que se encuentran los transportes…

Extendió las manos sin terminar la frase.

Dagny comprendió los pensamientos que llenaban aquella pausa. Se dijo que, no obstante las escapatorias particulares que aquellos hombres hubieran preparado de antemano, todos empezaban a darse cuenta de que estaban atrapados.

No había terror en sus caras; se entreveían atisbos del mismo, pero como un terror forzado. Sus expresiones iban desde la apatía total o el aire de alivio de quienes estaban seguros de que el juego no podía terminar de otra manera y no realizaban esfuerzo alguno para oponerse al resultado o lamentarlo, hasta la petulante ceguera de Lawson, que rehusaba mostrarse consciente de nada, y la peculiar intensidad de Jim, cuya cara sugería una sonrisa oculta.

—Bien, bien —preguntaba impaciente el doctor Ferris con la chirriante energía de quien se siente tranquilo dentro de un mundo de histeria—. ¿Qué vais a hacer con él? ¿Discutir? ¿Debatir? ¿Pronunciar discursos?

Nadie contestó.

—Él… es… quien… tiene… que… salvarnos —dijo Mouch lentamente, como obligando a los últimos restos de su mente a sumergirse en la nada antes de expresar un ultimátum acorde con la realidad—. Tiene que… hacerse cargo de esto… y salvar el sistema.

—¿Por qué no le escribe usted una carta de amor acerca de ello? —preguntó Ferris.

—Tenemos necesidad… de obligarle… a que se haga cargo de esto… Hemos de forzarle a que gobierne —dijo Mouch como un sonámbulo.

—¿Se dan cuenta ahora del valor real de ese establecimiento que es el Instituto Científico del Estado?

Mouch no le contestó, pero Dagny pudo observar que todos parecían comprender lo que quiso decir.

—Usted se opuso a mi proyecto de investigaciones particulares por considerarlo «poco práctico» —dijo Ferris suavemente—. ¿Qué le dije yo?

Mouch no contestó; estaba haciendo crujir sus nudillos.

—No es momento para andarse con remilgos —expresó James Taggart con inesperado vigor, pero también su voz sonaba extrañamente baja—. No hay por qué mostrarse blandos.

—A mí me parece… —dijo Mouch alicaído —que… que el fin justifica los medios…

—Es demasiado tarde para escrúpulos o para principios —comentó Ferris—, Tan sólo la acción directa puede servir de algo.

Nadie contestó; se comportaban como impulsados por el deseo de que sus pausas, si no sus palabras, representaran el exponente de lo que estaban discutiendo.

—No servirá de nada —opinó Tinky Holloway—. Ese hombre no cederá.

—¡Eso es lo que usted cree! —exclamó Ferris dejando escapar una risita—. No ha visto nuestro modelo experimental en acción. El mes pasado conseguimos tres confesiones en tres casos de asesinato sin resolver.

—Sí… —empezó míster Thompson, pero su voz se quebró súbitamente en un gemido—. ¡Si muere todos pereceremos!

—No se preocupe —respondió Ferris—. No morirá. El «Convencedor Ferris» está protegido de un modo seguro contra dicha posibilidad.

Míster Thompson no respondió.

—A mí me parece… que no tenemos opción… —dijo Mouch casi en un susurro.

Guardaron silencio. Míster Thompson se esforzaba en no demostrar que se daba cuenta de que todos le estaban mirando. Luego gritó súbitamente:

—¡Oh! ¡Hagan lo que quieran! ¡No puedo impedirlo! ¡Obren a su antojo!

El doctor Ferris se volvió hacia Lawson.

—Gene —le dijo con expresión tensa—, corra hacia la oficina del radio-control y ordene a todas las emisoras que se mantengan a la escucha. Dígales que dentro de tres horas míster Galt volverá a hablar.

Lawson se puso en pie de un salto, sonriendo sin alegría y salió a toda prisa de la habitación.

Dagny comprendió. Comprendió lo que pretendían y lo que hacía posible semejante cosa. En realidad no pensaban que su proyecto pudiera salir bien. No imaginaban que Galt fuese a ceder ni deseaban que cediera. No creían que nada pudiera salvarles, pero no deseaban ser salvados. Movidos por el pánico de sus innominadas emociones, habían luchado contra la realidad durante el curso de sus vidas y ahora vivían unos momentos en los que, por fin, se sentían como en su casa. No era preciso saber por qué experimentaban aquella sensación. Quienes habían optado por no reconocer jamás sus sentimientos, experimentaban simplemente un sentido de autenticidad, puesto que era aquello lo que habían estado buscando; aquella la clase de realidad que siempre figuró implícita en sus sentimientos, sus acciones, sus deseos, sus inclinaciones y sus sueños. Tal era la naturaleza y el método de la rebelión contra la existencia y de la indefinida búsqueda de un innominado Nirvana. No querían vivir, querían que él muriese.

El horror que sentía Dagny fue sólo un breve espasmo, como el brusco cambio en una perspectiva; comprendió que los objetos que había considerado humanos, no lo eran. Tuvo una sensación de claridad, de respuesta decisiva, y comprendió que era preciso actuar. Él estaba en peligro. No había en su conciencia ni tiempo ni espacio para sentir emociones basadas en las acciones de lo infrahumano.

—Debemos asegurarnos —susurraba Wesley Mouch —de que nadie llegue a saber nada de esto…

—Nadie lo sabrá —dijo Ferris. Sus voces tenían ese tono rumoroso y precavido de los conspiradores—. Se trata de una unidad secreta, separada del emplazamiento del Instituto… A prueba de sonidos y a segura distancia del resto… Tan sólo muy pocos miembros de nuestro equipo han entrado allí…

—Si tuviéramos que volar… —empezó Mouch. Y se detuvo bruscamente como si hubiera observado una señal de precaución en la cara de Ferris.

Dagny vio cómo la mirada de Ferris se posaba en ella, como si de repente hubiera recordado su presencia. La sostuvo, dejándole observar su inflexible indiferencia, como si aquello no la preocupara ni lo comprendiera. Luego, cual si intuyese simplemente la señal para el inicio de una discusión particular, se volvió lentamente encogiéndose de hombros y salió de la estancia. Sabía que se hallaban más allá del estado en que su presencia pudiera causarles preocupación.

Caminó con la misma tranquila indiferencia por los vestíbulos y atravesó la puerta del hotel. Pero cuando se hallaba a un bloque de distancia y luego de haber vuelto una

esquina, irguió la cabeza y los pliegues de su traje de noche se movieron cual una vela, apretándose contra sus piernas, a causa de la súbita violencia de sus pasos.

Mientras corría en la obscuridad, pensando sólo en encontrar una cabina telefónica, experimentó una sensación nueva, que se elevaba irresistiblemente en su interior, más allá de la tensión provocada por e! peligro y por la incertidumbre: era el sentimiento de libertad de un mundo que nunca debió verse coartado.

Percibió la cuña de luz sobre la acera, procedente del escaparate de un bar. Nadie la miró dos veces cuando atravesaba el local semidesierto; los escasos parroquianos seguían esperando y murmurando expectantes frente al vacío cristal azulado de una pantalla de televisión.

De pie en el estrecho espacio de la cabina, cual si se hallara en un navío interplanetario dispuesto a partir hacia el espacio, marcó el número OR 6-5693.

La voz que le contestó inmediatamente era la de Francisco.

—Diga.

—¿Es Francisco?

—Hola, Dagny. Esperaba que me llamases.

—¿Has escuchado la retransmisión?

—Sí.

—Se proponen obligarle a ceder —explicó procurando conservar el tono de quien expresa un informe sin mayor importancia—. Quieren torturarle. Poseen una máquina llamada Convencedor Ferris, en un recinto aislado de los sótanos del Instituto Científico del Estado en New Hampshire. Han hablado de volar. Y aseguran que dentro de tres horas lo obligarán a que hable por radio.

—Comprendo, ¿llamas desde un teléfono público?

—Sí.

—Llevas todavía tu vestido de noche, ¿verdad?

—Sí.

—Escúchame con gran atención. Vete a casa, cámbiate de ropa y prepara unas cuantas cosas que te puedan ser necesarias. Llévate también las joyas y cualquier objeto de valor que quepa en tu equipaje y no olvides prendas de abrigo. No tendremos tiempo para nada de eso, después. Reúnete conmigo dentro de cuarenta minutos en la esquina noroeste, a dos bloques al este de la entrada principal del terminal Taggart.

—De acuerdo.

—Hasta luego, Slug.

En menos de cinco minutos se encontraba en el dormitorio de su piso, quitándose el vestido de noche, que quedó tirado al suelo como el desechado uniforme de un ejército en el que ya no quisiera servir más. Se puso un vestido azul obscuro, recordando las palabras de Galt, y un chaleco de punto blanco y cuello alto. Preparó una maleta y una bolsa con correa que se pudiera echar al hombro. Ocultó las joyas en un rincón de dicha bolsa, incluyendo el brazalete de metal Rearden que se había ganado en el mundo exterior, y la pieza de oro de cinco dólares conseguida en el valle.

Le fue fácil abandonar el piso y cerrar la puerta, aun cuando supiera que probablemente no volvería a abrirla. Por un instante le pareció duro tener que entrar en su despacho. Nadie la había visto. La antesala estaba desierta; en el gran edificio Taggart imperaba una tranquilidad inusitada. Permaneció unos instantes contemplando la estancia, rememorando los años vividos en ella. Luego sonrió, pensando en realidad que todo aquello no resultaba demasiado difícil; abrió la caja de caudales y tomó los documentos necesarios. No había en el despacho ninguna otra cosa que le interesara, excepto el retrato

de Nathaniel Taggart y el mapa de la «Taggart Transcontinental». Rompió los marcos y dobló la pintura y el mapa, guardándolos en la maleta.

Estaba cerrándola cuando oyó sonido de pasos apresurados. La puerta se abrió bruscamente y el ingeniero jefe entró tembloroso y con el rostro descompuesto.

—¡Miss Taggart! —gritó—. ¡Oh! Gracias a Dios que está usted aquí, Miss Taggart. La hemos estado buscando por todas partes.

Ella no contestó; lo miraba inquisitivamente.

—Miss Taggart. ¿Lo ha oído?

—¿A qué se refiere?

—Eso quiere decir que no lo sabe. ¡Oh, Dios mío! Miss Taggart… no puedo creerlo; sigo sin poderlo creer, pero… ¡Oh, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? ¡El… el puente Taggart ha desaparecido!

Lo miró incapaz de moverse.

—¡Ha desaparecido! ¡Ha volado! ¡Al parecer, se esfumó en unos segundos! Nadie sabe con certeza lo ocurrido, pero parece ser que… que algo no funcionó bien en el Proyecto X y que… y que algo ha pasado con los rayos de sonido, Miss Taggart. ¡No podemos comunicar con ningún paraje situado en un radio de cien millas del edificio! No es posible; no puede ser posible, pero tengo entendido que en dicha zona no ha quedado absolutamente nada… ¡No conseguimos que nos contesten! Nadie obtiene respuesta; ni los periódicos, ni las emisoras, ni la policía. Seguimos investigando, pero las historias que afluyen de los límites del círculo son… —se estremeció—. Sólo una cosa parece cierta: el puente ha desaparecido, Miss Taggart, y no sabemos qué hacer.

Dagny corrió hacia el escritorio y tomó el teléfono. Pero su mano quedó inmóvil de improviso. Luego lentamente, dolorosamente, con el mayor de los esfuerzos de que fuera capaz, volvió a bajar la mano hasta poner el auricular de nuevo en su sitio. Le pareció tardar en ello mucho tiempo, como si el brazo tuviera que vencer una presión atmosférica incapaz de ser sobrepasada por el cuerpo humano. Y en el transcurso de aquellos escasos momentos, en la tranquilidad de un dolor ciego, comprendió lo que Francisco había sentido aquella noche, doce años atrás, y lo que un muchacho de veintiséis años sintiera a su vez al mirar su motor por vez postrera.

—¡Miss Taggart! —gritó el ingeniero jefe—. No sabemos qué hacer. El auricular produjo un leve chasquido al posarse en su soporte.

—Yo tampoco —contestó.

Al momento siguiente comprendió que todo había terminado. Escuchó su propia voz diciendo a aquel hombre que realizara unas comprobaciones más y la informase más tarde. Luego esperó que el rumor de sus pasos se desvaneciera en el resonante silencio del vestíbulo.

Al cruzar el terminal por última vez, dirigió una mirada a la estatua de Nathaniel Taggart, recordando cierta promesa formulada en otros tiempos. Se dijo que, aunque sólo constituía un acto simbólico, se trataba de la clase de adiós que merecía Nathaniel Taggart. Como no llevaba ningún instrumento con el que escribir, sacó el lápiz de labios de su bolso y sonriendo al rostro marmóreo de quien la habría comprendido, trazó un enorme signo del dólar en el pedestal.

Fue la primera en llegar a la esquina, dos bloques al este de la entrada principal del terminal. Conforme esperaba, observó los primeros indicios del pánico que pronto se apoderaría de la ciudad; algunos automóviles circulaban a gran velocidad, algunos de ellos cargados con utensilios caseros; vio coches de la policía correr de un lado a otro y escuchó sirenas, aullando en la distancia. La noticia de la destrucción del puente se difundía por la ciudad. La gente sabía que estaba condenada e iniciaría una desbandada

general para escapar, aunque no tuviera a donde ir. Pero esto era cosa que a ella había dejado de importarle.

Vio a Francisco acercarse desde alguna distancia; reconoció la viveza de su paso antes de poder distinguir su cara, bajo la gorra que llevaba hundida hasta los ojos. Percibió el momento en que él pudo verla también conforme se acercaba. Agitó un brazo con una sonrisa de saludo. Cierto consciente apresuramiento en aquel gesto lo convirtió en algo muy propio de un D'Anconia, cual si diera la bienvenida a un viajero largamente esperado a la puerta de su propio dominio.

Cuando se hubo acercado, ella permaneció solemne y rígida, mirando su cara y luego los edificios de la mayor ciudad del mundo, cual si éstos fueran la' clase de testigos que anhelaba. Lentamente, con expresión serena y confiada, dijo:

—Juro por mi vida y mi amor a la misma que nunca viviré por nadie ni pediré a nadie que viva por mí.

Él inclinó la cabeza como en señal de admisión. Su sonrisa era ahora un saludo.

Tomó la maleta con una mano, le cogió el brazo con la otra y dijo:

—Vamos.

* * *

La unidad conocida como «Proyecto F» en honor de su fundador, el doctor Ferris, era una pequeña estructura de cemento armado, situada en la parte inferior de la colina en la que de un modo más altivo y visible se elevaba el Instituto Científico del Estado. Tan sólo la pequeña mancha gris del techo de la estructura era perceptible desde las ventanas del Instituto, entre una selva de viejos árboles. No parecía mayor que el techo de una choza.

La unidad constaba de dos pisos en forma de cubos, el de arriba más pequeño y colocado asimétricamente sobre el inferior, que era de mayor tamaño. El primero carecía de ventanas. Tan sólo tenía una puerta protegida por barrotes de hierro. El segundo, una sola ventana, como si rechazara la claridad solar, como una cara con un solo ojo. Los miembros del Instituto no sentían curiosidad por aquella estructura y evitaban los senderos que conducían a su puerta. Aunque nadie lo hubiera sugerido, todos alimentaban la impresión de que en su interior se albergaba un proyecto dedicado a experimentos con gérmenes de enfermedades mortales.

Los dos pisos estaban ocupados por laboratorios que contenían gran número de jaulas, con conejillos de indias, perros y ratas. Pero el núcleo y corazón de la estructura era un recinto en su sótano, hundido profundamente bajo tierra y revestido con las láminas porosas de cierto material a prueba de sonidos. Las láminas habían empezado a agrietarse mostrando aquí y allá la roca desnuda que formaba las paredes de la cueva.

La instalación estaba protegida por un grupo de cuatro guardianes especiales, que aquella noche había sido aumentado a dieciséis, convocados para un servicio de urgencia por una llamada telefónica desde Nueva York. Los guardianes, así como los otros empleados del Proyecto F, habían sido escogidos cuidadosamente, teniendo en cuenta una calificación esencialísima: su ilimitada capacidad para la obediencia.

Los dieciséis habían quedado estacionados para pasar la noche, unos fuera de la estructura, otros en los desiertos laboratorios de la parte superior, donde permanecían de servicio sin preocuparse de nada, sin sentir curiosidad acerca de lo que pudiese ocurrir abajo.

En el sótano, el doctor Ferris, Wesley Mouch y James Taggart estaban sentados en unos sillones colocados junto a una pared. Una máquina semejante a una cabina de forma irregular, figuraba en un rincón, frente a ellos. En su cara principal se veían hileras de

instrumentos y cuadrantes, cada uno de los cuales aparecía marcado por un segmento rojo; una pantalla cuadrada, semejante a un amplificador; hileras de números; palancas de madera y pulsadores de plástico; un conmutador a un lado y un botón rojo de cristal al otro. La parte delantera de la máquina parecía tener más expresión que el mecánico encargado de ella, un joven tosco que vestía una camisa manchada de sudor, con las mangas arremangadas por encima de los codos. Sus ojos azul pálido parecían vidriosos por una enorme y consciente concentración en su tarea. De vez en cuando movía los labios como si rememorara por lo bajo una lección.

Un alambre ponía en comunicación la máquina con una batería eléctrica situada tras ella. Largas espirales metálicas semejantes a retorcidos brazos de pulpos, se extendían por el suelo de piedra, desde la máquina hasta una colchoneta de piel, extendida bajo un cono de violenta luz. John Galt estaba tendido en dicha colchoneta. Se hallaba desnudo; los pequeños discos de metal de los electrodos, al final de cada alambre, quedaban sujetos a sus muñecas, sus hombros, sus caderas y sus tobillos; un instrumento semejante a un estetoscopio se encontraba asegurado a su pecho y conectado al amplificador.

—Fíjese bien en lo que voy a decirle —empezó el doctor Ferris, dirigiéndose a él por vez primera—. Es nuestro deseo que se haga cargo totalmente de la economía de la nación. Queremos verle convertido en dictador. Queremos que gobierne, ¿me ha comprendido? Queremos que dé órdenes y que planee lo más adecuado. Y estamos decididos a ello. Ni los discursos, ni la lógica, ni los argumentos, ni la obediencia pasiva pueden salvarle ya. Lo que queremos son ideas. No permitiremos que salga de aquí hasta que nos indique las medidas exactas que adoptará para salvar nuestro sistema. Luego deberá comunicarlas al país por medio de la radio —elevó la muñeca y consultó un cronómetro de pulsera—. Le concederé treinta segundos para decidir si desea empezar a hablar en seguida. De lo contrario empezaremos con usted, ¿me ha comprendido?

Galt los miraba con rostro inexpresivo, como si comprendiera demasiado, pero no contestó.

Oyeron el tictac del cronómetro en el silencio, contando los segundos, y el respirar irregular y ahogado de Mouch que se había cogido con fuerza a los brazos del sillón.

Ferris hizo una seña al mecánico encargado de la máquina. Aquél hizo funcionar el conmutador y el botón rojo se iluminó a la vez que se iniciaban os sonidos distintos: el del zumbar de un generador eléctrico y el de cié…o golpeteo peculiar, semejante al tictac de un reloj, pero con cierta resonancia extrañamente sofocada. Tardaron un momento en comprender que procedía del amplificador y que lo que escuchaban eran los latidos del corazón de Galt.

—Número tres —dijo Ferris levantando un dedo.

El mecánico apretó un botón bajo uno de los cuadrantes. Un largo estremecimiento recorrió el cuerpo de Galt y su brazo izquierdo se movió en violentos espasmos convulsionado por la corriente eléctrica que circulaba entre su muñeca y hombro. Su cabeza cayó hacia atrás, cerró los ojos y apretó fuertemente los labios, pero sin emitir ningún sonido.

Cuando el mecánico aflojó la presión sobre el pulsador el brazo de Galt dejó de temblar, pero él no se movió.

Los tres hombres miraron a su alrededor con la momentánea expresión de quien vacila. La mirada de Ferris no expresaba nada; Mouch parecía aterrorizado y Taggart decepcionado. El sonar de los latidos continuó escuchándose en el silencio.

—Número dos —dijo Ferris.

Ahora fue la pierna derecha de Galt la que empezó a agitarse, mientras la corriente circulaba entre su cadera y el tobillo. Sus manos se aferraron a los bordes de la

colchoneta. Movió la cabeza lateralmente y luego quedó inmóvil. Los latidos se apresuraron ligeramente.

Mouch pretendía alejarse, apretándose contra el respaldo de su sillón. Taggart, sentado en el borde del suyo, se inclinaba hacia delante.

—Número uno, gradual —ordenó Ferris.

El torso de Galt saltó hacia arriba y volvió a caer, estremeciéndose en largos espasmos, haciendo fuerza sobre las inmovilizadas muñecas, conforme la corriente pasaba desde una de ellas a la otra a través de los pulmones. El mecánico daba vuelta lentamente a uno de los mandos, aumentando el voltaje y la aguja del marcador se movía hacia el segmento rojo, indicador de peligro. Galt respiraba de un modo jadeante, produciendo sordos sonidos con sus pulmones convulsos.

—¿Tiene suficiente? —preguntó Ferris irónico, cuando la corriente hubo cesado.

Galt no contestó. Sus labios se movían ligeramente, como ansiosos de aire. El latido del estetoscopio se aceleraba. Pero su respiración descendía a un ritmo regular, por el esfuerzo controlado de la relajación.

—¡Hay que insistir! —gritó Taggart contemplando el cuerpo desnudo sobre la colchoneta.

Galt abrió los ojos y miró unos momentos a aquellos hombres. Pero no pudieron observar nada, aparte de su tranquilidad y de su plena conciencia. Luego volvió a echar la cabeza hacia atrás y permaneció inmóvil como si se hubiera olvidado de ellos.

Su cuerpo parecía extrañamente fuera de lugar en aquel sótano. Todos lo sabían, aunque ninguno quisiera reconocerlo. Las largas líneas del mismo, desde los tobillos a las planas caderas, al ángulo de la cintura y a los rectos hombros, semejaban las de una estatua de la antigua Grecia, compartiendo el significado de la misma, pero estilizadas en una forma más larga, ligera y activa, en una más ágil fortaleza, sugeridora de más intensa inquietud y de energía. No era el cuerpo de un conductor de un carro militar, sino el de un constructor de aeroplanos. Y de igual modo que el significado de una estatua de la antigua Grecia —la estatua del hombre como dios —discrepaba del espíritu del siglo presente, así su cuerpo discrepaba también de un sótano dedicado a actividades prehistóricas. El contraste era aún mayor porque Galt parecía pertenecer a los alambres conductores, al acero inoxidable, a los instrumentos de precisión y a los conmutadores del cuadro de mandos. Quizá —y éste era el pensamiento al que con mayor fuerza resistían y más profundamente enterraban aquellos hombres en el fondo de sus sensaciones; la idea que sólo conocían en forma de odio difuso y de desenfocado terror —quizá fuera la ausencia de tales estatuas en el mundo entero, la que había transformado un generador en un pulpo y colocado a un cuerpo como aquél en sus tentáculos.

—Tengo entendido que es usted una especie de experto en electricidad —dijo Ferris con burlona risita—. También nosotros, ¿no cree?

Dos sonidos le contestaron en el silencio: el zumbar del generador y los latidos del corazón de Galt.

—¡ La serie mixta! —ordenó Ferris accionando con un dedo hacia el mecánico.

Los estremecirnientos se produjeron ahora a intervalos irregulares, uno tras otro, a una distancia de minutos. Sólo las convulsiones de las piernas, los brazos, el torso o el cuerpo entero de Galt, demostraban que la corriente circulaba entre dos electrodos o entre todos ellos a la vez. Las agujas de los cuadrantes se aproximaban peligrosamente a las marcas rojas, para retroceder después. La máquina estaba calculada para infligir un dolor lo más intenso posible, pero sin perjudicar el cuerpo de la víctima.

Los testigos de la operación llegaron a considerarla insoportable durante las pausas de algunos minutos en las que se escuchaba el latido del corazón, que ahora sonaba

apresurado y a ritmo irregular. Dichas pausas estaban calculadas para que el latido aminorase, pero sin permitir alivio a la víctima que debía esperar una sacudida a cada instante.

Galt yacía con el cuerpo lacio, como si no pretendiera combatir el dolor, sino rendirse a él; sin pretender negarlo, sino soportarlo. Cuando sus labios se entreabrían ávidos de aire y un repentino estremecimiento los volvía a cerrar, no forcejeaba contra la estremecida rigidez de su cuerpo, sino que la dejaba desaparecer en cuanto cesaba la corriente. Tan sólo la piel de su rostro aparecía tirante y la línea de sus labios se torcía hacia un lado de vez en cuando. Cuando la corriente circulaba por su pecho, los mechones de un cobrizo dorado de su pelo se agitaban de igual modo que su cabeza, cual estremecidos por un soplo de viento, cayéndole en la cara y en los ojos. Los testigos se preguntaron por qué aquel cabello parecía cada vez más obscuro. Luego se dieron cuenta de que estaba empapado de sudor.

El terror de escuchar el propio corazón batallando como si fuera a estallar en un momento dado, había sido calculado para que la víctima lo sintiera plenamente. Pero eran sus atormentadores los que temblaban de terror, escuchando aquel ritmo quebrado, los que jadeaban cada vez que fallaba un latido, fistos sonaban ahora como si el corazón saltara, golpeando frenéticamente su jaula de costillas, presa no sólo de agonía, sino de desesperada furia. El corazón protestaba; el hombre no. Seguía tendido con los ojos cerrados y las manos lacias, escuchando cómo su corazón luchaba por conservar la vida.

Wesley Mouch fue el primero en estallar.

—¡Oh, Dios mío, Floyd! —gritó—. ¡No lo mate! ¡No se atreva a matarlo! ¡Si muere, moriremos todos!

—No morirá —gruñó Ferris—. ¡Deseará morir, pero no va a lograrlo! ¡La máquina no lo permitirá! ¡Está matemáticamente calculada! ¡Es segura!

—¿No basta con esto? ¡Está dispuesto a obedecer! ¡Me siento seguro de ello!

—¡No! ¡No basta! ¡No quiero que obedezca! ¡Quiero que crea! ¡Que acepte! ¡Que desee aceptar! ¡Ha de trabajar para nosotros voluntariamente!

—¡Adelante! —gritó Taggart—. ¿Qué espera? ¿Es que la corriente no puede ser más fuerte? ¡Todavía no ha gritado siquiera!

—¿Qué le sucede? —jadeó Mouch, atisbando la cara de Taggart mientras la corriente torcía el cuerpo de Galt.

Taggart lo contemplaba atentamente, pero sus pupilas parecían vidriosas y muertas. Alrededor de su mirar inanimado, los músculos de su cara formaban una obscena caricatura de alegría.

—¿Tiene suficiente? —gritaba Ferris a Galt—. ¿Está dispuesto a desear lo mismo que nosotros?

No escucharon ninguna respuesta. Galt levantaba la cabeza de vez en cuando y los miraba. Bajo sus ojos se pintaban unos círculos obscuros, pero las pupilas seguían claras y conscientes.

Presas de pánico, los testigos perdieron su sentido del contexto y del lenguaje y sus tres voces se mezclaron en una progresión de indiscriminados gritos:

—¡Queremos que se haga cargo de esto!

—¡Queremos que gobierne…! ¡Le ordenamos dar órdenes!

—¡Queremos que dicte normas!

—¡Le ordenamos que nos salve…! ¡Le ordenamos que piense!

Pero no escucharon respuesta, aparte de los latidos de aquel corazón del que dependían sus vidas.

La corriente circulaba por el pecho de Galt, y los latidos se percibían a intervalos irregulares, como si tropezaran entre sí. De pronto, el cuerpo quedó inmóvil, completamente relajado; los latidos habían cesado de escucharse.

El silencio fue como un golpe que los dejara inconscientes. Antes de haber tenido tiempo de gritar, el horror que sentían fue superado por otro: Galt había abierto los ojos y levantaba la cabeza.

Observaron también que el zumbido del motor no se escuchaba y que la luz roja estaba apagada en el cuadro de mandos; la corriente había cesado; el generador estaba muerto.

El mecánico pulsaba vigorosamente el botón, pero sin resultado. Hizo funcionar la palanca del conmutador una y otra vez y propinó un puntapié al costado de la máquina. Pero la luz roja no volvió a encenderse ni se escuchó sonido alguno.

—¿Qué pasa? —gritó Ferris—. ¿Qué ha sucedido?

—El generador está agotado —respondió el mecánico sin saber qué hacer.

—¿Qué le ocurre?

—No lo sé.

—Pues averígüelo y arréglelo.

Pero aquel hombre no era un electricista práctico; lo habían elegido, no por sus conocimientos, sino por su absoluta indiferencia en el arte de apretar cualquier botón que le mandaran. El esfuerzo que había necesitado para aprender aquel trabajo era tal, que resultaba posible fiarse de su conciencia, porque ésta no dejaba lugar a ninguna otra cosa. Abrió el panel posterior de la máquina y empezó a manipular, perplejo, el intrincado mecanismo; pero no encontró nada que llamara su atención. Se puso unos guantes de goma, tomó unas alicates, apretó unos cuantos tornillos al azar y se rascó la cabeza.

—No lo sé —manifestó con expresión de desesperanzada docilidad—. ¿Cómo puedo saberlo?

Los tres espectadores se habían puesto en pie, agrupándose tras de la máquina para observar sus recalcitrantes órganos. Actuaban por simple reflejo, sabiendo perfectamente que no podían averiguar nada.

—¡Tiene usted que arreglarlo! —gritó Ferris—. ¡Tiene que funcionar! ¡Necesitamos la electricidad!

—¡Hay que continuar! —gritó a su vez Taggart, tembloroso—. ¡Es ridículo! ¡Inadmisible! ¡No admito interrupciones! ¡No pienso resistir! —y señaló hacia la colchoneta.

—Haga algo —instó Ferris al mecánico—. ¡No se quede ahí parado! ¡Haga algo! ¡Arréglelo! ¡Le ordeno que lo arregle!

—Es que no sé lo que le pasa —respondió el otro, parpadeando.

—¡Encuéntrelo!

—¿Cómo quiere que lo encuentre?

—¡Le ordeno que lo arregle! ¿Me ha oído? ¡Haga funcionar eso o lo despediré y lo meteré en la cárcel!

—Es que no sé lo que le ocurre —suspiró el hombre asombrado —No sé qué hacer.

—El vibrador se ha estropeado —dijo una voz tras ellos.

Se volvieron en redondo. Galt se esforzaba en respirar, pero aun así, había hablado en el tono brusco y competente de un ingeniero auténtico.

—Sáquenlo y retiren la cubierta de aluminio —indicó—. Encontrarán un par de contactos soldados. Sepárenlos, tomen una pequeña lima y limpien las superficies. Luego vuelvan a colocar la tapa, enchúfenlo de nuevo en la máquina y su generador funcionará.

Se produjo un largo momento de silencio total.

El mecánico miraba a Galt, sosteniendo la mirada de éste. Incluso le fue posible reconocer la naturaleza del brillo de aquellas obscuras pupilas verdes: era un chispazo de desdeñosa burla.

Dio un paso atrás. En la incoherente semiobscuridad de su conciencia, de un modo informe, incapaz de ser expresado en palabras, llegó a captar el significado de lo que estaba sucediendo en aquel sótano.

Miró a Galt, luego a los tres hombres y a continuación a la máquina. Se estremeció, dejó caer su alicates y salió corriendo de la habitación. Galt soltó una carcajada.

Sus atormentadores se retiraban lentamente de la máquina, caminando hacia atrás, esforzándose en no comprender lo que el mecánico había comprendido.

—¡No! —gritó Taggart de pronto mirando a Galt y avanzando rápido hacia él—. ¡No! ¡No le dejaré que se salga con la suya! —cayó de rodillas y empezó a accionar frenéticamente, con el fin de encontrar el cilindro de aluminio del vibrador.

—¡Yo lo arreglaré! ¡Yo haré que funcione! ¡Hemos de continuar! ¡Hemos de quebrantar su actitud!

—Calma, Jim —le aconsejó Ferris intranquilo, obligándolo a ponerse en pie.

—¿No sería mejor… no sería mejor que lo dejásemos por esta noche? —dijo Mouch con aire suplicante. Miraba a la puerta por la que había salido el mecánico, con aire entre envidioso y atemorizado.

—¡No! —gritó Taggart.

—Jim, ¿no cree que tiene ya bastante? No se olvide de que hemos de mostrarnos cuidadosos.

—¡No! ¡No tiene bastante! ¡Ni siquiera ha gritado!

—¡Jim! —exclamó Mouch de pronto, aterrorizado ante lo que leía en la cara de Taggart —. ¡No podemos matarlo! ¡Usted lo sabe!

—¡No me importa! ¡Quiero imponerle mi voluntad! ¡Quiero oírle gritar! ¡Quiero…!

Pero de pronto fue Taggart el que gritó; el que exhaló un largo, repentino y penetrante aullido, como si acabase de percibir una visión inesperada, aun cuando sus ojos mirasen al vacío y parecieran cegados. Lo que veía se hallaba en su interior. El muro protector de la emoción, de la evasión, del disimulo, de los velados pensamientos y de las palabras a medio pronunciar, levantado en su espíritu durante tantos años, acababa de venirse abajo en el momento de comprender que lo que deseaba era la muerte de Galt, sabiendo al mismo tiempo que a la muerte de aquél seguiría la suya.

Acababa de ver claro el motivo que había originado todas las acciones de su vida. No era su alma inviolable ni su amor hacia los demás, ni sus deberes sociales, ni ninguna de las fraudulentas expresiones gracias a las cuales había podido ir manteniendo su propia estima, sino el afán de destruir todo lo viviente en beneficio de lo que no alentaba. Era el ferviente deseo de desafiar la realidad, destruyendo todos los valores, con el fin de demostrarse a sí mismo que era capaz de existir oponiéndose a la realidad, y que nunca se encontraría coartado por ningún hecho sólido e inmutable. Unos momentos antes había podido sentir que aborrecía a Galt sobre todos los hombres, que dicho odio era prueba de la maldad de aquél, de una maldad que no necesitaba definir. Que deseaba destruir a Galt con el fin de lograr su propia supervivencia. Ahora, en cambio, comprendía que había querido la destrucción de Galt al precio de la suya propia; comprendía que nunca deseó sobrevivir, se daba cuenta de que era la grandeza de Galt la que había intentado torturar y destruir, y la veía como grandeza por admisión propia; por la única norma existente tanto si se admitía como si no: la grandeza de un hombre dueño de la realidad, de un modo no igualado por nadie. En el momento en que él, James Taggart, se había enfrentado al

ultimátum de aceptar la realidad o morir, fue la muerte la que sus emociones escogieron. La muerte antes que rendirse al reino del que Galt era hijo radiante. Comprendió que en la persona de Galt había buscado la destrucción de todo lo existente.

No fue mediante palabras que dicho conocimiento se enfrentó a su conciencia; del mismo modo que todo aquel conocimiento había consistido en emociones, ahora se sentía sostenido por una emoción y una visión que no tenía poder para anular. Ya no le era posible hacer acopio de niebla para ocultar la visión de aquellos callejones sin salida que siempre se esforzó en no ver; ahora, al final de cada uno de ellos, observaba su odio a la existencia. Veía la cara de Cherryl Taggart con su alegre anhelo de vivir; ese anhelo era lo que siempre intentó derrotar. Veía su propia cara como la de un asesino a quien todo el mundo debería detestar, un asesino destructor de valores, por el hecho de serlo, que mataba con el fin de no descubrir su propio e irredimible mal.

—No… —gimió mirando la visión y sacudiendo la cabeza para escapar a ella—. No…, no…

—Sí —dijo Galt.

Vio los ojos de Galt fijos en los suyos, como si contemplara lo mismo que él.

—Se lo dije por la radio, ¿recuerda? —preguntó Galt.

Era el refrendo que James Taggart más había temido y al que no podía escapar, la marca y prueba de la objetividad.

—No —dijo débilmente; pero la suya no era ya la voz de una conciencia viva.

Permaneció un momento contemplando ciegamente el espacio; luego sus piernas cedieron, doblándose lacias, y quedó sentado en el suelo, mirando fijamente, sin darse cuenta de lo que hacía ni de dónde estaba.

—¡James…! —le llamó Mouch; pero no hubo respuesta.

Mouch y Ferris no se preguntaron entre sí ni a ellos mismos lo que le había sucedido a Taggart. Comprendieron que jamás deberían intentar descubrirlo, bajo peligro de compartir su destino. Sabían perfectamente quién había cedido aquella noche. Sabían que aquello marcaba el final de James Taggart, tanto si su cuerpo físico sobrevivía como si no.

—Saquemos… saquemos a Jim de aquí —propuso Ferris estremecido—. Llevémoslo a un médico… a algún sitio…

Obligaron a Taggart a incorporarse. No resistió, sino que obedeció letárgicamente, moviendo los pies cuando lo empujaron. Era él quien quedaba reducido al estado en el que quiso hundir a Galt. Sosteniéndolo por ambos brazos, sus amigos lo sacaron de la habitación.

Les salvó de la necesidad de admitir hasta qué punto deseaban escapar a la mirada de Galt. Éste los observaba con expresión quizá demasiado perceptiva y austera.

—Volveremos —dijo Ferris al jefe de los guardianes—. Quédense aquí y no dejen entrar a nadie. ¿Comprendido? A nadie.

Empujaron a Taggart hacia el interior de su automóvil, estacionado entre los árboles de la entrada.

—Volveremos —dijo Ferris sin dirigirse a nadie en particular, hablando a los árboles y a la obscuridad del cielo.

Por el momento, sólo estaban seguros de una cosa: de que era preciso escapar de aquel sótano, del sótano donde el generador vivo quedaba atado a otro generador muerto.

CAPÍTULO X

EN NOMBRE DE LO MEJOR DE NUESTRO SER

Dagny avanzó en derechura hacia el guardián apostado a la puerta del «Proyecto F». Sus pasos sonaban firmes, regulares y tranquilos, percibiéndose en el silencio del camino entre los árboles. Levanto la cara hacia un rayo de luna, para que el guardián la reconociera.

—Déjeme entrar —dijo.

—Está prohibido —respondió el otro con voz de robot—. Por orden del doctor Ferris.

—Vengo por orden de míster Thompson.

—¿Cómo…? No… no sé nada de eso.

—Yo sí.

—El doctor Ferris no me ha dicho nada…, señora.

—Se lo digo yo.

—No puedo aceptar órdenes de nadie, excepto del doctor Ferris.

—¿Va a desobedecer a míster Thompson?

—¡Oh, no, señora! Pero… pero si el doctor Ferris dice que no hay que dejar entrar a nadie, no debo permitirlo —añadió inseguro y casi suplicante—. ¿Verdad?

—¿Sabe usted que soy Dagny Taggart y que mi fotografía ha aparecido en los periódicos junto a míster Thompson y I03 directivos principales del país?

—Sí, señora.

—¿Quiere contravenir sus órdenes?

—¡Oh, no, señora! Nada de eso.

—Pues déjeme entrar.

—No puedo desobedecer al doctor Ferris.

—Elija entre una cosa y otra.

—¡No puedo elegir, señora! ¿Quién soy yo para elegir?

—Pues tendrá que hacerlo.

—Mire —dijo el centinela, sacándose una llave del bolsillo y volviéndose a la puerta—, voy a preguntar al jefe y él…

. —No —dijo Dagny.

Algo en el tono de su voz le obligó a volverse de nuevo. Dagny esgrimía una pistola con la que le apuntaba directamente al corazón.

—Escuche con cuidado —le advirtió—. O me deja entrar o disparo. Puede intentar hacerlo antes que yo. Le ofrezco esa opción…, pero ninguna otra. Y ahora, decida.

El centinela abrió la boca al tiempo que la llave le caía al suelo.

—¡Quítese de en medio! —le ordenó Dagny.

El centinela sacudió la cabeza, apoyándose de espaldas a la puerta.

—¡Oh, no, señora! —jadeó, presa de desesperación—. ¡No puedo disparar contra usted, puesto que viene de parte de míster Thompson! ¡Pero tampoco puedo dejarla entrar,

contraviniendo las órdenes del doctor Ferris! ¿Qué voy a hacer? ¡No soy más que un servidor! ¡He de obedecer órdenes! ¡No puedo decidir!

—Se trata de su vida —dijo Dagny.

—Si me permite preguntar al jefe, él me indicará…

—No le permitiré consultar con nadie.

—Pero ¿cómo puedo saber si verdaderamente viene usted por mandato de míster Thompson?

—No es preciso. A lo mejor le engaño. A lo mejor estoy obrando por iniciativa propia, y usted será castigado por obedecerme. Pero, en caso contrario, lo encerrarán por desobedecer. Quizá el doctor Ferris y míster Thompson estén de acuerdo en esto. O quizá no y tenga usted que arriesgarse y desafiar a uno o a otro. Eso es lo que ha de decidir. No hay nadie a quien llamar, nadie a quien preguntar, ni nadie que pueda aconsejarle. Tendrá que decidir por sí mismo.

—No puedo hacerlo. ¿Por qué he de ser yo precisamente?

—Porque es su cuerpo el que me impide pasar.

—¡No puedo decidir! ¡Nadie imagina que haya de hacerlo!

—Contaré hasta tres —dijo Dagny—. Y luego apretaré el gatillo.

—¡Espere! ¡Espere! ¡Todavía no he dicho nada! —gritó el hombre, apretándose todavía más contra la puerta, como si la inmovilidad de su cuerpo y de su alma constituyeran su mejor protección.

—Uno… —contó Dagny viendo cómo los ojos del centinela se fijaban en ella aterrorizados—, dos… —pudo observar que la pistola le daba menos miedo que la alternativa a la que se hallaba enfrentado—. Tres.

De un modo tranquilo e indiferente ella, la que hubiera vacilado en disparar contra un animal, apretó el gatillo, disparando al corazón de un hombre que había deseado existir sin la responsabilidad de la conciencia.

El arma iba equipada con un silenciador; por dicha causa, no hubo detonación que provocase alarma; tan sólo el golpe sordo de un cuerpo cayendo a sus pies.

Recogió la llave del suelo y esperó unos breves instantes, tal como fuera convenido.

Francisco fue el primero en unirse a ella, saliendo de detrás de una esquina del edificio. Luego Hank Rearden y por fin Ragnar Danneskjóld. Un rato antes, cuatro guardianes se hallaban apostados a intervalos entre los árboles alrededor del edificio. Pero los cuatro no contaban ya. Uno estaba muerto y los tres restantes yacían entre la maleza atados y amordazados.

Dagny entregó la llave a Francisco, sin pronunciar palabra. Éste abrió y entró en el edificio, dejando la puerta entreabierta unos centímetros. Los otros tres esperaron fuera, próximos a aquélla.

El vestíbulo estaba iluminado por una sola bombilla empotrada en el techo. Un guardián se hallaba al pie de la escalera que conducía al segundo piso.

—¿Quién es usted? —preguntó al ver entrar a Francisco con aire completamente sereno, cual si fuera dueño de aquel lugar—. No había de venir nadie esta noche.

—Yo sí —dijo Francisco.

—¿Por qué le ha dejado entrar Rusty?

—Habrá tenido sus razones.

—¡No debía dejar entrar a nadie!

—Alguien ha hecho cambiar esa suposición —dijo Francisco mientras sus ojos realizaban un veloz inventario del lugar.

Un segundo guardián se hallaba en el primer rellano, mirando hacia abajo y escuchando.

—¿A qué se dedica usted?

—Tengo minas de cobre.

—¿Cómo? Quiero decir, ¿quién es usted?

—Mi nombre resulta demasiado largo. Se lo diré a su jefe. ¿Dónde está?

—Soy yo quien interroga —dio un paso atrás—. No… no adopte un aire tan jactancioso o…

—¡Eh, Pete! —le advirtió el segundo guardián paralizado por los modales de Francisco.

El primero se esforzaba en ignorarlo; su voz fue creciendo conforme aumentaba su miedo en el momento de preguntar a Francisco:

—¿Qué desea?

—Ya le he contestado que lo diré a su jefe. ¿Dónde está?

—¡Soy yo quien hace las preguntas!

—No pienso contestarlas.

—¡Oh! ¿De veras? —gruñó Pete, quien, en caso de duda, siempre tenía un recurso. Su mano se aproximó veloz a la pistola que llevaba al cinto.

Pero la mano de Francisco fue demasiado rápida para que aquellos dos hombres observaran su movimiento y su pistola demasiado silenciosa. Al instante pudieron observar como el arma de Pete saltaba por los aires al tiempo que brotaba la sangre de sus destrozados dedos. Luego profirió un gemido ahogado de dolor y cayó al suelo quejándose. En el momento en que el segundo guardián se daba cuenta, la pistola de Francisco le apuntaba.

—¡No dispare, señor! —gritó.

—¡Baje de ahí con las manos en alto! —ordenó Francisco sosteniendo la pistola con una mano y haciendo con la otra señales hacia la abertura de la puerta.

Para cuando el guardián descendió la escalera, Rearden se encontraba ya allí, dispuesto a desarmarle, mientras Danneskjóld se encargaba de amarrarle las manos y los pies. La visión de Dagny pareció asustarle más que nada; no podía comprenderlo: los tres hombres llevaban gorras y chaquetas de cuero y de no ser por sus modales se les hubiera podido confundir con atracadores, pero la presencia de una mujer entre ellos resultaba inexplicable.

—Veamos —dijo Francisco—, ¿dónde tenéis a vuestro jefe? El guardián señaló con la cabeza en dirección a la escalera.

—i Ahí arriba!

—¿Cuántos guardianes hay en el edificio?

—Nueve.

—¿Dónde están?

—Uno en la escalera del sótano. Los otros arriba.

—¿Dónde?

—En el laboratorio grande. El que tiene la ventana.

—¿Todos?

—Sí.

—¿Qué hay en esas habitaciones? —preguntó señalando las puertas que daban al vestíbulo.

—También son laboratorios. Por las noches se cierran.

—¿Quién tiene la llave?

—Él —y señaló a Pete con la cabeza.

Rearden y Danneskjóld sacaron la llave del bolsillo de Pete y empezaron a tantear las cerraduras, mientras Francisco continuaba:

—¿Hay otros hombres en el edificio?

—No.

—¿Tienen algún prisionero?

—¡Oh… sí! ¡Creo que sí! Tiene que haberlo, porque de lo contrario no nos hubieran mantenido de servicio a todos.

—¿Está todavía aquí?

—No lo sé. Nunca nos lo dicen.

—¿Se halla en el edificio el doctor Ferris?

—No. Salió hace entre diez y quince minutos.

—Hablemos de ese laboratorio del piso de arriba. ¿La puerta da directamente al rellano?

—Sí.

—¿Cuántas puertas se abren al mismo?

—Tres. La que usted desea es la de en medio.

—¿Qué hay en las otras habitaciones?

—A un lado el laboratorio pequeño y al otro el despacho del doctor Ferris.

—¿Existen puertas de comunicación entre ellas?

—Sí.

Francisco se volvía hacia sus compañeros cuando el guardián lo abordó con aire suplicante.

—Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Usted dirá.

—¿Quién es usted?

En el tono solemne de quien efectúa una presentación ceremoniosa, respondió:

—Francisco Domingo Carlos Andrés Sebastián d'Anconia.

Dejando al guardián boquiabierto se volvió para efectuar una breve consulta con sus compañeros.

Al cabo de un momento Rearden subió la escalera velozmente, sin hacer ruido alguno.

Jaulas conteniendo ratones y conejos de indias se hallaban apiladas contra las paredes del laboratorio. Habían sido colocadas allí por los guardianes, que jugaban al póker en la larga mesa situada en el centro. Los jugadores eran seis; otros dos hombres se hallaban en rincones opuestos, vigilando la puerta de entrada con las pistolas en la mano. Fue la cara de Rearden la que salvó a éste en el momento de entrar; era una cara demasiado conocida para ellos, aunque inesperada. Vio ocho cabezas vueltas hacia él con síntomas de reconocimiento y de evidente incapacidad para creer lo que sus ojos contemplaban.

Permaneció en la puerta con las manos en los bolsillos del pantalón y el aire casual y confiado de un director de empresa.

—¿Quién es el jefe aquí? —preguntó en el tono bruscamente cortés de quien no pierde el tiempo.

—¿No será… usted…? —tartamudeó un individuo desgarbado y hosco de los que estaban sentados a la mesa.

—Soy Hank Rearden. ¿Y usted? ¿Es el jefe?

—¡Sí! Pero, ¿de dónde diablos ha salido?

—De Nueva York.

—¿Qué hace aquí?

—A lo que veo, no les han notificado nada.

—¿Acerca de qué?

La rápida y resentida sospecha de que sus superiores habían subestimado su autoridad aparecía evidente en la voz del jefe. Era un hombre alto, flaco, de movimientos convulsos, con la cara macilenta y las pupilas inquietas y desenfocadas de un adicto a las drogas.

—Acerca de lo que vengo a hacer aquí.

—Usted… no tiene nada que hacer en este lugar —replicó el guardián, indeciso entre el temor a ser objeto de un engaño y el de haber quedado al margen de alguna importante decisión—. Es usted un traidor, un desertor y un…

—Veo que no está a la altura de las circunstancias, buen hombre.

Los otros siete ocupantes del recinto contemplaban a Rearden con supersticiosa incertidumbre. Los que esgrimían pistolas continuaban apuntándole a la manera impasible de autómatas. Pero él no pareció observarlo.

—¿Qué viene a hacer aquí? —preguntó el jefe.

—He de hacerme cargo del prisionero.

—Si viene del cuartel general, sabrá perfectamente que no estoy enterado de nada concerniente a un prisionero… ¡Y que nadie debe tocarlo!

—Excepto yo.

El jefe se puso en pie de un salto, se abalanzó hacia un teléfono y tomó el auricular. Pero no lo había aplicado a su oído cuando dejó caer la mano bruscamente con un ademán que provocó una vibración de pánico en el aposento; acababa de notar que el teléfono no funcionaba: los alambres debían estar cortados.

Su mirada acusadora al volverse hacia Rearden pareció chocar contra la débil y desdeñosa recriminación que sonaba en la voz de éste al decirle:

—Ésta no es manera de guardar un edificio… Más vale que me entreguen el prisionero antes de que le ocurra algo, si no quieren que dé parte de ustedes por negligencia e insubordinación.

El jefe se dejó caer en una silla, se apoyó en la mesa como si le faltaran las fuerzas y miró a Rearden con una cara semejante a la de los animales que empezaban a agitarse en sus jaulas.

—¿Quién es el prisionero? —preguntó.

—Buen hombre —repuso Rearden—, si sus inmediatos superiores no creyeron conveniente revelárselo, tampoco yo voy a hacerlo.

—¡No me han informado de sil llegada! —gritó el jefe, confesando su impotencia y su temor, publicándolos a los cuatro vientos con vibraciones que llegaban hasta sus subordinados—. ¿Cómo voy a saber si todo esto es legal? ¿Quién puede aclarármelo si el teléfono no funciona? ¿Cómo puedo comprender lo que es mejor?

—Ese problema es suyo, no mío.

—¡No le creo a usted! —gritó el otro de un modo tan penetrante que no pudo convencer a nadie—. No creo que el Gobierno le haya mandado con ninguna misión, puesto que se trata de uno de esos traidores y amigos de John Galt que…

—¿Es que no lo ha oído?

—¿Qué?

—John Galt ha hecho un trato con el Gobierno y nos ha instado a volver.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó uno de los guardianes, el más joven.

—¡Cierra la boca! ¡Tú no puedes tener opiniones políticas! —le increpó el jefe. Y volviéndose a Rearden preguntó—: ¿Por qué no ha sido anunciado por radio?

—¿Es que presume usted de saber cuándo y cómo el Gobierno ha de anunciar sus decisiones?

En el largo momento de silencio que se produjo a continuación pudieron escuchar el rumor que producían los animales al arañar los barrotes de sus jaulas.

—Creo oportuno recordarles —dijo Rearden —que su tarea no consiste en dudar de las órdenes, sino en obedecerlas. No tiene por qué saber ni comprender la política de sus superiores, y no es usted juez con prerrogativas para elegir o dudar.

—¡Lo que no sé es si tengo que obedecerle o no!

—Si rehúsa sufrirá las consecuencias.

Apoyado en la mesa, el jefe posó su mirada lentamente en la cara de Rearden y en la de los dos guardianes apostados en los rincones. Éstos parecieron comprobar su puntería por medio de un movimiento casi imperceptible. Un nervioso rumor sonaba en la habitación. Un animal gruñó en una de las jaulas.

—Creo que también debo decirle —prosiguió Rearden con voz algo más dura —que no estoy solo. Mis amigos esperan fuera.

—¿Dónde?

—Alrededor de ese recinto.

—¿Cuántos?

—Ya lo sabrá… cuando llegue el momento.

—Oiga, jefe —gimió una voz temblorosa entre los guardianes—. No queremos líos con esa gente; son…

—¡Cállate! —gritó el jefe irguiéndose de pronto y apuntando con su arma hacia el que acababa de hablar—. Ninguno de vosotros va a fallarme, ¡bastardos! —Gritaba para alejar de sí el conocimiento de lo que todos sabían. Parecía tambalearse al borde del pánico, combatiendo la impresión de que algo acababa de desarmar a sus hombres—. ¡No hay por qué asustarse! —Pero se dirigía más a sí mismo que a los otros, tratando de recobrar la seguridad de la única esfera en la que sabía desenvolverse: la violencia—. ¡Yo os lo demostraré!

Dio media vuelta con la mano temblándole y el brazo vacilante y disparó contra Rearden.

Vieron cómo Rearden se tambaleaba y cómo su mano derecha oprimía el hombro izquierdo. En el mismo instante la pistola que sostenía su jefe cayó al suelo, al tiempo que aquél profería un grito y la sangre brotaba de su muñeca. Luego vieron a Francisco d'Anconia en la puerta de la izquierda, con su silenciosa pistola apuntando todavía al jefe.

Se habían puesto en pie y esgrimían sus armas, pero habían perdido la iniciativa y no osaban disparar.

—Yo no lo haría si estuviera en vuestro lugar —dijo Francisco.

—¡Cielos! —jadeó uno de ¡os guardianes esforzándose en recordar un nombre que escapaba a su memoria—. ¡Éste es el tipo que voló todas las minas de cobre del mundo!

—En efecto —dijo Rearden.

Habían retrocedido involuntariamente, alejándose de Francisco. Rearden seguía en la puerta con la pistola en la diestra y una mancha obscura cada vez mayor en su hombro izquierdo.

—¡Disparad, bastardos! —gritó el jefe a sus vacilantes hombres—. ¿Qué esperáis? ¡Matadlos a todos! —Estaba reclinado con un brazo contra la mesa, mientras la sangre le corría por el otro—. ¡Daré parte de todo el que no obedezca! ¡Lo haré condenar a muerte!

—¡Tiren las armas! —ordenó Rearden.

Los siete guardianes permanecieron como helados un instante, aunque sin obedecer.

—¡Dejadme salir! —gritó el más joven, lanzándose hacia la puerta de la derecha.

Apenas la hubo abierto cuando saltó hacia atrás: Dagny Taggart se hallaba en el umbral con una pistola en la mano.

Los guardianes se iban agrupando lentamente en el centro de la habitación, librando una batalla invisible en la neblina de sus cerebros, desarmados por cierto sentimiento de irrealidad en presencia de figuras legendarias a las que nunca esperaron ver y sintiendo casi como si les ordenaran disparar contra fantasmas.

—¡Tiren las armas! —repitió Rearden—. No saben por qué están aquí. En cambio, nosotros lo sabemos. No saben quién es su prisionero. Nosotros, sí. No saben por qué sus jefes quieren que lo vigilen. En cambio, nosotros sabemos muy bien por qué queremos sacarlo de aquí. No se dan cuenta del objetivo de su lucha, pero nosotros sí sabemos cuál es el de la nuestra. Si mueren no sabrán por qué. Nosotros sí lo sabemos.

—¡No… no lo escuchéis! —gritó el jefe—. ¡Disparad! ¡Os ordeno que disparéis!

Uno de los guardianes miró a su jefe, dejó caer el arma y levantando los brazos retrocedió, apartándose del grupo en dirección a Rearden.

—¡Condenados! —gritó el jefe tomando una pistola con la mano izquierda y disparando contra el desertor.

En el preciso instante en que aquél se desplomaba contra el suelo, la ventana se abrió entre una catarata de fragmentos de cristal, y desde la rama de un árbol, igual que desde una catapulta, la alta y esbelta figura de un hombre fue proyectada al interior del recinto, cayendo de pie y disparando contra el primer guardián que se le puso delante.

—¿Quién es usted? —gritó una voz aterrorizada.

—Ragnar Danneskjold.

Tres sonidos le contestaron: un largo y creciente gemido de pánico; los golpes de cuatro pistolas al caer al suelo y el estampido de la quinta, accionada por un guardián contra la cabeza de su jefe.

Para cuando los cuatro supervivientes de la guarnición empezaban a ordenar los fragmentos de su conciencia, sus cuerpos se hallaban tendidos en el suelo, atados y amordazados; el quinto fue dejado en pie con las manos amarradas a la espalda.

—¿Dónde está el prisionero? —preguntó Francisco.

—En el sótano… según creo.

—¿Quién tiene la llave?

—El doctor Ferris.

—¿Dónde está la escalera que conduce al sótano?

—Detrás de una puerta en el despacho del doctor Ferris.

—Lléveme hasta allí.

Cuando partían, Francisco se volvió hacia Rearden.

—¿Estás bien, Hank?

—Desde luego.

—¿Necesitas descansar?

—¡No, diantre!

Desde el umbral de la puerta del despacho de Ferris contemplaron una escalera de piedra y vieron a un guardián en el rellano inferior.

—¡Acérquese con las manos en alto! —le ordenó Francisco.

El guardián vio la silueta de aquel enérgico desconocido y el brillo del arma que esgrimía. Fue suficiente. Obedeció en seguida como aliviado al poder escapar a la humedad de aquella pétrea cripta. Lo dejaron atado en el suelo del despacho, junto con el que los había conducido hasta allí.

Luego los cuatro quedaron libres para descender a toda prisa la escalera hacia la cerrada puerta de acero del fondo. Habían actuado y se habían movido con la precisión de una bien controlada disciplina. Pero ahora era como si sus riendas interiores acabaran de romperse.

Danneskjóld tenía las herramientas con las que forzar la cerradura. Francisco fue el primero en entrar en el sótano. Con su brazo impidió el paso de Dagny durante una fracción de segundo, durante el tiempo necesario para asegurarse de que la escena sería soportable. Luego la dejó pasar. Más allá de la madeja de cables eléctricos había visto la cabeza erguida de Galt y su mirada de bienvenida.

Dagny cayó de rodillas junto a la colchoneta. Galt la miró del mismo modo que la había mirado la primera vez que se encontraron en el valle. Su sonrisa era como una expresión de alegría nunca velada por el dolor y su voz sonaba suave y profunda.

—No hay que tomarse nada de esto en serio, ¿verdad?

Con las lágrimas corriéndole por la cara mientras su sonrisa declaraba una plena, confiada y radiante certeza, Dagny le contestó:

—No, nunca tuvimos necesidad de ello.

Rearden y Danneskjóld estaban cortando sus ligaduras. Francisco acercó una botella de coñac a los labios de Galt. Éste bebió y luego se incorporó sobre un codo en cuanto sus brazos quedaron libres.

—Dame un cigarrillo —dijo.

Francisco sacó un paquete de los que llevaban el signo del dólar. La mano de Galt temblaba un poco al acercar el cigarrillo a la llama de un encendedor, pero la de Francisco temblaba mucho más.

Mirándole a los ojos por encima de la llama, Galt sonrió y dijo, como si contestara a preguntas que Francisco no había formulado:

—Sí, ha sido duro pero soportable… El voltaje que aquí usan no causa ningún daño.

—Algún día me enteraré de quién lo hizo… —dijo Francisco en un tono monótono, seco y apenas perceptible que dejaba adivinar el resto.

—Si lo consigues, observarás que ya no queda en ellos nada que matar. Galt contempló las caras a su alrededor. Pudo ver la intensidad del alivio en su mirar y la violencia de la cólera en la tensión de sus facciones. Aquello le hizo comprender hasta qué punto vivían ahora su propia tortura.

—Ya pasó —dijo—. No lo hagáis peor para vosotros de lo que ha sido para mí.

Francisco volvió la cara.

—Pero has sido tú… —murmuró—, tú… si hubieras sido otro…

—Tenía que ser yo para que pudieran probar sus últimos recursos y así lo han hecho, pero… —Movió la mano barriendo la habitación y a quienes la construyeron, sumidos ahora en el vacío del pasado—. Eso es todo.

Francisco asintió con la cara todavía vuelta; la violenta presión de sus dedos sobre la muñeca de Galt constituyó por un instante su única respuesta. Galt se incorporó hasta

quedar sentado e ir recuperando lentamente el dominio de sus músculos. Miró a Dagny cuando el brazo de ésta se adelantaba para ayudarle, y pudo ver cómo se esforzaba en sonreír, no obstante la tensión de las lágrimas que procuraba retener. Intentaba sentirse segura de que ya nada importaba, aparte de la visión de su cuerpo desnudo y de saber que alentaba; luchaba contra el recuerdo de lo que había soportado. Sosteniendo su mirada, él levantó una mano y tocó el cuello de su jersey blanco con las yemas de los dedos, como si pensara en las únicas cosas que a partir de ahora podrían importar. El débil temblor de sus labios dulcificándose en una sonrisa le dijo que ella había comprendido.

Danneskjold encontró la camisa de Galt, sus pantalones y el resto de sus ropas arrojadas al suelo en un rincón.

—¿Crees que podrás caminar, John? —le preguntó.

—Desde luego.

Mientras Francisco y Rearden ayudaban a Galt a vestirse, Danneskjold procedió calmosa y sistemáticamente, sin emoción visible, a demoler la máquina de tortura hasta convertirla en añicos.

Galt no estaba muy firme sobre sus pies, pero podía andar apoyándose en el hombro de Francisco. Sus primeros pasos fueron difíciles, pero cuando llegaron a la puerta había recuperado por completo el movimiento. Con un brazo rodeaba los hombros de Francisco y con el otro los de Dagny, tanto para apoyarse en ellos como para prestarles también su fuerza.

No pronunciaron palabra mientras descendían la colina. La obscuridad de los árboles parecía envolverles como si les protegiera, aislando el brillo mortecino de la luna y aquel otro resplandor, aún más terrible en la distancia, tras de ellos: el de las ventanas del Instituto Científico del Estado.

El avión de Francisco estaba oculto en la maleza, al borde de una pradera, más allá de la colina siguiente. En muchas millas a la redonda no había ninguna vivienda humana. No existían ojos capaces de observar o preguntar acerca de aquellas repentinas líneas de claridad producidas por las luces de posición del aparato al brillar en la desolación de los helechos muertos, mientras se escuchaba el violento zumbido de un motor devuelto a la vida por Danneskjdld, que empuñaba los mandos.

Al cerrarse bruscamente la portezuela tras de ellos y al notar el impulso de las ruedas bajo sus pies, Francisco sonrió por vez primera.

—Ésta es mi única oportunidad para daros órdenes —dijo ayudando a Galt a tenderse en un sillón extensible—. Ahora estate tranquilo, descansa y no te preocupes… Y tú también —añadió, volviéndose a Dagny e indicando el asiento junto al de Galt.

Las ruedas ganaban impulso, como empujadas con un propósito determinado; luego se hicieron más ligeras, ignorando las pequeñas sacudidas provocadas por las raíces que brotaban del suelo. Cuando el movimiento se convirtió en un deslizarse largo y suave, cuando vieron las negras sombras de los árboles pasar fugaces bajo ellos, alejándose tras de las ventanillas, Galt se inclinó hacia delante y apretó los labios sobre la mano de Dagny. Estaba abandonando el mundo exterior con el único elemento valioso que había deseado conseguir del mismo.

Francisco había sacado un botiquín y estaba quitando la camisa a Rearden para vendarle la herida. Galt pudo ver el delgado hililllo rojo que surgía del hombro de aquél, corriendo luego por su pecho.

—Gracias, Hank —dijo. Rearden sonrió.

—Repetiré lo que me dijiste cuando te di las gracias en el curso de nuestra primera entrevista: «Si comprendes que actué pensando sólo en mí, debes saber que no te es precisa gratitud alguna».

—Repetiré —dijo Galt —la respuesta que tú me diste: «Por eso te doy las gracias».

Dagny se dio cuenta de que se miraban el uno al otro como si dicha mirada equivaliera a un apretón de manos o a un lazo tan firme que no requiriese ser declarado. Rearden la vio observándolos y una débil contracción de sus ojos equivalió a una sonrisa de asentimiento, como si con ella le repitiese el mensaje que le enviara desde el valle.

Escucharon, de pronto, la voz de Danneskjóld y comprendieron que hablaba por la radio del avión:

—Sí; sanos y salvos todos… Sí. Está indemne; un poco conmocionado, pero en cuanto descanse… No, no tiene herida grave… Estamos todos aquí. Hank Rearden sufre una pequeña herida, pero —miró por encima del hombro—, pero en este momento me sonríe… ¿Pérdidas? Creo que sólo hemos perdido la serenidad unos momentos, pero ya nos estamos reponiendo… No iré en seguida a la quebrada de Galt; primero aterrizaré y ayudaré a Kay en el restaurante para que prepare el desayuno.

—¿No puede oírle alguien? —preguntó Dagny.

—No —respondió Francisco—. Emite en una frecuencia para la que no se poseen equipos adecuados.

—¿Con quién habla? —indagó Galt.

—Con casi la mitad de la población masculina del valle —respondió Francisco—, y con cuantas personas hemos podido acomodar en los aviones disponibles y que ahora vuelan tras de nosotros. ¿Creíais que alguno de ellos accedería a quedarse, dejándoos en manos de los saqueadores? Estábamos dispuestos para sacarte de allí a pleno día, lanzando un asalto armado contra ese Instituto o el Hotel Wayne-Falkland en caso necesario. Pero sabíamos que de obrar así correríamos el riesgo de que te mataran. Por eso decidimos que los cuatro lo intentaríamos primero solos. Caso de fracasar, los demás desencadenarían el ataque. Esperaban a media milla de distancia. Teníamos hombres apostados entre los árboles de la colina. Cuando nos vieron salir pasaron recado a los demás. Ellis Wyatt estaba a cargo de todo. A propósito, es el que maneja tu avión. El motivo por el que no pudimos llegar a New Hampshire tan de prisa como el doctor Ferris, fue el de tener que traer los aviones desde aeródromos distantes y ocultos, mientras él tenía la ventaja de aeropuertos libres… que no le durará ya mucho.

—No —admitió Galt—. No mucho.

—Ése fue nuestro único obstáculo. Lo demás ha resultado fácil. Más tarde te contaré la historia completa. Los cuatro nos bastamos para derrotar a la guarnición.

—Uno de estos siglos —dijo Danneskjóld volviéndose hacia ellos—, los brutos, particulares o públicos, convencidos de que pueden gobernar a sus mejores por la fuerza, aprenderán la lección de lo que ocurre cuando la fuerza bruta tropieza con la inteligencia y con la fuerza aliadas.

—Ya lo han aprendido —dijo Galt—. ¿No es la lección particular que les has estado enseñando durante doce años?

—¿Yo? Sí. Pero el curso ha terminado. Esta noche tuvo lugar el último acto de violencia que realice en mi vida. Ha sido mi recompensa por esos doce años. Mis hombres han empezado ya a levantar sus casas en el valle. Mi barco queda oculto donde nadie pueda encontrarlo hasta que lo venda para un uso mucho más civilizado. Será convertido en transatlántico, y por cierto excelente, aunque de tamaño moderado. En cuanto a mí, empezaré a disponerme para dar un curso diferente a mi existencia. Creo que tendré que rebuscar entre las sobras del maestro de nuestro primer maestro.

Rearden rió.

—Me gustaría estar presente en tu primera conferencia sobre filosofía en un aula —dijo —. Me gustará ver cómo tus estudiantes pueden concentrarse en el tema y de qué modo

contestas toda clase de extrañas preguntas, por las que no merecerán recriminación alguna.

—Les diré que hallarán la respuesta en el propio tema a tratar.

No se vislumbraban demasiadas luces en la tierra. La comarca era una hoja negra y despoblada con algún resplandor ocasional que se reflejaba en las ventanas de los edificios del Gobierno y la temblorosa luz de las velas en las de los hogares. La mayor parte de la población rural quedaba reducida, desde hacía mucho tiempo, a la existencia de aquellas épocas en que la luz artificial era un lujo exorbitante y el crepúsculo ponía fin a toda actividad humana. Las ciudades eran como charcos desperdigados, dejados allí por la marea descendente y reteniendo aún algunas preciosas gotas de electricidad, secándose en un desierto de raciones, cuotas, controles y ordenanzas para la conservación del fluido.

Pero cuando el lugar que en otros tiempos constituyó la fuente de aquella marea, Nueva York, se elevó en la distancia frente a ellos, aún proyectaba su iluminación contra el cielo, desafiando aquella obscuridad primaria como si, en un postrer esfuerzo, en una demanda de ayuda final, alargara sus brazos hacia el avión que cruzaba su cielo. Involuntariamente, todos se sentaron como en respetuoso gesto de atención ante el lecho de muerte de lo que en otros tiempos fue grandeza.

Mirando hacia bajo pudieron percibir las últimas convulsiones; las luces de los coches zigzagueando por las calles como animales atrapados en un alboroto, tratando frenéticamente de salir de allí; los puentes estaban atestados de vehículos y las vías que conducían a ellos semejaban venas con sus miles de faros amontonados en un brillante embotellamiento que impedía circular. El desesperado gemir de las sirenas llegaba débilmente hasta las alturas del avión. La noticia de la arteria cercenada en pleno continente se había extendido por la ciudad, y todo el mundo abandonaba su puesto, tratando, presa de pánico, de escapar de Nueva York, aunque al estar las carreteras cortadas no fuera posible la huida.

El avión se hallaba sobre los picos de los rascacielos cuando de pronto, con la brusquedad de un escalofrío, como si la tierra se hubiese abierto para engullirla, la ciudad desapareció de su superficie. Tardaron un momento en comprender que el pánico había alcanzado a las centrales eléctricas y que las luces de Nueva York acababan de extinguirse. Dagny ahogó una exclamación.

—¡No mires hacia abajo! —le ordenó Galt escuetamente.

Elevó la mirada hacia él; en su rostro se pintaba la misma expresión austera que siempre observó en él al enfrentarse a un hecho consumado.

Dagny recordó la historia que Francisco le había contado cierta vez: «Había abandonado la «Twentieth Century». Vivía en una buhardilla de cierto barrio miserable. Avanzó hacia la ventana y señaló los rascacielos de la ciudad. Dijo que deberíamos apagar las luces del mundo y que cuando viéramos desvanecerse las de Nueva York, nos daríamos cuenta de que nuestra tarea estaba cumplida».

Se acordó de todo aquello al ver cómo los tres, John Galt, Francisco d'Anconia y Ragnar Danneskjóld, se miraban mutuamente unos instantes.

Observó a Rearden; éste no fijaba su atención en la tierra, debajo, sino hacia delante, tal como le viera contemplar un paisaje virgen, apreciando sus posibilidades de actuar en él.

Mirando hacia la obscuridad otro recuerdo acudió a su memoria: el momento en que, describiendo una curva sobre el aeropuerto de Afton, había podido ver el cuerpo plateado de un avión elevándose como un fénix desde las tinieblas de la tierra. Sabía que en aquella misma hora su avión transportaba todo cuando quedaba de la ciudad de Nueva York.

Miró hacia delante. La tierra quedaría tan desierta como el espacio en el que la hélice cortaba un camino sin obstáculos, tan desierta y al propio tiempo tan libre. Comprendió lo que Nat Taggart había sentido en sus comienzos y por qué ahora, por vez primera, ella lo seguía sintiéndose totalmente leal; el confiado sentimiento de enfrentarse al vacío y de saber que tenía todo un continente por organizar.

Toda su lucha pasada surgía ante ella para alejarse de nuevo dejándola allí, en las alturas de aquel momento. Sonrió. Las palabras que acudían a su mente apreciando y sellando el pasado, eran las palabras de aliento, de orgullo, de admiración que muchos hombres nunca habían comprendido; las palabras propias del idioma de los negociantes: «No hay que pensar en el precio».

No jadeó ni sintió temor alguno cuando en la obscuridad exterior pudo distinguir un pequeño collar de puntos luminosos que avanzaban lentamente hacia el Oeste, a través del vacío, con el largo y brillante rayo de luz de un reflector tratando de proteger la seguridad de su camino. No sintió nada aun cuando se tratara de un tren y supiera que su único destino era el vacío.

Se volvió hacia Galt. Éste la miraba cual si estuviera siguiendo sus pensamientos. Observó el reflejo de su sonrisa en su rostro.

—Es el final —dijo.

—Es el principio —indicó él.

Luego permanecieron tranquilos, reclinados en sus sillones, contemplándose en silencio unos a otros. Sus respectivos seres se compenetraban como suma y significado del futuro. Pero la suma incluía el conocimiento de todo cuando debía ganarse aún, antes de que otro ser viviente pudiera representar los valores de la propia existencia.

Nueva York quedaba atrás cuando oyeron a Danneskjold contestar una llamada de la radio.

—Sí; está despierto. No creo que duerma esta noche… Sí. Me parece que puede. —Se volvió para mirar por encima del hombro—, John, el doctor Akston quisiera hablar contigo.

—¿Cómo? ¿Va en uno de esos aviones que nos siguen?

—Desde luego.

Galt se hizo hacia delante para tomar el micrófono.

—¡Hola, doctor Akston! —dijo.

Y el tono tranquilo y bajo de su voz constituyó la imagen audible de una sonrisa transmitida a través del espacio.

—¡Hola, John! —La excesiva y consciente firmeza de la voz de Hugh Akston confesaba cuánto había debido esperar para saber si podría pronunciar de nuevo aquellas dos palabras—. Sólo quería oír tu voz… saber si sigues bien.

Galt rió ligeramente y, en tono de un estudiante que presenta orgulloso su tarea terminada como prueba de una lección bien aprendida, empezó:

—Desde luego, estoy bien, profesor. Tenía que estarlo. A es A.

* * *

La locomotora del «Comet» que avanzaba hacia el Este se estropeó en mitad de un desierto de Arizona. Se detuvo bruscamente, sin razón perceptible, como un hombre que no accede a reconocer que su trabajo es excesivo. Algún contacto sometido a excesiva tirantez se había roto y eso era todo.

Cuando Eddie Willers llamó al jefe de tren, hubo de esperar largo rato hasta que aquél acudió. Entrevió la respuesta a su pregunta por la mirada de resignación que se pintaba en sus ojos.

—El maquinista trata de encontrar la avería, míster Willers —explicó suavemente, en el tono de quien cree su deber confiar, pero ha perdido toda esperanza desde muchos años antes.

—¿No sabe de qué se trata?

—Está trabajando en ello. —El jefe de tren esperó cortésmente medio minuto y se volvió para partir, pero antes se detuvo para ofrecer una explicación, como si cierto vago y racional hábito le dijese que cualquier tentativa en tal sentido hacía más fácil de soportar un terror no admitido—. Estas Dieseis no están en situación de funcionar, míster Willers. Tenían que haber sido reparadas hace mucho tiempo.

—Lo sé —dijo Eddie Willers con calma.

El jefe de tren tuvo la sensación de que sus palabras habían sido peor que si hubiera guardado silencio. Conducían a preguntas que no se formulaban en aquellos tiempos. Sacudió la cabeza y se marchó.

Eddie Willers permaneció sentado contemplando la desierta obscuridad del exterior. Aquél era el primer «Comet» que salía de San Francisco en dirección Este desde hacía muchos días, como producto de sus denodados esfuerzos para restablecer el servicio transcontinental. No hubiera podido decir lo que los pasados días habían significado para él ni lo que hizo para salvar el terminal de San Francisco del ciego torbellino de una guerra civil, librada sin que nadie tuviera noción de su objetivo. No existía medio para recordar los tratos a que llegó a cada vacilante momento. Sabía tan sólo que había conseguido inmunidad en el terminal por parte de los jefes de tres facciones en pugna; que había encontrado un hombre para el puesto de director, que no parecía haber abandonado la esperanza; que había puesto en movimiento un tren «Comet» más en la línea del Este con la mejor locomotora Diesel y el mejor equipo disponible, y que había subido al mismo para su viaje de regreso a Nueva York sin la certeza, no obstante, de cuánto podía durar aquel respiro.

Nunca trabajó con tanto ahínco. Había realizado su tarea tan conscientemente como de costumbre. Pero era lo mismo que moverse en el vacío, como si su energía, al no hallar transmisores, hubiese ido a parar a las arenas de… de algún desierto como el que se extendía más allá de la ventanilla del «Comet». Se estremeció, sintiéndose por un momento tan inútil como la máquina inmovilizada del tren.

Al cabo de un rato volvió a llamar al jefe.

—¿Cómo marcha eso? —preguntó.

El aludido se encogió de hombros y movió la cabeza.

—Mande al fogonero a un teléfono y hágale comunicar a la central de la División que nos envíen el mejor mecánico disponible.

—Sí, señor.

No había nada que ver al otro lado de las ventanillas. Al apagar la luz, Eddie Willers pudo distinguir una extensión gris, moteada por los puntos negros de unos cactus, sin principio ni fin. Se preguntó cuántos hombres se habrían aventurado por la misma y a qué precio cuando no existían trenes.

Movió bruscamente la cabeza y volvió a encender la luz.

La sensación de que el «Comet» estaba como exilado le confería un sentimiento de agobiante ansiedad. Se hallaba sobre una vía prestada, en la línea «Atlantic Southern», que atravesaba Arizona; la línea que usaban sin pagar a nadie. Era preciso sacar al tren de allí. En cuanto volvieran a sus propios rieles dejaría de experimentar aquella sensación.

Pero el nudo ferroviario le parecía situado a una distancia infranqueable, a orillas del Mississippi, en el puente Taggart.

Se dijo que aquello no era todo. Tenía que admitir las imágenes que lo acosaban, confiriéndole un sentimiento de intranquilidad que no podía captar ni desterrar; eran demasiado vagas para poder definirlas y en exceso inexplicables para rechazarlas. Una representaba cierta estación por la que habían pasado, sin detenerse, más de dos horas antes. Había notado el andén desierto y las ventanas brillantemente iluminadas del pequeño edificio; pero las luces procedían de aposentos vacíos. No logró percibir ni una sola figura humana, ni en el edificio «i en las vías. La otra imagen se refería a otra estación cuyo andén estaba lleno de una muchedumbre excitada. Pero ahora se encontraban fuera del alcance de la luz o del sonido de cualquiera de ellas.

Se dijo que era preciso sacar al «Comet» de allí. Se preguntó por qué lo pensaba de un modo tan insistente y por qué le había parecido tan crucial restablecer la ruta del «Comet». Un puñado de pasajeros ocupaba los vagones vacíos; la gente no tenía dónde ir ni objetivos que alcanzar. No era por ellos por los que había luchado. No habría podido decir por quién. Dos frases se erigían como respuesta en su mente, atrayéndole con la vaguedad de una plegaria y la fuerza hiriente de un hecho decisivo. Una era: «De océano a océano, para siempre». La otra: «No abandonéis».

El jefe de tren volvió una hora después acompañado del fogonero, cuya cara aparecía extrañamente contraída.

—Míster Willers —le informó el fogonero lentamente—, la central de la División no contesta.

Eddie Willers se volvió a sentar, rehusando interiormente creerlo; pero aun así, sabiendo de improviso que por algún motivo inexplicable aquello era lo que había esperado.

—¡Imposible! —exclamó en voz baja mientras el fogonero lo contemplaba sin moverse —. El teléfono de la línea debe estar estropeado.

—No, míster Willers. No está estropeado. La línea sigue funcionando. Lo que no funciona es la central de la División. Quiero decir que no había nadie allí para contestar, o bien que a nadie le preocupa hacerlo.

—[Pero usted sabe que eso es imposible!

El fogonero se encogió de hombros. En aquellos tiempos nadie consideraba imposible un desastre.

Eddie Willers se puso en pie de un salto.

—Recorra toda la longitud del tren —ordenó al jefe de tren —y llame a todas las puertas, es decir, a las de los departamentos ocupados, preguntando si viaja con nosotros algún ingeniero electrónico.

—Sí, señor.

Eddie comprendió lo que sentían, porque también lo sentía él. Nadie esperaba encontrar a semejante hombre entre los letárgicos e indiferentes pasajeros.

—¡Vamos! —ordenó, volviéndose al fogonero.

Subieron juntos a la locomotora. El maquinista de pelo gris se hallaba sentado en su silla contemplando los cactus. El foco de la locomotora permanecía encendido, alargándose hacia la noche, recto e inmóvil, sin iluminar nada, aparte de las borrosas traviesas que se disolvían en el vacío.

—Intentemos averiguar dónde está la avería —dijo Eddie quitándose el gabán, con voz entre perentoria y suplicante—. Intentémoslo de nuevo.

—Sí, señor —dijo el maquinista, sin resentimiento ni esperanza. Había gastado sus escasas reservas de conocimiento comprobando lo que pudiera causar la avería. Empezó a

examinar la maquinaria, agachándose y metiéndose bajo ella, destornillando partes y volviéndolas a atornillar, sacando piezas y colocándolas de nuevo, desmontando motores como un niño estropea un reloj, pero sin la convicción de este último de que es posible aprender algo.

El fogonero miraba por la ventanilla del ténder la negra obscuridad que se estremecía como si el aire de la noche se hiciera cada vez más frío.

—No se preocupe —dijo Eddie Willers asumiendo un aire confiado—. Haremos lo que podamos, pero si fracasamos nos mandarán ayuda más tarde o más temprano. No se dejan trenes abandonados en mitad de la nada.

—Al menos no se solía hacer —respondió el fogonero.

De vez en cuando el maquinista levantaba su cara manchada de grasa para mirar aquel otro rostro asimismo manchado y la camisa de Eddie Willers.

—¿De qué sirve todo esto, míster Willers? —preguntó.

—No podemos ceder —respondió enérgicamente Eddie, sabiendo que se refería a algo más que al «Comet»… a algo más que a aquel ferrocarril.

Saliendo del ténder recorrió las tres unidades y regresó de nuevo con las manos sangrantes y la camisa pegada a la espalda. Trataba de recordar cuanto había aprendido acerca de locomotoras, lo asimilado en el colegio y aun antes, cualquier cosa que hubiera podido captar en aquellos tiempos en que los empleados de la estación de Rockdale solían echarle de las escalerillas de las locomotoras de maniobra. Pero las piezas no parecían formar un todo. Su cerebro estaba como atorado. Sabía que los motores no eran lo suyo y que nada podía hacer, pero aun así tratábase de un asunto de vida o muerte para él, que tenía que conseguir el conocimiento que entonces le hacía falta. Miraba los cilindros, las planchas, los alambres, los cuadros de control, todavía llenos de parpadeantes luces. Luchaba para no dar entrada a la idea que estaba presionando contra la periferia de su mente. ¿Cuáles eran sus posibilidades? Y según la teoría matemática de la probabilidad, ¿cuánto tardarían unos hombres primitivos, trabajando a ciegas, en encontrar la adecuada coordinación de piezas y volver a la vida al motor de aquella máquina?

—¿De qué sirve, míster Willers? —repitió el maquinista.

—No podemos ceder —respondió Eddie.

No sabía las horas que llevaban transcurridas cuando oyó de improviso gritar al fogonero:

—¡Mire, míster Willers!

El fogonero se asomaba por la ventanilla señalando a la obscuridad, tras ellos.

Eddie miró hacia allá. Una rara y minúscula luz se estremecía violentamente en la distancia, cual si avanzara a un ritmo imperceptible, una luz que no podía identificar.

Al cabo de un rato le pareció ver unas enormes sombras negras moviéndose en línea paralela a la vía; el punto de luz colgaba muy bajo sobre el suelo, oscilando. Aguzó el oído, pero no pudo oír nada.

Luego escuchó un débil y ahogado rumor, semejante al de cascos de caballos. Los dos hombres, a su lado, contemplaban las obscuras sombras con expresión de creciente terror, cual si una aparición sobrenatural avanzara hacia ellos en la noche desierta. En el momento en que se echaban a reír gozosamente, reconociendo las sombras, el rostro de Eddie se heló en una expresión de terror a la vista de un fantasma más horrible aún que cualquiera de los que hubiese podido imaginar. Tratábase de una caravana de carretas con toldo.

La oscilante linterna se detuvo junto a la máquina.

—¡En, compañeros! ¿Podemos llevar a alguien? —preguntó un hombre que parecía ser el jefe. Y se puso a reír al tiempo que añadía—: Están parados, ¿verdad?

Los pasajeros del «Comet» miraban por las ventanillas. Algunos descendieron las escalerillas y se acercaron. Rostros de mujeres surgían de las carretas entre montones de utensilios. En la parte trasera de la caravana un niño empezó a llorar.

—¿Está loco? —preguntó Eddie Willers.

—No; lo digo de veras, hermano. Tenemos sitio de sobra. Os llevaremos… a determinado precio, si es que queréis salir de aquí.

Era un hombre desgarbado y nervioso, de sueltos ademanes y voz insolente, parecido a un charlatán de feria.

—Éste es el «Comet» Taggart —explicó Eddie Willers como si se ahogara.

—¿De modo que el «Comet»? Pues a mí me parece más bien una oruga muerta. ¿Qué sucede, hermano? No vais a ir a ningún sitio y aunque lo intentéis no llegaréis adonde habíais pensado.

—¿A qué se refiere?

—No iréis a Nueva York, ¿verdad?

—Sí. Vamos a Nueva York.

—Entonces… ¿no sabéis lo ocurrido?

—¿Qué hemos de saber?

—¿Cuándo fue la última vez que hablasteis con cualquiera de las estaciones?

—No lo sé… ¿Qué ha querido insinuar?

—Que su puente Taggart ha desaparecido. ¡Desaparecido! Hecho pedazos. Una explosión de rayos acústicos o algo por el estilo. Nadie lo sabe con exactitud. Ya no hay puente para cruzar el Mississippi. Ya no hay Nueva York que hombres como vosotros o como yo podamos alcanzar.

Eddie Willers no supo lo que pasó a continuación. Había caído, dándose un golpe con la silla del maquinista y contemplaba la puerta abierta de la unidad móvil. No supo cuánto tiempo estuvo allí, pero cuando al final volvió la cabeza pudo ver que se encontraba solo. El maquinista y el fogonero habían abandonado la cabina. Fuera se oía el rumor confuso de voces, gritos, sollozos, preguntas y las carcajadas del charlatán de feria.

Eddie se incorporó, asomándose por la ventanilla; los pasajeros del «Comet» y la tripulación se agrupaban alrededor del jefe de la caravana y de sus harapientos compañeros; el primero agitaba sus desgarbados brazos en ademanes de mando. Algunas de las damas mejor vestidas del «Comet», cuyos esposos hablan sido, al parecer, los primeros en llegar a un acuerdo, trepaban a las carretas sollozando y apretando contra el cuerpo sus delicados estuches de maquillaje.

—¡Suban, señores, suban! —gritaba alegremente el charlatán—. ¡Hay sitio para todos! ¡Iremos un poco apretados, pero al menos moverse es mejor que quedar aquí para ser pasto de los coyotes! ¡Los días del caballo de hierro han transcurrido! ¡Todo cuanto tenemos son simples y anticuados caballos! ¡Lentos, pero seguros!

Eddie Willers descendió hasta la mitad de la escalerilla lateral para ver a aquella muchedumbre y hacerse oír de ella. Agitó un brazo, cogiéndose a los peldaños con la otra mano.

—No os marcharéis, ¿verdad? —gritó a sus pasajeros—. ¿No abandonaréis el «Comet»?

Se alejaron un poco, como si no quisieran verle ni escucharle. No les agradaba oír preguntas que sus mentes eran incapaces de asimilar. Observó sus caras ciegas por el pánico.

—¿Qué le ocurre a ese orangután grasiento? —preguntó el jefe de la caravana señalando a Eddie.

—Míster Willers —dijo el maquinista suavemente—, de nada serviría…

—¡No abandonéis el «Comet»!› —gritó Eddie Willers—. ¡No lo dejéis!;Oh, Dios mío! ¡No lo dejéis!

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó el charlatán—. ¡No tiene idea de lo que está sucediendo en sus estaciones o en sus centrales! ¡Todo el mundo va de un lado para otro como si fuesen pollos con la cabeza cercenada! ¡No creo que mañana por la mañana exista a este lado del Mississippi ningún ferrocarril en funcionamiento!

—¡Más vale que se venga con nosotros, míster Willers! —le apremió el jefe del tren.

—¡No! —repuso Eddie, aferrándose al peldaño de metal como si quisiera que su mano quedase pegada al mismo.

El charlatán se encogió de hombros.

—¡Bien! Será su propio funeral.

—¿Adonde van? —preguntó el maquinista sin mirar a Eddie.

—Sólo nos limitamos a movernos, hermano. A buscar un lugar en el que detenernos… sea dondequiera. Procedemos del Valle Imperial de California. El «Partido del Pueblo» se apoderó de las cosechas y de los víveres que almacenábamos en nuestros sótr.nos. Lo llaman requisar. Así es que recogimos nuestros bártulos y nos pusimos en camino. Hemos tenido que viajar de noche a causa de las gentes de Washington… Tan sólo buscamos un lugar donde vivir… Serás bienvenido, amigo, si es que careces de hogar. Si quieres podemos dejarte cerca de la ciudad que prefieras.

Eddie pensó, indiferente, que los miembros de aquella caravana aparecían demasiado mezquinos para convertirse en fundadores de una colonia oculta y libre, pero no tanto como para no acabar organizados como pandilla de bandoleros. No tenían ningún destino fijo, igual que el inmóvil foco de la locomotora, y lo mismo que éste, se disolverían en algún lugar dentro de los vacíos espacios del país.

Siguió en la escalera contemplando el rayo de luz, sin presenciar cómo los últimos pasajeros del «Comet» Taggart pasaban a las carretas cubiertas.

El jefe del tren fue el postrero.

—¡Míster Willers! —le llamó desesperadamente—. ¡Véngase con nosotros!

—¡No! —dijo Eddie.

El charlatán de feria agitó un brazo en despedida. Eddie seguía junto a la máquina.

—¡Confío en que sepas lo que haces! —le gritó con expresión entre amenazadora y suplicante—. ¡Quizá venga alguien por aquí y te recoja… la semana que viene o el próximo mes! ¡Quizá! ¿Quién sabe dónde va la gente estos días?

—¡Lárguense de aquí! —les gritó Eddie Willers.

Volvió a la cabina cuando las carretas iniciaron la marcha con una sacudida, y prosiguieron tambaleándose y chirriando mientras se adentraban en la noche. Se acomodó en el asiento del maquinista dentro de aquella locomotora inmóvil, con la frente apretada contra una inútil palanca. Sentíase como el capitán de un vapor en peligro de naufragio que prefería hundirse con él antes de ser salvado por las canoas de unos salvajes que le tentaran con la superioridad de sus recursos.

Luego, de pronto, experimentó el cegador asalto de una desesperada y lícita cólera. Era preciso mover de nuevo aquel tren; en nombre de una victoria que no podía calificar, era imprescindible que la locomotora se moviese otra vez.

Más allá de sus reflexiones, sus cálculos o su miedo, Impulsado por cierta rectitud que tenía mucho de desafío, empezó a mover palancas y mandos, sin saber lo que hacía. Pisaba pedales muertos y trataba de distinguir la forma de una visión, a la vez próxima y lejana, sabiendo sólo que su desesperada batalla se alimentaba de tal visión y era librada en favor de la misma.

«¡No cedas!», se gritaba interiormente, pareciéndole ver las calles de Nueva York. «¡No cedas!», mientras contemplaba las luces de las señales. «¡No cedas!», mientras veía el humo elevarse orgulloso desde las chimeneas de las fábricas, mientras se esforzaba en atravesarlo, sin llegar a la visión que constituía la raíz de todas las demás.

Tiraba de alambres y los unía para volverlos a separar, mientras una repentina sensación de rayos solares y de pinos trataba de adherirse a los bordes de su percepción. «¡Dagny!», se oyó gritar en silencio. «¡Dagny! En nombre de lo mejor que hay en nosotros he de mover ese tren…» Tiraba de inútiles palancas que nada movían. «¡Dagny!», gritó a una muchacha de doce años en un claro soleado del bosque. «¡Dagny! Esto es lo que tú sabías perfectamente, pero yo no… Lo sabías cuando te volviste a mirar los rieles… Yo dije: nada de negocios o de ganarse la vida… Pero, Dagny, los negocios y el ganarse la vida y todo aquello posible en el hombre que produce algo, constituye lo mejor de nosotros. Eso era lo que debíamos defender… A fin de salvarlo y en su nombre, Dagny, debo mover ahora este tren…»

Cuando se dio cuenta de que había caído al suelo de la cabina y supo que ya nada más podía hacer allí, se levantó y descendió la escalerilla, pensando vagamente en las ruedas de la máquina, aun cuando supiera que el maquinista las había ya comprobado. Notó el crujido del polvo del desierto bajo sus pies cuando se dejó caer al suelo. Permaneció inmóvil y en el amplio silencio escuchó el rumor de los arbustos que se movían en la obscuridad como la risa de un ejército invisible capaz de desplazarse mientras el «Comet» se hallaba inmovilizado. Escuchó un ruido más agudo en las proximidades, y pudo ver la breve forma gris de un conejo levantado sobre sus patas traseras para olisquear los peldaños de un vagón del «Comet» Taggart. Con un estremecimiento de furia agresiva se lanzó hacia el animal, cual si pudiera detener el avance enemigo al destruir aquella breve forma gris. El conejo huyó en la obscuridad y Eddie comprendió que el avance en cuestión no podría ser contenido.

Dirigióse a la parte frontal de la locomotora y miró las letras «T. T.» Luego se dejó caer sobre los rieles mientras el rayo de aquel inmóvil faro pasaba sobre él, perdiéndose en la inmensidad de las tinieblas.

* * *

La música del Quinto Concierto de Richard Halley surgía del teclado, extendiéndose más allá del cristal de la ventana y difundiéndose por el aire sobre las luces del valle. Era una sinfonía de triunfo. Las notas fluían en sentido ascendente, hablando de elevación, siendo en sí mismas una elevación, la esencia y la forma de un impulso ascendente. Parecían elevar todo acto humano e indicar que su única misión era subir. El estallido de acordes rompía su encierro y se desparramaba por el aire. Poseía la libertad de algo libre de trabas y la tensión de un propósito firme. Atravesaba la atmósfera libremente, no dejando traslucir más que el goce de un esfuerzo no obstruido. Sólo un débil eco entre I03 sonidos hablaba de aquello a lo que había escapado la música; pero lo hacía en un tono de jovial asombro ante el descubrimiento de que no existía fealdad ni dolor, ni nunca tenía por qué existir. Era un canto de inmensa liberación.

Las luces del valle brillaban en resplandecientes manchas sobre la nieve que aún cubría el suelo. Había también nieve en los salientes de granito y en los gruesos miembros de los

pinos. Pero las ramas desnudas de los abedules mostraban un débil empuje ascendente, como en confiada promesa de las próximas hojas primaverales.

El rectángulo de luz en la falda de un monte era la ventana del estudio de Mulligan. Midas Mulligan estaba sentado a su escritorio, con un mapa y una columna de cifras ante él. Comprobaba los datos de su Banco y trabajaba en un plan de inversiones. Iba anotando las localidades elegidas. «Nueva York, Cleveland, Chicago… Nueva York, Filadelfia… Nueva York… Nueva York… Nueva York…»

El rectángulo de luz en el fondo del valle era la ventana del hogar de Danneskjóld. Kay Ludlow se hallaba sentada ante un espejo, estudiando cuidadosamente las tonalidades de su maquillaje, cuyos ingredientes estaban contenidos en un maltratado estuche. Ragnar Danneskjóld, tendido en un sofá, leía un volumen de las obras de Aristóteles: «…porque estas verdades se refieren a todo cuanto existe y no a ningún género especial, apartado del resto. Todos los hombres las usan, porque son ciertas al ser como son… Porque un principio entendido por todo aquel que es, no es una hipótesis… Evidentemente, pues, semejante principio es lo más cierto que existe. Lo que este principio es, lo diremos a continuación. El mismo atributo no puede, al propio tiempo, pertenecer y no pertenecer al mismo sujeto con la misma relación…»

El rectángulo de luz en los terrenos de una granja era la ventana de la biblioteca del juez Narragansett. Estaba sentado a una mesa y la claridad de su lámpara caía sobre la copia de un viejo documento. Había marcado con cruces las contradicciones que en otros tiempos fueron causa de su destrucción. Y ahora añadía una nueva cláusula a sus páginas: «El Congreso no promulgará ninguna ley que coarte la libertad de producción y de comercio…»

El rectángulo de luz en medio de un bosque era la ventana de la cabaña de Francisco d'Anconia. Francisco estaba tendido en el suelo, junto a las movibles lenguas de una fogata, inclinado sobre hojas de papel, completando el dibujo de su fundidora. Hank Rearden y Ellis Wyatt estaban sentados junto a la chimenea.

—John diseñará las nuevas locomotoras —decía Rearden —y Dagny manejará el primer ferrocarril entre Nueva York y Filadelfia. Ella…

De pronto, al escuchar la última frase, Francisco levantó vivamente la cabeza y se echó a reír, con una risa que era a la vez un saludo y una expresión de triunfo y de alivio. No podían escuchar la música del Quinto Concierto de Halley que ahora fluía de un lugar situado por encima de la casa. Pero la risa de Francisco se hallaba en consonancia con ella. Contenida en la frase que acababa de escuchar, Francisco veía la claridad de la primavera sobre los amplios prados, en hogares esparcidos a través del país. Veía el brillar metálico de los motores, veía el resplandor del acero en las llamas que se elevaban hacia el cielo, veía los ojos de la juventud mirando hacia el futuro sin ninguna incertidumbre ni temor.

La frase pronunciada por Rearden era: «Me va a dejar sin camisa, con las tarifas que va a implantar, pero… me veo capaz de salir airoso».

El débil resplandor de la luz en el saliente más alto de la montaña era como el resplandor de una estrella sobre los mechones de pelo de Galt. Éste se hallaba en pie, mirando no al cercano valle, sino a la obscuridad y al mundo situado más allá de sus límites. La mano de Dagny descansaba en su hombro y el viento movía su cabello que se mezclaba al de él. Dagny sabía por qué había deseado caminar por las montañas aquella noche y lo que se había detenido a considerar entonces. Sabía las palabras que iba a pronunciar, y sabía también que ella sería la primera en oírlas.

No les era dable ver el mundo, más allá de las montañas. Tan sólo existía un vacío de obscuridad y de picachos. La obscuridad ocultaba las ruinas de un continente: casas sin tejado, tractores oxidados, calles sin luz, rieles abandonados. Pero muy lejos, en la

distancia, en el mismo borde de la tierra, una pequeña llama oscilaba al viento: la terca y desafiadora llama de la antorcha de Wyatt retorciéndose, quebrándose y recuperando su forma, sin que nada pudiera desarraigarla o extinguirla, como si esperase las palabras que John Galt pronunciaría en aquel momento.

—El camino queda expedito —dijo—. Hemos de regresar al mundo. Y levantando la mano sobre la desolada tierra, trazó en el espacio el signo del dólar.